INFORMATION TO USERS

This manuscript has been reproduced from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each original is also photographed in one exposure and is included in reduced form at the back of the book.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

University Microfilms International
A Bell & Howell Information Company
300 North Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106-1346 USA
313/761-4700 800/521-0600

Order Number 9405584

La obra periodística de Doña Emilia Pardo Bazán publicada en el diario "La Nacion" (Buenos Aires, Argentina) 1879–1921. (Volumes I–VI)

Sinovas Maté, Juliana, Ph.D.

City University of New York, 1993

Copyright ©1993 by Sinovas Maté, Juliana. All rights reserved.

U·M·I
300 N. Zeeb Rd.
Ann Arbor, MI 48106

A

LA OBRA PERIODISTICA DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION (BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATÉ

Volume I

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

Copyright 1993

JULIANA SINOVAS MATE

All Rights Reserved

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

June 4, 1993
Date

Chair of Examining Committee

June 4, 1993
Date

Executive Officer

Andrés Franco

Thomas Mermall

Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

A la memoria de mis padres:
Florentino Sinovas Navarro.
María Nieves Maté González.

NOTA PREVIA

Agradezco al profesor y director de esta Tesis Isaías Lerner sus sugerencias y consejos sobre la investigación del periodismo de Doña Emilia Pardo Bazán en el diario La Nación de Buenos Aires, Argentina; y reconozco profundamente su paciencia para leer tan extenso trabajo.

Reconozco hondamente los méritos de mi marido Francis Carlson por su paciencia, comprensión y apoyo económico, sin el cual no hubiera podido recopilar en Buenos Aires las numerosísimas colaboraciones de nuestra autora, único lugar donde se encuentran completas, y donde tuve que viajar para coleccionarlas y poder transcribirlas. Doy las gracias además a mi hija Helen Carlson por su interés en este extenso estudio y a mis hermanas María del Carmen y María del Pilar Sinovas Maté.

También agradezco sinceramente la ayuda de los bibliotecarios de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires don Jorge Paduano y don Daniel Lleonart, y al encargado de microfilm don Luis Medina. Doy las gracias además al secretario general del diario La Nación, Nicolás Cócaro por darme permiso para

investigar en los archivos del diario, y a la bibliotecaria Liliana Maghenzani por su generosa y buena voluntad. Así como también a don Jesús Sánchez Gómez de la Academia Real Gallega en La Coruña.

Estoy en deuda especialmente con el profesor Isaías Lerner, y las profesoras María Luisa Bastos y Marlene Gottlieb por su información acerca de la ciudad de Buenos Aires donde trabajé casi dos meses y en donde todos hicieron mi estancia agradable.

Me siento obligada con los profesores, lectores, consejeros y miembros del comité de esta Tesis: Thomas Mermall por su optimismo, admiración y apoyo, y Andrés Franco por su ayuda, comprensión y sugerencias.

PREFACIO

Para la investigación de este trabajo he consultado las siguientes bibliotecas:

A-- En los Estados Unidos: The Hispanic Society, New York; The Graduate School and University Center of the City University of New York; The New York Public Library; a través de estas dos últimas bibliotecas he conseguido gran cantidad de carretes de microfilm de varias universidades: The Center for Research Libraries, Chicago; The Library of Congress in Washington D. C. y The Library of University of California at Berkeley.

B-- En España: Biblioteca Nacional, Madrid; Hemeroteca Municipal, Madrid; el Ateneo, Madrid; Biblioteca de la Real Academia Gallega, La Coruña; Biblioteca Universitaria, Santiago de Compostela.

C-- En la Argentina: Biblioteca Nacional, Buenos Aires; Biblioteca Pública, Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires; archivos de la biblioteca del periódico La Nación, Buenos Aires; Biblioteca del Congreso; Buenos Aires; y Biblioteca de Archivos de la Nación, Buenos Aires.

D-- He tenido entrevistas con el secretario general del periódico La Nación de Buenos Aires, Sr. Nicolás Cócaro quien me dio permiso para investigar en los Archivos de la Biblioteca de La Nación; Liliana Maghenzani, bibliotecaria de este diario, quien me ayudó a investigar y conseguir materiales que se encontraban en esta biblioteca, y me aseguró que se han destruido los manuscritos originales de las colaboraciones de Da. Emilia; Jesús Sánchez Gómez, conserje y bibliotecario de la Real Academia Gallega en La Coruña, quien me enseñó el museo, la biblioteca y bibliografía de Da. Emilia Pardo Bazán; allí tampoco pude encontrar ningún manuscrito original de su labor periodística; don Benito Varela Jácome, catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela quien ha investigado la biblioteca del Pazo de Meirás, antes de ser trasladada a la Real Academia Gallega en La Coruña, y me aseguró que se han perdido los manuscritos originales sobre el periodismo que Da. Emilia envió al extranjero, sobre los cuales estoy trabajando; don Emilio González López, profesor Emérito de The Graduate School and University Center of the City University of New York quien me dio consejos valiosos acerca de Galicia y la Condesa de Pardo Bazán; el profesor Juan González Millán, compañero de estudios, experto en Galicia y su literatura y la profesora Emérita de Lehman College Carmen de Zulueta.

E-- He visitado lugares importantes en la vida de Da. Emilia Pardo Bazán: he visitado el pueblo de Meirás y el Pazo de Meirás por fuera, ya que no está habitado actualmente y está cerrado al público, sin embargo, se pueden ver las torres del pazo y sus hermosos y extensos jardines rodeados por una muralla. He estado en el Museo Emilia Pardo Bazán y la Real Academia Gallega, ambos lugares se ubican en la casona de la calle Tabernas en La Coruña donde nuestra autora vivió y donde se encuentra lo que resta de su biblioteca, la de su padre y objetos valiosos y personales de Da. Emilia: sus retratos, muebles, abanicos, porcelanas, cristales, pinturas, libros etc... He visitado su estatua en los jardines de la Avenida de la Marina en La Coruña, esculpida por el escultor Coullaut Valera, sobrino del famoso escritor don Juan Valera. He visto en Madrid otra estatua de Da. Emilia en la calle Princesa, esculpida por R. Vela del Castillo. He visitado su tumba que se encuentra en la cripta nueva, muy bien cuidada, y no accesible al público, en la Iglesia de la Concepción, en la calle Goya, en Madrid, en cuya lápida se lee:

LA EXCMA. SRA.

DOÑA EMILIA PARDO-BAZAN Y DE LA RUA

CONDESA DE PARDO-BAZAN

TERCIARIA FRANCISCANA,
DAMA NOBLE DE LA ORDEN DE MARIA LUISA,
FALLECIO EL 12 DE MARZO DE 1921
HABIENDO RECIBIDO LOS S. SACRAMENTOS
Y LA BENDICION DE S. S.

En verdad Da. Emilia murió el 12 de mayo, y no el 12 de marzo. A pesar de que nuestra autora gallega dejó dicho que se la enterrase en su Pazo de Meirás, no se han cumplido sus deseos. Sin embargo, los restos de nuestra escritora están enterrados junto a los de varios miembros de su familia cercana: su madre, sus dos hijas, su hijo y nieto, así como su yerno y su familia.

INDICE GENERAL

VOLUMEN I

NOTA PREVIA V

PREFACIO VII

ESTUDIO PRELIMINAR

CAPITULO I

Hechos principales en la vida de Da. Emilia Pardo Bazán 1
El periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán en La Nación de Buenos Aires 5
Motivos económicos para el periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán 6
El diario de La Nación de Buenos Aires, Argentina .. 7
La bibliografía sobre Da. Emilia como cronista de La Nación de Buenos Aires es muy escasa 10
Los manuscritos originales de las crónicas que envió Da. Emilia a La Nación se han perdido ... 13
Colección de textos 14
Problemas de microfilm y de transcripción 15
Crónica como género. Estilo de Da. Emilia 16
Da. Emilia escribió numerosa producción de crónicas. 18
Problemas de títulos en las crónicas de La Nación de Buenos Aires 20
División de las colaboraciones de Da. Emilia en La Nación de Buenos Aires, Argentina 22

CAPITULO II

COLABORACIONES ESPORADICAS.

Su producción y publicación en La Nación de Buenos Aires y sus problemas bibliográficos solucionados 24

CAPITULO III

COLABORACIONES ASIDUAS

Producción: cantidad de crónicas por cada año y por cada mes. Diferencia de fechas en las

crónicas, entre cuando fueron escritas y publicadas. Crónicas con títulos y subtítulos. Temas en general: teatro, la moda femenina, feminismo, anécdotas de la vida de Da. Emilia que no se hallan en sus biografías, literatura, exposiciones de arte, conferencias, política, y asesinatos políticos, la guerra mundial europea 1914-1918, noticias circunstanciales de su época, etc. 43

CONCLUSION 162

COLABORACIONES Y CRONICAS 190

VOLUMEN II

CRONICAS 498

VOLUMEN III

CRONICAS 1000

VOLUMEN IV

CRONICAS 1501

VOLUMEN V

CRONICAS 1995

VOLUMEN VI

CRONICAS 2497

BIBLIOGRAFIA SELECTA 2959

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA 2960

INDICE I 2963

INDICE II 2967

ESTUDIO PRELIMINAR

*

CAPITULO I

*

Hechos principales en la vida de Da. Emilia Pardo Bazán.

Da. Emilia Pardo Bazán nació en La Coruña el 16 de septiembre de 1851, y murió en Madrid el 12 de mayo de 1921. Fue hija única, precoz y privilegiada. Sus padres reconocieron su inteligencia y apoyaron su interés por las letras y las ciencias. Da. Emilia empezó a escribir desde niña; solamente tenía siete años cuando dedicó un poema a las tropas victoriosas que regresaron a La Coruña de Africa, y continuó escribiendo hasta que murió. Da. Emilia fue autodidacta, sin embargo, poseía extensos conocimientos en ciencias y sobre todo en literatura y los movimientos literarios de su época. Viajó extensamente por España y Europa, y se educó a sí misma, leyendo incansablemente y estudiando lenguas modernas. Da. Emilia fue una escritora prolífica y cultivó todos los géneros literarios: poesía, novela, cuento, teatro, periodismo, crítica literaria y cocina. La

bibliografía crítica sobre su obra es muy extensa, solamente en los Estados Unidos se han escrito más de treinta tesis doctorales, especialmente sobre su obra novelística y cuentística, sobre su narrativa y sobre temas de naturalismo-realismo, feminismo y personajes femeninos. Aquí escribiré sobre su periodismo en La Nación de Buenos Aires, tema solamente mencionado muy escasamente hasta la fecha, que creemos tiene particular interés para los hispanistas interesados en esta admirable escritora gallega.

Da. Emilia se casó muy joven, con don José Quiroga Pérez Pinal; solamente tenía 16 años de edad, mas continuó viajando, escribiendo y estudiando idiomas; dominaba perfectamente el francés y sabía inglés, italiano, alemán, latín, y catalán. Aunque dominaba el gallego prefirió escribir en castellano, con la intención de hacerse conocer y ser leída también en Hispanoamérica, Filipinas y por los hispanohablantes en todo el mundo con más facilidad sin ser traducida del gallego.

Da. Emilia tuvo un hijo y dos hijas. En 1876, cuando contaba 25 años de edad y llevaba 8 años casada, nació su primer hijo, Jaime. Tres años después en 1879 nació su hija María de las Nieves, llamada Blanca; y dos años después en 1881, nació Carmen.

Da. Emilia tuvo una vida muy activa, agitada y batalladora; mas también sintió momentos de desaliento

e incertidumbre a pesar de que era mujer de voluntad fuerte. Después de la amistosa separación de su marido escribe a su buen amigo Galdós y le explica su estado de ánimo; se ha quedado en un estado apático, un "estado moral" "como muerta" y le dice que necesita concentrarse y tener "serenidad, para trabajar sin desaliento."[1]

Da. Emilia, en realidad, no necesitaba dinero para sobrevivir, aunque vivía separada de su marido, fue hija única, y sus padres podían apoyarla; mas nuestra autora tuvo la determinación de demostrarse a sí misma y al mundo que necesitaba emanciparse de su familia y costear sus gustos refinados con su pluma:

> Me he propuesto vivir exclusivamente del trabajo literario, sin recibir nada de mis padres, puesto que si me emancipo en cierto modo de la tutela paterna, debo justificar mi emancipación, no siendo en nada dependiente; y este propósito, del todo varonil, reclama en mí fuerza y tranquilidad. Si pensase en este dualismo mío interior, no cumpliría mis

[1] Véase, Carmen Bravo Villasante, "Emilia Pardo Bazán y el periodismo," Revista, Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, 7 (1971) 85.

> compromisos editoriales,[2] porque dormiría mal, estaría rendida al día siguiente, y adiós producción, y adiós 15 cuartillas diarias.[3]

Da. Emilia tenía un carácter fuerte y valeroso y deseaba transformarse en un espíritu varonil para ganarse la vida con su esfuerzo y trabajo de escritora:

> ... *esta especie de trasposición del estado de mujer al de hombre*, es cada día más acentuado en mí, y por eso no tengo tanta zozobra moral como en otro caso tendría. De los dos órdenes de virtudes que se exigen al género humano, elijo las de varón... y en paz.[4]

[2] Nuestra prolífica autora publicaba además de sus artículos, numerosos cuentos, y algunas de sus novelas por entregas, en distintos periódicos y revistas españoles e hispanoamericanos. (Véase, Nelly Clèmessy, Emilia Pardo Bazán como novelista: De la teoría a la práctica. Trans. Irene Gambra. 2 Vols. (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981) II: 833-891 (Sección publicaciones en periódicos) en donde cita solamente publicaciones españolas y francesas.

[3] Citado por Carmen Bravo Villasante, "Emilia Pardo Bazán y el periodismo," pág. 85.

[4] Citado por Carmen Bravo Villasante, "Periodismo," pág. 86.

A propósito de sus habilidades financieras, hemos encontrado en nuestra investigación bibliográfica sobre Da. Emilia Pardo Bazán una pequeña referencia, que no sabemos si es verdadera, mas hemos decidido añadirla por encontrarla de interés, ya que ella se emancipó y vivió de su trabajo como escritora; en efecto, un comentario anónimo bonaerense señalaba, a propósito de su muerte: "Así la Sra. Pardo Bazán ha podido utilizar para su casa el medio millón de pesetas bien largo de talle, que con su talento ha ganado."[5]

Da. Emilia Pardo Bazán intentó entrar como miembro de la Real Academia Española dos veces, pero no lo consiguió porque era mujer. Sin embargo, fue nombrada Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid donde dio numerosas conferencias, y fue catedrática de Literatura Contemporánea en la Universidad Central de Madrid donde dio clases por un corto período, pues como era mujer, no asistían los estudiantes y sus clases se cancelaron.

*

El periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán en <u>La Nación</u> de Buenos Aires.

[5] Véase, "La condesa de Pardo Bazán--su fallecimiento," <u>La Nación</u> (Buenos Aires, diario) 13 mayo 1921: 4. Cantidad considerable para su época.

Hemos hecho una investigación exhaustiva sobre toda la bibliografía periodística que existe sobre Da. Emilia Pardo Bazán y hemos llegado a la conclusión de que está incompleta. Apenas se ha trabajado sobre este tema. Para esta investigación he tenido que viajar a Buenos Aires para recopilar todas las publicaciones que existen en el diario de La Nación de Buenos Aires. No existía una bibliografía previa de estas publicaciones y para reunir todos los materiales, he investigado la colección de este periódico, desde su fundación en 1870 hasta 1921, fecha del fallecimiento de Da. Emilia, y hemos hallado las siguientes colaboraciones. Desde 1879 a 1903 hemos encontrado 22 publicaciones esporádicas; algunas de ellas son inéditas, otras han sido publicadas en otros lugares, como explicaremos más adelante. A partir del 1 de marzo de 1909, cuando la anuncia el diario de La Nación como nueva colaboradora asidua, hasta el 3 de julio de 1921, colaboración póstuma, he encontrado 260 publicaciones.

*

Motivos económicos para el periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán.

A pesar de estar Da. Emilia casada, pertenecer a la aristocracia, viajar por toda España, tener una vida social activa, continuó con su vocación literaria. Al principio su aristocrático marido, don José Quiroga, no se opuso a las actividades literarias de su mujer; mas después de algún tiempo, cuando Da. Emilia publicó su novela titulada La Tribuna en 1882 y su libro titulado La cuestión palpitante en 1883, a causa de murmuraciones sobre las ideas de su mujer, don José Quiroga quiso que ella abandonase las letras. Da. Emilia se opuso, porque las letras eran su vida y su vocación. Las relaciones del matrimonio se deterioraron, ella decidió separarse amistosamente, continuar su vida literaria y vivir como una mujer emancipada. Para ello publicaba asidua y prolíficamente en numerosos periódicos y revistas en España y fuera de España, y pudo costearse y continuar viviendo la vida a la cual estaba acostumbrada.

*

El diario de La Nación de Buenos Aires, Argentina.

Son escasísimas las referencias que existen sobre el periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán en el diario de La Nación de Buenos Aires; por ejemplo, Da. Emilia escribe a Galdós: "Yo viajaré bastante este año. El

Director del periódico bonaerense me telegrafía aceptando mis proposiciones, por lo cual a poco de llegar ahí tendré que dar una vuelta por París." [6] Aparentemente, el periódico, sin nombre, que ella menciona, le pedía temas actuales de París, por esa razón tenía que viajar a Francia. Pero en mi visita a los archivos del diario La Nación de Buenos Aires, no hemos hallado ninguna proposición, carta, ni ninguno de los originales de Da. Emilia. En otra carta a Galdós, Da. Emilia le dice: "... Cuenta, pues, con noticias seguras el Sábado o el Domingo, así como con la crónica argentina."[7] En las págs. 83 y 84 de la misma obra, en otra carta a Galdós le dice que está en trato con un periódico argentino,[8] pero no sabemos a qué periódico

[6] Véase, Carmen Bravo Villasante, ed., Emilia Pardo Bazán Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890) (Madrid: Ediciones Turner, 1975) 73. Ninguna de estas 32 cartas dan la fecha exacta de cuando fueron escritas. Citas en adelante, por esta edición.

[7] P. 78, ob. cit. No sabemos de qué crónica se trata; ya que no da ninguna información sobre la fecha, el título o el tema.

[8] No da título del periódico. Carmen Bravo Villasante, en "Emilia Pardo Bazán y el periodismo," Revista, Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, La Coruña 9 (1971): 85, afirma que se trata del periódico La Nación de Buenos Aires; y añade que dicho diario le pedía "artículos sobre la actualidad española, y también sobre la actualidad europea, con preferencia de Francia, y en especial de París". A esto se deben sus frecuentes viajes a Francia, para informar de eventos a sus lectores argentinos. También Unamuno mandaba allí artículos que le pagaban bien; y Da. Emilia tenía que saberlo, pues ambos eran amigos. A todo esto debemos añadir que entre 1889-1890, fecha de estas cartas, según Carmen Bravo Villasante, Da.

Da. Emilia se refería, ya que no lo menciona exactamente; sólo sabemos que le había envíado dinero a Madrid y ella deseaba cumplir con su obligación:

> Hoy, a la misma hora en que recibí la tuya, te habrá llegado una mía, que eché el domingo. En ella te decía que me veía precisada a adelantar dos o tres días la hégira a esa, porque el periódico argentino con quien estoy en tratos me telegrafía avisándome haber girado dinero a Madrid y yo necesito ya ponerme en condiciones de cumplir bien mi contrato con esas gentes. (¡Tengo una conciencia roscatil más estrecha!) Ya me parece que es poca formalidad el no estar allá, y el no disponer (con arreglo a las instrucciones[9] que de ellos reciba) una salidita a París. En vista de lo cual, he

Emilia publicó muy poco en La Nación. Fue a partir de marzo 1, de 1909 que Da. Emilia empezó a ser colaboradora asidua de La Nación. Sin embargo, entre 1889-1890 Da. Emilia publicaba además en el diario El Correo Español de Buenos Aires, en el cual hemos encontrado artículos inéditos y sobre los cuales estamos trabajando. Carmen Bravo Villasante no documenta sus conclusiones.

[9] No hemos hallado en ninguna parte estas instrucciones a que Da. Emilia alude.

determinado mi viaje a Madrid el Jueves.[10]

*

La bibliografía sobre Da. Emilia Pardo Bazán como cronista del diario La Nación de Buenos Aires es muy escasa.

Carmen Bravo Villasante menciona este dato, pero no profundiza, ni da detalles exactos de fechas, ni cantidad de crónicas, ni colaboraciones.[11]

Alfredo Elías en su artículo "Las crónicas de doña Emilia,"[12] es quien mejor conoce las colaboraciones de nuestra autora en el diario La Nación de Buenos aires, pero no ha investigado bien dicho periódico y se equivoca en las fechas, y por lo tanto en la cantidad de crónicas que nuestra autora publicó en este diario. Veamos lo que afirma: "La inmensa mayoría de sus crónicas las escribió para el periódico La Nación, de Buenos Aires, desde 1913 hasta 1921, fecha de su muerte. (12 de mayo)." (pág. 224.)

[10] Suponemos que Da. Emilia escribe esta carta desde La Coruña o el Pazo de Meirás, donde ella solía pasar largas temporadas.

[11] Véanse: "Emilia Pardo Bazán y el periodismo," Op. Cit., pág. 86. Vida y obra de Emilia Pardo Bazán. (Madrid: Magisterio Español, S. A., 1973) 174. Emilia Pardo Bazán, La vida contemporánea (1896-1915) (Madrid: Magisterio Español, 1972) 16.

[12] Publicado en Hispania XXII (1940) 223-228.

En verdad, Da. Emilia Pardo Bazán empezó a publicar en La Nación de Buenos Aires nueve años después de la fundación de este diario en 1879. Sin embargo, Alfredo Elías acierta cuando señala que la última colaboración de nuestra autora fue póstumamente publicada en dicho diario, con fecha del domingo 3 de julio de 1921, pág. 4, (Sección Ilustraciones) cuyo título exacto es "Ultima correspondencia de la Condesa" "Viaje fracasado del poeta indio a España y lo que saben de él los españoles." Allí escribe sobre el poeta indio Rabindrannath Tagore. A esta información, deseamos añadir que hubo además, anteriormente 2 colaboraciones publicadas también póstumamente: (1) se titula: "De la Condesa de Pardo Bazán," viernes 13 de mayo de 1921: 4. Y (2) con el título de "Camila Quiroga en España," domingo 12 de junio de 1921: 6. (Sección Ilustraciones) (Da. Emilia murió, el 12 de mayo de 1921)

En nuestra búsqueda en el diario La Nación de Buenos Aires, hemos hallado una reseña de autor anónimo que nos informa de la fecha en que Da. Emilia empezó a colaborar en dicho periódico, y dice así:

> ...doña Emilia Pardo Bazán, cuya firma, entre las colaboradoras en La Nación, era una de las más antiguas y más estimadas; con algunos

> intervalos de silencio que pesaba sobre la insigne novelista, y que ella mantenía con tan extraodinario tesón y entusiasmo, escribía en La Nación desde que en el banquete que Castelar dio al general Mitre, en Madrid, en febrero de 1891,[13] conoció personalmente al fundador de este diario.

Las publicaciones de Da. Emilia Pardo Bazán en el diario La Nación de Buenos pueden dividirse en dos partes: Desde 1879 a 1903 hemos encontrado 22 colaboraciones y fragmentos tomados de ella. Estas colaboraciones las vamos a llamar esporádicas. Desde 1909,[14] a 1921 hemos encontrado 260 colaboraciones que vamos a llamar colaboraciones asiduas.

Hemos, pues, coleccionado todas las 282 colaboraciones de Da. Emilia Pardo Bazán de La Nación

[13] En nuestra investigación del diario La Nación de Buenos Aires, hemos encontrado colaboraciones de Da. Emilia anteriores a esta fecha. Sus publicaciones comienzan a patir de 1879 con un fragmento del poema sanscrito Mahabarata "La estación de las lluvias," publicado, viernes 7 marzo 1879: 2 (Sección conversación.)

[14] El lunes 1 de marzo de 1909, pág. 7, el diario La Nación de Buenos Aires, anuncia a Da. Emilia Pardo Bazán como nueva colaboradora de dicho periódico: "Incorpórase hoy al grupo de colaboradores de La Nación en el extranjero una de las más ilustres personalidades de la literatura castellana, la Condesa doña Emilia Pardo Bazán."

de Buenos Aires, las cuales forman un conjunto de amenas estampas de historia, política, economía, sociología, psicología, literatura, teatro, anécdotas de su propia vida que no se han registrado en su biografía y eventos históricos de la época en que ella vivió.[15]

*

Los manuscritos originales de las crónicas que Da. Emilia Pardo Bazán envió a La Nación de Buenos Aires, se han perdido.

Da. Emilia tenía un secretario particular que transcribía a máquina las cuartillas que Da. Emilia escribía, o se las dictaba directamente para ser enviadas, y no sabemos si guardaba copia; si es así, es probable que fueran destruidas en el incendio que hubo en el Pazo de Meirás, donde ella tenía su biblioteca. En cuanto a La Nación de Buenos Aires, una vez que imprimían las colaboraciones, se deshacían de los manuscritos, para no acumular tantos papeles; así me lo comunicaron en el mismo diario.

*

[15]Da. Emilia fue testigo de los siguientes cambios políticos importantes de España: parte del reinado de Isabel II, el corto reinado de Amadeo de Saboya, la Primera República, la Restauración borbónica de Alfonso XII, la Regencia de la reina Cristina de Habsburgo y parte del reinado de Alfonso XIII.

Colección de los textos.

Nos ha sido sumamente difícil coleccionar estos textos no recogidos en las Obras Completas de Da. Emilia Pardo Bazán, en su mayor parte, como explicaremos más adelante, pues sólo se encuentran impresos en el diario La Nación de Buenos Aires. Para coleccionarlos hemos seguido las siguientes etapas. En primer lugar la colección que existe en los Estados Unidos en microfilm está muy incompleta, y se encuentra dispersa en las siguientes bibliotecas: Library of Congress en Washington, D. C., Center for Research Libraries en Chicago, y Library of the University of California en Berkeley. Después de revisar todas las colecciones en los Estados Unidos, muy imcompletas, pues faltaban muchos números de periódicos y páginas de otros, decidimos viajar a Buenos Aires, para revisar toda la colección completa del diario La Nación. En Buenos Aires, tampoco nos fue fácil conseguir los textos. Los archivos del periódico La Nación tenían la colección completa, pero solamente nos hacían el microfilm de 5 crónicas. La Biblioteca Pública del Concejo Deliberante, no tenía la colección completa pues un 30 por ciento de su colección estaba fuera de circulación separada, para ser restaurada.

Afortunadamente, encontré la colección completa del diario La Nación en la Biblioteca Nacional, y la pude consultar toda, directamente, en el sótano de la Biblioteca, donde se encontraban todos los volúmenes. Allí también, obtuve el microfilm de las colaboraciones que necesitaba.

*

Problemas de microfilms y de transcripción.

Ha sido difícil trabajar con tan gran cantidad de carretes de microfilms, debido a que las páginas son largas y anchas; las colaboraciones se encuentran en columnas, generalmente de 1 a 5; hemos, pues, fotocopiado estas columnas y sobrepuesto trozos sobre trozos para completar cada artículo, para no mezclar unos con otros, ya que las fotocopias son generalmente mucho más cortas que las colaboraciones.

Debido a que el papel del diario La Nación de Buenos Aires es viejo y de baja calidad, no se ha conservado bien; y hay ocasiones en que dicho papel está amarillento y roto; tiene además arrugas, y manchas, está desleído y faltan trozos. Para resolver estos problemas, hemos consultado en Buenos Aires, diferentes copias del diario La Nación, las que han sido menos usadas por el público, en diferentes

bibliotecas, como hemos mencionado anteriormente, para solucionar enigmas de letras, palabras y trozos que no se pueden descifrar. Hay ocasiones en que se pueden adivinar los finales de palabras por su sentido. Hemos utilizado lupas de aumento especiales con luz fluorescente, para poder leer y transcribir las copias de estas colaboraciones con letras tan diminutas que no se pueden leer normalmente. Hemos transcrito los originales, tal como aparecen en el diario La Nación de Buenos Aires, y hemos modernizado su puntuación, añadido letras donde faltan y puesto palabras en corchetes cuando se trata de erratas obvias de impresión. Se hallan, además, aunque no frecuentemente, párrafos que no siguen el mismo tema de los párrafos anteriores, parece como si perteneciesen a otro artículo. No sabemos si son equivocaciones del diario La Nación de Buenos Aires, del secretario de nuestra autora, o de la propia Da. Emilia Pardo Bazán.

*

Crónica como género. Estilo de Da. Emilia.

La definición académica de la palabra "crónica" es la siguiente: "artículo periodístico sobre temas de

actualidad." [16] La "crónica" periodística puede ser considerada también como documento histórico de la época en que se escribió, cuya forma es extensa[17] y elaborada. Da. Emilia utilizó para ello no sólo fórmulas del lenguaje literario sino también expresiones del habla cotidiana. Sus crónicas están salpicadas de expresiones populares y refranes. Además Da. Emilia era políglota y usó en sus artículos palabras y expresiones de los idiomas que ella conocía: francés e inglés sobre todo, así como también latín, alemán y catalán, para expresar con mayor exactitud en otra lengua su sentir y pensamiento más exacto. Utilizó su conocimiento enciclopédico que poseía en ciencias, y en letras. Es además, sutil observadora de los problemas sociales, políticos, económicos y psicológicos del mundo que le rodeaba. Sus artículos en el diario La Nación de Buenos Aires, son de sumo interés, y reflejan todo el ambiente de la sociedad de su época tal como ella lo veía: la sociedad aristocrática, la financiera, la burocrática, la humilde, la menesterosa y la malhechora. Da. Emilia cultivó el periodismo toda su vida de escritora. Así

[16] Diccionario de la Lengua Española (Madrid: Espasa Calpe, 1984 ed.)

[17]Las crónicas de Da. Emilia del diario La Nación de Buenos Aires varían en extensión: las hay de seis a quince páginas a doble espacio.

escribió de nuestra autora don Miguel de Unamuno en un artículo después que ella había muerto: "Las últimas producciones de doña Emilia, en efecto más ya crónicas y artículos que novelas." [18]

*

Da. Emilia escribió numerosa producción de crónicas.

En su voluminosa bibliografía,[19] se pueden encontrar crónicas desde 1887 en El Imparcial de Madrid, hasta su última "crónica" publicada póstumamente[20] en el diario La Nación de Buenos Aires, domingo 3 julio 1921: 4. Nuesta autora fue corresponsal en el extranjero en eventos extraordinarios como la Exposición Universal de París en 1900, y como resultado escribió crónicas que después

[18] Véase, "Unamuno habla de doña Emilia" "La condesa de Pardo Bazán no fue una feminista sino más bien masculinista." La Nación de Buenos Aires, domimgo 3 julio 1921: 4. (Sección 2, literatura)

[19] Véase, especialmente, Nelly Clèmessy, Emilia Pardo Bazán como novelista: De la teoría a la práctica. Trans. Irene Gambra. 2 vols. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981) II: 833-891 (Sección publicaciones en periódicos) Más nuestras aportaciones bibliográficas.

[20] Nuestra autora falleció el 12 de mayo de 1921.

recogió, en parte, en dos libros.[21] Además viajó intensamente por Europa; de estos viajes escribió sus observaciones y opiniones personales en artículos que publicó en periódicos y que también recogió después, parcialmente en libros.[22] Cuando viajó por Bélgica escribió también artículos que recopiló después en otro libro,[23] y en De siglo a siglo, (Crónicas 1896-1901) T. XXIV de sus Obras Completas [24]. Carmen Bravo Villasante afirma que escribió 1500 artículos,[25]; no sabemos exactamente cuántos, incluso creemos que pudieran ser más, ya que Da. Emilia envió muchas de sus colaboraciones al extranjero, las cuales no se han recogido todavía en sus Obras Completas. Nelly Clèmessy[26] en su bibliografía nos da noticia de 35

[21] Véase, sus Obras Completas, Ts. XIX, XXI: Al pie de la Torre Eiffel, 1889, y Cuarenta días en la Exposición 1900.

[22] Con motivo de su viaje a Italia, visitó al Papa en Roma y al pretendiente del trono de España, don Carlos, y escribió el T. XXXIV de sus Obras Completas titulado Mi romería, 1888.

[23] T. XXVI de sus Obras Completas titulado Por la Europa católica, 1902.

[24] Véase, Carmen Bravo Villasante, "Introducción," La cuestión palpitante de Emilia Pardo Bazán (Madrid: Anaya, 1966): 12.

[25] Véase, su artículo, "Emilia Pardo Bazán y el periodismo," op. cit.

[26] Véase, su op. cit., Emilia Pardo Bazán como novelista. Vol. 2: 833-891.

periódicos y revistas diferentes donde publicó nuestra autora, sin contar las publicaciones del extranjero que ella no conoce. De esta enorme producción, solamente se han recogido hasta hoy en una pequeña antología 44 artículos publicados por Da. Emilia en la revista La Ilustración Artística (Barcelona, semanario, de la sección "La vida contemporánea") editados por Carmen Bravo Villasante[27]; y bajo el título "CRITICA LITERARIA" también Harry L. Kirby [28] ha recogido antológicamente artículos publicados en España.

*

Problemas de títulos en las crónicas de La Nación de Buenos Aires.

En su antología, Carmen Bravo Villasante ha coleccionado 44 artículos a los cuales ha añadido una corta introducción y notas, en donde explica que ha cambiado los títulos a algunos de los artículos y que da título a los que aparecen sin él, por el tema.[29]

[27] Emilia Pardo Bazán: La vida contemporánea (1896-1915) (Madrid: Editorial Magisterio español, 1972)

[28] Véase, su ed. Obras Completas de Emilia Pardo Bazán. Vol III. (Madrid: Aguilar, 1973) 1589-1591.

[29] No creemos que es adecuado cambiar los títulos originales que dio Da. Emilia, pues ella fue la autora de sus composiciones y los tituló a su gusto.

Nelly Clèmessy[30] también pone títulos semejantes, mas no iguales a Carmen Bravo Villasante[31]. De modo que para cada colaboración que hemos encontrado en el diario La Nación de Buenos Aires, hemos consultado estas bibliografías, para comprobar si los títulos coinciden. Hemos llegado a la conclusión, que los títulos de las crónicas de La Nación de Buenos Aires, no son iguales a los de estas bibliografías mencionadas. Además hemos comparado los textos de los artículos de La Nación de Buenos Aires con las colaboraciones que han sido recogidas hasta hoy en obras de Da. Emilia Pardo Bazán, y hemos hallado la siguiente excepción: (a) que la crónica Núm. 144, "Crónicas de Madrid" (Para La Nación) escrita en Madrid, febrero de 1915, y publicada al mes siguiente en La Nación de Buenos Aires domingo 21 marzo 1915, pág. 5; es igual a "Don Francisco Giner," publicada en La Lectura (Madrid, mensual) marzo, T. I (1915): 269-274, y recogida por Harry L. Kirby en O. C. de Emilia Pardo Bazán Vol. III, Madrid: Aguilar, 1973: 1519-1522; (b) y parecida, pero no exactamente igual a la

[30] Véase, su bibliografía en Emilia Pardo Bazán como novelista, op. cit.

[31] Por ejemplo, el mismo artículo de la Ilustración Artística, 6 marzo, Núm. 897 (1899) sin título; Carmen Bravo Villasante lo titula: "La música de Wagner. Las Cortes." Y Nelly Clèmessy da: "El Congreso."

colaboración titulada "Muerte de Giner de los Ríos. Elogio" publicada en La Ilustración Artística (Barcelona semanario) Núm. 1731 (1915): 158; está coleccionada por Carmen Bravo Villasante en Emilia Pardo Bazán: La Vida contemporánea (1896-1915). Madrid: Editorial Gráficas Torroba, 1972: 337-342. Al principio hay algunos párrafos parafraseados, pero después, a medida que va avanzando es distinto. Nótese, que los títulos de las tres colaboraciones varían; por este motivo es difícil hasta la fecha, hallar las mismas colaboraciones publicadas en lugares distintos. Trabajo que no se ha hecho todavía.

*

División de las colaboraciones de Da. Emilia en La Nación de Buenos Aires, Argentina.

En este trabajo solamente vamos a dedicarnos a estudiar la obra periodística de Da. Emilia Pardo Bazán publicada en La Nación de Buenos Aires desde 1879 hasta 1921. La mayor parte de estas colaboraciones no ha sido recogida en las obras de Da. Emilia Pardo Bazán. Decimos no recogidas porque sus títulos, no aparecen exactamente en ninguna de las obras de nuestra autora.

Este trabajo lo vamos a dividir en dos partes: la primera es desde los años 1879 a 1903 donde aparecen

22 colaboraciones y textos de Da. Emilia. Como ya señalamos, estas colaboraciones las vamos a llamar **"esporádicas."** La segunda es a partir del lunes 1 de marzo de 1909, cuando el periódico La Nación de Buenos Aires, anuncia a Da. Emilia como nueva colaboradora en el extranjero, hasta el domingo día 3 de julio de 1921, última y póstuma colaboración de nuestra autora, en que aparecen 260 colaboraciones. A estas últimas colaboraciones las vamos a llamar **"asiduas."**

COLABORACIONES ESPORADICAS
SU PRODUCCION Y PUBLICACION
EN LA NACION DE BUENOS AIRES
Y SUS
PROBLEMAS BIBLIOGRAFICOS

CAPITULO II

*

Colaboraciones esporádicas: desde 1879 a 1903 se encuentran 22, y las vamos a numerar con números romanos, para distinguirlas de las colaboraciones asiduas, numeradas con números árabes.

Da. Emilia colaboró en La Nación de Buenos Aires durante 41 años. Empezó cuando sólo tenía 28 años de edad y terminó en 1921, cuando murió, a la edad de 69 años[1].

*

Nuestra autora comenzó a publicar con la colaboración Núm. "I" en el diario La Nación de Buenos Aires con la traducción de un fragmento del poema

[1] Nuesta escritora murió antes de cumplir los 70 años de edad, pues falleció el 12 de mayo y su cumpleaños iba a ser el 16 de septiembre.

sánscrito Mahabarata[2] "La estación de las lluvias"[3]. Este es el único poema, no recogido, traducido de las colaboraciones de Da. Emilia que aparece en La Nación. Nuestra hipótesis es que la condesa de Pardo Bazán encontró este poema ya traducido del sánscrito a otro idioma[4] que ella conocía, y de allí lo vertió al castellano. Se trata de un bello fragmento que le interesó y por eso lo tradujo. Es un canto a la naturaleza en tiempo de lluvias, en el otoño, y el efecto que esto causa a la tierra que fertiliza y a las plantas que crecen, los ríos que se inundan y el jolgorio que crea en los animales de la selva: los pájaros, los monos, los pavos, los jabalíes y las ranas; por fin escampa y toda su cosmografía vuelve a la serenidad.

*

[2] Poema épico extenso que versa sobre los mitos y leyendas de la India y narra las guerras de los kuravas y los pandavas y las hazañas de Krisna y de Arjuna de los siglos XV ó XVI a. de J. C.

[3] Publicado en La Nación de Buenos Aires, viernes 7 marzo 1879: 2. (Sección Conversación) Además lo hemos encontrado en El Aurora de Galicia (Almanaque literario para 1879) (La Coruña: Imprenta y Estereotipia de Vicente Abad, 1878): 90-91. Nelly Clèmessy en Emilia Pardo Bazán como novelista. Vol. II, pág. 835, se equivoca, El Aurora de Galicia es un almanaque literario, y no un diario como ella señala. No ha sido recogido en las obras de Da. Emilia.

[4] Da. Emilia leía en francés, inglés, alemán, italiano, portugués, catalán, etc.

La colaboración Núm. "II" se titula "La absolución de los poderes."[5] Es un artículo no recogido, en el cual trata del tema social de la caridad, de dar de comer al hambriento por dos instituciones poderosas: la Iglesia y la Prensa. La caridad de la Iglesia y la caridad pública de las masas movida por la Prensa. Antes "el monje y el fraile" ejercían poder social, eran consejeros de los reyes y tenían influencia sobre las masas, daban "la sopa conventual" que ayudó a tantos estómagos vacíos, y pedían para los pobres; ahora es la Prensa la que pide, la que llega a los corazones del que tiene dinero, y les hace sentir la necesidad de dar al necesitado. Aunque la Iglesia sigue dando limosna, es la Prensa la que llega al corazón del individuo para que dé a las desgracias globales, como inundaciones y terremotos.

*

La colaboración Núm. "III" se titula "Las mujeres en la Academia: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Emilia Pardo Bazán,"[6] y contiene seis cartas[7] Un autor

[5] Publicado en La Nación de Buenos Aires, sábado 23 mayo 1885: 5. (Sección para Andalucía) No recogido.

[6] Publicado en La Nación de Buenos Aires, domingo 5 mayo 1889: 1. No recogido.

[7] Las cuatro primeras cartas están escritas por Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1853, cuando ella quiso ingresar en la Academia Española al quedar vacío un sillón, a causa del fallecimiento del académico D. Juan Nicasio Gallego (1777-1853) Las otras dos cartas, las escribió Da. Emilia Pardo Bazán a Gertrudis Gómez

anónimo de La Nación recoge estas seis cartas y las publica en dicho periódico. Las cuatro cartas de la Avellaneda se publicaron anteriormente, como inéditas en El Correo, en España, y fueron enviadas por F. Vior. Estas cartas están dirigidas a un señor X...X anónimo, en las cuales Gertrudis pide apoyo y recomendaciones para poder ocupar el sillón vacío que ha quedado en la Academia Española; puesto que la Avellaneda no pudo conseguirlo por ser mujer. Da. Emilia lee las cartas y se da cuenta que 36 años después de la frustración de su compañera de letras, la mentalidad de los hombres no ha cambiado, pues Da. Emilia se encuentra en la misma situación: no es aceptada cuando trata de entrar en la Academia Española, sólo por el hecho de que es mujer, sin ser considerada por sus méritos realizados.

*

Después de nuestra larga investigación sobre la colaboración Núm. "IV" de Da. Emilia sobre el fragmento

---

de Avellaneda (1814-1873) a quien se dirige con el nombre de "Tula", y se publicaron en El Liberal (Madrid, diario) 3 marzo 1889. Son cartas sobre las desventajas de ser mujer, y expresa su simpatía y compasión por Gertrudis, y se queja de cómo en vez de avanzar la mujer por sus méritos literarios, va hacia atrás; y explica a través de la historia, cómo en los siglos XVI y XVII España tuvo más mujeres catedráticas y doctoras, y cómo en 1784 fue Da. Isidra de Guzmán académica honoraria.

del artículo titulado "La moda con arte,"[8] hemos llegado a la conclusión de que se publicó este fragmento, además en La Epoca (Madrid, diario) martes 20 octubre 1889: 2, y su continuación y final, miércoles 20 noviembre 1889: 4; y finalmente, Da. Emilia lo coleccionó y publicó completo en su libro Por Francia y por Alemania (crónicas de la Exposición) (Madrid: La España Editorial, 1890): 37-55 con el título: carta IV, "Trapos, moños y perendengues."[9] Da. Emilia tenía 38 años de edad cuando escribió este artículo sobre la moda femenina desde la Exposicón de París; era mujer, elegante y buena observadora del vestir con gusto. Da. Emilia asistía a los salones de reuniones aristocráticas, al teatro, y leía las revistas de modas; estaba al tanto de los cambios de modas de los modistos de alta costura. En este interesante artículo, traza la historia de la moda femenina desde la corte de María Antonieta, reina de Francia (1755-1793) hasta 1889. Da. Emilia tenía una mentalidad práctica y combinaba lo bello, lo higiénico con lo práctico. Por ello aprobó el traje pantalón en la mujer, para el trabajo, cuando la mayor parte de la

[8] Publicado en La Nación de Buenos Aires, miércoles 25 diciembre 1889: 2. (Sección Noticas)

[9] Resolvemos, pues, este enigma bibliográfico, para los próximos estudiosos de las publicaciones de Da. Emilia en La Nación de Buenos Aires.

sociedad estaba en contra.

*

La colaboración Núm. "V" se titula "Los novelistas españoles en 1891" "colaboración inédita" fue escrito en marzo 2 de 1892, y se publicó tres semanas después en La Nación de Buenos Aires, miércoles 23 de marzo de 1892: 2. A pesar de que lo publica como inédito, en nuestra investigación bibliográfica hemos encontrado que con el mismo título apareció además en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) en el Núm. 55, 9 de Marzo de 1892,[10]. Obviamente, en algunos casos, Da. Emilia enviaba el mismo artículo a diferentes publicaciones. Se trata de un artículo de crítica literaria sobre la novela, en el cual alaba la publicación de novelas contemporáneas de éxito: Angel Guerra de Galdós y Pequeñeces del P. Coloma; así como novelas que fracasaron: Montálvez de Pereda, Espuma de Armando Palacio y Dulce y sabrosa de Jacinto Octavio.

*

La colaboración Núm. "VI" la introduce un redactor anónimo de La Nación de Buenos Aires, y la publica en este diario, miércoles 20 de enero de 1892, y se titula "La cuestión palpitante" "Por Emilia Pardo Bazán"

[10] Añadimos estos datos para resolver este problema bibliográfico en la obra periodística de Da. Emilia Pardo Bazán.

"Prólogo de la autora para la cuarta edición," y nos explica que ya se había publicado anteriormente en La Epoca de Madrid[11]. Esta cuarta ed. de La cuestión palpitante se publicó en Madrid: Pérez Dubrull, 1891, y es T. I de sus Obras Completas originales. Este prólogo se encuentra recogido además en Emilia Pardo Bazán Obras Completas. T. III. ed., de Harry L. Kirby, Jr. (Madrid: Aguilar, 1973) 1027-1031. El redactor de La Epoca de Madrid, también es anónimo, y añade una pequeña introducción, explicando que se ha puesto a la venta en Madrid la cuarta ed. de La cuestión palpitante, y alaba a Da. Emilia y su librito[12]. En este prólogo a la cuarta edición, Da. Emilia señala que La cuestión palpitante es solamente una explicación de las teorías del Naturalismo que se había entendido mal en España; y después de calmada la tempestad que creó, sin razón, se puede leer en la actualidad sosegadamente. Nuestra autora al releer sus textos, desearía añadir y cambiar ideas, explicar vacíos y lagunas que dejó anteriormente. Se da cuenta de que su teoría sobre la novela está incompleta: no explicó la

[11] Este dato no aparece en la bibliografía de Carmen Bravo Villasante ni de Nelly Clèmessy.

[12] La cuestión palpitante tuvo gran éxito desde que se imprimió su primera ed. en 1882, con un prólogo de Clarín. Su segunda ed., fue en 1883; su tercera ed., fue en 1886 traducida al francés por Alberto Savine con un prólogo de éste.

novela rusa ni a sus autores, entonces desconocidos en España. Había dado conferencias en el Ateneo de Madrid sobre el tema, que había recogido en un libro titulado La revolución y la novela en Rusia. Han pasado ocho años y podría completar las teorías sobre el Realismo en otras literaturas europeas; y sobre todo acerca de la novela española, podría añadir más de 200 páginas. Mas por dos razones ha decidido no cambiar nada en su cuarta ed., a La cuestión palpitante: (a) porque tiene un carácter histórico "de las ideas estéticas en España", y aunque no tenga valor crítico literario, tal como está, lo cambiaría en su forma; (b) porque hace un año que se había agotado la edición y como las librerías y lectores de América se lo pedían, no era justo cambiarlo, pues sería distinto de lo que esperaban. Y anuncia la próxima publicación del libro titulado Polémicas literarias, como complemento a La cuestión palpitante y sobre el que además habían salido varios trabajos como consecuencia, incluyendo un tomo de don Juan Valera titulado Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, en que acusa a Da. Emilia de naturalista.

*

La colaboración Núm. "VII" se titula "El régimen vegetal y la cuaresma" (COLABORACION INEDITA) fue escrita en Madrid, 23 abril de 1892 (véase al final de

este artículo) y publicada en La Nación de Buenos Aires: domingo 15 mayo 1892: 2. Aparece además con el mismo título en La Gaceta de Galicia de Santiago de Compostela, Núm. 88, miércoles 20 abril 1892: 1. No está recogida. A muchos católicos no les gusta ayunar cuando lo manda su Iglesia; existe un sistema vegetariano en el extranjero que es saludable, el libro del Dr. Bonnéjoy trata sobre este tema; según este sistema la carne origina enfermedades y desarrolla las que tenemos en germen; esta idea va en contra de que las chuletas desarrollan bien a los niños; y afirman que el alimentarse de cadáveres entorpece las facultades del hombre; el ayuno y la abstinencia de la carne que manda la Iglesia, pues, es bueno para la salud, aclara la inteligencia y controla las pasiones. Da. Emilia piensa que es demasiado radical el sistema vegetariano y que está bien guardar la cuaresma, pero no cree que el vegetarianismo es para todo el mundo por un largo período de tiempo.

*

La colaboración Núm. "VIII" se titula "JUDIT DE WELP" "LA NUEVA OBRA DRAMATICA DE GUIMERA" "SU ESTRENO EN MADRID" (COLABORACION INEDITA) escrita en Madrid, abril 28 de 1892, y publicada en La Nación de Buenos Aires al mes siguiente: domingo 29 mayo 1892: 5. No está recogida. Dos autores canarios han tenido éxito en el teatro: Quimerá con su obra Mar y cielo y Galdós

con Realidad. Se ha estrenado Judit de Welp, obra dramática adaptada del catalán al castellano de Guimerá; Da. Emilia opina que esta obra tiene personajes históricos, pero son diferentes de la historia que encarna.

*

La colaboración Núm. **"IX"** se titula "¿HAY QUE TENER MIEDO?" (COLABORACION INEDITA) escrita el 18 de mayo de 1892, (véase el final de este artículo) y publicada en La Nación de Buenos Aires al mes siguiente: domingo 12 junio 1892: 1. También se encuentra con el mismo título en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 115, 21 mayo 1892: 1. No está recogido. Según Da. Emilia no hay que tener miedo de los anarquistas ni a sus bombas. Las mujeres han dado prueba de su valentía durante persecuciones religiosas, guerras y revoluciones. El Rey Fernando de Nápoles para reinar sin problemas utilizó el lema de fiesta, fuerza y harina. En España hay muchas fiestas, la fuerza no funciona y falta la harina económica; pero se saldrá adelante. El público se ha declarado rebelde de pensamiento y lo critica todo: pide que se simplifique la cultura y el vocabulario en la conversación y literatura para que lo comprendan las clases sin cultura. Da. Emilia no está conforme con estas nivelaciones ni con los petardos de los anarquistas.

*

La colaboración Núm. **"X"** se titula "EL PAIS DE LAS CASTAÑUELAS" se publicó en La Nación de Buenos Aires, miércoles 3 febrero 1897: 3. Se encuentra además recogido en sus Obras Completas De Siglo a Siglo (Crónicas: 1896-1901) T. XXIV. (Madrid, 1902) 47-53. Mr. II. C. Chatfield Taylor, escritor norteamericano ha escrito un libro titulado El país de las castañuelas; sus intenciones son buenas, pero no entiende a España; la observa desde lo alto; desde su mundo más democrático, republicano y civilizado; y a Da. Emilia le duelen las críticas que él hace.

*

La colaboración Núm. **"XI"** titulada "EMILIA PARDO BAZAN" se publicó en La Nación de Buenos Aires: viernes 5 marzo 1897: 3. Es en verdad un texto fragmentado. El redactor anónimo habla acerca de la vida y obra de Da. Emilia Pardo Bazán, e introduce el fragmento de nuestra autora sin dar datos de dónde lo ha sacado. Además se equivoca: Los pazos de Ulloa no es la biografía de nuestra autora, sino ficción; sólo el pazo y el paisaje son reales; La madre naturaleza no es su obra maestra, sino Los pazos de Ulloa; el hijo de Da. Emilia, Jaime, no murió en 1896; sino que será fusilado después en Madrid por un grupo comunista en 1936. Dicho fragmento es sobre las relaciones humanas, y echa

la culpa al hombre de que la mujer sea vacía y frívola, pues el hombre lo quiere así, y añade que el hombre en las clases aristocráticas es tan frívolo o más que la mujer.

*

La colaboración Núm **"XII"** titulada "Los sombreros femeninos en el teatro" "MEDIDAS ADOPTADAS" "UN VOTO DE CALIDAD" "Recuerdo oportuno". Publicado en La Nación de Buenos Aires: lunes 10 mayo 1897: 3. Un redactor anónimo añade una introducción y conclusión al artículo de Da. Emilia "Uno voto de calidad". Este artículo se encuentra además en El Liberal (Madrid diario) 12 noviembre 1896; y en sus Obras Completas T. XXIV De siglo a siglo (Crónicas: 1896-1901) (Madrid, 1902) 252-257. Sobre los problemas que crean los sombreros enormes de señoras cuando van al teatro, los espectadores que se sientan detrás de ellas no pueden ver nada. Da. Emilia sugiere la solución de que las señoras cuando vayan al teatro sólo lleven adornos planos en la cabeza para no molestar a los otros espectadores y puedan ver la función.

*

La colaboración Núm. **"XIII"** se titula "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA" **"I"**, publicado en La Nación de Buenos Aires: miércoles 29 junio 1898: 3. También se encuentra publicado en

francés, con el título "Le mouvement littéraire en Espagne," en La Revue (París, bi-mensual) (ancienne Revue des revues) 15 mayo 1898: 377-386. Es una traducción literal del francés. No está recogido. En esta colaboración nuestra autora sostiene que la novela se mantiene debido al mercado hispanoamericano que imprime, comenta y elogia la novela española. Analiza el caso de Juan Valera, quien aunque tiene avanzada edad, todavía se mantiene en la actualidad; a Valera se le llama novelista idealista, pero en el fondo es novelista clasicista como se puede ver en sus tres últimas novelas: La buena fama, Juanita la larga y Genio y figura. Da. Emilia analiza el carácter fuerte e inteligente de los personajes femeninos de estas tres novelas.

*

La colaboración Núm. **"XIV"** es la continuación de la anterior y se titula "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA" con las secciones **"II"** y **"III"** correspondientes; publicada en La Nación de Buenos Aires: lunes 4 julio 1898: 2. Véase, la nota de pie del artículo anterior. No recogido. Da. Emilia explica que Galdós es más popular y fecundo que Valera. En sus últimas novelas Nazarín, Halma, Misericordia y El abuelo, Galdós se parece a Valera en que es optimista, tiene alegría y se ríe de las desgracias.

Nazarín es obra española, mística, con elementos de santidad y caballerosidad. Misericordia es el mundo de los mendigos, tiene humor y franqueza. En El abuelo parece que Galdós se inspiró en la obra El rey Lear de Shakespeare. Misericordia y El abuelo no son tan buenas como Nazarín. Pereda no ha escrito nada después de su obra de circunstancia Pachín González. Arturo Campión es un autor vasco erudito, ha escrito una Gramática de los cuatro dialectos eúscaros, y su novela Blancos y Negros, está bien escrita y tiene sentimiento. Arturo Reyes es escritor malagueño, costumbrista y romántico realista, ha escrito Cartuchera, y El lagar de la Viñuela; el padre Coloma no ha publicado todavía su novela Boy.

*

La colaboración Núm. "XV" se titula "CRONICAS" "LA PRENSA AMARILLA", se escribió en Madrid, junio de 1898 (véase el final del artículo) y se publicó al mes siguiente en la Nación de Buenos Aires: lunes 11 julio 1898: 3. Se encuentra además en El Liberal (Madrid, diario) 11 junio 1898. No está recogido. Da. Emilia siente asombro por los EE. UU., no admiración; y dice que el asombro es aplastante y depresivo, en cambio la admiración eleva. La "prensa amarilla" es periodismo chismográfico, representado por un "yellow kid," duendecillo de mala intención, como si fuere una peste,

se trata de prensa escandalosa que hiere a las gentes y sólo pretende llamar la atención del público para vender más periódicos; para nuestra autora es prensa rufianesca, pornográfica y malsana con caracteres de cáncer maloliente.

*

La colaboración Núm. **"XVI"** se titula "CAMPOAMOR Y LA MUJER" "Con motivo de la proyectada coronación"; el redactor anónimo reproduce de El Español de Madrid esta colaboración de Da. Emilia y la publica en La Nación de Buenos Aires: miércoles 29 marzo 1899: 3. No está recogido. Pardo Bazán cree que la poesía amorosa y desengañadora de Campoamor sobre la mujer se parece a la de Salomón en Cantar de los cantares; es una poesía bella, sentimental y decepcionadora.

*

La colaboración Núm. **"XVII"** se titula "EMILIA PARDO BAZAN" "SUS TRABAJOS--OBRAS EN PROYECTO"; se trata de un fragmento que el redactor anónimo reproduce de La Epoca de Madrid y lo publica en La Nación de Buenos Aires: jueves 2 noviembre 1899: 3; no está recogido. Es sobre una entrevista de otro redactor con Da. Emilia. Nuestra autora desde La Coruña le explica sus proyectos: va a revisar su obra San Francisco de Asís para incluirla en sus Obras Completas; está coleccionando además un tomo de cuentos regionales, y

dos tomos más: Al pie de la Torre Eiffel, y Por Francia y por Alemania. Tiene otros proyectos sobre novela y teatro.

*

La colaboración Núm. **"XVIII"** se titula "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MISTERIO DEL CONVENTO", se publicó en La Nación de Buenos Aires (SUPLEMENTO): martes 1 enero 1901: 12. No está recogida. Da. Emilia es el narrador de este artículo y se presenta a sí misma como reportero del convento de Jesús de la Mortificación para recuperar en fotografía restos de arte árabe español. El narrador se sorprende cuando ve un grupo de monjitas que le piden que fotografíe a sus niños muñecos jesusitos que cada monja poseía y se peleaban entre ellas para ser la primera y tuvo que fotografiar a todos los jesusitos. Había dos monjas jóvenes que el fotógrafo creyó que le miraban a él, pero se decepcionó cuando comprendió que todo lo que querían de él es que les fotografiase sus muñecos jesusitos, y que era la maternidad lo que las monjas sentían y no la presencia de un hombre.

*

La colaboración Núm. **"XIX"** se titula "CANTO HEROICO" "(Dedicado a los snobs)" El redactor anónimo nos dice que este artículo es una reproducción que publica en La Nación de Buenos Aires: lunes 8 julio

1901: 3-4; pero no nos da datos de dónde lo ha sacado, además ha añadido el subtítulo. No está recogido. Da. Emilia no ha visto una corrida de toros tancredista, pero ha leído sobre el tema y lo hace símbolo de España. Don Tancredo, vivo, ha substituido a la estatua literaria muerta de don Gonzalo de Ulloa del Siglo de Oro; don Tancredo moderno no quiere hacer un trabajo sin fama y que no le de dinero, y prefiere hacer valentías vanidosas y peligrosas para ganarse la vida. Para Da. Emilia, don Tancredo representa la España inmóvil, estancada que no se deja influir por Europa; su valentía es heroica: estar plantado ante el toro sin moverse. Don Tancredo es otro don Quijote ante los leones que no le hicieron caso.

*

La colaboración Núm. **"XX"** se titula "GALICIA Y ESPAÑA" "JUICIOS DE LA PARDO BAZAN" "PARRAFOS DE UN DISCURSO", se trata de un fragmento publicado en La Nación de Buenos Aires: lunes 28 julio 1902: 2-3. Este discurso apareció publicado completo en un librito por el Centro gallego de Madrid, memoria leída y discursos pronunciados en la sesión inagural de la sociedad, celebrada el día 5 de mayo de 1902. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno Cruzado, 1902: 35-51. No está recogido. Da. Emilia dice que ama a Galicia y a la patria, España. Galicia son sus

raíces, y a pesar de estar con frecuencia fuera de Galicia, la echa de menos; y cuando no está en Galicia oye voces y murmullos del paisaje gallego, y lo ha descrito en sus escritos. La patria, España, no ha sido madrastra de Galicia; Da. Emilia no ha podido encontrar injusticias; España es madrastra de sí misma. Los males de Galicia son el caciquismo, no España.

*

La colaboración Núm. "XXI" se titula "DE EMILIA PARDO BAZAN" "LA VIDA CONTEMPORANEA" "UN POCO DE DERECHO", se publicó en La Nación de Buenos Aires: sábado 30 mayo 1903: 3. También se encuentra con el mismo título en La Ilustración Artística (Barcelona semanario) Núm. 1112 (1903): 266. No está recogida. Da. Emilia no desea hablar de autores que están vivos, pues siempre tiene problemas con ellos, lo mismo si habla bien o mal de ellos. En cambio, comenta sobre un libro de consulta que ha leído de D. Dionisio Díaz Enríquez, El derecho positivo de la mujer. Dice que la mujer tiene muchas desventajas, sólo por el hecho de ser mujer, y explica cómo la mujer en la maternidad sólo encuentra deberes dolorosos y no derechos. Da. Emilia aconseja a la mujer a instruirse y luchar por sus derechos. La regeneración de España depende de la mujer, y el hombre debe ayudarla.

*

La colaboración Núm. **"XXII"** se titula "LA QUIMERA" "NOVELA DE EMILIA PARDO BAZAN" "PROLOGO DE LA AUTORA". Publicado en La Nación de Buenos Aires: domingo 29 noviembre 1903: 3-4. Se encuentra además recogida en Emilia Pardo Bazán Obras Completas. T. III. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. (Madrid: Aguilar, 1973) 1272-1274. La Quimera se publicó en La Lectura (Madrid, mensual). Es la primera vez que Da. Emilia pone un prólogo a sus obras, porque ha aparecido un artículo (no dice dónde) diciendo que se reconoce a los personajes por personas conocidas de Madrid. Da. Emilia afirma que La Quimera no es una sátira de la sociedad madrileña. En esta novela Da. Emilia hace un estudio psicológico de un pintor contemporáneo que ella ha conocido. La quimera del título es la ambición de un pintor pobre por ser famoso como los pintores clásicos: Goya, Velázquez etc.; pintó a Da. Emilia favorecida y expuso el retrato que ganó fama, y empezaron a pedirle retratos la aristocracia hasta que enfermó de tuberculosis y Da. Emilia y su madre le cuidaron hasta que murió. Se trata del pintor Vaamonde que inspiró a Da. Emilia a escribir esta novela.

COLABORACIONES ASIDUAS
EVOLUCION Y PRODUCCION DE LA PUBLICACION
DE LAS CRONICAS DE Da. EMILIA PARDO BAZAN
EN LA NACION DE BUENOS AIRES

CAPITULO III

*

Desde que un redactor anónimo del diario La Nación anunció a Da. Emilia Pardo Bazán como "Nueva Colaboradora" y autora de prestigio llamada ya "inmortal" el lunes 1 de marzo de 1909: 7,[1] hasta el domingo 3 de julio de 1921: 4, en que le publicaron su póstuma colaboración[2] publicó 260 crónicas.

En nuestra investigación no hemos podido encontrar el contrato original de Da. Emilia con el periódico La Nación. Estas crónicas las transcribimos lo más fielmente posible; sin embargo, hemos corregido las

[1] Al fallecimiento del periodista español don José Nogales (1850-1908) y autor de la novela Mariquita León y el cuento "Las tres cosas del tío Juan," creó un vacío en los corresponsales europeos en el periódico La Nación, y para ocuparlo nombraron a nuestra escritora gallega.

[2] Da. Emilia falleció el 12 de mayo de 1921. Mas parece que se encontraban en camino hacia el diario de La Nación de Buenos Aires, tres colaboraciones más que se publicaron después.

erratas de impresión evidentes de La Nación, modernizado la acentuación y a veces la puntuación. Es de notar, además, cómo en numerosas ocasiones Da. Emilia se dirige directamente a sus lectores argentinos e hispanoamericanos. Es obvio, pues, que estas crónicas fueron escritas exclusivamente para La Nación de Buenos Aires[3].

*

En 1909 La Nación publicó a Da. Emilia 20 crónicas.

Empezaron el lunes 1 de marzo de 1909; fue escrita dos meses antes, en Madrid, enero de 1909. Como es obvio, el transporte por barco de España a Buenos Aires duraba de tres a cuatro semanas. Además La Nación no siempre publicaba sus crónicas regularmente. El número mensual varía a través de los 13 años; hay meses en que no se encuentra ninguna crónica, sin embargo, hay otros en que publica hasta 5 crónicas.

*

En el mes de marzo de 1909, publicó **tres** crónicas:

[3] Podemos verificar, cómo la mayor parte de estas crónicas, en los subtítulos indica que están escritas (Para La Nación)

la Núm. (1) "CRONICA" "UNA EXPOSICION DE EXCULTURA"[4] (para la La Nación), escrita en Madrid, enero de 1909, y publicada dos meses después: lunes 1 marzo 1909: 5. Da. Emilia habla sobre el escultor andaluz Coullaut Valera, sobrino del escritor D. Juan Valera y alumno del elegante escultor malagueño Susillo que se suicidó porque no podía continuar sosteniendo el lujo en que su familia vivía acostumbrada. El artículo comenta la última exposición de Coullaut Valera en la cual exhibe estatuas de madera, llamadas santos de palo, y el proyecto de un monumento a su tío, el autor de Pepita Giménez. La Núm. (2) "CRONICA" "LOS BAILES DE BENEFICENCIA" "Iniciativas de la Reina Cristina" (Para La Nación), escrita en Madrid, febrero de 1909, y publicada al mes siguiente: domingo 14 marzo 1909: 5. Da. Emilia habla sobre las obras caritativas de la infanta Isabel Francisca de Borbón y la marquesa de Esquilache, y comenta cómo la reina Cristina reparte comidas a los necesitados, y tiene roperos para vestir a los pobres, y pide a los donantes que den ropas sencillas sin lujos; nuestra autora es la

[4] En esta primera crónica, Da. Emilia se dirige a La Argentina con cariño y dice así: "Al escribir por primera vez para La Nación, dirijo cordialísimo saludo al público y a la prensa de Buenos Aires, y en general a la República Argentina, de la cual han llegado hasta mí tantos cariñosos testimonios de afecto y de consideración, tantos estímulos a mi labor literaria"

vicepresidente de estos roperos y pide a través de esta crónica a sus lectoras argentinas que se hagan socias de los roperos y envíen ropas. La Núm. (3) no lleva título específico, simplemente dice "LA NACION" "CRONICA" se publicó miércoles 24 marzo 1909: 5. Lleva por tema, Zorrilla en la actualidad; estreno de su ópera Margarita la Tornera en el teatro Real de Madrid con música de Chapí. Se ha hecho una petición al gobierno español para que pensionen a la anciana, pobre, y casi ciega viuda de Zorrilla con 6000 pesetas. España tiene música popular hermosa como la «sardana» de Garín o la «zarabanda» de Margarita la Tornera. Zorrilla se inspiró para su obra en una leyenda de las Cantigas de Alfonso el Sabio. La fama de Zorrilla no le hizo rico, vendió su Tenorio por muy poco dinero, obra que no ha dejado de representarse y sobre la cual han sacado millones los editores y empresarios.

*

En el mes de abril de 1909, publicó dos crónicas, no recogidas posteriormente: la Núm. (4) "CRONICA" "LAS EXCURSIONES DEL REY ALFONSO" "LAS MAESTRANZAS Y LAS ORDENES" "SU PAPEL SOCIAL" (Para La Nación), escrita en Madrid, marzo de 1909 y publicada al mes siguiente: viernes 9 abril: 5. El rey Alfonso XIII ha visitado Ronda, Andalucía, donde se encuentra la más antigua maestranza nobiliaria. D. Emilia explica a sus

lectores americanos lo que son las maestranzas: antiguamente fueron para amaestrar a los ginetes y caballos para la guerra; hoy en día los muchachos aristócratas asisten y reciben un elegante uniforme y lo lucen en las grandes solemnidades, especialmente en palacio. Da. Emilia siente que no exista la orden de los Templarios. Las órdenes y las maestranzas hoy en día son decorativas más que otra cosa. Los ministerios tienen sus uniformes; hay demasiados uniformes y medallas en España, aunque ya va cayendo algo en desuso salir a la calle en uniforme de maestre. La Núm. (5) "CRONICA" Para La Nación,[5] escrita en Madrid, abril de 1909, y publicada a finales del mismo mes: miércoles 28 abril 1909: 5. En ella Da. Emilia comenta la muerte del compositor español Ruperto Chapí (1851-1909) de 58 años de pulmonía; acababa de estrenar Margarita la tornera, y Los majos de plante; murió sin terminar su obra; fue compositor prolífico y escribió "óperas, zarzuelas, sainetes, cuartetos, música de concierto y para banda militar"; Fantasía morisca tuvo gran éxito. Da. Emilia conoció a Chapí en la boda de una hija del compositor, y habló con él; quería escribir ópera española, pero no le quedó tiempo; murió antes de realizar su sueño.

[5] Nótese, que aunque no lleva subtítulo, está escrita para La Nación.

*

En el mes de mayo de 1909 publicó solamente una crónica: la Núm. (6) "CRONICA" "RECORDANDO A LARRA-EL TITULO DE SELLES" (Para La Nación), escrita en Madrid, abril de 1909 y publicada al mes siguiente: martes 4 mayo 1909: 4-5. Es a propósito del centenario del nacimiento de Larra. En el Ateneo habló su presidente Don Segismundo Moret; en el teatro Español habló Benavente, el catedrático Bonilla San Martín y el crítico Francos Rodríquez; disertaron sobre el suicidio de Larra por una mujer casada cuyo nombre se ignora. Para Da. Emilia, Larra debe su fama a la bala que lo mató; Larra escribía como un clásico, pero por su muerte se le considera romántico. No recogida.

*

En el mes de junio de 1909 publicó tres crónicas: la Núm. (7) "CRONICA" "TEATROS Y PUBLICO" (Para La Nación), escrita en Madrid, mayo de 1909, y publicada al mes siguiente: domingo 6 junio 1909: 7. Se acaba de publicar un libro titulado El teatro en España por el director del Heraldo de Madrid. Da. Emilia es muy aficionada al teatro, pero va poco, porque le gustan obras serias y clásicas y ahora están poniendo muchas obras de diversos autores que duran poco tiempo en el cartel y son de poco fuste. La gente va a divertirse, a ver teatro y cine de poca seriedad; va a ver

películas de detectives, misterio y ladrones; el público es el que paga y por eso le dan lo que quiere. La Núm. **(8)** "CRONICA" "LA EXPOSICION DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJER..." (Para La Nación), escrita en Madrid, mayo de 1909, y publicada al mes siguiente: lunes 14 junio 1909: 5. Sobre la exposición de retratos de mujeres importantes que ya no existen, en París. El salón está siempre lleno de visitantes. La exposición ha sido organizada por la reina de Inglaterra y varios directores de museos, en beneficio de las familias de los naúfragos franceses. No todas las damas de los retratos son bellas; de 50 inglesas representadas, 25 son feas; los pintores franceses tienen más gracia que los ingleses. La Núm. **(9)** "CRONICA" "LA MUERTE DE UNA ESCRITORA" "LA VEJEZ DE UN ASTRO" (Para La Nación), escrita en Madrid, mayo de 1909, y publicada al mes siguiente: miércoles 23 junio 1909: 5-6. Sobre la muerte de la escritora francesa Blanc Bentzon, que escribía con el pseudónimo de Th. Bentzon; fue feminista y reportera, viajó a Rusia y Norteamérica; vio a Tolstoy y escribió sobre él y la mujer yanqui. Da. Emilia ha visto a la vieja y famosa actriz francesa Sarah Benhardt en L'Aiglon de Rostand; a nuestra autora no le gustó nunca esta actriz; piensa que no es natural, que es exagerada en su dicción y está tocada de barroquismo y gongorismo; Sarah está muy

vieja y enferma; cuando fue joven era muy delgada y puso la moda en París. No están recogidas.

*

En el mes de julio de 1909, publicó solamente una crónica: la Núm. (10) "CRONICA" "LOS ENANOS." Sin datos de composición. Publicada: martes 6 julio 1909: 7. Sobre la exhibición de enanos en el Jardín de Plantas de París. Da. Emilia piensa que los enanos son monstruos, feos, repugnantes y vanidosos, les gusta ser admirados y aplaudidos; tienen circos y cantan, pelean, actúan, venden golosinas y tarjetas. Es triste verlos; llevan a los niños para que los vean. Una vez al mes hay una boda entre enanos y va mucha gente a verlos. Hay enanos de muy diversos países. A los seres humanos nos gusta sentirnos superiores. A los reyes antiguamente les gustaba rodearse de enanos. No recogida.

*

En el mes de agosto de 1909 publicó tres crónicas: la Núm. (11) "CRONICA." Sin más datos; publicada martes 3 agosto 1909: 5-6. De tema vario: el público quiere que la reina traiga niña; sobre teatro: Tina de Lorenzo, buena actriz italiana; ha tenido éxito, pero ha representado obras sin valor artístico; en el teatro Español hay días verdes para las casadas y días blancos para las solteras. Los hombres pueden asistir a todas

las obras y las chicas se quejan por ser descriminadas; sin embargo, han representado Julia y Romeo en día blanco, aunque esta obra tiene mucho de verde. La Núm. (12) "LA NACION" "CRONICA" "DE FEMINISMO--LOS PREMIOS DE BELLEZA," sin fecha de composición; publicada: lunes 16 agosto 1909: 5. Da. Emilia piensa que el feminismo en España es parecido al de Hispanoamérica. Llama a España las Españas: Cataluña, el país vasco, Galicia, Andalucía, las Castillas; cada región tiene sus peculiaridades. Un periodista escandinavo le ha preguntado a Da. Emilia sobre el feminismo en España porque es una cuestión actual; Da. Emilia piensa que no existe el feminismo en España: la mujer no puede ir a donde van los hombres; para la mujer española el matrimonio es su colocación. Hay mucha descriminación: hay doctoras que no pueden ejercer su carrera porque son mujeres. Los concursos de belleza son un avance para la mujer, pero ha habido muchas críticas en los periódicos sobre las imperfecciones del cuerpo; en realidad, para Da. Emilia el esqueleto es lo más importante en el cuerpo. La Núm. (13) "CRONICA," sin más datos; publicada en La Nación de Buenos Aires: lunes 23 agosto 1909: 5. Da. Emilia piensa que hay que cultivar algo en la vida que la llene de esperanza y no aburrirse. Pablo Bosch es coleccionista de medallas de personajes y tiene una colección muy interesante, sus

medallas siguen la historia de España y además son calificadas como objetos de arte; Da Emilia piensa que sería gran riqueza para algún museo que la colección se mantuviese expuesta. Nuestra escritora solía coleccionar abanicos y ahora siente envidia de los que coleccionan objetos y disfrutan tanto cuando consiguen algo nuevo, mas ella no puede, pues su vida de escritora le consume todo su tiempo. No están recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1909 publicó dos crónicas: la Núm. **(14)** "CRONICA" "EL SOÑADOR DEL OCEANO," sin datos de composición, publicada: lunes 27 septiembre 1909: 6. Sobre el príncipe Alberto I de Mónaco, rey absoluto, investigador y escritor del mar. Da. Emilia le ha recibido en su palacio de las Torres de Meirás; lleva un laboratorio flotante en su yate, con hombres científicos, y diferentes especies en frascos con alcohol, sabe castellano; ha escrito el libro La carrera de un navegante con elementos de autobiografía; su especialidad es la ocenografía. En 1898 se fundó en Mónaco el único museo de ocenografía. El príncipe es melancólico y piensa en el más allá; está desengañado y parece que trata de ocupar su vida. La Núm. **(15)** "CRONICA," sin más datos; publicada: jueves 30 septiembre 1909: 6. Trata sobre la

Exposición arqueológica de Santiago de Compostela. Da. Emilia estuvo ayudando y se queja de que no está bien catalogada. Santiago de Compostela fue en la Edad Media lugar de peregrinaciones; hubo comercio de plata y azabache labrado. Nuestra autora pasa revista a objetos expuestos, entre ellos una estatua de un san Miguel Arcángel de marfil que mide unos 50 metros de altura, de fines del siglo XVII o principio del XVIII; hay también otras estatuas, cruces y además cuadros. No están recogidas.

*

En el mes de octubre de 1909 publicó dos crónicas: la Núm. **(16)** "CRONICA" "EL GRECO Y EL CULTO DEL GRECO," sin datos de composición; publicada: domingo 24 octubre 1909: 6. Esta crónica es la continuación de la anterior; sobre la exposición de arte retrospectivo en Santiago de Compostela, había allí un cuadro de la Sagrada familia del Greco, propiedad del escultor Brocos, que lo había encontrado en un rastro y es desconocido por los estudiosos del Greco. Según Da. Emilia, el Greco no fue entendido en su época; para ella El entierro del conde Orgaz es su mejor cuadro. La Núm. **(17)** "CRONICA" "EL PASADO" DE MARRUECOS" (Para La Nación), sin datos de composición; publicada: sábado 30 octubre 1909: 7. Sobre el origen e historia de Marruecos. España ha tenido siempre guerras con

Marruecos. Francia ganó Argel con poco esfuerzo, cuando los españoles estaban ocupados peleando en otros lugares de Africa. No están recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1909 publicó solamente una crónica, la Núm. **(18)** "CRONICA" "MORA MUERTA," sin más datos; publicada: jueves 11 noviembre 1909: 7. Querra entre España y Marruecos. Sobre la muerte de una mujer rifeña, mora, muerta en acción de guerra, en Africa, cayó herida gravemente cuando estaba disparando contra los españoles y la llevaron a un hospital español donde falleció. El marroquí no trata bien a sus mujeres y las consideran inferiores a los hombres; la mujer es más débil que el hombre y la debilita más la gestación. No recogida.

*

En el mes de diciembre de 1909 publicó dos crónicas, la Núm. **(19)** "CRONICA EUROPEA" "INCIDENTE PERSONAL--UN FUNDADOR DE ESCUELA," sin más datos; publicada: jueves 2 diciembre: 7. Sobre un periódico de Buenos Aires, que dice que Da. Emilia está pidiendo dinero para que le pongan una estatua, y no es verdad. Ha muerto César Lombroso (1835-1909) médico y criminalista italiano, fundador de la escuela antropológica-jurídica. Los abogados encontraban en las leyes de Lombroso exculpación para los criminales,

como pacientes de supuestas enfermedades. La Núm. **(20)** "CRONICA HISPANO-EUROPEA" "UN NUEVO IDOLO," sin más información; publicada: lunes 6 diciembre 1909: 5-6. Sobre el escandaloso proceso criminal de la bella y neurótica Sra. Meg Steinheil de París que había estrangulado a su madre y envenenado a su mediocre marido pintor para vivir mejor con su amante. No recogidas.

*

En 1910 La Nación le publicó 26 crónicas.

En el mes de enero de 1910 publicó tres crónicas, la Núm. **(21)** "CRONICA ESPAÑOLA," sin más datos; publicada: miércoles 5 enero 1910: 7. Se trata de un homenaje al periodista y poeta bilingüe valenciano Teodoro Llorente (1836-1911), y la publicación de su libro de versos Nou Llibret. Es poeta humanitario; canta al amor, la paternidad y la amistad. La Núm. **(22)** "CRONICA DE ESPAÑA" "MONSALVATO, LOHENGRIN ESPAÑOL," sin más datos; publicada: lunes 17 enero 1910: 6. Sobre la ópera Lohengrin de Wagner. La Núm. **(23)** "CRONICA DE MADRID" "LA CORTE DE LOS VENENOS," sin más información; publicada: domingo 30 enero 1910: 6-7. Sobre el fin de la querra de Melilla, y regreso de las tropas. Además comenta Da. Emilia que el teatro de la Princesa ha sido comprado y renovado lujosamente, y puesto con buena calefacción por los empresarios,

esposos y actores Mendoza-Guerrero, y de la presentación de la entretenida obra de teatro, La corte de los venenos de Sardou. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1910 publicó solamente una crónica, la Núm. (24) "CRONICA DE EUROPA" "NOVEDADES LITERARIAS" (Para La Nación), sin más datos; publicada: domingo 20 febrero 1910: 6. Sobre el nacimiento del movimiento literario el Futurismo de Marinetti, precursor de los futuristas. A Da. Emilia no le convence todo ese movimiento de trenes, automóviles y aeroplanos como tema poético, y piensa que no persistirá en la literatura. Para nuestra autora Marinetti es un escritor ecléctico, y añade que él odia a la mujer, y al arte. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1910 publicó dos crónicas, la Núm. (25) "CRONICA DE ESPAÑA," (Para La Nación) escrita en Madrid, febrero de 1910; y publicada al mes siguiente: lunes 7 marzo 1910: 5-6. Sobre el extraordinario orador argentino don Belisario Roldán que había dado conferencias en el Ateneo de Madrid. Da. Emilia felicita a la Argentina por este artista y describe su técnica: la entonación de su voz, sus pausas, sus altos y bajos etc. La Núm. (26) "CRONICA DE MADRID" (Para La Nación) "Una ópera española--Dos

dramas," sin más información; publicada: sábado 12 marzo 1910: 6. Se trata de un comentario sobre el hecho de que en España no se cimenta la ópera, pero sí la zarzuela; las óperas españolas estropean las gargantas de los cantantes porque son demasiado altas las voces. Esto le permite comentar sobre el estreno de Colomba con música de Vives y letra de López Ballesteros; y también sobre El Redentor de Santiago Ruisiñol, trad. del catalán; El místico; y La fuente amarga de Linares Rivas. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1910 publicó dos crónicas, la Núm. (27) "CRONICA DE MADRID" "EL ESTRENO DE SALOME," sin más información, publicada: viernes 1 abril 1910: 8. Sobre el estreno de la obra de teatro Salomé de Oscar Wilde y música de Ricardo Strauss. El artículo se detiene en Gemma Bellincioni que actúa excelentemente su papel de Salomé; en la danza de los 7 velos es magnífica. La Núm. (28) "LA NACION" "CRONICA MADRILEÑA," sin más datos, publicada: lunes 25 abril 1910: 5. Sobre la construcción de la Gran Vía de Madrid, por la cual tienen que demoler casas y tiendas, entre ellas dos tiendas de abanicos que Da. Emilia visitaba. Los señores Lambea y el Chino tratan los abanicos con cariño y reparan los que están estropeados. Da. Emilia alude que posee más de 25 abanicos históricos en su colección. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1910 publicó tres crónicas, la Núm. (29) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA," sin más datos, publicada: sábado 14 mayo 1910: 6. De varios temas: publicación de varios libros: la novela Boy del padre Coloma; Etica española del catedrático de filosofía de Orense, Eloy Luis André. Da. Emilia visita Figueras y su castillo. La Núm. (30) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "LA INFANTA ISABEL," sin más datos, publicada: domingo 22 mayo 1910: 5. La infanta Isabel, hija de Isabel II, hermana de Alfonso XII y tía de Alfonso XIII viaja a la Argentina para la celebración de las fiestas de Independencia. Es mujer sencilla, práctica y bondadosa, no se mezcla en política y ayuda a los artistas a desarrollar su talento; es deportista y no sigue la moda femenina; tiene buena salud y viaja frecuentemente; lleva el cuadro de Moreno Carbonero para el Municipio de Buenos Aires el cual representa la fundación de la ciudad; va bien acompañada por la marquesa de Nájera, el coronel Cavalcanti (yerno de Da. Emilia) etc. La Núm. (31) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA," sin más datos, publicada: domingo 29 mayo 1910: 5-6. De tema vario: el padre Cejador, autor filólogo, critica a Sevilla de perezosa, y los sevillanos se han molestado. Da. Emilia anuncia la próxima publicación de su libro Literatura francesa

contemporánea: El Romanticismo. Da. Emilia menciona a sus lectores sudamericanos. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1910 publicó solamente una crónica, la Núm. (32) "CRONICA DE ESPAÑA" "COMUNICACION INTELECTUAL CON FRANCIA" "DESCUBRIMIENTOS DEL MARQUES DE CERRALBO" (Para La Nación) sin más datos, publicada: martes 7 junio 1910: 6-7. De tema vario: Los argentinos están siendo motivo de inspiración en las letras francesas: L'Aventure y Le Scandale. Ernesto Merimée, hispanista ilustre y fundador del Boletín Hispánico, sobrino de Próspero Merimée el autor de Carmen, está en España dando conferencias, es un hispanista del Siglo de Oro; sigue su dinastía su hijo, también hispanista, Enrique Merimée. Se descubre una ciudad celtíbera, el marqués de Cerralbo ha encontrado la pila donde se cree que hubo sacrifios humanos. No recogida.

*

En el mes de julio de 1910 publicó dos crónicas, la Núm. (33) "LA NACION" "CRONICA DE MADRID" "EL ESTRENO DE CHANTECLER" (Para La Nación) sin fecha de composición, publicada: miércoles 6 julio 1910: 6. Se comenta la puesta en escena de la obra titulada Chantecler de Rostand, es teatro de animales de extremada dicción y sonidos exagerados de animales; no

ha gustado al público ni tampoco a Da. Emilia. La Núm. (34) "CRONICAS DE ESPAÑA" "UN LIBRO DE UNAMUNO," sin más información, publicado viernes 22 julio 1910: 7-8. De tema vario: el libro de Unamuno Mi religión. Da. Emilia piensa que lo mejor es trabajar para no acordarse de la muerte. En el palacio de Meirás, tiene Da. Emilia un cristo llamado El cristo del dolor, de pelo largo. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1910 publicó tres crónicas, la Núm. (35) "CRONICA DE ESPAÑA" "SAEZ PEÑA EN MADRID" (Para La Nación) sin más datos, publicada: miércoles 3 agosto 1910: 6-7. De tema vario: Sáez Peña primer presidente de la República Argentina visita Madrid. En las costas se oye mucho el nombre de Buenos Aires a donde emigran los españoles; la emigración es un mito de riqueza. Da. Emilia dice que ha escrito un prólogo al libro titulado Los salones de Madrid de Montecristo. La Núm. (36) "LA NACION" "CARTAS DE ESPAÑA" "LA EPOPEYA" (Para La Nación) escrita en MADRID, julio de 1910 y publicada al mes siguiente jueves 11 agosto 1910: 6-7. Sobre el libro de don Ramón Menéndez Pidal L'épopée castillane à travers la littérature espagnole; son 6 conferencias que dio en la universidad de Johns Hopkins, Baltimore; trad. de Enrique Merimée; además recuerda que ha escrito La leyenda de los Infantes de

Lara. Da Emilia señala además que su mujer es doctora y colabora con él en las investigaciones. La Núm. **(37)** "CRONICA DE ESPAÑA" "LA SOMBRA DEL REY DON PEDRO" (Para La Nación) sin más datos, publicada: domingo 14 agosto 1910: 7. Sitges ha publicado un libro titulado Las mujeres del rey don Pedro I de Castilla. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1910 publicó tres crónicas. La Núm **(38)** "LA NACION "CRONICA DE ESPAÑA" "COLON OTRA VEZ" (Para LA NACION) MADRID, agosto de 1910; y publicada al mes siguiente: domingo 4 septiembre 1910: 7. Roselly de Lorgues, escritor francés quiso canonizar a Colón en 1870, pero el papa Pío X lo ignoró. Colón fue ambicioso, pero no santo. La Núm. **(39)** "CARTAS DE ESPAÑA" "LA CARTULINA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: miércoles 7 septiembre 1910: 7. Sobre el importante papel social que juegan las tarjetas. Lo mismo el rico que el pobre envía la misma cartulina que está de moda; se escriben tarjetas para todos los eventos: reuniones, bodas, bautizos, entrevistas políticas etc. La Núm. **(40)** "CRONICA DE ESPAÑA" "ALREDEDOR DE LA CIENCIA" sin más datos, publicada: domingo 25 septiembre 1910: 10. De varios temas: el cólera, la comida, la higiene y el crimen de Gador, ocurrido por superstición e ignorancia. Da. Emilia ha escrito el cuento «Un

destripador de antaño» para el cual se inspiró en el crimen de Gador. No recogidas.

*

En el mes de octubre de 1910 publicó solamente una crónica, la Núm. **(41)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: domingo 16 octubre 1910: 8. Se trata de una crónica sobre un crimen de infidelidad conyugal. Da. Emilia piensa que hay que ser comprensivos y no querer castigar a los malhechores sin saber los hechos. Anglolillo mató a Cánovas del Castillo en un balneario; sus policías no cumplieron con su obligación de vigilar a cualquier hombre extraño. No recogida.

*

En el mes de noviembre de 1910 publicó dos crónicas, la Núm. **(42)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "NOVEDADES," sin más datos; publicada: sábado 5 noviembre 1910: 8. Crónica sobre las desventajas de la mujer que puede estudiar, pero no ejercer su profesión como el hombre; sin embargo, el ministro de Instrucción Pública, Julio Burell, está ayudando a la mujer a que pueda trabajar profesionalmente; y así Da. Emilia se lo comunica a sus lectores españoles en la Argentina; la mujer obrera está más emancipada que la mujer burguesa. La Núm. **(43)** "LA NACION" "CARTA DE ESPAÑA" "UN LIBRO DE GABRIEL MAURA," sin más datos; publicada: martes 22

noviembre 1910: 7. Sobre un libro de historia de Gabriel Maura Gamazo, hijo de D. Antonio Maura, el político, titulado Rincones de la historia, basado en artículos publicados en la revista La Lectura. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1910 publicó tres crónicas, la Núm. **(44)** "LA NACION" "CARTAS DE ESPAÑA" "LO DE PORTUGAL" escrita en MADRID, noviembre de 1910; y publicada al mes siguiente: sábado 3 diciembre 1910: 7. Sobre Portugal, país que tiene muchos problemas económicos y un ejército sin disciplina; pero buenos actores. Portugal se parece mucho a Galicia. La Núm. **(45)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "DEL SIGLO DE ORO," sin más datos; publicado: lunes 26 diciembre 19190: 6. Sobre la amiga de Da. Emilia, escritora y erudita Blanca de los Ríos Lampérez, estudiosa de Tirso de Molina. La Núm. **(46)** "LA NACION" "CRONICAS DE EUROPA" "DESENLACE DE UNA VIDA" (Para LA NACION) sin más datos; publicada: sábado 31 diciembre 1910: 5. Sobre la vida y muerte del escritor ruso León Tolstoi (1828-1910). No recogidas.

*

En 1911 La Nación le publicó 24 crónicas.

En el mes de enero de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. **(47)** "CARTAS DE EUROPA" "SOMBRAS DEL PASADO"

(Para LA NACION) sin más datos, publicada: lunes 9 enero 1911: 6. Sobre el libro de Carolina Murat Memorias de ultratumba: acerca de la mala suerte de la española y hermosa Eugenia de Montijo, ex-emperatriz de Francia. La autora fue pariente pobre de Eugenia y no la quería. Se le critica a Eugenia de ser coqueta y poco seria, de la pérdida de las guerras de su marido y culpable de la muerte de su hijo por haberle enviado a la guerra. Da. Emilia no lo cree, y le parece un poco extraño que viviese en Inglaterra y no en España, cuando se quedó sola. La Núm. **(48)** "CRONICA DE MADRID" "LOS BAILES DE PALACIO" (Para LA NACION) escrita en Madrid, enero de 1911, y publicada a finales del mismo mes: viernes 27 enero 1911: 6. Descripción del baile social en el Palacio de Oriente. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1911 publicó sólo una crónica, la Núm. **(49)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para La Nación) escrita en Madrid, enero de 1911, y publicada al mes siguiente: domingo 12 febrero 1911: 6. De tema vario: Francia no admite mujeres en sus academias; hay grandes discusiones para admitir a Mme. Curie. El libro del padre Coloma acerca de la Fernán Caballero, iniciadora del Realismo en España, comenta que era sentimental, soñadora y dramática; fue clásica por las costumbres y el lenguaje andaluz que describe,

pero su forma es extranjera; tenía alegría y resignación, pues después de perder a tres maridos y su fortuna vivía modestamente. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1911 publicó tres crónicas, la Núm. (50) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "LOS MENDIGOS DE MADRID" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: lunes 6 marzo 1911: 5-6. Grupos de malhechores apaches comenten crímenes y robos en París. Problemas con los mendigos de Madrid que son vagos, no quieren trabajar ni estar en asilos; las autoridades desean darles trabajo y a los niños escuelas. La Núm. (51) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: viernes 17 marzo 1911: 5-6. Sobre teatro; para nuestra autora, el pueblo español no aprecia su teatro clásico, sin embargo, en Alemania se está representando La vida es sueño de Calderón; Un drama nuevo, Locura de amor de Tamayo. Al presente se representan obras sin profundidad. La Núm. (52) "CRONICAS MADRILEÑAS," sin más datos, publicada: viernes 31 marzo 1911: 6. En España el público no acepta que la mujer lleve la falda pantalón; hay castigo de multas y prisión a los ofensores que abuchean a las mujeres que la llevan; las autoridades han hecho llamadas de serenidad en la prensa. En Francia también abuchean a las mujeres que llevan falda

pantalón. Da. Emilia acepta la falda pantalón porque la cree práctica. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. **(53)** "CRONICA DE ESPAÑA... Y FUERA DE ELLA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: miércoles 5 abril 1911: 6. Crimen pasional de un señorito que da muerte a su novia porque ella quería romper las relaciones; pero no se le hace responsable porque le creen anormal. Da. Emilia no está de acuerdo sobre la inocencia del criminal y cree que no es justo que se le deje libre, y piensa que en los EE. UU. están mejor organizados pues creen en la rehabilitación de los criminales. La Núm. **(54)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: sábado 29 abril 1911: 6-7. Sobre teatro: Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873) de Logroño escribió 167 comedias de costumbres y dramas; en su obra El café hace un estudio de la sociedad en que vivía, pero no tuvo suerte. A Echegaray se le consideró superior de lo que era, mas ya no se le representa; a Benavente también se le tiene olvidado. El público va al teatro a reír y ver bobadas. Cervantes tampoco tuvo suerte en el teatro. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. **(55)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA

NACION) sin más datos, publicada: viernes 19 mayo 1911: 6. Sobre literatura de tendencia erótica; se trata de literatura mentirosa y desequilibrada, no verdadera. La Núm. (56) "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin mas datos, publicada: miércoles 31 mayo 1911: 6. Varia: Sobre el periodista llamado Machancoses que no fue bien recompensado al devolver una cartera que había encontrado con mucho dinero. Sobre el accidente de un niño en la colonia de Güel, Barcelona, que cayó en un aljibe con productos químicos y se quemó severamente la piel de las piernas; los obreros de la fábrica ofrecieron generosamente dar su piel para el injerto del niño. Gran contraste con el crimen de Gador mencionado en la crónica Núm. (40) No recogidas.

*

En el mes de junio de 1911 publicó solamente una crónica la Num. (57) "CRONICAS DE ESPAÑA" "SOBRE LIBROS Y EDITORES" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1911 y publicada al mes siguiente: miércoles 14 junio 1911: 6. Varia: Da. Emilia menciona cómo esta crónica es enviada a Buenos Aires. La Editorial Renacimiento imprime mucha literatura, buena y mala: literatura erótica y literatura seria. A Da. Emilia le han imprimido sus Obras Completas. Felipe Trigo es gran novelista; Concha Espina es autora moralista. Da. Emilia desea intercambio de libros entre España y América para conocernos mejor. No recogida.

*

En el mes de julio de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. **(58)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más información, publicada: sábado 8 julio 1911: 6-7. Sobre teatro: el público español sólo va al teatro a ver obras cómicas. Ferruccio Garavaglia es muy pálido y melancólico, pero es buen actor italiano; representa excelentemente a Shakespeare. La Núm. **(59)** "CRONICA DE ESPAÑA" "UNA BODA DE NOBLES" "LOS MEDINACELI" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1911, y publicada al mes siguiente: domingo 16 julio 1911: 7. Varia: Da. Emilia no puede ser reportera de sociedad, porque para tener éxito hay que mentir, y le gusta sólo la verdad; sobre la procedencia de los Medinaceli y su gran importancia social en España; Da. Emilia asistió a su boda. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1911 publicó tres crónicas, la Núm. **(60)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "VINDICACION DE LA COCINA HISPANICA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1911, y publicada al mes siguiente: martes 1 agosto 1911: 5. Varia: Platos típicos españoles: "el pote gallego," "el gazpacho andaluz;" "el garbanzo" se vuelve a mirar bien, a Da. Emilia siempre le ha gustado "el garbanzo"; los españoles tienen fama de gastrónomos; el español

soporta el hambre mejor que otras razas; Emilio Castelar emprendió la rehabilitación de la cocina española, le enviaban recetas de todas las provincias de España y las usaba cuando tenía invitados extranjeros; así Da. Emilia conoció al general Mitre de La Argentina. La Núm. **(61)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CONGRESO EUCARISTICO DE MADRID" "LITERATOS MUERTOS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1911, y publicada al mes siguente: viernes 11 agosto 1911: 8. Varia: Gumersindo Azcárate (político, jurisconsulto, y sociólogo español 1840-1917) habló en el Congreso y pidió tolerancia, para que no hubiera bombas durante el Congreso Eucarístico en Madrid. En Armenia están degollando cristianos como en la época del siglo III. Muerte de tres escritores: José Siles; Carlos Fernández Shaw (1865-1911); Teodoro Llorente (1836-1911); la Núm. **(62)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más información, publicada: miércoles 30 agosto 1911: 6. Varia: Las personas mayores cuentan que el cólera dejó casas vacías en Galicia. En La Coruña se sacó en procesión al Nazareno el cual ha inspirado a Da. Emilia el cuento **"El rizo del Nazareno"**. Cesó la epidemia debido al progreso de la higiene. Ahora está la peste en Marsella, puerto sucio. A Da. Emilia no le gusta Portugal; tratan muy mal a sus prisioneros políticos; conoce a sus escritores y desea prosperidad

a Portugal. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1911 publicó solamente una crónica, la Núm. **(63)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "UN MITIN CONTRA LA GUERRA" "EL VERANEO" (Para LA NACION, escrita en MADRID, agosto de 1911, y publicada al mes siguente: sábado 9 septiembre 1911: 5. Varia: Atentado anarquista contra el barco llamado «Numancia» y fusilamiento del fogonero que la capitaneó; conferencias en contra de la guerra en Madrid. Las montañesas gallegas llamadas «las catalinas» por recomendación del médico, se bañan en las playas, pero lo hacen vestidas. Sin embargo, en Europa se bañan con trajes de baño de punto muy ajustados y bailan en las playas. Da. Emilia lo llama orgías. Menciona a América. No recogida.

*

En el mes de octubre de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. **(64)** "LA NACION" "CRONICAS DE EUROPA" (Para LA NACION) sin más información, publicada: domingo 1 octubre 1911: 6. Varia: Robo de La Gioconda de Leonardo de Vinci, del Louvre de París; se había dicho en el periódico Le cri de Paris un año antes que este cuadro no era el original; el museo no tenía buena seguridad; hay además otra Gioconda en el museo del Prado de Madrid; no se sabe cúal es el original; en

este museo se encuentra además: La tiara Saltafarnes que no es la verdadera y el busto de Elche de España. Da. Emilia visitó el Louvre. La Núm. (65) "CRONICA DE EUROPA" "LA GIOCONDA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1911, y publicada al mes siguiente: martes 10 octubre 1911: 6. No hay noticia del paradero de La Gioconda de Leonardo; existen varias copias de La Gioconda: Florencia, Munich, Madrid, Londres, Roma. Da Vinci estuvo obsesionado con su modelo y la pintó en otros cuadros. A Da. Emilia no le parece tan importante este cuadro. Han despedido a altos y bajos funcionarios del museo por descuidados. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1911 publicó dos crónicas, la Núm. (66) "CRONICAS DE ESPAÑA," sin más datos, publicada sábado 25 noviembre 1911: 8. Sobre la celebración del centenario del nacimiento del político, escritor y poeta gallego Nicomedes Pastor Díaz (1811-1863). Vivió estrechamente y fue poeta romántico, enfermó del mal de siglo, melancólico, dolorido, sintió nostalgia por su tierra natal: describió a Galicia y quiso que le enterrasen allí cuando muriera. Zorrilla y Pastor Díaz recitaron poemas en el entierro del poeta suicidado Larra. La Núm. (67) "LA NACION" "CRONICAS DE EUROPA" "EL CENTENARIO DE TEOFILO GAUTIER," escrita en

MADRID, noviembre de 1911, y publicada a finales del mismo mes: martes 28 noviembre 1911: 7. Celebración del centenario de nacimiento del escritor francés Teófilo Gautier (1811-1872) en Francia; fue poeta orfebre y no se metió en política; fue precursor de estética literaria; no fue famoso cuando vivió, llevó una vida extravagante; fue buen poeta esteticista romántico. A Da. Emilia le gusta como poeta, pero no como novelista; fue además cronista. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1911 publicó tres crónicas, la Núm. **(68)** "LA NACION" "CRONICA DE EUROPA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada viernes 1 diciembre 1911: 6. La gente acomodada viaja para cuidar de su salud y vivir unos pocos años más, pero la humanidad es más infeliz, ha crecido nuestra angustia, la clase adinerada viaja a los balnearios y sanatorios: Austria, Alemania, Suiza, Santander, y Mondariz en Galicia. La Núm. **(69)** "CRONICAS DE EUROPA" "BRUNETIERE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1911, y publicada al mes siguiente: domingo 10 diciembre 1911: 6. Sobre Ferdinand Brunetière, crítico literario francés (1849-1906). No es el mismo artículo, y es más corto que "Fernando Brunetiere," en Obras Completas de Emilia Pardo Bazán. Ed., de Harry Kirby, Jr. Aguilar: Madrid, 1973, Vol.

III. págs. 1296-1314. Sin embargo, toma algunos párrafos, y cambia, pone y quita palabras. Da. Emilia piensa que fue buen crítico literario, y le conoció personalmente. La Núm. **(70)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS PERROS" (Para La Nación) escrita en MADRID, diciembre de 1911, y publicada a finales del mismo mes: domingo 31 diciembre 1911: 6. Crónica interesante sobre la experiencia personal de Da. Emilia Pardo Bazán con varios de sus perros, les admira y describe sus diferentes personalidades. No recogidas.

*

En 1912 La Nación le publicó 23 crónicas.

En el mes de enero de 1912, publicó dos crónicas. La Núm. **(71)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada miércoles 17 enero 1912: 6. La Infanta Da. Eulalia de Borbón, hija de Isabel II, ha publicado un libro por el cual se ha enemistado con su tío el rey Alfonso XIII y la familia real. No dice nada nuevo, habla sobre el matrimonio, el divorcio, y la religión; ha creado alboroto por ser una princesa quien lo ha escrito; vive en París y es infeliz. Da. Emilia piensa que se ha equivocado con ese libro. La Núm. **(72)** "CRONICAS MADRILEÑAS" "EL BRIDGE" "LA SUPERSTICION Y LA JETTATURA" (Para LA NACION) escrita en Madrid, enero de 1912, y publicada a finales del mismo mes: domingo 28 enero 1912: 7. Sobre

el juego de bridge que ha substituido el chismorreo en los salones de Madrid. Existe superstición en el juego de la lotería en España, y en Francia hay satanismo. Ha muerto de repente la marquesa de Nájera. Da. Emilia pasó la entrada de Año Nuevo en el teatro Real, y a las 12 de la noche comieron las 12 uvas. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1912 publicó sólo una crónica. La Núm. **(73)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "AURELIANO BERUETE" (Para LA NACION) escrita en Madrid, enero de 1912, y publicada al mes siguiente: jueves 8 febrero 1912: 6. Muerte de Aureliano Beruete (1845-1912) notable pintor paisajista, y crítico de arte español; ha publicado un libro sobre Velázquez. Fue amigo de Da. Emilia y de Galdós. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1912 publicó dos crónicas, la Núm. **(74)** "LA NACION" "UN SOÑADOR" "SAINTINE Y GERARD DE NERVAL" (Para LA NACION) escrita en PARIS, enero de 1912, y publicada dos meses más tarde: viernes 1 marzo 1912: 6. Varia: Sobre Bonifacio Saintine, científico y escritor francés (1798-1865) que cuenta una historia acerca de Gérard de Nerval, escritor romántico francés (1808-1855) sobre los sueños, en que el cuerpo y el alma pueden aislarse el uno del otro. Sobre teatro, Da. Emilia recuerda los estrenos de

temporada. Manuel Linares Rivas, (1867-1938) autor dramático, no es original, extrae y arregla obras. El alcázar de las perlas de Villaespesa, obra romántica de moros y cristianos. Fin de la condena de Arzadún. La Núm. **(75)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS TRAPENSES" (Para LA NACION) escrita en Madrid, febrero de 1912, y publicada un mes más tarde: lunes 11 marzo 1912: 5. Historia sobre los monjes trapenses de Aldehuela cerca de Madrid, su fundación y su austera y sana manera de vivir. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1912 publicó dos crónicas, la Núm. **(76)** "CRONICA DE EUROPA" "LA LOCURA DE UN REY" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: lunes 1 abril 1912: 7-8. Crónica histórica sobre el rey Luis II de Baviera y sus locuras. Protegió al gran compositor Wagner, genio musical a quien inmortalizó. La Núm. **(77)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "TEATRO Y ARTE" escrita en Madrid, marzo de 1912, y publicada al mes siguiente: viernes 12 abril 1912: 6. Sobre teatro, elementos italianizantes en los personajes de Los intereses creados de Benavente: Arlequín, Pierrot, Colombina, el señor Polichinela, traídos a España por los poetas modernistas, decadentistas y que tienen muy poco de castizos. Estreno en el teatro de la Princesa de la obra titulada La Marquesa Rosalinda de Valle

Inclán, la cual no se pudo representar el sábado día de «abono blanco» porque no podían asistir las señoritas. Da. Emilia critica esta costumbre y dice que las jovencitas ven óperas y oyen noticas que tienen más elementos escandalizantes que muchas obras; y añade que a ella le gustaría poner las obras clásicas y exponer a los jóvenes al verdadero arte. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1912 publicó tres crónicas, la Núm. **(78)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1912, y publicada al mes siguiente: miércoles 8 mayo 1912: 7. Prejuicios contra la mujer: hay dos sillones vacantes en La Academia Española, pero a Da. Emilia no se le admite por ser mujer. Da. Emilia habla de su niñez y dice que se ha adelantado un poco en cuanto a la posición de la mujer; antes sólo se dedicaba a trabajos domésticos; había una cruzada de no instruir a la mujer por ser incompatible con el hogar. Ahora pueden estudiar pero no ejercen sus carreras. La Núm. **(79)** "LA NACION" "CRONICAS DE MADRID" "ESTRENOS EN LOS TEATROS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 12 mayo 1912: 8. Estrenos de las siguientes obras: El aventurero, caricatura de Francia, traducida del autor francés Capus, sin éxito. Malvaloca, obra de los

hermanos Quintero, hace reír, tuvo éxito. Doña Perfecta de Galdós, refleja la España de 1869 y 1870; es obra de más alto nivel que sus espectadores, no tuvo éxito. El público no aprecia a Galdós, a pesar de ser uno de los mejores dramaturgos de España. La Núm. **(80)** "LA NACION" "CRONICAS MADRILEÑAS" "EXPOSICIONES DE ARTE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1912, y publicada a finales del mismo mes: viernes mayo 1912: 7. Triunfa el pintor Sorolla en Madrid. Ha muerto el pintor paisajista y crítico español Aureliano Beruete. (1845-1912) su exposición es realista y muy importante: A orillas del Manzanares es obra maestra de este pintor. Véase también la crónica Núm. 73. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1912 publicó dos crónicas. La Núm. **(81)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL ULTIMO LIBRO DE GOMEZ CARRILLO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1912, y publicada al mes siguiente: jueves 6 junio 1912: 8. Sobre el libro de apuntes de viajes Jerusalén y Roma de Enrique Gómez Carrillo, (escritor guatemalteco 1873-1927) publicado anteriormente en La Nación de Buenos Aires. La Núm. **(82)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "MENENDEZ Y PELAYO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 30 junio

1912: 8. Sobre el prematuro fallecimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo en Santander (1856-1912). Fue hombre estudioso y vindicador de España; su cerebro era más fuerte que su cuerpo y no descansaba; deseó la presidencia de la Academia de la Lengua, pero no lo consiguió; ha dejado proyectos sin terminar. No recogidas.

*

En el mes de julio de 1912 publicó dos crónicas, la Núm. **(83)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EXPOSICION DE PINTURA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 7 julio 1912: 9-10. Exposición de pintura de diferentes pintores. Los cuadros del pintor Julio Romero de Torres (1880-1930) son célebres por sus retratos que idealiza y tienen sensibilidad. La Núm. **(84)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS DRAMAS DE AMOR--UN HISPANISTA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1912, y publicada al mes siguiente: martes 23 julio 1912: 5. Varia: Suicidio en Madrid de dos amantes, por un amor imposible. Banquete del hispanista norteamericano, Archibaldo Huntington, fundador de la Hispanic Society en Nueva York quien ha encargado al pintor Sorolla estampas españolas para decorarla. Admira a España y la ha recorrido en mulo. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1912 publicó dos crónicas, la Núm. **(85)** "LA NACION" "DE ESPAÑA" "ROUSEAU TODAVIA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1912, y publicada al mes siguiente: miércoles 7 agosto 1912: 7-8. Segundo centenario del nacimiento del escritor de lengua francesa Juan Jacobo Rousseau, nacido en Ginebra (1712-1778). Sobre su filosofía de que el hombre es naturalmente bueno, y que la sociedad le corrompe, Da. Emilia no está de acuerdo. Ella piensa que el hombre necesita la sociedad para civilizarse y aprovecharse de sus experiencias. Fue precursor del Romanticismo. La Núm. **(86)** "CRONICAS DE EUROPA" "LA INDUMENTARIA FEMENINA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 25 agosto 1912: 7. El patriarca de Venecia está en contra de las modas femeninas porque son demasiado ceñidas y transparentes. Las damas de la familia real siguen la moda sólo a distancia. Da. Emilia está en contra de la moda cara, e indecente que va en contra de la salud. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1912 publicó dos crónicas. La Núm. **(87)** "LA NACION" "DESDE ESPAÑA" "LA MUERTE DEL MIKADO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 8

septiembre 1912: 6-7. Sobre la muerte de Mutsuhito emperador del Japón (1852-1912); para nuestra autora el Japón es progresista y tradicionalista, toma de Europa lo que le conviene; sin embargo, China es más cerrada; tiene su muralla, para no ser invadida, política y socialmente. El Japón se está armando modernamente y sus habitantes visten a la europea. La Núm. **(88)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "UNA VISION DEL PASADO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre 1912, y publicada a finales del mismo mes: domingo 29 septiembre 1912: 8. Sobre un libro histórico de Gabriel Maura titulado Carlos II y su corte. Acerca de la degeneración y enfermedad de Carlos II. No recogidas.

*

En el mes de octubre de 1912 publicó solamente una crónica. La Núm. **(89)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA ENFERMEDAD DE MODA Y EL BALNEARIO DE MONDARIZ" (Para LA NACION) escrita en Mondariz, septiembre de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 6 octubre 1912: 8. La gente bien acomodada en España va a los balnearios para curarse de artritis. En Galicia, en la provincia de Pontevedra, en un islote, está el balneario de Mondariz. Enrique Peinador, médico, había comprado unos manantiales que curaban males, y allí es donde ha desarrollado el balneario; Da. Emilia fue allí, pero la pensión era tan mala que decidió ir a Vichy. Enrique

Peinador tuvo problemas, tenía enemigos envidiosos; pero con fuerza de voluntad ha logrado establecer hoteles, comida buena y fresca, y además exporta el agua embotellada. Menciona a América y a La Argentina, y dice que allí quien tiene una idea encuentra el dinero que necesita para ponerla por obra. No recogida.

*

En el mes de noviembre de 1912 publicó dos crónicas. La Núm. **(90)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA INFANTA MARIA TERESA" escrita en MADRID, octubre de 1912, y publicada al mes siguiente: viernes 1 noviembre 1912: 7. Crónica emotiva sobre la muerte prematura de la infanta María Teresa de Borbón, hermana del rey Alfonso XIII que murió repentinamente a los 29 años de edad dejando 4 hijos. La Núm. **(91)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA TOJA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada domingo 17 noviembre 1912: 6. El Balneario de la Toja en Galicia ha sido desarrollado por una sociedad en 2 años; está en una isla de 9 kilómetros en la Ría de Arosa. Sus baños apaciguan el sistema nervioso, sus jabones suavizan la piel y se exportan al extranjero; se ha modernizado la islita, y Da. Emilia espera que todo tenga éxito. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1912 publicó dos crónicas. La Núm. **(92)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA

NACION) escrita en Madrid, noviembre de 1912, y publicada al mes siguiente: miércoles 4 diciembre 1912: 8-9. El único oficio que no da de comer es la literatura. Han estafado a Galdós; como tenía mala vista, le hicieron firmar donde él no veía. Galdós es pobre, a pesar de su gloria. Galdós hace política un tanto romántica, su política es hipotética, por lo cual ha enajenado voluntades, para que no le den el premio Nóvel que se merece. Galdós ha logrado el sillón de la Academia, después de fracasar dos veces. Los Episodios Nacionales son muy importantes. Da. Emilia pide a sus lectores americanos que se unan y pidan el premio Nóbel para Galdós, y termine sus días desahogado económicamente. La Núm. **(93)** "LA NACION" "CRONICAS DE MADRID" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: domingo 8 diciembre 1912: 8. Sobre el lujo superfluo de las mujeres en Madrid. Esta crónica está descrita a manera de fábula en que presenta a una modista parisiense como una araña maligna verde de Galicia, quien introduce sus modelos como el último grito de la moda, para atrapar a las moscas, sus clientas. No recogidas.

*

En 1913 La Nación le publicó 24 crónicas.

En el mes de enero de 1913 publicó solamente una crónica; la Núm. **(94)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "A PROPOSITO

DEL ASESINATO DE CANALEJAS" (Para LA NACION) escrita en Madrid, diciembre de 1912, y publicada al mes siguiente: domingo 5 enero 1913: 7. La policía no hace su trabajo en España. El asesinato de Canalejas, segundo presidente del consejo de ministros, por el terrorista llamado "Pardinas" que estaba en España y la policía lo sabía y no hizo nada. No recogida.

*

En el mes de febrero de 1913 publicó dos crónicas. La Núm. **(95)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "NAPOLEON Y FELIPE II" (Para LA NACION) escrita en Madrid, enero de 1913; y publicada al mes siguiente: sábado 1 febrero 1913: 6. Diferencias entre los dos gobernantes. Napoleón fue ambicioso y activo y dejó gran influencia de su personalidad en el mundo. Felipe II también dejó influencia en el mundo; pero era indeciso, lento y melancólico. La Núm. **(96)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1913; y publicada al mes siguiente: martes 11 febrero 1913: 7. Da. Emilia menciona a sus lectores de América el asesinato de Canalejas, y recuerda otros atentados contra don Antonio Maura, hombre serio y honrado que se ha retirado porque su familia tenía miedo que sería asesinado. No recogidas.

*

En el mes de marzo de 1913 publicó dos crónicas. La Núm. **(97)** "LA NACION" "CRONICAS DE MADRID" "LOS

HOTELES Y LA VIDA DE HOTEL" "LA CUESTA DE ENERO" (Para LA NACION) escrito en MADRID, febrero de 1913, y publicada al mes siguiente: domingo 9 marzo 1913: 8. De tema vario. Da. Emilia está de luto riguroso y no sale a divertirse. Se trata del luto por la muerte de su esposo en 1912. La muerte de la Infanta Teresa ha sido muy sentida por todos. Construcción en Madrid de dos grandes hoteles: El Ritz y el Palace donde se organizan bailes y banquetes. La clase media de Madrid sale mucho; va al cine y al teatro que decae en calidad a pesar de la competencia entre ellos. La Núm. **(98)** "CRONICAS DE MADRID" "LA PRESIDENCIA DEL ATENEO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1913, y publicada al mes siguiente: lunes 24 marzo 1913: 5-6. Muerte del presidente del Ateneo don Segismundo Moret y Prendergast. Don José Canalejas podía haber sido elegido, pero ha muerto asesinado; el conde Romanones sería perfecto, pero es presidente del consejo de ministros. Quieren a don Santiago Ramón y Cajal, pero éste no aceptó. El Ateneo posee lo más granado de la intelectualidad, sociedad y política en su lista de socios. Da. Emilia tiene una cátedra de literatura francesa a la cual le han puesto el nombre de «los lunes de Da. Emilia» y tiene muchas señoras matriculadas. Da. Emilia no quiere la querra, no quiere sangre en España. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. **(99)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para La NACION) sin más datos, publicada: domingo 6 abril 1913: 9. Varia: Azorín descubridor de Castilla; ha escrito dos libros: Lecturas españolas y Castilla. Ramón Pérez de Ayala y su novela Troteras y danzeras, nombre tomado de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita. Alvaro Alcalá Galiano y su libro de viajes Del ideal de la vida. La Núm. **(100)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1913 y publicada al mes siguiente martes 8 abril 1913: 8. Varia: El embrujado de Valle Inclán ha hecho mucho ruido, mas este autor no es de taquilla. Al teatro Español no se le permite representar obras traducidas. Tabaré, obra de Bretón, tampoco ha sido de taquilla; está inspirada en el poema de Zorrilla de San Martín. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. **(101)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA VIDA RELIGIOSA" (Para La Nación) escrita en Madrid, abril de 1913, y publicada al mes siguiente: jueves 15 mayo 1913: 8. Varia: Informa a sus lectores americanos sobre la Semana Santa en España. Los niños no aprenden el catecismo en las escuelas y esto ha creado gran algarabia a gran número de españoles. El carlismo se

llama también jaimismo, tomado de Jaime, nombre del príncipe pretendiente. La **(102)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en Madrid, abril de 1913, y publicada al mes siguiente: lunes 19 mayo 1913: 9. Varia: Inaguración del Instituto francés con conferencias de estudiosos y escritores prominentes franceses. Da. Emilia presentará al Sr. Bretón. Los moros de la tropa española se pasean por Madrid y crean curiosidad en la gente. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. **(103)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "FIESTAS RELIGIOSAS EN ALCALA" "JUAN MARTIN, EL EMPECINADO" (Para LA NACION) escrita en Madrid, mayo de 1913, y publicada al mes siguiente: jueves 5 junio 1913: 8. Homenaje a Juan Martín, el Empecinado, héroe de la guerra de la Independencia española de 1808, contra Napoleón. La Núm. **(104)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "PAUL HERVIEW" "ALGO SOBRE ARTE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1913 y publicada al mes siguiente: lunes 23 junio 1913: 5-6. Varia: Estreno del drama traducido del francés de Paul Herview La course au flambeau, no ha tenido éxito en España. El Kaiser de Alemania se está armando. Conferencia en el Ateneo de Madrid del escritor Alvaro Alcalá Galiano, sobre el idealismo en el arte. Exposiciones de arte,

sobre retratos. La Hispanic Society de Nueva York ha encargado al pintor Sorolla el retrato de Da. Emilia; el retrato puede verse actualmente allí. No recogidas.

*

En el mes de julio de 1913 publicó tres crónicas; la Núm. **(105)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL HONOR DEL DIA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1913, y publicada al mes siguiente: martes 8 julio 1913: 9-10. Sobre la vida criminal del capitán Sánchez que robó y mató a García Jalón. Valle Inclán se inspiró en este crimen para su obra La hija del capitán. La Núm. **(106)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA MUJER" (Para LA NACION), sin más datos, publicada miércoles 9 julio 1913: 8. Varia: A Da. Emilia le gustaría estudiar una carrera universitaria, pero es ya demasiado tarde para ella. Da. Emilia fundó en España la Biblioteca de la mujer para dar a conocer el feminismo extranjero. En España no hay ambiente para el feminismo. Da. Emilia acaba de publicar su libro La cocina española antigua, para interesar a la mujer. Nuestra escritora pide que le envíen recetas de América. La Núm. **(107)** "LA NACION" "CRONICAS MUNDIALES" "ESCRITORAS FRANCESAS E ITALIANAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1913 y publicada al mes siguiente: martes 29 julio 1913: 9. Sobre varias escritoras: Neera, italiana, que escribió la novela titulada Teresa; Mme. Vincens, francesa, que

utilizó el pseudónimo de Arvéde Barine, y escribió el libro titulado San Francisco de Asís después que Da. Emilia había publicado el suyo con el mismo título; Dornis de Florencia a quien Laconte de Lisle le dedicó poemas. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1913 publicó solamente una crónica; la Núm. **(108)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1913, y publicada al mes siguiente: viernes 15 agosto 1913: 7. Sobre la obra erudita del autor colombiano Rufino José Cuervo. Da. Emilia ha recibido 3 tomos dedicados a este escritor titulados Cuervo y la lengua castellna, escrito por el agustino fray Pedro Fabo; han sido premiados y editados por la Academia Colombiana. El Diccionario de regímenes filológico y etimológico de Cuervo lo dejó sin terminar; y Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano se llamará Castellano popular y castellano literario. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. **(109)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "DE TEATRO EXTRANJERO Y ESPAÑOL" (Para LA NACION) escrito en MADRID, agosto de 1913, y publicado al mes siguiente: viernes 5 septiembre 1913: 9. La literatura está en decadencia en España y en Europa.

Sin embargo, Casa de muñecas de Ibsen es una obra maestra. Francia es progresista, ama el teatro y respeta a sus actores. España no es progresista y no respeta a sus actores quienes tienen miedo al público. En España se condena a Malvaloca de los Quintero, por una escena de amor; en cambio Echegaray idealiza la naturaleza humana. La Núm **(110)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL MONUMENTO A CAMPOAMOR" (Para LA NACION), escrita en MADRID, agosto de 1913, y publicada al mes siguiente: martes 23 septiembre 1913: 10. Monumento a don Ramón Campoamor, en su pueblo natal, Navia de Asturias. Da. Emilia le conoció personalmente, fue estoico, sencillo, y feliz; rechazó el título de marqués que Sagasta le ofreció. No recogidas.

*

En el mes de octubre de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. **(111)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EVOLUCION DEL PIE" (Para LA NACION), escrita en MADRID, septiembre de 1913 y publicada al mes siguiente: jueves 9 octubre 1913: 9. Historia del calzado de la mujer: desde el chapín hasta la bota con tacón. La Núm. **(112)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL PADRE MIR Y LOS JESUITAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1913 y publicada al mes siguiente: jueves 23 octubre 1913: 9. Sobre el padre Mir que después de 33 años se salió de la orden de los jesuitas. Escribió

una ed. de Cartas de San Ignacio y Historia interna documentada de la Compañía de Jesús, para publicarla después de su muerte. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1913 publicó dos crónicas; la Núm. (113) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL MONUMENTO A LA REINA MARIA CRISTINA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1913, y publicada al mes siguiente: lunes 3 noviembre 1913: 9. Estatua dedicada a la reina Cristina de Hapsburgo, viuda de Alfonso XII, en San Sebastián. La ley del foro es un problema en Galicia. Menciona el diario La Nación del cual sabe con seguridad que tiene numerosos lectores gallegos. La Núm. (114) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LAS REHABILITACIONES LITERARIAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1913, y publicada al mes siguiente: viernes 7 noviembre 1913: 9. Rehabilitación de autores olvidados: Gonzalo de Berceo y sus Milagros de Nuestra Señora y Juan Ruiz, Arcipreste de Hita y su Libro de buen amor. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1913 publicó tres crónicas; la Núm. (115) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "EL DESENLACE DE LA TRAGEDIA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1913, y publicada al mes

siguiente: sábado 13 diciembre 1913: 6-7. Sobre varios crímenes: sentencia de muerte del capitán Sánchez por haber matado al señor Jalón, y cadena perpetua a su hija por cómplice, en el penal de mujeres. Véase además la crónica Núm. **(105)**. Menciona el crimen supersticioso de Gador, y el crimen de Lucía Pastor, que mató a su amo con una plancha y huyó con dinero. La Núm. **(116)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "Cinematógrafos y teatros" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1913, y publicada al mes siguiente: sábado 27 diciembre 1913: 9. En el cine han puesto: Quo Vadis y La aventura de Cleopatra y Marco Antonio, historia convertida en folletín con cuadros de grandiosidad; el cine crea una ilusión total. En el teatro: fracaso de taquilla de la obra de Galdós El abuelo. Van a estrenar en el teatro Real Parsifal de Wagner. La Núm. **(117)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "LA ISLA DE CORTEGADA" escrita en MADRID, noviembre de 1913, y publicada al mes siguiente: miércoles 31 diciembre 1913: 9. La isla de Cortegada está en Galicia, y se la quisieron regalar al rey Alfonso XIII para que fuese de vacaciones. No recogidas.

*

En 1914 La Nación le publicó 21 crónicas.

En el mes de enero de 1914 publicó solamente una crónica; la Núm. **(118)** "CRONICA DE ESPAÑA" "LAS MODAS

RARAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1913, y publicada al mes siguiente: sábado 10 enero 1914: 7-8. Modas extravagantes femeninas que vienen de Francia. Pelucas de colores verde y azul, polvoreadas de arenilla resplandeciente; los escotes se llevan demasiado bajos, incluso cuando hace frío; las medias son demasiado finas para el invierno; la falda lleva una hendidura para poder enseñar la pierna. Da. Emilia no está de acuerdo con las modas que no son comódas. No recogida.

*

En el mes de febrero de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. **(119)** "LA NACION" "CRONICAS DE MADRID" "EL ABANICO COMO OBJETO DE ARTE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1914, y publicada al mes siguiente: jueves 5 febrero 1914: 8-9. Da. Emila es coleccionista de abanicos y prefiere los que tengan por tema una época histórica. Da. Emilia posee dos abanicos de valor: uno de la época de la reina Cristina de Borbón, esposa de Fernando VII; y otro que perteneció a Isabel II, regalado por la reina a ella en París. La Núm. **(120)** "LA NACION) "CRONICAS DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1914, y publicada al mes siguiente: martes 10 febrero 1914: 7. Estreno de Parsifal de Wagner en el teatro Real de Madrid, es demasiado larga para el temperamento

español, dura seis horas. Estreno de Lohengrín y Tannhäuser de Wagner. En general no gusta Wagner en España; han estrenado además tres obras italianas: Tosca, Bohemia, y Payasos. No recogidas.

*

En el mes de marzo de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. (121) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CENTENARIO DEL GRECO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1914, y publicada al mes siguiente: jueves 19 marzo 1914: 8. Rehabilitación del Greco en España. El culto al Greco nació en Sitches, Cataluña, lugar de Santiago Rusiñol. El Greco fue buen retratista. Conferencias sobre el Greco a través de España de Manuel Cossío, Mélida, Gómez Moreno, Elías Torno. Da. Emilia estaba encargada de hablar de San Francisco de Asís en la obra del Greco. La Núm. (122) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Una conferencia sobre la novela" "Para LA NACION" escrita en MADRID, febrero de 1914, y publicada al mes siguiente: lunes 30 marzo 1914: 8. Conferencia sobre la novela, en el hotel Ritz por el joven escultor Alvaro Alcalá Galiano. En España se leen folletines sobre ladrones, asesinos, detectives y polizontes de la colección «Fantomas» traducidas del francés. El folletín y la verdad tienen paralelo, por eso tienen éxito. En el cine ocurre lo mismo. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1914 sólo le publicaron una crónica: la Núm. (123) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1914, y publicada al mes siguiente: domingo 12 abril 1914: 7-8. Sobre teatro: exitoso estreno en el teatro de la Princesa de La malquerida de Benavente. El drama de Villaespesa Doña María de Padilla, de tema histórico, en verso, no tuvo éxito. La fuerza del mal de Linares Rivas, tampoco tuvo éxito. Celia en los infiernos de Galdós. Los leales de los hermanos Quintero en el teatro Español, no tuvo suerte. La hiedra de Marquina. No recogida.

*

En el mes de mayo de 1914 sólo le publicaron una crónica: la Núm. (124) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CARNAVAL" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1914, y publicada al mes siguiente: jueves 14 mayo 1914: 8. Varia: Los niños disfrutan disfrazándose en carnaval. Se baila el tango en los hoteles. Madrid se ha agrandado, y tiene problemas de transeúntes y circulación de vehículos, por ser sus calles estrechas. Los funcionarios son vagos, hablan demasiado en las oficinas, y faltan al trabajo. Los toros son un deporte sangriento; el tiro al pichón es cruel, por esto son preferibles el polo y el golf. No recogida.

*

En el mes de junio de 1914 le publicaron cuatro crónicas: la Núm. **(125)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1914, y publicada dos meses después: lunes 1 junio 1914: 7. Estreno de la tragicomedia Alceste de Galdós; la obra tuvo éxito; asistió el rey Alfonso XIII. El rey Alfonso XIII ha abierto una subcripción para el pobre Galdós, pero las clases adineradas e ignorantes resienten al escritor por razones políticas. La Núm. **(126)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "PAUL HERVIEU" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1914, y publicada al mes siguiente: domingo 7 junio 1914: 8. Paul Hervieu en Madrid, es dramaturgo francés feminista, se puede observar en sus obras: El Dédalo, La ley del hombre y Las tenazas. Su obra maestra es La course du flambeau. Se ha estrenado en el teatro de la Princesa su obra El destino manda, traducida por Benavente, y actuada por el matrimonio de actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. La Núm. **(127)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "OBRAS DE ARTE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1914, y publicada al mes siguiente: martes 9 junio 1914: 7. Despojos de arte en España: ha sido vendido un cuadro de Van der Goes a Alemania. Se han perdido las coronas visigóticas de Guarrazar y el busto de Elche. La Núm. **(128)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA BODA DEL

INFANTE FERNANDO" "MARIA LUISA SANCHEZ" "Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1914, y publicada al mes siguiente: jueves 18 junio 1914: 7. El infante Fernando, viudo y cuñado del rey Alfonso XIII, se va a casar de segundas con Da. María Luisa Silva Bazán Fernández de Henestrosa, hija del conde de Concha, y dama de la reina Cristina, madre del rey. Da. Emilia ha visitado el penal de Alcalá, y conocido a María Luisa Sánchez, hija del capitán Sánchez, condenado a muerte por el robo y el asesinato de un hombre rico. Su hija fue su cómplice, y ha intentado escaparse del penal, pero no lo ha conseguido. Véanse además las crónicas **(105)** y **(115)**. No recogidas.

*

En el mes de julio de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. **(129)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA" "MAURISTAS Y JAIMISTAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1914, y publicada al mes siguiente: domingo 12 julio 1914: 7. España es un país elocuente. Don Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) fue gran orador. Don Antonio Maura, jefe del partido conservador, y jurisconsulto también es un gran orador. Los jaimistas, seguidores de don Jaime, hijo de don Carlos, pretendiente al trono de España continúan la tradición carlista en España. Pablo Iglesias es líder, dirigente

socialista. Mella es gran orador, y pariente de Da. Emilia. La Núm. **(130)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1914, y publicada al mes siguiente: sábado 18 julio 1914: 7. Varia: Sobre Pedro Antonio de Alarcón que escribió crónicas de sociedad; un baile celebrado en la casa de los duques Fernán Núñez y Cánovas del Castillo que restauró a Alfonso XII. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1914 le publicaron sólo una crónica: la Núm. **(131)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1914, y publicada dos meses más tarde: lunes 17 agosto 1914: 4. La gente que puede, sale de Madrid de veraneo. Con la protección de la guardia civil se puede ir al campo. Hay trenes «botijo» donde viaja la gente humilde, cuando va de vacaciones, con botijos de agua fresca. No recogida.

*

En el mes de septiembre de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. **(132)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1914, y publicada al mes siguiente: lunes 7 septiembre 1914: 4. Sobre Cervantes y los enigmas de su nacimiento: fue ¿Alcalá de Henares, o Alcázar de San Juan?. Saavedra es un nombre gallego; Cervantes pudo tener ascendencia

gallega. La Núm. **(133)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1914, y publicada al mes siguiente: sábado 12 septiembre de 1914: 4. Hace 8 días que se ha declarado la guerra mundial. España es neutral. Vuelven los viajeros españoles asustados de Francia, sin su ropa ni sus coches. Al Kaiser de Alemania no le interesa España, por los lazos con Inglaterra, debido al matrimonio del rey alfonso XIII con la princesa inglesa Victoria Eugenia de Battenberg. No recogidas.

*

En el mes de octubre de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. **(134)** "CRONICA DE ESPAÑA" "DISQUISICIONES SOBRE LA GUERRA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1914, y publicada dos meses más tarde: lunes 5 octubre 1914: 5. Da. Emilia admira a los artistas alemanes. Salvajismos de los alemanes contra paisanos, mujeres y niños. Hay muchos extranjeros en España, y hay carestía de consumos. La Núm. **(135)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA MUERTE DE PIO X" "JULIO LEMAITRE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1914, y publicada al mes siguiente: sábado 10 octubre 1914: 5. Muerte del papa Pío X que no quería la guerra. Pero es la guerra lo que preocupa intensamente a la gente; la muerte del papa ha tenido menos importancia que la guerra. Muere Julio Lemaitre

(1853-1914), dramaturgo, cuentista y crítico literario francés. Unamuno pierde su rectorado de Salamanca. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1914 le publicaron sólo una crónica: la Núm. (136) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más datos, publicada: miércoles 25 noviembre 1914: 4-5. Varia: Siguen las tragedias de la guerra: los trenes llenos de muertos y moribundos; los hospitales repletos de heridos con infecciones; hay pueblos arrasados; gente tomada como rehenes o fusilada. Los alemanes queman en montones a los muertos y los entierran mal en fosas. La brisa trae a España el olor a sangre desde Francia. Sobre historia de las rosas. No recogida.

*

En el mes de diciembre de 1914 le publicaron dos crónicas: la Núm. (137) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1914, y publicada al mes siguiente: domingo 27 diciembre 1914: 4. Varia: España es neutral en la guerra por prudencia y porque está desengañada y escarmentada de sus guerras de 1898. A Bélgica le obligaron a entrar en la guerra. La novela de ciencia-ficción El Túnel del escritor norteamericano Kellerman es de literatura barata, comercial, fantástica e irreal. El calvario,

novela de Octavio Mirbeau, es la novelización de la ley de Darwin. La Núm. **(138)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1914, y publicada al mes siguiente: lunes 28 diciembre 1914: 4. El libro de Juan Finot dice que Inglaterra está empobrecida debido a la competencia que le hacen a su industria Alemania y los EE. UU. Hay degeneración en los muchachos ingleses, debido a su mala alimentación. Los alemanes han bombardeado la catedral de Orleans. No recogidas.

*

En 1915 La Nación le publicó 23 crónicas.

En el mes de enero de 1915 publicó tres crónicas: la Núm. **(139)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1915, y publicada dos meses después: martes 5 enero 1915: 5. Varia: Hay muchos exiliados en Madrid, se trata de gente ociosa y con dinero. Asisten a los teatros, visitan las bibliotecas y las tiendas. Pero hay también problema de mendicidad en España. La reina Victoria está de luto, por la muerte en batalla de su hermano el príncipe inglés Mauricio de Battenberg. La Núm. **(140)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1914, y publicada al mes siguiente: lunes 11 enero 1915: 4. Varia: La mujer no tiene derechos políticos, pero el hombre se sirve de su

trabajo para sus beneficios. Da. Emilia se ha propuesto huir de la política, y se considera imparcial, no quiere ser francófila ni germanófila; tiene más simpatía por Francia y Bélgica, y menos por Inglaterra. Los alemanes han bombardeado la catedral de Reims. El ministerio de instrucción pública ha destituido a Unamuno de rector de la Universidad de Salamanca. Sigue la guerra: se había propuesto traer a España 30.000 heridos de guerra de todos los países. La Núm. **(141)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1914, y publicada al mes siguiente: martes 12 enero de 1915: 4. Varia: «Salpicaduras» menores de la guerra, hay crisis en los comercios de lujo, los salones están cerrados. Ha salido el libro titulado Fiestas aristocráticas, 1913-1914 de D. Enrique Casal (León Boyd, seudónimo) cronista de salones de El Heraldo de Madrid. Mentiras de los revisteros que durante 25 años han alabado a las mujeres que un día fueron bellas. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1915 sólo publicó una crónica: la Núm. **(142)** "CRONICA DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 7 febrero 1915: 4-5. El tema del cura en el teatro moderno: en La sobrina del cura de Arniches y La garra de Linares Rivas. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1915 publicó tres crónicas: la Núm. **(143)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) sin más información. Varia: Da. Emilia recibe "cartas indignadas" de América por si ha dicho algo desfavorable a los alemanes, o a los aliados. Da. Emilia siente pena por Bélgica que se encuentra entre Alemania y Francia y la están destrozando, y le duele tanta tragedia de muertos y heridos. Se cuentan barbaridades de la guerra. Los cuadros de San Mauricio y El entierro del conde Orgaz del Greco son verdaderos retratos de caballeros del siglo XVI. No recogida. La Núm. **(144)** "CRONICAS DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 21 marzo 1915: 5. Esta crónica se encuentra recogida bajo el título "Don Francisco Giner" en Emilia Pardo Bazán Obras Completas T. III. ed. de Harry L. Kirby, Jr. (Madrid: Aguilar, 1973) 1519-1522; y se publicó en La Lectura (Madrid, mensual) marzo, T. I (1915): 269-274. Muerte de don Francisco Giner de los Ríos, rector de la Institución Libre de Enseñanza, consejero y amigo de Da. Emilia. A través de él conoció el libro La esclavitud femenina del escritor inglés Stuart Mill, que hizo ella traducir al español, escribió una introducción y lo publicó después en España. Muerte de la madre de Da. Emilia. La Núm

(145) "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1915, y publicada al mes siguiente: sábado 27 marzo 1915: 5. Varia: El Imparcial pide neutralidad para España, y llama fanáticos a los francófilos y germanófilos españoles. Sobre teatro: se ha estrenado en el teatro de la Princesa El hombre que asesinó, obra basada en la novela del escritor francés Ferrére, adaptada para el teatro por Pierre Frondale; a Da. Emilia le ha interesado; escribe además sobre su propio malaventurado drama Verdad que no tuvo éxito. No recogida.

*

En el mes de abril de 1915 publicó sólo una crónica: la Núm. **(146)** "LA NACION" "CRONICA DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1915, y publicada al mes siguiente: martes 6 abril 1915: 6. Varia: Hay paro de trabajadores en España y problemas de subsistencia como consecuencia de la guerra; hay problemas económicos para transportar comestibles a Madrid. Problemas de actrices famosas por su envejecimiento: a Sara Bernhardt le están escribiendo papeles para que pueda actuar sentada. La Duse, en cambio, se retira por su edad. María Querrero ya se queja de su agotamiento del sistema nervioso. No recogida.

*

En el mes de mayo de 1915 publicó dos crónicas: la Núm. **(147)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1915, y publicada al mes siguiente: viernes 14 mayo 1915: 4. Varia: Los belgas y franceses cuentan en Madrid lo que pasa en la guerra; aunque España es neutral, siente la tragedia de la guerra y reza en sus iglesias por la paz. Da. Emilia informa a sus lectoras americanas que le han hecho presidenta de una taller de encajes que se ha instalado en Madrid con unas 70 obreras, donde hacen la blonda catalana en mantillas españolas, y encajes de lugares diferentes. La Núm. **(148)** "LA NACION" "CRONICA DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1915, y publicada al mes siguiente: jueves 27 mayo 1915: 4. Varia: Da. Emilia es neutral en la guerra, pero simpatiza con Francia. Un autor anónimo calumnia a Da. Emilia en La Prensa de Buenos Aires y dice que Da. Emilia odia a la reina Victoria por ser inglesa, y que Da. Emilia es católica fanática. El rey Alfonso XIII ha concedido el título de condesa a Da. Emilia, y la reina Victoria, su mujer, la banda de María Luisa. Da. Emilia pide audencia a los reyes una vez al año, para agradecerles su generosidad. En la Semana Santa los reyes lavan los pies a 12 mendigos, y les dan comida y ropa. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1915 publicó tres crónicas: la Núm. **(149)** "CRONICAS DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1915, y publicada dos meses más tarde: jueves 3 junio 1915: 5. Varia: Los alemanes invaden Bélgica y arruinan las fábricas de encaje en Bruselas por ello se ha fundado en Madrid una fábrica de encajes. En Camariñas, Galicia, se hacen encajes tipo Cluny y Torchon. Alicante tiene también sus encajes típicos. Se venden bien los encajes de Lagartera. Las españolas han dejado de utilizar mantilla de blonda por el sombrero. Hay mucha mendicidad en las calles de Madrid. La Núm. **(150)** "LA NACION" "CRONICA DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1915, y publicada al mes siguiente: lunes 21 junio 1915: 4. Muerte de la marquesa de Squilache, mujer generosa, elegante y discreta. Sagasta le concedió el título de marquesa de Esquilache que usó el famoso ministro de Carlos III, las bandas de María Luisa, y el lazo de dama de la reina. Recuerda Da. Emilia que entre ella y la marquesa de Esquilache le habían conseguido una pensión a la anciana, pobre y ciega viuda del poeta español Zorrilla. La Núm. **(151)** "LA NACION" "CRONICAS DE MADRID" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1915, y publicada al mes siguiente: martes 29 junio 1915: 4. Varia: Da. Emilia recuerda a sus lectores argentinos que está de luto por

la muerte de su madre y no puede asistir a funciones en público. Escribe sobre Castelar, Cánovas del Castillo, D. Francisco Silvela, Nocedal, hijo, Salmerón, Mella, Canalejas, Maura, cuyos celébres discursos se encuentran en el Diario de Sesiones. Ocupación de Tanger. Conferencias en el Instituto francés: Ernesto Merimée, director de la Universidad de Tolosa sobre "el granadismo" en El último abencerraje de Chateaubriand. Estreno de La pata de cabra, o todo lo puede el amor en el teatro Real. No recogidas.

*

En el mes de julio de 1915 publicó sólo una crónica: la Núm. **(152)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1915, y publicada dos meses después: jueves 22 julio 1915: 4. Da. Emilia viaja 700 kilómetros en automóvil a través de España, visita el Museo de Valladolid y explica las tallas artísticas expuestas; ve la catedral de León que es parecida a la de Reims, bombardeada por los alemanes. No recogida.

*

En el mes de agosto de 1915 publicó dos crónicas: la Núm. **(153)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 22 agosto 1915: 5. Muerte del padre Coloma, autor de la novela Pequeñeces; en la que

censura el espíritu frívolo de la Restauración. Esta novela había causado escándalo en el momento de su publicación. La Núm. **(154)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1915, y publicada a finales del mismo mes: domingo 29 agosto 1915: 5. Varia: Han muerto personas destacables: el general Azcárraga, el padre Coloma, el barón de Castillo de Chirel, el duque de Medina Sidonia, la marquesa de Donadío, la de Villalobar. Sobre el libro acerca del destronamiento de Isabel II, The attaché en Madrid, trad. del alemán, y los horrores de la semana trágica de Barcelona. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1915 publicó dos crónicas: la Núm. **(155)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1915, y publicada dos meses más tarde: miércoles 1 septiembre 1915: 5. Mauricio Donnay, autor dramático y académico francés ha dado una conferecnia titulada «La parisiense de ayer y la de hoy». La guerra ha cambiado a la mujer parisiense que antes gastaba demasiado en lujos, y ahora se viste sencillamente y come más barato. «Las damas blancas» ayudan en la guerra a los heridos de todas las clases sociales; las hay que están aprendiendo aviación para ayudar en la guerra. Da. Emilia no cree que Alemania destruya a Francia;

nuestra escritora se inspiró en Francia para su cuento titulado **"En Babilonia"** y varios capítulos de su novela La Quimera. La Núm. **(156)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION), escrita en MADRID, agosto de 1915, y publicada al mes siguiente: miércoles 29 septiembre 1915: 5. Sobre la historia de la alfarería en Talavera de la Reina. Se está restaurando la loza de Talavera, pero de adorno, no para uso. Los farmacéuticos usaron los tarros de Talavera para poner medicinas, hoy se usan como jarrones decorativos. La alfarería española se trasplantó a Méjico. No recogidas.

*

En el mes de octubre de 1915 publicó tres crónicas: la Núm. **(157)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1915, y publicada dos meses más tarde: viernes 1 octubre 1915: 5. Varia: La guerra está durando mucho tiempo. Regocijo de la procesión de la Virgen del Carmen, al anochecer con velas, en Galicia. Concursos de gaitas, cantos y bailes gallegos: las ropas y los gorros que usan son modernos y feos, no usan los verdaderos trajes antiguos; la «muñeira» se está perdiendo, los jóvenes no saben bailarlo. En Andalucía ocurre lo mismo: el fandango y el bolero, lo bailan los viejos, los jóvenes no lo han aprendido. La Núm. **(158)** "LA NACION"

"CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1915, y publicada al mes siguiente: sábado 16 octubre 1915: 4. Sigue la guerra: Da. Emilia quiere a Francia y le duele lo que está sufriendo; su gente resiste, aguanta, se defiende perseverante y cree en su salvación. Sobre el libro de Pablo Marguerite, Contra los Bárbaros. Sobre el libro de Benavides Futuro próximo del mundo. La Núm. **(159)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 17 octubre 1915: 5. Varia: Sobre Felipe II. Juegos florales en el Escorial. La infanta Isabel asistió a la ceremonia y procesión. No hubo entusiasmo intelectual, de 10 premios, 6 quedaron desiertos. El mantenedor fue D. Jacinto Benavente. Hay polémica en los diarios: Benavente apoya a los alemanes, y le atacaron los radicales; Unamuno, sin embargo, está de parte de los aliados. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1915 publicó dos crónicas: la Núm. **(160)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 28 noviembre 1915: 7. Varia: Sigue la guerra y su inmensa carnicería. Movimiento feminista en pro de la paz. Da. Emilia es realista y no cree que dicho movimiento tenga éxito. Nuestra

autora ha sido siempre feminista, y se siente decepcionada, pues aunque paga contribución, no puede votar; se queja de que aunque la mujer sea apta para cargos, no se los dan; que el hombre español quiere que la mujer sólo cueza el puchero y repase calcetines. Hubo un momento en la historia en que las damas estudiaron en la universidad de Alcalá de Henares latín, y filosofía con Luis Vives. Da. Emilia se queja de que los EE. UU., país imperialista, quitó a España las Antillas y Filipinas. La Núm. **(161)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1915, y publicada al mes siguiente: martes 30 noviembre 1915: 5. La aristocracia española, está perdiendo el sentido de sus deberes: deja caer en ruinas las mansiones históricas; los nobles de carrera militar se alejan de sus patrimonios; son pasivos los caballeros de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara, y Montesca; hay familias con dinero que se deshacen de objetos de arte que acaban en museos extranjeros. La aristocracia prefiere el lujo, y los trapos, en vez de restaurar sus viejos castillos y caserones. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1915 no publicó ninguna crónica.

*

En 1916 La Nación le publicó 20 crónicas.

En el mes de enero de 1916 publicó dos crónicas: la Núm. **(162)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1915, y publicada al mes siguiente: jueves 6 enero 1916: 5. Sobre el libro anecdótico de Julio Puyol El supuesto retrato de Cervantes, que preside las sesiones de la Academia Española, tabla atribuida a Jaúregui. No se sabe con certeza si la pintura representa al verdadero retrato de Cervantes; pudiera ser el retrato de Alonso Fernández de Avellaneda, autor del falso Quijote. La Núm. **(163)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1915, y publicada al mes siguiente: domingo 16 enero 1916: 6. La capa nacional está de moda, y es elegante cuando la lleva un hombre elegante; también la usan los pobres. Los extranjeros la llevan cuando vienen a España. El rey es uno de los hombres más elegantes de Europa. El alcalde de Madrid ha prohibido con multa los letreros en lengua extranjera. Hay muchos extranjerismos en el español, en los letreros y en las minutas de los restaurantes, con muchos disparates. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1916 publicó tres crónicas: la Núm. **(164)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS ENIGMAS LITERARIOS" "EL QUIJOTE DE

AVELLANEDA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1916, y publicada al mes siguiente: viernes 4 febrero 1916: 4. No se ha aclarado quien fue Shakespeare, y si le pertenecen sus obras. Menéndez y Pelayo no consiguió resolver quién escribió el Amadís; ni tampoco se ha descubierto quién fue Avellaneda, autor falso del Quijote. Ha salido un libro de Baig titulado Quién fue el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. La Núm. **(165)** "LA VIDA CONTEMPORANEA" "(Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1916, y publicada al mes siguiente: viernes 11 febrero 1916: 6. Conferencia en el Ateneo de Madrid por Aureliano de Beruete y Moret, hijo del pintor; sobre su libro Los retratos de Goya. La Núm. **(166)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1916, y publicada al mes siguiente: martes 15 febrero 1916: 5. Varia: Hay esperanzas de que se acabe la guerra. Hay abusos en las calles de Madrid en las fiestas navideñas: en la Noche Vieja y en el Año Nuevo. La gente española tiene gran aficción a jugar a la lotería de Navidad. Hay gente inmoral que vende billetes falsos, y si no toca se guardan el dinero y si toca van al juzgado. Muerte del duque de Valencia, D. José Narváez y del Aguila, pariente de Da. Emilia; era hombre interesado en los objetos de arte y antigüedades y mandaba restaurar los que conseguía. No recogidas.

*

En el mes de marzo de 1916 publicó sólo una crónica: la Núm. **(167)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CENTENARIO DE CERVANTES" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1916, y publicada al mes siguiente: miércoles 29 marzo 1916: 5. A pesar de que España no está en guerra, ha fracasado el centenario de Cervantes; no vinieron a España tampoco los estudiosos de Cervantes de países de habla española que no están en querra. Con la guerra faltan en España muchas cosas que se importaban de Europa. Otras noticias de actualidad. No recogida.

*

En el mes de abril de 1916 publicó tres crónicas: La Núm. **(168)** escrita en Madrid, febrero de 1916, y publicada dos meses después: domingo 2 abril 1916: 5. Varia: Da. Emilia termina su largo luto por la muerte de su madre, fallecida en 1915, y asiste de nuevo a los eventos sociales. Exito de La malquerida de Benavente. El teatro de la Princesa es el más elegante de Madrid; el rey asiste a los ensayos. En la obra titulada Campo de armiño de Benavente se utilizaron auténticos tapices y muebles ricos. El hijo de Fernando y María Gerrero actuó muy bien en la obra titulada La leona de Castilla de Villaespesa. El abono del teatro de la Princesa es de público rico, y no acepta todo: no aceptó la obra El

castigo sin venganza de Lope. La Núm. (169) "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1916, y publicada al mes siguiente: jueves 20 abril 1916: 5. Varia: Incidencias inesperadas en las fiestas de carnaval de Madrid. Hay huelgas de obreros en Barcelona y Valencia, y gente en paro sin trabajo. A consecuencia de la guerra no se encuentra hilo para hacer encaje que venía de Bruselas. La Núm. (170) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1916, y publicada al mes siguiente: jueves 27 abril 1916: 7. Varia: Bajo la dirección de D. Julio Burell del Ministerio de Instrucción Pública, y la presidencia del consejo del conde Romanones, se ha considerado a la mujer como catedrática, y se ha creado para Da. Emilia la cátedra de literatura contemporánea. Los periodistas en España no tienen seguridad laboral ni social. Se ha hecho un homenaje al periodista del Imparcial, Mariano de Cavia. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1916 publicó dos crónicas: la Núm. (171) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1916, y publicada al mes siguiente: sábado 10 junio 1916: 5. Sobre el auge en la investigación literaria sobre toda clase de enigmas en Cervantes. Da. Emilia cree que el Quijote fue escrito de un surgir natural de Cervantes. Sigue

la guerra en Europa. Sobre el libro de Carlos E. Lumnis, acerca de la vindicación de la acción colonizadora de España en América. La Núm. **(172)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1916, y publicada al mes siguiente: jueves 15 junio 1916: 4-5. Trata sobre muebles y decoraciones. Sobre pintura, comenta que al pintor Beltrán no le han dejado exhibir cuadros de mujeres desnudas por ser consideradas inmorales. El pintor Santiago Rusiñol expone cuadros de jardines melancólicos románticos. No recogidas.

*

En el mes de julio de 1916 publicó tres crónicas: la Núm. **(173)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1916, y publicada dos meses después: domingo 2 julio 1916: 5. Da. Emilia menciona a La Nación de Buenos Aires y sus lectores argentinos, y explica que se equivocó en una crónica anteriormente sobre su nombramiento de catedrática en la Universidad Central. Experimentó problemas con su nombramiento; tuvo solamente 10 votos de profesores a su favor, y 12 votos de profesores en contra. Por fin es catedrática de la Universidad Central de Madrid; el rey firmó a su favor. Va a enseñar literaturas neolatinas. Ya había enseñado en el Ateneo de Madrid cursos sobre "El Romanticismo francés". La Núm. **(174)**

"LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1916, y publicada al mes siguiente: viernes 21 julio 1916: 5. La aristocracia madrileña acogió bien en el teatro los bailes rusos, vistosos y espectaculares. Da. Emilia prefiere ver obras serias de Shakespeare o Wagner. Los espectadores españoles son más transigentes con las obras extranjeras que con las españolas. La Núm. **(175)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1916, y publicada al mes siguiente: jueves 27 julio 1916: 5. Visita de varias personalides francesas en el Ateneo de Madrid para dar conferencias: el filósofo Bergson, el historiador Imbert de Latour, y varios profesores más. La guerra está resultando una tragedia en Francia: el director del Instituto francés, Pierre Paris, ha perdido 2 hijos en la guerra y el tercero se ha quedado cojo. El cuento de Da. Emilia titulado **"En Babilonia"** está inspirado de Francia. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1916 publicó sólo una crónica: la Núm. **(176)** "CRONICA DE ESPAÑA" "A PROPOSITO DE UN ROBO" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1916, y publicada al mes siguiente: domingo 27 agosto 1916: 6-7. En Madrid están ocurriendo salpicaduras de la guerra: robo por apaches extranjeros

de un escaparte con joyas valiosas de una tienda de empeños en pleno día, y han herido al dependiente. No recogida.

*

En el mes de septiembre de 1916 publicó sólo una crónica: la Núm. **(177)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1916, y publicada dos meses más tarde: domingo 10 septiembre 1916: 6. Da. Emilia habla sobre Julio Lemaitre (1853-1914), filósofo, crítico, dramatugo y cuentista francés, autor de una docena de volúmenes. No recogida.

*

En el mes de octubre de 1916 publicó sólo una crónica: la Núm. **(178)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1916, y publicada al mes siguiente: jueves 19 octubre 1916: 6. Menciona a América y a sus lectores americanos. Da. Emilia habla sobre el suicidio del novelista erótico español Felipe Trigo (1865-1916); fue criticado por corruptor de costumbres, sus ideas son parecidas a las de la novela titulada Liaisons dangereuses del novelista francés Choderlos de Laclos (1741-1803). Felipe Trigo escribió Las ingenuas, novela sensual, muy leída y pedida en la Biblioteca Nacional. Proveía bien a su familia con sus publicaciones, hasta que fue a Filipinas como médico y le hirieron los indios

«tagalos», perdió su salud e inspiración; al no poder escribir y ganar dinero, se suicidó, y dejó una carta escrita, pidiendo perdón a su familia y diciendo que no podía hacer más. Da. Emilia le conoció y sintió gran compasión por él. No recogida.

*

En el mes de noviembre de 1916 publicó dos crónicas: la Núm. **(179)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1916, y publicada al mes siguiente: sábado 11 noviembre 1916: 5. Varia: Se ha perdido la cosecha de maíz en Galicia por falta de lluvia; sin embargo, la uva de Rivero ha sido buena. Ha muerto el ministro de gracia el Sr. Barroso. Se han construido varios teatros buenos en Madrid. La Xirgu y Borrás son actores catalanes y sería mejor que actuasen en catalán, pues tienen acento catalán cuando actúan en castellano. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza se han ido a la América Latina a actuar. Cuando silban o abuchean una obra los espectadores, no es a los actores, sino a los autores. Da. Emilia piensa que cuando María, Fernando y ella hayan muerto, vendrán sus sombras al teatro a aplaudir. La Núm. **(180)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1916, y publicada al mes siguiente: viernes 17 noviembre de 1916: 6. Nuestra escritora habla acerca de la muerte

de D. José Echegaray (1832-1916), hombre fino y reservado, no dejó saber lo que pensaba; fue persona de ciencias y poco literato, mas duró 40 años en las letras, cuando había terminado el romanticismo, él lo comenzó de nuevo, con El gran galeoto le dieron el premio Nóbel en 1904. Su teatro es apasionado con temas de honor, celos etc. Tuvo mucha suerte: obtuvo empleos prestigiosos, condecoraciones, pusieron su efigie en los billetes de banco; recibió «El Toisón de Oro». Para Da. Emilia la mayor parte de sus dramas son descabellados. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1916 sólo publicó una crónica: la Núm. **(181)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1916, y publicada al mes siguiente: martes 12 diciembre 1916: 5. Le han erigido una estatua en vida a Da. Emilia Pardo Bazán, pagada por sus conciudadanos, esculpida por Coullaut Valera, sobrino del famoso escritor don Juan Valera, en La Coruña, al lado del mar, en el paseo de la Marina, representa unos treinta años, la cumbre de su vida literaria, y está idealizada. Nuestra escritora siente envidia por esa estatua inmortal que no envejecerá; y explica que trabaja por vocación, no porque lo necesite, y el día que no trabaja, siente que ha perdido el día. No recogida.

*

En 1917 La Nación le publicó 21 crónicas.

En el mes de enero de 1917 publicó dos crónicas: la Núm. **(182)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1916, y publicada dos meses más tarde: miércoles 3 enero 1917: 5. Sobre teatro: los hermanos Quintero han adaptado excelentemente para el teatro la novela de Galdós titulada Marianela; Margarita Xirgu, actriz catalana, representó a Marianela muy bien. El crimen de todos, drama de Federico Oliver, ha tenido éxito. El amigo manso, novela dialogada de Galdós, va a ser también adaptada para el teatro por el escritor Francisco Aceval. Los semidioses de Federico Oliver es un drama satírico que se basa en la realidad. La Núm. **(183)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1916, y publicada al mes siguiente: lunes 15 enero 1917: 5. Muerte del marqués de Vallecerrato de 30 años de edad en un accidente de avión en el aerodromo de Getafe, Madrid, al querer hacer sus pruebas de piloto. Da. Emilia hecha la culpa del accidente a todos los espectadores del evento, y no cree en la aviación como medio de transporte para el futuro. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1917 sólo publicó una crónica: la Núm. **(184)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA"

(Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1916: y publicada dos meses más tarde: miércoles 21 febrero 1917: 4. Da. Emilia hace una comparación entre los «Nacimientos de Navidad» y los «Arboles de Noel». Los árboles de Noel pertenecen a los pueblos de Norte, y lo trajeron a España la aristocracia y los hoteles de moda, con la idea de la nieve y un hombrecillo mago con barba blanca. Da. Emilia prefiere los belenes, porque le inspiran amor y añade que a los niños les atraen más los belenes con sus figuritas, aunque no tengan regalos, que los árboles de Noel; y opina que la gente española es más alegre que la gente del norte. No recogido.

*

En el mes de marzo de 1917 publicó dos crónicas: la Núm. **(185)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1917, y publicada al mes siguiente: martes 20 marzo 1917: 6. Sigue la guerra mundial europea: Da. Emilia se considera francófila; hay muchas discusiones entre germanófilos y aliadófilos, entre la gente y también en la prensa. Al español le gusta discutir e imponer su opinión. La Núm. **(186)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "UN AVE DE PASO: METTERLINCK" [MAETERLINK] (Para LA NACION) escrita en MADRID: febrero de 1917, y publicada al mes siguiente: lunes 26 marzo 1917: 6. Maeterlinck ha

venido al Ateneo de Madrid para pedir apoyo por Bélgica que está en guerra, y lo ha conseguido, aunque no estaba preparado para su misión política; es escritor decadente simbolista, pero original, ha escrito teatro: La Intrusa, Interior, Los ciegos, ésta última es obra conmovedora. Acompañaba a Maeterlinck Mme. Leblanc, artista y escritora. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1917 publicó cuatro crónicas: La Núm. **(187)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, febrero de 1917, y publicada dos meses más tarde: domingo 8 abril 1917: 6. Centenario del nacimiento de Zorrilla a quien Da. Emilia había conoció bien. La Núm. **(188)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1917, y publicada al mes siguiente: lunes 16 abril 1917: 6. Cambios políticos y sociales en Rusia: han asesinado al monje místico Rasputín. Da. Emilia piensa que su asesinato ha sido político. No se sabe si hay zar. Han derribado el trono secular de Romanoff. La Núm. **(189)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1917, y publicada a finales del mismo mes: martes 24 abril 1917: 7-8. Sobre el poeta gallego Eduardo Pondal, hombre sencillo que se inspiró en las edades pasadas, vivió humildemente y retirado; fue poeta de Bergantiño, región de Galicia.

La Núm. **(190)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1917, y publicada al mes siguiente: jueves 26 abril 1917: 7. En la primavera llegan a Madrid numerosos modistos y modistas extranjeros para vender las reproducciones de sus modelos; como Europa está en guerra se han prohibido las exhibiciones de modelos. Vienen a España donde quieren ser pagados en pesetas. Han muerto un millón y medio de hombres en la guerra mundial europea; hay mucha gente de luto; están malos los tiempos para modas y lujos. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1917 publicó sólo una crónica: la Núm. **(191)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1917, y publicada al mes siguiente: lunes 21 mayo 1917: 6. Sobre el escándalo del matrimonio en Madrid de una señorita elegante con un «apache» extranjero elegante que alternaba en sociedad; ella nunca sospechó su falsedad, mas la policía ha averiguado quién era y se encuentra preso en París. El matrimonio se ha anulado por falso. No recogida.

*

En el mes de junio de 1917 publicó dos crónicas: la Núm. **(192)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1917, y publicada

dos meses más tarde: lunes 4 junio 1917: 5. Milagros que atribuyen a un Niño Dios en el pueblo de Arganda, provincia de Madrid, en casa de un carpintero. Da. Emilia no cree en los milagros, y dice que la fe crea esta especie de escape, y que está bien que el Niño llore, aunque sea de agua exprimida de una esponja, en tiempos de guerra, cuando hay tantos abusos, muertes y tragedias. La Núm. **(193)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1917, y publicada al mes siguiente: viernes 29 junio 1917: 5. Varia: España no participa en la guerra; la peseta está bien cotizada; hay muchos industriales en Madrid. Han venido compañías dramáticas a Madrid con actores de muchos países extranjeros; hay demasiados estrenos, pero no de calidad la mayor parte; el público pide novedad; se trata de una sociedad materialista y lujosa; triunfan las obras de poco valor, mientras las buenas no son bien acogidas. Se ha organizado una fiesta en honor del poeta y dramaturgo catalán D. Angel Guimerá (1845-1924), autor de Tierra baja, y Jesús que vuelve que acaba de estrenarse, la cual es una obra pacifista. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1917 publicó sólo una crónica: la Núm. **(194)** "LA NACION" "ANSIEDADES" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1917, y

publicada al mes siguiente: lunes 3 septiembre 1917: 4. Grandes discursos de D. Antonio Maura, dirigente de las derechas, en el teatro Real y la plaza de Toros. El maurismo es una apelación a las masas, a la conciencia nacional; Maura es gran orador pero no tiene un plan definido, sus ideas son vagas; hay inestabilidad política en España, hay miedo a una revolución; la gente quiere la paz. Da. Emilia desea olvidar el presente y concentrarse en otras cosas que le hagan olvidar los problemas actuales. No recogida.

*

En el mes de octubre de 1917 publicó sólo una crónica: la Núm. **(195)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, y publicada dos meses más tarde: martes 9 octubre 1917: 4. Se publican muchos libros sobre el Quijote. Hay desproporción entre Cervantes y otros escritores: Calderón, Lope de Vega; se lee poco a Cervantes en España. En Inglaterra se vende mucho el libro, para ella sin gran valor, Las aventuras de Robinson de Foe. Da. Emilia se siente excluida de la acción que el hombre disfruta, porque es mujer, y escribe cosas que no están bajo la censura; es escritora independiente. No recogida.

*

En el mes de noviembre de 1917 publicó dos crónicas: la Núm. **(196)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA

NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1917, y publicada al mes siguiente: domingo 4 noviembre 1917: 5. Se celebra en Francia el cincuentenario de la muerte de Baudelaire, poeta francés, (1821-1867); en España se lee muy poco su obra Las flores del mal, porque se la encuentra inmoral; también en Francia se le juzga inmoral; esto pudiera ser debido al actual movimiento antidecandestista. Da. Emilia piensa que no dice nada nuevo; escribió además: La carroña y Letanías de satanás. La Núm. **(197)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1917, y publicada al mes siguiente: sábado 17 noviembre 1917: 4. Varia: Problemas económicos en España: encarecimiento de consumos, falta el carbón; hay retraso en los trenes. Exito de una exposición de pintura gallega de varios pintores en La Coruña: Francisco Llorens, paisajista de Galicia, Fernando Sotomayor y Jesús Corredoira. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1917 publicó cinco crónicas: La Núm. **(198)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1917, y publicada tres meses más tarde: domingo 9 diciembre 1917: 5. Celebración, sin entusiamo, del centenario del nacimiento del poeta Campoamor (1817-1901). Campoamor ahonda en los temas líricos y expresa

amargura y desengaño; escribió Doloras, Humoradas y Pequeños poemas. La Núm. **(199)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1917, y publicada dos meses más tarde: miércoles 12 diciembre 1917: 6. De nuevo se representan las obras de teatro de Benavente: La noche del sábado, Rosas de otoño, La princesa bebé, Los intereses creados; se representan además: Petit café, y La chocolatera, obras sin importancia, y una adaptación, traducción de Oscar Wilde Una mujer sin importancia, obra de más valor que las dos anteriores; y la comedia Divorciémonos, interpretada por las dos actrices: Pino y Bárcena. La Núm. **(200)** "EL ARTE DE SABER SER RICO" (Para LA NACION) sin más información, publicada martes 18 diciembre 1917: 3. Comparación entre la condesa de Bornos y la marquesa de Squilache: el administrador de la primera ha heredado su fortuna; en cambio, los pobres han heredado la de la segunda. La Núm. **(201)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1917, y publicada al mes siguiente: miércoles 19 diciembre 1917: 6. Se ha celebrado en Madrid el día de la Raza, el 12 de octubre. D. Antonio Cánovas del Castillo ha ayudado a despertar interés en España; consiguió que se celebrase el cuarto centenario en 1892. Se ha puesto en Madrid una película sobre Colón, llena de errores: presenta a Colón milagroso e

inspirado. La Núm. **(202)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1917, y publicada al mes siguiente: martes 25 diciembre 1917: 4. Mucha gente muere envenenada de arsénico. Ha habido un caso de una pareja de amantes que ha envenenado al marido enfermo para deshacerse de él, y no han sido castigados por la justicia. No recogidas.

*

En 1918 La Nación le publicó sólo nueve crónicas.

En el mes de enero de 1918 publicó dos crónicas: la Núm. **(203)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1917, y publicada al mes siguiente: lunes 21 enero 1918: 4. Varia: La guerra mundial europea crea escasez de carbón en España, pues no llega a Madrid por los conflictos de transporte y el paro minero. El libro del Dr. Turro Hambre, simboliza el estado de conciencia de España. La obra de Benavente La ciudad alegre y confiada tiene éxito. La obra El pueblo dormido de Federico Oliver también lo tiene. La Núm. **(204)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1917, y publicada al mes siguiente: jueves 31 enero 1918: 4. Varia: Madrid tiene gran aficción al teatro: exito en el teatro Odeón de la adaptación de la novela de Galdós El amigo manso

por Francisco Acebal. Exito en el teatro de la Princesa por la obra de Nicodemi La enemiga. El matrimonio de actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza tienen dos hijos que son también buenos actores. Madrid se halla sin gasolina. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1918 sólo publicó una crónica: La Núm. **(205)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1918, y publicada al mes siguiente: martes 19 febrero 1918: 4. Hay mucha pobreza en Madrid y gente que muere en la calle de miseria. La gente de Madrid está obsesionada con los toros y la lotería para ser ricos sin tener que trabajar. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1918 publicó sólo una crónica: la Núm. **(206)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "RELIQUIAS ARTISTICAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1918, y publicada dos meses más tarde: lunes 11 marzo 1918: 4. En España dos incendios intencionados son atribuidos a la mano sombría de la revolución: el del palacio de Medinaceli, no se sabe por qué pues el duque de Medinaceli es bondadoso, sencillo y no tiene enemigos; el del palacio de la Granja ocurrió cuando el agua estaba congelada y las carreteras con nieve, y con mucho viento, se destruyó

mucho tesoro rápidamente. Hay depresión en Madrid y muchos crímenes de noche; no hay carbón . El teatro Real está casi vacío por el frío y su mala calefacción. No recogida.

*

En el mes de abril de 1918 no publicó crónicas.

*

En el mes de mayo de 1918 publicó dos crónicas: la Núm. **(207)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" "LA ACTUALIDAD LITERARIA" (Para LA NACION) escrita en MADRID abril de 1918, y publicada al mes siguiente: lunes 6 mayo 1918: 5. A pesar de estar el papel caro se publica y se estrenan dramas y comedias, pero no todo es de calidad. Hay mucho material comercial que es enviado a las provincias y América. La gente quiere novedad y por eso hay tanta cantidad. Hay rehabilitación de la zarzuela: han puesto Sullivan y ha tenido éxito. Ha reaparecido la novela Galería de espectros y sombras. Al público le fascina la acción, el suspense y los trucos. La Núm. **(208)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "MOMENTOS CRITICOS" "LA ULTIMA OBRA DE BENAVENTE" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1918, y publicada al mes siguiente: martes 14 mayo 1918: 5. Varia: Crisis política: ha caído el gabinete Alhucemas-La Cierva. El pueblo madrileño quiere la monarquía. Se constituye el gobierno

nacional. Estreno de la obra titulada Los cachorros de Benavente, no tuvo suerte; el abono elegante ha considerado esta obra promiscua; pero a Da. Emilia le ha gustado. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1918 no publicó crónicas.

*

En el mes de julio de 1918 publicó sólo una crónica: la Núm. **(209)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EXPOSICION DE RETRATOS FEMENINOS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1918, y publicada dos meses más tarde: miércoles 17 julio 1918: 5. Hay una exposición de retratos femeninos: Isabel la Católica, de autor anónimo, desilusiona; La princesa de Eboli de Alonso Sánchez Coello; hay cuadros del pintor Pantoja de la Cruz de damas aristocráticas; Da. Mariana de Austria, madre de Carlos II, el hechizado, por Carreño; María Ana de Neubourg, esposa de Carlos II, de Claudio Coello; La marquesa de Lazán de Goya; La tirana de Goya; Ama de cría de la infanta Isabel de Federico de Madrazo; La dama del mantón azul de Madrazo; y otros pintores secundarios. No recogida.

*

En el mes de agosto de 1918 no publicó crónicas.

*

En el mes de septiembre de 1918 publicó sólo una crónica: la Núm. **(210)** "LA NACION" "CRONICAS DE

ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1918, y publicada tres meses más tarde: miércoles 18 septiembre 1918: 5. Asesinato de una señora argentina matada por su marido español de un tiro en un hotel del Paseo de Rosales en Madrid; la prensa ha exagerado el caso; dijo que se trataba de una beldad y que vivía en un palacio rodeada de riquezas; la verdad es que se trataba de una señora sencilla que vivía en un hotelito modesto. Da. Emilia piensa que la prensa debería ser más veraz, y no crear folletines de los crímenes, con la intención comercial de vender más periódicos. No recogida.

*

En el mes de octubre de 1918 publicó sólo una crónica: la Núm. (211) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" "UNA EPIDEMIA DE GRIPPE" (sic) (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1918, y publicada tres meses más tarde: lunes 28 octubre 1918: 5. Madrid está paralizado por la gripe, mal de moda: oficinas, tranvías, teatros. El contagio viene de la guerra mundial europea. La gripe no es grave: dura sólo tres días en cama con fiebre alta. En España se toma a broma esta epidemia y se le llama varios nombres: «la canción del olvido» en Madrid; en Barcelona «el paseo marítimo de Cambo»; en Sevilla: «la boda de Belmonte» y «soldado de Nápoles». No recogida.

*

En el mes de noviembre de 1918 no publicó crónicas.

*

En el mes de diciembre de 1918 no publicó crónicas.

*

En 1919 La Nación le publicó 24 crónicas.

En el mes de enero de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. (212) "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1918, y publicada dos meses más tarde: jueves 9 enero 1919: 4. Varia: La epidemia de la gripe está empeorando, se la llama «la plaga», y «el soldado de Nápoles», se han cerrado colegios y universidades; muere mucha gente: hay días que mueren 4 y 6 miembros en una familia; no se encuentran médicos, ni medicinas ni enterradores. Queman eucaliptos en las casas para desinfectarlas. Han sacado a la virgen La Dolorosa en procesión por las calles de Madrid, que en otra ocasión liberó a la ciudad del cólera. La gente canta la salve para fortalecerse. Han cogido al ladrón que robaba los objetos preciosos del Museo y quitaba las piedras preciosas y el oro, y luego tiraba el resto. La Núm. (213) "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1918, y publicada dos

meses más tarde: viernes 17 enero 1919: 3. Varia: La gente tiene miedo a causa de la epidemia de la gripe; hay desinfecciones en las estaciones de Madrid; existe negligencia del Laboratorio Municipal que no desinfecta las casas. A la gente no le interesa la poesía; Da. Emilia ha reunido poetas en su casa y han leído sus trabajos: Ferrari, Rubén Darío y Gabriel y Galán: éste último poeta sencillo de la tierra; tenía su Epistolario íntimo, vivió feliz separado del mundo, no tuvo envidia de los poetas mayores, experimentó su éxito, pero no se envaneció. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. **(214)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, de 1918, sin más datos, y publicada lunes 17 febrero 1919: 4. Varia: Estado difícil que atraviesa España: hay olas de robos en las casas ricas; con la paz España, tiene esperanzas de trabajo y mejoría. Con la Revolución en Rusia ha habido: hambre, robos, destrozos de arte, muchas muerte, fusilamientos de aristócratas, mujeres violadas. España ha sido neutral en la guerra mundial europea y no ha sufrido tanto como los países en guerra. La Núm. **(215)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1918, y publicada dos meses más tarde: martes 18 febrero 1919: 3-4. Varia: Se ha

terminado la guerra, pero se notan sus salpicaduras social y económicamente: la gente no gasta dinero; no hay fiestas en las casas, hay menos abonos en el teatro, el trabajo ha escaseado; sin embargo, el teatro de La Princesa sigue bien. España ha cambiado sus costumbres en las clases adineradas: antes salía la gente de casa a las 11 de la noche e iba al teatro y bailes, y volvía a casa al amanecer, y dormía hasta las dos de la tarde del día siguiente. Hoy la gente prefiere estar en casa de noche. No recogidas.

*

En el mes de marzo de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. (216) "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1918, y publicada tres meses más tarde: miércoles 5 marzo 1919: 3-4. Varia: La autonomía en Cataluña. Da. Emilia no es separatista y piensa que Cataluña no sufre; en 1888 estuvo ella en la Exposición de Barcelona; D. Víctor Balanguer, poeta, era anticastellano y no tenía razones por qué, pues había sido ministro varias veces, académico de la Española y de la Historia y adquirido varias cruces, gracias a Castilla; y Madrid aplaude a los artistas catalanes: Guimerá fue aplaudido en su obra: Mar y Cielo, y son aplaudidos sus actores: Borrás y la Xirgu y el pintor y escritor Santiago Rusiñol. La guerra ha terminado, pero hay odios entre las regiones de España.

La Núm. **(217)** "LA NACION" "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, diciembre de 1918, y publicada tres meses más tarde: jueves 13 marzo 1919: 4. Estreno de la obra póstuma El Ecce Homo, o la casa del duende de Tamayo, no ha tenido éxito; cuando escribió El Ecce Homo, puso en el manuscrito una nota diciendo, para quemar; sin embargo, sobreviven sus obras Un drama nuevo y Locura de amor. El teatro envejece pronto, así como las obras de Sellés y Echegaray. Se representa Esclavitud de Pinillos, dramas policíacos y astracanadas. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. **(218)** "LA NACION" "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1919, y publicada tres meses más tarde: sábado 19 abril 1919: 4. Se discute en Francia la autenticidad de las esculturas de Rodin; Da. Emilia le conoció durante la Exposición de París. Ha habido en Madrid una exposición de la escultura titulada La Pietá, del escultor Julio Antonio que causó respeto y admiración en los visitantes. La Núm. **(219)** "CRONICA DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, marzo de 1919, y publicada al mes siguiente: domingo 27 abril 1919: 4. Ha muerto el joven y famoso escultor Julio Antonio al cual se refirió Da. Emilia en la crónica anterior; estaba muy enfermo de tisis.

Sobre la mendicidad y la desidia en Madrid. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1919 publicó sólo una crónica: la Núm. **(220)** "CRONICAS DE ESPAÑA--LAS LENGUAS REGIONALES" "Por la condesa de Pardo Bazán" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1919, y publicada al mes siguiente: domingo 25 mayo 1919: 4. Sobre los sonidos de varios idiomas: para nuestra escritora, el castellano suena duro y el catalán más todavía; sin embargo, son más suaves el francés, el italiano, el ruso, el gallego y el español que hablan los sefarditas. Se está representando con éxito en Madrid La casa de la Troya, obra gallega, adaptación de Linares Rivas de la novela de Pérez Lugín. También se ha representado en Madrid con éxito Maruxa, obra menos gallega que la anterior. No recogida.

*

En el mes de junio de 1919 publicó sólo una crónica: la Núm. **(221)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la condesa de Pardo Bazán" (Para LA NACION) escrita en MADRID, abril de 1919, y publicada dos meses después: jueves 26 junio 1919: 4. El teatro Real está mal administrado y sus abonados están descontentos, porque dicen que anuncian obras y luego no las ponen, y tienen que conformarse con ver las que les ofrecen

improvisadamente. Se ha estrenado con éxito la ópera española El Avapiés, sobre el Madrid de 1800, arcaico pero parecido al estilo actual. Se ha representado con éxito la zarzuela titulada Las golondrinas de Usandizada. No recogida.

*

En el mes de julio de 1919 publicó cuatro crónicas: la Núm. (222) "CRONICA DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1919, y publicada dos meses más tarde: lunes 7 julio 1919: 4. Varia: D. Antonio Maura sube al poder; el «mito Maura» ha creado entusiasmo en las multitudes. Da. Emilia piensa que las masas del «mito maurista» son superiores a Maura. España tiene problemas de abastecimientos y Da. Emilia piensa que si ella fuese ministro arreglaría el conflicto en varios meses: eliminando intermediarios, y no exportando lo que encarece la vida. No se combate el hambre subiendo los sueldos, sino dando un precio justo a las subsistencias; España lo produce todo y sin embargo, se está importando maíz y trigo de la Argentina. La Núm. (223) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1919, y publicada dos meses más tarde: miércoles 16 julio 1919: 4. Hay muchas exposiciones en Madrid: la del pastelista Béjar, la del malogrado escultor Julio

Antonio, de caricaturas, de trabajos de hierro, de escavaciones por el marqués Cerralbo, y de encajes. Han puesto las películas El ojo submarino, y Trianeras. La Núm. (224) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1919, y publicada dos meses más tarde: viernes 25 julio 1919: 4. Hay una exposición de medicina en Madrid; está lujosamente representado el balneario de Mondariz (Pontevedra); el rey lo visitó y bebió sus aguas curativas. Hay en la Exposición máquinas desratizadoras; Da. Emilia piensa que es higiénico eliminar las ratas que causan tanto estrago. Hay mucha tuberculosis después de la guerra debido a la malnutrición. Se encuentra en Madrid la notable profesora madame Curie, codescubridora con su marido del polonio y del radio. La Núm. (225) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" escrita en MADRID, mayo de 1919, y publicada dos meses más tarde: domingo 27 julio 1919: 5. Problema feminista en España; la mujer está intimidada. Cuando Da. Emilia era joven, los hombres tomaban a broma el feminismo y se reían en los casinos; Da. Emilia, frustrada, dejó de combatir y se refugió en el arte como escape. Cuando Da. Emilia publicó la traducción de La esclavitud femenina de Stuart Mill, la llamaron loca. Francia no presta atención a las protestas femeninas, pero con la

guerra la mujer ha demostrado sus aptitudes y ha conseguido el voto. Da. Emilia piensa que morirá sin ver los problemas de la mujer resueltos. Tórtola Valencia es una bailarina exótica, cosmopolita y bizantina con vestimentas de gasas y joyas decadentes, baila en Madrid danzas con el tema bíblico de la cabeza cortada de san Juan Bautista y Salomé. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. (226) "CRONICA DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1919, y publicada al mes siguiente: domingo 24 agosto 1919: 4. Da. Emilia explica cómo se hace un hombre político y famoso: nace en alguna provincia española en la clase media ambiciosa, posee un título de abogadía y ha publicado algo, sin gran importancia, en algún periódico local; va a la corte y se arrima a personas influyentes para conseguir un puesto político; el político tiene poder de repartir el dinero del gobierno a sus amigos, y es agasajado; los que antes eran sus enemigos son ahora sus amigos; recibe homenajes, distinciones y obsequios; y cuando muere le dan toda clase de honores, aunque haya sido mediocre. La núm. (227) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, julio de 1919, y publicada al mes siguiente: martes 26 agosto

1919: 4. A Da. Emilia no le gustan los automóviles, le parecen una plaga de la civilización, y no cree que la velocidad sea necesaria. Da. Emilia ha tenido un accidente de coche en la carretera, a un kilómetro de Pobladura del Valle, Zamora, en el que su hija resultó herida. Da. Emilia tiene miedo a los aviones y piensa que son peligrosos. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1919 publicó sólo una crónica: la Núm. **(228)** "CRONICA DE ESPAÑA" "Por la Condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio de 1919, y publicada tres meses después: martes 2 septiembre 1919: 4. Varia: hace demasiado calor en Madrid, 40 grados al sol y hay reunión de las cortes. Ha habido saqueo en las panaderías y salchicherías de Madrid. La carestía de la vida es el grave resultado de la guerra y falta lo básico: carbón, cerillas, medicinas; los tejidos han subido también, pero hay gente que se ha enriquecido con la guerra y gasta en abundancia; los extranjeros vienen a España a comprar por que es más barato que en sus países. La gente veranea donde hace fresco: Galicia, Asturias, las provincias vascongadas. Lo que ha ocurrido en Rusia es sobrecogedor: exterminio de clases, matanzas, destrucción, fue imprevisto. No recogida.

*

En el mes de octubre de 1919 publicó dos crónicas: la Núm. (229) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1919, y publicada dos meses más tarde: viernes 10 octubre 1919: 4. Envían a Da. Emilia un librito que se titula Romancero de guerra. A Da. Emilia no le gusta la poesía moderna que utiliza la forma antigua del romance; y dice que el romance no pertenece a estos tiempos aunque su fondo es siempre popular. El Romancero es más rico en España que en otros países de Europa, es la Ilíada española; tiene muy diversos temas y se adapta a todo pie. El Romancero que ella ha recibido es pacifista, no como el antiguo. La Núm. (230) "CRONICA DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, agosto de 1919, y publicada dos meses más tarde: sábado 25 octubre 1919: 4. Varia: Francia lucha por recobrar su normalidad después de la guerra; el franco se ha depreciado; sin embargo, España está prosperando: hay trabajo, los sueldos han subido, los negocios van bien, la gente sale, alterna y gasta. Hay muchos turistas en La Coruña, faltan fondas donde dormir y se quiere construir un buen hotel con casino; Galicia es la región más hermosa de España y es fresca en el verano, pero tiene mal transporte. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1919 publicó sólo una crónica: la Núm. (231) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1919, y publicada la tercera semana del mismo mes: viernes 21 noviembre 1919: 4. Sobre historiadores en España: es difícil escribir una historia de España general que esté bien documentada y guste a todos: D. Rafael Altamira ha escrito trabajos de consideración, pero no es una historia general de España. Entre los escritores historiadores españoles del pasado, Mariana es el más popular, pero no fue cuidadoso ni investigó bien sus fuentes, ni señaló de dónde sacó su información. No recogida.

*

En el mes de diciembre de 1919 publicó cuatro crónicas: la Núm. (232) "CRONICA DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, octubre de 1919, y publicada dos meses después: viernes 12 diciembre 1919: 4. Muchos turistas vienen a España de Hispanoamérica. Da. Emilia les aconseja que si les gusta la buena comida, no vayan a los hoteles y restaurantes de lujo, ni los chalets de golf, ni los de tiro al pichón, ni los de los club de polo, pues se come mal y es caro, les aconseja que vayan a comer a los merenderos y restaurantes de «medio pelo» donde se come bien a precios razonables. En los hoteles

internacionales de Madrid no tienen comida española. La Núm. (233) "CRONICA DE ESPAÑA" "Por la CONDESA DE PARDO BAZAN", sin más información, publicada miércoles 17 diciembre 1919: 4. Varia: La Universidad Central de Madrid donde enseña Da. Emilia Pardo Bazán ha conseguido la autonomía con sus tan deseadas y amplias reformas, por el ministro maurista llamado Silló; mas el profesorado ha pedido postponerla por su falta de preparación. Da. Emilia acaba de leer una necrología hecha al catedrático de derecho penal de Salamanca D. Pedro Dorado Montero, que ha muerto hace poco, por un alumno suyo llamado Maldonado. Da. Emilia no está de acuerdo con el pensamiento del famoso penalista, fue demasiado suave con los criminales; nuestra escritora piensa que los delincuentes deben ser castigados por sus fechorías. Da. Concepción Arenal (1820-1893) también fue demasiado suave con los criminales. La Núm. (234) "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1919, y publicada al mes siguiente: martes 23 diciembre 1919: 4. Varia: Hay preocupación en España por los rumores de subidas de los presupuestos; el gobierno debería dar ejemplo y controlar sus gastos innecesarios. El congreso tiene más empleados de los que necesita; han subido el sueldo a los funcionarios; los madrileños pagan el alumbrado, pero debería pagarlo

el municipio. Hay pobreza en España, todo está demasiado caro. Da. Emilia ha visto comprar a una señora las raeduras mohosas del jamón para dar sabor a la olla; hay necesitados que esconden su pobreza y otros que piden sin necesitarlo. Los problemas políticos en Rusia: está aislada y quiere extender el comunismo a otras naciones. La Núm. **(235)** "CRONICA DE ESPAÑA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Especial de LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1919, y publicada al mes siguiente: lunes 29 diciembre 1919: 4. Chile y Perú quieren ir a la guerra por un pequeño territorio que ambos creen que les pertenece. Da. Emilia es pacifista y cree que no merece la pena ir a la guerra, sino sortear dicho territorio, y piensa que sería buena idea que estos países se unieran con Bolivia y formasen un país grande como Argentina. Da. Emilia no es separatista, no desea la separación de Cataluña y las provincias vascongadas. Portugal mira de reojo a España, cree que un día podría ser invadida, pero España no piensa en nada de eso. No recogidas.

*

En 1920 La Nación le publicó 20 crónicas.

En el mes de enero de 1920 publicó sólo una crónica: la Núm. **(236)** "CRONICAS DE ESPAÑA" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1919, y publicada dos meses más tarde: martes 20 enero 1920: 3.

Varia: La ópera Thais y sus bailes en el teatro Real de Madrid. Alemania fue dura con su poeta Enrique Heine por su obra sátira; también fue dura Inglaterra con Oscar Wilde y Lord Byron. En el «paraíso» del teatro Real los críticos aplaudían, o pateaban y silbaban a los actores; lo hicieron con Adelina Patti y ella canceló su contrato y se marchó al día siguiente enfadada; mas ahora al subir los precios del «paraíso» los críticos no pueden asistir. Da. Emilia atribuye la muerte del joven y famoso cantor Julián Gayarre (1844-1890) a la mala calefacción del teatro Real; murió en escena cuando cantaba en la ópera Pescadores de Perlas. No recogida.

*

En el mes de febrero de 1920 no publicó crónicas.

*

En el mes de marzo de 1920 no publicó crónicas.

*

En el mes de abril de 1920 no publicó crónicas.

*

En el mes de mayo de 1920 publicó dos crónicas: la Núm. **(237)** "De la condesa de PARDO BAZAN" "UN GRAN BAILE DE MASCARAS EN MADRID" "MANOLAS, CHISPEROS, PRINCIPES, Y CORTESANOS DE LA EPOCA DE GOYA" (Para LA NACION) sin más información, publicada domingo 2 mayo 1920: 3. Baile benéfico de disfraces goyescos en

Madrid; los asistentes al baile llevaban trajes de la época de Goya. En el escenario se representaron cuadros vivos: La familia de Carlos IV, El pelele, La gallina ciega por chicos y chicas de la sociedad madrileña. Hubo mantones de Manila, peinetas altas, peinados a lo María Antonieta, una representación de la duquesa de Alba, una torera y manolos con patillas. La Núm. **(238)** "De LA CONDESA DE PARDO BAZAN" "ALGO SOBRE ESCULTURA" escrita en MADRID, 1920, sin más información, y publicada domingo 23 mayo 1920: 3. Ha muerto el joven escultor español Madariaga, el escultor Julio Antonio murió anteriomente; los dos escultores tenían diferentes estilos: Julio Antonio fue arcaizante; Madariaga fue idealista con detalles de naturalismo e influencias de Rodin, con quien trabajó. Cada país y raza tiene sus normas de belleza: lo ibérico es el metal, la piedra, el barro, la madera; el mármol es italiano; en el museo provincial de Valladolid hay magníficas tallas; hay una cabeza cortada de san Juan Bautista que inspiró a Gautier; el decadentismo usó el tema bíblico de la cabeza cortada y Salomé. Hay espontaneidad en el arte español. Hay también influencia de cabezas cortadas en América, Flandes e Italia. No recogidas.

*

En el mes de junio de 1920 publicó sólo una crónica: la Núm. **(239)** "De la CONDESA DE PARDO BAZAN"

"ALGO SOBRE COSTUMBRES MADRILEÑAS" (Para LA NACION) escrita en MADRID, 1920, y publicada viernes 11 junio 1920: 4. Sobre el respeto por los animales. Da. Emilia siente indignación con los que maltratan a los animales; en Madrid se comen pajarillos, pero a su vez, ella detesta las arañas, los insectos, y los ratones; sin embargo, admira al caballo, al asno, al buey, al perro y al gato, y sufre cuando les apalean. Hay carreteros en Galicia que pegan a los bueyes en el morro y los cargan demasiado. Ella ha presenciado un caso en Madrid de boyeros maltratando a sus bueyes que no podían moverse porque iban demasiado cargados; cuando un caballero se acercó y les dijo que no debían hacerlo, le amenazaron con un cuchillo, se entrometieron otras personas y vinieron más boyeros a defender a su compañero. No recogida.

*

En el mes de julio de 1920 publicó dos crónicas: la Núm. **(240)** "ESPAÑA AL DESNUDO" "Un libro de Ruimar" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) sin más información, publicada domingo 4 julio 1920: 5. Da. Emilia se ha decepcionado con el libro España al desnudo de D. Cándido Ruiz Martínez, o Ruimar, como él desea que se le llame; tiene aciertos y opiniones que despiertan mucha controversia. La Núm. **(241)** "UNA EXPOSICION DE ABANICOS EN MADRID" "EL JUICIO DE UNA

COLECCIONISTA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio 1920, y publicado al mes siguiente: domingo 11 julio 1920: 2. Hay una exposición de 491 abanicos en Madrid enviados por la familia real y señoras de la corte. Da. Emilia no ha expuesto ninguno de sus abanicos, aunque sea coleccionista; el abanico es un objeto frágil y puede estropearse cuando está abierto y expuesto en vitrinas. Nuestra autora dio conferencias en el Ateneo sobre el abanico hace seis años. En la exposición hay colecciones de las dos reinas: Cristina y Victoria, las infantas Isabel y Luisa etc., hay abanicos que representan cuadros históricos; Da. Emilia tiene uno de María Antonieta; la mayor parte de los abanicos en la exposición son de procedencia francesa o de pintura italiana, aunque las dueñas sean españolas; no hay en la exposición ningún abanico como el que posee nuestra escritora con representación de «la Tirana»; Da. Emilia tiene abanicos usados y regalados por las reinas Isabel II y Cristina, y la infanta Paz de Borbón. Nuestra autora gallega promete que hará un día un catálogo de su colección; pero no llegó a hacerló. No recogidas.

*

En el mes de agosto de 1920 publicó tres crónicas: la Núm. **(242)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "De la condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, junio

de 1920, y publicada dos meses más tarde: domingo 8 agosto 1920: 4. Varia: Ha sido recibida muy bien Da. Emilia Pardo Bazán en Valladolid donde ha dado una conferencia titulada «La realidad de la patria». Nuestra autora gallega habla sobre el Valladolid histórico: la reina Isabel, la católica, solía vivir o reposar en Madrigal, Tordesillas, Medina del Campo, etc.; en el castillo de la Mota se cree que murió la reina Isabel, la católica, y también Da. Juana la loca. Da. Emilia habla de la cogida y muerte del famoso torero Joselito; y la exageración de la gente, y la prensa acerca de él. La Núm. **(243)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "De LA CONDESA DE PARDO BAZAN" escrita en MADRID, mayo de 1920, y publicada tres meses después: lunes 16 agosto 1920: 4. Ha habido una conferencia del gran orador tradicionalista, Vázquez de Mella, en Madrid, tuvo éxito, duró 3 horas y el público lo escuchó atentamente; renegó de los parlamentos, de la careta que usan los políticos para parecer lo que no son; hoy no existe la hipocresía religiosa. Mella se ha separado del pretendiente don Jaime de Borbón y apoya la dictadura. La Núm. **(244)** "CRONICA DE ESPAÑA" "De la Condesa de PARDO BAZAN", sin más información, publicada: lunes 30 agosto 1920: 3. Varia: Se publican muchos libros, y lo que más se publica es novela, luego poesía y después sociología; también se

escribe mucho en los periódicos; el que no escribe, da discursos o conferencias; es la época de la comunicación; hay pocos que sean buenos oradores; Mella y Maura son oradores extraordinarios. Don Antonio Maura ha dado una conferencia buena sobre feminismo; ha recibido Maura el «Toisón» y se ha retirado a descansar al campo en Solórzano. La gente sale de Madrid a los pueblos donde la vida está más cara que en la capital. Hay problemas de inflación en España. No recogidas.

*

En el mes de septiembre de 1920 no publicó crónicas.

*

En el mes de octubre de 1920 publicó dos crónicas: la Núm. **(245)** "EUGENIA DE MONTIJO" "De la condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, de 1920, sin más datos, y publicada sábado 23 octubre 1920: 4. Sobre la muerte de Eugenia de Montijo, mujer elegante y muy hermosa. Ocupó el trono de Francia con Napoleón III en un París brillante. Eugenia trabajó en obras benéficas; de soltera había viajado frecuentemente a Francia. Después de la guerra Franco-prusiana, Francia cambió sus costumbres sociales. Cuando Eugenia perdió a su marido e hijo se fue a vivir a Inglaterra, pues España no le atraía. Eugenia murió vieja y triste. La Núm. **(246)** "EL PROBLEMA FERROVIARIO

EN ESPAÑA" "de la condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, septiembre de 1920, y publicada al mes siguiente: jueves 28 octubre 1920: 4. Ha habido un accidente de tren por el mal estado de las vías; iban los hijos de Da. Emilia, pero afortunadamente no les ocurrió nada. Galicia es ideal para vacaciones, pero el transporte de líneas férreas es malo; se oyen rumores de que van a poner vías férreas en Galicia, mas Da. Emilia no lo cree hasta que no lo vea. No recogidas.

*

En el mes de noviembre de 1920 publicó dos crónicas: la Núm. (247) "LOS ELEMENTOS BASTARDOS EN EL IDIOMA" "De la condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, de 1920, sin más información, y publicada miércoles 3 noviembre 1920: 4. Sobre los muchos extranjerismos en español. A Da. Emilia no le agrada oír tantos cambios. En el argot, la gente joven usa distintos vocablos para hacer gracia; así los piropos de los muchachos y la contestación de las muchachas, contienen dichos populares. Hay hoteles que usan locuciones francesas e inglesas incorrectamente; utilizan un francés híbrido que no es bueno; sobre todo en la cocina; los establecimientos no usan las locuciones correctas. Hay también expresiones pedantes, como el uso del «pro»: «pro raza» etc., o

«plena por llena». Hay además jergas sectarias: comercial, bancaria, sociológica, higiénica, sentimental, médica etc. La Núm. **(248)** "DE UN LIBRO DE FRANCOS RODRIQUEZ" "De la Condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID de 1920, sin más información, publicada sábado 6 noviembre 1920: 4. José Francos Rodríguez es un simpático y político español; se preocupa por todo: los obreros, el feminismo etc.; su libro más reciente se titula La mujer y la política española; dice que la mujer no podía haber sacado peores resultados que el hombre en política, desde hace un siglo hasta acá. Da. Emilia ha encontrado en España siempre, desde que fue niña, mucha resistencia al feminismo. La querra ha cambiado las opiniones sobre la mujer; antes consideraban a la mujer inepta para la política por su aparente nerviosismo; nuestra escritora opina que el histerismo puede ser tanto masculino como femenino; y que lo que el hombre quiere es seguir con el concepto de "La mujer con la pierna quebrada y en casa", añade que al presente la mujer aspira a demasiados lujos y que el hombre la utiliza para su satisfación visual. No recogidas.

*

En el mes de diciembre de 1920 publicó dos crónicas: la Núm. **(249)** "SEMEJANZAS Y DESEMEJANZAS ENTRE IRLANDA Y GALICIA" "De la condesa de PARDO BAZAN"

(Para LA NACION) escrita en MADRID, de 1920, sin más información, y publicada lunes 6 diciembre 1920: 4. Da. Emilia hace una comparación entre Galicia e Irlanda: Galicia ha tenido más invasiones que Irlanda, por lo tanto, es menos pura en raza céltica; el clima es semejante: muy húmedo ambos. Su historia es muy diferente: Irlanda fue invadida por los ingleses e intentaron imponerle el protestantismo, pero no lo lograron completamente; Irlanda lucha por su independencia. En cambio, en Galicia hay mucho caciquismo, más que en el resto de España; el cacique es un parásito que vive de la política. El sistema parlamentario ha traído la ruina a España, en especial a Galicia. En Galicia existe el problema del foro. Galicia e Irlanda son muy diferentes en sus problemas. La Núm. (250) "UNA CONTIENDA LITERARIA SOBRE La Casa de la Troya" De la Condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, noviembre de 1920, y publicada al mes siguiente: viernes 17 diciembre 1920: 4. Hay agitación acerca de la novela de Alejandro Pérez Lugín La casa de la Troya, de la que se vendieron varias ediciones; se ha adaptado al teatro con éxito, ha dado fama a su autor y ha causado envidias. La envidia es más común en España que en otros países, según Emilio Castelar, es porque la gente está desocupada y se mete en las cosas ajenas. Se acusa a

Pérez Lugín de que su obra no es de él, sino de Camilo Bargiela, autor muerto; Pérez Lugín no ha vuelto a escribir más novelas, y llevó a los tribunales a su acusador. Da. Emilia no cree que haya fraude, por el estilo de la novela y sus crónicas. Larreta también ha escrito sólo una novela de éxito, La gloria de don Ramiro. No recogidas.

*

En 1921 La Nación le publicó 10 crónicas.

En el mes de enero de 1921 publicó dos crónicas: la Núm. **(251)** "CRONICA DE ESPAÑA" "De la CONDESA DE PARDO BAZAN" escrita en MADRID, diciembre de 1920, (Para LA NACION) y publicada al mes siguiente: sábado 1 enero 1921: 5. Da. Emilia visita el país vasco cuyo idioma es un enigma filológico y su pueblo un misterio histórico. La Núm. **(252)** "De la Condesa de PARDO BAZAN" "Para LA NACION) "A TRAVES DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS" escrito en MADRID, diciembre de 1920, y publicado al mes siguiente: domingo 9 enero 1921: 2. Las tres provincias vascongadas son diferentes entre sí: Vizcaya es industrial; Guipuzcoa tiene la ciudad elegante de San Sebastián y sus playas donde después de la guerra mundial europea veranea la gente distinguida; Alava es tranquila, y no es separatista, ni tiene problemas de huelgas ni paros de obreros; su capital, Vitoria, es tranquila y limpia, tiene bellos paseos,

arbolados, y no tiene mendigos en sus calles como Madrid; van a poner tranvías en sus calles anchas, y Da. Emilia piensa que van a dar ruido; las casas son espaciosas y limpias, su agua es clara y buena. Recuerda que en la Diputación Provincial de Alava se encuentran tres cuadros originales de Rivera, el Cristo crucificado es conmovedor. No recogidas.

*

En el mes de febrero de 1921 publicó sólo una crónica, la Núm. **(253)** "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la condesa de P. BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, enero de 1921, y publicada al mes siguiente: martes 8 febrero 1921: 4. El amor puede esconderse, pero el dinero no: se gasta por vanidad. Hay nuevos ricos en España que han acumulado dinero con la guerra; exportadores furtivos: unos lícitos, otros no; hay burlas y hostilidad contra estos ricos en España; los ricos nuevos derrochan el dinero en viajes al extranjero. No recogida.

*

En el mes de marzo de 1921 publicó dos crónicas: la Núm. **(254)** "LA GLORIA DE LARRA" "Un nuevo libro de Da. Carmen de Burgos arroja interesantes revelaciones sobre la vida de Fígaro y desconocidos aspectos de su obra" "Por la Condesa de PARDO BAZAN" "Para LA NACION" escrita en MADRID, febrero de 1921, y publicada al mes

siguiente: domingo 6 marzo 1921: 1, y su continuación en la pág. 8. Da. Emilia habla sobre el libro, basado en datos que conservaba su familia; se le hace un precursor, casi un profeta; para Da. Emilia, Larra fue romántico elegante, fue poético, satírico, agudo e inteligente; se le llamó afrancesado, pero no lo era en realidad; amaba a España, pero su educación era francesa; Francia era para él un país ideal; frecuentaba el café de la Fontana de Oro, sociedad de artistas bohemios; Teófilo Gautier fue de la misma época que Larra, sin embargo, Gautier se inspiró en España; Feijóo también fue llamado afrancesado; hubo otros suicidios de escritores después de Larra; sus compañeros bohemios hicieron reuniones macabras en su honor. La Núm. **(255)** "OBRAS ANONIMAS" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN" "Para LA NACION" escrita en MADRID, enero 1921, y publicada dos meses más tarde: domingo 27 marzo 1921: 2. Da. Emilia habla sobre enigmas literarios y autores anónimos: El Amadís de Gaula, el falso Quijote de Avellaneda, (nunca se ha sabido quién fue Avellaneda) La gesta de Roldán, la escultura de San Francisco en la catedral de Toledo; para Da. Emilia, Guillermo Shakespeare no pudo escribir las obras que se le atribuyeron. No recogidas.

*

En el mes de abril de 1921 publicó dos crónicas: la Núm. **(256)** "De La condesa de Pardo Bazán" (Para LA

NACION) escrita en MADRID, marzo de 1921, y publicada al mes siguiente: martes 12 abril 1921: 3. Nuestra autora habla de cuatro asesinatos de presidentes del Consejo que representaban una política de orden y de reconstitución social, el primero fue el general Juan Prim y Prats, marqués de Castillejos (1814-1870). El segundo asesinato fue el de don Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), hombre inteligente. El tercer asesinato fue el de don José Canalejas y Méndez (1854-1912), cuando leía los títulos de libros en el escaparate de una librería de la Puerta del Sol en Madrid; el cuarto y más reciente asesinato es el de don Eduardo Dato Iradier (1856-1921), acribillado a balazos en su coche cerca de su casa en Madrid, había sido amenazado de muerte, mas él no hizo caso. La Núm. (257) "EL CARNAVAL MADRILEÑO" "Cómo está Madrid; la supresión del carnaval, el esplendor de la Corte en las fiestas de los reyes belgas, los peligros y perturbaciones del tráfico y las garrapatas urbanas" "Por la Condesa de PARDO BAZAN" "Para LA NACION" escrita en MADRID, febrero 1921, y publicada dos meses más tarde: domingo 17 abril 1921: 4. Varia: Sobre la supresión del carnaval en Madrid; el gran recibimiento a los reyes de Bélgica en Madrid; los mendigos que piden y molestan en las aceras; Madrid es agradable en el invierno por su buena temperatura y su animación

bulliciosa, pero no hay orden ni respeto; Da. Emilia ha sido atropellada por una bicicleta que se metió en la acera cuando ella bajaba de su coche, para visitar a unos amigos, y ha estado todo un año entero con un brazo atrofiado y una debilidad muscular profunda; no hay multas para los que cometen tales abusos. No recogidas.

*

En el mes de mayo de 1921 le publicaron una crónica póstuma, pues Da. Emilia murió el 12 de mayo de 1921, la Núm. (258) "De la Condesa de Pardo Bazán" (Para LA NACION) "Por el último correo recibimos de nuestra ilustre colaboradora fallecida la correspondencia que publicamos, escrita especialmente para LA NACION y acaso una de sus últimas producciones", escrita en MADRID, abril de 1921 y publicada al mes siguiente: viernes 13 mayo 1921: 4. Es a propósito del centenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús, y por ese motivo se han reunido la reina Victoria y distinguidas damas de la corte para organizarlo. Santa Teresa fue buena escritora; si no hubiera sido por Quevedo, Santa Teresa sería la patrona de España; para Da. Emilia no fue una mujer docta; predominaba en ella lo instintivo, no lo cerebral. Se necesitan hoteles y hospederías baratas para hospedar a los peregrinos, para visitar Avila, Alba de Tormes, y

Salamanca donde estuvo la santa; (también estuvo en Burgos) van a hacer festejos solemnes, exposiciones y congresos. No recogida.

*

En el mes de junio de 1921 le publicaron la segunda crónica póstuma, la Núm. (259) "CAMILA QUIROGA EN ESPAÑA" "Mientras estuvo alzado el telón, la actriz dejó oír su voz cautivadora y nadie se atrevía ni a toser. Estaba la gente como en misa" "Por la Condesa de PARDO BAZAN" (Para LA NACION) escrita en MADRID, mayo de 1921, y publicada póstumamente: domingo 12 junio 1921: 6. Varia: La guerra ha acercado a las gentes y a las razas; hay danzas rusas en Madrid; las danzas necesitan un tema literario, sino no tienen éxito; se debe a los actores y esposos Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero nuestro acercamiento a Hispanoamérica y conocimiento de nuestro teatro; la Argentina está también enviando actores: la compañía de Camila Quiroga ha venido al Teatro de la Princesa en Madrid con repertorio argentino; representó La montaña de las brujas de influencia francesa y tuvo éxito; había espectadores que tenían problema en comprender el lenguaje, pero Da. Emilia no; los argentinos frecuentan el teatro, pero desconocen el suyo; lo mismo ocurre con el público español; los hispanoamericanos tendrán pronto su propio teatro. No recogida.

*

En el mes de julio de 1921 le publicaron la tercera y última crónica póstuma, la Núm. (260) "ULTIMA CORRESPONDENCIA DE LA CONDESA" "El viaje fracasado del poeta indio a España y lo que saben de él los españoles" "Por la condesa de PARDO BAZAN" "Para LA NACION" escrita en MADRID, 1921, y publicada póstumamente: domingo 3 julio 1921: 4. Da. Emila habla de la decepción en el Ateneo, la Residencia de Estudiantes etc. por el viaje cancelado del poeta indio Rabindranath Tagore a España, traducido del inglés por la Sra. Camprubí de Jiménez; tiene influencia de Rousseau y Maeterlinck, le gustan los niños y quiere una sociedad nueva; en Madrid no ha gustado la representación de dos poemas dramáticos suyos: El cordero del rey y El rey y la reina, son para ser leídos y no representados. No recogida.

CONCLUSION

Da. Emilia Pardo Bazán (1851-1921) fue escritora de vocación toda su vida, pues empezó a escribir cuando tenía 7 años de edad hasta que murió a los 69. Aunque nació en La Coruña y sabía gallego, prefirió escribir en castellano, con la intención de ser más leída en el extranjero, sobre todo, en los países de habla española, sin tener que ser traducida.

Da. Emilia fue en cierto modo una mujer que por su caracter personal y por sus ideas aparece adelantada para su época en España; se separó de su marido, don José Quiroga, porque él era un obstáculo para su carrera literaria, particularmente después de publicar su novela La Tribuna, 1882 y La cuestión palpitante, 1883. Da. Emilia se emancipó y se sustentó de su trabajo; fue muy trabajadora y prolífica pues se propuso escribir 15 páginas diarias. Nuestra escritora vivió frustraciones por ser mujer; sin embargo, fue escritora famosa en su tiempo y consiguió ser presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, donde dio numerosas conferencias; y fue catedrática de Literatura Contemporánea en la Universidad Central de Madrid; todo esto lo consiguió con su esfuerzo personal, pues no hizo estudios universitarios, sino que fue autodidacta.

*

Sobre el periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán en el diario de La Nación de Buenos Aires apenas se ha trabajado; la bibliografía, sobre este aspecto es extremadamente corta y está incompleta.

Hemos dividido todas las colaboraciones de Da. Emilia Pardo Bazán en el periódico de La Nación de Buenos Aires en dos partes. Desde 1879 a 1903 hemos encontrado 22 trabajos, que llamamos **"Colaboraciones esporádicas"**, por ser publicadas de vez en cuando y muy separadas entre sí; desde 1909 a 1921 hemos encontrado 260 crónicas a las que llamamos **"colaboraciones asiduas"**.

*

Existe un campo muy amplio de temas en estas colaboraciones. Da. Emilia Pardo Bazán fue una periodista de carácter cosmopolita, así que le interesaron diversos temas: el teatro, la literatura, los problemas sociales, psicológicos, políticos, económicos, feministas, la moda de su época y el estilo de la lengua. Sólo nos referiremos a algunos de estos temas que nos han interesado en especial.

*

Da. Emilia Pardo Bazán, como mujer, se preocupó del femenismo en España. En la crónica Núm. (12) (La Nación, lunes 16 agosto 1909) confiesa que no existe el

feminismo en España, que la mujer no puede ir donde van los hombres, que para la mujer española su colocación es el matrimonio, y cómo no está preparada ni acostumbrada a trabajar, se ve en estrechez vergonzosa sin el apoyo financiero masculino. A propósito de la mujer que no está instruida y preparada para el trabajo, y sus penosas consecuencias cuando no le quedan medios económicos para sobrevivir, si ha fallecido la cabeza de familia, nuestra escritora escribió el cuento titulado **"Náufragas"** publicado en la revista de Blanco y Negro (Madrid, semanario) Núm. 946, (1909); se halla recogido en Cuentos Nuevos en Emilia Pardo Bazám Obras completas T. II. Ed. de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid: Aguilar): 1391-1394. Otra idea que ella cree positiva y de avance para la mujer es los concursos de belleza femeninos, porque para su época eran una forma de afirmarse de independencia y no de explotación, como los ve cierta crítica feminista moderna.

Da. Emilia fue mujer privilegiada, económica y culturalmente, pero socialmente sufrió por ser mujer. Nuestra escritora fue autodidacta y no asistió a la universidad, pues se casó muy joven cuando tenía dieciséis años, siempre tuvo pesares de no haber ido, y menciona que ya es demasiado tarde para ella.

Nuestra autora se queja de que cuando ella era jovencita y hubo un incipiente movimiento feminista en

España, los hombres en los casinos se reían y lo tomaban a broma porque dice que ellos querían que las mujeres se quedaran en la casa zurciendo calcetines y cociendo el puchero; no era ventajoso para el hombre que la mujer se cultivase y compitiese con ellos en los trabajos. Da. Emilia se queja de los políticos que utilizaban a la mujer en tiempo de elecciones para que les apoyasen, pero no podían votar. Más tarde cuando la mujer fue a la universidad y adquirió una profesión, no la valió por su condición de mujer. Da. Emilia también opinaba que el hombre quería que la mujer se adornase para satisfacer sus propios deseos. Nuestra escritora fue muy buena observadora y, frustrada en su lucha por los derechos de la mujer en España porque no podía conseguir nada en concreto, se concentró en su arte literario y desde allí combatió lo que pudo a través de su periodismo, su novelística y su cuentística. Nuestra autora también acusaba a la mujer española que no pidió y peleó lo suficiente por sus derechos y, dijo que muchas mujeres de las clases elevadas se encontraban cómodas donde se hallaban y no quisieron combatir; y señala cómo la mujer obrera estaba más emancipada con su trabajo, su dinero y su libertad, con menos reglas sociales que las mujeres de las clases más altas. En ambos casos, la mujer obrera y la mujer de clase más alta, en la época de Da.

Emilia, estaban dominadas y manipuladas por el hombre.

En la crónica Núm. **(42)** (La Nación, sábado 5 noviembre 1910) nuestra autora expone cómo el ministro de Instrucción Pública, Julio Burell se preocupa por la mujer y la está ayudando para que pueda trabajar profesionalmente, y así ella se lo manifiesta a sus lectores de la Argentina. Da. Emilia pensó que ella no vería en su vida una gran mejoría en la posición de la mujer y tuvo razón. En la crónica Núm. **(78)** (La Nación, miércoles 8 mayo 1912) Da. Emilia nos confiesa cómo hay dos sillones vacantes en La Academia Española de la Lengua, pero que no será admitida por ser mujer, y no por falta de méritos. En efecto, dos veces intentó ser miembro de la Real Academia de la Lengua Española y dos veces se lo negaron; sin embargo, logró ser presidenta de literatura en el Ateneo de Madrid, dio numerosas conferencias, y fue catedrática de literatura neolatina en la Universidad Central de Madrid, aunque tuvieron que cancelar sus clases por falta de asistencia de alumnos, no acostumbrados a tener profesoras en la universidad.

En la crónica Núm. **(160)** (La Nación, domingo 28 noviembre 1915) Da. Emilia nos informa del movimiento feminista en pro de la paz, en contra de la guerra mundial europea y se confiesa pesimista en cuanto al triunfo de sus ideas; ella ha sido feminista radical y

frustrada en sus esfuerzos se retiró, pero sigue interesada y observadora, y escribe tratando de ayudar a la mujer como puede. Se queja de que la mujer, a pesar de que paga contribución al estado, no puede votar, y se lamenta de que la mujer aunque tenga habilidades para muchos trabajos no se los dan por ser mujer; y añade que al hombre no le interesa que avance la mujer y sólo quiere que se quede en casa como criada y que le sirva. Creemos que Da. Emilia hubiera sonreído si hubiera podido ver el progreso que ha hecho la mujer en nuestra época, y creemos también que no se hubiera parado ahí, pues nuestra autora quería igualdad para la mujer y el hombre, esto todavía no se ha conseguido; pues política y económicamente los países siguen estando en manos del hombre.

En la crónica Núm. **(248)** (La Nación, sábado 6 noviembre 1920) Da. Emilia nos informa cómo la guerra mundial europea ha cambiado la mentalidad del hombre hacia la mujer, que ahora puede encontrar más empleos; aunque sigue usando demasiado lujo en vestirse y adornarse para satisfacer la vista del hombre; antes de la guerra la mujer era considerada inepta para la política debido a lo que los hombres calificaban como nerviosismo, pero nuestra autora opina que el histerismo puede ser tanto femenino como masculino.

*

Da. Emila Pardo Bazán, como mujer aristócrata y cronista, se interesó por la moda. Nuestra autora viajó intensamente y fue una mujer práctica en cuanto a la moda de la mujer. Criticaba la manipulación de los modistos de alta costura y las modas caprichosas e imprácticas; sólo se imponían para explotarlas y sacar dinero. Nuestra escritora se quejó de las faldas demasiado ajustadas en que apenas se podía andar y de las faldas que eran demasiado largas, también poco prácticas en días de lluvia; censuró también los escotes demasiado bajos en días fríos de invierno; protestó de lo impráctico de los sombreros altísimos en el teatro, pues no dejaban ver la función a los espectadores que tenían la mala suerte de que después de haber pagado caras sus butacas no podían ver lo que sucedía en el escenario, de lo impráctico de imponer sombreros de paja en el invierno y de terciopelo en el verano. En cambio, se dolía de que no llevasen las señoras la clásica mantilla de blonda española, más bella y práctica, en opinión de Da. Emilia.

A pesar de que creó contradicción en la sociedad de aquella época la moda de la falda pantalón en la mujer, Da. Emilia la apoyó porque la vio práctica en la movilidad que da a las piernas en el andar y en el correr, sobre todo encontró práctico su uso para la mujer que trabajaba y que tenía que subir y bajar de

los tranvías y los autobuses. Da. Emila estaría sorprendida si pudiese ver este año de 1993 la frecuencia con que se ve por las calles de New York la falda pantalón en todos los estilos y colores imaginarios, larga, corta, fina, gruesa, con más o menos vuelos y con gran variedad de telas de un color o estampadas de colores. Por otra parte, Da. Emilia criticó los bañadores que se utilizaron en las playas en Europa en su época, de los cuales ella dijo que eran demasido ajustados al cuerpo, fabricados de punto de jersey; ella no lo aprobaba por escandalosos, lo que indica la convivencia de represión y libertad en su pensamiento. En contraste, Da. Emilia habla de las mujeres aldeanas gallegas, llamadas «las catalinas» quienes por recomendación del médico iban a bañarse a las playas de Galicia, pero que se metían al agua vestidas.

*

El tema de la maternidad aunque está más expresado en la cuentística de Da. Emilia Pardo Bazán que en sus crónicas, también se encuentra en la colaboración esporádica Núm. "XVIII" titulada "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MISTERIO DEL CONVENTO" (La Nación, martes 1 enero 1901) En ella, el sentimiento de la maternidad lo atribuye al carácter femenino en su naturaleza, no suprimido por circunstancia alguna, como lo ilustra el grupo de las monjas de la crónica.

*

A Da. Emilia le gustaba la tranquilidad y sobre todo le agradaba viajar con seguridad; ella no estaba de acuerdo con la velocidad, de las bicicletas, los automóviles y, sobre todo, no creía que el avión llegase a ser medio de transporte de viajeros. Da. Emilia tenía miedo de los aviones y dijo en una ocasión que ella se sentía terrestre porque los aviones eran peligrosos. En esto último nuestra autora se equivocó y no previó que, a pesar de los accidentes que ocurrían entonces y ocurren ahora, la gente prefiere viajar en avión por su gran velocidad, para ganar tiempo y llegar antes a los más lejanos destinos. Da. Emilia y su familia sufrieron varios accidentes personales que no están citados en las biografías que hemos consultado (véase la bibliografía al final). En la crónica Núm. **(227)** (La Nación, martes 26 agosto 1919) cuenta cómo viajaba en coche con una de sus hijas, y al coche se le salió una rueda y fue a parar a la cuneta de la carretera en un escampado donde no había nadie, cerca ya del pueblecito llamado Pobladura del Valle, en Zamora. No tenían botiquín y Da. Emilia se valió de ropa blanca que llevaba y agua mineral de Mondariz para curar a su hija que resultó herida; además tuvieron que andar un kilómetro hasta llegar al pueblecillo, bajo un sol ardiente y pedir ayuda; comenta cómo el

farmacéutico del lugar, buen samaritano, les ofreció hospedaje y ayuda hasta que vino el médico. Como todos sabemos Da. Emilia tuvo tres hijos, pero apenas los menciona en sus escritos. Ya hemos visto cómo en la crónica citada menciona a una de sus hijas, pero no nos da su nombre. En la crónica Núm. **(246)** (La Nación, jueves 28 octubre 1920) nuestra escritora se queja de la negligencia que hay en la administración española para reparar los trenes, y nos dice que por estar las maderas de los railes podridas hubo un accidente de tren, en el cual iban sus hijos, quienes afortunadamente no resultaron heridos, pero que su equipaje quedó destrozado.

En la crónica Núm. **(181)** (La Nación, martes 12 diciembre 1916) nuestra escritora comenta que se le ha erigido una estatua en vida en La Coruña, en el paseo de la Marina, esculpida por Coullaut Valera, sobrino del escritor D. Juan Valera, la estatua está idealizada y Da. Emilia tiene envidia de su estatua porque ésta no envejecerá y ella sí.

*

A través de sus crónicas en el diario de La Nación de Buenos Aires hemos hallado más anécdotas en la vida de nuestra escritora que no se encuentran en su biografía consultada. Así, por ejemplo, en varias ocasiones Da. Emilia comenta que aunque le gustaba el

teatro con delirio no había podido asistir por el luto que tenía que guardar, y nos dice cómo se tenía que basar en los periódicos para escribir y comentar sobre las obras teatrales que se representaban. Sabemos que Da. Emilia estuvo de duelo varias veces en su vida. Su padre murió en 1890; su marido murió en 1912 y su madre murió en 1915. Además hay otras anécdotas de Da. Emilia que son interesantes y que deseamos comentar. En la crónica Núm. **(121)** (La Nación, jueves 19 marzo 1914) confiesa nuestra escritora que en la conmemoración del "Centenario del Greco" hubo conferencias especiales en España y que a ella le habían encargado hablar de "San Francisco de Asís en la obra del Greco" pero que desafortunadamente no pudo darla porque se encontraba acatarrada y tenía mala voz. Sabemos que nuestra escritora había escrito el libro titulado San Francisco de Asís (1882) y era experta en la biografía del santo. En la crónica Núm. **(170)** (La Nación, jueves 27 abril 1916) nuestra autora da noticia de que D. Julio Burell, ministro de Instrucción Pública, y el conde Romanones, presidente del Consejo, habían aprobado para la Universidad el puesto de catedrática y, que se había creado para Da. Emilia la cátedra de literatura contempóranea. En la crónica Núm. **(171)** (La Nación, domingo 2 julio 1916) Da. Emilia nos explica que se ha equivocado en la crónica anterior

acerca de su nombramiento de catedrática, pues no había obtenido los votos suficientes; pero que ahora finalmente había sido nombrada en una cátedra de literaturas neolatinas en la Universidad Central de Madrid, pues el rey Alfonso XIII había votado a su favor.

Otro aspecto en la vida de Da. Emilia que no se menciona en su biografía y del que nuestra escritora habla varias veces es su respeto y cariño hacia los animales. En la interesantísima crónica Núm. **(70)** (La Nación, domingo 31 diciembre 1911) describe en detalle la distinta personalidad de varios perros que han vivido con ella en su casa y señala la fidelidad de estos animales hacia el hombre. En la crónica Núm. **(239)** (La Nación, viernes 11 junio 1920) a Da. Emilia le duele de que en Madrid haya personas que comen pajarillos los cuales alegran tanto con su canto a los seres humanos que lo saben apreciar. Y nuestra escritora se indigna con los agricultores de Galicia que pegan en el morro y maltratan a los pobres bueyes que no pueden arrastrar las carretas por estar demasiado pesadas, o los boyeros en Madrid que pegaban a sus bueyes por la misma razón; protesta contra el castigo a los animales que los peguen en el morro y los pinchen con baras puntiagudas. Da. Emilia siente que estos animales que ayudan al hombre en sus faenas no debieran ser maltratados.

En la crónica Núm. **(187)** (La Nación, domingo 8 abril 1917) podemos ver cómo Da. Emilia sale en defensa de personas indefensas también; así en esta crónica nos dice cómo ella conoció a la viuda de nuestro poeta romántico Zorrilla, autor de Don Juan tenorio, que quedó anciana, enferma, ciega y pobre, pues se vio obligada a pedir limosna; y cómo entre la marquesa de Esquilache y ella le consiguieron una pensión del gobierno para poder vivir con cierta dignidad. Da. Emilia tenía un carácter fuerte y lo expresó cuando creyó necesario. En la crónica Núm. **(239)** (La Nación, viernes 11 junio 1920) nos dice cómo en Madrid cuando iba por una calle estrecha los guardias le mandaron que se volviese con su carruaje hacia atrás y ella se negó porque era peligroso, y no lo hizo. En la crónica Núm. **(257)** (La Nación, domingo 17 abril 1921) Da. Emilia casi al final de su vida, nos manifiesta cómo ha tenido un accidente de bicicleta. Al bajar de su coche, cuando iba a visitar a unos amigos, pasó una bicleta que la atropelló y la tiró sobre el pavimento; por lo cual ha estado sufriendo todo un año con un brazo atrofiado y una debilidad muscular profunda, y se queja de la falta de respeto de ciertos indiviuos, y del caos que hay en Madrid en donde las bicicletas van por las aceras y los peatones se tienen que bajar y caminar por la carretera, y cómo las autoridades no multan a los que infrinjen la ley.

*

Da. Emilia ha demostrado a través de sus escritos que amaba a España y que no se le trababa la lengua cuando tenía que defender a su país. En la crónica Núm. (31) (La Nación, domingo 29 mayo 1910) nos cuenta una anécdota que le ocurrió cuando viajaba en el tren y se encontró con unas inglesas que habían visto las procesiones de Semana Santa en España y las criticaban como actos paganos; para nuestra escritora esas procesiones eran el alma de España y las viajeras inglesas no comprendían nada de este fenómeno cultural; entonces pensaba que peor era el boxeo con su violencia y que tanto gustaba en Inglaterra.

*

A partir del 1 de marzo de 1909 nuestra autora envió crónicas exclusivamente escritas para el diario La Nación de Buenos Aires, como se puede ver, la mayor parte de ellas llevan el subtítulo de "(Para La Nación)". Hasta esta fecha sólo hemos encontrado que la crónica Núm. 144. titulada "Crónicas de Madrid" (Para La Nación) publicada en este diario, domingo 21 marzo 1915, es lo mismo que el artículo titulado "Don Francisco Giner" publicado en La Lectura (Madrid, mensual) marzo, T. I (1915): 269-274. Al tener el título diferente sólo se puede averiguar comprobando

los textos. Habría que comparar los textos del periódico La Nación con las demás publicaciones españolas, trabajo que no se ha hecho todavía. Sin embargo, en numerosas crónicas de La Nación Da. Emila Pardo Bazán se dirige a sus lectores argentinos, y menciona además a Hispanoamérica, lo que nos hace pensar que las colaboraciones están escritas exlusivamente para sus lectores transatlánticos o, tal vez en algún caso adaptadas para ellos de artículos previos, pero falta a este respecto información.

*

Sobre la guerra mundial europea 1914-1918 escribe Da. Emilia Pardo Bazán en las crónicas, y dice que no es ni francófila ni germanófila, admira a los artistas alemanes, tiene simpatía por los franceses, siente pena por los belgas, pero antipatía por los ingleses. No quiso ponerse de parte de unos ni de otros porque creaba controversia en Hispanoamérica y no deseaba ninguna polémica política, ya que España era neutral; mas Da. Emilia tenía compasión por la tragedia que causaba la guerra y habla de los abusos y atrocidades que leía y oía directamente de exiliados en España y, metafóricamente comenta el olor a sangre traído a través de los Pirineos por los vientos desde Francia, y los "malos olores" de tantos cadáveres descompuestos sin enterrar; habla también de la gente exiliada en

España que tenía dinero, y que se divertía, y no sufría las tragedias de la guerra; comenta además la escasez de comestibles, carbón y otros consumos, el mal transporte comercial y de viajeros. Confiesa el miedo que tenían debido a que estaba tan cerca el combate y pudieran llegar residuos a España. Da. Emilia Pardo Bazán fue neutral y observadora de la guerra mundial europea y, no quiso afiliarse a ningún partido político. Como mujer pensó que perdía el tiempo, pues no podía ejercer su ideología, y no quiso ser utilizada por los hombres; nuestra escritora se refugió en su arte y se dedicó a escribir sus sentimientos y opiniones, sirviéndose de ficción y expresando su ideología en cuentos y también en su periodismo. A veces nos dice que estaba cansada de la querra y se escapa escribiendo sobre teatro, literatura, exposiciones de arte, conferencias y modas, especialmente modas femeninas.

*

Da. Emilia Pardo Bazán fue una gran amante del teatro, la zarzuela, la ópera y la literatura, y expresó sus opiniones en sus crónicas de La Nación de Buenos Aires. Sólo mencionaremos los estrenos de las obras más importantes, por falta de espacio. En la crónica Núm. (3) (La Nación, miércoles 24 marzo 1909) Da. Emilia nos habla del estreno de la ópera Margarita

la Tornera que tuvo gran éxito, de don José Zorrilla en el teatro Real de Madrid y su música popular española de la «zarabanda» de Ruperto Chapí; y comenta además la obra de Don Juan Tenorio también de Zorrilla, la cual no tuvo éxito cuando se estrenó, y nos asegura que fue silbada y después vendida por su autor por muy poco dinero a un editor por la cual había tenido mucha ganancia económica. Don Juan Tenorio se representaba ya con éxito en la época de Da. Emilia, y se sigue representando actualmente todos los años en el día de los Santos, al principio de noviembre, como conmemoración de los difuntos. En la crónica Núm. **(4)** (La Nación, viernes 9 abril 1909) Da. Emilia comenta cómo conoció personalmente al compositor Ruperto Chapí (1851-1909), que acababa de morir, y añade cómo él le había comunicado que iba a escribir una ópera española, pero que no tuvo tiempo pues falleció antes, prematuramente de una pulmonía. En la crónica Núm. **(23)** (La Nación, domingo 30 enero 1910) nuestra escritora habla de la presentación de la entretenida obra La corte de los venenos de Sardou en el teatro de la Princesa, dirigida y actuada por los esposos Mendoza-Guerrero, y añade que Fernando Díaz de Mendoza es muy buen actor y que las obras duran menos tiempo en el cartel en España que en Francia. En la crónica Núm. **(27)** (La Nación, viernes 1 abril 1910) Da. Emilia habla

del estreno Salomé de Oscar Wilde con música de Ricardo Strauss, que estaba prohibida en Inglaterra y mal vista en Alemania por ser países protestantes; en España tuvo éxito y añade que la actriz Gemma Bellincioni actuó extraordinariamente bien el papel de Salomé y que bailó excelentemente la danza de los siete velos. Recuerda que en la Biblia Salomé murió vieja; sin embargo, en la obra de teatro de Oscar Wilde la matan los soldados virgen. En la crónica Núm. **(33)** (La Nación, miércoles 6 julio 1910) Da. Emilia recuerda el estreno de Chantecler de Rostand y de la decepción del público, por lo desagradable que era oír el sonido onomatopeyo de los animales, personajes de la obra; en contraposición con el éxito de Cyrano de Bergerac, del mismo autor. En la crónica Núm. **(77)** (La Nación, viernes 12 abril 1912) Da. Emilia comenta el estreno de la obra de Valle-Inclán La Marquesa Rosalinda en el teatro de la Princesa y subraya cómo no se pudo representar el sábado, día de «abono blanco» en que las señoritas no podían asistir como espectadoras, por considerarse esta obra verde (inmoral). Nuestra autora no está de acuerdo con estas reglas ridículas, y añade que a ella le gustaría que se representasen obras clásicas para que las viesen los jóvenes. En la crónica Núm. **(79)** (La Nación, domingo 12 mayo 1912) Da. Emilia nos habla de las representaciones de Malvaloca

de los hermanos Quintero, creación que hizo reír y que tuvo éxito; y Doña Perfecta de Galdós que no gustó al público; nuestra autora opina, sin embargo, que la obra de Galdós tenía más alto nivel intelectual y que el público no sabía apreciar el talento artístico de uno de los mejores dramaturgos españoles. En la crónica Núm. **(116)** (La Nación, sábado 27 diciembre 1913) nuestra autora vuelve sobre la dramaturgia de Galdós y recuerda que El abuelo ha fracasado, y ella opina que solamente ha sido en la taquilla no literariamente. En la crónica Núm. **(123)** (La Nación, domingo 12 abril 1914) Da. Emilia nos informa del exitoso estreno de La malquerida de Benavente en el teatro de la Princesa, y de varias obras que no tuvieron éxito: Doña María de Padilla de Villaespesa, obra histórica en verso que gustó a nuestra escritora; La fuerza del mal de Linares Rivas, y Los leales de los hermanos Quintero. En Cambio, en la crónica Núm. **(125)** (La Nación, lunes 1 junio 1914) Da. Emilia nos habla del estreno de Alceste de Galdós que tuvo éxito y asistió el rey Alfonso XIII. En la crónica Núm. **(168)** (La Nación, domingo 2 abril 1916) Da. Emilia nos asegura que la Princesa era el teatro más elegante de Madrid, y que el rey asistía a los ensayos, y su abono era de gente rica la cual no aceptaba todo. Así no admitió la obra de Lope titulada El castigo sin venganza; el matrimonio de actores

Fernado Díaz de Mendoza y María Gerrero lo administraban excelentemente, era un teatro lujoso, y en invierno tenía buena calefacción, y utilizaban decoraciones valiosas; en la obra de Benavente Campo de armiño utilizaron tapices verdaderos y muebles ricos. El hijo de dicho matrimonio era también actor, y representó muy bien su papel principal en la obra de Villaespesa titulada La leona de Castilla. En la crónica Núm. **(182)** (La Nación, miércoles 3 enero 1917) nuestra escritora habla de la excelente adaptación, al teatro, por los hermanos Quintero, de la novela de Galdós titulada Marianela, en la cual la actriz catalana Margarita Xirgu interpretó muy bien su papel de Marianela; y del éxito de la obra El crimen de todos de Federico Oliver. En la crónica Núm. **(193)** (La Nación, viernes 29 junio 1917) Da. Emilia nos refiere el estreno de la obra pacifista titulada Jesús que vuelve del dramaturgo catalán D. Angel Guimerá. En la crónica Núm. **(203)** (La Nación, lunes 21 enero 1918) Da. Emilia nos cita dos obras que tuvieron éxito: La ciudad alegre y confiada de Benavente y El pueblo dormido de Federico Oliver. En la crónica Núm. **(204)** (La Nación, jueves 31 enero 1918) Nuestra escritora nos habla de la gran afición que tiene Madrid al teatro, y del éxito de dos obras: El amigo manso, adaptación de la novela de Galdós por Francisco Acebal, en el teatro Odeón; y

La enemiga de Nicodemi en el teatro de la Princesa. En la crónica Núm. **(208)** (La Nación, martes 14 mayo 1918) Da. Emilia nos comunica el estreno Los cachorros de Benavente que no tuvo éxito, el público calificó esta obra de promiscua, pero a nuestra autora le agradó. En la crónica Núm. **(217)** (La Nación, jueves 13 marzo 1919) habla Da. Emilia del estreno póstumo de Tamayo El Ecce Homo, o la casa del duende que no gustó al público; y cuyo autor escribió en el manuscrito «para quemar». Sin embargo, siguen representándose sus obras tituladas Un drama nuevo y Locura de amor. En la crónica Núm. **(220)** (La Nación, domingo 25 mayo 1919) Da. Emilia nos dice que se está representando con éxito en Madrid, la obra titulada La casa de Troya, adaptación de Linares Rivas de la novela de Alejandro Pérez Lugín (1870-1926). Esta obra se llevó después al cine. En la crónica Núm. **(221)** (La Nación, jueves 26 junio 1919) Da. Emilia nos informa que se han representado dos obras con éxito: la zarzuela titulada Las golondrinas de Usandizaga (1887-1915) y la ópera española El Avapiés, la cual refleja el Madrid de 1800. En la crónica Núm. **(236)** (La Nación, martes 20 enero 1920) Da. Emilia nos dice que ella cree que el famoso cantor español Julián Gayarre (1844-1890) murió prematuramente de bronquitis en la escena del teatro Real, porque tenía mala calefacción y tuvo que salir medio desnudo

cuando representaron la ópera Pescadores de Perlas. En la crónica Núm. (258) (La Nación, viernes 13 mayo 1921) Da. Emilia nos habla del intercambio de teatro que había entre España y la Argentina, los actores Fernando Díaz de Mendoza y María Querrero han ido a reprentar obras españolas en Hispanoamérica, y la actriz argentina Camila Quiroga ha venido a España al teatro de la Princesa con un repertorio argentino; era muy buena actriz, pero hubo espectadores españoles que no comprendieron el lenguaje argentino; representó con éxito La montaña de las brujas de influencia francesa; nuestra escritora previó que Hispanoamérica tendría su propio teatro, y añade que los argentinos se parecían a los españoles que preferían el teatro extranjero al suyo propio.

*

El estilo de Da. Emilia en sus crónicas de La Nación de Buenos Aires es fluyente, rápido y nada amanerado, es sencillo y fácil de comprender, mantiene el interés del lector, tiene refranes y expresiones populares de su época, y su vocaburario es rico; Da. Emilia era políglota y utilizó palabras de los idiomas que ella conocía para expresar mejor su pensamiento; se sirvió de galicismos, anglicismos, latinismos, y neologismos que ella creó cuando no encontraba la palabra que deseaba. Sólo nos referiremos a algunas de

las palabras y expresiones que Da. Emilia utilizó; mas hemos hallado que hay suficiente material para hacer un trabajo extenso sobre su vocabulario. En su **"Carta II a Gertrudis Gómez de Avellaneda"** (1814-1873) publicada en La Nación domingo 5 mayo 1889: 1, Da. Emilia usa irónicamente la expresión popular, de **"buen ciego es el que no ve por tela de cedazo"** para indicar que ella se daba cuenta de que los derechos de la mujer en vez de progresar con el tiempo, iban hacia atrás, pues la poetisa mencionada anteriormente y Da. Emilia Pardo Bazán (1851-1921) no habían conseguido ser miembros de la Real Academia Española de la Lengua, a pesar de los 37 años de diferencia que existía entre las dos escritoras. En **"La moda con arte"**, colaboración sobre la moda femenina, (La Nación de Buenos Aires, miércoles 25 diciembre 1889: 2; véase la nota de pie de esta colaboración) utiliza la palabra **"agiotajes"** que viene del francés agiotage que significa ganancia en el cambio de moneda, para expresar que es buena época económica y por lo tanto buena situación de vida, y el adjetivo **"dispensiosas"** para indicar que la moda era cara, costosa; y más adelante la palabra **"impermeable"** la cual según Da. Emilia es la traducción del **"ulster"** de viaje inglés, prenda larga que protegía la ropa del polvo en los viajes. Y la palabra familiar **"empingorotado"**, 'encopetado', para describir la

exageración de la moda grotesca y cómica, pasada ya, del sombrero en 1887 que era nada menos que "de tres pisos con entresuelo". Más adelante nuestra escritora con humor compara la nueva moda del sombrero con un **"capacho"** de paja, 'cestillo', el cual alguna zagala podría adornar con flores silvestres para atraer a algún zagal. En verdad, la nueva moda del sombrero femenino fue naturalista pues estaba adornado de flores y hasta "con rama de vid o yedra". Y cuando trata de los colores que se llevaron durante el Renacimiento dice que se llevó el **"azul turquí"** que era un azul oscuro con mezla de violeta, en contraposición con los colores que se llevaban cuando escribió esta crónica que eran los colores pálidos y claros, y añade que los colores de la moda simbolizaban la historia y las preocupaciones de la humanidad de sus distintas épocas: en tiempos de guerra se llevaban los colores oscuros y en tiempos de paz y buena economía se llevaban los colores claros y alegres. Nuestra escritora nos explica que los estampados grandes y exagerados en las telas han desaparecido, y se sirve de la expresión popular **"¡vayan benditos de Dios!** para declarar que a ella no le gustaban, y que se alegraba de que ya no existiesen. Y nos habla que era la moda de los **"fulares"** que viene de la palabra francesa foulard que es una tela fina con dibujos; también puede

ser un pañuelo o bufanda fina que se llevaba al cuello. Nuestra autora sigue hablando de los estampados de poco gusto y nos manifiesta que hay algunas telas con dibujos de **"jockeys"**, 'jinetes', estampados, palabra que viene del inglés. Y un poco más adelante se sirve de la expresión popular **"anda con Dios"** para decirnos que estaría bien vestirse con esas extravagancias si fuese práctico pero, que adornarse con un **"déshabillé"**, palabra francesa, 'salto de cama', con dibujos de mal gusto, de barómetros, de sapos y de langostas, es ir para atrás: **"vade retro"**, expresión latina. Y más adelante especifica que la moda de la falda se ha aplastado tanto, que los **"polisones"**, almohadilla que se colocaba la mujer a la cintura para levantar la falda por detrás, se asemejaban a **"obleítas"**, 'delgadísima'. Y cuando habla de la moda de la chaqueta, dice que es prenda utilizada **"para las salidas de trapillo y el mañaneo"**, es decir, cuando salián las señoras por la mañana temprano para ocasiones en que no pretendían ir adornadas, pero que esa chaqueta era cara y de corte inglés. Dicha chaqueta, reemplazó después a la prenda llamada **"visita"**, 'esclavina adornada', que nuestra autora ridiculiza por no ser práctica y por parecer las señoras que la llevaban **"pájaros bobos"**, sin elegancia; y añade que no era bonita sino **"desairada como ella**

sola", sin gusto. Y un poco más adelante nos explica que se llevaban los anteojos, **"impertinentes"**, adornados con diamantes, y nos confiesa que ha visto en un **"trousseau"**, 'ajuar de novia', un paraguas que tenía el puño de oro cincelado; con inicial de brillantes, y le pertenecía a ella **"es mío propio"**, expresión popular que enfatiza su posesión. Un poco más adelante Da. Emilia comenta la moda del traje con **"divided skirt"**, 'falda pantalón', y la compara con los imprácticos e incómodos **"faraláes"**, 'volantes anchos' que adornaban la parte baja de algunos vestidos, en contraposición con el **"pantaloncillo a la zuava"**, 'pantalón bombacho', recogido con una goma y ajustado a la pierna, uniforme de soldado zuavo, hombre argelino, al servicio de Francia. Y señala que si hay **"vestidos de trote"** expresión popular, prenda fuerte y de resistencia, por qué no usar el traje de falda pantalón que es de uso provechoso a la mujer.

*

Hemos recopilado todas las colaboraciones y crónicas de Da. Emilia Pardo Bazán publicadas en La Nación de Buenos Aires, Argentina, pues creemos que son una importante contribución al estudio de las letras hispánicas de principios de siglo de utilidad especial para los estudiosos de la obra de Da. Emilia. Se trata de crónicas testimoniales históricas que cubren gran

parte de la vida de nuestra autora, que presencia hechos transcendentales políticos, económicos, sociales y literarios. A pesar de que Da. Emilia empezó a publicar en La Nación de Buenos Aires en 1879, es a partir del 1 de marzo de 1909 cuando comenzó a enviar crónicas periódicamente. Aunque nuestra escritora se consideró neutral en la guerra mundial europea de 1914-1918, fue testigo de este hecho histórico, tuvo compasión por el dolor humano y escribió sus sentimientos y la repercusión que tuvo en España. Da. Emilia vivió intensamente también los cuatro asesinatos políticos que ocurrieron durante su vida y así lo comunicó a sus lectores de Hispanoamérica: el general Juan Prim y Prats en 1870; Antonio Cánovas del Castillo en 1897; José Canalejas y Méndez en 1912 y Eduardo Dato Iradier en 1921. Debemos añadir que nuestra autora vivió varios y diferentes cambios políticos: parte del reinado de Isabel II 1843-1868; el corto reinado de Amadeo I de Saboya 1870-1873; la Primera República 1873-1874; la restauración borbónica de Alfonso XII 1874-1885; la regencia de la reina Cristina de Habsburgo 1885-1902; y parte del reinado de Alfonso XIII 1902-1931. Nuestra escritora se interesó desde muy joven por el feminismo en España, pero frustrada por los malos resultados iniciales de su prédica, se retiró y se concentró en su labor de escritora. A

nuestra autora le gustaba mucho el teatro y asistía a todas las represenciones que podía y de ellas dio noticia en sus crónicas de La Nación de Buenos Aires. Fue cosmopolita y se interesó por todo lo que le rodeaba: escribió sobre la moda femenina; dio y asistió a numerosas conferencias de las que habló en sus artículos; estuvo en múltiples exposiciones de pintura, escultura, abanicos, encajes y cerámicas que le sirvieron de tema para sus crónicas. Acertó cuando previó que el movimiento futurista de Marinetti no perseveraría; que Hispanoámerica tendría su propio teatro; sin embargo, no intuyó el éxito del avión de transporte de viajeros, pues le tenía miedo.

Estas crónicas son documentos históricos, hechos de la época en que Da. Emilia Pardo Bazán vivió y creemos que son dignas de ser añadidas a sus Obras Completas.

VEINTIDOS COLABORACIONES ESPORADICAS (1879-1903): TEXTOS VARIOS Y ENTREVISTAS, PREVIAS A LAS CRONICAS ASIDUAS (1909-1921) DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN ENCONTRADAS EN EL PERIODICO LA NACION DE BUENOS AIRES, ARGENTINA.

I

LA ESTACION DE LAS LLUVIAS*

(Del poema sánscrito Mahabarata)

La estación de las lluvias ha nacido:
espiran los ardores del verano:
la atmósfera se envuelve en nubarrones:
todos los séres de placer temblaron,

Las grullas
con vuelo
pesado
el cielo
cruzaron.

La tierra, que regó la mansa lluvia,
de fresco musgo se alfombraba en tanto,
y estaban los linderos de los bosques
hirviendo de reptiles enlazados.

Revueltos
los ríos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) (Sección conversación) viernes 7 marzo 1879: 2. También publicado con el mismo título en El Aurora de Galicia (**Almanaque Literario** para 1879) Coruña: Imprenta y Estereotipia de Vicente Abad, 1878: 90-91. No recogido.

bramando
sus bríos
soltaron.

Se arrojan, con concierto de chillidos,
del bosque que las aguas inundaron,
las aves bellas, los vivaces monos,
los jabalíes, los silvestres pavos,

las ranas
gozosas
con saltos
ruidosas
cantaron.

Esmaltan por doquier los riachuelos
y los puros cristales de los lagos,
millares de nenúfares y lotos
fragantes y purpúreos y blancos.

Las cañas
redondas
brotaron
las ondas
besando.

El cielo resplandece en su pureza

la lluvia abatió el polvo seco y árido,
y en la noche apacible los luceros
y las constelaciones chispearon.

La luna
ya llena
ha velado
serena
su rayo,

Emilia Pardo Bazán.

II

LA ABSOLUCION DE LOS PODERES*

Cuando el monje y el fraile eran poder social, intervenían en los consejos de los reyes y ejercían influencia en el ánimo de los pueblos, tenían la caridad por patrimonio, y más de una vez la criticada bazofia, la pobre sopa conventual, calentó el desmayado estómago de grandes escritores o sabios futuros, que encubrían la humillación de su miseria tras los remiendos de la alegre capa estudiantil.

Hoy monjes y frailes se ocultan para dar; que siguen dando lo sabe Dios y lo sabemos algunos mortales amigos del sayal todavía; y la caridad pública, brillante, popular y aristocrática a la vez; el impulso que en un día, en una hora, arranca pesetas a todos los bolsillos y lágrimas a todos los ojos, pertenece a la prensa, esa institución hija de la curiosidad, madre a veces de la justicia, gran coloso que habla, no cual el de Memnon al salir el sol, pero siempre, así al despuntar las bellas auroras, como al nacer las tinieblas; institución censurada porque no hay ninguna que no lo sea tarde o temprano, amada porque se ha

*Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 23 mayo 1885: 1. (Sección Para Andalucía) No recogido.

hecho necesaria a nuestra edad, y grande porque obra, y emprende y lucha, y triunfa al fin, ensanchando cada día sus vastos dominios.

Mas los poderes, a medida que se fortalecen, necesitan dulcificarse, por decirlo así, crecer en bondad y en vigor a un tiempo. Esa es absolución. La prensa acierta al derramar oro entre los desdichados. ¿Qué importa que ese oro lo dé la prensa misma, o lo exprima con mano potente, estrujando la masa social y haciendo chorrear el dinero sobre la provincia destrozada por el terremoto o ahogada por la crecida del río? Tampoco los frailes, sujetos por el voto de pobreza, daban de lo suyo. Mendigos sublimes, pordioseaban para los demás; por su conducto la flaca voz del pobre atravesaba las murallas de los palacios.

EMILIA PARDO BAZAN.

III

Las mujeres en la academia*

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

EMILIA PARDO BAZAN

Son por demás elocuentes para necesitar explicaciones las siguientes cartas de la Avellaneda, y de las dos que van después, dirigidas por la Sra. Pardo Bazán a la cantora de La Cruz, en su morada ultramundana. Tan insignes firmas bastan ellas solas para atraer de invencible modo la atención.

Señor director de El Correo.

Querido amigo: Le remito esas cuatro cartas de la Avellaneda, escritas allá por el año 53, pretendiendo, con el calor que inspira la conciencia de los propios merecimientos, el sillón vacante en la academia

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 5 mayo 1889: 1. Hemos encontrado, además, "Carta 1 y 2 a Gertrudis de Avellaneda" en El Liberal (Madrid, diario) 3 marzo 1889. No recogido.

española, por muerte del secretario perpetuo D. Juan Nicasio Gallego.

A pesar de que en aquellos tiempos no se traslucía tan fácilmente como hoy lo que pasaba en la calle de Valverde, tengo para mí que la doña Gertrudis, avezada a las mañas conventuales, se arreglaba a las mil maravillas para enterarse de las cábalas y deliberaciones de los inmortales.

No sé en qué se fundaron esos señores para rechazar a la Avellaneda, sospecho que habrán pensado como el Rey Sabio, que ninguna mujer cuanto quier que sea sabidora... non es guisada nin honesta cosa que tome officio de varon estando públicamente embuella con los homes, por que se vuelve desvergonzada la, e estonce es fuerte cosa de oyerlas, de contener con ellas.

Sea lo que fuere, no vacilo en asegurar que la insigne criolla ha debido sufrir amarguísimo desengaño al verse burlada en sus legítimas aspiraciones, tan ardientemente expresadas en esta curiosa correspondencia.

Suyo siempre afectísimo amigo.--F. Vior.

Señor don X... X...

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Sabiendo por nuestro común amigo el Sr. Pacheco que tengo la buena

suerte de merecer las simpatías de V. respecto a mi pretensión de pertenecer a la academia y no queriendo abusar de la sensibilidad de nuestro nombrado amigo, me permito dirigirme a V. rogándole me dispense el obsequio de pasar la vista por el adjunto borrador, y decirme si es esa la fórmula de la solicitud, pues la he hecho sin saber cómo se acostumbran hacer, ni si se dirigen al secretario o al director.

Al mismo tiempo aprovecho la oportunidad de dar a V. gracias por sus buenos deseos en mi favor; y aunque persuadida de que Pacheco me ha recomendado a todos sus amigos, y que nada puede valerme tanto como su poderosa recomendación, también me encomiendo yo misma a V., a su galantería, rogándole que pues es del número de mis generosos sostenidores, no lo sea tibiamente, sino que me dispense el favor por completo, hablando en mi favor al Sr. Caveda y a los muchos amigos que V. tiene en la academia. Advierto a V. también, y deseo que lo sepa Pacheco, que el jueves primero ya se dará conocimiento de mi solicitud, y que sé que la clase de guerra que tratan de hacerme comenzará su plan de operaciones desde el instante mismo.

Los que tienen interés de eliminarme, ventilarán antes que la cuestión de merecimiento, la de posibilidad, porque no obstante los ejemplos anteriores de mujeres académicas, ejemplos que parecían decisivos

y capaces de borrar los menores escrúpulos todavía se vuelve a la objeción del sexo, a falta de otra, y se rebuscan sutilezas pueriles en que fundar diferencias de los actuales reglamentos con los anteriores, aparentando por las modificaciones (obra de ellos mismos) un respeto tan tímido como si se tratase de las leyes fundamentales de un estado. Sé, en fin, que se prescinde ridículamente hasta de lo especialísimo y rarísimo del caso presente, y se habla de los abusos a que se abrirán las puertas, como si en España fuese muy común el que las mujeres prestasen gran valor al título de académicas, o como si no pudieran existir tantos abusos ahora que no hay ninguna mujer, como cuando hubiera una. Si por entrar yo en la aacademia cualquier mujer pudiese creerse en la posibilidad de alcanzar otro tanto, me parece que también por ser académicos los dignos señores que componen aquella corporación, podrán todos los hombres creerse capaces de competirles. La presunción ridícula no es patrimonio exclusivo de ningún sexo, lo es de la ignorancia y de la tontería, que aunque tienen nombres femeninos, no son por eso mujeres.

Cosa singular sería que no se pudiese dar distinción o premio al mérito, por temor de que la incapacidad pretendiera otro tanto. Creo que si el ejército de damas que recelan algunos académicos acuda

a invadir sus asientos desde el momento que se me dispense uno, se compone de individuos con títulos iguales a los que me merezcan la honra mencionada, la academia y la España deben felicitarse de un suceso tan sin ejemplo en el mundo; y si, por el contrario, la pretensión no tiene fundamento racional, no concibo que pueda alamar tan seriamente a un cuerpo tan respetable. Digo todo esto para que quede enterado, si no lo está ya, de cuáles son las risibles razones que andan esparciendo ciertas personas, y comprenda el por qué le ruego a usted, y a todos mis amigos, que no dejen de asistir el jueves próximo a la calle de Valverde, prevenidos de que es muy probable que se presente como cuestión previa, si puede o no aceptarse mi solicitud.

Me confío a usted completamente, y espero tranquilamente el triunfo que me prometo de tan poderosos auxiliares.

Reciba usted mientras tanto en estos feos borrones, escritos entre los dolores de una jaqueca atroz, la seguridad de los distinguidos sentimientos con que soy su más atenta afectísima S. Q. B. S. M.,--GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.--Hoy 31 de enero.--En esta su casa, calle de Pavía número 2, cuarto entresuelo izquierda.

Señor don X... X...

Mi muy estimado amigo: Me han asegurado que tiene usted relaciones de conocimiento con el Sr. de La Joyosa, cuyo voto favorable me sería en gran manera lisonjero, pero, a quien no me atrevo a escribir ni a visitar, porque no existe el menor antecedente que me autorice a ello.

¿Será usted tan complaciente que quiera dispensarme el obsequio de hablar a dicho señor interesándole en mi favor? Si lo hace usted con eficacia, no dudo que la imparcialidad de una persona tan ilustrada como lo es aquella a quien dirigimos, conocerá desde luego la razón que me asiste, y que no son los reglamentos de una corporación literaria como las leyes fundamentales de un estado, en las que es grave y trascendental la más ligera infracción, aún tratándose de casos especialísimos. Creo que el Sr. de La Joyosa (a quien no doy su título porque no estoy cierta de si es conde, marqués o barón) no podrá menos de desear que alcance alguna honrosa distinción la pobre mujer poeta, que se ve privada por su sexo de aspirar a ninguna de las gracias que están alcanzando del gobierno sus compañeros literarios, no cediendo a ninguno en laboriosidad y en amor a las letras; y que hallará justo, y debido, y honroso para la academia, el

compensarme, en cierto modo, mostrando que no es en España un anatema el ser mujer de alguna instrucción; que el sexo no priva del justo galardón al legítimo merecimiento. En fin, usted sabrá hacer presente lo mucho que en este particular puede alegarse en mi abono, y aún sin tanto, creo yo que es imposible que el buen juicio y talento de su amigo no vea claro a primera vista, si mira la cuestión desapasionadamente y desde su verdadero punto de vista. Hágame V. el favor de hablarle lo más pronto que pueda y avisarme cuáles son las disposiciones del nombrado académico. Muy sensible me sería que me fuesen contrarias, muy sensible.

Siempre de V. amiga y servidora Q. B. S. M.--GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.--Hoy 3 de enero, jueves.

Señor D. X... X...

Muy señor mío y amigo estimadísimo: He hablado con Pacheco y hoy le escribo diciéndole que he visto a Quintana, y que es nuestro. Imposibilitado de asistir el jueves a la discusión consabida, me dice que escribirá al secretario manifestándole su opinión, y que desea haga de aquella carta el uso que estime conveniente. Me encarga advertirles a mis amigos que

cualquiera otra cosa que crean puede él hacer la hará en mi obsequio y por contribuir a que se resuelva felizmente una cuestión que le parece ridícula y poco digna, pues para él no es cuestionable la posiblidad de mi candidatura, y juzga que aún siendo inaudito el caso, sería aceptable por las especiales circunstancias que concurren en mí. En fin, lo tenemos muy favorable, y creo que Seoane no nos será contrario desde hoy: casi otro tanto puedo decir de Ochoa, si no es el más falso de los hombres. Lo que sí parece es que quieren dejar a todo trance para San Luis la vacante de Gallego, y crear para mí otra plaza supernumeraria. Ruego a ustedes que no transijan, a menos que vean imposible la victoria completa.

Debo advertir a usted que si se consulta al gobierno, todas las probabilidades están a favor nuestro. Seoane responde de usted. Sería de desear, sin embargo, que la academia decidiese por sí sola.

En fin, mis favorecedores verán lo más conveniente; yo me fío del todo a su autoridad, y de prisa y corriendo me repito de usted muy amiga Q. B. S. M.--GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

El barón de La Joyosa me ha escrito, y no parece muy decidido a apoyarnos. Es preciso no dejarlo de la mano.

Señor don H... H...--Muy señor mío y amigo estimadísimo: Creo que conviene mucho que usted me haga el obsequio de hacer llegar la adjunta carta a manos de Caveda, a quien habló Ros de Olano, y que parece muy favorable a nuestros deseos, aunque detenido por su compromiso con Ferrer. Mi criado puede llevar la carta si usted no tiene ocasión de darla hoy.

Escribo a usted de prisa y corriendo, y le indicaré lo que sé respecto a la batalla de esta noche.

Quintana escribe y también Tapia; el primero una carta; el segundo oficialmente, fundándose en el art. 51 de los estatutos vigentes.

Pidal, según todas las probabilidades, no nos será hostil. Rianzares ofrece hablar hoy a Cabo Reluz, si logra verlo, y si no, le escribirá: así al menos acaba de decírmelo.

Salamanca responde de Valoy en el caso de que se consulte al gobierno.

Oliván me escribe que estará en Madrid para la votación de académico, y que cuente con él. R. T. me escribió lo mismo, hace días. P. es favorable y creo que asistirá esta noche.

Mesonero Romanos, lo mismo; Seoane y Ochoa han dicho que no harán oposición, pero no me fío del último. Sería muy conveniente hacer que Pastor Díaz,

si no le es posible asistir, escribirse, como han hecho Tapia y Quintana. Creo que Hartzenbusch es nuestro de veras, y Rivas no faltará en nuestras filas.

Es cuanto sé y confío mucho en mis sostenedores. Adiós, hasta que nos veamos para celebrar el triunfo.

Su amiga de V. y servidora afectísima Q. B. S. M.,--GERTRUDIS.

A GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

(EN LOS CAMPOS ELISEOS)

Carta I

Mi excelsa compañera Tula: No lleves a mal que por breves momentos distraiga tu espíritu entretenido, sin duda, en vagar por los amenos valles de esa región feliz. Acuérdate de la tierra donde viviste, y déjame contarte algo de lo que en ella sucede.

Es el caso que un periódico de esta corte, llamado El Correo, inserta en su número del 24 del presente mes cuatro epístolas tuyas, con el título "Las mujeres en la academia", el el subtítulo «Cartas inéditas de la Avellaneda», y un encabezamiento del que trataremos. Están dirigidas a persona cuyo nombre sustituyen dos

XX, y el contenido manifiesta tus gestiones a fin de ingresar a la Academia española.

Ya oigo que preguntas: «Y por qué sale hoy a luz una correspondencia que desde treinta y seis años hace amarilleaba en el fondo de un cofre o cajón?» A eso voy, Tula, y por eso te escribo. La oportunidad de exhibir semejante correspondencia consiste en que estos días se ha echado a volar otro nombre de mujer para cubrir vacante de un sillón académico, y se ha vuelto a poner en tela de juicio la cuestión de si las mujeres pueden o no pueden ser admitidas en la academia. Y el nombre que se ha pronunciado es el mío.

Al llegar a mis oídos los primeros rumores, formé ¡Oh Tula! propósito de no chistar y de mantenerme ajena a todo cuanto ocurriese. La publicación de tus cartas me hizo mudar de parecer al punto te diré la causa.

Por culpa de la malicia, que no duerme; por virtud de la lógica, que infiere de lo conocido, lo desconocido, fundándose en la relación y trato que llevo con varios académicos de nota, mucha gente habrá supuesto--al leer en El Correo las cartas que descubren tus malogradas gestiones, y el encabezado donde se presume cuán amarguísimo desengaño debíste sufrir,--que algunas gestiones y desengaños parecidos me tocarían en suerte, y eso es lo que sazona con sal y pimienta de actualidad las rancias páginas de tu epistolario de postulante.

Me conviene, pues--señora y amiga, a pesar de la muerte,--aclarar este punto, que no sufre mi paciencia quedar ante el público en situación un tantico desairada, cuando, gracias al cielo, estoy en la más franca y airosa. No ha salido una palabra de mis labios, ni ha trazado una línea mi pluma en son de ruego tácito o explícito para que se admita en la tertulia filológico literaria de la calle de Valverde, ni siquiera me valí de aquellos medios y amaños conventuales que te atribuye un Sr. Vior en el encabezado de tus cartas con objeto de satisfacer la natural curiosidad que inspiran los asuntos en que juega nuestro nombre. Si te digo que hasta hace pocas horas el secretario de la academia, D. Manuel Tamayo, con quien converso muy a menudo, no sabía mi opinión acerca del ingreso de mujeres en la academia, comprenderás lo cauta que anduve aún en el capítulo de tanteos y exploración de voluntades, y lo cuidadosamente que evité hasta el olor de la intriga en un asunto en que la intriga parece estar como en su casa.

No le será dado a la posteridad leer una correspondencia mía análoga a la tuya que publica El Correo, pero a fin de evitar que la consabida malicia humana saque en limpio de esta afirmación que me atrevo a dirigirte una especie de cargo atribuyéndome cierta

actitud digna y reservada que a ti te niego, me adelanto a disipar tan odiosa sospecha, expresando algunos conceptos que te harán comprender por qué desde un principio me conduje de distinto modo que tú, y al par defiendo tu conducta.

En primer lugar, ilustre compañera, no hay sentimiento más noble que la convicción del propio valer, cuando se funda en verdaderos méritos, y al mostrarte de que los demás habían de reconocer tu gloria, todavía sentías mejor de los demás que de ti misma.

Tú, poeta de alto vuelo y astro fogoso; tú aplaudidísimo autor dramático; tú, hablista correcto y puro; tú, que en opinión de Alberto Lista supiste conciliar el genio con el respeto al idioma, tú a quien Villemain contó entre los grandes líricos, poniendo tu nombre al lado del de Heredia, no podías menos de considerarte incluida en el número de los académicos por derecho divino, y creer que esa sanción (o que debiera serlo) del mérito literario era tan tuya como la ropa que vestías y el aire que respirabas, y que al extender la diestra hacia la rama de laurel artificial--tú que ceñías las sienes con el inmarchito árbol de Dafne--cuarenta manos se apresurarían a brindártelo gozosas. Reclamar lo que se ha ganado en buena lid no es desdoro, Tula, y bien podría yo jurar

que el amarguísimo desengaño a que El Correo alude te habrá sido amargo, sí, por lo que siempre amarga a una alma generosa el espectáculo de la injusticia y la pequeñez; pero no admiten comparación tales amarguras ¡oh cantora del Niágara! con las hieles que masca a solas, en la inconsolable desesperación de su impotencia, el poetastro o el autor chirle, seguro de que a las guirnaldas contraechas de papel y talco que le regalan el favor y la intriga, no se mezclará nunca el ramo apolínico, trascendiendo a ambrosia celestial.

De aquel Patricio de la Escosura que tanta guerra te movió en el seno de la academia, llamándose por fuera tu amigo, de aquel que puso por condición, para otorgarte su voto, "que entrases primero en quintas," ¿quién se acordaría hoy, Gertrudis, a no ser por la memoria de éste, más que varonil, pueril amaño? Tú le salvas del olvido... como salvó Voltaire a Fréron y Horacio a Mevio.

Otra razón encuentro en abono de tus gestiones, Tula, y es la siguiente: ¡cómo va a sorprenderte lo que te afirmo, ya que probablemente desde esos campos deliciosos no has seguido observando lo que en la academia pasa! Cuando postulabas el sillón vacante por muerte de D. Juan Nicasio, el espíritu de la docta corporación era mucho menos hostil que hoy a las mujeres, y medio siglo antes, tu pretensión tendría aún

mayores probabilidades de éxito. Con hechos voy a demostrártelo.

La época en que España poseyó mayor número de mujeres sabias, acatando en ellas el sagrado derecho a la instrucción y el soberano don del entendimiento fue la edad de oro de nuestras letras, los siglos XVI y XVII, que vieron alzarse en Compluto las cátedras de las doctoras y consagraron el renombre de la Latina. ¡Qué dichos tan graciosos les sugeriría a los Patricios de la Escosura actuales el ver reproducirse hoy este fenómeno de las centurias oscurantistas una catedrática! El respeto y equidad para la inteligencia femenina empieza a perderse durante nuestra lastimosa decadencia del siglo XVIII, y ya Feijóo se ve en el caso de escribir su famosa Defensa de las mujeres, refutando argumentos como el de los admiradores físicos que atribuían a una insuficiencia o descuido de las fuerzas naturales el nacimiento de mujeres, pues la naturaleza, en no cogiéndola descuidada, siempre producía varones. No obstante, y a pesar de estos malos vientos que para nuestro sexo corrían, la Academia española todavía no lo rechazaba de su seno, puesto que a 2 de noviembre de 1784 fue recibida como académica honoraria la marquesa de Guadalcázar, Dã. Isidra de Guzmán.

Viene el siglo XIX echándolas de muy progresista, y cumplida su primera mitad, pretendes tú el sillón.

No lo alcanzas ni en propiedad ni honorario, y esto indica que lejos de ensancharse, se había estrechado el criterio de la Academia, puesto que ni aún nominalmente y por fórmula consintió admitirte; pero al menos tienes en tu favor una minoría tan respetable, que casi iguala en número y calidad a la que no hace muchos días votó a un novelista preclaro en lucha con un catedrático del instituto de San Isidro. A tu lado tuviste, según de tus cartas se desprende, al insigne Pacheco, honra de nuestro foro; a tu lado a Quintana, (prez eterna para su memoria), Quintana, que calificaba de ridícula y poco digna la cuestión sobre la posibilidad, de tu ingreso, ni faltó en tus filas el autor de Don Alvaro, ni el de Los amantes de Teruel, ni mi dulce conterráneo Pastor Díaz, ni Mesonero Romanos, ni Roca de Togores.

Con hueste tal, bien hiciste en provocar la lucha; tu derrota fue espléndido triunfo, y si hoy resucitasen Quintana y Angel Saavedra, o sintiesen como ellos los que siguen su huella literaria y yo me creyese tan digna como tú de ocasionar reñida lid, no sé, Gertrudis, si dominando mis instintos de orgullo en favor de una causa buena hubiese practicado esas gestiones que en tí apruebo y juzgo señal de modestia y de ánimo benigno.

Y como sospecho que de esta carta no has podido deducir enteramente ni el estado de la cuestión ni los

móviles de mi criterio, ni mi dictamen sobre lo que tanto se discute, a saber: la importancia de un puesto académico en el día; como dejo algún cabo suelto y me queda gran deseo de hablar contigo, y no quiero que fatigada se me huya tu sombra, volveré a evocarla en otra epístola, y mientras tanto, acuérdate de mí en los floridos bosquecillos donde la compañía de Virgilio, Safo, Byron y Heine te habrá hecho olvidar, sabe Dios desde cuándo, tu amarguísimo desengaño en la Academia española.--EMILIA PARDO BAZAN.

A GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

(EN LOS CAMPOS ELISEOS)

Carta II

Insigne compañera mía: Ayer dejé aplazada esta epístola segunda--y última por ahora,--por temor de cansarte imponiéndote una lectura extensa. Esta mañana tu espíritu se ha dignado visitarme, murmurando a mi oído palabras de aprobación alentada por ellas, te escribiré con mayor desahogo, en estilo más llano, y hasta chancero, si a mano viene.

Prometí declararte, Tula, mi opinión sobre el ingreso de mujeres en la Academia, y sobre la

importancia actual de esta corporación, instituida para velar por la pureza del idioma castellano; y ya que tu sombra me entiende a palabra, te diré sin goma ni afeite, en íntimo coloquio.

Ya adivino en ti la comezón de dirigirme una pregunta: ¿Cómo es que habiéndome yo abstenido cuidadosamente de toda gestión o manejo que prestase consistencia a mi candidatura, puedo saber que desde tus tiempos hasta los míos el criterio de la academia se ha estrechado más? Respondo, Tula, que buen ciego es el que no ve por tela de cedazo, y que por mucho que nos aislemos, siempre nos llegan ecos de lo que se dice, y hasta de lo que se piensa y calla en todas partes. Así vine en conocimiento de que aquella explícita del derecho de la mujer a tomar asiento en la academia que en tus días mantuvieron tantos de la academia misma. ¿Te acuerdas de aquel jovencillo pálido, agitado ya por el Deus de la pitonisa que frecuentaba tu casa y sostenía tu candidatura con el ardor de la mocedad. Pues ese, que ha llegado a ser el Demóstenes español, es hoy nuestro abogado en la Academia, y no vergonzante, sinó declarado y animoso. Por él habrías entrado tú y el tierno poeta Carolina Coronado, y yo y todas las mujeres que España juzga dignas de estímulo y premio; él derrochará sus palabras de oro en sostener nuestra causa cuando llegue una

solemne ocasión, y de sus labios he oído tales cosas acerca del asunto, que se habrá extremecido de placer tu sombra, si, como creo, nos atendía.

Para que te consueles de que se haya reducido tanto el número de nuestros partidarios dentro de la Academia, te informaré de que en desquite la opinión va por el camino contrario. La gente, que no está en los pasillos, como suele decirse, de estas cuestiones, las ve tan por encima que cree que para entrar en la Academia el único requisito indispensable son los méritos literarios y el cultivo esmerado del habla. A mantener el público en semejante error contribuyen los periódicos, y en boca de la prensa y de la gente es donde adquirió ser real una candidatura que en la corporación misma juzgo tan fantástica como los palacios que vio D. Quijote en la cueva de Montesinos. El aura de mi supuesta candidatura sopló desde afuera, y desde adentro le dieron un portazo temerosos de una pulmonía.

No quiero, Tula, dejarme ningún cabito sin atar; éste de la prensa no conviene que flote, pues la invencible malicia se agarraría a él y le añadiría hilos hasta convertirlo en recio cable. Sin demora te advertí que apenas conozco a nadie en la redacción de los periódicos españoles y extranjeros que aceptaron como la cosa más natural del mundo mi candidatura, y

justamente por espontáneas agradecí doble las pruebas de simpatía que me tributaron. Simpatía la más desinteresada y sincera, ya que no me guarda las espaldas ningún partido, ni tengo otra influencia que la puramente literaria, que sola, y sin ayudarla con su formidable presión política, en España no es capaz de mover ni una locomotora de juguete.

Te sonreirías, Tula, si te contase un chisme que llegó hasta mí: se susurra que algún académico me considera excluida de la corporación por carecer de derechos electorales. Pues ponte seria, que el reparo tiene su miga. Aquí, quien no puede tirar de los cordeles que manejan el artificio parlamentario, no conseguirá ¿qué es entrar en la Academia?--ni un destino de escribiente temporero. Leo en tus cartas, que El Correo publica, que pretendías el sillón académico porque, privándote tu sexo de aspirar a ninguna de las gracias que estaban alcanzando del gobierno tus compañeros literarios, creías pedir con algún fundamento lo que sólo se juzga honrosa distinción (y que para ti lo sería en todo rigor de palabras pues no pudiendo aspirar a empleos y cargos oficiales, no se te contarían como años de servico los años de academia). ¡Qué candidez la tuya, Gertrudis! El sexo no priva sólo el provecho, sino los honores también, y en nuestra patria, donde los truchimanes e

hipnotizadores de oficio que andan dando funciones por los teatros lucen en el pecho placas y cruces españolas, Rosa Bonheur no vería nunca el suyo cruzado por la banda de la legión de honor.

De modo, Gertrudis, que si hoy por permisión divina resucitase nuestra santa patrona Teresa de Jesús, y con la contera del báculo abacial que he venerado en Avila llamase a las puertas de la Academia española, supongo que algún vozarrón estentóreo le contestaría desde dentro: Sra. Cepeda, su pretensión de usted es inaudita. Usted podrá llegar a ser el dechado del habla castellana, porque eso no lo repartimos nosotros: bueno; usted subirá a los altares, porque allí no se distingue de sexo: corriente, usted tendrá una butaca de oro en el cielo, a cierto lamentable espíritu demagógico y emancipador que aflije a la iglesia: concedido; ¿pero sillón aquí? Vade retro, Sra. Cepeda. Mal podríamos, estando usted delante, recreamos con ciertos chascarrillos un poco picantes y muy salados que a última hora nos cuenta un académico (el cual lo parla casi tan bien como V. y es gran adversario del naturalismo). En las tertulias de hombres solos no hay nada más fastidioso que una señora, y V., Dã. Teresa, nos importunaría asaz.

Acaso otra voz, inspirada de las ideas del Sr. Vior que encabeza tus cartas en <u>El Correo</u>, añadiría:

«Señora Cepeda, V. siempre pecará de andariega y desenfadada. No le bastó tanto viajar con motivo de sus fundaciones, sinó que ahora desoyendo el precepto del rey sabio, quiere V. andar públicamente embuella con los omes, por lo cual no habrá quien la sufra a V., y será fuerte cosa el oyrla.»

No sé qué respondería Santa Teresa a este manoseado argumento del orden ojival; pero tú ¿qué opinas de él, autora de Saul? En tu época lo mismo que en la mía, el jefe del estado, o para decirlo a la antigua, el rey, es una dama; de suerte que el oficio desempeñado por Alfonso el sabio, el más de varon le parecería al astrólogo-poeta, lo ejercen mujeres. Y si se establece no ser cosa guisada nin honesta el andar de las mujeres embueltas con los omes, ¿cómo se las arreglaría una reina para presidir consejos de ministros, visitar barcos y cuarteles, abrir cortes y revistar tropas?

De lo que voy diciendo, Tula, aquella consabida y temible malicia humana deducirá dos cosas. Primera, que estoy convencida de mi derecho a entrar en la Academia. Segunda, que estoy despechada por no haber entrado. A la primera contesto que sí, que tengo conciencia de mi derecho a no ser excluida, de una distinción literaria como mujer (no como autor, pues sin falsa modestia te afirmo que soy el crítico más

severo y duro de mis propias obras). Pero, en suma, en concepto de autor y por deficiencia de méritos no se me ha excluido, si he de creer a un oficioso suelto de La Correspondencia. Como mujer, la razón me abona y los estatutos no me rechazan; ignoro lo que reza ese artículo 51, en que se apoyaba Tapia para sostener oficialmente tu candidatura; pero sé que, en sentir de Tamayo, ésta es una cuestión de interpretación, ya que ningún artículo expresa la exclusión de las mujeres ni exige de los individuos de número de la academia lo que se exige de los aspirantes al sacramento del Orden. Y en cuanto a despecho, lo que voy a añadir es señal clara de que estoy más fresca que un pozo de nieve en este académico asunto.

Corren aquí contra la Academia vientos de fronda; hácesele guerra cruel y sañuda; constituye un tópico de la conversación literaria satirizar a los académicos. Personas a quienes se respeta fuera de la corporación en el terreno literario, son a título de académicos, blanco de chanzas y pullas incesantes. Y es también general, sea porque en efecto se piense así, sea por aplicar un bálsamo a las heridas del amor propio de los excluidos, despreciar exageradamente el sillón; que para un desairado no hay postura más socorrida que desdeñar lo que no obtiene.

Este juego de coquetería es la mejor estrategia. Pues bien: yo rehuyo ese método.

No te diré que no haya perdido mucho prestigio la corporación, ni que esté incólume su autoridad, después de los reiterados ataques que le dirigen personas entendidas en materias filológicas. Tampoco te diré que el divorciarse sistemáticamente de la opinión sea la mejor política para consolidar su crédito, porque las instituciones viven y prosperan a favor de la simpatía nacional, y esta ineludible ley histórica no la infringe nadie sin que le cueste muy caro. Mas así todo, Gertrudis, el entrar en la Academia es todavía de muy buen efecto, para un escritor, y a no mediar razones especiales, ninguno le hace ascos al sillón, y la mayoría lo pretende con empeño. Excepciones hay, como la del venerable Gayangos, que acaba de rehusarlo a pesar de lo mucho que le rogaron con él; pero hablo de reglas generales, y cree Tula, que esto que voy diciendo nadie lo ignora, aunque se niegue. En España y sobre todo en América, el de académico es título muy decorativo, con el cual aún se da tono quien lo posee. El mismo ruido de tempestad que se alza al vacar un sillón, prueba que la cosa algo significa, puesto que al mal escritor no le enseña a escribir bien el calorcito del sillón famoso; no importa, lo dicho es el Evangelio y a fuer de imparcial lo escribo.

Como ni he gestionado ni gestionaré, me es lícito estampar lo que antecede. Hay más: hasta creo que

estoy en el deber de declararme candidato perpetuo a la Academia--a imitación de aquel personaje de la última novela de Daudet. Seré siempre candidato archiplatónico, lo cual equivale a candidato eterno; y mi candidatura representará para los derechos femeninos lo que el pleito que los duques de Medinaceli ponían a la corona cuando vacaba el trono.

Me objetarás que esto es hacer lo que el beodo del cuento: sentarse aguardando a que pase su casa para meterse en ella. Aguardaré; pero no aguardaré sentada, Gertrudis: ocuparé las manos y el tiempo en escribir quince o veinte tomos de historia de las letras castellanas... y lo que salte. Así tendré ocasión de hacer a tus cualidades de poeta y estilista, y acaso de mejorar mi hoja de servicios de académica desairada.

EMILIA PARDO BAZAN.

IV

L A M O D A C O N A R T E *

En la revista La España Moderna ha insertado la señora Pardo Bazán un notable artículo sobre «trapos y moños», en que ha elevado a la categoría de escrito artístico y literario por excelencia lo que suele pertenecer a los más frívolo y baladí del periodismo.

He aquí algunos párrafos del artículo en cuentión:

«El traje de la mujer, desde hace algunos años a esta parte, se perfecciona y agracia cada vez más, habiendo alcanzado, en este año de la Exposición, un toque supremo y delicadísimo de sencillez exquisita. Las épocas históricas y literarias imprimen a los trajes y adornos y hasta al tipo físico de la mujer, sensibles modificaciones que la mirada escrutadora de un Balzac o un Daudet advierte al punto.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 25 diciembre 1889: 2. (Sección Noticias) Fragmento. También lo hemos encontrado publicado en La Epoca (Madrid, diario) martes 20 octubre 1889: 2. Fragmento; y su continuación, miércoles 20 noviembre 1889: 4; y con el título de "Trapos, moños y perendengues," en Por Francia y por Alemania (crónicas de la exposición) (Madrid: La España Editorial, 1890) 37-55.

Bajo María Antonieta, la corte, deseosa de sacudir del todo la solemne y fastuosa etiqueta del pelucón de Luis XIV--etiqueta ya muy relajada en los últimos tiempos,--penetrada además por el ambiente de égloga y pastorela que las letras respiraban, se entregó a los dulces jugueteos rústicos de Trianón, y fatalmente la moda trajo los sombrerillos de paja coronados de rosas, los cayados, los fichús de muselina, los primeros percales (hasta entonces no se concebía la dama sino vestida de seda), y otros mil detalles graciosos en que se reconoce la influencia de la elegante y desdichada esposa de Luis XVI.

Vino la revolución, y su mezcla de sensibilidad y estoicismo romano y griego se reflejaron en la moda también, según no ignora nadie que haya visitado los museos franceses.

[La] protesta aristocrática, en la época del [directorio], tomó forma de lazos de cinta, solapas exageradas y dijes chocarreros, gala de los petimetres y lechuguinos (muscadins). El imperio con sus alternativas de júbilo y susto, el orgullo de las victorias, la brillantez de sus uniformes y la forzosa rapidez de sus aventuras amorosas, dio a la mujer brillo y marcialidad, la coronó de plumas y pedrería (por entonces una diadema le caía a cualquiera del cielo), y la hizo aguerrida, fuerte, amazónica, de

hermosos brazos, color fresco y resplandeciente mirar. Vinieron el romanticismo y la restauración, Chateaubriand y Lamartine con sus tristezas elegíacas, y la mujer palideció, prolongó el talle hasta los pies, desflecó el cabello en virutas, puso los ojos entornados y adoptó continente angélico. El segundo imperio, con sus agiotajes y su sed de goces positivos, su cosmopolitismo y su música de Offenbach, trajo modas violentas y dispendiosas, las largas colas, los peinados monumentales y bizantinos, las botas altas y el miriñaque escandaloso. Epoca de menos sobriedad y gusto en el traje de la mujer, ni se ha visto ni verá. El conjunto de la gentil forma femenina desaparecida bajo postizos armatostes, de los cuales podía decirse lo que Alarcón en La verdad sospechosa acerca de los almidonados cangilones que en su tiempo ostentaban los galanes:

«Una valoncilla angosta
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
más a gusto a menos costa.»

Sólo que ocurría a las damas modernas lo mismo que a los galanes arcaicos:

«Todos dicen que se holgaran

de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.»

Fue preciso un cambio político radical, una guerra que mudó la faz del continente europeo, para que el traje de la mujer cambiase de rumbo y tomase la dirección racional, simpática y artística que hoy lleva.

A raíz de la guerra franco-prusiana, la multiplicidad de los lutos, la amargura del vencimiento impusieron a la mujer francesa los colores oscuros y las hechuras sencillas.

Siempre que predomina una corriente de sencillez, la moda se acerca al ideal del arte: vestir y engalanar respetando la forma natural del cuerpo, sin desquiciar el talle ni desfigurar las líneas. Yo diré que esto se haya obtenido completamente pero sé que a eso se propende, y este año más que nunca.

Así como en ciertos períodos literarios se distingue claramente una estela de ideas que procede de algún país extranjero, y se ve, pongo por caso, la filiación árabe del «Conde Lucanor», o el origen español del «Bachiller de Salamanca», en la moda de este último cuarto de siglo se advierte, mezclada con la dominante influencia gala, la británica, que ha logrado imponerse en el mismo París, a despecho de la

poca afición de los franceses a dividir con nadie el monopolio de cosa alguna.

La moda inglesa se apoderó de la ropa de hombre y luego se impuso a los chiquillos, que ni son hombres ni mujeres, sino querubes: les prescribió cómo habían de cortarse el pelo, vestirse higiénica y pictóricamente y calzarse con distinción; les ofreció el único encaje que puede usar, porque resiste al juego y a las travesuras. Poco a poco fue insinuándose en el atavío de la mujer, no aspirando de pronto a dominar sino en las prendas prácticas y útiles; el impermeable, el ulster de viaje que preserva del polvo, el traje de playa, la chaqueta de paño, el cuello, la pechera y la corbata masculina, que tan picaresco hechizo comunican a las doncellitas de quince a dieciséis años.

Hoy el chic inglés ha triunfado; en las modas de este año, en las mangas ajamonadas y las telas candorosas, sobre todo en los sombreros de dimensiones descomunales, con puntillas que flotan y envuelven en un nimbo de dulce sombra el rostro, se advierte el influjo estético indudable de Kate Greenway y sus originales dibujos.»

La Sra. Pardo Bazán, entrando ya en lo concreto y convirtiéndose resueltamente en ingeniosa y elegante descriptora de trajes y tocados, trata de los sombreros, los vestidos, los abrigos, los paraguas y

hasta la ropa interior más en boga entre las damas de mejor gusto.

Copiaremos estas prescripciones del código de la moda en otro artículo, por no hacer este sobradamente extenso.

L A M O D A C O N A R T E*

Cumpliendo lo que prometimos en el artículo anterior, reproducimos la parte preceptiva del que ha dedicado al traje femenino en uso, la notable escritora señora Pardo Bazán.

"Por los sombreros quiero empezar (dice la autora de Insolación), puesto que la cabeza es la parte más noble del cuerpo. Los sombreros de este año demuestran que la moda está en un buen momento de poesía unida a la razón. Dos años hace, el sombrero capota se usaba altísimo, empingorotado, de tres pisos con entresuelo, lo cual era absurdo, porque la capota, que descubre la frente, debe ajustarse al tamaño de la cabeza y adornar y aureolar la cara. Así son los de ahora. Un casquetito que encaja perpectamente sobre el breve peinado actual; algunas flores o una fina nube de arrugado tul; pocos cintajos, pocas plumas, ninguna

* Este artículo es la continuación del fragmento anterior. Publicado en La Epoca (Madrid, diario) miércoles 20 noviembre de 1889: 4. (Véase, la nota de pie anterior) No se encuentra reproducido en La Nación (Buenos Aires, diario)

bisutería; armazón ligera que no pese ni moleste, componen las delicadas capotas que he visto en el Campo de Marte, y más aún en los teatros. El sombrero redondo en cambio, es inmenso: mas no lo censuremos, porque tiene su razón de ser; el sombrero redondo cubre la frente y resguarda del sol; no hay que extrañar que le crezca el ala.

La copa es plana, y la materia de que se fabrican estos sombrerazos levísima, por lo cual desaparece su inconveniente mayor, que sería el peso. Con la paja calada, el encaje y la supresión de los adornos metálicos y de las cintas de terciopelo, los sombreros mayores no pesan ni media libra.

Corren este año vientos idílicos y naturalistas, y se reflejan--¡quién lo diría!--en el adorno del sombrero femenil. Nótase en él una falta de simetría muy grata, que no carece de arte; un descuido con cuidado, que es la nata de la coquetería. En efecto: el sombrero más elegante de los que por aquí se ven es muy parecido al que podría armar una zagala deseosa de conquistar a algún Melibeo, enroscando una florida guirnalda de saúco o madreselva alrededor de un capacho de paja. Quiero decir que sólo se adornan con flores, y a veces con rama de vid o yedra, puesta al desdén, al caer de su propia hechura.

Sí, los sombreros de este año son floreales, y en las mismas capotitas reina la flor, haciendo corona.

Y nótese un pormenor que evidencia más el carácter primaveral e idílico de las modas de la Exposición. Lo que domina es la flor blanca y la hoja verde pálida; la margarita, el espino albar, la lila blanca, la bola de nieve, la rosa blanca, también se llevan la preferencia. La moda se inclina al candor, a la modestia, a los tonos mates y frecos, y el colorido dominante es esa nota fina, gris ceniza, predilecta de los pintores de las Exposiciones recientes.

El colorido es muy expresivo. En las épocas trágicas de la historia, durante el Renacimiento, v. gr. el color de las ropas es vivo, intenso, rico, entonado; las telas majestuosas, de pliegues opulentos, que realza el oro. La púrpura triunfa; el verde, es metálico; el azul turquí. Con el fanatismo religioso, los puritanos sombríos, apagados y lúgubres. Con la afeminación y la galantería, los colores bonitos, rosas y azules, la tonalidad fantástica de Watteau. Con una edad de individualismo como la nuestra, en que la aspiración de todos es pasar inadvertido en la calle y aparecer al mismo tiempo correcto y distinguido si alguien se fija, tienen que predominar los matices limpios, discretos, que aparentan seriedad, y sin embargo no pueden confundirse con la librea de las clases trabajadoras.

Colores hay enteramente desterrados del traje de la mujer elegante en la Exposición. El granate y el

lacre rabioso; el naranja, que hace cinco años se disfrazó de color volcán; el azul aclarado; los canelas, chocolates y castaños oscuros, que tan injusta popularidad lograran últimamente; el rosa impúdico, y otros tonos que aún se pavonean en las fiestas provincianas, ni asoman por allí.

Verdes hay muchos, y esto prueba, en mi opinión, que el idilio se respira; pero qué verdes tan desleídos, tan velados, tan pasados, tan de transición al gris, tan semejantes a los que se ven en las cintas archivadas en los cajones de una abuela. Estos verdes, que desafinarían combinados con algún color fiero, se suavizan y funden al juntarse con el blanco, el ceniza, el lila.

Del negro dicen siempre los cronistas de figurín que se lleva mucho; la verdad, no en la Exposición, donde el gris le ha suplantado. El negro es un género de elegancia al alcance de todas las fortunas y de todas las imaginaciones; su mezcla con los bordados de azabache había llegado a ser nauseabunda, a fuerza de usarlo hasta las modistillas y las mozas del partido; a Dios gracias, ya en la Exposición el negro que se ve es mate y flexible, sin caparazón de vidrio ni colgantes de esos que van soltándose al andar.

El carácter esencial de las telas de este año es la flexibilidad: son telas gratas al tacto como a la

vista, de pliegues muelles y fofos: si alguna tela o tejido recio se pone, va por debajo, haciendo de armazón, y escondiéndose, como avergonzada de su esplendor, a la sombra de las muselinas, batistas y lanillas espumosas. El estampado de los géneros suele ser de flores. Los arabescos exagerados, los floricones churriguerescos, que parecen una mueca del traje, han desaparecido, y ¡vayan benditos de Dios! Pero la flor natural, con su dolor y forma encantadora, hace el gasto. Sembrados de violeta, de margaritas, de no me olvides, de briznas, de lila, de convallaria majalis, son el adorno de los fulares y sargas de seda.

Hay para el traje leyes de estética que no pueden desconocerse ni infringirse. Alguna vez el capricho de la moda impone que se estampen en los géneros objetos repulsivos y vulgares: lagartos, culebras, moscardones, cabezas de negro, herraduras, látigos y hasta jockeys de cuerpo entero. Una señora discreta no incurrirá en semejantes deslices.

Si los excusase la utilidad, anda con Dios, pero ¡engalanarse con un déshabillé sembrado de barómetros, o bordando un sapo y una langosta en las vueltas de un abrigo! Vade retro. En cambio, las flores son adorno más femenino y más seductor. Las damas japonesas usan en cada estación del año trajes recamados con las flores y plantas propias de la estación misma, costumbre que debiéramos imitar las europeas.

Los cortes y hechuras de los trajes son lisos, lisos del todo, sin un mal recogido, sin un encrespamiento de tela. Los polisones se han deshinchado tanto, que parecen obleítas; apenas señalan una curva que destaca la cintura. Suprimirlos del todo, sólo creo que lo habrán hecho las moradoras de algún poblachón, de las que toman las cuestiones de figurín al pie de la letra.

Una innovación advierto, que me parece muy acertada y muy linda, y es, la restauración de los escotes y de las mangas cortas, y la proscripción total de esos horribles cuellos carlancas que tapaban y entiesaban la garganta de las mujeres, sofocándolas en el verano y quitándoles la gracia en todo tiempo. Estilo austero, venido del Norte, de tierras donde el clima es frío, la religión gazmoña y los pescuezos largos, no convenía de ningún modo a nuestros países del Mediodía. Hoy no sólo los trajes son derribados del cuello y entreabiertos por delante, sino que se ha renovado el estilo de las telas transparentes, con forro escotado, para la calle. En cambio las mangas no son tan rabicortas como antes, y por consiguiente, el guante no sube hasta tan arriba. Siempre los más finos son de Suecia, es la piel que más pronto se ensucia, y por consiguiente, la más cara; pero es muelle y arruga bien mientras la cabritilla ostenta un lustre

desagradable, y la seda recuerda inevitablemente la media y el calcetín.

No; se puede calzar más guante que el de Suecia ni de más color que de los tonos grises o cuero que llaman naturales. Y para calzar la mano, guante flojo. El verdadero tamaño de la manecita no lo encubre el guante holgado, al paso que el justo la amorcilla y desfigura.

Metiéndome en interioridades, diré que tampoco el color de las medias puede elegirse a capricho, sino que ha de armonizar bien con el traje, y que el calzado prieto deforma el pie; por lo cual, las señoras elegantes que se dejan pasear en sillón de ruedas a través de la Exposición, llevan bota o zapato de hechura prolongada, de corte escogido; pero cómodo. Más no es novedad especial de este año; hace bastantes que Inglaterra triunfa en cuestiones pedestres, imponiendo el zapato flojo y el talón ancho.

Abrigos, no es en verano cuando se discurren más variados, y casi no he visto otros sino la chaquetilla de paño, recta por delante y ajustada por detrás, que ya va siendo prenda de uniforme para las salidas de trapillo y el mañaneo. No pecan de baratas si son--como deben--obra del sastre inglés cortadas de un modo impecable, de paño de primera, forradas de tafetán tornasol riquísimo, y con algún atinado golpe de trencilla en pecho y bocamangas. Semejantes chaquetas

parecen nada a primera vista, y sin embargo pertenecen a lo que podemos llamar el lujo hipócrita, no cabe en ellas término medio: han de costar por lo menos seis u ocho libras esterlinas, y si no, no pueden llevarse. Ellas han desterrado la antipática visita, con la cual las mujeres se me figuraban pájaros bobos, sin poder menear los brazos. Hubo una modista que a principio de estación intentó aclimatar un género de abrigo muy feíto, dividido en pisos como la torre Eiffel, de tres esclavinas sobrepuestas; pero la cosa no cuajó, era desairada como ella sola.

A imitación del siglo XVIII (que fue un siglo primoroso, no puede negarse), hoy se emplea la joyería en menudencias de tocador que antes no se juzgaba dignas de honra tal alta. Los cepillos peines, limpia uñas y frascos se blasonan, esmaltan y enriquecen con pedrería, y las impertinentes o anteojos de tallo largo, más de moda que nunca, llevan sobre la rubia concha cifras de diamantes. Los gemelos de teatro son de oro o plata cincelada, y cifrados también. Hasta en los puños de los paraguas ha entrado la orfebrería. No escribiré como los revisteros y revisteras al uso, que "he visto en el soberbio trousseau de la Marquesita X***... un paraguas notable; prefiero decir con toda verdad que el paraguas es mío propio y que tiene el puño de oro cincelado; con inicial de brillantes,

resaltando sobre una amatista. El puño es liso y sin rebordes, según conviene para no desdorar el guante ni arrancar los encajes de las mangas. La montura es de las que llaman bastón Directorio: una larga y gruesa caña con un lazo al pie del puño, y la seda tornasolada con reflejos amatista. De bastones sirven hoy en realidad los paraguas: se llevan a todas horas, aunque no amenace lluvia ni pique el sol; apoyan el andar y hacen elegante la silueta. Su alzada es cada vez mayor, y recuerda aquellas graciosas caricaturas en que una señorita metida en un coche, deja asomar por las ventanillas, a un lado y a otro, media vara de punto y otra media de contera de su paraguas-sombrilla.

Para final he dejado la moda de más miga y de menos aplicación real de este año: la única que pudiera, si no entrañar una revolución social, al menos cooperar a ella poderosamente. Ya comprenderéis, ¡oh severos lectores y lectoras asustadizas! que hablo del divided skirt, o sea del traje con pantalones.

Sólo se escandalizarán los pusilánimes. Yo no. Me parecerá siempre más escandaloso que la mujer se degrade y caiga en la abyección por no poder ganarse honradamente la vida, que ver expuesto en un escaparate un traje airoso y práctico, cuya creación, obra de eminente sastre inglés, se debe a la necesidad en que se ven muchas norteamericanas de andar aprisa y no

enredarse en las enaguas cuando suben a tranvías, coches y barcos de vapor. El pudor y la decencia (son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) que dan mil veces más a salvo con el divided skirt que con los provocativos faraláes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si a esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de trote, de callejeo, de casa, de baile, de comida, de baño, y playa? ¿Pues por qué no ha de haber el de viaje y trabajo, y no ha de ser éste el divided skirt con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el divided skirt el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello a la valona: que "nadie comienza el uso." Dícese que un sastre o modista ofreció premios en metálico a las primeras que se echasen a la calle con el pantaloncillo a la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse no haya tres que se

concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso o ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir la bala. Yo creo que el sastre del traje partido es un genio que se adelanta a su siglo y a su era.

EMILIA PARDO BAZAN.

V

LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES EN 1891*

(COLABORACION INEDITA)

Nuestra vida es cada vez más lánguida; en cambio la literaria no merece el desdén con que la miran los críticos extranjeros y en particular los superficiales franceses. Si hay géneros literarios como el drama y la comedia que no andan boyantes, la novela florece y da fruto sazonado. Zola ha dicho explícitamente que en el terreno novelesco ocupamos el tercer lugar, después de Rusia y Francia. Tal vez, si nuestra situación política fuese más brillante, no cederíamos a nadie la palma de la novela: estoy de acuerdo con Valera en que las naciones poderosas también ponen la ley en literatura. Dejando aparte esta cuestión, reseñemos al vuelo la producción novelesca del año pasado.

Galdós es nuestro primer novelista, verdad que todos sienten pero algunos niegan, adjudicando a Pereda, por espíritu de partido, el puesto de honor.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 23 marzo 1892: 2. Se encuentra también con el mismo título en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 55, 9 marzo 1892: 1. No está recogido.

Mas en Pereda la crítica reposada y despreocupada del porvenir no verá ni aún a un maestro de la novela, sino al gran pintor de una región y sus costumbres. Empecemos, pues, por Galdós, y así iremos como Dios manda. Galdós ha publicado en 91 Angel Guerra, en tres gruesos tomos. Es novela impregnada de ese espiritualismo místico que caracteriza a los mejores escritores rusos. No es que Galdós los imite deliberadamente, sino que ha sentido su atmósfera; el Galdós, que repetidas veces estudió el problema religioso, (Gloria, Doña Perfecta, La familia de León Roch) vuelve con más seriedad y más españolismo a ese terreno que ya acostumbra pisar.

Angel Guerra, el héroe de la historia, es español neto y puro desde la cabeza hasta los pies. Atacado de fiebre política, y mezclado en asonadas y motines, el remordimiento de haber disparado una bala que tal vez hizo blanco en el cuerpo de un hombre (remordimiento que exaltan desgracias de familia), va transformando su espíritu. Completa la metamórfosis el amor de una mujer, Lorenza, o Leré, la santa. Tal vez contada así parezca rara la conversión de Angel Guerra: ¡un revolucionario convertido al cristianismo, y por una santa de quien se enamora! Leyendo la novela, se comprende tan extraña conversión. Leré no acepta de Angel sinó el alma y la acepta para afrecérsela a Dios.

Angel Guerra resuelve ordenarse sacerdote, y si una puñalada no cortase su vivir, clérigo hubiese sido y probablemente santo, como su amiga. Aunque Angel Guerra vale tanto, nadie ignora que la novela ruidosa del año fue obra de un jesuita: todos recordarán el inusitado alboroto que movió Pequeñeces. Habiéndose estrellado Pereda con su Montálvez y Armando Palacio con su Espuma en la pintura de las costumbres aristocráticas, se vió con sorpresa al padre Coloma que salía a la palestra, mostrando hallarse versadísimo en modas, conversaciones, usos ideas, pecados y diabluras de la high-life. Resonó un nutrido aplauso y la novela Pequeñeces fue arrebatada de las librerías. Me cabe la satisfacción de haber iniciado este aplauso, lo cual me concitó las iras de muchos y desencadenó varias tempestades contra mí. ¿Qué menos ha de costarnos el proclamar lo que tenemos por verdad? Angel Guerra y Pequeñeces son las dos novelas de la temporada: la primera por ser de quien es, la segunda por revelar un novelista nuevo, una esperanza fundada, desde el primer instante. Descontados estos dos autores, de los demás puede decirse, en lenguaje taurino, que cumplieron. Hagamos una excepción honorífica en favor de Jacinto Octavio y su lindo idilio Dulce y sabrosa fundado en los conocidos versos:

Flérida par mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ageno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno.

Si se pudiesen suprimir en Dulce y sabrosa algunos toques de un verde antipático, de ese verde amarillento que repugna, la novelita sería, en su género, un dechado primoroso. Pereda publicó en 1891, casi a la vez, dos novelas de muy regular tamaño. Son de Pereda, y es cuanto en su alabanza puede decirse; reconozcamos la marca de fábrica, saludémosla, pero declaremos que el valor de esa marca no sube ni un céntimo con la aparición de Al primer vuelo y Nuves de estío. En ambos libros hay qué leer y qué saborear; no obstante, las deficiencias características e irremediables del ilustre montañés aparecen más evidentes acaso que en novelas anteriores. Lo mejor de Al primer vuelo es la parte marítima, y el balandro Flach, el personaje que más interesa. Otras dos novelas dio a luz Armando Palacio: La espuma, falsa y desacertada pintura de la alta sociedad (Palacio habla de ella como el ciego de los colores); La fe, estudio religioso sugerido probablemente por Angel Guerra. Este influjo de los maestros en los discípulos es natural, y Armando Palacio, que no tiene originalidad, hace bien en tratar

de seguir las huellas, ya de Pereda ya de Galdós; sólo que es más apto para inspirarse en el primero; los problemas que trata el segundo tienen mayor vuelo y quizás son menos accesibles para Palacio. Lo demuestra el que en La fe la pintura de costumbres y personajes rurales agrada mucho, es exacta y fina, mientras de las honduras místico-filosóficas no siempre sale bien parado. Tal vez adelante Palacio en este terreno si lee y se aplica a profundizar su cultura, un tanto deficiente, pues ha llegado en el prólogo de La Hermana Sulpicio hasta confundir al abate Prevost, autor de Manon Lescaut, con el académico e historiador Prevost Paradol. también en el estilo y lenguaje sería conveniente que pusiera Valdés algún cuidado: peca ya de exceso de desaliño: parece su prosa en lo floja una red. En suma, y descontando defectillos y errores inevitables, puede afirmarse que los dioses mayores y menores de la novela española han dado un año bueno, y que no retrocedemos en este género predilecto de nuestro siglo.

EMILIA PARDO BAZAN.

Marzo 2 de 1892.

VI

LA CUESTION PALPITANTE

por EMILIA PARDO BAZAN

(PROLOGO DE LA AUTORA PARA LA CUARTA EDICION)*

La Epoca, de Madrid, al publicar el prólogo que para la 4a. edición de su obra La cuestión palpitante ha escrito la Sra. Emilia Pardo Bazán, prólogo que reproducimos en seguida de proporcionar una grata impresión a nuestros lectores amantes de las letras, dice lo siguiente:

"Hoy se ha puesto a la venta en las librerías de Madrid la 4a. edición de La cuestión palpitante.

No creemos necesario hacer elogios del libro tratándose de una obra de la Sra. Pardo Bazán, ni necesita la autora de Bucólica, de Los Pazos de Ulloa, de Morriña y de tantas otras hermosas creaciones, el bombo vulgar con que la prensa anuncia las drogas de los Dulcamaras literarios.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 20 enero 1892: 1. Se encuentra además, en Emilia Pardo Bazán O. C. T. III, ed. de Harry L. Kirby, Jr. (Madrid: Aguilar, 1973) 1027-1031.

La cuestión palpitante no ha perdido nada de su interés. Hoy, como en el año 82, es el estudio más completo que sobre la novela contemporánea se ha hecho en España. Bastaría este libro para colocar el nombre de la Sr. Pardo Bazán a la altura de los más ilustres de la moderna literatura.

He aquí el prólogo con que La cuestión palpitante hace su cuarta aparición en el mundo de las letras:"

El trabajo en cuestión es el siguiente:

"Debe ser muy parecida la impresión que produce el redactar, el reeditar un libro hace tiempo agotado, sobre todo un libro como éste, de tan viva polémica, al sentimiento que se despierta en el alma cuando abrimos un cajón atestado de correspondencia antigua, donde yacen, apagados y mudos, los viejos afectos, los viejos intereses y las viejas tribulaciones. Con melancólica sorpresa escarbamos en las cenizas, releemos carillas y más carillas, y el pasado renace en una hora. ¡Cuán bien discernimos entonces los yerros agenos y propios! ¡Cuán disculpable engreimiento nos domina al advertir quizás que no en todo erramos; que, por ventura, la experiencia de hoy corrobora las previsiones de ayer!

Al repasar las hojas de la La cuestión palpitante, antes de resolverme a reimprimirla al frente de mis Obras completas, noto más deficiencias en la com-

posición del libro que diferencia entre mis ideas estéticas de entonces y las de ahora. Si interesase corregir o refundir, tendría que añadir mucho sin variar esencialmente nada. Como que, en realidad, la discutida, combatida, asenderada y--perdóneseme la afirmación--leidísima Cuestión palpitante no fue catecismo de una escuela , según erradamente creyeron los que la vieron con ojos maliciosos o descuidados, sino exposición de teorías que aquí se habían entendido al revés, con saña y reprobación tan antiliterarias como ciegas, y ensayo de crítica de estas mismas teorías, sin pasión ni dogmatismo. Hoy, que se ha serenado el cielo, cualquiera que se tome el trabajo de repasar las hojas de mi libro verá que no es tan Biblia del naturalismo (así le llamaba, en chanza probablemente, cierto sapientísimo historiador), sino una tentativa de sincretismo, tan batalladora en la forma como serena y tolerante en el fondo.

No diré que no se hayan modificado poco ni mucho mis ideas estéticas desde 1882, fecha en que insertaba La Epoca mis artículos titulados "La cuestión palpitante". Se han modificado o, mejor dicho, han devenido de un modo tan orgánico y natural como el fruto sobre el árbol. La raíz y tronco no podían mudar ni mejorar: lo afirmo precisamente porque estos principios inmutables e inmejorables en que se basa mi

estética ni me pertenecen ni pertenecen a nadie en propiedad exclusiva: son a la crítica lo que el método experimental a la ciencia: el fundamento, la base, el báculo para caminar y no caerse: desde ellos se puede lanzar el juicio a otras regiones; sin ellos no se va a ninguna parte. Y por su misma fecundísima amplitud es poco, que sin renegar de ellos, puede el espíritu ir cambiando suavemente su primitiva orientación en busca de horizontes cada vez más anchos, de mayor armonía y totalidad artística y humana. Completarse sin desmentirse, es tal vez el ideal del pensamiento.

Sobre todo lo que aquí indico en cifra, y sobre otros diversos puntos de vista que me sugiere La cuestión palpitante, releida hoy, podría yo, claro está, intercalar disertaciones que cuadruplicasen el texto primitivo y refundir y variar este hasta dejarlo como nuevo. Podría también llenar vacíos, que reconozco y lamento, y extenderme en completar el boceto ligerísimo que tracé de la novela europea. La omisión más evidente en La cuestión palpitante es la de la novela rusa; omisión doblemente perjudicial, porque no es sólo laguna en la erudición, sino algo peor, su presión de un lado entero de la cuestión misma, que completa, repara, ensancha rectifica, explica el otro representado por la novela francesa, y único a que en el presente libro atendí. Verdad es que, si mío fue el

agravio, el desagravio mío fue también. Era en España la moderna novela rusa de tan profundo sentido y capital importancia, mucho más desconocida en 1887 que la francesa en 1882, cuando me arrojé a exponer en el Ateneo su desarrollo, carácter y significación, logrando por primera vez allí y en la prensa alguna resonancia los nombres exóticos de Gogol, Tolstoi, Dostoievski, Turguenef, Chedrine [Schedrin] y demás astros del realismo ruso. Hoy, el público español está casi familiarizado con esos nombres ilustres, especialmente con el gran Tolstoi; y como mis lecturas en el Ateneo sobre "La revolución y la novela en Rusia" forman un grueso tomo, me sería fácil... hasta la ignominia, rellenar La Cuestión palpitante con noticias de un asunto que tan conocido tengo. Ni tampoco me parece arco de iglesia añadir a las páginas dedicadas a la novela rusa otras suplementarias, donde más o menos analíticamente se estudiase el realismo italiano, el belga, el inglés, el sueco, noruego y dinamarqués, el yankee, y unas miajas el alemán--que existe. Revistas, periódicos, cartas y libros he recogido en los ocho años que transcurieron desde la publicación en tomo de mis cartas a La Epoca, donde tengo almacén más suficiente para extraer materiales y tapar esos huecos que soy la primera en notar y reconocer. Y en cuanto a nuestra novela nacional, ¡qué de páginas podría suplir

quien se propone historiarla en plazo no muy remoto, y quien ya tiene escritas sobre un solo novelista de los de primera línea, Pedro Antonio de Alarcón, más de 200 páginas!

A dos razones he mirado para no añadir párrafo ni línea, ni quitar coma ni punto de La cuestión palpitante. La primera y principal, que este libro posee cierto carácter histórico; que señala y encarna, por decirlo así, un momento, una fase de las ideas estéticas en España, y que, valga poco o nada, sea intrínsecamente bueno, mediado o malo de remate, es lo que es, y perdería todo su ser con la menor alteración, reforma o embellecimiento que en él introdujese su propia autora. La segunda razón, de orden menos elevado y más práctico, es que, desde hace un año que se agotó enteramente el libro, no han cesado de pedirlo en librerías, y como supongo que mis amables y constantes lectores de América y de España lo que solicitan es aquella misma Cuestión palpitante de antaño, juvenil y belicosa, la que ocasionó el gasto de tantos frascos de tinta, no veo con qué derecho les he de dar, en vez de la que piden, otra obra, que víctima de la transformación tan funesta a la beldad femenil, hubiese perdido la esbeltez y viveza de los pocos años, engruesando y presentándose repleta y madura.

Quédese, pues, para su lugar el estudio completo sobre la novela española; aguarden a que yo publique un

tomo de Polémicas literarias, los varios artículos que escribí en apología o defensa de las ideas vertidas en La cuestión palpitante--con algo más que no quisiera se me pudriese dentro,--y salga el libro sin más aditamentos ni comentarios que las sucintas indicaciones siguientes, que son en cierto modo su hoja de servicios.

La edición que hoy ofrezco al público es la cuarta. Apareció la primera en La Epoca, en el invierno de 1882 a 1883; la segunda, a mediados de 1883, en un tomo delgadillo, de apretada letra y ningún garbo bibliográfico; la tercera, en 1886, en lengua francesa, versión de Alberto Savine, y edición de la casa Giraud. La cuarta es la que tienes en tus manos, lector benévolo.

Cuando, después de haberse publicado en La Epoca, se reimprimían para formar tomo mis artículos de La cuestión palpitante, el Sr. D. Daniel López, paisano mío y por mí encargado de la edición--pues yo me hallaba en la Coruña,--me manifestó en carta particular que nuestro común amigo el señor José Rodríquez Mourelo le participaba que el Sr. Leopoldo Alas (Clarín) se brinda espontáneamente a encabezar con un prólogo el libro. Aceptada la oferta, añadióse el prólogo con distinta numeración (por estar la tirada bastante adelantada ya). Este prólogo no figura en la

traducción francesa, la cual lleva en cambio uno del traductor Alberto Savine, que también he incluido ahora.

No es factible que yo recuerde todos los artículos de controversia de que fueron causa ocasional (no me atrevo a decir ni a pensar que eficiente) los míos de La cuestión palpitante. En la conciencia de todos los que leen y siguen con atención el movimiento literario está el que pocos libros de crítica habrán movido aquí tal oleaje de discusión; y en la mía está el no envanecerme de un resultado que tuvo gran parte de circunstancial y adventicio, puesto que no lo consiguen libros escritos con más ciencia y reflexión, fruto de más laboriosas vigilias. En la imposibilidad de catalogar adhesiones, impugnaciones, elogios, ataques, injurias, todo cuanto en la prensa diaria puede servir como de termómetro para apreciar si una obra se lee con interés, nombraré tan sólo los libros o trabajos un poco extensos que llegaron a mi noticia, y cuya publicación fue consecuencia de la de mi Cuestión palpitante.

Tres volúmenes tengo a la vista. Titúlase el primero en fecha lo mismo que el mío: La cuestión palpitante, y lleva de subtítulo: Cartas a la Sra. Da. Emilia Pardo Bazán, por J. Barcia Caballero, 1884.--El segundo, La novela moderna, cartas críticas, por Juan

B. Pastor Alcart, 1886.--El tercero, Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, por Juan Valera, 1887.--Y sin formar tomo, pero con extensión bastante para dar de sí un más que mediano folleto, hago memoria de otros tres trabajos o series de artículos: "El naturalismo en la novela, monografía", por D. Manuel Polo y Peyrolón. Los estudios del presbítero Sr. Díaz Carmona, publicados, si no me equivoco, en la revista la Ciencia cristiana; y los varios artículos de Luis Alfonso que La Epoca dio a luz como triaca del veneno destilado en los míos... Y sé yo que ni el muy discreto director de La Epoca ni el muy entendido crítico se formarán por esto de la triaca, máxime cuando les consta que yo tengo del diario conservador la idea que merece en cuanto amplitud y finura de gusto literario, cuestión en que podría dar lecciones a diarios más avanzados en ideas políticas.

A los artículos del Sr. Alfonso, que se publicaron casi pisando la cola del traje a los míos, respondí en tiempo y sazón convenientes. El libro de D. Juan Valera comienza en estos renglones, que forman parte de la dedicatoria a D. Pedro Antonio de Alarcón: "Mi querido amigo y compañero: Años ha que me dedicó usted un tomo de sus obras. Desde entonces deseo darle muestra de mi gratitud y pagar el obsequio, hasta donde esté a mi alcance, dedicándole algún escrito mío. Por

desgracia, la esterilidad de mi ingenio y mi pereza, que siempre fueron grandes, han ido en aumento con la vejez. Nada he escrito en mucho tiempo. Ha sido menester, para que yo escriba, como quien despierta de prolongado sueño, que nuestra entusiasta amiga Dâ. Emilia Pardo Bazán se declare naturalista, y que yo lo sepa con sorpresa dolorosa".

Las 286 páginas de graciosa, intencionada y erudita impugnación que siguen a este aserto me hubiesen dado a mí, si se publican el año 1884, tela para otro volumen. Mas del 86 al 87, corridos casi cinco años desde los artículos de La cuestión palpitante, el instinto me decía que era pasada la hora de la escaramuza de vanguardia, y que ya no podía yo, ni desde afuera ni desde adentro, situarme en la misma posición de los primeros días del combate. Responder a Valera era tentador y honroso, y lucido y hasta divertido para mí; entre otras razones, por ser el autor de Pepita Jiménez, además de persona sabia y exquisita, hombre de educación social selecta, con quien se puede cruzar el acero en honrosa rid, sin temer que suelte el florete y esgrima el garrote del villano o el cuchillo cachicuerno del rufián, y si no respondí, a pesar de la bondad con que el mismo Valera me incitaba a ello, fue sólo por creer que no había pájaros en los nidos de antaño; que para rehacer La

cuestión palpitante era tarde ya. No renuncio, sin embargo, a decir algo del libro de Valera en el tomo de Polémicas literarias, mas no en tono de quien responde a una impugnación, sino de quien examina un libro digno de examen y mira dentro de sí para averiguar, a la vuelta de ocho años, en qué sigue desistiendo de su impugnador y en qué puntos vino a coincidir con él.

Dos veces tuvo ocasión el gran novelista y original y poderoso crítico francés Emilio Zola de manifestar muy lisonjeras palabras para La cuestión palpitante, que leyó traducida; opiniones que, por proceder de persona sincera y franca hasta la rudeza, adquieren doble valor. No obstante, yo titubearía, recelando colocar al frente de esta reimpresión de mi libro palabras del pontífice naturalista, si alguna de estas palabras no fuese cabalmente, en vez de banderín y enseña que me afilie a escuela determinada, explícita declaración de que Zola--más perspicaz que la inmensa mayoría de mis compatriotas, que no se hartan de llamarme sectaria naturalista--ve en mí a un desidente heterodoxo, y se da cuenta exacta del abismo que media entre mis ideas filosóficas y religiosas y las suyas, aunque no se detenga (ni era cosa de que se detuviese) a explicarse mi fórmula, que considero más ancha y larga y, por lo tanto, más humana que la suya... dicho sea con todo el respeto que merece el insigne poeta

épico de Germinal, y todo el convencimiento de una insignificancia absoluta y relativa, porque uno, son las ideas y otro el que las sostiene y propugna, y aquí Dios ha dispuesto que la mejor causa tenga el peor paladín... Ni paladín siquiera... ¡Una Clorinda, armada de punta en blanco!..."

EMILIA PARDO BAZAN.

VII

El régimen vegetal y la cuaresma*

(COLABORACION INEDITA)

La impaciencia con que llevan muchos católicos el precepto del ayuno y la vigilia, apenas acatado ni cumplido más que en los grandes días del jueves y viernes de la semana santa, me trajo a la memoria lo que sé del movimiento legumista o vegetalista, muy activo en el extranjero y hasta elevado a sistema científico e higiénico en toda regla, y sobre el cual se han escrito libros muy sabios como el del Dr. Bonnéjoy.

Según los apóstoles del nuevo sistema de alimentación, la comida de carne,--que ellos califican de necrofagia o alimento basado en el cadáver,--origina enfermedades sin cuento y activa y fomenta las que ya existen en germen en nuestro organismo. La tisis apresura su marcha por la excitación; el reuma y la gota invaden las articulaciones, gracias al aumento de fibrina en la sangre que produce la comida de carne; la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 15 mayo 1892: 2. También aparece con el mismo título en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 88, 20 abril 1892: 1. No está recogido.

escrótula se debe a las viandas de cerdo; otras enfermedades muy molestas y nada limpias son fruto del exceso de acido úrico en la sangre, por culpa de la carne también... Todo eso que habíamos oído decir mil veces, que los niños se robustecen a fuerza de chuletas y beefsteacks, que la anemia se combate con solomillo aparrillado, que la carne carne cría... todo eso hay que desecharlo y arrumbarlo: los niños lejos de fortalecerse con la carne, se envenenan... Noticia consoladora para las pobres madres de las clases menos acomodadas, que ni una sola vez al año pueden envenenar a sus hijos con una buena ración de ternera jugosa y blanca!

El caso es que asusta la lista de enfermedades a que según los vegetalistas, están sentenciados los comedores de cuerpos muertos. No sólo van derechos al infarto y la dispepsia, a la congestión y a la apoplegía, a la hipocondría y la locura furiosa, sino que los vegetalistas manifiestan una creencia análoga a la de los caníbales, que al comerse a un enemigo creen que se les comunica y heredan todo el valor del difunto y que acrecientan así la suma de su valor personal. Los vegetalistas opinan que, en cierto modo, el hombre carnívoro se deja inficionar por el mal carácter del animal que devora. Si come buey será un pelma; si gallo un libertino quimerista; si liebre un Juan Lanas;

si puerco un idem y además glotonazo y materialista epicúreo. La prueba más clara de cómo pervierte las facultades morales del hombre la costumbre de mantenerse de cadáveres (Valbuena sostiene que no es cadáver un cabrito muerto, pero yo tengo que expresarme así siguiendo a los legumistas) es el hecho mismo de la cruel matanza que diariamente se practica a fin de satisfacer nuestra gula. ¿Seríamos capaces de comernos un palomo si le viésemos ahogar como los ahogan las cocineras, apretándolo en el corazón? ¿Podríamos sufrir el espéctaculo de la degollación de un cordero, símbolo de la dulzura? ¿No parte el alma ver ir camino del matadero los graciosos becerrillos? Estos horrores no suceden a nuestra vista: cerramos los ojos y devoramos los palpitantes restos, pero si reflexionamos en tanta sangre como se vierte para cebarnos a nosotros, sentiríamos un escalofrío de lástima y hasta de repugnancia y asco.

Por eso los legumistas aplauden con entusiasmo el régimen dietético de la iglesia católica. Siempre el espíritu religioso militó en favor de la alimentación vegetal, que eleva y purifica: los bramanes dan por pecado el matar a un insecto; los budistas también reprueban la comida de carne; los mahometanos nos tienen su Ramadán; y los cristianos basaron el ascetismo de sus monjes y los méritos de sus penitentes

en el vegetalismo: si a los legos no pudieron imponerles que se alimentasen todo el año de legumbres, por lo menos les señalaron unas cuantas semanas y días sueltos del año para observar tan piadosa y sana costumbre. Siendo la iglesia el tipo de la sociedad en su mayor grado de perfección no podía basarse sino en el vegetalismo racional, sólo que conocedora de la flaqueza humana, no quiso la iglesia decir a los pecadores: "Ayunaréis cuarenta días en primavera porque os conviene a la salud, porque es preciso expeler esos humores y esas acideces de las comilonas del invierno", en cuyo caso nadie se prestaría a la saludable práctica, sino que dijo, sin más explicaciones: "O ayunar o condenarse..." Y la costumbre de ayunar se arraigó y persevera, aunque por desgracia no tanto como mandan de consumo la iglesia y la higiene.

De aquí la larga vida de los trapenses que sólo viven de legumbres y suelen llegar a los cien años: de aquí la excelente salud que gozan, la integridad de sus facultades mentales y el que muy pocos enloquezcan. Porque es de advertir que la comida de carne llama por el trago, y el trago ataca a la razón y compromete la virtud, alborotando la sangre y soliviantando los ímpetus pecaminosos. Los países carnívoros son la jauja del alcoholismo y la sobriedad y templanza moderan las pasiones y aclaran la vista del espíritu.

Confieso que no me parece mal la teoría, aunque por mi inclinación al eclecticismo la encuentro demasiado radical. Bueno y santo que se ayune (sin mariscos) y que se observe la cuaresma; pero... si damos en extremar la abstinencia temo que vendrá a caer la humanidad en el extremo opuesto, y a decir como el autor del Gran Tacaño:

"Fríeme listoncillos de marranos,
venga el gigote y húndase la flota;
coma yo, y más que ayunen los gusanos."

EMILIA PARDO BAZAN.

Madrid, 23 abril de 1892.

VIII

JUDIT DE WELP*

LA NUEVA OBRA DRAMATICA DE GUIMERA

SU ESTRENO EN MADRID

(COLABORACION INEDITA)

Madrid, abril 28 de 1892.

Nadie ignora que Mar y Cielo ha sido uno de los éxitos de la temporada de invierno, que acaso no cuenta más que ése, el del drama de Guimerá y el de Realidad de Galdós. Las Canarias son hoy verdaderas Islas Afortunadas... en la escena, puesto que allí nacieron los dos autores nuevos y aplaudidos de este año, aunque a Guimerá le llamen catalán los periódicos, que no debieran llamarle sino catalanista.

Animado por el buen principio, decidió Guimerá seguir probando fortuna, y así que las campanas repicaron a gloria y la pascua reanudó la vida teatral, se estrena en el Español otro drama suyo, titulado

* Publicado en La Nacion (Buenos Aires, diario) domingo 29 mayo 1892: 5. No recogido.

Judit de Welp, y donde, en vez de personajes de pura creación como los de Mar y Cielo, figuran personajes históricos, aunque distintos de como la historia los presenta. Y puesto que ningún diario de la corte ha indicado por ahora a sus lectores ni una palabra del asunto de Judit de Welp, voy a adelantar una sucinta idea, porque poseo el drama en catalán, y supongo que el arreglo castellano poco o nada ha de diferir de este primer texto estrenado hace ocho años en Barcelona.

Judit de Welp se remonta a los tiempos más caliginosos de la Edad Media: al último período del carolingio o carlivingio, (como manden lo escribiré, pues no hemos de reñir por letra abajo o arriba). Para que se entienda mejor lo que en el drama es fruto de la imaginación poética de Guimerá y lo que es histórico, empezaré por lo que la historia nos dice de Judit de Welp, protagonista del drama.

Carlo Magno había fundado con la espada un inmenso imperio, pero a su muerte ya estaban minados los cimientos de su gigantesca obra. Dice Michetet que todo mundo que concluye, concluye en un santo, y este santo, para el imperio carolingio, fue Luis el Bondadoso, que lo heredó. Luis era tan santo y tan puro que no servía para reinar. A esos hombres nacidos para el claustro o el gabinete de estudio, la corona real es corona de espinas. Todo cuanto amó se volvió

contra el Bondadoso. Su primer matrimonio fue un matrimonio de conveniencia; pero al morir su esposa, el corazón le pidió alimento y reuniendo a las hijas de sus magnates, eligió a la más bella, Judit de Welp, y la elevó al tálamo regio. No solo era bella Judit, sinó sabia eruditísima, aficionada al arte, a la cultura... la cultura de entonces. La santidad de su marido, aquel marido que según dicen los cronistas no se reía jamás, ni quería cantares, ni músicas, fue acaso motivo para que la beldad sajona se cansase de él y buscase amor humano en brazos de Bernardo, duque de Septimania y sobrino del querido tutor del rey Luis, san Guillermo de Tolosa.

El hijo que Luis hubo en Judit de Welp, lo atribuyó la maledicencia al duque Bernardo. Débil, entregado a penitencia, ayunos y lágrimas, el rey Luis se vio, en los últimos años de su vida, como el rey Lear, de Shakespeare, humillado por sus propios hijos, del primer matrimonio, que le obligaron a barrer el polvo con sus canas venerables. Y la disolución moral del imperio se consumó con este suceso y otro más horrible aún: el hijo de Judit de Welp, el rey Carlos el Calvo, dio muerte por rebelde al antiguo amante de su madre, al duque Bernardo, que era quizás su verdadero padre.

Sobre este asunto se funda el drama de Guimerá. Carlos ignora los extravíos de su madre, y está en

lucha con el duque Bernardo, el cual tampoco sabe que el rey es su hijo, aunque (francamente) debiera sospechar la posibilidad, por poco versado que estuviese en cronología. Ignorantes todos (menos Judit y el juglar Gisemberto, que ha sorprendido el secreto de la reina madre, y resuelve aprovecharlo para vengarse de ella, pues la odia) sucede que Carlos se enamora locamente de una joven a quien ve por casualidad, y ella a su vez se apasiona con delirio del monarca. La pícara casualidad quiere que la joven sea Brunilda, hija del mismísimo duque Bernardo. Apenas sospecha Judit de Welp estos amores imposibles y malditos, se opone a ellos con todas sus fuerzas, sin dar razones, por lo cual se capta la antipatía de su hijo, que ya la mira casi con horror. Próximas a celebrarse las nupcias, Judit trama una conspiración para robar y hacer desaparecer a Brunilda; pero el juglar frusta su intento y vuelve a reunir a Brunilda con el rey. el duque Bernardo, impulsado por la ambición, quiere acelerar la boda: Judit (sin decirle la verdadera causa) se lo prohibe, pero él se obstina, y entonces Judit incita a los guardas a que lo maten. Cuando van a hacerlo, Judit ofrece a Bernardo un veneno, para librarse de la tortura. Pero detrás de la cortina donde se supone que está Bernardo, está realmente su hija Brunilda, que le ha proporcionado la

fuga y que ya convencida de la imposibilidad de ser feliz, toma el veneno. Al correrse la cortina, el cadáver de Brunilda es lo que se descubre. Así termina el segundo acto, y en mi concepto, el drama. Veremos si me equivoco y si falla mi profecía. Hasta ese instante se sostendrá el interés: en el tercer acto no se verá sino un fatigoso tejido de horrores,--asesinatos, entierros, nichos--ya dos muertes más, la de Bernardo y la de Judit, mientras avanza por el foro el féretro de Brunilda. Esto suponiendo (repito), que el arreglo castellano no difiera del texto catalán.

Por lo demás, la vestidura es digna de Guimerá: amplia, rica, apasionada, dramática, sobria en la forma y con rasgos a veces magistrales. La relación del juglar Gisemberto describiendo su amor a Judit trocado en odio mortal, arrancará aplausos no menos espontáneos que arrancó en Mar de Cielo la relación de Said, muy parecida a esta. Lo que aseguro es que compadezco a actores.

¡Qué energía necesita Ricardo Calvo para su papel de Carlos el Calvo!

EMILIA PARDO BAZAN.

IX

¿HAY QUE TENER MIEDO?*

(COLABORACION INEDITA)

No se ría el lector: he oído discutir con gran formalidad sí, dados los acontecimientos y la situación política del país, se debe o no se debe tener miedo a los petardos, las explosiones, los fulminantes y los correspondientes anarquistas.

Decían unos que el miedo no viene al caso, porque lo de los petardos del congreso fue pura farsa policíaca; y replicaban otros que sí conviene castañetear los dientes y encogerse todo, porque lo de París bien seguro es que fue verdad, y quien hizo una explosión hará ciento, si le dan melenita y tiempo.

Yo les argüía con las siguientes, a mi parecer, razones.

Supongamos (y no es flojo suponer) que viviésemos hoy bajo el régimen del terror político, ni más ni menos que Francia en 93 y Rusia cuando hazañeaba el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 junio 1892: 1. También se encuentra en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 115, 21 mayo 1892: 1. No está recogido.

nihilismo. Pues aún así, presumo que el miedo no se apoderaría sino de los ánimos mezquinos, porque las almas bien templadas sabemos por la historia que no se achicaron en momentos tales.

Al contrario, diríase que se crecen y manifiestan un ánimo y unos bríos asombrosos, porque los luce quien menos se piensa. Nadie ignora y es un hecho históricamente vulgar, que en circunstancias críticas de revoluciones y guerras, las más resueltas son las mujeres, las que antes parecían llenas de timidez, y hasta se asustaban de un ratoncillo. En los primeros siglos del cristianismo, desafiando las persecuciones; bajo el terror, burlándose de Santa Guillotina, las mujeres hicieron proezas. Cuando reflexiono sobre las causas de este fenómeno, doy en creer que a las naciones les sucede lo mismo que a los individuos; hay épocas en que se ponen en estado neurótico, y en la excitación de los nervios hallan inesperado vigor para desafiar los acontecimientos. Y deduzco que aquí se tiene miedo, hoy por hoy, a los anarquistas... porque no han venido aún de veras; pero el día que vengan (si llegan a venir) se les tendrá tanto miedo como Santiago a los moros. ¿Y qué arbitrará el gobierno para impedir la venida del Mesías de la pólvora? preguntan varios curiosos impertinentes. A fe mía que ni lo sospecho. De los tres medios infalibles que decía tener el rey

Fernando de Nápoles para regir sin dificultad a un pueblo y hevar [llegar] adonde se quiera, y que eran los siguientes; Festa, forca, farina, aquí sólo poseemos el primero, o sea el circenses de los romanos: toros, romerías, ferias, bailes por lo fino y lo burdo, teatros a docenas y tabernas a miles. El segundo, la forca, aún funciona, a veces con éxito, pero va estando desacreditada y es muy antipática. El tercero, la farina, los comestibles baratos, sanos, abundantes, el estómago contento, digan si lo tenemos los más optimistas y los más ministeriales... responda la angustia financiera, la miseria [general], las depreciaciones del numerario, los hipos de agonía del comercio y la industria...

De todas suertes aún sin farina ni forca, hemos de ir saliendo adelante. No sé cómo ni por dónde, pero tengo presentimiento de que saldremos. Los anarquistas son uno de los medios históricos para que salgamos.

Sobre esto se podrían hacer extensas reflexiones; pero yo, que no tengo pizca de miedo a los petardos, lo tengo cerval al público cuando se trata de meterse en filosofías. Porque ahora el público, (por no decir unos cuantos de los que le sirven de hueco portavoz), se ha declarado anarquista del pensamiento, sublevándose contra toda filosofía, sabiduría y ciencia. ¿Escribe Echegaray un drama? Sentenciado por

científico. Publica Galdós una novela? Encorazada por filosofía. No se ha de usar ninguna palabra que no entienda la cocinera, ni omitir idea alguna que no esté al alcance del portero...

Bienaventurados los escritores del porvenir, porque ellos no tendrán que aprender nada. Serán ingenios legos en toda la fuerza de la expresión y su cabeza fresca y virginal estará tanquam tabula rasa que no deslucirá ni leve rastro de cultura.

Por igual procedimiento se simplificará la "misión de la crítica". En efecto, si hay quien dice que para ensalzar a Homero habría que ser otro Homero, para elogiar o apalear a los futuros Homeros de la ignorancia habrá que ser tan cerril como ellos...

El caso es que a mí nuestros dramaturgos y novelistas no me parecían sabios, tan sabios, tan sabios, como los pinta la gente, al menos juzgando por sus obras. Hechos de cultura general, ideas que ya son del dominio común del pensamiento, es lo que (con buen acuerdo) se limitan a llevar a sus producciones. Los conocimientos vulgares se enriquecen todos los días y otro tanto pasa con el vocabulario. Hoy oímos a cualquier señora, a un niño, a un artesano, hablar de hipnotismo, de generadores eléctricos, de histerismo, de hidroterapia, de mil cosas, cuyo nombre sólo, sería un logogrifo para nuestros abuelos. Si el común de las

gentes llega a esta altura, ¿por qué los doctos no han de introducir en sus libros y creaciones algo de lo que será mañana patrimonio de la multitud? ¿a qué viene la demagogia intelectual? Con estas nivelaciones estoy menos conforme aún que con las del petardo y la bomba.

EMILIA PARDO BAZAN.

18 de mayo de 1892.

X

EL PAIS DE LAS CASTAÑUELAS*

Así se titula un libro que acabo de recibir lindamente impreso, con preciosas láminas y una encuadernación en tela, a listas, donde alternan los colores de la bandera española. Llámase el autor del libro Mr. II. C. Chatfield Taylor; es norteamericano, y este invierno pasó en Madrid, en compañía de su joven esposa, tres o cuatro semanas, durante las cuales fue obsequiado por una parte muy escogida y entonada de la sociedad madrileña. Tuve ocasión de departir con él, porque me dispensó la atención de darme un lado en el pentágono de escritores que deseó saludar y visitar, y cuidé de advertirle que, pues había conocido tantos escritores españoles como dedos tiene la mano, yo era apenas el meñique.

Refiero estas particularidades, para que, si pongo reparos al libro, no se atribuya a que el autor no me ha tratado bien.

Al anunciarme su propósito de escribir sketches o impresiones sobre España, confieso que torcí el gesto.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 febrero 1897: 3. Se encuentra recogido en sus Obras Completas De Siglo a Siglo (Crónicas: 1896-1901) T. XXIV. (Madrid, 1902) 47-53.

Lo tengo por costumbre, siempre que un extranjero manifiesta semejantes intenciones y no agrega que piensa residir entre nosotros un par de años.

Hay que desconfiar a vista de pájaro, de los artículos a vuela pluma, de las sugestiones del ferrocarril y la fonda, de las inspiraciones del baúl, la manta y el sleeping; pero, sobre todo, hay que estar en guardia contra el espíritu que se trae de fuera, el alma que se resiste a comprender otras almas diferentes.

Por aquí peca el libro de Chatfield Taylor, a pesar de sus constantes esfuerzos para llegar al grado de simpatía necesaria. Las intenciones de este americano (no le llamo yankee, sé que le molestaría), son excelentes y hasta benévolas y, sin embargo, no nos entiende, porque no era posible, ni nos hace justicia, por la misma razón.

Debe advertirse que Chatfield Taylor ha visto a España, y sobre todo Madrid, en condiciones inmejorables para experimentar esa simpatía que aclara la inteligencia. No ha sufrido el aislamiento en país extraño, sensación que engendra la melancolía y a veces hostilidad. Como dejo dicho, parte de la sociedad madrileña de la más clanista (palabra expresiva que traduzco literalmente) le acogió, a estilo de Nueva York, con los brazos abiertos; fue invitado a fiestas

íntimas, a tertulias de confianza, le acompañaron muchos, y si de algo parece quejarse es (más bien que de soledad y abandono) de eso que llama el padre Oloriz molestias del trato humano en la curiosa obra donde reniega de los que no saben estar ni vivir consigo mismos y llevan por lema O compañía o muerte. Chatfield se declara abrumado de obsequios.

A pesar de tantas muestras de cortesía y hasta de afecto que le inducen a creer que deja en Madrid «verdaderos amigos», Chatfield no cesa un instante de contemplar a los españoles desde la altura de un mundo superior, más civilizado, más serio, más grande: un mundo «democrático y republicano».

El título del libro ya revela este criterio; ya indica la mirada por cima del hombro. ¡El país de las castañuelas! ¿Sería amable que un español festejado en Norte América escribiese un libro y lo titulase, v. gr.: El país del rey dollar o El país del jingoísmo? Dígalo el mismo Chatfield, que muestra tal horror al espíritu jingoísta, aunque reconoce que a veces lo siente rebullir en sus entrañas.

Difícil es escribir un libro sobre una nación extranjera, sin incurrir en errores materiales; son, sin embargo, tales errores, aunque salten a la vista, de menor cuantía y labor ínfima la de rebuscarlos. Los gazapos, en verdad divertidísimos de los viajeros

franceses, tras los montes, sólo significan algo por lo innumerables.

No sucede esto con el libro de Mr. Chatfield. Si fatalmente contiene errores, en general sus noticias son exactas. La inexactitud está en las apreciaciones.

Chatfield atribuye la postración de España a que ha luchado mucho, y la compara al exhausto guerrero que ni puede ni quiere pelear más. Por casualidad, este juicio lo desmienten ahora mismo los acontecimientos. Otro motivo de decadencia, en su opinión, es que aquí no hay clase media, salvo en Cataluña. «La clase media española--escribe el ilustrado americano--la mataron la legislación y el sentimento», frase cuyo sentido no alcanzo. El defecto de nuestra complexión moral, según Chatfield, es el orgullo: somos D. Rodrigo en la horca. Engendraron este orgullo nuestras victorias y nuestras heroicas hazañas, pero en nuestro estado actual no se justifica. Por punto de honra, por sostener nuestra jerarquía entre las naciones, nos hemos metido en gastos superiores a nuestros recursos, y la aristocracia, con tanto levantar figura, va tronando bonitamente.

Lo peor es que no la arruina el lujo sólido, la casa y el cocinero, primeras exigencias del americano que aspira al bienestar, no; el dinero se va en fantasías, en apariencias, en el palco y en el coche,

en los trapos y en copiar sin chiste la alta vida inglesa, porque la sociedad elegante de Madrid está llena de anglómanos y hay quien, no pudiendo hablar inglés, pronuncia el castellano con acento británico. «Y estos tales son la crema de la crema», advierte el satírico viajero.

La hospitalidad española parécele a Mr. Chatfield que se ha desmejorado bastante desde el tiempo de las bodas de Camacho el rico. La aristocracia tendrá palacios con escaleras aparatosas, pero no tendrá cocinero ni mesa; obsequiará al extranjero paseándose en coche, llevándole al teatro; pero de banquetes no se hable.

Hasta en los bailes y saraos, el refresco es flojillo: pastelitos, garrafas de limonada, tal cual copa de Jerez; nunca la cena caliente y el champagne a discreción, como no sea en las embajadas... Aparte de tan desventajosa diferencia, la sociedad elegante de Madrid es la de Nueva York, más en pequeño: los mismos ociosos vestidos por sastres de Londres, las mismas mujeres frívolas, sedientas de excitaciones y de triunfos, el mismo alarde de superioridad sobre el resto del género humano, el mismo despilfarro de tiempo y dinero. Si existe tal identidad, las observaciones del viajero americano acerca de España carecen de significación, y lo que describe tiene que ser algo muy

externo, sin carácter y sin importancia. La sociedad, vista por fuera, es igual en todo el mundo.

Pablo Bourget en una de sus mejores novelas, la titulada Cosmopolis, analizó este fenómeno: bajo la superficie o barniz social, descubrió, ocultas, pero vivas y enérgicas, las irreductibles diferencias de raza, de origen, de civilización, de religión y de ideal de cuanto forma el concepto de la vida y el móvil de las acciones y de las pasiones.

Cuando no se hace más que atravesar una sociedad, o mejor dicho, una esquina de ella, es difícil sacar consecuencias y formular leyes generales.

Los que lean el libro de Mr. Chatfield, acaso se figuren que en los saraos españoles más smart, se suele tararear la letra de la música que toca el pianista y salir a la calle los tertulianos, al acabarse la reunión, con cucuruchos de papel, con gorrillas o en pelo, porque unos jóvenes de buen humor cogieron de la antesala dos docenas de sombreros altos y los arrojaron al escenario de un teatrillo. Estas interioridades de que nos informa Mr. Chatfield son un caso que regularmente no volverá a ocurrir en medio siglo, y no ha de llamarse costumbre a lo que precisamente no se acostumbra, o tendremos aquello de

por un perro que maté,

me llamaron mataperros.

Delicado es siempre hablar en letras de molde de la sociedad en que se alterna, el que invita a un extranjero de distinción quizá no le invitaría si creyese que lleva en el bolsillo una instantánea, como los detectives, y que las fotografías se destinan a un libro cuyo objeto es que nos conozcan mejor los americanos. ¿Van a conocernos mejor por tales menudencias?

Si esta es cuestión baladí, hay otra grave y trascendental, en que los juicios de Chatfield descubren la prevención a que me refería en los primeros parráfos de este artículo. Ya se entenderá que aludo al conflicto cubano. Razón tiene nuestro autor cuando dice que esta guerra desdichada ha venido a paralizar nuestra regeneración y a atajar el progreso que debíamos a una paz de veinte años. La injusticia consiste en añadir que somos incorregibles, que no hemos aprendido nada en la escuela de la adversidad, ni nos demostraron las guerras de Flandes y la resistencia contra los romanos y contra Napoleón la vanidad de obstinarse en imponer extraño yugo al pueblo que quiere ser independiente. Hay que distinguir, como dicen en Verbena. En Flandes, ciertamente, nuestro yugo puede llamarse extraño y, por contera, pretendíamos

imponerles a mano armada nuestra fe religiosa. En Cuba, ni es extraño ni es yugo; Cuba ha sido descubierta, poblada y civilizada por nosotros, de su raza indígena no queda ni señal; su lengua, sus creencias, su sangre, su espíritu son inseparables de España. Las luchas por la independencia suponen un antagonismo, o al menos, una diferencia de origen; Polonia, Grecia, Armenia, España en 1808, por la independencia lucharon; con todo mi españolismo, reconozco que Flandes luchaba por la independencia también; Cuba lucha por la secesión, que no es lo mismo. La guerra de secesión se distingue de la de independencia, como la amputación del alumbramiento.

Si se me cita un solo ejemplo de alguna nación que regale de buen grado sus provincias, que emancipe sus posesiones, las tierras que pobló, transigiré con los que nos predican inauditos desprendimientos. ¿Por qué nos piden lo que a nadie se pide? Las naciones conservan y defienden lo que cae bajo su dominio por conquista y violencia, cuanto más lo que de tiempo inmemorial no sólo les pertenece, sino que forma parte integrante de su ser. Discutan enhorabuena si tenemos medios de defenderlo; es pueril que discutan nuestro derecho, y hasta nuestro deber, máximo cuando lo cumplimos de tan brillante modo, que no es lícito pintarnos como una nación fatigada de luchar o como una

madriguera de hidalgos arruinados. Duele que en ese país de gente tan acaudalada y de tan buenas mesas, se suelten los dollars con más gracia y salero que aquí se han soltado sus equivalentes, los duros. Mr. Chatfield Taylor no nos quiere mal, y hasta le creo capaz de reconocer estas verdades, a no estorbárselo esas influencias de la raza y del medio ambiente, que tanto labran en los escritores más imparciales. Todo norteamericano, en estos momentos, tiene asestado al firmamento el telescopio siguiendo el rastro de una estrella... Nosotros estamos atravesados en el vidrio. Por eso nos llama crueles reiteradamente el Sr. Chatfield.

EMILIA PARDO BAZAN.

XI

EMILIA PARDO BAZAN*

La señora Emilia Pardo Bazán es uno de los mejores escritores españoles, y al mismo tiempo mujer de alta sociedad: es hija del conde Pardo Bazán, ex diputado a cortes. Nació en la Coruña. Piadosa hasta ser mística, permanece fiel a las tradiciones democráticas pero católicas de su familia, y en ella predominan las creencias sobre las opiniones. Citaremos de sus obras: Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina; Un viaje de novios; La cuestión palpitante; La tribuna; El cisne de Vilamorta; Los Pazos de Ulloa, libro en que está su biografía[1]; La madre Naturaleza, novela considerada como su obra maestra[2]; Insolación; Morriña; Una cristiana; La Prueba; San Francisco de Asís, y un tomo de poesías, Jaime, que lleva el nombre

* Publicado en La Nación Buenos Aires, diario) viernes 5 marzo 1897: 3. No recogido.

[1] Este cronista anónimo introduce a Da. Emilia, pero no conoce a fondo su vida: Los Pazos de Ulloa no son ciertamente su biografía, sino una observación en el ambiente que rodeó a nuestra autora en un período de su vida.

[2] Son Los Pazos de Ulloa considerados como su obra maestra; no La Madre Naturaleza.

de uno de los hijos de la Sra. Pardo Bazán, fallecido en 1896.[3]

[4]"La mujer frívola, que vive entre la costura y la peinadora, no hace más que mantenerse en el terreno en que el hombre la ha colocado, y conformarse con ser un mueble de lujo: pero si es cierto que la vida de algunas mujeres es superficial, y está dedicada únicamente a futilezas y distracciones, sería necesario averiguar antes de condenarlas si el hombre, de quien la mujer recibe el impulso moral, le da mejores ejemplos.

Yo afirmo que no, y que en la aristocracia el sexo masculino es tanto o más frívolo que el femenino. Y el hombre es mucho menos disculpable que la mujer por ese pecado".

EMILIA PARDO BAZAN.

[3] En verdad, su hijo murió en 1936.

[4] A continuación, este cronista anónimo, añade un fragmento de Da. Emilia; pero no indica de dónde lo ha sacado.

XII

Los sombreros femeninos en el teatro*

MEDIDAS ADOPTADAS

UN VOTO DE CALIDAD

Recuerdo oportuno

En varias ciudades de Europa y de los Estados Unidos, se ha emprendido una campaña contra los sombreros que usan las señoras en los teatros.

El «maire» socialista de Marsella acaba de prohibir lisa y llanamente a las señoras, que se presentan en el teatro con sombrero alto o bajo, grande o chico, hermoso o feo. La disposición no admite excepciones. Antes de tomar asiento las señoras deben sacarse el sombrero, como los hombres. ¿Se rebelan?

* Autor anónimo quien añade una introducción y conclusión al artículo "Un voto de calidad," de Da. Emilia Pardo Bazán, cuando lo publica en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 10 mayo 1897: 3. "Un voto de calidad," se encuentra además en El Liberal (Madrid, diario) 12 noviembre 1896; y en sus O. C., T. XXIV De Siglo a Siglo (Crónicas: 1896-1901) (Madrid, 1902) 252-257.

Multa de unos cuantos francos o en su defecto, prisión de unos cuantos días.

La medida ha parecido, como es natural muy inconveniente. No ha sido dictada por un hombre de mundo. Su autor es un alcalde socialista, que no debe ser, por cierto, un joven apuesto y gallardo, porque no sabe ser amable con las señoras... en quienes ejerce, seguramente, una venganza...

Consultados los directores de los teatros de París que no están subvencionados por el estado y para los cuales no rigen, por consiguiente, reglamentos particulares, se hicieron públicas las declaraciones siguientes:

M. Samuel, director de Variétés: El público que asiste a mi teatro, no sabe, hasta tarde ya, en qué parte ha de pasar la noche. No puede exigirse a las señoras que hagan una toilette especial para asistir al Variétés. Comprendo que los grandes sombreros que se estilan hoy son para el público una molestia todavía mayor, pero, ¿cómo exigirles a las señoras que dejen las gorras en la portería, como los hombres dejan el sobretodo y el paraguas?

M. Pareil, director del Vaudeville, opina: Mucha razón hay para protestar contra los sombreros femeninos aplicados al teatro. Pero ¿qué le hemos de hacer? No tenemos aquí, como tienen todos los teatros en

Inglaterra, un local especial, donde las señoras hacen su «toilette» y dejan sus artefactos... No tenemos espacio para establecer un salón aparente. ¿Qué hacer? Que lo diga la prensa...

Y apenas habló un repórter con M. Coquelín, (Porte Saint Martín), exclamó el gran actor:

«Ah! esos grandes cascos con sus penachos y sus perendengues y sus firuletes, son horribles, incómodos, monstruosos, y todo lo que pueda calificarse dada la escasez de adjetivos con que cuenta el diccionario. Si las mujeres quieren concurrir al teatro con sombrero, que vengan. Pero que vengan con sombreros bajitos, redonditos, que no ocupen lugar ni molesten al prójimo. A Vv. los periodistas, les corresponde etc».

Sarah Bernhardt (teatro Renaissance), está todavía más indignada, si es posible:

"¿Eso? ¡Repugnante! ¡No concibo que una señora se presente en el teatro con sombreros tales! Yo misma traté de suprimir los sombreros de mujer en las butacas. Organicé un servició especial «vigilantas» recorrían las filas de sillones y con toda amabilidad requerían de las señoras sus sombreros repectivos. Pero... Bah!..

¡Como si nada!

--¿Mi sombrero? decían las espectadoras ¿por qué? ¡ni por pienso! devuélvame V. mi dinero...

Conste que voto por adelantado a favor de la supresión, pero conste también que no quiero estar sola en la campaña... Yo propondría el uso de la mantilla para el teatro ¿Que las señoras suelen comer antes en el restaurant? ¡Pues que coman de mantilla! Las inglesas no usan sombreros...

Los hombres se lo ponen en el entreacto, interrumpió el repórter.

¡Parbleu! respondió la gran actriz! ¡Si son todos calvos! En cuanto a los sombreros de las mujeres, ustedes los de la prensa debieran, etc.

*

* *

Todo esto pasa en Francia. Pero lo que ocurre en Norte América es más grave:

Mr. Wilson, miembro de la legislatura de Albany, propone a la asamblea la adopción de una ley contra el uso de los sombreros de señora en los teatros. Según ese proyecto, pagará una multa de 10 dollars todo director de teatro, circo o espectáculo cualquiera que no haga cumplir en el acto lo que la ley prescribe. Por otra parte, el proyecto es copia fiel de las disposiciones que rigen en Ohio.

La legislatura de Pittsburgo, también contraria a los sombreros femeninos, votó en enero pasado una ley

semejante, pero fijó el máximun de la multa en 25 dollars. Y en Chicago suscitó la cuestión un verdadero conflicto entre el intendente municipal! y los concejales. Ambas autoridades son igualmente hostiles a los malhalados sombreros, pero mientras que la una quería castigar a los directores de teatro en caso de infracción, argüía la otra, con la constitución en la mano, que eran las señoras quienes habían de pagar el pato y que, a no abonar en el acto el importe de la multa, debía llevárselas a la cárcel para que purgaran allí, entre rejas, el casi enorme delito. Felizmente llegó el día en que las autoridades chicaguenses se entendieron. Las mujeres de por allá no van al teatro con sombrero. Si alguna se lo pone, basta que algún espectador prescriba lo contrario para que intervenga la policía.

Conclusión:

Que se hace necesaria la adopción de un sombrero oficial y reglamentario para teatros.--Lo habrá pronto. Ha sido ya encargado a varias casas de París y un congreso de damas elegirá el modelo... policial.

*

* *

Sobre esta cuestión la popular escritora Emilia Pardo Bazán escribió no hace mucho un artículo

titulado: **"Voto de calidad"**, que juzgamos oportuno reproducir.

Es el siguiente:

No creo que el epígrafe parezca rasgo de presunción, si añado que voy a tratar del siguiente asunto: Inconveniente de los sombreros de las señoras en el espectáculo teatral.

Truenan contra ellos los cronistas que no consiguieron ver decoraciones ni trajes en un interesante estreno del Español. La queja viene de atrás; no hay que no se repita dos o tres veces por temporada. Naturalmente, cuando la moda impone sombreros más grandes, la queja de punto. Si los sombreros llegasen (¿y quién lo impide?) a las dimensiones que tenían bajo el Directorio, sería el dinero más perdido el que un hombre gastase en comprar una butaca del teatro. ¿Un hombre? ¿Y por qué un hombre? No parece sino que las mujeres podemos ver el escenario desde las butacas, si nos cuadra delante un sombrero femenino. Cabalmente somos más chicas, alzamos menos en el asiento, y a poco que se eleve el catafalco, se acabó el espectáculo para nosotras. Lo peor del catafalco es que está quieto. Apenas hemos logrado enfilar los anteojos por un resquicio, la señora se mueve, el catafalco oscila, y buenas noches.

Lo primero que se ocurre es renegar del sombrero maldito. ¿Por qué no van en pelo las señoras a las

butacas, lo mismo que van a los palcos? ¿Por qué atropellan (moralmente) al que comprando su localidad, creyó adquirir el derecho de ver la función? ¿Por qué no son buenas, complacientes y racionales? ¿Por qué no adoptan la poética mantilla?... (etcétera).

Yo puedo asegurar a los molestados (con razón) por el sombrero, que si preguntan a las señoras una por una, todas estarán conformes en «que sí»; que el sombrero en las butacas es una impertinencia. Ningún interés especial tienen las señoras en fastidiar al desconocido que ocupe la butaca detrás de la suya; (las malas intenciones, generalmente, no recaen sino sobre gente que ya conocemos). Las señoras rebosan excelente voluntad, y sin embargo, es casi imposible que accedan a lo que se las pide. Diré los motivos; los hombres tal vez ni lo sospechan, porque es cosa convenida que «no entienden» de nada que con la moda femenina se relacione.

Pretender que una mujer use sombreros chicos y planos, cuando se estilan empingorotados y descomunales, es andar buscando cotufas en el golfo. Aunque la mujer tuviese tal abnegación, no se lo permitirían la modista, las amigas, y si a mano viene, su propio marido. Los hombres «no entenderán», pero conocen las formas anticuadas y el gusto añejo... al vuelo, no sé en que; y saben que una señora va

«rarísima», sin definir el intríngulis de la rareza, que es, precisamente, el contraste de lo que lleva con las líneas y contornos de la moda actual. Queda la poética mantilla... Y pregunto: ¿puede una señora arrostrar el peligro de ir al teatro como se va (y no siempre) a los toros? Lucidísima en la mantilla, pero no lo son menos la basquiña, el moñillo, la falda de madroños, el zapato de galgas, la media calada bordada de oro, y otros graciosos detalles de nuestro traje nacional de principios del siglo... Es lástima que la mantilla haya caído en desuso; el artista debe lamentarlo... ¡Y qué!--dicen las señoras.--¡Si ya muchas ni mantilla tienen, como no la hayan heredado, dobladita y oliendo al alcanfor, más bien de su abuela que de su madre!

Sería la solución radical ir en pelo a las butacas. Yo confieso que para esta solución no veo inconvenientes materiales de ninguna especie, afuera el sombrero, y, ya está. Inconvenientes morales sí que los veo. Son los que del criterio del hombre, respecto a la posición de la mujer en la sociedad, ha creado y sostiene y sostendrá Dios sabe hasta qué fecha.

El reprueba en la mujer todo lo que la singulariza: toda iniciativa, toda espontaneidad. Para demostrar este aserto, no salgamos del teatro, ya que estamos en él. La costumbre, que prescribe a las

mujeres el uso del sombrero en las butacas, manda también a las mujeres no moverse de su asiento en los tres, cuatro o cinco actos que comprenda la función. Haga calor o haga frío; siéntanse o no molestadas por el denso y viciado ambiente del teatro; tengan sed, o tengan debilidad, o tengan calambres en las piernas, las señoras no se levantan; ¿por qué? ¡Porque no está admitido! ¡Porque no lo hace nadie! Y basta.

Sigamos en el teatro. La misma costumbre que impone a la mujer el uso del sombrero en las butacas, ordena que una señora no vaya a butacas sola. Es inútil argüir que van solas las señoras, las casadas al menos, a sitios no tan públicos y donde pueden ser más sospechadas y más a mansalva ofendidas. Yo conozco señoras, por mil conceptos respetables, por la edad en primer término, aficionadas al teatro, y que no teniendo familia, ni amiga disponible para acompañarlas, han renunciado al goce literario artístico y social del teatro...

¿Por qué estas buenas señoras a que me refiero no compran su butaquita y se lanzan intrépidamente a disfrutarla? ¡Porque nadie lo hace! ¡Porque no está admitido! Y no conozco explicación más plausible.

Si una señora, en el teatro, se levantase y saliese en los entreactos, como salen los hombres; si una señora fuese acompañada únicamente por su dignidad

a solazarse en oír música o versos o prosa desde una butaca, de seguro ganaría fama de extravagante, cuando no de descocada y busca-ruidos. Pues la acción, en su esencia, sería tan indiferente como la de presentarse sin sombrero. La molestia de no ver el espectáculo hizo que los cronistas y otros muchos espectadores que no escriben, se fijasen en lo absurdo de llevar sombrero donde puede estorbar al prójimo; pero jamás he leído que nadie reparase en las molestias que ocasiona a una mujer el estarse sentada cuatro o cinco horas seguidas, o el no disponer de sí para asistir a un espectáculo y necesitar a toda edad dueña (como dicen en Francia, chaperon). Estos inconvenientes los sufre la mujer con estoica indiferencia... Está habituada. El hombre, en cambio, apenas le incomoda un sombrero, quiere que la mujer, renunciando a su sistema de pasividad, arrostre lo más difícil de arrostrar para ella: la nota de innovadora en las costumbres.

Contradicción señalada ya por la célebre y boquifresca monja mejicana: los hombres hacen a las mujeres cual son, y después las quisieran cual no son ni pueden ser. En efecto; aun cuando las mujeres están plenamente convencidas de que llevar sombrero a butacas constituye una defraudación, se resignan, como hay que resignarse a que el cuerpo ocupe lugar y proyecte sombra. Si media docena de señoras, en una misma noche

se presenta en pelo, acaso la seguirá docena y media, y después dos docenas... Pero ¿quiénes van a ser las heroínas? ¿Quién siente vocación al martirio (y a ser mártir de un quítame allá ese sombrero? ¿Quién le pone el cascabel al gato? ¿A que los mismos que reniegan del sombrero no lleva en trenza y cabello a su mujer o a su hija?

No hay concepto más relativo que el del valor. Yo tengo para mí, que las mujeres son seres muy valerosos; las razones que podría alegar no vienen a cuento; además están, como suele decirse, en la conciencia de todo el mundo. Sólo que su valor, para desplegarse necesita la sanción social. Una mujer se escotará con una temperatura siberiana, y arrostrará la pulmonía con tal que la sociedad sancione el escote.

Este ejemplo lo escojo entre mil, y voy a aducir otro más honroso: una mujer se encerrará con su hijo atacado de viruelas o de difteria, sin asomos de miedo; pero a esa mujer no le pidáis que vaya a cierta localidad del teatro, no llevando sobre la crisma una armazón de alambre, terciopelo, plumas y cintas... ¡La verdad es que para lo que se lo habían de agradecer!...

Si tomasen mi consejo las señoras, así y todo les rogaría que eligiesen para butacas la taquilla más sencilla y más áptera (quiere decir sin alas), de cuantas posean. La noción del respeto al derecho ajeno

robustece la noción del derecho propios y no tenemos derecho a quitar la vista del escenario, no lo tenemos. En Francia hay sombreros exprofeso para teatro; son siempre breves capotitas; un embrollo de tul, un jeroglífico de cinta, una coronita de flores, un par de colibríes sobre una cuarta de seda... Adopten esta clase de tocado, en vez de los capachos y las pantallas. Tartufo decía que caben transaciones con el cielo; también con la moda.

Emilia Pardo Bazán.

A propósito de esta cuestión, recuerda un periódico parisiense que, en los comienzos del siglo actual, época en la que los sombreros de las señoras llegaron a adquirir proporciones monumentales, el asunto llegó a ser causa de numerosos desafíos.

Las damas entablaron una verdadera competencia acerca de la altura de sus tocados, haciendo algunas que hicieron su presentación en los teatros adornadas del famoso «trofeo de Victoria». sombrero colosal, inventado por la mosdista Vaunois, con el exclusivo objeto, sin duda, de crear conflictos en las salas de espectáculos.

El «trofeo de Victoria». como el célebre peinado «fragata», del peluquero Leonard, consistía en un

enorme amontonamiento de plumas y cintas, cuya altura excedía de ¡sesenta centímetros!

Naturalmente, la primera noche que apareció en el teatro de Variétés la novísima creación, se promovió tal escándalo, que los directores del teatro vierónse obligados a hacer desalojar sus asientos a las espectadoras revolucionarias.

Al día siguiente, uno de los directores, M. Desauguier, imaginó el siguiente medio para evitar nuevas perturbaciones.

En el sitio más visible del teatro hizo fijar un cartel con esta inscripción: «La empresa ruega a las mujeres hermosas tengan la bondad de dejar depositados sus sombreros en el guardarropa. Las feas pueden conservarlos puestos.»

Aquella noche no hubo ni una sola espectadora con sombrero.

El ingenioso procedimiento debiera imitarse ahora, pues lo persuasivo y eficaz, daría más resultados que todas las medidas coercitivas que pudieran dictarse acerca de esa extralimitación de la indumentaria femenina.

He aquí ahora el verdadero culpable de la terrible moda:

Un pintor inglés, Mr. Gainsborough, originalísimo y de gran renombre, empezó a hacer retratos de mujer,

adornando a sus sujetos con sombreros de tamaño desmesurado, los cuales, por un capricho de composición, a veces de admirable efecto, servían de fondo a la figura, haciendo resaltar de modo maravilloso los rasgos fisonómicos de las melancólicas bellezas londinenses.

El capricho del artista cayó en gracia y pasó a ser una realidad. Al poco tiempo de empezar a exhibirse las obras de Tomás Gainsborough, viéronse ya en las calles y paseos de Londres sombreros copiados de los cuadros del ilustre pintor.

Después, la inventiva modisteril hizo el resto, lanzando a la circulación modelos de amplitud cada vez mayor y sin aquel sello de suprema elegancia que supo imprimirles Gainsborough.

Desde Londres pasó rápidamente la moda a Francia y Austria, especialmente a la primera, cayendo en las extravagancias que hemos referido, y que con ligeras variantes, sique haciendo las delicias del sexo feo en todo el mundo civilizado.

XIII

EMILIA PARDO BAZAN

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA*

Aunque en España no haya disminuido sensiblemente la producción literaria, en lo que a la cantidad se refiere, el hecho es que la literatura ha perdido terreno, quedándose en segundo término y cediendo ante la política, que hoy más que nunca absorbe la atención y preocupa a todo el mundo. La causa de este fenómeno está en los males crueles que pesan sobre España y agravan los problemas de su estado actual, nublando su porvenir. Antes de las dos guerras coloniales teníamos ya bastantes quebraderos de cabeza, pero esperábamos poder reconstruir nuestra fortuna, gracias a laudables esfuerzos, y en algunas regiones veíamos prosperar nuestra industria; desde que recomenzó la lucha, cada día nos aproxima más a la catástrofe económica. Una nación que se ve al borde del abismo desvía

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 junio 1898: 3. También publicado en francés, con el título "Le mouvement littéraire en Espagne," La Revue (París, bi-mensual) (ancienne Revue des revues) 15 mayo 1898: 377-386. No está recogido.

forzosamente su atención de los escritores. Para leer se necesita tener el espíritu tranquilo.

En estos dos últimos años, la novela vive todavía porque la lengua española se habla en los Estados de América del Sur, porque ese mercado sostiene su producción, no sólo en el sentido material de la palabra, sino también en el sentido moral, pues al escritor no le basta ser comprado; quiere también ser discutido, ser leído; y esta necesidead, este deseo, son, más grandes en el novelista por que éste no trabaja nunca para una minoría inteligente sino para la masa del público. Los novelistas españoles cuentan con un número mucho mayor de lectores y admiradores en América que en su propia patria. Las cartas entusiastas, los homenajes respetuosos y apasionados, los elogios sin reservas, lléganles casi siempre de América, como también de América proceden los grandes pedidos de ejemplares. Y en América es también donde se imprimen las novelas españolas de resonancia. Estas reimpresiones, halagadoras porque demuestran al autor que su libro gusta, son desagradables porque no producen un cuarto, como que no existe tratado de propiedad literaria entre España y las repúblicas más florecientes del nuevo mundo; y no solamente no producen un cuarto, sino que traen la competencia, impiden la venta de las ediciones españolas y

disminuyen los beneficios. Los folletines de los diarios americanos explotan, además, y sin pagar un céntimo, las mejores novelas españolas.

I

La novela española está representada actualmente por los mismos autores que la han hecho reverdecer desde cerca de veinte años. Pocos nombres nuevos pueden agregarse a la lista de los ya consagrados por el tiempo. Los principales protagonistas de las tendencias literarias que se han disputado la supremacía entre 1880 y 1890, los campeones del idealismo y los del realismo naturalista, continúan escribiendo, y al imponer silencio a los ecos de las antiguas disputas, no piensan ya en combatir unos con otros, sino en luchar de concierto contra la indiferencia de un público más preocupado de las tristes realidades de la política que de los encantos de la ficción.

Juan Valera es el maestro idealista que aún se mantiene en la brecha. De edad avanzada, lleno de dolencias, sin poder dedicarse a la lectura a causa de una afección a la vista. Valera al escribir, conserva el equilibrio, la alegría serena y fuerte que son, ante todo, las características de la novela española. Explíquelo quien pueda, en una nación tan llena de amarguras y de tribulaciones; pero la novela española

es en general alegre y sana. La impresión que produce al lector no deprime el alma; la idea que los novelistas españoles se forjan de la vida es optimista más que otra cosa.

He llamado idealista a Valera para ceñirme a la clasificación general; pero hay que observar que el idealismo de Valera no se parece en nada al de los maestros franceses, George Sand, Octave Feulliet y menos todavía al neo-idealismo contemporáneo de Francia. Valera pasa por idealista a causa de las campañas que ha hecho contra el naturalismo en el terreno de la crítica, pero, en el fondo, es clásico, hasta donde es posible serlo hoy adía.

El clasicismo de Valera descuella en las tres últimas novelas que ha publicado y que son por orden de fecha: La buena fama, Juanita la larga y Genio y figura. La buena fama es, por su extensión y carácter, más bien un cuento que una novela, un cuento de largo aliento, y además fantástico. Hasta cierto punto, a La buena fama debe considerarse como una digresión caprichosa del autor, pues Valera es un literato muy docto y erudito. Luego, en esa obra no se ha dado el trabajo de poner la acción en época determinada, de modo que el lector puede imaginarse que la escena pasa ya en el siglo XII, ya en el XIV, ya en el XVII; los anacronismos son demasiado visibles para no ser

intencionales. El argumento está tomado de una narración popular bastante escabrosa, pero el autor se salva por la belleza y la fluidez del estilo y por la gracia maliciosa de la narración, que es una de las cualidades más atrayentes de Valera. La heroína de La buena fama es la gentil bordadora Calistea, enamorada del rey, y que acaba por casarse con él; trae a la memoria a la Angélica del Réve de Zola; pero el encanto preparado por el mago Kriasacti, gracias a quien se celebra el matrimonio, es hallazgo de imaginación desenfrenada y burlesca al modo de Rabelais.

Juanita la larga tiene más importancia; es una novela, donde se estudia, con mucha delicadeza, el carácter de una mujer, de un diablillo, de la «larga». Observen ustedes que las heroínas de Valera se parecen mucho; se sorprende en ellas cierto aire de familia que, a pesar de la diferencia de condición, de estado, de conducta y de linaje, existe entre Doña Luz, Pepita, Calistea, Juanita la larga y Rafaela, el personaje principal de Genio y figura. Muchos creen que todas esas mujeres tienen el alma y el espíritu del autor, encarnados en cuerpo femenino. Personifican la mujer de acuerdo con el ideal clásico, la mujer del siglo XVI y del renacimiento español: discreta, y hasta docta a pesar de su feminidad sutil y resuelta, filósofa interesante, ni sentimental ni nerviosa, más teóloga

que devota, libre y atrevida en el lenguaje, impetuosa en los amores, pero ardiente y constante en la defensa de su honor; muy astuta, aunque no pervertida; cuando llega a serlo, como Rafaela, sabe conservar cierta dignidad análoga al sentimiento de la honra entre los hombres. Equivocado sería suponer que, en general, las españolas actuales se parecen a las heroínas de Valera. Estas son más viriles, más intelectuales, más instruidas, más marciales y más resueltas que la mayor parte de sus compatriotas, y hay que buscar su afiliación en el teatro de Tirso y en la novela de Doña María de Zayas.

Juanita la larga es, quizás, la más inteligente de todas las heroínas de Valera. Pobre muchacha de pueblo, hija natural de una partera, consigue, gracias sólo a su habilidad, su intrepidez y su fogocidad, y sin cometer bajeza alguna, hacerse respetar y admirar de toda la población de Villalegre, y llegar a mujer legítima y feliz del padre de Doña Inés, la altanera dama que la menosprecia y hostigaba. Aparte de la entretenida narración, nótase en Juanita la larga un cuadro muy feliz de costumbres andaluzas, ciencia de documentación local y perfección de colorido cuya tonalidad es verdaderamente encantadora.

Genio y figura nos ofrece otro tipo femenino, Rafaela, menos diferente de Juanita de lo que podría

creerse; entre esta, la lugareña tan valiente para cuidar de su honor, y Rafaela, la mujercilla, parece haber contraste; pero en realidad, en alma y carácter se asemejan mucho. Rafaela *(la Gaditana* o *la Generosa)* es también una muchacha del pueblo: rodando en el fango de la prostitución desde sus primeros años, en el curso de sus aventuras llega al Brasil, y allí logra casarse con un viejo y riquísimo usurero, muy ridículo y avaro; Rafaela, en lugar de envilecerlo y arruinarlo, lo convierte en hombre considerado, distinguido, casi elegante, le enseña a gastar con inteligencia, y a emplear en bien propio y ajeno la fortuna adquirida. Rafaela, por su parte, entra gradualmente en la categoría de una Mme. Récamier brasilera: tiene un salón brillante, recibe e invita a su mesa a la flor y nata del imperio, poetas, ministros, diplomáticos y generales, y coge con sus redes al mismo emperador. Es otra Juanita, en una esfera más alta, es la mujer que debe toda su elevación a su propia iniciativa, y que crece en dignidad y en inteligencia, a medida que se levanta. Rafaela está lejos, sin embargo, de ser una virtud; pero sabe componérselas de modo que sus aventuras amorosas, provocadas por los impulsos del corazón y de los sentidos, y no por la concupiscencia, no turben la tranquilidad de su marido y no lo pongan en la picota; logra ese resultado con habilidad

suprema, y la parte de la novela que relata la nueva vida de *la Generosa* en Río de Janeiro, figurará sin duda alguna, entre las páginas más bellas de Valera.

Las mismas preocupaciones que empleó para exponer el nombre de su marido a las burlas del pueblo, Rafaela las toma para ocultar el nacimiento de su hija Lucía, fruto único de su amor verdadero, inspirado por un inglés llamado John Maury. No quiere atribuir a su marido una paternidad imaginaria, y hace criar secretamente a la niña en un convento, con la mayor solicitud, dándole la mejor educación moral y religiosa posible. Cuando queda viuda, Rafaela se establece en París, cifrando toda su alegría en su hija, que crece hermosa y pura. Aquí, el estudio del alma de Rafaela hecho por el novelista, es profundo. Rafaela alimenta la eterna ilusión de todas las madres, que quieren ver realizarse en su hijo o en su hija el ideal que ellas no han podido alcanzar; pero no aparta de sí las sospechas que le sugiere su espíritu de análisis, y concibe dudas sobre el valor absoluto de la inocencia cuando ésta no se ha medido en la lucha. «¿Sería mi hija mejor que yo, si se encontrara en las mismas circunstancias mías? ¿Es prudente, desde que es mi hija, infundir en su alma principios tan severos?» Los acontecimientos resuelven bien pronto las dudas de Rafaela; fracasa su tentativa para conseguir que John

Maury reconozca a Lucía y le de un nombre, redimiéndola del pecado original; entonces Lucía, en un momento de dolor, toma el velo y se encierra para siempre en el claustro. «Yo me comparo ahora,--dice Rafaela en medio de su cruel sufrimiento,--a un segundo mago que quiere atraer a un ser etéreo, una diosa beatífica, y logra sólo evocar un espectro horrible que le destroza el alma y el cuerpo» Privada así de su hija, su único encanto, la idea de la muerte apodérase del espíritu de *la Generosa*, quiere dormir el largo sueño en que ha de olvidar las faltas y las impurezas de su existencia. Este deseo se exalta en el último arranque amoroso que siente por el vizconde de Goivoformoso, y la víspera del día en que debe concederle una cita, Rafaela toma un veneno sutil y fulminante, «quizás el jugo refinado de esa hierba de que gustó Glauco y que lo tornó dios» Desaparece del mundo, justificando el epígrafe de la novela, el *surgit amari aliquid* de Lucrecio.

He querido relatar esta novela porque es la más notable entre las últimas de Valera, y porque hay superioridad de intención filosófica en ella. El tipo de la epicúrea Rafaela es muy hermoso; su suicidio, no está suficientemente explicado tal vez; sospechamos que una mujer así, aunque piense mil veces en la muerte, no abandona la vida que le ha dado, en resumen, bastante felicidad; su entendimiento es demasiado claro, su

imaginación demasiado sonriente;--pero dejando a un lado esa inverosimilitud, y suponiendo que Rafaela no haya tomado el veneno sino con el pensamiento, debemos recordar que la figura muy pagana, y muy modernista a la vez, de *la Generosa*, es una creación.

El público, en general, no ha sabido encontrar la poesía del desengaño que encierra esta novela; no ha visto más que la vida y las aventuras (muy ligeras seguramente) de una hetaira o cortesana, y ha comprado y agotado la edición con la curiosidad malsana del colegial vicioso, mientras que la crítica ha tenido al autor a mal traer, tildándolo de libertino y comparándolo con Pigault-Lebrun o Casanova.

XIV

EMILIA PARDO BAZAN

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA*

II

Más popular que Valera, y también más fecundo, Pérez Galdós ha continuado produciendo sin interrupción novelas y dramas. Por lo que respecta a las novelas, prescindiremos de la larga serie de los Torquemadas y recordaremos solamente las más recientes, que son Nazarín, Halma, Misericordia y El abuelo. En las tres primeras domina la corriente de las influencias místicas de estos últimos tiempos que ya se notaban en los Torquemadas y en Angel Guerra. La evolución de Galdós hacia la religión del sufrimiento humano, la preocupación del problema religioso actual, data de cinco a seis años; antes de esa época, estaba dominado por el realismo *expresivo*. Sin embargo, entonces como hoy, Galdós presentaba la nota característica del genio español, lo único que tiene de común con Valera: una

* Continuación del artículo anterior. Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 4 julio 1898: 2. Véase, además, la nota al pie del artículo anterior. No recogido.

humanidad ideal, cierta alegría particular a la raza y que llega hasta reírse de las mayores desgracias: la guitarra y la canción jovial del soldado español perdido en las mortales soledades de la manigua cubana, o en las desiertas arenas del Maghreb. La sombría alucinación del esclavo no se comunica fácilmente al ibero.

Si fuera Tolstoi el que contase la historia del cura Nazarín y su odisea en las tierras de Castilla, el relato produciría una impresión grave, solamente, mística, y al mismo tiempo desesperada; una impresión nihilista. Pero contada por Galdós, a pesar de su evidente preocupación del tolstoismo, Nazarín parece una de esas joviales y humorísticas narraciones de aventuras picarescas que nos han dejado los autores del siglo XII; además la figura de Nazarín tiene reminiscencias de Don Quijote, un Don Quijote cristiano, contemporáneo.

El cura Nazarín, como Don Quijote, está en el fondo por la legalidad tradicional y la ortodoxia; y aunque deje crecer su barba, se despoje de la sotana y de los hábitos sacerdotales; aunque haga una vida extravagante corriendo por los montes y los valles, pidiendo limosna, seguido de dos discípulas femeninas, una de las cuales ha sido pecadora de la más baja condición; a pesar de sus ideas comunistas y de su horror

a la propiedad y a la ciencia escrita, Nazarín, en realidad, no deja ni un instante de creer en la iglesia católica y de practicar sus mandamientos; nunca se rebela contra sus superiores jerárquicos; permanece fiel a la obediencia y a la disciplina; no sale de la esfera del buen sentido, y presenta a veces la dulzura razonable y la sabiduría que se observan también en Don Quijote cuando no está poseído por empresas caballerescas. Las estravagancias de Nazarín no se manifiestan sino exteriormente: en su fuero interno, es un sacerdote como todos los demás. Nadie podría ver en Nazarín un Pierre Froment, un innovador religioso, un heresiarca, o un disidente; sus actos se asemejan en algo a los de ciertos santos; el único caso en que Nazarín se muestra temerario, es cuando se rodea de mujeres y vive con ellas en un pie de familiaridad; y, si él puede alegar en esto el ejemplo de su divino Maestro, Nazarín va mucho más lejos, pues no tiene discípulos varones y sólo está acompañado de Andava y de Beatriz. Los insultos, los ultrajes, los malos tratamientos que sufre Nazarín, se explican por la extravagancia de su vida, y demuestra que hasta las gentes más puras deben guardar las apariencias. En vez de edificar, Nazarín no hace más que escandalizar por todas partes donde pasa. Su religión errante es como la caballería errante de Don Quijote: asombra y hace

reír.

En todo caso, ella se substrae al vulgo, pero es comprendida por la condesa Halma. *Halma*, la segunda parte de Nazarín, es la vuelta a la realidad, después de abandonar la región de aventuras en que vivía Nazarín. Hemos dejado a éste en el hospital, muy enfermo, y en Halma volvemos a encontarlo convaleciente, rodeado de pintores que estudian su cabeza y de repoters que le hacen *interviews* para entregar su nombre a la fama, que lo lleva hasta Doña Catalina de Artal, condesa viuda de Halma-Lautenberg. Esta dama española, novelesca y predispuesta a la exaltación por sus amores contrariados y su matrimonio con un soñador alemán, el conde de Halma, después de haber sufrido bastantes desgracias e infortunios, vuelve a España y encuentra la fórmula de sus aspiraciones místicos-pasionales en la doctrina, o para hablar más exactamente, en la conducta de Nazarín. Mientras que los hermanos y parientes de la condesa Halma ponen en ridículo y vituperan sus proyectos de la vida religiosa y sus ambiciones de fundadora, uno de sus primos, Pepe Urrea, deschavetado, calavera, azotacalles, que no tiene al principio otro propósito que el de sacarle dinero a su prima para tirarlo por la ventana, se siente al fin tocado por la gracia, se convierte, se humilla, y corre a hacerse admirar en la

colonia agrícolo-religiosa establecida por Halma en el viejo castillo de Pedralba. Y la novela acaba de la manera más sencilla, pero también más práctica: Halma, por consejo de Nazarín, entra en la vida real y normal aceptando la mano de Pepe Urrea, renuncia a las fundaciones en que intervendrían la iglesia y el estado, y se limita a hacer el bien simplemente sobre la base de la familia. Se podrá objetar que la familia, institución legal, sancionada por el estado, no es la mejor base para asegurar la santa y poética independencia a que aspira Halma, y que si se le ocurriera a Pepe Urrea volver a sus antiguas calaveradas. Halma perdería la paz y no tendría más remedio que renunciar a la caridad y al bien. Pero lo que se transparenta es que la gran fuerza ideal del amor se ha sobrepuesto a la fuerza del altruismo, y que Halma y Urrea se casan... por que tienen muchas ganas de hacerlo. Nazarín los ha adivinado, les abre el camino y los bendice. Otra consecuencia que se deduce de Halma, es que las concepciones muy generosas y levantadas, como las de Nazarín, pueden ser sentidas por todo individuo del pueblo, pero no son comprendidas e interpretadas sino cuando las aceptan los espíritus cultivados, finos instruidos y aristocráticos como Halma. El desenlace de Halma, por su placidez y su sana dulzura, es netamente español y confirma las

palabras de cierto personaje de la novela, que exclama, haciendo alusión a Nazarín: «No busquéis en Rusia la filiación de las ideas de este hombre. España es el país del misticismo, lo llevamos en la sangre; nuestra patria es la patria de la santidad y de la caballería.»

En Misericordia se puede notar la misma mezcla de buen sentido, de franqueza, de humor sano, de tierna caridad, que se advierte en Nazarín y en Halma. Misericordia es una pintura de las costumbres de la fisonomía y del lenguaje de los mendigos de Madrid. No se podría ocultar que Madrid está literalmente inundado de pobres en las calles hay que sostener una verdadera lucha; a derecha y a izquierda, les piden a ustedes limosna con una voz lamentable, contándoles sus mil infortunios. Todo nuevo señor gobernador proclama a su advenimiento un nuevo plan de internación de pobres en los asilos y hospicios de beneficencia; pero los pobres son populares; hay nobles, como el marqués de Cerralbo, que distribuyen todavía limosna a la puerta de su palacio, y uno pasa por gente sin corazón si habla de perseguirlos y encerrarlos. Por eso su número, en vez de disminuir, no hace sino crecer. La novela de Galdós, Misericordia, está fundada en este tema general: en lugar de presentarnos pobres imaginarios, que no son en el fondo más pillos inveterados, como eran los mendigos de Cervantes y de Hurtado de Mendoza,

él nos muestra verdaderos pobres, tipos extremadamente simpáticos, y se complace en hacer resaltar su carácter pintoresco y su riqueza de vida sentimental. Las dos figuras de *Benina* y de *Mordejai;* la sirvienta fiel que pide limosna para dar de comer a su ama, y el moro ciego, de una fantasía tan oriental, son originales y bellas en cuanto cabe. Sin embargo, como trama de novela, Misericordia no puede compararse a Nazarín.

El Abuelo, última publicación de Galdós, no está tampoco a la altura de las mejores obras del gran novelista. Es imposible que una musa, por fecunda que sea, se mantenga siempre igual a sí misma, sobre todo cuando el autor no oye su propio genio y sigue las huellas de Shakespeare, rehaciendo a su manera El rey Lear.

La forma dialogada elegida para El abuelo contribuye a hacer su lectura poco prolija. Es probable que Galdós haya concebido al principio El abuelo como una especie de adaptación del Rey Lear a la escena española, y que nacido drama en su imaginación, el asunto se haya transformado en seguida en novela dialogada. Parece ser que el actor italiano Ermete Novelli está dispuesto a encargarse del papel de héroe, y esto probaría el caracter escénico que tal vez tuviera en las tablas la figura del viejo león de Albrit, *el abuelo*.

III

Los demás novelistas españoles, dignos de ser citados, han producido poco o nada en estos últimos tiempos; Pereda guarda silencio después de Pachín González, que ha sido obra de circunstancia, la descripción de una terrible catástofe, la pérdida de un navío a causa de una explosión de dinamita.

Entre los novelistas recientes, Arturo Campión merece una atención completamente particular. El, con Miguel de Unamuno, autor de Paz en la guerra, es el novelista del país vasco, pero no se parece en nada a Trueba, que pintaba con rosa y azul sus asuntos idílicos; por el contrario, es un pintor muy serio y muy verdadero de la naturaleza y del carácter de las Provincias Vasgongadas; indudablemente las ama con amor profundo, pero las estudia concienzudamente, y sus cuadros tienen la fuerza, el dibujo y el color de cuadros de maestro. Arturo Campión es un docto: ha empezado por trabajos de ciencia filológica, una Grámatica de los cuatro dialectos eúscaros, que ha merecido los votos de los entendidos. Rico, consagrado a la familia, a la política y a las lecturas inmensas, de repente el artista se ha revelado en él. Su vocación al arte nace de su culto regionalista: relata las provincias, llora la pérdida de sus fueros y de su espíritu de libertad indomable, de sus costumbres

castas y cristianas, de sus tradiciones, de su lengua antigua y misteriosa, ese enigma filológico; hace notar los efectos de las luchas civiles, de la sangre vertida, de los incendios y de las desgracias sin número originadas por la dedicación de las provincias a la causa del pretendiente Don Carlos de Borbón. Las cualidades de Arturo Campión se habían ya señalado en cuentos enteramente notables (hay que citar entre ellos uno soberbio: Josémari); su reciente novela, Blancos y Negros, lo coloca de lleno en las filas de nuestros novelistas. En ese libro hay páginas exquisitas de estilo sobrio y colorido, y de mucho sentimiento. Campión no imita a nadie. No es discípulo de Pereda, no es naturalista, y, a Dios gracias, no es tampoco simbolista. El es él mismo: un escritor de viril energía, honesto, pero sincero; sus escenas de amor son vivas y reales, su sentimento de la naturaleza no es literario: es, sobre todo, sano, fuerte y poético.

Unamuno viene también del campo de la ciencia: es profesor universitario. Su novela, un poco descosida, abunda en pensamientos y se impone a la atención de la crítica por sus vistas nuevas y singulares.

Unamuno tiene un género de talento que no pertenece a la raza latina: ese vasco recuerda algunas veces a Carlyle; es extraño, raro, no retrocede ante las crudezas y tiene relámpagos de genio.

Otro joven es Arturo Reyes, de Málaga; ha publicado ya dos volúmenes que tienen la vivacidad de colorido y de tono, del sol meridional de una pandereta artísticamente pintada: Cartuchería y El lagar de la Viñuela. Las nuevas corrientes literarias entre nosotros difieren algo de las antiguas; los jóvenes continúan siguiendo la tradición de los relatos de costumbres locales y del romanticismo realista.

El padre jesuita Coloma, que tanto ruido y alboroto ha hecho con sus pinturas satíricas de la alta sociedad, en Pequeñeces, no ha publicado aún en volumen su novela Boy, ahora interrumpida, no sé por qué, que aparecía en el Mensajero del Corazón de Jesús. Si Boy excita la misma curiosidad que Pequeñeces, tendremos en que distraernos de nuestras impresiones de guerra y de política; durante dos meses no se hablará de otra cosa: artículos, caricaturas, polémicas y comentarios, lloverán sobre la obra. Me parece, sin embargo, muy difícil que la batahola sin ejemplo se renueve.

EMILIA PARDO BAZAN.

XV

CRONICAS

LA PRENSA AMARILLA*

Preguntábame no ha muchos días una ilustrada persona, al correr de larga plática sobre asuntos internacionales de dolorosa actualidad, si no admiraba yo, o por lo menos no había admirado, antes de que influyese en mi espíritu la guerra, a los Estados Unidos.--No respondí, después de recapacitar un instante.--Admiración, nunca me ha inspirado ese pueblo; asombro, sí. El asombro se diferencia de la admiración, en que no lleva inherente ningún deleite y complacencia intelectual. Lo desmesurado y gigantesco, asombra; lo bello y proporcionado, admira. Admiramos el elegante Partenón; nos asombra la pagoda enorme. La admiración eleva; el asombro es un sentimiento aplastante y depresivo.

Encuentro en la gran república algo que no sé definir sino evocando la imagen del caos, antes de que Dios, único que esclarecerlo podía, lo esclareciese.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 julio 1898: 3. También se encuentra en El Liberal (Madrid, diario) 11 junio 1898. No está recogido.

Sin negar el adelanto casi vertiginoso que revelan varios aspectos de la vida civilizada americana, así individuales como colectivos, observo en ella execrecencias, verrugas y degeneraciones que notoriamente la afean y deslucen. Algunas se extienden tanto y presentan fenómenos tan sospechosos y de tan mala índole, que justifican aquel dicho asaz conocido: «La civilización de los Estados Unidos necesita civilizarse.»

Sábese que el apologista de la fuerza, Federico Nietzche, tituló uno de sus escritos: De cómo se filosofa a martillazos. De cómo nos civilizamos a trompadas, podrían titular los Estados Unidos el tratado que escriban, si lo escriben, analizando su constitución interna. Y no me refiero sólo a las trompadas propias del atletismo, que al fin y al cabo demuestran la posesión de puños como mandarrias y rollizos biceps; aludo principalmente al boxeo de la pluma, que si aquí se usa a veces para arañar y pinchar, allí se emplea siempre en reventar ojos, hundir costillas, desbaratar cuerpos, y por último, sirve de instrumento inoculador de venenos y narcóticos embrutecedores. De esta verruga de la civilización yankee, encuentro curiosas descripciones en un periódico, aunque francés, no muy amigo nuestro, sino más bien compadecedor de los filibusteros y partidario

de la independencia cubana, lo cual presta crédito y autoridad a sus noticias acerca de la detestable *prensa amarilla (yellow journalism)*.

¿De dónde procede este nombre de prensa amarilla, en el cual nadie dejará de advertir similicadencia con el de una peste? Ocurriósele a un caricaturista yankee, en momentos de inspiración, representar por medio de la figura de un chicuelo antipático y canijo, vestido de amarillo rabioso, el duendecillo de indiscreción y la maledicencia, revelador de intimidades de la vida privada; personaje entre imbécil y maligno, que pronto se popularizó bajo el nombre de *yellow kid--el amarillito*, diríamos nosotros. *El amarillo* hizo escuela, y desde entonces, con el color amarillo se expresó la idea de la prensa chismográfica, pornográfica y *puffista* o trapalona. A dos diarios de gran circulación que amarillearon, siguieron infinitos, que pulularon y se extendieron por todos los Estados de la Unión americana,

como en sombrío matorral los hongos.

Para que se entienda bien el carácter de tal prensa, extracto un párrafo de la revista de donde tomo estos datos:

«Gran día para el periódico amarillo cuando logra publicar retratos, semblanzas y artículos en que salen

a relucir los secretos de cada quisque, en especial si sabe que zahiere y mortifica de veras. Todo sirve de pretexto a la ridícula exhibición: pocos meses hace, el Journal tuvo el descaro de insertar una plana de retratos de damas principales, con motivo... ¡de que estaban en cinta! Corolario a los retratos: una estadística de la herencia que había de corresponder a los nenes, bajo este encabezado sugestivo: «De los millones de dóllares que algunos chicos valen».

Tortas y pan pintado es, no obstante, tan extraña lista, comparada a otras hazañas del periodismo amarillo, que se entra haciendo riza y estrago por la honra y el buen nombre de las gentes, y acoge sin recato o inventa con pródiga fantasía y da a luz lo más denigrante, lo que más ultraja. No tienen sus campañas difamatorias ni aun la explicación del odio o de la envidia: sólo pretende llamar la atención del público. Si el público se cansa de insultos, se le ofrece la mostaza de lo estrambótico y raro: una redactora de un periódico amarillo, para traducir «sensaciones auténticas», se acuesta en el féretro, deja que la entierren y así un cuarto de hora, o se sienta en la silla eléctrica y se aplica al rostro la máscara de los ajusticiados.--A un comerciante se le propone un lucido negocio: similar el despojo de su tienda por una cuadrilla de malhechores; para el periódico, noticia

«sensacional»; para la tienda, reclamo. A una actriz se la incita a fingir robados sus diamantes: entrada, aquella noche, un lleno.

Porque aumente la suma de veinticuatro a treinta ediciones que tira el periódico cada día; por elevar a millón y medio el millón doscientos mil ejemplares, el periodista amarillo es capaz de organizar el incendio y el asesinato.--¡No lo hará si no puede!--No repara en medios: el cohecho, la súplica, la amenaza, el halago... Al secretario del ministerio de marina le exige el New York Journal declaraciones belicosas contra España; niégase él: entonces las escriben los redactores, y las publican bajo la firma del secretario, advirtiéndole del peligro que corre si no las admite como suyas. Estampemos con respeto el nombre de este leal enemigo: llámase Teodoro Roosevelt, y merece que le saludemos, por haber desmentido, en términos de desprecio profundo, de hidalga altivez, la impostura. Y el Evening Post, diario sensato, exclama al saberlo: «Mucho se ha hablado del terror blanco y del rojo; no son nada al lado del terror amarillo. Si viesen los españoles cómo nos arrastramos a los pies de semejante prensa, jamás abandonarían a Cuba».

Suponed una prensa de esta laya, que descubre un asunto tan «sensacional e inagotable» como el

filibusterismo y la guerra, y adivinaréis qué impresiones comunicará a un público bien predispuesto. Una campaña rabiosa; un diluvio de artículos epilécticos, soeces caricaturas y noticiones absurdos, propalados de veinticuatro a treinta veces cada día, en otras tantas ediciones; una multitud ávida de ese pasto... sobran para explicar el empuje de la marea jingoísta.

La barbarie que late en toda civilización violenta y extremada; el predominio de la imaginación en los pueblos muy jóvenes, han prestado influjo a la prensa novelera. Quizás otro día tendré ocasión de hablar de la «novela amarilla», engendro grotesco y terrible; que se deja tamañitas a las Hazañas de Rocambole; baste ahora recordar cierto episodio de esa serie novelesca, la voladura del Maine, siniestro caso envuelto en densas sombras y alumbrado por singulares coincidencias, y donde los novelistas amarillos nos atribuyeron el papel de cordero a quien el zorro acusa de haber devorado la gallina, en un apólogo popular.

Podrá decirse--al calificar la que he llamado verruga y debí llamar cáncer hediondo de una civilización,--que en todas partes existen conatos de «amarillismo», y que las demasías de la prensa no son enfermedad que sólo padezcan los yankees. Responderé que en este grado sólo los yankees la padecen, es que

deben padecerla. Gérmenes de amarillismo; microbios de esa fiebre no faltarán aquí y allí; ello es que aquí no se desarrollan, y al contrario, se diría que, según crece en tirada y en importancia una publicación, adquiere mayor seriedad y más decoro. Debe de consistir en alguna influencia ambiente; debe de ser resultado de la adaptación al medio. Muy atrasados estaremos, pero hay algo en nosotros que rechaza con vigor ciertos desmanes y ciertas brutalidades de la pluma. Muy cándidos somos quizás; pero no nos comulgan todavía con ruedas de molino, ni con ruedas de vapor volado.

Los Estados Unidos, en cambio, se han dejado arrastrar y dominar por esa prensa rufianesca.-- Constituyen insignificante minoría, los varones integérrimos, que, como el ya citado Roosevelt y como Grover Cleveland, el antecesor de McKinley, resisten a la tiranía amarilla, y se niegan a prestar su nombre para servir de reclamo al New York Journal. El color amarillo es hoy allí arma de gobierno, palanca de la opinión, librea oficial del patriotismo y nota aguda del carácter nacional.

Tan convencidos están nuestros enemigos de que sin densa capa de cadmio no se sostiene el espíritu bélico, que los más cuerdos y formales sólo se atreven a insinuar que, «al terminarse la guerra, convendría

poner coto a los excesos de la prensa amarilla». Por si acaso, mientras no termine, quieren que la premiosa y cauta artillería de los acorazados yankees sea apoyada por ese fuego graneado de inepcias, dislates, infundios y patrañas folletinescas.

EMILIA PARDO BAZAN.

Madrid, junio de 1898.

XVI

CAMPOAMOR Y LA MUJER*

Con motivo de la proyectada coronación

Ahora que el nombre del ilustre poeta Campoamor ha adquirido nueva actualidad con motivo de los trabajos que se han iniciado en Madrid para proceder a su coronación en una fiesta solemne, creemos oportuno reproducir de El Español de Madrid el siguiente artículo, tan interesante como todo lo que escribe la Pardo Bazán:

Por mucho que la humanidad adelante y se perfeccione en cultura moral, en progreso material o ambas cosas a la vez; por más que combata y domine, y pretenda desenvolverse libre de obstáculos, siempre será desgraciada y feliz interiormente, con dolores y alegrías independientes de lo externo y oficial, digámoslo así, de su destino en la tierra. Cuando más afine su percepción, más extenderá las fronteras del reino de lo íntimo. El sentimiento, raíz del lirismo,

* El cronista reproduce de El Español de Madrid esta colaboración de Da. Emilia, y la publica en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 marzo 1899: 3. No está recogido.

adquirirá nuevas cuerdas, delicadas fibras. El hombre moderno ha completado el surtido de sus penas, enriquecido con celo exquisito la colección de sus nostalgias. Para expresarlas, para revestirlas de divino ropaje, nacerán poetas como Enrique Heine, Alfredo de Musset, Campoamor, cantores de la pasión y del desengaño, y, por consecuencia, de la mujer, esencialmente de la mujer.

Los poetas líricos son mayores cuanto más impregna sus versos el aroma del eterno femenino, comunicándoles sabor de tristeza infinita. He oído a algunos severos censores de Campoamor quejarse del poco, del amargo sedimento que sus versos dejan en el espíritu. Estos censores se parecen a la innumerable turba de los que quieren ir al teatro sólo para reír. Es el sedimento amargo de Campoamor, la cristalización en diamante negro de la vida sentimental. La gente de hilaza burda, de alma gruesa y opaca, abrumada por la materia, no comprenderá las figuras psicológicas de Campoamor, y la gente de postiza seriedad, partidaria de lo positivo, que confunde lo real con lo tangible, desdeñará a un poeta que no parece ni sospechar la existencia de los problemas políticos, administrativos y económicos. Quédanle a Campoamor cuantos sienten y sufren o sintieron y sufrieron en su juventud, y leen para consolarse al eco de su propio dulce padecer--

análogo a rumor musical de fuente cristalina que plañe y sin embargo, arrulla y aduerme...

Apresurémonos a recordar a los olvidadizos que Campoamor, a pesar de su feminismo lírico, no es afeminado; no tiene que ver con los modernistas, ni esclaviza su musa a hilar como Hércules a los pies de Onfalia. El gran anatómico de la mujer y del amor expresa con viril melancolía. Si encontramos en él tanta actualidad, consiste en que los temas perennemente humanos son los únicos siempre nuevos. De los poetas más insignes, ¿qué se recuerda y se cita hoy? El pasaje propiamente lírico, sentimental: en Homero, la despedida de Héctor y Andrómaca; en el Dante, el episodio de Francesca.

He dicho en una biografía de Campoamor que escribí para servir de prefacio a una edición de sus obras, que mucha gente enemiga de compulsar fechas se admira al saber que las Doloras son del año 45, contemporáneas de Tenorio, muy anteriores al poema de Granadas de Zorrilla, y precursoras de la Rimas de Bécquer. Y hoy que lo legendario, lo gótico-morisco y lo de chambergo de Zorrilla se nos figura tan distante, tan disuelto entre las brumas del ayer, ¡qué vivo, que próximo, que dentro del corazón hallamos al «dolorista!»

A mil leguas de Campoamor los de las nuevas escuelas, los «inquietantes, perversos, decadentes y

satánicos». Si ofrece alguna semejanza el misticismo de Campoamor con el de Verlaine, es que los dos proceden de la ***Imitación de Jesucristo***, del desconocido fraile medioeval que nos legó esas páginas en que habla el Espíritu Santo. Pero el misticismo de Campoamor es más bien la ráfaga que a veces se advierte en los líricos paganos, en el mismo Horacio. No quiero insistir en compararles; sólo diré, con toda gravedad y limpieza de frase, que la musa de Campoamor ignora aberraciones en que la de Verlaine se ha complacido. El autor de las Doloras canta el desengaño; el Sagesse, el remordimiento.

¿Peligrosa la lectura de Campoamor? no será porque no encierre más triaca que veneno. Sus consejos y enseñanzas a la mujer la previenen en contra de la pasión y de las ilusiones. Todas se disipan vueltas humo, dice la dolora Gloria de la vida; los juramentos, vanidad, exclama el desengaño en Ventajas de la inconstancia. Existimos entre dos sollozos, que uno es recuerdo y otro presentimiento, quien más vive, más olvida; entre un «paloma» y un «mía» pone la saciedad un bostezo de a cuarta; las flores que hoy adornan una hermosa frente, mañana son ceniza; los gustos, vientos, sombras y quimeras los deseos realizados... Marchítase la hermosura, y la piedad, propia del corazón femenil, sólo produce «el placer de llorar». Y, en efecto, tal

placer es el único que ampliamente gozan las heroínas de Campoamor. Cruzan pálidas y dolientes, y cada gota de su llanto abrazador y acre, llanto de pesadumbre, de celos o desvergüenza, se convierte en gema nacarada de oriente purísimo, y recibe el nombre de Dolora, femenino de *dolor*. Como aquella gentil viajera, paloma herida, digna de ser morena y sevillana, que entrevemos en el Tren expreso, las mujeres de Campoamor sólo disfrutan de realidad durante el momento fugitivo de la vida amorosa, y al apagarse la aureola pasional que las rodea, desaparecen del mundo...

La esencia de la poesía de Campoamor tiene, a mi ver, su origen en la del poeta lírico más soberano, y pensador más profundo que existió acaso bajo la vieja bovéda del cielo: Salomón, hijo de David.--Considerados desde el punto de vista de la crítica literaria y profana, el Cantar de los Cantares y el Eclesiatés (no se trata aquí de un sagrado carácter). No hay poema de amor ni tratado de filosofía que merezca descalzarlos. Pues bien; Salomón, lo mismo que Campoamor, revela en cada versículo el influjo disolvente de la mujer. A primera vista no hay cosa más diferente que un monarca oriental contemporáneo de los Faraones, y un burgués de nuestros días, que ha sido gobernador de provincia y figura en el partido conservador; pero recuérdase lo que antes decíamos: el corazón y el sentimiento no

cambian al cambiar las civilizaciones, y el hijo de Betsabé, en medio de sus centenares de esposas y sobre su trono de oro y marfil, apuró las mismas hieles de desencanto y posó sobre cuanto le rodeaba la misma mirada obscura que Campoamor desde su gabinete de la calle de Recoletos... sin necesidad de reinas de Saba, ni de egipcias, ni de aquella turba de semíticas beldades que formaron el harén salomónico.

Toda poesía, y aun toda sabiduría, de la mujer nace y a la mujer vuelve, como el agua a sus hondos y ocultos manantiales. El libro de los siete sellos es la mujer. Quien descifra alguna de su hojas, es vate, es pensador, es dueño del corazón humano. La rosa deshojada y marchita se convierte, por asombrosa transformación, en laurel siempre fresco.

EMILIA PARDO BAZAN.

XVII

EMILIA PARDO BAZAN

SUS TRABAJOS--OBRAS EN PROYECTO*

Un redactor de La Epoca de Madrid que ha tenido oportunidad de hablar con la conocida escritora Da. Emila Pardo Bazán, da cuenta de la entrevista en los siguientes términos:

«En su pintoresca residencia de la Coruña forma ahora su plan de campaña para el invierno. Su primer cuidado será cumplir los compromisos que tiene pendientes con periódicos de España y del extranjero. Después emprenderá otras obras de más importancia.

Propónese Da. Emilia revisar y corregir esmeradamente su popular obra Vida de San Francisco de Asís para incluirla en la edición de sus Obras completas. En el telar tiene también otro tomo de Obras,

* Un cronista anónimo publica en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 2 noviembre 1899: 3, una entrevista de un redactor de La Epoca de Madrid con Da. Emilia Pardo Bazán, de modo que debe haber salido de allí. No recogido.

una colección de Historias y cuentos regionales, donde hay mucho inédito de la *terriña*.

Recientemente ha formado la Sra. Pardo Bazán un nuevo volumen de sus Obras completas con los dos tomos de sus crónicas Al pie de la torre Eiffel y Por Francia y por Alemania. El libro llevará el primero de estos títulos.

El proyecto principal de Dã Emilia es la publicación de la segunda parte de su novela El Niño de Guzmán. Escribirá este libro en octubre. He aquí lo que dice la ilustre escritora de esta obra, cuya primera parte fue publicada en La España Moderna:

«El texto de la novela está enterito en mi imaginación, y sólo aguardo coyuntura favorable de negrear en el papel. No era ésta la novela que yo tenía planeada a fines del año 1897, sino otra muy distinta, que había de titularse La esfinge, y comprender una segunda parte titulada La quimera. De La esfinge existían ya sobre 100 cuartillas.

Los desastres de las guerras, el profundo marasmo y desconcierto moral en que quedamos después de la *débâcle*, variaron mis propósitos y me infundieron deseos de estudiar en forma novelesca las impresiones de un español, hombre de corazón y de entendimiento, educado en Inglaterra y que regresa a España y la ve con sus ojos iluminados por la cultura, aunque

fascinados por la leyenda, desde lejos más seductora. El tipo complejo del español prendado artísticamente del *ayer* y convencido racionalmente del *mañana*--tipo que es la fórmula de mi espíritu,--me atrajo y se me impuso con la fuerza de las amargas circunstancias que atravesamos. Me propongo terminar cuanto antes El Niño de Guzmán, pues las ideas que despierta en mí ese trabajo son del color de nuestros horizontes: muy sombrías.»

Habla la Sra. Pardo de sus proyectos para el teatro, aunque aún no está del todo decidida.

Sobre este punto dice lo siguiente:

«Es indudable que me inspiran aprensión las candilejas. No me arredra el fracaso posible, o, por lo menos, no me arredra tanto como la labor fatigosa de los ensayos, etc. Y al mismo tiempo, las tablas, que me asustan, a ratos me atraen. Fantaseo argumentos, discurro innovaciones, sueño *moldes*, siento el hervor imaginativo que sentirán todos los autores, probablemente... Como el agüista a quien repugnaba el sabor del agua mineral, pienso que me convendría empezar por el *segundo caso*, o sea por la segunda intentona.

Para vencer mi apocamiento, quizás debiese estrenarme sin pretensiones de creación: arreglando o adaptando alguna obra de Shakespeare o del teatro antiguo.

Por otra parte, bien mirado, ¿qué falta hago en la escena española? Nuestra Talía es opulenta. Se han estrenado aquí a docenas preciosos dramas y comedias encantadoras. Ese género no está en decadencia, por más que digan.

He sostenido la tesis en un artículo inserto en la Revue des Revues.

Lo cierto es que se lucha con el acorchamiento del público y su decidida predilección por las zarzuelillas y piezas alegres y cortas.

Los autores españoles se deshacen y despepitan, y no saben ya de qué echar mano. Galdós, recientemente, lo confiesa. Si Ibsen produjese aquí, se enterrarían sus creaciones con este bajuno y chabacano epitafio: «*Una lata*».

Así y todo, no respondo de no caer en el teatro, y ojalá la palabra *caer* no adquiera sentido sobradamente profético...»

XVIII

EMILIA PARDO BAZAN

EL MISTERIO DEL CONVENTO*

En mi empresa de reproducir por medio de la fotografía los restos del arte árabe español--nos decía Grimaldo, al presentarnos abierto el album atestado de preciosidades casi desconocidas--la mayor dificultad con que tropecé fue este artesonado. ¿Ven Vv.?

Miramos y lanzamos exclamaciones de admiración. Era una maravilla única. Sobre el friso de complicadísima y menuda alharaca, el techo, salpicado de largos y elegantes pendentivos, cansaba la vista por prolijo de su labor de alfarje, desarrollada en exquisitos detalles, más delicados que las estalactitas de una gruta. Para mayor asombro de los que sólo tenemos nociones del arte árabe, el friso mostraba algunas figuras, no sólo de animales, como gacelas y avestruces; sino humanas damiselas y guerreros de puntiagudo almete lo enriquecían.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) (SUPLEMENTO) martes 1 enero 1901: 12. No está recogido.

--Es un techo sin rival--advirtió Grimaldo. Hay que verlo, con sus dorados y sus colores, divinamente conservados a pesar del tiempo. ¡Pero nadie lo ve! Se encuentra dentro de la clausura, en el convento de monjas de Jesús de la Mortificación, y es lo mismo que si no existiere tal joya, o que si para admirarla hubiese que luchar con siete dragones y setecientos vestisgios. A fuerza de estar oculto yo hubiese llegado a dudar de su existencia, si no me pone sobre la pista D. Bruno Zalagarda, el famoso catedrático de árabe, autor de las Radicales árabes en su íntima relación con las siriocaldeas. Como buen monomaníaco, a este señor le importaba el techo sólo a causa de ciertas inscripciones del friso, que podían modificar algunos asertos de la Radicales. En su afán de poseer fotografías del friso, me prometió ayuda. "Voy a revolver"--exclamó--cielo y tierra. Ya sabe V. que, según una leyenda vulgar, el techo es del XIV, pero yo lo creo anterior. Tiene figuras, señal de antigüedad en ese estilo. Mañana veré al presidente de la academia, que vea al ministro, que escriba al cardenal... «Espere V. tranquilo, joven, triunfaremos». Y aunque no me fíe en el buen Zalagarda y revolví también lo que pude, ¡cuatro años! tardamos en conseguir el permiso. Los obstáculos se multiplicaban: las monjas se resistían desesperadamente, el prelado

aplazaba siempre. Yo ya perdía las esperanzas... Por fin, a tiempo que el ministro concedió una cantidad para reparar la torre del convento que amenazaba ruina, puso por condición que se abriese la clausura, sin cortapisas, para mí y mi máquina fotográfica. ¿Les cuento a Vv. la visita al convento?

Cerramos el album; nos retrepamos en los cómodos fraileros; Grimaldo puso en la chimenea dos troncos más, y habló con su acostumbrada soltura.

El convento de Jesús de la Mortificación está en un barrio extraviado y solitario de T***. No es posible imaginar cosa más poética que ese monasterio tan triste, tan grande, con rejas muy altas solo en la parte que cae al huerto, encerrado también entre elevadísimos tapiales, por donde asoman las copas del arbolado. Un silencio profundo rodea el convento, y de él no salen ruidos que la voz argentina y penetradora de las campanas, señalando las horas del rezo canónico. Yo les confieso a Vv. que cuando, provisto de la autorización en debida forma, tan esperada y tan trabajosamente obtenida, me acercaba al convento, rozando una de sus paredes ciegas, el afán de adivinar lo que había tras ellas, de fantasear novelescos estados de alma en las monjas, me hacía olvidar el artesonado árabe. La imaginación me sugería que las mujeres emparedadas allí eran otras tantas doñas Ineses

de Ulloa, y que bajo las tocas y la jerga del hábito, su corazón trepidaba con involuntario y misterioso ardor. El encierro, la soledad, la misma melancolía--compañera de la pasión--debían de contribuir a ese efecto. ¡Cómo influiría en su espíritu la leyenda del artesonado, testimonio de la locura amorosa de un rey de Castilla que quiso ofrecer a su amada el más rico y voluptuoso de los camarines orientales! ¡Y cuánto más honda sería la nostalgia de felicidad de las reclusas, ahora que al soplo de la primavera se cuajaban de flor los árboles del huerto, y yo veía la blanca lluvia de esa flor caer por fuera de la tapia, como imagen de pensamientos y suspiros que no cabían en la clausura!

El gangoso acento que desde el torno me señaló el camino del locutorio, y la presencia en él, tras el doble y pinchador enrejado, de la madre abadesa, ancianita y seca como un dátil, no marchitaron mis ilusiones, pero me obligaron a pensar en la realidad. La realidad era que la abadesa defendiendo la clausura hasta el último instante, me suplicaba, me pedía por el amor de Dios, que renunciase a fotografiar el artesonado. Yo iba autorizado, es cierto; ella era hija de obediendcia y tenía que someterse a sus superiores; pero si quisiese perdonarla, no afligirla, no afligir a todas sus hijas,--me volvería con mi máquina bajo el brazo, como había venido. Y la vejezuela casi

lloraba, cruzando las manos rugosas, que yo entreveía rayadas de negro por las barras de hierro de la reja. Estuve por volverme. ¡Es tan desagradable molestar a una señora! El afán del coleccionista, en aquel instante, se sobrepuso a todo, y fui inexorable. Bromeando dulcemente, como un hijo con una mamá, en tono cariñoso, aseguré a la abadesa que no podía dejar de entrar, pero que la guardaría las mayores consideraciones, el más profundo respeto. Debí de estar acertado en el modo de expresarme, porque la abadesa de pronto se calmó; hasta se alegró, y me anunció que la madre tornera me franquearía inmediatamente la puerta del convento.

Asombrada de sí misma, dio la vetusta puerta chirriadora y claustrada, paso a un hombre. La madre tornera, cincuentona obesa, me precedía, guiándome. Yo era todo ojos. Lo primero que encontraba, pasado el zaguán, era espléndido claustro, o por mejor decir, patio, de arcos de herradura, con alicatado policromo y ajimecillos--otra maravilla ignorada, que me apresuré a fotografiar. De este patio pasamos a los claustros interiores, cuyo destino me revelaron las piedras sepulcrales que los embaldosan. Al extremo del tercer claustro, la tornera abrió una puerta pintada de azul, y después de cruzar un aposento atestado de trastos viejos, encontramos el camarín moro, hoy transformado en sala capitular.

Mi admiración ante la joya que Vv. sólo conocen por fotografía, fue menor que la sorpresa de hallar en el camarín, juntas y en hilera, a ocho o diez monjas, capitaneadas por la madre abadesa, que me sonreía con su boca sin dientes. ¿Qué habían venido a hacer allí? Si tanto las dolía romper la clausura ¿tenían más que estarse en sus celdas? Yo no las necesitaba para mí objeto. Con la tornera que me enseñase el camino tenía bastante. Y un vuelo de ideas atrevidas, de picarescas suposiciones, cruzó por mi mente como enjambre de moscas malignas. ¡La curiosidad! ¡El gusanillo de verme! ¡Eva, Eva, lleve o no lleve toca monjil.

Entre el grupo había dos monjitas ideales. Yo no veía sus ojos, clavados en el suelo, pero admiraba el descolorido y perfecto rostro de la una, el sonrosado y angelical de la otra. Eran una imagen y un guerubín. Observé que su respiración afanosa alzaba el largo escapulario que las cubría el pecho, y que un ligero temblorcillo del cuerpo hacía oscilar su rosario de azabache. ¡El vuelco que dio mi sangre al notarlo!

No me atreví, quizás de puro aturdido, a dirigir la palabra sino a la abadesa, que con gran cortesía accedió a abrir las ventanas, a graduar la luz, a correr cortinas, a cuanto pedí. Impresioné dos o tres placas, y ya me disponía, mal de mi grado, a retirarme,--pero la abadesa, después de una mirada

circular y un cuchicheo con la tornera, se adelantó hacia mí y confusa y ansiosa me pidió una gran merced. Al asegurar yo que no solicitaba más que servirla; declaró su deseo:

--Ya que sabe retratar... ya que Dios le ha dado esa habilidad... hágame el retrato de mi niño.

Aun no había vuelto del asombro, cuando la tornera, desaparecida un instante, volvía trayendo en brazos una efigie, un Jesusín, con su bola en la mano. La abadesa se lo arrebató, lo apretó contra el pecho, y me lo presentó ufana. Vi una escultura interesante, de los buenos tiempos de nuestro arte, y accediendo gustoso a llevarme la copia, complací a la abadesa. Al terminar, me volví atónito. La hilera de las monjitas se había roto; muchas entraban apresuradamente en la sala contigua; varias que no estaban antes se aparecían, se acercaban con pisar blando y precipitado; alzaban los ojos; me rodeaban; y todas, unas quince o veinte--me tendían con ademán de súplica, con el alma en el rostro, ruborizadas, sonrientes, un niño--una criatura diría!

No eran obra de arte, en su mayoría, los chiquillos: la abadesa se había reservado el mejor: esculturas humildes e ingenuas, y algunos sencillamente muñecos de porcelana, de bazar, o figuritas de cera, de los más infantiles; pero cada monjita tenía el suyo; ¡y

si Vv. viesen las actitudes de cariño, el mimo infinito con que los cogían y me los enseñaban, solicitanto el *retrato*! Sin miedo ni encogimiento se llegaban a mí, y hasta una--el querubín, la del sonrosado rostro-- me tiró de la manga, con viveza. Exclamaciones, ruegos, balbuceos de ternura, besos a los nenes, hacían un coro inolvidable? «¡Retrate el mío!» «¡Primero el mío, mi pequeñín»! «Este cielo, esta monada, ¿se va a quedar sin retrato?» «El retrato, señor, que Jesús y la Virgen se lo pagarán» Y como era preciso empezar por alguno, allí fue Troya: se empujaban, reñían: creí que iban a venir a las manos. «Sor Feliciana, siéntese, que el suyo es muy feo.» «¡Vaya, pues es lindo el de sor María de la Angustia! un escuercillo parece.» «¿Un escuerzo?. Y el suyo un gato flaco.» «Ya quisiera». «No me cierre el paso, sor Encarnación: tengo el mejor niño del convento.» «Aparte, ea que donde está este rey...»

Por fortuna llevaba gran provisión de películas: de otro modo no sé cómo salgo del aprieto. Fue preciso, uno por uno, retratar el niño de cada monja. Y fue preciso también aceptar el refresco, las golosinas dulzonas, el agua con panal de limón, los confites entre papel picado de oro, los escapularios de briche, las estampitas de Jesús de la Mortificación, todos los obsequios de que me colmó la gratitud de

aquellas madres y abuelas chochas, extasiadas con poseer «el retrato» de sus criaturas...

*

* *

Al salir del convento--para siempre;--al rozar otra vez las altas y melancólicas tapias, pisando las flores blancas en que se desbordaba la vivaz primavera del huerto, encontraba algo humillado mi amor propio de varón, y muy chafados mis romanticismos donjuanescos. Lo que hacía latir el morbido gorro de las dos hermosas reclusas, y el apergaminado de la abadesa, y los de toda la comunidad, no era mi profana presencia, que para las monjas sólo representaba una «máquina de hacer retratos». El sentimiento que animaba aquellas frías paredes no era el amor, era la maternidad--una maternidad ilusoria, pero vehemente como un sueño--y allí, y en todas partes, el hombre para la mujer, no significaba nada sino con relación al hijo.

EMILIA PARDO BAZAN.

XIX

CANTO HEROICO*

(Dedicado a los snobs)

(El primer título ha sido puesto en este trabajo por su autora la Sr. Emilia Pardo Bazán: el segundo lo hemos puesto nosotros al pensar en reproducir el artículo, porque éste, aunque escrito para España, puede ser aplicado a los *snobs* de todos los países, imitadores de todos los *Tancredos* cultivadores de todos los *tancredismos* posibles.)

No sé si alguien antes que yo ha dicho su opinión sobre el fenómeno social que D. Tancredo representa: me es igual: no me cabe en el cuerpo, y quiero emitirlo.

Empiezo por confesar que no he visto al *rey del valor* realizando su estupenda hazaña. Tan débil fue mi curiosidad, que en una hora de la tarde de un domingo perdí en satisfacerla. En los periódicos, en las conversaciones, apagué la sed que siempre despierta lo raro, aquello en que se juega dramáticamente una vida. Moncayo, en una revista, me dio idea de cómo estará en

* Un autor anónimo reproduce este artículo y no explica de dónde lo ha sacado. Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 8 julio 1901: 3-4. No recogido.

su pedestal D. Tancredo. Sólo faltaba el toro, y a ése me lo figuro. Retinto o cárdeno, ensabazao [sic] o jabonero, de tal o cual ganadería... ¿Qué más da? Un buey inocente, al cual la inmovilidad engaña... o no engaña. (Dígalo el de San Sebastián).

Más si los *actores* no preocupan gran cosa, el hecho, el nuevo *sport*, sus circunstancias y peripecias, sí, me llaman la atención poderosamente.

Don Tancredo me parece un símbolo: nada menos que el símbolo de la patria. Ha venido a sustituir, no diré que con ventaja, a otra estatua animada, la de don Gonzalo de Ulloa, representación de nuestros *siglos de oro*, de cuya grandeza sólo nos restan algunos sepulcros nobles, algunas sonoras rimas y la consabida leyenda.

Fuimos bastante tiempo, el país de la estatua sepulcral que habla en verso; gracias a D. Tancredo, somos el país de la estatua viva; el símbolo y la moraleja se completarán cuando D. Tancredo persuadido de que no gana para sustos, pase de figura arrogante y ociosa a modesto trabajor, y ponga la anunciada zapatería, donde me comprometo a encargarme un par.

¡Zapatero, a tus zapatos! ¡A la zapatería, a la lezna, al tirapié! ¡Oh patria, *reina del valor*, eterna *doña Tancreda* de la historia!

Que a D. Tancredo, si continúa, le costará la piel--esa piel no como la del calzado--propia, insustituible, no debe de ser para nadie dudoso.

El problema de D. Tancredo, el problema de España: o mudar de vida o sucumbir. En esto, conformes todos los autores. La diferencia comienza aquí: mientras a don Tancredo lo único que le salvaría es la inmovilidad, España--y perdone mi ilustre amigo D. Juan Valera, con toda su sabiduría--no debe permanecer inmóvil ni una fracción de segundo. Prefiero, para ella las vueltas y revueltas de la ardilla, que no serán de ninguna utilidad, pero revelan viveza a la quietud del cadáver.

Para D. Tancredo, la salud está en parecer de piedra y no pestañear cuando se acerca el amador de Europa (vulgo toro). Contener la respiración, hasta suprimirla momentáneamente, a guisa de buzo, no oscilar sobre el pedestal improvisado; que ni aun el viento haga flotar los pliegues del ropaje--y hay mil probabilidades contra una de que el bicho no se entera y se desvía, indiferente o magnánimo, cual los leones de aquella felicemente acabada aventura que trocó, cambió y mudó el nombre del manchego hidalgo (debiéndose también, en justicia, cambiar y trocar el de Don Tancredo por el del Caballero de los Toros). Piedra, Don Tancredo existe; hombre, D. Tancredo fenece. No nos sirva en esto de modelo a los españoles el denodado oficial de obra prima. ¡Nos hace tanta falta ser hombres y no piedras!

Su valentía no es grano de anís. Contemplar cómo asoma la fiera, excitada, briosa; estar solo, blanco--y tan blanco--! de su sangrienta mirada: verla que se sorprende, se fija, se arranca, se aproxima, llega, envía la cálida baba al rostro del supuesto figurín de yeso, sentir el resoplido con que olfatea, el topetazo de sus morros pujantes; encontrarse acomodado entre los agudos cuernos como entre los brazos de un sillón... ¡Y qué diré si el toro, en vez de mirar a la estatua de frente, se coloca a sus espaldas!

Dícese que esta gracia, ya famosa, de don Tancredo, ha sido realizada por otros--iba a escribir *infelices*--en varios circos de España y de América, y uno de los precursores, hallándose en facha, petrificado, sabedor de que el toro se encontraba en el ruedo, pero ignorando por donde andaba, vio de pronto, en ambos costados, brotar unos agudísimos pitones que crecían, crecían... al mismo tiempo que percibió uno a manera de rudo almohadón que le brindaba asiento, colocándose de suyo donde era preciso... Y el sujeto--el D. Tancredo--antes de la letra tuvo la fuerza suficiente para no estremecerse, hasta que los pitones menguaron, menguaron a estilo de cuernecillos de caracol, y el testuz se echó de allí, en busca de algo que se moviese, de algo colorado y bullidor.

Si se le preguntara a D. Tancredo la pura verdad, diría que no es el toro la alimaña más temible. ¡Qué

ha de ser! Por el toro como D. Quijote por sus leones, probablemente D. Tancredo moriría en la cama. Del público formaba parte aquel inglés que seguía a Blondín en sus correrías al través de ambos continentes, para no perder el gustazo de presenciar su caída de lo alto de la maroma. Del público formaba parte aquella vieja que, en L'assommoir (no traduzco por no contrariar a Cavia) no se quita de la ventana sino luego que el plomista rueda del alero a la calle.

Del público forman parte los que capearon con sábana, para enfurecerle contra la blancura, el toro que D. Tancredo había de esperar; los que lanzaban a la cara del mismo, puesto en su pedestal, una naranja certera, que a poco le vuelca; los que le disparan con cerbatanas guisantes secos a las pantorrillas; los que, en fin, van a la plaza con la esperanza, no secreta, sino franca y tumultuosa, de ver enrojecido, impregnado de sangre, el níveo disfraz de la estatua viviente.

Después del toro y del público, el tercer enemigo de D. Tancredo es la imitación, la plaga de tancredismo, la epidemia de valor que cunde y se propaga. Vendrán, no diez, sino ciento, resueltos a hacer tanto y más; a esperar al bicho de blanco, de negro, de colorado; en pedestal, en silla, a cuatro pies; parados, moviéndose, bailando seguidillas. Quitadle al español el trabajo de discurrir como podrá ganarse el

dinero; sugeridle una profesión romántica, fanfarrona, con goces de amor propio y vanidad; un toreo que no pide destreza, sino sólo hígados... y acudirán cual moscas al panal de miel. Tendremos cosechas de *Tancredos*, ya que a las Tancredas, por un escrúpulo delicadísimo, se las prohibe arriesgar sus encantos y hacer una hombrada *feminista* (le llaman así) eclipsando las glorias de las arriesgadas novilleras entre las cuales descolló Martina García, *la Fragosa*, de las monjas que torearon becerros con el santo hábito vestido, de la duquesa de Alba, doña Rosario Falcó a lomos del toro *playero*, de Muruve, de doña Brianda Pavón, que mató de un rejonazo a un toro muy guapo, de doña Rosalía Morales, que trasteaba reses con la mantilla prendida, de la célebre *Pajuelera* inmortalizada por una aguafuerte de Goya... y de tantas y tantas como ilustraron los fastos del espectáculo más nacional, allá cuando del feminismo no se había inventado ni el nombre. Tendremos, sí, cosechas de Tancredos, los cuales perfeccionarán la idea del fundador del *tancredismo, haciendo* alarde de esa insensibilidad y de ese desprecio de la vida que caracteriza a los sectarios africanos: y los veremos (a los de acá) esperar al toro disfrazado de verde prado, envueltos en fresca hierba para mejor atraer a la res y que se los pasea antes de engancharles bonitamente por

la axila; o forrados en corcho, a fin de que el bicho les tome por alcornoques (alguien dirá que el forro sobra); o quien sabe si metidos en el cuero de una vaca, recordando el mito de Pasífae... digo, recordando no, porque en la plaza ¿quién sabe de brujerías cretenses y cuentos de viejas?

Así D. Tancredo habrá venido, más que a ostentar la propia bizarría, a prestar unidad, a infundir una dirección segura a nuestros alientos, a las corrientes de nuestro heroísmo. Obra colectiva, no arresto lírico; algo que radica en las entrañas de la raza. Y el francés viajero que celebró en verso a un diestro español comparándolo al Cid Campeador (el cual también toreaba, esto sí que nadie lo ignora), se encontrará apuradillo y tendrá que comparar a D. Tancredo con Bernardo del Castillo o Hernán Cortés.

EMILIA PARDO BAZAN.

XX

GALICIA Y ESPAÑA*

JUICIOS DE LA PARDO BAZAN

PARRAFOS DE UN DISCURSO

Acaba de publicarse en Madrid el discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en la sesión inagural del Centro Gallego. Es una colección de páginas bellísimas, interesantes, no ya para los hijos de la región gallega, sino también para los amantes de España.

Juzgue el lector por estos hermosos párrafos:

«De mí saben cuantos me han leído, que ni fui ni puedo ser espada ni cuña entre mi patria y mi tierra. Mi tierra es como la substancia de mi ser afectivo; aunque quisiese sacudir esa tierra, hallaría que es imposible, porque estoy arraigada como el árbol

*.Fragmento publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 julio 1902: 2-3. El discurso apareció publicado completo en un librito por el CENTRO GALLEGO DE MADRID, MEMORIA LEIDA Y DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LA SESION INAUGURAL DE LA SOCIEDAD, CELEBRADA EL DIA 5 DE MAYO DE 1902. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno Cruzado, 1902: 35-51. No recogido.

robusto, que muere si se le desprende del terreno donde radica.

No me adhirió a la tierra natal la inmovilidad, que ésa sería una adherencia mecánica de la materia, por decirlo así viajera infatigable, con el instinto de la golondrina que ama los horizontes lejanos y los distantes cielos, cada vez que por ellos he cruzado sentí más fuerte y más hondo el apego al que dio a mis ojos la primer luz.

Esto no se razona, no se realiza porque deba realizarse; esto es instintivo, y fiaos siempre en el instinto, que vela de continuo, mientras la razón fatigada se aduerme. Esta persistencia del apego a la tierra la expresó admirablemente nuestro ilustre poeta regional, D. Eduardo Pondal, cuando, al saludarme, al regreso de un viaje con una de sus inspiraciones decía:

> En sei ó que pensa,
> En sei ó que cala;
> Ven pensando nas suas nativas
> Garridas ventanas.

Y esas garridas ventanas "nativas" a que el poeta se refiere, ¿qué se ve por ellas? Se ve la tierra, sus perspectivas ensoñadoras; o mejor dicho se ve--a pretexto de un horadado monte, de un suave velo de

bruma, a pretexto de una playa donde se quiebra el océano con ronco tumbo--se ve, digo, un alma, nuestra alma, condicionada por las influencias de ese paisaje y de esas brumas y de ese mar; y condicionada tan poderosamente, que nunca podríamos asimilarla a las demás almas peninsulares. Yo no discuto si venimos de otra raza que los celtíberos; yo no he de indagar aquí las mezclas y las amalgadas de colonizadores, invasores, conquistadores, que en nuestra tierra se produjeron: mas, ¿dudaré de lo que en mí misma observo a cada instante? Como al héroe Sigfrido en la encantada selva, las voces y los murmullos y los efluvios de la naturaleza me rodean y me penetran y me envuelven, y tan cosmopolita, tan emigradora, tan europea como parezco desde lejos, tan sujeta al terruño natal me siento en lo íntimo de mi ser. Cuando por medio del arte revelo lo más secreto de la fantasía y de la mente, ¿qué brota de mí? La poesía de la tierra, su magia, su sabor peculiar. Son Los Pazos de Ulloa, es Bucólica, es La Madre Naturaleza: son innumerables páginas donde, no con fortuna pero sí con ahinco, he tratado de revelar, de expresar, de manifestar a Galicia, pues los geniecillos de la tierra me han ligado por medio de un conjuro.

Pero juntamente--¿y por qué no?--la patria, en el amplio sentido de la palabra, persiste como ideal

divino, engrandeciendo el concepto de la tierra. Dudas e incertidumbres, cambios y evoluciones habré sufrido, pero no es esto. De acuerdo anduvieron el sentimiento y la razón. No he podido encontrar que España haya sido madrastra de Galicia; no he sabido ver las injusticias que en nuestro perjuicio se suponen.

España ¡ay de nosotros! es madrastra de sí misma... se ha causado a sí propia el daño que pudo. Galicia no tenía fueros: Galicia no puede recordar con nostalgia sus privilegios perdidos. Los males de Galicia, el caciquismo que la devasta, esas plagas que bien son, en mayor grado, por causas que aquí no analizo, males de España toda. Galicia no ha visto decapitados a sus justicias y sus comuneros; sus ajusticiados son lobos feudales, señores de horca y cuchillo, en quien sólo el prestigio de la distancia y las nieblas de la historia pueden hacer ver libertadores. Galicia no ha visto fundidas las campanas de sus concejos; Galicia no ha visto incendiadas de orden superior sus florecientes ciudades y establecido, en las guerras de sucesión, un régimen de terror cuyo recuerdo aún dura; porque, sepamos ser justos, y al condenar recientes desvaríos, neurosis de irresponsables, declaremos que la historia de Cataluña no es la nuestra, y que aquella gente pudiera recordar crueles efemérides que nosotros ni sospechamos.

Memorial de agravios contra el poder central, cualquier provincia española, las mismas Castillas, lo presentarían más grave que nosotros.

A veces se habla de memoria, y por rutina, en estas cuestiones.

Yo he oído, por ejemplo, yo estoy cansada de oír que el foro, forma de la constitución de la propiedad gallega, era una de las causas de la miseria de nuestros labradores; yo he visto combatir esa forma, no en nombre de los intereses del directo dominio, del propietario de la tierra, sino en los del llevador; y grande fue mi sorpresa al encontrar en Holanda una constitución de la propiedad parecidísima, casi igual a la de nuestros foros, llamada el "becklem-regt", y a la cual, en vez de achacar males, se atribuye la prosperidad, la riqueza y la sanidad de aquel país, el mejor cultivado el más productivo de Europa.

Y ese arreglo de la propiedad en las provincias del sur, que proyecta nuestro paisano Canalejas, ¿acaso no se asemeja, no recuerda nuestra constitución foral?

.....

...Y debe ser exacto que Madrid está inundado de laboriosa gente gallega; que esa raza prolífica, sobria resignada, mansa, cauta, humilde,--aquí lo mismo que en Méjico y la Argentina, y en las Antillas y en los propios Estados Unidos,--se ha aclimatado y ha puesto

las robustas espaldas al trabajo, cual un atlante musculoso, con serena aceptación del destino, sin rehusar ni la fatiga ni el deber del hombre de bien, el acrecentamiento de la especie llenando el hogar de hijos y trayéndoles, empapado en sudor, el pan diario.

Al pasar por las calles oigo la pronunciación blanda y cantada que da al castellano la garganta del gallego; desde los pescantes de los coches de alquiler, desde la esquina donde el mozo de cordel resiste el sol y el hielo, desde el mostrador de la tienda, me miran ojos que son "de allá", que recogieron la velada claridad de aquel firmamento y el verdoso matiz de aquellos mares. Echados del suelo natal por las duras leyes económicas, por la misma fecundidad de los vientres de las gallegas,--fecundidad que desde hace treinta o cuarenta años lucha con la sangría suelta de la emigración e impide que el suelo se despueble,--se esparcen los gallegos por el mundo, no a ejercer esas profesiones que son un pretexto para la holganza, sino a ser el símbolo de la fuerza y de la asiduidad, y también de la rectitud y la probidad en la conducta. Con estas condiciones, mucho y muy bueno cabe acometer, y de incalculable alcance puede ser la esfera de acción del Centro Gallego al apoyarse en tan numerosa, tan honrada y tan activa colonia.

.....

No es dable cerrar los ojos a lo que nos rodea; nadie logrará resistir, débil artista, al torrente de tan formidable movimiento de opinión. El "hecho" de nuestra época, el hecho enorme, es el reparto del bienestar al mayor número, es la atención preferente a las necesidades de las clases débiles. No soy socialista, a menos que la palabra se entienda como la entendía Proudhon, que llamaba a toda mejora de la sociedad por la sociedad, socialismo; pero siento el temple del aire, y reconozco lo que hay de benéfico en este noble esfuerzo de nuestra era, para acercarse, en la medida de lo factible, a un ideal muy antiguo, contemporáneo de los primeros y juveniles ensueños de las frescas mitologías, ideal acariciado en la Edad Media, con ardor por el cristianismo. ¡Por qué temer a esta marejada que nos arrastra! No temáis nunca a lo porvenir. Ha de ser mejor que lo pasado; ha de ser, cuando menos, comparable a lo presente. No dará de sí más de lo que quepa en lo real; y la realidad es, por esencia, contrastadora de las utopías, disipadora de todos los fantasmas, así de los rojos como de los negros. El Centro Gallego, en la cuna, no aspira a traer soluciones, y aunque aspirase otro centro más pujante, más rico--otra fuerza ya viril y hercúlea--no creáis que las encontraría, pues la característica de la cuestión social es no tener solución: La solución es

lo contrario de la evolución; la solución es un muro, una valla, algo que cierra y obstruye la marcha de la sociedad. Esa temida solución no vendrá nunca, al menos tal cual la conciben los teóricos y los fabricantes de seres organizados por medio de retorta y alambique, a estilo de homúnculo creado por algún Fausto. Vamos, en consecuencia, no a resolver, sí a mejorar la situación social, y lo que hagamos, eso se encontrarán Galicia y España y el Universo.

EMILIA PARDO BAZAN.

XXI

DE EMILIA PARDO BAZAN

LA VIDA CONTEMPORANEA

UN POCO DE DERECHO*

Ando yo siempre temerosa de recomendar o censurar todo de autores vivientes que se cuentan en el número de mis compatriotas, porque una experiencia tan triste como prolongada sirvió para demostrarme que, no ya los censurados, sino los mismos elogiados, se convierten para quien ensalza en fieros, irreconciliables enemigos. Dejo correr el río de la literatura, que lleve ondas en la dirección que Dios le depare, sin enturbiarlas con todo lo que se me ocurre de crítica y de juicio, porque además el curso de los años nos inclina a la severidad y nos vuelve descontentadizos, y a cada instante mi "escalpelo" se volverá doblemente cruel en sus tajos y cortes.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 30 mayo 1903: 3. También encontrado con el mismo título en La Ilustración Artística (Barcelona, semanario) Núm. 1112 (1903): 266. No está recogido.

Pero el tomo que ahora tengo a la vista no es un libro... entendámonos, no es un libro de "letu", sino de utilidad, consulta y meditación. Detrás de sus hojas no se esconde una vanidad exacerbada. Se titula El derecho positivo de la mujer, y es su autor D. Dionisio Díaz Enríquez.

Al repasarlo me entran tentaciones de cambiarle el nombre titulándolo El tuerto positivo de la mujer. En efecto, lo que resalta de esta metódica exposición de las disposiciones legales que a la mujer se refieren, es la iniquidad, una iniquidad secular y consagrada, no por eso menos odiosa. En la "Introducción" nos lo dice el autor de un modo categórico: "En la maternidad, que constituye indudablemente su destino natural (el de la mujer), sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Si es madre fuera del matrimonio, se le niega hasta el derecho de intentar la investigación de la paternidad del hijo. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima son para el hombre; todas las desvergüenzas, todas las desventuras, para la mujer. Si el hombre se decide por fin a reconocer al hijo, priva a la madre de la patria potestad, que adquiere aquél por el reconocimiento, y lo que es verdaderamente cruel, puede separarlos cuando el hijo es mayor de tres años. En el matrimonio es donde halla su dignificación la madre, pero no la

esposa. Esta sufre una "capitis diminutio" máxima. Nada es, ni nada puede hacer por sí. Hasta su patria la pierde si el marido es de otra distinta o se le antoja cambiarla. Si quiere manifestar sus pensamientos por medio de la prensa, el marido puede prohibírselo. Si desea trasladarse a otra población, donde acaso se halle moribundo su padre, su hermano, o alguna persona de su afecto, el marido puede impedírselo. La situación de la mujer casada es horrorosa, cuando el egoísmo del marido sobrepuja a su amor". Y con aguda observación añade el Sr. Díaz Enríquez: "Todavía más absorbente que la ley, es el sentimiento popular. Este sentimiento exige a la mujer el heroísmo. Si no es heroína..., es "cualquier cosa". Soltera, la quiere recatada hasta la hipocresía, y sin embargo, doquiera que [se] halla sola conspira contra su recato. Fuera de las ocupaciones del hogar doméstico, todas las encuentra propicias al pecado, y la excluye de ellas. Casada, la considera una "cosa" del marido, un siervo sobre el cual tiene mero y mixto imperio..."

Noto algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta e imparcial que examina despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama "feminista" y que no debiera llamarse más que

"humano". ¡Saltan a la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría a un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.

En justicia debo añadir que la costumbre es peor o mejor que la ley, pero siempre manda más y ejerce superior influencia. No ha mucho leí en una revista extranjera de sociología, que en España a la mujer no se le permite asistir a los establecimientos de enseñanza del estado. Es inexacto: la ley lo permite; no excluye a la mujer del instituto, ni de la universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en medicina, en derecho, en filosofía y letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición; la prohibición desaparecería; el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por donde atarlo, por donde derrocarlo de su altar de piedra. No debe alegarse, para explicar tal retraimiento, la contradicción de que no sea permitido a la mujer ejercer una profesión para la cual, oficialmente, se le ha reconocido aptitud, después de esfuerzos y dispendios iguales a los de sus condiscípulos varones; la contradicción existe es muy cierto, pero su misma enormidad haría que fuese fácil establecer el derecho,

si algunas mujeres, adquirida la aptitud, reclamasen y exigiesen con perseverancia su ejercicio. Mientras nadie reclame, el absurdo estará en pie. Ya ejercen la medicina, contadísimas mujeres: lucharon al pronto con la rutina, y triunfaron. En Madrid tiene clientela y crédito la doctora en medicina Aleixandre; las pocas doctoras en derecho, como no intentaron la campaña, se están en su casa con su ciencia, sin aplicarla, no digo yo a ganarse la vida, sino a algo que me parece de mayor interés: a sentar el precedente y afirmar derecho.

Volviendo al libro del Sr. Díaz Enríquez, lo considero utilísimo: toda mujer--soltera, casada, viuda, monja--debiera tenerlo en el estante de su habitación, en los cajones de su mesa, en su costurero. Conocer la ley, penetrarse de ella (así sea injusta), es ya un modo de defenderse de sus injusticias y caminar hacia su reforma. El peor sistema es el de ignorancia, de dormirse tranquilamente y despertar chillando cuando la máquina legal nos coge por medio del cuerpo y nos tritura.

Las leyes nos importan demasiado para que no les consagremos un ratito de atención. Abramos el libro del Sr. Díaz Enríquez. Vamos a encontrar en él cosecha de perlas. Ensartemos unas cuantas, sin comentarios.

La investigación de la paternidad natural está prohibida. La maternidad, en cambio es siempre

investigable. Si el padre y la madre reconocen al hijo natural, la patria potestad corresponde al padre. La madre, deshonrada ante el mundo por el nacimiento del hijo, no disfruta, sin embargo, de derechos. "La amplitud--dice el expositor--que se concede para la investigación de la "maternidad", contrasta con las restricciones establecidas por el código civil para la "paternidad". Las mujeres no pueden ser testigos en los testamentos, salvo "por caso de epidemia". Para que la mujer sea albacea, tiene: o que estar separada legalmente de su marido, o conseguir la licencia marital. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco, no pueden dejar la casa sin licencia del padre o de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado. (Este fue el célebre caso Ubao, que puso en claro que legalmente sólo es "estado" el matrimonio). La mujer no puede ejercer la tutela de los nietos es preferido el abuelo a la abuela, y la abuela de la línea paterna a la de la materna. (Que ya es llevar la sutileza hasta lo más puntiagudo). La mujer no puede formar parte del consejo de familia. No puede pertenecer a una cámara de comercio. No puede ser síndico en juicio de concurso o quiebra, aunque en él tenga comprometida su fortuna. La esfera de igualdad, para la mujer, es la del derecho penal. Sus delitos y crímenes se castigan

con tanto rigor como los del varón; en cambio, los delitos especiales contra la mujer, contra lo que en ella más se estima, están penados con penas leves. El honor de una doncella robado por un superior (sacerdote, tutor o maestro), vale como máximo cuatro años de prisión correccional. El "engaño" a una mujer que ya no es doncella, como máximo seis meses. El padre que mata a una hija menor de veintitrés años porque la sorprende con su seductor, sólo es castigado con destierro. La infidelidad del marido no siempre es delito, la de la mujer sí. El marido que mata a la infiel, sólo incurre en destierro; en la mujer el mismo acto se llama parricidio y puede conducir al patíbulo. El código impone a la mujer obediencia a su marido; el marido no está obligado sino a protección, sin que la ley defina qué género de protección es esta. Es una relación de inferioridad constante la de la mujer con respecto al marido, en lo legal (sean cuales fueren las costumbres).

El marido administra los bienes de su mujer (excepto los paternales). La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido, y reside donde él quiere. No puede, sin licencia, comparecer en juicio por sí o por medio de procurador; ni adquirir, ni enajenar, ni obligarse por contrato. La patria potestad corresponde al marido solamente.

En el libro a que estoy refiriéndome, en el cual se exponen el derecho civil, el penal, el mercantil, el canónigo, en su relación positiva con la mujer, echo de menos una hoja (en ella cabría) consagrada al derecho político. Lo absurdo de la situación femenina resultaría de bulto en esa hoja, donde aparecería la mujer sin derecho a votar y con derecho a reinar y regentar el reino: la más extraña de las infinitas contradicciones del derecho femenino.

Insisto en ello; las leyes no son buenas, las costumbres todavía son peores; sobre la base de la legislación española podría la mujer subir bastante, socialmente hablando, y llegar a modificar el derecho en el sentido de la equidad. Los códigos oprimen a la mujer como cuatro, el hábito secular como veinte. El caso de la no asistencia a los establecimientos de enseñanza, de que antes hablé, y la apatía en reclamar el ejercicio de profesiones, obtenida la aptitud, prueba que es exacta mi apreciación.

Por el camino de la igualdad pedagógica e intelectual en la clase media, y de la igualdad económica en el proletariado, se iría muy lejos en la reivindicación de los derechos de la mujer en otras esferas. Lo segundo creo que viene infaliblemente, opóngase quien se oponga: viene con la marea imponente de la transformación económica; no se evita. Lo

primero, es España... sólo Dios sabe cuánto y cómo podrá venir.

Y a mi ver, hay que reírse de los demás problemas nacionales: la clave de nuestra regeneración está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia. España se explica por la situación de sus mujeres, por el "sarracenismo" de sus hombres.

EMILIA PARDO BAZAN.

XXII

LA QUIMERA

NOVELA DE EMILIA PARDO BAZAN

PROLOGO DE LA AUTORA*

Se ha publicado recientemente en Madrid una nueva novela de la Pardo Bazán titulada La Quimera.

Damos en seguida el prólogo de dicha novela, anticipado por un periódico, puesto que la obra se publicaba en la revista La Lectura y aún no había aparecido en tomo a la salida del último correo:

Había prescindido en mis novelas de todo prefacio, advertencia, aclaración o prólogo, entregándolas mondas y lirondas al lector, que allá las interpretase a su antojo, puesto que tanta molestia quisiese tomarse, y esta costumbre seguiría en La Quimera si apenas iniciada su publicación por la excelente revista La Lectura, no apareciese en un diario de circulación máxima un suelto anunciado que "claramente se adivina, al través de los personajes de La Quimera, el nombre de

* Publicado en La Nación Buenos Aires, diario) domingo 29 noviembre 1903: 3-4. Se encuentra recogido en Emilia Pardo Bazán, O. C., T. III, ed., de Harry L. Kirby, Jr. (Madrid: Aguilar, 1973) 1272-1274.

gentes muy conocidas en la sociedad de Madrid, por lo cual el libro será objeto de gran curiosidad y de numerosos comentarios."

Desde Pequeñeces, se me figura que al público se le ha abierto el apetito. Fue Pequeñeces (tendrán que reconocerlo los más adversos al padre Coloma) plato tan sabroso, que trabajo le mando al cocinero que sazone otro mejor. ¿Qué especias emplear? ¿Qué salsa componer? No vale cargar la mano en la guindilla, que no por eso saldrá el *carrick* más en punto: Pequeñeces, a la verdad, y es justo decirlo, alborotó sin recurrir a tratar de aberraciones, perversiones y demoniuras con que hoy las letras van familiarizándose. Por ley natural de la escala de sensaciones, se piden nuevos estímulos; vibra irritada la curiosidad, y la musa ceñida de negras espinas, la de la sátira social que levanta ampollas como puños, aguarda su hora. A todo novelista que por exigencias del asunto tiene que situar la acción en altas esferas o sacar a plaza personas más o menos semejantes a las que codeamos por ahí, se le pregunta con ahinco: "--¿Nos trae usted la continuación de Pequeñeces? Eso sí que nos encantaría. Agotaríamos la edición..."

Reconozco que en la sátira social pueden hacerse maravillas. Remontémonos; ¿quién ignora que Dante, en la Divina Comedia, saca al sol los trapitos de sus

contemporáneos y conciudadanos, sin perdonar lo gravísimo (recuérdese su conferencia en el Infierno con Brunetto Latini)? Los profetas de Israel, que iban clamando contra las iniquidades de su época, sin respetar ni a las testas coronadas, ¿qué fueron, descontada su sacra misión, sino *satíricos andantes*? La antigüedad, más realista cien veces que nosotros, no concibió el drama con personajes inventados, y los dramaturgos griegos fundaron su teatro en sucedidos y en interioridades regias. En la Odisea, y aun en la Iliada, hizo algo semejante Homero. Shakespeare (siguiendo las huellas de Sófocles y Eurípides), en sus dramas históricos dramatizó sucesos casi actuales y retrató los reyes, reinas y magnates con relieve cruel. Creo que basta de ilustres ejemplos, y que no será desdeñar el género si declaro que no pertenece a él La Quimera, ni fustiga, palabreja tan en uso, a nadie, ni verosímilmente provocará, siquiera por ese concepto, comentario ninguno.

Si se me permite una breve digresión, antes de indicar, por mi gusto y no porque interese, qué idea desenvuelvo en La Quimera, observaré que quizás no se ha definido claramente la *sátira social*, y solemos confundirla con la *sátira de clase* y la *personal*. Sátira social es aquella que en los vicios y faltas de las clases o de los individuos, sorprende los síntomas

de decadencia y descomposición de la sociedad entera y se adelanta a la historia; tales fueron algunas de Quevedo (no todas, ciertamente); tales las famosas de Juvenal, donde resuena el toque de agonía del imperio romano. Sátira de clase es la que ve, sólo en el conjunto, un factor, y a él endereza sus tiros. Así Alvaro Pelagio lamentaba especialmente los pecados y desmanes de la clerecía. La sátira personal amontona, sobre pocos o sobre uno, las culpas de todos; es, de fijo, la más apasionada y sañuda, y, como ejemplo, citaré el Paralelo, de Villergas, entre Espartero y Narváez. Para ser víctima de esta última clase de sátira, es preciso descollar.

Pequeñeces, aun cuando dejase entrever fisonomías que, no obstante las protestas del autor, parecieron conocidas, tenía alcance de sátira social: censuraba un estado general, lo podrido de Dinamarca. Los demás novelistas españoles se han limitado a la sátira de clase (aunque haya en Galdós poco de sátira verdaderamente *social* difusa). Y al escribir la sátira de clase (de la aristocrática única que *como clase* ha sido satirizada en la novela), frecuentemente confunden a "la aristocracia" con "la buena sociedad", que no será lo contrario, pero tampoco es lo mismo.

Circunscripta la sátira al Madrid de los salones, deja de ser de clase y es, a lo sumo de círculo o

cotarro, degenerando en personal infaliblemente. Sin embargo, yo no he solido ver, en las novelas satíricas, esas semejanzas parlantes con Zutano o Mengano; y más bien sentí extrañeza al reconocer el corto tributo pagado a una realidad, ni difícil de observar, ni pobre en colores y formas sugestivas. Y discurriendo acerca de este efecto, doy en creer que la intención de la sátira estorba el paso a la verdad, como la caricatura al parecido, y que para pintar lo que fuere, altas medianas o bajas clases o individuos es de rigor atenerse a la verdad sencilla (no a la verdad nimia), y entrar en la tarea con ánimo desapasionado. Sobre todas las cosas deberá evitar el novelista el propósito de adular la maligna curiosidad y la concupiscencia de los lectores.

Viniendo a La Quimera, en ella quise estudiar un aspecto del alma contemporánea, una forma de nuestro malestar, la alta aspiración, que se diferencia de la ambición antigua, por más que tenga precedentes en psicologías definidas por la Historia. La ambición, propiamente dicha, era más concreta y positiva en su objeto que esta dolorosa inquietud, en la cual domina exaltado idealismo. Es enfermedad noble, y una de las que mejor patentizan nuestra superioridad de origen, acreditando las profundas verdades de la teología, el dogma de la caída y la significación del terrible árbol

y su fruto. El mal de aspirar lo vi representado en un artista que no mo atrevo a llamar genial, porque no hubo tiempo de que desenvolviese sus aptitudes, si es que en tanto grado las poseía; pero en cuya organización sensible, afinada quizá por los gérmenes del padecimiento que le malogró, la aspiración revestía caracteres de extraña vehemencia. Ignoro lo que el desgraciado joven hubiese hecho; conozco, en cambio, lo que le agitaba y enloquecía, cómo se dejaba arrastrar palpitante por las garras de la Quimera; y la batalla entre su aspiración y las fatalidades de la necesidad me pareció tanto más dramática, cuanto que, para artista en quien la Quimera no tuviese fijos sus glaucos ojos, la situación de halagado retratista de damas hubiese sido gratísima y provechosa. El "rapín" bohemio, soplándose los dedos en su solitaria bohardilla, no me importa tanto como este otro bohemio rápidamente puesto de moda y celebrado, invitado a las casas de más tono, envuelto en sedas y encajes, asfixiado de perfumes, pero agonizando de nostalgia, despreciándose y acusándose de traición al Ideal, y resignándose a la suerte y a la caricia de los poderosos, sólo porque esperaba que le proporcionasen manera de encaminarse a la cima ruda, inaccesible, donde ese Ideal se oculta. No de otro modo el soldado en vísperas de combate huye de los brazos amantes para

incorporarse a su bandera.

Mientras notaba día por día la curva térmica de la fiebre de aspiración en Silvio Lago; mientras ocupaba mi imaginación la Quimera, la veía apoderada de infinitas almas, ya revistiendo forma sentimental (como en Clara Ayamonte), ya imponiéndose a las colectividades en el anhelo de una sociedad nueva, exenta de dolor y plétorica de justicia. Y conocí que el deseo está desencadenado, que la conformidad ha desaparecido, que los espíritus queman aprisa la nutrición y contraen la tisis del alma, y que ese año sólo tendría un remedio: trasladar la aspiración a regiones de objetos que le colmasen la medida.

Para la índole del trabajo a que Silvio Lago se dedicó, su medio social fue en efecto prontamente el más "smart", y no negaré que su historia se prestaría a un picantísimo estudio de costumbres. A mí me atrajo en primer término el drama interior de su ensueño artístico, y por eso, lejos de sujetarme a la menuda realidad, no la he respetado supersticiosamente, adaptando lo externo a lo interno, procedimiento de todos los que pretenden reflejar la vida moral. No sería fácil aplicar nombres propios a los personajes de La Quimera en el sentido que los curiosos exigen; y si asoman caras conocidas, se las ve tan normales y sonrientes como en visita o en el teatro; así las pintaba Silvio.

De la contemplación del destino de Silvio he sacado involuntariamente consecuencias religiosas, hasta místicas, que sin mezquinos respetos humanos vierto en el papel. No me complacen las novelas con fines de apología o propaganda; pero cuando, sin premeditación, se incorpora a la obra literaria lo que no quiero llamar "convicciones" ni "principios", porque son vocablos intelectuales y militantes, sino "sentires" y llamamientos", si bajo la ficción novelesca palpita algún problema superior a los efímeros eventos que tejen el relato, si un instante el soplo divino nos cruza la sien ¿por qué ocultarlo? ¿No es esto tan verdad como las funciones del organismo?

EMILIA PARDO BAZAN.

DOSCIENTAS SESENTA COLABORACIONES ASIDUAS

DE

DOÑA EMILIA PARDO BAZAN

ENCONTRADAS EN

EL PERIODICO

LA NACION

(BUENOS AIRES, ARGENTINA)

DESDE 1909 HASTA 1921.

Da. EMILIA PARDO BAZAN

NUEVA COLABORADORA DE LA NACION*

Incorpórase hoy al grupo de colaboradores de LA NACION en el extranjero una de las más ilustres personalidades de la literatura castellana, la condesa doña Emilia Pardo Bazán.

La muerte inesperada y lamentable de don José Nogales[1] creó entre aquellos redactores europeos un vacío, y creemos llenarlo con altísimo brillo cuando confiamos a la ilustre autora de San Francisco y de Un viaje de novios, la tarea que desempeña su noble y talentoso compatriota y colega.

No han menester de presentaciones la obra ni el nombre de la señora Pardo Bazán. Su popularidad en los países de habla española data de 1880, es decir, desde

* Artículo anónimo que anuncia la incorporación de la Condesa de Pardo Bazán como colaboradora asidua del periódico La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 marzo 1909: 7. En la pág. 5 de este mismo periódico se encuentra publicado el primer artículo de arte de nuestra escritora.

[1] Periodista, novelista y cuentista español. (1850-1908)

que su tarea literaria tuvo principio. Al publicarse el primer libro de la señora Pardo Bazán, bien se vio, y vieron los más esclarecidos, que el prejuicio en realidad fundado, con la aparición de muchas damas españolas en el campo de las letras era invariable recibida, debía ceder aquella vez a un pleno reconocimiento de altas facultades críticas e imaginativas, sin duda raras, por su amplitud e intensidad, en un espíritu femenino.

Todos los trabajos sucesivos, y tan numerosos de la señora Pardo Bazán ratificaron siempre más las primeras impresiones y muy luego éstas se robustecieron y ampliaron por el examen crítico de la obra en constante aumento, descubriéndose en su manejo del idioma tal maestría y tan robusta casticidad en su vocabulario y en su estilo, como pocos eran por la época, dentro de España, los prosistas que pudieran igualarla.

Don Emilio Castelar, en su famosísimo discurso de la Sorbona pronunciado en los últimos meses de 1889--esto es, cuando sólo hacía diez años que doña Emilia Pardo Bazán figuraba entre los escritores de su país--al señalar cómo a diferencia de los ingleses, por ejemplo, franceses y españoles, habían sabido asimilarse los pueblos de origen celta que formaban parte de sus entidades nacionales--los bretones en

Francia y los gallegos en España, por más genuinos--decía «En las letras tenemos una escritora celta, como Emilia Pardo Bazán, a quien, viva contamos ya entre los inmortales, y cuyas obras, aunque recientes, ponemos sobre nuestras cabezas, considerándolas clásicas por su maestría en el estilo y en lengua nacionales.»

La fama, pues, y la cloria misma, de la nueva colaboradora, proclamada por y en las más altas cimas del pensamiento, están establecidas desde hace largo tiempo. Nuestros lectores, que la conocen, se regocijarán de la ocasión de frecuentarla que se les ofrece. Inagura su colaboración, con su sencillez de gran escritora, como si nuestras columnas le fuesen familiares, con una crónica de arte. Familiarizadas están, en efecto, tales columnas, con ella y con su nombre, y al contarla entre quienes las nutren con su talento y su arte, experimentan la sensación de recibir a una grande amiga.

1

CRONICA

UNA EXPOSICION DE ESCULTURA*

(Para La Nación)

Madrid, enero de 1909.

Al escribir por primera vez para La Nación, dirijo cordialísimo saludo al público y a la prensa de Buenos Aires, y en general a la República Argentina, de la cual han llegado hasta mí tantos cariñosos testimonios de afecto y de consideración, tantos estímulos a mi labor literaria.

Proporciones de acontecimiento artístico ha revestido estos días la exposición de algunas obras del escultor andaluz Coullaut Valera, sobrino del famoso «don Juan». En la impresión producida en el ánimo de los que visitaron el hall del semanario Blanco y Negro, entró por mucho la sorpresa, pues Coullaut Valera, tal vez a causa de su modestia de trabajador infatigable

* Esta es la primera colaboración que escribió la Condesa de Pardo Bazán, después de ser anunciada, para el periódico La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 marzo 1909: 5. No recogida.

que no tiene tiempo de buscar y cultivar el reclamo es poco nombrado y conocido.

Hecho observado: ni lo intenso de la labor, ni lo perseverante del esfuerzo, bastan a veces para salvar, ya que no de la obscuridad, de la penumbra, a un artista de positivo valer. Tal le sucedió a Coullaut Valera. Dedicado a su negocio--llamémosle así ya que los místicos llamaban a la salvación «el negocio del alma»--no se le ha visto en ningún lado, no ha fatigado a las imprentas con su nombre. Los periódicos, sin embargo, han estado unánimes en saludarle y reconocerle ahora, no por sabrosa y sazonada realidad.

Coullaut Valera fue discípulo de Susillo--del elegante y refinado Susillo--y el trágico destino del artista malagueño acude a mi memoria, mientras en el hall del popular semanario, entre palmeras y cortinajes rojos, veo destacarse algunos relieves que descubren la huella de sus enseñanzas en la creacción del discípulo. Paréceme ver a Susillo el que soñó tan lindos y delicados sueños plásticos paseando solitario y hosco por las orillas del Mediterráneo, en las cuales hay tanta sugestión para el artista, y meditando, no cómo iba a contornear el torso paganamente espiritual de una Ninfa, sino donde se pegaría el tiro que puso fin a su existencia consumida por los cuidados amargos del que funda una familia con exigencia de lujo sobre la

deleznable base de lo que puede ganar un escultor haciendo «muñecos»...

Coullaut Valera, no sé si aleccionado por el drama del maestro, o instintivamente retraído, asceta del arte vivió y vive en un hogar sencillo, de burguesa intimidad. Con tal que su arte le proporcione lo justo para sostener esta ventura mate y de nadie envidiada, no le pide más: acaso ni aun eso le pediría, si eso no fuese lo indispensable. Su arte le apasiona y lo absorbe. La casualidad ha hecho que yo sin hablar a Coullaut Valera más de dos o tres veces, conozca perfectamente sus costumbres, su asiduidad de obrero, su voluntaria esclavitud.

Habita Coullaut Valera un pabellón construido en el jardín del hotel de mis amigos, los señores de Peinador, dueños del establecimiento balneario de Mondariz. Y Enrique Peinador me ha referido mil veces la vida de Valera, su infatigable constancia y absoluta consagración a la tarea. Así es que comprendí perfectamente lo que ayer me respondió el artista al preguntarle el precio del soberbio mausoleo de los marqueses de Linares. «Le parece a usted poco veinte mil duros, y en efecto, no es mucho, dado que yo pongo los materiales, y hay infinitos dispendios que no tienen que ver con el arte: los inmensos bloques de mármol, el bronce, la fundición, las traslaciones de

Barcelona aquí, y de aquí a Linares, que ellas solas cuestan miles de pesetas... Pero como yo vivo modestamente y trabajo muy seguido, pude encontrar ganancia donde otros quizá sufrirían pérdida.»

*

Jacinto Octavio Picón, que acaba de puplicar un artículo muy elogioso para Coullaut Valera, ha referido en qué ocasión conoció al joven escultor. Por mediación de su tío el ilustre escritor le conocí yo igualmente, al enseñarme don Juan el relieve del episodio del Quijote. Después acudí a su taller, en el jardín del hotel Peinador, al darle nada más que una sesión, para el busto que había de colocarse en el salón de lectura del importante balneario. Prometí otras sesiones, pero jamás pude encontrar días de cumplir el ofrecimiento. Esto mismo me ha sucedido con algunos otros artistas, tratándose de retrato o busto, y no hay en ello mala voluntad, sino sencillamente falta de tiempo. Algún día hablaré de cómo se evaporan los días en este Madrid tan desocupado; hoy sólo quiero reconocer que si el busto mío, obra de Coullaut Valera, no se me parece, no es culpa del autor.

Al pricipio, el talento de Coullaut Valera estuvo influido, ya lo sabemos, por Susillo, y algo por este insinuante capcioso Benlliure, que con su gracia y su atractivo de escultor-poeta, está destinado a ganarse

voluntades y a llamar a sí las imaginaciones. En la exposición que acaba de realizar, se ve a Valera, sin abandonar sus antiguas predilecciones, seguir ya otros rumbos, inspirándose en las típicas tradiciones de nuestro arte y cultivando la en mal hora preferida y tan nacional escultura de madera, haciendo los «santos de palo», que no se desdeñaron de labrar Montañés, Gregorio Hernández, Alonso Cano y Juan de Juni.

Hay en esta tradición castiza de la escultura en madera una combinación de paganismo italiano, mezclado con el romanticismo realista de la raza, y hay además un carácter de energía y precisión muy sano, opuesto a las sugestiones pictóricas y hasta musicales que sufre la escultura moderna, y que llevan a infringir frecuentemente las leyes de su ser.

*

Tres «santos de palo» figuran en la exposición de Valera: una Virgen al pie de la Cruz (impropiamente llamada Dolorosa, pues es una Soledad): un San Raimundo de Fitero y un San José. Estos dos últimos están destinados a la capilla, donde se guardarán los restos de los marqueses de Linares, en espléndido túmulo de mármol y bronce.

La Soledad es un prodigio de expresión. Está encarnada por su mismo autor, con rara habilidad. Como la moda arrinconó a los «santos de palo», el arte de

encarnar y estofar las imágenes había ido perdiéndose, y pocos saben lo difícil que es pintar bien un santo. La Soledad de Valera es de talla grandiosa, con resabios italianos del siglo XVII, en su buena época, antes de los amaneramientos; y si la pintura del rostro me encanta, no así los paños, algo fríos de tono.

El San Raimundo es un bello monje de Zurbarán: en esta forma bien puede la escultura pisar las huellas de la pintura, tomando de ella una concepción sublime y majestuosa de la humanidad. El Isus griego no es más noble que este San Raimundo, cuya cabeza puede competir con la de cierto San Elías, que se admira en Toledo. Del San José no cabe elogiar sino la actitud natural y sencilla del niño.

El sarcófago de los marqueses de Linares es, sin duda. la obra donde Valera realizó mayor esfuerzo, y es labor muy armoniosa y perfecta. No tiene la extraña sugestión macabra, el espíritu del célebre sepulcro de Toledo en el cual parece haberse inspirado: aquel sepulcro en el cual la Muerte triunfadora e irónica, pone los mondos cráneos en manos de los niños compendiando lo mezquino de la existencia humana en una elegía de mármol. El sarcófago de los marqueses de Linares produce una impresión de paz. Los que conocimos y tratamos familiarmente a los excelentes marqueses, creemos verlos, extendidos el uno al lado

del otro, en la buena armonía conyugal que siempre los unió, y era el mejor mentís dado a ciertas terroríficas y novelescas leyendas--cuyo origen nunca supe.--La semejanza de los rostros hace de estas estatuas yacentes, medio cubiertas por los pliegues de amplio sudario, retratos verdaderos. El del marqués, especialmente, sorprende por su parecido, y lo curioso es que al parecerse al rostro vivo, presenta la demacración y el afilamiento de facciones de los cadáveres.

Los largueros del arca sepulcral están adornados con magníficos altos relieves, en que hermosos ángeles dan a los pobres la triste noticia del fallecimiento de unos señores tan caritativos. En efecto, lo fueron muy de veras, y gran parte de la inmensa fortuna de Murga se consagró a aliviar la miseria de Madrid. Los marqueses de Linares construyeron en el mejor sitio de la capital, la entrada del paseo de Recoletos, dominando la embocadura de la calle de Alcalá, frente al Banco de España, un soberbio palacio que ostenta el enorme blasón de su aristocracia comercial, y decorado interiormente con riqueza y gusto sin ninguna antigualla, porque decían los dueños, no sin razón, todo debe estar en armonía y corresponder al tiempo en que se fundan las casas. Este palacio, un museo de arte moderno, donde trabajaron los mejores pintores

contemporáneos, pertenece hoy a los sobrinos de los fundadores, marqueses de Villapadierna.

*

Al par del sarcófago fija la atención en la exposición Valera, el boceto o proyecto del monumento al autor de Pepita Giménez.

Ella, la garbosa andaluza, vestida con suma propiedad al estilo de su época, luciendo los pinceles graciosos bajo los volantes de la falda, campea en primer término, sentada a los pies de su creador, el cincelado prosista. La figura de D. Juan Valera no puede estar más «sorpendida», más fielmente reproducida, tal cual era en sus últimos años. En su posición favorita, su empaque jupiteriano, con la cabeza erguida, más erguida aun desde que la ceguera había apagado sus ojos. El barro ha obedecido dócilmente, y nos parece estar viendo al insigne literato en su despacho, cercado de sus libros, charlando y discutiendo con valor juvenil, sobre las rodillas extendida la manta de abrigo, único detalle que delataba al valetudinario...

Detrás del grupo de «Pepita Giménez» y su autor, un bajo relieve en extremo gentil, hace desfilar el idilio de Dafnis y Cloe con su rebaño de cabritas, y, al lado de la figura de don Juan, Minerva, vigilante, acompaña al apasionado helenista, que la tuvo por santa patrona.

*

Si llega a erigirse el monumento a don Juan Valera, será el primer novelista, de bronce o mármol--creo que no me equivoco--que habrá visto España alzarse en una plaza pública, pues ni Cervantes puede considerarse como novelista únicamente, ni el monigote que a Cervantes representa en la plaza de las Cortes podría nunca entrar en cuenta, a no ser para suprimirle. En la fiebre de erigir monumentos que se ha desarrollado, no son los novelistas ni en general los artistas guienes ganan: por ahora abundan las conmemoraciones de políticos--algunos bien olvidados ya--de generales modernos, de plutócratas, y hasta de sujetos completamente borrosos, que casualmente pudieron, a costa del estado, favorecer a una localidad determinada y agradecida. Todavía aguardan su monumento el duque de Rivas, Larra, Tamayo, Hartzenbusch ... por no hablar sino de los casi contemporáneos. Espronceda obtuvo una asendereada lápida, y creo--no he pasado por la calle para comprobarlo--que ya ha desaparecido. Veremos si cuaja este primoroso proyecto de monumento de don Juan, y si andan más listos los cordobeses o los santanderinos, que activan el de Pereda.

*

Hay todavía en la exposición de Valera otras obras de no tanta importancia, que descubren la flexibilidad

del talento del joven artista y su don de asimilarse procedimientos y estilos: por ejemplo, las placas repujadas de plata y cobre, alguna de ellas extraordinaria como «pastiche», y la jarra de porcelana (cocida en Madrid) tan fina y deliciosa como las clásicas del Retiro.

Si quiero resumir lo que se deduce del conjunto de obras expuestas, diré que en Valera se advierte sobre todo la facultad de ir hacia donde quiere, conservando siempre un carácter propio de distinción y un culto fiel de la belleza. Valera está exento de «rodinismo», escuela que empieza a insinuarse en España; pero si algún día se le ocurriese adoptar los procedimientos del genial francés,--a quien de veras admiro y de quien soy amiga--es seguro que no llegaría al extremo de imitar hasta los deformes pies y las callosas y gotosas manos que Rodin prodiga en sus esculturas. El buen gusto es una cualidad de Coullaut Valera.

*

En España abundan los eminentes escultores. Verdad que tampoco he encontrado esta forma del arte protección continua, ni en los poderosos, ni en el gobierno. La escultura civil apenas empieza a despertarse; apenas comienzan las plazas, plazuelas, jardines y edificios públicos de las grandes ciudades españolas a engalanarse con estatuas, relieves y

grupos. Todavía son iglesias y cementerios los mejores parroquianos de los escultores. El número de maestros afamados de la escultura española no sé si podrá llegar al de los dedos de la mano. Se me figura que desde esta exposición de Coullaut Valera, tan celebrada, y acogida como una reivindicación de fama que justifican merecimientos--la mano tiene su dedo meñique.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

2

CRONICA

LOS BAILES DE BENEFICENCIA*

Iniciativas de la Reina Cristina

(Para La Nación)

Madrid, febrero de 1909.

La presencia de una infanta de España, que fue dos veces princesa de Asturias y heredera del trono, en casa de una señora que no forma parte de la grandeza, ha fijado la atención del público en los móviles que explican esta derogación de las leyes de la etiqueta cortesana, muy severa todavía y muy rigurosamente observada en Madrid.

La infanta Isabel Francisca de Borbón, al asistir al sarao de la marquesa de Esquilache Uno de los sueltos nos informaba de que Rothschild había dado para las víctimas de Mesina (que otros les llamen «damnificados», a mi no me convence la palabreja) cinco

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 14 marzo 1909: 5. No recogido.

mil francos; y el segundo suelto nos enteraba de que la marquesa de Esquilache había enviado con el mismo objeto, a la comisión organizadora de la función benéfica en el teatro Real, cinco mil muy españolas y clásicas pesetas.

Tal bizarría nos permitió, por un momento, mirar, si no por cima del hombro, al menos cara a cara a los Cresos fantásticos que allá en el extranjero, metiendo la mano en sacos repletos de polvo de oro, lanzan un puñado al aire, y en el deslumbramiento del áureo y luminoso torbellino, nos dejan boquiabiertos ante sus rasgos.

La señora que ha igualado a Rothschild en munificencia, con ocasión de la mayor catástrofe que--según se dice--presenciaron los humanos, no es ni con mucho una multimillonaria, de arcas sin fondo. Posee una fortuna cuantiosa, pero está en el caso de regirla con vigilancia, para que el peso de la generosidad no incline la balanza hacia el déficit. Y lo que para Rothschild no significa sino una partida accesoria, tiene que ser para la marquesa, y acaso para todo capitalista español, desembolso considerable. En esto está la gracia de tan gallardo donativo.

*

Al ver achicado a Rothschild, pensé reseñar, en conjunto, la obra caritativa de la marquesa de

Esquilache. Pronto hube de convencerme de que es imposible catalogar tanta buena acción. La documentación en que consta forma imponente legajo--y digo que consta, y no soy exacta, por que la mayor parte no puede constar;--las limosnas de mano a mano, ni se anotan ni se recuerdan. Huérfanos a quienes se da oficio o carrera, o dote: artistas protegidos; enfermos curados... son centenares. Una particularidad había yo observado siempre en las obras benéficas de la marquesa de Esquilache: la rapidez. El que da pronto da dos veces, dice el adagio: y quizás no se ha observado bastante la significación que en psicología entraña el hecho de dar aprisa o dar a remolque. El que retrasa la dádiva--aun convencido de que no habrá remedio sino hacerla--es un avaro involuntario, y obedece a la vaga esperanza de eximirse. Hace algunos años, cayó un rayo en una iglesia de un pueblecillo gallego, y mató a mucha gente. Las primeras mil pesetas fueron las de la marquesa de Esquilache. No sé si el rayo anduvo más veloz. Y tampoco sé cuántas veces han sido las suyas las primeras mil pesetas; la primer golondrina de plata, alegradora de los corazones.

La liberalidad incesante de esta señora me hace recordar el desarrollo que en Madrid presenta la caridad de las damas, y ciertas dificultades con que al

principio, iniciarse la transformación de las costumbres españolas, tropezó la beneficencia al estilo moderno, fundada en el arte de sacar dinero a los ricos, indiferentes quizá al espéctaculo de la miseria, pero accesibles a la sugestión de distracciones y vanidades. Me apresuro a añadir que la marquesa de Esquilache, que es una gran organizadora de estos tributos colectivos, en la mayoría de los casos recurre a su propio bolsillo, antes de exprimir el ajeno. Pero la suma de prestigio que dan en el mundo a la mujer las circunstancias--la posición, las relaciones, la belleza, etc.--Es actualmente utilizada para excitar la caridad, para ablandar la dureza pedernaleña de muchas almas y el estreñimiento de muchas bolsas; y ya nadie combate--o casi nadie--este sistema. Hará un cuarto de siglo, se miraba de reojo a la «caridad danzante y alegre» y en el púlpito y en el confesonario era anatematizada. Yo la defendí siempre, porque es preciso transigir con la naturaleza humana, y no exigir a todo el mundo perfecciones que no abundan. Si es un hecho demostrado que la caridad danzante produce, y que el dinero enjuga el llanto de los desvalidos, sólo regalando lo que pudiesen reportar los bailes, rifas y funciones, tendría el censor el derecho de censurar. El hombre es muy imperpecto, muy débil y muchos sueltan gustosos veinte pesetas por su asiento en el teatro,

que no darían diez céntimos «en seco», sin refunfuñar. Y los reverendos obispos y los puritanos laicos, ante la realidad, han tenido que convencerse y avenirse.

Una escritora de talento, Salomé Núñez Topete, respiró, sin embargo, por esa antigua herida, al reseñar la función del Real a beneficio de los mesinenses. Deploraba, en bien escrito artículo, que las señoras que asistieron, cubiertas de diamantes y enfundadas en las estrechas túnicas grecodirectoriales que la moda exige, no estuviesen afligidas y consternadas, pensando en lo dolores de los aplastados y en las desdichas de los supervivientes. Yo disculpo a esas damas que, pasado el primer espanto del cataclismo, no pudieron encontar lágrimas de compasión, secas ya de seguro, en los ojos de la misma reina de Italia, que tan activa y hermosa parte tomó en el remedio de la bíblica tragedia. Por fin, la reina ha presenciado tanta desventura: pero aquí ni tembló la tierra, ni faltan bien próximas calamidades que llorar. Ojos que no ven, corazón que no quiebra--es un refrán español que ha merecido ser acogido y elogiado por Schopenhauer.

Por lo mismo que la sensibilidad depende bastante de los sentidos, no puede reprobarse el que la beneficencia se establezca sobre bases menos quebradizas. Supongo que en otros tiempos existiría

más caridad en grado heroico; pero esta caridad moderna, debida al convencimiento de que es preciso auxiliar a los desgraciados, aunque no se llore por ellos, es una fuerza no despreciable. No creo que nunca, desde que el mundo es mundo, ninguna ciudad castigada por horrible azote haya sido socorrida, desde todas partes, tan pronto, tan bien ni con tanta largueza como Mesina. No hablemos mal de la caridad moderna.

Un impulso organizador de la caridad en Madrid--donde no escasea--acaba de partir de la joven reina rubia, que tenía en su isla de Wight, fundada una institución para vestir al desnudo, un «ropero», y ha establecido otro similar en Madrid. Había «roperos» ya en la coronada villa; pero el de la reina forma amplísima red de apretadas mallas que abarca a Madrid entero. La innumerable plantilla de presidentas, socias y socios, hace que hasta el último madrileño algo pudiente haya de contribuir. Y cuando digo pudiente, debiera decir modesto, pues el ropero de la reina no pide sino seis prendas de ropa, en el mes de diciembre de cada año, y esas prendas las quiere muy humildes, bastas, sin adornos, como conviene a la pobreza. La ropa así blanca como de color, ha abaratado tanto en Madrid: se ven tales milagros en los escaparates--una canastilla entera por tres pesetas

acabo de admirar--que no sé quién recelará afiliarse al ropero de Santa Victoria. Las señoritas con sus delicadas manos enflorecidas de sortijas y uñas abrillantadas por el pulidor, manejarán apresuradas el gancho para calcetar las prendas de abrigo, de fuerte lana; y los socios, que no han de entregarse a tal deporte, se rascarán el bolsillo--¡ligeramente!--y adquirirán el surtido con el cual el hada blonda ha de cubrir en las próximas Navidades las carnes ateridas y amoratadas de tanto chiquillo, de tanto viejo. Yo también soy vicepresidente de este ropero... ¿quién no lo será? y voy a confesar a mis lectoras argentinas un inocente capricho. Recibo con suma frecuencia cartas, peticiones de postales, testimonios de que no se me olvida en la Argentina. ¿Sería mucho pedir que alguna señora o señorita de ese país fraternal me diese su nombre para apuntarlo en mi lista de socios, y unas ropitas que añadir al enorme montón que en noviembre de 1909 afluirá al palacio de la reina del pelo de oro y los ojos de miosotis?

*

La reina Cristina que ha hecho mucho bien sin ruido, con esa reserva que forma el tejido íntimo de su carácter, prefiere las obras en benefico de la niñez, de los párvulos sobre todo, y las que dan de comer al hambriento durante los crudos inviernos matritenses.

Nadie calculará los males que evitan los «cociditos» distribuidos por la reina Cristina.

Un cocido es la salvación del obrero sin trabajo de la madre y nodriza sin recursos, abandonada y que no ha querido arrojar su hijo a la inclusa.

Un cocido nutre, calienta, es sano, es familiar. Por el cocido se afanan estos infinitos pobres de chaquet y americana que vemos encorvados sobre la mesa de la oficina, o aguardando en la esquina de una calle a que pase alguien con cara de buena persona, que afloje la peseta para el cocido. La peseta es la unidad monetaria, el cocido la unidad alimenticia. Con el conocimiento realmente profundo que posee la reina Cristina del país cuyos destinos rigió tantos años, ha comprendido que para el madrileño humilde el cocido no tiene substitución, y que esa mezcla de garbanzos, patatas, judías, tocino y carne representa aquí lo que en Rusia el té, en Inglaterra el «roastbeef», en Asturias las fabes y en Galicia el pote.

Madrileño que come cocido se juzga feliz.

Otra institución que la reina Cristina desearía ver implantada en gran escala en Madrid, es la de las Gotas de leche que permiten, a tan poca costa, salvar la existencia de los niños, combatir la desconsoladora mortalidad infantil en las clases menesterosas. Tres pesetas mensuales de subscripción paga la lactancia de un pequeñuelo.

Desgraciadamente, no cuenta Madrid sino con una de estas admirables instituciones, debida al desprendimiento de la ilustre dama bilbaína, marquesa de Casa Torre, y atendida del modo más solícito y eficaz por el doctor Ulocia--encariñado con la obra, con ese cariño ardiente que engendra el mismo sacrificio.--Las colonias escolares y las Gotas de leche son ideas muy simpáticas: preparan en el niño al hombre. Y en Madrid, falta hace que se piense en los niños, que se crían cañijos y se mueren a centenares.

El encarecimiento de las subsistencias explica esas caras pálidas y escuálidas, caras de «gato» y de «golfillo», que encontramos a cada paso, a la puerta de los cafés, en las esquinas, delante de las casas de los barrios pobres; explica el descenso de la estatura, la exigüidad de las formas, la debilidad y el nerviosismo del tipo chulesco popular. Mal alimentados, los niños se desarrollan poco. En el incremento de la estatura se marca inmediatamente el efecto de la residencia al borde del mar en las colonias escolares, y en el aumento de peso, el favorable efecto de la leche esterilizada, libres de contagios, que en el dispensario del doctor Ulecia se proporciona a los parvulitos.

*

Tampoco huelgan las infantas en esto de la caridad. La hermana del rey (ya la única, pues la

joven princesa de Asturias duerme su eterno sueño en el Panteón de Infantes del Escorial, poblado de blancas estatuas y elegíacos mármoles), es una criatura dulce y casta, enemiga de pompas y fiestas, recogida como un capullo de azucena, y por natural condición amiga de los desheredados. Hace cuanta limosna puede y ella misma calceta para los pobres, mientras guarda el sueño de su hijo en la cuna. Me recuerda esta infanta Teresa, en su aristocrática modestia a las grandes señoras del «faubourg Saint Germain, la condesa de la Châtre, la condesa de Montmorency, la princesa de Robeck, a quienes tanto me sorprendía encontrar en pleno París y a las diez de la noche, devanando lana gris para sus labores de misericordia.

La infanta Isabel es tan dadivosa, que su antigua camarera, la condesa de Superunda, solía contarme graciosas anécdotas de como ignora esta señora el valor del dinero, y cómo a veces su intendente hubo de llamarla la atención acerca de sus propinas de a onza y sus recompensas de mil reales a las murgas callejeras. Su munificencia es regia y franca, y sus manos no saben cerrarse; abiertas las lleva, como el noble corazón. Su antesala está siempre llena de solicitantes y de agradecidos. Natural era que la simpatía y la conformidad de gustos condujesen a la infanta Isabel a los salones de la marquesa de Esquilache, donde se han

fraguado tantos complots contra los ricos, en pro de los miserables, y donde las elegancias mundanas sirven de cimiento a las campañas útiles.

Una de las empresas nacionales a que más ha contribuido la marquesa de Esquilache, es la de la basílica que en Alba de Tormes se dedica a Santa Teresa de Jesús.

La misma magnitud de las obras las había paralizado, y así continuarían Dios sabe hasta cuándo, a no resucitarlas el empeño de la princesa de Baviera, doña Paz de Borbón, poetisa y muy devota de la «madre», como la llaman las monjitas de Alba de Tormes.

No se puede pensar sino en la marquesa de Esquilache, tratándose de que la sociedad madrileña contribuyese; pues a decir verdad, ¿quién se preocupa aquí de la maravillosa escritora y de la celeste estática?

Muchos miles de duros, recaudados por la marquesa, y no pocos que salieron de su peculio, permitieron que sobre la hilada de inmensos bloques de granito, que apenas emergía de tierra, se alzasen otras varias; que sobre las basas se irguiesen los fustes y que la enorme nave comenzase a desarrollarse en toda su grandiosidad.

¿Conseguirán las señoras españolas que hoy viven; verán las infantas, la marquesa de Esquilache, las teresianas fervorosas, colocar el armazón de la

techumbre? ¡Ojalá! Lo deseo, aun cuando para mí la basílica tiene un defecto grave. Es de estilo ojival, y Santa Teresa pertenece por completo al renacimiento español... Es como si a San Francisco de Asís se le erigiese una catedral romántica...

Y aquí no tenemos el derecho de interpretar mal a Santa Teresa, siquiera al desfigurarla no le faltemos al respeto, como le faltó el desdichado Catulle Mendés, cuya tragedia acabo de leer en los telegramas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

3

L A N A C I O N

C R O N I C A*

Por dos motivos es de actualidad hoy el poeta Zorrilla: el estreno de la ópera española Margarita la Tornera, en el teatro Real de Madrid, y el hecho de haberse presentado en el senado una proposición firmada por varios senadores, en que se pide que el estado español pensione con 6000 pesetas a la viuda del autor de Don Juan Tenorio.

*

Sobre la ópera española, con oposición a la italiana, alemana y francesa, se ha escrito largo, y no siempre con cordura. Porque si es muy obvio que honra a España el poseedor maestros capaces de componer óperas que se oigan con gusto y admiración, también se observa que varias naciones no las poseen--Inglaterra, verbigracia--y no por eso dejan de marchar al frente de la civilización, en muchos conceptos. No es punto de amor propio, a mi ver, esto de ópera española, y menos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 24 marzo 1909: 5. No recogido.

es razonable (como se ha llegado a decir, con extremos de exageración meridional), intentar tenerla con objeto de «boycotizar» a los compositores extranjeros, cual si se tratase de algún artículo comprendido en el arancel de aduanas y que reclama, para sostener la competencia, el proteccionismo del estado.

La verdad es que desde hace mucho tiempo se trabaja loablemente para crear ópera española, y, sin alardear de una inteligencia musical de que carezco, yo diría que no se ha conseguido sino demostrar que algunos eminentes maestros españoles son capaces de componer algunas óperas. Ni el público ha sido por eso infiel a la música popular que esos mismos maestros han producido y con la cual se dieron a conocer, ni del esfuerzo, digno de todo encomio, ha resultado lo que convendría, a saber: una escuela musical española bien caracterizada. No basta para este efecto que se cante en español y no en italiano, ni aun que se intercalen en la partitura aires populares tan bellos como la «sardana» de Garín o la preciosa «zarabanda» de Margarita la Tornera. Ese estilo y procedimiento inconfundiblemente nacional que diferencia, por ejemplo, a una ópera italiana de una alemana, no ha llegado a concretarse aquí. Y no es que yo diga que no pueda suceder; al contrario: creo que debe aspirarse a conseguirlo, y que está muy bien que se continúe

intentándolo; pero sin descuidar el darnos a conocer lo mejor de la producción extranjera, el «todo Wagner» que ignoramos, y que tan trabajosamente se aclimata aquí.

Hay que interesarse por el porvenir de la ópera española, conformes; hay que aplaudir a maestros como Chapí, que han realizado tan nutrida y tan encantadora labor en diversos géneros; pero... hay que esperar con paciencia a que se defina y se distinga nuestra ópera, como se han definido otras, de rica producción y fisonomía bien marcada. Y, entretanto, educar nuestro gusto con la cultura musical, venga de donde viniere.

*

Margarita la Tornera es una leyenda de Zorrilla cuyo asunto se encuentra en las Cantigas de Alfonso el sabio, que fue nuestro Salomón: legislador, poeta y rey. De la ingenua conseja medioeval, en ese idioma galaico portugués que era la fabla de los trovadores, hizo Zorrilla una de sus obras maestras: una leyenda del siglo XVII, admirable de hermosura. Es imposible encontrar nada tan español como la idea de Margarita la Tornera; el milagro de la gracia, el portento de amor y misericordia. Mientras la monja Margarita--que ha huido de su convento arrastrada por la pasión que supo inspirarla, al través de rejas y celosías, el gallardo don Juan--vive con su raptor y apura primero la dicha y después el desengaño, la Virgen, a quien al partir ha

confiado las llaves del convento Margarita, desempeña las funciones de hermana tornera bajo la figura de la extraviada monja, y aguarda el día del arrepentimiento y de la vuelta de la pecadora al asilo de paz. Cuando llega la culpable buscando refugio, las puertas se abren para dejarla paso; nadie ha notado su ausencia; sólo la celestial tornera sabe el vergonzoso secreto... y ha perdonado. Las lágrimas de contrición lavarán el pecado de amor; la gracia santificadora lo que redimió primero. ¿Quién sabe si el cuerpo de Margarita no será uno de esos que se veneran incorruptos en los poéticos y solitarios claustros?

El mismo argumento de la leyenda, con algunas variantes, forma el libreto de la ópera, y se presta a situaciones dramáticas y musicales muy conmovedoras. Siempre sucede que las nuevas formas de una idea artística que hemos conocido tratada de otro modo, desorientan nuestro espíritu; pasado ese momento de extrañeza, otra vez nos cautiva la poesía del magnífico asunto. Quizá para oír Margarita la Tornera en ópera sea mejor no estar empapado de la leyenda; y no sé hasta que punto lo está el público. A pesar de la inmensa reputación de Zorrilla, de su popularidad aún fresca mediante los desafueros de «Tenorio», estas leyendas, que son de lo mejor que ha inspirado su musa, no estoy segura de que hoy se lean mucho, y las figuras

de Margarita, del capitán Montoya, del osado burlador contra quien atestigua el Cristo de la Vega van esfumándose entre la penumbra que envuelve a tantas maravillas del romanticismo. Aquí lo consagrado en literatura es como la plata antigua en muchas casas: con gran estimación, se la encierra en un cofre y se la deposita en el banco. Aun cuando la ópera de Chapí no llenase otro fin, habría que mirarla con simpatía profunda, porque reaviva la memoria de tal joya como la sugerente leyenda.

*

No asistí al estreno, sino al ensayo general--mejor sistema para enterarse uno--.

En el día del estreno, la impresión propia se evapora y disipa al roce de las ajenas, el público se impone, la vista se distrae ante la concurrencia; mil preocupaciones impiden el recogimiento. En el ensayo, agazapándose en un palco, entre la obscuridad y el silencio absoluto, se entiende allí todo, libreto, música, decoraciones; se ve la labor del maestro, nos fijamos en cómo maneja la batuta, en sus enojos cuando algo no sale justo. Un ensayo es un aprendizaje.

Me agradó el decorado. Es castizo, exacto y de un romanticismo arquitectónico que recuerda aquellas acuarelas y diseños de los artistas contemporáneos de Zorrilla, enamorados de los monumentos españoles, y que

estuvieron a punto de torcer la vocación del poeta inclinándose a la pintura. Claustros de columnatas; calles y callejas de típicas ciudades antiguas; el corral de la Pacheca; el interior de una iglesia conventual, con su barroco retablo y su efigie «de vestir»; el salón perfectamente decorado e iluminado, de la casa «de los duendes» son otros tantos aciertos. Y falta hace que las decoraciones nos embelesen, porque la obra tiene muchos cambios: en cada acto hay tres cuadros, (lo cual no aprobaba el público del ensayo único cuyas opiniones he podido recoger).

De la música,--descontada la diversidad de juicios, que no se evita--creo que gustaron más, la noche del ensayo, fragmentos que el día del estreno quedaron en segunda línea... Ignoro que explicación cabe aquí. Antes del estreno, elogiaban sobre todo la zarabanda y la canción del «Duende». De ella me dijeron por adelantado primores. Y al otro día de estrenarse la ópera, la prensa desdeñó algo este aspecto; que recuerda otras creaciones muy populares de Chapí, y ensalzó en cambio otros, que revelan el estudio concienzudo de las nuevas direcciones del arte musical. Me declaro incompetente para fallar este pleito.

*

La segunda actualidad de Zorrilla--la pensión que se va a conceder a su viuda--se presta a reflexiones no

muy halagüeñas sobre el tema asaz trillado de la escasez que suele acompañar a la gloria del poeta y del escritor español.

Cuando leemos que en Inglaterra lord Tennyson y Rudyard Kipling vendieron verso y prosa a guinea el renglón pensamos en las cuentas que Zorrilla nos dejó hechas minuciosamente en sus Recuerdos del tiempo viejo. Resulta del curioso balance que, en cuarenta años de su vida, no gastó el poeta sino cincuenta y cuatro mil duros, y no le produjeron sus escritos arriba de veinticuatro a treinta mil reales anuales, que no me parece el Potosí. «De esta suma--dice el autor de Don Juan--puede ahorrar ochavo a ochavo un tendero de aceite, jabón y velas; pero tiene aún que salir empeñado cualquiera que tenga que vestir frac y calzar guante, llamando la atención por más o menos justamente famoso». En otros pasajes y cartas dirigidas a su padre, Zorrilla se prometía fortuna; pero hay que tener en cuenta, para contrastar el valor de estos datos, que habiendo el padre de Zorrilla mostrado a su hijo la mayor severidad y la más rígida intransigencia, y deseando el poeta conciliarse la voluntad y la indulgencia del duro golilla a quien respetaba de un modo extremoso y digno del siglo XVI, (cuando fue más tremenda la autoridad paternal) le pintaba las prosperidades, dándole a entender que las

letras producen no sólo honra sino provecho. Como quiera que fuese, es indudable que no guardó proporción a la fama de Zorrilla y el renombre de sus obras poéticas y dramáticas, con el mezquino producto de que rindieron. Nunca se consoló el vate de haber vendido en irrisoria suma el Tenorio, que no ha cesado de representarse, que es uno de esos cuerpos incorruptos, que ha producido millones a editores y empresarios. Así es que Zorrilla decía del Tenorio pestes. El crítico más sañudo no desmenuza una producción como desmenuzaba él su propia obra, procurando, y al parecer con sinceridad desacreditarla, ridiculizarla y demostrar que era un puro disparate. Pero ni está en mano del autor elevar sus creaciones al quinto cielo cuando el público las rechaza, ni hundirlas cuando el público se enamora de ellas. La primera noche de su estreno, fue silbado el Tenorio. Hoy, puede asegurarse que de todo el teatro romántico (sin exceptuar el Don Alvaro y Los amantes de Teruel) es lo único que continúa en pie dando entradas, deleitando a una generación divorciada del romanticismo y enemiga de los dramas en verso.

*

Zorrilla fue casado dos veces: la primera, con doña Florentina O'Reilly, viuda de Bernal (el poeta la llamó siempre «Matilde»; la segunda con doña Juana

Pacheco y Salido, la señora para quien hoy se gestiona la concesión de una pensión servida por el estado. De esta señora, anciana y reducida a la estrechez, dijo, antaño su esposo:

Mi mujer, rubia y blanca como una inglesa, pero risueña, franca y aragonesa, por ornamento y gala tiene los techos de comedor y sala pensiles hechos...

En julio cumplirá la respetable matrona setenta años. Desde hace tiempo padece del corazón, y la telaraña de la catarata empieza a nublar su vista. Vive en modestísimo piso de la calle de San Andrés, recordando los días felices en que Zorrilla a quien conoció en un teatro de Barcelona, se prendó de ella y la hizo su esposa a los dos meses. Estuvieron casados veinticuatro años, y según declara la ilustre viuda, fue una unión feliz. Ni de este matrimonio ni del primero nacieron hijos y la anciana no tiene hoy más compañía que una sobrina, a quien quiso mucho el poeta.

Al morir éste--1893--no quedaron a doña Juana Pacheco (vaya un nombre que parece tomado de algún personaje de las Leyendas)--más recursos que la pensión que la reina madre doña María Cristina pasaba de su bolsillo particular a Zorrilla y que continuó el rey sirviendo a su viuda, y otra pensión de la Asociación de Escritores y Artistas, concedida por iniciativa de Núñez de Arce y después suprimida, como lo fue también

la del ayuntamiento de Valladolid, ciudad natal del poeta. Así, la existencia de la viuda de Zorrilla era precaria y sus enfermedades la hacían más difícil. La proposición dirigida al senado y encabezada por don Federico de Loygorri ha venido a proponer el remedio de una situación triste para una pobre mujer y no muy honrosa para España. Si se pensiona a las viudas de funcionarios no siempre celosos y a las de militares que no siempre han tenido ocasión de ilustrar su nombre con servicios especiales a la patria, doblemente justo será que la generosidad de la nación recaiga en la compañera del poeta que encarnó mucha parte del alma española. Y alabaré también que haya firmeza para no dar por sentado el precedente de que todas las viudas de los que han hecho versos pueden aspirar a favor igual. La desigualdad, en infinitos casos es la mayor justicia.

*

El Ateneo de Madrid, con su saliente significación intelectual, no ha podido permanecer indiferente a la iniciativa de Loygorri, y le ha dirigido a él y a los demás autores de la proposición que va a votarse una felicitación calurosa, donde aparecen, entre otras innumerables, las firmas de Unamuno, Martínez Sierra, Carracido, Amado, los Quintero, Lampérez, Nilo Fabra, Enrique Vega, Candamo--sabios, científicos, poetas,

dramaturgos, críticos, la nueva generación y parte de la que ya no parece nueva, porque se ha hecho insigne. La prensa también está a favor de la concesión, que parece no encontrar obstáculos. Pero aun con eso, el día en que se logre, no creo pagada la deuda de la patria a Zorrilla.

*

Hace tiempo eché a volar la idea de que se le erija un monumento, no a él solamente: al «romanticismo español»,--coronado por el busto o la efigie del creador de Don Juan, pero donde figuren a su lado sus gloriosos compañeros: Espronceda, Larra, el duque de Rivas, García Gutierrez, Hartzenbusch,--y haya por lo menos un recuerdo para Pastor Díaz y Gil, dos olvidados que no merecen el olvido. Sin género de duda es Zorrilla quien debe coronar el monumento, y no lo digo como juicio crítico, pues ya sé que Espronceda, para algunos, le disputa la primacía, sino porque en estas cuestiones hay que atenerse a la opinión general, que rara vez yerra, y atender también al sello nacional y castizo de la obra. En esto, principalmente, están el merecimiento y la originalidad de Zorrilla. Es original, sencillamente, por haberse inspirado en lo que le rodeaba y haber bebido el aliento de los muertos y la ambrosía de la tradición. La idea de este monumento no encontró calor ni apoyo. Me desalenté.

No se sabe lo que puede la unión; no sospechan los escritores el daño que se hacen con rencillas, envidias e indiferentismos. Hay una enorme masa de gente neutral que sólo espera recibir la consigna. Si no se le da, se encoge de hombros y se marcha hacia donde la llaman otras voces. Es una ley fatal. Así, los monumentos de Madrid, en su mayor parte, están dedicados a hombres políticos, y algunos, a hombres políticos que se significaron en las guerras civiles, lo cual es peor todavía. La literatura se relega al olvido. Y la viuda de Zorrilla después de aguardar «catorce años» a que la casa editora de las Poesías escogidas de su esposo se desquitase de lo gastado en hacer la edición, cobra en la primer liquidación... «¡siete pesetas!» Por algo decíamos que no todo el mundo conocerá las Leyendas, ni aun de nombre...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

4

CRONICA

LAS EXCURSIONES DEL REY ALFONSO*

LAS MAESTRANZAS Y LAS ORDENES

SU PAPEL SOCIAL

(Para La NACION)

MADRID, marzo de 1909.

El rey ha visitado, en su propio domicilio, a una de las instituciones históricas y tradicionales españolas. Durante el viaje que realiza por Andalucia, Alfonso XIII ha pasado unas horas en Ronda, donde radica la maestranza más antigua y de más ínfulas nobiliarias, entre las cinco que son, por su orden: Ronda, Sevilla, Granada, Valencia y Zaragoza.

Cuando el rey llega a la residencia de una de estas instituciones, de las cuales es jefe y hermano mayor, debe el teniente de hermano mayor (el caballero que este cargo ejerza), entregarle la jurisdición,

*Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 9 abril 1909: 5. No recogido.

ofreciendo el bastón de mando que empuña. En Ronda, el bastón es de una riqueza sultaniana: está cuajado de pedrerías y en el centro un grueso brillante. Después de la ceremonia, el rey fue recibido bajo palio en la iglesia de la maestranza sosteniendo las varas señoritas hijas de maestrantes, que cubrían su cabeza con la clásica mantilla blanca. Después el rey visitó el Tajo. ¿Sabéis lo qué es el Tajo de Ronda? Pavorosa hendidura a pico, que se abre en roca viva, divide a la ciudad, como si la mano de un gigante, descargando iracundo fendiente, la hubiese partido en dos, dejándola como refiere el padre Las Casas, que dejó a un cacique indiano la reciente afilada espada de un español cruel... El Tajo de la Ronda es célebre y merece serlo, como singularidad topógrafica, que comunica aire trágico a un pueblo por otra parte apacible y dormido, a una vieja ciudad andaluza tendida bajo el sol y envuelta en el rico ropaje antiguo de sus tradiciones, que pudiera compararse a las dalmáticas de los maceros de la maestranza, hechas de espléndida estofa de brocado del siglo XVI...

Al asomarse al hondo precipicio, el rey preguntó a las personas de la población que le acompañaban sus dimensiones.

No hay conflicto como estas preguntas de personas elevadas, que interrogan acerca de lo más usual, de lo

que vemos diariamente. Lo usual es lo que se relega por indiferencia, lo que se tiene olvidado de puro sabido. Así es que, ante la interrogación del rey, vacilaron, se miraron, y alguien exclamó a bulto:

--Cien metros, señor.

El monarca miró hacia abajo, y respondió, como hablándose a sí mismo:

--Tiene más.

Entonces, apresurada vino la enmienda:

--Sí señor... Tendrá unos doscientos.

Volvió el rey a hundir los ojos en la tremenda cortadura, y nuevamente pensó en alto:

--Tiene menos.

Y aun cuando no sé si alguien le sacó de dudas, el rey cazador y alpinista acertaba. Ciento sesenta o setenta metros diz que es la verdadera profundidad del Tajo memorable, que algún gigantón desaforado abrió con su hacha colosal.

Y el rey no había quedado tranquilo. El Tajo le hizo impresión. De pronto, antes o después de servirse el almuerzo, notose que el joven monarca había desaparecido.

--¿Qué se ha hecho el rey? ¡Cuánto tarda!

Era que sin más compañía que su ayudante y el alcalde de Ronda, por una senda de cabras, abierta y apenas perceptible en la roca a pico, Alfonso XIII

había descendido al Tajo, para contemplarlo desde el fondo... Fue un bajar ni visto ni oído, en que supongo que puso en grave apuro a sus acompañantes, que apenas podrían seguir al ágil deportista habituado a todos los ejercicios físicos, «entrenado», como ahora se dice, y dueño de unas piernas que parecen forjadas en Eibar. Y así el rey no se despidió de los rondeños sin poder decir que conoce «a fondo el célebre Tajo»...

*

¿Y qué son esas maestranzas?, preguntará acaso algún americano que no tiene obligación de saber estas cosas (no estoy segura de que tampoco las sepan ni les vayan ni les vengan, a muchos españoles).

Las maestranzas, según el fin para que se han fundado, eran escuelas de equitación (se llaman «reales maestranzas de caballería»). Su objeto, amaestrar caballos para la guerra, formar escuadrones a la jineta, con todas las reglas del arte. Si se me pregunta lo que son hoy, diré, que en realidad, únicamente una institución de carácter aristocrático. Los aristócratas ingresan en las maestranzas como ingresan en las antiguas órdenes militares, Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa, después de una probanza generalmente rigurosa, aun cuando puedan las influencias facilitarla. Y el bonito y brillante uniforme de las maestranzas es el que suelen vestir los

muchachos elegantes en las grandes solemnidades, especialmente recepciones palatinas; nunca en otros saraos y fiestas, ni aun en las diplomáticas. A esto se reduce hoy el papel social de las maestranzas españolas.

*

Se ignora, y habría que realizar para entenderlo, un detenido estudio histórico de la transformación de las costumbres, por qué, actualmente, las maestranzas, en el terreno social, se han puesto quizá delante de las órdenes militares, y un uniforme de Ronda significa, si no es más, tanto como el hábito por el cual don Francisco de Quevedo estuvo a pique de volverse loco, y cuya cruz dice la leyenda que trazó sobre el negro jubón de don Diego de Velázquez y con sus pinceles una mano soberana. A primera vista, todas mis simpatías poéticas y románticas están por las órdenes. ¡Cierto que yo preferiría a la que hace tantos años no existe! Ya se entenderá que me refiero a los desventurados Templarios, que en España hicieron prodigios de valor, no sólo contra el moro, sino contra los cristianos que los acorralaban y perseguían. Esta cofradía de caballeros del Grial, con su misteriosa leyenda cabalística y salomónica, frailes, guerreros y medio emires, fue borrada del haz de la tierra--y acaso valga más, para soñarla--pues no concibo lo que serían los Templarios de hoy.

Las otras órdenes militates, más afortunadas, que aún duran y a las cuales nadie acusó de herejía, pueden anotar en su historia gloriosas páginas, batallas ganadas y sangre vertida; y, hasta que los reyes católicos se apoderaron de todas las energías españolas, las órdenes vivieron vida independiente de la monarquía, y los maestres de Santiago y Calatrava fueron un peligro para la autoridad regia. Su función está enlazada con los orígenes de la nacionalidad. ¿Por qué «visten» más las maestranzas?

Las órdenes conservan y practican algunos de sus arcaicos ritos; se reúnen en capítulo, asisten con sus hábitos a los oficios de Semana Santa en iglesias especiales, tales como las «comendadoras»; se cruzan los neófitos, según el romántico ritual, y a los cruzamientos asisten las damas encopetadas, que son obsequiadas después por el nuevo caballero con primorosas cajas de dulces... No importa; las maestranzas parecen más «chic». El hecho es de explicación tanto más difícil, cuanto que las maestranzas, posteriores con mucho a la reconquista, son relativamente modernas. La de Ronda, que ostenta el decanato, es de 1572, y la más reciente, la de Zaragoza, de ayer: 1819.

*

A decir verdad, órdenes y maestranzas, revisten aspecto más ornamental que otra cosa. En las

solemnidades y ceremonias, cuando las señoras vacían su joyero y se engalanan con garzetas, penachos, plumas y diademas heráldicas, los uniformes de estas instituciones nobiliarias dan una nota de magnificencia y esplendor. El aspecto de una función de gala como las que a cada paso, y muy recientemente, se han celebrado en Madrid, es fastuoso. No creo posible que en ninguna corte de Europa sea superado, por la razón de que tampoco debe de haber en el mundo oficial europeo, y no exceptúo a Austria, maestra de etiquetas y modelo de entonamientos, tal cantidad de gente que por un concepto o por otro, pueda lucir uniformes, condecoraciones, placas, bandas, medallas y distintivos, como aquí.

Cada ministerio, de los ocho que corresponden a nuestra administración, posee su cuadro honorífico--y cada cargo, sea o no honorífico, suele dar derecho a uso de uniforme. Paradójicamente, pero no sin gracia me decía ayer un general de nuestro ejército: «¡Si aquí los que menos uniformes vamos teniendo somos los militares!» La enumeración asusta. Aun incurriendo en omisiones, es formidable y complicada. Al ministerio de estado corresponde la apetecida y altísima orden del Toisón, institución borgoñona que ha venido a colocarse a la cabeza de las españolas y en primera línea entre las europeas; la orden de Carlos II, que la sigue a

gran distancia; la de Isabel la Católica, algo menos estimada que la anterior. Del mismo ministerio dependen las maestranzas, la diputación permanente de toda la grandeza de España; el real cuerpo colegiado de Caballeros Hijosdalgo de Madrid y la orden de damas nobles de María Luisa. Del ministerio de gracia y justicia, el consejo y el tribunal metropolitano de las órdenes militares, los grandes de España y títulos nobiliarios. Del de la guerra, las órdenes militares de San Fernando (la famosa «laureada») de María Cristina, de San Hermenegildo, del mérito militar para premiar servicios de guerra, e ídem especiales. Y las de Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa. No sé dónde encontrar a las del Santo Sepulcro y Jerusalén. El de marina, tienen sus caballeros grandes cruces del mérito naval, para premiar servicios de guerra, sin que falten otras grandes cruces para servicios especiales, lo cual da mucha latitud. El ministerio de gobernación tiene la orden civil de Beneficencia. El de instrucción pública, la de Alfonso XII. El de fomento, la del mérito agrícola. No se dirá que, si en España desmayan las iniciativas o no realizan servicios a la patria, consiste en que no está previsto el caso de la justa recompensa.

*

Añadid a tantas condecoraciones y uniformes lo que pertenece propiamente a la organización y servicio de

la real casa: mayordomos de semana, gentiles hombres de cámara con ejercicio y servidumbre, de cámara con ejercicio sólo de entrada; monteros de cámara, damas, cuerpo de alabarderos, etc., etc.; sumad aún las varias academias, con sus correspondientes medallas y uniformes...

y representaos lo que será cuando todos y cada uno saquen a relucir tanta magnificencia. Así se comprende que haya función de gala en que el frac, el modesto y burgués frac civil, sea una excepción rara, y no sé si diga que elegante, en fuerza de su misma sencillez. Adonde quiera que volváis la vista no veréis sino bordados, galones, hileras de cruces, plumeros arrogantes, paramentos, espadines, un derroche de oro, plata, y colores, que quita la vista. Las grandes capas blancas de las órdenes militares añaden altivez lohengrinesca a las figuras de los hombres. Al ver tanta suntuosidad un extranjero creería que la sociedad española está fundada en cimientos de orgullo y de «cant». ¡Qué poco la conocería quien tal imaginase!

*

Ni es aquí--cualesquiera que sean las apariencias--donde más se estima y busca lo honorífico--tal vez por lo mismo que tanto abunda--ni hay país del mundo donde menos se haga uso y ostentación--salvo en circunstancias extraordinarias--

de, las distinciones. El francés que atrapa su «ruban rouge», primero sale sin zapatos que sin rosetita. Aquí, hasta va cayendo en desuso la costumbre de bordar en la levita o en el frac la venera de las órdenes. Sólo la conservan algunos señores machuchos. Y recuerdo que un linajudo caballero andaluz que se arriesgó un momento en la calle a pie con uniforme de maestrante, sufrió tal corrida, que hubo de meterse escapado en un coche de punto.

La afectación aquí es de llaneza, de prescindir en absoluto de todo aparato. La sociedad de Madrid, lejos de ser cerrada y exigente como me decía el ilustre don Juan Valera que era la de Viena, quizá peque de amplia y la misma indiferencia hacia la información exacta que preside a tantos órdenes de relación de la vida española, se encuentra en los salones. A veces, a esta manga ancha se deben sorpresas dignas de una novela de Conan Doyle; el extranjero festejado resulta allá en otras tierras, jefe de una banda de ladrones, o se descuelga publicando un libro poniendo como hoja de perejil a los mismos aristócratas que en primas lo recibieron. En fin, «pecata minuta». Después de algunas exclamaciones de extrañeza y algunos comentarios más bien festivos, la sociedad se queda como estaba, dispuesta a acoger y campechana como viene siendo desde la época, decisiva para la orientación de nuestras costumbres, del bonachón Carlos IV.

*

Tampoco el dato de los pergaminos tiene gran importancia, o por lo menos, no representa un valor positivo social. Si no fuesen estos puntos imposibles de aquilatar, y cupiese entregarse a un análisis bastante peliagudo, podría demostrarse sin gran esfuerzo que la hegemonía social, en el terreno mundano especialmente, no la ejercen personas de sangre azul, ni mucho menos. No hay cosa más heterogénea en su composición que esto que se llama «crema», debiendo llamarse menestra a gusto manchego. Todo esto lo digo a fin de no inducir en error a los que por lo antes escrito juzgasen que España es nación de preocupaciones de linaje y abolengo. Se creería mirándolo bien que es todo lo contrario.

Así es que la impresión primera de España suele ser grata y sorprendente por lo explícito y confianzudo del trato. Me lo decía ayer la escritora francesa madama Adam, más conocida bajo el seudónimo de «Juliette Lamber», y que se encuentra pasando unos días en Madrid. Yo creo que no rectificaría la señora Adam este criterio, si llegase a detenerse algún más tiempo en la villa y corte.

El ideal del trato español es aquella graciosa, naturalísima, absoluta falta «de morgue» de Isabel II, que en parte heredaron sus hijos, y que ganaba los

corazones. Por efecto de tal manera de ser de la reina, muchos se jactaban quizá de intimidad que no existía, pues en todo hay un límite, y nunca se borran tanto las distancias sociales.

Jamás me olvidaré de lo mucho que nos hemos reído oyendo a cierta dama, que alardeaba de estrecha amistad con la ya entonces anciana reina, exclamar con la mayor formalidad del mundo:

--Sí, la «señora» se volverá a París sin falta pasado mañana... Como que me ha dicho hoy mismo:--«Ya ves, yo bien me iría esta tarde, pero esa calamidad de lavandera no me ha traído la ropa limpia...»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

5

CRONICA*

Para La Nación

Madrid, abril de 1909

La noticia de la muerte del compositor Ruperto Chapí ha producido--y yo no acostumbro a decir estas cosas por fórmula--sentimiento general. No, no acostumbro a decirlas por fórmula, pues me tiene hastiada la farsa fúnebre, una de la mentiras convencionales más repulsivas a mi carácter sincero y a mi espíritu analítico. Debe de ser antiguo el achaque de guardar los encomios para el día de la muerte, puesto que hay un dicho proverbial de «líbremos Dios de la hora de las alabanzas»; pero creo que se ha exacerbado la manía de compensar en breves instantes y con desmedidas hipérboles los atrasos de la indiferencia ante el esfuerzo, los réditos de un examen concienzudo de méritos y servicios que nunca se ha querido verificar. Es frecuente que me pregunten, al otro día de morirse alguien: «Pero ¿era realmente una gloria Fulano?»--y

*Publicada en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 28 abril 1909: 5. No recogido.

que mi única respuesta sea una ligera sonrisa. ¡Qué de irreparables pérdidas llevamos sufridas, que ni han llegado a notarse! ¡Qué de celebridades «de cuerpo presente», que no alcanzan ni al día del entierro! ¡Cuánto ruido repentino, precursor del infinito silencio de la posteridad!

*

Respecto al maestro Chapí, conviene repetirlo: no se exagera al asegurar que su muerte nos hiere en una fibra honda y que su nombre tiene asegurado un lugar muy alto en la historia de nuestra música. Hay quien afirma que en la de la música universal; pero yo en esto hablaría sin verdadero conocimiento de causa, y la cuestión es de aquella que deben aplazarse, encomendando su resolución definitiva al tiempo que no suele dejar en la obscuridad a los genios, ni en el pozo a la verdad artística. A todos les llega su hora y si Chapí puede, en efecto, hombrearse con Mozart, día vendrá en que lo proclamen las trompetas. Entretanto, estudiando los motivos por los cuales Madrid y España sienten muy de veras a Chapí, encontramos que en su desaparición hay mucho de dramático, por las circunstancias que la rodean.

Iba a cumplir el maestro cincuenta y ocho años. Acababa de estrenar, casi a un tiempo, Margarita la tornera y una obra colorista y de ambiente goyesco, Los

majos de plante. Era al parecer, de robusta complexión y no se le conocían padecimientos crónicos. Si estaba gastado, no se le notaba: respiraba fuerza. Los cincuenta y ocho eran, pues una especie de juventud, y puede afirmarse que la muerte le ha arrebatado en la plenitud de sus facultades y de su labor abundante, variada y fecunda. «La guadañora», además vino tan solapada y tan en sordina, que aun en estos momentos, cuando Madrid se halla afligido y angustiado por las distintas epidemias--tifus exantemático, viruela, gripe--estremeció como un golpe traicionero el que Chapí cayese. Todavía aparecen en los periódicos de esta misma semana instantáneas del banquete que con motivo del estreno de Margarita... se dio a los autores, de libreto, decorado y música, y en ellas se ve a Chapí con la copa alzada, sonriendo a una gloria más embriagadora que el vino espumoso--gloria siempre perseguida con igual anhelo que el protagonista de Drama nuevo ponía en desempeñar, no sólo sus acostumbrados papeles cómicos, sino otros serios y trágicos. Estaba organizándose el momenaje solemne que en el teatro Real había de congregar a los representantes, cantantes y ejecutantes de las obras del maestro, y en suma, por el ruido de su nombre en estos días, parecía vivir más que nunca, con existencia más intensa y vehemente, el autor de La bruja... Es evidente que

lleno de pensamientos y fervores de vitalidad artística, Chapí no paró la atención en la asechanza de la Seca. Dicen que el banquete, en sitio desabrigado, le originó... ¡pch! esos indicios de trancazo de los cuales este año se queja todo el mundo--y hubo de guardar cama, impaciente, ansioso de apresurar el alta del médico... Y vino el alta, el consabido «puede usted dar un paseíto»... Y el paseíto se dio, a respirar oxígeno, a la Moncloa, la de los altos árboles que la primavera empieza a afelpar de follaje tierno. En su anhelo de recobrar fuerzas, el convaleciente quiso andar un trecho a pie. «Me hará provecho»... Al subirse otra vez al coche, un agudo puñal se le hincaba en el costado. «Un punto... ¡Bah!» Era la pulmonía, la terrible pulmonía matritense, la hija del Guadarrama, que empuña y esgrime el estileto, hecho de hielo endurecido por el cierzo, y que, cuando asoma la estación florida, se ensaña más, en venganza de que huye derrotado el invierno odioso...

--¡Que embozada venía, la maldita!--exclamé al saber que la eterna «grippe» se había quitado por fin la máscara, enseñando su cara de esqueleto.

Pero, declarado su verdadero ser, aun encontró medio de chasquearnos. El miércoles a las cinco de la tarde pregunté por teléfono cómo seguía el enfermo

ilustre. Me contestaron muy mejorado. A las seis de la madrugada del día siguiente había dejado de existir.

Esta subitaneidad del fatal desenlace contribuyó también a que la noticia resonase y entristeciese más. Cuesta trabajo siempre creer en la muerte; produce de ordinario estupefacción,--como si no fuese lo único seguro. Y el asombro redobla si el muerto estaba viviendo tan activamente como el maestro Chapí, que ha caído con la batuta en la mano, las notas en los labios, las ideas de composición hirviéndole y el rumor público estimulándole con el eco del aplauso y de la curiosidad despierta. «¿Será de esta vez cuando tendremos ópera española?»

*

Lo primero que descuella en la labor de Chapí es la fecundidad. La lista de sus obras llena columnas enteras de los diarios. Entre ellas figuran óperas, zarzuelas, sainetes, cuartetos, música de concierto y para banda militar. No he de reproducir ese catálogo nutrido: me contentaré con recordar lo más saliente y celebrado de todo; y, muy en primer término, la seductora Fantasía morisca.

Cada pueblo tiene en su alma notas musicales, combinadas según el espíritu y la índole peculiar de su modo de sentir. Hasta los salvajes poseen ciertos cantos, reflejo de su psicología rudimentaria y

violenta. El compositor que acierta a sorprender y fijar un momento ese género de belleza, expresión del modo de ser colectivo, ha conseguido identificarse con ese pueblo que ha interpretado. En España quedan tantos rastros de la dominación árabe, o mejor dicho, sarracena; es huella tan imborrable la del sentir poético de los moros, en una tercera parte de nuestro territorio--que no cabe nada más nacional que la Fantasía morisca de Chapí--como no sea la Alborada de Velga.

Y lo probable será que, cuando no se representen ya las alegres y típicas zarzuelas del maestro, se aplauda aún la Fantasía, que nos habla de afiligranados ajimeces, patios donde corren surtidores y florecen arrayanes, misterios de sultanas veladas tras de tupidas celosías, y calados camarines, por cuya techumbre salpicada de estrellas pasa la luz del sol sembrando el agua de diamantes. Los que acaso ignorarían el nombre de Chapí--con ser tan popular--no habrán dejado de tararear alguna vez, en vago anhelo de pasados días, de contemplaciones de una España romántica, la Fantasía morisca, melancólica y ardiente.

*

Y, después de la Fantasía acuden títulos de zarzuelas retozonas, sonrisa y alegría de la escena, regocijo de un año o embeleso de una hora... Sí; ¿por

qué hemos de incidir en la vulgaridad de desdeñar la zarzuela? En ella hemos descollado, y cuando se dice que nuestra música no logró imponerse en los mercados extranjeros, se piensa tan sólo en la ópera, como si los picarescos acentos de nuestra zarzuelería no hubiesen traspasado hace tiempo la frontera... Yo de mí sé decir que preferiría siempre una zarzuela graciosa y divertida a una ópera de las que no hacen época en la historia del arte. Una cosa es que sea entusiasta de Wagner, y hasta, con auxilio de lo que Valera llamaba «panfilismo», de Mascagni y Puccini, a quienes ahora es moda como chupa de dómine, maldecir lo mismo que si nos hubiesen traído la peste; y otra dar por hecho que hay más gloria en escribir, verbigracia, Roger de flor, que la partitura de La tempestad o del Puñao de rosas, en la cual flotan tantas reminiscencias de la voluptuosidad africana de La fantasía morisca

Chapí nos lega su verdadera personalidad en muchísimas zarzuelas que todos hemos escuchado, aplaudido, tarareado, reído y comprendido, porque eran parte de nuestro ambiente y de nuestra vida en los últimos veinte años, el período de esplendor del maestro, [con sus obras] Curro Vargas, A casarse tocan, El galope de los siglos, La cara de Dios, La leyenda del monje, Los lobos marinos, Mujer y reinas--con su sugestiva serenata, tan censurada como mil y mil veces

repetida por organillos, pianos, voces, hasta murgas humildes; El género chico, La venta de Don Quijote--una perlita, llena de detalles, demasiado fina tal vez para el público de todos los días; La peseta enferma, El puñao de rosas, otro acierto genial; La patria chica, Quo vadis?, La zarina, El rey que rabió--una verdadera joya de intención cómica y de gracia chispeante; El milagro de la virgen, El duque de Gandía, Las bravías, El tambor de granaderos, de patriótico humorismo; y, en estilo más serio dentro del mismo género, La tempestad y La bruja, donde campean temas de un sabor tan nacional, de un carácter tan especial de la región de los aquelarres, Navarra y las Vascongadas. ¿Y qué todo esto es paja, y era necesario que Chapí escribiese óperas? Lo ignoro; conste que me limito a formular una interrogación. «La quimera en los artistas, suele tomar esta figura para trastornarles; suele impulsarles a cometer empresas aparentemente de mayor empeño que las ya logradas,--y digo aparentemente, porque aquel poeta dolorido que se llamó Alfredo de Musset nos enseña que el asunto no es beber en vaso grande sino beber cada cual en su propio vaso. En el propósito de Chapí de crear la ópera española, fueron cómplices suyos tantos como suponen que es cuestión de amor propio nacional el que aquí se haga de todo. Idea, en mi opinión errónea, por lo que se refiere al arte, aun-

que sea muy exacta si se trata de industrias. Lo útil no es bello, y lo bello ni se importa ni se imita, o si se imita, pierde su mejor gala, que es sin duda la espontaneidad. Hablo de la espontaneidad inicial, la que determina la inspiración; pues de otro modo se me diría, y con razón, que Wagner no es espontáneo--y lo es de un modo obsoluto, a pesar de la enorme preparación científica y técnica que representan sus maravillosas creaciones.

*

Lo que voy diciendo no cede en mengua de Margarita, ni de las otras óperas dignas de elogio que en España se hayan compuesto o se lleguen a componer. Lo que digo es que Chapí, que demostró con esta ópera, y en otras ocasiones lo había probado, que conocía los secretos de la composición magistralmente,--donde ha derramado su rica vena es en zarzuelas y sainetes genuinos, y que esto no hay que lamentarlo y constituye una inferioridad, y que su vaso era así de castizo cristal de la Granja, con una leyenda o mote español entre los barrocos arabescos y astrágalos que lo decoran.

¡Qué pena, si el ilustre compositor hubiese sentido minar su existencia y abatir su ánimo el afán de realizar una tarea que juzgaba más duradera, grande y extraordinaria que la cumplida cada día con briosa

facilidad, para los escenarios donde tenía seguro el triunfo! ¡Qué amargo es a veces el brebaje que asegura la inmortalidad, y qué acongojado el suspiro hacia las alturas mientras al alcance de la mano están las victorias!

Sólo Dios puede saber lo que cruza por la mente del artista cuando imagina que está desperdiciando sus facultades en un producir forzado impuesto por las circunstancias, tal vez por la necesidad de atender al decoroso sustento de una familia numerosa,--y se figura que, dueño de sí mismo y sin traba alguna conseguiría escalar ese peñón del Parnaso, al cual sólo trepan muy pocos elegidos... Lástima grande habrá sido que tales cavilaciones mortificasen al fertilísimo productor, al que nunca padeció arideces de inspiración ni penurias de astro. ¿Dónde hay mayor satisfacción interna que la de no sentirse agotado, de llevar la boca al manantial y notar cómo mana fresco, abundoso? Chapí tenía caudal, vena, riqueza de temas; no se sentaba ante el piano que no fluyese la composición, varia, sabrosa, jugosa, sazonada. Esta facilidad láctea se advierte en su última obra, ligera, Los majos de plante. ¡Cómo contrasta su estilo jovial, chancero y chispero de Madrid con la desaparición del maestro!

Teniendo tantos años por suyo los escenarios que reportan popularidad, dinero (el repertorio de Chapí

era muy productivo; he oído decir que le daba un año con otro de quince a veinte mil duros), no se satisfacía sin embargo. Después del intento magno del teatro lírico,--aquella locura en que Berriatúa el empresario enterró una millonada en que los palcos costaban más que los del Real, en que el telón era de encaje riquísimo y en que se estrenó Circe sin resultado alguno, ante una sala semi vacía--tenía Chapí puesta la esperanza en Margarita la tornera. Los que la consideran una obra maestra, definitiva, explican el que todo el mundo no lo reconozca, alegando que el cuarteto era muy flojo, muy malo; que los ejecutantes deslucieron la partitura; y señalan otras deficiencias, de que la música no es responsable. Sin duda Chapí estaba, creo, ocupadísimo con su ópera, pues lo que cantaba en el delirio de la calentura, era la clásica zarabanda que bailan las comediantas del corral de la Pacheca, en el segundo acto--zarabanda anacrónica, según se ha demostrado, pues no hay noticia de que se bailase entonces. El antiguo músico militar, el discípulo del zarzuelero Arrieta, soñaba únicamente en la creación sublime, en la obra de «alto vuelo artístico»--y entre la fiebre letal, su alma se iba al sábado de las ilusiones, al gran sábado en que los individuos superiores cabalgan una escoba de oro y se dejan llevar por cima de las nubes, hacia los ideales.

*

Y era constante en él este afán, que alabo: es muy hermoso querer elevarse. Cuando hablé con Chapí, creo que por primera vez, fue en la boda de una hija suya con el cronista de salones y hoy aplaudido autor drámatico Casal; acababa de dar el obispo de Madrid la bendición a la pareja; la novia repartía entre las amigas el «azahar», y el padre, radiante de dulce vanidad al verla tan gentil y tan dichosa, bajo sus cendales blancos, sonreía,--cuando, por incidentes del diálogo, salió a relucir la empresa, mil veces anunciada, y comentada, de la ópera española. Y vi que los ojos del maestro se encandilaban, y que su cara expresiva revelaba una emoción íntima, delatadora de un pensamiento fijo.

--Es--exclamó--lo que más deseo en este mundo; y, si vivo, haré cuanto pueda para que no tengamos que reconocer la dictadura extranjera. Nosotros somos la nación que posee más cantidad de motivos populares, de ahí sale, luego la creación científica; sin esa base no podría existir. Cada provincia española guarda un tesoro de cantos, de bailes, de melodías, algunas realmente admirables. Además, en los archivos de las catedrales está la prueba de que nuestra música religiosa no tiene nada que envidiar a la alemana. ¿Por qué no hemos de conseguir en las formas modernas lo que

se ha conseguido en la tradición, en los siglos XVI, XVII, y XVIII?

Si sus palabras no fueron estas mismas debieron de ser análogas. Y hoy, ante la fosa recién abierta para el luchador todavía joven, yo repito la angustiosa interrogación: ¿Por qué?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

6

CRONICA

RECORDANDO A LARRA-EL TITULO DE SELLES*

(Para La Nacion)

Madrid, abril de 1909.

El centenario del nacimiento de Larra sacó de las penumbras del olvido en que aquí se esfuman hasta las mayores notoriedades literarias, un nombre ilustre, que conserva frescura y aureola de modernismo, pues Larra es del número de los escritores de quiene se dice: «Parece que no ha pasado un día por él».

En efecto, «Figaro», que consagró las mejores y más duraderas páginas de su obra a estudiar y a satirizar vicios sociales, vive por la profunda fuerza de observación que lo distingue; y como la sociedad que pulverizada y censurada y copiada con desolladora energía ha cambiado más en lo exterior que en lo íntimo, y lo íntimo es lo que merece la amargura del ironista y la atención severa del moralista, las de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 4 mayo 1909: 4-5. No recogido.

Larra no llevan el estigma de caducidad que pronto asoma en las obras demasiado peculiares de una época, y del cual no están libres ni retratistas tan gráficos como don Ramón de la Cruz y el «Curioso parlante».

*

Hay ridiculeces, preocupaciones, amaneramientos, errores, ideas y hábitos, que pertenecen a un momento dado de un pueblo determinado; y basta una frontera para corregirlos. Así las madamiselas, los usías, los majos, los petimetres, las mondongueras, las tripicalleras, los abates galantes y perfumados, los chisperos, los paletos de don Ramón de la Cruz, pertenecen a la España de casacón, y ya van siendo incomprensibles sin un poco de cultura retrospectiva. El «costumbrista» no tiene obligación de sorprender sino el aspecto de las cosas, lo que entra por los sentidos; el moralista y el crítico van más adentro, y, al través de las peculiaridades de un tiempo y una hora, llegan a la carne viva de la humanidad, con sus flaquezas perennes y sus invariables locuras. ¿Qué el moralista cae en los mismos yerros que censura? ¡Ah! Porque es hombre también él...

Cualquiera que sea nuestra admiración hacia Larra, no podríamos compararlo con Salomón, el primer pesimista y el primer «amarguista» del mundo... Y ¿acaso no sabemos hasta qué punto la vida de Salomón

estuvo en oposición flagrante con su alta y desdeñosa filosofía, con sus máximas sapienciales, con su moral grave, con su convencimiento de la nada de las cosas?

Pensaba yo en esto mientras escuchaba a los elocuentes oradores que en dos veladas consecutivas--la del teatro Español, patrocinada y organizada por el Centro de hijos de Madrid y la del Ateneo, dispuesta por la junta de gobierno,--disertaban acerca de Larra y trataban de explicarse por qué un hombre de tan claro entendimiento y tan penetrante discernir se había pegado un tiro por una mujer, lo mismo que cualquier hortera enamorado.--Yo no llamo en balde elocuentes a estos oradores--Lo son de verdad. La perorata de don Segismundo Moret, presidente del Ateneo revistió la acostumbrada pulcra fluidez y el tono de unción literaria que hace pensar vagamente en el predicador, un predicador muy refinado, un cardenal que habla desde un púlpito dorado y todo revestido de guirnaldas de talla. En Moret se unen la facilidad y abundancia del verbo. Y la estudiada distinción de los ademanes a las bien moduladas inflexiones del acento. Hay mucho de dotes naturales en Moret, y hay no poco de artístico y preparado. Cuando yo daba en la escuela de estudios superiores del Ateneo mis lecciones sobre literatura extranjera moderna, debí a Moret excelentes consejos sobre el modo de economizar el aliento y la voz, para

tener siempre bastante y no sufrir ahogo ni cortedad de resuello. Y así, con este conocimiento de la anatomía y fisiología de los órganos respiratorios, Moret habla durante horas, sin que se altere ni se roce su bien timbrada voz, ni se le imponga el frecuente sorbo de agua de los oradores exhaustos, que a veces buscan en el azucarado líquido la fuente de Hipocrene, manantial de inspiración.

En la velada del Español no fue posible decir si gustaron más las cuartillas delicadas salpicadas de sal menuda, de Benavente; el docto y serio, y sin embargo, ameno, estudio del sabio catedrático Bonilla San Martín; la primorosa y sentida alocución de Moret, o la honda elegía de Francos Rodríguez. No hablo de otras partes de la velada, porque llegué un poco tarde--aquí se suele llegar tarde a todo pero aun pude disfrutar de mucho.

Los oradores de esta velada tuvieron dos aciertos: el primero ser breves (porque no hay discurso hermoso que el público siga con interés, si se prolonga arriba de media hora); el segundo, ser diferentes, con lo cual se realzaron los unos a los otros, en vez de borrarse y confundirse.

*

Sólo había un punto en que coincidieron los del Teatro, con los del Ateneo, y cuantos hablaron estos

días de Larra; el punto--ya se adivina--es el suicidio del gran escritor.

Dos particularidades noto en este suicidio: la primera, nadie sabe el nombre de la mujer por quien Larra se mató, la segunda, que parece contrastar el morboso sentimiento de tal fin, con la crónica burlona de tantas páginas de Larra.

Respecto al misterio que envuelve el nombre de la beldad (¿lo sería?) que costó la existencia a Larra, diré que ha ido espesándose con el transcurso de los años, pero que hace unos treinta y dos años el nombre se sabía perfectamente y don Antonio Bernal de O'Reilly, hijastro de Zorrilla el poeta, me lo dijo con pelos y señales en una de esas conversaciones evocadoras que substituyen a la historia y a la biografía literaria. Larra falleció en 1836, y Bernal me refería estas particularidades en 1875, habían transcurrido por consiguiente cerca de cuarenta años desde la tragedia, pero, cuando ésta ocurrió, Bernal, que ya no era un niño ni mucho menos en 75, podría tener la edad en que precisamente hace mayor impresión un suceso tan dramático, y en que se quiere saber de él cuanto cabe. Referíame con viveza la salida de la mujer fatal de la casa de Larra, acompañada de una amiga, la cual iba aterrada de la actitud del joven, sus frases fatídicas ante la ruptura. «No te

asustes»,--decía la amada: «del dicho al hecho...--Al llegar al portal, las dos señoras oyeron un castañetazo seco, estridente: era el disparo. La amiga quiso volverse atrás. La amada se resistió.--«Vámonos, vámonos, no quiero escándalo... Aprisa...»

La infeliz salvaba su reputación. Realmente la sociedad, tan severa, no tiene derecho a pedir cuentas a la mujer que defiende su fama. Entre la hipótesis que sugiere el irritante misterio, muchos presentan la de una Lucrecia, una inexpugnable virtud que Larra no pudo vencer, y que con sus rigores lo impulsó a la desesperación, como la pastora Marcela al pastor Crisóstomo. La observación de los hechos reales inclina a rechazar este supuesto. No se matan generalmente los hombres por las mujeres crueles y pedernalenas; no llega la pasión a nublar tanto la vista, si no ha mediado intimidad y lazo estrecho y no sobreviene un cambio que origina las demencias y los delirios. Se me hablará de Werther. Pero acaso hubo en Goethe que como sabemos escribió Werther para no suicidarse, para liberarse por medio del arte de la profunda tristeza de un amor frustrado, la prudencia de omitir algo esencial en la historia de su Carlota... Los amores blancos no suelen poner la pistola, en mano del desgraciado amador.

A la fama de Larra, o por lo menos a su prestigio entre la juventud que lo invoca como maestro, no ha

contribuido poco ese poético, aunque doloroso fin. Los admiradores de Lamartine le deseaban una bala, para evitar las decadencias, las diminuciones y las transacciones de una carrera larga y azarosa de escritor. Larra debe la mitad de su gloria--por otra parte tan merecida--a la bala.

Como que fue la bala la que lo afilió en una escuela a la cual no pertenecía, con la cual pugnaba su modo de ser: el romanticismo. Larra sería romántico por dentro y bien lo demostró; pero si nos limitásemos a leerle, sin conocer su biografía, lo contaríamos entre los clásicos de fondo y forma, por lo sujeto que él estaba el lirismo al análisis; por lo enjuto, sencillo y nervioso de su prosa, desnuda de ampulosidades y de digresiones; por su afición a los modelos del siglo XVIII. Al oír leer en el Ateneo versos de Larra, creyérase que era alguna composición de «Batillo» o de «Jovino», cuando no de Arriaza,--de esas en que un zagal o un mayoral lamenta los desdenes de una zagalilla, flor del Zurguén... Pero al que acaso hubiese sido con el tiempo el más declarado adversario del romanticismo--no se olvide que Larra murió a los veintiocho años--a los que probablemente, erigido con sobrada justicia en sumo sacerdote de la crítica si hubiese vivido, escribiría la censura zumbona del Don Juan Tenorio, como escribió la de

Antony--le consagró romántico la muerte, el amor, un frenesí igual al de Antony y al de Macías, y, en el momento mismo de ser bajado al sepulcro, le incluyó entre la hueste romántica la canturia melancólica de Zorrilla, todo melenas, llamándole «poeta» y «planta maldita», gimiendo su desaparición, y cantando su terrible suicidio.

Larra no era poeta. O al menos, no era la poesía su don principal. Quizá aciertan los que, como uno de los oradores de la velada, Aznar Navarro, ven en «Fígaro», ante todo, a un periodista genial.

¿Quién sabe si mañana llegaría Larra a ser una especie de Sainte Beuve? También el que usó el pseudónimo de «José Delorme» ensayó la novela, la poesía; también amó, y a mujer que pertenecía a otro hombre; también fue en sus mocedades sentimental... El talento de Larra, en su faz crítica, es más precoz que el de Sainte Beuve. La madurez lo hubiese sazonado, como sazona los frutos del entendimiento, secando los de la fantasía. Ciertamente se malogró Larra. Mirando la edición de sus obras, tan nutrida, reveladora de tan varias aptitudes hay que dolerse de la pérdida. ¡Veintiocho años!

Resumiendo, al celebrar el centenario de «Fígaro», reconozco que, para lo que da de sí el tiempo, no muy favorable a las letras, se hizo lo que se pudo. Una

lápida en la casa donde el poeta murió; dos brillantes veladas conmemorativas; infinitos artículos en la prensa; y, coincidiendo con esta fecha, o poco menos, un libro póstumo de Julio Nombela y Campos, que con el de Manuel Chaves, forma la contribución bibliográfica y el material consultable acerca de «Figaro» y su obra... Veremos cuando toma cuerpo, si llega a tomarlo, mi ya antigua idea de eregir un monumento al romanticismo español, y en él, al lado de Zorrilla, el duque de Rivas, García Gutierrez, Hartzenbush, y otros (que no todos son románticos quizá, como lo era Ventura de la Vega), figura Larra. Porque la discantación [sic] de las verdaderas tendencias literarias de los hombres de una época, a la crítica pertenece; pero el esplendor de un período se ve en conjunto, y elevar un monumento a los románticos, habría que admitir en él a los que, no siéndolo de escuela, lo fueron de corazón y de sentimiento. En este sentido, nadie más romántico que «Fígaro». He oído que se le reprochaba no haber amado lo bastante la vida. ¡Bah! Siempre sobrará quien la ame, y siempre será menos vulgar comprender, como dijo el gran Leopardi, la «gentileza de morir».

*

Otro suceso que algo atañe a la literatura, es la ley votada en cortes para que sea gratuita la revalidación de los dos títulos nobiliarios concedidos

a Alvárez de Castro, el defensor de Gerona, y hoy llevados por su descendiente Eugenio Sellés, insigne autor dramático.

El mismo criterio se siguió con los títulos de las familias de Velarde y Daoiz, insigne autor dramático. Gratuitos fueron también; y a la verdad, no merecía menos que los héroes del parque de Madrid, el tenacísismo y broncíneo don Mariano, el que a las indicaciones de rendición contestaba: «Cuando no haya que comer nos comeremos a V. y a los cobardes como V... y después... se hará lo que más convenga».

Importa saber que lo gratuito de estos títulos está en que puedan llevarlos sus poseedores sin abonar a la hacienda la contribución que antes creo que se llamaba de «lanzas y medias annatas», y hoy no sé si de «derechos reales». Porque algunas veces he oído decir «Fulano ha comprado un título», lo cual es un peregrino dislate. Los títulos ni se venden ni se compran; los otorgan los soberanos a su arbitrio, y claro que unas veces será más justa que otras la merced, pero todos los millones de Vanderbilt reunidos no comprarían el marquesado de Gerona. Por excepción las cortes pueden dispensar el pago del impuesto; para ello es preciso que concurran relevantes circunstancias, como concurren en Daoiz y Velarde y D. Mariano Alvarez de Castro.

Dadas estas circunstancias, hay que aplaudir la excepción. La patria tiene interés en que no se

extingan tan honrosos títulos, premio de nobles acciones, de proezas generosas, y al renunciar a la percepción de un impuesto, procede con el sentido de lo conveniente y de lo grande, que hace a los países dignos de respeto. No estoy yo habituada a encontrarlo todo bien, pero esto sí, y me agrada el precedente de desigualdad que existe, pues no hay nada peor que la igualdad a rajatabla, que es la mayor injusticia.

Doblemente me congratulo de que los señores diputados tengan un rasgo de originalidad, si recae en un hombre como Sellés, que también se ha ganado su fama, en otro terreno que el héroe gerundense. Sellés fue allá en 1885 y 86 el autor celebrado y discutido y su Nudo gordiano, sus Vengadoras alborotaron la escena. Autor dramático de altos vuelos, prosista castizo y de bruñida dicción, Sellés es de los académicos que ha entrado en la Casa de la Lengua a no maltratarla, y después de haberla honrado. Sea, pues en buen hora marqués de Gerona y vizconde de Orozco. También eso es nuestro pasado, como lo son los monumentos y las obras de arte, y tampoco eso debe dejarse perder, olvidar, destruir... No conozco mejor garantía de progreso que el cariño sincero a la tradición: ¡y la tradición de la guerra de la independencia está tan reciente! No cabe que nos la falsifiquen.

*

Y ya que he escrito el nombre de Sellés se me ocurre: ¿por qué habrá renunciado al teatro y casi a la literatura? Su carrera dramática había empezado con bríos al parecer insuperables. Era un dramaturgo de combate, «naturalista» decían entonces. ¿Qué razón difícil de adivinar cortó de pronto la vena, secó la pluma de un literato que ni ha llorado desengaños de las musas, ni desvíos del público?

Lo cierto es que Sellés, en estos últimos años, apenas produce; y es aún joven, y vive en Madrid, y tiene la prensa a su favor, y no creo que lo absorba otro género de quehaceres y tareas.

A veces estrena algo pero sin ruido, en escenarios distintos de los que antaño alborotó con sus obras. Creo que la última lanza que rompió en el Español fue un arreglo de Shakespeare, el drama Marco Antonio y Cleopatra, lujosamente presentado. El público nuestro, público sorprendente, que se ríe de los peces de colores lo mismo que de Shakespeare, Lope y Calderón, rechazó la obra, igual que rechazó más tarde entre bostezos Cuentos de amor, también de Shakespeare, arreglado por Benavente. Este no paró mientes; Sellés se había disgustado. Tenía razón, pero hay casos en que vale más tener indiferencia...

Sea por lo que quiera, Sellés ya no trabaja, o trabaja poco y como de mala gana. ¿Se decidirá el

marqués de Gerona a refrescar los del autor del Nudo gordiano y Las esculturas de carne?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

7

CRONICA

TEATROS Y PUBLICO*

(Para La Nación)

Madrid, mayo de 1909.

El libro que acaba de publicar el inteligentísimo director del Heraldo de Madrid, Francos Rodríguez, me obliga a fijar la atención sobre el asunto a que responde el título: El teatro en España. Distraída por otras cuestiones y pensamientos, confieso que no me había fijado preferentemente en el movimiento teatral de 1908 a 1909. Este libro, que lo resume, me hace reflexionar un momento. La verdad es que he ido poquísimo a los teatros, en la temporada que ahora termina. Apenas habré asistido a doce o quince funciones, incluyendo los estrenos. El invierno se me ha pasado en el Real y en algunas tertulias y fiestas sociales.

¿Por qué no he sentido yo el afán habitual de seguir paso a paso las vicisitudes de la musa cómica

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 junio 1909: 7. No recogido.

dramática española? ¿Será que no me prometo grandes emociones de arte, dados el giro y las tendencias que van prevaleciendo?

Después de leer el libro a que aludo, estoy por creer que, en efecto, hay en mí una impresión de pesimismo, y poco o ningún anzuelo y embeleso en las funciones que la gente prefiere.

Vamos a ver... ¿qué he visto yo? El estreno de Las hijas del Cid... ya hace mucho tiempo; Rafles y Sherlock Holmes ¡por de contado! El ladrón ¡por supuesto! La Mentira del amor, Las de Caín, Señora ama y La montaraza de Olmeda. La escondida senda, Los majos de plante y La fuerza bruta... ¿Y qué más? Creo que se acabó... Ah, sí... Dos o tres noches de humorada, en Apolo o la Zarzuela, a ver trapos, lentejuelas, luces de Bengala y apoteosis, en revistas donde los hombres políticos o sus caricaturas, salen bailando matchichas [sic] o garrotines... Hay que tener en cuenta que soy una aficionada incorregible al teatro. Mi enfriamiento debe de reconocer alguna causa ligada íntimamente a su estado actual. No puedo por menos.

*

Cavilando, saco en limpio que tal vez influya en mi tibieza la misma abundancia, fertilidad y hojarasca tupida de nuestro teatro. Nos entera la estadística:

durante la temporada se han estrenado la friolera de 414 obras, que contienen 506 actos, sólo en Madrid, y 72 en provincias. Los autores suman 286, y 3 las autoras. En cuanto a los compositores de música, son 86. Si vale el refrán de que por mucho trigo nunca mal año, debiéramos contar éste entre los más venturosos para el arte escénico, y señalado con piedra blanca.

Y no obstante, ni en él podemos decir que haya aparecido una de esas creaciones que hacen raya, ni los ilustres dramaturgos que tienen sujeto por las alas al éxito volandero han producido en la temporada fenecida obras que superen a las anteriores, ni que acaso las igualen. Y, si se escuchan sus confesiones, lo que dicen bajo los dramaturgos, noto un tono de queja, como si se viesen forzados, no sólo a la producción precipitada, demasiado frecuente, sino a moldearse en las inclinaciones del espectador, que cada vez exige más contemporizaciones, cada vez quiere que le diviertan más, no llamando diversión a lo que le hace reír de infantilismo o llorar de sensiblería, y rechaza todo lo hondo, todo lo que puede intensificar la labor dramática o cómica... Una corriente les arrastra, y están convencidos de que deben nadar contra ella, porque se ahogarían. La masa sin nombre, sin cuerpo, sin autoridad, y casi sin conciencia ni de lo mismo que pide, se ha impuesto y ha traído entre sus ondas con-

fusas la desorientación, la incertidumbre, la timidez estética, la adaptación al vulgarismo imperante. Si es lícito un poquito de pedantería diré que habiendo sucumbido definitivamente el romanticismo al pasar de moda el teatro de Echegaray (que era la reacción o la cola romántica, prolongada hasta los últimos años del siglo XIX), como el público español no ha sido educado en la escuela del positivismo científico, no admitió la literatura dramática inspirada en el análisis crudo de los fenómenos de la realidad y pidió jaleo, chiste, broma, ingenio (a ratos); y una parte del pueblo, romántico aún, con trasnochado y tabernario romanticismo, pidió el melodrama comprimido, lo trágico de baja ley... De aquí las dos direcciones preferentes del teatro de ahora; para los burgueses y los que sostienen que «demasiadas desgracias hay en la vida y al teatro se va a divertirse», las comedias jocosas, con grajea de chistes de tirabuzón; para la plebe, los dramatistas en un acto; y, para todos las obras de exhibición de formas y escenografía, con música retozona, cuplés intencionados, aleluyas cien veces bisadas y variedades de añadidura. Lo único que no tiene colocación ni acomodo, es la obra de arte, o la obra de análisis social.

*

Es muy cierto que contra lo que voy diciendo parecen advertirse algunos síntomas aislados; por

ejemplo: El teatro poético, del cual siento no conocer Gerineldos, no por falta de deseo, sino porque cuando llegué a Madrid desde el campo, ya no figuraba en el cartel. Uno de sus autores, Cristóbal de Castro, es de nuestros mejores poetas vivos. La tentativa además me era simpática; porque entre transportarse al país del ensueño guidado por poetas, o visitar por centésima vez los barrios bajos, soportando hampones o chulas, lo primero es infinitamente preferible. La corta vida de Gerineldo parece indicar que la multitud no está por romances y libros de caballerías. Unos no lo entienden; a otros no les hace pizca de gracia... Todo eso de resucitar el pasado es muy bueno donde la gente conserva de él, en general, alguna memoria. Rostand no podría aquí haber ideado su Cyrano, o lo que equivaliese a Cyrano en la tradición patria. Un desvío profundo se marca contra lo que nace de la historia o la leyenda. Había una excepción a esta regla: el Tenorio. Y parece que también el Tenorio, este año, ha caído al pozo, no llenando, como solía, los carteles del tiempo de difuntos. La proscripción del romanticismo, ha alcanzado, por fin, al popularísimo drama sacro-profano, hasta hoy erguido, retador, gallardo y calavera, riéndose de los años y los cambios del gusto...

*

Por mucho que el escritor quiera imponerse al medio ambiente, es más fuerte siempre que «el señor Voltaire» el «señor todo el mundo». Y esta verdad se aplica principalmente a la literatura dramática, esclavizada, que no influida, por el vulgo a quien Lope aconsejaba hablar en necio, ya que se le da gusto así... No culpemos a nadie de ciertos estados, ya que habríamos de culpar a quien no puede ser ni juzgado ni castigado; al matador del Meco; al Proteo, al camaleón, a la fiera, al «moreno», a ese ente cuya realidad pudiera negar un escolástico; ¡al público!...

Y el monstruo, no cabe duda, prefiere, no sólo lo jacarandoso y divertido, sino también algo novísimo (aun cuando pudiesen encontrarse sus precedentes en los romances del guapo Francisco Esteban y en los de los Siete Niños de Ecija): las comedias de ladrones, timadores y estafadores elegantes. «Raffles» y Sherlock Holmes» han sido los que ha engordado las taquillas. ¡Con decir que tardé semanas en encontrar un palco, y que en el teatro no se cabía! No he visto aprobación tan unánime. Se oía repetir por donde quiera: «¡Es graciosísimo!» «Está divinamente hecho!» «¡Qué interesante!» «¡Precioso!», etc.

Las frases de los espectadores, a la salida de la función, dan una nota mucho más fiel que las críticas periodísticas, respecto a la complacencia con que puede

haberse oído una obra. Son la clave del porque ciertas obras que los diarios ponen en las nubes, desaparecen del cartel tan pronto, y otras, no muy alabadas persisten. Sobre todo, tiene la suerte asegurada la comedia que divierte a los niños, y al través de los niños, a papás y mamás. El público de las funciones de tarde, es el que afianza los éxitos de taquilla. Y los ladrones «smart», las cartas que se pierden y se recobran los polizones de buen olfato que desbaratan las maquinaciones de los criminales, han conseguido encantar hasta las amas de cría. Bajemos la cabeza...

Alguien ha objetado a las novelas y comedias policíacas su inverosimilitud.

¿Existen en el gran mundo esos cacos vestidos de etiqueta y metidos hasta el cuello en la buena sociedad? Existir, existir... Todo existe y de todo se pueden citar casos, muy raros, pero auténticos. Aquí, en Madrid, años hace, ocurrió algo muy análogo a ciertos relatos de Conan Doyle; lo único que faltó para la semejanza, fue el polizonte o «detective» capaz de descifrar el enigma. Una señora acababa de realizar el sueño de poseer un hilo magnífico de perlas, que le llegaba a la rodilla. Aunque rica, la señora había tardado en reunir sus perlas, que en realidad valían mucho más de lo que habían costado; dícese que las tasaba el joyero en ochenta o cien duros. Una noche se

las colgó del cuello para lucirlas en el teatro. A su lado, en el palco contiguo al suyo, estaba una familia de extranjeros de la «high-life». Alabaron las perlas, y las sopesaron marido y mujer, admirándolas. A la salida, el marido puso el abrigo a la dama de las perlas y la ofreció el brazo para ir hasta el coche. Al subir a él dio un grito la señora: acababa de notar la falta de su hilo. Avisada inmediatamente la policía, registró a mucha gente de aspecto sospechoso; en cuanto al extranjero, de germánica procedencia, pasó derecho, altivo, y sin que naturalmente nadie pensase en él... Cuando se supo más tarde cierta extraña serie de sucesos que divulgaron los periódicos, la aparición de objetos riquísimos, robados en diferentes puntos de Europa y ocultos en un castillo pertenecientes al extranjero, por la imaginación de algunos cruzó el recuerdo del hilo esplendoroso perdido, y que jamás volvió a aparecer... ¿Se relacionaría un hecho con los demás hechos tan singulares, tan género Conan Doyle? ¿Se explicaría así el misterio del collar?

*

Insistiendo en lo referente al teatro, mucho habría que decir si examinásemos los planos y proyectos que se refieren a la creación del Nacional, pero por ahora nada se ha hecho sino votarla en cortes, y será preciso esperar a ver qué rumbo toma. No cabe duda que

esta providencia del gobierno ha sido en gran parte inspirada por el convencimiento de que es cuestión de decoro para España poseer al menos un escenario donde la preocupación esencial no sea el lucro, sino el arte, el respeto a la gran tradición de oro y el propósito de alentar las formas artísticas nuevas que aquí puedan aparecer. Esto, dicho así está perfectamente y no podemos sino batir palmas, por anticipado. Lo malo será que el diablo lo añasque, y se forme en el teatro llamado a alentar el arte ese «Katipunán» que convierte en feudo de unos cuantos señores infinidad de instituciones y corporaciones cuyo espíritu debiera ser el que presidió a su fundación, y no el que le infundan los vividores y los aprovechados.

Un teatro nacional, en España debiera darnos a unos cuantos aficionados que por este concepto valemos más que el resto del público estragado y entumecido regalo de oír alguna vez a Lope, a Tirso, a Guillén de Castro, a Calderón, a Rojas. Los que no pensasen así, que se quedasen en casa o se fuesen a solazar y regodear con la sicalipsis, los tangos, los coros de vistosa indumentaria, o a estremecerse de gozo con las obritas tendenciosas, en que salen beatas diabólicas y beatos maléficos. Beranger decía que su ideal era una república en que hasta a misa se pudiese ir. Mi ideal teatral es que podamos hasta ver representar La vida es

sueño una vez al año, aunque en Alemania se represente con frecuencia suma; y si me dejan que refresque en mi espíritu las bellezas de El alcalde de Zalamea, de El castigo sin venganza, y otras obras proscriptas ya de los escenarios; y si me permiten que salgan a relucir el Drama nuevo, Traidor, inconfeso y mártir Serra y Bretón, Moratín y aun Ayala, declaro que miraré con indulgencia a los idólatras de las mallas, las decoraciones sensacionales, las coplillas y los bailes de cadera y vientre. Ello tiene que haber para todos los gustos...

*

En principio aprobamos explícitamente el proyecto de una escena noble, seria selecta, que excluya farsas y bufonadas, ñoñeces y prosaísmos. Ahora falta ¡poca cosa! que esa escena responda a su fin...

Nada cabe predecir. Cabe temer siempre mucho de la intriga, del favoritismo, de la inepcia del apocamiento estético. Y no temo únicamente a los que dirigen los cotarros; temo también a ese impersonal enemigo de la belleza y de la profundidad, de la originalidad y de las obras bravas, que se llama público y que abre una boca de a cuarta cuando se representa la «comedia famosa» del clásico insigne... ¡Qué haría si, suponiendo que tuviésemos grandes actores para la tragedia, llegasen a representarse

Medea, Edipo, Filoctetes, Prometeo, Los bandidos, y La ley del talión! No lo quiero ni pensar. Nos insultarían a los que osásemos insinuar siquiera que entendíamos el argumento como nos abuchearon las primeras veces que oíamos Valkiria y la alabamos...

Así como se ha educado el gusto respecto a Wagner, pudiera educarse en lo relativo a Tirso y Lope... Hay que decir: «Mientras respiro, espero». Entretanto, sigamos a honesta distancia de tanta obrilla baladí como se estrena y dura apenas lo que las rosas puestas en agua, para que no digan que es exageración... cuatrocientos y pico de autores, son demasiados para que se aprenda ni su nombre, y su multiplicidad estorba al querer distinguir a los que por fuerza algo traerán en la mente. Hay una juventud briosa y que empieza con arranque; hay tres o cuatro autores que sin ser viejos--no lo es Benavente, y los Quintero casi son unos muchachos--han llegado a fijar la rueda de la fortuna; hay elementos, convenido... Y a veces diríamos con el poeta italiano: «Ma la gloria non vedo...» Es decir, no veo las obras fuertes a la altura de la nombradía justa de esos escritores, en relación con sus facultades; no veo la idea niveladora la fórmula de arte vibrante y terrible, que nos subleve y nos conmueva, que nos arranque de la llanura y nos lleve a los Sinaís...

Ahora que me voy a Francia, a respirar el aire parisiense, me fijaré en los teatros. Tal vez sucede en casa del vecino lo mismo que en la propia. Desde luego, de actores y actrices creo que no andan muy bien. La muerte, la vejez, hicieron estragos. Sara Bernhardt va contando demasiadas navidades. Deseo ver por mis ojos cómo se burla de ellas (si es que se burla) en su papel de mancebillo adolescente, L'Aiglon.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

8

CRONICA

LA EXPOSICION DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJER...*

(Para La Nación)

Madrid, mayo de 1909.

Cuando digo de mujer, traduzco literalmente el título del catálogo, pero debo corregirlo: son retratos de señoras, damas, princesas, duquesas, reinas, favoritas reales, artistas eminentes, y en eso consiste gran parte de su encanto, de la sugestión que ejercen sobre París, donde me encuentro desde hace pocos días.

A ninguna hora de las que permanece abierta, se hallará solitaria esta exposición de las elegancias muertas y las bellezas convertidas en polvo. La sala del juego de pelota en el Jardín de las Tullerías rebosa, atestada de mujeres de hoy dignas de ser retratadas por los pinceles de ayer. A veces, observando esta multitud refinada y perfumada, que habla con vocecitas dulces y plateadas entonaciones,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 14 junio 1909: 5. No recogido.

que ríe desgranando perlas y anda rítmicamente acompañada del suave murmurio sedoso de las enaguas, parecido al de la lluvia primaveral en las hojas nacientes, pienso que se mira en los retratos antiguos como espejos, y que la seducción de antes, las coqueterías que en otro tiempo arañaban los corazones, son ligera antorcha de oro que las generaciones femeninas se pasan de mano en mano y cuya llama no se extingue nunca. La tatarabuela sonreía como sonríe la tataranieta, y esas lindas formas desvanecidas, acultas por el velo gris del sepulcro, resucitan y vuelven a inquietar el espíritu como lo inquietaban antaño...

Hay que reconocer, no obstante, que en todo tiempo existió la hermosura, pero no la gracia, no el encanto cautivador. Este filtro empieza a destilarse hacia fines del siglo XVII y se quintaesencia en el XVIII, en Francia. Claro es que saco esta consecuencia de la contemplación de la obra de arte; sería difícil beberla en otras fuentes. ¡Las bellas han muerto!

Mirad los grandes retratos del siglo XVI, o para precisar más, del Renacimiento. En algunos de ellos (baste recordar el de la Gioconda) encontraremos un tipo de perfecta hermosura, que tiene algo de helénico y mucho de sagrado. Lo que no existe entonces es la gracia, lo que flota en torno de lo bello, lo que en nombre de un severo criterio estético puede condenarse,

pero que ejerce sobre los sentidos, y sobre el alma, a través de ellos, acción triunfadora. Cabría decir que hasta que nace este género de belleza no nace en el arte la mujer. La edad media presintió su advenimiento, con las esbeltas damiselas de tallo de azucena que se ven en los misales y en la tapicería de la Princesa del Unicornio; el paganismo resucitado estancó esta corriente; se necesitó la decadencia, la molicie, la afeminación, el creciente abandono de la viril religión de la fuerza para que podamos extasiarnos con las deliciosas corrupciones y los sentimentalismos voluptuosos que representan los retratos de la exposición de la Tullerías...

*

Ante todo, convien saber que la exposición llena un fin caritativo. La ha organizado la revista Arte y Artistas bajo el patronato de la reina de Inglaterra, a beneficio de la sociedad de socorros a las familias de los marinos franceses naúfragos. El comité inglés lo componen personas de muy alto coturno en aristocracia y con competencia artística: ministros directores de museo, profesores de estética, críticos de arte. Otro tanto puede decirse del comité francés; pero el alma del asunto parece que ha sido M. Dayot, inspector general de bellas artes, uno de esos señores tenaces y optimistas, que conciben una idea y no se desalientan

cuando les anuncian los obstáculos que van a impedirles realizarla. No hizo caso M. Dayot cuando le dijeron que no les daría la gana a los coleccionistas de prestar sus joyas y consentir que pasara el estrecho para figurar en una exposición en París. Siempre se corre un riesgo al entregar objetos tan preciosos (que se lo parecen más aun al que los posee, al que los ha heredado quizás como memoria de sus antepasados.) Sin embargo, la perseverancia de M. Dayot triunfó. Debo añadir que más difícil me hubiera parecido juntar los Burne Jones y los Rosetti que hemos admirado en la exposición de 1900. Son pinturas doblemente raras, de mayor significación dentro del desarrollo del arte moderno y sus dueños serán de fijo esteticistas un tanto egoístas persuadidos de que la belleza no se ha creado para las muchedumbres. Sin embargo, se reunieron y se trajeron a Francia las obras maestras prerrafaelistas. ¿Por qué no se había de traer los Hoggarth, los Gainsborough y los Reynolds?

*

Y ahora, después de la fiesta visual de tan sugerentes retratos, la conciencia manda declarar que muchos son medianos y que entre los mejores ninguno llega adonde llegan las pinturas indiscutibles que graban huella profunda... Me desestimaría a mí misma si en esta exposición donde confieso que domina lo

atrayente, lo capcioso, lo ornamental para salones y gabinetes de palacios, sintiese la impresión honda, violenta, subyugadora, que producen ciertos retratos de Tiziano de Van Dyck, de Rembrand, de Franz Hals, de Goya y de Velázquez. Esto es bonito, ¡oh!, lo supremo de lo bonito, reconozcámoslo. Pero en la tierra y en el cielo hay más que lo bonito; y sin pretender que deba cultivarse lo feo, sostengo que lo feo recio y sincero es arte grande y soberano. ¿No son arte los Bobos de Velázquez?

Hecha la profesión de la fe, miremos tan gentiles imágenes, tanta deidad envuelta en sedas, rasos, encajes y pieles; y, otro arranque de franqueza, advirtamos también que no todas estas señoras son guapas. ¡Qué habían de ser! Sobre todo en la sección inglesa, hay cada feróstica... Ahí están las dos hijas del pintor Tomás Gainsborough, Mary y Peggy. Agotada en su tocado y en la reproducción de sus rasgos toda la idealidad del padre y del artista, no ha logrado disimular la fealdad de los modelos. No digo nada de Carlota Sofía de Mecklemburgo Strelitz, esposa de Jorge III. Difícilmente habrá mujer menos favorecida por la naturaleza ni tampoco más distinguida y aristocrática, con más raza, con más sangre azul. La propia desventura heredó la hija de Jorge III, la princesa Amelia, retratada por Ronney. Parece el coco, un coco muy fino y noble y muy señorial.

De cincuenta inglesas que forman la sección, no es aventurado asegurar que veinticinco elegirían otras caras, si cupiese elegir. No es cosa de repetir, por rutina, que la exposición de los cien retratos es un desfile de beldades.

En cambio, sostiene el pabellón de la hermosura británica un retrato de Gainsborough, La señorita Sparrow; otro de Hogarth, La señorita William James; otro de Hoppner La condesa de Vadergrave; el ideal lienzo de Lawrence Mme Maguire y su hijo Arturo Fitz James; la monería de Owen que no lleva más nombre que el poético de Las dos hermanas; el adorable retrato de Lady Georgina, condesa de Spencer con su hija. Dominando a todos los demás, no en concepto de pintura, sino por la hermosura del modelo, el de Romney que reproduce las facciones y la escultura viva de la célebre lady Hamilton la amiga de la reina de Nápoles y la amada del gran Nelson, que por ella perdió el juicio y hasta dicen si el honor. Lady Hamilton no es una beldad de género travieso, melancólico y tierno de los modelos de Reynolds y Lawrence. Su hermosura es equilibrada, fuerte, de romana de Fornarina. No se halla un defecto en la que fue mostrada de pie, sobre una mesa como viviente encarnación de la diosa frigia.

Y, aunque los maestros ingleses posean elegancia distinguida y seria; aunque sus mujeres ostenten ese

afinamiento casi etéreo de la flor de estufa, es preciso reconocer que los franceses, en este ramo de la gracia femenina se dejan atrás a cualquiera. ¿No es cierto que sólo los nombres de Boucher, Fragonard, Greuze, Largilliere, Nattier y Vanloo, bastan para evocar una serie de imágenes exquisitas para que surjan madrigales y elegías, galanterías, ingeniosidades y ternezas propias del gran siglo de la mujer, del siglo en que el amor creaba estilos artísticos?

No conozco nada más sugerente que Greuze. No es un maestro poderoso; pero tiene una personalidad inconfundible. No creo que sus retratos se parezcan al modelo, toda vez que diferentes mujeres no pueden llevar en la cara la expresión de inocencia y de pudor curioso y asombrado que caracteriza a la niña de El cántaro roto, y la distingue entre las figuras artísticas de su época. Es indudable que Greuze, al retratar impone su tipo. Para decir cuál es el más atractivo de los Greuze de esta exposición, me vería en apuro, porque todos me parecen primorosos; lo mismo la Joven del cordero, que la morena y apasionada Viuda y la Joven en traje de vestal, maravilla de pureza y de inocencia soñadora.

Los retratistas de entonces tenían más frescura y viveza en la imaginación que los modernos. No se contentaban con reproducir la imagen de una mujer; la

convertían en símbolo, sacando de su fisonomía y de su figura todo lo que contienen una cara y un cuerpo humano. Así la que Greuze pintó abrazada al blanco corderito, la que representó envuelta en los cendales de vestal, ha adquirido una poesía y una significación que armonizan admirablemente con su belleza. Hay retratos de mujer aquí que son madrigales pintados, por ejemplo, una dama aparece cortándole las alas a un Amorcillo, que en vano pretende salvar su plumaje. En el culto de lo gracioso, peculiar del siglo, la mujer prescinde de todo reparo y descubre los tesoros de su cuerpo con tal monería púdica, que ni pretexto encontramos para condenarlas. Quizá esta dama que, evidentemente ha dejado caer las gasas de su corpiño para mostrar un escándalo de nieve perfecto como una perla, fuese una excelente señora--porque todo lo hacen el ambiente y las costumbres--¿No acabo de ver en Versalles la estatua paganamente desnuda de la virtuosa reina María Leszcynska?

Una sorpresa me ha salido al paso en la exposición con los retratos de David. Tenía a este artista por fríamente clásico, y en los retratos se revela apasionado y lleno de poesía interior. No hay más que dos: el de la hija mayor del pintor Ducreaux, prodigio de elegancia, y el admirable grupo de Lavoisier y su esposa. ¡Cuánta emoción en este grupo! También en el

siglo XVIII de complicada psicología, encontramos el poema del amor conyugal. El sabio está sentado ante una mesa, y su severa y noble figura se ilumina al cruzar la mirada con la de la joven que se apoya en el respaldo de la silla y le contempla con mezcla de admiración y su misión infantil y enamorada. El austero y sencillo traje negro del marido contrasta con las sedas azulinas, muy bien ejecutadas del vestido coquetón de la esposa. Es un retrato inolvidable, por lo que representa y por lo que encierra en su fondo.

El mago Boucher concurre a la exposición con dos imágenes de la santa de su devoción... que es madama de Pompadour. Por cierto que en una de ellas no está la Pompadour muy guapa. No es caso raro: encuentro aquí varios retratos en que mujeres célebres por su belleza más bien parecen feas que otra cosa. ¿Serían menos hermosas de lo que la historia dice? ¿Serían víctimas del pintor? ¡Pero cuando ese pintor se llama Boucher!

Mejor trata Drouais a la Dubarry. En cambio, no favorece demasiado a María Antonieta, ni aun como mujer elegante, el retrato en que viste de verde lagarto, con inmensa guirnalda de rosas hoja seca.

Un retrato chico, obra de un artista no muy famoso, cautiva mi atención un instante. Es una mujer rígida sin encantos, vestida ricamente de raso gris, y

que sostiene en la mano un papel lleno de signos algeabraicos.

¡La divina Emilia, la amiga de Voltaire, su acompañante en el retiro de Ferney, la comentadora de Newton! Todo un aspecto del siglo XVIII en el retrato; todo un movimiento intelectual significado por la dama entregada a las matemáticas sublimes... y al cariño del hombre de la ironía del demoledor! Tal vez este retrato mejor que los de reinas favoritas, contenga la explicación del año 93!

Un desencanto como beldad, es el retrato de la célebre duquesa de Polignac, la odiada favorita de María Antonieta, su compañera de diversiones y alegres bromas juveniles, en los felices tiempos del pequeño Trianón. La duquesa retratada nada menos que por madama Vigée Lebrun, que ocupa aquí, y donde se presenten retratos de mujer, un puesto de los más altos,--es una criatura insignificante, de sonrisa que nada dice; una figurita gentil de pastora de porcelana,--y lo único que la salva de la completa vulgaridad es su atavío, tan artístico que siempre será de moda: el «cotume a l'enfants»--la Vigée adoraba esta hechura--el ancho peinado de corona amplio sombrero de paja cuyas alas sombrean el rostro y el chal obscuro que envuelve el talle. Otra creación deliciosa de la Vigée representa a una mujer que tampoco es bella: la

actriz Dugazón, vestida deliciosamente de blanca muselina, con inmensa rosa en el alborotado pelo.

No es una pintora tan conocida y celebrada como la Vigée la que tiene en esta exposición un autorretrato y grupo con sus discípulas que me parece de lo más sugerente y seductor. Encarna el autorretrato la coquetería de la mujer, resuelta a conservar en sepulcro de oro su belleza embalsamada, desafiando a los años y a la muerte. La pintora se llama madama Labille Guiard, y se ha representado con el más divino traje y sombrero azul que pudiese soñar una «lionne» de hoy. Magníficos los pliegues de raso de la falda, y los plumajes gallardos del sombrero que envuelven y nimban el rostro hechicero. Está sentada ante el caballete, pintando, y detrás, como para realzarla, sus dos alumnas medio viejas vestidas de obscuro, modestamente. Parece una reina que pintara por capricho.

*

Y si hubiese de otorgar un premio al mejor retratista, noto que las concurrentes a la exposición se lo otorgaría a Nattier que fue una especie de Federico Madrazo del siglo XVIII. Debió de ser fecundo: sólo aquí hay ocho retratos de su mano, de prodigiosa distinción todos, descollando, el renombrado de la marquesa de Estampes, llamado del antifaz. Este

pintor resume el espíritu de su siglo en el retrato; es clásico, a fuerza de no serlo. Sus mujeres tiene manos de lirios y caras de rosa mañanera y nadie ha plegado mejor la seda y el tul en torno de formas todas igualmente mórbidas y modeladas por Cupido.

*

Al salir de la exposición, me dice un amigo parisiense, aficionado a los terribles sports actuales de aviación:

--El arte es sin duda, una cosa muy grande, pero la ciencia! Ahora se van a establecer comunicaciones diarias y telégrafos y alfabeto para que hablemos con los habitantes de Marte...

--¡Cuánta fe se necesita para creer en la ciencia!--exclamó, dirigiendo una última mirada a un retrato de Gainsborough.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

9

CRONICA

LA MUERTE DE UNA ESCRITORA*

LA VEJEZ DE UN ASTRO

(Para La Nación)

Madrid, mayo de 1909.

Sí; la pena es que mientras los edificios y los jardines van durando--a pesar de los estragos del «Metro»--las personas decaen hasta llegar al desenlace de las decadencias: la muerte...

En París he tenido que comprobar varias bajas. Era gente que se había «ido» mucho antes de mi llegada; pero ¿no percibistéis nunca esta extraña impresión? Cuando los amigos desaparecen y no vivíais en la misma localidad que ellos, el momento en que advertís de un modo vivo su falta es el de llegar a ese sitio donde los habéis tratado, donde formaban parte del ambiente y del bienestar de vuestra alma.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 23 junio 1909: 5-6. No recogido.

Ni el gran poeta Heredia, ni madama Blanc Bentzon, acaban de morir. Y, sin embargo, al volver a París los añoré. Reconozco la falta de lógica de este modo de sentir, por más que lo creo general.

Madama Blanc Bentzon--Th. Bentzon era su firma literaria--fue una escritora de valía y una señora cumplidísima y perfecta. Profesaba un feminismo aristocrático; escribía como un hombre y vivía como una dama, en su pisito modesto, frente a los inválidos. Enlazada con familias de antigua nobleza, tenía modales y hábitos en armonía con su nacimiento y el buen gusto y la delicadeza moral adornaban su distinguido espíritu. No por eso cultivaba la ñoñez, ni la timidez, ni el «azulismo», que en literatura son de mal tono, son cursis. Resuelta, y dotada de esa curiosidad intelectual que demuestra la agilidad del cerebro había viajado mucho y sacado gran fruto de sus viajes. El que hizo a la América del Norte, para estudiar y describir a las mujeres yanquis, produjo un libro que constituye un documento serio y sincero sobre las costumbres y el alma de un país. La visita a Tolstoi, en sus tierras de Rusia, inspiró páginas reproducidas por toda la prensa europea. Porque madama Bentzon al desempeñar las funciones del reporterismo, al practicar la entrevista y la conferencia dialogada, salvada la falsedad y el énfasis del género con la sinceridad de

su modo [de] ser, con la noción de respeto humano y de veracidad honrada que guiaba su pluma, con la culta transigencia de sus hábitos y con la lealtad de su intención. Supo entender y retratar al inmenso artista y al apostol visionario, por lo mismo que ni se proponía convertir a Tolstoi en redentor del género humano, instaurador de una sociedad nueva y perfecta, ni tampoco quería denigrarlo, como acaba de hacer una institutriz exasperada. Esa moderación, esa delicadeza características del genio francés, y que no deben confundirse con el esceptismo, orientaron a madama Bentzon al trazar la semblanza más afortunada y más seria que de Tolstoi existe. En aquel momento tuvo la aurora un relámpago de celebridad mundial. Esto sucedía, si no me engaño, hacia 1900. Después, sin que el talento declinase, declinó el organismo, la edad cargó con todo su peso, vinieron los achaques. El nombre se obscureció... «Elle était un peu oubliée..» me dice mi amigo René Doumic, el nuevo académico y eminente crítico. ¡Todo se lo lleva el diablo! O, para expresarlo con un adagio francés: «Tout passe, tout casse, tout lasse...»

*

Y habría que repetir esta afirmación, al salir del teatro Sarah Bernhardt, donde he visto a la famosa trágica en una de sus creaciones favoritas, L'Aiglon, de Rostand.

Puede sostenerse que el escritor necesita juventud,--si se entiende por juventud la frescura de la fantasía y la fuerza de la mente creadora;--pero todos sabemos que se han escrito obras maestras en el otoño y en el invierno de la vida. Lo indiscutible es que el actor pierde más en ser viejo, o para decirlo de una vez, lo pierde todo,--voz, figura, movimientos, resistencia;--y, si se trata de una actriz,--entonces, la edad será el dato decisivo.

¿No escucháis de continuo este diálogo: «¡Qué bien trabaja la tal o la cual!»--«Sí muy bien, pero ya es vieja... No va uno al teatro para ver vejetatorios...» Y, al hablar de Sara, se adopta el tono de respetuosa indiferencia con que nos referimos a las ruinas más o menos gloriosas.

*

Nunca fui yo incondicional admiradora de Sara: reconociendo su mérito y la original elegancia de su extraño tipo físico, ensalzando como es justo su arte en muchos respectos, la encontré siempre exagerada en la dicción, espirituada en los gestos, poco natural, en suma; siendo, a mi parecer, lo sublime del arte escénico aquello que más refleja la verdad y se acerca a la naturaleza, fuente de toda hermosura. Es Sara innegablemente artista, pero artista tocada de gongorismo y barroquismo, con sus puntas y ribetes de

modernismo, decadentismo, y otros «ismos» que no podrán encontrarse en la Duse,--por ejemplo.

Sara fue además una gran actriz que hubiese perdido la mitad de sus recursos y visto casi vacío su carcaj si no hubiese en París tan buenos sastres y modistas, y tan excelentes joyeros mueblistas, bordadoras etcétera. Con Sara colaboran infinitos industriales realzando su cuerpo de libélula por medio de invenciones y adornos que influyeron en las modas y obligaron a desesperarse a las otras mujeres, las que no tenían más saliente el estómago que el busto, que no carecían de sitio donde acomodar las entrañas, y cuyas extremidades eran de las dimensiones corrientes. Los trajes se discurrían a propósito para las formas insólitas de Sara, y el resto del sexo femenino que se las compusiese como pudiese; allá ellas.

A Sara se debió una completa evolución de la moda, lo que pudiera llamarse «la necesidad imperiosa de ser flaca». Se creó la ropa destinándola a las mujeres altas, delgadas y perniluengas, con exclusión absoluta de las que pesan arriba de sesenta y cinco kilos. Así es que la célebre «reina de Bizancio» consolidó su poderío por la moda por el plegado de las telas, el bordado bizantino de las estolas, las combinaciones de peluquería y zapatería,--todo lo que se llama accesorio, y que para ella desempeñó papel

principalísimo. Y las figuritas de «terracota» y bronce policromo que se venden en los bazares de lujo ostentaron el «galbe» de Sara, y tuvieron la flexuosidad de su torso, la prolongación de sus líneas irreales.

Cuando vino a Madrid la siciliana Mimi Aguglia, ¡qué de reflexiones me sugirió la comparación de su arte con el de Sara! La italiana no traía sino faldillas de jerga o percal. Salía peinada por el gato. Su calzado era plebeyo. ¡Qué reina ni qué...! Una «popolana», una golfa, como quien dice. Pero ¡de que manera trabaja la golfilla! ¡Qué realidad en sus gestos qué pasión en las salvajes inflexiones de su acento, qué desencadenamiento del instinto en su expresión y en su juego escénico, qué naturalidad portentosa! aquello no era representar; era vivir. Y yo me acordaba de los lujos y los refinamientos de la francesa, y veía en ella una encarnación de París, París hecha actriz, desplegando sus efectismos y sus monerías para el triunfo drámatico. Sólo que París no decae, y su Musa, su numen de antaño, su Sara... ha decaído lastimosamente!

¡Tiempo cruel, implacable Kronos, quién podrá luchar contigo! Sara te desafió muchos años, porque su esbeltez era la de un sutil chopo de los que se empinan en las llanuras de Castilla, y su carne no se

desbordaba, y su cuello permanecía largo, y su vientre no existía, y sus espaldas tenían la gracia de la gallarda mocedad. Se reía de ti la singular mujer, para quien no parecían transcurrir los lustros, y que bien cumplidos, según dicen, los sesenta, se atrevió a encarnar el personaje de un adolescente hermoso y airoso, el rey de Roma y duque de Reichstadt. Y tú aguardabas, Saturno duro y feroz, porque sabías que había de llegar tu hora, que se aplacaba la ejecución, pero estaba sentenciado el reo... ¡Más tarde, más temprano! Cuando vi a Sara esta vez, tuve la sensación dolorosa que nos causan las victorias del implacable...

En primer lugar, Sara debe de estar enferma. ¿Médula? ¿Reumatismo? No lo sé, pero por algo se apoyará así en los muebles, en los demás actores; por algo sus piernas, que fueron de Diana cazadora, titubean, semejantes a rollos de algodón en rama. La actitud de sufrimiento de la actriz no desdice del personaje que representa, puesto que el duque de Reichstadt se encontraba tísico cuando pudo ocurrir lo que, muy alterado y muy idealizado forma el asunto de la obra de Rostand. Pero yo recuerdo cómo hacía Sara L'Aiglon allá en 1900, y no puedo menos de advertir la diferencia. No es que ahora lo haga mal: tiene aún, en este papel que creó momentos de inspiración, sobre todo en los pasajes de melancolía resignada, y es

imposible decir con más sentimiento la triste frase: «Je déchire!» con la cual el mancebo renuncia a su juventud, a las emociones del amor, para consagrarse a las reivindicaciones de la gloria paterna... Pero en el papel hay mucho de brío, de juventud, de frescura--y todo lo poseía antes Sara. Era una delicia la escenita del Aguilucho con su abuelo el emperador de Austria--después de la cual el viejo, conquistado por tanto cariño y tanta elocuencia exclamaba:--«¡Quiero que reine este chico!» Hoy apenas se destaca esta escena capital. Sara ya no le presta la gracia, el impulso, la vivacidad de otro tiempo, y, además sus piernas... No hay que asombrarse: la escena con el emperador de Austria necesita piernas listas, ágiles, gentiles, porque a cada instante ha de brincar el Aguilucho sobre las rodillas o cabalgar en los brazos del sillón de su abuelo... Las piernas de Sara eran un hechizo, no por ningún concepto de estética femenina, sino justamente porque parecían las de un mozo de diez y ocho años,--largas, finas, de una elegancia viril. Hoy observo en la rótula de Sara hinchazón, en sus músculos pesadez: ha engruesado un poco, no con exceso, pero mal repartido, y desaparecido la armonía atrevida de su cuerpo andrógino, respecto al cual se han escrito libros enteros. ¡Aquella figura interesante de Aguilucho no la veremos más, y nadie volverá a encarnar

este papel como lo encarnó Sara!

¡Pues, y la voz! ¡Qué estrago en la voz llamada de oro, y seguramente de plata, por lo menos!

O el tiempo o el trabajo la han resquebrajado, perdiendo su puro cristal. Como sucede a todos los cantantes que declinan, ha conservado Sara notas de las mejores, ¡pero el conjunto! Faltan, sobre todo, extensión, plenitud, notas altas. Cuando hay que entonar una aria de bravura, se quedaba atascada, a no recurrir a cierto latiguillo, un redoble de erres, un molinete con el brazo. Entonces, precisamente se echa más de ver la diferencia. No pueden engañarnos estos recursos, ni es estético el redoble que suena así: «L'Emperrrrreurrrrr!

Y, con todo eso, la actriz conserva mucho de artístico que atrae y conmueve, que abliga a deplorar más su caso, cuyas melancolías y fatigas se revelan hasta en cierto descuido e indiferencia en los accesorios. Las dos veces que vi L'Aiglon antes de ahora, se atendía a la «mise en scéne». Hoy se hace como de mala gana. El baile de trajes, la audiencia del emperador de Austria, eran cuadros brillantes; actualmente salen pocas comparsas, y la indumentaria deja que desear. En el cuadro de la llanura Wagram, donde antes, por un oportuno artificio escénico se veía alzarse a los soldados muertos y ondular los cadáveres

como la mies, al mismo tiempo que se escuchaban los clamores de la batalla y el lamento de los moribundos, ya todo se reduce a cuatro gritos que pegan desde adentro y a una mediana decoración. Yo creí que sólo era en el teatro Real de Madrid donde poco a poco va suprimiéndose la escenografía, hasta dejar a Dinorah sin torrente y sin cabrita, al dragón de «Sigfrido» sin cuerpo, a las Valkirias a pie y al buque de la «Africana» sin virar; pero veo que en todas partes cuecen habas, y que la gran Sara también ahorra comparsería y efectos.

*

Me inclino a creer que tiene la culpa el feroz Kronos, el tiempo tragón y disolvente.

¡Grave problema para las artistas! Cuando han llegado a la cima de su reputación, cuando su nombre llena el mundo; cuando las consagramos--salta un enemigo peor que los envidiosos y los émulos, y les mina el terreno seguramente, traicioneramente! El cabello que se cae; el diente que se va; las junturas y articulaciones que se engarrotan; la planta que no pisa firme; la arterio-esclerosis que cuaja, por decirlo así, el hervor de la vida animal...

¡Qué pena a la hora en que el comediante es dueño de los secretos de su arte, y lo domina, y sólo le faltaría, para seguir triunfando, tener veinte añitos

menos! La mujer que ya conoce las entonaciones, los gestos de la pasión, se queda sin físico para hacer creer al espectador que puede inspirarla, y se oye, crudamente repetir: «¡Bah! ¡Sí, mucho talento claro... Pero es vieja ya!»

*

Y no veo quien va a substituir a estas tres o cuatro viejas admirables, Sara, Réjane, la Bartet--el día en que por cualquier motivo se retiren o las retire la naturaleza imperiosa.

No han surgido nuevas estrellas. No se alzan nuevas reputaciones. No nacen las herederas y los herederos de esa generación artística que raya en los sesenta... o en los setenta. ¡Y cuidado que no será por falta de estímulo por lo que no brotan en Francia comediantes geniales! A porfía los miman el público y la prensa; ganan sueldos muy considerables; y, para colmo de ventaja, no necesitan estarse aprendiendo diariamente papeles, pues las obras, aún las de menor cuantía, se eternizan en el cartel. Aquí está el Aguilucho, no diré que tan vivaracho, pero sí tan visitado como diez años ha... Y ahí tenemos, es decir, ahí no tenemos aún, a Chanteclair, con proporciones de acontecimiento europeo, gracias al enorme reclamo de la prensa francesa, que consagra a la vida teatral lo más lucido de sus columnas.

¿Qué ingenua de pintados ojos y boca teñida de bermellón; qué galán joven de raya bien sacada y de botines ultrachic tendrá probabilidades de llenar el vacío que dejará Sara y que dejaron los Coquelin, mayor y menor?

«¿Qui de nous, qui de nou va devenir un Dieu?--murmurarán estos actores que miran todavía al porvenir, y tal vez suponen secretamente indignados, que el ayer les estorba y les cierra el camino? ¡Ah! El ayer se quita pronto de en medio... Humo, humo; nubes que se desvanecen...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

10

CRONICA

LOS ENANOS*

Hay en París un jardín público, que forma parte del Bosque de Boulogne y que concedido para su explotación a una sociedad de accionistas, ha llegado a ser muy superior en el modo de estar cuidado y presentado al antiguo y hoy decaído Jardín de Plantas. Este se llama de aclimatación, y su fin es introducir en Francia especies nuevas de animales y vegetales, hasta conseguir que se propaguen y difundan por Francia. Y como la especie humana es también una especie animal en el jardín de aclimatación, después de visitar a los monos, a las grullas, a los altos flamencos melancólicos, a los canguros de brazo corto y larguísimas patas, a los faisanes, presididos por la estatua del naturalista Daubenton, y de cruzar el cochecillo tirado por cebras regocijo de la chiquillería,--es donde asistí a la exhibición de enanos de ambos sexos, para la cual se ha construído un

* Publicado en La Nación (Buenos aires, diario) martes 6 julio 1909: 7. No recogido.

recinto especial, una residencia privada, proporcionada en las dimensiones de la construcción a la talla de sus moradores. Sólo los circos y teatros han tenido que ser de tamaño natural.

Preguntando yo como se habían juntado tantos enanos--los suficientes para que se haya necesitado construirles una aldehuela--me dijeron que era una idea de industrial, una inspiración de empresario, que reunió a todos los enanillos que andaban esparcidos enseñándose, y aun algunos que no se enseñaban. Ha debido de costar un pico el traerse a toda esta gente menuda a París, aunque los ferrocarriles les cobren mitad de billete--que no lo creo.--A bien que ninguno tendría exceso de peso en su equipaje.

*

Lo primero que surge en nuestro espíritu, ante tal muchedumbre de enanos, es la idea maliciosa de que son niños que contrahacen el enanismo, si no todos bastantes de ellos. En efecto, los enanos del jardín parecen a veces viejos arrugados, y otras chicarrones de mucho desarrollo para su edad. Sin embargo, fiándose no se duda de que estamos contemplando seres fenomenales, casos de teratología. En algunos, no obstante está mejor caracterizada la monstruosidad.

Los profesores de antropología de París han estudiado detenidamente a los enanos, y sin duda habrán

deducido consecuencias curiosas e interesantes en el orden científico. Con todo eso, se me figura que para esta exhibición de Barnum, la llegada de algunos individuos de ciertas razas en las cuales según fama, existe normalmente el enanismo. Las hay, si no me equivoco en el Africa central, y acaso en las regiones árticas. La humanidad se ha obstinado siempre en mantener dos leyendas: la de los enanos y la de los gigantes. De éstos, en la América del Norte se ha creído encontrar hasta la osamenta. Los antiguos geógrafos, los viajeros de periplos semifabulosos dieron con sus relatos fuerza a la conseja, y la mitología y la fábula se esmeraron en adornar el tema con sus bordados de oro. La Biblia nos habla del gigante Goliath, en quien parece simbolizarse la fuerza vencida por la agilidad y la gracia juvenil de David. Y en nuestros días, los exploradores y los observadores vuelven a suponer que si no el gigantismo, al menos el enanismo puede manifestarse persistente en razas de las más inferiores de la especie humana.

*

En cuanto a los enanitos del jardín, son casos aislados, con carácter de anomalía, y, por lo tanto, deben considerarse como enfermos, o como monstruos. Y sin embargo, los hay muy bien conformados, de alegre fisonomía, de hechuras graciosas en medio de su tamaño.

Otros, en cambio, tienen una deformidad ridícula, de bufones regios. Siempre gustaron los reyes de los enanos. Montezuma, en su residencia, se había complacido en reunir cuantos pudo, y se hacía servir a la mesa por ellos. No parece muy grata la habitual compañía de feos enanos, pero ello es que antaño los señores poderosos nunca prescindían de estos fenómenos que Velázquez pintó y que en España se llamaban «sabandijas de palacio».

Lo curioso sería poder estudiar, no las caras, no los cuerpos, no la vida, sino el modo de ser mental y psíquico de estos liliputienses. ¿Será su estado habitual la alegría o la tristeza? Su marcado infantilismo hace suponer que viven contentos, entretenidos con puerilidades. ¿Sentirán los impulsos del verdadero amor, de los verdaderos celos, de la ambición, de la sed de gloria, de la cólera homicida? Aparte de las farsas que les hace representar el industrialismo de su empresario, para despertar la curiosidad de los espectadores. ¿Se desarrollarán, entre los liliputienses así reunidos como habitantes de una misma ciudad en miniatura sinceros dramas humanos, de infinito dolor y de gozo infinito?

Me inclino a suponer que nada de esto, como no sea en parodía y caricatura, sucede a los enanos. A proporción de la reducción de su estatura, se hallará

encogido y a medio desarrollar el cerebro, y el cerebro es el órgano de nuestra nobleza y nuestra desventura, es lo que nos distingue y nos destroza, es el fundamento, la materia prima del arte, de toda relación de sentimiento del progreso, de la aspiración sublime, del heroísmo. Con el cerebro se piensa, se quiere, se siente, se crea poesía, grandeza, crimen, santidad. El corazón, al cual erróneamente se han atribuido todas estas funciones, no se diferencia mucho en el hombre del de ciertos mamíferos. Se ha dicho del hombre que es la naturaleza hecha conciencia. La definición es exacta si se aplica al cerebro.

*

No negaré que los enanillos tengan su psiquis. Rudimentaria o no, la tiene hasta el idiota. Un elemento primario de la psiquis (incluso los animales) es la vanidad. Los enanillos gustan del aplauso; se engallan cuando se les prodiga; gozan al vestirse trapos de relumbrón: se pavonean al ser paseados en carrozas minúsculas, tiradas por caballitos de juguete, y guiadas por cocheros también enanos. Ese instinto vanidoso que tanto influye en los actos de la especie humana en general, no se diferencia en los liliputienses del de los demás hombres, sino en que lo manifiesten cándidamente, sin rebozo, sonriendo como criaturas.

Hay un enano que tiene sus pretensiones artísticas. Su aspecto es antes que de enano, de zangolotino. Grueso, fresco, rubio, parece un chiquillo inglés. Yo hubiese jurado que fuese tal chiquillo un bebé rollizo; pero me hicieron observar que a no tratarse de un caso de precocidad como el del pequeño Arriola, era imposible que un chico de unos cinco años--lo que el enano representa--pintase con tal seguridad y rapidez a la vista del público, y en muy corto tiempo, unos paisajes que seguramente no eclipsan a los de Claudio de Lorena, ni a los de Corot, pero son bastante graciosos y divertidos con sus efectitos de luna y sus celajes calientes. Tiene que ser un enano, y puede que no baje de los veinticinco a veintiséis años que le atribuyen.

Nada más difícil que fijar la edad de un enano. No sé si he dicho ya que su aspecto es de chiquillos o de viejos, y debí añadir que frecuentemente de ambas cosas. Tal sucedía a los célebres enanos españoles conocidos por los Niños de Pilas. Al pronto, en efecto, niños se les hubiese juzgado; o, por mejor decir, hombrecitos disminuidos por arte mágica, pero divinamente configurados y recortaditos. Mirándoles mejor, en sus caritas redondas, de una palidez de gordura fofa, notaba una senilidad caracterizada, precoz. La tez estaba arrugada, los párpados

abolsados, los labios tenían un temblor de chochez inocente, si cabe decirlo así. Y era dolorosamente risible esta mezcla de la infancia y de la senetud en rostros humanos. Generalmente, los enanos y los gigantes nacen predestinados a corto vivir: los Niños de Pilas ya no existen, según tengo entendido; y aunque no estoy segura de ello, parece confirmarlo el hecho de que no figuren en esta exposición.

Algunos de estos enanos lo son en la verdadera acepción de la palabra: otros son únicamente personas de muy corta estatura. La mayoría sin embargo, forma parte por derecho propio de la población de Liliput... los hay jorobados, retorcidos, de una fealdad de pesadilla: los hay hasta guapines; pero no se encontraría una fisonomía plena, con grata expresión de inteligencia y de reposo: en todas hay algo extraño, indefinible, que delata la anormalidad constitutiva. Son repulsivos y son cómicos. Ellos los pobrecitos, se afanan, no sólo por parecer bien, componerse y adornarse, sino por hacer muchas cosas de todo género, industrial y artístico. Una enana nos presenta chocolates, otra nos ofrece gotas de limón, ésta despacha porcelanas, juguetes de papel y de cartón, bananas, naranjas, regaliz... Y para una persona que compre, diez pasan haciendo un gesto de repugnancia y desvío. «Dan asco las golosinas vendidas por éstos»

oigo murmurar a mi lado. Y las pobres enanicas, muy emperejiladas, llenas de bucles, de lazos de arambeles, todas perfumadas, con coquetería irrisoria, retiran la mano con la cual presentan las tarjetas postales o la caja de fondán, [sic] y por sus caras revejecidas, deshechuradas, pasa una expresión de sufrimiento...

*

A la puerta del teatro-circo en que trabajan enanos, hay uno vestido de mujik ruso, con gorra de piel de carnero, tulupa, [sic] camisa colorada y altas botas. Su misión consiste en repicar la campanilla, para avisar al público de que va a empezarse la función. No he visto, ni en las visiones de Goya, cosa más espantable, más aterradora que este enano.

Es enteramente un gnomo, pero gnomo maléfico, y si el papel de «Mimo», en Sigfrido, no se cantase, si bastase la presencia, el homúnculo obtendría un éxito colosal.

Ofrece la particularidad de ser muy barbudo y peludo; los enanos son, con frecuencia, lampiños. Me acerco, dudando si será cabellera y barba postiza y a la clara luz del sol veo perfectamente que no hay arte de peluquería. La cabeza diminuta adquiere feroz expresión por lo aplastado de la nariz mongólica y la exuberancia capilar; apenas se le entrevén los ojos relucientes y negros. Me acuerdo de aquel otro mujik,

también chiquitito, también barbudo y chato, que Ana Karenina ve dos veces en su vida, y cuya aparición es fatídica.

Este fenómeno será de aquellos que vuelven durante el sueño a inquietarnos, a deprimir nuestro espíritu acongojado con la evocación de la fealdad completa, innoble, grotesca y trágica, como la de Cuasimodo.

Dentro, presenciamos la lucha de dos atletas enanos, que se agarran, se retuercen los miembros, se hieren a puñadas, sudan, se ponen color de langostino cocido, e intentan mil trampas y ardides para vencer, necesitándose que el juez de campo los llame al orden.

Una enana elegante, vestida a lo «dernier cri», con funda y sombrerón, recorre el teatro, sin que sepamos fijamente qué funciones desempeña.

Más tarde, en otro teatrillo, también de enanos, asistimos a las habilidades de varios cupletistas, bailarines y actores en miniatura. Es la vida entera de los espectáculos alegres reproducida por seres profundamente desventurados y reflexiono que el público, yo y cuantos venimos a reír las piruetas de una enana y los gorgoritos y falsetes de un hominicaco, somos exactamente como los reyes y emperadores, que gustaban de semejante deporte y cultivaban el enanismo, criándolo en sus palacios entre el azor y el perro de caza.

Y es que el género humano cambia muy poco: en lo íntimo puede decirse que no cambia.

Las democracias hacen lo mismo que hicieron los reyes: las democracias tienen sus bufones asalariados, y por un franco hemos comprado a la puerta el derecho de divertirnos con el espectáculo de una de las más tristes decadencias de nuestra especie...

*

Todo París concurre. Los niños pasan el mejor rato de la semana; el domingo les llevan a visitar a los liliputienses. Y las personas mayores disfrutan al venir aquí y tener la ventaja de sentirse grandes... por comparación. ¡Ahí es nada!

Sí, tal vez el secreto de que sea un espectáculo entretenido los enanos, esté en esa tendencia de nuestro egoísmo a compararnos y a felicitarnos de que nos hayan sido evitadas por la naturaleza ciertas marcas de inferioridad, ciertos estigmas humillantes. Involuntariamente pensamos: «¡decir que hubiésemos podido nacer así, nacer enanos nacer deformes!»

Muchos de los visitantes traban conversación con los enanos. Algunos de éstos no entienden: son rusos, son alemanes, son noruegos. Otros contestan en un francés adulterado, con fuerte acento inglés. Todos se esfuerzan por ser amables por afectar alegría. Nos anuncian que en breve se verificará la ceremonia del

casamiento de un enano con una enana, reclamo que se repite cada mes, y garantiza un entradón, con el afán de ver a la novia de blanco y al novio en traje de ceremonia, y a las demás enanas muy peripuestas de comitiva... Y fijo una mirada de despedida en estos seres humanos, que como otros muchos de estatura más elevada, viven de su propia pequeñez.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

A

LA OBRA PERIODISTICA
DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN
PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION
(BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATE

Volume II

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

11

CRONICA*

Ignoro por qué razones, el pueblo de Madrid, o al menos la parte de pueblo que yo pude interrogar sobre este punto concreto estaba interesado en que, de esta vez, la reina Victoria «trajese» niña y no niño.

¿Es que corrió la voz de que en palacio también se deseaba una infantita? ¿Es que de suyo, los madrileños, viendo asegurada la sucesión a la corona, querían contemplar, reclinada en el coche o en el automóvil regio a una chiquitina rubia? Porque los madrileños, que son el tipo más caracterizado de lo que en Francia se llama «badauds» y en castellano castizo papanatas, viven de mirar lo que no les importa gran cosa. A la entrada de los teatros; a la puerta de los saraos; por las tardes, en el largo trayecto de la calle de Alcalá, en toda su extensión hasta la plaza de toros; y a cada momento en cada vía, en cada plazuela, el pueblo madrileño devora su ración de vista--apoderándose con uno de los sentidos al menos, de lo que no puede poseer ni gozar...

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 3 agosto 1909: 5-6. No recogido.

Cuando la infantita crezca y sea una «baby» de tres o cuatro años, toda encajes de Valenciennes y lazos de «moire» rosa; cuando tenga bucles, ese imán de los chiquillos--el verla será un recreo para estos buenos madrileños de capa y hongo, para estas chulas, a las cuales se les sale el corazón hasta por los ribetes de la saya bajera, y a quienes la visita de una criatura pudiente y bien ataviada hace babearse de gozo... Así es que la bandera blanca y los quince cañonazos han sido muy bien recibidos por la multitud. Una mujeraza, de las de lunar de vello en la mejilla y ojos de lumbre, exclamó al ver la señal:

--M'alegro... Hombre, no paece sino que sus majestás iban a alistar regimiento, con tanto chico del seso feo como daban a luz... Ya teníamos gana de infantita, y es justo que se nos complazca...

*

La infanta viene y la maga se va. Hablo de Tina de Lorenzo, que nos ha tenido embobados, y a la cual nos vamos acostumbrando de tal modo, que sin ella nos encontraríamos mal.

Tina de Lorenzo, en Madrid, empezó como han solido los demás actores italianos--por tener el teatro semi-vacío. Poco a poco, el hielo fue rompiéndose y el arte de la actriz, y su hermosura, y sus ricos trajes--porque a Tina no le falta ninguno de los requisitos que

se exigen a una gran comedianta--atrajeron, con diversos estímulos, a los espectadores. Vinieron los abonos elegantes, los días de moda--y Tina se convirtió en la más popular de las actrices extranjeras. Esto, que afirmo, se demostró ayer, cuando, al finalizar la última función, La trilogía di Dorina, en que Tina hizo primores y bordó con oro, el público, esperándola a la salida, le tributó una ovación espontánea y entusiasta, agolpándose para verla pasar y aplaudiéndola una vez más, entre exclamaciones y halagadoras frases.

Nótese que la multidad que esto hacía ni era «claque» ni «tifus», como aquí se dice, y no sé si también en Buenos Aires... Aquí se entiende por «tifus» esa porción de espectadores que no han pagado la localidad que ocupan; y, los que aguardábamos a la Tina para despedirla cariñosos, a fe que no teníamos que agradecer a la empresa ni una entrada. Eramos aficionados, personas de la sociedad, gente formal y constante en concurrir sin interés de ningún género, más que ese desinteresado interés de lo bello, que nos arrastra generosamente.

*

Acabo de escribir «interés de lo bello» y, como yo soy, en esto de las restricciones y distingos, un poco de la escuela de Anatolio France, inmediatamente me dice mi conciencia crítica que haga máquina atrás...

Lo bello... No es posible, en una crónica, probar a definir lo bello, pero sí decir que, en arte dramático, lo bello no es el repertorio que este año prefirió la Tina. Nos puso a régimen de «vaudevilles» y farsas de obras asainetadas; nos privó de los grandes autores franceses, italianos e escandinavos, y, para un drama de Sudermann que nos dio, fue uno de los peores de este autor, L'onore. En estos últimos días un estreno, El escándalo, y me felicité: sería el interesante drama de Bataille, que acabo de ver en París, hecho por una actriz muy mediana, y que ahora iba a ver interpretado por la Tina, ¡miel sobre hojuelas! Y he aquí que al sentarme en el palco, al echar la vista al programa, me encuentro con la desagradable sorpresa de que hay otro Escándalo, de un señor Testoni, y asisto a la representación de una bufonada, con suegras de puntas, esposos que hacen travesuras, pero no quieren que se divulguen, quidproquos en fondas y todas las demás «ficelles» del género. Y me pasé la noche renegando, mientras el bondadoso público reía, reía, más consecuentemente que la marquesa del poema de Rubén...

De suerte que--lo confieso con pena--esta artista a veces, por no traer compañía a su altura, por dar lucimiento a su esposo, Falconi, o qué sé yo por qué, se ha concretado a lo cómico, semibufo. Lo que se

llama alta comedia; la moderna comedia dramática; las grandes obras clásicas; el teatro poético de d'Annunzio (del cual la he visto interpretar admirablemente, en temporadas anteriores, La Gioconda, por ejemplo), no salieron a relucir. Los periódicos se han quejado; pero el abono «de moda» en cambio, ha estado en el quinto cielo. El axioma es que «al teatro se va a reír, y no a llorar... Que bastantes disgustos se tienen en la vida, sin ir a buscarlos al teatro...»

El abono de moda se compone de la gente elegante de Madrid. La palabra elegante es de difícil análisis, y ofrece muchas anomalías. Elegante no es lo mismo que aristocrático; a veces es lo contrario; la sangre azul no da elegancia, y la elegancia no supone sangre azul. Distinción que hay que tener muy en cuenta para comprender algo de este tingladillo social. El dinero, no siempre, pero a veces, substituye a todos los azures, sinoples, gules, sables, argenes y otros colores y metales heráldicos, y desde luego bizarramente derrochado en automóviles, trapos y fiestas, ayuda a conseguir el diploma de elegancia.

Ahora bien: la elegancia, en este caso peculiar de la Tina, impuso dos clases de repertorios; el blanco y el verde. El blanco para los días en que concurren señoritas casaderas; el verde, para los días en que asisten señoras casadas.

Los días blancos se procura elegir obras que no ruboricen ni a la damisela más remilgada y púdica; los verdes, se admiten obras tan atrevidas como La sfumatura y La corsa al piacere. Es cierto que algunas veces, en los días níveos, se representan dramas como Romeo y Julieta, que aun expurgados de las crudezas que no omitía Shakespeare, y tal vez por lo mismo que han quedado, con el expurgo, más ideales y más soñadores, se me figurarían algo incendiario para los corazoncitos tiernos, si la época prosaica en que vivimos no hubiese acortado los vuelos y arranques de la pasión.

De fijo que la niña soltera de Verona, de la raza de los Capuletos, ha parecido extraordinariamente romántica y alunada a sus congéneres del siglo XX. Al demonio se le ocurre enamorarse así, y casarse de sopetón en la celda de un fraile sin «trousseau», sin vestido blanco con encajes y azahar, sin repartir en la quincena cajas de dulces... Vamos, que esa criatua estaba enteramente «de la jícara». Pues no digo nada de su novio, el tal Romeo Montesco, que por no ser, ni siquiera era socio de la Peña o del Nuevo Club...

*

En el fondo del descontento de las muchachas casaderas, late una queja que no carece de fundamento. ¿Por qué se las condena a no ver sino determinadas funciones? Bueno que no asistan, por ejemplo a la La

sfumatura; pero ¿es que deben asistir a la La sfumatura las casadas? ¿Se trata o no de una comedia con sal y pimienta rabiosa? Pues entonces, ni unas ni otras... ¡Digo, me parece a mí...!

Esto de que una mujer, al siguiente día de casarse, pueda, no sólo salir a la calle sin dueña ni rodrigón, sino presenciar toda clase de espectáculos, sean de la índole que sean, solivianta a las niñas, a los «ángeles de candor», como en broma las llaman.

Y acaso las solivianta más aun otro hecho: que los días verdes, y no los blancos, sean precisamente aquellos que escoge, para concurrir al teatro, la hueste de los galanes, de los «muchachos» que siguen siendo a pesar de las canas, las arrugas y los anuncios de ventripotencia, porque ¡es increíble cuanto tiempo se es «muchacho» y cuando se es también «joven escritor» en España!

*

Lo cierto es que entre blancuras y verdores, no nos ha dado la Tina casi nada de lo que más nos agrada oír... y ver (porque, lo repito, la Tina tiene muchísimo que ver; es de las mujeres más bellas, más seductoras que conozco).

Su cara varía según la edad que quiere representar; su cuerpo mismo parece evolucionar, siempre dentro de lo hermoso, según tenga que parecer

de niña o de mujer en la fuerza de la edad. Papeles de vieja no los hace nunca, y tiene razón porque nos daría pena ver desfigurada una cara tan de cielo. Es decir, ahora recuerdo que en el último acto del drama María Antonieta ya saca el pelo blanco y procura imitar el interesantísimo retrato existente en el museo Carnavalet de París, que representa a la infeliz reina en los últimos tiempos de su vida, prisionera en la Conserjería y marchita, como espiritualizada por tanto sufrimiento. También en otro drama, La segunda mujer, no recuerdo ahora el nombre de la autora; pues autora y no autor, sale Tina envejecida por la desgracia y vestida pobremente. Creo que es entonces cuando parece más encantadora. La finura de sus facciones y la nota de sentimiento que tan fácilmente adquiere su cara, destacan mejor en papeles semejantes.

No es Tina de Lorenzo tan trágica como la Duse. En cambio la Duse, «ne bella, ne giovane», según la terrible frase repetida en Il Fuoco, es como nuestro Antonio Vico, una actriz muy desigual, tal vez por causa del estado de su salud, pues difícilmente se representa bien cuando se está enfermo... Yo he visto a la Duse las cuatro obras que dio en Madrid la última vez que estuvo. En alguna me electrizó y en alguna me pareció absolutamente inferior a su renombre. Es evidente que cuando me sucedía esto último, la actriz

se encontraba bajo la influencia de algún padecimiento de esos que no obligan a guardar cama, pero postran energías, incluso las nerviosas, con las cuales se crea el arte...

La Tina presenta, entre otras condiciones de actriz íntegra, un admirable equilibrio físico. Su corazón, sus pulmones, su estómago, deben funcionar feliz y normalmente, ayudándola a que lleve con gentil desembarazo el peso de un trabajo ímprobo. Yo no creo que Tina sea del número de las artistas a quienes se puede repetir lo que Alfredo de Musset decía a Malibran; yo no creo que Tina se emocione, sienta hondamente, se conmueva hasta el dolor; no; yo creo, al contrario que hay mucho en ella que queda fuera del papel que está representando. Y, sin embargo, es imposible representar con perfección más absoluta, ni causar impresión mayor de realidad.

*

Y aquí otra vez mis restricciones. Cuando digo realidad, inmediatamente acude a mi memoria la gran compañía realista hasta el tuétano, de los sicilianos; la compañía Aguglia Ferrau, lo primero porque pregunté cuando supe el terremoto de Mesina, pues sentiría más su pérdida que la de cuanto edificio arruinó la catástrofe... El realismo de Tina no se parece al de aquellos originales y notabilísimos actores. Tina es

clásica, dentro de la verdad. No es como Mimí Aguglia, un temperamento desencadenado, la fuerza animal del instinto en todo su sombrío esplendor. Hay momentos en que ciertas obscuridades del alma, ciertos aspectos emocionantes que no morirán nunca aunque la civilización los vele o enseñe a disimularlos, aparecían relampagueantes en el arte natural de la compañía siciliana. Las escenas populares y campestres--que Tina no hace nunca--producían, representadas por Mimí y Ferrau, una impresión tremenda, inolvidable. Los actores trabajaban, no sólo con la voz, los brazos y el rostro, sino con todo el cuerpo, con un desate de movimientos, una vehemencia de actitudes, que me recordaban, tal vez por la similitud que hay entre los tipos primitivos del hombre, a Sada Yacco y sus actores japoneses.

Y, sin embargo, no existen obras en que Tina, más deliciosamente, nos entretiene e interesa, que supere en emoción a algunas de las que he visto a Mimí Aguglia. Por ejemplo, la tremenda Malia, en la cual dijérase que el soplo de la antigua fatalidad nos hiela en las venas la sangre.

Es indiscutible, los italianos son los mejores actores del mundo. Casi me decidiría a decir, en vez de «los italianos», «las italianas». Porque en la mujer, especialmente--según la ley etnológica que hace que la

mujer conserve mejor que el varón las energías y virtualismos de la raza y hasta lo genuíno de los idiomas--es en quien se perpetúan ciertas aptitudes peculiares, que el varón tal vez desdeña.

Mujeres y niños, en las compañías italianas, descuellan, descuellan generalmente sobre los actores adultos. En la compañía Ferrau venían niños geniales; tal vez, al crecer perdiesen aquella disposición que nos embelesa.

Yo no puedo ni comparar el juego de los actores franceses al de los italianos, no sólo en lo realmente dramático, sino también en lo cómico y hasta en lo que tiende a la pantomima y a la arlequinada. Y me regocijo de que hayan echado raíces en Madrid--aun cuando sea a la sombra de lo verde y lo blanco--las compañías de primavera, que nos hablan en lengua que ya mucha gente empieza a comprender mientras otra juzga de buen tono aparentado.

*

Alguien me preguntará: ¿es que la Tina lo hace mejor que todas las actrices españolas?

Habría que entrar en un análisis complejo para aquilatar y no pecar ni de apasionado ni de injusto... En algún terreno--verbigracia, en el de las escenas amorosas--habría también que reprender la caprichosa injusticia del público, que tolera a las compañías

extranjeras los atrevimientos expresivos y se asusta, en español, no ya de las actitudes, sino de las palabras... y aun de las situaciones. Cuando se estrenó Verdad, se horripilaron porque una señora iba a la casa de campo del que no era aún su amante, que estaba próximo a serlo... En italiano, ya lo sabemos, la moral no llega nunca a fruncir el ceño, y el arte sólo impone leyes... Muchas veces también, moral y arte se van juntos de paseo, y quedan sólo los regocijos de la mojiganga,, salvados de vulgaridad por el hechizo de Tina.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

12

LA NACION

CRONICA

DE FEMINISMO -- LOS PREMIOS DE BELLEZA*

El corresponsal del Times ha venido a inquirir de mí mil cosas sobre asuntos propios y ajenos--si son ajenos los que afectan al bien público, como se decía antaño; y, pocos días hace, un sueco, uno de esos jóvenes de cara y pelo pálidos, devorados por la sed de conocer, me ha interrogado también, haciéndome más preguntas que el Catecismo.

Siempre que estos casos se presentan, comprendo mejor la enorme dificultad de responder concreta, satisfactoria y sinceramente (como es debido), a tal género de interrogatorios, que, por otra parte, rara vez son trasladados al papel con exactitud, pues no hay nada más traidor que la palabra.

En realidad, deberíamos tener escrito un artículo sobre cada punto de los que suelen formar la materia de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 agosto 1909: 5. No recogido.

los «interviews», no sólo escrito, sino impreso, o por lo menos copiado a máquina, para estar seguros de que las opiniones que nos atribuyen son las mismas que expusimos. Los preguntones no tienen la menor intención de alterar nuestro pensamiento; pero, al trasladarlo, sufre la deformación de los objetos vistos a través del agua...

Lo único que saco en limpio de tales entrevistas, es la luz que nos dan para conocer lo que interesa al público. Es evidente; lo que desean averiguar los viajeros, indagadores y corresponsales, constituye la actualidad, y la actualidad es la musa y la maga del periodismo.

*

Así, por ejemplo, a mí, que rarísima vez me ocupo del feminismo, el sueco no se cansaba de traerme a ese terreno, alrededor de mi personalidad; pero viniendo siempre a parar a la condición de la mujer española. Y esto me inclina a suponer que tal vez los lectores americanos podrán sentir el mismo interés que el muchacho de cara y el pelo descoloridos, de la frente pensativa y los ojos miopes.

Lo primero que debo decirles--a estos lectores en quienes supongo alguna preocupación por el estado actual de la mujer española--es que yo no he notado que se diferencie mucho del de la mujer de la América

Latina. Mi impresión es puramente subjetiva y no tiene más fundamento que el muy leve de haber conocido a algunas señoras americanas. Quizá las leyes, en América, sean más favorables a la mujer; quizá sus estudios rayen en esos países a mayor altura que aquí. De todo esto no puedo afirmar nada. Digo que, según los datos experimentales que poseo, la mujer de la América Latina se parece muchísimo a la española, de quien procede. Tal vez es más reservada, más remirada en el trato; pero esto sería un matiz psicológico, y no nos ilustraría mucho acerca del problema.

Respecto a la mujer española, claro es que no se debe tampoco establecer, en general, que tenga estas o aquellas condiciones. España, como nadie ignora, no es España; es las Españas. Un vasco, un catalán, se parecen menos a un andaluz, que un andaluz, verbigracia, a un moro. La misma pintoresca diversidad de almas que hay en los componentes de la nacionalidad española se advierte en el varón y en la hembra. Cada mujer de cada provincia tiene su carácter peculiar. Hay provincias en que (según reconocen todos), la mujer es superior al hombre, por sus condiciones de entendimiento y voluntad. En ninguna creo que le sea inferior, con inferioridad aflictiva, por lo menos en el momento presente, en que las energías de la raza parecen sufrir una diminución, cuyas causas serían

larguísimas de exponer, pero cuyos efectos no son tan difíciles de observar...

Sin embargo, las innegables facultades de la mujer española no la llevan, por ahora al menos, ni a estudiar ni a buscarse caminos para desenvolverse y vivir. La cuestión feminista, la reivindicación de los derechos de la mujer, no ha sido planteada aquí, ni con vehemencia, ni sin ella. Yo lo atribuyo a que, por ahora, no se han presentado aquí dos fenómenos, observados en Inglaterra: la mayor natalidad de hembras, y la diminución, sensible también, de los matrimonios. Hasta el día [de hoy] la mujer española encuentra marido; aquí no existe ese tercer sexo, las «spinsters» británicas. Mal o bien (generalmente más mal que bien), se casan esas niñas que vemos asomadas al balcón o sentadas en Recoletos, echando la red de azabache o de oro de su pelo natural o químico, para que en ella se enrede el mosquito incauto asediador. Pero ya alarmantes síntomas revelan que van en diminución los casaderos. Se oye decir a muchísimos solteros que el matrimonio es para ellos fruta vedada. El lujo aumenta, las necesidades se multiplican, la vida se sube al cuarto piso, y el problema con tanta verdad planteado por Benavente en su obra Por las nubes se impone en su descarnada realidad.

Cosa curiosa: no ha sido en ningún mitin, no lo he leído en nungún diario radical; me lo ha dicho una alta

dama, en la antecámara de una princesa de la sangre... Nosotros--exclamaba la señora--vemos, tocamos esto a cada paso. Aquí acuden señoritas de militares de alta graduación de funcionarios públicos: muchachas que han alternado con lo mejor, que tienen hábitos de bienestar. La muerte del padre las ha reducido, si no a la miseria, a una estrechez aflictiva. Porvenir de matrimonio, no se ve por ninguna parte. Trabajarían... pero ¿en qué? Nada saben... Las da vergüenza aceptar cierta clase de labores. No les «parece decente» ser telefonistas, ni telegrafistas... A servir no se han de poner... Y por primera vez acaso, cruza por sus mentes la idea de que puede ser injusto eso de que todos los cargos retribuidos, con contadas y mezquinas excepciones, los disfrute el varón, sin más razón que serlo...

--¡Me dicen que se mueren de hambre!--exclama la señora asustada del conflicto que adivina de lo trágico de esas vidas sin salida, sin recurso, sin esperanza.

¿A qué se dedica la mujer, cuando no pertenece al pueblo? Las mujeres de condición humilde--debiera escribir «soberbia», porque las del pueblo de Madrid se han adelantado a Nietzsche en renegar de la humildad--están mejor, y si no legal y políticamente, socialmente, se encuentran a la altura de los hombres. Verdad que estos suelen coserlas a navajazos por un

quítame allá esa ensalada; pero no encuentra la mujer del pueblo tantos obstáculos para desarrollar sus actividades como la burguesa.

La mujer del pueblo tiene abierta la fábrica de cigarros, el pequeño comercio, infinidad de profesiones no oficiales ni con diploma, pero que dan pan, y en bastantes casos el hombre trabaja para ella, incumbiéndola solamente el cuidado de la casa y de los hijos. No diré que esta labor no sea ruda, pero al cabo en ella se establece una compensación: el hombre trae el sustento en el pico--es un modo de decir--y la hembra empolla y cuida de la nidada.

En la burguesía, también corresponde a la mujer el trabajo doméstico, pero ya varían mucho los términos de la cuestión. La burguesa puede aportar al matrimonio algo de capital, y el consorte disfrutarlo, comérselo o derrocharlo alegremente, para lo cual la ley le da facilidades y garantías.

No es raro tampoco que el burqués desempeñe un cargo bien retribuido, se gaste lo que gana en sus caprichos, y deje a la mujer arreglárselas como pueda. ¿Le queda algún arbitrio? No hay sino sufrir la miseria disfrazada, el ahogo constante. Las hijas aspiran a casarse, es una solución; no obstante, el ejemplo de la madre debe hacerlas ver que el cambiar de estado no es sino cambiar de apuro. Digo mal: las

esperan, en el nuevo hogar apuros iguales; la rutina prosaica de iguales preocupaciones. El casero, el carbonero, la tienda de comestibles, la tienda de géneros, el médico, la botica, el ama, el sastre... Las chinchorrerías de la prosa diaria. Se me dirá: pero esta cuestión feminista ¿no tiene en España más aspecto que el económico? ¡Oh! Para mí, tiene otros doscientos mil, acaso más interesantes. Para mí, las cuestiones que afectan al individuo aislado son de tanta importancia como las que importan a la colectividad. Una mujer estudiosa, docta, y que no puede ser catedrático, verbigracia, me parece tan serio como que un millar de mujeres no encuentren donde ganar un sueldo, donde agenciarse el pan de cada día. La injusticia, siendo infinita, es igual a otra injusticia infinita también. Al estómago lo redime la cabeza, que es más noble. Lo que sucede es que las cuestiones económicas, siendo las únicas que comprende la multitud, son también las únicas que la hacen marchar, que la desperezan de su soñarrera... Ante la crisis del matrimonio, empiezan las señoritas pobres a exclamar lo que expresaba aquella señora ilustre, en la entecámara de una princesa: «¡Nos morimos de hambre! ¡Que no tenemos modo de ganarlo!»

*

Una evolución se inicia; sospéchase que puede variar el concepto de la mujer en España, concepto que

yo declaré en un artículo de la Fornightly Review, tan fijo como el eje inmóvil del mundo, que suponían los antiguos geógrafos. Además de lo que podemos llamar el crack nupcial, es síntoma de ese cambio sorprendente el que, en las costumbres españolas haya podido arraigar la idea de que señoritas de buena familia hagan algo que no sea salir al balcón e ir a misa por las mañanas... Me refiero al hecho insólito, verdaderamente revolucionario, de que hayan tomado parte en certámenes donde se han discernido premios de belleza...

Considerad bien este caso, que al parecer no da asunto sino para sueltos almibarados e instantáneas sugerentes en los periódicos de menos. Si hace veinte años se les propone a unos padres distiguidos, hasta ilustres, que exhiban su hija, que la ofrezcan en espectáculo a las miradas ávidas y curiosas que dejen correr en grabados su imagen y competir, en lo puestos y quioscos, con los retratos de mujeres de otra especie y muy distinta con las cuales, teóricamente no cabe que sea equiparada nunca, con las cuales sería grave incorrección que cruzase la palabra... los padres hubiesen considerado la propuesta como una ofensa. La mujer, y especialmente ese ser casi sagrado que se llamaba antaño la doncella y hoy la señorita y siempre la virgen, se concebía, si no rodeada de los más

misteriosos prestigios y aislada en el santuario del hogar donde ojos profanos no la manchen. Llevarla a una diversión, entre el gentío, era poner en riesgo el cristal de su pureza y el capullo cerrado de su candor. La mujer honrada la pierna quebrada y en casa... La mujer, lo mejor es no la ver... Mujer y tela, pierden en muestra... Con estas máximas, nuestros ascendientes significaban la condena a reclusión de la joven. Era la idea semítica, la idea que aun no hace un año tapaba los rostros de las mujeres turcas la que aun hoy impulsa al marroquí a no nombrar a sus mujeres, a considerar como una especie de agresión el que nadie las tome en boca en su presencia. Pues bien; en Valencia, tierra que en tantos pintorescos aspectos es todavía mora; tierra donde la celosa tradición española, severa se complica con la tradición sarracena, terrible es en donde no sólo los huertanos, gente a su modo tan guardadora y celadora de la mujer como la que más, simo condes y marqueses, aristocracia de sangre y posición social, han presentado, como se presentan flores en fresco búcaro, la hermosura de sus hijas realzada por el lindo traje local, con sus agujones de perlas, sus faldas de casulla, sus "caragols" típicos y sus pañoletas bordadas a disputar el lauro, pagano y casi diría helénico, de la hermosura...

Creedlo o no, este suceso menudo significa una nueva orientación en el destino de la mujer; eso sucede ahora, y no podía suceder antes. Implica un cambio en las costumbres y acaso significa tanto como la desaparición del velo en la mujer oriental, como la afiliación de la mujer rusa a partidos políticos de radicalismo y violencia. Seguramente no emancipará a la mujer española esto de optar a un premio de belleza, como optan las norteamericanas, pero es un paso o mejor dicho es un signo de los tiempos. La mujer alza su velo; se reconoce el derecho a que su beldad sea elemento de alegría y recree la miradas. La estética sonríe en sus pupilas luminosas.

*

Por cierto que, puesto que ha salido a colación esto de lo premios de belleza de Valencia, he encontrado curioso el efecto que los retratos de las señoritas premiadas causaron en el público. No he oído censurar el que estas señoritas, como las diosas mitológicas, pero con mayor recato, se sometiesen al juicio no del mozo frigio, sino de artistas pintores y escultores; lo que si abundaba, eran las observaciones críticas acerca del mayor o menor acierto del jurado. Todos se sentían más o menos Paris; todos, y especialmente "todas", tenían algo que reprender, que tachar. O era el corte poco delicado de una nariz, o

el óvalo de un rostro, no bastantemente perfecto, o el nacimiento y arranque de una cabellera, o la forma de una garganta, que debiera ser tornátil y es plana... Y la expresión de las preferencias personales se destacaba, explicando inconscientemente el secreto de tantas pasiones tenaces que adhieren al hombre a determinado tipo de mujer, haciéndole indiferente a los otros. «Esa me gusta a mí: tiene expresión candorosa.»--«No, pues a mí la que me gusta es la gordita: ¡que carnes! ¡qué curvas!»--«Ninguna de ellas--dice severamente un dificultoso, de esos que se complacen en mostrar superioridad haciendo ver que no se les conforma a dos por tres--es realmente hermosa. A lo sumo, la belleza del diablo: son jóvenes; lucen uno de los trajes regionales que más favorecen entre todos los de España--donde los hay tan variados y tan bonitos--y con eso y un poco de habilidad en el fotógrafo, cuente usted que nos dan la ilusión, no la realidad. Tiene razón, exclama un lector de Ruskin, o que por lo menos conoce los títulos de sus obras.--La belleza requiere algo de exquisito, una mezcla de sentimiento y plasticidad, una sonrisa enigmática como la de la Gioconda, y unas formas andróginas como las del Bautista de Vinci o los ángeles de la Anunciación de Botticelli. Estas muchachas son vulgares.»

Naturalmente, se queda uno con la boca abierta ante sabiduría y un ideal tan refinado; pero aun

aparece otro señor, más exigente, sosteniendo que el jurado ha carecido por completo de elementos de conocimiento para emitir su voto.

--¿Qué admiramos--exclama--en las estatuas griegas? No es seguramente lo bonito de una cara, sino la armonía y proporciones de todo el cuerpo. Otra cosa sería absurda. La belleza está, no en un sonreír inquietante, ni en una ondulación misteriosa de cabellos, sino ¿en qué creen ustedes? en el esqueleto; eso es; en el esqueleto, que es como la arquitectura de nuestro físico. Así es que, sin conocer el esqueleto de estas señoritas, no sé cómo las premiaron. No negamos que tuviese razón el clásico, y únicamente dudábamos de que las señoritas aun con la mejor voluntad, consintiesen en mostrar el esqueleto dentro de su precioso estuche.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

13

CRONICA*

En la vida se requiere un objeto, una aspiración, algo que la llene, que nos salve del tedio y de la sensación de vacío. El que necesita ganar su pan, harto tiene con ganarlo; pero el que está en el caso declarado por Schopenhauer, de ser dueño del día, y decirse al despertar, «lo emplearé como quiera», tiemble que caiga sobre él y lo envuelva en sus alas grises el murciélago del aburrimiento, y, para evitarlo, cultive una pasión, una afición, una manía, un cuento que entretenga el otro cuento soñado del existir.

Los coleccionistas son quienes mejor han resuelto este problema de sazonar con la sal del deseo y la esperanza el manjar, no siempre sabroso de la existencia.

Coleccionar, con inteligencia, por supuesto, es un entretenimiento emocionante. La misma sensación de notar que casi nadie nos comprende, que somos solos, o casi solos, a gustar esos goces íntimos, acrecienta su intensidad, ya singular y refinada.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 23 agosto 1909: 5. No recogido.

Coleccionar es conquistar, es descubrir, es cazar, es pescar, es enlazar lo disperso y sacar a luz lo ignorado; coleccionando se aprende, se triunfa, se forma un mundo aparte, en el cual somos Robinsones, Colones, Pizarros. Al menos lo creemos, y basta.

Yo he tenido durante algunos años, una de estas dulces manías: coleccionaba abanicos antiguos. Después, las celosas letras que absorben gota a gota mi jugo, mis energías, todo, me vedaron dedicarme con afán a esta distracción.

Parecía como si me dijesen: «¿No te bastamos?» Pero me ha quedado de mis atisbos de coleccionista una envidia muy grande hacia los que pueden entregarse a la delicia de coleccionar. Esta envidia, en la cual hay mucho de generoso, pues lo que deseo es que las colecciones aumenten y los coleccionistas vivan largos años para verlo--la he probado intensamente al visitar, una larga tarde de primavera madrileña el hotel de mi amigo Pablo Bosch, para admirar su incomparable colección de medallas históricas.

Pablo Bosch es muy conocido y respetado en Madrid, entre los escudriñadores de casas de anticuarios. Ha reunido cuadros magníficos, tablas de los primitivos, trípticos de esos que hoy en vano quieren imitar los modernos pintores, lienzos del Greco, todo delicadamente escogido, todo sin mancha de restauración

ni sospecha de copia; pero lo que le caracteriza, como aficionado, es su colección de medallas. Y, al escribir la palabra «aficionado», se me ocurre una observación. En ciencia, el que abraza una especialidad cualquiera--sistema dentario de los mamíferos o cristalización de las sales de fluoruro, verbigracia--recibe inmediatamente el pomposo dictado de sabio. ¿Por qué un especialista en abanicos medallas o relicarios, no ha de ser sabio igualmente?

En fin, conformémonos y conservemos a Bosch el nombre de aficionado--«dilettante»--en medallería... El objeto que ha escogido para coleccionarle, es de los más considerables, históricamente hablando es de importancia capital. Las medallas, que empiezan en el siglo XV, aunque tengan precedentes en las grandes monedas romanas, en alguna medioeval, en los sellos, siempre representan a personajes insignes y claros, de los cuales suelen ser retratos muy fieles, muy característicos, o se acuñaron en memoria de algún señalado acontecimiento.

A veces reúnen las dos circunstancias; son iconografiadas y a la vez conmemorativas. Así es que constituyen uno de los testimonios más firmes, más probantes que un historiador puede estudiar.

Al mismo tiempo que documento histórico, las medallas son objeto de arte.

Las medallas tienen sus maestros, sus artistas soberanos; en ese disco (no siempre disco, las hay de forma cuadrada y cuadrilonga), se puede encerrar tanta perfección y gracia como en un camafeo griego, como en esmalte o prolija labor de marfil. Y, si para estudiar la evolución del arte desde la Edad Media a la moderna no poseyésemos sino la colección de medallas de Bosch, bastaría, allí encontraríamos todas las direcciones, todas las fases, todas las formas que el arte ha revestido sucesivamente, bajo el influjo del tiempo.

Una observación hago, no obstante: la medalla es un objeto de arte que ofrece la singularidad de ser muy poco religioso. No veo detrás de los cristales de estas primorosas vitrinas (a no ser que se quisiesen calificar de religiosas las grandes medallas iconográficas de los papas), ninguna otra señal de la influencia religiosa que reflejan las cuatro quintas partes de los objetos artísticos. La historia y sólo la historia--por excepción la literatura, la ciencia--llena con sus sonoridades y sus ecos misteriosos y prolongados esa colección de la cual parece surgir todo nuestro pasado, enorme en la grandeza y en la desventura en lo bien ganado y en lo mal perdido.

No es sólo historia de España lo que en estas medallas se guarda, sino además lo que en la historia de otras naciones está estrechamente ligado a la

nuestra. El coleccionista las ha recogido donde quiera que se hallaban, y alguna de estas medallas de bronce vale su peso en oro y diamantes, no tanto por su costo, que sin embargo fue considerable, como por los viajes que ha tenido que hacer su dueño para adquirirlas, al recibir uno de esos avisos que en toda Europa se giran a los coleccionistas, siempre que se realiza una venta sonada. Holanda y Bélgica han dado gran contingente a la colección de Bosch. De allí proceden muchos y ricos ejemplares.

Como dejo dicho, es en el XV, ese divino siglo, en que el Renacimiento aun no se ha sumergido en las pesadeces materiales, en que todavía el último soplo de lo gótico florece en tantas obras de arte, cuando empieza la medalla; y el XV está ricamente representado en la colección por ejemplares hermosos de Pisano, Mateo de Pasti, Sperandio, Boldú, y otros primitivos. Por los nombres se inferirá que la medalla nace en Italia, aunque la hayan precedido los sellos céreos y plúmbeos de nuestros reyes de Aragón, Castilla, Navarra y León, y de nuestros condes de Cataluña.

Entre estas medallas del XV, algunas especialmente fijan mi atención. La de Alfonso V de Aragón es un prodigio de elegancia; las de Fernando el Católico y D. Iñigo López de Mendoza, primer conde de Tendilla, evocan nuestros días claros y magníficos; pero todavía

me llama la atención la medalla de Dante. Esa faz entristecida, de una severidad sobrenatural, del cantor de La Divina Comedia, siempre atrae mis ojos, porque en ella está escrito lo infinito del dolor y lo hondo de las pasiones que atormentaron y agitaron con olaje desbordado aquel superior espíritu. Yo no conocía la medalla de Dante. Al reverso lleva una esfera armilar. Preguntándole al coleccionista lo que esto significaba, me dijo que indudablemente se refería al Poema sacro en que pusieron mano el cielo y la tierra. La explicación no me ha dejado satisfecha del todo. En esa esfera, símbolo de navegaciones y descubrimientos, se me ocurre ver algo relacionado con la extraña profecía de Dante respecto al otro hemisferio, a aquellas «estrellas nuevas» que los conquistadores y descubridores de nuevos mundos veían surgir del fondo del Océano. Es una hipótesis, lícita ante la incertidumbre...

Otra medalla notable es la de Lucrecia Borgia... Cuando la tengo en las manos comprendo mejor que nunca las vindicaciones de los historiógrafos, empeñados en deshacer la leyenda sombría que rodea a la hija de Alejandro VI. La que en el período romántico pasó por encarnación de Satanás, por monstruo hembra abortado del infierno, ha sido presentada en posteriores y acaso más rigurosos estudios, como mujer de carácter indeciso y débil, mero juguete de sus hermanos, que la hacían

sevir a sus ambiciones. Este es ya el aspecto desde el cual la suelen también mirar los novelistas más recientes, como Richepín en su César Borgia. Y esa indecisión, esa timidez, la descubre la medalla que estoy contemplando. Es un perfil delicado y dulce de doncella candorosa, sin barba saliente, sin energía alguna en los rasgos, con cierta tendencia al angelicalismo, debido al peinado en suelta melena, y el tocado, una sencilla cinta que recuerda el tipo de los arcángeles góticos. ¡Oh qué sorprendente y reveladora Lucrecia!

En cambio, aquí está una hembra que casi me atreveré a llamar, aunque disuene la frase, «una bravía». Esta medalla de acentuado perfil de facciones delineadas con insólita firmeza, es la «Guzmana la Buena» de Italia; la nunca bien ponderada Catalina Sforza de Riario, que no quiso rendir la plaza que defendía, aun cuando le enseñaron a sus hijos prisioneros, amenazando degollarlos, como a nuestro tarifeño héroe; y, por emularlo en todo, Catalina, si no arrojó el cuchillo, «alzó--dice un autor contemporáneo,--le gonne, dicendo que avea la forme per stamparne degli altri».

La colección después de presentarnos el albor de la medalla, nos hace seguir paso a paso un período tan interesante de nuestra historia, como los orígenes de

la casa de Austria. Allí están--y son ya bellísimas, de gran relieve y admirable diseño--las medallas de Carlos el Temerario, de su hija María de Borgoña casada con Maximiliano de Austria, y varias de Felipe el Hermoso. Varias de estas medallas han figurado en la reciente exposición del Tosión. De Carlos V hay la friolera de veinte o treinta, que algunas son meramente icónicas, y otras conmemoran hechos de tanto relieve como la paz de Bolonia o la tregua de doce años. Entre estas medallas del gran emperador, descuella una que le representa muy joven, y cosa curiosa ofrece extraordinaria semejanza con el perfil del actual rey Alfonso XIII. Siempre me llama la atención la persistencia de un tipo de familia, al través de tantas generaciones y mezclas de sangre. Del rey Alfonso XIII ha solido decirse que se parecía a los retratos de Carlos II al del cardenal de Borbón, por Goya, a los Felipes de Velázquez, a los Carlos III; y ahora, acaso por primera vez, en la medalla juvenil de Carlos de Gante, noto una semejanza que ya me había parecido rastrear en los de Maximiliano de Austria. No le debe de pesar a ningún rey tener el perfil del solitario de Yuste.

Del marqués de Pescara veo dos medallas--una de ellas inéditas, me dice satisfecho Bosch--y encuentro aquí a personajes con quienes todos estamos

familiarizados, Andrea Doria, Francisco I, Barbarroja, la emperatriz doña Isabel de Portugal--la de la romántica leyenda--doña María, hija de Carlos V, reina de Bohemia. Y también en modesta sencilla medalla, veo un semblante que me hace latir más aprisa el pulso. Es la imagen de Hernán Cortés. Ni como arte, ni como parecido acaso, es notable, este recuerdo del hombre más grande del Renacimiento, del «superhombre». Mientras del emperador hay más de veinte, este solo disco de bronce, tal vez no muy fiel como retrato, es la única memoria del que ensanchó los dominios del César y cantó sus alabanzas por regiones jamás conocidas antes. La apócrifa pero significativa anécdota acudía a mi memoria: «Soy un hombre que os ha ganado más reinos que provincias os dejaron vuestros mayores...» El que esto inventó, no hizo más que corregir la verdad.

Ya la casa de Austria está establecida. Es el momento de las espléndidas, intensas medallas, que reproducen el rostro de un personaje histórico mejor que un cuadro. Por aquí anda como por su casa Felipe II, y las medallas conmemorativas de sus casamientos con María Tudor, con Isabel de Valois. El rostro de María Tudor, severo, sin expansión, su fealdad dolorosa de mujer que no inspira sentimientos, ni de ternura, ni siquiera de capricho, no lo ha trasladado mejor Moro

que los medallistas. Hay medallas que recuerdan y auténticas con doble certeza que un documento escrito sucesos tan notables como la matanza de los hugonotes o «Saint Barthelemy», los comienzos de la insurrección en los Países Bajos, el derribo de la estatua del duque de Alba, la batalla de Lepanto, la pérdida de la Invencible, el edicto perpetuo--al cual se debe que Bélgica haya seguido siendo católica--la toma de Túnez, el sitio de Malta, la batalla de San Quintín... Tal desfile de nombres sonoros probará por sí solo la enorme importancia de colección tan completa. Entre las medallas de este grupo veo la conocida cara de Catalina de Médicis, encuadrada por sus tocas de viuda... ¡Ah! ¿Qué trae el reverso? Los dos trozos de la lanza fatal que empuñada por Montgomery en el torneo penetró por el ojo hasta el cerebro del hijo de Catalina... «Vez la causa del dolor», reza el mote latino que rodea a la lanza. ¿Es puramente teatral, o es sincero este grito de madre? ¡La historia ha dicho tanto sobre Catalina de Médicis, la de los venenos italianos! Todavía no encuentro bien esclarecida, bien estudiada su misteriosa figura...

Y ahora el coleccionista me enseña con orgullo todas las medallas conocidas de Rutilio Gacci, medallista cuyo nombre se había sepultado en el olvido, y que gracias a la diligencia de Pablo Bosch ha salido

de las tinieblas y recobrado su lauro y su corona de gran artista. Las medallas de Rutilio Gacci son de las mejores son de las mejores de la colección.

También encuentro medallas de Martín Lutero, con motivo del centenario de su muerte, de Felipe IV, del grande Osuna, de Paulo V, de Mauricio de Nassau y una de Carlos de Aragón, duque de Terranova inédita.

--Desde ahora empezará usted a ver--me dice Bosch--infinitas medallas conmemorando desastres de nuestras armas y poquísimas que a victorias se refieran...

En efecto, nuestra decadencia se hace ya visible, entra por los ojos, con estos fehacientes testimonios, estos bronces que tienen sonora lengua, como las campanas. Y al decaer nuestra gloria, la medalla decae también. Las de este período son muy inferiores a las del XVI, tan hondas, tan acabadas y perfectas. Entre estas medallas, hay una que se cree diseñada por Velázquez, aquí está... Es un Velázquez en bronce...

Sería hacer interminable la lista recordar cuantas figuras significativas van alineándose tras el cristal de las vitrinas. No debe omitirse el hecho de que las primeras medallas del siglo XVIII, que se refieren a la lucha de sucesión entre Felipe V y el archiduque, son muchas de ellas satíricas, y expresan, con alegorías y leyendas, la idea de que, vencedor el Borbón, íbamos a

ser manejados, gobernados por Francia. Pocas señales más claras habrá de la sinceridad de la medalla como dato histórico...

La colección no se interrumpe hasta nuestros días; todo figura en ella, hasta la conmemoración del premio Nobel de Echegaray--y, por la cantidad y la calidad constituye un tesoro. Si un día--quiera Dios que sea muy lejano--esta colección maravillosa enriquece algún museo nacional, en vez de dispersarse en ventas y adquisiciones parciales. España deberá profunda gratitud al apasionado coleccionista, que tan bien ha sabido invertir su tiempo, su dinero, y que se prepara a publicar un libro donde se contenga la nata y flor de la mucha ciencia histórica y artística que la colección entraña. Quizá aquí, donde las riquezas del arte han sido desdeñadas y esparcidas a zapatazos, no se tiene en toda la estimación debida a los que legan tesoros a los museos nacionales. El soberbio legado de la duquesa de Villahermosa, mi buena amiga, al museo de pinturas, tengo entendido que no mereció indicios de gratitud. Por lo mismo los legatarios son más dignos de que los aplaudamos los que aun amamos a nuestra patria--tal cual es tal cual pueda llegar a ser--por lo que ha sido...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

14

CRONICA

EL SOÑADOR DEL OCEANO*

¡Qué extraño soberano el que acabo de recibir en las Torres de Meirás, donde yo veraneaba apaciblemente, si me lo permitiesen los acontecimientos que han estallado en España!

El príncipe Alberto de Mónaco es un rey absoluto: no hay en sus minúsculos estados ni cámaras populares, ni siquiera una oligarquía de nobles que contraste el poder regio. Pero no existe yugo más suave, más grato, que el impuesto a los felices moradores del elegante Yvetot donde manda Alberto I.

Elegante sobre toda ponderación, bastan para recordar la elegancia viciosa y febril de Montecarlo y Mónaco, las historias de amoríos cosmopolitas, de suicidios «smart»--si cabe decirlo así--que en los telegramas de la prensa han recorrido el mundo y que tuvieron por escenario esas ciudades donde todo es

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 27 septiembre 1909: 6. No recogido.

caro, refinado, aristocrático y superior al vulgo de los mortales.

Se creería que el príncipe reinante en tal país debe ser un gomoso internacional, cuyos chalecos y botines hagan la competencia en poner la moda a los del ultrachic Eduardo VII. Se supondría en el soberano de Mónaco aficiones a la vida derrochadora de gastos de dinero y fuerzas que conduce a los reblandecimientos medulares. Y he aquí que Alberto I viste con la mayor sencillez, casi con negligencia (la pulcra negligencia de quien no descuida el aseo, pero desdeña la moda) y vive, no sólo con orden de persona grave, sino a veces con austero rigor de sabio consagrado a los más serios trabajos científicos. Y he aquí que el yate Princesa Alicia--cuyo nombre hace soñar en jardines blancos y en camarines azules y rosa--es un laboratorio flotante, y en vez de conducir a su dueño a viajes de placer, le lleva a regiones remotas, a cruceros por las tierras árticas y a esas investigaciones de los bajos fondos submarinos, que forman parte de la gloria de Darwin y por medio de las cuales esperan los pacientes indagadores sorprender el secreto y la ley de la vida orgánica.

*

El príncipe es tan bondadoso, que deseaba conocerme; había leído parte de mis escritos en la

prensa extranjera; además sabe el castellano porque ha servido algún tiempo en nuestra marina, de la cual salió al ocurrir la revolución de 1868. Este interés para mi muy honroso--prueba que Alberto I, aunque dedicado a la ciencia, no desconoce la marcha de la literatura. Y, en efecto, el libro que me ha ofrecido y que se titula La carrera de un navegante, es más literato que científico, amén de muy atrayente; lleno de pintorescas descripciones. Lo más curioso, sin embargo, de este libro, es lo que en él se transparenta del alma del autor con caracteres de autobiografía.

Antes de leer el libro, sólo con ver al príncipe, me había parecido que su cara revelaba antiguos desencantos, penas morales valerosamente sufridas, algo que se delata en los ojos y en la tez, y que es como la impronta del destino, obscuro y triste para casi todos y acaso para todos! Porque, en efecto, si de algún hombre se diría que pudo ser dichoso, sería de este principe de la casa de Grimaldi, tranquilo, en lo que a azares políticos respecta, rico como un nabab, sapientísimo, inteligentísimo, bueno y sin duda querido de sus súbditos--caso raro, pero que, en suma, se presenta por excepción... Hasta la delicada modestia, la amabilidad no estudiada, la llaneza y naturalidad de su trato parecen garantías de una ventura pacífica, entre el afecto de cuantos se le acercan y las

complacencias del estudio ejercitado, no por lucro o ambición... Y no obstante, antes de leer este libro revelador, hubiese yo afirmado que Alberto I busca en sus arduas investigaciones--especialmente--la distracción y el olvido, bienes negativos, bálsamos y beleños que aduermen el dolor y lo disipan dejando rodar sobre él las olas mansas del tiempo...

*

Alberto I ha hecho su especialidad de la oceonografía.

De tal rama de la ciencia, si no es el fundador, es cuando menos el cultivador más asiduo y afortunado. A bordo del Alicia he podido ver cuadernos de la obra que va publicando, enriquecida con magníficas planchas en colores, y donde se reproducen las rarísimas figuras de los peces, moluscos, crustáceos y zoófitos de los bajos fondos y las aguas intermedias, nunca exploradas por la draga ni la red. Las variedades reconocidas antes de los trabajos del príncipe eran pocas: al príncipe se debe que haya doblado o triplicado su número. ¿Estará realmente el secreto del origen de las especies en este confuso hervidero de seres, no informes, sino, al contrario, formas regularísimas de brillantes y originales colores, que aparecen en las láminas de la obra monumental?

A decir verdad, yo soy un poco escéptica en estas cuestiones, y así hube de declarárselo al soberano,

cuando con legítima satisfacción me enseñaba su atlas de maravillas.

Que la vida orgánica haya nacido en las profundidades del mar o en la superficie de la tierra, es dato que resuelva el profundo enigma... En el laboratorio, lleno de frascos, donde en el alcohol nadaban cangrejos monstruosos, percebes gigantes y erizos todos púas, al través de cuyos vidrios penetraba la luz de un sol espléndido y el verdor azulado de las olas--discutíamos este punto Alberto I y yo. El optimista, esperando que, por fin, a la apasionada pregunta incesante del hombre, responda la naturaleza alzando sus velos, con el gesto coquetón de la célebre estatua policroma de Baroyas--y yo, pesimista, persuadida de que lejos de habernos proporcionado ninguna certidumbre del orden trascendental, el desarrollo y vuelo de la ciencia en los últimos cien años sólo ha servido para hacernos comprender mejor lo infinito, lo denso del misterio que por todas partes nos envuelve. El que más sabe, sabe que más ignora, y no es la ciencia, sino el arte, lo que por un momento nos hace entrever lo divino...

*

No se conformaba con estas teorías el atrevido navegante e infatigable explorador. Y lo comprendo. Si sólo la idea de lo relativo dirigiese tan fatigosos

viajes; si un hombre que pudiera pasarse la vida columpiándose en sus soñados pensiles de Monte Carlo o en su «pied a terre» de París, y se la pasa durmiendo a veces cinco días seguidos, sin cama sobre la nieve de los glaciales, no alimentase una ilusión de ensanchar la esfera del conocimiento es seguro que acabaría por renunciar y retirarse al descanso. Necesitamos un ideal, para seguirle y hasta para sufrir por él...

En su caza de variedades desconocidas (creo que debe decirse «variedades» y no «especies»), el príncipe emplea ardides muy ingeniosos, pero de asaz difícil y arriesgada índole. Hay de estos animalejos que los aparatos de dragado y arrastre no alcanzan a capturar, porque flotan en la zona intermedia, donde el aparato no halla manera de fijarse. Y Alberto I recurre a arponear una ballena o pescar un gigantesco atún, y en el caso favorable de que alguno de estos monstruos acabe de almorzar, en su estómago se encuentran, flotando, los más raros bichos. En el «Alicia» no hay cañones, pero sí trofeos de arpones enormes cuchillos de despedazar cetáceos y peces gordos. El caso es que Alberto I experimenta viva simpatía por las ballenas cachalotes y demás enormes organismos, que demuestran el poder vital de las edades pasadas. Sólo para servir a la ciencia disculpa el que sean inmolados los hermosos animales, libres y fuertes, que debieran

poblar el mar y la tierra. El príncipe describe con verdadero realismo el despedazamiento, en las Azores, de un cachalote, en cuyo estómago, entre más de cien kilos de materias, casi digeridas ya se encontraron restos de colosales pulpos, de especies totalmente desconocidas.

*

Al fundar en 1898 el notabilísimo y único museo de oceanografía de Mónaco, el príncipe deseó acrecentar sus colecciones de animales marinos arrancadas a las profundidades del Atlántico, y con tal fin, cumplió su primer exploración de las regiones polares. Hízola en su nueva embarcación, la misma en que acabo de almorzar, la segunda «Princesa Alicia», que desplaza 1500 toneladas y está provista del material imaginado y perfeccionado por su dueño durante quince años de trabajo. A bordo, con el príncipe se embarcó un lucido personal científico: el doctor Richard, jefe del laboratorio; el zoólogo Neuville, el físico Buchanan. De la universidad de Cambridge; Brandt, de la universidad de Kiel; Bruccio, naturalista escocés, veterano de las campañas polares; un pintor para reproducir escenas del viaje y formas y colores de los organismos descubiertos... y con estos sabios y artistas, marinos expertos, «ismeisters» noruegos, habituados a los hielos y a los témpanos, una novela de Julio Verne en acción.

Y empezó el viaje arriesgado, entreverado con cacerías de focas, renos, osos y grandes aves polares de blanquísimo plumaje semejantes a trozos de mármol; con «leeberigs» amenazadores que es preciso evitar a toda costa, antes de que cojan al buque entre sus enormes masas y lo aplasten; con frío horrible, frío siempre, donde quiera, a pesar de los gorros de lana que protegen las orejas, de las vestimentas de piel que cubren el cuerpo de los guantes sin dedos que defienden la mano, de las enormes botas donde resguardados por cinco o seis pares de medias de lana gorda, se enfundan los pies; con escasez de provisiones y con trágicos hallazgos de huesos de exploradores, que blanquean en el fondo de una cabañuela o se esparcen, roídos por los dientes de los terribles plantígrados... Añádase a las privaciones y molestias la alarma de no ver llegar el barco que trae la provisión de carbón para rehenchir los pañoles del Princesa Alicia, y se comprenderá que no era un juego la expedición del soberano de Mónaco...

Le sostenía y sigue sosteniéndole en sus viajes el ensueño que a veces cruza por sus ojos fatigados y velados por una nube de melancolía. El mismo nos lo dice, en el prólogo de su libro sugestivo: «La conciencia de los príncipes, por largo tiempo sometida a las tradiciones improgresibles, [sic] puede hoy conmoverse ante las lecciones de la naturaleza y de la

ciencia, y despreciar una política orientada hacia el antagonismo de las naciones, el derecho del más fuerte y la ficción de las fronteras combatiendo los odios atávicos de religión, de raza y de casta, e inspirándose en un porvenir en que la humanidad solidaria practique la justicia...» ¿No decía yo, al empezar esta crónica, que era un extraño soberano el que he tenido el honor de hospedar en mis románicas torres?

*

A la verdad, si de ciencia se trata, yo protesto porque hubo, desde remotos tiempos, príncipes y reyes y señores muy sapientes y hasta engolfados en hondos estudios toda su vida; y si no, ahí están Salomón y nuestro príncipe de Viana, que no me dejarán mentir y en cuanto a Alfonso el Sabio, el sobrenombre lo dice todo. No es ahora cuando empiezan los monarcas a estudiar.

No hay cosa que tanto engañe como esto de creer nuevo lo que es verdaderamente muy antiguo.

«Nihil novum sub sole»; ya lo dijo hace miles de años aquel pastor de pueblos, más sabidor por más desengañado, que en una hora de sublime transporte entonó el «Cantar de los Cantares»... Ni aun en lo de pacifista y antimilitarista, creo yo que sea Alberto I un innovador. El «Mahabarata» nos habla de cierto rey

«Yudistira», enemigo de la guerra y del derramamiento de sangre...

En un espíritu tan compasivo como el del príncipe de Mónaco admiran hasta el arpón que lanza a las ballenas y la bala que dispara contra el reno inofensivo. Parece una inconsecuencia que vaya a los toros y regale joyas a los diestros, como hizo aquí, en la Coruña, y que degüelle a una tortuga, aun cuando sea en pro de la indagación científica. El mismo se duele de estos atentados; la tristeza de la lucha vital oprime su corazón piadoso. Entre la serenidad de su estilo de viajero y de pensador, la hiel de la tristeza asciende. Y las últimas palabras del libro son esta exclamación, arrancada por el espectáculo del paisaje apenado del Spitzberg:

«¡Qué bien se estaría allí para morir, entre el recuerdo de los perdidos afectos, de las crueles separaciones y de los sueños de dicha; lejos de las pasiones, hijas de los vicios de la humanidad!»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

15

CRONICA*

Poco y someramente ha hablado la prensa de una magnífica exposición, la Arqueológica de Santiago de Compostela, inagurada durante las fiestas patronales del apóstol por antonomasia. No he visto indiferencia hacia la propaganda y el anuncio igual a la que demostraban los que por otra parte celosos organizadores de esta exposición tan notable, creyendo sin duda que:

«Esto Inés ello se alaba;
no es menester alaballo.»

Yo me explico así el fenómeno. Todo verdadero arqueólogo y anticuario siente cierto menosprecio hacia la multitud, que no se entera, ni sabe con qué se come aquello. Todo verdadero arqueólogo y anticuario prefiere saborear a solas, o en reducida pero entendida compañía, los goces de su afición. Con tal que acudan

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 30 septiembre 1909: 6. No recogido.

dos o tres inteligentes, la opinión de los tres cientos mil ignorantes invencibles les tiene sin cuidado.

Además todo se ha conjurado contra la resonancia de la Arqueológica. Los sucesos políticos de Barcelona: la guerra que ha monopolizado la atención; hasta el fracaso de la otra exposición moderna, con sus edificios de cartón, que se hunden al peso de una máquina, y su vacuidad de cuanto significa industria y productos regionales, fueron concausas de que la espléndida riqueza exhibida en el edificio de San Clemente no sea visitada ni estudiada como corresponde a su valor artístico, histórico y representativo de una gran parte del territorio español.

Dificultó además el estudio, en el momento de mayor afluencia de visitantes, la circunstancia muy habitual de encontrarse las instalaciones retrasadísimas, y de que el catálogo no fuese sino una hipótesis, una suposición sin asomos de fundamento real.

Debiera algún filántropo, algún amigo de enseñar a la humanidad su camino, crear un premio, no a las virtudes vulgares, sino a la exactitud, que es virtud más rara. Y ninguna exposición debiera abrirse, hasta estar catalogada y completa.

Por supuesto, que, como todo, puede sostenerse, el pro y el contra, yo declaro que a este retraso de la

exposición debí ratos muy agradables. En compañía del ilustradísimo sacerdote don Eladio Oviedo--que con Blanco Cicerón y Cabeza León fue el alma de la Arqueológica--me dediqué a instalar y dirigir la maniobra de los carpinteros que colgaban cuadros, colocaban muebles y afianzaban en su pedestal santos de palo. Después, en una sala que yo llamaba el «cafarnaum», realicé un viaje de exploración, descubriendo, entre los centenares de objetos todavía esparcidos por el suelo y hacinados confusamente en sofáes y mesas maravillas de arte, doblemente interesantes al encontrarlas así, como por sorpresa, con el interés del cazador que busca ojea y apresa, al fin palpitando, la caza.

Pero la emoción de la curiosidad estética no equivale--para el caso de dar cuenta de lo más digno de nota en una exposición tan seria--al estudio detenido y concienzudo y por eso yo no podré pasar de un impresionismo pintoresco y sin orden al describir lo que sólo entreví.

Hay una razón para que, en Santiago de Compostela pueda una exposición de arte antiguo merecer que se haga el viaje por verla solamente.

Compostela fue en la Edad Media, no sólo un foco de sentimiento religioso--por las peregrinaciones--sino de arte. El nombre de algunas calles de Compostela

indica que era activo el tráfico de ciertos objetos preciosos; plata y azabache labrado, por ejemplo. Esta actividad, fomentada por la inmigración de artífices extranjeros, singularmente franceses y alemanes, irradió a toda la diócesis, y hasta a toda la región, entonces mucho más extensa que hoy, como que abarcaba buena parte de León y ancha zona de tierra portuguesa. La historia deposita su poso en lugares que a veces caen en olvido. Yo recuerdo que, en la exposición de París en 1900, las verdaderas magnificencias en arte medioeval, que necesariamente es arte religioso procedían de Hungría, de la oriental Buda Pesth, y de multitud de iglesias obscuras, perdidas en soledades, de las cuales salía la belleza recóndita, tal vez desconocida para los mismos curiosos y aficionados que lo registran todo, y que por primera vez se extasiaban ante los cálices soberbios y las custodias y viriles dignos de la consagración del Grial. Y ahora en Santiago los que hemos nacido en Galicia, los que hemos tratado de conocer algno la religión, sus monumentos bien podemos decir que no sabíamos de la misa la media, cuando ignorábamos todas estas cosas de hadas, que vienen de iglesias rurales, y que, ¡Oh asombro! han resistido y sobrevivido a las sonsacaduras de los chamarileros viajantes, a los azares de los frecuentes latrocinios, a las contingencias de guerras civiles,

incautaciones y despojos y al afán de modernismo, que, ¡asómbrense ustedes! hace también estragos en el clero parroquial.

No es despreciable la Arqueológica de Santiago por ningún estilo; pero su tesoro es de objeto litúrgicos, vasos sagrados, plata de iglesia.

Ya he dicho por qué sería imposible para mí realizar ahora lo que se llama un estudio de tantas preciosidades. Ni cabría tampoco en los límites de una crónica periodística. Voy a hablar tan sólo, no aun de lo mejor, sino de lo que más fácil me ha sido notar en rápida ojeada.

Y, ante todo, siguiendo la corriente de mi capricho, contaré la historia de un San Miguel arcángel, pieza rara.

Este San Miguel mide unos 50 centímetros de alto, sin pedestal. Es de marfil, y obra, a mi parecer, del XVIII, o de fines del XVII a lo sumo. Es de la época en que la hechicería empieza a tender sobre España aquellas negras sombras que tendió sobre Francia desde el XVI, y en que bajo la opresión demoníaca, se siente la necesidad de un genio bello y terrible, que vence a Belcebú. El San Miguel de marfil a que estoy refiriéndome, es una de las más radiantes imágenes de ese genio celestial, juvenil; caballeresco y vengador. Se encontraba arrumbado, con los trastos en un rincón

de la sacristía de la iglesia del romántico convento de Conjo, hoy dedicado a manicomio. Parece que se ofrecían por él algunos miles de pesetas y que había tendencia a venderlo. Pero los vecinos de Conjo tenían cariño a su arcángel, y protestaron. Quizá debamos a tal protesta el gusto de admirar ahora a este gentil efebo ebúrneo, con luengas alas, casco, escudo y espada de plata, y con un rostro tan enigmáticamente dulce, con una sonrisa a lo Parsifal, no menos mística y extraña que la de la Gioconda.

Lo único que faltaba al San Miguel cuando yo le vi, era el diablo... Parece que este diablo no estaba a la altura del arcángel; que era de palo, y muy feo, y que lo estaban componiendo adecentándolo, por decirlo así. No sé si a estas horas habrá recuperado su lugar, bajo el pie elegantemente calzado a la romana del jefe de las celestes milicias, su vencedor.

Hay en marfil otras varias piezas, no tan sorprendentes por su magnitud, pero de trabajo prolijo y admirable. El conocido arqueólogo y anticuario gallego Blanco Cicerón, presenta dos vírgenes, una, sobre todo, del siglo XV, rodeada de una orquesta de ángeles, que hacen competencia a la famosa «abridera» de Allariz.

Las cruces procesionales descuellan, por la cantidad y la calidad. Hay provincias gallegas,

verbigracia, la de Orense, donde es raro que cada parroquia no posea una rica cruz. Algunas son sobredoradas; otras mezclan la plata el cristal de roca, el esmalte. La de Allariz, con cristal, es soberbio ejemplar. Las dos de Astorga, una sobredorada, gótico-florida, o flamígera, y otra plateresca, se destacan entre las restantes. En cálices, otro tesoro. Habría que citar el encantador de Santa María de Pontevedra, con la decoración tan gallega y tan santiaguista de conchas «vieiras», las conchas de la esclavina del apostol.

Es tal la cantidad de cálices, que se podría hacer la historia de las transformaciones del arte sólo con estudiarlos, desde los cálices románicos (como los tradicionalmente atribuidos a San Rosendo), que afectan la forma de la copa romana, hasta los barrocos de la decadencia.

Hay viriles y portapacos, incensarios y Cristos, cobres y esmaltes bizantinos de primera, y un Limoges de los mejores que conozco, igual a los que se guardan en las vitrinas del Louvre. Entre los viriles debe citarse el barroco de Noya, y el muy fastuoso de la Colegiata de la Coruña, regalo de doña Mariana de Austria, esposa de Carlos II, en acción de gracias de una travesía que pudo acabar en naufragio y paró en desembarco inopinado en las costas gallegas. Es esta

reina la protagonista del drama de Victor Hugo, Ruy Blas; la que sueña con el miosotis, la flor azul de Alemania; pero, como se comprende, no hay cosa más distinta de la Mariana del drama que la de la historia. El viril, según la tradición, lo traía a bordo la reina durante su navegación peligrosa; no parece verosímil llevar en viaje un objeto tan complicado y difícil de preservar como esta graciosísima y menuda composición de racimos, rayos de sol, hojas rizadas y recurvadas de artemisa, y niños que trepan y juguetean entre ellas. Lo probable es que la reina lo ofreciese después como voto, o por corresponder al entusiasta recibimiento que le hicieron en la Coruña, donde dice el padre Flores que los habitantes «salieron de sí, al tener dentro a su señora».

Algunas arquillas atraen mis ojos. Hay una de Zamora, estilo persa; las hay de marfil, delicadas como los trípticos de la misma materia que es de las que imponen al arte la finura. Hay bandejas, platos singularísimos, vinagreras, y dos pacos de azabache y bronce; la tradición artística del azabache se ha perdido, al menos, que yo sepa. Una parroquia aldeana envía un Cristo bizantino de plata con cabujones o capitolinos de cristal de roca, pieza de museo. Y hay dos extremidades de báculo episcopal, una de esmalte sobre jerga que los anticuarios llaman «trapos

bonitos», y estandartes que me recuerdan las magnificencias de Toledo y tanta cosa bella que deslumbra.

No se suele creer que Galicia sea tan rica en arte; una de las ventajas de esta exposición es haberlo revelado. Y téngase en cuenta, lo repito, que aquí, a la sordina, también se ha consumado el despojo. Sólo León y Escosura, el pintor anticuario de trágica historia, que había llegado a reunir tales riquezas, que se formó en París una especie de banda, con objeto de robarle--se llevó de Galicia, según me dijo, el más bello incensario de cuantos había visto en su vida, y objetos de plata que debían ser únicos. Todavía quedaba lo que vemos en esta exposición, ¡y tanto como no ha venido a ella!, pues son muchos los que tal vez por no haber sido bien rqueridos no remitieron nada. Las exposiciones nunca reúnen sino parte, acaso mínima de lo que en un país existe.

Hay en la exposición compostelana unas vitrinas ante las cuales el público pasa indiferente; y sin embargo, yo no sé que exista en ningún museo colección de esta índole. No se trata de arte, sino de verdadera arqueología; es la colección de «torquis» presentada por el Sr. Blanco Cicerón: «torquis» y «fibulas» de oro. Parece que estas joyas son peculiares y típicas de Galicia y Portugal, y que no son prendas

celtibéricas, sino más bien célticas. La colección es completa y numerosa, y por no tener rival debe de valer mucho, y significar más para la historia.

En la sección de pedruscos, que ocupa el patio, y entre las reproducciones de capiteles de la antigua catedral hay mucho que admirar, y algo que sorprende. Porque es para impresionar, y convida a meditación, el hecho de que un capitel románico parezca primoroso ejemplar del arte helénico; que esa dureza y rigidez del primer período de la Edad Media se convierta en la elegancia de las más finas esculturas griegas, hasta el punto de que daría lugar a controversias, si no fuese tan conocido el origen y tan bien establecido el abolengo de estas esculturas. El mismo misterio me había obligado algunas veces a pararme en contemplación ante el pórtico de la Gloria, preguntándome cómo puede explicarse la exquisitez y delicadeza extraña de sus figuras, el reposo divino, semejante al reposo de los dioses de la Hélade, que las caracteriza, en una época que pasa por ruda, en un período del arte en que se desconoce el dibujo y la proporción. Como todos los conceptos generales, este del arte románico está desmentido por algunos testimonios. He aquí uno fehaciente. He aquí la belleza, la verdad, y, sobre estos elementos, aquí y en el soberano pórtico, en sus figuras tan perfectas como cualquier mármol o bronce

antiguo, un no sé qué indefinible, un espiritualísimo encanto.

Pero noto que, en mi caprichoso viaje a través de la exposición, al hablar de los objetos de plata, me he dejado atrás uno que yo misma limpié para exponerlo, y que admiré con transporte antes de que lo viese el público. Hace destacarse a esta joya el ser objeto civil, doméstico, y no destinado a usos religiosos. Es una copa de unicornio y plata dorada, perteneciente a la marquesa viuda de Villaverde de Limia. Creíase que las copas de esta materia neutralizaban los efectos de veneno, y que la bebida escanciada era siempre sana. La copa es del preciso momento en que la Edad Media cede al Renacimiento el paso, y en que el paganismo más profano impregna de pronto el arte y las costumbres. Todavía es gótico mucho del ornato de esta copa, pero las consabidas tinieblas han sido disipadas por un naturalismo pecador; y las satiresas de seno pendiente que sostienen la copa, por híbrido capricho, no infrecuente en aquellos momentos, son barbadas como el macho cabrío de los aquelarres del Broken, que ha de visitar Fausto. Los terrores medioevales, persisten en la rara quimera que se inclina para beber en la copa. La cual figuraría dignamente en las vitrinas del Louvre, al lado de otras joyas análogas que allí se conservan, y que no son ni más singulares, ni más características, ni de más valiente ejecución.

Conservábase esta joya en la familia de la marquesa desde hace varias generaciones. De su valor no tenían gran convencimiento. Era un objeto extraño, nada más. La exposición la ha sacado a luz. Lo mismo habrá sucedido con otras, aunque en esta clase y tipo es única.

Y termino sin hablar de los cuadros ni de las esculturas de Gregorio Hernández... Veremos si la guerra, que me tiene sujeta en el retiro de mis Torres, aguardando el correo y las nuevas del hijo que allá está, termina pronta y gloriosamente, y puedo hacer otra visita a la exposición de arte antiguo. En cuando a la Moderna, a pique estuve de no pisarla. Y casi hubiese valido más. Como decía el ciego: «¡para lo que hay que ver!»

Alguien me pregunta en cuánto podría calcular el valor de los objetos de la exposición de arte retrospectivo. Siempre es arduo tasar cosas, cuyo valor es puramente estético o científico; pero yo, a bulto calcularía unos diez millones de pesetas. Y acaso tasaré bajo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

16

CRONICA

EL GRECO Y EL CULTO DEL GRECO*

No he hablado (al reseñar ligeramente la exposición de arte retrospectivo de Santiago de Compostela) de las pinturas; para mí, la plata labrada es lo mejor de esta exposición, y el arte pictórico ocupa lugar secundario en ella. Al expresar esta opinión, añadiré que sin negar la autenticidad de la atribución de la mayor parte de los cuadros allí expuestos, me guardaría de afirmarla. No soy un experto como era el difunto conde de Valencia, don Juan, ni como es mi amigo Aureliano Beruete; y aun siéndolo, temería equivocarme, pues más de una vez erraron los expertos que en el mundo han sido; este terreno del arte retrospectivo tiene siempre mucho de conjetural.

A primera vista, y sin la menor pretensión de infalibilidad, bastantes pinturas de la exposición me parecen caprichosamente atribuidas. Hay, no obstante, algunas con todo el carácter de la autenticidad, y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 24 octubre 1909: 6. No recogido.

entre ellas, con alto relieve, se destaca un magnífico Greco, propiedad del escultor gallego Brocos.

Ha escapado este Greco a la laboriosísima indagación de mi amigo Manuel Cossío, autor del mejor y más concienzudo estudio sobre el pintor que hoy consigue tal renombre; y (para que se entienda cómo, a querer publicar un trabajo completo, ese trabajo nunca vería la luz) debe advertirse que Cossío veranea muchos años en una linda quinta llamada San Vitorio, y la quinta está situada aquí, en la Mariñas, a dos pasos de la Coruña, donde el Greco, a que me refiero existe tiempo ha, en poder de su actual dueño, el ilustre artista, que lo adquirió, según dicen, en un mercado de desechos o rastro, que se celebra en la Coruña semanalmente. Y Cossío, por ver y conocer todos los Grecos, ha realizado costosos viajes a Inglaterra y Alemania, y no sé si a Bucarest y a San Petersburgo, mientras un Greco tan hermoso se escondía en el taller o en la morada de Brocos, probablemente vuelto de cara a la pared.

Y esto--es infalible--o algo análogo ocurrirá siempre a todo el que trate un asunto, y no habrá quien haya tratado ninguno con mayor seriedad que Cossío trató la vida y obras de Domenico Theotocopuli.

Su estudio es de absoluta probidad, y será, al menos por bastantes años definitivo, fuente donde beban

cuantos de la materia quieran enterarse. No habrá de serle imputado lo que no pudo conocer, con tanta más razón, cuanto que el Greco apenas había sido estudiado hasta ahora, y el reciente entusiasmo que provoca su nombre requería la base de información y de crítica como le ofrece.

La rehabilitación y la celebridad del Greco son obra del sentimiento, y el sentimiento, para este gran artista sentimental, ha precedido al conocimiento. Antes que Cossío escribiese su libro, Santiago Rusiñol realizaba, en la blanca Sitges, la apoteosis del Greco, convertido en una especie de numen.

El cuadro que me inspira estas páginas y que en la arqueológica de Santiago se admira, es una Sagrada Familia, muy semejante a otras dos obras del Greco que veo en las láminas del libro de Cossío: una se encuentra en París y es propiedad de D. S. O'Rossen, y otra existe en la galería real de Bucarest. Ambas, y lo mismo la de la exposición compostelana, pertenecen a la segunda época, a la manera española del artista: lo que encarna su originalidad.

Me figuro que no será argumento contra la autenticidad del cuadro el que se conozcan otros dos parecidísimos, ni que ofrezca con él notables semejanzas. La Sagrada Familia que posee Raimundo de Madrazo, y la que se ve en el museo del Prado.

Rarísimo es que el Greco trate una sola vez un asunto y frecuente que lo trate varias, modificando poco la composición, y a veces revelando estados psicológicos en distintos lienzos muy similares.

Cossío inicia la vida del Greco con la fecha de su muerte, ocurrida dos años antes que la de Cervantes,--por ser esta fecha la única enteramente exacta que de su vida se conoce; y aun esa corre equivocada en guías y museos--¡en el del Prado mismo!

Domenico Theotocopuli o Theotocopulos ya se diga a la italiana, ya a la griega, nació en Candia, en la isla de Creta, hacia mediados del siglo XVI. En España, se le llamó Dominico Greco, y su partida de defunción omite su verdadero apellido. Su biografía es enigmática y obscura. Nada se sabe de sus padres, nada de su infancia y primera juventud en Grecia, poco o nada de su aprendizaje artístico en Italia, donde se cree que fue alumno del Ticiano. Tampoco se conoce mucho de su vivir en España, en Toledo, donde tantos años residió y donde su cuerpo halló sepultura. Tuvo un hijo, se ignora si de matrimonio. Todo son inducciones e hipótesis (enunciadas con la prudente reserva de que Cossío no se aparta). El hijo fue arquitecto y escultor; eso sí que consta. Escultor fue también, según conjeturas fundadísimas, el padre. No falta quien le atribuya una estatua que es la obra

maestra de la imaginería cristiana. En la catedral de Toledo, en la cámara del tesoro, entre orientales esplendores de perlas negras, rubíes balajes enormes y terciopelosas amatistas, se alza una figura escueta, luenga, sombría, una espiritualidad que toma por pretexto un cuerpo humano y un sayal obscuro. Esa figura extática, que alza al cielo los ojos, es San Francisco de Asís, ceñido con su cordón, las manos en las mangas, clásica actitud franciscana, asomando fuera del hábito el estigmatizado pie.

Los admiradores de la asombrosa imagen la atribuyen unos a Alonso Cano, otros a Pedro de Mena. Yo he sentido, al verla por cuarta o quinta vez el soplo del Greco. Alonso Cano es un clásico y robusto artista; no tiene la magia de alma, la vida casi irreal de las creaciones de Domenico Theotocopuli. Si otra mano que la suya modeló este San Francisco que resume toda la leyenda, toda la historia del Serafín, por lo menos esa mano se inspiró en los modelos dejados por el Greco, en los numerosísimos San Francisco en que se ejercitó su pincel, encontrando en tal asunto una perfecta identidad con sus facultades y con el temple de su espíritu.

Los San Francisco del Greco exceptuando el que posee Zuloaga, y que tan extraño contraste forma con los otros, hasta el punto de herir nuestro

franciscanismo, de enojarnos, el del marqués de Cerralbo, el del Escorial, el del marqués de Pidal, el de Quinto, el de Brieva, el de Castro Serna, el de Moret, sobre todo el del colegio de doncellas de Toledo, que corresponde a la última época del pintor, sugieren semejanzas, reminiscencias de la estatuita de la Catedral. Diríase que retratos y efigie reproducen, ya que no menudamente los rasgos, la psiquis de una misma persona, de un místico consumido por el ardor de su corazón enamorado.

Es la estatuita del tesoro de Toledo un nuevo misterio en la biografía del Greco, acerca de la cual la palabra «misterio» tan frecuentemente acude a la pluma de Cossío. El misterio envuelve la figura y el carácter verdadero del autor del <u>El entierro del conde Orgaz</u>, Así es que por expresiva y no infundada paradoja, titula Cossío el capítulo biográfico de su libro: <u>Lo que se ignora de la vida del Greco</u>. Y no es sólo misterio a la persona sino a la obra del artista.

El misterio es el principal atractivo de la cara de mujer que en tantos retratos y cuadros del Greco aparece. Desde que las influencias italianas ceden el paso, la ahincada impresión española, castellana, toledana, a que debe el Greco su inmensa originalidad se presenta esa mujer, más enigmática que ningún tipo creado por pinceles, más que Mona Lisa. Precursora de

las mujeres «inquietantes» de Goya, el constante modelo del Greco tiene un aire claustral, una idealidad religiosa que no sabía dar el autor de la Maja desnuda. Ya lo sospechamos en el Espolio, que marca la transición de Italia a España; ya bajo los rasgos de Berenice, la Verónica, nos presenta extendida la Santa Faz; ya la vemos en la Anunciación; en las numerosas Sacras Familias y Coronaciones de la Virgen; en los Desposorios; en la sentimental Despedida de Cristo y su madre; amamantando al Niño; en la maravillosa página de la Asunción; en la Pentecostés; llorando las lágrimas de Magdalena; bajo las tocas inmaculadas de la Virgen, y, a veces, hasta bajo los rasgos de un adolescente, un efebo de delicadísima hermosura. Y en la serie de los retratos--¿serán retratos de diversas damas, o solamente la reproducción de un mismo modelo predilecto?--la propia mujer, con sus manos larguísimas, sus ojos, que son dos negros abismos, la pudibundez española de sus ropajes, siempre envuelto el cabello en toca transparente, siempre perdidas las líneas del cuerpo bajo la sombría vestimenta. Todo es misterio también en esta mujer, tan joven y tan linda, ya aparezca cubierta de blancas pieles, ya adorne su cabeza la singularísima inclasificable flor, que hace resaltar la endrina y la seda del laso pelo. Esta lánguida, pensativa, ultrarromántica mujer, que se ve

también en el grupo, supuesto retrato de la familia del Greco--mujer exquisita, femenina y celeste a un tiempo--es nota más genuina dentro de la pintura del Greco, cuanto que éste sobresale en expresar el carácter viril, impregnado de misticismo y melancolía de la España de su tiempo. ¿Quién era esa mujer? Otro acertijo. ¿Con qué clase de amor la quiso el Greco? ¿Fue su hija, su esposa, su amiga, su hermana? Verosímilmente no se averiguará nunca.

La psicología del Greco también es dudosa... La leyenda, que hizo del sordo y viejo Goya una especie de Tenorio, quiere que el Greco haya sido un demente en los últimos años de su vida y de su pintura. Pacheco consigna que fue «de extravagante condición» y Jusepe Martínez le describe derrochando dinero en lujos, con imprevisión de artista, y haciendo servir a la mesa con orquesta de músicos que tocaban para deleitarle. Algo pudo haber en su pasado que preocupase su espíritu y pesase en su recuerdo, ya que preguntando ante la autoridad, nunca consintió en decir por qué había venido a España. Cossío se inscribe en contra de la locura del Greco, haciendo la atinada observación de que sus obras «ponderadas» y sus obras «desmedidas» alternan; pero, en seguida, él mismo da una explicación que podría conciliarlo todo; la de que el desvarío del Greco no correspondiese a determinada época, sino a

momentos alternos, accesos más o menos violentos de aquella exagerada manera que desde luego, el gran público, y aun la crítica, la «sensata» especialmente, no pueden menos de considerar como perturbación artística.

Bien pudiera ser así, y siendo Cossío el mayor admirador del Greco, a veces emplea, para calificar algunas de sus obras las palabras «delirante» y «delirio». Con reconocer que pudo haber pasajeros accesos de perturbación en el Greco, Daríamos gusto a la vez a los leyendistas y a Lombroso, sugiriéndole alguna parratada sobre este nuevo caso de identidad del genio y la locura.

La suerte que corrió la pintura del Greco merece recordarse. Hablo, naturalmente, de su pintura, desde que soltó los andadores italianos, y su admiración por los maestros de Venecia cedió a la revelación de la propia personalidad. Cuando se nombra el Greco, nadie piensa en le autor de la Curación del ciego, sino en el de San Mauricio y el Entierro del conde de Orgaz. Desde que se reveló el verdadero Greco, independiente y hasta anárquico, dio la gente en censurarle, no sólo el vulgo sino acaso con mayor acritud los entendidos; y tal vez no por envidia, sino por verdadera y explicable extrañeza y escándalo. No pudiéndose negar que el Greco tenía extraordinarias aptitudes; no

substrayéndose al prestigio que al llegar a España le rodeó, como alumno magistral de los grandes pintores italianos, tuvieron no obstante que formular su protesta contra la violencia y exaltación, contra la singularidad mareante de la nueva manera del Greco. Fueron sus pinturas tan alunadas como su genio, y a pocos dieron gusto, dicen los textos contemporáneos. Menos que nadie, a Felipe II, tan «amateur» como sabemos, capaz hasta de cometer un hurto por poseer una pintura maestra. Como las ideas críticas y filosóficas tardan en realizar su evolución en la conciencia de las generaciones, hoy decimos terminantemente que el Greco fue la más soberana expresión del alma española a fines del siglo XVI y en el siglo XVII ; pero la España, la Castilla de entonces no quiso verse retratada en la mayor parte de los cuadros del Greco, y cabe decir de él que «vino a los suyos, y los suyos no le recibieron, ni le conocieron». No fue entendido; Cossío lo confiesa. Sin embargo, siguió teniendo encargos numerosos y relativamente bien pagados, para conventos, iglesias y para casas particulares. El rey, después de repudiar aquella maravilla del martirio de San Mauricio, que tanto me ha hecho soñar en la sacristía del Escorial, no quiso volver a oír hablar del Greco; pero el artista encerrado en su Toledo, se desquitó pintando el Entierro del conde de Orgaz uno de los seis

u ocho cuadros más sublimes del mundo, superior a las Lanzas de Velázquez.

Al través de los tiempos, en las sucesivas transformaciones del arte pictórico, fueron eclipsándose el nombre y la fama del Greco. No llega a olvidársele, pero se le recuerda poco, y se le cita con escasísima benevolencia. Hasta que viene el romanticismo a resucitar la libertad y el sentimiento, no vuelve el Greco a salir a flote.

En cambio, los románticos ven en él a ese genial insubordinado, cuya originalidad llega a la extravagancia, cuya sublimidad raya en excesiva; cuyas bellezas parecen defectos a los limitados, cuya elevación es quizá una caída, pero cuyo inspirado pincel rompe toda tradición y cuya energía anárquica pisotea a los clásicos, Y pasado el período romántico, al asomar el impresionismo moderno, todavía sube el Greco hasta llegar a la cima donde hoy se encuentra, y de la cual, según anuncios, no tardará en bajar otra vez, quizá antes de que el público grande de conjunto, haya llegado a educarse en admirarle.

He aquí lo curioso del Greco, lo extraño de su figura artística. Es un pintor que desechando las influencias de su época, al pronto sufridas y acatadas; dueño de los tecnicismos, sin embargo, al residir en España; siendo griego de nación, interpreta mejor que

nadie a la raza, extrae toda la poesía de ambiente, orea la imagen de España más alta y más profunda; vuelve al través de España, a la tradición bizantina-alejandrina, griega del período decadente, que lleva en la sangre; y este bizantino, y este toledano de austero pincel, viene a ser el maestro venerado de los maestros de la pintura actual...

Para aquilatar la gloria del Greco bastan dos datos: su influjo de filtro en los modernos, y su acción decisiva sobre Velázquez que era un equilibrado, procede del gran desequilibrio. Velázquez fue español y realista a través del Greco. Y he aquí cómo se desmintió la profecía del poeta conceptuoso retratado por él y que dijo de él:

... su extrañeza
admirarán, no imitarán edades...»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

17

CRONICA

EL PASADO DE MARRUECOS*

(Para la La Nación)

Las circunstancias nos obligan a tener fija la atención en Magreb-el-Aksa, y sentir esa curiosidad del ayer de los pueblos, acrecentada cuando en ellos ocurren sucesos que señalan un período crítico de su historia. ¿Qué es Marruecos? ¿Cuáles son los fastos de ese imperio; donde en el siglo XX, se pasea a los reos políticos, como el Roghi, en jaulas? ¿Qué gentes pueblan ese trozo del continente africano que por un lado mira a España y por el otro al gran desierto?

Marruecos es la Mauritania Tingitana de los romanos, el punto donde la fábula ha situado el jardín de las Hespérides, todo cuajado de áureas pomas. En su actual constitución política se llama imperio; pero es asaz arduo fijar las dimensiones, los límites de las tierras que obedecen a S. M. Sheriñana, porque muchas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 30 octubre 1909: 7. No recogido.

de las comprendidas en el imperio se gobiernan con autonomía absoluta.

Forma el imperio de Marruecos parte de lo que ha solido llamarse Berbería, en la cual entran también las regencias de Argel, Trípoli y Túnez. No está bien averiguado quienes fueron los primeros pobladores de Berbería. Hoy existen en su territorio los cananeos, que pueblan las montañas y la parte sur (estos son los «ruafa» o rifeños); los árabes, que viven en aduares; los moros, descendientes de nuestros moriscos; los judíos, y los negros venidos de Guinea y Senegambia.

En lo antiguo parece demostrada la inmigración fenicia, que se corrió a las costas de España, en el litoral del Mediterráneo.

Con fenicios y cartagineses llegó a su apogeo la civilización del Africa, y, aunque destruida Cartago, Roma prolongó las glorias africanas hasta el límite de aquella invasión de los bárbaros, cuyo presentimiento ensombreció los últimos días de la vida de San Agustín, ajeno a suponer que por tal camino iba a cristianizarse el orbe.

Lo mismo que después habían de venir los mauritanos a España, invadieron a Marruecos los vándalos españoles, que anegaron la Mauritania Tingitana en sangre y la cubrieron de ruinas. Era el siglo VI, y empezaba ya la perenne lucha entre lo que

aún no se llamaba España y el Africa; el godo Teudis sitiaba a Ceuta y era rechazado.

Poco después, Flavio Suintila tomaba a Tánger, Ceuta y sus cercanías. Como se ve, el pleito es viejo; muy anterior a la traición, apócrifa o auténtica, del conde don Julián.

Entretanto, Mahoma surgía, y los del Yemen caían como nube sobre Damasco y Persia, y luego sobre el Africa septentrional. Las tres Mauritanias del Magreb u occidente fueron sometidas, a pesar de la resistencia patriótica de la heroína Kadina. Los moros, que no eran «creyentes», hubieron de serlo a la fuerza. Un hombre de genio de la madera de los excelsos conquistadores, Muza-Ben-Nazar, nuestro tradicional moro Muza, afianzó el dominio de los árabes sobre las Mauritanias, y realizó la invasión de España, con propósito de correrse a Europa entera y sujetarla a Mahometo.

Las raíces del Islam en la península iban a durar la friolera de ocho siglos. Es imposible, históricamente hablando, calcular el influjo de ocho siglos de guerra constante para liberar un territorio. Sobrepuja a lo que la imaginación puede concebir.

Los sarracenos de España, al principio, dependían de los de Africa. Pero la dependencia los molestaba, y Abderramán, vástago de los perseguidos y proscriptos

Omniadas, se proclamó califa. Desde entonces el mahometismo tuvo dos cabezas y dos cimitarras.

A todo esto, en el Magreb había aún muy pocos secuaces de la ley de Mahoma, y en cambio abundaban los cristianos y judíos, y los idólatras también.

Edris I, que tuvo arte para alzarse por sultán, convirtió a todo bicho viviente con la persuasión del degüello.

Ya desde el siglo IX, en que suceden estas cosas, se inicia la serie de usurpaciones, cambios y destituciones de sultanes, con rebeliones de pretendientes, que es el mismo actual estado interno del imperio marroquí. Sería muy impropio de la crónica periodística el recontar estas vicisitudes. Lo único que en ellas merece la atención del observador es su persistencia hasta nuestros días. La periódica reproducción de un suceso histórico al través de tan largos períodos de tiempo caracteriza las condiciones de inmovilidad de la raza, incapaz de renovarse ni de transformarse.

Parece que estamos leyendo un periódico de ayer, donde se refieren las malandanzas del Roghi, cuando leemos en la historia que, a principios del siglo X Mesela-Ben-Habús-el-Mequasi hizo entrar en Fez, cargado de cadenas y enjaulado, al destituido Yahya, y que «a fuerza de malos tratamientos y de bárbaros castigos,

consiguió que su prisionero le declarase el lugar donde tenía escondido el imperial tesoro. Aún podría suponerse que los marroquíes han atrasado desde el siglo X, porque Mesala, después de despojar a Yahya del último ochavo, lo soltó, perdonándole la vida.

¡En el tiempo que dura la preponderancia de los moros en España, influimos y dominamos más a Marruecos de lo que habíamos de dominarlo después! La dinastía zeneta, que dura cien años (largo plazo para aquel país de revueltas y cambios constantes), reconoce el vasallaje a los califas de Córdoba.

De la dinastía de los almorávides y su cabeza Yusuf data la fundación de la ciudad de Marruecos, que eclipsando a Fez y a Tánger, ha venido a dar nombre al imperio todo. Por entonces fue cuando el emir de Sevilla, acosado por los castellanos, llamó a este Yusuf-ben-Tazfin en su auxilio.

--Mira que nos echará de nuestra casa--le advirtió su hijo al emir.

--Prefiero--respondió el padre--guardar los camellos del rey de Marruecos, a ser vasallo y tributario de estos perros cristianos.

Y así sucedió, Yusuf entró en España al frente de los almorávides; se ganó un imperio, que al norte limitaban los Pirineos y al sur el Sahara, e hizo retroceder la reconquista tres siglos. Y fue este

poderoso vencedor el primero que usó el título de emir Almumenin (príncipe de los creyentes). Conservan religiosamente este título los sultanes marroquíes.

La brillante dinastía de los almorávides no podía eximirse de la ley histórica que preside los destinos de esta gente con quien estamos en querra. Apenas se alza un conquistador y se apodera del mando, como hizo ben-Tazfin, aparece de improviso, a la segunda generación dinástica, el pretendiente, el rebelde el inspirado, salido de no se sabe dónde, y que fanatizando a esa masa sombría y grave, inculta y belicosa, que entonces como hoy, constituye el fondo étnico del Magreb, usurpa el trono o perece en la demanda, después de sangrientas luchas.

Duraron los almorávides hasta que surgió el Mehdi, español o susita, descendiente o no del profeta, ardiente predicador, asceta, venido de Bagdad, especie de restaurador de la pureza del Korán, conocedor del enorme fondo religioso de la raza, también en esto, como en la sensualidad, inmutable. Los secuaces del innovador eran más bárbaros que los elegantes y cultos almorávides; tenían, pues, seguro el triunfo por la ley regresiva que preside al desarrollo de Marruecos.

Los almohades consolidaron su triunfo con un degüello de setenta mil almorávides, según las crónicas. El primer emir almohade había sido alfarero.

Durante esta dinastía la batalla de las Navas señaló la decadencia del poder musulmán en España. Aquel golpe era decisivo. Se rompió con él la unidad del Islam occidental; los sultanes de Marruecos renunciaron a defender a los moros españoles, a pretender la soberanía del lado de acá del estrecho. Se encerraron en su imperio de Africa, revuelto en plena anarquía. Les ayudaba a sostenerse la lealtad de la guardia castellana y cristiana, que habían logrado reunir. Esto duró hasta que la cabila de los Beni-merines, de sangre árabe, dio al traste con los almohades, cortando la cabeza al último. Allí todo se arreglaba, entonces como ahora, descabezando.

Los Beni-merines venían del desierto a repoblar y trabajar al país del Magreb, casi erial desde que el desaliento de la derrota de las Navas interrumpió hasta la agricultura.

Bajo esta dinastía decadente ya cayó en nuestro poder la ciudad de Melilla. Casi se puede decir que no lo hicimos adrede. Melilla estaba abandonada por sus habitantes, temerosos de las represalias de la guerra civil. El duque de Melina Sidonia se apoderó de aquel nido de piratas. Después defendimos bien la presa que aún estamos defendiendo hoy.

Sucedieron a los Beni-merinitas los hassannis. La aventura de don Sebastián de Portugal volvió a hacer

que nos preocupase aquel suelo, aquel puerto de Larache, que según Felipe II, vale él solo toda el Africa. En Alcazarquivir la suerte de las armas hizo que retrocediese siglos, quizá la causa de la civilización en el Magreb. Si hubiesen vencido los portugueses, y el animoso don Sebastián se hubiese coronado con aquellas insignias del rey del Africa que llevaba en su cofre, acaso hoy fuese Marruecos una floreciente comarca rival de las de Europa. No lo quisieron así el destino y la imprevisión del joven héroe.

Marruecos continuó hundiéndose en la vida salvaje después de una victoria que hubiese debido elevar su espíritu; continuó el imperio entregado a sus pretorianos, la guardia negra, la misma que hoy sirve al sultán para sus venganzas, torturas y ejecuciones--continuó con los serifes, dinastía nueva, la misma monótona serie de tiranos locos, que distraen su tedio con el cuadro del sufrimiento y de la muerte, como aquel Muley Abdalá que empezó, a ejemplo de Nerón, por dar señales de clemencia, y acabó bebiéndose sin metáfora, la sangre de sus víctimas.

Este Muley Abdala fue el que--instigado por el famoso aventurero y renegado español, que había sido ministro de Felipe V, el barón de Ripperdá, que obtuvo una gran posición en Marruecos y llegó a favorito y

amante de la no menos célebre sultana madre, Horra Janata--quiso recuperar de los españoles la plaza de Ceuta. El general Marina de entonces don Antonio Manso, con cinco mil hombres, hizo frente a los treinta y seis mil del sultán, y trabajo le costó al renegado salvar el pellejo en la derrota. Caído en desgracia por el descalabro, murió a poco de pesadumbre aquel ambicioso, que soñaba un reino en Africa, y que intentó coronarse en Córcega.

Bajo Carlos III, sin embargo, Marruecos tuvo su Salomón, un príncipe ilustrado y progresista, Sidi-Mohamed-ben-Abdalá, el cual estableció con España cordiales relaciones con el fin de fomentar el comercio entre ambos países; prohibió la piratería, y el corso, trajo artistas cristianos que embelleciesen sus palacios, debilitó el poder de la guardia negra, reconquistó de los portugueses a Mazagán, ayudado por la antipatriótica debilidad del marqués de Pombal, y quiso reconquistar también Ceuta y Melilla, la cual ya no le salió tan bien. El Marina de entonces, don Juan Sherlock--hay una serie de gobernadores españoles admirables--lo rechazó causándole pérdidas enormes, y riéndose de las nueve mil bombas que cayeron sobre la ciudad. Con el cuerpo de este Salomón se enterró el movimiento civilizador iniciado en sus estados. Su hijo y sucesor ya fue uno de los habituales monstruos.

Y seguíamos en constante guerra con Marruecos--esta guerra ha sido crónica--y, bajo Carlos IV, otro hombre original, como Ripperdá, el famoso don Domingo Badía o «Alí Bey», el fingido renegado, estuvo a pique, mediante una novela en acción de lograr que España se adueñara del reino de Fez. Lo impidieron escrúpulos de conciencia de Carlos IV.

Pero era imposible que aquel país se redimiese. Los fanáticos de siempre, los mismos del siglo VIII, cuando la peste desolaba al país, lo atribuían a que el sultán llevaba relaciones con cristianos.

Los franceses, que poco tiempo guerrearon contra los moros, lograron más práctico resultado que nosotros en eterna lucha. Mientras defendíamos sin cesar presidios y plazas, ellos con escaso trabajo y no mucha sangre, ganaron la Argelia.

Descuidados nosotros, entretanto, dejábamos indefensas o poco menos nuestras plazas. Se envalentonaban los rifeños. En el campo de Ceuta a nuestros ganados no les dejaban pastar. Andábamos aquí--era a mediados del siglo XIX--muy ocupados con la política. La cabila de Anghera destruía impunemente las armas de nuestro escudo. Tanto, sin embargo, menudearon los ataques, que fue preciso enterarse, y la guerra «de Africa» sobrevino. Fue declarada el 22 de octubre de 1859. Nadie ignora sus glorias, la

brillante epopeya que nos condujo hasta Tetuán. Nadie desconoce tampoco la esterilidad de la victoria, el veto que nos pusieron naciones más fuertes que nosotros, y que tenían, como nuestro buenazo Carlos IV, escrúpulos de conciencia.

Lo sabemos ya. La dominación de los sultanes de Marruecos es nominal e imaginaria sobre mucha parte de su imperio, donde las tribus hacen lo que les da la gana. Ni aun tributos pueden cobrar. En el orden religioso los jerifes de Uazán han mermado su autoridad y elevado un poder frente al suyo. En el orden civil, este estado de fanatización sobreaguda, no modificado por nociones progresivas, hace imposible que el imperio marroquí ocupe lugar entre las naciones cuya existencia es elemento interesante al bien universal. O Marruecos se transforma o perece, absorbido por otras naciones. No seremos quizá nosotros, a pesar de tan larga historia--desde Teudis hasta Marina--quienes cumplamos la obra necesaria; por mal de nuestros pecados otros lo harán; pero ello ha de hacerse. Esa gran potencia africana está demasiado vecina a Europa para que no tenga que entrar por distintos caminos, que seguir nuevos derroteros. Mahoma está muy viejo, el Korán muy desencuadernado. No se puede impunemente, en estos tiempos salar cabezas, cortar mejillas, manos y pies. Menos todavía se puede cerrar el espíritu a las mejoras

legítimas y al adelanto racional que ha conquistado la especie humana. Para vivir en tal forma tendrían los bereberes que emigrar en masa, como se emigraba en tiempos antiguos, al Sudán o a Guinea.

Las razas refractarias al progreso, que tienen en sus ideales religiosos o políticos una rémora fatal para aceptarlo, están sentenciadas a ser sometidas cuando se hallan en contacto con razas superiores, si no étnicamente, al menos en cultura.

El período de cultura de los moros fue su estancia en España. Por eso pudieron sostenerse, resistir tantos siglos nuestro empuje. Rechazados a berbería, no supieron o no pudieron reconstituirse, salir del caos de sus luchas internas y crearse un porvenir.

Yo no los censuro por haber querido sacudir nuestro yugo. Cada cual ama su independencia. Pero la independencia, que tanto vale, es prenda que no se defiende por medio de la barbarie y de la discordia. Exige, en los que sienten su amor, el cultivo de muchas virtudes y la unión de las voluntades viriles y bien templadas. Requiere conocimiento, razón, lealtad, abnegación. Poco hay de eso en la psicología marroquí.

O la vista engaña, o se está dando un paso hacia esta necesarísima penetración europea en el imperio del Magreb. Al tomar el monte horrible, donde cada chumbera y cada grieta vomitaba plomo, y que de

repente, merced a una sabia táctica y a una prudente conducta, aparece inofensivo, sin más defensores que una mora vieja, atónita de ver a los rumíes, hemos hecho algo que es un símbolo. El gurugú de la barbarie siempre acabará por caer en manos de la civilización, si se emplean los medios conducentes con enérgico impulso. Y, una vez dominado el monte secular, podrá empezar a conocerse la belleza del Magreb, y se encontrará de nuevo aquel fabuloso jardín de las Hespérides, y cogeremos sus pomas de oro, puesto que, según el hermoso mito, hemos matado al dragón.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

18

CRONICA

MORA MUERTA*

Los periódicos han publicado fotografías del traslado de una mujer rifeña, herida de bala, al hospital de Melilla, donde ha sucumbido a consecuencia del traumatismo. Parece que esta mora tomaba parte en las escaramuzas auxiliando a los varones, no con el odre de agua o con el higo chumbo despellejado, ni con la untura de miel y manteca que aplican los moros por primer socorro para restañar la sangre, sino con su buena «fusila» y sus proyectiles máuser, haciendo con certera puntería, disparos a los españoles. Se trató de curar a la amazona y salvar su vida, sin conseguirlo, y la noticia de su fallecimiento me ha hecho pensar en la mujer marroquí, que por lo visto no cede en fiereza a sus padres, hermanos y esposos y se halla dispuesta a defender la patria, tal cual se halla constituida.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 11 noviembre 1909: 7. No recogida.

¿En qué forma se halla constituida la patria para las rifeñas en particular y para las marroquíes en general?

Cuando queráis saber de modo positivo los grados de cultura que alcanza un país, hay un instrumento seguro, matemático, para medirlos; estudiar la condición de la mujer, cómo es tratada, cómo vive, el respeto que merece el límite en que el varón la asocia a los fines de la existencia y el puesto que ocupa en la familia.

No suelo conceder fe incondicional a ninguna teoría que no se apoye en hechos; y entre las hipótesis que me inspiran mayor desconfianza figura en primer término la del matriarcado primitivo. En vano Réclus trata de demostrar que en el origen de las sociedades ejercían hegemonía familiar las mujeres. No deja de hacerme alguna fuerza un episodio del "Mahabarata," donde encuentro a una beldad indiana casada con siete maridos, no unos tras otros (que de eso se ve ahora), sino a la vez, y celosa de todos. Me inclino sin embargo, a que esto fuese la excepción y que, en general siendo el hombre el más fuerte y no teniendo el estorbo debilitante de gestaciones y lactancias, fue siempre él quien, como suele decirse, cortó el bacalao y cobró el barato, sometió a la mujer y tuvo cuantas quiso. Algo indica esto de que, en los pueblos más

atrasados, encontremos a la mujer en condiciones de inferioridad más visible.

Suele acusarse de esto en Marruecos, a Mahoma y al Korán. Casi nunca debemos aceptar las opiniones hechas. No tengo interés alguno en defender al esposo de Kadicha, y sólo un espíritu de justicia me mueve a declarar que en el Korán no todo es rigor para la mujer. Si algún día surge el imperio cherifiano el partido de los «jóvenes rifeños», análogo al de los actuales «jóvenes turcos», que relativamente al antiguo estado de cosas, tantas ventajas ofrecen a la mujer, podrán hasta apoyarse en versículos y suras del sagrado libro para proclamar en las verificantes del Gurugú una especie de conato de emancipación femenina. He aquí lo que dice a sus creyentes el profeta respecto a la mujer:

«Temed, gentes, a vuestro Señor, que de un alma sola os ha criado, y de ella formó la pareja humana, haciendo salir muchos hombres y muchas mujeres. Respetad a las madres, que Alá lo ve todo.

«Creyentes, no heredéis por fuerza a las esposas de otros, no las encerréis para quitarlas su dote, a menos que sean livianas. Tratadlas conforme a lo que enseña la razón. No las aborrezcáis, porque aborreceréis cosa que Dios ha hecho.

«Si queréis cambiar una esposa por otra no quitéis a la que dejáis los bienes que la habéis dado. Sería delito y mengua.

«Excelso es Alá. Los hombres tienen superioridad sobre las mujeres, porque Dios ha sido con ellos más benigno, y porque de su riqueza mantienen a la mujer. Las virtuosas y honradas están sometidas. Pero si alguna se rebela, castigadlas, pegadlas, y así que estén obedientes, no las persigáis más: no les guardéis rencor.

«Alá ha creado para vosotros esposas, poniendo entre ellas y vosotros amor y cariño. Meditadlo, creyentes.

«Para musulmanes y musulmanas, devotos y devotas, ayunadores y ayunadoras, que se acuerdan igualmente de Alá, El ha preparado el mismo perdón y la misma recompensa.

«¡Oh Profeta! Cuando las creyentes te afrezcan que no robarán, ni pecarán, ni matarán a sus hijos, ni calumniarán, ni desobedecerán, acepta la promesa e implora de Alá para las creyentes, que no ha de faltarles.»

Como se ve, y teniendo en cuenta los tiempos en que se recogió y transmitió el célebre código, no puede decirse que Mahoma haya prescripto la degradación de la mujer, ni dispuesto que la unzan con las mulas para

trabajar el campo, como se hace en el Riff corrientemente. Pero, de las leyes religiosas, las gentes lo que conviene a su egoísmo, y aun cuando Mahoma, en el propio Korán, prohibe a un honrado creyente tener más de cuatro esposas, la verdad es que él mismo tuvo sus quince, declarándose exento y privilegiado, y que si los marroquíes se conforman con una, es que no les alcanza para más el alcuzcuz. Debe añadirse que también los permitió poseer cuantas concubinas les pluguiese, pero encargándoles mucho hacerlo con recato. De esta recomendación del Profeta ha nacido quizá la institución del harén secreto, donde ningún extraño penetra.

Como no hay cosa que no sea defendible, o mejor dicho que no haya sido defendida, la pluralidad de mujeres otorgada al buen creyente pasa por singular acierto de Mahoma, que, atento como Montesquieu a la influencia de los climas, previno la relajación de las costumbres, adelantándose a relajarlas, él primero hasta donde consienta la fuerza humana. La realidad, sin embargo, desmiente en esto a los panegiristas del Korán. En materias sexuales, Marruecos está todo lo corrompido que puede estar el país latino más decadente, y hay bailadoras diabólicas y establacimientos equívocos, y no entro en más detalles, porque son cosas antes para imaginarlas que para referirlas.

Tampoco se cohonesta la moral koránica por la idea semítica del deber de engendrar numerosos hijos. No es el hombre como los palomos, que crían y echan a volar la nidada en cada estación.

El hombre se sujeta, con cada hijo que nace, a educarlo e instruirlo, pero el marroquí suele buscar en el hijo la utilidad, que labre su campo o pastoree sus ovejas, sin atender a más, ni enseñarles nada. Es muy difícil fundar familia, en la acepción que tiene para el hombre civilizado esta palabra, sobre la base del harén. Verdad que los rifeños agricultores no tienen nada que a harén se asemeje. En las chozas del Riff no hay odaliscas: hay esclavas uncibles.

Otro capítulo en que la moral de Mahoma se da la mano con la moral de las decadencias, es el del divorcio. En la ley mahometana el matrimonio es inconsistente, el divorcio facilísimo. Ignoro si estarán en vigor las disposiciones del propio Korán, que castigan la violación de la fe conyugal con emparedamiento o lapidación. Me inclino a creer que la costumbre las ha abrogado. Merece notarse que estos moros, contra lo que se cree oír allí, son disolutos, pero no son celosos. Otelo no pasó por Marruecos. Otelo era celoso, porque amaba. En Marruecos la sensualidad ha matado al amor. Y el Profeta, indulgente para la mujer, exige, en el terreno legal,

tales pruebas jurídicas de su delito, que cualquier código cristiano será en esto más duro. El juramento reiterado de una mujer se admite como prueba de su inocencia. Divorcio y repudio resuelven muchos conflictos conyugales en Marruecos. No hay allí crímenes pasionales. Es, sin embargo, suerte común de la mujer en todas las clases sociales del imperio marroquí, temer ser abandonada, expulsada del hogar donde ha vivido y donde sus hijos nacieron. En la ruda labor del campo, en la vida seminómada, la mujer núbil temprano, se marchita rápidamente. A los treinta años son viejas. Curtidas por el sol, deformadas por la maternidad, pierden las pocas consideraciones que en la juventud obtendrían de hombres de fantasía plástica, a quienes su libro sagrado promete en el Paraíso esposas eternamente vírgenes, de tez pálida como el huevo del avestruz y de grandes ojos negros sobre bermejos labios. He aquí el hogar en Marruecos: la mujer, marchita, arrugada, es un andrajo, y pasa a la condición de servidora de la mujer joven, de la última favorita.

Los rifeños no someten a sus mujeres a estrecha reclusión, no las ocultan; la guerra actual es fecunda en episodios que así lo demuestran. Hacen otra cosa, dentro de su estado social y económico; las tienen como siervas, como faeneras obligadas a las tareas penosas.

Son la bestia de carga, son el bracero sin salario, son una mula más, un asno más para acarrear o abrir el surco. Y esto sería probablemente la mísera mujer que, recogiendo el arma del esposo o del hijo muerto, nos tiroteó desde detrás de una pitera o de un montón de pedruscos, hasta que,--sin darse cuenta que era una mujer la que enviaba la muerte,--se la devolvieron los soldados españoles. Otras veces, cuando han podido notar que había una mujer en peligro, nuestras tropas han quedado de súbito inmóviles, prefiriendo sufrir el fuego sin contestarlo. Las instruciones más severas, desde el principio de la campaña, les han inculcado el respeto al niño y a la mujer.

Los marroquíes actuales desconocen este respeto. Del código de Mahoma, como queda dicho, han tomado lo peor, la expresa declaración de la inferioridad femenina. En el derecho, en la familia, en todo pesa como plomo esta minoración de la mujer; y doblemente funesta que para ella, es para la raza y el pueblo estratificado en ideas ancestrales que no permiten evolucionar hacia los mejores ideales contemporáneos. De un libro interesante sobre La mujer marroquí, destaco este párrafo: «El marroquí de la ciudad, que no se desdeña de alternar en fiestas con sus inferiores y hasta con los mendigos; que sale a la calle sin inquietarse porque el criado camine a su lado,

consideraría vergonzoso pasear públicamente con su mujer, y cuando circunstancias imprescindibles les obligan a salir juntos, la esposa ha de ir forzosamente detrás del marido». La delicada atención, la finura y la cortesía con que aquí tratamos a las mujeres, es lo más extraño a un marroquí; entre ellos el puesto de preferencia es siempre para el marido: él como antes acompañado de sus hijos, y las mujeres y las niñas han de contentarse con sus sobras. Si sólo hay una caballería, él la monta y la mujer lo sigue a pie, llevando el niño o un fardo a la espalda.»

Me parece digno de citarse algo que en este libro se refiere.

Es el caso que el sultán de Marruecos no dispone de honores ni condecoraciones que ofrecen a sus súbditos; le falta, por lo tanto, uno de los resortes de gobierno más eficaces, dado el incontestable influjo de la vanidad humana. En Marruecos no hay otra nobleza que descender de Mahoma o pertenecer a una tribu distinguida; individualmente,--ya lo dijo Cadalso en las Cartas marruecas,--para el emperador son plebe todos sus súbditos. Una sola distinción, análoga a las honoríficas de los cristianos, puede el emperador otorgar: y consiste en regalar una de sus concubinas usadas al sujeto a quien se proponga mostrar alta estima. Elige, naturalmente, aquella que lo tiene más

aburrido, y el agraciado la toma por esposa, entre transportes de júbilo y gratitud. Y observa con donaire el autor: «¡Qué gran cruz puede ser más grande que la del matrimonio!»

En suma, podemos asegurar que Mahoma (con la mejor intención quizá), en su «recitación» ha hecho a la mujer y a los pueblos que siguen su ley un flaco servicio. Asusta pensar la trascendencia que para el género humano pueden entrañar palabras pronunciadas en momentos de efervescencia tal vez política, y que después se erigen en dogma. ¿Quién sabe si en efecto Mahoma (en cuya vida tanto influyeron las mujeres) pronunció siquiera tales palabras? La opinión más general es qué Mahoma no escribió el Korán, y que hasta es fácil que el antiguo camellero no supiese escribir; sus discípulos y seides recogieron su doctrina y las cláusulas que constituyeron su enseñanza y las trazaron, para conservarlas, en omóplatos de carnero, en piedras pulimentadas o en tiras de piel curtidas por los primorosos procedimientos orientales. No tenemos absoluta seguridad de que el legislador declarase inferior a la mujer; lo que no podemos dudar, es que tal la consideran los marroquíes. «Cosa, no persona», es la fórmula tradicional.

Para dar idea de la opinión que tiene de la mujer el marroquí, aun el de las ciudades, referiré una

anécdota que me contó un fraile franciscano. Como es sabido, los hijos de San Francisco han trabajado mucho para evangelizar aquel país, regado con sangre de infinitos mártires de la orden, y profesan--a pesar del recuerdo de las cruentas torturas--especial cariño a la tierra del Magreb, que conocen profundamente y miran como cosa suya, y donde han llegado a inspirar a su vez una simpatía verdadera sin resultado religioso, hay que decirlo. Por efecto de esta simpatía respetuosa, se ha dado el fenómeno de que algunos moros bien acomodados admitan en su intimidad a los frailes y les enseñen a sus mujeres, cosa tan ajena a las costumbres musulmanas. Aprovechando la ocasión para catequizar, los frailes hablaron de la mujer entre cristianos, y describieron a las hermanas de la caridad o hijas de San Vicente, ponderando sus virtudes y explicando sus ocupaciones y abnegación para atender a los heridos y enfermos en hospitales. El moro a quien se dirigía la plática, oía atentamente, con su gravedad característica sin dar señales de asombro. Y cuando el franciscano hubo terminado, el marroquí le preguntó, muy seriamente:--Y di, hermano: esas mujeres: ¿qué parte del cuerpo tienen más hermosa?

No hay manera de que tal gente se civilice, mientras lo único que de la mujer les importe sea la belleza material. Es necesario, para desengañarles de

las enseñanzas de su profeta, que resucitase aquella famosa Zeinab, la que envenenó a Mahoma en un trozo de carnero, o como hoy diríamos, de «presalé»: envenenamiento del cual no murió, pero nunca sanó del todo el legislador. Zeinab era hermana de un jefe muerto por Mahoma; sin enbargo, no fue la venganza lo que la impulsó a cometer el crimen, sino una especie de espíritu crítico realmente nada común. Medio moribundo con las ansias, Mahoma interpeló a Zeinab, preguntando que móviles la habían impulsado a servirle ponzoña, quebrantando así las leyes de la hospitalidad y atentando contra un hombre inspirado de Dios.

--Por eso mismo--arguyó Zeinab.--Si eres inspirado, vidente y profeta, no debiste comer del plato envenenado, porque sabrías que lo estaba; y si eres como pienso, un impostor, he hecho bien en librar de ti al mundo.

Quizá en aquel momento no opinase Mahoma que la mujer es inferior al hombre, porque la verdad es que Zeinab le puso la ceniza en la frente, y si los varones son tan sutiles en razones, no hubiese corrido, como reguero de pólvora, la conquista mahometana.

No era, pues, su egoísmo ni su bienestar lo que defendía la mora herida que sucumbió en nuestros hospitales. Era la solidaridad con su tribu, con su cabila, con sus opresores seculares, con los que fuman

o duermen mientras ella labra, ordeña, saca agua y elabora ese alcuzcuz misterioso que ningún cristiano sabe aderezar... Era el instinto, no siempre certero, la adhesión, no siempre fundada, en servicios ni en equidades... Y sería grande su asombro si, antes de que cerrase los ojos a la luz, alguien le dijese: «Pobrecita mora, has muerto heróicamente defendiendo tu inferioridad y tu esclavitud.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

19

CRONICA EUROPEA

INCIDENTE PERSONAL--UN FUNDADOR DE ESCUELA*

El correo, que suele traerme testimonios de la bondad de mis lectores, me aportó pocos días ha una bellaquería publicada en un periódico bonaerense, cuya buena fe sorprendió el bellaco. Según éste, yo ando por ahí solicitando dinero y armando intrigas para que me eleven una estatua.

La noticia, si llega a su conocimiento, extrañará a mis amigos de las tres Américas, que algunos tengo,--los hay hasta multimillonarios,--y que, por mí, ni habrán podido sospechar que tal proyecto de estatua existe. He practicado la exageración en el silencio y reserva sobre el asunto, y he hecho bien; y me pesa de tener que aludir a tal cuestión, pero es forzoso, y muy contra mi gusto.

Suele decirse que a ciertas cosas se contesta con el desprecio. Sí; con el desprecio; y también con la verdad.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 2 diciembre 1909: 7. No recogido.

*

Italia ha sufrido la pérdida de César Lombroso, fundador de la escuela antropológico-jurídica. Lombroso se había ganado una reputación universal no tanto--como él declara--por sus trabajos concienzudos de laboratorio, experimentales, cuanto por tres libros muy discutidos y que le ganaron numerosos descípulos, pléyade brillante, en todos los países donde se lee y piensa.

En España conocemos a algunos de la falange, y los nombres de Salillas, Dorado Montero, Altamira, Silió, Sanz y Escartín, Costa, Pedregal, Pella y Forgás, García Lastra, Giner de los Ríos, González Serrano, Posada, Sela. Uña, Torres Campos y Vida, son los que ahora recuerdo, de los apasionados o impugnadores de las teorías jurídicas de Lombroso. Porque suscitaron también objeciones y reparos graves, produciendo animada y útil controversia, en un país como España, donde ha tenido siempre fecundos cultivadores la ciencia del derecho.

En la República Argentina, también se alaba Lombroso de poseer insignes partidarios y entre ellos cuenta a Ramos Mejía, cuya obra, La neurosis de los hombres célebres de la historia argentina, que veo citada por Lombroso y en libros de Octavio Bunge, me agradaría poseer: en Madrid no se encuentran. En suma,

cabe decir de Lombroso que ha abierto huella y surco en la mentalidad de sus contemporáneos, y que su nombre, como en un momento dado, el de Beccaria (y no me atrevo a decir el de Darwin, porque a Darwin hay que «mirarle con lentes» y reconocerle un puesto aparte en la historia de la filosofía natural)--es de los sonoros y ruidosos de la pasada centuria.

De la autoridad que Lombroso ha llegado a disfrutar, son indicio la adopción de sus métodos antropométricos--implantados por Bertillón en Francia--en las prisiones y gabinetes de inspección policíaca, y las consultas que se le dirigían, por ejemplo, la que se hizo desde París respecto al embrollado y misterioso «affaire» Steinheil.

Todo ello me induce a hablar de Lombroso una vez más. Hace años impugné, con el espíritu de moderación que considero obligatorio, un sólo libro suyo, el que se refería a materias más familiares para mí, literarias y artísticas: Los genios, L'unomo di genio. Como no he de repetir aquí lo dicho en otra parte, consideraré en conjunto las teorías de Lombroso.

Prescindiendo de opúsculos y monografías, tres son las obras famosas del director del manicomio de Pésaro: el ya citado, Los genios, El delincuente y El crimen político y las revoluciones. En las tres sólo hay una misma idea desenvuelta en forma sugerente, pintoresca,

adecuada para irritar la curiosidad e impresionar la imaginación; y no se tome a agravio el indicar que la imaginación campea en las obras de Lombroso, ahora que el prestigioso de la La Nación, Max Nordau, ha emprendido la tarea de demostrar que en historia, no la parte científica, la imaginación es lo esencial. Bien puede serlo igualmente en esa ciencia naciente, todavía no muy cimentada, que Lombroso expone en sus célebres libros.

Una misma idea, insisto en ello, informa los tres: El genio es una neurosis, un caso teratológico, hermano de la locura y del crimen, y acompañado de estigmas degenerativos. El crimen político, las rebeliones y revoluciones, son neurosis ya individuales, ya colectivas, hermanas de la locura y realizadas por gentes que presentan estigmas degenerativos.

Las concepciones unitarias tienen mayores probabilidades de difundirse, por su sencillez. La de Lombroso prendió como reguero de pólvora. En ella encontraban armas y argumentos los abogados para la defensa y los culpables para la exculpación. Me apresuro a añadir que la corriente de lenidad antisocial, que invocaba el nombre de Lombroso, ha sido renegada por él repetidamente, afirmando, que lejos de ser partidario de la impunidad de los criminales, lo es de una represión doblemente eficaz y enérgica que la practicada hasta el día.

Para hablar de las teorías penales de Lombroso, manda la equidad que se tenga en cuenta y consulte su respuesta briosa a los rudos ataques que se le dirigen en Italia y fuera de Italia.

Quéjase el ilustre alienista de la leyenda cuyo humo acre le envuelve, y de los insultos que se le prodigan, acusando a sus teorías de conducir a la humanidad a una existencia más abyecta que la de las tribus salvajes. Empieza por reconocer que, no sólo en sus libros hay faltas y errores, sino que no se declara responsable de las aplicaciones que otros hagan de sus teorías y descubrimientos, y que éstos no son completos ni provechosos, sin las disposiciones administrativas y judiciales que sugieren. Atribuye el desorden jurídico, en gran parte, a la existencia del jurado, «resto de antigua barbarie»; aboga por los presidios de incorregibles, por la pena de muerte, por el trabajo forzado en terrenos palúdicos, y condena la «abogadocracia» que ha substituido hoy a todas las formas de gobierno, y que deslumbra a los papanatas con un afeminado sentimentalismo contra la pena capital y la de cadena perpertua.

Y mientras Lombroso, hace ya bastantes años, trataba con este rigor a los abogados y se inscribía resueltamente en contra de la abolición, ¡qué de alegatos apoyaban en la autoridad de Lombroso los

abogados mismos, con acento patético ante el jurado condenado por Lombroso, para demostrar la irresponsabilidad de sus defendidos, que presentaban asimetría facial, orejas en forma de asa, exagerado el lóbulo de Darwin, o que habían tenido padres epilécticos, abuelas ligeras de cascos y madres místicas! ¡Qué de citas del autor de El delincuente, para establecer «la fuerza irresistible» que había impulsado al asesino a descargar veinte puñaladas seguidas al ladrón, a no dejar un céntimo en la casa desvalijada, al sátiro a cometer su atropello!

El caso, por otra parte, no es nuevo. Rara vez, los que se escudan con un autor, o le profesan admiración sin límites, conocen a fondo lo que ese autor ha escrito, el alcance de significación de su trabajo. Recuerdo que hablando yo en una velada de homenaje, de la insigne penalista doña Concepción Arenal, provoqué el asombro y la incredulidad de algunos oyentes muy entusiastas de esta singular mujer, al recordar que era partidaria de la pena de muerte, enemiga del indulto, y en general de la indulgencia que se opone a la justicia. Creían todo lo contrario. ¿Habrían leído sus libros? Probablemente sí; pero observad cómo un mismo suelto, inserto la víspera en un periódico, es relatado por tres o cuatro personas contradictoriamente. Se lee con la imaginación, con la pasión y con las preocupaciones, muy a menudo.

En otra idea coinciden también la Arenal y Lombroso: ambos conceden un valor meramente relativo a la instrucción, para atajar la criminalidad, y ambos ven sin entusiasmo las escuelas en las prisiones.

En la defensa de Lombroso, en los ataques a sus adversarios, no asoma una observación que,--con la timidez natural en quien no domina ni practica este género de estudios,--me decido a manifestar. Si la teoría del delincuente nato fuese exacta, rigurosamente científica, no sufriría excepciones, porque la ciencia no las reconoce. En la descomposición de los ácidos oxigenados, el oxígeno aparece siempre en el polo positivo y la otra substancia en el negativo. En medicina, cierta elevación de las temperaturas acarrea ciertos fenómenos y sintómas. Otras temperaturas producen invariablemente determinadas dilataciones en los metales; etc. Si al presentar un indiviuo estigmas se le pudiese clasificar entre los delincuentes natos, y si el ser delincuente nato impulsase irresistiblemente a la acción criminal, no se concibe que el hecho de pertenecer a una clase social cambiase la posición del problema. Todos conocemos personas de elevada posición que presentan estigmas degenerados y, al mismo tiempo, sabemos que entre las clases eminentes, son raras determinadas formas de la criminalidad. Yo *no* digo que falten en absoluto; digo que son infrecuentes, del todo

excepcionales. El «millonario asesino» ha sido una especie de «serpiente de mar» para la prensa y todavía fue un delincuente pasional, categoría que Lombroso no juzga degenerativa, ni incluye entre los delincuentes de nacimiento, citados por la naturaleza al crimen, en sus aspectos más repugnantes.

Siendo claro que por nacer en altas esferas no se trae desde la curia una presdisposición virtuosa, ni cédula de exención de asimetrías faciales y lesiones somáticas; pasando por demostrado que en las aristocracias se notan a veces síntomas de degenaración física, tan marcados que los aprecia quien ni sospeche los estudios antropológicos, ¿por qué dan tan escaso contingente a la criminalidad? Sencillamente porque hay fuerzas sociales, morales y educativas que neutralizan las que Lombroso cree fatales por la educación del organismo y hasta de los meteoros. Y si el temor al castigo y la moralidad popular ejercen sugestión en el mismo delincuente nato de las bajas clases, el temor a la afrenta, el interés de la honra, la deshabituación de la videncia, la ejercen en las altas. No son las cosas tan inevitables; no es una anticuada metafísica la conciencia ni un fantasma la ley íntima del respeto a sí propio.

Otro eminente criminalista, Garofalo, declara que el «substratum» de la anomalía moral nos es des-

conocido, y, partidario de la represión como el mismo fundador de la escuela, denuncia la aterradora cifra de los crímenes impunes, el peligro de un estado social, donde el criminal apenas es contenido y se embosca como monstruosa araña, para arrojarse sobre su presa, la lenidad censurable, lo mal armada y defendida que está la sociedad contra sus enemigos. De suerte que, para la escuela antropológica, el reo no tendrá responsabilidad moral, conformes; pero no por eso se renuncia a ahorcarle, en defensa necesaria. Y siempre es consolador, añado yo, para un ahorcado, pensar que le ahorcan por eliminación y no por vindicta.

Hay otra objeción poderosa, y sea la última: al hablar de delitos y crímenes, cometidos fatalmente porque el criminal presenta ciertos estigmas, alguien ha preguntado a Lombroso si lo que en otras épocas era crimen y hoy no se entiende por tal (herejía, hechicería, determinadas aberraciones), imprimía antes estigmas físicos y ahora no. Lombroso se revuelve contra la objeción, sin resolverla, y acaba por establecer un criterio que bien pudiéramos llamar social: la sociedad, como buena positivista, castiga en cada tiempo lo que en quel tiempo constituye un peligro para ella.

Dado este carácter social de la doctrina jurídica de Lombroso, no nos maravillaremos de encontrarlo

inflexible con los criminales políticos, a quienes hay tendencia a rodear de aureola, y por quienes también el maestro experimenta cierta simpatía. Las naciones más libres, nos dice, han reprimido estos crímenes con extremo rigor; en la entigüedad como en la Edad moderna, no ha habido excusa para ellos. No es que los criminales políticos deban ser confundidos con los criminales natos; Lombroso coloca a los políticos en otra categoría, y yo, que he conocido, por el azar de mis estudios sobre literatura rusa, a bastantes nihilistas de acción, residentes en París, convengo con el autor de Los genios en que realizaban un tipo muy distinto del de Pancha Ampla, Mamed Casanova, o el Sacamantecas. Criminales natos o no, Lombroso entiende que debe castigarles la sociedad, sin duda ni vacilación, que esa clase de delitos no pueden excluirse de los códigos, y que, además, siempre que estallan las rebeliones, una masa de criminales profesionales se une a los rebeldes y coadyuva a su obra.

No todos los criminales políticos, sin embargo, andan, según Lombroso, lejos del tipo físico del criminal nato. No lo ofrecen los nihilistas, es cierto; pero, en el partido anárquico, se encuentra en abundancia. Entre los comunistas de París, más de la mitad presentaban las anormalidades y los estigmas.

Los detenidos en Turín por la huelga estaban en el mismo caso. De los revolucionarios de 1793, muchos son degenerados en lo físico. Y--añade Lombroso--la tendencia criminal se ve más aun en la psicología, revelada en escritos y actos.

Su análisis de la Revolución y de la Comuna es terrible; no lo es menos el que hace de sus compatriotas los revolucionarios italianos, Orsini, Pieri, Fieschi. Verdad que en la misma clasificación de tipos criminales incluye, no sin razón, a los déspotas, a los Césares romanos, y al doctor Francia, a quien, con distracción no infrecuente en Lombroso, hace dictador de la República Argentina, y que, si no me engaño, lo fue del Paraguay.

Como se ve, Lombroso, si en sus tres obras capitales desarrolla una sola idea, en sus conclusiones no es menos unitario: todo lo que constituye un peligro para el orden establecido, debe eliminarse. Su escuela participa del mismo criterio, y la penalidad que proponen los discípulos es todavía más dura que la del maestro, y superior en energía punitiva a la de los códigos actuales. Garofalo, en su Criminología, entona un himno a la pena de muerte, a su virtud de atemorizar a los criminales, a su influencia en la disminución de los grandes crímenes; propone la deportación a islas desiertas o a tierras habitadas por salvajes

(deportación con abandono) y llega a recomendar la «pena preventiva», anterior al delito, por la presunción de él, fundada en el estudio antropológico.

Me ha parecido curioso, en estos momentos, cuando acaba de extinguirse el jefe de una escuela jurídica, que tanto ha removido la opinión y el pensamiento, y ha parecido una amenaza para la sociedad--examinar cómo aparte de la cuestión filosófica del libre arbitrio, esta escuela, lejos de ser disolvente y desintegradora, trae,--si se entudian despacio sus postulados jurídicos,--un elemento integrador para la sociedad, que refuerza su instinto de conservación. Casi siempre que se toma en la mano un libro, por conocido y popular que sea, se experimentan sorpresas, se hallan en él cosas distintas, hasta contrarias a lo que la voz común sugería que se encontrasen. Yo he oído mil veces señalar como un peligro y un veneno los libros de Lombroso. Por eso, aunque ajena a los estudios que exige el asunto, los he leído, deseosa de formar juicio propio. A mi ver, en lo que tienen de hipótesis, están muy sujetos a controversia: pero no erradican la idea justiciera, ni desatan manos que han de bañarse en sangre. Tal vez ningún tratadista de derecho ha logrado retratar a las huestes del crimen con tan negros colores, ni en tan repulsiva forma, ni insinuando mejor aquella máxima, que no recuerdo quién

dejó escrita: «Ser cruel es ser piadoso, ser piadoso es ser cruel».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

20

CRONICA HISPANO-EUROPEA*

EL NUEVO IDOLO

Este proceso Steinheil que va a desenvolver ante París sus anillos de serpiente de escamosa y tornasolada piel, me dio ocasión de ejercitar la sutileza psicológica que es patrimonio y cualidad del novelista. En efecto--y hay mucha gente que lo sabe--desde un principio supuse que era a la esposa del pintor a quien se podía acusar del crimen, a menos que nos fiásemos, no de novelas donde se estudia el corazón humano, sino de novelones folletinescos a lo Conan Doyle.

Cuando estas páginas que escribo se publiquen, o mejor dicho, cuando retornen a Europa (aun suponiendo, caso inverosímil, que llegasen a conocimiento de los jueces, y que les hiciesen la menor impresión), será tarde para influir en la suerte de la Steinheil. Estará dictada la sentencia. No hay escrúpulo, por lo tanto en recordar que, mientras el sumario se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 diciembre 1909: 5-6. No recogido.

despistaba con la fábula fantástica de los hombres de largas levitas y la «rouquinc» sostenía yo, en las conversaciones comentantdo el famoso crimen, que todo lo que no fuese prender a «Meg», sería perder lastimosamente el tiempo.

A muchos les cuesta trabajo habituarse a la idea de que puede una mujer--sobre todo si es joven aun, o lo parece, y es elegante, bonita, y pertenece a una esfera donde la vida es algo refinada--cometer tan espantosa iniquidad. En crónica anterior, hablando de Lombroso y sus teorías, dije que ciertas formas de la criminalidad eran rarísimas en ciertas clases sociales. Lo que no dije fue que no existiesen. Recuérdese el célebre proceso del duque de Prasleri, enamorado del aya de sus hijos y asesinado de su mujer. Pero este fue un crimen pasional; el de «Meg», un crimen de cálculo y de concupiscencia.

Al referirnos a clases sociales elevadas, tal vez prescindimos del dato más importante: los grados de moralidad del ambiente que el criminal respira; el medio que en él influye. Y el de «Meg» era disolvente. Toca a la sociedad en que se agitó esa mujer bastante culpa; y así hay que recordar la comedia de Lope de Vega.

«¿Quien mató al Comendador?

«Fuente Ovejuna señor.

«¿Y quien es Fuente Ovejuna?

«Todos a una».

Lo que la honrada villa del Maestrazgo hizo por castigar a un opresor que ultrajaba a las doncellas y apaleaba a los hombres (¡y qué admirable estudio de muchedumbre delincuente ocasional es Fuente Ovejuna!) lo hace París por atrofia medular, por extinción de conciencia, por esa extraña enfermedad en la confusión de las nociones de responsabilidad, y que tiene por sistema la apoteosis de los criminales, ya en cambio de substituir a los héroes y a los santos.

Debemos añadir que, si bien París capitanea ese movimiento regresivo, no faltan señales de él donde quiera. Yo he visto, en pueblos de provincia, en España, declararse una especie de morboso entusiasmo por bandidos y salteadores de profesión. La tendencia es general, en el momento presente. Indicios de ella fueron, hace ya no pocos años, las apasionadas declaraciones que recibió en la cárcel Higinia Balanguer, autora del ruidoso crimen de la calle Fuencarral.

La clase a que pertenece la señora de Steinheil es distinguida, convenido, pero a la vez equívoca, sin base ética fuerte y hondamente arraigada. Es esa clase en que un pie se encuentra siempre al borde de la

bohemia, en que las relaciones se adquieren por medio de complacencia, acaso inconfesables, en que el lujo es hermano de la deuda, y en que al día siguiente de una comida chic, hartazgo de trufas, no hay para comprar la leche y el café del desayuno. Es esa clase en que se poseen joyas y no se tiene abundancia de ropa blanca; en que la dádiva del amante paga el lujo de la mujer, sin que el marido pregunte cómo se hizo el milagro. Concretando en frase castiza, la Steinheil pertenecía a una clase social distinguidísima, bueno... pero de trapisonda.

El marido, artista mediocre, sólo obtenía encargos a fuerza de intrigas de la esposa. Era ya un estorbo, más que un pedestal. En sus secretas entrevistas con el presidente de la república pensaría Meg en los brillantes destinos de Teresa Humbert, otro caso típico de la aberración social, otro ídolo elevado a las más altas cumbres. Lo que la Humbert consiguió largo tiempo por el fraude, lo buscó Meg por el doble parricidio.

Dije que fue calculado el atroz hecho. Claro es que el cálculo en estos extremos, de cien veces noventa y nueve sale fallido. Me cuesta además creer que para una faena tan ruda y una similación que engañó fácilmente a la justicia, la culpable no tuviese algún cómplice. Tal vez no estrangulase a su madre y su

marido con sus propias manos, de limadas uñas y sortijas con perlas. Instigadora, coautora, autora material... eso lo esclarecerá o no el proceso. Lo increíble es que no se viese, al pronto, que estaba complicada, que podía estarlo, que no sería raro si lo estuviese en la «obra sin nombre», como diría Shakespeare.

Para que esa policía y esa justicia de vendados ojos cayesen en la cuenta, fue preciso que la criminal cometiese tales imprudencias, que equivalieron a delatarse. Si la Steinheil se queda muy callada, con su trajecito de luto, impune la tenemos por los siglos de los siglos, amén. Todo se reduciría a decir: "On a classé l'affaire". Sólo que (como suele suceder a las histéricas), la Steinheil no podía avenirse a vivir en calma: sufría el prurito de publicidad a que la habían habituado los reclamos del arte de su marido y el mundanismo de su existencia de oropel. El hombre con quien soñaba casarse,--atraída por la situación clara y honrosa que tal matrimonio la hubiese proporcionado-- huía de ella, espantado, a fuer de burgués respetable y enemigo de ruidos de aquella «maitresse» en cuya casa tan horribles dramas ocurrían; y cuadragenaria ya, sin horizonte para sus ambiciones, la Steinheil prefirió al olvido, arriesgar la guillotina.

Típico es esto también en la clase de criminales a que pertenece la del callejón Ronsin. Que halló sus

compensaciones en el atrevido paso de que hoy parece arrepentirse, lo demuestra el telegrama que las agencias han trasmitido, y que reza: «Madama Steinheil recibe diariamente numerosas cartas ofreciéndola, para cuando salga de la prisión, automóviles, hoteles, joyas y el matrimonio».

*

Prescindiendo de lo que corresponde en tales ofrecimientos, a los que llamamos acá «guasa viva», resta lo suficiente para halagar a una mujer tan hipertrófica de amor propio; de ese sentimiento que, como todos, según vaya guiado, puede conducir a la luz o a las tinieblas.

Ese tributo de galantería y adoración rendido a los pies de la émula de las brinvilliers y Borgias indica también otra idea: por lo visto, muchos creen, no sólo que no se condenará a pena capital a la Steinheil, sino que saldrá absuelta. No convendría apostar dos céntimos a que se engañan. Por un lado, entre el tiempo que se ha perdido y la maña de Meg, no hay prueba plena. Y además, median en este turbio asunto tales complicaciones, que cualquiera profetiza.

No tiene ello capital importancia. Que el fallo de un tribunal yerre o acierte, lo grave es el estado de la conciencia social que revela, antes que ciertos crímenes, la actitud de la sociedad frente a ellos.

Aunque se haya abusado de la comparación, involuntaria se nos ocurre, la podrida decadencia romana y esta actual idealización del delito y del crimen en sus más repulsivas formas ofrecen muchos puntos de contacto.

No neguemos la parte de culpa que corresponde a los escritores. En París las letras acusan claramente un descenso profundo, un erotismo morboso, que tiene precedentes en el Satiricón; pero es más quintaesenciado, y un reblandecimiento indiferentista. No me acuerdo quien dijo que comprenderlo, es perdonarlo todo, quien fuese, amén de una cosa muy inexacta, dijo una cosa muy dañina. Si se ahonda en el conocimiento de los móviles de determinados hechos, no es el perdón lo que surge; es mayor reprobación. Dios todo lo perdona; pero sólo a los arrepentidos. La frase sería aplicable a la Steinheil, si en esa mujer envenenadora lenta de su marido, estranguladora de su propia madre, ardiese una pasión desbordada, o siquiera un inmenso fanatismo. Lo que ardía era el ansia de trapos, de lujo, de notoriedad, de goces, y ese frívolo chisporreteo que consume a las histéricas, sin amor, corrompidas por cuanto las rodea, esclavas del momentáneo esguince de sus nervios.

París... ¡Líbreme Dios de escribir contra París una diatriba! ¡Sería novedad bien rancia! Y además yo

he solido defender a la gran urbe insistiendo en que es una población donde se trabaja mucho, donde la gente (al menos la inmensa mayoría), es económica, ordenada y se acuesta a las diez, y donde el monopolio de los antojos extravagantes y sardanapalescos pertenece a los extranjeros, que los pagan. Tal impresión saqué de mis largas residencias en esa ciudad trabajando en su Biblioteca Nacional (que por cierto no es ninguna maravilla de organización, y, como casi todas las bibliotecas, carece de un catálogo completo que sirva de guía a los estudiosos). ¡Porque en todas partes cuecen habas!, y si el decoro del sermón, como diz que dijo el capuchino, me permitiese aludir sin velos a ciertas deficiencias increíbles, a ciertas contrahigienes muy apestosas, notadas nada menos que en el museo del Louvre, se vería que nuestras humildes posadas toledanas y segovianas pueden dar lecciones al emporio del arte en la Ville Lumière. Ello es que hay varias Parises, innumerables Parises, y, según indiqué al prestigioso Gómez Carrillo, autor de un libro sobre el «alma encantadora de París», cada uno se hace su París, con o sin alma encantadora. El París serio, laborioso, y hasta ático, ganaría mucho con que no se le viese al través de esa reducida oligarquía que lo compromete, con no alzar altares a los Baales, y con resistir al empuje desorganizador de la inmoralidad

fría y confitada, que produce en el pueblo la ola y el espumarajo de los apaches, y, en las clases más cultivadas, las Steinheil y las Bompard, y después de producirlas, las inciensa.

Repito que la mayoría de París, que Francia, no deben ser juzgadas por tales excrecencias y verrugas. Sin embargo, desde lejos todo parece de un mismo color. «La blague» es mal remedio para estas singularidades decadentistas. El crimen de la Steinheil nada vale ni significa si es hecho aislado, meramente episódico; pero importa mucho si creemos que lo han inspirado, determinado, encubierto y glorificado, corrientes profundas, y que la ciudad de Santa Genoveva, Santa Clotilde, Blanca de Castilla, Madama Roland y Jorge Sand--mujeres insignes por diversos estilos--es hoy la ciudad de la señora de Steinheil. Enorme responsabilidad contraen los que, por paradoja o por echarla de espíritus superiores, se encogen de hombros o sonríen al criminal. Las histéricas son siempre casos de erostratismo. Dícese que madama Steinheil se queja de que los periodistas la han vuelto loca con sus preguntas, entrevistas, consejos y artículos. ¡Bah! Si la prensa no se acuerda de la Steinheil, ella sufre un desencanto. Claro que la prensa ha de reseñar ciertos sucesos, que son para ella elemento de interés; no hacerlo sería sacrificarse. Pero, de los términos en

que lo haga, depende que ejerza o no acción desorganizadora. Si se forma leyenda en torno a la Steinheil, diremos que cada época y cada país tienen los héroes y los ídolos que merecen.

Y cuenta que esto de la leyenda no lo fantaseo. Copio del Heraldo de Madrid : «La leyenda de mujer galante y atractiva que rodea a la señora Steinheil, arrastra hacia ella grandes simpatías».

De esto a que, si indultan a la señora Steinheil, la muchedumbre vaya tras ella aplaudiéndola...

No quisiera que se creyese que generalizo, sobre la base de un crimen, que puede cometerse mañana en Madrid o en Viena. Mi grito de alarma responde a mucha lectura, a no poca observación. Y mi imparcialidad acostumbrada me obliga a confesar que, por espíritu de imitación o sea por lo que fuere, también en España hay tendencias a la criminolatría. Dígalo la agradable atmósfera formada en torno de aquella criada de servir que mató a su amo con una plancha...

Comprendámoslo todo, corriente... más no lo aprobemos todo, porque a fuerza de comprender y aprobar, no es a Atenas, la de los blancos pórticos y los bosquecillos de Dafnes, la de la miel del Himeto y las ágoras resonantes como colmenas, a donde nos dirigimos. Es a otra región colindante con el Atica, que forma con ella perfecto contraste, y que, a pesar

de haber grandes poetas y músicos, fue calificada por Demóstenes de «anestesiada» o «insensible». A la Beocia se camina cuando no se distingue entre lo bueno y lo malo, lo sano y lo necrosado, lo eternamente hermoso e incorruptible y lo que se descompone, rodeado de gusaneras y moscas verdes... Cuando, y es peor, se prefiere a lo primero lo segundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

21

CRONICA ESPAÑOLA*

Mientras en Europa nos suponen consagrados a derrocar o restaurar, por turno, la Inquisición, lo que hacemos es coronar a un poeta... Un poeta bilingüe dialectal y castellano, encarnación, en las letras, de una región española donde el arte ha tenido intensa vida, la historia latidos profundos, la fantasía, árabe aún, algo sensual, un predominio engendrador de rientes ideas. Valencia ha coronado a su patriarca, Teodoro Llorente.

El gran homenaje de la encantadora ciudad levantina había reconocido por precedentes y factores:--primero, la exposición regional de muy feliz resultado, a pesar de la guerra;--segundo, la publicación del Nou llibret de versos, prologado por Menéndez y Pelayo; tercero, el homenaje que al poeta tributó la revista Cultura, en su sección de «Literatura moderna», dirigida por la eminente escritora Blanca de los Ríos de Lampérez. Formamos en este homenaje además de la directora, no pocos poetas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 enero 1910: 7. No recogido.

críticos y eruditos catalanes y castellanos, que deseábamos rendir tributo a una gloria pura y consagrada por el tiempo ya, por encima de discusiones y prejuicios de escuela.

Valencia es la ciudad de mayor sensibilidad artística en España; dividida por exaltaciones y cóleras políticas al parecer irreconciliables, se unifica ante el arte y el progreso. Olvida los rencores que acaso ensangrentaron sus calles y sus plazas en fecha muy reciente; olvida la marejada revolucionaria, los clamores de los «meetings»; la musa, la del peplo de pliegues armónicos, la de elegantes pies perfumados por los mirtos del Atica, ha pasado; su serenidad luminosa se ha comunicado a las mentes y a los corazones... y nadie ha pensado ya sino en adorarla a ella, a la maga del canto sonoro...

Teodoro Llorente, por otra parte, no tiene, que yo sepa, un solo enemigo. Este fenómeno, más singular de lo que a primera vista parece, no se explica sino mediante el sortilegio de ciertos caracteres, que engendran la simpatía por especial virtud. El autor del Nou llibret, periodista de combate, ha intervenido en política, sin embargo, y su papel en la Restauración de los borbones dista mucho de ser insignificante: al contrario, la historia, algún día, recordará una intervención eficaz en el suceso. Y no obstante,

Llorente, en su pueblo, es muy querido, lo mismo de los truculentos radicales, que de los cacijuntos [sic] carlistas. El odio no ha empañado con rastros de hieles, su frente ya venerable. Las masas, al aclamarle, aclamaban al cantor de la admirable «Barraca», al poeta únicamente.

El laureado es, en la vida privada, la más excelente persona. Su alma buena, colma de ternezas como de lágrimas el antiguo lacrimatorio, se ha revelado en las modalidades de su poesía, donde se desbordan los afectos humanos más limpios y naturales, el amor, la paternidad, la caridad, la amistad.

Los temas de los versos de Llorente son comunes a cuantos tengan corazón; el padre, el enamorado, se reconocen en ello. Procedente sin duda del romanticismo. Llorente se arrancó la raíz amarga de las rebeldías románticas, quedándose con las melancólicas frases de la «añoranza» y la resignación. Es un poeta cristiano, en el amplia concepción de la palabra, poco tocado de misticismo, más bien impregnado de un humanitarismo cuya base es la bondad.

Mientras en Valencia coronaban estruendosamente al cantor de <u>La Barraca</u>, acudían a mi memoria recuerdos de sus versos, oídos leer en la terraza de una casa de campo en plena Huerta, una noche otoñal, de calor y humedad fina, sin un soplo de aire, en el perfume

densamente concentrado de las flores empeñadas en demostrar cómo es falsa la leyenda de que en Valencia no tienen aroma. Recitaba con religiosa emoción, y nos la transmitía. ¿Qué contaban sus poemas? La fe de su espíritu de creyente: las alegrías del hogar; las ya pasadas emociones juveniles, en que basta una mirada o una frase salida de rosados labios, para que el verso tienda sus alas de oro; los hechizos de la tierra natal, que siempre nos parece la primera de todas las tierras, y el último retazo del paraíso... Y estos temas sencillos, britontos, [sic] poseían la virtud de conmover en aquella hora tranquila, bajo las africanas palmeras; y mientras el follaje lustroso de los naranjos se aljofaraba de nocturno rocío, nuestras almas, sobresaturadas de poesía enfermiza, de filtros trastornadores, sufrían por un momento suave influencia que adormecía en bienestar infinito causando esa sensación regeneradora de la comunidad de sentires dulces, cuya tranquila delicia es medicinal como ciertas flores silvestres.

Yo no soy de los que prefieren la poesía mansa a la que tiene sales y ajenjos; pero cuando el poeta se llama Tennyson o se llama Teodoro Llorente, acabo por rendirme y olvidar mis predilecciones, aunque sólo sea un instante. Y la victoria es mayor cuando la obtiene un poeta sano normalísimo, sin afectaciones u organismo, que sólo es grande porque ha sido sincero.

Considerado en su desenvolvimiento literario, Llorente presenta varios aspectos: poeta castellano y valenciano traductor y prosista. En ninguno se ha mostrado inferior a sí mismo.

Su primer poesía castellana publicada cumple ahora cincuenta y nueve años de fecha... No sin razón llamaba yo patriarca al laureado! Una vida larga de hombre es la edad de esos versos, que, a diferencia de su autor, no peinan canas... Sin embargo, no es difícil observar que Llorente no profesa a sus versos castellanos el cariño que a sus poesías dialectales. En estas puso lo mejor de sí mismo, los ideales, no de la frívola juventud, sino de la edad viril de la plenitud y la fuerza de la vida.

«Me han pedido--dice algunos amigos que publique y reuna mis poesías castellanas originales, y me había resistido siempre a su cariñosa solicitud... Al cabo, mis versos valencianos (buenos o malos) contribuyeron algo a una empresa, a la obra de la «renaixensa», al resurgimiento literario de la lengua materna... Mis versos castellanos no tuvieron intención literaria; casi no fueron literatura».

En esos versos castellanos que Teodoro Llorente desdeña, encontramos muchos dignos de antologías. Cuando por fin se resolvió a publicarlos, tuve ocasión de decir que acaso por la noble sencillez con que están

escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo de la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no sentidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto o una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre un alma, y la de Teodoro Llorente está entera en sus conmovedores Versos de la Juventud.

Poeta del dialecto, lo fue, al estímulo de la «renaixensa» catalana, del libro de Rubio y Ors, el famoso Gaiter del Llobregat. El Túria [sic] sin duda sacó el pecho fuera y dijo al mozo poeta que también él quería su cohorte de poetas flautas entre sus cañas. Los juegos florales, iniciados entonces en Barcelona, se implantaron en Valencia pronto, ambas ciudades fraternizaron, en la cruzada por la lengua provincial y la literatura que había de restaurar su brillo. La pléyade pelibrista [sic] se formó con Víctor Balaguer, Teodoro Llorente y también Federico Mistral. Provenzales, mallorquines, valencianos, catalanes, todos los hijos de la cigarra prendada del sol, que levantaba una bandera literaria sin sospechar que era bandera política para dentro de un cuarto de siglo, se abrazaban con entusiasmo en la expansión meridional de su temperamento. No tardaba en fundarse en Valencia «Lo rat Penat, el Murciélago», y Llorente cantaba:

¡Amichs, germáns: la patria llemesina
Renaix per tot' Rebrota la englantina
del nostre saber Gay!
Juntense a la host, de llors ja coronada,
formant, oh valencians, un maynada.

Esta "renaixensa" valenciana justo es decirlo, nunca tomó forma de desvío hacia la patria española. Tal sentimiento no cabía en el alma de Llorente, que capitaneaba el movimiento. De Valencia, podrá decirse lo que se quiera, pero no que haya desmentido su amor a España. La reacción tradicionalista contraespañola, no pudo surgir allí: "Mortos están per sempre los Jaumes y els Borrells" exclamaba Llorente a diferencia de Balanguer, que quisiera "no haber conocido" a la "Castella castellana"... la cual le había hecho académico de todas las academias, alto empleado no sé cuantas veces, y al cabo ministro. Llorente no consiguió, ni creo que pretendió, otro tanto, pero su españolismo era como sus demás sentimientos, caído y constante. Dirigiéndose a España, compararla "as enguas regionales a las rosas. "Las hay de un color, las hay de otro... Hablamos distinto idioma, pero tenemos igual corazón."

De Llorente traductor, ¿qué no se habrá dicho? desde Balart, que él llamó "el gran hispanizador de la

musa universal", hasta los críticos que reprendieron en sus traducciones el no común defecto de ser demasiado españolas y castizas, hasta el punto de que pareciese que Göethe, por arte mágico, se convertía en Calderón, ha logrado Llorente en este aspecto de su actividad literaria, la rara fortuna de no caer en el montón anónimo de los que dan forma en una lengua a lo que en otra ha nacido. Nada tiene que envidiar las traducciones de Llorente a otras en verso o prosa que lograron reflejar parte de la gloria del autor en la frente del intérprete, como sucedió a Amyot con su traducción de Longo, a López Cuesta con la de San Jerónimo, a Jáuregui con la Aminta, a Simón Abril con las comedias de Aristófanes, y al marqués de Villena con Dante y Virgilio. Una traducción maestra es obra de alta cultura, de intimidad del espíritu del traductor con el original, y regala a un idioma bellezas que parecieron exclusivas de otro. No debe reprenderse en Llorente la libertad y soltura con que traduce practicando la doctrina de don Enrique de Aragón, que traducía a Virgilio "non de palabra a palabra ne por la orden de palabras que está en el original latino, más de palabra a palabra según del entendimiento y por la orden que mejor suena en la lengua vulgar".

A su poeta, que también es su cronista por dos tomos de selecta prosa en que se estudian la historia y

los monumentos de Valencia, la ciudad acaba de dedicar uno de esos homenajes clamorosos y unánimes que son remate luminoso de una vida literaria. No se recuerda cosa igual, dijo la prensa, con el tono en que dice las verdades, y que los expertos en el oficio conocemos. En casos análogos, Valencia entera se echa a la calle con una bulliciosa alegría que tiene mucho de helénica, la comunión en el amor de lo bello si la comitiva fue inmensa, inmenso fue el gentío. Comisiones de todos los ayuntamientos de la provincia, de los teatros, del conservatorio, de infinitos círculos, escuelas, universidades, comunidades religiosas, la juventud regionalista, la prensa, los diputados y senadores (las autoridades, los casinos republicanos fraternizando con los monárquicos, porque allí, en aquella luminosa ciudad, el arte es el caballero del Santo Grial, que descabeza a los fieros dragones de la discordia, haciendo obra de humanidad y de cultura verdadera, enlazando los espíritus en lo más alto que falte en ellos. Y al grito de la muchedumbre, al paso del poeta era éste: "¡Viva la Valencia del arte!

En el vastísimo estadio de la exposición ante el pórtico de la Cuádriga, se alzaban el estrado y el trono del poeta. Se subía a él por tres amplias escaleras, separadas por jarrones griegos y unidas por guirnaldas de flores. Las flores, que en Valencia se

siegan como el trigo, hicieron el gasto en la fiesta poética. Las flores sirvieron de fondo a las paganas estatuas, las flores compusieron el soberbio tapiz, de diez metros de longitud por seis de anchura, una de esas maravillas que sólo en Valencia he visto; porque allí, con la flor, se borda, se teje, se pinta, se esculpe, se labran encajes, se realizan todos los primores, y donde están las carrozas de Valencia, que se quiten las de Niza. En el tapiz de Llorente cuyos temas principales eran la lira y el "Rat Penat", los floristas valencianos se sobrepujaron a sí mismos. Presenciaron el acto ciento cincuenta mil espectadores, y, en medio de un silencio de iglesia, Llorente se alzó dedicando al ejército de Africa la corona de plata que le ofrecía la diputación de Alicante. Fue el momento de mayor emoción, de aplausos más atronadores. La acción de Llorente estaba en verso...

Para bajar del estrado, el "Rat Penat" presentó al poeta una litera de hadas: de rosas, nardos y claveles. Y aquella multitud, que escoltó a Llorente hasta su casa, río inmenso, le hizo asomarse repetidamente al balcón, como se hace allí con los que se quiere festejar, a quienes parece que la gente no se resigna a dejar de ver.

Las coronas enviadas a Llorente fueron tantas, que puestas en montón formarían monumento. Las adhesiones

contáronse por centenares, por millares los telegramas. Sin embargo, el poeta, la tarde misma que siguió a su gran triunfo, estuvo triste, con la noble tristeza de los elegidos. Sin duda había llegado a la cima de sus aspiraciones, más allá de lo que pudo soñar su mente en los años juveniles; sin duda, aquel era ese día hermoso de la vida que tantos artistas desean, sin verlo nunca lucir... La ola del cariño le había envuelto; por un momento había reinado sobre un pueblo de súbditos fieles y sin rebeldía... Pero la desgracia acompaña a la felicidad como al cuerpo la sombra, y en el alma humana hay siempre dolor... Durante el solemne acto, un tablado de la exposición, abrumado de gente, se había hundido, hubo varios heridos, graves y leves; y Llorente, la primera noche que pudo dormir sobre sus laureles, frescos, legítimos, fragantes con toda la esencia del sol y el salitroso aire del Mediterráneo, el mar de las Musas, tal vez no concilió el sueño, pensando en que muchos sufrían, sino por culpa suya, al menos por la ocasión de su coronamiento. Porque este poeta, ya lo hemos dicho, es un hombre, lleno de piedades y de cristianismo...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

22

CRONICA DE ESPAÑA

MONSALVATO, LOHENGRIN ESPAÑOL*

¿Quién no ha asistido a alguna representación de Lohengrin? Esta ópera en nuestro teatro Real matritense, es cosa tan familiar y habitual, que si un año dejase de cantarse, parecería que faltaba algo inherente al espectáculo, y sin lo cual no se concibe que la temporada merezca tal nombre. Elsa, Ortruda, Tolramondo, y sobre todo el misterioso Caballero del Cisne, con su loriga de plateadas escamas su airoso casco, sus rizos rubios y su extática mirada fija en el cielo, producen a los abonados el efecto de personas de la familia, cuya ausencia no tendría explicación satisfactoria, y cuya presencia, en cambio, está descontada, y se acoge con grata impresión, y no sin infinitos comentarios comparativos, entre los diferentes tenores y las varias tiples que han ido sucesivamente encarnando la figura del hijo de Parsifal y la landgravesa [sic] de Brabante.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 enero 1910: 6. No recogida.

Y, sin embargo, en el no corto tiempo que llevo de asistir al Real asiduamente, he podido convencerme de que son contadísimos los espectadores que se enteran de los argumentos de Wagner (el de Lohengrin entre ellos), y que ni aun teniendo en las manos ese librito que cuesta diez centavos, o ese periódico-anuncio que se da gratis... mediante propina, entienden lo que significa todo aquello del "raconto", ni el sentido de la fatídica frase del paladin: "No intentes averiguar de dónde vengo, ni como me llamo!"

A decir verdad, no solamente los espectadores no lo entienden, sino que no tienen maldita la gana de entenderlo, porque los asuntos de las óperas de Wagner son muchísimo menos entretenidas que, verbigracia, El método Gorritz o El Club de las Solteras. El demonio que apenque con Erda, Wotan, los enanos y los gnomos, las hijas del Rin, Fafner el dragón y toda esa mitología escandinava sin precedentes en nuestra fantasía, sin raíces en nuestras tradiciones!

(Esto de las raíces no es precisamente la forma en que expresan su idea los elegantes abonados, que están deseando que se acabe la función del Real para irse a ver la cuarta de Apolo, y a veces ni esperan a que se haya concluido, y se van antes que la barquita del Cisne, o al menos se iban, en tiempo de Lacierva, cuando estaba vedado que los teatros se acabasen a

deshora). La forma de renegar de Wagner es más típica: «El será un músico sublime y todo lo que ustedes quieran, pero... ¡qué lata!"

Esta palabra, fatal y universal, que se aplica a todo, como el ungüento amarillo, lo mismo a la lentitud de un caballo simón que a la duración de un duo entre Wotan y Brunilda, fue el arma contra Wagner, en los primeros tiempos de su aparición en el Real. Ahora han triunfado los diletantes de butacas y paraíso, arrollando a los distraídos y bulliciosos palcos, y Wagner va abteniendo la misma popularidad que Verdi. El último baluarte de los aficionados al «bel canto» y de los que no quieren partituras tan extensas (mutiladas y todo, pues ninguna ópera de Wagner se canta en Madrid como está escrita) son los argumentos: «¡Vaya unos argumentitos! ¡En qué cosas tan raras se fundan! ¿Cómo quieren que interesen aquí?»

Así es que produje gran sorpresa a un admirador impenitente de Sonámbula, al decirle que Lohengrin era punto menos español que El Trovador, y que Parsifal se funda en algo tan exótico... como la misa.

--Parsifal--insistí--donde pudiera ser exótico, si una sublime obra maestra es exótica en alguna parte, sería en países protestantes, entre gentes que no van a misa como Tannhäuser pudiera ser exótico donde la gente no se confiesa. La misa y la confesión, y no otra

cosa, forman el asunto de estos dos grandes dramas musicales de Wagner, aplaudido el segundo repetidamente en Madrid, el primero no escuchado aun sino en selectísimos conciertos, como el que dio hace años en su lujoso hotel, con el órgano eléctrico y la capilla isidoriana, Ignacio Peñalver, exquisito diletante y compositor. Allí pudimos admirar, con sus voces, la Consagración del Santo Grial.

Es, en efecto, Parsifal el drama eucarístico, y la apoteosis musical del catolicismo. Nunca el amoroso misterio del cuerpo y la sangre inflamó la mente de ningún artista con más férvido y ardiente transporte creador; y es preciso acordarse del poeta San Juan de la Cruz, del pintor Van Dyck en su tabla sin igual del Cordero místico, del beato Angélico da Fiésole en sus Anunciaciones, para encontrar, dentro del arte, algo semejante a Parsifal en unción casi extática, y en realidad de sentimiento, penetrante y doloroso. No debe extrañarnos que el ilustrado catalán Miguel Domenech, al consagrar a Parsifal detenido estudio, declare que esta obra la escribió Wagner nada menos que bajo la inspiración del Espirítu Santo y que Parsifal constituye, más alla del arte, un milagro auténtico, de suerte que Wagner, intérprete esta vez de la voluntad celestial, no llegó a saber nunca lo que Parsifal significa; no pudo conocer la transcendencia de su

propia obra. Tal opinión sobre la inconsciencia de Wagner al crear el más sublime de sus dramas musicales, la desarrolla Domenech con razonamientos que dentro de la libre interpretación de toda crítica, son ingeniosos. En su concepto, Parfifal vino providencialmente a destruir la afirmación de Hartmann, que da por muerta a la religión, puesto que ya no inspira obras de arte. Sin ir tan allá como Domenech, ni ver en Parsifal una profecía, la considero una demostración de que el fondo de la belleza musical ha sido siempre religioso. No es sólo en Parsifal, aun cuando en Parsifal sea por modo eminente, donde las mejores páginas de Wagner trascienden a música de iglesia y a música de ángeles; esa vena profunda corre también en Lohengrin en Tannhäuser, en Tristán e Isolda, y en muchas páginas de la colosal tetralogía.

No sería fácil dudarlo, cuando Wagner dejó escrito que toda obra de arte es «religión presentada en forma viviente» y su objeto más alto, «revelar las sagradas arcanidades del hombre interior, donde la verdadera religión tiene base.» A este luminoso abismo del alma nos conduce Wagner por la virtud del arte, por la magia de las formas sensibles, por el florido o sangriento camino de los viejos símbolos y las olvidadas mitologías, los dogmas eternos y las leyendas sacras. El amor, la muerte, la piedad, la tentación, el

arrepentimiento, la victoria del hombre sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza: estos son los temas y motivos de Wagner, y si no los hay más grandiosos, tampoco los hay más generales, naturales y accesibles a toda comprensión. De aquí mi asombro al notar que en el Real pocos se enteran de ellos, y la mayoría los consideran como algo extraño y abstruso, que no se entiende sin ir primero a cursar en la universidad de Salamanca! Y una página de Nietzsche se me imponía: aquella en que, hablando de Wagner, exige que al sentimiento del artista responda el sentimiento del auditorio!

Al decir que Lohengrin es punto menos español que el Trovador, referíame a mi convinción antigua de que el castillo de Monsalvato, donde se conserva la copa «descendida del cielo» que custodian los caballeros del Santo Grial, está en España, si es que podemos localizarlo en alguna parte!

La primera vez que emití esta opinión, recuerdo que me miraron como se mira a las personas que han perdido, no la razón, pero sí un poco de la gravedad que se requiere para hablar autorizadamente. No me sería fácil fundar mi opinión en datos concretos. Había leído, en varios libros, que el templo y castillo del Grial se elevan «en una montaña de la España gótica», y que el tal castillo fue mansión de una

asociación de caballeros religiosos y combatientes, que en perpetua lucha con los árabes y los infieles, sirven en el santuario guardando dos preciosas reliquias: la copa que contiene la sangre de Cristo, y la lanza que hirió su costado. Pero ¿dónde existió semejante santuario? Recordando a los templarios, ya había pensado en Uclés, en Monzón, donde en 1306 fue arriado para siempre el estandarte de la roja cruz, y por último en Thomar, que no es montaña ni selva, sino una villa portuguesa muy llana, pero donde se conserva aún el templo redondo, parecido al de Salomón, con todo el carácter oriental de los caballeros de Cristo. No tuve tiempo ni ocasión de averiguar más; pero sentía, allá en los rincones de la subconciencia, que sólo en España podía estar Monsalvato.

Así es que leí con emoción que el distinguido hispanófilo Hevelock Ellis no sólo lo da por hecho, sino que nos informa, al referir su excursión a Monserrat, el histórico santuario de Cataluña, que Monserrat no es sino Monsalvato, y los terribles riscos que guarnecen la montaña por la parte donde sus breñas se rajaron en el momento de la crucifixión, son llamados «los custodios del Grial». En esas rocas de tan extraña hechura están, pues, encantados Titurol, el que sólo revivía por la contemplación del Grial; Amfortas, el herido de la lanza, la víctima de Kligsor;

Parsifal, el sencillo, el piadoso, el compasivo, el que por la misericordia pudo restaurar el reinado del Grial; Lohengrin, su hijo, el esposo momentáneo de Elsa de Brabante; y todos los templistas, guardadores del encanto y el arcano, que esperan el descenso de la paloma simbólica, del Espíritu, y que no lo supieron aguardar todos, ya que algunos se dejaron engañar y engatusar por la maga Kundry...

Si España fuese un país industrialista, ¡vaya un hotel el que construiría en Monserrat, para atraer a los viajeros y a los devotos, a los que fuera de aquí cultivan la leyenda wagneriana, a los prendados del ideal y a los curiosos que deseen saber cómo era Monsalvato!

Hevelock Ellis encuentra una coincidencia curiosa en el hecho de que, no muy lejos de Monserrat, en Valencia, se conserve en la catedral un cáliz que ha pasado por ser el de la Cena, y bien pudiera ser la mágica copa del Grial... Este cáliz procedía del monasterio de San Juan de la Peña, en pleno país templario. Yo lo he tenido en las manos, y confieso que me parece del primer período bizantino, por lo cual se me hace difícil que sea, ni el vaso donde consagró Jesucristo, ni donde José de Arimatea recogió la sangre divina. Es, sí, un bello cáliz de cornalina, enriquecido de piedras y con remates de oro cincelado.

No desmerece, en cuanto al arte, de la idea del Grial, tan hondamente artística.

Cualesquiera que sean las vicisitudes de la leyenda del Grial, para mí su fondo de realidad histórica está en la orden de los templarios, que si no custodiaban el Grial, oficiaban como Amfortas en el culto del Espíritu. Los templarios, que sólo en España no fueron infamados, aunque sí combatidos, y a quienes aquí la opinión era favorable, profesaban, dice Michelet, una religión más alta, y tenían un santuario más allá del santuario. Con el aristocrático desdén tan grandiosamente expresado en Lohengrin, no se dignaban los templarios descender a las formas llanas y vulgares del culto, y, rozando casi la herejía de los gnósticos, mantenían en el secreto, lejos de los profanos, sus iniciaciones, sus ritos, sus fórmulas de afilicación, su devoción casi exclusiva al Espíritu. Y, para los que hemos sentido siempre gran simpatía histórica hacia la orden, este orgullo, este alejamiento de la vil muchedumbre resuenan altivamente en la música wagneriana. Hay unas preciosas estrofas de Teodoro Llorente dedicadas al tenor español Viñas, después de oírle cantar la ópera Lohengrin:

> «Té l'Art un temple en la montanya santa
> que aixeca els cims blavós lluny del mon;

la Musa eterna alli sos himnos canta,
y el cél, rodan los astres, li respón.
Venen d'allá, per repetir als pobles
los cantichs inmortals, sos mitsagers,
perseguidors dels sentiments innobles,
paladins deis amors honrats y vers.
Ministres de la santa poesía,
inflamen ab sa vou los esperits,
sempre pensant que tornarán un día
á aquell'temple sagrat u hon son eíxits...»

La idea templaria es totalmente opuesta a la del poeta valenciano. Este confía al artista una misión social, la de repetir a los pueblos «los inmortales cánticos»; y los guardadores del Grial no lo olvidemos ocultaban la maravillosa reliquia a los profanos ojos!

El juicio que hace Hevelock Ellis del carácter español, desde la montaña de Monserrat o Monsalvato, revela la impresión que el espectáculo le ha producido. «En el amor y en la religión dice: en la vida entre las muchedumbres como en la soledad, conserva (el español) los instintos de atleta espiritual, y ese es, ciertamente, el secreto de la curiosa unidad y sencillez del alma española que tiene siempre la pródiga preocupación unida a la pasión; el predominio del amante y del santo, es lo que hace tan fácil a los

españoles tratar con ligero y cómodo andar la pesada carga del «confort» material que cuelga, como una piedra de molino, del cuello de la gente del norte. El temperamento ascético del español tiene por necesarias pocas cosas... Y, suponiendo, cómo serían los hoteles con la gente del norte, estropearía la cumbre de Monserrat, añade el viajero: «Pensando en esto, se convence uno de lo mucho que sería menester ver para alcanzar ese golpe de vista del español en el arte de vivir su templada parsimonia, y para sacrificar con toda su pesada subordinación, las exigencias materiales, a las espirituales de dicha libertad.» Y termina, entusiasmado: «Esta es la última lección que nos da el Monserrat; una lección del arte de vivir. La simbólica conquista del Santo Grial es lo que después de todo, se persigue en Monserrat todavía...»

Cuando este año me digan que no entienden el exótico argumento de Lohengrin, y que el «raconto» famoso debe cantarse en italiano y nunca en castellano, podré exclamar con nuevo fundamento: «Pues Lohengrin es poco menos español que el Trovador, y los caballeros del Grial hablaban nuestra lengua, y el maligno encantador Klingsor, el del jardín prodigioso, también puede que fuese aragonés o catalán, si ya no era el mismo diablo, empeñado en destruir a los templarios, en amenguar su fe y su virtud, para que viniesen andando

los tiempos, a convertirse en carbonarios, después de haber sido (lo cual creo todavía más opuesto a su naturaleza) albañiles y canteros!»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

23

CRONICA DE MADRID

LA CORTE DE LOS VENENOS*

Las novedades teatrales solicitan mi atención para esta crónica. Es el momento en que la vida madrileña fermenta la animación con el regreso de parte de las tropas que se hallaban en Melilla, con la terminación de la guerra, al menos hasta que a los cabileños se les ocurra hostilizar otra vez, que será apenas tengan fusiles,--humor y la cosecha segura. Pero ahora encontrarán, desde el primer momento eficaz resistencia. No en vano hemos ocupado posiciones y las estamos fortificando. Entretanto, los teatros de Madrid rebosan, los estrenos son acontecimientos mundanos, y la Princesa, coliseo nuevamente arreglado, decorado, y hasta creo que debiera decir galvanizado por los esposos Mendoza-Guerrero, empresarios y actores, es asunto de todas las conversaciones en la presente quincena de Pascuas.

Ha de saberse que este teatro de la Princesa tenía lo que en España se llama «mala pata» y «pata» y en

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 30 enero 1910: 6-7. No recogido.

Francia «guigne». Se habían sucedido en él varias compañías y empresas, todas con el fracaso ya descontado, porque la gente, encogiéndose de hombros, alegaba que aquel teatro cae muy lejos. ¿Lejos de qué? Para gran parte del vecindario no es céntrico el sitio; para otra, sucede lo contrario; no son céntricos ni el Español ni el Real. Aunque lentamente, Madrid crece, se estira, se ensancha, y no es posible que todos los teatros formen una piña, enlazados en el mismo radio. Sea como sea, la gente a la Princesa no quería ir, ni amarrada.

Los Mendoza-Guerrero compraron el edificio y desplegaron en él ese esplendor y refinamiento a que tienen habituados a los públicos de España y América. Sedas, oros, un telón, que es una maravilla, toda clase de comodidades, la innovación de instalaciones higiénicas adelantadísimas en las dependencias y «camerinos» de los actores, destinados al público, la ostentación del club inglés más «sonart» en los servicios, el personal de acomodadores y porteros numeroso y vestido de irreprochable librea, un derroche de luz eléctrica que hace que todos los demás teatros parezcan obscuros, ricas alfombras que, ¡ay! han sido desde el primer día profanadas por las colillas de los fumadores impenitentes, los que fuman en todas partes menos en el fumadero que se les ha dispuesto... y, sobre todo, un

exceso de calefacción, que ha hecho correr una frase: «Dentro de poco no se podrá pasar el invierno en Madrid, de tanto calor...»

Y efectivamente: Madrid, que no es una ciudad de frío riguroso y donde hay nieve cada invierno, ha dado en la manía de las estufas, y las reuniones y fiestas del gran mundo se celebran en verdaderos hornos. Se creería que estamos en San Petersburgo. Los Mendoza-Guerrero, queriendo adaptarse a las aficiones de su aristocrático abonado, han puesto el teatro a la temperatura del frito. Ya se quejan los bonados: todo tiene su límite, los pasillos del Real que parezcan las Groelandia, o este Senegal de la Princesa, habrá un término medio, que encontrarán pronto los insignes actores que ya realizaron el aparente imposible de atraer al todo Madrid, a donde se había propuesto no ir jamás... Y cuenta que Madrid es cabezudo, terco y rutinario, y como diga no, tijeretas han de ser...

No es extraño, dada la suntuosidad de los empresarios, que sus estrenos sean sensacionales en el terreno de la escenografía. Allí no se economiza, ni hay trampa ni cartón: y si esto ocurre a diario, que será cuando se trata de algo inusitado, en que se ha de igualar, ya que no superar a los escenarios extranjeros. Al saberse que en el estreno de <u>La corte de los venenos</u>, <u>L'affaire des poisons</u>, de Sardou,

echaban el resto Fernando y María, desde el primer momento se esperó algo muy sorprendente. Y la obra, en efecto, se ha puesto de un modo que no debe ser inferior a como la pusieron en París, pero tampoco es superior a otros alardes escénicos realizados por los Mendoza.

A su iniciativa se debe que todos los teatros de Madrid compitan hoy en esmero para el decorado y el vestuario. Hay dos eras escénicas: antes y después de los Mendoza. Antes asistimos a representaciones lánguidas, en teatros fríos y vacíos, cuyos pasillos alfombraban esputos y papeles rotos y colillas; los actores parecían contagiados del hielo de los espectadores, y si la obra era de «capa y espada» en suma, si pasaba en un siglo arriba del XVIII, fuese el XIII, fuese el XVII--sacaban la misma cota o el mismo birrete de lacia pluma, iguales tocas y haldas, y el mobiliario se componía invariablemente de una mesa con tapete rojo y galón dorado, un sillón gótico y dos tuburetes inclasificables. Yo he visto, el Trovador, el acto de los desposorios en su salón Luis XV, y he visto, en el mismo drama, a Leonor, raptada por Manrique, enseñando unas botas de elástico y unas medias de algodón blanco que partían los corazones... Y esto, no es ningún teatro de provincia, sino en el Español, nada menos...

Y vinieron los Mendoza, y todo cambió. Su ejemplo fue contagio. El respeto a la historia se impuso.

Cada obra tuvo su ambiente. Si algo he oído decir de la presentación de las obras por esta pareja de artistas, es que extreman la fidelidad. No hay farsa. Si sale un servicio de plata, plata ha de ser, con hierro de contraste; si visten una tela, o es de su época, o reproducción exacta, y cuando Maruja hace un encaje, el encaje es verdadero, tan persuadidos estamos de esta rigurosa verdad en la escenografía, que en La corte de los venenos, me causó sorpresa ver que la señora Salvador, encargada del papel de la Montespán, y que por cierto saca unos trajes deslumbradores y hermosísimos, se daba aire con un abanico de la época de Isabel II... Al otro acto, cuando se presenta la corte, con su atavío de brocado de oro, recamado de oro, y salpicado de un cierto oro--según la graciosa descripción de la Sevigné,--respiré tranquila: el abanico era, si no un Luis XIV, que son raros, por lo menos un Luis XV. Ligero anacronismo en este delicado detalle de indumentaria...! Para que hayamos llegado a fijarnos en tales menudencias, se comprende lo mal acostumbrados que nos tiene esa perfección llevada al paroxismo, y que, en las obras de asunto contemporáneo, sobrepuja a la verdad misma, pues generalmente, en tales comedias, las casas están mejor amuebladas, las mujeres mejor vestidas de lo que sucede en la vida real...

La visible impropiedad escénica de antaño, ha quedado vinculada a un solo teatro de Madrid; el más caro, el más aristocrático, el de la Opera! Cuanto se diga de esta chocante anomalía, es poco. El Real estropagiento, polvoriento, desenfadado y sin escrúpulos. Su cuerpo de coros, un desfile de caricturas. Visto de cerca, asombra por lo sucio, los hombres mal afeitados, las mujeres mal peinadas, la escena sin barrer, las decoraciones cayendose de viejas. En cuanto al mobiliario, toda «Lucía» se canta ante la consabida mesa de tapete, y el acreditado sillón gótico sin asientos. En Lammermoor, no sería costumbre que la gente se sentase. Para la maquinaria, el sistema del teatro Real es cómodo y sencillo: al estrenarse una ópera funcionan algunos «trusts»; el segundo día, se suprimen bastantes; a la semana siguente, ya apenas se realiza nada de lo que mantiene la ilusión del espectador; al año, la maquinaria no existe. ¡Suprimida, hombre! y afuera quebraderos de cabeza. Estrenóse, hace muchos años, Dinorah, con cascada de agua natural, cabrita y puente que se hunde... y hoy, ni cascada, ni puente, ni rayo, ni cosa que lo valga. En Fausto, ya no hay fuego que brote de la copa de Mefistófeles, ni el diablo se hunde por escotillón, y en otras óperas no sabiendo como hacer desaparecer un asiento figurado de tierra y césped,

tiran de él por un cordelito y el banco adquiere movimiento propio y se arranca andando sólo entre las risas de los espectadores...

Volviendo al estreno de la Corte de lo venenos, empezaré por decir que me sucede con Sardou lo mismo que le sucedía a Zola: no tiene mi estimación literaria. Me divierten muchas algunas de sus comedias o dramas: otras no tanto, y alguna, a pesar de su habilísima ensambladura, me aburre. El puesto de honor, entre las comedias de Sardou que han logrado despertarme un interés de grado, lo conserva Madame Sans Gene, representada en España bajo el título de La corte de Napoleón. En cuanto a la otra Corte de los venenos, me entretiene, pero no encuentro en ella la impresión de terror que me produjo la lectura del libro de Funck Brentano sobre el mismo asunto, sencillamente porque en él la historia aparece con su vigor de documento humano. Hay asuntos históricos que pierden al pasar a los dominios de la fantasía. Este de los venenos y la Cámara Ardiente es uno. Pierde, o al menos causa la impresión inevitable de que, si nosotros lo tratáramos, sería de otro modo, más crudo, más sincero, más impregnado de la realidad terrible... Y la realidad, en el asunto de los venenos hela aquí: La Montespan, sintiéndose casi abandonada por el veleidoso rey; notando además en él cierto desprecio

involuntario, la náusea de la corrupción, revolvió en su mente todos los planes que se le ocurren a una mujer despechada y humillada, que sospecha que va a substituirla otra mujer por quien el rey siente, a más de inclinación, estimación profunda. La Maintenon, aya de los hijos de la Montespan, parece ser la nueva favorita, y es ya, de seguro, la nueva consejera, la influencia oculta y dulce a la cual cede el altanero monarca... Nada tan mortificante para la soberbia. Atenais; y, antes que arrostrar semejante porvenir, está pronta a todo. No teniendo otras armas, recurre a consultar a la Voisin, en su equívoco antro. La Montespan no es tan inocente que ignore que al lado del sortilegio está el veneno, y después de la sacrílega «misa negra», en la cual se sacrifica a un niño para amasar la hostia con su sangre, y el cuerpo de una mujer desnuda y enmascarada sirve de altar, viene el crimen... Nadie, por otro parte, en la corte desconoce lo que de público se dice, y menos desde que una mujer de alta clase, la marquesa de Brinvillers, ha sido públicamente ajusticiada, por envenenadora de infinitas personas, entre ellas su propio padre, y una elocuente pluma ha escrito: «Locusta no ha hecho otro tanto»... Sabía, pues, la Montespan perfectamente que el filtro amatorio dado por la Voisin podía ser un veneno, y es probable que en su rabia secreta, la hipótesis del rey

envenenado no le fuese tan amarga como la del rey desviándose de ella con desdén y asco moral. La misma aterradora convicción se impuso al espíritu de Luis XIV, cuando no tuvo otro remedio sino enterarse de que su favorita se contaba entre las clientes de la Voisin... En aquel momento, la conciencia del rey, que ya había empezado a inquietarse, se despertó del todo, y poco después las tremendas aunque veladas frases de Bossuet en el púlpito, completaron la obra de arrepentimiento. Así somo en los cuadros de tentaciones de algún anacoreta en el desierto, hay bellas mujeres cuya falda, remangada, descubre la pezuña del macho de cabrío, el rey sol vió al través de la deformidad, las pasiones repugnantes del crimen. Lo mismo que don Fernando de Aragón, casado en segundas nupcias con Germana de Foix que le dió filtros con «túrmulas de toro» y le acarreó la muerte, dejó dispuesto en su testamento que le enterrasen con su primera mujer la reina católica «que tanto cuidó de nuestra salud» Luis XIV, horrorizado del abismo que se había abierto bajo sus pies, se volvió enteramente hacia la piadosa, sensata y honesta Maintenon...

Esta crisis de la conciencia del rey; la otra crisis fatal del alma de la Montespan, bajo la presión de sus celos, no de amor sino de orgullo--es la verdad histórica, desatendida por Sardou, que ha hecho de la

Montespan una ingenua, a la cual ni se le pasa por las mientes que hay «polvos de sucesión» en casa de la Voisin y del rey--de Luis XIV--una especie de pelele a quien manejan por turno los ministros y el superintendente de policía, y para enredar la maraña de su comedia, ha creado un tipo muy divertido dentro del género folletinesco, un cierto abate Griffard que, si no reparte tajos y mandobles como d'Artagnan, no es inferior al renombrado mosquetero en tretas, ardides, generosidad y simpatía. Este abate, más «largo» que la favorita, que Luis XIV, que los comendadores, que la policía, que todo el mundo, arregla a su talante la intriga de los venenos, y por una serie de sorpresas saca triunfante a la inocencia, confunde a los pillos, y desengaña al rey. Y he aquí la comedia de Sardou, compuesta con toda la maña y la malicia teatral que han valido a su autor tantos aplausos y tanto dinero.

Hay que advertir que este personaje del abate Griffard «muñeco», de cuyo lucido y torneado, entre los muñecos, encontró un intérprete sorprendente en Fernando Díaz de Mendoza. En el teatro estaban, la noche del estreno, personas obsesas por el recuerdo de Coquelin, no obstante que declaraban la superioridad del actor español. Aunque muy «hecho» el papel requiere extrema sobriedad, delicado gusto, infinidad de matices, si no ha de convertirse en figurón la

figura. Díaz de Mendoza tuvo este acierto. La elegancia propia de la época parecía haberse encarnado en él. El elemento cómico del tipo resultaba más por esta elegancia misma. Me recordaba--lanzada ya la imaginación a evocar los Mosqueteros--a aquel pulcrísimo Aramis, que, sin dejar de hacer hombradas, conserva su remilgo exquisito, su protesta de que él no es militar, sino de iglesia, y enseña las manos más blancas bajo los manguitos de encaje más primorosos. La intención, la gracia, la picardía con que dijo palabras para alabarlas. El personaje parecía creado para él; le iba como un guante--como un guante flexible y perfumado.

Muchas veces he oído sostener la opinión de que Díaz de Mendoza es sobre todo, un gran actor cómico. Este aserto encontraba confirmación en la caracterización y desempeño del abate Griffard.

Y ello es que no podemos exigir siempre arte puro si una obra nos solaza, merece pasar con una sonrisa de aprobación especialmente si su protagonista está tan bien encarnado, y si nos la ofrecen rodeada de magnificencia escénica que, a decir verdad, asusta, porque en Madrid el público no se renueva, las obras duran poco en el cartel y ponerlas aquí tan bien como en París, y en un teatro cuyo lujo y confort supera a los de París, no deja de ser un gesto gallardo, un

arranque al cual todas las personas de buena intención desean resultado felicísimo, en interés de la cultura y de la honra artística de España.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

24

CRONICA DE EUROPA

NOVEDADES LITERARIAS*

(Para La Nación)

Cuando digo «novedades» entiéndase que lo son para mí; es posible que para otros estén ya muy manidas. Sin embargo, el «manifiesto» de la nueva escuela, documento que acaba de llegar a mis manos, enviado desde París por otras desconocidas, es del año que acaba de expirar. En 1909 ha nacido oficialmente el «Futurismo». Diremos con Alfredo de Musset: no sé si es ya muy tarde para hablar de él. Démonos prisa, pues sospecho que, como los niños precoces de Shakespeare, vivirá poco. Este engendro del futurismo no es tanto un chiquillo dotado de precocidad y destinado a malograrse, como una de esas criaturas nacidas a destiempo y que, mediante la incubación artificial parecen salvadas, pero que, al primer frío riguroso, ¡frrrrt! vuelan a su patria, el Limbo. Ya sé que al hablar así, me pierdo un bombo, como aquí se dice, en la revista Poesía, órgano al parecer de la nueva

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 20 febrero 1910: 6. No recogida.

escuela. Y digo que me perderé un bombo, porque todos los libros de que en esta publicación se da cuenta son muy dulcemente tratados, y no sería yo, si alguno les remitiese, la triste excepción. Después de lo que voy a decir, en cambio, es probable que la revista a que vengo refiriéndome me ponga como hoja de perejil, viendo en mí a un espíritu limitado, incomprensivo, estratificado en las viejas fórmulas y en los caducos moldes, e incapaz de sentir los soplos frescos de lo venidero, el misterioso llamamiento del mañana, que alborea donde ni el mismísimo demonio creería que iba a alborear!

Y, como no quiero que supongan que no tomo en serio al futurismo, declararé, ante todo, con suma formalidad, que las escuelas literarias no nacen así. Nacen de otra manera; nacen orgánicamente; no se fabrican. Ved el clasicismo. Representa toda una época histórica, de la cual es adecuada expresión. El romanticismo. También la historia lo crió a sus pechos robustos. El naturalismo. Es fruto de las democracias invasoras del positivismo triunfante. El decadentismo. Sus papeles de familia son claros: es la reacción contra lo tosco de ese mismo sentido democrático; contra la sequedad científica; es el sentimiento y el refinamiento y el cansancio de una civilización agotada, que reclama su fórmula en el arte. Y no

porque un señor se levante una mañana con el propósito de substituirse a la naturaleza, y a la realidad, hace una nueva escuela en literatura.

El que ha lanzado a los cuatro vientos su programa, que El Fígaro llama «audaz» es el poeta Marinetti, jefe, según las trazas, de los futuristas. ¿Qué dice este programa? Vamos a verlo, dispuestos a no asustarnos, porque supongo que no habrá de qué. ¡Buenos están los tiempos para asustarse de escuelas literarias! No, hombre, no. Estos son pasatiempos inofensivos, y hasta gratos, que «siempre hacen pasar una hora» como diz que dijo el otro de la tortura.

Sirviendo de prefacio al manifiesto, leo una especie de poema en prosa, lleno de figuras y de imágenes, que no está mal, si renunciamos a sacar de él consecuencias críticas de cierta precisión. Marinetti, que me parece un poco nietzscheano, nos entera de que su alma es calada, y de que un inmenso orgullo le domina al verse de pie y solo, como un faro; solo con los borrachos que «aletean» contra las paredes. Pero he aquí que le distraen los enormes tranvías y el rugido de los hambrientos automóviles.

¿Hambrientos, de qué? ¿De gasolina? será, sedientos. En fin, ante los automóviles y los tranvías. Marinetti comprende que ya han sido sobrepujados la mitología y el ideal místico, y por

primera vez se alza el sol sobre la tierra. Y, ya dentro del «artilugio» el poeta se cuela en la inmensa y torcida boca del viento, no crean ustedes que por desesperación, no, sino sencillamente «por enriquecer los insondables depósitos de lo Absurdo»: con mayúscula.

Y he aquí que encuentra a dos ciclistas, y por no tropezar con ellos se arroja a un foso «maternal» y se le pone la cara perdida del «buen lodo de las fábricas», lleno de escorias de metal, de «sudores inútiles» (¿por qué inútiles?) y de «celestial hollín». Y así, hecho una lástima, con el brazo en cabestrillo, es como el poeta dicta sus «primeras voluntades» a todos los hombres «vivos» de la tierra. Sin género de duda, los muertos no pueden oírle; y yo me sospecho que, en este caso, los muertos somos los que no estamos del todo convencidos.

No; yo no me convenzo enteramente, ni siquiera del «atrevimiento» que supone dar gran velocidad a un automóvil... poético. Derrapar y bascular, y pincharse en verso, no trae graves consecuencias para la salud. Tanta audacia supone este récord, como el volido de Clavileño. Afortunadamente, Marinetti no se habrá roto ni el brazo que sostuvo con figurado cabestrillo. Al contrario. No sólo son incruentos semejantes récords, sino que dan fama al automovilista, gracias a la fácil

aquiescencia de los franceses, que, a fuerza de querer comprenderlo todo, acabarán por no comprender absolutamente nada, como los personajes de ciertas óperas cómicas.

En fin, terminando el récord, vendado el brazo, he aquí lo que les comunica a los «vivos» el poeta: Quiere cantar el amor del peligro, la energía y la temeridad. Los elementos de su poesía son el valor, la osadía y la rebeldía. La literatura, hasta hoy, ha cantado el éxtasis meditabundo, el sueño, la quietud; cantemos el paso gimnástico, el salto peligroso, el bofetón y la puñada...

Bueno, bueno; yo soy más valiente que el caballo de Santiago, y nada de esto me aterra; sólo se me ocurre preguntar: ¿no había cantado la literatura lo que pide Marinetti? Porque La Iliada, en suma no es sino una serie de puñadas y bofetones heroicos, y La Araucana, no creo que sea obra contemplativa, y El Romancero, no es meditabundo, y en nuestras comedias de capa y espada no se oyen sino cintazos, y Mazeppa, sin ir en automóvil, me parece a mí que iba aprisa, y no era tampoco un «chauffeur» el que escribió:

¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
llévame al punto donde yo soñé.
¡Un caballo! ¡Un caballo! campo abierto,

y déjame frenético correr!

En cuanto a que un automóvil rugiente sea más bello que la Victoria Samotracia... eso ya es cuestión de gustos; pero también conviene observar que la Victoria de Samotracia recuerda una batalla naval, que no se habrá realizado entre meditaciones y durmiéndose los combatientes.

Por lo demás, Marinetti es, antes que revolucionario ecléctico. En su programa cabe todo. Quiere cantar la guerra, «única higiene del mundo», el militarismo, el patriotismo; y esto parece bastante tranquilizador para la opinión conservadora. Pero, ¡ah! mi gozo en un pozo: inmediatamente añade que quiere cantar también el gesto destructor de los anarquistas, las hermosas «ideas matan» y el desprecio de la mujer. Ya decía yo que el diablillo de Nietzsche debía de andar por aquí.

Me confirmo en ello al leer en el mismo programa que es preciso combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias. Además urge quemar las bibliotecas y los museos. Un museo es igual a un cementerio. Y, como el manifiesto se lanza en Italia, Marinetti reniega del pasado, de los recuerdos, de los lienzos gloriosos, y quiere libertar a su patria de arqueólogos, anticuarios y cicerones.

El supremo argumento de los futuristas--porque Marinetti habla también en nombre de sus discípulos--consiste en repetir que ninguno de ellos pasa de los treinta años de edad. Anuncia además que dentro de diez años, así que tengan cuarenta, estarán inútiles y podridos. Es muy probable, pero también se pudre, y más pronto, la fruta verde. Las escuelas literarias fabricadas, nacen con gusanos, y la cuenta por años da chascos muy grandes, en el terreno artístico. A los diez y nueve, nadie ignora lo que había hecho Victor Hugo. En cambio las obras maestras de Flaubert, son de la madurez. No hay en esto regla fija, créalo el señor Marinetti, a quien saludo con cierta dificultad y desde muy lejos, porque él, según dice, está nada menos que de pie sobre la cima del mundo, y yo no sé cómo llegar a tan alta posición.

La revista, órgano de la escuela, lleva al frente un diseño que comenta esta frase del poeta; sólo que «la cima del mundo» es una especie de cerro de piñonate, y el poeta está representado por un genio hembra, que se yergue en la cúspide, con el pelo revuelto, y sin más traje que un arco que empuña, y cuya flecha acaba de herir a un monstruo hembra también (¡batalla de damas!) que se revuelve mostrando ocho o diez senos como calabazas de peregrino. En el último número de la revista, leo una proclama, «respuesta a

los insultos con que la vieja Europa ha gratificado al futuro triunfador.»

La proclama, como trozo literario, es bonita. Supone Marinetti que, para tender el gran rail militar que pasa por comarcas lejanísimas, se le ocurre dar suelta a los locos de un gran manicomio, porque eso de ser loco es ser la cosa mejor del mundo.

Y en esto acierta el jefe de los futuristas, y hace muchísimo tiempo que viene hablándose de locuras fecundas y salvadoras, y repitiéndose que el mundo, que se conserva por la razón, se ilumina por la locura inspirada. Lo que hay es que, para ser loco, loco de esos que llevan antorcha en la mano, no basta proponérselo! Proponérselo es un acto reflexivo, es cordura; y don Quijote, que realmente estaba loco, y llevaba antorcha, hizo acto de cuerdo cuando fingió la locura y el frenesí en Sierra Morena, para imitar a los andantes Amadises haciendo zapatetas y entregándose a melancolías y a rabias calcadas en otros. No, no está al alcance de todas las fortunas ser loco, ¿qué se había figurado Marinetti?

Ante el loco genial podemos sentir profunda impresión de respeto. Ante los locos por consigna, una impresión dulcemente risueña, como la que nos causa el último acto de Jugar con fuego, que sabemos es comedia divertida.

Tampoco es empresa fácil enterrar a ese pasado tan podrido, tan caduco. Recorro las páginas de la revista, y, con sorpresa, en vez del futuro, o siquiera del presente, sólo encuentro el pasado, refugio de todos los neoidealismos, entre los cuales el futurismo ocupa un lugar secundario. Una poesía de Lipparini: trata de Atenas y de las hetairas. Otra: Panatenea. Otra: Hesperos. Otra: Nausicaa. ¿No habíamos quedado en que guerra a la mitología?

Sigo registrando. Un cuento sobre el espejo de Mesalina. Continúo. Un diálogo entre un centauro y un fauno. Un poema sobre corsarios. Un poema sobre Andrómeda. Unas imágenes galantes de Venecia: mucho Tiépolo, mucho Veronés. Otro sobre Florencia: mucho Miguel Angel. Otro sobre Achab y Jezabel. Otro: Boccaccio. Más Venecia. La hija de Herodías. Continúo: la caja de Psiquis, la Canción del paje, a una capilla cerrada, el Rosario de estrellas (cuento medioeval). Poliziano, los Vidrios de colores, el castillo de Lohengrin. Todo esto, como cualquiera comprende, pertenece a los temas vedados por el futurismo... Todo esto no es cantar a los aeroplanos, ni a las bicicletas, ni a los automóviles, ni a las chimeneas de las fábricas «colgadas del cielo por un cordón de humo». ¡Vaya! Cualquiera entierra al pasado...

¡Tiene, diremos empleando un galicismo, la vida dura!

Mis observaciones no van contra el talento de Marinetti. Supongo que talento hay, aunque poco he leído, por ahora de este poeta innovador. Pero ya indica talento el hecho de agitar la durmiente charca literaria. Al parecer--¡líbreme Dios de cerrar las puertas del porvenir!--al parecer, repito, las escuelas literarias han recorrido su ciclo, y estamos presos en los términos lógicos de su desenvolvimiento. Se producirán individualidades poderosas, como siempre (en menor número ahora en que la edad de los semidioses parece transcurrida); pero sospecho que no aparecerá escuela nueva que en lo esencial de su doctrina difiera de las escuelas que se sucedieron: clasicismo, romanticismo, realismo burgués, naturalismo, neoidealismo... Cada individuo, eso sí, traerá su estética, pero en vez de proclamarla como ley, la impondrá involuntariamente por la admiración que despierte su individualidad. Sin pretensiones de nuevos credos, hemos tenido en España campoamorianos y núnezdearcistas, y galanistas, y peredianos, y galdosianos, y el más modesto de nosotros, y yo deseo ser ese más modesto, ha tenido quien a veces le siga por caminos a pie familiares... Si aparecen en Italia o en Francia algunos marinetistas, atraídos o por lo

dulce del canto o por la novedad del intento, o por la «pose», tan favorita de nuestros vecinos transpirenáicos, no por eso estará fundada la escuela del aeroplano y la locomotora.

En fin, estas cosas entretienen. Yo declaro que me ha proporcionado un rato de solaz el futurismo. Tanto mayor solaz, cuanto que me sucede con él lo que a los cortesanos de aquel príncipe de marras con el riquísimo traje que no llevaba puesto, y que era preciso alabar como si lo vistiese. Sospecho que el futurismo no existe; pero el futurismo, subjetivamente, es una realidad, puesto que me dicta esta crónica.

Lo único nuevo que en él encuentro es que algunos poetas, deseosos de distinguirse, todo lo escriben con mayúscula, sea para subrayar el pensamiento, sea para dar un aspecto pintoresco a los renglones desiguales. No cabe duda que algo de moderno y a la vez de arcaico presenta el aspecto de un verso así, y que ciertas composiciones muy conocidas hubiesen ganado con el auxilio de las mayúsculas, no menos eficaz que el de los puntos suspensivos para los poetas románticos. Figurémonos la dolora tan conocida de Campoamor:

--«escribidme una Carta, Señor Cura.
--Ya sé Para Quién es.
--¿Sabeís Quién es, porque Una Noche Obscura...»

Etc., etc. A mí estas innovaciones que tanto esfuerzo mental representan, me recuerdan algo que me ocurrió cuando dirigía una revista mucho menos alborotadora que la de Marinetti. Envié a las cajas, sin mirarlo, un artículo de un señor respetable, y los cajistas me avisaron apuradísimos, de que se les habían acabado las admiraciones. Y era que el tal señor de todo se admiraba, y no contento con admirarse, quería que nos admirásemos los demás, y enristraba admiraciones, como ajos las labradoras castellanas.

Concretando lo que pienso de la nueva escuela, evocaré a un poeta italiano, ni «pasado» ni «futurista», pero «eternista» y repetiré con Leopardi: veo la revista, veo la viñeta, veo a Marinetti, veo a los demás poetas menores de treinta años que se agrupan en torno suyo, con la firme resolución de ser a los cuarenta unos inválidos... Pero lo que es el futurismo, no lo veo, ni con gemelos de campaña. Estará en un aeroplano, y sólo el telescopio...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

25

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para La Nación)

Madrid, febrero de 1910.

En Madrid, el acontecimiento del día es un suceso argentino: la aparición de un orador extraordinario, fascinate. Ya se adivinará que me refiero a don Belisario Roldán.

Me había anunciado su llegada una carta del novelista Larreta, afirmando que me sorprenderían las facultades de Roldán. Después de leer estas cosas, queda siempre un fondo de incredulidad en el espirítu, desconfiado a fuerza de decepciones. Tampoco el público suele estar prevenido favorablemente hacia lo que no conoce. Se teme al reclamo, a la exageración. Alguien ha comparado las famas que van de uno a otro continente a esos órganos de que habla d'Annuncio en El fuego, y que adquieren sonoridad magnífica al través de las capas de agua.

Así es que, al entrar en el salón de actos del Ateneo, el día fijado para la conferencia de Belisario

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 marzo 1910: 5-6. No recogido.

Roldán, una persona, por cierto competentísima en todo lo que se refiere al arte, me dijo con escepticismo risueño: «Este señor me hace el efecto del que busca mendrugos en cama de galgos. ¡Venir a España, al país clásico de los oradores, a deslumbrarnos con oratoria!»

Y yo calculaba dos cosas: primera, que la oratoria, hasta en España, ha perdido mucha parte de su antiguo prestigio; segunda, que era en efecto asaz difícil abrirse camino entre el recuerdo de los Cánovas, Castelares, Martos, Ríos Rosas, y entre la presencia de los Canalejas, Alvarez, Moret y otros astros de la tribuna parlamentaria. Cómo un nombre ayer ignorado aquí, el de Roldán, se ha colocado en una hora a la altura de los más altos, discutiéndose ya, no el sitio que ocupa, sino los caracteres, diferencias de su oratoria y de las más insignes... es un secreto cuya clave pertenece al arte y a la inspiración. El caso es que ha sucedido y que entramos allí escamados y salimos llenos de convicción admirativa.

El orador no es alto ni tiene arrogante figura: su tipo esencialmente latino, recuerda un poco el del malogrado e insigne actor Rafael Calvo. Y algo de actor contenido y sobrio en gestos, parece existir en su exterioridad, en su cara rasurada, movible, irregular, descolorida y fatigada como suelen ser las caras de la gente de teatro.

Al pronto, no previenen en pro ni en contra estas fisonomías, que no son más que un fondo en que han de campear las ideas. Hasta que el arte las agita y las presta expresión, son mudas y enigmáticas, tales caras, ni duras ni dulces, ni feas ni menos hermosas, como sucedía a la de Castelar, a la cual, sin embargo, los ojos salientes y el gran bigotazo prestaban un sello inconfundible.

¿Por qué la sombra y la memoria de Castelar flotaron en el ambiente caldeado del Ateneo de Madrid, desde que Belisario Roldán abrió la boca y redondeó el primer párrafo? Yo he oído después discutir acaloradamente si el discurso del orador sudamericano había sido o no «castelanario»; y para unos, el que lo hubiese sido constituía un título de gloria, y para otros una especie de disminución o estigma. Se aplaudía sin tasa al conferencista; las reservas se hacían a propósito de la escuela que profesaba. ¿No estaba completamente anticuado Emilio Castelar cuando murió? ¿No pertenecían sus días de gloria a las tormentosas épocas revolucionarias, allá por los años del 50 al 70? ¿Se puede restaurar hoy su estilo, sus procedimientos, sin caer en amaneramiento e incidir en retóricas de cartón y oropel?

Tales eran las dudas y las restricciones del gentío, que salía del Ateneo absolutamente subyugado,

pero quería aún regatear, discutir su propio encanto, la emoción que acababa de sentir, y a la cual no juzgaba lícito entregarse sin distingos y sin un poco de crítica.

¿Castelar? Sí; no cabe negarlo; había mucho de Castelar en los párrafos rotundos, torneados, que acabábamos de oír. No faltaba quien asegurase que, como Castelar, Roldán se sabía su discurso de memoria, desde la primera palabra hasta la última. Sólo así podía explicarse aquella seguridad y rapidez, aquel fraseo que tenía tanto de musical,-- y la comparación con artistas de la garganta, Ansem o Titta Ruffo, acudía a los labios, como acudía, en los buenos tiempos de Castelar, la del gran tribuno con Gayarre o con Tamberlick.

Y bien--pregunto yo--¿por qué, si asistimos a la reaparición del verso, de la poesía, hasta en el teatro, no hemos de asistir al resurgimiento de una oratoria que se funda en el arte, en las bellas imágenes y las brillantes comparaciones, y está en armonía con el sentido estético de nuestra raza?

Además y por aquí debieron empezar los que evocaban sin buena intención a nuestro orador-poeta: Belisario Roldán no es un imitador de Castelar, como muchos que andan por España todavía, en sociedades, en banquetes, ¡en el mismo púlpito!, y que no han

conseguido sino parodiar lo menos serio y sólido, lo coruscante y gongorino de un peculiar género.

Con más razón podríamos incluir entre la cola o progenie de Castelar a varios oradores españoles que viven y son aplaudidos aún, que a Belisario Roldán, cuyas facultades, por ser tales, dominan a la escuela.

Suele decirse que el orador, que escribe en el aire, tiene la desgracia de que su gloria no sea tan duradera como la del escritor o del artista plástico. No me parece exacta la afirmación. La nombradía de Demóstenes ha llegado hasta nosotros lo mismo que la de Homero o Esquilo. Verdad que sus filípicas se conservan; pero también podemos releer ahora los discursos de D. Joaquín María López y D. Nicolás Rivero, y es bien cierto que no nos producen ni la mitad del efecto que produjeron ante quienes los escucharon de sus labios.

Es una verdad innegable: la escuela de Castelar habrá envejecido; pero con ella han desaparecido el prestigio, el efecto, el encendimiento de la gran elocuencia. La edad de oro de la palabra, la llenó con su personalidad aquel inspiradísimo orador. Hoy los debates de la cámaras rara vez ascienden sobre el nivel de la vulgaridad, ya modorrada, ya violenta y discutidora. La elevación, el vuelo de ciertas discusiones no ha vuelto a obtenerse. El refinamiento

artístico ha desaparecido. El amplio soplo de la historia no estremece aquellos ámbitos. Los Castelar, los Ríos Rosas, se llevaron consigo a la tumba la magnificencia del verbo. Quizá los grandes oradores actuales tienen miedo a que se les acuse de florear y de "adornarse", como se dice en el "argot" taurino. ¡Han oído repetir tantas veces que en Inglaterra se le pide, al que toma la palabra, un sentido utilitario y "facto, facto, facto!"

Y, sin embargo, el que permanece fiel al genio de la raza, hace perfectamente, en mi opinión. Si Belisario Roldán, en su discurso, no hubiese referido cuántos millones de cabezas de ganado pacen los campos fertiles de la Argentina; cómo se exporta y cómo se vende ese ganado; de qué manera se negocia ahí... yo, por mi parte, me hubiera quedado fría, y el concurso, lo mismo. Hay algo en nosotros que pide su alimento; hay una idealidad, una electricidad, que saturan el aire cuando lo rasga la saeta de una palabra eficaz y hermosa. De esta electricidad, sentíamos los chispazos en el aire, a veces tan amortecido, tan durmiente, del salón del Ateneo, cuando Belisario Roldán saludaba a España, en perfectos períodos, como madre de los grandes pueblos de la América latina, y la efusión de respeto y amor de sus palabras aladas resonaba deliciosamente en nuestros espíritus de patriotas;--no

patriotas ciegos y sin examen, sino estudiosos, que conocemos nuestro pasado y lo veneramos, y sabemos cuánto nos debe el mundo: cómo hemos prodigado nuestras energías para completarlo y entregar su nueva superficie al esfuerzo de las razas superiores y a las iniciativas de las civilizaciones jóvenes y pujantes.

Belisario Roldán, que difiere de Castelar en varios respectos, no se parece tampoco al gran tribuno en el modo de emitir la voz. Castelar empezaba y concluía sus discursos en tono muy alto. Belisario Roldán tiene momentos en que sube el diapasón, pero en otros adopta el tono medio de efecto seguro cuando se sabe pronunciar tan correctamente el castellano y dar a cada palabra su valor propio. Al empezar su perorata, en Roldán se notaba el acento argentino y la conversión de las "cés" en "eses"--como les sucede a nuestros andaluces;--pero apenas se le hubo calentado la laringe--yo me lo explico así, porque sé que al principio existe cierto orgasmo--su dicción fue del todo impecable, y la agilidad de su garganta y de su acento realmente asombrosa. Generalmente los oradores emplean muchas menos palabras que los escritores; el léxico es pobre hasta en los muy castizos, como Martos. Y es que los giros más sabrosos del idioma, los familiarismos y los modismos, están excluidos de la oratoria casi siempre, y sólo se emplean acaso como

recurso cómico, para arrancar una sonrisa. Además, la abundancia de voces hace más difícil la comprensión del auditorio, que no tiene tiempo de entender ciertos vocablos. Roldán sorteó este escollo. Empleó palabras gráficas y jugó con los verbos, como otro Zorrilla; escogió la frase sin altisonancia, y la hizo elegante, noble y cálida, sin afectación. Mi sinceridad probada me obliga, pues, a decir que el triunfo del orador ha sido completo, y que su reputación, en España, queda fundada sobre la base de un solo magistral discurso.

Se le ha ofrecido un banquete selecto, de eminencias--con una sola excepción, la de quien esto escribe--en la legación argentina, y en un teatro se le va a dar otro banquete que se anuncia brillante y numeroso. Aquí, de estos banquetes públicos se están dando cada día, sin gran dificultad, a muchas personas; el de Roldán se destacará, no obstante, más aun que por el número y calidad de los subscriptos, porque nos consta que el origen del obsequio está en un sentimiento verdadero, en una sorpresa de admiración profunda, y en una hidalga gratitud al americano a quien debimos el ser más españoles durante unos momentos, en que su mágica elocuencia nos advertía que debíamos gloriarnos de nuestro pasado y esperar con confianza en el porvenir. Y como yo no asisto a ningún banquete por subscripción, y esta regla que me han

impuesto la prudencia y la prodigalidad con que menudean tales demostraciones no puede quebrantarse, pues sería molesto para los demás con quienes la mantuviese, escribo lo que no cabría tampoco en un brindis, y felicito a la Argentina por la revelación de este artista que desconocíamos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

26

CRONICA DE MADRID*

(Para La Nación)

Una ópera española--Dos dramas

Creo que ha sido aquí mismo donde hablé de Margarita la Tornera, del malogrado Chapí, y aunque no me precio de entender de música, dije que, reconocido todo el mérito del esfuerzo, era preciso confesar que «no cuajaba» la ópera española. No cuajaba a pesar de la simpatía que la prensa derrochó, y a pesar de que según me dijo el empresario del teatro Real, fue Margarita la Tornera la obra que más costó poner en escena en la temporada de 1908-1909.

Ante el hecho escueto, nada representan los comentarios doloridos o indignados, porque en arte, lo que no cuaja, es que, por una u otra razón, no debe cuajar. Si España produce zarzuelas primorosas, que muchas veces han pasado en triunfo la frontera, y las óperas españolas (ya son bastantes) no logran lo mismo,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 12 marzo 1910: 6. No recogida.

razón habrá, y no debemos apurarnos si queda demostrado que éste no es un país de ópera.

Elementos musicales populares y religiosos, los posee España, quizás en mayor proporción que ninguna comarca del mundo. A veces con sorpresa escucho, en grandes óperas extranjeras (Aída, Sansón y Dalila, por ejemplo), surgir temas de gallegada y fandango, temas regionales ibéricos. «E pur», no tenemos ópera, ópera que se cante en otro escenario sino en el del Real; y en éste se canta, porque figura en el contrato la obligación; que si no... Bien lo declaran las caras compungidas de los empresarios. Ellos, por su impulso, ¡qué habían de montar ópera española! ¡Sí, en eso pensaban! Son de esas cosas que se hacen porque no hay otro remedio... ¡Para que los abonados salgan renegando, y para que a la segunda noche deserte el público!

Yo preguntaba a un empresario--interesándome por la cuestión--si no influiría algo en esta impresión desfavorable de los espectadores el hecho de que los artistas encargados de cantar las óperas españolas no sean nunca «estrellas», como Anselmi, Titta Rufo, la Bellincioni, la Darclée, que prestan realce a cuanto pasa por sus gargantas. A esto responden que las óperas españolas están siempre escritas en tan alta «tesitura», que estropean a los cantantes, y éstos

repugnan encargarse de ellas, y que Margarita la Tornera dejó medio inútil a la joven soprano que creó el papel.

Todas estas cuestiones volvieron a ser de actualidad al anunciarse el estreno de Colomba, música de Vives, letra de López Ballesteros y Fernández Shaw.

El asunto era corso de origen y francés de marca, pero la música procedía de un español, y otra vez la esperanza, el anhelo de tener «ópera nacional» aleteó en los periódicos y se abrió calle en las conversaciones. ¿Sería lo cierto? ¿Ibamos a colocarnos en el terreno de Italia y de Alemania?

Funesto empeño y exigencia funesta,--más para los maestros compositores españoles que para nadie.--El mayor peligro de un artista es que se le exija demasiado, que se le pida la luna... En vez de alentar su tentativa, le esperan prevenidos para descalabrarle, al ver que esta tentativa no produce algo equivalente a El acaso de los Dioses o al Don Juan de Mozart!

Y cuando digo descalabrarle, entiéndase que no me refiero a la severidad de la crítica escrita; la crítica escrita, por sistema, es encomiástica con la «ópera española». Hago alusión a peor descalabro: al verbal, y al tácito; al que condena a una ópera a vivir mucho menos que una zarzuelilla como Alma de Dios o Bohemios...

Si Colomba fuese zarzuela, hubiera llenado el teatro cien noches. Porque--sin pretensiones de tecnicismo, yo me declaro incompetente,--y juzgando la obra como la juzga un profano, a mí Colomba, en el ensayo y en el estreno, me ha gustado mucho al oído; me ha hecho pasar una noche agradable, y nunca me ha infligido esa impresión de cansancio que la música sin inspiración produce. No sé cómo serán las otras dos óperas que sobre el argumento sugestivo de la novela de Mérimée escribieron dos compositores extranjeros, y de las cuales la inglesa, la de Mackenzie, fue muy celebrada y aplaudida; pero esta Colomba española--infidelísima al pensamiento de Mérimée del cual apenas resta sino el tema de la venganza--entretiene con melodías bonitas al oído, como ese canto «de la alegría» que será popular en breve si no mienten las señales, pues la gente salía tarareándolo.

Quizá no sea esto lo que deseaba el autor; acaso quiso, según dice el criterio de un sesudo diario, empaparse en el clasicismo de Bach y de Handel, antes que en el colorismo nacional. Sin embargo, el tema del «rimbecco», el canto de ironía y nota sangrienta que excita a la «vendetta» durante toda la ópera, es, o mucho me engaño, un precioso zorzico, de lo más éuskaro que se puede imaginar. En la partitura no se ha destacado sólo el «rimbecco» o zorzico: han brillado el

coro de viejos, la famosa canción de la «alegría», el terceto de los dos Barricani y la oruga, y para mí, con especial encanto, la balada en que Colomba, bajo la encina, bendice a la enamorada pareja y la desea toda clase de bienes y de prosperidades.

Demasiado breve, este trozo encantador, creo que supera a todo lo demás.

*

Los estrenos dramáticos de que puedo dar cuenta, son dos, en los dos teatros de la Princesa y el Español, que, con el de la Comedia, eran antes los santuarios del arte de Talia en Madrid. Este año el de la Comedia ha perdido toda su importancia artística, y no merece la pena de reseñar lo que allí sucede. La Princesa, en cambio, bajo la dirección de los Mendoza-Guerrero, se ha colocado a la mayor altura artística y social, sin otro competidor que el Español, donde Oliver y la Cobeña sostienen el fuego sagrado, luchando con la invasión de lo chico, intruso, verde y bufo. Hay una seriedad y una conciencia en el teatro Español que responde bien al nombre que lleva y a la reputación de los primeros actores que en él funcionan.

La gente «elegante» concurre poco al teatro Español alarmada por el carácter del repertorio de Borrás, en el cual dominan los dramas traducidos del catalán--Guimerá, Rusiñol, Iglesias--y alguna obra de

Galdós. Yo no voy a juzgar ahora este repertorio, que muchos llaman «de la cáscara amarga»; pero encuentro justo decir que en él hay cosas muy hondas, muy conmovedoras, y que Borrás, en alguna de estas obras de ardiente realismo popular, raya a gran altura. Antes de manifestar la impresión que me produjo El redentor, tengo que decir que Santiago Rusiñol ha hecho otros dramas, como El místico, y que este autor, tan artista, tan lleno de dotes y aptitudes--pintor, escritor, dramaturgo y nunca vulgar ni adocenado, sino siempre penetrado del alto amor a la belleza--merece todo respeto, hasta cuando se equivoca. Para mí, y creo que para el público también, en El redentor se ha equivocado; el caso no es sorprendente; nadie acierta siempre que estrena, y es riesgo eminente de desacierto el escribir dramas con intención social, política, humanitaria y filosófica. En el largo período que comprende mi asistencia a teatros en España, confieso que no me ha dejado muy satisfecha ninguna de las producciones que reunieran estas circunstancias. ¿Es que a los autores de acá no les da el naipe por ahí? ¿Es que es imposible imitar a Ibsen donde no cae nieve bastantes meses del año?

Sea lo que fuere, El redentor me produjo efecto especial; no sólo no me convenció de lo que el autor parece proponerse, sino que me demostró todo lo

contrario. Quizá por eso han sido tan severos con él algunos críticos de ideas políticas muy afines a las que al pronto se supondría que informa la obra.

El redentor es un señor muy humanitario y completamente descreído. Su mujer y una de sus hijas son católicas, pero de un catolicismo a la «tartuffe». Su otra hija, también católica, lo es de verdad y de corazón, con el sentido del Evangelio. La casa es un infierno: mujer, marido e hijas--excepto la buena, la Cordelia, Rosina,--no hacen más que reñir, pelearse, injuriarse. Digo mal: hasta con Rosina se enzarzan a veces, y el propio don Daniel, el redentor, llega al extremo de querer pegar a su hija cuando ésta le declara que se propone ser hermana de la caridad.

Así, el redentor resulta un intolerante y un violento grosero, y por contera tonto de remate, pues distribuye sus bienes al tun-tún, lo mismo que los distribuiría un niño, y ocurre--naturalmente--que los aprovechan, no los pobres, sino los bribones.

La única persona que demuestra buen sentido y procede con arreglo a sus convicciones es Rosina, la católica sincera. Llena de misericordia, su pasajera ilusión amorosa nació de la piedad. Por compasión, por bondad, desea sacrificarse cuidando a los enfermos, pero cuando ve que su padre se encuentra abandonado y solo, y medio ciego, hace lo que debe hacer una hija

cristiana: se queda a su lado para endulzarle los últimos años de la vida. Repito que esta poética niña, cuya única filosofía es la bondad, cuya única sociología es la rectitud, consoló al públicó de los desplantes de aquel redentor con tanta justicia crucificado. Porque ni el cielo místico ni la gloria humana se hicieron, seguramente para los bobos y mal educados, entre los cuales se cuenta aquel don Daniel famoso, que si escribía como procedía, con razón estaba relegado al olvido. Y he aquí que el drama revolucionario de Rusiñol vino a ser mera apología de una sencilla criatura que reza el rosario.

De La fuente amarga, de Linares Rivas, poco he de decir. Leí en algunos diarios americanos, hace tiempo, que esta obra estrenada en Buenos Aires, no fue completamente del agrado del público. Aquí se estrenó ante escasa concurrencia; se aplaudió, salió a escena el autor; lució María Guerrero trajes de esos que se comentan media hora en los palcos; las decoraciones no dejaban nada que desear; la obra se sostiene en el cartel, y se sostendrá hasta que la vean todos los turnos de moda. La imparcialidad que debe ser ley del cronista, obliga a consignar estos datos.

Obliga también a añadir que la opinión más exacta acerca de la obra es la del mismo autor, que declara haber escrito, esta vez, "un folletín". Hay, sin

embargo, que defender al señor Linares contra sí mismo: no es tanto un folletín, como una evocación. Bajas las luces de la rampa: en silencio el teatro, dormido el autor en una cómoda butaca, he aquí que surge, sobre el fondo del telón de damasco rojo espléndidamente bordado, una figura sólida, muy empaquetada en rico gabán de pieles; una cara de alquimista o mago de la Edad Media, con indumentaria moderna. Y la figura, la sombra, el espectro misterioso, hace una seña a Linares y le murmura: "¡Sígueme!". Y el autor, en efecto, sigue a Echegaray, que, tras el cuello de astracán rizado que le llega a las orejas, sonríe como sonríen los malignos brujos...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

27

CRONICA DE MADRID

EL ESTRENO DE SALOME*

Hay una impresión siempre grata para quien es o se cree artista: la de saborear él solo, o por lo menos en comunión espiritual con la minoría, una sensación de arte intensa, nueva, refinada. Le rodea un público hostil, que ni comprende, ni quiere comprender; que emite todo género de juicios impregnados de malevolencia, de filisteísmo, de ironía sanchopancesca; y, en vez de servirle de molestia al artista la actitud de la muchedumbre, le estimula a recogerse en sí mismo, aislándose en su fruición estética e intelectual. No puede menos de reconocer que no sería bueno que gustase a todos lo que a él le gusta; que no estaría en el orden de lo creado ser artistas todos. Por eso sin indignación y sin pruritos de propaganda, el artista deja correr el agua de la opinión, esperando tranquilo el día en que la grey, a fuer de oír repetir que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 abril 1910: 8. No recogido.

«aquello es muy hermoso» se conforme a aceptarlo, aunque en el fondo nunca lo trague...

Tal era mi estado de alma la noche del estreno de Salomé, el drama de Oscar Wilde, puesto en música por Ricardo Strauss. El anuncio del estreno no había producido revuelo. Era un estreno lo mismo que otro cualquiera, para la inmensa mayoría; una curiosidad, para los aficionados a música, que en Madrid son muchos; para bastantes abonados, una decepción, porque en Salomé no hay entreactos, y les conformaban con solo un acto y una pieza de concierto; y apenas si un par de docenas de personas se daban cuenta de que era un enorme acontecimiento artístico,--por varios estilos,--el que iban a presenciar.

Es preciso hacer justicia a España, y más en estas cuestiones, pues demuestran hasta que punto el supuesto país de la intolerancia es tolerante,--sea por temperamento, sea por indiferentismo.--Salomé está prohibida en Inglaterra, y muy mal mirada en Alemania, países protestantes. Aquí, si algunos espectadores se han alarmado, es porque saben esto, y no reflexionan que los países protestantes son infinitamente más intransigentes con el arte que los católicos. Por lo demás, las señoras han concurrido a ver Salomé, empezando por la infanta Isabel Francisca. Y a fe que han hecho bien; y voy a tratar de fundar esta afirmación, alegando algunas razones.

Dicen que en Inglaterra y en Alemania el motivo de la intransigencia ha sido que saliese a escena un personaje de la Biblia, San Juan el Precursor. Para los españoles católicos San Juan es más que un personaje de la Biblia: es un santo, y como a tal se le venera en los altares. Pero, aunque no todo el mundo sepa o recuerde estas cosas, es lo cierto que en España y en Francia los espectáculos teatrales han nacido en la iglesia, con los Misterios; que nosotros, en nuestros Autos Sacramentales, hemos sacado a escena al mismo Dios, a la Virgen, a toda la corte celestial; que en nuestros teatros clásicos existe un subgénero de comedias que se llaman «comedias de santos»; que los franciscanos españoles hacían representar <u>El diablo predicador</u>, que es una comedia sacra, para despertar la devoción a San Francisco; y que hoy mismo, en algún teatrillo, se representa en cuaresma la <u>Pasión</u>, como también la representan en el pueblillo alemán de Oberhammergau, sin que se considere irreverencia.

Por otra parte, en el drama de Oscar Wilde el personaje de San Juan Bautista no aparece grotescamente desfigurado, como desfiguró a Santa Teresa el «faiseur» literario Cátulo Mendés. El personaje de San Juan, en el drama de Oscar Wilde, no dice ni hace decir y hacer. Sus palabras, sus invectivas contra la incestuosa Herodías, sus anuncios de que el Mesías va a venir,

están tomados casi a la letra de la Biblia. Su actitud, en cada momento, ante la tentación que intenta Salomé, es la actitud más casta, más estoica, más elevada que cabe. Para que Salomé consiga besar la boca del profeta, es preciso que la haya enfriado la muerte. La figura del Precursor aparece revestida de dignidad, de poesía, de prestigio, de misterio. La Edad Media, sentimental y creyente hubiese admirado esa figura, que, para decirlo de una vez, es romántica, del neo-romanticismo estético más actual.

La historia nos dice que Salomé, la que danzó y pidió por precio de su danza la cabeza del Precursor, vivió bastantes años después de la fechoría. En el drama, Salomé es castigada ejemplarmente: los soldados del Tetrarca la ahogan bajo el peso de sus férreos escudos. Es la corrección idealista, y creo que hasta los partidarios de la moraleja podrían encontrar en Salomé la ejemplaridad que buscan. Salomé, la luciferina, la representante de la sensualidad pagana, la perversa, muere pocos instantes después de su noble víctima.

Pero la obra no sería bella si Salomé la protagonista, no poseyese su belleza propia, tan intensa como la del Precursor, en contraste con ella. Salomé sería una vulgaridad, si se limitase a presentar en la hija de Herodías a una criatura temperamental, a

una esclava de los sentidos. La belleza del personaje de Salomé consiste precisamente en que es un ser superior al ambiente de grosera sensualidad que la rodea. Su concupiscencia es del espirítu. Y esto es lo que no sabía ver el público que tomaba el asunto de Salomé como se toma un cuento verde, una anécdota escabrosa y picante.

Con finos toques de sentimiento el poeta nos sugiere la idealidad--perversa, anormal,--de la heroína. La vemos salir a la terraza, pálida e inquieta, huyendo del banquete pesado, del vaho vinoso, del olor de las viandas, y buscar en la luz ensoñadora de la luna, en la tibia palpitación de la noche de Oriente, un poco de ensueño, un poco de infinito. Cuando se nos presenta, la vemos asqueada, sublevada por las miradas con que la asedia el marido de su madre, el tetrarca Herodes. Otro de sus enamorados, Narraboth, la devora con los ojos, le ofrece su pasión loca. Salomé ni vuelve la cabeza. Es indiferente, o mejor dicho, ve con repugnancia cuanto no sea su interior poema, la inquietud con que aspira algo sobrehumano.

La voz de Juan, grave y varonil, profiriendo imprecaciones y anunciando divinas esperanzas, la hiere en el corazón. ¿Quién es ese hombre que habla desde el fondo de la cisterna? Quiere verlo. Y apenas lo ve,

cae rendida. No es un hombre más, de tantos como han rodeado a Salomé codiciándola; es el profeta, el vidente, el que ve lo futuro, el que maldice a los pecadores... Y Salomé se exalta. Un paso más en el camino del amor, y será Magdalena. Pero Salomé no tiene pasado, como la Magdalena: Salomé es una virgen, la más hermosa de las doncellas de Salem; nos lo dice Herodes... Es además la princesa real de Judea. Herida en su pasión y en su orgullo, desdeñada, la idea de una venganza y un triunfo satánico le sugiere terrible estratagema. Ante el Tetrarca, ebrio de vinos y ahito de manjares, trastornado por la hermosura de su hijastra, bailará la danza de los siete velos, cifra y compendio de toda languidez y toda voluptuosidad oriental, la danza enloquecedora de la pereza y la molicie--y el precio de la danza será, en un plato de plata, la cabeza del precursor. En los cárdenos labios muertos, Salomé imprimirá el beso que le negaron vivos... Y Salomé morirá virgen, porque romántica también, ha amado a un imposible, entre espasmos de dolor y de tristeza desgarradora, no de grosera sensualidad, como supone gran parte del público, degradando un tipo de diabólica hermosura y grandeza al nivel de una mozuela desvergonzada.

Este es el poema. ¿Y la música de Strauss? Porque si el poema inspiró observaciones muy curiosas y

fue clasificado como «naturalista» («naturalismo» llaman a todo lo que no entienden) la música recibió los pintorescos calificativos que hace años se tributaron a la de Wagner, y ya hoy no se le prodigan tanto, aunque no han cesado de aplicársele de tiempo en tiempo. En primera línea, descolló, como siempre, el adjetivo «lata», porque la gente no ha cesado de confundir lo pesado con lo extenso, sin ver que no es lo mismo. El segundo tópico, ya muy gastado, fue el de exclamar reflexivamente: «Es una música muy difícil de entender... Hay que oírla muchas veces para que guste.»

Y el caso es que la música de Salomé... Pero ante todo la opinión de varios entendidos. Estos dicen que Salomé es un alarde técnico; y, en efecto, sin que yo tenga nada de inteligente en música, encuentro que la obra está admirablemente instrumentada, y la orquesta hace cosas sorprendentes y sugerentes. Es una música, según los susodichos entendidos, muy pensada e intelectual; en ella cada nota es una intención más bien que una inspiración; no hay espontaneidad... No sé si la crítica es fundada o no, pero afirmo que la música de Salome responde admirablemente al espíritu del poema. El canto grave y misterioso del Profeta, desde la cisterna; el agrio mezquino y egotista quinteto de los judíos, contrastando con la mística

unción del canto de los nazarenos; todo el fraseo violento y ardoroso de Salomé; especialmente las trágicas imprecaciones que exhala ante la cabeza cortada, y que parecen la quinta esencia del dolor sin consuelo... del dolor incurable, inmenso, de toda la desesperada soberbia romántica, mezclada a una amargura verdaderamente infernal; y, por último, la deliciosa «danza de los siete velos», con su mezcla hábil y exquisita de elementos españoles y orientales, con la finura nerviosa de sus temas coreográficos,--yo no sé si han sido compuestos con el brío de la inspiración pronta y repentina, pero sí que llegan al alma, y la subyugan.

Todavía les queda a los adversarios de Salomé otra arma que esgrimir.

Sostienen que la ópera en Madrid, se ha salvado gracias a la labor de Gemma Bellincioni.

No puedo compararla con la de las demás artistas encargadas de ese mismo papel, porque no he visto sino ahora y en Madrid la obra pero confieso de buen grado que acaso esta observación sea la más fundada de cuantas se han hecho a propósito de Salomé.

No sería posible, ni haciéndola fabricar de encargo, encontrar una Salomé superior a Gemma Bellincioni. Su trabajo es una creación, y yo no olvidaré nunca a esta mujer que hasta tal punto ha

sabido encarnar el personaje difícil y peligroso de la heroína de Wilde.

A la portentosa creación, contribuyen, no sólo el talento de la gran artista, sino que no depende de la voluntad consciente que sólo da y reparte a su capricho la naturaleza; las facultades físicas, y la figura.

Si una actriz gorda, de cara insignificante, interpreta Salomé, desde luego podemos afirmar que desaparecerá el interés del poema y se perderán los detalles encantadores de la música, y no poco debe de influir en la ilusión escénica del personaje el hecho de que la misma actriz que canta sea la que baile la danza famosa. Me han dicho que en Alemania sale una bailarina de profesión a desempeñar esta parte. La Bellincioni lo hace todo: canto y baile; y todo de tal manera, que lo sostengo, llega a la perfección insuperable, dentro del tipo ideado por el poeta y por el compositor. La Bellincioni no es una mujer joven, y he oído decir que su voz ha sufrido diminución; que era mejor hace años. Esta decadencia, si existe, está compensada con creces por la adquisición de arte y maestría asombrosos. La figura de la Bellincioni ha conservado de la juventud las líneas graciosas y la esbelted ágil, porque no ha engordado y tiene en Salomé, la ondulación capciosa y la soltura de movimientos de los felinos. Es a veces una pantera, a

veces una serpezuela dorada, a veces una hambrienta loba. Sin poseer una belleza que deslumbre, la Bellincioni ostenta el extraño atractivo y la empecatada sugestión que el tipo requiere. Sus ojos, el juego de su fisonomía movible, de su boca cruel y ávida, de sus brazos torneados, de sus caderas sucintas, son lo que se dice un prodigio. Al ver cómo ejecuta la célebre danza, se comprende que Herodes la ofreciese la mitad de su reino, y se recuerdan los versos de Zorrilla:

«Por un beso de tu boca,
diera a Granada Boabdil».

Es imposible nada más refinado y lánguido, más elegante, dentro de la idea de la tentación y el pecado, que esa danza en la cual no hay, sin embargo, una actitud impúdica, nada grosero, y que, como el traje que para bailarla viste la Bellincioni, es lo espiritual de lo material, pues apenas deja adivinar lo que las danzarinas no siempre ocultan, las formas, no bellas a lo griego, sino a lo diabólico. El juego de la artista quitándose y agitando los velos es la gracia elevada a su última expresión. Hace con esos trozos de gasa filigranas y monerías, coqueterías malvadas y gestos de tal seducción, que no sé si alguna bailarina

profesional será capaz de poner tanta alma condenada en un paso de baile. Es cosa que embelesa, como embelesa lo pefecto en cada género.

Si esta mujer asombrosa se queda sin voz para cantar, no habrá trágica, (entre las que hoy conozco en el mundo), que pueda competir con ella, en este papel y en algún otro que la he visto desempeñar, como el de la Tosca; pero más especialmente en éste, sin duda. Porque la cara de la Bellincioni, es la cara que podríamos imaginar al representarnos a la hija de Herodías, y su cuerpo el cuerpo incendiario de la danzarina maldita,--incendiario, insisto en ello, no por la maternidad, como creen los que no saben interpretar el sentido del poema, sino por la espiritualidad infernal que emana de él. Así, el Tetrarca, prendado antes de la muchacha por su frescura y su juventud, se horroriza de ella cuando al entregarle la ensangrentada cabeza del Precursor, ve su alma, su alma fascinadora y terrible, superior a las vulgares orgías y a las incitaciones del goce tosco y abyecto,--su alma idealista, idealista hasta el desenfreno y la locura...

Tal es la labor sorprendente de Gemma Bellincioni, la Salomé ideal, que nos ha producido, a unos pocos, esta sensación de arte intensa, inefable, difícil de comunicar, y que casi no acierta a descender a la

pluma. Salomé debiera representarse ante un público de iniciados, que la oirían con el respeto que el arte impone. Un rey como Luis de Baviera, una reina como Isabel de Austria, podrían, en sus teatros particulares, alojar a la pálida princesa de los extraños amores... Purificada por el arte, lejos de las inepcias y las burlas, la función tendría la dignidad de lo bello, que no cede a ninguna otra dignidad...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

28

LA NACION

CRONICA MADRILEÑA*

El anuncio de que «van de veras» las obras de la Gran Vía, de que comienzan las expropiaciones y derribos consiguientes, ha producido en Madrid una emoción de orgullo, como si la capital española se sintiera promovida al rango de «europea».

Un novelista de gran talento, Arturo Campión, por más señas eúskaro, y muy prendado de su país natal, trató de «raquítica» a nuestra capital en una novela reciente, La bella Easo. Y no es posible negar, que, cuando se regresa del extranjero, la impresión de la entrada en Madrid no es favorable. Algo y algos resta en Madrid del «lugar más grande de la Mancha», como se le llamó con desdén, y Madrid, por la estrechez y mezquindad de sus calles, por la aridez infinita de sus cercanías, por la deficiencia de tantos elementos urbanos, no puede compararse, no diré a Londres, pero ni a París, de cien leguas.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 25 abril 1910: 5. No recogida.

Lentamente, sin embargo, el viejo Madrid de los clásicos tiempos del casacón ha ido transformándose, y está en camino de ese retrasado progreso que es nuestro paso de andadura, y al cual nos limitan nuestros escasos recursos pecunarios, y quizá también nuestra indiferencia hacia el «confort», señalada por viajeros observadores. El español es sobrio en guerra como en la paz, y sencillo hasta preferir tal vez su agarbanzado Madrid de antaño, el Madrid en que todos se calentaban al brasero y al sol, en que no había calefacción de vapor, ascensores, aceras anchas ni piso de asfalto. Así es que lo de la Gran Vía, por mucho tiempo, fue tema de zarzuelas regocijadas, y pareció punto menos fantástico que el Potosí submarino a las calderas de Pedro Botero. ¡Una Gran Vía! ¿Para qué? Tan ricamente como nos iba con las callejuelas ahogadas, donde los carros de doce mulas y un asno en fila no permiten el paso a los señorones que van en coche.

Así es que el conde de Peñalver, a cuyo esfuerzo se debe que la Gran Vía haya podido llegar a ser una realidad luchó con infinitos obstáculos, y especialmente con el obstáculo de la apatía, de la inercia, que es siempre aquí el más grave. Por fortuna, corren vientos propicios a dar trabajos a jornaleros y braceros, se mira bien todo lo que sea

obras públicas, para evitar la crisis de la miseria, y, al través de mil tropiezos, que sería largo reseñar, la idea de la Gran Vía se impuso; y ya es un hecho, si no consumado, por lo menos inevitable, puesto que van a empezar a tirar palacios y caserones, a llenar el suelo de escombros, antes de emplazar la mgnífica arteria.

El centro de Madrid, Puerta del Sol, y calles que en ella desembocan, eran insuficientes para la circulación. Aunque no en grandes proporciones. Madrid crece, y la gente de Madrid es tan callejera, que ignoro si habrá en el mundo alguna que lo sea más. Madrid vive en la calle, en la plazuela, en las aceras, bajo las farolas. Nadie anda de prisa, porque nadie aprecia el valor del tiempo, ese valor infinito, incalculable en otros países. Se sale a tomar el sol, o el aire, o a leer los partes en las pizarras, o a ver mujerío, o a enterarse de lo que dice la lista del último sorteo, o a hablar de política, o a sostener una esquina. La insuficiencia de las vías resalta doblemente con el gentío que las inunda, mañana, tarde y noche.

En esta parte central de Madrid sólo hay dos calles algo amplias: la de Alcalá y la de San Bernardo. Preciados es más estrecha, la del Carmen angostísima e irregular, y no hablemos de Tudescos, Jacometrezo, Caballero de Gracia, Fuencarral y Hortaleza, porque en

éstas, cuando cruza el tranvía no caben coches, y cuando pasa un coche, no cabe el carro castellano, el de las infinitas mulas y el asnillo. Jacometrezo está pidiendo a gritos el aparato de la época felipeña: corchetes y alguaciles, tapadas y socorro de los mantos... Destripar este Madrid, que no encierra nada interesante desde el punto de vista monumental, y que huele a hortalizas averiadas y a queso de Villalón, es una obra benéfica. La arteria que reemplaza a esta red de callejuelas, facilitará la circulación y curará a la capital española del abceso que padece.

Claro es que al anunciarse la reforma, los habitantes de las casas que van a ser derribadas y los industriales establecidos en las tiendecillas, sufren una perturbación más o menos grave... Unos se lamentan como si no hubiese en el mundo otro local sino el que ocupara años y años; otros, prácticos y positivos, buscan en el cambio la mejora, y piensan en agrandar sus establecimientos, decorándolos en armonía con el carácter del moderno comercio. Y entre esas tiendecillas condenadas a abandonar el lugar que tanto tiempo fue suyo, hay dos que me interesan especialmente, que me recuerdan horas largas de sesión ante sus mostradores, en conversación con los dueños; conversación que, si no me atrevo a llamar científica, por lo menos llamaré técnica dentro de un aspecto;

parcial del arte. Estas dos tiendas son la gran abaniquería de Serra, y la pequeña abaniquería de Carrero, alías «El Chino».

El que llamábamos Serra se llamaba realmente Antonio Lambea; creo que era su suegro el que tuvo Serra por apellido, Don Antonio Lambea, que falleció no ha mucho, y a quien substituye su yerno, González Fraile, era, como yo, un fanático del abanico. Si se me pregunta el por qué de esta afición, diré que casi no hay manera de explicar afición ninguna y que sería preciso resucitar, para este efecto, la armonía preestablecida de Leibnitz. Lambea se aficionó a abanicos (antiguos naturalmente en el establecimiento del verdadero Serra, que cultivaba esa especialidad. Y era de oír cómo lamentaba la decadencia de una forma de arte tan exquisita, decadencia marcada ya desde la época de Cristina, acentuada hasta la caricatura en la de Isabel, y extremada hasta la ignominia en el ominoso periódo de los pericones que corresponden exactamente a los tiempos de la revolución de septiembre y diversos ensayos de la república. Así es que desde el punto de vista del abanico éramos Lambea y yo los más decididos y declarábamos, en vista de los documentos, que se ha descendido la barbarie en el abanico, que la época moderna no tiene gusto, ni tino, ni imaginación, ni gracia, siendo el abanico actual algo que subleva a un artista.

El caso es que Lambea vendía--y sigue vendiendo su sucesor--abanicos modernos y sombrillas de última moda. Pero eso es la concesión meramente industrial a las ideas del vulgo. En la casa de Lambea--que va a desaparecer para instalarse en la misma Gran Vía en otro local--hay dos departamentos. El primero está consagrado al abanico del tiempo presente, con su burdo varillaje, su país chillón, insignificante y sin alma, su defectuoso cierre, sus japonerías imitadas y sus lentejuelas gordas, que pesan como de hierro, y el departamento segundo, donde me he encerrado muchas tardes de lluvia, pertenece al abanico antiguo, el único abanico, el que sugiere las elegancias muertas y los aires y «ritornelos» de minué y de gavota cortesana.

De cajones estrechos y profundos empezaba Lambea a extraer abanicos. Estaban sujetos con un hilo blando y fuerte, único medio de sujetarlos sin echarlos a perder (la goma los ennegrece y el hilo duro o bramante los fuerza) y algunas veces tenían su caperucita de papel destinada a impedir el desgaste del margen del país. Allí había abanicos en todos los estados: varillajes primorosos sin país; rara vez algún país sin varillaje; otros rotos, estropeados, que esperaban restauración; maravillas de trabajo, medio hechos trizas; había abanicos en tan buen estado, tan conservados y limpios,

tan flamantes, que se creyera que jamás se hubiese hecho aire con ellos ninguna mano nivea... Y tal vez fuese así, porque quien sabe si, puestos en la canastilla de la novia. Serra vino a turbar las alegrías de la luna de miel y el abanico se guardó sagrada reliquia, memoria de un ser querido...

A estas hipótesis y a muchas más se prestaba el examen de abanicos tan frecuentemente realizado en casa de Lambea, en aquel departamento chiquito de la tienda de Caballero de Gracia. ¡Y qué satisfacción al descubrir alguna curiosidad histórica. La historia, conviene saberlo, se ha eternizado en el abanico, con todos sus prestigios y sin marejadas de vicisitudes. En el museo Carnavalet, en París, algunas de las páginas memorables de la Revolución y del Imperio quedan consignadas en el abanico donde también se reflejan las novedades, la mongolfiera, los descubrimientos de Hersehell y las hazañas de Lafayette en América. Una sola colección de abanicos, la mía que no tengo la pretensión de que sea riquísima, encierra más de veinticinco abanicos históricos, y auténticos. Algunos son interesantísimos, como el de las corridas de caballeros en plaza con motivo de la jura de Carlos III, los dos de las bodas de Fernando VI y Bárbara de Braganza, el famoso de la Tirana, el del marqués de Castel Rodrigo, el del mapa de Nuevo Méjico que todavía

no he podido definir bien en su aspecto histórico-geográfico, y que acabo de fotografiarlo para remitirlo al museo Nacional mejicano... y otros varios que alargarían excesivamente la lista. El arte, la literatura, han sido igualmente asuntos de abanico. En mi colección encuentro ambos temas. Hallo escenas de Gil Blas, de Atalá, de las obras de mademoiselle de Scudéry; hallo la conmemoración del estreno del Trovador, por García Gutiérrez, y la imagen de Byron, recitando sus poemas a los griegos... Cinco abanicos, todos distintos, recuerdan la gloria de Rossini, y otro nos muestra un concierto en el palacio real de Madrid, bajo Felipe V, «amateur» como sabemos. Yo deduzco que el abanico ha sido, en otras épocas especialmente, una cosa llena de vida real, en medio de las galanterías de su estilo y las idealidades de su arte menudo y refinado.

Todo ello lo comentábamos, mientras yo estudiaba, con el manejo de tantos bellos ejemplares que iban saliendo de ellos, al parecer, inagotables cajones. Algunas veces subíamos a ver la exposición en el piso alto. Allí, sostenidos por armazones de alambre, habrían su gracioso semicírculo los abanicos no curiosos, sino bellos, fastuosos, propios para bailes y bodas. Dominaban los isabeleños, que visten y decoran mucho, aunque la severa mirada del inteligente se pose

no sin desdén en tanto nácar y tanto oro y tantos colores, y hasta en las pedrerías que suelen enriquecer los padrones anchos de ese género de abanico crujidor y pomposo.

Los inteligentes prefieren cualquiera otro estilo, y más cuanto más se acerca a los origénes del abanico de varillas, el reinado de Luis XIII. Abanicos Luis XIII hay poquísimos, tan pocos, que cuando tuve la insólita fortuna de descubrir el que poseo, Los jardines de Armida, Lambea emocionado exclamó:

--¡Sólo otro me ha pasado por las manos, desde que trato en abaniquería!

Y es el caso que, para los profanos, el abanico Luis XIII y gran parte de los Luis XIV son poco vistosos. A lo sumo, conceden su admiración a los emperifollados Luis XV, llenos de conchas y volutas, y en los cuales una percepción fina ya advierte que se inicia la decadencia.

En casa del «Chino», más que sobre los estilos de los abanicos, la conversación versaba sobre la manera de reparar los ultrajes que el tiempo o el descuido de sus dueñas había inferido a los abanicos preciosos. Porque el «Chino» era, y es, el mejor restaurador de abanicos que existe en Madrid. Lambea le confiaba los suyos, y se los devolvía remozados. No era posible adivinar si habían sufrido algún desperfecto. El

«Chino», con la paciencia y prolijidad que le han valido su apodo, coloca piezas, recompone países hechos jirones, forra los abanicos de seda que se caen de vetustez, cala varillas, repinta miniaturas, y coloca la tirita de papel dorado que resguarda el borde del abanico para que no se corte. Hay sin embargo entre los abanicos antiguos algunos que el «Chino» no puede restaurar. Secreto perdido y factura demasiado difícil y costosa, la incrustación de oro sobre la concha rubia de ciertos Luis XIV, no es factible imitarla hoy. A veces el abanico sufre transformaciones en las manos del «Chino». Si un paisaje muy bonito y raro tiene un varillaje inferior, se traspasa a otro que aumenta el valor del objeto. Y hasta ha sucedido que de los paisajes, anverso y reverso, de un abanico, se hagan dos abanicos, porque los reversos en la época Luis XIV eran tan bellos como el anverso y algunos lo eran más. Como el abanico es frágil y va escaseando mucho en estos últimos tiempos ha duplicado su valor. Los coleccionistas sabemos que el abanico que ayer representaba mil pesetas, no se daría hoy por dos mil; y miramos con mayor cariño nuestros tesoros, que ganan dentro de sus cajitas de tela antigua, brochada de oro. Coleccionar tiene a veces el atractivo de la caza--caza incruente e inofensiva.--Cierto día en casa del «Chino», vi yo un abanico extremadamente curioso: era

de los que sirven para echar las cartas y predecir lo venidero. Yo poseía otro del mismo género, pero inferior, y pedí precio. «No puedo venderlo», respondió el «Chino». «Lo tengo comprometido con la señora de ...» Y la nombró. «Pero ¿no sabe usted--le argüí--que la pobre ha muerto, y bien trágicamente? ¿No conoce usted esa historia?--No importa--exclamó el «Chino»,--el abanico es mío, pero no lo vendo hasta saber si la madre de esa señora quiere o no recoger el encargo de su hija--Y cuándo lo sabrá usted?--Insistí--«Dejaremos pasar un año--respondió el restaurador calmosamente--y al año preguntaremos. ¡Un año! es mucho para la impaciencia de un coleccionista, y poco para la flema del pacientismo hombre que se pasa la vida calando prolijamente el marfil y el nácar, pegando una pieza al reverso de un país de vitela, o cosiendo una lentejuela menudísima al borde de un pabellón Imperio... Y hube de esperar... Mi esperanza consistía en un cálculo: tal vez la madre encontrase triste recoger aquel capricho de la infortunada y hermosa hija, a quién me parecía volver a ver llena de vida y juventud... pero la madre recogió el abanico, y yo tuve que reconocer la probidad del «Chino», resignándome a que se me escapase de las manos el abanico que, por ironía, se llamaba de la suerte...

Probidad necesita el que conserva en su poder, acaso años enteros, objetos que valen lo mismo que una

joya. Las grandes señoras de Madrid depositan en casa del «Chino» sus abanicos--y los tienen mágnificos. La duquesa de Fernán-Nuñez cuando ha usado dos veces un abanico antiguo, lo lleva a que le pongan de nuevo el orillito dorado, defensa del paisaje. Y es de saber que el abanico siempre está necesitando cuidados y mimos, como si fuese, delicada damisela. Hay que atenderlo amorosamente, hay que no abandonar sus primeros pequeños achaques, que pudieran acarrear su destrucción. Muchas señoras conservan los abanicos abiertos, en vitrinas, y las aficionadas sentimos dolor, porque el abanico abierto, se vuelve polvo. Hay que tenerlo cerrado, encaperuzado, sujeto, todo lo daña: el polvo, el calor, la humedad,--y la mano que haya de manejarlo tiene que ser señorial, sutil, femenina,--o muy inteligente, como la de Lambea y la del «Chino» que, a manera de monje miniaturista, ha encerrado su existencia en un taller, entre frasquitos de goma, menudos pinceles, microscópicas sierras, y fragmentos de marfil... ¡Primorosa industria, arte delicioso, digno de madrigales!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

29

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

Recientemente se han publicado algunos libros que, sin revestir proporciones de acontecimiento--la literatura no suele ser acontecimiento aquí, a menos que la sazone el pimiento del escándalo--merecen no pasar inadvertidos, ya por el interés de su asunto, ya por el nombre de sus autores. En primera línea sitúo la novelita Boy, del jesuita padre Coloma.

Y ante todo, necesito decir una verdad: la literatura oficialmente católica suele pecar de enteca, tímida y dulzona, como si se escribiese toda para niñas de quince años. El cuidado en suprimir las fuertes situaciones pasionales, el miedo al hondo análisis, el afán de la moraleja, hacen cada día más deslucido el trabajo literario de los escritores que no llevan esa marca. Unos imitan a Fernán Caballero--¡a estas alturas!--otros siguen las huellas de Trueba o de Pereda; alguno reedita la cardenal Wiseman; ninguno osa

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 14 mayo 1910: 6. No recogido.

pisar las huellas de Sienckiewicz, que parece demasiado atrevido. Yo no soy sospechosa; yo católica soy; pero me inscribo resueltamente en contra de este espíritu de restricción, tan diverso del que rigió en otras épocas, en que por cierto la religiosidad era más segura y el arte más humano y divino a la vez. No esribieron para niñas bobas ni Calderón, ni Lope, ni Tirso, ni Cervantes, ni fray Luis de Granada, ni San Juan de la Cruz, ni Santa Teresa. Escribieron hondo y verdadero, sin apocamientos, con integridad. Siempre que yo, para un cuento, he tomado asunto en libros de «ejemplos» religiosos de los siglos XVI y XVII han escandalizado a los pusilánimes tales asuntos.

El único novelista oficialmente católico que ha demostrado vitalidad y malicia, sin perder por eso ni la ortodoxia ni la ejemplaridad, ha sido este jesuita autor de Pequeñeces, libro que, a su aparición, armó un revuelo y levantó una polvareda prodigiosa. ¿Por qué tal criterio? Precisamente por lo que acbo de anotar; porque habituada la gente a la insulseces y ñoñerías de la literatura piadosa moderna, se asombró de que un jesuíta escribiese y diese a luz una obra que hubiese podido firmar un novelista de análisis y un satírico amargo; una obra de mayor intención y libertad que las de Pereda, y en la cual se retrataban a lo vivo las miserias y las podedumbres de buena parte de la sociedad aristocrática.

Si los escritores oficialmente católicos no hubiesen tenido acostumbrado al público al estilo pacato y al falso idealismo, Pequeñeces siempre hubiese despertado la curiosidad y dado fama a su autor, pero no movido tanto alboroto y planteado cuestiones que hasta la fecha no se han resuelto.

Preguntábanse, en efecto, las gentes si, no cediendo Pequeñeces en crudeza y desenfado a ninguna de las obras naturalistas últimamente publicadas, era justo cerrar las puertas de los hogares a éstas, y abrírselas de par en par a la obra del Padre Coloma.

Estas interrogaciones (como sucede con otras muchas) quedaron sin respuesta. Sin embargo, para los espíritus lógicos pareció demostrado que no es la crudeza de los detalles ni la vivacidad de las escenas lo que hace inmoral a un libro; que un libro muy naturalista puede ser moral y edificante siempre que ponga de manifiesto, por los hechos mismos, lo vano de las vidas sin ley ni norte, lo antisocial de los vicios y decadencias, lo miserable de los apetitos. Hay un cuadro de Valdés Leal en Sevilla, que llega al límite del realismo macabro, y sin embargo es una lección de ascetismo y de fe. Con un cromo de angelitos no se logran tales resultados. Y hoy la literatura piadosa cultiva el cromo de azucenas y miosotis y santos sonrientes y retocados de purpurina.

Ello es que Pequeñeces asustó a muchos, y yo sospecho que en el seno de la misma orden a que el autor pertenece, no faltaría quién, a solas, se hiciese cruces.

Tenía entonces en publicación el padre Coloma, en el «Mensajero del Corazón de Jesús» otra novela titulada Boy. De repente suspendióse Boy y por largos años no volvió el padre a dar al público nada que perteneciese al género de Pequeñeces. Escribió obras históricas, algunas con sello novelesco, como el ameno Jeromín, que refiere la biografía de don Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe II, pero en el terreno candente de la novela de costumbres contemporáneas, pareció resuelto el autor a no aventurarse más.

Y ahora cuando muy descuidados estábamos, aparece Boy, aquella novela antaño suspendida.

Empiezo por decir que Boy no abarca el campo amplísimo de estudio social que comprendía Pequeñeces. No descorre el velo de las intrigas políticas, no presenta el cuadro de la decadencia aristocrática por olvido de los deberes, por frivolidad, por sensualismo. No obstante, en el fondo es otro aspecto del mismo problema. Conocedor el padre Coloma, por relación educadora suya y de su orden, del modo de ser de la juventud de alta clase, ha presentado en Boy un estudio

de esa juventud, encarnada en uno de sus mejores ejemplares, en uno de sus tipos más selectos. No ha querido el padre retratar a la sociedad en su absoluto indiferentismo, en su alejamiento de cuanto no sea placer y deporte, en su actitud escépticamente muelle, de efebos de la decacencia. Ancho campo tenía ahí, porque si hay un espéctaculo que fomente las indignaciones del moralista, es este de la juventud que no piensa en los deberes que le incumben dentro de su patria para sostenerla y engrandecerla y que hasta se burla de todo conato de trabajo serio y acción salvadora. Si la juventud española presentase caracteres de energía moral, nuestro porvenir estaba aseguarado. Sólo diré que Boy, retrato y biografía de uno de los jóvenes más estimables de aquella generación a la cual pertenecen los personajes de Pequeñeces, es una prueba en afirmación de mi aserto. Boy, que tiene sentimientos caballerescos, el culto del honor y de la dignidad, es no obstante por falta de objeto y de dirección en su vida, por esas funestas debilidades de la voluntad, un desgraciado, que corre hacia el trágico fin de una existencia sin rumbo, sin regulador, sin firmeza de covicciones y sin moderación de deseos. Hay algo de romántico en el tipo de Boy, pero todavía más de esa moderna insubstancialidad que sacrifica al capricho de una hora todo el contenido de un destino y

la honra de un hombre. De su alta clase social, ostenta Boy el distintivo en el alarde de caballerosidad que le pierde y le infarta, al no querer disculparse de la acusación de asesinato y robo, diciendo que a la hora en que se le acusa del crimen, él estaba en compañía de una mujer, de una gran señora; pero, sin embargo, el honor de Boy no es tan exigente que le haya impedido la indelicadeza de tomar a una señorita por tapadera de sus amoríos con una casada y que le prohiba gastos y derroches, verdadera causa de su desventura, origen de la situación espantosa en la que se ve colocado.

Es, pues, el simpático Boy una víctima del estado social en el que domina el desfreno de los apetitos, no contrastados por la acción y el sentimiento del deber. Y, en este sentido, es moral y ejemplar la por otra parte amenísima y atractiva novela del jesuita.

De distinta índole, pero no ajeno al mismo problema, es otro libro recibido estos días y que me parece merecedor de mención. Se titula Etica española, y su autor es Eloy Luis André, catedrático de filosofía en el instituto de Orense. El autor abundando quizás en las ideas de muchos que quisiéramos fundar esperanzas en la juventud, nos dice: «Soy, joven todavía, pero me aparta de nuestros jóvenes, no mi juventud, sino mi vejez.»

Se ve que el autor tiene de la mocedad intelectual no más lisonjera idea que el padre Coloma de la aristocrática, cuando añade: «Quieren ser la vanguardia de la mentalidad española los que, embadurnándola de insinceridad efectista, procuran presentar en el mercado productos de relumbrón y por unos cuantos duros saquean media biblioteca.»

Terrible cuadro pinta André de esta juventud cínica y «arriviste», enemiga del trabajo serio y de la ajena reputación, y si la sátira es cruel, no podríamos ciertamente afirmar que no fuese exacta.

A renglón seguido, la crítica de la vejez española tiene notas de estudio real. Llámale la atención el hecho de que no sea la capacidad, sino sencillamente la procesión de los años lo que sanciona la autoridad y el dominio. Y entre otras frases lapipugnadoras, que Cejador entiende de filología, su dictamen en otros asuntos, no pasa del nivel de cualquier dictamen.[1]

Y lo repito: algunas veces las opiniones que parecen severas son miradas por dentro, todo lo contrario. Quizá la admiración apasionada engaña al manifestarse. No diré que éste sea el caso de Cejador,

[1] En este párrafo parece que se confunde, pues pasa del libro de André a un artículo de Cejador mencionado más adelante, al principio de la crónica Núm. 31.

pero yo tengo un ejemplo personal, si recuerdo lo que me sucedió en Figueras.

Figueras es un pueblo de Cataluña cercano al Pirineo. En su castillo fué encerrado por los franceses y murió don Mariano Alvarez de Castro, heroico defensor de Gerona en la guerra de la independencia. Mi devoción a este insigne español, y el sentimiento profundo que ante tales figuras y tales hechos se alza en mi corazón, penetrado de la magnificencia de la raza, me llevaron a Figueras, durante un viaje en que recorrí aquellas provincias. Había visto primero Gerona, su catedral, donde la resistencia desplegó sus alas broncíneas al calor de la fe; sus calles donde la población hambrienta vagó con la fiebre del entusiasmo, y sus débiles baluartes, que sólo pudo defender un coraje sobrenatural; y, bajo esta impresión honda, llegué a Figueras, punto donde serán contados los viajeros que se detengan por los móviles que me impulsaban a detenerme a mí.

Figueras me hechizó con su aspecto anticuado. En la fonda donde me alojé los muebles eran de cuarenta o sesenta años atrás, y la hospitalidad, a la catalana vieja, sencilla sin arte. Llegué al anochecer. El castillo dista bastante del pueblo, y desde el pueblo no puede verse. Yo no me había orientado respecto a la situación del castillo. Me asome al balcón, y sentí

como una punzada, un llamamiento extraño, que me hizo volverme hacia un punto del horizonte.

--El castillo está allí--dije a la criada que erreglaba mi cuarto.

--Sí, señora... ¿Ya estuvo otra vez en Figueras?

--Nunca, pero sé que el castillo está allí, murmuré, hablando conmigo misma.

Esta singular circunstancia, absolutamente exacta y que no me explico, demuestra hasta que punto eran para mí Figueras y su castillo, en el cual pensaba desde hacía tres días, algo sagrado... Pues bien; cuando publiqué el artículo narrando estas impresiones, en Figueras se desazonaron extraordinariamente. ¿Por que? Porque yo decía que las camas de la fonda tenían forma de nao, y que la comida era a la española, y, en suma, que allí no se vivía como en Barcelona o París. Hubiesen querido, los figuerenses aficionados al progreso--¡cuántas veces aborrecible!--tener camas doradas, pollos a la Marengo y un gramófono.

Hay un autor francés que dice--agudamente--no recuerdo ahora si es Alfonso Karr--que el modo seguro de indisponerse con alguien es elogiarle; no precisamente porque se le elogie, sino porque aquel elogio no es el que se esperaba, y, por lo tanto, constituye una decepción. Esto no lo aplico al caso del padre Cejador, pues me figuro que si no tuvo ánimo

de deprimir, tampoco lo tuvo de ensalzar a Sevilla. Lo digo por mi pequeño y casi olvidado episodio figuerense, recordando (con el dejo de ironía que hay en tantos sucesos) que el pueblo donde seguramente entré con el alma más llena de incienso, fué el que se quejó de mis apreciaciones...

Ello--lo de Sevilla--acabará en paz, puesto que Cejador ha dado cuantas explicaciones fueron necesarias. Y las conceptúo sinceras. ¿Quién podrá no amar a Sevilla?

Hay ciudades que, si por caso insólito desapareciesen--ahora ya no desaparece ninguna, no sucede como en otras edades históricas, en que las ciudades eran arrasadas y abandonadas--dejarían un vacío, no solamente en la nación a que pertenecen, sino en el mundo entero. Toda la humanidad tiene derecho a Sevilla, a sus fragancias, a sus colores, a sus localismos deliciosos, a sus monumentos, a su Murillo, a su archivo de Indias, a su árabe Alcázar, a sus gitanos, a sus consejas, a sus patios y a sus claveles, de los cuales acabo de recibir una cesta que me envían unos amigos en el día de mi santo, y que han inundado de sol mi estudio. Sevilla forma parte del patrimonio de la humanidad. De Sevilla no es posible sino decir ternezas.

En esta época del año, Sevilla es el centro de la vida elegante, de la alta vida. Las ferias atraen

innumerables forasteros. La Semana Santa es un derroche de pintoresca hermosura. En las esquinas vibra la «saeta» trágica, llena de melancolía y de pasión. Los encapuchados cruzan, siniestros como una visión veneciana del tiempo de las máscaras y las sombras. En la calle de las Sierpes, los mozos juncales se plantan esperando el paso del mujerío, acechando los negros tejadillos que ensombrecen los ojos, bajo, la mantilla grave y voluptuosa, y soltando, al paso de las hembras, la retahila colorista y fogosa. Dentro del bodegón, corre la manzanilla, fresquean las aceitunas. Dentro de la tienda, en la feria, se alza el tablado sobre el cual bailan seguidillas las señoritas principales. Mañana, infantes, principes, magnates, señoronas, vestirán el marsellés y el calañés e irán a la dehesa a derribar toros. Y el polvo que alzan los piececillos enanos y los cascos de los caballos de sangre pura, acaso lleva partículas del que levantaron las pisadas de Miguel de Cervantes, tan sevillano como nadie ignora--aunque alcalaíno. ¡Quién no vio a Sevilla, no vio maravilla!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

30

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

LA INFANTA ISABEL*

En el momento en que trazo estas líneas, la Infanta Isabel Francisca de Borbón, hija de Isabel II, hermana de Alfonso XII, tía de Alfonso XIII, y dos veces princesa de Asturias y heredera del trono de España, cierra sus maletas, disponiéndose a emprender el viaje a la Argentina, en cuyas fiestas de la Independencia ha de representar a la casa real y a la nación.

Yo no creo que nadie pudiese estar más indicado para esta misión de amor y de paz. Cuanto se haga en la Argentina en honor de una mujer, y mujer tan preclara, tendrá el encanto de la galantería, caballeresca, y responderá a las mejores tradiciones, de nuestra raza, que acá como allí deben ser leyes. Otra mujer, otra Isabel, tomó en el descubrimiento del nuevo continente la parte que sabemos; y si la excelsa

* Publicado en La Nación (Buenos aires, diario) domingo 22 mayo 1910: 5. No recogida.

conquistadora de Granada reviviese un momento, vería con placer a una dama tan próxima al trono de Castilla llenar el puesto de mensajera de concordia, en esta espiritual reconquista que anhelamos, y en que las armas han de ser la plegadura, la creación de intereses comunes, la estrecha solidaridad fraternal a que todos nos invita, enseñándonos que somos unos, y que el porvenir pudiera pertenecernos, aunque no representemos en la evolución humana ese elemento del norte, que también ha de oír sonar su decadencia.

Y si por mujer ya posee la Infanta su diplomacia especial otra, cuyos efectos habrán de ser notorios desde el primer instante, la tiene en su carácter, en España muy conocido, y del cual acojo algunos rasgos para mis lectores de la Argentina.

Es la Infanta Isabel figura popularísima en Madrid, especialmente entre la gente modesta, que no suele acercarse nunca a los regios alcázares. La sociedad aristocrática no basta para crear la atmósfera de simpatía que a la Infanta Isabel rodea; porque la sociedad aristocrática es una exigua minoría, y además, no siente con la viveza y la frescura que siente el pueblo. El de Madrid es sensible como ninguno a las bondades y a las llanezas de los grandes señores, y en la Infanta ven los madrileños renovado el estilo franco, y espontáneo, propio de una reina a quien

lograron destronar, tal vez porque ella no quiso evitarlo, o tal vez porque ya no vivía el general Narváez, pero a quién no consiguieron hacer impopular una hora.

Con Isabel II no era posible cruzar tres palabras sin que ganase las voluntades aquella expansiva sencillez, aquella familiaridad en la cual, sin embargo, nunca se perdía la noción del alto rango y de la majestad, que, segura de sí misma, no necesita apoyarse en el orgullo. Hasta el tuteo en Isabel II, era un halago, y, yo me admiraba cuando algunos que no saben percibir estas «nuances» lo encontraban molesto. Mayor distancia, a mi parecer, establecía entre la reina y los que la visitaban el «usted» burgués que ese tuteo, cuyo sentido era ese que habló un español y como a español le trato. Me refiero, en estas observaciones a la época en que la reina Isabel residía en París, única en que pude conocerla y saludarla, y en que me regaló con preciosa carta autógrafa, uno de los mejores abanicos de mi colección, usado por ella.

La amabilidad de la Infanta Isabel; su completa falta de «morgue» y de altanería, nacen del carácter; son su psicología; por eso nunca se desmienten. Los humildes lo saben, y van hacia ella, atraídos por el imán de acogida tan humana, iba a escribir «tan cristiana», y no me vuelvo atrás, pues hay en estas

llanezas mucho de piadoso, del género de las buenas reinas medievales que no recelan acercarse a los enemigos.

En las típicas romerías y verbenas de Madrid; allí donde se reúne:

«La gente de rompe y rasga
que toda la España encierra»

al abrir calle el gentío dicharachero para que pase el coche de la Infanta, óyense frases de entusiasmo; algo fallaría a la fiesta colorista y castiza, si la Infanta faltase. La vendedoras de rosquillas, monigotes de cartón, pitos con flores de trapo y hasta cacahuetes y garbanzos tostados--esas toscas golosinas que todavía tienen en Madrid apetecedores--ofrecen a la Infanta su mercancía, y el coche vuelve lleno de artículos que una remilgada petimetra miraría con horror. La Infanta es demasiado madrileña para desdeñar el pequeño comercio de las fiestas genuinas de la vida y corte. La conocen bien los pobres negociantes que establecen su grangería bajo un toldo roto, en las arideces de las orillas del Manzanares, sólo por caso raro sombrosas. Y seguramente al comprar a precios fantásticos lo que se empeñan a veces hasta en regalarla, la Infanta sonríe en el buen humor de su benignidad...

Porque de su madre la reina, heredó también, la Infanta otra condición: la mano abierta y dadivosa. Solía decírmelo mi amigo el conde de Superunda, marido de la que fue camarera mayor de la Infanta tantos años: ¡su alteza ignora el valor del dinero! Querría dar, dar siempre; querría que nadie necesitase, ni sufriese, ni llorase pudiendo ella remediarlo con sus larguezas. Y como este modo de ser lo conocen los pedigüeños, vive la Infanta agobiada de solicitudes, memoriales cartas que parten el alma, relatos de apuros y estrecheces, requerimientos urgentes de protección. Llueve todo este chaparrón insistente y porfiado en el palacio de la calle de Quintana, que pudiera ser aún más regio si fuese menos regia la esplendidez de quién lo habita. La antesala de la cámara donde la Infanta recibe en audiencia, delata ya el asedio continuo que su liberalidad provoca. Porque la compasiva condición de la noble dama se complica con su decidida afición al arte, y no sólo la deben el pan los menesterosos, sino que una legión de artistas incipientes acude, como moscas al panal, a que la Infanta sea su madrina y les allane los difíciles comienzos de la carrera. Muchas veces, por ejemplo en el caso del maestro Arbós, a quién la Infanta costeó sus estudios y que es hoy una eminencia, puede la protectora ufanarse de prestar al arte un servicio señalado; pero... ¡ay! ¡Existe tanta

niña que por la senda del conservatorio pretende ir hacia la gloria y el triunfo, o por lo menos hacia el puchero! ¡Tanto violinista que aspira a Sarasate! ¡Tanto comiquillo que cree poder eclipsar con el tiempo a Díaz de Mendoza! ¡tanto embadurnador que sólo aguarda a que le tiendan la mano para dejarse a Sorolla tamañito! Y esta legión de soñadores y afanosos, ve como primera etapa de su camino, el amparo de la Infanta Isabel. ¿Te has hecho oír en la casa de la Infanta Isabel? Te ha recibido la Infanta?

¿Te presentará al público la Infanta en uno de sus conciertos? Por eso (yo que descubro en estos renglones los secretos de la Infanta), diré que no convendría fiarse de los artistas que protege. Su fina inteligencia de conocedora no aprueba, de seguro, todos los arranques de su corazón, indulgente; la piadosa engaña a la «dilettante».

La Infanta por dos veces cercana al más alto puesto, a la suprema magistratura, ha tenido el don de que jamás se la acusase de mezclarse en política. Con extremada corrección constitucional, supo evitar que pudiese nunca creerse que se inclinaba a éste o se inscribía en contra de aquel partido. En el fondo de su conciencia todo el mundo hace política; pero al exterior, la Infanta no la hizo. Y yo creo que no solo obedeció en esto a un instinto de precaución, que su

delicada y alta situación imponía, sino a otro instinto de no causar daño a los que ama. La lealtatd de la Infanta con sus hermanos y sobrinos, es una prenda más de la excelente condición moral de esta mujer, que ni sospecha ese espíritu de intriga y de inquietud atribuido no sé si con justicia al sexo.

No se ha susurrado que la Infanta tenga camarilla; no se cita ninguna indicación suya relacionada con crisis ni con formaciones de ministerio. Y adviértase que la Infanta es muy patriota. Pero lo es con el sentimiento. En lo demás... a pesar de toda su franqueza, guarda reserva impenetrable y absoluta.

Las aficones de «sport» de la Infanta, constantes y no impuestas por la moda, de cuya tiranía no hace mucho caso, responden a una salud robusta y a una complexión vigorosa, sanguínea. En otro tiempo la Infanta sobresalía en equitación; hoy prefiere el automovilismo, la caza y el baile, al cual es aficionadísima. Guía con segura mano cuatro jacas, y desafía sin miedo las temperaturas rigurosas de nuestros inviernos, saliendo a correr liebres en la Venta de Rubia o subiendo a las alturas glaciales o del Guadarrama (que es a un tiempo salubre y pulmoníaco). Ninguna extranjera habrá hecho vida más deportiva que esta Infanta castiza y altamente española. Su actividad la impulsa a viajar mucho, porque necesita aire libre,

movimiento, y aunque ha engrosado, no ha caído en esos abismos de pachorra y quietud en que caen generalmente las damas madrileñas, encerradas en sus cuatro paredes y para quienes es un problema dar dos pasos a pie.

Todos los veranos después de su temporada de la Granja (el bello sitio real al que ahora se ha aficionado la corte), la Infanta recorre provincias de España o se pasea por Europa. Prescindiendo de coqueterías, practica como una inglesa, viste el impermeable sólido o el holgado «cover-coat» calza la bota de ancho tacón, cubre su cabeza con la toquita obscura, y se pone en marcha,--como va a hacer ahora, para cruzar el Atlántico. Y estoy segura de la alegría con que emprende su viaje. Cree no marearse, recordando que hizo sin molestias la travesía del canal de la Mancha, y esa otra breve y terrible excursión del Ferrol a la Coruña, en la cual hay que pasar ante la fatídica peña de la «Marola»,--que el que la pasa según un dicho del país ha pasado la mar toda. Hoy, la Infanta piensa en este viaje tan delicioso, viaje de golondrina que lleva del uno al otro continente mensajes de buenas nuevas y salutaciones de cordialidad. Y su espíritu, ansioso de los espectáculos del mundo saborea de antemano la satisfacción de presenciar tanta grandeza.

En su compañía va el cuadro de Moreno Carbonero, destinado al municipio de Buenos Aires, y que

representa la fundación de tan magnífica urbe. Un puñado de españoles, tostados del sol, polvorientos de las caminatas con la cruz al frente, erigen la piedra o el madero del rollo símbolo de la justicia. ¡La ciudad está fundada! con el tiempo será la mágica Buenos Aires actual... Qué contemplación histórica más alta ni que vista más regalada, para los ojos que aquí se abrieron a la luz para una princesa que puede evocar la historia?

Se presta a reflexiones el hecho de que, por primera vez, si no me engaño, pise el territorio americano una persona de nuestra sangre real. Ese inmenso mundo que fue nuestro y de los portugueses, nunca tuvo ni aún en el virreinato a un infante. ¿Sería que se ignoraba la importancia del descubrimiento, como ignoraba Colón su realidad? No se comprende que, al menos por curiosidad legítima, no se decidiesen a conocerlo. Verdad es que entonces cruzar el Atlántico era grave aventura.

Con la Infanta la rama reinante de Borbón verá por vez primera las estrellas del hemisferio austral, las que los compañeros del Almirante miraba reflejarse en el océano, desde la borda de las blancas carabelas. Y digo la rama reinante, porque tengo entendido que don Carlos de Borbón y Este ya había visitado las márgenes del Plata.

Bien quisiera decir algo de la comisión que hará el viaje con la Infanta Isabel. En ella figuran amigos míos, que han logrado notoriedad por varios conceptos; el dramaturgo Eugenio Sellés marqués de Gerona; el bizarro coronel Cavalcanti «el de Taxdirt»; Mariano Benillure, el genial escultor que acaba de bocetar el monumento al Cabo Noval; el pintor Gonzalo Bilbao, el ex-ministro de estado, Pérez Caballero, y algunos más, figuras bien conocidas en Madrid, por ejemplo, la marquesa de Nájera dama de la Infanta, y su secretario el señor Coello; dos palatinos que, como su señora, tienen el don de captarse simpatías, y lejos de alzar una muralla alrededor de la Infanta, tratan de hacerla, si cabe, más accesible. Generalmente son las personas reales muy amables, muy corteses, cuando se las ve y se las habla; pero a veces tienen a su alrededor servidumbre que, (tal vez con intención buena), se esmeran en dificultar que nadie se les acerque, y en causar una impresión de desagrado mortificante a los que lo intentan. La marquesa con su cara animada y su alegre sonreír; Coello con su cara de retrato del Greco y su afabilidad de gran señor de los siglos pasados, desempeña de un modo adecuadísimo los puestos que ocupan al lado de la Infanta a quien Madrid tanto quiere, a quien irá a despedir el domingo en masa a la estación, y a quien todos desean en Buenos Aires horas

venturosas, que lo serán doblemente, si los argentinos asocian, al respeto que por todos estilos merece la dama, el afecto que hasta involuntariamente inspira.

En el recuerdo y el rastro de cariño que deje en la Argentina la representante de España, creemos todos que nos toca alguna parte, y que en la Infanta nos reciben y agasajan también a los que, por nuestro mal aquí nos quedamos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

31

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

Estos días se ha armado un revuelo de prensa a causa del artículo en que el padre Cejador, el filólogo, dijo su opinión sobre algunos aspectos de la psicología de una ciudad que no pertenece sólo a España, sino a la leyenda y a la poesía universal: Sevilla.

Las observaciones o pareceres de Cejador disgustaron a los sevillanos, hasta moverles a romper en protestas y a exteriorizar su molestia y descontento de un modo terminante. No vacilo en decir que este descontento de los sevillanos, en cierto respecto, es uno de los buenos síntomas que pueden advertirse en la España actual, no cabe dudarlo, en la cual fermenta el anhelo de llegar a colocarse plenamente al nivel de las naciones más adelantadas de Europa.

En efecto, el padre Cejador motejaba a Sevilla de indolente y perezosa; y eso no han querido tolerarlo los hijos de la sultana del Guadalquivir. Han hablado

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 mayo 1910: 5-6. No recogido.

de su industria, de su desarrollo fabril, del movimiento que ya se nota en muy diversas esferas, para despertar y buscar en el trabajo fuentes de vida, allí donde todo el vivir parecía consagrado a recuerdos y tradiciones, al culto de pintorescas costumbres y grandezas históricas.

Sevilla no quiere ser foco de imaginativa pereza, sino que ha resuelto entretejer con la flor de sus azahares las ramas de la encina y del olivo. Buena señal y buen ejemplo. Por lo demás, yo creo, que en el padre Cejador no hubo aviesas intenciones, ni pudo existir animosidad alguna contra una ciudad hidalga que le acogió bien; lo que sucedió, de fijo, fue que el eminente filólogo vio a Sevilla a través de la fantasía, con su aspecto típico de languidez mora, y describió la Sevilla de su ensueño, no la que hoy se yergue con alientos y vigor para nuevas empresas civilizadoras.

Es lo cierto que las ciudades dormidas poseen--dígalo «Brujas la muerta»--un encanto peculiar. Así como nos da pena que el trazado de un ferrocarril haga talar una selva antigua y misteriosa, casi deploraríamos que una ciudad tan extraordinaria como Sevilla tenga fábricas que en ellas se desarrollen--florecientes--y a mí me consta que se desarrollan--industria y comercio, a menos que fuese ese comercio

gracioso y sellado con sello inconfundible--como el de la abigarrada cacharrería trianera, tan semejante a determinados productos del arte oriental. Y el caso es que en Sevilla compramos las telas de los vestidos muchas señoras de Madrid.

Sí; a estas ciudades las quisiéramos relicarios, las ansiaríamos conservadas con su flor de cuño, como dobla pedreña acabada de desenterrar en viejo escondrijo. Comprendiendo que no es posible, nos gustaría, sin embargo, que durmiesen en su glorioso sepulcro radiantes de majestad, envueltas en sus brocados y oros, en sus tocas blancas y sus ajorcas moriscas, perfumada por el olor de floridos naranjos y arrayanos su cámara mortuoria. El refinamiento de nuestra estética lo exigiría así y nuestro egoísmo de artistas nos hace capaces de desearlo.

De este modo de sentir mío acerca de algunas ciudades españolas y de Sevilla en particular, se originó un episodio de viaje que he de referir. Dirigíame a París en el expreso, y me tocaron de compañeras de viaje unas inglesas que regresaban de España, habiendo pasado la Semana Santa en Sevilla. Como ni palabra sabían de español, y de francés no mucho, me tomaron por francesa, y cuando trabamos chapurreada conversación me refirieron, a título de curiosidad que debía sorprenderme, y también

indignarme, la escena de la vuelta a su templo, después de la procesión, de la famosa imagen de la Virgen, conocida por la «Macarena». ¡La vuelta de la Macarena a su templo! No sabían las inglesas que yo la había presenciado muchos años antes, en lo más crítico de la revolución, cuando los «mozos crúos» del barrio acompañaban a la Virgen con sus gorros frigios calados, y alternando los disparos al aire y los vivas a la federal, con otros vivas y requiebros a su Macarenita, la única verdadera Virgen, pues las demás ya podrán ustedes suponer lo que eran para aquellos republicanos devotos! Nunca se borraba de mi memoria esta curiosa página, ciertamente más fuerte y entonada de color que cuando las turistas pudiesen contarme... Pero ellas, en su coacción británica, en su incomprensión absoluta de los matices y repliegues del espíritu en su ideal de vulgaridad moderna nos ponían de salvajes y de idólatras que no sabían por dónde cogernos. Estaban furiosas, literalmente furiosas, con Sevilla, con el Guadalquivir, y hasta creo que con la sombra del rey don Pedro y de Bustos Tavera. A poco más, nos borran del mapa, amenaza que es nuestro coco. Sí; en el mapa sobrábamos. Las dejé que desfogasen. Así que las ví un poco más serenas, dedicadas a unos emparedados que les ofrecí, y que procedían directamente de la casa de Lhardy, empecé a dirigirlas preguntas capciosas. Mis

preguntas versaban sobre los «matchs» de boxeo. Yo era una reportera francesa que se proponía publicar un artículo de impresiones comparando las costumbres inglesas a las españolas, y deseaba saber que era peor, si piropear a una imagen o reventarle a un hombre la nariz y aderezarle un ojo a la manteca negra. Mis turistas se veían en grave apuro. Al fin reconocieron que toda civilización tiene sus lunares, y eso del boxeo no las hacía gracia. Entonces ya me descubrí como española, añadiendo a mi confesión de nacionalidad el breve discurso siguiente:

Señoras: si yo viajase por divertirme, como ustedes, y no fuese española, ni inglesa, me divertirían infinito en España la Macarena y en Inglaterra el boxeo. Cada cual en su país puede desear la reforma de las costumbres, porque es obligación de patriota engrandecer y sanear a nuestra patria; pero bien tonto será el que visitando la patria ajena, no prefiera hallarla revestida de su color local más acentuado. No son ustedes dignas de andar por el mundo, que es el mayor goce que exige un espíritu poético. Aprendan ustedes primero poesía, y después compren el billete circular.

Claro es que reñí con aquellas ladies... Pero, como no hemos vuelto a vernos en toda la vida, el incidente no tuvo importancia. Lo cierto es que yo si

como española deseo mucho que Sevilla desarrolle sus industrias, como poeta me encanta la Sevilla de ayer. Y me pasa otro tanto con diferentes pueblos de España y de Portugal que por fortuna he alcanzado a ver intactos todavía. No niego la conveniencia de que por ejemplo, Salamanca sea un Birmingham y Santiago de Compostela un Manchester... Pero son más hermosos tal cual hoy existen.

Es la eterna contienda de lo bello y lo útil.

Volviendo a Sevilla y al padre Cejador, se me figura que tampoco los pueblos de abolengo y fama como Sevilla, tienen por qué sobresaltarse demasiado ante un artículo de periódico. Sevilla reúne tesoros de arte, bellezas que atren al viajero; los ingleses caen en ella a bandadas; es en todo tiempo una gran ciudad, y en primavera es corte, porque habiendo los reyes hecho restaurar el célebre Alcazar, pasan allí una temporada cada año. Sevilla no necesita preocuparse tanto de una opinión aislada, aun cuando sea la de un hombre ilustre como Cejador.

Este sacerdote posee una historia científica muy brillante, y es todavía joven. Sus estudios sobre el lenguaje, discutidos, y discutidos con encono, no dejan de contarse entre lo más considerable que en estos últimos diez años ha producido la mentalidad española. El don de hacer llegar hasta la masa ideas científicas

que antes sólo eran patrimonio de algunos iniciados, no puede regatearse al padre Cejador, cuya personalidad, ignoro por qué razón, ha dquirido en estos últimos tiempos cierto relieve político. Y digo que lo ignoro, puesto que no tengo noticia de que le haya encasillado Moret, a quién el padre dedica una de sus obras. Sin ser diputado, concejal o cosa por el estilo, ¿qué diantres de carácter político ha de tener un hombre? Con todo eso, Cejador está caracterizado como liberal. Parece que allá en el instituto de la ciudad de provincia donde «desasna chicos», anduvo a la greña con personajes conservadores. Y fue lo bastante para que la prensa liberal le haga buena atmósfera, que acaso no lo hiciera por sus grandes méritos en filología. Olvidemos estas menudencias, y recordemos en cambio cuál es la labor del padre.

Comprende la obra de Cejador una Gramática griega mejor que la de Curtius, en opinión de Meléndez Pelayo; un Método para aprender la lengua latina, una Gramática y Diccionario de la Lengua Castellana en el Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, que asombró al filólogo americano Rufino Cuervo, un tomo de Literatura y Lingüística, y la serie monumental de Estudios sobre el lenguaje de los cuales van publicados cuatro o cinco tomos, hallándose ya agotado el primero, la Introducción al estudio del Lenguaje. El segundo

trata de los «Gérmenes del Lenguaje»; el tercero de la «Embriogenia del Lenguaje»; el cuarto, del «Origen y vida el Lenguaje»; el quinto, de la misma materia. Esto lo hace, como dijo Navarro Ledesma, un sabio español, pobre, solo y sin ayuda oficial. Como obra humana, la de Cejador tendrá sus defectos pero es imposible desconocer su altura.

Convengamos en que cuando se ha escrito todo esto, y lo que es más, se ha publicado, indicio seguro de que no falta quién compre y hasta quién lo lea, no se es por eso infalible en impresiones de viaje, pero se tiene derecho a hablar, a dar parecer, a manifestar un criterio propio; sin que, lo repito, las opiniones de un filólogo sobre el carácter de los sevillanos revistan gran trascendencia.

Si está demostrado, a pesar de sus undarias, [sic] escribe ésta, refiriéndose a la gente que ahora dirije el cotarro y que allá por 1877 tenía treinta años:

«Se creen liberales y por decreto». Lo que yo dudo a veces, leyendo este libro tan excitador de ideas, es que sean privativos de España los defectos que en él se achacaban a la raza. No conozco nación que no navegue en el mismo barco que su época, y el «arrivismo» por ejemplo, no ha sido diagnosticado como enfermedad nacida del Pirineo acá. Nada requiere tanto vigor como resistir a esos contagios que parecen modas

propias de espíritus ajenos a preocupaciones y preciados de superioridad. Alfonso Daudet sitúo en París la Meca del «arrivismo».

Parece, sin embargo, convencido André de que es la raza, en su actual momento, la que tiene el privilegio de un sinnúmero de pecados capitales, así los llama. El primero, la pereza. ¿En qué consiste nuestra pereza especial? André opina que la revelación de nuestra pereza está en la despoblación de nuestro suelo, y también que la intensidad de acción que nos falta para mejorar y poblar este suelo nos ha sobrado para conservar el pasado. ¡Ojalá! El pasado no sólo en política y sociología; hasta en arte, lo hemos tirado por la ventana. Como hemos tirado sin mirar su valor, como se echaron al agua las estatuas y los bronces romanos de Tarragona. ¡Conservar el pasado! ¿Nos confundirá con Inglaterra?

Pereza sí la hay; pereza difusa. La aspiración de mucha gente, de tantos varones, de España, es vivir haciendo muy poco y hablando mucho; de ahí la gran cantidad de cafés, la afición a formar tertulias en las aceras, plazas y calles. Sin embargo, acaso no sea esto una fatalidad de la raza puesto que, cuando emigra, la vemos aceptar la ley del trabajo, la vemos plegarse a duras faenas. Aguien decía humorísticamente: «El mejor modo de conocer a un

español es pasarle por agua». No mucho conocí a una familia completamente arruinada por culpa suya, por falta de actividad y sobra de regalo, y que pasada por agua, no tardó con su labor en crearse holgura. Acaso la pereza española tenga por explicación que aquí el trabajo no produce bienestar; y sin embargo, van subiendo los jornales; pero eso no resuelve el problema, porque al subir los jornales disminuye la demanda de trabajo, mediante un efecto natural,--el dinero que se siente en minoría, se encoge.

En lo que no estoy conforme con el autor cuyo libro me sugiere estas reflexiones acerca del estado actual del pueblo hispano, es en su afirmación de que la sobriedad española es un pecado capital, y que el español, parco en el alimento, es moderado en los placeres. Yo creo notar todo lo contrario. Si es cierto que nuestro clima no pide tanta nutrición como los del norte (yo, que no como carne, en Inglaterra necesitaba comerla dos veces al día), eso no puede achacarse a la parquedad sino a la ley natural. En España en general se come bastante, se bebe poco y no hay mucho alcoholismo. Y hoy la ciencia precisamente recomienda la sobriedad, prohibe los manjares fuertes, tiende al vegetarismo, con el cual nuestros aldeanos gallegos viven largos años y tienen hijos «a pote» criados por sus propias madres, según manda Rousseau.

Yo he observado, en Francia y en Italia, mucho más tasada la ración, en restaurantes y fondas, que aquí. En Burdeos, en uno de los mejores hoteles, se me escandalizaron porque pedí dos huevos pasados: la costumbre es servir uno y ¡que no se indigeste! Leyendo las novelas de Zola, donde siempre aparece la cuestión alimentaria, advierto que no se atan los perros con longanizas. Y las bodas de Camacho son bien españolas. Creo que en España se come rudo, sin coquetería, sin gracia, pero tal vez más abundante que en otros países.

Y en cuanto a que los españoles sean moderados en los placeres, tampoco lo veo. En la más humilde aldea, el anuncio de cualquier distracción extraordinaria--romería, función de iglesia, baile de organillo, fuegos artificiales--enloquece materialmente a los trabajadores y gente humilde, y a las mujeres. La idea de bailar, de comer rosquillas, de beber refresco, de vestirse lo mismo que las señoritas--ahora sucede así, que las labriegas usan hebillas de estrás y trajes Imperio--las desquicia. En cuanto al pueblo de Madrid, es hasta desenfrenado en el goce y la juerga. Nadie lo ignora. Aquí la gente pobre se acuesta tardísimo, entre teatruchos, cafés y colmados. Habría que ver a un trabajador parisiense recogiéndose a las tres de la madrugada. Esas son cosas, diría, de señoritos

ociosos. En Madrid, tan ocioso parece el artesano como el señorito.

Muy larga disquisición pediría el examen de otro pecado capital español, según André: el miedo. Este miedo no es la cobardía ante la muerte: hay que apresurarse a decirlo. La última guerra de Melilla ha descubierto intactas en este punto, las energías de la raza hasta un grado que impresiona. El valor fue la nota común, y rasgos hubo de valentía loca, como el del capitán Ripol «el de la mano de aluminio» metiéndose sólo entre los moros y gritando «al que me siga le pego un tiro» que parecen de fantástica leyenda o libro de caballerías más que de lo real. Y no obstante yo debo reconocer con André que el valor cívico no abunda, a proporción del valor militar. Hasta declaro que escasea. Y lleva razón André cuando señala, como resultado de este enflaquecimiento de las voluntades en el orden civil, la fácil victoria de los pocos audaces, que da por resultado el entronizamiento de gente cuyos méritos son hipotéticos, y que sin embargo se ponen al frente de la nación, abriéndose paso con los codos.

Es lástima que este libro de André no esté más encarnado, más concretado en aplicación práctica de la doctrina. Entonces creo yo que haría mayor bien. Su tendencia filosófica le perjudica. Habría que traducirlo al idioma vulgar. No por eso digo que no

representase un esfuezo notable, y que no nos haga desear con verdadero interés la aparición de esa «mentalidad española», que inédita guarda aún su autor.

Y ya que he hablado de libros ajenos; ¿hay alguna razón moral que me impida decir a los lectores que en América me dispensan su benevolencia que va a salir a luz dentro de pocos días un libro mío: Literatura francesa contemporánea. El romanticismo?

Este libro comprende las lecciones que di en el Ateneo de Madrid, en la cátedra de la escuela de estudios superiores, naturalmente algo modificadas y corregidas. Cuando ante un aula rebosante anuncié estas lecciones no se me había ocurrido publicarlas. No me llevan a mal los sudamericanos que haya pensado mucho, al hacer la edición de este tomo (al cual seguirán otros sobre La Transición, El Naturalismo y La Anarquía) en la influencia que en la América latina ejercen los escritores franceses sin que yo niegue que en España también se les lee y sigue, aunque no han inficionado tanto la lengua. No obstante por la desaparición de los más altos representantes de la mentalidad francesa, y por otras múltiples causas, esta hegemonía parece que toca a su fin. Es el momento de estudiarla.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

32

CRONICA DE ESPAÑA

COMUNICACION INTELECTUAL CON FRANCIA*

DESCUBRIMIENTOS DEL MARQUES DE CERRALBO

(Para LA NACION)

Entre las cosas que han llegado a parecernos más necesarias, figura en primer término el que España sea conocida. Y entre las naciones que más nos desconocen hay que contar a Francia, aunque realmente tenga medios y facilidades, como ninguna, para saber a qué atenerse. No es lo peor que Francia ignora a España; considero más malo que suponga que la conoce, habiéndose creado una España para su uso particular, tan diferente de la verdadera, como es diferente de la Argentina y de la América del Sur en general el retrato que de ella se hace en París. Los argentinos--nueva analogía con los españoles--están sirviendo de recurso pintoresco a

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 7 junio 1910: 6-7. No recogido.

novelistas y autores dramáticos parisienses como puede verse, por ejemplo, en L'Aventure y Le Scandale.

Por eso, cuanto tienda a estrechar las relaciones y a establecer lo que ahora se llama intercambio intelectual entre Francia y España, infundirá simpatía a quien esto escribe, y no desea sino las mejores relaciones con Europa, ansiando que se nos vea de cerca, sin leyendas y sin efectismos; pues entonces reconocerá que, si nos podemos figurar en primera línea al lado de Inglaterra y de Alemania, tampoco es cosa de situarnos entre los esquimales y los marroquíes.

Así es que la misión de sabios franceses venida a explicar en la universidad de Madrid, en representación del Instituto francés en España y de la Unión de estudiantes franceses y españoles fundada por la universidad de Tolouse, merece la acogida que ha tenido por parte de los estudiosos y del gobierno, y cada año su benéfico influjo crecerá, extendiéndose las relaciones, con prevecho de todos, porque si a nosotros no nos conviene que nos tengan por un país de navaja en la liga, a Francia tampoco le está bien creer y propalar que lo somos, acreditándose de una ligereza nada en armonía con sus aspiraciones de pueblo comprensivo y culto.

El alma de esta obra de aproximación franco-hispana es el insigne Ernesto Mérimée, hispanófilo

veterano, que desempeña la primera cátedra de lengua y literatura española creada en Francia en 1886. Ernesto Mérimée es además delegado para ejercer las funciones de inspector general de la enseñanza española en todos los liceos y colegios de la república, y presidente de los concursos anuales de la agregación de español en París, por encargo del ministerio de instrucción pública. Ha fundado y dirigido el Boletín Hispánico y a él se debe principalmente el movimiento que en Francia se observa a favor del conocimiento de las lenguas neolatinas.

La lista de sus obras demuestra su invariable orientación hispánica. Ha publicado además de infitos artículos siempre llenos de doctrina el hermoso "Ensayo sobre Quevedo", la "Historia de la Literatura Española", la "Edición clásica de los autores españoles", "Los dioses del Pirineo", la edición crítica de Las mocedades del Cid. Mas que aficción es amor lo que siente hacia España, Ernesto Mérimée, y cuando el día de la inauguración de las conferencias en el paraninfo de la universidad central leía su discurso escrito en purísimo castellano de los siglos de oro, la emoción con que recordaba nuestras glorias era sincera y profunda, como expresión de una vida entera, consagrada a estudiarnos y a empaparse de nuestra tradición intelectual. El gobierno español, al

otorgar, después de este discurso, la gran cruz de la Orden civil de Alfonso XII a Ernesto Mérimée ha dado una prueba de acierto, y ha realizado un acto de justicia con este grande amigo de España, que por otra parte representa una dinastía, siendo sobrino del célebre novelista e historiador Próspero Mérimée, autor de Carmen y del Colomba, de la Historia de Don Pedro el Cruel, de insuperables cuentos, y apasionado de España y de los asuntos genuinamente españoles. Y la dinastía prosigue con Enrique Mérimée, hijo de Ernesto, joven profesor que pisa las huellas de su padre, que está preparando un libro sobre el teatro español en Valencia, desde sus orígenes hasta Guillén de Castro y que ha publicado, del autor de Las mocedades del Cid, una comedia inédita, amén de otras ediciones, todas de letras clásicas españolas. Tantos merecimientos en una familia, hacen, más que necesaria, indispensable la recompensa. Nadie con mayor motivo que Ernesto Mérimée ostentará una condecoración fundada para premiar la difusión de la cultura.

Tres profesores habían de llenar este curso: el señor Ziromsky, que había de explicar literatura comparada, el señor D'Anglade, para estudio de las literaturas meridionales, y el señor Emilio Cartailhac, para arqueología y prehistoria. Desgraciadamente el primero de estos sabios, al ir a empezar sus explicaciones,

tuvo que marcharse precipitadamente, por enfermedad grave de una persona de su familia. Quedan, reuniendo muy numeroso y fiel auditorio, los señores D'Anglade y Cartailhac.

José Anglade, joven aún, es profesor de la lengua y literatura meridional, en esa buena universidad de Toulouse que los españoles miramos como de casa; es también corresponsal de la Academia de buenas letras de Barcelona, y ha publicado notables estudios sobre el trovador Riquier, que fué, espacio de diez años, poeta favorito de Alfonso X el Sabio. La obra ha sido coronada por la academia francesa. Así, Anglade conoce y domina esa época en que la literatura aparece incorporada a la erudición, y en que el idioma de la poesía es el gallego y el provenzal. Epoca en la cual acaso--y sin caso--las nociones que en Francia se tenían de nosotros, eran más exactas que las de hoy, y la comunicación más íntima, menos falseada por preocupaciones, todo dentro del ambiente de la Edad media.

Las conferencias de Cartailhac, creí yo al pronto que no encontrarían en el público la acogida que están encontrando. En efecto, la prehistoria--que para mí es una ciencia apasionante, precisamente por el misterio que la rodea,--no atrae sino a un número reducido de personas, y de esas personas, no todas tienen tiempo

libre para asistir a las clases. Sin embargo, los martes y los viernes se llena el aula donde Cartailhac explica; entre la concurrencia se ven señoras elegantes, y la gente esta como en misa, para no perder una palabra de la clara y sugestiva enseñanza del profesor. Porque este sabio es un francés, y afuer de tal, su deseo no es ocultar y envolver en triples velos a la ciencia, sino comunicarla, y hacer sentir lo que tiene de interés general humano; y, gracias a la explicación eficaz, plástica, persuasiva, de este conferencista, las tinieblas de las edades sin historia parecen disiparse un momento, y admiramos lo gigantesco del esfuerzo de nuestra especie, para salir de su primitiva condición de seres inermes, inferiores en medios de defensa y ataque a las bestias feroces, y el adelanto que representa un grosero cuchillo de silex, o una punta de flecha de hueso. Ayudado por proyecciones elegidas con arte y que hacen entrar por los ojos el relieve de los datos, Cartailhac hace desfilar las edades de piedra, el inacabable período en que no se conocía el uso del metal, y nos muestra en aquellos siglos sombríos y desolados, la lucha del genio con la naturaleza y sus primeros ensayos para dominarla, que revelan tanto el poder del espíritu del hombre como puede revelarlo hoy el aeroplano o el telégrafo sin hilos. Vemos los primeros torpes pasos de la

industria; vemos formarse la habitación y el hogar; vemos (dueño de toda su intensidad desde el primer momento de su vida), al arte, en los admirables dibujos, grabados y pinturas de las cavernas, tan hermosas--me lo hacía observar Cossío--como puede ser hoy el apunte salido del lápiz de un gran pintor. Y la emoción que sentimos se parece a la que prueba quien oye contar los orígenes y las andanzas de su ascendencia.

Cartailhac es uno de los decanos de la arqueología prehistórica en Francia. Es corresponsal del instituto francés y de nuetra academia de la historia. Su contingente o contribución científica es formidable: ha publicado veintidós volúmenes de materiales para la historia primitiva y natural del hombre; veinte volúmenes de la revista Antropología, y, entre otras grandes obras, Las edades prehistóricas de España, Monumentos primitivos de las Islas Baleares, y La caverna de Altamira en Santillana, obra a cuya publicación contribuyó mi no menos sabio amigo Alberto I de Mónaco. Tiene en prensa Cartailhac un importante libro sobre sus exploraciones en Cerdeña, relacionadas con las Baleares, Malta y Creta, y a un informe suyo se debe la fundación de la cátedra de literatura española en la universidadd de Tolouse. Como puede advertirse, Cartailhac se cuenta en el número de los leales a España y merece nuestra calurosa amistad.

Y es de notar el hecho curioso, que remita de las explicaciones de Cartailhac como de los recientes descubrimientos de Cerralbo: lo que se sabe acerca del pasado de España, hablo del pasado remotísimo, estudiados en cuevas y yacimientos prehistóricos, despojos casi milagrosamente conservados al paso de tantos miles de años, en el seno de la tierra, revela que las razas peninsulares, cuya afinidad con las que poblaban el territorio francés nos hizo notar el conferenciante, eran razas superiores, entre las cuales debía alborear la civilización. Todo es relativo y los objetos encontrados en el territorio ibérico descubren el carácter de inteligencia y las aptitudes de los pobladores, quienes quiera que fuesen.

He nombrado los descubrimientos de Cerralbo, que se relacionan estrechamente con las conferencias de Cartailhac. El marqués de Cerralbo, que ostenta otra multitud de títulos, unida a la grandeza de España, es un sabio, un literato y un artista. Su espléndido palacio de Madrid, en el cual se han celebrado bailes brillantes, está decorado con obras maestras de pintura antigua, bustos de mármol, bronces griegos, tapices, armas y porcelanas preciosas. Este magnate tan ilustrado, siempre pendiente de la última inscripción o medalla romana que aparece, del Van Dick o de Rubens, que van a venderse en alto precio; este

poeta e historiador, con la cabeza llena de sonoridades rimadas, y el espíritu vuelto hacia el estudio, fue muchos años jefe del partido carlista y representante de don Carlos de Borbón en España. Evidentemente, el cargo no superior a su inteligencia, lo era a sus fuerzas físicas, y no se avenía a su modo de ser. Tan lejos estaba de parecerse al obscurantista, como al refractario, y, en este país de la tolerancia, no pudiendo asistir a deslumbradores bailes la familia real, asistía el jefe de palacio, los palatinos más significados, los ministros de la corona, sin excluir a los liberales, por supuesto.

Relevado ya de la fatigosa obligación, el marqués de Cerralbo ha quedado en libertad para consagrarse a sus aficiones favoritas. Posee una quinta-castillo en Santa María de Huerta, en la provincia de Soria, casi lindando con la de Zaragoza, y muy próximo está el monasterio de Huerta, donde yace la momia del famoso arzobispo Jiménez de Rada, que con sus fastuosas vestiduras medievales, y casi respetada por el paso del tiempo, encantó la mirada del arqueólogo enamorado de la tradición. Sobre este gran personaje histórico, que simboliza glorias muy altas, versó el discurso del marqués al ingresar en la Academia de la Historia.

La casualidad que le aproximó a los esplendores históricos, quiso igualmente situar al marqués de

Cerralbo en un país interesantísimo para la arqueología prehistórica; un país minado, por decirlo así; de esas regiones de España en que el azadón y la piqueta descubren, a cada golpe un tesoro. Cruza la provincia de Soria y pasa por Santa María de Huerta el río Jalón, y en su cuenca, ha podido señalar el marqués de Cerralbo sobre una docena de estaciones arqueológicas, exploradas por él y que han ofrecido sorpresas a la ciencia.

Llegó el explorador a encontrar estas riquezas, guiado por su deseo de puntualizar el desarrollo de la vía romana que atraviesa el país, desde Emerita (Mérida) hasta Cesaraugusta (Zaragoza) y que, en opinión del marqués, no llevaba la dirección indicada hasta entonces por los geógrafos; discurriendo, lógicamente que no pudieron los romanos abrir la vía por punto tan poco estratégico, de asperezas y desfiladeros peligrosos. Y, al escudriñar por donde realmente se desenvuelve el trazado de la vía; pero no en papeles y libros, sino sobre el terreno, fue cuando el marqués descubrió importantísima y fuerte ciudad celtíbera, del todo olvidada, que créese era la verdadera Arcóbriga, y, además, las estaciones arqueológicas, de cuyo interés se ha hecho lenguas Cartailhac en sus explicaciones.

Ocupa ya el puesto que merece en la prehistoria y en la paleontología el yacimiento de Torralba,

cuaternario, donde aparecieron restos del elefante meridional, mucho más antiguo que el llamado antiguo, y cuyos dos enormes colmillos, de tres metros de longitud, ha traído el marqués al museo de historia natural. Y lo que da extraordinario valor al hallazgo, es que al lado de ese elefante de remotísima edad se encontraron hachas groseras, prueba de que convivía con el hombre, y prueba hasta hoy no obtenida.

En la caverna de Somaen descubrió el marqués importantes ejemplares de cerámica neolítica; en Valdelacasa, las moradas subterráneas, la primitiva vivienda rupestre, en algunas de las cuales la comunicación entre los dos pisos se hace por medio de pozos abiertos en las rocas, siendo estas habitaciones el rudimento de la arquitectura, pues en ellas la cueva labrada por el honbre reemplaza a la cueva natural.

Y ya en la senda de los descubrimientos, el marqués encontró, siempre en la cuenca del alto Jalón, el castro ciclópeo, el castillo donde ya las enormes piedras se alinean en orden guerrero; el «cromiech» o templo megalítico, y las sepulturas ibéricas, con los cráneos en perfecto estado de conservación, realizando el tipo de los «Hiberi veteres» que Cornelio Tácito describiera.

Y entre tantos descubrimientos de necrópolis, espeluncas y sepulturas, se destaca uno, que algunos

científicos discuten, lo cual prueba su importancia: el de la famosa «asamblea ibérica» con la no menos extraña pila de sacrificios humanos. El propio marqués, al exponer este descubrimiento, lo hace con carácter de consulta, con esa duda que no prueba menor sabiduría, sino más prudencia y modestia de investigador sincero. El marqués de Cerralbo piensa haber encontrado una piedra de sacrificios humanos, aunque de éstas ninguna se conozca como evidente en Europa.

Será o no exacta la muy emocionante conjetura del explorador romántico; pero lo que ningún sabio puede negar, porque salta a la vista, es que la descripción de la terrible ceremonia ibérica, hecha por el marqués, es una poesía trágica, y revela que también en estas ciencias severas, que empiezan a adquirir realce merced a la constancia de algunos investigadores, la fantasía vuela con las doradas alas, y siembra el campo de rosas de púrpura.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

33

LA NACION

CRONICA DE MADRID

EL ESTRENO DE CHANTECLER*

(Para LA NACION)

Del público de Madrid no podrá decirse que no se encontrase muy favorablemente prevenido respecto a Rostand. Cyrano de Bergerac halló en Madrid, y en toda España, no sólo admiradores, sino fervientes devotos. Porque, verdaderamente, Cyrano, con sus gasconadas, es más español que francés. El ferranchinear [sic] de su tizona, la arrogancia y galantería de su carácter, esa mezcla encantadora de lo sentimental y lo caballeresco que impregna el hermoso drama, venían cortados enteramente a nuestra medida. Nos reconocimos en el héroe quijotesco y narigudo, y percibimos el soplo de nuestra musa cómica en la Hostería de los Poetas. La opinión general era que los famosos versos fanfarrones

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 6 julio 1910: 6. No recogido.

«Son los cadetes de la Gascuña
que a Carbón tienen por capitán»

sonaban infinitamente mejor en brioso castellano, que en el propio idioma en que el autor los moldeó. Para que se demostrase cumplidamente que la obra era adecuadísima a nuestro modo de ser, hubo un actor muy mediano siempre (creo recordar que se llamaba González de apellido), que se reveló en el papel de Cyrano, encarnando de una manera prodigiosa, con mayor poesía y grandeza que Coquelin. Pasadas las representaciones del drama de Rostand, González volvió a la obscuridad, en la cual se me figura que ha muerto.

La impresión causada por Cyrano se confirmó al ser aquí traducida y puesta en escena otra obra de Rostand, Los noveleros (Les romanesques). Aunque no logró tanto renombre, interesó mucho a los delicados de gusto, a los literatos fríos y sensibles. Era visto que Rostand merecía todo nuestro aplauso. Por otra parte, los que habían asistido en París a representaciones de L'Aiglon decían maravillas de algunas escenas. Se ensalzaba también a La Samaritana, a La Princesa distante. El terreno se encontraba óptimamente preparado, cuando se susurró que nos traían a Chantelier...

En el teatro de la Comedia, a precios altísimos para lo que en Madrid se acostumbra, se ha estrenado la

tan traída y llevada obra, alternando con otra menos «cacareada», o menos «cocoricocada»; menos lanzada a los cuatro vientos del reclamo mundial, pero mucho más divertida, graciosa, parisiense y «boulevardiére», Le roi.

La gente sabía ya de antemano que, en París, el inmenso lanzamiento o botadura de Chantecler no estaba en relación con el éxito logrado, ni mucho menos. Sin embargo, sintiéndose bonachona, acordándose de aquel Cyrano tan nuestro, la multitud se proponía aplaudir y pasar un buen rato. Siempre sería cosa entretenida ese drama o comedia de aves, avechuchos y cuadrúpedos, en que el autor desplegaría doble ingenio, por lo mismo que eran tan extraños el asunto y los personajes. Nadie le deseaba mal ninguno al gallo ni a sus gallinas. No estaban los ánimos tan mal predispuestos como en la matiné de la Pintada.

Sin embargo--y a pesar del Himno al Sol--el público no tardó en murmurar. Encontraba todo muy pesado y muy lánguido, los diálogos interminables, los retruécanos abusivos, y la canturia de los versos, literalmente insufrible. La verdad es que yo no había notado nunca hasta tal punto la extraña afectación de semejante canturia. Es cosa que ataca a los nervios. Quizá con actores malos (porque nos enviaron una compañía de la legua), la canturía se exageraba. Todo el mundo renegaba de ella.

Yo me acordaba de Rafael Calvo, de otros actores nuestros a quienes se ha acusado de «cantar» el verso castellano. En comparación de los franceses, su dicción sería natural, y no me explico cómo una nación de tan fino gusto y de tan delicado criticismo no ha retirado ya al desván este fastidioso sistema de declamación.

Ello es que, entre salmodias y «cocoricós», el honrado gallo iba haciéndose incompatible con los espectadores. ¿No es cosa rara que un gallo, allende el Pirineo cante de un modo tan distinto de lo que cantan aquende los innúmeros gallos de los incontables corrales de la Península? Aquí los gallos hacen «quiquiriquí» y en Francia «cocoricó»... Cuando Chantecler erguía la cabeza para llamar al Sol y apresurar la salida de la Aurora de rosados dedos, encargado de abrir las puertas de Oriente, notábamos sorprendidos que aquello no era el canto del crespado rey del gallinero; al menos, no se parecía al que conocemos aquí. Y daban ganas de recordar al bohemio de Correa, el cual sostenía, muy en serio, que los perros ingleses ladran en inglés, emitiendo un sonido que pudiera escribirse así: «Guau do yo do»

Con todo esto, el público iba tragándose su desencanto, y sólo protestaba por medio de un silencio aburrido. El público de Madrid no suele carecer de

paciencia, y sólo se excita y encrespa en los toros y en los teatros chicos, y aun eso no siempre. Además, los que habían adquirido las localidades tan caras para Chantecler eran personas acomodadas, de buena posición social, y abundaba la colonia francesa, determinada a no faltar al respeto a un compatriota. Es posible que la noche terminase sin incidentes, a no mediar cierto coro de sapos, en el cuarto acto.

Será para mí eterno enigma por qué el coro de sapos,--(y el caso se repitió en las dos representaciones de Chantecler--hizo rebosar la copa de la indignación). No he visto en el susodicho coro o concertante mayores motivos de enojo ni de cansancio, que en otras escenas de la obra. No es más ni menos pesado que los largos gruñidos del perro. Patou [partout, por todas partes] la presentación de los innumerables gallos de varias clases en el acto tercero, los diálogos de la faisana y el héroe, las sibilantes ironías del mirlo, o las tenebrosas conjuras de los buhos. Sin embargo, los sapos trajeron el bastoneo, el siseo, el pateo--todo en proporciones bastantes discretas, pues no impidieron oír el resto de la obra y ver a la faisana cogida en la red y a Chantecler condolido porque el sol sale sin su autorización, y jurando y perjurando, así y todo, que él hace salir. ¿Qué delito mayor cometieron los sapos?

Por mí, declaro que seguía la obra, si no en encanto, al menos con atención benéfica. Su simbolismo me parecía poético, aunque no muy original, ni de muy profundo sentido histórico.

Si no me engaño, la significación de Chantecler es la que sigue: Francia pueblo ilustrado e innovador, y muy bondadoso, franco y noble, tiene la misión de iluminar al mundo, haciendo, con la diana belicosa y alegre del gallo galo, que salga el sol y nos alumbre espléndidamente.

Los otros gallos, o sean las demás naciones, se limitan a repetir la cantada de Chantecler. Pero los buhos y aves nocturnas, emblema del obscurantismo, traman la pérdida. Un gallo de combate, extranjero, casi le asesina, pero con un espadín se corta una pata y se salva Chantecler. Como su flaqueza son las hembras, en la noche, distraído en coloquios dulces, olvida su oficio providencial y el sol sale sin su permiso, lo cual le produce una sorpresa dolorosa; no obstante, sostiene que es lo que en el aire permanece disuelto a su canto, lo que hace que sea posible la aurora.

La moraleja es que Francia no debe embelesarse, ni caer en la molicie, ni en el esteticismo, sino velar y vigilar, si ha de seguir sirviéndose a los demás humanos el fanal esplendoroso.

No censuro tales filosofías; en verso pueden conmover, y si Rostand no hubiese prodigado tanto el retruécano conmovería; pero si se examina despacio la tesis, carece de esa solidez interna que presta a otras obras dramáticas (como ejemplo citaré El alcalde de Zalamea y el Don Alvaro, y pudiera citar el mismo Cyrano) valor representativo de una tendencia, el fondo de una época, lo significativo de un momento histórico. Ha pasado a la guardarropía de los lugares comunes, eso de que Francia alumbra al mundo. Todas las naciones alumbrarán hasta las que no parecen tener luz propia, confirman lo que se observa en los espacios estelares, donde no hay cuerpo que no ilumine. Viene luz de Inglaterra, de Alemania de Suecia, Noruega y Dinamarca; viene del Japón, viene de Italia, vino del Africa con los boers; viene de las Américas del Norte y del Sur y del Centro... y vendrá de cualquier pueblo que por cualquier estilo nos agite o nos renueve las ideas o los sentimientos. Francia tiene su género de luz; nadie lo negará. Si la linterna brilló antes más que ahora, si su claridad guía a otros pueblos, no conviene aquí dilucidarlo. Sólo se protesta contra el exclusivismo de Chantecler. Y la lección de la obra de Rostand se encierra en el hecho de que cante o no cante, el sol sale de todos modos... El sol continuará saliendo aunque desapareciesen dos o tres naciones europeas.

Tampoco diría yo que Francia logre grandes ventajas con obstinarse--caso de que se obstinase--en ser fanal. Vale más ser hogar, ser lámpara, y el porvenir de ese gran pueblo no parece hoy cifrarse en la aventura centrífuga, sino en la adentración e intimidad consigo mismo: en el cultivo y desarrollo de sus cualidades admirables de buen sentido y cautela prudente. Y sospecho que en tal dirección va Francia, o al menos la mejor parte de sus hombres. El instinto de conservación es sabio consejero.

Retornando a Chantecler en Madrid, diré que en suma no gustó a nadie, ni siquiera fue un acontecimiento que diese que hablar en círculos literarios. Conocida la obra por lectura y por reseñas periodísticas, el cansancio de los espectadores ayudó a que ni aun se comentase. Pasó como ha pasado el cometa, sin pena ni gloria, o mejor dicho (me refiero a (Chantecler), con desaprobación indiferente.

Y yo me figuro el estado de ánimo de Rostand, según vaya recibiendo los boletines de campaña, desde diversos puntos del globo. En Madrid, «meneo» taciturno. En Roma, bastoneo colérico. En ninguna parte aplauso franco y vivo...

--Creo--me decía un francés--que Rostand, con Chantecler, se ha hundido para siempre. Gastador y fastuoso como es, necesitaba, además de los millones

que la obra le ha valido, pero que probablemente tendrá ya invertidos, un éxito, un paseo en triunfo de Chantecler por el mundo entero. No hará otra obra de importancia, y además, ya no se fían de él ni el público ni los empresarios...

Terrible es el vaticinio. Ojalá sea erróneo y podamos aplaudir otro Cyrano, antes de que el gallo se haya quedado como el célebre de Morón--«cocoricocando» y sin pluma.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

34

CRONICAS DE ESPAÑA

UN LIBRO DE UNAMUNO*

Aunque yo tengo por sistema no hablar de autores que viven, mi abstención y retraimiento se refieren a la apreciación del valer literario. Otra cosa es discutir una tesis o una idea, o bucear en el espíritu del autor al través de su obra. Está de más añadir que hay infinitas obras con las cuales no es posible realizar esta operación, porque tendríamos la sorpresa que dan al público los prestidigitadores e ilusionistas cuando encierran a una señorita muy descotada y emperifollada en un cajón o baúl, y un segundo después lo abren y aparece vacío.

Unamuno es un cajón siempre lleno, de pensamientos raros y de sensaciones recias, exteriorizadas en la prosa de sus libros. Incita a discutir y produce el efecto grato de desamodorrar. Yo soy amiga de Unamuno, y a pesar de la amistad, me dura la curiosidad. Le sigo con el mismo interés que si acabase de conocerle,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 22 julio 1910: 7-8. No recogido.

de «descubrirle». Se me figura que decir esto es un cumplido elogio, aquí, donde al tercer libro, se sabe a las gentes de memoria.

El que acaba de publicar Unamuno, en la nueva biblioteca Renacimiento, que nace con tanto empuje, se titula Mi religión y otros ensayos breves. De él voy a recoger algunas ideas, que me sirvan de probeta para las mías propias. Voy a ver--no es la primera vez--en qué pudiera aconsejarme, y en qué difiero profundamente de este vascongado tan distinto de la mayor parte de los españoles y aun de los franceses y hasta de los latinos en general. No falta quien me haya dicho:--«Habilidad tendrá usted que desplegar para definir a Unamuno. Se contradice incesantemente y se resbala de entre los dedos.»--Aparte de que el contradecirse es una característica como otra cualquiera, Unamuno, no lo dude nadie, es de las personas que tienen en su carácter líneas más marcadas y más amplias de diseño. Yo le encuentro siempre igual a sí mismo, lo cual no significa que sea igual a los demás. Para entender a Unamuno hay que partir de Unamuno. Respecto a definir... eso ya es ambición. Lo indefinible nos rodea y nos sostiene y nos impregna hasta la médula de los huesos.

Mi primer divergecia con Unamuno es en lo tocante a la religión. La de él consiste en luchar incesante e

incansablemente con el misterio; la mía en entregarme rendida en brazos de ese misterio delicioso y terrible. Y no es por pereza de espíritu, sino por inclinación estética. Y en esto también voy por otra senda que Unamuno.

Nos encontramos, sin embargo, al reconocer que las supuestas pruebas racionales en religión, no nos demuestran nada. Y en que los razonamientos de los ateos nos parecen de una superficialidad y futileza mayores aun que las de sus contradictores. Y lo mismo contra Fernando Brunetière, que desdeñaba mucho, en este terreno, al raciocinio y a la ciencia, y a los racionalistas en masa.

Volvemos a desviarnos cuando condena dura y zumbonamente a los poetas modernistas. No es que me gusten todos los nenúfares ni todos los absintios, ni todas las princesas flacas; la escuela, como escuela, me es indiferente; pero hay individualidades que me interesan en sumo grado.

A decir verdad también me interesa Unamuno, sobre todo cuando diferimos, y mil veces al conformar. Como él soy partidaria de la lucha, y por las mismas razones que él, porque su fragor y estruendo apaga el incesante rumor de las aguas eternas y profundas, «las de debajo de todo, que van diciendo que todo es nada»... Convicción mística, no me sorprende en el

paisano de Iñigo de Loyola, el gran místico peleador. En el fondo de ese modo de pensar, que más bien es un modo de sentir, hay el terror de la muerte, hay el aletazo fúnebre de la sirena negra. Y Unamuno lo reconoce. «Es la vejez que se acerca, y mi brumosa muerte con ella». Y cuán verdad sea esto de que la acción y el combate producen el único verdadero olvido de la muerte, lo sé por confesiones de los que ahora lucharon en Africa, en las espinosas esquiveces y riscos de Melilla. Nunca se piensa menos en morir que cuando la muerte zumba a la oreja, entre el lloviznar de las balas.

¡Oh! ¡Y cuán acordes, Unamuno y yo, en la afición invencible a los Cristos lívidos y escuálidos y a las Dolorosas tétricas, maceradas por el pesar! ¿Qué me importan que sean o no africanos esos Cristos, que dieron testimonio de la verdad posando sobre el Evangelio "la seca y hendida palma" en las leyendas de Zorrilla? Tengo uno en las torres de Meirás, que ocupa todo el fondo de la sacristía, en la capilla romántica [románica]. Su pelo negro, un largo pelo de mujer, desciende de la frente acardenalada hasta en costado abierto. Se llama <u>El Cristo del Dolor</u>. Y ningún, nombre podría cuadrarle mejor a la efigie. La tristeza y el dolor son la estética en que se cristaliza la vida humana. Y dice Unamuno

perfectamente; al que una vez ha sentido el fuerte sabor trágico, le son insípidos los demás sabores.

Si no me equivoco al interpretar a Unamuno, cuya personalidad, revelándose un día tras otro en sus escritos, se presenta cada vez más clara, es hombre a quien le son antipáticas la ligereza e insubstancialidad que en todos los órdenes han invadido al pueblo reputado más grave y trágico de la historia. Unamuno se declara patriota, y ha demostrado serlo, combatiendo las ridiculeces y farsas del separatismo, la mentira convencional del cosmopolitismo conjurado contra nosotros; pero es patriota de una patria "interna", que no siempre logra asomar bajo el disfraz carnavalesco de España que ríe... y no es lo malo que ría, que reír es bueno, sino que las causas de su risa sean tan poco intelectuales, tan infantiles (¡o tan bajas y mezquinas!).

Sublevan a Unamuno la tontería y la pornografía, en donde quiera que se manifiesten, y es de advertir que acostumbran ir cogidas de la mano. En esto también estamos absolutamente de acuerdo. Cada cuatro días ocurre que le llevan a uno al teatro "alegre". Y se entabla el diálogo como sigue:

--¿Que le parece a V.?

--Pch... (Un bostezo).

--Tiene gracia, ¿eh?

--No tiene maldita.

--No encuentra V. que hay chistes?

--¡Ojalá!

Y es que las nueve décimas partes de lo que nos ofrecen con el rótulo de chistes, son frialdades, inepcias, retorcimientos de palabras, o groserías inadmisibles entre gente que posea mediana educación. Y todo ello no hace gracia sino a los predispuestos a encontrársela, a esos que suelen exclamar:

--A mí, las comedias antiguas, qué quiere V., no me dan ni frío ni calor... La Duo... Zacconi... Sublimes, pero... demasiado modernistas... Al teatro se va a pasar un rato agradable no a sufrir... Bastantes disgustos hay en la vida...

De éstos reniega Unamuno, y reniega de los teatros donde se contrata el placer, y de los políticos que cifran la libertad en consentirlo todo; y hasta ahí vamos juntos; y vuelta a separarnos, cuando reniega igualmente de Don Juan de Tenorio... el cual o yo no he sabido comprender su tipo, y nada tiene de común con las miseriucas y las blandenguerías de nuestro tiempo. Don Juan Tenorio ha muerto, y está enterrado más hondo que el ingenioso hidalgo.

Claro es que en las simpatías o antipatías que suscita una figura de la historia o de la leyenda hay, en primer término, una autoafirmación. La personalidad

de Unamuno en nada recuerda a la de Don Juan Tenorio. Son antitéticas. Ello, es innegable. Con todo eso, podemos salir de nuestra caverna y comprender lo que nunca hubiésemos realizado. Sin pensar en competir con Tenorio en empresas y desafueros, bien le entendemos y le sentimos en la entraña de la raza.

Aunque Farinelli hubiese dicho que la fisonomía del burlador tiene perfecto colorido italiano, nunca lo creeríamos; antes de que mi amigo y paisano el muy erudito y además inteligente Víctor Said Armesto hubiese devuelto a España, en su precioso estudio, la figura de "Don Juan," sabíamos que "Don Juan" sólo podía ser español, viniese de la provincia que viniese su noble linaje.

Al tocar este punto hay que reparar una injusticia de la erudición. Said Armesto, cuando reivindica para España el tipo de Tenorio, ni aun nombra al Tenorio de Zorrilla. Y yo me pregunto si tres o cuatro generaciones de españoles que se han sucedido desde el estreno del drama de Zorrilla y que no conocen otro Tenorio sino este, ¿no tendrán también su psicología de raza, su concepción tenoriesca, ya que no de la vida del personaje? ¿Si no se encontrarán, en cierto respecto, influidos por él, si no se reconocerán en él, a pesar de lo que antes dejo dicho respecto a que acaso yacen en dos fosas gemelas el Burlador y el Ingenioso?

El Don Juan de Zorrilla ofrece caracteres que sin falsear el antiguo modelo, lo sitúan dentro de nuestra edad, y la sellan con la marca profunda de la inquietud romántica. El «Don Juan» de Zorrilla no es solamente el mozo frívolo y sensualista; hay en su espíritu malancolías y anhelos de ideal: su ensueño de amor con doña Inés no es la aventura vulgar de calavera. Además don Juan, el de Zorrilla, es verdaderamente un incrédulo. El mismo lo confiesa. Desde el momento en que renuncia a su incredulidad, su fe es ardiente; pero tarda en renunciar: su burla audaz llega más allá del sepulcro.

Con sumo acierto puso Zorrilla al lado de la figura de don Juan la de D. Luis Mejía. Lo estético del protagonista resalta en diferencia, aparentemente no muy grande de ambos caracteres. Hay entre los dos calaveras la línea divisoria que separa, por ejemplo a Hernán Cortés de Pizarro. El meramente sensual e interesado, el truhán, el salteador, es Mejía. En cuanto al enamorado de doña Inés y de lo infinito (aunque busque lo infinito por el camino de la sensación, pues por todas partes se va a Roma) nunca hubiese parado, como cree Unamuno, en respetable burgués. Eso se hubiese quedado para Mejía, si don Juan no lo mata...

Según voy adelantando en este artículo, me aprieta más un recelo: el de que sea desagradable su

contenido a Unamuno. En efecto, yo trato de entenderle... y él ha escrito, dirigiéndose a un literato joven, que aquel de quien se afirme. «¡Ya le entendemos!» está perdido. «Desde entonces» añade «dirá V. siempre lo que creían que iba V. a decirles y lo que querían que les dijese». Por complacer al rector de la universidad de Salamanca y sea cualquiera la verdad, allá en la conciencia declararé que no entiendo completamente parte de su pensar, ni menos vaticino lo que dirá mañana, aunque por fortuna no ha dejado de decir tal vez lo que yo desearía y lo que por verdad conozco.

Algo no he de omitir: que este libro de Unamuno es como los cocos: su corteza brusca y su pulpa sólida sirven de receptáculo a un agua dulce, fresca y refrigerante. No la bebo toda; basta un sorbo. No hay libro o pocos libros habrá, que aceptemos enteramente. Y a Unamuno no lo haría feliz tampoco la aceptación. Cada uno es cada uno. Los libros en que no se confirma la individualidad, vayan a los estantes obscuros y olvidados.

Se habla mucho de América en el libro de Unamuno... No me atrevo a terciar. La América que Unamuno conoce no la conozco. Sólo sé algo de Méjico, y es del Méjico antiguo. Otros verán lo que tengan de exacto los no muy blandos juicios respecto a la

Argentina y Bolivia. Los dos son países cultos, que seguramente reconocen a Unamuno y a todos los que valen, el derecho de decir francamente su opinión.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

35

CRONICA DE ESPAÑA

SAENZ PEÑA EN MADRID*

(Para LA NACION)

Hoy está la Argentina de moda... Felicitémonos, porque no nos separan sino muy pocos años del tiempo en que al menos para los habitantes de la coronada villa, la Argentina era un país mítico no mucho mejor definido que Eldorado o el Catay.

Ninguna nación ha sabido como España descubrir, colonizar, conquistar, fundar ciudades, crear pueblos y razas; y esto ya lo van confesando, si no los gárrulos escribidores, los historiadores juiciosos. Pero tampoco hay quién gane a España en olvidar todo eso, en ignorar sus hechos sus enlaces y allegaduras. Como el Burlador de la leyenda, ha practicado el gallardo sistema; un día para rendirlas, una hora para olvidarlas. Y a la Argentina, Madrid no tuvo ni el trabajo de olvidarla siquiera: como que no llegó a enterarse de que existía...

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 agosto 1910: 6-7. No recogido.

En las costas en los países de emigración, sí que se oía resonar a cada hora el nombre castizo y sugerente de Buenos Aires. Que Fulano se había ido allá, que a Mengano escribía diciendo que lo pasaba muy bien, y que ganaba cuartos; que a Perengano le enviaba su hijo una letra cada mes; que ya viene el barco; que ha desembarcado Perico de los Palotes el cual vuelve viejo y canoso, pero trayéndose mucha plata, y dispuesto a fundar una industria, o a edificar una casa despampanante, o a dotar a su pueblo natal con una escuela, un lavadero, un asilo o un hospital. Y en el puerto, y tierra adentro en los pueblecillos y en las aldeas y en los caseríos pobres se pronunciaba con misterioso respeto el nombre de aquella tierra, donde el trabajo vale oro, donde nadie puede estarse cruzado de brazos donde se junta lo necesario para la vejez, y aun lo sobrante. El aldeano que cruzaba por el camino, guiando su lento carro de macizas ruedas, igual al que usaron en tiempos remotos los celtas galaicos, y aguijando a su yunta con onomatopeyas toscas y sombrías, veía al borde de la carretera refulgir al sol los hierros de la verja de una quinta deliciosa. Alrededor del «chalet», las araucarias, las magnolias, espesaban su denso, recortado y lustrado follaje; un surtidor jugaba en el aire emperlándolo; una blanca estatua daba la nota del reposo y de la calma de la

vida sin labor; una canastilla de ageratos y begonias dobles, la del lujo raro, fino. Allá detrás de los arbustos una damisela vestida de batista rosa se columpiaba en una mecedora abanicándose. Y el sudoroso carretero el del carro chirriante, al recoger esta visión de lujo feliz recordaba que el dueño de la quinta había sido veinte o veinticinco años antes vestido como él con calzones de lana y zuecos; del puerto marinedino, y nada más que en aquel poco de tiempo, en que no se supo de él, hizo la fortuna, un monte de oro para la fantasía del labriego, millones sin duda, esas cantidades vagas y misteriosas que se expresan en el lenguaje hiperbólico de las conversaciones aldeanas, con una frase esteriotipada; «Es tan rico, tan rico, que no sabe lo que tiene».

Y la idea de la emigración surgía fascinadora, con el atractivo de lo desconocido, con el encanto de lo mágico. Allá se irá el carretero del carro gemidor, de la tardía yunta a ganar, a «hacerse hombre...»

Así es que en la costa, el nombre de la Argentina se repite cada vez más. En Madrid es ahora cuando empiezan a citarle los diarios y la gente a preocuparse de lo que sucede a orillas del Plata. Los viajes de algunos intelectuales, la venida de algunos argentinos ilustres, la misión para el centenario, establecer un ambiente de simpatía y aproximación. La prensa concede

espacio a los sucesos de esta privilegiada nación americana. Las demás para el lazarónico Madrid, aun no han salido de la penumbra.

Sáenz Peña llega pues, a tiempo.

Los obsequios que le han tributado consisten principalmente en banquetes. No sé qué tendrá esto del banquete, que ni caduca ni se desacredita, a pesar de las tentativas practicadas para relegar el procedimiento a la oficina de los trastos viejos y las costumbres caídas en deshuso.

Los banquetes se han prodigado mucho, en realidad, durante estos últimos diez años. Antes se daba un banquete por mes; luego se dio, por término medio, uno cada semana; y paulatinamente llegamos al banquete diario, y a los dos banquetes, uno por la mañana y otro por la noche, y acabamos perdiendo la cuenta de los festines, ágapes, conmilitonas, luncheones y otros homenajes culinarios.

Con un sentido de protesta satírica, se dieron aquí dos banquetes bufonescos: el uno dedicado a un borracho que se llama de mote Garibaldi, el otro a una cantante callejera conocida como madama Pimentón. Ningún resultado produjo la broma, por otra parte de gusto muy discutible. Ni hubo un ágape menos, ni se elevó el nivel necesario para ser banqueteado. Ha sido preciso reconocer que, en esto como en todo, la altura

del banquete la determina la altura de la persona a quien es ofrecido. Ni es el número, ni aun la calidad de las personas asistentes, lo que presta, respetabilidad e importancia al banquete: tan solo es el nombre del festejado. Todos los días hay banquetes anónimos, que se dedican al consecuente consejal o al acreditado teniente alcalde; y asisten centenares de personas, y las aceitunas son iguales, y el taponazo del champaña no se diferencia un punto. Hasta diría que las reseñas de la prensa no son menos laudatorias y entusiastas... Lo único que varía es la resonancia, porque la resonancia viene de la significación del festejado. Puede afirmarse que estos banquetes ni dan ni quitan. Al que vale lo dejan valiendo, y a los demás lo propio. No me refiero, claro es, a los de carácter oficial. Estos responden a situaciones altas, como la de Sáenz Peña. Los otros por ejemplo el del Real, que se le ofrecieron, tuvieron diferente carácter: el de reconocer la valía personal, las altas dotes de este ínclito ciudadano.

Días antes me había dicho el insigne novelista Rodríguez Larreta, al preguntarle yo cuál era la significación típica de Sáenz Peña:

--Es un caballero, es el caballero. Es fino, delicado, serio, españolísimo en el carácter, lleno de dignidad y señorío.

Y, en efecto, tal impresión me produjo el primer presidente de la República Argentina a quien he tenido el gusto de estrechar la mano. Me presentó a él la infanta Isabel, en el baile de la legación. El presidente, amable, me recordó que ya nos habíamos conocido, hace años, en el Ateneo, tan hospitalario siempre para los intelectuales de América, que allí indefectiblemente, los hemos de hallar si los buscamos. ¿No es extraño que existiendo en Madrid una sociedad llamada Ibero-Americana, para ver a los hombres de pro que de América vienen sea preciso ir al Ateneo de Madrid?

El baile de la legación fue brillante, y tuvo su sello o como dicen los galiparientes, su «cachet». Yo siento no poder describirlo. ¿Qué por qué no lo puedo describir? Porque hay géneros que no manejo; y uno de ellos es este de la crónica de sociedad. En efecto lo considero muy difícil. Al menos para mí, pues no falta quien lo cultive con arte y gracia. Pero mi genio es franco, mi pluma no siempre se moja en tinta rosada; y las crónicas de sociedad son halagüeñas, o tienen que serlo, para todo el mundo, al menos para cuatro docenas de personas que están habituadas al incienso. Existen señoras de las que hay que exclamar que radiaban de hermosura, aunque la traidora arruga, haya impreso su patita de gallo en el cutis, y la insidiosa cana les

haya desdorado el oro de la crencha, y los dientes, ayer de nácar, sean ya de esos nácares adquiridos, sobrado iguales y blancos para verosímiles... Escribiendo «ecos» hay que asociarse, quieras que no, al juego entre inocente y travieso de las vanidades, dar crédito a sus trajes como si en efecto fuesen obra del gran modisto, y no del arreglillo casero, admitir las perlas de cera como si del hondón del Océano Indico acabase de arrancarlas el osado buzo... No por eso quiero significar que todas las damas que asisten a los saraos son feas, viejas, mal vestidas y con sartas falsas; no. Muchas son hermosas y jóvenes, y van primorosas de atavío, y cuelgan del cuello tornátil una fortuna. Lo que digo es que al cronista no le está permitido ver diferencias entre unas y otras. El mismo meloso adjetivo que aplica a la retocada contemporánea de Amadeo de Saboya, ha de aplicar a la gentilísima ninfa en la aurora, de su beldad. Para el cronista de salones no hay sesentonas no hay estantiguas, no hay trajos sobados, no hay joyas de similor, cuando la dama pertenece al grupo de las dos docenas que oficialmente enarbolan el estandarte de la elegancia. Y el caso es que estas crónicas de salón se leen mucho, y que allá, en provincias, hacen fe. Recuerdo un hecho curioso en confirmación de lo observado. Cierto señorito provinciano llegó a la corte.

Era aficionado a leer revistas de sociedad; y en ellas veía siempre, en primer término ensalzadas las prendas de un señora, cuyo nombre omito. Había llegado a figurarse el joven como sería la tal señora: la veía rubia, airosa, divinamente prendida, con sonrisa más propia de la deidad que de la mujer. Careciendo de relaciones para ser presentado en un salón, y apremiado por el deseo de admirar con sus ojos a la tantas veces encomiada beldad, decidió apostarse a la puerta de una casa donde se daba un baile, y ofrecer a uno de los lacayos que esperaban para avisar a los cohes una propina, si le advertía cuando saliese la señora en cuestión. Así lo hizo Ruy Blas; pero el provinciano no le creía.

¡Cómo! Aquel montón de carne floja, cubierto de albayalde, de ojos amortiguados y adematosos por el reumatismo, de caderas oscilantes como la gelatina, de embijados labios, enormes en la cara clownesca, ¿era la que los periódicos, un día y otro día, nombraban la «bella marquesa de X»?

No podía ser; no podía ser. Interpeló al lacayo, y una risa desvergonzada, fué la respuesta... El astur se reía, se reía comprendiendo en su malicia villana, lo acurrido... Y al fin, oprimiéndose las costillas, exclamó:

--A la tía esa la llamamos «la cebolla»...

Mucha culpa de esto la tiene el no saber usar una parte de la oración que se llama el adjetivo. Las revistas de sociedad no existirían si el adjetivo se suprimiese. Hay que adjetivar, pegue o no. Y como no es posible escribir «la feróstica, la cachigorda señora de Tal» no queda más remedio que enristrar «la linda, la encantadora, la arrebatadora...», dejando lo de «virtuosa, bondadosa, etc.» para las octogenarias.

En cierta ocasión Salmerón reprendió a Castelar, porque éste, al nombrar arzobispo de Toledo a don Antolín Monescillo--Castelar presidía entonces la República española--se había servido de la fórmula habitual: «En atención a los méritos y a las virtudes...»

Y Castelar, sonriente, contestó a la reprimenda:

¿Quería usted que hubiese dicho: En atención a los vicios y a la estupidez de don Antolín Monescillo, vengo en nombrarle primado de las Españas?

Ahora bien; Monescillo, poseía realmente talento y cualidades, y algunas damas de las que los revisteros ponen en las nubes son positivamente guapas y van bien vestidas. Por ejemplo de la señora de Wilde, esposa del representante de la Argentina, cabe decir sin hipérbole flores galantes. Pero, por lo mismo no consentiría mi franqueza que se aplicasen iguales adjetivos a otras, que los reciben cada mañana cuando

con el chocolate les sirven el periódico. Eso no; ¡voto a bríos!, como exclamaban antaño. ¡Antes rota la pluma que contaminada de la impureza de tal embuste! Y de ahí por qué no describo jamás (como no sea en novela) reuniones, ni fiestas del gran mundo. ¡Buena saldría la reseña! Como digo en el prólogo del libro Los salones de Madrid, obra del acreditado Montecristo, el cronista de salones necesita saber principalmente, lo que debe callar... Es un mátalas callando. Se calla casi todo en esas revistas verbosas.

El sarao ofrecido al doctor Saénz Peña, y que estuvo realmente animado, tentaba a una pluma prendada del colorido y de la vida chispeante. Con su iluminación a la veneciana, el jardín era un oasis (hace ya en Madrid un calor disolvente). No seré yo, sin embargo, quién me ejercite en ensalzar tan fúlgida «soirée». Diré como el poeta:

...Ahora
no la pinto que es de noche.
Aguarda a que desabroche
cándidos pechos la aurora
deja que destile Flora
aljofarados candores;
que desenvaine colores
el mayorazgo del día,

y que prepare Talía
tabla, pincel y colores.

Además, el objeto de este artículo no es sino saludar, en Madrid y desde Madrid, al presidente que ha sido unos días suceso culminante en nuestra corte. Y no quiero omitir que se le brindó una función de gala en el teatro Apolo, con decoración espléndida de tapices y reposteros y un programa en parte muy bien dispuesto y en parte, a mi modo de ver, mal elegido. Patria Chica es una obra divertida entre nosotros, la gente de casa, que no exigimos rigurosa exactitud a los juicios que emiten los autores por boca de sus personajes; pero para que un extranjero ilustre las escuche, no me gustan canciones como la «Españita», en que se pretende definir las cualidades del carácter y modo de ser de los españoles. Ni a éstos les da por rezar ¡qué había de darles!, ni los toros, afortunadamente, van siendo preocupación aquí, preocupación tan exclusiva, ni la inquisición tiene partidarios, sino al contrario, es una especie de «coco» que alarma a los pusilánimes e ignorantes, por lo mismo que la conocen sólo a través de los relatos terroríficos de los novelones por entregas, y ni aun por novelas como los Episodios Nacionales, de Galdós, donde la festiva crítica del novelista deshace la

sombría leyenda. No hay apenas español que sepa lo que la inquisición ha sido, y en igual caso se encuentran la inmensa mayoría de los extranjeros, porque los juicios históricos piden estudio y reflexión y no debe esto exigirse a las obrillas teatrales en un acto; pero, cuando se trata de una función de gala, ofrecida a un jefe de estado, y de un estado al cual nos unen tantos vínculos, destinados a estrecharse cada vez más, yo no quisiera que saliese un actor cantando que aquí sólo entusiasman los cuernos de los Miuras, o la supuesta hopa de los supuestos tribunales sanguinarios...

No lo quisiera, en primer lugar, porque no es cierto. Y en segundo, porque, hombre ¡ni que lo hubiesen escrito esos franceses que buscan, en la liga de nuestras mujeres, la navaja, y nos ven siempre al través de la pandereta, como el escritor Juan Lorrain, que, en Toledo, me rogaba le dijese, por Dios, dónde se bailaba el «bolerró y el fandangó» y se verificaban los duelos «al cuchillo» entre jaques, contrabandistas y bandiddos románticos!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

36

LA NACION

CARTAS DE ESPAÑA

LA EPOPEYA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1910.

En España, en estos últimos tiempos, se nota algún renacimiento de las fuerzas que integran a los pueblos modernos de mayor cultura. Y (no me cansaré de repetirlo) una de esas fuerzas, y acaso de las más vivificadoras, es el amoroso cultivo de la tradición. El pueblo que se olvida a sí mismo se atrofia y va insensiblemente hacia la inercia del salvaje. En vano se me dirá que los salvajes conservan cuidadosamente sus tradiciones. No conservan de ellas sino lo externo, la cáscara. El sentido entrañable, firme, de la tradición, quienes lo custodian religiosamente son

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 11 agosto 1910: 6-7. No recogido.

los pueblos vigorosos, como el inglés y el alemán y el guardarlo es en ellos un acto patriótico.

Al lado de la piadosa tarea de guardario, está la labor bienhechora de conocerlo, de redimirlo del olvido. El obrero de sabiduría que se consagra a tal faena hace también obra integradora para su patria. Por eso creo digno de ser saludado un trabajo que acaba de salir a luz en lengua francesa, pero cuyo autor es español: me refiero al libro de Ramón Menéndez Pidal L'epopée castillane á travers la litterature espagnole.

Seis capítulos contiene el libro y cada uno de ellos es un conferencia dada por Menéndez Pidal en la universidad Johns Hopkins, de Baltimore. Esta universidad, merced a la munificencia de unos señores Turnbull, que sin duda serían personas ilustradísimas y sabrían gastar su dinero, cosa que no puede afirmarse de todos los plutócratas, ha instituido, desde 1891, lecturas sobre la poesía, confiadas a especialistas americanos o europeos. Semejante fundación, radicada en un país muy adelantado y serio, viene respondiendo a sus fines sin esas interrupciones y moratorias a que estamos acá por desgracia tan habituados, que lo único que nos causaría sorpresa sería el que no se produjesen. En la universidad de Johns Hopkins estos últimos años han conferenciado Brunetière, el eminente critico francés; el famoso Angelo de Gubernatis, y

otros renombrados profesores. El campeón de España, por ahora, ha sido Menéndez Pidal. Sus lecciones escritas en castellano, traducidas por el conocido hispanófilo Enrique Mérimée y leídas en francés por el autor, forman el cuadro de un tema que, gracias a recientes investigaciones podemos calificar de descubrimiento. En pocos años las ideas dominantes en la materia han cambiado completamente.

Nueva es también aquí la fama del joven sabio honrado con invitación tan lisonjera.

Hoy pasa Menéndez Pidal por maestro en filología y literatura documental. Su crítica es científica y numerosos discípulos se forman a su sombra, constituyendo una escuela de investigadores. Con documentos y todo cabe equivocarse, y lo demuestra precisamente la rectificación total de ideas admitidas que este mismo libro supone. Hace medio siglo, los documentados, decían haches, ahora erres. No por eso nos inclinemos a ningún género de escepticismo.

Menéndez Pidal ha escrito otras obras, entre ellas un notable estudio sobre La leyenda de los infantes de Lara, aquellos trágicos hermanos y gentiles caballeros víctimas de una riña entre mujeres, del rencor de doña Lambra de Bureva, que juró venganza al verles bohordar el tablado mejor que los galanes de Córdoba. Pertenece la sombría historia de los infantes a los tiempos

clásicos de la edad media de Castilla, y ha dado asunto copioso a los poetas y al Romancero.

Resuenan todavía los lamentos del padre ante las sangrientas cabezas de los hijos, que Almanzor le presenta en horrible banquete:

"¡Oh, qué pálidas estades
de verter sangre las vena
en las lides de lidiastes
fasta quedaros sin ella!"

Este tremendo episodio de las viejas crónicas, Menéndez Pidal lo cribó por el fino harnero de su crítica, ascendiendo desde la poesía ya artificiosa del Romancero a las primitivas corrientes y a los olvidados documentos; y al realizar la exploración, el convencimiento de que existía la epopeya castellana se abría camino en su espíritu. De ahí nacieron sus trabajos sobre el poema del Cid Campeador, con otras muchas monografías y opúsculos, de asuntos estrechamente relacionados, con los orígenes de la literatura castellana y las fuentes de la historia, materias que, cuanto más se remonta hacia sus surgideros, más enlazadas aparecen.

Al recoger los romances antiguos, asoman en ellos los temas históricos, los filológicos, los literarios,

los sentimentales; Menéndez Pidal lo ha comprendido así, y no cree menos importante para la erudición el fragmento que el juglar transmitió al pueblo y hoy cae de los balbucientes labios de la hilandera asturiana, que el empolvado códice, en la rica biblioteca. Mérimée, prologuista del libro que me inspira esta crónica, dice que Menéndez Pidal tiene un auxiliar, un colaborador abnegado y perseverante, en su esposa. Y al punto acude a mi recuerdo el día en que asistí a ver tomar el grado de doctor a una linda muchacha morena, seria y descolorida, que se llamaba Maria Goiri, y es hoy la señora de Menéndez Pidal. Sí; en la universidad de Madrid se han doctorado algunas mujeres; y yo, encantada del aspecto inteligente, grave y modesto de la joven doctoresa, me acerqué a ella, a desearla tantos bienes, a darla un beso cariñoso en la despejada frente bruñida, no marchita por el estudio, y a pensar, en mi interior, ¡que bueno sería que aquella alumna de Minerva encontrase (por casualidad) un marido de sus mismos gustos, un picado de las abejas, que al encenderse la lámpara alumbrando la velada de familia, abriese un libro y propusiese a su mujer una lectura, una conversación acerca de clérigos grandes y gay saber!... No tendrá esta suerte, calculaba yo; ¡es tan raro! Y he aquí que la doctora ha descubierto el fénix, o mejor dicho, he aquí que Menéndez Pidal ha acertado

con la doctora, y que hay en España una pareja unida, como los esposos Curie, por la comunidad de nobles aficiones, ayudándose amistosa y tiernamente, compartiendo la tarea de alumbrar las tinieblas de nustra sed brava y hermosa, los tanteos de nuestra nacionalidad, allá, cuando los castillos y los leones eran aún enemigos...

Brava he dicho, pero no bárbara. Menéndez Pidal empieza por edvertírnoslo: ya es definitivo reconocer que no existió tal barbarie en la Edad Media. Lejos estamos de Pi y Margall, que llamaba al período comprendido entre el paganismo y el Renacimiento «feto informe». Lejos de admitir que en España no haya existido, Menéndez Pidal ve la marteria épica animando todos los géneros literarios; poemas, romances, teatro, novela. Yo hubiese dicho lo mismo; pero para decirlo hay que saber probarlo, y Menéndez lo prueba brillantemente.

Nos enseña, y ello es ciertísimo, que hace no más medio siglo, al hablar de poesía épica se pensaba en Homero, el Tasso, Virgilio, Ariosto, y no se sospechaba siquiera la poesía épica medioeval. Exhumada ésta conocióse que era más espontánea, más nacional que la otra mil veces, aun cuando Virgilio, por ejemplo se proponga fundar con sus versos la gloria de Roma. La existencia de la epopeya ibérica, castellana, la

negaban los eruditos, y no sólo afirmaban que no había existido, sino que era imposible que existiese, alegando mil razonamientos. De tal opinion se ha saltado a la contraria. No sólo tenemos la epopeya, sino que la tenemos viva y robusta. La época de nuestro apogeo es el siglo XI y XII. Los romances más antiguos son restos de largos poemas. Y el origen de nuestra actividad épica es la dominación de los bárbaros del norte godos, visigodos, ostrogodos, nuestra epopeya arranca de raíces germánicas.

A pesar de su procedencia extranjera, la epopeya española es en el fondo histórico más genuino que ninguna. Menéndez Pidal nota con exactitud el carácter de realidad de nuestras viejas leyendas, la escasez en ellas de lo sobrenatural y maravilloso, lo concreto y humano que late en las palpitaciones del Romancero. Si jamás un héroe extraordinario fue un hombre, de carne y hueso, que vive en prosa es el Cid.

--No falta--dice Menéndez Pidal, quién niegue al Cid, y quiera ver en el un mito, pero la ciencia no tiene que ocuparse de tales paradojas. Y evoco la memoria del hermano del marqués de Albaida, don Casimiro Orense y Rábago, poniendo pleito a Alcalá Galiano, porque había negado la existencia del Cid... y vuelvo a sentir la indignación con que dije a un pedante, que hace años se daba el tono de la duda; «La

existencia del Cid está mucho más demostrada que la de usted».

El sentido realista de la raza--cree Menéndez Pidal--es la causa de que revista carácter histórico lo que, en otros pueblos toma un tinte fabuloso y se idealiza en falso. Entre nosotros las corrientes literarias se derivan de la historia. Así será el Quijote concreción del más puro y legítimo idealismo, sin salir de los términos de lo real, humano y sincero.

Por eso el Amadís representa la influencia francesa--sea o no español o portugués su ignorado autor o su autora--en contraste con el Quijote, tan de nuestra entraña, tan radicalmente español.

Reconocido que existió la epopeya española, los eruditos la daban por perdida casi totalmente. Menéndez Pidal no se resigna, y recontruye los elementos del tesoro. Tres poemas recuenta: el de «Fernán González», la «Canción del sitio de Zamora», y el poema de «Mío Cid».

Al encontrarse con esa grandiosa figura nacional, Menéndez Pidal reseña sus vicisitudes; considerado héroe imaginado por el jesuíta Masdeu; aventurero cruel por Dozy; rehabilitado luego por una crítica más desapasionada y seria, el Cid parece el emblema de España contra la cual ha existido una tácita conjura en los historiadores durante siglos, y que hoy va

recobrando, si no ante el vulgo, al menos ante los doctos, su verdadera figura, tal como una hermosísima doncella oculta por maligno encantador, bajo la horrenda piel de un monstruo.

Este poema del Mío Cid es el apogeo de la epopeya castellana; el Cid, el último y mayor héroe nacional en que la epopeya habrá de inspirarse. Después la decadencia sobreviene.

A la decadencia pertenece ya el otro poema de las Mocedades del Cid y, al disolverse la epopeya, de sus fragmentos surge el Romancero. El poema considerado por Menéndez (contra la opinión de Amador de los Ríos y de Dozy) como posterior al Mío Cid, ya manifiesta realismo; la imaginación campea más a sus anchas; la intriga romancesca y las ficciones que poco a poco van cristalizando alrededor de una figura, ocupan el lugar de la narración sencillamente histórica; y, después de este poeta ignorado--que inventa muy hermosamente, o sabe recoger la intervención popular, y en eso disiento de Menéndez Pidal--pueden los romances abrir sus alas de gules, azur y argén. Hay leyenda, hay tela para la fantasía.

No encuentro, en mi rápida lectura, muy repetida la palabra «evolución» en el libro de Menéndez Pidal; y, sin embargo, no puedo evitar que, a cada momento, la idea del sistema crítico de Brunetière, la evolución de

los géneros, el desarrollo serial natural de las formas literarias, se me presente. Es, a mi ver, lo que más claramente resulta de este bello estudio, tan bien enlazado y tan fundado. Con sorprendente luz vemos refulgir la cadena de oro de nuestra literatura: los poemas nacidos de la misma historia, el Romancero brotando de la ruina de los poemas, el teatro transformándose al calor del Romancero, y el romanticismo de Zorrilla fluyendo, con hondísimo sello español, de la antigua vena del teatro. Verdad que numerosos aspectos de nuestra literatura forzosamente no caben en el cuadro que se ha trazado Menéndez Pidal; al lado del elemento épico, queda el singular lirismo de nuestros místicos y la supervivencia eterna de los elementos latinos, los moralistas--con otras corrientes que pudiéramos enumerar si quedase espacio. El talento del autor de este libro está precisamente en haber aislado con sumo arte un terreno perfectamente nuestro, una dirección que hace con nuestra vida histórica, que con ella se desenvuelve, y que nos expresa y nos representa a lo divino.

No significa esto que con todas las confusiones de Menéndez Pidal estuviese yo conforme, si de conformidad se tratase aquí, y no de admiración y aplauso, debidos al esfuerzo y a su fruto jugoso y deleitable. Necesitaría llenar muchas cuartillas antes de aquilatar

si la expulsión de los judíos fue como dice Menéndez, un error de los reyes católicos. Nosotros somos quizá la nación donde los israelitas encuentran actualmente mayor tolerancia, tolerancia absoluta; no se conocen aquí intransigencias sociales del género de las que en Alemania son tenacísimas, invencibles; nosotros no soñamos en matanzas y movimientos antisemíticos, como los que ensangrientan ahora mismo las calles de ciudades muy populosas, en estados muy europeos.

Ahora bien, nuestra tolerancia presente está basada en nuestra previsión política desde hace siglos. No fue el capricho y mucho nenos el fanatismo (¡fanático don Fernando de Aragón!), lo que dictó la conducta de los regios esposos. Una serie de concausas y necesidades de alta política se las impuso. Y repito que, si nos fijamos en lo que sucede por ahí, habremos de reconocer que vieron muy claro los reyes. Pero esta es una cuestión aparte, y una de las que exigen ser estudiadas despacio y sin pasión, con documentos a la vista. En esto, como en otros muchos puntos de la historia, la revisión habrá de ser fundamental.

Felicitémonos de que haya salido a la luz esa epopeya de donde dimana nuestro ideal, o que más bien es testimonio fehaciente de la persistencia de nuestro modo de ser característico. Menéndez Pidal lo resume en frase elocuente: la significación profunda de la

vida antigua, el alma de las generaciones extintas, debe atraernos tanto más cuanto más difiera de las ideas contemporáneas. A esas razas fuertes que han desaparecido, nos une un atavismo ineluctable, poderoso y que pesará siempre sobre nosotros, aun después de que la idea de patria, primera inspiradora de las creaciones heroicas, hayan sufrido transformaciones inevitables. Y yo añado que en el sentimiento patrio como en los demás sentimientos cardinales, el fondo íntimo no cambia, porque no puede cambiar. La transformación es más aparente que otra cosa. Que la ocasión se represente,--como ahora se ha presentado en Africa--y, si los huesos del conde Fernán González no se han agitado, según pretende la leyenda, en su sepulcro, no será porque los españoles no hayan hecho varias cosas dignas de que el viejo Conde de Castilla se estremezca de gozo, contemplando que se renovaron sus hazaña, narradas en la epopeya:

"Andaba por las aces como león fanbriento,
de vencer ó de morir tenía fuerte aliento...
A la parte quel iba, todos carreras le daban;
los golpes que facía, bien a lesos resonaban..."

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

37

CRONICA DE ESPAÑA

LA SOMBRA DEL REY DON PEDRO*

(Para LA NACION)

Hay ciertas figuras históricas que tienen el privilegio de ser eternamente discutidas, eternamente odiadas y eternamente amadas. De María Estuardo díjose que era tan seductora, que sedujo a la historia. Con igual apasionamiento que se les defendería y ofendería en vida, se vindica hoy o se arroja vituperio sobre las frentes de algunos héroes y soberanos. De este número son Felipe II, Catalina de Médicis, César Borgia y Pedro de Castilla.

Pedro I de Castilla, hijo de Alfonso el Onceno y de Da. María de Portugal, ha conservado su prestigio romántico, y tiene, aun ahora, que la historiografía y las letras siguen rumbos más positivos, rudos acusadores y ardientes defensores.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 14 agosto 1910: 7. No recogido.

No hace mucho, en La Nación, el insigne escritor Acebal lo atacaba haciéndose eco de leyendas que, como veremos, carecen de cimiento y estribación. Más los defensores no se duermen. El último por orden cronológico y el primero en riqueza documental es el Sr. Sitges, que acaba de publicar el importante estudio titulado Las mujeres del rey don Pedro I de Castilla, grueso volumen de unas 500 páginas en medio folio.

No es el libro de Sigtes uno de esos tomitos a la francesa, de cubierta amarilla, agradable disertación sobre un punto novelesco de la vida de un personaje. A pesar de la restricción del título, abarca toda la biografía del «Justiciero» o el «Cruel», que de ambas maneras ha sido llamado. Y, antes de proseguir he de decir que me cuento en el número de los que sienten extraña simpatía por don Pedro. Así es que leo con satisfacción el serio estudio en que se le vindica, si no de todas las acusaciones que pasan sobre su memoria (porque la obra no es panegírica, al menos de bastantes y muy infundadas, y en que se hace resaltar lo sombrío y siniestro de la figura de su enemigo, el Bastardo.

Antes de recordar la drámatica vida de don Pedro, conviene fijarse en lo que fueron su padre y su madre, y en cómo los antecedentes de familia le predisponían al desequilibrio y a la neurosis. Porque negar el desequilibrio de don Pedro sería tan vano como

regatearle prendas extraordinarias de carácter y de valor.

En su padre, cuyo reinado hay que clasificar de glorioso, se nota la misma severidad en los castigos y justicias que en el hijo, e igual pasión por una mujer, con desprecio de cuanto pudiera estorbarla. Prendado de doña Leonor de Guzmán, con quien vivió veinte años y en quien hubo diez hijos, es indudable que Alfonso el Onceno dejó muy abandonada a la esposa legítima, doña María, en un lecho frío y poco fecundo, pues en veintidós años que duró su unión, sólo nacieron dos hijos: Fernando, muerto en la infancia, y el terrible don Pedro. Lo que éste había de sentir por la Padilla, lo sintió el padre por doña Leonor de Guzmán.

Doña María nieta de una santa, de la santidad anduvo muy lejos. Se murmuró bastante de su conducta; lo que de cierto se sabe, es que hizo traición a su propio hijo, conspirando, unida a los bastardos, contra él, y que aprovechó la oportunidad primero--muerto el rey Alfonso--para mandar degollar a su rival, doña Leonor. La rencorosa portuguesa, bajo apariencias políticas, vengó así las añejas humillaciones y los celos antes escondidos. Tal fue la que llevó en su seno a Pedro de Castilla.

Sería muy largo seguir al autor del libro que tengo a la vista, en el curioso análisis que hace de la

familia y de los allegados y vecinos del Justiciero, demostrando que jamás

«Amiga y buena
lució para don Pedro estrella alguna»

y que sólo vio a su alrededor solapados enemigos y traidores--empezando por aquel ser del cual no se duda: la madre. Lo más romántico de la biografía del monarca de Castilla, tan llena de dramas y de tragedias, es lo que se refiere a sus amoríos y bodas. Veamos qué aspecto revistió para don Pedro el amor.

A una de sus prometidas, doña Juana Manuel, la deshonró, contando ella doce años de edad, aquel bastardo de Trastamara que la suerte destinaba a alzarse como espectro fatídico en el camino de su hermano y señor natural. De este episodio surgió el de la degollación de doña Leonor de Guzmán, madre del bastardo, y tercera en la ofensa al rey.

La primera novia del Justiciero se llamó Blanca de Navarra, hermana de Carlos el malo, princesa intelectual y prudente. No cuajó este matrimonio, que acaso hubiese sido feliz. Tratóse entonces la boda con doña Juana Plantagenets.

«Aduarte fué su padre,

de Inglaterra rey é sennor...»

Para ser más exactos, hay que decir que a un mismo tiempo se gestionaba la boda con Blanca de Navarra y con la inglesita. Púsose ésta en camino para reunirse con su futuro, y al llegar a Burdeos murió de la peste negra--tifus, diríamos ahora... «Fué a reinar en los coros de las vírgenes» escribe el monarca inglés al del Castilla, que era todavía Alfonso XI.

Y, después de los dos fracasos, aparece la misteriosa, melancólica figura de doña Blanca de Borbón, en la cual el elemento trágico está a la altura de Shakespeare.

Don Pedro reinaba ya, y amaba a la Padilla. Blanca, hija del duque de Borbón, representaba la alianza francesa. La boda alborotaba a Europa. Traía la novia un equipo refinado, elegante, en doce cofres y muchos bultos; joyas de pedrería y perlas, ropa blanca delgadísima, en Castilla no vista nunca; trajes elegantes de seda y paño de oro, plumas y pieles de «petit gris», sombreros airosos enriquecidos con joyeles, guantes ambareños y hasta tres docenas de pares de zapatos, lujo inusitado entonces. En aquel tiempo, como ahora, Francia rodeaba de esplendor y de delicadeza a la mujer.

Y con estos atavíos emprendió su jornada la francesita. Hubo retrasos, dificultades, por cuestiones de pago de dote estipulada.

La tradición quiere que el bastardo don Fadrique, maestro de Santiago, aprovechase las complicaciones, y, encargado de recoger en Narbona y escoltar hasta Castilla a la novia de su hermano, la galantease y tuviese con ella larga historia de amor, con fruto. Sitges, concienzudamente, afirma que de tal hecho no existe en la historia prueba alguna. Sería raro que existiese. Donde falta el documento, el historiador no admite la realidad. Son, sin embargo, numerosas realidades, especialmente las amorosas, que no constan en documentos.

La tradición, palpitante en los viejos romances, se apoya en dos horrendas muertes dadas por don Pedro, a su hermano Fadrique en Sevilla, bajo la maza de don Juan Diente, y a su esposa en Medina Sidonia, bajo la maza del ballestero o alcaide Juan Pérez de Rebolledo. Y se funda también en el singular desvío del monarca, que dos días no más sufrió la convivencia de doña Blanca de Borbón. Yo confieso que la sola explicación a este hecho, a este desvío, entre una bella princesa de diez y siete años y un ardoroso rey de veinte, la veo en las causas que la tradición supone. Y en este caso--como en el de doña Juana Manuel--un bastardo se

sustituyó al legítimo dueño. Es difícil hallar otra clave

Sin tal clave, parecerá inconcebible el enlace de don Pedro con doña Juana de Castro, verificado en vida de la legítima esposa. En su conciencia no se creía bígamo don Pedro, aunque no pudiese publicar las secretas y vergonsozas causas de no ver en doña Blanca a su verdadera consorte. D. Pedro se juzgaba libre; si así no fuese, tendría las amigas a docenas, pero no se uniría a nadie ante el altar, como lo hizo en Cuéllar con doña Juana, dándoles la bendición un obispo lleno de virtudes, el de Avila, y asistiendo otro prelado renombradísimo, el de Salamanca. Acertadamente supone Sitges que el enlace del rey con la ricahembra doña Juana de Castro no fue fogonazo de capricho amoroso, sino acción meditada, para deshacer lo anterior, la boda fatal con la francesa. «A una reina desdeñada se oponía otra reina escogida» ¿Por qué tampoco habitó D. Pedro en compañía de la nueva reina? Sitges desplegando gran sagacidad histórica, entiende que fue porque le salió traidora en política. Los hermanos bastardos de doña Juana, unidos a los hermanos bastardos de don Pedro ofrecían aquellos mismos días la corona de Castilla al infante de Portugal. Y don Pedro abandonó a doña Juana, y nunca más la vio, y retiró los castillos que le había donado en arras, y volvió a sus

únicos amores fieles, hondos y dulces a la benigna, a la graciosa Padilla, antes «Mari Díaz» que al saber la boda del rey con doña Juana había intentado retirarse a un convento.

La Padilla es, en el negro destino de don Pedro, el rayo de luz. Los cronistas la califican de «muy fermosa», de «la más apuesta doncella que por entonces se hallaba en el mundo», y después, cuando sobre la gentileza descuellan las cualidades morales, alaban su entendimiento, su condición piadosa y afable, su paciencia y su lealtad al rey. No es fácil asentir a la idea de que fuese legítima «reina de Castilla» doña María, pero más valdría que lo hubiese sido.

Yo he recogido en mis viajes, un curioso dato. En una histórica ciudad de Castilla existe y he visitado un monasterio de monjas clarisas, fundado para una hija de don Pedro y de la Padilla, que allí se recogió. Las monjas poseían bienes donados por el rey, y estaban obligadas al poseerlos, a hacer funciones y sufragios por su alma. La desamortización quitó a las clarisas los bienes, continúan, sin embargo, ofreciendo los sufragios, las misas. Y al hablar de los fundadores, y de su hija, las santas mujeres dicen invariablemente, ahora en el siglo XX: «El rey don Pedro el Justiciero... La reina doña María... La señora Infanta»...

¿Por qué hemos de ser más severos que las castas monjas? La Padilla fue la sola mujer amante y tierna para don Pedro «su angel bueno», declara Sitges. Si en ella consistiese, don Pedro no cometería una sola crueldad. Su cara triste avisó a don Fadrique, el maestre de Santiago, de que la muerte se acercaba. La tradición ha solido ver en doña María a una sirena, y en Sevilla, al enseñar al turista la piscina donde se bañaba la amiga del rey, cuentan la inverosímil anécdota de que don Pedro quiso hacer beber a sus cortesanos del agua en que había flotado el cuerpo de la hermosa, y añaden que uno se negó a beber, alegando que «si cataba la salsa, pudiera antojársele la perdiz». Ni el rasgo a lo Asuero, ni la frase picante, tienen el menor aspecto de realidad. La Padilla salvo su amor por don Pedro, parece dueña honesta y grave. Vivió poco y no hay en su biografía más que cariño y bondad.

Otra leyenda destruida por la historia es la de doña María Coronel, la Lucrecia andaluza. Según las consejas, doña María, requerida de amores por don Pedro, se abrasó la cara con aceite hirviendo, para guardar su honor. En la faz de la momia incorrupta de la Coronel, hay quien cree reconocer, a la vuelta de seis siglos, las huellas y cicatrices de las quemaduras.

En opinión de Sitges, nada menos fundado que semejante tradición, respecto al rey de Castilla; don Pedro tuvo una aventura galante, con doña Aldonza Coronel, hermana de doña María; con ésta, no aparece por ninguna parte que tuviese nada.

Los maridos de las Coroneles fueron de lo más traidores a don Pedro, entre los infinitos magnates que con él incurrieron en felonía. Doña Mría la supuesta Lucrecia, murió siendo abadesa del convento de Santa Inés en Sevilla; y el haberse encontrado sus restos en ese estado de conservación que se llama «incorrupción», reforzó la idea de su heroísmo virtuoso. No falta quien desee beatificarla.

Don Pedro I no necesita una leyenda más, un drama añadido a los dramas de su existencia corta y terriblemente agitada por la violencia y la amargura. Como en las tragedias griegas, el fratricidio se cierne a su alrededor, las Euménides sacuden su rojiza tea, y si aquí hubiésemos tenido un poeta a la altura del gran Guillermo, don Pedro sería su héroe. La página tremenda de Montiel, que cierra el libro del señor Sitges, conserva toda su fuerza de horror, sugerente, como si ayer hubiese acaecido. Y agradecemos al autor de este completo estudio que haga resaltar la gallarda arrogancia del «Justiciero» y la villanía cobarde de las «Mercedes», que pudo vencer al león porque le cogió

desarmado, solo casi, y porque lo de Claquín o el vizconde de Rocaberti, o quien fuese, al ver que sin armas y todo don Pedro tenía debajo a don Enrique, le volvieron arriba, pronunciando o no la célebre frase: «Ni quito ni pongo rey...»

Y así, en la sangre y el crimen, nació aquella dinastía de Trastamara, en la cual la usurpación venció, y al crimen y a la usurpación se debió el espléndido reinado de Isabel I, que descubrió el nuevo mundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

38

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

COLON OTRA VEZ*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1910.

El descubridor es de esas figuras históricas que incesantemente están en tela de juicio; y como América es a cada paso más conocida en el viejo mundo, (que antes pensaba en ella mucho menos), lo que con ella se relaciona va entendiéndose mejor. No afirmaría yo, sin embargo, que los puntos controvertidos de la historia de América se vean ya, en general, a la clara luz de la depuradora crítica; todavía un romanticismo novelero predomina, y sólo así se concibe que haya, aún quien piense o sueñe en canonizar, como santo, a Cristóbal Colón.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 septiembre 1910: 7. No recogido.

La idea es antigua, allá por los años 1870 la hechó a volar un historiador, llamémosle así, de Colón: Roselly de Lorgues, francés. ¡Y cuándo un francés da en ser novelero, hay que temblar!

La historia de Colón que escribió Roselly, y en la cual la crítica y el examen de los hechos brillan por su ausencia, ostenta en cambio una intrepidez afirmativa que agrada a la mayoría del público, halagando sus cándidas concepciones. Para la gente, el que realiza ciertos hechos de extraordinaria magnitud, tiene que ser perfecto, tiene que apartarse del ser de hombre y dar en ángel, el enviado directo de la divinidad. La leyenda y no las verdades, buscan en los libros. Fue muy del gusto de la multitud todo aquello del carácter sobrehumano de la misión que cumplía Colón; de la revelación milagrosa que tuvo de la existencia de un nuevo mundo, con millones de almas que redimir y ganar para la fe; de las virtudes más que humanas que atesoraba el servidor y el enviado de Dios; y por efecto de esta teatral apoteosis de lo que no necesitaba desfigurarse para ser tan grandioso y bello la obra de Roselly de Lorgues vio multiplicarse sus ediciones y traducida al castellano, gozó de popularidad que nunca lograron las más verdaderas e informadas narraciones de nuestras gloriaas. Solís, el elegante, Ercilla, el épico, y el mismo Irving, que

supo sentir nuestros hechos magníficos, no lograron lo que el francés que peinó a la pomada de rosas el descubrimiento...

Roselly de Lorgues pertenecía a la falange católica; fue amigo del cardenal Mastal Ferretti, que poco después ocupó el trono pontificio con la designación de Pío X. El papa alentó con notables distinciones y palabras muy halagüeñas los trabajos de Roselly; y, bajo esta aprobación de su santidad, latía el deseo de que apareciese el descubrimiento como algo patrocinado por la Santa Sede y por Italia a la par, si no en grado más alto, que por España. Deseo legítimo y natural que ningún país dejará de sentir, el de llamarse a la parte en tan espléndido acaecimiento; pero la verdad tiene sus fueros, y al cabo prevalece. Cuando Roselly llegó al extremo de querer que se iniciase la causa de beatificación de Colón, Pío X dio largas al asunto, porque ya el caso era de conciencia y grave reponsabilidad, y el proceso ni aun llegó a iniciarse. Las solicitudes presentadas de vez en cuando por varios postulantes, durmieron el sueño del olvido en la secretaría de la Sagrada Congregación de Ritos, y del mismo campo católico salieron muy numerosos impugnadores, no de Colón como descubridor y glorioso cosmógrafo y navegante, sino de Colón como justo y poseedor de las relevantes virtudes, en grado heroico que requiere la santidad.

Claro es que cuando en la biografía de un hombre se encuentran páginas que le presentan sujeto a las mismas flaquezas en que caen los demás míseros mortales; cuando hay hechos que lo acreditan de cruel, codicioso, y aun algo incontinente, no por eso se le ha de regatear la admiración a que por otras altas cualidades tiene derecho, pero ya basta para que no se piense en hacerle novenas ni poner su efigie en los altares. Pero si la base misma de la misión y revelación que se le atribuye falta por completo; si se demuestra que el supuesto inspirado no sabía palabra de tal inspiración ni de tal misión, entonces es todavía más extraño que se quiera fundar en ella la santidad del personaje histórico. Colón ni aun podía decir, como los Atilas y Alaricos que venían a destruir la corrompida sociedad romana. «Yo soy el brazo de Dios». «Yo camino y siento que alguien me empuja». Es evidente que aquellos bárbaros tenían noción más clara de lo que iban a realizar, que el Almirante; y con todo eso «San Atila» no figura en el Calendario. A Colón ni aun le queda el asidero de haberse dado cuenta de lo que su empresa significaba; y con fundamento pudo escribir el jesuita padre Cappa, que Colón ignoró la existencia del nuevo mundo, y murió sin haberla sospechado siquiera.

Por eso es de las falsificaciones históricas más frescas y donosas la que le presenta probando c, por b,

a los teólogos de Salamanca, representantes del obscurantismo y de la ignorancia española, que ese nuevo continente existía.

Palabras del mismo Colón prueban este caso, no tan extraño ni peregrino como a primera vista se creyera. El tanteo y el caminar entre brumas, a la aventura, guiados por la esperanza, son condiciones que acompañan a los hechos más señalados. El que viene después, ningún mérito tiene en saber lo que su antecesor, forzosamente, y dadas las circunstancias desconocía. Colón según se cree, y la especie ha sido acogida con gran brillantez en el terreno poético por Mosén Jacinto Verdaguer, en su Atlántida, pudo reunir noticias de pilotos y mareantes sobre la existencia de tierras atlánticas; pero, en su imaginación, influída por la lectura de Marco Polo, esa tierras eran Ofir, el Catay, la gran Cipango, y en ellas abundaba el oro; el que tuviese la fortuna de descubrirlas, encontrando el camino para las Indias y país de la especiería, adquiriría riquezas fabulosas y podría acometer la empresa de rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles, cubriéndose de gloria, y prestando inmenso servicio a la fe. Porque Colón era cristiano, religoso, más que otros hombres del Renacimiento; eso es tan seguro, como lo es que fue pecador; y su mente ardorosa--que a no haber existido los reyes de España,

tan amigos igualmente de magnas empresas, quizá hubiese pasado por mente de loco--concebía el soberbio plan, realizaba lo que las Cruzadas no habían logrado, y completaba la obra de la Edad Media, la obra de nuestra Reconquista; a la humillación de la Media Luna, el desquite de la Cruz. Tal vez se fantaseaba con la diadema de los Balduinos y los Godofredos, pues no era corta ni mezquina la ambición del genovés.

La Providencia lo tenía señalado para cosa bien distinta. En vez de completar la Edad Media, le llamaba a completar el paneta, señalando caminos a la necesidad de expansión del Renacimiento que alborearaba.

Algunas veces he pensado en como se dispusieron las cosas para que tan inmenso suceso se verificase, en las condiciones menos adecuadas para que verificarse pudiese, y sin que el autor de la proeza inaudita sospechase lo que ejecutaba.

Desde Europa, nos dice un docto expositor, se podía descubrir el Nuevo Mundo por cuatro rutas: la más natural, sin género de duda, es la del nordeste, en que sólo divide a los dos continentes un estrecho. Debía ser un ruso quien revelase a la humanidad la América desconocida, pero era muy triste y muy árido el suelo que habrían de pisar los descubridores. Otro camino relativamente fácil, el del noroeste; y, en realidad,

por esta parte, descubierta estuvo América desde mucho antes de Colón, sin resonancia y sin resultado. Monjes irlandeses; reyes de mar normandos; nobles noruegos; habían abordado la «tierra verde» o Groenlandia. Y algo exploraron los noruegos, que hoy reclaman, para Leif Erikson la prez de descubridor de América. El mundo no se enteró; aquel descubrimiento, si lo hubo, quedó olvidado. Un barrunto, un presentimiento, las noticias legendarias acerca de Islandia, la «última Thule», llevaron a Colón allí en 1477.

Y si emprende por allí el descubrimiento, tampoco lo conocería mucha gente.

El otro camino, el del sudoeste. Por las islas de Cabo Verde pudo descubrirse, lo primero, el Brasil, e inmortalizarse doblemente el portugues Alvarez Cabral. Pero Colón, en su ruta, siguió siempre, desde las Canarias, el rumbo de Occidente.

Parece que todo desaconsejaba esta dirección. Era lanzarse a un mar desconocido, porque desde las Canarias hasta las Lucayas, la distancia es enorme. Las brujerías y las consejas rodeaban de misterio aquel pavororoso desierto de agua. La verdadera aventura--pero también el verdadero éxito--estaban allí. Y esa grandeza de ánimo, que no se arredra ante lo ignoto, lo que achica a los espíritus menguados; es una de las excelsitudes de Colón.

La eleccción de ese derrotero vino a ser acierto grande, porque emplazó el descubrimiento en las regiones más fértiles, hermosas, civilizadas y pobladas del continente nuevo; y con razón dice el sabio que ha tratado este punto concreto, que fue lo mismo que si dado el caso descubrirnos los americanos a nosotros, no hubiese arribado a Laponia ni a las costas del Africa, sino a Italia, Grecia o al Asia Menor.

Tal fue el certero instinto que guió a Colón, y en esto hubo, a falta de revelación divina, fuera de lo que permiten las leyes naturales, esa intuición del genio, que en un momento dado dicta las grandes impulsiones y enciende las antorchas que han de alumbrar el mundo.

En la obra de Colón, hasta la parte de inconsciencia interesa, porque Dios se sirvió del error para sacar a la luz la verdad encubierta tantos miles de siglos. Y por eso es pueril negar lo inconsciente en Colón, querer convertirlo en certidumbres que no podían existir. Colón partía de lo conocido a lo desconocido, empleando el método inductivo, sin darse cuenta de que lo empleaba. Ambicioso de lo muy grande, ¡cuál hubiese sido su orgullo y su elegría, si pudiese adivinar que había descubierto un mundo! En realidad, sólo creyó haber encontrado no tierras nuevas, que la humanidad clásica ignorase, sino el camino fácil de

otras muy conocidas, «la tierra firme de Asia» son sus palabras textuales. Las comarcas objeto de sus afanes, eran aquellas que no habían cesado de ocupar la imaginación de los europeos; la parte del Asia comprendida entre el río Indo y la península de Corea; la comarca testigo de las hazañas de Alejandro, y la China y el Japón; el país de los grandes Kanes tártaros, recorrido y visitado por los mercaderes venecianos y descriptos con fogosa fantasía por Marco Polo. Los portugueses tenían igual anhelo, y desde principios del siglo XV, buscaban tenazmente la ruta marítima hacia esas regiones donde sólo por tierra había sido posible penetrar. Colón aspiraba a dar cima a la empresa, surcando sin temor proa a occidente. Y, engañado por la figura del archipiélago de las Lucayas, creyó encontrarse en el otro archipiélago que, al decir de los viajeros, existía alrededor de Cipango. Y la belleza y esplendor de las tierras encontradas pudo también deslumbrar a una imaginación exaltada por los relatos mágicos del veneciano ilustre, a quien, indirectamente, tanta parte toca en el descubrimiento.

Otro personaje que, ya no indirecta sino directamente, debe reclamar muchas hojas de ese lauro, es el piloto Martín Alonso Pinzón, natural de Palos de Moguer, español insigne, uno de esos que el rico bloque de la raza ofrece con largueza siempre que se presenta

ocasión de alto empeño. Es posible que sin Martín Alonso Pinzón, la empresa de las «tres blancas carabelas» no se hubiese visto coronada por la fortuna. Su papel en el viaje aseguró el resultado. Pinzón había viajado mucho, era buen capitán, gran marinero, y, al decir de sus contemporáneos, «sabio en mucha manera». No existía nos dicen, en aquel tiempo, hombre tan determinado, ni más valeroso ni mejor para cualquiera acción de guerra o mar. Sin Martín Alfonso Pinzón, no hubiese sido fácil el armamento y equipo de naves, porque los marineros recelaban de la misteriosa aventura; pero el ver a bordo a Martín Alonso y a sus hermanos Francisco y Vicente, alentó a los que se horrorizaban de las contingencias del mar tenebroso y las islas desconocidas. «Martín Alonso--dice un testigo ocular--traía tanta diligencia en allegar la gente y animalla, como si para él y para sus hijos hubiera de ser lo que se decubriese». Y falta hizo todo, porque a Colón, entre la gente sencilla de aquella costa, se tenía por mentecato alunado, y a su idea por desatino insigne. Es también cosa que parece demostrada, que Pinzón adelantó, dinero para armar las naos.

Cuando, adelantado ya el viaje, la gente se mostraba descontenta, y el mismo Colón pensaba en volverse, la tenacidad ibérica de Pinzón sostuvo la constancia del Almirante, ofreciéndose el de Palos a

ahorcar media docena de pusilánimes, «que armada que salió con mandado de tan altos príncipes, no habrá de volver atrás sin buenas nuevas». Llegados ya al término del viaje, fue la carabela Pinta, la de Pinzón la primera desde la cual se pudo lanzar el grito de «¡Tierra!»

Sacando algo de quicio las cosas, pudiera sostenerse que el verdadero descubridor fué el piloto de Palos; pero esto sería atenerse a lo literal, más que a lo espiritual. De todos modos, Pinzón vio antes que Colón la tierra, aunque de Colón se haya afirmado que vió la luz. En la preparación del viaje, en el viaje mismo, el auxilio de Pinzón fue decisivo; y aunque algunos de los que quieren canonizar a Colón en todos los terrenos intenten calificar de deserción el acto de la Pinta, desviándose de las otras dos carabelas y acercándose a las costas de Haití, ni el mismo Almirante, único que fundadamente pudiera quejarse, lo hace en su Diario, a pesar de que en él, en los calificativos aplicados a Martín Alonso, se desborda el enojo causado por el hecho real de que se le adelantase y aventajase la Pinta. Tan real, que Carlos V otorgó a los Pinzones, por armas tres carabelas en la mar, «y que de cada una de ellas salga una mano mostraron la primera tierra que hallaron y descubrieron».

De todo lo dicho sólo una consecuencia quiero deducir: y es que Cristóbal Colón no tendrá su rezo propio en el misal. Es cosa extraña: en esta época, nada propicia a la santidad, los admiradores indoctos o fanáticos de los grandes hombres no se contentan con menos que la canonización. Yo he oído sostener, en serio, que han sido santas, personas que... no lo han sido, y tente lengua. A Colón bástele la gloria humana, que, en este grado, tiene mucho de divina, y desde luego lleva un reflejo de la soberana mente que trazó los planes de la creación.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

39

CARTAS DE ESPAÑA

LA CARTULINA*

(Para LA NACION)

El correo, que me trae tantas cosas singulares, acaba de traerme una en apariencia insignificante, que desde el punto de vista de las costumbres merece ser notada. Es un trozo de cartulina en que, con derroche de primor litográfico, un pobre diablo, muy menesteroso, que a cada momento se duele y se queja de la dificultad de sostener a su numerosa prole, me participa cómo acaba de nacerle un hijo más. Y esta cartulina a la moda, mate, gruesa, no se diferencia un pelo de otra cartulina también mate, en la cual un alto personaje de Francia me participa su casamiento...

¿Qué pensáis de la igualdad? Penséis lo que penséis, no podéis negarme que esta igualdad es de cartulina pura, y que la cartulina es materia de resistencia muy escasa.

* Publicad en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 7 septiembre 1910: 7. No recogido.

Yo ya sé que los afectos de familia son independientes del estado de fortuna, de posición social. Cada padre quiere igualmente a sus hijos y si no le sobra qué darles de comer no por eso deja de alegrarse de su venida a este mundo, aunque ello implique exceso de optimismo. Hasta se explica que con ocasión del bateo, se convide a los amigos, a lo que buenamente se pueda, y haya broma y guateque, en las bohardillas muy humildes de Madrid, cuando nace un rorro. Lo que ya no entiendo, es el trozo de cartulina.

No se suponga que el esnobismo (enfermedad reinante) aflige sólo a las clases acomodadas. La vanidad, base del esnobismo, existe donde quiera, y lo padece la gente modesta... digo, la que debiera ser modesta, pero no lo es. He aquí por qué no puedo menos que sonreírme cuando leo o escucho diatribas contra las altas clases. Nadie que pudiere pertenecer o dar a entender que pertenece a ellas se privaría de ese gusto.

La cartulina es uno de los medios más accesibles, de imitar a la gente de posición; cuesta una friorera hacerse esas tarjetitas y no es un sacrificio remitirlas por correo. No se pueden imitar con cartulina los automóviles, la buena mesa, la casa organizada según las reglas del confort, el vestuario a

la última, las obras de arte, el palco, el viaje de verano, tantas y tantas cosas como la posición demanda; pero un recorte de cartulina, ¡bah! esto está al alcance del más desabrigado... y, por unos minutos, mientras funciona la esquelita «de faire part», la fruición de la igualdad hincha un momento el corazón comprimido por el dolor continuo de no representar el papel que se desearía en este escenario pasajero de este mundo.

Como actualmente no se entiende de ascetismo; como se acabaron aquellos hombres que conocían y practicaban el ejercicio viril de la renunciación, ya no hay quien mantenga el orgullo noble de conformarse con el destino, pero, en cambio, todo el mundo esta inflado de esa vanidad pueril cuyo imperio parece crecer a cada paso haciendo soñar imaginarias igualdades. Y, por reacción contra esa corriente, las costumbres alzan vallas más altas que nunca, no sólo entre las clases sociales, cuya existencia es innegable, sino entre individuo e individuo.

Se ha acabado la casta de los Pedros Crespo, que exclamaban con altanería castiza:

«Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos...

A este modo de sentir corresponde una convicción acendrada de la propia dignidad, y los que asisten a la representación de El alcalde de Zalamea (cuya acción pasa en los tiempos más característicos de la vieja España, bajo Felipe II), aplauden subyugados por la belleza moral de la escena en que Juan Crespo, hijo de Pedro Crespo, el labriego, responde la pregunta del capitán don Alvaro de Atalde:

«¿Qué habíais de hacer?
«... Perder
la vida por la opinión.»
Y al insistir don Alvaro:
«¿Qué opinión tiene un villano?»
«Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.»

Por el camino de la cartulina, he venido a parar a las evocaciones de la antigua dignidad de acero, de fino acero Todelano. Pero la cartulina me atrae nuevamente; la representativa cartulina cuyo oficio es cada día más importante, y merece estudiarse su influencia, su oficio en la vida social... que bien pudiera llamarse acartulinada.

No se considere exageración: en Madrid, la existencia está consagrada a la cartulina. La mitad del día, por lo menos, a la cartulina pertenece.

¿Suponéis que por la tarde en Madrid, se sale a esparcir el ánimo a tomar el aire, a pasearse en suma? Desengaños; se sale a practicar los complicados ritos del culto de Santa Cartulina. Se sale a dejar tarjetas... No hay día en que puede prescindirse de esta obligación. La víspera, os han presentado a una diplomática. Tarjeta. Otra persona previa presentación también, os ha soltado cartulina. Tarjeta a las 24 koras. Han llegado del extranjero o de provincia unos conocidos. Tarjeta. Que otro conocido esta enfermo. Tarjetazo. Que se muere: tarjetazo, y apuntarse en la lista. Que se cumplen los nueve días de muerto. Nuevo tarjetazo a los supervivientes. Que hace el mes. Tarjetazo limpio. Que es el aniversario Idem. Que da a luz una señora. Tarjeta. Que se casan dos (naturalmente dos tenían que ser) cartulina de dar parte, cartulina de tarjeta felicitando; y no sólo a los novios sino a las familias de ambos contrayentes.

Y no hablo de tarjetas que es preciso «dejar» al uno porque le ascendieron en su carrera; al otro porque le han hecho ministro, a aquel porque le dieron la gran cruz; al de más allá, porque en la prensa se ha publicado un artículo donde le ponen de hoja de

perejil, y conviene demostrarle que se le profesa simpatía. Después de un sarao, tarjeta a la dueña de casa, que os invitó y etcétera. Con esa devanadera de cumplimientos, deberes de cortesía y atenciones imprescindibles, todas las tardes es preciso recorrer de punta a cabo la ciudad; no sé en qué consiste siempre las visitas del día [las cuales] caen en barrios muy distantes entre sí.

Cierto amigo mío sostenía que las visitas debieran hacerse, reuniendo una vez al año en la plaza de toros, a todas las relaciones, y recorriendo las filas repartiendo cartulina con lo cual el resto del año no habría que pensar sino en pasearse y divertirse... Y a fe que la ocurrencia no era mala. ¿Qué significa una tarjeta? Que deseamos sostener relación con la persona a quien se la dejamos. Si hay un medio sencillo de expresar la misma idea, ¿por qué no emplearlo?

A pesar de las continuas quejas que inspira la pesadez de repartir tantísimas cartulinas, nadie pone remedio. Sigue la lluvia de tarjetas. Y el nacimiento de las cartulinas en el cacharro de Sévres o de Sajonía donde van depositándose, es el testimonio tangible de la consideración social, que ha remansado allí.

Hay quien propone, como solución práctica, que un criado reparta las tarjetas. Al fin y al cabo nunca se sube a las casas a no estar autorizado por previa

invitación, o a no mediar confianza suma. Lo malo es que no existen servidores enterados de las infinitas menudencias que forman la complicada red social; red de mallas estrechas y a veces se enmarañan diabólicamente. Un error una «gaffe» en tan delicadas cuestiones, sería desastroso. La cartulina ha llegado ha ser algo tan personal que nos compromete.

El único medio de evitar el «lío» es llevar la cartulina sin intermediarios...

¡Cuántas desazones qué de tercos rencores, por falta, por la sobra, por el retraso de la cartulina! No devolver una tarjeta, es agravio. Equivale a desconsiderar a una persona, sobre todo si pertenece al sexo femenino. En otro terreno se puede aceptar o rehusar el trato; en el de la cartulina no aceptarlo equivale a no devolver un saludo ofensa directa. Sin muy fundados motivos no se puede dejar impagado el tarjetazo. He presenciado desazones serias, basadas en que una tarjeta faltó; he visto surgir campañas de descrédito, de injurias, de despellejamientos feroces. Nada infunde tanta saña como el arañazo en el amor propio. Y esto desde los tiempos medioevales y con doña Lambra de Bureva y doña Sancha de Lara, y acaso desde los semifabulosos, con los Niebelungos, en que la riña de Brunhilda y Crimhilda ocasionó tan fieros males.

Otra clase de cartulina que también se presta a odios y enconos, es la que contiene la invitación a bailes, conciertos, saraos y tés. Complica la cuestión la cartulina de visita. Todo el que es «visita» de una casa, cree tener derecho a ser invitado cuando en esa casa hay alguna fiesta o regodeo. Difícilmente se le convencerá de lo contrario.

En vano se escudarán los que reciben con la frase estereotipada «las casas no son elásticas» porque, convencido todo el mundo de que en efecto, las casas no poseen la propiedad de estirarse y encogerse, como los acordeones, nadie admite, que, al hacer la selección, le excluyan. En vísperas de una reunión sonada, se espera la cartulina, con emoción secreta. A medida que los días van pasando y la cartulina no parece, las caras se alargan, los hocicos se fruncen, el mal humor empieza a rezumar. Peor si alguien pregunta con solapada malicia: «¿Ha recibido usted la invitación de los marqueses del Nidal de los Buhos? ¿No le ha convidado a usted todavía la embajadora de San Balandrán?» Y suelen entablarse diálogos por este estilo:

--Será que convidan por orden alfabético, y usted tiene la Z.

--No, porque las de Zapirón ya han recibido su convite.

--¡Ya caigo! Será que convidan por barrios y ustedes viven en el último.

Y a renglón seguido del desaire, la venganza. Los marqueses del Nidal de los Buhos son unos tronados; tienen hipotecada su fortuna, y cada fiesta, cambian de «fourniseurs», porque ya en parte alguna quieren fiarles, a los grandísimos tramposos. La embajadora de San Balandrán, allá en su tierra, fue una modistilla y su madre tenía tienda de fideos. Y otras amenidades con las cuales se hace hoy el daño que se pude, a falta de los antiguos y «demodés» puñales y venenos. Hay quien llega (horresco refrens), [sic] hasta el anónimo, por desahogar la furia de una cartulina que no vino:

Hay un caso en que la cartulina llega; y es peor que si no, porque llega después que la fiesta se ha celebrado. El que la recibe así conoce que se ha empleado un ardid, una perfidia y una burla. La cartulina se le ha clavado en el alma. Si puede se vengará. Ocultará la mortificación, por no dar que reír a los maliciosos; esperará tranquilo... y cuando suene «la hora de todos y la fortuna con seso» experimentará el placer de los Dioses.

Si por la cartulina se crean enemigos, también se pueden captar simpatías. Con las recepciones del ministerio de H o de B, se han sumado y aunado voluntades que parecían inconciliables, se han

reforzado partidos políticos cuyo tinglado, de laboriosa armadura se venía a tierra,--y también se han axteriorizado frialdades de la sociedad, desvíos que han contribuido a la caída de una situación. La cartulina ha desempeñado--¡vaya si ha desempeñado! un activo papel político, y en épocas revolucionarias ha sido arma contra la Gloriosa. La severa Clío, que todo lo apunta, no tuvo, más remedio que apuntar los hechos de la cartulina del 68 al 75. Con la tarjeta de visita y su apéndice de la invitación se defendió gallardamente la causa del rey Alfonso XII, se restauró la Monarquía. No diré que no hubiese otros resortes, pero la tarjeta, jugó. Entonces la ciudad cerraba sus puertas al que no pensaba como ella en política. Hoy a pesar de algunos conatos--¡cuán recientes!--de hacer lo mismo la diferencia prevalece. El instinto de defensa propia, que en aquellas críticas circunstancias la guiaba, ha desaparecido y la sociedad, contagiada de la frivolidad ambiente de las corrientes de decadencia, ya ni tiene opiniones. Sólo la mueve el esnobismo--y he aquí que esta crónica acaba como empezó, refiriéndose a una enfermedad social, una «grippe», que afecta a todo el organismo, debilita las energías y se contagia rápidamente. Es el esnobismo el que regula la vida de una sociedad como la madrileña, en la cual sería muy difícil precisar con exactitud la razón de los

encumbramientos y la ley de las superioridades. Por lo menos el criterio del 68 al 75 era claro y definido, y obedecía a razones históricas. Cuando la sociedad «boycotizaba» al rey Amadeo, preperaba sucesos en armonía con sus aspiraciones. Hoy nadie sabe por qué mangonean los círculos de buen tono menganito o suzanito. La cartulina se ha vuelto loca a lo que parece.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

40

CRONICA DE ESPAÑA

ALREDEDOR DE LA CIENCIA*

Desde que allá a mediados del siglo XVIII el padre Feijóo escribió sus Paradojas médicas, e impugnó los sistemas de curar que por entonces se estilaban, la ciencia ha caminado mucho, y en España, aunque hayan llegado retrasados como llega casi todo, van infiltrándose también la medicina y la higiene a la moderna.

Estoy por decir que hasta abusamos ya un poco de este último registro. Gran cosa es la higiene, sí señor, ¡pero estar también siempre pensando en ella! ¿Acaso viviremos más años, por andar acongojados todo el día con la idea de que el alimento se ha de sujetar al estricto régimen, y la desinfección ha de ser una tarea que no nos consienta reposo?

Dicen que sí; que viviremos más años. Y que el cólera, oponiéndole un baluarte de sublimado, una trinchera de formol y una barricada de cloruro, no se atreverá a elevar su fea cabeza de calavera por cima de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 septiembre 1910: 10. No recogido.

los Pirineos, ni a saltar a tierra en los muelles de nuestros puertos del litoral.

Respecto al cólera estoy conforme. Por algo aquellas pestes de la Edad Media... y de todas las edades, pues también el siglo pasado las conoció, han desaparecido. Este ramalazo de cólera en Italia lo considero fácil de conjurar. Treinta invasiones, aunque fuesen diarias, no pueden alarmarnos a los que, si no lo recordamos, al menos hemos oído referir trágicos episodios del cólera, que allá por los años del 50 al 55 asoló tantas ciudades y vino a ser, no la casual visita, sino el «huésped del Ganges»; el azote que descarcaba a plazos fijos. Aterra la cifra de seiscientas invasiones diarias. Hubo casas que se quedaron vacías; hubo familias de nueve o diez miembros, que desaparecieron. En bastantes calles, de una acera no se podía citar vivienda que no estuviese contagiada. En las iglesias, la gente se caía, repentinamente atacada del morbo.

Y nada de esto sucede ya. Sin que España se encuentre todavía a la altura higiénica a que debe aspirar, no es tampoco un país como Rusia, en el cual la suciedad, fomentada por el rigor del clima, presta campo abonado a todos los gérmenes de infección.

Sobre esto de la limpieza hay mucho que contar y que reñir. No pretendo defender a mi patria, porque

más bien se debe pertenecer al partido de los descontentos, inquietos del bien futuro. Conviene que reparemos en nuestras deficiencias y las remediemos; pero tampoco hemos de dar por supuesto que somos los únicos que llevan ribete gris en el cuello de la camisa. ¡No, pardiez! Francia, por ejemplo, se ha descuidado mucho, de algún tiempo acá. Sus hoteles no presentan ahora aspecto comparable al de los de Suiza, verbigracia. Hablo de la generalidad. Naturalmente las excepciones no se cuentan. En el museo del Louvre (sí, en el propio museo del Louvre) ciertos departamentos que tienen fama de revelar, a simple vista, el grado de cultura higiénica de las naciones, son... inferiores a los de las ventas castellanas. Al menos, lo eran hace dos años. Los de Luxemburgo, tampoco brillan por su aseo.

En Portugal, país adelantado, sabemos por Castello Branco y Eça de Queiroz que no faltan motas. Lisboa esta invadida por una plaga de cucarachas. ¿Hablamos de países meridionales? Pasemos a los del norte. ¡El norte! ¡La superioridad de los anglosajones! En Londres--hace diez días corrió por la prensa--existen barrios donde no solamente pululan impunes los foragidos y se ataca a la gente a mano armada, en verdadera pelea, sino que el hedor impide acercarse. El desaseo y la falta de policía son la

regla general en Escocia, los chiquillos andan descalzos y pordiosean; acaban de decírmelo, asombrados, unos amigos míos que ahora la recorrieron, perdiendo bastantes ilusiones y gastando no poca colonia. Yo viajé por Holanda, que es la limpeza proverbial. En Amsterdan y Rotterdam, los barrios judíos son una pintoresca y maloliente exhibición de trapos, roña y mugre. Ningún mendigo español, de esos que parecen hechos de yesca, se compara a los hebreos pedigüeños y con pátina a lo Rembrant, de los «ghettos» holandeses. Y parece que todavía los judíos polacos «baten record». La humanidad es naturalmente sucia, por lo visto; y lo adquirido, y lo difícil de conservar, es el destino de la higiene y de la pulcritud. Que la idea de estas virtudes ha existido siempre en España, lo prueban ciertas locuciones populares, comparando a algunas mujeres a «los chorros del oro» y algunas ciudades a una «tacita de plata»

Lentamente, sin embargo, aquí entran las nociones científicas, populares, claro es, de la higiene que evita los contagios. Ya se escupe menos en el suelo. Ya se empieza a barrer sin levantar polvareda. Ya se enceran los pisos aquende las Vascongadas. Ya se filtra el agua. Ya se emplea el sublimado a todo pasto. Ya la lejía ha adquirido carta de naturaleza. Ya se vacuna activamente. No hablo de los cuarteles,

donde en esas materias de higiene el progreso ha sido enorme. Y también será incalculable el beneficio que reportará a la raza la función higíenica del cuartel.

Aquí jamás causó el alcoholismo tantos estragos como en los países del norte; en cambio, se bebió menos leche, excepto en las majadas y apriscos, que en otras naciones europeas. Los flamencos, con leche y manteca, nos resistieron a nosotros, que llevábamos en las venas la sangre añeja de Cristo, el rayo de sol de la vid. Hoy el consumo de leche va aumentando hasta tal punto, que no sé cómo alcanzarán las vacas, ni aun las cabras y ovejas, a surtir el mercado de ese líquido cúralo-todo. No hay mal que no se remedie con lactancia. ¿Para el estómago? Mano de santo. ¿Para el reuma? Milagroso. ¿Para los riñones? Insustituible. ¿Para esto, aquello y lo otro? Para cuanto ocurre. Así es que preveo la tranformación de los campos de trigo y maíz en verdes prados, donde las vacas se refocilen. Con esto, y con bautizar el blanco néctar, saldremos del apuro de una humanidad que ha vuelto a la primera infancia.

Yo, sin embargo, sospecho que en el asunto puede influir algo la moda. Hace veinticinco años era la carne lo recomendado por la ciencia. Después se habló de toxinas, de residuos en el organismos, y la carne se desacreditó. Pero la ciencia, atiborrando de biftecks

a los niños, formó una generación de artríticos, y creó una necesidad dispendiosa, porque los que fueron niños entonces, hoy no se conforman sin chuletas, solomillo y contratapa. No les habléis de arroz ni de garbanzos ni de acelgas. Reclaman la «sangrienta ración de carne cruda» del cosaco. Tan pronto nos prohiben el jamón, a causa de la triquinosis, como el tomate, por el ácido oxálico; y a la vuelta de algunos meses, rehabilitan el jamón y el tomate a la vez, con lo cual ya tenemos el derecho de proclamar que las magras atomatadas son la mejor combinación que cabe soñar, dentro de la esfera culinaria.

He aquí por qué digo que bueno está lo bueno, y que venga higiene, pero no sea cosa que vivamos pendientes de un bocado o de un desinfectante. A no ser que sea en tiempo de epidemia...

En uno de los más crueles que la Coruña hubo de sufrir; cuando todos vivían de jalea de membrillo y de sopa seca de arroz, cierto zapatero muy pobre se propuso hacer lo que se le antojase. De balde le daban las verduleras melones, pimientos y otras frutas y legumbres, que nadie quería comprar, y el buen hombre se atracaba, riéndose de los entierros que veía pasar por delante de su chiribitil. Y atravesó sano y salvo y gordo el período tremendo y sostuvo la tesis de que, si sus convecinos hubiesen seguido el mismo régimen, no habría cólera que les entrase.

Hablando en serio--¡y tan en serio!--no cabe sino aplaudir cuando los conocimientos higiénicos y los hábitos que traen salubridad se generalizan. Si las escuelas diesen a todos ciertas nociones, siquiera elementales, no se producirían hechos tan horribles como el crimen de Gador, que es un crimen de ignorancia y de salvajismo puro. Unas luces de instrucción quizá bastarían para evitar el inconcebible atentado.

Todavía, en las aldeas y en los pueblos del vencindario reducido se tiene más fe en el curandero que en el médico. Algunos cuantos me han inspirado este tema. Del médico se desconfía; se temen sus recetas; no convienen sus prescripciones. Al curandero se atribuye virtud quizá milagrosa. La superstición se agarra, con sus mil tentáculos de pulpo, a tal creencia.

Antigua, ancestral probablemente, es también la convicción de que al despojo orgánico del hombre o del animal comunica las energías que ejerció en el organismo. La médula del león ¿no presta valor? La sangre caliente ¿no lleva en sus ondas la vida? La historia ha conservado ejemplos de tal medicación. Emperadores envejecidos, libertarios gastados, se procuraban baños de sangre como tónico. En París, en el matadero, los tísicos van a beber sangre de ternera y de buey antes de que se coagule. Y no sólo en la

sangre donde el vulgo cree que reside misteriosa fuerza. En las «mantecas», en la grasa que recubre los órganos más vitales, se han supuesto propidades extrañas. La historia que refiero en «Un destripador de antaño» no es inventada. En Galicia el «unto de moza rubia» ha sido considerado el más eficaz remedio, la mágica pomada que restituye el vigor.

Del reino sombrío de las supersticiones pasó esta idea a la confusa ciencia médica de los antiguos. Era el médico el que recetaba el baño cuyo licor salía de las venas abiertas de un ser viviente; era el médico el que ordenaba «el redaño de carnero» caliente aún, el animal desventrado y aplicado sobre el pecho y el abdomen del enfermo. Todavía recientemente se ha hablado de curación de «lupus» por la aplicación de trozos de carne fresca; el «lupus» devoraba esa carne y cesaba de roer la de su víctima... Y si en todo esto hay tanto de anticientífico, existe no obstante cierto viso de ciencia en embrión, ignorado aún, que tiene, sin homología por lo menos analogía con las transfusiones de sangre, los injertos de piel humana y la alimentación vestal con sangre de carnero...

Y consideremos las dos caras de la humanidad, la dualidad extrañísima de nuestra especie... Al reseñar el espantoso crimen de Gador, recordemos a la hermanita del Buen Consejo, que tendió el brazo entregando la

piel necesaria para el herido. Quizá lo que caracteriza a la humanidad, es ser capaz de todo, en lo bueno y en lo malo, hasta más allá de lo concebible. El crimen de Gador nos retrotrae a las edades primitivas, ofreciendo la particularidad horrible de que intervinieron en él, sin asomos de vacilación, ocho fieras, tres hembras y cinco machos cuyos retratos trágicos a fuerza de bestialidad y fealdad han publicado estos días los periódicos.

El drama es sencillo, sin complicación alguna de psicología. Un jornalero, tuberculoso, consulta a un curandero, el cual mediante una suma relativamente fuerte, se ofrece a curarlo con remedio infalible. El remedio son la sangre y las mantecas de un niño. Toda la familia del enfermo se pone en movimiento para descubrir y raptar a la criatura. La consiguen, la llevan engañada, y el siniestro curandero hace de sacrificador, mientras las mujeres recogen el espumante líquido, lo baten, lo azucaran, y el enfermo lo bebe, exhalando un grito ingenuo, de egoísmo salvaje: «¡Mi vida antes que todo!» Después arrancan las entrañas, y las aplican, en emplasto digno de las brujas de Macbeth, sobre el esternón del tuberculoso... Consumado el acto sin nombre, como diría Shakespeare, el corpezuelo martirizado fue todavía rematado con palos y piedras, y enterrado en el monte. Y estos

criminales de Gador parecen justificar las teorías de los que ven el crimen algo regresivo; sus caras presentan caracteres de otras edades, su arcada superciliar avanza como la de los cráneos primitivos, son prognatos de la mandíbula, tienen las orejas en forma de asa, y una de las hembras--la esposa del tuberculoso--posee la más caracterizada fisonomía masculina que pueda verse... No obstante, para desconcertarnos, otra de las cómplices, Elena Amate Medina, sin ser hermosa, parecería si algún pintor ascético la retratase, una santa de retablo, un semblante lleno de misticismo y consumido de melancolía, un ser de otra raza y de otro mundo que sus compañeros de ferocidad... ¡Misterio arcano!

Y volvamos a pensar en la hermana del Buen Consejo, presentando, con gesto sencillo, su carne para que el cuchillo la corte su piel para ser arrancada, a fin de salvar la vida de un hombre que no es más que su prójimo... Sí; pensemos otra vez en esa heroica mujer, para borrar la infernal visión de Gador, para olvidar la orgía demoníaca... Y ¿no es cierto que el hombre, en quien caben tan opuestos extremos es una materia de estudio cien veces más apasionante e interesante que las estrellas las plantas las piedras y el fondo del mar?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

41

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Después del bestial crimen de Gador, asunto de estudio para los antropólogos, se ha cometido en estos días en Madrid, en la Sierra del Guadarrama, uno que calificaríamos de esencialmente español, si nos atuviésemos a la leyenda y a la literatura. Un marido ha matado al ladrón de su honor, al sorprenderle con la infiel.

El hecho ha despertado la atención y está dando lugar a muchos comentarios, sencillamente porque se trata de personas conocidas (aunque no pertenecientes a la buena sociedad). El esposo vengador es un alto funcionario de la policía; el amante, un empleado del ayuntamiento. La «mujer liviana», una señora guapa, de medio pelo. El mundo en que se agitaban los personajes del drama, es el mundo de la pequeña burocracia, esa capa extensa y densa que en la villa y corte ocupa

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 octubre 1910: 8. No recogido.

tanto lugar, sin que sus componentes tengan relieve alguno.

Lo primero que sorprende, en este sucedido, es eso de que un funcionario policíaco pueda ser un marido engañado. Recuerda este caso el de los que hacen propaganda de un específico para que les crezca el pelo, y ostentan una calva como un melón de Añover. Verdad que de nada debemos asombrarnos, aquí donde Cánovas fué asesinado, en el balneario de Santa Agueda, teniendo a su alrededor una ronda de policía, sin otra misión que vigilarle, o mejor dicho, vigilar a los que pudiesen ser sospechosos de intentar algo contra él. Y cátate que llega al balneario un sujeto, filiado ya como anarquista, que traía una maleta diminuta, que era extranjero, italiano, que no tomaba ni baños, ni aguas, ni siquiera se presentaba al médico director para consultarle; casualmente este sujeto no hace, desde el primer instante, más que seguir a Cánovas, mirarle fijamente en la mesa, en el paseo; y todo esto dura ocho o diez días (tanto como la indecisión del asesino), que al fin se resuelve a cometer el atentado, con toda seguridad y libertad, y la ronda en un punto donde no existía muchedumbre, donde sólo a un hombre señalaban las circunstancias para todo recelo legítimo, estuvo probablemente muy entretenida en jugar al tute, a la brisca o al rentoy, hasta que Anglolillo apuntó y

disparó, atravesando las sienes de su víctima. Y he aquí por qué no debemos maravillarnos de un jefe de policía, antes de ser un personaje de Calderón, sea un personaje de Boccaccio.

Si vale una opinión no creo que en España existan hoy más maridos calderonianos que en el resto del mundo. Siempre que uno de estos agraviados lava su honor en sangre, se produce alguna sorpresa, lo cual indica que el hecho no es trivial. Cualquiera reconocerá que el número de los honores manchados supera infinitamente al de los que limpian por el procedimiento hemorrágico. Sin embargo, España tiene fama de acudir a él en formas que encantaron a los críticos alemanes, los Schlegel y otros, como manifestación romántica y afirmación del modo de sentir de la raza. Hemos convenido en que todas estas tragedias nacen del sentimiento del honor, exaltado ante la injuria y la afrenta. ¡Y el honor es cosa tan española!

Al definir el honor, no obstante, moralistas y filósofos titubean. Shopenhauer confiesa que no sabe hacerlo o al menos, que no le satisface del todo la definición que puede brindarnos. «El honor--dice--es, objetivamente, la opinión que los demás forman de nuestra valía, y, subjetivamente, el temor que esta opinión nos infunde».

Según el filósofo Dantzig, la raíz y origen de ese sentimiento del honor, está en la vergüenza, inherente a todo hombre no enteramente corrompido; y de la exacta observación se desprende que en los conflictos sexuales, intervenga muy especialmente el honor, porque a pesar de cuanto se hace actualmente para suprimir la función de la vergüenza en las relaciones de sexo a sexo, en el fondo de estas relaciones siempre llevará consigo una suma de vergüenza muy considerable. Temo que no esté bastante claro lo que acabo de escribir, y voy a ponerlo más transparente. Hoy, la literatura propende a hacer la apología del instinto sexual; las leyes son con él mucho más benignas; cosas que se consideraron delitos no tienen sanción penal, o caminan a no tenerla; la intervención de la sangre en cuestiones conyugales parece propia de los tiempos de golilla o de las duras épocas del feudalismo; hay una profunda reacción hacia la indulgencia, el olvido, y no sé si diga la rehabilitación; pero semejante tendencia, que se funda en la legitimidad de los impulsos naturales, no ha podido destruir otro sentimiento no menos natural, esa vergüenza que experimentan (y en esto disiento de Schopenhauer) hasta las personas corrompidas. Ciertas transgresiones avergonzarán siempre, en mayor o menor grado, a los que las cometan, y de ahí dimanará la persistencia del código del honor.

Schopenhauer se muestra utilitario de más, cuando afirma que el honor sólo tiene un valor indirecto. No pudiendo el medio valer más que el fin, el honor, cree el autor del Mundo como voluntad, no puede valer más que la vida. La experiencia nos demuestra diariamente (y no sólo en momentos en que la guerra exalta el honor), que la vida no la estima el hombre a tan alto precio, que por ella lo posponga todo.

Una evolución noto, sin embargo, en el concepto del honor que influye en sucesos como el drama que me dicta esta crónica. Los maridos de Calderón matan generalmente a sus mujeres; los de ahora, al amante. Hay más caballerosidad, pese a lo que pudiera decirse en contra, en la conducta frecuente de los maridos de hoy. ¡Hombre contra hombre!

No causa impresión de honra vengada, sino sensación de asesinato frío y cruel, la escena en que don Gutierre Alfonso, el marido del Médico de su honra, ordena a Ludovico que haga a doña Mencía la sangría mortal.

El sangrador se horripila y exclama:

«Una imagen
de la muerte, un bulto veo,
que sobre una cama yace;
dos velas tiene a los lados

y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir,
que con unos tafetanes
el rostro tiene cubierto»
Y el marido sentencia:
«Pues a ese vivo cadáver
que ves, has de dar muerte.»

Más simpático es el arrogante portugués don Lope de Almeida protagonista de A secreto agravio, secreta venganza. Siquiera este «conforme a la ley de honrado», mata primero al galán.

Si diésemos la razón a Shopenhauer, y situásemos la raíz del honor en la opinión ajena, tendríamos que tomar muy en cuenta las transformaciones de esta opinión, y en el caso del crimen de Guadarrama, la muerte de Sánchez de Lara por Coli el esposo ofendido, lo más interesante, acaso lo único, sería comprobar los síntomas de este cambio. Parece, en efecto, que los compañeros de Sánchez de Lara en las oficinas del ayuntamiento de Madrid, califican sencillamente de asesinato el hecho, y se declaran parte de la causa. ¿Quién duda que esta actitud envuelve una variación en el criterio social? Antaño todo el mundo aplaudiría.

Otro cambio y crisis parecida--guardadas las distancias de siglos--manifestó en Sevilla, por los

años 1629. La había precedido la voz de Cervantes, en quien nadie dejara de ver a un hombre representativo de la raza, tanto ciertamente como pudo serlo don Pedro Calderón.

El caso merece recordarse. Lo encuentro en el interesante libro de don Ramón León Mainez, Cervantes y su época.

Sucedió que en Sevilla, desde antes del siglo XVI, era uso entregar al marido ofendido la pareja de ofensores, para que en ellos ejecutase la venganza que quisiese, en público cadalso, ante la multitud congregada para presenciar el ejemplo. Cierto Silvestre de Angulo, en tal forma, había mechado a su mujer [y] a un mulato, el amante, con un cuchillo que llevaba oculto en las botas. En vano los religiosos de San Francisco pidieron de rodillas al esposo agraviado que perdonase, por amor de Dios, que a todos perdona. La carnicería se ejecutó. Ya se bajaba del tablado Silvestre, cuando sonaron voces de que «aún se meneaba el mulato»; y, tornando a él con una espada, le dio lo mismo que a la mujer, nuevas estocadas y heridas.

Al cruento suceso aludió Cervantes en Persiles y Segismunda; y la opinión de aquel hombre, el más grande que bajo nuestro cielo ha visto la luz, fue absolutamente contraria a la bárbara costumbre.

«Las venganzas--dice--castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como la

enmienda no proceda de la voluntad, siempre están en pie». Cristiano a la vez que humanitario, Cervantes, después de representar que el estruendoso y público castigo sólo sirve para dilatar la fama de la deshonra, añade: «Finalmente quiero que consideréis que vais a hacer un pecado mortal, en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias del mundo».

Ya se había publicado Persiles, y su autor dormía el sueño eterno, cuando en Sevilla se repitió el atroz caso. Un sastre catalán, Cosmo Sevano, acusó a su mujer y a un oficial, mozo de veinte años a lo sumo. La sentencia fue de muerte, habiéndolos de entregar al ofendido. Pero la conciencia había caminado. Alzado ya el patíbulo, algunos mozos lo quemaron, ni más ni menos que como hoy se queman las casillas de consumo. Se armó otro, y lo deshicieron también. Hubo que guardar un nuevo cadalso con dos compañías, y al fin salieron de la cárcel los delincuentes: ella de negro; él de blanco. Los hicieron arrodillar en el patíbulo, dándose la espalda, y el marido apareció, entre soldados que le preotegían. Del convento de San Francisco salía, al mismo tiempo, larga procesión de frailes, con próposito resuelto de impedir la ejecución.

Los soldados se opusieron al paso de los frailes, dispararon, hirieron a alguno; los demás lograron

acercarse, postrarse y presentar al agraviado marido, en demanda de misericordia, la imagen del crucificado. La lucha fue larga; los religiosos imploraban, el marido resistía, dispuesto a manejar el cuchillo, cebándose en la carne trémula; al fin, la conciencia social triunfó, y mal de su agrado, el vengador se bajó del palco, haciendo todavía señas de que no perdonaba. La gente alzó un alarido de regocijo; los dos culpables fueron acogidos en San Francisco, asilo seguro. Y jamás se volvió a presenciar el bárbaro espectáculo en Sevilla, porque la colectividad había interpuesto su protesta contra él.

Así como en un museo de historia natural se nos instruye escalonando las evoluciones específicas, el ejemplar del caballo primitivo y el del caballo contemporáneo, la historia nos ofece estas evoluciones y tranformaciones de la conciencia social porque en la individual siempre existirá persistente todo, dede la extrema violencia y las leyes del Talión, hasta lo evangélico puro, las palabras del Maestro, invitando, al que se sienta sin culpa, a arrojar la primera piedra.

Ocurre un caso como éste, del crimen de Guadarrama. Un hombre sabe o sospecha que le engaña y traiciona su mujer. El engaño no se recata; la infiel envía a sus hijos, con recados y cartas, al amante. La

evidencia, que tantos quisieran rehuir, se impone; el traidor es el mejor amigo, el antiguo íntimo de la casa, a quien ha sido preciso cerrar las puertas, ante la sospecha. El esposo comienza a espiar, calcula sus viajes en forma que le sea probable sorprender. La esposa, los niños, se han ido a una casita de la sierra a pasar los días rigurosos del verano. El marido se presenta de improviso y adquier la prueba total. No les sorprende infraganti, como al pronto se asegura; pero la culpa salta a los ojos. En aquel pueblecito apartado, el amigo se encuentra bajo el mismo techo que la esposa. Quizá sea distinto para la ley; para el sentimiento, es igual. El individuo herido en lo hondo, saca el revólver y hace fuego y mata al ofensor. Y todo esto es muy conforme a la naturaleza, y no debe asombrarnos; y acaso haya de suceder mientras el mundo sea mundo. Por no establecer ni tener en cuenta la tan necesaria distinción entre el individuo y la sociedad, es por lo que, al comentar estos crímenes o estas tragedias, se dice tanta tontería inefable y se enzarza tanta odiosa disputa. Que si hizo bien, que si hizo perramente, que si conviene atenerse a las doctrinas de Calderón de la Barca o a los dictámenes de la filosofía y del cristianismo; que si toma, que si daca; sin hacerse cargo que este género de conflictos, por su índole peculiar, es individual del todo, individual

rabiosamente, y que la sociedad no debe reclamar en ellos intervención exitadora, exagerando rencores, honra y deshonras, sino moderadora, pacificadora, y, a ser posible, sanadora de heridas. La sociedad (si evoluciona en un sentido culto y de moralidad verdadera), no puede sancionar y menos aplaudir que nadie mate a nadie; y la sociedad, con igual elevación de criterio, debe, en tesis general, considerar que el honor depende de los actos propios y no de los ajenos, aunque sean de persona tan allegada como una esposa. Pero, como la sociedad, de individuos se compone, individualmente puede no sólo explicarse, sino ser puesto en las nubes, el acto del matador, del «delincuente honrado».

Y en todas las consideraciones que voy hilando, hago completa abstracción de los detalles, que a veces son lo escencial. Porque en este crimen parece que se descubren antecedentes que restarían toda simpatía al esposo ofendido, si fuese cierto que existieron tolerancias interesadas y exigencias de dinero no atendidas últimamente. He aquí otra razón que debiera mitigar o morigerar las explosiones de indignación social; y es que cada caso individual suele diferenciarse profundamente de otro; que a primera vista se creería idéntico; la sociedad generaliza, el individuo es todo diferenciación. No niego que la

sociedad necesita establecer el imperio de la ley común; pero eso es lo legal, casi diré lo abstracto. Viniendo al rico y frondoso terreno de lo concreto, es seguro que nos equivocamos si aplicamos la ley sin atenuaciones ni distingos. Y he aquí por qué los novelistas, coleccionistas de almas, enamorados de lo real, de su variedad infinita, vacilamos antes de sentenciar de plano. ¡Quién sabe!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

42

CRONICAS DE ESPAÑA

NOVEDADES*

Hace muchos años, Hamon, redactor o director, que esto no lo recuerdo a punto cierto, de una revista anarquista intelectual de París, me envió para que lo leyese un artículo sobre la condición de la mujer en los diferentes países de Europa, y me fijé en que, al tratar de la mujer española, decía que no le era permitido cursar los estudios que cursa el hombre en universidades e institutos. Sonreí, confirmándome en que al hablar de España, todo francés desbarra, mientras no se demuestre lo contrario; pero, después de advertir a Hamon que una hija mía había cursado el bachillerato en la universidad de Madrid añadí, que sucedía en mi patria una cosa más ilógica, más injusta que el vedar a la mujer el ingreso en los estudios: sucedía que, hecho el gasto y pasado el trabajo de seguir una carrera, la mujer no tenía derecho de aprovechar esa carrera, de sacar fruto de sus desvelos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 5 noviembre 1910: 8. No recogido.

y sacrificios, optando al ejercicio de las profesiones y cargos y puestos que esas carreras abren a los hombres. Es decir, que el estado cobraba a la mujer sus matrículas, sus exámenes, sus libros de texto; le expedía, como a cualquier otro alumno, sus diplomas y certificados de suficiencia; pero llegado el instante en que tanto esfuerzo pudiese reportar a la mujer algún resultado, asegurarle el pan o servir para que demostrase y luciese sus aptitudes, nobles y honrosas, entonces la inquietud secular, se alzaba, cerrando el paso con su cuerpo de piedra. Yo he visto doctorarse en filosofía y letras, en la universidad de Madrid, a una linda joven; hoy está casada con un erudito catedrático, al cual ayuda activamente en sus tareas histórico-literarias. Pues bien, esta mujer, igual a su marido en cultura, en aficiones, no hubiese podido desempeñar una cátedra. Hoy sí, gracias a la iniciativa del ministro de instrucción pública, un maestro en las lides de la prensa, Julio Burell.

Yo no me mezclo jamás en política. Apenas podrán citarse escritos míos en que, ni aún de soslayo, la política dance. Por ello ocurre una cosa original: los conservadores de la extrema derecha me creen «avanzada», los carlistas "liberal"--que así me definió don Carlos--y los rojos y jacobinos me suponen una beatona reaccionaria feroz. Ni a unos ni a otros se

les ocurre una idea sencilla: que yo soy únicamente una buena española. Cuando un político hace lo que creo conducente a la prosperidad, dignidad y engrandecimiento de mi patria y de mi raza, le aplaudo con las dos manos, sin preguntarle que divisa ostenta. Y si eso que juzgo excelente para mi patria es, al mismo tiempo, algo tan humano, tan en armonía con las más recientes orientaciones, del derecho, como lo que acaba de hacer Julio Burell, el apluso se trueca en homenaje. Procuro, pues, que los españoles residentes en Argentina sepan que un ministro español ha hecho una cosa completamente racional, completamente moderna, y que nos coloca en algún terreno a la altura de la nación más adelantada. Ese ministro merece toda simpatía. Conviene añadir que la tendencia manifestada por Julio Burell, se había iniciado con un acto del conde de Romanones, nombrándome consejera de instrucción pública. Y conviene asimismo hacer constar que ambas resoluciones encontraron en la prensa la más calurosa acogida.

Debe observarse que el carácter de estas reformas que mejoran y elevan la condición de la mujer, es que no causan trastorno social de ningún género, ni cuestan una gota de sangre, ni arrancan una lágrima. La mejor huelga, la mejor contienda electoral, suele dar labor abundante a los hospitales, a las casas de socorro--a

veces a las funerarias. Y las reformas que afectan a la mitad--quizá la mitad más numerosa--del género humano, la mujer, se realizarán, hermoso privilegio, únicamente por ese impulso de ese instinto justiciero y desinteresado, que en otras reivindicaciones sería difícil comprobar.

Debe decirse la verdad: el mérito de los gobiernos y de los ministros que se interesan por la suerte de la mujer es doble, por lo mismo que nadie les hostiga, nadie les apremia, ningún conflicto está detrás de su indiferencia de su pecado de omisión. La mujer no demuestra inquietud alguna (me refiero a España) por su propio destino. Claro es que no cuento las excepciones. El partido obrero quizá les dice por boca del utopista Juan Grave, que, "la mujer acomodada, de las clases burguesas, está completamente emancipada ya". Y, como no es probable que se pongan a leer textos, y menos a hacer observaciones difícilmente verán las masas, las dóciles masas hasta que punto el aserto de Grave es lo contrario de la verdad. La obrera está más emancipada, si es esta la palabra que debe usarse, porque es infinitamente más igual al hombre de su clase que la mujer burguesa al de la suya. Nadie pone obstáculos a la mujer para que ejerza oficios; cargos, hasta Julio Burell, en España, no podía ejercerlos, excepto los siguientes: médico, maestra, normal, telefonista, estanquera y... reina.

La real orden firmada por Burell estatuye que en lo sucesivo, la mujer que se halle en posesión de títulos académicos, está habilitada para el ejercicio de cuantas profesiones tengan relación con el ministerio de insrucción pública pudiendo, por lo tanto, concurrir a cuantas exposiciones o concursos se anuncien o estén anunciados, con los mismos derechos que los demás expositores o concurrentes, para el desempeño efectivo e inmediato de cátedras y de cualesquiera otros destinos objeto de las pendientes o sucesivas convocatorias.

Y me decía un señor que no es precisamente ningún analfabeto:

--Pero que. ¿Las mujers podían obtener títulos académicos, y no podían luego aspirar legalmente a los puestos a que requieren esos títulos? Mi asombro es grande. ¿Cómo no se había dictado antes esa real orden?

--Porque--le respondí, conocedora de la agrupación política en que milita--los conservadores han tenido el mal gusto o el descuido de dejar que una cosa tan natural la hiciesen los liberales. Y va usted a sorprenderse doblemente cuando sepa que hasta el advenimiento del gobierno de Canalejas existía una disposición curiosa. Mientras a los varones no se les exigía ningún requisito para matricularse a las alumnas

se les obligaba a presentar una especie de certificado de buena conducta. Tan ridícula tranquilla fue suprimida igualmente ahora. ¡Lo que es dar el primer paso!

Otro ministro se ha sentido desvelado por los laureles del de instrucción pública, o, lo que será más cierto, ha seguido como éste la tendencia que más cuadra al programa ideal que debemos suponer en el ministerio, que Canalejas preside. El ministro de gracia y justicia, don Trinitario Ruiz Valarino, en el discurso que es costumbre pronunciar al abrirse los tribunales solemnemente, mostró preocuparse de otros aspectos del destino de la mujer, de sus derechos civiles; de la situación de la madre y la esposa en la familia (situación que por cierto dista mucho de ser favorable). El ministro demuestra excelente intención; no se presenta radical, al contrario su discurso, en lo que a este asunto se refiere, no es concluyente, y se inclina a aceptar "alguna de las limitaciones establecidas" y a reconocer la "jefatura y racional dirección del marido" que es el critero romanista; pero yo abrigo la esperanza de que, cuando pase esta obra del ministro "de las musas al teatro" o sea esos discursos muy elocuentes y rara vez eficaces a la Gaceta o a la comisión de códigos para convertirse en ley, el sentido de la obra ministerial vaya

completamente de acuerdo con las novísimas corrientes del derecho, las cuales en lo, referente a la mujer, pueden ufanarse de merecer el dictado (que tan impropio sería aplicado a las antiguas), "de razón escrita".

Como a veces lo sucedido pone de manifiesto lo que puede haber de enormemente inicuo en las leyes, recuerdo una novela real, cuyos personajes han muerto ya, y que demuestra una de las anomalías legislativas referentes a la mujer. Procuraré a pesar del tiempo transcurrido y de la desaparición de las personas, no dar señas, y aun cambiar, por más discreción, los detalles que no afectan a lo esencial del hecho.

El era un alto funcionario español, en una de nuestras posesiones coloniales, ella, una encantadora criolla, de ojos de fuego y tez acariciada por el sol. Rica, millonaria, casi niña, contrajo un matrimonio a que la obligó su padre, o necesitado de influencia poderosa, o temeroso de arteras venganzas si negaba la mano de su hija. Ambas hipótesis se emitieron; la verdad se ignoró siempre. El funcionario trasladado a España, se trajo consigo a su esposa. Dudas hay también acerca de qué estímulos pudieron impulsar al funcionario a querer desembarazarse de la inofensiva criolla apoderándose de su fortuna. Lo cierto fue que le preparó una emboscada y pudo establecer legalmente eso que se llama en Francia un "infraganti".

Habilitado ya entonces por la ley para administrar la hacienda de su mujer, provisto contra ella de armas legales, la condenó a la miseria, mientras alegremente gastaba lo que a ella pertenecía. Esta infamia se perpetró a la sombra de artículos del código. Tanta vergüenza se cubrió con la toga de la justicia.

El código se presta a tales atentados y el ministro si quiere puede encontrar campo para sus iniciativas, eliminando absurdos.

Cual sea en este terreno el mezquino sentido reinante aún, dígalo el caso de una señora amiga mía, a la cual para abrirle una libreta en la Cooperativa alimenticia, se le exigía la firma de su marido. Nada más fácil para la señora que obtener tal firma, pues todo se reducía a perdírsela a su consorte; pero molestada por la necia restricción, contestó que si para comprar arroz y garbanzos se necesitaba que su marido firmase, prefería dirigirse a un ultramarino menos partidario de la ley sálica.

Nótese que en la tienda donde se reclamaba la firma del esposo, reclamába también el pago contante. Y al dinero no se le preguntaba si era macho o hembra, pues siempre es macho el dinero.

El que desee enterarse en las leyes referentes a la mujer, no tiene más que abrir una obrita poco voluminosa, interesante, obrita que desearía yo que

tuviese similar en la República de Argentina, y si la tuviese, rogaría que me la enviasen, como bondadosamente me enviaron el Facundo, que no encontré en ninguna librería española, y las obras de Bartolomé Mitre que tanto estimo. Titúlase el librito a que me refiero El derecho positivo de la mujer, y le faltó añadir al autor en España porque, en efecto se circunscribe a la mujer española, soltera, casada, viuda y religiosa. Su autor es un ilustrado abogado de Madrid, don Dionisio Díaz Enríquez.

En el prólogo el señor Díaz Enríquez dice a la letra: "Las mujeres pobres que no se casan, tienen por único horizonte el hambre, la prostitución o el suicidio". Y añade: "En la maternidad, que constituye, indudablemente, su destino natural, sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima, son para el hombre; todas las vergüenzas, todas las desventuras, para la mujer". En efecto, he aquí algunas de las anomalías y desigualdades extrañas al código civil, que piden reforma.

La madre está obligada a reconocer al hijo natural con gran amplitud para la investigación de la maternidad. El padre, en cambio, encuentra a su favor infinitas restricciones. Y sin embargo, la maternidad ilegítima es afrentosa para la mujer y para el hombre no.

La mujer no puede ser testigo en los testamentos, excepto en los otorgados en tiempo de epidemia. La razón de tal incapacidad es para mi de las más misteriosas. La hija de familia, aunque sea mayor de edad, no puede salir de su casa paterna sin licencia del padre o de la madre, como no sea para tomar el estado. Y por estado, se entiende sólo el del matrimonio, y no el religioso. Esta restricción de la ley dio origen, hace algunos años, a la célebre cuestión de la señorita Ubao, en la cual, por singular anomalía, los librepensadores resultaban los opresores de la conciencia, impidiendo a un ser humano, por el derecho de pertenecer al sexo femenino, que siguiese libremente su vocación.

En la cuestión de la tutela, llega a tanto el masculinismo del código que es preferida la abuela de línea paterna a la de la materna.

La mujer no puede formar parte del consejo de familia. (Hay que hacer una excepción honrosa con el derecho civil foral de Aragón. La mujer puede allí ejercer la tutela igual que el marido. No pierde la tutela como el resto de España, por pasar a segundo matrimonio. Pueden ser testigos en testamento).

Ante el derecho penal, hace observar Díaz Enríquez, es igual la mujer al hombre: desaparecen, las diferencias; hasta sucede que en bastantes casos la

penalidad sea mayor para la mujer. Por ejemplo, en los delitos de adulterio.

Y comenta el autor: "No es extraño que unas leyes que ellas no contribuyen a elaborar, y que no aplican, restrinjan su capacidad para lo favorable y la amplíen hasta nivelarla con la del hombre, únicamente en lo perjudicial, en lo represivo".

La condición de la mujer casada es peor que la de la soltera. No puede hablar, escribir, poseer, relacionarse con sus padres, protegerles, ni aceptar siquiera la herencia de ellos, si el marido lo prohibe. Hasta la patria donde ha nacido la pierde si al marido se le antoja cambiar la suya. La poligamia se halla implícitamente tolerada por el código penal, pues el amancebamiento del marido no constituye delito sino por excepción, cuando habita bajo el techo conyugal la manceba. El marido es el administrador de los bienes de la mujer, salvo estipulación en contrario. Algunas sentencias recientes del tribunal supremo, revelan la tendencia a modificar este sentido, y no sólo para los bienes llamados parafernales, sino hasta para los dotales, tal es el sentido común que empieza a abrirse camino. Persiste, sin embargo, para la mujer, la incapacidad de adquirir, de obligarse, de comparecer en juicio, sin autorización de su cónyuge. Ni aun puede comprar en la tienda sin permiso, más que los comestibles y demás menudencias del gasto diario.

Interminable sería esta crónica si recontase todas las limitaciones e incapacidades de la mujer ante la ley. Algunas las ha remediado la costumbre social. Otras la misma costumbre las agrava. El legislador interviniendo hecha en la balanza el moderno adelanto del sentido jurídico, y no es aventurado suponer que la opinión está a su lado. En efecto, no existe, ni aun en España, a pesar de la tradición (que en bastantes casos tampoco es contraria a la mujer, y lo prueban las ventajas que generalmente le ofrece la antigua legislación foral, impregnada de respeto profundo a la madre de familia) no existe, digo, una mala voluntad colectiva contra las modificaciones de la legislación que a la mujer pueden ser favorables. Hay en la opinión cierta hidalguía, y cuando el interés no se atraviesa y el egoísmo no está directamente en juego, todos se sienten justicieros, nobles. Es una veta de carácter español, que, con la cultura, puede ser veta de oro.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

43

LA NACION

CARTA DE ESPAÑA

UN LIBRO DE GABRIEL MAURA*

Gabriel Maura Gamazo es hijo de don Antonio Maura, el famoso hombre de estado español tan discutido, tan admirado por unos, tan puesto en chupa de dómine por otros, y, en suma, el político de mayor altura que milita hoy en las filas de los conservadores y los acaudilla, y al cual ya dos veces, dos fanáticos han intentado asesinar. Sin entrar en disquisiciones políticas a que no soy aficionada, porque no me divierten, diré sólo que la figura de don Antonio Maura es elevada, y sus orientaciones, lejos de inspirarse en lo pasado, tienen, ese sentido moderno que ahora se reconoce,--aplacadas las pasiones y los enconos en la obra de su ilustre tocayo y antecesor don Antonio Cánovas del Castillo.

Gabriel Maura a quien los satirizadores llaman «el Delfín», lleva también en las venas sangre de aquel don

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 22 noviembre 1910: 7. No recogido.

Germán Gamazo, ídolo un tiempo de los agricultores de Castilla. Recuerdo que, en Villalar, el trágico pueblecito castellano en que fueron ejecutados los jefes de los comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado, campeones de las libertades populares, un labrador acomodado me enseñó la casa, donde pasaron la última noche, antes de subir al patíbulo; casa que era la suya; la del mismo labrador. Y, como parecía penetrado de respeto a la memoria de aquellos caballeros, se me ocurrió preguntarle si, en caso de que resucitase don Juan de Padilla y le pidiese su voto, se lo daría con preferencia a don Germán Gamazo.

-Eso no... ¡Primero don Germán!--protestó el paleto.

La anecdotilla demuestra hasta que punto tenía Gamazo cautivados a sus trigueros electores. Volviendo a Gabriel--nadie le llama «don Gabriel» todavía, porque, casado y padre de familia conserva prestigio de juventud,--es hombre de gran cultura y estudiosas aficiones. Las principales direcciones en que ha ejercitado su inteligencia son el derecho internacional, la sociología y la historia. No tengo noticias de que haya perpetrado ninguna novelita, ningun drama, ningún cuento, y esto lo alabo sin restricciones. El que se prepara para hombre de estado debe rehuír esas distracciones peligrosas, porque, a no

demostrar brillante superioridad y maestría, en lo que se acomete, es preferible abstenerse, evitando dar pie a las sátiras venideras. Cánovas del Castillo cometió, en sus juventudes, novelas y versos; y no quisieron más los maleantes, para acribillarle de saetas. Si fuese posible que se viese, en conjunto, desde temprana edad, la línea de la vida y de la vocación, se ahorraría todo esfuerzo que a ella condujese. Sea cálculo o sea natural inclinación, esto hace Gabriel Maura.

Antes de llegar a gobernar un país debe conocerse bien su tradición; y Gabriel Maura la estudia, en esos amenos y curiosos artículos que publica la revista La lectura bajo el título común de Rincones de la historia. El primer volumen acaba de ver la luz; el siguiente está en preparación. Además, anuncia el primer tomo de Carlos II y su corte, que es cosa [de] derecho al núcleo de lo interesante de nuestros [días] fastos, a la decadencia, en que tantas enseñanzas puede recoger el político.

El volumen que tengo a la vista alcanza desde el siglo VIII al XIII, plena Reconquista. Y el autor no se propone narrar hechos culminantes, sino, al contrario, descubrir en el nimio detalle, la revelación de lo que late bajo los acaecimientos renombrados y estruendosos, lo que acaso importa más que ellos: el alma, el espíritu, la formación del carácter y de la

fisonomía nacional. A esto llama él «penetrar a través de los hechos, la psicología de los grandes hombres; a traves de las ideas, la mentalidad de las sucesivas generaciones, a través de los grandes efectos, las pequeñas causas que los engendraron». Y realmente, esto, aunque no siempre ofrezca garantías de absoluta realidad, cultiva mejor nuestro sentimiento y nos da una sensación más artística de la historia. Así se podrá caminar hacia esa Historia social de España que, según advierte Miguel Maura, está por escribir.

También él es quien nos avisa de que los datos de su libro los ha espigado en otros libros, en textos impresos, «porque el empeño de utilizar los manuscritos hubiera sido superior a las fuerzas del compilador». Sin género de duda, el trabajo sobre manuscritos pide diez veces más tiempo, infinita paciencia, y no es seguro que dé resultado en proporción con la fatiga que ocasiona. Muchos tesoros duermen en los manuscritos; pero debieran dedicarse a expurgarlos y clasificarlos los profesionales, repartiéndose así la tarea entre el preparador de materiales y el que sabe utilizarlos, presentarlos en forma bella, grata y actual. No faltará quien califique de trabajo de segunda el de Gabriel Maura; quizá trabajando de primera mano, el fruto de sus vigilias no fuese ni tan escultural ni tan deleitable como son estas espigaduras en campos conocidos ya.

Digo «conocidos», pero es un error creer que se conozcan tanto estas cosas. Muy lejos de ello. Casi nadie recuerda casi nada de nuestra tradición, de nuestro pasado, de lo que sin embargo, forma la substancia de nuestro ser. Se vive al día, entre el vocinglerío de los periódicos, el zambombeo de los telegramas, el aturdimiento de las noticias recientes, la marejada de las preocupaciones y de las distracciones; y el pasado es como limbo obscuro, cual esos desvanes atestados de cachivaches, donde en diez años no se pone el pie. Contadas son las personas que vuelven de tiempo en tiempo la cabeza, para recordar algo, para evocar. Nadie piensa en que es necesario, indispensable, la enseñanza del ayer, para orientarse en lo presente, para recobrar el vigor y la personalidad, que se nos van tan aprisa de entre las manos...

Se ignora mucho, casi todo. Sucede con esto lo que sucedió en cierta ocasión, explicando yo, en la catédra de estudios superiores del Ateneo de Madrid, el romanticismo francés. Un crítico en un diario, salió diciendo que aquello era hablar de cosas tan manoseadas, tan familiares, que no tenía mérito ni novedad alguna. Y, al dirigirme ese reproche barajaba y confundía los nombres de los escritores franceses que eran base de mi explicación, los escribía equivocados,

y atribuía a unos las obras de los otros. Sin duda, al menos para él, no sería tan familiar el asunto.

Creo pues que presta un servicio Gabriel Maura al atraer a los indiferentes, con el estímulo de la curiosidad, hacia el luminoso laberinto de la historia, registrando sus rincones y encrucijadas. Ante todo, nos enseña cuál es el origen de la etiqueta castellana, y el nacimiento de la nobleza. Vemos cómo la ricohombría, los títulos y preeminencias, se hacen primero familiares y luego hereditarios, y cómo la oligarquía, electora antaño de los reyes y monopolizadora de los cargos públicos, a los cuales iban unidos los títulos, se transforma lentamente en una aristocracia militar primero, cortesana y nobiliaria después, feudal más tarde. Aparece el tratamiento de don--hoy prostituido--que al principio sólo se daba a los santos, que el entusiasmo patriótico concedió al duque Pelayo de Cantabria, y que luego fueron usando los reyes, sus mujeres, los infantes, los prelados y rico-hombres. Estos aparecen por primera vez en el último tercio del siglo VIII, y de reinado en reinado aumentan visiblemente.

En aquellos remotos siglos, la vida es ruda, sencilla, el lujo no asoma. Para estar pronto a cabalgar a la primera alarma, a salir contra los moros, caballeros, condes y aun reyes, acomodaban a los

caballos «dentro de sus cámaras donde dormían con sus mujeres». Los palacios eran construcciones de piedra con techo de madera, sin divisiones, y allí, mezclados vivían señores y vasallos, caballos y perros. Comían primero los señores; los servidores después, en la propia mesa, los relieves. El mobiliario se reducía a toscos lechos, enormes mesas, escaños de madera y vastos arcones, llamados «armarios», porque en ellos se guardaban las armas. Antes de comer (¡gran refinamiento!) los señores se lavaban las manos en aguamaniles de plata, azófar o bronce, y las secaban con fazalejas o toallas. No faltaban escudillas, vasos, fuentes de barro o metal, vinagreras y saleros, ni sus candelabros de plata, cristal, cobre o hierro en cuyas puntas se clavaban los cirios. El vino se calentaba antes de servirlo, con barra candente de hierro o de oro. Se comía grosura, carnes fuertes de cerdo, buey, carnero, oveja. Y el cerdo a veces comunicaba sus infecciones, contra las cuales en aquel entonces no existía defensa.

Como no es fácil seguir a Gabriel Maura en sus excursiones por la historia de las costumbres de seis siglos, desde el VIII hasta el XIII, me fijaré en un solo detalle de los que más nos interesan hoy: el progreso de las ideas de limpieza y aseo, unidas a las higiénicas.

Hemos visto las abluciones que precedían al yantar. En cuanto al aliño de las luengas barbas de los varones y de las cabelleras de las mujeres, ocultas por las tocas, habría que sospechar mucho, si el Romancero no nos sacase de dudas refiriéndonos como la Cava, sosteniendo en su regazo la cabeza del rey don Rodrigo, «cataba» los parásitos que en ella se escondían... Era frecuente el voto de no dormir en cama, ni comer pan a manteles, privaciones entonces menos penosas que ahora. La misma reina Isabel la Católica, siete siglos más tarde, hará un voto análogo: el de no mudarse la camisa en el sitio de Granada.

Se bañaba a los muertos y no a los vivos. Estos no empiezan a hacerlo sino en el siglo X, a imitación de los árabes. La Crónica nos dice que la cobardía y mengua de los caballeros que dejaron perecer al infante don Sancho en la ignominiosa rota de Uclés, consistió en que «entraban mucho a menudo en los baños» y entonces el rey hizo derribar todos los baños de su reino. Sin embargo, la investidura o ceremonia de armar caballero estaba precedida de un baño general para el neófito.

En cada monasterio de monjes tiene la comunidad a su disposición tres toallas; una para los novicios, otra para los profesos, otra para los legos. Se ignora con que frecuencia se remudarían. Sin embargo, en las

ciudades populosas, a fines del siglo XII existen ya baños públicos y empieza a ser cortesía, en los castillos, ofrecer al huésped un baño.

Don Fernando II--no obstante estos adelantos--andaba con la cabeza sucia y los paños corporales sin mudar. Un día en que se presentó de improviso en el palacio de su hermano el rey don Sancho, que acababa de sentarse a comer, no consintió que don Fernando lo hiciese, hasta que le vió «bannado de cuerpo e con la cabeza lavada, como conviene a rey»... Verdad que por entonces Enrique II de Inglaterra no se cortaba las uñas de los pies, que le entraban en la carne. El peine era a la sazón objeto litúrgico; se usaba en las sacristías para atusar la melena del oficiante antes del servicio divino.

El origen del «confort»--nota acertadamente Gabriel Maura--se debe a los monjes y a los burgueses, no a los nobles, dado que los primeros vivían sedentarios, los segundos en continua agitación, lucha y guerra. Por eso no debe sorprendernos el que los monjes de Cluny practicasen tan asombroso adelanto como el de tener letrinas en número igual al de las camas, es decir una para cada monje, e instaladas «sobre un arroyo de agua corriente!»

En algunas ciudades, en las termas públicas, se señalaban días diferentes para los varones, las hembras

y los judíos. Ya en el siglo XIII se baña cotidianamente a los niños de elevada condición, y hasta entre las clases populares cunde la costumbre de lavar la cabeza, y edictos ordenan que se corte y recorte a moderada longitud el cabello y la barba. Comienzan la limpieza, el primor, la cortesía y buena educación en la mesa, a ser gala y hábito de señores, y la caballería se identifica, en cierto modo, con el gran rito del aseo, la balneación, a la cual debió su nombre al «Orden del Baño» que aún hoy existe en Inglaterra. Sabemos de damas de aquella época que se bañaban todas las semanas, y en los castillos, el subterráneo se habilitaba con dos pilas para el baño en común, y enormes calderos para calentar el agua. Un poema, el «Román de la Rosa», obra de Guillermo de Lorris, contemporáneo de San Luis, enseña que conviene lavarse los dientes y escavar alguna vez lo negro de las uñas. No debió esta propaganda del poeta extender mucho su acción pues una frase usual, empleada frecuentemente en el Quijote, nos presenta como medida la distancia de «un negro de uña». Aun en nuestros días se ven uñas que parecen ribeteadas con un trozo de carbón. Y es increíble dicen los médicos, la cantidad de microbios que anidan, no ya en las uñas de luto, sino en las más pulcras.

Cuando pensamos en esas épocas en que laboriosamente se insinuaba la noción de que es preciso

asearse, y volvemos la vista hacia los muebles de nuestro tocador, contemplando en ellos--sin que nos tengamos por exagerados en el refinamiento--basta una docena de cepillos de varias formas y un arsenal de pinzas, limas, polveras, tijeras, frascos, botes, bruñidores y otros diminutos cachivaches destinados a cumplir los ritos que hoy se exigen, entra tentación de sentirse orgulloso de pertenecer a nuestra edad, y de alcanzar tiempos en que la humanidad se friega, pule, aliña y acicala. Pero si salimos a dar un paseo por las calles y vemos qué edificios se construyen y los comparamos a la Lonja de Valencia, a la Catedral de Burgos o a la de León, ya se nos bajan los humos. Porque la limpieza es cosa relativa; el que anda tan limpio como sus contemporáneos, asaz limpio anda; mientras que la estética es cosa absoluta, y lo feo, feo en todo tiempo, y el arte, el fin más elevado, de la vida. Y los tiempos en que el baño, cosa de moros y de infieles, era todavía visto con algún reparo, excita aún suspicacias y no sé si digo que estaba en olor de--herejía y afeminamiento--producían esos admirables ejemplares que hoy, en nuestra cima de civilizados, hacen resonar músicas y cantar estrofas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

44

LA NACION

CARTAS DE ESPAÑA

LO DE PORTUGAL*

MADRID, noviembre de 1910.

Esto no es hablar de política, y ni siquiera es hablar de historia. Para política interior, tengo a Portugal, aunque tan cerca, demasiado lejos; y para historia, los acontecimientos están demasiado cerca aún. Yo creo que nunca sabemos bien lo muy reciente. Sólo la historia depurada ya por la crítica nos da la impresión exacta, de conjunto, que los detalles nimios borran y confunden.

Me limito a evocar algunos recuerdos portugueses y a entretejer algunas observaciones de actualidad.

Lo primero reconozcamos que nadie se acordaba, en España, de una nación tan vecina como la portuguesa. Eramos contados los atrevidos turistas que habíamos osado explorar a Portugal. No se crea que exagero.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 3 diciembre 1910: 7. No recogido.

Todo el mundo se ha aventurado hasta París, y, si me apuran, hasta Londres, sería mala vergüenza no conocer Versalles, Saint Cloud, y, elevando la puntería, la isla de Wright; pero rara vez he oído nombrar, en las charlas del turismo elegante, a Mafra, Coimbra, la «mata» de Busaco y el «Bom Jesús», de Braga. Los gallegos, especialmente los de la provincia de Orense, eran una excepción: solían excursionar en esa dirección y volvían chanceándose, renegando de los hoteles y enseñando algún dije de filigrana de oro, que les había costado miles de «reis», la microscópica imaginaria moneda lusitana. Y he aquí el género de relación más frecuente entre las dos naciones peninsulares.

Recientemente, la baratura y belleza de las playas portuguesas atraía a ellas una colonia mesocrática española. Los divertidos, chispeantes artículos de Luis Taboada la comentaron en forma humorística, obteniendo un éxito de risa. Es antiguo, por otra parte, el tomar a broma, en España, todo lo portugués, desde los tratamientos y condecoraciones, hasta las batallas y hazañas. Una acentuada caricatura de la personalidad portuguesa se ha formado, al través de la historia, insconscientemente, en el espíritu español. La nota es curiosa: no queda en España, de la rebelión y pérdida de Portugal, reminiscencia amarga, nadie se preocupa, (créanlo o no los patriotas portugueses de

unión o de reincorporación ibérica) nadie tendría, para conatos de ese género, sino la reprobación de una carcajada; y sin embargo, algo de la antigua animosidad debe reflejarse en esta propensión a la sátira cuando de Portugal se habla o se escribe.

La misma deficiencia de comunicación que he notado en lo material, existía en lo espiritual e intelectual. Ha de saberse que los portugueses son muy buenos actores: tan buenos como los italianos. En mis viajes a Portugal me sorprendió este aspecto de su vida artística, y tuve ocasión de admirar a algunos trágicos muy notables. Recordando luego en Madrid, hube de preguntar por qué un empresario no nos hacía conocer a los grandes representantes portugueses, y a las obras trágicas de su repertorio. Y me contestaron que era imposible; que el público madrileño no concurriría, ni atado, a oír declamar «en gallego». El portugués, en la corte de España, pasa por gallego. Y no cabe duda, el origen de ambos romances es el mismo; tal vez fueron, al principio, una sola lengua. Ello es que, así como no puede aclimatarse en Madrid un teatro catalán, no cabe una temporada de teatro portugués. En cambio las compañías italianas tienen un abono numeroso y brillante.

Si se entra en una librería de Madrid y se pide un libro portugués, es seguro que no se encuentra, ni los

libreros tienen ganas de encargarlo, acaso porque la relación comercial no está establecida. Justo es decir que otro tanto ocurre en Lisboa, al pedir un libro español.

Quizá al presente se empiece a leer algo nuestro. v. g. a Galdós, por el influjo de los sucesos políticos: entonces recuerdo que en la principal librería lisbonense no tenían más libros españoles contemporáneos que varias obras de Pérez Escrich. Ante mis protestas, se ofrecieron a encargar los quince o veinte que les cité. Repito que ignoro si se ha modificado este estado de aislamiento. Lo sabré acaso pronto, porque si el diablo no lo enreda, he de dar un barzón por Portugal, antes de retirarme a cuarteles de invierno en Madrid.

Lejos de imitar a tantos compatriotas míos, para quienes Portugal no ha existido hasta que destronó a un rey y echó a los jesuitas, yo me mantuve siempre al corriente, en el límite de lo posible, de lo que ocurría allende al Miño. He estado en Portugal lo menos diez veces, en diferentes épocas, y he procurado llevar relación con sus hombres emigrantes y sus mujeres notables. Así, logré, inscribir en el libro de mis amistades a Pinheiro Chagas, Ramalho Ortigao, Eça de Queiroz, el conde Casal Riveiro, Teófilo Braga, Bernardino Machado, Oliveira Martins,--y no he conocido

personalmente a Camilo Castelo Branco, Joao de Deus y Alejandro Herculano, porque son de una generación anterior a la mía. Pero en mi biblioteca hay un estante para los autores portugueses; en los cajones que guardan mi correspondencia, numerosas cartas que tienen ya el valor de autógrafos, porque ¡son tantos los ilustres que murieron, empezando por el simpático Oliveira!

Todo lo portuqués me ha parecido siempre algo familiar, algo propio. La división política no ha bastado para borrar la identidad geográfica, étnica, esa honda impronta ibérica que no desaparece ni con la sangre ni con el fuego, y que Portugal conserva y conservará hasta que se conserve el desarrollo histórico de ambos países. Leyendo a los novelistas portugueses que describen la provincia, la vida aldeana, pierdo por completo la noción de las diversidades, porque aquel ambiente, es el mismo de mi tierra, y aquellos personajes son los que nos rodean, y aquel modo de sentir y de expresarse, totalmente el nuestro. Y recuerdo la estrofa de Núñez de Arce, refiriéndose a España y Portugal:

«Y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
o las vibrantes cuerdas de una lira»

Y he aquí, que a los cuarenta y dos años de haber realizado España su revolución, Portugal realiza otra del mismo tipo, retrasada, arcaica en cierto modo, porque el período de las revoluciones «políticas» parecía cerrado en Europa. Y los que casi en la niñez vimos «la gloriosa», creemos haber retrocedido a aquellos días de ejército insubordinado y curas paseados a puñetazos y puñadas por las calles. ¿Estaremos aún en 1868? Verdad en que, en 1868, nos preguntábamos: ¿Estaremos en 1848, cuando temblaba el suelo de París?

Señales patentes del malestar de Portugal, las teníamos a cada instante. He aquí una de las más elocuentes. Hará dos años, cuando yo presidía la sección de literatura del Ateneo de Madrid, quise con objeto de estrechar las relaciones intelectuales entre España y Portugal, invitar a alguna celebridad del vecino reino. Ni por las mientes se me pasaba el aspecto político de la cuestión. Yo propendo a olvidar estos que don Juan Valera llamaba tiquismiquis. Pero el conde Tovar de Lemos, representante de Portugal en Madrid, en una conversación acerca del asunto, me enteró de que ninguno de los grandes intelectuales portugueses sería bien acogido por la representación oficial del gobierno lusitano, dado lo radical de las

opiniones de aquellos escritores, poetas y críticos. Y esto creaba al Ateneo, a mí como presidenta de su sección literaria, a los centros oficiales españoles, una situación tan delicada y difícil en el capítulo de los obsequios que es ley de cortesía tributar al huésped, y al huésped glorioso, que fue preciso renunciar a la idea. Quedó en mí la sorpresa y la inquietud de un régimen que no tiene a su lado absolutamente a ninguno de los hombres más o menos ilustres de su época. Triste me pareció el caso para el régimen, alarmante para la paz interior, y preñado de fatídicos augurios.

Teófilo Braga, el actual presidente de la república, es acaso el amigo más antiguo que poseo en Portugal. Lo conozco desde 1880, y hemos platicado mucho de literatura, de «folklore», de crítica. Teófilo Braga, es, además de crítico y erudito, uno de los poetas más insignes en el idioma de Camoens.

Su labor es variada y fecundísima. Su asiduidad en el trabajo, continua, verdaderamente de benedictino. No entiendo cómo le ha quedado tiempo de hacer política, ánimos para situarse al frente de un gobierno, en tan árduas y peligrosas circunstancias, que casi deben calificarse de salto en las tinieblas. No es una canonjía presidir la república recién nacida, en pañales, con la hacienda averiada y las colonias en

peligro. El tiempo dirá si Teófilo Braga triunfa en esta misión, como ha triunfado en las letras.

Con Bernardino Machado hice amistad en Mondariz, y nos reuníamos siempre para charlar largo y tendido. Lo considero una de las mejores personas que conozco. No sé si acertará en política: sé que es un hombre bueno, inteligente, sabio, modesto, lleno de cualidades.

Volví a verlo en Portugal, siendo ministro de instrucción pública de la monarquía. Después supe que se había afiliado a los republicanos. No estaba contento del giro que llevaba la gobernación del estado. He oído contar--pero no respondo de la autenticidad de la noticia--que en cierta ocasión, Machado dijo al rey Carlos, el que fue asesinado por Buissa: «Señor, me han asegurado que V. M. posee billetes de la lotería española». «Y qué, si los poseyese?--respondió el monarca.--Señor--insistió el ministro--por menos están en la cárcel muchos súbditos de V. M.».--Es de advertir que en Portugal, país de tan escasa riqueza pública, la ley prohibe severamente y castiga el hecho de adquirir billetes de nuestra lotería, y éstos son contrabando. El rey molestado, mostró a Machado frialdad, y el ministro dimitió. Insisto en que no salgo garante de que sea cierto lo que voy refiriendo. No lo encuentro, sin embargo inverosímil.

Conociendo la mentalidad de Machado, me sorprendería que atribuyen desmedida importancia a las formas de gobierno. Lo único grave y trascendental es el estado de cultura o de cultura en un país. Vivir bien en lo de dentro, con honor y dignidad en lo de fuera; conservar la patria íntegra elevar el nivel humano, es lo que interesa. De fijo Machado lo entiende así. Estoy impaciente por oír de su boca el juicio de los recientes acontecimientos. En cuanto al mío personal, lo reservo. Necesitaría hacer tantas restricciones y además tantos distingos! No me encuentro ahora a la altura del grave historiador. Sólo diré que, si reconozco las faltas en que probablemente incurrío la monarquía, disto mucho de creer que se remedian maltratando a las monjas y arrasando y saqueando los conventos. El jacobinismo repugna a mi conciencia histórica. No se curan las heridas derramando en ellas vitriolo.

En mi primer viaje a Portugal, nos ocurrió la curiosidad de visitar el palacio de las Necesidades, donde residía el monarca--abuelo del actual, del destronado.--En la primera antecámara nos recibió un funcionario palatino vestido muy modestamente, y nos propuso, si lo deseábamos, saludar a S. M. Respondimos que éramos turistas, que vestíamos como tales, y que no aspirábamos sino a ver lo que se nos permitiese del

palacio y los objetos de arte. Todavía insistió el gentilhombre, y ante nuestra negativa, respetuosamente expresada, nos enseñó parte de un palacio sencillo, sin refinamientos. Mil veces acude a mi memoria esta escena. Los reyes de Portugal dejaron de vivir con tal patriarcal simplidad; el lujo y las modas inglesas los invadieron. Quizá fuese mejor continuar como antaño. No todos los reyes pueden gastar iguales cantidades: no todos los países son igualmente ricos. Parece evidente que la revolución de Portugal se haya originado del malestar económico. Portugal, al fin y al cabo, es una nación pequeña. La sabia parsimonia de Suiza debiera servirle de modelo. El que no debe asomar más allá de la manta.

Y ese terrible problema económico, continúa ahora amenazante, frente a la república. Quédale también el problema de un ejército que ha perdido la noción indispensable de la disciplina. Sabemos por acá lo que cuesta restaurar tal noción.

Hace muchos años, quizá veinte, que el agudísimo ingenio de Ramalho Ortigao dirigió, «a la muy belicosa excelencia del ministro de guerra» una carta encaminada a demostrar que, no teniendo los regimientos portugueses otra utilidad que la de su música; no sirviendo sino para llevar una música delante, y resultando que esas músicas jamás tocan, a pesar de que

el ministro afirma que esas músicas se hallan constantemente en la frontera rechazando, a truculentos golpes de figle, la invasión de las huestes enemigas.--convendría al menos que tocasen en el paseo público, para que el pueblo disfrute lo que el pueblo paga. Acaso, desde este desahogo del autor de As Farpas, haya cambiado todo en Portugal. Espero no tardar en saberlo. Pero, lo repito: es cosa brava un ejército sin displina.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

45

CRONICAS DE ESPAÑA

DEL SIGLO DE ORO*

La escritora española Blanca de los Ríos de Lampérez, de la cual me ocuparé con ocasión de haberse publicado el tomo III de sus Obras, precedido de un prólogo por Menéndez y Pelayo, es la demostración viviente de lo que puede la voluntad, sobreponiéndose a las fatalidades físicas. No conozco persona de complexión más endeble, ni de ánimo más vigoroso.

Siempre, cuando pienso en esta eminente mujer, me acuerdo de Santa Lidovina de Schiedam, cuya historia ha referido, con minuciosidad el retablista flamenco, el encantador Huysmans. Santa Ludovina, con un cuerpo más que crucificado, no desmayó en su espíritu ni un instante. No diré que Blanca de los Ríos padezca tanto como Santa Lidovina; sólo diré que, si su salud fuese la que le deseamos, habría pocos escritores tan fecundos y laboriosos, porque posee una rara cualidad, la verdadera vocación literaria. Muchos remedan esta

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 26 diciembre 1910: 6. No recogido.

vocación: se les creyera ocupados de literatura, y lo que buscan es nombre y ruido para obtener un destino, un acta, dinero, posición, algo que representa un valor independiente de las letras. Blanca de los Ríos no será ajena a lo que llamó Dante «il gran disio de l'eccellenza», el sueño que la «Quimera» infunde a sus adoradores; y esto es lícito y es noble y es leal. Pero nada que no pertenezca a las letras propiamente dichas, codiciaría nunca, aunque hubiese formado parte de ese sexo privilegiado que se reserva todas las ventajas materiales y todos los honores. Si Blanca de los Ríos nace varón, lo más a que aspira, fuera de las lides de la pluma, es al trabajo sosegado de las bibliotecas o a la serena enseñanza de la cátedra, donde le placería explicar a algún clásico de ese «siglo de oro» que forma el asunto de su libro.

Blanca de los Ríos tiene en la masa de la sangre esta devoción a las musas. Procede de una familia en que se cuentan artistas y eruditos tan insignes como Amador de los Ríos, el historiador de las letras españolas. Criada entre bienestar y cariño, rodeada de estimación y respeto, no ha luchado sino con la natural, inveterada indiferencia del público, y algo con el recelo y malevolencia que suscitan las escritoras. No hay nada más diferente de la bohemia de una Jorge Sand que el tipo de esta literata, señora y adamada hasta la

punta de las uñas, seria y «honorable», como dicen los ingleses, en grado sumo, persona del mejor tono y de excelente educación. Unida a un hombre de relevantes méritos y no común competencia en materias artísticas, el renombrado arquitecto don Vicente Lampérez, autor de la notabilísima Historia de la arquitectura cristiana en España, Blanca posee un hogar venturoso y pacífico, que es a la vez un centro de cultura. Todo ello pudiera ser razón para incluir a la escritora en el número de las mujeres felices, si la naturaleza le hubiese dado un cuerpo fuerte y resistente, a la altura de esa alma de temple de acero que Menéndez y Pelayo le reconoce.

La salud fue la única hada que no estuvo invitada al bautizo de Blanca de los Ríos... Acaso una terrible conmoción en la adolescencia, resultado de un espectáculo sangriento, en una algarada revolucionaria, o acaso otras causas que sería difícil precisar, originaron esa debilidad física, vencida tantas veces por la energía moral de un espíritu superior. Toda la vida del organismo de Blanca se ha reconcentrado en los ojos azules, claros, perspicaces y candorosos, como de niño.

Con la energía moral ha hecho la señora de los Ríos la labor, no corta ni baladí, que representan los tres tomos ya publicados de sus obras, y los siete más

que tiene próximos a ver la luz, así como los dos en preparación, de los cuales, uno por lo menos, el titulado Fray Gabriel Téllez, debe de estar terminado, a falta del incesante retoque y pulimento que no cesa de aplicarle su autora.

Con los títulos de estos libros a la vista, puede determinarse la orientación principal y dominante de Blanca de los Ríos. Entre ellos hay tomos de poesías, y de las poesías, bastantes son muy bellas y cinceladas y sentidas; entre ellos hay tomos de novelas cortas y cuentos, y podrían extraerse de la colección algunos tan maestros como Larondeña, que según Menéndez y Pelayo, «recuerda el toque firme y preciso y la impasible objetividad de Mérimée»; y, no obstante tan fehacientes testimonios de varias aptitudes, diríamos que Blanca de los Ríos, en primer término, está condicionada para el análisis literario, la investigación erudita vivificada por el instinto del artista; en suma, para la crítica, en el elevado sentido de esta palabra. Género de trabajo que pide vigor, que pide una organización robusta, un estómago, unos nervios, una sangre, que derivan de auxiliares, que no traicionen el cerebro y a la memoria. Por eso es doblemente admirable lo que Blanca de los Ríos ha realizado, para acopiar noticias y datos respecto a Tirso de Molina, el fray Gabriel Téllez de la Orden de

la Merced, a quien la escritora consagró, desde hace años, un culto ferviente.

¿De dónde arrancan estas predilecciones que sentimos hacia una figura literaria o histórica? ¿De qué recóndictos senos de la conciencia y la sensibilidad, surgen las adoraciones póstumas, que seguramente no responden a similitudes, a afinidades morales? ¿Por qué Blanca de los Ríos no ha experimentado por Calderón ni por Lope de Vega, por Moreto ni por Rojas, ese entusiasmo vehemente que le inspira Tirso? Claro es que, tratándose de una escritora tan bien documentada, y tan dispuesta para la crítica, no le faltan argumentos en que fundar su devoción. Sin embargo, queda en pie el problema: hay algo íntimo, que no se razona, en semejantes fanatismos, (si no suena mal el vocablo). Menéndez y Pelayo los señala como un escollo. «Natural--dice--es que cada uno tenga sus devotos; pero el sentido crítico debe refrenar la pasión exclusiva, que es admirable como estímulo, religiosa como elemento de juicio. El biógrafo, salvo raras excepciones, se identifica con su héroe, le considera como cosa propia, hace oficios de abogado defensor, si su cliente los necesita, y da a la narración un tinte apologético, aun sin proponérselo».

Exacta es la advertencia, y no obstante, en el caso, por ejemplo, de Blanca de los Ríos, fue necesario

todo el entusiamo para sostener y fortificar a la biógrafa en su labor. Un sentimiento de justicia, al ver a Tirso preferido y tasado en menos valor, dentro de la trinidad de los grandes autores dramáticos españoles, prodigio tal vez, en un espíritu generoso como el de Blanca, ese fervor fecundo, que la impulsó a imponerse trabajos, molestias, gastos, un calvario, para rectificar, completar y esclarecer la biografía y el conocimiento de fray Gabriel Téllez, creador del Burlador de Sevilla, y de Mari Hernández la Gallega.

La biografía de Tirso era un obscuro enigma, y en parte--aun después de tan diligentes gestiones, de tanto polvo y polilla como la escritora eventó al escudriñar archivos parroquiales, notariales y de hacienda--sigue siéndolo. Quedan en la vida de Tirso períodos del todo ignorados: no por eso son menos dignos de consideración los hilos y rayos de luz que Blanca pudo recoger, y que iluminaron la densa sombra. Menéndez y Pelayo, a quien cito por su autoridad en estas materias, escribe lo siguiente: «la vida religiosa y literaria de Tirso tiene ya firme y amplia base en más de treinta documentos reunidos y concordados por la señora de los Ríos. Gracias a ellos quedan aclarados puntos tan importantes como los estudios de Tirso, su viaje a la isla de Santo Domingo, los capítulos de su orden a que asistió, sus trabajos

como cronista, sus encomiendas de Trujillo y Soria; se puntualizan las fechas principales de su biografía, y se aclara en lo posible el orden cronológico de su producción dramática».

Si hubiésemos de ser llamados, nuevos Paris, a discernir la manzana a uno de los grandes autores dramáticos del teatro nacional, acaso la otorgásemos también a Tirso. Desde muy antiguo se lo he manifestado así a su calurosa apologista doña Blanca. En efecto, Tirso es el más verdadero y real, y si es cierto que Calderón significa y expresa lo típico y característico de la raza, Tirso, como Cervantes, significa lo humano de esa misma raza, acercándose, por lo tanto, (sin llegar) a la amplitud del autor del Quijote. Y no por eso podrá negarse que el padre de «Don Juan» y creador de El condenado por desconfiado no tenga tanto hispano como pueden tener Lope y Calderón. El cotejo, y crítica de nuestros magnos dramaturgos, el examen de los argumentos en pro de la superioridad de alguno de ellos, requiriría largo espacio: es de esas cuestiones que sólo pueden depurarse y aquilatarse en libros, no en renglones, para la prensa. Prefiriendo yo a Tirso en muchas ocasiones, y siempre en el terreno de la creación de caracteres y de la psicología femenina, no disto de creer, como Menéndez y Pelayo, que Lope de Vega es la clave de nuestro teatro

nacional, y Calderón, el «poeta de la Inquisición», la clave de nuestra leyenda. No hay entre estos tres genios la distancia que separa a Shakespeare de Marlowe, y menos a Raurie [Raurich] de Pradon: sus cualidades se contrapesan, y su fisonomía peculiar se destaca, del modo más seductor, para quien los lee y estudia, sin propósito erudito; con la sencilla alegría de la admiración.

Afirmaba así nuestra neutralidad en el litigio, es placer seguir, al través de una prosa elegante, la demostración que Blanca de los Ríos hace de la supremacía de Tirso, y cómo le vindica de injustos olvidos, de pretericiones, de la indiferencia que los críticos extranjeros le demostraron. Al empezar el siglo XVIII, nos dice, apenas quedaba memoria de Tirso. En cambio, durante parte del anterior, le habían saqueado a conciencia. Trece comedias de Calderón se derivan de otras tantas de Téllez. Moreto se apropió de El rey don Pedro en Madrid, La villana de Vallecas y algunas otras: Rojas le debió lo mejor de su teatro, y Córdoba y Maldonado y Zamora se alzaron con El burlador. En cuanto a Zorrilla, que ganó lo más popular de su fama a ese mismo Burlador, al Tenorio, es curioso: murió sin enterarse de que en Tirso de Molina estaba el origen de la fábula. Verdad es que, según los eruditos, según el interesantísimo libro de Said

Armesto, «La leyenda de don Juan», los orígenes de este personaje, mito, o lo que sea, son asaz más antiguos que el maestro Gabriel Téllez. Como Shakespeare, del fondo tradicional tomó su idea Tirso.

En el extranjero, fue también Tirso salteado, imitado, más o menos despojado; en Italia y en Francia, el calvatrueno arrepentido de Tenorio tuvo larga progenie. Moliere no se contentó con Don Juan, inspirose, para su Tartuffe, en Marta la piadosa. Y entretanto, en el siglo XVIII, para los críticos de fuera de España, nuestro teatro eran Lope, Calderón y Solís; Solís, que en ese terreno no pasó de medianía. En España misma, no se representaba nada de Tirso. Ni se representó, sino cuando la guerra de la independencia despertó el sentimiento nacional. Hasta mediados del siglo XIX, sin embargo, la crítica y la erudición no empezaron a parar mientes en Tirso. Cuando ha contribuido, actualmente, la docta escritora a quien vengo consagrando con merecido tributo a la rehabilitación de Tirso y al conocimiento de su vida y labor, es incalculable. Porque un celo como el suyo, un ardor tal para allegar noticias y transmitirlas al público no sólo en el libro que esperamos impacientes, sino en conferencias atractivas y profundas, como las que ha dado en el Ateneo de Madrid, llegan más allá de lo que suele llegar el propagandista, y son algo que se

comunica y se difunde y va año tras año suscitando y concentrando la atención en una figura literaria. Tirso de Molina pertenecerá siempre a Blanca de los Ríos, según acertadamente escribe el ilustre crítico Gómez de Baquero en El Imparcial. Cuando se insista en el estudio del gran mercenario, y se complete, si es posible, la indagación de la apasionada «tirsófila», habrá que recordarla, que ensalzar su iniciativa, y los dos nombres, el del dramaturgo y el de su biógrafa sonarán reunidos, como justo premio a una fe y a un esfuerzo que, por mil razones y circunstancias, algo tiene de heroico.

Ya ahora mismo está sucediendo--aun antes de que aparezcan los dos libros: «El don Juan de Tirso de Molina», y el Fray Gabriel Téllez, tiempo hace anunciados--que no vemos en Blanca de los Ríos sino lo que a Tirso de Molina se refiere. Otros trabajos e indagaciones, como las muy curiosas páginas que ha dedicado a averiguar si Cervantes estudió en Salamanca, a esclarecer puntos de la biografía de Lope de Vega, pasan casi inadvertidos; pero entre los libros anunciados en la cubierta del tomo que me ha sugerido esta crónica, hay uno que, sin relacionarse con «el siglo de oro», será leído con interés sumo, y actual. Se titulará De la mística y de la novela contemporánea y, por las muestras que conozco, enriquecerá nuestra escasa literatura crítica moderna en España.

Escasa, y pudiera decir escasísima. A las letras españolas cabe aplicar lo que Tirso de Molina pone en boca de don Diego de Haro:

«El hierro es vizcaíno que os encargo;
corto en palabras pero en obras largo...»

Se escriben y publican tantas novelas, y tan contadísimos estudios críticos, por acá! Porque no han de llamarse estudios críticos los «palos», las agresiones burlescas, ni los distraídos periodistas. Un cuadro de conjunto, que comprenda un aspecto tan importante de nuestra producción literaria como la novela contemporánea en sus relaciones con la tendencia mística de la raza, falta y seguirá faltando Dios sabe por cuanto tiempo, si la mano experta y maestra que tan a fondo analiza a los clásicos, no convirtiese su actividad hacia los modernos--a veces, los menos y peor conocidos y comprendidos. Y si algo de lo que voy diciendo de Blanca de los Ríos fuese nuevo para mis lectores de América, me holgaría de haberles puesto en relación con una mujer de quien no hablo así porque soy su amiga, sino de quien soy amiga porque de ella es justo hablar así.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

46

LA NACION

CRONICAS DE EUROPA

DESENLACE DE UNA VIDA*

(Para LA NACION)

Uno de los que mejor ha sondado a Tolstoi, el célebre escritor Demetrio Merejkowsky, escribió hace pocos años:

«¿No es cierto que parece que los actos y las palabras de Tolstoi ya no tienen significación alguna? ¿No es verdad que creemos que ha dicho y hecho cuanto tenía que hacer y decir? ¿No es cierto que su vida tiene trazas de haber cerrado su ciclo? Pero queda en pie un problema: ¿Cuál será su muerte?»

O mucho me equivoco, o la muerte de Tolstoi es la respuesta a tal pregunta. A todas horas y en todas partes el autor de Resurrección ha debido pensar en el párrafo de su ilustre compañero, y, sobre todo, en análisis penetrante, lleno de dialéctica, que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 31 diciembre 1910: 5. No recogido.

Merejkowsky realizó al estudiar su personalidad de escritor y de apóstol. No hay réplica a tal análisis; es una acusación hecha de mano maestra y fundada en los hechos y documentos más favorables a Tolstoi, en biografías escritas para satisfacerlo, en las propias confesiones del interesado. Más atildado en la forma y más duro en el fondo que el brillante Max Nordau, Merejkowsky ha disecado la figura y examinado la leyenda del místico pedagogo de Yasnaia Poliana, y ha mostrado, bajo el iluminado y el fundador de religión y el evangelizador que la gente creyó ver, el hombre semejante al resto de la humanidad, y sólo diferente de la multitud en las geniales facultades literarias. Repasemos el alegato.

Aunque suele hablarse de la conversión de Tolstoi, entre 1870 y 1880, realmente desde su niñez tuvo momentos de concentración y de retiro moral, horas de arrepentimiento, en que se impuso penitencias y disciplinazos, devaneos psíquicos, y un terror vago ante la idea de la muerte. Más tarde, el que tanto había de condenar la guerra, se alistó en un regimiento de artillería, en el cual fue abanderado. Muy intenso era el sueño de gloria militar de Tolstoi, e iba unida a él la aspiración de ser nombrado ayudante de campo del zar. También ansiaba la cruz de San Jorge, y la merecía, después de los tres días de metralla en las

trincheras de Sebastopol y la encarnizada defensa de Malakoff. Pero, como tantas veces sucede, tratándose de recompensas en campaña, la mala voluntad de un superior se atravesó y dejó sin efecto la propuesta. Cambiaron--dice su biógrafo más entusiasta--las ideas de Tolstoi sobre el valor, y buscó la fama literaria. Su categoría de escritor famoso lo lisonjeaba mucho, y no lo halagaba menos su posición social.

Habiendo viajado por Europa, como todo ruso que se respeta, volvió a sus propiedades y se dedicó a la pedagogía, fundando la famosa escuela de Yasnaia Poliana.

En una crisis de inquietud y melancolía se retiró a las estepas, a beber leche de yegua y andar entre los nómadas. Poco después se casó, y vivió veinte años felicísimos, aunque después tampoco puede creerse que haya sido desgraciado. Tuvo trece hijos, aumentó con hábiles explotaciones agrícolas sus rentas, y, lo dice él mismo en su Confesión, «en aquella época, mi vida entera convergía hacia mi mujer, mis hijos, mis esfuerzos para acrecentar nuestros medios de subsistencia. Toda idea de perfeccionamiento se había transformado en tendencia a aumentar mi bienestar y el de mi familia.» Con el mismo fin escribe sus primeras novelas renombradísimas: A su alrededor reina la abundancia y en su espíritu predomina la alegría de

vivir. Es el momento en que jura que, si una hada le invitase a formular un deseo, no sabría cuál. Y es entonces justamente cuando la idea del suicidio se le presenta, y se reconoce al borde de un abismo.

No hay que maravillarse de eso. Ejemplos no faltan. El tedio vital está más cerca de la dicha que del dolor. Salomón omnipotente, se aborreció a sí mismo, mientras Job se extendía resignado en su estercolero. Por una contradicción asaz frecuente también en la naturaleza humana la idea del suicidio, en Tolstoi, va unida al espanto ante la muerte, al horror del abrazo de la Sirena negra.

Este mismo miedo a la muerte sufrió Victor Hugo, y se refleja en no pocas de sus más bellas y profundas poesías. Este miedo ennegreció los últimos años del poeta Campoamor. En cambio, a don Juan Valera lo he visto sereno ante la perspectiva del fin de la vida. No todos los hombres tiemblan en la antesala del sepulcro. Quizá Tolstoi, que detrás de la última hora sólo veía la nada, retrocedía horripilado, con el movimiento instintivo del animal que olfatea el precipicio. Ya sabemos que, en presencia del peligro definitivo, concreto, en la guerra, no era cobarde. era otra cosa lo que a Tolstoi le erizaba el pelo. La muerte natural--como la de «Iván Hitch,» que describió tan bien--y sus anuncios, la vejez, la decadencia del

cuerpo, el pelo que emblanquece, las arrugas... Tal es el fondo de lo que Tolstoi llamó Conversión y de sus propósitos de renunciar a la propiedad y al dinero.

La misma resolución adoptó San Francisco de Asís, en el siglo XIII, después de una crisis de conciencia. La diferencia está--nota Merejkowsky--en que San Francisco lo hizo efectivamente y se desposó con la dama Pobreza, mientras Tolstoi en largos años, no logró arrancar las raíces de la propiedad, que él calificaba de «telaraña mísera».

Desde el primer instante el plan de repartir sus bienes a los necesitados tropezó con la natural oposición de la condesa de Tolstoi, a la cual no apetecía la perspectiva de pedir limosna, ella y sus hijos. El drama de familia se inició. Acaba de desenlazarse, como nadie ignora, con la fuga del conde a un convento y la enfermedad mortal.

Y llegando a este punto, es cuando la acusación de Merejkowsky adquiere, bajo su forma respetuosa, terrible severidad. El caso es trágico, pero con ribetes de sainete. Ese coloso del pensamiento y de la pluma; ese redentor del género humano; ese hombre de quien Europa está pendiente... puesto en lucha de voluntad con una mujer, la suya, es vencido por espacio de veinticinco años. La condesa, enérgica defensora de la seguridad de su hogar, del patrimonio de sus hijos,

se halla dispuesta a recurrir a las autoridades, a poner a su marido en tutela. Que escriba lo que guste, es otra cosa. Reducir a su familia a mendigar, no. Y es el apóstol el que cede, el que carece de valor para realizar lo que está predicando subvirtiendo las conciencias de muchos, que profesan ya «el tolstoísmo». No es lo mismo predicar que dar trigo, reza el refrán castellano.

Y Tolstoi transige. La transacción adoptada por Tolstoi inspira a su acusador finas ironías. Consistió la componenda sin intervenir en el manejo de la hacienda, sin tocar dinero, habitando una especie de celda amplia y ventilada, donde escribía, y vistiendo como viste el pueblo, vestimenta mucho más cómoda que la de los señores. Además, como ejercicio corporal, araba o hacía zapatos. Su comida era vegetariana, muy variada y sabrosa, dirigido esmeradamente el cocinero por la condesa. Su ropa blanca estaba perfumada con saquillos. Y el conde vivía dichoso, alegre, sin el pesar de no haber obedecido la vocación, rodeado de testimonios halagüeños de entusiasmo, y repitiendo, con la satisfacción del vencedor:

«En artillería no me gané los entorchados; pero en literatura, sí.»

Cuando Tolstoi no producía sino novelas de primer orden, nadie tenía derecho a pedirle cuenta de sus

goces íntimos ni de su género de vida. Es él la piedra de toque de todos los moralistas, de todos los innovadores: que ajusten su existencia a sus teorías. Acaso puede una teoría ser muy verdadera, sin que la practique el que la propaga: no obstante, la desconfianza brotará siempre al lado del que grite, desde un púlpito--y púlpito es la literatura:--«Haced lo que os digo, y no lo que me veais hacer.» Tal vez la rápida e increíble difusión del cristianismo, en lo humano, deba atribuirse a que todos aquellos «galileos» practicaban estrictamente lo que creían, y tenían la vida ofrecida entre tormentos a disposición de la fe.

Si dentro de la sociedad, tal cual se halla establecida, nada malo hacía Tolstoi, a la luz de sus teorías repetidas y crudamente expuestas, debió más de una vez aplicarse a sí propio las anatemas que fulminaba sobre las clases directoras, los ricos, sobre los que vivían «vida de cerdos», consumiendo lo que trabajan otros, y sin ganar el pan con el sudor de su frente.

La opinión, sin embargo, por una de esas indulgencias tan difíciles de motivar como en ella frecuentes, no pedía cuenta a Tolstoi de su inconsecuencia. Al contrario: admiraba su conducta, veía en él a un redentor. Lo externo de la vida de Tolstoi en Yasnaia Poliana le parecía harto ejemplar.

El célebre retrato que le representa descalzo y vestido de mujick, labrando la tierra, era la imagen que del autor de Resurrección se formaba el mundo.

Quizá lentamente, la reflexión hizo su oficio, y algunos principiaron a reparar en «la contradicción entre las palabras y los hechos del que, en toda la civilización humana, sólo ve contradicciones». La originalidad de la situación acabó tal vez por ser notada de unos cuantos, de los que no aceptan las ideas hechas, sino que se toman el trabajo de juzgar por sí mismos, y de aplicar a las leyendas el ácido que las descompone, si no son de oro puro. Cuanto más predicaba Tolstoi las enseñanzas de Cristo, el reparto de los bienes--nota agudamente Merejkowsky--más se vendían sus libros, más dinero recogía Sofía Andreiwna, la esposa del autor, que envestida de completa autoridad, administraba y regía la fortuna territorial y editorial del marido. Así, la condesa acababa por «reconciliarse con las teorías de su esposo». Llega a corregir las pruebas, a copiar los originales. Su opinión, su objeción, han prevalecido. «¿Voy a dejar a mis hijos el día y la noche, cuando nadie hace tal cosa?»

Insensiblemente, la desconfianza de unos pocos vino a turbar la tranquilidad venturosa de Tolstoi, cuya existencia actual, saludable, morigerada, no era

menos feliz que había sido la anterior, en que nada rehusaba a sus sentidos ni a su cuerpo. Líbreme Dios de plantear la cuestión de la sinceridad de Tolstoi. En su interior, me inclino a creer que deseaba renunciar y sacrificarse. Debió de faltarle ese resorte mágico de la voluntad. Era un débil, que escribía cosas fuertes. Y el intríngulis estaba en realizarlas.

Sin duda llegó hasta él más de un indicio de que ya en pos de tantos libros, se exigía de él un sermón de los de Fray Ejemplo. El estudio clínico, cruel, de Merejkowsky--después de la frase incisiva de Nordau, referente al amor «muy platónico» del conde por los desheredados--debió de tener resonancia europea, si no entre las masas fanáticas e ignorantes, dispuestas a canonizar a todo el que les hable en cierto sentido, por lo menos entre los amigos de informarse de la realidad. Todo trabajó sobre el espíritu de León Nicolayewitch, conde de Tolstoi, y fundador de la «religión del sufrimiento humano», que ya estaba fundada mil ochocientos y pico de años antes.

Hay en el hombre que desempeña un papel ante sus contemporáneos, el instinto, que no vacilo en calificar de noble, de «afirmarse» en este papel. Si hasta el actor quiere «entrar» en el personaje que representa, ¿cómo no ha de desear, el que es actor de su misma

vida, estar a la altura de lo que ha conseguido encarnar, y si, cual Tolstoi, siente el amor de la gloria (que no será cristiano, pero es naturalísimo), no ha de afanarse en dejar tras sí la huella luminosa de lo íntegramente grande, de la armonía entre los actos y las doctrinas?

Así creo yo que debe comprenderse el final de la vida de Tolstoi. El recurso de los que se sienten débiles, la fuga fue lo que eligió para asegurar la inmortalidad, para prevenir los juicios fríos de la imparcial historia futura. En presencia de su nujer, de su familia, no se atrevería jamás a legar «al pueblo ruso» el millón de rublos que valen sus obras en el mercado editorial. Desasimiento póstumo, pero al fin, desasimiento. Corrió a refugiarse en un convento, y viajando en el tren, en tercera, en la plataforma, como el pueblo, la pneumonía desató el nudo de su destino, del modo más teatral, más estético, más conveniente a su gloria. Fue dichoso hasta en esto. Pudo--más que octogenario--coger la enfermedad en un paseo al través de sus propiedades, en Yasnaia Poliana; y sería un vulgar incidente. Buscaba así, en la imitación del pueblo, en la huída del hogar demasiado cómodo, regalón y dulce, en el arranque de unificar ideas y actos, el fin de Tolstoi es poesía, y presta nuevo realce a su figura, ya tan prestigiosa.

Un bel morir tutta la vita onora...

repetiremos, no sin hacer la salvedad de que el relato de su muerte no lo conocemos todavía sino por la prensa, y cabe confusión y error en estas primeras noticias. Lo que está documentado es el alegato de Merejkowsky. ¿Quién sabe si este alegato implacable le ha costado la vida a Tolstoi, y le ha rodeado de otro nimbo?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

47

CARTAS DE EUROPA

SOMBRAS DEL PASADO*

(Para LA NACION)

Si hay un período de la historia moderna sobre el cual se espesan las telarañas del olvido, es ciertamente el segundo imperio francés. Epoca fecunda en intrigas, en combinaciones diplomáticas enredadas y ocultas, en complot y golpes de estado, en atentados y conspiraciones, el secreto que siempre envuelve este género de aspectos de la vida política y social se ha condensado; mientras diariamente se habla de la revolución de 1793 y muy frecuentemente de la restauración, apenas se recuerda, del segundo imperio, más que la trágica etapa de Sedán.

Ha venido a refrescar un poco la memoria de lo que fueron Napoleón III y su mujer, la española condesa de Teba, la reciente publicación de la Memorias de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 9 enero 1911: 6. No recogido.

ultratumba de Carolina Murat, hija del príncipe Luciano y nieta del rey de Nápoles.

No es posible dudar que la musa inspiradora de estas Memorias es la antipatía hacia la que fue emperatriz de los franceses. Su figura aparece en ellas dibujada al carbón, tiznada con manchas que acaso la historia documental conseguirá borrar, dejando limpios de acusaciones tan sombrías el carácter y la biografía de nuestra compatriota. Yo así lo deseo, y es más lo espero. Es muy fácil calumniar a los que están en alto, y los parientes pobres (Carolina Murat puede ser incluida en esta categoría) suelen alimentar sordos rencores contra los parientes elevados a la suprema jerarquía social. Al recoger algo de lo que Carolina Murat escribe,, no hago sino cumplir los deberes del cronista.

Tuve ocasión de hablar con frecuencia a otra pariente de Napoleón, la que generalmente era llamada "Princesa Rattazzi" aunque tal principado no figurase en el Gotha, indicador seguro de títulos y honores. Era nieta de Luciano Bonaparte, y se había casado, sucesivamente, con el conde de Solms, después con el político Rattazzi, y luego con un español muy simpático y culto, Luis de Rute.

También esta señora hablaba mal de la emperatriz Eugenia; pero yo traslucía, en sus opiniones y

anécdotas, algunas de las cuales coinciden con las que refiere Carolina Murat, el enojo de los desairados y ofendidos. Dícese que pretendió situarse como antaño Mme. de Staël, frente al emperador y buscó el destierro. Napoleón III se limitó a quitarle la pensión que le pasaba como a miembro de la familia imperial. Sobre esta señora yo escribiría un largo artículo, pues era un tipo digno de estudio, y, conociéndola, inspiraba compasión e interés unidas al convencimiento de que nunca prodigó la suerte a nadie tantos dones, ni nadie los derrochó con mayor constancia, inconsciencia y tenacidad. Pero ahora se trata de Napoleón el menor y de su gentilísima esposa, hoy convertida en una sombra del pasado que a veces se aparece en una corte entristeciéndola. A grandes prosperidades grandes desventuras; Eugenia de Montijo soñó por espacio de dieciocho años un sueño sobradamente esplendoroso para que fuese duradero.

Porque es preciso considerar despacio este sueño. sin duda alguna, Eugenia de Montijo procedía, por línea paterna, de la sangre más ilustre de España. Venía de Guzmán «el Bueno», del «Gran capitán». No obstante, infinitas señoritas españolas, descendientes de héroes de santos, hasta de reyes--caso en que Eugenia de Guzmán no estaba--se contentan con modestos enlaces teniéndose por sobrado venturosas si logran unirse a

quien las sostenga con el decoro de su clase. Al jugar en el patio morisco de la casa de Granada, donde nació, sólo en cuentos de hadas creería ceñir corona imperial.

Verdad es que tampoco Luis Napoleón pudo esperar que los acontecimientos, en su infancia tan funestos para la dinastía napoleónica, se desarrollasen de modo que le fuesen preparando el trono. Las desavenecias de sus padres, el desacuerdo entre Napoleón I y su hermano, todo alejaba a Luis, no ya del solio de Francia, sino del de Holanda. La reina Hortensia fue desleal a Napoleón I, aceptando un título y una pensión de los Borbones. Quién le diría al vencedor de Austerlitz que el hijo de aquella mujer, muerto el aguilucho restauraría las águilas?

El fallecimiento del duque de Reichstadt fue la señal de que se despertase la ambición del hijo de Hortensia. Las brujas le dijeron: "Macbeth, serás rey". Los momentos eran favorables. Un renacimiento napoléonico, un entusiamo retrospectivo comenzaba a fermentar en Francia. Por entonces se trató de casar a Luis Napoleón con su prima la princesa Matilde, hija del ex rey de Westfalia. La boda se aplazó y al cabo no se hizo.

El joven ambicioso realizó la fracasada intentona de Estrasburgo de la cual se rieron Francia y Europa. Quizás este desdén le salvó la vida: se contentaron con

desterrarle. La segunda tentativa, la de Boulogne, en que tan grave riesgo corrió, se frustró también y terminó con el cautiverio en la fortaleza de Ham, "vestíbulo del palacio de las Tullerías". La romántica evasión de aquel castillo, evasión casi increíble, engrandeció la figura del prisionero y del conspirador ante Europa. La caída de Luis Felipe le abrió camino. De presidente de la república pasó a emperador.

La boda con Eugenia de Montijo fue, parece evidente, el primer error político de Napoleón III. En España no se ignora la parte que tomó Narváez en este suceso, como tampoco desconoce la historia las inútiles gestiones realizadas por Napoleón, es cierto, contaba ya 45 años de edad; pero una prudente espera, dos o tres años más para afianzarse en el trono, y para buscar lo que podía convenir a la duración de su dinastía y al apoyo que necesitaba en Europa, hubiesen impreso a su reinado una dirección más prudente. El eterno conspirador, logrado al fin sus anhelos, sufrió sin duda un relajamiento de la voluntad y se dejó atraer y cautivar por la graciosa española en novelesca aventura de amor. Es evidente que Eugenia de Guzmán no le traía ningún elemento de solidez, ni tampoco ese consejo y ese auxilio que dieron a sus regios esposos las Catalinas y las Isabeles. Era la boda, por lo menos, un salto en lo desconocido, un peligro más, entre tantos como el porvenir reservaba.

Fue en la casa de su antigua novia, la princesa Matilde, donde el novel soberano se hizo presentar a la que había de ser su compañera. Esto dice Carolina Murat. Otros historiadores, al contrario, afirman que desde 1849 Napoleón conocía a la señorita de Montijo, la cual, durante el golpe de estado, ofreció al príncipe presidente, para el caso de un descalabro, cuanto poseía. Ello es que, entre las primeras fiestas de un régimen que tantas había de dar y de Fontainebleau, descolló y brilló la extranjera, mujer ya de veinticinco años, en la flor de la hermosura, una hermosura atrevida, rara, original, de líneas artísticas, de cabeza que arrancaba de un cuello verdaderamente de cisne, y que coronaba una cabellera de oro intenso. Carolina Murat nos refiere que tal cabellera no existía entonces; que era sencillamente un artificio de Félix, el peluquero de palacio. La anécdota referente a este asunto está llena de malignidad. Afirma que Eugenia de Guzmán amaba locamente a un duque español--el de Alba y, al saber que su propia hermana era su rival, absorbió despechada, un veneno. No murió, pero estuvo tan gravemente enferma, que fue preciso afeitarle la cabeza. Cuando pasó a Francia con su madre, llevaba el pelo en cortos rizos, y un lazo en el moño bajo de entonces, disimulaba el añadido profuso.

Con pelo largo o corto, Eugenia de Guzmán podía trastornar el sentido, y a bastantes se lo había trastornado en España. Su estilo era un tanto excéntrico, y, como hoy se diría, practicaba el "flirt". Montaba a caballo con singular gallardía y se conserva de ella un retrato ecuestre, con calañés y chaqueta torera que es un encanto. Acaso al pronto, pensase Luis Napoleón en un amorío clandestino; más el rey Jerónimo estaba en lo firme cuando decía a su sobrino, viéndole tan prendado:

-Muy guapa es, pero el que la pretenda tiene que casarse.

Napoleón extremaba los obsequios. El día de San Eugenio regaló a la española un ramo y el caballo que había montado en la cacería. La fiesta de Complègne se retrasó, hasta que Eugenia se restableciese de un ataque reumático. Como en el bosque admirase Eugenia una hoja de trébol salpicada de rocío, Luis Napoleón despachó a París un emisario que en veinticuatro horas trajo un broche en forma de trébol, de esmalte, cuajado de brillantes. Sin embargo, aun no se hablaba de bodas. Eugenia, quejosa, alegando que la mujer de un funcionario la había insultado, anunció que se marchaba. Al otro día, Napoleón, ya seducido formalizaba la petición de casamiento. La boda fue solemnísima, de una magnificencia superior a la

desplegada en la de Napoleón I. Hubo, eso sí, un triste presagio. Al salir los ya esposos y montar en su carroza la corona nupcial que la remataba se despredió y cayó al suelo. Un antiguo servidor del primer imperio recordó que había sucedido lo mismo en aquella propia carroza, al unirse Napoleón I y María Luisa. Napoleón III, supersticioso como todo hombre de acción, disimuló el mal efecto que el augurio le causaba.

Y empezó aquella existencia brillante, facticia, algo febril, aquella transformación del París burgués de Luis Felipe en el París suntuoso y babilónico de Haussmann. La corte de Francia fue el centro del lujo, de la frivolidad y la alegría. El comercio quería que la emperatriz pusiese la moda, lanzase las novedades y atrajese el oro europeo a las tiendas perisienses. Algo de este ambiente ha descripto Zola en "La curée. Un soplo de locura que había de terminar con el fatídico clamoreo ¡« A Berlín, a Berlín !...» No era posible que muchas veces la imperial pareja no se diese cuenta de las amenazas de los conflictos que empujaban a su decadencia, al imperio y a la nación con él. A aquella nueva Roma la acechaban como a la otra, los bárbaros del norte. Y dentro la corrupción avanzaba hasta el extremo de que hubiese quien comparase el estado de Francia con "la danza macabra de Holbein,

alrededor del becerro de oro», y acusase a la familia imperial de «tomar la iniciativa de todos los excesos y todas las debilidades». Y con esta acusación concuerda la de Carolina Murat. Según sus noticias, la emperatriz no pensaba sino en diversiones y zambras, sin guardar la circunspección que imponen los altos cargos. Nos la pinta galopando el martes de carnaval, sobre una silla, secundada de sus amigos y amigas en la travesura, y esto, cuando acababa de morir el duque de Morny. Nos la retrata en una cacería de Fontainebleau, llevada a la silla de la Reina por dos cortesanos, sobre una rama de árbol, o empujada por detrás por otro caballero, al subir una cuesta, para que no se descompusiese la crinolina en el aire. Otra anécdota más seria es la que se refiere a la muerte misteriosa del conde de Camerata. Era este señor hijo único de la princesa Bacciochi, cuya madre fue Elisa, hermana de Napoleón I. El conde apareció con la cabeza atravesada de un balazo, en su propio cuarto. La víspera, la emperatriz le había recibido en la Tullerías, en audiencia particular. Unos dijeron que la soberana le había rehusado dinero para pagar sus deudas; otros hablaron de cartas comprometedoras que el conde guardaba en su poder, y que un polizonte fue encargado de recobrar, lo que no pudo hacer sin matar al poseedor. El polizonte, más tarde, también sucumbió

misteriosamente asesinado. El retrato del conde, con apasionada dedicatoria en español fue encontrado en 1870 por Gambetta y Rochefort, entre los papeles secretos de las Tullerías.

Doblemente más graves que estas insinuaciones, en las cuales no hay nada probado, ni nada que importe a la historia, es el cargo que Carolina Murat dirige a Eugenia de Montijo, de haber causado la guerra franco--prusiana. Acusación desmedida, en mi concepto. Que la influencia de la emperatriz hubiese a la larga pesado en el ánimo del emperador en las cuestiones de Méjico y de Italia, no parece dudoso; que lo hiciese declarar la guerra por evitar que un príncipe alemán se sentase en el trono de España, carece absolutamente de verosimilitud. La guerra fue un error general de Francia, que creía seguro el triunfo. Leyendo las sesiones de las cámaras, se adquiere este convencimiento. Thiers fue insultado porque daba el consejo de prudencia y anunciaba lo que podía sobrevenir.

Con reserva debe acogerse también la imputación de haber sido la misma emperatriz causa de la muerte del príncipe imperial sacrificado ferozmente por los zulúes. Yo había oído esta versión mucho antes de que se publicara el libro de Carolina Murat. Ya entonces me resistí a darle crédito. Necesitaría verlo, y aun

así... Desde luego, la culpa de la infeliz madre sería involuntaria siempre.

He aquí lo que afirma Carolina. La Emperatriz fue quien impulsó a su hijo a la guerra de Zululandia, a pesar de la oposición de Rouber, del duque de Cambridge, del general Fleury. La emperatriz fue quien se opuso a que llevase consigo una pequeña escolta de amigos leales. Y la emperatriz asimismo impidió que su hijo tuviese un buen caballo, una buena montura fuerte. Por avaricia, lo equipó como a un soldado cualquiera. Sorprendido por los zulúes, en un reconocimiento, la silla se rompió, saltó el estribo. Los oficiales ingleses que lo acompañaban lo abandonaron. Fue hecho pedazos, acribillado de heridas. Con otro equipo se hubiese salvado...

¡Tragedia espantosa! La compasión hacia la madre es tan profunda, que, lo repito, no me permite aceptar su responsabilidad. La historia futura depurará estos hechos. Lo que resulta en la vida de Eugenia de Guzmán es una impresión de sueño, de algo que está fuera de lo real y tiene que desvanecerse, en un despertar melancólico. Desde 1853, Eugenia sueña, como el Segismundo de Calderón, que la sirven, que la atacan, que es soberana, que todo cede a su voluntad; y una noche de Oriente, en el Istmo de Suez, a los sones de una serenata española, sueña que es «almo engendro de

un sol y una hurí...» Y luego despierta en su cueva, en el destierro, en la soledad, en la desaparición de cuanto amó, en el horrendo martirio del hijo, sin amor, sin auxilio humano... Shakespeare hubiese hecho de esto un drama. La crónica, indiferente, sólo ve un pálido y borroso cuadro de algo que sucedió cuando éramos niños, o muy jóvenes y que ya no interesa...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

48

CRONICA DE MADRID

LOS BAILES DE PALACIO*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1911

Yo no he escrito nunca descripciones de bailes ni de fiestas. Es muy arduo cultivar este género de literatura en que descollaron Mme. de Girardin, Pedro Antonio de Alarcón, y aquel famoso Asmodeo, de quien dijeron los maldicientes y también insinuó el padre Coloma en su novela Pequeñeces, que se llevaba a los saraos los bolsillos forrados de hule para atestarlos de sandwichs y golosinas. No lo digo en son de broma: encuentro el género sumamente peligroso. Sólo comprendo que se describa un baile, cuando se puede decir, con entera libertad, que unas mujeres estaban guapas y otras horribles; que unas vestían con elegancia y otras parecían caricaturas; que unas eran viejas y otras jóvenes. Y los revisteros de salón no

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) 27 enero 1911: 6. No recogido.

tienen más remedio que envolver a todas indistintamente en la misma tufarada de incienso. Al siguiente día cuando se lee la crónica es el reír.

Existen algunos eufemismos (convengo en ello) para hacer comprender al público que también el revistero tiene ojos. Cuando se lee «la respetable señora de X...» hay que entender que se acerca al siglo de fecha. Al escribir «la virtuosa señora de Z...» adivinamos que es una fea de solemnidad. Estos calificativos equivalen al de «distinguido» aplicable a los malos escritores. Sin embargo, ningún salonista se atreve a insistir mucho en ellos. A las dos veces que la llamasen virtuosa no habría señora ni señorita que no le jurase odio mortal. De un baile en palacio se puede realmente hablar con mayor libertad, sobre todo si se le mira desde un punto de vista diferente del de los revisteros. Un baile en palacio, es una página de la historia de las costumbres, y pertenece al novelista y al cuentista, más que al atildado «echolier mondain» que apunta en elegante carnet nombres, formas y colores de trajes...

De palacio, claro es que cuanto se diga no ha de parecer hiperbólica adulación. Es el palacio de Madrid uno de los más suntuosos de Europa. Si se hubiese terminado el plan--no se llegó a construir sino una tercera parte--sería único. Tal cual existe, no cabe

nada tan grandioso, tan en armonía con la idea de la majestad.

Como quiera que no se desarrolló por completo la concepción del arquitecto a nadie extrañará si digo que el palacio de Oriente--así se lo suele llamar--carece de salón de baile propiamente dicho. Se utiliza para el caso el comedor de gala, magnífico recinto en que los dorados de la decoración, las pinturas de los techos y los tapices que revisten las paredes forman un conjunto de regio esplendor. En el reinado de Isabel II se bailaba en el llamado «salón de columnas», que hoy sirve de guardarropa y vestíbulo. Ninguna de estas soberbias estancias responde, sin embargo, a la atribución de salón de baile; lo cual no impide que un baile en palacio resulte deslumbrador.

Pero lo característico de estos bailes de palacio; cuando «en grande», es que a ellos concurra gente de todas las esferas sociales; gente que no frecuenta la sociedad. Isabel II, que era espiritual e ingeniosa llamaba a sus propias recepciones «el Prado con techo».--Era el Prado entonces el paseo donde hervía todo Madrid. Hoy no van al Prado sino chiquillos y niñeras.--Y continúa diciéndonos, de estos bailes lo mismo, a no ser que se les llame, como suelen algunas señoras, «un desembarcar en la India» por las caras desconocidas que allí surgen.

Ello es natural. Los reyes no pueden dejar de invitar a cuantos representan algo en el país. Y no todos los militares, catedráticos médicos, concejales, lonjistas, ex-ministros, ingenieros, jefes superiores de administración, etc., que en palacio tienen su invitación por derecho propio, pertenecen al número de los que diariamente frecuentan el gran mundo, ni poseen señora vestida por modisto, y con joyas de la casa Lacloche.

Por lo cual no faltan guasones que se divierten, en estos bailes, en observar la indumentaria el garbo y el aire de algunas concurrentes. Los hombres, sobre todo no fijándose en pormenores, no desdicen tanto los unos de los otros, y, en especial, el uniforme los iguala. Las mujeres pregonan, en cambio, la clase social a que pertenecen. Un vestido femenino y más aun la manera de llevarlo, da la nota de la categoría, de la educación, del modo de vivir.

Y no obstante, ¡cuántos afanes, cuántos sacrificios tal vez, representa, para una familia mesocrática, el presentarse en el baile de la corte! El traje es lo de menos, probablemente. Hoy, que tanto ha cundido el lujo, rara es la señora o la señorita que no posee una toilette degollable, escotable o ya escotada, con sólo quitar la modesta «guimpe». El apuro son las joyas, los adornos de cabeza, el calzado

de tisú, la écharpe, las grandes flores artificiales, el abanico, el abrigo, el coche,--los accesorios, en fin. La salsa del pez.

Coche, guantes, corsé a la moda, ropa interior fina, el perfume, tantos requisitos como exige el exhibirse en una de esas funciones donde cada cual lleva su vanidad a cuestas! De algunos prescinde. Las joyas se suprimen o se llevan falsas, los guantes se limpian, el perfume se reemplaza por Colonia barata, las pieles son de gato, el raso del calzado es inferior; pero la mujer posee el instinto de las elegancias, y sufre cuando no puede satisfacerlo. En algunas casas habrá, con ocasión del baile de palacio, conflictos y luchas, apuros económicos, conferencias del padre y la madre para que las niñas se luzcan ese día sin excesivo gravamen del presupuesto...

Observé, a mi entrada en el baile--donde aun no había mucha gente--un grupo compuesto de una madre y dos hijas. Sentadas en un diván, en la sala de Gasparini, apretándose las unas contra las otras como para protegerse, dirigían miradas de ansiedad a los que entraban. Era evidente que a nadie conocían, al menos personalmente. Cuchicheaban en voz muy baja, cual si estuviesen en la iglesia.

Mientras se iban formando corros de la gente que llegaba y cambiaba impresiones, ellas, cada vez más

recelosas se apelotonaban más, lo mismo que si tuviesen frío. Y era el frío del aislamiento social, era lo que se llama «estar como gallinas en corral ajeno». Por fin, aparecieron dos señoras de la misma traza, con "toilette" caseras y mezquinas con escote tímido y calzado de calle.

Los semblantes de las arrinconadas se iluminaron; se levantaron, electrizadas; avanzaron, tendieron las manos a las recién venidas, y momentos después, reunidas, fuertes con su unión, se lanzaban a recorrer los salones.

El espectáculo del conjunto era deslumbrante. La espléndida escalera de honor, iluminada solarmente, estaba guarnecida por doble hilera de criados de calzón corto, con la casaca y la chupa de la librea real, con el pelucón empolvado, que completaba aquel atavío semirarcaico, «a la Federica». Cuando yo subía, era temprano, y el efecto tenía nucho de fantástico por la sociedad de la escalera y la inmovilidad y silencio de aquellos hombres, que se dijeran estatuas de madera pintada y dorada. En cortos instantes, acudió la multitud de los invitados, y poco después, anunciada por las palmadas clásicas, la Corte, las damas, el cuerpo diplomático todo ello vistoso y reluciente de bordados, colores y pedrería. La gente práctica en estos lances, se precipitó a cojer sitio en el salón de

baile, en primera fila, para ver bailar el rigodón de honor. No lo bailan esbeltas muchachas, ni garzones apuestos, sino señores graves, muy ajenos a esta clase de deportes; por ejemplo, el presidente del consejo, el del congreso, el del senado, los embajadores, con su carga de años y de dignidades, y sus figuras en armonía con los susodichos años y las dignidades consiguientes. Es preciso hacer una excepción con los «dueños de la casa» o sea los reyes. Ambos están en lo más florido de la juventud, y son altos airosos como pinos. La reina, además, y esta no es frase almibarada de revistero, sino comprobación sencilla de una cosa que salta a los ojos, se encuentra este año en el apogeo de su hermosura realmente extraordinaria. Como por primera vez quizá desde su boda disfruta de la ventaja de no hallarse en ese estado que llaman «interesante» y que debiera llamarse molesto, su cuerpo y su espíritu respiran una frescura floreal, y sus carnes de nieve y sus rubios y brillantes cabellos resaltan, realzados por las artísticas vestiduras y las joyas esplendentes y sobre todo, por la elevada estatura, la presencia imponente de su familia, los Battemberg y los Coburgo.

Para no perder paso ni movimiento de la Corte, se agolpa el gentío, contenido por un calabrote de seda roja, sujeto de trecho en trecho por postes, que materializa una noción que debiera ser enteramente

moral, la del respeto y cortesía. Y sería hipérbole decir que no hay empujones y codazos, para colarse en primera fila, imaginen también material de otra gimnasia que en palacio no deja de practicarse diariamente, con igual fin, el de situarse en primera línea, por medio de la obtención de distinciones, honores y gracias. El rigodón de honor se desarrolla en un espacio muy vasto, casi la mitad de la longitud de los dos salones reunidos, que forman el de baile. Las cabeceras tienen que recorrer largo trecho. La gente espectadora, en voz baja, comenta. Comenta los trajes, las bandas, las cruces, las diademas de brillantes, los hilos de perlas, las obesidades, las gallardías, la destreza o impericia en tejer las figuras, la gracia o singracia de las reverencias, las sonrisas, todo...

Terminado el rigodón de honor, sobreviene el deshielo. El aspecto oficial de la fiesta se atenúa. Los reyes, los infantes, van y vienen, hablan con algunas personas, recorren las estancias y aun los pasillos. Las palmaditas se oyen resonar donde quiera. Es el momento de mayor concurrencia, en que hay más enganchaduras de cruces y bordados con sedas y gasas. Es también aquél en que los que no se dejaron a la puerta la filosofía, buscan un rincón y la conversación de dos o tres amigos, para entretener la velada,

huyendo del buffet, que suele ser inaccesible, por la aglomeración de gente que no creería haber asistido a la fiesta, si no consumiese emparedados, bizcochos, sorbetes y jamón.

Para arrinconarse así, existe en palacio un sitio delicioso; unos salones situados detrás del de baile, completamente revestidos de soberbios tapices, de la riquísima colección regia, y no tan iluminados como los restantes. Un cordón de bombillas, en el techo, alumbra aquellas estancias, que la mayoría de los concurrentes toma como de paso, y cuyas banquetas, por lo mismo, suelen estar desocupadas. En ocasiones como la de un gran baile, es difícil, a veces, en palacio, encontrar asiento. Una señora que confesó que, una noche, era tal su fatiga, que estuvo a punto de utilizar como asiento el lomo de uno de los dorados leones que dan la guardia al trono. Por lo mismo, los saloncitos de tapices son encantadores, pues rara vez deja de encontrarse en ellos la propicia banqueta, donde desplomarse rendido, a disfrutar de la amenidad de un poco de chismografía, inevitable condimento de manjar social, sin ella insípido.

En el recinto de palacio es donde mejor florece la novelería política, mundana y de actualidad palpitante. ¡Cuántas veces, mientras los ministros danzan las figuras del rigodón de honor, su caída inminente se

glosa en los rincones! ¡Qué anatomía de las celebridades sociales! ¡qué examen de sus aspiraciones, de su fuerza, de su fortuna! ¡qué recuento de sus años! ¡qué disección implacable de su vida, recordad en un momento por quien se la sabe de memoria! ¡Qué evocación del pasado, qué resurrección tal vez de fanfasmas ya desvanecidos entre la niebla de los años muertos! ¡Y, en la superficie, todo es amabilidad, todo es sonreír, todo se desliza sobre rieles de galantería y cordialidad! Pero si se escribiese o recogiese [en] un fonógrafo las conversaciones, no sólo del baile de palacio, sino de los demás, ¡qué rico venero para el novelista!

A menudo lo he pensado: los que escribimos novelas, ni aun cuando procuramos acercarnos a la realidad y afrontamos la crudeza de su estudio, nos acercamos, ni por semejas, a la verdad que a nuestro alrededor sangra y palpita. Si echásemos mano de documentos auténticos, si refiriésemos lo que diariamente tenemos ocasión de conocer, entonces sí que seríamos terriblemente elocuentes. No podemos, sin embargo, hacerlo; debemos, al contrario, prescindir por sistema, de lo que sabemos mejor y de mejor tinta. Porque, antes que novelistas, somos personas que tienen conciencia y que huyen de difamar, aun cuando la difamación no fuese calumnia. Nuestros libros ganarían

en interés picante, se venderían, por la bastante curiosidad que despertasen; pero habríamos cometido una acción equívoca, aunque nuestra intención no fuese la de causar daño a nadie, sino sólo de aprovechar materiales preciosos, que tientan a transcribirlos. Lo más hondo quizá de lo que pudiésemos pintar, se queda deshecho en esas pláticas confidenciales y ligeras como el tul, que se tejen en una noche de baile, en el ángulo de un gabinete retirado o en la banqueta de un saloncillo revestido de tapicerías dignas de un museo, y que va a cruzar dentro de un instante, una reina, anunciada por las palmadas sonoras...

Tenemos que contentarnos con el goce, ciertamente refinado, de conocer o creer que conocemos lo que hay dentro de los espíritus que animan los cuerpos gentiles, o ya desfigurados por la edad, que pasan ante nosotros. Lo íntimo de cada vida, lo sabemos, si no con entera exactitud, al menos aproximadamente, y el resto tenemos el gusto de fantasearlo. Secretas relaciones entre lo externo y lo interno, nos hacen mirar con ojos observadores los tocados, los atavíos, las joyas, los semblantes, todo cuanto, en tales ocasiones, se arregla, compone y engalana para que produzca una impresión de que responda al papel que se quiere representar. Y nos complace el no ser engañados por las apariencias, el bucear en el mar hondo y

agitado de las almas. Nos sirve de satisfacción el descubrir lo oculto, y ya que no podemos revelarlo al público en nuestros escritos, al menos con exacta fidelidad, archivarlo en la memoria, como se archiva el grano en la troje, para alimentarse con él en lo que resta del año...

Y lo curioso es que la chismografía de hoy, es la historia de mañana... Mucho diera Clio por conocer lo que se charló en los rincones, hace cuatro o seis siglos. Quizá la clave del carácter de personajes juzgados contradictoriamente, esté en esas indiscreciones susurradas en antecámaras, cotorros y corrillos. Si bien se mira, las biografías tan animadas y coloristas de Suetonio, las narraciones severas de Tácito y las indignaciones de Juvenal, no son otra cosa que murmuraciones romanas, recogidas y depuradas por un talento superior...

Doy vueltas a este concepto nuevo de la chismografía, mientras el baile transcurre, y la multitud asalta el buffet, y corre entre reprimidas risas, la noticia de una señora o señorita, que eso está por averiguar, ha dejado caer una prenda íntima, que se ha visto en el suelo. Sin insistir en el incidente, que pide discreción, por más que al otro día los periódicos lo zarandearán largamente, diré que encuentro en él una señal característica de la

diferencia entre las reuniones habituales de la buena sociedad y los bailes de ancha base, destinados a favorecer al comercio. En ningún círculo elegante, al menos que yo recuerde, se le cae a ninguna señora prenda ninguna. No será que las lleven atornillads. Es la costumbre de vestirse todas las noches. Recuerdo lo que daba que hacer un baile, en la capital de provincia donde pasé mi niñez. Había un par de bailes al año. Tres o cuatro días antes no se hablaba de otra cosa sino del baile. Se revolvían armarios, se daba jaqueca a la modista y al zapatero. Se limpiaban las joyas, se buscaban las flores, se consultaba el figurín, se discutía, se hacían hipótesis: ¿cómo irá Menganita? ¿Qué llevará colgado Zutanita? Y la tarde del día señalado, cada cual se encerraba en su casa, para prepararse al gran suceso. La operación de peinarse daba principio a las seis de la tarde. El baile sin embargo, no principiaría hasta las once... Y a la última hora, siempre faltaba algo: o era el botón del guante, o el alfiler del pecho, o se descosía un faralá, o los rizos se deshacían... En Madrid, los que van mucho a sociedad no se acuerdan de que tienen que concurrir a un baile, hasta una hora antes, en que piden la ropa al ayuda de cámara o a la doncella. Y todo está a punto, y entran en sus salas como el soldado en el usado uniforme; sin molestia y sin

embarazo. Distraídos, se dirijen al sitio en que se verifica la fiesta; no piensan de lo que llevan puesto. Van cómodos. Quizá sea éste y no otro, el secreto de la distinción en el modo de presentarse. No preocuparse, en fuerza de costumbre, de la diferencia que hay entre una bata y un frac o un traje de cola.

Y en cambio ¡que sudores, en los que van a sociedad una o dos veces al año!

Todo es un problema, y peor si se estrena ropa. Traje nuevo, calzado nuevo, zapatero y modista que no estan habituados al cuerpo ni al pie del parroquiano... Suplicio seguro. Así se comprenden los ridículos conflictos, la manga que tuerce, el pie que se congestiona, el zapato de raso disimuladamente quitado mientras la falda cubre un momento la descalcez. De estas torturas no se libra el que estrena, a menos que se estrene a menudo... Por eso un gesto de compasión me pareció el único comentario a la aventura de la prenda íntima que recogieron los ugieres, en el baile de Palacio... ¡Pobre señora, la que sea!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

49

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para La Nación)

Madrid, enero de 1911.

A pesar del título de la crónica que rasgueo, comenzaré dedicando a Francia parrafillos. Me los inspira un artículo que hoy aparece en la prensa de Madrid y se refiere a la actitud de las academias parisienses, rehusando admitir a la mujer en su seno, cualquiera que sean sus merecimientos y títulos.

La cuestión se suscitó por la candidatura de Mme. Curie, viuda del ilustre químico cuyos trabajos han honrado a su siglo, y cuya desgraciada muerte se llora aún. La que fue su esposa y compañera de su labor sabe tanto como él y acaso su parte de gloria en los descubrimientos realizados ambos cónyugues no sea menor que la del esposo. Faltando él, Mme. Curie continúa su obra. Realizando un acto de elemental conveniencia la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 febrero 1911: 6. No recogido.

Academia de ciencias pretende contarla entre sus miembros. Son solidarias las cinco academias, y lo que decida una influirá en las restantes y he aquí que cuatro de ellas, dejando en libertad a la de ciencias--¡no faltaba más!--declaran, con gesto digno de Tartuffe, que "el no admitir mujeres en las academias constituye una tradición que es prudente respetar".

¡Las academias francesas invocan la tradición! Para cortar la cabeza a Luis XVI; para derribar un régimen; para hacer revoluciones; para suprimir en las escuelas la enseñanza religiosa; para tocar a lo más grave, a lo que constituye el cimiento del edificio, Francia ha reclamado como título de gloria el ser innovadora, el no dejar títere con cabeza. Y sólo se revela tradicionalista al efecto de arrebatar a la mujer el premio de su talento y de su trabajo, y cometer la peor de las injusticias, la que se realiza sobre seguro, porque las mujeres no han de ejercer el menor conato de "sabotaje", ni siquiera se han de declarar en huelga como en tiempo de Lisistrata!

El brioso artículo de Cristóbal de Castro, censurando severamente este hecho inaudito, tiene doble valor porque parte quien sólo simpatías profesa y demuestra a Francia en sus campañas periodísticas. Yo no soy tampoco sospechosa de no conocer y estimar las cualidades de nuestros vecinos. Más de una vez he

tenido ocasión de ensalzarlas. No he de dar por cierto tampoco--sería demasiado anómalo--que la resolución del instituto representa fielmente la opinión francesa en general. También sé que dentro de las mismas academias la discusión fue empeñada y la causa de la mujer encontró calurosos propugnadores.

Sin embargo, el desenlece no deja de ser un estigma para la nación que aspira a representar en el mundo el espíritu de progreso y que tanto ha sacrificado al prurito de arrogarse un papel redentor, rehabilitando a los capitanes acusados de espionaje y hasta interesándose por los agitadores que en España fueron juzgados por consejos de guerra.

Ninguna nación debe mezclarse en los asuntos interiores de otra que figure entre las civilizadas; pero esto de la equidad con la mujer no afecta especialmente a un pueblo sino a la mitad del género humano. No hay para caso tal fronteras. Bien por la Academia de ciencias, si ha pisoteado la deforme cabeza de la rutina y ha respondido a su carácter y a su oficio de ir tras la verdad, admitiendo a Mme. Curie!

De este litigio, que sin duda se renovará porque la cosa no puede quedar así, nos resta un colmo: ¡Chantecler, el gallo que con su canto hace nacer la aurora, invocando la tradición, cerrando el paso al provenir! ¡Para quien se fiase de Chantecler!

Sin salir de lo femenino voy a evocar una figura de mujer en España nunca olvidada y acerca de la cual nos ofrece datos inéditos un nuevo libro del jesuita padre Coloma titulado Recuerdos de Fernán Caballero.

En sus mocedades el padre Coloma conoció a la novelista. Cuantos escritores aficionados a las letras alcanzaron a tratar a Fernán, conservaban de ella muy grato recuerdo y la profesaban un género de respetuoso culto. Tres amigos tuve yo a quienes solía llamar "la herencia de Fernán" porque se habían contado entre los suyos más íntimos. Eran Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, don Juan de Quiroga y don Luis Vidart; todos ellos militares y literatos y hasta con sus ribetes de poetas, y, si no me equivoco, andaluces, que la vieron en Sevilla. Es indudable que si existe tal unanimidad de simpatías, es que se trata de una mujer buena, de caliente corazón y amable y dulce trato. Yo no pude conocer a la escritora, porque cuando estuve en Sevilla en 1876, viviendo ella, mi juventud, y el no habernos ganado todavía fama alguna, pues apenas había publicado, me cohibieron para solicitar una entrevista que nada justificaría. Había leído, en cambio, todas sus novelas, regaladas por mis padres en premio de mi primera labor, algo lucida, de costura en blanco; no sé qué vainillas o qué dobladillos primorosos. El caso es que los dobladillos me aburrían y las novelas me

encantaron, en esa edad en que todo absorbe con delicia.

No quiero dar a entender que hoy, teniendo en la cabeza el mapa novelesco de Europa, hayan dejado de agradarme las narraciones de la autora de Elia. Su lugar y su puesto no los ha perdido para mí; es la iniciadora del realismo popular español. Su aparición señala el tránsito del romanticismo a una fórmula nueva y basta para asegurarle su jerarquía en la historia literaria.

Mayor sin embargo que la admiración al ingenio, es el cariño hacia la personalidad. El amigo y el discípulo nos la dibuja con rasgos familiares y detalles pintorescos. En ellos revive la España de otros días, la que ha desaparecido para siempre, la que encantó a los Dumas y a los Gautier, la que unía a la dignidad señoril la campechana franqueza y la típica gracia.

Recorramos la interesante biografía, narrada con sencillez encantadora por el autor de Pequeñeces.

Un alemán establecido en Cádiz, Juan Nicolás Böhl, se casó con una gaditana, la gentil y viva doña Paquita de Larrea. Ello ocurría a fines del siglo XVIII, Paquita o Frasquita era, naturalmente, católica y protestante él. Emprendieron el viaje a Alemania, a fin de que conociese a su nuera la madre del novio; y

al cruzar por Suiza, en la aldea de Morges, cantón de Berna, hubo que detenerse, porque nació una niña. Corría el año de 1796. Se le puso en la pila bautismal, el nombre de Cecilia. El esposo, después de este suceso, quiso establecerse en Alemania, en sus tierras; pero Frasquita la gaditana no era en ello gustosa. Añoraba su alegre Cádiz, su barrio de la viña, su alameda, toda su tacita de plata que está como nadie ignora, situada exactamente debajo del trono de la Santísima Trinidad. Al ver a su esposa enferma de morriña, el enamorado cedió. Poco después iniciose la conversión de Böhl al catolicismo, quizá más bien por amor, que por la predicación del famoso capuchino fray Diego de Cádiz.

En ocasión de hallarse los padres de Cecilia disponiendo otro viaje a Alemania, sufrió la niña la terrible impresión de la batalla de Trafalgar, que vio desde el terrado de su propia casa. Y la vio, en compañía de una madre, cuyos tres hijos oficiales de marina, tomaban parte en la función de guerra. Cuando los hijos volvieron sanos y salvos, la infeliz señora que había resistido el dolor de creerlos muertos, no resistió la dicha: perdió el juicio. Fernán Caballero relató después esta página tremenda.

No pudo la madre de Cecilia conformarse a alejarse de Cádiz otra vez; y, amistosamente, el matrimonio se

separó, volviéndose a España la señora con dos de sus hijos, y quedándose el padre en Gorslow con otros dos, Juanito y Cecilia. Tomó para ésta una institutriz belga, después, la internó en un colegio regido por una noble señora emigrada, procedente de Saint Cyr. Allí aprendió Cecilia maneras y buen tono, si bien no puede afirmarse que adquiriese una cultura extensa "staeliana".

En esto difiero del padre Coloma, que atribuye a Fernán poseedora de una cultura profunda. Sin duda supo Fernán perfectamente varios idiomas, y leyó mucho, y su padre la inculcó la afición a las literaturas populares; y la dio conocimientos, la tintura necesaria a una señorita tan bien educada. Y sin duda, entre las mujeres de su época, en Cádiz, era Cecilia Böhl una brillantísima excepción. Para su labor de novelista, no necesitó uno de esos saberes enciclopédicos y críticos que no hubiese tenido a qué aplicar.

Cuando empezaba Cecilia a ser ornato de la sociedad, sobrevino la invasión francesa. Las impresiones de esta etapa debieron de ser fuertes, y se reflejan en uno de los relatos más dramáticos de la escritora, La familia de Alvareda. El biógrafo refiere cierto espantoso episodio en que intervino la madre de Cecilia: la muerte del general Solano, acusado de traidor por las turbas, y narra también los

acaecimientos del famoso sitio, desde el momento en que los franceses anuncian su llegada y los gaditanos acogen la noticia con carcajadas y coplas, hasta el momento en que las gaditanas hacen de las bombas francesas tirabuzones para sus rizos.

En este período histórico es cuando se forma el modo de pensar de Fernán, que fue siempre, aunque partidaria de la rama segunda de los Borbones, ferviente tradicionalista. No puede decirse que Fernán siguiere opiniones políticas, si por política hubiese de entenderse la afiliación en determinado partido; más que opiniones, debiera decirse que profesaba sentimientos. Amaba el pasado, era católica incondicional, y detestaba los motines y disturbios, porque había visto su crueldad sangrienta; y sin embargo, el padre Coloma distingue entre el absolutismo cerrado e intransigente de doña Frasquita Larrea, y el de Cecilia, más ilustrado y tolerante, aprendido de su padre. Incapaz de odiar, Fernán, a pesar de sus ideas, compadecía a todos los perseguidos por una causa política, fuese la que fuese.

Cecilia, introducida en la mejor sociedad de Cádiz, asistió al memorable baile que se dio en honor de lord Wellington, y estrenó en él los zapatitos color rosa revestidos de encaje de Flandes, que con aquella femenil coquetería que nunca perdió, enseñaba tantos

años después al padre Coloma. Porque Fernán fue, según acertadamente dice su biógrafo, «mujer femenina», y a mí, que tanto hablé de ella con sus tres amigos de antaño, no me sorprende poco ni mucho la revelación. Vidart me enteró de la persistencia de esta feminidad en mil detalles, y don Fernando de Gabriel me enseñó el lindo retrato, reproducción de una miniatura, representando a Fernán en el esplendor de la juventud y de una belleza ideal, y que la novelista le había regalado para substituir a la copia de otro de la vejez, pintado por Madrazo a escondidas de la señora, por encargo de los duques Montpensier. No quería dejar--a los que únicamente fueron sus amigos--una imagen de su decadencia física.

Tres veces fue casada Cecilia; la primera con un apuesto capitán de granaderos, de arrogantísima figura y alborotada cabeza, don Antonio Planelis, que apostó que se casaría con ella, se la llevó a Puerto Rico, a donde lo destinaban, le dio mala vida, y murió pronto; la segunda, con el marqués de Arco Hermoso, unión durante la cual empezó la vida literaria de Fernán y brilló en Sevilla su elegante tertulia. Entonces trabó amistad con el célebre escritor norteamericano Washinton Irving, que se impregnaba de ambiente para escribir sus Cuentos de la Alhambra. Al morir el segundo esposo, hallose Cecilia arruinada, por deudas

anteriores de la casa Arco Hermoso, que pagó. Por tercera vez enlazose con Arrom de Ayala, galán mancebo que contaba diez y ocho años menos que ella. No dejaba Cecilia de comprender el peligro de tal aventura, pero la ardiente pasión del pretendiente la arrolló, porque Cecilia no dejó nunca de tener, bajo su españolismo, un fondo de sentimentalidad alemana, una gran facilidad de ilusión. En sus mismos escritos se advierte este dualismo, lo que pertenece al elemento español, dramático y fuerte, a lo Mérimée, y lo que viene por la soñadora Germania.

Después de su enlace con aquel hombre que siempre la adoró, y contando ya más de cincuenta y dos años, fue cuando dio al público, bajo el pseudónimo de Fernán Caballero, su primera novela, algo extensa, La Gaviota. La crítica saludó al libro diciendo que era el primer florón de la corona que ceñiría las sienes de un Walter Scott español.

Entretanto, lo que restaba de su caudal se lo malversaba, con la mejor intención, en desdichadas empresas su tercer consorte; el cual, sinceramente prendado de su mujer, partía para Australia decidido a rehacer la fortuna, lo conseguía en cuatro años de ímproba labor, y cuando regresaba a Eapaña, loco de júbilo, sorprendíale en Londres la noticia de la fuga de un socio, desaparecido con todo el caudal. No

pudiendo resistir su desgracia, el marido de Cecilia se suicidó, dejando escrita a su mujer una carta de amor y desesperación. El golpe fue cruelísimo. Desde entonces, la elegante dama, la frecuentadora de aristocráticas tertulias, la gran novelista que había logrado extender su nombradía por Europa, se convirtió en la modesta ancianita que el padre Coloma describe, retirada del mundo, dedicada a hacer calceta, en las habitaciones que los reyes le habían destinado, como señal de su aprecio, en el Alcázar. Vivía de su viudedad, y de la escasa renta que le produjo la venta de sus obras al editor don Francisco de Paula Mellado. Puestas en olvido o por lo menos en desuso las letras; consagrada a la piedad y al ejercicio de una caridad ardiente, que a veces la privaba de lo necesario, dejaba correr los años últimos, esperando el fin de una vida ensombrecida por penas y vicisitudes. La revolución, nos dice su biógrafo, fue para ella un dolor más. Abandonó su residencia en el Alcázar, y habitó, durante el período revolucionario, en una casa de alquiler. Tuvo la satisfacción de ver, poco antes de su muerte, restaurada la monarquía, en la dinastía que amaba, y que le había sido propicia, dándole esas muestras de afecto que hoy no se dan ya a los literatos por las testas coronadas. Dice el padre Coloma, que la reina Isabel II y la infanta Luisa Fernanda rodearon su

lecho de muerte.

Tal fue la historia de una mujer insigne, que, al lado de su innegable valor literario, de sus dotes de pintora de medios y lugares, reveladas tardíamente, conservó su aureola de señora del mejor tono, y su cálido corazón de española, y su sencillez de persona que escribe, como crecen los robustos. En sus libros hay mucho de autobiográfico, y en su existencia, algo que atrae e infunde veneración. El romanticismo, que nació cuando ella nacía, pudo tener en Fernán un secuaz más, si la influencia del ambiente no la guiase hacia ese realismo gentil, pintoresco, sin ironía ni sequedad, con el cual traslada a sus narraciones la vida andaluza de principios del siglo pasado, y retrata una sociedad elegante en la cual no había aún muchos snobs, aunque uno de los más divertidos ejemplares del género lo fotografía en el Marcial, de Lágrimaws. Así, los libros de Fernán, sin ser dechado de buen decir, son reflejo exacto del modo de hablar de su tiempo, y rico tesoro de locuciones expresivas y graciosas, de andalucismos salados y de documentos para la historia del habla. En este sentido, Fernán es un clásico, aunque, insisto en ello, no lo sea por la pureza ni el casticismo de su forma, siempre sellada con el vicio de origen de una educación en el extranjero.

La obra en que el padre Coloma estudia con tanto atractivo la bella y noble figura de su amiga,

hormiguea en espisodios que no caben en estos límites, pero tientan la pluma, porque respiran sabor español, ya trágico, ya cómico. Las aventuras del liberal, exaltado a quien Fernán salvó de una muerte cierta, y que le inspiraron su novela Un servilón y un liberalito; la romántica silueta del bandido generoso Diego Corrientes, «el que a los ricos robaba y a los pobres socorría»; la anécdota de la marquesa del Castellar, dama de María Luisa, señora de la más alta aristocracia, a quien, por su modo de vestir, dieron a la puerta de una iglesia un cuarto de limosna, y que viene a contárselo, riendo a carcajadas, a su amiga Fernán, no menos humildemente trajeada; y la entretenidísima vida de Mister John Bell, que escribió la novelista en uno de sus frecuentes ratos de alegre expansión, para un pliego de aleluyas, son amenísimos intermedios. Parece que Fernán sentía predilección por el género aleluyesco, tan español y popular. Gustaba del enano don Crispín, de Bertoldo, del hombre gordo y otros héroes de la andante aleluyería. Para un chico de 15 años, hijo de un amigo, y con el cual fraternizaba la anciana de ochenta, trazó las Impresiones de viaje de Mister Bell en España. La salada caricatura del inglés turista, visto a través del donaire andaluz, asoma en algunas novelas de Fernán.

Desde que Mr. Bell, hijo de un cervecero, joven, deseoso de emociones, pone el pie en Cádiz, le ocurren cosas inauditas. Da una guinea a un ciego por el programa de los toros del Puerto; al asaltarlo media decena de caleseros para ofrecerle sus vehículos, cree que son los famosos bandoleros españoles y saca una pistola; al fin todo se aclara y el calesero le pide media onza por media legua de camino. A las primeras de cambio, la calesa vuelca; el calesero, sin embargo, reclama su media jara, y, el inglés responde que él no ha ajustado vuelco alguno y que se quejará al lord justicia mayor. Siempre tras el color local, Mr. John Bell se entera de quien fue el sastre que hizo su vestido de majo al príncipe Demidoff, y se encarga otro idéntico, para lucirlo. En un mesón de Sanlúcar pide el menú y le ofrecen sopa de gato, olla podrida y ropavieja, lo cual le parece burla, y la emprende a estacazos... Más tarde, pregunta quiénes son las señoritas Menganita, Zutanita y Fulanita y un guasón le responde que son las tres Gracias. Se informa del Betis y le cuentan que ya no existe. Al regresar a Inglaterra escribe sus impresiones hablando de posadas y bandoleros, de que el Betis desapareció y la culpa la tienen los frailes. A esta obra sensacional dedica el Times un extenso artículo laudatorio . . .

Así, con esta inocencia humorística, entretenía los ocios de la extrema vejez la autora de La

Gaviota... En la ancianidad de Cecilia Böhl, hay una luz de una sonrisa, fruto de la paz de la conciencia en medio de la adversidad. ¿Quién sabe? Tal vez el buen humor no sea sino una forma de la resignación.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

50

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

LOS MENDIGOS DE MADRID*

(Para LA NACION)

Tengo muy bien puesta mi fama de patriota; pero mi patriotismo no ha consistido nunca en desconocer los defectos de mi patria, sino en querer remediarlos. Y tampoco he creído que se debiesen ocultar a manera de llagas y úlceras vergonzosas, teniendo por mejor curarlas y desinfectarlas a la luz solar, con todos los requisitos de la ciencia.

No es España el único país, entre los europeos, que sufre plagas y lepras sociales. De ellas no andan exentos los más adelantados. Recuérdense el incremento aterrador del apachismo parisiense, los barrios de Londres, como el de Whitechapel, donde no se puede entrar a las doce del día sin riesgo de dejar la piel y el bolsillo; los "ghettos de Amsterdam y Rotterdam, con

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 marzo 1911: 5-6. No recogido.

sus mugres y sus trapos asquerosos colgando de las ventanas, sus niños infestados de parásitos de lacras inmundas--en un país renombrado por su exquisito aseo. Tampoco echemos en saco roto los punzantes olores de humanidad de Escocia, ni las asociaciones de la Mano Negra en los Estados Unidos ni la población misérrima de jornaleros chinos, verdadero foco infeccioso...

Estas habas que en todas partes se cuecen no deben, sin embargo, servirnos de excusa para no fregar nuestro caldero. No hemos de limitarnos a la imitación; es preciso aspirar a la superioridad. Me han contado que en cierta ocasión, los ediles de Barcelona, al trazar sus bulevares, preguntaron qué anchura medían los de Nueva York--no, como se creería, para hacerlos iguales, sino para hacerlos un metro mayores. España no puede competir en lo que exija mucho dinero, toda vez que no es de las naciones ricas; pero, en aquello a que sus medios alcancen, debe ir más adelante, sin sujetarse al último figurín extranjero.

La peste de mendigos que envilece las calles de Madrid no será tan peligrosa para la seguridad de los transeuntes como el apachismo parisiense; lo que sucede es que se ve más, molesta más a toda hora y debe impresionar muy desagradablemente a los turistas que nos visiten. Es uno de los puntos negros de nuestra leyenda, y refresca la tradición del hampa, de los

pícaros, de los Guzmanes de Alfarache, de las épocas en que, puesto el sol más esplendoroso de la historia, la miseria sintomatizaba nuestro estado social.

Cabría sostener, con acopio de razones que esta plaga de mendigos no demuestra la pobreza de habitantes de la villa y corte, sino, al contrario, su desahogo económico. En efecto, siendo incontable la chusma de pordioseros que llena las calles de Madrid, todos subsisten a cuenta de la limosna del vecindario. Y no viven así como se quiera; ganan lucido jornal. Hace pocos días, en la recogida de mendigos, se registró a unos cuantos, y se les encontraron cantidades que oscilaban entre veinte y docientas pesetas, amén de décimos de lotería, que llevaban, no para venderlos, sino para tentar la suerte. La prueba más clara de que el oficio produce, es que se resisten a aceptar la internación en un asilo, donde encuentran asegurada la vida, pero en condiciones más molestas, sin libertad y sin jugoso chorreo de dádivas.

La limosna callejera es aquí una institución. El pueblo español y en especial el madrileño, desdeña los pequeños ahorros. Nadie tira más gallardamente, (como hizo Camoens en la bahía de Lisboa, cuando diz que dijo que no quería entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero, [y tira] las últimas monedas que le restan. No se da valor al perro chico ni aun al perro grande, y

recuerdo el asombro de un hombre de escasísimo capital, pero limosnero callejero, cuando le dije que un perro grande diario son tres pesetas al mes, y tres pesetas al mes, más de siete duros al año. Con esos siete duros--le advertía yo--se hace una verdadera buena obra; se paga, en la Gota de leche, la lactancia de una criatura, a la cual acaso se le evita para lo provenir, la tuberculosis. Sólo que dar siete duros a la Gota de leche exige, en primer lugar, tenerlos juntos, y en segundo, privarse del placer de socorrer en la esquina o en la plazuela a quien nos asalta al paso...

Claro es que si nadie diese en la calle, la mendicidad no existiría. Pero, a pesar de aquel conocido axioma que enseña que contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar, yo sostengo que en Madrid el vicio de dar está tan arraigado, como el de pedir, por lo menos.

Y las calles se encuentran infestadas. No se puede transitar, no se puede detenerse ante un escaparate. Donde para un coche se reúnen diez o doce pordioseros metiendo las manos por las portezuelas agarrándose a ellas, acercando su rostro al vuestro cuanto pueden, dándoos los títulos más elevados y los tratamientos más fantásticos.

De treinta a cuarenta todas las señoras son condesas; de cuarenta a cincuenta, marquesas; de

sesenta para arriba, duquesas me las hacen. Se repite en Madrid el caso de Alfonso Karr en Niza; un mendigo que le seguía le trató primero de conde, luego de duque, al fin de príncipe; y, viendo que no volvía la cabeza, acabó por decirle:--"¿No me da usted un franquito, señor Alfonso Karr?".

Si vais a pie, el asedio consiste en seguiros, repitiendo monótona canturia, en la cual salen a relucir los cinco hijos, la esposa enferma, la falta de trabajo, la desnudez, la inanición, todos los males que afligen al que carece de recursos... Cada pobre, sin embargo, suele tener su lamentación especial; y no todos plañen, pues los hay que dicen chistes, echan piropos, sonríen y adoptan actitudes picarescas de estudiantes de la tuna. El buen humor pedigüeño suele estar representado por los muchachos y la chiquillería.

En una calle que la Gran Vía va a desventrar, se apostaba un mendigo, el cual tenía su correspondiente "truco". Era un hombre como de unos cuarenta y pico de años, acompañado de un niño de ocho o diez, de esos que, tiritando, os enseñan trozos de carne al través de desgarrones que muy fácilmente se coserían. El chico se acercaba a los transeúntes de traza adinerada, y murmuraba dulcemente:

--Señorito, yo no me atrevía a llegarme a usted... pero mi padre me ha dicho: anda, háblale, que tiene cara de bueno...

Previo el preámbulo, el padre se aproximaba, y gemía:

--Señor, mi mujer recién parida... Seis niños de corta edad sin tener un pedazo de pan que llevarse a la boca... Nada para ayudar a la cría del recién nacido... La cama empeñada, mi señora echada en el suelo sobre unos trapos... Y ni una vela, caballero, para alumbrar este cuadro de horror!

Un conocido mío, ante tal relato, cogió de la mano al hombre y después de depositar en ella un duro, lo llevó a una tienda de ultramarinos, y le regaló un paquete de bujías esteáricas. Avino que, tres meses después, cruzando por el mismo lugar, se destacó el mismo niño, con igual retahila, y luego se le acercó el hombre, que repitió la narración. La mujer recién parida, el niño sin poder mamar, ni una vela! El señorito se quedó un rato silencioso. Y al cabo exclamó:

--Oiga usted, yo soy individuo de la academia de ciencias... ¿Quiere usted decirme cada cuantos meses pare su señora? Porque el caso merece que lo estudiemos...

Si; en Madrid se ha escrito, o si no se ha escrito se practica diariamente, el arte de mendigar engañando... y digo mal, porque estas cosas, aquí, a nadie engañan, pero la gente hace como si fuese

engañada, por pereza y por qué se me da a mí. De los mendigos que pululan por las calles, os impiden transitar, se meten en las conversaciones de los señores parados en la acera, se introducen en la tienda donde estáis comprando, con peligro de substracción (pues muchísimos mendigos de oficio no tienen éste solo, sino que simultanean), podéis afirmar que las nueve décimas partes fingen la miseria, y ninguno trocaría la aventura de su sabrosa vagancia por una colocación buena que les obligase a trabajar poco o mucho.

He aquí una noticia recogida en la prensa. Una señora, que pertenece a varias asociaciones benéficas, entró en un comercio de una calle céntrica a hacer compras de ropa blanca. Una niña, de ocho a nueve años, se acercó a pedir limosna, mientras su padre ciego, permanecía en la puerta del establecimiento guitarreando. La señora, reparando en los hermosos ojos de la niña, empezó a interrogarla, y resultó que no sabía ni persignarse. Era la criatura una de esas pequeñas salvajes, que por desgracia, tanto abundan entre nuestro pueblo. Y entonces, la señora y el dueño de la tienda, hombre de buenas entrañas y adinerado, ofrecieron a la chicuela ponerla en un colegio gratuito, y a su padre en un asilo donde estuviese a cubierto de la necesidad. La pequeña sonrió: era la

felicidad que le aparecía. Contentísima, se precipitó a dar a su padre la buena nueva. Y lo mismo fue oírlo el ciego, que apretar a correr, que no se le veían los pies. Este caso es frecuentísimo. Pierdo la cuenta de los amigos que, en la calle, han ofrecido a pordioseros asilamiento y trabajo, y les han visto desaparecer, porque ni lo uno ni lo otro entra en sus planes de vida anárquica, libre, vagabunda, muchas veces regalada, y siempre divertida. Hay en el carácter nacional una repulsión hacia la regla y el orden, un espíritu de nomadismo, que se satisfacen en la mendicidad callejera. En este clima más bien benigno y alegre, con inviernos fríos pero sin nevadas, los mendigos gozan del sol,

> «bermejazo platero de las cumbres,
> a cuya luz se espulga la canalla».

Y tienen espectáculos gratis, enterándose de cuando pasa y recogiendo a la vez sus albanas y albricias. Los mendigos lo saben todo, se enteran de todo; a la puerta de los templos son engarzarrosarios, y a las de los teatros y otros lugares de esparcimiento, ejercen aquel oficio que según Cervantes, tanta falta hacía en la república, y que Echegaray, en el Gran galeoto, significó en una redondilla:

«Pero es ponerme en un brete
hacer que diga... y concrete
lo que al cabo no diré»

A cualquier cosa se prestan los mendigos de Madrid, menos a ser llevados al asilo si están sanos, y al hospital si están enfermos. El hospital les infunde una supersticiosa repulsión: creen que, no degradando la limosna, degrada el hospital a los que ingresan en él, irremediablemente. He tenido reciente ocasión de atender a una pobre, que se encontraba enferma, necesitada de asistencia, sin cama, sin ropa, sin medicamentos, amenazada de una temporada muy larga de padecer, y, a más, echada de su vivienda por no poder pagarla. Pues bien, esta mujer prefería morirse en medio de la calle, a entrar en el hospital. En vano se le decía que hallaría en él cuanto necesitase para atender a su salud y subsistencia: con terca mansedumbre, respondía: «si entro en el hospital me muero». De ahí nadie la apeaba. El estoicismo de la raza, capaz de privarse de todo, la sostenía. Hambre, frío, desamparo, bueno... Hospital ni asilo, no.

Otro caso curioso, relatan los diarios estos días. Las agentes detuvieron, entre varios mendigos, a una mujer decorosamente trajeada, con manguito y velo. Al

ser conducida al campo de desinfección, presentóse a reclamarla un caballero también vestido con decencia, que dijo ser hijo de la mendiga. Y al proseguir las informaciones, se vio que la prodiosera vivía en una casa cuyo alquiler cuesta cuarenta duros al mes, y en la cual existen muebles ricos, alfombras y cuadros. La «mendiga elegante», como la prensa la llama, es para unos una mujer desequilibrada y neurótica, para otros una avarienta maniática, para todos un misterio. La idea de pedir limosna como aumento de los recursos que en otra forma se poseen, no es sin embargo tan insólita. Tuvimos nosotros una excelente cocinera, que ganaba un buen sueldo. De noche, dada la comida y hecho el fregado se ponía un traje muy humilde y salía. Como era mujer de más de sesenta años, nada se sospechaba, y ella afirmaba que iba a ver a una hija suya, casada, y a sus nietos. Pero al cabo averiguamos que, buenamente a lo que iba era a mendigar. Y reunía un sobresueldo nada despreciable.

En corto tiempo, el actual gobernador de Madrid, que tiene emprendida una campaña para extirpar este tumor hediondo de la mendicidad callejera, ha recogido hasta tres mil pobres, más o menos auténticos. Entre la hueste, hay algunos necesitados, pues por desgracia la miseria no es una leyenda; pero se cuentan en el número infinitos simuladores y no pocos delincuentes

profesionales. La pared que separa a los mendigos de los hampones y ladrones, es a decir verdad, muy tenue. En el niño, el golfo es simiente de criminalidad, en la mujer sólo la edad y la fealdad defienden contra la vida desastrada; y, cuando el peligro de la prostitución desaparece, el alcoholismo inicia sus estragos, sin que por eso dejen de ir unidas ambas cosas, frecuentemente. Pena da ver, a las puertas de los teatros, a las dos de la madrugada, niñas de nueve a diez años, flores tempranamente marchitas, arrastradas por el fango del arroyo, vendiendo periódicos, pero quizá no vendiendo periódicos solamente; grima causa ver a mujeres que, a la misma hora, en noches glaciales, mendigan con un niño de pecho en brazos, que acaso no sea suyo, y que llora desesperadamente, quién sabe si porque a ello le obligan pellizcos o alfilerazos; angustia causa la turba de golfos desharrapados y complacientes, que lo mismo llevan cartitas que abren las portezuelas de los coches, o siguen paso a paso a los señoritos, hasta el portal de la Peña o del Nuevo Club, para arrancar a sus despilfarros de trasnochadores pesetas y aun duros; porque raro será el trasnochador que regatee la moneda de plata, si consiguen hacerle reír un momento, con las sabidas letanías: «Señorito, con más hambre que una pantera de Java»,... sólo que la pantera «dejaba», y

yo no dejaría ná en el plato...»

Si se consigue limpiar a Madrid de tal roña, Madrid será lo que debe ser; una de las poblaciones más agradables del mundo. Sus alegres y animadas calles sólo necesitan eso, el escobazo purificador; la fácil liberalidad de su vecindario, sólo ha menester ser encauzada y dirigida por caminos de orden para subvenir a todo lo que pide el sostenimiento de tanta gente sin oficio ni beneficio, y a la cual se precisa enseñar el trabajo, la honradez, la limpieza corporal y el deber social.

Entre los mendigos recogidos figuran muchos indocumentados, que no han cumplido el servicio militar. Son verdaderos prófugos. Irán a los cuarteles, y allí se redimirán de su anterior existencia de parásitos que ni trabajan ni sirven a su patria. El cuartel los saneará. Se proyecta también un reformatorio para los muchachos de corta edad que han manifestado inclinaciones delincuentes. Y los mozallones que, por pura holgazanería, tendían la mano, se emplearán en las obras de la Villa, destruyéndose así una de las leyendas de la mendicidad, la del «obrero» sin trabajo, que tantos perros chicos y grandes ha arrancado a los compasivos madrileños...

No es posible calcular la importancia de la limosna callejera. Sería en extremo curioso realizar

esta estadística, que no vacilo en creer que arrojaría millones. La pululación de los mendigos indica suficientemente la abundancia del limosnero. Tres mil personas, como dejo dichas, han sido recogidas ya, y bien puede asegurarse que quedan por recoger otras dos mil, unas que todavía vagan por las calles, otras que se han metido en sus escondrijos desde que la recogida empezó. Cinco mil personas vivían de la limosna, pronta y continua, de los moradores de la capital. Y vivían tan a gusto, que por nada quisieron cambiar su profesión e industria. Si a esto se suman las infinitas fundaciones, asociaciones benéficas, roperos, conferencias y domiciliarias; si se añaden los bailes de caridad, las subscripciones, tan brillantes y tan nutridas como la del Imparcial, las incesantes funciones en los teatros para subvenir a esto o a aquello, las obras de todo género, unas públicas y otras ocultas, hay que repetir que es Madrid, acaso uno de los pueblos donde más se da y donde la limosna, o como hoy se llama, la asistencia pública, sería fácil de sostener con recursos permanentes. Habrá capitales más ricas, pero acaso no la haya tan abierta de mano. Lo que falta es organización, perseverancia, cumplimiento del deber social, por todos y sin desfallecimiento. ¿Conseguirá inculcar esta noción, sin la cual toda campaña, a la larga, será estéril, el

actual gobernador de Madrid? Porque una cosa es soltar dinero y otra pensar y asociarse con conciencia de la obligación... Mal hacen los que en vez de trabajar mendigan, pero los que sostenemos su mendicidad hacemos peor aun, como ciudadanos y como españoles.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

51

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Hablando algo de teatros, debo decir que la compañía del Español, de la cual es empresario Madrazo y director artístico Miguel Ramos Carrión, merece un voto de gracias por el repertorio que está refrescando y dando a conocer a generaciones que casi ni lo sospechaban.

Es triste, y no nos honra, que en Alemania La vida es sueño se represente todas las semanas; que en Munich exista una Sociedad Calderón de la Barca, y que aquí, entretanto, los que tienen menos de treinta años no hayan podido ver en escena al gran anarquista Segismundo, ni aplaudir la creación de Tamayo Un drama nuevo, ni concer El zapatero y el rey, de Zorrilla. El Español ha acometido tan meritoria empresa; no le escatimemos los plácemes.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 marzo 1911: 5-6. No recogido.

Si otras naciones poseyesen este rico depósito de perlas y diamantes, lo lucirían y familiarizarían al público con Calderón, Lope de Vega, Tirso, Moreto, García Gutiérrez, Tamayo, Zorrilla, sin permitir que sobre sus mejores obras, ya que no sobre sus insignes nombres, vaya tejiéndose la telaraña del olvido. En París, la Comedia Francesa no deja pasar semana sin que aparezca en el cartel alguna obra clásica o romántica (hoy, para el caso, es lo mismo). En sus «affiches» leemos los títulos de Ruy Blas, Fedra, Roxana, Los pleiteantes, El burgués vanidoso y otras de las comedias y dramas que siempre pueden parangonarse con lo mejor de nuestro repertorio nacional, o están, como El Cid, inspiradas en él. Y, mientras que esto sucede en una capital que goza fama de ser hambrienta de novedades, curiosa de sensaciones inéditas, nosotros nos amodorramos en la indiferencia hacia nuestras glorias más esplendorosas y desdeñamos un teatro tan copioso y original, y tan alto, que bien puede afirmarse que a nuestros dramaturgos no les ha puesto el pie delante sino uno, que se llama Guillermo Shakespeare.

El estado, que subvenciona la Opera (no habiendo en este terreno mucho que aplaudir en nuestra producción), debiera subvencionar espléndidamente un teatro español donde no se representase sino nuestro

arte dramático, y el lujo y propiedad de la «mise en scéne» fuese debido homenaje a tanta gloria. Allí el público saborearía ese vino añejo, de gusto incomparable, de esencia enérgica, tan diferente de los averiados licores que a diario nos están sirviendo en los bodegones del arte moderno. Así saldríamos alguna vez de ese polvillo de estrenos efímeros, que no dejan huella en la memoria.

Lo último que la compañía del Español ha puesto en escena es Un drama nuevo, de Tamayo. La interpretación merece llamarse excelente. Morano bordó el personaje de Yorick, un papel magno, en el cual hay todas las notas, desde la «bonhomie» risueña y el candor infantil, hasta la suprema tensión trágica, la amargura más intensa y la pasión más violenta. Y Matilde Moreno es en sus mejores días, en el terreno sentimental donde descuella, hizo el papel de Alicia de un modo admirable, sobre todo en la escena muda, en la cual la mímica y el sollozo ahogado reemplazan a las palabras.

La concurrencia no era de los abonos elegantes, que apenas halla en la representación más que un pretexto para mirarse y comentar el traje de Zutanita o el novio que le ha salido a Perenganita. Los que van al Español atienden a lo que pasa en la escena y acuden por ver la función, sin más. Los entreactos no son para ellos lo principal de la fiesta. Esto consuela,

porque el público, en otros muchos teatros, es un compuesto de frivolidad, de falsos pudores, de romanticismo falso también y de petrificado indiferentismo, y le corresponde gran parte de responsibilidad en el decaimiento en que sin asomos de duda, se encuentra el género, desde el punto de vista artístico.

Yo evocaba la figura de Tamayo, el autor del drama. Le veía, con su cara entre mefistofélica y mongoloide, sus ojos un poco oblicuos, su nerviosidad eléctrica, en su despacho de la Biblioteca Nacional de la cual era director cuando le conocí personalmente. Le oía murmurar en tono fatídico: «¡No me hable usted de arte! ¡El arte es el diablo!» Y había sinceridad en la expresión: católico y creyente, y acaso escrupuloso, Tamayo suponía algo de diabólico en el arte. Cuando yo le decía que no me agradaba la tendencia de los modernos autores católicos a escribir sin ahondar en la realidad de los sentimientos y de las acciones humanas, Tamayo fruncía el ceño y repetía: «Sí, puede que tenga usted razón, que para hacer arte no baste pintar con azul y rosa... Los conflictos de la vida son las pasiones, y las pasiones son pecados...» Yo, entonces, le argüía «ad hóminen», recordándole Un drama nuevo. Nada más dentro de la noción del pecado que el amor de Alicia y Edmundo. Es un amor adúltero y casi

incestuoso, porque el amante Edmundo, es hijo adoptivo del marido traicionado, de Yorick. Sin embargo, consumidos de remordimientos, persuadidos de que faltan a toda ley humana y divina, el arte de Tamayo es tal, que comprendemos que no pueden hacer otra cosa sino amarse, y cuando intentan para extinguir la llama no hacen sino avivarla y acrecerla. Como Tristán e Iseo, han bebido el filtro del amor, y no pueden substraerse a sus efectos fatales. En vano Shakespeare les recuerda que el alma es libre, pues es hija de Dios. Acatando esta grande y noble verdad, Edmundo y Alicia no pueden conjurar el maleficio que corre por sus venas y los enloquece.

Esto le repetía yo a Tamayo, y el convenía, en que innegablemente, sus enamorados estaban empecatados, y el enemigo del arte los poseía. Entonces yo sacaba a relucir nuestro gran teatro antiguo, creado en épocas bien distintas de las actuales, cuando España era el baluarte del catolicismo y que produjo obras maravillosas, las cuales, según la teoría de Tamayo, serían diabólicas. Citábase, por ejemplo, <u>El castigo sin venganza</u>, que llevó por subtítulo el muy expresivo de <u>Cuando Lope quiere, quiere</u>.

Con más crudeza que en la obra de Tamayo, se retrata en la de Lope otra pasión maldita, un verdadero incesto, una Fedra y un Hipólito del siglo XVII. El

drama de Lope es doblemente sombrío y sensual que el de Tamayo, y por lo tanto, más infernal aún. Nadie, sin embargo pensó entonces en escandalizarse. Basada en principios más íntegros, con doble cohesión que la actual, la sociedad de aquella época no se creía comprometida en peligro porque se estrenase una obra maestra. Se daba al arte lo suyo, lo que no se le puede quitar sin que descienda su nivel. Y he ahí cómo Tamayo y yo estábamos de acuerdo para execrar los tiempos nuevos, él quizá por un motivo, y yo por otro.

Tamayo, a mi ver, no fue un genio sino en Un drama nuevo, donde el aliento de Shakespeare parece haber calentado su pluma. Sus demás obras--sin exceptuar Locura de amor, que sigue representándose por la compañía Guerrero-Mendoza--son inferiores a esta bella creación. En todas se ve al gran literato, al habilísimo hombre de teatro, porque Tamayo era lo que en Francia se llama un «enfant de la balle», nacido y criado en las tablas, hijo de una actriz y conocedor de los secretos del oficio; pero sólo en Un drama nuevo trepó a las cimas, siendo muchas de sus comedias artísticos arreglos de asuntos franceses.

Cuando charlé con Tamayo a menudo, especialmente en la Biblioteca Nacional, ya no escribía para el teatro: se había eclipsado su estrella.

La de Echegaray lucía en cambio con cambiantes resplandores de luz de Bengala, y Tamayo, dígase la

verdad, no lo podía sufrir. Aun cuando probablemente no hubiese Tamayo estrenado nada a la sazón si Echegaray no existiese, pues la política se había mezclado en el asunto y una obra de Tamayo había sido silbada sin respeto, quizá veía el autor de Locura de amor en el autor de En el puño de la espada la encarnación viviente y teatral de aquella revolución que traía un estado de cosas adverso a los ideales de Tamayo, aunque no lo fuese a su dramaturgia. Vino sin embargo la Restauración, y Echegaray, en vez de bajar, continuó subiendo, entre el aplauso de una crítica que se declaraba incompetente para juzgarle, porque no alcanzaba a comprenderle. Y Tamayo, agriado, se escondía en la penumbra, con la afectación de coquetería de una beldad célebre, que se oculta porque ya su tiempo transcurrió, y teme que la presente generación no la mire con los ojos de las anteriores.

Había entonces--me refiero a los años de 1886--otro literato que padecía agual aprensión: era el amenísimo novelista don Pedro Antonio de Alarcón, autor de El escándalo. Como Tamayo, se creía arrollado por los recién venidos. Y un día--el siguiente a un estreno de Echegaray que no había sido del agrado del respetable público--bajaron los dos a la sala de la Biblioteca Nacional donde yo trabajaba, a recoger las impresiones de la víspera, y se me figura, perdóneme

Dios, que a deleitarse, porque no podían ser favorables. Yo en la plática que entablamos, me consagré a hacer un poco de crítica de la escuela de Echegaray, extendiéndome en consideraciones acerca de cómo había venido a su hora, de por qué halagaba a los espectadores ese brote de neorromanticismo aun cuando a veces protestase, y de otras varias particularidades que creía deber exponer. Sobre todo, insistí en disipar el error de Tamayo y Alarcón, empeñados en que don José Echegaray era un realista, o por mejor decir, un naturalista de tomo y lomo. Lo mismo se repetía en varios corrillos y se leía en varios periódicos, pero me parecía que los dos insignes literatos que me hablaban no tenían derecho a compartir tan grosera equivocación. Fue inútil mi derroche de argumentos: de acuerdo, repitieron que don José era tan naturalista como el propio Zola, y el aplauso que se le tributaba y la benevolencia con que yo hablaba de él, no procedían sino de esta afiliación en escusa tan sucia y vitanda. Claro es que no me dijeron crudamente, pero yo traducía su lenguaje, que tenía tal sentido.

En todo esto pensaba anoche, durante la presentación de Un drama nuevo que me causaba la emoción de lo grande, de lo sublime. Se pude carecer por completo de facultades críticas (aun para juzgar lo contemporáneo, que no requiere erudición), sin dejar de

tener facultades creadoras para producir el Drama nuevo. y (otro fenómeno digno de observarse) se puede tener genio una vez en la vida, y no volver a tenerlo más. Y también cabe que esta llamarada de genio sea algo semejante a comunicación del espíritu de un muerto ilustre. Tamayo, en Un drama nuevo, sufrió la luminosa influencia de Guillermo Shakespeare, el cual es uno de los personajes, y no el menos interesante, de la obra.

Al admirar gracias a la loable iniciativa de la empresa del Español, bellezas tanto tiempo arrinconadas y puestas en olvido, nos sorprenden dos cosas: su eterna frescura y juventud y su fórmula sencilla, robusta, sin complicaciones ni enredos psicológicos. El caso es para los que hoy escribimos tema de meditación, y también motivo de pena, porque, (no podemos callárnoslo a nosotros mismos), de estas obras no se escriben ya. Dos noches seguidas he visto dos grandes creaciones: La vida es sueño y la joya del repertorio de Tamayo. Sin entrar en odiosas comparaciones, sentí ambas noches la misma sensación de desaliento, pensando en lo actual. ¡No poder crear esto! ¡Que el molde se haya roto!

Prescindiendo de lo que se produce en España, buscaba en el extranjero algo que comparar a lo que acababa de oír, algo que ofreciera el mismo sello de grandiosa sencillez. Porque estas obras intensamente

filosóficas y humanas, son sencillas en su idea, aunque en su forma ofrezcan las ráfagas de conceptismo que encontramos en la de Calderón, y retruécanos como aquel consabido.

«Y apenas llega, cuando llega apenas.»

Cualquiera que fuese el mal gusto que se iniciaba en Calderón, el vigor de su obra consiste en que ha sido concebida por una mente a la vez clara y honda, informada por conceptos teológicos elevados y serenos como el agua tranquila de un mar que copia cielos amplios. Hoy el fondo del pensamiento es turbio, y se delata en lo contradictorio de las ideas que inspiran a los autores. Los dramas, en vez de ser conciencia, son de rebeldía. Ved los más hermosos, entre los modernos: Magda, El enemigo del pueblo, Romersholm, Casa de muñecas. La fuerza de un conflicto dramático estriba en que los personajes reconozcan algo fuera de sí mismos, algo que pesa sobre su voluntad. Con el disolvente análisis y la egolatría moderna no se puede hacer La vida es sueño, Un drama nuevo o El alcalde de Zalamea.

Yo espero que esta empresa, que revela interés por el arte, no desmayará en su meritoria labor, y continuará reverdeciendo lauros y haciendo que el público más desmemoriado del mundo recuerde lo que tanto nos honra, en nuestro pasado literario: nuestro

teatro nacional. Cuando pienso en la riqueza que tenemos arrumbada, paréceme estar viendo uno de esos desvanes donde, en el pasado siglo y a principios de este, los nobles ignorantes y caprichosos habían depositado los muebles espléndidos de sus antiguas casas, para substituirlos por otros ramplones y de mal gusto. Allí en la penumbra, cubiertos de telarañas y visitados por roedores, yacían los señoriales bargueños, los finos contadores italianos, las mesas de mosaico, los cuadros de Rivera y de Murillo, las armaduras nieladas, los coletos de ante bordados, los sitiales de guadamecí y las literas de «vernis Martin» exquisito. Pero, al menos, estos tesoros han tenido su hora y han vuelto ha ser estimados y constituyen el mejor ornamento de los salones. Calderón, Tirso y Lope, bien puede decirse que no han salido todavía del desván.

Ojalá veamos pronto en escena El castigo sin venganza, Don García del Castañar, Los Tellos de Meneses, Marihernández la Gallega, El mágico prodigioso, A secreto agravio secreta venganza, El tetrarca de Galilea, y tantas y tantas como pudiera nombrarse, que son flor y esencia de nuestra alma, cifra de nuestra raza y de nuestra inspiración. Con ellas debieran alternar las del moderno teatro romántico, Don Alvaro, que ha sido muy representada por

Fernando Díaz de Mendoza; El Trovador, de García Gutiérrez; Los amantes de Teruel, de Hartzenbuch; Aben Humeya, de Martínez de la Rosa; Traidor, inconfeso y mártir de Zorrilla. Dado el movimiento de aproximación que se nota en la América latina hacia España, quizá fuese empeño fecundo el de llevar a los públicos americanos, con una compañía dramática escogida, este repertorio castizo, sin mezcla ni aleación de nada extranjero; repertorio donde se puede estudiar y comprender, no sólo nuestro carácter, sino nuestros ideales, y donde se ha cuajado nuestra leyenda. A cada representación podía preceder una conferencia explicativa, porque, si nosotros hemos olvidado tantas cosas, no sería mucho que en América las desconociesen. No sé si este plan es realizable; pero, si lo fuese, constituiría una campaña en que se unirían dos notas bien altas: arte y patriotismo. Nuestros grandes dramaturgos del siglo de oro pertenecen a las naciones donde se habla nuestro idioma, como Shakespeare pertenece a las que hablan la lengua inglesa, allende o aquende el Atlántico. Quien sabe si la «tournée» daría, no sólo un resultado compensador en el terreno económico, sino otro fruto más precioso, un lazo de sirgo y oro que nos estrechase demostrando la común procedencia. Nuestros clásicos son los mismos que tantas naciones americanas pueden llamar sus clásicos

también. Ese viejo teatro, de prodigiosa energía dramática, de divertido enredo, de trascendental filosofia; que tiene su Otelo en el Tetrarca su Fausto en El mágico, su Hamleto en el Segismundo de Polonia, su Fedra en el Castigo sin venganza, es el antiguo teatro de las gentes hispánicas, es parte de su magnífico patrimonio. Quizá, al verlo surgir daga al cinto y herreruelo al hombro, le saludasen reverentes, como si fuera que apareciese, barbada y grave, la venerable sombra de un abuelo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

52

CRONICAS MADRILEÑAS*

Era de presumir que, cuando los modistos parisienses lanzaron la idea de la falda-pantalón, la prensa encontraría un impagable «sujet de chronique», y los charladores un tema largo de discusión y chistografía. Era también suponible que, en la discusión saldrían a luz los mismos argumentos manidos e iguales bobadas candorosas, que vienen utilizándose, de cincuenta años acá, siempre que alguna modificación del traje de la mujer lo aproxima más o menos al ridículo traje masculino contemporáneo.

Ignoro por qué defienden con calor los hombres el uso exclusivo de una prenda tan fea, tan antiestética como el pantalón moderno. Tratárase enhorabuena de los gregüescos felipeños, de los calzones de la época imperial, de algo que comunicase dignidad a la figura, y valdría la pena de defender la propiedad. ¡Pero el actual pantalón! Prenda la más indecorativa de cuantas pudo inventar un sastre en un acceso de pesimismo, ¿por qué los hombres, en un movimiento de fácil generosidad, no se la regalan definitivamente a la mujer,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 31 marzo 1911: 6. No recogido.

acompañando el donativo con el de la fúnebre levita, ya desde hace años nos aflige, y dando encima, de propina, el híbrido chaleco, esas dos tapas con botones para la barriga, y ofreciendo de contrapeso, el incalificable sombrero de copa?

Ignoro también por qué los pantalones han llegado a representar la supremacía masculina. Descendientes de las antiguas bragas (descendientes degenerados), ni los pantalones, ni sus mismas abuelas las bragas pérsicas y escitas, fueron patrimonio de los pueblos más esforzados. Al contrario: las bragas tenían un sello de molicie asiática, y los teucros, que las gastaban, cayeron ante el empuje heroico de guerreros de piernas al aire. En los antiguos monumentos, los cautivos suelen llevar bragas, y los vencedores breve faldellín.

La idea de hacer representación de la autoridad masculina a dos tubos de paño tan anchos abajo como arriba, tenía que pertenecer a esta desdichada edad en que la estética, en vez de difundirse por todo el cuerpo social, ha quedado reducida a patrimonio de unos cuantos, que por ser tan escasos en número, ni aun pueden ejercitar el derecho de vestir como les plazca. Cuando un artista bohemio se planta una boina de terciopelo, unas botas altas, una chaqueta de pana, un pañuelillo anudado, queda fuera de la sociedad

correcta. Para entrar en ella hay que llevar un cuello tieso, un frac de sepulturero, un pantalón que disimule las piernas tuertas, y un sombrero absolutamente grotesco del cual se asombrarán las generaciones futuras.

Lo que no podía preverse, dentro del ambiente madrileño, era que los pantalones en cuestión que tan pronto se llaman «turquish leglettes», como «surel», como falda partida, como odaliscas, como «jupe cullotte», iban a hacer su aparición en Madrid al mismo tiempo que en París, o no sé si antes. Y, sin embargo, la cosa es sencilla: fueron maniquíes los que lo exhibieron.

Madrid es una ciudad atrasada. Ningún poblachón de la Mancha sería menos comprensivo que nuestra capital. Todo lo que sale un poco de lo habitual, despierta movimientos de extrañeza, burla y antipatía, y como los chicos van poco a la escuela y callejean mucho, y en vez de jugar pacíficamente en los parques, diablean en las aceras y el arroyo, es casi seguro que se armen motines de chusma, y la muchedumbre alborotada se entregue a expansiones groseras y bárbaras. Yo he visto cómo se formaba escolta gritadora a un hombre que vestía de franciscano, y a una infeliz mujer demente que hablaba sola, y a dos congresistas extranjeras que llevaban las faldas algo

cortas, y a una dama que iba admirablemente vestida de azul, con sombrero de plumas, y, en resumen, a todo el que por algún motivo se distingue. Júzquese pues, si debemos asombrarnos de que, hace una semana, salgamos a motín diario, a pretexto de la discutida faldamenta.

Arma estas algaradas la pillería, claro es. Pero no deja de alcanzar responsabilidad en ellas a gente de más elevada esfera social, si en su lenguaje y en la emisión de sus opiniones no guarda aquel temple de tolerancia con que deben acogerse las novedades, especialmente las de este género. Son responsables todos cuantos nos inculcan la idea de que cada cual viste como le place, no ofendiendo al decoro, y ni la mujer ni el hombre tienen otra obligación, en materia de vestimenta, al presentarse en público, sino el respeto al pudor. Y la falda-pantalón es más púdica, cien veces, que las faldas estrechas que han venido usándose todo el invierno, y que ni permiten llevar ropa debajo.

Sin embargo, no hay que situar a Madrid, en este caso, tan fuera del «concierto europeo». En el resto de Europa, en la misma Francia, reina de la moda y de la variedad, la gente ha demostrado idéntico misoneísmo, idéntica intransigencia, y no han faltado abucheos a las primeras portadoras de la prenda en cuestión. En España debemos notar que San Sebastián,

Valencia y Barcelona han presenciado la exhibición de la «jupe culotte» sin molestar en lo más mínimo a las mujeres que la ostentaban.

Todo lo que voy diciendo no ha de inscribirse en la lista de opiniones favorables a la falda-pantalón, sino entre las protestas contra la tiranía de las costumbres y el necio asombro ante una manera nueva de cortar la ropa. Que todos vistan del modo que les sea más cómodo: he aquí una ley humana. El género de vida condiciona el traje, o debe condicionarlo, y probablemente lo racional es para la calle el pantalón y para los saraos las faldas flotantes y luengas.

Si con la falda-pantalón, lo mismo que con los bombachos de ciclistas, los anteojos de automovilista, las botas de amazona y los bastones de alpinista, obtiene la mujer ventaja, comodidad, seguridad, que los use, y aclimátense, aunque no sean mi ideal ni como belleza ni aun como utilidad reconocida.

Puesta yo a proyectar un traje decoroso, que deje libertad a los movimientos, que sea compatible con el adorno y con la sencillez, que permita andar, que pueda prestarse al abrigo en invierno y a la ventilación en verano, idearía algo inspirado en el «huépil» o túnica de las mujeres mejicanas antes de la conquista. Sin género de duda, es la vestimenta más natural, y admite, interiormente, cuanto exigen el aseo, la decencia y la

higiene. Se habla mucho de los ropajes griegos; pero sus plegazones, tan artísticas, tienen poco de prácticas. El «huépil» llena todas las indicaciones. Seguramente que ningún modisto tendrá la ocurrencia de lanzar el «huépil».

Estas tentativas de empantalonarse, que no son de ahora, que cuentan de fecha tal vez venticinco años, pues hace otros tantos que vengo oyendo hablar de las «turquish leglettes», acusan un malestar y delatan una necesidad. La mujer, sépalo o no, y aunque proteste, aspira a la reforma de su traje, en armonía con la vida contemporánea. Los nuevos estados sociales y económicos, las diferencias capitales de modos de vivir y ver, entre lo pasado y lo presente, tienen que traer consigo modificaciones en la ropa. Lo maravilloso para mí, es que no se piense más de lo que se piensa en la adaptación del traje, cosa elemental. Algo se ha hecho, sin embargo, con el ciclismo, con el automovilismo.

Aquí en Madrid, la reprobación de la «jupe culotte» ha partido de una clase de mujeres, habituadas, cabalmente a vestir todas las prendas, sin reparo, y a no hacer ascos, no diré al traje masculino, pero ni a los trajes femeninos más sucintos y frescos. Me refiero a las actrices de género chico. Los periódicos, con chic parisiense, las han entrevistado,

y las respuestas parecen de alguna colegiala que se horripilaría hasta del descote. ¡Uf! ¡Falda-pantalón! ¡Quite usted allá! ¡Somos tan femeninas! Lo cual no impide que, en la primer obra que se estrene, tengan que salir de torerillo, o de chulo, o de lacayo, o de paje o de doncel... No valía ciertamente, la pena de escandalizarse.

Y es muy frecuente el caso, las mujeres, ejerzan la profesión que ejerzan, creen que deben hacer profesión de fe y voto de santa obediencia. Su misoneísmo no consiste en huir de la moda; al contrario: seguir la moda, sin protestar, es lo más gregario de todo; y si lo de la falda partida fuese solo una moda, vierais llenas las calles de señoras empantalonadas. Lo que alarma a las mujeres es que creen adivinar algo más que una moda efímera. Es una corriente que se revela, es una transformación social que quizá se inicia, entre cuchufletas, silbidos y bestiales persecuciones.

No es que me entusiasmen a mí las reformas sociales tramadas en casa de los modistos. No creo en ellas. Las reformas vienen de las imposiciones económicas. Sin embargo pueden trascender a la esfera de la modistería. El pelo sin empolvar, los zapatos llanos del ministro Roland, fueron una opinión política bajo Luis XVI. El vestir exterioriza el pensamiento.

A propósito de la falda consabida, se oyen decir cosas realmente dignas de ser recogidas por un Gustavo Flaubert en su célebre Album de bétises humaines.

Una de las más usuales es la afirmación de que el día en que la mujer gaste pantalones, perderá para el hombre todos sus encantos. Esto se repite en un tono de profundidad y de verdad dogmática que causa dulce regocijo. Si nos descuidamos, nos anuncian que se extinguirá la especie mediante el procedimiento, caro a Tolstoy, de la incomunicación absoluta entre los hijos de Adán y la hijas de Eva. Nada, que se ha resuelto el problema trascendental y el hombre vivirá en lo sucesivo, y hasta desaparecerá del planeta en plazo bien corto, como el filósofo quiso:

«libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

Lo malo es que aquí cabe decir como el gitano: «Padre, ya verasté como no viene.» Porque, así se embutiesen las mujeres, no en esa prendsa que imita las formas de la falda, sino en los calzones apretados del chulo, que se mete en ellos descolgándose del techo, se me figura que los encantos seguirían haciendo su oficio, y los hombres no renunciarían a cortejar a las dulces enemigas que tan a mal traer los traen, y los

traerían exactamente igual vestidas de lo que las viniese en gana, aunque fuese de monos sabios o de barrenderos de la villa.

Decía cierto monarca humorista a cierto general que andaba variando el color de uniforme de sus soldados: «Vístelos de encarnado, vístelos de azul, escaparán siempre.» Análoga cuenta pueden echarse las mujeres, si las entra la inverosímil aprensión de una huelga de galanes por razones de indumentaria; sólo que invirtiendo los términos. Ora vistan tímidas faldas, ora de osado pantalón, los galanes acudirán siempre, como moscas a la miel.

En cuanto a que prospere o no la ocurrencia modistil y sensacional de esta primavera, ya es otra cosa. La barbarie matritense ha contribuido a crearle simpatías, ha sido reclamo. Una semana entera de motines, de escándalos, pedradas, bastones rotos, artículos en la prensa reclamando tolerancia, excitando a las autoridades a que desplieguen rigor, ha sido exhibición que tal vez convenga a los lanzadores. Lo que dudo es que la gente humilde acepte la prenda. Cuando esta novedad salga de los términos de extravagancia y pase a ser, como el mantón y la blusa, un comodín para las hembras de modesta posición, ¡cuánto tiempo habrá pasado, y cuánta agua corrido por el seco Manzanares, al cual, en un momento paradógico, Alejandro Dumas ofreció el célebre vasito!

Lo más curioso es que la semana de escándalo no ha sido realmente contra la falda nueva, toda vez que sólo el primer día los insultadores se encarnizaron y cebaron en dos que la vestían, efectivamente. Las damas ultrajadas, silbadas, obligadas a refugiarse donde pudieran, salvadas por la intervención de un agente de la autoridad o de un caballero que demostró serlo, no llevaban la prenda ya famosa. Iban como van ahora todas las mujeres, con raras excepciones: luciendo una faldilla amarrada, estrecha. He aquí la demostración palmaria de la inconsciencia de los brutos que las perseguían. Debo añadir, sincera como soy, que la tendencia a acosar, desnudar y maltratar a las señoras, es característica de esta hez del populacho madrileño. El que escuche su lenguaje y estudie sus hábitos y propensiones, no se sorprenderá de lo que afirmo. Ni menos lo extrañará quien vea los gráficos que «adornan» las paredes. El vocabulario del insulto parece en Madrid más rico, abundante y expresivo que en parte alguna, y la especialidad del léxico es el insulto con base sexual. Una vez seguí a dos niños que iban conversando, y que tendrían ocho o nueve años a lo sumo. No me parecía posible que ni en el infierno se desarrollase tan sucia y atroz conversación. De estos tempranos blasfemos y desenfrenados, salen después los criminales de la navaja y los que acorralan y magullan a mujeres indefensas.

Después de que la prensa gritó, se decidieron a intervenir las autoridades. Ya, según parece se han hecho prisiones, se han impuesto multas. Pero la forma más categórica de represión de la barbarie, ha sido la que ayer dio fin (según se espera) a esta etapa vergonzosa. Una señora cruzó las calles ostentando la «jupe-culotte». No iba como otras, tímida y azorada, sino altanera, mirando hacia todos lados, desafiando a los cafres con su actitud. Y, a su lado, un señor dejaba ver, sin disimulo, la emergencia de la culata de un revólver...

Y no chistó nadie.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

53

CRONICA DE ESPAÑA... Y FUERA DE ELLA*

(Para LA NACION)

Se está juzgando estos días la causa de un señorito--nótese, no de un chulo ni de un jornalero--que ha dado muerte violenta a su novia, porque no quería continuar las relaciones amorosas y recababa su libertad. Y un médico, uno de los doctores más distinguidos y a la moderna que en España existen, ha alegado la irresponsabilidad del novio asesino, porque tiene las orejas en forma de asa, o de pabellón, o qué sé yo de qué; en suma, unas orejas que no se modelaron como la bella oreja clásica, por la concha de la madre Venus, y porque padece (el mismo novio) ataques epilépticos frequentes.

Esto de la irresponsabilidad va picando en histeria. Yo creo que hay muchas ideas, hoy corrientes, de las cuales habrán, sino de reírse, al menos de sonreírse dulcemente nuestros nietos o biznietos. Y lo de la irresponsabilidad ha de figurar en primera línea entre estas ideas que harán dudar a

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 abril 1911: 6. No recogido.

los venideros de la perspicacia de nuestro juicio. Conste, lectores del siglo XXI, si es que me cabe el honor de tenerlos, que no compartí estas opiniones, antes que subversivas, cándidas, pero no por cándidas inofensivas. Desde el momento en que se descubre una especie de ungüento amarillo aplicable a todos los casos y mediante cuya aplicación todo el mundo resulta inculpable, aunque cometa mas crímenes que los Atridas, háganse las cosas de un modo radical; suprímanse los tribunales de justicia, bello ideal de Tolstoi, y al menos se ahorrará dinero y tiempo, y procedimientos enojosos.

Las ingerencias de la medicina me recuerdan las que en otras edades tuvo la teología en todo lo divino y lo humano. Hoy no son venerables teólogos, sino médicos respetabilísimos, ya lo creo, los que se meten donde no los llaman, o al menos no los llaman para tal fin. No hemos de negar la parte que corresponde en las cuestiones jurídicas a la medicina legal; pero la medicina legal no es la medicina filosófica, llevando sus conjeturas y sus sistemas a la administración de justicia. No niego tampoco la eximente por locura, y nadie puede declarar responsable al loco. Sólo que a los verdaderos locos todos los conocemos, y hasta creo que para ello no necesitamos ser médicos, ni cosa que lo valga. Los locos de ocasión y conveniencia, cuya

locura consiste en que sus orejas revistan esta o aquella involución de lineas, si cometen un asesinato tan barbárico y cobarde como el que me inspira estas reflexiones, deben sufrir el peso de la ley, y por lo menos, curarse la epilepsia en presidio.

En mi casa hubo un criado epiléptico. Aparte del mal rato que le causaba el ataque, no presentaba otra anomalía. Lo que hacía era robar, con un arte y una ligereza de manos, que me río yo de Ginesillo de Pasamonte. Y como la consabida ciencia filosófica no se arredra ni quiere perder sus derechos nunca, a la referida epilepsia le echaban la culpa de las mañitas del mozo, que en su género era un gerifalte, y cuyas orejas, a lo que puedo recordar eran iguales a las de todos los mortales. Lo cierto es que yo había tenido ya por desgracia, algún otro sirviente educado en las aulas del señor Monipodio, y diestro en afanar, hurtar y apandar lo que bien le viniese, como activa hormigita, y disfrutaba el tal de una salud envidiable, sin asomos de neurosis. Y esto destruía mi convicción, minaba un poco mi fe en la infalible relación entre los accesos del "mal sagrado" y las mañas de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Supongamos a Rinconete y Cortadillo, los dos granujas de Cervantes, ante un doctor de nuestros días. Les mediría el cráneo, las orejas serían objeto de

escrupuloso registro, que en primer término demostraría la poca costumbre de asearlas; se enteraría de varias particularidades de igual índole, y acabaría por declarar que, aún cuando los despabilados guripas robasen la intemerata y el copón, no les alcanzaba ni chispa de responsabilidad criminal. ¡Qué hacer! Cuando se tiene la oreja retorcida...

Y lo repito: se me figura que dentro de cien años, van a solazarse mucho a nuestra cuenta...

Al hilo de este orden de pensamientos, se me ocurrió leer despacio un folleto que acaba de caer sobre mi mesa; se titula: El congreso penitenciario de Washington en 1910. Los congresos penitenciarios menudean. El primero de los internacionales fue el de Londres, en 1872. El último se celebró, como queda dicho, en Washington en octubre de el año pasado, y el que lo reseña es el delegado Español don Eugenio Silvela, jurisconsulto muy notable, escritor de honda preparación literaria, espíritu inclinado a la sátira, inteligencia clara y enemiga de la pedantería.

Había asistido ya Silvela al de San Petersburgo en 1890, donde habló en Francés, lengua semimaterna para todos los Silvelas, que proceden de una ilustre dinastía de afrancesados amigos y compañeros de expatriación de los Moratines y Goyas, en Burdeos y París. Silvela hace una reseña muy digna de atención

del papel de España en los subsiguientes congresos penitenciarios del mundo. Resulta como era de sospechar, que no nos lucimos demasiado en ellos. No era congreso penitenciario, sino de la prensa, el que presencié en Portugal algunos años hace, y se daba el caso de que mientras Rumania había enviado tres representantes, entre ellos un poeta ilustre, nosotros no teníamos allí sino a un periodista de escaso renombre, un señor Beraza, que aplicando sin duda el espíritu portugués de asustar al enemigo con ardides numéricos, contando por pies de caballo, se había propuesto parecer una docena, y suplía con la abundancia de los discursos la escasez de personal hispánico; por lo cual yo galantemente invitada a participar de las fiestas sin formar parte del congreso, puse por condición que se me permitiría imitar la discreta conducta de San Juan el Silenciario, absteniéndome hasta de brindis.

He aquí lo que Silvela refiere: El gobierno español, al pronto ni respondió a la invitación de los Estados Unidos para que concurriese a la asamblea penitenciaria. Al insistir, dos años después, el gobierno norteamericano, el nuestro dispuso que se consultase al consejo penitenciario, si alguno de sus vocales quería ir a Washington, pero en la inteligencia de que iría a su costa. Y añade Silvela con gracejo:

"Al fin dos voluntarios del derecho penal y penitenciario que acaso pensaron en los de Melilla" solicitaron el puesto honroso y gratuito. Uno fue el autor del folleto.

Antes de espigar en él algunos datos referentes a las novedades en sistema penitenciario, me urge decir que el estado español no es tan pobre de solemnidad como se deduciría de lo que Silvela cuenta. No: el estado español, más que pobre es desgobernado y manirroto. Gasta en mil inutilidades, y escatima, como la señora del cuento, el chocolate del loro. Para conservar ante los extranjeros nuestro decoro no faltarían recursos al erario español.

Silvela no oculta la favorable impresión que le ha causado el modo de proceder de gentes y de instituciones en los Estados Unidos. Los estados autónomos, las ciudades de administración libre, las fundaciones particulares que funcionan con independencia, rivalizaron, nos dice en su cooperación a la iniciativa del gobierno federal, que ninguna coacción podía emplear, y que sólo rogaba, en nombre de la patria común, de la civilización y de la cultura, el buen acogimiento de los representantes extranjeros. Y declara Silvela haberse maravillado de que en un país de tan amplia descentralización, la bandera nacional ondee doquier, festejada, adornada, descubriéndose ante

ella todas las cabezas, espectáculo para encantar a un español patriota, que ha oído y visto lo que aquí se oye y ve con estremecimiento de santa cólera, en algunos puntos y horas de Cataluña y de Vizcaya...

No es, sin embargo, el autor del folleto incondicional, ensalzador de todo cuanto se hace en los Estados Unidos. Sorprende bien los caracteres de esa civilización, atrevida, vigorosa, amiga de descubrir nuevos derroteros, de ensayarlo todo, de realizar experimentos osados, y en período de formación no sedimenta aún. Encuentra ensalzables los reformatorios de Elmira, de Mansfield, y de Jeffersonville; pero censura severamente la famosa penitenciaria del Este, donde tiene origen el sistema celular clásico. El mal estado en que se encuentra, la situación a que ha llegado, fueron asunto de regocijo para los delegados extranjeros, especialmente para los latinos, porque el que más y el que menos estaría cansado de oír proclamar la superioridad de los anglo-sajones, y tendría, ante la célebre prisión, el consuelo negativo del famoso cocimiento de habas que en todas partes, según el refrán, hierve y borboritea.

Con la sorpresa que siempre causan las novedades radicales, Silvela nos entera de algunas observaciones en los Estados Unidos, en el mismo ramo penitenciario que iba a estudiar.

Es una divertidísima y gentil institución de la George Junior Republic, de Freeville, o sea la república de niños.

No me sorprendió a mi tanto, no porque tuviese de ella noticia, sino porque en la exposición de 1900 en París, en el departamento de instrucción pública norteameriana, había visto algo revelador de la misma tendencia, y era la biblioteca infantil pedagógica. En estantes pequeños se alineaban reducidos volúmenes, y, por la detallada explicación del guardián de aquel departamento, supe que las bibliotecas escolares para niños no les guardan los maestros sino los niños mismos, que son bibliotecarios celosos y asiduos lectores de su tesoro bibliográfico. Nadie interviene: todo se lo arreglan ellos. Y parece que no hay muchas desapariciones de libros, ni figuritas trazadas con tinta o con lápiz al margen de las hojas, ni rabitos puestos a las moscas con tiras de papel.

En la república para niños, los chicos que han cometido anteriormente alguna infracción al código, están, no enteramente solos, sino bajo la protección de una matrona o un preceptor (según el sexo), y eligen su gobierno por sufragio universal, que no excluye a las hembras. El gobierno se compone de presidente, vicepresidente, ministro del interior y ministro de hacienda. Tienen sus tribunales y hasta su cárcel.

Usan una moneda especial y redactan (no podía faltar, pues esto se hace hasta en los institutos españoles), un periódico. Los holgazanes son severamente castigados: en eso sí que ya encuentro suma novedad con respecto a nuestras costumbres. Si aquí se castigase a los holgazanes, no habría otro quehacer. Parece que esta original república funciona desde 1905, y con excelentes resultados. Pero los representantes de los países latinos en el congreso, no creen que en Francia, Italia ni España se pudiese practicar este sistema reformador, ni aun por vía de ensayo. Cada tierra tiene su genio peculiar.

Aquello sería una merienda de negritos. Yo, en España considero hasta fácil corregir a un niño solo; pero en juntándose dos, el diablo que los meta en vereda. Esta observación es aplicable a sirvientes, operarios, etc. Cuando yo me servía de un solo carpintero o albañil, guardaban orden y seriedad en el trabajo. Así que he reunido dos o más, al trabajo se lo llevó Pateta. Con los chiquillos, al menos por acá, no hay quien pueda en cuanto se asocian.

Otra tentativa coronada por el éxito es la colonia agrícola-penitenciaria de Industry, al márgen del río Genesee. Al describirla con rientes colores, recuerda Silvela que el estado español tiró, en otra colonia de parecida índole, más de dos millones de pesetas, en

pura pérdida; lo cual confirma mi aseveración, de que, aunque en modesta escala, lo que falta aquí no es tanto el dinero como el acierto en el modo de emplearlo.

De otra novedad, estatuída en reciente ley por el estado de Indiana, nos informa con natural asombro nuestro delegado. Yo realmente no sé como explicar esta ley. Aunque la retórica sea el arte de decirlo todo, hay cosas que entrañan dificultad casi invencible para dar idea de ellas. Y el caso es que dicha ley, que de tantas maneras puede ser comentada, es uno de los más preciados y significativos documentos para la historia mental de ese pueblo que ha traído a las civilizaciones del mundo, algo caducas, nuevas orientaciones. Hay que buscar manera de insinuarlo.

Rara será la novedad que no tenga precedente en épocas antiguas. Si la aviación nació con Icaro, las leyes severas de eliminación y represión tuvieron cuna en Esparta. Sin que Darwin les enseñase los principios de la herencia y de la selección natural, los españoles creyeron y profesaron que los inaptos para la vida no deben transmitirla, y arrojaron de lo alto de un despeñadero a los que nacían mal conformados o padecían de enfermedades incurables. Por concepto ánalogo, el estado de Indiana entiende que los criminales endurecidos no deben tener herederos de sus malas e invencibles propensiones. Y, como lo cree, lo evita.

El procedimiento para evitarlo es nuevo, y, por lo que se deduce, no tan cruel como los antiguos. Que esta nunca vista providencia arraigue en la legislación; que la adopten o no los demás estados, he aquí lo que me parecería aventurado pronosticar sólo a lo de Indiana: a la ley de Lynch idearía esta otra, singular y tremenda.

¡Si lo hiciésemos nosotros! No me refiero. Pero sólo al pueblo de la ley Lynch aludo también. Aquí se habla mucho de linchamiento; no hay semana que no leamos en la prensa que la «multitud indignada quiso linchar al criminal H o B...» pero nunca se ha pasado de este platónico anhelo. Se ha linchado en otras épocas, por opiniones políticas; jamás por crímenes. Ultimamente faltó poco para linchar a las de falda-pantalón... Y es cuanto lo que en materia de linchamiento podemos recordar.

He creído que este folleto era un documento. De él deducimos que los Estados Unidos profesan el criterio de doña Concepción Arenal: en lo penitenciario, son correccionalistas. Creen, y así consta en las actas del congreso de Washington, que no hay delincuente que no sea capaz de enmendarse, si la sociedad le facilita los medios. Yo no estoy convencida de que este principio no sufra tan numerosas excepciones, que casi lo invalidan; pero de cualquier

modo, su aplicación es moral y es cristiana. La sociedad debe suponer la enmienda, siempre que al suponerlo no se entregue a la indefensión. Primero es vivir, y después filosofar, que dijo el sabio. Empiece la sociedad por resistir, y luego, mejore, proteja, especialmente a la infancia, en la cual hay probabilidades de favorable cambio, por la modificación que el desarrollo del carácter puede causar; pero no dé por hecho que con un sistema penitenciario extirpará, ni aun ayudada del bisturí, los gérmenes de tan mala inclinación. Quizá el trabajo más fructuoso es el que se cumple sin alucinación de esperanza.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

A

LA OBRA PERIODISTICA
DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN
PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION
(BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATE

Volume III

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

54

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Clásico es que a los españoles los seduzca y alucine la gloria del teatro, y mientras lo contrario no se demuestre, se debe afirmar que todo español ha perpetrado su drama, consiga o no verlo en escena. Y, sin embargo, entre los más transitorios de los humanos triunfos, debe contarse la ruidosa fama teatral. De ello acabamos de tener dos ejemplos, que bien puedo llamar memorables.

Uno, el de Bretón de los Herreros (nuestro Molière, dicen algunos), cuyos restos acaban de ser exhumados, merced a lo cual se habló de él, poco y a la ligera, en varios periódicos; pero cuyas obras continúan envueltas en el más absoluto y letal de los olvidos.

Don Manuel Bretón de los Herreros nació a fines del siglo XVIII; era riojano, y pudo decir de sí mismo:

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 29 abril 1911: 6-7. No recogido.

«A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.»

Huérfano, solo y pobre, hizo lo que muchos desvalidos de aquel tiempo: sentó plaza. Era, como poeta, enamorado, y gustaba mucho de andar (en frase clásica), a la flor del berro y al nidal de la pájara pinta. Por estas aficiones sufrió la mutilación que le desfiguró, y acaso agrió su carácter. Rondaba Bretón a la mujer de un concejal; el marido le buscó las vueltas, y una noche riñeron a navajazos. El poeta recibió una cuchillada horrible en la sien, que le hizo perder un ojo, amén de señalarle para toda la vida. Y he aquí como lo comentó su musa:

«Déjome el Sumo Poder
por gracia particular,
lo que más he menester:
dos ojos para llorar,
y uno solo para ver.»

Nunca debió de consolarse Bretón de tal desdicha, que era del número de las pregonadas, de las que

humillan siempre. A cuantos literatos conocieron a Bretón les he oído decir que era hombre atribiliario, de índole ponzoñosa y genio picón.

Mi amigo Bernal de O'Reilly, hijastro de Zorrilla, y muy enterado de anécdotas literarias, solía referir lo sucedido entre Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros, en un café. LLegó a él el autor de El hombre de mundo hecho un soplillo, con elegante camisola de chorrera de encaje, chaleco blanco de piqué, y corbata de última moda. Sentose a la mesa donde Bretón, mal engestado y displicente, y peor trajeado, sorbía su taza y fumaba un puro. Ventura de la Vega le pidió otro, porque veía asomar, fuera del bolsillo, rellena petaca; y Bretón, ceñudo, respondió descortésmente:

--Cuando se tiene dinero para tanto encaje y tanta farándula, hay que tenerle para no fumar de gorra.

Ventura sonrió, entornó sus ojos grandes y febriles de criollo americano, y después de callar unos segundos, rompió en esta quintilla:

«Una víbora picó
a Manuel Bretón, el tuerto.
¿Murió Bretón? No, por cierto.
La víbora reventó.»

Realmente, la suerte para Bretón, no fue sobrado benigna. En la milicia, donde entonces se hacían

carreras rápidas y brillantes, no pasó de cabo primero. En la burocracia, fue su lote un obscuro puesto en las oficinas de rentas. En el teatro, triunfó desde su primer ensayo, pero, así y todo, no se sabe que hiciese fortuna por tal camino. Nunca el producto de sus ciento sesenta y siete comedias y dramas, de los cuales eran originales ciento tres, le dió por arrastrar coche, fórmula que entonces expresaba el desahogo de la posición económica.

Y, sin embargo, no habrá tratadista de la literatura que cuente a Bretón de los Herreros en el número de los mayores autores dramáticos, mejor dicho, cómicos, que han honrado a nuestra escena. Venido a la celebridad en plena época romántica, Bretón fue un clásico, lo mismo que lo era Ventura de la Vega; el romanticismo, quizá lo tuvo Ventura en la inquietud de su vida bohemia, en el carácter, pero no en los escritos.

Bretón, que dio vuelo incalculable a la comedia de costumbres, iniciada por Moratín (¿qué otra cosa sino una deliciosa comedia de costumbres es <u>El sí de las niñas</u>, y hay más fiel y bien informada sátira literaria contempóranea que <u>El café</u>?). Bretón, digo, que en cuyas comedias encontramos minucioso y típico estudio de la sociedad en que vivió, de España por los años 25 al 50; que precedió a los costumbristas de la novela, y

dejó un vasto almacén de documentos para conocer un período social, del cual ni remota idea nos dan las creaciones de los románticos. Bretón no ha abierto huella en la memoria de las generaciones que le siguieron. Su teatro cesó de representarse; apenas cada diez años, se ha exhumado, con ocasión de alguna solemnidad, alguna de sus comedias. Yo, que no desperdicio esas ocasiones, sólo he logrado ver Muérete y verás, y Marcela o cual de los tres.

Verdad que lo mismo está sucediendo a Serra, a Eguilaz, a Ventura de la Vega, a Ayala, a tantos que un día lograron en la escena palmas de vencedores...

Efímero entre lo efímero, el teatro se disipa y borra como la sombra, como la nube. Al abrir el ataúd de Bretón, con motivo de la traslación de sus restos al panteón de hombres illustres, se vio que su cuerpo se encontraba en un estado de conservación muy sorprendente; momificado, sí, pero entero y sin que se hubiesen borrado los rasgos fisionómicos. No pudiera decirse otro tanto de su fama. Cada día se aleja más Bretón. Es un ilustre desconocido. Sus obras ni interesan, ni divierten, y mientras se representa ciento y pico de noches una astracanada con música retozona, las empresas ni aún se resolvieron el día en que se verificó sin ruido, el traslado del autor de Marcela o cual de los tres, a rendirle homenaje

representando alguna de esas comedias, antes tan aplaudidas...

El otro sorprendente caso de esta instabilidad aterradora de la gloria teatral, es don José Echegaray, la reputación más estruendosa que han conocido nuestra Talia y nuestra Melpómene. Concurren en el suceso de Echegaray circunstancias que le hacen más extraordinario.

Yo alcancé el período en que Echegaray era mirado como un fenómeno de la naturaleza, una aparición extraña, un cometa de cauda brillantísima, un bólido, o yo que sé. Recuerdo que la crítica, entre atónita y postrada, se declaraba impotente para juzgarle y definirle. Y así, poco a poco, se preparó ese equívoco, se armó la confusión, se extravió la opinión, se aturdieron las cabezas. Así como se había dicho antaño que Ventura de la Vega era un romántico, siendo clásico hasta la punta de las uñas, se afirmó de Echegaray que era un naturalista, de lo cual tenía tanto, como yo de turca. Lo positivo era que no se entendía a Echegaray, según propia confesión de revisteros y «escalpeleros», hecha cuando sonaban las palmadas de un estreno afortunado.

No hemos de olvidar que los hubo desgraciados; que la escuela de Echegaray halló censores apasionadísimos; que se le discutió y negó con verdadera furia. Pero ni

entusiastas ni detractores daban en el clavo. Mal podían pulverizar a Echegaray, a su neoromanticismo agudo, los que le mordían por realista y naturalista.

Algunas veces he referido un diálogo que pasé con el padre Mortara, hace bastantes años, en Mondariz, por más señas. El padre empezó a decir pestes del teatro de Echegaray, desde el punto de vista del supuesto realismo, corruptor de las costumbres. Sin hacer caso de mis observaciones, alegó que Echegaray hacía la apología del amor libre. Maravillada, pregunté a mi interlocutor en cual de las obras de Echegaray existía apología semejante. Y, con no menor asombro, le oí responder:

--¡Ah! No lo sé, porque no tengo el tiempo para perderlo en esas lecturas...

Lo curioso es cómo perduran estos equívocos, como no los deshace el buen sentido, desde las primeras veces que la inconsciencia los lanza. Ahí tenemos a Echegaray, que, siendo romántico «a tous crins», pasa por naturalista; que emulando a Calderón en severidad, con las flaquezas pasionales, es tenido por inmoralísimo; y que habiendo llenado la escena un cuarto de siglo con su nombre y su labor, y obtenido medio premio Nobel, y visto su retrato en los billetes de banco, y recibido el homenaje más estupendo en la corte de España, con desfile de imponentísimas

manifestaciones, con un aparato que no sé si volverá a verse nunca, a la vuelta de tan completo triunfo, llega a situación de que no puedan representarse ni sus mejores obras, pareciendo valentía y arresto gallardo el que un empresario exhiba alguna, con protesta unánime al siguiente día, en la prensa; como acaba de suceder ahora mismo, al reaparecer en el teatro de la Princesa, El estigma.

¿No es cierto que la anomalía se presta a melancólicas reflexiones?

Se comprende bien que un autor no puede estar de moda toda su vida, si esta vida es larga, y que se sobrevive, en cierto sentido, a sí propio. Se explica que el público busque nuevos rumbos, orientaciones varias, diversidad, lo que se ha reclamado siempre en arte, desde las épocas tan antiguas, que ya Dante dejó consignado el hecho de que Cimabue, el famoso pintor, vio obscurecida y eclipsada su fama antigua por la fama reciente del Giotto. Todo esto es humano, es inevitable. Lo que apenas se concibe es que el cambio sea de tal índole, tan radical y repentino, que el autor que ayer recogió delirantes ovaciones llege sin transición casi, al punto de que no se pueda, ni por recordar lo pasado, representar una de sus obras.

¿Es que la crítica, severa, demoledora, ha disecado la producción de Echegaray, la ha reducido a

polvo, la ha barrido? Pues tampoco es eso. Ni Echegaray es un Comella, ni aquí existe una autoridad crítica que en este terreno especial, ejerza sobre el público verdadera influencia educativa, que le enseñe lo que debe admirar, comprender y saborear, ni nadie se toma el trabajo de examinar y revisar los fallos del público en masa para confirmarlos o corregirlos, ni un libro serio en que se aquilatase el valor del teatro de Echegaray, tendría probabilidades de ser leído y difundido, ni cosa que lo valga. El singular fenómeno es colectivo y se produce sin intervención de la cultura estética, lo mismo que cuando Echegaray imperaba, se producía el contrario, caminando a ciegas la muchedumbre, en una especie de «Comedy of errors», en que a obscuras unos personajes son tomados por otros.

Hay para sentir dudas, incertidumbres, ante un autor drámatico que, llegado el momento culminante de su fama y de su apoteosis, puede decir como dijo Cristo a los que reprendían a Magdalena: «Dejadla que me ofrezca ese perfume, pues lo que está haciendo es ungirme para el sepulcro».

Y nótese que algo semejante ocurre con el teatro de Sellés, otro triunfador de otro tiempo, aun cuando en Echegaray se fije más la atención, no sólo porque fue laureado entre aclamaciones universales, sino

porque su fecundidad y el largo período que abarcó hacen más rara la muerte de su teatro.

Y no es que Echegaray no haya tratado de luchar para adaptarse a los gustos del público; no es que se aviniese sin resistencia a romper la pluma. En los últimos tiempos, dos o tres producciones suyas, señaladamente A fuerza de arrastrarse, indicaron este propósito de adaptación, esta tendencia a transigir, a modificar sus sistemas y «moldes». A pesar de todo, pudo más la corriente de indiferencia y de olvido; lo que el mismo Echegaray conceptuosamente, llamaría «el poder de la impotencia».

No es Echegaray, como queda dicho, el único que sufre este abandono, la sola hermosura desdeñada por el cruel sultán que un día tanto la adoró. Un artículo de Pedro de Répide, que acabo de leer, observa que no hay nada más extraño que la situación de nuestro teatro, el de Galdós, el de Dicenta, el de Guimerá, ni más desconsolador que la incierta posición de los autores de obras, de ideas y de altura. Y nos habla el joven escritor de la sonrisa amarga de Galdós, del alejamiento de Dicenta, de la oligarquía que dirije y acapara la producción teatral. Algo habrá de lo que nota Répide, pero yo no culpo tanto a las empresas, como al estado presente de nuestra educación estética. Sin entrar en el estudio del teatro de Echegaray, ni de

los que lo siguieron, es fuerza reconocer que el público que los aplaudía, tal vez fuese superior al que sólo quiere ir al teatro a reír, y ni aun refina y discierne la calidad de lo que provoca su risa. Con tal de reírse, venga la estúpida farsa, venga la bobería, venga la sicalipsis gorda, venga lo que viniere.

Si se hace, pues, el recuento de los grandes dramaturgos contemporáneos, se verá que entre olvidados y retraídos, apenas queda ninguno en juego. Benavente también está, como se dice en Francia, «á la cantonnade». Y no negaré que las empresas teatrales tengan su parte de responsabilidad, pero me inclino a suponer que las empresas no se atreverían a ir contra la corriente del público, si el público reclamase esos famosos nomores, al menos para alternar con los nuevos que se destacan...

No hay nadie que se canse de los juguetes tan pronto como los chiquillos, y el público ineducado, sin gusto, incapaz de prestar atención sostenida, incapaz de emoción, anheloso tan solo de cosquillas reideras, es un niño, si no es un cansado viejo. En pueblos que retroceden a la infancia, no se crían los Ibsen, los Sudermann, los que llevan a la escena problemas y análisis profundos del corazón humano.

Repito que cuanto voy diciendo, aunque es sugerido por el peregrino suceso de que el teatro de Echegaray

no puede representarse, no envuelve una apreciación razonada de dicho teatro, ni de los demás autores que también van cayendo en desuso. Tal estudio que es tentador, requiere tiempo, extensas páginas. Aquí, en mi pupitre de cronista, me limito a registrar el hecho. Quien envidie la gloria de la escena, vea si merece ser envidiada. Y acordémonos de que algo parecido le ocurrió a Cervantes, que se desquitó de la malaventura de su teatro con una novela inmortal. La novela no suele caer tan de golpe en ese pozo sombrío, donde se hunden las producciones dramáticas, desde lo alto de las coruscantes apoteosis.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

55

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Se ha suscitado estos días, más por encuestas periodísticas que por curiosidades de la opinión, el debate de la literatura pornográfica y se ha discurrido acerca de su incremento y difusión extraordinaria en España, de algunos años acá.

No es tan sólo en libros de verso donde se nota el predominio de la tendencia erótica. Se observó primero en el teatro. Allí recibe el nombre nuevo, griego y ya chulesco de «sicalipsis». La diferencia consiste en que las obras teatrales de tal índole con bien raras y poco demostrativas excepciones, no tiene pretensiones artísticas, y se conforman sus autores con que el espectador acuda y compre su entrada y se solace a su manera. La literatura erótica impresa, en cambio, no renuncia a ninguna prerrogativa y sea con el alarde de estilo o con la intensidad o novedad del asunto o

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 19 mayo 1911: 6. No recogido.

entrándose por los dominios de la psicología, o estudiando ambientes, camina pisando las huellas de los decadentistas y «perversistas» franceses, cuando no sigue la de los picarescos españoles.

Merece el caso algunas reflexiones y no es indiferente para el conocimiento exacto del estado actual de nuestra patria.

La primera interrogación de diarios y revistas ¿existe en efecto tal recrudecimiento de pornografía? tiene que ser contestada afirmativamente. La licencia raya en desenfreno y pocos velos quedan sin rasgar. hay además otro síntoma: antaño, las novelas declaradamente libres, se vendían como de ocultis, a precios muy baratos y con cubiertas al cromo. Alternaban con las historias de bandidos, los romances de ciego, los tratados de medicina que versaban sobre males bochornosos. «Los perfumes de Barcelona» y las traducciones de Paul de Kock. Hogaño las bibliotecas más literarias les dan la alternativa y gozan de todos los fueros del anuncio y la crítica que, sin dejar de censurar las extralimitaciones reconoce los méritos y cualidades.

Ha cambiado, pues, la posición del problema. Antes no eran literarias las obras de subido color; hoy lo son plenamente. Plumas muy bien cortadas, escritores que cuidan la forma, cultivan atrevidamente

el género, el cual se va infiltrando y difundiendo por la masa de lectores que compran el libro nuevo o la novelita corta de «Los contemporáneos» y «El cuento semanal». Hay sin duda alguna, un grado de diferencia, una distancia categórica entre esta producción erotista y la que siempre existió excluída y relegada al secreto y al menosprecio.

Ya se comprenderá que formulo un juicio general. No pretendo dejar sentado que todas las novelillas y novelas que aparecen y refieren detalladamente escenas peligrosas sean obras de arte. Digo, si, que hay mucho de arte en bastantes de ellas. ¿Significa que apruebo la tendencia a que responden?

La contestación a tal pregunta exige muchísimas reservas, distingos y aclaraciones, en quien, como yo, ha escrito no pocas novelas, infinitos cuentos, bastantes narraciones breves y ha tenido ocasión de comprobar experimentalmente que el público irreflexivo incurre con igual facilidad en dos errores: el de buscar, leer y preferir lo escabroso y el de asustarse nimiamente de cosas que no lo son. Si el público no comprase lo que supone verde, no brotaría tal frondosidad de verdor, y si otro público, al contrario, no se persignase alarmado ante la realidad y la vida sinceramente expresadas, nuestro arte literaio sería más vigoroso, tendría recia musculatura.

Porque ocurre, casi fatalmente que al lado de la literatura licenciosa, surge la literatura de moral, la literatura azul, rosa, y blanca, y confieso que ni la primera, ni la segunda son predilectas para mí. La vida no es ni continuo desfile de cuadros sicalípticos, ni cándido sueño de niña inocente. La vida es compleja, es varia, es un drama que entretejieron la naturaleza y el destino, la voluntad y la fantasía; en la vida no influye tan solo el instinto amoroso, cuya fuerza y acción no es dado desconocer, pero que no es factor único; cien móviles contrastan el impulso de ese profundo móvil; los problemas económicos, los dictados de la conciencia, el honor, el cariño paternal, la religiosidad, las ideas políticas, el arte, la ciencia, la vanidad, el odio, un sinnúmero de intereses, pasiones, quimeras, luchas de toda especie, se reparten la existencia humana y la conducen por distintos caminos. Todos dignos de que el observador los pise y los descubra.

En la misma pasión amorosa hay menos contingente de erotismo del que suelen acusar estas novelas. También el amor enfrena la licencia, depura el sentimiento. Quizás en el bosque de mirtos de la literatura erótica no florezca la rosa sangrienta y pura del amor hondo e invensible.

Si viviese don Juan Valera y pudiésemos consultarle sobre tan delicado intríngulis, adivino lo

que respondería--Diría el viejo y malicioso maestro que Eros, el rapaz de Gnido, es ciertamente un diablillo muy perturbador, y que según la afirmación del otro viejo, Voltaire, todos son, han sido, o serán un día sus esclavos. Añadiría que la antigua helénica, que en cuantas materias abarca el humano discurso nos dejó enseñanzas y consejos, también nos legó copiosos ejemplos de que ni los venerados sabios, ni los ilustres conquistadores, ni los graves filósofos, ni las reinas castas y fundadoras de ciudades, como la fenicia Dido, se libraron de pagar tributo a esa natural y dulce flaqueza de los sentidos y del corazón. Pero, con todo eso--proseguiría hilando don Juan--a menos que se trate de casos morbosos, del dominio de la patología, bien puede asegurarse que ni anduvo ni anda la gente tan rijosa y encalabrinada como las actuales novelas harían suponer, ni hay tanta depravación en las costumbres, ni son tan livianas y complacientes las señoras, ni tan emprendedores ni arrestados los galanes, ni, en suma, se piensa día y noche, sin interrupción, en la picardihuela...

Añadiría aun el autor de Pepita Jimenez otro reparo, envuelto en una sonrisa de irónica indulgencia. Diría, que Eros, al subyugar a la humanidad no la incita y mueve ni a tanta pena, ni a la brutalidad tanta. Explicaría que Eros es más bien inspirador del

entusiasmo del engreimiento vital, que de esa especie de hechizamiento tétrico que se nota en bastantes personajes de no pocas novelas eróticas de las mejores. Un caso como el del íncubo, con gran talento y fuerza referido por Zamacois en su novela El otro inspiraría a Valera, es probable, donosas frases que pararían en condenar el erotismo melancólico, supersticioso y fúnebre, haciendo en cambio la apología del amor natural, ferviente, gosozo y sazonado con el sentimiento pagano de la brevedad de la juventud y de la vida humana, que obliga a deshojar la rosa antes que se marchite.

Y ha acudido a mi el recuerdo de Valera, porque en la discusión enzarzada a propósito de las novelas de esta escuela reciente, algunos de los autores inculpados, al defenderse, nos han sacado a relucir a Valera y a mí, demostración de que en la novela caben libertades que no estarían bien en los libros para colegios y escuelas.

Yo no reniego de mis opiniones, sustentadas de antiguo. Excluir del arte a la pintura y estudio de lances amorosos equivaldría a cruel, inhumana mutilación. En las más nobles obras clásicas como en las más vibrantes creaciones románticas, el amor entra a título de elemento esencial, informante, vivificador. Y no entra contenido en los honestos límites de las

conveniencias sociales y demás; para que la obra cumpla su fin de belleza, entra como en la vida; rompiendo vallas, saltando obstáculos, determinando catástrofes y creando dramas y tragedia. El amor, con sus conflictos propios, y hasta con sus anomalías y desviaciones, Salomé, Amon y Tamar. Fedra, Otelo, es fuente de inspiración para el artista. Reconociendo esta verdad y todos los derechos del arte, sin mermar uno solo, debe sin embargo confesarse que muchas novelas y narraciones entre las que motivan la indagatoria a que vengo refiriéndome, atentan, no sólo a la moralidad sino a la belleza artística, al verdadero buen gusto literario; un buen gusto no entendido a la manera de Hermosilla sino sobre la estética más amplia.

Yo oigo las preguntas y las objeciones, ¿Quién es V. para fijar el límite? ¿Por qué hemos de dar cien pasos y no podemos dar el ciento uno? ¿Dónde empieza y dónde concluye la libertad del artista y del escritor? ¿En qué balanza se pesa? ¿Con qué vara se mide? etc.

Conformes. No hay para esto peso, medida, término ni mojón; y no obstante, nadie ignora cuándo se le va el pie y cuándo se le escurre la pluma. Y tampoco los compradores se engañan. Su olfato les lleva hacia lo que solicita su apetito.

Y he aquí que el público no pidiera a la novela una proporción de escabrocidades mucho mayor de la que

ofrece la realidad, no iría la novela española haciendo competencia a las que, con títulos y portadas sugerentes, inundan los mostradores exteriores de las librerías parisienses.

De esta afirmación surge la pregunta más seria, ¿Cuál es el estado de una nación donde las infecciones de la lascivia invaden los órganos nobles? ¿Qué trastornos determinan?

Nada tiene de alarmante el caso, si en esa nación también se lee mucho de otros géneros. Será para preocupar, si en esa nación apenas se lee y los libros que tienen enjundia, carecen de atractivo y caen en el vacío.

He oído a moralistas del género sencillo, y aun diría del género bobo, lamentar el exceso de lo que ellos llamaban "malas lecturas". No hay malas lecturas; hay malos lectores. El autor que publica una novela más o menos afrodisíaca, ha leído, es seguro, libros puramente literios, ha formado su cultura en algo más que Las memorias de Casanova y El arte de amar de Ovidio. Ved al ya citado don Juan Valera. Tradujo Las pastorales de Longo, que presentan el realce de un relieve pagano y naturalista; leyó lo más libre, probablemente lo obsceno; pero el fondo de sus lecturas no era ése; con mayor frecuencia oreaba su espíritu en los escritores místicos, o lo fortalecía en los

historiadores, en los pensadores, en los casuístas, o lo bañaba en los poetas clásicos. Una masa de lectores alimentada exclusivamente de cieno, como las anguilas, presagia la decadencia, no solo moral, sino estética e intelectual.

He aquí mi parecer sobre el debatido asunto. Tal literatura es un aspecto más del infatigable juerguismo madrileño, de lo que en París se llama «faire la noce». Sed hidrópica de placeres que sufren las clases menos acomodadas, en mayor grado quizá que los ricos, y sirven para que hagan su agosto los espectáculos inferiores, baratos y exitantes, las tabernas, tupis, figones y merenderos, con otros establecimientos menos santos aun. En la violencia de las corrientes reivindicadoras de todos los goces para todos los hombres igualmente, y en la imposibilidad de que los goces verdaderamente propios de ricos se repartan, hay una serie de excitaciones y placeres, los que dependen del instinto amoroso, que están al alcance de todas las fortunas, que se ofrecen en las esquinas, en la calle... El teatro, las letras, la industria, democratizan las complicadas sensualidades de las civilizaciones viejas. Y el mayor tesoro del pobre, tesoro envidiado por el rico, y con sobrada razón, bien a menudo, la salud, la médula intacta, el sistema nervioso equilibrado; la salud, instrumento del

trabajo, prenda que se ha de transmitir a los hijos... se disuelve y liquida en la gran caldera donde hierven, alzando roja humareda, los pecados capitales.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

56

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Nadie me acusará de callar lo malo que en mi patria sucede. Aparte de que lo malo siempre salta a la vista, hay personas que lo ven aunque se esconda, y yo soy una de ellas. Me duele, y me quejo cuando la muchedumbre manifiesta su barbarie silbando y magullando a las mujeres porque visten así o del otro modo; cuando cruzo las calles de Madrid infestado de mendigos verdaderos o falsos; cuando en suma, presencio algo que desdice del mismo nivel de la cultura. Tengo pues derecho a registrar lo que se hace de bueno, de altruista, de generoso, y si, como algo de lo que voy a referir raya en heroico, miel sobre hojuelas.

Los periódicos han narrado, días ha, un suceso callejero; el hallazgo de una cartera. Se la encontró un periodista, cuyo apellido, asaz poco frecuente, es Machancoses. Debo advertir que los periodistas no están sin olor a santidad. Diariamente decimos pestes de ellos. Gozan--valga el verbo--de una reputación

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 31 mayo 1911: 6. No recogido.

ahorcable. Hay quien los llama papeluchistas, y cosas peores. Los que nos atrevemos a intervenir para recordar que no se pueden emitir juicios tan generales, pasamos por gentes díscolas, ansiosas de fama de originalidad. Yo ya he renunciado a defender a una clase, a la cual también pertenezco.

Bien; pues el periodista de mi cuento abrió la repleta cartera, y vio que contenía cuarenta mil libras esterlinas en letras sobre el Banco de Londres, veinte o treinta mil dólares en billetes norteamericanos, y unos cuantos miles de pesetas en dinero español. Creo que esto se llama, en todas parte, un tesoro. Yo no conozco al periodista y por lo tanto ignoro el estado de su hacienda; pero sospecho que no ha de ser ningún plutócrata. No suelen serlo los que se dedican a la letra de molde. Machancoses tendrá, es lo probable, quinientas necesidades que remediaría con un millar de pesetas, un número increíble de aspiraciones, que con veinte mil dólares pasarían al terreno de la realidad. Hasta pudo influir en su pensamiento incitándole a la transgresión, el hecho de que aquel dinero era norteamericano; pudo antojársele destinarlo al Asilo de Inválidos de la guerra, o a sufragios por las víctimas de Cavite y Santiago de Cuba. Lo que hizo Machancoses fue, buenamente, leer el nombre del dueño en una de las tarjetas que acompañaba a los valores, y suponiendo que

un extranjero tan rico no podía parar sino en el Hotel Ritz, irse allá derecho, y devolver la cartera a su poseedor. El cual sin dudas traería máquina de instantáneas, probablemente, sacó una, para conservar la foto de un español singular, después con majestuoso continente, echó mano al bolsillo y alargó a Machancoses un billete de cien pesetas... que el periodista entregó inmediatamente para los pobres. Como dice el personaje de Marquina «España y yo somos así, señora.»

El otro suceso... Antes de relatarlo, evocaré un recuerdo de viaje. Desde Barcelona fui hace años a visitar la colonia Güel. La colonia Güel es una agrupación de viviendas de obreros que constituye una villita, al arrimo de la fábrica de tejidos que la razón social Güell sostiene allí. El representante de los dueños entonces ausentes y que me hizo los honores, fue llamando a los dueños de las viviendas, y preguntándoles si conocían algo de mi labor literaria. Y, en la mayor parte de las casitas, salió a relucir algún libro mío. Libros, los había en todas. En una pude ver la Geografía de Malte Brun; en otra, la Historia Universal abreviada de César Cantú. En la colonia existía un teatro y un círculo; todos los domingos representaban aficionados. En cambio no se consentían ni tabernas, ni garitos ni mancebías. Y los niños, alegres tenían aire de salud.

Tal fue la impresión que me quedó de la colonia Güell. Impresión casi borrada por el tiempo transcurrido, y que ahora resucita al leer que el consejo superior de Protección a la Infancia acaba de premiar con el diploma de honor y proponer al gobierno para la Cruz de Beneficencia a los que realizaron lo que va a saberse.

La cosa ocurrió en la colonia hará unos seis años. Un niño cayó en un aljibe que contenía un líquido tintóreo a elevada temperatura. El líquido era caústico, corrosivo, y las piernas de la criatura se pelaron completamente. Al frente del hospital a donde se le trasladó medio vivo, se hallaba el famoso doctor Salvador Cardenal, y la ciencia emitió su fallo terrible; amputar ambas piernas sin pérdida de tiempo, porque la desaparición de la piel las inutilizaba, y traería como consecuencia la muerte. Entonces el cura párroco de la colonia, don Gaspar Villarrubias-salgan los más nombres posibles en esta relación--recordando el caso de un fraile que había ofrecido su piel para salvar a otro niño, se acercó al doctor brindándose a contribuir con un trozo y a buscar entre los obreros la restante.

Aceptó el médico y el mosén convocó a todos los obreros a una reunión en el salón-teatro de la colonia. Cuatrocientos acudieron. El párroco tomó la palabra y

explicó de que se trataba. No era sólo de impedir que una criatura humana quedase para toda la vida inválida por mutilación; era una existencia la que corría peligro, antes y después de la amputación doble. Se necesitaban jirones de pellejo, para revestir aquellas extremidades en carne viva y en el mismo instante se ofrecieron más de los que eran precisos; todos a porfía, solicitaban el holocausto.

Recordando una obra italiana, creo que de Scipio Sighele, que se titula La Muchedumbre Delincuente y estudia los efectos del contagio criminal en las multitudes vengo a deducir que también existe el contagio heróico, que también el escalofrío entusiasta de la belleza de la acción se paga. Ello es que los obreros de la colonia querían ir sin tardanza a entregarse al bisturí. El cura les contuvo; que consultasen a sus padres, a sus mujeres, y se inscribiesen al otro día, cuarenta y tres. En el número de los inscritos, figuraban los dos hijos del propietario de la colonia, el millonario don Eusebio Güell; gerente el uno y director el otro de la fábrica. Dos muchachos educados en el extranjero, refinados, amigos del arte, de fina figura y gustos escogidos. Asistieron primero a una función religiosa en la iglesia de la colonia; el cura pronunció una plática, que tenía mucho de arenga de coronel ante el enemigo, y

acto seguido salieron juntos hacia Barcelona. Lo que voy a extractar ha visto la luz en la prensa diaria.

En el hospital del Sagrado Corazón los estaban esperando los dos hermanos Güel. Asistieron a la operación varios médicos y alumnos de la escuela de medicina. Y según referencia de estos testigos oculares, desnudos ya los cuerpos, afeitada la parte que iba a ser operada, y al tener que dar principio, entablóse viva competencia entre el sacerdote mosén Villarrubias, don Claudio Güell y su hermano don Santiago, pretendiendo ser cada uno de ellos el primero en sufrir la operación. Por fin don Claudio Güell, alegando el derecho que le daba ser el gerente y ejercer autoridad sobre todos ellos, se tendió en la mesa operatoria, ofreciendo su cuerpo, a la cuchilla. Pero al ir al empezar uno de los médicos observó que don Claudio había sido recientemente vacunado, y deseoso sin duda, de ahorrarle el sacrificio, alegó esta circunstancia para que no se le operase. Contestó don Claudio que tenía la convicción de que su piel podía servir, pero que sirviese o no, él no se levantaba de aquella mesa sin que fuese arrancada, no quería aparecer como quien da lo que sabe no ha de poder aceptarse:

--Arranquen mi piel--dijo--y si no sirve para el muchacho tírenla en buena hora.

Así se hizo. Después siguieron don Santiago Güell, luego el mosén, en pos siete obreros. La operación se hizo sin anestésicos, sin cloroformo. Los médicos la cuentan entre las más dolorosas, aunque los médicos no lo dijesen, lo diría la experiencia. El desollar vivo a un hombre, el cruel martirio que Apolo se lo infligió a Marsías el sátiro, y que sufrió el apóstol San Bartolomé, estremece. Las razas salvajes expertas en torturas suelen aplicar esta como horrible. Dícese que todos los operados la resistieron con admirable entereza; que poco después hubo que arrancar la piel a otros diez obreros, para completar la curación, y que el mosén se dejó desollar segunda vez, porque aún faltaba un trozo. Era mucha la piel humana que se requería; se trataba de dos piernas y pies completamente despojados. Las heridas de los operados medían unos veinte centímetros y la extracción se verificaba en el costado derecho.

Al año de realizado el acto, el niño que estaba sentenciado a morir o a quedar inválido, se paseaba, vivo y sano, por la Colonia Güell.

Yo debiera escribir aquí los nombres de los obreros que se dejaron despellejar, y los de los muy numerosos que solicitaban lo mismo, entre los cuales figura un presbítero, ya anciano que mostró verdadero disgusto cuando se rechazó su oferta, porque la piel

vieja injerta peor que la moza. Las exigencias de amenidad de la crónica me obligan a larga lista. Creo que no es necesario añadir nada, ni aún elogios, porque

«esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo»,

que dijo el poeta... La especie de familisterio de aquella colonia Güel, vista y visitada en un día hermosísimo de verano de verano otoñal, con la luz de ese cielo de Cataluña, que no tiene nada que envidiar al de Andalucía, había quedado en mi recuerdo como una idea cristiana practicada, según estas ideas pueden ser practicadas hoy, a la sombra del comercio y de la industria, con un carácter de positivismo, que haciendo realizable el propósito, lo sitúa en un terreno entre mercantil y sociológico, perfectamente honrado, pero circunscripto a la esfera de lo corriente. Y de pronto una aureola de luz rodeaba, alumbraba la colonia Güell. La relación de mero interes, lícito, pero interés al cabo que une el patrono con el obrero, se tranformaba. Era otra cosa diferente la que aparecía. El lazo moral, el lazo de oro, de alma a alma, de espíritu a espíritu, se mostraba patente. Todo aquel girar de las máquinas, con sus enormes volantes, sus bielas, sus ruedas formidables, sus calderas encendidas día y

noche, su producir sin cesar metros y metros de fuerte pana, de bellos colores tan recia y tan terciopelosa como la pana inglesa (la pana, tela favorita del campesino catalán, sólida y grata a la retina, cuanto es desagradable el sórdido paño), toda esta actividad laboriosa, de colmena zumbadora, respondía a algo: allí se vivía para el trabajo; pero el trabajo con ser tan respetable se santifica al entrañar la idea del amor...

¿Se recompensan estas cosas con la Cruz de Beneficencia, con los honores de una sesión pública? Bueno es que todo eso se haga, y más debiera hacerse; pero estas cosas no tienen premio. Su trascendencia es su recompensa. Se vive de haberlas hecho; es imposible calcular lo que germina de su substancia. Y lo mejor de semejantes arranques, es que se pegan el contagio de que habla Sighele, que convierte en criminales de la peor especie a gentes que probablemente la víspera se tenían por honrados, es--¡quien lo dijera!--la otra faz del contagio que impulsa a disputarse el honor y la tortura de ofrecer la piel para injertársela a un niño, que ni es hijo ni pariente, ni importa sino de aquel modo remoto que importa toda criatura humana. He aquí la inmensa responsabilidad, la inmensa gloria de los seguidores. He aqui el «cargo de almas» que sobre todo hombre puede pesar, a toda hora. Así como el varón es llamado a la guerra en cualquier instante; así como la

hembra ha de dar, con sus sufrimientos vida a la especie, el prójimo, piden el sacrificio, piden la abnegación, exigen que se alivie el mal y el dolor ajenos, aceptando el propio. Y, llegando a ese punto la enfermera se sienta a la cabecera del tísico, el señorito pudiente presenta el costado para que lo desuellen, y el obrero también--mordiéndose los labios entre una sonrisa--cede su piel, y si no pudo conseguir hacerlo, sienta la noble decepción del ideal no realizado...

La pluma que ha referido el crimen de Gador, estaba obligada a contar lo que acaba de leerse.

El hombre es el mayor monstruo, la fiera más selvática y el serafín más encendido. Inmenso como el mar, su corazón es abismo que nunca será sondeado por completo. Brazas y brazas de cuerda caerán en él, sin que se llegue a la profundidad pavorosa. Y en él se reflejarán jirones y jirones de cielo, sin que falte nunca puro cristal al que los copie. No hay cosa como el hombre para estudiada... Vengan novelas psicológicas, venga análisis. No agotaremos el sentido de la verdad.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

57

CRONICAS DE ESPAÑA

SOBRE LIBROS Y EDITORES*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1911.

Casi al mismo tiempo que estos renglones, sale rumbo a Buenos Aires el gerente de la Biblioteca Renacimiento, que dos años escasos de fundado ha venido a ser en España la más importante casa editorial.

Me explicaré. Al hacer tal afirmación, y conceder tal primacía, no me fundo en datos estadísticos, referentes a la cantidad de libros vendidos, a la de los publicados, el lujo y galanura de las ediciones, atc. En este particular, habrá quien aventaje a Renacimiento; por lo menos, yo lo doy de barato. Muy activo es el movimiento editorial de la casa, y cuando tanto imprime, será que mucho vende; pero, al otorgarle el primer lugar, pienso especialmente en que esta

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 14 junio 1911: 6. No recogido.

empresa recoge y monopoliza lo que propiamente llamamos literatura castellana.

Hablo de la contemporánea, no la de nuestros clásicos, que populariza en primorosas ediciones la revista Lectura. Lo que publica Renacimiento es el libro nuevo, o siquiera moderno, pero nacional; Renacimiento no se ha lanzado al confuso maremágnum de las traducciones bárbaras que nos infestan, pues para una mediana, veinte son tales que debieran producirse por atentatorias al lenguaje y al sentido común. Y el atenerse a lo castellano, es ya mérito señalado en una empresa editorial, aquí donde se han labrado fortunas asalariando a un ejército de mercenarios traductores y traidores.

Dos o tres años hace, los muchachos que en Madrid escribían un libro contaban lástimas de no encontrar quien se lo imprimiese, ni regalado. Cuando los cuitados conseguían arañar cuatro pesetas, se arrojaban a una edición de cortísima tirada, de muy tosco papel, de cubierta descolorida, y, vergonzozamente, se presentaban en las librerías a intentar colocarla. El librero mal engestado y distraído, les miraba de soslayo a traves de los espejuelos,y, entre dientes murmuraba:

--Bueno. Si quiere usted dejarlo ahí, en comisión, con el sesenta...

Dejábalo el mísero autor, y, a pesr de furiosos bombos de compañeros de redacción, al cabo del año averiguaba que había vendido tres ejemplares... El resto lo iba regalando, o se lo comían los ratones, debajo de la cama donde él dormía, lugar donde se hacinaban los paquetes. Cansado, lo llevaba de nuvo a la librería; y a razón de diez céntimos el ejemplar, se lo compraba el librero, entre despreciativas frases. Eso, si no iba a parar al Rastro, adquirido al peso, suerte común de muchos partos del ingenio, en la coronada villa.

Renacimiento ha venido a poner algún remedio a este triste estado de cosas. Desde luego, no habrá tenido la manga tan ancha que comprase cuanto le trajesen, y entre los autores jóvenes, un libro en Renacimiento es un ascenso en la carrera. Pero el director artístico, Gregorio Martínez Sierra, brujulea, entre los «nuevos» cuáles ofrecen porvenir y tienen «madera» de escritores, y, dentro de la selección que toda empresa editorial se ve obligada a realizar, abre ampliamente la puerta a los que dan los primeros pasos. No es, sin embargo Renacimiento, máquina incubadora solamente. En el catálogo figuran los nombres ya acreditados, los maestros: Galdós, Sellés, Unamuno, Benavente, los Quintero, Baroja, Dicenta, y omito el mío, pero, por méritos de antigüedad, bien pudiera, sin inmodestia agregarlo.

Para abonar a mi imparcialidad en estos elogios, tomaré en cuenta el reparo que he oído poner a esta Biblioteca; y diré hasta qué punto lo juzgo fundado y pertinente. Consiste el reparo en que la gente supone que gran parte de las obras de la Biblioteca Renacimiento traspasan los límites de la libertad que el arte otorga al artista, y llegan a la licencia excesiva y vedada.

Esta licencia, innegable de varias obras de la Biblioteca, no la caracteriza de un modo especial; y la prueba es que mantengo en ella mis libros. Si la considerase una colección de verduras, algo análogo a «Cuentos Galantes», dicho se está que los retiraría. Lo que ha sucedido es que Renacimiento comenzó a publicar sus ediciones en un momento peculiarísimo de nuestra historia literaria. La anarquía y la escabrosidad de las letras francesas han hecho irrupción en las españolas, no en forma de retórica, estilo, método ni escuela definida--lo cual sería signo de influencias naturales--sino manifestándose por la constante preocupación por los temas que no llamaré amorosos, sino más bien sexuales y sensuales. Salen a luz ahora innumerables novelas que, a primera vista, se diría que rebosan españolismo, porque abundan en toreros, mozos crûos, [sic] mozas de rompe y rasga, escenas de tupi, hampa y madrileñismo o andalucismo--y

son, ¡quién lo creyera! artículo procedente del bulevar, salvo que llevan un disfraz de ópera cómica, unos claveles artificiales y una navaja. Hay otras novelas que no recatan tanto su filiación, y en general, todas responden a ese industrialismo de la amena literatura transpirenaica, en la disolución actual de sus fórmulas de arte, y en la decadencia de sus ideales romántico, realista y objetivo.

En España, puede decirse que este género de literatura lo han aclimatado dos empresas, que, sin enbargo, dieron cabida a las mejores firmas y a novelas cortas de verdadero mérito: El cuento Semanal y Los Contemporáneos. Ha sobreabundado, en la colección, lo desnudo y lo bajo popular; y era inevitable, dadas las aficiones de la mayoría de los lectores. Gran parte de los elementos populares de Madrid no brillan por su cultura: díganlo los teatrillos y los cines que tan asiduamente frecuentan, por no hablar de otros muchos lugares de recreo, donde buscan las groseras excitaciones de la juerga. Las empresas editoriales no pueden sustraerse a las aficiones y exigencias del público. Y, aun sin que el público piense, la marea de las nuevas tendencias se les impone. De veinte novelistas actuales, no creo equivocarme si digo que catorce se inclinan a la escabrosidad, o la practican sin reparo. Y es lo peor que, de los restantes, cinco

toman otra senda muy fastidiosa, a mi ver; la de una moralidad inocente y ñoña, que mutila el arte y la verdad. Entre ambos escollos, naufraga nuestra producción, y es un fénix aquel escritor único que, sin abdicar de su derecho a interpretar las realidades, sin falsear la vida, se guarda de Scila, que es la bobería edificante, y de Caribdis, que es el escandaloso desenfreno.

No ha dejado lo que nos alarma aquí de preocupar también a los franceses. En la sesión inaugural de las conferencias de literatura francesa que viene a dar la misión presidida por Mérimée, en la universidad de Madrid, uno de los conferencistas, M. Guy (el que con tanta elocuencia diserta sobre los tipos de la novela en las diferentes épocas), se creyó en el caso de advertir al auditorio que no juzgase estrictamente a Francia por la literatura que produce en el momento actual, y emprendió la vindicación del hogar y de la mujer francesa, tan mal parados en la inmensa mayoría de esas historias y cuentos. Si el realismo abulta la suma de elementos corruptores, deja de ser realismo, y se trueca en idealismo al revés. Y así la literatura viene a recoger lo peor de cada escuela, y el grafismo y el relieve en las descripciones y pinturas eróticas.

Necesitó el profesor francés afirmarnos que existe, al lado de esa Francia que tan corrompida y

descompuesta aparece en el terreno de la ficción, otra Francia laboriosa y normal, con hábitos de honradez por lo cual no está esa nación, ni siquiera París mismo en el caso de las ciudades malditas de la Biblia, que el Señor destruía después de haberse informado de que en ella sólo existía un justo, y hacerle salir de el recinto fatal...

Y hasta pudo el frances vaticinar que, un día, se apoderará del público el tedio, ante esa literatura que ha llegado ha ser el gongorismo del pecado, las Soledades y el Polifemo incomprensibles de una imaginación exaltada en frío, para despertar la curiosidad de los estragados y las sensaciones que se embotan, por medio de extravagancias, imposibilidades y monstruosidades. Un tema que sólo el corazón hace rico y variado, al interesar la idealidad y la sensibilidad, se glosa de tan estrambótica manera, que parece establecido un pugilato y un premio al que invente lo más absurdo. No puedo, por desgracia alardear, en mi edad, de colegiala candorosa; pero así y todo, confieso que algunas novelas de Rachilde, donde se analizan casos estupendos, son tan enrevesadas, tan laberínticas, que no he logrado entenderlas.

Volviedo a la Biblioteca Renacimiento, al encontrarse en las corrientes actuales, ha tenido que seguirlas, sin dejarse arrollar tampoco por ellas.

Siempre se ha mantenido con la proa hacia lo literario, y al admitir las obras no ha prescindido nunca de tomar en cuenta el talento de sus autores. El más celebrado en este género, Felipe Trigo, es hombre de extraordinarias dotes novelistas y si hubiese nacido en tiempos de Pamela o de Pablo y Virginia, es fácil que llegase a nosotros su fama con la aureola de moralidad lacrimosa que rodea a los autores de tan tiernas narraciones.

Sucede otra cosa en Renacimiento y es que, así como una gota de anilina tiñe todo un vaso de agua clara, unas cuantas novelas parecen comunicar determinado color a la collección. Y no ahora que la Biblioteca enriquece su catálogo con tanto nombre conocido y exento de sospecha de «peligro verde»: Canalejas, Edmundo González Blanco, López Roberts, López Silva, Machado, Marquina, Jacinto Octavio Picón, Rusiñol, Ganivet, Villaespesa, Luis Varela, Sorolla (además de los anteriormente citados), sino antes, cuando empezaba a ver la luz no se componía sólo de los libros que un teólogo llamaría «nefandos y vitandos» y que se guardan en secretas alacenas. Los había hasta expresamente morales como los de doña Concha Espina de Serna, y abundaban los que podemos llamar neutrales, como los de Baroja, que tienen un temperamento anárquico y casto, de vizcaíno, los de Ricardo León que

procede de nuestra mística, los de Martínez Sierra, siempre pulcro y delicado, los muy austeros y puritanos de Unamuno, y otros varios que por ser de versos y crítica, se apartan completamente del tipo de las obras que pueden alarmar el pudor más susceptible y asombradizo.

Al extenderse el horizonte editorial de la empresa, se ha acentuado su sello preferentemente literario, y se ha delineado su papel: condensar la producción española en los géneros de novela, poesía, teatro, crítica y crónica; porque el Libro de la Prensa, que acaba de publicar, es un resumen de arte literario español en el terreno del periódico, y una obra de caridad para los periodistas cuya labor suele morir en el olvido.

Lo que voy diciendo de «Renacimiento», no es un reclamo; no es ni siquiera un interesado elogio. Aquí habían naufragado, no sólo los escritores noveles, sino muchos y muy famosos y expertos autores, en la ingrata tarea de administrarse a sí propios; no porque les faltase mérito, sino porque carecían de ese espíritu, de ese genio comercial, que, me decía no ha mucho un capitalista argentino, parece ser un don de los pueblos jóvenes; y, además, porque la tarea de administrar y la de producir tienen algo de incompatibles. Pero ello es que yo, por indulgencia de la suerte, conseguía ir

sacando a flote la vasta edición de mis obras completas, (sin preocuparme excesivamente del aspecto económico de la cuestión), y obtenía un resultado satisfactorio para mi dignidad de artista. Hablo, pues, de la biblioteca, no como el naúfrago agradecido al cable que le tienden, sino con el más puro y elevado fin, el de anhelar que se difundan y sean populares, si es posible, en América, las bellezas literarias y de todo género de nuestro arte y de nuestro idioma en el actual período. Quizá esta biblioteca, llena de alientos, de vigor juvenil, nos familiarice también aquí con lo selecto de la actual producción americana en lengua española. Hago votos por la realización de tan fraternal deseo.

Cada libro es un beso de paz, que un continente envía al otro y a la tierra maternal. En los libros les distribuímos el pan del alma, y el pan que ahí se amase y cueza, quisiéramos probarlo también aquí... Con los libros cruza el mar nuestro ser espiritual, al encarnarse en los pueblos nuevos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

58

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Creo haber dicho alguna vez en estas crónicas que existe incompatibilidad natural entre el público llamado «elegante» y los espectáculos de arte, en Madrid. Cuando la gente «comme il faut» llena un teatro y le comunica ese aspecto de brillantez que atrae y deslumbra, apostamos que se trata de una compañía de operetas, y mejor si es extranjera, o de un circo de caballos, o de algo, género Edén o "café-concert. Sólo por el gran prestigio que a tantos motivos deben, han logrado los Mendoza-Guerrero llevar a su teatro a la "high-life", y sólo Dios sabe lo que esto habrá influido en su repertorio, del cual forzosamente excluirán más de una obra verdaderamente artística. O sea por espíritu de imitación, o por frivolidad espontánea, debe hacerce extensivo al público entero de Madrid lo que digo de la gente «cremosa». Ante un teatro vacío he visto invariablemente representar a Novelli, a la Duse, a Zacconi, a Mimí

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 8 julio 1911: 6-7. No recogido.

Aguglia, a la Tina di Lorenzo; y con la Novelli y la genial siciliana el vacío era tal, que conversábamos de palco a palco en alta voz, y un día en el teatro de la Comedia, donde actuaba Novelli y yo me hallaba con otra fiel aficionada, la duquesa de Osuna, vimos cruzar un ratoncillo... Si en sus últimas temporadas consiguió la Tina atraer público fue porque cargó la soprano en lo cómico, en lo divertido, en las «toilettes»; en suma, haciendo concesiones al mal gusto reinante.

Yo quisiera, puesto que amo a mi patria, decir que en ella existe suma de cultura bastante para que el teatro de arte prospere; pero a nada conduce el alterar la verdad. Lo que voy diciendo lo dicen todos cuantos preferirían el arte a la sicalipsis y a la ñoñez, y es tan cierto como lo que aquí mismo escribí, y según noticias que me envía un amigo bonaerense, ha provocado ahí protestas de algún español, sin duda mal informado o que ha leído de prisa mi crónica. Yo dije, y me confirmo en ello, que aquí ya no es posible representar, ni aun de vez en cuando, al repertorio de los más ilustres dramaturgos, que cuando se ha puesto en escena <u>La vida es sueño</u>, las personas que ahora tienen treinta años no conocían la obra, porque creo que desde Rafael Calvo, que murió en 1889, no se volvió a presentar; que sólo dos noches atrajo mediana concurrencia; y que lo observado respecto a Calderón puede aplicarse a Lope, a

Moreto, a Moratín, a Bretón, a Martínez de la Rosa, al duque de Rivas, a Zorrilla (excepto en el Tenorio, y ya empieza a decaer el Tenorio a decaer en su popularidad), a García Gutiérrez, a Ayala, a Tamayo y, llegando a los vivos, a Echegaray, a Sellés, a Galdós y, me lo temo, a Joaquín Dicenta, a Guimerá; en fin, hablando pronto, a todos, sin excepción por mí conocida, comprende este olvido absoluto en que caen, no diré los nombres, sino las obras más aplaudidas, discutidas, populares, célebres. Cuando una obra teatral no se representa, para el teatro muerta está, y yo no tengo la culpa de que tales sean los hechos, no pudiendo nadie tildármelos de inexactos. La literatura archiva las obras, y desde luego pueden leerse, aunque en efecto rara vez se lean. Y esto no sucede en Francia ni en Alemania. En ambas naciones el repertorio de los clásicos, empezando por Schiller, Moliére, Racine y hasta Corneille, alterna con el de los autores nuevos; los dramas de Victor Hugo, las comedias de Alejandro Dumas, de tiempo en tiempo vuelven al cartel; y en varias ciudades alemanas se representan obras de Calderón. Aquí sólo por excepción se vuelve la vista atrás, y los relativamente modernos, son quizá los más puestos en olvido.

Demostrarme que no sucede así es la única protesta admisible. Yo no digo sino la verdad, y mi sinceridad crece en proporción de la distancia.

Una vez más se ha evidenciado la ligereza del público, o más llanamente, su incultura artística, durante la temporada que en Madrid ha trabajado el gran actor italiano Ferruccio Garavaglia en el teatro de la Princesa.

Poco antes que él, habíase presentado una actriz francesa, la Sorel, que en París es, según tengo entendido, muy de segundo orde; pero la picaruela traía un repertorio bastante «épice»; era guapa y, como un maniquí, paseaba trajes «ultrachic» firmados por el supermodisto. El teatro se llenaba todas las noches; la concurrencia se componía de lo más distinguido. Los precios, muy altos.

Garavaglia, en cambio, anunció un abono a precios bastante modestos. En su programa figuraban Shakespeare, Sudermann, Rovetta, Dumas (padre) y algunos autores italianos nuevos para Madrid. Y la mayor parte de las noches, por no decir todas, trabajó ante una minoría, ante la soledad iba a decir.

No bastó para conjurar esta mala sombra, para romper este hielo, que la familia real asistiese asiduamente, ni que la marquesa de Esquilache, en la fiesta ofrecida a los reyes, llamase al gran actor a recitar en el improvisado escenario. La indiferencia hacia Garavaglia fue la misma. Seguimos asistiendo a sus representaciones unos cuantos, que, eso sí, por la

atención que prestábamos y el interés con que oíamos, valemos acaso por mil. Pero este valer, puramente espiritual, no se refleja en la taquilla, y por eso, si en arte Garavaglia logró exitos, en lo demás, en lo inferior, sufrió un fracaso...

El juicio sobre los artistas, en España suele expresarse siempre por medio de comparaciones. Se discute el mérito respectivo de Novelli, Zacconi y hasta de Rossi y Garavaglia. Se evocan recuerdos, se habla de memoria. Que si éste tenía más flexibilidad; que si el otro más sentimiento... Yo creo que la comparación es un sistema cómodo de salir de paso sin estudiar mucho a un artista.

Cuando se realiza tal estudio, conviene mirar al artista en sí mismo, en sus condiciones propias, en su psicología y su temperamento; es decir, en su alma y en su fisiología. Todo influye poderosamente en el trabajo.

Ferruccio Garavaglia parece, en primer lugar, un melancólico. Su melancolía es aguileña; su semejanza, en ciertos papeles y de perfil, con un águila, sorprendente. Los espectadores de Madrid notaron que apenas le han visto sonreír, y menos reír. Hasta en papeles que empiezan con una nota cómica, por ejemplo, el primer acto de Papá eccellenza, de Rovetta, lo cómico lo expresa Garavaglia sin perder la grave seriedad de la fisonomía.

No le he visto sonreír francamente, sino cuando, en casa de la marquesa de Squilache, recitaba un canto del Paraíso de Dante, por cierto completamente teológico: aquél en que San Bernardo, habla al poeta, y éste contempla la mística rosa de la bienaventuranza.

Al describir los encantos del «Empíreo», una sonrisa espiritual dilataba la faz meditabunda, más de pensador que de actor. Una ráfaga de entusiasmo pasaba por aquella cara eternamente descolorida, que no sé si por desdeñar Garavaglia estos recursos subalternos del arte, nunca aparece teñida del arrebol del colorete, a veces necesario para modificar y rejuvenecer el rostro de la escena.

Se podría llamar a este actor «el pálido». Y su palidez, siempre marcada, se convierte en espectro, en algunas ocasiones, por ejemplo en el último acto de Beethoven, al hallarse próximo al trance de la muerte, y en el último también de Fracassa, cuando languidece recluso en su solitario castillo de Cigognac.

Al lado de la palidez, hay otra nota característica en este actor; una especie de frialdad, visible aun en los momentos más pasionales de los papeles. Esto no parece propio de la raza italiana, tan demostrativa, tan exuberante en la expresión. Por eso una de las más sorprendentes creaciones de Garavaglia es el papel de cardenal Juan de Médicis, el

que luego ha de ser el papa León X. Aquel carácter complejo de aquel gran señor y gran político, con vistas al paganismo, roído por la duda y secretamente anheloso de fe; aquel hombre que no se descompone--ni cuando se finge loco;--cuyos gestos son nobles, sobrios, delicados y grandiosos a la vez; que en cada postura que adopta, pliega los largos paños escarlata del ropaje con la elegancia de un retrato ticianesco; que combate la desdicha con la astucia, y que, ante todo, aspira a conservar la dignidad de su posición altísima, y reprime y domina los afectos hondos de su corazón y hasta las sugestiones de su ambición para no incurrir en vileza--es un tipo que nadie se atreverá a tocar, después de haberlo creado Garavaglia, de tan magistral manera. En este papel, no hay las desigualdades de trabajo que he notado en otros, por ejemplo en el «Capitán Fracassa». En esta obra, sacada de una conocida novela de Teófilo Gautier, tiene Garavaglia momentos en que llega a las cimas de arte, y otros en que se diría que se duerme, que recita sin entusiasmo, como si aquello no pudiera estimular su sensibilidad.

En cambio, los momentos en que Garavaglia pone su alma, en que se entrega, son tan sorprendentes que nadie podrá superarle, y no sé si igualarle. No cabe nada más hermoso que el primer y tercer acto y gran

parte del segundo, del «Capitán Fracassa», hechos por él. Es sobre todo incomparable en la plástica. El traje raído del capitán, su tipo de hidalgo menesteroso, de gascón noble como el rey, valiente como el Cid y pobre como las ratas y como Amadís enamorado; este tipo que sirvió a Ronstand para crear el Cyrano (¡menuda corona de pensamientos debe Ronstand colocar en la sepultura del gran Teo!) lo encarnó Garavaglia con detalles asombrosos. Fue algo insuperable, y cada posición, cada gesto, cada movimiento del actor, especialmente en el famoso desafío, era un cuadro de escuela holandesa, o una elegante acuarela de Pradilla o de Meisonnier. Yo hubiese deseado ver "Cyrano" hecho por Garavaglia; pero no sé si lograría hacerme olvidar el «Fracassa», tan poético, tan original, y acaso más natural y verdadero que el mismo Cyrano. Además, Cyrano es un gascón de buen humor; a pesar de su nariz; y acaso Ferruccio Garavaglia no sepa expresar el buen humor.

En el repertorio moderno, dos obras: La fine di Sodoma y Papá Eccelenza, han revelado al actor ilustre condiciones excepcionales. En La Fine di Sodoma, de Sudermann, supo maravillarnos en el odioso papel del pintor. Es un papel profundamente antipático, y se presta a un serie de tristes consideraciones sobre la época en que vivimos. No cabe referir a otros siglos,

sino al nuestro, la podredumbre de aquel hombre, la gangrena que corre sus huesos, la inmoralidad inhumana de su conducta, al atentar al pudor de una niña a quien debiera respetar como hermana, sin pensar siquiera, consumado el atentado, en reparación, ni en consuelo, y después sorprendiéndose mucho cuando la desdichada se arroja al río en un arrebato de desesperación. Yo debo confesar que este tipo, en que ha querido Sudermann representar lo decadente actual, y que sin género de duda está inspirado en Los espectros de Ibsen, no solamente me parece mucho más repulsivo que Oscar Alving, sino (y esto peor desde el punto de vista del arte), muy poco verosímil. Un muchacho tan enfermizo, que se diría que tiene que arrimarse a la pared para tenerse en pié, anda siempre en conquistas y proezas amatorias, dignas de don Juan, por los vehementes y fulminantes. Desde la seducción hasta el vicio regularizado, el pintor recorre todos los grados de la escala, y sim embargo, parece necesitar vino tónico y botones de fuego. Confieso que no entiendo estas filosofías, como dijo el fraile al consignar que en el paso de la Línea se mueren ciertos bichejos incómodos.

No es el carácter del pintor lo único extraño en la obra de Sudermann. La mamá del pintor, buena mujer a la antigua alemana, y madre apasionadísima, demuestra una indignación profunda contra la esposa del rico

banquero que proteje a su hijo, y que además le ama y lo confiesa con sentimental alarde. Yo no sé lo que hará en este caso una mamá alemana; pero, por lo regular, una mamá de cualquier parte está llena de indulgencia hacia las mujeres que demuestran a su hijo tierno interés.

La severidad empieza si entienden que su hijo sale perjudicado, en salud, honra o posición. De otro modo, no suelen formalizarse. Todos hemos visto señoras absolutamente virtuosas, rígidas, pero, en este punto, extremadamente transigentes; por que el sentimiento domina a la moralidad. Por eso no parece natural la indignación de la madre del pintor, ni su movimiento al limpiarse la mano que la otra ha besado respetuosamente.

Volviendo a Garavaglia, los defectos de la obra no amenguan, al contrario, realzan lo extraordinario de la interpretación. En el pintor de La Fine di Sodoma ha hecho algo tan trágico, tan real, tan prodigioso, que no sé si ningún actor entre los que conozco podría igualarle o superarle.

Otros triunfos han sido Hamleto y El rey Lear. Cuando un artista llega a la sublimidad de la tragedia tan fácil y naturalmente como Caravaglia, por instinto debe de sentirse atraído hacia los tipos shakespearianos. Ha dejado el poeta inglés los

eternos, insuperables modelos de las grandes pasiones que agitan al humanidad, condensados en las gigantescas psicologías de Hamleto, El rey Lear, Macbeth, Otelo, Ricardo III, El Mercader de Venecia, Julieta y Romeo (sin hablar de otras figuras no tan conocidas, pero acaso no inferiores, en las tragedias históricas y políticas, donde los personajes vivos pululan). Debo, no obstante observar, que los arreglos de Shakespeare son difíciles y tienen que estar bien hechos, y que, en el El rey Lear, que representó Garavaglia, lo torpe del arreglo hizo que el público no estimase lo bastante la labor del intérprete. Respresentar la obras tal cual se han escrito, o arreglarlas muy hábilmente, y, sobre todo, mirando si al suprimir, se imposibilita a los espectadores de entender el asunto y de explicarse satisfactoriamente los sentimientos del protagonista. Yo, que me sé a Shakespeare de memoria, sufría al verlo mutilado ¡y ni siquiera reducido! pues seis mortales actos, tampoco eran modo de que el público entrase en la obra. Hay que tener en cuenta que el público de estas cosas entiende muy poco. Ni el Dante, ni Shakespeare le son familiares, y, cuando ante un refulgente auditorio aristocrático, recitaba Garavaglia el episodio de Francesca, la marquesa de Calcedo, sobrina de don Juan Valera, muy encendida, y yo, nos comunicábamos en voz baja nuestras dudas acerca de lo

familiarizado que este mismo auditorio pudiese hallarse con el sacro poema y sus episodios, y conveníamos en que un monólogo «enlevé» con gracia, hubiese llenado mejor las aspiraciones de la mayoría. Pero Garavaglia acababa de declararlo, con la ligera inflexión desdeñosa en la bien timbrada, flexible voz que posee: «Yo no soy actor de monólogos».

La impresión definitiva de este insigne artista (a quien me agradaría ver en repertorio más extenso, para juzgar mejor, porque desgraciadamente aquí no ha dado sino contadas funciones), es de admiración y respeto; de admiración, por la riqueza de sus facultades y la intensidad con que las emplea, al menos generalmente; de respeto, porque parece tomar en serio su arte, y hallarse penetrado del culto de los eternos modelos, de los excelsos poetas y los dramaturgos soberanos. Ojalá que estas manifestaciones de la simpatía de uno de sus pocos espectadores compense el total desvío de la mayor parte.

Y en cuanto a los Guerrero-Mendoza, harán muy bien si en la temporada de primavera nos traen cines o muñecas parisienses.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

59

CRONICA DE ESPAÑA

UNA BODA DE NOBLES*

LOS MEDINACELI

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1911.

A propósito de un baile en el palacio real de Madrid creo haber dicho que yo no hago crónicas de sociedad. Ha tiempo, en un prólogo a la obra de Montecristo, Los salones de Madrid, con tanto lujo editada, expliqué las en mi entender invencibles dificultades que el género encierra, sus escollos, y sobre todo la imposibilidad de escribir como a mí me agrada, cuando se tiene que llamar bellas y elegantes a todas las mujeres y «caballerosos» a todos los hombres. Y como la sinceridad es una de mis nueve Musas (ya habrá ocasión de decir cuáles son las otras ocho),

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 julio 1911: 7. No recogido.

jamás me dedicaría a un «métier» tan incompatible con la verdad, no ya desnuda, sino muy velada entre espesos tules.

Excuso no obstante, a los revisteros, cuando ellos manejan el incensario. No cabe borronear reseñas de fiestas sino en tal forma. Recuerdo un diálogo entre Castelar y Salmerón, que recogí del primero de estos grandes hombres públicos. Salmerón increpaba a Castelar, a la sazón presidente de la república.

--Pero, Emilio, usted esta plagiando a la monarquía... Acabo de leer el decreto que dice: «En atención a los méritos y virtudes del señor Antolín Monescillo, vengo en nombrarle arzobispo de Toledo...»

--¿Y qué quería usted?--contestaba Castelar--que dijese: «En atención a la estupidez y a los vicios de don Antolín Monescillo, vengo, etc.»

Reconociendo, en materia de «salonerías», la necesidad de las fórmulas laudatorias consagradas, las temo, y, sólo en casos excepcionales, con carácter de estudio de la vida social, fundo una crónica en un suceso como la boda del duque de Medinaceli que acaba de verificarse.

Los Medinaceli pertenecen de derecho a la historia patria. De ellos se puede decir, sin hipérbole alguna, que son nobles como el rey. Como que arrancan del trono, y en las gradas del trono están, pues la

sucesión a la corona debió recaer en los ascendientes del duque. Nadie olvida este pleito pendiente, que naturalmente, no tiene hoy más valor ni más alcance que el de una curiosidad histórica.

Proceden los Medinaceli de los famosos infantes de la Cerda, llamados así a causa de una larga hebra de vello que traían como signo, en el pecho, al venir al mundo y que les valió un mote transformado en apellido después. Los de Cerda arrancan de un infante de Castilla, hijo de don Alfonso «el Sabio», y de una princesa en la casa de Francia, hija de San Luis. En su escudo figuran los leones y castillos de España, y las lises francesas, surmontadas por el águila de los Aguilar de la Frontera, tronco de los Fernández de Córdoba.

El nombre de Medinaceli no asoma hasta 1368. Al contraer matrimonio doña Isabel de la Cerda con don Bernal de Foix, llamado «el bastardo de Bearne», hijo de Gastón Febo, conde Foix, Enrique II de Castilla concedió a sus ascendientes el título de condes de Medinaceli y el señorío de la villa castellana. Los reyes católicos elevaron a ducado el condado de Medinaceli.

El título de Medinaceli figuró como el segundo en fecha de la nobleza castellana; siendo el primero Medinasidonia; y por si a alguien se le ocurriese poner

reparo en lo de la bastardía del de Foix, sépase que entonces solía decirse: «noble como un bastardo». Ni otra cosa cabría pensar en Castilla, donde el primer monarca de la dinastía Trastamara fue el bastardo don Enrique, y del trono de Trastamara procedió Isabel la Católica.

Intimamente ligada con la historia castellana de la Edad Media está la de la casa infanzona de la Cerda. La rebelión de don Sancho contra su padre el rey Sabio, ocasión de las famosas y discutidas «querellas», desposeyó de la sucesión al trono a los hijos del primogénito el infante de la Cerda. Se encendió guerra civil; los infantes sufrieron destierro y persecución; sucediéronse mil vicisitudes, que sería largo reseñar, y sobre los fastos de la familia se bordaron leyendas, algunas de ellas como la de la Coronel, muy dudosas para la crítica. En 1711 la casa, como se dice en Francia, «tombe en quenouille», recae en hembra, y los Medinaceli dejan de usar en primer término el apellido de la Cerda, para llevar el de Fernández de Córdoba. Pero comúnmente por Medinaceli se les conoce, y ocupan en la corte el más alto lugar de la jerarquía nobiliaria. Embajadores para recibir a las princesas que venían a desposarse con los reyes; caballeros del Toisón; mayordomos mayores; caballerizos; comandantes de alabarderos; cuantas distinciones puede otorgar la

realeza, fueron siempre menores que el prestigio de la gran casa, cuyo soberbio palacio, hoy derribado, se alzaba a la entrada del paseo del Prado, arrogante y señorial. La familia tenía, (y tiene), su númen, en la típica, españolísima efigie del «Nazareno de Medinaceli» venerada en la iglesia que fue capilla del palacio. El Nazareno de Medinaceli, como la Virgen de la Paloma, es una de las hondas devociones de Madrid. Los viernes, no cabiendo ni en las capillas ni en su atrio, la multitud, prosternada, llega hasta la calle. En opinión de los devotos, cuando al Nazareno se le piden tres cosas, concede una por lo menos.

El actual duque de Medinaceli sin duda ha pedido una mujer buena de fama de cristal y linaje de oro y a fe que el Nazareno se la ha concedido. Dueño de considerable fortuna territorial, el duque no ha buscado, al desposarse lo que llaman «estercolar el blasón»; no aspiró a acrecentar la hacienda. Muy perseguido por los coqueteos de varias beldades, solicitado como quien reune riqueza, nombre, juventud y atractivo, fijó su elección en la niña con quien jugó de niño, en la gran señorita a quien conoció la vida entera, pudiendo apreciar las cualidades de alma, alojada en bien formado cuerpo, que promete seguridades para la raza y la maternidad. El duque de Medinaceli, el mejor partido de Madrid, señaló con singular acierto

para compañera de su vida a su muy amada prima Ana de Henestrosa de los Fenestrosas y Villadarias, hija de los marqueses de Camarasa. Fue enlace de afecto antiguo, de cariñosa simpatía, que el tiempo convirtió en amor, y en que la aspiración es a la intimidad de un hogar feliz, santificado por la fe conyugal. Era curioso observar cómo el día de la boda, a pesar de las inevitables envidias y roedurillas, todos decían lo mismo: que el duque respiraba ventura, estaba alegre como quien ha puesto de acuerdo su inclinación y su deber de magnate, obligado a buscar esposa, en cuyas manos no decaigan ni la honra ni la hacienda de los Medinaceli.

El padre del actual duque, a poco de haberse casado, murió desgraciadamente en una cacería, por habérsele disparado su propia escopeta. La duquesa de Medinaceli quedó encinta; el duque actual es hijo póstumo. Hombre de esmerada educación, inteligente y culto, el trágico sino de su padre no le quitó la afición a la caza, antes parece habérsela aumentado, como acaso, en otras épocas, aumentaría el ardor bélico del hijo el recuerdo de la muerte gloriosa del padre en la guerra. El duque de Medinaceli, no bastándole los conejos, perdices y faisanes del habitual deporte, emprendió viaje, dio la vuelta al mundo, y persiguió fieras y avechuchos en el Africa ecuatorial. En unas

de las salas del palacio ducal, hábilmente disecados, figuran múltiples trofeos de sus cacerías exóticas, entre ellos una enorme jirafa y unos flamencos muy elegantes.

El carácter distintivo de la boda del duque ha sido el españolísimo. Así como eligió novia del tipo español, grande, y honrado, para constituir un hogar castizo, quiso que la fiesta se celebrase como la celebrarían sus abuelos, y rogó a las señoras que concurriesen de mantilla blanca o negra. Al pronto, hubo su poco de revuelo, su miaja de protesta cuchicheada; algunas señoras alegaban que ya ni mantilla tienen, tal es el desuso en que ha caído esa prenda encantadora. A medida que los sombreros van siendo más feos, más enormes, más incómodos, más caros, dijérase que las mujeres se aficionan más a ellos. Sólo con adoptar la mantilla, redimiríamos un censo crecido que pagamos a Francia, y llevaríamos a nuestra vida social un elemento de economía, de belleza y de sensatez. Pero noto que incurro en utopía, y además, en digresión.

Ello es que no cabe mejor golpe de vista que el de la iglesia del Perpetuo Socorro, donde se celebró el enlace; toda enguirnaldada de flores naturales, blancas, toda ornada de palmeras, radiante luz y vibrante música, y en el recinto más de trecientas

damas, lo escogido de la sociedad, vestidas de gala, tocadas con ricas mantillas, de blonda almagreña, de aplicación de Flandes, de francés Chantilly. Ellas no guardarían mantillas en sus cajones, pero no se notaba, porque las lucían bien airosas, como si las usasen a diario.

Vestía la novia el traje nupcial, regalado por el novio; no era de esos de telaraña que ahora se hacen, sino de espléndido tisú blanco y plata. Antes habían sido enviadas a casa de la novia grandes cajas con los regalos, y entre ellas una llena de encajes raros, antiguos, de vitrina de museo, tasado algún trozo en cincuenta mil francos. Con los encajes iban los abanicos de familia, que habían lucido las duquesas de antaño, entre las cuales, en época relativamente reciente, brilló la duquesa Angela, la que Castelar presentara a León Gambetta diciéndole: «Voilá la beauté espagnole!» Y era, en efecto, bella como un cuadro aquella duquesa andaluza de la casa de Peñaflor, amiga de los artistas y de los literatos, hábil administradora del caudal, competente en agricultura y ganadería, activa plantadora de árboles y a quien se debe la construcción del nuevo y poético palacio de Medinaceli, que substituye al antiguo, en cuyo enorme solar ¡oh cambios de los tiempos! se alzará pronto un hotel más moderno y lujoso que el Ritz.

Volviendo a la boda, celebrada la ceremonia y la misa de velaciones, los novios, con los padrinos que representaban a los reyes, subieron al coche de la real casa que les esperaba; pero, la víspera los reyes habían pedido, para admirarlas, las joyas, encajes y abanicos de la novia. Cada casa ilustre suele poseer alguna presea notable, algún tesoro, y como la de Osuna se enorgullecía de los cuadros de Rubens y Van Dick, y se conservan aún los tapices de fabuloso valor que contemplábamos pocas noches ha, en el hotel de la duquesa viuda de Uceda, la casa de Medinaceli tiene un collar de perlas, comprado por la condesa Angela al duque de Aumale, y que, según afirmación de éste, había pertenecido a la casa real de Francia: algunos dicen que a la desdichada y seductora María Antonieta. El collar rodea la garganta y la segunda vuelta cae hasta la cintura; son perlas sorprendentes por su tamaño, y algunas perfectísimas. En el centro una enorme peraltada cuelga como lágrima de alguna giganta descomunal y no falta quien suponga que esta perla es nada menos que la famosa «Peregrina», que perteneció al rey Felipe IV; sin embargo, parece que varias familias se precian de poseer la «Peregrina». Si la de Medinaceli no es la verdadera merece serlo. Al ver el extraordinario collar, es tema que la reina Victoria Eugenia, con su franca ingenuidad de niña, exclamó:

--¡Mucho mejor que el mío!

Los invitados se habían trasladado al palacio ducal, rompiendo entre oleadas de gentío, de pueblo apiñado para ver a los desposados y vitorearlos. Generalmente, estas muchedumbres que se agolpan en la puerta de los edificios donde se celebra alguna fiesta muestran un espíritu hostil y se burlan, con procacidad, de las señoras, de sus trajes, de su cara, de todo. El elemento popular agolpado ante la iglesia y el palacio con ocasión de la boda del duque se mostraba gozoso; dijérase que era un pueblo de la época de Goya, unido a la grandeza por corrientes de simpatía. Elogiaban con fraseo chulo la gallarda apostura de la pareja, ella alta, rubia, gentil; él rubio también como un inglés, y con tanta luz de regocijo en el semblante. Y no se sabía aún que el novio hubiese enviado al alcalde de Madrid un espléndido donativo para los pobres.

El nuevo palacio, llamado de Denia por usar este título la duquesa Angela en su segundo matrimonio, y en el cual residirán los duques de Medinaceli, estuvo mucho tiempo cerrado en testamentaría; entre los invitados no pocos lo veían por primera vez. Hay en él primores que atestiguan la decidida protección de la duquesa Angela a los artistas de su tiempo. Allí han trabajado Benlliure, Querol, Suñol, Susillo, Samsó,

escultores; y Bilbao, Emilio Sala, Sorolla, Ferrant, Muñoz, Degraín, Carnelo y Viniegra, pintores. Con todos estos elementos de arte moderno se corre peligro de que resulte algo de muy mal gusto, si no se posee un caudal de riqueza artística antigua, y mejor si es hereditaria, para borrar el sello de «parvenu» que pocas veces se evita al edificar de nuevo. En el palacio de Medinaceli esta herencia del pasado existe, y ya la duquesa Angela me había enseñado cuadros de primer orden, entre ellos el nombrado y curioso retrato de la «mujer barbuda», obra de Rivera. No estaba entonces instalado el sorprendente salón armería que hoy lo está, y basta él solo para prestar a la morada una grandiosidad peculiar. Soberbios tapices, de seda y oro, cubren las paredes, a lo largo del salón se alinean los caballos encaparazonados para combate, con sus jinetes, los bausanes rebestidos de sus armaduras de guerra y parada, entre las cuales figuran las del duque de Alcalá de los Gazules y Feria. Estos belicosos hierros niquelados y cincelados, hablan de otros días, y el conservarlos es ya un acto de dignidad, hoy que tantos nobles venden su escrúpulo, y generalmente por un plato de lentejas, lo que representa su primogenitura...

Alrededor de las mesillas servidas con refinamiento fueron acomodándose los convidados al

almuerzo, que de seiscientos pasarían; pero antes, toda aquella engalanada multitud se agolpó, en la escalera de honor, lo más bello quizá del palacio, para ver subir a los novios, que regresaban de su visita a los reyes, y avanzaban, ella erguida, llevando con brío, la interminable cola del traje de tisú, describiendo un rastro plateado, y el risueño, galán con su rojo uniforme de maestrante. Y resonaban salvas de aplausos, aclamaciones, y se enviaban saludos cordiales, como si algo de tanta dicha, tanta juventud, tanto porvenir, alcanzase a los que presenciábamos la triunfal ascención de la pareja.

Ditribuidos en las mesitas en el momento de almorzar, fueron más confidenciales los comentarios. En primer lugar, no se recordaba boda más fastuosa, más semejante a como se celebraban las de otros tiempos, en que los señores se portaban como quien eran; en segundo, todos nos permitíamos el lujo de filosofar un poco sobre varios temas, como las causas de la decadencia de nuestra aristocracia y de otra decadencia más general, la de la familia, que alcanza a todas las clases sociales. Conmigo almorzaban dos personajes políticos, habituados a pensar sobre lo que a la integridad social afecta. Convenían en que, dentro de las monarquías hereditarias, toda aristocracia territorial es una fuerza integradora, cuando sabe

defenderse, afirmar su prestigio y cultivar los recuerdos de sus glorias, al mismo tiempo que adaptarse, con sentido progresivo, a las necesidades y exigencias de la hora presente. Comparábamos la casa de Medinaceli, sólidamente establecida y representada por un magnate que cuida de sus tradiciones, con otras de brillante historia, desbaratadas y deshechas, arruinadas por la frivolidad, la insensatez, la mala administración, la inconsciencia de sus jefes. Y comparábamos las bodas en que sólo se busca un medio de sostener algún tiempo más el derroche, con esta unión que estábamos celebrando, y en la cual se quiso encender fuego de santuario y establecer el culto de los lares domésticos... Pensábamos en tanto desastre como hemos presenciado, en tanta tragedia altamente novelesca, que la crónica, pudibunda, cubre con velo de perífrasis y eufemismos; en los que se fugaron, en los que se retuercen en el infierno de la usura... Y, con un sentimiento de humanidad profunda, oculto bajo apariencias de frivolidad mundana; entre aromas de rosas esparcidas pródigamente por todas partes, hasta flotantes en las artísticas albercas de mármol del patio; al son de la orquesta que estridulaba valses; cuando el almuerzo terminaba y el rumoreo de la charla era más intenso, alzamos la copa de champaña, para brindar, a la española neta, por la salud de los

novios...

--Con éstos no hay miedo--dijimos--metiéndonos a profetizar.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

60

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

VINDICACION DE LA COCINA HISPANICA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1911.

Una de las leyedas más acreditadas que sobre España corren en el extranjero es la de su detestable cocina «a l'huile» y «a l'ail». El aceite y el ajo españoles son el terror de bastantes turistas, a pesar de que los Falliéres aboga por esos condimentos ibéricos.

La primera vez que Mauricio Barrés vino a España y me visitó en Madrid, recuerdo que me habló con espanto de la famosa cocina de aceite.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 1 agosto 1911: 5. No recogido.

--Tiene usted razón--le contesté.--El aceite es insufrible. Véngase usted mañana a almorzar, que en esta casa se guisa con manteca.

Vino, y a fe mía, comió de muy buena gana, repitiendo de algunos platos. Cuando saboreábamos el café: la revelación: todo lo que había comido guisado en aceite.

--¡Imposible!--exclamó.

--Y tan posible. Lo que pasa es que compramos un rico aceite, que nos envía de Andalucía el propio cosechero. Al acite de primera no le pone la ceniza en la frente ninguna mantequilla (excepto para ciertos platos que son de la cocina francesa). Y sostengo, pese a Alejandro Dumas y a todos los viajeros de su laya, que la buena cocina española no sólo es apetitosa, sino saludable. La mala, es mala en todos lados.

Naturalmente, al francés que le presentan una fritura que sabe a pabilo de candil le entra tártago. Y lo mismo me pasa a mí en Francia, cuando me sirven una salsa que es pomada de rosa o contiene manteca ya un tanto rancia.

Lo que lamento es precisamente que la cocina francesa, no la exquisita, sino la detestable, haya hecho irrupción en fondas, balnearios, restaurantes y hasta bodegones madrileños y que en vez de manjares sin

trampa ni cartón, nos sirvan mil guisillos sospechosos. En uno de los hoteles más pretenciosos de Madrid leí en el «menú» «abatis de dindon» y, en vez de despojos de pavo, lo que venían eran unos huesos de conejo de lo más ibérico...

¡Y que decir de las sopas julianas, que parecen virutas de estearina, de las pulardas, que son apenas pollos tísicos, de las setas de corcho, de las trufas de esponja teñidas de betún y de otras engañifas. La cocina francesa se presta mejor que la española a estas tretas de hoteleros. Con pretexto de elegancia también saben el arte de servir unas raciones que hacen recordar al gran Tacaño.

Se impone la vindicación de la cocina española. En primer lugar ésta ha evolucionado desde los días de Montiño, Juan de la Mata y Altamiras. Hoy podemos decir que muchos platos extranjeros forman parte de la cocina española, puesto que todo el mundo lo sirve en su mesa y aun las modestas cocineras han aprendido ha hacerlos. Ya no son cosa forastera, sino usual, las croquetas, las empanadillas, la tortilla soplada y la quemada o infernal; los filetes, el Chateaubriand, el «tournedos», el «ragout»--que tiene su fórmula española llamada batallón,--el Chantilly, la salsa mayonesa, los guisantitos con azúcar, los «soufflés» y hasta el «Valewsky», que tanto tiempo permaneció misterioso...

Puede afirmarse que hoy, en la cocina española, la tercera parte o más de los guisos son de origen internacional. No diré que el genio culinario español no los haya modificado un poco y aun bastante; no diré que los biftec que sirven en Madrid sean exactamente iguales a los que al borde de el Támesis se asaron. Pero que intenten en Londres hacer ajo arriero y ya veremos qué buñuelo sale.

No siempre hemos de afirmar que todos los guisos franceses superan a los nuestros. Hay un sinnúmero de platos en que ni se nos aproximan. El arroz, verbigracia, no lo entienden. Y, sólo con el arroz, es increíble lo que se puede preparar de excelentes manjares.

Claro es que hablo de la cocina usual. Alta cocina española propiamente dicha no la hay; pero la alta cocina es la excepción , y aun en las casas muy fastuosas no todos los días se hace alta cocina. La alta cocina es una ciencia, y un cocinero sublime ha menester de más aparatos y extractos y drogas que un químico.

En los platos montados, verbigracia, además de lo científico, entra un elemento artístico. Ved las láminas del Gouffé: la escultura y la pintura están representadas en esos zócalos, en esas copas de estilo griego, en esas casitas chinescas, en esas cestitas

Luis XV... Pero es, ante todo, cuestión de vista; y al piñonate o turrón que las posee, no tendrá mejor sabor que el que viene de Alicante en cajitas toscas de madera...

Hay una particularidad que anotar en la cocina española y es el crecido número de platos que entran en ella, y que necesitarían, para ser catalogados, varios volúmenes. Sin duda hay más platos españoles que franceses, y como alguna explicación ha de tener el caso, no siendo nosotros muy refinados gastrónomos, ni dados a inventar en tal materia, lo explico por la variedad riquísima de nuestras regiones, de tan diversos climas, que al rendir sus productos especiales, imponen la diversidad en la alimentación y en la cocina. Del gazpacho andaluz al pote gallego ¡qué escala de matices!

No sólo no tenemos fama de gastrónomos, sino que nos la hemos ganado de sobrios y abstemios; pero yo sospecho que también hay en esto algo de leyenda. Sin duda que en los lances de la guerra, en los prolongados sitios de ciudades heroicas, los iberos demostraron que su voluntad se impone al más constante y poderoso de los instintos de la naturaleza animal. Es proverbial la frase «hambres calagurritanas», pero pudiera decirse también «hambres oesaraugustanas, gerundenses y saguntinas», y sabido es que nuestras tropas no necesitaban, aun en medio de rudas fatigas y

penalidades, estar, como los ingleses, echando sin cesar carbón a la chimenea. El español soporta mejor la privación de alimento que la soportan hombres de otras razas; el español vive con lo que otros morirían, y hay jornalero, en los países meridionales, que se pasa el día con una cebolla cruda, un tomate, un pimiento, unas rajas de melón. Estas condiciones han auxiliado no poco al español en sus increíbles expediciones de descubrimiento y conquista, como le han sostenido en sus luchas por la independencia. El español, y mejor diré, el ibero, es máquina que da su contingente de trabajo con la menor cantidad de combustible.

Y, sin embargo, yo no diría que fuese España una nación en que, por costumbre, se come poco y mal. Ya sé que voy en contra de opiniones muy difundidas en estos últimos años. Se hicieron campañas regeneradoras basadas en la conveniencia de que todo español comiese biftec. La «poule au pot» del bearnés se convertía en la sangrienta ración de carne cruda del cosaco. Sólo que, como en esto entran por algo las modas, ahora salimos con que la carne no es lo que parece; que no mantiene, que encierra toxinas, que fomenta el artritismo ¡y hasta la locura! Se ha llevado el diablo la regeneración carnívora, y hemos vuelto a mirar con ojos de cariño al tradicional y calumniado garbanzo.

Yo, por mi parte, siempre profesé cierto afecto a esa leguminosa modesta, desconocida y desdeñada por nuestros vecinos transpirenaicos y que lleva la abundancia a los hogares no sólo de Madrid, sino de toda España, pues para la hegemonía del garbanzo no hay regiones: aunque se produce en territorio castellano, se come donde quiera. Y si alguien dijese que el garbanzo es un bodrio y no se presta al regalo de paladar, le preguntaré si ha probado alguna vez unas manos de ternera con garbanzos, chorizos y sus cominos, o un potaje de garbanzos en día de vigilia, suavizado por las espinacas y sazonado con bacalao, o una ropavieja bien refrita. No he podido obtener la receta del guiso de «pois chiches» que vemos hervir en el drama de Sardou Teodora, pero me figuro que también estaría delicioso, según lo que la emperatriz se relame, como se relamía el rey Alfonso XII cuando la marquesa de Casa Mena le ofrecía la ropavieja nacional.

La literatura es un tanto responsable de la mala fama del comer español. Los clásicos del siglo XVII no dejan de la mano el tema del hambre, y Gerardo Lobo poeta humorístico viene más tarde a referirnos las escaseces de los cuarteles:

Aristóteles decía,
filósofo el más profundo,

que en los confines del mundo
no había cosa vacía...

y, a renglón seguido, la refutación:

Más lo contrario escribiera,
si sólo un día estuviera
en mi cuartel o en mi panza.

Sin embargo, acudiendo al examen de documentos, y al más fundado en la realidad ambiente, que es el Quijote, vemos que empieza por un «menú» o lista de comida, no heliogabalesca, pero tampoco para hambrear, pues an la olla entraba más vaca que carnero, y los domingos no faltaba el palomino de añadidura. Y en el propio Quijote y en alguna de las Novelas ejemplares, hallaremos relatos de muy abundantes refacciones, y el inmortal cuadro gargantuesco de las bodas de Camacho, que ha quedado como tipo de la abundancia y esplendidez en convites y fiestas. La sátira contra los ayunos y escaseces, ¿dónde mejor que en las comidas de Sancho en la Barataria y en el divertido doctor Tirteafuera? ¿Quién sino Sancho dejó estatuido que tripas llevan pies, y no pies tripas? Encarnación del buen sentido popular español, Sancho bastaría para redimirnos de esta nota de hambrones sistemáticos que se nos cuelga.

Observe el viajero que en los figones y fondas de acá no se hace lo que en los restaurantes franceses: repartir porción, tasar las raciones. Cuando en los restaurantes de París os dan ración fuerte, es que la cobran como tres. En las fondas españolas, generalmente, el plato es copioso, y os servís a vuestro talante; y si cargais la mano, veis dibujarse una sonrisa en el rostro del camarero, halagado por vuestro apetito. Muchas veces os presenta de nuevo la fuente, y hasta os invita a repetir.

De hechos aislados tampoco se pude sacar conclusiones generales. Yo pedí en un hotel de primera, en Burdeos, un par de huevos pasados y me trajeron uno solo, advirtiéndome que el otro se pagaba como extra. No por eso he de afirmar que en Francia pasa hambre todo el mundo.

Volviendo a la cocina española, la creo llamada a enriquecer la cocina universal con algunos platos gustosos. Uno, de ellos--¡quien lo dijera!--parece ser el gazpacho. Humilde refacción del bracero andaluz, bajo el sol de fuego y en labor abrumadora, hoy figura como sopa de verano en las mesas más aristocráticas, empezando por la de los reyes, y la reina Victoria que es inglesa, lo come con placer.

Emilio Castelar había emprendido la rehabilitación de la cocina española, y en los suculentos almuerzos a

que invitaba las notabilidades extranjeras que pasaban por Madrid--allí tuve yo el gusto de conocer al general Mitre--no se presentaban sino platos de la cocina nacional. Juzgarla por tales almuerzos sería aventurado, porque a Castelar le envíaban de todas partes especialidades exquisitas, lo mejor y lo raro de cada región y hasta de cada pueblo y de cada casa y de cada convento, no siendo las monjitas sevillanas las menos pródigas de golosinas tan sabrosas como las célebres yemas de San Leandro. Y trabajo le mando al que buscase en fondas colmados o casas particulares aquellos jamones de Trevelez, aquellos gigantescos pavos de Aspe, aquellos vinos de cien años, aquellos embutidos extremeños, obra de manos señoriles, o pidiese de aquellas pasas, gordas como nueces y con el gusto embriagador del moscatel. En cambio, a veces la lista de la comida era sorprendente para los que no hubiesen nacido en tierra de España. Recuerdo todavía, con algo del regocijo sentido entonces, la cara de unos periodistas y sabios franceses invitados por Castelar, y a quienes tocó en suerte uno de los almuerzos más pintorescos. Primero vino una sopa de almendras, helada; luego, unos salmonetes con piñones, a estilo de Alicante; después, un arroz con tropezones de pollo, cangrejos y alcachofas (plato de los que espero yo que lleguen a dar la vuelta al mundo, porque pocos hay tan

apetitosos en cocina alguna), pero que, así al pronto, con su promiscuación, no deja de sorprender; y en pos, algo inaudito: la famosa mora de Pascua, procedente de Murcia, si no me equivoco: una especie de argamasa de muralla celtíbera, entreverada con huevos duros, piedras de azúcar y tiras de pimiento, adornada con un vuelo de mariposillas de pintado almidón, y acompañada de unas grandes habas verdes y crudas, que han de comerse al mismo tempo que la mona! El francés que estaba a mi izquierda, muy bajito y con angustia, me interrogó:

--¿C'est ce que c'est que ça?

Ya no podía contener la risa, pero, procurando guardar una seriedad de poste, le respondí:

--¡Oh! Verá usted... Es un plato que... un plato de ese modo y del otro... Y parece que donde lo preparan van a comerlo al campo haciendo mucho ejercicio, en las huertas... Sin esta condición, las habas crudas se digieren con alguna dificultad...

--¿Et ces papillons, madame?

--¡Bah! C'est de l'entomologie populaire... C'est pour garnir...

En suma, que si yo hubiese sido francés, o inglés, también me daría no poco en qué cavilar la consabida mona!

Otro estigma de la cocina española ha sido el ajo. Nótese que también en España se hablaba del ajo con

desprecio. Comer ajo, no era cosa de caballeros; para ingresar en las Ordenes militares, ni se podía comer ajo, ni montar en burro; y D. Quijote se cansa de llamar «villano harto de ajos» a Sancho, cuando se encoleriza con aquel espejo y flor de los escuderos andantes. No es, pues, responsable del ajo sino la cocina popular, y Montiño, cocinero mayor del rey, lo evita cuidadosamente en su Arte de Cocina, admitiendo sin embargo la cebolla, que no parece sazón de príncipes. Y, al correr de los tiempos, el ajo se rehabilita. En Madrid en el café Suizo, gente muy elegante se reconforta, al salir del teatro, con las sopas de ajo clásicas. Lo mismo que los demás sazonamientos, el ajo sólo necesita ser empleado con mesura.

Si en estas cuestiones de paladar, de gusto, es lógico que cada cual tenga el suyo, y haciendo extensivo a las naciones lo que al individuo se concede, la cocina española, a principios del siglo pasado, tenida por bárbara y grosera, va camino de vindicarse. No es sólo el cariño de las regiones lo que ha de conservar los platos y guisos de la tierra: es el intercambio con Europa y América, lo que ha de realizar una selección análoga a la que se verificó con otras cocinas, tomando lo bueno, para sumarlo a lo de distinta procedencia. Y lo bueno, en la cocina

española, lo de dedos chupables--es más de lo que se cree.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

61

CRONICAS DE ESPAÑA

EL CONGRESO EUCARISTICO DE MADRID*

LITERATOS MUERTOS

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1911.

El éxito del congreso eucarístico celebrado en Madrid, ha venido a demostrar algo que era sospechable: que cuando el gobierno se propone que no haya desórdenes no los hay y todo se desliza como sobre un lago de aceite.

Creo que no doy noticia inesperada al decir que no todo el mundo deseaba que el congreso revistiese la brillantez que revistió. Tampoco sorprenderá si añado que muchos, por fanatismo político, eran hostiles desde un principio a la manifestación católica internacional. La prueba de lo que voy diciendo es que se advertía miedo en círculos donde no cabía dudar que era favorable al congreso la opinión. «Quiera Dios--se oía

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 agosto 1911: 8. No recogido.

decir--que no tengamos un mal día»... «Ojalá todo salga bien y no haya disgustos»... El terror de que surguiera la contramanifestación, la bomba, el motín, teñía de negro las conversaciones. Sin embargo, diez o doce días antes de la fecha señalada, pudo advertirse que la confianza renacía. Era que, por diversos conductos, sabíase que el gobierno reprimiría, lo que se dice reprimir, todo ataque a la libertad y la seguridad de los congresistas, al orden de la ceremonia religiosa.

Se trataba de una cuestión que podía desacreditarnos ante esa Europa con la cual se nos está siempre amenazando como a los chicos con el coco: venía a vernos mucha gente de fuera, ilustrada, de alta posición, era preciso lucirse.

Se quedó mejor que bien; admirablemente. Los congresistas salieron diciendo que en ninguna parte se les había acogido con tal cortesía, previniendo de todos modos sus deseos y velando para evitarles molestias, y que además la seguridad, la tranquilidad, eran algo que parecía cosa de magia.

Azcárate había elevado en el congreso su respetada voz pidiendo tolerancia a sus correligionarios los republicanos. Azcárate es un hombre serio, lleno de respeto hacia el espíritu y la conciencia de los que que no piensan como él. Por este modo de ser de

Azcárate, yo, que tengo un criterio harto diverso del suyo, me entiendo a maravilla con él, la mayor parte de las veces en consejo de instrucción pública. Hemos convenido en que el efecto de la cultura es dilatar la extensión del terreno común, en la cual los más distanciados podemos encontrarnos. Quizá la tolerancia no sea sino cultura. Ello es que yo me hallo frecuentemente de acuerdo con Azcárate dentro de aquel alto cuerpo consultivo. Solemos mostrarnos intransigentes con lo que nos parece perjudicial a la enseñanza, pero respetuosísimos con las creencias e ideas, que las compartamos o no.

Me trasladé a este castillo de las Torres de Meirás ocho o diez días antes de que se reuniese el congreso eucarístico, casi segura de que no sucedería nada desagradable.

Me hubiese gustado ver tan magnífica solemnidad, oír las conferencias, presenciar la procesión; pero ya el calor apretaba, y las frescas brisas galicianas, los castaños sombrosos, las amplias estancias de esta residencia, y sobre todo el trabajo en ella fácil, difícil entre la agitación de Madrid, me convidaban a iniciar mi veraneo. Tan pronto como llegasen aquí testigos presenciales, huyendo como yo, aunque un poco más tarde, del tostero matritense, tendría informes seguros. La prensa, se me dirá, publica relatos,

telegramas... Sí; la prensa, sobre todo leída entre líneas, da una impresión exacta, generalmente de los sucesos. Sin embargo, yo, que soy del oficio, he aprendido ha desconfiar. Cosas y gente sin la menor importancia hallan a veces en la prensa una lente de aumento admirable, y acontecimientos de trascendencia los borra con dedo apresurado. Ni aun aquellos diarios a quienes convenía inflar el congreso eucarístico, reflejaron de un modo persuasivo lo extraordinario del resultado y de la demostración.

Los que llegan de Madrid no encuentran palabras para expresar la magnificencia de aquel imponente desfile de setenta mil personas, quizá más marchando sin un grito, sin confusión, sin empujarse, bajo un sol de justicia, en filas compactas, cantando el himno del congreso, y en actitud de respeto venerador a que no nos tienen, por cierto, muy habituados, las procesiones desordenadísimas que aquí suelen verse. Quizá lo que unificaba y regularizaba con ritmo militar el paso de multitud tan inmensa, fuese la misma contingencia de algo que podía ocurrir y no ocurrió, dado que el famoso petardo de la calle Bordadores todavía se duda si llegó a dispararse. Dícese que los congresistas, en su mayoría, iban armados. No llegó el caso de que la precaución apareciese justificada por incidente alguno.

Delante de la procesión, a distancia, carros tirados por mulas enjaezadas al estilo del país, con

cascabeles y arreos caleseros, iban colmos de hierbas olorosas y juncia, y mozos vestidos con el típico traje de la huerta valenciana, sembraban y entapizaban la vía con perfumada alfombra natural en la cual se hundían los pies. Las casas estaban engalanadas, luciendo colgaduras y esos bellos repostero antiguos, o modernos, pero siempre al estilo antiguo que, ostentan los blasones y empresas de sus dueños. Una alegría intensa flotaba en el aire. En los balcones, el mujerío, excluido de la procesión, se agolpaba, prendido con mantillas blancas y negras, bajo las cuales florecían los claveles en apretado ramillete. Cientos de miles de españoles se creían excluidos de manifestar en la vía pública, de la cual se habían apoderado los partidos políticos avanzados, encontraban con sorpresa gosoza que también a ellos les era lícito ocuparla, exteriorizar su fe, pasear en triunfo a su Dios. ¡Quién lo dijera! ¡De modo que era cuestión no más de proponérselo, de unirse! Su dignidad de hombres se agigantaba dentro de su pecho, que respiraba libremente, orgulloso. Y se regocijaban, lo mismo que si saliesen de alguna catacumba...

Hablábase luego de que el congreso próximo se verificará en Armenia, la tierra de los mártires contemporáneos, allí donde a millares han sido torturados y degollados los cristianos, ni más ni menos que si

estuviésemos en el siglo III después de Jesucristo... Y no faltaba quien dijese que era más de admirar la tolerancia absoluta de que había beneficiado al congreso en la coronada Villa del Oso y del Madroño, que la que hallará en los vilayatos del desgraciado país sometido a la Puerta otomana. Porque también la Puerta le tiene su cacho de consideración a Europa, a la dómina Europa, en la cual no dejan de suceder cosas que Europa no aprobaría si sucediesen, verbigracia, en la ronda de Embajadores,--que está en Europa, ¡cuidado!--y no quiren los turcos que se les moteje de bárbaros... Este anhelo es el principio de la desbarbarización, como el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

*

Aparte del magno congreso, las actualidades de estos días han sido varias muertes de literatos.

Uno, de ellos José de Siles, ha sucumbido vencido en la lucha, después de andar a cachetes en la miseria. No era un astro de primera magnitud, pero yo recuerdo haber, leído con agrado páginas suyas. La miseria fue más fuerte. Hacía tiempo no aparecía la firma de ese escritor, y de seguro precedió a su episodio final larga agonía. Una hoja, arrebatada por el viento, confundida en el montón de hojas...

Otro, Carlos Fernández Shaw, se suicidó. Desde hace tiempo, su razón estaba perturbada, y padecía

accesos de malancolía misantrópica. Hablábase de neurastenia, que es uno de los vocablos cómodos, una especie de ungüento amarillo, del lenguaje. Con decir de alguien que está neurasténico, todo se explica; nadie pregunta más. Hace tres o cuatro años, al morir Navarro Ledesma, un escritor estimable, que estaba de moda, quedó vacante la presidencia de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, y fuimos dos los candidatos: Fernández Shaw y yo. Me encontraba entonces en el campo; mi nombre era un nombre de mujer, cosa inaudita en tal circunstancia, y en reñida elección, por corta diferencia de votos, salió Feranández Shaw. La prensa, que no suele mimarme, al contrario, quiso entonces darme una dedada de miel, y arremetió contra Fernández Shaw y sus votantes, tan reciamente, que al expirar el plazo reglamentario, corto por tratarse de una substitución, fui yo designada por unanimidad.

Y aquí sale a relucir por qué cuento yo estos detalles. Fue grande mi asombro al saber que mi contrincante, afligidísimo, declarando un desencanto profundo, se había retirado a la Sierra, huyendo del trato de los hombres. Me lo hice repetir varias veces. ¿En serio? ¿Irse a la Sierra, por no haber salido presidente de la sección? No podía ser. ¡Habría otros motivos! Había, me dijeron la neurastenia. Bueno, con neurastenia, todo se explica...

Y justamente, desde su retiro, mi adversario se puso conmigo en relación cordial; me envió tomos de versos, uno de ellos titulado Poesía de la Sierra, y me escribió amables cartas. A pesar de lo absurdo que me parecía el motivo a que se atribuía el voluntario destierro del poeta, me felicité de su actitud. Sin entrar en pormenores de orden privado, supongo que nadie tiene en esta pícara vida una sola contrariedad, contrariedad pequeña, casi liliputiense. De todas suertes, cuando cesé en el cargo y me ofrecieron reelegirme, supliqué a mis amigos que votasen a Shaw: mi conciencia está más blanca que la nieve; y bien me alegro ahora. Por tonto que sea un remordimiento, molesta. Siguió Fernández Shaw publicando versos, muy bien acogidos, muy ensalzados en los periódicos, y reveladores de un sentimiento de resignación profunda, de una especie de ascetismo cristiano, lleno de conformidad, un poco estoico, a la española. Parecía salir de una crisis moral muy grave, y volverse hacia la religión, los afectos de familia, la soledad y la naturaleza, hallando en estos sentires la tabla del naufrago...

Y si fuesen cuestiones de índole económico las que pudiesen preocupar a Fernández Shaw, resueltas estarían en el cargo que acababa de confiarle su amigo el ministro de instrucción pública, y que le ponía a

cubierto de este género de conflictos, con el no despreciable sueldo que le estaba asignado.

De suerte que Fernández Shaw poseía holgura, cariño, fama, nombre, en edad todavía viril. Contaba con amigos numerosos, y no se sabe que padeciese enfermedad grave, excepto esa neurastenia elástica, que lo mismo pude velar la locura, que vapores de niña caprichosa... Y la locura, la hemos supuesto ahora, ante la tragedia. Por lo demás, los versos de Fernández Shaw son de un cuerdo, triste y dolorido, pero que no dice nada extravagante o inquietador. No era un Verlaine, no era un Baudelaire atormentado, no era un Edgardo Poe alucinado, no era un Tailhade; cualquiera de los jóvenes que han desfilado por el Ateneo, leyendo poemas decadentes, parecía, por cierto, más predestinado al fin de los poetas torturados y reñidos con la vida que Fernández Shaw. Sin embargo, no fue Villaespesa, no fue Machado, no fue un Cristóbal de Castro, no fue Luis de Oteiza, quien deslió el veneno en la copa. Fue aquel optimista moralizador, aquel resignado creyente... Terrible drama, cuyo secreto no conocemos, y que acaso no tiene clave, puesto que no hay lógica en las delirantes concepciones de una mente enferma.

El tercer literato y último que desaparece, es el más viejo, aquel de quien el año pasado hablé aquí

largamente, con motivo de la apoteosis que le consagró su ciudad natal: Teodoro Llorente, el patriarca del Turia, nuestro Mistral, el último de los grandes cantores regionales, estaría por decir que el último felibre, si no viviese Mistral todavía. Casi siempre que se corona estruendosamente a un escritor, o calla su musa, o él está maduro para morir. Ni Echegaray ni Zorrilla produjeron grande cosa después de sus respectivas coronaciones; Llorente laureado a los setenta y cuatro años, fue, con toda exactitud, embalsamado para la sepultura. No importa; pudo gozar de un día radiante; pudo saborear en copa de oro la ambrosía de la gloria.

No deja un enemigo. No hay una nota discordante en el concierto de alabanzas, de simpatías que ha resonado a su alrededor, arrullando su sana y fecunda ancianidad. Las pasiones políticas, que dividen tan hondamente a Valencia, se amasaban ante Llorente, como las larvas y furias ante Orfeo. Y no era neutral Llorente, sino todo lo conservador que un poeta puede ser, y católico incondicional. Habría que ver en esto otro portento de tolerancia, si no existiese, principalmente, un fenómeno de la atracción que ejercen ciertos caracteres sencillos y bondadosos, sin hiel, sin malignidad y hasta sin asomos de esa mala pasión profesional, estéril y mortificante: la envidia.

Esta vez, la consagrada frase de que el entierro «constituyó una imponente manifestación de duelo», no es clisé periodístico. Todos habrán llorado al abuelito de las letras, al cual la edad no había macerado en vinagre; que no dejó nunca de cantar, de amar, de adornar con claveles a su tierra; que aun después de paralizado por la hemiplegia, no cesó de hacer versos y de traducir versos, como si la música de la rima le fuese tan indispensable como el aire que respiraba. En otros la poesía es un accidente de juventud; en Teodoro Llorente, fue un rayo de sol hasta el ocaso, y no dejó de poder ser nombrado «el poeta» ni un solo día de su larga vida.

Y en Valencia queda un hueco, queda un sitio vacío, que no ha de llenarse. No se niega la posibilidad de que nazca, de que ya haya nacido, un poeta más fuerte, más extraordinario que el que acaba de irse, envuelto en el prolongado rayo solar de su fama. Lo difícil es que aparezca otro tan armónico, tan capaz de unir las voluntades para esa misteriosa consagración que la ternura de un pueblo, contadas veces, pero algunas, tributa a un hombre. Teodoro Llorente, en este respecto, no deja sucesor.

Y de ahí por fortuna, un literato que ha vivido y muerto venturoso. El caso merece mencionarse.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

62

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

A pesar de la cuestión de Marruecos, que se prolonga indefinidamente, entre añagazas diplomáticas y zancadillas militares de los franceses y tira y afloja de las potencias; a pesar de alguna que otra huelga de menor cuantía y varios festejos provincianos sin color ni calor, el verano es de los que han transcurrido más encalmados más sosos y, únicamente rompen la monótona sucesión de sus días dos notas, la primera trágica o que pudiere serlo, la segunda festiva con ribetes dramáticos: las amenazas de cólera morbo y los incidentes en la frontera de Portugal.

El cólera morbo ha dejado en España dolorosos recuerdos. En la capital de provincia, donde yo nací, la Coruña, todavía los muy viejos narran estremecidos la historia del azote espantoso, las casas cerradas porque en ellas no quedaba nadie vivo, los sepultureros

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 30 agosto 1911: 6. No recogido.

que caían sobre el montón de cadáveres que iban a enterrar, la gente a la cual la enfermedad no le daba tiempo ni a refugiarse en su domicilio, y que se acogía a un portal para tenderse entre calambres de agonía. Este período luctuoso duró hasta que sacaron en procesión la hermosa y romántica efigie que me ha inspirado un cuento, «El rizo del Nazareno». Fuese casualidad o providencial socorro, el cólera, en la Coruña, no se aplacó sino cuando el Nazareno triste, con su túnica de terciopelo morado bordada de oro, paseó en andas por las calles. Un voto de ciudad celebra este hecho.

Se conserva también la memoria de las excentricidades y caprichos (por decirlo así) del cólera. Era imposible preverlas. Por ejemplo, mientras no dejaba a nadie con vida en la acera de la derecha de una calle, no había un solo invadido en la de la izquierda. Atacaba a una casa, y saltaba tres; otras veces las corría todas en hilera. Los médicos prescribían abstinencia de frutas y legumbres, y un zapatero muy pobre, muy hambrón que se dedicó a mantenerse únicamente de tomates y pimientos, melones y pavías, porque se los regalaban las verduleras, puesto que nadie los compraba, dasafió a la epidemia riendo, y salió del cólera sano y gordo.

Tales excentricidades y anomalías, la marcha del cólera a veces interrumpida por saltos bruscos, lo

extraño de la aparición en occidente de una plaga originaria de oriente y por largos siglos confinada allí, sin que se hubiese extendido a otras regiones han contribuido a formarle al cólera morbo asiático una siniestra aureola de misterio, que dio margen a las fantasías de Eugenio Sué El judio errante, y en España al degüello de frailes «en medio del mayor orden» según el célebre parte del no menos célebre funcionario.

De 1830 a 1870, el cólera fué un terror constante que se cernía sobre Europa; pero desde esa fecha parecía haber cesado el peligro, sin género de duda gracias a los progresos de la higiene. Las visitas del «viajero» se hicieron brevísimas, y no causaron estragos dignos de tomarse en cuenta. Amagaba, sin llegar a herir. Le rechazaba una batería de desinfectantes, un chorro de agua, un conjuro de carbón, un baldeo enérgico y una purificación de alcantarillado. La sanidad en los puertos, visitando los barcos, imponiendo medidas preventivas, no diferentes, en el fondo, de las que sugería en la Edad Media el anuncio de la peste, hacía el resto. El cólera no ha vuelto ha enseñorearse en Europa, como se enseñorea de esas ciudades sagradas musulmanas y budistas donde los peregrinos se hacinan, desarrollando, en el fértil campo de estiercol de su suciedad oriental, toda especie de contagios.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, cuando aprieta el calor, el cólera vuelve a ser tema de información periodística. Esta vez se ha señalado su fea aparición en Marsella, ciudad poco aseada, de puerto bastante difícil en el cual como hacen en el Ganges los indios, arrojan los habitantes muchas cosas que debieran quemar. Y estando en Marsella el cólera, España cree sentir su hálito corrompido, soplando por cima de los Pirineos. Sobre todo, como España actualmente no tiene mucho que hablar, habla del cólera.

Divierte más, sin embargo, aun cuando adquiere matiz de melodrama, el intermedio cómico portugués, en que actúan de «clowns» abofeteadores y apaleadores los «guardinhas», o sea carabineros fronterizos. Divierten, por supuesto, al que no tiene que aguantar sus bofetones y estacazos, que no son fingidos ni en hueco cual los de otros «clowns», sino muy efectivos y reales, y algunas veces hasta mortíferos.

Para hacer comprender el caso de estos «guardinhas» que sufren vértigo y nos obligan a destacar regimientos de caballería a la frontera, a fin de asegurar la vida de los españoles rayanos y de los emigrados extranjeros acogidos a nuestra legalidad, es preciso recordar que, a pesar de no haberse agitado nunca en España idea alguna contraria a la independencia portuguesa, nuestros vecinos de allende

el Miño viven siempre escamados, siempre con la mosca en la oreja, y ansiando demostrarnos su valentía. Nosotros somos tan magnánimos en ese particular, que ni se nos ha ocurrido la menor protesta cuando el ilustre y caústico escritor José Ramalho Ortigao, decidió que la hegemonía ibérica debía ejercerla Portugal, por encontrarse más adelantado que España. ¿Ni qué protesta íbamos a formular ante tal supuesto? Portugal estaba, en efecto, más adelantado, y entonces le correspondería ciertamente la hegemonía que confiere la superioridad, o no lo estaba, y entonces no habría cuestión. Y, lo que sería más probable, en unas cosas estaba más adelantado y, en otras lo estábamos los españoles, y nadie tenía derecho a hegemonías, ni las solicitaba. ¡Buena hegemonía te dé Dios!

Lo peor de todo es que Portugal ni se cuidaba de comunicarse con España, ni nosotros sabíamos nunca palabra de lo que ocurría en Portugal, en ningún terreno. He aquí por qué difícilmente pudiéramos influir, ejerciendo hegemonía, los unos sobre los otros. Para influir hay que conocerse.

Yo, no tengo a Portugal gran afición, he solido visitarlo, recorriendo sus monumentos, sus ciudades, su campiña deliciosa en la parte que toca con Galicia. He procurado, ademas, tratar a sus literatos, a sus políticos. Entre mis amigos conté a Eça de Queiroz, el

gran novelista, el Flaubert portugués; a Pinheiro Chagas; al malogrado Oliveira Martins; al conde de Casal Riveiro; a Ramalho Ortigao; a otros muchos menos renombrados, pero no indignos de recordación. Y de los cuales personajes que forman el gobierno de la república, incluyo en la lista amistosa a Teófilo Braga y a Bernardino Machado, de quienes esperaba yo que imprimiesen al nuvo régimen un sentido de cultura ateniense, más bien que espartana.

Porque esta revolución--¿puede llamarse así?--de Portugal, el intelectualismo ha tomado parte activísima. Hará unos tres o cuatro años, presidiendo yo la sección de literatura del Ateneo de Madrid, me ocurrió que sería bueno traernos a alguna celebridad portuguesa, a conferenciar. Sondeando el terreno con el embajador, conde de Tovar de Lemos, comprendí que el elemento oficial no podía asociarse a nuestro deseo, porque todas, absolutamente todas las celebridades portuguesas, eran republicanas enemigas de la dinastía y de las instituciones. Ni uno solo, ya poeta, ya dramaturgo, ya historiador, ya cronista, ya erudito, ya novelista, ya pedagogo, sería grato al elemento oficial, y traerle a Madrid sería exponerle, no sólo a la mala acogida de los representantes portugueses, sino a la del mundo oficial español, que seguiría el impulso. En tales condiciones, ningún alto intelectual portugués se avendría a venir a Madrid.

Era para hacer reflexionar el síntoma. Un régimen que tiene en contra, sin excepción, a cuantos ha consagrado la fama, corre peligro. Los sucesos han demostrado si lo corría, primero con el terrible doble regicidio del Terreiro do Paso, después con ese movimiento sin intensidad, que casi podría calificarse de encogimiento de hombros, que fue suficiente, sin embargo, para derrocar a los Braganza.

La primera impresión tenía que ser favorable a la república portuguesa. No tardó, sin embargo, en modificarse, y, según las noticias, la situación en Portugal es violenta, anárquica y despótica a la vez.

Desde hace dos meses, todo cuanto se lee en los diarios lo confirma. Claro es que no falta quien insinúe que los diarios estan influidos por los monárquicos; comprados, añaden algunos que ven más allá. Lo absurdo de la posición salta a la vista.

¿Habían de comprar los nonárquicos toda la prensa? ¿Se dejaría comprar sin distinción de propietarios, redactores, opiniones color, etc.? ¿No hay hechos que no cabe inventar? ¿Nada significaban los escuadrones de caballería española necesarios para proteger la frontera del Miño? Si reinase allí la paz ¿a qué ese alarde de fuerza?

España ha guardado estricta neutralidad en las cuestiones políticas portuguesas. En los asuntos

interiores de cada país nadie tiene derecho a mezclarse. Pero si nuestra frontera está convertida en campo de Agramante, hemos de restablecer allí el orden. No bajan veinte los casos de invasión de «guardinhas» y «carbonarios» que se han metido por nuestro territorio persiguiendo a monárquicos fugitivos, a los cuales amparaba ya nuestra bandera. Al darles alcance, se produjeron escenas dignas de Cafrería; a las cosas hay que llamarlas por su nombre. Un hombre indefenso, en tierra, apaleado ferozmente, pidiendo compasión con gritos desgarradores, y cuando, exánime, ya no se rebulle, maniatado, empujado a culatazos hacia Portugal, para allí sepultarlo en un calabozo, es un espectáculo que ninguna nación civilizada puede tolerar en su suelo.

¿Si esto hacen en casa ajena, qué harán dentro de la propia? En Valenza do Miño, no hará tres años, pasando por una calle de sombríos muros, vimos los turistas que acabábamos de bajarnos del automóvil algo extraño: asomando por una reja negra, a regular altura, una mano descolgaba una esportilla de esparto pendiente de una cuerda, mientras una voz lastimosa gemía: «Esmola... Para os presos de cadea...» Y el «garoto», el pilluelo que nos servía de Cicerone, explicó. A los presos no les daba el estado comida; vivían de la limosna del público. Faltando la limosna morían de

hambre. Esto pasaba en tiempo de la monarquía, y lo repruebo severamente. Si no ha cambiado tal aspecto de la vida penal, ¿qué suerte correrán los monárquicos cuando ingresen en la «cadea» con las costillas rotas?

La civilización, muchas veces se ha dicho, no es todavía en el mundo sino una delgada película que recubre un inmenso fondo de barbarie. Y todos los sistemas políticos son iguales ante el instinto de triunfar por cualquier medio. Todos los fanatismos se afirman del mismo modo. La república portuguesa, para defenderse contra la conspiración monárquica que cree hallar dondequiera, llama a filas el para ella enorme contingente de cien mil soldados. La fuerza, la última razón de los reyes, como rezaba la leyenda de los cañones de antaño, será también razón suprema de una república intelectual.

No basta, sin embargo, tener ejército numeroso; es preciso pagarlo, sostenerlo, equiparlo y mantener dentro de él ese misterioso resorte de la disciplina, que llega hasta el sacrificio heroico de la vida, y de algo más arduo, de la voluntad. Un ejército subordinado, es un ejército. Sin subordinación, será una horda. El tiempo dirá si brota en el ejército portugués las peculiares condiciones que dieron gloria a las milicias de la primer república francesa.

Entretanto, las proezas que presenciamos son las de los carabineros, que en otro tiempo brillaban por la

moderación y cortesía humilde (yo he cruzado varias veces las aduanas de Portugal) y ahora dijérase que sufren una especie de hidrofobia, que se sienten capaces de conquistarnos previa la graciosa fanfarronada nacional: «¡Castellano, si me sacas de este pozo te perdono la vida!»

Bulléndoles la sangre lusitana que tiene en sus atavismos tanto de hazañosa, con la obscura percepción de las escaramuzas incesantes que en otros siglos tuvieron por escenario ambas márgenes del rio, los portugueses, ora «carbonarios», ora «guardinhas», se enhebran por España adelante, en son de reto, y allanan las viviendas donde suponen que alguien tiene oculto a un lusitano conspirador. Si lo encuentran lo sacan a rastras, pese a cuanto «galego» se oponga. ¿Qué nos habíamos figurado? Pues hombre, no faltaba más sino que tuviesen miedo a nuestras excelencias.

Ello se presta a comentarios en que hace el gasto el buen humor. Las chirigotas llueven. Pero también se presta a que una leyenda tome cuerpo. Leyenda folletinesca admirable, como no la inventaron los maestros del género. Féval, Soulié, Alejandro Dumas, Eugenio Sué. Hay en sus capítulos inocentes niñas, a las cuales se intenta secuestrar para obligar a su padre a que se presente en Portugal, constituyéndose preso, porque es un enemigo de la república, y conviene

tenerlo seguro; hay ciudades como Vigo, que en un arranque caballeresco se juramentan para defender a la niña perseguida, no menos interesante que aquellas hijas del general Simón, que hicieron llorar a las piedras; hay rumores de sopas especiales para prisioneros monárquicos; hay historias de disfraces, evasiones, damas cuyo automóvil es detenido... En suma, el romanticismo político, que parecía dormir, vuelve a la superficie, y ese nombre de «catonarios» que trae a la memoria ideas contemporáneas de los primeros amagos del «huésped del Ganges», armoniza perfectamente con el carácter y giro que va adquiriendo la revolución portuguesa, la cual no se asemeja a ninguna de las tres dadas a elejir a su país por Eça de Queirz, aunque en aspectos aislados pude recordarlas...

Yo he de confesar mi error, y ya que nombro el ilustre y sarcástico autor de El primo Basilio, declaro que le consideré muy pesimista respecto a la situación de su patria. Mejor dicho: supuse que en el tercio de siglo, o más, transcurrido desde que escribió su desolladora Campanha alegre, en que pone a Portugal como digan dueñas las cosas han cambiado, y en sentido favorabilísimo. A pesar de ciertas observaciones, como la de la esportilla que una mano escuálida descolgaba desde la reja de una cárcel, yo veía en Portugal prosperidad, actividad, sentido moderno, algo que señalaba felices orientaciones.

Esta furia demagógica me desconcierta. Quisiera ir en persona a cerciorarme de lo que allí pasa, porque no faltan rumores cotradictorios; pero sería tal vez un acto de valor semejante al que según Eça de Queiroz representaba al pisar en Madrid la calle de Alcalá en 1870.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

63

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

UN MITIN CONTRA LA GUERRA*

EL VERANEO

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1911

Al que conozca un tanto el tejido de nuestra vida nacional, no le extrañará si digo que actualmente en España nada ocurre; nada absolutamente. Dijérase que duerme todo: la literatura, la sociedad, la política, el arte. Por no haber, hasta no hay crímenes de resonancia, con detalles que espeluznen.

Cuando digo que duerme la política, no es que olvide el incidente de Numancia. No lo olvido, como que está tan reciente, que aun no se ha secado la tinta de imprenta de los telegramas que acerca de él publican

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 9 septiembre 1911: 5. No recogido.

los periódicos. Pero, ¿son políticas esta clase de perturbaciones? Claro, es que la palabra política puede emplearse en un estilo muy amplio, y cuanto ocurre en la sociedad atañedero a su conservación y transformación, política es. Sólo que aqui nos hemos acostumbrado a llamar política únicamente a lo que se cabildea en el congreso y en los despachos y tertulias de los personajes y primates, que hacen política profesional, y por eso la intentona anarquista del Numancia, y el fusilamiento del fogonero que la capitaneó, no parecen sino episodio de agitaciones, que acaso nunca dejarán de producirse en los países civilizados, ya que, pese a los pacifistas, la ley vital es la lucha.

Hay un sinnúmero de ilusiones contemporáneas que quisiera compartir, y esta de la paz universal se encuentra entre ellas. Acaba de celebrarse en Madrid un mitin contra la guerra, con asistencia de oradores extranjeros y mucho coro. Se me figura que todos veríamos con profunda satisfacción mitines contra el cólera, la peste bubónica, la fiebre amarilla, las casas de ornato modernistas, los pianos de manubrio y otras plagas de Egipto, si creyésemos que de algo habían de servir para desterrarlas y raerlas de la faz de la tierra. Y, si he de decir verdad, mucho más extinguible que la guerra considero cualquier

infección, aunque sea la de las consabidas casas modernistas, que parece la más pegadiza y se está corriendo a todas partes, como que acabo de ver, en mi pueblo natal, ¡quién lo dijera! un ejemplar, un caso, enteramente característico, con sus cupulitas seudoorientales y sus cenefas escaroladas.

La campaña pacifista surge precisamente en el siglo en que la lucha humana es más encarnizada y honda; en que las pasiones estan más exaltadas y vibran con mayor furia sus cabezas de sierpes; en que media sociedad no tiene para la otra media sino odio y furor; en que el valor ético del cristianismo se pone en tela de juicio, y en que, cualquiera que sepa mirar el porvenir, lejos de augurar que se extinga la guerra, vaticinará, al contrario, mayores lides, y hasta conflagraciones y hecatombes.

Lo que pasa es que, en esta campaña pacifista, como en otras muchas, se confunde la forma actual y pasajera de las cosas con su esencia durable. La desaparición de la guerra se pide para conseguir la de los ejércitos permanentes, en que se apoya la organización social. El día en que esto se consiguiese, la guerra continuaría, sólo que de ser caso excepcional, pasaría a ser constante. Los ejércitos permanentes no pueden faltar sin que se establezca la guerra continua, el «estado de guerra».

Hubo un tiempo en que los ejércitos permanentes no se conocían. Si suprimirlos fuese un ideal, ese ideal pertenece al pasado. Toda la antigüedad y toda la Edad Media ignoraron los ejércitos permanentes. En España no los conocimos, ni hubo organización militar algo científica, hasta los Reyes Católicos. Antes, el procedimiento era el mismo que, cambiando lo que no podrá menos de cambiar, dadas las circunstancias, se reproduciría si los ejércitos permanentes desapareciesen. Cada noble, cada señor, llamaba a sus mesnadas, y, poniéndose a su cabeza, hacía lo que se le antojaba, se aliaba con quien le placía, atacaba a quien le venía en mientes, cometía los desmanes que quería, y respondía de ellos con la espada, sin que hubiese otra manera de reprimirle, sino la espada de los demás. Es decir, que el individuo--noble o plebeyo--se defiende cuando no hay quien le defienda. Los romanos, que en tantas cosas han sido unos hombres de hoy, poseyeron algo que a organización militar se acercaba, pero no evitaron el peligro de que las tropas, a merced de sus generales, pudiesen a cada momento cambiar las instituciones e imponerse al estado por la fuerza. En la edad moderna, estos riesgos han desaparecido, y el pretorianismo, no diré que no se haya producido alguna vez, como en Servia, ha poco, pero nunca con los caracteres constantes que en los

anales romanos. Hoy los ejércitos tienden a la normalidad de la disciplina; hoy el derecho de gentes ha realizado adelantos que dulcifican hasta el límite de lo posible, los horrores de las guerras internacionales. Con todo esto, la guerra sigue siendo algo terrible, fatídico--¿quién lo duda?--como lo es la muerte, la enfermedad, la vejez, la pobreza, las pasiones pues, el hambre, las mil calamidades inherentes a nuestro ser... Pero la guerra, tal cual hoy se hace, es muy preferible a lo que sería ese estado de combates parciales, consecuencia de la supresión de los ejércitos. De toda utopía, la corrección y desengaño en la historia se ha de buscar.

Mientras haya intereses encontrados, habrá el instinto de recurrir a la fuerza para dirimir las contiendas. La fuerza no es, como rezaba la leyenda de los cañones antiguos, la última y suprema razón de los monarcas, sino la del todo el mundo. Muy acertadamente lo demuestra mi amigo Carlos Bunge en una de sus últimas obras. La fuerza--y no hay que entender esta palabra en su sentido material--es acaso la palabra secreta del enigma del Universo.

No han dejado de acordarse de mí los pacifistas. Les parecía que, por mi condición de mujer, fuese yo muy a propósito para aceptar sus teorías y propagarlas, revistiéndolas de ropaje más o menos atractivo. Y así

lo hubiese hecho ciertamente, si llegase a mi espíritu la sutil aura de la convicción. Y hasta lo hubiese hecho no estando convencida por cuenta propia, si creyese que era de utilidad general el aparecer estándolo; y nadie me censurará, supongo, por este sacrificio que me encontraba dispuesta a realizar en obsequio al bien público. Además la propaganda pacifista crea simpatías, con ella se granjea crédito de persona buena y de blandas entrañas. Con todo eso, mi conciencia se sobrepuso. Encuentro muy deseable la paz universal, pero ¡ay! no creo en ella, mientras la humanidad no cambie completamente de hechura por dentro y aun por fuera.

¿Quién lo duda? La desearía hasta por patriotismo, pues quedaríamos, de golpe y porrazo, igual que esas naciones «fuertes» que han venido ha reemplazarnos en el dominio de la historia y en la hegemonía del mundo. Y, señores, dispénseme el favor de decir cómo se las compusieron esas naciones para conquistar el puesto que ocupan; si sería repartiendo anises, si sería pronunciando discursos filantrópicos. No fue sino haciéndonos la guerra con tenacidad y saña, por tierra y mar, también por medio de las menos leales y más tortuosas intrigas diplomáticas. Resultaría muy largo de contar el por qué no acertamos a defendernos; el hecho es que esas naciones procuraron su

engrandecimiento como únicamente se logra; con lucha, sea armada, sea de otro género, pero sosteniendo su supremacía, claro está, por medio de ejércitos, cañones balas, picas, carabinas, lanzas y sables. Y así consiguió Alemania sobreponerse a Francia y hundirla por mucho tiempo y así obtuvo el Japón el diploma de gran potencia con la cual se cuenta, de la cual no se hace caso omiso, y así sojuzgaron los ingleses a los al parecer invencibles boers, y no de otro modo los turcos se entendieron con los griegos y los griegos con los turcos, y la Revolución Francesa, hecha al grito de libertad, igualdad y fraternidad, no se hubiera sostenido ni ocho días sin el heroísmo de los ejércitos de la frontera. Si las potencias aceptan el desarme, España quedará al nivel de muchas que sólo llevan la ventaja de tener una respetable marina y un ejército provisto de los últimos inventos de guerra, que cuestan tan caro, que nosotros no podemos comprar. Si la guerra en grande se acaba, ¿a nosotros qué? Allá los alemanes, los ingleses, los rusos... Nosotros no tenemos sino valor... y el valor, en las actuales circunstancias...

Es el único comentario que se me ocurre poner al mitin de Madrid, adverso a Belona, Marte y demás númenes belicosos.

Mientras tan inútiles cuestiones sirven de pretexto a la formación de cierta atmósfera de

inquietud, la gente no se mete en nada veranea pacíficamente donde puede--unos en Inglaterra, otros en las costas francesas, pocos en Portugal, que también es río cada vez más revuelto, y la mayoría en las plazas y aldeas españolas. Son las de Galicia, si no las más concurridas y elegantes, de seguro las más frescas y poéticas de toda la península. Es lástima que un hombre emprendedor, dueño de un capital arriesgable, no acometa la más necesaria: la construcción de hoteles modernos en las principales playas y ciudades gallegas. Empieza por medio de los balnearios, como Mondariz y la Toja, a iniciarse aquí el movimiento de atracción de los turistas, pero lo hecho es nada respecto a lo que falta por hacer, en este paraíso de la naturaleza, y en este clima completamente ideal en verano, donde el calor es cosa rara y la nieve cosa no vista. He aquí por ejemplo, La Coruña, que goza de una temperatura deliciosa en los meses de Julio y Agosto, porque la abanican las brisas de los dos mares que la rodean. Su paisaje es encantador, y su mar, brava y fiera, de encargo para la balneación tónica de los niños. Ciudad ya importante donde no se carece de lo necesario y aun de lo superfluo, no exije, para hacer una competencia fructífera a San Sebastián, sino un gran hotel-balneario y otros hoteles en el casco de la población, bien instalados y cuyos precios sean más modestos que

los de la «bella Easo», porque nunca podríamos aquí competir en diversiones y animación con la bonita capital donostiarra y la proximidad a Francia es otra ventaja que San Sebastián nos llevará siempre. Poniéndonos en razón y aspirando el mérito de la baratura, con diputados que obtuviesen itinerarios más rápidos y mejor material en los trenes, mucha gente se vendría.

Quizá viniesen de las Antillas y de América del Sur algunos por lo menos de los muchos españoles que sueñan con respirar una vez más el aire de su patria, a dar de paso baños a sus chiquillos.

Ya se que esto de los baños de mar ha perdido su tradicional prestigio terapeútico y que casi nadie se baña, entre los que se precian de estar «en el movimiento». El movimiento son las curas de aire, de montaña, de altitud, Engelberg, verbigracia, con sus sports variados de patinaje y alpinismo, y otras estaciones aristocráticas de Suiza. Los baños de mar antaño soberano remedio, han quedado destinados a la plebe. Debe de ser cuestión de moda. Hay moda hasta en la devoción, y estoy por decir que en la devoción y en la medicina más que nada. Lo cierto es que el mar ya carece de «chic».

Y sin embargo, los chiquillos que, nacidos en altiplanicie, veranean al borde del mar, se ponen tan

frescos, tan negros, tan mofletudos y tan sanos, que es un prodigio. Contra esto no valen figurines ni teorías.

Decía Nisard, el famoso crítico defensor del clasicismo, que cuando una escuela literaria tenía adeptos en provincias, era que principiaba a decaer en París.

Así, la hora de decadencia para los baños de mar comenzó cuando en las remotas y obscuras aldeas de las montañas gallegas, en el mes de Julio, se formaron caravanas para salir a tomar baños.

No conozco nada que tanto se preste a la caricatura como las bañistas montañesas a quienes aquí llaman, no sé por qué, Catalinas. En primer lugar, se bañan con mucha ropa, refajos, enaguas burdas, camisas de cáñamo. En segundo, se alojan en pajares, en hórreos, en cuadras y no sé si en cochiqueras, y comen lo que traen de su montaña, en zurrones: queso duro como una piedra, castañas pilongas, tocino rancio, un mollete de borona que dura lo que se quiera, porque si bien cría moho, no llega a desecarse. En tercero, toman, no un baño, sino dos o tres diarios, para acabar pronto la temporada, gastar menos y regresar, al cabo de una semana, con el número de remojaduras prescrito por el galeno de su aldea. El cuarto, el viaje de vuelta de estas desdichadas se verifica, lo mismo que

el de ida, en un cochángano desvencijado, donde, entre fardos y baúles, y sin sitio en que acomodar lo que Sancho llamaba las posaderas, van dando tumbos y sufriendo un suplicio inenarrable, diez, doce o quince leguas de camino, por una peseta o peseta y media. Y ni durante tan horrible jornada, sudando bajo un sol de justicia, prescinden las «catalinas» de sus envolturas de picote, porque entienden que el baño de mar es una medicación que obliga a guardar «dieta» y a preservarse del «relente» con exquisito cuidado...

¡Pobres, honestas montañesas de Galicia, que se guardan de exponer su cuerpo deformado por el trabajo a las miradas, más compasivas que audaces, de los pescadores de la ribera! Ayer mismo he visto, en un semanario ilustrado español, la instantánea de lo que sucede en la playa de Vansee, cerca de Berlín, después del baño. Y lo que sucede... vamos, cuesta trabajo encontrar modo de decirlo, aunque gráficamente se exponga. Bañistas y bañistos, sin otro traje que una ligera almilla de punto que el agua adhiere más a las carnes, danzan lo que no sé si en América se conocerá, como aquí por el «agarrado». Entre las orgías romanas y esta danza fresca por todos los conceptos, no hallo más diferencia que la almilla, que en las susodichas clásicas orgías, era túnica leve o guirnalda de follaje. Y esto sucede en una nación tan culta, y a más

tan púdica, que no cesa de clamar contra la corrupción de París, y que cierra sus fronteras a los libros algo «decolletés».

Si las «catalinas» humildes llegasen a fijar los ojos en tal grabado, si pudiesen explicarse lo que aquello significa... ¿sentirían, como no puedo menos de sentirlo yo, la duda atormentadora de si los civilizados son esos que danzan casi «in puris naturalibus», o son las buenas mujeres que, al meterse en el agua se tapan hasta la barbilla?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

64

LA NACION

CRONICAS DE EUROPA*

(Para LA NACION)

Un asunto, si los hay ¡Y con todo el sabor de lo misterioso, de lo novelesco, de lo extraordinario, de lo emocionante!

En París ha caído como una bomba; en el mundo entero resonará como una explosión. Ha desaparecido, del Salón cuadrado del museo del Louvre, el cuadro archicélebre de Leonardo de Vinci, La Gioconda.

En el momento en que esto escribo, todavía los periódicos franceses no han vuelto como el guardia de la zarzuelilla, de su apoteosis. Siguen calificando el caso de «increíble», nada se ha descubierto, y la única pista que parece seria, es la del desconocido que a estas horas navega rumbo a América, llevándose el tesoro con que la nación francesa se enorgullecía.

El hecho, declaran, es inverosímil, pero el hecho se ha realizado... no vale negarlo ni hacerse cruces...

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 1 octubre 1911: 6. No recogido.

El mejor cuadro del mundo ha sido descolgado de las paredes del museo, y llevado no se sabe a dónde, por no se sabe quién.

Por vía de consuelo, alegan que la joya no encontrará comprador, como no lo encontraría la Venus de Milo y otros prodigios que valen millones, es cierto, pero los valen de un modo ideal, porque en los mercados del mundo, La Gioconda, Las Meninas, El Toro de Pablo Potter, o La Ronda nocturna de Rembrant, no pueden ser subastados o vendidos. Su excesiva fama, su notoriedad universal, lo impiden. Comprar esas maravillas es incurrir en un delito penado por el código y cuya represión interesa a una nación entera y al conjunto de las naciones; y el castigo menor sería quedarse sin lo mal adquirido, pues el comprador no puede escudarse en que procedió de buena fe. Así el mismo enorme valor del objeto parece defenderlo, y apoderarse de Monna Lisa, dicen los diarios parisienses, equivale a apoderarse de las torres de Nuestra Señora.

Sin embargo... Hay siempre, en todo lo humano un «sin embargo», y en el caso de La Gioconda hay dos o tres. Antes de exponerlos, digamos como fue sustraída la obra maestra, y aceptemos, provisionalmente, la versión oficial francesa respecto a este cuadro tan celebrado y tan comentado el de la «sonrisa» que ilumina al mundo.

Cometióse el atentado el lunes 21 de agosto, a hora muy temprana, de madrugada casi, pero hasta el martes al mediodía no se supo y comprobó oficialmente. En esto ya hay algo que sorprende, aun cuando las circunstancias lo expliquen a medias. Los lunes son, en el museo, días dedicados a la limpieza, y no se permite la entrada a el público, excepto a las personas provistas de un permiso especial. Entran en cambio albañiles, carpinteros y toda clase de operarios, y una nube de fotográfos, y a petición de estos últimos suelen ser los cuadros descolgados y llevados al taller para reproducirles. Cerca de las siete de la mañana, dos albañiles cruzaban por el Salón cuadrado.

--Mira--dijo uno de ellos al otro, al llegar frente a La Gioconda. Ese cuadro dicen que es el más hermoso del museo. Vale millones y millones...

A cosa de las ocho y media, volvieron a cruzar los dos obreros.

--¡Calla!--exclamó riendo el mismo que había hablado antes. Se han llevado La Gioconda. ¡Tenían miedo de que cargásemos con ella!

Ya un guardián, minutos antes, había notado que faltaba La Gioconda, y dado aviso a su superior jerárquico. «Estará en el taller de fotografía» contestó éste con indolencia digna de un español; y trancurrieron más de veinticuatro horas en que nadie se

acordó de que La Gioconda existía. Fue al día siguiente y no muy temprano, cuando al advertir que el hueco dejado la víspera por La Gioconda en la pared no se llenaba, murmuraron ¡ah! con extrañeza y se decidieron a convencerse de que no sabían dónde se encontraba el cuadrito...

Y empezó el tole-tole. Claro es, fue formidable, que se iniciaron con brío las resquisas. Pero las veinticinco o treinta horas perdidas ¿quién las recobra?

La primera providencia fue expulsar al público. Luego, el registro. Aparecieron el marco y el cristal, tirados en una de las escaleras. Estaban allí desde el día anterior a las siete y media de la mañana y se cercioraban de ello a las tres y media de la tarde del día siguiente...

Y, ahora, digo yo ¿por qué afirman magistrados y funcionarios que es inverosímil el robo de La Gioconda? Todos los detalles que acabo de referir demuestran lo contrario: que la vigilancia era muy relativa, el abandono muy positivo. La lista de objetos que desaparecieron en estos últimos años no es corta. En 1806 fueron substraídas estatuillas del departamento egipcio, en el cual yo he notado que hay poquísimos guardianes; posteriormente se registran conatos de fracturar vitrinas y atentados para lacerar lienzos, y

un periodista, sirviéndose de una estratagema parecida a la que empleó Mariano de Cavia, con el fin de demostrar que el museo de el Prado corría peligro de arder, se quedó de noche en el Louvre y durmió dentro de un sarcófago contemporáneo de los Faraones, diciendo al otro día a los que le encontraron y se asombraban: Ya lo ven ustedes si yo fuese un ladrón...

Pero hay más: hay algo muy singular, muy serio...

El 24 de Julio de 1910 un periódico el El grito de París anunciaba que La Gioconda acababa de ser robada al museo del Louvre. Nótese bien: esto ocurría un año antes del suceso que ahora ha puesto en conmoción a Francia entera.

Y no se trataba de un «canard» lanzado para despertar recelos y aconsejar precauciones; no. El periódico afirmaba rotundamente. Según él La Gioconda había sido substituída por una copia fiel, obra de una vieja inglesa, y el espesor del vidrio y los reflejos que proyectaba sobre la pintura, hacían que la superchería no se notase.

El periódico insistía, y retaba a que, quitado el vidrio, los expertos examinasen de cerca la tabla y se convenciesen de la realidad del delito. Añadía que éste se había cometido de noche, mediante la complicidad de un alto funcionario, alusión transparente a M. Homolle, director de los museos

nacionales. Realizado el fraude, la verdadera obra de Leonardo se encontraba en la galería de un multimillonario americano, mientras que en el Louvre quedaba la copia protegida por el vidrio y la ignorancia general...

Ante la incredulidad con que se acogió su relato, el diario insistió, y se avistó con el propio M. Homolle, porfiando en que un jurado de inteligentes, quitado el vidrio, reconociese detenidamente la tabla y pudiese fallar. Homolle respondió al reto con sonrisa desdeñosa. ¡La «Gioconda robada! ¡Ridículo, absurdo! ¡Hay que tener formalidad, señores periodistas! Si no lo fue entonces, hoy robada y bien robada ha sido la joya... Y el diario parisiense triunfa en toda la línea, porque, según noticias, M. Homolle será destituído...

He aquí los «sin embargos». Se califica de estéril y vana la tarea del que substrae una obra universalmente conocida; pero sobre este punto, como acaba de verse, hay mucho que hablar. Caben dos arbitrios: reemplazarla por una copia en el Museo y gozar tranquilamente la posesión del original, o no reemplazarla por nada y después, si aparece el cuadro robado en una galería de multimillonario afirmar que es una copia, poseída de antiguo, y hasta introducir alguna variante por mano de diestro falsificador,

situándose así fuera de toda reclamación y persecución internacional...

Triste será decirlo, pero con dinero se obtiene cuanto la mente sueña. Si uno de esos multimillonarios, que son los Césares locos del mundo actual, se propone determinada maravilla, aun cuando sólo sea para disfrutar el placer egoísta de contemplarla a solas en su dormitorio, escondiéndola celosamente a las miradas ajenas, no es dudoso que encontrará agentes dispuestos a servir a su capricho, y una vez en su poder la prenda, si sabe ocultarla y callar, no entiendo cómo dará con ella la policía mejor montada ni la nación más poderosa.

No hay que asombrarse si el Cri de París exclama: «Alentada por el resultado del robo de La Gioconda, sabemos que se ha constituído una sociedad anónima en Nueva York, en la quinta avenida, para raptar todas las obras maestras del Louvre, que estén bajo vidrio, y reemplazarlas por copias modernas...»

¿A qué negarlo? Cuantos amamos el arte y sentimos anhelo de que la patria conserve sus tesoros, temblamos cada vez que en el Museo del Prado, en Madrid, vemos como bajan cuadros de importancia excepcional para que los copien... ¡Se copia hoy con tal minuciosidad y perfección, y es tan hacedero el trueque!

No hablo de otras contingencias, relacionadas con el capítulo de restauraciones, verbigracia... Cuando

se custodian objetos de tal interés, que son únicos, todo cuidado es poco, y se ha de vivir en constante sospecha y temor. Si los conservadores del Museo del Louvre anduviesen prevenidos y es bien extraño que, depués de los motivos de alarma que existían, el descuido fuese tal, quizá o no se hubiere realizado el robo, o el ladrón, desde los primeros momentos, cayese en manos de la policía. El ladrón... o ladrones, pues hay quien piensa que no pudo realizar la hazaña uno sólo.

Sin duda las cosas están bien organizadas en Francia y nuestros vecinos puden enorgullecerse de muchos aspectos de su intensa cultura; pero en todas partes cuecen habas, y, según la copla popular:

«Ni la Veracruz es cruz,
Ni Santo Domingo es santo,
Ni Puerto Rico es tan rico,
Aunque lo ponderan tanto.»

En el Museo del Louvre existen deficiencias que me han sorprendido, que no hubiese creído a no verlas, y desde luego está bastante mal organizada la vigilancia, en las puertas y pasillos que son innumerables, originando al visitante molestias para hallar pronto lo que va a ver especialmente. Así pudo

el ladrón descolgar el cuadro, sencillamente sujeto a la pared por una sola escarpia, no empotrado ni afianzado, como lo exigiría su valía enorme; pudo echárselo debajo del brazo, escurrirse por un pasillo excusado, bajar una poco frecuentada escalera, fracturar una puerta, quitar cristal y marco, tirarlos donde le plugo, salir más o menos aprisa, arrojar el botón de cobre de la puerta violentada en uno de los muelles, envolver su preciosa carga en un paño que la ocultase, corre al tren y salir pitando en dirección a Saint Nazaire, donde el paquebot La Champagne se disponía a hacer rumbo a la América Central. Todo ello si la pista en que se cifran tantas esperanzas no resulta un desengaño.

No sé por qué, esta historia del robo del retrato de Monna Lisa me evoca el recuerdo del día en que visité el Louvre, cerrado entonces por urgentes reparaciones para todo el mundo, y que algunos de mis amigos franceses, entre ellos René Doumic, quisieron hacerme ver, acompañándonos uno de los conservadores. Mil veces he recorrido el magnífico museo, pero aquel día, con las explicaciones del docto funcionario, me pareció más interesante.

Había en el museo algo recientemente adquirido, deslumbrador, era la famosa Tiara de Saltafarnés, la tiara de oro cincelado con pasajes de La Ilíada, que se

suponía labrada por un sátrapa para ostentarla fastuosamente, como insignia de su poderío. Hallábase la tiara al lado de otro objeto admirable, procedente de España, que no había sabido impedir que saliese de su territorio tal joya: el renombrado Busto de Elche, que representa a una belleza tan enigmática como La Gioconda. Ante la tiara, que el conservador me mostraba con respeto y con enfásis, murmure tímidamente:

--Esa tiara, si... muy hermosa... Pero parece que es falsa.

¡Aquí de Dios! ¿Falsa una tiara que había costado al primer museo del mundo centenares de miles de francos? Un objerto que había sido examinado por las personas más competentes en asiriología, en antigüedades, en arte, en todo? ¿Falso un objeto de tal monta, admitido en las colecciones asombrosas del Louvre? ¿De dónde sacaba yo...?

--No de mi cabeza--me apresuré a responder.--Lo he oído, es una voz que corre entre muy pocas personas, pero entendidas... Y, bajo esa impresión, ¿qué quiere usted? Entiendo que la tiara tiene un airecillo de falsificación moderna. Puede que sea la aprensión lo que me hace verla así... de todos modos...

Callé, porque comprendí que la conversación era sumamente desagradable para mi amabilísimo cicerone.

Poco tiempo después se averiguó todo: la tiara labrada en Odessa, recientemente, por un platero habilísimo; enterrada, desenterrada luego, en compañía de piezas auténticas, el collar y las arrancadas de Saitafarnés... Un timo al Louvre, un chasco para los expertos de Francia. La última vez que estuve en el museo, no habían quitado la tiara; no habían dado su brazo a torcer, como suele decirse. Pero nadie lo ignora, y en los museos ingleses y alemanes se comentó el suceso con gran regocijo.

Donde esto puede ocurrir, no fuera enteramente inconcebible la substitución que el Cri de París señaló. Y aun hay otro punto de vista distinto que considerar en La Gioconda del Louvre. Aunque nadie la hubiese robado, ni en 1910 ni en 1911, ¿era en efecto el original de la Monna Lisa?, ¿era en efecto el original del retrato de Monna Lisa? ¿Era la sonrisa divina, sin falsificar? ¿Por qué no ha de ser la Monna Lisa verdadera la que existe en el museo del Prado, y que muchos encuentran más joven, más hermosa y hasta más «inquietante» que la del Louvre?

Merece esta hipótesis capítulo aparte, y la sensacional cuestión del robo de la Gioconda parece destinada a dar que hablar algún tiempo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

65

CRONICA DE EUROPA

LA GIOCONDA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1911.

Está destinada la Gioconda a producir perturbadores efectos. Cuando no marea a los exquisitos con su sonrisa, vuelve loca a una nación entera, evaporándose.

A estas horas, ni noticia de la suerte que haya podido correr la célebre pintura. Ningún resultado positivo dieron las activas pesquisas iniciadas desde que, con bastante retraso, se advirtió que la habían robado del Louvre. Se ignora si va surcando los mares, hacia el Nuevo Continente, o si la custodia en recóndito camarín, no sabemos naturalmente, en qué rincón de Europa, un fantástico adorador de la belleza, que todas las mañanas la rodea de flores y todas las

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 10 octubre 1911: 6. No recogido.

noches la enciende cirios, arrodillándose ante la imagen de la incomparable mujer...

Casi no me atrevo a decir que, sin duda, Monna Lisa es un encanto, pero que existen otras cabezas en el arte, que rivalizan con ella, ya como modelos de hermosura femenil, ya como plástica, y hasta porque, cerrando los ojos, volvemos a verlas, y nos causan una inquietud indefinible, cual si nos dijesen algo profundo, que sólo deben oír los iniciados. Hay, por ejemplo, un retrato de Rafael, el de un efebo vestido de negro, cuyos ojos son un enigma. Se me dirá que la Gioconda es mujer. ¡Quién sabe lo que era en el pensamiento del gran artista, la Gioconda! Era seguramente el andrógino--ese sueño de perfecta beldad, que reune los hechizos de ambos sexos, y que soñaba Teófilo Gautier.

Todo esto lo escribo recelosa, porque la Gioconda ha dado mucho que hablar y que discurrir, y es un misterio irritante de puro complicado, en la historia del arte, bajo el Renacimiento. Por haber visto en carne y hueso a esa mujer, diera el dedo meñique más de un curioso. ¡Y quién sabe si era la criatura más vulgar! No hay que fiarse en las expresiones de las caras; a veces sus rasgos sugieren lo que no existe sino en la fantasía exaltada del artista o del esteta.

Lo que parece desprenderse de los datos que se conocen, es que la tal mujer, Monna Lisa Cherardini,

tercera esposa de Francesco Giocondo, fue retratada por Leonardo de Vinci; que el pintor no era ya muy joven, pero sin duda conservaba la facultad de sentir con vehemencia; que tardó cuatro años en copiar el semblante divino; que el retrato de Monna Lisa no quedó en poder de su esposo, sino que Leonardo da Vinci se lo llevó consigo, y no se desprendió de él hasta que se lo pagó a precio, muy alto realmente para la época, Francisco I de Francia, protector del artista; y que, desde el día en que Leonardo empieza a retratar a la Gioconda, todas la figuras de mujer que su pincel traza se parecen a ella, representándolas o de la misma edad o rejuvenecidas. Y, sean copias magistrales o sean repeticiones, y hay que inclinarse a lo último, por las variantes que ofrecen, aparecen retratos de la Gioconda en diversos museos: en Madrid, en Munich, en Florencia--e igualmente en colecciones particulares: en Londres, en Roma, en el Lago de Como. La del Louvre tiene su favor el haberla adquirido Francisco I y no haberse ignorado nunca, desde entonces, dónde se encuentra. Pero no son sólo retratos de la Gioconda lo que hace Vinci: coloca su rostro sobre el cuerpo de los San Juanes, de los Bacos, de los efebos bellísimos. Hay más: bajo una capa de pinturas de muy mala mano, descubre un anticuario de París otro retrato de la Gioconda, pero desnudo: sin la túnica de finos

pliegues, el pudibundo descote y el velete castamente hierático que envuelve armoniosamente su cabeza. Y en Rusia, y en Italia, hállanse retratos de la misma, de busto, desnudos igualmente. Todo ello evidencia la obsesión del pintor, sus sentidos y su mano incesantemente consagrados a aquel tipo, y dan la explicación más clara y natural de este episodio de la biografía del gran Leonardo. Sin duda amó a Monna Lisa, no sabemos de qué modo, quizá con la pura emoción de la belleza soberana.

¿Qué tiene esa mujer, para haber cautivado así no sólo a Leonardo, sino a los modernos, hijos de un siglo nervioso y soñador por excelencia, que ven en la sonrisa de la Gioconda algo inefable, algo superior a lo real?

Yo insisto que no me parece tan extraordinaria como generalmente se cree la Gioconda. Misteriosa, sí; falta saber si por magia del pincel o por mérito propio. Esa íntima sugestión de misterio, de algo recóndito e infinito, no la posee, sin embargo, tan sólo la Gioconda: la encontramos en la mayor parte de las obras de arte sublimes, y especialmente en los retratos. Todo retrato admirable es un esfinge: en un rostro humano se resume lo intenso de la aspiración del hombre, y su doloroso destino, y lo incierto y obscuro de su caminar. Hasta los antiquísimos retratos al

encáustico, como el que se cree de Cleopatra, imperfectamente dibujados, hablan no sé qué lenguaje perturbador.

Para entenderlo, claro es que se necesita una sensibilidad poética y artística algo afinada, y mucha gente pasa ante esas obras maestras murmurando sencillamente, cual los albañiles del Louvre; "Dicen que ése es el mejor cuadro del museo... Vale millones..."

A Vinci le recordamos hoy como pintor, pero sus contemporáneos le tenían más bien por ingeniero, arquitecto y mecánico. Es imposible no asombrarse de aptitudes tan varias, pero el Renacimiento abundó en ejemplares de este tipo, del «varón de muchas almas»; y acaso sea la explicación que, en el Renacimiento, lo científico, lo artístico y lo intelectual no se habían divorciado aún, las artes plásticas no eran «fáciles», ni cosa de inspiración, sino técnica, y regida por la fuerte disciplina de la antigüedad pagana, cuya revelación, desde el siglo XV, cambiaba por completo la faz del mundo. Un pintor era un humanista plástico, un poeta humanista lírico: no se concebía al artista ignorante, inconsciente, que da gusto a la mano; era preciso educarse severamente para ser digno de reproducir la belleza, alma del universo, serena en su gloriosa beatitud, obra de perfección y de naturalismo

sano y pujante. Y un escultor, un Miguel Angel, es un profesor de anatomía, y se apasiona por la estructura de los huesos y la inserción de los tendones...

La relación secreta entre las formas y las líneas de todo lo creado, orgánico e inorgánico, su equivalencia en el juego de las fuerzas de la naturaleza, que así se desenvuelven en el átomo como en el más superior organismo, la perciben y sienten esos artistas del Renacimento, que son a la vez grandes sabios, somo lo fue el precursor Dante, en quien el espíritu del Renacimiento alborea tempranamente. Vinci es el más facetado, el más polimórfico, y llega uno a pensar ¿qué hubiese hecho, concentrándose en un solo punto? ¿Haría algo superior a la Gioconda?

A la vez, y con brío siempre extraordinario, fue dibujante, pintor, escultor, grabador, arquitecto, poeta, músico, escritor, cantor, tratadista de arte, geómetra, mecánico, ingeniero, matemático y sabio profesional. Hoy se le cita mucho, con motivo de que dejó formulado el principio en que se basan los biplanos y monoplanos, el de «más pesado que el aire». No quedó cosa que no emprendiese, y además era maestro en lo que hoy llamamos «sports» en nadar, esgrimir, danzar, luchar.

Salió de la clase más humilde; fue hijo espurio; pero vivió en un país y en una época en que las

personalidades se desenvolvían vigorosamente, al sol de la vida saturada de estética y de acción. En la existencia de Vinci hay períodos de necesidad, de adversidad; no hay melancolía ni aburrimiento, no hay infecciones de decadencia. Por lo demás, Vinci carece de unidad, de línea constante en su esfuerzo; parece arrebatado por el viento de la fantasía caprichosa.

Tan pronto le encontramos en el taller del Varrocchio, [sic] estudiando pintura, aprendiendo el manejo del color, como le vemos embebido en profundizar la hidráulica y la óptica; pero además, en el curso de su magnífica juventud, estudiaba algo que los sabios no siempre estudian: la vida real practicándola. Y téngase en cuenta lo que era desde los Médicis, la vida real de Florencia. Cuando Leonardo cuenta de 25 a 30 años, manda en Florencia Lorenzo el Magnífico, poeta y político hábil, amante del placer y del lujo; el soberano que pudieran soñar los artistas. Es cierto que no protegió mucho a Leonardo, y aunque parezca sorpredente, hay que admitirlo; mas no por eso dejó de ser aquel ambiente pintiparado para que desarrollase su múltiple y riquísima naturaleza. Vasari, que no lo quería muy bien, no ha podido menos de consignar que todo el mundo sufría el asciente, [sic] y se inclinaba ante el prestigio de Vinci, el encanto de su brillante conversación, el atractivo de su liberalidad, la

originalidad de su carácter. Como Goya, lejos de limitarse Vinci a girar en la atmósfera cortesana vivir en los palacios de los magnates, quiso conocerlo todo y frecuentó tabernas y bugíos, mercados y tenduchos, sintiendo y satisfaciendo su curiosidad de la expresión y de la emoción, en las contiendas de los bravos, en los gestos de los beodos y en las últimas horas de los reos de muerte y el espectáculo del suplicio y de la tortura.

Nada abstracto le atraía, y todo lo concreto le interesaba, en lo cual es hombre del Renacimiento también, que primero se apodera de la belleza formal, antes de infundirle el espíritu. Así una expresión de rostro humano, la sonrisa de la Gioconda, (no sus líneas ni el realce de su claroscuro), le han hecho inmortal.

He leído alguna vez, no puedo recordar en dónde, que de las obras maestras de la labor de los hombres más ilustres, se ha perdido más de la tercera parte, y más bien la mitad. Tratándose de Leonardo de Vinci, las dos terceras partes seguramente se han destruido, y la desaparición de la imagen de Monna Lisa viene a cargar la cuenta. La famosa Rodela; infinidad de cuadros y retratos; la célebre Cena; la tan meditada estatua de Sforza; tantos y tantos bustos de Cristo, de la Madona, de niños, de mujeres; tantos carbones,

tantos dibujos, tanto producto de aquella actividad ardiente y desatada que sólo cabe comparar a la de las fuerzas naturales, pero se diferencia de ellas en que lleva el sello se la perfección ideal; todo esto, lo ha de anotar en la lista del déficit el género humano... Quedan de Vinci escritos; pero gran parte de sus manuscritos no se han podido descifrar; tienen clave, fórmulas ocultas y acaso en ellos se guarda el secreto de maravillosas invenciones, o desconocidas o vueltas a hallar después. Todo se puede creer del hombre que, ya lo sabemos, anunció la fase actual de la aeroestación, y también la fuerza propulsora del vapor, al idear el cañón terrible, el architrueno; porque, (he aquí una de las singularidades de Leonardo), fue famoso como ingeniero militar, y en concepto de tal le llamó a su corte, en Milán, Ludovico el Moro. Verdad que el ingeniero militar se presentó a Ludovico tocando la lira, una lira discurrida por él, de plata, que afectaba la forma de un cráneo de caballo, y cuyo sonido era más vibrante, más dulce que el de otro instrumento alguno. Porque Vinci no se conformaba jamás con lo conocido: variaba la traza de todo: limas, tornillos, ruedas, resortes, en todo ponía la marca de su genio, impaciente ante la materia, que hubiese deseado ver dócil, moldeada, como barro de escultor, por su ardorosa voluntad y su sensibilidad

artística a ninguna comparable.

Esa lira por él inventada y que se puso a tocar en su primer entrevista con el Moro, recuerda la cara de la Gioconda, que también tiene una expresión distinta, más honda y más vibrante, que las demás caras. Y por eso la nación francesa, que posee mucho de lo que se conserva de Leonardo, que se enorgullece de conservar tonos de sus manuscritos, se halla inconsolable--y esto la honra--de haber perdido el retrato de Monna Lisa.

Es peor, lo dice un artículo que acabo de leer, perderlo de este modo, que no solamente lo pierde Francia, sino todos los aficionados del mundo. Por fin, si se lo hubiesen llevado a otro museo de otra nación, no por eso dejaría de admirarse, de alegrarnos, de conmovernos. Hoy cabe hasta la angustiosa hipótesis de que lo hayan arrojado al mar o a las llamas; cabe que un maniático de destrucción haya borrado para siempre la luminosa, la extraña sonrisa...

Al hacer ahora examen de conciencia en el Museo del Louvre, se averiguaron cosas muy censurables: descuidos, abandonos, abusos y algunos de ellos, como dijera Cervantes, puercos y extraordinarios, de tal suerte, que ni apuntarlos puede la pluma; faltas de disciplina, un personal insubordinado, todo, en fin, como suele decirse, manga por hombro; de suerte que, a pesar de la importantísima suma que cuesta a Francia el

sostenimiento de los museos, se descubre que en ellos ni se observa el reglamento, ni podían considerarse custodiadas las joyas de arte. Nada; el diablo; sapos y culebras.

Las opiniones acerca de Francia y de su forma de gobierno son, claro está, muy varias, y hay quien pinta a la vecina república sumida en el desorden, la venalidad y el desbarajuste administrativo más absolutos. Los datos que acerca de los museos, o al menos del primer museo parisiense, nos suministra el robo de la Gioconda, pudieran servir de apoyo a esta opinión. Sin duda había negligencia y confusión en los servicios; sin duda no se cumplían las providencias y las prescripciones adoptadas para prevenir un caso tan grave. Sin embargo, fijémonos en una circunstancia: se han exigido responsabilidades: el director de los museos nacionales y muchos altos y bajos empleados se quedaron sin destino: se prescindió de contemplaciones, resueltamente, dando satisfacción a la opinión pública, dolida e indignada por ante el despojo...

Se han exigido responsabilidades...

En España (y ya sabe todo el mundo que yo soy patriota), en España...

En España, se les hubiese dado a esos señores destituidos en Francia la cruz de Alfonso XII, como

compensación al disgusto de ver desaparacer las Lanzas o las Meninas...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

66

CRONICAS DE ESPAÑA*

El poeta y escritor cuyo centenario ha conmemorado estos días la ciudad de Vivero, nació en ella el 15 de septiembre de 1811, y se llamó Nicomedes Pastor Díaz. La fecha de su nacimiento le predestinó a militar en las filas románticas; pero ya la estructura de su alma le predisponía a ello. Su alma era romántica naturalmente, romántica como el género de belleza de Galicia, en el cual hay un elemento muy predominante de nostalgia y ensueño vago, gris y apacible, sin las violencias de contrastes, de luz y sombra de otros paisajes peninsulares.

El padre de Pastor Díaz fue un modesto empleado de correos, que como tantos hijos de mi tierra, tuvo un sin fin de vástagos; diez o doce. El verdadero apellido del poeta era sencillamente Díaz; pero su segundo nombre de pila, Pastor, vino a formar parte de su apellido, y si hoy dijésemos Nicomedes Díaz nadie entendería de quién hablábamos. Estudió primero en el seminario de Lugo, luego en el de Mondoñedo; pasó a la universidad de Santiago de Compostela a cursar leyes, y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 25 noviembre 1911: 8. No recogido.

habiendo sido cerradas por vicisitudes políticas algunas universidades, conluyó sus estudios en la de Alcalá, con lo cual el joven provinciano se acercó a la gente de Madrid, contrayendo amistades íntimas con muchachos que habían de ser, andando el tiempo--y sin que anduviese mucho--celebridades: Donoso Cortés, Espronceda, Larra, Olózaga, Vega, Estébanez Calderón, que hizo famoso el seudónimo de Solitario.

Logró también entonces Pastor Díaz la poderosa protección de aquel grande y fastuoso prelado, del cual nos legó el pintor don Vicente López un retrato que es un portento, no sólo por el vigoroso modelo de rostro y manos, sino por la expresión del espíritu del modelo, espíritu mediceo, cuyo esplendor indican las ricas pieles, la grandiosidad algo mundana y profana que se desprende de toda la figura. Aquel Varela, comisario de Cruzada, fue un Mecenas para muchos talentos que empezaban a despuntar. Quintana también se declaró amigo del recién llegado; pero Quintana era de otra generación: clásico hasta las uñas. Y Pastor Díaz, clásico en forma, tenía el romanticismo desleído en las venas.

Por tan buenas amistades y patronazgos, entró Pastor Díaz en la carrera administrativa, y no tardó en tomar parte en el movimiento político, asaz tempestuoso y agitado de aquel tiempo, en que empezaban a

plantearse los problemas que España no ha resuelto aún, y que turban todavía el reposo que necesita para reconstituirse. En la política, su carrera fue tan brillante como rápida, recorriendo prontamente las etapas, desde lo que entonces se llamaba «jefe político», y que hoy se nombra gobernador civil, hasta ministro, y embajador, y académico, y condecorado con bastantes grandes cruces. Las opiniones están contestes en proclamar que no se valió Pastor Díaz de la política para ganar hacienda, y que murió en la decorosa estrechez de quien se atiene a un sueldo y lo gasta.

Sus opiniones fueron al principio de un moderantismo templado; más tarde se adhirió a la fracción capitaneada por O'Donnell y llamada Unión Liberal, que aportó tan decisivos elementos a la revolución de septiembre y al destronamiento de los Borbones. Pero Pastor Díaz no alcanzó este período: murió en 1863, a los cincuenta y dos años cinco antes de la «Gloriosa», de una hipertrofia al corazón; y ya había estado a punto de muerte en 1855 en Turín, donde era ministro plenipotenciario, y donde le hubiese asistido en sus últimos instantes un jesuita, hermano del fammoso Silvio Pellico (cuyas Prisiones, apócrifas o verdaderas, han hecho correr tantas lágrimas de compasión).

No tenía Pastor Díaz, según parece, la complexión recia que permite resistir el desgaste de una vida consagrada a múltiples tareas y trabajos, y el desaliento que se revela en sus versos, y que no es afectado, la gravedad de cuanto ha salido de pluma, parecen descubrir en el poeta del Landro a uno de esos melancólicos que sienten obscuramente la lesión interna que les impedirá disfrutar de los años maduros, de la vejez serena y fuerte.

Este sentimiento de melancolía perenne se refleja en sus estrofas, las cuales son actualmente lo único que sobrevive de su obra literaria. Lo demás ha perdido casi todo su interés. Cualquiera que sea su mérito, nadie leería hoy el libro sobre Italia, ni la extensa disertación titulada Roma sin el Papa, ni los estudios sobre «Los problemas del Socialismo» ni acaso la Campaña periodística, en la cual, no obstante, encontramos páginas de indudable interes histórico, sinceras y documentadas como trazadas por testigo ocular de los sucesos que refiere. La figura del político se ha esfumado, al borrarse el recuerdo de las agitaciones y luchas en que intervino, y persiste la del romántico poeta y ensoñador, que «murió sin envejecer». Así ha venido a desmentirse, con el tiempo, aquella lamentación de Pastor Díaz escrita a propósito de las poesías de Gertrudis Gómez de Avellaneda:

«¡Poeta! Este nombre tiene que ocultarlo el triste que lo lleva, tiene que rechazarle con desdén el que sin embargo se afanó tantos días y soñó tantas noches sólo por merecerlo. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputación un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha... «Sed poeta, y ocultad cuidadosamente vuestro tedio y vuestro desaliento»...

Y aquí encontramos al romántico exhaltado, repitiendo y amplificando en prosa los célebres desplantes de Zorrilla:

«El poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con fruto, de bendición»...

Esa canción doliente y desesperada la escuchó Pastor Díaz en la nublosa tarde de febrero, en que centenares de jóvenes siguieron en silenciosa procesión el cadáver del suicida Larra al cementerio de la puerta de Fuencarral, y en que, depositado ya el cuerpo en su última morada, como si saliese de aquel sepulcro, un joven, casi un niño, pálido, leyó, desfallecido de emoción, la elegía que pareció a todos revelación de una musa desconocida y sublime. Y el cantor era

Zorrilla, y Pastor Díaz nos ha referido la historia detalladamente. No cabe dudar de la fúnebre fascinación que ejerció Larra sobre el autor de La sirena del norte; y a no ser Pastor Díaz tan creyente, tan católico, con una religiosidad no desmentida nunca, quién sabe si no hubiese en algún momento de su existencia, en una crisis de romanticismo más agudo, buscado lo que el llamó

«Las dulzuras
de apetecida muerte?»

No hay cosa más difícil de discernir cuál es el nombre verdadero que existe en cada cual, entre los tres o cuatro que a veces se reúnen en un solo individuo. La vida interna siempre reviste unidad, y si pudiésemos conocerla del todo, nos parecerían suaves evoluciones lo que desde afuera se nos antoja contraste y hasta contradicción. El político de orden, el diplomático discreto y distinguido, el académico mesurado, el partidario juicioso del orden combinado con la libertad a dosis prudenciales, se nos figura incompatible con el mozo adolescente, descabelladamente romántico, del cual nos ha dejado retratos idealistas el propio Pastor Díaz en los protagonistas de Una cita y De Villahermosa a la China, donde hay algo de

autobiografía. El alma humana gira sobre su eje varias veces, aun en vidas que no son muy largas; pero puede afirmarse que en el fondo Pastor Díaz es siempre el mismo. En él duerme o dormita el instinto de lo que definió así «Poesía de vértigo, de vacilación y de duda; poesía de delirio o de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su curda unísona». Y al referirse a sí propio, agregaba en otro lugar: «Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún; no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora, «solamente por haber nacido». Es la profesión de fe de la poesía romántica, es el mal del siglo sufrido por un individuo más, la queja exhalada para que los otros la escuchen, el sollozo de Alfredo de Musset en las inmortales Noches, sólo que Musset concretaba su dolor y su queja: era la traición de la amada, de la funesta mujer de negros ojos, lo que le arrancaba sus lamentos divinos.

Pastor Díaz aun antes del desegaño, si alguno sufrió, sentía alrededor de sus sienes el zumbido de la «Mariposa negra»; y la ironía y el aristocrático desdén de Musset no fueron cuerdas de su lira.

Si se hiciese una Antología de las cien mejores y más típicas composiciones poéticas del romanticismo español, no habría que vacilar en incluir entre esa selecta cosecha alguna de las de Pastor Díaz: «Mi inspiración», «La mariposa negra», «La sirena del norte». En todas ellas se reconoce estrecha relación entre la naturaleza y el individuo. Breves pero expresivos rasgos de descripción sitúan a estos poemas en Galicia, en la costa donde se alza el «peñón de la cántabra ribera», y donde se estrellan las olas y resuena el ronco tumbo del mar sobre la playa... No había sido Galicia descrita aún con esa fuerza de sugestión y de pintoresca observación que se ha desplegado luego, y sin embargo, el sentimiento de Pastor Díaz en esas composiciones es tan gallego, tan embebido de la «saudade» peculiar de la región que yo creo que, ignorando dónde Pastor Díaz fuese nacido, lo pudiera adivinar a la lectura.

La predisposición que existe, verbigracia, en el suelo, en el cielo, en todo lo que pertenece a la región andaluza, al clasicismo, se advierte en Galicia, en Asturias, en parte de Portugal, hacia lo romántico.

La música, el paisaje, algo de dolorido y fantástico que palpita en las leyendas y tradiciones; la misma historia literaria, que registra en sus anales a los trovadores como Macías y Rodríguez del Padrón, de ultrarromántica biografía; el tesoro de los romances populares, que ahora está saliendo a la luz, la misma aspereza primitiva y la situación topográfica, que ha mantenido a Galicia envuelta en velos, fuera del alcance de los invasores; el alma de la gente, que se diría flotante en una niebla cenizosa, densa y recatadora de las duras luces y las claras perspectivas de las regiones del sol... todo hizo de Galicia excelente terreno de aclimatación romántica. El romanticismo en su literatura, no se ha extinguido; persevera, y son muestra, entre otras, de esta perseverancia, las narraciones, tan neo-románticas de Valle Inclán. Antes o después que Larra, aquí hubo no escasa cosecha de poetas suicidas, Aguirre Galarraga, Vesteiro Torres; enfermos de consabido mal de «René», inaptos para soportar la existencia, sus prosas, sus imposiciones. Yo no he cesado de encontrar ejemplares románticos, en hombres y mujeres, en esta región cuya belleza universalmente se proclama y admira hoy, limpio ya el tizne que en otro tiempo echaron sobre ella plumas malignas o impresionadas por las dificultades y privaciones que todavía soporta actualmente el viajero.

Las famosas décimas de don Luis de Góngora no tienen otro origen: vino a Galicia a hacer unas informaciones, y fueron con él aquellos hospedajes desacomodados, que definió así:

«¡Oh posadas de madera,
arcas de Noé, adonde
si llamo al huésped, responde
un buey, y sale una fiera!»

con lo demás consabido es que tan mal parados salen los gallegos, las gallegas, y hasta los nogales, y los castaños, y los ríos y los montes. Desde el tiempo del autor de «Polifemo», ¡qué cambio! Galicia es lo más ensalzado de España. No hay palabras con que encarecer la hermosura de sus rías, sus valles, su vegetación fresca y frondosa, sus celajes delicadamente matizados, y la benignidad de un clima en que rara vez se siente calor ni frío excesivo.

Pastor Díaz como he dicho, tenía el sello de la tierra madre: en sus versos, lo más espontáneo suyo, hay lo que había en su habla, un dejo, una cadencia gallega; consta por la anécdota del banquete a que asistió con Pacheco, y en que éste, que tan amigo fue del poeta después, al oírle brindar, le dijo algo burlón: «Galicia est tibi; locuela tua manifestum te fecit...»

Y Pastor Díaz habla de Galicia con cariño inmenso; la añoraba como pudiera añorarla un desdichado emigrante, al otro lado del Atlántico; pedía que, cuando ya no fuese de este mundo, le llevasen a «los vergeles de su Landro» para que la tumba se habriese donde había rodado la cuna. Antes de que se hubiese oído nombrar la palabra «regionalismo» Pastor Díaz con el corazón la presentía, despojada de todo sentido político, pero hondamente radicada en ese fondo sentimental que no desaparece nunca, que se revela cuando menos lo esperamos. Elevado adonde nunca pudo soñar, en la cima de los honores y de los puestos importantes, en una edad en que tanto le reservaba aún el porvenir, Pastor Díaz concretaba el sueño de su ventura en revivir la vida de la adolescencia obscura y triste, en la tierra natal. Y acaso en esto se encierra una elocuente lección, de la infinita vanidad de lo terrestre. Andar tanto, subir tanto, para echar de menos el punto de partida. ¿Para qué se camina entonces? Y nos sentimos fatalistas, como esas razas que no se mueven, porque presienten la palabra del enigma, lo nulo del esfuerzo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

67

LA NACION

CRONICAS DE EUROPA

EL CENTENARIO DE TEOFILO GAUTIER*

MADRID, noviembre de 1911.

Sin que en el resto del mundo haya tenido resonancia el suceso, acaba de celebrarse en Francia el centenario de Teófilo Gautier.

Gautier es de mis predilectos, entre los de su generación. Me gusta como poeta, me interesa (sin convencerme tanto) como novelista, y en cuanto a su teoría del arte, muchas veces creo que está en lo cierto, más allá del romanticismo y del realismo. Todo lo que brota de su pluma me deleita, y saboreo esas crónicas que él escribía de tan mala gana, galeoto de la literatura, pero que no revelan el esfuerzo ni la fatiga, sino parecen nacidas y trazadas de una vez. No era sin embargo Gautier un escritor fluido, al contrario, y, como Nisard, y por otras razones que

* Publicado en La Nación (Buenos, Aires, diario) martes 28 noviembre 1911: 7. No recogido.

Nisard, detestaba la facilidad en literatura; pero lo perfecto siempre parece natural, y en la prosa de Gautier no hay reproche.

Teófilo Gautier nació en Tarbes, en 1811, y contaba cincuenta y nueve años cuando el ejército del rey Guillermo, realizando los planes de Bismark, vino a cercar las murallas, es decir el recinto fortificado de París, donde Gautier, como otros muchos escritores y artistas, quiso permanecer, para presenciar y narrar el sitio. Es decir que la existencia de Gautier abarca dos períodos señaladísimos y opuestos de la historia de su patria; nació antes de que se eclipsase la gloria imperial; un año antes de que Francia, como dijo Stendhal, presentase su dimisión; y murió poco después de que se consumase el desastre que debía privarla, tal vez para siempre, de la hegemonía que ejerció entre las naciones civilizadas.

Sin duda la crítica ha sido injusta con Teófilo Gautier. La injusticia reviste proporciones enormes, al comparar su suerte con la que corrieron otros escritores de su misma promoción, románticos como él lo fue al principio. Se ha atribuido esta injusticia a varias causas: la aparente negligencia, el carácter como de improvisación de sus escritos; la misma extensión y variedad de su labor, que ha desorientado; su alejamiento de la política, su falta de pretensiones

filosóficas, y también la sinceridad de su pesimismo e indiferencia por la vida, que le hacía ajeno al celo en erigir su propia estatua, y que tanto demostró Victor Hugo.

De todas estas explicaciones, sin duda la más convincente es la de que Gautier estuvo distanciado de la política; porque no cabe duda, la política contribuyó en grado increíble a la fama de Chateaubriand, de Lamartine, de Hugo, y hasta hizo mucho en pro de George Sand, si tomamos la palabra política en el sentido de afiliación a doctrinas sociales y propaganda más o menos activas de ellas. Ahora bien: Teófilo Gautier era un artista puro, no sé si desdeñaba la política; de fijo que no la cultivaba.

Pero tampoco la cultivó Alfredo de Musset, y, sin embargo, su nombre fue muy pronto popular y sus versos se aprendieron de memoria, mientras de Gautier pudo decirse, y sostuvo con mucho ingenio Baudelaire, que es un gran poeta desconocido.

Desconocido enteramente... acaso no; sin embargo, conozco poca gente que haya leído versos de Gautier, aun en su misma tierra, y de fijo no será nunca, por mucho que las generaciones nuevas revisen el juicio que de Gautier formaron sus contemporáneos, a hacerse todo a todos, como un Musset o un Béranger. ¡Ni él quisiera! Su desdén de los juicios y preferencias del vulgo, su

aristocrático paganismo, le hubiesen impulsado a desconfiar de su musa, si la viese aclamada por las muchedumbres.

La fórmula poética de Gautier, en la cual consiste su originalidad, es emplear en la rima los mismos procedimientos que emplean los grabadores de piedras preciosas, los orífices y cinceladores, por lo cual la colección de sus poemas, la más característica, se titula con gran propiedad Esmaltes y camafeos. El consejo a los poetas, o mejor dicho el programa que a sí mismo se traza Gautier, es de trabajo intenso y minucioso, como el de aquellos camafeístas griegos, que en reducidísimo espacio legaban a la posteridad el perfil de Apolo.

«Lime, sculpte, ciséle;
que ton rêve flottant
se scelle
dans le bloc résistant.»

Entendía Gautier que sin labor tenaz, sin esfuerzo que concentre todas las facultades, no hay obra de arte, porque el arte debe buscar ante todo la perfección, y sería innoble no dirigirse hacia ese ideal.

Gautier al pronto creía tener vocación para la pintura. La amistad con literatos del Cenáculo, el

prestigio naciente y ya ruidoso de Victor Hugo, lo lanzaron a la literatura, en la cual siguió pintando, y esculpiendo, y repujando, y extendiendo capas de esmalte; porque sus descripciones, sus críticas, son plásticas, y la plástica fue el sello de su literatura, por lo cual proceden de él numerosos coloristas y los que, como por ejemplo Heredia, transponen a la poesía los procedimientos de las artes.

La fecha decisiva para Gautier es la noche del estreno de Hernani. Empeñada la lucha entre los clásicos y los románticos, el campo de batalla iba a ser el teatro. Aquella juventud de nervios vibrantes, nacida cuando Francia realizaba el dominio del mundo, cual otra Roma, por la guerra y la conquista, se había encontrado cumpliendo veinte años en medio de la paz y el sosiego de la Restauración, y la sangre les hervía en las venas. Era tarde para pasearse a través de Europa realizando una epopeya; era temprano para revolución en las calles, aunque este momento se acercaba. Mientras tanto, el motín romántico era un desahogo, una válvula para la fermentación de mocedad. Estaba decretado que los clásicos tenían que ser viejos y los románticos jóvenes; que los clásicos eran calvos como melones, o gastaban peluca, mientras los románticos lucían melenas largas y rizosas; que los clásicos merecían la horca, y que en espera de la

horca, no estaría de más apalearlos. Y, anunciando el estreno de Hernani como un acontecimiento, y suponiendo que los clásicos irían a silbar, provistos de llaves, lo cual era la verdad pura, los románticos de todo pelaje, saliendo de las redacciones de los diarios, de los talleres de pintores y escultores, de los círculos y rincones de bohemia, de las bohardillas, capitaneados por los elementos del famoso Cenáculo, y llevando por santo y seña la palabra española «Hierro», muy en armonía, por su sombrío eco castellano, con todo el castellanismo, tan conocido, de la obra nueva, ocuparon su lugar en el teatro, dando desde el primer momento con su actitud señales de estar dispuestos a armar la de Dios es Cristo. Entre las huestes de románticos, en primer término, se destacaba Gautier; y se destacaba necesariamente porque lucía un pantalón verde mar y un chaleco escarlata. Con pena lo escribía él mismo, muchos años después; se olvidarán sus versos, se olvidará su prosa, se olvidarán sesenta volúmenes, pero nunca se olvidará el infernal chaleco; siempre dirán las gentes: «¡Ah, sí! ¡Teófilo Gautier! ¡El que se presentó con chaleco encarnado la noche del estreno de Hernani!

Y, sin embargo, este prosélito ferviente hasta el frenesí, que consagró a Victor Hugo un culto no desmentido, y nunca abandonó la actitud del discípulo

postrado ante el maestro, fue quien desorganizó el romanticismo, quien más contribuyó a su rápida caída; y todo ello puede decirse sin querer, pues Gautier no era hombre que aspirase al puesto de jefe de escuela; por medio solamente de dos o tres ideas, que le sugería la propia experiencia, y cuya fuerza y vigor tal vez ni aún sospechaba, al menos en sus efectos inmediatos.

No ha faltado quien negase a Gautier hasta la sombra de una idea. Un protestante, pedante con la pedantería especial de los puritanos, Schérer el crítico, sentó la tesis, y la tesis cundió. Es cierto que Gautier no profesaba ni defendía ideas religiosas ni políticas; pero en cuanto a ideas estéticas, las tuvo y las sostuvo, y fueron además tan influyentes, que formaron escuelas enteras, como la parnasiana, grandes escritores y poetas, como Baudelaire, los Goncourt, Heredia, Leconte de I'sle, y que, entre el romanticismo vencido y el naturalismo pujante, constituyeron una doctrina más libre, más alta, más conforme a la idea de la hermosura y del arte, tal cual la profesó la antigüedad, tal cual se practicó bajo el Renacimiento, tal cual quizá la practiquen ya siempre los que en nuestra época tristemente utilitaria no se avienen a que el arte sea siervo de la ética, ni aun de la ciencia. El arte tiene su ética propia, en el resplandor de su hermosura; y tiene su ciencia, la

técnica, la perfección de su labor, lo que hace que un bronce de Donatello, una bandeja de Cellini nos asombren.

Es extraño que se nieguen las ideas de Gautier, cuando cabalmente parece ahora que será lo quede en pie de su obra. Arruinada la escuela naturalista; rápidamente disueltas otras fragmentarias que siguieron, como la psicológica, dijérase que, en medio de la anarquía, de la serie de personalidades sin lazo común, la teoría del arte por el arte está llamada a ejercer mayor influjo al divorciarse los ideales de la belleza de los colectivos, dominados por la preocupación económica. Cada vez, ello es muy cierto, el literato se aísla más; a cada paso su estrecho círculo se reduce; y, en la imposibilidad de escribir, como pretendía Lamartine, «para el pueblo y por el pueblo» se vuelve, involuntariamente, hacia la forma impecable que el arte supo realizar desde su aparición, ya en las cavernas prehistóricas, donde el diseño de algunos animales es tan genial, como puede ser un cuadro de Velázquez o una estatua de Rodin. Lo demás pasa; las agitaciones políticas duran un día; las sociedades se renuevan; lo que ayer parecía admirable es objeto de desdén mañana; pero Homero, Valmiki,[1] Safo

[1] Poeta indio del siglo quinto antes de Jesucristo; escribió el poema épico Ramayana.

Horacio, Fidias, Escopas, Leonardo de Vinci...
persisten y los versos, según frase del mismo Gautier:

«demeurent
plus forts que les airains».

Era esta convicción la que le llevaba a defender calurosamente en plena insurrección romántica, anticlásica, la belleza griega y la que le guió para comprender lo que había de exagerado y de efímero en el romanticismo. Fue el primero en satirizar la hugolatría y los amaneramientos del Cenáculo, en Les jeunes français, y su ironía reaparece en Mademoiselle de Maupin, sobre todo en el prólogo, en que se tomaría por humorístico desplante de muchacho, pero en medio de su endiablada acometividad mofadora, es un programa estético. La indignación contra la fealdad y contra la tiranía de la utilidad, disfrazado bajo máscara de moral, es lo que hierve en la divertidísima diatriba en la cual entre paradojas y desvergüenzas, queda establecido nada menos que el criterio fijo del arte. El arte es la belleza. Si no la realiza, será moral, será ciencia, será entretenimmiento, será lo que se quiera: arte, no.

Por cierto que es el contraste más vivo leer primero el prólogo de Mademoiselle de Maupin y en

seguida los Cuadros del sitio de París, escritos treinta y cinco años más tarde. Como es sabido, cuando los prusianos invadieron a Francia, cundió la idea de que se reproducía en los tiempos actuales la irrupción de las tribus germanas, de los bárbaros en fin, al través del imperio romano y contra Roma corrompida y debilitada por los excesos y los vicios. La invasión, la capitulación de Metz, la tragedia de Sedán, el bombardeo de París la locura incendiaria de la Commune, parecían algo providencial, el castigo de las ciudades de Pentápolis, una catástrofe vengadora de las que el conde de Maistre había profetizado. Y aquí Gautier, que en el célebre prólogo (quizá lo que hizo más ruido de cuanto escribió) lanzaba la apoteosis de la inmoralidad consagró en los Cuadros de sitio muchas y persuasivas páginas a defender a París de la imputación de la nueva Babilonia, a mostrar lo que es realmente París, más alardeador y fanfarrón de vicio que realmente vicioso, y, en medio de lo que puede haber de censurable en aspectos de la vida parisiense: refinado, nada brutal, ateniense en el desorden. París, en aquel momento, velaba, trabajaba, ayunaba, se defendía, con los teatros cerrados y el escenario de la ópera convertido en depósito de víveres y material farmacéutico. El enemigo acampaba en sus puertas. Y causa placer, no se puede remediar, que el escritor de

la impasibilidad marmórea, el teórico de la serenidad pagana, demuestre que su corazón ha latido al compás del dolor de su patria desangrada, pisoteada y vencida. Hay momentos en que no cabe sustraerse al sentimiento colectivo. Verdad es, diría Gautier para explicar esta aparente contradicción, que también los griegos, los maestros de la hermosura, sentían honda y enérgicamente ese amor de la patria, el más viril, el más fecundo de todos los amores.

Fue pues... Gautier un maestro en estética precursor de direcciones que todavía no han agotado su contenido, y fue además el verdadero padre de una obra que hizo universalmente célebre a su autor; me refiero a Cyrano de Bergerac. Compárese esa comedia dramática con las restantes de Rostand, con el prolijo y rebuscado Chanteclair, verbigracia, y se verá la diferencia que va de encontrarse la labor hecha a apoyarse en un tema afortunado, de elementos a la vez humanos y nacionales, a devanar conceptuosas vaciedades sin argumento ni interés. Gautier con tal motivo, bien pudiere repetir el conocido «sic vos non vobis...» Porque El capitán Fracasa no le valió a Gautier ni la estrepitosa nombradía ni los suculentos trimestres que a Rostand su Cyrano, el cual no es ni más ni menos que Fracasa, así en la nota heroica como en la cómica, extravagante, declinando hacia el figurón y hacia lo grotesco.

Sin ambición, sin «pose», a pesar de los recuerdos del chaleco rojo y de los sayos flojos en que se envolvía, y del sillón morisco o turco en que se sentaba para escribir, y de los doce gatos que lo rodeaban, y del «hatchís» que le dio por fumar; aparentemente confitado en pereza y realmente consagrado al trabajo constante y asiduo, Teófilo Gautier nunca fue de los triunfadores que arrollan y violentan a la fama; pero acaso la posteridad sea con él menos severa que con algunos de sus ilustres contemporáneos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

68

LA NACION

CRONICA DE EUROPA*

(Para LA NACION)

Si nos preguntan lo que más preocupa a nuestros contemporáneos, responderemos que es la salud. De la salud ha llegado a hacerse una Diosa, y esta Diosa no tiene ateos.

¡Es tanto lo que han adelantado la medicina y la higiene! Como que no nos dejan resollar; regulan nuestros actos, nuestros quehaceres, nuestra vida íntima, en sus detalles menores. Cervantes, cuyo genio presintió tantas cosas del porvenir, anunció ésta, en las donosas escenas de la Barataria, entre Sancho y el delicioso doctor Pedro Recio de Tirteafuera. La edad nueva, positiva, la edad de Sancho Panza, que se mofa del buen caballero soñador, se somete a la férula de los higienistas. Y así purga sus culpas todas.

¿Se ha prolongado sensiblemente la vida humana? ¿Se vive mejor el tiempo que se vive? Puntos dis-

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 diciembre 1911: 6. No recogido.

cutibles, cuando menos. Es una triste verdad que morimos de lo que vivimos, y el alimento que sostiene la llama de nuestro existir, prepara también el fatal momento en que ha de apagarse. Con un cuidado minucioso, una sobriedad de cartujo o de camello, estando siempre pendiente de lo que se traga y de como se masca, y de cuanto se bebe, acaso se logre retrasar un poco el inevitable plazo de pagar la deuda universal. La ciencia que ha conseguido bastante y se encuentra en camino de realizar conquistas mayores (esto no hay que negarlo) nos enseña a resistir un poco a las influencias nocivas que, a la postre, tienen segura la victoria. Pero, de estas incesantes excitaciones de la ciencia, procede la inquietud general. Físicamente algo habremos ganado; moralmente, somos más infelices; ha crecido nuestra angustia. Como observó perfectamente Tolstoi, recelamos dar un movimiento, disfrutar un goce, tomarnos una libertad, que nos dañe a la salud.

Nunca se vieron, a la hora de comer, tantos tatarretes y frasquillos en las mesas, ni tantas cajitas de cartón o de hojalata: comprimidos, granulados, sellitos cápsulas, tabletinas, perlas, polvo de esto y de aquello, sin hablar de los líquidos: vino de tal, licor de cual, solución de acá y gotas de acullá... Creo ser de las personas que menos uso han

hecho de jabones y potingues, y sin embargo, a fuer de artrítica no me falta, ante el plato, mi levadura de cerveza, que me doy prisa a absorber, mandando inmediatamente al criado:

--Quíteme de delante esa porquería.

Y me apresuro a añadir (no parezca reclamo farmacéutico lo escrito), que mi levadura procede de la fábrica de cerveza más inmediata... La mucha química no me convence.

Ello es que acaso no quede ya en el mundo--tal vez allá en el Africa central, algún reyezuelo con guardia de amazonas o algún cazador de avestruces--quien coma de todo, por su orden, lo mismo carnes que pescados, igual hortalizas que leguminosas, aves que mariscos, pasteles que sopas de caldo. A todos les ha de estar vedado algo o mucho de lo que constituye la alimentación humana. Mientras destilan los manjares de una comida sabrosa, veréis a dos o tres de los comensales, que ante un plato apetitoso, tuercen el gesto y hacen un mohín de melancolía. Se les interroga y contestan suspirantes:

--Imposible... Mi hígado... Mi riñon... Mi reuma... Mi dilatación de estómago...

El uno tiene que mantenerse de purés; el otro, de extractos sanguinolentos; y no sé si alguno se mantiene de bolitas, como los pavos en la ceba. Pedro Recio

alza su varilla, y pronuncia su «¡absit!» y boca abajo todo el mundo.

Antaño uno de los argumentos de los librepensadores al estilo de Mr. Homais era declamar contra los ayunos y las abstinencias de la iglesia; burlarse de las vigilias y comer de carne en Jueves Santo. Hoy, que la iglesia ha abrogado la mayor parte de tales preceptos, los médicos los han puesto en vigor, recargando. Y nadie comete transgresiones. ¡Se trata de defender aquella «gueuille» que tanto estimaba el personaje de Molière!

Actualmente, los viajes no son ni de instrucción ni de recreo, sino solamente de salud. Se peregrina por lueñes tierras, buscando la fuente milagrosa, de donde mana el agua salutífera. Es (en forma moderna) la idea de la Edad Media, que lanzó tantas multitudes por la ruta de Compostela y de Jerusalén. La salud--del alma, del cuerpo, de ambas cosas a la vez--estaba en uno de esos países remotos, donde se guarda el secreto de los filtros, brujerías y encantamientos, los bálsamos de Fiebrás y los amuletos que hacen prodigios. ¡Pobre humanidad, y cuán poco varía, y cuánto ha menester consuelo y esperanza!

Por una especie de efecto de óptica invertido, todo lo ajeno parece agrandarse, y lo que tenemos cerca, alrededor, achicarse hasta la insignificancia.

La preciosa flor de la salud, hay que ir a cortarla en montes escarpados, a cientos de leguas de nuestro domicilio, después de pasar trabajos y correr aventuras, gastando el oro y sufriendo privación. Lo que mucho vale, mucho cuesta. Y se espera, al gemir, los alifafes y achaques del invierno, la llegada de la estación riente, para hacer la maleta, cambiar dinero español por dinero extranjero, y correr hacia el balneario perdido allá en las espesuras del los bosques austriacos, o en los valles de Alemania, donde un doctor, después de reconoceros, os mandará absorber tantos vasos por la mañana y tantos por la tarde, ni más ni menos que os había ordenado el médico de vuestra calle, cuando hicisteis la previa consulta...

Y, como en esto de la salud entra tanto la moda, los balnearios ya han estado más en favor. En el curso de mi vida, he alcanzado tres épocas: la de los baños de mar, a todo trance, la de las aguas minerales a toda vela, y ahora la de los sanatorios, con las curas de altitud y los sistemas de alimentación, «for ever».

Los sanatorios, por lo regular, no están ahí a la vuelta de la esquina. La moda prescribe el sanatorio suizo o alemán; especialmente el suizo.

Suiza es un país realmente notable, por la cachaza de sus moradores y el arte con que sacan partido de las condiciones naturales. Con otros hombres, la región

sería un desierto de nieve, esmaltado de pinos negruscos. Como Holanda, siempre amenazada por el mar, y que sólo por un milagro de energía humana es de las comarcas más fértiles y ricas de Europa, Suiza ha sabido explorar lo mismo que pudo ser su ruina, dedicándose a venderlo todo, desde su famoso «Mar de hielo», cuyo cristal detalla en témpanos y por vagones remite a los restaurantes de París, hasta las florecillas de sus ventisqueros, y las candorosas tonadas de sus vaqueros, que resuenan allá en el fondo de un valle donde sólo creyérais encontrar a Linda de Chamonix, y os depara Dios un hotel muy confortable, con álbumes y chicas inglesas amigas de flirtear. La paradoja de Daudet en Tartarín en los Alpes, la Suiza completamente falsificada en que son «trucs» o maquinaria escénica, los glaciares, los precipios, las avalanchas de gamuzas los «edelveiss» y demás retoques del color local, tienen unas miajas de verdad y por supuesto arrobos de gracia. Esa naturaleza salvaje ha sido adobada, pulida, domesticada, adornada, divinamente puesta en escena por el hombre, que de una tierra infértil, resto de las épocas en que Europa atravesó el período glaciario, hizo la Meca del turismo, y está haciendo ahora la Meca de la salud. Con la misma constancia tozuda que consagraron a instalar los hoteles, instalan sanatorios. Las grandes

altitudes, las mesetas donde el aire es tan puro que no flota en él corpúsculo alguno de polvo, ningún gérmen funesto, se van cubriendo de sanatorios. Así estos hábiles suizos han sabido husmear, ventear, seguir la pista a las manías de su tiempo. Ayer, la poesía romántica de los picos inaccesibles, de los lagos cantados por Byron; hoy, la sugestión científica de las curas, de los complicados tratamientos, de los milagros que devuelven a su familia, (en vez de la figurilla de cera), la niña de faz rosada, ojos alegres y respiración amplia...

Por lo menos, así dicen que sucede. Yo conocí un enfermo que fue a Suiza años seguidos, a uno de esos sanatorios de altura. Su mujer, con abnegación, le acompañaba. Pasábanse allí el invierno, entre tísicos y convalecientes, envuelto el paciente en mantas, metido en un gabán peludo, erizado, con guantes forrados y sin dedos, como en el Polo, y sentado en una galería abierta completamente al aire de las nevadas montañas que, en anfiteatro cercaban la meseta... Allí había de permanecer mañana y tarde, sin más oficio que el de respirar, sin tracción alguna, con la eterna pespectiva de los ingentes picachos frente a sus ojos, que protegían contra la oftalmía gafas azules, verdes o amarillas, alternando para dar un poco de variedad a la monótona contemplación y un poco de reposo al órgano

fatigado. Y así un día y otro, meses, y meses, para regresar en primavera, con dos o tres kilos de peso ganados...

¡Esos kilos! Serían de oro, y no se estimarían más...

Pero al cabo la naturaleza venció, y hubo un invierno en que ni ya ni el viaje a Suiza fue permitido porque no hubiese hecho sino acelerar la muerte...

Estos son los sanatorios de altitud, melancólicos y austeros como conventos; hay sin embargo, en Suiza otros más agradables, a los cuales concurre gente que no padece de nada, al menos en apariencia; en ellos se hace vida elegante, ultra chic, con patinaje, deslizaje, juegos de actividad muscular, baile, piano, comida suculenta. Porque ya no sé cómo se la componen esos admirables suizos, en un país que al parecer no tiene recursos, para servir tales minutas, en el hotel más modesto. No es la complicación y la coquetería gastronómica francesa; es algo más sano, más sólido. ¡Y los desyunos! Un poema. ¡Que té con manteca y miel! La manteca ha llegado en Suiza a la pefección.

El aspecto más nuevo del industrialismo suizo, (lo que no censuro; lo que hago es envidiarlo, y llorar que no sepamos en España ingeniarnos así), es el de los sanatorios quirúrgicos. No se creería la cantidad de españoles, que europeizándose de una vez, toman el tole

hacia Suiza, para entregarse al bisturí o para seguir «un sistema» que les quite tal molestia o cual predisposición.

No he de presentarme como superior a las ideas generales. Al oír tantos elogios de los sanatorios suizos, especialmente los de Berna, los di por muy superiores a los de España, si no a los de muchas partes. Ver que de una ciudad de provincia en Galicia, como quien dice en finisterre, acuden todos los años docenas de enfermos a Berna, me persuadía. Sin embargo alguna sorpresa reserva siempre la realidad, vista de cerca, con microscopio. Y yo he venido a averiguar, a fuerza de preguntas, que no es oro todo lo que reluce, ni aun en Suiza.

Lo que atrae y seguirá atrayendo infinitos clientes a los doctores helvéticos, es que cobran muy barato; sí, esa gente hábil y sensata, ha tenido la discreción de abaratar, de reducir una operación y un hospedaje a precios modestos, por ejemplo mil francos, «tout compris». Con el atractivo de la economía y el fino gusto de decir que se ha estado en Suiza, se ha visto esa tierra, esos lagos, esas nieves, esas relojerías, esas tiendas de objetitos esculpidos por los pastores a punta de cuchillo, ya no tienen los médicos de Berna manos para trabajar, ni los hoteles habitaciones donde alojar a los enfermos que no necesitan residir en los sanatorios precisamente.

Hay una señora inglesa, una lady, de esas que han han recorrido las cinco partes de la tierra, que suele decir que, cuando Lloyd George les quite sus rentas y bienes piensa venirse al encantado pueblecillo de la ría de la Arosa, Villagarcía, porque es le sitio donde encontró la fonda más barata; y, para demostrarlo enseña la cuenta que aún conserva: cuatro pesetas por cenar y dormir y desayunarse al día siguiente. Pero (pudiera objetársele a la nombrada lady), en ese mismo pueblecito me han cobrado a mí un duro por portear un baúl desde la estación a la fonda, dos paso, mientras en Madrid, por cualquier trayecto desde la estación, el porte de un baúl mediano se cobra una peseta. España es a la vez el país más barato y más caro de Europa, y tan pronto el turista sonríe de lo módico del precio, como se enfurece del saqueo descarado. No existe proporción entre los servicios y las retribuciones. No hay, para hablar más exactamente, costumbre de ver viajeros.

En Suiza también esto se lo han olfateado, y tratado de quitarles a las bolsas el temblor. Para competir con las grandes clínicas francesas y alemanas, ponerse en el pie de la modestia. Y el cálculo les ha salido justo.

Los peregrinos llegan a la Meca. Ante todo, van a ver al santón... el doctor. Son recibidos, no sin gran

misterio: se les señala un día, una hora, minutos. Que sean puntuales, porque su turno pasaría, y no volvería hasta sabe Dios cuándo. La consulta es amable, afectuosa, seria, pero rápida. No se escuchan historias ni lamentaciones; no se admiten--cortésmente--objeciones. Se diagnostica. Se prescribe el método. El enfermo comerá de tal cosa y no de tal otra; a tal hora; de tal modo; y, sobre cada comida, se estará diez, quince, minutos echado boca abajo en el sofá, sin moverse. Si desea que el doctor vigile la cura, inmediatamente irá el enfermo a tomar una habitación en el hotel X, que es donde únicamente puede el doctor visitarle. Allí funciona. Hay día en que, sin salir de ese hotel mismo, se está visitando, desde la siete de la mañana hasta las doce de la noche. En el hotel desayuna, almuerza, come, se lava y se muda. El problema del coche, no existe, y los enfermos están así, bajo la mano.

En cuanto a los que por la índole de su padecimiento, por tener que sufrir operación, se internan en el sanatorio, las prescripciones son más minuciosas; y el sano que acompaña al enfermo, también ha de someterse a ellas. Su plato de macarrones será igual, porque, según parece, los macarrones representan un papel principalísimo en la moderna medicina. Corre, humorísticamente, la voz, de que entre los dos doctores

de más fama de la ciudad suiza, existe grave disidencia: uno manda los macarrones con la manteca por encima, y otro con la manteca por debajo.

Naturalmente yo suponía, a los sanatorios suizos, tan concurridos, tan famosos, igualmente por lo menos en aseo y rigor de desinfección al del doctor Madrazo, en Santander--cito éste, porque lo he visitado, y desde hace bastantes años era un modelo, un asombro de pulcritud.--Grande ha sido mi sorpresa al oír decir, a enfermos o mejor dicho a sanos ya, que vuelven de Suiza, que allí sanatorios con cortinas de terciopelo, asientos de lo mismo, papel pintado en las paredes, lavabos muy chicos y alfombras raídas. ¡Que dirá el doctor Madrazo, el que vive en la obsesión del microbio y del germen, que tienen en las alfombras uno de sus mejores campos de cultura!

No podemos menos de experimentar alguna satisfacción, pequeña, censurable, lo que ustedes gusten, al comprobar que las famosa habas en todas partes se cuecen... Seamos inflexibles y tercos en reprender los defectos de nuestra casa; pero no creamos, sin examen, que Santa María la de más lejos, es la mejor. Y, sobre todo, no vayamos a suponer que las alfombras y cortinas, tan responsables, del sanatorio helvético, autorizan nuestros felpudos y nuestras esteras de cañamo. Ya que estamos en la era

de la exaltación de la higiene, sigamos la corriente: iremos ganando mucho con ello. Se han dado, en tal materia, pasos de gigante. Los balnearios de España progresan, sus hoteles son magníficos (véase el de Mondariz), y sus sanatorios adelantan. En sus clínicas se trabaja como en la que más en el extranjero. Y yo espero mucho del marqués de la Vega Inclán y sus trabajos oficiales en favor del turismo. Nos desperezamos...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

69

CRONICAS DE EUROPA

BRUNETIERE*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1911.

La actualidad ha venido ha buscar en su tumba a aquel menospreciador de actualidades y modernismos, tan moderno sin embargo en su pensamiento avanzadísimo, que se llamó Fernando Brunetière. Se ha inagurado en el cementerio Montparnasse su busto, y con tal motivo publícase su retrato y le dedican sendos artículos los periódicos franceses.

Cinco años hace que murió el que, después de Saint Beuve y Taine, y por encima de Anatole France y Julio Lemaitre, fue el primer crítico doctrinal de Francia. Debido a su carácter, enemigo del reclamo y sobre todo de la «pose», actitud favorita de tantos literatos compatriotas suyos, Brunetière tiene menos fama de la que merece, y no es un busto en el cementerio sino un monumento en un «square», lo que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 10 diciembre 1911: 6. No recogido.

debiera habérsele erigido ya. Y ha de llegar ese día, según vayan dándose cuenta de que su lugar no lo ha ocupado, por ahora, nadie, y la originalidad del pensador y del escritor se afirman cada vez más, en medio de la esterilidad de que no sólo las mujeres, sinó también las letras van padeciendo en Francia.

Fernando Brunetière cayó en plena madurez de su talento, y en plena actividad de su intensa labor, a los cincuenta y ocho años. Minaba su organismo un padecimiento insidioso, graduado como consunción lenta, y localizado en pulmones y laringe. Desde que conocí personalmente a Brunetière en París, donde fui invitada por la Sociedad de conferencias, hasta que en 1903 volví a verle en Madrid, llamado él a su vez para conferenciar, el decaimiento de su salud se había acentuado de tal modo, que al estrecharle por última vez la mano, seca y ardorosa, experimenté esa impresión peculiar, tan abrumadora, de la despedida eterna. No entraba en los principios de Brunetière el lamentarse, y a sus achaques les quitaba importancia. «Romadizo... Enfríamiento...» Hasta caer vencido por la fatalidad natural, trabajó sin que el menor desaliento se reflejase en sus escritos.

La enfermedad entretanto, cebábase en su presa; la afonía hizo enmudecer aquella voz incisiva y clara, de la cual dice uno de los artículos que acaba de

consagrársele, que por su admirable timbre, era capaz de llenar una catedral. Golpe terrible para el conferenciante ilustre, pero que pudiera ser más terrible aún, sin que Brunetière se considerase autorizado a hablar de él en páginas destinadas a la publicidad. Porque, en aquel luchador vehemente y enérgico, existía una especie de pudor, una reserva, que se extendían hasta lo más íntimo. Sartre, que fue compañero de estudios de Brunetière tres años y vivió con él en la fraternidad estudiantil del Barrio Latino, decía con sorpresa: «Jamás le he visto en zapatillas». Y es que la zapatilla indica la flojedad, la pereza regalona, y Brunetière estaba siempre dispuesto y vigilante, sin un momento de languidez ni de abandono.

Este alto escritor carece de biografía, en el concepto dramático. Su vida es unilateral, sencilla, laboriosa, como la de Taine. Originario de Bretaña, hijo de un oficial de la marina, nació en Tolón en 1849; estudió en el Liceo de Marsella y en el de Luis el Grande; sirvió como voluntario en el sitio de París; empezó a escribir en la Revista Azul; entró luego a formar parte de la redacción de la Revista de Ambos Mundos, donde llegó más tarde a desempeñar el primer puesto, la dirección; fué nombrado maestro de conferencias en la escuela normal; pasó a la América del Norte y al Canadá a dar una celebradísima serie de

conferencias; hizo en 1895 una visita al Vaticano; fue condecorado con la Legión de honor; publicó varios tomos de crítica, polémica, sociología y filosofía; algunos de sus libros obtuvieron premios en la academia, donde ocupó un sillón finalmente; y he aquí lo concreto y externo de una existencia tan recatada, tan ajena a esos reclamismos que falsifican reputaciones dando a conocer a un poeta por la forma extraña de su sombrero, y a un dramaturgo por sus escandalosas aventuras con una actriz.

Pero, dice otro artículo, la vida sin incidentes estrepitosos de Brunetière, la dramatizó su espíritu. Muchos que ni tienen historia aparente, viven más por dentro que otros que exteriorizan el sentimiento. En el alma de Brunetière no ocupó el reposo; su cerebro fue un horno de ideas, y no tan sólo le preocuparon y desvelaron las cuestiones estéticas, la marcha de la literatura en su siglo, sino asuntos que no llamo más graves porque la estética parece lo más del mundo, pero sí más apasionantes para la opinión, que remueven profundamente el sentimiento colectivo; las cuestiones que afectan a la vida y a la gloria de la patria, y las que se relacionan con el problema religioso.

No pueden calificarse de políticas en Brunetière estas cuestiones: para la política menuda y diaria nadie era más apto que Brunetière. Fue hombre poco

expansivo, un tanto erizado de púas en el primer momento, y según observó exactamente Lemaitre, no despertaba simpatías ni las buscaba, y hasta llevó con cierta discreta ufanía su notoria impopularidad.

Logró ser impopular hasta en España, donde se tributa culto idolátrico a tantos escritores franceses, y donde por lo menos, el hecho de ser francés hace que se considere y atienda a un escritor. Somos pocos los que familiarizados con la literatura francesa y gustando de ella, no nos dejamos (perdónese el bárbaro galicismo) «épatar» por cuanto títere viene de los bulevares. Decíamelo Juan Lorrain, a quien tuve el gusto de tratar cuando estuvo en España: «Usted no nos admira sino con medio cerebro, «Madame». Yo creo que es lo contrario; que admiro a los literatos franceses ejercitando el cerebro, y sin «quitarme el cráneo» como quería el donoso Fernández y González que le saludasen los que a su vera pasaban.

Fijándome en el estado de las letras francesas, tenía que otorgar a Brunetière una admiración que regateaba a ciertos autores muy cacareados, y que, como Rostand (por ejemplo), si cacarean es con plumas ajenas (en Cyrano) o no cacarean por más que hagan (como en Chanteclair). En Brunetière no había talco, oropel, abalorios ni perfumería. Su trabajo era firme, su obra sólida y su sencilla indeferencia hacia el bombo y la

charla diaria de los periódicos, gentil y arrogante. Porque Brunetière, valiente como un Sigfrido que se acerca a la cueva de Fafner, había dicho sus por qués a la misma prensa, «cuya fuerza»--escribía él--«es suficiente para tumbar un ministerio, y no alcanza a impedir que el júbilo prefiera los cafés cantantes y otros espectáculos del mismo jaez al teatro artístico».

Sin rastro de fanatismo, Brunetière fue un convicto en letras, política y religión. Como crítico, la orientación de su gusto fue retrospectivo, y antepuso «el gran siglo» al siglo presente; pero al mismo tiempo, su doctrina, no menos fundada en bases científicas que la de Taine, representa la tendencia más adelantada; la aplicación de la filosofía evolutiva a la crítica literaria; y es, cuando menos Brunetière, el último crítico que ha tenido un sistema, aplicándolo con precisión y brillantez (una brillantez acerada, porque Brunetière era de acero). Los otros críticos, France, Lemaitre, hicieron crítica de impresión; su lectura es más entretenida; pero de ella no queda rastro. Para asimilarse a Brunetière, hay que fijar mucho la atención; una vez fija, dijérase que vemos nuevas perspectivas; nos enseña a conocer lo que no amábamos, nos forma el gusto, y no sólo el gusto, sino algo más hondo que el gusto, el sentimiento literario; educa y dirige el antojo inconsciente de nuestras preferencias.

Para definir la personalidad de Brunetière, la compararé a la de don Juan Valera. Forman los dos el más perfecto contraste. Lo que del uno se afirma, puede negarse del otro. Clásicos ambos, es cierto, difiere del todo su clasicismo: la mentalidad de Brunetière es latina, antes que helénica. Nadie menos pagano, menos «dilettante» menos espectador; nadie más vibrante de pasión y sinceridad, ni más afirmativo y concreto en sus juicios. Don Juan Valera, que pudo ser, por su cultura y sus dotes de escritor, el primero de los críticos españoles a fines del siglo XIX, no lo fue, limitándose a escribir reticentes alabanzas, pálidas a pesar de su exageración, por falta de ese vigor de convencimiento que alentaba a Brunetière. Tan cierto es, que la «fe» es necesaria para todo; hasta para mandar a un diario un artículo sobre la última novela que ha visto la luz.

Mucho dio que hablar la famosa conversión de Brunetière, que determinó su período de catolicismo militante. No hay que confundirla con otras conversiones de escritores como Péladan, Huysmanns y Verlaine, que fueron o teatralerías o crisis sentimentales. La conversión de Brunetière, ya que ha de llamarse así, era resultado de la labor de su mente, fruto de hondas reflexiones, del herido patriotismo, de la conciencia intelectual. Y, sin aparato, sin

ninguna afectación, Brunetière se declaró convencido y formuló sus opiniones, que le valieron un recrudecimiento de ataques, chanzonetas y caricaturas, pero a la vez aumentaron aquel prestigio de autoridad que rodeaba su nombre; prestigio, según Lemaitre, tan formidable, resplandeciente como una aureola.

La mirada sagaz y escrutadora de Brunetière, al registrar la edad presente, le mostró la persistencia del sentimiento religioso, que late hasta bajo la corteza de los grandes errores colectivos, antaño llamados herejías; y se cercioró de que, aun quien descree de las religiones positivas, se forja otras para su uso particular, figurando en la lista de las nuevas confesiones religiosas la religión de la humanidad, o comtismo; la del sufrimiento humano, o tolstoyismo; la de la ciencia o fichteísmo; la de la justicia inmanente, o socialismo y--negro broche de la cedena--el culto satánico, la adoración del macho cabrío, transportada desde las rudas cuevas de Zugarramurdi y los abruptos desfiladeros del Brocken, a los centros intelectuales y literarios del refinado París! La íntima, la invencible exigencia de creer, que proclamaron desde Descartes y Kant hasta los más recientes pensadores, se sacia donde puede y bebe del agua que encuentra. Brunetière, al convertirse, no tenía que renegar de errores antiguos; lo que hacía era

conquistar el don de la unidad y armonía de criterio, más precioso aún para un pensador, que se analiza a sí propio. Su deseo de creer era tal, que dio motivo a una frase epigramática, repetida en corrillos intelectuales: «Brunetière--decía la frase--aparecerá una mañana ahorcado ante un crucifijo». Así la conversión de Brunetière es la más característicamente intelectual, la más «agustiniana» que hayamos presenciado. Hijo de su siglo como el que más, a pesar de sus himnos a la tradición, detiénese Brunetière ante una palabra resonante: la ciencia... y se pregunta, como otros nos hemos preguntado, si el ídolo es todo de oro; y contesta que tiene de barro, no los pies, que son las aplicaciones prácticas, pero sí la cabeza, que son las pretensiones a resolver los problemas trascendentales. No fue Brunetière quien inventó la célebre frase: «la bancarrota de la ciencia»; se limitó a servirse de ella; y decía, con esa gracia irónica que poseyó: «Cuando me serví de tal frase, me preguntaron si me proponía demostrar que de París a Besancón se va mejor en diligencia que en ferrocarril».

Lo que se ha dado en llamar «bancarrota de la ciencia» es sólo la comprobación de sus eternos y forzosos límites, la fijación de sus atribuciones y métodos, el sencillo acotamiento de su territorio. Los adelantos científicos actuales, lejos de demostrar que

la ciencia lo puede todo, revelan, para un espíritu dotado de alguna penetración, que hay mucho que no podrá abarcar nunca, porque no es de su esencia. La fe, en Brunetière, tuvo carácter social. No se le ocultaron los peligros que rodeaban a su patria, ni ignoró las luchas de nuestros días. El estímulo que impulsa a muchos católicos hacia la democracia social, bajo el influjo de León XIII, actuó en Brunetière, que en este punto se mostró tan ajeno al desprecio anticristiano del prójimo, como a esa adulación de las turbas que dictan la rutina o el miedo. Sólo condenó abiertamente un aspecto del socialismo: el internacionalista. Latino, galo, patriota, lo fue Brunetière hasta los tuétanos. Hizo en sus Discursos de combate, análisis detenido de la idea de patria, sentando sus tres indestructibles bases; la natural, la histórica, la mística. Lógicamente, tenía Brunetière que venir a la negación de lo absoluto de la fraternidad humana, a la consagración de la fuerza, como fundamento de la nacionalidad; idea en que disienten los teóricos, y no ha disentido, que yo sepa, ningún político ni estadista. Y aquella eminente prerrogativa de la autoridad que Brunetière poseía, según Lemaitre, la gozó también al intervenir en las agitaciones de Francia.

Si como crítico literario fue Brunetière sucesor de Taine, y, lo repito, el sucesor de Brunetière no ha

aparecido aún; si fue el último que tiene un método y un sistema propio, y con arreglo a él juzga, no yendo adonde le conduce el capricho, sino adonde tiene que conducirle la razón; si es un radical, un innovador, y sin embargo no se contradice, cuando entona a la tradición fervoroso cántico, escribiendo que la ciencia sólo avanza por la absorción de antiguas verdades, y el arte se nutre de absorción de antiguas bellezas, comprenderemos la importancia de su papel, en horas en que parece disolverse todo. Ante la dispersión y disolución de los ideales. Brunetière tenía que combatir, y lo hizó, en la vanguardia, recia y apasionante. Sus campañas contra Zola, contra Gautier, contra Baudelaire y el satanismo, contra la irrupción de la decadencia, dejaron memoria. En todas fue culto, respetuoso, no sólo con las personas, sino con el alma de verdad que existe en cada error. Maestro severo de la línea, que desdeñó el colorido, a Brunetière se le discutió pero no había medio de negarle, porque le defendía el vigor de la obra realizada, su mentalidad original, la coherencia de sus ideas, su novedad su probidad, su alta dignidad intelectual, su pasión ardiente, devoradora, encubierta, bajo aspectos escolásticos, pero que derramaba vida en las páginas austeras de sus estudios eruditos. Era un hombre, un buen francés, un gran escritor y pensador. Según

principios que él mismo estableció al desenvolver luminosamente la teoría evolutiva, la omisión de su nombre, en la historia literaria de su país, no es posible porque descalabazaría la serie de los grandes críticos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

70

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

LOS PERROS

(Para La Nación)

MADRID, diciembre de 1911.

Dícese que no hay en este mundo nadie tan desdichado que no tenga un recuerdo de amor para evocarlo en horas nostálgicas. Yo digo que a pocos les faltará el recuerdo de algún perro a quien profesó cariño. Y a esos, a quienes les falta, les considero gente nada afectuosa; gente seca del corazón.

Raro es el hombre que detesta al perro. Los perros son simpáticos; hay en ellos algo de comunicativo y de sincero, y un convencimiento generoso de que nos defienden, de que velan por nuestra seguridad y nuestra vida; convencimiento muchas veces ilusorio, pero que conmueve siempre, y más hoy, cuando

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 31 diciembre 1911: 6. No recogido.

el servicio doméstico va perdiendo su antiguo carácter, y no existe en él la noción de la solidaridad, que hacía uno solo el interés del servidor y el amo. Ya no nos quedan más criados adictos que los que menean la cola.

Los perros no han progresado; para ellos no existió evolución. ¿Qué mayor elogio?

La mirada llena de sumisión y ternura que nos consagran hoy, es la que consagraban al hombre de los tiempos prehistóricos...

Es decir, al que logró domesticarlos, realizando una conquista de tal valor, que con la posesión del perro puede decirse que se afirma la humanidad.

La adquisición del perro significa el pastoreo, que es ya un estado cultísimo en comparación de la vida troglodítica y errante. ¿En qué momento, con qué ocasión, el primer perro montés se habrá acercado a lamer la mano de un individuo de la especie humana? Rondando alrededor de la habitación quizá para aprovechar y roer los huesos sobrantes de la comida, en actitud tímida y agasajadora, el semilobo («canis lupus»), se convirtió en el «canis familiaris», de Linneo... El hombre, entre tantos enemigos como la naturaleza le ha dado, tuvo un amigo. El perro de aquellas edades, que apenas se diferencia del lobo, es el perro pastor. No sé si cabe alguna explicación

científica que explique la oposición entre las funciones del perro pastor y el perro de caza, de cualquier variedad que sea. ¿Quién les ha dicho a los unos que tenían que defender, contra sus hermanos los lobos, el rebaño del hombre; y a los otros que era necesario atacar a determinados animales, de que el hombre había resuelto apoderarse persiguiéndolos? ¿Cómo se explica la forma del cuerpo de galgos y lebreles, tan propia para correr a la liebre; y cómo el instinto de correrla? ¿Por qué el perdiguero acierta a desemboscar la perdiz, y cuando cae bajo el plomo, la trae delicadamente en la boca? Estas cosas que suceden todos los días, a nuestra vista, nos parecen sencillas, y sin embargo ¡cuánto tiene de admirables y de extrañas!

No sé por qué, en este mes de noviembre, en que las almas de los muertos gimen en la voz del viento, me acuerdo de los perros que han sido más especialmente amigos míos, como si un rudimento de alma hubiese existido en ellos, y segura completamente de que, a falta de alma tenían individualidad y carácter.

El primer perro que me perteneció era de Terranova, negro, muy corpulento: se llamaba Dick.

Poseía las condiciones de su raza: lealtad, nobleza, caridad, todas las virtudes del hombre sin sus vicios, que dijo Byron, en el célebre epitafio de su

«Boatswain». Pero... el pobre Dick era un enfermo, sin que se supiese. Después he comprendido que--acto bien humano--me lo regalaron porque sospechaban su padecimiento, aunque tal vez no se diesen cuenta de que era tan grave, y de que podían regalarme, con el hermoso terranova negro de rizado pelo, la muerte. Dick llevaba en sí, latente, la rabia mansa. No se le conocía sino en una expresión de tristeza profunda, que empañaba sus hermosísimos ojos dorados. Por lo demás, era cariñoso y no vivía sino cerca de mí o delante de mi puerta.

Esta afección lo he sabido después, acomete a los terranovas porque nuestro clima no es su clima boreal, y sufren demasiado con el calor, por mucho que se bañen. Dick mientras duró la primavera, fue defendiéndose. Así que entró el verano--¡verano gallego bien húmedo!--dio señales de abatimiento mayor. Con un instinto de esos que tanto me asombran, al sentirse ya muy malo, Dick fue por su propia voluntad a arrinconarse donde no lo viésemos. Le busqué, me acerqué a él, y gracias al mismo instinto, moviendo débilmente la cola, desvió el hocico donde la baba empozoñada fluía ya.

El veterinario dio la sentencia. Rabia mansa; el animal no acomete, no muerde; pero de un momento a otro ¿quién sabe? No hay salvación... Y se lo llevaron a

romperle la cabeza de un tiro. No me quedaron ganas en muchos años de tener perro.

Pasado un tiempo me trajeron otro perrillo. Este era muy notable, ejemplar raro de mérito singular. Un japonés auténtico: su madre, que salió de Tokio preñada, dio a luz a bordo. Le pusimos Ito, en homenaje a no sé que guerrero u hombre de estado nipón.

No cabe hocico más divertido que el de Ito: era una perfectísima reproducción de los monstruos y endriagos que se ven en los tibores y porcelanas. Su color como de canela revuelta con pimienta, y su ladrido tenía algo de ridículo; pero su valor podía calificarse de indomable. No sentía miedo a nadie, ni a animales ni a personas. Lo mismo se arrojaba saltando, a morder el rabo de los bueyes, que a roer los calcañares de perrazos enormes, los cuales temblaban a aquel endiablado, y se retiraban aullando cuando el asiático les acometía.

Era traicionero, vengativo, camorrista; no había quien le inspirase ningún cariño; nos conocía, pero no nos quería, y si nos respetaba, era porque comprendía perfectamente que no tenía más remedio. Cuando se encolerizaba o sentía frío, hambre o dolor, palidecía como un hombre; todas sus abundantes y confusas lanas amarilleaban, y su hocico adquiría un tinte azulado. Odiaba de muerte a los demás perros. Era goloso y

tenía el apetito menudo de su raza que es más bien sobria. Adoraba el arroz. En fin, sólo le faltaba un abanico y un sable de abrirse el vientre, para ser un «samuray» perfecto.

Poco después de que Ito, que envejeció muy pronto, desapareciese de este mundo (por así decirlo), no sé si el diablo me inspiró que comprase dos cachorros de «bull-dog», que se parecían como dos gotas, y a los cuales llamé Cipión y Berganza, acordándome de los canes del cervantesco coloquio. Berganza murió, quizá de harto y sobrevivió Cipión, con su hocico negro, su aplastadora faz a lo Bismark y su corto pelaje gris. Su fealdad tenía un encanto típico, de juguete de loza.

No puedo enlazar las condiciones de su carácter. No he conocido envidioso igual. Era imposible, en su presencia, dirigir ni la vista hacia otro perro. Rugiendo, más que ladrando, les saltaba a las orejas, y si podía se las desgarraba. Aun cuando estaba muy atendido y se le trataba a cuerpo de rey, fue Cipión desdichado siempre, como buen celoso; no se encontraba tranquilo jamás, y siempre se diría que, en acecho, esperaba la aparición de otro de su especie, para emprender contra él desigual batalla. Tan desigual, que por haber acometido a un recio mastín, no se pudo evitar que este le echase los dientes a la garganta, y le abriese tal boquete, que la curación era imposible,

y fue preciso abreviar las torturas del pobre Cipión. ¡Mísero Otelo!

Entre estos canes de buena marca se intercala un golfillo, espuma de las calles de Madrid. No sabíamos su nombre, y se le puso Tul. Se nos metió en la cochera, y no hubo forma de echarle. Poco a poco, subió de la cochera a la sala. Sabía las horas a que entraban los sirvientes o el panadero, y aguardaba pacientemente en la escalera la ocasión propicia. Era de un grado de inteligencia realmente no común. Ignoro por qué azares, un día que, como siempre, trotaba al lado del coche, fue sin duda capturado, y desapareció cinco meses de nuestra vista. Ya no nos acordábamos de él, cuando un día apareció. Sabía el perro que era domingo; y domingo de Pascua; y que había toros; y que íbamos a ellos; y que entrábamos por una puerta distinta a las demás por donde subía el público. Todo esto lo sabía igual, repito, que lo sabemos nosotros. Y en esa puerta nos esperó. Y su mímica fue digna de un actor eminente. Aquel animalito se deshacía, se disolvía de gozo. Este can murió sencillamente de viejo. Poseía las simpatías de todo el mundo, se las había captado por su carácter conciliador y democrático, tan diverso de la impertinente altanería de Ito. Tul meneaba la cola lo mismo para los sirvientes que para los amos, y hasta los caballos de

coche le querían, y mosqueando las orejas, bajaban el belfo para que se lo lamiese dulcemente el vagabundo. Sabe Dios cual fue el pasado, la historia de Tul; pero de seguro que sus aventuras merecerían escribirse, y que era un Gil Blas de la raza canina.

O en los mismos días de Tul, o poco después, poseíamos un alemanote agigantado. Le llamo alemán, porque le pusimos Kaiser; pero no pertenecía a la variedad danesa. Negro como la noche, medía estatura colosal, y al verle galopar de lejos, se le tomaba por un caballo. Los aldeanos le tenían miedo, y las visitas en el primer momento, retrocedían, asustadas del inofensivo monstruo. Porque el tal Kaiser, a decir verdad, era pura fachada. Yo pensaba en lo que hubiese sido Ito si midiese la talla de Kaiser.

¿Quién podría con él? Kaiser se pasaba de bonachón, y, bajo apariencias temerosas, parecíase a su homónimo el emperador actual, en lo pacífico de genio. No se metía con nadie, y hasta se diría que le inspiraba miedo todo el mundo. Los humildes canes campestres, a los cuales en Galicia llamamos de «palleiro», o sea de pajar, porque custodian los pajares, se atrevían escandalosamente con el Kaiser, cuya «blandura» conocieron, y le hacían, no ya retroceder, sino temblar, con todo su gran corpachón descuajaringado, (porque, como muchos de su casta,

Kaiser tenía una debilidad congénita del cuarto trasero). Más sagaces que el hombre, los perruchos labriegos olfatearon, desde el primer momento, las pocas ganas de camorra que tenía el coloso del Norte, y le trataban de un modo nada halagüeño para su dignidad. Kaiser murió joven. Dejó varios mestizos, que andan por la aldea luciendo el tamaño del padre y la audacia de las madres.

Estos daneses--no intento desacreditarlos--son fríos y tristes, y tontos y sosos por demás. Su mirada dulce no destella inteligencia. No tienen más que pantalla. Eso sí: pantalla encantadora, cuando se tienden ante una gran chimenea de piedra, donde arde alta hoguera de leña, en la posición clásica de las esfinges. Como diría, un pintor «componen» perfectamente; hacen cuadro.

Desde que el gran cuerpo de Kaiser nutre a las madreselvas en el rincón agreste donde fue depositado, cubierto de tierra florida, no recuerdo más canes con fisonomía que el actual, que se llama Prim. Es buenamente un perdiguero, y hasta sospecho que ni ejemplar puro de esta raza vulgarísima. Cruzamientos con pachones callejeros han debido mediar aquí. Porque este can no soporta las perdices, no se emociona a la vista de una liebre. Prim no tiene mérito alguno, salvo haber estado en la guerra de Africa, donde ganó

los galones de segundo teniente, que le puso al cuello el príncipe Don Raniero de Borbón, arrancándolos de un uniforme suyo, he aquí toda la historia del can. Era del regimiento de la Princesa; hacía, con los soldados, la instrucción, y los moros le inspiraban invencible antipatía. Parece que un día, sintiéndose héroe, mordió a un rifeño, con rabia, en una pierna y recibió una herida. Fue entonces cuando Don Raniero, que parece un príncipe de leyenda por lo guapo y gallardo, ascendió al soldado raso, sobre el campo de batalla.

Y yo no quiero poner nunca en duda una hazaña española; pero la verdad tiene sus fueros, y desde que Prim vive en nuestra compañía, he observado en él síntomas que no se asemejan al heroísmo. Es cierto que de noche da la alarma como si estuviésemos en la trinchera, y se lanza furioso hacia el sitio donde cree que está el peligro nocturno; pero en cambio; ¿por qué vergonzoso apocamiento este veterano tiembla y mete el rabo entre los muslos apenas ve acercarse, erizado y bufando, a un gatito, a un michito blanco y rojo? ¿Por qué, llegado el instante de la cuestión personal con Micifuz, y escarmentado ya por un par de arañazos aplicados en compañía de manotones, apela Prim a la pronta fuga?

Y, sin embargo, Prim tenía, no cabe duda, vocación bélica. Cuando en compañía de mi hijo, regresó de la

guerra dos años hace, Prim profesaba horror a las mujeres y a los paisanos, y al ver uniformes, se volvía loco; sus demostraciones rayaban en la extravagancia. No quiero decir que en los demás militares exista el horror a la mujer, sino que, en este militar de la raza canina, la costumbre de no ver mujeres había producido un desvío que vencimos con azúcar y palabritas cariñosas. Hoy se encuentra muy bien Prim echado a los pies de una señora que cose, borda o trabaja con los bolillos. Está como Hércules con Onfalia. Se arrebuja en las faldas y gruñe de gozo.

Prim posee también un delicado instinto músico. He obsevado que detesta las trompetas, los fonógrafos, las campanas y cuando suenan esconde la cabeza debajo de la manta, para librarse del suplicio. Supongo que le agrada la música del regimiento; pero diría en marcha, al aire libre. Dícese que los perros tienen un vasto cerebro y unos sentidos despiertísimos. El del oído, por lo menos, es en ellos sensible; he visto a algunos sufrir y retorcerse como condenados, si tenían que oír algo desafinado y estridente, algo que lastimase su tímpano.

Volviendo al húsar, diré que no parece rudo veterano, sino epicúreo comodón. En comida busca lo mejor, lo más regalado. Toma café con leche todos los días, y creo que andando el tiempo reclamará la copa de

ron o de cumen. He aquí porque los oficiales de su regimiento dicen de él que es el teniente que ha tenido mejor recompensa.

Me complazco en suponer que en América, en la Argentina, no faltan amigos de los perros, de nuestros hermanos inferiores, como dijo San Francisco, y no siempre inferiores me atrevo a añadir yo... Si miro las caras torvas, bestiales, características, de los reos de Cullera, y considero después la noble expresión de los hocicos perrunos, me inclino a decir, como el gran poeta romántico inglés, que no todos los hombres son superiores a los animales, y desde luego, que los animales, son en general, más simpáticos, más dignos de nuestra amistad, más civilizados en el sentimiento.

Conste que no pertenzco a la Protectora, y que alguna otra vez, de tiempo en tiempo (cada día menos porque la edad de oro del toreo se ha concluído), me tomo la libertad de ir a los toros...

No soy, pues, una de esas inglesas compasivas, capaces, según decía el gracioso Luis Taboada, de indignarse contra los que despachurran a las cucarachas; pero sin ser en extremo filántropo (¿es lícita la palabra aplicada a seres irracionales?) se puede tener un rincón donde cultivar sentimientos... Suscribo, pues, a la apología del perro, porque creo que nos consuela, nos acompaña y ¡nos pide tan poco! La

esquina arrugada de una falda de terciopelo, en invierno; un rincón sombrío en verano; un plato de sobras... Y nos envuelve en su mirar dulce, agradecido, reconciliado con la vida.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

71

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION

Mentiría si dijese que me ha sorprendido la noticia que leo en este mismo instante, de que la infanta Da. Eulalia de Borbón ha publicado un libro, y al publicarlo se ha indispuesto con su sobrino Alfonso XIII y con toda la familia real.

Fuese en forma de libro o en otra forma, el desacuerdo se veía venir, y el estado de ánimo de la infanta, revelado en sus conversaciones, hacía temer algo semejante a lo que for fin ha ocurrido. Ya su hijo, el joven Alfonso, con motivo de su matrimonio, había saltado por cima de las prescripciones a que tienen que someterse, en casos tales, los individuos de las familias reinantes, y, en pena de su falta, ha sido exonerado y privado de sus honores de infante español,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), miércoles 17 enero 1912: 6. No recogido.

que, como su hermano, disfrutaba por concesión del trono.

Doña Eulalia de Borbón es nieta de Fernando VII, hija de Isabel II y hermana de Alfonso XII, de la infanta Isabel, que tantos homenajes recogió el año pasado en la República Argentina, de la infanta Paz, princesa de Baviera, y de aquella malograda infanta Pilar, que murió tempranamente en el balneario de Escoriaza.

Creo--sin afirmarlo, porque no tengo a la vista la guía--que doña Eulalia es la menor de sus hermanas; y digo desde luego que hay en ella un encanto de perpetua juventud, y que tiene la figura delicada, el rostro graciosísimo, de tipo no clásico, sino moderno, el pelo rubio, el color de la piel finamente claro e igual, como un guante de Suecia pálido, y las formas del cuerpo mórbidas, sin exceso alguno de grasa y sin delgadez esqueletada; en justa proporción. De las princesas que conozco, no hubo ninguna tan a propósito para inspirar serventesios, trovas y madrigales; por ninguna con más razón sonarían laúdes: y un Macías o un Volfrango de Eschenbach, un trovero español o un alemán «minnesinger», pudieran consagrarla la existencia, yendo tras la huella de su diminuto pie de castellana.

Y sin embargo, esta princesa de ensueño no ha sido feliz en su matrimonio. Ello es tan público, que el

cronista, al consignarlo, no incurre ni en la indiscreción más leve. No se unió la infanta a su primo hermano don Antonio de Orleans, hijo de los duques de Montpensier y hermano de aquella reina Mercedes, cuya vida fue tan corta--con la ilusión de poder amarle, sino, al contrario, con la certeza de que presto se separarían. Esta triste previsión se realizó, y dos personas que poseían plenamente alta alcurnia, belleza física, riqueza, juventud; que hubiesen podido disfrutar envidiable dicha, no hicieron sino arrastrar una cadena dura, que les magulló las muñecas para siempre.

Con su familia, la infanta, hasta la fecha, no rompió, ni tenía, en puridad, motivo alguno para hacerlo. En las varias veces que tuve el honor de conversar con la infanta, sí noté en ella un desvío marcado hacia la etiqueta, hacia la vida palatina, no escuché nunca quejas ni contra el rey ni contra las señoras de la familia real. No pudo decir la infanta que se hubiese cometido con ella una preterición, un desaire. Su puesto se le conservaba invariablemente en ceremonias, solemnidades y fiestas; la embajada de España en París la obsequiaba y daba recepciones en su honor. En suma, la infanta llevaba una relación excelente, al menos en lo oficial, con palacio. Y, muchos días, casi todos, la invitaba el rey a su mesa.

Había, no obstante, a falta de acusaciones concretas, amargura en sus palabras, en su gesto. Cuando venía a Madrid, demostraba impaciencia por volver a Francia, parecía como si acampase, más que habitase, en su palacete, continuo al de la infanta Isabel, y a cuya puerta, como estatua de bronce, velaba, enfardado en su roja librea, el negro famoso, tan adicto a su ama, y que daba una nota exótica en medio del madrileñismo de la instalación, sencilla y a la ligera.

En París y en Madrid tuve yo frecuentemente la honra de ser recibida por la infanta, y sólo rasgos de bondad puedo recordar de estas entrevistas. Cuanto diga de la publicación de su libro, será sincero, como quiere la infanta que sea lo que se escriba, y será respetuoso, como cumple a quien habla de una dama que nos ha dispensado la acogida más cordial. La infanta, renovando aquella llaneza de su madre, me hablaba como si toda la vida me hubiese visto, y con una confianza que en mí (me atrevo a afirmarlo), no estaba mal empleada, pero que no conviene nunca prodigar, porque las frases se repiten y se tergiversan, y la gente no guarda reserva alguna, y poco a poco, de lo que se habla viene lo que se riñe; surgen las discordias y se llega a los rompimientos ruidosos. ¿Qué diré del asombro nada benévolo con que tanta gente escucharía

las opiniones radicales, de un radicalismo candoroso, que emitía doña Eulalia en materias sociales y políticas, y que hoy, por lo visto, explana en su obra? Ya no son para nadie un misterio, y por eso puedo referirme a aquellos originales diálogos en que la princesa, sorprendida, quizá veía en mí a una mujer anticuada, a una dueña severa del siglo XVII, y yo, no menos admirada, me preguntaba se estaría hablando con Séverine o con otra revolucionaria sentimental... Curada de espantos, como tengo que encontrarme, depués de haber visto y leído de todo, no eran las ideas de la ilustre dama lo que me pudiese «epatar», sino el verlas emitidas por aquella boca de rosa-té, y el fenómeno social, signo de las presentes decadencias, si me contristaba por el afecto espontáneo que la infanta inspira, me interesaba como novelista, y traía a mi memoria el personaje de la «Princesa Bebé», heroína de una comedia de Benavente, de la cual hablé a doña Eulalia, y hasta creo que le mandé el ejemplar.

Y es un caso como el de la «Princesa Bebé» la publicación del libro. Me explicaré: no precisamente por el libro en sí, sino por la forma de hacerlo; por la inevitable ruptura que tenía que determinar. Los jefes de las casas soberanas son responsables de los actos públicos de los individuos de su familia, y el rey Alfonso XIII, con sobrada razón, quería conocer el

texto del libro antes que viese la luz. Publicar un libro es indiferente, pero si el libro encierra opiniones que en una infanta den pábulo a ciertos comentarios es distinto. Al rehusar, con enojo, enviar su obra al rey; al reivindicar su absoluta libertad de acción, la princesa sabía que era un paso decisivo.

Verdaderamente, no se explica el hecho. No se alega más agravio en la princesa que uno ilusorio: su hijo don Alfonso, el que se casó sin permiso del rey, y fue por ello exonerado, estaba en camino de recobrar sus honores, por haber sido reincorporado al ejército y enviado a Melilla, donde podría, con su comportamiento, ganar lauros y méritos en el servicio de su patria. Desgraciadamente, desde su llegada a las costas africanas, el joven príncipe no ha cesado de estar enfermo; no ha podido tomar parte en la campaña. No se comprende, pues, que su madre se queje de que no se le haya recompensado. Por otra parte, no se ha recompensado a nadie todavía.

Queda, pues, como un enigma la forma de la publicación del libro, y como otro enigma el resultado que la autora espera de él.

Un éxito editorial, no puede halagar a una señora a quien la nación pensiona suficientemente en su lista civil, y que debe contar con otros recursos y poseer caudales para una vida desahogada, en relación con su

alta categoría. No creerá tampoco la infanta, que es muy inteligente, que su libro va a hacer una revolución en el orden de las ideas, porque son muchísimos los libros que se han publicado ya sobre los temas que forman el índice del de la princesa, y hasta la saciedad se ha disertado acerca de divorcio, matrimonio, religión, etc., viniendo a ser cuanto se diga, a no aparecer algún genio excepcional, mero corolario de lo dicho. No queda sino el elemento menos sólido, el alboroto de un instante, por ser la obra escrita de mano infantesca. Ya sabemos que son fuego de paja alborotos tales, mientras la situación difícil creada para Da. Eulalia, al cerrarse las puertas del palacio de sus abuelos, donde su madre reinó; al situarse frente a toda su parentela, puede durar toda la vida.

Esto, poniéndonos en lo mejor y en lo probable; que la infanta conserve sus honores y su lista civil, todo lo cual se susurra ahora en los primeros momentos, que se le quitará, mediante un decreto, aunque yo no lo creo, y el tiempo dirá si tengo razón.

Nadie me acusará de reprobar que escriban las mujeres, y publiquen sus obras. Sea por entretenimiento, sea por vocación irresistible, sea por lucro, nada más legítimo. Y sin embargo, el terreno que ha elegido la infanta me parece escabroso, lleno de

precipicios. Su obra la compromete a una serie de cosas, porque es de propaganda social y política; su obra la afilia, y no hay nada de malo como afiliarse: los espíritus verdaderamente independientes tienen horror a la afiliación, horror a lo que les pone en contacto con la grey. Serán grey los que concurren a palacio... pero ¿acaso son selecta minoría los que asisten a mitin, los que gritan en la calle? ¿Eran espíritus escogidos los que aclamaban a la princesa Bebé? Grey es todo: lo gregario no es sólo lo tradicional, sino también lo nuevo-viejo, lo que ya se ha programado cien veces en hojas impresas y palabras volantes. Y si, por cierto estilo, el libro de la princesa parece novedad escandalosa, por otro es una concesión a la grey.

Yo diría que en la infanta existe una dosis no escasa de romanticismo, algo del espíritu aventurero de la raza, y acaso una infección sutil del ambiente parisiense ¡Ah! Ese ambiente, que tiene virtudes tónicas para quien lo respira desde arriba, sobreponiéndose a su parte deletérea (como los que entran en la «Grotta del Cane), ¡qué de gérmenes morbosos comunica, cómo desorganiza, cómo disuelve! ¿Quién no habrá observado lo que hace París de las figuras cosmopolitas, y especialmente de las altezas extranjeras, a las cuales busca como elemento

decorativo, para prendérselas en el moño a guisa de joya de estrás y arrinconarlas cuando la moda cambia y salga otro adorno más raro? Toma París a los reyes en el destierro como juguetes importados de países bárbaros y a título de curiosidades de museo etnológico, los pasea por espectáculos, fiestas y banquetes, donde se codean con «todos los mundos» hasta con el semimundo; entrega a la avidez del reporterismo lo íntimo de su existir para que preste amenidad a los diarios y asunto a los clichés y personajes a los novelistas; se goza en mostrar a la república democrática ejerciendo una hospitalidad galante con las testas coronadas y los príncipes de sangre real, y con el señuelo de la popularidad, de la actualidad de un día, los prende en la red de sus placeres, de su industrialismo, de sus fondas, de sus restorantes, donde, como el imaginario Danilo de La Viuda Alegre, o, por valernos de comparaciones más clásicas, como los compañeros de Ulises, después de probar el fruto del loto, olvidan a la patria. si el rey Eduardo y el rey Leopoldo no hubieran tomado a París por escenario de sus humoradas, Europa tal vez no se entera, y ambos viejos monarcas no pierden la respetabilidad. Al lado de esta disolución de la personalidad por la «juerga». París ejerce otra, por la sugestión intelectual, y no es menos peligrosa. La infanta puede haberla sufrido.

En las dos, igualmente, entran como elemento desintegrante las relaciones del azar, las presentaciones incorrectas, las familiaridades osadas, todo lo que prepara el «déclassement», y no fue una de las menores señales de la elegancia, tan característica, de la desventurada emperatriz Isabel de Austria haber ocultado su vida, no reprensible, pero un tanto anormal, en la soledad y magnificencia de la naturaleza helénica, en el retiro, que salvaguarda la dignidad.

Se habla muy mal de la etiqueta y no diré que no tenga sus tiranías y sus puerilidades, pero es una defensa, es una protección contra la audacia y la grosería de la gente. He presenciado cómo una dama parisiense, que visitaba a la vez que mis hijas y yo a la infanta Eulalia, la trataba corrientemente de «madame», manoseaba el traje, preguntaba la dirección de la modista, se sentaba montando una pierna sobre otra, y ponía cara de asombro cuando al despedirnos hacíamos a doña Eulalia la profundísima reverencia de corte, sin volver las espaldas hasta salir de la habitación. Y yo haría lo mismo, aunque fuese rabiosa republicana enemiga de lo existente, y cuanto se quiera suponer de radical. Porque, al ser todo eso, seguiría siendo española, pues en España nací, y ante una extranjera cuya actitud era tan inconveniente, mi amor

propio de patriota herido veía en la infanta algo nuestro y mi reverencia hasta muy abajo era también súplica muda a la misma infanta para que no consintiese que nadie olvidase lo que nosotras recordábamos respetuosas.

La infanta debe conocer a París; debe tener fresca todavía la herida del indecoroso líbelo escénico titulado «Trains de Luxe». Para París de la curiosidad es rica presa una infanta auténtica de España, que le brinda ocasión de refrescar leyendas y patrañas fúnebres, y si ha llegado a pronunciarse por la infanta, según noticias de la prensa, la fatídica palabra «inquisición», ¿para qué quiere más París, y en la ocasión presente cuando Francia ve en nosotros un estorbo a sus planes de Marruecos? Ya está hecho el folletín: una princesa bella, sensible, tiranizada por el rey de un país inquisitorial, que la persigue hasta en las márgenes del Sena, que comprime su pensamiento, que se opone a la publicación de sus libros, y que acaso un día, si no la ampara el gallo «Chanteclair», será raptada por esbirros, alguaciles y corchetes de valona y herreruelo, y sepultada, cual otra Bororquia, en negros calabozos, no sin que pruebe los tormentos de esa inquisición que, como nadie ignora, sigue funcionando por acá. De estas novelas caen pocas en libra, y ya tiene París con qué entretenerse una

semana, ahora que la «Gioconda» definitivamente no se encuentra, y el suicidio del socialista y su esposa ha cesado de dar tela, porque fue digámoslo así, un suicidio bien arreglado, y tan en orden, que no se presta, transcurridas veinticuatro horas, a más comentarios.

Y salvo diferencias que todo el mundo comprende, he aquí a la simpática infanta en el caso de la princesa Bebé, de Benavente, que yo le rogué que leyera. Veía a doña Eulalia indicar claramente su repulsión hacia exigencias e imposiciones de la posición altísima que debe a su nacimiento, y me alarmaba por el estado de su espíritu. Algo bueno hubiese dado por infundir en él el convencimiento de que debía creerse dichosa, a pesar de decepciones que a nadie faltan; poseyendo tantas ventajas y dones: la hermosura, el ingenio, la situación, y hasta un hijo que, según confesión propia, la adora, y es para ella un compañero y un amigo. La amargura que rebosaba en su acento me sorprendía como una falta de lógica. La infanta, en España querida, considerada, trayendo con su presencia la alegría y la animación a Madrid, dueña de su voluntad, libre en sus determinaciones, no me parecía que debiese quejarse de la suerte, y menos aun evocaba el tipo de una doña Concepción Arenal, preocupada de las cuestiones sociales. Y sin embargo,

en su modo de expresarse algo había que me impide sorprenderme hoy, cuando da lo que muchos llaman «la campanada» europea. Mi deseo es que no le salga demasiado cara, y esto no es prejuzgar el libro, ni poner en duda su mérito, convencida como estoy del ingenio despejado de la infanta. El libro será todo lo notable que se quiera; la autora se ha metido en un avispero. ¡Y qué avispas, las avispas de la publicidad!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

72

CRONICAS MADRILEÑAS

EL BRIDGE*

LA SUPERSTICION Y LA JETTATURA

(Para LA NACION)

Madrid, enero de 1912.

Yo no sé quién habrá sido el genio maléfico enemigo de la buena conversación y de las distracciones lícitas que ha inventado el bridge y lo ha aclimatado en España. Lo cierto es que el bridge reina en absoluto ¡for ever! y que Madrid sufre su influencia desnaturalizadora.

En efecto, España era de los países de Europa donde más se charlaba y más ingenio se derrochaba en las pláticas de los salones. Una leyenda sin fundamento pretendía que en los salones susodichos no se trataba sino de futilidades; pero yo, que soy novelista y aprecio la documentación, no llamo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), domingo 28 enero 1912: 7. No recogido.

futilidad a esa serie de observaciones y noticias que os tienen al corriente de la historia de muchos individuos, lo cual, en opinión de severos censores, ya que no sea frivolidad, es maledicencia. ¿Por qué--he solido preguntar--califican de maledicencia la conversación que se desenvuelve en una sala, y no la que se desenvuelve en un ateneo? Donde quiera que se reúnan gentes, se ha de hablar del prójimo, y frecuentemente se le ha de criticar, y hasta algunas veces de calumniar; lo único que se puede exigir, es que todo ello se realice dentro de formas escogidas y con algo de ingenio y donaire. La murmuración de los salones no suele ser venenosa; tiene alas, o, debemos decir «las tenía». Porque el bridge ha suprimido ese chismorreo sabroso. Como que el bridge es una especie de cofradía del Silencio. Entráis en un salón donde se esta jugando al bridge, y creyéreis entrar en una galería de figuras de cera. Aquellos seres se mueven, no chistan... Es axiomático: en el bridge no se puede hablar. Y no sólo no se puede hablar, sino que la gente estorba. Así es que no os atrevéis a aproximaros a los jugadores, ni aun para darles las buenas tardes. ¡Dios sabe de qué calamidades vais a ser causa! En vez de jugar un «coeur», jugarán un «pique», y la «manga» se la habrá llevado el diablo. Así es que pasáis como una sombra, deslizándoos sobre el encerado parquet, y

ni una inclinación de cabeza dirigís a aquellos encantados, que de tiempo en tiempo con voz apagada, murmuran: «Sans atout... Tréfle... Peux jouer?» o alguna otra de las fórmulas sacramentales.

Os refugiáis allá, Dios sabe dónde, en algún gabinetillo, o en el comedor, donde encontráis a los contados que no son bridgistas, melancólicamente entregados a la taza del té y al emparedado de ensalada rusa. Se diría, que aún allí mismo, no se atreven a alzar el tono, por temor a perturbar el sacrosanto bridge. Formando grupos en los rincones, conversan con timidez. Se hallan bajo la impresión de aquellas majestuosas figuras de ceras, que funcionan por medio de un mecanismo.

Yo sostengo que el bridge, descartada la moda, es un juego extraordinariamente aburrido, y si a las nueve décimas partes de los que lo practican se lo pusiese de penitencia el confesor, se queda la penitencia sin cumplir, o piden que se la conmuten. Pero su mayor defecto e inconveniente es el ser incompatible con la charla. ¿A qué se va a un salón, sino a conversar, a desflorar los temas actuales? Nosotros tenemos un juego nacional, el tresillo, el más fecundo y variado en lances que puede haber, y que, a pesar de exigir, como todos los juegos, alguna atención, permite la charla, ya que no con los mirones, al menos con los

cuatro jugadores. Nótese un circunstancia: en el bridge apenas caben mirones; en el tresillo, rara será la mesa que no los tenga. Al mirón que se acerque a los bridgistas le recibirán con una piedra en cada mano. En el tresillo los jugadores son generalmente amables con los mirones, y hasta creen que algunos les traen buena vista. Toman sus consejos, les consultan un solito, les admiten críticas. En el tresillo es, pues, un juego humano, amable, lleno de la cortesía del siglo XVIII, en que fue el juego favorito de España y de la América española. Y la implantación del bridge mutila nuestra personalidad nacional, como el afeitarse el bigote, a estilo británico.

Si el bridge no viene de esa nación que nos impone sus hábitos, que nos ha dado el té con galletas saladas y los pudings con sebo y pasas de Corinto, ¡a nosotros que cosechamos las de Málaga!, nadie hubiese tenido por acá la ocurriencia de dedicarse a semejante juego, siendo mucho menos pesados la brisca, el rentoy y el tute. Pero hemos de dejar pasar esta racha, como otras muchas, y confiar en que el buen sentido recobrará sus fueros, y acaso resucitará la conversación, asesinada alevosamente por este deporte.

Un día oí exclamar a Emilio Zolá con asombro:--¡Cuánto misticismo y cuánta superstición existe en este fin de siglo!--Era el momento en que se creía que el

hecho de terminarse el siglo influía algo en el giro de los sucesos. El siglo acabó, y ni se extinguieron las corrientes místicas, ni la superstición disminuye. Hay más: la superstición, tenía antaño por achaque de gente inferior y humilde, ahora la ostentan sin reparo las clases más altas de la sociedad. Al principiar el año 1912, he asistido en el teatro Real de Madrid a un curioso espectáculo, que no se desarrollaba en la escena, sino en los palcos, cuajados de hermosas y elegantes mujeres (y para hablar con toda sinceridad, también de mujeres que no son lo uno ni lo otro).

Eran las doce menos cuarto del día último del año 1911, y la orquesta preludiaba los primeros compases de la cabalgata de las Valkirias, estremecedora de energía salvaje. Nadie, sin embargo, atendía a la hermosa página del maestro; todo el mundo estaba pendiente de la consulta al reloj, y, después de haberlo consultado, desenvolvía cucuruchos y desataba cajitas de cartón, llenas de uvas. En un momento dado, cuando el reloj dijo que era por filo la media noche, que un año caía al abismo del tiempo y otro surgía prometiendo mentirosos bienes, las manos ascendieron a las bocas, y cada cual se tragó lentamente sus doce uvas malagueñas, doradas y exquisitas... Y yo también practiqué el rito, porque ¿qué hay de malo en comerse un racimo tan gustoso? Ni la salud, ni el paladar, sufrirán con ello

menoscabo. Si nos dijesen que debíamos embaular doce cápsulas de aceite de ricino, o doce gotas de ácido prúsico, es probable que nadie obedeciese. ¿Pero doce uvas? No hay nada más delicioso que doce uvas muy en sazón.

Así como se ha aclimatado la parvidad de uvas a las doce de la noche del primero de año, han tomado carta de naturaleza en nuestras costumbres los talismanes llamados «porte-bonheur»; sólo que en la Edad Media, por ejemplo, un talismán era algo raro y precioso, venido del Oriente, traído por un cruzado, que en el asalto de alguna ciudad adquiría a precio de sangre, y lo llevaba oculto bajo la malla férrea, a la mujer amada, en compañía de bárbaros joyeles. Y hoy, en la tienda de quincalla por quince céntimos, lo adquiere cualquiera, en forma de trébol de cuatro hojas, en número de trece, de cerdito de cinc o de herradura del mismo metal... Los talismanes se han puesto al alcance de las más modestas fortunas, lo cual es un bien, porque la ilusión y la esperanza deben repartirse con profusa generosidad.

En el juego, la superstición triunfa. No hay jugador de lotería, de esta lotería española que realmente puede deslumbrar, por lo enorme de sus premios, que no tenga un sinnúmero de ideas supersticiosas arraigadas. Unos no compran el décimo o

el billete si no han visto, al encaminarse a la administración de loterías, la grotesca silueta de algún jorobado. Otros miran despacio los números, eligen, se determinan por razones ocultas, cabalísticas; tal número es muy bonito, y de fijo toca; tal otro es muy feo, y no tocará nunca. No se comprende por qué es más bonito un 5377, verbigracia, que un 2914; pero los jugadores aseguran, con misteriosa sonrisa, que hay enorme diferencia de hermosura entre los dos números. Hay quien juega haciendo que el décimo lo tome un niño; hay quien pone el décimo a los pies de San Antonio. Las personas piadosas dan participación a los santos; las «descreídas» consultan a las gitanas y brujas, que existen aún, y que si supiesen vaticinar de estos asuntos serían ya millonarias, porque se aplicarían a sí propias su ciencia.

En la jettatura no hay quien no crea. Y esto, según noticias, no sólo es España: en Estados Unidos, en Italia, en Alemania, en Francia. De Francia lo puedo afirmar. He presenciado escenas y episodios que confirman el dicho de Zola. Nadie ignora el desarrollo que ha adquirido el satanismo en Francia. A todo extranjero algo intelectual, se le brinda, como una curiosidad de París, el asistir a la misa negra. Yo rehusé, porque soy católica; y creo que en esa

sacrílega farsa haya mucho de industrialismo; pero su origen fue indudablemente, la superstición que el novelista francés creía característica del ocaso del siglo XIX, y que continúa, porque el alma necesita creer, y si no cree en la divinidad, con la fe alta y pura de los Agustines y los Tomases de Aquino creerá en sortilegios, creerá en el diablo... En lo primero que se ofrezca a su ansia de vida sobrenatural.

Los jugadores repito presentan tipos de superstición muy definidos. No os acerquéis a la mesa en que se talla, porque supondrán que lleváis la mala suerte, a no ser que se figuren todo lo contrario y os pidan por compasión que permanezcáis allí. Entre los «mirones» de las mesa de tresillo los hay que tienen la virtud de descomponer a los jugadores, causándoles la impresión más desagradable, que exteriorizan sin preocuparse de la cortesía.--¡Váyase usted, que me trae un pato horrible!--exclaman; y el interpelado se retira, confuso, sin saber cómo su presencia influye en las cartas de la jugadora (generalmente son las señoras las que más revelan estas impresiones, entre gestecitos de mal humor).

Ello es que el juego justifica toda clase de aprensiones. No sé qué daría yo por conocer la explicación racional y científica de lo que se llama la vena y la racha en el juego. Aunque los sabios de

profesiones nieguen la existencia del azar, todo el que juega siente físicamente algo misterioso que preside a las combinaciones de los naipes. Os sentáis, dáis las cartas, y en el momento advertís «casualidades» imposibles de explicar, que traen a los labios la exclamación: «Parece cosa de brujería». La noche anterior, hasta el mismo momento de levantaros y dejar la partida, habíais tenido una racha loca; habíais visto cartas muy buenas: toda entrada os salía bien; hasta en las malas jugadas acertabáis. Y ahora repetís con convicción: «Lo que es hoy... Se diría que alguien me escoge los peores naipes...» Perdéis, perdéis, monótonamente, fatalmente. De pronto, se sienta a vuestro lado alguien, y un choque eléctrico parece avisaros del giro de la rueda. Cinco, seis, quince veces seguidas, ganáis. Se levanta el que os ha traído la buena vista: en el mismo momento volvéis a perder, con más persistencia; es una terquedad del sino os quedáis sin nada pedís prestado... ¿La razón? Nadie la sabe. Y es preciso resignarse a que muchas cosas, en ese mundo no tiene razón de ser. Son, porque sí...

Todos los hombres de acción que han aventurado en momentos críticos, no sólo su vida, sino enormes intereses, el éxito de grandes empresas, han sido más o menos supersticiosos. Napoleón, como nadie ignora, lo fue en grado sumo. Y en el juego hay algo de acción, y

en la acción, hay siempre llamamiento del destino, a las fuerzas ciegas y ocultas que disponen, si no de lo interno de nuestro albedrío, por lo menos del desarrollo de los sucesos, de la cadena de las fortunas y las adversidades.

En estas y otras cosas pensaba, al ver en el teatro Real de Madrid (que no estaba tan concurrido como otras noches, porque algunas familias no ocupaban sus palcos a consecuencia de la muerte, ocurrida aquella misma tarde, de la Marquesa de Nájera, dama de la Infanta Isabel, que la acompañó en su viaje a la Argentina) al mirar como se desenvolvían los alcartaces de uvas y se entregaban damas y caballeros a la tarea de manducarlas... Muertes tan prontas, tan inesperadas, dan siempre frío en el espinazo y recuerdan que pende de un hilo bien frágil todo lo que trae agitada a la humanidad. Se dijera que «Lolita», como la llamaban familiarmente, vendía salud; hacía pocos días que se la había visto, animada y afable como siempre, en la suntuosa ceremonia palatina del bautizo de la nueva infanta, apadrinada por el zar de Rusia. Y he aquí que un periódico de la tarde incluye un suelto: «Acaba de morir...»

La idea de la muerte, rechazada y echada por la ventana, como se echa a un tenaz murciélago que se ha colado en la habitación; esa idea a la cual no es buen

gusto ni hacer referencia, vuelve a aletear en este ambiente cargado de perfumes de violetas, entibiado por el soplo suave de las estufas, y herido maravillosamente por las estridencias sublimes de la cabalgata o cabalgada, no ha de intervenir en este pleito. Mientras cruzan por las nubes las contrafiguras ecuestres de las Valkirias blandiendo su lanza, muchos se acuerdan de esa conocidísima personalidad madrileña que acaba de desaparecer; y, a la salida, las bufandas de seda y las boas de piel de los abrigos son ceñidos a la boca más estrechamente a la boca por las manos que temen el cierzo, vehículo de las pulmonías.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

73

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

AURELIANO DE BEURETE

(Para LA NACION)

Madrid, enero de 1912.

A principios de temporada, cuando el frío «barbero» se nos echa encima, mueren de súbito unas cuantas personas de relieve, y un estremecimiento de alarma corre por las venas de los descuidados y alegres madrileños. Si el que desaparece en minutos, en segundos, es un amigo del alma, y además honraba a su patria y a su época, como Aureliano Beruete, que acaba de sucumbir a una angina de pecho, entonces, al igual de lo que sentimos sabiendo la muerte del general Ordóñez, gloriosa y al par obscuramento sacrificado en Melilla, nos ocurre la idea, tal vez infundada e hija del sentimiento, de que la Segadora señala con cuidado

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), jueves 8 febrero 1912: 6. No recogido.

a los mejores, que un hado maligno se entretiene en componer, en exquisita y orgullosa selección, la lista de víctimas.

Aureliano de Beruete no había llegado aún a lo que propiamente se llama la vejez. Era hombre de sano aspecto, de vivaces energías, y su barba, antes de un tono rubio muy tostado, casi rojizo, empezaba apenas a adquirir plomizos tintes. Su espíritu, siempre juvenil, con la verdadera juventud, que es la del entusiamo por algo ideal, se encontraba sazonado, equilibrado, lastrado, en esa plenitud sabrosa, que es el dominio de los conocimientos, bien almacenados y puestos en orden.

Era Aureliano Beruete pintor paisajista, discípulo de Haes, pero ya desviado de los métodos de su maestro por mayor escrúpulo de conciencia artística, por una sinceridad completa, llevada al ápice de su virtud. Y este carácter de realismo absoluto, sin transacción alguna con los convencionalismos y efectismos románticos, hizo que mereciese Beruete el dictado de «pintor de Castilla» que ha solido dársele ¿No os habéis fijado en que hay infinitos paisajistas que no pintan distinto de lo que ven, sino lo que nunca vieron? Efectos de luna en las comarcas asiáticas; torbellinos de polvo en los desiertos africanos; lagos de ensueño; sábanas de hielo en Siberia, y hasta en el

polo... todo eso son capaces de «manchar» algunos que no pasaron ni la frontera. Beruete, como todo el mundo había oído decir que es fea Castilla. Y, lo mismo que el inspiradísimo poeta salmantino Gabriel y Galán, no lo creyó. Buscó la magia propia del paisaje castellano, y la encontró, y nos la hizo entrar por los ojos.

Para realizar su empresa, no perdonó fatiga. Excursiones con nieve, con lluvia, con calor tórrido, sin caminos practicables, por picachos y veredas, no le arredraron, antes al contrario fueron para él recreativo y apasionante deporte. Hay que tener en cuenta que Beruete, en su desahogada posición, no pintaba para vivir, aunque sus cuadros se vendiesen, como de tan seria y acreditada firma. Su pincel descubrió una región, en la cual no se creía que pudiesen existir elementos favorables al paisajista, y de la cual sólo daban algún rastro de testimonio los adustos fondos velazqueños. Ciertamente que antes el Greco había trazado una vista maravillosa de Toledo, el primer paisaje substantivo de la pintura española. Pero la leyenda estaba consolidada: en Castilla todo se volvía páramos, llanuras áridas y secas, la gris monotonía de las tierras de labor, apenas compensada por la limpidez maravillosa del firmamento.

«En Castilla hubo muchos santos contemplativos, porque no pudiendo mirar hacia el suelo, se mira a lo

alto...» decían los aficionados a filosofar sin recalentarse el meollo. Y alguna razón tenían, porque en efecto, el suelo castellano es austero, grave, como esos hidalgos pálidos que el Greco retrataba. Pero la mirada del artista, rebuscadora del alma que corre por los paisajes, y los anima con soplo poético, supo encontrar las grandes líneas majestuosas, los floridos pradillos, los oasis del desierto castellano; y no sólo acertó con estas bellezas repuestas y escondidas, sino que del mismo carácter viril y melancólico de Castilla extrajo su representación en el arte. Una de sus exploraciones fue la sierra del Guadarrama. Había gente que se iba a Suiza, en busca de glaciares y ventisqueros, y ni sospechaba que el paisaje suizo estuviese a las puertas de Madrid. Hoy la sierra está poniéndose muy de moda. Cazadores, excursionistas y deportistas, sin hablar de higienistas y médicos y prescindiendo de poetas y dramaturgos, que también la ensalzan, han popularizado la blanca región montañosa, reproducida por los pinceles de Beruete y de los discípulos e imitadores de su concienzuda labor verista. Lo que falta aún es la industria. Hoteles cómodos y confortables como los de Suiza, no existen. Hay algunos hotelitos y muchos «chalets» particulares en las estaciones veraniegas de la sierra, no ha llegado, sin embargo, lo que atraería allí a los

aficionados a patinajes, a los que desean respirar aire sin gérmenes impuros.

Entretanto, puede afirmarse que Madrid ignoraba completamente sus cercanías y sus montañas y que los primeros atrevidos descubridores han sido Beruete con su caja de colores y sus lienzos, y los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, llevados por sus maestros y trotando sobre ágiles piernas mozas. En la Institución profesaba el dogma de que el campo de Madrid, y aun el de toda Castilla, lejos de merecer el desdén que se les ha profesado, son dignos de causar la elevada emoción del paisaje que habla al espíritu. Las sombrosas frondosidades del Pardo y Aranjuez pueden contarse entre lo más ameno del mundo, pero hasta el ceñudo Escorial y sus escuetos peñones grisáceos producen, si se les sabe mirar, esa impresión solemne, que tiene algo de religiosidad y que evoca el pasado, con lenguaje mudo.

Beruete se contentó con estudiar las sierras, las llanuras, el Escorial sombrío, las costas rientes de Galicia y Asturias, y los monumentos toledanos, y las nunca admiradas perspectivas de ciudades olvidadas, como Cuenca, donde nadie soñó encontrar interés hasta que Beruete se encerró allí un verano, declarando que Cuenca y sus contornos eran de los más bellos sitios que se pueden imaginar. No se contentó, digo, con

estos descubrimientos, sino que extendió su caridad artística a algo más desconocido que Cuenca, si cabe; a los suburbios madrileños.

El bajo Madrid urbano había sido tema literario, con don Ramón de la Cruz y los saineteros modernos, algo discípulos de don Ramón; con los novelistas contemporáneos, que hicieron sabrosas o trágicas expediciones al través del Madrid picaresco y chulo, y el de la miseria y de la hampa. Goya, por primera vez copió rincones madrileños, pero como fondo de sus figuras, mientras Beruete, con su fiel retina, reflejó sólo el aspecto de los lugares, desde las márgenes manzanareñas con su arbolado fresco y fino y sus gentiles tendederos y lavaderos, hasta las construciones prosaicas y pobres, pero de tan vívido color, donde anidan los desheredados de la fortuna, cuyo lujo consiste en un par de macetas ornamentando la ventana, de empolvados geráneos y albahacas sedientas, y que, para atraer a su humilde bodegón o a su taberna ínfima, churretean de añil la fachada la rayan con rojos verdugones, de bermellón. Al pasar por barrios donde Beruete, paciente horas largas bajo el sol, reprodujo una manzana de casas y un árbol desmedrado creyerais que allí el arte no pudiese verter su fulgor celeste. Gracias a Beruete, esas casuchas leprosas, esas infectas barriadas ascendieron a la dignidad

artística. Esta verídica transcripción de paisajes rurales y urbanos de España fue uno solo de los aspectos de la personalidad del insigne artista que acaba de desaparecer. El otro, muy saliente, la adquisición de inmensa cultura artística, que le permitió llegar a ser primer autoridad en su terreno.

Los pintores, no suelen poseer la cultura intensa, general y particular a la vez, con carácter erudito e histórico, que Beruete atesoró. Engolfados en el trabajo y en la lucha obligados por ella a no pensar sino en la hora presente, son raros los que dominan el elemento doctrinal, y educan su entendimiento para que guíe a su mano. Beruete, dueño de viajar incesantemente por Europa y por España (y esto último es menos frecuente que lo primero), inteligentemente comprador de cuadros y dibujos magníficos: dotado además de ese penetrante golpe de vista que distingue lo falso de lo auténtico, adquirió poco a poco, y sin bombo ni platillo, ese indefinible prestigio de la autoridad que no se gana con sanciones oficiales. Faltaron éstas a Beruete por completo. Ligado como estaba por el parentesco de afinidad más cercano a un político de tanta altura como don Segismundo Moret, Beruete, que era un gran desdeñador de vanidades y relumbrones, se ha muerto sin formar parte de la Academia de Bellas Artes. La historia de la

infecundidad de nuestras academias está hecha con este pequeño dato: un pintor notabilísimo, la palabra más autorizada de cuantas en España podían alzarse para dirimir cuestiones de arte, el hombre más competente, el autor de un libro sobre Velázquez, que se publicó en lengua inglesa antes que en castellano, no tuvo sillón en esa academia, donde debiera entrar por derecho propio... Incapaz de solicitarlo, acaso porque no le atribuyese valor excepcional: inapto para las sutiles y complicadas intriguillas que preceden al ingreso en estos Sanhedrines, quedóse fuera el mejor crítico de arte que conocíamos, aquel cuya opinión hacía ley.

No debió de causarle el previsto suceso ninguna amargura. Español castizo hasta los tuétanos, sucedíale a Beruete lo que nos sucede a los que amamos mucho a España, y porque la amamos nos hemos propuesto conocerla y hasta donde lleguen nuestras fuerzas mejorar su contextura íntima: sabía «lo que pasa»... Lo que no pasa sólo aquí, sino probablemente en todas partes: que lo oficial esté divorciado y muchas veces pugna con la realidad espiritual de los valores de los individuos: que alcance las distinciones y honores, no quien las merece, sino quien las substrae, con habilidad y con impavidez.

Conozco otro inteligentísimo cultivador de la historia y de la técnica artística, otro apasionado de

la tradición de la belleza ibérica, indagador infatigable autor de un libro meritísimo y hecho con toda nobleza de investigación sobre el Greco: me refiero a Manuel Cossío. Tampoco éste lleva trazas de ser jamás de la de Bellas, ni ese es el camino. Y como no quiero molestar a nadie, me guardaré de intentar un donoso expurgo, semejante al del cura y el rapabarbas, en los componentes de ese cuerpo y de otros análogos, donde encontraríamos divertidas sorpresas...

Beruete no sufrió decepción, porque conocía admirablemente el ambiente en que vivía y lo que da de sí el tiempo. Era, además, uno de los pocos hombres felices que yo he conocido.

Casado con una mujer encantadora por su corazón y su entendimiento, doña María Teresa Moret, que se adaptó completamente a sus aficiones, gustos y carácter, identificándose con él como esposa, amiga, hermana, colaboradora; padre de un hijo que ha demostrado la misma dedicación al arte en libros tan aplaudidos como <u>La Escuela Española</u>, en brillantes conferencias, en continua labor, a las satisfacciones de este hogar dichoso, completaron una vida útil, fecunda, llena de contenido, consagrada al mejor, al más fuerte de los intereses humanos, y ameniza por los goces coleccionistas que persigue y adquiere Goyas, Grecos, Veláquez y Reynolds. Nada huraño, aunque poco

bullidor en fiestas mundanas, Beruete sabía gustar el placer de la conversación, que ya tan pocos saborean y disfrutaba explicando sus investigaciones, sus largos viajes, sus sensaciones artísticas, enseñando sus carpetas de fotograbados y grabados, recogidos en los grandes museos de Europa, o definiendo con frase rápida y eficaz las razones de que un objeto de arte pudiese o no ser tenido por auténtico. No era sólo un enamorado de la luz y de la línea; éralo también del sonido, y se contó entre los tempranos vagnerianos de Madrid, cuando todavía los señoritos elegantes llamaban «lata» a «Lohengrin», pues no habían llegado los días de Walkiria, Sigfrido y El Ocaso. Todos los años en que abrió sus puertas el teatro, semi templo de Bayreuth, allí fueron en peregrinación Beruete y su esposa. Apasionado igualmente por las letras, siempre al corriente de cuanto se publicaba en Europa y aquí, estábamos seguros de que nadie leería más pronto la novela nueva, el tomo de versos, el artículo de revista.

Llevaban gran amistad con Galdós y conmigo y se contaban en el escaso número de los lectores cuyo juicio nos influía y cuya aprobación infundía la tranquilidad de haber trabajado para el porvenir. Así es que en Beruete perdemos a un individuo representativo del público verdaderamente ilustrado,

del que sale de España para conocer a Europa, y sabe ir a Europa y volver hacia España; del que es castizo porque es docto, no por tenaz oposición a lo nuevo ni a lo de afuera; del que estima mejor las grandezas incomparables de nuestra historia cultural, por lo mismo que puede compararlas a otras y nos conoce lo bastante para discernir nuestra huella y nuestra garra de león en los países que hemos sojuzgado y que formaron parte de nuestros dominios; en Italia, en Flandes, en Holanda, en Alemania... Y Beruete era como lo describo: lleno, rebosante de sentido clásico español, y saturado de modernidad, de alta modernidad de arte. La obra tan provechosa de Huntigton y de la Hispanic Society le tuvo por valedor asiduo, y fuera de España se estimó su mérito y se le concedieron distinciones en otorgarle... No tenía ni la gran cruz de Alfonso XII ni primera medalla en las exposiciones españolas. La eterna ironía de la vida oficial...

Y la frase con que termino no es una de tantas que se dicen por rutina. España debe llorar esta pérdida; acordarse, siquiera ahora, de su preclaro hijo.

LA CONDESA DE PARDO BAZA.

74

LA NACION

UN SOÑADOR*

SAINTINE Y GERARD DE NERVAL

(Para La Nación)

PARIS, enero de 1912.

Como he dicho anteriormente, Saintine tenía un amigo médico. Era doctor notable y sabio, miembro de la Academia de medicina, pero cuyo nombre no aparece en la obra de sus conversaciones con él varias veces. El mismo hombre de ciencia, aparece en una de esas charlas, como sujeto a alucinaciones; pero más que pertenecientes al ensueño, producidas por la excitación de bebidas como el champaña. El médico le explica lo referente a los sueños lúcidos--«clara somnia»--durante los cuales el espíritu goza de toda su fuerza de deducción y aun de invención. Se han visto poetas que han hecho versos y matemáticos que han resuelto

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), viernes 1 marzo 1912: 6. No está recogido.

problemas durante esos sueños, que se han llamado también «psíquicos». Mientras los sentidos duermen, el alma está libre. Y al revés, hay sueños «hiperestésicos», en que los sentidos son los dominantes. Entre estos sueños están los sintomáticos, cuyo, carácter es más persistente. Se le da ese nombre porque, desde Hipócrates y Galeno, se han tenido como signos reveladores de algunas enfermedades. Después de los sintomáticos vienen los simplegádicos «sueños desordenados en que los sentidos y la imaginación se entrechocan muchos dramas se mezclan en uno solo, sueños complicados, monstruosos, sin pies ni cabeza, a los que pertenece la pesadilla». «Mais, au diable tous ces grands mots!» dice el doctor recordando quizá Molière. Mas lo que juzga evidente es que en el sueño, el hombre se desdobla; y el cuerpo y el alma pueden aislarse uno de otro, o encontrarse en condiciones distintas del estado normal. Recomienda a su cliente el libro Recherches sus les hallucinations por Szafkowski, y sobre todo, las obras del sabio Alfred Maury.

No me detendré en las alucinaciones del doctor, para ocuparme en el capítulo que Saintine consagra a Gérard de Nerval, y que es de un interés extraordinario. Con motivo de la publicación de la correspondencia del desgraciado Gérard, se ha escrito

mucho recientemente, pero nadie ha nombrado a Saintine. Es pues un verdadero hallazgo lo que transcribo a mis lectores. El capítulo se titula «La saint Babylas». El autor entra en materia recordando una página en que Nerval cuenta los sufrimientos de pobre vagabundo, en una fría noche de año nuevo. «Yo intentaré dice Saintine, contaros una historia verdadera, tan lamentable como su cuento, a la cual él mismo viene fatalmente a mezclarse». Un hombre erra por los bulevares de París, a una hora avanzada, en el frío nocturno. Está en la miseria. A la salida de los teatros, ve caras conocidas, pero no se resuelve a tender la mano; se le creería un mendigo, dado su aspecto. Sin embargo, ha vuelto a París después de largo tiempo de ausencia. Mas teme todo, y a todos, en su pobreza. Entra en una mala taberna. Y bebe, bebe hasta su último céntimo. La noche avanza. ¿A dónde ir? Sale y se sienta en un banco del bulevar. Recuerda su pasado. Dejó a sus padres, que querían hacer de él un comerciante. El quería ser pintor. Se llamaba Babylas. Sus compañeros le creyeron un artista. Una joven se enamoró de él. No quiso casarse, pues «il aimait ailleurs». Por fin, los padres lo quisieron casar. El huyó la víspera de su cumpleaños y de su matrimonio. Fue a Oriente. Trabajó en su arte como pudo. Estuvo en Persia, como

fotógrafo. Pasó a California, después de haberse casado con una malaya, en una isla.

Por fin, fatigado, decaído, optó por el retorno a su patria. Vino como marinero en un buque mercante. Escuchemos a Saintine, a quien extractaré. Mientras el pobre vagabundo, sentado en un banco helado del bulevar, evocaba, llorando, los risueños fantasmas de su juventud, había quedado en completa soledad. Ni una luz en los cafés, a lo largo de las aceras, apenas las linternas de gas alumbraban en el vacío, en el silencio. Era demasiado tarde ya para ir a tocar a la casa del barrio. Sus tristes reflexiones aumentaban sus sufrimientos: tenía hambre, tenía frío y ni una esperanza de abrigo, o de pedazo de pan; y era el día de San Babylas, su día, su cumpleaños! Por el mismo frío, y a pesar de sus sufrimientos, le vino un irresistible deseo de dormir... de morir tal vez. ¿Qué mal habría en ello? Mas de una vez le vino la idea del suicidio. ¡Si la muerte pudiera llegarle suavemente! Ya sus ojos comenzaban a cerrarse cuando oyó pasos. ¿Qué hace allí, buen hombre? le dijo un gendarme. ¡La noche está fría y no es bueno dormir al frío: vaya a acostarse a su casa!

¿Acostarme, en dónde?... Se levantó con esfuerzo; atravesó la calle, endurecida por la helada, y siguió al azar, sin saber a donde ir, sin conciencia de su

rumbo. A poco se encontró en un entrecruzamiento de esas callejuelas estrechas y fangosas que se veían aún hace algunos años en los alrededores del Hotel de Ville. Ante él se abría una especie de callejón sin salida, limitado a su extremidad por una calle transversal, alta de 15 pies sobre el suelo. Se detuvo ya sin fuerzas y sin paciencia. Esta vez no esperará que el sueño vuelva,--el sueño, el reposo, el bienestar, se los pedirá a la muerte. A su derecha se alzaba una escalera de piedra, recta y firme, que unía el callejón a la calle. A la luz vacilante de uno de los últimos reverberos de París, entrevió a lo largo de la escalera una reja de hierro, metida en la pared ante un tragaluz y formada de barras de una solidez suficiente para sostener a un hombre colgado a algunos pies del suelo. Desanudó su corbata, franqueó los primeros escalones y retrocedió espantado. ¡Horror! Acababa de tocar un cuerpo rígido confusamente.

El cuerpo de un hombre estaba colgado de la reja. El lugar estaba ocupado. Dos horas sonaron en un reloj vecino. LLeno de miedo, huyó. Luego se detuvo, miró a derecha e izquierda. Se encontraba en una gran plaza. En frente de él, se levantaba el Hotel de Ville. A su derecha estaba el río. Tomó una calle a su izquierda. En ese barrio había vivido Helena (este era el nombre de la novia); quizá vivía aún allí. Antes de morir,

quería él ver de nuevo esa casa, donde había amado y roto de pronto los vínculos de amor. De la casa de Helena no halló sino ruinas. En los escombros encontró una cruz. Se arrodilló ante ella, imploró perdón. Un gran dolor moral le hizo olvidar sus fatigas. Se dirigió a la casa paterna. Llegó por fin. La halló; estaba como antes. Una luz brillaba en el entresuelo. Allí dormían sus padres. Vivían, pues aún. Entró, pues la puerta se abrió ante él. No vió a nadie, sino la lucecita que le guiaba. Entra. El fuego fatuo que le precede enciende una lámpara colocada sobre un mueble, cerca de un lecho. En ese lecho, un hombre duerme. Es un joven de veintitrés a veinticuatro años. Con estupor, en ese hombre Babylas se reconoce. Es él mismo, tal como era en la época de sus bellos años. El que duerme entreabre los ojos. Ambos se miran por un instante. Después el falso Babylas desaparece. ¿Cuál era el verdadero? El verdadero era ese joven extendido aún en el lecho, y que acaba de despertar; el otro era el sueño. Es en sueños que el artista había abandonado la casa paterna; en sueños había recorrido el mundo, se había dado a la embriaguez y había pensado en el suicidio. Amanecía. Asustado todavía con sus sueños. Babylas, el verdadero Babylas, advierte una corbata blanca sobre un frac. «Ese sueño, concluye Saintine, concebido más o menos en las mismas condiciones que

tantos otros sueños, y cuya peripecia final recuerda la que tomara Gérard de Nerval de Juan Pablo Richter, se une a un doble hecho curiosísimo. Primero, Gérard de Nerval escribió la Noche de año nuevo de un desgraciado, cuento que parecería haber sido sacado de su propia historia, y cuyo desenlace, sin conocerlo se apropiara Babylas... Pero, para el segundo hecho, que se ha podido presentir ya, nos parece conveniente difícil crear cosa más tierna y más íntima que Canción de cuna.

*

En el teatro de la Princesa, donde trabajan los insignes actores María y Fernando, se oyó con agrado El alcázar de las perlas, obra del poeta Villaespesa. Conviene advertir que se trata de una leyenda poética, no de un drama propiamente dicho. Por eso no debe extremarse la exigencia de la verosimilitud, ni de acción dramática. Para mí, que propendo a mirar el teatro por su aspecto literario, El alcázar de las perlas ofrece un interés singular. Es una producción que, sin tomarse el trabajo ni de encubrir la época a que realmente pertenece, nos retrotrae a los años 1835 a 1840, al romanticismo de «moros y cristianos» de Zorrilla. Mejor dicho: no es ni aun de moros y cristianos; es de moros solamente, y moros de Romancero morisco, apasionadísimos, fieros, graves, de aquella «tribu salvaje que de amores muere».

Son los moros legendarios, que me inspiran terribles dudas en cuanto a su realidad histórica, no estudiada aún, después de tantos años, muy documentalmente; y que esta era la principal impresión que el drama de Villaespesa me producía: el asombro de pensar que, sabiéndose mucho en España del arte Arabe, se sepa tan poco de los «moros», de su psicología verdadera, de su historia interior, la que no guarda relación con las luchas de la Reconquista. A mí--¿por qué negarlo?--los versos de Villaespesa me parecieron preciosos, pero sus moros y moras no me persuadieron de que así hubiesen sido cuando vivían. Por eso he empezado diciendo que se trataba de una leyenda, y que su fecha era la del tiempo de Zorrilla planeaba el poema a Granada. Hoy, las leyendas mismas se revisten de erudición histórica, y en Salambó, por ejemplo, que leyenda es, y en otras obras del mismo género, se trata de estudiar el medio, concienzudamente. De esto no hay rastros en El alcázar. Pero hay poesía, galanura, efectos tan bellos como el del fianal del primer acto, y hay ardor de inspiración, arranque de fantasía. Se ha aplaudido sinceramente al joven poeta, porque todo español está muy predispuesto a la hora romántica.

Una tentativa bien distinta es la de Arzadún, en el teatro Español, titulada Fin de la condena. El ambiente es el del presidio; los personajes,

presidiarios; el asunto, la tentación del crimen de sangre, en los presidios tan fuerte. Se entra allí por un incidente, y antes de salir se incide en el homicidio, que cierra para siempre las puertas del penal.

El drama de Arzadún no es vulgar; tiene rasgos de energía, un estudio acabado de los medios, y, sin que se hayan puesto de acuerdo los que lo juzgaron, los nombres de Máximo Gorki y Fedor Dostoyeusky, los dos sombríos maestros de la novela presidiaria, de las casas muertas, de los «bajos fondos», acudieron a los labios y a las plumas. Sólo que el público no encuentra gusto a este ambiente. Una de las actuales exigencias del espectador, es que le pongan el escenario bonito, lindamente amueblado, con palmeras que guarnece un lazo de cinta color rosa. El presidio... ¡uf! ¡qué cosa tan triste! Y, como me decía no hace muchos días un pedagogo ilustre, que conoce admirablemente estos problemas de psicología nacional, una de las cosas más necesarias para vivir es un poco de tristeza, de la magnífica tristeza del arte...

De Linares Rivas, autor dramático de los mejor tratados por la prensa, preferiría no hablar en esta ocasión, pues desde hace algún tiempo se consagra a glosar o extrartar obras ya conocidas en vez de hacer

teatro propio. Es sin embargo, Linares Rivas uno de los pocos que son dueños de su tiempo y de su pluma; no ha menester escribir para vivir rodeado de todas las comodidades y goces; posee fortuna, y se debe a sí mismo no realizar labor que no le pertenezca. Aunque la tendencia que en él censuro viniese notándose en La raza, en El demonio, en la misma Lady Godiva, hija natural de Monna Vanna--es tanto lo que se ha exteriorizado en Doña Desdenes, recientemente estrenada nada menos que en la Princesa, y nada menos que por los Guerrero-Mendoza, que en uno de los sábados de abono, a pesar de la habitual tolerancia del público, hubo manifestaciones de desagrado. Arregló primero Linares la opereta que he visto representada con el título de Maniobras de otoño (ignoro su nombre alemán) y el arreglo, con música, no gustó.

Convirtió entonces la opereta en comedia española, la que en la Princesa hemos visto. Y la antigua amistad que profesamos al autor, nos inspira el consejo de que cultive su jardín, ya que los hados propicios le facilitaron las condiciones materiales necesarias para poder hacerlo. Yo respeto mucho todo género de trabajo, cuando los hijos y la esposa aguardan trémulos su fruto para sustentarse; pero repruebo a los que, hallándose en este caso, contribuyen a la decadencia del arte español, que debieran engrandecer. Como decía

el propio Linares Rivas la noche del estreno, según noticias que han llegado a mí: «Ahora es preciso hacer algo serio». Sí es preciso intentarlo, será ya meritorio. Y no se olvide que lo «serio» no es lo grave. Una comedia de Moratín o de Molière es cosa muy seria. Y así vamos subiendo la consabida «cuesta de enero», de los espectáculos, esperando el advenimiento de alguna obra que se apodere del público, que le haga sentir, dudar, discutir, pensar... Acaso esto que anhelo yo, no lo anhelan más que otra docena de espectadores, a lo sumo. O acaso lo anhelan todos y no lo saben, como anhelaban las jovencitas en El amor que pasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

75

LA NACION

CRONICAS DE ESPANA

LOS TRAPENSES*

(Para La Nación)

Madrid, febrero de 1912.

No siempre se ha de hablar de teatros y sucesos mundanos, alguna vez pide el espíritu en su movilidad alada, en su ansia de diversidad otros temas. El de hoy es algo singular... No faltarán gentes que lo encuentre triste... ¿pero quién, sino San Francisco de Asís, conoció la perfecta alegría, donde reside, cómo la buscamos? Acabo precisamente de leer un tratado de filosofía que todo él se encamina a demostrar algo muy verdadero: que el refinamiento de la inteligencia, de la sensibilidad y de la sensualidad, conduce a la tristeza; que estamos organizados para el dolor y no para goce y que sería inútil perseguir en las

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), lunes 11 marzo 1912: 5. No recogido.

condiciones de la existencia terrestre, una dicha cabal. Si empezamos por reconocer que así sucede comprenderemos mejor otro libro que acaba de llegar a mis manos también y que habla de los monjes trapenses, de las vicisitudes de la orden, en España y fuera de ella.

La Trapa es una derivación o como se dice teóricamente, una reforma de aquel vasto y caudaloso instituto monástico que se llamó la Orden Cisterciense. En los orígenes de la Trapa hay una historia de amor. Está en el siglo XVII. Un abate elegante, Armando de Rancé, ordenado de sacerdote, brillante concurrente a los salones, sin embargo (el caso entonces no era insólito) amigo de Mazarino y del cardenal de Retz, muy halagado por las bellas frondistas--hubo de enamorarse apasionadamente de una de ellas, la duquesa de Montbazón.--Lo mismo que se cuenta de San Francisco de Borja, de Rancé se cuenta; pero hay diferencia; lo de Rancé es auténtico y lo de San Francisco, en lo que hace al enamoramiento, leyenda y no más. San Francisco, cuando duque de Gandía, era amigo de Carlos V y más de una vez en íntimas conversaciones con el César, le había manifestado su cansancio del mundo y los anhelos de soledad y retiro que le acometían. Y por cierto que Carlos V, que era neurasténico a pesar o quien sabe si a causa de sus sensualidades había

convenido con el duque en el mismo deseo y como nadie ignora, acabó poniéndolo por obra en Yuste. El duque de Gandía sintió, quien lo duda, más vivamente la nada humana, al mirar a la bella emperatriz extendida en su féretro y exhalando el hedor de las descomposiciones; pero no fue amorosa su pena: fue el asombro de comprobar en lo que se convierten belleza y juventud, en lo que paran las grandezas y las coronas, y por eso pronunció la frase, hoy tan bellamente parafraseada por Ricardo León: «¡No más servir a señor que se me pueda morir!». Rancé viendo a su adorada víctima de las viruelas, helada ya, horriblemente desfigurada, sintió no sólo el dolor del prócer español, sino otro acaso más cruel: lo que estaba mirando convertido en objeto de horror, en cifra de la humana miseria, era aquel ser que parece divino, el que se ama, el que lleva en sí la misteriosa magia del sentimiento exaltado. Decisivo fue el golpe. Rancé se retiró de la sociedad y del trato, yéndose como entonces se decía «a sus tierras». Era el primer momento, en que el retiro es un sedante porque los indiferentes causan náuseas.

Todos los que han sufrido grandes penas conocen este estado. Algunos se consuelan; otros, de naturaleza más romántica, de sensibilidad más intensa--o más predestinados por la gracia, como sucedió a Rancé--no quieren consolarse; piden sólo que no les

quiten su dolor y que en lo sucesivo ese dolor sea el guía y el maestro de su existencia.

Algunas veces la vibración de los nervios pone en comunicación con otro mundo generalmente inaccesible a los sentidos limitados del hombre: y entonces es el alma, sólo el alma la que ve. Así Rancé un día, que abstraído en sus cavilaciones y memorias, paseaba por las alamedas de su castillo de Vertz vio algo tremendo: la casa ardía... Y como se acercase para cerciorarse de la realidad del incendio de entre un mar de fuego vio salir la mitad del cuerpo de una mujer hermosa... Cayó al suelo con un síncope.

A la visión aterradora siguió la conversación, muy semejante a la de San Francisco de Asís.

Rancé vendió sus bienes, sus muebles, su vajilla; lo repartió todo a los pobres; renunció sus beneficios eclesiásticos; entre ellos se contaba la abadía de la Trapa; ésta la conservó, pero fue para retirarse a ella. Estaba arruinada y la ocupaban siete monjes relajados. Emprendió a un tiempo estrecha penitencia y rigurosa reforma. Restituyó la regla a su pureza primitiva. Sus austeridades duraron 34 años; pero según la leyenda algo tenía consigo, que le prestaba valor para no desmayar en la expiación. No era sino únicamente por cuenta propia por lo que Rancé se imponía tan duras mortificaciones y restauraba la Orden

de los Trapenses. Pensaba en la amada, envuelta en las llamas horribles del Purgatorio; y, para no flaquear en la empresa de obtener el perdón, de implorar a todo momento la misericordia divina, en su reclinatorio, sobre un cojín de terciopelo, estaba mirándole por las vacías cuencas de sus ojos, aquella

« Calavera sombría
que en bucles bellos
adornaron un día
blondos cabellos...»

la calavera misma de la duquesa de Montbazón...

Como obra de amor, la Trapa es un foco ardiente de espiritualismo. Yo he visto varias veces a los trapenses y siempre los he mirado con interés profundo. Hay algo más allá del dinero, algo superior a la materia; y donde quiera que encontremos esta mística afirmación, sentiremos el consuelo de pertenecer a la humanidad, que se ha elevado por encima de la naturaleza. He visto en Francia a las trapenses del «Refuge», en sus celdas desnudas, que blasona sobre la dura tarima, enorme cruz negra; las he visto, pastando sus vacas por los senderos, bajo el gran sombrerón pajizo que acaso un día cubrió la cabeza de Juana de Arco; y otra impresión semejante me han causado los

Cartujos, que se asemejaban mucho a los de la Trapa, orando delante de los afiligranados sarcófagos del más puro gótico florido, en que yacen don Juan II y su regia consorte. La vida de estos monjes ¡qué diferente de la nuestra!

Pero, si tenemos capacidad para comprender, por un instante, nos haremos trapenses, soñando. Todos lo hemos sido todo, mediante esta elasticidad, esta facultad de comprensión que caracterizan al alma contemporánea, en la cual el intelectualismo ha acertado a cuajar en sentimiento...

¿Cuál es la vida del trapense? Dormir siete horas, trabajar diez, rezar siete. Su jergón es de paja; dos mantas le cubren. Viste de lana, en verano como en invierno, no prueba la carne, ayuna... ¡y este método forma centenarios! Porque la mayor parte de las privaciones impuestas por el régimen de la Trapa, son las prescripciones que los higienistas ordenan a sus clientes, enfermos por abuso del goce y de las delicias del lujo... Rancé lo dijo en una frase hondamente poética: «El que venga a la Trapa, que no traiga aquí más que su alma: ¡la carne nada tiene que hacer aquí!» Y no obstante, el cuerpo agradece la privación...

En España, el país de los filósofos estoicos, la Trapa debiera haber echado más raíces.

La abadía de Santa Susana nació en la tierra estoica por excelencia, en Aragón, cerca de Zaragoza.

Sólo queda de ella un trozo de nave de la iglesia antigua. Los magníficos objetos de arte que allí se custodiaban, han desaparecido en esa epilepsia de vandalismo que se llamó la exclaustración. Vandalismo, y también otra cosa; España fue entonces despojada de la mitad de su riqueza artística, que pasó a manos codiciosas, si ya no ardió en hogueras, hecha astillas. Hasta en los conventos más mortificados, allí donde se seguía regla más severa, el idealismo de la belleza era cultivado. El trapense, que nada tenía suyo, poseía un retablo maravilloso, un piélago de oro y colores, en cuya contemplación entreveía las mágicas perspectivas del Edén, prometidas al que sólo alienta para Dios. Y hoy, nadie sospecha cuál fue el paradero del retablo de Santa Susana...

Expulsados de Francia, a fines del pasado siglo, los trapenses, algunos, de nacionalidad hispana, aquí se refugiaron, instalándose provisionalmente en el monasterio de San Pedro de Cardeña. ¡San Pedro de Cardeña! ¡A qué español un tanto conocedor de la historia de su patria no le sonará este nombre, con ecos infinitos, con larga repercusión, que salvando siglos, nos retrotrae a nuestra época menos conocida y estudiada, pero no menos gloriosa, la Edad Media; el período en que formándose la conciencia nacional, empezábamos a lidiar con los árabes, y a integrar,

frente a su conquista invasora, la Reconquista. Y entonces es cuando surge el Cid, cuyo nombre misteriosamente tradicional va unido al de San Pedro de Cardeña en Burgos, allí donde tuvo sepultura, y donde se alzó, después de muerto, amenazador y terrible, contra el judío que quiso mesarle la barba, el Campeador castellano.

En Cardeña no estuvieron mucho tiempo los trapenses: poco tardaron en trasladarse a Solsona, al santuario de Nuestra Señora del Hort. Tampoco en éste hallaron acomodo, y pasaron a otro, el de Bellpuig o de las Avellanas. Ni aquí terminó su odisea: la dueña de la finca de las Avellanas explotaba a los trapenses con dureza industrial, y se trasladaron a otro lugar que tiene curiosa historia. Es el oasis retirado y umbrío, donde se alzaba la casa del llamdo cura de Aldehuela, el que dio la bendición nupcial al secreto matrimonio de la reina gobernadora doña Cristina de Borbón, viuda de Fernando VII, con el oficial de guardias de Corps, don Fernando Muñoz, con el cual solía pasearse la reina en bote a lo largo del entonces canalizado Manzanares, terminando la excursión frente a los pinares de Aldehuela. Dueño el cura de la hermosa finca, que le fue regalada por el Patrimonio en recompensa de la bendición consabida, la vendió más tarde a un señor Tabernero, el cual la regaló a los trapenses. Este

donatario, a quien Filipo Lippi, o algún otro pintor primitivo, hubiese retratado de hinojos y con las manos juntas, ante la aparición de la Virgen,--entró, casado y todo, y con permiso de su mujer, en los jesuitas; ella hizo votos, a su vez, en el monasterio de las Salesas de Victoria; y León XIII, informado de todo esto, y exclamando: «¡Acción propia de español!», se quitó su blanco solideo, y se lo envió al donante. Por eso hay un jesuita que usa solideo blanco, como el papa, mientras lo gastan negro todos los demás. El jesuita del solideo blanco cuenta hoy 90 años, y vive aún en la residencia de Loyola.

De la casa de labor de Aldehuela hicieron los trapenses monasterio e iglesia, y de la finca, una magnífica granja agrícola, que labran con sus propios brazos, no enflaquecidos, antes bien se diría que vigorizados, por el régimen vegetal. El principal cultivo es la vid. Como es sabido, el vino del Sacramento, para la consagración, tiene que ser puro, y los trapenses, naturalmente, puro lo elaboran, con religiosa escrupulosidad. Hasta de Alemania se lo encargan muchas comunidades religiosas. También crían abejas, y sacan de sus colmenas cera virgen. En su vida diaria realizan el sueño geórgico de las edades todavía patriarcales de la humanidad. A la puerta del monasterio vienen los pobres a pedir su pitanza: el rancho se distribuye ampliamente.

Hubo en la reducida comunidad de Val de San José, que así se llama, un trapense artista. Como Fra Angélico--y conste que esto no es ponerle a la altura del maravilloso beato--comulgaba antes de tomar el pincel, y luego, cubría el lienzo de color. Un cierto sello español, murillesco, se nota en sus pinturas. En otro tiempo, buscaba las medallas, los premios de exposiciones; su labor religiosa y obscura de monje, quedará guardada entre las paredes del cenobio.

Hoy no pueden los monasterios llamar artistas para decorarlos, pero gracias al trapense pintor, en su asilo no faltará la nota del arte.

El primer prior titular de Val de San José es un gallego ferrolano, teniente de navío en su juventud, y que un día... ¿quién sabe? ¿otro Rancé? llamó a las puertas del monasterio de trapenses de Devielle, y no mucho después ingresó en él como hermano lego. Su vida fue desde entonces santa y humilde... Y no eran acaso pecados propios los que exigiría, sino los ajenos, que se habían impuesto a su conciencia cuando, al salir de un espléndido baile en La Habana, anunciaba a los compañeros que iba a pedir su licencia absoluta y retirarse de la vida para siempre...

Este fue el que bajo el nombre de padre Esteban, transformó la antigua casona de Aldehuela en el actual monasterio de Val de San José.

Habrá quien diga que los trapenses son unos ilusos, unos perseguidores de la Quimera... Y yo, que me coloco, temporalmente, en todos los puntos de vista, sin que por eso varíen mis convicciones, digo que tras la Quimera vamos muchos, los amadores del arte, filosofía y sentimiento, los más nobles entre los de nuestra especie. La Quimera de la vida monástica, ni envidiada ni envidiosa, con vistas al cielo, ¿qué ha de engendrar sino paz en el espíritu? Acaso, aún miradas profanamente las cosas, sea dulce por lo libre de materiales ansias el existir de esos trapenses que cavan la viña, vendimian su colorado fruto, siembran el trigo y la hortaliza, y se regocijan con la cosecha de tan natural y sencilla labor... ¡Oh agricultor venturoso, si conociese su bien! que dijo el epicúreo latino... ¡Felices los que no cultivan sólo la tierra, sino también la flor de la esperanza!

Y el que quiera saber más de los trapenses, lea el libro del señor Elpidio de Mier, por cierto muy interesante.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

76

CRONICA DE EUROPA

LA LOCURA DE UN REY*

(Para LA NACION)

En estos últimos meses se ha notado incremento en las enfermedades mentales ya tan frecuentes desde que los nervios se han exaltado por mil causas relacionadas con la intensidad de las emociones, y el problema de la locura, enfermedad rebelde de la ciencia, en su estado actual, ha vuelto a preocupar, como preocupan los enigmas insolubles.

Esa enfermedad, que ha sido identificada con el genio (teoría que combato, no encontrándole fundamento científico innegable) reviste formas muy varias. Desde la insania degradante de Nabucodonosor, que se creía convertido en bruto cuadrúpedo y pastaba yerba, hasta las demencias poéticas de los Quijotes y los Hamletos, el uno en plena afirmación idealista; el otro en plena zozobra de duda, ¡qué de matices, qué de grados, qué de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), lunes 1 abril 1912: 7-8. No recogido.

caprichos de la fantasía, qué de aspectos del alma, herida y atacada en lo más íntimo de su santuario!

Y, como siempre (la curiosidad está lejos de extinguirse), ha vuelto a discutirse la personalidad archirromántica del rey Lohengrin, de Luis II de Baviera.

Su perturbación de índole tan singular, nuevamente se estudia en artículos y libros. ¿Fue verdaderamente un alienado el monarca que consagró toda su vida al arte y a la hermosura, el primer esteta, fundador de la secta, saludado por Verlaine con tan efusivo y respetuoso saludo?

Luis II de Baviera nació el año 1845. Su estirpe regia es de las más antiguas e ilustres, superando en ello a la de Borbón. Entre sus ascendientes, desde el siglo XV, se sabe que abundaron aficionados al arte, coleccionistas de cuadros y medallas, y después Mecenas inteligentes, que tienen para sí solos un teatro, en donde se representaron los primeros dramas de Schiller. El abuelo de Luis II, Luis I, fue poeta, y no vivía a gusto sino rodeado de artistas, escultores y pintores. A él se debe todo el pseudo helenismo de Munich, dos edificios que no me satisfacen, pero que dieron esplendor a la ciudad. Nadie ignora cómo se enamoró Luis I de la bailarina española Lola Montes, y cómo esta pasión sin freno fue causa de su abdicación.

Su hijo no demostró afición al arte, pero sí a la ciencia, y llevó íntima amistad con Liebig.

Se reconocerá que esta dinastía no era vulgar, y que en el príncipe Luis confluían atavismos que le predestinaban. Y no lo digo en elogio de la dinastía, desde el punto de vista del gobierno. Porque desde nuestro Rey Sabio, el de las Partitas y el de las Querellas, y acaso desde Salomón, que fue un excelso poeta y acabó por servir de piedra de escándalo de su pueblo, los reyes que hacen del arte o de la ciencia la aspiración de su vida, relegan siempre a lugar secundario la práctica del reinar.

En Luis II de Baviera, último rey de país (depués de él Baviera está sometida a la hegemonía prusiana), hay que ver un caso que a veces registra la historia: el de un hombre que aspira al arte, a sus horizontes magníficos, a la gloria, a sobrevivir, sin haber recibido del cielo las aptitudes del artista. Cuando este tipo humano asoma en las clases sociales sin realce, es uno de tantos fracasados, poetas sin inspiración, autores dramáticos cuyas obras nadie quiere representar, pintores desconocidos: cuando surge en las gradas de un trono se llama Nerón Enobardo o Luis II de Baviera, y adquiere la inmortalidad. En apariencia, no hay similitudes entre el Rey Virgen y el depravado César; en el fondo, su caso es el mismo;

ambos ansiaban ser artistas, y carecían de facultades propias; ambos cultivaron esa quimera, y Nerón quemando a Roma anuncia a Luis II, derrochando su lista civil y entrampándose para construir fantásticas residencias, castillos insensatos.

Luis II de Baviera parece nacido para dar asunto a la leyenda, y el romanticismo, que decaía cuando él vino al mundo, en él persistió y se encarnó, no habiendo en su vivir y en su morir cosa que no preste a la leyenda sugestión de misterio. La belleza de su cara, la expresión soñadora de sus ojos cuando joven, estaban perfectamente en armonía con sus destinos. El romanticismo del Cenáculo hubiese hecho del rey Luis un amador a lo Antony, idólatra de una mujer: el romanticismo de última hora, que tanto ha influido sobre las letras y las artes en el último tercio del siglo XIX, hizo del rey Luis un enamorado de la estética un adorador de la Belleza, que no era capaz de realizar, de lo cual acaso se originase su locura, si ya no es que fuese predisposición morbosa latente en la raza, como lo demuestra el hecho de que también su hermano y sucesor, el rey Otón, indiferente al arte, haya sido igualmente incapacitado, ejerciendo la regencia en su nombre el prícipe Luitpoldo.

Pero ¡cuán diferentes entre sí los locos, y que pocos serán los que hayan venido a la insania por el camino que siguió el monarca del cisne blanco!

No podía el rey Luis legar al mundo una obra capital, un cuadro como la «Gioconda», una estatua como el «Perseo», un poema como la Divina Comedia, un drama como Hamleto. No podía porque el genio es cualidad otorgada sólo a los elegidos. Y con acierto gentil, comprendió que pudiera recibir el reflejo de la belleza ayudando a favorecer su aparición radiante, protegiendo su nacimiento, uniendo a ella su recuerdo. Y, entendiendo de este modo las cosas, tuvo un rasgo de genio Luis II, acertando a proteger a Wagner.

Hoy todos reconocen el valor inconmensurable de la obra wagneriana; pero hay que tener en cuenta que, cuando el monarca de Baviera se entusiasmó con ella y con su autor, éste era tenido por un visionario estravagante, que luchaba con la obscuridad, el desdén y la indiferencia del público. Luis II, en la adolescencia había asistido a una representación de Lohengrin, en Munich. La leyenda del Caballero del Cisne, familiar a su infancia, enlazada con los fastos de su estirpe y que había apasionado a su madre hasta el punto de inducirla a formar una colección de cisnes en porcelana, marfil, bronce y mármol, hizo decisivo el efecto de la música divina del maestro, unida a un poema no menos sentimental que la música, como todos los libretos de Wagner en el corazón del soberano que no lo era aún, y, sometido y sin poder, seguía desde

lejos a su ídolo y se indignaba ante las tribulaciones y las silbas que en París sufrió. Apenas la muerte de su padre lo eleva al trono, Luis II envía a su secretario particular en busca de Wagner, cuyo paradero apenas se conocía. Contaba entonces Wagner más de cincuenta años y aunque había estrenado Rienzi, Tannhäuser y Lohengrin, permanecía en la penumbra, sin recursos. El Anillo de los niebelungos no encontraba manera de ser representado y Wagner al imprimirlo preguntaba si no aparecería un rey que le ayudase a realizar su concepción sublime, la música del porvenir.

¡Quién sabe lo que hubiese sido de la obra de Wagner, sin la locura admirable de Luis de Baviera! Quizás quedasen por siempre olvidados el canto de la Primavera, la cabalgata de las Valkirias cruzando las nubes, agitando sus lanzas y haciendo chocar sus escudos, las terribles maldiciones de Votan, el encanto del fuego, la forjadura de la espada mágica, el viaje por el Rin, la muerte de Sigfrido, el despertar de Brunilda, el canto infantil de las hijas del Rin, la prodigiosa entrada de los Dioses en la Valhalla, el dúo de «Tristán e Iseo»..., las páginas que han venido a revelarnos un arte a la vez impregnado de toda la sensibilidad nerviosa de la edad moderna y de todo el vigor profundo de la tradición como si el arte de Wagner fuese un arbol de raíces que llegan al centro de

la tierra y de ramas que se incrustan en el azul del cielo remoto. A la protección, o mejor dicho, al entusiasmo del rey Luis debemos probablemente la tetralogía portentosa y también Parsifal, el teatro de Bayreuth, Meca de la música--la gloria de Wagner, en suma. Y es justo que su espíritu, sediento de alteza, recoja parte de la inmortalidad de su amigo. Lo ha ganado no sólo por el apoyo generoso, sino hasta por la calumnia negra.

Calumniada fue la amistad de Luis II con Wagner y los transportes de sus cartas al maestro. Los que han estudiado bien la enigmática figura del rey virgen, protestan indignados contra cuanto le manche con impureza material. Dígase enhorabuena que estaba loco, aun cuando habría mil vueltas que dar a esa palabra genérica y que apenas expresa un solo matiz de la compleja realidad; dígase que vivía como en la luna; pero los que quieren ver en la platónica vida del gran idealista una página del Satiricón, sin duda no entienden este caso, esta organización singular refractaria a las realidades brutales, fisiológicas, altiva ante la materia.

Y los que, desde fuera de Alemania contemplamos el bello episodio humano, hemos de reconocer que tuvo más razón, en su lúcida locura, Luis II, que el vulgo alemán de su tiempo. Los que intentaban poner coto a

su delirio artístico, eran los «filisteos», aquellos de quienes tanto se burló Enrique Heine, en aladas estrofas. Luis II, el esteta,--no se tome la palabra sino en su verdadero elevado sentido--fue también el vidente.

Bismark hacía bien, al querer una Alemania fuerte, poderosa, positiva, sabia, curada de fiebre romántica; pero ¿acaso Luis de Baviera, al dar vuelo, en sus dominios, al arte de Wagner, no conquistaba regiones más vastas que la Alsacia y la Lorena reunidas? Las naciones son grandes y gloriosas, no sólo por la guerra, sino por el arte, y Grecia, de cuyas conquistas sólo queda un recuerdo, vive todavía por el arte, entre nosotros y sobre nosotros.

Hay que considerar despacio, con el interés de que es tan digna, la figura del último rey de Baviera independiente. Las dos alas de su corazón son el entusiamo artístico y el ensueño. Su filosofía es platónica; lo corporal le repugna, le produce náuseas. El espectáculo de fealdad le hace, cuando niño, esconder la cara y prorrumpir en gritos de espanto. Lejos de realizar el tipo del rey llano, franco y popular, es aristócrata hasta la punta de las uñas y desdeña a los Hohenzollern, que descienden de estirpe moderna, más improvisada. ¡Bah! ¡Los Hohenzollern! Gente de poco a acá hecha aprisa! El desdén, que es

una de las grandes fuerzas estéticas lo aplica Luis no sólo a los que se disponen a reducir a servidumbre a su patria, sino a las muchedumbres; es un enamorado ferviente de la mística soledad. En la soledad se siente Lohengrin, Caballero del Cisne, y, para dar apariencia de realidad a su quimera, viste la loriga de escamas de plata, y, dentro de una barquilla tirada por un cisne, se desliza sobre las aguas de lagos azules, en los jardines de su castillo; las aguas donde ha de encontrar la soledad definitiva del morir.

A fuer de Lohengrin, sólo un instante se acerca a la mujer, para huir de ella en seguida; porque la mujer, como Elsa (cuyo nombre da el príncipe a sus momentáneas novias), quiere saber el secreto, desvanecer el encanto recóndito de los paladines del Santo Grial, traer al héroe a la prosa del matrimonio.

Varias veces la diplomacia, la razón de estado, la misma juventud que corría por sus venas, le acercaron a princesas, y las cortejó. La que más impresión le hizo fue la princesa Sofía, prima suya, hija del duque Maximiliano de Baviera, y hermana de la emperatriz Isabel de Austria, otra naturaleza casi tan profundamente estética tan soñadora como la del rey Luis.

Con la princesa Sofía, el idilio se creyó muy adelantado y la boda inminente. Luis II amaba, no con

la tibieza de los novios regios, sino con todo romanticismo vertheriano y wagneriano. Quería que la novia compartiese su fiebre de belleza y de arte... Dícese que la misma vehemencia del amor de Luis aterró a su prometida. Fuese de ello lo que fuese, rompióse el enlace; Luis II quemó y rompió y tiró por la ventana las cartas, prendas de amor, retratos, bustos, y, renegando de la mujer, renunció para siempre a las alegrías de la familia, viviendo en la más ascética pureza. Cuando una actriz con intentos de seducción, quiso estrecharle la mano, el rey la rechazó, diciendo: «No toquéis a la majestad». Y sin duda, en su pensamiento, esta majestad no era tan sólo la del trono: aludía también a la majestad de su ideal, a su anhelo de ser rey puro y santo como el Parsifal del gran poema católico de Wagner...

Una vida tan sinceramente consagrada a un sueño, y sueño de hermosura y de idealidad suprema, merece, no sólo la curiosidad inmensa que ha suscitado, y que se dijera que crece con el tiempo, según el neo-idealismo artístico avanza, sino el respeto debido a lo que va más arriba del nivel constante de la humanidad. La locura del rey de Baviera, indudable, patente y descubierta en los últimos años de su existir, no se parece a las que revelan en el hombre el elemento bestial; al contrario, revela lo sublime. La locura de

Luis II es quijotesca, sólo que, en vez de lo heroico aventurero, tiende a lo heroico de la hermosura.

Frustrado como artista, pues los palacios y sitios reales que construyó, los Versalles, los Trianones, las Vartburgas, los camarines llenos de espejos, donde nunca puso los pies mujer alguna, revelan ese mal gusto de la imitación, sin idea propia, Luis II es, sin embargo, un creador, en el terreno del ensueño. Mil veces el Hohenzollern que hoy ocupa el trono imperial de Alemania, al cual Baviera rinde vasallaje; ese emperador que intentó hacer arte con libretos de ópera y páginas de música, habrá envidiado el privilegio concedido al pobre loco de Berg, de contribuir a la revelación de Wagner, de unirse eternamente a Lohengrin, Tristán, Parsifal y Sigfrido de haber oído antes que nadie la voz del pájaro, entre los murmullos de la selva.

Fue sueño la vida de Luis II, pero ¿cuántos pueden soñar ese sueño divino aun teniendo por base, para realizarlo, un trono?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

77

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

TEATRO Y ARTE*

Madrid, marzo de 1912.

Con motivo del estreno de la obra de Valle Inclán, La marquesa Rosalinda, ha surgido una especie de protesta contra ciertos intrusos que se nos han colocado en casa, lo mismo que si alguna vez hubiese sido de ellos, y que amenazan tomar carta de naturaleza en un país donde son absoblutamente forasteros y exóticos. Me refiero a los personajes de la farsa italiana, a saber Arlequín, Pierrot, Colombina, el señor Polichinela, que serán todo lo exquisitos y todo lo Watteau que se quiera, pero tienen poquísimo de castizos, en esta tierra de garbanzos.

Son los poetas, decadentistas y modernistas, los que han cantado las serenatas de Pierrot a la luna; son

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), viernes 12 abril 1912: 6. No recogido.

las damas elegantes las que han encontrado encantadores los disfraces de «Arlequineta» y de «Colombina», y son los señoritos de la crema los que han revelado lo escultural de sus formas bajo el ceñido atavío de Arleguín: es el autor de Los payasos quien familiarizó al público del teatro Real con las penas del enharinado Pierrot a quien traiciona y vende la Colombina risueña; y fue Benavente el que, en Los intereses creados, trajo a la escena española a esos figurones típicos más que personas, que Valle Inclán hace moverse nuevamente bajo las frondas azuladas y misteriosas de los jardines de Aranjuez. La tendencia localista que se revela siempre en Valle Inclán le ha movido a dar a sus farsantes italianos un fondo que ha existido y existe, con lo cual los españoliza a medias. Cualquiera que sea, no obstante, el marco en que se mueven los «papazzi», no los reconocemos como nuestros; y por eso el autor se adelante a decirnos que no son gentes de carne y hueso las que nos va a presentar, sino criaturas de ensueño, siluetas de linterna mágica.

Los tipos nacionales, los de nuestra farsa castiza, los de nuestra literatura, seres reales o creaciones literarias, son otros, y realmente es extraño que ningún autor dramático saque de ellos el partido que cabe sacar. Ahí el Arcipreste de Hita, nuestro Rabelais, que se presta admirablemente a la

comedia. Ahí Gonzalo de Berceo, primer revelador del sentimiento de la naturaleza, que da larga tela a la poesía. Allí los primeros comediantes, los de la carátula y la farándula, Timoneda, Juan de la Encina, Lope de Rueda, en quienes el elemento popular y rústico tiene toda la gracia limpia de un amanecer. Ahí nuestros pícaros, Guzmán de Alfarache, Marcos de Obregón, y sobre todo, ya en épocas más recientes, Gil Blas de Santillana y la vasta galería de tipos que desarrollan su traviesa y salada epopeya española, si no fuese por el autor, que eso todavía desde Llorente acá anda en tela de juicio, por el asunto y el ambiente. Sin salir del cielo quijotesco y de las novelas menores de Cervantes, los tipos nacionales hormiguean: son legión, son pléyade infinita. Con tan vigoroso sello los marcó su creador, que cada uno de ellos se destaca, y vive, con vida propia. Rinconete y Cortadillo--paro no citar sino a dos magníficos truhanes,--son infinitamente más duchos en la ciencia de la travesura que Pierrot, el lunático, y Arlequín, el antojadizo.

¿Por qué, las nuevas corrientes han adoptado a esos extranjeros, haciendo de ellos la expresión del sentimiento actual del alma emancipada por la poesía? Tal vez por lo mismo que nuestros tipos clásicos, si no tuvieron existencia real, parece que debieron tenerla,

tan verdaderos son en todo, mientras Pierrot, Arlequín y el resto de la comparsa--ya lo sabemos y no podemos llamarnos a engaño,--son maniquíes, marionetas, fantochillos de madera cubiertos de trapos; y, libres de la ley de la realidad, ley tiránica y enojosa, vuelan por los cielos de la fantasía, donde todo está permitido, y donde el autor, por boca de sus muñecos, nos revela su propio ensueño, vago, feliz o melancólico.

Hoy, no cabe duda, la literatura ha sacudido el yugo de la verdad. Después de un período en que reinaron el documento, el estudio y el análisis, en el terreno de la que antes se llamara la fábula y la amena literatura; después de haber otorgado la alternativa artística a lo más humilde, prosaico y feo, a lo vulgar, ahora se ha pasado al extremo opuesto, y lo mismo la lírica que la novela, que el teatro, se impregnan de un neoidealismo muchas veces enfermizo, y acaso mero retroceso a los estados de alma que el romanticismo allá en 1830, determinó. El renacimiento del teatro poético en España no es sino el renacimiento del romanticismo, teñido en el humorismo poético de Rostand y Verlaine. No es difícil discernir estas corrientes en el teatro de Marquina, en el de Valle Inglán, en el de Villaespesa. Son retoños románticos, que encuentran perfectamente dispuesto el terreno,

porque en España, las reacciones románticas, en una o en otra forma no han dejado nunca de producirse, y, cuando se decía que los dramas de Echegaray eran realistas, reíame yo del error de que no se viese en ese teatro lo que saltaba a los ojos, lo que era preciso estar ciego para desconocer; una nueva encarnación del romanticismo nacional. Apenas rota por el clasicismo de siglo XVIII, el moratiniano, la cadena volvió a soldarse, y son sus anillos Zorrilla, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Fernández y González, Rodríguez Rubí--y, después de un período de buen sentido y de moraleja,--Echegaray, Cano, Guimerá, hasta llegar al teatro poético de ahora, en el cual marcadamente se retrocede al punto de partida...

No es fácil predecir si esta fase literaria señalará una etapa brillante, o si nos lleva a un amaneramiento infecundo. Por ahora va dando de sí obras diversas, no todas reductibles al tipo común romántico. Tampoco los románticos mismos, los de la primera hora, los del tiempo de Zorrilla, no tenían un patrón idéntico a que ajustar sus producciones. La personalidad del poeta se rebelaba y se afirmaba en esa variedad de la obra. ¿Cómo confundir el Tenorio con el Don Alvaro? Hoy sucede lo mismo. Las obras de Benavente, por ejemplo, habría que clasificarlas en

grupos, porque no responden todas a igual tendencia, ni caben estrictamente dentro del molde del teatro neoidealista, siendo en su gran parte estudios sagacísimos de psicología, costumbres y alma moderna. El teatro de Marquina juega en los linderos de la historia, a poco más, sería histórico, al modo del de Casimiro Delavigne. El de Valle Inglán propende a la pintura soñadora de momentos sentimentales y localidades pintorescas; hay en este autor, acaso más que en ninguno, la necesidad de situar, en un ambiente adecuado, a sus héroes. Por tal concepto, es de todos el más realista.

Con motivo del estreno de la Marquesa Rosalinda, ha sucedido en el teatro de la Princesa algo curioso. Hay en él días de «abono blanco», moda supongo francesa, que se ha aclimatado en España. En mis juventudes no se señalaban días para el pudor, las señoritas iban con sus papás a todas las funciones, y no eran por eso ni más ni menos honestas. Ahora, el decoro distingue entre obra y obra, a ésta quiero, a ésta no quiero, ésta me ofende, ésta no. Y en los sábados blancos de la Princesa no se pudo representar la Marquesa Rosalinda; no lo permitían el bien parecer, el qué dirán, el recato y otras que hubiese llamado zarandajas don Juan Valera.

Nótese que en la Opera todo pasa: los argumentos más escabrosos y más peliagudos se tragan como pan

bendito: la valía de la música cubre las desnudeces del libreto. No se alarman las madres porque sus hijas vean el atentado feroz de «Juan Garín», ni los sacrílegos amoríos de «Manón», ni en Tosca la escena crudísima de Scarpia y la cantante, sin hablar del dúo del primer acto, en una iglesia; ni en Payasos, el drama adulterio; ni en la Valkiria, el incesto; ni en Tristán e Iseo, la pasión desbordada. No se alarman; y hacen bien, pues todo ello está ennoblecido por el arte, y el arte no puede prescindir de la pasión humana, en la cual encuentra sus mejores elementos, sus conflictos más sublimes. Además, las señoritas, a cualquier esfera social a que pertenezcan, oyen diariamente hablar de escándalos, de crímenes, de todo género de sucesos reprobables; leen en los periódicos, que hoy entran donde quiera, los más terribles y nefandos casos; se enteran, ¿quién lo duda? de cuanto pasa en el mundo. A pesar de adquirir involuntariamente esta ciencia del árbol del bien y del mal, las señoritas no son hoy, en mi corto entender, más desenvueltas de lo que fueron antaño. No es el conocimiento lo que puede perjudicar a una señorita: a veces, y según los caracteres y los genios, el ensueño dañará más. El ignorar cuanto ocurre, el figurarse las cosas como no son, tampoco es buena escuela para el entendimiento ni para el espíritu.

Por otra parte, no todas las señoritas se casan muy jóvenes, y más vale así, pues el matrimonio trae consigo graves preocupaciones y deberes austeros, que no conviene echar sobre unos hombros casi infantiles. Ahora bien, no casándose demasiado niñas, claro es que cada día que pasa desgarra un ligero girón de ese velo virginal de sencillez y de inocencia que el convencionalismo supone cubriendo los ojos de las solteras, a cualquier edad. Sin que una revelación fulminante destruya el candor; por lentos avisos de la realidad, llegan a conocer mucha parte de ella, lo mismo las niñas casaderas que, en opinión de sus mamás y papás, no pueden asistir a la representación de La marquesa Rosalinda, un sábado... Fijémonos bien: el peligro está en que sea sábado, sábado blanco, níveo y puro. Porque el día del estreno, v. g., y otros días varios de entre semana, pueden las muchachas, sin inconveniente, ver la farsa romántica de Valle Inclán, y los azahares de su futura diadema de desposada no sufre, ¡ni pierden pétalo alguno!

Recuerdo un incidente sucedido cuando trabajaba en Madrid la Mariani. Abrió esta actriz su correspondiente abono blanco, de sábados también, y presentó en todo él funciones cuidadosamente elegidas de género filadélfico, sin especias ni condimentos fuertes. Terminóse el abono, quiso la Mariani dar unas

cuatro o seis funciones más, que estuvieron muy concurridas. Una de éstas cayó en sábado; pero pertenecía al número de las que las señoritas deben desconocer. Sin embargo, como el día era un sábado, las familias de las señoritas tomaron sus acostumbradas localidades, y el aspecto del teatro era el mismo que los anteriores sábados blanquísimos, en cuanto a la función, como se celebraba un sábado, nadie la puso el veto.

No debe admirarnos que la farsa de Valle Inclán sea vedada a la inocencia, si recordamos que iguales protestas suscitan algunas de las más celebradas obras de nuestro teatro clásico. Hace años que se ha prohibido tácitamente una de las mejores, nuestra Fedra; el Castigo sin venganza de Lope de Vega, que puso al pie del título este orgulloso subtítulo Cuando Lope quiere, quiere.

No sé si voy contra las opiniones admitidas, y en este caso me importa poco; declaro que la educación de las naciones y de los pueblos va más arriba que escrúpulos pueriles, y el arte eleva más que la moral al uso... Infinitamente más. La proscripción del arte grande y serio ha dado por fruto la invasión victoriosa de todos los géneros inferiores: se condena a Lope, a Tirso, a Calderón, y se entroniza el «vaudevilles» inepto, la zarzuelita chabacana y obscena, o la comedia

con moraleja boba. Poco a poco, los espectáculos ínfimos, sin valor artístico, van formando un pueblo que ignora el arte. Y no conozco nada que tanto contribuya a las decadencias profundas.

Lo mismo las señoritas que los muchachos, debieran saber de estética, empaparse de estética, desde la niñez. La belleza es maestra de todo lo bueno y de todo lo grande: enseña el heroísmo, realza la dignidad, lleva a desdeñar los intereses puramente materiales, y el amor; ese vigoroso resorte de las almas, se despoja de lo que lo degrada y se convierte al idealismo. No puede ser pueblo idealista aquel que no siente la hermosura del arte; y España pierde, sin saberlo, una virtud, una energía, al dejar caer en el olvido las joyas de su gran teatro del siglo XVII, envidiado, admirado, comentado, traducido, representado en Alemania, mientras lo prohibimos aquí.

¡Oh, si yo fuese reina o archimillonaria! Montaría un teatro donde no se representasen sino obras de verdadero arte puestas con absoluta propiedad, con lujo si así convenía al argumento y al ambiente, y siempre con hondo realismo, y en este teatro se educaría el gusto de las generaciones. Haría, en suma, por Lope, Calderón, Tirso, Shakespeare, y demás astros del firmamento dramático, lo que hizo por Wagner el rey Luis. Esto debiera realizarlo, a pérdidas o ganancias,

el estado español. Pero sí; en eso estaba pensando...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

78

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1912.

Si es lícito al cronista atenerse a la actualidad estrictamente, sin que nadie pueda reprochármelo, hoy hablaré de mí misma. Soy la actualidad desde hace una semana, por la activa campaña que se ha iniciado para que la Academia española me conceda el sillón vacante, o mejor dicho, uno de los dos, que están vacantes en este momento.

A veces se discute si es o no cosa bien vista y discreta hablar de sí propio. Yo creo que todo depende del modo como se haga. Por lo demás, hay ramos enteros de la literatura que se reducen a la egografía; y si

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), miércoles 8 mayo 1912: 7. No recogido.

no, recuérdese las memorias y relaciones autobiográficas, las confesiones, recuerdos, etc. Los escritores más famosos han cultivado este género, desde Raimundo Lulio, Rousseau, Lamartine y Tolstoy, hasta don José Zorrilla y don José Echagaray. Nadie les ha censurado por ello, que yo sepa, y muchos se lo han agradecido.

Para mí, en esta ocasión, es conveniente que el público americano que me lee no juzgue por noticias siempre menos exactas que las que yo, bien enterada, naturalmente, les puedo dar acerca de este asunto, del cual hablan todos los periódicos, extensamente, y que, rebasando de los límites de mi personalidad, afecta a la mujer en general, por relacionarse con uno de esos prejuicios que la son tan fatales, y tienen que ir desapareciendo.

Cuando vuelvo atrás la vista, y recuerdo lo que abarca mi vivir, que no es corto, pero tampoco puede contarse entre los más longevos, por ahora, siento realmente una grata impresión, considerando lo que se ha adelantado, cuanto se ha transformado el criterio general respecto a la mujer. En mi niñez, todo cuanto no fuese zurcir, guisar y otras tareas domésticas, en la mujer, se reprobaba con severidad. El menor intento de dedicarse a estudios o cosa análoga, parecía excentricidad peligrosa. No se crea que por eso

andaban las casas mejor gobernadas. Oficialmente, la mujer debía esclavizarse sin reposo a las "labores de su sexo"; en realidad, sucedía lo propio que ahora; unas mujeres eran hacendosas, otras no; y, en general, se entendía menos de economía doméstica que al presente. La mujer a la cual no interesaba su hogar, no se ocupaba de él poco ni mucho, y, con tal que no malgastase el tiempo en leer ni en instruirse, se le perdonaba que estuviese el día entero mano sobre mano, a la ventana viendo pasar a la gente, (porque el salir mucho y airearse demasiado tampoco se condideraba cosa buena).

Más tarde, siendo yo joven, la cruzada contra la afición a instruirse en la mujer, arreció de firme. Al menos, yo creía notarlo, acaso porque, rodeada siempre de libros, ávida de aprender, tropezaba a cada paso con las prevenciones, y veía condensarse la leyenda de la supuesta incompatibilidad entre las obligaciones caseras y los gustos intelectuales. Y, en la ciudad donde yo vivía, se daba la casualidad de que las señoras más aficionadas a leer y a enterarse de algo, las "marisabidillas", eran justamente las mejores amas de casa; las que sabían dar a su interior una nota de poesía y bienestar, decoro y elegancia. Yo misma me reconocía tales aptitudes, unidas a una afición a la cocina, que toda mi vida ha continuado, sirviéndome de

distracción y entretenimiento, especialmente en el campo, donde siempre hay horas sobradas, el guisar algún plato o apuntar alguna receta. Con mi propensión a fijarme en las realidades y no en las teorías, reíame de la oposición entre el fogón y el libro no encontrando que se excluyan el leer a Homero y fajar a un niño, o aderezar una ensalada, que humano y natural es todo ello, y la vida se teje así, de humildades y elevaciones, sin que quepa decir cuáles nos realzan más, ya que todas son muy necesarias.

Sin embargo, la gente no pensaba como yo, y el anatema contra "las literatas" se alzaba colérico, entendiéndose por "literatas" a todas las que demostraban gustos, intelectuales, en cualquier esfera, y acribillándolas a sátiras, burlas, censuras, y excomuniones.

Yo, sin embargo, no perdía la esperanza; es lo último que debe perderse. Conocedora del movimiento que en el extranjero iba desenvolviéndose en favor de la mujer, aguardaba siempre que, como tantas otras cosas, nos trajesen de fuera, con carácter de novedad, lo que acaso aquí estaba más en la tradición, aunque olvidada y perdida, por nuestro daño. En efecto, en España los últimos años del siglo XV y todo el XVI son las épocas gloriosas de la sólida y fuerte cultura femenina; y, al decaer nuestro poderío, se inicia el

retroceso en éste y en tantos respectos, y surge la idea inconcebible de la incapacidad femenina, a cada paso nás acentuada, y llevada a sus últimos límites y extremos en el curso del siglo XIX.

Aunque lenta y difícilmente, algo de lo que esperábamos se realizó, y debo decir una gran verdad; la ley fue mucho más progresiva, en todo, que las costumbres. Decíame años hace un socialista francés, M. Hamón, que en España se privaba a la mujer de libertad para estudiar. Mi respuesta fue que la mujer estaba autorizada para todo género de estudios oficiales, y podía concurrir al instituto, a la universidad, a las escuelas de medicina; y graduarse, y doctorarse; pero que, y esto yo me apresuraba a reconocerlo, todavía el ambiente no era favorable a tal evolución; que aun se asustaba la gente de las mujeres estudiantes, y que por otra parte, sólo en medicina les era lícito aprovechar los conocimientos adquiridos y el dinero invertido en procurarse un diploma, porque las demás profesiones, sistemáticamente, se les cerraban. Expresé, sin embargo, al publicista francés mi convicción de que, tarde o temprano, la situación mejoraría, y añadí que yo, en lo poco que pudiese, trabajaría en tal sentido.

A cada paso, el horizonte fué despejándose un poco. Una mano discreta borró la ridícula cláusula que

en la ley prescribía los certificados de buena conducta para las alumnas que habían de matricularse en los establecimientos de enseñanza oficial; como si hubiese mejor señal de buena conducta que dedicarse al estudio, o como si, en todo caso, estos certificados fuesen difíciles de obtener, falsos o auténticos. Y el ministro Burell, hombre de iniciativas, ajeno a convencionalismos, expidió un decreto por el cual todos los cargos, empleos y funciones dependientes del ministerio de instrucción pública se declaraban accesibles a la mujer. Y el gobierno presidido por don José Canalejas, en que era ministro de instrucción, cargo que jamás había ocupado ninguna mujer, pero del cual, de hoy en adelante, no serán excluídas las que puedan aspirar a desempeñarlo.

Son conquistas parciales, y queda todavía mucho que hacer en pro de la mujer española, pero principio quieren las cosas, y no hay esfuerzo perdido. La campaña de la Academia (así la llama todo el mundo), es un episodio de esta transformación de las ideas, de esta irrupción de lo que no llamaré sentido común, y acaso, tradición honrosa de la patria.

Ya hace más de veinte años que esta campaña se inició. ¿Por qué no estaba yo en la Academia española, vamos a ver?-- se preguntaba asombrada la gente. Yo había escrito mucho, y de mis libros y de mis artículos

se hablaba; se leían, se traducían; en suma, me sucedía todo lo que puede suceder de bueno a un escritor varón, cuando logra hacerse oír. ¿Que no estaba yo en la Academia por el hecho de ser mujer? ¿Y eso qué? -- insistía la gente no comprendiendo. ¿El ser mujer, me había impedido escribir mis tomos, mis ensayos mis crónicas? ¿Entonces?

Parecía la reclamación tan elementalmente justa, que los periódicos empezaron a reflejarla. Se consultó a juristas eminentes, a hombres de saber, no académicos, y sus votos, publicados, me fueron favorables. Sin embargo, la tentativa se estrelló contra la oposición de la Academia. Yo suponía que la cuestión volvería a flote, a no ser que yo me muriese muy pronto, suceso del cual no había indicios, pero que podía, no obstante, ocurrir a todo momento. Y era firme mi resolución y he perseverado de no mezclarme en agitarla, de no hacer nada para que tal ocurriera. Era sencillo: hay cosas que carecen de valor, cuando carecen de espontaneidad. Por fortuna, en este caso, la espontaneidad ha sido absoluta, sin dejar lugar a sospecha. Veinte años después de la primera tentativa, surge la segunda, y la iniciativa parte de un periódico que nunca me había tratado bien: <u>El País</u>, y la segunda el diario gallego <u>La Voz</u>, entre la aprobación general. Y es que, habiendo sido yo mil veces hostilizada,

atacada por un sinnúmero de adversarios, siendo acaso el escritor más combatido de España, con ciega furia--esta cuestión de la Academia ha tenido la virtud de unificar las opiniones, hasta un punto no frecuente, porque aquí no andan nunca los pareceres muy de acuerdo. El clamor ha sido a coro.--¿Pero qué diantre? ¿Todavía no está doña Emilia en la Academia?

El formidable clamoreo de la prensa fue eco estrepitoso de lo que la muchedumbre susurraba; de lo que a veces me decían a mí misma, como reprendiéndome y pidiéndome cuentas por algo de que tuviese yo la culpa:

--Pero... ¿no es usted académico aún? ¿Es posible? ¿Cómo no hacen, no acontecen? ¿Se duerme usted? Aquí estamos todos, chicos y grandes...

Aunque no fuera sino recoger tales pruebas de interés por mí, y también por la justicia, basta para mi satisfacción. Segura estoy de que, si esta vez el resultado fuese mejor que el de la vez pasada, (de lo cual no me hallo convencida), millares de personas que ni me conocen experimentarían verdadero regocijo, el que infunde una victoria propia. Haber suscitado estos sentimientos de generosidad, de entusiasmo por la causa de las letras y de la mujer, ¿es poco? Yo considero que es enorme, dado, sobre todo, el indiferentismo que nos mina.

Y otra profunda satisfacción es ver quiénes, entre los académicos, se muestran decididos en mi favor. Son

nombres tan ilustres, en la política, en las letras, en la ciencia, que me será perdonado, al adelantar esta noticia a mis lectores de América, un poco de legítimo orgullo. Están por mí Pérez Galdós, el genial novelista, que en la indagatoria abierta por el Nuevo Mundo para aclarar esta cuestión, dice que me considera con mayores méritos que la inmensa mayoría de los académicos, y que no sólo me votará, sino que tendrá a mucha honra firmar la propuesta; don José Canalejas, orador extraordinario, actual presidente del consejo de ministros, que hace una calurosa defensa de los derechos de la mujer, condena arbitrarias exclusiones, y me colma de elogios que no me resuelvo a transcribir, por lo que me enaltece; don Juan Vázquez Mella, otra gloria de la tribuna, que se declara partidario acérrimo de mi candidatura y también de mi trabajo; don Antonio Maura, figura altísima de hombre de estado, más explícito que nadie respecto a mí y respecto a la idea, en el sentido de que destruye, con su profundo saber jurídico, las dificultades arbitrarias de reglamentos, etc., lo que él llama "el arrabal de la cuestión" y va derecho hacia la razón, por encima de las fórmulas; Armando Palacio Valdés, el celebradísimo novelista, que no sólo afirma que me daría su voto, sino su plaza; Andrés Mellado, el maestro de periodistas, según el cual, mi bagaje literario, repartido entre cuatro

individuos, darla suma de méritos para cuatro sillones de la Academia; el sabio químico Rodríguez Carracido, que me concede méritos como el que más, y tal vez superiores justamente por el sexo; el padre Coloma, célebre novelista y amenísimo historiador, que, enfermo y retirado, está sin embargo dispuesto a votarme, lo cual venía diciéndome espontáneamente desde hacía tiempo, por más señas; el conde de Casa-Valencia, antiguo defensor del derecho de la mujer; y el glorioso Ramón y Cajal, que también se cuenta entre mis resueltos partidarios. Este remillete de nombres merece condiderarse no sólo por el valor intrínseco de todo y cada uno, sino por la gran diversidad de matices que fácilmente podrá notarse en él. Pérez Galdós es un radical, designado en España para presidir la república, el día en que sus ideales triunfen. Canalejas es el jefe del partido liberal, hoy en el poder. Vázquez de Mella es el "leader" del partido carlista o jaimista. Don Antonio Maura, ¿quién lo ignora? está a la cabeza de los conservadores. En cuanto a Palacio Valdés, es un puro literato, ajeno a la política; Andrés Mellado, un escritor brillante; Cajal y Carracido son la ciencia; el padre Coloma es jesuita; Casa-Valencia aristócrata... La misma unanimidad que inspiró en esto a la opinión, presidió a la acción común de nombres de significación tan diversa

y hasta tan opuesta. Y así lo hubiese deseado yo, si pudiese imaginármelo, y no fuera para mí la sorpresa más grata; porque confirma mi predicación incesante respecto a que hay cosas que importan más que la política, más que las diferencias de pensamiento: sí, la justicia, la equidad, la tolerancia, el arte, la cultura, están más arriba que las luchas del momento y de la ocasión. Hoy son campo donde podemos encontrarnos todos.

Acaso vuelva a tocar este punto, que, actualmente apasiona a buena parte y sin duda la más culta, de la opinión española. A pesar de tan ilustres valedores, no sé si venceré materialmente. Moralmente, no cabría otra victoria mayor, ni más halagüeña.

Porque no es la victoria de un individuo, sino de una tendencia, de una reclamación, de un movimiento sellado por la nobleza y el desinterés. Nada esperan de mí, nada me deben, hasta no son amigos míos en gran parte, los que anhelan llevarme a la Academia. Aquí no hay feo pecado de simonía...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

79

LA NACION

CRONICAS DE MADRID

ESTRENOS EN LOS TEATROS*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1912.

En estas últimas semanas, el pabellón extranjero, en la escena, ha quedado muy por los suelos.

Se estrenó en la Princesa un drama traducido del francés, El aventurero, y convinimos los espectadores (así técnicos como profanos) en que Capus había hecho una de las cosas más tontas y deslavazadas que cabe hacer.

La impresión que sacamos de esa comedia, es la de una Francia sórdida y mezquina, donde la menor cosa asusta, el incidente más sencillo causa alboroto, y una burocracia imbécil manda y gobierna, con más escrúpulos de monja e imposiciones caciquiles que ninguna

* Publicado en La Nacion (Buenos Aires, diario), domingo 12 mayo 1912: 8. No recogido.

oligarquía de las estigmatizadas por Costa en nuestra España. Y no es esa la figura de Francia; es un retrato caricaturesco, y hasta sin la gracia de la caricatura; y ni siquiera puede Capus reclamar, en favor de su comedia, los fueros y libertades de la sátira, porque no hay realmente en ella intención satírica, ni nos hace reír, ni nos indigna, ni nos induce a meditación.

Poco duró en el cartel la obrilla de cine, y, a pesar del acierto con que Thullier, sobria y artísticamente, encarnó el personaje principal. El aventurero desapareció muy pronto del escenario más elegante de Madrid.

Le sucedió una comedia de los hermanos Quintero. Malvaloca. De ésta hay que hablar en otros términos, diciendo que es, si no la mejor, de las mejores producciones de sus autores, y que si el acto tercero no adoleciera de presentar la misma situación que el segundo y no resolverla, el aplauso, ya franco y entusiasta, hubiera llegado a ovación clamorosa.

Malvaloca es una barbiana andaluza, a quien la falta de disciplina moral en los primeros años y un genio y humor desenfadados y vehementes convirtieron en hétera, o como hoy se diría, en «cocotte». Sólo, el enunciado de este tema revela ya que Malvaloca señala una nueva orientación en el teatro de los Quintero, en

el cual abundan las mamás y niñas de la burguesía honrada, tanto como escasean las perdidas. Y Malvaloca perdida es, pero, a mi ver, infinitamente más simpática y atractiva, por su noble y caluroso corazón, que bastantes de esas «formalitas» que vemos desfilar por otras comedias de los famosos hermanos.

Hablábase, el día del estreno de que Malvaloca era de la familia de las Marión Delorme y las Margaritas Gautier: de las cortesanas redimidas por el amor. Pero Malvaloca, por sus rasgos de carácter y raza, se diferencia de las redimidas románticas; más puntos de contacto pudiera tener con aquella Rafaela la Generosa, heroína de Genio y figura de don Juan Valera. Aunque no le falten sus puntas y ribetes de romanticismo, del romanticismo español, natural y popular, Malvaloca es una criatura que ríe, goza de la vida, dice cosas originales y donosas, y esparce en torno suyo ráfagas de alegría, salud y normalidad. Como Leonardo, el joven asturiano que tanto la adora, el espectador dice de Malvaloca: «Me divertes... Me haces reír... El gozo viene contigo...»

Nada hubiese impedido a Malvaloca y a su enamorado vivir en un edén... si él no tuviese la desgracia de sentir celos del pasado. Y esta clase de celos son enfermedad sombría, incurable, cuyos estragos no hay modo de atajar; un mal que, por su misma esencia, no

tiene medicina. Dios, con su infinito poder, no lograría que lo que ha sido no haya sido. Antes que este amante, ha tenido otros Malvaloca; y no lo oculta: pero afirma, y hay que creerla, por su sinceridad rasgada de hembra impulsiva, que hasta entonces no había amado de verdad. Dio todo, derrochó todo, menos el corazón: sólo que el dueño de ese corazón es, realmente, menos espiritual, menos idealista que Malvaloca; porque, colmado del bien de amor, seguro de que para él nacen flores nuevas, no piensa sino en lo que otros difrutaron, y que, seguramente, vale menos de lo que él disfruta.

Sueña con haber encontrado a Malvaloca revestida de una túnica virginal, sin comprender que es su misma historia la que ha rodeado a la gentil malagueña de ese ambiente de seducción y encanto, la que ha engalanado su cuerpo y dado a su boca sabor de mieles. Y el mísero se desespera, se consume, llora, quisiera morir, matar a Malvaloca... en suma, quisiera cometer cuantos disparates se le ocurren a un enfermo de celos crónicos porque, según los versos recordados en un amargo estudio psicológico de Pablo Bourget:

"Le bouquet de jalousie
feurira toute la vie..."

Persiguiendo un imposible, aquel hombre quiere que aquella mujer se funda de nuevo como funden las campanas... Y tras ese ensueño loco va destrozándose el alma a cada recuerdo, a cada episodio que evoca el ayer... sin culpa de ella, la unión que lleva razón, porque no ha mentido, porque ha sido leal consigo misma, cualesquiera que sean las manchas e irregulariadades de su vida anterior...

Alrededor de este conflicto sentimental, los celebrados autores han puesto el elegante adorno que saben tejer perfectamente. Han llegado los Quintero, sin duda, al apogeo de sus facultades; dominan el arte y sus recursos, y saben--como Malvaloca--entretener y hacer reír, sin caer nunca en lo chabacano, sin pagar tributo al género vodevilesco. En las manos nos presentan un salero de cristal, colmado de sal pura, muy castiza, y salpican con las finas cristalizaciones las escenas más tristes. Son siempre iguales a sí mismos, pero varían con habilidad el detalle, sin que cambie el fondo, ya popular, ya mesocrático, de sus creaciones. Les han salido varios imitadores, pero en los discípulos hay un apelmazamiento que los delata. Imitar a los Quintero, parece fácil. Engaña la sencillez de la trama, lo elemental de los argumentos, lo familiar del estilo, sin asomos de hinchazón, lo claro y conocido, en suma, de todo su sistema

dramático. Cree cualquiera que aquello se hace solo. Recoger una docena de chistes, en cafés y tertulias; sorprender las ridiculeces de uno, las manías de otro, el defecto físico de éste, el estribillo o la muletilla de aquél; zurcir unas escenas... y ya tienen rival los Quintero. Y, así de pronto, el público va a caer en el lazo. «Hombre, pues tiene sombra...» Parece de los Quintero propiamente... «Adelanta la obra, y el mismo público da en impacientarse». Esto es parodiar... Esto es pesado... «Y los Quintero, correctos, no protestan de los imitadores; al contrario, encuentran que Andalucía es para todos. Que cada cual escriba como le parezca: es un derecho indiscutible... Buen cuidado les da... María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, han estado a la altura de su fama en la nueva comedia. Y cuenta que el papel le caía mejor a María que a su esposo. Fernando Díaz de Mendoza siente más lo cómico refinado que lo trágico y dramático triste: su triunfo es un personaje como el travieso abate de <u>El drama de los venenos</u>. Si algún autor diestro escribiese para él una adaptación escénica de <u>Gil Blas</u>, no habría quien pudiese competir con Fernando. Lo mismo le sucedía a Coquelin: las notas medias, festivas sin llegar a bufonescas, la comedia, claro es que no el sainete, y menos el sainetón, he ahí el terreno donde se mueve Fernando con mayor desembarazo y

fortuna. Sin embargo, encarnó muy bien el enamorado melancólico, semi-fatal, de la comedia de los Quintero. En cuanto a María, el papel parece, y lo será, ideado para ella. El garbo popular, la viveza, la risa y la emoción de lágrimas de la deliciosa malagueñita, la están como anillo al dedo. Tarde renunciará a ese papel típico, en el cual nadie competirá con la eminente actriz.

Dije que en la temporada de primavera lo extranjero no ha dado sino chascos, y lo confirmo al hablar de la compañía italiana que actúa en el teatro de la Comedia, y en la cual figura como primera actriz Lidia Borelli. No vale la pena de venir de tan lejos para representar tan medianamente tan manoseado e insignificante repertorio. La Borelli es una actriz regular que en su país será de quinto orden, pues nadie ignora que en Italia las buenas actrices abundan, y las hay muy extraordinarias. Trae consigo actores de última fila, y mal trajeados, cuando aquí ya nos hemos acostumbrado a ver a los comediantes vestidos con riqueza y propiedad, hasta excesivamente elegantes y atildados, y a todos los requisitos de la buena «mise en scène». Una compañía trapienta, inferior debiera no haber encontrado en Madrid abono; lo ha encontrado, sin embargo, y a pesar del precio relativamente alto de las localidades, porque basta anunciar turnos de moda y

blancos para atraer a la concurrencia, que va por verse los unos a los otros, y naturalmente no se ocupa de la obra con exceso. Los días blancos es un abejorreo tal el de las conversaciones, que no hay modo de enterarse de lo que pasa en la escena. Verdad que no pasa nada, a menos que por pasar se entienda el que esté representándose una de esas cosas que ni dan calor ni frío, y más bien dan frío, el frío del tedio: verbigracia, Le Mâitre de Forges; ¡una novedad!

Para eso, es mil veces preferible ver a Carreras, el repatriado graciosísimo, en El pobre Valbuena. Sí; yo soy muy aficionada al teatro serio; pero entiendo por seriedad lo hermoso, lo que tiene alma cuatro marionetas que agitan los brazos y hacen momos de llanto o de cólera, no me parecen serias, sino grotescas. Le Mâitre de forges es grotesco, y no acaba de desaparecer, y hace treinta años que lo anatematizamos.

No nos ha dado cosa que lo valga Lidia Borelli. Floja y llena de inverosimilitudes La Monella; lánguido Il Bosco Sacro, y no menos aburrido porque ostenta ribetillos verdes, nos anuncia otra vejez, Pamela nubile, y la eterna y socorrida Zazá. ¿No hay obras nuevas, en el teatro extranjero, italiano, francés, inglés, alemán? ¿Vale la pena de oír por vigésima vez, muy endeblemente interpretado, lo que ya nos dieron compañías muy superiores actrices como Tina di Lorenzo?

En el Español han sacado a luz un drama, ya antiguo, de don Benito Pérez Galdós, Doña Perfecta. Este drama, que yo no conocía, aunque sí mucho la novela de donde está tomado, demuestra una vez más lo que he creído siempre: que Galdós es de los mejores autores dramáticos con que se ha honrado la escena española. Tiene nervio y fuerza; tiene el sentido de la emoción y del interés, no folletinesco, sino humano. Lo dije en alta voz cuando por primera vez se lanzó Galdós a la escena, al adaptar Realidad. El público no lo ha creído así, al menos no lo ha creído unánime, y hasta que la política se mezcló en el asunto, hasta Electra, acorraló a Galdós en su campo novelesco, regateándole los lauros de otro género, con terca miopía. No por eso renuncié a mi opinión. Galdós era autor dramático, tanto como novelista. En otro país que no fuese España... Me detengo, reflexiono. ¿Sucede aquí tan sólo esto de que a un autor lleno de cualidades, nacido para el teatro se le niegue el derecho a serlo, se le demuestre frialdad y desvío, y se le infunda ese desaliento capaz de esterilizar el terreno más fertil? ¿No ha pasado lo mismo en Francia, a Francisco de Curel, hoy retirado a sus tierras, metido en su primitiva vida de cazador y de hidalgo campesino después de haber dado al teatro obras tan vigorosas y originales? Por poco intelectual y hondo

que sea un drama, ¿no vemos que lo recibe protestando el público, entre un bostezo y una chirigota, mientras acude en tropel a solazarse con farsas indecorosas y con dramas en que se renueven las hazañas de Arsenio Lupin o El misterio del cuarto amarillo?

Cuando las obras teatrales van más altas que el nivel general de los espectadores, no es habitual que se llene muchas noches el teatro.

Yo he asistido a varios estrenos de Galdós. Por lo regular, he votado contra la mayoría. Esta, sin embargo, ha podido más, y vemos con asombro deslizarse temporadas enteras de los mejores escenarios sin que suene el nombre del insigne autor. Comprendo bien que vacile el empresario de un teatro frecuentado por la gente de alta sociedad en admitir un Electra; pero Galdós sabe tratar otros asuntos; Electra, en su teatro, fue una excepción, y, artísticamente hablando, lo menos estimable. Política y no más.

También a la corriente política pertenece Doña Perfecta; pero como el tiempo ha pasado y las tendencias y las luchas son otras, lo que resalta en ese drama lleno de frescura y vigor en únicamente la protesta contra la hipocresía. Doña Perfecta es un Tartufo, inconsciente y apasionado. Los tipos humanos de Doña Perfecta, están dibujados magistralmente, y por la fidelidad y vida de la transcripción, el cabecilla

Caballuco nos es tan simpático como el ingeniero, al cabo víctima suya. Hay entusiasmo en esa obra, que refleja la España de 1869 y 1870. Por entonces se discurría exactamente así; a cada momento, las ideas batallaban enconadamente. Los unos renegando de la tradición sólo porque lo era; los otros maldiciendo de la libertad, y aun del progreso, sim tomarse el trabajo de estudiarlo, de discernir hasta que punto había que abrirle paso y donde comenzaba el sacrilegio, al empeñarse en que España continuase distanciada de Europa; el fuego de la guerra entre hermanos, devorando nuestra cosecha mental y moral, antes de que granase; tantas y tantas luchas fatales, simiente de cizaña, cómo van a germinar ahogando el trigo... todo creaba en los ánimos esa efervescencia que late en la obra de Galdós, los que entonces vivíamos en un pueblo de provincia pudimos comprobarlo... Yo me acuerdo de que eran sospechosas las lecturas; sospechoso el trato con personas que no pensaban absolutamente como nosotros; sospechosa una palabra; sospechoso un rasgo de tolerancia culta... Todo tomaba carácter de herejía, todo olía a azufre. Y yo, que soy un espíritu tan abierto, tan curioso, tan ávido de saber, para los fanáticos era, ya una libre pensadora, ya de la grey de Torquemada. Lo único que no podían concebir, era el equilibrio de un espíritu, era su serenidad. Había que

ser de un bando o de otro...

¡Ah! ¡Cuánto revive la juventud en el recuerdo, al ver de nuevo alzarse a Doña Perfecta!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

80

LA NACION

CRONICAS MADRILEÑAS

EXPOSICIONES DE ARTE*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1912.

Esta es la época en que se celebran las exposiciones de pintura, escultura y dibujos, bastante frecuentes en Madrid, donde no faltan, ciertamente, artistas, aunque la afición a adquirir cuadros no esté tan desarrollada como la afición a los toros, diversión cada vez más cara y más concurrida, y que va extendiéndose por el mundo en proporciones, no sé si diga satisfactorias para nuestro amor propio o lamentables para la humanidad. Ello es que sigue siendo para mí un problema el saber quién compra tanto como se pinta, y de qué viven, positiva y concretamente, esos jovenes pálidos, de abollado

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), viernes 31 mayo 1912: 7. No recogido.

sombrero y larga melena, cuya profesión es cubrir de color lienzos o tablitas. Acaso les mantiene como al enamorado de la copla, la esperanza... Lo cierto es que jamás oigo decir a nadie, absolutamente a nadie: «Sabe usted que fui a la exposición H o B, y tomé un cuadrito? ¿Aquél, el que estaba en la esquina de la sala segunda? ¿No se acuerda usted? Unos árboles.» No me cabe duda; terminada la exposición, sobre lo pintado se vuelve a «manchar» para exponer nuevamente...

Hay que hacer una excepción cuando se trata de «pasteles» elegantes como, verbigracia, los muy ensalzados del pastelista Béjar, que tiene el privilegio de que sus lápices reproduzcan los encantos de las bellezas profesionales de la corte, o agrupen, sobre un fondo idealista, de paisaje inglés, las figuritas esbeltas de los tiernos capullos de mujer, como las hijas de los marqueses de Baztán, que dentro de poco saldrán al mundo a ostentar su juventud deliciosa.

Pero estos artistas «arrivés», dueños ya de su público, rara vez exponen, y en las exposiciones primaverales se percibe la inquietud dolorosa de una interrogación al porvenir. ¿De los expositores, cuáles y cuántos llegarán? ¿Hacia qué orillas peligrosas les conduce, al filo de la corriente, la invisible barca que tiene por remero al destino?

En el fondo de la vida del artista hay un sedimento de angustia, un perpetuo malestar, el ansia de vencer, de afirmarse. Me refiero, claro es, a los artistas principiantes, que ignoran si triunfarán un día; si lograrán la aspiración ambiciosa o se tenderán fatigados al borde de la senda. ¡Cuántos he conocido así! No hay espectáculo más triste.

En cambio, tiene mucho de sano y consolador el que ofrece una exposición como la que acaba de permanecer abierta diez días en el estudio de Sorolla, y por la cual ha desfilado todo Madrid. Me refiero a la exposición de las obras del paisajista Beruete, de cuya muerte, recientemente acaecida, he hablado aquí mismo, no ha mucho, pero de cuya labor puedo volver a hablar, pues lo justifica su importancia y el lugar eminente que esta exposición acaba de conquistarle entre los paisajistas modernos, no de España, sino de Europa.

Los mismos que éramos admiradores y amigos del artista glorioso, afirmo que no conocíamos bien ni la trascendencia de su producción, ni la evolución de su arte. Ahora, al ver reunida la obra es cuando entendemos bien el tenaz propósito que ha guiado la actividad del infatigable trabajador. Otros van, arrastrados por una idea, hacia la expresión artística de esa idea misma; Beruete no fue sino hacia la verdad. Parece éste un camino sencillo y trillado, pero, ¡cuán

arduo si bien se mira! ¿Qué es la verdad? ¿Dónde se encuentra? ¿Quién sabe verla? ¿Quién fijar sus líneas, sus colores, sus aspecto? Todo pintor, y más especialmente acaso los paisajistas, propende a reflejar la verdad natural. ¿Cuántos lo han logrado? ¿Cuántos, sobre todo, lo han obtenido de manera que esa verdad, pura, desnuda, sin velos ni afeites, produzca en nosotros solamente con su presencia una impresión hondísima de poesía, el sagrado recogimiento y transporte del arte?

Lo curioso de esta exposición de Beruete, para los que hemos conocido tanto al pintor, es que parece algo ajeno a toda reflexión y esfuerzo mental. Aparece como tarea desempeñada únicamente por la mano y la pupila, fruto de ese divino instinto inconsciente que puede existir y de seguro existió, en los incultos como Goya, en los que obedecen al temperamento, sin que el cerebro necesite intervenir. En su producción artística nadie más ajeno a literatura y tradición que Beruete. Y necesitamos recordar hechos, pensar que este pintor realista era el mayor inteligente, el erudito más documentado en su terreno, para no creer que fue sólo uno de esos bárbaros geniales a quienes conduce algo que está fuera de ellos mismos, que no conocen la significación exacta de lo que están creando...

Cuantos sienten alguna afición al arte, saben que existe un grave peligro en la mezcla de los elementos

intelectuales, que lo desnaturalizan. La discusión sobre este punto es antigua y reñida, y los cuadros que expresan ideas tienen sus partidarios; yo no acertaría a negar que, por ejemplo, el Cordero místico y el Cuadro de las lanzas hacen nacer en nosotros un mundo, sin que dejen de ser asombrosos de factura (cada uno según su estilo), ni pierdan nada porque hablen tan alto a nuestro sentimiento. Pero quizá en el paisaje, más aun que en la figura, sea evitable el propósito de sugerir algo distinto de lo que sugiere, mediante su propia fuerza, la verdad. El paisaje con intención, con simbolismo, con moraleja, apenas lo concebimos.

Lo que sorprende ante todo en la colección de paisajes de Beruete, es esa conciencia del fin; la constante tendencia de ahondar en lo verdadero. No hay tanteos, no hay vacilaciones, aunque haya evolución, muy armoniosa, muy natural desde el alumno de Haes al terrible creador de las Orillas del Manzanares, obra asombrosa, demostración de lo que fue en sus últimos tiempos, ya en los comienzos de su fórmula y saturado de energías para desarrollarla. Y lo sabía perfectamente, porque el gran crítico de arte, del cual no quería Beruete acordarse cuando pintaba, no podía perder enteramente sus derechos; y lo mismo que con noble rigor, supongo que excesivo, rompió Beruete tantos lienzos que no le satisfacían, pudo decir, poco

antes de su muerte: «Ahora es cuando he encajado bien mi manera de pintar... Ahora es cuando voy a empezar a pintar de veras...» Y en efecto, si Beruete vive algunos años más, hubiese acrecentado en número sus obras capitales; pero no creo fácil que superasen a la que he nombrado, ni como factura ni como significación; en ella, el impresionismo pudiera encontrar su bandera de los cuadros que forman escuela y suscitan discípulos.

No cabe nada menos parecido a la personalidad reclamista de un Marinetti o cualquier otro hierofante que Beruete, el cual escondió siempre, en discreta penumbra, su vida y su laboriosidad incansable. Las escuelas, no obstante, necesitan al lado de los teóricos, obras maestras en que se haga carne la teoría. Esta maravilla de color y de libertad que se llama A orillas del Manzanares y los primorosos apuntes últimos en que fugó aquel pincel verídico, lleno de probidad, y tan intenso al transcribir los efectos naturales, llevan en sí la fuerza excitadora que cambia los rumbos del arte, o al menos los procedimientos artísticos.

Beruete, en su ahincada labor, no pretendió ejercer influencia sobre las generaciones de artistas jóvenes. Esto no lo ignorábamos quienes conocíamos su modo de ser, su alejamiento de las esferas donde se

elaboran las ruidosas famas. Beruete era persona de posición desahogada, y no pintaba ni para vender ni aun para lograr nombradía. No diré, ni creo que al decirlo le hiciese favor alguno, que en su espíritu no aletease la quimera artística, el deseo de la gloria: nadie es artista verdadero si este afán no le desvela poco o mucho. Ello será un sueño, será una locura; pero esta locura admirable procede de lo mejor de nosotros mismos: la cordura no nos cae bien: debemos desdeñarla. Beruete alimentaba ese anhelo; ¿qué más prueba de ello que su vida? La consagró toda a lo que hoy representa esta exposición, tan piadosamente organizada por su viuda y su hijo, y presidida por el magnífico retrato del pintor, obra de Sorolla, y por su caballete y su paleta y su último cuadro sin concluir, rodeado de flores frescas por amantes manos. Beruete no quería, como no queremos los demás, morir del todo al separarse del cuerpo el alma que lo animó; y claro es que si hubiese sido indiferente a la gloria, si hubiese perdido, con la juventud, el ideal--como lo pierden, doloroso es decirlo, tantos y tantos que aceptan la ignominia de fracasar a cambio de pequeños resultados de otro orden--no hubiese trabajado con fe creciente hasta el fin, y su fe no hubiese sido premiada por el resultado espléndido de que hoy damos cuenta, al contemplar esa España revelada, descubierta

en muchos puntos, por el paisajista ilustre...

No es la España de los curiosos extranjeros que buscan claveles y jazmines, románticas perspectivas y patios mudéjares. La España del paisaje rústico y urbano de Beruete, no ofrece el aspecto «típico» que algún turista de velo verde y gemelos descomunales fantaseara. Una gran sencillez en elección de asunto ha presidido a esta obra sincera, naturalista en el mejor sentido de la palabra. Y sin embargo, la exposición se reviste de variedad asombrosa. Todo paisaje, sólo paisaje, y ni asomos de monotonía. Dijérase que viajamos por comarcas ignoradas, acabadas de inventar, y los sentidos se recrean en la frescura, en la severidad, en la caprichosa riqueza de entonaciones de estos lugares que no sabíamos ver.

Los sitios preferidos de Beruete fueron Galicia, Toledo, Avila, Segovia, Cuenca, Madrid. Madrid, sobre todo, cautivó sus pinceles, incesantemente y con pasión. Es de advertir que Madrid, en cuanto a paisaje, disfruta de fama pésima. Cuando se habla de la corte, inmediatamente se murmura de sus cercanías. Una serie de estepas amarillentas y de eras agostadas, sin arbolado, sin agua, sin amenidad; el terruño castellano entona su aridez melancólica, sin otra compensación que el azul luminoso del firmamento. Como Goya, de quien fue tan admirador, Beruete entendía que

eran hermosas las orillas del Manzanares y hasta las eras secatonas y los vastos horizontes austeros. Le agradaban sin restricciones los tendederos pintorescos, los lavaderos coloristas, los ventorros, las manzanas de casas pobres; sabía sentir el encanto de la primavera castellana, con sus tapices de cálices de cantueso, que parecen amatistas encedidas por el sol, y sus espinos florecidos, vivo ramillete cándido, que resalta sobre el verde sombrío de los pinos y parece vibrar en el aire, estremeciéndose nupcialmente al envolverse en el velo de las blancuras virginales y amorosas. Le atraían las grandes perspectivas (grandes en pequeño) del río que suelta sus anillos de sierpe de plata, entre praderas y sembrados, y de la ciudad que tiende sus casas irregulares y erige sus torres elegantemente perfiladas sobre el cielo nuboso. Le tentaban los pinos aterciopelados, intensamente obscuros, y los plátanos amarilleados por la otoñada, y los almendros gráciles, y las parietarias sobre la muralla resquebrajada y rojiza, y las nieves de plata viva sobre la sierra de un azul metálico, y las algas en la playa todavía húmeda, y el paso melancólico del tren, al anochecer, perdiéndose a lo lejos como se pierde la vida humana en la sombra del no ser final. Nada de esto trata de insinuar el pintor, sino que lo percibimos los contempladores, ante la sencillez de lo

real, que envuelve, según el dicho de Goethe, una secreta ley, un santo enigma...

Así, ante los paisajes de Beruete, notamos la emición del respeto «a lo que es», la admiración a esa belleza sublime del arte, que no sabíamos desentrañar en las cosas, y que un pincel nos descubre mágicamente. Si yo tuviese que definir el hacer de Beruete, diría que, antes que un paisajista, es un retratista de la naturaleza. La fidelidad que se impuso como un dogma, hace que sus estudios retraten, no a la manera minuciosa de los holandeses, pero seguramente sin perder detalle alguno, la fisonomía de los lugares, como la luz de la hora, y el contorno que ven ojos sanos--porque si ha podido escribirse que un paisaje es el estado de alma, los de Beruete no caben en esta definición subjetiva. Por ella pudiéramos llegar a enredarnos en una serie de filosofías muy aventuradas y tal vez muy hueras, y yo no quiero apartarme un momento de la ortodoxia, de la firme y robusta verdad. Con la verdad. Con la verdad podemos también entretejer la dorada tela del sueño; nosotros nos encargamos de soñar, el artista de darnos el tema. Y ¡qué de temas espiritualísimos, profundos, en esta pintura equilibrada y vigorosa, recta y lealmente comprendida de Aureliano Beruete!

Una vez más, ante el retrato hecho por Sorolla, que parece mirarnos, y las flores que decora la paleta,

y la caja ya para siempre inertes, renegamos de la estupidez de la Segadora, que se lleva a los mejores con tan siniestra prisa...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

81

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

EL ULTIMO LIBRO DE GOMEZ CARRILLO*

Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1912.

Gómez Carrillo, el brillante escritor, me escribe preguntándome cuál es mi impresión referente a su nuevo libro, en gran parte, o no sé si por entero, publicado en forma de apuntes de viaje por La Nación. Claro es que la pregunta de Gómez Carrillo no se refiere al valor literario de su obra. Es una firma la de Gómez Carrillo lo bastante acreditada y estimada en Europa y en América para que necesite esas sanciones de aprobación que solicitan a veces los novatos, y que sirven como de pasaporte y tarjeta de presentación en el mundo de las letras. Lo que pregunta el autor de Jerusalén y Roma es qué pienso de lo que llamaremos el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), jueves 6 junio 1912: 8. No recogido.

fondo religioso de su libro. Parece que algunas publicaciones católicas lo han atacado, y Gómez Carrillo protesta de que hay en sus descripciones y relatos un gran fondo de emoción cristiana y de respeto a todo lo que se venera en los Santos Lugares.

Repaso el libro, y, en efecto, no es la obra de un impío profesional. Monsieur Homais, aquel personaje de Flaubert que personifica el ateísmo racionalista con tanta gracia y tan buena sombra satírica, renegaría de este modo de hablar de cosas que su razón de químico barato y redactor del Fanal de Rouen condenaba al desprecio. La actitud de Gómez Carrillo ante el Líbano, Damasco, Tiberiades, Caná, Nazaret, Jerusalén, Magdala, Gehtsemaní, Betania, Belén, Jericó, el camino de la Cruz, es reverente, a pesar de los conatos de exégesis libre que de tiempo en tiempo asoman a su pluma. Así como se advierte su indignación contra todo lo musulmán, su convicción de la irremediable y profunda inferioridad de los países y las gentes moldeadas por el código de Mahoma, por el espíritu del Profeta del desierto, se nota también su simpatía, hasta involuntaria, hacia cuanto está influido y santificado por el paso de Jesús. Este libro equivale a una genuflexión: Carrillo no entra en los templos ni fumando, ni distraído, ni haciendo sonar los tacones sobre las desgastadas losas.

Lo cual no significa que los periódicos católicos, que no he leído, no pudiesen encontrar al libro fundados reparos, y motivo suficiente para afirmar, sin miedo a engañarse, que el escritor no es ortodoxo. No porque no pueda darse el caso, y se ha dado muy a menudo, de que un escritor católico incurra en errores contra la fe sino porque el tono y acento y substancia de esos mismos errores, en el católico, dejan transparentar la creencia. No la posee, de cierto, Gómez Carrillo, sin que por eso veamos en él al «perseguidor y enemigo de la iglesia», como diría en sus buenos tiempos mi difunto amigo don León Carbonero y Sol, que escribió un libro, a mi entender poco oportuno, para demostrar que los impíos, fatalmente, mueren de una manera muy desagradable. Como si hubiese tantos modos agradables de morir... Le decía yo al autor--¡cuántos años hace de esto!--que encuentro mucho de pueril en figurarse que la Providencia reserva muertes especiales a las personas, según como han pensado en materia de religión. Los que creemos firmemente en la inmortalidad del alma y en la justicia inmanente, creemos también en que esa justicia es de otro mundo y de otra vida. Si nos guiásemos por lo que aquí sucede, en este planeta de barro, seríamos los mayores incrédulos, los escépticos más profundos, y nuestra conciencia se aniquilaría, pues nos creeríamos

con derecho a cometer las mayores atrocidades, a poco que nos reportasen provecho. «Lo único seguro--repetía yo a don León--es que la gente suele morir como ha vivido, y los malvados y crapulosos están más expuestos a un fin como el de los Césares romanos, siendo verosímil que el varón y de puras costumbres acabe más tranquilo su peregrinación por el valle de lágrimas... Pero de todo se han dado casos; la historia es fértil en sorpresas, y un argumento histórico se desbarata con otros».

Volviendo a Gómez Carrillo, claro es que en su excursión a los Santos Lugares hemos de ver, no la piadosa peregrinación del creyente, sino la amena «tournée» del cronista célebre hecho a comprenderlo todo en un instante, a vibrar al compás del sentimento que los diversos países despiertan, a empaparse, como Loti, de un aspecto de la vida mundial, pero naturalmente con carácter transtorio, sin que la impresión se solidifique. Lo mismo que se impregnó de Grecia y del Japón, se impregna ahora de la Galilea, de Judea, y su afán sería volver atrás el tiempo y vivir en la época en que Cristo vagaba, seguido de sus discípulos, por caminos y poblados. Todo lo cual es bien moderno, bien sintomático de la actualidad del modo de sentir. Cada hijo de nuestra época quisiera haberlo sido todas. Una ardiente curiosidad y una

atracción no menos ardiente nos une a lo que fue, a lo que, a pesar de haber sido, no ha pasado, puesto que nuestra memoria lo evoca, nuestro corazón no sabe olvidarlo, y el arte y la literatura lo hacen renacer a cada instante, en la sensibilidad, afinada, de las generaciones que se suceden. Y ¿qué cosa habrá más presente, a la vuelta de veinte siglos casi, que los Evangelios y Jesucristo?

Grecia está también viva, pero de otro modo. De ella, lo que no destruye el tiempo, es un ideal estético. De lo que Gómez Carrillo ha ido a ver a Jerusalén, todo persiste, y lo encontramos en el fondo de todo. La humanidad civilizada, tal cual es, tal cual se ha constituido durante la Edad Media, para formar, saltando por encima del Renacimiento, la Edad Moderna, está condicionada por lo que sucedió, dos mil años hace, en un tetrarcado tributario de Roma, entre algunos fariseos, saduceos y doctores de la Ley, y un humilde Nazareno, que se dejó crucificar.

Hay que decir con sinceridad que el viaje a los Santos Lugares, si no se hace por un impulso de fe de carbonero, y para prorrumpir en un cántico semejante al de Byron ante las islas griegas, puede hasta desilusionar, ya que el arqueólogo y el sabio navegan allí en un mar de confusiones. Queda mucho auténtico, pero la mayor parte de los vestigios de la Pasión y en

general de la vida de Jesucristo no pueden menos de haberse destruido y borrado, a través de tantas vicisitudes y de tantas investigaciones sin crítica, sin conocimiento, unas veces con mala intención, otras con exceso de piedad. Para mí sería una decepción continua ese viaje: una casa nueva erigida donde cayó Nuestro Señor con la cruz, un hotel a la moderna en Jerusalén, un ferrocarril, un guía, habían de herir mi hondo sentimiento, y nos hace llorar que el tiempo y la actividad humana modifiquen y profanen lo que más respeta nuestro espirítu.

Para el dogma, para la fe, no tiene importancia el que una gruta sea auténtica, una huella innegable, una topografía exactísima, ni cuál sea verdadero sitio de la Transfiguración, ni dónde estuvo situado efectivamente, el Pretorio. Cuestiones son éstas entregadas a las discusiones de los técnicos, y cualquiera que sea el resultado de sus indagatorias, las verdades de otro orden en que el cristianismo se basa no ganan ni pierden. Pudiera, eso sí, dar asunto a largas reflexiones el hecho de que, habiéndose cristianizado el mundo, no se hayan cristianizado Judea ni Jerusalén, cuna del cristianismo, y el de que, habiéndose consagrado todo el empuje de la Edad Media a rescatar un sepulcro de roca, la empresa haya fracasado, como si Cristo dijese a los que le siguen:

«No es la impronta material de mis pasos lo que os ha de guiar, sino el rastro inmaterial de luz que de mí se desprende».

Lo que más convida a meditar, en el libro de Gómez Carrillo, el capítulo sobre el alma judía. El caso de ese pueblo no ha de negarse que es insólito. Hace notar Carrillo que, todos los viernes, desde veinte siglos acá, se reúnen los judíos en Jerusalén ante un muro del templo que ya no existe, y a pesar de escarnios y persecuciones, exhalan allí sus dolores y sus esperanzas. Y los admira Carrillo, por su inquebrantable fe en sí mismos, por su constancia; y les consagra un himno. Y cree que los israelitas, entregados al agio y al negocio, no son los israelitas «naturales», los israelitas que representan a la raza, sino los guerreros, los héroes, los agricultores y los pastores, quienes personifican a este pueblo, que tiene el más profundo desprecio por sus riquezas. Yo no he de hacer un fácil chiste, diciendo que este desprecio lo disimulan a la perfección; y quiero creer que la culpa de la riqueza judía, como piensa Renan, deba achacarse a los cristianos que les han obligado a achinarse. Pero hay algo de singular en que estos ricos por fuerza prefieran, a establecerse en Jerusalén y reedificar su templo, vivir con todos los refinamientos del lujo en las grandes capitales de

Europa, mientras son los pobres los que, nos cuenta Gómez Carrillo, cultivan las colinas de Samaria y los valles de Judea. No debiera existir en el mundo un hebreo pudiente que no contribuyese con sus caudales a su esfuerzo a recobrar lo que más debe preciar el hombre: ¡una patria! ¡Un solar materno! ¡Y los hebreos, por su tradición, por sus profetas, por su historia, debieran sentir este afán, más invencible, más devorador en su pecho!

Gómez Carrillo se da cuenta de que hay algo singular, de incomprensible en el caso de los judíos, y se pregunta, admirado: ¿Por qué es odiada universalmente esta raza? ¿Por qué; vamos a ver?

Traslado las palabras del ingeniosísimo escritor: «En esta Jerusalén, de todas las iglesias y de todas las naciones, en la cual hay un cuerpo de guardia turco en el interior del santo sepulcro, bastaría que un judío se aproximara a la tumba de Cristo para que los cristianos lo degollaran. En cuanto al judío que se acercase a la mezquita de Omar, en el acto sería despedazado por los mahometanos. Coptos, drusos, sirios, armenios, libaneses, maronitas y beduinos, comulgan en la misma detestación de Israel... de los sesenta mil habitantes de Jerusalén, cuarenta mil por lo menos son judíos. Y, siendo los más numerosos, viven temblando...»

En busca de la clave de este enigma, Gómez Carrillo la descubre en el fanatismo de los cristianos, sino de los hebreos. Es fanatismo judío el que los aísla, el que hace que esa gran corriente de tolerancia característica de nuestros tiempos, se detenga al contraste de los hijos de Israel. Nadie ignora el lugar que ocupan en Alemania, Rusia y demás países del norte los judíos; nadie desconoce las humillaciones que sufren, hoy que a nadie se humilla; las prevenciones que se elevan contra ellos, hoy que toda prevención tiende a borrarse. Por curioso contraste histórico, el único país del mundo en que los judíos no son maltratados socialmente; en que no hay alrededor suyo un ambiente hostil, es el país de la inquisición, el país donde se ha pretendido que ponga su asiento la intolerancia religiosa: ¡es España! La razón de esta tolerancia absoluta en nuestra patria, acaso debamos hallarla en los decretos de expulsión, en haber sido echados de aquí los israelitas, porque en la Edad Media, el odio y la repulsión que nota Carrillo en todos lados, existían en España también... Lo que en España se hizo en el siglo XIV, las matanzas de judíos, se hace hoy en otras comarcas de Europa, Carrillo lo observa; y aquí para que dejase de hacerse, hubo que segregar de un golpe ese elemento de población, de industria y de muy alta intelectualidad, pues yo

conozco bien a Maimónides, y a infinitos escritores judíos, entre ellos el que fue el primer novelista español...

Carrillo entiende que el antisemitismo es anterior a Jesucristo: que viene ya del tiempo de Ester, Mardoqueo y Amán, precursor de los antisemitas. Cuando más antiguo este destino funesto de la raza, más sorprendente. Son muchos siglos, no sólo veinte, los que han transcurrido, según eso, para el pueblo hebreo, sin que haya podido adaptarse, transformarse, evolucionar, crearse una patria, lo que tiene el pobre montañés de la cordillera balcánica, lo que posee el indio tarahumara, idólatra aun, en sus abruptos retiros. Los hebreos, ni han acertado a reconstruir con el sionismo, la Jerusalén que les hace falta, grande, próspera, magnífica, reedificando el templo de Jehová, para que se desmientan las terribles profecías que antes de Cristo anunciaban su caída y su destrucción, ni tampoco han podido, en las naciones que los acogieron, encontrar una patria adoptiva, fundirse en la masa de los naturales, y, según Carrillo nos advierte, ni aun en el Nuevo Mundo--en ese crisol inmenso que funde los diversos metales y un día, con ellos, forjará las campanas cuyo sonido se escuche con asombro,--supo tampoco el hebreo incorporarse. Según Carrillo, en la Argentina los israelitas parecen cada día más aislados, más extraños, más extranjeros.

Y repito que el fenómeno da en qué cavilar, y ese pueblo, (por una razón o por, por deicida, dirá el creyente, por duro y fanático, declarará el viajero «dilettante», el escritor artista, como Carrillo, sufre el peso de un hado que parece una maldición, y habiendo dado al mundo sabios, poetas, pensadores, iluminados, literatos, santos, profetas, gibores, [sic] tipos eternos de la nobleza de la raza humana; habiéndolos dado asimismo, humanamente hablando también, hasta nuestro Dios y nuestra Virgen, flores de la rama de Judá, es y seguirá siendo el eterno proscripto, el perenne parásito, el que no puede sentarse ni reposar, el Ashavero [sic] empujado por una fuerza, mientras el huracán desmelena sus cabellos y arremolina sus ropas...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

82

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

MENENDEZ Y PELAYO*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1912.

Retirado desde hacía meses a su casa de Santander, ha muerto Marcelino Menéndez y Pelayo, una de las glorias españolas del presente siglo, o, por mejor decir, del período que comprende el último tercio del XIX, y lo que va del XX.

Marcelino Menéndez y Pelayo, «Marcelino» a secas, como le llamábamos familiarmente, era todavía joven como sabio, pues los estudiosos suelen alcanzar longevidad, y morir a los cincuenta y seis años, para un estudioso, es casi malograrse; pero el cuerpo de Marcelino, por lo visto, no poseía el vigor formidable de su cerebro. Era este cerebro algo notable, iba a

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario), domingo 30 junio 1912: 8. No recogido.

decir fenomenal. Se hallaba alojado en un cráneo de forma perfectamente armónica, de un desarrollo poderoso, sin monstruosidad, y sus temporales, parietales y frontales sorprendían por el diseño correcto y amplio. La cabeza producía la sensación de algo muy lleno, que pesaba; no sé explicarlo de otro modo. Los aficionados a los estudios en que Lombroso ha sobresalido no dejarían de encontrar relación entre la mentalidad "hors ligne" de Marcelino, y el hecho de que uno de sus hermanos haya carecido de razón, desde su nacimiento. El individuo anormal, al lado del genial.

Cuando Marcelino hizo sus primeras armas la restauración se había consolidado, y con ella venía una viva reacción de españolismo, en las letras, en el arte, en las costumbres. El sabio, casi niño, que salió a romper lanzas por la honra de España, defendiendo su intelectualidad, y enzarzándose en polémicas muy apasionadas para sostener que habíamos tenido grandes filósofos, y que muchas de las direcciones capitales del pensamiento europeo, en España habían tenido su origen--fue acogido con transportes de admiración, y los enemigos de la revolución vencida le saludaron como a algo providencial. En efecto, las corrientes de ideas que prepararon la revolución o coincidieron con ella

estaban saturadas de cultura extranjera y de la que entonces se llamaba, ya filosofía alemana, ya krausismo, si bien estas palabras no son sinónimas.-- Contra los germanizantes arremetió Marcelino, enlorigado de erudición copiosa y sobre todo fresca y nueva a fuerza de ser antigua y clásica, substituyendo nombres castizos de frailes y catedráticos españoles, a los nombres erizados de consonantes que empezaban a pronunciarse con admiración algo gratuita, pues una cosa es admirar, y otra meter al diente a Hegel, Kant, Schelling, Fichte, Herder--señores de ardua pronunciación y más ardua lectura.

Documentado como nadie, dueño de un estilo claro y vivaz, apasionado en cuestiones que no suelen tratarse con pasión, y por eso no importan, en general, al público, Marcelino logró, desde el primer momento, traerse la atención, y los estadistas restauradores, o mejor dicho el omnipotente Cánovas, le recibieron en triunfo, haciendo leyes especiales para que se le concediese una cátedra antes de la edad reglamentaria. En los salones se le festejó, y en todas partes se le saludó como se saluda la aparición de un astro. Y, por esta vez, era justo el aplauso, era lícito y loable todo favor. Asomaba un talento lleno de promesas y de realidades, y además resurgía una de las grandes fuerzas del espíritu nacional--el clasicismo.

Por que aquel apologista de la religión cristiana, aquel defensor de la inquisición, aquel castizo, por excelencia, no era un romántico, que viniese, como el vizconde de Chateaubriand, a restaurar líricamente la fe; era un hombre del siglo XVI, de la España del Renacimiento, más intelectual que sentimental, o, para decirlo pronto, sin asomos de sentimentalismo. Su estética era pagana, si eran católicas sus creencias; su ideal, la antigüedad helénica; su filosofía, el platonismo sereno de fray Luis de León. Es de notar que, por este solo medio de ser, ostentaba originalidad Marcelino. No quedaban en España, de su pensar, sino él y don Gumersindo Laverde, que había sido su maestro, y a quien conocí, anciano y paralítico, en Santiago, donde era profesor en la universidad... o donde, realmente, se moría poco a poco, entre grandes pilas de librotes.

Marcelino, en los comienzos de su colmada y fecunda carrera, fue, como se ha dicho, un clásico, un vindicador de España y un polemista. La madurez, sin modificar esencialmente su criterio ni su personalidad, la limó, por decirlo así, de las escorias de violencia y exclusivismo, y la ensanchó, con la cultura y la tolerancia que exige el moderno sentido de la vida, y que si lo mirásemos bien, han poseído siempre los grandes intelectuales. Era sin duda más original, de

mayor relieve psíquico, la figura del batallador de 1876 a 1885; perderá un brote de juventud; la sazón de la fruta sabrosa se preparaba. El enemigo de los germanizantes estudió el alemán, como había estudiado el griego; el admirador de fray Luis, sin dejar de serlo, admiró a Enrique Heine; el adversario del extranjerismo hubo de relacionar, en la "historia de las ideas estéticas en España", nuestro desarrollo literario y artístico con el de las demás naciones que en nosotros profundamente influyeron, y el que llenaba el Ateneo de Madrid, "el blasfemadero de la calle de la Montera" acabó por ser el profesor que daba allí diariamente conferencias y lecciones, y lograba las simpatías de todos. No por eso dejó Menéndez y Pelayo de ser español acérrimo, católico ortodoxo, cuanto había sido desde que se reveló. Sólo que había adquirido esa amplitud que los grandes talentos nunca dejan de ostentar, y en cada nueva edición de La ciencia española y De los heterodoxos, este espíritu comprensivo imponía correcciones y cepillaba asperezas, resto de las antiguas luchas.

Cierto que en parroquias de aldea o en cabildos de pueblos muertos, no faltaban curas y canónigos susurrando que «don Marcelino» se estaba corrompiendo y contaminando con el veneno del siglo. Pero el nuevo clero, el nuevo episcopado, que se formó bajo la

ilustre impulsión de León XIII, no encontraba nada que reprender en los doctos trabajos que, unos tras otros iban brotando de la infatigable pluma, ya apartada de la polémica y consagrada a la historia literaria y sus derivados.

Habrá que deplorar siempre que, pudiendo hacerlo, teniendo atesorado un arsenal de conocimientos en el profundo almacén de su memoria, y allanada su tarea, en lo que pudiese ofrecer de dificultades materiales, por el auxilio que le prestarían sus dependientes en la Biblioteca Nacional, de la cual era director, no haya llevado Marcelino a término el plan que más le halagaba, según me decía en cartas que conservo: el de una «Historia crítica de la literatura española». Fue desgracia que no la escribiese otro que también pensó escribirla, y se llamaba nada menos que Hipólito Taine; y daño que Menéndez y Pelayo, en vez de prepararse con estudios parciales no se decidiese a afrontar resueltamente la empresa. Nadie ignora las deficiencias y parcialidades de Ticknor; nadie desconoce donde Amador de los Ríos se quedo parado.

Marcelino, como se dijo de Sainte Beuve, nos dejó sillares; no el edificio. Todo el que haya de historiar por fin esa literatura tan llena de sentido, aprovechará lo que Marcelino dejó hecho: le servirá de auxiliar y de guía. Consultará la Historia de las

ideas estéticas en España; los Heterodoxos españoles, donde hay una mina de literatura con ricos filones de historia; los prólogos de la Antología de poetas líricos; el Horacio en España; los Estudios de crítica literaria; el estudio sobre Calderón; los varios discursos leídos en recepciones académicas; los Orígenes de la novela; el estudio sobre Quintana; los comentarios y notas a Lope de Vega, en su, ¡ay! demasiado monumental edición... y tantas y tantas páginas como encierran el copioso saber la información asombrosa del insigne polígrafo. Ha dejado abiertos muchos caminos, colocados muchos jalones; y acaso sólo él, entre los que hoy viven, pudiera llevar a cabo tan vasta empresa. ¿Por qué no lo hizo, a pesar de desearlo? Probablemente no creyó que moriría tan pronto y contó con los años postreros de la labor más brillante, más decisiva. Le faltó el cuerpo, ese desertor del alma. La enfermedad, que era según parece, una cirrosis al hígado complicada después con lo que antaño se llamaba hidropesía y hoy recibe otros nombres más científicos, avanzó rápidamente, en la sombra, y como a Menéndez y Pelayo se le veía poco, nadie se alarmaba, no se conjeturaba el riesgo. La última vez que le vi, sufría también una degeneración cutánea, que no sé si sería resultado o síntoma, del interno padecimiento. Le encontré animado, alegre sin

abatimiento alguno, y así sigo viéndole, aunque según relatos más recientes, había adelgazado y consumióse y no le podían sostener las piernas, libre el cerebro, aquel cerebro vigoroso, resistente, plástico, que todo lo recogía y archivaba y podía con el peso de tanta noticia, de tanto saber; aquel cerebro que absorbía la vida entera, que chupaba la substancia de los óragnos restantes, y del cual diría seguramente Marcelino, como dijo Taine, que era la única fuente de goces duraderos, ni un instante decayó, ni un instante perdió su viveza, no descansó ni en vísperas de la agonía. Siendo tan diversas sus aptitudes y tan opuesta su complexión mental, se asemejaron en esto Marcelino y Emilio Castelar, que afirmaba y lo cumplió, que el día de su muerte escribiría una cuartilla y leería una página...

En vano los médicos prescribían descanso al trabajador infatigable; en vano ponían este necesario reposo por condición de alivio y acaso de la salud. Con la indiferencia que siempre demostró Marcelino hacia esta gran preocupación de nuestro tiempo, la higiene, se resistió a interrumpir ni un instante su faena. Estaba revisando la edición de sus Obras completas y más sumido que nunca en el fárrago de papeles, pruebas y cuartillas. Trabajaba hasta en la cama, cuando la debilidad lo obligaba a echarse. Cuarenta y ocho horas antes de fallecer escribió una

carta al marqués de Cerralbo, sobre asuntos científicos. El marqués la guarda en un marco, tallada corona de laurel.

¿Quién no ve en esta manera de ser el caso especialísimo del predominio cerebral? La vida de Menéndez y Pelayo se redujo al funcionamiento del cerebro; hablo de la verdadera vida, de la que algo significa no de la puramente fisiológica. En el existir de un hombre tan preclaro, no hubo más sucesos que el hallazgo de una edición ignorada o perdida, la publicación del libro, la opinión de una revista extranjera sobre tal o cual trabajo suyo. Era, por cierto, muy sensible a las censuras, y las soportaba difícilmente; y era, como el que más, deseoso de nombre y fama, lo cual no sé por qué hubiese de reprobarse ni de extrañarse, ni entiendo la razón por la cual se ha de encarecer mintiendo la modestia de los grandes hombres, que nunca he visto que fuesen modestos, ni hay motivo, pues si conocen el mérito ajeno, ¡gran milagro que no ignoren el propio! Lo antipático no es el orgullo de los altos, sino la vanidad enteca de los mediocres, que no reparan en atropellar a los que están veinte palmos por encima de ellos.

Menéndez y Pelayo obtuvo honores y puestos, cual los pudiera desear, en armonía con sus gustos y con la índole de su trabajo. La patria no fue con él ingrata

ni olvidadiza. Sufrió, sin embargo, una gran decepción: aspiraba a la presidencia de la Academia de la Lengua, generalmente llamada Española, y en su lugar eligieron a don Alejandro Pidal.

Por ahí se dijo que el desengaño, engendrador de amargo pesimismo, le costaba a Marcelino nada menos que la vida. Yo ignoro siempre el alcance de un desengaño, sus destrozos en un alma: estas son cosas de lirismo, y cada cual siente a su manera. Acaso lo que no nos parece a los demas digno sino de un encogimiento de hombros fuese para Marcelino capital desilusión. Mirado serenamente, hay que declarar que no valía la pena. Esta clase de cosas son las que no llegan a la entraña. Por otra parte, con tal motivo se exteriorizó mucha admiración y mucha simpatía hacia el autor de La ciencia española. Pudo ver que no estaba--como creía él y deploraba a veces--arrinconado en su gabinete de sabio, lejos de la memoria de la entusiasta aprobación de sus contemporáneos. Claro es, y Menéndez Pelayo tenía de sobra penetración para comprenderlo, que nunca sería tan popular como Gallito, Bombita y otros héroes taurinos, ni empeñaría, nadie el colchón por comprar sus obras, como lo empeñan los legítimos «gatos» de Madrid para adquirir el tendido de sol el día de la corrida de beneficencia...

Derecho tenemos a renegar de nuestra suerte: Marcelino ha sucumbido veinte años antes de lo que

debiera. Nos prometíamos para él una vejez tranquila, entre papeles y libros insaciablemente consultados, constantemente libados, para sacar miel de erudición y de españolismo. El exclamó al saber que se iba: «¡Qué lástima, me quedaba tanto aún que leer!» Y nosotros decimos tristemente: «¡Qué lástima, le quedaba aún tanto bueno que escribir!»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

83

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA EXPOSICION DE PINTURA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1912.

Se ha celebrado en Madrid la exposición nacional de pintura, escultura y arquitectura; y lo primero que conviene consignar es que la concurrencia de visitantes fue enorme.

Yo recuerdo las primeras exposiciones a las cuales apenas iba un alma. Se miraba con una especie de curiosidad alarmada a las señoras excéntricas que nos arriesgábamos por aquellos salones, resonantes de puro vacíos. Hoy, el inconveniente es el contrario: no se puede transitar; huele a muchedumbre; recibís empujones. Creo, sin embargo, que vale más lo que sucede ahora.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 julio 1912: 9-10. No recogido.

Ya en la exposición Beruete, había yo observado que acudían a ver cuadros personas de clases sociales las más humildes; personas que, veinte años ha, ni idea tenían de lo que era un cuadro. Pero la exposición Beruete fue gratuita, y la nacional cuesta dinero. Poco, en fin, hay que desembolsar, y para los que no son ricos... debemos, pues, creer consolador el que se acostumbre la multitud a estos espectáculos; a ver si, ¡con el tiempo!, llegan las exposiciones a desbancar a las corridas de toros, que están, es este momento, en su apogeo y plenitud. No hay sitio en los periódicos sino para los grafismos taurinos (todos iguales) y para las reseñas minuciosas, estocada por estocada, pase por pase, banderilla por banderilla, de las corridas que se verifican, no en Madrid, sino en toda España, en cada provincia, en el último rincón... Sobre la mesa tengo en este instante, un número de un periódico (que por cierto se ha preciado mucho de patriotismo), en el cual se dedica un suelto breve, frío y mal pergeñado, a reseñar la inaguración del monumento al cabo Noval, cambiándole al héroe hasta el nombre, llamándole José en vez de Luis; y, a seguida, se consagran nutridas informaciones a la cogida de un diestro, y no se perdona detalle, con prolijidad enfadosa, aunque, por lo visto al público debe de agradarle así.

Por eso me consuela un poco, nada más que un poco, que un gentío apresurado concurra a las exposiciones.

Una de las grandes fuerzas integradoras de la cultura, es el Arte. Si España llega a sentir profundamente el arte, mucho habrá adelantado para su mejoramiento y elevación moral.

Y, entretanto, ¿qué pienso de esta exposición?

No me atrevo a decir si está a mayor altura que las anteriores. Juicio difícil de fundar, difícil de comprobar mediante comparaciones, y en el cual no entraré, porque además, a nada conduciría. Sólo tomando un tipo medio de cada diez años, pudiéramos establecer un balance. A cada certamen que se celebra, se oye decir que es el peor. He solido encontrar demasiado riguroso tal juicio.

En cada exposición existe, entre el conjunto de obras más o menos notables, algo que se destaca con un sello de originalidad, hasta de escándalo. No digo «escándalo» por lo que se refiere a las costumbres, sino a esa sorpresa de lo que rompe con lo habitual y trae algo de revolución o inédito. En la exposición de este año han escandalizado los cuadros de Romero de Torres, suscitando apasionadas polémicas.

Hay dos Romero de Torres, ambos cordobeses, y que supongo que serán hermanos, pues viven juntos, en Madrid. El que ha atraído la atención en estos momentos, es Julio. Sólo sé de él que ha ganado, en otras exposiciones dos primeras medallas, y en ésta

hubo pocos partidarios de que le otorgase la de honor. Al fin no se le concedió. Líbreme Dios de terciar en este litigio; sólo diré que, admitidos todos los reparos que ya sé que pueden ponerse al arte de Romero de Torres, sus cuadros se destacan, en mi memoria y en mi sensibilidad, como una nota aparte, poética, refinada y curiosa. Le agradezco que me haya llevado de la mano a un país de ensueño, fuera de la realidad vulgar, que sólo interpretada por los fuertes como Velázquez, no deja sedimento de prosaísmo.

Expone Romero de Torres cinco lienzos, entre los cuales descuella una composición alegórica, la Consagración de la copla y dos retratos, el de Pastora Imperio y el de Adela Carbone, cupletista y actriz, respectivamente. En estas obras se advierte una mezcla que no carece de sabor: la de lo romántico español, la intención y sugestión del espíritu de España, con los procedimientos y factura de los maestros primitivos italianos y la primera manera rafaelesca. Además, las figuras están prolongadas, exagerado su carácter, y el colorido, de una manera artificiosa, recuerda el que el tiempo, con su fina, deliciosa pátina, imprime a las pinturas del «cioquecento». Todo ello se presta a severas críticas de los inteligentes; pero... hay algo, que está fuera de la crítica, y es el placer.

Y yo soy testigo de que los visitantes nos deteníamos con placer ante los cuadros Romero de

Torres. Algo nos llamaba, algo nos sujetaba. Un sueño había cruzado.

Se decía por allí que este artista pintaba sin modelo; que, valiéndose de un maniquí donde arruga las telas, dibujaba los cuerpos demasiados gráciles, demasiado exquisitos, con inverosímiles extremidades, de sus figuras. Y es evidente que ni la Imperio, ni la Carbone, son como las retrata el joven cordobés. ¡Qué habían de ser! Ni tampoco creo, aunque no puedo afirmarlo, que tengan los modelos, en sus ojos, en su boca, en todo su gesto, esa expresión grave, sensual y mística, que es como la propia sugestión histórica de España. Y, en vista de esto, empiezo a dudar: ¿Cómo sería Monna Lisa, la que ha desaparecido? ¿Cómo sería la Fornarina? ¿Tendrían esa cara martirizada, estática, los caballeros que reprodujo el Greco? ¿Hay qué buscar jamás, en un retrato, al retratado, o más bien el alma del pintor?

Probablemente lo cierto es esto último. He ahí por qué los aficionados al arte se encojen de hombros, desdeñosamente, al oír hablar de parecidos... ¿Qué importa el parecido? Borra el tiempo toda memoria de cómo fue un rostro; la borra hasta en vida del retratado; lo que perdura es el espíritu de quien hizo el retrato, y lo que con él quiso significar. A menos--lo repito--que tercie en el asunto un Velázquez,

un Franz Hals... y ya no quiero decir un Rembrandt, porque Rembrandt es de los que, en cada retrato, se traducen a sí mismos, a su interior visión del mundo.

El resto de la exposición no diré que sea despreciable; al contrario, hay cosas dignas de elogio, y tentativas interesantes, de orientación por nuevos caminos. Los cuadros de historia (merece observarse), han desaparecido casi por completo. Las tragedias pintadas, sean históricas o de otro género, igualmente escasean. En cambio, se buscan los asuntos favorables a la efusión del sentimiento, o la fisonomía típica de una región. La influencia de Zuloaga se deja sentir de un modo marcadísimo. El japonismo se evidencia en no pocas manifestaciones.

Tampoco falta algún cuadro cerebral y social, semejante al que ya describió en la Educación sentimental Gustavo Flaubert; sólo que allí, bajo Luis Felipe. Cristo iba en locomotora, y aquí, en el presente asunto, va en automóvil, hasta que nos le pinten en biplano...

Sin pretender que mis preferencias signifiquen superioridad, diré que he mirado con complacencias Hojas secas, de Tolosa, el retrato de niña de López Mezquita, los encantadores estudios de naturaleza muerta de Fernando Francés y de Gessala Luna de Miel de Carlos Vázquez, (a pesar de la colocación de las

figuras, algo paradójica en la susodicha luna, aun cuando brille en el propio solar austero de los montes ansotanos); la marina con figuras de Fillol Gramell; las muy reales Pescadoras de Mariscos, de Alvarez Sala; una Novia huertana, de Benlliure; los Caciques y Mendigos, de Zubiaurre, de esa escuela que tal vez nos pinta al carbón; aun cuando no lo dudemos, estamos bastantes tiznados de carbón en este particular, y el caciquismo ha llegado a extremos que algún día referiré y no se creerá... Hago esta advertencia, porque, lo repito, la escuela pesimista de Zuloaga y Zubiaurre está siendo discutidísima, desde el punto de vista de su exactitud al reflejar aspectos de la vida y de las costumbres españolas, y es asunto sobre el cual se debe insistir, para aquilatar lo que en estas tendencias puede haber de legítimo y de falso, al reflejar esa leyenda, tan acreditada en el extranjero, de nuestro atraso complicado con sentimientos de ferocidad.

Acaso sea más en contra nuestra aunque los tétricos Caciques de Zubiaurre, el bullanguero lienzo de Domingo, titulado El ídolo y en el cual vemos, sobre el confuso oleaje de muchedumbre que delira, surgir y sobrenadar la figura del torero, con su traje de luces, llevado en hombros, entre el delirio del entusiasmo...

Hay que tributar un elogio, porque puedo apreciar la exactitud de la transcripción, a los Aldeanos

gallegos, de Alvarez de Sotomayor. La pintura, al interpretar tipos y costumbres de Galicia, se redime de ese eterno tema trágico o pintoresco, de los toreros aclamados o con El santo de espaldas, de los contrabandistas, de las gitanas, de las chulas con mantón, de los huertanos, de los paletos de garrote y navaja... Aparece un tipo de hombre más natual, de menos violenta tensión psíquica; más preocupado de intereses inmediatos, y hasta más jocundo, más reconciliado con la vida... Esos dos aldeanos gallegos de Sotomayor, que evidentemente son retratos, están rebosando gracia y picardía. Abrazados al jarro del vinillo de la tierra y a la gruesa orza, que Dios sabe lo que contendrá, acaso ricos chorizos grasientos, se ríen de la pájara pinta, y parecen decir, con el poeta festivo:

«Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías... »

Es acaso la única nota alegre humorística de la exposición: la misma que, en los tiempos solemnes de los Austrias, daba don Diego de Silva Velázquez, al legarnos, frente a la leyenda de la regia melancolía, y de las anormalidades de bobos y bufones, la regocijada sinfonía báquica de sus Borrachos, coronados de

pámpanos y hojas, riendo a la jubilosa luz de rubí del sol que alumbra la taza llena, donde flota la sangre de la viña...

Y falta hace un poco de regocijo para consolarnos de tanta amargura pintada. Ved ese cuadro hondamente congojoso en su tranquilidad, obra de Benítez, y titulado Un día menos: esos dos viejecitos, ella con su mantilla, él con su pañuelo atado a la cabeza, que a la hora doliente del anochecer, se pasean lentamente por los alrededores de un obscuro pueblecito, cuyo campanario se divisa a lo lejos. El peso de la vida parece abrumarles, y su infinito cansancio se nos comunica. Eso es el existir: un día menos, un día más... Toda la hipocondría que puede encerrar un paisaje, la encontramos en el de Angel Andrade, con razón titulado Barrio de los tristes, aunque le hagan competencia el de Cabanzón La tarde, y el de Espina Capo, Gurugú. Terrible monte, en cuyos flancos se abre el Barranco del Lobo!

No puedo menos de sentir gran afección por el casticismo fuerte y natural de Eugenio Hermoso. He admirado a este pintor, en quien reviven algunas de las mejores tradiciones nacionales, en otras exposiciones. Su envío a ésta no revela progreso, pero nos lo muestra impregnado del sentido picaresco que se observa en algunos de los estudios populares de Murillo, que es un

pintor religioso, pero también realista, cuando se baja de las nubes, y no sé si diga que también cuando no se baja. El cuadro En el Berrocal, es muestra de este murillismo que encuentro en Hermoso.

El cuadro de Garnelo Alda, Santuario greco-ibérico está compuesto con alarde de ciencia arqueológica, y al mismo tiempo con calor de identidad. La Sacerdotisa ostenta el tocado del célebre busto de Elche, y la vestimenta de algunas de las figuras hieráticas encontradas en el cerro de los Santos, y sobre cuya autenticidad tanto se discutió. Pero el artista ha comprendido que hay sentimientos naturales que no modifican la variedad de las civilizaciones, y, sin anacronismos, ha sabido dar a las figuras de este cuadro la expresión y el sentimiento devoto, el fervor que sin duda no pudo faltar en las aras de las divinidades del paganismo. A la luz rojiza de las lámparas votivas, cuyo reflejo alumbra el rostro moreno y fino de la Sacerdotisa y las caras de los creyentes prosternados, vemos a un marinero de la costa, rudo y sencillo, que trae, como traería hoy, a una virgen su galera en miniatura, para colgarla en las paredes del templo de la Diosa.

Mientra Garnelo descubre lo natural bajo lo arqueológico, otro pintor, Javier Cortés, hace arcaísmo religioso, en su cuadro Ex voto. Si os lo enseñasen en

una catedral, lo creyérais obra de algún contemporáneo del Greco. Y de seguro, la ya formidable influencia del autor del Entierro del Conde de Orgaz ha pesado sobre ese muchacho de tan juvenil fisonomía, cuyo, auto retrato figura, detalle tradiconal también, en un ángulo del lienzo mismo. Ahí está el venerable obispo de bordada casulla, que demuestra cómo el Greco guió en parte la mano de este artista, para mí hasta hoy desconocido.

El naturalismo religioso recobra sus derechos en el muy elogiado y censurado cuadro de Elías Salaverría: La Procesión del Corpus en Lezo. Al recordar la trágica leyenda del Cristo de Lezo, que he referido en una de mis novelas, me explico mejor esa colección de figuras penetradas de una especie de ardor seco y sombrío, esos hombres y esas mujeres que, más bien que tomar parte en una ceremonia del culto, parecen caminar al martirio o a la guerra santa. Toda la lucha civil está contenida en esas cabezas recias y monoideístas, en esos cuerpos cuyo movimiento, aunque no les plazca a los censores, encuentro admirablemente sorprendido y trasladado. Sin que el cuadro sea precisamente agradable, es de los que dejan recuerdo, y prueba que, para reflejar vivamente un aspecto del alma española, no es necesario pintar figuras extravagantes, ni arcaizar, ni salirse de la humilde realidad. Tal es la

moraleja de esta Exposición, que no carece de enseñanza, para quien despacio la visite.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

84

CRONICAS DE ESPAÑA

LOS DRAMAS DE AMOR--UN HISPANISTA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1912.

Los tiempos serán muy democráticos, sí señor; existirá la igualdad como base jurídica de la sociedad moderna, estamos conformes; todo eso de la aristocracia habrá pasado a la historia, bueno; pero es el caso que nunca como ahora ha preocupado la imaginación y obsesionado la mente, la apreciación de las superioridades sociales, el nacimiento, la elegancia, las relaciones, todo lo que envuelve diferencia de categorías, si no reconocida por la ley escrita, admitida en cambio por la ley consuetudinaria.

Que la igualdad no puede establecerse en el mundo; que es todavía menos asequible que sus bellas y soñadas hermanas la libertad y la fraternidad, no lo dudará nadie, si conoce poco o mucho las realidades de la vida

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 julio 1912: 5. No recogido.

y de la historia. La desigualdad principia en el concepto de raza, y sabidos son los conflictos que acarrea la imposibilidad de nivelar a la raza negra con la blanca, en los países donde ambas, sin embargo, disfrutan iguales derechos de ciudadanía. Yo tuve un amigo, por cierto muy inteligente, que solía decir: «Todas las mañanas doy gracias a Dios... y si no creyese en Dios se las daría a la suerte! de haber nacido blanco, y no negro; indo-europeo, y no semi-noble, y no plebeyo; con un ángulo facial de 90, y con perfil de cretino ; y los que digan que tanto les da descender de bajo linaje, mienten; y si no pruebe usted a recordárselo, y verá como se ponen». En efecto, si se pudiese elegir, nadie quisiera ser hijo del verdugo, nieto de ahorcado, hermano de presidiario, ni primo de barrendero. Y si no, tóquese esta tecla, y se verá como responde. He conocido pocas personas que confiesen la humildad de su origen. Contados serán los que escriban, con la sencillez de un Béranger:

«Chez un tailleur, mon pauvre et vieu grand père...»

Y no sabemos, por cierto, extrañar en la humanidad esta pequeña flaqueza, porque sin el estímulo del engrandecimiento, sea colectivo, sea individual, no se hubiesen hecho infinidad de cosas gloriosas y bellas.

Lo que me ha sugerido estas reflexiones, es un suceso, un «fait divers», como se dice en Francia, que

al pronto emocionó produndamente a Madrid, y a las pocas horas fue olvidado, cuando la gente se enteró de que los protagonistas de la tragedia no eran una duquesa y un vizconde, según al principio se supuso, sino la modesta hija de un guarnecedor de coches, y un vulgar camarero de café.

La prensa, en su tendencía a encontrar el lado impresionante de las cosas, suele, en los primeros momentos, y en especial tratándose de crímenes algo misteriosos, fantasear superioridades sociales en las víctimas. Y lo mismo hace si se trata de pleitos sensacionales, escándolos amorosos, sustracciones de fondos, toda clase de irregularidades, en suma. Dijérase que considera al público impregnado de aquella idea que dio lugar a la célebre broma del choque o descarrilamiento ferroviario: «que no tenía gran importancia, porque los vagones eran de tercera...» En los periódicos, lo que antes se llamaba «gacetilla» no admite sino vagones de primera. Si hay de por medio título nobiliario, mejor.

Cuando revolucionó a Madrid el archifamoso crimen de la calle Fuencarral, no había medio de convencer a nadie de que doña Luciana Borcino, la víctima, no era una marquesa, ni lo había sido jamás. Ni aun perteneció a familia ilustre de Galicia, ni estaba, que yo sepa, emparentada con nadie de aquella aristocracia

provincial. Sin embargo, el crimen era más vistoso con una marquesa, y a la pobre señora me la marquesearon cuanto pudieron.

Años después, en la Audiencia de una ciudad gallega se debatió un asunto de intereses muy complicado y enredado, y algo dramático, marquesa me hicieron a la demandante, o demandada, que eso no le recuerdo bien, y ni ella era marquesa, ni lo fue el señor que le había legado su fortuna, ni siquiera lo había sido la primera esposa de este mismo señor, de quien la fortuna procedía. Pero la gracia estaba en poner de epígrafe a sueltos y artículos. «Pleito aristocrático».

Por eso al dar noticia de que en el Pardo, en el coto real, habían aparecido dos cadáveres, un hombre y una mujer, tendidos sobre el suelo candente comidos ya de las alimañas,--las descripciones fueron un derroche de chic. Ella calzaba caladas medias de seda, zapatos de hebilla de strass, sus sayas bajeras eran de liberty, con encajes primorosos; adornaban sus dedos sortijas con brillantes magníficos, ceñía su brazo un brazalete de gran valor, y a su lado, sobre la hierba, estaba una bolsa muy linda, de largos cordones de seda... La seda, en estos casos, es la exigencia de la imaginación de noventa y nueve lectores de cada cien. Una mujer vestida de lana, no excita interés alguno.

Grande fue el desencanto, al saberse de positivo que los cadáveres descubiertos, después de largos días de yacer olvidados en el coto real, vestían de lana, y la ropa interior de la mujer, y sus medias, eran buenamente de algodón. Todo pobre: el reloj del amante, de acero; en el bolsillo, tres pesetas; el pasador, de dublé; las botas ordinarias; y en cuanto a la amada, sus lujos consistían en un abaniquillo con tres gatos, el eterno abanico «de capricho» de las cursis, unos pendientes de escaso valor, un relojito de pulsera... ¡Bah! No merecía la pena de haber hablado del asunto.

Además, ya el crimen perdía su aureola misteriosa, al averiguarse que ella se llamaba Elvira Aguayo, él Severo Echeverría; que estaban en relaciones; que él era casado y tenía tres hijos; y que, en la imposibilidad de unirse ante la ley, se unieron en la muerte, buscando, para el doble suicidio, aquel paraje tan solitario, que por lo visto, ni los guardas pasaban jamás por allí, sino casualmente...

Y a mí este drama humano, envuelto en lana o en seda, me parece igualmente conmovedor... Diré más: no lo concibo sino con gente que viste de lana. En el pueblo, estos dramas son frecuentes. Amarrados con una faja para no separarse ni aun después de caer mortalmente heridos; recostados en un desmonte, ella

sentada en brazos de él, como no ha mucho apareció la enamorada del viejo inválido, que quiso recibir de su mano la muerte; en cualquier actitud que revele la violencia del sentimiento, en Madrid abundan las parejas de trágicos amantes, y tanto menudean, que se ha gastado el interés del público, y ni las mujeres del barrio, las de romántica fantasía y prudente corazón, exigen que «los entierren juntos».

Porque, no lo ignorarán los entusiastas de la España sentimental, en esta corte ocurrió años ha un doble suicidio de jóvenes, casi niños, que, como Tristán e Iseo, querían estar eternamente unidos, más allá de la vida; y, como la inflexible autoridad pretendiese apartarlos y enterrar a él en un cementerio y en otro distinto a ella, un motín de mujeres desbarató las comitivas, hizo de dos una sola, y los enamorados durmieron el eterno sueño reunidos en la misma fosa!

Y si esto no es bello, yo artista, me declaro incapaz de saber en qué consiste la belleza.

Porque el amor, sin duda, es una fuerza, es una energía, es una virtud del espíritu. No neguemos todo lo que un moralista puede encontrar de reprensible en la conducta del hombre que deja a su familia en la miseria y da la muerte y se suicida, en un arrebato de pasión; claro es que pueden escribirse hasta tratados;

pero ante la corrupción anormal, que la literatura refleja, es posible que el amor natural profundo, exclusivo, juvenil, merezca, más que reprensiones, coronas... Y eso es lo que, confusamente, percibían las buenas mujeres del mercado, al alzarse en asonada, para obligar a que la misma tierra cubriese aun, a los dos amantes que lo habían querido así, en la última y suprema hora...

Notémoslo otra vez, porque es curioso: en España estos dramas no ocurren sino en el pueblo. En toda mi vida he visto nada parecido en otras esferas sociales. Cuando se descubren en un rincón campestre o en los barrancos del suburbio, dos cuerpos de hombre y mujer en vez de figurármelos con trapos suntuosos, los veo con la librea de la estrechez y de la clase media humilde... Y sé que la gente que saludamos todo el invierno de cinco a ocho de la tarde, alrededor de las mesas de «bridge» todas las noches, de diez a una, en los teatros, en los bailes, sí tiene una enfermedad más, el automóvil, no sufre en cambio el acceso de fiebre del amor, en este grado! El romanticismo en los dorados salones, es punto menos ridículo que lo sería un petimetre de 1830, peinado a lo Fígaro, en «coup de vent», y con pantalones de trabilla. No hay cosa más sedante que la vida del gran mundo, y ninguna de esas niñas de diez y ocho años que vemos tan monas y tan

rientes, cotilleando a más y mejor, sería capaz de irse a los matorrales del Pardo, como Elvira Aguayo la modistilla, y presentar su sien para que el amado apoye en ella el cañón de la pistola, y envíe la muerte entre la postrer caricia.

No negaré que en los salones como en todas partes haya un diablillo que añasque bastantes cosas, y origine dramas y sainetes, pero rarísima vez tragedias! Repaso en la memoria todo cuanto susurró la meledicencia o dijo la malicia, y no hallo nada comparable al sencillo y poético horror de lo sucedido en el Pardo. Aumentó la lástima del caso el tiempo transcurrido sin descubrirse los cadáveres. Como en la novela de Alfonso Daudet. Petite Paroisse, los insectos se encargaron de mondar y devorar la faz, y acaso las aves de presa arrancaron las vísceras, que no aparecen! Esos corazones tan angustiados, tan abrasados, tan palpitantes, en que tanto desorden de afectos reinó, que oprimió la angustia, que hizo saltar la esperanza, que desoló la imposiblidad, que fueron un mundo, un mundo de llama y de dolor,--se los llevó un grajo a su nido, y a picotazos los repartió a su cría... Y ya entre las costillas, no hay sino el vacío; están vacíos como la caja que contuvo cartas, retratos, rizos, recuerdos, humedad de lágrimas, pero de donde ha desaparecido todo...

Yo no sé si en otros países de Europa menudean tanto los lances de suicidio concertado entre los que se aman y no pueden realizar el sueño de la vida común, (la cual, probablemente, bastaría para curarles de amoroso frenesí...) acaso España marche a la cabeza en este particular, no obstante el cambio de nuestro modo de ser, y el espíritu más prosaico que poético que en algunos respectos se implanta. Siempre hay en España una psicología romántica, honda. Así lo reconocía dos días hace, en el banquete que Sorolla le ofreció, el famoso hispanófilo Archibaldo Huntington, impresionado por la poesía de la fiesta. En el taller, vasto y altísimo de techo, la gran mesa, inundada de luz decorada con flores valencianas que languidecían de calor, parecía dispuesto para una cena del Renacimiento artística, en que se hablase de la eterna belleza, de la magnificencia de las formas y colores. Pero del patio árabe venía el cadencioso quejido de guitarras y bandurrías, y voces vibrantes entonaban la jota... Y el gran pintor, entusiasmado repetía: ¡No hay más que una España!

Pocos ignoran la devoción que España inspira al millonario norteamericano en cuyo honor nos reuníamos. Huntington ha fundado, no sólo la «Hispanic Society» sino un museo y una biblioteca en los cuales puede el que quiera, conocer el arte, la literatura y la ciencia

españolas. En el museo hay obras de Velázquez, Goya y el Greco; y además retratos de Sorolla, que ofrecen el cuadro de nuestra intelectualidad moderna. Los beneficios de estas instituciones son incalculables. Ahora, tiene encargado a Sorolla el gran amigo de España la decoración completa de la Biblioteca, y en esa decoración, dejándose de mitologías, el artista concentrará la vida y el sentido de las varias regiones de España, para lo cual habrá de recorrerlas despacio, inspirándose.

Claro es que, ante un extranjero tan prendado de nosotros, cierta indecisión nos cohibe.

Ni nos atrevemos a poner en las nubes lo típico y lo castizo, temerosos de que no tenga el encanto que nosotros le encontramos, obra natural del cariño en los que aquí nacimos, ni queremos censurar, por no prevenir desagradablemente, ni pudiéramos ensalzar muchas cosas, porque no habría para ello razón; ni, en suma acertamos a formular juicios, que pueden ser interesados, parciales, encomiásticos en demasía, o pesimistas con exceso... Una ansiedad explicable nos acomete; nos esforzamos por leer, en el rostro del extranjero, la opinión que de nosotros ha formado... Y es un goce encontrar que este hombre, que sabe hablar muy bien el español, conoce a España, desde hace tiempo, y conociéndola a fondo, declara que en ninguna parte se

halla mejor, se siente feliz; y esta no es una impresión de turista antojadizo, sino el resultado de una consciente simpatía, de una atracción que sabe en qué se funda. Otra cosa no podía ser, porque la afición de Huntington a España es antigua, y hace veinte años que la ha recorrido a lomo de mulo, a pie, sintiendo, al visitarla, emociones del género de la que probó Washington Irving al ver la firma de Isabel la Católica, que le hizo derramar lágrimas y besar el pergamino...

Y yo, sentada al lado de este español adoptivo, de noble e inteligente fisonomía y viendo a su esposa, una bella mujer identificada con los entusiasmos del hispanófilo y con las aspiraciones que le han guiado en su admirable labor, no podía menos de recordar el dicho de Ivan Turgueneff, referente a su patria y aplicable a la mía:

«A la santa Rusia no se la puede comprender. Hay que amarla».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

85

LA NACION

DE ESPAÑA

ROUSSEAU TODAVIA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1912.

El homenaje de algunos intelectuales españoles a Juan Jacobo, con la ocasión reciente de las fiestas de su segundo centenario, me obliga a pensar otra vez en el autor del Emilio. Así como así, seré una de las contadas mujeres aficionadas al estudio que no sienten gran entusiasmo, devoción incondicional, por este gran escritor, o mejor dicho, por sus opiniones y teorías, que tanto han pesado en la evolución del mundo moderno.

No hay que referir por centésima vez la biografía sobrado conocida del «filósofo de Ginebra»; ni tampoco creo que se deban juzgar las ideas filosóficas de un hombre, fundándose como dato en su biografía. Sin duda

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 7 agosto 1912: 7-8. No recogido.

aspiramos insconscientemente a la unidad, y quisiéramos ver siempre de acuerdo los hechos con las doctrinas; y pocas veces habrán andado más reñidos que en Juan Jacobo, ni aun en el mismo canciller Bacon, desesperación de sus admiradores, al reconocer en el hombre de vasta y profunda mentalidad la flaqueza humillante del carácter. Pero bien pudo Rousseau caer en todas las debilidades y vergüenzas de que no cabe dudar, ya que él mismo las refiere, y haber escrito páginas en las cuales se encerrase una esencia de verdad, en vez de errores insidiosos. No les llamo así, desde ningún punto de vista relacionado o dependiente de la fe católica. Para la fe era una serie de herejías el Emilio o El Contrato; para los que no definimos teológicamente, son lo contrario de las enseñanzas de la ciencia, en lo poco que ha conseguido establecer sobre base firmes. Se da la casualidad de que observaciones rigurosamente científicas confirman ciertos dogmas católicos; pero sin duda este resultado no es lo que nos lleva a desviarnos de Rousseau, en el caso presente. Darwin, al formular las leyes, algunas tan evidentes, de su sistema, no se propuso demostrar, en el terreno de la biología y de la filosofía de la naturaleza, el dogma del pecado original y la corrupción nativa de la especie humana.

Ahora bien; todo el edificio de la filosofía de Juan Jacobo se funda y cimenta en la afirmación de que

el hombre es naturalmente bueno, y dejarle seguir sus impulsos, lo más acertado y lo justo y legítimo. Y esto, perdóneme su memoria, y la del conde Tolstoi, eminente discípulo y secuaz del ginebrino, lo he tenido siempre por solemnísimo disparate. La sociedad y no el hombre, es lo malo--entiende el amigo de Mme. de Warens.--La sociedad engendra los abusos, las tiranías, los crímenes, los instintos perversos. Entregado a sí mismo, el hombre sería una paloma sin hiel. Y de esta suposición, tan graciosa y humorísticamente combatida por Voltaire, salieron aquellas idílicas utopías de la vida venturosísima y altamente moral de los salvajes, o, como decía un guasón del siglo XVIII «de los inocentes habitantes de las islas desiertas». En estas candideces creyó hasta la gran Catalina, que debía de tener, sin embargo, el colmillo retorcido, y era amiga y asidua corresponsal de Voltaire, el cual no se mamaba el dedo. Pero en cada etapa del pensamiento hay espejismos que todos o casi todos padecen. Catalina de Rusia, la Semíramis del norte, la creadora de una civilización vigorosa entre la barbarie medieval, que para Rusia duró hasta aquellos tiempos dieciochescos, ofreció a Bernardino de Saint Pierre, otro aventajado alumno de Rouseau, una isla donde ensayar el idilio del hombre reclinado en brazos de la naturaleza madre.

Ni aun sospechaba Juan Jacobo que el estado salvaje, por él presentado como objeto sumo, está muy

lejos ya de la naturaleza. Los salvajes cuyas costumbres conocemos, sea relatos fidedignos, sea por observación contemporánea (y cada día se les estudia con mayor interés) no representan, efectivamente, el estado primitivo. En los pueblos del Nuevo Mundo, al realizarse el descubrimiento y la conquista, existían, sabido es, civilizaciones características; y ninguno de los hombres encontrados ni en el continente americano, ni en Oceanía, por retrasado que estuviese en su evolución, era lo que se llama un primitivo, un «natural» puro. Por una necesidad, que desconoció Juan Jacobo, cada grupo salvaje se había formado su modo de vivir, su organización social, todo lo rudimentario que se quiera, pero no por eso menos fuerte, y acaso más; la libertad, identificada por la escuela de Rouseau con la naturaleza, estaba, al contrario limitada por ese contrato mismo, tácito o explícito, que abligaba al hombre a someterse al interés de la tribu, a abdicar de su espontaneidad y seguir el camino que las costumbres le trazasen. Costumbres y tradiciones no fueron tan poderosas nunca en pueblos de avanzada civilización como en los que Rouseau soñaba libérrimos y gulados por el instinto individual; y, en vez de ver en la cultura a la fuerza redentora del individuo, el pensador a quien decía Voltaire: «Cuando os leo, me dan ganas de andar a cuatro patas», veía el veneno corruptor,

ignoraba en tiempo de Rouseau, o poco menos, la prehistoria, tal vez creyó el autor de Emilio que el estado originario del hombre fuese el que llamamos salvaje, sin darse cuenta de que detrás del salvaje hay un período incalculable de tiempo en que la humanidad, errante y hambrienta, desvalida y sin conocimiento alguno, de los que ha menester para defenderse, adquiere lentamente y con esfuerzo heroico las nociones que permiten a la horda fijarse en un territorio, crearse un trozo de patria, una forma de creencias, un modo de habitación y de sustento, una vida ya humana, mejor o peor, pero diferente de la que llevó en los obscuros y azarosos comienzos de la vida humana en el planeta.

Llegado el momento de razonar sus teorías, Rousseau, aun entendiendo que cuanto más retroceda hacia los tiempos primitivos, mejor será el hombre, no pudo situarlo fuera de la sociedad. Es cierto que opuso el estado de naturaleza al social, echando la culpa de todo cuanto sufrimos a la civilización que gravita sobre nuestros cuerpos y nuestras almas; y no ignoramos el talento y la energía artística con que Tolstoi ha defendido la misma tesis. Así, todas las diatribas fueron pocas, en pluma de Juan Jacobo, para condenar las artes, las ciencias, la literatura, el movimiento comercial e industrial, todo lo que ha

integrado las sociedades; graciosa inconsecuencia de un plumífero y un filósofo que renegaba de escribir, y a poco más, de pensar. Según él, nada más sencillo que retirarse a una selva, y pasarlo allí tan ricamente, sin auxilio de sus semejantes. Y he de recordar, a propósito de esto, que sin duda existe el instinto de la vida selvática, y no fue sólo Don Quijote en Sierra Morena, el que quiso vivir de bellotas y raíces. Yo conozco a unos chicos muy simpáticos, aficionados a leer, que aburridos de la vida estacionaria de una población, donde uno de ellos era notario, otro registrador de la propiedad, otro juez, otro farmacéutico, aprovecharon la coyuntura de unas vacaciones para poner por obra su plan de retiro al seno de la naturaleza. Acogiéronse a una amena espesura, en paraje solitario y repuesto, donde corría un arroyillo de cristal, y unas excavaciones en las peñas, obra probablemente de la caprichosa naturaleza misma que les ofrecía asilo para albergue de noche. Y uno de ellos, bastante soñador, me decía, con suma formalidad, poniendo los ojos en blanco:

--¡Oh! ¡Qué vida tan bonita! ¡Qué alegría la nuestra, al quitarnos la estorbosa ropa, y sin más que lo exigido por el pudor, recostarnos en la fresca hierba, o subir a los árboles, durmiendo la siesta en sus copas! ¡Qué gusto, no ver caras humanas, no leer un periódico, no usar servilleta, cuchara ni mantel!

--¿Y... qué comían ustedes?--interrogué--¿Por qué no llevarían ustedes la propiedad escénica hasta mantenerse pastando o royendo la corteza de los olmos?

--Verá usted...--me contestaba él, algo confuso.--Un criado nos traía, en un cesto...

--¡No me diga usted más! ¡Y en qué época del año fue la experiencia?

--¡Ah! En agosto. Hacía bastante calor...

--Sé todo lo que necesitaba saber...

Y, volviendo a Juan Jacobo, claro es que llegó un momento en que no se le ocultaron las fáciles objeciones que pudieran oponerse a sus doctrinas, que buscaban el ideal en el pasado remotísimo, ilusión frecuente en todas las edades, pero que Rouseau volvió a sembrar en el fondo de sentimentalismo de la moderna; y entonces quiso corregirse sin desmentirse, y escribió el famoso Contrato social. La idea no era original del todo, ya la habían emitido teóricos y filosóficos del siglo XVI; más tarde, la sostuvo Locke y Hobbes; al sistematizarla Rousseau, vino con ella la Revolución francesa y todas las consecuencias de hecho histórico tan enorme.

Sería difícil a Rousseau presentar, como le pidieron sus impugnadores, el texto de ese contrato; sus defensores dicen que no imaginó Juan Jacobo sostener que el contrato existiese, legalizado en

escritura pública; y ello es así, y no obstante, la fuerza de la doctrina ha consistido en que mucha gente consideró que, en efecto, algo como un contrato en forma precedió a la libre asociación de los ciudadanos, puesto que la opinión de que hay mucho de voluntario en las agrupaciones sociales es tan clara, que no merecía la pena de presentarla con aparato filosófico.

La voluntad del individuo, ¿quién lo duda? es uno de los fundamentos de la sociedad. Lo que no es posible admitir, es la extensión que atribuye Rouseau a este concepto. De hecho, mil veces el individuo se ve sujeto a condiciones sociales que voluntariamente jamás aceptaría. Es hasta el caso más general. Hecha la Revolución francesa en nombre de las teorías de Juan Jacobo, pareció tener por misión desmentirlas, puesto que nunca el individuo anduvo tan esclavizado como durante el Terror. Pasado el Terror, Napoleón se llevó a los individuos, de grado o por fuerza, a conquistar Europa; y no quiero continuar poniendo ejemplos. Cuando los hechos están contra las teorías, peor para las teorías.

Además Rousseau mira el contrato como incesantemente renovable; cada niño que nace posee la libertad de contratar. Ya quisiera la de mamar, dice con gracia un crítico inglés. El niño nace sujeto a mil fatalidades, a circunstancias que no está en su

mano dirigir, ni modificar, ni combatir hasta transcurridos bastantes años, y que, sin embargo, influyen sobre él desde el punto y hora de su nacimiento y venida al mundo; el niño nace, por ejemplo, español y no dinamarqués, moreno y no rubio, tuberculoso y no artrítico, pobre y no rico, tonto y no discreto... y todo esto, y cien particularidades más, hacen de él lo que ha de ser en lo futuro. ¡Y que le hablen de contratos!...

Rousseau, a pesar de la famosa libertad del niño, considerando la ciudadanía algo que transciende a la vida toda, y prestándole la solemnidad de una especie de religión civil, llegó al extremo de pedir para los transgresores del contrato la pena de muerte. En esa claúsula de un libro hoy olvidado, se contiene todo el funcionamiento de la guillotina, el fenómeno de sangre de la Revolución. Y en eso venían a parar las apoteosis del estado de naturaleza y los proyectos de constitución política, por el estilo de la de Sismondi: «Artículo 10. Todos los franceses serán virtuosos. Articúlo 20. Todos los franceses serán felices...» ¡parodiados en la nuestra del año 12!

Y se me dirá, con razón, que en Rousseau hay más que el autor del Contrato. Sí, hay mucho más, y hay lo que le salvará del desgaste del tiempo: hay arrebatadora influencia literaria, que en gran parte

determinó el romanticismo, y suscitó tantas y tantas direcciones como han integrado, en el XIX, el movimiento estético y el sentimental. Rousseau genera el romanticismo, y Jorge Sand, Lamennais, Lamartine, Victor Hugo, por nombrar solamente a los más célebres, fueron en uno o en otro concepto prole de Rousseau, como el ilustre escritor ruso, hombre a su vez de inmensa influencia literaria en Europa, fracasado en cuanto pensador, pero de esa clase de fracasados que hacen fermentar a las muchedumbres. Tolstoi devolvió a Francia las ideas de Rousseau, y los que le consideran tan genuinamente eslavo, yerran en más de la mitad: Tolstoi es Rousseau disfrazado de mujik.

En las mujeres, es incalculable lo que ha influido Juan Jacobo. Por medio de La nueva Heloísa, las lanzó al lirismo amoroso, y con su novela pedagógica Emilio, las obligó a lactar ellas mismas a sus hijuelos. Juan Jacobo (parece ya vulgar recordar el hecho, tan notorio), envió a la Inclusa a sus vástagos, y no sé si por reparar esta mala acción, o porque la naturaleza humana es un tejido de contradicciones, puso el mayor empeño en avivar la llama del amor maternal por medio del cumplimiento de la función nutriz. Cuando Rousseau hizo tal propaganda no era costumbre que las mujeres algo acomodadas criasen. Se buscaba nodriza, aunque la madre estuviese más fuerte que un roble, y hasta se

llevaba a los recién nacidos al campo, a casa del «père nourricier», para que allí transcurriese el plazo de la lactancia, y aun a veces los primeros años de la vida, lo cual sin duda podía tener su lado bueno, pero separaba a la madre del niño, y aligeraba de un modo extraordinario la carga de los deberes maternos. Rousseau quiso que las madres diesen a los niños el jugo y licor de sus venas, transformado en leche, y lo consiguió. Yo no diré que no pueda haber causado daño a algunas; pero sin duda mayor fue el bien, y esto debe alabarse.

Por lo demás... Si no estuviese aún «vivo», como nos lo demuestra el caso de Tolstoi, sólo recordaríamos su papel literario. Pero todavía actúa sobre las conciencias. Raíces de su doctrina tan vivaz, brotan donde quiera, donde menos pudiera pensarse. Y es que cunde más el sentimiento que el raciocinio. Hay escuelas enteras, de adeptos numerosísimos, multitudes ilusionadas, embebidas de la idea de que cuanto malo sucede es culpa de la sociedad, del arte, de las letras, de la cultura. Y esto hay que mirarlo despacio. No sería cosa de desandar el camino y volver a las cavernas troglodíticas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

86

CRONICAS DE EUROPA

LA INDUMENTARIA FEMENINA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1912.

En Italia, las autoridades eclesiásticas, y particularmente el patriarca de Venecia, predican una cruzada contra las modas actuales, que desnudan a la mujer y revelan sus formas de un modo que aun los seglares no pueden menos de encontrar atrevido y franco.

Sí es preciso reconocer lo que salta a la vista: las mujeres, hablo en general, acaso en ningún período civilizado, habrán lucido trajes que con mayor claridad las traicionen, no sólo por su brevedad o transparencia, sino porque, pegados estrictamente, las hechuras, en vez de cubrirlas, las acentúan, y tan de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 agosto 1912: 7. No recogido.

realce, que ni la menor incertidumbre consienten respecto a los misterios plásticos y anatómicos.

Se ha echado la culpa a las faldas trabadas, pero lo mismo da que carezcan de trabas: ciñen igual las de chupo-chupo, y las indiscreciones son las mismas.

Tienen, pues, sobrada razón y están perfectamente en su papel los señores arzobispos, patriarcas y obispos italianos, que siguiendo el impulso dado por su santidad, condenan estas modas, a las cuales pudieran todavía encontrarse otros inconvenientes, amén de los morales; aciertan los venerables censores desde su punto de vista, y sería poco lógico negarlo. El espíritu del cristianismo pugna con la idea del pudor no se aviene con los ropajes que no velan decorosamente el cuerpo humano.

No es posible, pues, ni discutir el pleno derecho con que el patriarca de Venecia se niega a admitir para madrinas de confirmación, y aun para espectadoras, en su palacio, a las damas así ataviadas,--quizá no se pueda decir vestidas--en nombre del respeto que merece el Sacramento, y del que, añado yo, merece igualmente el criterio de las personas respetables y el sentido todo de una religión que ha erigido en precepto la modestia. En España, todos lo han observado, las damas de la familia real no siguen sino a distancia muy grande tales modas, y algunas veces se ha dicho que en

los bailes y ceremonias de palacio no era grato que las señoras las extremasen. Este desagrado de las augustas personas pudiera ser más eficaz contra la vestimenta ceñida, que cien pastorales de obispos.

No obstante, la sinceridad me obliga a decir que en España, lo mismo que en todas partes, la mujer se enfunda estrechamente, y se destapa cuando puede al través de la funda. Convengamos en que la moda es soberana de la mujer, por mal y daño de nuestro sexo, que no debiera esclavizarse tan ciegamente a los antojos del modisto, explotador y tirado de un rebaño sumiso a sus más estrafalarios decretos. Partidaria soy, como puede serlo el más entusiasta, de los derechos de la mujer, pero, a veces se me ocurre que no merece la pena de luchar por ellos, mientras la moda sea un ídolo hueco ante cuyo altar se sacrifiquen incondicionalmente la salud, el bolsillo, la decencia y el sentido común de la grey femenina. Es verdad--me contestarán las víctimas de la moda--que otro tanto hacen los hombres. Está demostrado que hay modas masculinas que dañan al cuerpo y riñen con las elementales de la estética. Los varones, sin embargo, las aguantan, no dan indicios de protestar contra ellas. ¿Será que, como dice una señorita futurista en un divertido manifiesto que acabo de recibir, no hay hombres ni mujeres, todo es humanidad, y, por humanidad, piara despreciable?

Ahora bien: reconociendo la exactitud de las observaciones del señor patriarca de Venecia, añadiré que, en mi humilde entender, la forma de los trajes es señal del momento que la sociedad atraviesa, pero no basta para determinar este momento. Las modas del Directorio fueron descomunales e impúdicas, sin que a causa de ellas el Directorio se nos aparezca como una época de corrupción. Y, ante todo, entendámonos respecto a la palabra «corrupción». ¿En qué sentido hemos de tomarla?

Es frecuente, cuando se habla de costumbres perversas y corrompidas no referirse sino a lo sexual. Y lo sexual es un aspecto no más de la vida social, muy importante, pero no el único. Además, y en esto casi nadie se fija, lo sexual es un dato constante, difícil de modificar, al menos en su esencia. Hay necesidades y vicios artificiales, creaciones de la civilización, pero el instinto sexual reside en el fondo mismo de la naturaleza, perpetuando las especies, y es indudable que, si sus manifestaciones varían, su substrato es perenne. He ahí por qué se me figura que las modas no ejercen tanta influencia como se supone en las costumbres, que los ojos se habitúan a todo, y que, si según dijo Schopenhauer, para el sapo lo hermoso es su sapa, la mujer más empaquetada, envuelta y «fagotée» ejerce de seguro igual influjo, en el tiempo en que es

moda ir así, que la paganizante de nuestros días, al través de las sedas blandas y apenas cubridoras que la nublan.

Los ojos, lo repito, se habitúan a todo. La mujer salvaje, sin otra ropa que un cinturón, ni escandaliza ni solivianta al hombre de su tribu con mayor intensidad que si estuviese toda engaritada en esteras o pieles de animales. En nuestra civilización, los escotes ya no causan ni sorpresa: como el rostro, forman parte de lo que la más recatada señora enseña sin reparo, y mira la gente de una manera maquinal. Se ha escrito y tronado mucho, es cierto, contra los escotes, pero no se ha podido llevar al ánimo de las personas que concurren a sociedad el convencimiento de que una ceremonia de corte, un baile, una gran comida, sean sitios donde quepa proscriprescindir del escote de las damas, ni de que esta etiqueta perturbe en lo más mínimo los sentidos ni el pensamiento de los concurrentes. Y ante la unanimidad de la costumbre, ha sido preciso conformarse. El escote es de rigor, y es inofensivo.

Me atrevo a decir que, sin dejar de reconocer que las modas presentes son desvergonzadas, las tengo por completamente innocuas ya, desde que se han extendido a todas las esferas sociales. Hay más; hasta sospecho que, lejos de exaltarlas, han serenado un poco las

imaginaciones, al no dejarles nada que fantasear. No es paradoja. Trataré de explicarme, sin insistir en detalles, porque supongo que escribo para buenos entendedores.

Hablo, naturalmente, de España, que puede servir de ejemplo, porque es un país donde la galantería, o el galanteo, mejor dicho, han sido siempre actualidad, y aun se ha considerado punto de honra el exagerarlo, acosando a las mujeres en la calle, con requiebros y solicitaciones, hipérboles y transportes más o menos auténticos. En la época de las faldas amplias, se armaba poco menos que un motín, si se veía hasta dos dedos más arriba del tobillo. Existían mirones profesionales, que se dedicaban a atisbar a las que descendían de un coche, subían una escalera, cruzaban el arroyo en días de lluvia y piso enlodado, o se caían bailando o corriendo. El no cuidar incesantemente de ocultar los pies (como si el tenerlos fuese delito), se juzgaba indicio de descoco. Las faldas cortas, al principio, se anatematizaron, fundándose en que dejarían ver el pie.

Todo esto ha desaparecido, y ojalá nunca vuelva. Era un espectáculo muy poco culto, el de la persecución y fiscalización callejera de las formas de la mujer, no con la serena simpatía de la belleza o de la contemplación, sino, como se caza a una res,

satisfaciendo públicamente antojos y sensualismo que piden, al menos, recato. Y tiene bastante de original y algo de natural el que sea la exhibición misma, impuesta por la hechura y tela de los trajes, lo que ha cambiado en favorable tendencia de cordura y respeto el incesante molestar a la mujer en las calles y paseos de Madrid.

Yo solía decirlo siempre que volvía del extranjero; ¿cómo es que en París, donde se levantan tanto la ropa cuando llueve, nadie se preocupa, nadie hace aspavientos, nadie hostiga a las transeuntes? Y no me resolvía a pensar que fuese por eso mismo; porque, creyendo las parisienses que no deben ensopar en el barro con la faldamenta, y salvando la limpieza de sus bajos con no dejarlos arrastrar, habían amortiguado ya la curiosidad y malicia, del hombre, que la mirada con esa indiferencia que engendra el hábito en cualquier terreno y asunto.

Hoy se me figura que tal es la clave. En Madrid, sensiblemente, han disminuído los mirones de oficio, ahora que hay mucho más que mirar...

En cuanto a que la perversión de la sociedad aumente por culpa de las modas actuales, de mí sé decir que no lo creo. Esto de la perversión social es uno de los muchos temas que no se suelen estudiar y se resuelven con lugares comunes. ¿Somos cada día peores, o no hacemos sino seguir las huellas de épocas pasadas?

Acaso lo que ha crecido, es la claridad y frescura con que se muestran inclinaciones antes ocultas por un velo de disimulo y pudibundez exterior. Los historiadores que revuelven documentos, suelen ver que en todo tiempo se cocieron habas; sin embargo, no hemos de negar que la ocultación de los instintos es ya manera de refrenarlo.

No sé si he hablado alguna vez de los gráficos que los periódicos publican, y en los cuales aparecen reproducidas escenas de la vida de playa, no en Francia por cierto, sino en Alemania, allí donde se han cerrado las fronteras a las obras de Emilio Zola, por inmorales, y se ha condenado a París como nueva Babilonia, digna del fuego del cielo. En esas playas, hombres y mujeres, en montón, bailan y juegan, no llevando sobre sus cuerpos sino ligeros jerseys escotados, que no pasan de mucho más arriba de la rodilla. Y seguramente se trata de una multitud burguesa, acomodada, honorable, como ahora se dice. No veo que se pueda hacer nada más escandaloso, ante el público por lo menos. No me meto a discutir los efectos que en la moral individual puedan producir tales escenas; digo que, para los que contemplamos su reproducción mediante la fotografía, son increíbles, groseras y desenfrenadas. Y hasta sin excusa estética, porque ¡vaya unas canillas, unos zancos, unos alones y

unos pescuezos tan diferentísimos de los del Apolo de Belvedere y de la Maja goyesca! Si no sonase mal, diría que recuerdan las tablajerías y los carros de la carne.

La belleza--¿quién lo duda?--es un velo, es un cendal, es un resplandor, es una castidad, es cosa divina. Pero ver a tanta gente, obesa o encanijada, de extremidades sin raza, desfigurada por la vida moderna, que desarrolla el busto a expensas del resto del cuerpo; y verla danzar casi «in puris naturalibus...» a la verdad, no hace falta ser el patriarca de Venecia para definirlo como pecado mortal...

A esto, no faltará quien conteste que la idea de belleza es también relativa. Los omaguas se aplastan la cabeza entre tablillas. Hay pueblos que forman a los niños frentes en ángulo agudo; en el siglo XV, se depilan las damas las sienes, hasta producir esas frentes enormes que vemos en las Madonas de los cuatrocentistas; hay países en que las mujeres se tiñen el pelo de encarnado; otros en que se estiran las orejas con discos de madera; alguno que ennegrece los dientes con laca, y muchísimos que se tatúan. ¡Oh Grecia, madre de la civilización, formadora de las edades! ¡Tú eres quien nos guía como Virgilio al Dante: entre las perversiones de la idea de la hermosura, tu antorcha dionisíaca no ha cesado de lucir!

El mal que deplora el patriarca es muy antiguo... San Jerónimo también predicó contra la desnudez de las romanas, y dio a la mujer el atractivo del plegado velo y de la luenga, elegante túnica. Y remedió así el inconveniente que había inspirado la sátira de Horacio: que las matronas, adoptando las gasas transparentes usadas por las jóvenes, caían en ridículo. El poeta se lo decía a Licea, olvidado de su edad: «Ya no te sienta bien el traje de púrpura de Cos...»

Sin embargo, la moda de los trajes ceñidos no pudiera ser el objeto de las censuras del autor de cierto curioso opúsculo, que tengo a la vista, y se titula Anatomía de las modas, para desengaño de los incautos. Según el autor, jurado enemigo de currutacos y pisaverdes, todas las modas más principales que hombres y mujeres usan, se dirigen a encubrir y disimular algún defecto, deformidad y achaque, y, por consiguiente, todas encierran alguna trampa o engaño. Así, la moda de los peinados de cola de conejo, tiene por objeto encubrir la calabaza frayla de una testa en calvicie; la corbata y pañuelos de cuello, tapan costras y postemas; el corpiño de las mujeres, aumenta encantos acocinados y secos; los cinturones, fingen esbeltez; el pantalón, remeda morbideces ausentes... y todo por el estilo. No cabe imputar a la moda contemporánea estas culpas. Nadie dirá de ella que

falsifica, que esconde. Se acabaron los engaños, los trampantojos, las ficciones piadosas. El bombón femenino ha sido desenvuelto de sus papeles de plata y seda. ¿Por cuánto tiempo? En esto, tranquilicemos al patriarca. Dentro de dos años, es casi seguro que de nuevo empaquetarán los modistos a la mujer, y veremos flotar las faldamentas y ahuecarse la silueta de las madamas... Milagro que no significará que se hayan convertido las bellas sin ropa, sino que sus majestades los modistos, decretaron gastar más tela y subir las cuentas, con tal pretexto, hasta alturas vertiginosas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

87

LA NACION

DESDE ESPAÑA

LA MUERTE DEL MIKADO*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1912.

Una de las mejores señales que pueden advertirse en un pueblo, es el generoso interés por lo que sucede a gran distancia en remotos países, si lo sucedido importa a la causa de la civilización, que es la de toda la humanidad.

Tal ocurrió en España con motivo de la muerte del Micado, personaje que ciertamente, para nosotros, está envuelto en neblina fantástica, como de cuento de las Mil y una noches; pero que--lo sabemos,-- ha señalado una nueva época en una nación antes también misteriosa y como soñada, y hoy incluso entre las potencias que pesan y deben ser tomadas en cuenta, y hasta temidas y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 septiempre 1912: 6-7. No recogido.

respetadas por las demás. Cuando empezó a reinar Mutsuhito, el Japón era el país de los monigotes de porcelana que mueven la cabeza y sacan la lengua de un modo cómico: apenas si Loti nos había insinuado algo acerca de su alma pueril, de sus serenatas estridentes, de su ceremonioso y menudo trato, de sus viviendas de papel de caña. Mientras nos contaba el novelista francés las aventuras de madama Crisantemo--con la falta de penetración que caracteriza a los viajeros de su tierra, presas siempre las patas de mosca en la miel del detalle pintoresco y singular,--los japonecitos, tenaces y voluntariosos, trabajaban, se preparaban, estudiaban a Europa desde todos los puntos de vista que pudiesen convenirles, y con su maña de asiáticos amarillos, imitaban todo, lo aprendían todo, constantes en su idea primitiva de obtener el dominio universal, pero convencidos de que eso no se logra durmiéndose, sino andando más despiertos que gallo celoso. Porque viejas profecías auguran al imperio del Sol Levante, a la sagrada tierra del Crisantemo, la posesión del orbe sojuzgado; y en el fondo del sentimiento heroico que tanto abunda entre los japoneses y que hace de ellos una legión de invencibles, late esa sublime esperanza: vencer a todo el resto de los hombres, y, como soñara un tiempo Gengiskan, pasear su enseña triunfadora por la tierra rendida. El caso del Japón contrasta con el

de la China, y estos dos pueblos, según la etnografía hermanos, se diferencian profundamente, no sólo en el idioma, sino en el carácter. El imperio chino, enorme, mayor que Europa, fue conocido cuando todavía nada sabíamos de los japoneses. En los siglos XVII y XVIII, la China estuvo de moda. Sus delicados amaneramientos artísticos influyeron en el desarrollo del arte decorativo, y los palacios de nuestros reyes conservan las huellas de este influjo. Sus pensadores algo pesaron en la filosofía de los enciclopedistas, y en las utopías de los buscadores de paraísos lejanos, donde reinasen la sabiduría, la moderación y la templanza, virtudes que los moralistas chinos han encomiado siempre. Todo lo cual se debió en primer término, a los misioneros, que trajeron relaciones de lo que en China pasaba, de las costumbres y las bellezas de aquel país. El Japón, por entonces era tributario de la China, pero no tardó en entablar la lucha por la independencia.

Los misioneros no eran novedad, porque desde el siglo XIV los franciscanos, tan intrépidos exploradores, habían precedido a Marco Polo; y debe notarse que nunca los misioneros encontraron oposición intolerante, pues en China, más que dogmas cerrados, había ideas morales, preceptos de sabiduría, y un espíritu práctico y positivo, incompatible con las

disputas teológicas. Pero la intransigencia que no existía en materias de fe, surgió terrible, cuando los predicadores de religiones extranjeras tocaron a la inveterada costumbre. Si los misioneros se hubiesen limitado a enseñar el dogma, en China no existirían mártires. Sólo que un dogma es siempre una moral, y una moral, una serie de costumbres. Las persecuciones no se fundaron en la ofensa a ningún numen sinense, Fo, Lao Tseu, Confucio; eran los hábitos rancios, como el de la claustración de la mujer, lo que defendían los mandarines ventrudos y los bonzos de péndulo bigote, infligiendo terribles suplicios, refinados con arte, a los frailes y a los jesuitas. Y este apego invencible del chino a lo consuetudinario, fue la rémora de que les detuvo, a pesar de notables aptitudes para avanzar. Se avanza mediante una fuerza que mueve a desdeñar y echar abajo lo establecido.

Fue la proverbial anquilosis de la China, que tanto contrasta con el arranque transformador del Japón, obra de esa mécanica adhesión a lo tradicional, que puede ser una fuerza, pero es generalmente un obstáculo. En ese país tan vasto, de tan lentas comunicaciones, antes solitario imperio y hoy solitaria república, el aislamiento fue como un timbre de nobleza, y su símbolo, la célebre muralla, el titánico monumento que la cerró contra las invasiones, ese

cinturón prodigioso de quinientas o seiscientas leguas de longitud, y de tal anchura, que seis ginetes podían correr de frente sobre su cúspide. Por curiosa coincidencia, el constructor de esa fortificación gigantesca o infantil, fue el mismo Hijo del Cielo y emperador sublime que personificado también el estacionamiento, persiguió de muerte a los letrados y quemó los libros, en un auto de fe general, privándonos así de inestimables documentos para la historia. Hoy, que en China una revolución ha triunfado, y se habrá roto definitivamente, hay que suponerlo, la muralla secular, parecida a aquella que cantó, en versos estremecedores la musa de Victor Hugo, veremos cómo los chinos se desenredan. Más fácil es derrocar un régimen, hasta en la China, que crearse un alma colectiva ilustrada y tolerante. Y en esa creación está el problema.

El Japón, al parecer lo ha resuelto, en el reinado de Mutsuhito, de gloriosa memoria. Siempre tuvieron los japoneses superioridad, sobre los chinos, en cuanto a no dejarse prender en la red de los usos de los antepasados. País no rico, a pesar de sus minas de cobre, plata y oro, el Japón posee un tesoro, el mayor que debe anhelar un pueblo: un ardiente, robusto, inalterable patriotismo.

Dígase lo que se diga, y aun cuando se afirme que las guerras modernas se resuelven con los adelantos

científicos, su clave estará siempre en el valor y en el amor de la patria y de la independencia. Los españoles hemos creído y afirmado siempre que el sentimiento patriótico va estrecha e íntimamente unido al religioso, y no somos solos a entenderlo así: lo mismo han opinado los alemanes, y han exteriorizado este criterio en la guerra franco-prusiana. Y he aquí que el Japón, país semiateo, (a pesar de los supuestos milagros del fundador del sintoísmo, y de tanto altar doméstico con idolillos curiosos y quemazón de papeles y barritas perfumadas) está abrasado de patriotismo, palpitante de ese anhelo, el más noble de todos. Y si el Japón se ha transformado, y se ha engrandecido, y ha realizado cosas muy dignas de escribirse y pasar a las generaciones, no ha sido por devoción a Buda, sino por devoción a la patria.

No es la nación del Sol naciente uno de esos países paradisíacos, donde la naturaleza parece haber mimado al hombre. Sin sorprender por su aridez, no asombra por su fecundidad y belleza ninguna de las islas del archipiélago. Parte del territorio es estéril y volcánico, y su mar mediterráneo es bajo, escarpado y arenoso. Las lluvias son tercas, los huracanes frecuentes, no raros los terremotos, rigurosos el calor y el frío; faltan animales cuadrúpedos de los más útiles, y el hacer navegables

los ríos ha presentado dificultades enormes. A bien que el hombre, industrioso, laborioso, paciente y hábil, labra el suelo con tal cariño, que lo convierte en vergel. Como en China, se ha profesado en el Japón el culto de la agricultura. Las leyes la imponen: cuando un japonés ve un pedazo de tierra inculta, tiene derecho a apropiárselo, cultivándola. Así, sorprende ver lo cuidado que está el terreno, y hay llanuras edénicas, como la que rodea el magnífico lago de Biwano-Umi, sembrada de pagodas y templos.

Este pueblo que arrostra la muerte con absoluta serenidad, y hasta con la sonrisa en los labios, es ictiófago y vegetariano: en el Japón apenas se come carne, entre otras razones, porque no la hay. Tal vez cierto panteísmo budista contribuya a apartarles de esa alimentación; ¿pero qué, los peces no son seres animados? Ello es que el blanco arroz les cría a los japoneses una sangre muy roja.

Ha sido el pueblo comedor de arroz el que, en los últimos tiempos, ha dado a Europa, como es sabido, una gran sorpresa. Esa gente que se mantiene de lo que se mantienen millones de hombres, del arroz, mejor acaso que el trigo, no se encuentra, por ahora, inficionada del vicio de la embriaguez, destructor de tantas razas, negras y rojas. Por acá se imaginaban a los japoneses ocupados en cocer porcelanas de caprichosos diseños,

Satsumas de armoniosos tonos grises y dorados; y ellos en lo que se entretenían era enviar a Europa sus estudiantes, en formarse Ejército y Marina según la última palabra del arte de la guerra, y según las invenciones de esos diabólicos occidentales, que tantas cosas nuevas discurren... Esto sólo es ya un mérito insigne en un pueblo que, no ha mucho, vestía a sus samurais con las cotas y los yelmos de la Edad Media, y hoy presenta unos soldaditos correctísimos, en que el exotismo sólo se revela en cierta impasibilidad del rostro, y en los oblicuos ojos, signo indeleble de la raza.

La raza está empapada de respeto a sí misma, pues el amor de la patria no es otra cosa. Se engañaría quien supusiese que los japoneses han renegado de su tradición. La tradición es una virtud conservadora de las energías de los pueblos, pero cuando es necesario defenderse, mirar por la vida, lo más tradicional es avanzar, hasta ponerse al nivel del fuerte y del poderoso.

Muéstrase el Japón más consciente que otros pueblos de Europa, que encontrándose atrasados, alzaron la bandera de las reformas y adelantos, pero la convirtieron en enseña de discordia, formando banderías defensoras del pasado sin examen, o partidarias de lo extranjero sin estudio ni selección. En el fondo, el

japonés está apegado a su modo de ser genuino, como puede estarlo el más tradicionalista; pero reconoce la fatalidad de un cambio que acaso no deseaba, y al evolucionar, lo hace con arranque y lealtad entera, y al par con prudente cálculo. No les parecerán bonitos nuestros trajes y uniformes, al lado de su gracioso traje nacional; y se han vestido de europeos, no por el gusto de vestirse, sino por adoptar la exterioridad de Europa, que, lo reconocen, es forma de la actual civilización preponderante. Sin embargo, han visto, desde el primer momento, dónde estaba el peligro de la excesiva adaptación. Al despachar emisarios a Europa, no fue para que Berlín, París y Londres les devolviesen alemanes, franceses e ingleses de similar, sino gentes que, continuando japoneses, aprendiesen lo que en el Japón se ignoraba, y lo trajesen en sus maletas. A fin de evitar el riesgo del bastardeamiento, de la desnaturalización, han comunicado un desarrollo enorme, intensísimo, a la enseñanza primaria, secundaria y superior, para que, andando el tiempo, no sea preciso que los jóvenes japoneses emigren, sino que sólo hagan la peregrinación de la cultura personas de criterio ya formado, que miren a Europa desde sí mismas y desde el punto de vista del mejoramiento de su patria. No todo es imitable; no todo conviene a todos los países por igual. Tal es el programa de los japoneses, que

respetan en la tradición, lo más santo: la santidad augusta de la patria, por la cual unas veces hay que asirse al pasado, y otras marchar hacia lo futuro.

Y conocemos, por sus frutos, la obra del Japón, en estos últimos cuarenta años, habiendo sido la guerra, esa gran reveladora y formadora de las razas, lo que nos abrió los ojos. ¿De manera que los fabricantes de tacitas de cáscaras de huevo, caretas cómicas y juguetes artísticos; los de los álbunes miniados y las acuarelas extrañas; los prolijos escultores naturalistas en bronce, madera y marfil; los bruñidores de la tersa laca; los constructores de ligeros abanicos de caña y papel de arroz; los bordadores de kakemonos; los de los arbustos enanos y las fuentecillas microscópicas; los de los tabiques de cartón y las confituras de cangrejos; ese pueblo de pesadilla y de fantasía, en que es habitual y sencillo abrirse el vientre de un corte de sable y engancharse en un coche para tirar de él, entregando antes al que ocupa el vehículo un látigo para azotar a la bestia humana... era el que había vencido y metido en un puño a Rusia, una de las grandes naciones militares del mundo, erizada de cañones, ceñuda como su clima, valerosa y poderosa? Hubo al pronto quien no lo quiso creer. «¡Esas agencias periodísticas mienten tanto! Estarán subvencionadas por el Japón...»

Fuese o no obra del monarca que acaba de morir; agradásele o no la nueva faz de las cosas, que sobre eso hay opiniones encontradas,--ello es que, ante la transformación de su imperio, Mutsuhito apareció en actitud correctísima, y se guardó para sí, para la amiga soledad de sus residencias espléndidas, lejos del tráfago, embellecidas con la melancolía magnífica de los santuarios, las añoranzas de su aureola de ser sobrenatural y divino, que empezaba a menguar, a extinguirse. Mutsuhito dejó de ser Dios, pero fue un soberano clemente, magnánimo, y, como sus vasallos, patriota acendrado, revelándolo hasta en sus versos, en que no puede desechar la imagen del soldado herido o muerto, atravesado por las balas rusas...

Y este soberano, en España, ha sido sentido, como sentimos a los que dejan un rastro de grandeza, a los que unen su nombre a las etapas históricas inolvidables. ¿Qué no nos importa el Japón? Sí, nos importa; lo estimamos y quisiéramos que fuese dueño del paraíso de las Filipinas, ya que nosotros, por malos de nuestros pecados, las perdimos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

88

CRONICAS DE ESPAÑA

UNA VISION DEL PASADO*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1912.

El libro de Gabriel Maura, Carlos II y su corte, que acaba de aparecer, no es el primer tomo de una obra que seguramente tendrá tres o cuatro. No abarca sino los primeros años de aquella melancólica existencia, y es evidente, por lo que nos dice en la advertencia preliminar titulada «Razón de la obra» que se propone proyectar luz sobre la tétrica leyenda, y reducir a sus verdaderas proporciones el fantasma siniestro de los maleficios sufridos por el hijo de Felipe IV.

A competencia con Felipe II, Carlos José de Austria, representa en la historia escrita para denigrarnos, la España negra, inquisitorial y víctima de los terrores superticiosos. No debía, sin embargo, ser tan general la superstición, ni aun en tiempo del

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 septiembre 1912: 8. No recogido.

último Austria, cuando nos dice el marqués de San Felipe, en sus Comentarios de la guerra de España, que por las aprensiones y terrores que padecía Carlos II, la que empezó en sus vasallos compasión, degeneró en desprecio, anublada la majestad. Y, en efecto, si hemos de creer a Michelet, historiador nada benigno con España, y hasta hispanófobo, la superstición, el embrujamiento, y los venenos, la magia y la sortería, fueron cosa que abundó en Italia y Francia, aun cuando después se corriese, como una moda a nuestro país.

Si el estudio de las herencias morbosas fuese entonces, como es hoy, uno de los dominios de la ciencia, no sería difícil la explicación, que actualmente encontramos tan sencilla, del sino horrible que parecía pesar sobre el postrer vástago de Felipe IV.

Casi todos sus hermanos habían muerto en edad tempranísima, y el heredero del trono, Don Felipe Próspero, que también sucumbió, fue un caso bien marcado de degeneración extrema. El historiador nos rememora las causas varias veces peculiares de la miseria física de Carlos II. De cierto, todos veríamos mucho más claro en nuestro modo de ser, si, como los monarcas, se conservase memoria de los hechos y complexión de nuestra ascendencia. De los monarcas se sabe bastante, y por eso sus decadencias y atavismos

han dado base a libros con pretensiones científicas. Tal vez haya pocos particulares libres de estigmas de raza iguales a los de las estirpes regias. Pero estas degenaraciones son las que importan a la historia.

Maura nos recuerda la abulia y perversidad del cultísimo Juan II, la crueldad y la perversión sexual de Enrique IV, la locura de doña Isabel de Portugal, la neurosis de Juana de Castilla, los ataques epilépticos de Carlos V, la hipocondría de Felipe II, la degeneración del príncipe don Carlos, la indolencia e incapacidad de Felipe III, reconocida por su mismo padre, y la visible manifestación de todos los vicios de aquella sangre augusta, en la descendencia de Felipe IV, y en su propia persona. Enumera la serie de príncipes e infantes, hijos de los dos matrimonios del rey poeta, y desaparecidos como pálidas florecillas que se abren a la mañana y mustian antes de que la tarde haya caído: unos que viven horas, otros días, otros que al acercarse a la juventud, como don Baltasar Carlos, sucumben; y, única salvada, la infanta María Teresa, reina de Francia luego. Los frutos de la unión de María Teresa con Luis XIV sufren igual destino: mueren párvulos y sólo sobrevive el Delfín, semicretino, ignorante, indolente. Verdad que en las degeneraciones no influyó poco la consanguinidad de los matrimonios, puesto que, dice Barrionuevo de Felipe V «que en los

bastardos tenía el rey muy buena mano, y en los legítimos una dicha muy corta.»

Algo análogo le había acaecido ya al César Carlos V. Nadie ignora las brillantes cualidades del hijo de Bárbara de Blomberg, en contraste con los defectos de gobernante que es preciso reconocer en Felipe II, bajo cuyo dominio se incubaron y quedaron preparadas nuestras mayores desdichas, y rota y perdida nuestra marina, como lo había de ser lo mejor y más glorioso de nuestro ejército de tierra, nuestros tercios viejos de infantería, a la vuelta de dos reyes más. Si la suerte hubiese querido sentar en el trono al héroe de Lepanto en vez de su hermano; al bastardo, en vez del legítimo, no debiera pesarnos a los españoles.

¿Quién será capaz de explicar cuánto influyó el destino del primer don Juan de Austria en el segundo? Hay ocasiones en que la historia reincide, pero nunca nacen dos hombres iguales, y hasta suelen nacer tan diferentes, que formen contraste, más notado por la misma extraña similitud de los destinos. Y el don Juan de Felipe IV, en vano se esforzó en imitar excrupulosamente al de Carlos V.

En los primeros capítulos de la obra vemos la angustia de la monarquía, falta, o poco menos, de sucesión. Asistimos a la agonía del príncipe Felipe Próspero, devorado de postemas y purulentas llagas, y

al nacimiento de Carlos José, que se cría, según su padre escribe a la monja de Agreda, «muy lindo y sanico», pero en realidad, depauperado, raquítico y escrofuloso, mamando cuatro años seguidos, cambiando un sinnúmero de nodrizas, y tan patiblando y enclenque como le pintan las coplas satíricas, y como sabemos por testimonios oficiales, que nos muestran a las meninas sosteniéndole por los sobacos,--aun después de que ciñe corona,--para que no se venga al suelo, y al aya teniendo que quitarle y ponerle el sombrero, cuando era preciso, por carecer él de ánimos para hacerlo, siendo todo un día de satisfacción el primero en que Carlos II puede descubrirse sin ajeno auxilio.

Y todavía, tan misérrimo como se nos muestra, es milagro que haya podido ser engendrado, milagro que aliente aquella postrimer esperanza de la nación. Cuando viene al mundo, su padre se halla en camino de dejarlo, en esos años de la vida en que la salud flaquea y los males ganan diariamente terreno. Teníanle muy acabado, no sólo las fatigas del placer, a que se había entregado con vehemencia, sino las de la caza, que también pueden arruinar la salud, al exponer al frío y a la lluvia un cuerpo gastado. Sufría ya Felipe IV dolorosa nefritis y parálisis del brazo y pie derechos, cuando engendró al nuevo heredero del trono, Carlos José. Mucho habría de maravilloso en que el niño saliese a luz lleno de vida.

Cuando sucumbe el rey poeta a sus achaques, y a las penas y remordimientos, y recae la corona en las flacas sienes de Carlos II y la regencia en las de su madre, dos figuras principales van a disputarse el primer papel: don Juan de Austria, el bastardo, y el padre Nitchard, confesor y consejero de la reina viuda.

En este primer tomo de la obra de Maura, son ambos personajes el centro de los intereses y pasiones que se desarrollan alrededor de los tronos en las minorías especialmente. La lucha de estos dos hombres llena, con sus episodios, bastantes capítulos, hasta que, consumada la impopularidad del jesuita, cae bajo la presión ejercida por su enemigo.

Este adversario implacable de Nitchard y de la misma reina, merecería encontrar un dramaturgo a la altura del gran Guillermo o quien quiera que sea el autor de Ricardo II: porque jamás la ambición ha encendido su sombría hoguera con más fuerza en alma ninguna, y los extremos de su pasión son tales, que la musa trágica los hiciera suyos, a no desarrollarse la tragedia, antes dentro del alma, que en los mismos sucesos exteriores, con éstos, al cabo, de tal índole, que turbaron la paz de la monarquía. Don Juan de Austria era prenda de los amores del rey y de la actriz conocida por la «bella Calderona», y Felipe IV que amó a la madre, distinguió al niño entre los numerosos

ilegítimos y adulterios que hubo, y lo elevó, por una especie de transformación rápida digna de una comedia de Lope de Vega, y muy del gusto de un imaginativo, al más alto puesto, a los honores más grandes e inesperados. Del obscuro «hijo de la tierra», como llamaban entonces a los de padre desconocido, pasó don Juan de Austria a gran prior, príncipe de la mar, y generalísimo luego de los ejércitos españoles; y el decreto que le hizo reconocer y que le dio el tratamiento de serenidad, presto subido al de alteza, ordenaba que la reina le tratase de hijo. La imprudente mágica transformación de su destino, le enloqueció en secreto; despertó en él aquella ambición sin freno, aquel ansia de gloria inmensa y sin límites, que cubriese con radiantes esplendores la mácula de su origen, y la hiciese olvidar. La suerte no lo quiso, o no lo permitieron las condiciones naturales del bastardo, que, siendo brillantes y de lucimiento, y desarrolladas por una educación verdaderamente de príncipe,--aun antes de que se le declarase tal,-- fueron juzgadas severamente por sus coetáneos como la historia, y justificaron la sátira del almirante:

«Sólo tiene una señal
de nuestro rey soberano:
que en nada pone la mano

que no le suceda mal».

Poseía, en efecto, las dotes del soldado, valor, resolución, arrojo a toda prueba, pero faltábanle las del gran capitán, y en Portugal y en Flandes no pudieron ser más desdichadas sus campañas. Cuando por su torpeza perdimos a Portugal definitivamente, sin duda llevaba clavado el dardo de la rabia y la humillación al retirarse a Consuegra, a los dominios de su gran Priorato. Pero la ambición, si es, como en él, pasión honda y devoradora, no se aduerme, no se calma. Pensamientos altísimos consumían al que ya Felipe IV, convencido de que no servía para caudillo, quería honrar con el capelo de cardenal y acaso con el arzopispado de Toledo. «En la primavera de 1665,--escribe Gabriel Maura,--durante la jornada de Aranjuez, pidió don Juan y obtuvo permiso para saludar al monarca, y, en el curso de la entrevista, le mostró una miniatura, que dijo haber concedido y pintado» (Había don Juan, ya lo sabemos, recibido esmeradísima instrucción y tenía mil habilidades de poeta y pintor, como dispuestísimo para el arte, por doble herencia paterna y materna) «Representaba la miniatura al anciano Saturno, sonriendo complaciente a los incestuosos amores de Júpiter y Juno; pero se advertía bien que el pincel del artista copió, con atinado

parecido, en los rostros de las figuras mitológicas, las facciones del rey, de don Juan y de la infanta Margarita. Airado volvió Felipe la espada al audaz pintor, y no quiso verle ya más en la tierra».

El complemento de esta tremenda noticia histórica, es la consulta, anteriormente hecha por don Juan a los teólogos de Lovaina, acerca de si la salvación de una monarquía fuese razón bastante poderosa para obtener del pontífice dispensa para un matrimonio entre hermanos...

Ante la revelación, tan trágica y enorme, no es mucho que Felipe IV retrocediese lleno de terror, eran sus pecados los que ahora le saltaban a la garganta como serpientes, nutridas en el espíritu del hijo hurtado, y también encarnadas en el legítimo, en su miseria fisiológica, en su incapacidad para no ya reinar, sino para vivir. La endeblez de la prole habida en el matrimonio, los estigmas degenerativos que la afeaban, las muertes reiteradas, que parecían revelar un decreto de la providencia, para extinguir la sucesión al trono, fue lo que pudo fomentar, en el ánimo del bastardo, el propósito de subir a él. El caso no era nuevo en Castilla: Enrique de Trastamara formaba parte de la ascendencia de Isabel la Católica, y por lo tanto, del mismo rey Felipe. Lo nuevo, lo monstruoso, lo que evocaba un espanto de la Biblia, fue

el medio que su hijo le proponía, con tal aparato de mitología galante. Y se comprende bien que ni aun a las puertas de la muerte, ni en el trance de la agonía, quisiese volver a recibir a don Juan, ni escuchar sus súplicas, ni consentir en su mano los labios del incestuoso por ambición, no por el torpe desvarío que inspiró La venganza de Tamar.

Cuando la historia descubre estos aspectos de la vida, supera ciertamente en interés a cualquier novela. La época elegida por Maura, que tan alto puesto va conquistándose entre los historiadores contemporáneos, es fecunda en dramas secretos, en figuras enigmáticas, en misterios que irritan la curiosidad y encienden el deseo de descubrirlos completamente. Lo que le falta por estudiar del reinado de Carlos II, es lo más comentado, lo más explotado por la imaginación de nuestros detractores, y me parece obra verdaderamente patriótica el rectificarlo, para que no sean aumentadas y desfiguradas a sabor las culpas que hayamos cometido, ni los yerros que con justicia se nos achaquen, en el período de aquel triste acaso de nuestra grandeza. Una de las cosas más satisfactorias para mí en el libro de Maura, es que, documentalmente, patentiza la existencia de una verdadera y no descarriada opinión pública, que juzgaba con suma agudeza y buen sentido, y hasta con patriótica indignación, el giro de los sucesos, las

demasías de los gobernantes, la inepcia de unos y la inmoralidad de otros. Los españoles del último tercio del siglo XVII, lejos de ser un dócil y fanatizado rebaño, tal cual lo pintan censores acerbos y cebados en procurar nuestro descrédito absoluto, comprendían cuanto estaba sucediendo, y protestaban como podían protestar, y no sólo con canciones, ni con pasquines, ni planes de arbitristas. Mucho de fatal hubo en nuestra decadencia, pero mucho más de explicable por lo que nuestra hegemonía, cimentada en tan altos hechos, estorbaba a otras naciones, y en primera línea, a Francia. Durante el largo reinado de Luis XIV, se puso nuestro sol.

Con impaciencia deseamos que aparezcan los demás volúmenes de la obra de Maura. En ellos encontraremos la clave de los hechizos y exorcismos, y acaso el secreto de la muerte de la gentil María Luisa de Orleans. O, por lo menos, veremos un poco más claro en las tinieblas del misterio.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

89

CRONICAS DE ESPAÑA

LA ENFERMEDAD DE MODA Y EL BALNEARIO DE MONDARIZ*

(Para LA NACION)

MONDARIZ, septiembre de 1912.

Como todos saben, cuando uno se respeta a sí mismo tiene que ser un poco artrítico, padecer esa enfermedad-Proteo que ha venido en nuestros tiempos positivos y realistas a substituir a la tisis romántica.

Que sea el artritismo, no está todavía bien averiguado; yo lo he comparado al orín que se deposita sobre los metales, y otras veces he pensado que el artrítico es una chimenea que tira mal y en la cual van juntándose posos y cenizas hasta provocar un incendio. En suma, la mayor parte de los civilizados que viven algún desahogo, y en especial si se dedican a la política, o a los trabajos sedentarios y de bufete, no queman su ácido lo bastante y son artríticos de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 octubre 1912: 8. No recogido.

solemnidad. El artritismo es el camino de las alteraciones funcionales del estómago, riñones e hígado, & pongo este signo porque no quiero que mi crónica se asemeje al prospecto de alguna preparación de yoduro.

Tan variada colección de afecciones y algunas más, se curan o alivian con el tratamiento termal de Mondariz... Para los muchos lectores que ignoren del asunto hasta lo esencial, diré que Mondariz está situada en Galicia, en uno de los puntos más deleitosos de la provincia de Pontevedra. Siempre que he venido a tomar estas aguas, realmente maravillosas, he advertido igual impresión, y pensando lo que puede la voluntad humana y lo que se logra en pocos años, casi sin medios, al principio, y navegando contra la corriente de toda clase de obstáculos y malas voluntades, contra la apatía característica de la tierra y el anonimato que en los comienzos envuelve con sus sombras densas toda iniciativa industrial. Porque en España, excepto aquel famoso doctor Garrido, de risueña memoria, yo no conozco a nadie que haya sabido o querido hacer propaganda activa de sus productos.

Tal vez en esos países de América, donde es ley universal la lucha y donde se labran a diario fortunas enormes, parezca menos asombroso lo realizado en Mondariz. Aquí, el espectáculo ha tenido algo de

mágica transformación. A no haberlo presenciado, todavía no creeríamos en él. España va progresando por islotes, decía Costa. Mondariz es uno de esos islotes, en contraste sorprendente y vivo con lo que hay alrededor, por más que estamos cerca de Vigo, y Vigo es otro islote, en varios respectos, señaladamente en el de los hospedajes. Y no ha sido ni el gobierno, «Deus ex machina» español, ni siquiera el espíritu de asociación, gran palanca, lo que ha creado a Mondariz, sino el aislado esfuerzo de un solo hombre.

El viajero que ahora se baja del automóvil y ve este conjunto de edificios suntuosos, piedra sobre piedra; estos parques jardines, praderías y cultivos; una villita blanca y gentil agrupada al margen de caudaloso río, en un paisaje digno del pincel del paisajista más sentimental, creerá que todo ello es fruto de una suma de esfuerzos combinados y de una iniciativa que se cifra en millones. Lo extraordinario es justamente que sea obra de un individuo que acometió la aventura siendo pobre y obscuro, y que no encontró al pronto sino una serie de tropiezos desalentadores. He oído decir que en la Argentina, quien tiene una idea, un pensamiento, una empresa meditada, encuentra a mano el dinero que ha menester, sin otra garantía que su capacidad y su interés propio en el triunfo. En España, la persona más reconocidamente apta, la de

mayor talento y disposición y fama de integridad, sólo por azar venturoso y raro descubriría quien le adelantase veinte o veinticinco mil duros para montar lo que sea tráfico o industria. Enrique Peinador no fue excepción de esta ley. Sólo Dios sabe lo que le habrá costado agenciarse la primera peseta, madre de tantas. En los laboriosos comienzos, lo que vino en su auxilio fue el divino tesoro de la juventud, que lo baña todo en el tinte dorado de sus alegres celajes de esperanza. Enrique Peinador era médico y había comprado unos manantiales, de los cuales empezó a decirse de boca en boca un portento de virtudes curativas, Vichy no las superaba. Arrostrando el horror de los alojamientos primitivos, la carencia de todo, algunos valientes acudían a beber de la fuente milagrosa. Acompañando a una persona de mi familia, vine yo, y sufrí, en una barraca llamada Fonda do Brazileiro, las privaciones y el desacomodo de aquellas «posadas de madera» de que hablaba Góngora satirizando a Galicia; aunque por esta comarca todas son de piedra muy sólida, labrada con la maestría que caracteriza a los famosos canteros de Pontevedra.

Pero más tarde, cuando yo misma necesité aguas alcalinas, el recuerdo de los diez y ocho secos y flacos pollos asados que consecutivamente nos había servido el «Brasileiro», me hizo buscar en Vichy el alivio de mi enfermedad hepática.

Supe después que en Mondariz existía ya una fonda aceptable, y me apresuré a aprovechar tan conveniente innovación. Entonces conocí a Enrique Peinador y adiviné rápidamente la trascendencia de su labor hercúlea. Del rincón de la montaña empezaban a brotar edificios, la amenidad de un pueblecito encantador. Los árboles gallardeaban sus cabezas, cubiertas de nueva hoja: «chalets» y casas en construcción se apiñaban en las laderas que descienden hacia el río con tan pintoresca gracia; asomaban las tiendas ambulantes; el fotógrafo asestaba su máquina; corros de gente se formaban en el ya ameno parque; en el manantial de Troncoso, la muchedumbre se hacía compacta, en larga fila, para llenar el vaso; camiones cargados de cajas de botellas salían lentos hacia Vigo, para ser exportados, porque como agua de mesa la fama había consagrado ya esta linfa tan grata y de tan fresco sabor. Grandes personajes españoles, el infante de Portugal, se contaban entre los agüistas. Se acercaba el sueño a realizarse. Pero se diría que a medida que se concretaban los resultados, las emboscadas e insidias eran mayores. Planteábase un litigio para arrebatar a Peinador la propiedad de uno de los manantiales, el de Troncoso. Ganó como era justo, Enrique Peinador el pleito; pero, ¿quién contará las diabluras que en contra suya idearon monterillas,

caciques, enemigos políticos, émulos industriales, y simples pesarosos del bien ajeno?

Según prosperaba la magna empresa, la campaña de la amarilla envidia hacíase más enconada, violenta y sañuda. Lo curioso del caso, y que tal vez merezca anotarse como dato psicológico, es que aquellos mismos a quienes favorecía el incremento de las fuentes, les hacían guerra muda, ni más ni menos que si los perjudicase. Entre tantos combates y hasta formidables conjuras de galenos que desacreditaban las aguas; entre vaivenes de la moda, que cada año entoniza recetas nuevas para abandonarlas bruscamente. Mondariz continuaba su rápido victorioso desarrollo. Surgía el nuevo hotel, que es un Escorial balneario. Ninguno de Europa puede preciarse de poseer un comedor tan espléndido. Llaman la atención la sala de fiestas, la monunmental escalera con su artística rampa de hierro forjado, y en general todas las dependencias del establecimiento concebido y ejecutado con grandiosa amplitud. Ya desde las arcaicas barracas a la antigua fonda había distancia considerable; pero, de un salto, con el nuevo Gran Hotel llegó Mondariz a ponerse en primera línea, y creí que Enrique Peinador tenía colmadas sus ambiciones.

No era así. A cada proyecto, en ese cerebro organizador, sucede otro más vasto. Modesto en su

vivir y preciado sólo de su trabajo recio y fructífero, Enrique Peinador, en vez de descansar, sigue creando y creando. Ahora tiene entre manos dos grandes hoteles más y una monumental fuente que decora y protege el manantial de Gándara, situado a dos pasos del hotel, en el parque mismo. Esto sin hablar del magno plan de tranvía eléctrico.

Uno de los nuevos hoteles se destina a sanatorio en toda regla, con el tratamiento completamente científico de las enfermedades indicadas para curarse en el manantial. Yo ignoro qué resultado dará tal empresa, de la cual me prometo volver a hablar cuando esté cumplida. Y digo que lo ignoro, no porque no se vea ya que el sanatorio será un modelo, sino porque aquí la gente se somete de mala gana a métodos rigurosos. Cuando entré en la fonda de Carisbad, lo primero que me preguntaron fue si era amarilla o encarnada. Querían significar que hay un grupo de hepáticos que necesitan un régimen y otro que ha menester otro. Y como me declaré encarnada, me sometieron a la carne asada sin sal alguna, y a la compota de ciruelas y a los macarrones cocidos con agua y sal. Habría que oír a los agüistas de Mondariz si les afreciesen tal lista de comida. Sí, váyales usted con carne seca. Nada les parece bastante a los españoles cuando salen de su casa, en materia de

refinamientos gastronómicos. Yo creo que la curiosidad y el apetito de las comidas finas no deja de empujar a los pueblerinos hacia los balnearios de renombre. Y después, ponen defectos, encuentran que este plato es ordinario y al otro le falta tal o cual requisito. Hay, sin embargo, un excelente jefe de cocina y un repostero de primer orden. Sabido es que de funcionarios de esta altura suelen carecer la mayor parte de las casas, dígase con franqueza.

Además, la primera materia es óptima. Cerca del balneario cultiva Peinador extensos terrenos, donde pacen vacas de buenas razas, y donde las hortalizas y las frutas crecen que es bendición. se recoge vino, se fabrican quesos. El pescado viene de Vigo, saltando aún en las banastas. Las aves, recriadas, son tiernecitas.

Si oís a los que conocen el negocio, el Balneario es un mínimo detalle, en la importancia general de la empresa. Lo que trae plata es la exportación de botellas de agua. Creo cada día y en breve reclamará el tranvía eléctrico, por no bastar al transporte los camiones-automóviles. En estos últimos años han aparecido muchos manantiales semejantes a Mondariz, pero también se ha generalizado la costumbre de beber agua mineral con la comida, un agua cuyas propiedades se conozcan y que no lleve gérmenes morbosos, como los

llevan tantas aguas simplemente potables. Mondariz ejerce una hegemonía en España, como en Francia Vichy, que le pone a salvo de competencias. No existen dos clases de agua mineral idénticas exactamente en su composición química. Es preciso que haya para todos los gustos, pero no caben sino similitudes; igualdad absoluta, sería un milagro de la naturaleza. Por eso, mientras se hace intenso el afán de descubridores de manantiales, la exportación del agua de Mondariz aumenta en proporciones extraordinarias. Hace algunos años se decía, y con razón, que estas aguas se presentaban al mercado mal corchadas, mal embotelladas, llenas de pajitas, con residuos de tierra. Todos los consumidores chillábamos. Nos indignaba ver flotar en la clara linfa residuos de corcho negruzco. Se impuso la necesidad de una obra, que, como todas las de aquí, fue de romanos, en el sentido de la magnitud y coste. Los talleres de embotellado de Mondariz, el lavado y la esterilización de las botellas, me interesaron infinito; la máquina ha llegado hoy a la perfección. Ya no hay peligro de impureza alguna, ya no puede pudrirse el agua.

Yo quisiera, cuando escribo para el extranjero, no decir de España sino cosas buenas; pero, por encima de todo, está mi sinceridad. Leyendo la Guía oficial, que es un libro muy instructivo para el que lo entiende, he

tenido ocasión de fijarme en cómo se reparten y distribuyen los honores y recompensas, y se me ha ocurrido más de seis veces ofrecer un premio al que me diga por qué determinado señor, sin duda muy respetable y conocido en su casa y en el círculo de sus amigos particulares, posee todas las cruces, todas las distinciones, un calvario en el pecho y una retahila esplendorosa para la papeleta de defunción. Y también se me ha ocurrido otras veces preguntarme por qué otros esujetos, en lugar de tantas muestras de benevolencia de la madre patria, no están en presidio, y con grillete muy pesado. ¡Oh! una Guía bien comentada, ¡qué documento histórico más curioso! Y hay una observación que invariablemente anotaría: ¿por qué un español como Enrique Peinador, que ha creado tan copioso venero de riqueza, que ha desarrollado en tales proporciones una industria tan conveniente y hasta necesaria; que ha traído raudales de vida a una comarca entera: que ha dado con sus iniciativas pan a tanta gente; que ha fundado un pueblo (Mondariz de abajo le llamaría yo); que nos ha elevado a alturas de civilización dentro de este poético islote, embalsamado por los pinares y musicalizado por las aguas rumorosas del Tea; por que, digo, este ciudadano, útil como muy pocos, no puede mostrar ni una encomienda de cuarta clase? No la ha pretendido, y bien hiciera en no

aceptarla si no fuese de primera; pero, ¿para cuándo las dejarán?

¡Demasiado sabemos para cuándo! Misterios de la política y de las influencias parasitarias!...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

90

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA INFANTA MARIA TERESA*

MADRID, octubre de 1912.

Bossuet el insigne orador, sagrado, maestro en oraciones fúnebres, encontraría acentos patéticos para deplorar la repentina, inesperadísima desventura de la infanta María Teresa de Borbón, princesa de Baviera, muerta en Madrid en la flor de los años, en la plenitud de las dichas domésticas, y amada del pueblo, de esa manera comunicativa y pasional con que la gente madrileña ama a sus preferidos. La trágica incredulidad de la madre, la reina Cristina, que se negaba a admitir que su hija pudiese haber muerto, de tal modo, instantáneamente, fue un fenómeno bastante general. Al leer los diarios la gente rehusaba crédito, al pronto, a la noticia.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 noviembre 1912: 7. No recogido.

¿Hay verdaderas muertes repentinas? Es cuestión que los médicos discuten; muchos se inclinan a negarlo. Señales que no siempre se interpretan como convendría interpretarlas; misteriosos avisos malestares indefinibles, preceden al mortal golpe. Así parece que ocurrió con la infanta. Los desvanecimientos y ahogos pasajeros que se dice que sufría, aquel retraimiento de las capillas de palacio, debieron anunciar el peligro, pero tal vez ni así pudiese evitarse. Se trataba de una embolia pulmonar. ¿Existe método preventivo contra ellas? Dícese que este mal es más frecuente en el puerperio. La ciencia tiene sus mundos, no diré por conquistar, sino por descubrir.

Un triste sino pesa sobre la reina madre, que ha visto segados tempranamente las vidas de cuánto amó, y ha vivido entre las angustias del terror ante fatalidades inevitables. Se han escalonado en su vida la pérdida del esposo, con los problemas formidables de la regencia y de la minoría, la muerte de la primera de sus hijas, la princesa de Asturias, en circunstancias por cierto análogas a las actuales, después de un feliz alumbramiento, a los venticuatro años de su edad; la tragedia de la calle Mayor, que estuvo tan a pique de costarle la vida al rey y a su desposada, y ahora la desaparición de su hija segunda, la Benjamina, cuando intentaba levantarse de su lecho de parturienta, para

vestirse y disponer jubilosa el bautizo de la recién nacida infantita...

Doña María Teresa de Borbón, hay que decirlo, porque no es adulación palatina, sino verdad de todos reconocida, fue una princesa de leyenda, a quien la Edad Media hubiese rodeado la frente de un nimbo de luz. Naturales en ella las bondades y dulzuras, ausentes los orgullos y vanidades, su vida era modesta y familiar, sus cariños se concentraban en las intimidades domésticas, recordaba, en muchos aspectos, a aquella Madama Isabel, hermana de Luis XVI flor de santidad nacida a la sombra del trono. La infanta Teresa no deja un mal recuerdo a nadie; no ha tenido sino miel de afabilidad para todos.

Y si no supiésemos que era en su vida privada completamente dichosa; si no viésemos alrededor de ella a su madre tan amante como la reina Cristina, a un hermano tan tierno como el rey Alfonso XIII, que adoraba a esta hermanita, compañera de sus juegos, a un marido tan prendado y solícito como el joven infante don Fernando; a personas tan ejemplares y tan afectuosas como la infanta Paz y los suyos; a tres niños rebosantes de frescura y salud. Pensamiento que alguna pena escondida la minaba. Había en la sonrisa de la infanta algo de triste y en todo su modo de ser como un aire de melancolía serenidad... Y ahora nos

lo explicamos. Faltaba resistencia en aquel organismo, los manantiales del vivir corrían lentos semiagotados. La función maternal acaso fuese sobrado ruda para una delicada complexión. La circulación sanguínea quizá encontraba obstáculos. El color del rostro parecía indicarlo así.

En tales estados influyen también causas morales y la infanta en su corto existir de veintinueve años pagó tributo al sufrimiento. ¿Quién podrá alabarse de no conocer penas? Y las penas, en algunas sensibles, labran surco más hondo, hacen estragos más profundos. Yo conocí a la infanta en diversas edades, y cuando contaba quince o diez y seis años, era un jilguero por la alegría inocente que revelaban todos sus dichos, sus animadas bromas. Cuando concurrió a la rifa benéfica organizada por el Centro Gallego de Madrid a aquel barracón del Retiro donde con tal actividad vendía cédulas y donde tropel de gente no cesaba de agolparse y de vitorear a Galicia, la infanta, risueña empezó a hablarnos en gallego. Había aprendido unas cuantas frases durante su estancia en la Coruña, donde detenida la regia embarcación por el mal tiempo y las marejadas, pasaron las princesas y su madre varios días, y doña Teresa, con esa gracia que saben desplegar los Borbones, y parece un privilegio de la raza, con el cual se ganan a poco que se lo propongan las voluntades

de cuantos se les acercan, manejaba sus frasecitas y nos tenía encantados.

Posee este mismo don en alto grado la reina Cristina, sabiendo el asunto de cada cual, mejor que cada cual y poseyendo la información más segura y la memoria más sorprendente;--y sin embargo, no es una Borbón sino una Hapsburgo-Lorena.--Probablemente los reyes y personas reales cultivan estas cualidades y son fisonomistas, no olvidan jamás al que vieron una vez, cosa que a la gente es muy lisonjera. Ello es que la infanta se chanceaba con nosotros en gallego, y nos conocía a todos como si nos estuviese tratando siempre, y era una criatura riente y gozosa, con ese gozo que nace del candor y de los pocos años. Su presencia conservaba el hechizo que había tenido cuando niñas, ella y su hermana la princesa de Asturias, se presentaba en cualquier sitio público acompañando a su madre, siempre envuelta en los crespones de su viudez, y eran como las rosas blancas en pomo de oro, con su rubio pelo extendido que les caía hasta los pies. Fue testigo, en Barcelona, en la exposición de 1888, de las ovaciones, de los entusiasmos que acompañaban a la aparición de las «niñas», como les llamaban, con esa familiaridad que en España indica amor. Creyera ver todavía el grupo en el estrado, el día de la inaguración, entre tapices y flores, al dibujar la

reina una de sus inimitables cortesías,--pues yo no he visto a nadie ni valsar ni hacer una reverencia como esta señora, que se supondría educada especialmente para las elegancias graves de la corte,--y al inclinarse «las niñas» también, abriendo mucho los ojos, curiosas del concurso. Dios nos ha librado del dolor de adivinar el destino; si entonces pidiésemos leer en él siempre sombrío libro del porvenir, encontraríamos la prematura muerte de las lindas criaturas de las cuales me decía allí mismo un periodista, corresponsal del Novoie Vremia, amigo del gran Turgueniew y acostumbrado a ver de cerca testas coronadas y toda especie de celebridades: «Elles sont a croquer!» Que en la lengua española, significa: «¡Me las comería!»

Para explicarme el sello melancólico que apareció en la frente de la menor, hay que pensar en el efecto que pudo producirse la suerte de la mayor, de aquella princesa de Asturias, a la cual también la maternidad costó la vida, y que después de cortas dichas conyugales, precedidas de inquietudes y disturbios, abandonó la tierra en plena juventud, pasando del palacio de Oriente a uno de los lúgubres "pudrideros" del Escorial... Unidas las hermanas como pajaritos en el mismo nido, más seria la mayor, más comunicativa la menor, el doloroso caso de Mercedes debió de

ensombrecer mucho tiempo el pensamiento de Teresa. Luego vino el sacudimiento nervioso, la horrenda pesadilla del atentado de Morral. Por más que los regios desposados se salvasen, cabe decir, conociendo detalles, que milagrosamente, la impresión no sería menos espantosa. La historia registrará entre sus páginas sangrientas la de "la bomba", en que sucumbieron centenares de inocentes; y cuando se hable de valor y de heroísmo, recordará a los soldados de Was-Ras cubriendo al punto, sin pronunciar palabra, sin un gesto, los huecos que dejaron sus compañeros, cuyos cuerpos destrozados yacían a sus pies, sobre la acera roja. En una imaginación juvenil, en una criatura tan amante de su hermano, preservado de la muerte más horrible, la escena sin duda dejó indeleble huella. Todos los días, al despertarse, habrá preguntado con ansiedad la infanta Teresa si algo ocurría, estremeciéndose al recuerdo, y todas las noches, con la fe que nunca la abandonó, habrá dado gracias al angel guardian que defiende y vela por los grandes de la tierra, como por los pequeños. Pensando en estos sucesos, que para María Teresa no eran dramas de la historia patria, sino de su familia, de sus amores sagrados, me explicaba yo aquella sombra que velaba sus facciones, sobre todo cuando guardaba silencio. Al hablar, se transformaba, por el deseo de ser amable, de

hacerse grata a quien recibía.

Eran, ella y su marido, el infante Fernando, el colmo de la belleza y la afabilidad. Pude observar bien estas cualidades en el baile que dieron en su palacio de la Cuesta de la Vega, con motivo de la venida a Madrid de su hermana, la princesita Pilar, hija de la infanta Paz. Los infantes, en vez de una recepción espetada y oficial, quisieron una fiesta de ancha base, en que nadie fuese postergado. No se podía andar; estaba todo Madrid. La costumbre en los bailes palatinos es que los reyes y familia real se coloquen lejos de la multitud y únicamente la saluden al paso y sin fijarse apenas, cuando formados en comitiva cruzan los salones. Además, los reyes se retiran a la hora que les parece, por lo general temprano, y la fiesta continúa. No se aprovecharon de este privilegio Fernando y Teresa. Mezclados con el gentío, deteniéndose a conversar con unos y con otros, no desdeñaron hacer los honores como los hace cualquier amo de casa, si es atento (porque de todo hay a veces en la viña del Señor); y cuando se abrió el buffet para la cena, hasta se preocuparon de si habíamos tomado bastantes fiambres y dulces, si nos servían como corresponde. Todo ello, no obstante, fue nada en comparación de lo que pasó al terminarse el sarao. Porque, debe decirse, la concurrencia no se mostró toda

a la misma altura de cortesía que los dueños de la casa. No sólo abundaron invitados que demostraban un ansia poco distinguida de precipitarse a engullir pavo y salmón, como si nunca lo hubiesen probado, sino que algunos, lanzándose a buscar sus abrigos y encontrando que no se los presentaban al momento, irrumpieron en la habitación destinada a este servicio, tiraron las vallas que separaban unos abrigos de otros, clasificándolos por orden, y al querer arrebatar de los suyos, todo lo confundieron y mezclaron, en términos que se hizo imposible desenredar el enredo. Los criados encargados del servicio volvíanse locos, y, como suele suceder en casos tales, las personas de imperfecta educación, que son más empezaron a murmurar, no en voz muy baja, ante la perspectiva de quedarse allí un hora o dos aguardando sus prendas. Yo vi a damas, en actitud enojosa, mandar acercar su automóvil y marcharse a cuerpo; y al embajador de una gran potencia, que se creía en país conquistado, exigir su gabán de pieles despóticamente, imitando a Luis XIV, cuando decía: «He estado a punto de esperar». Y todo esto, que siempre sería descortés, aun en la casa de un particular, era imperdonable, era grotesco, ante el espectáculo que estábamos presenciando, y bastaba a proclamar la bondad ingénita del infante. El mismo augusto muchacho, de pie en el ropero, auxiliado en la

faena por sus ayudantes buscaba los abrigos de sus convidados, y una plácida sonrisa alumbraba su rostro genuinamente germánico, cuando podía decir a alguno contentándole:

--Señora... Señor... ¿es el de usted? ¡Cuánto sentimos...!

Así son todos los de esta excelente, sencilla, cordial familia de Baviera; así es la infanta Paz, y su esposo, el más natural y benévolo de los hombres, y su hija, la princesita, y así fue, antes que por alianza, por naturaleza, la que acaba de morir; y por eso, mujeres de los barrios bajos han venido espontáneamente a cubrir de flores su ataúd, llorando a lágrima viva, como si acabasen de perder a alguien muy allegado!

En las circunstancias ordinarias de la vida, dijérase que una muralla, o mejor dicho por trecho de distancia muy largo, nos separa de las personas reales. Viven en su esfera, tienen sus amigos entre los que están a su servicio, grandes gentiles-hombres, monteros, camareras, damas; oímos que se los comenta desde el punto de vista político, y generalmente con severidad, y casi siempre con malicia; les saludamos en el paseo o en el teatro, les abrimos paso cuando se dirigen a las ceremonias oficiales a las capillas solemnes; nos enteramos de sus jornadas, de sus viajes, admiramos sus joyas, discutimos su «toilette», y por

señas, diré que la infanta Teresa no quiso nunca aceptar la moda de los trajes ceñidos, que marcan las formas con impudor. Pero llega un día en que las personas reales, igual que en el último y más desarrapado mendigo, la humanidad sangra, la catástrofe recuerda la igualdad específica, la desgracia hiere, las fibras del alma estallan y el llanto corre... y en ese momento, inevitable, conmovedor, desaparece la barrera alzada por la posición y por la grandeza del estado, y la piedad ablanda nuestras entrañas. No es una reina, sino una madre dolorosa la que, inmóvil, sin lágrimas, no quiere apartarse del cadáver de su hija, porque no admite que esté muerta, y espera verla abrir los ojos; no es un rey, es un hermano, el que masca su amargura mordiendo y tirando el español cigarrillo, y paseándose a paso desigual, pálido y crispado, de aposento en aposento; no es un príncipe, es un esposo, un padre de cuatro huérfanos, el que se abraza sollozando a unos despojos fríos; y no hay ni partidarios ni adversarios de un régimen, sino corazones que pueden albergar la compasión; y dejamos caer el periódico que nos trae la nueva fatal, y nos quedamos como paralizados, de sentimiento y de asombro... Y este luto nos acerca sentimentalmente a los que, en su soberbio alcázar, sufren como se sufre en las buhardillas, y no tienen otro consuelo que el de

los humildes: Dios.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

91

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA TOJA*

(Para LA NACION)

No ha mucho, tuve ocasión de hablar aquí de los esfuerzos tenaces a que debe su actual incremento el gran balneario gallego de Mondariz; y al tratar de un asunto análogo la Toja, noto, más de relieve que la analogía, el contraste. Mondariz, fruto de la labor de un solo individuo, evolucionó, en más de un cuarto de siglo gradualmente, y la Toja, en manos de una sociedad, surgió en dos años como por obra de encantamiento. Es una frase hecha, ya lo sé, pero no encuentro otra que tan bien se exprese lo que sentí al ver destacarse en espléndida jornada de otoño, sobre el fondo de un cielo de turquesa, la masa blanca de los enormes palacios, después de encontrar suprimido el obstáculo de la ría por el ancho puente.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 noviembre 1912: 6. No recogido.

Es de advertir que la Toja no era como los demás balnearios; el aspecto que presentaba, lo definí llamándole un pudridero en un paraíso. ¿Por qué pudridero? Voy a explicarlo.

La isla de la Toja o Loujo asaz grande, de unos nueve kilómetros, surge en la encantadora ría de Arosa, que es lo sumo de lo pintoresco y poético, dentro del paisaje galiciano. No crecían al principio sino secos brezos, y diseminados, algunos pinos marítimos. Charcos cenagados salpicaban su ribera. Ni rastro de habitación humana en el islote.

Los manantiales eran desconocidos. No fue un hombre quien, por vez primera, denunció sus virtudes medicinales. A diferencia de otras fuentes, conocidas ya de los romanos, estimadas en la Edad Media, perdidas después, dejando siempre una vaga tradición que influyó para volver a encontrarlas--y las de Mondariz están en ese caso--las de la Toja se sumieron siempre ignoradas bajo el suelo, al cual afloraban inútilmente. El Colón de este nuevo mundo de la salud, fue un borrico. Un verdadero borrico, cuadrúpedo, cubierto de mataduras y de tiña, al cual abandonaron, por no matarlo, en la isla desierta. Y, a la vuelta de algunos meses, cúal sería la sorpresa del dueño al encontrar, en vez del esqueleto mondo, al jumento sano, retozón, y con un pelaje lucio que envidiara la cabalgadura de Sancho

Panza. La causa se adivinó. El animal se había revolcado en las salutíferas ciénagas. Sus lacras desaparecieron. Y no se elevó una estatua, más merecida que la del perro viviseccionado de Inglaterra.

Desde entonces acudió la gente, arrostrando privaciones, bañándose en artesas de palo, o agujeros de la tierra. Y esto duró años, sin que la situación mejorase. Por la índole de los manantiales, o mejor dicho, de las enfermedades que curan, y que, a la verdad, se asemejan a las que sufría el pobre jumento en aquel desamparo, sin asomos de higiene, sin sospecha de aseo, al llenarse la isla de bañistas en su mayoría pobres, del paraíso brotó el pudridero, imposible de sanear; y no obstante los tímidos conatos de construcciones que quisieron ser hospedajes, y cierta organización del desorden, que lo empeoraba--mi impresión, cuando visité la isla por primera vez, hube de reflejarla en un artículo de El Imparcial, donde dije: «Yo, que describí en San Francisco de Asís la «maladrería» del siglo XIII, la he encontrado aquí, fétida, espantosa, gritando caridad. He visto, no surgir, sino agazaparse en tierra, la sombría casa de la miseria y del dolor. Embalsaman el aire los efluvios de la resina; la ría, allá a lo lejos, se dora y se reviste de encendido nácar, y parece imposible, ante tal esplendor, que dentro del mísero edificio se

cobije tanto sufrimiento, sesenta enfermos, entre ellos tres leprosos o lazarinos... Mostraban los desdichados tal conformidad y paciencia, casi diré alegría, que del horrible muladar me vino una ráfaga de cristiana emoción, y el cuadro se hizo místico... ».

Todo esto lo voy ensartando, a fin de que se emprenda la eficacia de los célebres lodos. Hay signos infalibles para conocer el valor positivo de unas termas. En algunas de España se alzaron soberbias edificaciones, se montó el hospedaje, muy adelantado con relación a la época, y a la vuelta de pocos años, el público desertó. Ni la tragedia más espantosa, como la de Santa Aqueda, mueve a abandonar una fuente cuyas virtudes demuestra la esperiencia. Los manantiales de la Toja, hasta hace años, dijérese que en vez de atraer con el señuelo del recreo, o al menos de la comodidad, han retraído y repelido a fuerza de molestias. Peregrinación, más que viaje, la venida comprendía trayecto en ferrocarril, en coche, en barco, y, si la marea estaba baja, a la sillita de la reina, o a lomos de fornido marinero, con inminente riesgo de chapuzón. Al término de la prolija jornada, hallábase un alojamiento donde faltaba lo preciso para la vida, no de millonarios ni de «dandies», sino de gentes modestas. Se carecía de muebles, de botica, de agua potable, de agua para el aseo; y a pesar de tales

inconvenientes, con otros que omito, muy jocosos, la muchedumbre acudía con supersticiosa fe, y hubiese seguido acudiendo, aunque, como la excelentísima señora doña Caralampia Arizcun de Castro, gran apasionada de la Toja, hubiese tenido que bañarse en un hoyo...

Yo he pensado muchas veces en el convencionalismo de las palabras. Háblase del fango, en comedias, dramas, novelas y artículos, con desprecio profundo. ¿Y qué es el fango en rigor? Tierra y agua... El mundo entero. Vil e impuro se llama al fango, y no atino por qué. Tanto valdría llamar impuro al terruño donde el trigo crece.

Los baños de la Toja, son de fango. La medicina tendrá que estudiar muy a fondo sus aplicaciones, y la química sus propiedades, porque, bajo el suelo quemado por el sol, se encubre un misterio. ¿De dónde vienen estos manantiales? ¿Por qué son tan diferentes en temperatura, surgiendo casi juntos el hervidero o Burga, el templado y el enteramente frío? ¿Cuál es la razón de la sensación singularísima de bienestar, casi diré de «euforia», que aquí se experimenta, que parece disuelta en el aire, y que con tanta extrañeza observábamos, cuando la Toja era uno de los sitios más incómodos, y habría motivo para que los bañistas anduviésemos de perro humor? ¿Qué enfermedades cura, y por qué este compuesto de yoduro, bromuro, cloruro de

sodio, arsénico, y cien elementos más combinados en el cieno rojo que sedimenta el agua, es tan eficaz contra los males, no ya del cuerpo, sino del espíritu? Yo oí decir a un bañista franco: «áquí tengo el genio mucho menos iracundo». Esas quejas del alojamento de los precios, del trato de los sirvientes que en los balnearios forman el fondo de la conversación, y en otros sitios rebozan acritud, allí recuerdo que se exhalaban sin enojo, con comentarios de benévola risa. Y era que todo el mundo sentía los nervios en paz.

Lo que se oía, sí, era un anuncio fatídico: no había «barro a mano»: el fango era muy poco, los manatiales un hilo. Algunos creíamos, no obstante, que toda la isla daría agua y que estaba empapada de ella como una esponja. Y así se ha comprobado. La base de esta magna empresa, es la captura de varios manantiales más, y tener barro de sobra para los baños, hoy montados de la manera más refinada y con un derroche de higiene y de detalles a la inglesa, que hace de esta instalación de la Toja lo mejor de Europa, o al menos, a la altura de lo mejor. En la blancura y el relucir de azulejos de cristal y remates niquelados sobre la porcelana de las bañeras, aparece un imperceptible rastro rojo, que las escobas hacen desaparecer; es la huella del fango salutífero. El que busque en la Toja alivio a debilidades congénitas, a curación de esos

achaques que roen la vida desde la niñez, no hará ascos al fango, a la tierra redentora, de la cual nos hizo Dios... Y debo añadir que el baño de fango es agradable, y lo hemos tomado gustosos los que no padecíamos cosa alguna, y sólo buscábamos en la Toja elementos de riqueza para la sangre y sedación para los nervios.

Evoco las memorias de mis temporadas en la Toja, porque demuestran la fe que tengo en este barro. Algunos íbamos allí sin carga de miserias fisiológicas. La mayor parte «llevaba malicia», como allí se dice. Abundaban sobre todo los cojos, y las nueve décimas partes eran niños víctimas de la escrofulosis. Y mi opinión es que la Toja, no conviene sólo a los niños raquíticos y caquéxicos, sino a todo niño. Cuando mucha gente se entere de que los barros atajan y remedian el gran mal de flaqueza, el que prepara la tuberculosis, toda la isla será sanatorio de niños. De dos cosas estoy convencida; de que los barros de la Toja podrán tener similares en otros puntos de España o del extranjero, pero no tienen igual; y de que es sobre todo en la niñez y adolescencia cuando surten sus más únicos efectos.

Viniendo a lo de la transformación por arte de brujería, diré que apenas creíamos a nuestros ojos, al acceder a la isla en automóvil, por el puente

monumental, y acercarnos a aquel palacio que debió antojársenos fantástico, y tiene el estilo decorativo de las exposiciones, que no es mi predilecto, pero es alegre y atrayente, y rechaza la niebla de melancolía de los sanatorios puramente médicos. Sólo está construído uno de los hoteles y el pabellón central, donde se alza el inmenso y lujoso comedor, comunicados por amplísima y elegante galería. El tema favorito de estos edificios, son las grandes terrazas, y ninguno mejor aquí, donde se gozan las vistas más admirables que cabe soñar: cada terraza es una decoración de teatro. Del hotel y sus servicios hay que decir que están montados a la última y los viajeros habituados a los grandes hoteles europeos, no encontrarán aquí mucho que suspirar, aunque en esto el lujo haya llegado al límite de la insentatez, y sé del fenómeno de que todo el mundo quiera estar en los hoteles, no sólo tan bien como en su casa, sino mejor, mucho mejor, infinitamente mejor!

Y de hecho, pocas personas, entre las adineradas, vivirán en edificio tan espléndido, tendrán tan buen cocinero, tan variada y sabrosa mesa, baños tan exquisitamente limpios, concierto diario, a su disposición canoas para pasear por la ría, y automóbiles para emprender excursiones--las deliciosas excursiones que ofrece esta comarca privilegiadísima.

Todo ello se paga... ¡Claro es que se ha de pagar! Son cosas que nadie consigue de balde, ni siguiera con baratura, porque ya corresponden a un tipo de alta existencia, incompatible con la modicidad del gasto. Yo creo, y así lo dije cuando se empezó a pensar seriamente en la regeneración y saneamiento de la Toja, por el cual tanto había clamado antes, (con palabras y hasta con obras, en el límite de mis fuerzas), que convendría poner al alcance de todos este raudal de salud, y que la isla debiera sembrarse de villitas, alquilables, amuebladas, lo cual, además de ser un negocio fácil y claro y de poblar y animar aquellos pinares silenciosos, quitaría el empacho que hoy sienten muchos de ir al hotel existente desde antiguo, y que aun arreglado de un modo higiénico y cómodo relativamente, es siempre «segunda», y ya se sabe que en España nadie viaja sino en primera o tercera...

...Tenemos orgullo y sólo aquí existen hidalgos o pueblo... Por ahora--pues he oído que hay el propósito de construir villas, más adelante--la nueva fase de la Toja, su evolución, es hacia el gran Casino internacional de turismo elegante y de deportismo ultra chic; la isla que vi medioval, se convertirá en el foco de placer y lujo, cosa hasta la fecha desconocida aquí, y tendrá su gran semana, y sus tiradas de pichón--ya han comenzado este año con brillantísimo resultado--y

sus regatas, y supongo que sus cotillones; será como las ciudades de la costa azul, algo que aleja por completo la idea congojosa de las degeneraciones físicas y de los podres del organismo. ¿Responderá el éxito al intento audaz? ¿La corriente de turistas, que se derrama sobre puntos menos bellos menos dignos de ser visitados, se dirigirá por fin a tan paradisíaca región? Claro es que augurios siempre se inclinan al pesimismo. Como todo lo que empieza, y empieza con bríos y aturdiendo por su misma grandeza, la Toja halla encarnizados detractores. Me habían dicho, entre otras cosas inexactas, que en la Toja no existía un árbol, más que los antiguos pinos «salvajes arpas de la montaña» como les llama Pondal. Y la verdad es que en la Toja se han plantado árboles a porrillo, en los parques extensos, ya cuajados de flores, que rodean el hotel, pero, en dos años, no se hace gigantesco un árbol, ni regándolo con vino. El tiempo es condición para vencer en toda empresa, y la Toja, en el sentido de balneario a la moderna, es un recién nacido, como es naciente también la industria de sus jabones, hechos con los residuos del agua, y que poseen sus mismas propiedades. La exportación de este artículo tan higiénico, no escasa ya en Inglaterra, es floreciente en la América del Sur; pero está, realmente en sus albores. Tiene que desarrollarse poderosamente, y el

taller donde ahora se manipula, convertirse en activa y enorme fábrica. Con los jabones se ha dado jornal a bastantes mujeres; como en las fábricas de conservas de Vigo, el trabajo de los jabones de la Toja se hace por mociñas, aldeanas del contorno. Graciosa y simpática industria, que ha de crecer, de fijo, desmedidamente, porque el jabón figura entre los más saludables, y ningún agua lo corta.

Si esto parece anuncio, que lo parezca. Ni tengo parte en la sociedad anónima, ni me va en esto sino algo de cariño a la región; pero conste que este cariño no me ha impedido decir antaño las más crudas verdades, respecto de la Toja y su organización balnearia; y está en letra de molde el testimonio de mi severa claridad. Siempre he sido recibida en palmas en esta isla, siempre he debido a sus dueños inmensas atenciones y siempre he hablado como exigía la sinceridad absoluta. Cuanto hoy escribo, es el reflejo de una impresión que cualquiera sufriría, al recordar lo pasado, ante lo presente. Y además estoy cierta de que presto un servicio a la humanidad recomendando los fangos, que no conocen todos, y que son una singularidad natural, algo que aparece brotar de los recónditos hervideros de la vida, en las entrañas del planeta. Hasta en el aire, como he dicho, flota esta virtud. La brisa de la ría la trae a los pulmones; fosforece en sus aguas, y las

dos playas que acabo de ver, al lado de la carretera abierta para paseo en automóvil; las dos playas gemelas, idénticas unidas, de perfectísima curva, que se crearán artificiales y no lo son,--se me figuran un símbolo, los dos senos de la naturaleza próvida, en que deben beber fuerza y robusted, millares de chiquillos...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

92

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Madrid, noviembre de 1912.

Leo en estos días en los periódicos un «fait divers» que me parece sugerente. Si se ha de creer el relato, Galdós, el maestro insigne, ha sido estafado legalmente que es como mejor se estafa. Al tomar en préstamo una suma, le hicieron, aprovechando el mal estado de su vista, firmar otra mayor. No voy a tratar del caso en concreto, no estando aún aclarado; me limitaré al orden de reflexiones generales que ocasionalmente me inspira.

De todos los oficios, el único que no da de comer es la literatura. Alguien que lo entendía en Francia, dijo que sólo da de comer saliendo de ella. O sea, que sirve de pedestal, y cuando se la abandona, se llega por ella a altas posiciones, que tienen tanto que ver con las letras como yo con el Gran Turco.

* Publicado en La Nación (Buenos aires, diario) miércoles 4 diciembre 1912: 8-9. No recogido.

El que no busca, partiendo de la literatura, primero un acta, luego un nombramiento de gobernador, luego una dirección, luego una cartera, o al menos un momio, de estos que se disputan sosegadamente entre la tibia obscuridad y benigna pachorra de los altos cuerpos consultivos,--el que no va por este camino, trillado y llano como una carretera, despídase del bienestar, y conténtese con la gloria,--la cual, usando un modismo de mi país, diré que es mantecosa como sebo de grillo.

Galdós, lo que es gloria, la posee a puñados. Su fama es universal. Sus Episodios Nacionales le aseguran la inmortaliddad. También es lo único que le aseguran, como vemos. Al final de una carrera luminosa y larga, con una pluma fecundísima, consagrada a una labor incesante, he aquí que tiene que acudir a los Torquemadas, a los judíos, a los despellejadores. Y no recordamos que Galdós haya gastado nunca ni landó con tronco bayo, ni Mercedes de 50, ni que habite en un palacio. Los que le seguían vitoreándole, no ha mucho, exclamaban con gracia: «¡Sí, que viva Galdós... que viva más cerca!» Porque es nada céntrica su vivienda actual.

Ahora debo añadir que Galdós ha hecho y hace política; pero es la política un tanto romántica e hipotética de un republicanismo incompatible con

destinos, prebendas y Baratarias. La política de Galdós es probable que le cueste dinero. Y, en cambio (¡vaya cambio!) la política de Galdós le ha enajenado voluntades que acaso, de otro modo estarían en su favor para que se le conceda el premio Nobel, que sin discusión merece.

Yo encuentro esto mezquino. Apostaría que, en España, la persona menos sospechosa de republicanismo,--si adivinas lo que llevo en la mano te doy un piñón,--es resueltamente partidaria de que Galdós obtenga ese premio. Pero, como no todo el mundo piensa noblemente, la opinión se ha dividido, y, a pretexto del matiz político de la candidatura, se alzaron otras enfrente. No habían pensado en Menéndez y Pelayo sus correligionarios; así que oyeron nombrar a Galdós, les faltó tiempo para sacar a relucir al autor de La ciencia española. Si lo hubiesen dicho antes... creería en la pureza de su intención. A posteriori, tenía un carácter puramente sectario la iniciativa.

Todavía quedaba en pie la cuestión de si el premio Nobel de literatura puede ser adjudicado a un erudito y crítico; yo no sé, y me guardaría de emitir esta objeción en vida del investigador ilustre; hoy ya no se le hace ningún perjuicio al indicar que tal vez la intención de ese premio permite darlo a Bjornsterne Bjornson, pero no a Jorge Brandes, verbigracia. En

fin, aun cuando Menéndez y Pelayo pudiese prometerse distinción tal, dada la índole de su labor, no es ni patriótico poner en pugna dos grandes nombres españoles, y armar aquí una especie de facción de chorizos y polacos.

Claro es que Galdós tendría el premio, y cien premios, y una apoteosis, si lo decidiese la oligarquía que nos gobierna y manda: la turba de Peces y Pipaones que el novelista describió de mano maestra en sus libros, donde habrá que buscar los datos para escribir la historia de las costumbres en el período de la Restauración acá. Son estos tales aquellos para quienes las revoluciones rugieron civiles, se recargaron y siguen recargándose los impuestos, se multiplicaron los sueldos y se cortaron a medida las categorías y las plazas. Los Peces y Pipaones caen siempre de pie, flotan después de todas las tormentas, se arriman a todas las ollas de Camacho, y no hay situación que de ellos prescinda, ni asunto en que no intervengan, ni ventaja que no disfruten. Tienen como los prohombres romanos, su «gens», sus clientes, y al protegerlos se crean elementos defensivos. No se circunscribe a la política su influjo: en la literatura mandan también, porque la literatura no deja de ser un resorte utilizable, y hasta conviene tener apeadero en ella, un puesto en las academias, algo que preste

aureola intelectual, siquiera tan borrosa y pálida como esa luz que dicen los sabios que rodea a nuestro cuerpo, y que sólo se fotografía a fuerza de impresionar placa sobre placa. Si me preguntáis a quien pertenece España hoy, yo diría que a los Peces, a los Pipaones, a todos los que, aprovechándose de la magnitud de ciertos árboles políticos, y cobijándose bajo sus ramas, usufructúan, no sólo provechos, sino también honores y triunfos. Es triste decirlo, pero la popularidad, en este momento de nuestra historia, no va hacia los nombres de los que han cultivado el arte, ni a proporción de cómo lo han cultivado; no rodea tampoco a los científicos; apenas se sospecha quién pinta, quién escribe, quién esculpe, quién vela en el laboratorio, ni aun quién ha renovado los heroísmos de otro tiempo, y, artista de la leyenda de oro; la popularidad solo repite nombres de toreros y políticos. Cuando veáis el hormiguero de una muchedumbre, que se agita, enloquecida, en torno de un individuo, tened por cierto que ese individuo, o ha dado la estocada de la tarde o es un reverendo cacique territorial. Cristóbal de Castro lo dice en el Heraldo: no importan más que tres cosas: toros, teatro, política. Así se explica que la opinión, ella sola no haya reemplazado a los elementos oficiales y hecho el homenaje nacional al autor de Los Episodios.

Galdós, sin embargo, ha tenido su hora de popularidad, me diréis. Sí; pero yo que tanto bien deseo al maestro, no le deseo semejantes lauros, como no hubiese deseado a Zola los que le valió su entrometimiento en el asunto Dreyfus. Soy algo intransigente en cuestiones de arte, y quisiera que el arte valiese, por lo menos, tanto como las agitaciones de un día, que ni aun son corrientes profundas del ideal. Los que aclaman a Galdós, los que le seguían a la salida del teatro, el día del estreno de Electra, victoreándole, no es lo mismo que yo aclamaría, al salir de la primera representación de El Abuelo. Se me dirá, y con razón, que tampoco se hubiese pensado en Menéndez y Pelayo para el premio Nobel, si no estuviese clasificado entre los partidarios de determinadas tendencias. Y mi absoluta lealtad se apresura a reconocerlo. Yo pongo al arte muy por encima de tales cálculos. Galdós, como antaño Echegaray, ha sido escoltado con antorchas, vitoreado hasta hacer temblar los vidrios, y no diré que «homenajeado», porque esta palabra me desuella los oídos y no he de emplearla, en mi vida, sin protesta. Pero Echegaray tuvo la fortuna de empalmar estas manifestaciones de la multitud con el favor del mundo oficial, y no hubo honor ni puesto que lo disfrutase. Galdós lleva camino de no haber alcanzado sino el sillón académico, que buen trabajo

costó que se le otorgase, y para el cual fracasó dos veces su candidatura.

Hágase constar, enhorabuena, que lo que se recompensa en Galdós son sus Episodios, sus novelas, sus dramas, como El Abuelo y Realidad; toda la faena del Dickens español; échese a un lado cuanto pueda referirse a pasiones y luchas del momento; prescíndase de cuanto se deba prescindir para unificar propósitos, y reciba Galdós en sus últimos años, el Galardón de una labor tan vasta, tan varia, y, sobre todo, tan hispánica, tan penetrada de nuestra alma propia, y que la refleja, frecuentemente, de un modo tan expresivo.

Siempre que emitimos la opinión de que el estado no puede permanecer ajeno a estas cuestiones, no puede consentir que un hombre de fama mundial luche con míseras dificultades del orden económico, y él, que tantas cosas «orilla», está en el deber de «orillar» ésta de un modo o de otro, me ha salido al paso la objeción menuda: «Si eso se hiciese por determinada persona, otras muchas creerían tener igual derecho, y lo reclamarían. ¿Cómo se les dice que no?»

Contesto: dejarles esa ilusión inofensiva, mientras no se traduzca en exigir nada; si exigen, decirles con verdad: hay clases... Contra pretensiones infundadas, juicio crítico severo, y negativa cortés. a fe que ignoran el arte de negar los gobernantes. Que

sepan establecer jerarquías, porque el pueblo lo dice en una copla:

«Hasta la leña del monte
Tiene su separación:
una sirve para santos,
otra para hacer carbón.»

¿Qué es Galdós? preguntará algún extranjero, si no está enterado.--¿Galdós? Un novelista que también ha compuesto obras dramáticas. Novelistas, ¡cuántos hemos visto surgir, desde la época en que nos peleábamos por si el naturalismo arriba y el idealismo abajo! De aquella hornada no quedamos muchos, y pudiéramos exclamar, como Teófilo Gautier a su hora:

«Comme les pirates d'Otrante,
nous étions cent, nous sommes dix.»
.....

Tal vez ni tantos, pero a la manera que las espigas reemplazan a las espigas, en los agros fértiles, al rodar de las estaciones, a una generación de novelistas ha ido sucediendo otra, y otra, y acaso estemos asistiendo al brotar de la cuarta, pero Galdós, como un tiempo Víctor Hugo, ha permanecido en pie,

escribiendo, observando, sin interrumpir un instante su tarea, consagrada ya, por la producción anterior, y por la magna obra de los Episodios, en la cual ha hecho desfilar, unos tras otros, los personajes y los sucesos que han formado la España actual. Lectura sana y fortificante, los Episodios, al menos los primeros, en que el elemento épico es más visible, debiera ser de lectura obligatoria en las escuelas, y servir de base a las modestas bibliotecas de familia, si aquí se sintiese, como en otros países, la necesidad de poseer libros...

Yo lamento que Galdós se haya alistado en las filas de un partido, no por nada, pues cada cual piensa como quiere, sino porque la admiración a Galdós, fuese o no fundada en la lectura asidua de sus libros, era unánime como reconocimiento de su importancia, y al entrar en las luchas de la política diaria, se ha producido la escisión. No será fácil unificar ahora, no los dictámenes, que serán los mismos, sino las voluntades y las simpatías. Nadie negará que Galdós merezca el Nobel y mucho más, pero no todos creerán que convenga adjudicárselo, por esto, aquello y lo otro, y porque el Nobel es también resorte de gobierno, ¡qué diantre! Ojalá que en América, donde sin duda las cosas se ven con mayor serenidad, donde el maestro tiene lectores, tantos compatriotas, partidarios y

hasta correligionarios acérrimos, se haga algo para reparar la omisión. No me parece tan difícil, juntando las fuerzas, poniendo cada cual una arenita, dar a Galdós lo que yo llamaría «el premio Nobel de la opinión». ¿Por qué no? Estamos en el momento de las obras colectivas: hay un sinnúmero de asociaciones «pro» esto y «pro» lo de más allá, que no cesan de agitarse, de bullir, y muchas veces obtienen resultados. Proceso igual antipatía a la palabra «homenajear», como a ese «pro» que se nos ha colado en el idioma, con apariencias de latinismo y realidades de barbarismo; pero soy capaz de aplaudir estrepitosamente a los que dicen ahí el estardarte «pro» Galdós, y hagan, con el solo esfuerzo de su voluntad, lo que no se ha hecho aquí, debiendo hacerse.

Recientemente, en un corto viaje, tuve ocasión de visitar la hermosa ciudad de Vigo, y el alcalde, que me acompañaba en mi visita, me decía que, en aquel pueblo, lejos de buscar la influencia oficial, la rehuía, entendiendo que, como el manzanillo, envenena su sombra, y que aquello que interesa a la colectividad, la colectividad lo ha de llevar a cabo, sin solicitar ayuda. No afirmaré que esta teoría sea muy general, pero me place, y la considero signo de energía.

¿Por qué han de venir exclusivamente de ciertas esferas las consagraciones? ¿Por qué no ha de tener

iniciativas la masa de lectores, a la cual, en resumen, se debe toda reputación literaria, puesto que, un día tras otro, su asiduidad y su elogio son los que labran para la posteridad ese pedestal? Y ¿por qué se ha de aguardar a que se muera un gran escritor, honra de su patria y de su siglo, para proclamar su gloria en la forma más conveniente?

En Inglaterra se recompensa en metálico o en hacienda a los mismos generales victoriosos. Galdós ha ganado muchas victorias. Sería grato saber que su vejez se deslizaba tranquila y fecunda, sin apremios de necesidad. Escribo esto a muchas leguas del novelista famoso, y sin tener de él noticia alguna. Quizá incurra en ligereza. Si es así, por la buena voluntad debe perdonárseme.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

93

LA NACION

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

Por este tiempo llegan a Madrid las modistas parisienses, o cruzadas francesas y españolas, (las de Bayona y Biarritz) y se anuncian, avisando a las señoras elegantes (y lo propio a las que no lo son, porque en este particular no hay reparo, siempre que paguen) de que traen maravillas en cofres; modelos divinos, y de que estarán todos los días de diez a ocho puestas a enfriar aguardando a las clientes.

Siempre que leo estos dulces llamamientos de la sirena de la moda, me acuerdo no sé por qué, de una preciosa araña que vi en uno de los pintorescos caminos hondos de Galicia, que están llenos de madreselvas, de saucos en flor, de clemátidas ligeras y de zarzamoras, y en primavera tienen el bálsamo de un ramillete y la caprichosa coloración de un tapiz. He llamado preciosa a la araña, y los que me conocen bien se admirarán,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 diciembre 1912: 8. No recogido.

pues no existe cosa que así me espante y ponga grima como ese insecto de horrible forma; pero la forma, a veces, la hace olvidar el color y aquella araña lucía una vestidura de un verde tan claro y fino que parecía que estuviese formada de pálida jade o transparente agua marina. La luz del sol pasaba al través de su abdomen, y sus patas eran como hebras cortas de torzal gayo, que jugaban, como si pulsasen las cuerdas de una lira, con los finísimos hilos de una telaraña inmensa, primorosa, tendida entre las dos ramas de un arbusto y en cuyas mallas, que bordaba de chispas de diamantes el rayo solar, palpitaban mosquitos que se dijeran formados con un poco de humo, moscas estremecidas de ojuelos de coral, y hasta un diminuto "caballito del diablo" ya muerto. El insecto voraz que para cazar no tiene más arma que un poco de tela transparente, lo identifico con la modista, que quieta en su hotel, aguarda a las señoras que acuden, como el toro, al trapo.

Allá van, generalmente a la hora crepuscular en que se regresa del paseo y saltan del automóvil o de la estrecha berlina, con la inquietud soñadora que determina una cita entre misterio, con la curiosidad irritada de una concupiscencia. Suben las enfieltradas escaleras, o se dejan aupar en el ascensor y penetran pisando menudo en el antro de la sibila palpitándoles

un poco el corazoncillo, algo seca la garganta. Sin embargo, en los primeros momentos su actitud es reservada, y hasta medio hostil. No quieren que la franchuta comprenda que les puede dar lecciones. El caso es aparecer al corriente de todo; ni sorprenderse ni admirarse. Y se cruzan los saludos. La araña avanza hasta el borde de su tela.

--"Bonjour, madame... A votre disposition, madame..."

"Madame" explica que viene a ver modelos, por si alguno...

--¡Oh! Nous avons des modéles ravisants..."

Y en vez de enseñarlos, añade negligentemente:

--¿Modelo de calle? ¿De "soirée"? ¿De teatro?

--Enséñeme usted de todo... Viendo se anima uno... ¿Verdad?

Cinco minutos después una mujer joven, perfumada, ajada, vistosa con tipo de tunanta, generalmente (porque si tuviese tipo de honrada madre de familia, los consabidos modelos poco lucirían en ella) sale de un gabinete contiguo, y sin decir palabra empieza a pasearse arriba y abajo, dando tres o cuatro vueltas para que la Mosca puede contemplar el trapo que exhibe con movimientos serpenteantes. La Mosca, ante la linda telaraña, tiembla de gusto y de codicia. ¡Qué amor de vestido! ¡Qué chic! ¡No hay como estas francesas para

hacer maravillas con un poco de raso liberty y unos metros de gasa!

--¿Y sigue llevándose tan estrecho...?

--¡Oh! "oui, madame". Si ahora viese "madame" una falda de aquellas anchas de otro tiempo se caería muerta. ¡Oh! No hay medio, verdaderamente, de resucitar aquellas faldas...

--¿Y esas incrustaciones son de oro?

--Oro rojo, "madame", combinado con plata enverdecida... Todo lo que hay de más nuevo y de una fantasía más alta. A nuestra casa le fabrican adornos especiales, que nadie más posee.

--¿Sí? pues me parece haber visto ya en algún catálogo...

--¡Oh! "madame", es imposible, "voyez vous"... En los catálogos, puah, nunca viene nada que merezca... Nuestra casa tendría a menos bordadores particulares. Los adornos se hacen para nosotros expresamente las telas se fabrican según nuestros encargos. ¡Oh!

A todo esto, la maniquí ha vuelto a entrar arrastrando un traje distinto, de un corte atrevido, original, provocador.

--¡Es precioso!--suspira la Mosca, como a pesar suyo.--Pero, en mí, puede que no luciese tanto... La señorita es delgada, es bella...

--¡Y la señora tiene un talle encantador!

¡La señora puede permitirse todas las hechuras!

Hace la maniquí la tercer salida, ostentando sobre el traje anterior una complicada y caprichosa salida de teatro. El cuello lo adornan pieles de precio y el conjunto de lo que debiera ser abrigo consiste de gasas embutidas de encaje y alternadas con cintas casi incorpóreas y borlas y cordones entre pliegues y frunces.

--Pero con esa prenda cogeré una pulmonía--exclama la Mosca, en un arranque de buen sentido.

--La señora no querrá vestirse como una "bonne femme"--grita escandalizada la modista.--No va la señora a endorsar una fea garita de paño ni nada que pese! Ahora son de "chiffon" o de bordado bizantino todas las "sorties de bal".

--Sí; y ahora las pulmonías dobles siguen siendo lo mismo que fueron siempre...--protesta la dama.--Buenos están los foyercitos de los teatros de Madrid! Cada vez que se abre la mampara, parece que se ha caído una en algún ventisquero de Suiza.

La Araña se encoge de hombros. Empieza a sentir un leve menosprecio hacia la cliente, que tales reparos pone. ¿Cuánto va a que es una más del gremio de mironas y que está perdiendo la Araña el tiempo de explicar y la maniquí el de enhebrarse por milésima vez en el modelo ya sobado y hasta roto por donde no se ve?

--En fin, la señora dirá lo que desea--murmura con voz más avinagrada que aceitosa.

--Quisiera saber el precio del segundo modelo... Del que tiene camafeos egipcios...

--Ah, sí, el de las cabezas de esfinge y los escarabajos... Delicioso, ¿no?

Es justamente un pequeño modelo que podemos ofrecer en muy buenas condiciones... "Barrato", como ustedes dicen. Sólo mil doscientos cuarenta francos.

La Mosca tiembla, ha sentido la presión de los palpos de la Araña. Cinco mil reales, con el cambio, ¡sabe Dios si algo más!

--¿Dice usted... mil...?

--Sí, "madame"... Es decir... pardon! Son pesetas, no francos, lo que yo digo a la señora. "Pesetas", ¡oh! "Trés bon marché".

--¿Y el otro? ¿El de las incrustaciones?

--El tan "magnifique" También ventajosísimo: mil quinientas sesenta pesetas!... "pesetas", siempre "pesetas".

--¿Y... la salida de teatro?

--Dos mil, "madame", porque, vea: el cuello es verdadero armiño, y tanto encaje, tanta gasa, la pasamanería! Y luego, el encanto de lo original. Es algo "trés" poético y a la señora le iría a "ravir". Estoy segura de que no habría que retocar nada.

--Y en trajes sastre, ¿tiene usted...?

--¡Lo último! Verá "madame". Un modelo todo en gamuza, todo, con "garniture" de "breitschwarz"... Lo supremo. Hemos hecho uno así para la gran duquesa de Mecklemburgo, y otro para la princesa de Sagán...

--¿Y cuesta...?

--¡Mil ochocientos treinta y cinco!

A cada cifra, la aterrada Mosca va encogiendo las alas y pegándolas al cuerpo. Calcula lo que estrictamente ha menester, un traje sastre, otro de baile, un abrigo... Y, si se decide, ¿de dónde saca luego para esto, aquello, lo de más allá? El agujero en el presupuesto será terrible. Habrá escena conyugal, saldrá a relucir lo de "gastas como una loca..." "No he de ir desnuda, no he de presentarme con un trapo adelante y otro atrás..." "Hay que tener juicio..." "Por qué no lo tienes tú, que por darte pisto acabas de comprar una jaquita de polo que no hacía maldita la falta..." "El traje no puede sentarte peor..." "Lo que te sienta mal a ti es la factura... La tacañería para mí, y tú tirando de largo..." etc. Y los quince días de monos y la geta torcida y las alusiones agrias, incesantes, y el apuro interior, y la máquina doméstica chirriante. Pero, si no compra las galas, ¿cómo va a afrontar la campaña del invierno? ¿Qué llevar a los tes de las de Vanillas, al baile de la embajada, al Real?

--Diga usted "madame"...

La Araña ya no hace mucho caso. Siente el desaliento. Su airecillo es desdeñoso. Atiende, solícita, a otra Mosca, pero de oro: la riquísima marquesa de la Solera Vieja, cosechera jerezana que no es una reparona, ni se fija en pequeñeces de miles de pesetas más o menos. Esta mosca viene derecha a dejarse prender en la delicada red, y a ser devorada; entrega el cuerpo y se ofrece a que la chupen la substancia enterita. Y todo se vuelven saludos, amabilidades comerciales, dulzuritas de insinuación:

--¡Oh, "madame"! Pensando en la señora, es que hemos traído "modéles exquis..."

Entonces la primera Mosca, tímidamente, arrincona a la modista un minuto, y susurra:

--Diga usted, "madame"... No podría... no rebajaría algo?

--En los modelos, no; es la seca respuesta. Si la señora quiere que se le copien... En vez de gamuza, un paño, ¡oh! un paño "trés souple". En vez de "breitschwarz", colombia eléctrica (léase "gato"). Y disminuiremos doscientas "pesetas". Lo daremos a mil seiscientas treinta y cinco, "na"! Será todavía precioso. Nos esmeraremos--añade, ante la cara contraída de la cliente, secreteando junto a una pirámide de bajeras y batas hechas un revoltijo en la

esquina--mientras la jerezana echa los lentes de concha a la maniquí, diciendo con aplomo de millonaria:

--No está mal... No es un asombro de novedad, pero pasa... Pch... Un pingo más, un pingo menos...

Bajan juntas por el ascensor las dos moscas, ya cazadas, dejando su jugo vital en el abdomen de la Araña, que con él urdirá nuevos atrapaderos; y se hacen confidencias de enfermas del mismo mal:

--¡Cómo la pelan a una! La verdad es que son tentaciones... Bueno, tentaciones relativas; porque yo, en el viaje de ahora, a Londres, traje preciosidades... Pch... En fin cuatro vestidos y dos abrigos... ¿qué menos he de tomar para la estación?

La Mosca que tiene que echar cuentas, con las orejas encendidas, está conforme.

--Es verdad... ¿Qué menos? Porque hay tanto compromiso y se va a tantos sitios... Yo ya estaba surtida; pero así y todo, dejo encargados un abrigo y varios trajes...

Y siempre que se encuentran en un salón ambas moscas se miran de reojo y observan que lucen las galas que la Araña tejió. Ni la una ni la otra, con estar surtidas, sacan a relucir más pingos... Los miles de francos--¡oh, no! "perdón! pesetas"! no son moco de pavo para nadie. Pero la primera Mosca ha sufrido otra contrariedad, mejor dicho disgusto, hondo, acerbo, el

día en que asistió al té de las de Vanillas, estrenando el traje sastre con guarnición de minino eléctrico. El caso ocurrió como sigue:

Llegó la Mosca un poco tarde y le costó trabajo abrirse paso por entre el gentío, pues una hora en las reuniones entre seis y seis y media, en que se ponen imposibles, y a las siete quedan allí sólo cuatro pesados que ignoran la ley del buen tono, "dar una vuelta y desfilar". A fuerza de codazos suaves y tropezando con espaldas de señores enfrascados en charlas políticas y con parejas que afectaban no ver, pudo al fin la Mosca aproximarse al comedor, donde la gente se apiñaba aún más. Sólo un aro de afortunados, rodeando la mesa, podía conseguir una taza de té o un refresco; los restantes se hacían viejos en espera del "sandwich" o del "claret-cuy". Un Moscón, amigo del alma de la Mosca, como la viese en tal aprieto, por medio de una gimnasia anérgica logró traerle un vaso de café helado. Y en el mismo momento en que iba a llevar a los labios la cuchara sintió la Mosca formidable empujón, volcóse el vaso entero sobre su falda y, entre las excusas que el torpe murmuraba opacamente, vio con precisión dolorosa el vestido, volviendo del tinte, ya trapiento y sin frescura... En el mismo instante se fijó en una señorita que entraba, no sin lucha, en el comedor.

--¡Calle! Un traje idéntico al mío!

Se acercó, deslizó una pregunta, un "¿sabe usted que tengo curiosidad?", contestó con la mayor finura, el apresuramiento de las personas de mundo, que parecen siempre encantadas si pueden hacerse amables.

--¡Qué lástima lo que le ha pasado a Vd.! Tendré cuidado con el mío; este color "fauve" es tan manchadizo, tan fastidioso! Bonito, sí ya lo creo... ¿Qué dónde lo he comprado? Pues sencillamente en París, en el "Bon Marché"... Y por si le interesa a usted el precio, trescientos veinticinco francos, me parece, y acaso unos centimillos. De esos centimillos ya sabe usted que nunca prescinden...

Y la Mosca tuvo impulsos de abofetearse a sí misma...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

94

CRONICAS DE ESPAÑA

A PROPOSITO DEL ASESINATO DE CANALEJAS*

(Para La Nación)

Madrid, diciembre de 1912.

Canalejas es el segundo presidente del consejo de ministros que cae bajo las balas terroristas durante el reinado, no muy largo todavía de Alfonso XIII.

Yo me represento el apuro de un español a quien un extranjero, ignorante por completo de nuestra situación interior, de cómo se desarrolla en estos últimos tiempos la vida nacional, preguntase curioso y emocionado por qué se inmolan aquí tantas y tan ilustres víctimas, y cuál puede ser la explicación de la violencia de las pasiones políticas, dentro de nuestra patria.

--¿Hay tiranía?--pudiera interrogar-- ¿Hay rigor implacable en las represiones? ¿Se deporta a la gente

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 5 enero 1913: 7. No recogido.

a algún punto análogo a Siberia? ¿Se condena al «knut» [sic] o cosa por el estilo? ¿Se alza frecuentemente el cadalso en las prisiones? Esos jefes del gobierno asesinados dejaron rastro de sangre, hicieron correr llanto, ejercieron pérfidas venganzas contra sus enemigos?

Y por mero respeto a las verdades claras, trivialísimas, tendríamos que contestar al preguntón:

--Lo que hay en España es blandura; va borrándose poco a poco el concepto de la responsabilidad legal. Se indulta a todo el mundo, a los criminales más horrendos. Se desarrollan escenas comparables a las de la Commune, semanas enteras, en grandes capitales y en ciudades chicas, y una sola ejecución, la de Ferrer, nace de tantos y tan graves desórdenes; acaso ni aun hubiese nacido a no venir de muy atrás antecedentes, si cabe, más serios que le rodeaban de trágica leyenda... Y esto, bajo el mando de un gobernante que representa la severidad, la autoridad, don Antonio Maura. En cuanto al ilustre estadista fulminado por una bala en el bulbo raquídeo, ninguna irritada sombra, la espera a las puertas de los Campos Elíseos, para echarle en cara daño alguno. Canalejas, al contrario, hacía profesión de querer suprimir el patíbulo. Habíamos convenido en charla amistosa, en que, al menos para la mujer, mientras sea inferior al hombre en derechos civiles y

políticos, no debe existir pena de muerte. Fueron las ideas de Canalejas más bien de idílica y soñadora benignidad, y cuando tenía que preciarse de gubernamental, cuando alardeaba de sostener el orden a toda costa, de imponerse, de hacer respetar todo lo respetable, la actitud no cuadraba bien con su tipo de demócrata humanitario, ni con las teorías expuestas en pleno parlamento, que hicieron célebre su frase: "Al maúser se contesta con la dinamita." Torcidamente se interpretó este axioma como programa subversivo; yo creo que sólo significaba reprobación de las representaciones por la fuerza armada, ternura hacia las turbas, en el estilo aforístico de Víctor Hugo. Sea de esto lo que quiera, Canalejas fue lo contrario exactamente de los Trepof y los Muravief, los Scarpia de ópera y los clásicos y feroces opresores de novela. El ambiente, del todo pacífico y lleno de «bonhomie», que nuestro gobierno interior respira, favoreció la formación del carácter del presidente, que, o por inclinación propia o por compromisos contraídos en la oposición militante vino justamente a encarnar la tolerancia, llevada al extremo posible, con todas las tendencias, todos lo partidos y todas las corrientes sociales. Al menos, así lo veíamos los que no estamos enterados de los altos secretos y juzgamos por los hechos y las realidades, que bien alto gritan.

No pudo, por consecuencia, sorprendernos que el célebre orador se creyese seguro, libre de contingencias, de atentados como el que suprimió a Cánovas y como los dos que estuvieron a pique de suprimir a don Antonio Maura. "Yo puedo pasearme por Madrid a pie, solo, a la hora que me parezca", afirmaba, con vanidad inocente de hombre que ha sido muchas veces popular. No sabía, o no quería saber, que nunca es popular por completo el que manda, aunque mande con tanta suavidad como las pastorcitas de madrigal, que amarran a sus corderos con cintas de seda. Y además, no pensaba en que el mayor mal que puede hacerse a los elementos revolucionarios es reorganizar de algún modo, o con el prestigio o con la habilidad, ese partido liberal cuya debilidad orgánica y cuyo fraccionamiento atomístico es el gran peligro del régimen de España. Desde el fallecimiento de Sagasta, y aun antes, venimos oyendo que el partido liberal esta hecho de polvo, cisco y migajitas. Y un régimen como el nuestro ha menester un partido liberal compacto y fuerte. Canalejas, que era aún muy joven para político, pudiera, a nada que la suerte le ayudase, con el buen giro de los negocios exteriores y con mejor orientación dentro de casa, vigorizar ese resorte tan necesario. ¿Lo conseguiría? Tal vez no: la mayoría se iba de entre las manos; no tenía estado

mayor de hombres útiles. Sin embargo, se esperaba mucho de él, por su talento, sus inmensas facultades oratorias, su cultura, su historia limpia de fracasos aparatosos y errores graves. Pudo, pues, Canalejas estorbar a la revolución. Pudo también ser sacrificado sin cálculo, por impulsión ciega y fanática.

¿Lograría evitar estos crímenes, previniéndolos, una policía bien montada? Y otros añaden: ¿puede existir en España esta bien montada policía? Todo lo que se hace por impulso e improvisando, lo realiza el español mejor que nadie; pero la red policíaca no se tiende sin gran paciencia, estudio apretado y minucioso, observación continua, y vigilancia nunca relajada ni dormida. A esto se presta el carácter de los anglosajones; el nuestro, no. Yo he notado por ejemplo, que es frecuente aquí instalar las cosas de un modo admirable, con cuantos refinamientos y perfeccionamientos reclame el más exigente; el primer día os encantan y deslumbran lo hoteles, los balnearios, las oficinas, las tiendas. Al mes, al año, las veis languidecer, por descuido, por pachorra indiferente de los encargados y hasta de los interesados. Pequeños detalles revelan este fenómeno. Rara vez funcionan con regularidad los grifos, las luces, los torniquetes, las mecánicas; rarísimamente se cumple lo estatuido; y no por mala voluntad, sino por

abandono. Está mandado que se entre o se salga a las seis. ¿Qué más da? Se sale a las seis y media; luego a las siete; después a las ocho. A nadie se le encuentra donde tiene obligación de estar; nadie acude a donde se le espera; la modista no envía el traje; el zapatero se toma quince días sobre lo estipulado; el tren llega con retrasos fantásticos, sin que nadie se preocupe; no hay timbres de alarma, y a nadie se le da un pito; la vida arrastra lánguida sus anillos, y el día se pierde en inútiles quejas y reclamaciones... He referido varias veces un caso típico. Cuando estaban restaurando la catedral de León, me detuve en aquel pueblo, quise ver la obra. Como las entradas de la basílica estuviesen interceptadas, pregunté a un chico que atravesaba por el vasto atrio. "¿Por dónde paso a la catedral; lo sabes tú?"--"Sí, señora--contestó solícito--¿Ve usted una puerta donde hay un letrero que dice "Prohibida la entrada? Pues por allí."

La policía al menos la que ha de revestir carácter social y asegurar el orden, no es algo aislado, fuera y como en oposición ante la sociedad que debe proteger. Compónese de elementos pertenecientes a la sociedad misma; tiene su mismo espíritu. La policía, entre nosotros, ha de ser como nosotros, con nuestras cualidades y nuestros defectos.

Por otra parte, necesita instrucción y conocimiento del mundo, de la vida, del modo de ser de

las diversas capas sociales. Y el jefe de policía tiene que valer mucho, ser un sujeto excepcional, como voluntad, como energía, como indulgencia. A cada estruendoso crimen se habla de reorganización, se aumentan los funcionarios y los gastos, porque, ya se sabe, la policía cuesta cara. Esto sí que está plenamente demostrado.

No son los partidarios del orden establecido los que andan indignados contra la policía; hasta los diarios más radicales proclaman, en esta ocasión, su fracaso ruidoso. En efecto, la policía que tenía fichado y muy registrado a Pardiñas, el asesino de Canalejas, como peligroso anarquista de acción, supo perfectamente su venida a España, siguió sus pasos algún tiempo y luego... perdió su pista,--es la frase.--El terrorista se vino tranquilamente a Madrid y se paseó bastantes días por las calles, al sol, acechando ocasión propicia; buscando, como en una selva, rastro de caza mayor, fuese cual fuese. Ningún policía le molestó ni se ocupó de él para nada. La pista, ya lo sabemos habíase perdido. Y estas enormes capitales como Madrid--¡quinientas mil almas, asómbrense lo nacidos y achíquese Londres!--se sorben con facilidad a un individuo.

Ello es que Pardiñas callejeó cuanto le vino en gana, hasta el momento en que pudo convencerse de que

don José Canalejas solía, al ir a la gobernación a pie, detenerse un instante frente al escaparate de una librería muy conocida en Madrid, la de San Martín; Canalejas fue siempre un intelectual, un curioso de publicaciones nuevas, un lector asiduo. Con esta afición contaba el criminal para asegurar el golpe. Al inclinarse con objeto de ver mejor los títulos de las obras, la nuca quedaba al descubierto. A la nuca hizo blanco, con certera puntería. Canalejas cayó sin proferir un ¡ay! Los que le atribuyeron palabras y resto de vida algunos minutos, no conocen la anatomía. Con terrible y gráfica expresión se ha dicho que murió el presidente como el toro a quien le dan la puntilla. En la plaza no siempre el cachetero asegura el golpe la primera vez. El asesino del presidente fue certerísimo. De Canalejas pudo escribirse lo que de Núñez de Arce versificó de Ríos Rosas:

«Cayó como la piedra en la laguna,
con rudo golpe en la insondable fosa.
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
terrible como el rayo y luminosa.»

Si no terrible como el rayo, luminosa sí que pudo llamarse a la elocuencia de Canalejas, acaso el orador

más admirable del período que atravesamos, y comparable a los mejores de la antigüedad. Canalejas viviendo en los tiempos de Castelar hubiese suscitado iguales entusiasmos a pesar de que su oratoria era de un género distinto, menos florida, más concisa y robusta. Vino cuando la oratoria empezaba a gastarse, aunque sobre los parlamentos continuase teniendo eficacia, casi decisiva. La política española en las cámaras todavía sufre hasta un grado increíble el influjo de la elocuencia, y a un jefe de partido se le exije, ante todo, el ejercicio de esa esgrima y el culto de esa forma bella. Hemos tenido ópima cosecha de oradores desde las Cortes de Cádiz acá. Fueron casi todos esclarecidos en su ramo. Aguirre, López, el «divino» Argüelles, Rivero, Olózaga, Ríos Rosas, Cánovas, Manterola, Necedal, Romero Robledo, Castelar, Maura, Melquíades Alvarez; ¡cuántos nombres olvida la pluma en la rapidez de la crónica! Y Canalejas brillaba entre ellos como astro de primera magnitud. Le oí pronunciar un discurso asombroso, el mismo día en que su padre se encontraba de cuerpo presente. La pena contenida, la tensión nerviosa, alta y honda prestaban a la oración una solemnidad vibrante, una dignidad artística extraordinaria. Nunca estuvo mejor, nunca desplegó sus sorprendentes facultades verbales y dialécticas como en aquel momento. La cámara parecía una iglesia llena de

fieles; no se respiraba; el orador electrizaba hasta a as indómitas y burlonas tribunas. Porque el público de las sesiones de cortes no tiene pizca de manso, ni de fácil de convencer, y la crítica que al día siguiente harán al bisturí los periódicos, nace en esas tribunas atestadas, en que se descuellan las garzotas de los sombreros y las caras bonitas de las mujeres. Dominar a este público inquieto y reparón es un triunfo. Canalejas lo consiguió.

En medio de otras penas más íntimas y personales he tenido cabida para la de la pérdida del artista y del amigo. No juzgo al gobernante, porque no está maduro aún el conocimiento de este aspecto de Canalejas. El se creía nacido, antes que para la política, para el trabajo de gabinete, para el cultivo del intelectualismo que le salía por los poros. Su sueño dorado, al presentir la vejez, era una surtida biblioteca, un gabinete «abrigado y lleno de confort», un hogar cariñoso, tal vez una casa de campo a la sombra de añosos árboles, y la producción de libros, de ensayos, acaso la consagración a la literatura que declaraba preferible a todo lo demás... En esto coincidía con Cánovas y hasta con Castelar, esos otros reyes de la tribuna política. Cánovas era feliz escribiendo sobre el antiguo teatro español o rimando unos versos «A Elisa»; Castelar hubiese anhelado

componer novelas, ya que rimar no le había sido posible nunca. Esa nostalgia de la vida serena, de la labor reposada, al calor de la lumbre en invierno o frente al mar azul en verano, parece signo de la fatiga de los luchadores... Y antes de que llegue la hora del descanso, antes de que el sol tramonte, dos de los insignes que he conocido, cuya amistad se contó entre mis mayores orgullos, cayeron deshecho el cerebro poderoso, apagada la chispa del magno entendimiento, al rencor estólido de un sectario que bien poco les sobrevivió... ¿Será cierto que el mundo progresa? ¿Habrá la menor base de verdad en lo que oímos, de evoluciones humanitarias en las costumbres y mentalidad del siglo? Y esos muertos excelsos en su tumba ¿qué dijeran de esto si pudiesen recobrar, por visionario prodigio la palabra de oro y la mente poderosa? Acaso tocados de ascetismo cristiano por única vez encontrasen que antes y ahora, sólo hay una verdad, y la llave de esa verdad está en el sepulcro. Polvo, ceniza...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

95

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

NAPOLEON Y FELIPE II*

(Para La Nación)

Madrid, enero de 1913.

En casa de un anticuario encontré una preciosa litografía en colores, el retrato de Napoleón, por Horacio Vernet, y me di a recordar cuántos objetos he visto siempre aquí en las prenderías que revelan la huella abierta en España por el influjo, el renombre, la presencia y las tiránicas pretensiones del gran emperador. Ya es la tabaquera, ya el busto en mármol, ya la joya esmaltada, ya el tocador con esfinges y rosetas, ya el abanico--en mi colección existe uno, que representa al Primer Cónsul, con las gallardías de la victoria, y otro que reproduce su tumba en Santa

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 1 febrero 1913: 6. No recogido.

Helena, con el inevitable sauce llorón, y algo que pertenece al mundo de la fantasía: una mujer y un niño secándose los ojos con pañuelo de encajes al pie del funerario monumento. ¿Quiénes son esta mujer y este niño? Napoleón dejó en el mundo dos niños y dos mujeres que podían y hasta debían llorar al pie de su sepultura; la archiduquesa María Luisa de Austria con su "Aiglon", y la sentimental y fiel polaca, la condesa Valewska, con su Delfín bastardo, el que persuadió a Napoleón de que podía ser padre, y le impulsó a divorciarse de Josefina, para buscar en las cortes de Europa una princesa que pudiera dar a la flamante dinastía, amén del prestigio de la viejas razas, al heredero. Pero ninguna de estas dos mujeres ni de estos dos niños cuentan las crónicas que hayan pisado el suelo ardiente y pedregoso del islote, con el objeto de rendir al insigne muerto el último tributo de amor. Así es que mi país de abanico constituye una nueva demostración de la opinión de Aristóteles, que la poesía es más verdadera que la historia, ya que la historia refiere lo que sucedió y la poesía lo que debió suceder.

Esta abundancia de recuerdos napoleónicos, auténticos y usuales, en las prenderías madrileñas, me obliga a pensar en el surco tan profundo que abrió este hombre durante su breve dominación que acaso bien

contada, no llegue a tres lustros. Pasan por el mundo reyes y reyes, no dejando rastro visible del tiempo en que calentaron el trono, mientras que este aventurero genial (auxiliado por las circunstancias, es cierto, como no lo fue hombre alguno), en corto período imprimió en todo su huella, y donde se rechazó la invasión de su armas, triunfó la de sus ideas, gustos, estilos y maneras de entender la vida.

Lo que más demuestra la eterna actualidad de esta figura agigantada es el eterno discutir que en torno suyo aletea y zumba. Hay personajes así, respecto a los cuales nunca se pondrá de acuerdo la posteridad, y es porque continúan teniendo para ella interés vivo, y representando algo, que a todos importa. Aquí, en nuestra historia, el caballo de batalla es Felipe II. Se va formando una nutrida biblioteca con los libros que le impugnan y los que le ensalzan. Para unos, es el tigre, el fanático, el beato siniestro, el parricida, el demonio del mediodía, el que se baña en sangre con fruición, el tétrico morador del Escorial, el que tan pronto se da golpes de pecho como manda alzar, el cadalso; para otros, es el rey Prudente, el virtuoso asceta, el esclavo del deber, el cariñoso padre de familia, el cristianísimo. Yo apuesto a que conozco el partido político en que milita un español, con sólo preguntarle su opinión acerca de Felipie II.

Si pone al hijo de Carlos V como un trapo, liberal o libre pensador. Si se deshace en elogios del solitario y escuarilense, reaccionario o carlista. Y rara vez falla el pronóstico.

Una especie de amor propio, el deseo de distinguirme de la turba multa, que recibe sus opiniones hechas del periódico que lee, me ha llevado siempre ha querer formarme concepto propio de los hombres discutidos. Respecto a Felipe II, por otra parte, no faltan pareceres sazonados con crítica imparcialidad. Cánovas de Castillo, cuyo alto entendimiento se plegaba mal a las rutinas históricas, dice de Felipe II cosas muy pensadas, originales y que difieren de la leyenda sombría tanto como de la apoteosis. Y yo he llegado a entender que Felipe II fue un gobernante sin verdadera energía, sin arranque, sin intuición del momento en que convenía proceder y de aquel en que es hábil esperar; indeciso, lento a la flamenca--pues dígase lo que se diga él, es preciso convenir en que tenía poco de español,--y poseído de aquella misma enfermedad de quietismo y retiro, que tantas veces amagó a su padre, hasta que acentuándose dio con él en el monasterio de Yuste. Esta melancolía de los descendientes de Felipe el Hermoso, y que complicó la poética locura o manía (esto no está bien averiguado) de Juana de Castilla, se presenta como

rasgo típico de la raza, y en los Austrias reaparecerá periódicamente, como reaparece el espectro de la Dama Blanca en los castillos donde va a morir alguien de otra familia real, los Hohensollern. Y los reyes no pueden ser melancólicos, porque la melancolía paraliza la acción, y reinar es acción, es presencia de voluntad activa a cada momento.

Así Felipe II, en su melancolía, que no puede ponerse en duda, era como las máquinas tomadas de orín, que difícilmente funcionan. He oído afirmar que esto de la melancolía se deriva de la religiosidad. Y procede del terror del infierno, etc. Por mí, no lo creo. Mejor cristiana, ni más creyente que Isabel la Católica, no la habrá en la historia y, sin embargo, jamás la vemos entregarse a ese desaliento infecundo, a ese abatimiento, a esa pereza de reinar. No es que Felipe II descuidase los negocios; al contrario estaba siempre enfrascado en el despacho, siempre metido entre papelotes. Le fue más familiar la tinta de la sangre, y con él se inician la serie de los reyes que no pisan el campo de batalla; su padre el César, había sido el último paladín. Pero, al papelear, casi siempre aplazaba. Los aplazamientos las detenciones en el camino emprendido, fueron el sistema, funesto siempre, y más para una nación que ejerce la hegemonía y está a pique de perderla. Don Alvaro de Bazán le advertía de

que Inglaterra se formaba una marina poderosa, que constituía un peligro, y «Filipo» aplazaba. «Se verá se entenderá en ellos»... El aplazamiento de veinte años se tradujo en la pérdida de la «invencible» y ruina de nuestro poder naval. Don Alvaro de Bazán aconsejaba, después de Lepanto, no parar hasta Constantinopla, fundar allí el imperio cristiano--con lo cual no hubiese existido en tiempos modernos, la cuestión de Oriente. «Filipo» envuelto en la herrumbre de sus lentitudes, y en la penumbra de sus recelos temerosos de todo, y más que todo, de que reinase su hermano, el ínclito don Juan de Austria, dejaba perderse el fruto de la victoria. Y no veo, en este modo de ser de «Prudente» nada que se excuse. Más valdría que, en efecto, hubiese sido cruel con tal que fuese resuelto y feliz. Pedro el Grande, de Rusia, merece el dictado de bárbaro y cruelísimo (amén de borracho), a pesar de lo cual la prosperidad de su nación, su ingreso entre las europeas civilizadas, de él procede, y lo demás no sólo atañe a la curiosidad ávida de pormenores.

Por eso encuentro algo de pueril en el empeño de los escritores que se dedican a rehabilitar a Napoleón como esposo y padre de familia; que abogan por sus virtudes privadas, bien indiferentes, en el fondo, para el caso del papel que al Corso tocó representar, en la

majestuosa tragedia de la historia contemporánea. No ha mucho he leído un libro verdadero panegeríco del vencido de Waterloo, en el cual el autor consigue el poco resultado de demostrar que Napoleón fue lo que se llama (textual) «un buen burgués».

¡Un buen burgués! Y ¿Qué nos importa un buen burgués, es decir, qué le interesa a Francia esa bondad doméstica de Napoleón? Si los datos que el mismo libro aduce son axactos, más que un buen burgués, fue Napoleón un Juan Lanas. El autor hace un minucioso estudio de la biografía de Josefina Beauharnais, primera mujer del Conquistador, y aparece que la criolla, no sólo no amó nunca a su esposo, no sólo le demostró la mayor frialdad e indiferecia, sino que quebrantó sus juramentos conyugales, y no una vez ni dos, sino varias, y no disimuladamente, sino con alboroto y escándalo, cuando ya Bonaparte llenaba a Europa con el ruido de su nombre, y la conducta de su mujer no podía pasar inadvertida. Y Napoleón supo todo esto; no le quedó resquicio para pensar bien; tuvo la certeza; y en le primer momento resolvió firmemente divorciarse. Luego, ante una escena de lágrimas, cambió de parecer y continuó unido a Josefina y demostrándola ternura y cariño. Es de advertir que el autor lo prueba, ya no estaba enamorado de su mujer el Corso. Procedió pues como un «burgués» apático, que

teme cambiar sus hábitos y arrostrar discusiones y ataques de nervios; aplazó, a lo Felipe II, y si no aplaza hubiese tenido resueltas graves cuestiones que se plantearon al ceñirse después la corona. Libre al proclamarse emperador, mil dificultades se hubiesen allanado. El burgués perjudicó al fundador de dinastías.

Hay que hacerle a Napoleón la justicia de que no se parece a Felipe II, porque no es un melancólico, ni un oxidado. Aparte de la vida de familia, en los negocios públicos y en el mando de los ejércitos fue siempre una centella, activo y fulminante como el rayo.

Lo que tuvo Napoleón de verdadero burgués, fue el respeto involuntario que demostró a la nobleza de sangre, empezando por las testas coronadas, cuando representaban antiguas dinastías consagradas por la tradición. Su afán de casarse con una princesa de casa reinante, de llamar «hermanos» y «primos» a los soberanos de Europa, es cosa reconocida por los historiógrafos y fundada en documentos. En este particular no tuvo fe en sí mismo el vencedor de Austerlitz. El que creaba reyes y reinas en su familia, como quien fríe buñuelos, acaso, allá en lo más íntimo de su conciencia, sospechaba que todo aquello era un carnaval, y que iba a despertarse frotándose los ojos, cual personaje de comedia de

magia. Sabía, sin embargo, que los reyes empezaron por afortunados caudillos; sólo que los tiempos hoy son muy diferentes y muy peligrosos para improvisaciones tales. Saltar de las estrecheses del teniente consumido de hambre al trono de Carlomagno... La paradoja se realizó, sí; se realizó, y hasta se repitió, con el hijo de Hortensia. Rocío de las eras y verdura de los prados--que diría Jorge Manrique.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

96

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1913.

Como no hablo nunca de política propiamente dicha, que no puede interesar demasiado a mis lectores de América, sólo en el momento en que fallecen o se retiran consagro prosa a los políticos de fuste. El asesinato de Canalejas, la retirada de Maura,--dos hechos de actualidad al parecer sin relación entre sí--no pueden pasar para la crónica inadvertidos.

Nadie duda del probado valor cívico de «don Antonio», y, sin embargo, en su brusca desaparición, que muchos no creen definitiva, del escenario político, suponen que haya podido influir algo la sangre que manchó la acera sonora de la Puerta del Sol.

Varias veces los sectarios atentaron contra la vida de Maura. Pistolas y puñales se esgrimieron contra él, y el acero rasgó sus carnes, sin que él diese al caso importancia alguna. Aquí, por lo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 11 febrero 1913: 7. No recogido.

general, nadie es extremadamente cobarde ante la muerte, y la mayoría se muestra intrépida y gallarda en casos de apuro. Si la fortaleza que revela el desprecio de la vida corriese parejas con la entereza para atajar abusos y no ceder a sugestiones de compadrazgo, España sería una nación muy bien organizada. He comprobado mil veces, como observación curiosa, la mezcla en un mismo individuo, de energía y de blandura, de disposición al heroísmo y de pantuflismo en la vida diaria.

Don Antonio Maura era profesional de todas las energías. Hay, sin embargo, que explicar su estilo de ser enérgico. En España, antes de don Antonio, hemos conocido gobernantes que nunca transigieron con el espíritu revolucionario, desde Cisneros hasta Narváez. En tiempos de Cisneros los revolucionarios eran los nobles, y en tiempos de Narváez los progresistas; pero de todas suertes y en todas las épocas, los hombres encargados de defender un trono y un orden establecido, ejercitaron el poder de modo personal, sin ver en la ley una cortapisa; y, si llegaban a verla, desdeñándola y saltando por encima ágilmente.

Lo mismo la «galga flaca vestida de xerga» que desde una ventana mostraba «sus poderes» en figura de tropas, que el «pelucón» al cual, según confesión propia, le dolían las manos de volver a colocarle la

corona en la cabeza a Isabel II, que la dejaba deslizarse de su frente; lo mismo, digo, el franciscano cardenal que el duque de Valencia, terror de conspiradores, pudieron jactarse como otro ilustre político, de «no entender de leyes»; proceder según su inocencia libre y cristiana el primero, según su impulsión de lealtad el segundo, sin someterse a trabas que riñen, además con ese espíritu anárquico latente en el fondo de la psicología española.

Castelar decía con gracia refiriéndose a un hecho de la vida de San Narciso, que España era el país «dónde los santos hacen milagros contra el Papa». Quería dar a entender así, que todos los españoles tienen en la punta de la lengua el arrogante «vive Dios, que pudo ser» del Segismundo de La vida es sueño. No nos falta legislación, pero en ninguna parte estarán las leyes más incumplidas. No hay que acusar de esto al pueblo: el mal, ciertamente, va desde arriba hasta abajo. Unas veces olvido, indeferencia otras, deliberado propósito de infringir las disposiciones legales. Como aquella dama de la corte que al tomar un sorbete en un día muy caluroso exclamaba «¡lástima que no sea pecado!» hay gente que encuentra fruición en reírse de lo que se manda, y prefiere la caza cuando hay veda, y hace gala de entrar donde está prohibido, justamente por el aquel de la prohibición. A esta

corriente nacional se opuso, resuelto, don Antonio Maura. Su actitud fue de estricto legalismo. Venía del foro y mostraba el sentido jurídico que a pesar de las tendencias anárquicas, la raza ha demostrado tan ampliamente en el desarrollo de su mentalidad. Llegaba al poder apoyado en el derecho. «Sagasta en el torcido» repetía humorísticamente Castelar.

«El torcido» vino a representar en nuestro ambiente, la habilidad política. Ir de frente casi siempre es estrellarse; de soslayo se consigue todo. Maura, armonizando singularmente su tipo físico con el moral, aparecía erguido, con un poco de altivez, pero es preciso apresurarse a declarar que sin intransigencias anticuadas. Ninguno de los que nos inclinábamos respetuosos ante su noble apostura, creíamos que tuviese a Maquiavelo a la cabecera de la cama, como libro de consejo, y a veces nos daban tentaciones de lamentarlo.

Maura poseía para subir a donde subió, el arma de una elocuencia distinta de la de Canalejas, pero no inferior, en muchos respectos. Le ayudaba más que a Canalejas, la exterioridad, un aspecto viril y majestuoso de hombre cuya vida es honrada y fecunda, seria y clara como placa de cristal. Maura venía del pueblo; pero del pueblo que trabaja y cree, no del que fermenta en concupiscencia y en rabia. El pueblo (no

la plebe), entre nosotros no se tiene por menos que nadie, y lo sustenta un fuerte y profundo sentimiento de dignidad humana. De tan sana raíz brotó Maura, y en su familia hubo algo de afición artística, pues sus hermanos son grabadores y pintores, y él mismo cultiva (¡cuántas chanzonetas se le han dirigido por ello en la prensa!) la acuarela. Yo he visto algunas muy «réussies».

Pasante de Gamazo primero, casado luego con la hermana de su principal, Maura descolló en el foro, antes de descollar en la política. Hace muchos años que Castelar, que desde aquel tercer piso de la calle de Serrano, licenciadas sus huestes, seguía interviniendo en los acontecimientos y en las luchas parlamentarias, me decía: «Si veo venir un «Miura» por la derecha y un «Maura» por la izquierda, por la derecha voy». Hay que traducir esto, quizá para los lectores americanos: los Miura son o eran los toros de más cuidado que se lidiaban en las plazas españolas, y Castelar quería significarme que Maura era de más cuidado que todos ellos juntos.

Un discurso maravilloso elevó rápidamente a la jefatura del partido conservador, decapitado por el crimen de Angiolillo, al cuñado de don Germán Gamazo. La misma, ruda tenaz oposición que Cánovas sufriera, se alzó contra Maura. No he de hacer aquí una comparación

entre ambos estadistas; sólo debo anotar dos particularidades: que la tarea de don Antonio I fue más fácil que la del segundo, porque encontró al espíritu revolucionario quebrantado, al país ansiando descanso, saboreando las esperanzas de la restauración. El segundo don Antonio venía después de la catástrofe colonial, después del fracaso de muchas ilusiones, en las postrimerías de la regencia, con problemas renovados y otros complicados por la marcha de los tiempos, con las cuestiones sociales que durante los primeros años del mando de Cánovas, no daban mucho que hacer. En cambio, Maura presentaba menos puntos vulnerables que Cánovas del Castillo, para los ataques personales que poco a poco van disolviendo prestigios y desnaturalizando, ante los ojos del público, figuras y grandezas. Cánovas, que visto de cerca infundía cariño y adhesión, que era bueno con la vigorosa bondad de los fuertes, tenía debilidades inocentes. Era muy enamoradizo, hacía versos y la sátira le encontraba el flaco, explotando estas sencillas particularidades, que tampoco dejaron de aprovechar los aduladores.

Maura opuso a la malignidad, fácilmente despierta, el broquel de una vida íntima absolutamente ejemplar, que puede llamarse modelo. Jamás deslumbrando por la elevación a la más alta jerarquía, supo defender y conservar ese asilo grave y puro, un hogar inmaculado.

Y los hogares inmaculados no lo son únicamente (como la gente tiene la vulgaridad de suponer) porque en ellos las mujeres cumplan su deber doméstico a toda hora, sino porque lo cumple también el jefe de la familia. Las transgresiones de éste serán más o menos funestas, más o menos censuradas, comentadas siempre no tan acerbamente como lo serían las de su compañera; pero también en ellas encontrará terreno favorable la inquina de sus adversarios. Don Antonio Maura fue en este punto inatacable. En sus lares no entró ni el bullicio de la vida frívola, ni el oleaje mundano. Gran madrugador él, y amigo de la caza, se retiraba temprano de los saraos, a los cuales por obligación casi forzosa de su cargo se veía obligado a concurrir.

Pero si en este particular nadie pudiera roerle los zancajos, claro es que le formó una leyenda correspondiente, de soberbia, de tiranía de fanatismo clerical, y hasta de crueldad--con acasión del fusilamiento de Ferrer. No vaciló en decir que fue el interés político el que acreditó esta conseja, que la historia rebatirá de lleno. Don Antonio Maura, en muchos respectos, era un hombre a la moderna, y no desmentía su procedencia liberal, que (según se cuenta), le ha recordado, con su vivacidad y travesura juvenil, el conde [de] Romanones, actual jefe del gobierno zaherido por el artículo en que se despide del

poder de don Antonio. Esto de ser liberal, en el sentido europeo de la palabra, unas veces suena a elogio y otras a censura, según quien lo dice y el caso en que lo dice. En boca de Pidal, sería severo reproche lo que en la del conde de Romanones es graciosa chiquillada y desquite.

Si la frase del conde de Romanones ha provocado muchas sonrisas, de liberales satisfechos, las frases de D. Antonio (que tienen el don de hacerlas lapidarias), pasaron en gran número al lenguaje usual, por su relieve y gráfica precisión. En una frase Maura acierta a resumir la esencia de una cuestión discutida, el aspecto más característico de ella. Largo surco abrió la calificaión de «fogatas de virutas», dada a las discusiones periodísticas, ni la de «salpicaduras» con que definió las contingencias para España, de una guerra europea, en la cual no tomaría parte. Otra frase poco conocida suya me citaban no ha mucho, para probarme que, en medio de su legalismo, Maura estaba en sus adentros, más allá de la ley escrita. Como le arguyesen en una ocasión, con una sentencia del tribunal supremo, se le escapó decir: «¿Y qué es una sentencia del supremo? La humorada de un ponente». Esta felicidad y novedad de expresión, la cuento entre las manifestaciones de un espíritu superior, en el cual el carbón se hace diamante. Luminosa y brilladora,

aunque sobria en adornos superfluos, la palabra de Maura arrebataba de admiración de sus oyentes.

¿Por qué se aparta del estado este hombre, que tiene resolución y disposiciones sobradas para la lucha; este hombre de quién su hijo Gabriel me decía, que era un combatiente, y que necesitaba la batalla para respirar? Allá en el siglo XV, Maura, saliendo de su isla natal a bordo de una galera, daría caza a los piratas argelinos, y gastaría, en reñida pelea con el turco, la riqueza de su vigor, hoy desahogado en prosas cinergéticas. Otros presidentes del consejo, Sagasta, el mismo Cánovas, tuvieron más de hombres de gabinete; Sagasta vivió en tertulia de amigos políticos, Cánovas fue un erudito, un sabio, un historiador, Maura, a pesar de su bufete, no parece un sedentario; late en sus arterias una sangre rica, que lleva en disolución moléculas de hierro en abundancia; y, en lo que ya puede llamarse principio de la vejez, ostenta un aire de juventud y una frescura de tez y facciones, que la blancura del cabello y del bigote acentúa. Ni las dudas ni las fatigas del intelectualismo se han escrito en su semblante, que semeja el de un militar vestido de paisano. Y es esta salud, esta sanidad de cuerpo y de mente, esta resistencia a prueba de rudas tareas y de inquietudes que el gobernante no puede esquivar, lo que ve con pena desaparecer del activo de la política una

gran parte de la opinión, casi diré, toda la opinión que no es directamente revolucionaria.

En el pleito entre el hogar y el poder, el hogar ha triunfado. «Soy tan solo, ya, de mi esposa y de mis hijos». En el hogar, se vivía en perpetua zozobra; se creía a todo momento alzado el brazo del asesino, descargando el infame golpe. Y sería inútil negar este peligro, incesante, oculto en la sombra, acechando al paso a los presidentes del consejo, a poco que significasen y valiesen. Si don José Canalejas, desde el otro mundo, puede saber cómo le mataron, su asombro no reconocerá límites. «¿Cómo? ¿Yo que no tenía enemigos? ¿Yo el demócrata, el que no quiso aplicar la pena de muerte, esa pena que ya, gracias a mí no tiene realidad en España? ¿Soy yo en efecto el que el anarquista tumbó en la acera? ¿Yo o don Antonio Maura, el que fue transportado al ministerio de la gobernación, tendido sobre una mesa?» En efecto, es milagroso que, dado el encono de las campañas que contra Maura se hicieron, no fuese él la víctima del seide [sic].

A no mediar otras causas, o mejor dicho concausas, no sería el temor a esta eventualidad lo que moviese a Maura a retirarse, como Coriolano, ante el enemigo. Sus correligionarios le llaman desertor. Hay en el peligro cierta embriaguez especial, y además, los

fuertes confían siempre en su estrella. Cabrera en sus tiempos heroicos, cuando no soñaba en casarse con una inglesa de caoba, sacudía desdeñoso su capa blanca agujereada por diez o doce balazos, para mostrar que era invulnerable. Napoleón alardeaba de jactancias muy parecidas. En los héroes civiles como Maura, el gesto es aun más sencillo: siguen andando, casi sin volver la cabeza, después de que el atentado se frustra. Nadie muere más que una vez, y nadie se muere hasta que Dios quiere. Tal vez un microbio alojado en las fosas nasales, un estreptococo de la pulmonía, es más de temblar que estos alevosos anarquistas de novela, que saltan como las fieras en el bosque virgen; y yo no creo que hayan sido ellos los que tuvieron el honor de dictar a D. Antonio su renuncia.

¿Será más bien una manifestación, prematura, inesperada, de lo que yo he llamado el «yustismo», atreviéndome al neologismo para expresar idea tan española? ¿En cuántos de nuestros hombres más grandes dormita esa tendencia al retiro, esa melancolía ascética que, labrando desde la juventud en el ánimo de Carlos V, le empujó a la soledad de Yuste! «Retirarse», sigue siendo uno de los ideales del alma de nuestra raza, la más peregrina, la más aventurera, la más emprendedora, pero nunca la más perseverante! Nuestras veleidades del retiro son el signo psíquico de nuestra

falta de paciencia, de nuestra propensión a creerlo perdido todo, y a echar como suele decirse, la soga tras el caldero. ¿Quién no ha notado en sí ese instinto de abrazarse a la soledad, de dar al mundo el clásico puntapié? Yo no niego, ni aun examino, porque eso sí que sería enfrascarse en lo político, los agravios y quejas que don Antonio.... Pero creo ver en él, en un hombre tan típicamente peninsular, aunque isleño, el hilo misterioso que, en un momento dado, atrae a los hijos de esta tierra hacia la «descansada vida» de fray Luis.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

97

LA NACION

CRONICAS DE MADRID

LOS HOTELES Y LA VIDA DE HOTEL*

LA "CUESTA DE ENERO"

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1913.

Hace algunos años Madrid carecía de hoteles, al menos de hoteles a la moderna, con edificios construidos a propósito, y servicios refinados, adaptados al patrón extranjero.

Desde que esta deficiencia se ha remediado, mediante la construcción de dos grandes fondas, el Ritz y el Palace, las costumbres evolucionaron un tanto en sentido «yankee». ¿Se ha perdido? ¿Se ha ganado? Acerca de este punto, las opiniones varían, y cada cual

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 9 marzo 1913: 8. No recogido.

defiende la suya con argumentos más o menos convincentes.

Antes de entrar en esta cuestión diré que no conozco todavía el Palace, pues mi reciente y riguroso luto me tiene retraída en casa; pero el Ritz que conocí el año pasado, no me quedó impresión enteramente favorable. La comida era menos que mediocre, y los servicios no guardaban proporción con los excesivos precios. El té costaba medio duro por barba, y venía frío. Debo suponer que se han corregido estas fallas tan visibles, porque hoy se sirven allí banquetes a gente muy copetuda a cada instante y no es posible que ande tan mal y tan escaso, como decía, lo de la bucólica. En cuanto al té, creo que ha bajado su tarifa. Es preciso que aquí se den cuenta los industriales de que, para imitar el «confort» y el «chic» extranjero, no basta cobrar muy caro. Al contrario. La obra cultural de las costumbres es abaratar lo delicado y fino, poniéndolo al alcance de la mayoría.

Respecto a la transformación que han implicado estos grandes hoteles, consiste en algo que no todos aprueban, pero que va infiltrándose en la sociedad. Este algo pudiera llamarse «el obsequio fuera de casa».

La vanidad había ido dificultando las reuniones y fiestas dentro de las casas, porque cada día se

construyen y se amueblan las viviendas con mayor ostentación, a los que no las tienen tan suntuosas, ni tan vastas, ni poseen un servicio impecable, ni los detalles costosísimos y variados que ya exije una recepción de altura, y sobre todo una gran comida, van retrayéndose cerrando poco a poco la puerta para que nadie la cruce. La economía y el amor propio se disfrazan de desanimación, y se practica, al menos en su primera mitad, la sabia sentencia, «cada uno en su casa y Dios en la de todos».

Otra razón ha ido haciendo que las fiestas escaseen. Esta razón son las «coteries». La sociedad, que hará cosa de seis o siete lustros era una, se ha ido fraccionando y segregando núcleos celulares, con vida independiente. Es raro que una célula abandone su núcleo, para adherirse, siquiera momentáneamente, a otro núcleo. Donde están las de Michigánez, ya no están las de Boballínez. ¡No faltaba más! Y como Madrid no es tan extenso, no es París, ni Londres, estas incompatibilidades han dado, por lo menos, un golpe rudo, a las grandes fiestas, como aquellas inolvidables de «la Huerta», bajo Cánovas en las cuales se encontraban juntos los elementos sociales eminentes, en todos los órdenes: aristocracia--empezando por la familia real--banca, ejército, letras, artes, ciencia, prensa, diplomacia, extranjeros ilustres, beldades

ilustres, beldades famosas, cuanto puede atraer y prestar relieve a una recepción. El carácter especial de los «lunes de la Huerta», no ha vuelto a presentarlo tal vez ninguna fiesta en Madrid. Es cierto que tampoco apareció otro Cánovas del Castillo.

Lentamente, la escisión se ha verificado. Los distintos círculos se han cerrado sobre sí. La mayor parte de las reuniones y las de mayores pretensiones de selección fueron reduciéndose a las mismas personas que los dueños de casa reciben a diario y ven a cada hora. Así, poco a poco se reducen las gentes a vivir como dentro de un armario. Alguién ha dicho con gracia, que el ideal, de una reunión cremosa es aquella en que estén completamente solos los dueños de casa.

Completamente solos. Ni con su familia siquiera! Porque esto de lo escogido y lo elegante ha llegado a tales extremos, que muchos prescinden de sus más allegados y no quieren ser vistos con ellos en público. Pudieran citarse casos sumamente divertidos de esta manía.

Volviendo a los hoteles y a la innovación que han traído a las costumbres, diré que han trasladado los bailes y los banquetes, lo más caro de la sociabilidad (exceptuando las cacerías que es otro ramo) y los han sacado del domicilio para instalarlos en esos salones semipúblicos, o públicos del todo, pues realmente un

hotel no es sino una posada con pretensiones, y en la posada y en el mesón entra quien quiere--siempre que pague y no arme escándalo, como don Quijote en la venta al descabezar los cueros del vino.

Es preciso reconocer que este mismo dato, de la publicidad facilita extraordinariamente la vida de la relación mundana. Suprime el cuidado y vigilancia de los dueños de una casa, que son moralmente responsables de lo que en ella sucede, y de las atenciones y galanterías prodigadas a quienes la honran. Que las cosas estén bien o mal, no será cosa suya. Nada de preocupaciones referente a la minuta de la comida, a la maestría del cocinero, a la calidad de los vinos y de los manjares, a la destreza de los servidores. Si vuelcan una salsera sobre un traje o un escote de señora... ¡anda con Dios! ¡Qué torpes son estos hoteles! Si el fuagrás es de Carabanchel y no de Estrasburgo, ¡bah! ya se sabe, ellos han de ganar en todo! Si las raciones son escasas, ¡psh! claro que aquí se escatima... y ni la autenticidad del champaña, ni ninguna otra cuestión de detalle importa. Porque, es justo reconocerlo: uno de los motivos que puede alegar la gente para no obsequiar dentro de sus domésticos lares, es la crítica acerba que los mismos obsequiados no perdonan esa exigencia de perfección y ese desdén hacia lo relativamente bueno que se muestra

a cada instante, por el afán de probar que se entiende de refinamientos y que se posee, hasta las semimínimas la ciencia del arte de vivir... Invitar en un hotel es, pues tener segura la indulgencia, el perdón de los obsequiados.

Es asimismo suprimir todas las censuras que se refieren a la composición del personal. En un baile de hotel, el círculo se extiende sin que la vanidad sufra. Se mira mucho cuando se trata del convite a domicilio, y hasta se toma en cuenta el número de tarjetazos. Los muchachos que danzan, no siempre cumplen esta fórmula de la tarjeta, de la cual se juzgan un tanto exentos por su estado de soltería, y suele suceder que, para los cotillones, se les busca y se le echan memoriales, y hasta se encarga a uno de éstos, en Madrid humorísticamente llamados «pollitos tomateros» y «niños de la gota de leche» de que se traiga a sus colegas a fin de que el baile no se desluzca y las señoritas tengan que valsar el "two steeps" [steps] unas con otras... Ya se comprende que el hotel todo lo facilita. No hace falta «ser visita» de nadie para asistir. Las rigideces del trato social se relajan, y no se piensa sino en el divertirse y pasarlo bien, libre el cuello del dogal de la inquietud vanidosa.

Sin duda debe alabarse la transformación. Un poco de alegría y cómodo esparcimiento no están demás. En

diversiones, como en todo, lo mejor es enemigo de lo bueno. Y si por tanto afinar, por tanto exigir en las casas donde se recibe la sociedad languidecía--entristecida ya este año por la muerte de la pobre infanta María Teresa tan sentida de todos--conviene que los hoteles sean un centro neutral donde se pasen bien las horas que no se sabía cómo entretener.

Digo la infanta Teresa... Pudiera agregar a ese dulce y querido nombre, otros muchos porque este año la segadora ha recogido abundante cosecha, tal vez, tal vez por lo mismo que se perdió la que los labradores pensaban guardar en sus trojes... En una tienda muy concurrida de Madrid observé con sorpresa el mostrador todo cubierto de negrás telas, y las compradoras enlutadas sin excepción. «No hemos vendido este año»--me dijo el dueño--sino lana negra; ni seda; el «stock» de nuestras sedas negras hállase casi intacto...» Y en el tinte, lo averigüé después igualmente, las cubas no han hecho más que transformar en negrura los colores. Nótese que Madrid es un pueblo donde se tiñe mucho de granate, de marrón de verde, de vivos tonos. Y no se ve ahora en el vasto "hall" de la gran tintorería, otra cosa que fúnebres trapos colgantes, como millones de ahorcados envueltos en sudarios de tinieblas...

La curiosidad me indujo a preguntar a los médicos y confirmaron el dato de la inusitada mortalidad, sin

explicarse sus causas. ¿Es la grippe? ¿Es la sequía? ¿Es el exceso de la lluvia? Nadie lo sabe. Lo cierto es que tales circunstancias y la agravación de los impuestos han influído para que los teatros en esta época del año que se llama «la cuesta de enero», estén más vacíos y su situación parezca aún más penosa que de costumbre. Y cuenta que es Madrid de la ciudades aficionadas al teatro. Seguramente un parisiense genuino no se da el lujo de «spectacle» tres veces al año, mientras el madrileño habita en Eslava, Apolo, Lara y varios e innumerables teatrillos y «cines». Existen familias que creerían morirse de tedio si no pudiesen frecuentar los teatros. No es la aristocracia, es la clase media y el pueblo quien sostiene, en su mayor parte, a los teatros de segundo orden. Por eso el error de los empresarios llegó al máximo cuando recientes disposiciones limitaron el número de las entradas a las localidades altas y baratas. Veían en la medida la ruina segura. Es la turbamulta, o, como se dice en Francia, el «menu fretesi», lo que permite a la taquilla de un teatro «defenderse». No basta tener llenos los palcos, ni las butacas. La cazuela ha de colmarse.

No se sabe en qué vendrá a parar esta crisis de los teatros matritenses. Ello es que hay demasiados, que forman demasiadas compañías, que la competencia va

siendo formidable, que el público se subdivide, atraído aquí o allá, por sus aficciones y predilecciones especiales, y que además el estado y el municipio cargan de gabelas al teatro, y teniendo las empresas que trasladar la carga a los hombros de los espectadores, éstos van encontrando que pesa demás...

Debiéramos deplorar tal estado de cosas, si creyésemos que en ello le va mucho al arte. Por desgracia no podemos suponerlo fundadamente. El arte en el teatro, cada día decae, desaparece. Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero están poniendo en escena El misterio del cuarto amarillo. ¡Ellos, que salieron a los atrios de la fama con Calderón, Tirso y Lope! Sí, a eso hemos llegado: ¡María y Fernando, rindiendo tributo a estas imposiciones del mal gusto ambiente, a estos folletines policíacos, o mejor dijéramos acertijos en forma novelesca, que inundan el mercado de libros y van a inundar la escena también de drama de género Conan Doyle! Y si el abad juega a los naipes, ¿qué no harán los frailes?... Los demás teatros siguen la corriente; Lara, donde la gracia castiza de Vital Aza corrió en arroyos de sal, presenta danzarinas, prestidigitadores y en breve presentará un mono sabio... Todos son cines, «varietes», cupletistas, dúos, tríos, excéntricos, sicalipsis... Y no le echo en cara a la sicalipsis lo que todos suelen

echarle--que corrompe--sino otra cosa acaso peor--que vuelve ineptos a sus aficionados...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

LA OBRA PERIODISTICA
DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN
PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION
(BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATE

Volume IV

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

98

CRONICAS DE MADRID

LA PRESIDENCIA DEL ATENEO*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1913.

La muerte del prestigoso presidente del Ateneo de Madrid, don Segismundo Moret y Prendergast, ha suscitado una cuestión palpitante, de la cual estos días se habla casi exclusivamente en Madrid: la de quién ha de reemplazar al muerto.

A vivir don José Canalejas, creo que se le hubiese designado por unanimidad; sus perseverantes aficiones intelectuales, su condición de hombre de gabinete (desmentida, es cierto, por sus andanzas políticas), sus relevantes dotes oratorias, le señalaban especialmente para el cargo. Pero la gran imprevista, la Segadora, hizo la jugarreta de llevarse primero a Canalejas que a Moret... contando éste largos años, y hallándose aquel en la plenitud de la edad viril. Una

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 24 marzo 1913: 5-6. No recogido.

gitana que lo vaticinase, no hubiese sido creída. Y en verdad no fue obra de la naturaleza, sino de la violencia, tan extraña anticipación.

Ello es que, al faltar Canalejas y al desaparecer Moret, entre los ateneístas de altura, sólo uno reunía las especialísimas circunstancias que el cargo requiere. Me refiero al conde de Romanones, actual presidente del consejo de ministros. Parecía descontento que a él se le confiriese la presidencia.

No se podía pensar en don Antonio Maura, entre otras cosas, porque no es socio. Tampoco en Gabriel Maura, demasiado joven. Menos en Montero Ríos, que hace un vida abrigada y retraída, de anciano con achaques, Romanones en la mejor edad, animoso lleno de iniciativas, era que ni de encargo para el puesto. El Ateneo, bajo su dirección, podía prometerse días de prosperidad.

No lo entendieron así los elementos jóvenes del Ateneo. Yo respeto los sentimientos que movieron a estos elementos jóvenes. Su entusiamo por don Santiago Ramón y Cajal lo compartimos todos los buenos españoles, huelga decirlo. Yo, especialmente, me distingo en admirar y respetar el eminente histólogo. ¿Por qué se acentúa tanto en nosotros, hacia él la admiración y el respeto? La razón es bien sencilla. A España se le ha discutido y negado el blasón

científico, y nuestra mala reputación, en este particular, puede hacer creer, en el extranjero, que estamos más escasos de hombres ilustre en ciencia, de lo que estamos en efecto. Al revelarse una personalidad como don Santiago, a quien se tributa en el mundo todo el honor que merece, es natural que nos encampanemos y engríamos un poco, y miremos su gloria como causa propia de cada uno. No tiene pues nada de sorprendente que los elementos jóvenes del Ateneo quisiesen exteriorizar su simpatía al maestro, votándole para presidirles.

Sin embargo, causa alguna extrañeza el que esta actitud persistiese, después de la renuncia expresa de Ramón y Cajal, que manifestó de modo más claro que no admitiría. El cargo, dijo reiteradamente, no era compatible con sus absorbentes trabajos. Sin embargo, sus partidarios continuaron laborando la candidatura, y, como pelearon con más ardor que los defensores de la otra, ganaron por veinte o por veintiún votos, si no me engaño de diferencia. La votación fue animadísima, efervescente, ruidosa; hasta en la calle se repartían candidaturas impresas; por los pasillos no se podía andar. Pocas veces habrán votado tantos socios, pues generalmente entre muy corto número se arreglan las interioridades de la docta casa.

Romanones adoptó la solicitud más gallarda y airosa ante la primera derrota electoral que ha sufrido

en su vida. Aunque nadie supone que la cuestión revistiese para él importancia capital, pudo el fracaso infundirle ese agrio mal humor que caracteriza a los vanidosos en casos tales. El conde tiene demasiado talento y penetración para no darse cuenta de móviles y circunstancias. «Han derrotado--vino a decir--al presidente del consejo, a quien han combatido porque lo es... Y yo encuentro hasta gracioso este rasgo de independencia del Ateneo». Así habla la gente que oye crecer la hierba.

Pero ha sucedido lo que tenía que suceder, Cajal, persona que cuando dice digo no dice Diego, persistió en su resolución de no aceptar. El conde, si ahora, en nuevas elecciones jugase su nombre, parece que tampoco aceptaría. Y el Ateneo se ha quedado sin un presidente que pudiera darle un empujón, por medio de la protección oficial, que necesita esta honrada sociedad, en la cual no se juega--siendo bien notorio que el juego es base de la prosperidad de otras muchas--Se ha puesto de moda afectar desdén al Ateneo, pero aquí no hay que hacer caso de desdenes: son formas de la envidia y del despecho, por lo común. El Ateneo, en efecto, reúne lo más granado de la intelectualidad y también de la sociedad y de la política en la lista de sus socios. No hay cuestión que allí no haya agitado, no hay prestigio que no haya subido a la tribuna, no

hay más vida cerebral, en Madrid, que la que allí diariamente se desenvuelve. Su biblioteca numerosa y concurridísima, bastaría para hacer necesaria la existencia del Ateneo, pues en ninguna parte se nutre como allí la mocedad de sustancia de libros. Puede el Ateneo, como institución humana que es, alcanzar más brillo en unos períodos que en otros de su historia; pero hay en él un núcleo de vida y estas mismas batallas, que resuenan en Madrid y más allá de Madrid, descubren la energía vital que en el Ateneo reside.

Claro que un centro que cuenta ya con tan gloriosas tradiciones hará milagros si no le falta dinero. Para ampliar su biblioteca, ya insuficiente al número de lectores; para mejorar su local, de condiciones muy deficiente; para poseer un jardín que pudiese rivalizar con los de Academo y dar en tiempo de calor un poco de desahogo y expansión a los socios, enchiquerados en cerradas estancias donde se condensa el humo del tabaco; para adquirir libros; para todo, en suma, el dinero se necesita. Y como quiera que aquí no existen esos próvidos millonarios de los Estados Unidos, que en un abrir y cerrar de ojos sueltan un par de millones para una universidad o un establecimiento análogo, sólo el estado tiene fuerzas con que atender a que nuestra primera sociedad intelectual no caiga en marasmo por falta de aceite en las lámparas de sus veladas estudiosas.

Nadie mejor reavivaría esta sacra lámpara que el conde Romanones. Si alguien lo dudase pudo convencerse de ello al leer su carta tan franca, al conocer el resultado de la votación del Ateneo. Como señal de que no quedaba enojo en su ánimo, ofreció a la casa diez mil pesetas, de su peculio personal para mejorar la biblioteca.

Siempre han sido los políticos de primera fila protectores y valederos del Ateneo. En este particular hizo prodigios Cánovas del Castillo, que se contó entre los más entusiastas ateneístas. El fundó la escuela de estudios superiores, en la cual ejerció el profesorado, enseñando literatura francesa contemporánea.

La cuestión está pendiente ¿Quién va a presidir? No pudo ocultarse que es un problema.

Y ya que hoy estamos en terreno de intelectualismo, diré que en Madrid menudean las conferencias, o, por mejor decir, las series de conferencias, que es una bendición. El Centro de defensa social ha organizado una de estas series en la Academia de Jurisprudencia. Son dedicadas a las señoras de la buena sociedad, o "first class ladyes". [ladies] Las había de inaugurar don Eduardo Dato, persona de la más exquisita comprensión, y, aunque conservador, de muy modernos ideales; pero por no sé qué perfidia de la "grippe", no pudo asistir, y le

substituyó, no como se ha dicho malignamente, en calidad de "sobresaliente de espada", sino porque era su turno, don Alejandro Pidal, presidente de la Academia Española. La oración de Pidal nos puso el corazón en un puño y el alma en prensa. Nada menos que nos anunció, como suceso que no puede tardar en ocurrir, que está decretado otro diluvio como el de marras. Yo me había sospechado algo de esto, el año pasado, en Galicia, cuando llovía a mares y se nos perdía la cosecha de todo género, y no podíamos ni asomar un pie fuera de casa. Sólo que pensé que se tratase de un diluvio natural, metereológico, y el que Pidal nos brinda es un diluvio sobrenatural, al menos en su origen: un diluvio que va a sumergirnos, porque somos más malos que la quina, y sólo así se castigará condignamente nuestra perversidad. Y menos mal que eligió mi respetado amigo la vía húmeda, porque yo presumo que la lluvia de fuego de Sodoma y demás ciudades de la Pentápolis sería peor género de muerte.

Hablando formalmente, no me explico que se muestre tan pesimista don Alendro Pidal. Ni de su época, ni de suerte puede tener queja alguna. Está rodeado de bienes, de halagos y hasta ha realizado el ideal de librarse de lo candente y peligroso de la política, sin perder la enorme y positiva influencia que ejerce, especialmente en Asturias; ignoro por qué nos quiere

anegar, sin que ni aun indique la esperanza de un arca en que se libre de la muerte algún justo. Tal vez, llegado el fatal instante, acudiera Pidal al aeroplano, aunque por modernista le disguste el artefacto salvador.

De las demás series de conferencias que se anuncian, recuerdo las organizadas por los alumnos de la escuela superior del magisterio, y revestirán carácter pedagógico; las que, en primavera, se dan en la universidad, por profesores de la de Toulouse, y tiene la esencial nota de la crítica literaria; las que van a organizarse en el Palace Hotel, y serán en idiomas extranjeros, y en las cuales el abate Sicart va a hablar de la gran sociedad francesa del siglo XVII, evocando los salones de las «précieuses», la corte de Luis XIV, el drama de los venenos y otros aspectos históricos, aunque conocidos, siempre interesantes; y las más importantes del Centro de Cultura hispanoamericana, que, nacido en cierto modo de la Unión Ibero-Americana, se ha creado su vida independiente, mucho más activa y fecunda.

Todo esto parece que revela algo de renacimiento y mejora en las aficciones del público. Hace años, no creo que existiese ambiente bastante para tanta conferencia; ahora la gente demuestra verdadero interés en oír disertar. Esto es sin duda excelente síntoma.

Si en el teatro, por ejemplo, lamentamos una decadencia profunda, acaso por las conferencias suba el nivel intelectual.

Las señoras, la más elegantes, han demostrado en Madrid, cierto interés por las conferencias. En mi cátedra de literatura francesa fue tal el número de señoras matriculadas, que el público ingeniosamente, dio a aquellas clases el nombre de «los lunes de doña Emilia» Dicho sea, cuánto me agrada que las señoras vayan por el camino de escuchar, que es el de aprender, o por lo menos, de fomentar la afición a los estudios, a la cultura general. La mujer española es muy inteligente, y poco ha menester para llegar a contraer aficiones, sean literarias o artísticas. Por eso siento que don Alejandro me las asuste, con sus apocalípticas profecías de diluvios y maldiciones celestes. Si las señoras elegantes dan por hecho que nos vamos a ahogar, se les importará un ardite de aprender ni ortografía.

Cuando mañana se inauguren las conferencias pedagógicas en el Ateneo, con una del ministro de instrucción pública, yo creo que el espíritu de Moret asistirá, vagará por aquel salón, por aquellos pasillos, pues de cierto no hubo hombre que mejor realizase el tipo de ateneísta profesional. Hasta la última hora de su vida, estuvo en la brecha,

sosteniendo con su elocuencia incomparable el lucimiento de la sociedad, y cumpliendo su misión con infatigable cariño. Yo no sé si la parte que don Juan Valera llamaría de crematística, la dominaba Moret tanto como la de representación; se me figura que la desdeñaba; pero en el terreno propio de un presidente de altura, no le hubo más ornamental.

Con las señales de resurgimiento que he recontado, coincide la publicación de algunos libros dignos de mencionarse, y de los cuales hablaré otro día. Pero no quiero omitir un hecho curioso, que significa algo; por lo menos, revela que las cuestiones de pedagogía también van fijando la atención, siquiera esta atención sea en gran parte atribuible al aspecto político y social que en el fondo reviste el asunto.

Me refiero al congreso pedagógico que viene anunciándose, y en el cual habían de tomar parte elementos que, sin dejar de ser eminentes y considerables en pedagogía, eran y son muy significativos en política. La Liga o Unión (no estoy muy cierta del nombre exacto) para la enseñanza en Bélgica, se ha señalado por sus campañas ferreristas, y por sus ideas radicales. Claro es que si la venida de sabios profesores belgas no tuviese otro fin que el de tratar cuestiones realmente pedagógicas, sería ocioso preguntarles su matiz político, pues esto a nadie le importa.

Pero temió mucha gente--y no ciertamente la más reaccionaria--que se produjese confusión y que el acontecimiento, de científico, degenerase en político. Y entonces sucedió algo significativo: y fue que se inscribieron para el congreso, más de ocho mil y pico de congresistas, número apenas creíble. Y se inscribieron, según fama, para contrarrestar el giro bastardo que pudiese tomar la asamblea. Y los organizadores sin duda se preocuparon, y el congreso aplazóse una vez más.

Todo esto es vida. Vivir, es tener opiniones, deseos, aspiraciones, ideas, y estar pronto a defenderlas y a exteriorizarlas. Lo peor de todo es el coma. Bien lo saben lo médicos que le temen más que a la calentura.

No me gustará ciertamente, que se convierta en campo de Agramante mi país; demasiado lo ha sido por largos años. La lucha que le deseo, es pacífica, dentro de la legalidad, sin sangre y sin que se interrumpa ninguna de las funciones sociales. Y, como soy muy tolerante no estoy inclinada a anatematizar cosa alguna... excepto la ignorancia y la estupidez. Que cada cual, es frase de Sanz de Río «diga su hecho».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

99

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Si la actividad intelectual y la fecundidad literaria de un país se midiesen por el número de libros publicados, España no saldría mal librada de esta cuenta. Existen en Madrid muy numerosas imprentas, y para todas sobra trabajo. Y no hablemos de Barcelona donde las prensas sudan copiosamente. Oímos decir que no se lee, que no se escribe. Nadie lo creyera, ni nadie comprendería, a creerlo, por qué llueven tantos volúmenes sobre la mesa de los críticos, que no pudieran bastar a la faena si cumpliesen escrupulosamente la delicada función de lo que antes solía nombrarse «su sacerdocio».

Claro es que de tantos libros, puede decirse lo que de sus epigramas dijo Marcial:

«Sunt bona, sunt mediocría, sunt mala plura.»

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 abril 1913: 9. No recogido.

Habría que contar entre los fenómenos más sorprendentes que cuanto libro sale a luz mereciese pasar a la posteridad, entre lauros y palmas. Cada año ve aparecer algunos que acaso no morirán, aunque siempre sea aventurado hacer suposiciones respecto a lo futuro, y yo acabo de repasar un artículo de Azorín--de quien voy a tener ocasión de hablar,--donde este escritor afirma que ya no es posible leer a Alarcón ni a Fernán Caballero, porque son demasiado claros, enumerativos y narrativos ambos novelistas. Opinión que contrasta con la de los editores y empresarios, que entienden que al público no le hace maldita la gracia el estilo sinuoso y envuelto, y la manera de llegar hasta las multitudes, es hablar como el arroyo, con son cristalino. Y ya que he nombrado a Azorín, empezaré por él, pues tengo a la vista dos volúmenes recientes, Lecturas españolas y Castilla.

Azorín, en nuestras letras tiene una nota propia, característica. Es el descubridor, de Castilla, y de Aragón también. Lo más recio, forjado y martillado de nuestra nacionalidad. Esa faz castellana, enjuta y gris, que parece pintada por el Greco; esa faz aragonesa, aguileña, severa, de líneas clásicas, que parece un gran bronce romano, le han impresionado y las estudia desde hace años,--sobre todo la primera,-- encontrando en ellas la línea de unidad de su

literatura. Disfruta un goce meditabundo en retratar los pueblos solitarios, impregnados de melancolía secular; en dar la sensación de sus escasos ruidos, de sus expresivos silencios, de su existir amodorrado, que no ha cambiado desde el siglo XVI. Yo creo que Azorín--aunque habla de sus deseos de que salga España del marasmo secular, por medio de millares y millares de hombres ávidos de conocer y comprender,--sentiría mucho que le despertasen a su dormida princesa, porque entonces, lo más insinuante de sus impresiones desaparecería. Las cosas son bellas cuando son inútiles, y acaso más bellas aun cuando son perjudiciales. Así, muchos que como Azorín sentimos la poesía de ese propio «marasmo secular» que a tantas consideraciones históricas se presta, hemos vivido siempre fluctuando entre reprobar duramente un estado que nos originaba sensaciones delicadas y artísticas, o entusiasmarnos con él, sin pensar en despertares ni en regeneraciones. A veces, por ejemplo en la fecha luctuosa de 1898, la indignación patriótica pudo más, y tomamos parte en la obra de Costa y de otros muchos; a veces, desalentados, nos retiramos al alcázar de nuestra estética especial, y en él moramos, como Belerma en la cueva misteriosa. Pensamos acaso con Gracián,--y no dirá Azorín que no le cito sus autores predilectos; que conviene saber excusar pesares, y que

nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera.

Yo sospecho que Azorín ni aun por momentos se haya sentido regenerador. Es un dilettante, un artista frente al modelo. En la contemplación de ese modelo encuentra un placer que no es compatible con la propaganda de soluciones, de adelantos, de cambios. ¡Cambios en Castilla! Sería gran lástima. Ahora desnúdenme ustedes a este elegante personaje de capa y espada, ahora friégenme y den masaje a ese demacrado individuo que el Greco arrojó lívido y amarillento como cera rancia sobre un bituminoso fondo! ¡Ahora vayan y vístanle ropa de día, la fea americana, la corbata risible, y esparzan sobre su rostro el tinte de vulgaridad que presta a las fisonomías actuales la falta de sentimiento, tan hondo en los retratos de antaño! Y Azorín se dará al demonio. No transigirá con que le quiten «el dolorido sentir» Porque le gusta precisamente que suceda lo que describe en un artículo titulado «Una ciudad y un ...»; que siempre, al través de las generaciones y de los siglos, haya un caballero sentado en un sillón, con los ojos velados por una profunda tristeza y el codo apoyado en la palma de la mano. Ese caballero, bien puede ser el espíritu de España. Dadle a Azorín una España de sangre roja y frescas arterias, y de fijo sufre en su ideal. Tal es,

por lo menos, el convencimiento que he adquirido al cerrar sus últimos y muy interesantes libros, que evocan paisajes con alma y hombres cuya originalidad consiste en estar penetrados del alma de la tierra.

Desde Azorín hasta Ramón Pérez de Ayala, la transición no es tan violenta como pudiera suponerse. Hoy que no existe solidaridad de escuela entre los escritores, que cada cual se las bandea como puede, no por eso dejan de advertirse ciertas conexiones nacidas de causas circunstanciales, que no impiden la gran libertad de todos en todo. Nunca se ha escrito más sin trabas, y la tolerancia con el libro me parece ya un signo de los tiempos.

Ramón Pérez de Ayala, que cuando mocete no dejó de cultivar las Musas, ahora parece enteramente dedicado a la novela. Esta que acabo de recibir, se titula Troteras y danzaderas, y es la cuarta que su autor, todavía bastante joven, publica. El título está inspirado en el léxico sabroso de un viejo autor castellano nacido como Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares, y del cual poco se sabe, excepto que se llamó Juan Ruiz y es conocido por el Arcipreste de Hita. Hoy, en la reacción hacia las fuentes de la literatura, del habla y de la nacionalidad, logran gran elogio, acaso un tanto hiperbólico, Juan Ruiz y Gonzalo de Berceo. Los escritores nuevos convienen en admirar a

los dos ingenuos poetas primitivos, los versos de Pérez de Ayala, eran un homenaje al cantor del prado.

«verde e bien sencido, de flores bien poblado»

y esta novela lleva al frente una cita del sentencioso cantor de doña Endrina, don Melón y doña Venus.

Como Azorín--y como tantos--Pérez de Ayala se pregunta en esta novela ¿qué ha producido España? Y en vez de responder, como Azorín, que ha producido caballeros que apoyan el rostro en la palma de la mano y ensueñan en un balcón, velados los ojos por tristeza infinita. Pérez de Ayala dice: ha producido troteras y danzaderas; mozas del partido y damas del honor averiado...

Lo singular es que por acá creemos que, en este género lo fino y lo variado nos viene de Francia, o al menos, por Francia tiene que pasar para recriarse con la elegancia y arte con que se recriaron la Otero y otras bellas. No ignoramos, por mucho que nos hagamos los distraídos, que troteras y danzaderas no faltan en parte alguna del mundo civilizado. En Londres es tal su pulular, que la policía ha tenido que inmiscuirse en el asunto.

Dejando aparte este punto comprometido, diré que la novela de Pérez Ayala es un conjunto extremadamente

pesimista. A veces se inclina a la alegría de lo picaresco; la más, reviste el cuadro de costumbres tonos sombríos, secamente amargos. Se me dirá que no puede menos de suceder así, cuando se refleja cierto ambiente. No otro reflejaron, por lo general, nuestros clásicos de la novela, complaciéndose en retratar hampones, chiquiznaques, galeotes, anzuelos de bolsas, Tolosas, Molineras, tías fingidas, Pipotas, Manipodios, pero en ese mundo inferior y de picardía no hay amargura ni desolación; hasta hay cordialidad. Y lo mismo diré de los «bajos fondos» de Gorky. El temperamento de Pérez Ayala es otro: hallo en él más acedía, lo cual ni quita ni pone a sus méritos.

Otra observación puede hacerse sobre Pérez de Ayala. Siendo un escritor muy crudo y mostrando inclinación a estudiar asuntos nada recatados; no teniendo gran provisión de indulgencia y simpatía, sacando a plaza preferentemente troteras, danzaderas, vulpejas y celestinas--no es un escritor erótico; no se complace en las pinturas recargadas, con morosidad, prendiéndose las patas en la turbia miel del vicio; se comprende que no le emociona ni le arrastra la descripción que hace. En medio de su crudeza, Pérez de Ayala es tan casto en el fondo como Azorín, el cual lo es en el fondo y en la forma, por completo.

En la novela de Pérez de Ayala hay algo de clave; es decir salen personajes a quienes puede aplicarse un

nombre en el mundo de las letras. No es difícil reconocer a Valle Inclán y a algunas otras figuras episódicas que se esbozan un momento. El poeta, protagonista del libro, se parece al autor. Quizá haya en sus amoríos con la «cocotte» Rosina, algo de autobiografía. Sean o no fundadas estas conjeturas, la novela produce fuerte impresión de realidad; y con este breve elogio la doy por juzgada.

Es más joven aún Alvaro Alcalá Galiano, autor del libro Del ideal y de la vida, segundo que da a la prensa. Se compone de ensayos sueltos, de artículos publicados en algún periódico, de impresiones de viaje; es el cuaderno del dibujante que va anotando lo que sus ojos ven o dando forma a lo que cruza por su cerebro. Y la impresión que de estas notas se desprende es más pesimista que ninguna, aunque esté velada por la fina reserva del hombre de alta sociedad y contenida por los respetos que tanto cohiben a la gente de posición, y que no conoce el bohemio de cervecería.

Alvaro Alcalá Galiano, al mirar a su patria la ve envuelta en las «sombras del crepúsculo» y a poco más, si tuviese la morbosa sensibilidad de Azorín, la vería en el balcón del dolor, pintada por Domenico Theotocopuli. Hay un aspecto crepuscular en que Alvaro Alcalá Galiano encuentra algo más triste que la tristeza: es la alegría fofa, la broma amanerada, el

chungue eterno de Madrid y de todas partes, la horrible tiranía del chiste, la lluvia de sal que nos petrifica en la frívola actitud arlequinesca. Sí, esa alegría alambicada, madre de los colmos, es cien veces más hipocondríaca que todos los tonos verdosos y abetunados de los pintores de nuestra trágica dignidad...

Yo estoy de acuerdo en bastantes puntos de vista con el joven crítico. Su obra me parece muy digna de ser leída, porque aparte de estar bien escrita, es altamente sincera. No la cohibe ni la disciplina de partido--a pesar de tratarse de un sobrino carnal de Cánovas, criado en el cogollo de lo conservador y de lo «bien pensante»--ni el espíritu de secta, ni temores, ni reparos, y al mismo tiempo, no hay en esas páginas retos ni iconoclastismo insolente. Es un observador el que habla; y habla desde su propia conciencia.

Hay cuestiones en que se queda más atrás que su anciano padre, el conde de Casa Valencia, campeón noble y desinteresado del feminismo, y hay otras en que seguro habrá escandalizado un poco a su «entourage» y se habrá atraído algún capirotazo afectuoso y enojado de alguna amiga respetable, muy conocida en los círculos de la sociedad. Porque defender a Salomé, la tragedia de Oscar Wilde, de esa acusación monótona de inmoralidad, que no ha perdido nada de su terrible fuerza inerte, desde que viene formulándose contra los

escritores y los artistas! ¡Recordarles a las señoras que no se asusten de los toros y se asustan de una cabeza de cartón!

Cuando oigo decir que España adelanta, y sobre todo, cuando con mis ojos lo veo, porque premioso y desigual el adelanto no puede negarse, pienso que estos escritores como Azorín, como Pérez de Ayala, como Alcalá Galiano, tan diferentes en sus retóricas, en sus procedimientos, en su idealidad íntima, y tan semejantes en la saturación de ajeno que revelan sus páginas, en su convicción de que nuestro sol se ha puesto, declinando para dejar sobrevivir la larga y lenta penumbra, que presagia la noche. ¿Tienen razón? ¿Asistimos a un caso irremediable, o a un renacimiento?

¿Quién descifrará el enigma del porvenir? Es indudable que el siglo XX reserva sorpresas, que estamos en un recodo de la historia y no podemos ver hacia dónde continúa el camino. Hay un hecho de incalculable trascendencia, y está realizándose ahora mismo; y no es sino la continuación de Lepanto, por medio de algunas naciones nuevas y semirrústicas, ya que no salvajes, que han acabado de romper la famosa tenaza por la parte de Turquía mientras nosotros y los franceses la quebrábamos en el norte de Africa. Lo significativo de este caso pudiera ser que el cristianismo, llegado al término de su desarrollo

social, rechazase del límite de la civilización a los pueblos que han hecho sierva a la mujer (en lo cual estriba su inadaptación a la vida moderna). De este suceso histórico tan grande, nacerán naciones nuevas, complementarias de la vieja Europa, y nosotros podremos inspirarnos en el ejemplo de ellas y en de las que se han regenerado, como Italia para rehacer a nuestra vez la prosperidad de nuestra península.

Una generación o dos le bastaron al Japón y a Italia para conseguirlo, y quizá le basten a Bulgaria Servia y Montenegro para aspirar a un puesto honroso entre las naciones cultas. Al fin y al cabo, más elementos tenemos nosotros que Bulgaria para hacer este milagro.

Tal vez el mayor estorbo que nos impida sea la risa de nuestra frivolidad. Naciones e individuos ha menester, ante todo, tomarse por lo serio a sí mismos. Y la tarea del que quiere sanar, triunfar, adelantarse ¡es una cosa seria!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

100

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1913.

Anda estos días revueltísimo el gallinero literario-dramático, con motivo de la cuestión de El embrujado, de Valle Inclán.

Esta comedia o drama que no ha llegado ha subir a escena, mete todo el ruido que no consiguieron los estrenados y representados varias veces, durante esta temporada lánguida e infecunda. Si fue lo que Valle Inclán se propuso, confesemos que lo consiguió plenamente.

Y es que para atraer la atención, para combatir la apatía, se necesita atacar a alguien, arremeter contra alguno o algunos, drama real de intereses y pasiones. Dos que disputan, en la calle, lograrán siempre que alrededor se apiñe la multitud.

La cuestión de El embrujado, por otra parte, es de esas en que prescindiendo de detalles y circunstancias

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 abril 1913: 8. No recogido.

menudas, lleva razón, o parte de la razón, al menos toca el mundo. Lleva razón Valle Inclán en querer que le pongan en escena su obra, porque el talento posee derechos legítimos. Lleva razón la empresa, D. Benito Pérez Galdós y Da. Maltilde Moreno, en pensar, antes de ponerla, si les conviene o no para los fines esenciales de toda industria. Yo hubiese dicho que cualquier empresa madrileña debía felicitarse de poseer una obra de Valle Inclán. Pero, en los saloncillos se dice otra cosa. Valle Inclán no es de los autores de «taquilla»; no deja rendimiento; hasta pérdida deja a veces. Y el dinero, cada día, impone más tiránicamente sus exigencias. Hay, en el fondo de la mayor parte de los problemas que aquí se agitan, la palpitación de un malestar económico, el latido penoso de esa escasez de recursos que, proporcional y relativamente, sufren todos o casi todos los elementos sociales, con excepción de unos cuantos privilegiados. No se oye hablar, en realidad, más que de dinero, o porque falta, o porque se trata de adquirirlo y agenciarlo, a toda costa. Anda el ayuntamiento de Madrid dándose de calabazadas para arbitrar recursos, porque habiendo suprimido por móviles políticos el impuesto de consumos, y establecido para substituirlo el de inquilinato, no hay manera de hacerlo efectivo, tales son las resistencias y lamentaciones del vecindario, al

cual no hay sutiles razonamientos económicos que le demuestren que ha ganado algo con la famosa abolición, pues ve por sus ojos, que no le engañan, cómo los artículos antes gravados por los consumos cuestan lo mismo o más, y encima le soplan otro nuevo recargo. Las cargas suben, y no es posible que de esta angustia no se resienta todo, hasta el arte, y afines igualmente espirituales de la vida, pero que necesitan encarnar en lo material. El teatro sufre recargos crecidos, con la circunstancia agravante de que el recargo se atribuye a la beneficencia, y sólo una mínima parte de tan loable objeto se dedica. Y el arte escénico, o mejor dicho las empresas teatrales que de él se sustentan, padecen esta crisis honda porque la gente empieza a retraerse, a alarmarse del continuo encarecimiento de las localidades. No ha existido, ciertamente, pueblo más aficionado al teatro que Madrid. Los franceses van al «espectacle» una vez al mes, y acaso ni eso; en Madrid, desde que se implantaron los teatros por hora, con sus precios módicos, familias modestas no recelaban abonarse; el teatro, el café, llenaban las noches de Madrid. Comienza a modificarse este estado de cosas, y a medida que cada día trae un aumento, porque el fisco--represéntelo el ayuntamiento o represéntelo el estado--exige para sí la parte del león. Este año los teatros amenazaron, a principio de temporada con cerrar

sus puertas.

La tendencia de los nuevos impuestos es a recargar a los ricos, a las clases adineradas, a las superfluidades, lujos y goces. Yo no entiendo de hacienda, pero sencillamente el buen sentido me dice que, aun cuando a primera vista parezca equitativo castigar más al rico que al pobre, el sistema no puede surtir efecto; primero, por razones numéricas, pues los ricos son pocos, y segundo porque el retraimiento de gastos a que se obliga a esas clases acomodadas con la exacción, redunda en perjuicio del trabajador, el cual tiene (aun cuando parezca una paradoja), interés en que haya muchos poderosos y opulentos, y en que éstos no teman gastar en salarios, limosnas, propinas, teatros, banquetes, y todo género de lujos y delicias, que fomentan industrias y trabajos, y sostienen a millares de individuos menesterosos.

Y lo positivo es que los ricos, en España, siempre se cuentan por los dedos. Aquí no hay grandes fortunas. Los economistas que hablan de España como Lloyd George de Inglaterra son graciosos. La gente de mediana posición, en cambio, no es poca, aunque no tanta, ni mucho menos, como en Francia, donde abunda increíblemente. Aquí la mayoría vive atenida a un sueldo, a una renta pequeña, a una industria trabajosamente sostenida, a algo que puede

desequilibrar un impuesto desacertado. Yo no creo que toda España esté de acuerdo para exhalar una queja, si esa queja no tiene base en la realidad. Y la queja de los impuestos exagerados resuena, monótona, triste, no ya en Madrid, sino en la península entera. El estado se lleva la grosura y el sudor de los administrados, y como el caciquismo agrava el problema haciendo desigual el reparto de las cargas. La ruina es inminente. Lo peor es que a veces se trasluce, en un relámpago, el destino que se da a lo que el país con fatigas de muerte rinde al fisco. En la confusa selva de los presupuestos, corren gazapos y alimañas de toda clase. El contribuyente se sangra para que el protegido, el cacique, el paniagudo de los políticos disfrute de sabrosos momios, a la sombra de las influencias. Sobre esto pudiera decirse demasiado, y valdrá más no decir nada.

Pero insisto en lo curioso de que el pleito de la obra dramática de don Ramón del Valle Inclán, aparentemente literario, por lo cual turba de jóvenes ateneístas le siguió vitoreándole clamorosamente, no sea, en rigor, sino un episodio de la lucha económica, en el conflicto que el fisco agrava a cada instante.

El teatro Español que es donde Valle Inclán deseaba haber puesto en escena su obra, pelea desde hace algunos años, con denuedo para sostenerse.

Conociendo el carácter y modo de ser del sabio director, el señor Madrazo, se comprende que la empresa no sea de las más interesadas; pero como otra cualquiera necesita defenderse y vivir. Le están vedados ciertos medios de atraer al público, porque no le permite el municipio representar obras traducidas. Obligada a que todo su repertorio sea de españoles, antiguos o modernos, como lo exije la índole de este teatro, la restricción pone en apuro a la empresa, porque en Madrid, siento decirlo, no llevan gente ni Calderón de la Barca, ni Rojas, ni Moratín, ni García Gutiérrez, ni Echegaray, ni... ¿a qué continuar? ¡ni nadie! más que los divertidores, actualistas y bajo-costumbristas. El público en Madrid es estatua de sal, pero por lo contrario de la mujer de Loth; porque no puede mirar hacia atrás nunca. El pasado ha desaparecido, tan irremediablemente como la raya de la quilla en el mar.

Esa zona de espectadores ilustrados, que en París permite sostener en el cartel a Molière, a Racine, a Corneille, a Víctor Hugo, nos falta aquí. Dijérase que los gloriosos espectros del pasado, los galanes de trusa y herreruelo, las damas de afolladas mangas, y birretillo con pluma, los graciosos de cínica faz abotagada y discreteo conceptista, los reyes de sombrero de budín y escarolada, imponente gola, los

personajes de nuestra Musa y de nuestro histórico ayer, son algo ajeno al alma actual que parece brotó como los hongos, «prole sine matre creata»...

Y, ante esta actitud del señor público, una empresa teatral, limitada a autores españoles vivos--y aun de alguno vivos, imposibilitada de sacar fruto--mide a los dramaturgos, no por lo que literariamente valgan, sino por lo que positivamente producen. Resulta que no es productivo Valle Inclán. Tampoco lo fue sino excepcionalmente, Galdós. A mí me suele suceder votar en contra de la mayoría; hay autores «de taquilla» a quienes enviaría a pastar a una dehesa, y autores que no dan dinero, y que admiro, y no por lo que sólo se refiere a la elegancia del sermón, sino porque me interesan con interés humano, vivo, palpitante. Pero la mayoría vence. La empresa del Español no podía gastar ahora dos o tres mil pesetas en «poner» una obra de Valle Inclán, que sabe Dios si produciría la cuarta parte. Y como quiera que también Valle Inclán necesitará echar sus cuentas, ha protestado. Y ha ido a protestar a la tribuna del Ateneo, que este año es muy movido y respira una atmósfera candente y batalladora. Valle Inclán es un conferencista que sabe entretener al auditorio, porque habla con incisiva ironía, con gracia innegable, y, añaden muchos con mordacidad suma. Dados tales

elememtos y la chismografía de entre bastidores, había más que sobrado para que fuese un acontecimiento la conferencia que acompañaba y explicaba la lectura de El Embrujado.

No estuvo sin embargo todo el Ateneo de parte de Valle de Inclán. El segundo día de la lectura, hubo toses y manifestaciones de desagrado. Galdós tiene partidarios, y el director artístico del Español es Galdós. Si se añade que Galdós no conocía la obra del autor de las Sonatas, se comprenderá que no le alcanza verdadera responsabilidad. Los que conocemos a Galdós, podemos responder de su seriedad artística.

El resultado concreto de la zambra es un lindo reclamo para la obra de Valle Inclán. Los que por males de nuestros pecados, o mejor dicho por culpa de la «grippe», que a todos nos ha repartido caricias, no hemos podido escucharla en el Ateneo, estamos llenos de curiosidad y deseando que se represente en la temporada próxima, a fin de poder conocerla. Hasta negocio de taquilla supongo que será El Embrujado.

Tampoco ha sido negocio de taquilla Tabaré, del maestro Bretón. Parece que la noche del estreno, medio teatro Real estaba vacío lo cual prueba la escasa habilidad de los empresarios. En un caso así, se «compone» el teatro, siquiera por decoro nacional.

El pleito de Tabaré es muy viejo, y en más de una ocasión, y si no me engaño a propósito de los estrenos

de Colomba y Margarita la Tornera ha salido a relucir aquí.

Si bien de un modo que podemos llamar sordo y latente, existe el anhelo de tener ópera española. Y todos los años, al llegar el momento en que la empresa del Real, cumpliendo una cláusula de su contrato, pone en escena una ópera de autor español y cantada en lengua castellana, se agita otra vez el problema: ¿hemos triunfado, sí o no? ¿Podemos afirmar que la «ópera española» es un hecho?

Si lo que se debate es la existencia de maestros nacidos aquí y capaces de escribir buenas óperas, ¿quién lo duda? Bastaría con Carín, Los amantes de Teruel y La Dolores para afirmarlo. Pero distingamos: una cosa es que haya óperas y otra que esas óperas tengan un carácter esencial que las clasifique como españolas, y las imponga y popularice en los escenarios. Ved, por ejemplo, la ópera de Glinka, La vida por el zar. Nadie ha dudado de su fisonomía nacional, y nadie ignora que se ha cantado en toda Europa. El día en que una ópera española llegue a representar, en la lírica, el sello de nuestra raza, su éxito estará asegurado. Por desgracia, la música de Carmen no la hizo un español.

Todo no es quitar sus grandes méritos a maestros como el muerto Chapí y Bretón, que aún vive, y ojalá

viva muchos años, y que acaba (no sin desaliento íntimo, que se traslucía en su manera de expresarse, ocho días antes del estreno) de dar a la escena Tabaré. Mejor que nadie, reconoce Bretón que la batalla no se ha ganado, por más himnos de victoria y clamores de triunfo que al otro día del estreno se entonen y por más cariñosa y justa que haya sido la ovación tributada por los espectadores al glorioso luchador, que ni desmaya ni se amedrenta, al menos en lo que requiere esfuerzo de voluntad.

Esta vez un nuevo encanto existía en la tentativa. Tabaré no mira sólo a España sino a América. El argumento está tomado de la obra del poeta americano, uruguayo, Zorrilla de San Martín, persona muy simpática, a quien todos hemos conocido aquí hará unos veinte años, y que leyó en Madrid el poema en que ahora se inspiró Bretón. Un simbolismo encierra Tabaré; la unión de las dos razas, indígena y española, que mezclan sus sangres en las venas de un mestizo, el héroe del poema, y le crían un alma semicristiana y romántica, generosa, ingenua y llena de fuego. De aquí a que Tabaré se enamore de un modo fino y remontado de un dama española, y la salve y respete su honor y esté dispuesto a sacrificar por ella la vida y sienta en su corazón un denuedo caballeresco que le incita a los hechos más altos, no va nada; y el guerrero charrúa

hace eso y mucho más por su señora, la cual se prenda de un indio tan noble y galán, y no hace nada de más en ello. Esta historia de amor, sin embargo, no basta, a mi entender, para el movimiento dramático de conjunto que requiere una ópera que pone en escena la lucha de dos razas, dos mundos y dos civilizaciones (pues los charrúas, como los demás pueblos indígenas de América, la suya tuvieron). Una ópera de asunto hispano-americano, necesita un libreto grandioso, magnífico,--si al poema puede bastarle, y en efecto le basta, la sentimentalidad del amorío, y la belleza de las descripciones. Además, o yo no alcanzo lo que esto requiere, o, a mi ver, exige en ambos elementos, el español y el americano, un colorido musical propio y marcadísimo, motivos que reflejen el alma de las dos almas en lucha, por la conquista y la independencia. ¿Existe este contraste y este colorido propio en Tabaré? Lo ignoro, pues mi luto me veda el teatro, y una ópera que no se ha visto con los ojos, no la entiende al teléfono sino un gran experto en la música. Si he de atenerme a los juicios de la prensa--que, por otra parte, no suele publicar estudios muy concienzudos y técnicos de música--no llenó Tabaré las condiciones que yo hubiese soñado en ópera de tal significación.

No hay que insistir en el valor de la tentativa, en cuanto merece ser alentada, en el respeto profundo

que debe inspirar el ilustre compositor. Yo quisiera poder darme cuenta por mis propios oídos del grado de su acierto. Tengo que referirme a opiniones ajenas. Y, cualquiera que haya sido el verdadero resultado, siempre lamentaré que con obra tal y de tal compositor el Real no se haya llenado diez noches. A nuestra cultura lo debíamos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

101

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

LA VIDA RELIGIOSA

(Para La Nación)

Madrid, abril de 1913.

También puede interesar en América saber algo de cómo se desarrolla la vida religiosa en España. Precisamente estos días han puesto sobre el tapete la cuestión dos circunstancias: la de la enseñanza neutra en las escuelas, y la Semana Santa que siempre señala un momento de mayor atención a lo religioso, aunque, como se verá, de ninguna severidad ni ascetismo.

La primera circunstancia ha causado ante todo, un movimiento de extrañeza. ¿Por qué, sin presión alguna de la opinión, planteaba el gobierno un problema gravísimo para la tranquilidad interior de España?

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 15 mayo 1913: 8. No recogido.

Se decía, al menos cuando se empezó a discutir el asunto, que iban a suprimir en las escuelas del estado toda enseñanza religiosa; o, hablando en lengua más trivial, «que los niños ya no aprenderían el catecismo». Y fué un remolino general, formidable, el que se alzó. Yo puedo asegurar que la gente andaba como loca, y se disponía a toda clase de protestas. Las inició la de las damas de la aristocracia, que fueron a visitar al presidente del consejo. ¿Era que realmente no se había pensado en tal supresión del catecismo? ¿Era que, al ver el efecto de agitación, no se pudo menos de recoger velas? A mí me cuesta trabajo creer, conociendo el talento y sagacidad del conde Romanones, que sin necesidad alguna, sin imposiciones de ningún estado revolucionario, buscase un conflicto. Por lo cual infiero que, realmente, no había pensado en el catecismo suprimido, sino tan sólo en poner algunas disposiciones, que prescribían que no se obligase al padre disidente a que su hijo aprendiese religión en la escuela. Y aun esto ha producido y sigue produciendo fermentación; y aun esto nadie lo reclamaba, por lo cual tampoco pude menos de sorprender que se haya traído a colación tan desagradable problema. En efecto disidentes religiosos declarados y oficiales, hay en España muy corto número, muchos dejan hasta gustosos que sus hijos aprendan los fundamentos de la religión,

o lo ven con indiferencia. Los contados protestantes tienen ellos sus escuelas propias, y no utilizan las del estado.

Y, lo repito, siempre es peligrosísimo en España tocar a la hacha, remover los posos de las luchas religiosas. Descartada ya la contingencia de que se pensase en suprimir el catecismo en las escuelas, no se ha calmado, sin embargo la ebullición de los espíritus. De aquel partido carlista, en otro tiempo tan fuerte y pujante, no queda, es cierto, más que una masa dispersa, que no puede ya alzarse en armas como antaño, pero todavía lo sueña, y organiza requetés, juventudes católicas y manifestaciones fervientes y tumultuosas. El jaimismo no tendrá la trágica y temerosa virtud del carlismo primitivo, y, sin embargo, puede estremecer aún a la opinión en muchos respectos. Lo único que para ello necesita es, cabalmente, un abonado motivo o pretexto, de tal índole como la religiosa, que suma y aglomera elementos generalmente disociados. Así, a la inquietud jaimista ha venido a responder la inquietud de las altas damas de Madrid, que son alfonsinas y dinásticas cuanto cabe serlo. Tan exaltadas se mostraban, que fue preciso que el mismo venerable arzobispo de Madrid-Alcalá moderase su celo, respondiendo a instrucciones de templanza que venían de Roma, y dispusiese aplazar el mitin de Frontón Central,

donde acaso los moradores mostrasen la filiación jaimista, pues el más conocido de todos era mi amigo y pariente Juanito Vázquez de Mella, el elocuentísimo «leader» de las huestes del actual pretendiente,

Sí; estas cuestiones se enredan como las cerezas, y el diablo que las desenrede. Ahora mismo acabo de leer que en mi pueblo natal, la Coruña, que no está precisamente en Navarra ni en las Vascongadas, que es una población de abolengo y de historia liberal, con ocasión de un mitin católico originado por los planes del gobierno sobre enseñanza religiosa en las escuelas, ha habido palos, bofetones, puñaladas y manporros, por lo cual, se deduce lo que pudo llegar a haber, si fuese cierto lo anunciado desde el principio.

Ahora bien, surge la natural pregunta: a juzgar por estos síntomas, ¿España es un país profundamente religioso?

No diré que muchos españoles no lo sean. Creo, sin embargo, que esta religiosidad, despertada por medidas tan inoportunas, no impide que el fondo de la conciencia española sea el indiferentismo, como hace bastantes años afirmaba en una de su novelas Benito Pérez Galdós.

La mujer, es cierto, practica, hace devociones, aparece creyente; pero nadie que tenga verdadero interés por el acrecentamiento de una fuerza moral y

social tan poderosa e integradora como es la fe religiosa aprobará el que los hombres dejen «todo eso de la religión en manos de las mujeres, y afecten transigir con las prácticas que la religión impone sólo por dar gusto a sus mamás o a sus costillas. Este matiz de la convicción religiosa en España, que tanto la diferencia de otros países, se ha revelado en la ocasión presente. Las señoras han ido a ver al conde de Romanones, solas. No se explica bien que si sus maridos pensasen como ellas no las acompañasen, o no fuesen, por lo menos, pisándolas los talones, a la presidencia en corporación. En el mitin suspendido, lo he dicho ya, era un orador jaimista el que había de llevar la voz cantante. No faltan, sin embargo, y lo ha notado la malicia, grandes oradores entre los conservadores y aun entre los liberales, que se precian de católicos; y allí tenían ocasión de demostrarlo.

Son legión los españoles que, como el poeta Campoamor, al ser vistos a las doce de la mañana en el pórtico de una iglesia, contestan a la sorpresa del que interroga: «Prefiero oír misa que oír a mi mujer.»

Como soy muy fiel y sincera pulsadora de la realidad, debo después de lo dicho, añadir que al correr el tiempo e irse definiendo bien las tendencias de los partidos revolucionarios, empieza a notarse en los hombres mayor inclinación a practicar en público,

sin respetos humanos y sin temor a que se les diga que imitan a las mujeres. Las asociaciones y congregaciones les han habituado a las comuniones colectivas y a otras devociones visibles, y yo puedo decir que las pocas veces que voy a la iglesia (pues tengo oratorio en mi casa) observo cuánto ha aumentado el número de varones ante las rejillas de los confesonarios y en sermones y misas.

No por eso deja de ser verdad que en España los hombres no son tan religiosos como la fama pregona (pues España pasa por beata y hasta por fanática). En esta Semana Santa he reparado la escasa reverencia con que las iglesias se visitan, en el día de Jueves Santo, para rezar la estación. La mayoría de los que llenan los templos, va sólo por ver «los monumentos», o sea los altares adornados y resplandecientes de luz, y sin arrodillarse y hasta sin inclinarse, entra por una puerta y sale por la otra. Yo recuerdo todavía las épocas en que el Jueves Santo era «día de gala» y el viernes «de luto riguroso». No vierais el viernes una mantilla blanca, ni una flor, en el atavío de las mujeres que transitaban por las calles; vestían de negro de pies a cabeza, y negra era la mantilla de blonda, de «castañuelas» que circundaba su rostro, no destacándose en su traje sino el rosario de nácar o de oro arrollado al puño. Esta costumbre, tan simbólica y

tan poética de lucir el jueves la mantilla blanca y la negra el viernes, va camino de desaparecer por completo. Como notas desafinadas, cruzaron las calles la tarde del Viernes Santo multitud de señoritas trajeadas de rosa, azul o crema, con zapato blanco de raso, grupo de claveles de vivos tonos en la cabeza, y mantilla blanca a todo trapo. En otros tiempos las hubiesen corrido y zapeado, al verlas en tal guisa carnavalesca.

En cambio--repito que es preciso tomar en cuenta todos los síntomas sociales--las procesiones, en Madrid han sufrido la más beneficiosa transformación. No se sabe por qué, mientras las procesiones de Semana Santa en Toledo, Sevilla y Murcia, y hasta en pueblos no muy grandes, como la morisca Loja, revestían magnificencia y esplendor artístico las procesiones, en la capital eran algo irrisisorio, con monaguillos cochambrosos que se pegaban de cachetes a espaldas de los señores eclesiásticos por un daca allá esa vela, y con cuatro santos sin mérito, porteados por gañanes, a veces con el cigarro en la boca. Si alguno de estos abusos no se ha desterrado todavía, y si la procesión del Viernes Santo en Madrid no es aún lo que puede ser, ya se ha notado en ella la influencia de aquella extraordinaria procesión del congreso eucarístico, que demostró lo que cabe intentar con buena organización en ese terreno

como en los restantes. Claro es que Madrid debiera arreglarse su Semana Santa para viajeros, y atraer a los turistas, como Sevilla, verbigracia. Y las procesiones son uno de los señuelos de Sevilla. Ya esta procesión del Viernes Santo en Madrid, a poco que se perfeccionase, constituiría una atracción. Las imágenes de talla son bellas, sin llegar a la altura de las de Murcia, por ejemplo, ni aun de algunas de Loja. Llamaban la atención dos efigies, populares en Madrid, y que rara vez salen de sus hornacinas: una el renombrado y hermoso Cristo crucificado, propiedad del cuerpo de alabarderos, y que se guarda en la capilla real--escultura, a mi ver italiana--y otra Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, que es objeto de un culto tan apasionado y popular, en la antigua capilla del derribado palacio de los duques de Medinaceli, hoy confiada al cuidado de los capuchinos. Nuestro Padre Jesús es un Nazareno de tamaño natural, trágico de expresión, como suelen serlo las esculturas españolas, grave y triste impresionante. Dándole guardia y acompañamiento iban cuatro criados de la casa de Medinaceli, de calzón corto y pelo empolvado, vestidos con la ducal librea amarilla. Es tradición popular en Madrid que este Nazareno otorga, de tres cosas que se le piden el primer viernes de marzo, en su iglesia, una por lo menos; y en tan señalado día, vierais la cola de

devotos, desbordando del reducido templo, extenderse por la calle y el paseo del Prado, como un río de almas, que ante el cielo espera que se abra la puerta de la Misericordia. Las ansias de bien correspondido amor, las angustias de la enfermedad de un ser querido, el afán maternal por el porvenir de los hijos, los apuros de dinero, la esperanza del ascenso, tantas y tantas congojas como sufren los míseros mortales, se alzan hasta Jesús en un coro mudo de deseos e imploraciones, en que los espíritus, sostenidos por un ideal consolador, un instante sienten el alivio de la creencia en la intervención de lo sobrenatural... Y al pasar por las calles en procesión nuestro Padre Jesús, he visto que los ojos se humedecían, que las manos se cruzaban. Es una efigie madrileña por excelencia, como la de la Paloma, este Narareno romántico español.

El reverso de la medalla ha sido cierta romería que en Madrid se celebra, también tradicionalmente, y no comprendo cómo, en su forma actual, no ha sido prohibida ya por la autoridad eclesiástica, de acuerdo con la civil. Me refiero a la saturnal llamada «la Cara de Dios». So color de venerar una santa faz, el pueblo se entrega a excesos orgiásticos. Hablando en plata, la romería es una pura borrachera, y un puro o mejor dicho, impuro requiebro a las mozas que allí concurren luciendo el pañolón de Manila y muy

enclaveladas. Se merienda, se empina el codo, se barbariza a gusto, y todo ello parece carnavalada, que no devoción. En Viernes Santo no cabe nada más escandaloso, ni que de un modo más chillón contraste con la solemnidad y carácter del día.

Y esta observación se agrega a las varias que pudieran hacerse acerca de la religiosidad española, tan difícil de definir y de estudiar.

Ya que sobre ella ha versado esta crónica, no dejaré de tomar en cuenta la reciente noticia de que el obispo de Jaca, don Antolín López Peláez, ha sido elevado a *arzobispo de Tarragona*... La notoriedad universal que ganó en los últimos años este prelado, muy docto escritor, y gran apologista de fuerza y valer de la prensa periódica, hace significativo el nombramiento. Porque ha de saberse que el obispo de Jaca, todo bondad, hombre de costumbres intachables y de trato agradabilísimo, se había granjeado enemigos entre los tercos secuaces del integrismo intransigente, secta fundada por Nocedal; los que miraron de reojo a León XIII, por su tendencia amplia y hábilmente pacificadora y la extensión que supo comunicar al catolicismo; los que guardan lo más escogido de sus injurias y maldiciones para los que debieran mirar como hermanos, los otros católicos, que en cuestiones libres, no siguen su senda estrecha--la cual, por

cierto, les ha valido infinitas reprensiones de obispos y desautorizaciones de Roma--estos tales, plaga del catolicismo español, habían declarado la guerra al obispo de Jaca, y tal vez de que permanecería toda la vida en el mismo puesto, en una diócesis lejana de Madrid, como castigado a su tolerancia y cultura. Pero el obispo de Jaca, que nada tiene de ambicioso y no ha intrigado ni con tal fin ni con ninguno (porque intrigar es una cosa y otra batallar a pecho descubierto), traía en su abono para señalarle como una de las primeras figuras del episcopado español actual, la larga serie de sus libros, todos interesantísimos, en un sentido o en otro, sobre historia, costumbres, cuestiones sociales, puntos de derecho canónico, moral y teología. Sus campañas en el senado, las simpatías que se captó con la sencillez de su vida y la dulzura evangélica de su manera de ser, le designaban y seguirán designando para grandes situaciones en la iglesia, pues siempre serán excepcionales los prelados que reunan tantas aptitudes. Y, pese a los fariseos, este sabio y buen cristiano no se quedará arrinconado, como la luz bajo el modio.

El obispo de Jaca, hoy arzobispo de Tarragona, si no me engaño, el más joven de los prelados españoles, puede acrecentar sus servicios a la iglesia, por el camino (que ya ha seguido con el desembarazo y aplomo

que presta la virtud), de una tolerancia sin bastardeamiento y de una identificación con las corrientes modernas, en el mejor sentido de la palabra.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

102

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Madrid, abril de 1913.

La inauguración del instituto francés, habiendo venido a representar oficialmente a Francia Mr. Steeg, que acaba de ser ministro de instrucción pública, y que estaba designado para esta representación desde antes de dejar la poltrona, ha venido a estrechar los lazos intelectuales entre ambas naciones, y a despertar un poco la emulación de nuestro gobierno, porque es sabido que nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena. Hasta el año pasado, los cursos públicos de la Unión de estudiantes franceses y españoles se habían acogido a la hospitalidad de la universidad central, que no puede estar peor de instalación, de calefacción, de luz de aseo interior y de todos los pormenores que ya hoy exige el público para asistir a conferencias y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 19 mayo 1913: 9. No recogido.

saborearlas, sin que la mortificación del cuerpo estorbe el regodeo del espíritu y de la mente. Así es que las fieles y asiduas damas concurrentes a los cursos, no cesan de echar bendiciones a los franceses porque han edificado este bonito palacete de la calle del Marqués de la Ensenada, en el cual, en medio de la mayor sencillez, reina un confort inteligente, y ni hay corrientes de aire, ni bancos duros, ni lobregueces, ni en suma, ese aspecto de penitenciaría de la ciencia que nuestra universidad conserva aún.

Los distinguidos profesores que Francia nos envía para el curso de este año, son: el Sr. Bougié, encargado del curso de historia de la economía social en la Sorbona, y que diserta sobre la sociología francesa en el siglo XIX; el Sr. Dumas, que tratará de los preliminares de la Revolución Francesa; el Sr. Le Bretón, profesor en la Facultad de letras de Burdeos, que hará estudios de historia literaria francesa; el Sr. Mérimée, profesor en la Facultad de letras de Toulouse, que dará conferencias prácticas de lengua y literatura; el Sr. Sebatier, decano y profesor de química en la Facultad de ciencias de Toulouse, que disertará sobre la catálisis por óxidos y metales, y el señor Vilmotte, profesor de filología en la universidad de Lieja, que hará la historia del idioma francés.

A cada uno de estos profesores los presenta al público una personalidad española. El ilustre político

D. Gumersindo de Azcárate presentó al Sr. Bouglé, a quien he podido oír dos veces, que me parece, como dicen en su país, "trés fort". Indudablemente es el Sr. Bouglé un socialista, pero con los retoques de cultura y comprensión que hoy ya parecen indispensables para no asemejarse a un orador de mitin o de balcón de círculo. El señor Bouglé es un sabio, y la sabiduría es madre de la tolerancia y del ingenio. Una cabeza bien amueblada está reñida con el fanatismo furioso aunque no lo esté con las convicciones.

El profesor de la Sorbona demuestra arte en el modo de estudiar los precedentes de la sociología contemporánea, positiva y fundada en los hechos y en las necesidades colectivas. Ese prurito, tan francés, de buscar precursores a las ideas, le lleva a ver en Juan Jacobo Rousseau, "el hombre que más se ha equivocado en este mundo", a un heraldo de la sociología positiva--contra los que fundándonos en el "Contrato Social", suponíamos todo lo contrario. Defiende a Rousseau contra sí mismo, entendiendo que todo aquello del Contrato fue más bien un modo de decir, pues de sobra pudo hacerse cargo Juan Jacobo de que no cabe en la realidad eso de que un pueblo entero, centenares de miles de hombres, se reúnan para contratar deliberadamente una forma de gobierno o una constitución. No logró el señor Bouglé convencernos,

pero nos dejó bien persuadidos de su talento y habilidad. Con mejores fundamentos y con imparcialidad loable y culta, vio en Bonald a otro precursor, en pleno período romántico, de la sociología práctica y real. Este "aperçu", como ellos dicen, fue a la vez nuevo y razonado. El Sr. Bouglé tiene una palabra fácil, clara y robusta; se hace comprender, aun tratando temas áridos, y no cansa ni un momento al auditorio.

Todo este movimiento, tan útil, de examen retrospectivo de la sociología, con carácter histórico, lo ha determinado en Francia una obra de las que abren surco: Los orígenes de la Francia contemporánea, de Hipólito Taine. Las conclusiones de esa obra, magistral como todas las de su formidable autor, traen alarmados a los pensadores y a los estadistas, desde la fecha en que vio la luz. Son una crítica severa de cuanto se ha hecho de la dirección política, las ideas, el modo de gobernar, todo lo que puede y prepara el actual estado de cosas. Y como es un alegato documentado, expuesto con el método científico y la intensidad literaria que caracteriza a Taine su acción se prolonga y se prolongará tanto como duren las formas sociales, fruto de las circunstancias que analiza. Así es que los defensores del nuevo régimen, los partidarios de lo que ha producido y engendrado la

Revolución, tienden siempre a rebatir a Taine, más o menos paladinamente. Es seguro que el Sr. Bouglé, mientras diserta con tanta maestría, en Taine está pensando sin querer. Y en Taine pensará mil veces, dado el asunto de su curso, el Sr. Dumas.

Porque Taine ha planteado la cuestión, o al menos ha inducido a plantearla, en un terreno en que es muy defícil no darle la razón y no aceptar sus conclusiones.

Al Sr. Le Bretón, que tratará la literatura, he sido yo invitada a presentarle cuando dé su primera conferencia. Creo haber dicho ya, en alguna de estas crónicas, que se ha desarrollado en proporciones sorprendentes la aficción a las conferencias, y aquí en Madrid, hay actualmente verdadera avidez de escuchar, de enterarse. Se van acabando los señores que roncaban en mitad de una disertación, aunque he visto a uno con la boca abierta y los ojos cerrados durante la plática del Sr. Bouglé, que nada tenía de lánguida. Nótese que son dos etapas en la cultura; la primera acudir a las conferencias; la segunda oírlas atentamente. Nótese que la dificultad o imposibilidad de fijar la atención es uno de los signos degenerativos de la mentalidad en los individuos y en las razas. Hay quien no puede seguir un razonamiento, ni escuchar un párrafo, ni sujetarse a cosa que no sea un frívolo charioteo.

Además, el eterno afán de discutir, que padecemos, nos veda atender a la opinión ajena, expuesta metódicamente, y sin que podamos replicar o interrumpir. Por eso es necesario contar como un progreso positivo el que se concurra a las conferencias y el que en ellas disminuyan los durmientes.

Debo, sin embargo, decir que hay que dispensar a estos, cuando los locales en que se dan las conferencias son chicos para el auditorio, y la gente se hacina y envenena el aire. A veces o por mejor decir, siempre, se dan seguidas, en un mismo local, dos o tres conferencias, sin pensar en renovar el aire entre cada una. El envenenamiento de la sangre por ese aire viciado, es inmediato, y se sintomatiza en invencible sueño y embotamiento de la inteligencia, que pierde la facultad de entender lo que se oye. A veces se culpa al conferencista «que se puso pesado o que» o que (frase vulgarísima) «es un latero» y no se comprende que fue el aire impuro lo que desgració la conferencia.

¡Y se tiene tanto miedo al aire! Se cierra a piedra y lodo, se calafatea el local, como si se tratase de suicidarse por el ácido carbónico; y los que somos muy sensibles a la vida respiratoria, y nos sofocamos en cuanto el ambiente se hace denso y mefítico, pasamos a veces todas las penas del mundo

para resistir a la invasión del letargo, de esa ponzoña que emana de una gran multitud amontonada en un recinto estrecho. Yo soy de las personas más resistentes a la soñolencia, y nunca me duermo sentada en una silla, pero si el aire está tan cargado, no encuentro ningún placer en escuchar, y no escucho. No se ha estudiado la teoría de las relaciones entre las conferencias y la función respiratoria, que debe ser en este caso tan atendida, tan respetada, ya que es tan primordialmente interesante.

¡Hasta en el Instituto francés faltan ventiladores en los vidrios de las ventanas! No hay que decir lo que falta en el congreso, en el cual, durante las sesiones, flota y enturbia el aire como una niebla, combinación de humo de las fumaduras, que se esconden tras los biombos de entrada para no faltar a las conveniencias, del hálito de la gente aglomerada en las tribunas, que, como están altas vician el aire de arriba, renovador del de abajo, y de lo polvoriento de molduras, adornos y terciopelos, que no han soltado aún la suciedad del tiempo de Sagasta. Cuando vivía la señora de Viñals, prima del marqués de la Vega de Armijo, entonces presidente de la cámara, y estábamos juntas en la tribuna de la presidencia, la pobre señora, que padecía del corazón, se asfixiaba, literalmente, y no olvidaré la sorpresa de los ugieres,

y hasta de los diputados, cuando valiéndose de su influencia mandó abrir los ventiladores de la gran claraboya. Todo el mundo temblaba a los resfriados, a las pulmonías,--ignorando que existe justamente una forma de pulmonía infecciosa, cuyo estreptococo encuentra más abonado campo de cultivo en tales ambientes recargados de partículas deletéreas, y que alguien la denominó "pulmonía del congreso", porque allí florecía.

Habría un curioso estudio que hacer de los públicos diversos que asisten a las distintas conferencias. No siempre, para el conferenciante, son los públicos más intelectuales los mejores. En los públicos intelectuales, como el del Ateneo, verbigracia, abunda la crítica y hasta la negación. Lo he notado en casi todas las conferencias a que he asistido. No ha mucho en la que dio, en la serie pedagógica, D. Rafael Altamira, oí las frases más despectivas, dichas en alto, contra la personalidad intelectual del conferenciante. Se equivocaría quien por esto creyese que aquí no se aprecia el talento y los méritos de Altamira; es sencillamente el espumarajo de la negativa. Juicios durísimos, verdaderas despellejaduras, chistes punzantes, sátiras que retuestan la piel, no impiden que cada cual permanezca en su sitio, que cada uno sea quien es, y que hagan más

daño a las reputaciones las reflexiones justas y moderadas que esas violencias de cenáculo y cervería. Pero esto no quita para que no todos los públicos sean igualmente iconoclastas, y en muchos la fe y el entusiasmo se revelen, como se revelaron hace dos días, al hablar D. Juan de la Cierva en las conferencias organizadas por la Unión de Damas Españolas. El público no se componía sólo de damas; y no he visto aplausos más atronadores ni aclamaciones más espontáneas. Es verdad que el discurso fue admirablemente dicho; lo que se llama un bordado de elocuencia, y que, aparte de las simpatías que el orador tuviese en el auditorio, artísticamente era preciso admirar. La voz, en la cual sólo pudiera notarse un poco de acento engolado, levantino, era llana, entonada, emitida con fuerza y sin violencias ni desentonos; la frase más bien sencilla, heridora y clara como hoja de espada; la acción, reposada y medida; y todo como de muy gran orador. Yo pensaba en las facultades sorprendentes de nuestra raza para la oratoria. Nunca podré olvidar la magia de la palabra que brilló en Castelar, en Cánovas, en Silvela, en Canalejas, en el mismo Nocedal, a quien, no porque haya sido uno de mis más consecuentes enemigos, desde cierto episodio político en que sin ánimo de molestarle le hice trizas, he de negar sus condiciones de ingenio y

arte para la polémica, ni que no me divirtió infinito escucharle en el congreso. Y a la altura de muchos de estos muertos ilustres, veo actualmente entre los vivos a Maura a Mella, a Melquíades Alvarez, y he encontrado a la Cierva, a quien no había oído nunca en una disertación algo extensa. Y También conviene hacer la observación: la prueba de que la oratoria es una aptitud de la raza, es que, al lado de estos oradores que ya tienen sentada la fama y capitanean partidos asoman a cada momento otros oradores sin gran renombre, y que nos dejan pasmados, a cualquier momento por su facundia, por la gracia y la soltura con que tornean su discurso, su arenguita de mitin, su brindis en el banquete, hasta su sermón en el templo. Hay siempre abundante y lozana cosecha de Ciceroncitos, Demostenitos y minúsculos Lacordaires, si bien la oratoria política crece más fértil que la sagrada, acaso porque abre más amplios horizontes aquélla que ésta.

Mientras noto las cualidades propiamente hispánicas de la oratoria, los moros de nuestras tropas indígenas regulares recorren las calles de Madrid, luciendo sus arrogantes plantas y sus uniformes airosos y el color atezado de sus caras, y luciendo también un poco--¿por qué no decirlo, si podrá tacharme de parcialidad injusta y patriotera al hablar de mi

patria, ¡qué tanto me importa! y no falta quien me tache, sin razón alguna, de lo contrario?--luciendo, insisto, el triunfo de nuestras armas y de nuestra acción en el norte de Africa. Esos moros, a quienes un periodista sencillo llamó "garbosos", porque son de Garb en su mayor parte, representan nuestra victoria, paseándose por las calles de Madrid. Vienen a la jura de la bandera, como fueron al centenario de las Cortes de Cádiz, dando una nota de color pintoresca y gallarda, y recorren la capital sin dar muestra alguna de asombro ante los suntuosos edificios, brillantemente iluminados de noche, ante nada de lo que ven los ojos, habituados a los grandes espacios y a las majestuosas lejanías del desierto. Pasean graves y llenos de dignidad connatural en los pueblos primitivos, y en cambio la chusma callejera de Madrid les sigue, les acosa, les abruma con su sandia curiosidad, cuando debiera rodearlos de simpatía y de consideración... y regalarles cigarrillos.

Hay cosas en las cuales estoy por decir que vale más el atraso completo que la civilización aparente... Sí, más vale; no hay duda. Esos montañeses, tan fieros combatientes si llega el caso, tan calmosos y serios y a veces infantiles, ¡cuán preferibles a la espuma de golfería que los persigue y no los deja visitar en paz

la ciudad ya amiga, de la cuál sólo gratas impresiones debiera llevarse!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

103

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

FIESTAS RELIGIOSAS EN ALCALA*

JUAN MARTIN, EL EMPECINADO

(Para LA NACION)

Madrid, mayo de 1913.

Estos días asistí a las solemnidades religiosas y cívicas que se han celebrado en un pueblo no muy distante de Madrid. El pueblo es Alcalá de Henares, y en él nació Miguel de Cervantes Saavedra, y el Arcipreste de Hita, y rompió codos Quevedo siendo estudiante, en la universidad que había fundado Cisneros y donde se imprimió la Biblia políglota. No celebraba, sin embargo, Alcalá ninguna de esas glorias, sino el primer centenario de haber sido libertada la ciudad de los franceses, y, por coincidencia de fechas,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 5 junio 1913: 8. No recogido.

celebraba también el milagro de las Santas Formas incorruptas, que todos los años se festeja con lucida procesión.

Ante todo, sépase que Alcalá posee magníficos edificios, iglesias que parecen de Roma, y, aun hallándose en reparación la Magistral, donde Cisneros tiene su sepulgro, dispone de ese gran elemento, que unido a la presencia de cuatro regimientos allí acuartelados, es más de lo necesario para que los festejos como los que acabo de presenciar (en su parte puramente patriótica y religiosa, suprimido, naturalmente, todo lo que no es sino distracción y que me veda mi luto), revistan gran brillantez.

Más allá de este aspecto, ya de suyo interesante, hubo algo en los festejos de Alcalá que puede llamarse un signo de los tiempos.

Los tiempos, como dijo Núñez de Arce antaño, son de lucha... Y esta lucha, sorda y honda, pero quizá más empeñada que nunca, se me ha revelado en la ocasión a que hago referencia por medio de imágenes sensibles, que es como mejor se nos ofrece a los artistas la figura de la verdad.

Serían las 10 de la noche--una apacible y más bien fresca noche primaveral.--A la puerta de la iglesia de Santa María, antiguo y grandioso templo de jesuitas,

esperábamos la llegada de la peregrinación de la Adoración nocturna, que venía de Madrid para pasar la noche en el templo velando al Santísimo. Media hora antes habíamos leído el recibimiento que los anarquistas de La Coruña hicieron al lugarteniente de Maura, D. Juan de la Cierva, al cual acogieron con pedradas, silbidos y otras manifestaciones, dando lugar a que cargase, en las calles, la guardia civil. Comentábamos aún la noticia cuando rompiendo el dulce silencio, se oyeron a lo lejos cánticos. No sabré decir lo que tenía de estético aquel himno grave, entonado por setecientas voces, de hombres en su mayor parte, y que crecía, crecía hasta llenar el espacio, siempre acompasado y fervoroso, e imponente, como todo lo que revela el paso de una multitud, que expresa la unanimidad de un sentimiento. Y la ola se detuvo ante la puerta, que se abrió, y los adoradores, engrosada su muchedumbre con la gente de Alcalá, que se agregaba, penetraron en el recinto, y se prosternaron, dejando sus estandartes de seda al pie del altar, donde se alzaba el viril que contenía las Santas Formas. Desde mi tribuna vi con qué veneración se repartieron los oradores, y su Trisagio volvió a resonar, estremeciendo las bóvedas. Poco después, el predicador, un sacerdote de gran elocuencia y sabiduría, el padre Luis Calpena,

se arrodillaba en el púlpito y su deprecación sentida, para que Dios proteja la vida del rey, nos recordaba lo reciente del atentado, la trágica escena de la calle de Alcalá. No era pues, lo que veíamos de esas devociones yertas, rutinarias. Hervía, bajo todo ello, la emoción de la batalla empeñada, la división de la historia nuestra, y si se quiere, también la división de toda Europa, pues aun cuando aquí, por causas que fuera prolijo explicar, arrecia más la marejada, en todas partes iguales problemas se plantean, e iguales conflictos se registran.

He aquí la diferencia: en algunas naciones, esta guerra social se ha definido desde el primer momento, y en España es ahora cuando empieza a definirse. Hasta hace poco, las huestes de la defensa social no se habían colocado en pie de resistir. Hoy sí, y trabajan, no poco, y las prácticas religiosas, verbigracia, han dejado de ser «cosa de mujeres»: las iglesias rebosan de hombres. El congreso eucarístico que se celebró en Madrid fue una demostración formidable, y las fiestas constantinianas, que se preparan en este mismo momento, van a cubrir de cruces-lábaros todos los balcones de Madrid. Sin salir de la ciudad de Alcalá, de sus ámbitos hoy reducidos, encuentro el origen de estas disensiones, que son

forzosas, dado el giro de los acontecimientos, desde hace un siglo, desde la fecha que rememora Alcalá.

Un siglo ha corrido con exceso desde que los franceses nos invadieron. Antes les habíamos invadido nosotros, deseoso Carlos IV de hacer algo en favor de Luis XVI, preso en el Temple. La guerra acabó mal para España en 1795. En los doce o trece años que transcurren hasta 1808, nos aliamos con el Directorio. Se escribe la triste y sonada página de *Trafalgar*, asciende al cénit Napoleón, y entran aquí sus huestes. Al pronto nadie sospecha nada malo. La familia real es trasladada a Francia, y hay quien admite que es para su mayor seguridad. La familia real ignominiosamente, se postra ante el Corso. El Corso ha decidido que España será de un hermano suyo. Las tropas del capitán del siglo han llegado sin dificultad a la capital española. Algunos patriotas están alarmados, pero la multitud no se ha dado cuenta de nada por ahora. Los partidarios de «las ideas nuevas» y de la Enciclopedia, hasta sonríen al invasor; pululan los «afrancesados». Viene el primer chispazo, la defensa del Parque de Madrid, las jornadas de mayo de 1808. Toman cartas en el asunto las mujeres. Este síntoma es decisivo. Cuando un sentimiento es realmente profundo, la mujer se asocia a él; es el desquite del instinto contra la

razón fría. Y se inicia la aparición de las «partidas», que fueron la perdición del Corso, al menos dentro de España, y ante Europa, porque aquí quebró su fortuna colosal.

El resultado nadie lo ignora: Napoleón huvo que desistir de la empresa; le vencimos. Pero quedó, de la invasión con las armas, la invasión de las revoluciones. Al evacuar los franceses nuestro suelo echada estaba la simiente de los disturbios políticos. Ni Fernando VII, ni su hija la sucesora, Isabel II, supieron gobernar: Fernando extremó la represión con el terrorismo absolutista, e Isabel II nos mantuvo cada día más distante de Europa, y, en el hondo descontento que crea el favoritismo, nos trajo al fin la revolución de septiembre y la serie de ensayos desdichados de cien instituciones, con todas sus consecuencias fatales. Así, España se hace acaso irremediable dividida, y después de períodos de transitoria calma, surge otra vez la inquietud, agravada con las cuestiones económicas y obreras, y que en 1868 no daban mucho que hacer. Hoy la tensión es extrema; no hay incidente que no la ponga de manifiesto. A los radicalismos violentos responde la reacción, lo de los poderes, sino de la sociedad. Los cátolicos van ya al mitin, a la manifestación, a la conferencia, a la organización

rigorosa; los «requetés» jaimistas crecen: hay una corriente muy enérgica de simpatía al ejército, que desde la última guerra de Africa ha recobrado prestigio; la idea de la patria, que se había divorciado un tanto de la religiosa, parece volver a sumarse con ella, porque las dos se sienten igualmente amenazadas, y por los mismos enemigos; y a medida que se deslindan los campos, la inminencia del combate se precisa más. En todo esto pensaba yo, de codos en la tribuna del magno templo de Santa María, mientras abajo los adoradores se preparaban a pasar la noche en vela, velando sus armas, como San Ignacio y D. Quijote...

Lo mismo que la fe, el patriotismo se exalta frente a las negaciones brutales, que lo han atacado en estos últimos años, y se nota como una corriente de españolismo ardoroso, superficial si se quiere, pero que va acentuándose y se revela en mil detalles pequeños, significativos. Lo mismo que Francia, hemos tenido nuestra crisis del patriotismo, y, como Francia también parece que un renacimiento se verifica.

A esta dirección correspondía parte de las fiestas de Alcalá. En ellas se rindió tributo a la memoria de Juan Martín, el Empecinado, uno de los hombres representativos de la raza, en aquel momento señaladísimo de nuestra historia que se llamó la Independencia.

Lo que caracterizó al alzamiento de España contra el francés fueron las guerrillas. Dígase lo que se diga de ese modo de hacer la guerra, es tan hispánico que si Napoleón nos hubiera conocido bien cuando salió al campo la primera partida, harapienta, armada con chuzos, palos, trabucos naranjeros y escopetas tomilleras, de matar liebres, hubiese previsto el desenlace para el funestísimo de la querra, y dado media vuelta hacia Francia. Por que aquí no habían de valerle ni la espada mágica de D. Roldán, ni sus Doce Pares, los mariscales galoneados de oro, empenachados de plumas, hartos de pasear por el mundo la victoria. Esta guerra de guerrillas tendría cuantos defectos se quisiese, pero en tal momento era de eficacia sin igual, y los escritores franceses dicen que nuestro merodeo costó al gran ejército más gente que las batallas campales. Las guerrillas eran el suelo armado, el suelo defendiéndose y ofendiendo y hostigando sin cesar a los invasores.

Y claro es que en guerra tal, generalmente, no hubo cuartel ni misericordia. El odio la inspiraba, y aun a la vuelta de cien años retoña a veces ese odio, como un atavismo. Yo hube de protestar, en mi discurso de Alcalá de Henares, contra ese odio, ya enteramente fuera de razón. Soy, tan amiga de Francia, que la

considero mi segunda patria espiritual, y me parece más acertado estrechar lazos con ella que cultivar la simiente de viejos agravios; y estas fueron las palabras de paz que llevé a mi peroración, porque estoy convencida de que nunca pasa dos veces la misma agua por el cauce del río de la historia. Además, me parecía que en nuestra terrible epopeya de 1808 no combatimos tanto a Francia como Napoleón. Esta no es una distinción sutil; no es tampoco un optimismo. Es una sencilla verdad histórica. Hay épocas en que las naciones tienen unidad: Francia la tuvo antes de la Revolución, y no ha vuelto a tenerla después. No hubo régimen en Francia, a partir de 1793, que reuniese las voluntades. Si tal régimen existiese, aún duraría, y no hubiésemos visto sucederse la primera República, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración, la monarquía «juste milieu», la segunda República, el segundo Imperio y otra República más. Así, pues con Napoleón no venía Francia entera, y poco tardó en demostrarse.

Este convencimiento no quita ni pone a nuestra gloria. La parte de Francia que venía con Napoleón bastó para dominar el mundo, pero no a nosotros. Nuestras guerrillas fueron la forma típica española, y en este sentido hablan de ellas con admiración y

entusiasmo escritores militares como Arteche y Arzadún, que deponiendo el recelo del profesional ante el aficionado, conceden a aquella manisfestación de las cualidades esenciales de nuestra gente toda la importancia que tuvo. Con aquellas partidas compuestas de labriegos que acaban de desuncir la yunta, de curas que colgaban de un clavo la llave de la iglesia, de estudiantillos que ahorcaban a Bártulo y Baldo, de contrabandistas y acaso de algún salteador, mezclada la fruta sana con la podrida y con los yerbajos salvajes, sin organización, sin disciplina, se formó la valla que tuvo en su avance a la tropa más aguerrida del mundo.

Las partidas son fruto natural del suelo: se reúnen y dispersan en horas; el partidario se esconde cuando le conviene y se deja ver cuando le acomoda; a salto de mata, caza franceses, lo mismo que cazaba conejos; pero cuando el jefe de la partidilla minúscula es un hombre como el Empecinado, esa irregular hueste puede convertirse en bien organizado ejército.

El Empecinado era sencillamente un humilde labrador, nacido en un pueblecillo, Castrillo de Duero, próximo a Valladolid. Por las calles de ese pueblo corre un arroyuelo de lodo negruzco, al cual llaman «pecina». A los nacidos en Castrillo, conócenlos en los contornos por el sobrenombre de Empecinados. Es

frecuente en España ponerse apodos de pueblo a pueblo. Tomateros llaman a los rondeños en Andalucía, y «garcios», en mi tierra, no sé por qué, a los de Retanzos.

Juan Martín, que había hecho ya la guerra a los franceses en 1795, fue de los infinitos que al entrar Napoleón en España se echaron al campo, una mañana mañanera, parecida a las que describe Cervantes. Empezó por detener un correo y siguió por un convoy de armas y víveres, buena presa y gran refuerzo. Y la partida fue engrosando, engrosando porque el labriego aquél sabía todos los ardides del guerrillero ducho, y nadie como él para preparar emboscadas, sorpresas y celadas en que caían como moscas los franceses, a quienes literalmente volvió locos acosándoles como a la res la jauría. Cuando tomó por teatro de sus proezas el territorio de Madrid a Sigüenza, inquietando especialmente a la plaza de Guadalajara, el general Hugo, comandante de ella, hizo los imposibles, primero por copar la guerrilla, luego por atraerse a su jefe, con halagos, promesas y sobornos de sus lugartenientes, de los cuales algunos no eran trigo tan limpio como Juan Martín. Este, a pesar de no saber nada de letras, de ser el más modesto de los pardillos castellanos, acertó a responder al francés: «Mientras viva uno sólo

de mis soldados, la guerra no se habrá concluido.» No era fácil que prevaricase Juan Martín. Pertenecía al número de esos estoicos que ha producido en abundancia el suelo, y que, como fray Luis de León, no estiman la riqueza; pero estiman mucho el honor y lo ponen más alto que la vida. De la guerra no quería Juan Martín sino eso: honra, gloria, algo que es inmaterial. En cuanto a otras granjerías, las despreció altamente. De sus presas, ni un ochavo guardaba para sí, y si no lo remitía a la Junta, lo repartía entre sus soldados, su pobreza durante la campaña fue tal, que no tenía ni camisa que ponerse. Era como español de casta, gran sufridor de privaciones, escaseces, duro y recio de cuerpo, indomable de espíritu, y era también blando de corazón, y expuso su vida gallardamente por salvar la del último de sus soldados. No conoció la crueldad, que tantas veces afeó las hazañas de otros partidarios, y su clemencia le valió el que el enemigo le estimase profundamente, y tratase como tropas regulares a los prisioneros de la partida del Empecinado.

Este hombre, digno de ser puesto en paragón con los héroes antiguos más ilustres y magnánimes, es el que ha recibido, ante su busto de bronce, el homenaje de la ciudad que salvó del saqueo en abril de 1813. Pena causa tener que escribirlo: El Empecinado murió,

no a manos de franceses, sino de sus propios compatriotas. Fue una de tantas nobles víctimas de nuestras discordias civiles, y de la atroz reacción fernandista. Porque aquel monarca, que había tenido un sólo arranque de valor y de dignidad ante Napoleón, que por pura cobardía no quiso evadirse de Valencia, apenas, por el sacrificio generoso de sus súbditos, se vio repuesto en el trono, diose a ahorcar y fusilar, ganándose una vez más el dictado de «borrón de nuestra historia» que un día le aplicara *Espronceda*. Y pudo decirse de Juan Martín lo que dijo del Cid el poeta anónimo:

«¡Oh Dios, qué buen vasallo, si oviese buen señor!»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

104

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

PAUL HERVIEU*

ALGO SOBRE ARTE

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1913.

Por aquí ha pasado Paul Hervieu con objeto de estrenar la traducción de su drama La course au flambeau, y nadie se ha preocupado mucho del dramaturgo, en París famoso, ni apenas se ha hablado de la obra, a pesar de ser una de las mejores de su autor. Entre la indiferencia general ha pasado escritor y drama, el cual ya ni figura en el cartel, arrumbado a las poquísimas noches de subir a escena. Hay que añadir que no fue lanzado Hervieu con aquel bien preparado reclamo que la siempre activa empresa Mendoza

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 23 junio 1913: 5-6. No recogido.

Guerrero consagró a madama Catulle Mendés, de la cual decía con gracia un genio madrileño (el «esprit» no es ya artículo exclusivamente parisiense): «Nos han dado un «marrón»... envuelto si se quiere en papel de plata... pero ya tan añejo!»

El «si se quiere», hacía referencia, a que ni aun la indumentaria de la madama pareció a las elegantes madrileñas, que no dejan de entender del asunto, aceptable.

Y cuenta que Paul Hervieu, por cierto vino en un instante favorable a los franceses. La «entente» parece cosa resuelta. Nos vamos con Inglaterra y con Francia. Contento ha de estar el buen kaiser, hasta fumar en pipa, y no serán diabluras las que nos prepare para el día de la conflagración (que estoy por creer que no llegará nunca).

Las cosas tan preparadas, tan combinadas, tan esperadas y temidas, suelen ser las que menos se realizan. Va para cuarenta y tantos años que Alemania, la nación belicosa por excelencia, al menos en cuanto a preparativos, no se ha lanzado a otra cosa que a prepararse, a gastar millones, a armarse formidablemente, a reunir fuerzas para eso, para mostrarlas a las demás naciones cual si fuesen uno de esos peleles que, en los campos sembrados sirven para asustar a los gorriones. La teoría del kaiser es a la

vez patriótica y humanitaria. No se trata de derramar sangre, ni de llevar ejércitos victoriosos más allá de las fronteras. Se trata de hacer de modo que, sin llegar jamás a tan violentos extremos, se sepa doquiera que Alemania es más fuerte que las naciones restantes, y éstas la respeten y eviten tener que medir con ella argumentos detonantes. El viejísimo y resobado «si vis pacem para belum» ha sido toda la filosofía del emperador, y no puede negarse que le dio un resultado excelente, y no sólo a él, sino a la tranquilidad de Europa.

En otras naciones se piensa y practica lo contrario. Puesto que no hay guerra ni probabilidades de ella, se descuidan los armamentos, las escuadras, los ejércitos... y surge el conflicto cuando menos se pensaba. Hay naciones que son como aquellas casas donde, a diario, sirven mal, y el día en que vienen convidados, aquí de los apuros para servir correctamente. Ni aun la conflagración de las Balcanes pudo, por ahora, turbar esa paz apoyada en tanto cañón, tanto sable y tanto regimiento. A cada paso se oyen anuncios fatídicos de estallidos inminentes, y el caso es que no estalla cosa alguna. Ni aun bombas. ¿No notáis cómo disminuye el contingente de los atentados por explosivos? Ya casi sólo quedan practicando este sistema tan peligroso como inútil, hasta para los que lo emplean, las sufragistas de Londres.

Volviendo a nuestra «entente», confieso que no tenía, y sigo no teniendo, opinión alguna respecto a lo que en tan grave contingencia era dado a España hacer. Por un lado veo las ventajas, por otro los inconvenientes de las soluciones contradictorias que se plantean; y, sin duda debido a falta de ciertos datos que sólo los iniciados en alta política poseen, no he acertado a formarme un criterio concreto, por lo cual la «entente» no me ha dado frío ni calor. No sé a dónde vamos con ella. Y digo que no sé, porque no me parece que debo hacer gran caso de lo que se oye y que pertenece al género sensacional e impresionista. En cafés, corrillos y pasillos del congreso no falta quien nos ve dueños ya de Portugal o despojados ya de las Canarias y de las Baleares, con otras fantasías geográfico-políticas, e históricas. Entretanto, continúa en Madrid la racha de las conferencias y la gente cada vez más deseosa de oír y de aprender. Hace pocos días, en el Ateneo, el joven escritor Alvaro Alcalá Galiano hablaba elocuentemente del idealismo en el arte ante un público en el cual se destacaban en primer término figuras del mundo elegante de Madrid. Ahora en la universidad central, el Sr. La Tourrasse, profesor en la escuela de altos estudios sociales de París, ha iniciado un curso que reunirá otra clase de auditorio, muy atento y muy interesado por los temas

que el conferenciante se dispone a desarrollar. Entre otros puntos de vista de no menor importancia, el conferenciante nos hablará del «Teatro libre» de M. Antoine, mal conocido en España, donde se sigue es cierto, el movimiento literario francés, pero de lejos y sin esfuerzo de atención. Así es que las amenas conferencias de este profesor van a ser un piperete para los aficionados.

Al mismo tiempo que el gusto de oír, parece tomar incremento en Madrid la devoción. Un acontecimiento está siendo la Adoración del «Lignum crucis» en la iglesia de los Jerónimos. Multitudes van unas tras otras a cumplir este rito. Hay una cola inmensa. Yo veo en ambos síntomas la indicación de una vida más intensa, menos superficial que la de hace pocos años. Se intensifica el sentimiento y se intensifica la inteligencia. Todas son señales de esta aurora o renacimiento que parece innegable y que por tantos fenómenos se marca y esplende en el horizonte.

También se desarrolla la aficción al arte. Lo prueban las infinitas exposiciones que cada año se celebran y atraen mayor concurrencia y dan a conocer a mayor cantidad de gentes la belleza en aspectos parciales. Ahora son tres a la vez las que están abiertas: la de retratos, instalada en el Banco Hipotecario; la de crucifijos y demás obras de arte

relacionadas con el signo de la cruz, en el palacio de Bibliotecas y Museos, con motivo de las fiestas constantinianas; la de arte decorativo, con carácter oficial.

Se distingue por su atractivo la de retratos. Siempre me ha parecido el retrato algo más vivo, más verdadero que el cuadro, por magnífico que el cuadro sea. Cuando los cuadros forman grupos de retratos (por ejemplo, Meninas, Lanzas, Entierro del conde Orgaz, Lección de anatomía), encuentro en ellos algo que, a mi ver, falta en las páginas compuestas.

El retrato suscita, invariablemente, discusiones que se renuevan a cada generación. ¿Debe parecerse el retrato? ¿Es su primera condición el parecido? ¿Es, al contrario, cosa secundaria? ¿Quiénes son mejores retratistas, los que idealizan algo o los que respetan estrictamente la naturaleza y la verdad?

Sobre estas cuestiones platicábamos largo y tendido la semana pasada el gran pintor Sorolla y yo, mientras él trabajaba en el retrato mío que le ha encargado la Hispanic Society de Nueva York.

Sorolla, es claro, dentro de su credo, está por lo real, por lo que refleja de un modo fiel aquello que ven los ojos. Yo, con mi eterna tendencia al eclecticismo, hago mil restricciones. Desde luego, no todos los ojos ven lo mismo. Los ojos del Greco (sobre

esto se dio no ha mucho una curiosa conferencia en el Ateneo de Madrid) por fenómenos morbosos ya no veían como pudieran ver los de su gran discípulo Velázquez. De ahí que siendo el Greco en sus primeros años un firme dibujante, llegó en sus obras de la segunda manera a alterar las líneas, y empezando por colorista luminoso de la escuela veneciana, se convirtió en el colorista más castellano, con sus grises, sus negros, sus azules y sus castaños pardos, como la tierra, los montes y los ropajes de los labriegos. ¡La realidad! Es, sin duda, una mágica palabra que fascina, pero tiene el defecto de todas las palabras genéricas: es preciso explicar, es preciso no suponer ni que la entendemos bien, ni que responde a cualquier enigma. La realidad... somos nosotros, y nosotros somos diversos. He aquí por qué la realidad del Greco no fue la realidad de Velázquez.

La exposición de retratos que ahora se visita no alcanza más que al siglo XIX, en su primera mitad: es decir, a pintores que fueron de ese tiempo; y por consiguiente triunfan de ella Goya, D. Vicente López y D. Federico Madrazo.

¡Tres personalidades bien distintas!, casi debe decirse opuestas. A Goya, no hay que discutirle: es el genio. Es, además, el mago. Porque hay genios atractivos, otros hasta antipáticos, y algunos, como Goya, que no es que atraigan: es que embrujan.

Muchos de los personajes retratados por Goya tienen más vida de la que en verdad tuvieron. La vida es el don por excelencia de Goya. Y no conozco un don que mejor pueda asegurar a un artista la inmortalidad. Esta vida que Goya sabe comunicar con su pincel (o con su cuchara, pues la leyenda nos le muestra armado de un cucharón con el cual reparte el color como si fuese sopa boba de convento), no es sólo a algunos individuos a quienes la presta en grado increíble: es también a la nación entera que antes de haberla invadido Napoleón, parecía tan dormida, tan sepultada en la inercia, después de las aventuras de gloria y luz que corrió por ambos mundos adelante. La España de tremenda vitalidad que nos reveló la invasión, está entera en las escenas populares, en los cartones, dibujos y caricaturas de Goya, anteriores a la guerra, que hacían presentir las que la guerra misma le sugirió. Nunca tan perfecta compenetración del alma de un artista con el alma de un pueblo produjo tal serie de obras impregnadas de las direcciones a la vez más modernas y más tradicionales--porque Goya, ese gran pintor de manolas, chisperos, paletos y toreros de lugar, es el precursor de todas las tendencias morbosas y desequilibradas del arte moderno.

Admirándole como merece, no por eso hemos de echar en saco roto a D. Vicente López. Este sugería

japonismos: éste es un pintor robustamente equilibrado, natural, sencillo; un huertano de Valencia, con un buen sentido de viejo, experto y desengañado ya; un retratista sin más intención que eso: retratar clásicamente. Y algunos retratos de D. Vicente López, hay que decirlo a boca llena, no tienen nada que envidiar a los de Goya, como factura, como verdad, aunque les falte aquella inquietud misteriosa aquella imprevista originalidad, aquella rareza que en Goya es privilegio.

A una histérica (como la que forma parte de la colección del duque de Valencia), a una perturbada, como la duquesa de Benavente, nadie les desentraña las agitadas almas sino Goya; pero los tipos normales son el galardón de don Vicente López: y su época entera ha tenido en el fidelísimo reproductor, pudiendo reconstruirse la sociedad española, bajo Fernando VII y Cristina, con sólo la galería de retratos del insigne valenciano.

Madrazo le sucedió. Yo no diré que no haya sido una decadencia, el paso de López y Goya a Madrazo. Sin embargo, de esta decadencia puede decirse lo que le digeron labios regios, allá en el siglo XVI a cierto arzobispo de Granada, señalando hacia dos apuestos muchachos que eran tenidos por frutos de deslices: «A fe, muy lindos pecados tenéis». Muy linda decadencia,

la decadencia madracista. Los Madrazos, que constituyen una dinastía de pintores, culminaron en el que toda España llamó «don Federico»; retratista mimado de todas las damas de la corte, las bellezas y las que no lo eran tanto, pero que, en sus pinceles, lo parecieron.

Al empezar su carrera, D. Federico se mostró más realista que otra cosa. Poseo dos retratos suyos de esa época, de familia, que son completamente la persona retratada puesta en lienzo. Poco a poco, insensible, retratando damas de alto coturno, Madrazo empezó a idealizar, pero al mismo tiempo fue adquiriendo una maestría y una elegancia soberanas. El retrato de la marquesa de Espeja, de blanco, escotada, con sus dos ruedas de volantes de encaje de Bruselas, sobre el moaré de la falda amplísima, su vaporoso «paraíso» tras las neglísimas «cocas», y su chal blanco de Manila, echado negligentemente al brazo torneado y escultural, es una página, en su género, perfecta. Discútase cuanto se quiera el género, no se podrá menos de admirar el arte. Además, retratos como el de la marquesa de Espeja y como el de la Dama del chal azul que poseen los condes de Peñalver, son el más encantador adorno que un salón admite. Son la distinción, son el fino gusto, son todo eso que la alta vida exige, como su natural ambiente.

Sin duda la marquesa de Espeja, madre del duque de Valencia, estará un poco idealizada; pero viven muchos que la conocieron, y dicen que era un tipo asombroso de belleza meridional. Yo he visto en su hija, la marquesa de Cartago, otra hermosura. Son las mujeres de esa estirpe, huríes del paraíso.

Lo interesante para nosotros es comprobar que, en todo tiempo, hemos tenido muy insignes retratistas. No cabe decir cuánto educan el gusto las exposiciones pequeñas; cuanto más pequeñas, tal vez más educadoras.

Algo contribuye a este movimiento artístico la agitación, que continúa, originada por el discutidísimo asunto del cuadro La adoración de los Reyes, de Van der Goes.

Si fuese a hacerme eco de cuanto se dice en voz baja, esta crónica sería una chismografía atroz... No cesan los comentarios, no cesan las murmuraciones, no cesan las indiscreciones internacionales. La sombra de un soberano poderoso, con sus mostachos de retorcidas guías, se proyecta allá en los lejanos horizontes y nos deja atónitos y boquiabiertos... ¡Digo, y con lo vidrioso que se está poniendo el cotarro!

¿Qué saldrá de este hervidero? ¿Nos arrebatarán el Van der Goes? ¿Lo sabremos defender? Lo positivo es que el mentidero de Madrid funciona activamente, que danzan en esto personas asaz empingorotadas, que los

artistas andan revueltos, y que el olvidado colegio de Monforte, donde el tesoro se encierra, es por primera vez, desde tantos años, blanco de las curiosidades... Es que empezamos a darnos cuenta de lo que el arte significa.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

105

CRONICAS DE ESPAÑA

E L H O N O R D E L D I A*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1913.

¡Y qué remedio! La actualidad manda en nosotros, y hay que hablar del crimen de la escuela superior de guerra.

Ni Rocambole, el de los múltiples disfraces; ni Fantomas, el «Amo de todos» y «Rey de los Espantos», ni ningún protagonista de novela policíaca al uso; ni de las antiguas de Ana Radcliffe, creadora del género, vende a este capitán Sánchez, cuyas hazañas nos ha revelado la casualidad (seríamos más piadosos diciendo la Providencia), como se verá por el relato siguiente.

Este capitán Sánchez nació muy cerca de mi aldea, en las Mariñas de Betanzos, uno de los sitios más poéticos y bonitos del mundo. Fue, en su primera juventud, botero del muelle de La Coruña. Luego,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 julio 1913: 9-10. No recogido.

soldado. Desde entonces, la leyenda, cuchicheada se apodera de él. Se habla de su valentía, de su matonismo y baratería al juego. Pasa a Cuba, según unos escondiéndose en un barco que llevaba tropa, según otros, sencillamente en sus filas, y, en empeñada acción, el general Martínez Campos, que estima el valor porque lo posee, le distingue y le asciende en el mismo campo de batalla. Es ya teniente; figura entre la oficialidad; su condición social ha variado.

La leyenda sigue entretegiendo sus gasas sombrías. Se dice--aun cuando nadie alega ningún hecho concreto--que, a favor de los lances y azares de la guerra, el audaz aventurero cometió descomunales fechorías, de todo linaje.

Hay siempre que descontar exageraciones, y, en todo caso, las fechorías no debieron de enriquecer al capitán Sánchez, pues regresó a la península sin fortuna. Casado desde muy joven, tenía varios hijos. La familia, en La Coruña, vivía estrechamente, y anidaba en aquellos Ranchos de Vera que son refugio de gente necesitada y de hampones. El capitán maltrataba bárbaramente a su mujer, y frecuentaba los garitos, pero ¿quién repara en tales pequeñeces? Para que la leyenda, sorda y obscura, volviese a formarle una especie de siniestra aureola al jaque y matón llamado entonces el «Rey de los Ranchos», fue necesario que

éste, un día revólver en puño, y hay quien afirma que con escolta de soldados, copase una mesa de juego; que otro día, disfrazado, atracase a un «punto» despojándole del dinero que llevaba; que se refiriese que, al salir de caza con escopeta, lo cazado por el capitán era la bolsa de los desprevenidos caminantes por las sendas aldeanas y que por último, un «indiano» labriego, amigo de emborracharse y que se fió en Sánchez para asuntos de cobranzas de partidas de dinero, desapareciese como si se le hubiese tragado la tierra, después de un viaje en que Sánchez lo acompañó. De esta historia no quedó otro rastro que tres cartas dirigidas a la mujer del cándido labrador... sólo que esas cartas, supuestas del desaparecido, eran de letra de Sánchez. Y, por aquellos días, el mar arrojó a la playa un cadáver decapitado...

Todo lo cual se susurraba, pero no preocupó mucho a la justicia. A instancias de la mujer se incoaron lánguidas diligencias judiciales, seguidas de pronto. Claro es que, donde la justicia duerme, los simples espectáculos, generalmente, roncan.

Conviene decir que esto no sucedió aquí en la reciente ocasión que tanto ruido está metiendo. El capitán Sánchez, que figuraba en la reserva, se vino a Madrid, y acabó por obtener el cargo de conserje de la escuela superior de guerra, puesto que le daba no pocas

ventajas, alguna consideración y casa que habitar y en que poder realizar tenebrosos atentados, porque el edificio está lleno de rincones, y hasta cabras y conejos tuvo allí Sánchez, cosa, entre paréntesis sea dicho, que las ordenanzas municipales prohiben severamente.

Es de notar que, muy a menudo, en Madrid y en España, los conserjes mandan y disponen más que sus superiores: están más en contacto con la gente de última fila, y a ellos es a quien obedece. Mil cosas puede realizar desde su puesto de relativa importancia un hombre tal como Sánchez y graves y comprometidas, aunque a muchas leguas del melodrama espeluznante e inaudito que for fin va descubriéndose, y es de esperar se aclare por completo cuando el juzgado militar finalice su tarea.

Ante todo, conviene decir cuál era el ambiente de la casa de Sánchez. Vivían con él sus seis hijos, y un viejo, el «padrino», que más parece un abuelo. La hija mayor, moza de unos veintiún años, fresca y rubia, va a ser el cebo con que el padre atraiga a los viciosos. En Madrid, en el río revuelto de la vida airada, que rueda sus aguas cenagosas al través de calles y caseríos de la villa y corte el aventurero, el bandido, sobre seguro, tiende sus redes. Sin embargo, no todos los peces mordían golosos el anzuelo. Un señorito, a

quien quiso Sánchez acusar de «rapto de menor» con fines de «chantage», logró evitar la emboscada. Un conocido torero, a quien se le preparaba la «encerrona», rehusó admitir peligrosa cita.

Y en las habitaciones de Sánchez se jugaba habitualmente «a lo prohibido» y el capitán tramaba probablemente (esto aún no se sabe), el despojo de un vividor llamado García Jalón, el mismo cuyo esqueleto acaba de aparecer descuartizado y mondado en un escondrijo de la escuela.

Y digo que aún no se sabe si lo tramaba, porque hay un relato de testigo que no quiere dar su nombre, y afirma que García Jalón, el día en que desapareció, estuvo jugando en casa de Sánchez y ganando fuertes sumas, y que esta circunstancia pudo decidir su no premeditado asesinato, para recuperar Sánchez la cantidad perdida.

Sea de ello lo que quiera, lo que por ahora conoce el público es que García Jalón, hombre ya maduro, sujeto más bien acaudalado, mujeriego, jugador y que había acometido varias empresas de espectáculos y timba, fue una tarde al Círculo de Bellas Artes, del cual era socio, a cambiar por una ficha de esta sociedad la suma de cinco mil pesetas diciendo:

--Voy a un sitio donde no me agrada llevar dinero...

Cuando la ficha le fue entregada añadió precavidamente:

--Venga quien venga con esta ficha, no la abonen ustedes sino a mí.

Desde aquel momento, no se vuelve a saber de él. Al pronto nadie lo extraña. A los dos o tres días empieza a señalar la prensa lo insólito y sospechoso del caso. Las versiones afluyen. ¿Comprometido en algún negocio equívoco o desafortunado habrá huído a Francia, habrá pasado a América? Pero, en este caso ¿para qué se ha dejado en su domicilio su kilométrico; para qué ha tomado en el círculo una ficha, que en el extranjero no le servirá de nada? ¿Acaso para despistar? Y el rumoreo crece.

Al día siguiente al de la desaparición, una mocita rubia, gruesa. bien vestidilla, ha estado en el círculo, presentando una ficha de cinco mil pesetas para canjearla por numerario.

El conserje, recordando la consigna, cautamente, se ha negado al canje. La rubia se ha ido mohína. Un «gavroche» madrileño, el chico que desempeña las funciones de «botones» o mandadero en el círculo se ha fijado en ella. Pocos días después, cuando se susurra ya el misterio de la desaparición del socio del

círculo, el «botones» vuelve a encontrar, en la calle, a la muchacha. No se le despinta: es la que quería recoger las cinco mil. La sigue, la encierra--en Madrid se llama «encerrar» a ir detrás de una mujer hasta averiguar dónde mora.--Y cuando la ha encerrado, se entera, en la portería, de su nombre. Es María Luisa Sánchez, la hija del capitán.

Cualquiera que esto lea se figurará que después de tal rasgo de sagacidad del botones (a quien el ministro de la gobernación acaba de felicitar y recompensar) la clave del enigma estaba encontrada. Mal conocería este ambiente quien lo imaginase así. Poco significó, para el juzgado, lo muy significativo del hecho. Detuvo a María Luisa, es verdad; pero la soltó casi en seguida. La clara pista se abandonó. Y, realmente, algún motivo había para no desconfiar de Sánchez al cual, lo acabo de leer en el Noroeste, de la Coruña, sus jefes entregaban la caja de la escuela, donde a veces había hasta cuarenta mil pesetas, a quien se encomendaba el servicio de vigilancia cuando visitaba la escuela el rey, y a quien se designaba ya para un puesto en el ramo de seguridad... ¡De buena hemos librado!

Pero la prensa--justo es decirlo--insistía, insistía, disparaba cada día sus flechas y llegaba a ofrecer dinero a quien averiguase el paradero del desaparecido o algo relacionado con su desaparición...

Y vinieron anónimos y referencias. Alguien había escuchado, en una taberna, conversaciones de soldados albañiles. Se hablaba del misterio de una tubería obstruída, de insoportables hedores... Y ya se concretaron los sucesos. Al cabo de un mes, eso sí; pero se concretaron.

Lo que arrojaron los registros de atarjeas y paredes es inenarrable... No; con detalles, no se puede describir. El capitán había descarnado por completo a su víctima. Los mondos huesos y la ropa fueron sepultados en un hueco de la pared del vetusto edificio, abriendo un boquete que tapiaron los soldados albañiles, cuya complicidad verosímil pudo tener por origen la obediencia al superior o la adhesión tan frecuente entre los militares al jefe inmediato, al que ven más de cerca. En cuanto a la carne... ¡Espanto de los espantos! Dicen que cocida y revuelta con el rancho fue lanzada a la alcantarilla... Apartemos el pensamiento con horror de este nuevo festín de los Atridas, trasladado a la vida moderna, como si quisiese significar que, al cambiar las edades, no cambia el fondo caliginoso y lóbrego de muchas almas humanas...

Y, en su prisión, el capitán niega a carga cerrada cuanto se le imputa. No hizo nada. Ni aun conoció a Jalón; ni aun le vió jamás. Es incapaz de acciones tales. El es un caballero, un hombre honrado. Todo lo han urdido sus enemigos para perderle.

Mejor hiciera, por cierto, en inculpar a sus amigos. Ha sido la tolerancia social, el indiferentismo que no indaga antecedentes de nadie, que se fía de la primera referencia, que no establece cadena entre los datos anteriores, que no quiere ver el mal por no corregirlo, lo que ha proporcionado al capitán Sánchez los medios de urdir este complot y otros, y ha puesto al servicio de sus inconfesables pasiones a esos soldados que ahora comparten con él la cárcel, y acaso compartirán mañana el presidio; pues, con todo lo descubierto, no juraría yo que ejecutasen al capitán. La pena de muerte, de hecho, viene estando abrogada en España. No se ha ejecutado a los que en Gádor bebieron la sangre de un niño. Ignoro si se hará una excepción con el que coció la carne de un hombre descuartizado como la res en la tablajería.

La lección social que de este crimen se desprende es la que da Schopenhauer a los humanos: «Acuérdate de desconfiar». Se debe conocer hasta policíacamente a la gente que se emplea; se debe examinar el pasado para que responda del porvenir. Porque la existencia de un individuo capaz de maldades tan enormes y monstruosas no es, si se le conoce y castiga, un mal social; pero sí lo es, y muy grande, que semejante persona pueda proyectar algo de la sombra que la envuelve sobre lo que todos queremos mantener alto y firme, sobre lo que no sufre mancha...

No es tema que me agrade insistir. Diré tan sólo en otro ramo, en el del servicio doméstico, he solido yo acoger con recelo las recomendaciones que procedían del mejor origen al parecer: era en nuestra casa proverbial que los protegidos de la gente devota y de muy estrecha y acicalada conciencia salían los mayores y más redomados pillos... ¿Quería esto decir que los señores que recomendaban no tuviesen la mejor intención? No por cierto. Eran al revés, unos santos, cándidos y fáciles de engañar... Y a mi padre (por cierto el hombre más íntegro) le oí decir un día: «Al que me llame «bueno», le doy un cachete».

No, no conviene ser «bueno». Hay que pensar mal, preventivamente, de todo el mundo... cuando se trata de darle un puesto. Rumiaba yo estas especies mirando la portada de la escuela de guerra, con el interés que inspiran las paredes detrás de las cuales han ocurrido tragedias. A esta portada antigua, por los dos figurones que la adornan, el vulgo la llamó «Casa de los salvajes». Un salvaje, por lo menos, ha vivido allí un primitivo, el peor de los caníbales, el caníbal de la civilización... Y por algo he dicho que el crimen del capitán y de su familia y de sus subordinados, pues, la zona de complicidad, o al menos de encubrimiento en este hecho es muy extensa, no se parecía a los demás, un instante zarandeados en las columnas de los periódicos...

Y pensaba también, recordando unas frases de la novela de Eça de Queiros Os Maias, que no era en la Grecia antigua del período mítico, fabuloso y feroz, el tiempo de Atreo y Tiestes, de Progne y Filomena, del Laberinto y el Minotauro, de Pasifae y Mirra, donde estaban ocurriendo estas cosas que parecen soñadas en pesadilla de calentura, sino que habían sucedido en Madrid, en el Madrid chulo y garbancero, el siglo XX, y que aquel sonido era el de la campanilla de un tranvía, y aquel otro el rodar de prosaico simón... Y estábamos vestidos a la moderna, y sin embargo habíamos sufrido el repeluzno del horror antiguo, de los tiempos crueles, de los viejos crímenes mostruosos que no indignan a los dioses sin criterio moral, duros y marmóreos y felices en sus sensuales Olimpos... Cuanto escribí sobre esta tremenda historia, no tiene otra fuente sino las informaciones de la prensa. Entre éstas, naturalmente, escogí las que parecen más exactas, más conforme a la verdad de los hechos, porque muchas han sido contradictorias y bastantes se han desmentido ya. ¡Y ojalá se desmienta lo más escalofriante, al avanzar el proceso! Es mi sincero deseo, por honor de la especie humana.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

106

CRONICAS DE ESPAÑA

LA MUJER*

(Para LA NACION)

A pesar de que mi amigo Vincenti afirma, en reciente y curioso folleto, que todos los cargos y puestos del estado se hallan en España abiertos a la mujer, yo estoy persuadida de que este ligero error de un hombre, por otra parte muy bien documentado y docto en pedagogía, no quita ni pone. Si en efecto estuviesen abiertos, como él dice, sería igual que ahora, que no lo están. Nadie, o casi nadie, se preocuparía de ello. Las mujeres las primeras.

En efecto, creo haber hablado aquí de que, en el ministerio de instrucción pública, un nunca bastantemente alabado decreto de Burell concedió a la mujer el acceso a todos los puestos y destinos que de dicho ministerio dependiesen. Burell ganó, al hacerlo honra y gloria, quien lo duda, y la historia lo reconocerá, pero ninguna mujer, que yo sepa, ha

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 9 julio 1913: 8. No recogido.

intentado aprovechar esta noble iniciativa. Una habría que lo hiciese, seguramente, y sería yo, pero a mis años no se estudia ya una carrera, porque se hizo otra completa, libre, dentro de la realidad y sin diplomas; y no me es posible contribuir a que no resulte letra muerta el decreto de Burell, que debiera ser la letra más viva, porque ha respondido a una idea de vida y de adelantado modernísimo.

Allá hace bastantes años, fundé una Biblioteca de la mujer, con objeto de dar a conocer en España las obras más importantes del alto feminismo extranjero. En ella tuvieron cabida libros como La esclavitud femenina, de Stuart Mill, y La mujer ante el socialismo, de Augusto Bebel. No diré que no se hayan leído tales libros, pues la edición se fue casi agotando; pero afirmo que no produjeron en la opinión ninguna especie de inquietud. Al menos, ningún síntoma ha llegado hasta mí. Es decir, que no hay en España ambiente para tal cuestión, y que aquí, lo mismo que en Alemania, (en algo nos hemos de asemejar a los súbditos del kaiser), la mujer sigue reducida a aquellas KKK tradicionales: «kinder», «kuche», «kirche»; niños, cocina, iglesia...

No es que sean malas estas KKK. Al contrario, las considero importantísimas y por todo extremo excelentes. Pero no las creo, en modo alguno,

incompatibles con «lo demás». Se puede amar y cuidar a los niños, guisar bien y rezar fervorosamente, y a la vez reclamar los derechos que la mujer posee, y que debe poseer, y que no poseerá nunca, si no se persuade de que en justicia le corresponden y los solicita. Pero yo no he de incurrir en el error de ser la voz que clama en el desierto. Visto que en España no hay problema feminista, he decidido imprimir otro giro a la Biblioteca de la Mujer. Y, para empezar, he incluído en ella un libro de cocina. Economía doméstica, mucho, lo más posible.

No saben ustedes lo que se han extrañado de que yo coleccionase recetas y las diese a la luz. ¡Cosa más rara! Lo natural es que no sepa ni que los huevos se componen de clara y yema, ni que para hacer hervir un puchero hay que arrimarlo a la lumbre. A pesar de tantos literatos como han entendido y hasta escrito de cocina, no me conceden el derecho de echar mi cuarto a espadas, o dígase a asadoras.

Entiendo que todo es de la más clásica puerilidad e inocencia. Bien pudo suceder que yo fuese ajena a las nociones elementales del «gobierno de la casa», como le sucedía, según fama, a Tula Avellaneda, y bien lo contrario, como le pasaba a Fernán Caballero. Entre las mujeres que no escriben, las hay así y asá. Unas barren con escrúpulos, otras dejan lleno de

«carneritos» el suelo, detrás de los muebles. Conocí a una señorita, que nos entretuvo mucho porque, en la época en que se gastaban sobrefaldas, deploraba la pérdida de una de gasa, y resultó que se la había puesto de relleno en el moño. No escribía la tal señorita, sin embargo, más que cartas a su novio. En los países donde la mujer ha ganado tanto terreno, que forma hasta parte del parlamento, Suecia, Noruega, Finlandia, es donde más se le enseña, desde la escuela, economía doméstica, cocina, higiene, puericultura. Y, por encima de sus enseñanzas, está el genio y el gusto de cada mujer. Las hay bohemias por naturaleza, sucias, abandonadas, que tiene siempre sus habitaciones en desorden, que odian el fogón y que miran con indiferencia el bienestar de los que las rodean, aunque se trate de sus hijos. La mortalidad infantil, no escasa en estas comarcas del Mediodía, se deriva muchas veces del modo de ser de las madres. No lo hacen por mala intención, ni aun por desamor, sino porque no aprenden otra cosa en la niñez, ni vieron más en el ambiente familiar doméstico.

Viniendo al caso de mi libro de cocina, la gran sorpresa de los que se han enterado indica que se supone incompatiblemente entre las ocupaciones intelectuales y este ramo, y que, para decirlo más llanamente, se cree que las literatas son unos

marimachos terribles. Este galante calificativo todavía me lo aplicó hace poco y sin atreverse a nombrarme, un marihembra de literatura, que escribe como un dómine.

Dígase la verdad, a mí siempre me ha gustado la cocina, o, para hablar con más exactitud, la mesa bien servida, bien dispuesta y variada. Además, he visto en la cocina algo histórico, y me ha inspirado igual interés una receta que una moneda antigua o un fragmento de cerámica, por que no cabe duda que en la comida se manifiesta el alma popular, y los platos nacionales llevan en sí mucho del espíritu de la raza. Por eso fui partidaria de que en España se comiese lo más posible a la española, y hasta hice mi poco de campañita para que las listas de los banquetes se redactasen en castellano. Son detestables las imitaciones de la mesa extranjera, si no salen muy a la perfección, y la manía que les ha entrado a las fondas y fondines españoles de servir parodias francesas, guisantes con manteca rancia y «ragoûst» insípidos, corre parejas con la de chapurrear el francés no sabiéndolo, y escribir mil desatinos en las minutas. Las cosas deben ser lo que parecen, y parecer lo que son. Nuestros guisos no son malos, al contrario, muy apetitosos, y yo los preferiría a las falsificaciones de lo francés, y no digamos de lo inglés! Conocí a

cierto cónsul de S. M. británica, que me decía, poniéndose más color de teja con la indignación:

--Io vado a Santiago, io domando un «beefsteak», e mi dan las suelas de los míos zapatos!

--No le sucederá a usted tal--le respondí--si pide buenamente unas «costilletas» al estilo de la tierra, o unas magritas de jamón de Lugo!

--¡Oh! Gamón, yes ¡Delicious!

En efecto ¿no es buscar cotufas en el golfo, querer encontrar en Santiago, hace unos veinte años de este, un biftec a punto, tierno, sangrante y regadito con su jugo o con manteca y limón? Poco más o menos que si yo me voy a dar un paseo por el Yorkshire, y pido chocolate con churros y buñuelos calientes amén del azucarillo...

Cada país tiene su cocina. La nuestra, no vacilo en decir que es la segunda o tercera del mundo, y como popular, la primera. Sin duda la francesa tiene derecho a su fama, en cuanto a cocina fina y de elegante presentación. Cuando nosotros nos quedamos como paralizados, bajo los últimos Austrias, los franceses justamente desarrollaron las artes exquisitas del conforte, del refinamiento en la mesa. Es la época de los eximios cocineros, pundonorosos hasta el suicidio. Se ha dejado atrás la brutalidad de la glotonería y empieza a desarrollarse la golosina

inteligente. Luis XIV, en eso como en todo, imprime una huella de magnificencia y fausto y crea una tradición sólida y artística. Debo decir que esta superioridad y abolengo de la cocina francesa delicada, se ve en los libros y tratados antiguos. Poseo ya una biblioteca gastronómica, que pasa de doscientos volúmenes, y en ella se cuenta un manual de cocina francesa, de fines del siglo XVI, en que figuran los platos tal cual hoy se sirven en las mejores mesas parisienses.

Repito que nuestra cocina, en cambio, aunque más genuina en sus esenciales elementos, no ha sido quintaesenciada y pulida como la de Francia. Nuestra cocina ofrece los rasgos característicos de nuestras variadas razas pobladoras. Es cocina en que, por ser de un país de costas, sobreabundan las recetas para preparar los peces y la mariscada apetitosa. Es cocina como de tierra donde la mujer vive encerrada, o por lo menos ha vivido hasta hace poco, en conventual retiro, y abundan en ella hasta un grado inverosímil las recetas de confitería y las frutas de horno y sartén.

Toda odalisca, presa entre cuatro paredes propende a las golosinas, y de esto encontramos un testimonio en la preciosa novela de Cervantes El celoso extremeño. Es cocina de sobrios, de estoicos, de ayunadores, y no faltan en ella las frugalidades vegetarianas, los

gazpachos y las sopas frías, que hacen surgir el recuerdo del hombre hispánico paseador de naciones, cruzador de mares e inventor de tierras, alimentado con pan que remoja en aceite o en agua del arroyo, y que da sazón al desabrido manjar con violentos estimulantes, los «rojos pimientos y ajos duros», del poeta. Es también, a veces, en sus guisos fuertemente sápidos y grasientos, reveladora de la calma y ocio conventual, de los refocilamientos de refectorio, donde se ingerían plácidamente manjares que habían sufrido el fuego largas horas, en los enormes lares, entre las brasas, concentrando sus jugos y amalgamando el embutido picante con la suavidad del tocino, la gravedad del jamón y lo farináceo del haba y lenteja. Es cocina muy viril, que hacen sus manos soldados y marineros, legos y mendigos, jornaleros y arrieros que llevan su recua al través de llanuras y páramos grises; cocina de don Quijote y de Sancho Panza; toda la raza, en suma. Y esta clase de cocina, añadida a la casera e ingenua que toda mi vida conocí, fue la que me propuse reunir en el libro La cocina española antigua, que acaba de ver luz, y que ya están traduciendo al inglés, porque en Inglaterra, y acaso más en los Estados Unidos, existe interés y curiosidad hacia lo típico y lo castizo español.

Y si yo hubiese conseguido reunir todo lo que en las provincias y en Madrid conserva la tradición en

materia de guisos, aderezos de un valor inestimable, documental. Claro es que no pretendo haber agotado tan vasta materia. Sólo con la confitería y repostería sale un grueso volumen. No pudiendo incluir ni gran parte, sólo admití unas cuatro o seis recetas de confitería. El libro me había crecido desmesuradamente en las manos. Y, lo repito, quizá no encierre ni la tercera parte de los platos tradicionales, que descubriría una ahincada investigación.

Sólo con esa faena altamente pintoresca que en mi tierra recibe el trágico nombre de «la matanza», ni más ni menos que si se tratase de otra Saint Barthelémy; sólo con los embutidos y preparaciones del cerdo, con sus variantes en las distintas regiones, se formaría otro tomo abultado. ¿Quién podrá recontar tanta especialidad? No visitaréis un pueblo español que no se precie de algo peculiar, algo que a veces ocultan, y cuyo mérito suelen atribuir unas veces al agua, otras a la harina, ya a los pastos, ya a la manera de amasar de las mujeres de tal comarca. El pan, el sencillo pan de panaderías, difiere en todas las regiones, y en Teruel creen que sólo con el pan turolense cabe «hacer migas»

Hay un pueblo en Galicia, que se llama Allariz, que es harto monumental, y en el cual se confeccionan unas singulares almendras, el polo opuesto de las lisas peladillas de Alcoy; todas arizadas, no de picos, sino

como de redondeadas estalactitas. Estas almendras son además muy gustosas, sobre todo para los que conservan dentadura fuerte. Ahora bien; los tres emisarios que despaché a Allariz para saber la fórmula, salieron derrotados. No tengo receta de las famosas almedras, de una forma tan gótica. Acaso las adivine. Si la adivino, y algún día me resuelvo a emprender «La confitería española», la publicaré. De estos misterios está llena nuestra cocina tradicional.

Y nuestra cocina, ha evolucionado en América. En Cuba, son innumerables los platos cuya filiación española salta a los ojos. Lo mismo debe suceder en toda la América del Sur. Yo agradecería mucho las recetas que me enviasen de esas tierras, de platos populares; seguramente en ella resaltará lo que digo. También en Africa, en el Africa de influencia española, hay algunos platos que son mezcla de elementos hispánico-israelitas y arábes. A algunos he dado cabida en el libro. En las provincias españolas de Levante, la gente es medio mora: moros bautizados se llaman ellos mismos. ¿Qué más? En Amberes, en Gante, me han asegurado que se conservan guisos españoles, adaptados al estilo del país. La salsa llamada «Robert» es invención de un Roberto, español castizo, cocinero del rey de Nápoles. Hemos andado tanto mundo, que no es maravilla si por todo dejamos rastros de las

predilecciones de nuestro estómago, como dejó, indudablemente, la «furia española» inoculaciones de nuestra sangre en los tipos morenos, arrancados de un «cuadro de lanzas», que vi por las calles de Gante, Amberes y Bruselas.

Y acaso estas explicaciones aclaren lo que me propuse al publicar un libro de cocina. No es, por cierto, acreditarme de mujer de mi casa. No estoy en fecha de tales demostraciones, propias de muchachas casaderas. Y, por otra parte, la cocina casi no me parece tramo femenil. Los hombres son los mejores cocineros, como no ignora nadie. Querrán hacernos creer que los varones desdeñan el cucharón y la olla... pero ahí la vida militar para desmentirlo. Todo soldado tiene que aprender a guisar, y a veces el capitán necesita intervenir y corregir el rancho. ¡Bah! Son pocas, poquísimas, las cosas que Dios dejó dispuesto que las ejecutase exclusivamente la mujer. Yo diría que sólo fueron dos: dar a luz y criar. Y no faltan médicos y fisiólogos que afirman, con seriedad, que ésto último, en algunos casos, se ha visto que puede hacerlo el varón. Lo demás, es patrimonio común.

Si los hombres no intervienen en el gobierno doméstico, será por el motivo a que achacan los negros que los monos no hablen: nada más que porque no quieren

trabajar, los muy bellacuelos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

107

LA NACION

CRONICAS MUNDIALES

ESCRITORAS FRANCESAS E ITALIANAS*

Para LA NACION)

MADRID, julio de 1913.

Quizá sea curioso bocetar la figura de algunas escritoras, más conocidas en Francia e Italia que en los restantes países europeos. Ninguna de ellas, que yo sepa, ha logrado celebridad comparable a la de los grandes escritores compatriotas y contemporáneos suyos, y cuando a una, la milanesa Neera, le aconsejaron paciencia, que ya vendría la fama, contestó: «Paciencia, la tendría... Lo que me falta es tiempo de tenerla», refiriéndose a la suma de sus años...

Son, sin embargo, mujeres de mérito, y si no han llegado al estruendo del renombre, en el sentido

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 29 julio 1913: 9. No recogido.

universal de la palabra, tienen títulos para no quedar olvidadas, ni confundidas entre la turbamulta.

Una de ellas, Mme. Vincens, cuyo pseudónimo fue «Arvéde Barine», me interesa especialmente, porque escribió un San Francisco de Asís. Me apresuro a añadir que esta obra apareció bastante después que la mía, del mismo título. No quiero indicar que la Sra. Barine haya tomado por base mi libro, pues no lo creo: es sencillamente medida de precaución, pues ya me ha sucedido que me achacasen haberme inspirado en otro San Francisco de Asís, el de Sabatier, publicado diez o doce años después del que yo di a luz. Hay que andar muy barba sobre el hombro, cuando se es una persona a quien siempre están buscándole las faltas y tirándole chinitas... o piedras gordas como melones; y aun siendo tan fácil de rechazar la acusación, no habrá faltado quien la crea.

Madama Arvéde Barine fue protestante y nacida en París. Su padre poseía una abundosa y sólida biblioteca, donde dejó que la niña se enfrascase; y luego su marido, caso raro, se dedicó a completar los vacíos de la educación de su joven esposa. Esta aprendía a un mismo tiempo latín y humanidades, y el gobierno de la casa en el cual sobresalió. Vigilaba el asado y profundizaba los clásicos. Cuando empezó a escribir literatura, fue por necesidad; la obligaron quebrantos de fortuna. Tenía ya 40 años.

Debemos agradecer a Madama Arvéde Barine, los españoles el que haya formulado un axioma: «No hay que desesperar nunca de una nación que sabe poner el arroz en punto» Sentencia de mujer casera, y casera como lo son las literatas, cuando dan en ello.

Arvéde Barine no gustaba de novelas. Escribía estudios biográficos, históricos o científicos; era una erudita, no una artista ni una creadora. Hizo a su patria el servicio de relacionarla con Ibsen, Tolstoy y Schopenhauer, y el más discutible de iniciar la fortuna internacional de D'Annunzio; y en todo cuanto puso la mano, trabajó con conciencia y conocimiento, con datos e información seria y copiosa, pero sin calor ni vibración de entusiasmo. Faltábale esa cuerda, la emoción, el estremecimiento que la belleza o la verdad imprimen a las organizaciones sensibles. Por eso yo prefiero, a su estudio sobre «San Francisco», su traducción de la leyenda del mismo santo, conocida por la de Los tres compañeros (tribus sociis). Lo característico en Arvéde Barine es su mordacidad crítica, unida a su formalidad documental. Ambas condiciones no abundan entre las escritoras, ni aun entre los escritores, y Arvéde Barine junta a estas cualidades una severidad moral hasta excesiva, un sentido puritano, que revela sus orígenes protestantes.

Mucho menos nombrada que Arvéde Barine es la Sra. Dornis, a pesar de haberla cantado un gran poeta en

versos hechos a cincel. La Sra. Dornis vio la luz en Florencia, y su belleza no desmintió los ideales de la ciudad donde rodó su cuna. Y el que la cantó fue nada menos que Leconte de Lisle, el autor de los Poemas bárbaros, poemas trágicos y poemas antiguos, que no fue tan popular como Víctor Hugo y Lamartine, sencillamente porque, sin aspiraciones políticas, se circunscribió a la poesía, y de un género accesible solamente a los que profesan el culto de la belleza pura. La multitud no será nunca de Leconte de Lisle, pero su acción e influjo sobre las letras fue enorme.

Con toda su serenidad de antiguo vate griego, Leconte de Lisle tenía del criollo el fuego nacional. Había nacido en la isla de Borbón el año 1820, en pleno romanticismo; había viajado por la India, y su imaginación era vigorosa y plástica, impresionable, seguramente, al contacto y al fuego de la hermosura; y esto, hasta los límites de la edad, en que parece que ya no pueden dañar las saetas del chiquitín rubio y volandero. Ello es que el poeta, que había experimentado en sus mocedades una profunda pasión, no pudo, ya en la senectud, defenderse de otra, y cantó en palabras divinas la tez de rosa, los cabellos áureos, el encanto de la voz, los labios floridos y el andar como si tuviese alas de aquella por quien sintió, en horas «sobrado breves», renacer la juventud y lozanear el corazón.

De este episodio hablan algunos críticos franceses como de cosa platónica y espiritual, semejante al lazo que unió a Bettina Brentano con el olímpico autor del Fausto. Y bien se puede creer, no sólo porque casos tales se dan y se darán mientras existan hombres y mujeres, sino porque Leconte de Lisle era anciano y achacoso. Poseía su amiga una magnífica propiedad, la que un tiempo perteneció a Mme. Dubary, [Du Barry] llamada Luciennes o Louveciernes, y en este asilo mágico, que presenció los últimos antojos de Luis XV, y donde amó Andrés Chenier, no diré que sorprendió, sino que reclamó por fin la muerte al poeta, a quien la Beatriz de su ideal postrero asistió con celo que debe calificarse de filial.

Como algunos años después la señora Dornis (empleo siempre el pseudónimo, por evitar confusiones) publicase dos tomos, que se titulan Leconte de Lisle íntimo y El pensamiento de Leconte de Lisle, he aquí que le fue reprochada la escasez de detalles biográficos, y el exceso de análisis literario. No se sabe cómo dar gusto a todos. Barbey d'Aurevilly, en cambio, censuró, en términos restallantes de furia, como suyos, a varias escritoras que hicieron lo contrario; que dieron sobre hombres célebres a quienes habían conocido íntimamente--Chateaubriand, Byron--demasiadas noticias especiales. De mejor tono es la

actitud de la Sra. Dornis, aunque defraude a la chismografía de las letras.

Y he aquí el idilio de ancianidad de ese poeta marmóreo, al cual no aplicaremos lo que en uno de sus Poemas Antiguos dice Demodoco a París el Priamida: «La edad fría te protege contra los ardientes sueños; la nieve de tu corazón ya no puede derretirse».

Si la Dornis representa la seducción de la hermosura, no menos fuerte hoy que cuando Paris vino de Frigia, en su ligera nave, y vio a Elena, la Tindárida, la Sra. Neera, cual nos la describe Leconte a «rapport», como nos dicen algunos biógrafos suyos, no ha recibido del cielo ese don, que acaso deba llamarse funesto, de los encantos físicos. Neera es el pseudónimo de una escritora italiana, que hace ya bastantes años me envió un libro suyo, una novela titulada Teresa, y cruzó conmigo algunas cartas. La novela me interesó infinito: estaba mal hecha, dentro de la técnica novelesca, pero había en ella un sentimiento y un sabor de autenticidad que le prestaban el atractivo de lo vivido, que vemos a cada instante. El asunto era sencillo y humilde, pero patético: el destino de un señorita que, dentro del hogar modesto, al lado de su familia, se ve sacrificada incesantemente a un hermano al cual todo es lícito; para el cual, por el hecho de ser varón, se guardan los mimos y las

preferencias; y la hermana va dejando pasar la edad del amor, y una mañana se despierta ya soltera, medio vieja, sin esperanzas de dicha. Recuerdo que felicité a la autora, de cuyo feminismo no podía dudar. Pero nunca juzguemos a los escritores por un sólo libro. He aquí lo que luego supe, por artículos y estudios de la prensa, de la vida y obras de la novelista:

Su verdadero nombre es Ana Radius Zuccari. Una debilidad femenil la ha inducido a no querer confesar nunca su edad, alegando que «ya la sabrán cuando se muera». De la escasa belleza de Ana Radius han sacado sus comentaristas una deducción que no carece de ingenio. En Italia, el amor nace de la forma, de las líneas, de la plástica; es un amor con fondo de sensualismo. He aquí que Neera es la abogada del amor platónico, del idealismo más espirituado; y esto puede atribuirse a género de desquite y protesta contra un sentimiento, o mejor dicho un orden de sensaciones que no ha logrado inspirar ni causar la escritora.

Así es que imputaron a sus escritos la tendencia a condenar la hermosura en la mujer, y censurar a los hombres que ante ella se rinden, y a recomendarlos que cultiven a las feas. De esto, Neera se creyó en el caso de protestar, repitiendo que no proscribía el amor, que sólo lo quería alto y noble... Yo confieso que este pleito me parece algo ridículo, amén de no muy

discreto. He estado en Italia, y allí, como en todas partes, escasea la belleza extraordinaria en la mujer. No hay que confundir a Italia con Georgia y Circasia, donde, según se cuenta (aun eso sí que no lo hemos visto), la raza es, por regla general hermosísima. Aunque Neera haya sido, en efecto, mujer sin beldad, la inmensa mayoría no se compone tampoco de Helenas, ni de Venus. Y si Neera no escribiese, nadie se daría a pensar en la forma de su nariz. Y, habiendo pasado Neera de la edad en que es un problema trascendental el espejo, no entiendo, qué tres caracoles pueda importarle toda esta discusión.

De ella se deduce, sin embargo, lo muy femenil que es el espíritu de Neera, y no hemos de extrañar que, lejos de reclamar para su sexo derechos, quiera sostener hasta la consumación de los siglos el estado de inferioridad en que la sociedad y las leyes le colocan. Un argumento antifeminista de Neera, es afirmar que ningún libro ni discurso podrá hacer de una doncella una mujer y que el conseguirlo es privilegio del hombre que debiera estar con ello muy engreído. Al leer tal razonamiento, que no tiene réplica, yo sonrío, y vuelvo la oración por pasiva. También el hombre no es hombre, en el sentido que indica Neera, sin el concurso de la mujer. ¿Y qué se saca en limpio de todo ello? La historia, y la observación diaria, nos

muestran mujeres que, conservando su doncellez, ni fueron débiles, ni necias, ni dejaron de ostentar virtudes y de adquirir glorias. Prescindiendo de las mártires y santas y sabias que están en los altares, y son tema eterno de nuestra admiración, cada día encontramos hembras de valía, y que sin embargo «no han sido hechas mujeres», según el concepto, sorprendente en una teorizadora del platonismo, la Neera.

No me estraña la contradicción. A veces no hay nada menos espiritual que los idealismos exagerados. Según Neera, el problema de la mujer es «encontrar marido» y el resto, viento y humo. Y cree también Neera, incurriendo en candidez, que, cuando la mujer se consagre a los trabajos intelectuales y reciba instrucción masculina, no querrá ser madre, y el mundo perecerá. Asusta ver que gentes de innegable talento y de prestigio escriban éstas que me atrevo a calificar de simples, porque las simplezas no las dicen sólo los simples y Flaubert recogió, en una carpeta, millares de boberías, entresacadas de escritos de personas eminentes. Cuando leo que la mujer, al aprender y estudiar, prescindirá de funciones naturales, me pregunté a mí misma si ha prescindido nunca el hombre, por sabio o filósofo que fuese; y cuenta que la inmensa mayoría de los mortales, aunque estudien, no llegan a sabios de Grecia, ni mucho menos. ¡Bah! Como si se me

dijese que los humanos al instruirse, renuncian a comer y a dormir. Tan naturales son estas funciones, como la de la maternidad.

Los que repiten estas inocentadas, sin duda se figuran que el hecho de la continuación de la especie hay, por parte de la mujer, un género de contrato, una aquiescencia voluntaria, como la que daba a entender Juan Jacobo Rousseau que hubiese precedido a la constitución de las sociedades. Si fuese así, es posible que se acabase el mundo, o la humanidad, por lo menos. Pero no es, y cuánta risa y burla ha caído sobre Juan Jacobo, por su teoría (de la cual hoy sus partidarios quieren vindicarle, negando que dijese lo que en efecto ha dicho), debe alcanzar a los que creen acción reflexiva y potestativa el unirse los dos sexos y engendrar el hombre y la mujer a su semejante. Contra las magnas leyes de naturaleza y sus consecuencias, no vale la voluntad; y aun cuando las mujeres llegasen a ser más sabias que Aristóteles, seguirían dando a luz, con los dolores y peligros que acompañan a la sagrada función.

Decíase en otro tiempo que las monjas eran un peligro para la conservación de la especie. Yo he leído esta tesis, desarrollada por una ilustre escritora y claro, como soy algo amiga de analizar, la medité y quedé tranquila. La especie no se acabará,

aun cuando haya muchas monjas y bastantes sabihondas. Crean ustedes que no. Y si es cierto que en el seno de algunas civilizaciones se ha presentado la degeneraión que estigmatizó Emilio Zola en Fecondité, más verosímil sería atribuirla a la falta de convicciones religiosas y a la corrupción ambiente, que a la sabiduría, que no anda por allí, ni por ninguna parte sobra.

Nos hemos alejado de Neera... Es decir, son sus opiniones lo que he querido examinar, lamentando que la autora de Teresa las exponga tan poco originales, y a veces tan absurdas, como cuando entiende que, al cultivar la madre su inteligencia, perjudica al niño, al hombre futuro. ¿En qué se basa esta afirmación?, difícil fuera averiguarlo. Debo añadir que la escasa elevación mental que parece descubrirse en estas disquisiciones antifeministas, no impiden que las novelas de Ana Radius sigan agradándome, y que encuentre en ellas mucha observación de la vida real, mucha verdad triste, cierta amargura que sin duda responde a la infancia triste y penosa en la estrechez de un hogar poco feliz.

No me arrepiento de haber recomendado Teresa al editor que la publicó en español, y siendo solamente que la autora no haya sacado la consecuencia de lo mismo que sus ojos de artista supieron notar y su estilo reflejar de un modo emocionante.

Como último detalle sobre la escritora italiana, he de decir que sus primeros ensayos de publicidad fueron recetas de cocina... Después se desquitó con diez y ocho volúmenes de novela, cinco de novelas cortas, y seis de estudios morales, amén de numerosos artículos y opúsculos. Esta vida de labor merece respeto, aun cuando haya restado a los descendientes de la escritora (si hemos de estar a lo que ella misma sostiene) mucho jugo en el cerebro, alguna substancia gris, y qué sé yo cuántos vigores mentales.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

108

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1913.

En el momento de la dispersión veraniega no queda en Madrid, iba a decir, ni una mosca; pero rectifico: las moscas habrán quedado... ¿Si hablásemos de filología? Se trata de filología americana y española. Acabo de recibir tres tomos consagrados a la memoria y labor de Rufino José Cuervo, el infatigable colombiano, que ha muerto no hace mucho, con la serenidad de un filósofo y la unción de un cristiano ferviente. El que le consagra este homenaje es un agustino recoleto, fray Pedro Fabo. Suena todo ello a siglo XVII. La obra está premiada y editada por la Academia Colombiana. En ella se reseña la vida y la titánica labor del concienzudo erudito.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 15 agosto 1913: 7. No recogido.

Rebosan estos tomos devoción profunda y pasión sin límites por la lengua castellana. Yo, que tanto la he amado y cultivado, no diría más, y puede que algo menos. La lengua castellana tiene, para el escritor, no pongo defectos, baste escribir, dificultades arduas. Para expresar lo abstracto y lo que se relaciona con la investigación intelectual, no vacilo en dar preferencia a la alemana, cuyos recursos asombran. El italiano, el portugués, el gallego, son más eufónicos que el castellano. ¿Cómo he logrado saberlo? Recitando en voz alta versos en todas esas lenguas. Al cuarto de hora de declamar en castellano, mi garganta estaba como escoriada, áspera, herida. Una hora podía recitar en italiano, sin molestia.

Puede esto depender de la configuración de mi laringe: no obstante, por algo los actores italianos y portugueses sobresalen en el manejo de la voz. Hay sonidos duros en el castellano. Pronunciar la palabra «jarrón», me decía no ha mucho un orador, es subir una cuesta muy agria.

Dejando a un lado lo fonético y lo metafísico (nadie ignora cuánto se nos ha regateado la gloria de haber producido cosecha de filósofos), la lengua castellana es realmente bellísima, entonada, caudalosa, noble, donosa, concisa, lapidaria, maliciosa, desenfadada, gráfica; y si así no fuese, no se ufanaría

de tan excelsos escritores; y si el alma y el corazón de la raza no la sintiesen en ella, en graves y hondas palpitaciones, no pudiéramos contar tan maravillosos místicos, tan grandes novelistas, tales dramáticos, tales oradores. El instrumento no puede ser sino magnífico, cuando suena de diversos modos y siempre admirablemente.

Posee todo la lengua castellana, la virtud de hacer suyos y marcar con propio sello los elementos extraños y de acarreo que se aglomeran en ella, restos de idiomas antiguos traídos por invasores, conquistadores y emigrados, y los que más tarde ingresaron, como las muchas palabras arábigas ya incorporadas para siempre a su tesoro. En esta lengua tan castiza, o que así se presta a escribir castizo, existe un aluvión de voces célticas, fenicias, hebreas, góticas, italianas, tudescas, griegas, que con su energía y fuerza ha absorbido, y lleva ya como parte integrante, no como cuerpos extraños. Bien dice el padre agustino, panegirista de Cuervo, que el habla castellana «fue adquiriendo esa fisonomía peculiar que la distingue de las otras, por su riqueza y complejidad sintáctica, por su modo racional de organizar la construcción flexiva de sus modos y tiempos de conjunción y la donosura y embeleso de sus modismos en que el tropo y el lenguaje figurado funcionan a qué lengua».

Puede un gramático experto analizar el mecanismo de un idioma y revelar en él encantos que el profano apenas estima, o no percibe de un modo tan claro y racional; pero hay en las lenguas caracteres que aprecia y siente todo el mundo, y, por eso, más allá de la perfección gramatical, ha sido ensalzado el castellano por cualidades y virtudes que, si bien se mira, son las que demostró en grado eminente la raza, o que al menos supo afirmar y ejercitar en momentos culminantes de su vida histórica. La formación de la lengua castellana, si estudiamos sus textos más añejos, va descubriendo cuánto hizo y sintió la gente; y no sólo en Castilla. Sea lo que quiera de los orígenes de la poesía épica castellana, y de los cantos de gesta, de los cuales brotó más tarde el Romancero; aun cuando hayan nacido de tronco visigodo o francés esos poemas que de tal manera expresan nuestra individualidad, al compás del desenvolvimiento de la lengua y la literatura, van destacándose sus factores, y, en primer término, el pueblo, la clerecía, los héroes nacionales, reales o imaginarios, Fernán González del Carpio, el Cid, la Reconquista, la común aspiración de todas las clases sociales, que entonces eran menos que actualmente, pues no cabe asegurar que estuviese representada en la sociedad y no lo está de hecho en la literatura, la clase media.

Así es que el habla, saturada de elemento popular y caballeresco, impregnada de fe cristiana, porque la religión era una fuerza nacional inmensa, incalculable adquiere esas propiedades que no ha perdido, aun cuando en los primitivos textos resalten con un vigor y una juventud, que en épocas más cultas no todos los escritores sabrán ostentar ni conseguir. El habla, en sus comienzos, cuando sale de la ganga de latinidad ya bastardeada, se hincha y fructifica impetuosamente con el aporte de palabras y giros populares, que revelan su procedencia en la gracia e ingenuidad de su estructura: contribución de labriegos, de trashumantes, de cabreros y ganaderos, de zagales, honderos y cosecheros de miel, vocablos de majada y gañanía, voces montañesas y también de costa, donde los marineros no han olvidado lo que les enseñaron los colonizadores de antaño, los navegantes y mareantes de ogaño; y todas las necesidades de la vida de esta gente laboriosa y pobre, y todos los sueños y candores de su imaginación sensible, y la guerra continua, que los lleva a comarcas que nunca hubiesen visitado, y la íntima, rebelde y ardiente personalidad íntima, rebelde y ardiente personalidad ibérica, que surge bravía y al mismo tiempo recogida y seria, a ganarse su primacía, en la historia, buscan su expresión adecuada, y ayudan a formar el léxico tan fresco y tan salado y tan

natural del Berceo y del buen Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, nuestro Rabelais.

Desde un principio se ha marcado en el castellano esta división, que acaso aún dura, y cuyos testimonios literarios no pueden ser ni más claros ni más probantes; y ha habido dos hablas, y las dos hermosas y fecundas, la popular y la noble y clásica; y no es el menor timbre de gloria de Cervantes haber reunido y dominado ambas en su obra maestra.

Ejemplos hay en el Quijote de estilo elevado, y no es necesario especificarlos, pues el Quijote está, o debe estar, en la memoria de todos; y ejemplos de desenfadada y cruda habla popular, no menos felices. Allí, en aquel océano de espontaneidad española, y de inspiración castiza (a pesar de las imitaciones italianas), se mezclaron las dos corrientes, y encarnaron en los dos personajes, el caballero y el villano. Si me diesen a escoger entre las dos corrientes, escojo la villanesca, y le concedo papel más importante en la emergencia del habla y del genio de la nación. Cabría dudar recordando que al estilo elevado pertenecen los místicos; pero ¡cuánto debe al pueblo Santa Teresa, con su charla de vieja castellana, hilando junto al fuego! Del pueblo vienen los novelistas picarescos, y Quevedo, que tan pronto se sumergió en una corriente como en otra, se armó su

castellano propio, cultivando hasta las bajas formas y utilizando el caudal de vocablos de germanía y hampa, elemento cuyo estrago presente hace temer por la salud del idioma.

El estilo elevado, al través de los tiempos, ha sido vencido. Hoy, en España las gentes de más alta condición social son las que hablan por estilo más llano y confianzudo, y hasta suelen mostrarse inficionadas de flamenquismo y chulapismo. Y los hombres, aun los investidos de alta dignidad, no rehuyen la palabra pecadora que, según suele decirse, «no está en el diccionario». El pueblo de hoy no es el pueblo de la Edad Media ni del siglo XVI, y trae al idioma la decadencia misma que sufre.

¿Quién sabe si son los pueblos de la América, tal vez impropiamente y por infundada suspicada llamada latina, los que tienen el encargo providencial de preservar y salvar el habla cuya muerte presentía y deploraba Cuervo? En los tres interesantes volúmenes Cuervo y la lengua castellana, veo cuán importante es la labor gramatical y léxica de uno solo de esos pueblos: Colombia; y la camada de sabios investigadores que ha producido, alrededor de la figura sobresaliente de Rufino Cuervo. Veo asimismo las importantes sumas que los demás estados han subscripto para que lleque a felice término la publicación de los manuscritos de

este titánico trabajador, y especialmente el Diccionario de regímenes filológico y etimológico, que quedó interrumpido por lo que el autor llamaba con gracia «escrúpulos de vieja», y que no era sino desaliento, causado por haber averiguado, ya lanzados a la publicidad los dos primeros tomos, que los textos en que había confiado, y la erudición de sus colectores, como Harzenbush y Durán, no ofrecían garantías de exactitud, y que le sería preciso rehacer lo hecho; volver a emprender de nuevo el estudio, sobre los textos primitivos, imponiendo una faena que suponía realizada sobre la base de la edición de «Autores españoles».

He aquí como lo mejor es enemigo de lo bueno... No era Cuervo hombre que transigiese con su conciencia. El mérito de su empresa estaba en eso, en la pureza y autenticidad de la investigación; quería dejar algo definitivo, impecable. Acaso no quepa en lo humano el conseguirlo; acaso no sea tiempo aún, no estén preparados los materiales para alzar el colosal monumento. A la aspiración de Cuervo pudiera responder la concienzuda edición de «Clásicos» que publica la Lectura. De todos modos, la empresa fue magna; y la perfección, en lo humano, es inasequible. Menéndez y Pelayo, que aspiraba a dejar en pos de sí, como obra decisiva, una Historia de la literatura castellana,

tuvo que ceñirse a escritos fragmentarios, porque encontraba que existían un sinnúmero de enigmas, errores y confusiones, y, que sin esclarecerlos, no cabía empezar. En mi opinión, de estos problemas habrá siempre; a medida que se resuelve el uno, surgirá otro, más enrevesado. Sin saber a ciencia cierta quién escribió el Amadís, cabe estudiar una literatura tan rica, en su conjunto, dejando para las generaciones venideras algo que hacer. Es imposible, en estas materias, no ser desmentido en algún punto por los que vengan detrás.

El que escribe lo mejor que sabe, dado el tiempo en que le tocó vivir, no merece censura. Ahí está, por ejemplo, el caso del presbítero Astarloa, indagador y panegirista de la lengua eúskara. Por entonces--y era la época en que florecía Humboldt--la filología no se encontraba tan adelantada, ni tan científicamente fundada como ahora. Astarloa medio adivinó lo que luego se supo razonadamente. Varias de sus hipótesis fueron aventuradas. No por eso se le ha de regatear su lauro. Valió más que excitase la inquietud y hasta la maravillosidad, a propósito de un lenguaje tan curioso, antiguo y singular como el vascuence, del cual sólo ha podido saberse algo merced a la semejanza de su estructura con la de las lenguas americanas indígenas.

Ello es que Cuervo deja en pos de sí un contingente científico enorme. Bloques y bloques de

cuartillas prueban esa tarea de benedictino, y sólo el conservarlas con religioso respeto, representa un esfuerzo considerable en el gobierno de Colombia. Mayor aun el de editarlas, si pueden ir a las prensas y no son únicamente notas, que el autor aprovecharía después en otra redacción.

Hay otra obra de Cuervo muy ensalzada, y, valga la sinceridad, declaro que no la conozco: son las Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano. Dícese que en ella corrige Cuervo millares de errores gramaticales, cometidos hasta por literatos de alto fuste, y discute palabras nuevas y viejas, americanas y españolas, contribuyendo con esplendidez a sostener la pureza del habla. De este libro dijo Alfredo Morel Fatio, autoridad de mucho peso, que era una verdadera historia de los destinos del habla española en el Nuevo Mundo.

Cuervo la considera como fragmentos de obra más vasta, que «mostrase la evolución del castellano en sus anchos dominios, y en que apareciesen reunidas en conjunto armónico y ordenadas conforme a las causas fisiológicas, psicológicas e históricas que determinan el movimiento del lenguaje, las investigaciones largas y escrupulosas que han sido necesarias...» Esta obra, ya muy adelantada, que llevará por título Castellano popular y castellano literario, ha hecho que el autor olvide «Las apuntaciones»...

No se había, pues, ocultado a Cuervo el hecho capital de la doble corriente, que afirmé antes; pero la división en «popular y literario» no me persuade del todo. En la literatura española el elemento popular se destaca tanto o más que el culto y atildado, y esa es una de las grandes energías de nuestras letras: es el brote de su espontaneidad. El elemento popular supera al culto, y esto no sólo en la Edad Media sino en los siglos de oro, cuando la elegancia, el culteranismo, tratan de sobreponerse. Yo preferiría que la obra de Cuervo, que espero llegue a publicarse pronto, se titulase Castellano popular y castellano culto. De todos modos, tan respetable maestro habrá fundado el título en razones y en copia de ciencia.

Y falta hace que los colombianos no desmayen en su animosa empresa, y salga, si es posible, la continuación de ese Diccionario, tan distinto del nuestro de la Academia, el cual no resiste, no diré la corrosiva sátira de Valbuena, pero ni un ligero e indulgente examen. Si es cierto que esta corporación prepara ahora una edición nueva, corregida (¡no hay poco que corregir!) aumentada, depurada, y no sabemos qué más, es de desear que aproveche, no sólo los dos volúmenes ya publicados de Cuervo, sino los trabajos notables que tan fértilmente produjeron Colombia y otros países de América.

Ya sé que el Diccionario de Cuervo es de distinta índole que el de la Academia Española. Aquel supone una intensa y preferente labor científica, y éste le bastaría el orden, la claridad, la razón, el conocimiento de las evoluciones del habla en lo escrito y en lo verbal, y la fidelidad en entregarnos todo el caudal de voces, sin desfalcarlo, sin comérselo, ni darlo por perdido y desechado, pues acierta Ricardo Palma al asegurar que el vocabulario del siglo XX es más rico que el tan admirado de los siglos de oro. En Vista del Diccionario, nadie sospecharía tal riqueza.

Muchas más consideraciones sugiere la obra del docto padre agustino, pero no cabrían en una crónica. sepan los americanos que por el habla de Castilla rompen lanzas, que alguien se lo agradece aquí.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

109

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

DE TEATRO EXTRANJERO Y ESPAÑOL*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1913.

Yo quisiera hablar del teatro español propiamente dicho en esta última temporada, y acaso un día hablaré, pero hay que criar ánimo, ungirse con aceite y apretar los puños... No cabe nada más arduo que juzgar obras de personas que viven y beben y que nos encontramos con frecuencia, aquí y acullá; que son, si no nuestros amigos íntimos, por lo menos nuestros conocidos, y esperan de nosotros un elogio, no una fraterna o una sequedad. Y conviene saber que, a veces el elogio no basta para no dejar quejosa a gente que no tenemos ni gusto ni interés en molestar,--si es que puede haber

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 5 septiembre 1913: 9. No recogido.

complacencia ni utilidad, en caso alguno, en causar molestia a nadie...

Cuando publicaba yo el Nuevo Teatro Crítico, fundado con objeto de seguir el movimiento literario, recuerdo que en más de una ocasión me gané el enojo de escritores a quienes había tratado muy lisonjeramente. Hubo uno, de quien absolutamente ningún crítico se había prestado a escribir dos renglones, siendo hasta singular el caso, pues parecía obedecer a misteriosa consigna el silencio que acerca de sus obras se guardaba. Me pregunto a mí misma la razón de tal mutismo de la prensa, y sólo pude atribuirlo a que el escritor tenía, por sus mordacidades, miles de enemigos, y tomarle en boca parecía adherirse a sus latigazos, asociarse a sus campañas agrias y violentas. Casi podía predecirse de antemano qué amigos perdería quien le consagrase diez renglones equitativos y serenos. Yo sin embargo se los consagré, pues me parecía poco estético dejar de hacer por miedo una crítica, prescindir de un autor importante, en su género, y que el público tenía derecho a conocer. Lo inesperado para mí, consistió en que amén de enfurecerse cuantos supuse que lo harían (y alguno muy eminente me lo confesó, entre airadas protestas y filípicas), se amontonó más que nadie el propio interesado... No encontró suficientemente entusiasta

lo que escribí de él, y me puso como digan dueñas, siempre que pudo, sin preocuparse del contraste que formaban sus censuras de ahora con los inciensos de antes. He ahí lo que somos. Polvo, nada. Desde entonces me propuse hablar lo menos posible de mis contemporáneos, hasta que su muerte les sitúe dentro de la posteridad y permita emitir un imparcial juicio.

La empresa es más peliaguda, cuando las letras, en vez de atravesar un período de esplendor, sufren decadencias, no siempre imputables a falta de ingenio en los autores, sino a esas múltiples causas que actúan sobre las producciones del espíritu humano, y contribuyen a su excelsitud o a su inferioridad. Que este momento atraviesan actualmente las letras en España, es palmario, sin duda. Lo mismo sucede en el resto de Europa. En Francia, en Alemania, y no digamos en Inglaterra, el nivel ha descendido. Las figuras de primera línea escasean. Se escribe mucho, a tutiplén, convenido; además del diluvio de artículos y cuentos que publican revistas y diarios, nunca la librería se ha visto más inundada de volúmenes en octavo, novelas, novelitas, cuentos, impresiones de viaje, críticas, confesiones, todo ello, inédito o refrito. En ninguna ocasión se han lanzado más nombres a los vientos de la fama; nunca se han emprendido tantos caminos, nunca se ha puesto al servicio de la creación literaria tan

sutiles intenciones... Y sin embargo, no despuntan nuevas individualidades. Ya no hay escuelas; ya no se quiere aparecer afiliado, ni imitar, ni seguir huella, y con todo eso, la originalidad, el temperamento, la fuerza propia, son artículo raro y precioso. Antes solía decirse que bastaba leer un párrafo de un libro par adivinar su autor, si el autor era de los que dominan el arte y tienen personalidad. A cada paso un libro abierto al azar se parece más a otro. Algunas originalidades son sólo amaneramientos y afectaciones que sirven de estilo y marca individual. Ciertas muletillas, hasta palabrejas predilectas, substituyen al alma que anima y distingue la obra de un verdadero escritor, de un escritor nato.

Así es que pudiéramos admitir, como clasificación de este período, la abundancia, la sobreproducción y el gradual establecimiento de un nivel mediano, no del todo inferior, medido por rasero común. Porque en general, lo mismo en España que fuera de ella, se escribe bien, las comedias son bonitas, las novelas diestramente fabricadas, las críticas aparentemente sagaces o emotivas, los versos sentimentales y torneados... Lo único que se echa de menos en el momento presente, es una quisicosa: ¡la obra maestra!

Por no fijarnos sino en Francia--evitando el escollo de España--¿dónde están ahora los Balzac, los

Dumas, los Víctor Hugo, los Zola, los Maupassant; dónde está Jorge Sand, de bracero por Venecia con Musset; dónde los Heredia, los Leconte de Isle, los Vigny; dónde los Taine, los Renan; dónde los Stendhal y los Mérimmée? Los cito así, sin orden cronológico, sin agrupación escolástica, tomando al azar sus nombres, por diferentes conceptos ilustres. Cuando desaparezcan los pocos literatos de fama mundial que ya van siendo viejos y no igualan a sus insignes predecesores, ¿quién va a substituirles? Los dioses se mueren, la serpiente ya no cría nueva piel!

En esta general mengua del valor y de la altura de las letras francesas, quizás debiéramos admitir una excepción, la literatura dramática. Hay en ella autores que, sin ser niños, no son ancianos, y que están en lo mejor de su carrera, en madurez. Producen sin descanso. Valen bastante. No hay que desdeñar a Hervieu, ni a Lavedan, ni a Curel, ni a Donnay, ni a Capus, ni a Rostand, ni a Portoriche. Sin embargo, no veo en el moderno teatro francés, una figura del realce de la de Ibsen.

Cada uno de estos autores tiene, no obstante, su originalidad, sus condiciones propias. Pablo Hervieu es áspero, dolorido; Lavedan, inquieto y rebuscador; Julio Lemâitre, muy ático, muy ingenioso; Curel muy fuerte; Rostand posee vuelo lírico; Portoriche, como el

viejo Ovidio, estudia los casos del amor; Donnany es irónico y ligero... Ninguno es Ibsen.

Ninguno pudiera serlo en el ambiente de París. Ibsen--en esto consiste gran parte de su valer,--es un hombre representativo de la mentalidad que hoy caracteriza a los pueblos del norte, suecos, dinamarqueses, finlandeses, noruegos; mentalidad influyente en Europa, pero marcada profundamente con el sello de la raza. Pudo haber quedado obscurecido entre sus «fjörds» a no auxiliarse la hospitalaria curiosidad que a Francia distingue.

Todavía es Francia la que da el espaldarazo. Quien haya recibido del cielo dotes de escritor agradezca a su fortuna haber nacido en Francia, donde existen todos los elementos para que la palabra «gloria» no sea enteramente vana y el renombre literario ascienda de secreto mal guardado a acontecimiento universal. La mitad de la carrera, para un escritor, es la nacionalidad. Y más aun si el escritor es autor dramático. En París tiene a su servicio la prensa más resonante, los teatros más concurridos, el público más universal, cosmopolita en gran parte, porta, voz de famas; un público que no leerá acaso un libro, pero que en el teatro busca una diversión y tolera de buen grado lo que no se resignaría a leer... Alguien dijo que el teatro es la

última religión de Francia. De hecho, actores y actrices son ídolos para los parisienses, y caído el trono relegaba a su estrecho círculo la aristocracia. Sarah Bernhardt pudo jactarse de reinar en París...

Y de otra ventaja disfrutan los autores dramáticos de la nación vecina: su público les tolera licencias que aquí no le sufren aún. No me refiero solamente a las licencias de frase, sino a los vuelos de la idea. He nombrado antes a Ibsen; recuérdese el desenlace de Casa de muñecas; en España bastaría para que le tirasen las banquetas al autor. Yo me imagino a un dramaturgo español queriendo hacer algo que obedezca al impulso social de Casa de muñecas, algo que sea una reivindicación feminista, una reclamación de la personalidad de la mujer, secularmente abolida y negada; y nunca se atrevería a esbozar cosa semejante llegar a tales honduras si el ambiente no las acoge, no las dicta a la pluma, no las recibe religiosamente. Cervantes, que en muchas de sus opiniones desmiente la época en que vivió (¿pero quién sabe si aquella época era enteramente cual la concebimos?), al desenlazar, con un criterio que casi pudiera llamarse ibseniano. La tía fingida y El celoso extremeño, al sugerir cosas muy análogas en El curioso impertinente, lo hizo de un modo indirecto, sin herir de frente ninguna preocupación. Ibsen aprovechó el momento favorable

para sembrarlas en lo íntimo de la conciencia. Y si los dramaturgos franceses no tienen un público como el de Ibsen, tienen al menos un concurso ávido de novedad, curado de espantos, comprensivo. No estrenan para unos cuantos literatos petrificados, unos cuantos burgueses que van al teatro a digerir en paz la ensalada y los filetes de ternera de la cena, unos cuantos señoritos y señoritas que van a hacer telégrafos, a guiñarse el ojo, y unas cuantas señoras que, piadosamente pensando, substituyen la telegrafía con la chismografía: composición habitual con escasas adiciones, de los estrenos, generalmente de muy floja entrada, en los principales teatros de Madrid, empezando por el de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Y, dado este publiquito, no hay que maravillarse si a Lope y Calderón substituyen, traducidos o adaptados, los vaudevillistas franceses.

De esto no tienen culpa los autores, y harta dicha es la suya si, al intentar algo serio, tuercen el gesto los empresarios, protestan o bostezan los espectadores, y la crítica teatral, siempre benigna con las obras que hacen profesión de «entretener», se muestra exigentísima con las que pretenden encerrar tuétano de idea. He aquí el motivo de la cruzada contra el teatro de Galdós, que yo pongo muy por encima de otros más afortunados, aplaudidos y fructuosos.

Disponiendo pues, de un público que no se escandaliza y de intérpretes que a mí no me gustan, porque no suelen encantarme los actores franceses en general, pero que tienen reputación y arte, poseen los actores franceses una base magnífica para abordar todos los asuntos sin miedo, sin esas contemplaciones que hacen de los ensayos de una obra en España, verdadero calvario.

--«No sé cómo tomará el público esa frase.» «Tengo mucho miedo a esta escenita.» «Esto nos va a resultar muy largo.» «No es posible que aguanten ese diálogo: de fijo se escandalizan; los palcos por lo menos.» Y nótese que hablo del ensayo de la obra admitida. ¡Cuántas se habrán visto rechazadas por la tesis peligrosa, inadaptada al público!

En París se está representando continuamente Fedra, de Racine. Nuestra Fedra, El castigo sin venganza, está expulsada de los escenarios madrileños porque pareció «inmoral». Y es de las joyas de nuestro repertorio «de oro»; es aquella comedia de la cual dijo su autor, el Fénix de los ingenios: «Cuando Lope quiere, quiere».

Y si esto pasa con el teatro antiguo, ¿qué será en el moderno? Es indudable que se ponen en escena, en los teatros de Madrid, obras algo atrevidas. Pero, entendámonos; son obras festivas, traducciones de

humoradas francesas o sencillos asainetamientos españoles. En lo que tiene pretensiones, el público saca el cristo de la moral. Una linda obra de los hermanos Quintero, Malvaloca, ha sufrido esta suerte. Es difícil encontrar autores más pulcros y recatados que los hermanos Quintero; su repertorio es para señoritas, en la mayoría de sus obras. Y Malvaloca no constituye excepción, ni cabe exponer con mayor castidad el tantas veces tratado problema de la rehabilitación de la mujer caída. Pues así y todo Malvaloca, por una escena de amor en el último acto, escena que era absolutamente necesaria, y que no tiene nada de impúdica, y es muy tierna y noble, porque es de pasión y ternura, y no de libertinaje, fue tachada de «verde»; hubo señoras del abono elegante que le pusieron la proa, y la eliminaron pronto del repertorio de los sábados blancos; y en mi pueblo, tengo entendido que hasta se predicó contra la inofensiva, buenaza y sentimental Malvaloca, que vierte moraleja por todas partes.

De este modo de ser de nuestro público ha dimanado el de muchos de nuestros dramaturgos de mayor renombre. Y si no, ahí está D. José Echegaray y a su teatro se les creó una reputación de inmoralidad y que al oír su nombre no faltaba quien se persignase. Lejos están estos tiempos, y, sin embargo, parece que aun resuenan

los apóstrofes y las paulinas. Y entonces como ahora, a paradoja se tomó el que yo dijese que un grave defecto del teatro de Echegaray es justamente, la desmedida idealización de la naturaleza humana. Los personajes de Echegaray, al menos aquellos en torno de cuya figura ha querido el autor concentrar el interés, son idealistas rabiosos, y llevan el sacrificio, la abnegación, la caballerosidad, a límites jamás vistos. Comparad este teatro con cualquiera otro del repertorio antiguo o moderno, y no hallaréis en ninguno tipos más exagerados de renunciamiento, altruísmo, escrupulosidad, exaltación, pundonor y donquijotismo abstracto (no como el del buen Quijada, que era hombre de carne y hueso en medio de su locura). Pues bien; yo no creo que Echegaray, en su interior, haya tenido del mundo esta concepción irreal; pero su teatro respondía a un profundo conocimiento de ciertos resortes del alma del público, que al reunirse en el proscenio exige una imagen de la humanidad transformada y facticia, porque no quiere verse tal cual es y fue desde abinicio.

Me refiero, claro es, al público de España. Y repito que los autores franceses no han tenido que lidiar con tantos obstáculos. Por eso, La dama de las Camelias y El semimundo parecieron, traducidos, subversivos y disolventes, y no lo son, por eso fue un estigma la calificación de «género francés»; por eso

muchas obras notables de autores franceses contemporáneos no pueden adaptarse a la escena española sino dejándolas en el lamentable ser del trufado sin trufas; por eso Hervieu, Curel y otros dramaturgos de meollo no serán aquí, no diré populares, pero ni conocidos. Y de Ibsen, aunque se han representado varias obras maestras, juraría yo que nadie las pudo aguantar.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

110

CRONICAS DE ESPAÑA

EL MONUMENTO A CAMPOAMOR*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1913.

Acaba de inagurarse en Navia el monumento erigido a la gloria de D. Ramón de Campoamor y Campoosorio, natural de aquel pueblo de Asturias y uno de los poetas más grandes, seguramente el más original, que tuvo España en el siglo XIX. Los periódicos no han consagrado a este suceso sino breve mención, porque en España los muertos van más aprisa aún que en otras partes. Si se realiza el proyecto de elevar una estatua al espada Lagartijo, es posible que leamos más larga descripción.

Sucinta y todo, la reseña de esta solemnidad despertó en mí largos ecos de memoria. Evoqué al que conocí ya viejo pero todavía lleno de espíritu vital y de ático humor, y al cual, en el ocaso de su genio y de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 septiembre 1913: 10. No recogido.

su vida, visité mil veces en su casa de la calle de Recoletos, encontrándole generalmente hundido en un butacón con las piernas envueltas en una espesa manta, pero sin el decaimiento que sus ochenta años requerían; ecuánime y decidor, rubicundo el rostro, bien atusado el blanquísimo cabello, cepilladas las patillas senatoriales, alegres, los penetrantes ojos, y muy marcada la semejanza (en mejor) que siempre le encontré con Víctor Hugo, cuando éste era también anciano. Pero alrededor del poeta español, si no faltaban cariños familiares, no vi aquella corte de seides y turiferarios que rodeaba a Hugo, en su salón de la avenida de Eylau, cuando pude conocerle y saludarle, como se va a ver una puesta de sol, el sol romántico.

D. Ramón de Campoamor, burgués pacífico y cosechero de azafrán, no tuvo un segundo de afectación, en que adoptase la postura de vate, de profeta, de guía de la humanidad, favoritas del ilustre francés y en las cuales permaneció hasta la hora de su muerte, que fue a los ochenta y tres años, lo mismo que Campoamor, en esto. No sería D. Ramón el que se retratase, en el frontispicio de un libro, conducido al Olimpo por dos ninfas, a más de un geniecillo portador de antorcha. Era demasiado fino, sagaz y avisado, para incurrir en estas nimiedades, por otra parte inocentes.

En ninguna biografía de poeta encontraréis menos cantidad de leyenda, menos sucesos que se presten a

reflexiones melancólicas, que lleven el sello de las existencias marcadas por el destino para la fatalidad. Ni el pistoletazo de Larra y «Larmig», ni la bohemia indigente y luminosa y errante de Zorrilla, ni la horrible tragedia doméstica de Quintana, ni el heroico fin y los amores fúnebres de Cadalso, ni el episodio pasional y la emigración de Espronceda... D. Ramón de Campoamor fue todo lo dichoso que cabe ser en el mundo que habitamos, y lo mismo que los pueblos, los hombres, cuando son felices, lo son por no tener historia.

La felicidad, sin embargo, no depende tanto de las circunstancias externas, de esa falta de sucesos dramáticos, ni aun de la riqueza y de la posición social, como del carácter de las personas. Hay individuos vivaces, en quienes la combinación de la salud física y del vigor de un cerebro bien organizado y lastrado, permite hacer frente a las inevitables decepciones que trae consigo el vivir. Y hay también personas que, como D. Ramón, encuentran más estético llevar esas decepciones con una mezcla de serenidad pagana y estoicismo nacional y tienen el pudor de sus penas, o, si se quiere, de sus contrariedades. Diferencióse en esto, como en todo Campoamor, de los líricos románticos. Nunca se le ocurriría escribir de sí propio para llamarse «planta maldita con fruto de bendición», como Zorrilla, ni exhalar sus

«desesperaciones» en invectivas, reclinado sobre el marchito seno de Jarifa, su compañero de laceramiento de corazón... Yo creo que en su larga existencia, en su ardorosa juventud y su vigorosa madurez, no dejaría Campoamor de abundar en esa honda vida oculta en que hay tanta resaca, tantísimo oleaje, y que no se ve, si el mismo interesado no quiere abrir una compuerta y dejar penetrar la mirada curiosa y profanadora. Campoamor no quiso abrir compuerta alguna... En la edición de sus Obras Completas existe un testimonio de lo que digo: era una carta al conde de Revillagigedo. También conocí a este prócer en sus últimos años: todavía un magnífico tipo de raza cántabra: alto, apersonado, corpulento; vivía retirado y entregado a la devoción, en una hermosa finca de Asturias; había cometido, en sus mocedades, el pecado de poesía publicando un tomito de versos, creo recordar que con iniciales o seudónimo: no lo afirmaría, porque aquel tomo, que después de muchas vacilaciones el conde acabó por regalarme, rogándome que a nadie lo enseñase, y que conservé con sumo interés, por ser libro raro, dado el afán con que el autor había recogido ejemplares aquí y acullá, a manera de quien borra huellas de un desliz juvenil, desapareció de mis estantes, y nunca pude averiguar quien lo había substraído... Nadie ignora que los libros son, como se dice jurídicamente, «res

nullius», o sea cosa sin dueño, y por eso con tal frecuencia cambian de poseedor; pero tratándose de aquel libro especial, mi imaginación se dio a suponer que el espíritu del mismo conde, encarnado sabe Dios en qué cuerpo, pudiese arrepentido de un momento de expansión, haber recogido la dádiva... ¿Y por qué, se me dirá, tenía el conde tal empeño en ocultar un libro de renglones desiguales? Aquí entra lo novelesco: porque ese libro recordaba amoríos tempestuosos, lirismos de la pasión... Y ese era su mérito; el acento como de cosa vivida, de aquellas estrofas palpitantes.

Ahora bien: un día tuvo el conde la ocurrencia de preguntar a su paisano Campoamor qué entendía por «doloras».

--Yo bien comprendo--le decía--que, a unas composiciones que, por muy ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta especie de «dolor», con un fundamento bastante plausible se las puede llamar «dolorosas»... Pero es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando usted no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen «en los misterios de su corazón!»

Y Campoamor, como pudiera un profesor de recato sentimental, un Vigny o un Leconte de Lisle, respondía al conde:

"--Protesto contra la tendencia de esa observación insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las importunas observaciones que pretende usted hacer, con su adorable suspicacia. Sin embargo, a pesar de que los secretos, «de cierta clase», hasta procuro yo olvidarlos para no darme razón de ellos «ni a mí mismo», la venialidad del sentimiento que usted procura sorprender en el fondo de mi corazón me autoriza para que diga a usted cuatro palabras «al oído» sobre este asunto exclusivamente personal. Por consiguiente ¡hasta la vista! Y jamás haga usted a nadie partícipe del secreto que pienso confiarle..."

En efecto: el conde guardó el secreto como le pedían, y nada sabemos del cuchicheo íntimo de los dos poetas, que fueron, sin duda grandes enamorados ambos; y consta que Campoamor, el «cantor de la mujer», el que escudriñó su alma, el que impregnó de ella su obra, nunca hablaba de cosa que de lejos ni de cerca se refiriese al secreto confiado al conde, acerca del origen de la palabra «dolora». Expansivo, riente, aniñado, afectuoso, espontáneo, nunca una confidencia del pasado asomaba a sus labios, ni cruzaba por sus ojos inquisidores. Y en cuanto a vanidad literaria, creo que tampoco hubo hombre más superior a ella, con

superioridad de sabiduría: no por modestia, sino por puro desengaño de las miserias del mundo. El mismo conde de Revillagigedo, que juzgaba severamente a los demás como así mismo, al encontrar «inmorales» las tendencias de muchas «doloras», quizá lo dio a entender; y Campoamor, con ironía exquisita envuelta su elegante indiferencia, declaraba:

--es cierto... Aconsejo a todos los jóvenes, y en especial a todas las jóvenes que no las lean.

...¿Me obedecerá alguno? Y sobre todo ¿me obedecerá alguna? Se me dirá que, conociendo la tendencia maliciosa de estos versos, debiera haberlos arrojado al fuego... Ciertamente que debiera haberlos arrojado al fuego! Pero ¡cómo ha de ser! Estos versos pertenecen a las locuras (y no de las mayores) de mi juventud, y los publico para que la indignación de mis lectores sea la expiación de mi culpa. Sé que un santo arrepentimiento puede borrar este pequeño crimen. ¡Se perdonan otros crímenes tan grandes!

El runrún de inmoralidad siguió zumbando incesante, como porfiada avispa, en torno de los laureles de Campoamor. Era inútil razonar; la avispa no cesaba en su zumbido, terco, sin modulaciones. Yo exponía siempre la siguiente argumentación:

--Inmoral es el que aconseja el mal Obsceno, el que describe y pinta con intención lasciva arrancando

los últimos velos del pudor. Campoamor no hace lo uno ni lo otro. Lo que hace es estudiar, sondar, entrañar, y meditar, en verso, acerca de nuestras contradicciones, perversiones y debilidades. Si Campoamor es inmoral, son inmorales también Salomón y otros muchos místicos y moralistas, que no tienen esa fama.

Conviene observar que Campoamor fue conservador en política y no conservador «casual», sino convencido: enemigo de la democracia, porque estimaba más lo individual que lo colectivo y desdeñaba un poco a la masa, a pesar de ser el hombre más llano y menos engreído del mundo. Lo mismo que evitó darse importancia de poeta y revelador y maestro, no teniendo hijos, ni abolengo nobiliario, no quiso adquirirlo y rechazó el título de marqués que Sagasta le ofrecía. La única señal que se vio en él de aspiración a la gloria, fue el invariable sistema de no cobrar nada a editores ni a publicaciones por su prosa ni por sus versos y autorizar agualmente sin interés cuantas ediciones quisiesen hacer de sus obras. Así es el poeta español que ha sido editado y reeditado más veces y en formas más distintas, en bibliotecas de vulgarización baratas. Rico, o por lo menos en muy desahogada posición, el cálculo era hábil. Y en cuando a ese involuntario sentimiento de emulación que padecen

los escritores, no lo dejaba asomar sino rarísima vez, con relación al autor de Los gritos del combate, su rival, cuyo sentir «en progresista» le exasperaba, y cuya poesía era, en su concepto esparto petrificado. Riendo con gana, me contó un día Castelar lo que sigue: El hortelano de un amigo de D. Ramón, en sentido de admiración al poeta, sinceramente, puso al macho de la noria el nombre de Campoamor. Súpolo éste y dijo al amigo, entregándole una onza de oro:

--¡Dale esto y que le ponga Núñez de Arce!

No es la psicología de Campoamor la del irritable poeta, sino la de un pensador y un moralista que expresó sus pensamientos y sus inquietudes y sus interrogaciones a las estrellas, en verso, y no siempre en verso, porque a pesar de su desprecio de la prosa que calificaba de «jerga animal del ser humano», escribió en prosa bastante y cosas muy ingeniosas y divertidas y amenas y filosóficas y de miga. Y parecerá que contrasta lo de «moralista» con la inmoralidad que tanto se le achacó, pero recuérdese que otro moralista fue Salomón y si le tomásemos por donde quema, le encontraríamos más recocido en malicia que Campoamor y que todos. Para darse cuenta de la originalidad extraordinaria de Campoamor, baste recordar que pareciendo el más moderno de los poetas, sus Doloras son contemporáneas del Tenorio; que son

anteriores a Bécquer, y que ninguna escuela literaria, ni extranjera, ni nacional, ni ninguna personalidad famosa, de aquí ni de fuera de aquí ha ejercido influjo visible en él. Se le acusó de plagiario de Víctor Hugo y acaso existiesen coincidencias materiales en algunos pasajes, pero aunque parezca extraño, el plagio no impide la independencia mientras el influjo la suprime. El más independiente de nuestros poetas fue Campoamor. Núñez de Arce procede de Quintana; Bécquer de Heine; Zorrilla, de los románticos extranjeros: Hugo, Walter Scott; Campoamor, de ninguno. Fue original en el estilo, nuevo en las formas de su sistema poético: en todo, individual, pues no cupo que tuviese imitadores, aunque no faltó quien lo intentase: pero eran tentativas de antemano fracasadas.

Al lado de Núñez de Arce surgió un Velarde: a Campoamor no pudo acercarse un Revilla, innovador hasta en los temas de sus poesías, la mujer, el amor; porque si bien todo ello es lo más antiguo del mundo y lo que morirá con él en la lírica española no hay rastro de tales inquietudes y nuestros eróticos, el mismo Villegas no ha sospechado el misterio. Parte de la modernidad de Campoamor está en los temas y por ello conservará su frescura la poesía insinuante y escéptica de las Doloras y de las Humoradas y de los Pequeños poemas. Merced a esa intuición sentimental y ese

análisis del corazón en sus recónditas fibras, no son prosa los versos de Campoamor, que desdeñó la retórica y la lima, y si no escribió jamás descuidado en cuanto a lo psicológico y a lo mental, no se preocupó de cincelar y apenas de corregir. Fue su divisa, mientras el romanticismo hinchaba el odre épico con Zorrilla y Tassara, «naturalidad, naturalidad y naturalidad». Y la profesión de fe de su interiorismo, es la que copio:

«Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero,
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón, ve el mundo entero...»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

111

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA EVOLUCION DEL PIE*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1913.

Como quiera que, excepto la guerra y las huelgas, temas de escaso interés para los lectores americanos, no sucede actualmente nada en España, y los cronistas se dan al diablo y amenazan con echar mano por milésima vez, de la acreditadísima y venerable serpiente de mar, elijo un asunto frívolo, pero en el cual un poco de filosofía histórica, social y psicológica. No sé si España ha evolucionado o no, y de fijo su evolución, en varios respectos, es lenta; en cambio afirmo que ha evolucionado decisivamente el famoso pie de las españolas.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 9 octubre 1913: 9. No recogido.

Trataré de explicar esto, que a primera vista pudiera sorprender.

Hay en el caso ciertas afinidades con la evolución de otro pie, chiquirritito, el de las chinas. Como sabemos, en China, hasta hace poco, «la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.» Si no precisamente la pierna quebrada, por lo menos la extremidad inferior, retorcida y comprimida hasta reducirla a la mitad de su tamaño, tenían las niñas chinas, y seguían teniendo las mujeres, y de ahí la forma extraña de su pies, semejantes a muñones, y su andar balanceándose, y su retraimiento, y su sujeción entre las paredes del domicilio.

En España no se llegó a tanto; pero, inspirándose, mitad en las severidades del derecho romano, y mitad en las ideas moras, la mujer estaba recluida poco menos estrictamente que sus congéneres del Celeste Imperio, que ya no es ni imperio ni celeste; y se cultivaba con amor, si no la deformación, al menos la reducción de su pie, y se celebraban los «pinreles» diminutos, como el mayor de los encantos que colman de flechas agudas e irresistibles la aljaba del desvergonzado arquerillo.

Lo curioso era que este encanto delicioso, esta sublime perfección del cuerpo de la mujer, había de esconderse, taparse y recatarse, lo mismo que si fuese alguna íntima belleza, de las que el pudor obliga a

encerrar en el santuario, o en oriental harén. ¿Oriental he dicho? No; los orientales, los propios turcos, a quienes una frase popular concede la supremacía en materia de celos, no tapujan el pie de sus mujeres; hasta es lo único que se ve de su persona. Cubierta va la cara, envuelto en velos el tronco, pero el pie juega libre dentro de la recamada babucha, y cumple su misión, que es andar. El secreto del pie en España, respondió al concepto de la clausura femenina.

En las novelas de la época picaresca y señoril, del siglo XVII, a cada párrafo, tratándose de la mujer, os salta a los ojos la palabra «recogimiento». Hay una de Cervantes, El celoso extremeño, en que ya el recogimiento es secuestro: el viejo Carrizales, mirando por su honra, empareda a la joven esposa en una especie de monasterio fortaleza, donde no la ve ni la luz del sol; lo cual no impide que se cuele en el alcázar el gallardo virote Loaysa, y la enamore, sirviendo la música y el canto de Galeoto, y confirmándose la enseñanza de las coplillas de la dueña Marlalonso:

«Madre, la mi madre,
guardas me ponéis:
si yo no me guardo,
no me guardaréis...»

A pesar de la enseñanza de la copla, de sentido tan humano y profundo como la fábula cervantina, la idea del «recogimiento», que había sido sustentada por graves moralistas y doctos filósofos, entre los cuales hay que incluir a Luis Vives, preceptor de Da. Juana de Castilla, la Loca, dominaba en la sociedad. Y así fue formándose la pálida color y el menudo pie de las españolas.

Hay que ser justos: el tal pie era monísimo. A mí me irritaba, desde el punto de vista de su tiránica significación: por que yo soy idólatra de la libertad, sólo que empiezo por desear la que importa a la mujer, que el hombre hartas tiene, de toda calaña. Ahora bien, la pequeñez del pie era un grillete.

Eralo también la forma del calzado. Porque el pie depende del calzado, como del corsé depende el talle. El antiguo calzado español--llano antiguo al que se remonta a fines del siglo XVIII y al XIX--coadyuvaba al enanismo del pie. He oído decir a mi madre, que jamás vio a mi abuela usar calzado de piel: siempre de raso, y de seda la media. Ambos artículos eran caros, sobrado caros para las costumbres de entonces, que no admitían los derroches de hoy en la indumentaria, y zapatitos y medias recibían el socorro de zurcidos innumerables, con ayuda del consabido «huevo de repasar», y de las finísimas agujas-pelo. En la época

de las faldas de medio paso, el pie es la fisonomía de la mujer. No hay sino ver, en el Museo del Prado, en Madrid, el retrato de María Luisa, esposa de Carlos IV, vestida de Manola. La reina, por cierto, de guapa tiene poco; pero su pie vale una cara bonita. No es sólo la dimensión: es su arqueada y curva gracia, lo airoso de su modo de plantarse, la expresión, si puede decirse así. ¡Notad el progreso que este pie significa! Es un pie ya emancipado; en todos los cuadros de Velázquez, no encontraréis reina, infanta ni menina, a la cual se le vean los pies. Bajo los inmensos briales y las pomposas faldamentas, se creyera que hay alguna armazón de palo, enclavada y fija en el suelo.

Y así, la época del «medio paso» que venía a ser «entravé» de entonces, es de relativa libertad. Las señoras se echan a la calle (notad que, arcaicamente, las frases «mujer callejera» y «mujer cantonera» tienen un sentido ofensivo) y sea a pie, con aquellos mismos delicados chapines y el empedrado de Madrid--compuesto según Teófilo Gautier, de «cailloux soigneusemente posés du coté le plus tranchant»--sea en calesín o en carroza, salen, van a la pradera, a las verbenas, se esparcen y respiran. La leyenda del pie toma cuerpo. Sobre el estribo del calestín, el pie cae como una flor, y los chapines lucen su bordado de oro, plata o

seda, su hebilla de diamantes, el lujo que realza la lindeza del pie cautivo. Para subir al calesín la mujer, el hombre se arrodilla, y ella pone el pie sobre el muslo y salta ligera... Más adelante, todavía disminuye el calzado: nadie ha dejado de ver, en las litografías de la época romántica, en los álbunes de Gavarni, en los retratos, ese género de escarpines contemporáneos de los tirabuzones, que apenas abarcan la puntita misma del pie, que parecen sostenerse milagrosamente, y que las galgas a veces hacen verosímiles, pues de otra suerte no se concibe cómo puedan darse dos pasos sin perder tales zapatillos. Una ley natural impone entonces la «botina» de tela, rusel o cachemir, con punta, no menos invisible, de charol o tafilete, que remeda el aspecto del zapato. Ved a Gavarni, que tan bien sorprende el aire de las modas femeninas.

El segundo imperio trae la bota polaca. Era una cosa muy «Benoiton», acocotada, insolente, aunque impuesta por la elegantísima emperatriz. La bota, de charol con caña amarilla, o toda ella de raso, subía hasta más arriba de la pantorrilla, y se abrochaba con innúmeros botones. Una provocativa borlita se columpiaba en el centro de la bota, más alta por delante que por detrás. El tacón era exagerado. Las mujeres parecían húsares de opereta.

En España, no sé por qué, cayó mal esta moda. Fue algo que infundió recelo, prestando a la mujer un sello de descaro; al menos, así se oía repetir. Un recuerdo de mi niñez es la aparición de una señorita, por cierto hermosa y de familia ilustre, en el paseo público de una pequeña ciudad, luciendo las peligrosas botas polacas. ¡Qué cosas se decían de la bella! Y, por casualidad, no eran injustas del todo. Ello es que las polacas, como en 1808 el bigote, estigmatizaban. ¡Afrancesamiento!

Así y todo el dogma del «recogimiento» empezaba a esfumarse, y las mujeres a airarse, previas varias condiciones: que fuese a las horas reglamentarias, las del paseo, o con un objeto señalado, a tiendas o a misa, o a la novena, y, por supuesto, con el pie lo más escondido posible, dentro de las exigencias de la marcha; sin indiscretos remangues de faldas, y con paso medido, serio. Salir sólo por salir no estaba admitido. Lo que entonces se llamaba «paseo largo» era priviligio de varones. Por determinadas calles, y hasta por determinadas barriadas no se arriesgaban las mujeres. Apenas obscurecía, las acompañaba dueña o rodrigón, como antaño. A las solteras siempre había de acompañarlas alguien, aunque fuese mediodía. Y esto aún dura. Algunas señoritas van lanzándose a ir sueltas a la iglesia y a compras. Son las menos.

Por efecto natural de la ocultación del pie, que las frondosas faldas de volantes y las enaguas planchadas no permitían ver sino como en relámpago, había un deseo furioso en los hombres de admirar patitas. Los días de lluvia, muchos se emboscaban en los portales sin más objeto que el de reconocer con vista codiciosa los bajos y el calzado de las mujeres, obligadas a recogerse la ropa, a saltar los charcos y a evidenciar tobillos más o menos redondos. Porque el clásico pie de la española se completa con el tobillo, al menos éste es el límite autorizado de los cimientos, comparados por el poeta D. Alejandro López de Ayala a

«dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del Paraíso.»

lo cual prueba que el poeta, como tantos que no lo son, equivocaba «dintel» con «umbral». El afán de contemplar a esos «niños traviesos» había quien se bajaba, hasta casi echarse de bruces, para aprovechar el momento en que una dama descendía de un coche, y su pie ligero se revelaba, posándose en las losas de la acera. era el misterio, y el misterio atrae, solicita, encandila el antojo.

Y aquí entra la evolución más patente: ¡ha cesado de ser misterio el pie! De unos cuantos años a esta

parte, no muchos, el pie está abierto al público; y el milagro lo han realizado los sports, y la higiene, que habla por boca de los médicos. «Esta señora necesita mucho aire libre»... «A esta niña le conviene ejercicio»... Poco a poco vinieron la bicicleta, las caminatas, unas miajas de alpinismo, mucho baño de mar, patines, luego tennis, golf, automovilismo, campo, caza, remar, cosas vitandas que hicieran estremecer de horror a nuestros ascendientes! Cada una de estas novedades trajo calzado especial. Para caza, necesitáronse las botas recias de charqueo ¡oh chapines de María Luisa y de la duquesa de Benavente! Para el baño de mar, alpargatas; para el tennis, los característicos borceguíes sin tacón, de blanca tela, que agigantan el pie, y le devuelven su forma racional con dedos y plantas; para la bicicleta, los zapatos y hasta las polainas de cuero; en fin, mil horrores estéticos, la negación de las extremidades de piñón y almendra que el concepto semítico atribuyó a la mujer, a quien los pies debían sostener poco, para que se tendiese más presto, fatigada, en el estrado o el diván. La estética antigua exigía a la mujer debilidad, gesto entre infantil y enfermizo. Andar no era solamente inmoral, sino feo, hombruno y nada propio de damas gentiles. Todo eso se ha ido a paseo; las mujeres ya corretean y se tienen firmes sobre un

calzado sensato... No enteramente sensato, pues hemos visto, en pleno período de reivindicaciones feministas, renacer el tacón, un tacón más absurdo que el de antes; un tacón que, es una cuña, una estaca, que empingorota a las mujeres y les desaploma las visceras y les prepara tumores y descuelgues muy funestos. Antes era el taconcito Luis XV, gracioso, y por su misma índole no desproporcionado. Ahora en los juanetudos zapatos a la norteamericana, de tan horrible figura, el tacón es una extravagancia más.

«Ne quid nimis», que dijo el cantor de Lidia. No convendría la prisión del chapincito; pero la forma natural del pie de la gente de cada país hay que respetarla; aquí no gastamos juanetes y nuestros pies no son planos como libros de coro. En cuanto al tacón, su causa está fallada por la medicina.

Lo indudable es que el pie, descubierto por las nuevas modas de la ropa cortísima y ceñidísima ha dejado de ser talismán. Y con todos los pulcros eufemismos que requiere lo que voy añadir, diré que también lo que sigue al pie, y antes no pudiera ni traslucirse en público sin riesgo de alboroto y perturbaciones de la tranquilidad general, amén de la particular ahora, merced a lo «collant» de las faldas, o mejor, de las fundas, ya tampoco entra en las lista de lo misterioso y resguardado de profanos mirares, y,

por lo mismo, a nadie le importa tres caracoles, y andan por la calle las formas como si fuesen las de algún espantapájaros.

Las sufragistas norteamericanas, tengo entendido que han reclamado para la mujer el derecho a tener piernas... Nadie se ría y recuérdese aquello que contestó una camarera mayor, género Ruy Blas, a los ojos fabricantes catalanes que querían obsequiar a la reina con un surtido de medias de seda muy ricas:

--No tienen piernas las reinas de España. En pequeño (en su casa cada uno es rey) no han tenido piernas, largo tiempo, las mujeres, al menos las de clase algo distinta. Eran los dos extremos: las señoras ocultaban las columnas de su arquitectura: las del pueblo, en cambio, andaban «en pernetas». En el día, las señoras se han dejado de ocultaciones, y las mozas, por pobres que sean, se calzan, hasta en Galicia, donde tantos siglos han pasado pisando con suelas inconsútiles.

Estamos mejor; al menos lo creo así. Gran cosa es la decencia, pero no hay que extender tanto sus dominios, ni confundirla con los celos, que son una pasión nacional. Ningún otro móvil explica la secular reclusión de la mujer. En España los celos de un hombre suelen extenderse, no sólo a la mujer amada, o preferida, o propia, o que por algún concepto pueda o

deba celar, sino a todo el sexo. Se cela, y a veces muy agresiva e indignamente, a la señora del vecino, a la hija del prójimo, a hembras cuya cara ni se ha visto, lo mismo que se atisbaba el pie de otras a las cuales nunca se saludaría siquiera... La libertad y transformación del pie es, en gran parte, remedio a este estado social, y camino para otros ventajosos adelantos: hemos sentido aflojarse la cadena... Nadie la aflojó con las manos... sino con los pies. Por ellos nos amarraban.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

112

CRONICAS DE ESPAÑA

EL PADRE MIR Y LOS JESUITAS*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1913.

Ante todo, y sin que la confesión se relacione directamente con el asunto de esta crónica, reflejando únicamente una impresión personal, ya antigua, diré que el padre Mir no me fue nunca simpático. Experimenté esta antipatía desde que colaborábamos los dos en una revista titulada La Ciencia Cristiana, y dirigida por un sujeto eminente en saber, pero de estrechísimas ideas: D. Juan Manuel Orti y Lara, autor de varias obras de filosofía. Lo que voy a añadir es un tanto embarazoso para mi modestia: me tranquiliza el pensar que, justamente, era un defecto mío lo que, no diré que envidiaba, pero contrariaba un poco al padre Mir. Este ilustre sacerdote escribía entonces arcaizando, o sea imitando muy ceñidamente los modelos clásicos del habla

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 23 octubre 1913: 9. No recogido.

castellana; lo cual me parece un amaneramiento como otro cualquiera. Ahora bien; yo, que estaba empezando mi carrera de escritora, y me había echado al coleto raciones abundantes de los Luises, del Quijote de Santa Teresa, de Rivadeneyra, de los dramaturgos, de Quevedo, etc., arcaizaba también, y, por lo visto, no peor que el padre Mir, ya que éste experimentó cierta impaciencia ante las alabanzas que el mismo director y los lectores prodigaban a mis estudios sobre Dante y Tasso. Hoy comprendo que ni el padre Mir ni yo hacíamos bien en seguir de cerca tales huellas, porque el escritor debe aspirar a formarse su estilo propio; pero se nos debe perdonar, pues sólo nos proponíamos (al menos yo) aprender y ejercitarnos. Cuando más tarde publiqué en volumen mis estudios sobre Los poetas épicos cristianos, ya desaté bastante el estilo, quitándole, al corregir, los clásicos vendajes que lo amarraban.

Volviendo al padre Mir, creo que no me quiso bien desde entonces, y lo reveló--¡cuánto tiempo después!--su agria respuesta de dómine, al preguntarle un semanario, si debía yo entrar en la Academia Española. No hay que admirarse de un desquite (no me resuelvo a llamarle vengannza) tomado tan en frío; el padre Mir sabía escabechar sus agravios; no hay mejor prueba que su comportamiento con los jesuitas.

Aparte de mis arcaísmos en La Ciencia Cristiana, no recuerdo haber tenido con el padre Mir otra relación, ni remota; y cuando me lo tropezaba en las casas de los libreros de viejo, solía decirme, en un tonillo entre pinchón y cordialmente frailuno:

--¡Hola, doña Emilia! ¡Nos encontramos en la taberna!

En todo ello no hay nada que me induzca a detestar la memoria del padre Mir, ni a quitarle la razón en un litigio que, a decir verdad, no ha movido el revuelo que pudiera suponer. Debo notar este síntoma: ya no apasionan mucho los ataques a los jesuitas. O todo está dicho sobre el caso, o la gente, perezosa de leer y más aun de aplicarse a juzgar lo que lee, tiene su opinión formada, y no la modifica por más libros que vomiten las prensas, particularmente si estos libros son extensos y voluminosos, y atiborrados de documentos. Si para asociarse a una campaña contra los jesuitas es suficiente comprar una butaca en un teatro y asistir a una representación de Electra o de Casandra, no pocos lo harán; también si basta adquirir un libro de combate, como el del mismo padre Mir, titulado Los jesuitas por dentro, o una novela, como algunas de las recientes, v. g., A. M. D. G. Otra cosa es apechugar con las mil tres cientas y pico de páginas de apretado regleteo y menuda letra, que componen la Historia interna documentada de la Compañía de Jesús.

En su vengativa labor, reservada para después de la muerte (especie de flecha de parto, pero en esta ocasión maza), el padre Mir se ha equivocado de siglo. Cree que estamos aún en el tiempo de las controversias. Estamos en el de los rotativos y de los telegramas de información.

La historia, no de los jesuitas, sino de la obra a que vengo refiriéndome, unida a la de su autor, es como sigue:

Nos dice el padre Mir que entró en la Compañía muy joven, niño casi. Era tímido de carácter, amigo de la soledad, aficionado a los libros. Los primeros tiempos de su estado religioso fueron tranquilos y felices. Estaba en paz con todos, se entregaba a las ocupaciones que le imponían los cargos que le confiaban los superiores, y estos cargos, por dichosa casualidad, cuadraban bien con sus gustos e inclinaciones. En tan venturoso período no vio a su alrededor sino amistad, fraternidad, virtud, discreción, templanza y suavidad en el gobierno. Rehuyendo las predicaciones y misiones, que no cuadraban bien con su carácter, dedicábase el padre Mir a la labor intelectual, dice él (erudita, más bien, creo yo), de la edición de las Cartas, de San Ignacio, «cuya existencia ni siguiera era sospechada por los mismos padres de la Compañía». De los seis tomos que forman la colección, publicó

cuatro el padre Mir; y esta colección ha sido el principio y base de los Monumenta histórica societate de Jesú, que otros padres de la Compañía están actualmente dando a luz.

Entretenido en su labor, no prestaba atención al pronto el padre Mir a las disensiones que entre los periódicos y partidos católicos comenzaron a surgir, después de la Restauración, que dio al traste con las esperanzas de los carlistas. Ya por último se enteró el padre Mir de tales desavenencias y discordias, en que «integristas» y «mestizos» se pusieron los unos a los otros como un renegrido trapo, a pesar de las paternales exhortaciones y aun reprensiones firmes de la Santa Sede. Estos desmanes alarmaron al padre Mir y le previnieron en contra de elementos que antes respetaba. Sospechó que acaso viniesen de la misma compañía las excitaciones al escándalo. Y los que dentro de la milicia ignaciana no aprobaron tal proceder, fueron tildados y señalados con el dedo. El padre Mir, cuyo relato sigo, se incluye en este número.

Desde entonces--declara--se le hostiga y persigue, y su situación es difícil en la Compañía. Se le ordena interrumpir y pasar a otras manos la tarea de las Cartas, se le hace viajar de aquí para allí; y por último se le confina a Zaragoza. Su intervención en el congreso católico que se verifica en esta ciudad, y del

cual sale desaprobada la actitud de los integristas, es causa de que le estrañen a la soledad de Veruela. Y como el padre Mir (salta a los ojos) no había nacido para obedecer «perinde ac cadáver», estalló su protesta, o mejor su rebeldía, y pidió salir de la milicia de Jesús, y salió en efecto, después de varios trámites, y de haber permanecido en ella 33 años.

Cuando después del episodio, hubo de llamarle León XIII, preguntándole acerca de la Compañía varias cosas. Ya estaba el padre trabajando en escribir Historia interna, sin plan fijo, sin saber cuándo podrá sacarla a luz. La terminó e imprimió y ya impresa, la sometió a la censura de Roma. Anteriormente había publicado, anónimo, un libro de otra índole, aunque con igual tendencia: el libro se titulaba Los jesuitas por dentro, o un barrido para fuera en la Compañía de Jesús. La obra, que metió bastante ruido, fue prohibida, y el propio padre Mir recogió los ejemplares que pudo, por lo cual hoy es golosina de bibliófilo: en las librerías no se encuentra...

El padre Mir se queja de que, al incluir su obra en el Indice, se hiciese con su nombre, a pesar de haber él guardado el anónimo al publicarla.

Confiesa el autor de La historia interna haber hecho de ella otra edición anterior a la actual, que le costó 2000 duros, y que inutilizó por deficiente.

Contra el libro se alzó, al decir del padre Mir, oposición tan tenaz y marejada tan recia, que, después de muchas gestiones y comunicaciones, documentos que se contienen en la exposición del libro, acabó por ser terminantemente vedada su publicación; con la advertencia de que, en caso tal, será inmediatamente puesto en el Indice.

Entonces el padre Mir forma una resolución prudente y astuta, en que concilia la satisfacción de su rencor y la tranquilidad de su vejez. «Hoy día de la fecha--dice--en que escribo estas líneas, 10 de diciembre del año de gracia de 1906, he cumplido 65 años de edad, que aunque sano, gracias a Dios, no dejo de sentir el peso de los años; el cuerpo cansado, y el espíritu va desfalleciendo. Estos y otros indicios son señales de que se va acercando el día de la partida de este mundo de confusión y mentira, y de la entrada en el mundo de la verdad y de la justicia. Ahora bien: mientras llega este día, tengo el propósito muy firme de vivir en paz los que me quedan de vida, para lo cual quiero dar enteramente de mano a la Historia interna documentada de la Compañía de Jesús, y no pensar más en ella mientras viva en este mundo».

Y así lo hizo el Padre; y para colmo de precaución póstuma, escribió este párrafo y otros varios no menos intencionados al cardenal Merry del Val... pero no

envió la carta, no señor; lo que hizo fue unirla «al expediente». Ya se publicaría, cuando pudiese publicarse, también, «sin daño ni peligro personal» La Historia Interna.

En nuestros precipitados tiempos, son originales, y sólo en raros casos se ven estos ejemplos de paciencia y flema de ultratumba. El complemento lo descubrimos en la advertencia al lector, que encabeza el primer volumen. Ella nos dice que el padre Mir, habiendo hecho y destruido la primera edición de su obra, y haciendo constar que esta edición había existido, dejó transcurrir, de propio intento, los plazos que la ley le otorgaba para registrar dicha obra a su nombre, y rogó a un íntimo amigo que la reimprimiese a su fallecimiento, y la pusiese a la venta, precedida del opúsculo. «¿Se puede hablar de los jesuitas?», donde figuran los datos que anotados quedan.

Así se efectuó puntualmente. Muerto el autor, anunciose la obra. Acaso el padre Mir, al confiar el asunto a un amigo, que es también un editor, temió que su familia, heredera de sus derechos si él no los hubiese anulado, renunciase a dar a la obra publicidad.

La familia parece que reclamó, al anuncio de la publicación. Pero era tarde: el muerto tenía sus precauciones muy bien tomadas.

Ahora sería ocasión de preguntar qué se desprende del conjunto de este libro, cuyo fin es pronosticar el acabamiento y ruina de la Compañía, que, en opinión del padre Mir, será otra vez suprimida, disuelta y proscripta por la Santa Sede. En cuestiones tan graves y delicadas no poseo la suficiente información, autoridad y doctrina, para cortar y rajar. Sólo indicaré que, de una detenida lectura he sacado en limpio impresión antes favorable que adversa a la Compañía y adviértase que soy franciscana, más que ignaciana, diferenciándose, en esto de la mayoría de las señoras católicas, que profesan a San Ignacio, y a su milicia, un fervoroso culto. Además, he recibido de varios jesuitas, y aun muy recientemente, arañazos y empellones (por escrito), y hasta han calumniado moralmente mi literatura; debo suponer que por ignorancia absoluta de la materia tratada. Pero no soy yo tan vengativa y solapada, como el padre Mir, y confieso que en su libro no veo demostrada ninguna de las horribles acusaciones que contra la Compañía han llegado a formularse, y en cambio veo reconocidos muchos de sus méritos principales y más celebrados; por ejemplo: el de la rigurosa observancia de la castidad.

La Compañía, claro, está compuesta de hombres, no de ángeles. Con esto puede considerarse resumido el capítulo de cargos del padre Mir. El justo cae al día

siete veces. Y aunque no caiga en el terreno más resbaladizo, hay otros varios que el enemigo unta de jabón.

Los que estamos de la parte de afuera, y que no hacemos historia, sino, crónica de actualidad, notamos que las iglesias de los jesuitas, de mal gusto artístico, eso es proverbial, están bien cuidadas, limpias, abrigadas, y en ellas las ceremonias del culto se realizan con suntuosidad y reverencia; que los jesuitas se dedican con asiduidad suma a confesar, predicar, dar misiones, enseñar, escribir; que en algunos países se consagran al estudio, fundan revistas, edifican en todas partes colegios espaciosos, y en ellos hay gabinetes de física y química, con otros elementos científicos. Todo esto me parece excelente y recomendable.

El libro del padre Mir, que encierra una inmensidad de datos y noticias, tienta a enfrascarse, no sólo en consideraciones históricas, sino en otras muy profundas acerca del genio de nuestra raza, pues no cabe duda, y la obra lo demuestra a cada momento, aun cuando el autor no haya estudiado este punto de vista, ni le interese, que la Compañía es algo de sabor marcadamente hispánico. En los defectos que le encuentra el padre Mir, lo mismo que en las altas cualidades que no puede menos de reconocerle, se

destaca el sello español del fundador y del Instituto. La Compañía es brote poderoso de la enorme actividad y potencialidad que poseímos en el siglo XVI; de nuestro espíritu de conquistadores, sea de tierras o de almas. Y este aspecto de la Compañía es lo que le ha valido, entre algunos intelectuales de nuestro siglo, que acaso sean hasta, escépticos, como Mauricio Barrés, admiradores apasionados. Decíame Barrés que los "Ejercicios" son el mejor tratado de psicología educativa de la voluntad que él ha conocido en el mundo.

Sin género de duda, el libro del padre Mir va muy contra la Compañía, hace resaltar cuanto puede desfavorecerla, y profetiza, en competencia con algunas videntes y extáticas, su fin próximo, sin que esta vez le quepa esperanza de resucitar... Aventurado es el vaticinio. No diré que no quepan modificaciones en su epíritu, ni que permanezca eternamente cual hoy; pero el aflictivo espectáculo del siglo XVIII no se repetirá; aquel espectáculo garantizó el resurgimiento de la Compañía, dándole la aureola de la injusta persecución y hasta del martirio. El padre Mir es un impugnador a la antigua: de los cargos que acumula contra los jesuitas, algunos han perdido hoy toda fuerza: ni el molinismo, ni el probabilismo, ni los atisbos de la herejía de los alumbrados, ni aun el

jansenismo son cuestiones actuales, ni generales, ni de ningún valor social, al presente. Y el integrismo agoniza.

Otra acusación en que insiste reiteradamente el erudito padre; la del ansia de dominio y mando, el afán de mezclarse en todo, de arreglarlo todo, ("hasta el cielo," repite, haciéndose eco de añejas opiniones), ¿quién sabe si no habrá llegado a ser, cuando tantas fuerzas revolucionarias se organizan, una necesidad de defensa? desde su origen, la Compañía combatió. Era entonces la reforma el enemigo; luego, otros le suceden. ¿Cuál es mejor; qué sistema dará más frutos? ¿Lo sabes tú, oh San Francisco? ¿Basta hoy el amor, la dulzura, la paz? ¿No vivimos en querra? Hay que mirar a las instituciones dentro de su ambiente histórico, y los tiempos (aunque no quiera el padre Mir que esta frase se emplee), están endiablados.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

113

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

EL MONUMENTO A LA REINA MARIA CRISTINA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1913.

La estatua que San sebastián acaba de inagurar, erigida a la reina Cristina de Hapsburgo, viuda de Alfonso XII, (aparte de simpatías y respeto) da gratitud del pueblo a la excelsa señora cuya residencia allí tanto ha cooperado a la prosperidad reciente de la ciudad donostiarra.

En un palacio que ostenta el sello de modestia y sencillez que la reina Cristina imprime a lo que la es personal ha pasado invariablemente los veranos, y bastó su presencia, el recatado brillo de su pequeña corte, ajena a ruidosos placeres y a fiestas alborozadas, para que San Sebastián, a quien todavía algún cronista llama

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 3 noviembre 1913: 9. No recogido.

«la bella Easo» se convirtiese en centro de animación y de vida veraniega, atrayendo a los extranjeros y ganando cada día terreno y nombre.

Recogida en su mansión; saliendo por las tardes a su retirado paseo; dejándose ver pocas veces en la ciudad, ejercitaba, sin embargo, mágica influencia en su bien Da. Cristina, y uno de los mayores atractivos de San Sebastián consistía en los juegos de los regios niños traveseando en la playa, felices al mojarse los pies en el agua salobre, como hacen hoy otros pequeñuelos, los hijos de Alfonso XIII, eslabonando la cadena de la vida.

Claro es que San Sebastián posee condiciones favorables, aparte de la lotería de la residencia real. Su situación es en sumo grado pintoresca y risueña, y la proximidad a Francia la hace paradero de los que van a París o vienen de Biarritz, y se detienen a disfrutar de una corrida de toros o un festival en el Gran Casino. A estos turistas mismos, sin embargo, les engolosinaba la idea de ser «corte de verano» San Sebastián. ¿Por qué así?--preguntará alguno de estos que quieren razonarlo todo. La respuesta es ardua; los móviles de los actos humanos no se acompasan a los predicados de un tratado de lógica. ¿Qué le importa a un señor que cruza por San Sebastián que una reina tenga su palacio a dos pasos de allí, si ni la ha de

hablar, ni aun probabilidades tiene de verla pasar en su coche? Nada le importa, de fijo, y sin embargo obedece a un impulso relacionado con este hecho asaz indiferente. La gente acudió a San Sebastián, con más gusto porque allí veraneó la reina; y esto no tiene vuelta de hoja.

Por tal motivo, varias ciudades y comarcas de España anhelaron que, si no la reina Cristina, que al cesar en sus funciones de regente, continuó adherida a San Sebastián, acaso los reyes pudiesen traerles el mágico amuleto, y diéronse a discurrir y se activaron para conseguirlo.

En la ría de Arosa, uno de los sitios idealmente hermosos del mundo, existe, entre otras varias, una isla, la de Cortegada, donde conspicuas personalidades de la provincia de Pontevedra pensaron que cabía erigir la residencia real más poética, noble, elegante y pintoresca que pueda soñarse.

Contribuía a confirmarles en este anhelo el hecho de que el padre de la actual reina, Da. Victoria Eugenia de Battenberg, conociese perfectamente los encantos de la ría, y siempre que con la escuadra inglesa venía a Vigo realizase divertidas excursiones cinegéticas por sus orillas, peñascos e islotes. La aficción del príncipe de Battenberg a este divino rincón de Galicia era compartida por la mayor parte de

sus compatriotas, que frecuentan asiduamente a Vigo y sus contornos, hasta el punto de que he oído asegurar que en Vigo se llama «la encuadra» a la escuadra inglesa, y «la escuadra española» a nuestros barcos.

En esta afición de los británicos a la admirable Arosa, y en que la reina pudiese compartirla, estribaban en gran parte los proyectos de los que acometiron la empresa de que la Cortegada fuese ofrecida como regalo al rey Alfonso XIII, para que se construyese allí un palacio de balneación.

La idea, al pronto, suscitó fervor de entusiasmo. Galicia entera se conmovió. Galicia se cree con derecho a que sean estimadas sus bellezas, aun cuando no se desvele con exceso para conseguirlo. Líricamente, Galicia ha sido ensalzada, no más de lo que merece, pero lo suficiente para rendir tributo a la justicia y a la verdad; en el terreno práctico, y a pesar de gallardas tentativas, como las que representan los balnearios de Mondariz y La Toja, y algún hotel como el de Vigo, de Mojín, está sin descubrir Galicia a estas fechas. Ni su red ferroviaria, ni sus carreteras, ni sus hospedajes, ni nada, en suma, de lo que exigiría la afluencia de viajeros, se encuentra no diré a la altura de la soberana belleza natural, pero ni aun en relación con lo que ya existe en otras provincias más afortunadas o más hábiles.

Detrás de la venida del rey a la isla de la Cortegada veía Galicia, como obligada secuela, el incremento de sus exiguas comunicaciones, la bienhechora invasión de forasteros, el desarrollo de sus industrias, el alza del valor de sus terrenos, el reclamo a sus productos, mil ventajas, amén de la satisfacción moral de que se reconociera su hermosura, esa hermosura de Cenicienta, tantos siglos recluída en el rincón de la cocina pobre, hilando con humildad su lino y pelando sus patatas. Cierto que a la provincia de Pontevedra tocaba la mayor parte del bien, y a las otras sólo romotamente les alcanzaba; no obstante, todas cuatro hermanas se regocijaron y repicaron panderas y conchas, preparándose al período venturoso que alboreaba ya.

Poco duró el engreimiento, poco el devaneo de los sueños de oro.

Los promodores de la empresa habían procedido, en mi entender, con alguna impremeditación. Ni palabra de sus planes debieron lanzar hasta ser dueños absolutos e indiscutibles de la isla, conociendo, como es de presumir que conociesen, las especiales condiciones de la propiedad gallega. Hay en esta propiedad, subdividida hasta lo increíble, hasta lo atomístico, una institución, el foro, de la cual se reniega cada cuatro días en mitines agrarios y artículos de

periódicos, a la par que se condena el caciquismo y la mala política local. Será esta una de las muchas cosas de mi tiempo, que me moriré sin haber entendido,--digo lo relativo al foro, que lo otro es bien comprensible.--Mejor dicho, lo del foro, entiendo y declaro las predicaciones contra él, en redención del aldeano, son una inmensa mistificación o «humbug».

El foro es un contrato mediente el cual una propiedad, casa o tierra pertenece en absoluto al arrendatario, o sea al «dominio útil», mediante el pago de una renta convenida al «directo dominio», o sea al propietario. Dejándose de distinciones, terminologías jurídicas que no sirven sino para embrollar las cuestiones y hablando en estilo vulgar, esto y no más es el foro. Añadiré que antaño los foros tenían un plazo de expiración: solían otorgarse «por las vidas y voces de tres señores reyes». Desde el siglo XIII, una pragmática decide que los foros sean perpetuos.

Ahora bien, la renta de los foros, con relación a la de los arriendos libres, es mínima. La propiedad ha aumentado en valor, pero el canon foral ni sube ni baja. Por un lugar, es decir, por una cantidad de tierra que asegura la subsistencia de una familia, y en que hay vivienda, prado, heredades de trigo y maíz, monte de leña, etc., se pagan anualmente unas cuantas medidas de maíz o de trigo, o una cantidad de dinero

insignificativa. Por una heredad dos docenas de huevos, un cuartillo de manteca. En mi patrimonio hay una pesquería que paga de canon un pez el día de San Pedro. Casas que producen diez o 12.000 pesetas, están aforadas en 300 o 500 al año. A más, las contribuciones, por lo común, las abona el directo dominio, o, como se ha dado en decir, «el señor», bravo señor que no tiene derecho alguno sobre lo que señorea! El que lo aforó lo posee permanentemente; hace de ello lo que le place; y aun cuando la ley señala cierto canon pagable al «señor» y llamado «laudemio». En los casos de venta la mayor parte de las veces es letra muerta, esta pequeña compensación, porque se hacen las transmisiones a cencerros tapados y aun fingiendo permutas, en cuyo caso nada pagan. Es imposible convenio más ventajoso para el cultivador que el foro, pues mediante cortísima renta es verdadero dueño de lo que sólo nominalmente pertenece a otro. Y la prueba de la conveniencia del foro para los foreros, es que nunca, en toda mi vida, he visto que ninguno, pudiendo hacerlo, viniese a decir al directo dominio: «Este trato me pesa; deshagámoslo». Al arrendatario se le puede expulsar, se le puede aumentar la renta, se le pueden exigir responsabilidades. Al forero ninguna. Con tal que pague, y aun muchas veces no pagando y alzándose en la tierra, sencillamente, que casos hay de

todo, es libre, es poseedor quieto y eterno de lo aforado. Los labriegos que menos emigran son los foreros. Y se comprende. De aquí la tiranía del foro, de que se habla en «meetings»; he aquí la opresión y servaje del cultivador gallego.

La institución del foro ha hecho la prosperidad agrícola de Holanda, bajo el nombre de «berlem regt». se está aplicando ahora en Austria, en comarcas muy feraces, con excelente resultado. En Galicia es mala, pero, entendámonos, para el «señor» que se ve y se desea, entre la red complicada de los mezquinos foros, y que no sabe cómo hacer con algunos muy originales consistentes en arrobas de higos, carneros, cerdos, millares de sardinas saladas, ferrados de agujas... y hasta tizones! Todo ello se ha inspirado, no en durezas y exigencias, sino en el deseo de dar facilidades para el pago del canon, pero el diablo que reduzca hoy a dinero estos artículos. Y continuando con lo de la tiranía de los «señores», suelen cobrar a dos pesetas las gallinas, cuyo precio en el mercado es el de cuatro y media.

Y retrotrayendo a la cuestión de la Cortegada, sucedió que después de haberse anunciado el regalo al rey, y cuando empezaban a echarse a volar fantásticas tasaciones, no sólo del territorio de la isla, sino de los de la orilla y de los pueblecillos más cercanos, y

a hacerse cálculos optimistas en demasía sobre las dichas futuras, he aquí que surgen los problemas de la subdividida propiedad y aparecen en la isla ciertos foritos, dificultando, con las codicias despiertas, la adquisición; no era posible ofrecerle al rey un coto en que tuviese perfecto derecho a inmiscuirse alguno de sus antiguos propietarios. ¿Qué sucedió más tarde? ¿Qué impedimentos o que imposiblilidades se alzaron? Confieso que, veraneando todos los años en Galicia, oyendo agitarse a menudo esta cuestión, leyendo en la prensa artículos que a ella se refieren, mis confusiones han ido siempre en aumento. Las versiones son contradictorias. Tan pronto se dice que todo está arreglado, que el rey ha dispuesto que se hagan obras, que está consignada fuerte suma, que será cuestión de un año o dos que el palacio se termine,--pero ya van corridos algunos más--como se supone abandonado el proyecto, sin probabilidades de que renazca de sus cenizas.

Justamente voy a cerrar la maleta para una excursión por las provincias de Pontevedra y Orense; y si algo logro averiguar allí, que se refiera a esta Cortegada, base de tantas ilusiones, lo transmitiré a los lectores de La Nación, entre los cuales sé de positivo que hay muchos gallegos. Acercándose se ve mejor, y la Cortegada va picando en historia. Existe,

sin embargo, un dato en contra, una mala carta en el juego de los gallegos. Santander ha ganado por la mano a Galicia. Pontevedra se limita a brindar una isla, en que el rey le era preciso empezar por plantar el primer árbol de adorno y abrir la primer zanja de cimentación: Santander ha regalado el terreno, pero con el palacio encima edificado, y hasta no sé si amueblado, y ya este año la familia real ha ido a pasar allí una temporada de baños de mar para los infantitos. Esto se llama hacer las cosas competas. Se reducen las probabilidades favorables a la Cortegada, y es matemático.

En efecto, además de otras consideraciones, y de que el que da pronto da dos veces, la residencia regia mide sus beneficios por su duración y los reyes paran poco en todas partes. No sé si habrá llegado a veinte días su estancia en Santander, en el nuevo palacio de la Magdalena. No creo que sea lo bastante para que Santander recoja, ópimo fruto de su obsequio. Lo mismo le sucedería, probablemente, a la Cortegada. Los reyes viajan casi de continuo; acabaron aquellos tranquilos veraneos de tres o cuatro meses de la reina Cristina, quieta en su Miramar. En el tiempo que la reina Cristina consagra a San Sebastián hacen los reyes temporada en la Granja, temporada en Santander, escursión a Inglaterra, y diez o doce viajecitos

ocasionales, ya por la botadura de un barco, ya por asistir a unas regatas, ya por cualquiera otro de los alicientes que les solicitan. Así cualquiera que sea el magnífico castillo o chalet que se les pueda ofrecer, siempre los reyes lo calentarán poco. Claro es que, de todas maneras, sería útil y grata su venida; no obstante, Villagarcía no puede prometerse la suerte de San Sebastian, aunque se lo merezca todo por la esplendidez y hechizo de su situación y aspecto.

Lento, lento, como sin alas, avanza el progreso de esta región. Su problema es el mismo del Africa donde luchan hoy nuestras tropas: problemas de comunicaciones. Nuestros trenes, nuestros itinerarios, ¡qué desastre! Para ir de la Coruña a Vigo y Orense por Monforte hay que pasar la noche entera y muchas horas del día: se tarda poco menos que a Madrid, que está en el centro de España. Para ir de la misma Coruña a Vigo por Santiago de Compostela, ni siquiera hay tren: se va en automóvil de línea; es preciso hacer noche en Santiago; total, día y medio. No hablo de las infinitas molestias de trasbordos, coches, portes de equipaje, ni de la extraordinaria traza del singular ferrocarril desde Santiago a Pontevedra, la «línea inglesa», peor cien veces que todas las españolas, en que el retraso, infalible, oscila en brevísimo trayecto entre dos horas o dos y media; en que no hay luz, ni

lavabos, timbres de alarma... Verdad que tampoco los hay, o los había, en la línea del Norte. Diez años hemos pasado los viajeros reclamando para que estos timbres de alarma, estrictamente reglamentarios, fuesen una realidad; y ya se sabe, no nos hicieron caso maldito, hasta que ahora la Srta. de García Prieto, hija de un altísimo personaje político, salió despedida por la ventanilla, desde el «sleeping», y por falta de los consabidos timbres no pudo parar el tren hasta mucho más adelante, quedando la pobre muchacha sola y herida, en la obscuridad, largo rato, sin posible socorro. Confirmando el axioma de que para que se componga un camino es necesario que se rompa una pierna el gobernador, así que sucedió la desgracia de la Srta. de García Prieto se lanzó la real orden: instalar, a toda prisa, timbres de alarma... Y durarán dos años, caerán otra vez en desuso...

Fío más en la energía y tenacidad de los pueblos que quieren su adelanto y saben en qué consiste, que en lo fortuito de un viaje regio, y hasta de un viaje ministerial... Galicia tiene un incalculable porvenir, si anda solita y se deja de políticos, porque si los sirviesen de algo, siendo y habiendo sido gallegos los más famosos, los Elduayen, Villaverde, Canalejas, Besada, Montero, García Prieto... ya debiera estar

surcada de ferrocarriles y hecha una rosa.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

114

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LAS REHABILITACIONES LITERARIAS*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1913.

En la historia literaria de las naciones hay un fenómeno curioso y podemos definirlo llamándole el de la rehabilitación.

Un escritor--y el caso se da igualmente con los artistas--ha sido poco estimado de sus contemporáneos; ha pasado sin abrir huella; se le ha olvidado; duermen sus obras en el silencio polvoriento de los archivos y bliblíotecas, y su nombre no suena sino en algún erudito estudio. Y de pronto, corrientes que no se sospechaban vienen a confluir en él; se empieza a citarle, a imitarle; sale de su sepulcro, no como los espectros, para asustar, sino como los dioses, para ser

* Publicado en La Nacion (Buenos Aires, diario) lunes 3 noviembre 1913: 9. No recogido.

incensado y adorado; es un acto de justicia, tardío, pero seguro. Después de la rehabilitación, no hay que temer al fallo de la posteridad.

Esta segunda prueba decide de su fortuna. Es la revisión, ya definitiva, de su valer; es además la demostración de que en él había virtud y eficacia, y que, más allá del sepulcro, las ha podido ejercitar.

Estas rehabilitaciones pueden ocurrir poco después de la muerte del escritor, poeta o artista, y pueden suceder también a varios siglos de distancia. Y estas rehabilitaciones, aunque en todas partes se observan, son mucho más frecuentes y probables en los países cultos y de civilización muy extensa, que en los algo atrasados, en que el interés de la cultura y del arte se encierra en un círculo restringido.

En Francia, por ejemplo, han sido asaz repetidas, de un siglo acá, las rehabilitaciones. Así Stendhal, que profetizó certeramente la suya, pasó por ser un escritor obscuro, a ser el maestro, el guía, el ídolo y el oráculo. El milagro lo realizaron algunos pasajes de Taine, en que saludaba, con admiración incondicional, al autor de Rojo y Negro. Así Baudelaire, que tenido en poco, mientras vive, luchando con la escasez, y mejor se dirá con la miseria, imprime más tarde su sello a un período literario que le aclama. Así Barbey d'Aurevilly, igualmente

menesteroso, igualmente relegado a segunda fila, hasta que poco antes de morir triunfa su nombre y su tendencia neorromántica. Y aun a poetas y autores que no habían sido puestos en olvido, pero que empezaron a palidecer, se les remoza y se vuelve a hablar de ellos con cariño y entusiasmo. Por ejemplo; acaba de sucederle a Lamartine. Se había prescindido mucho de él, se le respetaba, pero no se le leía, sino en las clases de los colegios de señoritas, que cultivan la literatura «azul», de repente, una hueste de literatos aclamó al poeta, nuevamente.

En España han sido menos usuales estas reparaciones y desagravios a los muertos. Mediante la universalidad de las artes plásticas, que hablan un lenguaje a todos accesible, hemos visto rehabilitados ampliamente a dos pintores excelsos, Goya y el Greco; y esta rehabilitación, que procedió del extranjero, en su mayor parte (descontada la labor meritoria de algunos críticos de arte españoles, tan ilustres como Beruete y Cossio), fue rapidísima. Yo no sé si hará más de 15 años que todavía los Grecos se vendían en casa de los anticuarios a precios que variaban entre 800 a 1500 pesetas. Hoy, se habla por cientos de miles de francos, al calcular el valor de un Greco legítimo.

Las rehabilitaciones literarias, escasean aquí, porque se hace poca crítica restrospectiva, o se hace

con carácter erudito, con lo cual queda reducida a muy limitado radio de acción. En lo que se refiere a influencia sobre las letras contemporáneas, no existen los clásicos, o es como si no existiesen. Busco el clásico que tenga discípulos hoy, apenas descubro huellas de la influencia de alguno. Dicen que Gracián ha formado el espíritu de Azorín; una cosa es citar frecuentemente a un autor, y otra marchar por su senda. Algunos rastros de los novelistas picarescos hallo en otros novelistas de ahora; pero el caso puede atribuirse a tendencias de la raza, pues la vida picaresca dista mucho de hallarse extinguida en España, y el hampa de hoy no se diferencia esencialmente del hampa de ayer. En cuanto a Góngora, que parece una influencia innegable en la actual poesía, en mucha parte de ella, al menos--no me atrevería a jurar que los poetas a quienes sin indulgencia se califica de gongorinos, hayan leído las Soledades o el Polifemo nunca... y aun de vista conozcan los sonetos, ni las donosísimas décimas, ni los romances y letrillas, lo mejor quizás de este fecundo ingenio. Ni aun la influencia de Cervantes asoma por ninguna parte. Nuestros clásicos, es un hecho constante, están como las reliquias en el tesoro de las catedrales, donde se guardan con honor, pero nadie les reza.

Una excepción pudiera registrarse, recientemente: no ha faltado quien rehabilite y aun siga a dos

clásicos o mejor dicho, a dos arcaicos: son el Arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo.

Gonzalo de Berceo, que ha impreso huella en bastantes poetas de la nueva generación, es el primer poeta culto del habla castellana, cuando ésta adquiere vida propia en las letras y sus poetas y escritos salen del anonimato. Fue Berceo un clérico, nacido y criado, o sea educado, en el monasterio de San Millán, a fines del siglo XII. Sus poesías son del XIII; y en el XIII, cuando Italia tiene formada del todo su lengua, la nuestra todavía se halla en mantillas, y es sencilla e infantil. Berceo es un poeta religioso, como Dante en la Divina Comedia; pero ¡qué diferencia de acento y tono, qué abismo de ciencia del florenctino, al lado de la candorosa erudición del clérigo autor de Los milagros de Nuestra Señora. Mientras Dante, en aquel país donde no hubo, puede decirse, Edad Media, está embebido de doctrina profunda, Berceo confiesa que no sabe el latín, y que por eso emplea el habla vulgar:

«Quiero fer una prosa--en roman paladino,
en el qual suele el pueblo--fablar a su vecino;
ca non so tan letrado--por fer otro latino»

Sin embargo, con no ser docto, Berceo se diferencia de los «juglares»--que son la musa popular,

épica, y cantan para todos,--en que es un poeta claustral, para monjes y estudiantes, para letrados y jurisconsultos. No obstante, al rimar en «roman paladino», tiene que aceptar las formas del lenguaje común, y en eso consiste su encanto. Eso era en él lo genuino, lo que nacía de un manantial vivo y claro, y lo otro, las pretensiones de sabiduría, lo prestado y allegadizo.

El padre Feijóo, que tan sutilmente juzgaba de las cosas, reconoció en su discurso La sabiduría aparente, que para ser gran artista no servía de cosa mayor la ciencia. Sin duda la ciencia, teniéndola dominada, como la tuvo Dante, es alma inmensa de la poesía; pero el corto saber de Berceo, aunque tan en armonía con lo que en su época interesaba, la religión, las vidas de los santos, las ceremonias de la Iglesia, no le salvaría de un olvido casi absoluto (a pesar de su carácter eminentemente representativo de un momento de nuestra vida nacional y a pesar de ciertos preludios de la Divina Comedia, que pudieran encontrarse en el poema de Santa Oria, donde hay una pintura que recuerda el famoso Cordero Místico de Van Eyck).

El reflorecimiento de su fama en estos últimos tiempos se debe principalmente a un toque de descripción de la naturaleza, que es la primera sonrisa de nuestra poesía, y a lo natural, lo plebeyo, lo «paladino» de su lenguaje.

El mismo merecimiento y gracia hay que ensayar en el Arcipreste de Hita, poeta, y moralista del siglo XIV, que después de haber interesado únicamente, hasta hace poco, a los investigadores de historia literaria, se ha puesto tan de moda recientemente que se le compara a Dante y a Shakespeare, lo cual me parece excesivo y difícil de fundar en razones convincentes.

El Arcipreste nació en el siglo XIII; al menos, tal se deduce de sus escasos datos biográficos. Tampoco se sabe si vio la luz en Guadalajara o en Alcalá de Henares. De todos modos, es castellano típico. Se ignora cuántos años vivió, pero es seguro que no murió joven, pues rebosa, en la única obra suya que conocemos, la malicia y desengaño de la experiencia. Por las márgenes del Henares, frescas y floridas, pudieran ocurrir algunas de las fechorías de que se acusa, diciendo con linda frase: «que en las márgenes del Henares sembró avena loca».

A pesar de los que se empeñan en canonizar a los hombres eminentes (confundiéndolos con los santos), yo juraría que fue Juan Ruiz rasgadamente corredor, y anduvo más de la cuenta a la flor del berro; lo cual no estorba, antes ayuda, quizá, para ser sutil moralista y sabio predicador de cordura. Del pueblo, cuya sangre tenía, tomó el Arcipreste el fondo mismo de su obra poética. Las fuentes del Libro de buen amor no son

otras que las muy copiosas y varias del ingenuo arte popular. Algunas de éstas son femeninas: las lamentaciones de las endechaderas; los cantares de bodas, entonados por los juglares--pero más por las juglaresas, cantaderas y danzaderas--que repicando su pandero iban por calles y plazas, y de quienes dice el arcipreste:

> "Desde la cantadera dise el cantar primero,
> siempre los pies le bullen, et mal para el
> pandero."

Eran moras y judías muchas de estas cantaderas amigas del arcipreste, y entre las juglaresas se contaban aquellas entendederas o adivinadoras, que daban beleño y ponzoña para trastornar el corazón y los sentidos. Y de todos estos tipos de la entraña popular quedan aún vestigios y obscuras representaciones en las panderetas y sabidoras de Galicia y las gitanas de Andalucía y Madrid. Estas mujeres eran naturales poetisas, con su inventiva y su métrica. El mismo oficio desempeñaban los ciegos, peregrinos, romeros y mendigos, como también la chusma estudiantil; y cantares de ciego, para vihuela y zampoña, compuso en abundancia el Arcipreste.

Esta musa, popular y satírica, de Juan Ruiz, no se muerde la lengua, y la libertad y crudeza de sus

palabras y pinturas, fueron parte a que no sólo llegase a dar con su cuerpo en la cárcel, sino que permaneciese bajo el estigma de licencioso, y contado entre los autores de lectura profanísima, aquel clérigo, que no carece de cierto misticismo, en su reconocimento de las flaquezas y errores de la condición humana.

Tampoco es todo popular en el Arcipreste. Como en la mayoría de los poetas medioevales que han escrito sus «prosas» en vez de limitarse a cantar por calles y plazas, hay en él mucho de imitación de los clásicos paganos que entonces se conocían. Su obra es, en parte, de acarreo erudito.

Felizmente, bajo el laurel latino nacían abrojos, cabrahigos, cantuesos y tomillos de Castilla. La espontaneidad rompió al través de la cultura. Y esto salvó, pues aun declarándose «rudo y sin ciencia», no le faltaba su tinturilla de Platón y Aristóteles, sus textos de Ovidio y Virgilio, superficialmente estudiados; y esta erudición a la violeta desaparece en el conjunto, ante lo humano, lo sincero, lo fuerte, lo carnoso de su inpiración contemporánea. El Arcipreste de Hita no es comparable a Alighieri, y lo digo sin detenerme a demostrarlo; el Arcipreste no ha dicho, si bien se mira, cosas sublimes, y Dante sí; pero su abundoso caudal de observación de la realidad, su sentido de moralista que extrae la enseñanza de los

cuadros de la vida que le rodea, hacen de él el precursor de toda una fase de nuestras letras, y no la menos característica.

Poco habrá en nuestros novelistas picarescos, ni en nuestros poetas satíricos, como Quevedo, ni en la Celestina, ni en los entremeses y églogas, que no pueda encontrarse ya en el Arcipreste, en germen y con cierta deliciosa ingenuidad y frescor.

El Arcipreste ve en la mujer el imán del hombre. Programa la ley universal: después de la necesidad de nutrirse, impone la naturaleza la atracción de la «fembra placentera»; pero con ribetes de teólogo, y viviendo en el siglo XIV, el Arcipreste manifiesta terror supersticioso a esa influencia femenina, a las redes, insidias y diabluras de las «fembras»; y hasta cree en las hierbas y bebedizos que se atribuyen a la Padilla, para apoderarse del alma del rey D. Pedro. (Compárese, en esto, al Arcipreste con Shakespeare; recuérdese la humanísima y bella explicación que da Otelo de la preferencia de Desdémona, cuando le acusan de hechicerías...) Tan pronto reconoce el Arcipreste en la mujer a un engendro diabólico, como a un bicho dañino. Extraña ilógica, pero usual manera de discurrir del varón. Cuanto de la mujer se diga en este terreno del hombre podrá decirse, y de cierto, si el hombre no procurase a toda costa acercarse a la

mujer, ésta no le tentara. Las imputaciones de los moralistas a la mujer recuerdan siempre las del borracho, culpando al vino, y no a su afición.

Hubo, sin embargo, un momento en que el Arcipreste se dio cuenta de que estaba repitiendo lo que corría en bocas adocenadas, y cantó a la mujer un himno, y declaró que, si Dios hubiera visto que fuese la mujer cosa tan mala, no la diera por compañera al hombre.

Lo indudable es que Juan Ruiz otorgó al amor y a la mujer una importancia que antes de él no le habían concedido otros moralistas, y ningún poeta del habla castellana, ni menos pueda suponerse, los épicos del Poema del Cid y las Leyendas del conde Fernán González, ni el buen Berceo, ni los coetáneos de Juan Ruiz. Por primera vez un rimador trataba de la pasión, de sus estragos y dolores, de sus alegrías desatadas, haciendo estudios psicológicos dignos de su modelo Ovidio, y más sinceros quizás que los del poeta de Sulmona. Y este es, a mi ver, el mérito mayor del Arcipreste. Su veracidad, al confesar cómo juega con su corazón el Amor, tan pronto exaltado como deprimiéndolo, sin la mentira galana de los poetas que vendrán luego, en el XVII, a revestir de oropel y a glosar conceptuosamente lo que el clérico del XIV refiere a sus orígenes instintivos y hasta brutales, pero verdaderos y llenos de color y vida.

Sin género de duda, si el Arcipreste no llega a Cervantes, y ni aun supera al autor de la Celestina, cabe afirmar que en el Quijote, y en los picarescos, y en la Celestina, y en La lozana andaluza (aunque los autores de estos libros no hubiesen leído al viejo Juan Ruiz, que bien pudiera ser), hay mucho de su espíritu, mucho, de esa savia que circula por las obras donde el pueblo (en ese sentido amplio) ha sido el principal inspirador.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

115

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

EL DESENLACE DE LA TRAGEDIA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1913.

Sobre el desenlace de la tragedia del capitán Sánchez se puede, quien lo duda, escribir una crónica; pero, ¿no será un asunto muy desagradable, más diré repulsivo? No porque la justicia se haya cumplido y el atroz criminal haya pagado sus culpas, las conocidas y las ignoradas, sino porque no hubiera mejor comentario del castigo que el silencio.

Lo único que tienta a recordar una vez más el siniestro drama son dos notas, ambas dignas de la atención de los psicólogos aficionados, entre los cuales, a título de novelista, me cuento. Es la primera la singular fuerza de voluntad de ese hombre

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 13 diciembre 1913: 6-7. No recogido.

que negó su fechoría, sin vacilación alguna, por espacio de meses enteros, en toda clase de interrogatorios; que negó cuadrado militarmente ante sus jefes; que negó en careos, conversaciones, entrevistas; y que no negó parte de lo que se le imputaba, sino todo, absolutamente todo, hasta lo que no era delito, como haber conocido personalmente a Jalón, su víctima; y no se limitó a negar, sino que protestó incesamente de la trama que contra él se urdía en nombre del honor, y del pundonor, y de la dignidad, y de otros conceptos relacionados con lo noble y alto de su profesión y empleo; y, al firmar la notificación de la sentencia de muerte, todavía, con firme pulso, estampó la palabra «inocente» después de su nombre.

El corazón del hombre, selva obscura, dice la Sabiduría. Si nada tiene de extraño que todo acusado, al pronto, niegue para salvarse, hay algo de extraordinario en un corazón tan cerrado y duro y envuelto en sombría disimulación, que ya con la seguridad de marchar al suplicio, de no ser indultado, de no ver anochecer el día siguiente, sostiene la afirmación de inocencia, constándole que nadie puede dudar de su crimen, y siendo tan claras las pruebas, que bastara con la mitad para demostrar la culpa.

Al otro día del fusilamiento díjose, es cierto, que había confesado; pero debo añadir que nadie creyó

en esta confesión, revelada póstumamente. No: el asesino se llevó a la tumba, no su secreto, sino el peso de él. Hay un drama de Tolstoy, El poder de las tinieblas, en que un mujik, poco a poco arrastrado por una serie de incitaciones y fatalidades a un horrible crimen toma la resolución de confesarlo delante de toda la aldea, en voz alta, sin disculpas, pidiendo perdón, hecho lo cual, siente un profundo alivio y descanso, y respira, aunque sepa que ha de caer sobre él la ley inflexible. Esa paz interior, bien tan grande que a ninguno se puede comparar, nace de la penitencia humilde, con la cual se borra lo más espantoso del pecado de sangre: el misterio. Se me dirá que no hay drama de la escuela superior de guerra. Sí lo hay; fue seguro que había crimen, pero no se supo, ni nunca se sabrá, cómo fue cometido, ni sus causas, y a poco que se durmiese la prensa, tampoco se sabría de tal crimen jamás.

Siguiendo adelante con mis psicologías diré que he sentido calofrío cuando a propósito de este crimen, y en son de excusa, ha sido pronunciada la palabra «celos». Si la sociedad en conjunto admite la excusa, estamos peor, en cuanto a sentido moral, que otras sociedades paganas, muy anteriores a Cristo. No hablemos de tiempos primitivos, de la horda errante; pensamos en la Grecia heroica, en las edades de los

homérida, cuando todavía el mito se mezcla a la historia; nombremos a Edipo, el del sino fatal; a Mirra Mirra scelerata, a quien Dante nos muestra en un círculo del infierno, no entre los delincuentes pasionales, sino entre los falsificadores, pues esta princesa chipriota recurrió a ardides y disfraces a fin de poner por obra su mal deseo, engañando a su padre Ciniras!

Observemos que estas sociedades, a las cuales tal vez nos creemos superiores, llega un instante en que se elevan sobre el criterio moral del pasado, y su elevación se revela en la reprobación indignada de lo que acaso antes fuese costumbre admitida. Estudiadas así las obras maestras de la poesía y del drama, no pueden ser más elocuentes. Ifigenia en Aulida, tragedia de Euripides, señala el instante en que los sacrificios humanos van a desaparecer. Cuando se trata de inmolar a Ifigenia, para que los vientos sean propicios a la flota griega en su viaje a Troya, el viejo rito se presenta en todo su horror, pero el desesperado amor de la madre y la apiadada repugnancia del ejército a verlo cumplirse, conmueven a los mismos dioses, los cuales se dan cuenta de que una moral superior alborea; y Diana substituye a la princesa con una cervatilla. Quedan abolidos los horribles holocaustos, siendo Ifigenia el símbolo de esta

redención, porque después, en Taurida, impide que sacrifiquen a su hermano Orestes. Todavía antes de la batalla de Salamina, ganada por Temístocles a Jerjes, menos de cinco siglos antes de Jesucristo, se degollaron cautivos para propiciar a los dioses. Pero la costumbre no renació.

Otra más feroz si cabe tiene también su momento de crisis señalado por el drama. Desde que la musa de Sófocles toma por asunto el festín de Atreo, en el antiguo mundo del hombre, detestará la carne de sus semejantes.

Todos los ultrajes a lo sagrado de la naturaleza humana han sido estigmatizados ya, antes que por el cristianismo, por el paganismo, y quedan de ello testimonios tan innegables como esplendentes, en dramas, poemas y cantos líricos griegos y latinos también. Una civilización tan gloriosa y fecunda en hermosura, como la helénica, no puede menos de haber nacido de un activo y hondo progreso moral; y cuando se oye referir todo el poder de cultura de Grecia a la belleza sola, conviene rectificar y reconocer otras fuerzas sociales.

Hemos de considerar que es más largo el camino desde la barbarie primitiva hasta Grecia, que de Grecia a nosotros, y la antigüedad pagana está llena de virtudes.

La ternura conyugal y paternal de Héctor; la dignidad de Andrómaca; la compasión de Aquiles ante el dolor de Priamo; la fe conyugal de Penélope; el cariño maternal de leona de Clitemnestra; la piedad filial de Antígona; la amistad de Pílades y Orestes; tantos y tantos rasgos generosamente humanos que abundan en la fábula en la historia, en las letras y en el arte, ¿no descubren el triunfo de un ideal, al cual no habrá que añadir tanto como se supone, para integrarlo en el cristianismo?

¿Y cómo no ha de alarmar que después de transcurridos diez y nueve siglos de cristianismo y de progreso, llegue un día en que el incesto excuse el asesinato, y se admita la disculpa, o al menos se deje correr el concepto, que los paganos no hubiesen tolerado, ellos que lanzaron contra Orestes las furias; Edipo, que no era culpable de intención, le arrancaron los ojos sobre el cadáver de su madre y esposa; y a Mirra no se contentaron con menos que transformarla en arbusto y hacerla llorar sin tregua amargas lágrimas expiatorias. ¿Debemos creer que la conciencia social ha retrocedido, y que los griegos profesaban mejor que nosotros el respeto de la humanidad?

¡Problema que apasiona! Las ideas morales de nuestra época, ¿serán menos cristianas que hace 100 años? Lo evidente es que son confusas,

contradictorias, y por lo tanto, ejercen escasa presión en las conciencias. La noción del sacrificio, de la abnegación del prójimo, no sólo pierde consentimiento general, sino que no ha faltado quien califique de necia y hasta de vil--léase a Nietzsche.--La moral pagana era heroica; la moral cristiana era sublime; una y otra están corroídas por la crítica, y el egoísmo, que antes se ocultaba, ahora se exhibe triunfante, porque lo ampara el sofisma de una moral personal, cortada a medida del gusto. Para explicar lo inexplicable, lo que si se llamase por su nombre ofendería, se han inventado frases que todo lo cubren: desenfrenar la voluntad, se llama «vivir la vida»; hacer cuanto pide lo más ínfimo de nuestro ser, «libre juego de los instintos». Todo se excusa, todo se explica, y si no todo se perdona, al menos todo se quiere comprender, explicar y legitimar. Es la crisis más peligrosa que puede atravesar un mundo.

No creo que haya modo de sanear este terreno invadido por las malas hierbas y por las larvas.

Se me ocurre comparar estas confusiones ideológicas a larvas, por algo que sucedió este año al maíz en Galicia. Perdónese lo humilde y labriego de la comparación. No sé si por culpa de la humedad de tres inviernos seguidos de lluvia, o por otra causa superior a mis conocimientos agronómicos, este año el fresco y

lozano maíz apareció consumido, devorado por una plaga. El azadón, hincándose en la tierra, sacaba paletadas de gusanos gordos y blancuzcos, que bullían asquerosamente. Se pensó al pronto en quemarlos, pero hubo que conformarse a no hacer nada, puesto que al segundo y tercer azadonazo aumentaba el bullir de larvas; fuera el cuento de nunca acabar... Para combatir los errores debilitantes e infecciosos que cunden en el territorio social, habría que organizar un ejército de predicadores, que tomasen, cual dijo Sancho, un púlpito en cada dedo; y aun así, no sé si algo lograrían. Tal vez cada época tiene sus procesos morbosos, y se cura ella de suyo, no se sabe cómo, por la «vis meddicatriz» que hay en el organismo colectivo como en el individual.

Desde mi pequeñísimo laboratorio de psicoterapia--muy modesto, pero instalado con el fruto de mis propias experiencias--estudio un instante estos fenómenos, doblemente más importante, que los hechos concretos que lo revelan. No es malo que exista un ejemplar aislado de criminal completo (y no entro en detalles, puesto que el ejemplar ya no existe), sino que la sociedad busque en sí misma filones de indulgencia, no para la persona, sino para sus actos. Implica un retroceso, tal vez no suficientemente compensando por la posesión del telégrafo sin hilos, de los aeroplanos y del «radium» como agente de curación de las neoplasias.

Cuando hubo caído, atravesado por varias balas, el cuerpo de Sánchez, el público, con irresistible empuje, rompió el cuadro de las tropas para contemplarlo. Otra triste nota de costumbres, esa fúnebre curiosidad sin objeto, pueril impresionista, determinando un arrebato de violencia. Tampoco en esto veo por ninguna parte el respeto a la humanidad. Al paso de la justicia, el hombre digno de este dictado, si no tiene ninguna obligación de acercarse por deber profesional, se aleja y se descubre; y, si tiene la dicha de conservar una creencia, reza, porque en ese despojo inerte hubo un alma, manchada con cuantas abominaciones se quiera, pero por lo mismo, más necesitada de misericordia.

Y ahora, a olvidar si es posible, la pesadilla macabra del capitán, de sus escondrijos, de sus desafueros... Todo ha concluído; quedan no más, de la tragedia unos niños, de quienes se ocupa la caridad. Y «Mirra» encerrada en el Penal de mujeres por toda la vida, sin que, dentro de un año, piense nadie en ella, ni por casualidad, como nadie recuerda tampoco a otra delincuente célebre a su hora, aquella Lucía Pastor, que mató a golpes de plancha a su amo, y huyó con un poco de dinero y unas faldas barreras de seda, ilusión acaso de su coquetería, límite extremo del lujo a que aspiraba y que sirvieron para seguir su pista y que la detuvieron. Dejando aparte la cuestión de la pena de

muerte, que está demasiado «manida», y no debe tratarse en crónicas, yo diré que nunca la aplicaría a la mujer, hasta que la mujer disfrute de sus derechos políticos y civiles, iguales a los del hombre. Si la mujer es un ser débil, un ser inferior, encuentro que no es lícito castigarla como al ser superior, el varón.

Quizá alguna consideración de este género haya influído en que Lucía Pastor no fuese ajusticiada. Sin embargo, creo recordar que, entre los reos de Gádor, agarrotados recientemente, figuraba una mujer. Verdad que aquel crimen de Gádor fue de fieras: sangrar a un niño, y beber su sangre. Extraño contraste, el de este caso y el del capitán. Crimen el primero que corresponde al estado primitivo, y tiene profundísimas raíces en las supersticiones ancestrales acerca de la virtud de la sangre, por las cuales los cruentos ritos antiguos duraron tanto y la Musa, maestra de las edades estéticas y heroicas, tuvo que condenarlos enérgicamente; crimen el segundo de una civilización semidescompuesta, en que el goce y los apetitos van, como indómita cuádriga.

Todo esto me está hormigueando en el pensamiento mientras estallan los cohetes y las aturdidoras bombas de dinamita que la parroquia dispara festejando al Patrón. Y el Patrón (lo es también de otras muchas aldeas de este contorno, y de toda Galicia), es aquel

santo obispo de Tours, que siendo todavía soldado partió en dos su capuz militar para cubrir la desnudez de un pobre. La devoción de este Santo ignoro por qué, se practica mucho aquí, y lo mismo sucedió en Francia bajo Meroveo y su dinastía, sobre todo en el recinto de París. El bárbaro siglo XVIII destruyó el claustro de San Martín, que debía de ser una maravilla.

Y las pobres parroquias aldeanas--cuyo Patrón, si no me engaño, es el de la poderosa Buenos Aires--lo celebran hoy con tres días de funciones y holgorio--hecho que para mí significa que es hora de trasladarme a Madrid, a cuarteles de invierno.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

116

CRONICAS DE ESPAÑA

Cinematógrafos y teatros*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1913.

Madrid atraviesa en estos momentos por período de languidez. Los salones apenas puede decirse que se han entreabierto, y si los teatros funcionan y hasta tienen abonos compactos y llenos lisonjeros, no se destaca en la escena nada saliente; ni en lo dramático, ni en lo lírico.

Acabaron definitivamente los días en que una obra teatral era un acontecimiento, daba lugar a discusiones, a comentarios, a entusiasmos y abría surco en el arte. Hoy todo es admitido con igual indiferencia. He hablado de los cinematógrafos. Hoy, más atrae la atención la formidable película de Quo Vadis, que estreno alguno de pretensiones.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 27 diciembre 1913: 9. No recogido.

¿A qué atribuir este fenómeno? El público ya no consagra al arte dramático emoción; no le preocupa, no ya la belleza, sino, ni aun la tesis, la moral, la poesía, el sentimiento. No hay obras silbadas, pero tampoco las hay que arrebaten y transporten y fuercen el aplauso. Todo corre igual suerte. En los sueltos de taquilla, consta oficialmente el éxito, que viene a ser lo propio que el fracaso. Los mismos días ocupa el cartel una obra que otra. Es raro, rarísimo, ver retirada alguna sin consumir su turno entero; si el primer día por estraordinario, algún detalle o diálogo parece desagradar al público, se arregla con variarlo o quitarlo a la noche siguiente. Las obras son afeitadas recortadas estiradas, encogidas, ensanchadas, pasadas por laminador; adaptar es vencer. Y los espectadores se contentan con que el drama o comedia sea «otro», ya no el de la quincena pasada. Variar, y olvidar: las dos aspiraciones de los gastados e indiferentes. Esto no quiere decir que no tengan talento, ni facultades, nuestros autores dramáticos. Yo dejo a salvo siempre el talento. Y sé qué extremo influye en desarrollo del talento, en el empleo de las facultades, en el genio, en la inspiración, el ambiente. El individuo manda fuerza como cinco y el ambiente como quinientos.

El ambiente aplastó dramáticamente hablando, a un autor tan excelso como don Benito Pérez Galdós. Su

teatro es de lo que vivirá; pero vivirá en cuanto texto literario; escénicamente no pudo luchar con su época. A fuerza de sensibilidad, de originalidad y de intensidad, logró sobrenadar una de sus obras. El abuelo, en el naufragio de las demás creaciones. Y don de tantas medianías han triunfado, Galdós fracasó. Fracasó en la taquilla entiéndase bien, excepto cuando, por móviles políticos, se hizo una apoteosis a Electra.

El cinematógrafo, de cuya decadencia se halla, pero que está más en favor que nunca, tiene la ventaja de no calentar la cabeza. Todo entra por los ojos, continuando la enseñanza de la experiencia, que se adquiere codeándose con la humanidad, zascandileando por las calles, deteniéndose donde la gente se arremolina porque ocurre un incendio o se ha caído de un andamio un albañil. El cinematógrafo algo enseña... enseñanza adulterada, pero amena y fácil. Hasta las películas de asunto histórico que desfiguran descaradamente la historia, dejan al cabo, en la memoria un sedimento de sucesos y de nombres. Cultura de similor, preferible a la ignorancia completa... y a los toros.

De esas películas históricas es la que vi ayer: La aventua de Cleopatra y Marco Antonio. Fue esta aventua acaso la más seria que ha corrido la civilización del

viejo mundo. Es difícil calcular la diferencia entre lo sucedido y lo que pudo suceder, si Marco Antonio vence a Octavio y el Oriente al Occidente. Por lo pronto, la romanización de la península no se hubiese verificado y volveríamos a ser africanos, retrocediendo a nuestra civilización púnica, de fenicios y cartagineses, para la cual teníamos excelentes aptitudes.

Semejante cambio estuvo a pique de causar Cleopatra, justificando aquel célebre dicho de que la forma de su nariz pudo variar los destinos del orbe. Y al apoderarse el cinematógrafo de esta palpitante novela antigua, la desenvuelve en folletín, en el cual, a veces, caben perspectivas muy bellas, cuadros que no carecen de grandiosidad.

Descuellan los del desembarco de los romanos, que van a combatir, bajo el mando de Octavio, a Marco Antonio, envuelto en las redes de la hija de los Faraones y olvidado de todo lo que no fuese su pasión. Yo confieso que, en este aspecto especial, ningún drama representado puede competir con la visualidad cinematográfica. Nadie ignora con qué verdad absoluta aparecen las escenas acuáticas en las películas. Vemos las olas, las playas, como si estuviésemos en ellas. La ilusión es total. Y ayudando un poco la fantasía,

podemos creer que, en efecto, hemos asistido a ese desembarco emocionante. El mar no ha cambiado poco ni mucho desde las edades primitivas. Y así pudieron ser los legionarios que vemos saltar a tierra con el agua hasta la rodilla, irguiendo orgullosamente sus enseñas, habituadas a la victoria.

No sucede lo mismo con los cuadros en que figuran los principales personajes de la tragedia. Nada tan fácil, sin embargo, como caracterizar a Marco Antonio. Existen a cientos testimonios consultables: grandes camafeos, medallas, monedas, bustos, relieves, estatuas, descripciones, de historiadores, etc. Por poco que se conozcan estos antecedentes, vivos y concretos, a pesar de los siglos transcurridos, piérdese toda ilusión cuando el actor o la actriz encargados de estos papeles tienen una exterioridad distinta o contraria de la que les exigimos. No concebimos a Marco Antonio flaco y endeble, a Cleopatra metidita en carnes, a Octavio tosco y huesudo, a Nerón con cara de buen muchacho, a María Antonieta corta de pescuezo, a Robespierre panzudo, a Napoleón aventajado de estatura.

También sorprende en estas películas, que los figurantes, y a veces los primeros actores, por pudor, o por frío, o vaya usted a saber por qué, nos presenten

a los contemporáneos del triunvirato romano y a los ministros y sacerdotes y guerreros egipcios, enfundados en «combinaciones», mallas y «tricots», que hacen arrugas en el codo y en la rótula, y quitan a la forma humana sus líneas verdaderas, con daño de la histórica exactitud. El corsé de la amante de Marco Antonio, tampoco ha llegado a convencerme. Estas impropiedades, en el cinematógrafo se toleran menos, porque es «espectáculo» en el riguroso sentido de la palabra: cosa visible, material. Se concibe el anacronismo y la más modesta «mise en scène», cuando el genio de los autores y los representantes crea la ilusión. En el cinematógrafo, hay que exigir la estricta verdad, siendo lo más realista que existe ese procedimeinto. Y así se oye hablar de cientos de miles de dólares, invertidos en impresionar una cinta. Hay que «recrear», volver a crear, mejor dicho, lo que se enseña, lo que hemos de presenciar como si existiese.

Ya quisiera, para los días de fiesta, un poco de la representación del cinematógrafo, «nuestro primer escenario lírico», el teatro Real! Allí sí que es necesario, abriendo a veces mucho los oídos, cerrar bastante los ojos. Siempre fue el Real, tocante al decorado, «atrezzo» y accesorios, una barraca de feria o un desfile de comparsas de carnaval en un pueblo

atrasado; pero según el tiempo transcurre, aumenta el destartalamiento en ese teatro, favorito de la aristocracia, de la gente elegante y acaudalada, de las regias personas, de cuanto figura y decuella en Madrid. Año tras año, el vestuario se hace trapiento, las bambalinas se destrozan, los muebles de guardarropía se desvencijan, y el «coro de ambos sexos» está más atropellado, más desigual. ¿Qué es eso de «desigualdad»? me preguntaron una vez que empleé esta locución. Desigual, significa que cada corista es de un tamaño y una hechura diferentes: unas gordísimas, desfiguradas; otras entecas, consumidas, pocas jóvenes, apenas ninguna bella, o que puede parecerlo merced al afeite. Así es que los abonados viven en broma perpetua, a expensas del coro. Es justo añadir que el coro, no pocas veces, canta muy afinado y con maestría.

Para el gran acontecimiento que se aproxima, el estreno de Parsifal, que nos trae alborotados a los wagneristas, se anuncia, no obstante, que reforzarán los coros. No vendrá mal, porque esa sublime creación ha menester poderosas masas corales. Poco a poco, como el que antes de bañarse en agua fría mete un pie y luego los dos y en pos las rodillas, con lentitud, horripilado de lo glacial del agua--en este país de los «fenómenos» taurinos y de los buñuelos con el

chocolate, va entrando el gigantazo de Bayreuth... Sólo Dios sabe lo que habremos de escuchar el día o la noche, en que se alce el telón para permitirnos escuchar las lamentaciones de Amfortas, el de la sacra herida y los célicos acentos de los ángeles en torno de la copa del Grial (cuando lean ustedes «Graal», digan que ese es un atroz germanismo: «Grial» se ha dicho siempre en España, «Grial» escribe Cervantes).

Algo achicados andan los que declararon a Wagner «rey de la Lata» cuando se estrenó Lohengrín; pero, aun cuando el wagnerismo se ha desarrollado, se ha impuesto y ha conquistado a los concurrentes al «paraíso», las localidades altas, que acaban siempre por hacer la ley quedan, en las localidades bajas, partidarios de la música italiana, no porque no obliga a fijar tanto la atención como la otra... Y aun existen calvos y canos, con abdomen y nuca roja, algunos señores que recuerdan «los buenos tiempos» del Real, los triunfos de divos y divas: Tamberlick, Gayarre, la Patti, la Ferni, las Traviatas y Normas de antaño; los gemidos de Fernando en La Favorita, y el Credo de Poliuto... Todo lo cual, unido a lo férvido y dulce de la juventud que pasó, forma una leyenda de hermosura y de romanticismo, que se susurra en los palcos, y se comenta con cejas alzadas y onomatopeyas admirativas. «¡Cuando se

volverán a oír otros Pescadores de perlas como los del pobre Julián! ¡Quién hará el Fausto como Uetam! ¡Aquella Dinorah! ¡Aquellos Hugonotes!

Y los que así se expresan, son los que afectan entregarse a un sueñecillo defensor, apenas aparece la Walkiria, rodeada de fuego, o Sigfredo fatídicamente avisado de su destino por las hijas del Rin... «Somos de otra raza que los alemanes» protestan. «Para ellos, esto será canela fina. Para nosotros, es demasiado «sabio»... Y si esto han dicho de Lohengrin y de la claridad diáfana del Ocaso de los dioses, ¡qué no dirán, oh cielos de Parsifal!

No sabré pintar el asombro de una señora, cuando, al preguntarme sobre Parsifal, suponiendo que se trataba de un argumento abstruso y superior a la comprensión de la mayoría, me oyó responder que el argumento de Parsifal no es otro sino el del drama que diariamente vemos representar en los templos--el sacrificio de la misa, el misterio de la sangre redentora. Y no otra cosa pudiera decirle, porque ni más ni menos que eso es Parsifal. Las más excelsas del arte son aquellas que reciben ser y esencia del sentimiento general, y lo revelan con aspectos que nadie había percibido acaso. La gloria de Wagner consiste en haber extraído la fuerza estética de la

sensibilidad común, en lo religioso; y por eso Parsifal es una misa, sencillamente una misa con todo su admirable sentido y expresión, con su desgarradora y consoladora poesía, con su idealidad de martirio, de inmolación, de dolor, de resurrección del alma...

En la cima de las humanas aspiraciones, la religión más artística, que es el catolicismo, hace brotar esa flor de púrpura, de fuego y de rubí--la «Consagración del Grial». Tráigala Dios con bien a este Madrid jaranero sobre cuyo catolicismo tanto pudiera escribirse!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

117

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

LA ISLA DE CORTEGADA*

MADRID, noviembre de 1913.

En una anterior prometí informarme, para decir con exactitud el estado de la isla Cortegada, de la cual tanto se habló hace algunos años por haber sido regalada al rey Alfonso XIII, a fin de que se edificase allí un palacio para residencia de estío.

Aun cuando parezca singular, no había yo conseguido saber la verdad de lo que sucedía al presente en la isla. Unos decían que el rey tenía construídos ya muelles y malecones y hasta un soberbio puente, que enlazaba a la isla con el puerto de Villagarcía, o al menos que todo se comenzaba a ejecutar. Otros aseguraban que no existía obra alguna, y por lo tanto, se suponía fracasado el proyecto. Teniendo que recorrer las provincias de Orencse y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 31 diciembre 1913: 9. No recogido.

Pontevedra, me prometí visitar la isla, saliendo de la duda por vista de ojos. Y así lo hice, en una apacible tarde de octubre, yendo en automóvil desde Pontevedra, y habiendo el marqués de Riestra dispuesto que nos esperase en el muelle el señor alcalde de Villagarcía con una lancha.

Al embarcar, el encanto sutil de la ría de Arosa se apoderó de nosotros. Llamo encanto de la ría, no sólo a la perspectiva de su curso, sino al atractivo espectáculo de las quintas, palacios y pueblecillos que se reflejan en su corriente, así como el de las varias islas que salpican, semejantes a ramilletes de verdor que flotasen sobre la profunda serenidad de un espejo gigantesco. No sé si existirá en ningún punto del globo algo más bello que la ría de Arosa, ni con una hermosura tan parecida a lo que nos figuramos que debió ser la Grecia clásica, y que yo definiría así: hermosura reconciliada con la vida, y vencedora de la tristeza solemne que, en mayor o menor grado, sugiere todo magnífico paisaje.

He dicho "pueblecillos" de la costa, pero algunos ya tienen proporciones y desarrollo considerable. Villagarcía, al unirse con Carril y Villajuán, ha dado un salto enorme, y todos vislumbran allí el engrandecimiento próximo, que puede convertirla en una especie de Biarritz. Pero la condición de este

incremento era justamente que D. Alfonso XIII viniese a Cortegada; que detrás del rey, acudiesen los elegantes, los ricos, los palatinos, los políticos...

--¿La ve Vd.? Aquella es la isla...

Sorprende lo incomparable de la situación. Fronteriza a Villagarcía, al mismo muelle; a pocos cables del carril... En diez minutos nos lleva la lanchita, y saltamos en el resbaladizo embarcadero.

Desde el primer momento, la realidad se presenta más que desnuda, descarnada. Puente, ya está dicho que no lo hay, embarcadero, tampoco, en el sentido de algo diferente de lo que existió hace siglos; piedras toscas y mal juntas, que hacen difícil el embarque apenas baja un poco la marea. Y pregunto, ansiosamente:

--Pero aquí ¿no se habían emprendido trabajos? En la prensa he leído...

Los bien enterados sonreían y me señalaban un montecillo, en la vecina costa.

--No hay más trabajos que los de un alumbramiento de aguas, allá, mire Vd!, para traerlas en su día a Cortegada, si se construyese la residencia...

Empezamos a internarnos en la isla. Lo primero que encontramos, es una capilla, que servía de iglesia parroquial a los humildes habitantes de aquel pedazo de tierra. Cortegada, encerraba familias, y creo que no pocas, a quienes, en compensación de sus moradas

arrasadas, se les han dado otras mucho mejores, formando una pequeña barriada, en lo alto. Para que se comprenda la subdivisión de la propiedad en este país, diré que la isla, que tiene poca más extensión que una legua, se repartía en mil fincas; y la población vivía pobremente, pero comiendo pan. Cierto que la fertilidad del suelo lo permite. La tierra presenta ese denso negror y esa trabazón crasa del "humus" fecundo. Todavía se advierte la forma de los pradillos y de los agros de labor.

Desde cinco o seis años hace que fue despejada la isla, creyéndose inminente el principio de desmontes y cimentaciones; y el terreno ha vuelto al estado puramente natural, y con salvaje frescura y espontaneidad, la vegetación irregular, brota como puede. Manchones de arbolado, llanuras que alfombran espeso y mullido trébol, grupos de espinosos arbustos ahogados por la vigorosa zarzamora y ofreciendo no obstante su cosecha aceda de ciruelas silvestres, linderos salpicados de orquídeas, de las que llaman "candiles de vieja"; pinares bravíos, alternando con álamos esbeltos que empiezan a perder su hoja; brezos y árgomas, musgos y yerbezuelas retorcidas y enmarañadas como cabellos que no conocen el peine; y, señal de la soledad de la isla, detrás de cada mata un conejo huyente, cuyo pelaje fulvo y blanco nos hace el efecto

de un lampo de sol... Por que ha de saberse que los conejos se han hecho dueños de la desierta isla; la infestan, la minan, para abrir sus tobos y madrigueras; la tienen espolvorada de una capa de bolillas blanquecinas, que ignoro si es abono natural o esterilizador secante. No se sabe quien soltó una pareja de estos roedores que no llamo inofensivos, puesto que son una de las plagas de la agricultura, y no dejan con vida, donde consiguen establecerse, y el prolífico animal se multiplicó hasta un grado increíble, para mayor satisfacción y recreo de algunos cazadores de las cercanías. Apenas entramos en la isla, lo primero que vimos fue, al pie de la capillita, un hacinamiento de cuerpos pelados fríos, rabitiesos, de largas orejas, de vidriados ojos; y lo primero que oímos, los disparos de sus perseguidores. De entre unos matorrales desembocó en el sendero que seguíamos el marqués de Aranda, con su traje de cazador profesional, su terciada carabina, y el aire jubiloso del Memrod a quien las piezas brincan bajo los pies y pudiera cogerlas con la mano. Cuando nos despedíamos, echó en el automóvil siete u ocho inocentes víctimas, diciéndome:

--Toma, tengo mucho gusto en ofrecertelos...

Con este detalle de los conejos, pobladores de la isla, mi fantasía me llevó a ver en Cortegada una

representación simbólica de la España primitiva, la «culinaria», según la designaban los romanos. Iberia se hallaba tan invadida por los conejos, que en tiempo de Augusto los habitantes de las Baleares es fama que pidieron soldados que les librasen de estos enemigos, y el César en vez de soldados les envió una legión de hurones, pues el hurón, y no digamos la comadreja y la garduña, son los exterminadores del conejo.

Esta idea de la isla transformada por mi imaginación en símbolo de la España antigua y por civilizar, me ahincó la persuasión de que de Cortegada, lejos de aproximarse a ser el sitio real que soñábamos (y digo «soñábamos», porque no hay gallego a quien el asunto no importe), va camino de regresar a la época en que, según los historiadores, los reyes del mar, los «vikings» normandos, hacían de ella arsenal y repuesto de víveres y pertrechos para sus incursiones asoladoras por las márgenes de la ría. Yo pensaba, al mirar los pinos marítimos, irregularmente esparcidos, los matojos y zarzales, los labradíos dejados incultos, la capa de pelotillas de conejo, secas y blanquecinas, al sol, en cómo sería la isla si allí se alzase la morada de los reyes; trazado el parque en la bella explanada que parece hecha de intento para tal fin; enarenadas y blancas las calles, erguidas las elegantes araucarias y los frondosos pinabetes, surgientes del fino «grass»

las canastillas de «coleus» rojos y lobelias azules, y bajando la escalinata del edificio--que me complazco en representarme, no al estilo inglés, o alemán, sino al propio de la tierra, del cual hay por aquí cerca tan típicos y suntuosos ejemplares--a los niños, a quienes aguarda la canoa-automóvil o el diminuto balandro, para que echen su paseo por la ría...

¡Bah! si se pensase en hacer algo aquí, por lo menos los árboles de crecimiento tardío estarían plantados ya; se hubiese diseñado el esqueleto del parque, se hubiese arreglado, al menos, el embarcadero... Para mí es evidente: Cortegada no va a ser lo que un día de esperanzado ardor, de febril entusiamo, pudo creer esta comarca que sería...

Los beneficios que hubiese reportado a Galicia la residencia del rey en un pedazo de su territorio, serían incalculables. Esta bella Cenicienta de las regiones españolas carece de comunicaciones suficientes: sus itinerarios de ferrocarril son un desastre: no hay tren que empalme con otro: para ir desde la Coruña a Vigo, es más corto tomar pasaje en algún transatlántico. Fáltale circulación, venas y arterias. La presencia del rey, con su séquito oficial y extraoficial, pondría en movimiento su perezosa y tibia sangre de doncella encantada y dormida, que aguarda un caballero que la desencante. Insisto en que

no me ciega pasión alguna; este país es lo más deleitoso de España, y puede competir con lo mejor de Italia; de Suiza no digo, porque Galicia, lo repito por centésima vez, no se parece a Suiza mucho ni poco, y los que le llaman la "Suiza Española", creyendo dirigirle un gran requiebro, son como los que la califican de "Vieja Suevia", cuando no fue Suevia jamás, aunque hubiese en ella suevos, como hay ahora, vervigracia, catalanes y franceses. Galicia, que (atención) no se parece a Suiza, no tiene nada que envidiarla en lo pintoresco, y la supera infinitamente en lo monumental.

Tales pensares me ponían en disposición de espíritu propicia a cierto abatimiento, la depresión de lo fracasado, de lo abortado, hojas del arbol de ilusión, que el viento helado hace danzar. Y era la hora en que justamente, el ocaso prestaba a la ría un divino esplendor. No es frase hecha, no es lugar común, descriptivo. La luz de la ría de Arosa no se parece a ninguna que yo conozca, salvo a la luz de Venecia. Son los mismos cambiantes de oro fluído, nácar rosa y azulado, las tonalidades de los vidrios de Murano y Salviati; estos cambiantes e irisaciones los trae el amanecer; el anochecer, en cambio, es un encendimiento, sin la dureza casi metálica de otros ponientes: las tintas están dulcemente fundidas y

disueltas, luminosamente acarminadas y anaranjadas, como si, más que un incendio, un rompimiento de gloria murillesca surgiese del límite en que las aguas de la ría y el cielo juntan.

Había que recordar las páginas sugestivas de d'Annunzio en El Fuego, esa pintura apasionada de las lagunas y del toldo lumínico que las cubre y se refleja en sus ondas. Al paso que el firmamento se iluminaba de fiesta, y se deshojaban lánguidamente las rosas de lumbre, las orillas, Villagarcía, Carril, iban siendo masas de sombra, y la isla apagaba la esmeralda de su vegetación, y parecía gigante buque náufrago, olvidado cerca del puerto, sin chimeneas, desertado por la tripulación y el pasaje, entregado al silencio y al abandono.

Y, durante la travesía breve, se me ocurrió que todos tenemos alguna isla así, donde un día verdeció lozana la promesa de algo mejor, de un porvenir dichoso y próspero de una nueva era en que se acreciente el bienestar, el esfuerzo fructifique, lo tantas veces anhelado se cumpla y una sonrisa providencial luzca en la faz severa del Destino... Los pueblos tienen sus islas de Cortegada, y los individuos también. Islas mágicas, que allá se quedan entre los fulgores de un celaje que al extinguirse, con el soplo frío de la

noche, deja el alma entenebrecida y llena de saudades de lo que no fue...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

118

CRONICA DE ESPAÑA

LAS MODAS RARAS*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1913.

Este año debemos prepararnos a ver muy buenas cosas. Las modas han cambiado totalmente, y es de presumir que, aun cuando no todo el sexo femenino les siga dócil, por lo menos parte de él no se eximirá de su yugo. Y con esa parte bastará para proporcionar divertido espectáculo.

La gente elegante, que llega, de París ahora, con los baúles repletos y las cajas de sombreros rellenas, cuenta y no acaba de los caprichos de la que hará medio siglo todavía era llamada «la voluble Diosa». Vienen los turistas asustados. ¿Qué va a suceder aquí?

Por lo pronto, no parece cosa fácil ostentar, en un sarao, peluca verde o peluca azul... y estas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 enero 1914: 7-8. No recogido.

peluquitas son el «dernier cri» de la moda. Polvoreadas de arenilla resplandeciente, las pelucas resedá, botella, zafiro, realzan la hermosura y tienen «algo de perversos». Pues no digo nada de las pelucas rojo antiguo... Allá en los tiempos de la decadencia romana, a los cuales tanto nos aproximamos en ciertos aspectos contemporáneos, Agripina junior y otras señoras «smart» de entonces no gastaban sino peluca. Los hermosos cabellos fulvos de las mujeres de las Galias servían para engalanar las cabezas de las emperatrices. Cualquiera puede ver tales pelucas en los bustos del museo del Vaticano. Son de tres pisos, ondeadas en escalones sobre la frente. Hoy, sea verde, rubia o castaña, peluca la llevan cuantas presumen de poner el mingo. Para no fatigar los cabellos naturales; para ocultar su escasez; para obtener ondulaciones imposibles, la peluca. Debajo, el pelo de la que lo tiene se recoge y aplasta. Encima, un tejido casi aéreo, capilar, se encrespa ligero... Una de estas pelucas cuesta, para rizarla y peinarla, 20 francos diarios. Al mismo tiempo que las pelucas cielo y esmeralda, ha hecho su aparición algo que me obliga a escoger escrupulosamente las palabras que empleo. Es el caso (cuidado, no escribamos una inconveniencia) que la moda obliga a aparecer en aquel estado que los ingleses, maestros, como nadie ignora, en eufemismos,

llaman de «buena esperanza». Después de uno o dos quinquenios empleados en trabajar para suprimir cuanto abulta la silueta de la mujer, ahora se trata de exagerarla por delante, y en París se venden, como artículo corriente, protuberancias abominables, almohadillas que simulan la curva de la inminente maternidad...

Sin querer, pienso en el problema de la despoblación de Francia. ¿Habrá un intento patriótico en esta mueca de la moda? ¿Se tratará de poner en armonía la última palabra del buen tono, y la posibilidad de dar a la patria numerosa y masculina prole? ¿Será que alguno de los reyes del trapo ha leído Fecondité, y quiere rehabilitar ese momento sublime en que las entrañas de la mujer son vivero de la humanidad futura?

Ante estos polisones... delanteros, yo recuerdo los retratos de damas con guarda-infante. Dícese que el guarda-infante se suprimió, porque servía de disimulo al contrabando. Una mujer con guarda-infante, la víspera de salir de su espectación, no se diferenciaba exteriormente de otra más rectilínea que una lanza. Y por eso dejó de usarse aquel miriñaque del siglo XVII, que María Guerrero saca en La niña boba y otras obras de su repertorio. No sé si alguna señorita en estado de merecer se atreverá a exhibirse

con la moda presente; a arrostrar el peligro de las chanzas y de las malicias.

Las consecuencias de este estilo de vestir, son deplorables para la estética. Un tonelete desairado llega hasta las rodillas, remedando volandera pantalla, en pico hacia delante. Abajo, la angostura de la falda se exagera, por contraste con el susodicho tonelete, y un rabo puntiagudo brota de los tobillos y se pierde atrás, barriendo el suelo.

El corpiño, flojo, desmazalado, apenas tiene hechura. Es un saco, donde el seno flota colgante. Desde el cuello se abre en exagerado escote hasta la cintura, y aun cuando sople el cierzo más glacial, no se cierra, y provocando, más que a los transeúntes, a las pulmonías. Hace años se interrumpía la circulación de la cabeza y del pescuezo con los cuellos altos y rígidos, hasta las orejas. Ahora, se va despechugado, aunque el traje sea el abrigo.

Los pies parece que se despegan del resto de la figura femenil. Cada uno va por su lado, anchote, gordo, elefantito. Las manos cuelgan. La cabeza, desmadejada, cae a un lado. El sombrero se hunde hasta la nariz.

Las medias... Las medias merecen capítulo aparte. Para ser admitidas, tienen que velar apenas el rosado de la carne, «digan lo que quieran los termómetros»,

según la célebre frase de Ferreras. Son ya como tul, como telaraña, como red, como todo, menos como ropa.

Y suprimidos también botinas y borceguíes, no se llevan sino zapatos escotados o coturnos Imperio, con lo cual supongo que se quedarán helados los piececitos, en aquellas rigurosas temperaturas parisienses.

Con tantas extravagancias, falta la más comentada y discutida: la pierna al aire... No ha mucho que unas supuestas faldas-pantalones, inofensivas y hasta honestas provocaron motines, no sólo en Madrid, sino en otros puntos de Europa. Hoy, sin protesta de nadie, la pierna vista o entrevista por la hendidura de la falda ha adquirido derecho de ciudadanía.

Cuando digo que sin protesta, rectifico: la protesta (cosa que a primera vista parecerá extraña), existe, y viene de la misma Francia, inventora de esta moda que no ha mucho un predicador laico calificó de abuso deshonesto... Francia, de un tiempo a esta parte, quiere quitarse motas y culpas. Uno de los profesores conferencistas que hicieron uso de la palabra en el Instituto francés de Madrid, nos habló del matrimonio en su patria, vindicándolo. En Francia--nos dijo--hay matrimonios tan ejemplares y tan unidos, como puede haberlos en parte alguna, y el amor conyugal no es un fenómeno tan raro como nos quieren hacer creer los autores de novelas escabrosas y los

dramaturgos del divorcio y del flagrante delito. Poco después de una conferencia tan consoladora, que confirmaba bastantes observaciones mías, pues yo siempre he defendido a Francia, a la cual profeso verdadero cariño, vimos a Mme. Poincaré realizando la gentil escapatoria de tapadillo a Madrid, para flirtear con su esposo, que venía en misión oficial. La dama temía cualquier incidente, un atentado anarquista, y seguía la estela del marido, alardeando de sus más legítimos afectos, como si quisiese gritar que habrá en Francia matrimonios desunidos, pero también los hay enamorados. Si tú eres Cayo, seré Caya, como decían las desposadas de aquella otra república, que acaso tampoco fuese tan relajada como la pintaron los Juvenales, Tácitos y Suetonios.

Y al presente, en el desate carnavalesco de las modas y las costumbres por las modas influidas, Francia también ha dado la nota de la mesura, con la protesta de las señoras de provincia, negándose a aceptar, a comprar los modelos de la estación. «Ni como mujeres, que conocen a lo que las obliga el decoro, ni como personas de buen sentido, toleraremos esos disfraces, esas desnudeces y esas extravagancias», clamaron. Seguramente, en un país tan centralizado como Francia, en que nada es la provincia y París lo absorbe todo, la voz de esas provincianas razonables será ahogada por la

risa faunesca del bulevar... La población flotante cosmopolita, que se aglomera en las antesalas de los modistos de la Rue de la Paix, y que lleva las carteras repletas de «bank-notes» y de billetes azulinos, exige esos desenfrenos de la «toilette» y esas singularidades antojadizas. Y se inventa, se inventa, se inventa, y se llega al delirio. Alguna que otra vez, el arte asoma, entre oropeles estrambóticos; pero generalmente sólo impera la locura colectiva del dinero malbaratado, del gusto perdido y del pudor por los suelos.

Yo soy partidaria acérrima de que la mujer disfrute de gran libertad. Pero adviértase que no hay nada más funesto para la libertad de la mujer que estas demencias y desequilibrios, aceptados sumisamente. Debiera constituirse un tribunal de mujeres entendidas en higiene y en arte, a las cuales sometiesen los modistos sus «creaciones», como ahora se dice y, que las aprobasen o no, teniendo en cuenta precisamente la comodidad, libertad, belleza y salud de la mujer. Este tribunal o areópago no hubiese consentido las faldas largas de antaño, en la calle, cosa tan sucia y tan estorbosa para andar; ni los tacones altos, tan expuestos a un resbalón; ni los sombreros enormes con los cuales no se cabía en parte alguna; ni las faldas tan justas, que no dejan avanzar el pie.

Se me dirá que la mayor parte de estas modas raras no son seguidas; que son excrecencias o verrugas de la

vida insana y noctambulesca de París. Yo respondería que todo se pega, menos lo bonito. Pruébalo el hecho de que, en el propio Madrid, señoritas de muy alto copete se han lanzado a bailar en los hoteles elegantes, la danza del oso y otras no menos dislocadas y expresivas. El hecho parece increíble, y, sin embargo, puede cerciorarse de él quien quiera, pues los hoteles donde se baila por las tardes están abiertos al público. Y esta circunstancia hace más «shocking» el caso. Lo que pudiera escudarse con el carácter de broma en la intimidad de una casa, es del peor tono en un sitio donde se entra por dinero.

No será cosa de exclamar, como en 1868, ante las demasías del can-can, que

«ya la moral huyó de Grecia;
ya no se baila el rigodón»;

y, sin embargo, piénsese en que aquel can-can, al cual se atribuyeron nada menos que los desastres del Imperio francés, no era bailado sino por las Rigolboches, en los teatros bufos, y jamás las señoritas, ni las señoras, pensaron en alzar el pie a la altura de la frente de su pareja, y quitarle bonitamente el sombrero que además, la pareja se guardaría bien de llevar calado... Hoy con la tangomanía, con la invasión

zoológica de pavos, osos y micos, cuyos movimientos se imitan en danza de estrecha aproximación amplio y desaprensivo, y echar a un lado la noción de moral, siempre tendremos que reconocer que la de distinción, gusto y respeto mutuo, base de una sociedad refinada y civilizada, se ha ido a paseo.

No existe, por lo tanto, valla que impida a la peluca azul hacer su aparición en algún baile de la corte, donde ya distintas veces se ha usado de una fórmula discreta y diplomática, para contener las excentricidades de traje que por ventura se mostraron, avisando a las señoras que las cometían de que aquel modo de presentarse «no era etiqueta».

Una defensa contra extravagancias es lo que tantas cosas buenas y malas cohibe el ridículo. Para afrontar ciertas modas hay que ser joven, hermosa, opulenta, elegante, y las que estas circunstancias envidiables reúnen no siempre están dispuestas a comprometerse en una aventura semejante a la de Colón, al surcar mares desconocidos. Las que sin reunir tantas cualidades y dones se atreven a salir como conejo en rifa, proporcionan a los guasones, y a los que escuchamos sus bromas, delicioso plato. Por eso he empezado diciendo que veremos muy buenas cosas, si Dios no lo remedia, el año de gracia de 1914. Vaya el rato de risa por los de

rabia que la cuestión de Africa nos proporciona diariamente.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

119

LA NACION

CRONICAS DE MADRID

EL ABANICO COMO OBJETO DE ARTE*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1914.

Mi conferencia sobre «El abanico como objeto de arte», en el Ateneo, es de actualidad. Díganme en justicia los lectores bien intencionados si tengo o no derecho a hablar aquí de ella y de su asunto. Cualquiera puede ser «actual» y yo como cualquiera.

Mi conferencia fue de la serie de las que organiza y costea el ministerio de instrucción pública. La di el último día del año, y versó sobre el tema que queda indicado.

La concurrencia fue tan numerosa, que no se cabía, y muchísimas señoras lo oyeron, como dicen los periódicos, a pie firme. Y menos mal que no ocurrió lo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 5 febrero 1914: 8-9. No recogido.

que estuvo a punto de ocurrir cuando presenté a M. Le Bretón en el Instituto Francés, en que por poco echan abajo la puerta, impacientes por entrar, muchos que no llegaron con la necesaria anticipación. Tampoco creo que es halagüeño y grato; se trabaja para el público, y gusta que el público responda. De este género de ilusiones vivimos los que no soñamos con montes de oro, ni con otras perpectivas que atraen al género humano.

Séame, pues, permitido engarzar en esta crónica, no el texto de la conferencia, pues no doy jamás a periódicos los que aquí se llaman «refritos», algunas de las noticias e ideas que aquí expresé, y, además dedicar esta crónica a una dama argentina.

¿Qué quien es esta dama? ¡Ah! Ahí está el quid. Yo no sé quién es; pero sé que existe, y voy a decir cómo he adquirido tal certidumbre.

Hará unos días, revolviendo abanicos en casa de los sucesores de Sierra--el célebre abaniquista, casa que tuvo establecimiento en varios puntos de Madrid, y hoy en la calle del Arenal, por haberla expulsado de su antigua tienda la construcción de esa Gran Vía que lleva trazas de no acabarse nunca,--encontré un abanico o dos que me parecieron interesantes, y al preguntar el precio, me contestó el actual heredero de Serra que no podía darme precio alguno, por tener que esperar la respuesta de una señora de Buenos Aires, cliente de

importancia, a la cual suelen remitir las fotografías de los abanicos antiguos mejores, y que generalmente servía por correo el importe, por lo cual no dispone de los abanicos, ni se entra en trato con nadie, hasta ver qué dice la lejana cliente. Es de advertir que los comerciantes de antigüedades suelen ser, en este capítulo, gente formal; yo he tenido que aguardar un año antes de obtener un abanico que deseaba, porque una dama inglesa, dejándolo apalabrado, se había ido con su marido, individuo del cuerpo diplomático, a no sé qué país extravagante, y aunque la viajera ni escribía ni daba razón de sí el anticuario quiso hacer honor a su palabra durante doce meses y algunos días, hasta que se convenció de que la inglesa estaría dedicada al «pay-pay», y no se acordaba del abanico que por fin conseguí yo hacer mío. Así pues, me ocurre, insisto en ello, dedicar a la misteriosa aficionada argentina, cuyo nombre no quiso el abaniquista revelarme, esta crónica inspirada por nuestra común afición.

Afición, por señas, que va siendo muy común, aunque no haya llegado al vulgo. Sólo en Madrid existen varias coleccionistas de abanicos antiguos, y, así al pronto, recuerdo a la señora de Zayas, que va a ser duquesa de Amalfi, a la condesa de Munter, a la princesa Pío de Saboya, a la duquesa de Fernán Núñez, y entre las que ya no viven, a la condesa de Campo

Alegre, y a la condesa de San Rafael de Luyanó, ambas amigas mías.

La duquesa de Fernán Núñez lleva su culto a los abanicos viejos al extremo de que, cuando usa uno, al día siguiente lo envía al restaurador, para que le renueve el estrecho borde dorado que impide que se vaya rasgando, por los dobleces, el paisaje.

Yo, al formar colección, no he mirado sólo a reunir abanicos bonitos, sino a que en ellos haya algo curioso y que caracterice bien el momento de la historia a que pertenecen. El abanico es el más expresivo y revelador de los objetos de arte; el más sensible al ambiente. Hipólito Taine, y antes que él los hermanos Goncourt, habían afirmado esta verdad. Los Goncourt aseguran que no se puede hablar de una época histórica de la cuál no se posee un pedazo de tela, una minuta de comida, un parte de boda; pero mejor lo dijeran del abanico. Este documento histórico tiene además la ventaja de que es conservado con amor por las familias, de que nadie lo suele tirar ni perder, y si se vende, es en esas horas de angustia, de ahogo, en, que se empeña hasta el anillo de boda. Así han llegado hasta nosotros múltiples ejemplares de abanicos muy antiguos, mientras otro género de testimonios de las costumbres y de la evolución social han desaparecido. Y no hablemos de documentos y

papeles, que si son de importancia suma, hasta intencionalmente se suprimen.

Entre los abanicos, sin embargo, también los hay que escasean. Los anteriores a la época en que apareció el abanico plegable, el actual, ya no se ven por parte alguna. Eran cuatro, por lo menos, los tipos que existían cuando no se conocía el abanico de varillas, que se cree inventado por los japoneses en el siglo XVI. Una de las formas, es la de «veleta» o «bandera» se la hice ver al público, lo mismo que las siguientes, en una proyección sacada de un antiguo libro de indumentaria; luce este abanico, en la mano, una dogaresa veneciana. La otra forma es como una sombrilla a medio abrir, y la tercera, un gran penacho de plumas, pendiente de rica y larga cadena de oro, que cuelga de un cinturón. El cuarto tipo, es el del abanico de espejo, redondo y rodeado de plumas, que usaban las damas de Catalina de Médicis. Es casi seguro que de estos tipos, en los museos existían ejemplares, alguno por lo menos; sin embargo, yo no los he visto, y no recuerdo si, entre las infinitas curiosidades de Cluny, se conservan abanicos.

Los plegables empiezan a fines del XVI a extenderse, en Europa. En aquel tiempo se viajaba, no diré que tan fácilmente como ahora, pero muy activamente; y para convencerse de ello, basta recordar

a los misioneros capaces de llegar a los puntos más recónditos y extraños, por afán de propagar la fe de Cristo. Los misioneros trajeron a Europa muebles, telas y objetos del arte del Extremo Oriente. En el siglo XVIII, no les ha debido poco el exotismo. Ellos pusieron de moda la porcelana de la China y del Japón, los ventrudos «magots» y los tibores enflorecidos y con revuelo de pajarracos y vegetaciones extrañas; hasta la camelia, flor de los salones, fue traída a Europa por un jesuita. Antes de esta fecha, bajo Luis XIII, ya está admitido universalmente el abanico de varillas. Una de las proyecciones que mostré, fue el retrato de Ana de Austria, mujer de Luis XIII y madre de Luis XIV, con su correspondiente abanico. Por cierto que, en él, ostenta un lazo y una joya, prendida sobre el lazo, que recuerdan Los tres mosqueteros. Los moños y las «alguillettes» o herretes fueron estilo dominante en aquella época, y no llevaban sólo las damas sino los elegantes jóvenes a quienes el todopoderoso cardenal segaba la cabeza por un quítame allá ese duelo. Ana de Austria, en el retrato está en la flor de la edad y de la hermosura: todavía no le roe el seno el cáncer que la llevó al sepulcro.

Cuando empieza a sufrir tan cruel afección, se inventan los abanicos de «piel de España», que exhalaban un fragante olor, muy subido; y la reina los usa siempre, para disimular el tufillo de su llaga.

Los reinados de Luis XIV y Luis XV , son la era triunfante del abanico. Nunca se han hecho tan bellos, ni volverán a hacerse, porque la mano de obra ha subido mucho, y no es fácil calcular lo que hoy costaría uno de esos objetos de increíble finura y ahincadísima labor, que son honra y gala de las colecciones. Ciertas magníficas pinturas ya no se ejecutan actualmente para abanicos: hoy se pinta de prisa y corriendo; no hay apenas miniaturas; la miniatura es un arte maravilloso, casi abandonado; y los mismos pintores a la «gouache», procediendo muy usual en abanicos, no se detienen en dar a la pintura aquel «fini», aquel esmerado y concienzudo desempeño de los grandes abaniquistas de antaño. Se pinta, por lo general, como si hubiese fuego en casa. El ideal parece ser el de Luca Giordano: «fa presto». El abanico repugna estas precipitaciones. Es labor de paciencia, y pacientes como nadie son los pueblos que lo crearon: japoneses y chinos. Yo he visto en París, trabajos de miniatura moderna. No pueden compararse a los antiguos.

Después de Luis XIV, todavía se hacen soberbios abanicos en tiempo de María Antonieta, pero ya empieza a decaer un tantico el objeto; decae hasta en los materiales empleados: los países de tela, de encaje, bordado a cadeneta, con hilo de seda y oro, salpicados

de lentejuela, incrustados de tul. Al final del reinado, cuando ya ruge desencadenada la Revolución, el abanico, convertido en medio de propaganda política, pierde su encanto; ya no luce pinturas finas ni calados varillajes con figulinas de oro; tiene la ordinariez de la pelea revolucionaria. De este período, en que los artistas abaniqueros se consagran a cavar la tierra, por no morirse de hambre, son los dos países que presenté en mi conferencia, y que fueron decomisados por la Inquisición española, en Bilbao, en 1790, en la tienda de un francés, como subversivos y peligrosos. Uno de ellos representa la toma de la Bastilla.

Desde que la Revolución triunfa, los abanicos se hacen mezquinos en sus dimensiones, toscos en su labor. En España, exageramos esta nota, con los abanicos llamados de «medio paso» o de «Goya». El semicírculo de los abanicos suntuosos se ha reducido casi a un cuarto de círculo, y el paisaje todo cubierto de pajuelas doradas, es algo semejante al traje de luces de los toreros, cuya apoteosis empieza con la época del genial pintor. El varillaje suele ser liso y llano; de asta y hueso.

También son reducidos y no muy delicados, los abanicos llamados Imperio. De esta época es una innovación nada feliz, la de los varillajes de metal. Su peso hace despegarse a los paisajes, en que el papel

ha substituído a la vitela y aun a la seda. Alguno primoroso aparece de vez en cuando, pero es más frecuente que sean muy medianos, a pesar de los camafeos y piedras que en estilo greco-romano, incrustan las varillas de bronce dorado a fuego.

Aquí, pasada la época de Goya, vino la de Cristina de Borbón, esposa de Fernando VII, tampoco gloriosa para el abanico. Cierto que luego la hizo buena la de Isabel II. Es la más desastrosa que conocemos los aficionados. Cierto que el abanico creció en dimensiones, pero creció como esos chicos huesudos, que estiran sin maldita gracia. El varillaje se hizo enorme, anchote, pesado, y el paisaje, desproporcionadamente angosto; así es que estos abanicos suelen despegarse fácilmente. Además los paisajes de este tiempo adolecen de vulgaridad y mal gusto insufribles. Hay, sin embargo, excepciones. Yo poseo un Cristina encantador, y un Isabel II delicioso. Sospecho que sean franceses; por lo menos, el Isabel II lo es de fijo.

El Cristina perteneció a la misma reina gobernadora: tiene dos paisajes hermosamente pintados, y en ellos, el escudo de la casa real; en los padrones, la corona y las iniciales C. B., Cristina de Borbón, esculpidas en el nácar, le dan un sello de autenticidad absoluta. Todo el varillaje son guirnaldas finísimas de rosas, sobre placas de nácar transparentes.

El Isabel II me ha sido regalado por la reina Isabel, en París, cuando di mi conferencia en la Salle Charras, con un autógrafo de su puño. Es un ejemplar soberbio.

LLeva el sello de la época a que pertenece; no busquéis en él vitela, ni pintura con asunto, ni varillaje frágil. El país es de seda verde. En ella se incrustan magníficos encajes de «point a l'aiguille», un canastillo, cuajado de flores muy bien pintadas. El varillaje es de marfil, trabajado sin calar, e incrustado de medalloncitos también pintadas maestramente, en gris y oro. En el padrón aparece la corona y el monograma de la reina, de oro también, en realce. Una esmeralda «cabochón» forma el tornillo.

De los abanicos contemporáneos, ¿qué he de decir? No tienen estilo; no hacen época. Cuando se quiere una forma artística, se imitan, mal, por supuesto, los modelos antiguos. De nuestra imposibilidad hasta de copiar bien lo que nos legó el pasado, he visto un testimonio en casa de Serra, asaz curioso. Era un abanico de lentejuela, moderno, copiado de los de Goya; y el abanico no tenía más inconveniente, sino que no cerraba. Extrañándome el caso, pregunté y resultó que no cerraba... porque la lentejuela no se sabía fabricar ahora como antaño, ligera y leve sino tan pesada, gruesa y recia que el abanico, recargado, quedaba siempre abierto...

Y he ahí por qué yo no creo incondicionalmente en el progreso; al menos, en este ramo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

120

LA NACION

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1914.

El estreno de Parsifal, a la vez en tantos escenarios europeos, ha sido en Madrid un verdadero acontecimiento artístico. Y con tal motivo he pensado en la evolución del público madrileño respecto a Wagner.

Como nadie ignora, Wagner es un inmenso artista, pero un artista lento, en ocasiones, hasta causar desesperación, tal vez no a sus flemáticos paisanos, pero de fijo a los meridionales, que no disponen de tanta cantidad de «cuajo» (diríamos aquí), para oír, sin pestañear, horas y horas, una obra lírica.

Y siendo Madrid el pueblo más impresionable, más propenso a la distracción, más vivo y apajarado de más ligera y gaseosa sangre, parecería el problema de la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 10 febrero 1914: 7. No recogido.

aclimatación de Wagner algo insoluble, a no introducir en sus partituras la tijera, y recortar bastante, la primera idea salvadora que se les ocurre a los empresarios en lances de tanto apuro.

Hará sobre cuarenta años, cuando todavía el divo Tamberlick hacía furor, se cantó en el Real la primera ópera de Wagner. Era, a decir verdad cosa de poca monta, al estilo italiano: titulábase Rienzi. No satisfizo, y transcurrió bastante tiempo, hasta que la creciente nombradía del músico «del porvenir», como entonces se le llamaba, obligase a las empresas a servir el plato nuevo. Lohengrín fue el arco de alianza entre los diletantes madrileños y Wagner. No sólo gustó, sino que gradualmente, entusiasmó. No se concibió temporada sin Lohengrín. No hubo tenor que no quisiese ser el caballero del Cisne. Uno catalán, Viñas, se creó una especialidad en tal papel, y cantó, entre el delirio del público, el célebre «raconto», en castellano.

Conviene una salvedad. Cuando digo «público» me refiero al de las localidades altas. En el teatro Real, los inteligentes están en los asientos más baratos, y los sordos del alma, en los más caros y elegantes. Mil veces el «paraíso» ha tenido que imponer silencio a la greguería que en los palcos se armaba, impidiendo oír a los mejores cantantes. Con

honrosas excepciones, la gente de los palcos, escote al aire, «esprit» por fuera de la cabeza, brillantes en cuello, cruz de Calatrava o de Santiago, bordada en frac, gardenia en ojal, plastrón de estuco,--va al teatro a verse, a charlar, a reír, a bostezar o a chismografiar,--a todo, menos a escuchar la ópera. Y, si se les preguntan sus gustos, contestan que prefieren el género italiano, porque son óperas cortitas, en las cuales así que larga su romanza el tenor, y la tiple hace unos gorgoritos con el pelo suelto, cae el telón y se va cada mochuelo a su olivo.

Pero en suma, tuvieron los señoritos elegantes, rabiando o rezando, que apencar con Lohengrín y después con Tanhauser. Pusieron a Wagner de pesado y de latoso que no había por donde asirle, eso sí; no obstante, quedaron ambas obras en el repertorio. Y no fue esto lo más, sino, que ya empezaron a encontrar dificultades las «Lucías» y «Sonámbulas» «vieux jeu». Sólo al amparo de algún tenor o tiple de primer orden, como Gayarre y la Patti, se sufrieron las «Traviatas» y las «Favoritas». Vinieron entonces a sostener el pabellón de Italia otras óperas modernas: Tosca, Bohemia, Payasos: no importa; los inteligentes ya estaban engolosinados con Wagner; existía en Madrid una asociación wagneriana; se habían oído con interés respetuoso. «Los maestros cantores», esa deliciosa

facecia genial, esa sátira contra el frío clasicismo, y se pedían las revelaciones de la tetralogía. Esta llegó al fin, pero bastante retrasada, y desmenuzada. En vano se deseaba oír a la seguida. Primero, en su aéreo caballo, vino Brunhilda, la «Walkiria», luego a remolque, Sigfrido» y, por último, «El oro del Rin» y «El ocaso de los dioses». Y el culto de Wagner aumentó a lo cual no contribuyen poco los conciertos que iban dando a conocer las bellezas de cada una de estas partituras, así como de Parsifal. En una casa particular de Madrid, la de don Enrique Peñalver, nos anticiparon la sublime página, «La consagración del Grial» cantada por la capilla isidoriana, y acompañada por el órgano celeste. Fue un deslumbramiento.

Antes de nada, quiero hacer constar que desde hace muchos años vengo yo escribiendo así: «El Grial». Estos días se ha discutido si se debe decir «Grial» o «Graal»; pero, habiendo yo leído el Quijote desde edad muy tierna, nunca se me hubiese ocurrido decir sino «Grial», como el Manco.

Y previa la advertencia, continuo. Parsifal se esperaba en Madrid, como en todas partes. Nadie ignora que Wagner y sus herederos, al amparo de la ley de propiedad intelectual alemana, habían reservado al escenario de Bayreuth el exclusivo derecho de representar Parsifal, última obra del maestro. El

cálculo que supone este privilegio es habilísimo, y demuestra el gran talento de Wagner (música aparte). En los treinta años que tardase en ser libre Parsifal, las demás obras le prepararían el camino, consagrando una gloria que fue muy discutida, y habituando al público a los especiales procedimientos del amor, tan distintos de los conocidos y aceptados. La prohibición estimularía el apetito, y cuando Parsifal pudiese ser cantado en todas partes, revestiría su aparición la mayor trascendencia.

El asunto de Parsifal, que muchos suponen obra maestra de Wagner, no está tomado, como generalmente se cree, de la tradición alemana, sino de la leyenda céltica del «Grial», del ciclo carolingio, tan fértil en elementos caballerescos. El poema de Perceval, en que pudo inspirarse Wagner, es del francés Chrestien de Troyes. Y los franceses, ni cortos ni perezosos en velar por su tesoro nacional, reivindican estos días, no sólo la paternidad de Parsifal, sino la de Lohengrín y la de Tristán y su bella enamorada Iseo, figuras que aparecen en las canciones de gesta del ciclo bretón.

La parte que corresponde a España en Parsifal no es pequeña. Unánimamente, y sin negarlo el propio Wagner, Monsalvato y el Jardín encantado de Klingsor se sitúan en territorio español; y, según una tradición muy difundida, el propio cáliz del Grial se custodia en

la catedral de Valencia; sin hablar del otro cáliz del «Santo Milagro» que muchos creen el Grial verdadero, y que se halla en las ásperas montañas del Cebrero, en Galicia.

Yo tuve ocasión de ver la primera de estas copas «descendidas del cielo», y aun de describirlas, no recuerdo dónde. La probidad histórica me obliga a reconocer, y antes que yo lo había confesado el docto canónigo Sr. Chabas, que me acompañó en mi visita a la catedral, que hay mil motivos para poner en duda la autenticidad de la reliquia. Si el cáliz de Valencia fuese el Santo Grial, sería también el Cáliz de la Cena, y puede serlo, a juzgar por la época que representa, y que Chabas no consideraba anterior al siglo VI. La reliquia es de estilo visigótico, de ágata la copa, de oro o plata sobredorada, esto no lo recuerdo bien, el pie y las asas, y el tronco o ástil. Lo incrustan pedrerías. Muchas personas han visto en este lujo del objeto una razón para inferir que el humilde Jesús no lo usó en la sacra Cena.

La leyenda supuso que en esta copa o «Grial» recogió José de Arimatea la divina sangre que fluía del costado. Mientras el común de los fieles recibía la Eucaristía en la forma usual, la leyenda, con instinto hondo y poético, entendió que existían unos caballeros andantes, una orden santa y batalladora, destinada a

combatir por la justicia y la verdad, y que esta cofradía selecta se llamaba la del Santo Grial, y en el misterioso castillo de Monsalvato guardaba el vaso divino que les había sido confiado por los ángeles.

Cualquiera presume el origen de estas bellas consejas, más bellas que lo mitos griegos.

Proceden de las cruzadas y de la edad de oro de las grandes órdenes militares, en el tiempo en que éstas eran una realidad hermosa, terrible y activa. Son en especial los Templarios los que parecen reflejarse en los caballeros del Santo Grial. Los Templarios, calumniados torpemente por la envidia y la avaricia de un rey usurero, fueron los que, embebidos en la leyenda, metidos en ella el cuello, dejaron en la fe religiosa esa huella ultramística, más allá de las ideas admitidas y divulgadas, como si lo excepcional de su destino y de su misión les permitiese una creencia también en cierto modo especial, esotérica, iluminada por el conocimiento de secretos que los demás ignoraban, y que les ligaban con una fraternidad de andante caballería en la cual Cristo era el ideal de sus espíritus, y lo que los elevaba por cima del profano vulgo. Así, en la orden del Temple, hasta los santuarios eran diferentes de las iglesias ordinarias, y afectaban esa forma redonda que se atribuía al templo de Salomón. En el centro de la nave, el altar,

aislado, permitía celebrar el servicio divino de frente a los fieles, y no de espaldas, como es costumbre.

Lo indudable es que Wagner, al pensar en situar su Parsifal aun dentro del terreno vago de la leyenda, pensó en España, la España árabe, para los palacios y jardines encantados del brujo, y en la España gótica, para los dominios del Grial. Muchos, y entre ellos se cuentan algunos sabios compatriotas de Wagner, suponen que Monsalvato no es ni más ni menos que Monserrate; hay quien lo sitúa en Uclés, donde los freires del Temple hicieron tan vigorosa defensa, antes de que la orden se rindiese al número y a la mala voluntad de sus enemigos; y yo, al ver en la aldeíta de Thomar, el templo redondo, simbólico de los caballeros de Cristo, he pensado que bien pudiera encontrarse allí un hilo para enlazar la leyenda. Ello es que España juega en todo este poema sacro, y la copa existente en Valencia, a pesar de su escasa autenticidad, contribuye a españolizarle, por decirlo así.

Y la actitud del público de Madrid en esta ocasión demuestra hasta qué punto Wagner ha consolidado su dominio. Aunque en los palcos se guarda silencio, y silencio profundo.

Los que no están conformes con las prolijidades de Parsifal con la monotonía, que no puede negarse, de algunas de sus páginas, se lo callan o lo insinúan

tímidamente. Y, durante la presentación, no hay más que respeto; nadie osa entrar metiendo ruido, ni toser, ni respirar. En algunos puntos de la vasta sala, se ve una lucecilla pequeña. Son los "gusanos de luz" que así se les ha bautizado; el primero, la alumbra a la infanta Isabel, diletante apasionada, que lee la partitura a favor de la linterna. Es cierto que, al lado de este entusiasta fervor de esta transformación de la viveza madrileña en alemana cachaza, hay quien se venga de la forzosa inmovilidad y de la desmedida extensión de la partitura con bromas y chirigotas. Una señorita se trajo al Real divertida novela francesa, y con la ayuda de la linternita y mientras todos la suponían devotamente enfrascada en la partitura del maestro, leyó lo que quiso y no sintió pasar las horas.

Las horas son seis. Por admiradora que yo sea de Wagner, y lo soy hasta la médula, y lo he probado con la pluma infinitas veces, encuentro que sobran dos. La empresa del Real, supongo que por fórmula, pues su resolución no podía ser otra, consultó a los abonados acerca de lo que debía hacerse, si dar la ópera seguidita, o repartida en dos, con un intervalo que permitiese ir a cenar a sus casas o en el teatro mismo, donde un restaurant madrileño había instalado hornillas y cacerolas. Claro es que lo segundo era lo único posible. Seis horas seguidas oyendo música, sin echar

un reparo al estómago, ni pensarlo. En Madrid, parece que no, se come bastante, al menos bastante a menudo.

Y hasta por el cambio de hábitos y el trastorno de horas que todo ello supone, es admirable el triunfo de Wagner sobre un público tan difícil de fijar, tan ajeno a la reflexiva y seria atención de otros pueblos y otras razas. De hoy más, cabe decir que Madrid también pertenece a Wagner.

Y así como en otro tiempo yo tomé el partido de Wagner contra el público, ahora, colocándome en el punto medio, no queriendo sujetarme a ningún fetichismo, diré que pudiera el público tener el derecho de adormecerse un poco en algunos trozos de Parsifal; pero no lo hace, porque le despabila la seguridad de sentirse transportado a las más altas cimas de la emoción estética y religiosa, cuando en el preludio, en la consagración, en el canto célicamente seductor de las mujeres-flores, en el tema heroico de la lanza; en la frase mística de Guznemanz "e una luce sopra el Graal...", en tantos magníficos momentos de inspiración que hacen de esta obra la esencia de la belleza en la música, y del misticismo en el sentimiento, se expresa la sublimidad de la redención por la sangre.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

121

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

EL CENTENARIO DEL GRECO*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1914.

Se aproxima la fecha del centenario del pintor Domenico Theotocopuli, más conocido por el Greco. Este artista es una de las rehabilitaciones de la edad presente. Aunque en su tiempo debió de estar en boga, y tener su público y sus admiradores, había hilado telaraña el olvido, y sus cuadros se llenaban de humedad en viejas iglesias toledanas. La reacción espiritualista del arte, en el último tercio del siglo XIX, le sacó de su penumbra mística. Fue aclamado como un dios, por artistas sentimentales, y yo hablé de esta fase de las predilecciones estéticas de una generación

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 19 marzo 1914: 8. No recogido.

al describir el bello retiro del Cau Ferrat en Sitges, la blanca morada artística de Santiago Rusiñol.

En Sitges nació el culto al Greco: hasta se celebraron en su honor procesiones. Y, poco a poco, fue estendiéndose la devoción por España y el extranjero. Los precios de los cuadros del Greco pegaron un brinco en las tiendas de los anticuarios. Hoy llegan a lo extravagante.

Tratándose de un pintor como el Greco, es preciso poner las cosas en su punto; el entusiasmo de los artistas, de algunos en especial, es lo que ha arrastrado a la multitud, que rara vez piensa ni siente por cuenta propia. Yo creo que no es posible que el Greco le guste a todo el mundo. Es más: no estaría ni bien que a todo el mundo le gustase.

Para tomarle el sabor al Greco hay que poseer una sensibilidad fina, algo morbosa, que no es privilegio de todos. Hay, además, en la admiración profesada al Greco no escasa aleación de elementos reflexivos. Es decir que, para comprender debidamente al Greco, sobre todo en su época más característica, se necesita pensar y sentir, y hasta saber un poco de historia. Y no siempre llevan las gentes tal preparación.

Así es que, en la actual apoteosis, hay mucho de aceptación de los hechos consumados y los dogmas establecidos, y no será fácil que por dentro, todos

asientan francamente a la gloria de este excelso artista. Pero ha llegado para él el momento en que quien no asiente, hace lo mismo que si asintiese. Es lo bastante.

Los artistas tienen su destino, próspero o fatal, y a veces no basta que hayan sido consagrados, porque siempre una generación está pronta a revocar el fallo de la precedente. Y si no ahí está Murillo que fue un ídolo para parte de su siglo y del siguiente. Su nombre era sinónimo de gran pintor. «Es un Murillo», se decía. Lo sumo de lo ideal en la hermosura de la mujer se espresaba con «una Virgen de Murillo». El gran despojo de Napoleón a España fue llevarse La Concepción de Murillo al Museo del Louvre. Pues bien; no hay idea de cuánto ha decaído la fama del autor de Los niños de la Concha. Murillo ha llegado a no interesar. Sus Vírgenes, lejos de parecer tipos ideales, se nos aparecen marcadas con el sello popular de Andalucía. Y en toda la obra del artista, nos parece encontrar una sencillez de espíritu extremada, algo claro y soso como el agua pura; algo plácido y ñoño, que a nuestra complejidad moderna no le satisface. Necesitamos cosas más hondas que las dulzuras murillescas. No nos parece ni místico; es un creyente, sin duda, pero no un alma encendida, ansiosa, no un corazón atravesado por la divina flecha, como el Greco.

Sin embargo, de las mil personas que hoy rinden al Greco un tributo de admiración y aplauso estoy por creer que setecientas cincuenta, en el secreto de su alma prefieren a Murillo. Murillo es más normal, habla un lenguaje mucho más comprensible. Nadie protestará temeroso de ser tenido por un poco inteligente y falso de comprensión artística; se callarán su predilección, ciertos de que estas cosas no se resuelven por el voto de los más, sino por el de los menos, que marchan a la cabeza.

No ha mucho, se dio en el Ateneo de Madrid una conferencia, (creo que el conferenciante era el Sr. Beristens) en la cual se sostuvo la tesis de que toda la pintura del Greco se explica por sus enfermedades mentales y físicas. El tema no era nuevo del todo. Siempre se había dicho que el Greco estaba loco, en el último período de su vida, cuando pintaba esos personajes desmesuradamente largos, de un dibujo imposible. La demencia, decían, inspiró no sólo el diseño, sino el colorido de un artista tan singular. Los últimos estudios sobre el Greco, por ejemplo, el de D. Manuel Cossío, propenden a no admitir en él locura en el sentido patológico y riguroso de la palabra. La vida del Greco es muy poco conocida, su biografía está llena de lagunas y de problemas, pero así y todo, basta con lo que se sabe para negar ese estado vesánico que

se le atribuyó. La anormalidad pudo estar en la vista, y comunicarse al pincel.

Siendo la realidad una misma, cada artista la ha interpretado con sus ojos. Los pintores que más de cerca siguen a la realidad se llaman equilibrados, y el mejor ejemplo de este equilibrio es Velázquez. Velázquez, sin embargo procede en muchos respectos del Greco, que apenas sentaba en la realidad, al menos en la realidad externa, el pie. No obstante, un lado de esa realidad, de nuestra vida psíquica en el siglo XVI, ha debido de sorprrderlo el Greco con felicísima intuición, para que todavía hoy, en los actuales momentos, se oiga decir de ciertas personas (por ejemplo, del secretario de la infanta Isabel): «¡Es un retrato del Greco que anda!» La raza, sin duda, sique produciendo de esos tipos ascéticos, de una espiritualidad llena de aristocracia, de melancolía y de altivez. No es frecuente que en otra tierra sino la de Castilla podáis exclamar: «Ahí va, con la cruz de Calatrava o con la venera de Santiago bordada en el frac, un retrato del Greco».

Y esta veta profunda de verdad, basta ella sola para demostrar que el Greco no estaba loco. Es difícil que un loco pueda ser retratista admirable, y eternizar un tipo de raza.

De todo esto nos hablará largo y tendido los muchos y eruditos señores que están preparando la

conmemoración del centenario, y se proponen con ella vulgarizar y popularizar el conocimiento de la obra y personalidad del artista. La labor de explicación del Greco, traduciéndola al idioma usual, se encomendará a series de conferencias, las unas dadas en Toledo, las otra en Madrid; y supongo que no dejarán de sumarse en varias provincias otros disertantes sobre el mismo tema, con lo cual se nos prepara una verdadera inmersión en el Greco que difundirá mucho su conocimiento y familiazará con él a esa parte del público que en mi opinión lo admira sin entenderlo gran cosa, y hasta sin que realmente lo encante...

Van a hablar del Greco, en Toledo, en primer término, Manuel Cossío, una de las personas que mejor han estudiado, y, sobre todo, que más han amado al Greco en España; que con mayor devoción buscó sus casi borradas huellas, y profesó su culto, sobre el de cualquiera otro maestro español. Mélida, cuya competencia es tan reconocida en arqueología artística, hablará de «el arte antiguo y el Greco», y supongo que en esta denominación de «arte antiguo» comprenderá los famosos retratos al encauste, griegos y egipcios, que bien pudieran haber ejercido sobre el Greco una influencia que se advierte, sin que los profanos podamos definirla bien, por mucho que la sintamos. Gómez Moreno hablará de «el Greco y el Toledo árabe», y

Elías Torno, que es un prestigio en arqueología y en arte español, reseñará las obras del Greco en los principales museos y colecciones de Europa. No dejará de hacer mención de cierto lienzo negro y sucio, que un día descubrió el escultor Brocos en el Rastro, no de Madrid ni de Toledo, sino de la Coruña, en el cual se han solido hallar muchos platos desportillados, tazas, rotas, desvencijados sofaes, pero poquísimos cuadros, y menos de algún valer.

Debió de adquirir la tela por una suma que se contase en reales. Brocos le pasó una esponja, la examinó y halló que era un Greco de los mejores, representando a la Virgen con el Padre Eterno y Jesús. Pertenecía el asunto al número de los que el Greco trató dos o tres veces, que se sepa, y siempre con variantes. Lo expuso Brocos en Santiago, en la hermosa exposición retrospectiva que se celebró con motivo del Año Santo. Poco después lo vendía por algunos miles de duros, no sé si al museo de Dresde o al de Munich.

Ovejero estudiará ese viaje, corto en lo material, en lo psíquico tan largo, del Greco, desde Venecia a la ciudad castellana: ese cambio extraordinario de un artista del Renacimiento, semejante a Veronese, luminoso, de diseño impecable, de ardiente colorido, que bajo la influencia de una comarca y de una gente especiales se transforma en místico, parece un

bizantino a fuerza de espiritualidad, pinta sólo con tonos grises, con obscurísima sombra, con blancos de luz de luna, y llega a encarnar como nadie el alma de la meseta central de la Península, en sus austeridades mortificadas y en la sugestión celeste de su firmamento puro, sobre la sequedad del terruño recio.

El viaje de Venecia a Toledo, de Domenico Theotocopuli, es realmente un viaje de polo a polo... y forma parte del inquietador misterio de esa conciencia y de ese corazón, casi ignorados para nosotros, excepto en lo que revelan sus obras.

Sentenach, con su competencia bien demostrada estudiará la técnica pictórica del Greco; Aureliano Beruete y Moret, hijo del llorado Aureliano Beruete, el gran paisajista y el mayor inteligente de su época, hablará del Greco, retratista. Es este acaso el mejor y más glorioso aspecto del Greco. Se dirá que la joya de la pintura del Greco es el Entierro del conde Orgaz, y que el Entierro del conde Orgaz puede considerarse un cuadro religioso. En efecto; pero el hermosísimo lienzo tiene todas las trazas de una colección de retratos.

El retrato, fiel y al mismo tiempo sellado con la idea del artista, es la contribución a la realidad, que impuso esa comarca castellana a cuantos en ella nacieron o vivieron, desde el Arcipreste de Hita, y los

poetas anónimos del Romancero, al Greco, a Velázquez, a Cervantes, a los novelistas, a los tallistas y escultores. Los soberbios retratos del Greco tienen una originalidad inquietadora, que los asemeja a apariciones, a figuras que se alzasen de un sepulcro; pero hay en ellos todo el verismo violento de la observación implacable, y bajo esas negras ropillas, esas corazas nieladas de oro, esas mucetas cardenalicias, esas ropas que también son reales como si se las reflejase un espejo, creyérase ver latir los corazones y blanquear lívidas las carnes disciplinadas por la devoción y maceradas por la abstinencia. Aquella tristeza grave de los semblantes, es acaso la melancólica visión de la muerte, que flota sobre la Castilla de entonces; la visión de la muerte, que impulsaba a Carlos V a desear, mucho antes de Yuste, el apartamiento y la soledad y la dejación de los cuidados del imperio, y que llevaba al duque de Gandía a «no más servir a señor que se pueda morir». Y esos señores del Greco, el Caballero de la mano al pecho y otros, piensan en la muerte: su tez, poco avenida con las abluciones, reseca, pálida, parece la tez de un difunto, y sus miradas ansiosas quieren escrutar el arcano del más allá... Todos ellos están preguntándose: «Ser o no ser...» Creyérase que murmuran el sombrío diálogo de Echegaray:

«Sobre intereses humanos
y sobre humanas pasiones,
que al llegar a estas regiones
se deshacen en las manos,
hay, Argelez, algo eterno,
algo que no es de este mundo:
un cielo allá en lo profundo...
--Sí, ya lo sé: y un infierno...»

Y tal es el encanto de esos tétricos retratos. Que el alma se les sale por las pupilas, llenas de infinito, por la boca, por el pecho oprimido de infinita angustia...

Garnelo, uno de nuestros pintores más cultos, hará el análisis estético del Entierro del conde Orgaz; el conde de Cedillo, que tanto domina estas materias, describirá la época del Greco en Toledo--época de vida intensísima--y Vegus ha elegido un tema muy curioso: «Como han visto al Greco los escritores extranjeros». Todavía se anuncian muchos conferenciantes, que tratarán varios puntos de vista, de los innumerables a que se presta el Greco para ser considerado. A mí quieren encomendarme el estudio de San Francisco en la obra del Greco. No sé si podré cumplir el honroso encargo. Dispongo de muy poco tiempo y estoy sufriendo

uno de esos catarros puñaleros de Madrid, que estropean la voz. Ello es cosa de poca monta, pues siempre habrá de sobra profesores y gente doctísima que se encargue de interpretar y comentar al Greco.

En el fondo, lo repito, el Greco será siempre difícil de vulgarizar. Es cosa de sensibilidad estética, mística, honda. Y esto se sugiere, cuando más; pero no se enseña, no se inculca. Y los auditorios para este género de insinuaciones tienen que venir de larga fecha preparados, por lecturas, por cultura, no extraordinaria, más bien general, pero al cabo, artística e histórica. El Greco, lo repito, no es santo de la devoción de las muchedumbres. Yo recuerdo la impresión que, en la sacristía del Escorial, les produjo a los expedicionarios que conmigo iban El martirio de San Mauricio y sus compañeros, terrible página del Greco, de notas amarillas, que allí se conserva. Unos decían chirigotas; otros, más francos, renegaban. Y en ese Martirio sublime está, sin embargo, reconcentrada la caballería y el sentido heroico de una edad: el sentido del Quijote.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

122

CRONICAS DE ESPAÑA

Una conferencia sobre la novela*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1914.

Ayer asistí, en el hotel Ritz, a la conferencia que sobre la novela dio el joven escultor Alvaro Alcalá Galiano. El auditorio era aristocrático, y de señoras de la sociedad, en su mayoría; como que patrocina estas conferencias una junta de damas que ha emprendido una obra benéfica: la protección del trabajo de la mujer. Y el conferenciante habló con justificado desdén, de las novelas policiacas, folletinescas, y lamentó que las señoras y el público español en general no lean la novela de arte, la novela de los grandes maestros españoles. Tomó la defensa de la novela nacional ante una concurrencia que probablemente ha repetido mil veces, negligentemente, la frase de San Francisco de Sales: «Las novelas son como las setas, que las mejores

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 30 marzo 1914: 8. No recogido.

no valen nada.» Y no es porque tal concurrencia se componga sólo de damas timoratas y consagradas a la devoción: no. Es que la condenación de la novela es una especie de «pose», alentada por directores de conciencia no siempre inteligentes, y periódicos «bien pensants» que creen arreglar la cuestión social proscribiendo los libros escritos y observados. Por desgracia las corrientes del gusto tampoco están en favor de la novela literaria. Lejos de eso. Otras son las direcciones que toma la afición a la lectura, al menos en el actual período de disolución general.

¿Conocéis la serie de «Fantomas»? Esos volúmenes a sesenta y cinco céntimos, con cubierta de colores, de cuatrocientas páginas por lo corto, de papel muy malo, de apretada impresión? Pues ya se están publicando traducidos al castellano, y corren como pan bendito. Y exhiben las aventuras del terrible bandido, con sus escenas macabras y terroríficas. Y son de las películas predilectas de los espectadores.

Nadie ignora que estamos en el apogeo de la novela de ladrones, asesinos y criminales de toda especie, así como de detectives, polizontes y demás defensores de la seguridad pública, en la lucha empeñada por los malhechores contra los ciudadanos pacíficos y en especial contra su bolsa.

Esta novela criminográfica tiene en su favor varios elementos, para difundirse y encontrar lectores

a millones. Es, ante todo (aunque dancen en ella mujeres de mal vivir, de todas las clases sociales), una novela honesta y fría; nunca hay en ella un detalle crudo, una escena realmente escabrosa. Se ha abusado tanto de las pinturas encendiarias y de las descripciones sin velo, y se ha asustado de tal modo, en este terreno a una compacta masa de lectores indiferentes y neutrales previniéndoles en contra, que esta otra clase de narraciones tiene asegurada una ventaja, independiente del mérito literario. Y voy a añadir que el mérito literario es otro estorbo que el género policíaco se ha quitado de en medio. Generamente, las novelas de decadencia y de lujuria más o menos anormal, están lo que se dice «escritas»; revelan un esmero especial en pulir el estilo, en descubrir giros nuevos y expresiones «pintadas»; tienen insinuaciones de varias cosas por modo artístico; en suma: son literarias, y por serlo, hay una parte considerable de público que o no las entiende, o las entiende a medias, o tiene que hacer, para entenderlas, un esfuerzo siempre fatigoso. Las novelas policíaco-criminográfeas no conocen más estilo que carecer de él; su lenguaje es como el agua, claro, corriente, periodístico. Lo único que pudiera constituir alguna dificultad (me refiero a «Fantomas») es el «argot» o «calo» de los apaches, que frecuentemente sale a

relucir. Pero aun eso mismo está casi traducido y explicado con habilidad.

Además, estas novelas se desarrollan en muy diversos y variados escenarios: tan pronto en Holanda, como en el Transvaal, en Rusia o España, en Inglaterra o Méjico, y así halagan la moda y la afición a los viajes y al conocimiento de países lejanos, que hoy siente casi todo el mundo. Cierto que, si he de juzgar por las pinturas de nuestra patria, donde, en nuestros días, funcionan los calabozos de la Inquisición y los «frailes» del Escorial juzgan y dan tormento a los reos, un grande de España que se llama «José Carallas» y se cubre muy serio cuando le insultan--con otras patochadas del mismo jaez,--debo suponer que las semejantes comarcas del viejo y nuevo continente estarán retratadas por el estilo; pero las muchedumbres no hilan tan delgado, no piden exactitud, como no piden requilorios de literatura; y por otra parte, ¿qué se ha de exigir a un libro de cuatrocientas páginas, que cuesta sesenta y cinco céntimos y tiene cubierta a varias tintas?

El color de estas novelas es suficiente para su público, y para divertir e interesar a los que no han estado en ninguno de eso países, ni llegarán a visitarlos nunca. Julio Verne dio en esto el primer paso, y mayores libertades se han ido tomando después

sus secuaces e imitadores, entre los cuales hay que contar, en primer línea, a Pedro Souvestre y Marcelo Allain, autores de los treinta y dos volúmenes que, salvo error, van publicados en la serie de «Fantomas», y con los cuales parece, por ahora, terminada la historia del tremebundo bandido.

Y la clave del atractivo y popularidad de estas novelas descabelladas, es justamente la descripción y narración de los crímenes más absurdos y crueles. El crimen es hoy el elemento dramático de una sociedad aparentemente regularizada y normalizada, y la razón se adivina, si se estudian las tendencias modernas, la mentalidad que ha venido a formarse en los países civilizados, al disolverse los antiguos ideales.

En primer lugar, la reprobación al crimen ha disminuido en más de sus dos terceras partes. Ni se lee ni se oye una frase condenatoria de las fechorías. La lenidad de los jurados y de los mismos tribunales profesionales, corre parejas con la de la prensa y las conversaciones; al cabo, todo lo social tiene un origen común. No ha mucho hubo aquí, en España, corrientes de disculpa hasta para el capitán Sánchez. A su hija se le hicieron obsequios y se le tributaron galanterías. Nadie antes de la ejecución estaba persuadido de que se le aplicase la última pena al capitán. De hecho, la última pena está casi abolida. No censuro; hago constar solamente.

En cuanto a los ladrones, tampoco existen criterios de severidad. Las doctrinas acerca del derecho de propiedad, que lo sometenten a crítica disolvente; se reflejan es esa indulgencia otorgada a los ladrones de oficio o accidentes.

Debo decir que esto, en España, al menos, y en el terreno sentimental, es cosa vieja. El salteador, el bandido, han sido siempre entre nosotros tipos populares y simpáticos. De esto hay como testimonio, toda una literatura un Romancero especial. José María Candelas, y en tiempos más recientes el Bizco del Borge y otros hidalgos de camino real, han inspirado, no sólo anécdotas, sino versos, en que su leyenda cristaliza. Claro es que estos foragidos ostentan un sello castizo y muy romántico: su equipo, sus monturas, sus cuevas, refugios y escondrijos, en parajes inaccesibles, sus rasgos fanfarrones, su protección al pobre a expensas del rico, su valor temerario, la guapeza, en fin, que en todas estas cosas y otras muchas consiste, les cercaba de una aureola legendaria, acercándoles por momentos a los héroes antiguos, los cabalgadores y partidarios de quienes procedían. ¡Qué distancia entre el bandido andaluz y el apache moderno y parisiense!

Y es que al bandido le impulsaba más aun que la necesidad de encontrar dinero en la ajena bolsa, cierto instinto atávico de independencia, de vida aventurera y

desgarrada, llena de lances y emociones violentas. Hoy, que poco, a poco los móviles generosos han ido suprimiéndose y cada vez se hace más apremiante el ansia del dinero, para apurar por medio de su posesión los goces de vivir, no es la aventura, no es el reto a la sociedad, no es sino el lucro rápido, brutal, sin trabajo, aunque no sin peligro lo que mueve ese formidable ejército del crimen que se recluta en las clases bajas y también alguna vez en las altas--de esto hemos visto ejemplos curiosos, no olvidados por nadie.--Y esta es la aleación de realidad que tienen los episodios espeluznantes de «Fantomas». Desde luego, es una realidad vista por vidrios que aumentan y deforman; es el folletín más disparatado, más inverosímil; sólo que ese folletín, alguna vez, parece encarnar en los hechos, como cuando ocurrieron los sucesos de la calle Ordener y la célebre detención del automóvil, con las «restan fazañas» de los «bandidos trágicos.»

Estos acontecimientos prestan vida y una parodia de actualidad a los relatos sin cabeza ni pies...

Otra fuente de realidad mezclada con extravagantes fantasías son los complots políticos, de los cuales han sacado muy buen partido los autores de «Fantomas». Hay conspiraciones nihilistas y atentados anarquistas que se dejan atrás a la fábula más impresionante. Y cuando

una de estas maquinaciones se revela por el hecho, involuntariamente exclamamos: «Parece un folletín.» El folletín y la verdad, en ocasiones, se dan estrechamente la mano. He aquí la garantía del éxito de estas novelas, en que la policía juega un papel tan activo, novelas llenas de misterio, de sorpresas, disfraces, desapariciones, apariciones inesperadas, traslaciones increíbles, que sin género de duda, acusan en sus autores una imaginación fértil y una inventiva inagotable...

Obsérvese. La humanidad varía muy poco al través de los siglos. Cervantes satirizó la afición a las narraciones caballerescas con la inverosimilitud de sus singulares batallas, de sus encantamientos y sortilegios, y en que un solo hombre, dotado al parecer del don de ubicuidad, realiza las proezas más increíbles, curaba por arte de magia de espantosas feridas, ganaba un reino con el esfuerzo de su indomable brazo, y salvaba a las doncellas y a los oprimidos y a los huérfanos y viudas, poniendo en fuga a desaforados gigantes y burlando las insidias de malignos encantadores... Modernizad este tipo y tendréis al protagonista de la novela hoy en boga.

Sea el criminal, sea el policía, sea Fantomas o Juve, Arsenio Lupin, o Sherlock Holmes, les veréis realizar cosas de todo punto imposibles, superiores a

la fuerza humana. Por muy en riesgo que se pongan, ello es que han de salir bien: el agua no los ahoga, el fuego no los quema, el puñal no los atraviesa, las balas ni los chamusca: el veneno no se hizo para ellos; salen de las prisiones igual que el comendador, filtrándose por la pared; los abismos los devuelven, los trenes en marcha les obedecen, y está uno perfectamente tranquilo respecto a su seguridad personal, pues tienen siete vidas como los gatos. En el fondo es el mismo caballero andante, don Cirongilio de Tracia o don Felixmarte de Hircania, arreglado a la medida de otro siglo, pero sujeto a las exigencias persistentes de la pobre humanidad, eterna niña, que pide mentiras, mentiras, cuentos, cuentos, cuentos, mejor cuanto más fantásticos y cuanto más increíbles!

Por eso la conseja de «Fantomas» hace en este momento las delicias del buen público de Madrid, en varios cinematógrafos siempre rebosantes de gentío. Los domingos, particularmente, no se cabe. Y, sin embargo, debo decir que la tal conseja se da de cachetes con el modo de ser y las tendencias del que he llamado, no sin intención, buen público de Madrid. «Fantomas» es algo muy cosmopolita, algo que se sale del marco de la capital española. Al cabo no encierra millones de habitantes, y es, comparada con Londres, y aun con París, un gran pueblo de provincia. Aquí los

mismos bajofondos, el hampa, revisten cierta «bonhemia» agarbanzada y típica. Nunca ha cruzado por las callejas de nuestros barrios suburbios, la silueta negra del «Genio del crimen, el amo del horror». No hay para ella horizonte. Todos nos conocemos. No caben «bandidos trágicos», por lo mismo que (lo he explicado muchos años ha), no hay «demimonde» en la Villa del Oso y del Madroño. Todo eso requiere vastas selvas humanas, profundidades en que la gente se esconde, ignorada y revistiendo una piel que no es suya. Cosa imposible en Madrid, en que todo el barrio está al corriente de lo que pasa a todo el barrio.

Se me dirá que a veces, en la misma, hay extranjeros que luego resultan género «Fantomas»: el hecho es cierto; pero conviene añadir que no frecuente sino bastante raro, como no puede menos de suceder. No hay aquí ambiente de misterio, no hay campo para transformaciones.

Cuando los famosos Humbert vinieron a esconderse en un piso modesto de una casa modesta madrileña, cierto que estuvieron mucho tiempo ocultos, sin que nadie sospechase que aquellos inquilinos de vida tan solitaria y obscura fuesen los protagonistas de los sensacionales sucesos de que hablaba la prensa... Sin embargo, acabó por descubrirles su vecino Cotarelo, que no era de la policía, sin duda porque el secreto, lo

reservado en Madrid, no puede perseverar, y no sólo no persevera, sino que es motivo de sospechas y recelos, dada la confianzuda intimidad con que aquí se vive. El hecho de no conocer a una persona, de no saber de dónde viene, ni lo que hace, basta para delatarla.

Así es que las películas de «Fantomas», que gustan mucho, que son encanto del público de los cinematógrafos, hacen la impresión de cosa rara y lejana, ajena a nuestro modo de ser, exótica, en suma. Y los niños se ríen o se horripilan de aquel coco negro, que viste de máscara no siendo carnaval...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

123

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1914.

La temporada teatral, la de los estrenos va tocando a su término, y justo es consagrarle algunos renglones.

Son pocos ya, en Madrid, los escenarios donde se mantiene la tradición del arte dramático sin mezcla de otra clase de espectáculos que lo desnaturalizan. Entre esos pocos, y los muchos, que se defienden con visualidades, danzas y coplas, hay otros de término medio, que cultivan la piececita alegre, pero sana, y a los cuales se va «a reír».

Tres escenarios de primera fila existían en Madrid años ha, sin contar el de Lara que tenía y tiene su estilo propio. Los que simultaneaban lo festivo y lo dramático eran el español, la Princesa y la Comedia.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 abril 1914: 7-8. No recogida.

Poco a poco, han ido decayendo el primero y esta última, y la Princesa, en cambio, subiendo hasta llegar a ser el único teatro de Madrid que cuenta con un público fiel y escogidísimo, concurrente a los llamados «abonos de moda».

La razón por la cual el teatro de la Princesa, que tantos años luchó con la mala fortuna y con la soledad, está ahora en candelero, no es otra sino la voluntad creadora y enérgica de Fernando Díaz de Mendoza y María Gerrero.

En esta pareja se unen los méritos de artistas a una tenacidad organizadora acaso sin ejemplo en este país de empresas fallidas por falta de constancia y de orden en el esfuerzo. La casualidad o la suerte ha reunido a dos personas para esta labor de la dirección de un teatro, que absorbe todas las horas y los momentos todos. Y por eso, la Princesa, abandonada del público, ha llegado a ganarse la preferencia de ese mismo público, forzado a reconocer la importancia y las condiciones de superioridad de este teatro modelo.

Otra circunstancia ha venido a confirmar la primacía de la Princesa. Y es que las actrices y actores que pudiesen competir con María y Fernando, o han desaparecido de la escena de Madrid, o se han afiliado a su compañía, como Emilio Thuillier. La Pino que tenía muchos admiradores, se ha retirado, o va a

retirarse, atendiendo a sus padecimientos; la Tubau no trabaja, ni hay esperanzas de que vuelva a trabajar; la Moreno hace «tournées» por provincias. La excelente salud de Fernando y María es otro dato favorable, y no de los que menos importan. Ha quedado sola María; no se ve, entre las damitas jóvenes y agradables que asoman, cual podría, andando el tiempo, ser una actriz trágica de alto relieve. Hasta puede que esto sea, para María un mal, porque conviene siempre poder encontrar auxiliares que, una vez segura ya la gloria, aseguren el funcionamiento brillante y normal de una «troupe» con la necesaria alternativa. Pero el caso es que tales auxiliares no aparecen. Por lo tanto, el género serio y dramático difícilmente puede ser cultivado sino en la Princesa. La Comedia ya no lo intenta: acepta su inferioridad, y se defiende con «vodeviles» arreglados del francés, como ese Orgullo de Albacete que les ha valido tantos entradones, un público de chiquillos y de niñeras, de burgueses que tienen fácil la risa y no descontentadizo el paladar.

Pero hay otro escenario, el Español, que no puede, dentro de las condiciones que impone el drama. Y lo hace; pero lo hace de tal suerte la compañía que en él funciona este año, que echamos de menos el alegre «vodevil».

La primera dama de la compañía ¡cuánto nos entretuvo en los felices tiempos en que sabiamente se

circunscribía al género cómico, a los sainetes y pasillos de los Quintero, al Flechazo y otras gentiles piececillas! Todo Madrid repetía riendo «Mírame este ojo», el timito de la Suarez... Pero es terrible lo que sucede cuando una actriz forma compañía y quiere servir para todo, que es la pretensión general española, mientras no se demuestre lo contrario. Y tal vez ocurra lo mismo en otros países, si está arrancado de la realidad el tipo que Tamayo nos presenta en su Drama Nuevo; el actor cómico inglés, despepitado por ser trágico, considerando que si no es más que cómico, no es nada... La señorita Suárez debe de hallarse en el caso del Yorik. Ello es que se ha dedicado a papeles que no están en su cuerda, y es lástima, a fe, porque en su cuerda nos ha proporcionado muy buenos ratos la Srta. Suárez.

Lo mismo puede decirse de Pepe Santiago, otro cómico delicioso, al cual malos mengues obligan ahora a meterse por las sendas abruptas de la tragedia. En el elenco de Lara es donde debían encontrarse estos dos actores, haciendo olvidar la falta de la Valverde, de Matilde Rodríquez, de Rubio de Rosel, de Larra, de los muchos y muy buenos que han desaparecido. Tal es, al menos, la opinión general del público, que asiste, sin entusiasmo, a este inquietador avatar de los que abandonan a Talía por Melpómene.

Después de lo explicado, va a comprenderse un poco mejor lo que diré de las obras estrenadas en la temporada actual. No las reseñaré todas; me limitaré a una rápida revista de algunas.

Hay que otorgar el primer puesto a La malquerida, de Benavente. No sólo su valor intrínseco, sino porque el público quiso hacerse cargo de él, y sancionario con una clamorosa y explícita aprobación. Y nótese que, sin variar en lo más insignificante las circunstancias de La malquerida, lo mismo pudo ser pateada. Voy a decir por qué.

La malquerida se estrenó en la Princesa. Los que se abonan y concurren a la Princesa son gente «bien», de lo más cremosito de Madrid. Esto no les quita el gusto artístico, pero les impone un gusto artístico especial, a las señoras sobre todo. Y este gusto pugna con el género a que pertenece La malquerida. Un drama popular, de paletos, de violentas pasiones, de crudo lenguaje; mejor dicho, una tragedia, en la cual hay dos asesinatos, uno en el primer acto y otro en el último; un drama en que María Gerrero tiene que exclamar «¡caray!»... no es enteramente el ideal de los elegantes espectadores y espectadoras de la Princesa. Y por eso se ha necesitado toda la fuerza íntima de la obra, y todo el talento de la gran actriz, que en este papel se ha mostrado superior a sí misma, para salvar

el peligroso paso. En esto, ya se sabe lo que ocurre; o el público se tuerce desde las primeras escenas, y no le vale al autor ni la Paz y Caridad, como suele decirse, o se le coge en favorable momento, y, subyugado, arrastrado ya, acaba por ceder al entusiasmo, y aplaude, aunque tenga que oponer reparos de corrección y remilgos de moralidad. Así sancionó hasta el acto último, que es el mejor y más enérgico de la obra, pero al cual, acaso por lo mismo, tenían miedo, en cuanto empresarios, Fernando y María. Sobre el filo de un cuchillo pasó, en ese acto, la desgracia o suerte de la obra. Pudo más lo que más debía poder, y salió, no sólo a flote, sino al enorme éxito y a las múltiples representaciones que merece y obtuvo.

Ahora bien; si este drama lo representan actores nacidos para el género cómico (los de la Princesa, por ejemplo), dudo que se hubiese salvado, con toda su belleza y su vigoroso temple.

Otro estreno no fue tan feliz en el teatro de María y Fernando. Me refiero al drama de Villaespesa, histórico, titulado Doña María de Padilla. Este género de los dramas históricos, rimados, no es aceptado universalmente. Yo confieso que no lo repruebo; al contrario. Me parece un brote natural del romanticismo, que nunca muere entre nosotros. Pero Villaespesa, que hace muy hermosos versos, tenía que

luchar, en esta obra, con el recuerdo, agrandado por la distancia, de El zapatero y el rey, de D. José Zorrilla, en el cual también se evoca aquella revuelta y sangrienta época, el reinado del Justiciero. De él tomó Villaespesa un episodio, el de los amores del rey con la Padilla, acariciando la figura de ésta, amiga de don Pedro, que fue realmente mujer de noble corazón y piadosas entrañas, según han consignado las crónicas. El interés se divide entre este episodio y el de la reina viuda, que hace matar a la madre de los bastardos. De todas suertes, yo escuché con sumo gusto la bella versificación y no menos me interesó la «mise en scene», siempre propia y ostentosa. No encuentro muy fundada la severidad del público que hizo que este drama durase corto tiempo en los carteles.

Mostróse también ceñudo el «respetable» ante el estreno de Linares Rivas, La fuerza del mal.

La prensa, habitualmente benévola con el autor, esta vez censuró bastante duramente a una obra que en sus tres actos repite las mismas situaciones, con diálogos casi iguales, o muy semejantes al menos. El título hacía presentir una comedia de ideas, y la que preside a la obra se prestaba a desarrollos no exentos de filosofía y de enseñanza. Todos los días oímos decir que por malas consiguió Fulano o Mengano lo que pudo obtener por buenas. La fuerza, que dijo Bismarck,

supera el derecho. El análisis de esta fuerza y de los medios por los cuales se ejerce, no puede, sin embargo, ser tan descarnado como lo presenta Linares, por lo cual, y por la falta de interés, no convenció al público. Un detalle muy cómico del primer acto hizo reír de buena gana. Mesejo, que es un actor «desopilante» (¿se me permite el galicismo?) estuvo incomparable en su papel de lacayo. María trabajó y excelentemente, Thuillier lo mismo. Y no obstante...

De Celia en los infiernos, estrenada en el Español, debo decir que es una especie de sueño humanitario, en que el maestro ha expansionado la ingénita bondad y el optimismo de su alma. Yo no sé por qué, parecíame ver reflejarse en la figura de Celia las de los príncipes benéficos de Sué y Tolstoy. Ese anhelo de «ir al pueblo», como en Rusia se dice, podrá ser un achaque del alma moderna, un signo de los tiempos; pero, que yo sepa, en España no llegó a presentarse aún. Yo no sé dónde habrá encontrado Galdós el tipo de su Celia; dudo que en la realidad. Aquí, la gran beneficencia no se ejercita en esa forma, sino en la religiosa. La duquesa de Nájera, por ejemplo, acaba de legar gran parte de su fortuna para asilos, y la Sra. de Urquijo (si no me equivoco) veinte millones de pesetas a las instituciones de San Vicente de Paul. Pero ir en persona, como Celia, a sacar de la

indigencia a los traperos, no los hemos visto. Por eso dije que se trataba de un sueño humanitario.

En cambio, hay mucho de real en la rivalidad de Celia y su protegida y sirviente, que le roba, a la opulenta señorita, su elegido. De estas cosas ocurren, no a cada paso, pero a veces. Y la escena entre las rivales, en el primer acto, es de gran fuerza dramática.

De los Quintero se estrenan en el Español Los leales. Corrió mediana suerte, acaso inmerecida, pues tiene dos actos, por lo menos, no sólo entretenidos, sino muy aplaudibles. El pensamiento que informa esta producción dramática, sin ser completamente nuevo, es una de esas ideas sanas que no hay inconveniente en repetir e inculcar: que el trabajo, no sólo defiende de los reveses de la fortuna, sino que engendra alegría y buen humor, porque disipa el tedio. Aquella familia que arruinada, es más dichosa, no deja de encerrar una útil lección, aun cuando, insisto en ello, ya se haya dicho esto mismo en varios tonos. ¡Qué no se habrá dicho cien veces! Ardua cosa es encontrar una tesis virgen. Lo parecen a veces algunas, porque ignoramos sus antecedentes.

En Los leales se vio demostrado lo que empecé por afirmar del Español y su compañía. Los dos actos serios, que son el primero y tercero, dejaron que

desear en cuanto a su interpretación, y acaso esto contribuyese al mal resultado: pero el acto segundo, que es esencialmente cómico, y muy divertido por cierto, fue representado al primor. En él estaban los actores en su terreno.

El estreno reciente y último del Español es el de Marquina, La hiedra, Dejando a un lado sus evocaciones históricas, sus rimas rotundas, Marquina quiso, esta vez, ensayarse en el drama en prosa, de asunto contemporáneo; «de levita» como antaño se dijo. Y este intento falló. Con rara unanimidad--pues ahora estamos más bien en un momento de general indulgencia, que de dura crítica--la prensa, al día siguiente, reflejó una impresión poco grata. Dando la parte que le correponde al hecho, tantas veces observado, de que representen el género más serio los actores que se han distinguido en el festivo (y a este hecho tal vez no le otorgan la importancia suficiente los que reseñan los estrenos), no hay que olvidar lo verosímil y hasta un poco repulsivo del asunto: un padre que, en vez de perdonar estrangula a su hija porque ha cometido una falta. Que lo hiciese el marido, sería humano; que lo haga el padre, deja helado al espectador. Si esto sucediese en una de esas comedias antiguas, calderonianas (y cuenta que aun en éstas, el papel de verdugo siempre corresponde al marido) se sufriría mejor. Esto no

significa que el talento de Marquina no pueda concederle pronto y satisfactorio desquite en tentativas del mismo género.

Como se ve, la temporada ha sido, por ahora, regular. No hay que apoderarse por ello, ni deducir que la Talía española está en irremediable decadencia. Recuérdese que Larra, alrededor de los tiempos en que se estrenó Trovador, y se acercaban Don Juan Tenorio y Los amantes de Teruel, declaraba que el arte dramático estaba caduco, envejecido, y no sólo aquí, sino en todas partes. Si pudo errar tal profeta... guardémonos de profecías.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

124

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

EL CARNAVAL*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1914.

¿Conocéis algo más lúgubre que una carroza de carnaval mojada? Pues este espectáculo lleno de murria lo han presenciado tres días seguidos los madrileños, viendo desteñirse las percalinas, inclinarse mustiadas y convertidas en buñuelos viejos las flores de trapo, abollarse las caretas y salpicarse de fango las ruedas adornadas. Ha sido un carnaval húmedo, encharcado, sin chispeo de alegría, sin máscaras ágiles bajo el dominó, prestas en subirse a la trasera de los abiertos coches y automóviles, para dar una broma, o solamente para descansar.

* Publicado en La Nacion (Buenos Aires, diario) jueves 14 mayo 1914: 8. No recogido.

Verdad es que que apenas si se disfraza ya nadie. Sólo los chiquillos conservan la superstición de la careta y de la nariz postiza, con su apéndice de bigotazos.

Los niños, en el caso presente, así como el salvaje nos da idea de lo que fuimos, en edades remotas, muestran el grado de ilusión que hará cincuenta años pudo causar la farsa carnavalesca. El carnaval en el período romántico, tuvo sus apasionados fervientes. En los bailes de la Opera debieron de ocurrir aventuras significantes. Damas de alto copete se rebozaron en el dominó y se cubrieron con el antifaz, para encontrar a alguien que les importaba más que la vida y que la reputación. Y esto procedía de la falta de libertad en las costumbres. El cautivo siempre está buscando evadirse. Pero ahora, es más cómodo salir de casa en la compañía de una miss, o de una amiga, o sin compañía alguna, y hacer lo que plazca.

En una época en que se baila, en los hoteles, el tango, no es ya el carnaval un recurso para facilitar entrevistas y satisfacer inclinaciones recónditas. Ya no hay nada recóndito, ni aun las bellas líneas de las femeniles esculturas. Y por eso los bailes de máscaras no atraen, y las bromas "que la licencia del tiempo autoriza" como decían los predicadores de antaño, se dan a rostro descubierto y en cualquier tiempo, hogaño.

Sólo, como queda dicho, los chiquillos cultivan la ilusión carnavalesca. ¡Ah, pero esos ocho días antes del domingo de carnestolendas, vierais a los muñecos impacientes, febriles! Quieren saber "de qué los van a vestir". Armados de sin igual paciencia, sufren las probaduras, las pelucas que les sofocan, los zapatos estrechos, la molestia de pasarse el día metidos en una vestimenta incómoda. Primero los matan, hay que confesar que con el disfraz y la careta pasan las de Caín. Algunos, después de carnaval, caen enfermos. No es el primero que contrae una fiebre. Sin embargo ¡han sido tan felices! Persuadidos de la importancia de su persona, pavoneándose, han salido a la calle, a que los vea el tendero de comestibles, el carbonero, la frutera, el de la barbería y el del café. Han oído repetir en tonos varios, que están preciosos, que son una monada, que el traje es una cosa "magnífica" y que habría que comérselos. Los chiquillos a quienes sus padres no han querido o no han podido "vestir", les han contemplado con envidia. Ser envidiados, ser admirados, ser ensalzados ¿no es la mitad de la dicha humana; lo más egoísta de ella, por lo menos?

Y, aparte de estos goces, el de "embromar" tapándose la carita... Miles de criaturas, en las calles de Madrid, os salen al paso, en los días de Antruejo, chillando en falsete: "¿me conoces?" y

sujetándose con la mano el antifaz, que de tan grande se les cae... Y dan ganas de contestar: "¡Sin la careta, te conozco menos!"

Los disfraces de estos callejeros e infantiles bromistas, suelen ser de diablo rabudo, de destrozona, con escoba y pañuelo, de bebé, de "clon", de Pierrot, de mono sabio y de andaluz. ¡Pobres disfraces, rotos, mugrientos, arreglados de los de alguna vecina, aprovechados del hermano mayor al más pequeño! ¡Humildes galas de una fiesta que ya sólo encuentra partidarios en el bajo pueblo, en los chicos!

Estas mascaritas del barro llevan su indispensable bolsa de "confeti"... a menos que acudan a recoger los que tapizan la calle, y que salen más baratos... Y el "confeti" invade la calle, las casas, hasta las iglesias. Todas las mujeres llevan, en el pelo, quirnaldas multicolores de "confeti", una lluvia que se esparce por los hombros, se deliza por el cuello, se pega a la frente y pone lunares indiscretos en las mejillas... La que no ostenta "confeti" en estos días, es como la que come pavo en el baile, la que nadie saca a bailar. Los "confeti" son el piropo del momento, un requiebro de papel, que parece cantar alegres coplas entre los negros bucles.

Pero también el "confeti", este año, ha salido mustio, porque en el suelo cenagoso, ha recogido ese

barro de las públicas vías, que no se parece a ninguno; que tiene tonos especialmente apagados, tristes y telarañosos, que parecen la marca de la suciedad y la miseria. Y los mismos chicuelos que lo recogen ni escrúpulos, este año no se resolvían a alzar del arroyo los "confeti", burlando la no muy minuciosa vigilancia de los guardias...

Apenas el carnaval hubo transpuesto las cancelas del tiempo, y como para embromar a su vez, el tiempo, en su aspecto atmosférico, se vistió de gala y sonrió con la gran sonrisa luminosa de Febo Apolo. Una temperatura y un aspecto de primavera alegraron a Madrid. Y Madrid, cuando hace sol, está siempre regocijado y jubiloso, aunque más que nunca, en los días claros y radiantes, sea intransitable Madrid.

Intransitable. No puede emplearse otra palabra. Madrid, cuya población ha aumentado, es una ciudad de estrechas y angustiadas vías, insuficientes para el tránsito. Complican el problema de la circulación los carros castellanos, de reata, nota todo lo pintoresca que se quiera, pero cuya incomodidad no pudiera expresarse, a no verlo. Estos carránganos [sic] son de enormes y caricaturescas dimensiones, anchos, altos, desparramados, con enormes ruedas, y tiran de ellos una serie de animales, a saber: dos mulas, un caballejo, un burro, por lo general de diminuta talla, y detrás,

atado, corre un perrazo mastín. Esta donosa fila ocupa la calle entera, libremente, cuando la calle es de estas angostas y torcidas del viejo Madrid. A veces, se juntan tres o cuatro reatas, y entonces la calle queda inutilizada para el tránsito, desde el principio hasta el fin. Si un coche se arriesga a asomar en ella, tiene que retroceder, porque dar la vuelta es imposible. Ni aun los transeúntes de a pie caben, a no ser que se expongan a magullamientos y aplastamientos contra las paredes de las casas.

En las aceras de calles menos estrechas, la gente se agolpa de tal modo, que el que vaya con algún objeto, de prisa, ya puede armarse de cachaza. Y todo el mundo se empuja, y cruza frases, y dice cosas picantes, y florea a las mujeres, y reniega de los que estorban--sin ver que el estorbo es mutuo--.En la Carrera de San Jerónimo, en su parte apretada, antes de la calle de Sevilla, se forma tal aglomeración, por las tardes, que se invierte un cuarto de hora en recorrer el cortísimo trayecto. Y a estos inconvenientes de las vías, hay que añadir los de la desacertada intervención del municipio, que, sacrificando al tranvía exclusivamente el único desahogo, la Puerta del Sol, obliga a los demás vehículos a dar largos rodeos, a describir círculos de extenso radio, a perder tiempo, a bajar y subir cuestas, siendo causa de mil

inconvenientes, por estas disposiciones arbitrarias, que hacen a la gente de coche y automóvil de peor condición que los carreteros y los que montan en la "carroza di tutti".

En Madrid, nadie se apresura, tal vez porque no tiene mucho que hacer, o si lo tiene es como si no lo tuviese. Madrid es la capital donde se pierde el día más a gusto. Los empleados de las oficinas son, en este particular, típicos ejemplares de la raza. Las cortas horas que asisten, las suelen, con honrosas excepciones, consagrar a hablar de política, toros y mujerío, a tomar café y a fumar. Si preguntáis por los que tienen el deber de estar allí siempre resulta que, por pícara casualidad, aquel día no han venido. Los cargos proporcionan ventajas de todo género, e imponen obligaciones pocas y eludibles. Hay funcionarios a los cuales se les advierte, al tomar posesión que lo único que les incumbe hacer es firmar la nómina. El resto, suprimido.

Y conste que yo no doy crédito a las voces que corren de cuando en cuando, sobre si hay muchos empleados que firman nóminas y son chauffeurs o cocheros o ayudas de cámara, el diablo sabe de quién... Quiero hacer una salvedad. La vida privada es lo más respetable, lo más sagrado que existe en el mundo. No concibo que pluma alguna se manche y enlode con

alusiones ni referencias a ningún acto de la vida privada de nadie. Pero esto de la administración no es vida privada, al contrario, es lo más público, y tenemos perfecto derecho a averiguarlo y, si es posible, a corregirlo, puesto que de nuestro dinero, de los no flojos tributos que pagamos todos, se nutre este desorden administrativo, esta malversación de la hacienda, roída por tanta carcoma... Y para que todas las cosas vayan al revés de como deben ir, la vida privada no se respeta demasiadamente, y con la pública no se meten ni periodiquitos de escándalo, ni persona alguna. Los abusos son consuetudinarios y hasta respetables, o respetados al menos. Todo el mundo está conforme: el presupuesto debe ser una gran Casa de Misericordia.

Y estos empleados que no acuden a su oficina; y los que tienen una obligación y no se ocupan de cumplirla; y los que ni aun ocupación quieren tener, de ningún género, son los que atracan las calles, andando muy despacio, divirtiéndose en curiosear lo que les rodea, flaneando en los escaparates, deteniéndose aquí y allí. Con decir que fue necesario que de orden de la autoridad se prohibiesen las tertulias políticas que se reunían al aire libre, en las aceras de la puerta del Sol, se comprenderá hasta qué punto Madrid se parece a Nápoles, al Nápoles ruidoso, sonoro y callejero de Matilde Serao [sic].

Esta sonoridad y estrépito de la calle es mayor desde que empiezan los toros, las corridas "serias" de Pascua, la temporada taurina. El que quiera quedarse sordo de gritos, pregones, estrépito de coches y alboroto de todo género, que vaya a la calle de Alcalá un domingo, a las 3.30 de la tarde.

Sin embargo, las corridas han perdido su prestigio, entre la gente del gran mundo. La sociedad elegante no siente ya entusiasmos por este deporte de los tiempos castizos de Goya y de D. Ramón de la Cruz. Han venido a hacerle competencia otros nuevos y extranjerizados, y, a decir verdad, menos crueles, nada crueles algunos. Es cruel el tiro de pichón, y confieso que me dan mucha lástima las palomas palpitando, heridas de muerte, entre los dientes del perro que las portea; pero nada tiene de sangriento el polo, ni el golf, que están tan de moda. Y los alpinismos del Guadarrama aun son más higiénicos y recomendables. Entre todos estos ejercicios flamantes, los toros quedaron en segundo término, aunque cuando las localidades para las corridas sean a cada paso más caras, y la plaza se llene cada día más.

De tantas distracciones, de tantos modos de pasar el rato agradablemente; del conjunto de sports, teatros, cines, reuniones, bailes en los hoteles, comidas en los merenderos, etc... se saca la impresión

de que Madrid se divierte, es un pueblo de placer, de vida externa, ardiente y gozosa, frívola y evaporada, un pueblo donde tiene que haber dinero, humor, tiempo de sobra y muchísima satisfacción de vivir...

Esta es una España bien distinta de la que imaginaron los extranjeros, que nos pintan austeros, tétricos, graves de golilla siempre, en la actitud y con el macilento semblante de los modelos de Domenico Theotocopulis llamado el Greco. Sin duda la España de sombríos tonos era verdad, cuando el arte la reflejaba; y sin duda aún hay mucho de esa España en las costumbres, como lo demuestran los trágicos sucesores del Escorial, donde los viejos celos, fondo del amor castellano, han hecho que los mozos del pueblo fusilasen por la espalda a los alumnos de la escuela de ingenieros de Montes, contra quienes tenían resquemores y quejas, que, en el fondo, se reducían a ver disputadas las miradas y las sonrisas de las muchachas del pueblo. Y preguntará cualquiera, sorprendido y con razón: ¿pero los mozos del Escorial, de faja y chaqueta, pueden ser rivales en amor de los alumnos de ingenieros, al cabo señoritos, gente afinada y culta? ¡Ah! Es que lo saben, los que tal preguntan, que, en España, el hombre, a cualquier clase social que pertenezca tiene celos, no de la mujer o mujeres que ama, o de que gusta; no: los tiene, en general, de las

mujeres todas. El hecho de que otros varones cortejen y gusten a las señoritas, molesta siempre al jornalero, al labrador, al que no puede soñar siquiera en que tales señoritas sean para él. En lo cual pudiéramos encontrar rastros de aquella vieja altivez castellana, de aquella convicción de la igualdad de todos los hombres, que palpita en algunas comedias de nuestro clásico teatro, y en tantas páginas viriles de nuestra historia. No digo esto para atenuar la agresión cometida en el Escorial, que fue bien cobarde, pues se ejerció con armas de fuego y por la espalda, contra gente que empuñaba bastones; lo digo, porque a veces, actos reprobables tienen una raíz oculta de dignidad bárbara y todo.

El hombre del pueblo español se cree tanto como el que más, en todos los terrenos. Para él, una princesa no es una princesa; es una mujer. Siente como aquel auténtico gitano de Sevilla, que viendo pasar a dos señoras (inconfundiblemente señoras), tocadas con la mantilla blanca,--y era un gitano viejo, desarrapado, arrugado como una manzana tabardilla,--expresó su entusiasmo en estos términos:

--¡Lástima no tener cinco pesetas para gastármelas con esos peasiyos de gloria!

125

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1914.

El acontecimiento de la quincena es el estreno de la tragicomedia de Galdós, Alceste, elegida por María Guerrero para su siempre brillante beneficio.

Varias circunstacias concurrían para que este estreno despertase curiosidad intensa, siendo la principal el hecho de la subscripción iniciada en homenaje al autor de los Episodios Nacionales, y las discusiones que con tal motivo surgieron. El nombre de Galdós estaba sobre el tapete y la obra anunciada prestaba a este nombre el último perfil de actualidad.

Parecerá triste el caso, pero, es indudable: en España (y no sé si algo análogo ocurrirá en otros países, pero me figuro que en tanto grado no), no basta haber ganado en buena lid en larga carrera, en

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 junio 1914: 7. No recogido.

incesantes triunfales jornadas, un nombre y un puesto, para conservar ese puesto y ese nombre, mientras se vive. Esto sucede muy en especial en el terreno literario. En el político es al revés enteramente; la vejez y los desaciertos, lejos de disminuir a los hombres, dijérase que les sirven de pedestal. Siendo la política cosa muy fructuosa, y la literatura otra que apenas «chorrea» (valga la palabrilla), a nadie se le retira, jubila y echa al desván de los trastos inútiles con más facilidad que a un literato, en tanto que políticos a todas luces mediocres y a menudo funestos, siguen en activo, y a veces, con las facultades embargadas por la senilidad, ocupan puestos en que serían indispensables las actividades y energías de la edad viril.

En el caso de Galdós hubo una coincidencia, poco lisonjera para el público en general. A este escritor, de los más españoles en su sentir, se le negó tal cualidad (y las restantes), en el momento preciso en que se pedía para él lo necesario que había de asegurar la independencia de sus últimos años. No se juzgue por esto tacaños a mis compatriotas. No lo son; y hasta creo que les falta, en absoluto, la virtud del ahorro. Lo que hay es que, en momentos dados, sin explicación suficiente, que justifique tal actitud, los poderosos de la tierra, o al menos las clases acomodadas, ponen

la proa a una persona o a una idea; y apoyándose en su propio desconocimiento del terreno que pisan, con dos chirigotas y tres o cuatro «truismos» [sic], echan abajo lo que de seguro no conocen, o conocen por referencias superficiales.

Así se comprende que se haya podido manifestar en el asunto de la subscripción, iniciada por gente de mucha altura, encabezada por Alfonso XIII, con regia munificencia, tan supina ignorancia de la significación de Galdós dentro de nuestra historia literaria, de su obra en conjunto de su labor fecunda, varia y castiza, embebida del jugo de la nacionalidad.

Hay quien dice--lo refiero lo mismo que me lo han contado--que la sociedad distinguida se propuso, con tal ocasión, exteriorizar ante el rey su disentimiento de la política liberal que viene practicando, de las tendencias intelectuales que demuestra, de su simpatía y consideración hacia la gente que descuella, de sus incesantes pruebas de interés por la ciencia, el arte y las letras, de su táctica de atracción de los elementos republicanos de valía. Y ello será así, pero la ocasión está mal elegida. Por mucha política que Galdós haya hecho, lo que ha de resaltar en su figura es el escritor. La política de Galdós ha sido romántica, y hasta un tanto anticuada, con la eterna preocupación jesuítica. Yo supongo que, en lo

venidero, cuando se estudie su individualidad, quedará este episodio de su lucha política reducido a justas proporciones. Si no muere D. Praxedes Mateo Sagasta, quizá Galdós es dinástico todavía. Candente la cuestión del homenaje al maestro, el estreno de la trigicomedia Alceste atrajo un público numerosísimo al teatro de la Princesa. Lo primero que pude obsevar en este público fue la extrañeza ante el argumento y personajes de la obra. ¿Alceste? ¿Quién sería? ¿Era hombre o mujer? ¿En qué época y lugar ocurrían los sucesos de su historia? Nadie lo sospechaba. Lo cual prueba que andamos medianamente de humanidades y que los helenistas son, entre nosotros, una excepción de las más honrosas.

Si se tratase de algún héroe de los interminables poemas indostánicos, o de la venerable y ochocientas veces secular historia china, me explicaría perfectamente la desorientación del buen público. Pero con lo griego, pudiéramos estar, si no familiarizados, relacionados. De lo griego procedemos; nuestra civilización arranca de ahí, de la época justamente a que Alceste corresponde; del período en que cuajaron los mitos y las tradiciones para alimentar con su substancia, la vida mental, moral y artística de las razas del Mediterráneo. Esos dioses que intervienen en la trama de Alceste siguen presentes (después de diez y

nueve siglos de cristianismo), a nuestro espíritu; y no es vano decir que todavía se nos aparece Minerva.

En resumen: ello es que nadie sabía que Alceste, reina de Tesalia, esposa de Admeto, y heroína del conyugal amor, hubiese existido. Y pudo ahorrarse Galdós el trabajo de explicar que había trasladado la acción de la tragicomedia, desde los tiempos en que realmente la sitúa la historia, hasta los muy diferentes de Pericles y del esplendor de Atenas. Nadie--salvo dos o tres personas--lo notaría.

Yo confieso que hubiese preferido la bella tradición, leyenda, mito, suceso (o como se le quiera llamar, pues de todo tiene), se desarrollase en un ambiente propio, de sencilla, pastoril y majestuosa poesía. Es un reparo que, sin embargo, no me ha impedido disfrutar con los cuadros fastuosos de la «mise en scène», dirigida por un arqueólogo tan eminente y entendido como Melida, y salpicada de detalles y filigramas de propiedad y estudio de la época en que quiso situar el autor su fábula-símbolo.

Primero Sófocles, luego Eurípides, habían aprovechado la historia del sacrificio de la reina Alceste, que se inmola voluntariamente por salvar a su consorte. Esta leyenda es una de las pruebas que podían aducirse en elogio de edades que se suponen anormales y desconocedoras de la ternura familiar.

Alceste, Arria, Eponina, honra de Grecia y de Roma, van contra esta muy gratuita afirmación. Pero ni aun era necesario, si se recuerda el emocionante cuadro de familia que transcribe la Ilíada, en la cien veces famosísima escena de la despedida de Héctor y Andrómeda.

Galdós mira este asunto desde un punto de vista que (nadie se sorprenderá), difiere del de Eurípides. La acción, ceñida y breve, se reduce a unas cuantas horas: las tres unidades de Boileau la presiden. Admeto ha sido sentenciado por Júpiter a morir, para satisfacer venganzas y rencores de Juno: pero Mercurio, tutelar de la casa de Admeto, consigue la substitución; Admeto vivirá, si alguien de su familia se ofrece a morir por él, de buen grado. Admeto no es cobarde, pero quiere vivir: de su vida dependen altos intereses: el Anfictionado griego puede ser la base de una gran nación. Es joven, es animoso, acaricia vastos planes: la muerte le horroriza. Y aquí viene algo que al público le ha sorprendido, y que sin embargo está dentro de la verdad común y de la naturaleza. Admeto piensa en que pueden [hacerlo sus] padres, y éstos--tipos de viejecito y viejecita, admirablemente delianeados con gran fuerza cómica--se niegan, con el egoísmo de la senetud. ¡La vida es dulce aún! ¡La vida les ofrece encantos que saborean ávidamente, por

lo mismo que serán los últimos! El público prefiere en escena las abnegaciones sublimes, aunque le conste que no abundan. Ni aceptan que Admeto espere vivir con la muerte de uno de sus progenitores, ni que éstos se nieguen. Una de las quinientas demostraciones de que, en la óptica especial del teatro, difícilmente se abre paso la realidad.

El cáliz que rehusan los viejos, lo bebe gustosa, con ardor heroico, la esposa de Admeto. Mirando, no sólo al amor, sino a la alta misión y glorioso destino de su esposo, Alceste se entrega a la Parcas. Y cuando todo el palacio está sumido en duelo, llega de paso, con su cohorte, el semidios Hércules, que recorre el mundo realizando trabajos asombrosos en pro de la humanidad, librándola de monstruos y plagas, tiranos y malhechores. Es una figura llena de brío, que presta relieve extraordinario al último acto de la tragicomedia. Hércules reprueba el sentido de la venganza celeste que ha ocasionado el fin de la noble y pura reina, y conjurando a los dioses infernales, logra que el alma de Alceste vuelva al inanimado cuerpo. Triunfador de la muerte--como el feliz caballero de los sugestivos versos de Rubén Darío--Hércules viene a dar la nota de la obra, a resumir su pensamiento. Es la tesis optimista y humanitaria que más, o menos acentuada, predomina, antes que en las novelas, en todo

el teatro de nuestro Dickens. Hércules, que trabaja con su vigor y su valor indomable (realizando el primer esbozo del «caballero andante», anterior al cristianismo), desface también este entuerto, el fallecimiento de una mujer que no ha cometido más delito que amar a su compañero, a los hijos de su tálamo, a su patria. Y Hércules resucita a Alceste, porque ama a la «santa humanidad» a que Alceste se reintegra, merced a su milagrosa intervención.

No diré, ciertamente, que la humanidad tenga nada de santa, en conjunto; pero a Alceste debía de parecérselo, puesto que ella, por lo menos, supo cumplir un deber de santidad... pagana.

La obra fue aclamada, con gran satisfacción de los que veíamos a un ingenio poderoso persistir, ahora como antes, en su lozanía y originalidad. En Alceste no hay signo alguno de decadencia: los diálogos son vivos, la exposición pronta, la acción bien trabada, el lenguaje entre familiar y digno, los personajes episódicos están caracterizados con una frase, y el ambiente (aceptando el anacronismo) entendido con el instinto de observación del novelador. El personaje del dios Mercurio, hecho por Fernando Díaz de Mendoza, con arreglo a las intenciones del autor, en estilo de alta comedia, no de tragedia solemne, es, en mi concepto, un acierto. Y así lo creerían los espectadores, puesto

que aplaudiendo sin descanso, hicieron salir a Galdós infinitas veces, y en la misma sensación de extrañeza de algunos había un reconocimiento de la novedad de la obra. Se respiraba, saliendo del teatro usual, del repertorio de amoríos y lances mesocráticos, o populacherías y vulgarismos, con chulos, guardias municipales, señores sentenciosos, señores grotescos, sordos, gordos, cojos, los «muñecos» de siempre... Otro aire, otros caminos, y, a lo largo de ellos, las rosas del Himeto, los jardines de la sabiduría antigua, la respiración de gigante de edades creadoras... Nunca el teatro de Galdós, desde El abuelo hasta Alceste, ha dejado de entrañar sentido profundo; y, sea cualquiera el modo en que se adapte a los gustos de un público que quiere no conocer sino lo presente, este teatro es un honor, una prez de nuestras letras, a fines del siglo XIX y a principios del XX.

En París Alceste, con esta presentación escénica tan refinada, estos intérpretes, esta novedad y frescura de asunto (novedad a fuerza de arcaísmo), obtendría sus cien noches. Aquí ya sé que no; hay una imposibilidad, Madrid, de la antigüedad helénica, no posee ni siquiera un baño a la violeta, ese barniz discreto que no puede faltarles a los señores que usan frac; que es el frac del entendimiento... Barniz, barniz; de barniz se trata. ¡Cuántas cosas remedia una

mano de barniz, oportuna, delicada, disimulada para evitar relucimientos desagradables!

Los reyes, que asistían al estreno, escucharon religiosamente la obra del insigne novelista. Y Alfonso XIII, con su sonrisa advertida, hizo resaltar los pasajes en que una intención moderna se mezcla al hálito de la antigüedad.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

126

CRONICAS DE ESPAÑA

PAUL HERVIEU*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1914.

Las cosas son como vienen, solía decir uno de esos filósofos prácticos que todos hemos conocido, y que tienen de la vida una concepción entre irónica y resignada, porque saben que el destino, no contento con mandar, hace, generalmente, mangas y capirotes de nosotros.

Y esto no quiere decir que M. Paul Hervieu sea un cualquiera, no señor. Si fuese un cualquiera, el destino, por mandón que fuese, no podía mandar que se le hiciese en España una acogida como la que se le hizo. Lo único que deseo significar, es que M. Hervieu, siendo un hombre igualmente notable, y no viniendo a Madrid bajo el patronato de Fernando Díaz de Mendoza y María Gerrero, pasaría hasta inadvertido.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 junio 1914: 8. No recogido.

Bajo un patronato que socialmente revestía gran importancia vino a Madrid Fernando Brunetière, a dar una conferencia, y estuvo bastante arrinconado, y, no se le hizo más agasajo que una fiesta que yo le ofrecí, porque tenía de su amabilidad recuerdos imborrables y estimaba muchísimo su literatura. No hay que asombrarse de estas cosas, pues las circunstancias influyen tanto en la vida y acaso más, que los merecimientos (si bien, no nos cansemos de repetirlo, hay circunstancias que sin merecimientos no se producen).

Hervieu es uno de los primeros dramaturgos de Francia. Se diferencia de Becquer [Becque] en que no es crudo y cínico, de Bernstein en que moralista y pensador, y de Curel en que, más que el aspecto político y social de los conflictos, ve el psicológico. Es el dramaturgo feminista, y las leyes, instituciones y costumbres que son adversas a la mujer tienen en él un impugnador severo. Esta tendencia se desenvuelve de un modo aficaz en dramas como El Dédalo, La ley del hombre, y Las tenazas. Otras producciones de Hervieu, y señaladamente la reconocida como su obra maestra, que en francés se llama La course du flambeau, y aquí se ha traducido impropiamente por la Marcha de las antorchas, (yo traduciría De mano en mano), se basan en leyes de naturaleza, pero siempre hay en ellas un fondo mental,

y esto sólo distingue a Hervieu de la escuela que le ha precedido, la naturalista, aquella que tuvo por cuna el Teatro libre y el «Teatro Antoine», y se preciaba de exhibir sencillamente una tajada de realidad, así fuese la más vulgar, la más repulsiva, la más insignificante.

La última producción de Pablo Hervieu, no estrenada todavía en París cuando lo fue aquí, y titulada Le destin est maître, en español y con más laconismo El destino manda, es la que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza nos han hecho conocer. Y la presencia del autor, la noche del estreno, añadió proporciones al acontecimiento literario; y el ser traductor Jacinto Benavente, puso el ramo al suceso.

Con tales antecedentes, se explican los múltiples obsequios que Hervieu recibió en Madrid. Y serían menos, si el capricho y la moda no toman cartas en el asunto.

La moda, la tienen cogidita y sujeta por las alas de gasa los empresarios y directores del Teatro de la Princesa. María y Fernando han comprendido que al público elegante no se atrae y subyuga con sólo el repertorio clásico, representado y puesto en escena como en la época de Calvo y de Vico, treinta años ha. Pasaron los tiempos en los cuales una famosa actriz, Elisa Boldún, haciendo el papel de Leonora en el Trovador, de García Gutierrez, mostraba, al alzarla en

brazos Manrique para protegerla contra los soldados del conde de Luna, unas medias blancas de algodón y unas botas de elástico. En los escenarios extranjeros, gran parte del atractivo es la riqueza, propiedad y refinamiento de la presentación escénica; y aquí, gracias a Fernando y María, en pocos años hemos llegado a no envidiar nada a ninguna nación de Europa, en este aspecto del arte. Y no contentos con desplegar tanto lujo y estudiar tan bien los trajes, muebles y decoraciones, con su prestigio y habilidad, han llevado al teatro dramático a gente que antes no iba sino al Real, a oír o no oír la ópera. Este núcleo de «mundo elegante», de damas que ponen el mismo, ha constituido los famosos abonos de moda, base de la prosperidad del teatro de la Princesa, que, antes de hallarse en poder del inspirado e ilustre matrimonio, era un lugar solitario, donde ni por casualidad encontrarais reunidas diez personas, contando los bomberos de servicio y los acomodadores. Si el público concurriese en masa al teatro por sólo amor al arte, sería muy bueno, diría mucho en favor de la cultura; pero es lo cierto que el público se engolosina con mil quisicosas, al arte muy ajenas, y con otras que tienen aspecto artístico, pero no son arte puro; y el público asistirá a la Princesa porque María y Fernando son unos actores muy eminentes y por el mérito de algunas obras,

convenido; pero también le llevan allí los encantos de la escenografía, los trajes, galas y adornos, y el deseo de verse, de hacer lo propio que hacen los demás, de coquetear en los entreactos, y cien mil alicientes que no se relacionan con el genio de Shakespeare, Calderón y Lope de Vega. ¡Cómo que a estos «nenes» les ha dado capote aquel distinguidísimo público, y cuando María puso en escena El castigo sin venganza, nuestra Fedra, una joya, y papel hecho de molde para su temperamento apasionado y trágico, el abono la escribió numerosas cartas suplicando que se quitase del cartel la obra, «por inmoral»!

Yo desearía, con todas mis fuerzas, que en Madrid cupiese sostener un teatro de arte, donde sólo tuviesen cabida las perlas de nuestro magnífico collar dramático y cómico, desde la Celestina, hasta nuestros días; y comprendo, al desearlo, que me forjo una ilusión, porque no existe auditorio para ese escenario que sueño; y por más subvenciones que le diese el estado, parecería de consunción, o asfixiado por el vacío. Al desear un teatro, lo que deseo es un público; un estado de cultura, un entusiasmo por la belleza, un helenismo. Hace pocos días se ha celebrado, con gran solemnidad, en un teatro de la corte, la centésima representación de un inepto vodevil. Y, no darle vueltas: los vodeviles son lo que disloca, lo que llena las salas.

Crece el número de los que declaran que al teatro se va a reír, no a pasar disgustos. Y acaso yo les diese la razón a los que así piensan, si no fuese que no me hacen reír tales vodeviles, poco ni mucho. Entre el coro de carcajadas de la concurrencia, disueno por mi seriedad; y a veces, cobardemente, sonrío, no crean que adopto una pose. La verdad es que no me divierten ciertas astracanadas, ciertos chistes escarolados, ciertas situaciones absurdas; que también a lo cómico hay que exigirle algo, y que lo tonto es tonto, vaya en broma o en veras.

Todo esto quiere significar que hacen óptimamente Fernando y María sosteniendo el edificio sólido de su arte con los tinglados de curiosidad, ostentación, novedad y moda que sean posibles, y que al traer a Madrid a Pablo Hervieu tuvieron una idea muy oportuna y ojalá pudiesen hacer lo propio con los demás autores dramáticos de fama, del extranjero, pues así, sin salir de Madrid, les conoceríamos y hablaríamos, y hasta se interesaría más el público por ellos, por su producción, estableciéndose corrientes que redundarían en provecho de nuestra inteligencia y afición a las letras y las artes.

Y, recordando lo antes dicho, ha sido también muy conveniente que Pablo Hervieu viniese a Madrid traído por quienes, como María y Fernando, se hallan en

excelentes relaciones de amistad y parentesco con lo más granado de la sociedad, la cual, en acceso de mecenismo inteligente, ha festejado mucho al autor de El destino manda, invitándole a almuerzos y recepciones, llenando el teatro la noche del estreno y otras muchas consecutivas, hasta no quedar una sola localidad disponible. Como no hay manera de dar gusto a todos, no ha faltado quien se asombrase de que con Hervieu se iniciase el sistema de obsequiar a los literatos la gente elegante, cosa que hasta hoy no se había visto; pero principio quieren las cosas; es además honroso para España que Hervieu vaya a su patria diciendo que aquí le han tratado a cuerpo de rey; que en Madrid no faltan bonitas residencias, bien alhajadas y con muebles de gusto, y que no es el escenario de la Princesa el único lugar donde se lucen tapices magníficos, chimeneas de estilo, ricos sillones y retratos originales y bellos. Es seguro también que al estrenarse en París El destino manda, no estaría tan bien puesta la escena como aquí. No es fácil que un teatro parisiense (obsérvese, parisiense, no parisién, como malamente se escribe), cuelgue en el hall del castillo de Chazay tapices de medio millón de francos. Pintados serán los que exhiba, y no se le puede pedir más a ninguna empresa.

El destino manda, es una nueva afirmación de la fatalidad. Según la intención de Hervieu, todos los

personajes de su obra hacen lo que hacen, impulsados por fuerzas superiores y ajenas a su voluntad, a su consciente determinación. El criado Bautista, hombre excelente y honradísimo, veterano de las guerras de Africa, roba porque su hija está en la miseria y necesita una suma insignificante.

El comandante Chazay, prototipo de la abnegación y del honor, asesina a su cuñado, porque éste arruina y deshonra a la familia. No conocemos la fatalidad que impulsa al cuñado del comandante Chazay a cometar tales desmanes; pero, con todo el respeto que merece una tesis, cuando la sostiene un autor de tan justa fama, yo no admito que la fatalidad sea el eje de tales sucesos.

Todos los personajes a lo humano, proceder de otro modo. El negocieante que estafa y cae en los dominios del código penal, por jugador y mujeriego, no obedece a más fatalidad que a su viciosa condición; y aun siendo muy inclinado al vicio, se puede retroceder ante ciertos extremos; se puede luchar; se puede reaccionar, en el sentido de la honradez. El comandante Chazay no necesitó tampoco apelar al violento sistema de constreñir a su cuñado a que se suicide; y lo único que me explico como irresistible impulso, es el hecho de que, ante la cobardía, sintiese un arrebato de indignación, momentáneo, y lo matase. Sin embargo,

pudo dejarlo que se fugase, como hacen las nueve décimas partes de los fallidos y de los tramposos. El criado tampoco tenía que robar fatalmente; si pidiese a sus amos, que tanto lo estiman, la corta cantidad que ha menester, se la darían, y con gusto. Así es que la tesis del drama no me parece probada, ni mucho menos. El destino manda, hasta cierto punto. Lo que manda más que la obscura fuerza que los antiguos veneraban como a diosa es algo que sin duda tampoco podemos fácilmente modificar: nuestro carácter, nuestra individualidad, la forma que dentro de nosotros toma la existencia.

Cada persona, en un caso mismo, se comporta muy diversamente. Y no hay persona que, si es dueña de toda su razón y está embebida en una moral, no pueda vencerse, dominar el instinto. Existe una obra dramática que lo demuestra: la escribió un español y se titula <u>El mágico prodigioso</u>. Verdad es que también otro español escribió una no menos bella, que demuestra lo contrario: <u>Don Alvaro, o la fuerza del sino</u>.

En suma, todo es sostenible, y con todo se puede hacer un drama que interese, que fuerce la tensión, que engendre terror y piedad. Hervieu lo ha conseguido, si bien, obligado por la distribución de la obra en dos actos solamente, ha necesitado una presión dramática muy alta, que no deja respirar al espectador. Por esta presión, los papeles principales, el del comandante y

el de su hermana, desempeñados por Fernando y María, pusieron a prueba las facultades de ambos actores. María estuvo muy bien, como en situaciones tan adecuadas a sus recursos y energías, y Fernando hizo una creación, un portento de dignidad, de sobriedad y de intensa emoción trágica, dudando cuantos asistían al estreno de que en París intérprete alguno de la obra de Hervieu supere, ni se aproxime al español.

Y aun he de notar otra particularidad del drama de Hervieu: es militarista, patriótico y de tendencia moral. Los «delincuentes honrados» son un comandante y su antiguo ordenanza; el tunante, es un «fétard», un hombre de dinero y placer. El honor es el resorte principal de los sucesos, y la redención de las culpas, la vuelta a las filas, a combatir y a defender la bandera, a alcanzar gloriosa muerte... ¿Será un síntoma del desarrollo de las ideas, actualmente, en Francia?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

127

CRONICAS DE ESPAÑA

OBRAS DE ARTE*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1914.

Todo el mundo ha oído hablar de los despojos que España sufre, en materia de arte; de cómo se llevan los extranjeros y los mercaderes de antigüedades cuanto en ella fue prez de los tiempos pasados y sería hoy glorioso recuerdo de grandezas y triunfos. Se sabe de sobra, por reiterados casos y ejemplos, que cuadros, tapices, armas, muebles, porcelanas, joyas, van emigrando, y no como las golondrinas, a la costa frontera, sino mucho más lejos, hacia los nuevos continentes y las flamantes civilizaciones. Algunas obras primas se quedan en Europa, verbigracia, el famoso Van der Goes, que se encontraba en el colegio de escolapios de Monforte, en la provincia de Lugo, y fue exigido y adquirido por Alemania, y en Alemania se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 9 junio 1914: 7. No recogido.

encuentra ya, a pesar de las reiteradas e indignadas protestas de no pocos pintores, escritores y artistas, que llegaron a iniciar una subscripción nacional para obtener que la magnífica tabla del maestro primitivo se quedase aquí, no oculta en el pintoresco e interesante, pero poco frecuentado pueblo de los Hidalgos, sino en algún museo, donde cupiese admirarla a cada hora. Nada se consiguió, la tabla estaba vendida; la ley parecía autorizar la venta (aunque no faltaba quien pensase y afirmase otra cosa); y el cuadro cruzó la frontera, dejándonos el amargo sinsabor del bien perdido...

Todo esto figura en el número de las cosas ya inevitables. Así hemos visto alejarse tantos y tantos objetos que, sin duda, nos correspondía guardar, custodiar y defender como tesoros, pero que no teníamos acaso dinero, y, a veces, ni voluntad para reclamar como patrimonio propio. Algunos, de suma importancia, se vendieron por cantidades irrisorias, y la indiferencia de los gobiernos, sus desconocimientos del verdadero valor de lo que dejaban salir de España, sin disputárselo a los extranjeros, pudiendo, hicieron que se perdiesen, por ejemplo, riquezas tan inestimables como las coronas visigóticas de Guarrazar y el busto de Elche. Para que no desapareciesen de nuestro horizonte los celebrados bronces de Osuna (cuya importancia más es histórica que artística), fue necesario un arranque

de don Antonio Cánovas del Castillo, cuya cultura le predisponía a este género de empresas.

Así volaron también la celebérrima copa de Eduardo el Confesor, el tríptico de Nájera, atribuido a Memling, infinitos retablos de talla y pintura, de valor incalculable, arrancados en las viejas iglesias, y substituidos por otros de manufactura de Barcelona, góticos de relumbrón, con mucha purpurina; así el Greco encontrado en el Rastro de la Coruña, que se luce en Dresden, si no me engaño, con otros infinitos Grecos que dormían en la penumbra de los templos toledanos, y sólo Dios sabe cuántos que existían en los caserones aristocráticos, como el que acaba de obstruir con el cascote de su demolición la vía pública madrileña; me refiero al palacio de Oñate, del cual se han vendido hasta los artesonados y las puertas, triste espectáculo para los que quisiéramos que el pasado se respetase profundamente y continuase susurrando sus misteriosas cláusulas.

Por cierto que ese palacio de Oñate parecía un símbolo. Lo guardaban, como duendes familiares, dos ancianísimas señoras, que ostentaban rancios y calificados títulos. Una de ellas, la más joven--¡qué ironía!--conservaba a pesar de sus muchos diciembres, humor y afición al mundo, y se vestía ricamente, con modelos de París, y ostentaba alhajas deslumbradoras, y

concurría al Real, y no perdía fiesta, y hacía gala de buena salud a los ochenta y pico años. La otra, más caduca aún, y a quien, diabluras de la costumbre, llamaban por su diminutivo (que sentaba como a un Cristo un par de pistolas, a aquella faz marchita y pergaminosa, que los años habían marfilado, y aquellas arrugas hondas como surcos). Toda la senilidad distinguida, eso sí, y propia para tentar a un Zurbarán, de la condesa de Añover de Tormes, se daba de cachetes con aquel «Julianita» que sonaba zumbón, veladamente sarcástico, en labios de sus amistades... Pero, mientras las dos damas, son sus cuerpos encorvados y sus semblantes más que severos, habitaron el edificio, vetusto como ellas, y que recordaba tiempos históricos y aventuras de capa y espada, coleto y chambergo emplumado; mientras, digo, las dos viejísimas Oñates residieron en su hereditaria mansión, donde se conservaban también obras de arte de las que hacen épocas, y donde se celebraban saraos que reunían a lo más escogido de la sociedad de Madrid, nadie creyó que pudiesen venirse a tierra, bajo la herramienta de los derribadores, las sólidas paredes, desafiadoras de los años, y que se erguían con dignidad cortesana en el mismo centro de la villa, a dos pasos de la Puerta del Sol. La casa persistía, como persistían sus dueñas, orgullosa de su senetud, ocupando su puesto, y...

apenas la muerte, con poco tiempo de diferencia, enderezó a las Oñates el golpe de la fina segueta segándolas como a dos ramillas secas que van a ser alimento del fuego, devoradas en un segundo, el caserón venerable también tuvo contados sus días... Las dos damas eran un pedazo de tradición, que se venía a tierra. La polvareda de aquel derribo parecía algo secular, algo que removía el pozo de las edades y de las memorias... Por mucho tiempo no pasamos sin melancolía ante el palacio de Oñate, del cual ya sólo queda el solar. Y tal derribo fue lo primero que me hizo discurrir en que ni aun los monumentos, que no pueden ser comprados por chamarileros, metidos en un cajón y remitidos por ferrocarril o por barco a otros países, resisten a la labor destructora que va dejando a la España de otros días rasa y desnuda, mientras las galas de su ropaje soberano pasan a hermosear otros lugares y otras regiones. La arquitectura parece algo vinculado al suelo donde se alza, y se ha considerado el colmo de las falsas imputaciones, la acusación de robar las Torres de Nuestra Señora de París... Pues bien; aquí hemos llegado a vernos en el caso de que nos quieran quitar, no sólo los muebles, sino los muros. El asunto merece capítulo aparte.

Hay monumentos que se arruinan; hay monumentos que derriban sus propios poseedores; y los hay que quedaron

olvidados, en algún rincón de España, y que de súbito parecen resucitar. Tal ha sucedido con un castillo muy notable oculto en la sierra de la Alpujarra, y que se llama la Calahorra.

Hemos sabido que existe, por una conferenia de D. Vicente Lampérez, persona de reconocidísima competencia en la materia y que describió el castillo con suma claridad y copia de noticias, auxiliándose tan acertadamente con proyecciones, que nos parecía estar recorriendo el castillo mismo, y recreándonos en sus detalles arquitectónicos.

El castillo que está bien conservado, se yergue en un bravío y bronco paisaje de sierra, y no se puede llegar a él ni en coche, ni en automóvil, sino a lomo de mulo o borrico, siendo verosímil que desde su construcción lo haya visitado muy poca gente. Bajo el techo de la construcción de este edificio late una novela psicológica. No hay en él, Lampérez nos dijo, ni leyendas pavorosas y románticas--pues no merecen nombre de tales las inocentes consejas de origen popular, de brujas, trasgos y tesoros--ni recuerdos históricos de trascendencia, ni nada más que el capricho de un gran señor, herido en su amor propio y acaso en más hondos afectos, por la conducta del rey, y decidido a conquistarse una independencia orgullosa, en una residencia que los monarcas envidiarían. El gran

señor fue D. Rodrigo de Mendoza, primer marqués de Zenete, y el monarca, D. Fernando de Aragón el Católico.

Es de considerar, en este caso, que los Reyes Católicos pusieron muy principalmente la mira en sujetar a la corona todos los poderes sueltos que actuaban como factores de la vida social española. Convencidos de la necesidad de unificar y concentrar y aleccionados por los desastres del reinado anterior en Castilla, donde los magnetes hicieron mangas y capirotes de la autoridad real, no cesaron de atar corto a los nobles; se apoderaron de las órdenes militares e hicieron cosa suya a la Inquisición, que estaba en manos del pontífice, y que transformaron en una fuerza nacional, utilizándola como instrumento de gobierno y de orden, para evitar las matanzas de judíos y otros excesos que el pueblo había cometido frecuentemente. Es decir, que no gustaban Fernando e Isabel de alardes de resistencia a sus mandatos, entendían que los señores obedeciesen, prestaran auxilio y acatamiento y se acabasen las revueltas y sediciones. Entre las facultades que los reyes ejercitaban contábase la de intervenir en los enlaces de sus grandes vasallos, y a D. Rodrigo de Mendoza había pretendido desposarlo con Lucrecia Borgia, hija de Alejandro VI. El honor no fue grato a D. Rodrigo,

porque casarse con madona Lucrecia tenía mucho de peligroso; así es que puso su cariño en una señora española, y D. Fernando el Católico la recluyó en un convento. Ha sido éste siempre chico obstáculo para el amor en nuestra patria, y desde D. Juan Tenorio a Manrique el Trovador, en el drama de García Gutiérrez, han solido los enamorados raptar lindamente a sus amadas. Lo propio hizo D. Rodrigo de Mendoza: sacó a su dama del claustro, se casó con ella, y para distanciarse de la corte en actitud de altiva resistencia fue que concibió el plan del soberbio castillo.

Ofrece este edificio, según Lampérez, una singularidad. Todo lo que entonces se construía en España pertenecía al estilo plateresco o del último período del gótico: y el palacio de la Calahorra es pleno Renacimiento italiano. Los artistas que trabajaron en él vinieron de Italia, y acaso los mármoles fuesen de la misma procedencia.

Al estilo, que aun era desconocido aquí, corresponde el primorosísimo claustro, las elegantes chimeneas, las clásicas arcadas, las portadas llenas de reminiscencias del arte griego. Esto presta carácter de ejemplar único al castillo de la Calahorra.

Lo que más sorprende, al ver desfilar las vistas del monumento, es el contraste entre su exterior y su

interior. Por fuera la Calahorra es una fortaleza recia y grave, cuyos altos muros apenas rasgan diminutas ventanillas, y que flanquean cuatro macizos torreones, encaperuzados y no almenados, pues el arte de la guerra también se renovaba entonces y la almena empezaba a desecharse. En todo era la Calahorra la última palabra de lo que, a la sazón, se llamaba vida moderna. A esta distancia todos los tiempos pasados nos parecen antiguos; nosotros lo seremos también, y bien pronto; es un efecto de óptica espiritual. En cada época hubo sus modernismos. La Calahorra, fortaleza construida con arreglo a los últimos adelantos por fuera, por dentro era un palacio espléndido, una residencia señorial, según las reglas del bienestar y del confort, con el mayor refinamiento que entonces cabía. El marqués y la marquesa ocupaban departamentos distintos, y en el de la marquesa se ven todavía los restos del baño, notándose en la disposición de las habitaciones cuán fastuosa era la vida de los dueños.

De tanta grandeza quedan sólo los primores de la parte ornamental y los magníficos artesonados de los techos. La azulejería de suelos y frisos, el mueblaje, que debía ser extremo en riqueza, han desaparecido, desde no se sabe cuándo, si ya no es que el propio D. Rodrigo, que habitó la Calahorra después de terminada

ocho años, no más, y luego se fue a vivir, si no me engaño, a Granada, se llevó lo que podía llevarse--aun cuando no solían proceder así los señores de entonces, que hacían género de dignidad la estabilidad y quietud--y no acostumbraban desnudar a un santo para vestir a otro.

Ello es que la Calahorra, con o sin muebles, fue abandonada. Sus amenazadores torreones nunca resistieron ataques de enemigos, pues sólo una vez los sublevados moriscos se acercaron a sus murallas, pero no las embistieron, porque, gente bisoña y allegadiza, sin buen armamento no podían hincar el diente a tan robusta fortificación. No volvieron las sayas de brocado a crujir en sus estancias; nadie leyó los letreros alusivos a cariños conyugales inscriptos sobre las muertas del palacio...

Y, al curso del tiempo, sucedió lo que al principio de esta crónica he indicado: el «indispensable yanqui» (como le llamó el conferenciante) vino con la pretensión, no tan frecuente como otras, de cargar con la belleza arquitectónica del castillo y llevársela desde las soledades alpujarreñas a la animación y al ruido de alguna avenida de Nueva York. Todo se desmontaría y se volvería a armar con agilidad y presteza, dentro de una nueva cáscara, dejando allí los muros de la fortaleza

sombría, como un vacío despojo en una playa, que nunca se pisa...

A tales propósitos les salió al paso un magnate español, el marqués de Santillana y duque del Infantado. Este gran señor no es de los que se duermen sobre los altos blasones y sólo piensan en el nuevo automóvil y en la charla ociosa del Círculo. Activo, inteligente, emprendedor, ha sabido acometer negocios industriales de suma importancia, ha traído agua y luz a comarcas enteras y realiza el tipo del «directivo» tal cual lo comprende nuestra edad, como, lo son en Inglaterra los que marchan a la cabeza de la nación y realzan el prestigio de las clases poderosas. Su pensamiento es trasladar a Madrid la Calahorra, lo que de ella representa arte y hermosura, y erigir aquí un espléndido testimonio de su buen gusto y de su patrimonio. ¡Ojalá se realicen los planes del marqués de Santillana!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

128

CRONICAS DE ESPAÑA

LA BODA DEL INFANTE FERNANDO*

MARIA LUISA SANCHEZ

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1914.

La noticia de actualidad es la boda del infante Fernando de Baviera, viudo de la infanta Teresa de Borbón, hermana del rey Alfonso XIII, con Da. María Luisa Silva Bazán Fernández de Henestrosa, hija del primer introductor de embajadores, conde de Pie Concha.

Desde que ocurrió la impensada muerte de la infanta Teresa arrebatada en la flor de la edad, cuando acababa de ser madre, por un súbito accidente, que se atribuyó a una embolia, comprendióse que un viudo tan joven tendría que volver a casarse, en no muy largo plazo, transcurrido el tiempo que el dolor y el recuerdo imponen. Y empezaron a sonar nombres de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 18 junio 1914: 7. No recogido.

princesas casaderas, de archiduquesas disponibles, y hasta se notó que alguna pasaba corta temporada en el Palacio de Oriente. Pero el amor, el que trae «revuelto al mundo», según la frase del poeta de las Dolorosas, lo había dispuesto de otro modo.

La Srta. de Silva Bazán, citada entre las más atractivas de la corte ejercía el cargo de dama de la reina madre, doña Cristina de Hapsburgo Lorena, viuda del rey Alfonso XII. Esta circunstancia fue seguramente favorable a que el príncipe entrase en relación con la que va a ser su esposa. La impresión fue profunda en el infante, y decidió de su porvenir matrimonial. No se trataba, como cuentan que dijo él mismo al rey, de un galanteo o «flirt», sino de algo definitivo. D. Fernando había resuelto casarse.

Aunque estas cosas sean del número de las que se dilucidan, como es natural, en familia, supónese que el rey hizo algunas observaciones a su primo; pero, ante la decisión de éste, no hubo más oposición. El rey otorgó su real licencia, y la boda se ha fijado para octubre.

El caso de personas reales que se han unido a particulares no es, por parte, tan insólito en España. En tiempos en que la monarquía era poderosísima y casi divina, Godoy se casó con una infanta, y, más tarde reinando Isabel II, tres infantas nada menos, las

hermanas del rey Francisco, se unieron, una al Sr. Güel, otra al conde Gorovosky y otra al duque de Sessa. Aun parece más decisivo el casamiento en segundas nupcias de la reina gobernadora, madre de Da. Isabel II, que tomó por esposo a Muñoz, después duque de Riánsares.

Claro es que sucesos tales como la boda de D. Fernando, siempre dan lugar a comentarios y discusiones. Hay para ello muchas causas, y es acaso la principal el que, ahora, innumerables señoritas y no pocas familias aristocráticas lamentan quizás no haber supuesto que el infante pudo haberse fijado en otra damisela de la corte.

No se presumía, ni por ensueño, que el infante se casase en España; la archiduquesa probable, altiva y esbelta, estaba siempre en el horizonte, igual que la lejana princesa, rubia y vaporosa, que saldría de entre nieblas y humo de carbón, para venir a alumbrar nuestro ambiente con el oro de sus cabellos. Y así, el infante parecía inaccesible. Los hechos han demostrado que no. De aquí, un reconcomio para las «juveniles bellezas», frase estereotipada de las revistas del gran mundo. ¿Por qué ésta y no otra? ¿Por qué?

Seguramente la respuesta sería difícil: el corazón elige, y los porqués, él se los sabe. Pero si saliendo de esa región de lo indefinido se estudian algunos

aspectos de la cuestión, cabe afirmar que entre las señoritas disponibles en Madrid, pudo encontrar don Fernando otra tan buena; no mejor que María Luisa Silva.

Como familia, las habrá ilustres; nunca superiores a la de la futura del infante. Figuran en su abolengo los apellidos de Fernández de Henestrosa y Fernández de Córdoba, este último de la sangre del Gran Capitán; el de Téllez Girón de la casa de Osuna; el muy insigne de Alvarez de las Asturias Bohorques; y en sus ascendencias está la de Medinaceli y la de San Carlos.

Yo tengo el deber de pensar que el apellido más brillante de la novia, sea el de Silva Bazán, por el cual procede del insigne marqués de Santa Cruz, amén de otros varios señores paladines y héroes, que hicieron legendario ese linaje, dramatizado por Víctor Hugo, cantado por los poetas épicos en octavas reales, y elevado por los genealogistas a las mismas nubes.

El gran marqués de Santa Cruz, que tomó parte en el empeño de Lepanto con D. Juan de Austria, fue el que doblemente decidió la victoria, porque en el consejo de los capitanes, la víspera de la función guerrera, hizo prevalecer la idea de presentar la batalla al turco. La poesía popular ha conservado la memoria de este hecho, en un romance sencillo:

«Marchemos, dijo Bazán,
que Dios nos ayudaría...»

Y otra musa le consagró esta bella mención:

«Rey servido y patria honrada,
dirán mejor quien he sido,
por la cruz de mi apellido,
y por la cruz de mi espada».

Todo este rumor de historia, alrededor de la señorita de Silva Bazán, no fue parte a que esta señorita tan linajuda mostrase el menor engreimiento o altanería; y hay que recordarlo ahora, que va a ascender a un puesto más elevado en la jerarquía social. Ha sido dama de afable y dulce trato, de sencillo porte, por lo cual no tiene un enemigo, y si lo tuviese, se le podría aplicar la divisa latina: «Et si tibi nullos inimicos facit injuria, multos facit invidia». Como a nadie ha ofendido la señorita de Silva Bazán, los que no puedan envidiarla verán con gusto y aprobación su encumbramiento...

También convendrá añadir que la reputación de la señorita de Silva Bazán es intachable. Su nombre lo he oído pronunciar con respeto, en el foco de chismografías que es la «sociedad», y nunca se la vio

adoptar modas desvergonzantes, hábitos libres, costumbres «modernistas»; nunca sufrió vértigo, ni salió de la más correcta actitud. Se adivinaría por el hecho mismo de haberla elegido para dama particular la reina madre, de tan austero vivir, y que no hubiese pensado, en otro caso, en allegarla a su persona.

Y es lo curioso en esta mujer tan formal, que su género de hermosura, que le ha valido tantos homenajes, es el que pudiera atribuir a sus heroínas españolas un Merimée o un Gautier.

Muy morena, de interesantes facciones, de grandes ojos, negros como el cabello, de expresivo rostro, ha nacido para la mantilla de castañuelas, la peineta, el traje de caireles o modroños, de medio paso, y cuando corresponde a lo que se llama un tipo de Goya. Las ideas que suscita un físico tan castizo y hasta tan picante, no concuerdan con la seriedad de la vida y del alma de Da. María Luisa. Ello es muy frecuente en las regiones del Mediodía español. Hay señoras andaluzas que parecen odaliscas, sultanas o gitanas, y son el prototipo de la cristiandad y de las virtudes domésticas.

Sin duda la Srta. de Silva Bazán conoce el carácter de su belleza, pues ha preferido, en los bailes de trajes los disfraces españolísimos, los mantones de Manila y los haces de claveles. Y cuando

digo su belleza, debiera decir su gracia. La futura del infante, aun más que bella, es graciosa y sugestiva.

Con todo lo apuntado basta para comprender que el infante no comete, al casarse con la hija del conde de Pié de Concha, una de esas acciones que rebajan y que tantas veces realizaron hasta los soberanos reinantes: baste recordar al que dio su mano a la bailarina Lola Montes. Por su buen nombre y su prosapia, la que va a compartir el tálamo del infante no le desdora. Y por su bondad, los que la conocemos creemos que los huérfanos de Da. María Teresa encontrarán en ella una segunda madre.

Y ahora decida el protocolo, qué honores, qué prerrogativas, que títulos va a poseer la esposa del infante. Eso ya no nos toca a nosotros; que, si nos tocase, como españoles que somos, al pronto nos figuraríamos que la esposa es igual al esposo en las distinciones sociales. En esto España ha sido feminista. Pero, tratándose de personas reales, hay en todo ello sus antecedentes y precedentes, sus tiquimiquis, como diría D. Juan Valera. La crónica, respetuosa, no tiene en tal materia opinión alguna.

*

¡Y qué contraste entre esta novela de amor y otra acabada de rodar por la prensa! Trátase de María Luisa

Sánchez, la famosa hija del capitán. Esta mujer degradada ha inspirado, sin embargo, interés a muchos. Yo confieso que «la hija del capitán» me parece un poco de carne rubia. No la tengo por un monstruo, en el sentido en que pudo aplicarse el calificativo a su padre; pero sí me parece una criatura absolutamente amoral, sin conciencia de sus actos; algo fofo, sin espiritualidad ninguna. He confirmado esta opinión cuando casualmente tuve ocasión de verla.

Le ha sido aplicado el calificativo de hermosa, y no sé hasta qué punto lo es, al menos hoy, que su obesidad (debida tal vez a la claustración y al régimen de los ranchos feculentos, aun cuando otras reclusas están bien flacas) llega a la exageración. Lo único que puede alabarse en María Luisa es un pelo de oro. Por lo demás, su vientre es enorme, no tiene talle, y positivamente se diría que va a rodar.

No obstante, esta Julieta del presidio ha encontrado su Romeo, en otro presidio, el de Granada. Cruzáronse cartas, escritas por un lado en tono indiferente, por otro en el más apasionado, pero las incendarias, trazadas con zumo de limón, que sólo al calor se revela. Hasta se cambiaron regalos, y se meditó un plan de evasión y fuga. Hay que advertir que el penal de mujeres en Alcalá está regido por pocas monjas, de las de San Vicente de Paul, y es

verdaderamente asombroso cómo conservan el prestigio y la autoridad moral entre trescientas o cuatrocientas hembras, que algunas de ellas han hecho cosas terroríficas. La que más y la que menos puede tener sobre su alma un homicidio. Y allí están, sumisas, sujetas a la labor en el taller de costura o de encajería o de bordado, o cuidando las flores, o revolviendo el rancho en la cocina. Sonríen cuando les dirigís la palabra, y su actitud es hasta púdica y modesta. Hacen sus devociones con fervor, rezan el rosario y han formado sus cofradías; se conmueven en los sermones y no dan la menor señal de insubordinación ni de rebeldía. Y el penal es, más que penal, una bonita casa de campo. No cabe mayor orden y limpieza de lo que allí reina. Todo como un espejo. Las camas excelentes; ventilación a raudales; enfermería a la altura de las prescripciones de la ciencia; en suma, una vida más higiénica y cómoda, en las nueve décimas partes de los casos, de la que llevaron «en el siglo» estas pecadoras que expían sus delitos y crímenes no en un infierno, sino en un benigno purgatorio, hasta florido...

Mas he aquí que la palabra libertad tiene un sonido mágico. María Luisa, bien se ha visto, quiere salir de su airada jaula, volver al mundo donde dio tanta querra... acaso, en parte, por culpas ajenas, y

también por las propias. Descubierta esta conjuración, no será difícil que urda otra; lo que no creo es que pueda salir del penal, como diz [sic] que proyectaba, escalando un muro. Para eso tendría que seguir alguno de los procedimientos que hoy se emplean a fin de adelgazar...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

129

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA*

MAURISTAS Y JAIMISTAS

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1914.

El parlamento abierto y en plena lucha ha vuelto a sellar con sello de actualidad el arte de la elocuencia, que es, por excelencia, el arte español, sobre todo de cien años acá.

Somos elocuentes... Lo somos tal vez demasiado, se oye decir. Y hasta hay quien carga en la cuenta de la elocuencia todos los males de la patria, y para demostrarlo, hace párrafos elocuentísimos.

La tesis, como todas, puede defenderse, robusteciéndola con el argumento que sigue: dado que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 julio 1914: 7. No recogido.

los políticos nos han sido, en general, funestos, y siendo la elocuencia el arma que han esgrimido para llegar a los más altos puestos de la nación, hay que imputar a la elocuencia nuestro daño. También se suele reconocer un contraste entre la solidez del pensamiento y la facilidad y brillantez de la palabra. Somos una raza de oradores: luego no podemos ser una raza de pensadores reflexivos.

Yo he solido plantearme el problema: ¿la elocuencia de la raza española es un fenómeno reciente, o arranca de la tradición? ¿Es fruto de circunstancias políticas, o sencillamente radica en nuestro modo de ser?

Y ante todo, y como eje de la cuestión ¿hay, hablando con propiedad, raza española?

En un lugar común histórico que España ha sufrido infinitas invasiones y ha recibido contingente de emigraciones varias. Son elementos muy diversos los que al cabo se han fundido en la nacionalidad. Algunos como el griego, podrían traer gérmenes de elocuencia; otros, como el turaní, no los traerían. Y no es menos cierto que persisten en la península, y con carácter propio, esas razas, o invasoras o autóctonas, y que un vascongado, pongo por caso, se diferencia muchísimo de un gallego, y éste de un andaluz, y los tres de un castellano viejo, hasta parecer inconfundibles. Y para

ceñirnos al asunto de esta crónica, viniendo al parlamento diputados de todas las regiones, es de admirar que den igual contingente a la elocuencia los catalanes a la elocuencia, los andaluces y los mallorquines.

Remontándose mucho en la serie de los tiempos, y buscando en España los antecedentes parlamentarios, hallamos las famosas asambleas celtíberas, anteriores a la dominación romana, probablemente origen de la resistencia independiente, y en las cuales las deliberaciones tendrían a veces final sangriento, si no era principio, a creer lo que indican los descubrimientos arqueológicos del marqués de Cerralbo: el ara para sacrificar la víctima humana, con el reguero o canal para escurrir la sangre. Después de esta época, saltamos a los concilios, que eran verdaderos parlamentos, donde se le legislaba y se adoptaban acuerdos de alta importancia política, y allí ya empiezan a destacarse obispos grandes oradores. En el de Trento, nadie ignoraba que fueron campeones, por decirlo así, nuestros teólogos. En los templos, la oratoria tomó vuelo y el influjo de esta forma de arte sobre nuestra imaginación y mentalidad puede comprenderse leyendo a los historiadores y poetas que han narrado y cantado la del descubrimiento de América ya la conquista, y en los cuales todo se vuelve arengas

extensas y floridas de los generales a sus tropas, de los generales a los caciques, de los caciques y emperadores a los conquistadores, arengas que probablemente no se pronunciaron, o fueron muy diferentes de lo que allí resultan, pero sin las cuales, la raza no concibe ningún memorable suceso o empresa. Un curioso antecedente de oratoria es el discurso de Don Quijote a los cabreros.

Alguna vez salió a relucir esto de la oratoria como distintivo de la nacionalidad en mis conversaciones con uno de los oradores más excelsos que ha conocido el siglo XIX: D. Antonio Cánovas del Castillo. Y con el gracejo que le caracteriza, le oí sostener que todo el entusiasmo suscitado por las teorías constitucionales, por las Cortes de Cádiz etc. no nacía de ansia de libertad, sino del afán de hablar, de lo simpático que había de sernos un sistema en que, al cabo, se hablaría por los codos, largo, tendido y en público. Y es que, en efecto, un español cree ser libre cuando le dejan que hable. Enhorabuena le quiten todas las facultades, ventajas y franquicias; como le dejen la de hablar, y en su defecto la de escuchar a quien habla, se creerá feliz.

En cualquier situación que coloquéis a un español, su aspiración es la palabra. No sé de dónde han sacado los leyendistas extranjeros el tipo del español grave,

¡silencioso! ¡Silencioso! ¡Buena es esa! La raza es verbosa, exuberante: la fuerza se le va por la boca. ¿A qué concurre a los casinos? A hablar ¿A qué al café? A hablar. ¿Cúal es la razón de ser de las tertulias? La charla.

Hay, sin embargo, una oposición entre la charla y el discurso. Por lo mismo que en el discurso es necesaria la atención del auditorio, y que esto imposibilite la charla durante algún tiempo, hay un punto de hostilidad contra el discurso. En el mismo parlamento, en las tribunas, se escucha, pero, entre dos períodos, se charla, y si el orador no interesa, se charla más.

El toque está en eso precisamente: en comentar, en indignarse o aprobar, de manera que lo note el vecino, al cual, muchas veces, ni conocemos. Esto da lugar a «quidprocuos» frecuentes y hasta pudiera originar disgustos. No ha muchos días, un señor, en la tribuna del congreso renegaba de un orador, en el uso de la palabra: «¡Maldita sea su casta! ¡No habrá quien le pegue cuatro tiros!» Y otro espectador, apretando, respondía muy serio: «Yo: yo se los pego, yo antes que nadie.» Oyendo este diálogo estaba la esposa del orador, única prudente, que se calló como una muerta, aunque la procesión le anduviera por dentro.

Y ¿a qué debemos atribuir esta expansiva violencia de los juicios en las tribunas? Pues sencillamente a

que allí hay hombres que presencian como otros hablan, y quisieran también disfrutar del placer supremo de hacerse oír, de echar fuera lo que no aciertan a contener, porque son de raza expansiva, habladora.

Todas estas reflexiones se me han ocurrido al asistir con alguna frecuencia a las sesiones de cortes. Es indecible lo que allí se aprende, cuando se lleva el juicio sereno y desaprensivo, el ánimo libre de parcialidades y dispuesto a reconocer la verdad, venga de quien venga.

Las sesiones de cortes, en Madrid, son al mismo tiempo que un espectáculo político e intelectual, un centro mundano, pues a las tribunas concurren las señoras más empingorotadas, sobre todo los días en que hay revuelo, o se anuncia algún discurso de orador de los de marca. Ambos caracteres están teniendo ahora los debates. Asidua concurrente yo, de antiguo, no recuerdo escándalo como el presenciado el día 26 de mayo del año de gracia de 1914, ni discurso más elocuente que el pronunciado por Vázquez de Mella el día 28 del propio año y mes.

Haciendo completa abstración de la política, y ciñéndose a lo escénico, era curioso ver encresparse aquellas olas de hombres, y de los dos lados de la cámara, avanzar, enarbolados los bastones, crispados los puños, prontos a enredarse en campal batalla. Por

cierto que acababan, en las tribunas, de requisar los bastones a todo mundo, y causaba sorpresa que el reglamento del alto cuerpo permitiese a los padres de la patria sentarse en los escaños con sus bastones. Ello es que los esgrimían, y por poco los descargan. Al cabo, apaciguóse la efervescencia. ¿Qué la motivaba? Claro es: dicterios e invectivas de la minoría contra la mayoría: palabras gruesas, que hicieron alzarse indignados a los aludidos. Al otro día, un hijo de D. Antonio Maura, en los pasillos, agredió y contundó al diputado conjuncionista D. Rodrigo Soriano. Y a las puertas del Congreso y en la plaza de las Cortes y a la entrada de la Carrera de San Jerónimo, una multitud, agrupada durante la tarde toda, prorrumpía en vivas y mueras. Había quien aclamaba a don Antonio Maura; y había quien le vituperaba, repitiendo, con aturdido vocerío: «¡Maura no!

Hay que notar, como síntoma del momento que atravesamos, esta incesante presencia en la opinión y en el sentimiento público, de la personalidad de Maura, nunca más comentada que ahora, en que ha hecho finta de desaparcer. Desde que se retiró de la política activa, o por mejor decir, se apartó de la probabilidad de formar gabinete, ha crecido su popularidad de un modo extraordinario. Habiendo dejado, probablemente, de representar la Gaceta, representaba otra cosa más cara a nuestro eterno romanticsmo: el ideal y la tradición.

Por eso se da el fenómeno de que la muchachada, los estudiantes, los hijos de familia, una masa formidable de gentes, no todas aristocráticas (contra lo que se ha creído y se dice) se hayan reunido y asociado, formando esas juventudes mauristas, candentes, alborotadas, que empiezan ya a imitar la organización semi-militar de los «requetés» jaimistas, y están, no dispuestas, sino deseosas de echarse, no al campo, como antaño, sino a la calle. Porque las juventudes mauristas son urbanas, y en esto se diferencian de las huestes del pretendiente, que han solido reclutarse en las aldeas y dispersos caseríos de provincias, donde el espíritu primitivo se mantiene. Sin que en ese vasto mundo escondido español deje de haber elementos mauristas, los más numerosos y resueltos se agrupan en Barcelona, Bilbao, Sevilla y Madrid.

Asusta pensar lo que sería la unión de ambas masas, la jaimista y la maurista, dada la levadura que en que en ellas fermenta. Si D. Jaime, en un momento de mayor escepticismo o en un arranque patriótico, renunciase sus derechos, y pasase su contingente a manos de D. Antonio Maura, éste podría reunir una fuerza cuyo alcance no es fácil calcular.

Pero el hijo de D. Carlos no piensa en eso, al parecer, pues su partido sigue organizado, su causa en

pie, aunque ello es evidente, sin esperanza alguna de llegar a resultados positivos. En un solo detalle pudiera conocerse lo que ha descendido el legitimismo, al encarnar en la figura del ya no muy joven y actual pretendiente: a su abuelo, a su tío, a su padre, se les llamó Carlos V, Carlos VI, Carlos VII; a él nadie le llamó sino D. Jaime; no se le ha puesto esa cifra que, para los reyes o aspirantes a la realeza, parece implicar su destino...

Y D. Jaime no se ha casado. No hay heredero aún de sus aspiraciones. Y sus partidos, en general hombres prendados de la idea moral, del hogar, de la familia cristiana, están inquietos y gruñen cuando no les oye nadie de otro bando, contra la soltería impenitente de su jefe y señor. Y Mella, el tribuno jaimista, ha hecho varios viajes, dícese que para convencerle de que lleve al altar a alguna archiduquesa--porque las archiduquesas de Austria son el vivero de las reinas católicas, y D. Jaime no puede casarse con una protestante, ni con una griega ortodoxa, ni con otra princesa disidente.

Mella es acaso, actualmente, el mejor orador de España. Acabo de oírle en la cámara un discurso admirable. La ovación fue de las no vistas desde Castelar. Aplaudían hasta en los bancos republicanos, y se estremecían las tribunas, ansiosas de aplaudir.

Detrás de mí, las señoras exclamaban: «¡qué hombre!» Todos convinieron después en que Mella es «un poeta de alto vuelo», y en este aparente elogio iba envuelta la censura de suponer algo de quimérico en las ideas expuestas por mi paisano, amigo y pariente (no se suponga que ninguna de estas circunstancias influye en mi juicio; sería equivocarse). Es la sinceridad la que me impulsa al decir que la arenga de Mella, magnífica en la forma tuvo su fondo, no menos serio e intencionado que el de otras oraciones que han constituido el debate político de esta legislatura, concentrado en la cuestión de Marruecos. No cantó una oda inofensiva: encaminó su perorata a demostrar la inutilidad y aun el perjuicio de la alianza francesa y la conveniencia de la alemana. Y Mella, con eufemismos elegantes y formas exquisitamente escogidas para no caer bajo la campanilla presidencial, se dejó atrás tal vez, a Pablo Iglesias, el que, de un modo más llano pero no más fuerte, trajo a plaza al mismo rey, para cargarle en cuenta responsabilidades y orientaciones de la campaña y de la política internacional.

Y así puedo terminar como empecé: afirmando, una vez más, que somos el país de la elocuencia, el país donde el aire se cincela y se pinta y se esculpe y se pone en música; la tierra de los oradores.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

130

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1914.

De la vida en las altas esferas, claro es que a mí sólo me interesa (para el caso de reflejarla en mis crónicas), lo que afecta al estado social que muchas veces se revela en lo de apariencia más frívola: bailes, saraos, recepciones, funciones de teatro y otros pequeños sucesos del mundanismo. Yo no escribo nada que a noticias de sociedad se parezca, y no por desdén al género, sino al contrario, por considerarlo muy difícil, o, si se prefiere, muy ajeno a mi manera especial de ser. Mi tendencia es crítica, y no puedo volcar el elogio en la forma incondicional delicada e ingeniosa a que nos tienen habituados los Montecrito [Montecristo], Hayphen y demás encargados de llevar al día esta vida de los salones. Y me conozco: el día menos pensado, pudiera escapárseme que un traje no era precisamente de elegancia suprema, que una señora no se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 18 julio 1914: 7. No recogido.

parecía nada a los retratos de María Antonieta cuando andaba de pastorcilla por Trianón adelante, que un hilo de perlas no se había pescado en aguas de Ceylán, sino en las de Kepta y Cía, o alguna descripción por el estilo.

Y los revisteros están obligados al optimismo más completo, en lo cual estriba precisamente la dificultad de su profesión, porque no pueden matizar sus crónicas, ni hacer resaltar lo excelente, y aun con lo malo.

Así es que yo he llegado a considerar lo más arduo del oficio la crónica de la sociedad, en la cual los escritores tan ilustres como don Pedro Antonio de Alarcón ejercitaron su pluma.

Sólo, pues, por la repercusión que en la vida social tienen estas solemnidades, han podido tal cual vez, ser asunto mío. No solamente fenómenos, o si se quiere, epifenómenos sociales: tienen sus aspectos históricos.

El baile recientemente celebrado en casa de los duques de Fernán Núñez, me dio ocasión para recordar y comparar. Uno de los resultados del sistema de atracción de Cánovas, después de restaurar a Alfonso XII, fue la aproximación a esa aristocrática familia, única tal vez que se había adherido plenamente, desde el primer momento a la monarquía democrática de Amadeo de Saboya, ostentando aún la duquesa, que es una señora

anciana, sobre el lazo de dama de la reina Cristina y la reina Victoria, el de aquella princesa de la Cisterna, tan modesta como poco afortunada.
Verificada, como queda dicho, la restauración, merced a la iniciativa de Martínez Campos y de Cánovas del Castillo, la familia de Fernán Núñez figuró entre las que en palacio gozan de mayores distinciones. Alfonso XII les había otorgado la muy rara [costumbre] entonces de asistir a un baile de trajes que se dio en el palacio de Cervellón; y de este baile se habló casi seis meses, antes y después de haberse celebrado.

Al que acaba de dar la duquesa ahora, también han asistido los reyes y ha sido no menos suntuoso que el dedicado a Alfonso XII y doña María Cristina, con motivo de sus bodas. No ha dado, sin embargo, pie a más conversación que a la del día siguiente, entre los que a él aistieron: si Fulanita estaba guapa, y bien peripuesta, o si Menganita había dado el trigésimo golpe al traje «lamé» de plata... Fue un baile lo mismo que los otros bailes y fiestas espléndidas del invierno, en las embajadas, en casa de la marquesa de Hoyos, pongo por caso. ¿Cómo explicar esta diferencia entre el ayer y el hoy? Muy sencillamente: porque ahora los reyes van a todas las casas de la grandeza, y su presencia no es ya aquella nota insólita, de relieve altísimo, que era antaño.

Y he aquí donde se marca, en un sarao, la evolución histórica de la monarquía, señalando una orientación de mayor llaneza, (dentro de lo que no es llano nunca), que lleva a los reyes a concurrir a cuantas fiestas se organizan en su honor. Si la fiesta tiene colorido benéfico, asisten hasta a las que se realizan en moradas cuyos dueños no son «grandes» Y por eso aquella emoción del famoso baile de Fernán Núñez hará unos treinta años no puede repertirse ahora.

En cambio los bailes de palacio (y esto sí que no tiene explicación histórica) van tomando un aspecto más exclusivista que en tiempo de Isabel II. Esta reina en el fondo tan democrática, solía llamar graciosamente a sus fiestas palatinas «el Prado con techo». No se limitaban las invitaciones, y celebraban bastantes bailes al año. El comercio de Madrid, hoy tan de capa caída, conseguía así alguna ganancia. Al presente hay que oír sus lamentaciones. Las tiendas o se cierran o están en liquidación.

Claro es. La gente «elegante» se surte abundantemente, a principios de estación en París, o en Londres, donde ahora se hace un importante tráfico de modistería. Las bolsas medianas, las personas que no realizan el consabido viajecito de otoño, y son los más, compran en Madrid, cuando hay lo que se llama «un compromiso»: un baile de Palacio, por ejemplo.

Entonces se surten de guantes, de plumas y flores, adquieren el vestido, lo encargan, buscan calzado extrafino, todo lo cual aprovecha a los establecimientos madrileños. La gente que no puede dejar de ser invitada a un baile de Palacio en grande, es mucha, y en su mayoría no está tan preparada de «toilettes» como la gente del reducido círculo «smart», que lo hace venir todo de fuera; y siempre las esposas e hijas de profesores, militares, industriales, hombres de ciencia lo que se ha dado en llamar «las fuerzas vivas» contribuyen, en caso tal, para el comercio. Sólo que estos bailes de Palacio escasean cada día más, y el que acaba de celebrarse, tuvo como dije, un carácter restringido que no solamente (dadas las dimensiones de los salones) restó animación a la fiesta, sino que fue origen de extrañezas, como sucede siempre cuando, al restringir, no es la restricción absoluta y a rajatabla, y las influencias dan origen a excepciones difíciles de justificar. Claro es que, tratándose de Palacio los amos de la casa son probablemente los únicos que no se enteran de estas irregularidades. El fenómeno de las restricciones es también digno de estudio, por su aspecto social. No me refiero ahora a Palacio, sino a la sociedad madrileña, en conjunto. Esta sociedad se ha distinguido siempre por cordial y hospitalaria, faltándole eso que se llama

la «morgue», y que es algo sajón, más que latino. Pero de algunos años a esta parte, ha aparecido en Madrid una cosa muy difícil de definir, y que se llama «elegancia» Si se pregunta en qué consiste la elegancia, será ponernos en un apuro. Acaso sea más fácil en qué no consiste. No consiste en la belleza, pues no son, por privilegio, muy guapas las elegantes, aunque lo sean varias. No consiste en el vestir pues unas visten bien, otras mal, y las más ¡pch! No consiste en la nobleza de sangre, pues muchas carecen de abuelos. No consiste en la virtud, pues si unas son honradas madres de familia y hasta abuelas cariñosas, otras es posible que anden en lenguas, acaso injustamente, y por su misma elegancia, que les creará envidiosos. No consiste en el ingenio, pues nunca fue el ingenio patrimonio de un grupo, sino prenda de aquél a quien se lo concedieron los dioses. No consiste, en fin en nada concreto, sino en algo que pudiera llamarse «quisicosa». Y si buscásemos la clave de esa «quisicosa», tal vez la encontraríamos en lo que en el extranjero se llama el «clanismo»: en formar un círculo cerrado, escaso y siempre igual, como una isla en medio del golfo.

En Madrid no se oyen sino pestes de este cerrado círculo. En conjunto, nadie puede sufrir a tales elegantes; la impopularidad les acompaña. Yo suelo

tomar su defensa. Soy partidaria de que cada cual se arregle la vida a su gusto. Una de las ilusiones más seductoras de la vida es distinguirse de sus contemporáneos, y si no puede de otro modo, por el procedimiento de la alcachofa, que cuantas más hojas le quitan, más gana, o el de los libros de las Sibilas que costaban más cuantos más folios eran quemados en la hoguera.

Y desde luego se comprende que se trata de algo sin importancia ni trascendencia positiva: de algo que no afecta a los intereses de nadie. La sociedad propende a ensanchar sus límites y sus moldes; hay un grupo que aspira a lo contrario: ¡bueno! Ese grupo no se halla bien sino en compañía de diez o doce personas dadas: perfectamente. No veo el mal. Si el resto de la sociedad no se preocupase poco ni mucho de ello, nadie se acordaría ni de la existencia del grupo.

Las fiestas de este grupo, necesariaremente, han de ser fiestas muy en pequeño. Tienen la ventaja de salir más baratas necesariamente. Y no es de desdeñar la baratura, porque uno de los inconvenientes que acarrean, según se dice, la decadencia de la sociedad, es el lujo y refinamiento de las fiestas. Ved, por ejemplo, los cotillones. Los regalos de un cotillón pueden ser sencillos o riquísimos: la diversión, para la juventud, será la misma en ambos casos. Sólo la

vanidad y el contagio o fiebre de la competencia han traído la exageración de los regalos. Pero es indudable que un cotillón para quince parejas, por muy lujosos que los regalos fuesen, no puede costar como un cotillón para ochenta o cien.

Hoy se exigen, en las fiestas de rumbo, mil requisitos: criados con gran librea, un océano de flores, cena con seis o siete platos, artistas de fama si la función es teatral, y bujerías suntuosas si es cotillón. Así es que se teme recibir, y son contadas las casas, donde se tiene el arranque de gastarse una suma fuerte en horas.

Los señores que recuerdan otras épocas sociales en la corte de España hablan de aquellas recepciones semanales de la condesa de Montijo, que, madre y todo de una emperatriz, ofrecía a sus invitados azucarillos, agua fresca de la fuente del Berro, almíbar español, y mucho agrado. Tales reuniones encerraban el cuadro más exacto de la sociedad contemporánea: allí, al lado de la grandeza de cepa vieja y los diplomáticos, a los extranjeros notables, a los artistas, a los literatos, a los periodistas, a las beldades famosas, a cuanto representaba la vida de aquel momento.

Algo semejante fueron los «Lunes» de Cánovas del Castillo, en la hermosa posesión de la Huerta. Y naturalmente este aspecto es el más comprensivo, el más

culto, el más elevado que puede presentar una casa donde se recibe. Responde a la convincción de la fuerza propia, que no crece al excluir, reducir y seleccionar caprichosamente.

Cuanto más altas están las personas, menos necesitan preocuparse de menudencias. Por lo que toca a los reyes, desde luego no cabe que entren ni de refilón en las corrientes de la «elegancia» Están por cima de eso, y más allá de eso. Todo exclusivismo les restaría altura y popularidad.

Se dice que la reina Victoria ha manifestado la opinión de que las fiestas deben ser sencillas y sin extremos de lujo, porque, de otro modo, fatalmente escasearán. Nadie mejor que la soberana para sostener tal criterio, porque palacio no será nunca sospechoso de cálculos de mezquina economía, dado el tren en que está montada la vida de los reyes.

Y si alguien soñara con asimilar una fiesta de palacio a una fiesta de «elegancia», se le podría recordar lo que respondió Federico el Grande a uno de sus nobles.

Solicitaba este señor que en el paseo se acotase, cerrase y vedase una de las alamedas, para que la disfrutasen exclusivamente los nobles, viéndose así libres de mezclarse con el pueblo y la gentecilla que a tal paseo solía concurrir. El rey oyó la demanda, y

reflexionó un momento, barba en puño. Al fin, levantando la vista, contestó:

--Muy bien me parece, y tenéis razón en vuestra solicitud... Sólo veo un inconveniente: que si los nobles no quieren pasear mezclados con el pueblo, yo tendré que acotar y cerrar otra alameda para mí solo...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

131

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1914.

El mes de junio es la fecha en que la gente elegante y la que no lo es, empieza a emigrar de Madrid y de España (cuando sus recursos le permiten este lujo, o cuando no posee una de esas fincas espléndidas donde el cuerpo descansa y el alma se espacia, en la serenidad de la vida campestre, cantada por los poetas y sentida por los filósofos y "sabios que en el mundo han sido").

Sí, aunque parezca extraño, hay quien emprende largo y costoso viaje a lueñes tierras, por carecer de una buena casa de campo, donde pasar los meses calurosos.

Y hay también quien siente hacia el campo invencible antipatía. Esta cuestión ha sido debatida en prosa y verso, sin que llegasen a ponerse de acuerdo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 agosto 1914: 4. No recogido.

los partidarios de la vida aldeana y los de la ciudadana. Estos últimos tenían sus razones, y los primeros tampoco carecían de convincentes argumentos de la guardia civil y multitud de refinamientos que se ha introducido en la antes más tosca existencia de las aldeas, han hecho inclinar la balanza considerablemente en favor de los partidarios del verano campesino.

Cito en primer término la institución de la guardia civil, porque no cabe duda, el mayor inconveniente de veranear o de pasarse largas temporadas en la soledad del campo eran, antaño, los pintorescos ladrones en gavilla, que constituían esa asociación tan genuinamente española, uno de los infinitos tipos que aquí existen de caudillaje cuya gradación definió el padre Isla, en su candorosa Historia de España en verso, al escribir:

"Viriato guerrero,
pasando de pastor a bandolero,
y luego a valeroso
jefe, a los romanos fue aminoso."

El capitán de bandoleros, aquí y en Italia, pudo fácilmente evolucionar al heroísmo, representa algo característico de la raza. Claro es que para este resultado influían causas muy diversas: un capitán de

bandidos semicaballeresco, como nuestro célebre Victorio, cuya historia he referido en un cuento, no se parecería a la cruel y zafia **"Loba"**, la capitana de ladrones y atormentadora de curas, cuyas proezas he referido en otro. Nadie ignora que abundaron aquí los "bandidos generosos" y hasta simpáticos y bizarros--madera heroica, si la suerte no les despeña por otros vericuetos y precipicios. Hombre hubo que finó [sic] en la horca, y mereciera una corona de laurel por el temple de su ánimo, por sus bríos y arrestos. Y parecerá inverosímil, pero aun quedan algunos de estos hombres (no de los finados en horca, naturalmente), sino de los que en otros días ejercitaban su valor, como el capitán Rolando de Gil Blas, y el Roque Guinart, de Cervantes, y que mejor orientados, serían capaces de conquistar territorios en el nuevo continente, o resistir dentro de su patria, con gloria, a la invasión extranjera...

Ya se comprendería que aludo a los bandoleros retrasados, extemporáneos, como el gallego Manuel Casanova y el andaluz Vivillo. Nacieron tarde estos galanes, y si bien el instinto popular no dejó de formarles aureola, ya estamos, ¡ay! en épocas de guardia civil, vida legal, seriedad y orden. Los artistas--confesamos nuestra debilidad--a veces lo sentimos, por más que en el campo, de noche, bendigamos

la seguridad y descuido, y celebremos que las gavillas pertenezcan al dominio de los recuerdos al reino misterioso y sugerente del pasado histórico y tradicional. Y según voy escribiendo lo que antecede, va asaltándome un recelo, un escape, un escrúpulo... Temo que por hablar de que en España hubo bandidos (cosa que ya nos habían contado, adornándola con arambeles y arrequives, los viajeros franceses e ingleses), me tachen de mala patriota, como me tacharon de "chauvine" exagerada siempre que referí algo de lo bueno que aquí ocurre. En efecto, muy a menudo recibo cartas, unas firmadas y otras anónimas, procedentes de los países hispano-americanos, apreciando de modo distinto y aun contradictorio lo que para ellos escribo. Unas veces me motejan porque se trasluce mi grande y profundo amor a España (probado con hechos), al través del velo de mi estilo y de los juegos de mi pluma; otras me acusan de que pongo a mi patria en mal lugar, revelando lo que sin mi notoria indiscreción no se sabría. Y esto, por un lado, tiene algo de tranquilizador: prueba que escribo con sinceridad completa, que no engaño al público, que rindo acatamiento a la verdad, mi inspiradora constante, y así tan pronto descontento a éste, como a aquél.

Ha pasado el tiempo en que eran difíciles y raras las comunicaciones y sólo llegaba a conocerse lo que en

cada país acontecía, por relatos verbales o algún raro libro, que nunca obtenía la difusión de la prensa. El sistema prohibitivo y ocultativo no carecía de graves inconvenientes: se prestaba a la difusión de fábulas absurdas, y cuando Mme. de Aulnoy escribía muchos y muy divertidos disparates acerca de la corte de España y de España en general, no había manera de refutar sus asertos. Hoy, en esto como en no pocas cosas, estamos a la altura del mundo civilizado, y ya no caben narraciones semejantes a las de Mme. de Aulnoy, ni a las de Dumas, ni al famoso Sac au dos a travers l'Espagne, donde a cuenta nuestra se explaya la fantasía. Centenares de agencias, miles de periódicos, una nube de corresponsales, comunican a Europa, diariamente, esto por decir que al minuto, cuanto merece referirse, y bastante que no lo merece. No negaré que en tal derroche de información caben confusiones y enredos, apreciaciones inexactas y relatos truncos o sin suficiente base.

Inconvenientes son estos de toda labor de acarreo, de toda referencia apresurada. Por lo mismo (dicho sea sin faltar a la modestia conveniente), han de estimarse más las noticias de limpia fuente, de procedencia clara y decantada, dadas por persona que no tiene especial interés en altanerías ni en modificar su esencia. Y me atrevo a decir que soy una de estas contadas personas.

Mi sexo, que me exime de las trabas de la política, garantiza mi desinterés. Mi modo de entender las cosas podrá ser equivocado, pero es el mío, y no lleva aleación tendenciosa. No hace muchos días, D. Gumersindo de Azcárate me honraba al citarme, en el congreso, en un discurso, como testigo franco y veraz. Y yo estoy segura, en efecto, de mi imparcialidad, muy demostrada, en diversas ocasiones y que hasta pudo costarme cara. ¡Pero nunca es cara la verdad, amado Teótimo!

Y bien mirado: para lo poco que vivimos, ¿merece la pena de llevar siempre atada una careta de disimulo? Entiendo que no. Si el hombre miente por hábito, tiene en cambio horas de franca sinceridad, en que se le sube a la garganta lo que no sufre callarse, lo que rebesa. El oficio del escritor favorece estos desahogos, porque proporciona el medio de hacerlos en forma culta y razonada. Y así existen algunos escritores, de los cuales se dice: «Ese no se muerde la lengua». Me cuento en el número. La verdad, como el sol, es microbicida, es un elemento de fuerza y salud.

Y volviendo a lo del verano, diré que en España se distribuye del modo siguiente:

Veraneantes que se van en busca de aguas y balneaciones extranjeras (adviértase que no hay nación tan ricamente dotada por el cielo, en punto a

hidrología médica, como España). Veraneantes que se lanzan al extranjero también, pero en busca de sombreros, abrigos, trajes, postizos, medias de telaraña y coloretes y blanquetes menos visibles. Veraneantes que van a San Sebastián para continuar sobre poco más o menos la vida de la corte. Veraneantes que salen a hacer economías, internándose en algún pueblecillo. Veraneantes que se dirigen a sus casas de campo, solariegas o adquiridas, y que tienen gusto en ver crecer sus coles, y brotar los capullitos de sus rosales. Y por último, veraneantes «del botijo», los cuales, para el público americano, han menester acaso una breve explicación.

Los trenes «botijo» se llaman así, por la costumbre de los viajantes baratos de llevarse consigo un botijo lleno de agua, que les asegure bebida fresca, durante el camino, cuando reseca las gargantas, el horrible calor, y el pegajoso y árido polvo de la meseta castellana. El botijo español es utensilio que adoptarán probablemente los países europeos, cuando lleguen a conocerlo. Su origen es árabe. En los países del norte de España no ha solido usarse, ni creo que se conociese hasta hace poco. Conserva el agua agradable y fría, porque la rezume y trasuda al través del poroso barro.

Cada año, los trenes «botijo» se multiplican. Billetes especiales permiten a la gente del interior

trasladarse a la playas, y hartarse de contemplar el mar bravío, por lo mismo que lo ignoraban, hasta que el «botijo» les puso en contacto con él...

Por uno de los contrastes frecuentes en la vida, los trenes «botijo», cuya tripulación no se compone precisamente de millonarios, son los más humorísticos y regocijados y bulliciosos que existen en el mundo. Al verlos salir, pasar o llegar, creyérase, con San Francisco de Asís, que la pobreza va ligera y alegre, libre de trabas y cuidados, y que por egoísmo, por ser feliz, la humanidad debe desear ser pobre...

Los trenes de lujo distan mucho de revelar esta jubilosa expansión. El «sleeping» no tiene nada de «folâtre». Los viajeros están pendientes de la importancia que se dan, y de la impresión que quieren causar en el vecino, así como de rehuir el contacto con ese vecino, si no lo consideran lo bastante personaje para alternar con él, aun accidentalmente. La gente se encierra en su «cabine», y allí improvisa un «home» transitorio, pero recogido y tonista lo mismo que su verdadera residencia de Madrid, o donde fuere. En el humilde «botijo», en cambio, establécese desde el primer minuto la cordialidad: se prestan y reciben pequeños servicios: no hay salchichón, chorizo o raja de merluza que no sea ofrecida galantemente al prójimo, y sobre todo, a la prójima: es cierto que también

ocurre disputar por el sitio, por la colocación de un bulto de mano, o de una pierna que estorba, si no es un codo que se incrusta en las costillas del vecino; pero casi siempre se resuelve el conflicto con una lluvia de dicharachos, un aluvión de chistes, unas cuantas agudezas chulas, y no sabemos que hasta la fecha en «botijo» alguno hayan sido inferidas en riña lesiones que acarreen la muerte, ni mucho menos...

Guitarras, bandurrias, coplas, piropos, risas, insultos de cómico sabor: he ahí el «botijo». Del «botijo» han salido amistades, amoríos, y hasta casamientos.

Y en bastantes ciudades del litoral se recibe al «botijo» con arcos de triunfo, festejos, aclamaciones y obsequios sin fin. Hay en ellos dosis de amor propio local, su parte de industrialismo legítimo y loable, el ansia de atraer a los turistas, móviles todos que no han menester justificación... Por unos días, el escursionista del «botijo» es aclamado. Después, regresa a Madrid, y en su lóbrega salchichería, en su polvorienta oficina, en su taller revuelto, en su obscura trastienda, la alumbra el alma, la luminosa visión de las playas y los puertos, con su oleaje azul y sus gaviotas que rayan el cielo anunciando tormenta...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

132

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1914.

Hay en nuestra historia literaria y en nuestra erudición un punto debatido: ¿dónde nació Cervantes? ¿En Alcalá de Henares, según opinión más generalizada, o en Alcázar de San Juan?

Registrando el Atlas de España, se experimenta la impresión de que la topografía del Quijote está localizada en la provincia de Ciudad Real, o al menos pertenece a esta provincia los lugares en que Cervantes sitúa las principales y más conocidas aventuras del «Ingenioso Hidalgo». Todo el curso del río Guadiana evoca al «Caballero de la Triste Figura» y su trasijado rocín. Por allí andan los famosos «Ojos», Puerto Lapiche, las lagunas de Ruidera, la cueva de Montesinos, donde soñó el gran idealista un sueño tan hermoso. Hasta el nombre de un pueblecillo, «Tirteafuera», delata lo impregnada que tuvo Cervantes

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 septiembre 1914: 4. No recogida.

la imaginación de esta tierra manchega, en que se desarrolla tanta parte del libro inmortal.

Esta sensación de presencia en el Quijote de la provincia de Ciudad Real fue uno de los motivos que tuve para tomar siempre en cuenta las pretensiones de Alcázar de San Juan a disputar a Alcalá de Henares la gloria de haber dado a Cervantes la primera luz. Realmente parece la familiaridad de Cervantes con esos sitios una prueba de que eran los de su nacimiento, los que se conocen desde la infancia. Nadie ignora que, por natural propensión, los novelistas localizan o donde nacieron, o donde pasaron la juventud.

A pesar de su vida errante, nunca perdió Cervantes la querencia a lo que era familiar para él. Si le suponemos manchego, podemos decir que este cosmopolita fue un enamorado de la región y de la pequeña patria. Y parte del sabor de vida que hay en el Quijote a ello se debe.

Aunque se deduzca de documentos fehacientes que Cervantes residió poco en territorio manchego, no cabe, leyéndole, dudar de lo bien que lo conocía. Si en los documentos no se encuentra referencia a su estancia en él, acaso sea porque la estancia fue, como dije, en la primera edad, período de la vida en que no figura nadie en documentos, salvo en partidas de bautismo.

Y en las partidas está el toque. Alcalá de Henares posee una, Alcázar de San Juan otra. La de

Alcalá de Henares dice, en vez de Cervantes, «Carvantes», y en vez de Saavedra, «Cortina». La de Alcázar de San Juan, Miguel de Cervantes Saavedra, con todas sus letras cabales. Comparando las partidas, la gana Alcázar de San Juan.

Los defensores de la hipótesis de Alcázar de San Juan a Cervantes descendiente de linajuda estirpe. Le suponen descendiente de aquel capitán Cervantes que ganó a los moros la villa del Toboso, a botes de lanza, y le dan por escudo de armas:

> «dos ciervas en campo verde,
> una pace y otra duerme;
> la que pace, paz augura,
> y a la que duerme, asegura.»

También le buscan ilustre ascendencia por el apellido Saavedra, originario de Galicia; y, en efecto, los Saavedras gallegos son esclarecidos. Muchos biógrafos de Cervantes le niegan estos timbres; pero es, a mi vez, ociosa tal disputa. El propio Cervantes dejó despejada esta incógnita al solicitar, hallándose en Roma, una información de «limpieza de sangre», tal vez para pasar de servidor del cardenal Acquaviva a profesión más honrosa, como es la de armas. Estas informaciones no eran probanzas de nobleza, sino

solamente el reconocimiento de que el interesado no tenía mancha de infamia alguna: era hijo legítimo de legítimo matrimonio, cristiano viejo y sin mezcla de sangre mora ni judía. Después de leer la información, no comprendo cómo se hacen conjeturas acerca del estado social de Cervantes.

Sin ser, como decimos, de la propia pata del Cid Campeador, y en medio de la necesidad, que siempre le acudió y de los oficios no muy gallardos que desempeñó, tiene Cervantes, en cuanto escribe, piensa y expresa, mucho de señoril, y poco de sanchopancesco. No sé si, apurando las averiguaciones, resultará de alto linaje; pero hay en él infinita nobleza, y hasta distinción: más que en Quevedo, el cual como sabemos, obtuvo la venera de Santiago.

He dicho que las dos partidas bautismales, la de Alcalá y la de Alcázar, son el eje de esta complicada cuestión. La partida bautismal de Alcalá de Henares haría poca fuerza si no la corroborasen otras cuatro, de cuatro hermanos, que dicen claramente Cervantes, es decir, lo dicen tres de ellas, y en dos, siendo una la de Miguel, existe la corruptela Carvantes, que ha dado fuerza a la reclamación de los manchegos.

La partida de Alcalá--fijémonos en la fecha--es del año 1547. La de Alcázar de San Juan, donde se lee «Miguel de Cervantes Saavedra», es de 1558. Once años

de diferencia, cualquiera comprende el trastorno y confusión que han de introducir en todos los datos biográficos referentes al manco glorioso.

Y, en efecto, aquí hallo la mayor dificultad para creer que el Cervantes de Alcázar de San Juan fuese el autor del Quijote. Tropecé en lo mismo (yo lo ignoraba, pues no conocía el opúsculo de Sarmiento, de reciente publicación y de tirada muy escasa), en que tropezó este insigne benedictino, tan amigo del padre Feijóo. Algunos hechos plenamente probados de la vida de Cervantes no se compaginan con haber nacido el año que indicaría la partida de Alcázar de San Juan. El más señalado y conocido es la presencia de Cervantes en la batalla de Lepanto. Tendría que haber sido adolescente, de unos catorce años, y no parece verosímil, aunque no raye en imposible.

A veces, por afinar demasiado la punta del lápiz, el lápiz se quiebra. Los defensores de Alcalá de Henares, molestados por la partida de bautismo de Alcázar, dieron en suponer que era fabricada y apócrifa. Está demostrado que es auténtica; pero si fuese opócrifa, en efecto, ¿serían tan necios los forjadores que no le pusiesen una fecha en armonía con la posibilidad cronológica?

No quiero omitir que también la villa de Consuegra (devastada por las inundaciones no ha muchos años),

tiene su Cervantes, un Miguel López de Cervantes, bautizado en 1556. Pero no se ha visto nunca en el competidor serio a los otros dos Cervantes que se disputan la gloria de autores del Quijote: ¡ahí es nada!

Lo que ha refrescado en mí la idea de esta discusión, que lleva trazas de no extinguirse nunca, es un artículo de C. Antonio Castellanos, incansable abogado de los derechos de Alcázar, y autor de un folleto que se titula Apuntes sobre la verdadera cuna de Miguel de Cervantes Saavedra. Anuncia en su artículo este señor que la cuestión va a entrar en una nueva fase; que hará una campaña, merced a la cual habrá sorpresa, antes de 1916, en el debatido asunto; que acudirá a la prensa y a la tribuna del Ateneo, y que espera demostrar su tesis. Debemos, pues, suspender el juicio, y aguardar. Por mí, declaro que siempre me incliné a dar paso franco a las hipótesis, esperando a que se robustezcan con pruebas. Por eso acogí con tal simpatía los primeros trabajos de D. Celso García de la Riega acerca de la cuna de Colón, que hicieron alzar los hombros despectivamente a los eruditos profesionales, siempre propensos a no salir de la rutina, o al menos a no conseguir que se salgan los demás, porque descubrimiento que ellos no hagan, no permiten que lo haga nadie. Hoy la tesis de D. Celso,

(el cual ha fallecido, por desgracia), encuentra aceptación hasta en los Estados Unidos, y su serie de pruebas ha sido tomada en cuenta y sirve de base a un movimiento en pro de la patria española y gallega del descubridor. Es el caso de Colón, durante siglos tenido por genovés, señal de que pudiera la biografía de Cervantes sufrir iguales rectificaciones.

He hallado, sin embargo, en los Documentos Cervantinos, de don Cristóbal Pérez Pastor, uno, que a mi ver, ha de crear obstáculos insuperables a las aspiraciones de Alcázar de San Juan. El tal documento, que estaba inédito y se publicó en 1897, es la información del cautiverio de Miguel de Cervantes, pedida por él mismo, en 18 de diciembre de 1580.

Se encabeza así: «Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares...» y lleva al pie la firma autógrafa del autor del Quijote a mi juicio, es tan probante este documento como la misma partida de bautismo. Por lo menos, demostrada su autenticidad, lo será tanto, aun cuando cabe que haya personas que alteren, por cualquier motivo, la verdad del lugar de su nacimiento. Colón lo hizo. No es fácil suponer a qué móviles pudiese obedecer Cervantes si procediese así.

Esta información interesa, y es conmovedora la declaración testifical de Rodrigo de Chaves, natural de Badajoz, que afirma haber estado en el mismo cautiverio

de Argel con Cervantes, y detalla las deudas que éste contrajo para comer y sustentar la vida, pues el moro que le tenía cautivo nada le daba para que mitigase el hambre. Lo mismo aproximadamente dice Francisco de Aguilar, también cautivo, que vio a Cervantes sobre cinco años con su cadena al pie.

En estos documentos, retazos de la vida real, se nota cuán ardua y trabajosa fue la del autor del Quijote; y no sólo para él, sino también para los suyos. Poderes a fin de tomar a préstamo maravedises: obligaciones o pagarés, que diríamos hoy, algunos, subscriptos con objeto de contribuir al rescate del cautivo de Argel; cartas de pago, cédulas de empeño, revelan a las claras que la familia de Cervantes sufrió estrecheces, y que siempre en punto a dineros anduvieron a la cuarta pregunta, como suele decirse. No faltan tampoco ventas de bienes, por ejemplo la de una viña en Arganda, ni poderes para pleitar, y todo descubre el apuro, la angustia, la necesidad de apelar a todos los medios para no caer en la miseria. Así se explica la resolución de Cervantes de ponerse a servir, y sus faenas de recaudador, alcabalero, molendero de trigo, y otros oficios que la historia insinúa, aunque sin prueba suficiente.

Vemos en esta colección de documentos, la lucha, como hoy diríamos que sostuvo el poco afortunado autor

del libro que encarna a España y a la progenie española. Le conocemos primero criado del cardenal de Acquaviva: cuando ejercitaba este servicio; es cuando pide la certificación de «limpieza de sangre», de ser cristiano viejo y sin mancha de herejía. Le vemos luego alistarse en la milicia, y quejándose ya de su corta fortuna. Soldado en la compañía de Diego de Urbina, perteneciente al tercio de don Miguel de Moncada, pronto le cogerá en su remolino la terrible guerra contra el turco, y le encontramos en la función memorable de Lepanto. Luego, apresada su galera, por piratas argelinos, ciñe al pie la cadena del cautiverio. Allí padece hambre y acaso látigo y puñadas. Le amenazan por sus intentos de fuga, mil palos, y salva milagrosamente de tan cruel castigo probablemente mortal. Le rescatan por fin los trinitarios, y en Esquivias goza algunos días de ventura, con el amor de su mujer, Da. Catalina de Palacios, que le amó como la veneciana Desdémona a Otelo por sus campañas, sufrimientos y aventuras. Empieza a soñar triunfos en el teatro, a relacionarse con farsantes y comediantes, a querer emular la gloria de Lope. Y como, de tal suerte, ni gloria ni maravedises vienen a él acepta otros oficios, es comisionado de flotas y recaudador de alcabalas. Entretanto, al curso de viajes y lances obscuros de

estas bajas profesionales, la idea del Quijote va cristalizando. Cuando ya lo escribe y da a luz la primera parte, la fama y el éxito del libro son estruendosos, pero el autor sigue pobre, menesteroso, y en esfera humilde. Sale el falso Quijote de Avellaneda, enigma literario que ha preocupado y preocupará a innumerables eruditos, pareciendo imposible, por ahora, descifrarlo. Demuestra el libro enmascarado, que Cervantes tuvo enemigos, como tuvo entonces valedores y Mecenas. Y todo ello no bastó para redimirle del ahogo económico, que fue incesante tormento de su vida, explotado su ingenio soberano por codiciosos editores. Los caballeros franceses que venían acompañando al embajador preguntaron cómo a Cervantes no le tenía España muy rico y sustentado del erario público... Entonces, como ahora, los grandes escritores no figuraban en el presupuesto, y se morían arrinconados, como murió el autor del Quijote que sucumbió a una enfermedad cardíaca, o más bien a una arterio-esclerosis, al endurecimiento de las venas...

Y ahora, las ciudades se declararían la guerra, y saldrían a combatir, por poder alabarse de que dieron cuna a Cervantes.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

133

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1914.

¿Qúe le va o le viene a España en la formidable y nunca vista guerra paneuropea? «¡That is the question!» al menos por ahora, mientras no se descubre el gallo tapado de los tratados y convenios secretos y sepamos quién acierta, si los que afirman nuestra independencia de toda obligación, o los que creen que somos un poco (pero lo bastante) aliados de Inglaterra...

Por lo pronto, España se encuentra bajo la obsesión de la tremenda pesadilla. En Madrid el alcalde ha suprimido las fiestas. Del extranjero, regresan precipitadamente, y entre mil contrariedades y privaciones, los veraneantes de la «high-life», vuelven medrosos sin equipaje, y algunos dejan sus

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 12 septiembre de 1914: 4. No recogido.

automóviles requisados en Francia. Traen en las pupilas como una visión de espanto. No han visto la guerra, pero han escuchado su resuello de dragón de fuego, su ronco rugido amenazador. Y, despavoridos, prescinden de traer trapos y moños. No está la dama para tafetanes.

La carestía de los alimentos se ha iniciado ya, y sólo hace, cuando esto escribo, ocho días que oficialmente se ha declarado la guerra. Han subido el pan, el carbón, el aceite, hasta las carnes de ternera y vaca. No se comprende, al pronto, cómo puede haberse iniciado alza semejante, dado que no existe escasez alguna, y que el gobierno ha prohibido que tales artículos pasen la frontera. Es el temor, la temblorosa previsión del porvenir, y también el ansia de lucro, lo que determina este primer desequilibrio.

Debieron en cambio bajar otros productos, que excesivos para el consumo interior, se exportaban en no cortas cantidades; por ejemplo, el arroz de Valencia. Para que no sufran quebranto los arroceros, el gobierno ha declarado que se hace cargo del arroz sobrante, destinándolo a nuestras tropas de Africa.

Las frutas pueden seguir saliendo, pero este artículo, en los momentos actuales, no será muy solicitado. Horroriza pensar la necesidad que habrá por esos mundos, de carne, de leche, de pan, de café,

de patatas, de los alimentos y combustibles usuales. Las patatas, en París, alcanzan precios locos. El humilde tubérculo se hombreará pronto con la misteriosa trufa, que nadie sabe lo que es, ni cómo se cría en el seno de la tierra.

En varios aspectos, la vida parece suspendida, cortada. Muchas fábricas cerrarán, por no gastar en balde el vapor de sus calderas. Y los obreros apagarán el fuego de sus hogares, y el hambre vendrá a sentarse en ellos, escuálida y amarilla.

Aunque sea puerilidad, voy a referir una impresión reciente, tal cual la sentí. Era en un paseo, concurrido y brillante, de los que se forman en una populosa ciudad, después de una corrida de toros, en las largas y plácidas tardes del verano. Las señoras y señoritas pasaban, vestidas con lujo, a la última moda. El polvo fino que levantaban sus tacones las envolvía en una especie de rosada neblina. Los grupos animados, charloteaban. Sentadas en sillas cómodas, los veíamos desfilar. Todo era gozo, risas, comentarios de los lances de la corrida, por cierto, detestable, con malos toros y peores toreros. La música, algo distante, desde su quiosco, nos enviaba las notas marciales de Aída, la romanza del «trono vicino al sol», eco de una gran ambición amorosa. Era un conjunto de notas alegres, propias para levantar el ánimo. Y fue

entonces cuando sucedió la cosa más vulgar, más corriente: una mendiga se nos acercó, a pedirnos limosna. Sólo que esta mendiga no se parecía a otras mendigas: al menos, mi imaginación fecunda hizo de ella algo como un símbolo. Era una mujer sin edad fijable: vieja, pero no caduca; y su rostro, corto, cuadrado, de tonos de cera, rancia, con la piel pegada al hueso, se asemejaba a una calavera, en que no se hubiesen secado aún los ojos. Vestía la mujer de negro, un negro desteñido y pálido, por decirlo así, y sin ser andrajosa su ropa, se veía en ella el interminable uso, la pobreza que trasudaba cada pliegue. Hay andrajos alegres, guiñapos picarescos, tostados por el sol, de entonaciones cálidas. La vestimenta de aquella vergonzante helaba el corazón. El raído pañuelo de seda, marco de la faz mortuoria, parecía llorar. Los labios estrechos y secos de la pordiosera se movían, sin articular palabras, y su mano, cinco palitroques de boj, se alargaba, apremiadora. ¡Qué alivio, cuando por fin desapareció, sin ruido, lo mismo que una sombra doliente! ¿Lo era acaso? Yo la tuve por el espectro de la Miseria, que se acercaba. A los dos días, la guerra, que flotaba en el aire, pero que todos creían imposible, estallaba como rayo.

Ahora lo vemos claramente: tenía que estallar. Cuestión de tiempo. Alemania juzgó la ocasión propicia.

Lo de Alemania nos parece, a nosotros (descartando las simpatías que cada cual profesa a ésta o la otra nación, la especie de fraternidad que, en medio de las vicisitudes de la política, nos une a Francia), nos parece, digo un caso de grandiosa sublimidad. Cometa o no abusos, violaciones de neutralidad de territorios, haga lo que haga, la gigantona es una valiente. ¡Digo! En estos momentos, cuando estoy trazando los renglones que leéis, vedla retando, y no sólo retando, sino acometiendo, a cinco o seis de las más poderosas naciones: Francia, Rusia, Inglaterra, Italia, Bélgica. Holanda tal vez... y me dejo en el tintero al Japón. Tan extraordinaria y nunca vista aventura coloca a Alemania al nivel del caballero andante más químerico. Sigfrido va a habérselas con endriagos, monstruos, reyes de lueñes tierras y ejércitos de todos los colores. ¿Es un acceso de locura? ¿Es la necesidad, madre de la temeraria desesperación? Pronto ha de saberse el resultado de la titánica empresa. Se sabrá, al menos en parte, cuando esta crónica haga gemir las prensas (que actualmente ni gimen, ni cosa que lo valga). Y si los alemanes triunfan, tendrán la hegemonía del mundo--¡y la habrán ganado!

Entretanto, ráfagas de la lucha deslumbran nuestros ojos. Por las costas se ve, a larga distancia, el paso de una escuadra, sombría y

silenciosa, sin que sea fácil averiguar a qué nacionalidad pertenece. Esos barcos, repletos de gente, corren a hundirse, probablemente, en las aguas. Los formidables «dreadnoughts», que costaron tantos millones, se irán a pique en instantes. Tal vez los que cruzan por nuestras costas van hacia tal destino. Ya se habla de un combate naval, en que el abismo se ha tragado a más de veinte buques de guerra. Y vivimos en espera de las nuevas trágicas, de un momento a otro. Y ni aun de ellas podemos fiar, porque la incomunicación es casi completa. Los periódicos franceses nos han faltado cinco días: ahora vienen, con una hojita no más, porque también el papel escasea.

Ha sido Alemania tardía, pero cierta, y cuando se ha arrancado, la arrancada estremece al universo, no a Europa tan sólo. Ante el conflicto, el escepticismo empieza a limar las firmes convicciones de los admiradores del imperio germánico. Obra tan larga, paciente y ponderosa; organización tan apretada, tan perfecta, tan estricta; educación militar tan seria, tan rígida, tan calculada para hacer frente a cualquier contingencia,--¿bastarán para tragarse, en corto tiempo, al resto de Europa? Porque no hay que forjarse ilusiones; es Europa, en masa: nosotros y Portugal, si no estamos todavía en guerra con Alemania, estamos, sin duda, ligados a Inglaterra. Y he aquí cómo Alemania

nos recuerda a la España del siglo XVI, que parecía haber tomado por lema:

".....
Todo el mundo es contra mí
yo soy contra el mundo entero."

En esto hay su belleza. Negarla sería no entender de estética histórica. No se hacen por la belleza estas cosas tan transcendentales, pero la belleza surge de ellas como del volcán el penacho rojo de sus llamas. El consuelo será insignificante para los alemanes patriotas; y, sin embargo, en el porvenir esta página figurará entre las más asombrosas. La más asombrosa, de seguro.

Calculad lo que puede sobrevenir: si España subirá o bajará al liquidarse la situación que la guerra va a crear... eso es cuenta de las adivinadoras y sonámbulas. Madama de Thébes ha dicho que de la enorme revuelta el único que sacaría partido sería el rey de España. ¿Cómo? ¿En qué forma? Es lástima que no lo haya explicado madama de Thébes.

Que para Alemania no era España el santo de mayor devoción, asaz lo sabíamos. El kaiser andaba con nosotros retraído y frío, tal vez porque la boda inglesa nos tenía sometidos a la política de la Gran

Bretaña. Estábamos persuadidos de que no veríamos en Madrid la silueta del emperador. Sobre esto se discurría y charlaba bastante. Muchos, como el ilustre orador Mella, lamentaba no ser aliados de los alemanes. Este problema hace doblemente interesante la guerra para nosotros. ¿Quién sabe...? ¿Habrá acertado, por una vez, nuestra diplomacia? En otro caso, ¿qué nos sucederá si Alemania, acosada por tantos lados, llevase las de perder? «El destino manda...»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

134

CRONICA DE ESPAÑA

DISQUISICIONES SOBRE LA GUERRA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1914.

En los tiempos radiantes de nuestra hegemonía, debo reconocer, yo que soy muy patriota, que no dejábamos respirar a nadie. ¿Con quién no habremos guerreado? El rey de Francia, el emperador de Alemania, el monarca portugués, los langraves y mangravos, estatuderes y dogos, los duquecillos y principezuelos de los minúsculos estados italianos, las reinas luteranas que degollaban a otras reinas católicas, y, para colmo, hasta nuestro Santísimo Padre el Papa, andaban con nosotros a la greña, cada lunes y cada martes, sin darse punto de reposo. Pues tómate con las naciones de Indias, a las cuales sojuzgábamos y sometíamos en menos que se persigna un cura loco; y todo ello con un puñados de hombres, por manera casi

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 5 octubre 1914: 5. No recogido.

milagrosa, según ocurren los sucesos en los libros de caballerías andantescas, por arte de encantamiento, dando la idea de que éramos una gente singular y portentosa, una raza de titanes.

Y no sólo la admiración a nuestro esfuerzo movía el ánimo de los demás pueblos de Europa. Sin duda esa admiración existía; pero no habrá psicólogo que ignore que la admiración, al corromperse, se convierte en envidia, y hasta en odio mortal. Lo que corrompió la admiración que involuntariamente se nos profesaba fue ver que nuestras proezas nos concedían una preponderancia molesta para el orgullo de los países restantes; y además, lógicamente, aumento de riqueza y de poder habían de proporcionarnos. Un día hallábase el rey de Francia sentado, no precisamente en silla de oro, como en los romances, sino, en tallado sitial, cuando le avisaron que pedía audencia un capitán corsario, que había hecho una presa importante y se la quería ofrecer. Admitió al marino a su presencia, y éste le entregó una carta y un cofre lleno de joyas de preciosos metales. La carta era del conquistador Cortés a Carlos V; las joyas, no se sabe de qué bárbaro tesoro procediesen, pero bien valían «una ciudade» y estaban labradas con el primor a la vez ingenuo y refinado de los orfebres aztecas: lindos escarabajos, alternando con cangrejillos, lucían en collares; placas

grabadas representaban el Sol, y curiosos bezotes e idolillos entretejían los ojos con sus raras formas. El marino explicó que aquel botín lo había cogido a bordo de un galeón español, asaltado en alta mar; y el rey, melancólico y mohino, a pesar del suntuoso presente, suspiró: «Dichoso el rey de España a quien tales dádivas le remiten y tales conquistas le hacen!»

Y como quiera que llevábamos trazas de tragarnos al mundo conocido y de descubrir a cada instante otro desconocido para tragárnoslo también, he aquí que, sorda o descubiertamente, se organizó contra nosotros una confabulación europea. La historia que registra los hechos, pero, siempre escruta sus orígenes, no ha encontrado pruebas fehacientes de esta confabulación, pero lo deja transpirar y rezumar en sus relatos. No tuvo el carácter de algo concreto y definido, que quedase formulado en tratados y consignado en documentos; fue eso que no se escribe, y se siente y susurra, y se revela en cada menudencia, en el espíritu de la política, en las alianzas, en los manejos y cábalas, en las trastadas y jugarretas, y hasta en las calumnias y difamaciones. Tal consigna hubo contra España; sus resultados fueron sobradamente eficaces. Como que dieron al traste, en poco tiempo, con nuestro poderío, y crearon nuestra indestructible leyenda negra. Fuimos, ante esa historia tendenciosa y

sentimental, escrita por folletinistas, la nación más cruel, más feroz, más avara y codiciosa y más sin entrañas. Nuestras maldades no tuvieron cuento. Y sólo, y en los Estados Unidos, se ha alzado una escuela de eruditos investigadores que vuelven por nuestra honra, del único modo que cabe volver: con documentos, y comparando.

Pero la labor del erudito pocos la conocen, y la calumnia, cuanto más a la ligera, y más burdamente se fabrica, cuanto más la engalana, con fantásticos arabescos los Marmontel y los Robertson y los Campe, más cunde arraiga y fructifica.

Cuéntase de un zapatero que echaba a remojar la suela en un lebrillo, delante de su tugurio, y a quien todos los días un can de la vecindad venía a beberse el agua. Gritos, esgrimir de tranca, todo inútil: el chucho aprovechaba un descuido del remendón y lampaba el agua sin dejar gota. Cansado ya el buen hombre de la lucha, conferenció con su compadre el sastre, dos portales más allá, y el sastre nuevo don Basilio, fue de opinión de que se le levantase al perro una calumnia. Así quedó acordado.

Desde el día siguiente el zapatero hizo correr la voz.

--¡Ese perro canelo, que viene todos los días a bebérseme el agua de la suela está rabioso!

¡Contaba el calumniador con la siempre próvida credulidad humana! Ni una sola dueña, ni un solo rapaz del vencindario encontró singular que un can que venía a absorber agua diariamente estuviese hidrófobo... Y se alzó el somatén, y persiguiendo al can con garrotes, escobas, tenazas, asadores, y no pararon hasta hacer de él una sangrienta masa, con los huesos rotos...

Los líbelos contra España, en su mayor parte editados en Flandes y los Países Bajos, eran, ciertamente, absurdos; las láminas en madera que los acompañaban representaban suplicios españoles e inquisitoriales imposibles, suspensiones por partes del organismo humano que no resistirían el peso del cuerpo ni un segundo, mentiras obscenas que un adarme de razón destruiría... Pues, de cierto, lo monumental del desatino fue parte a grabar más hondamente en las imaginaciones aterradas la visión maldita. ¡Cuando tales cosas las trae un libro! ¡Cuando se ven allí dibujadas!

Hoy que España, por sus pecados y por el empuje de tanta inquina, ya es árbol caído, ya no inspira emulación, es otro pueblo el que ve alzarse la tácita conjura. No soy ni dejo de ser «germanófila»: lo mucho y grande que debe a Alemania la civilización me infunde respeto y a veces entusiasmo: en Kant, algo creo haber aprendido; con Heine y con Wagner mucho he sentido; con

Goethe y Schiller he abierto el espíritu a la comtemplación de la hermosura. Todo ello, sin embargo, no influye para que en la presente sanguinosa pugna solicite y desee la victoria de los germanos. Ignoro--lo digo de buena fe, sencillamente--lo que, en el momento actual, más nos importa. Una nación ha de saber que, después del desenlace de la inmensa tragedia ponga la ley y se acreciente y magnifique y lleve la batuta en el famoso concierto; y esa nación no me parece aventurado suponer que será o Inglaterra o Alemania. Cual de ellas nos conviene a los españoles que quede encima, declaro que no lo sé. Hay argumentos en pro y en contra de cada una.

Francia no espero que puede hacer más que, si acaso, defensora. Que Francia es nación valerosa, y en ocasiones esforzadísima, y que tuvo epopeyas, parece superfluo proclamarlo. Que el valor individual, característico de los latinos, persiste en ella tampoco se discute. Que su ejército ha perdido cohesión y disciplina, desde la «debâcle» acá, no hay quien lo niegue. Sus virtudes económicas se firman; nunca fueron los franceses ni más laboriosos ni más industriosos; pero la población disminuye y el ejército no es modelo, en opinión de los técnicos en estas materias. De sobra sabían los franceses que no estaban preparados según correspondía; y hay que decir en su

elogio que, en general, han aceptado la fatalidad con grave resignación y están dando ejemplo de buena voluntad y de cierta disciplina social, muy diferente de las actitudes, primero fanfarronas y luego pesimistas y frenéticas, de 1870 y 1871. Yo tengo para mí que esta vez no hay Commune. El vergonzoso espectáculo fratricida ante el enemigo vencedor espero que en ningún caso lo dará actualmente París. Pero aun en medio de lo que enseñó a evitar la experiencia, el ejército francés se halla en circunstancias de garantizar suficientemente la seguridad de su patria. Quizás fuese otra cosa si hubiesen transcurrido seis u ocho años más, porque la reacción en sentido patriótico después de lamentables errores, comenzaba a acentuarse en Francia. Por eso, dicen, se apresuró el kaiser a jugar la terrible partida, a vida o muerte.

Ahora bien; antes de la exposición, que muchos juzgaban imposible, el engrandecimiento de Alemania le atraía la malquerencia universal. La exteriorizan el lenguaje de la prensa, la información, el grafismo; la descubre con caracteres de deslealtad, la actitud de Italia, estalla y chisporrotea en la campaña de difamación. Los periódicos, a porfía, relatan actos de ferocidad, de crueldad, de salvajismo, cometidos por los alemanes. No es aquí, en España, donde se quedan cortas las hojas volantes. Muy mala prensa tiene

Alemania en todas partes, pero la nuestra será de las peores. Antaño, y si de nosotros se tratase, serían libelos, folletos denigratorios; hogaño son las agencias, los diarios, los telegramas, restallantes. Los alemanes envenenan las fuentes, como se dijo que hacían los frailes allá en los tiempos en que refiriéndose a ellos, decía un parte oficial: «Prosigue el degüello en medio del mayor orden». Y no contentos con el envenenamiento fluvial andan en automóvil repartiendo bombones empozoñados a los niños franceses. Desnudan a las señoras y las escarnecen; a otras las empujan a culatazos; colocan a los prisioneros delante para que tiren sobre ellos los belgas; obligan al padre a presenciar el suplicio del hijo; se divierten en hacer blanco con cabezas, y en cortar las orejas a disparos de pistola; rematan a los heridos, deshaciéndoles la cara, en fin, cometen los atropellos más furibundos, y el comentario, que acude naturalmente a la pluma, es, cómo un pueblo tan impregnado de cultura, con tanto lastre de pedagogía y de filosofía y de crítica y de poesía y de música y de higiene y ciencia puede en un instante desmentir toda su tradición y proceder igual que las hordas de Atila.

Yo ya sé que la guerra desencadena el instinto. Se me alcanza que esta guerra, por parte de los alemanes, tiene que ser especialmente implacable,

brutal, llevada sin contemplaciones, en el sentido del rápido avance y la arremetida como de jabalí que sale de la selva a dentelladas; o mejor, como las manadas de elefantes que tan admirablemente describió Leconte de Lisle. Yendo derecha y disparada a su fin. Alemania prescinde de neutralidades, cañonea sin compasión las ciudades cuando le resisten, impone enormes contribuciones, establece un estado de rigor absoluto y de vigilancia violenta (igual tienen que hacer los franceses en París) y de seguro fusila por un quítame allá esas pajas. ¡Triste etapa, dolorosa consecuencia de estos colosales choques entre razas!

Pero otras imputaciones, las supongo «canards». según parece, también en las noticias de origen alemán no faltan. Leo que los belgas arrancan los ojos a los prisioneros y los fusilan después. Todo ello es del género abominable, y hasta del género increíble.

Debido al lastimoso estado de Europa, España rebosa de extranjeros. Madrid está, en pleno agosto, tan animado como en diciembre. No se sabe el paradero de algunos españoles de distinción, y alarma el que de su veraneo no hayan regresado más que de prisa. ¡La acusación de espionaje flota de tal manera en el aire, lo mismo en Alemania que en Francia! ¿Es una obsesión? ¿Es un delirio de la mente? Hay tantos que ejercen el arriesgado e innoble oficio. En suma, actualmente,

sólo en España, y si acaso en Portugal, se disfruta de una tranquilidad relativa, mientras los huevos, el carbón, el carburo, y hasta el petróleo Gal y otros artículos de perfumería suben, y la crisis obrera, latente, amaga, sin que se adivine el modo de ponerle remedio. ¡Salpicaduras!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

135

CRONICAS DE ESPAÑA

LA MUERTE DE PIO X*

JULIO LEMAITRE

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1914.

El estruendo... digo mal, el sigiloso avance de esta guerra inaudita ha suprimido toda otra preocupación en el espíritu público, y dos sucesos, que en otra ocasión hubiesen hecho gastar mucha tinta de imprenta y refundir muchos caracteres linotípicos, apenas dieron pasto a las conversaciones ni tela a los periódicos. La muerte del pontífice, y la de Julio Lemaitre, sobre todo, han pasado entre penumbras de indiferencia.

Verdad que Pío X, con ser un santo, no se contó entre los papas de mayor realce. Su papel social y político no puede compararse al de un León XIII, y,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 octubre 1914: 5. No recogido.

dentro de otra tendencia, al de un Pío IX. No tuvo ni la artística sugestión del segundo, ni la sagaz y universal previsión del primero. Pero, hay que repetirlo, era hombre de Dios, y la fragancia de sus virtudes ascendía como nube de incienso. Uno de sus últimos gestos tuvo el encanto de los tiempos jóvenes del cristianismo. No quiso enviar la bendición que Austria le pedía, en los momentos de declararse la guerra. Tal conflagración, tal desate de violencias, lastimaba su bondad, su compasión, su sentido de «paz y de concordia entre los príncipes cristianos» por la cual reza la Iglesia diariamente. «¡No quiero esta guerra--repetía--no, no la quiero!» El piadoso deseo nada pesó en la balanza férrea de Jano. Los ejércitos en marcha no retroceden porque un anciano, así sea el vicario de Cristo, no les bendiga. Pero ese anciano, que representa a Cristo, lo representa bien, al oponer todo su esfuerzo moral, todo el estremecimiento de su alma impregnada de humanidad, a la terrible contingencia que lanza a media Europa contra la otra media, o por mejor decir, a la mayor parte de Europa contra Alemania.

Tal vez, a no ser por la lucha armada, en que su país tomó la parte que sabemos, hubiese tenido probabilidades de ocupar el solio pontificio mi amigo el cardenal arzopispo de Malinas, monseñor Mercier.

Los méritos eminentes, en sabiduría y virtud, de este prelado, le hacían «papábile». No he visto hombre que más marcadamente ofrezca el tipo céltico de los belgas, franceses del norte, nada «gaulois». Y también a él la mundial pugna le arrancó gritos indignados, al ver en escombros su ciudad de Lovaina, donde tanto se desveló para la prosperidad y engrandecimiento de la universidad católica.

Monseñor Mercier, a quien conocí en su etapa de mayor labor en este sentido, cuando la exposición de 1900 reveló al mundo la actividad social de Bélgica (¡qué lástima de país!; lo que digo será poco gallardo, pero no debió meterse en resistencias, ya que nada iba con él) hubo de sufrir (vuelvo a referirme al actual arzopispo de Malinas) no escasa contradicción, por sus tendencias tan modernas y científicas, por su gabinete de psico-física experimental, que me enseñaba con íntima satisfacción, porque eran las alegrías propias del modestísismo y austero sacerdote. Como sucedió al padre Angelo Secchi, no había faltado quien se asustase de sus teorías, y le acusase de hereje o poco menos. Pero León XIII, el que protegió y concedió un observatorio dentro del Vaticano al autor de <u>La unidad de las fuerzas físicas</u>, supo distinguir igualmente al propagandista de lo que entonces se llamaba «socialismo católico» y no era sino un bien entendido ejercicio de

la caridad y la fraternidad cristiana, y bendijo su obra, y en memorables encíclicas la alentó. La corriente de los tiempos fue cada vez más favorable a monseñor Mercier.

Con su patria invadida, no se podía pensar en Mercier para la tiara, que hubiese ceñido, sin duda, con provecho de la cristiandad. Su corazón quedó profundamente contristado ante las ruinas de Lovaina, devastada por el cañón de estos vencedores que pasan como una tromba, y que de antemano han calculado el triunfo, como se calcula algo matemático, que no puede fallar. El imperio del planeta es para razas así. Me lo decía un oficial de caballería español: cuando en España se entrega a un reservista su uniforme para que lo conserve y lo tenga disponible al primer llamamiento, a los dos días, con el uniforme puesto, el reservista ara o cava, ahorrando otro traje. Y--añadía el mismo oficial--los alemanes conservan aún los uniformes entregados en 1871, después de la paz, y los presentan ahora, al cabo casi de medio siglo. Sabían que eran para el momento terrible, que tenía que llegar. Tan previsor fue su gobierno, que hasta les había dado también el alcanfor, para que el paño no se apolillase.

Y Julio Lemaitre, como en la otra guerra Próspero Mérimée, murió cuando iba a sufrir Francia la invasión.

Un literato, el más insigne, si fallece en tales circunstancias, puede estar seguro de que nadie se acuerda, por el momento, del santo de su nombre. Esta suerte corrió el autor de Los Contemporáneos. Murió en el campo, fuera de París, y su entierro fue de esos silenciosos y obscuros, hasta creo que sin discursos, ni cosa que lo valga. Y es que, sobre el interés de lo escrito, está, en lo presente, el interés de lo vivido y real. Ningún drama, así de Shakespeare, puede apasionar los ánimos como el que se está desarrollando ya ante la capital francesa.

Lemaitre, aun cuando no llegó a la altura de los que calificó de «monstruos divinos»--Víctor Hugo, Lamartine, tal vez Zola--fue de los escritores que abren surco y dejan huella en la literatura de un período. Acaso nadie representó con mayor derecho esa fase de la crítica y del arte que se llama el impresionismo y el diletantismo. Desde luego, formuló sus cánones y desenvolvió sus principios con incomparable maestría y gracia.

Nació Lemaitre a mediados del siglo XIX, en una aldeíta de Turena. Empezó sus estudios en un seminario, cerca de Orleans; los continuó en otro, cerca de París; entró luego en la Escuela normal superior, fue profesor en varios liceos y Facultades, y contaba 25 años, cuando empezaron a llamar la atención

sus primeros artículos de crítica en la Revista Azul. Publicó dos tomos de versos, y seis años después renunciaba a la enseñanza, no, como se ha dicho, para dedicarse a la crítica, sino para cultivar las letras en general, y probar fortuna en la novela y en el teatro. Ambos géneros creo yo que no perderían ni ganarían excesivamente, si Lemaitre no se hubiese ensayado en ellos. No así en el terreno de la crítica, que es lo personal y expresivo de su labor.

Esta se desarrolló en los folletones dramáticos del Journal des Débats, y anda reunida en varios tomos, bajo el título de Los contemporáneos.

Julio Lemaitre no tiene, que yo sepa, más biografía que la literaria. De su modo de pensar y de entender la vida, parece deducirse que no hubo en ella grandes pasiones, ni acontecimientos extraordinarios, salvo el íntimo conflicto de la conciencia que Renán, precursor de Lemaitre en bastantes sentidos, resolvió dejándose atrás su fe y sus anhelos espirituales, con un alarde de insolente alegría que le ha sido muy echada en cara, y Lemaitre, con una filosofía semi pagana, estilo Petronio--un Petronio a la francesa, porque Lemaitre es ante todo, galo hasta los tuétanos.

Para conocer y definir la mentalidad de Lemaitre, es preciso tomar muy en cuenta la influencia de Renán. Con un artículo severo e indignado contra el autor de

la Vida de Jesús, se estrenó Renán en la crítica, y poco después, no tiene Renán discípulo más brillante.

Lemaitre tenía el privilegio de la amenidad, pero le faltaba el de sugerir reflexión acerca del fondo de las cosas, revoloteando sobre los asuntos, tomando pie de ellos para deliciosas digresiones, derrochando ingenio y agudeza, nadie diría que procediese Lemaitre de la pléyade de los «normalistas», satirizados como pedantes de colegio, puestos en solfa a cada paso. Lemaitre realizó el ideal del cronista, excitador del pensamiento y de la literatura y de la inteligencia, pero ingrávido y mariposeador, en la forma.

Según el sistema crítico de Lemaitre, la crítica nunca puede aspirar al dictado de ciencia, pues como doctrina es vana, y sólo sirve para crear un arte, el de gozar de los libros, y, por medio de este goce, afinar y enriquecer la sensación. No se puede nunca procesar una opinión cerrada y dogmática: nada hay estable, y menos eterno: cambiar el mundo, y nosotros con él. Variando el espíritu donde el objeto se refleja, sólo podemos responder de la pasajera impresión.

El sistema, cómodo y grato, tuvo que reunir numerosos adeptos. Cualquier profano, el gacetillero más indocto, lo sabe practicar, escuchando su ligereza con tan ilustre ejemplo. Sólo que, cuando las cosas

son demasiado cómodas, hay que desconfiar. En la crítica, el tomar por modelo a Lemaitre, el seguir su doctrina, encierra peligro. No todos entienden la estética del goce, y los ignorantes y lerdos suelen gozar con lo peor. Ni hay tal goce; lo que hay es, en la mayor parte, el gusto de poner por las nubes al amigo, o pegar al enemigo, al antipático. El impresionismo, entendido por los que no están a la altura de Lemaitre, deriva hacia la aborrecible gimnasia de «palo y bombo», hacia un dogmatismo al revés, el de la opinión personal del crítico.

Si se buscasen efectos de contraste, ninguno como el que forman el insigne escritor que acaba de morir, y Miquel de Unamúno, de gran actualidad en este momento porque acaban de quitarle el rectorado de Salamanca, «ab irato» y sin petición de dimisión, como él dice en el Imparcial, en carta al presidente del consejo. Lo que pueda haber influido la política en este incidente, lo ignoro; lo que sé, es que Unamuno es de los hombres de mayor altura, fama y representación en la España actual, y, por lo tanto, su destitución ha tenido que causar sorpresa y sentimiento en los que amamos la gloria de nuestra patria, y la respetamos en los individuos que la encarnan, sea en el terreno intelectual o en otro cualquiera.

¡Cada vez son menos en número, ay! tales individuos superiores cuyos nombres conocen los países

extranjeros. Debemos cuidar de ellos, de ese patrimonio intelectual, pensemos como pensemos, y adviértase, que como Unamuno, siempre hay ocasión de pensar, porque yo se lo he dicho sin que le causase enojo, varían de día a día y de mes a mes, y de artículo a artículo sus dictámenes y sentires. En esto pudiera asemejarse a Lemaitre, Unamuno, el cual, siempre a caza de novedades noruegas o de misticismos ingleses, desdeña y no puede soportar a estos franceses atractivos, amables y escépticos. Unamuno es «ansí», y hay que dejarse ser. Ninguna figura más prestigiosa pudiera dirigir la vieja universidad, que ahora no ha de tener al frente ni a un retórico erudito, ni a un escriturario, ni a un humanista. Por su carácter y su talento y su labor, merece Unamuno todo género de consideraciones, y yo se las tributo además de amistad verdadera. Espero que ha de volver a su puesto, disipada esta nube, que ignoro cómo ni por qué ha podido formarse.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

136

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

¿No es cierto que esta guerra universal, pues de Europa rebasa, nos trae a mal traer, aun a los que en ella no tomamos parte? ¿No es cierto que al prolongarse tanto, cansa nuestra imaginación, nos produce la náusea de lo excesivamente horrible? ¿No es verdad que desearíamos olvidarla, pensar en otra cosa completamente distinta?

La macabra visión de los trenes atestados de moribundos y de muertos; la de los hacinamientos de carne alemana, abrasados en hogueras enormes, mal enterrados en fosas abiertas precipitadamente; el recuerdo de los hospitales, llenos de infecciones y de lamentos y de quejidos en tantos idiomas; la idea del frío, de las lluvias que llegarán, que harán más dura y mortífera la campaña; los cuadros terroríficos que a veces nos pintan en esbozo los diarios; pueblos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 25 noviembre 1914: 4-5. No recogido.

arrasados por el cañón, grupos de pacíficos habitantes llevados en rehenes o fusilados contra un muro, nos tienen como bajo el influjo de una pesadilla calenturienta de esas en que los males no se acaban... Sufrimos un empacho de carnicería: el olor de la sangre traído por la brisa--nuestra fantasía lo sugiere así, prescindiendo de la realidad--nos asfixia penosamente...

Y por ese instinto que mueve a desechar el dolor inútil; con un poco de ese egoísmo colectivo que desarrollan las descomunales catástrofes en las cuales cada uno trata de salvarse (material o espiritualmente) queremos creer durante una hora al menos que tantas desventuras no han sucedido en nuestra época; que pertenecen al porvenir o al pasado; y como no las podemos remediar, queremos olvidarlas, convirtiendo el pensamiento a lo grato, a lo suave, a lo ameno y riente de la vida. Procuramos crearnos un alma antigua horaciana que disfruta del rápido instante «¡eheu póstumo!», que dijo el latino), y, tapándose los oídos contra el estrépito de los combates, de la lucha de fieras, nos proponemos gozar del otoño que pinta de oro el boscaje y sazona los frutos y hace florecer las postreras rosas... Hablemos, pues, de rosas, de las rosas dulces y amigas, y que ellas, borren de la mente las imágenes de pavor y de espanto.

La rosa es toda flor. Al menos, la representa, la simboliza en nuestra fantasía poblada de reminiscencias clásicas, de estrofas, de coplas, de frases, de comparaciones.

Así como algunos críticos fijan la fecha en que la naturaleza empezó a entrar en la literatura, al gritar Juan Jacobo Rousseau: «¡Ah pervinca!»--el ingreso de la flor en los hábitos y costumbres elegantes pudiera partir del momento en que María Antonieta prendió las rosas de Trianón en el pico del terso escote, y las lució en jarrones sobre su tocador de mujer hermosa.

Era, sin embargo, muy antigua la fama de la rosa, emblema de la poesía y del amor, y más antigua aun su existencia en el globo terráqueo. No tan antigua, sin embargo, como la vegetación: en el período carbonífero, la rosa y su prima hermana la zarza, no había asomado, y las plantas estaban en armonía con las condiciones atmosféricas de aquella remota edad, en que tampoco el pie humano hollaba la superficie terrestre. Crecían con formidable frondosidad helechos, cicádeas, ciertas coníferas; era una vegetación enorme y rozagante, que no consentía a su lado ninguna otra. Cuando aquel hervidero de vida arrolladora y densa se calmó, cuando empezó en el mundo la proporción y la gracia de los objetos, nació la rosa. Una impronta fósil lo demuestra.

Así, los sabios botánicos, preocupados con el enigma de esta flor hechicera, han deducido que vino del hemisferio norte del globo terráqueo. Fundándose en la abundancia de especies de rosales capaces de mejora por el cultivo que de la comarca de Líbano y del Asia Menor vinieron, suponen que la rosa, como la más hermosa raza humana, procede del Cáucaso. Pero el problema que hace cavilar a los doctos en la especialidad, es si todos los rosales del mundo nacieron de uno sólo, o si en varias partes ha aparecido la planta, espontáneamente. Y he aquí cómo una flor tan gentil plantea las más graves cuestiones. La unidad de la especie rosa es como la unidad de la especie humana.

Sea lo que fuere, las rosas tienen abolengo. No se las puede incluir entre los advenedizos, como la camelia, que apenas cuenta dos siglos de renombre europeo, y ya casi va pasando de moda. Porque, en las flores, varía tanto la moda como en los sombreros y trajes de las damas. Hace pocos años han estado a pique de quedarse anticuadas todas las flores, destronadas por los follajes. Las plantas se estimaban por la hoja, de extraños matices. Y si la rosa no decae, si sigue siendo flor de alto coturno, se debe al esfuerzo y trabajo de los insignes roseristas franceses y belgas, que obtuvieron maravillas por el cruzamiento

y los semilleros. La rosa, como queda dicho, tiene una tradición, que se pierde entre las brumas del pasado. De rosas semidobles hacen mención Ateneo, Teofrasto, Heodoto y Plinio. Este excelente Plinio, amigo del estudio, de la paz y de la observación de la naturaleza, enumera muchas rosas conocidas en su tiempo, y entre ellas, la de cien hojas. Desde que existieron jardines--y ¡cúan viejos son los jardines en el mundo!--tal vez en los pensiles de Babilonia, la rosa hizo soñar a los poetas y a las mujeres, a las princesas lejanas y a los cantores de las noches de luna, en que el ruiseñor desgrana sus trinos. En Persia, desde tiempo remoto existió la rosa amarilla, ese globo aúreo que hoy nombran «persian yellow...»

Es de la erudición más familiar la que se refiere al papel de la rosa en la civilización romana... Nadie ignora que en los banquetes y orgías de Nerón llovían de los casetones de cedro de la bóveda pétalos de rosa, que venían a caer sobre las cabezas de los convidados, ya coronados de rosa y yedra... La rosa representa el placer, la embriaguez de la vida. Horacio como sabemos, no encontraba más defecto a la rosa que su breve duración; y lo mismo pensó siglos después otro lírico, Torcuato Tasso, que tomando por base lo fugaz de la hermosura y del existir, «il flore e il verde» aconsejaba que se amase, que se disfrutase del breve

momento del abril, que no retorna. Es de advertir que en tiempo de Horacio, la rosa era más deleznable que hoy. La conquista de la flor doble la hace durar por lo menos dos días enteros, en agua pura renovada incesantemente... Así se conserva un poco la «pura, encendida, rosa, émula de la llama...»

De los clásicos deducimos otras noticias curiosas desde el punto de vista de la floricultura, como por el testimonio de Virgilio sabemos que existían entonces las rosas llamadas remontantes, que florecen dos veces al año, y por el de Marcial, que habría en Roma algo análogo a nuestros invernaderos, puesto que en invierno abundan las rosas allí.

Pero vienen los bárbaros, se inicia la Edad Media, y la rosa deja de cultivarse, se pierde... Para restaurar su glorioso dominio es necesario que España sea invadida y subyugada por los sarracenos, y que en Granada y Sevilla y Córdoba haya califas y emires que quieran vivir entre jardines y surtidores de agua, donde se pasean las sultanas al caer la tarde, después del baño. Así, en Sevilla, en el siglo XIII se cultivan muchas variedades de rosas. Los cruzados traen a Europa la rosa de Damasco y la de Jericó, milagrosa, mística... En el siglo XVII, las rosas de China y de Bengala se desposan con las europeas, y de esta unión nacen variedades infinitas. En el XVIII,

empieza la rosa y su cultivo a ser un arte y una ciencia por la creación continua de variedades, a cual más encantadora. En esto descuellan los franceses y los belgas, los que ahora sufren el mayor peso de calamidad. Ver en la exposición de 1900 la instalación de algunos roseristas, era mágico. Sin cesar variaban y renovaban los rosales, a fin de no presentarlos al público sino en la plenitud de su esplendorosa florescencia.

Las tonalidades, los matices, las formas de algunas rosas, eran la belleza misma. Había un «Príncipe de Bulgaria», híbrido de té, que semejaba pintado por los dedos de la aurora; había una «Mistress W. Cutbush», que pasaba del amarillo pálido al rosa más vivo; un «Recuerdo de J. B. Guillot», que vestía de la púrpura encendida de un ocaso; un «Príncipe Napoleón» de diseño grácil y artístico, y un «Comendador Julio Grovereux», cuyas hojas de raso amaranto semejan caprichosamente desgarradas o picadas con tijera. Pero, sobre todo, admiré la que lleva el nombre de «La Francia», muy grande, muy doble, con follaje airoso y de un verde gratísimo (porque el follaje contribuye mucho al encanto de la rosa), y del color «rosas» típico, fino, con reflejos de plata, verdadera rosa de amor, de ensueño de juventud... El perfume de esta rosa es el más delicioso que he conocido.

Y como todo lo que veo me induce a pensar en lo que a España interesaría, las magníficas flores extranjeras me sugieren la interrogación ¿por qué no es España un país de gran floricultura, como va siendo Portugal? La variedad de climas y temperaturas de nuestro suelo, nuestra transición de la palmera al pino, caso que no se da en ningún otro país, dijérase que nos predestina a lograr, en este punto, una superioridad. No deja de haber en España establecimientos y casa que comercian en flores; no faltan suntuosos y amenos jardines, públicos y particulares; Barcelona, especialmente, los posee muy bien cuidados y ricos en plantas raras y preciosas. Con todo eso, es verdad que la flor, en España, no ha entrado todavía en las costumbres. Se me objetará que en Andalucía, las mujeres, jóvenes o viejas, se plantan en el moño su «rosita de olor»; que en Madrid se pirra la chula por los claveles, y pone en su ventana un tiesto de albahaca pomposo; y que tales aficiones revelan un instinto estético que fácilmente se desenvolvería. Pero la cultura de la flor, en general, es aquí primitiva: nos hemos quedado en la clavelina que se siega en el Levante como la yerba, y en la rosa té más desabrida, favorito adorno de las mesas burguesas y aun de las aristocráticas en Madrid. Artículo todavía de gran lujo, una decoración floral

algo delicada y escogida sólo está al alcance de los millonarios, y sólo sale a relucir en las fiestas de repique recio, bodas, bailes y banquetes de ceremonia. La idea de que la mesa del comedor ha de engalanarse con flores, no ha entrado en las cabezas de la burguesía; mejor dicho, no ha podido llegar a sus bolsillos, porque la flor en Madrid es carísima, y un puñado de la más común cuesta una peseta o dos, lo cual, para gasto diario, alarma, en la mayor parte de las familias atenidas a sueldos o pequeñas rentas. Las cercanías de Madrid, áridas y secas, no dan flor, y cuando se necesita cantidad viene de Valencia en el tren... Y la sonrisa de la flor es necesaria a la vida moderna, a nuestra alegría familiar. Por bien amueblada que esté una casa, por elegante que sea la instalación de los salones, si falta un largo violetero rebosante, una palmera en un ángulo, una begonia en su gran cubretiesto, hay no sé qué tristeza.

Lástima que en España la flor sea todavía un artículo de lujo... Quisiera que nuestras rosas, como las de Francia (cuando ¡ay! reina la paz en su suelo), fuesen embeleso y asombro del público en las exposiciones; y que aquí obtuviésemos también variedades nuevas, y les diésemos nombres castellanos: Cervantes, Quevedo, Isabel la Católica...

Sí deseo las rosas nacionales. La rosa, cubierta de rocío que se redondea en gotas fulgentes como

diamantes, es el espectáculo más humanizador, que más sosiega el espíritu, alejando de él el recuerdo porfiado, lúgubre, de tanta sangre, tanto incendio, tanta ruina...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

137

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1914.

España está sentada en su palquito presenciando, al través del velo de una niebla de informaciones contradictorias, el sangriento drama representado tantos escenarios a la vez.

Gran extrañeza le produce, por cierto, a España encontrarse así, simple espectadora--ella, tan hecha a desempeñar, en semejantes funciones, los de primera dama.--Sim embargo, y a pesar de la extrañeza (semejante a la del embajador turco, al cual lo que más le maravillaba en Versalles era verse allí), España no solamente no quisiera tomar parte en esta inmensa trifulca, sino que desea a todo trance la neutralidad, y por nada del mundo se aviene a que la compliquen.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 diciembre 1914: 4. No recogido.

La dura lección de 1898 ha dado sus frutos, y España ha aprendido que una cosa es de valor, otra los medios de ejercitarlo y desplegarlo. Sin elementos faltan o no están en proporción con lo que hoy exigen estas faenas prodigiosas.

España, que no cabe decir que no haya sido quimerista, si se creyese bien pertrechada, ningún horror manifestaría a la guerra. A pesar de las propagandas antibélicas, a pesar de todos los pesares, es seguro que su vieja sangre de los tiempos de Flandes y de Italia herviría tan fácilmente como la reseca sangre de San Genaro al alzar el sacerdote la ampolla milagrosa. Lo que creó en España la prudencia fue el desengaño. Las naciones que hoy no combaten es... ¿creéis que por mansedunbre, por humanidad, por pacifismo? Error inocente. Es porque no se juzgan en condiciones para salir airosas. Y algunas que no poseyendo grandes ejércitos, gran marina, han terciado en la contienda, lo han hecho, según dijo el portugués «muito contra sua vontade». Lo han hecho porque, como a Bélgica, les pusieron el cuchillo en la garganta: «O nos ayudas o te cortamos el pescuezo».

El hecho es tan constante y tan claro, que hasta me parece perogrullesco hacerlo notar. Unicamente sirve para deducir alguna curiosa consecuencia.

En la historia de España nadie ignorará que hubo un período muy esplendoroso, ejerciendo nosotros la

hegemonía en Europa, no sólo por las luchas en el viejo continente, sino por el descubrimiento y la conquista del otro. Nos atribuyen comúnmente los historiadores de ese período dos propósitos y objetos: en Europa, primero el afán de sostener a la Iglesia católica contra la reforma protestante; segundo, el de buscar, con la aventura, riquezas en los países descubiertos. Aquel es un fin ideal, o, al menos, espiritual; el otro, un práctico, positivo. Por el primero se nos ha calificado de fanáticos, inquisidores y además quiméricos; por el segundo, de codiciosos, groseros y ávidos. No se nos perdonó que mirásemos al cielo ni a la tierra. Nos pusieron, tres siglos arreo, de oro y azul, sin acertar, por otra parte, a definir cuál fuese nuestra característica, si el ansia de unidad religiosa, o el «auri sacra fames», que ciertamente no había esperado a que nosotros pusiéramos la proa de las carabelas hacia las «playas antípodas distantes» para hacer su aparición en el mundo.

¿Eramos, sépase de una vez, ladronzuelos de barras y lingotes dorados, de tejuelos y dijecitos, o locos místicos, disciplinantes de Semana Santa, que asábamos al que como nosotros no pensase? ¿Combatíamos por el «gaignage», por el botín, como los normandos que se lanzaron sobre Albión, o por la fe, como los hugonotes del norte de Francia. Y si combatíamos a la vez por ambas cosas, ¿cómo conciliar tendencias?

Siguiendo la serie de los interrogantes: ¿constituían esas tendencias una excepción sólo por nosotros representada, o fueron algo muy general? Y, llegando al término de la pregunta: ¿el tiempo que ha transcurrido desde los siglos XVI y XVII ha extirpado esas tendencias o tan sólo las hizo evolucionar, pasando de su forma ingenua y primitiva a otra en armonía con las necesidades y exigencias contemporáneas? ¿Es diferente hoy la humanidad, en lo esencial, de lo que entonces?

He aquí el problema que no plantea, sino resuelve, la tremenda lucha que se desarrolla. Extendiendo sus tentáculos, a manera de sangriento calamar, por las tres cuartas partes de Europa.

No fue ciertamente España ejemplar único, ni siquiera raro, de fanatismo religioso ni de sed de riquezas, ya que así se quiere calificar lo que tanto se le ha echado en cara, con farisaico rigor. Innumerables pueblos han tratado de imponer su religión, y ninguno, que yo sepa, de los que se encuentran preparados para la guerra, ha dejado de buscar en esta guerra el medio de acrecentar su riqueza y de subyugar a otros, substituyendo, si puede, con su personalidad la del vencido. La romanización eso fue, y nuestros lenguajes nacionales y nuestros Dioses peninsulares desaparecieron arrastrados por ella. Las

luchas entre Dioses son en realidad luchas entre pueblos, pues los Dioses encarnan lo más hondo, lo más íntimo de la manera de ser y de sentir.

Y en cuanto al «auri sacra fames», al ansia de acrecer la riqueza, baste decir que es el resorte secreto o visible de la actividad humana, puesto que si se trabaja es por vivir, y si se combate es por aumentar o la expansión colonial, o por anexionsar territorios, o puertos, o abrir mercados, y hasta por aniquilar al prójimo y al vecino, que hacen sombra para eso, para comerciar, ganar enriquecerse. Y lo mismo ahora que en los tiempos gloriosos españoles, y en los tiempos todos, el vencedor se lucra en una o en otra forma, con las contribuciones y exacciones de guerra, hoy más que nunca brutales, y hasta, en pleno siglo XX--¿pero acaso el curso de los siglos cambia la naturaleza y las necesidades humanas?--con el saqueo, el botín, los objetos de arte arrebatados, y cuantos modos violentos de adquirir se conocen. Octavio Mirbeau, en una novela titulada El Calvario, cuenta de un soldado voluntario, un intelectual, que haciendo centinela en una llanura solitaria, creyéndose abandonado de sus compañeros y olvidado allí, se pone a meditar en la esencia de las cosas humanas, y averigua que la clave es la lucha sin cuartel de todos contra todos, la ley de Darwin. Tal averiguación la teníamos

hecha muchos que nunca estuvimos de centinela, fusil al hombro...

Y casi afirmara yo, sin el menor conato de paradoja, que lo malo para España, por ejemplo, fue justamente carecer de ese afán adquisitivo que en tanto grado demuestran las naciones más encopetadas. Porque el hecho de que unos conquistadores que soportan las fatigas más rudas y realizan las proezas más increíbles, se ceben en llevarse unos puñados de oro, como botín (siguiendo la inveterada costumbre en tales casos), no implica especial avidez de riquezas en la nación que conquista. Las naciones verdaderamente ávidas proceden de otro modo. Extenúan de hambre a millones de hombres, como Inglaterra, para aventajar su industria y su comercio, y un día tras otro aseguran la expoliación, en forma eminente práctica. Si una raza indígena les estorba, la extinguen, como hicieron con las bellas tribus rojas del norte esos anglosajones tan humanitarios. Lo nuestro era juego de niños recogiendo conchas en la playa; porque nuestro defecto fue ese: no pensar en el mañana, no prevenir. Prodigamos sangre y energías, y otros recogieron el fruto. A bien que Dios es grande, y permitió que nuestra habla y nuestra raza cundiesen como los retoños de la oliva, en las tierras que nuestra espada aró profundamente.

Y nótese que esta ansia de riqueza, en vez de disminuir, aumenta continuamente en los centros y

territorios más civilizados. Me atrevería a decir que nunca fue tan general el fenómeno, y se comprende, porque nunca fueron tan apremiantes las necesidades de la humanidad; nunca mirándolo bien, se le hizo tan indispensable el dinero. Esto lo da de sí la civilización misma.

Para resumirlo en una cláusula corta, la civilización se hace con dinero. Dinero son las magnas obras de comunicación y saneamiento; dinero, las espléndidas construciones; dinero, la pedagogía intensa, fuerte, formadora de las naciones; dinero, la ciencia, con sus inventos y sus vigilias luminosas; dinero, la higiene, la salubridad; dinero, todo, hasta la propagación de la fe cristiana... ¡Lo más alto y lo más ínfimo (casi igualmente indispensable) se hace, ¡ay! ¡con dinero!

Acabo de cortar la última hoja de un libro que es un canto al dinero, y parece un poema de la civilización... Se trata de la última moda literaria, de una novela que ha obtenido un sinnúmero de ediciones, y lleva camino de ser traducida a todos los idiomas europeos, y quizá asiáticos. Se titula El Túnel, y su autor lleva el nombre, nunca antes traído a mis oídos por la vocinglera fama, de Kellerman.

Y esta novela, escrita con bastante arte, con una afectación de psicología y de realismo que al pronto

ilusionan, aunque el fondo sea un retroceso a las narraciones de ciencia barata del buen Julio Verne, delicia de los chicos de doce a diez seis años, hace unos cinco lustros, ha debido su éxito a lo bien que concuerda con las ansias y las aspiraciones del alma yanqui, orientada hacia la riqueza, obtenida por medio de gigantescas empresas, superiores, al parecer, a los medios humanos. Todos los personajes de la narración, excepto las mujeres, que buscan el amor, lo que buscan es oro, igual que cualquier soldado de Francisco Pizarro en el Perú. Sólo que no en balde ha pasado el tiempo; hemos salido de la infancia del arte, y ha de ser la civilización misma la que produzca el inmenso lucro. ¿Cómo? ¿En qué forma? El túnel entre América y Europa, creación de la mente del protagonista de la novela, Mac Allan, tiene que costar, no sólo millones de dólares, sino cientos de miles de vidas humanas, y una suma tal de sufrimiento, que causa escalofrío. Pero dolor y muerte carecen de importancia para Allan, sin que esto quiera decir que Allan sea una mala persona, un hombre sin entrañas, un bandido. Hasta le cuesta <u>El Túnel</u> la existencia de su mujer y de su hija, y aunque lo siente y lo llora con lágrimas de sangre, ni un minuto se arrepiente de haber inmolado tan preciosas existencias a la obra colosal. No se crea tampoco que Allan es un codicioso, que vive recontando

sus acciones y sus títulos de renta, soñando con lo que va a producirle El Túnel. nada de eso. Y, sin embargo, el dinero, mírese como se mire, es, no sólo el fin de su empresa, sino el aceite de su lámpara. No hay dinero, no hay obra.

Desde luego que la novela es pura fantasía. Aseguran los técnicos que no existe modo de construir semejante túnel, por el calor insufrible que en él reinaría. El autor previó sin duda la objeción, y habla largamente de ozonizadores y tubos refrigeradores. Pero así y todo, parece que es hablar de la mar. ¡No hay refrigerador que valga!

Lo cual no impide que la novela encierre la esencia de una civilización y de una inmensa colectividad humana,--no le llamemos raza, porque aseguran que sería expresarse impropiamente,--que se ha propuesto someter a las fuerzas naturales y aprovecharlas para extender y mejorar la vida del hombre. Y con este propósito, cuando más titánicas sean las empresas, más prestigiosas para el género de imaginación de los norteamericanos, que son en este particular lo que los antiguos tenorios fueron en lo infinito del alma, que se llama el sentimiento. Va este pueblo hacia lo que no sólo es grande, sino desmedido, descomunal, terrible. Por eso el Túnel, que es una invención caprichosa, es también una realidad

como símbolo. Si algún día se descubre el sistema de refrigerar, a la profundidad de 6000 metros, túnel tenemos de seguro...

Quiero insistir en que tales empresas no se acometen sino porque son negocios, y sería más que pueril, sandio el escandalizarse; tal vez valga más emprender y traficar, que dormirse en voluptuosa siesta al pie de un cocotero o de un naranjo florido...

Aunque algunas razas perciben, en lo hondo de su conciencia, que la vida es corta, y que si se mantiene y desliza sin grandes afanes no vale la pena de sudar tanto y arrastrarse, espectros tiznados de carbón, como los obreros del túnel...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

138

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1914.

Releyendo, entre otros libros, el de Juan Finot, que demuestra, las enfermedades y heridas de Inglaterra,--su decadencia en suma,-- me di a pensar qué más sucedería de lo que sucede si acierta a estar sana «la pérfida Albión».

Según Finot, las pérdidas sufridas por Inglaterra en el Transvaal son grave amenaza para su porvenir. El cuadro que pinta de la Gran Bretaña después de su lucha con los boers, es de fondo negrísimo. Sumergida su industria por la inundación alemana (¡ahí dolía, ahí!): crecientes los impuestos; recargado el presupuesto, antes tan equilibrado, que era modelo y ejemplo para otras naciones; en descenso la natalidad, hasta un grado alarmantísimo; en aumento la miseria, esa sórdida y lúgubre miseria inglesa que parece sudar hollín, y planteado el problema singular, (en medio de todo tan

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 diciembre 1914: 4. No recogido.

natural), de la formación dentro de la isla de dos razas, la de los pobres y la de los ricos y acomodados; éstos llenos de vigor, con recia salud y musculatura, los otros caquéxicos, desmedrados, embrutecidos por el gin... Nótese que, en otros países, y aquí está España, suele ocurrir lo contrario: los «señoritos» son los raquíticos, escrofulosos y musarañas (hablo, claro es, en general) por lo cual ha solido llamárseles «sietemesinos y destetados con agua caliente», mientras el pueblo, sobre todo el de los campos y aldeas, presentan magníficos tipos de humanidad, sólidos mocetones y viejos fuertes aún, a pesar de la frugalidad de su régimen alimentario.

Por eso, cada vez le es más difícil a Inglaterra encontrar voluntarios para el servicio que den la talla, y las dimensiones pectorales, habiendo llegado a pensarse en el servicio obligatorio, como remedio al mal.

Aparte de la degenaración física,--y ésta es, de fijo, la explicación de una guerra como la que estamos viendo, (ah, por fortuna, viendo, no)--Inglaterra se encontraba con la temible y creciente invasión industrial de Alemania y de los Estados Unidos. De éstos no se libra por ahora; de Alemania, se ha propuesto desembarazarse, cueste lo que cueste.

Para dar idea del conflicto, piénsase en que hasta la hulla, que parece lo más inglés, disminuyendo a

vista de ojos en la Gran Bretaña, en Alemania está en plena producción. En la exportación de riqueza mineral, en los aceros, Alemania le estaba soplando los mercados. Y el acero era una de las superioridades inglesas. ¡Qué tijeras y qué cuchillos! ¡Y la maquinaria! Alemania le hacía todo género de competencias. La marina mercante alemana le comía como suele decirse, la yerba bajo el pie a la del Reino Unido.

¡Es verdad que Inglaterra posee la India! Como Vasco de Gama en La Africana, puede cantar:

«Nostro e questo terreno fecondo
che l'Europa puó tutta arricebir...»

Pero parece que la rosa de Bengala tiene espinas, y no pocas. La India es un imperio de famélicos, un enorme cementerio, un ejército de moribundos, que comen tierra y yerbas para sostenerse. Un indio ha menester, viviendo humildemente, sesenta rupias al año, y no reune, bajo el régimen británico, sino veinte a lo sumo. Así menudean las crisis de hambre. Y a esta gente que se cae de inanición la explota Inglaterra, vendiendo, sacando tributos, arruinando su industria peculiar, para substituirla, y despoblando sus ciudades más florecientes.

Y como estado tan violento no puede durar (siendo un siglo cosa muy mínima en la historia), Inglaterra, que no es irreflexiva, tuvo que parar mientes en ello, meditar sobre lo futuro de sus destinos. Porque estos grandes pueblos directores no viven, como nosotros, sin plan ni programa, sin previsión de lo venidero, atenidos a la fugaz hora presente; estos pueblos (dígase en su elogio, pues siempre entre los más severos juicios históricos queda un lugar para la alabanza), tienen la conciencia íntima, no sólo de la nacionalidad, sino de la raza y su desenvolvimiento, y no conocen aquella dejadez latina, aquel voluptuoso «bebamos y gocemos, que la vida huye».

No quiero significar que no beben los ingleses... Hará dos días por las calles de la Coruña iban algunos trazando con los pies más jeroglíficos que un notario al firmar. Sólo que una cosa es beber y otra beber porque la vida huye. Estas razas entienden que la vida no huye jamás. Muere el individuo; la colectividad persiste, y el día de hoy se consagra a preparar el de mañana. La Gran Bretaña había visto lo que se le venía encima. Ante la absorción con que amenazaba el voraz organismo de presa de los Estados Unidos, empezaba a echar sus cuentas para cuando tal sucediese. Publicistas ingleses (sin alzar tempestades) pudieron escribir esta frase sencilla: «Si no queremos ser un

estado más de la Unión americana, descenderemos lentamente a la posición de Holanda o Bélgica ¿Qué importa que la hegemonía de la raza anglo-sajona pase de Westminster a Washington?» Y todo linaje de razones mercantiles y económicas apoyan la idea y hasta sale a relucir la urgencia de asegurar la supremacía del blanco sobre la gente de color, para lo cual se necesitan en estas grandes federaciones de Estados de incalculable poder marítimo e inagotables reservas económicas.

Hasta la paz universal nos promete a cambio de esta combinación. No se ve sino un inconveniente: que los Estados Unidos nada ganarían ya que tienen inundada a Inglaterra de sus productos.

Lo que precede, sirve para esclarecer el interés que Inglaterra ha perseguido de esta colisión, la más descomunal de la historia. Hacia el año 1850 todo se explicaba por la acción del oro inglés. Sería una puerilidad, pero medie o no el oro consabido--las relucientes guineas--sin intervención inglesa nada se guisa en el continente de Europa.

En esta ocasión, Alemania tenía bien demostrado que no deseaba la guerra, puesto que llevaba cuarenta y cuatro años de aplazarla; Francia menos aún, a pesar de todas las «revanches» del mundo; Rusia tampoco tenía prisa, ni cosa que lo valga; y Austria tampoco se

arrojaría al riesgo. La única potencia que ha visto en la guerra una solución, al menos temporal, es la Gran Bretaña. La competencia alemana desaparece, es lo verosímil; y (ventaja inmensa) Inglaterra logra desempeñar el terrible cauteloso papel del Ricardo II, de Shakespeare; recoger la corona aparentando no desearla... Las castañas, se las saca de la lumbre otras naciones, o por mejor decir: Inglaterra aparece «ayudada» nada más, cuando realmente su incesante labor y su lenta impulsación prepararon los acontecimientos.

De este cataclismo tienen que salir desechas Alemania, Austria, Francia--venza quien venciere.--Para Inglaterra todo será provecho, a menos que su escuadra, por caso imprevisto, sea destruída. En los mares se dirá la última palabra.

Y Alemania, según deduzco de las noticias, siempre confusas y contradictorias de la prensa, está llevando la guerra con un exceso de energía, raya no en ferocidad. No juzgo verosímil que tantos relatos de crueldades cometidas en Bélgica y en Francia sea invención; me hace fuerza la protesta de un varón justo como el arzobispo de Malinas; y también me es costoso convencerme de que un pueblo que lleva la enseña de la cultura de Europa, en estos últimos tiempos, proceda así, ¿Cómo conciliar dos hechos opuestos, sin negar uno? Tal vez admitiendo las aserciones de un profesor

que ha pasado recientemente tres años en Alemania, habla de ella con cariño y hasta con entusiasmo, pero declara que «es un pueblo "Parvenu", de origen salvaje, y cuyas costumbres, sólo me dio encubiertas por la civilización, son las mismas de sus tradiciones bárbaras»

Positivamente, la irrupción de los alemanes es furiosa, implacable, y recuerda la de sus antepasados, cuando se precipitaban sobre Roma y no dejaban títere con cabeza.

Cuéntase que los ingleses sienten por los alemanes antipatía y menosprecio, por ser los primeros más refinados y exigentes en todos los aspectos de la vida, más amigos de la mesa, y del confort, más elegantes, más gozadores de las cosas gratas. Ateniéndose siempre a las impresiones del mismo profesor, que se llama el Sr. Murúa, y parece persona imparcial, en Alemania se come mal y poco, y no siempre caliente. Cuando yo estuve allí, me sirvieron excelentes manjares; pero los hoteles de cierta altura son iguales todos, poco más o menos, en el trato, y yo no juzgaría nunca de estas cosas sin residir temporada larga en el país. Lo que sí recuerdo, es que en las estaciones nos daban sopas de maíz y «chucruta», que es berza ácida. ¿En qué se diferencian, pensaba yo, los viajeros que estamos despachando una pitanza humilde, de los aldeanos de mi

tierra, que con maíz y coles gobiernan su vida, siendo el extraordinario la carne de cerdo, igual también que aquí?

Alemania era muy pobre en tiempo de Napoleón, y sigue siéndolo en los días de su hegemonía, tan seriamente comprometida a la hora presente. Para combatir esta pobreza, se ha sometido a un disciplina nacional firme y constante, cultivando el ahorro y desarrollando febrilmente su industria y su exportación. Después de la lección de Jena, ha querido ser fuerte y potente por tierra y mar, y lo ha conseguido. Propúsose realizar el programa que le trazó Fichte, en una obra trascendental, y el país no protestó cuando le impusieron onerorísimos tributos, destinados al presupuesto de guerra: «Del estómago de sus abnegados súbditos, salen los ejércitos y los acorazados de Guillermo». Y esto lo alabo, como alabo que ese pueblo que castiga el estómago reúna en pocos días, por subscripción popular, más de dos millones de marcos, para reponer el primer zeppelin que ardió, y sobre el cual su inventor, el anciano conde Zeppelin, lloraba como un niño. Es hermoso el llanto del viejo patriota, que sólo aspiraba a engrandecer a su patria con el invento, y hermosea la cohesión de los ciudadanos que quisieron, con iguales propósitos, auxiliarle. Tal espíritu ha infundido respeto a las

demás naciones; y, a los individuos conscientes, deseo de imitación.

Y por lo mismo, y porque nunca hemos sentido fanatismo ni pasiones, en el asunto de la guerra, conservando la neutralidad de nuestra mente para dar su razón a cada cual, nos crispamos ante la dureza inútil de los procedimientos, que restará a Alemania ese ambiente de simpatía, cuya falta impide respirar, asfixia poco a poco.

La guerra es la guerra, convenido... No obstante, ni en la guerra hay por qué echar la soga tras el caldero. El pesimismo de la acción daña tanto como el del sentimiento y la mentalidad. Ni aun en sueños se pierde el hacer bien, dijo Calderón de la Barca; ni aun disparando con cañones y obuses se pierde el dirigirnos de suerte que no nos hieran a todos, no sólo al enemigo! Y al arrasar la catedral en que la Doncella de Orleans consagró a Carlos VII de Francia; la catedral, tan bella, que sólo en la nuestra de León encontró rival aquel milagro de encaje sutil, tejido por el amor y la fe, aquella flor gótica abierta a la luz del cielo por sus ventanales de colores, Alemania nos ha lastimado, nos ha magullado, a cuantos amamos la hermosura. En vano alegarán que lo hicieron sin querer... El pueblo de estatuas de reyes y santos yace por el suelo en añicos, y nuestro corazón de artistas

sangra. Nadie puede resucitar a una catedral muerta.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

139

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1914.

Tema de discusión, estos días es uno en que a primera vista, no cabe divergencia, por saltar a los ojos la verdad. Trátase del aspecto que presenta Madrid a consecuencia de la guerra.

Según unos, reina la mayor desanimación; los teatros apenas se deciden a abrir sus puertas, temerosos de la quiebra; la gente circula por las calles con cara de entierro y gacha la cabeza, el continente tristón; apenas se ven coches ni automóviles, la mayoría han sido puestos en venta por pérdidas y ruinas de los dueños; las tiendas van, a tener que cerrarse, a paso de carga; los cafés hállanse desiertos... Según otros; (y son los que están en lo cierto, a mi ver) Madrid nunca apareció más lleno ni más bullicioso, ni divertido; se circula difícilmente; el gentío se agolpa en las vías céntricas, si uno se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 5 enero 1915: 5. No recogido.

descuida, no encuentra localidades ni para los teatros, que ya funcionan en cantidad, ni para los cinematógrafos; las tiendas, este año no es fácil surtirse de Francia, hacen su agosto; y en cuanto a vehículos, son los mismos de costumbre, y forman igual maraña inextricables las tardes a la vuelta del paseo en la Puerta del Sol, deteniendo media hora a los ya impacientes por regresar a su casa, donde los espera la cena caliente y la amorosa chimenea...

La razón lo dice. Madrid, en caso de duda, siempre estaría más concurrido, siempre, tendría que ganar, al declararse la guerra en Europa, y al prolongarse tanto en Europa, y al prolongarse tanto y ramificarse en tantos países a la vez. De esas comarcas asoladas, profanadas, empavorecidas, amenazadas de incendio, miseria y peste, huye todo el que puede y a escape, sacudiendo por una temporada las suelas de los zapatos. El corazón de los fugitivos estará en su patria; intereses profundos les ligarán a ella; por cariño, por egoísmo, por mil móviles, la emigración les dolerá; pero ha sido necesaria; y, ya en España, (una de las contadas naciones donde la paz tiende sus blancas alas todavía), esos fugitivos, gente opulenta, ociosa, ¿qué han de hacer? Divertirse cuanto se lo permitan las circunstancias, y según su modo peculiar de entender el concepto de diversión... Los

aficionados al arte y a las antiguallas no se hartarán de recorrer tiendas de chamarileros; los «snobs» se dedicarán a relacionarse con la aristocracia, que en Madrid es muy fácil y abierta para la extranjería; los estudiosos pueden frecuentar bibliotecas y recrearse en el trato de eruditos y sabihondos: los reumáticos y enclenques disfrutar de un clima más benigno; y todos, en fin, pasar un invierno muy tolerable, ahora que Madrid cuenta con grandes hoteles, y tiene resuelto el antes difícil problema de los alojamientos.

Este elemento trashumante, que en otros años tranquilos posaba el vuelo en París, Niza o Biarritz, gastándose allí los francos, es indudable que traerá a nuestra vieja corte de los Felipes un poco de dinero y otro poco de aire de fuera, fresco y vivificante. Si nosotros fuésemos muy avisados, precavidos y laboriosos, ahora nos prepararíamos el porvenir, fomentaríamos el turismo, que tantos beneficios pudiera reportarnos. Pero, al transcurso de los siglos, no ha cambiado mucho nuestro carácter, ajeno a la condescendencia y servialidad que atraen al viajero y le retiene. además, carecemos de esa previsión del día de mañana, que dicta la conducta de hoy. Nuestra codicia no va más lejos del momento presente. "Ave de paso, cañazo". Y las aves de paso, si no se les da con la caña, pudieran volver a la siguiente primavera...

No se remedian estos defectos con un artículo. Lo sé de sobra. Con mil artículos, de distintas plumas, en varios periódicos, pudieran atenuarse; porque, al fin y al cabo, no deja de ser corregible el hombre y de aprender los hombres. Por lo menos, hay que suponerlo así.

Un ejemplo es la cuestión de la mendicidad callejera. Los mendigos parecían una institución nacional típica, de nuestro suelo. Cuando salíamos a viajar los echábamos de menos, nos faltaba algo, una nolestia que degeneraba en costumbre. A fuerza de clamores, hay ciudades españolas que, celosas de su cultura, han desarraigado la mendicidad. Ahí están, verbigracia, Sevilla y Santander. En Toledo no sé si lo habrán conseguido durante los cinco años que hace que visité por última vez la ciudad tradicional.

En aquella época, todavía perseguían al turista bandadas de chicuelos, pidiendo "un can quisú" que era su modo de traducir "petit sou". En Madrid, por desgracia, han sido infructuosos todos los esfuerzos para limpiar de roña las calles. La voz pública acusa a los alcaldes y a los gobernadores de muchas cosas, relacionadas con esta cuestión; pero yo creo lealmente que estos funcionarios y autoridades desearon, de todas veras, mientras su mando duró, corregir el gravísimo mal, y no es culpa si no lo han conseguido. En todas

las grandes urbes hay plagas semejantes a ésta del hampa mendicante de Madrid.

En Londres, barrios enteros pertenecen no ya a los mendigos, sino a los criminales profesionales, la policía confiesa su impotencia para resguardar la bolsa y la vida de los que bajan a tales infiernos.

En París, como nadie ignora, los bulevares exteriores están infestados de «odeurs» y de «chourineurs».

En fin, donde quiera se cuecen habas. La pobretalla de Madrid es más estorbosa que los apaches parisienses, pero más inofensiva en el fondo.

De todos modos, mucha falta hace, que la extirpen.

Todos estos extranjeros que han venido a refugiarse en «la tierra de las castañuelas» como nos llamó, sin amenidad, el turista Chatfield Taylor, poco antes de la guerra con los Estados Unidos (si fuésemos como los alemanes, diríamos que éste vino con propósitos de espionaje, porque realmente se fijaba mucho; yo no puedo quejarme de él, me ensalzó hasta las mismas nubes) todos estos extranjeros, digo, es muy probable que regresen a sus nidos lejanos llevándose grata impresión de su destierro entre los sáramatas [sic] de Iberia. No supongo que ninguno escriba las Tristes, entre otras razones, porque se van acabando los Ovidios aquí y en todas partes; tampoco me figuro

que, como el poeta, digan humildemente: «El bárbaro soy yo, puesto que no entiendo a estos bárbaros» pero, siquiera habrán averiguado que en España existe mucho digno de verse y admirarse, y que los ladrones a sueldo de los grandes de España, de los cuales habló con tanta gracia Dumas (padre), no existieron sino en la fresca imaginación de aquél vivísimo ingenio.

Cuantos extranjeros he conocido, abligados a residir en España por una circunstancia o por otra, se han sentido atraídos hacia nuestro modo de ser y nuestra psicología característica. El inglés Mackenzie Wallace, apasionado también de Rusia, sobre la cual escribió un libro, acabó por preferirnos, por desear vivir entre nosotros, por celebrar cuanto de nosotros procedía.

Pauloysky, el ruso, corresponsal del Novoie Wremia de San Petersburgo, (o de Retrogrado, si es fatalidad que hemos de acceder a tan ridículo cambio de nombre) había llegado a creerse español, y adoraba en todo lo nuestro aceptaba hasta nuestras manías, y nos colocaba muy por encima de Francia, en no pocos respectos, en letras de molde. El malogrado Boris de Tannenberg, ardiente espanófilo hablaba de nosotros con verdadera ternura, y si pudiese, residiría aquí en Madrid, donde recibió hospitalidad en casa de Castelar.

No digamos nada de Archibaldo Huntington, cuya devoción por España tiene algo de religioso, ni

prolonguemos esta lista, que siendo de intelectuales, tiene doble valor, pues tales amigos de España no vinieron a ella pensando en panderetas ni en toros. Hubo uno--alemán por cierto--que en su visita a la montaña de Monserrate, donde se alza el santuario de la Moreneta, y habiendo creído ver en las escuetas rocas las petrificadas figuras de los caballeros del Santo Grial, misteriosamente encantados y recordando que la acción de Parsifal se sitúa en España, dio por hecho que allí se erguía el castillo de Monsalvato, y su templo redondo, reproducción del de Salomón, con lo demás que en la leyenda se contiene. Y al encontrarse en aquel foco de vida espiritual y romántica, más allá de las aspiraciones presentes, que no rebasan de lo positivo y material de la prosperidad y el oro, el germano (cuyo nombre siento no recordar, pero que exteriorizó sus opiniones en una gran revista madrileña) se preguntó si no valía más el ideal sublime entre estoico y místico, de la raza española, que el de otras razas orgullosas de su superioridad presente. No se necesitan, declaró el escritor a que me refiero, tantas comodidades, tanta ciencia: necesítase, en cambio, un sentir y un soñar...

No diré si estoy conforme con estas impresiones, pues tengo la debilidad de aspirar a todo lo que nos engrandezca, y no por el espiritualismo tan sólo sino

por todo lo restante, y nos gane un puesto, a poder ser, el más eminente y señalado; recuerdo tan sólo la que observó en Monserrate un viajero porque sé que cuanto mayor sea la cultura y el refinamiento de los que visiten a España, más sentirán despertarse ese entusiasmo estético por el alma española, esa reverencia ante el pasado de un pueblo que ha sido, con Grecia, la nación formadora de naciones. Y ante este ideal poco les importará que les sirvan en el hotel un poco mejor o peor, y hasta desdeñarán gallardamente eso que se llama el «confort» y que se compone de muchas cosas no enteramente necesarias, de las cuales bien se puede prescindir por otras muy bellas.

Lo que no encontrarán en Madrid este año nuestros huéspedes de arribada forzosa serán fiestas ni saraos del gran mundo. La muerte del príncipe Mauricio de Battenberg, hermano de la reina Victoria, cerrará los salones más tonistas, imponiendo a los palatinos el largo luto de corte, que por esta vez no será puro formulismo, como cuando se muere un gran duque o soberano de remoto país. La reina no sólo sentirá profundamente a su hermano, a quien profesaba el más tierno cariño, sino que tardará en saber la fatal noticia, porque acaba de dar a luz y se la oculta hasta que se encuentre con fuerzas, restablecida. El día que se recibió en Madrid la noticia fatal, la reina había

estado preguntando ansiosamente: acaso un presentimiento le anunciaba la muerte acaecida en una batalla, una de tantas, cuyos detalles se ignoran, y angustiaban su corazón las cartas del príncipe recibidas en palacio, refiriendo cómo, de la brillante oficialidad que le acompañaba, en número de treinta, sólo quedaban cinco, y esos cinco él era uno... Las balas que habían atravesado ya su gorra de campaña, sin herirle, de esta vez acertaron mejor el camino y segaron en flor una vida juvenil.

Y en Madrid los salones no se abrirán hasta la paz, hasta la extinción del luto. Las embajadas, que eran centros de vida elegante, de sociabilidad, están envueltas en tristeza y las gratas intimidades que unían a estos extranjeros que desempeñaban altos puestos diplomáticos, se han convertido en hostil y huraña distanciación.

No me figuro que se reúnan, aunque sea para la sencilla cordialidad de una taza de té, en el rincón de la chimenea, en las habitaciones de confianza, las embajadas de Francia y de Alemania, de Inglaterra y de Austria, de Italia y Bélgica... ¿Las veis ofreciéndose un sandwich? No. De reojo se miran las damas del cuerpo diplomático, y están recogidas en sus residencias, esperando ansiosas el correo, puesto el oído a los ecos que vienen «de allá...», de lejos,

lejos... ecos de cañón, voces de dolor, acentos de ira...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

140

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1914.

A medida que se eterniza la guerra, y que la atención se fija en ella, comienza a fatigarse, recobran interés algunas cuestiones interiores, en los primeros momentos, olvidadas y sumergidas en la enorme vorágine del conflicto europeo.

Entre ellas, es el incidente Unamuno, la destitución del rector de Salamanca, realizada por el ministro de instrucción pública, fundándose en motivos que en nada afectan ni a la honra ni al prestigio intelectual del ilustre escritor y pensador.

Claro es que aquí hay dos problemas, o mejor dicho, dos aspectos por los cuales puede considerarse el caso: en primer término, el legal, dentro del cual no cabe discutir el acto del ministro, que tiene facultades y atribuciones para proceder como procedió; otro, el moral, donde empieza la discusión, que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 enero 1915: 4. No recogido.

naturalmente, gira en torno de la personalidad de Unamuno, y se tiñe con los matices de la opinión que de esta personalidad tenga formada el que discute...

Además, como ocurre frecuentemente, también el pleito se ha revestido de un carácter político, o cuando menos, apoliticado. En el congreso, los amigos del gobierno estuvieron en contra de Unamuno, mientras la prensa, liberal ha tomado su partido con calor--Y este nuevo aspecto de la disputa me obliga a mí a abstenerme de terciar en ella.--Me he propuesto huir como del fuego de la política. Me lo prescribe la más elemental prudencia. Me lo impone, además, el hecho tan notorio de que la mujer carezca de derechos políticos. Dada esta situación de la mujer, lo que haga en política tendrá que ser siempre un vuelo de gallina, un intento frustrado. El hombre (y hablo absolutamente en general, sin referirme en especial a nadie), no vacila en sevirse de la mujer para fines políticos, y la embarca, como ahora suele decirse, en protestas, en manifestaciones, en algunos actos colectivos que generalmente tienden a determinados fines, íntimamente relacionados con la política. Los partidos graves, conservados, tienen sus damas blancas; los radicales, sus damas rojas. Lo que no tiene partido alguno, que yo sepa, en su programa, es un artículo por el cual se pida y se conceda, llegado el

momento, los derechos políticos a la mujer. Y mientras un partido no abrace esta causa, no me inscribiré en sus filas. Sería peor delito: sería una simplicidad, el afiliarse sin esperanza ni objeto. La simplicidad fuera todavía mayor partiendo de una mujer que ha conseguido hacerse oír algo del público. ¿Ni aun las que están en este caso pueden gozar de la plenitud de la ciudadanía? Pues que se abstengan de buscar pan de trastrigo, y que vean claro en el juego del hombre, que es utilizar la influencia femenina cuando le conviene, sin otorgar a las mujeres otro puesto que el de comparsas...

He aquí por qué, en vista del giro que toma el asunto Unamuno, yo, que soy amiga y admiradora de este insigne y respetado maestro, prefiero no entrar en consideración alguna respecto a lo sucedido. «¡Absit!».

Y no se crea que, así como así, es tan fácil cosa mantenerse neutral. No les ha valido a muchas naciones europeas querer serlo, porque las han atropellado, y a mí sencilla célula individual, tampoco se me consiente mi serenidad de juicio y mi independencia de criterio; existe una tácita conjura para afiliar, no sólo a mí, sino a todos.

Lo primero que nos preguntan, en teatros, paseos, tés, de hoteles, visitas, tribunas del congreso: ¿Es usted germanófilo? ¿Es usted francófilo?

No vale repetir:--¡Pero señores, yo quisiera no ser «filonada», o «filotodo», que será más justo! Os abruman, os pinchan, os demuestran, en cinco minutos, que tenéis el más estricto deber de ser algo, y de serlo con rabia, con exclusivismo, con alma y vida! Unos sacan a relucir el orden social, comprometido si triunfan los franceses; otros, la cultura humana, la libertad, el derecho, representados por la victoria de los aliados... Y venimos a encontrarnos como aquel personaje de un cuento de Voltaire, al cual, en una hostería persa (creo recordar que así reza el texto, por más que no lo tengo a la vista), le constriñen a tomar partido por el carnero blanco o el carnero negro, parcialidades en que Persia se hallaba dividida, y que contestaba que cualquiera de los dos carneros le era grato, si lo asaban en punto...

El carnero asado en punto es para mí algo que por el momento es imposible definir; el resultado que pueda tener la guerra para España y aun para la humanidad en general. Lucha tan ramificada, de tantas naciones (aunque en realidad sólo combaten dos, Inglaterra y Alemania, Cartago y Roma, disputándose el dominio del universo), no consiente predecir su desenlace. Para desear ardientemente la victoria de una nación o mejor dicho de uno de los grupos de naciones habría que ser astrólogo. No sé leer en las estrellas.

Si se trata de simpatía, de conmiseración, de esa, confraternidad y esa piedad cuyas obscuras raíces se nutren de lo más íntimo y lo mejor de nuestro ser... entonces ¡quién lo duda! debe repartirse por igual ese don del cielo. Cuando se proyectó traer a España un contingente de 20 ó 30.000 heridos, procedentes, sin distinción, de todos los ejércitos beligerantes, la idea me pareció de perlas, y gustosa le hubiese prestado mi insignificante apoyo. Si España es realmente neutral, no tiene que averiguar la nacionalidad de un herido, sino si sufre, si ha menester ayuda. Nuestras bellas costas, nuestros salubres montes y altitudes, nuestros varios y con frecuencia deliciosos climas, son base para improvisar sanatorios, en los cuales se ejercitase la obra de misericordia y se cumpliese el deber humano. Sería una bella actitud para España, la de buena Samaritana, que recoge y cuida al que desfallece al borde del sendero. Y la presencia de 30.000 extranjeros, que se relevarían, traería a nuestra vida un fermento de nuevas ideas, de nuevos intereses. Ha sido lástima grande que no se realice tal propósito.

En cambio, las subscripciones parciales, en favor de una nación o de otra, no agradan. Sobre ser algo comprometidas para nuestra correcta actitud de neutrales, tienen algo de injustas. No diré que no

sean lícitas, y hasta tienen su explicación, como la que inició, en favor de Bélgica, la duquesa de Fernán-Núñez, que por ser princesa belga está en el caso de tomar esas iniciativas; pero yo hubiese preferido lo que no excluyese a nadie, porque si hay una cosa cierta, es que todos sufren, que la carnicería y el dolor revolotean como fúnebres cuerpos sobre todos...

Por lo demás, en mis crónicas he procurado seguir la impresión de los sucesos del momento, lo cual es ley de este género rápido, cambiante y actual. Por eso unas veces pareceré germanófila y otras francófila, no siendo ni ésto ni aquéllo, sino espectadora emocionada. Y voy guardando, en el mismo cajón, juntos, los artículos y cartas en que me maltratan porque indiqué verbigracia, que los franceses no estaban bien preparados para la guerra, o cosa por el estilo, y los que me motejan porque llamé vándalos a los alemanes cuando cañonearon la catedral de Reims. Mis simpatías personales, que son para Francia y Bélgica (para Inglaterra no tanto), no me quitan la vista ni la imparcialidad. Reseño y contemplo. Digo, ¡si me lo permiten los que por fuera exigen que nos declaremos en pro del carnero negro o del carnero blanco!...

Por fin, después de una crisis de pánico y de dificultades sin cuento, ha abierto sus puertas el teatro Real, foco y centro de la vida social madrileña.

No está tan brillante como otras temporadas, y cuesta más barato: salpicaduras de la guerra. En efecto; parece que el dinero va haciéndose muy escaso, raro y precioso; en los grandes hoteles Palace y Ritz hay un sinnúmero de extranjeros, pero la mayoría no recibe subsidios y vive apretadamente, a la expectativa de mayores males.

La primera ópera que he visto es Don Carlos, de Verdi. Casi retirada ya del repertorio, han venido a remozarla el arte de Titta Ruffo y de la diva, Sra. Capella. No la canta este año el rey de los barítonos, que había hecho una creación del papel del hijo de Felipe II. La Capella sí que se ha revelado al público ahora, con fulgores de astro, en el personaje de Isabel de Valois.

La obra, que musicalmente es de lo más fino y más sentido que instrumentó el viejo maestro italiano, tiene un libreto donde el disparate raya en lo absurdo. Exagerando las impropiedades y falsedades históricas de los dramas de Schiller y Alfieri, y llevando más allá que el autor del Haz de leña la leyenda de la España inquisitorial, tétrica y encorozada, el engendro a veces raya en cómico. Aquel marqués de Posa, cazado como un conejo a través de una reja, y aquel inquisidor que viene a decirle las del barquero a Felipe II--que no era hombre que se dejase poner la ceniza en la

frente ni por el mismísimo papa, lo cual le valió estar una temporada excomulgado, dato sorprendente para los que le juzguen por la historia barata, de manual y Larousse--son cosa reidera. ¿Y qué decir de aquella reina de España, que con toda libertad y solita vaga por jardines y criptas funerarias, corriendo aventuras de amor con su amado? Y ¿qué de aquella princesa de Eboli, que todo lo enreda, como en un vodevil? El episodio de esos amoríos, incestuosos, que según los estudiosos más detenidos y recientes, serían hasta imposibles, dada la constitución física y el modo de ser moral de don Carlos, degenerado y epiléptico, triste herencia que recogió de sus abuelas dementes, la madre de Isabel la Católica y la hija de la misma santa reina, tiene el don de inspirar en el arte las mayores extravagancias que desfiguran la historia española. De todos modos, Don Carlos no es una ópera vulgar. Hay en ella trozos y temas de sorprendente finura y misterio e ideas melódicas bellísimas. No se abusa del trompetazo y ciertos cuadros son grandiosos, como el de la plaza pública y el de la celda del Escorial, el «estrecho recinto» en que Felipe II quiso encerrar su hipocondría y su ascetismo.

También el teatro de la Princesa ha inagurado la serie de sus funciones con un estreno de Marquina Las flores de Aragón. Sabido es que Marquina cultiva el

drama histórico, en verso y que prefiere la época en que España era dueña de dos mundos. El asunto que ahora elige Marquina lo había tratado Lope en su comedia El mejor mozo de España. Son los preliminares de la boda de los reyes católicos Fernando e Isabel, y no lo encuentro, a decir verdad, ni dramático, ni cómico. Dramático no, porque ni suscita terror ni piedad; cómico tampoco, porque no se presta a la ironía, a la burla, al desarrollo del ingenio, como un cuento de Bocaccio o un donaire de Sancho Panza. Creo, pues, que esta vez el argumento no ha llevado en vilo a Marquina, no le ha dado medio de hacer algo que despierte profundo interés salvo en la escena de la reina viuda, muy bien representada por la Cancio. Por supuesto, el decorado y vestuario sustuosos, de gran efecto. María y Fernando saben hacer las cosas siempre con magnificencia.

Es cuando por ahora merece mencionarse en la temporada teatral que empieza. Un famoso cronista de un diario de la corte dice que España no tiene camisa, pero que por eso mismo, quizá, es feliz, al abrigo de su neutralidad y en su vida cotidiana animada, más bien bulliciosa. Es positivo que aquí se vive en un sosiego regocijado. El escepticismo frívolo, la falta de nerviosidad, nos deparan cierto bienestar, que no sé si me complace o me desespera. Quisiera vernos más

preocupados del enigma del porvenir... pero ¿quién sabe si la quintaesencia de la sabiduría es mirar sólo al presente?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

141

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1914.

Acaba de publicarse un libro que tiene para mí la virtud de impedir que impresiones de un año entero se pierdan en esa bruma del olvido que borra tanta parte de nuestra existencia y nos anticipa así la muerte.

Titúlase este libro Fiestas aristocráticas, abarca el período de 1913 a 1914, y es su autor D. Enrique Casal por seudónimo «León Boyd», cronista de salones del Heraldo de Madrid. En él se reseñan muchas bodas, saraos y solemnidades mundanas y artísticas, y se pasa revista a lo notable de la corte, en sus manifestaciones externas y regocijadas, en su brilladora cáscara, en que se confunden el oro y el similor.

Ha tenido León Boyd el buen acuerdo de no circunscribirse, en sus crónicas, a sólo una pequeña parte de la sociedad, la que se da a sí misma el nombre

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 enero 1915: 4. No recogido.

de elegante, y hace consistir la elegancia en un apartamento, en la estrechez del círculo en que se mueve. Esta parte de la sociedad se cree aquel delicado ápice fuera del cual no hay redención. Mil veces se ha procedido, en conversaciones y charlas siempre algo mordicantes, a disecar y analizar menudamente esa fracción, para aislar sus componentes, y como esto del análisis es cosa comprometida, han salido a relucir datos que prueban que la gente más selecta. Con todo eso, como las superioridades sociales no siempre obedecen a los dictados de la lógica, ello es que la crónica de salones siempre está dando y tomando con el tal círculo, y hasta a veces se afirma que este círculo manifiesta desagrado cuando la crónica menciona y ensalza a otros círculos y otras personas.

Ese círculo no siempre pide, según suele decirse, el bombo; también suele solicitar la reserva y silencio de la crónica; que se guarde el secreto de una «soirée» en pequeñito o de un «té bridge» con cuentagotas, porque así se eviten «piques» en los no invitados. No en balde aseguré, al prolongar Los salones de Madrid, del famoso «Montecristo», que el «salonnier» vale tanto o más por lo que calla que por lo que dice.

León Boyd, queda indicado, ha roto ese boqueo y exclusivismo de la gente ultrachic, dando cabida en su

libro a otros muchos elementos que verdaderamente integran el conjunto de la sociedad. El arte, las letras, la banca, la política, figuran en el libro a que me refiero, y prestan variedad e interés a sus páginas. El autor, que es un espíritu abierto y culto, ha visto ampliamente, y concibe la sociedad como la concebía, allá poco después de la Revolución, la famosa condesa de Montijo, madre de la emperatriz, y luego la concibió D. Antonio Cánovas del Castillo y su mujer, Da. Joaquina Osma. En estas dos casas se congregaba lo mejor de Madrid, en todas las esferas; allí se estaba seguro de encontrar lo que despunta y brilla, lo que por algún concepto fija la atención, la espuma, los estirados diplomáticos, las mujeres hermosas, los políticos de altura, las damas linajudas, los reyes de la finanza, los grandes poetas. Si a Madrid llegaba algún extranjero de distinción, también allí iba a parar. Allí se hacía y deshacía, se concertaban bodas, entretegía el amor su red de rosas púrpura, la chismografía hilaba su telaraña venenosa, la charla sazonada con ingenio se esparcía bullente, y cada invitado podía rozarse en la gente que le era grata o le convenía, para mil fines y propósitos diversos. De las palmeras de aquella «serre» y de los mármoles de aquella galería salieron ministerios y altos cargos.

Hoy no existe en Madrid un salón por este estilo. Alguna vez se dan bailes grandes; pero, un baile, ni

dos, ni tres al año, constituyen un salón. Un salón es un hábito, un centro, un foco continuo de sociabilidad. Y esto se acabó. Los salones desaparecieron, y han quedado las coteríes estrechas y exiguas. La sociedad se ha partido en aros delgados, como las remolachas zonales.

Y el caso es que nunca han despertado tal curiosidad ni tal expectación, lo que se refiere a la «high life», al «gran mundo». Esta curiosidad asciende de abajo arriba; mientras al susodicho gran mundo no le preocupa lo que acaece en la clase media; la clase media, hasta el límite en que se confunde con el pueblo, y aun el pueblo mismo, viven pendiente de lo que ocurre en la aristocracia, desde el punto de vista de fiestas, saraos, bodas, bautizos y otras solemnidades: lo que sale al exterior y entra por los ojos.

A la puerta de los palacios donde se verifican saraos o recepciones, agrúpase densa muchedumbre de curiosos. Yo los he visto desafiando la nieve, la lluvia, el cierzo duro del Guadarrama, con tal de entrever, al paso, una diadema fulgurando sobre una frente, la punta de un zapato de tisú de plata o el calado de una media sedeña, el relumbrar de un uniforme, y cojer al paso una exclamación o un fragmento de conversación, que se les figura pedazo de

la intimidad de aquellos seres privilegiados. La curiosidad se agudiza, los ojos se abren de a cuarta para mirar y admirar a las que un día y otro ensalzaron los revisteros.

Con acierto lo afirma León Boyd: la crónica de salones es de la secciones que logran más número de lectores en los periódicos. Y bien lo prueba el hecho de que los grandes rotativos tengan todos su cronista «salonnier», y sea uno de los redactores de preferencia, y no se ponga tasa al número de sus páginas, determinado sólo por la actualidad de las fiestas que describe.

Esta ansia febril de enterarse de lo que acontece en el gran mundo, asciende al grado máximo al tratarse de los reyes. Los reyes son la cúspide, la flecha aguda de la sociedad; a donde van, una multitud, benévola más bien, pero en primer término curiosa, se agolpa y se apretuja para verles, para beber su aspecto y su presencia, y sus gestos y la expresión de su semblante. Todo lo comenta, como si fuese lo más singular y extraordinario y digno de atención en el mundo.

No es tal curiosidad privativa de las clases modestas. A su vez, la «high life» no se sacia de ver a los reyes y al resto de la real familia. Se oye frecuentemente, en los bailes de Palacio, en las magnas

funciones caritativas y divertidas, a las cuales prestan los reyes el aliciente de presentarse en ellas (aunque sólo sea para dar una vuelta por los salones y encerrarse después en el comedor, donde contadas personas, el cuerpo diplomático y los dueños de la casa, tienen únicamente el derecho de acompañarles) el sacramental «¡ahí viene!» hace refluir hacia un punto dado a los concurrentes, y les mueve a situarse, jugando un tanto los codos, en primera fila, para que, al pasar, las personas reales se fijen en ellos, y les dirijan una sonrisa o una frase bondadosa.

En estos resortes psicológicos, que otros llamarían pequeñas debilidades humanas, está la clave del prestigio que ejerce, particularmente sobre los no iniciados, la revista de salones y sus epítetos elogiosos y halagüeños. Los informados conocen bien la significación de tantas bellezas, caballerosidades, grandezas y esplendores; ven el resorte que juega, soletran [sic] el sentido de las cláusulas. Naturalmente, cuando las revistas de salones han llamado hermosa, elegante, encantadora y sublime a una dama, por espacio de un cuarto de siglo, es positivo que, al cabo, estas cualidades no existen. No hay nada más frágil que la belleza y la elegancia. Un ingenio de la corte suele llamar, a las funciones que se celebran de día, y donde no hay más remedio de mostrar

la cara a la luz del sol, descubridor de engaños, "el ocaso de las diosas". A esa claridad implacable, las arrugas muestran su surco, las sienes su marchita lividez, los párpados su bolsa de fatiga, y los dientes... ¡De los dientes, más valdrá no hablar siquiera!

Y ¿va el amable revistero a suprimir de golpe y porrazo los calificativos, a decirles a las que ya son abuelas que su tiempo ha pasado? Por algo se dividen las beldades de salón en juveniles... y no juveniles. Continúan halagándolas, procurando conciliar la crueldad del tiempo con las leyes de la más delicada galantería, y dan lugar, a causa de esta persistencia, a escenas como la que me refirieron de un señorito provinciano, que, habiendo leído constantemente alabanzas de la gentileza de una dama que no faltaba a ningún sarao en Madrid, tuvo curiosidad de verla, y acudió al conocido sistema de apostarse a la puerta de un sarao, preguntando a un amigo que le acompañaba, y conocía el personal, cuál era aquella diosa. Y al señalársela el amigo exclamó, manifestando decepción profunda: ¿Y es esa la tan ponderada? ¡Si parece una cebolla!

Siendo los revisteros quienes distribuyen aureolas, nimbos, prestigios y reputaciones, gozan, en la sociedad más clanista y en las casas más cerradas e

inaccesibles, de franquicias y privilegios especiales. D. Juan Valera comparaba estos privilegios con los que poseían, en los "boudoirs" de las beldades del siglo XVIII, los almizclados abates que les traían la gaceta de la corte y las últimas modas. En realidad la comparación no es exacta.

El revistero de salones actual es un hombre serio y que conoce el mundo perfectamente aun cuando en sus crónicas tenga que olvidar esta ciencia, y envolver la realidad, no siempre dulce, en dulcísimas mentiras como las del poeta. Estricta necesidad del oficio, porque nunca como en una revista de salonerías es imposible que la verdad salga de su pozo desnuda y resplandeciente.

Los salones son algo convencional; pero este convencionalismo tiene su lado muy defendible; contribuye a la dulzura de costumbres, y crea un estado de afinamiento y cortesía, aun cuando, en este tiempo de deportes y automovilismo, andemos a cien leguas del tono, los modales y la distinción del reinado de Luis XV. En resumen, todo salón es sociabilidad, trato, finura. Yo confieso que a pesar de lo que en contra se dice y escribe, concurro con agrado a la sociedad. Ello suele sorprender a los que creen que no se puede leer por la mañana un libro serio o estudiar un punto de historia y por la noche asistir a un cotillón o una

comedia en una embajada. Sin embargo esto es lo que hicieron y hacen infinitos graves varones, políticos, estadistas, ministros, literatos como don José Echegaray, don Antonio Cánovas del Castillo, don Francisco Silvela, y don Eduardo Dato, actual presidente del consejo de ministros. También la frivolidad es necesaria a nuestra naturaleza, y hasta lo anodino tiene su encanto. Es el reposo.

Pero este año, indudablemente, no se disfrutará de este placer, en el fondo, tan sencillo. Los salones de Madrid están cerrados. Es la más insignificante entre las «salpicaduras» de la guerra. No deja, sin embargo, de influir en la crisis que viene sufriendo el comercio de lujo, de géneros elegantes y de fruslerías bonitas, abanicos, peinetas, adornos esprits. Los salones no se abrirán; no deben abrirse. Pequeñas desgracias. ¡Así no las hubiese mayores en esta terrible guerra! Y todo para que le digan a uno que el kaiser--enfermo ahora, tal vez gravemente, tal vez de fatiga,--no quería combatir, y que su pueblo le ha llevado, le ha empujado fatalmente...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

142

CRONICA DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1915.

Quien quisiese escribir un estudio literario titulado «El cura en el teatro moderno» podría añadirle estos días dos páginas curiosas: el melodrama de Arniches La sobrina del cura, y el drama de Linares Rivas La garra, ambas estrenadas recientemente.

Estas dos producciones, tan distintas, son francamente favorables a la clase sacerdotal. El párroco que nos presenta Arniches, es un héroe, un santo. Y el presbítero de Linares Rivas, una excelente persona, sin otro defecto, si cabe llamarle así, que el prurito de exponer con alguna franqueza sus opiniones. Hasta de ese prurito se corrige en el curso del drama, convencido al cabo, de que no hay mejor palabra que la que está por decir, y de otro axioma: que hay que saber delante de quién se suelta la lengua.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 febrero 1915: 4-5. No recogido.

La obra de Arniches me entretiene muy agradablemente. La parte melodramática sirve allí tan sólo de pretexto para las escenas cómicas de buena ley, regocijadas y llenas de «bonhomie». El ambiente, de pueblo de Castilla, es gracioso, y ostenta ese barniz de realismo de que hoy no cabe prescindir si se ha de atender a las exigencias de verdad (siquiera apariencial) en el arte.

La garra, de Linares acata igual precepto: como que La garra misma es eso, un ambiente, la fuerza de la opinión, en torno del individuo. Como Galdós en Doña Perfecta, Linares ha situado su drama en una ciudad levítica, y echado sobre este carácter de la ciudad el peso de la culpa de cuanto de malo sucede a los personajes. Yo creo, sin embargo, que el conflicto de La garra sería el mismo si ocurre en Madrid, donde no se admite, al menos en medios sociales algo elevados, y ni aun en la clase media, la legitimidad y autenticidad de un matrimonio, viviendo la primera mujer del cónyugue, y no habiendo sido disuelta canónicamente la anterior unión. Claro es que casi todos los dramas, para que el argumento se desarrolle de un modo eficaz, hay que admitir las premisas que sienta el autor. Mas para convencernos de la necesidad de lo que en el drama ocurre tienen esas premisas que parecernos posibles, verosímiles, no tratándose de una creación de pura

fantasía. Y--con todas las reservas que impone el talento del autor,--esto no me ha sucedido en La garra.

Concretemos un poco las objeciones, razonando el por qué de mi disconformidad.

Para hacerlo, tengo que reseñar el argumento.

Un caballero nacido en España, pero de nacionalidad norteamericana, el marqués de Montrove, se ha casado en una ciudad que se parece mucho a Santiago de Compostela, con una señorita ilustre, guapa y rica, Sol de San Payo. Han vivido largos años felicísimos, y tienen dos criaturas. Un día, cuando se disponen, con buen humor y júbilo, a concurrir a un brillante baile de máscaras, llega un sujeto que ha sido amigo del marido cuando éste residía en América, y en un instante de ligereza descubre el secreto: el marqués de Montrove estaba ya casado por allá; se ha divorciado, pero su primer esposa, unida a su vez con otro, no ha muerto. Canónica y religiosamente hablando, no tiene el marqués de Montrove más esposa legítima que la primera.

Como una bomba cae la noticia en la casa y en el círculo íntimo de amistades, y desde el primer momento los padres de Sol, su tío, el cardenal y otros personajes episódicos no hallan más solución al problema que la eterna separación de Sol y del marqués, sin que jamás vuelvan a verse, ni ver el padre a sus hijos. Y, ante esta actitud de completa

intransigencia, sin vislumbre de arreglo ni de esperanza alguna, el marqués de Montove se suicida en escena de un tiro.

No es fácil admitir que las cosas, (aun en el ambiente más rígido y puritano), hubiese pasado así. Y no siendo fácil, cae por su base todo el edificio de la tesis.

Cuesta trabajo suponer unos padres como los de Sol San Payo. Dada la desgracia de que un hombre proceda como el marqués de Montrove, y funde su hogar en la superchería, aun cuando el móvil de la superchería sea el amor más fino, apasionado y violento, si ese hombre durante once años se ha conducido como el mejor padre y esposo, y unos niños inocentes han venido a estrechar el vínculo, los padres de la esposa no suelen pensar, en primer término, sino con arbitrios para atenuar lo cruel de la situación; y si constituyen una familia influyente, de relaciones sólidas en el mundo eclesiástico, con un cardenal entre su cercana parentela, se les ocurre, naturalmente, acudir a la Rota, y al Pontífice y hasta al sursum corda, para desatar en nudo gordiano. De esto conozco ejemplos muy recientes, y a los padres de Sol San Payo, tengo para mí que no les fuera imposible disolver el primer matrimonio del marqués. Por lo menos, era lógico que lo intentasen, antes que dejar a su hija con la vida

truncada y espurios a sus nietos. Tampoco es verosímil que aquel marqués de Montrove, que oculta la verdad tan cuidadosamente para casarse con Sol, que se hace pasar por soltero, que pone en suma, la mentira al servicio de su posición, se muestre tan partidario de la veracidad y confiese desde el primer momento paladinamente lo sucedido, que en tal momento, tenía obligación de ocultar, hasta parar el primer golpe de la suerte y evitar bochorno y dolor a seres queridísimos. Entonces, el engaño sería piadoso, tanto como el primero fue impío e inexcusable.

Con razón increpa Sol a Montrover ¿por qué la engañó?

Y un engaño, désele las vueltas que se le dé en el bello fraseo pasional, es siempre un engaño, y produce diminución moral en quien lo emplea. Por eso no interesa Montrove lo que interesaría si fuera una víctima de la fatalidad, como don Alvaro, el de La fuerza del sino.

Tampoco el suicidio le redime, al menos en mi opinión. Antes de suicidarse, de dar por perdida la felicidad, el hogar, el amor, que poseía, debió acometerlo todo, luchar valerosamente. Con su mentalidad de norteamericano, con la convicción de irresponsabilidad que descubren sus razonamientos, no se concilia tan desesperado acto.

He aquí por qué no acabo de persuadirme de que los sucesos tuviesen que ir como los expone el dramaturgo; y esto en comedia de tesis, es inconveniente grave, pues si los hechos escuetos y que nada demuestran son porque son los hechos concatenados para probar algo, lo deben probar, y cuanto más lo prueben, mayor será la fuerza de la obra de tesis, en apoyo de esa tesis misma.

Aquí la tesis del Sr. Linares parece el divorcio, y excuso decir que los autores dramáticos franceses la tienen casi agotada. En España, hace más de treinta años, la trató en El nudo gordiano, Sellés.

Prescisdiendo de la cuestión de conciencia para los católicos, yo diría que el divorcio, socialmente considerado tiene por lo menos tantos inconvenientes como ventajas. No ha de negarse que hay corrientes en su favor; pero algo significa la sospecha, recelo y frialdad con que suele mirarse a los divorciados. No es, por cierto, unánime, en tal cuestión, el criterio de la sociedad, y en España, sin necesidad de que el ambiente sea el de Campanela (mucho más rígido que el de la Compostela auténtica y real), el divorcio no tiene partidarios, ni aun entre los hombres de tendencias radicales. Los hechos existen, y no hay comedia ni drama que lo retruequen.

Digo que el ambiente de Campanela está exagerado, en sus tonos sombríos y de cerrada intolerancia, en su

carácter inquisitorial (según entiende esta palabra el vulgo). Yo he vivido años en Campanela o Compostela, y si, como en toda ciudad que tiene catedral y arzopispo, dominan esos elementos, no ejercen tal tiranía en lo privado. La "garra" es apenas una mano prelacial, más flexible que dura, que rige algunos aspectos de la vida, que influye, con explicable influencia, generalmente conciliadora.

Aquel señor, dignidad de la metropolitana (creo recordar que es doctoral), aquel magistrado que sale en La garra, tampoco son seres de carne y hueso, sino abstracciones de una idea. Los doctorales y los magistrados que andan por el mundo, no acostumbran empeorar la situación en las casas de que son fieles y casi fraternales amigos. Al contrario. Con toda su doctoralía y su magistratura, echan el capote, valga la frase; tratan de dulcificar los trances amargos. Esto es lo que sucede, a no tropezar con gentes que tengan un alma de hueso de dátil.

Se me dirá que en el drama de Linares el divorcio no es la tesis única. Existe otra más difusa, la del espíritu contra la letra, de la realidad íntima contra el convencionalismo social. En esto ya hay más que heñir, (si bien no tanto como parece a primera vista). Si se tratase de demostrar que no deben existir leyes ningunas, o que las existentes han de derogarse según

la necesidad actual del indiviudo, (que vendría a ser como no haberlas), claro es que ni por un minuto debiera tomarse en serio la pretensión. Desde que la especie humana apareció en la superficie del planeta, desnuda, inerme, salvaje, conoció leyes, si no escritas, verbales y consuetudinarias; y después de discurrir algo, he venido a dar en que aquello que siempre ha sucedido, tiene mil probabilidades de continuar sucediendo. Si se dice que las leyes admiten cambio, evolución, mejoramiento, tampoco se hará sino afirmar una verdad sencilla y palmarla. Y se añade que lo peor de la leyes es cuando ni se acatan ni se cumplen (en España, el caso más general), también estaré conforme.

El padre Muiños, que en la obra de Linares aboga con su persona y su palabra inspirada por lo que llamaré libre espíritu, entiende que deben juzgar a los que tienen hambre otros que la tengan o hayan tenido, y a los que sienten amor los que lo sienten o sintieron también. Según eso, al asesino le debiera juzgar otro asesino, y al ladrón un ladrón. La consecuencia, aunque violenta y tirante, es lógica.

El error, en estas cuestiones, es no ver que cada hombre es un caso, y cada caso es distinto. Por eso ¿quién lo duda? los jueces no deben ser de caoba, como el señor doctoral y el magistrado que todo lo arregla

citando artículos del código, sino gente natural y viva, que se ponga en la razón de cada cual, y que juzque serena y caritativamente, sin necesidad de juzgar en causa propia. Tampoco he llegado a persuadirme de que sólo por exponer con algo de viveza y libertad sus opiniones, no siendo éstas heréticas, ni desdiciendo del respeto que los superiores exigen de los subordinados, y que en algo recuerda, dentro de la iglesia, la disciplina militar, se vea tan acosado un sacerdote, como muestra estarlo el simpático y candoroso padre Muiños. Con este motivo, la figura de Mosén Cinto Verdaguer surge ante mí. Perseguido fue el ilustre autor de la Atlántida; pero había hecho cosas que, sin ser malas, y hasta derivándose de la inspiración del Evangelio, podían causar extrañeza y escandalizar, y él que era humilde, muy franciscano, lo reconocía. Nada semejante sabemos del padre Muiños. Yo no creo que, por lo que del drama se infiere, ningún obispo le quitase las licencias. Es probable que hasta le estimaba su prelado, sin dejar de amonestarle si se le iba la lengua.

Desde luego, mi aprobación está con los sinceros, con los puros de corazón, con los buenos, con aquellos en quienes andan acordes el pensamiento y la palabra. Pero se me figura que todas estas cualidades no son incompatibles con vivir en paz, ni en Campanela, ni en

parte alguna; si el que las posee tiene un poco de tacto, pequeña y necesarísima condición para arreglárselas en este pícaro mundo.

Y ahora noto que la obra del Sr. Linares, al sugerir éstos y otros puntos de vista, que por brevedad omito, al dar lugar a animadas discusiones, tiene ya ese mérito; no es algo anodino vulgar, como tantas comedias que se estrenan por ahí. Al contrario: creo que llevará mucho público al teatro de la Princesa, en que la representan a la perfección y la representan según costumbre, y es cuanto cabe decir. Resumiendo, pues, mis impresiones de la noche de estreno, hallo que esta obra es de lo mejor, y tal vez lo mejor, que ha producido Linares Rivas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

143

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

Sigo recibiendo por correo (en especial procedentes de América) cartas indignadas y contradictorias. En unas, nace el enojo de que he dicho algo desfavorable a los alemanes. En otras, de que he dicho algo para los aliados poco lisonjero. Y dentro del cajón donde las guardo juntas, suena un rumor como las garras y dientecillos. No es ningún ratón doméstico, «ridículus mus». Es que las cartas se arañan y muerden entre sí.

Pero, señores incomprensivos (no se dirá que no busco una frase discreta), ¿cuándo habéis de haceros cargo? ¡Mirad que es el sexto sentido, el hacerse cargo, el admitir que puede haber quien no piense exacta, matemáticamente, como nosotros, y ese quien está en su perfecto derecho!

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 marzo 1915: 4-5. No recogido.

A mí me ha placido (sería ordinario escribir que me ha dado la gana) permanecer neutral en esta nunca vista y descomuncal contienda. Yo no tenía sino motivos de gratitud para Francia. Yo también debía a Alemania (hablo, claro es, del elemento intelectual de ambas naciones) muchas y reiteradas pruebas de estimación hacia mi labor. Yo sentía un dolor muy grande y una conmiseración muy profunda hacia los sufrimientos de todos los beligerantes, porque, cuando hay heridas, muertes, no sé colocar la compasión del lado en que se aspira o no se aspira la hache. Si anduviese por España metida en la danza reservaría, y es natural, el primer lugar en mis sentimientos para ella. Siendo neutral España, neutral me quedo.

Claro es que teniendo ojos y discurso, hay momentos en que he de reprobar a una nación y apiadarme particularmente de otra. De Bélgica me he apiadado. Yo creo que Bélgica hizo mal, para sí misma, en tomar partido en esta lucha. Cogida entre los topes de dos formidables y enormes máquinas de destrucción, careciendo de medios para resistir, no teniendo agravios de nadie, su actitud indicada era la pasividad. La invasión que la amagaba tenía un origen estratégico; no iba, realmente, contra su independencia nacional. A fuerza mayor no hay resistencia. El heroísmo es cosa bellísima, cuando brota al choque de ofensas y necesidades.

Nosotros, el año 8, fuimos heroicos hasta lo sublime; pero si hubiésemos podido evitar, sin afrenta y vergüenza, tanta sangre y tantos horrores, debiéramos haberlo hecho, y no por eso seríamos cobardes. Bélgica, cualquiera que sea el resultado de la guerra, ha soportado un calvario. Ha visto arrasadas sus ciudades. Ha visto su territorio asolado. Y conjeturamos que si los aliados vencen, la compensación de Bélgica será prudentemente mermada por la siempre cauta y «pérfida Albión».

De este interés que me inspira Bélgica y mi sabio amigo el cardenal Mercier, no se sigue, repito, que haya de alistarme entre los germanófobos por sistema. Está aún sin depurar (y sabe Dios cuándo se depurará) la verdad de los relatos terroríficos que la prensa pública, acerca del modo de hacer la guerra que tienen los alemanes; es necesario que sepamos a ciencia cierta si en efecto se comen los niños crudos, y si sólo ellos se los comen. Cosas parecidas se refieren de los rusos en Galitzia. Parece que ahorcan mujeres, por no gastar municiones en fusilarlas. Y véase como hay que llorar por todos, pedir por todos, escuchar el quejido de todos... Y todos eran grandes pueblos, factores esenciales en el conjunto de la civilización. ¡Qué atractiva, qué amable era Francia, la luminosa! ¡Qué fuerte, qué consciente, qué vigorosa, Alemania! ¡Qué

jardín aquella Bélgica! ¡Oh Belona cruel, la de los senos de bronce!

La guerra, en Madrid, empieza a fatigar la atención. A menos que problemas del orden económico obliguen a pensar en el crítico momento que atravesamos, se procura olvidar la pesadilla. Hay momentos en que se leen los partes como se leería el relato de un historiador, que narra sucesos pasados. La situación se eterniza, y no se puede vivir tanto tiempo con la respiración suspensa y los ojos fijos en lo que ocurre fuera de casa.

Cada cual suspira, coge su azada, y se dedica a dar una vuelta a su huerto, aunque de cuando en cuando vuelva la cabeza y enderece la oreja, al lejano retumbo del cañón. Tapando los oídos, yo me he puesto a pensar en el Greco, después de leer el discurso en que el conde de Cedillo, en Toledo, en el seminario conciliar de San Ildefonso, expuso su tesis acerca de «La religiosidad y el misticismo», en las obras del insigne Theotocopuli.

El Greco, en estos últimos años, viene siendo la obsesión de no pocos artistas, el maestro que imitan más, o menos declaradamente, aunque no falta quien susurre que esta moda va decayendo un poco. Uno de los primeros devotos del Greco, solemnemente oficiante en su altar, fue Santiago Ruseñol, [Rusiñol] el poeta y

pintor catalán, que en su original y poética residencia del Cau Ferrat, en Sitges, inauguró este culto grequista, y hasta sacó en procesión por las calles algunas obras del maestro. Vino la consiguiente alza en los precios de los Grecos, la «razzia» de sus cuadros en olvidadas iglesias y solariegas casonas, los libros, como el de Cossío, consagrados a estudiar la vida y obras del singular artista, y los estudios parciales que abarcan un aspecto de su genio; y, lógicamente, vino también la apoteosis, con motivo del tercer centenario de su muerte. Hoy el Greco, discutido y todo en la parte técnica, se ha colocado al lado de Velázquez, y por encima de Murillo. Habría mucho que dilucidar en todo esto, pero los que sentimos con intensidad artística, conservaremos al Greco en nuestro corazón, porque ha sabido herirlo con un dardo. Más que los ojos, es el espíritu lo que se inclina ante, el autor del Entierro del conde de Orgaz.

El Greco es un veneciano al principio, un ibero después. El conde de Cedillo ve en él a un hombre del Renacimiento: yo veo al último hombre de la Edad Media, aunque también sea, en efecto, un bizantino.

Créese que, después de larga residencia en Italia, el cretense Doménico viniese a Toledo hacia los años de 1575 ó 76. Ya no residía allí la corte, ausente desde tres lustros atrás; pero «la imperial Toledo»

encontrábase aún en todo su esplendor, descrito por el conde de Cedillo con vivos colores. Populosa y rica ciudad, era la capital eclesiástica de España, y uno de los grandes centros religiosos del orbe. Rebosaban gente las iglesias, la soberbia catedral. Un historiador dijo de la de Toledo de entonces que, dentro de sus muros, parecía de continuo Semana Santa. El ambiente actuó sobre la exaltada sensibilidad artística del Greco. Y así, en su obra, por trescientos sesenta y ocho religiosos, encontramos «uno» de historia clásica.

Pintor religioso lo era ya antes de venir a España; pero sus cuadros, inspirados en la escuela veneciana, son profanos, como los del Veroneso, en su ejecución y en su composición. Poco tienen de místicas las ideas que despiertan las santas y las vírgenes del Veroneso y del mismo Tintoretto, aunque éstas ya se acerquen más a la concepción cristiana. El Greco, en España, sufre aquella radical evolución de su arte y, por consecuencia, de su alma, que hace de él el más castellano de los pintores, el mejor representante de las tendencias de la raza. No son tanto los asuntos como el modo de tratarlos lo que delata esta evolución. Hay detalles, observados en el estudio que me dicta estas páginas que consagran el castellanismo del Greco. Su arte es preferentemente viril. En su labor de

retratista dominan los retratos de hombre y en la de pintor religioso los santos abundan mucho más que las santas. Su misticismo se hermanó con su realismo, y harto sabido es que ambas tendencias caracterizan a Castilla. Del realismo castellano salió la corriente picaresca; del misticismo tantas y tan gloriosas obras, que para hacer su recuento se necesitaría un libro. Parecen contradecirse estas dos modalidades, y no se contradicen. En Quevedo es tan verdad La política de Dios y gobierno de Cristo como las desvergonzadas jácaras.

Ese misticismo español estoy de acuerdo en que no sacrifica el libre albedrío ni la personalidad humana, sino que está saturado de un individualismo poderoso; que es robusto y espiritualista, y todo lo que sagazmente nota y afirma el conde de Cedillo; pero no puedo convenir en que no sea triste, entre otras cosas porque la tristeza es la belleza, en materias de arte, casi siempre y toda obra alta lleva en sí un fondo de tristeza infinita, como lo lleva también, pese a las apariencias, el Quijote. Un poeta casi olvidado, Larmig, lo dijo hermosamente:

> No hay pensamiento grande que no sea
> hijo de un gran dolor. Dolor sublime
> a los Homeros y Cervantes crea.

Sin tristeza no me explico, ni me sé asimilar, la pintura del Greco. Tristeza sentimental respira aquel Caballero de la mano al pecho que pudiera ser símbolo de España. Parece como si murmurase con hondo romanticismo que tiene corazón... pero que le falta fortuna, y que ese gran corazón, que le ha impulsado a las empresas más extraordinarias registradas en la historia, le ha sido fatal, muy fatal...

Tristeza de dignidad emana El martirio de San Mauricio, el extraño e impresionante lienzo de la Sacristía del Escorial. Ya sé que esta obra no es la mejor del Greco, y en ella el desvarío del colorido y la exageración de las proporciones se prestan a la censura; pero acaso en ninguna el nervioso y exaltado sentir del autor se revela con más capcioso y expresivo encanto. San Mauricio es la encarnación del héroe y del mártir; es anticipadamente, el caballero del Santo Grial. Es el paladín de Cristo, aquel sobre el cual desciende la mística paloma. Aquel hombre ha soñado con la gloria ganada en las batallas, y su destino, su fe, le condenan a demostrar su entereza dejándose degollar sin resistencia, lo mismo que sus compañeros, cuyos cadáveres alfombran ya el suelo entre regueros de sangre. Y San Mauricio está triste, triste hasta la muerte, como el Hijo del Hombre en la hora de agonía...

pero por su cara melancólica pasa una luz espiritual un reflejo victorioso. Siempre que voy al Escorial me detengo ante San Mauricio. Este cuadro, en su género, es de los que sugieren más, mucho más de lo que dicen...

Y estoy conforme con el conde de Cedillo: esa tristeza de los personajes del Greco no es la de las horas decadentes. En la segunda mitad del siglo XVI estaban frescos los laureles de San Quintín, Malta y Lepanto; iban a nacer de nuestra entraña los pícaros literarios y los Hidalgos Ingeniosos. Lozano aún el inmenso árbol, no se estremecía con las ráfagas que habían de marchitarse y secarle. Los devotos y recogidos caballeros--dice el conde de Cedillo--que asisten al sepelio del conde de Orgaz, son aquellos mismos Silvas y Ayalas, Guzmanes y Mendozas, Rojas y Riberas, Manriques y Toledos, Lassos y Carrillos que se lucían en los toros y cañas del Zocodover, jineteaban en la Huerta del Rey, asistían a las reuniones y academias literarias del conde de Fuensalida, del conde de Mora y del palacio de Buenavista, justaban, corrían la sortija, celebraban fiestas y banquetes y, en suma, desmentían la afirmación de que en Toledo pareciese siempre «que era Semana Santa». El conde no quiere que estuviesen tristes estos nobilísimos y seguramente bizarros ricos hombres... A mí, si les quitan esa

bella tristeza, les quitan el señuelo con que nos atraen. Tristeza, insisto en ello, varonil, recia, que constituye virtud y no abatimiento. Tristeza del idealismo, acaso presentimiento de lo que se preparaba, del acaso que tan brevemente nos envolvió. Tristeza de ensueño, pero de ensueño propio de una raza criadora de leones, fuerte aun después de que el capuz de sombra cae sobre ella. Y así, conviniendo en que nuestra tristeza del siglo XVI en nada se parece al misticismo indio, ni a fatalismc alguno, quedaremos acordes el autor del interesante estudio sobre el Greco y yo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

A

LA OBRA PERIODISTICA
DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN
PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION
(BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATE

Volume V

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

144

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1915

Pocos días después de haber visitado mi hogar la Intrusa, se dirigió, con su andar sigiloso y traicionero, entre las sombras de la noche, sus predilectas, a otro hogar, constituido por la comunidad de ideales, y asestó el golpe a la preciosa y venerable cabeza de D. Francisco Giner de los Ríos, rector de la Institución libre de enseñanza.

Era tal vez el mejor de mis amigos, el que acaba de emprender viaje hacia ese país desconocido que tanto atraía su atención y en el cual no temía entrar, anheloso quizá de la definitiva certidumbre. Nació nuestra amistad, no de similitud de ideas, sino por su parte de un bondadoso interés hacia mi trabajo, y por la mía, de la convicción de la suma bondad de aquella escogida alma. El que se dedicaba a tantas cosas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 21 marzo 1915: 5. Véase la sección "Problemas de títulos en las crónicas de La Nación de Buenos Aires" en nuestro "ESTUDIO PRELIMINAR".

útiles, no interrumpió jamás la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte, y mil veces sus palabras o sus renglones llenos de efusión y de sinceridad, me consolaron de la crítica incomprensiva, del «palo» bárbaro o del elogio superficial y yerto.

Conocí a D. Francisco Giner siendo yo muy joven, y nunca cesó la comunicación intelectual entre nosotros, aunque la hiciese menos frecuente la excesiva ocupación (de tan diferente índole) que a los dos nos abrumaba. Al conocerle, hallábase en un momento de desorientación, sin saber si escribir en verso o en prosa, atormentada por las ansias de la vocación irresistible, pero confusa e incierta, y sufriendo la duda, que tanto atormenta, de mi aptitud y condiciones para que la labor de mi pluma rebasase un poco del nivel más vulgar. Y D. Francisco en largas conversaciones, me fue abriendo camino. Por primera vez fue sugerido que en mí existiese un temperamento de artista. Los consejos, no exentos de cierta severidad sana, a conocer idiomas y autores extranjeros, al propio tiempo, a sentir la poesía del ambiente patrio y hasta del casero y familiar. Es más fácil, en esta penosa hora, reconocer la deuda que catalogar el tesoro de luces y de auxilios que debí a Giner. No era éste lo que se llama un literato, a pesar de ser un escritor

y expositor notable; pero, al hablar de cuestiones literarias, creyérase que le interesaban en primer término y sobre todo tal calor entrañable ponía en ellas. No se contaba en el número de los sabios que conceden a las letras no más el valor de un bello juego, de un adorno, a lo sumo. Para Giner, tanta fuerza e importancia tenía una novela como un libro didáctico en igualdad de mérito los dos, porque en todo veía palpitar la vida, el sentido radiante de la espiritualidad humana.

En la época en que conocí a don Francisco, se discutía mucho acerca de la escuela filosófica a que pertenecía el grupo de que él formaba parte.

Contábase que Sanz del Río había traído a España las doctrinas de un pensador alemán, Krause y a ellas se habían afiliado brillantes profesores jóvenes: Linares, los tres Calderón, Salmerón, Giner. Sin embargo, ya en los días a que voy refiriéndome, la escuela había sido impugnada reciamente por Marcelino Menéndez Pelayo en La ciencia española, y mordazmente, con corrosiva agudeza, por el insigne poeta Campoamor, que siempre cultivó la crítica filosófica, en el terreno del ingenio y hasta de la paradoja chispeante. Estaba, pues, quebrantada ante el público la doctrina, sin que pudiese afirmarse que la conociesen, y además tenida por peligrosa, a pesar del misticismo ardiente

de Krause. Y no pocos amigos míos andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y a su grupo, fuese yo a incluirme entre los adictos a la «filosofía alemana», frase consagrada ya.

Era inútil que yo repitiese la verdad: que ni había leído dos renglones de Krause, ni D. Francisco y sus amigos me hablaban de filosofía, de la cual a la sazón poquísimo se me alcanzaba, sin que esto quiera decir que ahora se me alcance mucho más, a pesar de los años transcurridos y las lecturas realizadas. Krause debía de existir, pero por nuestras charlas no lo hubiera yo sospechado. Es más: otros filósofos me atraían, especialmente Kant, pero de aquel Krause casi mítico nunca se hizo mención. Tratábamos de literatura, de algunas novedades científicas al alcance de todos, hasta de política, (cosa no muy del gusto de D. Francisco); y nada de iniciaciones, catequismos, ni propagandas. El grupo, para mí, significaba el trato de hombres de valer, y esto lo consideraba afortunado azar, pues de ellos mucho aprendí, sin meterme a averiguar si pensaban en filosofía y religión de esta o de la otra suerte.

D. Francisco me comunicó aquel sentido de tolerancia y respeto a las ajenas opiniones, cuando son sinceras, que he conservado y conservaré siempre teniéndolo por prenda inestimable y rara, no ya en

España, en que las discusiones suelen ser violentas y los juicios rajantes y secos, sino en el mundo que se tiene por más civilizado, (me lo prueban las inverosímiles exigencias de los que se empeñan en traernos, por coacción a su manera de entender las cosas). D. Francisco respetaba no con los labios, sino internamente, los sentires y pensares ajenos, y ponía, en este ejercicio un amplio criterio de justicia y hasta de amor. Y no era un escéptico, que respeta porque todo le es igual, sino al contrario, el más convencido de los hombres. Otro amigo mío inolvidable, Luis Vidart, solía plantear, en nuestra plática esta cuestión: ¿Es compatible la tolerancia con la convicción sólida y profunda? Y yo le citaba a Giner como probante ejemplo, Giner decíale yo, no sólo es un convicto, sino un agitador de conciencias, por la energía de su convicción; y justamente su convicción le sugiere transigencia respetuosa con el ajeno pesar y con el ajeno sentir. A esto renpondía Vidart que no todo el mundo podía ser D. Francisco, y que acaso su tolerancia fuese una «retórica del corazón», un efecto de sensibilidad, más que de discurso, porque nadie transije con el error si está seguro de que lo es.

Líbreme Dios de afilar tanto la punta del lápiz como la afilaba aquel mi buen amigo. Un instinto me dice que la tolerancia nos es tan necesaria como el

aire que respiramos. De la aureola de Giner formaba parte esta virtud humana. Lástima que no escriba la vida de este maestro singular alguien que haya podido recoger día por día los rasgos y matices de su personalidad encantadora. No he visto a nadie más alegre, más animoso, más infantilmente enamorado del vivir. Su alegría era la de un franciscano de los primeros tiempos, al cual la desgracia de los nuestros hizo heterodoxo. Parte de su alegría se fundaba, como la de los primitivos compañeros del Santo, en la pobreza. "La pobreza es dueña del mundo", parecía repetir todo lo que rodeaba a D. Francisco. "La pobreza anda ligera, y no conoce el miedo". Pobreza voluntaria, sencillez, modestia, y algo de delicado refinamiento, en ciertos pormenores: he aquí el ambiente del que acaba de morir. Nadie se pareció menos al sabio huraño, de revuelta melena, que el cariñoso y naturalísimo y hasta iba a decir inocente D. Francisco, que no tenía cosa suya, y que lo amaba todo. Envejeció sin ninguna de las manías egoístas que trae consigo la edad, sin desesperar un minuto, sin interrumpir su labor, sin hacer caso, ni mentar siquiera, los achaques y los sufrimientos que venían. Su carácter era cosa de estética, pareciendo de ética. Nadie hizo más amable la virtud, la ciencia y la austeridad.

Así, los que no estábamos con él de acuerdo en puntos transcendentales, llegábamos, al extremo de dudar de nosotros, y preguntarnos, como el mísero Pilatos, ¿qué es la verdad? Teníamos que ahondar mucho para salir confirmados en aquel propio sentido, en que San Pablo nos aconsejó que abundásemos poderosamente!

Otro dato que conviene no olvidar, es que Giner, a su modo, era un español apasionado. Sufrió cuando vinieron para nosotros días aciagos y fatales, y sufrió más, porque lo triste no nos entristecía, que fue lo peor. Puso cuidado en revelar a sus discípulos lo hermoso y sugestivo del fondo español, conociendo los monumentos, regiones y costumbres de España y de Portugal también, por incesantes excursiones, visitas y estudios.

Para lo genuino de nuestro modo de ser tuvo religiosa piedad. Quizá su misma incesante comunicación con Europa le hizo entender mejor lo castizo. Sus simpatías por todas las manifestaciones del arte y del sentimiento le inducía a buscar en lo popular el alma de las razas; en las ollas, tazas y platos de cerámica ruda, testimonios del pasado y persistentes de las formas que expresan lo étnico.

Era Giner resueltamente feminista. Lo que atañía al mejoramento de la condición de la mujer le intersaba en el más alto grado. Por él conocí yo la famosa obra

de Stuart Mill, La esclavitud femenina, que tanto influyó en el movimiento feminista de Inglaterra, y que hice traducir y publiqué en castellano, cuando creía que pudiesen aquí importarle a alquien estos problemas. Giner profesaba plenamente la igualdad de derechos del género humano, sin distinción de sexos; pero no hizo en este sentido propaganda, al menos que yo sepa, y acaso tuvo razón, porque el terreno está árido y no sabemos cuántas generaciones transcurrirán antes de que pueda germinar en él la semilla. Yo tampoco haría propaganda ahora, y por eso no he concurrido a importantes congresos extranjeros. ¡Y en el momento presente! Ignoramos por completo lo que va a dar de sí esta guerra monstruosa, qué cambios traerá, que brotará sobre la tierra despanzurrada por las trincheras, encharcada, embutida de fragmentos de hierro, ensopada de sangre. Parece difícil, muy difícil, que todo vuelva a su prístino estado.

Giner veía con repulsión la guerra, porque era de los que desean la paz, sin interrupción, entre los hombres y los pueblos. No haré a su inteligencia preclara la ofensa de suponer que juzgase asequible la aspiración. En esto se diferencia lo ideal de lo real, por su misma esencia.

Quizá la guerra haya ensombrecido un momento el sereno declinar de una existencia, que queremos creer

que haya terminado. Esto sucede con la muerte, la tenemos prevista; hasta parece que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su dalle; pero, por bien preparados que nos hallemos, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa un asombro indefinible, trágico, unido a una especie de incredulidad misteriosa. Y después de haber visto a D. Francisco Giner extendido en su lecho último, cercado de flores, como dormido, el problema nos tortura, angustioso. «Ser o no ser»...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

145

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1915.

Me ha causado satisfacción el que un gran rotativo de Madrid, El Imparcial, reclame a voces el derecho de neutralidad en esta cuestión de la guerra, y califique de igualmente ridículo el fanatismo de los francófilos y de los germanófilos españoles.

Claro es que habrá quien sinceramente, honradamente, guiado por impulsos de la mente o del corazón, sea francófilo o germanófilo. Lo que nunca merece respeto es la intransigencia, el empeño de imponer una manera de sentir a los demás. Eso no se puede sufrir, y prueba que la inquisición natural, la inquisición individual, persiste y está en acecho.

Por otra parte, el caso de la guerra actual no cabe juzgarlo ahora. Tendrá que remansarse el agua, y serenarse el cielo, y llegar la historia, con su firme mano pronta a escribir en bronce. Y hasta quizá la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 27 marzo 1915: 5. No recogido.

historia venga enturbiada por la pasión; pero de la comparación y depuración de los textos saldrá el juicio definitivo.

Tiene mucho de pueril que por haberse puesto en querra unas naciones con otras, tengamos que maldecir de dos o renegar de tres. ¿Es acaso el azar de una guerra lo que haya de modificar el concepto histórico de pueblos y razas? No, y mil veces no. Aunque parezca extraño, los pueblos (usando el lenguaje de Fichte) no se ponen enteros en la guerra. En Francia, que nos invadió, allá por 1808, no estaba Francia toda, ni mucho menos.

Ni a los pueblos se les juzga por lo que hacen en un momento dado, accidental, sino por el conjunto de sus actividades y energías como factores de la civilización, en largos siglos. Va siendo prolijo repetir esto, pero como no le dejen a uno vivir y yo recibo obra de cinco cartas diarias regañándome porque no tomo partido por el carnero negro o el carnero blanco, apruebo la afirmación del diario madrileño que «ni los francófilos ni los germanófilos tienen la menor noción de los deberes históricos, sin los cuales, sin cuyo propio amor y respeto, ningún pueblo tiene derecho a poner excesivo interés en las trágicas andanzas de los demás».

Pasemos a otro capítulo, mi instinto de cronista me dice que este «jam foetet»...

Se ha estrenado, en el teatro de la Princesa, El hombre que asesinó, Está sacado este drama de la novela de Ferrére, arreglado a la escena francesa por Pierre Frondale, y a la española por aquel malogrado Antonio Palomero, culto escritor y periodista, a quien deseábamos larga vida cuantos le conocimos, y que por desgracia, la disfrutó bien breve.

La obra, que gustó, entretuvo y emocionó en la representación, fue después juzgada de muy diversos modos. Para mí, tiene mérito: plantea un problema tan grave como el del valor de los actos humanos. Lo que resalta en El hombre que asesinó es que los hechos nada son en sí, y lo único que les presta significación es el sentimiento que los inspira.

En la obra figuran muchos personajes que no asesinan, y uno que sí asesina. Y éste es el que nos atrae, y «su gesto» como afrancesadamente dicen ahora, nos arranca un aplauso de aprobación, un murmullo unánime que aprueba.

¿Por qué? Yo ya sé que no hay derecho a erigirse en ejecutor de la justicia; que donde falle la humana, queda la de Dios: que el quinto no matar, etc. Con todo eso, un instinto poderoso, no de los que corresponden a la naturaleza animal, sino surgiendo de lo más noble de nuestro ser, nos lleva a desear intervenir violentamente cuando presenciamos una vileza

que subleva, un abuso de fuerza para satisfacer ruines pasiones. Así es que el acto del marqués de Sevigné, desfaciendo el entuerto de lady Falkland por medio de certera puñalada, nos sirve hasta de consuelo. Y un segundo después de clavar el puñal, el marqués de Sevigné es para nosotros tan perfecto caballero, y no sé si diga más, que un segundo antes.

Hay cosas en que no cabe atenerse a las convenciones de la sociedad. Lo correcto, nos argüirán, sería que el marqués de Sevigné enviase a lord Falkland los padrinos. Muy elegante, muy «gentlemen like», sí señor. Unico inconveniente: por tal procedimiento, aparte de la probabilidad de que lord Falkland despachase al marqués de un o de una estocada (lo cual, en esta ocasión significa dejar desamparada y perdida para siempre a lady Falkland), no había modo de arrancar a aquel malvado el indigno papel que por coacción brutal había hecho firmar a la infeliz señora. El paladín más caballeresco no debe dar en tonto, y en tonto daría el marqués de Sevigné, hombre de valor tan acreditado, militar pundonoso, si enviase a lord Falkland dos señores muy serios, de abrochada levita.

Tampoco se atiene a lo estrictamente legal el otro personaje simpático del drama, el ministro de policía turco, Mohamed bajá. Sabe perfectamente que el autor

del crimen (llamémosle así) es el marqués de Sevigné; pero como no ignora que el muerto merecía ser cosido en un saco con un gato y una serpiente, y echado en tal guisa al Bósforo (la escena pasa en Constantinopla), y como no puede ya practicar este método esencialmente musulmán, acude a tomar un reo cualquiera, sentenciado ya dos veces a muerte, achacarle el suceso y decapitarle. Y también se lo agradecemos muchísimo a Mohamed bajá, que como el marqués de Sevigné, es un bizarro, militar, cubierto de gloria.

Cien veces, en la vida presenciamos casos que nos enseñan la superioridad, sobre la letra muerta, del espíritu vivo y eficaz. Si fuésemos jueces y nuestra conciencia estuviese perfectamente informada, con arreglo a ella sentenciaríamos quiero creerlo. No otra cosa hacen el marqués de Sevigné y Mohamed bajá. Por eso nos dejan tan satisfechos sus sentencias y ejecuciones.

Hace años se suscitó aquí, con mucho calor, la disputa de si los novelistas podían o no ser autores dramáticos. Dio origen a tal cuestión un malaventurado drama mío titulado Verdad. Una de las cosas que dijeron de él en son de censura fue llamarle «melodrama». Reprobando algunos críticos que en la obra hubiese muertes, y decretaron que se había acabado, en el teatro moderno, eso del final truculento

y trágico. Todo debía acabar en bien. Lo proclamaban como dogma.

Y desde entonces, casualmente, pocos dramas dejaron de tener desenlaces tristes y fúnebres. Al menos los que consiguieron ser aplaudidos. Para no recordar sino lo reciente, vino La malquerida con su tiro por acto, La garra, con su suicidio ante los ojos de la familia, y, en los dramas importados del extranjero. El destino manda, con su serie de catástrofe, [catástrofes] terminando en suicidio también, y ahora El hombre que asesinó, cuyo título lo dice todo. Si se clasifican como melodramas las obras en que hay notas trágicas y de sangre, la mayor parte del teatro griego y la mitad del de Shakespeare, melodramas serían. Lo dice acertadamente Mohamed bajá, hablando con el marqués de Sevigné: «Nada bueno se hace sin sangre».

¿En qué se diferencia, pues un melodrama de un drama propiamente dicho? Como quiera que la palabra melodrama ha sido desnaturalizada, pues significa solamente que una cierta música o melopea acompañaba a veces la recitación, y esto hoy no ocurre jamás, saco en limpio que no se diferencian esencialmente el drama y el melodrama, y sólo se distinguen en el arte del autor, en su talento.

Cuando los sucesos cruentos o incruentos son resultado del carácter y de la psicología de un

personaje, no cabe hablar de melodrama, en sentido desdeñoso. El poder de las tinieblas, de Tolstoy, es horrible, y no es melodrama. La suerte de Agamenón, asesinado, al volver de Troya por su esposa Clitemnestra, no es golpe de melodrama, sino algo que no podía menos de suceder, dados los antecedentes, el sacrificio de Ifigenia... Y más tarde, tampoco el parricidio de Orestes es caprichoso: nace de lo hondo de su carácter, de la fatalidad. En El hombre que asesinó (salvadas todas las distancias desde Esquilo y Sófocles, al moderno autor francés), el marqués de Sevigné es «el hombre que asesina», porque es el hombre que ama y que siente, al par que el amor, la indignación, la cólera vengadora. Y es lógico también que ese caballero andante deje de serlo un minuto, para convertirse en el justiciero que «asegura» el castigo del infame. La realidad es la que dicta la conducta del marqués de Sevigné.

El drama como es sabido, está tomado de una novela. Ningún drama actual, en el fondo, deja de estarlo. Pasó a mejor vida aquella tesis de la incompatibilidad entre la novela y el teatro, porque los métodos del teatro son, casi desde Balzac, lo mismo, y cada día se compenetran más ambos géneros, borrándose las diferencias que pudieran separarlos. Todo drama, he dicho, procede de una novela: la novela

se habrá escrito o no; pero en la mente del autor, generalmente nació novela y se transformó antes de pasar al papel. Las novelas policiacas y de detectives y ladrones más o menos «smart», no tardan, como sabemos, un minuto en salir a escena. Y los autores aplaudidos por esos mundos son a la vez novelistas. La línea divisoria se ha borrado.

Los espectadores, como queda dicho, han estado acordes en seguir con palpitante interés las peripecias de este drama; pero al caer el telón, empezaron los tiquis miquis. ¿Es una obra maestra? ¿Está dentro de lo verosímil? ¿Pueden tales cosas ocurrir en un ambiente que no sea el de Turquía?

Seguramente en los anales del teatro y del arte en general las obras maestras escasean. Habría que definir que entiende por obra maestra. Y habría que hacer un estudio detenido, comparativo, analítico, del cual pocas producciones salen vencedoras. Lo que a boca llena puede decirse de este drama es que interesa y suspende, con atracción no bastarda, puesto que suscita una especie de cólera generosa contra la maldad, y afianza la noción del valor de nuestras acciones, graduado por el móvil que las dicta.

El ambiente no negaré que contribuya al efecto impresionante. Constantinopla es lo más propio, como fondo, para una historia de pasión, de venganza. La

nota es doblemente pintoresca: de una parte, el personal cosmopolita de las embajadas; de otra, el personal musulmán, que tiene peculiar encanto. Y la parte decorativa (que en la Princesa es fastuosa) en este caso adquiere una nota original, porque sale del eterno salón copiado de los de la Alhambra, y tiene la elegancia y el misterio de los harenes ocultos en el fondo de los palacios imperiales. Allá a lo lejos se columbra el Bósforo, en la magia de sus aguas verdes y rosa, con reflejos de peridoto y topacio.

Y debemos apresurarnos a sentir el hechizo de Constantinopla--siquiera sea en la farándula teatral--porque no es seguro que podamos gozarlo, aunque tomemos, a la terminación de la guerra, un billete para realizar ese vieje de Oriente que excita la imaginación de todo artista. ¿Qué sabemos lo que va a ser de Constantinopla? Si la suerte de las armas favorable a los aliados, dícese que para siempre se habrán eclipsado la media luna y el poder de los Osmanlíes... Turquía juega su última carta ahora. Es la hora decisiva. De lo que está sucediendo depende que pase a ser obscura potencia asiática, cada vez más distanciada de la vida moderna, o que siga hincando por Europa adentro el brazo de su antigua tenaza...

Esta incerteza del destino de Turquía, siempre amenazada, es otra nota poética, y un acierto en la

elección del lugar en que pasa El hombre que asesinó.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

146

LA NACION

CRONICA DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1915.

En España no estamos metidos en el mal de una guerra, pero, ya creo haberlo dicho, sufrimos una perturbación profunda en muchos órdenes, y la cuestión de las subsistencias y la del paro del trabajo traen a mal traer a los señores economistas, hacendistas, arbitristas, etcétera. No es para menos, pues trátase de la despensa, y la despensa es un santuario.

El elocuente orador D. Juan de la Cierva ha dado ya algunas conferencias, aplaudidísimas, acerca de las subsistencias, relacionadas con la de las tarifas de ferrocarriles, para los transportes de hortalizas y carnes. Las tarifas son caras, muy caras, a Madrid no viene más hortaliza que la de sus alrededores, y, asombrémonos, ¡la francesa!, que es la fina, la que no

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 6 abril 1915: 6. No recogido.

han aprendido todavía a cultivar los españoles, sea que no acierten con el modo de hacerlo, sea que el clima a ello no se preste. Las hortalizas francesas que en Madrid se despachan, son los «primeurs», y aquí no se fuerza la producción para hacerla temprana; y ciertas hortalizas, por ejemplo, los «salsifis», las «endives», los hongos (cuyo cultivo es, sin embargo, muy fácil) y otras menudencias y golosinas, nos hacen tributarios de la vecina nación, como lo somos en las «pulardas del Mans», que se despachan en las mejores pollerías de Madrid, y que por ahora no han aprendido a imitar ni los catalanes (que imitan el champaña, por cierto muy bien, dado que el mismo champaña francés, con raras excepciones, no es legítimo, y el legítimo, el que servía en su mesa mi ya difunta amiga, la cosechera condesa de la Châtre, no es mejor ni más gustoso que ese que se considera imitado).

Si el objeto perseguido por las conferencias de D. Juan de la Cierva se obtuviese, sería un regular beneficio. El cultivo «maraichez» hoy ordinario, mejoraría en cantidad y calidad. Habría interés en cosechar selectas variedades, para transportarlas y sacar de ellas fruto. La tierra, en muchas regiones de España, está mal trabajada, cuando no está completamente inculta. No se abona, apenas se riega. Las huertas fértiles son oasis en la estepa y en la

árida planicie. Empieza ahora a despertar la noción de un cultivo intensivo, en algunos puntos, por ejemplo, en los alrededores de Zaragoza; y claro es que en las huertas de Murcia y Valencia se trabaja bien, aun cuando por métodos arcaicos y morunos. Sería hora de que pudiésemos producir todo lo que consumimos, en este ramo, y aun exportar, aprovechando las ventajas de nuestro suelo, antaño tan ensalzadas por viajeros e historiadores. Ningún país del mundo está en mejores condiciones que España para lograr este fin. La variedad de sus climas, desde el pino cantábrico a la árabe palmera, le permiten producir todo género de frutas, flores y verduras. Sin embargo, dícese que asciende a millones de pesetas lo que gana Francia enviando a España artículos de mercado. Envía hasta flores, las lilas blancas. En una tienda de flores de la Carrera de San Jerónimo, pregunté el precio de las níveas ramas que remojaban sus tallos en un cucurucho de cristal.

--A peseta cada una--me contestaron.--Como hay que traerlas de Francia... Las de color de lila se producen aquí...

¿Por qué no habían de producirse aquí todas? Lo ignoro. Lo práctico es que, si abaratasen los transportes en la red interior, la vida en Madrid también abarataría. Así como hay trenes especiales

para el pescado, los habría para hortalizas. Esto del transporte del pescado, obra de un gallego emprendedor, digno de ser americano, el señor Lamigueiro, no hay idea de cómo ha facilitado la existencia de los madrileños, especialmente en Cuaresma. El pescado se comía muy dudoso de frescura, y además era artículo de lujo, cosa rara. El kilo de salmón oscilaba entre 36 y 40 pesetas. La merluza se pesaba en plata, o poco menos. Hoy se compra la pesca en Madrid a más módico precio que en los puertos de mar, y la hay de toda casta y de todos los litorales, a medida del deseo. Magníficas pescaderías, «las gallegas», relucientes de cristal y mármol, repartidas por los barrios de la metrópoli la surten con abundancia. Ha sido una iniciativa con suerte. Verdad es que el pescado no exige cultivo. Quizá si fuese preciso sembrarlo (hablo en general; ya sé que el salmón, por ejemplo, se siembra), no nos veríamos tan provistos, tan servidos a medida del antojo.

Un halago para España ha sido el resultado de la guerra, que vino a rehabilitar dos cosas muy desdeñadas y muy genuinamente españolas: la peseta y el garbanzo. Aquí solían ser sinónimas, o poco menos; se decía corrientemente «luchar por la peseta» o «luchar por el garbanzo». El garbanzo constituye la representación de la subsistencia española. La olla, es el garbanzo, y

la olla (tan pintorescamente descrita por Cervantes en el primer capítulo del Quijote), desde los orígenes de la nacionalidad es base de las comidas ibéricas, y en la mayor parte de los casos, es su totalidad.

En el extranjero se acostumbra a despreciar el garbanzo; más aun: no conocerlo siquiera. Gouffré, el catedrático de la cocina francesa, lo nombra solamente para dar una curiosa y fantástica receta de la «olla podrida», a la cual llama «oille», como llama al chorizo «sauriso». En este libro fundamental de Gouffré y en un drama de Sardou, es donde únicamente he tropezado con el garbanzo (pois chiche). El guiso que la bruja condimenta en el Circo de Bizancio, y que la emperatriz Teodora, disfrazada, prueba relamiéndose, es, como si dijésemos, un potaje de garbanzos, no sé si con espinaca o sin ella.

Pues bien, esta leguminosa nacional injustísimamente rebajada, de pronto ha subido, porque vinieron a comprarla y hacer provisiones de ella agentes ingleses y rusos, sin duda para el rancho de los ejércitos. ¡Y si no interviene el gobierno, sin garbanzos nos dejan! Como los probasen en Rusia, al diablo el «tchi-tchi», que los novelistas describen con tan pocos halagüeños colores...

Los garbanzos son extremadamente alimenticios. Temo que si empiezan los extranjeros a conocerlos,

habremos de decir «arregostóse la vieja a los bledos, no dejó verde ni seco». Si suben al cielo los garbanzos, el humilde «coei» del pueblo madrileño perdería su elemento mejor. La carestía de los garbanzos es más de temer que la del trigo, para el albañil, a quien su mujer o su hija traen la pitanza, con su colorcillo apetitoso de azafrán y su vaho reconfortable... En suma; la peseta sube un dos de premio y el garbanzo es solicitado para la exportación... Nunca nos hemos visto en otra.

*

Hace dos días puse en el correo una crónica en que decía que a Sara Bernhardt le escribirían, de fijo los autores dramáticos de su país, un repertorio que pudiese representarse desde una silla. Y acerté, pues leo en la prensa que ya tal repertorio se le prepara. Es loable este espíritu de respeto a las glorias y a las reputaciones consagradas, que en Francia he observado siempre. En España, cuando un actor o una actriz envejecen, no se les perdona. El catarro crónico de Vico era motivo de desprecio a su arte, y a los sesenta años de Matilde Diez--que no se le conocían--salían a relucir siempre que la eminente actriz pisaba la escena, y Sara Bernhardt hacía papeles, no de muchacha, sino de muchacho, y arrebataba. ¿Qué importaba su verdadera edad, si las

líneas eran gráciles, esbelta la silueta, la ilusión escénica perfecta casi?

Por eso ahora, mutilada, Sara quizá continúe dedicándose a la escena. Los espectadores serán con ella indulgentes, y harán bien. Hay que ver, detrás de cada persona, sus merecimientos, su historia, su hoja de servicios. Y si se trata de profesiones en que la decadencia física puede traducirse en decadencia artística, no darse tanta prisa a echar el cesto del trapero a mujeres como Sara, que, sea cualquiera el juicio que formemos de su modo de representar (y yo en esto siempre hice mis reservas), han llenado la escena, personificando una época, impreso sello profundo.

Esa misma vitalidad poderosa de Sara, esa lucha para no retirarse, le prestan aureola. Contrasta su actitud con la de Eleonora Duse, que, alejada definitivamente de la escena, hasta rehusa tomar parte en una fiesta de caridad, porque no quiere que el público, del cual fue ídolo, compare a la Duse de antes con la Duse de ahora. Ambos criterios pueden defenderse, y seguramente ambos deben respetarse. Lo indudable es que para hacer como Sara, hay que ser fuerte, y que acaso si la Duse tuviese esas energías, le halagaría recoger una vez más los homenajes. La Duse ha sido una enferma, desde hace muchos años, desde que la vi por primera vez trabajar en Madrid.

Dolorosas operaciones, padecimientos crueles, abrieron surco en aquella expresiva fisonomía de «La donna ne bella ne giovine», como escribió una pluma ilustre. Y las decadencias físicas imponen el deseo y la necesidad de reposo. La Duse habrá encontrado muy grato el silencio y la penumbra que ha sucedido a sus brillantes apoteosis.

Sara, en cambio, no vive sin el tráfago y el rumor y el alboroto y las candilejas... Temperamentos así no se avienen a la calma a la obscuridad. Tenemos aquí en María Guerrero un caso algo semejante. Mil veces, he dicho que aparte de toda la admiración que se debe como artista, le profeso otra diferente como naturaleza privilegiada y vigorosa, capaz de resistir la enorme suma de trabajo de todo género que rinde. No es sólo la ya fatigosa tarea de aprenderse los papeles, ensayar, representar sin interrupción: es la inquietud del empresario que busca orientaciones para la temporada del administrador, del director artístico que estudia los mil aspectos de la subida a escena de las obras y su debida presentación, del erudito y el arqueólogo que adapta a una época el decorado y hasta el menor accesorio, y del superior que ha de mantener el orden entre sus subordinados, y obtener de cada individuo el mayor coeficiente de trabajo y obediencia, todo indispensable para el resultado de conjunto. Y

este y otros mil aspectos secundarios de la actuación de «doña María» me asombran cada vez que tengo ocasión de observarlos de cerca.

Se me dirá que la ayuda y secunda su esposo, pero es que, aun repartido entre dos, y dos que tanto valen, el trabajo es de los que abruman y rinden. Así, se queja María del agotamiento de su sistema nervioso. Naturalmente, algo semejante le tenía que suceder. Y lo que demuestra la fortaleza de su complexión, a pesar de ese estado de fatiga, es que no piense en rendirse. En este género de labor hay que tener en cuenta otro elemento: las incesantes impresiones, la tensión del espíritu. Centenares de voluntades están flechadas hacia María y Fernando, en espera de beneficios. Autores que solicitan la admisión y estreno de obras; actores que quisieran entrar en la compañía; gente que desea localidades de favor (lo que aquí se llama «tifus», y que todas las compañías padecen en mayor o menor grado...) de cada voluntad que solicita algo de nosotros, se desprende, no sé si lo habrás notado, amigo lector, una especie de fluido eléctrico, que envía su corriente a nuestra sensibilidad. Hasta el mendigo que en la calle impetra una limosna, con monótono rezuqueo, nos manda esas corrientillas a través de los nervios y del corazón. Considerad el número de impresiones que durante el día padecerán los

directores del teatro de la Princesa. Su máquina nerviosa tiene que estar trepidando, como la cafetera puesta a la lumbre, y en su cabeza debe de resonar aquel galope de caballos que caracteriza el torbellino interior, la sangre amotinada en las arterias... Y sin embargo, no lo creeríais al ver a María vistiéndose en su camerino, probando el adorno o el tocado que va a sacar, pendiente del peinado, de la forma de los zapatos, y a Fernando, lleno de cortesía, acogiéndoos con una fórmula amistosa, y riendo de la transformación de su persona para caracterizar el personaje, ¡como si no tuviesen los dos que pensar en otra cosa!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

147

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1915.

Estos días se halla Madrid muy frecuentado por extranjeros, belgas y franceses, que vienen, como Ulises, a referir las aventuras de su odisea.

Se les ha hecho una acogida simpática, sin detrimento de la neutralidad. Entre otros, nos visitó el canónigo Carton de Viart, hermano del «leader» católico apellidado, y los elementos que parecían germanófilos le festejaron como si no lo fuesen. Y es que, en el fondo, todo el mundo es neutral, forrado en compasivo. Tantos males no pueden menos de provocar la explosión de la piedad más profunda.

Las discusiones acaloradas, los entusiasmos bélicos y estratétigos de café, casino y redacción, son, a mi entender, fenómenos epidérmicos, y allá por

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 14 mayo 1915: 4. No recogido.

dentro, lo que se desea es que la guerra concluya cuanto antes; que esta horrible pesadilla de sangre y fuego se disipe una hermosa mañana, aquella en que sonría en el azul celaje el amanecer dorado de la paz... Sinceramente, la anhela España. Cuando, en el recinto de sus templos, en que el día entero se fue renovando una multitud fervorosa, se oraba por la paz, la deprecación era sincera, ardiente, como en momentos supremos, cuando no es la rutina, sino la voluntad, lo que trae a los labios la plegaria...

La paz se desea, no sólo por natural impulso humano (pues sería preciso tener un corazón de perro (y de perro hidrófobo, para querer que esto continuase) sino también por propio y disculpable interés. Si a nuestro lado juegan con póvora, siempre cabe que saltemos. Y se teme al salto. No estamos en condiciones para juego tan peligroso.

Absorto el ánimo en la tragedia universal, las de dentro de casa no nos producen la impresión que en otras circunstancias causarían.

El brutal descarrilamiento de Frieira y Filgueira, con sus diez y ocho muertos y sus setenta y ocho heridos, con sus vagones montados unos sobre otros como alimañas feroces de hierro; el buque-infierno alumbrado a Alicante, con reflejo de sus llamas, mientras las gentes, aterradas, salen en caravana huyendo de la

probable explosión no han distraído la atención apenas. Hay cosas más gordas. La guerra está ahí, con sus hecatombes de cientos de miles de vidas humanas. Lo demás, tortas y pan pintado...

Pero, en los períodos de horror colectivo, el individuo lucha y se defiende, refugiándose, ¿en qué diréis? en lo pequeño, en lo futil. Y también en lo apacible, en lo inocente... Nuestra alma, que a veces no se llena con lo infinito, se puede colmar con un pétalo de rosa, con un pedazo de randa.

Hubo allá, a fines del XVIII y en los comienzos del pasado siglo, unos clérigos rimadores, que daban en lo bucólico, y que, después de quitada la casulla y trasegado el soconusco, con su buen roscón monjil, versificaban sobre Filis y Flérida, y parafraseaban el dulce lamentar de los desdeñados pastorcillos. El Corso estremecía la tierra al paso de sus huestes; las naciones eran invadidas una tras otras; Europa parecía un vasto campo de batalla... y los clérigos a que aludo, en su pacífica rectoral de aldea, en vez de cantar épicamente o con el realismo de los viejos Romanceros los hechos actuales, seguían a vueltas con las ninfas del verde bosque, y dale con si el pastor regaló a su amada cuencos de blanca leche rebosando espuma, y una ovejuela no menos cándida, con un moñito rosa. Uno, pues, de estos clérigos imitadores de

Garcilaso, pudo ver con sus ojos las tropas francesas que entraban en su aldea, y se desmandaban con lo que podían hallar a mano. Y el párroco, que tal cargo ejercía, tuvo por bueno--en vez de agarrar, como el cura Merino, la escopeta de caza--huir a una robleda próxima, mientras aquellos arrenegados no se iban con la música a otra parte. Ya refugiado en la robleda, «la fraga», como allí decimos, el correr de un cristalino arroyuelo, la delicia de un pradillo sembrado de flores silvestres, el silencio amoroso de la naturaleza, le volvieron a traer a la mente sus églogas y sus clásicos, y con notable flema se dio a rimar una composición (por cierto dedicada a mi abuelo paterno, señor muy amigo de las Musas), donde hacía resaltar el contraste entre lo que estaba pasando en la aldea, ocupada por los invasores, y las impresiones de aquel lugar solitario y apacible, donde el alma se espaciaba soñando idilios. Y a fe acertaba el clérigo-poeta, al buscar en tan sencillas cosas el consuelo. Siempre que podamos encerrarnos en lo más humilde, accesible y chico, experimentamos esa misma sensación de frescura y calma.

He aquí por qué he experimentado una especie de alivio al distraer el pensamiento de la atroz contienda--que no está en mi mano modificar ni hacer que cese--y fijarlo en un modesto taller de encajes,

institución naciente, que acaba de fundarse al amparo de la Municipalidad de Madrid, y al calor del celo de algunas señoras benéficas.

Yo poseo tan poco tiempo disponible para ninguna nueva ocupación, que en puridad lo digo: no debieran haberme confiado la presidencia de este Taller. Además, aficionada toda la vida a encajes, no entiendo lo bastante de ellos. El encaje es un arte y una ciencia, nada pedantesca, muy amable, muy femenina, pero que es preciso estudiar, para conocerla, lo mismo que sucede con las otras. La necesidad de remediar un poco mi relativa ignorancia, me llevó a fijarme en este aspecto del trabajo de la mujer, y pronto diré por qué acaso interese a mis lectoras americanas tal cuestión.

Ninguna ignorará que en España existen encajes peculiares, típicos. Nadie desconoce la blonda catalana, inmortalizada por el pincel de Goya, y que sigue usándose, en forma de mantilla blanca y negra, para los toros y para ciertas solemnidades y algunas bodas. El Almagro es otro punto español, que tiene sus partidarios. En Galicia se hacen puntillas muy bonitas, no tan sutiles como las extranjeras, aunque semejantes a los guipures, al "torchon" y al "craponne", y aplicables sobre todo a la ropa blanca. Y tengo entendido que de estos encajes que en España se labran, hácese para la América latina exportación fructuosa.

Esto último tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Las ventajas, inútil detallarlas, pues las verá el más topo: dar pan a muchas mujeres pobres. Los inconvenientes pudieran ser que por la ganancia se trabajase más aprisa y con peor material. Por eso conviene que sea encauzada y bien dirigida la fabricación del encaje, que es una industria doméstica. Sin salir de su hogar, ejecuta esta labor la mujer.

Si el deseo de producir pronto y en cantidad impulsase a las obreras a precipitar su trabajo, es indudable que, a la larga, descendería la exportación. En América--me lo decía una señora muy inteligente, que recibe con frecuencia encargos de amigas sud y norteamericanas--se conoce, tal vez mejor que aquí el carácter genuino y el mérito de los encajes, y se desea y solicita lo más puro y legítimo, a la vez que más selecto como mano de obra.

Dos fines tiene, pues, que perseguir quien se interese por el encaje español: primero, que se haga bien; segundo, y acaso más importante, que no se desnaturalice, que no venga a ser algo híbrido. Cuando he mirado, en el Taller, muestrarios de encajes, he protestado de que representasen asuntos extranjeros, los holandeses y holandesitas con sus zuecos y sus molinos, la Caperucita encarnada con su lobo disfrazado de vieja.

Como es sabido, hoy privan en el encaje las figuras, centrando veletes de muebles antimacasares, caminos de mesa o tapetes para té; pues bien, en punto español, deben ser las figuras tomadas de lo nuestro, el Quijote, las Novelas ejemplares, el Romancero, o de la historia, donde hechos y personajes brindan al lápiz del dibujante motivos sin número. Involuntariamente se adulteran los antiguos procedimientos y se pierden los diseños y los procedimientos antiguos; y esto hay que evitarlo a toda costa, si el encaje español ha de conservar su ser. Tal es, entre otros, el fin que se propone nuestro Taller madrileño. Que las alumnas aprendan, con buenos modelos y una profesora que es la mejor encajera de España, los viejos estilos y reproduzcan los modelos clásicos fielmente. A este propósito va unido otro: que también puedan las alumnas aprender los bellos puntos extranjeros de Holanda, Bélgica, Venecia e Inglaterra, sin olvidar los franceses. Este eclecticismo, en que no todo el mundo está conforme, confieso que a mí me parece bien, particularmente ahora, que la industria del encaje de Bruselas y Chantilly (al presente el Chantilly se hace en Bayeux) sufre quebranto y atraviesa penosa crisis.

Por otra parte, no haríamos con esto sino repetir algo ya realizado en épocas de mayor esplendor para las industrias artísticas en España. Acaso en ninguna

parte se habrán reproducido tan perfectamente como aquí las más ricas porcelanas y lozas extranjeras, sin que por eso dejase de florecer la cerámica nacional. La época de los recios Talaveras y de los lindos y claros Alcoras es la de las primorosas repeticiones de Capo di Monte, Sajonia, Dresde y Sévres, en la fábrica del Retiro. En el vidrio no diré que hayamos eclipsado a Venecia, pero con ella hemos competido con los vidrios catalanes. No hay, pues, razón para que adoptemos hoy un criterio restrictivo, y no repitamos, si es posible el Chantilly, el Argentan, el Alecon, el Duquesa. El quid está en que, si hacemos encajes españoles, sean verdaderamente españoles, sin mancha de extranjería; y si vamos por el camino del encaje extranjero, sea con la finura y la elegancia de los modelos más preciados.

En Francia, poco ha (cuando aún no sufrían la preocupación absoluta de lo que está pasando) habían abierto el ojo respecto al encaje y reconocido el interés «superior, de primer orden», que tenía la nación en fomentar la prosperidad de la encantadora industria, que aleja a la mujer de los peligros de la fábrica y le permite permanecer al lado de sus hijos. Y se iniciaba una campaña contra la introducción de encajes extranjeros, pidiendo aumento de derechos de aduana, y se excitaba al patrimonio de los modistos y de las grandes casas de confección para que pensasen,

al lanzar el decreto de un adorno, si era el que convenía a Francia, a su arte del encaje, a su interés económico y social. Se excitaba a la mujer francesa a algo parecido a la iniciativa de la reina de Italia, al lucir en un baile de la corte las sartas de coral, y poner así de moda la humilde y pintoresca industria de las coralistas, que inspiró tan gentiles páginas a Lamartine. De estas excitaciones a los árbitros de la elegancia procede, sin duda, el renovado gusto del Chantilly y del «guipure» francés (tan semejante a muchos españoles, entre paréntesis). Volvían a llevarse los anchos volantes y las flexibles puntillas, y digo volvían, porque también los sucesos paralizaron este movimiento, cuyas razones comprendo en la hora presente.

Y en Francia, al solicitar el apoyo de la moda para los encajes nacionales, tenían buen cuidado de advertir que no convenía que bajase la calidad de la fabricación. Para este fin, la primera providencia fue crear una Escuela, con cursos especiales, enseñando a las obreras el dibujo, según los modelos y el trabajo, según la técnica. Una comisión de fabricantes y de negociantes vigila esta enseñanza...

Tal espíritu quisiera yo que se despertase con motivo de la instalación del Taller, en que por ahora aprenden unas sesenta o setenta obreritas. ¿Se

conseguirá? Mi corazón está siempre encogido por la desconfianza. Oigo decir que declina y que morirá probablemente otra industria tan castiza, tan artística, como la del Talavera moderno, exactamente reproducido del antiguo, y que merecería toda prosperidad, una exportación asidua, pues El Talavera, que es extraordinariamente original y decorativo, no es caro, al contrario. También fue flor de un día la bonita loza de la Moncloa... Veremos lo que reserva la suerte al Taller de encaje.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

148

LA NACION

CRONICA DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1915.

Muy poco grato es insistir en un tema, porque la crónica ha de ser cosa alada e ingrávida, y huir de la pesadez como del fuego; y habiendo dicho obra como de veinte veces que en lo de la guerra soy perfectamente neutral, y que, privadamente, mis simpatías están por Francia desde tiempo inmemorial, desde que empecé a escribir, pensé que no fuese necesario machacar y dale bola.

En esto, tal vez, influye una cuestión de distancia. El poeta cubano sostenía:

«Que no en balde entre Cuba y España tiende
inmenso sus olas el mar,»

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 27 mayo 1915: 4. No recogido.

y yo añado que hay cosas que aquí no hace falta desmentir, pero que deben rectificarse en América, pues no en vano se dijo: a luengas tierras, buenas mentiras. Aquí nos conocemos aproximadamente; ahí sería milagro que la mayoría se encontrase tan informada de menudencias.

En España, nadie ignora que yo soy una persona muy independiente, a Dios gracias; que he escrito y hablado siempre con arreglo a mi modo de sentir; que no me mezclo en política; que ni soy jaimista, ni nada acabado en «ista»; que no puedo, en ningún terreno, estar influida por ninguna potencia beligerante, y sería reidero si alguien intentase hacerme pasar por un traidor de drama, por un espía alemán, que cobijado bajo la piel de francófilo, hace la causa germanófila, austrófila y hasta turcófila. Si; las piedras se reirían.

No menos graciosa parecería la explicación que de mi supuesta actitud traicionera da un señor que me escribe cartas abiertas en el diario La Prensa, de Buenos Aires. Este señor ha descubierto que el hecho de haberse casado el rey Alfonso XIII con una princesa inglesa, y el odio que yo siento hacia dicha señora, por mi catolicismo fanático, ha sido causa de que se me haya excluído del palacio real; y que la reina Cristina, «la austriaca», me había otorgado un título

de nobleza, por lo cual yo, entre el despecho y el agradecimiento, estoy consagrada a la causa de Austria con todas las fuerzas de mi disimulo y de mi puluma.

Y ahora verán ustedes... Da la casualidad de que doña Cristina de Hapsburgo no me concedió título de ninguna clase; que fue su hijo, don Alfonso XIII, quien me dio el que llevo hará siete años; y que esa princesa inglesa, que ya no es inglesa, sino la primera de las damas españolas, me concedió igualmente, hará dos años, la banda de María Luisa, la más alta condecoración entre las españolas, para mi sexo.

¡Y así se escribe la historia!...

Todos estos hechos son fáciles de comprobar, pues en la guía oficial constan, naturalmente. En cuanto a mi exlusión de palacio a decir verdad, no hubo ni exclusión, ni inclusión. Nunca fui elemento palatino, y mi relación con los reyes se ha limitado siempre a una respetuosa petición de audiencia, para saludarles una vez al año, o para agradecerles las bondades que conmigo tenían.

Y ya que parece que me hacen un cargo porque llevo un título, como si fuese cosa tan rara e inaudita, y hasta dicen que lo pesqué (ni el demonio discurre más), debo recordar algo que anda en mis biografías, a saber: que desde la muerte de mi padre, ocurrida hace veinticinco años, tengo derecho a usar otro título, que

él poseía, y que ni usé nunca, por estar encariñada con el nombre literario. Cuando el rey Alfonso XIII, espíritu generoso y abierto a toda cultura, me otorgó el que hoy llevo, añadió a la merced el delicado halago, indicándome que lo usase para firmar mis escritos, ya que por mi labor literaria me lo concedía. Desde entonces dejé de poner en la cubierta y portada de mis libros aquel «Emilia Pardo Bazán», tan sencillo, de siempre. Pero, firme como firme, ¿seré menos escritora? Lo soy por naturaleza, y moriré, como Castelar, corrigiendo unas pruebas o rasguñando un artículo. Y cuando a mi paso por la calle oigo cuchichear «es doña Emilia», somos tan débiles y tan vanidosos, que me pongo muy hueca. Lo confieso. Acúsome, padre...

Volviendo a los reyes, diré que sobre ellos también se inventan fábulas; y por lo mismo que no soy palatina, tengo más libertad de pluma para estampar que cuanto se ha murmurado acerca de disensiones entre la reina Cristina y la reina Victoria Eugenia, es falso y absurdo. Estas señoras no tendrían corazón si no temiesen y si no hiciesen votos por sus hermanos, sobrinos y tíos que están en los campos de batalla: la reina Victoria ha perdido ya a un hermano, en lo mejor de la juventud. Pero aparte de tan natural sentimiento, ¿qué discordia ha de haber entre ellas?

Tal vez, muy a menudo lloren abrazadas. La joven reina Victoria es, por cierto, dulce y angelical, y la reina Cristina ha pasado siempre por un trasunto de la protagonista de aquel drama histórico de Tirso de Molina, La prudencia en la mujer. Como todos deseamos, ellas desearán que la guerra se acabe ¡Oh, acabarse! Sobre lo que dice lord Kitchener que está empezando...

Mucho siento haberme visto en la precisión de hablar de mí misma. Ya que no tuve más remedio, porque no puedo quedar ante mis lectores americanos en tan mal lugar, no quiero omitir que no he llamado «indignas» a las cartas que estoy recibiendo, a propósito de mis opiniones sobre la guerra. ¿Indignas? No: estoy segura de haber escrito «indignadas», que es del todo distinto. Yo no quisiera nunca ofender a nadie, ni emplear calificativos fuertes. Queda salvada la errata de imprenta y mi habitual cortesía.

Y conste que, para un escritor, es conveniente y grato que le discutan; lo peor es que lo olviden. Si no se alterase la verdad respecto a mi persona, en cuestiones que nada tienen que ver con las letras, yo hasta daría las gracias a los bondadosos señores que comentan mis artículos. Pónganme como chupa de dómine en este terreno: sólo rectifico, y por necesidad, no las apreciaciones, sino los hechos concretos, porque no debe dejarse correr todo. Entre otros tiempos, no

rectificaba, y se acreditaron por artículos de fe desatinos como el que me atribuía Clarín, según el cual yo afirmaba que volaban los cuadrúpedos. Es inútil creer que la gente va a molestarse en aquilatar la realidad de las cosas. Tiene más que hacer. Y claro, cuando el propio interesado no lo desmiente...

Así es que empecé a rectificar--los hechos demostrables, naturalmente--al leer en un diario español que mi San Francico era un mero plagio de la obra de igual título del profesor Sabatier. ¡Fue tan llano recordar que la mía se había publicado diez o doce años antes!

*

Ha pasado la Semana Santa. Ha hecho, en sus días de gran animación para el pueblo madrileño, un frío de Nivoso, un frío cortante, que venía de la sierra, y que se coloba bajo las puertas de las iglesias, donde a pesar de los clásicos braseros, se tiritaba de gusto.

Con todo eso, el mujerío se echó a la calle, vestido de gala. Pasaban la tarde del Jueves Santo, convertidas en sorbete de leche amerengada, blancas y yertas, con trajes de gasa y de seda liberty, mantilla blanca también, y la nota sangrienta de los claveles, muy enhiestos bajo el tejaroz de la peineta de concha. Sus medias eran caladas, sus zapatos de seda. Supongo que, a estas horas, un diez por ciento estarán con catarro o pulmonía.

Algunas chulas lucían el mantón de abigarrados colorines. Iban en manuelas, por las calles donde se permitía el paso de coches, que eran pocas. El sitio de costumbre se armó la tradicional romería de la Cara de Dios. La romería es una especie de saturnal: borracheras, comilonas, requiebros picantes y aun punzantes, voces, empellones... No muy edificantes, dada la solemnidad del día. ¿Por qué no la trasladan al martes de carnaval? Acaso porque el martes de carnaval ya lleva lo suyo, de desorden y juerga.

El Jueves Santo, cuanto en lo que toca al bacalao y las espinacas, se ha considerado siempre día de gala y fiesta. Antaño (¡cuántas cosas encierra este antaño!) era en la angosta Carrera de San Jerónimo donde paseaban las señoras, las más conocidas y elegantes. Por entonces, la corte, de gala, salía a pie a visitar los Sagrarios. Era una pomposa ceremonia y un espectáculo apetecidísimo por el pueblo. El luto de la reina Cristina, en su viudez, suprimió la solemnidad. Este año, también se suprimió el Lavoratorio porque no era posible ni dejar de invitar al cuerpo diplomático acreditado en Madrid, ni menos reunirlo en paz y sin riesgo de «actitudes».

Es el Lavoratorio una ceremonia de alto sentido. Una vez al año recuerda a los reyes de la tierra la humildad de Jesús, cuando lavó a sus discípulos los

pies. Los reyes lavan o hacen finta de lavar los de doce mendigos y doce mendigas, y luego les sirven comida, a la cual no tocan los invitados; luego la venden en alto precio a las fondas. Porque todo lo del lavatorio se hace con la fastuosa esplendidez que caracterizó a Isabel II. La comida es un banquete de Baltasar: Salmón, mero, besugo, dorada, almejas, empanadas, tortillas, arroz, cidras, pasas y anises; omito la mitad de la lista... este año les han dado el valor de la comida en dinero.

Además se les regala una capa, un traje completo, ropa blanca, y detalle siempre cómico, un sombrero de copa a los hombres. Sería tiempo de sustituir tal sombrero por un sencillo hongo, aunque el «haut de forme» sea más etiqueta.

Yo nunca asistí al Lavatorio, porque detesto las apreturas, pero, sé que es conmovedor, aun descontado todo lo que tiene de aparatoso y convencional. El espectáculo de una reina tan linda como Ena de Battengerg, presentando un plato a una pordiosera anciana, que la mira como se mira a las santas del retablo de una iglesia, siempre será bonito y tierno. Los simbolismos no pierden su valor estético. La poética sombra de Isabel de Hungría flota en el aire, señalando la piedad y la caridad como uno de los atributos más bellos de la realeza...

Los cultos en la capilla de palacio se celebran como siempre, con su respandor de joyas y cruces, galones y condecoraciones, su apiñamiento de gente en las amplias galerías, para ver pasar la comitiva. Y en las Calatravas y en las Comendadoras de Santiago, las Ordenes militares se han reunido en capítulo para los oficios de Semana Santa.

Los de Santiago son hermosos y solemnes. Todo lo que procede de aquellos Templarios tan románticos y tan desventurados, que se batieron en España y en Francia como leones, acosados por fuerzas diez veces superiores, y al fin sucumbieron, no a las armas, a la calumnia, quemados en hogueras, lleva un sello especial. Santiago es un templario, porque los caballeros de la Orden lo eligieron por tutelar, y las nueve décimas partes de las iglesias que en Galicia tienen origen templario, a Santiago están dedicadas.

Extinguida la brava Orden, los santiaguistas parecieron heredar su ardor para el combate, su fe de monjes guerreros. ¡Cuántas veces se habrá invocado a Santiago y cierra España!, en la larga serie de luchas épicas que forman nuestra historia! Infinitas banderas, que rodean y blasonan la techumbre del templo de las Comendadoras de Santiago, recuerdan con la inscripción que llevan las jornadas gloriosas para la Orden.

En las mismas ceremonias de los Oficios hay un rastro oriental. Aquel toque de clarín, a la elevación, triste hasta lo trágico, sería la señal para la carga, en las milicias de Santiago en la Edad Media. La postración ante la Cruz, extendidos los caballeros cuan largos son, con el manto que prolonga más su contorno, produce un efecto singular.

Los caballeros se colocan en fila, sentados en los bancos, por orden de antigüedad. A la cabecera, el sillón para el rey. Los comendadores mayores, infante D. Fernando, duque de Tamames, llevan sobre la blancura del manto la negra capa, insignia de su categoría. Una matraca, con secos castañetazos, les indica cuando se deben arrodillar y levantar. El rey maneja mejor que nadie su largo manto, embarazoso para los caballeros gruesos y de otra corta estatura. Los que van teniendo el pelo gris y la cara amarillenta, parecen retratos del Greco, llenos de misticismo y de austeridad. Allá tras la celosía, las comendadoras presencian y siguen el rito de sus hermanos. Visten como ellos, y se destaca sobre su pecho la misma roja gladiada cruz...

Estos Oficios y los cruzamientos, acaso sean lo único que resta de organismos tan poderosos como fueron un tiempo las Ordenes militares. Su sol se apagó... Y esto sucedió ya en el siglo XV, desde que el rey Católico, temeroso de esa misma fuerza de la Orden, se

hizo su gran Maestre. Ya en tiempos de D. Francisco de Quevedo, los pacíficos Carmelitas estuvieron a punto de quitarles a los belicosos santiaguistas el patronato de España, para dárselo a Santa Teresa de Jesús. Fue un duelo muy señalado. Y ahora, otra vez los carmelitas, firmes en sus propósitos, han logrado que el centenario de Santa Teresa sea fiesta nacional. El feminismo es más antiguo de lo que parece, y asoma por donde quiera.

Pienso en esto mientras desfila la procesión de los Santiaguistas, con sus mantos blancos y su espada desenvainada, por las naves del templo de las Comendadoras...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

149

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1915.

Descartadas la política y la guerra, en este momento la actualidad es en Madrid... el encaje. Por eso, aunque ya hubiese hablado de él en alguna crónica anterior, me atrevo a insistir.

¿La actualidad? Voy a explicarlo, pues a primera vista pareciera difícil de comprender. Como nadie ignora, la invasión de Bélgica por los alemanes ha traido consigo la ruina de las fábricas de encajes de Bruselas y Malinas. Parece que no se fabrica un metro de «punto» en ninguna parte. Y en vista de las circunstancias, los modistos (por ejemplo, Paquín, que en este momento ha montado en Madrid una sucursal), dicen que todo encaje con que guarnecen un vestido tendrá que costar triple de su antiguo valor. Y considerad que si un artículo sube de precio, el diablo que lo haga bajar después. Sucede con esto lo que con

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 3 junio 1915: 5. No recogido.

muchos comestibles y bebestibles, que, subidos por razón del impuesto de consumos, jamás descendieron, ni descenderán, a pesar de haberse suprimido el impuesto.

El alza de los encajes belgas y su escasez surgieron a algunas señoras españolas, y en primer término a la condesa de San Rafael, la idea de fundar en Madrid un taller de encajes, donde se formen obreras que puedan competir con las extranjeras, andando el tiempo.

En efecto, España era y es tributaria de Bruselas por este ramo, y los encajes Duquesa, Brujas y Malinas, con que se adornaban los equipos de novia y la ropa blanca en general, representaban muchos miles de duros, que salían para entrar en Bélgica y Francia.

La base para creer que pueden en España formarse encajes capaces de establecer competencia, es que existen, desde tiempo inmemorial, en apartadas comarcas, en pueblos obscuros, industrias de encajes nacionales, y obreras en ellos habilísimas. Pero este mismo dato ha venido a establecer una diversidad de criterios entre las señoras que sin méritos me han llamado a presidirlas, y que forman la junta protectora del taller central de encajes. Entre estas señoras, hay muchas inteligentísimas en el asunto, por supuesto, todas más que yo. Quizás por esto mismo, represento, en el grupo, el sentido ecléctico; no soy exclusivista.

La diversidad de criterios consiste en que unas entienden que el taller central de encajes debe limitarse a reproducir los modelos nacionales, y mejor cuanto más antiguos y genuinos; y otras piensan que, dada la oportunidad del momento, no estaría mal aprender a tejer los puntos extranjeros para agregar esta linda industria a las que se ha demostrado que pueden ejercitarce en España.

Ha tenido España el don singular (en otros tiempos) de mejorar lo que imitaba. Cuando los primeros Borbones establecieron aquí ciertas industrias encantadoras, la loza, la porcelana, el vidrio, se hicieron maravillas como las imitaciones de Sévres, Capo di Monte y Sajonia, en el Retiro, y las de los vidrios más exquisitos de Venecia, en la Granja. No es, pues, una pretensión imposible que reproduzcamos los encajes de Bélgica.

No por eso debemos abandonar, ni un instante, los viejos puntos españoles, que según se dice, empiezan a tener en el extranjero salida, habiéndose dado el caso de que, estos días se exportasen para la isla de Cuba encajes gallegos por valor de unas 100.000 pesetas. Uno de los ideales de esta junta a que me refiero, es encauzar y depurar tal corriente. Y digo «encauzar y depurar», porque el encaje español, como toda industria, decae si no hay escrupuloso cuidado con la

rectificación de los modelos. Se alteran los diseños y los temas ornamentales; se bastardean fácilmente hasta los procedimientos, y poco a poco vienen la decadencia y la degeneración. ¡Una degeneración que ni siquiera es modernista! Porque, al desnaturalizar los viejos encajes, no por eso se les pone en armonía con las exigencias de la última moda. Son una cosa antigua, que ha dejado de ser antigua.

Mi primer visita al taller de encajes dio ya ocasión a que protestase de este daño. Hallábase de este daño. Hallábase allí una excelente encajera catalana, con muestras y surtido de género para vender. Y traía primores de trabajo; pero ¡cuál no sería mi disgusto al percibir, entre los recuadros de encaje, unos que representaban el cuento de la Caperucita encantada, y otros con sus correspondientes holandesitas, dando fondo a la figura los inevitables molinos de viento! ¿Pues qué--exclamé--¿no tenemos asuntos españoles, no tenemos asuntos y leyendas españolas, el venero inagotable de nuestra historia, del Romancero, de la novela picaresca; no tenemos tantas figuras de nuestra enjundia, Santa Teresa, el Cid, D. Quijote, Sancho? ¿No tenemos en nuestro arte motivos de ornamentación, donde el problema será elegir?

Pensando en esto, se me ocurrió que a nuestra junta debe agregarse unos cuantos consejeros técnicos,

que nos darán los modelos puros, los dibujos inspirados que han de renovar, por el seguro procedimiento de volver a las fuentes del pasado, los temas del encaje. Y estos consejeros técnicos serán arqueólogos como Mélida o el conde de Cedillo; pintores como Sorolla, Benedito, Llaneces; escultores como Benillure y Coullaut Valera... cito pocos, pero tengo en reserva muchos.

Nuestro deseo sería, naturalmente, que en España no se labrase un encaje cuyo tema no fuese legítimamente español, porque eso buscan los extranjeros de buen gusto en cada país: lo genuino, lo expresivo. En España, los encajes tienen dos tipos principales: el que recuerda los «guipures» y el «torchón francés y la blonda. Ambos pueden obtener acaso satisfactoria exportación, pero hoy por hoy el más solicitado es el primero.

La blonda suscita la tan debatida y hasta resonada cuestión de la mantilla. ¿Por qué las mujeres españolas han prescindido de ella, y adoptado el sombrerete? sería difícil explicárselo, si no estuviese tan asentada la tiranía de las modas. El sombrero es mucho más caro, y salvo honrosas excepciones, más feo. Nos impone una contribución fuerte, lo menos dos veces al año: contribución por formas, cascos, armazones, plumas, flores, fantasías y

tules; esto, aun en las casas donde reina la economía y se hacen los «pichoncitos caseros». Además, no siempre el sombrero sienta bien, no siempre da una nota grata, no siempre favorece, como la mantilla.

Si se adoptase la mantilla, la industria de la blonda prosperaría mucho, y la región catalana, donde existen modelos tan divinos como el antiguo punto de Arenys de Mar, tendría una fuente más de riqueza. Lo mismo pudiera decirse del clásico Almagro. Porque Almagro hizo siempre competencia a Cataluña, y las opiniones están divididas, respecto al relativo mérito de ambas blondas.

No resucitando la mantilla, la blonda obtiene un consumo muy restringido. Es cierto que pocas señoras españolas dejan de poseer sus mantillas blanca y negra; la blanca es de rigor, en las muchachas, para las novilladas aristocráticas, las misas del Gallo, las bodas y bautizos; la negra, la usan mujeres más entradas en años, aunque últimamente iban prefiriendo el Chantilly. Pero, a pesar de estos usos que todavía consigue la mantilla española, no llega su venta al límite que pudiera significar verdadera prosperidad de tal industria.

Y en cuanto a los encajes del tipo «Cluny» y «torchon», que se tejen en la región gallega, y especialmente en Camariñas, y en Alicante, y ya donde

quiera, aunque son más aplicables a múltiples usos, no lo son a la ropa blanca íntima, a las prendas de aire tejido que se exhiben en los equipos de novia. En cambio se prestan admirablemente a otra clase de ropa blanca, sábanas, mantelillos de té, servilletas y mantelerías incrustadas, cubrebandejas y platillos y para los paños, hoy tan en favor, que se colocan sobre los muebles, y los veletes y antimacasares con que se resguardan las sillerías. Tienen también campo abierto en las blusas de verano, en los trajes de abril y de hilo de los niños y las señoras.

Esta enumeración dice a las claras que para los encajes españoles hay porvenir, y que su exportación puede ser fructuosa, y cada día más. Por lo cual está a la vista lo que importa cuidar de la pureza de los modelos, del mejoramiento de los diseños, y de la perfección del género, así como del buen gusto, (entendida esta palabra en el sentido moderno, pues cabe armonizarlo con la gracia antigua).

En España existe otro tesoro, que pocos conocen, que empieza a revelarse. Son las labores y bordados típicos de las regiones. Hace dos años se organizó en Madrid una exposición de labores y ropas populares españolas, que tuvo por teatro la casa de unos tapiceros muy artistas, los Sres. Lissarrague. ¿Quién se ocupó de organizar esta exposición menos conocida y

visitada de lo que merecía? Fue una fuerza casi secreta, o por lo menos recatadísima, los elementos del museo pedagógico y el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. En el museo pedagógico tienen un puesto de honor--como en otros museos del extranjero--los encajes y las labores. Y de esta tendencia, tan patriótica y tan culta, se originó la exposición a que me refiero.

Era encantadora, para los que sentimos esta clase de aspecto de la nacionalidad. La presidía un cuadro de Zurbarán, una monería, propiedad de D. Aureliano de Beruete, La Virgen haciendo dechado. En una almohadilla española, Santa Ana enseñaba a la Virgen-niña la laborcica favorita de las doncellas en el siglo XVII.

Y la exposición comprendía labores, bordados, ropas, todo sellado con ese carácter oriental sorprendente que se observa en tantos productos de la industria y del arte popular ibérico. Atribuir este carácter a la residencia de los árabes en España, sería salir del apuro con excesiva facilidad. Va más honda la corriente, se remonta más arriba. Parece venir de Persia y hasta de Egipto, y quizá de la primitiva Grecia. El enigma está puesto a los arqueólogos. Los profanos no podemos decidir por qué el mismo diseño y la misma cenefa que bordó en un velo la mujer de

Priamo, ayudada por sus esclavas, la borda hoy la paleta de Toledo, la Mancha o Salamanca, en su humilde hogar.

Lo positivo es que tales labores están llamando la atención en grado sumo, y despachándose como pan bendito. Las mujeres de Lagartera, por ejemplo, vienen a Madrid casi todas las semanas, y colocan sus productos sin que se vuelvan a llevar uno solo en los sacos donde los traen.

Son tapetes para mesillas, veletes para sofáes, cuadrantes para almohadones... Y, de casa en casa, entre las señoras iniciadas, que por ahora no son muchas, pero fervientes y enamoradas de la idea, van quedándose los lindos paños, de tan curiosa y original fisonomía.

Los bordados están ejecutados sobre una tela gruesa, que no se encuentra en el comercio corriente, pues la hilan y tejen en el mismo pueblo. La desigualdad de los hilos le da ese aspecto artístico que no es compatible con el hilo fabricado. Tampoco el encaje puede hacerse con hilo demasiado igual. Es necesaria la huella del dedo de la hilandera, al retorcer la hecha color de caramelo.

Entretanto, están de moda. Y este pequeño detalle nos revela lo que pudiera ser un conjunto. La industria artística, inspirada en la tradición, traería

a España millones. En cuanto al taller central del encaje, no ocultaré que por ahora es algo naciente. La protección del municipio de Madrid ha permitido que nazca; veremos si se desarrolla vigoroso. Sería un error suponer que sólo nos mueve el deseo de conservar nuestra gran tradición artística. Hay en ello un poco de filantropía. Las obreras también nos importan. Nuestros primeros fondos se consagran a pagar su labor. Así que una aprendiza ha «pulitado» cinco metros de encaje se le pagan. De venderlo ya nos ocuparemos. Véndase o no, la obrera tiene su labor justipreciada y abonada. Nos ha parecido justo, pues no lo sería abandonar a su suerte a las obrerillas, en su mayor parte jóvenes y que por el trabajo pueden salvarse.

Nuestra precaución no es más que un insignificante aspecto de esta beneficencia matritense, realmente asombrosa, ¡no tanto en sus resultados, como en su caudaloso chorrear! Lo que en Madrid se recoge para los pobres, es incalculable. Sin embargo, de pobres y de golfos siguen las calles inundadas. Debe de existir algún grave defecto de organización. Es un rasgo del carácter nacional, que aun entre las personas más probas y más superiores por su posesión social a toda sospecha, exista una tendencia a favorecer a otras cuantas, por lástima, por amistad, por cualquier género de patronazgo. Y así, lo que debiera contribuir a

remediar y extinguir esta plaga de la mendicidad, va a llenar esa exigencia de una «colocación» que aqueja a tanta gente. Se me dirá también que los que solicitan y procuran colocación son pobres. No creo, sin embargo, [que] así se llenen los fines de las asociaciones benéficas. Habría que estudiar la organización de las asociaciones belgas, y ver con que escaso número de funcionarios se desenvuelven. Se puede decir que funcionan, o será más exacto funcionaban? No lo sé. Lo positivo es que, en cada bocacalle, a la puerta de cada tienda, por do paséis, halláis al mendigo, que rezuquea, y si no le dan, os cubre de dicterios, pintorescos y llenos de colorido, como una página de Guzmán de Alfarache.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

150

LA NACION

CRONICA DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1915

Como una bomba ha caído en Madrid y en toda España, y pudiera ser que en América entre los españoles, la muerte de la marquesa de Esquilache.

Nadie sabía que padeciese mal ninguno, salvo esas ligeras «grippes», que es hasta de buen tono sufrir en el curso del invierno; y nadie le atribuía su verdadera edad, que no falta quien fije en los setenta y siete años; porque esta mujer, en tal respecto una Ninón de Lencios, no representaría arriba de cuarenta; unos cuarenta lozanos y airosos.

No era lo que se llama una belleza profesional, pero ofreció la singularidad de mejorar con el tiempo, cual el vino de Jerez, y su cara graciosa y expresiva, y su figura elegante y señoril componían un conjunto

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 junio 1915: 4. No recogido.

extraordinariamente atractivo y agradable. Tenía el don de saberse vestir oportunamente muy a lo dama, sin exagerar las modas, siguiéndolas a corta distancia, no adoptando sino las que caían bien a su tipo, y las que no comprometían el decoro que poco a poco iba granjeándose. Ni faldas apretadas, ni abiertas, ni ninguna extravagancia, en suma, a pesar de que el pie de la marquesa era para lucido, y lo calzaba, hoy, de justo raso y calada seda, lo mismo que en sus mocedades.

La marquesa de Esquilache estuvo casada tres veces: la primera, con un marino, el Sr. Díaz Herrera; la segunda, con el periodista y diplomático don Antonio Mantilla, marqués de Villamantilla; la tercera, con el capitalista D. Martín Lartos, que la dejó en herencia su cuantiosa fortuna, sobre dos millones de duros. Este tercer matrimonio se verificó en 1888, cuando contaría cincuenta años la marquesa. Desde que la riqueza vino a sus manos, empezó a hacer de su casa, el piso principal del palacio de Villahermosa, al lado del congreso, en la plaza de las Cortes, un centro de sociedad numerosa, brillante y escogida. Su salón fue una fuerza y fue un encanto de Madrid. Frecuentado muy principalmente por hombres políticos, no tuvo el carácter estrecho de las «coteries» o cotarros, donde sólo son admitidas una docena de personas gratas a la

dueña de casa, y fue de allí perfectamente desconocidas. En el salón de Pilar se congregaba la espuma de las categorías sociales: la literatura, la política, la banca, la aristocracia, el ejército, el arte y hasta la ciencia tenían allí representación.

Basándose en esta amplitud de sociabilidad, pudo la marquesa de Esquilache emprender con gallardía y arranque, en que nadie compitió con ella, sus tareas benéficas y patrióticas. Antes que ella, sin duda, muchas damas habían ejercitado la caridad en Madrid. Las hubo hasta ejemplares, hasta santas, como Ernestina Villena y la Jorbalán, de quienes se cuentan rasgos edificantes, dignos de los tiempos heroicos cristianos. Pero, (nadie se escandalice), fue más útil, en general, el estilo de la Esquilache.

En la Esquilache, la beneficiencia adquirió carácter de obligación social. Las grandes señoras incluyeron este deber entre los demás de su casa y categoría. La mayor parte de las fiestas mundanas adquirió ese tinte. Los «beneficios» en los teatros, las kermeses, los bailes caritativos, se pusieron a la orden del día. El movimiento cundió: pero fuera inútil que las más encopetadas intentasen rivalizar con la Esquilache, porque no lo lograrían. La gente no se cansaba de repetirlo: para «echar contribución», hay que alegar algún derecho. Las señoras que no dan en su

casa ni un vaso de agua, a las cuales no se debe atención alguna, verán sus rifas devueltas, sus papeletas inaceptadas, sus ruegos desatendidos. Ello es así, y es además profundamente humano.

Por eso he dicho que la fisonomía de la beneficencia tenía que variar, y cuanto se escriba y discierna sobre la caridad secreta, reservada, humilde, silenciosa, es sin duda muy cierto y muy bello, y sin embargo, justamente hoy la beneficencia (no se le llame caridad si no place así), reviste un carácter esencial de publicidad, por lo mismo que afecta a lo colectivo, y que, no siendo colectivo, no puede subsistir y desarrollarse.

La beneficencia actual es todo lo contrario de secreta. Se pregona, no por envanecerse de practicarla, sino porque, al formar parte integrante de la «acción social», alcanza a todos, y nadie puede, en conciencia, eximirse de prestarle su concurso. Así encontré yo siempre malignas y baldías las censuras a la marquesa de Esquilache, porque daba publicidad y resonancia a sus buenas obras, y las divulgaba la prensa. Existiría en ello su poco de complacencia personal, pero el resultado era a la beneficencia favorabilísimo. Creaba una noble emulación, una imitación fructuosa; daba, en suma, un ejemplo inestimable, que seguían luego la grey. Defendí

invariablemente no sólo la intención de la marquesa, sino su sistema, el único posible para lograr el resultado apetecido, y vi un sello de fariseísmo en las invectivas (que ya, por anticuadas, nadie repite), contra la caridad bailada y divertida, la caridad de las fiestas y las juergas... Mi único argumento, bien sencillo, helo aquí:--Que esos agrios censores tan partidarios de la perfección, nos entreguen lo que se ha de sacar de la «caridad bailada para socorrer a los necesitados, y no se hable más del asunto: habrán tenido razón». Ni un céntimo vino a nuestras manos por tal concepto. Es más fácil predicar que dar trigo.

Esto que digo de la beneficencia, con más razón aún lo diré de las recaudaciones para fines patrióticos. Nadie concebirá que se pueda realizar con sigilo e ignorándolo la mano izquierda una colecta para los soldados heridos, para sus familias pobres. Si pudiese trompetearse en mil clarines de plata, fuera mejor. No veo que, en el extranjero, se esconda nadie para enviar auxilios a los defensores de la patria.

La Esquilache, lo mismo en obras benéficas que en obras patrióticas, realizó prodigios, por el florido camino de la amistad y de la sociabilidad. Tampoco se limitó a pedir: buena parte de su fortuna se empleaba en sus empresas. Y no sólo su fortuna, sino su tiempo y su trabajo, los gastaba con gallardía para ponerlas

en marcha. Escribía centenares de cartas, que es ejercicio muy fatigoso, e intervenía en cada detalle, segura, como lo están todas las gentes de valía, de que difícilmente la substituiría nadie. Hubo muchas ocasiones en que la Esquilache remedió las necesidades que los organismos oficiales no veían modo de remediar. Se le presentaba un concejal, hablando de apuros. Los niños del hospicio estaban desnudos; faltaba ropa. Y era la Esquilache quien daba 5000 pesetas para cubrir aquellas carnes ateridas de frío, a pesar de los sacrificios del contribuyente, de la incesante cooperación del vecindario.

En todas partes andaba la blanca y delicada mano (no es modo de decir, la tenía preciosa) de la Esquilache. Las primeras 1000 pesetas para toda contingencia, eran siempre las suyas. Tenía el dar fácil, pero inteligente; no se dejaba explotar; el don de lucir y de hacerlo todo con brillo y eficacia, acompañaba a su desprendimiento.

Creaba pabellones en los asilos; prestaba empuje a la construcción de la basílica de Santa Teresa, en Alba de Tormes; edificaba por su solo esfuerzo el primer grupo escolar de Madrid; presidía la junta de la Cruz Roja; centralizaba los donativos para los soldados de la campaña de Africa y hasta estaba dispuesta, y de fijo lo hace si vive, a irse en persona a Melilla, a trabajar en los hospitales.

Sería milagroso que la envidia y la malevolencia no se dedicasen a roer los zancajos a la marquesa, y para ello tomaron un pretexto: su aspiración a los honores; su deseo, no disimulado, de obtener una grandeza de España. La marquesa procedía de familia muy ilustre; Sagasta le había dado el título que usó aquel famoso ministro de Carlos III, ascendiente de la dama; el del motín de las capas y sombreros--y más tarde le concedieron la banda de las damas nobles de María Luisa. Cuando se supo que pretendía la grandeza, una turbamulta, que también la hubiese deseado, empezó a hacer correr la voz de que tan pronto como la Esquilache la obtuviese, se habrían acabado sus beneficiencias y su interés en favor de las clases necesitadas.

Iba a un fin, era indudable; y conseguido el fin, arrojaría las muletas, cual otro Sixto V. El rey, que es generoso y superior a estas intrigas, dio al cabo la grandeza a «Pilar» con una carta llena de afecto, que ella puso en un marco orlado de brillantes. Y, desmintiendo los mezquinos cálculos de la gente bellaca, nunca atendió más la Esquilache a la beneficencia que desde que le otorgaron la grandeza apetecida, amén del lazo de dama de la reina. Creyérase que se le exaltó el anhelo de prodigarse, de entregar, no sólo el dinero, sino la persona, a la

tarea. Durante el último penoso invierno, en que tan cruel fue en Madrid la crisis económica para las clases obreras, la marquesa en persona repartía la comida, en el asilo de San Martín, por ella fundado y costeado, a 85 pobres. Ella sola la pagaba también. He oído hacer elogios calurosos del modo con que cumplía esta tarea simpática. Sobraba de la abundante ración, y otros pobres aguardaban las sobras a la puerta. Sin prisa, sin impacientarse, la marquesa procedía al nuevo reparto. Ingeniosamente, había fundado esta obra sobre la base del rancho de los cuarteles, que es lo más barato, sano, y bien condimentado que puede imaginarse. No conozco mejores amas de casa que los coroneles de los regimientos; es increíble lo que hacen con tan poco dinero como cada soldado cuesta a la nación.

La Esquilache, pues, distribuía su rancho con bondadosa afabilidad, y la mañana del día en que su última enfermedad la postró, no quiso dejar de hacerlo. Estaba, sin embargo, tocada ya en el pecho, había pasado la noche velando el cadáver de un antiguo amigo, de aquel Heredia a quien veíamos de tiempo en tiempo en las fiestas del palacio de Vistahermosa, y había contraído la pulmonía mortal, en el frío de las ventanas abiertas y el golpe de la triste impresión sufrida. Era mujer muy fiel a sus amigos, y los tuvo leales y verdaderos, que la auxiliaron en cuanto

intentó. Yo lo vi, en el instante en que quise lograr que el congreso votase una pensión para la viuda del poeta Zorrilla, ciega anciana y en la mayor miseria. Los políticos tertulianos de la Esquilache tomaron de su cuenta el empeño, y obtuvimos seis mil pesetas para la viuda, a pesar de oposiciones y obstáculos que no es del caso reseñar aquí. Y cuando, al impulso de una indicación de Mariano de Cavia, exclamé que el cabo Noval tendría, como lo tuvo su rival en heroísmo, el caballero de Assas, una rememoración--no salgo quizá del compromiso si la suerte no me sugiere la idea de encomendarme a la marquesa de Esquilache. De aquel modo semimágico con que ella hacía las cosas, encontró inmediatamente los 19.000 duros que costó el monumento, obra de Benlliure, «al soldado español, representado por el cabo Noval». Una función de teatro solemne, en el Real; un baile en la misma casa de la marquesa, y como aún quedase un agujero que tapar, lo llenó pidiendo permiso a los españoles de América para aplicar a tal fin el remanente de unos donativos. Por eso, en el pedestal del monumento, figuran «nuestros hermanos de América» con honrosa mención.

Así es que yo profesaba a esta mujer, tan distinta de la Jorbalán, por ejemplo, un género de respeto y cariño que hoy puedo declarar en voz alta, ya que, por desdicha, ni queda salón ni queda quien lo animaba con

su gentil presencia, digna del pincel de un Madrazo o de un Gainsborough... Séame permitido confesarlo: las santas están por encima de nosotros, simples e imperfectos mortales; las santas nos quitan la esperanza de llegar nunca a ser como ellas... Una mujer semejante a la Esquilache, en cambio, si admira y atrae por su amable cordialidad, si pasma por su actividad prodigiosa y fecunda, está más a nuestro nivel. La lección que se desprende de su vida, todos pueden aprovecharla. Y es halagüeña, porque vemos una existencia feliz, compatible con la felicidad ajena. Como elemento individual y como elemento social, realizó su esencia, según antaño se decía, la Esquilache. No sólo, debimos agradecerle mil actos altruistas, sino también la animación que supo prestar a la corte española, las fiestas espléndidas e ingeniosas con que la solazó, la nota de alegría decorosa y culta que en ellas predominaba. La misma presencia de la marquesa, obsequiosa, sonriente, cubierta sin exceso de perlas y diamantes, encajes y rasos, recreaban los ojos y el espíritu.

Por eso repito que su muerte nos deja fríos. Vivía tanto que no parecía posible que nunca hubiese de morir. Deleznable ilusión! Un poco de aire del Guadarrama, de ese Guadarrama que acabo de subir en

automóvil, admirando sus nevadas crestas, y ha bastado. ¡Todo humo!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

151

LA NACION

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1915.

La actualidad, estos días, ha sido el discurso de D. Antonio Maura en el Real. No entraré a examinar este acto en lo que tuvo de político, porque la política interior española aburriría a los argentinos; la política interior de un país es cosa que no resiste a la distancia. Aun en el mismo país donde se desarrolla, hay quien no la encuentra muy amena, y no la sigue al mínimo detalle.

Pero algunas notas curiosas hallo en la peroración del jefe de las derechas. La primera, el hecho de que haya venido D. Antonio. Aunque la comparación desdiga de la solemnidad del caso, me recordó este éxodo de huestes algo que leí, respecto al estreno en Madrid de la primer comedia de magia que se hizo en España, y se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 29 junio 1915: 4. No recogido.

titulaba La pata de cabra, o todo lo puede el amor. Su fama cundió tanto, que se expedían los pasaportes, entonces exigidos para viajar, con la postilla: "Pasa a Madrid a ver La pata de cabra".

Por efecto de la venida de los comités y juntas de provincia, y de muchos partidarios sin representación, era un problema la cuestión de entradas y localidades. El teatro Real, con no ser recinto pequeño, no podía ser elástico. Y claro que la concurrencia (según me dicen, pues yo no puedo asistir a nada público, con mi luto, y ni he oído a Maura, ni a ninguno de los excelentes oradores que han turnado en la faena), no cabía ni de pie, como si de los cuerpos se formase muralla sólida e impenetrable. Hubo palco en el cual se acomodaron veinte o veinticinco señoras.

El discurso duró dos horas y media, por el reloj. Y en todo ese tiempo, nadie dio señales de impaciencia, ni el orador, según noticias, las daba de cansancio.

Este episodio revela que ya la oratoria política,--saliéndose de los ámbitos del congreso,--de aquel congreso tan lóbrego, tan polvoriento, donde la gente se encuentra tan prensada en las tribunas, para no oír ni ver,--busca sitios donde la multitud pueda satisfacer su ansia de intervenir, aunque sólo sea con la aclamación y el aplauso, en las luchas tribunicias. Desde que nació el mitin, o mejor dicho, desde que se

implantó en España, el parlamento tuvo un rival temible. Su exlusivo privilegio desapareció.

Verdad que lo de D. Antonio no fue un mitin, en el sentido de que se pidiese la palabra y saliesen otros oradores a objetar al "speaker". Para expresarse con mayor exactitud, habrá que admitir un género intermedio, la conferencia, que se aparta del parlamento y del mitin, y que cada día está más de moda.

La conferencia, hablada o escrita, ha llegado a ser espectáculo atrayente; al principio, no lo parecía tanto. Se ha educado el auditorio. El arte de atender, y de disfrutar atendiendo, avanza y se perfecciona; hemos llegado a poder escuchar, y a disfrutar escuchando.

Somos además, el país de la palabra. Se habla aquí de un modo portentoso. Los que hemos alcanzado a Castelar, en sus últimos años, pero todavía inspirado y con mieles en la elocución; a Cánovas del Castillo, que si en sus discursos del Ateneo pecaba de prolijo, en el congreso asombraba; a D. Francisco Silvela, ático, incisivo, el de la daga florentina; a Nocedal (hijo), que era, más que un tribuno, un gran actor; a Salmerón, que parecía un iluminado; a Mella, portentoso, arrebatador; a Canalejas, ¡tal vez el más grande de todos! por sus facultades, su modo de decir, aquella

sugestión que emanaba de sus períodos... podemos jactarnos de no echar de menos a Demóstenes y Cicerón. En España se crían los oradores de más talla, y correspondiendo a este privilegio, el público tal vez más sensible a la magia y prestigios de la oratoria.

¡De cuántas calamidades y decepciones no ha solido consolarnos un buen discurso!

Y los discursos se imprimen, y se reparten profusamente, pero... sean de quien sean, creed que al pasar de la boca al papel, pierden más de la mitad de su vigor y hechizo.

Es más: los discursos no se releen. Esto lo afirmo. No se releen. ¿Dónde están aquellas oraciones magnas, impresionantes, formidables como acorazados, de Canalejas? Puede afirmarse que nadie los habrá desempolvado, desde que se archivaron oficialmente en las hojas mustias del Diario de Sesiones. ¡Cuántas sorpresas guardan estos diarios antiguos! A pesar de la labor de lima y expurgo que sufre todo lo que en las Cortes se dice antes de pasar a la publicación oficial, en ella se encuentran cosas asombrosas.

Pero nadie tiene el tiempo ni la paciencia de registrar con calma el Diario de Sesiones, a no ser los diputados que quieren argüir de inconsecuencia a sus adversarios y refregarles, perdónese el vulgarismo, por las narices sus propias palabras y opiniones

anteriores, cogiéndoles en flagrante delito de contradicción.

No se deduzca de esto que considero inútiles estos discursos magistrales. Queda de ellos el efecto en el auditorio, en la opinión, y algunas ideas y frases sueltas, que son la quintaesencia de la extensa perorata.

*

Un aspecto digno de considerarse del discurso de D. Antonio, es que, saltando todas las distancias que le separan de ellos, ha venido a coincidir con políticos como el conde de Romanones y don Eduardo Dato, en el punto de la ocupación de Tanger. Lo cual no es grano de anís. Los doctores, llamados a junta, están conformes con el diagnóstico.

A la política exterior atañe otra afirmación de Maura, que desorientará a mucha gente y no fue grata a determinadas derechas, las cuales han rechazado, no sin acritud, el llamamiento del insigne orador. Esta afirmación es que la alianza conveniente para España, no es otra que la franco-inglesa. Se ha repetido tanto desde el principio de la guerra, que las derechas, en España, eran partidarias de Alemania a puño cerrado--a ser o en gran parte desmentible--que este criterio de Maura tal vez produzca asombro. Por mi parte, lo encuentro muy fundado en la realidad. Con quien

importa estar a bien, es con el vecino. Pero en esta hora suprema, no considero cuándo se acerca la solución, ¿cabrán alianzas? Lo indico con duda.

*

Contrastando con el ruido de la conferencia de don Antonio, las del Instituto Francés, de la calle del Marqués de la Ensenada, se deslizan calladamente, entre un auditorio recogido, atento y numeroso, de gente que se conoce toda, y va atraída por simpatías y aficiones culturales, como se va a una cátedra, a recoger enseñanza.

Este instituto se fundó hace pocos años, y redimió a los perseverantes profesores franceses de la prisión que sufrían en nuestra destartalada universidad central, en aulas incómodas y obscuras. Persiguiendo el fin de fomentar las relaciones entre Francia y España, en el terreno literario y científico, estos franceses disimulaban, con su cortesía proverbial, las molestias que les causaba tan mala, y además prestada instalación. Los concurrentes deseábamos, tanto como ellos, que se organizasen mejor estas enseñanzas encantadoras. Por fin surgió el instituto, local modesto, pero desahogado y confortable y hasta elegante en su construcción, y todos los años, en primavera, vienen a conferenciar y a dar cursillos diversos profesores, procedentes de universidades de Francia.

Este año ha venido también uno belga de Lieja, el señor Vilmotte. El curso de este doctor ha abarcado aspectos históricos; el estado de Bélgica a fines del siglo XV; el Renacimiento en los Países Bajos; las letras; la Revolución religiosa; las artes; la arquitectura; la escultura; la pintura; y así nos han dado, en breve conjunto, idea sucinta, pero clara y bien definida de la civilización característica de su patria. Otro conferencista, profesor de la universidad de Poitiers, ha explicado competentemente un tema tan sugestivo como del teatro cristiano, desde los Misterios hasta nuestros días, empezando la serie de las obras relativamente modernas de Poliuto de Corneille; siguiendo por la familiarísima Atalía de Racine; y viniendo al movimiento místico de fines del siglo XIX, con Mauricio Bouchor y la Marche a L'etoille, [sic] La Samaritana, de Edmundo Rostand y las Pasiones de Nancy y de Oberammergau. A mi parecer, aunque pueda escandalizar, falta en este resumen la Salomé de Oscar Wilde, cuyo fondo es místico, (habrá que explicar este misticismo) y cuyo origen es cristiano evangélico.

A su vez, Ernesto Mérimée, el director del Instituto y rector de la universidad de Tolosa, ha tratado este año un asunto altamente simpático, elegido con sumo acierto. Y asunto que Mérimée tiene dominado,

pues sus estudios históricos literarios vienen profundizando, años hace, la literatura española. El iberismo, les viene de casta a los Mérimée; nadie ignorará que Próspero, el autor de Carmen y de Colomba, era cautivo de España, de su aspecto y sus costumbres, de lo pintoresco, y hermoso de sus paisajes y edificios, y amigo muy íntimo de la española Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses. Este Mérimée, de quien hablo ahora, ha escrito importantes libros sobre Quevedo y otros temas clásicos en nuestras letras. Habla el castellano y lo escribe cual si hubiese nacido aquende el Pirineo, y conoce nuestro modo de ser y todo lo que a nosotros se refiere como persona de casa. Le tenemos por amigo y casi por compatriota, sin que esto vaya en detrimento de su amor patrio, rebosante en cuanto dijo en el Instituto, por más que evitase tocar a las cuestiones actuales. Sí: su viejo corazón de patriota latía en las explicaciones, al través de la erudición y del ingenio. Y era un motivo más para que la concurrencia sintiese el atractivo de una lección de cátedra, no muerta y fría, sino llena de vida y de emoción.

La habilidad de Mérimée consistió en eso: en llevar a sus oyentes, por el pacífico camino de las letras, a un sentimiento de confraternidad, a un terreno de franca simpatía hacia su nación, al recordar

y poner de manifiesto los lazos de unión que crean las semejanzas y las influencias en el arte, en la literatura y hasta en las costumbres. Estas corrientes empiezan con el Amadís, que no está averiguado aún si fue obra de autor español, francés o portugués, de mujer o de hombre; ese tipo meridional si los hay, que rememora a D. Quijote en Sierra Morena, dando zapatetas y haciendo extremos de locura. Sigue la influencia con El Cid de Corneille, con la moda de los trajes y de lengua española, que llevó a mi ascendiente Ambrosio de Salazar a enseñar en París el castellano, profesión entonces lucrativa. Y se recrudece, por decirlo así, con la novela de Pérez de Hita, Guerras de Granada, que trae el «granadismo» y la «morería andante» a la literatura francesa, en proporciones de lo cual hizo notar acertadamente Mérimée, que no son las obras las que más imitaciones suscitan. Del Quijote, no recordaba, en Francia, imitadores; Pérez de Hita, en cambio, los tuvo a docenas, y hasta nuestros días, puede decirse, con El último abencerraje, de Chateaubriand. Todavía el granadismo, en España, no cesó de producir retoños, algunos tan lozanos y floridos como el no terminado poema de Zorrilla, sin hablar de la romántica estirpe de los Aben Humeya, el de Martínez de la Rosa, el que acabamos de aplaudir en el Español. Por eso, cuando el último poeta granadí

suspira en estrofas elegíacas, dolorosas:

«¡Granada, Granada!
De tu poderío
ya no queda nada...»

le responderíamos para su consuelo, que del poderío de Granada, como encanto de las imaginaciones, no puede quedar más, y después de expugnada por las armas cristianas, fue, como Troya, conquistada y arrastrada, más bella y más sugestiva, sirviendo de tema a infinitas novelas y narraciones, recontadas por Mérimée con gracia y soltura, y con un tacto notable, para no herir ni la menos susceptibilidad, evitando la adulación importuna y para dar a España y a Francia lo que les corresponde, enseñando cuán unidas están nuestras tradiciones de letras y de arte cuán semejante es, en muchos puntos, nuestro genio, y cuántas veces se fundió nuestro espíritu, en épocas pasadas y presentes.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

152

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1915.

La España que acabo de recorrer en automóvil, unos setecientos kilómetros, no se parece poco ni mucho (salvo pormenores insignificantes muy típicos, notados por ciertos viajeros franceses como Dumas, el gascón y Gautier, el veraz colorista) a la España pintoresca que suelen ver los extranjeros desde sus patrias, cuando piensan un viaje al país donde, como en la romanza de, Mignon, florece el naranjo.

Ni la sombra de un naranjo o de un limonero encontraríais en todo el trayecto que hicimos, deteniéndonos donde nos plugo, viendo iglesias y catedrales, curioseando pueblos perdidos en la estepa o agazapados en la falda de la montaña, al pie de los

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 22 julio 1915: 4. No recogido.

puertos, no siempre despojados ya por la primavera de su caperuza de nieve.

Esta España es la austera y silenciosa, la de las grises soledades muertas, como dijo Gabriel y Galán; es la España despoblada en que cruzáis leguas y leguas sin divisar una casa, un caserío, una choza, no digamos ya una quinta de recreo, ni un castillo erguido y ceñudo. La impresión de desierto se aumenta, en vez de atenuarse, cuando sobre el fondo de un cielo gris de lino, primaveral, se destaca la figura del pastor, apoyada en su cayada grave como un hombre primitivo que es, cercado del rebaño, que trisca la yerba árida, dura, tan diferente de los mollares pastos de la región cantábrica, y acompañado del mastín, que se ha colocado en postura de esfinge, a ver pasar el que un día llamé «artilugio trepidante» y que debe de representar para estos hijos del desierto, una encarnación de la locura humana ¡Correr tanto, tanto, cuando basta que la vida corra, ella, la que jamás se detiene! ¡Correr para qué! ¡Estos pastores de ovejas son estáticos, y sus ojos claros y sin oleaje de ideas miran al infinito...

También hemos debido de parecerlos bastante insensatos a las mujerucas castellanas y leonesas, que, a la puerta de sus mansiones color de tierra, hacen girar entre la yema de sus dedos, del mismo tono de seco barro, una rueca, que va llenándose de hilo rubio.

Para estas campesinas somos un misterio. Si en la región del Guadarrama, y hasta Adanero, menudean los turistas y el automóvil es cosa familiar, al seguir adelante cesan los avisos y postes del Real Automóvil Club, y no se encuentran más vehículos que los carros de mulas, pues las antiguas carreteras están abandonadas hasta por los coches de la línea. El ferrocarril lo ha matado todo.

Y he aquí que, al cabo de tantos años, vuelven a sonar a nuestros oídos esos nombres de pueblecillos: Manzanal del Puerto, Villacastín, Cacabelos, Bembibre, ya olvidados, desde la época en que se viajaba en silla de posta... El progreso, en este punto, vino a empalmar con el antiguo régimen. Y, si hubiese unas fondas aceptables salpicadas por la ruta, nadie que tuviese medio de evitarlo viajaría en tren. Es halagüeño para la fantasía, la libertad de pararse donde agrada, de dormir donde anochece, de evitar esas noches toledanas del ferrocarril, que parecen de lujo y confort porque un hombre a vuestro servicio os echa unas sábanas sobre un diván, pero son, en efecto intolerables, pues vais como la carta en el sobre, vuestro sueño es un devaneo penoso, zarandeado por el movimiento del tren, y al otro día a duras penas podéis vestiros; la cabina es una jaula estrecha, angustiosa y no sabéis dónde se ha escondido la ropa que os quitáis para dormir.

Al paso del viajero que hace este recorrido, hay, sobre todo, dos señuelos atrayentes: el museo de Valladolid y la catedral de León. El primero es lo más genuinamente español que conozco, dentro del arte: expresión profunda de nuestra religiosidad peculiar, o al menos de su forma nacional desde la reconquista. Me refiero a los que llamé un día, «santos de palo»; a las espléndidas tallas en madera, del Renacimiento, obra de los tallistas geniales, de los Hernández, de los Juni, de los Villabrille. Sería difícil averiguar por qué razones dejaron en Valladolid huella más luminosa que en parte alguna, y mayor número de obras maestras. Contra el gusto atildado y pseudo pagano de los clásicos, que no admiten sino el mármol yo he preferido siempre la talla hispánica, alta manifestación de nuestro ideal. No sólo he solido anteponer la talla al mármol--la talla, con sus encarnaciones, dorados y estofados, que tan caliente y rico tono le dan--sino que hasta he ensalzado las llamadas imágenes de vestir, en las cuales el sentimiento ha producido cosas tan hondas como las elegíacas Dolorosas y los dramáticos Nazarenos. La poesía de estas efigies, la reflejaron antes que yo, poetas franceses, Gautier y Baudelaire, ensalzadoras de la Virgen de los Siete puñales. Nuestro Zorrilla, al fin vallisoletano, se limitó a la talla, cantando al Cristo de la Vega, en la bellísima

leyenda A buen juez mejor testigo. Y la impresión de Valladolid--no del Valladolid moderno, sino del que encarnan las viejas hidalgas piedras testigos de tantos sucesos--es dramática como la de sus tallas renacientes. La perla del museo es una cabeza cortada segada por el cuello, que destila sangre, y en el cual, con insuperable perfección anatómica, reveladora de un estudio del natural, crispador--se pueden contar las venas y se ve la tráquea seccionada.--Esta cabeza no es la de San Juan, tipo de la hermosa en el degüello: es la de San Pablo; pero tiene igualmente una intensidad trágica inmensa, y no se pueden apartar de ella los ojos, por la fascinación del arte, dentro del horror de un asunto.

Pues bien: las memorias que no se disipan nunca en Valladilid, se refieren a dos cabezas cortadas, no labradas en madera por el artista, sino destroncadas realmente de un cuerpo vivo, separadas de unos hombros altaneros, gallardos. Me refiero a las cabezas de don Alvaro de Luna y de don Rodrigo Calderón, ambos validos de reyes, ambos señores poderosísimos, milagros de la fortuna. Don Alvaro de Luna era el privado de don Juan II, el melancólico decadente Trastamara, por orden del cual, en la plaza del Ochavo de Valladolid, fue llevado don Alvaro en una mula enlutada, precedido de un pregonero que anunciaba su culpa y traición. «Fagan a

su sabor de mi cuerpo», dijo el favorito, al ver en el patíbulo el poste con la escarpia que había de servir para exponer al público su cabeza. Ante el cadáver expuesto a la muchedumbre, el fiel pajecillo pidió limosna para su señor, a fin de poder enterrarle en el cementerio de los ajusticiados, ladrones y asesinos... Y esta sombra ensangrentada, con sus elegantes ropajes del XV, paréceme verla en la penumbra de las calles de «la más noble villa del reino», como la llamó el triste monarca que lamentaba no haber nacido fraile del Abrojo.

La otra sombra es, lo he dicho, la del altivo don Rodrigo Calderón, que no fue ejecutado en Valladolid, pero vino a dar a él con su cuerpo decapitado, la testa colocada al lado de los hombres. Veinte años ha que trato de ver esta momia romántica, sin conseguirlo, pero acaso mi tenacidad pueda más que las dificultades que siempre se oponen a tales intentos. Guardan celosamente a don Rodrigo sus Calderonas, las monjas del convento de Portaceli, que fundó y protegió. Ellas, en una especie de cofre forrado de brocado o damasco rojo como la sangre, custodian los míseros restos del ajusticiado, y han hecho lo posible para borrar las huellas del degüello, cosiendo la cabeza al tronco. Esto, al menos, me han dicho, pues repito que no lo vi, y harto me pesa. Lo que he admirado en la

iglesia de las Calderonas, son las estatuas orantes de don Rodrigo, sus padres y su mujer, bultos de mármol ricamente vestidos, que, con misterioso recogimiento, parecen implorar la piedad del que da y quita las grandezas y los honores terrenales, y envía al cadalso a los más orgullosos, entre los cuales habrá que contar a este privado, pues al ponderar la altanería de alguien, dícese proverbialmente que «tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca».

Su amigo y valedor, el que le dio sombra, el duque de Lerma, probablemente no se libró del suplicio, sino porque tuvo el acierto de hacerse cardenal. El capelo salvó la cabeza.

Si los decapitados de Valladolid proyectan una lividez sepulcral sobre los antiguos muros, en cambio, León, segunda etapa de nuestro viaje, nos ofrece la riente maravilla de su incomparable catedral. La catedral de León es superior a la de Reims, y estoy por decir que es la más hermosa de España. No la inflama el españolismo ardiente y furioso de aquellas tallas magníficas. En esta catedral la nota distintiva es una elegancia casi aérea una alegría celeste, como si ya el Paraíso abriese ante nuestros ojos atónitos sus perspectivas radiosas. La catedral que ahora puede verse enteramente restaurada, después de largo período de andamiajes y recompostura de vidrios, es una

linterna, tan calada de ventanas resplandecientes de color, que, invariablemente, los que la visitan por primera vez, se asombran de cómo puede sostenerse el monumento casi sin piedra, al menos aparentemente. La finura extraordinaria de esta catedral la hace parecer francesa--«opus franci genum»--indicación que rechaza con energía el ilustrado señor canónigo que nos acompaña en nuestra visita al incomparable templo.

No, la catedral es española. Españoles la idearon y ejecutaron, y quien otra cosa diga miente como un bellaco. Sin embargo, en mi espíritu queda una duda. Yo quisiera pensar como el señor canónigo, y el caso es que a cada paso me parece más evidente que lo genuino en nosotros era lo románico, lo que floreció al calor de la Reconquista; y lo que hoy protestan los eruditos franceses de que se llame gótico y reclaman para su patria--el estilo que tantas bellas catedrales produjo--vino de Francia, quizá con las peregrinaciones a Santiago de Compostela, y también con las bodas de princesas de Francia con reyes de León y de Castilla. Al mirar esta catedral soñada, evoco la de Reims, que tanto se le asemeja (se le asemejaba, hay que decir tristemente). Un estremecimiento recorre nuestros nervios, pensando en que pudiera esta azucena secular recibir el horrible ultraje de las bombas y las granadas. Por lo pronto, no le falta la ofensa de las

pedradas de los chiquillos. Ello es vandálico, pero es cierto: piedras lanzadas por niños españoles han roto vidrios de estos que parecen irisaciones de la gloria. El vandalismo, por desgracia, es un fenómeno que se produce en todas partes. Sus espinas brotan donde quiera. En León es también donde un ingeniero, cuyo nombre no sé, pero que es insigne vándalo, honorario, destruyó la que fue prisión de Quevedo, en el magnífico edificio plateresco de San Marcos, que el vandalismo de estado destinó a depósito de sementales; y entre el estado y el ingeniero, nos han privado para siempre de contemplar el calabozo donde el excelso humorista, el «semicapro» del Renacimiento, pasó horas que lo convirtieron definitivamente a Dios...

Aquellas paredes estorbaban al vandalismo pseodo-científico, y cayeron, transformándose en no sé qué ridículo aljibe... Y yo, ante la barbarie, exclamo dolorida (muchas veces en años anteriores había visitado la prisión del autor de Los sueños:

--¡Segura estoy de que si se les confía el edificio a los caballos del depósito, no cometen desafuero tal!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

153

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1915.

Ha muerto en Madrid, en la residencia de los PP. jesuitas, el novelista Luis Coloma. En estos últimos tiempos hallábase muy enfermo, «muy atropellado», es la consagrada frase; pero yo recordaba que, cuando le conocí, y le visité en Chamartín, (otra casa de la Compañía de Jesús), ya se quejaba del mal estado de su salud, ya tenía aquella faz congestionada y aquel aire de sufrimiento que conservó durante veintitantos años, desde tal fecha. Sin embargo, en ese período, del año 90 ó 91, hasta el momento presente, el padre Coloma escribió numerosos libros, fue el amigo de confianza y el director espiritual de algunas casas de lo más copetudo de la grandeza, y casi el ayo de los hijos del duque de Granada.

Todo aquel escándalo de Pegueñeces, todo el alboroto provocado por la famosísima novela, se había,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 22 agosto 1915: 5. No recogido.

no diré que olvidado, pero atenuado y apagado tanto, que ya nadie mentaba al más discutido de los libros españoles en el siglo XIX. El mismo padre Coloma parecía tener gusto en que se fuese formando una penumbra en torno de su obra; como suele decirse, la dejaba dormir.

Por esto, porque el tiempo borra unos sucesos con el rodar de otros, no considero inútil la evocación circunstancial del ruidoso incidente literario, que cautivó la atención hasta un grado insólito, e hizo gastar más tinta y más saliva (por lo menos aquí), de la que hoy se gasta con motivo de la guerra europea.

He escrito «incididente literario» y estoy por desdecirme. Porque la literatura no fue la causa de la enorme trapatiesta. Sin duda, a no tener el padre Coloma tantas y tan atractivas dotes de escritor, Pequeñeces no sería muy notada; pero si, con las mismas dotes, fuese el autor un seglar, o si aun siendo un religioso sacase a plaza gente del pueblo o de la clase media y no personajes de la aristocracia y de la política, ni se creyese que cada uno de estos personajes tenía un nombre en la vida real, y la novela una clave, siendo meramente un velo no muy tupido para fisonomías conocidísimas, es indudable que hubiese pasado, si no inadvertida, restringida a la aprobación calurosa, pero serena, que obtuvieron tantas

magistrales novelas de aquel período de la Restauración, fecundo y floreciente para el género.

Al empezar la agitación provocada por Pequeñeces, publiqué yo, en el Nuevo Teatro Crítico, un estudio sobre el libro y su autor, que tuvo la fortuna de ser leído, y de contribuir a orientar la opinión de los que deseaban fallar con alguna equidad el pleito. Emilio Castelar, grande amigo mío, pero no tanto de los jesuitas, me acusó entonces, festivamente, de haber «inventado» al padre Coloma, con objeto de mortificar a D. José María de Pereda, poniéndole enfrente otro novelista católico más gracioso, ameno y ligero, cualidades que en Pereda no resaltaban tanto como otras. Claro es que era todo ello una broma, una «taquinerie» de aquel niño genial, que me quería como se hubiese querido a una hermana, y que, latino hasta la médula, tenía siempre prevenido el rasgo de humorismo para los casos más graves. Yo hube de enredarme una vez en polémica con Pereda, y no por mi culpa ni por mi voluntad, sino porque me obligó a ello un ataque rudo e injusto del autor de Pedro Sánchez. Pasado aquel momento, seguí siendo muy admiradora del gran montañés, cuya gloria siempre reconocí; y lo demostré, no cambiando ni una tilde al artículo que ya tenía escrito, antes del incidente, acerca de su manera de novelar, y que también se publicó en el Nuevo Teatro Crítico.

Con mi estudio sobre el padre Coloma, y sin él, la novela hubiese obtenido igual resonancia, por las razones que antes apunto. La gente, ávida y curiosa, agotó en pocos días la primera edición. En los salones, en los clubs, en palacio, hasta en el consejo de ministros se comentaba Pequeñeces. Nadie comprendía que un jesuita hubiese escrito con los procedimientos de aquel naturalismo, asaz censurado por la gente timorata, punto menos que excomulgado. Y éramos contados los que dábamos al hecho una explicación lógica y sencilla... Recordábamos que en cierta ocasión, otro jesuita subió al púlpito, y ante un auditorio compuesto de damas y damiselas de la crema, censuró acertadamente las costumbres de la alta sociedad; y tales cosas dijo, y las dijo de tal modo, que una egregia dama allí presente, no pudo (aunque tan serenísima señora), conservar la serenidad, y, presa, de mortal congoja, se retiró. A las pocas horas, el rey, el nuncio, los ministros de la corona, y «tutti quanti», sabían lo ocurrido y tomaban determinaciones; y a no muchas más el nuevo Isaías era enviado a profetizar, o mejor dicho, a callarse la boca, en distintas comarcas de Israel. Pero lo que entonces ni después pudo decirse desde el púlpito, buscó desahogo en la novela (salto no tan mortal como parece) y, en mi concepto, a la forzosa retirada del padre Mon se debió

el advenimiento del padre Coloma. El mismo lo confiesa en prólogos diversos. «Yo armo mi tinglado en las páginas de una novela... Así digo verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse desde las bóvedas de un templo... Los buenos novelistas son hábiles confeccionadores de contravenenos...»

Este literato, movido por estímulos morales, pero diferentísimo de otros que obedecían a iguales móviles, los Franco, los Polo y Peirolón, y hasta los Trueba y los Fernán Caballero (a pesar de ser el padre discípulo reconocido y predilecto de la insigne escritora suiza), tenía sus antecedentes; había escrito narraciones. En las historietas publicadas antes de Pegueñeces, el novelista aparecía en estado de larva; se indicaba, se delataba con una descripción feliz, diez líneas palpitantes, el encanto de ciertos tipos. Y podía notarse en ellas un matiz de indulgencia con la plebe, y bastante pesimismo respecto a las clases pudientes, elevadas y conservadoras. En «El primer baile», personificaba la ceguera y la frivolidad una marquesa, y la estupidez y brutalidad moral un duque. En «Polvos y lodos», se flagela a la juventud aristócratica, que sobre la gloriosa cimera del antepasado que adornó la misma Isabel la Católica con corona condal, aplica una montera de torero. En «La gorriona», las casas del gran mundo donde se reúne la nata, salen equiparadas en

sus resultados a las romanas fórnices, [sic] y la señora que recibe a sus amigos para proporcionarles un rato de solaz, comparada a la infame vieja zurcidora de voluntades...

Y esta tendencia es la que se acentúa en Pequeñeces, obra de sangrienta y quemante sátira, pero no dirigida contra los impíos, los librepensadores ni los indiferentes, sino contra los creyentes a medias, aquellos «tibios» anatematizados por el Evengelio: los que en el orden político, hicieron la Restauración, y en el moral la componenda, las transacciones con el cielo; los que encienden «a Dios una vela, y al diablo todos los colmenares de la sierra».

No era esta una notable originalidad del padre Coloma. Desde la Restauración, pudo observarse en la novela y el teatro la corriente adversa a la aristocracia, satirizándola y poniéndola como digan dueñas. No hubo novelista que no siguiese tal movimiento. Sólo que las sátiras representaban otros tantos fracasos. El único que dio algo en el blanco fue Galdós en La familia de León Roch y en algunos pasajes de La incógnita y Realidad. Sin proponerse un detenido análisis ni un estudio de la aristocracia, Galdós la entendió bien, y no fue con ella tan duro como el jesuita. Los demás, sin excepción, se equivocaron, y presentaron una gente del gran tono que

no era fácil reconocer, tal estaba de desfigurada. Un crítico y publicista catalán de gran renombre, muerto hace tiempo, José Ixart, preguntaba, en un artículo que vio luz en La Vanguardia, de Barcelona: «¡Pero, señor! ¿Qué tiene esa singular aristocracia madrileña, que nadie acierta a describirla? ¿Es, por ventura, una sociedad fuera de lo imaginable, o que requiera más prolijas y profundas investigaciones que las demás?» Y respondíamos algunos a la interrogación de Ixart: La aristocracia, justamente porque es lo mismo que las demás cosas de este mundo, no puede describirse sin conocerla, sin estudiarla detenidamente, documentalmente, por los métodos realistas; y quien no la conozca, desatinará si escribe de ella, porque los adivinos se han acabado... Naturalmente, si no se puede hablar de nada sin conocimiento, mucho menos fustigar; y de aquí el fracaso de tantas sátiras, obra de maestros; de Palacio Valdés, de Pereda, verbigracia...

En el padre Coloma reconocimos, desde el primer momento, que se había roto el maleficio de la novela de alta sociedad. Giros de lenguaje, acciones, psicología de héroes, detalles de indumentaria y mobiliario nos revelaron la maestría del artista familiarizado con los modelos y el ambiente. Y, en efecto, el padre Coloma antes de entrar en la compañía, frecuentó mucho la

sociedad elegante de Sevilla y Madrid. Sin ser lo que se llama un muchacho de la grandeza, ni un aristócrata, era de esas personas bien vistas, distinguidas, a las cuales se recibe y admite al trato, sobre todo en España, donde la tendencia es a la llaneza, a la familiaridad, y no existe esa etiqueta engomada y exclusivista de otras sociedades europeas, por ejemplo, la de Austria. Cuando el joven Luis Coloma, herido misteriosamente en su propia habitación de un balazo que le puso a las puertas de la muerte, sintió la vocación y se retiró del mundo, ingresando en la compañía, llevaba atesorados los datos que en sus novelas había de aprovechar.

La sátira de Pequeñeces no se concreta, sin embargo, al estudio de las altas clases; es social y política, y por lo tanto, su novela, como las de Balzac, podrá ser consultada por los historiadores venideros. Es la censura del espíritu de la Restauración, más frívolo que otra cosa. Porque el mal de la gente aristocrática consiste en una lesión de la energía moral, no en vicios y pecados, que le son comunes con las demás clases, porque son eternos y humanísimos. Y el padre Coloma vio muy bien este aspecto del problema: sus nobles no son unos malvados de melodrama, sino una gente anulada, inerte, sin ideal, devorada por el ansia de goces externos y

aparatosos, los derroches insensatos, la inconsistencia de la religiosidad, el olvido de las pasadas glorias, de los actuales deberes y la fatiga de los resortes morales. El abandono suicida es lo que con mayor frecuencia pudiera observarse en la clase alta, y un día oí decir a un prócer de los más linajudos, a quien yo alababa un castillo histórico: «Preferiría un chalet a la moderna... Lo trocaría...»

En suma Pegueñeces, hará veinticuatro años, convirtió a Madrid en un hervidero de discusiones, indiscreciones, preguntas y cuchicheos «detrás del abanico de nácar y de oro» que prestaron fugaz animación a las tertulias, antes reducidas a la chismografía. Por desgracia, el padre Coloma, si continuó escribiendo, y libros siempre entretenidísimos, entre novela e historia y alguna novela también, no dio sucesión a Pegueñeces. O le vedaron aquel modo de novelar, o él mismo voluntariamente lo dejó--pareciéndome más verosímil lo primero. Las crudezas, lo escabroso de algunos capítulos, pudieron asustar a los Superiores, a pesar de los edificantes fines que guiaban la pluma. Ello es que, como el padre Mon, no reincidió el padre Luis Coloma. Al primer vuelo, debieron de cortarle las alas. Los amigos de las letras lo sentimos muchísimo.

Y ahora deploramos su muerte, porque, para consolarnos de no leer otra obra tan agridulce, picante

y salada como Pequeñeces, alguna vez íbamos a visitarle en su retiro, y le oíamos hablar, muy donosa y discretamente. Andaluz de raza, había mieles en su charla naturalísima, fresca y oportuna. Es una figura bien interesante la que desaparece, casi sin ruido, porque en estos momentos nadie atiende sino al del cañón, aunque lejano, asaz pavoroso.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

154

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1915.

Madrid está muy desanimado; es un hecho reconocido por todos. ¿Y cómo no había de estarlo, en los momentos actuales. Sin embargo, la gente da otra versión. No es la guerra. Ni aun la falta de dinero. Dinero, en España, a pesar del fracaso del empréstito, hay más que nunca. Como apenas se importan artículos extranjeros, y en cambio se exporta todo lo que se puede y mucho que en otros tiempos no se exportaba, el dinero se viene en lugar de irse. Quizás la explicación sea muy optimista; no respondo de ella, porque no soy ningún Fernández Villaverde, y en cuestiones de hacienda poco se me alcanzan, sin embargo, parece que tiene algún fundamento. Y en cuanto a la desanimación, la achacan a tantas muertes de personas conocidísimas, que han ensombrecido y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 agosto 1915: 5. No recogido.

vestido de luto a la mitad de la sociedad que bulle, se divierte, y divierte a los demás, por contera.

En realidad, la primavera ha esgrimido este año la misma segur que solía esgrimir el cano invierno, y sus hijos, los cierzos del Guadarrama. Han caído cabezas muy erquidas y visibles. Por el concepto social, la más notoria ha sido la marquesa de Esquilache, a quien dediqué recientemente una de estas crónicas. Se cuenta que el general Primo de Rivera, que todas las noches jugaba en casa de la marquesa tresillo, exclamaba, con el ingenuo egoísmo de las personas entradas en edad: «¡Y con quién voy yo a reñir ahora por los codillos, vamos a ver?» A ejemplo del general, todo Madrid se pregunta: «¿Y quién dará, vamos a ver, fiestas frecuentes y lucidas este invierno próximo?»

Hay una melancolía intensa en esta desventura mundana... La mujer que era el núcleo de la animación madrileña, duerme en su helado y lindo mausoleo de mármoles, cubierta la faz con el encaje (el mejor de sus encajes), que ordenó extendiesen sobre ella apenas hubiese espirado, sublime coquetería de última hora, para evitar que nadie contemplase su rostro gracioso y bonito aún a los 70 años, desfigurado con la lividez de la muerte y con un hilillo de sangre en la comisura de los labios... Duerme, sí, sorda al eco de las músicas que convidan a los valses raudos y a los solemnes

rigodones de honor, y ya se han esparcido a los cuatro vientos las reliquias de su inteligente y risueño lujo, el moblaje de sus salones fastuosos. Una almoneda dispersó los cuadros, los jarrones, las porcelanas, los tapices. Almoneda tan triste, en otro género, como la de la protagonista de La dama de las camelias. Más triste aún, porque en las «cocottes» es término y desenlace ordinario, lo que no suele serlo en las grandes señoras.

Y también sucumbió el bondadoso, el sociable general Azcárraga. Su figura era casi indispensable en los saraos: asistía, gustoso como un muchacho, a las fiestas a las grandes comidas, a las reuniones en pequeño, y nunca se excusó por los motivos que suelen alegar los señores que han cumplido los 80: catarros, cansancio, ocupación excesiva. Verdad es que se dormía en todas partes, señal indiscutible de fatiga del organismo. Y se dormía más en los recintos cerrados, llenos de gente, que vicia y descompone el aire. Señal del estrago del tiempo; también estaba amenazado el general de ceguera, y tuvo que operarse la catarata. La forzosa inmovilidad en la cama, trajo la congestión pulmonar. Luchó su excelente naturaleza con el mal, y fue vencida. Así y todo, sobrevivió bastantes días a la marquesa de Esquilache, ¡la cual no se había dormido nunca donde hubiese reunidas tres personas!

La desaparición del padre Luis Coloma, al cual también consagré aquí larga memoria, no resta nada al bullicio social, y si levantase la cabeza, como suele decirse, sería para condenar los bailes y funciones; pero él figuraba, ya que no entre el Madrid que se divierte, entre el Madrid aristocrático; confesaba a gente de alto fuste, y le guardarán recuerdo muy afectuoso damas y caballeros de la más amerengada crema, sus penitentes y amigos.

Enlutado está también el hogar de un hombre que era la suma de la amabilidad y el espejo de la cortesía, siendo además un intelectual y un político de altura. El barón del Castillo de Chirel (Carlitos Frígola, su nombre de muchacho elegante), ya casado y padre de encantadoras señoritas y señoras casadas, arregló en su hotel, hará poco más de un año, un magnífico salón de fiestas que se inauguró con un baile lleno de alegría, porque predominaba en él la juventud. Deslumbrador de luces, atestado de mujeres ataviadas al pico de la moda, cubiertas de joyas; el salón, cuajado de flores venidas de la comarca valenciana, semejaba lo que se dice un ascua de oro. Las hijas de los dueños de la casa andaban por allí, haciendo los honores, atendiendo a los invitados. Todo el mundo comentaba la felicidad de aquella familia tan unida, tan cariñosa, tan ajena a las corrupciones del siglo como de a [la]

hosca ñoñez de los que viven de espaldas al mundo y a la realidad. Y fue poco, muy poco después, cuando el destino cruel empezó su obra. Dos hijas murieron casi súbitamente, en las faenas de la maternidad, que no pudieron resistir. Y ahora, en la racha de primavera fue, el padre quien sucumbió, minada quizás su antes robusta complexión por la pena. El hotel, tan hospitalario, tan brillante, tan simpático, se cerró hurañamente, recogiendo entre sus paredes los dolores de la madre y de la esposa.

Y han caído otros muchos: el duque de Medina Sidonia, la marquesa de Donadío, la de Villalobar, la señora de Allende Salazar, el marqués del Baztán, soldado y aristócrata, que mantenía la tradición gloriosa, militar y caballeresca, de su padre el general Martínez Campos; y a pesar de que los muertos van siempre aprisa, y más en estas esferas, donde es hasta de mal gusto lamentar mucho tiempo y con insistencia las desgracias, tantas y tan repetidas acaban por anublar el espíritu.

Se va la sociedad que corresponde al último reinado y a todo el actual, y habrá de formarse otra nueva, distinta, pues la sociedad se rehace cada veinte años, trayendo otras costumbres y otros horizontes.

Como un sueño de los primeros años de la vida, recuerdo el momento en que una sociedad iba a

disolverse: los años que siguieron al destronamiento de Isabel II. Un libro que acabo de leer, The attaché en Madrid, traducción de otro alemán, según dice, refleja admirablemente este período. Es muy divertida y amena la narración; nos entera de mil interesantes pormenores del mundo elegante y diplomático, del político y hasta del literario. Nos lleva el autor a las comidas en casa de la condesa de Montijo, madre de la emperatriz Eugenia, cuyo salón, el de la condesa digo, tuvo el privilegio de atraer a lo más brillante en todos los órdenes. Nos conduce al teatro que la misma condesa tenía, para su recreo, en su casa de campo de Carabanchel, y asistimos a la representación de una obra de Rubí, con música de Iradier; una loa titulada La perla del Genil, alusiva a Eugenia de Montijo, a su belleza, a su encumbramiento. Otra tristeza del pasado. ¡Aún vive Perla y ya sabemos cuál fue su suerte, pobre perla lacrimosa del desierto y de la fatalidad! Nos hace el autor trabar conocimiento con la marquesa de Alcañices, con el marqués de Molina, (en quien se ha creído ver al «Butrón de Pequeñeces») con Bravo Murillo, con la duquesa de Alba; nos lleva a una representación de Norma en el Real, y vemos aparecer la figura, entonces majestuosa y dulce de Isabel II, con sus largos veletes de encaje blanco, sus joyas de sultana oriental, sus ropajes de «moire antique» y

terciopelo, su sonrisa franca y atrayente. Y También asoma el gracioso y picaresco rostro de napolitana de la reina madre, Da. Cristina, del brazo de su segundo marido, el duque de Riánsares, a quien tanto y tan fielmente amó. Desfilan los políticos, estallan los pronunciamientos, nombres olvidados vuelven a la memoria: por ejemplo, el del coronel Garrigó, a quien estoy segura que nadie ha vuelto a nombrar, pasadas las circunstancias que le dieron popularidad fugitiva...

Este libro, en no pocos capítulos nos hace ver claramente los errores que iban precipitando a España al abismo. Errores de todos: del pueblo, de las clases directivas, del ejército, de la corte. Vemos a Cataluña pronunciada, y al frente del movimiento al mismo capitán general. Vemos a Madrid en erupción volcánica, con himno de Riego y vivas a la libertad, amargos de la revolución que estalló años más tarde...

Todavía era popular la reina: el descontento, entonces, iba contra Cristina, a quien se acusaba de enriquecerse a expensas de la nación. Al leer este relato de un testigo presencial nos damos cuenta del furor con que nos hemos destrozado las entrañas. No quiero pensar el pavor que caería sobre Madrid, ajeno a la lucha, viendo el ministerio de la gobernación invadido por las turbas, rotas y quemadas las puertas, hogueras por todas partes, iluminadas las ventanas, la

casa del conde de San Luis invadida y saqueada, y las mujeres de la hez poniéndose los trajes de la señora de Collantes y bailando alrededor de la hoguera en que ardían sus muebles. Iguales escenas se desarrollaban en la magnífica casa de Salamanca, el banquero, en la del ministro de hacienda y muchas de la aristocracia, de donde huían despavoridos sus dueños. Joyas magníficas y sumas fabulosas desaparecieron entre la confusión. Pero el mayor destrozo fue el del palacio de la reina Cristina, madre de Isabel II. Allí no quedaron más que cenizas y escombros.

Con asombro y escandalizado, refiere el anónimo viajero cómo fue entregado el mando de la caballería de Madrid al coronel Garrigó, y exclama: «en tres semanas ha pasado éste por las situaciones de: sublevado contra el gobierno, prisionero, condenado a muerte por traidor, perdonado y recompensado. «¡Cosí va il mondo», en la tierra del Cid!»

Sí, así fue el mundo, y así nos ha lucido el pelo... Al leer lo que ocurría en Madrid desde 1850 a 1854 nos explicamos perfectamente lo que fue. España antes y después de tales convulsiones. Sin embargo, hay que reconocer el progreso, hasta en los procedimientos y casos anormales. Aquella revolución de Madrid contra la que había sido reina gobernadora y la mujer más adorada y popular, revistió los caracteres

del delito colectivo, asesinato, saqueo e incendio; y no muchos años más tarde, la revolución antidinástica contra Isabel II, se hizo en Madrid sin desmanes y hasta con un respeto profundo a la propiedad y la vida. Para presenciar escenas peores que las del motín, ya olvidado, que dio por resultado el mando de Espartero, fue preciso que se desencadenasen los horrores de la semana trágica de Barcelona. Es decir que hubo un mejoramiento y luego un retroceso atávico en nuestras costumbres políticas...

Pero aquella sociedad, la que el viajero anónimo describe, se disipó como si la caída del trono la barriese y difumase, sin dejar de ella rastro. La Montijo, cargada de años y rodeada de respeto, aun continuó corto tiempo con su salón de par en par («el Prado con techo», decía donosamente la reina Isabel)--pero no tardó en cerrarlo la muerte. De las damas que habían hermoseado la época agitada y bulliciosa que el viajero reseña, unas emigraron, otras se retiraron asustadas y muchas, suspirando por la restauración, formaron ese mundo especial que el padre Coloma pinta en Pequeñeces. Cuando ocupó el trono, que había abdicado su madre, aquel inteligente y malogrado monarca que se llamó Alfonso XII, los salones adquirieron otra fisonomía, y los grandes espejos de clara luna y dorado marco reflejaron otras bellezas,

las que hoy son ya respetables abuelitas... El mundo de transición de los años en que España ensayó tantas formas de gobierno sin encontrar una estable; la sociedad femenina frondista, conspiradora en favor del colegial de Santa Teresa, también se fundó y derritió por decirlo así dividida por sus opiniones: a un lado las carlistas intransigentes, a otro las alfonsinas frívolas y europeizadas, en que empezaban a apuntar los caracteres de las «sports-women» actuales; más desenvoltura, más pretensiones, tendencias a aislarse en pequeños círculos cerrados, lo que se llama en Francia «coteries». El salón de Cánovas del Castillo y más tarde el de Esquilache, fueron los últimos abiertos, hospitalarios, y que ejercitaron una poderosa influencia. No tendrán sucesores.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

155

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1915.

Siendo cosa cierta que la moda nos viene de Francia, y no sólo la moda de los trajes, sombreros y accesorios de la indumentaria femenina, sino también y constantemente la del movimiento intelectual y artístico, y de infinitos aspectos del vivir, debemos regocijarnos cuando Francia experimenta ventajosa transformación y prepararnos a imitarla en esto, como la imitábamos en «lo otro».

Lo otro... Lo otro lo define Mauricio Donnay, autor dramático y académico, en una conferencia reciente. Sabido es que, en general, los dramaturgos se precian de moralistas. Donnay no es excepción. Acaso sus moralejas estén inspiradas por las

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 1 septiembre 1915: 4. No recogido.

circunstancias críticas que su patria atraviesa. Lo indudable es que su tesis merece simpatía y aprobación.

Si no me engaño respecto al propósito de la conferencia a que me refiero (se titula «La parisiense de ayer y la de hoy»), Donnay fustiga el lujo. No se mete con las malas costumbres en el terreno sexual: se fija en el lujo desenfrenado, bizantino. Es indudable que le parece más peligroso y funesto que el libertinaje. Y hay para ello una razón: el libertinaje no pasa de lo que consienten las fuerzas físicas; el lujo rebosa de los límites de las fuerzas económicas. Y aun reprueba Donnay, fuertemente, otra cosa: la extravagancia, inseparable compañera del lujo en todas las decadencias nacionales, empezando por la de Roma, señora del mundo.

La diferencia entre Roma y el París contemporáneo hela aquí (Donnay no lo dice, ésta es una apreciación mía). En la antigüedad el lujo exasperado y demente lo desplegaban los varones, y hoy el signo del lujo es la mujer; en la antigüedad el lujo era privilegio de los poderosos, y hoy está al alcance de cualquiera. No es que el hombre actualmente no gaste: es que sus gastos y ostentación, por lo general, los representa una mujer, cuando no varias...

Donnay, en las primeras páginas de su conferencia, nos refiere la alarma que le causó asistir a una

función de gala en la Opera, a beneficio del conocido actor y empresario Antoine. El cuadro de mujerío convidaba a meditar acerca de los futuros destinos de Francia. Un carnaval, un delirio. Pelucas azules, rosa, café con leche; peinados salpicados de oro, como el de la emperatriz Agripina; corpiños de dos centímetros de alto; faldas rajadas hasta la cadera; joyas y joyas, collares y collares, sartas que azotaban los muslos, garzotas que hacían el efecto del tocado de un indio... Y Donnay se interrogaba: ¿cuál es la clave de este insensato derroche? ¿Cómo es que todas estas señoras parecen lo mismo, archimillonarias en un momento de vértigo? ¿A qué clase social pertenecen? El lujo las ha nivelado de fijo. No hay diferencia. Y en esto ve Donnay el riesgo. No porque esté el lujo permitido a unas clases y vedado a otras, sino porque el lujo sólo es lícito a quien pueda sostenerlo sin recurrir a medios reprobables. No son estas mismas las palabras del autor de Torrente, pero sí su pensamiento. La corrupción política, en los últimos tiempos es fruto de ese desatado gastar. Los goces y esplendores en otro tiempo reservados a los reyes y sus cortes fastuosas, hoy son patrimonio de las democracias. Y--en esto sigo al pie de la letra a Donnay--asombra ver a hombres cuyos principios, o mejor dicho, cuyas palabras son todas a favor del pueblo, que se espantan del

derroche en armamentos y cuyas mujeres lucen perlas que valen cada una por dos o tres viviendas de obreros o por un cañón de 75...

"La República luce demasiadas perlas", asevera Donnay. "Al principio eran como granos de mijo: ahora como avellanas..."

Casi adivino lo que muchos pensarán al enterarse de la conferencia de Donnay.

Dirán que él no es un autor moral, moral en sus tesis teatrales. Mas no por eso dejará de tener razón, si la tiene.

Además, es simpático el que al denunciar el mal exponga cómo este mal se ha curado, siquiera momentáneamente. ¿Qué sucederá después de la guerrá? No se puede prever; pero suponemos, dentro de la lógica estricta, que una transformación tan radical ha de dejar huellas, y que la parisiense, antes ociosa y desquiciada, habiendo encontrado noble empleo para sus facultades, objeto dignísimo para su vida, siga dedicándose al bien y cultivando el sentimiento de la patria. Porque según explica Donnay, actualmente las parisienses sólo piensan en dar ejemplo sublime de abnegación. Las "Damas blancas" que cuidan a heridos y enfermos, que preparan ropa y socorros para el ejército y para los pobres, son numerosas, tan numerosas, que ya sobran, que ya se considera favor ser admitida en su

hueste. Figuran en la cohorte de las "Damas blancas" mujeres de todas las condiciones y estados sociales, desde la aristocracia encopetada a la obrera. Una especie de contagio las ha lanzado al sacrifico, si es preciso, de la vida. Todas aquellas ridiculeces del vestir han desaparecido por magia. Alardea ahora la parisiense de la mayor sencillez: trajes sastre, obscuros, sin perendengues ni rarezas. Y en su aspiración a la vida modesta, natural, ha llegado a crear la "Liga de los dos platos", es decir, de la comida templada y sobria, con ventaja, no sólo del bolsillo, sino de la salud, la higiene y hasta la belleza corporal... Toda esta simplificación, todo este celo y constancia en un trabajo fecundo, ha sido obra de un año solamente; el año que llevamos de guerra, no completo aún. En tan corto tiempo se ha convertido París; se ha convertido la parisiense. Un soplo de entusiasmo, análogo al que estremeció a Roma en los comienzos del cristianismo, ha pasado sobre las almas y las ha caldeado y purificado.

Sostuve siempre, en algunos de mis cuentos (por ejemplo, el titulado "En Babilonia", así como en largos capítulos de La Quimera), que París, bajo apariencias de disipación es una ciudad laboriosa, activa, seria, donde existe vida familiar y virtudes ocultas, mientras por fuera se simula el desorden y la orgía, para sacar

de sus casillas a los turistas extranjeros. Esto mismo sostiene Donnay. Y, en efecto, he conocido en París familias tan unidas y ejemplares como puede haberlas en el rincón más patriarcal del país más morigerado. Pero es temible que se forme una leyenda respecto a una nación, y que esa leyenda sea negra, fatídica. El patriotismo consiste en desmentir y disipar, no con palabras indignas, sino, con hechos perseverantes y notorios, las leyendas negras. Y esto es lo que están haciendo hoy las parisienses que visten el uniforme de "Damas blancas", y consagran a su generosa tarea un celo sin límites. Leo que otras se disponen a emprender la aviación, y ahorrar a la patria diez mil aviadores, que pueden ser diez mil soldados en la línea de batalla... Pongamos que no se presenten sino cien de estas valientes pájaras (no se tome la palabra en mal sentido): ¿dejará de ser bien honroso para la mujer francesa este propósito, esta brillante iniciativa de heroísmo?

De ella debemos felicitarnos en España porque, como he dicho al comenzar esta crónica, la moda de Francia viene, y en Madrid, en estos últimos tiempos, hemos padecido nuestros correspondientes bailes de pelucas de colorines y nuestros corpiños ilusorios, y nuestras faldas partidas, por gala, en dos. Y no nos ha faltado, ¡qué había de faltarnos! el inevitable

tanguito, entronizado en las esferas más aristocráticas; y claro es que las perlas, verdaderas o falsas, van siendo requisito indispensable, sin el cual no hay salvación. Todo la que pinta Donnay, y que le hizo cavilar tanto la noche del beneficio de Antoine, pudiera verlo en Madrid, concedo que atentado, pero suficiente para inquietar a un moralista. La ráfaga pujante de patriotismo que sopla sobre Francia puede cruzar los Pirineos, y esos aires de fuera serán más sanos a nuestro pulmón que el ambiente cargado de violentos perfumes del beneficio de Antoine.

Donnay no está seguro de que dure la racha, una vez firmada la paz. Cree, sí y con sobrado fundamento, que los sentimientos desarrollados y arraigados en la colectividad tampoco desaparecen de pronto. Otra cosa sería milagro. Ninguna energía se pierde.

París, renegado, no volverá tan fácilmente a cultivar la venenosa flor de su leyenda negra. Y esto se lo deberá a la guerra, a la cual muchos bienes tiene ya que agradecer.

Otro conferenciante, Andrés Beaunier, disertando sobre «La nueva Francia», coincide con Donnay en que la de ayer se divertía demasiado, pecaba de excesiva agitación y lujo, y, al mismo tiempo, sentíase débil, era tímida, sufría las imposiciones del extranjero. El esfuerzo realizado ante el conflicto le ha revelado su

vigor. Beaunier cree firmemente en la victoria, y asegura que no por eso habrá de infatuarse Francia. Costará sobradamente cara tal victoria para que no se mezcle al júbilo la dignidad de la melancolía. Y, por otra parte, aun victoriosa, Francia habrá recibido severa lección, y el amargo tónico le aprovechará. Ya le está aprovechando. Los más elocuentes antimilitaristas, dice el conferenciante, se han convertido en soldados excelentes. Beaunier tampoco espera que esta «sagrada unión» dure más que el peligro que la ha realizado; las discordias renacerán. Mas no por eso seguirán las cosas como antes. Francia reflexionará, antes de lanzar a los cuatro vientos, como la desgreñada Sembradora de sus monedas, sofismas y extravagancias. La Sembradora, símbolo nacional, lleva revueltas en su cesto las semillas malas y las buenas, y las siembra y esparce sin diferenciarlas. Y la cizaña ahoga al trigo. Conviene sembrar mucho, pero sabiendo qué...

Cizaña encuentra Beaunier que es el pacifismo. Quiere una Francia pacífica, pero «pacifista», nunca. El camino de la humanidad no es el que le señalan los soñadores. La locura del pacifismo ha podido acabar con la patria, creando la Francia desarmada, impotente. La guerra ha venido a demostrar los errores de ese ideal falso y hueco. Las fabricantes de porvenires

tendrán que rendirse a la evidencia. En los hechos, se han rendido...

Yo ansío que se cumplan las profecías de Beaunier, y salga de esta crisis una Francia más próspera y bien organizada que la anterior; la Francia nueva. Y llego hasta suponer que, para el caso, tanto da que Francia salga victoriosa o vencida. El vencimiento no la destruirá, no la aniquilará.

Tampoco supongo que entre en los planes de Alemania destruir a Francia; no se destruye tan fácilmente a una gran nación. Y puesta a destruir, y concediendo que de ello fuese capaz, no sería a Francia a quien diese Alemania la puntilla...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

156

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto, de 1915.

Aunque no tan intensamente como cumpliría a nuestro deseo, la España atrofiada va dando señales de vivicación. Una de ellas es el culto y devoción de su pasado, el conocimiento, que va extendiéndose, de sus tesoros propios. Se intenta resucitar la belleza del ayer. Se trata de que reflorezcan algunas de sus industrias artísticas. Acaso he dicho ya, en La Nación, de paso, algo referente a la loza de Talavera. Hoy me hallo mejor informada. La casualidad me hizo conocer, al pie de la fuente salutífera de Mondariz, a uno de esos españoles tradicionalistas del arte, enamorados de un aspecto de nuestra antigua vida nacional. Se llama D. Platón Páramo; reside en Oropesa, en la provincia de Toledo, y allí, en su

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 septiembre 1915: 5. No recogido.

rincón, se ha formado un espléndido museo, recogiendo, no sólo los mejores ejemplares de Talavera, sino tapices, bargueños, cuadros y objetos suntuarios, raros y preciosos.

Todo el que recoge «talavera» (empezando por los extranjeros ilustrados, como mi amigo el príncipe Gontshakoff, embajador que fue de Rusia en Madrid, y coleccionista de bacías de loza), se siente inclinado a lamentar que ya no se produzca esa cerámica tan pintoresca de tan genuino sello español. Cuando yo pasé horas en Talavera de la Reina, pregunté, naturalmente, por los alfares clásicos. Y me llevaron a ellos, y los encontré convertidos en fabricación de aquella que se despacha «currente rota»; platos groseros, tazas lo mismo. Del antaño sólo quedaba un modelillo, la «burladera», esa jarra picaresca, por la cual, no conociendo el secreto, no se puede beber sin mojarse...

Apunté un desencanto más. Corrió el tiempo, y en 1908 llegó a la ciudad un artista sevillano, Guijo el decorador, y tuvo la idea de pintar algunos cacharros al estilo de los antiguos y hacerlos cocer. Ante el resultado, se le unieron dos socios, Páramo y Luna, y fundaron una razón social y una fábrica, la que hoy funciona. Sus productos se expenden en Madrid. Son reproducciones fieles de modelos antiguos, que dentro

de pocos años se confundirán con los viejos talaveras. Abarca también el azulejo, elemento decorativo cuya importancia crece de día en día.

Los modelos de cacharros abundan y son variadísimos y de ingeniosas formas. De Talavera y de su retoño Puente del Arzobispo, procedió la loza española, en el período de mayor esplendor nuestro. Coincide con el incremento de la nacionalidad, la aparición y difusión de esta cacharrería. Hasta fines del XV, no se fabricó en Talavera sino la cerámica vulgar, de barre, que no falta en provincia alguna, y que a veces no es indigna de estudio: recientemente la he visto empleada como adorno original y pintoresco, en el palacio nuevo del obispo de Astorga. La «talavera» típica nace cuando se inicia en los alfares el procedimiento del baño estanífero, obtenido triturando arena fina con estaño y barrilla y con aleación de plomo calcinado. A principios del XVI, ya se ha difundido la fama de la cerámica de Talavera. Tiene hasta plagiarios. En Sevilla intentan imitarla, sin gran éxito. Aun hoy, la loza trianera se inspira en las ideas toledanas, pero les va mucho en zaga, como gracia y sabor castizo. Y el colorido tampoco logra igualarse. No sé qué tienen aquel azul cobalto, aquel amarillo anaranjado, aquel pardo leonado de la talavera, que armonizan de un modo tan grato y varonil.

Porque esa loza talaverana es de varones, no consiente afeminación alguna. Más delicados son el Sévres, el Sajonia y no acertaríais a imaginaros un recio soldado de los tercios invencibles, con su chambergo y su tizona, bebiendo el mosto o el arrope, sino por el tazón talaverano, escanciado de la jarra vinaria que lleva el rótulo de «Viva mi dueño, viva mi dama», como protesta de hidalga galantería...

Es una corriente de las más hondas, en nuestra patria, la que inspiró esa cerámica, hoy estimada como objeto artístico. No importa que a ella hayan confluido elementos orientales y mudéjares, italianos, portugueses y flamencos, ni que artistas extranjeros acudiesen a Talavera--como aquel Juan Flores, oriundo de Flandes y azulejero de Felipe II--para trabajar allí. Nunca perdió la espontaneidad, signo verdadero de vida, la talavera antigua, a través de sus adaptaciones y variaciones, y cuando decayó, no fue por bastardeamiento, sino por otras causas, históricas en gran parte.

Ninguna cerámica habrá producido tal copia de modelos gentilmente contorneados, para tantos usos. Bacías, conchas, tinteros, aceiteras, platos, fuentes, cuencos, palanganas, barreños, botijas, cántaros, urnas, floreros, tibores, benditeras, efigies de santos, grilleras, botes de botica, la fauna de leones

góticos, perrillos que hacen reír y pájaros de cabeza postiza, sin hablar de las infinitas aplicaciones del azulejo, que ha competido con el tapiz y el cuadro, y está llamado a un porvenir brillante, porque se emplea ya en las habitaciones más suntuosas. Del azulejo puede afirmarse que ha renacido. Para frisos y entablamentos es irreemplazable; la madera es atacada por la humedad y el azulejo no. Desde el basto azulejo de cocina hasta el azulejo primorosamente pintado, ¡qué escala!

Tan variados como los usos a que se destinó la talavera, fueron los asuntos en ella tratados por el pincel. Paisajes, edificios, cacerías de piezas mayores y menores, flora y fauna naturales y monstruosas, episodios históricos, hagiografía, escenas de la Biblia, retratos, mucha heráldica y alguna escatología. Obscenidad ninguna. La talavera fue casta, sin dejar de ser festiva, y aun a ratos chocarrera y grotesca. Las escatologías humorísticas se encuentran hasta en las lozas destinadas a conventos de monjas, según manifiestan los letreros. No eran entonces tan remiradas las gentes como ahora. Cada comunidad religiosa se encargaba su loza a Talavera, con el escudo de la orden. Las farmacias se surtían también en los alfares, y guardaban sus drogas en los gentiles recipientes con pedantescos rótulos latinos,

que hoy sirven de elegantes floreros en las casas más artísticas. Inundó a España, hasta mediados del XVIII, la talavera. Se acercaba, sin embargo, su decadencia, traída por diversas causas. Los reyes de la casa de Borbón no se cuidaron de aquella industria francamente nacional, preocupándose en cambio, y con brillante resultado por cierto, de otra cerámica más delicada y refinada, el Alcora, el Retiro. Le dieron además un mortal golpe, fundado en Talavera misma una fábrica de seda, para la cual Fernando VI se trajo 600 operarios holandeses, peritos en la materia, y enganchó otros muchos del país, bien pagados. Fueron abandonados entonces los alfares por sus mejores trabajadores. Y vino luego la invasión francesa, la guerra y levantamiento, y vinieron, que fue lo peor, los aliados ingleses, a quemar cuanto pudieron de fábricas y manufacturas. En Talavera redujeron a cenizas el barrio entero de la alfarería: en Puente del Arzopispo hicieron otro tanto. Difícil parece explicar esta devastación por el gusto solamente de destruir, tratándose de aliados. Nosotros debimos reedificar, pasada la crisis. Pero empezaron las discordias civiles y las convulsiones políticas, y no fue únicamente la loza de Talavera la que cayó en olvido...

La habíamos transmitido a otro país bien lejano, a Méjico. Con la gente de Extremadura fueron a la

conquista no pocos limítrofes talaveranos, entre los cuales más de un alfarero se encontraría, de fijo. Ello es que en Puebla de los Angeles, la talavera se fabricó, practicándose el procedimiento del baño estanífero; y los indios, que han sido tan maestros en la cerámica, ofrecerían buenos aprendices y obreros, para el vidriado especial de la loza hispánica. Sería curioso averiguar qué suerte corrieron y si algo resta en pie de los alfares de Puebla de los Angeles. Cualquiera le va con preguntas ahora a ningún sabio mejicano, que los hay, acerca de un punto tan diverso de las actuales preocupaciones del desgraciado país, envuelto en los horrores del caudillaje y el pandillaje, que a nosotros no han dejado de afligirnos, si bien no en tanto grado, en diversos períodos de nuestra historia, y de los cuales líbrenos Dios por siempre, jamás, amén. Ello es que no sé, y agradecería algún informe sobre el asunto, qué sucede con la cerámica talaverana de Méjico.

La nuestra, como queda dicho, renace. No tendrá hoy aplicación, en su forma artística, para servicio de mesa: nadie beberá el vino de Arganda ni de Valdepeñas por las tazas que estaban «a punto» en la cena jocosa de Baltasar de Alcázar; nadie volcará la olla en las hondas fuentes decoradas con figuras de cazadores persiguiendo la liebre de luengas orejas... La

talavera quedará reservada para decorar, y decorará admirablemente, porque su colorido es un regocijo para los ojos, y sus vigorosos temas ornamentales son opuestos al amaneramiento desmedrado de la porcelana moderna en Francia, y al mal gusto de la alemana. Para que una pieza de porcelana francesa o germánica sea bella, tiene que costar mucho. Lo mediano, allí es malo y pobre. La talavera por sus condiciones especiales, pertenece al arte, aunque se pueda adquirir por cantidades relativamente módicas. Las vajillas vendrán de fuera--y debiéramos restaurar nuestra manufactura admirable del Retiro;--pero los mil accesorios de la casa, los azulejos encantadores, los paragüeros, las chimeneas ornamentales, pertenecerán a la de Talavera mejor que a otras cerámicas... Ya es hora de que nos bañemos en nuestros propios manantiales de hermosura.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

157

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1915.

Durante esta guerra, que muchos suponen ha de terminar forzosamente antes del invierno, aunque de ello no se vea la menor señal, hay (al menos para mí) una impresión que se sobrepone a todas la de contraste, la comparación dramática. Comparo el ambiente que me rodea, en España, en Galicia ahora, durante los meses de primavera y verano, al ambiente de tantas naciones que se despedazan, y creo que estamos disfrutando de un sueño plácido y dulce, y un estremecimiento me hace temer el despertar.

¿No será sueño el espectáculo radiante que acabo de disfrutar y de absorber con mis sentidos de artista, dos o tres días hace, en el parque umbrío del balneario de Mondariz?

Antes de rasguear tal espectáculo, diré que mi fantasía, siempre poblada de plásticas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 octubre 1915: 5. No recogido.

representaciones, en que juegan las combinaciones todas del azar y del destino, me ofrecía el cuadro de este magnífico, anchuroso hotel, y de este parque, lo cual lo veo ahora, surcado por centenares de agüistas bulliciosos, sin cara de enfermos, (aquí no lo parecen ni aun los que lo están) alegrado por risas y juegos de niños, iluminado a trechos por el paso de la belleza de una mujer, sino silencioso cruzado por blancuras de ropas de enfermeras, que se deslizan como fantasmas, y sostienen a un convaleciente herido, hasta sentarle en un banco para que goce del aire libre... Veo, en suma, este edificio suntuoso transformado en hospital de la guerra... como están en el presente momento tantos palacios, tantos templos, tantos hoteles, en tantos países y naciones...

Y esto pudiera habernos sucedido, quien lo duda, y de que no suceda demos al cielo gracias, porque aun los que no crean en el cielo, creerán en el hado, en la suerte, y una gratitud subirá de su corazón a su boca, y apreciarán este contraste violento, absoluto, entre nuestra vida y la vida de otros pueblos que se destrozan y desangran, a la misma hora en que nosotros asistimos a la procesión de la Virgen del Carmen...

No es aquella melancólica procesión descripta por Enrique Heine, en Colonia sobre el Rin; aquella en que la madre pide a la Virgen que cure el enfermo corazón

de su hijo... Es una procesión regocijada, que sale al aterdecer, a fin de conseguir, cuando obscurezca, todo el efecto mágico de la iluminación y de las velas encendidas, que forman doble cinta de luz, ondeante por las sendas de flores. El parque sinuoso, ascendiendo hacia la capilla, se presta admirablemente a esta escenografía, tentadora para el pincel.

La noche, sin acabar de caer, en el largo crepúsculo veraniego, da sombra suficiente para el resalte de tanta luz artificial. Toda la inmensa fachada del hotel está claveteada de bombillas eléctricas, en cintas como collares de pedrería multicolor, que centra el enorme broche del blasón de Galicia.

De cada árbol añoso y frondoso cuelgan sartas de farolillos de colorines, y en altos mástiles ondean flámulas. Por donde la procesión ha de subir, el denso ramaje está acribillado de lucería, y un hormigueo de reflejos tiembla en los rincones de verdor. Y empieza ya a serpear, hacia lo alto, la bella teoría de las alumbrantes. Son señoras de las que están tomando aguas, que lucen la mantilla negra o la mantilla blanca prendida y ondeando sobre grupos de azules hortensias, mientras niñas rubias, vestidas de una nube de bordados y encajes, sostienen bandejas llenas de pétalos, que van derramando ante la imagen, formando en tierra,

sobre la vasta alfombra en que dibujaron manos hábiles el escudo Carmelo, otro alfombrín azul, que señala la huella de sus pies gentiles. Nada tiene de ascético, nada de severo, esta manifestación religiosa. Los que pintan a la devoción española arrebujada en negros paños, con caperuza de disciplinante, siguiendo las andas de un ensangrentado crucifijo o de un lívido nazareno, no se persuadirían de que esta procesión, de una alegría italiana, desarrolla su doble hilera de cirios en España, y en un balneario de Galicia; verdad que esta provincia de Pontevedra es muy semejante a la mejor Italia que conozco, pues también existe su Italia sombría y su Italia de ascetismo, y hasta su Italia de superstición y nos la ha demostrado D'Annuncio en la La figlia de Jorio.

El calor de todo el día, arrancando y derramando en el aire emanaciones resinosas y efluvios de vegetación floreal, hizo aromática y tibia la noche: encalmado por completo el aire, las llamitas de los cirios no oscilaban, y la sierpe encendida trepaba, lenta y fúlgida por las espirales del parque, hasta el atrio. La Salve, entonada por voces poderosas de barítono y tenor, desde los balcones del hotel, había elevado su postrer estrofa, ya ahora las letanías eran un concertante de mil cánticos suaves y llenos de mística unción, y acordados y armonizados no se sabe

por qué misterioso maestro de coros, para causar la impresión religiosa, y al mismo tiempo deleitable, de reconciliación y agradecimiento a la hora feliz...

Al otro día, sobre la alfombra de serrín de colores ya borrada y como raída por tanta pisada, acabaron de deshacer los góticos dibujos los pies ágiles de los punteadores de danzas gallegas. Era el concurso de gaitas, cantos y bailes regionales. Yo quisiera poder alabar la indumentaria de los gaiteros; pero soy ante todo, un cronista que rebosa sinceridad, y debo decir que algunos estaban hechos una birria. No sé de dónde ha salido el modelo de las monteras que ahora usan para acompañar al traje del país; sé que la fantasía de los sastres rurales se ha explayado haciendo algo sin forma ni nombre, semejante a aquella gorrilla de que habla Flaubert en Madama Bovary. La antigua y genuina «monteira» era bonita, airosa, y no fácil de confeccionar. Sostenían su hechura apretados pespuntes; era de recio paño y terciopelo; diestra tijera andaba en su corte; gallardas plumas de pavo real la cimeraban. Ahora se presentan estos gaiteros cubierta la cabeza con una manga de franela marrón, semejante a las de colar el café. Y un tocado feo quita toda su gracia a la silueta.

Tampoco los trajes son ni propios, ni bonitos, ni ajustados a la tradición. Reinan el capricho y la

libertad. Un gaitero se presenta con su tamborilero, ostentando ambos casquetes a cuadros, de viaje. Otros dejándose ya de chiquitas, vienen con su ropa de costumbre, pantalones desteñidos y americanas holgadas. Y es que hoy no se usa, por desgracia, la pintoresca, la típica vestimenta de antaño. No la gastan ni hombres ni mujeres. La fealdad de lo moderno impera.

Así es que en estos concursos de danzas y cantigas, se siente lo teatral, lo arreglado aprisa, sin cuidado ni amor a lo que fue, y que debe resucitar, siquiera um momento.

Los premios en dinero, que generosamente les reparte el dueño del balneario, Peinador, soñando siempre con hacer revivir la Galicia poética de los tiempos desaparecidos, no debieran otorgarse sino a los que viniesen debidamente indumentados.

Sin esa circunstancia, halagan menos los quejidos y las ironías de la gaita repinicadora, los punteos y trenzados de pies de los bailadores de «muiñeira»... Y cada día son menos los que saben bailar, con arreglo a rúbrica, la «muiñeira» o la «ribeirana». Sucede con esto lo que con el fandango andaluz. Cuando estuve en Loja, el duque de Valencia, gran señor prendado de lo arcaico, quiso que yo viese bailar el fandango, el bolero, las danzas que entusiasman a los primeros viajeros románticos franceses. Y fue preciso que

viniesen unas viejecitas secas como pasas de Málaga, de desvencijada osamenta, a zarandearla con nostalgias juveniles. Las mozas sólo sabían el agarrado, el tango quizá...

Aquí también salió la vejezuela, y por pareja suya un anciano, enfermo de las piernas, por cierto... Ambos bailaban «muiñeira» verdadera y clásica, el hombre ligero, saltarín y acometedor, la mujer modosa, tímida, cabizbaja, haciendo en el aire, acompasadamente, ademanes de hilandera.

La nueva generación ha olvidado los ritos. Bailan sin memoria. No es lo ancestral... Es así y todo una fiesta para los ojos, en este parque, y un artista quisiera reproducir el grupo de bailadores y bailadoras, pasándose de mano en mano la jarra de loza verde colmada de vino, que les presta ánimo...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

158

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1915.

Hay un estudio que apasiona en los estados de alma determinados por el patriotismo en los diferentes momentos de la historia nacional.

En nosotros, tales fenómenos se han desarrollado activamente. Los comprobamos cada día. Tan pronto caemos en acerbo pesimismo, y renegamos de cuanto integra nuestro vivir, de cuanto sucede y se manifiesta a nuestro alrededor, afirmando que jamás habrá esperanza de recobrar un puesto decoroso entre los estados de Europa, y hasta dando por seguro que nos repartirán como tajadas de bizcocho los que tengan en ello interés; como nos recrecemos en nuestro orgullo patrio, y empezamos a establecer comparaciones, de las cuales salimos ganando, puestos en parangón con otros

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 16 octubre 1915: 4. No recogido.

pueblos, se nos desarrolla una fe ardorosa en el porvenir, y nos prometemos destinos altos y gloriosos, apenas demos comienzo a la obra regeneradora, en el terreno que cada cual considera más urgente: pedagogía, agricultura, hacienda, ejército...

Si esta clase de oscilaciones morales se advierten en circunstancias que nada tienen de anormal, supóngase lo que ocurrirá en horas críticas y supremas. Así, no es de estrañar que un buen francés, el novelista Pablo Margueritte, de la Academia Goncourt, hijo del general Margueritte, que sucumbió gloriosamente en la guerra de 1870, después de haber dado la brillante carga que lleva su nombre, sufra esta metamorfosis, y la exteriorice en su libro Contra los bárbaros, que acabo de recibir y de leer, hallándolo palpitante de un sentimiento natural y humano.

Sin ser francesa, voy yo sintiendo lo mismo que Margueritte. Por haber profesado siempre especial cariño a Francia, me dolía el giro de su política, mejor dicho, sus corrupciones y otras cosas que, a mi ver, eran en gran daño suyo. Y, a medida que la guerra se prolonga, y con la guerra, la resistencia perseverante del pueblo francés, que esta vez aparece unido en una sola aspiración y luchando, y sufriendo, y adquiriendo su ejército y su ciudadanía las cualidades de subordinación y disciplina que le eran negadas, pues

el valor nadie se lo había discutido, vuelvo a mi anterior optimismo y creo firmemente en la salvación de Francia, cualquiera que sea el desenlace de la tragedia mundial.

El primer capítulo del libro de Pablo Margueritte es un cuadro sombrío, un espejo desazonado, en que se refleja el semblante de Francia, cubierto de manchas, costurones y verrugas. Está el capítulo dedicado a su hijo Ivón Pablo, niño de dos años y supone el autor que la criatura lo leerá cuando tenga veintidós cumplidos. Ignora Margueritte si para tal fecha, en 1934, habrá todavía Francia; y si bien considera hasta un delito figurarse a Francia suprimida, entiende que, siguiendo las cosas al paso que van, será una Francia despoblada, que ofrezca por contingentes de defensa para las agresiones del extrangero un triste atajo de alcohólicos, degenerados, epiléticos y cretinos.

Traduzco al pie de la letra las frases de Margueritte, el cual añade: «No creas que exagero. No soy Mme. Thebes, y tampoco profetizo. Nuestro patriotismo, de cuyo despertar tanto se habla, es preciso que se traduzca en actos. El patriotismo es prenda de pueblos robustos, y no es pueblo robusto el que voluntariamente disminuye la natalidad, y deja a su parlamento que suelte el alcoholismo, agente de todas las podredumbres, empezando por la electoral. Lo ha

dicho el sociólogo Bertillón: Francia se va; sencillamente se va. Deslízase rápidamente al fondo del abismo. Falta la mano de obra, no marchan la industria ni el arado; por doquier, colonias de trabajadores extranjeros suplen a los franceses. Un gran diario que quiso combatir a los fabricantes de bebidas ponzoñosas para la raza, sufrió un «boycottage» y tuvo que cantar la «palinodia». Y Margueritte encarga a su hijo que, el día de mañana, sólo beba del alegre vino francés, y engendre muchos chicos, en una compañera sana y animosa.

Escribióse este artículo, y se publicó en La Dépêche de Toulouse, diez días antes de la declaración de guerra; y su autor no dejaba de recelar que, como suele suceder al expresarse con franqueza ruda, lloviesen sobre él dicterios y maldiciones. No hubo nada, porque el enorme suceso absorbió toda la atención. ¡Para reparar en artículos estamos!

Apenas declarada la guerra, el lenguaje de Margueritte cambió del todo. Su pesimismo se trocó en optimismo entusiasta. Y no cabe sospechar de la sinceridad perfecta que, en ambos casos, palpita en la pluma del que escribió la epopeya de 1870, en novelas como Los fragmentos de la espada y Las buenas gentes. Verdad fue la indignación que dictó el primer artículo, verdad la esperanza dolorida, pero enérgica, que se

despierta en el patriota, ante la defensa resuelta y muda de la patria contra el invasor.

Las imprecauciones dirigidas al enemigo, y naturales en tales momentos, alternan ya en todo el libro con los himnos a la raza y al pueblo que se ha alzado para defender el territorio. Y se comprende la sorpresa extasiada del hijo del héroe. Al redactar las páginas en que anunciaba la desaparición de Francia, su fatal decadencia, no se hubiese atrevido a suponer que, a pesar de los malos antecedentes, llegada la hora, la nación entera, sin murmurar, aceptaría el deber, y lo cumpliría. Si en los primeros momentos fue necesario apretar lazos que había aflojado la ceguera y el descuido de los gobiernos, presto se restablecieron la cohesión y el orden. Y Francia aguanta, va aguantando, desde que en el Marne logró rechazar o contener a la inmensa ola de hierro y fuego que se le venía encima. Un poco de justicia, un poco de reflexión, podrá demostrar a los que se empeñan en negar a Francia todo mérito y toda virtud, que ha hecho prodigios y sigue haciéndolos. Su ejército estaba, nos dicen, indisciplinado y mal organizado; admitámoslo. Su población civil detestaba la idea belicosa: convenido. El propio Margueritte lo confiesa. El ejército alemán, la más formidable máquina de combate que se ha podido imaginar: admitámoslo igualmente, a ejemplo de

Margueritte. Y bien: si con tantas inferioridades en Francia y tantas ventajas de Alemania, no pudieron los invasores avanzar sobre París, en que Francia mantiene, pelea, no retrocede, no desmaya. Hay los aliados... Por muchas fuerzas que se hayan sumado al ejército francés, quien lleva el peso de la defensiva es él principalmente. Y la defensiva francesa, a la hora en que esto escribo es eficaz.

No asoman discordias, no bulle en París el fermento revolucionario de 1870: esto también hay que proclamarlo; esto es digno de un gran pueblo en circunstancias como las actuales. Margueritte lo declara: el milagro lo ha hecho la invasión, fundiendo a Francia en una sola alma, en una sola conciencia. Y si otro tanto hubiese sucedido en 1870, a pesar de las deficiencias todas; si hubiese surgido la unión y el propósito de resistir hasta la muerte, acaso el desenlace hubiese sido distinto: Bismarck, en persona, temía la prolongación de la lucha, que hoy temería si viviese, porque el tiempo es a veces el más terrible enemigo; el que anemia, el que cansa, el que desgasta, el vampiro chupador y lento...

Y si es cierto todo lo que precede; cierto que Francia se ha rehecho, tendríamos que repetir--yo no lo digo hoy por vez primera, sino que lo observé al tratar de la decadencia literaria, en mi Historia de la

literatura francesa--que el estado de la nación era fácil de modificar, y sólo hacía falta para ello una fuerte conmoción moral, lo que llaman el «shock» psíquico... No ha sido mal «shock» el que les ha caído, pero quizá ninguno tan saludable. Los efectos curativos de esta gran tragedia los veremos dentro de algunos años, y nos admirarán. Será cual si hubiese nacido otra Francia.

Y hay que repetir las palabras de Margueritte: cuando Francia ha podido salvarse, es que lo merecía; que no era el vil rebaño que suponían muchos. Creíase en otros tiempos en los efectos medicamentosos de la sangre; un baño de sangre podía remediar las mayores lacerías. El baño de sangre de 1914 y 1915, ha rescatado a Francia.

Y esto no es prejuzgar el resultado de los acontecimientos. Mal podemos echarnos a adivinar lo futuro, aunque no falta quien lo pretenda. No les digáis a los germanófilos cerrados que Alemania no se lleva el gato al agua, ni a los aliadófilos acérrimos que no son los aliados los que, sin tardanza, arrollarán a los bárbaros y arrasarán a Berlín... Y hay quien le pregunta a uno, como el personaje de una zarzuela:

--«¿Vos tendréis más pormenores?»

A lo cual hay que contestar modestamente:

--«Yo, señores, nada sé... porque las cancillerías no se han tomado el trabajo de participarme lo que ni el kaiser, ni Poincaré, ni el rey Jorge, sabrán tampoco! ¡Saber! ¡Qué más quisieran ellos!»

El velo denso del destino no es, sin embargo, más que un sutil cendal para el Sr. Benavides Santos, escritor chileno, que acaba de remitirme un folleto titulado Futuro próximo del mundo. Aparte de la fe que podamos tener en las predicciones del Sr. Benavides, su obra no carece de interés, y acaso acierte en varios puntos de vista. El Sr. Benavides es católico ferviente, y aficionado a la lectura de las profecías del Antiguo Testamento, y predicciones de los siervos de Dios, como San Malaquías. Y supongo que basándose en estos datos, anuncia que la guerra no se terminará por tratados y negociaciones, sino por cansancio recíproco después de largo bregar. A pesar de este cansancio, las masas, al final de la guerra, se alzarán pujantes, los ejércitos se volverán contra los poderosos, y así serán castigadas las pecadoras naciones beligerantes, y hasta las no beligerantes (lo cual no me parece justo).

Las grandes potencias se desmembrarán: Escocia, Irlanda se desgarrarán de Inglaterra; Baviera y los demás Estados confederados de Alemania se irán cada uno

por su lado; Alemania-Hungría, ni que decir tiene, se pulverizará en nacioncillas autónomas; los estados balcánicos, echando pelillos a la mar tornarán a sus faenas pastoriles; Rusia, previa una espantosa revolución, con asesinato del zar y de los nobles, también quedará hecha cisco, y Polonia y Finlandia constituirán reinos aparte; Francia será pasto de «apaches» y anarquistas, que cometerán desmanes mejores para callados que para contados, hasta el día en que los «camelots du roi», a quienes acaba de subírseles la mostaza a las narices, se organicen, en un lejano departamento, y marchen sobre París, sentado en el trono a los descendientes de Luis XVII, duque de Normandía; lo cual demuestra que el Sr. Benavides es, como yo, un poco «survivantiste», y no está persuadido de que el hijo de Luis XVI murió en el Temple.

Sobre este atractivo tema escribí una novela Misterio, y, lo repito, las lecturas que hice con tal ocasión sembraron en mí por lo menos la duda respecto a esta obscura y embrollada cuestión histórica.

Si otras naciones se disgregan, ¡figurémonos qué suerte correrá Italia! Nos la desmenuza el Sr. Benavides en los fragmentos de que se componía antes. El papa recobra sus estados, y, muerto el actual, subirá al trono el que anunció San Malaquías, en su profecía sobre el caso.

Naturalmente, pica la curiosidad saber qué va a ser de España, en todo este revoltijo; y ya sospechamos que nada bueno. Habrá unos desórdenes fenomenales. De los individuos del clero y de la nobleza, unos perecerán, y los otros andarán prófugos. Se formarán varios reinos, uno de ellos el de Galicia, con la Coruña por capital. Lo extraño es que Madrid desaparece y la capital de Castilla es Valencia. La monarquía será electiva. Los títulos, abolidos, por renuncia de sus poseedores. No reseño otras profecías del señor Benavides, por no extender demasiado esta crónica, pero quiero dejar consignado que si anuncia grandes trastornos y tribulaciones, también augura acontecimientos prósperos y felices. Todo acaba por arreglarse divinamente. Los protestantes y cismatismo sucede a los mahometanos. Y en 1935, el mundo estará casi reorganizado, las ciudades son nuevas y hermosísimas y tienen figura de sol, la humanidad en masa es cristiana y está tan contenta y pacífica que canta himnos. El progreso se desenvuelve radiante, y a más el cielo se llena de bienaventurados. Un resultado tan halagüeño, señores, me parece a mí que vale la pena hasta de que Valencia sea capital de Castilla, y sólo deseo que el Sr. Benavides y San Malaquías acierten de medio a medio.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

159

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1915.

En el Escorial se han celebrado juegos florales.

Nada tiene de particular, así, al pronto, la noticia. No hay ciudad, histórica o no, región más o menos pintoresca, y hasta villorrio más o menos trasconejado, donde no se verifiquen estas fiestas, con aparato mayor o menor, pero sin perdonar la corte de bellezas locales, ni los niños vestidos de pajes, ni el vate que tiene derecho a que la reina de la fiesta, con sus blancas manos, le entregue la flor natural, emblema del amor que va muchas veces a parar a un digno sacerdote o a un calvo viejecito pues ya ha pasado el tiempo romántico de los gallardos trovadores...

Lo que me puso pensativa, al enterarme de la solemnidad del Escorial, fue el contraste que ofrece

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 octubre 1915: 5. No recogido.

con la figura agigantada (más que gigantesca) del rey cuyo recuerdo colma aquellos enormes edificios, aquellas bóvedas severas, nostálgicas como las grandezas que se desvanecieron en el pasado.

¿Qué hubiese pensado Felipe II de los juegos florales, cortes de amor y demás perendengues, en que tan extrañamente se enlaza el ser moderno con el de Provenza medioval albigense y quintaesencia de fraseos galantes y sutilezas eróticas?

No encaja en tal ambiente el que alzó la Basílica y monasterio de San Lorenzo, y encontró en el ascetismo la solución de una vida atormentada por cuidados gravísimos y surcada como la noche por el relámpago, por dramas dignos de los tiempos fabulosos. Porque si el príncipe D. Carlos ni fue amante de su madrastra que supuso Alfieri, ni el reformador de la humanidad que pintó Shiller ni siquiera un hombre de razón sana y nobles instintos, en quien pudiese fundar sus esperanzas una monarquía gloriosa, debió de costar a Felipe II amarguras, tener que encerrarle en una prisión, y verle morir allí desesperado, de malignas calenturas. Era al fin su hijo, era el príncipe heredero y estaba tan lejos de él, de sus planes, de su carácter. Ni el misterioso asesinato de Escobedo pudo entenebrecer más el alma del «Prudente», como le llaman sus apologistas, entre los cuales no me cuento sino a

medias, me apresuro a decirlo, porque si la historia desmiente muchas acusaciones fantásticas, no deja de confirmar otras, y mucho pudiera decirse en contra del político y del gobernante.

De todas suertes, y volviendo a los juegos florales en el austero monasterio, sin duda no encajan bien en aquel marco, y hasta riñen con la sombra tétrica de Felipe II, que allí se emparedó para morir. Mejor juntanza haría con la idea de los juegos florales algún palacio del Buen Retiro, donde un monarca de la casa de Austria, débil y amigo del placer, como si perteneciese a nuestra enervada generación un Felipe IV, por ejemplo, hubiese gastado millones en salarios, fiestas, justas, vejámenes poéticos y otras zarandajas, que la vasta mole de piedra elevada al abrigo de escarpados cerros, áridos y grises. y que imita, con la traza de sus techos y los claros de sus patios numerosos, el instrumento de martirio del santo aragonés a quien está dedicada la enorme cratícula.

No por lo que voy diciendo se entienda que censuro la celebración de los juegos florales en el inmenso edificio, obra de Toledo y Herrera. El pueblo del Escorial, en estos últimos tiempos, ha tratado de llamar a sí un contingente de animación y actividad; ha crecido en vecindario, ha realizado mejoras, y es natural que aspire a ser más que un panteón, digno de

que lo canten altisonantes poetas, y un monasterio colosal, que, a no cuidarlo los agustinos, acaso se desplomase poco a poco, convirtiéndose en ruinas, disociándose sus piedras, como se disocian las vértebras del esqueleto de un animal de los tiempos antediluvianos. Si bien ha sufrido el Escorial golpe reciente y duro, no por eso desmaya, y hay algo en que confía mucho: la frescura de su clima, el hallarse resguardado del sol devorador por la umbría de sus montañas, y abanicado por el aire vivaz de la sierra; y el empezar a ser una estación veraniega y saludable en extremo, de altitud, adonde los médicos ya envían golpe de pacientes, a que respiren bien. Y he aquí cómo Felipe II, que abandonó a Valladodid, su ciudad natal, por insalubre, y a Madrid por lo mismo, pudo tener razón al suponer que El Escorial encerraba elementos de sanidad. Si la majestuosa melancolía del edificio hubiese ganado con que sólo lo rodeasen humildes chozas de adobes, es mejor que no sea así, y que lo cerque un caserío floreciente y se prepare a convertirse en otro San Rafael, o en un pueblo como los de Suiza.

Lo único que quiero significar, es que el Patio de Reyes del monumento, se asombraría, si asombrarse pudiera, de que resonasen en sus ámbitos endechas y estrofas. El aspecto del recinto sería sin duda admirable, decoradas las paredes con tapices de la real

casa, y sitiales de damasco. La infanta Isabel asistió a la ceremonia, y realizó su pompa, que según cuentan, (pues yo en tal ocasión me hallaba bien distante de El Escorial), fue digna de los períodos más fastuosos, habiéndola precedido una comitiva y cortejo en que figuraban pajes, maceros, trompeteros, pregoneros, piqueros, soldados de la guardia española, damas de la corte de amor, tamborileros y banda de música.

Y todo esto constituye un espectáculo culto, y en el extranjero, especialmente en la sin ventura Bélgica, he visto de estas comitivas teatrales, que demuestran cómo, desde sus orígenes y probablemente hasta su fin, la humanidad disfrutará con las mismas cosas, no encontrando otro modo de hacer demostración colectiva que caminar unos en pos de otros, con grave continente y desplegando todo el lujo y aparato posibles. Las procesiones, censuradas en el catolicismo, pertenecen a todos los pueblos y a todos los cultos, y la edad moderna las ha aceptado, sea en forma civil sea como manifestación del sentimiento religioso. La procesión del Escorial, pues, habrá sido cosa muy digna de verse, y el acto de adjudicación de los premios no habrá desmerecido.

Lo que noto, en estos juegos florales del Escorial, es lo propio que he notado en otros muchos: que no hay calor, que no hay entusiasmo intelectual ni

poético para responder al esfuerzo de los iniciadores. De diez premios, quedaron desiertos seis.

Acaso menudean demasiado los juegos. Acaso los premios no compensan el esfuerzo que habría que desplegar para ganarlos.

Pero ahora tienen una significación especial, que también es... ¿cómo diré? radioactiva. Responden a la necesidad que sienten las multitudes de ver de cerca, de tributar homenajes a las personalidades eminentes en la política o en las letras. Y sucede que la espuma, la crema de las ideas, en momentos dados, se expresa en los certámenes, por boca de los mantenedores. Allí van a resumir, en un discurso, no sólo su criterio propio, sino las aspiraciones del conjunto, latentes en el alma nacional. No ocultaré que a esto (y no es poco) ha quedado reducida la trascendencia de los certámenes. Es el mantenedor el que justifica y presta realce a la fiesta--todo el realce que posea la figura del elegido,--En los Juegos florales del Escorial actuó de mantenedor Jacinto Benavente.

Jacinto Benavente, sobrado conocido para que yo me extienda en explicar sus merecimientos y su labor, está ahora sobre el tapete; su fogosa polémica con varios periódicos, sosteniendo Benavente la causa de los germanos, y atacándole los radicales, es actualidad pura. La guerra, que tantas incidencias produce, ha

producido ésta: Benavente, cuya filiación literaria más bien parecía francesa y dannunzista, perdónese el voquible, aparece germanófilo, y Miguel de Unamuno, que detestaba a Francia y la satirizaba no sin donosura, y estaba, y seguirá estando, empapado de lecturas escandinavas y teutonas, se pone resueltamente de parte de los aliados, y los encomia, con todos los recursos de una retórica prestigiosa y un talento cáustico e ingenuo a la vez. Yo soy partidaria de que, cuando las gentes llegan a cierta altura, pueden decir lo que les acomoda, pensar como se les antoje, sin que valga el ponerles en contradicción consigo mismos, excepto en el tono respetuoso y sencillo de una observación intelectual. Compruebo el cambio que se ha verificado en estas dos grandes inteligencias, en estos dos escritores tan ilustres; pero no creo que sea un motivo para denigrar a ninguno de los dos. Hay que reconocer la libertad de los pareceres y hasta de las simpatías, y los entendimientos y los corazones no son de mármol, ni de leño, para mantenerse siempre en el mismo estado, sin variar un ápice. Las circunstancias cambian nuestras apreciaciones, modifican los sentires, determinan las evoluciones y revoluciones del cerebro humano. Porque dentro de nosotros se verifican mil veces revoluciones y hasta terremotos y erupciones volcánicas. Se cambia, porque se vive. Sólo en las

tumbas existe la inmovilidad; mal digo: en la muerte se desarrollan los procesos y transformaciones vitales, si no para nosotros, para infinitos organismos que viven de nuestra muerte.

Reparen ustedes en que, si un tonto dice su opinión, nadie se enoja: ¿qué importancia puede tener la opinión de un tonto? Mientras que si opina un hombre excelso, se enojan y enfurecen cuantos no piensan como él. Es decir que los únicos sin derecho a opinar serían justamente los que, por su capacidad, lo tienen plenísimo.

En esta ocasión de la guerra, la intransigencia se ha envenenado. Complicada con la cuestión política a que sirve de antifaz, se agita y revuelve, en medio del estancamiento sobrado continuo y el indiferentismo que crece. La vieja pasión de la raza ibérica se ha refugiado en estos dos temas: ¿Francia? ¿Alemania?

Benavente, en quien una crisis espiritual parece iniciada desde El collar de estrellas, y tal vez desde que fue elegido académico de la Española (ambiente muy contrario a Francia, a pesar de ser este cuerpo un mero calco de su similar francés), vota resueltamente por Alemania, lo cual le cuesta incesantes zarpazos. Tal situación de combate presta doble interés a su discurso, escrito y leído por él, en los Juegos florales del Escorial. Estamos muy lejos del Benavente

escéptico de la Noche del sábado y La princesa bebé: habla un Benavente prensado del ideal cristiano, de la pureza, del familiarismo, que se vuelve incesantemente hacia Dios. Los muros grises de la gran cratícula y sus ecos graves repetirán gustosos esos acentos fervientes, esas cláusulas en que se encarece el amor a la patria, en que se canta un himno a la religión, en que se ensalza a Felipe II y a su obra, «a la vez palacio, tumba, y templo»... No se ha secado el cauce, no está vacío, como dijo Núñez de Arce en célebres versos. Las cigüeñas vuelven a los campanarios, según el vizconde de Vogüe; y esta cigüeña es de las de marca mayor. Benavente, si logra el don de la perseverancia, puede servir de mucho a los que hoy, con satisfacción explicable, le cuentan entre sus filas.

Lo que más preocupa en esta nueva posición de Benavente es lo que podrá influir en su dramaturgia: ¿qué comedias o dramas le inspirará? ¿Abandonará el camino de La malquerida, en que la musa popular se da la mano con el teatro griego, fundado en la fatalidad y en el destino implacable, y la paleta y el paleto del Soto coinciden con las Fedras y los Edipos de la terrible antigüedad? ¿Volverá a sus estudios de psicología y vida elegante, en que el moralista se disfraza de Arlequín, y la sátira ligera encubría el consejo? ¿Nos dará otra vez un cuadro tan pesimista de

la humanidad como en Los intereses creados? Por mí diría que cualquiera de estas direcciones de la musa de Benavente me parece preferible a los simbolismos del Collar de estrellas. Y espero con ansia las revelaciones del invierno, de la próxima temporada teatral. Y también espero con interés la actitud del público. El abono chic hará a Benavente una ovación. Verdad que ya se la había hecho--y lo digo en son de elogio para el abono,--cuando se estrenó La malquerida. Por encima de las vulgaridades del moralismo enteco, tan distinto de la moral profunda de la realidad, aclamaron a Benavente damas y galanes. Séales bien contado.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

160

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1915.

Mientras que la guerra devasta a Europa, no ceso de recibir impresos que todos propugnan y ensalzan la paz permanente.

¡La paz permanente! ¡Noble aspiración de las almas, ideal en que el cielo parece descender hacia la tierra bañándola de azul! Pero ¡ay...!

Desde que «la mala semilla de Adán», como la llamó el Dante, peregrina al través del planeta, la guerra, en una o en otra forma, ha sido el fenómeno constante de la historia y también de la prehistoria, a lo que cabe inferir por las indagaciones científicas sobre los tiempos primitivos. Hemos adelantado, sí, señor; la civilización se ha extendido; estamos en el XX... y con todo eso, se diría que tal civilización sólo sirvió para hacer más destructoras y terribles las guerras. ¿Qué sacamos en limpio? ¿Es lícito prometerse que las

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 28 noviembre 1915: 7. No recogido.

querras desaparezcan, como han desaparecido no pocas epidemias y tal cual enfermedad antigua, la viruela y el crup?

Por mí, no lo creo, sin dejar de reconocer que va siendo intensa y general la corriente pacifista en muchas naciones, y especialmente entre las mujeres y el partido socialista.

En Inglaterra el Comité del congreso internacional se une a los demócratas y socialistas germanos, para reclamar la mediación de los neutrales. El mismo comité apremia, a fin de que cuanto antes se organice el arbitraje continuo, sentado las bases de una inalterable paz. Tres mujeres alemanas que tienen nombres de pila muy bonitos, Anita Augspurg, Frida Perlen y Lida Gustava Heymann, solicitan más: que no haya anexión alguna de las comarcas ocupadas militarmente; que al terminar el conflicto se deje libre a Bélgica y se devuelvan a Alemania las colonias que han quitado. Otra señora, que no firma, lanza un grito de dolor. En la fecha del aniversario de la declaración de guerra exclama afligida: «Hoy termina un año sombrío, eterno. La religión ya no nos presta sus consuelos eficaces. Ha muerto la caridad». Y diríamos como ella, porque guerra tan feroz e interminable ha llegado a parecernos una pesadilla angustiosa.

Si no me equivoco, este movimiento en pro de la paz es enteramente feminista. Lo promueven e impulsan elementos que vienen trabajando, con más o menos éxito, por la elevación de la mujer en todos los terrenos, por su emancipación.

Feminista y muy radical he sido yo, siempre. No pocos actos de mi vida, lo demuestran. Jamás he creído que si pago mi contribución como el hombre, mi sexo me incapacite para votar y hacer las leyes mediante las cuales se me impusieron esos tributos que religiosamente satisfago. Tampoco ha podido caber en mi cabeza que si soy apta para un puesto, mi sexo me excluya de él. La mayor injusticia secular que existe en el mundo es la inferioridad legal de las mujeres. Así, por este concepto, voto con las Anitas, las Lidas y las Fridas del comité y de todos los comités internacionales habido y por haber. Pero es preciso examinar despacio sus reclamaciones en aquello que se refiere a las conexiones del feminismo con la paz y de la democracia.

La democracia--lo dicen las mismas señoras pacifistas--no merece tal nombre si no inscribe, en primer término, entre sus principios fundamentales, el derecho de la mujer, igual al del varón. Y que no lo ha inscrito, por ahora, es positivo. La Revolución fracasa, de la cual arranca el movimiento democrático

de nuestros días, no dio por la mujer nada absolutamente. En vano Olimpia de Gouges exclamó que, puesto que tenía el derecho de subir al cadalso, no se le debía regatear de subir a la tribuna. ¡Cómo si cantara!

En España he conocido yo casos sumamente curiosos de hombres de avanzadísimas ideas que ponían en solfa o reprobaban escandalizados toda tendencia favorable a la mujer, y seguían no viendo en ella otra «misión» (pase el galicismo) que la de espumar el puchero y recoser los calcetines. Tal opinión, más o menos velada y recatada, abre todo desde que se ha olfateado aquí unas miajas de lo que pasa en Europa, sigue siendo la de la mayoría de los hombres de estado y de tribuna en nuestro país. Lo poco que se ha hecho en el terreno legal a favor de la mujer ha merecido sonrisillas despectivas y meneos de cabeza expresivos a la «gente seria».

Hubo en España un buen momento para la mujer: aquel en que la divisa, que todas las feministas debieran adoptar, «Tanto monta», fue emblema de una política y de una sociedad regenerada. Entonces se alzaron en la universidad de Alcalá las cátedras de las doctoras y las infantas y las damas de la corte estudiaron latín y filosofía con Luis Vives. Aquello duró tanto como nuestro esplendor y gloria. Con la decadencia vino el acoquinamiento de la mujer.

Y como quiera que por ahora las democracias no se han despepitado, que sepamos, por el ideal feminista, mis correligionarias del Comité me perdonarán que separe este ideal del otro puramente político, y les diga que en cuanto mujeres que aspiran a mejorar de situación en el mundo, no tienen por qué ser ni dejar de ser demócratas. En cuanto mujeres, un tirano que nos concediese algo de lo que el hombre usufructúa y detenta, merecía nuestro apoyo.

Me acuerdo--y perdónese este episodio humorístico, porque estoy escribiendo en el tono más bien ligero de la crónica--de cierta conversación con el gran novelista portugués Eça de Queiroz, que había venido a visitarme en París, en el hotel donde me alojaba. Era, por lo visto, muy republicano el autor de <u>O Primo Basilio</u>, me preguntó cómo una señora tan... y tan... (pongan ustedes hileras de adjetivos muy desproporcionado a mis merecimientos) no fuese también republicana ardentísima. Contesté, en primer lugar, que las formas de gobierno no tenían para mí tanta importancia como los estados de cultura; y ya por último añadí:

--Cuando vea una república presidida por una mujer, seré partidaria de esa forma. Hoy por hoy, las repúblicas son más sálicas que las monarquías.

Y Eça de Queiroz se hizo cruces... ¡Nada más lejos de su pensamiento que tal objeción!

--«Fico asombrado, minha senhora!»

En vano le repetí, en la larga cháchara, que las mujeres habíamos sido tan abandonadas por las democracias como por las oligarquías y las aristocracias, y nada les debíamos, hasta nueva orden...

Es posible que las feministas y pacifistas del comité tampoco hayan mirado las cosas desde tal punto de vista. Es, sin embargo, el práctico. Hay monarquías europeas en las cuales la mujer se sienta en el parlamento.

Entretanto, ¿quién duda que es un bello sueño el que sueñan estas simpáticas mujeres? Hablan en nombre del amor, de la piedad, de la confraternidad universal; y esta cuerda resuena en todos los corazones, vibra en las conciencias todas. Nadie deja de estremecerse de horror ante esta inmensa carnicería. Todos quisiéramos que terminase. Nos agobia. Y no estaríamos menos conformes con la aspiración de que hiciese siempre buen tiempo, y no hubiese enfermedades ni infecciones, y el alma humana fuese como un lago límpido, y las voluntades de los pueblos estuviesen siempre de acuerdo, o al menos no difiriesen tanto, que una intervención prudente y honrada no bastase para conciliarlos y emigrarlos tiernamente. La vida, con sus fuerzas desencadenadas y profundas, la naturaleza,

regida por la inmoralidad del instinto furioso, no se adaptan, por desgracia, a este molde.

Dudaré constantemente de la armonía entre pueblos y naciones. Hasta suele faltar la armonía entre los individuos de una misma familia, unidos por los lazos de la sangre, y, casi siempre, por común interés. ¡Cuánto más difícil será la avenencia de los pueblos, que forzosamente tienen intereses encontrados! No habría cosa más pueril, (y la mujer debe evitar ante todo parecerse al niño), que creer en sentimentales aproximaciones de razas, naciones y pueblos a quienes impulsa un estímulo de engrandecimiento y de expansión comercial.

Las señoras del Comité fundan vivaces esperanzas en los Estados Unidos. No diré que no exista allí un movimiento en favor de estas aspiraciones. ¿Qué será lo que no existe en los Estados Unidos? Pero hago memoria, y recuerdo el momento en que nos dejaron sin las Antillas y las Filipinas, y nos echaron a pique la escuadra. Por cierto que no anduvo en aquello arbitraje, sino cañonazo limpio. Y me temo que, hasta sólo Dios sabe cuando, sea este sistema del cañón, o alguno más moderno y científico, por el aire o por la asfixia, el que dirima tales discusiones.

¿Y quién duda de lo bueno que fuera exigir [la eliminación de] los odios entre los diferentes pueblos?

No lo considero, sin embargo, tan asequible cuando reflexiono en la semilla que queda echada. No hablemos de los Balcanes, donde las gentes son enérgicas, los instintos como de hombres que nacen guerreros, que tienen la guerra por ocupación y oficio. Allí es seguro que, aun después de la paz, florecerán rencores y odios salvajes. Pero, aun en las naciones centrales de Europa, Alemania se impregnó de aborrecimiento profundo a Inglaterra, parecido al de Cartago y Roma, y es de suponer que Inglaterra pague en la misma moneda a Alemania, Francia, por su parte, detesta a los «boches», y no debe sorprendernos. Todo esto, que es muy triste, me hace temer que otros sentimientos muy honrados, muy dulces, sean estériles para influir en lo futuro.

Por eso me falta la fe. Mi adhesión al Comité, cuyas intenciones encuentro dignas, respetables, cristianas, tiene que ir acompañada de mil restricciones. Será una tontería, pero no quisiera que andando el tiempo, al ver mi firma entre las adheridas, supusiese alguien que yo esperaba en esta concordia, en esta reconciliación del hombre con el hombre «Homo homini lupus», dijo quien sabía lo que decía. Acaso fuese más estético aparecer convencida de que un día u otro reinarán la fraternidad y el amor, y ver en las doradas nubes alzarse, entre una apoteosis, la famosa

ciudad de justicia y de ventura universal... Mas yo, realista impenitente, debo profesar que no hay nada tan bello como lo verdadero, y que la verdad, de amarga raíz, es la esencia de la vida y de la historia. Diré, pues, la verdad, o lo que por tal entiendo, a las pacifistas, y al hacerlo, les desearé todos los bienes, todos los triunfos; hasta anhelaré haberme equivocado, y que ellas acierten, y que se abracen ingleses, alemanes, franceses, serbios... Un abrazo placentero, para acabar pronto.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

161

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1915.

Muchas, y a veces, muy ingeniosas sátiras se han escrito, ya desde el siglo XVIII, contra la aristocracia española. Y yo, en varios escritos, en épocas diferentes, he examinado el capítulo de cargos, y emitido siempre el mismo dictamen. No sería justo censurar a una clase por defectos y errores en que las demás, no sólo la igualan, sino que la superan. Señoras ligeras de cascos, señores viciosos, no son patrimonio de la aristocracia de sangre, especialmente. En la plutocracia, en la burocracia, en todas las esferas abundan. Es más, el pueblo, en esta hora, desprovisto de ideales colectivos a su manera de los escepticismos contemporáneos, ha llegado a precipitarse tras el placer y el goce (tal cual los entiende), con

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 30 noviembre 1915: 5. No recogido.

mayor afán quizá que las clases altas. A una clase se la moteja por lo que hace como clase, no por lo que haría igualmente si tal clase no fuese. Y, convencida de ello, he roto una lanza en pro de la aristocracia, cuando novelistas y dramaturgos la ponían de hoja de perejil, y hacían consistir su decadencia en que una marquesa anduviese a picos pardos, o su marido, porque Dios no le dio meollo, fuese tonto de caerse. De la quemante sátira del padre Coloma, en algún respecto recargada de color, lo más justo es el hacer resaltar el indiferentismo de los nobles hacia los timbres y tradiciones de su linaje. He aquí, en efecto, su pecado mortal.

A cien leguas de mí la idea de que un noble, con ridículo empaque y emulando al marqués de Caravaca, vaya por ahí jactándose de sus blasones, y desdeñando a quien no pueda cruzarse de Santiago. Al contrario, es natural en los grandes aristócratas ser sencillos, llanos, y hasta los he conocido humildes. Pero el más campechano no debe perder un momento la conciencia de su clase, en el sentido de los deberes que impone. Como toda superioridad, la sangre azul obliga a infinitas cosas. He oído contar de un ascendiente, el marqués de Bendaña, que teniendo que pasar en barca el Miño (no había entonces puente internacional), dio una onza de oro al barquero. Le advirtieron lo desmesurado

de la propina, y contestó: «Tampoco ese barquero ha pasado nunca al marqués de Bendaña». Y el grande que se expresaba así, no era un despilfarrado ni un fantasmón; al contrario, vivía con modestia, y su mujer tenía en los altos del palacio un hospital, donde cuidaba con sus propias manos a enfermos, hasta a cancerosos. Esta convicción de las obligaciones anexas a la nobleza, falta a muchos de la generación presente, y es el más grave daño, pues convendría que de ella estuviese embebida, en conjunto, para hacer frente a la impulsión que tiende a nivelarlo todo, con bajo nivel.

Lo más funesto para mí misma que puede hacer la aristocracia, como clase, es lo que viene haciendo: dejar caer en ruinas sus mansiones históricas, tirar por la ventana los recuerdos del pasado, comer raíz de loto, que produce el olvido. El alejamiento de los nobles de la carrera militar es extraño; lo es la pasividad de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesca, mero pretexto--hablo en general, y excepciones honrosas las conozco bien de cerca--para lucir vistoso uniforme un día de boda; es inconcebible la indiferencia hacia el solar, y hasta la burla, cuando de él se trata. Yo he oído, con escandalizados oídos, a un magnate, afirmar que cambiaría un castillo histórico por un chalet a la moderna, con mucho «confort» y agua en cada rinconcillo. Y conozco a una

dama de alta alcurnia, que poseyendo otro castillo, poblado de fantasmas batalladores, sudando gloria por todas sus románticas almenas, lo ha dado como regalo a un administrador, por no molestarse, supongo, en gastar las pesetas que reclamaba el sostén de la reliquia, y que hacían falta para trapos y faralaes.

¿A qué insistir? Nadie ignora lo que este entumecimiento de la nobleza española ha contribuído, no sólo a aminorarla en representación, como fuerza directiva, sino a malrotar nuestro tesoro artístico. En castillos y mansiones señoriales existían riquezas que, poco a poco, y ni siquiera para remedio de urgentes y verdaderas necesidades, han ido enajenando sus poseedores. Gentes muy adineradas se han desprendido sin necesidad de obras maestras, de objetos de arte de primera línea, que hoy honran los museos extranjeros y atestiguan nuestra desidia y abandono. A cada momento, en las casas de los anticuarios, se han visto preseas que nadie ignoraba a quien habían pertenecido. Al viajar por el interior de España, a cada momento se ven cosas asombrosas, que revelan el frío desdén con que miran el pasado, lo que quizá no tengan otro derecho a la consideración que ese pasado mismo.

Por eso siempre que hallo excepciones dignas de tomarse en cuenta, me apresuro a proclamarlas. Cuando

el marqués de Santillana pensó traer a Madrid las piedras elegantísimas del castillo de Calahorra, le aplaudí con entusiasmo. Lo mismo hice cuando la duquesa de Villahermosa, aquella «Guaqui» tan admirada por su belleza e ingenio, eclipsada después por cruel enfermedad, donó al museo del Prado un magnífico retrato, obra de Velázquez; alabé como se merecía su acción, que según ella misma me dijo, ni una expresión de gratitud había merecido al gobierno. Y ahora, al saber que el conde de Cerragería ha regalado a la catedral de León una cancela extraordinariamente artística, voy a ensalzar calurosamente el generoso rasgo.

No es el primero, pues el conde acostumbra a contribuir espléndidamente a cuanto envuelve un sentido patriótico. Da mucho, y además, tiene el dar oportuno y acertado. Existen gentes muy opulentas y sin apremiantes obligaciones, que mueren bajo testamentos increíbles, hechos sin la menor noción de realidad. Así, la pobre duquesa de Nájera, que con la más piadosa intención legó para un asilo su palacio de la calle de Alcalá, el cual, no podía, materialmente, servir para tal objeto. Millones y millones quedan cada año para fines más o menos benéficos, sin que, por mala disposición de los legados, luzca ni se vea el resultado que los legatarios se propusieron

evidentemente. Casi todos los testamentos de altura que últimamente se han hecho públicos, suscitaron críticas apasionadas, no sin fundamento las más veces. Claro es que cada cual hace en último término lo que le acomoda, y de su capa un sayo; pero da pena ver tan mal invertidos los millones. Y es que la mayoría de los que dejan fundaciones, mandas, ya no tienen el hábito de meditar cómo se reparte la preciosa sangre del bolsillo. Ahí queda eso... La caridad también, ha menester el auxilio de la inteligencia: Nótese que ventajas llevan en esto los millonarios americanos a los españoles. Distribuyen mejor, piensan, se guían por un instinto de equidad.

Viniendo a la dádiva del conde de Cerragería, diré que sirvió para corregir, en la más aérea de las catedrales españolas, en la de mayor unidad y armonía de belleza, el defecto de tantas, en que el coro esconde la vista y veda el goce de la nave central y ábside, y en que los fieles frecuentemente se encuentran muy poco holgados, mientras los canónigos ocupan un espacio que no necesitan, por gordos y orondos que se les suponga. La cancela, colocada ya en el trascoro, es obra prima de estilo renaciente, enriquecida con figuras delicadamente cinceladas. Detrás de la cancela el donante ha colocado tres lunas, fija una de ellas en el medio punto del arco, antes

cerrado por tosca puerta de madera, y las otras dos corredizas a ambos lados, en su interior, con lo cual, y abierto el balconaje, los fieles (por ejemplo ahora, en las solemnísimas fiestas de Nuestra Señora del Camino, declarada patrona de la región leonesa, la que verdaderamente inició la reconquista, después del impulso de la montaña cántabra) los fieles pueden repartirse por toda la longitud de la nave central, y en días de menor concurrencia, cerradas verjas y lunas, puede disfrutar de la hermosa perspectiva de nave y ábside.

Nótese que este donativo, hecho a un templo, no es tanto devoción como estética. He llegado a creer que nada más necesario que el culto de la belleza. El pasado, la tradición, son estética pura, idealismo encarnado en lo real. Si en todas las clases sociales la estética pudiera constituir un elemento de engrandecimiento y hasta de moralidad bien entendida, doblemente en la aristocracia. La obra wagneriana, tan sublime, es aristocrática esencialmente.

No sólo las clases; las naciones se engrandecen con la estética. Todos se admiran del rápido incremento de Italia como nación. En 1870, recuerdo que el ejército italiano llevaba rotos y remendados los calzones. Poco después, no lo hubo más brillantemente uniformado. El salto fue repentino, e Italia pasó de

«irredimida» a estado poderoso. ¿No habrá andado en ello aquel culto de la hermosura, fácil de comprobar para el viajero que visita las ciudades antiguas, pobladas de cuadros y estatuas? Ante las puertas del bautisterio de Florencia, un rapazuelo, un «golfillo», como aquí diríamos, me enseñó los relieves del Sansovino, y exclamó, con verdadero entusiasmo: «¡Oh, che bellezza!» Un golfo español hubiese murmurado: «Icen que esos santos tién mucho mérito...» Y los golfillos de León apedrean las vidrieras de la «pulchra», la tirotean con peladillas de arroyo...

El amor de lo bello y la veneración al pasado son dos enormes fuerzas, sobre todo en países que nutren su raigambre profunda en las capas seculares. Norte América hace perfectamente en elevar a las nubes sus rascacielos; nosotros tenemos que cultivar historia, lo más espiritual de cuanto concibió y ejecutó la raza.

Y yo veo al conde de Cerragería, en una de esas tablas góticas del siglo XV, vistiendo la cota o la coraza, arrodillado ante la poética Nuestra Señora del Pórtico, la Blanca, y presentándole en la mano una verjita, diminuta representación de la que ha donado. Así era como los férvidos «donantes», en la Edad Media, se hacían representar. Por un capricho de la imaginación acostumbro transportar a edades más encantadoras las escenas que hoy se desenvuelven. Todo

este juego de fantasía significa que me ha complacido el rasgo del conde, suponiendo de antemano que nadie le dará las gracias por él, como ha sucedido a la duquesa de Villahermosa; pero hay una fruición íntima en contar con estas y otras cosas, y en laborar recatadamente para la patria interior, más magnífica y grandiosa que la exterior, y en evocar la memoria de los que ayer, hacían cosas análogas.

Y si hubiese que trazar a la aristocracia de sangre un programa, se me ocurre que pudiera ser el que el general Joffre, después de la acción de Marne (¡no me atrevo a llamarla victoria, no me peque algún germanófilo!), dio a sus tropas: «Si podéis, avanzad. Si no avanzáis, conservad a toda costa la posición obtenida. Si es necesario, morid».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

162

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1915.

Al hablar de Cervantes me parece que hablo a la vez de España y de América. Cervantes es lazo que a América nos une tan estrechamente, que en realidad no sabemos a quien pertenece con mejor derecho, si a los de aquende o allende el Atlántico, aunque sea cierto, y yo lo he repetido recientemente con insistencia, que nuestra habla común no tiene por único maestro a Cervantes.

El habla española nadie lo expresó más felizmente que Gómez Restrepo en la Academia Colombiana, ha sido formada y enriquecida por poetas y prosistas desde Berceo y el ignorado autor del Poema del Cid, hasta después de Cervantes y hasta hoy mismo y fuera justo que en el monumento al autor del Quijote figurasen

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 6 enero 1916: 5. No recogido.

presididos por él tantos como han impreso luminosa huella en las letras y el habla. Algunos de estos prosistas y poetas para bastante gente (no hay que escandalizarse), escriben mejor que Miguel de Cervantes Saavedra. La primacía de Santa Teresa, su mayor pureza de estilo y lenguaje es defendida por no pocos.

También hay partidarios de Quevedo. Lo cual significa que es preciso no regatear a cada cual su parte de gloria. Y existen también (en este caso debiera decirse «existieron», pues se trata de un muerto, del padre Mir), quienes se lanzan a parrafear algo como lo siguiente: «Los sermones del padre Alonso de Cabrera, los diálogos del padre Juan de Pineda, los Salmos Penitenciales del padre Pedro de la Vega, son tres obras clásicas de tal calidad, que cada una de por sí es poderosa para sepultar en la obscuridad el ingenio, el estilo, el lenguaje del autor del Quijote ...» Buena noticia fuera si la creyésemos. Tener en España en las letras patrias, nada menos que tres obras superiores al Quijote tan superiores que le pueden sepultar en la sombra ¡friolera! Por desgracia yo no me he fiado nunca en el gusto literario del padre Mir que sabía muchas cosas pero carecía de esa sensibilidad con la cual se percibe la belleza. He citado sus palabras a fin de hacer ver que no todo el mundo piensa acorde respecto al merito relativo de Cervantes, de quien soy rendida admiradora.

Y con motivo de la proximidad del centenario todos estos problemas y otros muchos relacionados con la vida, obras, y recuerdos de Cervantes se agitan y remueven. Tengo a la vista tres libros enteramente diferentes y a mi juicio muy interesantes: las Meditaciones del" Quijote", de José Ortega y Gasset; Quién fue el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, por Aurelio Baig Baños y El supuesto retrato de Cervantes, por Julio Puyol.

El enunciado sólo de los títulos basta para justificar la curiosidad que despiertan las obras. Empiezo por el más actual y anecdótico, el que se refiere al retrato de Cervantes que preside las sesiones de la Academia Española.

Puyol recuerda con oportunidad, pues el centenario se acerca, y convendría dilucidar antes tal cuestión, las incertidumbres y recelos que siempre existieron respecto a la autenticidad de la tabla atribuida a Jáuregui. Yo he oído afirmar concretamente que se trata de una mera superchería.

Claro es que no lo digo por cuenta propia: no soy un experto en arte, ni en arqueología, y aunque lo fuere tendría que reconocer despacio la pintura. Me limito a afirmar la existencia de un estilo de opinión absolutamente contrario al retrato, y hasta de una indignación patriótica, por considerar deprimente para

España la falsificación. Hay quien conmemora con tal motivo la especie de espíritu profético de cierta novela de Daudet. El inmortal, basada en otra superchería, que la Academia Francesa patrocina, y que luego se descubre.

En abono de las Academias porque yo soy imparcial, diré que también el Museo del Louvre tragó un confite: la famosa tiara de Saitafarnées, y en el British (si no me engaño), unos rollos de cuero que contenían en caracteres hebraicos antiquísimos el original del Deuteronomio,--hasta que pasado bastante tiempo y pagado a peso de oro el inestimable documento apareció en el cuero la marca moderna del curtidor... Y esto significa que la ciencia humana es falible, y que a los doctos se les ilusiona como a los chicos pequeños.

Volviendo al retrato de Cervantes,--Puyol cataloga detenidamente los hechos que se refieren a su historia. Ante todo, conviene saber que los retratos de Cervantes conocidos antes de la aparición del que hoy se discute, no son tampoco de una autenticidad irrefutable; pero nos habíamos acostumbrado a ellos, y el semblante de Cervantes, a falta de más documentación, creíamos que debiese ser aquel avellanado y lleno de inteligencia y dignidad, que veíamos al frente de las ediciones ilustradas del Quijote. Estaba como consagrada la fisonomía de Cervantes. Hasta en un abanico del

Imperio, que poseo y que es la apoteosis del Manco, tiene esa faz habitual.

Lo primero que despertó mi suspicacia respecto a la nueva efigie, ha sido el contraste entre aquel semblante simpático y noble, y el degenerado asimétrico de la tabla discutida. Con todo eso, yo no hubiese pretendido erigir en dogma que Cervantes fue así o asá. Tratábase, en mí, de una de esas prevenciones arbitrarias que nacen del instinto. Y lo apunto, solamente para que se entienda por qué fijó mi atención el razonadísimo alegato del señor Puyol, contenido en un folleto.

He aquí en resumen lo que este señor versado en literatura y en historia niega contra el consabido retrato.

La primera noticia en él se la dio en la exposición de Bellas Artes de 1910 el académico D. Narciso Sentenach, un señor desconocido afirmando que él poseía el retrato de Cervantes obra de D. Juan de Jáuregui. Pidio verlo el acádemico, y contestó el señor (que resultó llamarse D. José Albiol, y ser restaurador de cuadros y artista en metalistería), que la tenía con sus muebles en Oviedo. El Sr. Sentenach se apresuró a comunicar la nueva al señor Rodríquez Marín; éste al director de la Academia Española y otros notables de la misma corporación y al punto se decidió

que el retrato fuese adquirido por la Academia, "dejando para después el estudio de su histórica identidad".

Aunque suena a ligereza, en esto excuso a Alejandro Pidal y los que lo secundaron. Valía la pena por si acaso de adquirir la tabla, como había adquirido el propio don Alejandro infinitas obras de arte en casas de anticuarios y chamarileros; pero una vez adquirida, era cosa también de averiguar con cuidado sumo lo que hubiese de por medio, antes de proclamar que aquel fuese el legítimo retrato de Cervantes.

Tanto más, cuando que el propietario de la «maravilla» la entregó después de varias gestiones, no por metálico, sino gratis, bajo condición de que se hiciesen las diligencias oportunas para que saliese a oposición una cátedra «enredada en los tradicionales balduques del expediente oficial»... (¡Oh y cómo enredan, entre paréntesis los tales balduques, que ni las algas del mar de Sargazos!) Sólo que Puyol ha averiguado que el tal expediente no dormía, y lo que se le dio al Sr. Albiol fue una cátedra.

Todo esto va siendo nebuloso. Una pintura que puede valer miles de duros (de «dólares» decían), y se regala...

Puyol se admira; y hay de qué:

Se pregunta Puyol: ¿hizo en efecto el retrato de Cervantes don Juan de Jáuregui? Nada menos probante

del hecho que las palabras de Cervantes en que se viene fundando. No dice Cervantes en el prólogo de las Novelas ejemplares, que exista tal retrato sino que pudiera hacerse, y que con eso, quedaría satisfecha su ambición. Un sinnúmero de eruditos cervantistas dieron por seguro el tal retrato; pero no teniendo para ello otra base sino el párrafo del prólogo, la afirmación es gratuita. ¡Bah! Llenos de gazapillos están siempre los campos de la erudición. No han faltado, sin embargo, opiniones de otros doctos, contrarias a la existencia del retrato, y se basan en observaciones relacionadas con fechas, con estados sociales, y, cronológicamente, en la edad que tendría que tener don Juan de Jáuregui cuando lo pudo pintar, en 1600, y que sería de 15 años, precocidad increíble. Estos reparos van contra que tal retrato hubiese; otras, contra la hipótesis de que a existir tal retrato, fuese el que hoy preside las sesiones de la Academia.

En él hay un letrero que dice: «Don Miguel de Cervantes Saavedra», y otro que reza: «Juan de Jáurigui pinxit, año 1600» Ahora bien; Cervantes no tenía «don», y en cambio Jáuregui lo tenía. De que Cervantes no tenía «don», y de que entonces no se le daba «don» a quien no lo tuviese de derecho, ni se le quitaba a quien lo poseía, son innumerables los testimonios; algunos ensarta Puyol, entresacados de los

mismos escritos de Cervantes. El pintor Jáuregui siempre firmó con el «don» sus estampas y sus libros.

Tampoco creen que usase Cervantes jamás la gola con que aparece en el retrato. Uno de los que han escrito sobre el caso, D. Angel Barcia, muy experto en asuntos iconográficos, al ver la aristocrática lechuguilla dijo al Sr. Rodríguez Marín:

--¿Esa gola...?

Y aprisa y sin duda zumbonamente, contestó el director de la biblioteca nacional.

--Sí, era de Jáuregui... Se la prestó para el retrato.

Que las inscripciones de éste sean contemporáneas de la pintura, no se ha estudiado, asevera Puyol, por especialistas ni por peritos; no se consintió tal examen, y así lo declara el competentísimo don Aureliano de Beruete y Moret, bajo su firma. Lo indudable, y confesado por los propagandistas de la autenticidad del retrato, es que en éste se observan, a simple vista, repintes y retoques. Nótese con sólo mirarlo, desde el estrado de la Academia, donde se gallardea como si tuviese corrientes sus papeles y limpia su ejecutoria. De suerte, y omitiendo las contradicciones que aparecen a cada paso en las noticias oficiales referentes a la pintura, resulta que ésta es la hora en que no sabemos si el retrato es de

Cervantes o de otra persona; si se hizo en 1600 o por un falsificador de los muchos que existieron en el siglo XVIII, y en más reciente fecha; y que parece evidente que nunca sería obra de Jáuregui.

El misterio del retrato, en lugar de disiparse, se acrece con el transcurso del poco tiempo que media entre su aparición y los momentos actuales, en que la proximidad del centenario hace tan urgente aclarar su estado civil. Porque no cuadra bien al decoro de España, al de sus corporaciones oficiales, al prestigio que ante la opinión americana y extranjera debemos procurar obtener imponerles como verdadero lo falso, en asunto de tanta monta y que se relaciona con la alta personalidad de Cervantes, en quien por tradición ya, viene vinculada la gloria de nuestra habla y de nuestras letras. Si en el asunto del retrato notamos el «formidable embrollo» a que se refiere el Sr. Puyol, las contradicciones patentes, y, entre otros indicios sospechosos, el permanecer estancada y ahogada la «Memoria» que acerca de la cuestión encargó Canalejas, siendo presidente del consejo de ministros al erudito Pérez de Guzmán; que éste terminó con acopio de datos demostrando que no existe ningún retrato auténtico de Cervantes, y, por tanto, el atribuido a Jáuregui es tan apócrifo como los demás, y que empezó a imprimir deteniéndose en la página 119, y contestando a las preguntas que le dirigen:

--Interrumpí la publicación, por los tremendos disgustos que me dieron...

Hay que convenir en que es turbio, muy turbio el proceso.

Todo en este asunto--agrega Puyol--es misterioso y extraño; y si no convendría hacerse eco de las hablillas de Oviedo, ni tomar en cuenta murmuraciones locales, en cambio no es posible prescindir de los hechos, ni dejar de reclamar que la ya célebre tabla sea sometida al examen de las personas competentes, y de la Junta de Iconografía nacional. Así lo pide Puyol, con el mayor respeto, a don Antonio Maura, actual presidente de la Academia Española, rogándole que proceda al examen técnico del cuadro, antes que se divulgue por medio de fotografías postales y grabados de todas clases (como creo que va a suceder). En los sellos de correos que han de llevar la efigie del Manco, se pretende utilizar la del personaje hasta hoy indocumentado y desconocido que la Academia acogió y que con graciosa suposición escribe Puyol que puede ser mejor que la de Cervantes, la del envidioso, desvergonzado y procaz que disfrazó su nombre con el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, para escribir el falso Quijote!

Todos los que no estamos obligados a sostener lo que antaño se llamaba «opinión piadosa», nos adherimos

al ruego de Puyol. No pedimos sino estudio, certidumbre, que se disipe la espesa niebla. Y la Academia hará bien, si se ha engañado «errare humanum est» en reconocerlo y retirar el retrato supuesto, como se retiraron del museo inglés los cueros del falso Deuteronomio...

No he tenido tiempo de hablar de las otras obras cervantinas. Lo haré pronto, porque Cervantes ahora constituye actualidad. Cada día que nos acerca al centenario, hace que su figura se destaque con mayor relieve.

Me parecía de picante interés lo de la tabla atribuida a Jáuregui. Si ésta resultase falsa, como supone Puyol y otros muchos inteligentes, habría que repetir una vez más adhiriéndose al parecer de Feijóo, que nada puede creerse mediante la autoridad, sino por lo que demuestra la ciencia positiva. ¿Quién dudaría de un retrato de Cervantes, viéndole expuesto en la Academia presidiendo, imponiéndose a la fe de las generaciones? Yo recelé (sin base alguna) por lo repulsivo, no rehuyamos la palabra, de aquel semblante, que se asemeja a otro, también antipático, (y me permitirá no dar detalle alguno que pueda hacer venir en conocimiento del nombre). Ya comprenderá cualquiera que no es a D. Alejandro Pidal a quien se parece el sujeto pintado en la tabla: pues aquel señor tuvo la

más hermosa y noble presencia y cuando la vejez lo sorprendió sin extinguir el fuego de su oratoria y la actividad de su temperamento tribunicio, la plata de sus barbas y de su cabello le prestó nueva aureola. No; no era a D. Alejandro a quien el retrato se parecía.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

163

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1915.

Dos asuntos castizos han cautivado estos días la atención: uno de indumentaria, otro de diccionario.

Como no es posible tratar siempre de la guerra y de la querra la gente se distrae tratando de lo primero que le sugieren los periódicos. Y se ha discutido acaloradamente sobre si se debe o no usarse, con preferencia a todo abrigo, la capa nacional.

Las opiniones escritas en su mayoría a la capa fueron favorables. Tuvo muy buena prensa la capa.

Se encontró su garbo, su comodidad, su neto sabor de romanticismo. En efecto la capa es rómantica «tout plein» o hasta las cachas, para decirlo clásicamente. La capa es la compañera de las nocturnas aventuras, de las citas de amor, clandestinas y culpables; la capa disimula el rostro, hasta la forma del cuerpo cual una especie de «tarnhelm» que, si no hace invisible a quien

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 enero 1916: 6. No recogido.

la usa cuando menos le envuelve en protectora nube negra. La capa en apariencia democrática y popular, puede ser lo más elegante y distinguido del mundo cuando la lleva un hombre de buen porte y de gentil talante que viste bajo la prenda, un frac de irresponsable corte y una pechera nítida, donde brilla una perla montada al aire.

Mil matices y categorías tiene la capa. Las hay de bayeta o poco menos, mugrientas y despeluznadas de color de ala de mosca, de pliegues tristes paupérrimos, y estas son las que encubren las ropas pingajosas y los bustos flacos de los pobres vergonzantes de Madrid. Porque en esto es popular la capa: la gastan indistintatamente mendigos, obreros, mesócratas y aristócratas: nivela las clases.

No hay moda para la capa. Mientras los abrigos siguen las oscilaciones del gusto, la capa es hoy lo propio que era cuando majos y toreros contemporáneos de Goya la subían a la altura de los ojos para ir en pos de la duquesa de Alba por la pradera del corregidor y las márgenes del Manzanares. En el período velazqueño que dominaba el corto ferreruelo, la capa sin capilla o esclavina, luego, se impuso la capa larga y abundosa de paño que conocemos hoy. Ya sin embargo, existía entonces, pues el mendigo cínico y borracho, que fue una de las geniales creaciones del gran pintor; <u>El</u>

menipo envuelve su miseria en una capa parda, uno de esos andrajos de caliente entonación que vemos a cada paso en los pueblos de Castilla.

Hay algo de hondamente hispánico en la capa y los extranjeros lo sienten, y admiran la prenda, y hasta en ocasiones la adoptan. En la época descrita por Balzac con tan minuciosa y realista exactitud, el general Quiroga, compañero de Riego en la sublevación liberal, que al caudillo de la constitución costó la vida en afrentoso patíbulo, emigró y recorrió bulevares, rebozada su arrogante figura en una capa española: y quince días después, los elegantes de París lucían el «manteau a la Quiroga», que, por algún tiempo fue la última palabra.

No olvido la gracia que nos hizo a una dama muy ingeniosa y entendida, que ya no existe, la duquesa de Osuna y a mí, el encontrarnos en las calles de Madrid, en la de Sacramento, por más señas, al escritor portugués Ramalho Ortigao, luciendo la capa más atrencillaca y «chula» de cuantas se pasean desde el puente de Toledo al Rastro. Ramalho Ortigao acababa de ser enviado por su gobierno a representar Portugal en las fiestas del centenario de Colón, y lo primero que se le ocurrió hacer en Madrid fue comprarse una capita serrana y lucirla, con una pueril satisfacción que regocijó vivamente a Julia Javalquinto, descendiente de

los Borgias, «la Borgia» como ella se firmaba en broma, en las lindas cartas que sabía escribir.

También Mauricio Barrés entonaba himnos a la capa y Víctor Hugo le profesaba esa simpatía que hacia lo español mostró siempre. De cuando en cuando, las señoras la adoptan, caprichosamente, y un año la ostentan y al siguiente se cansan; pero en Madrid va decayendo la prenda, y disminuyen los madrileños del antiguo régimen que viven sin verla colgadita en la percha del pasillo, para encontrarla más pronta a la hora de salir, y también los que van con ella en brazos, como el bohemio de Murger con su «vecchia zimarra», apenas asoma la primavera y amagan las corridas de toros, a las casas de empeño donde aguarda la capa el santo advenimiento hasta los primeros cierzos invernales.

Es, en efecto, una especie de caja de ahorros, que permite al menestral y al modesto empleadillo afrontar los extraordinarios de la temporada taurinos, mediante la pignoración de la pañosa... Desde que el abanico hace irrupción, la pañosa se esconde. Duerme en los «establecimientos de compraventa» entre naftalina y alcanfor. En tales establecimientos suele haber «cuarto de las capas», donde se hacinan enrolladas y plegadas hasta que el Guadarrama avise: «Desempeña los abrigos, o cuenta con las pulmonías...»

En vista de su decadencia, era necesario defender a la capa, que no ha pasado de moda para ella, pero cae en desuso. En las clases altas va predominando con exclusivismo el gabán, de pieles o buenamente de paño con entretela. La capa se hunde en el pueblo, donde acaso nació, al envolverse cardadores y labriegos en un trozo de Segovia o Tarrazona, cuando se fabricaba en España el más recio y duradero paño del mundo...

Habría un medio de que recobrase favor, entre las altas clases, la capa. Sería que el rey, en un momento de capricho, la luciese, se rebozase en sus pliegues netos. El rey es uno de los hombres más elegantes y que mejor viste de Europa. Lleva con aire altamente chic, no sólo los uniformes, sino ropa de paisano, y no digamos los múltiples atavíos de «sportsman», caza, polo, regateo, equitación, automovilismo. Sobre su cuerpo flexible y esbelto como los álamos, todo cae a las mil maravillas. Nadie maneja mejor, en los oficios de las órdenes militares, el luengo manto blanco, en que tantos y tantos tropiezan, enredándose en las espuelas y dando trapiés. Nunca el rey tiene un movimiento desacertado, y cuando viste uniforme observa rigurosamente el más mínimo detalle, de esos que a los profanos se nos escapan.

No ha contribuido poco su corrección a que los militares españoles, de tiempo a esta parte, mejoren a

cada paso su «tenue». Pues bien: si el rey saliese un día embozado en una refinadísima pañosa, el Nuevo Club, en masa, iba al día siguiente a encargar una serie de capas más o menos toreras y chulas, y no serían solamente Mariano de Cavia, Ricardo Puñanrostro y Gerardo Láncara, los veteranos fieles a la tradición de la prenda que amaron los poetas de 1830 y no abandonaron los bohemios modernos...

*

El otro tema favorito de estos días ha sido la campaña del propio Mariano de Cavia contra los rótulos extrajeros que se ven en la villa y corte. Realmente se está abusando. Desde que, al entrar en Madrid la reina Victoria, se llenó la calle de Alcalá de letreritos que rezaban «Welcome» lo mismo que si no se pudiese decir en cristiano: Bienvenida, cada vez cunden más, en tiendas y fondas las muestras extranjeras. Un indignado contra esta costumbre, me decía echando niebla:

--Figúrese Vd. que resucita Cervantes, y un madrileño le dice, «Soor» Miguel, vengo del «Ideal Room», y voy al «five o'clock tea» en el «golf», donde he convidado a unas amigas, me trasladaré luego al «Ritz», si no hay «sauterie» en el «Japón»...

¿No creería Cervantes habérselas con un loco más, de los muchos que estudió admirablemente aquel neurólogo?

Es innegable que a cada paso tienen que entrar en los idiomas palabras nuevas, y hasta nuevos giros. El caso es que estos giros y palabras estén en armonía con la índole de la lengua donde ingresen y no disuenen en ella, sino encajen como anillo al dedo. Quien esto escribe inventó algunos vocablos y locuciones que necesitaba y varios tuvieron la suerte de prosperar. El caso es acertar en las invenciones. Una cosa es zurcir con esmero y disimulo el zurcido, otra aplicar un remiendo chillón de tela burda.

De los vocablos nuevos encuentro perfectamente admisibles y legítimos los que se derivan del griego y del latín. Del sanscrito se pudiera derivar, y no serían espurios en el habla porque remontar sus manantiales es lícito. Los términos tomados del latín y del griego son, en su mayor parte científicos. No existían porque no se conocía lo que denominan, o no se había vulgarizado su conocimiento. Así ya todo el mundo sin pretensiones dice: «coma, diabetes, neurosis, tétanos, inervación, vesania, hemiplegia, caries, cúmalo, cierro, bólido, bacilo, aeronave, areóstato, litina, fostsfato, bicarbonato, anemia, uremia», y cien mil palabras más, ya del dominio de las muchedumbres. Pero, si esto se permite y se aprueba, no diré otro tanto de las innumerables voces y frases extranjeras que van ingiriéndose, sin cocer, en el idioma. Las

palabras castizas con que se ha intentado substituirlas, no logran, por ahora, prevalecer.

La inmensa mayoría no dice «balompié», sino «foot ball»; nadie juega «al volante», sino al «tennis»; desde tiempo inmemorial se llama «corsé», a lo que pudiera llamarse cotilla; no se ha imaginado aún con que substituir la feísima palabra «garage», por más que sería sencillo llamarle «cochera«, puesto que al automóbil se le llama frecuentemente, y a secas, «coche». «Chauffeur», y especialmente «chófer», en vez de mecánico, o de conductor, se oye a cada instante. En el vocabulario de la cocina, es donde más a menudo saltan los gazapos del extranjerismo crudo, pues a guisarlo no se llega. Cometen tales atentados los cocineros y fondistas, no más que por afectar, que su servicio se adapta a lo más sublime de la culinaria de París y Londres. He protestado de esto y siempre protestaré, pues no hay nada más ridículo que una parodia.

Si en una fonda o en cualquier parte me presentan una minuta en correcto francés, no tengo nada que objetar. Quedamos enterados de que allí se come a la francesa. Lo insufrible es la torre de Babel, las minutas bilingües, que demuestran que las escribió quien ni el francés ni el castellano conoce. Hormiguean, por lo general los peregrinos disparates en

tales minutas, donde se llama «mil hojas» al «hojaldre», «sol» a la «merluza», «crevisas» a los «cangrejos», «cepas» a la «bordalesa», «hongos» a la «bordelesa», «salmí» al «salmorejo», «suflés», al «inflado», «balube» a lo que en Francia se llamaría «vol au vent», «nuge» al «nougat», «parfé» al «queso helado», y así lo demás.

Algunos barbarismos procedentes de un francés adulterado han tomado carta de naturaleza en España, y si en cualquier figón de Madrid pedís bocadillos o entremeses os contestan:

--¡Ah, sí! «Ordubres». Al momento.

Y hay quien sin necesidad, por pepinillos y hortalizas en vinagre dice «pickles», y quien llama al Jerez «sherry», y a los chicharrones «rilletas», y a los callos «tripes»... Comprendo bien que esto soliviante, no ya a los puristas, sino a la gente de buen sentido, que entiende que en cada país se debe hablar la lengua patria, y no hacer una «macedonia» (así nombran los galiparlantes a la menestra), de términos procedentes de las lenguas todas, echados a perder. Peor aún que el degüello de las palabras es el de los giros. Cuando escucho a una señora que murmura lánguidamente: «¡Estoy de un cansado! ¡Aquello estaba de un aburrido! ¡Me da pato! ¡Son gente bien! ¡En fin de cuentas! ¡Un buen día me incomodaré y haré esto

o aquello! ¡Una pequeña reunión! ¡A la fortuna del puchero!» y cosas parecidas, pienso que merece un par de banderillas bien clavadas.

Lo detestable de atentar así contra el habla, es que quienes lo hacen juzgan que están dándose tono de cultos distinguidos y demostrando gran familiaridad con Europa. Para usar un galicismo que no se les cae de los labios suponen que nos «epatan», y que exclamamos para nuestros adentros: «¡Lo menos ha pasado este señor el invierno en Niza!»

Todavía más que esos galicismos francos me molestan las palabras españolas, pero estropeadas o desnaturalizadas, y ciertas pedanterías que nos invaden. Hay un «pro» muy ridículo, que ha cundido con la rapidez de las malas semillas. «Pro presos». «Pro huérfanos». «Pro esto, pro lo otro»... Dos minutos después de haber leído esta preposición vertida del latín, encontramos en cualquier periódico (por fortuna en el lenguaje usual todavía no ingresó), la disonante palabra «homenajeo». Conjugad el verbo: yo «homenajeo», tu «homenajeas», nosotros «homenajeamos»"... ¡Piedad para los oídos! ¡Piedad para la laringe!

De estas insignificantes observaciones saco en limpio que el idioma, en el movimiento y evolución actuales, más pierde que gana. Se acrece y no se

enriquece; arrastra todas las impurezas del arroyo y se asemeja a las aguas del Lozoya, que surten a la villa de Madrid, pero también la envenenan, cuando como ahora, vienen turbias, trayendo en su linfa los gérmenes de las infecciones mortales...

Esto del habla y su evolución tiene mucho que devanar, y pudiera dar asunto a varias crónicas. Si en la presente ya no me hubiese extendido demasiado, me haría cargo de algo que observa en una carta tan interesante y vivaz, como todas las suyas, el insigne Unamuno. Por hoy sólo diré que el alcalde ha prohibido, so pena de multa, los letreros en lengua extranjera. Y está muy bien mandado, pero también importaría castigar de algún modo otros letreros que se leen con sobrada frecuencia en las tapias. Decía don Franciso Giner, el llorado rector de la Institución Libre de Enseñanza, que la medida de nuestro estado cultural la daban las paredes, que hablaban como en el festín de Baltasar. Y probablemente, tenía razón. Lo que el hombre escribe o dibuja, es lo que lleva dentro de sí. Y en Madrid hay otra turbia persistente, otra marca cenagosa, cuyas huellas se descubren donde quiera que existe una superficie cubierta de yeso.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

164

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LOS ENIGMAS LITERARIOS*

EL QUIJOTE DE AVELLANEDA

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1916.

Solía repetir Menéndez y Pelayo que la historia literaria de España no podía escribirse, mientras no se pusiesen en claro sus enigmas, entre los cuales figura el Quijote, de Avellaneda, imitación o parodia del de Cervantes. Yo jamás compartí la opinión del maestro, que, como todo hombre, estuvo sujeto a errar. Los enigmas literarios interesan a la erudición y a la curiosidad, no a la alta crítica y al desarrollo histórico propiamente dicho de la literatura. A esa cuenta, mientras no se aclare con luz meridiana quien

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 4 febrero 1916: 4. No recogido.

fue Shakespeare y si le pertenecen Otelo, Hamleto, etc., no se podrá escribir la historia literaria de Albión.

La historia literaria, como las demás historias, se escribe con lo que se sabe ya; no con lo que se ignora todavía. Los puntos tenebrosos, misteriosos, no importan tanto al conjunto, aunque atraigan por su obscuridad misma y sea labor meritoria el esclarecerlos. La tarea no parece tan fácil, cuando Menéndez y Pelayo, que además de las condiciones intelectuales disponía de los materiales como nadie, pues era director de la Biblioteca Nacional, académico, catedrático, y consagraba todas sus horas a la faena de la investigación, no logró disipar las sombras de ninguno de esos enigmas. Hizo mucho por resolver el del Amadís, pero, definitivamente, no coronó el éxito sus esfuerzos, tan dignos de respeto y alabanza

Más extraño es que pertenezca sin solución la charada del falso Quijote. Relativamente se publicó ayer. ¿Qué significa para la erudición, tres siglos?

Y cuenta que son numerosísimos los que han querido descifrarla. Aventuro que a los eruditos les interesa más el falso Quijote que el verdadero. Como que de éste siquiera conocemos el autor, y del otro andan dándose calabazas por averiguarlo.

Acaba de ver la luz, con motivo, o mejor dicho con ocasión del centenario, un libro de 336 páginas de

nutrida lectura, atestado de citas, datos y noticias muy útiles y obra de don Aurelio Baig Baños, bajo el título: Quién fue el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

Para el Sr. Baig, el perpetrador del Quijote apógrifo no era otro sino fray Alonso Fernández, dominico, declarado autor de varias obras de teología e historia eclesiástica y general de la orden. Antes de hacernos cargo de la conjetura, recordemos lo que significó el Quijote de Avellaneda.

Las rencillas, envidias y odios literarios se enconaron y envenenaron furiosamente durante lo que se conoce por «Siglo de Oro» de nuestras letras. Decaía nuestra epopeya, y parte de nuestra acometividad se refugiaba en las querras de pluma. Cervantes, que había luchado mucho sin llegar a la cumbre de la fama, y anhelaba el triunfo en la escena, vio apoderarse de la monarquía cómica al «monstruo de naturaleza». Lope de Vega Carpio. El desquite de Cervantes fue cual no imaginara la mente más ambiciosa, al publicar la primera parte del Quijote. De la popularidad que desde el primer momento consiguió el libro, nos ha dejado testimonio el mismo Cervantes. Desde que sale a plaza lanzón en ristre, el «Ingenioso hidalgo», Lope tiene un rival, un émulo glorioso; aquel pobrete de alcabalero sube a la cumbre parnasiana. De aquí nace la guerra de

envidias a Cervantes, y de aquí también el falso Quijote. Las cañas se habían vuelto lanzas, y los elogios mutuos que en antaño se tributaron Lope y Miguel se convirtieron en satíricos vejámenes.

El falso Quijote se propuso dos fines: uno (y lo confiesa el propio autor), quitarle a Cervantes la ganancia que la publicación de su segunda parte le prometía; otro, vengar a Lope de Vega. He aquí por qué se ha supuesto que amigo de Lope tendría que ser el disfrazado parodista.

En el prólogo de la segunda parte del Quijote, exhala Cervantes la pena y amargura que le produjo la parodia de su libro. Yo (que no tengo, a decir verdad, autoridad en la materia), me he fijado mucho en las palabras de Cervantes en este pasaje. De él se desprende, en primer lugar, que el falso Avellaneda no era, como pretendía de Tordesillas; que Cervantes no ignoraba quién fuese verdaderamente; que no quería decirlo, aunque tampoco le hubiese agradado que se creyese que lo ignoraba: y que reconoció la obra de la inquina de Lope de Vega, al cual dirige la más sangrienta ironía en el mismo prólogo. Todo esto se nota a primera vista; pero de ello deduzco que si Cervantes, conociendo perfectamente al autor de la parodia, rehuyó nombrarle, ni insinuar siquiera quien fuese; es que el tal autor era «podenco», o sea

persona de autoridad y valía, socialmente hablando, y que convenía no irritarle, para evitar desquites y persecuciones. Si en efecto el parodista fuese un hombre obscuro, un estudiantón, como aquel Alfonso Lamberto, a quien atribuyó la paternidad del falso Quijote Menéndez y Pelayo, es probable que no se creyese obligado a tanta discreción Cervantes.

En cambio, si fuese un dominico, un encumbrado personaje eclesiástico, y tras él estuviese la sombra de la Inquisición, nada habría de extraño en la cautela por Cervantes desplegada. Cervantes ya era viejo, estaba enfermo del corazón--como que murió pocos meses después de publicar aquel prólogo,--y la necesidad de evitar disgusto le sugería una prudencia que en esta ocasión, fue unida a una dignidad de protesta única y admirable.

Todo esto no significa que yo considere probada la hipótesis del señor Baig. Probado sólo está lo que documentos irrefragables demuestran. Más tampoco han logrado esta suerte las demás conjeturas. Desde luego se dio por hecho que Alonso Fernández de Avellaneda era un seudónimo; y yo creo que, en tiempo de Cervantes, se transparentaba el enigma. Si resultase cierta la hipótesis del Sr. Baig, el supuesto Avellaneda no habría temido añadir a un apellido apócrifo su verdadero nombre de pila y su primer apellido: Alonso

Fernández. Es decir que no se recató mucho, porque acaso estaba seguro de su poder social, de que no se le había de deparar perjuicio alguno por la sátira grosera y burda que entregaba a las prensas. En cambio, si el falso Quijote fuese obra de un escritor sin notoridad alguna, sin antecedentes literarios, como el Alonso Lamberto del autor de la Ciencia Española, no parece verosímil que no se hubiese disipado el misterio por la vanidad del escritor mismo, pues al cabo la obra del pseudo Avellaneda, sin llegar a donde pretendió, por aquello de «nadie las mueva» llamó la atención lo bastante, para que su autor, que no poseía más bienes, escondiera tanto su única prez. Además, este falso Quijote descubre una mano no inexperta. No cabe en mi cabeza que tal libro escribiese quien ni antes ni después volviera a asir la pluma.

En el siglo XVIII hubo muchos críticos, que no sólo no desdeñaron a Avellaneda, sino que hasta le pusieron por encima de Cervantes. D. Isioro Perales supuso que Cervantes, en la segunda parte del Quijote, plagia a Avellaneda: D. Agustín de Montiano y Luyando concede a Avellaneda la primacía: D. Diego de Torres Villarroel le ensalza: Martínez Salafranca entiende que Cervantes, y no Avellaneda, fue el envidioso. A esta depreciación de los valores cervantinos, presto combatida por plumas muy expertas, siguió la

indagatoria, ya apasionada. ¿Quién era Avellaneda? ¿Qué nombre verdadero se ocultó tras el seudónimo?

Y desde entonces, consecutivamente, lanza su hipótesis cada cual. Creyérase un erudito descalificado, sino su candidato a la paternidad del falso Quijote. El pasado silencioso no suministró sino leves pruebas indiciarias, y esto mismo pareció avivar el afán de los indagadores.

Empezó D. Vicente de los Ríos por afirmar que Avellaneda había sido «compositor de comedias» e implacable enemigo de Cervantes. Pellicer apuntó que Avellaneda pudo ser uno de los dos poetas aragoneses, que en un certamen de Zaragoza se designaron con el mote de «Sancho Panza», suposición que dio mucho juego, reapareció hasta en la futura hipótesis de Menéndez y Pelayo. Pellicer creyó también que Avellaneda fuese dominico. Cean Bermúdez entendió que Avellaneda era el propio fray Juan Blanco de Paz, dominico, personaje que ha llegado hasta nosotros rodeado de una detestable fama, D. Adolfo de Castro, cervantista, erudito y probablemente forjador del «Buscapie», empezó por atribuir el falso Quijote a Luis Aliaga, confesor del rey, dominico (for fuerza) aragonés y zaragozano. Y fray Luis de Aliaga explicaría bien el recelo de Cervantes de revelar el nombre de rasgar el velo en que se envolvía su enemigo. Un confesor del rey, por

entonces, era «podenco», y debería exclamar Cervantes, como su héroe: «Tate Sancho con la iglesia hemos topado».

La conjetura de Aliaga la adoptaron varios eruditos, Gallardo, D. Cayetano Rosell, D. Aurelio Fernández Querra, D. Justo Sancha, D. Cayetano Alberto de la Barrera, tan conocido por sus estudios sobre el teatro español, y D. Juan Hartzenbusch, que de dramaturgo romántico cuando mozo, pasó a roedor de manuscritos en su ancianidad, y desempeñó el cargo de director de la Biblioteca Nacional, a donde todavía puede conocerle muy poco antes de su fallecimiento.

Posteriormente D. Adolfo de Castro abandonó a Aliaga y lanzó al aire otro cometa. Supuso que Avellaneda fuese fray Alonso Fernández, sin perjuicio de volver más tarde al «aliaguismo», opinión que combatió el conspicuo cervantista Tubino en un alegato de muy cernida erudición, y muy corroborado con pruebas negativas, logrando convertir a D. Adolfo de Castro nuevamente, el cual, en su inquietud incesante y necesitando otro candidato, propuso a D. Juan Ruiz de Alarcón, el jorobado mejicano e insigne comediógrafo.

Para Benjumea, cervantista meritísimo, Avellaneda fue primero Blanco de Paz y luego fray Andrés Pérez, autor de <u>La pícara Justina</u>. Para don Ramón León Mainez la categoría sube mucho, llegando a los cielos: el

Avellaneda del contrahecho Quijote es el mismísimo Fénix de los ingenios y enemigo personal de Cervantes: Lope de Vega. Hipótesis no tan aventurada que no la profesen Fitzmaurice Kelly, historiador de nuestra literatura: D. Manuel de la Revilla, gran crítico, y Pinheiro Chagas. No hay tampoco pruebas categóricas para autorizar el supuesto, y yo lo encuentro inverosímil, no porque Lope no dedicase a Cervantes un odio literario de los más reconocidos en hiel, ni porque se haya mordido la lengua para expresarlo, sino porque no encuentro analogía entre el estilo del falso Quijote y el de las novelas del Fénix, y además, porque hay en el falso Quijote algo de frailuno, una especial manera de expresarse que no corresponde a Lope, más secular, más laico, aún después de la tonsura.

No sabiendo a que santo encomendarse, los eruditos colgaron el falso Quijote a un alemán llamado Schoppe, que residió en España corto tiempo, y hasta a fray Luis de Granada. Como la sabiduría humana es falible, dio a conocer, en 1897, su conjetura Menéndez y Pelayo: y, en Dios y en mi ánima, que me parece de las más arbitrarias y sin base, Menéndez y Pelayo empieza por combatir la idea de que fuese Avellaneda un eclesiástico, y menos un fraile dominico. Para exculpar a Aliaga dice que no pudo conocer ni de vista a los grandes ingenios contemporáneos suyos. D.

Aurelio Baig le objeta, con razón, que un confesor del rey, personaje influyente, encumbrado y familiarizado con la vida social, mal pudiera desconocer a dos hombres tan famosos como Cervantes y Lope. No era Aliaga ningún recluso en el claustro.

En lugar de Aliaga, el autor de La ciencia española presenta a un poeta llamado Alfonso Lamberto, ese sí que completamente desconocido, obscurísimo, como dice el mismo Menéndez y Pelayo. Sábese de él que concurrió allá por 1614, a los famosos certámenes de Zaragoza. Lo demás se pierde en la niebla de noticias vagas y tenues. Un anagrama en que cree ver Menéndez y Pelayo el nombre de Alfonso Lamberto demuestra hasta que punto puede dislocar al entendimiento más firme el punto de honra erudito.

Impugnó a Menéndez y Pelayo el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac y presentó su candidato correspondiente: micer Juan José Martí. Molestado por el ataque, Menéndez y Pelayo revolvió papelotes, y logró demostrar que Martí había fallecido en 1604, antes de que estuviese impresa la primera parte del Quijote verdadero. ¡Otra conjetura al agua! Y con ella la de don Adolfo Bonilla, y la de mi amiga doña Blanca de los Ríos, no demostrada ninguna.

La de D. Aurelio Baig no diré que tampoco esté aprobada, con las pruebas fehacientes que se requieren

en estos casos; pero los indicios parecen más vehementes que en las anteriores. La idea de un bloque literario y social de los partidarios de Lope de Vega contra el autor del Quijote no carece de verosimilitud. Bloques así conocemos en la actualidad. Las suposiciones basadas en fechas se tiene de pie bastante. El estilo de las obras que reconocidamente escribió fray Alonso Fernández no es incompatible, a pesar de la capital diferencia de asunto, con el del falso Avellaneda. También concuerda con la personalidad de este escritor, personaje dentro de su orden. El misterio que ha rodeado a Avellaneda. Si el autor fuese un laico, a menos que fuese un gran señor, si hubiese hecho patente su nombre: Cervantes, que evidentemente lo conocía, no lo hubiese recatado. En aquellos días pudo muy bien un fraile escribir tal novela. De varones eclesiásticos muy graves existen en la Biblioteca Nacional de Madrid códices nunca publicados de desvergonzadísimas poesías. Lo que no haría el fraile sería despejar la incógnita, aunque por bajo se susurrase la verdad, como se susurraría entonces, de fijo.

No pudiendo, sin embargo, alegar datos positivos tampoco el Sr. Baig, la cuestión (dice acertadamente el señor Rodríguez Marín) seguirá entregada a las disputas, hasta que una feliz casualidad, un imprevisto

hallazgo ponga en claro el intrincado asunto del verdadero autor del Quijote apógrifo. Hay que seguir buscando. Donde menos se piensa...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

165

LA VIDA CONTEMPORANEA*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 19116.

Pocas veces he visto al inquieto público del Ateneo de Madrid tan unánime en su aprobación como en las conferencias que acerca de los «Retratos de Goya» dio el joven Aureliano de Beruete y Moret, hijo de aquel Aureliano Beruete, cuyos paisajes expuestos después de su muerte, fueron revelaciones para los que sienten la belleza peculiar de España.

Era también el paisajista un experto en pintura, autor de libros muy importantes y vertidos a varios idiomas; y el hijo justifica aquel decir: «De casta le viene al galgo...», ya que, en corto tiempo, se ha situado al frente de nuestros escasos críticos de arte, prometiendo muy feliz labor.

De Aureliano Beruete Junior cabe decir que mamó la aficción artística con la leche. Sus padres, que formaban un hogar modelo, le saturaron de cultura, le

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 febrero 19116: 6. No recogido.

hicieron visitar los museos extranjeros y le rodearon de los hermosos ejemplares de una escogida colección pictórica que guardan en su domicilio de Madrid.

Tantos elementos y una inteligencia capaz de asimilarlos produjeron el resultado que era de esperar. A varios estudios sobre pintura española publicados en distintos idiomas europeos, ha seguido un libro completísimo, ilustrado espléndidamente. Los retratos de Goya, interesantísimo en su lectura, y en noticias y juicios definitivo tal vez. La obra total de Goya es tan variada como su inspiración. Cuadros religiosos y patrióticos, de costumbres y alegóricos; decoración al temple, y al fresco; aguafuertes y grabados; cartones para tapices; dibujos a millares, y, como nota persistente, los retratos, en que se ejercitó durante toda su carrera larga y gloriosa, hasta la senetud. Es una demostración de la altura de Goya el que no le haya perjudicado ni su misma fecundidad, y un retrato suyo, habiéndolos a centenares, alcance, en nuestros días, el precio de medio millón de francos.

Hace tiempo, en una conferencia que di en el Ateneo sobre Goya, señalé como cualidad maestra de su arte la espontaneidad. Beruete coincide en esta apreciación. ¿Qué se entiende por espontaneidad? El Diccionario dice que es «expresión fácil del

pensamiento», y lo espontáneo es lo «de propio movimiento». Por tales definiciones no sería posible comprender nuestra idea, cuando vemos en la espontaneidad el distintivo de Goya. Hay, pues, que explicar la palabra. Yo entiendo por espontáneo, en un artista, aquello que nace del instinto, sobreponiéndose a la cultura personal y a las influencias externas. Por eso me atrevo a escribir que Goya «fue un bárbaro», y nos convino infinito que lo fuese. Y fue un bárbaro, porque a estilo de Segismundo el héroe de Calderón que proclama:

> «Nada me parece justo,
> en silencio contra mi gusto».

Goya tuvo «por fueros sus bríos, y por prematica su voluntad».

Apareció Goya cuando las tradiciones de la pintura española habían muerto, siendo el cuadro de Claudio Coello, La santa forma, su último chispazo luminoso: Desde aquel asombroso alarde sólo nombres extranjeros resuenan. Pintores y escultores, en España, son franceses o italianos. Y al cabo viene Mengs, otra influencia extranjera, clásica que se impone.

Al pronto, Goya no da rienda suelta a su modo de ser: como cada hijo de vecino, sigue huellas, pisa el

camino trillado. Y mientras esto sucede, propiamente hablando, no hay Goya. Beruete, por otra parte, nos enseña que Goya obedeció a influencias, que pronto sacudió, de escuelas y maestros; pero la influencia permanente es la más natural, la que nadie evita, so pena de construir extraña excepción: la del ambiente y la historia, que el conferenciante supo mostrarnos tan de relieve, en la parte biógrafica de su trabajo. Goya, en la España sosegada y pintoresca, en la corte animada y el tibio ambiente palatino del reinado de Carlos IV, aparece con paleta riente, con pintura hasta galante, coplando alegres escenas populares y haciendo retratos de corte o de majas aristocráticas, y dando en los cartones de sus tapices la impresión castiza de un pueblo tranquilo y dichoso. Las notas trágicas vienen después: son las escenas de la matanza de los mamelucos, los fusilamientos del 2 de mayo. De este terrible período, la invasión de la patria, el establecimiento de la dinastía extranjera sobre las ruinas y la sangre, y la resistencia furiosa de España, vemos el reflejo más fiel en la producción de Goya. El pintor de cámara, adulado y festejado por las ricas hembras, popular entre chisperos, toreros y manolos, andará desde entonces descentrado y sin sombra, amargado su espíritu, acabando por emigrar y morir en

Burdeos, rodeado de afrancesados, a muy avanzada edad.

No por eso se crea que fuese Goya lo que se llamó un patriota exaltado, y tampoco un afrancesado que justificase la frase que cuentan le dirigió Fernando VII (no respondo de su autenticidad): «Debiera ahorcarte». Beruete entiende que nunca fue Goya, pintor de cámara de José Bonaparte, ni le retrató jamás, excepto en el famoso medallón, cuyas transformaciones tanto divirtieron al auditorio de las conferencias, y en cual la frase «Dos de Mayo» vino por fin a substituir al perfil del rey intruso. Había entonces, no pocos pintores, naturalmente muy inferiores a Goya, que se dejaron, hasta morir de hambre, por no conformarse con Pepe Botellas. Goya parece indiferente en tal cuestión. De la guerra de la independencia lo único que le impresiona es la crueldad, las escenas de saqueo, violación y matanza. El aragonés siempre rudo, ignorante de la ortografía, que no ha soltado nunca enteramente su corteza tosca, piensa en esto como un filósofo a la moderna, un pacifista: sólo de la guerra, el desatre y el horror. No: A pesar de la página incorrecta, desatada y terrible de «Los fusilamientos», Goya no es un patriota.

Pero una cosa es el patriotismo, otra es la espontaneidad nacional. Nada más español que Goya.

Los pintores que se morían de hambre por no aceptar una peseta del intruso, seguían, cosa curiosa, las huellas de artistas franceses. Y Goya antes como después, no sigue en realidad, y en lo más íntimo de su arte, sino su rumbo propio, españolísimo, y cuando sufre sugestión es primero la de Velázquez; la del Greco, después.

Si nos figuramos a España encarnando en un hombre, en unos pinceles y lápices, será ese hombre Goya. El alma de España, primero plácida, picaresca y pintoresca, luego feroz, sublime, la expresó el chiquio de Fuendetodos.

Goya empieza a pintar retratos en 1783, veinticinco años antes de la invasión. Desde tal época no interrumpe su labor de retratista. Empieza por los Reyes, Carlos III y Carlos IV, si bien Beruete supone que los del primero fueron ejecutados después de su muerte. A Carlos IV le presenta vestido de cazador, con reminiscencias velazqueñas; más tarde, le reproducirá rodeado de su familia, en el magnífico grupo que descuella en el museo del Prado. Al lado de los reyes, de María Luisa a caballo con uniforme de la guardia real, o envuelta en las negras blondas de su mantilla y calzando sus deliciosos chapines, de los príncipes de Asturias, del infante D. Luis, aparecen los señores y grandes, el conde de Floridablanca, la

duquesa de Osuna, la marquesa de la Solana, doña Tadea Arias de Enríquez, la marquesa de Pontejos, la duquesa de Alba, la marquesa de Lazán; luego las actrices, las mesócratas, como la Tirana y la Librera, los escritores, como Moratín, los arquitectos, como Ventura Rodríquez, los eruditos Ceán Bermúdez, y en pos, los militares, como el general Ricardos, los toreros como Pedro Romero y Costillares,--todo el mapa social de su tiempo--. Los que llama Beruete «retratos grisáceos» y que pertenecen al período de apogeo de Goya, son mis preferidos, y en ellos, con todo su españolismo, percibo el influjo de multitud de ideas de fuera, tal vez de París y Londres, que al pasar por la cálida inspiración goyesca se hacían castizas y nacionales. Descuellan estos retratos gríseos por la elegancia, y nada más distinguido y fino que algunos de ellos. Señalaré el de la marquesa de Pontejos, con su atavío María Antonieta, su chato perrillo y su clavel de tallo largo, que sostiene con el gentil amaneramiento de las figuras modernistas. El mismo Beruete nos pone sobre la pista al decir que este retrato da la sensación de una marquesita francesa que se dirige a una fiesta de Versalles. Sólo que esta marquesita ha pasado por el pincel de Goya, y es más libre y suelta, más real, que sus congéneres de allende el Pirineo.

En este período de Goya, el de los retratos exquisitos, se inicia su fuerza psicológica, su espiritual lenguaje. Al través de la carne, no tan robustamente construida como la construiría Velázquez, por ejemplo, el alma frívola o perturbada, sentimental o sombría, se transparece. Al convertirse sin mengua de sus aficiones populares, en retratista del gran mundo, de las mujeres de la alta sociedad, el seguro instinto de Goya le guió para sorprender la expresión interesante del hastío y la neurosis, de la interna enfermedad moral que padecía, por ejemplo, la duquesa de Osuna, en cuya faz entristecida como la de un príncipe de la Casa de Austria, hay el más desdeñoso mohín aristocrático, y mucho de romántico, tendencia que ya entonces comenzaba a infiltrarse.

Otra neurótica, de la cual Beruete no habla porque no la ha visto, fue probablemente la marquesa de Espeja, cuyo retrato se conserva en el palacio del duque de Valencia, y forma parte de la rica colección de aquel magnete, que, por desgracia para el arte, acaba de morir. Antepasada suya era la marquesa de Espeja, y Goya la ha representado en postura indolente, poniendo en sus ardientes ojos toda la melancolía árabe. Por cierto que no cabe contraste más marcado que el que forman los dos retratos de marquesas de

Espeja que figuran en dicha soberbia colección, reunida por un hombre inteligentísimo. El de la segunda marquesa de Espeja también es de familia, la misma madre del duque, una belleza soberana. La retrató Madrazo por antonomasia, el que eternizó en el lienzo las hermosuras y esplendores de la corte de Isabel II. Y la obra maestra de este retratista social fue este lienzo superior a cuantos de él se conoce. De cuerpo entero, escotada, vestida de raso blanco que velan magníficos encajes del mismo color, peinada en «cocas» como solía peinarse la reina, nimbada por un vaporoso «paraíso» echado un fino chal de crespón blanco también sobre el brazo, ostenta la marquesa de Espeja una beldad singularísima, majestuosa, honesta, señoril, y, en mi concepto, ninguno de los bellos retratos de la época puede conparársele. Claro es que Madrazo no era Goya. El retrato de la marquesa de Espeja, sin embargo, como retrato de salón, lo tengo por insuperable, por una perla...

Volviendo a las mujeres que Goya retrató, diré que encuentro más sugestivas a aquellas que bajo la corta falda, descubren los cucos pies. Lo he observado en los dos retratos de la famosa duquesa de Alba, doña Cayetana de Silva, aquella de quien se dijo que fue amante de Goya hipótesis que carece de base positiva.

Yo dudo que la caprichosa «modernista de su tiempo», como le llama Beruete, correspondiese al entusiasmo del retratista, que de galán y de seductor tenía muy poco. Hay indicios de que pudo él verse uncido al carro de la desquiciada y existen en uno de los retratos, en que el imperioso dedito de la duquesa señala a la firma de Goya, invertida, es decir, colocada como mirando y postrándose ante aquellos pies magos, cautivos en el chapín de seda. Lo positivo es que, si no se enamoró de la dama el pintor, sus pinceles sí. Mil veces reprodujo la atrosísima silueta, en dibujos aguafuertes y cartones. Aquellas líneas se le quedaron impresas en la retina, y doña Cayetana fue su eterno modelo.

La forma del pie, su colocación, el redondo tobillo, parecen nota típica de la obra de Goya. No hay pies más femeninos en ningún arte del mundo. La finura de las extremidades caracteriza a la mujer española, o mejor dicho, la caracterizaba, cuando no habían entrado las modas antiestéticas del calzado juanetudo, a la yanqui, atroz tacón. Esa misma delicadeza exquisita de pies y de manos notamos en las famosas Majas, la vestida y la desnuda, que tanto se han comentado, llegando a suponerse que ambas fuesen retratos de la misma duquesa de Alba. Hace tiempo que viene desmentida la leyenda, y se borra de la cuenta de

la malograda duquesita este pecado de impudor. Beruete supone que ni aun son retratos, en la verdadera acepción de la palabra, las dos mujeres, y Goya sólo quiso fijar el tipo de la Venus española, tan distinta de las anatómicas Venus griegas y de las carnosas Venus flamencas; una Venus que en su voluptuosa forma no tiene, sin embargo, materialidad, en quien la curva de la belleza se espiritualiza, se idealiza suavemente.

Goya pintó hasta los ochenta años; hasta el día, puede decirse, de su muerte. Decadencia propiamente dicha, no la tuvo: conservó las cualidades y hasta los defectos ostentados en su madurez briosa. Ninguna obra de la vejez de Goya fue lo que se dice inferior, aun cuando revelasen el paso de los años, no por el agotamiento y lentitud que acompaña las senilidades, al contrario, sino por mayor precipitación y arrebato al pintar, y mayor empeño en sobrepujarse, respondiendo a aquella divisa del anciano de uno de sus dibujos, que dice: «Aún aprendo».

Escribió de él entonces su amigo Moratín: «pinta que se las pela, sin querer corregir jamás nada de lo que pinta». Con razón dice Beruete que «este esfuerzo de Goya, a la altura de la vida en que se encontraba, era realmente maravilloso».

Y en tal período, de ardorosa y fertilísima senetud, fue cuando le retrató, por orden del rey, D.

Vicente López. Cuando en la última conferencia de Beruete, apareció la proyección que reproduce este retrato, el público, que acababa de ver desfilar los hechos por Goya en tal período, alzó profundo rumor de admiración, impresionado por el vigor de la obra. Tal página del afamado pintor valenciano, puede considerarse como única entre las suyas. Goya influyó para que López no acabase tanto, pintase con mayor espontaneidad; pero López poseía una cualidad maestra, el equilibrio, el culto de lo natural sin mezcla de fantasía. Y así, este lienzo, que hoy figura en el museo del Prado, es una muestra de lo que hubiese podido hacer Goya pintando con equilibrio. Pero, ¿un Goya equilibrado, sería, Goya?

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

166

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1916.

Las costumbres evolucionan. Antaño en Madrid, era la Nochebuena la que se celebraba con algazara indescriptible por plazas y calles y hasta callejones con murgas, zambombas, quitarros, chicharras, destempladas bocinas y hasta latas y almireces. Ahora, la Nochebuena, relativamente, se desliza tranquila, aunque no sin algún estrépito y bastantes trompitas, y es el Año Nuevo lo que hace desbordarse la estruendosa alegría callejera, instinto de zambra y juerga que distingue al pueblo de Madrid.

El Año Nuevo da pretexto a la muchedumbre para congregarse en la Puerta del Sol, a las doce de la noche del último día, 31 de diciembre. He aquí una evolución de las costumbres que no se concebiría en Petrogrado, porque exige noches relativamente templadas y benignas. Se reúne la patulea al objeto de ver cómo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 15 febrero 1916: 5. No recogido.

se ilumina y cae la bola del reloj de la gobernación, señal de que ha comenzado otro año...

Y, al verificarse este movimiento, la multitud realiza otro: desenvuelve los cucuruchos, donde se guardan las doce uvas, y las engulle precipitadamente...

¡Costumbre antes, desconocida! No hará veinte años que empezó a aclimatarse. La iniciaron unos cuantos superticiosos, trayéndola del extranjero, y cundió como mancha de aceite, primero entre las clases pudientes, luego entre el pueblo, donde ya tiene segura la persistencia, Dios sabe hasta cuando. Hoy comen las uvas hasta los golfos, que no ha muchos días, aguantando la helada y el cierzo barbero de la sierra, se mantenían a pie firme, formando la «cola» para el sorteo de Navidad.

Zampadas la uvas, a las cuales se atribuyen maravillosas virtudes, salud y felicidad para el año todo, (no fuera malo obtener tanto a tan poca costa), la muchedumbre prorrumpe en discordante griterío, y mil incidentes, todos del género ganso y aun bárbaro, se desarrollan. Como estandarte llevan botas de vino, salchichones. Hay empujones, pellizcos, galanterías de esas que marcan cardenales en el cuerpo; a una cupletista la levantan en el aire; a una chula de barrio la estrujan entre diez o doce, pero ella no se

achica y les administra un par de bofetones cuyo estallido no se oye entre el bureo infernal. Varios graciosos van tiznados y de máscara, y se aprovechan de llevar la cara cubierta para descubrir los malos instintos. Uno empuña un bastón de hierro, lo esgrime y rompe dos cabezas en menos que canta un pollo. Dos niños, que entre la marea humana se han separado de sus padres, lloran amargamente. Una jovencita se desmaya. Así empieza el año de 1916.

Todos hacen vaticinios. ¿Qué traerá el año? La paz; de seguro la paz. Esto se oye repetir unánimemente. Puede que sean sueños de ciego soñar lo que se quería. Sin embargo, la guerra tendrá que acabar algune vez, por victoria de alguien, por cansancio, por agotamiento, por lo que sea... Y sin que yo afirme que los sentimientos de conmiseración ante sufrimientos tan universales y horribles guarden proporción exacta con lo que los determina, creo que el anhelo de que cese la matanza y el estrago es profundo, tal vez más profundo en las naciones neutrales, por lo mismo que no fundan esperanzas en la continuación de la lucha.

En esta hora trágica, las naciones beligerantes se compadecen a sí mismas; nosotros compadecemos a todos. Como Aquel que fundó la compasión, «¡misereor super turbas!»

El nuevo año trae la aureola de una esperanza infinita. Siempre se espera algo mejor del porvenir, aun temiendo la convicción de que sucede generalmente lo contrario, y la sucesión de los días acarrea penas en vez de venturas. De todos modos, a los españoles nos pasa lo que al de las coplas:

Yo pedí a la mar naranjas,
cosa que la mar no tiene,
y la mar me dio amargura...
La esperanza me mantiene.

¿Qué es, si no mantenimiento de esperanza, la célebre lotería española? Esperanza que levanta una ola de sueños de oro en toda la península y también en el extranjero, porque mucha gente de fuera de España, oculta o descubiertamente, juega. Jugaba con entusiasmo, en secreto, el penúltimo rey de Portugal, en cuyo reino estaba prohibido adquirir billetes, a fin de no tributar a nuestro erario. Y se cuenta que un ministro de entonces, hoy otro personaje de la república, advirtió al monarca luso:

-Señor; por menos que eso están algunos vasallos vuestros en la cárcel.

Y como el rey contestase ásperamente, el político saludó y se fue a su casa. No diré que de aquí se

engendrasen el destronamiento y la revolución; sería desproporcionado. Pero no hay piedra que no haga pared, y la afición a la lotería española perjudicó a la dinastía de Braganza.

Cuanto se escriba de las ilusiones que la lotería despierta, fuera poco ante la realidad. Es el sorteo de Navidad, el que más calienta las cabezas. En que se juegan altas cantidades, y, sobre todo, el premio gordo, que asciende a seis millones de pesetas redondas. Generalmente, este premiazo cae repartido a infinitas participaciones, con lo cual, a nadie suele hacer rico. El teje-maneje de las participaciones da lugar a incidentes curiosos. Hay, para el gordo, participaciones hasta de diez céntimos; el más pobre aspira a probar su suerte. Los dueños de tiendas, figones, tabernas, sastrerías y panaderías, regalan participaciones; es decir, esperanzas, a su personal y a sus parroquianos. Los regimientos se unen para jugar un billete entero. Las tripulaciones de los barcos de guerra lo mismo. A esta costumbre debió ahora la suerte--el premio de los seis--la dotacion del navío Alfonso XII, fondeado en el Ferrol.

A la sombra de las participaciones, florecen el timo y la estafa. Varios desaprensivos ofrecen participaciones en números que no han comprado, ni piensan comprar. Los incautos muerden el cebo y abonan

el importe de su participación. Se sortea y si, como ocurre en la mayor parte de los casos, no ha sacado premio el número, el fresco se guarda el dinero, y aquí no ha pasado absolutamente nada. La gresca se arma si hay premio, máxime si el premio es de alguna consideración. Entonces vienen las reclamaciones, las amenazas, los insultos, la denuncia al juzgado.

Con fraude y sin fraude, la lotería es un interés en la existencia, una afición en que entran en juego muchos sentimientos, en que se espera hasta lo sobrenatural. Son numerosos los jugadores que juegan con San Antonio, con San José de la Montaña, con el Santo Niño de Praga, y hasta con nuestro Padre Jesús Nazareno. Es cosa entendida; si toca, el Santo se lleva la mitad, la tercera parte, lo que se trate en el oculto convenio del creyente y del tutelar. Hay quien hace voto de realizar tal o cual buena obra, si sale favorecido. Hay quien recompensa a los niños que sacan las bolas, al lotero que ha vendido el billete o décimo, y hay también quien se guarda la ganancia sin decir oste ni moste. Mientras el pueblo, al obtener un mimo de la fortuna, lo grita y convida a todo el barrio, las personas acomadadas o ricas guardan una reserva impenetrable. Niegan a carga cerrada que la suerte les haya favorecido, y procuran, en algún tiempo, no hacer gastos extraordinarios, que delaten el

incremento de su caudal. No van a cobrar el premio ellos mismos; lo cobra el banco. Y así en algunas poblaciones, la leyenda permanece vaga, discutida. ¿En qué quedamos? ¿A Fulano le cayó o no le cayó un décimo del gordo, en tal año? Misterio.

El misterio sirve para rehuir propinar a murgas, sablazos de amigos que aprovechan la ocasión, derroches gallardos, todo aquello a que obliga la fortuna cuando se mete por las puertas. La reserva hasta evita, en parte, ese impulso de envidia que provocan las bienandanzas inesperadas, análogas a injusticias...

Otra particularidad de la lotería son los cálculos de probabilidades racionales. Se calcula averiguando qué números, en anteriores sorteos, ganaron premio, y suponiendo que ya no lo serán para no comprarlos. Se busca el número trece, los «pelaos», los que suman la edad del jugador con el año, verbigracia, de su casamiento--y otras pamplinas análogas...--No se quiere reconocer que es la maga Casualidad la que todo lo hace en este caso, la bola que ha de salir. Si no se atribuye a la Casualidad, ¡cómo explicar el suceso de un banquero de Madrid, que en el mismo sorteo vio premiados los dos únicos billetes que jugaba, uno con el premio mayor y otro con el segundo, nueve millones de una bolichada? Y para que el azar entrase más todavía, los dos billetes dícese que fueron adquiridos

para corresponsales del banquero, los cuales, a última hora, le telegrafiaron revocando el encargo, obligándole a cargar con los billetes. Casualidad es absoluta señora.

Los días que preceden al sorteo, Madrid tiene fiebre. Suspendida la expectación que suelen provocar la guerra y la política, no se habla sino del «gordo». Va a venir... Cada concurrente a los cafés, cada oficinista, cada hortera, se ve, por la magia del «gordo», transformado de la noche a la mañana en capitalista que corta el cupón. Al otro día del sorteo, quedan lacios, mustios, desinflado el globo de los sueños... La vida es toda ella así: el péndulo oscila del engreimiento a la depresión.

La Nochebuena ha traído, a los que no sacaron, su racha de alegría, íntima, familiar, burguesa, reconcentrada en los hogares. La costumbre, al evolucionar, ha restaurado las antiguas misas del Gallo en las casas aristocráticas. Anteriormente, la cena seguía a la misa; este año la precedió, porque el papa ha permitido que se cene de carne, y hasta que se promiscue. En algunas casas la misa del Gallo daba ocasión a una fiesta brillante. Así sucedía en la del duque de Valencia, D. José Narváez y del Aguila, que acaba de morir, cuando preparaba la de este año en su magnífico palacio de la calle de la Princesa. Gustaba

este gran señor de todo lo tradicional. Me unía con él, además del parentesco, tal amistad, que temo excederme en la alabanza, estando aún fresco el dolor de su pérdida. Nadie ignora, sin embargo, la inagotable caridad del duque, su ternura hacia los pobres, su llaneza verdaderamente señoril, que hacían de él un tipo de novela de Fernán Caballero, como aquel D. Martín Ladrón de Guevara, suegro de «Clemencia». Lo que le diferenciaba de los hidalgos andaluces de Fernán, metidos en sus cortijos y haciendo vida de campo, era la cultura artística, la sociabilidad. Su casa, llena de obras de arte que había ido reuniendo, cuadros maestros, tallas, bordados, plata repujada, porcelanas preciosas, tabaqueras y cajas de esmalte y pedrería, retratos, miniaturas, muebles antiguos, tapices, bustos de mármol, talaveras, formaba un museo de arte español. Y cuando digo su casa, debiera decir sus casas, y sus palacios, pues le conozco cinco, todos, amueblados con suntuosidad y atestados de antigüedades: el de Madrid, el del Quinto en las cercanías de la corte, el de Avila, el de Allatar, y el de Loja, donde Narváez recibió antaño, con festejos dignos de su esplendidez, a la reina Isabel II. Tenía el duque montado sólo para sí un taller de restauración, donde le arreglaban y componían los objetos que adquiría diariamente, limpiando las

pinturas, encolado de los muebles y hasta rebordando las telas que habían perdido hilos con el transcurso del tiempo. Daba jornal a muchos artífices y ganancia a no pocos joyeros y cinceladores. Había instalado en su residencia de Madrid un teatro de salón, y se complacía en organizar funciones a las cuales invitaba a poca gente, la aficionada al teatro clásico. Allí se representaron actos del Tenorio y el Sí de las niñas, por alumnos del conservatorio y comediantes ya retirados, que conservaban renombre. La Valverde hizo las delicias de los concurrentes, entre los cuales contábase habitualmente la infanta Isabel.

Era un estilo especial de sociedad el de aquel hombre tan sociable, pero tan distinto de la mujer social por excelencia que se llamó la marquesa de Squilache. En casa de la marquesa se juntaban las notabilidades del día, los árbitros de la moda y del poder. En casa del duque de Valencia, la base de relación era la antigua amistad, el parentesco, y la analogía de aficiones. Gustaba mucho de los sabios y de lo eruditos, de los artistas y de los comediógrafos. Existía en un magnate tan clásico y tan moldeado en la tradición, una simpatía por la bohemia que le llevaban a interesarse y a celebrar con oportunos dichos los detalles de la existencia y de la inconsciente vanidad de los «declassés», de los que lucharon por el arte sin

conseguir fama ni pan. A ser novelista, el duque de Valencia se complacería, como Galdós y Daudet, en pintar tipos de comediantes sin contrata, de cantantes a quienes nadie quiere oír, de míseros que viven en el aire y vergonzosamente buscan el modo de no sucumbir al hambre, un día olvidados de todos. En cuanto tropezaban con el duque, era seguro que ya no fallecerían de ese mal. El mismo, con sus manos, distribuía la comida a los menesterosos. Recargaban su presupuesto las mensualidades que pasaba a familias arruinadas y caídas al suelo. Distinguía con protección especial a las viejecitas arrecidas de frío: les mandaba diariamente un buen brasero. Y charlaba con ellas, y escuchaba sus lástimas, y les dejaba evocar sus recuerdos, con lo cual las hacía tanto bien como al darles calor y puchero sabroso. Existencias borrosas, restos inútiles del pasado, las viejas, desde su limbo, le bendecían y adoraban...

Así era el hombre que ha desaparecido, tras de una enfermedad en que no perdió el buen humor un instante ni dejó un minuto de ocuparse de sus pobres... Con él desaparece un representante de la castiza aristocracia española, resistente a la transformación que hoy sufre todo, a la evolución de que antes hablé. Y, recordándole, dudo que sea mejor el tiempo presente que el pasado.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

167

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

EL CENTENARIO DE CERVANTES*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1916.

A la hora en que esto escribo se sabrá telegráficamente en América que ha fracasado el centenario de Cervantes, es decir, su conmemoración en Madrid. Y esta noticia hace juego con otra, no menos interesante: en Inglaterra que como ustedes no ignoran, tiene sus quebraderos de cabeza a la hora presente van a celebrar, no el tener quebraderos de cabeza, sino el centenario del autor del Quijote.

Yo no culpo del fracaso al gobierno que nos rige. Cabalmente el ministro de instrucción pública, Julio Burell, es de los más activos, adelantados en ideas y celosos de su alta misión que han calentado la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 marzo 1916: 5. No recogido.

poltrona. Me parecía a mí el ministro nacido para dar al centenario de Cervantes las proporciones de un acontecimiento universal. Y seguramente por Burell, no dejaría de hacerse el centenario. Lo que sucede es que cuanto se realiza durante el mando de determinado gobierno, es siempre, aunque parezca extraño, obra del anterior. Mejor dijera «de los anteriores». Hemos sido muchos los que escribimos, hará tres o cuatro años, artículos insistiendo en que el centenario de Cervantes no se podía preparar en tres meses del 1916; y menos aquí, donde faltan recursos para proceder con rapidez en cosa alguna. En casa llena, presto se guisa la cena; pero casa llena, precisamente, no diré que seamos...

Tenemos el vicio de improvisar; y lo único que puede improvisarse son, si acaso, unas décimas, un soneto con estrambote, o cosa semejante. Admitamos, porque tiene fundamento, la explicación del gobierno al alegar que Europa entera se encuentra bajo la presión de hados terribles y el centenario no podía, en estos instantes, tener resonancia mundial, ni aun repercutir en Europa. Ello es cierto. Sin embargo, la América latina, los países que hablan nuestro mismo idioma, pudieron concurrir y coadyuvar. El congreso panamericanista de la Lengua no hallaba obstáculo.

En suma, para que el centenario saliese deslucido, mejor fue aplazarlo indefinidamente. Y deslucido tenía

que salir. No estaba madurado por el tiempo, ni fortalecido por la preparación, ni arraigado en los senos profundos de la conciencia nacional. No nos amamos a nosotros mismos lo bastante para amar a nuestra gran literatura, que por cierto no se reduce al Quijote. La cadena de oro tiene muchísimos más eslabones. No saltemos ninguno.

Con motivo del aplazamiento indefinido, que es como decir «ad Kalendas graecas», muchos periódicos compadecen a Cervantes, y le dan el pésame, y hablan de que la desdicha lo persigue hasta más allá de los siglos. Yo creo que, a pesar de todo, a Cervantes, actualmente, no debe compadecérsele, en este ideal terreno de la fama, póstuma. Me inclino fervorosa ante el Quijote; lo guardaría en el mismo cofre de oro, o de lo que fuese, en que dice que Alejandro guardaba las obras de Homero: sin embargo, no encuentro enteramente justo que por Cervantes se olvide a los demás culminantes escritores y poetas del habla castellana. Puede en Inglaterra descollar exclusivamente Shakespeare, porque como sabemos. Taine escogió la literatura inglesa para historiarla, después de asustarse ante el número de figuras sobresalientes que presentaba la española y que dificultaban la tarea de quien quisiese tomar en cuenta las más significativas, prescindiendo de las restantes.

Y en efecto; cuando en otras naciones apenas balbuceaba la literatura, rudimentariamente (hago una excepción con Italia, donde apenas existió Edad Media) tuvimos nosotros nuestra rica cosecha de cantares de gesta (lo colectivo, en nosotros, valió entonces tanto como lo individual) y rimó nuestro Berceo, con su temprana intuición de la naturaleza y del paisaje, y nuestro Alfonso el Sabio, poeta del alma y de la fe, y nuestro Arcipreste de Hita, que fue un tesoro de sales y de moralejas sabrosas, y nuestro Jorge Manrique que recogió en una sola poesía todo el sentido del vivir humano, todo lo pasajero de las glorias y luchas y aspiraciones del hombre, encerrando en breve copa la caudalosa amargura del destino. Y tuvimos el Amadís, que según las más fundadas probabilidades es obra de autor español, (¡tal vez autora?) y contiene un ideal que ha inspirado a una edad histórica y todavía siguió inspirando aisladamente a muchos corazones después del Renacimiento: el Amadís, sin el cual quién sabe si el Quijote se hubiera escrito. Y nos preciamos del rico y vario tesoro del Romancero, comparado por Schlegel con la Iliada, y la Celestina, por la cual nos hombreamos con el Romeo y Julieta de Shakespeare. Y vemos desfilar las curiosas y genuinas fisonomías de nuestros pícaros que inspirarán a Cervantes también: Lazarillo, Guzmán de Alfarache, Justina, parientes tan cercanos de

Rinconete y Cortadillo, Monipodio y la señora Pipota... No hay diques para el crecido río de nuestro teatro, ni cauces para el desbordamiento del torrente de fuego de la mística. Si ponemos en parangón a Cervantes con Santa Teresa, sería muy difícil establecer la superioridad del Manco. Y habría que escribir volúmenes enteros de crítica para llegar a conclusiones fundadas. En cuanto al habla, se me figura que lleva ventaja la monja avilesa. No hay lenguaje más puro y al mismo tiempo tiene no más natural y sencillo que el de la Santa María. Y dejo para quien la haya estudiado a fondo, los primores de su doctrina y las honduras de su psicología iluminada.

Así, no puedo menos de declarar que Cervantes no es el único, ni quizá el mayor de los escritores españoles aunque ninguno sea mayor que él. Nuestros escritores son diferentísimos, aun cuando lleven el sello de la nacionalidad muy patente. La variedad de sus tipos sorprende al que se toma el gustoso trabajo de leerlos. Y es que España, en cada fase de su historia produjo modelos en armonía con los nuevos aspectos que iba revistiendo la nacionalidad. El Romancero, también diversísimo, brota de hondos manantiales, y otros no menos entrañados se reflejan en la mística. Lo picaresco es legítimamente español; español el escatológico y amoral Buscón, de Quevedo, y

español el Amadís y es español Alonso Quijano el Bueno, el Ingenioso Hidalgo. Acaso el acierto principal de Cervantes, que tantos tuvo en el Quijote fuese reunir en un solo libro a los buscones, mozos de muchos amos, hampones y pícaros y a los andantes caballeros, esforzados y virtuosos, amparadores del débil y enderezadores, cuando se haya sosegado la descomunal pendencia de las naciones, bien pudiéramos englobar en él un res de entuertos. Y todos cupieron cada cual en su sitio y punto, dentro del libro inmortal.

Si renace el centenario de su homenaje, celebraremos a los más gloriosos de nuestros literatos y poetas, realizando así un acto de justicia. Y me dirán: sobre que no podemos celebrar con Cervantes sólo, ¿y vamos a poder con tal pléyade sagrada? El caso es que aquí a veces no se puede alzar en peso la libra, y se alza la arroba. Cómo sucede, no lo sé. España es algo al modo que decía Turguenef que era la santa Rusia: no se le podía comprender, y había que amarla.

Suprimido el centenario, la primavera se deslizará sin más emociones que las que nos preparaban, en lo interior, el período electoral, y en lo exterior, la eterna e intolerable guerra, que influirá en lo interior también, porque la carestía de las subsistencias y la falta de artículos indispensables

para el consumo nos recuerdan a cada momento que hay algo que nos cohibe también a nosotros, si bien neutrales.

Pedís en un comercio cualquiera fruslería, de las que jamás se os ha ocurrido pensar de dónde se traen, y os responden que no existe: venía de Alemania, venía de Inglaterra, venía de Bélgica... Los accesorios de automóvil son un mito. Visto está que aquí se fabricaba poco, y éramos más tributarios de lo que suponíamos los que no entendemos de estas cosas.

Al mismo tiempo conviene decir que en España, en medio de tanta modorra, algunos síntomas se aprecian de actividad y resurgimiento. Desarróllanse industrias, en especial del género artístico, que podrán constituir copiosas fuentes de riqueza. De algunas he hablado ya; de otras hablaré pronto, cuando gire una visita a talleres y tiendas, que en Madrid debieron constituir una atracción para los turistas, que acabarán por convencerse de que vale más adquirir un mueble, una pieza de plata o un hierro forjado modernos, pero reproducciones fieles de los modelos antiguos, y saber de positivo lo que compran, que pagar las setenas por el mismos mueble o plata o hierro, creyendo candorosamente es antiguo auténtico, y fiándose en el orín, la polilla y otras habilidades postizas, que sirven de engañabobos.

El mobiliario, la plata, el hierro, la cerámica, están hoy en camino, no sólo de redimirnos de todo tributo al extranjero en ramos tan interesantes, sino de permitirnos exportar con ventaja y lucimiento. De esto hablaré más despacio, porque se presta a la descripción, y es un deber contribuir a que se sepa fuera de España lo que aquí se trabaja y adelanta en muchos respectos; que no todo han de ser quejas, atraso y atonía.

La moda de los trajes militares en las señoras está siendo tema muy explotado por los cronistas. Si vale decir verdad, mi asombro no es que prevalezcan los atavíos militares, sino que exista moda aún. Increíble parece que se tenga humor para «poner de moda» algo, pero la humanidad es vivaz y ha menester ilusión, y la mujer no renuncia a realzar su belleza con caprichosas formas y adornos, inspirados, desde muchos años ha por los sucesos contemporáneos.

Así bajo Maria Antonieta, se llevaron los peinados a la «belle poule» y a la «mongolfiére», en los tiempos más crudos de la Revolución, el peinado y tocado a la «Diosa de la libertad»; bajo el romanticismo, los cabellos en lánguidos tirabuzones. Bajo la emperatriz Eugenia, las cadenas Benolton y los lazos «canal de Suez»: y más tarde, poco antes de la guerra que dio al traste con el Imperio y ensombreció por tanto tiempo el

horizonte de Francia, se llevó con furor el «color Bismarck», que era como un tabaco claro, encendido... Y fue la propia Francia la que rindió este homenaje de simpatía al terrible enemigo que meditaba su pérdida: y llegó la moda a todos los países civilizados, y España la acató, y las que entonces éramos casi niñas nos adornamos con bieses de glasé color Bismarck, en trajes de «gró» negro...

Y no es mucho que ahora, en el desate de la fuerza y de la vida belicosa, la moda tenaz imponga a la mujer hechuras y colores y telas que recuerdan los uniformes de los beligerantes.

*

Durante lo que va de invierno, hállase Madrid invadido por traficantes, belgas y franceses, turcos y griegos suizos y creo que hasta chinos, que traen sus mercaderías y van de casa en casa ofreciéndolas.

Es una salpicadura de la guerra con la cual no contábamos, y que nos marea porque son incesantes las apariciones de los exóticos, a las horas más importunas, en las cuales suponen que van a encontrarnos seguramente en casa.

Vienen provistos de tarjetas, de referencias de amigos, y muchas veces, no se puede evitar recibirles y escucharles.

El que está entregado a tranquilo sueño o haciendo en una butaca la digestión del almuerzo, leyendo un

periódico o mirando la lista grande para convencerse de que nada le ha tocado en el último sorteo, anda a mil leguas de pensar en comprar una alfombra turca o una sortija de ensaladilla. Estas ocasiones de aumentar su tesoro artístico se las ofrecen a cada instante dichos mercaderes, que empiezan a desenvolver un rollo, o a abrir cuidadosamente un saco de mano para que admiremos un legítimo Esmirna o una perla que hace palidecer a la Peregrina famosa, y para ofreceros luego tales preciosidades por una suma de francos muy modesta.

La alfombra no es simo de los almacenes del Bon Marché; la perla es un nacarón jorobado y lleno de grietas; y con todo eso no falta quien se deja engatusar.

Estos mercantes, que yo creo sencillamente pobres diablos que tratan de realizar un negocio lícito, tienen mala nota en Madrid. Pasan por «apaches». La palabra suena siniestramente, y cierra muchas puertas a los míseros vendedores.

En efecto, un apache debe de ser, cree la gente, algo sombrío y misterioso, en relación con las películas, con las tragedias feroces del Gran Guignol, con los relatos espeluznantes de Fantomas, con los anales macabros de las trágicas gavillas parisienses. Bueno; un apache, generalmente hablando, no se diferencia de nuestros ladrones nacionales. ¡Dios nos libre y nos defienda de unos y de otros!

Ved, por ejemplo, si pudiera ningún apache parisiense mojarles la oreja a los apaches madrileños que hará dos días actuaron en la calle de Felipe IV, a las 8 de la noche. Como se ve, ni el sitio ni la hora, justifican miedos y precauciones.

Una señora regresaba a su casa--el número 11 de dicha calle.--Al llegar al número 9 dos hombres se abalanzaron a ella, y de un modo instantáneo, mientras el susto no la dejaba ni pedir auxillo, ni había a quien pedirlo tampoco, pues ningún guardia andaba por allí, le arrebataron una cadena de oro y una medalla de brillantes, y huyeron como un relámpago.

Creo que, salvo no haber degollado a la dama, pudiera firmar este golpe el más apache de los apaches de los bulevares exteriores ¿Por qué la idea de un apache forastero preocupa tanto? No lo sé. Es parte del prestigio de lo europeo. Y algo sano y moralizador ha de haber en la guerra. Parece que no se oye hablar de apaches ya en París.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

168

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1916.

Cuando a la terminación de un luto largo reanudáis la vida de relación, lo primero que os solicita es el teatro. Yo confieso que el teatro es, permitidme que lo diga con una frase francesa, mi «péché mignon». Iría al teatro todas las noches, y siempre he repetido que, a ser archimillonaria, o reina, costearía un teatro magnífico, donde trabajasen los mejores actores, y se representasen las mejores obras del repertorio antiguo y moderno, desde Sófocles y Esquilo, hasta... cuidado, que el poner aquí un nombre contemporáneo es ardua cosa.

Esta afición al teatro tiene mucho de española, y los de Madrid no suelen carecer de público. Al anunciarse el último estreno de Jacinto Benavente, el billetaje se vendió en cinco horas, sin que quedase un paraíso, ni una sola localidad para un remedio; y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 abril 1916: 5. No recogido.

cuenta que los precios no eran baratos. A poco que una función atraiga, sucede lo propio. Están abarrotados los cines, atestados los teatrillos alegres. No diré que la afición de Madrid sea muy ilustrada; no aseguro que posean un exquisito paladar estas muchedumbres; pero, si se pudiese hacer una estadística comparativa de la concurrencia a los espectaculos en París y Madrid, saldríamos ganando, pues para el cálculo habría que descontar el elemento flotante de extranjeros, que en Madrid escasa importancia reviste.

Dícese que estamos en crísis económica, que no hay dinero; sin embargo, para el teatro no falta (y para los toros, chorrea). Apresurémosnos a declararlo; para la caridad, sucede lo propio.

En Madrid se socorre a manos llenas. Hay estos días quien protesta enojado ante la hipótesis de la prohibición de dar en la calle limosna. ¿Habráse visto? Quieren darla; encuentran en ello un placer. Y lo es sin duda; pero no conviene que sea un placer desordenado. Limosnear así, y pretender que dé resultado eficaz, equivale a tirar puñados de letras sueltas desde lo alto de una torre, y querer que, en el suelo, formen palabras y párrafos.

Ello es que aquí se da de todos modos. A cada momento; sin interrupción. Funciones benéficas, subscripciones, rifas, bailes, conciertos, limosna

callejera, limosna oculta, fiesta de la flor, repartos de ropa, comida, calzado... Hay innumerables señoras que, por sistema, se consagran a los necesitados, a los miserables. El ropero de la reina Victoria es una vasta red que se extiende, y en cuyas mallas raro será el que no quede preso. Son incontables las fundaciones benéficas (aunque los periódicos, a ejemplo de La Cierva, se dedican a contarlas). Y, con todo eso, las gentes se mueren de hambre y de frío. Soy testigo de que Madrid, a cada uno de estos casos, siente humedecerse sus lagrimales. ¿Por qué suceden tales abominciones? Madrid no es tacaño. Tiene abierta su bolsa... ¡Que le eviten esa pena! ¡Que nadie se muera así, caramba!

*

Y volviendo a los teatros, la temporada transcurre sin fracasos estrepitosos, y sin ninguno de esos éxitos hondos y memorables, como fue, por ejemplo, el de La Malquerida, de Benavente. No convendría en esto fiarse demasiado de la prensa. Sus reseñas son vidrios de aumento. En realidad, cuando hablan de aplausos nutridos, de telones que se alzan y bajan reiteradamente, de llamadas continuas y otras señales del agrado del público, no mienten; ya dijo un gran dramaturgo del Siglo de Oro, que, en esta vida, todo es verdad y todo es mentira. La señal clara de si una

obra dramática agradó realmente, es otra: las conversaciones a la salida; las respuestas a las preguntas de los que, no habiendo podido asistir, inquieren, para orientarse y entender si aquello «vale la pena» de comprar una butaca: es, en fin, ese juicio oral del público, que no está ya influido por ningún móvil, y llanamente dice lo que piensa.

De aquí se deduce cuán inútil labor realizan los que remiten por correo, a una persona que consideran entendida una obra teatral, en manuscrito, para que les «desengañe». ¿Merece aprobación? ¿Han hecho algo? ¡Oh quién pudiese gozar de esa presencia! Claro que existen obras cuya inferioridad, aun en manuscrito salta a la vista. Lo peligroso no son esas, que pueden calificarse de «engendros» no; el riesgo está en las que tienen, como ha dicho Silvela, todas las apariencias y ninguna de las realidades de cosa representable y hasta aplaudible. Las leéis, y os sentís inclinados a animar al autor, a gritarle: «Por estas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento!...»

Y, de otra parte, ¿cómo pudiérais juzgar a un primerizo por un ensayo? ¿No corréis el riesgo de desalentar al que un día será gloria de la escena patria? Los ejemplos llueven. No sólo no hay autor muy ilustre que no haya sido silbado, sino que los más

famosos, hoy día lo fueron, al comenzar, y no en una sola producción, sino en varias. Si entonces se achican, nos quedamos sin todo su repertorio. Ahí está Benavente, y me parece que el ejemplito...

Así es que tiemblo, más que al cólera, a esos cuadernos bien cosidos y pulcramente escritos (me refiero a la caligrafía) que menudean en demanda de un juicio, de un fallo, de un parecer.

Notad que en España todos somos (no quiero exceptuarme)

«tierra que busca sostén
en otra tierra más fuerte.»

Siempre hay que apoyarse, o en el ajeno dictamen, o en la ajena influencia, o en algo invariablemente ajeno.

Enrique Heine habla de un hombre que habiendo caído en un abismo, pedía ayuda; y sólo le dio la mano para salir un sujeto a quien no pudo abrazar en acción de gracias... porque el sujeto era él, el mismo Heine. Habría que hacer que este poemita nos lo aprendiéramos de memoria. Nadie puede ser verdaderamente auxiliado sino por sí mismo. Pero éste es dogma de fuertes, y hay tantos débiles! Tantos como las arenas del mar...

*

Y ya he vuelto... en los zigs-zags de la crónica a separarme de la cuestión de los escenarios. En

primer término, la Princesa. Es el teatro más elegante, el que reúne concurrencia más escogida. A los ensayos de la Princesa asiste el rey, ocupando una butaca. Hay que advertir que Fernando y María, en su instinto de organizadores, han organizado correctamente esto de los ensayos. Hubo un tiempo en que acudía al ensayo una patulea, gentes de toda laya, que aprovechaban la ocasión de ver la función de balde, antes que el verdadero público. No eran los asistentes a los ensayos aquellos que por su profesión, su competencia crítica, algún otro justificado motivo, tuviese algún derecho a las primicias. Y esa tanda de curiosos, al otro día, se las echaba de bien informada, y generalmente se adelantaba a desacreditar la obra, con notorio perjuicio de autor y empresa. Se afirmaba que no había modo de cortar las alas al abuso. Fernando y María se las han cortado de raíz, y han hecho perfectamente. Así es posible que asista a un ensayo el rey.

En todas las obras que la Princesa incluye en su repertorio, sea cual sea la opinión del público respecto a la obra misma, existe absoluta conformidad para decir que no cabe presentación más adecuada y propia, más lujosa y artística. Y «á tout seigneur tout honneur»: echaron el resto en la última de Benavente. Campo de Armiño. En ella hay un salón de

casa antigua y aristocrática, que es una maravilla. Para cerrar el ingreso se han copiado tapices de la casa de Alba, y para alhajar la cámara, se han colocado muebles de estilo de indudable autenticidad. Los grandes actores y empresarios se han sobrepujado a sí mismos. No falta pormenor. El salón de Campo de armiño recuerda el hall de la casa de D. Gustavo Bauer, con sus históricas tapicerías y su monumental y riquísima escalera.

Entre las muchas cosas que son de admirar en los Díaz de Mendoza, coloco en primera línea la persistencia de la vocación. Han sido actores como se respira: a toda hora, en toda circunstancia. Con gracia señoril han guardado bajo siete llaves títulos y grandezas de España, y se han limitado, voluntariamente, a ser «la primera dama» y «el primer galán». Y, quizá por lo mismo, la aristocracia madrileña les ha guardado mayores consideraciones que haría si viviesen encasillados en sus pergaminos, y no les ha regateado nunca, viéndoles entregados a su trabajo escénico en cuerpo y alma, ni trato ni presencia, ni obsequios. Luego se hablará de la «morgue española», y se desconocerá la llaneza profunda de nuestras costumbres. Fernando y María, artistas, no han salido del cogollito de la «high life». Si quisieran abandonar por unas horas sus tablas, sus

bambalinas, les abrumarían las invitaciones y las atenciones, se disputaría su trato la gente más empingorotada. Pero esa misma vocación que les subyuga, les impide abandonar un momento su esfera artística. Nunca firman con sus títulos, y sospecho que María no piensa en tomar la almohada, ceremonia que para las damas que forman parte de la grandeza, equivale a la de cubrirse los varones. No obstante por modestamente que quieran velar ese aspecto de su personalidad, nadie lo ignora. Es un encanto más de su biografía. Doblemente interesante parece por lo mismo que sin hacer alarde han sabido conservar su puesto y agrupar a su alrededor, en las localidades de su teatro y en sus «camerinos» de actores a tantas figuras de lo más entonado de la crema.

Y la tenaz vocación no se contenta con esto. María y Fernando quieren para sus hijos, la misma consagración del arte. No ha mucho se estrenó como actor (no me haréis que escriba «debutó») su hijo Fernando en la leyenda trágica de Villaespesa La leona de Castilla. El chaval parecía veterano, según el aplomo que mostraba. Ya tiene heredero la corona escénica. Es un refuerzo notable para sus padres, y es además, algo digno y simpático de veras. En vez de actas y colocaciones, la Musa, la carátula. ¿Carrera? ¡La misma que siguieron con honra, provecho y decoro, los autores de sus juveniles días!

Y si se ha de creer el rumor público, se nos prepara una actriz que es una Hebe por la hermosura, y cuyo escudo luce manto ducal. No diré palabra más, porque no se debe divulgar sino lo que se sabe de cierto.

Desde que la fama empezó a traer y llevar los nombres de Fernando y María, varios aristócratas han pisado las tablas. No los recontaré; el hecho es conocido. Lo repito: no hay tierra más democrática, en el fondo, que España. Me lo decía don Juan Valera detallando los usos y costumbres y la estrecha etiqueta de la corte de Austria rígida, tan engomada, tan exclusivista. Hay aquí un sentido de la vida más humano, y una idea de igualdad, que pasa por cima de todos los protocolos. Lo expresa un himno de los tiempos de la constitución, que, algo ridículo en su forma contiene una definición del criterio hispánico.

«Todo conde o marqués nació hombre; sus dictados nacieron después. Pues el hombre por hombre acatemos, no tan sólo por conde o marqués.»

Con la digresión no he tenido espacio para manifestar mi impresión acerca de las obras estrenadas, no sólo en la Princesa, sino en otros teatros matritenses. Y lo cierto es que, por ahora, no estoy documentada. Empiezo nada más a verlas por mis ojos. La temporada teatral va como por la mitad, y no he dejado de asistir a no pocas.

En el teatro de la Princesa tropieza el matrimonio Díaz de Mendoza con un inconveniente serio. Es resultado este inconveniente de la misma brillantez y calidad de su público. Me refiero a lo «abonos de moda». Tienen la ventaja de reunir un auditorio compuesto de lo mejor que Madrid encierra, las mujeres más elegantes, los hombres de más viso, cuando sobresale y prevalece. Ha venido la Princesa a superar, en tal respecto, al teatro Real. Tienen, en cambio, el inconveniente de que ese público no admite todas las obras, no gusta de todos los autores, exige determinadas condiciones, prefiere aspectos del arte dramático, y es, por su desgano y escepticismo artístico, el más temible juez, en ocasiones, aunque en otras sus tragaderas se asemejen a las de la ballena de Jonás. Así nombrar al «abono» es nombrar al coco. ¿Sufrirá el abono esto, aquello? ¿Cómo tomará tal escena, tal frase?

Aun siendo esto del teatro el campo de lo imprevisto, fue para mí sorpresa notable que «el abono» oyese, no sólo con paciencia, sino con entusiasomo una obra tan fuerte, tan «peligrosa» como La Malquerida. Sin duda, lo hermoso y lo humano se imponen: pero hermoso y humano y caldeado de pasión y de verdad es El castigo sin venganza, de Lope de Vega, y «el abono» lo desterró protestando, como hubiese desterrado a Fedra.

Es de las cosas más inverosímiles que La Malquerida haya salido a flote, y recogido ovaciones estruendosas en los temidos «miércoles elegantes».

De todas suertes, el recelo tiene que actuar sobre el espíritu de los ilustres actores y obligarles a una selección en que el arte no siempre saldrá ganando. Y no sólo sobre los actores; sobre los autores también, que es casi peor.

Y no es únicamente el público elegante el que pone condiciones. También los públicos populares--¡quién sabe si más!--exigen que lisonjeen sus preocupaciones, que aliente su esperanza, que halague su especial sensiblidad. Y el sueño de un arte independiente, de un arte «para artistas», se esfuma en lontananza.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

169

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1916.

Todos los años presenciamos el espectáculo de la lucha del ayuntamiento madrileño con los elementos (contra los cuales una leyenda no probada afirma que no se atrevió a pelear Felipe II).

El ayuntamiento quisiera que se consolidase el carnaval callejero, en el período más desapacible del año, los meses de febrero y marzo, en que generalmente cae el carnaval; meses de rabo retorcido, de cierzo helado del Guadarrama, cuando las nieves, antes de ablandarse al sol de primavera, envían sus mordiscos y sus picaduras de agua glacial al ambiente de la corte.

Y así, cuantos esfuerzos realizan los ediles para que se funde en Madrid un carnaval lucido, van estrellándose contra la fatalidad de que esa fiesta loca se celebre antes de la Cuaresma, y no después, como parecía lógico. Si la retrasaran cuarenta días,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 20 abril 1916: 5. No recogido.

no quiero pensar en el tumulto, bullicio y algazara que acompañaría a Momo por los paseos y calles de la urbe.

Nada anima a divertirse, disfrazarse, ocupar un coche abierto, como la suave temperatura; y la que aquí solemos disfrutar en carnavales es de las que erizan el pelo a los gatos y mueven a compadecerse de los atrincherados, aunque, según las últimas noticias, ya se han adoptado precauciones eficaces para que no se les hielen manos y pies!

Este año, además, el carnaval parece una desafinación, una burla, algo que no se explica, dada la situación, casi puede decirse, exagerando poco, que del género humano, que sufre, sangra a chorros, se retuerce sobre la tierra que rasga profundamente la artillería, abrasando ciudades y pueblos, y destruyendo cuanto encuentra a su paso. No diré que este cuadro, en fondo negro, esta serie de imágenes horribles, haya retraído a los incondicionales carnavalistas; porque existe una clase de gentes bien humoradas, que no renunciarían al carnaval por nada en este mundo, y persisten en cultivar el inocente deporte del disfraz y de la broma. Hay en Madrid miles de mamás y papás que se baban de gozo contemplando a sus retoños vestiditos de soldados de infantería, de majos andaluces, de arlequines, de chisperos o de satanases verdes, y pasan el día más divertido adornándose y haciendo que les

ricen bucles, llevándolos luego a enseñar a los demás inquilinos de la casa, que los atiborran de dulces y se los comen a besos. Hay señores de la anterior centuria, cuyas mocedades fueron contemporáneas de la Restauración, y que antes los aspan que dejar de acudir a los bailes carnavalescos, y cenar luego con su correspondiente mascarilla pintarrajada, bebé o pierrette, que tal vez soltó la escoba para concurrir al baile... Y quitadles a estos tales el gustazo de plantarse un dominó, y ponerse un antifaz, y pavonearse en una carroza, y desde allí lanzar interpelaciones a las señoras conocidas; o de sentarse en la tribuna de un círculo de las que se escalonan en la Castellana, y arrojar serpentinas y ramitos de flores a los coches, gritando con entonación irónica los nombres de las que los ocupan, broma, como se ve, muy ingeniosa y original...

Recuerdo que una vez, habiendo tenido la idea de concurrir en un «pitter» al paseo, en días de carnestolendas, fue tal la granizada de caramelos y flores y ramaje y serpentinas y confetti que cayó sobre mí, que el traje y sombrero que llevaba puestos quedaron inservibles, porque los ramos iban, para mayor comodidad chorreando de agua. Y los que desde las tribunas me daban la paliza, creían de buena fe ser muy galantes. Hasta tal punto era peligroso y molesto el

chaparrón de proyectiles, que se inventaron unas raquetas para guarecerse, para defender especialmente los ojos, pues el mismo año, una serpentina dejó tuerta a una muchacha preciosa. Y no le quedó a la pobre ni el recurso que «anuncian que adoptará D'Annunzio» (¡vaya un jueguecito de palabras! y aun los hay peores); decir que el ojo que le falta, como el de Votan, era el sol, y ahora brilla en el cielo.

Se han tomado precauciones múltiples para evitar tales accidentes, y no es de temer que un perfumador os riegue con un líquido corrosivo, ni una serpentina os haga comprender lo que serán los proyectiles que caen sobre Verdun, cuando escribo estas páginas. Sin embargo, no se han conjurado todos los riesgos, no. Sin ir más lejos, el domingo de carnaval hubo un sujeto, y no muy joven, que sintió arder en sus venas aquel fuego germinador de que hablaba don Juan Tenorio, y rompió a abrazar estrechamente y con delirio a cuantas mujeres hallaba a su paso. No contó, sin embargo, con el monstruo de los celos, encarnado en un marido poco modernista y nada transigente, que le arrimó un estacazo fenomenal en la cabeza. Y gracias que le protegió algún tanto el sombrero hongo... No faltaron mientes como puños, erosiones, ingresos en las casas de socorro para recibir el amoníaco, y otras lindezas de igual marca. Porque el carnavalista más

difícil de desterrar es el curda clásico, que empina el codo en honor de la locura. Son dos locuras que se abrazan, que se completan, que a porfía hacen olvidar las penas y los dolores de la vida, y señaladamente la carestía de las subsistencias, que empieza a ser el problema, no de Madrid, sino de España.

Huelgas en Valencia, por la carestía; huelgas en Barcelona; horrores en la Unión; motines en las calles; piedras del adoquinado, levantadas por la asonada popular. El cuadro no es lisonjero, y el carnaval de Madrid tiene que haberse resentido de este estado de cosas. Mientras las carrozas cubiertas de flores circulaban por los paseos, y los mascarones aullaban, en atronada chillería, partía de la Casa del Pueblo un grupo, como de cuatrocientos trabajadores, hombres y mujeres, y llegaba a la calle de Alcalá, y seguía hacia el foco de la animación, Recoletos y la Castellana, gritando que tenían hambre y pedían trabajo, y dando al carnaval un rabioso ¡muera! Y no confieso que me acometen dudas. El carnaval, cuya defensa no tomo, pues va estando muy gastado, hace correr dinero de las clases acomodadas hacia el bolsillo del pobre. Trabajadores son los que alzan las tribunas, construyen las carrozas, confeccionan las serpentinas y los "confeti", y hasta los venden en los sitios públicos; trabajadoras las costureras que cortan y hacen los

trajes, y las que preparan los antifaces, y cuantos, en resumen, contribuyen con su labor para la fiesta. Y se les paga, y su deseo fuera que hubiese diez carnavales al año. ¿En qué puede perjudicar a las clases laboriosas el carnaval?

Las circunstancias, es cierto, no son regocijadas. tal vez por eso las pocas fiestas que se han celebrado en los salones de la "high life" fueron como clandestinas, en pequeñito y a puerta cerrada, excepto el baile de los duques de Medinaceli. Cierto, que, en aquel palacio majestuoso, no se comprende nada en pequeño. Sin que el sarao se pareciese a los que llamaba graciosamente la reina Isabel II «el prado con techo», pues no habían sido prodigadas las invitaciones, bastaron para que estuviese la gran casa animada, sin exceso de gentío. No terminada aún de decorar, está, sin embargo, la residencia de los Medinaceli, ya sorprendente de lujo y arte, y algunos de sus salones son museos. Por ejemplo, el de las armaduras. El que sepa los precios que hoy alcanza una armadura auténtica, comprenderá el valor de las que, en el palacio de Medinaceli, unen a la autenticidad el interés de haber pertenecido a los antepasados. La Real Armería solamente puede vencer a los Medinaceli en la exhibición de estos hierros gloriosos.

Hoy no se combate revistiéndose de férrea cota (aun cuando la guerra actual ha presentado algo

análogo, entre sus innumerables sorpresas); pero los grandes señores opulentos y aficionados a los deportes, que proporcionan la sensación del peligro, substituyen la guerra con la caza. El duque ha recorrido las comarcas de la India y del Africa, donde abundan piezas menos vulgares que nuestros honrados conejos y nuestros ciervos de ágiles pezuñas. Y uno de los salones del palacio está consagrado a museo de historia natural. Admirablemente disecadas figuran allí las alimañas que mató el duque en países remotos. El puesto de honor lo ocupa una soberbia jirafa, la más alta y grande que he visto nunca, y que la noche del sarao consiguió un éxito de admiración. Todo el mundo estiraba el pescuezo para contemplar el ejemplar extraordinario.

En el salón de armaduras, cubren las paredes los riquísimos tapices de seda y oro, patrimoniales también. Y en el piso bajo, tan elegantemente dispuesto, con su linda fuente murmuradora que cae en recipiente de mármol, se agrupan obras de arte asiáticas: otro museíto que acaso no existe en ningún domicilio particular de Madrid.

Me temo que pocos grandes saraos permitirán este año, y quien sabe si también el que viene, curiosear las residencias aristocráticas de Madrid. Las circunstancias, sin ser para España tan amargas como para otros países, son lo bastante críticas para quitar

el humor. Las huelgas menudean, y se extienden por donde quiera que existe vida industrial, donde hay fábricas y obreros. Y sin que predominen elementos tales, ha de causar desasosiego y dar lugar a complicaciones la falta de los artículos más necesarios y más extraños también. Ahora es cuando comprendemos hasta qué punto éramos tributarios del extranjero, en nuestra vida nacional. Por lo visto todo venía de allí, si no en una forma, en otra. La semilla de remolacha, por ejemplo, averiguo con sorpresa que de fuera se traía. ¿Por qué? No lo comprendo. ¿Acaso no tenemos en España tierra y brazos para cultivar las semillas que consumimos?

Y ahora, es un conflicto que no haya semilla de remolacha, y al enterarnos, sabemos que otras muchas semillas tampoco se recogen aquí: hay que hacerlas venir del extranjero. Por ejemplo, el «ray grass» o césped de los jardines. Viene en pulcros paquetes, perfectamente escogido, seco menudo, primoroso. Y me dicen gentes entendidas que el cosechar semillas es una de las cosas más difíciles que hay, y en España no se ha llegado a conseguir tal perfección. La jardinería y la agricultura, por lo visto, están en mantillas aunque parezca otra cosa. Y, para sembrar remolacha teníamos que pedir permiso a los industriales agrícolas alemanes.

Sería larguísimo recontar lo que no aparece o se ha puesto por las nubes, a causa de la guerra. Hasta el hilo para hacer encajes no se encuentra en el mercado. De Bruselas venía...

Y, entretanto, Madrid, descuidado, sólo piensa en la especie de reto o competencia de los teatros, el Real y la Zarzuela. En el primero, para llamar la atención, han exhumado a un gran cantante, el barítono Battistini, que hace veintiún años que no pisaba el escenario en Madrid; en el otro, han echado mano del amuleto que más influjo ejerce sobre el público: el célebre Titta Ruffo, que, ignoro por qué serie de combinaciones, no ha podido esta temporada exhibirse en el regio coliseo. Battistini, de quien se dice que tiene muchos años, se halla en un estado de frescura de voz y gallardía, de figura, y es tan excelente actor, que los espectadores, en las dos representaciones de Hernani en que creó magistralmente el Don Carlos, le hartó de ovaciones y de llamadas, y, en tales momentos dio al olvido a su Titta. En la escena es donde realmente nadie tiene más edad de la que representa tener. Battistini nos ha convencido de ello. Es imposible cantar con mayor magia y elegante dulzura el Vieni meco... Y también es difícil vestir mejor, reproduciendo la indumentaria del César, que nos han conservado cuadros, bronces y estampas.

Titta Ruffo aún no ha debutado (galicismo que repruebo, pero que me den alguna palabra española que lo substituya exactamente) y el teatro en que va a actuar se dice que está ya abonado todo, a pesar de los precios exorbitantes. No sé si en otras crónicas he hablado de este fenómeno, que en Madrid se nota con tal frecuencia: a pesar de las desfavorables circunstancias y mientras los huelguistas asaltan fábricas y se preparan a volarlas con dinamita, y las balas siegan a la muchedumbre, sobra dinero para lo superfluo, para los espectáculos más costosos. Nunca los teatros han estado más llenos que ahora. Explíquese quien pueda, tal anomalía. Mariano de Cavia, en El Imparcial, hace notar acertadamente, que después de tanto lamentar la crisis del comercio y la falta de trabajo en la corte, en la semana de carnaval han estado cerrados todos los comercios cuatro días seguidos, justamente cuando las calles se hallaban más concurridas, y algo se vendería, caso de estar abiertos. Hasta el miércoles de Ceniza cerraron a piedra y lodo--cosa nueva--los comercios de Madrid, y el amenísimo cronista se queja con gracia de que no pudo comprar un libro y unas botas el miércoles. Algunos pares de calzado y algunos libros habrán dejado de despacharse por el cierre, pero ¿qué más da? Nadie nos gana a desdeñar las ganancias diarias y pequeñas. Del premio gordo para abajo miramos las cuestiones de dinero con olímpico desdén...

Y es lo pequeño, lo cotidiano, lo que engorda la pella: el agua menuda es la que hace barro, las huchas se llenan con pequeñas economías.

Camoens, arrojando al mar el poco dinero con que entró en la bahía de Lisboa (sea o no leyenda el caso) representará siempre a nuestra gente peninsular. Para poca salud, más vale ninguna. A bien que Dios, siempre benigno, mira por nosotros y pone a salvo la cosecha de los dilatados campos de la región central. Ha amanecido Madrid cubierto por un sudario de nieve, lindo sudario a fe, que argenta los árboles, viste de blancuras impolutas los tejados, cuaja en las aceras, enfanga el arroyo, pone en peligro las piernas de los transeuntes, las patas de los caballos, hace «derapar» (¡vaya otro galicismo atroz!) a los automóviles, y da faena a los barrenderos y a las mangas regadoras... Pero cada copito es un grano de trigo, y aunque la nevada nos trastorna la vida aquí donde cada día hay que salir a diez cosas diferentes en diez puntos diametralmente opuestos--bendecimos al sembrador de plumón de cisne que fertiliza la tierra.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

170

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1916.

¿Por qué no he de decir también, rarísimas veces, lo que me suceda a mí, si el suceso merece, por ciertos conceptos, que el público no lo ignore?

Cuando hace tres años el gobierno portugués me honró llamándome a dar un curso de historia de la literatura, en la Facultad de Letras de Lisboa, me decía el director de la Facultad, en su mensaje, que la nación portuguesa había tenido el honor de ser primera en llamar a la mujer a la enseñanza profesional universitaria, y que la ilustre romanista Carolina Micaelis de Vasconcellos explicaba, desde tiempo atrás en aquellas aulas. Y yo pensaba que se nos había adelantado Portugal, y lo sentía, no porque Portugal y sus letras no me inspiren verdadero cariño, sino porque

* Publicado en La Nacion (Buenos Aires, diario) jueves 27 abril 1916: 7. No recogido.

quisiera yo que nadie precediese a España en la obra civilizadora por excelencia, que es la relacionada con la rehabilitación de la mujer. Y digo rehabilitación, porque habilitada, y muy habilitada, estuvo en otro tiempo la mujer española para enseñar universalmente, y todavía los salones de la vieja universidad de Alcalá de Henares conservan las cartelas con los nombres de los profesores que allí dieron lecciones. Como otras muchas cosas óptimas, ésta cayó en desuso, y llegó a no concebirse ni la posibilidad de la mujer catedrático de universidad.

Los conservadores no se atrevían ni a pensar en ello. Hasta que ocupó don Julio Burell la poltrona de instrucción pública y la presidencia del consejo el conde Romanones, se creía tal pretensión exótica y peligrosa novedad. Estos hombres de estado, de abolengo liberal, de espíritu amplio y moderno, tuvieron más arranque, y crearon para mí la cátedra de literatura contemporánea de las lenguas neolatinas, en el doctorado de la universidad central. El claustro de profesores y el consejo de instrucción pública aprobaron la designación de catedrático y la creación de la cátedra. Y en lo primero han podido errar, por la persona; pero el principio es fecundo y admirable de justicia.

Había sido ya la misma situación liberal la que, hace tiempo, me llevó al consejo de instrucción

pública, donde no tenía entrada la mujer; y debo a añadir, para que nada se olvide en la cuenta de la gratitud, que el malogrado D. José Canalejas ya deseaba hacer lo mismo que se hizo ahora. En circunstancias tristes para mí, y días antes de caer bajo la bala del asesino el insigne orador demócrata, recibí un telegrama suyo en tal sentido. La muerte frustró las buenas intenciones de Canalejas.

Permite esta cátedra gran amplitud a las enseñanzas que en ella se den. Al ceñirse a lo contemporáneo, llena un vacio, porque la literatura contemporánea no se explica, que yo sepa, en aula alguna. De lo contemporáneo se suele prescindir, aunque parezca extraño. Menéndez y Pelayo, en sus Ideas estéticas, huyó de lo contemporáneo como del fuego. La literatura de las lenguas neolatinas comprende la castellana, francesa, italiana, portuguesa, rumana; y, sin subordinación, la catalana, lemosina, gallega, provenzal, y hasta la de los países hispano-americanos. No me lisonjeo con la esperanza de abarcarlas todas, y claro es que haré lo que me permitan el tiempo y la salud. Tampoco pretendo saber ya lo necesario para la empresa. Algunas de estas literaturas las conozco y les he dedicado páginas extensas y volúmenes enteros; otras, habré de estudiarlas.

La guerra, en realidad, hace actual mi cátedra. Nunca han ofrecido mayor interés los destinos de los países que, por no llamarles latinos, calificación muy discutida y tal vez inexacta, llamaré neolatinos, es decir, latinizados, cualesquiera que fuesen las razas que en diversas épocas los poblaron o los invadieron. Son estos países representantes de una cultura, con ideales propios, que están amenazados de sufrir una desviación, por lo menos si toma determinado sesgo la actual terrible lucha. Acaso también les espera un triunfo esplendoroso; gran agorero y astrólogo había de ser el que vaticinase un desenlace, que nada permite vislumbrar. Es la civilización peculiar mediterránea la que está en peligro, y al hablar de literatura, mi pensamiento estará fijo en las contingencias y resultados de esta feroz epopeya.

Me atrevo a indicar, sin asomos de vanidad propia, que el hecho de mi nombramiento para tal cargo envuelve la ruptura de muchas vallas y la desaparición de muchos prejuicios. No he de negar que vengo, desde mi juventud, trabajando para que no encuentre tantos obstáculos la mujer; pero también añadiré que lo hice sin estrépito feminista. No peroré en mitines; casi no escribí, de propósito sobre el asunto. Mi acción fue personal e individual. Donde pude sentar un precedente favorable no dejé escapar la ocasión. Abrí a la mujer

bastantes puertas, y ahora, las de la universidad; pero fuera vana jactancia pretender que lo hubiese conseguido, si no me ayudan, con instinto generoso, los varones insignes de quienes al principio hablé: el ministro de instrucción pública, el jefe del gobierno, y los que en el consejo de instrucción pública y en el claustro de la Facultad de filosofía y letras de Madrid, aprobaron unánimes mi designación. Agradecido les sea, y bien contado, no por lo que yo valiera, sino por lo que el rasgo representa. Quisiera en tal ocasión, que el suceso fuese externo a mí, para comentarlo, porque temo que hasta el haberlo mencionado parezca... lo que en mi espíritu no es.

Al asistir al homenaje que ofreció a Mariano de Cavia la casa de El Imparcial, con ocasión de entregarle el mensaje de su ciudad natal, del cual fueron portadores los muchachos exploradores de Zaragoza, haciendo a pie el recorrido, pisando nieve y por fragosas montañas, pensaba yo en lo que hay detrás de estas apoteosis, que nos regocijan, más acaso a los que nos asociamos a ellas, que al que las recibe.

En bastantes artículos de El Imparcial ha dejado Cavia rezumar un poco de amargura, con motivo de los honores que últimamente se le han tributado. No pudieron desagradecerle, que no sería humano ni lógico; es más: le agradaron de veras, le produjeron, sin duda,

un estremecimiento gozoso. Sin embargo, a fuer de hombre tan inteligente, calculó el reato de esta demostración. Viose, y lo dijo, abrumado de cartas y de telegramas, mareado por visitas y felicitaciones y soportando lo más penoso para un enfermo del oído: el ruido constante en que, cuando le estaban entregando el lindo álbum de cuero de Rusia, con cantoneras de plata, que encierra el mensaje de Sansueña, tenía cara de sufrimiento, aunque estuviese evidentemente conmovido, comprendiendo toda la trascendencia del acto.

Recordando el texto de sus artículos, se me venían a la memoria las «manzanas del mar Muerto», de que habló un poeta. Las manzanas del mar Muerto eran lindísimas a la vista, coloradas y redondas, pero no encerraban pulpa azucarada: sólo contenían ceniza. Y las glorias de la vida, piensan los místicos, ceniza son. No tiene nada de místico Mariano de Cavia; pero hay momentos en que se siente místico todo el mundo. Y ante los agasajos de que fue objeto, no pudo menos de pensar y de expresar: «Bueno, muy bueno; pero ¿después?»

Después... Yo quise aquilatar todo el contenido de este interrogante. Quise llegar al fondo de la verdad, exprimir su última gota. Y pregunté al ministro de la gobernación, que estaba presente y acababa de pronunciar un discurso, por cierto muy elocuente, en loor de Cavia:

--Diga usted, Santiago... Hemos oído repetir que Zaragoza es la madre amantísima de Cavia; que hasta la Pilarica le quiere bien; que cuando vaya allá, la gente se echará a la calle para aplaudirle, vitorearle y comérsele a obsequios... En vista de tal popularidad, ¿no le parece que debiera el gobierno encasillarle para diputado? ¿Qué cosa más natural que esa?

Sin gran asombro mío, el ministro torció el gesto... ¡Encasillar! Ahí es un grano de anís. ¿Dónde está el rincón del casillero, ya lleno todo, y reventando, en que pueda caber el nombre de quien no es sino un periodista: de quien tenga las opiniones que tenga, no se ha asomado a la política activa jamás?

Y el que no se asoma a la política activa, ¿qué espera, para el día inevitable en que las circunstancias de la vida impiden realizar el acostumbrado trabajo?

Los periodistas no tienen retiros. No disfrutan de derechos pasivos. No les queda más amparo que la solicitud de sus mismos compañeros. Ahora acaban de darse dos casos: uno, el de Martínez Barrionuevo, que antaño fue un novelista conocido, y hasta saboreó algo de popularidad, y que hoy se halla en el lecho de un hospital, y en la miseria su familia; y otro el de don José Loma, revistero taurino famoso, que acaba de morir dejando sin recursos a los suyos, y para el cual

organizó la prensa una función de beneficio, que produjo fuerte cantidad; porque la gente de coleta, a quien tanto sirvió la pluma de Loma, pagó sus localidades a precios muy altos. Son innumerables los casos análogos que se pudieran citar de familias de escritores que, al faltar el padre o el esposo, quedan en la más precaria situación. Unas salen a la superficie, otras naufragan en el anonimato, en la obscuridad y el silencio. A pique estuvo de naufragar la viuda... ¿de quién? Nada menos que de Zorrilla, de D. José Zorrilla, el poeta nacional por excelencia, el representante y superviviente del romanticismo, y el hombre de mayor desorden económico que cabe imaginar. Si Zorrilla, en vez de cantar el verano entero, hace lo que la hormiguita, y guarda algo para la vejez, su mujer no necesitaría que las cortes, por instigación de la marquesa de Squilache y mía, le votasen una pensión. Pero si Zorrilla poseyese las virtudes de un especiero, no sería Zorrilla quizás. Y sobre todo, su viuda no tenía la culpa; y, para España, hubiese sido vergonzoso dejar que la viuda del autor de Don Juan Tenorio saliese a pedir limosna. La cuestión es que Zorrilla sólo hubo uno, y, en cambio, hay centenares de familias desválidas, a quienes, al morir el jefe, se les cierra la no muy repleta despensa, con doble llave.

Respecto a D. Mariano de Cavia, La Correspondencia de España emitió una idea, muy acertada a mi ver, la de

que si algún día necesitase reposo, se le proporcionase una asignación ofrecida por la prensa entera, y que dicho diario encabezaba. Y he aquí el «después» a que me refería yo. La cesantía, con el haber que por clasificación les corresponde, no está en uso para los remeros de la pluma. Pasan las apoteosis, y queda la necesidad, de amarillos dientes, imponiendo la labor cotidiana, y la fatiga, de cansado rostro esterilizando el ingenio. Como quiera que sea, Cavia no puede quejarse. Por lo menos (y quien sabe si en este capítulo lo «menos» es lo «más») ha saboreado plenamente las mieles del entusiasmo y del aplauso público.

En medio de su triunfo, Mariano de Cavia no descuida la tarea de «limpiar» y «fijar». Es el caso que a la organización de los muchachos exploradores ha solido llamarse, en estos últimos tiempos «escautismo». De ello protesta Cavia, y hace bien, porque suena a ladrido de can. Y propone que se reemplace con el vocablo «escuquismo» [escultismo], más castizo sin duda, aunque tampoco muy eufónico.

El substantivo «esculcas» lo he oído frecuentemente en mi región. Suele decirse «he puesto esculcas, para averiguar «tal o cual cosa». Pero al conjugar el verbo, es cuando empieza Cristo a padecer. Yo escultizo, tú escultizas... No me suena.

La palabra «esculcas» debe de ser análoga a otras que encierran un sentido de guerra o al menos de campaña. Hay algo más en los exploradores. ¿Por qué no llamarles los «andantes», y a su labor el «andantismo»? Lo de «andantismo», en la patria de Don Quijote, parece marcar con sello español a esa institución de origen extranjero. Y también pudieran nombrarse «los activos» y a su institución «el activismo». Me satisface más que todos los «escultismos» o «escautismos» del mundo.

También en tierra española, les quitaría yo a los exploradores el «¡hurra!» que lanzan. Y gracias que ya han determinado suprimir el «¡hip, hip, hip!» que precedía al «hurra». Ahora gritan «¡sí, sí, sí!» El diccionario que consulto nos dice que «¡hurra! es voz o grito de alegría con que los marinos ingleses honran o aclaman a sus jefes o personas notables de a bordo; y añade que también es «interjección de alarma de los cosacos al entrar en batalla». No sé por qué, me malicio que esto de los cosacos no tiene más origen que unos conocidísimos versos de Espronceda:

«¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!»

En cuanto pueda cruzar la palabra con un ruso ilustrado, averiguaré si esto del «hurra» de los

cosacos es o no del género de aquella famosa andaluza de Barcelona del poeta francés. Entretanto, con mis dudas y sospechas me quedo. Lo que doy por seguro, es que los exploradores, en España, no deben gritar «hurra¡» Preferiría que gritasen «olé¡» ¿Y por qué no habían de gritar, sencillamente «vítor» como se hacía en nuestras antiguas universidades, y como se lee en los clásicos? Esto no va contra los exploradores, al contrario. Es institución que me gusta. ¡Ojalá toda la chiquillería de Madrid, esta chiquillería insufrible, procaz, mal hablada, insolente, agresiva, que se pasa la tarde y la mañana también toreando a los automóviles estorbando el paso a los peatones, agarrándose a los topes de los tranvías, ingresase en la orden activista de los exploradores, que son comedidos y bien educados, y hacen ejercicios y fortifican con él su cuerpo adolescente!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

171

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1916.

Estamos en el momento álgido del cervantismo. Van a desfilar los niños de las escuelas ante la mezquina estatua de la plaza de las Cortes, depositando flores al pie del pedestal y cantando himnos. Es el único festejo que ha quedado en pie, de los que se proyectaban. «C'es maigre», se dirá. Ello es que las circunstancias no permiten otros rumbos y majezas; y para hacer las cosas a medias, mejor es suprimirlas.

Conferencias y libros, sí que hay a manta de Dios. El celo de los cervantistas se ha exaltado, y no queda ostugo en la vida de Cervantes que no registren, escudriñen y analicen cuidadosos. No siempre las pruebas de las tesis e hipótesis son concluyentes y claras; no faltan castillos de naipes. Sin embargo,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 junio 1916: 5. No recogido.

esta labor rinde fruto, más o menos substancioso, nunca desdeñable. El conocimiento de la época del autor, de sus obras, se difunde. Menos da una piedra.

Desde luego, en la vida de Cervantes, como en la de todo escritor, magno o mínimo, hay un sinnúmero de sucesos que son enteramente independientes de la obra y sólo revisten un interés de curiosidad, que no censuro. Que Cervantes fuese o no a Italia, al servicio del cardenal Aquaviva, por haber tenido con un señor Sigura una pendencia, atizándole una gravísima estocada, conviene, sin duda, saberlo; pero no quita ni pone a la gesta de Don Quijote, el de la Triste Figura. Lo que a la humanidad en general le importa son los rasgos esenciales, la determinación de valores estéticos, la trascendencia de un libro, relacionada con la de otros de igual o parecida calidad. Poco o nada sabemos de Homero; tan poco, que se discute si existió, si sus poemas son o no cantos sueltos de rapsodas; y esto no aminora el precio de la La Ilíada. Permanece anónimo, en España, lo que más significa, en el sentido nacional, a saber el Romancero y los Poemas del Cid. No por eso padece quebranto su importancia documental y estética. Repito que apruebo cuanto se hace para proyectar luz sobre la figura del Manco. Es más: yo pertenezco al número de los curiosos, a quienes complace el detalle y la particularidad ignorada. Sigo

los estudios cervantinos con singular interés. La curiosidad es acaso el principio de la sabiduría. Hay este símbolo en Eva, que por curiosidad aceptó y transmitió la fatal manzana. Eva era una grandísima curiosa, y curioso es todo el que investiga. Alabemos la docta curiosidad de los que andan ocupados en apurar hasta las semínimas [de] lo que hizo en cada día de su vida mortal el más insigne de los alcabaleros.

Mas no por eso he de renunciar a creer que si Cervantes, en vez de estar preso en Sevilla lo hubiese estado, como al principio se creyó en Argamasilla de Alba; y si la residencia de los duques no fuese la que se supone: y si don Quijote no fuese el Quijano o Quijada de Esquivias; y si no hay razón para incluir entre las obras legítimamente atribuidas a Cervantes La tía Fingida... el valor del Quijote no sube ni baja. Ese libro portentoso, que traspasa nuestras fronteras para esparcirse por el mundo, rebasa también de los cauces de la erudición, y aunque se le estudie incesantemente, ni pierde ni gana. Hay un límite, más allá del cual empieza la región de lo intasable.

*

El interrogatorio a los escritores franceses para que dijesen lo que pensaban de Cervantes ha dado un resultado triste para nosotros. Hay alguno, como León Bloy, que dice rotundamente que el Quijote no le gusta;

que don Quijote es poco menos que un quidam, y Sancho Panza algo así como un cerdo. Ya esto parece fundado motivo de disgusto; pero la más negra, es que muchos de estos escritores afirman que don Quijote es un caballero francés. En cierto modo nos quitan a don Quijote. Hay que convenir en que perdemos bastante con tal diablura.

Algunos, sin embargo, por ejemplo Camilo Mauclair, afirman acertadamente que don Quijote es sumamente español, sólo que, a fuer de obra genial, el libro tiene universal significado. Esta razón de universalidad no es la única por la cual Francia puede llamarse a la parte en el Quijote. Yo confieso de buen grado que el espíritu de la caballería andante despuntó antes en Francia que en España. Apareció en Francia, como nadie ignora, por el cielo de Bretaña, las gesta de Carlomagno, los hechos de los Doce Pares, la Tabla Redonda, etcétera. Nosotros (o los portugueses) produjimos el Amadís; pero más tarde las ficciones caballerescas estaban ya creadas, cuajados los mitos, y no en nuestro suelo ciertamente. Nosotros habíamos elaborado nuestra gesta como cuanto bueno se hizo aquí: sobre la base de la realidad, sobre lo llano, aunque heroico, de la vida. En este respecto, nuestra Edad Media no se distingue de nuestro siglo XVI. El episodio esencialmente caballeresco de nuestra

historia, el de Suero de Quiñones dista mucho de estar probado. La caballería (que no es igual al feudalismo, aunque a veces se incurra en esta confusión), fue en España cosa que vino de fuera. No hay cosa más diferente de un caballero andante que el Cid Campeador.

Desde este punto de vista, pueden reclamar para sí a don Quijote nuestros vecinos. El hilo de tal reclamación se quebraría de sutil, sería cosa de crítica y de historia fabulosa. Es de lealtad, no obstante, consignarlo. Y es de mera exactitud añadir que los libros de caballería son, en su mayor parte, en su casi totalidad, obra de españoles, Francia dio la primera materia, nosotros la amasamos y cocimos en nuestro horno.

Hubo un momento en que se dijo reiteradamente que en el Quijote, la cuestión de los libros de caballerías era secundaria. Los libros de caballerías añaden, ya en tiempo de Cervantes, estaban arrinconados y pasados de moda, y ningún daño podían hacer. No fue, pues, en Cervantes sino un pretexto la guerra a los libros de caballerías, y su verdadero objeto, simbolizar en la figura de su héroe no sé cuántas verdades, profundas y hasta proféticas.

Al releer el Quijote ahora mismo, confieso que sigo inclusa entre el vulgo, que toma las cosas como se las dan. Los libros de caballerías, si en los años de

Cervantes no eran novedad ninguna, y hasta comenzaban a decaer, y desde luego no estaban ya en relación con los tiempos, (aunque hubiesen ejercido singular influjo en dos hechos históricos tan considerables como la vocación de San Ignacio de Loyola y las expediciones de los aventureros a América); los libros de caballerías, digo, no dejaban de tener todavía un público entusiasta. El escrutinio de la librería de don Quijote por el cura y el barbero, es un dato significativo. Al echar al fuego bastantes, hay otros que elogiar y respetan, y que desean volver a leer ambos inquisidores. Y esto ocurre en un lugar de la Mancha, apartado del mundanal ruido. En los palacios, castillos y casas solariegas, en las universidades, en los campamentos, seguramete los libros de caballerías no faltaban. Las facetas y burlas que se hacen a Don Quijote en la residencia ducal, revelan conocimiento y hasta lectura asidua de los libros caballerescos. No habían caído en desuso tanto como se cree, y estaban en ese momento en que las estrellas, apagado ya su resplandor siguen siendo visibles, en virtud de leyes físicas.

No es que yo suponga que la obra de Cervantes se reduce a una sátira contra un género literario. Sería tan infundado como suponer que el Quijote fue escrito bajo el velo del disimulo y de los embolismos, con

objeto de atacar a la sociedad y las instituciones, de hacer, en suma, labor revolucionaria. Tal hipótesis tiene defensores, y no falta quien diga igualmente que no se limitaba Cervantes a atacar lo contemporáneo, sino igualmente lo venidero, y echaba las bases de una sociedad futura mejor. A mí, no me convence el comentario. Veo en el Quijote más que todo eso, mucho más. Y lo veo, realizado jugando, como por surgir natural. Y es lo que más me encanta.

*

No quiero dejar de manifestar que estoy contenta de que Coullaut Valera haya sido premiado en el certamen de monumentos a Cervantes. Acaso--¡somos tan débiles!--influya en mi satisfacción el hecho de que a Valera se debe la figura de mármol blanco que algunos compatriotas míos han tenido el capricho de erigirme. Reconozco mi flaqueza, y casi no sería necesario, porque me figuro que en mi caso, a casi todos los mortales les sucedería lo propio. Para dejar a salvo mi imparcialidad, añadiré que estos monumentos a Cervantes no son los que yo soñaba. Hubiese querido (y creo que ya lo he manisfestado aquí) un monumento que al honrar al autor del Quijote conmemorase también especialmente las glorias de la literatura española en conjunto, y por consiguiente, de su habla, que suele llamarse la de Cervantes por excelencia. Sería justo

esta conmemoración colectiva, que consagraría tantos nombres a la altura del de Cervantes. ¡Y perdone la fama del Manco!

Tenemos en realidad figuras excelsas, a las cuales no se ha rendido el tributo de que son dignas. Y lo mismo sucede en nuestra historia que en las letras. Espero, sin esperar, el trofeo del Descubrimiento y la Conquista, que debe hacerse con el auxilio, cooperación y fraternal acuerdo de todos los países americanos en que se habla nuestro idioma. Porque tal monumento no debe ser germen de discordia, sino al contrario, lazo de unión , tendencia que va iniciándose, pues ya en tierras americanas se alzan monumentos a los que las incorporan a la civilización superior, al ganarlas con la punta de su tizona.

En los Estados Unidos hace tiempo que una legión compacta de investigadores se consagra a la tarea de rehabilitar a España y definir equitativamente el verdadero carácter de nuestra colonización. Estos días ha visto la luz, y llamado bastante la atención, el libro de Carlos E. Lumnis, vindicación de la acción colonizadora de España en América. El prologuista, D. Rafael Altamira, nos dice que este libro pertenece a una literatura ya copiosa. Ve Altamira en el fruto de un movimiento sentimental de simpatía hacia España, y yo digo que ese movimiento tenía que venir, como

reacción contra tantas acusaciones y calumnias, dominado en las primeras la suposición de algo excepcional en nosotros, como si hubiésemos sido, no sólo los peores, sino hasta los únicos en quienes los episodios de una lucha determinaron actos de violencia. Y los mismos sajones, que habían puesto abundante dosis de hipocresía filantrópica en este alegato antiespañol son (es verdad que en otro continente), los que toman por su cuenta que resplandezca al fin la verdad.

Advierte Altamira que entre estos hispanófilos se hallaría corta cantidad de hispanófobos. Algunos de éstos que hacen como a pesar suyo labor favorable a España, mezclan con ella la errónea y nociva de antes. «Véase--dice Altamira--una nueva prueba de la persistencia que tienen los prejuicios, cuando se apoderan de la inteligencia humana y se convierten en tópicos comunes».

Y con razón entiende el mismo profesor que los calificativos de hispanófilos, deben llamarse sencillamente hombres respetuosos de la verdad que al estudiar el asunto han discernido la antigua leyenda negra y la han descuajado. El momento excepcionalísimo por que hoy atraviesan Europa y parte del Asia, es favorable a un discernimiento que tanto nos conviene. Todo cuanto se nos imputa, al hallarnos empeñados en la empresa más gigantesca, para llevarla a cabo como

milagrosamente, es flor de cantueso, tortas y pan pintado, en comparación de lo que hoy, en el siglo XX, se practica por naciones como la alemana, que presume de toda cultura y alardea de marchar al frente de la civilización, y posee organización perfecta y armas poderosísimas. No en balde, en la batalla de Rocroy, para nosotros de funesta memoria, los prisioneros (dice Cánovas del Castillo en su precioso estudio sobre esta página) preferían entregarse a los españoles, más misericordiosos, que a los tudescos.

Ni la manera de hacer la guerra, ni la de colonizar de los españoles ofrece ninguna nota especial de crueldad, venalidad o abuso, que no se encuentre más acentuada en las restantes naciones que también conquistaron y poseyeron instituciones coloniales. La diferencia está en que nosotros solos conquistamos y colonizamos más que el resto del mundo.

Así como hoy se ha despertado, en pueblos que nada tienen que ver con Alemania, una corriente de admiración hacia ciertas cualidades y energías de los germanos, los norteamericanos, (y esto lo nota con sagacidad Altamira), ni fijarse especialmente en nuestra acción de descubridores y colonizadores han experimentado el ascendiente de las condiciones peculiares de nuestra raza más que en otra alguna (sin excluir la Reconquista).

Y doy la razón a Lumnis, cuando estudia y ensalza igualmente a los viajeros y exploradores como Cabeza de Vaca y Balboa, y a los verdaderos conquistadores como Cortés y Pizarro, (ya que sea necesario unir estos dos nombres, tan diferentes como los de Tenorio y Mejía), También en este punto debemos recibir la lección de los sucesos, y pensar, antes de avenirnos a la tesis humanitaria con la cual se ha querido autorizar esa distinción escolástica entre glorias tan análogas, tan hermanas, tan brillantes, en lo que está sucediendo, ahora mismo, y qué conquistadores y qué conquista sufre Europa. Todo ello, cuatro siglos después del que vio a nuestros andantes más allá del Atlántico.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

172

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1916.

Existe en España, en este momento, bastante actividad artística, y tampoco descansan las prensas en parir libros, ni los conferenciantes en ocupar tribunas. Nunca se ha conferenciado tanto. Y la gente acude, solicita y escucha atentísima y encantada.

El aspecto artístico se revela en las varias exposiciones de obras de pintores y dibujantes españoles, cada día más frecuentes y en la creciente estimación de las obras de arte, en especial de las antiguas, hasta hoy semiolvidadas, que poco a poco van cautivando la atención y adquiriendo alto valor, habiendo pasado a la historia los arrinconamientos en desvanes de riquezas del pasado, desdeñados por sus

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 15 junio 1916: 4-5. No recogido.

poseedores y substituidas por objetos modernos y vulgares.

También en el momento presente se renuevan, con el mismo sentido artístico, el moblaje y la decoración. El gusto se transforma profundamente, gracias a las influencias tradicionales. Esto había sucedido, hacía muchos años en Inglaterra; en los «manors» viéronse resucitados los estilos de otros tiempos y se reprodujeron los muebles de la época de la reina Bess, (Isabel) y de los Estuardos. Aquí hemos sido más tardíos, pero hoy nos arrolla, como una ola, el gusto acentuado del moblaje español. Las mesas se hacen de las de antaño, sostenidas por tijeras de hierro, con pies de forma graciosa, pero no fina; y amplios tableros de macizo nogal las cubren. El «chapeado» pasó a la historia. Los asientos son sitiales de alto respaldo, con recios clavos de latón o fraileros de brazos anchos, en que descansa la mano y hasta puede descansar la jícara del chocolate, y cuyo asiento de cuero reluce con el brillo de la cera. Aquellos famosos «entredoses» de hace treinta años, yacen arrinconados en las prenderías, y por todas partes van apareciendo los bargueños, unos auténticos y otros imitados con tal perfección, que en nada discrepan de los legítimos: en Valencia se fabrican todos los tipos de este lindo mueble, a precios muy moderados. El

bargueño, hará diez años, se vendía carísimo y es uno de los pocos objetos de arte que han bajado en cotización (aun siendo verdaderos) por la maestría con que los copian.

Hacen la competencia a los bargueños los contadores italianos, incrustados de concha, y adornados con bronces también, pero perfectamente reproducidos de los heráldicos modelos, cuelgan de las paredes, ostentando sus blasones y sus lambeles profusos, de formas barrocas antes del barroquismo, y los damascos visten también los muros, siendo hoy el damasco, la tela esencialmente española la más elegante y rica de cuantas se usan para el moblaje. Y el color carmesí es el predilecto, como era en tiempos de Isabel la Católica. Y la granada, símbolo de nuestra unidad, campea en esta tela de eclesiástico aspecto.

También los cuadros para entrar "en la nota" tienen que ser antiguos, o parecerlo. Si no se puede hallar un probado Ribera, Zurbarán o Greco, se admite una copia, bien hecha y que remede hábilmente «la pátina». Es preciso que el cuadro no desentone, que produzca una impresión análoga a la de los muebles. Sobre un arcón tallado o un bargueño de hierros caprichosos «compone» como dicen los pintores, un severo retrato de paladín armado de todas armas, o una imagen de monarca estilo Vanloo, con blanca peluca y

casaca azul. Y claro es que si en el comercio no hay suficientes géneros antiguos para el consumo, se substituyen con los nuevos, que tienen la ventaja de no contener nidos de chinches. ¿Sanciona Vd.--me preguntan--las copias y pasticcios? Tendré que contestar: según y conforme. En los muebles, los sanciono sin duda. Nada hay de personal en el mueble, y en arte, sólo lo personal es genuino e inimitable. Si copian un bargueño a la perfección y hasta le disparan su correspondiente perdigonada para fingir los agujeros de la polilla, ese bargueño será idéntico al que labrara, hace tres o cuatro siglos, un carpintero y un herrero en la villa de Bargas; y hasta parecerá no menos vetusto. Otro tanto digo de los reposteros. Pueden hacerse actualmente sin diferencia. Los fraileros son mejores en el día, porque está la madera sólida y reciente, y no hay miedo de que se desvencijen. No es lícito, a mi ver, falsificar una pintura, una talla, lo que lleve en sello del artista. Lo demás, ¿por qué no? Igual es la línea, igual el tono, igual la forma, iguales los materiales empleados; ¿en qué nos habríamos de fundar para declarar ilícita tal reproducción?

Eso sí, hay que decir sin miedo y sin reparo: esta es una copia, hecha en Valencia y primorosamente. Engañar no. Como que debemos, por todos los medios cooperar a que tales industrias florezcan y prosperen.

Van extendiéndose poco a poco con el recato propio de nuestra vida industrial en que apenas se anuncian, sino dos o tres artículos de perfumería muy medianos y algunos medicamentos extranjeros en su mayor parte. Pero no veréis que fatiguen a la prensa ni a la fama nuestros talleres magníficos de repujado de plata y forjado de hierro, nuestros alfares de Talavera y Manises, la cerámica tan original, de Zuloaga, nuestros establecimientos de moblaje artístico, nuestras fábricas de sedas. Todo ello, sin embargo, renace, se prolonga y si visitáis las casas de los mejores tapiceros de Madrid notaréis esta renovación de que os hablo. Se han acabado las alcobas Imperio, los salones Luis XV y Luis XVI. No veréis sino el viril estilo nacional, desde la decoración de cerámica hasta el velón de cuatro mecheros, de latón, adaptado a la luz eléctrica.

Se han acabado también las porcelanas extranjeras, y mientras llega el día que pueda aquí producirse una loza delicada propia para servicios de mesa, se vuelve a las clásicas vajillas de plata, que a la larga son hasta económicas pues ahorran tiestos, y cuanto más arañadas por el cuchillo, más obstentan el sello de una vida lujosa. Y para el campo muchos magnates españoles, como el marqués de Viana, el duque de Medinaceli, el duque de Don Pedro de Galatino, han

adoptado la vajilla española de Talavera, que luce armas. Como la pintura y decoración de los Talaveras se hacen a mano, son caras esas vajillas, pero así y todo, llueven encargos de tal artículo.

Lo que no acaba de renacer, es la cocina típica española. Digo que no acaba de renacer, pero reflexiono y rectifico: Consiste en que no ha muerto. Jamás han sido desterrados los guisos españoles, ni aun de las grandes mesas aristocráticas. El día en que se invita a diplomáticos y demás personas de fuste, claro que no es posible prescindir de la comida moderna, a la francesa; pero en la vida diaria, los platos españoles tienen partidarios acérrimos. ¡Apenas gustan las almejas con arroz y las sopas de ajo con huevos escalfados encima!

Ayer mismo en el Ateneo, el cervantista Rodríquez Marín nos habló de los «yantares de Don Quijote». Y estos yantares eran, en substancia, los que aún hoy sostienen a tantos españoles, no sólo en pueblos y aldeas, sino en las más populosas ciudades. Sigue siendo base de la alimentación española la olla clásica, que en tiempo de Don Quijote fue de algo más vaca que carnero, por ser entonces más caro el carnero que la vaca. Y la olla, que se desdobla en sopa y cocido es cosa nutritiva y sana, pareciéndome difícil que entre los platos de todas las naciones haya ninguno

que mejor satisfaga las necesidades de la gente modesta, ni encierre tales elementos de reparación para el organismo. Responde la olla a todas las indicaciones, hasta a la de variedad y por eso puede comerse todos los días sin que canse. Lo que en tiempo de Alonso Quijano se llamaban «zarandajas» o sea verduras, el garbanzo y la patata, (que entonces no se conocía) constituye un régimen vegetariano; la vaca, el buey, el carnero, la perdiz (que en algunos puntos de España se echa a la olla) otro régimen carnívoro, y cocidos son menos peligrosos para reumáticos y artríticos estos manjares, el jamón y el tocino dan otro plato, de los más alimenticios y resistentes; y ¿qué se añade la bola Zamora y la gallina, espuma de las cacerolas de Camacho? La olla española es elástica, y va desde el humilde «coci» con azafrán o pimiento rojo, del menestral madrileño, hasta el suculento cocidazo de los ricachos de pueblo de mi país, que no cabe en tres fuentes hondas y arrastra en pos dos salseras, una con la púrpura del tomate, otra con lo verdialegre del perejil.

Y es esa elasticidad lo que sostine a la olla, lo que la impide caer en desuso. Adaptable por excelencia al alcance de la habilidad de cualquier guisandera modestísima, sin riesgo para el estómago más delicado, abundante y familiar, la olla española, base de las suculentas sopitas, me parece insubstituible.

*

Volviendo al arte he dicho que las exposiciones menudean y algunas se verifican en los grandes hoteles, Palace y Ritz, que no perdonan medio de atraer a la gente--estos sí que se anuncian ¡vive Dios! Todos los días los periódicos dan cuenta de las personas conocidas que se reunen a comer en ellos, de los tangos y «trots» que en ellos se bailan, de los platos que se sirven, de los músicos que tocan, de cuanto allí ocurre. Y las exposiciones son otro medio de propaganda de los hoteles, lo cual no debe censurarse, porque es cosa muy lícita. Estamos en tiempo en que no se vende en el arca el buen paño.

Entre las exposiciones recientes, la de Beltrán ha tenido resonancia. Un cuadro de Beltrán fue rehusado en un certamen, por consideraciones del orden moral; y este incidente metió ruido y creó a Beltrán cierta aureola de artista rebelde y peligroso. Es cierto que los cuadros de Beltrán contienen muchas mujeres en traje sucinto, y algunas intenciones simbólicas de tristeza, pecado, pesimismo y desenfreno; pero todo ello no puede compararse ni de cien leguas con bastantes pinturas que en los mejores museos del mundo se admiran desde hace siglos. Por ejemplo, y a bulto: <u>El jardín del amor</u>, de Rubens, <u>El nacimiento de un río</u>, del mismo autor, <u>Las tres gracias</u>, de igual firma, <u>La</u>

Venus, del Tiziano y cierto lienzo del museo de Harlen cuyo asunto no me atrevo ni a sugerir...

Es decir que los cuadros de Beltrán no son lo que se dice inmorales, porque el desnudo, en sí, no constituye inmoralidad. Son, eso sí, tendenciosos y figuran entre los muchos que ejecutados con más o menos talento,--y Beltrán lo tiene por arrobas--se pueden calificar de literatura pintada.

Quiero decir que estos cuadros son cerebrales, y su plástica del cerebro viene. En los cerebros modernos, al menos en parte de ellos existe una irritación o excitación que es obra de la literatura, de la novela, los dramas y los versos y se traduce en insinuar de mil modos que el amor sensual encierra un misterio profundo, es como una especie de iniciación en ritos eleusiacos y además, algo que se ha descubierto recientemente, y que en los inocentes tiempos anteriores ni se sospechaba. Unese este concepto al de la Eva perversa, refinada y complicada, fatal que ejerce una fascinación maldita, y por ella es como la clave del edificio social y humano, la razón de todo. Semejante concepción de la vida se refleja en la pintura de Beltrán. Habría que calificar de malsanas a tales mujeres, de labios anchurosos, rojos, y sin forma, de senos centrados por una especie de flor rosada y marchita, si no estuviese más de acuerdo con

la verdad llamarlas «irreales». Estas mujeres no existen sino en la imaginación de artistas y literatos. Son en su género, tan quiméricas como las sirenas, las harpías, las larxas, las forquias y otras creaciones de la fantasía. Acaso una sirena me parezca más real; porque los pintores cuidaron de dar a los seres mitológicos nereidas, náyades, oceánidas y otras diosas al menudeo, un cuerpo muy sólido y positivo con anatomía perfectamente humana. Estas mujeres fatales de Beltrán revelan lo que él mismo confiesa ingenua y noblemente: que no han sido estudiadas del natural; es decir que nunca existieron.

No vaya nadie a suponer que desestimo el arte de Beltrán. No cabe en mí la idea de poner límites al artista; pinte lo que quiera y revele su temperamento como le plazca. Entre los cuadros de Beltrán hay algunos que me satisfacen plenamente. Uno de ellos es una mujer vestida, portadora de bellas frutas, una reminiscencia otoñal muy gentil. De suerte que en Beltrán «hay algo». El rey acaba de comprarle un cuadro, la reina Cristina otro. Hablo de él sinceramente, pero con la consideración que se debe a todo intento de renovación estética y hasta al personal capricho que ha sellado el arte.

También ha expuesto Santiago Rusiñol. Sus asuntos son antiguos jardines melancólicos, su especialidad.

Ha cultivado preferentemente Rusiñol esa nota sentida, elegíaca, lírica, romántica, y por ello, aunque no hubiese hecho otra cosa, pasaría su nombre a la posteridad. Los jardines españoles le inspiraron una serie de impresiones encantadoras, que convidan a sentir. Son jardines en que el mirto, el arrayán, el agua, componen un conjunto característico, bien distinto del frescachón jardín inglés, muy diferente de la exuberancia tropical de la vegetación en los países calientes. Las fontanas elegantes, los canales abiertos entre dos paredes de dorado granito; las hojas secas; los troncos de árboles jaspeados de musgo; los estanques silenciosos, mudos, como un rostro en que imprimió su sello la grave meditación; las frondas en que parece sonar el trino del ruiseñor y prender gasas de plata la luna, son el dominio de este pintor, que tan bien interpreta el alma de las cosas... Su exposición atrae a los que como él entienden que la naturaleza tiene voces significativas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

173

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1916.

Hace ya meses que escribí para La Nación una crónica, en la cual daba noticia del caso, no común y hasta diré insólito, de mi nombramiento para desempeñar una cátedra en la Universidad Central. Pero en esa crónica cometí un error, debido a noticias equivocadas. Parece que debiera yo estar muy bien informada en el asunto: sin embargo, espero que mis lectores de Buenos Aires comprenderán perfectamente el porqué no lo estuve. El ministro de instrucción pública, don Julio Burell, propugnaba con entusiasmo la idea; pero, naturamente necesitaba tramitar el asunto. Yo me propuse no preguntarle nada, no acosarle, primero, porque repugnan a mi carácter tales cosas; segundo, porque quitarían a la generosa iniciativa algo de su

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 julio 1916: 5. No recogido.

mérito. Y lo mismo que con el ministro, hice con las demás personas que pudieran suministrarle noticias. Si no me las daban espontáneamente, no se las pedía. Y llegaron a mí algunas equivocadas, o que serían exactas en un principio tal vez, y luego dejaron de serlo, porque cuanto más tiempo transcurre de la consabida tramitación, más se enredan los asuntos y mayor cantidad de dificultades van surgiendo.

Así cometí el yerro de decir en estas crónicas que el claustro de profesores de la universidad central aprobaba la creación de la cátedra y mi designación para desempeñarla; y el yerro era general: todo el mundo suponía en el claustro (ignoro con qué fundamento) esta actitud. Llegado, sin embargo, el momento de someter a votación la consulta del ministro, se dividieron los pareceres, y mientras ocho profesores votaban en favor, doce se inscribían en contra. Realmente, eran diez los que votaban por mí, pero el Sr. Hurtado, profesor de literatura (voto de calidad en este caso), no pudo hallarse presente a la votación, y expresó su adhesión, que no sé si constaría o no en acta. También la envió el Sr. Bonilla San Martín. Como la opinión, no del claustro, sino de la mayoría del claustro, se solicitaba en el terreno consultivo, el ministro y el rey firmaron hace tres días mi nombramiento. Soy, pues, catedrático (o catedrática,

hay discusión) de literaturas contemporáneas de las lenguas neolatinas en la universidad de Madrid.

O me engaña la vanidad, defecto tan humano, o envuelve una prueba de consideración la rúbrica extensísima de esta cátedra. Me supone el gobierno capaz de explicar las siguientes literaturas. Vayan ustedes contando: castellana, y, con ella, no sólo lo que en España se escribe en castellano, sino lo que, también es castellano, se escribe en los países de América; catalana, valenciana o «llemosí» (comprendiendo a Mallorca); galaica o gallega; bable, extremeña, etc., o sea todas las pequeñas literaturas dialectales, sin las cuales no estaría completo el cuadro de la producción literaria hispánica-francesa, con sus dialectos, y con el movimiento felibrista; portuguesa, belga, suiza (de los cantones donde se habla el francés); italiana, con sus dialectos, como el siciliano; rumana. Y no sé si algo se me quedará en el tintero; será alguna raspicia [sic] sin valor.

Cuantas literaturas he nombrado son neolatinas. Algunas en esta crítica hora de la humanidad, revisten excepcional interés. Cinco o seis de las doce o trece que figuran en lista, son ricas, y algunas riquísimas. Con razón supongo que darme tan considerable encargo envuelve una señal de estima muy alta.

Verdad es que algunos, entre las muchas opiniones emitidas, echaron a volar la de que las literaturas

contemporáneas son cosa tan corriente y fácil, que nadie las ignora, y no hay, por lo tanto, necesidad de enseñarlas. Y esto, sin hacer distinción de nacionalidades. Igualmente fáciles, la rumana y la francesa. ¿Quién no se las sabrá de cabo a rabo? Hasta los chicos de la escuela, naturalmente.

Esto me hizo recordar que, cuando yo explicaba la cátedra de literatura extranjera en la escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid y desarrollaba el tema del Romanticismo francés, un periódico dijo que hablaba allí de cosas demasiado conocidas y vulgarizadas; y añadía el censor «¿Quién no habrá leído las Noches de Victor Hugo? ¿Quién no ha aprendido de memoria las Orientales, de Musset?

Y, a renglón seguido, continuaba barajando nombres, con ortografía estropeada, y confundiendo obras, intrépido. La literatura contemporánea es, sin duda, más fácil para el conocimiento desordenado y puramente auricular: no lo es tanto para formarse una idea algo clara de la materia. No basta saber que existe en Italia d'Annuncio y que en Portugal existió, por ejemplo, Eça de Queiroz; y cuanto que cito a los más conocidos, a los que el vulgo nombra. Hay que saber, además, el sentido de su obra, su alcance, sus caracteres distintivos; hay que informarse de su papel en la vida artística de su raza. Acaso lo

contemporáneo sea lo que menos se sabe: lo confuso lo contradictorio. Por ejemplo: la figura de Renán. Cuando yo era niña, Renán Publicó su Vida de Jesús. Se habló mucho de ella con reprobación, generalmente, en medio de la zalagarda, la fisonomía quedó oculta, envuelta en niebla. Y siquiera por las herejías de su libro se supo que existía Renán; pero de otros escritores franceses, también dignos de ser conocidos, tarda mucho el público en enterarse. Y si esto puede afirmarse de la literatura francesa. ¿qué diré de la italiana, de la portuguesa? Dentro de España misma, ¿conocen muchos, que no sean catalanes, la literatura catalana? ¿Quién ha leído por ahí libros catalanes?

Oí, pues, con sorpresa la afirmación de que no hace falta estudiar lo contemporáneo, de que lo contemporáneo no tiene importancia; ¡bah! Hay en la actualidad un anhelo profundo de conocer lo presente, de seguir la marcha de lo actual: los nuevos inventos, las nuevas corrientes de la mentalidad; y lo único indigno de estudio y enseñanza, por lo visto, será la literatura reciente, la que ostenta todavía, viva y fresca, la huella del espíritu que la creó?

Un error análogo me había llamado siempre la atención. ¿Por qué era desdeñable traducir del francés, y altamente científico traducir del latín? Yo no me dedicaba a traducir, ciertamente; pero me

atreví a discutir este concepto con Menéndez y Pelayo. Me figuro--le dije--que el mérito de una traducción no estribará en el idioma del cual se traduce, a menos que fuese alguno rarísimo y desconocidísimo, lo cual no es el caso del latín ni del griego, ni aun del sánscrito), sino en lo fiel y elegante de la versión. Además traducir del latín, en la mayoría de los casos, puede ser... traducir del francés, o «del español». En efecto, supongamos una traducción de Horacio: como las hay a millares, nada más fácil que dejar a un lado el texto latino, coger diez o doce traducciones, y con ellas hacer la número trece...

Y Menéndez y Pelayo no podía rebatir argumentos tan sencillos. Sin embargo, mantenía su criterio: traducir del francés, aun cuando se trate de una obra de carácter eminentemente literario y que no se haya traducido jamás, es bochornoso; traducir del latín, labor de sabios...

¡Otro tópico, éste de los sabios! Cuando salen diez o doce astrónomos a observar un eclipse, dícese pomposamente: «Ha llegado una comisión de sabios a observar,» etc... Se trata de desenterrar un esqueleto antediluviano: «Los sabios practicaron excabaciones»... Se llaman sabios a los palenmismáticos, a los geólogos, a los filólogos, a los químicos, a los bacteriólogos... y nadie llamará sabio a un crítico, a un sociólogo, a

un historiador de las letras, a un hacendista, o... ¿Por qué? ¡Sabio es el que sabe, sepa, de lo que sepa!

*

Volviendo a lo contemporáneo, ya he confesado que es más fácil, para cualquiera, adquirir cierta información en cosas que están sucediendo o han sucedido no ha mucho, que en las que tienen encima el polvo de varios siglos. No obstante, esas cosas tan polvorientas han sido objeto de estudios e investigaciones, y cogiendo un libro que las resuma, cabe aparecer enterado, y hasta erudito. Sobre lo contemporáneo no se suelen publicar tantos libros; he notado que es materia que todos rehuyen y anda dispersa en «bombos» y «palos» periodísticos. Las razones pueden ser varias; el hecho es innegable. Menéndez y Pelayo, en su Historia de las ideas estéticas, aunque mostró al principio intención de llegar hasta «nuestros días», se paró en lo mejor, y nos dejó a media miel. En España no conozco otra Historia de la literatura contemporánea (por ahora), sino la del padre Blanco García, que, no careciendo de mérito ni de interés, puede parecer incompleta y acaso recargada de nombres que no habría inconveniente, sino ventaja, en omitir.

Es tan exacto el aserto, que no vacilo en añadir que es más fácil conocer los Orígenes de la novela, por el copioso volumen de Menéndez y Pelayo, que el

desarrollo de la misma novela desde el romanticismo acá, verbigracia. De lo contemporáneo se tienen noticias, pero mejor se diría «ruidos». Raras veces se tropieza con personas que poseen referencias muy fundadas y docunmentadas.

Entra además en lo contemporáneo el elemento de la pasión, de los torcimientos del juicio por las impresiones personales. Nadie siente la menor animosidad contra Gonzalo de Berceo o contra el arcipreste de Hita; pero, según van acercándose a nosotros los personajes literarios, se define mejor el interés extraliterario que despiertan, y si son enteramente contemporáneos, apenas infunden otro--triste es decirlo--en las muchedumbres.

Ejemplos recientes podemos aducir, con Galdós en Electra, con Benavente en La ciudad alegre y confiada.

Yo quisiera, al explicar el movimiento contemporáneo de las letras, situarme en una región de serenidad, a la cual no lleguen esos oleajes, ni esas preocupaciones ajenas a lo que es propia y verdaderamente literario y estético. Y esto, naturalmente, es más fácil, o siquiera más asequible, en la cátedra que en el periódico. Del libro nada digo, porque cada día se publican menos de crítica, siendo, generalmente, los que tratan del movimiento literario, ramilletes de artículos de prensa. El libro

de crítica suele pertenecer a la erudición, y versar sobre clásicos...

Aquí elevo otra protesta. Ignoro porqué las colecciones de «clásicos» han de incluir sólo a los escritores antiguos proscribiendo a los modernos. Bueno que no admiran a los vivos; comprendo la razón de esta exclusión; pero, entre los muertos, ¿no existen muchísimos que, figuren o no en las colecciones de «clásicos», son clásicos legítimamente, pues no creo que nadie mantenga hoy el criterio de que sólo es clásico lo ajustado a reglas (así reza el Diccionario), y aun romántico en la lista de los clásicos castellanos?

Un clásico es, en mi entender, el escritor que ha manejado con maestría el idioma, y cuyos escritos pueden servir de modelo y lección a las generaciones venideras perpetuando la tradición nacional. Mirando así Zorrilla, el de la melena en trova, el de la capa luenga, tan clásico es como San Juan el frailecito del inflamado corazón. Y un clásico es D. José María de Pereda, igual que Hurtado de Mendoza. No quiero significar una comparación; un paralelo: lo que digo es que cada generación tiene sus escritores consagrados, y los clásicos no acaban en el preciso instante en que termina el siglo XVIII.

Así con muy buen acuerdo, la «Biblioteca de clásicos castellanos» que publica La Lectura, incluye

en su catálogo al duque de Rivas. El duque de Rivas es el fundador del romanticismo en España; pero es un clásico; y es un clásico (no hay que confundir «ser un clásico» con ser «clásico» porque la tradición y la historia literaria presentarían un vacío, si faltase en ellas el nombre del autor de Don Alvaro o la fuerza del sino.

Todo esto que digo, va en defensa y abono de mi cátedra, porque siempre tuve la convicción de que lo moderno nos interesa tanto, por lo menos como lo que pasó, y lo puramente erudito. Ya sé que en Francia no existe ninguna cátedra similar a la mía. Análogas, pudiera citarse alguna; la literatura contemporánea se ha explicado, es cierto, en muchos colegios y liceos franceses, y en la misma universidad; pero sin rúbrica especial; al arbitrio del profesor. En Alemania tengo entendido que no faltan cátedras del género de la que yo desempeñaré, Dios mediante, el invierno próximo.

Que las cosas se hayan o no hecho en Francia antes que aquí, se me figura que debiera tenernos sin cuidado. Miremos si es conveniente lo que se hace, y no busquemos precedentes.

Al contrario: si pudiésemos adelantarnos a Francia en lo cultural, ¡qué mejor!

Así se lo decía yo a la escritora francesa Mme. Réval, que ha venido a visitarnos. Y ella estaba

conforme, del todo. Reconocía que, en algunos respectos, Francia no es muy progresiva. Yo le recordaba que la bujía, como alumbrado, desapareció en París, después de que nuestras aldehuelas de las provincias poseían luz eléctrica. Y la distinguida escritora me anunciaba que, después de la querra sufriría Francia una evolución notabilísima: un cambio radical. Allá lo veremos. Yo lo espero todo de la agudeza y arte de ingenio de tan bella nación.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

174

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1916.

Cuando en Madrid un espectáculo cae bien, es porque lo patrocina una clase social. No se crea que sólo las altas clases, la crema, patrocinan espectáculos: también la clase media y los elementos populares adoptan algunas producciones, algunos actores, algún género especial predilección. El teatro de la Princesa y el Real, Parish en el verano, son los favoritos de la gente aristocrática; la clase media favorece a Lara, a la Comedia y al Español; el pueblo adora a los artistas del Cómico y del Apolo. Claro que a cada uno de estos teatros concurre toda clase de espectadores. Mi observación se refiere al conjunto.

Pues bien: ahora, lo que ha tomado bajo su protección la gente «chic», es el espectáculo de los

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 21 julio 1916: 5. No recogido.

llamados «bailes rusos», que no son rusos en cuanto a que revisten carácter nacional, sino porque la compañía coreográfica está, por lo visto, compuesta de rusos y rusas, y las bailarinas y danzantes llevan apellidos y nombres de pila con los cuales nos han familiarizado las novelas de Turguenef y Tolstoy.

Desde que se anunció el espectáculo, la aristocracia, no diré precisamente de la sangre, sino más bien de la situación social, lo acogió con curiosidad entusiasta, y llenó el Real, sin que la retrajesen los subidos precios de las localidades. Nadie ignora que, en el momento presente, el país donde hay más dinero para juerga, es España. Y, al olor del metal, acude toda casta de grajos.

La prensa ha agotado, con los bailes rusos, sus calificativos más encomiásticos, y la gente elegante y distinguida se ha abonado, manifestando un entusiasmo que no suele demostrar por lo que al arte puro se refiere. Ha sido una emoción violenta, un sacudimiento de la médula, una electrización repentina. La expresión del éxtasis se ha leído en todos los semblantes, como si se tratase de una revelación.

Cuando ocurren novedades por este estilo, un acontecimiento tan sensacional tengo por costumbre fiarme de mis ojos y de mi propio juicio, y sentarme, sin prevención en pro ni en contra, a estudiar el

espectáculo, comparándolo con otros ya conocidos. Cuando tal hice, en el programa figuraban Cleopatra, El espectro de la rosa, El príncipe Igor y Las sílfides.

Ante todo, se me figura que cuanto se ha escrito estos días acerca de la lección de «mise en scène» que han venido a darnos estos bailes rusos, es injusto y caprichoso. Cierto que el Real, en sus temporadas de ópera, pone en escena, con impropiedad ridícula y mezquindad y descuido incalificables, rayados en falta de respeto al espectador; pero otros escenarios de Madrid y señaladamente la Princesa, con la compañía Gerrero-Mendoza, nada tienen que aprender y a veces pudieran enseñar escenografía a los tan ponderados bailes rusos.

Nótese que estos bailes carecen de maquinaria y transformaciones. En este sentido, el mismo teatro Real montó hace años un «ballet volant», el de Las rosas, en la Damnation de Faust, de efecto más sorprendente que ningún baile ruso.

El llamado El espectro de la rosa, por ejemplo, está presentado con verdaderas deficiencias. El argumento es que una señorita, después de un baile, al recogerse a su casa, se deja caer en un sillón, quedándose dormida después de respirar el perfume de una rosa. Durante su sueño entra un silfo, genio, espectro o diablillo, como se le quiera llamar (aunque

es un bailarín rollizo, de carne y hueso), y danza alrededor de la durmiente, sugiriéndole, no cabe duda, un ensueño de amor. Ella, hipnotizada, baila sin saber lo que hace, al compás voluptuoso de la «Invitación al vals», de Weber. Pero cuando amanece, el genio, después de depositar en la boca de la niña un ósculo, desaparece... ¿cómo diréis? ¿Esfumándose, desvaneciéndose? No, señor: saltando por la ventana, y haciendo una pirueta.

Natural parecía que al silfo o duende amoroso, le envolviese una neblina suave al entrar y al salir. Tiene que ser algo vago, indeterminado, una verdadera aparición, en suma. Y no le es sino cosa muy material y concreta. Para «espectro», no apruebo este modo de presentarse.

En este y en otros números del programa, nada veo en los bailes rusos que vaya más allá de los muchos bailes y poemas coreográficos, que, desde el nacimiento de la ópera, y especialmente desde el romanticismo, han subido a escena en las capitales de Europa. Acaso no llegue al esplendor de las grandes «féeries» del Châtelet. Yo recuerdo en este teatro (y hace años ya que salían hortalizas como personajes, y eran encantadores grupos de brecoleras, zanahorias, remolachas y lechugas, vestidas con lujo portentoso y supremo arte. Todo auxiliado por juegos de luz que

deslumbraban, y maquinaria poderosísima. Nada semejante puedo decir de los bailes rusos, y no creo que Las sílfides, verbigracia, le pongan la ceniza en la frente a los bailes románticos que se llamaban Gisela y Las Willis.

Mayor originalidad encuentro en dos números: Cleopatra, y El príncipe Igor. Examinemos el valor de esta originalidad.

El príncipe Igor es, o quiere ser un cuadro de costumbres tártaras. Parece desarrollarse la acción en un campamento, y la danza tiene carácter guerrero. Los danzarines, vestidos no sé si con propiedad, pero de un modo pintoresco, y caracterizados lo mismo, están bien de color.

En cambio el decorado, del cual tantas alabanzas se han hecho, es infantil, y pudiera compararse aquella serie de tiendas, a una hilada de colosales pimientos morrones. En cuanto al baile, es furioso. Lo extraño del espectáculo consiste principalmente en ese desate de energía muscular, esos prodigiosos saltos, esos zapateados rápidos, ese frenesí de movimiento. Tampoco sé si bailarán así las tribus mogolas, pero el efecto es curioso, y nuevo además, si bien con carácter de número de circo.

Y vamos a Cleopatra, lo más fuerte del espectáculo.

Hay en Cleopatra una reconstrucción bastante estudiada e intensa de una época, de una civilización y de una figura histórica, aunque la reina de Egipto acaso no se pareciese a esa figura sugestiva que nos presentan, envuelta en velos, vendada como para el sepulcro, y aun en medio del extravío amoroso, hierática y rígida, como las esfinges de rosado pórfido, cuyas líneas no se descomponen jamás. La actriz que encarna a Cleopatra, es de la más pura raza caucásica, y Cleopatra sería una gitana, de obscura tez. Pero, indicadas estas dudas, que yo no apuntaría si no se nos hubiese afirmado que los bailes rusos son la perfección, diré que la serie de cuadros del bailable es muy hermosa, y concebida con plasticidad extraordinaria. Salvo el detalle (ignoro en qué jeroglífico se fundará) del juego de ojos del gran Sacerdote, semejante al de las muñecas dormilonas, hay allí color, forma y vida para transportarnos a un Egipto (relativamente moderno); del reinado de Octavio o de Julio César).

Mientras se desarrollaban las escenas del drama romántico que forma el asunto de Cleopatra yo pensaba en la transformación de las costumbres, y en lo ilógico de las manifestaciones colectivas. Lejos de mí la idea de que el recato haya desaparecido completamente; pero hay en él intermitencias. Cuando Fernando Díaz de

Mendoza tuvo que retirar del cartel El castigo sin venganza, nuestra Fedra, porque el recato se alarmaba, confieso que me indigné, y me pareció eso del recato, entendido así, cosa de beocios. Y ahora pregunto ¿cómo cabe alarmarse ante la admirable tragedia, y no pestañear ante Cleopatra?

Siempre me inclino hacia el lado del arte, y lo perdono todo, si el arte sale vencedor. Lo que no tengo, son dos medidas, una para lo que viene de fuera, y otra para lo de casa, para lo que aquí ha nacido y aquí se desenvuelve.

En el bailable dramático que acabo de presenciar, los actores salen... ¿cómo lo insinuaré?, bastante ligeros de ropa. Las actrices no tanto. Los actores, como no llevan mallas, lucen de un modo escultórico la musculosa anatomía. A lo sucinto de los ropajes, corresponde la viveza de las actitudes.

Al estrenarse en este mismo teatro la ópera Mefistófeles, la escena de amor entre Fausto y Elena, en el acto de la Noche clásica (y era tortas y pan pintado en comparación de la de Amoun y la reina de Egipto) ocasionó muchas protestas, y hubo que aguar el vino, hasta dejarla convertida en algo inofensivo y moral. Lo de Cleopatra es, más que atrevido, temerario. Y nadie chistó. Vaya usted a pedir consecuencia y fijeza de opiniones a las multitudes, lo mismo a las de frac que a las de blusa.

Además, es preciso convenir en que Cleopatra, sin la consabida escena, sin la bacanal que le sirve de fondo, perdería todo su realce. No es mi ánimo rebajar el mérito de los bailes rusos. Unicamente trato de poner en su punto el a mi ver axagerado entusiasmo que despiertan, acaso sin más razón que su aparente novedad y su real extranjería. Me sumo al parecer de una de sus encomiastas, cuando reconoce que se trata de un cuerpo de baile, como todos los cuerpos de baile que en el mundo han sido, los cuales tienen un origen francés. En efecto, en este espectáculo se reunen elementos modernistas, decadentistas y neorrománticos, con los más candorosos y ya venerables del faldellín de tul, la malla color rosa, el trenzado de punta y los «pas-de-deux». Es interesante desde el punto de vista plástico y coreográfico, aunque jamás reconoceré que pueda ser tan artístico como un drama de Shakespeare o una ópera de Wagner; y si hago esta aclaración, es porque aquí todo se exagera, y nos han dicho que no cabe cima del arte tan elevada, y que el mismo Wagner no hizo sino trazar la ruta de este espectáculo, en sus mejores creaciones. No: ni la poesía, ni la música, ni ambas reunidas, como en Parsifal o Sigfrido, pueden ceder el paso a estos bailables, que dejan una impresión mixta de cinematógrafo, acrobatismo y pantomima, aunque presenten bellos cuadros y reconstruyan eternamente algo de lo arqueológico.

Ya sé que, en este momento, la gente está embelesada con los bailes rusos. Así como pasábamos por afectados y pedantes los que desde el primer momento ensalzamos las óperas de Wagner, pasaríamos ahora por «acéfalos incipientes» si insistiésemos en que el decorado es menos que mediano, la escenografía incompleta, los bailarines del sexo feo algo empalagosos y «vieux jeu» en muchos aspectos, y las obras no todas admisibles en el teatro y en que tanto abundan las damas, empezando por las de la corte. Todos estos defectillos no impiden que haya habido momentos en que los bailes rusos evocaran la historia imaginada, pero que ya a fuerza de imaginaria ha venido a ser semirreal, y que nos impresione esa Cleopatra traída a lomos de esclavos, en cerrada litera, envuelta en los elegantes velos de la diosa Isis, y cuyas posturas y ademanes están también impregnados de misterio cruel y sensual.

Todo esto, en el fondo, no es más que literatura... ¡Oh, qué fuerza, la literatura! Literatura novelesca y francesa: algo que pertenece a mi asignatura en la universidad...

Y todo esto nos llega a través de <u>La novela de una momia</u> de <u>Salambó</u> especialmente. El rostro de Salambó es bien profundo, bien imborrable. De él nacieron infinitas obras de arte en la pintura, en la escultura,

en el drama, en la música, ahora en el baile. Salomé también procede de Salambó. Los antiguos cultos tenían un carácter de crueldad y maleficio, que se agudizaba en la mujer, sacerdotisa, reina, princesa. Así, Salambó, después de sus horribles nupcias con el Pitón, llevará a la muerte más espantosa al desdichado que la ama: Cleopatra (la verdadera), será causa del trágico fin de Marco Antonio, al que veía en sus ojos un inmenso mar donde se desbandan y huyen las galeras de combate; y la del bailable hará morir de veneno al que un instante logró su caricia; y Salomé hará degollar al justo que no ha querido ceder a su capricho violento y rápido como el rayo; y es siempre la misma tesis: la mujer perdiendo al hombre que la ama, mientras en nuestro culto religioso, la mujer, la Virgen, redime, protege, consuela, sonríe, perdona...

No en balde se ha dicho que era el demonio quien inspiraba a esas viejas religiones, aun a la egipcia, que no fue de las más crueles y sanguinarias; como que hay historiadores que afirman que ignoró los sacrificios humanos; y, en efecto, ni en sus pinturas, ni en sus monumentos, se ha encontrado rastro de este atroz rito, en otros puntos del orbe tan extendido y practicado.

En esto pensaba yo, mientras desfilaban con sus sistros y arpas los músicos de la reina de Egipto, y

ella se extendía, enigmática, yerta, sobre el tapiz y tálamo de sus momentáneos desposorios con el fornido querrero...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

175

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1916.

El acontecimiento intelectual de Madrid, en estos días, es la visita que nos han hecho algunos profesores franceses, y señaladamente el filósofo Bergson, dando varias conferencias en diferentes locales, siendo muy agasajados, y exteriorizándose con tal motivo las simpatías que a Francia tributan los españoles aficionados a letras y ciencias.

Con Bergson, vienen el historiador Imbert de Latour, el doctor Edmundo Perier, presidente de la Academia de ciencias de París, y el Sr. Vildor, que hoy hablará en el Ateneo acerca de Massenet.

Fui quizás de las primeras personas que conversaron con estos señores en el almuerzo que dio en su honor el embajador de Francia. Y quedé sorprendida

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 27 julio 1916: 5. No recogido.

de lo exiguo de la figura de Bergson, que casi puede llamarse inmaterial. Si un maestro de la filosofía espiritualista tuviese que elegir envoltura física en que realizar su paso por el mundo, sin duda, no pudiera escoger ninguna más adecuada y característica que el leve cuerpecillo y reducida y ascética fisonomía de Bergson.

Me contaba Imbert de Latour que, durante el trayecto de París a Madrid, Bergson no probó alimento y sus compañeros de viaje, en broma, le decían que era tanto lo que iba consumiéndose, que llegaría a quedarse como los querubines, con sólo una cabeza y dos alas, no pudiendo sentarse, por no tener con qué.

De Bergson se hablaba en España, siempre que salían a relucir las nuevas direcciones del pensamiento francés. Ha venido precedida de alto renombre y su tendencia filosófica ha llegado a tiempo, cuando el materialismo de laboratorio decaía en todas partes, y las corrientes literarias, igualmente se acentuaban en sentido idealista. No era, sin embargo Bergson, ni aun aquí, doblón de a ocho, y no faltaba quien le calificase de «conferenciante para señoras».

Yo no soy aficionada a estudios filosóficos. Mejor dicho: yo soy aficionada a todo género de estudios; pero no tengo tiempo para cultivar estas mis aficiones complejas y variadas. En la intelectualidad

contemporánea, le concedo mayor lugar a la alta crítica que a la filosfía propiamente dicha. Hubo periódicos en que la filosofía fue la más intensa labor mental humana: ese tiempo ha pasado. Prefiero la crítica a la filosofía, por creerla más adecuada al período actual.

Dediqué, sin embargo, un año de mi vida a una tarea que siempre es útil, y además proporciona un baño de cultura, indispensable hasta para el conocimiento de las letras. Durante ese año no leí sino filósofos, empezando por los griegos, (¡cómo me gustó La Política, de Aristóteles! y siguiendo por Espinosa, Leibnitz, Descartes, los de la Enciclopedia, y al mismo tiempo, los alemanes, entre los cuales Kant me impresionó y releí sus Críticas (cosa que no hice con Hegel).

Más recientemente, no era posible que dejase de saludar a Schopenhauer, y después a Nietzsche. Pero estas lecturas las creo del orden estético, más bien que del filosófico; sobre todo la del último. Y todo ello no impide que, como he dicho al principio, me declare lega en estas materias tan arduas y trascendentales.

Me figuro que en mi caso estaría la mayor parte del auditorio que en el Ateneo escuchó a Bergson con atención religiosa. Hora y cuarto duró la conferencia sobre «El alma humana» y nadie se distrajo un punto. Hasta contenían la respiración. Estuvieron como en

misa. Y muchos se encontraban incómodos, de pie, por falta de asiento, en aquel lleno hasta los topes.

Bergson, empezó afirmando que la filosofía no sólo no es una abstracción sino que tiene afinidad con el arte, y que el filósofo debe hablar con tal claridad que le entienda el menos entendedor. Y, cuando el ilustre conferenciante hubo terminado su disertación, pensaba yo que en efecto tenía el don de hacerse entender, y de presentar las ideas vestidas o veladas con un ropaje traslúcido. Para explicar cómo se diferencia la voluntad de la fatalidad material, empleó un gracioso ejemplo. Un eclipse de sol, previsto por los astrónomos, tiene que producirse, sin remedio a determinada hora, en determinadas condiciones. Pero no sucedería así si la luna pudiese libremente realizar la intención de jugarles una broma a los sabios, no interponiéndose en aquel momento dado entre el sol y nuestro planeta. La materia es esclava, nosotros no. Contra la fatalidad está nuestro albedrío. Esta misma doctrina la demostró Calderón en <u>La vida es sueño</u>, y la predicó el autor de la <u>Sergas de Esplandian</u>, y la practicó, del modo más heroico don Quijote de la Mancha.

Entiende el Sr. Bergson que si la ciencia estudia lo externo, la materia, la filosofía, se consagra a escudriñar lo interno, el alma de los hombres. Igual

pretensión ha tenido la novela. Recuérdese que hay algún novelista, como Stendhal, que es un puro intuitivista. El propio Zola, y le nombro por lo mismo que no parece del caso, alardeaba de conocer, por lo externo, lo interno. Hay que notar que Zola era un materialista determinista. Sin embargo, con todo lo crudo y simplista de su doctrina, algo de estudio de «interiores» psicológicos hay en su obra. No ignoramos hasta donde extremó este estudio Balzac. Bourget lo erigió en escuela, apoyándose en la filosofía de un judío español, Benito de Espinosa.

Quizá, para el conocimiento del alma humana, aporta más documentos la novela que la propia filosofía. Y perdónese esta afirmación, lícita en la patria de Don Quijote, libro que está por todas partes lleno de alma.

Bergson quiso destruir uno de los baluartes del materialismo, estableciendo la independencia del alma, con relación al cerebro. Bien quisiera proclamar esta independencia; creo firmemente en la libertad del espíritu; pero he observado, y la observación es elemental, que no siendo el espíritu la misma cosa que la función cerebral, depende de ella de un modo continuo. El espíritu del niño lo condiciona su cerebro infantil, y el del viejo va perdiendo vigor, al declinar o entorpecerse la función de su cerebro, al

desgaste de los años. Cualquiera puede notar también--y Bergson hizo a ello referencia--que una cantidad de alcohol nubla instantáneamente el espíritu. La ruptura de un pequeño vaso del cerebro puede bastar para que en el acto se interrumpa o cese su actividad, y con ella la del espíritu. No confundamos al cerebro con el alma, no; pero que sostengamos su independencia, durante la vida mortal, no me parece posible.

El espiritualismo de Bergson no le permite afirmar categóricamente la supervivencia e inmortalidad del alma humana. En esto es un heterodoxo. He aquí una de las cosas que me inquietan, en el desenvolvimiento del idealismo contemporáneo. Para los efectos espiritualistas, un idealismo que no profesa abiertamente la supervivencia del alma es un materialismo con guante blanco. La filosofía duda del alma inmortal, y yo dudo, y hasta me atrevo a decir que descreo, de la filosofía. O mejor dicho, no hay para mí más filosofía que aquella iluminada por el amor, que concibieron los místicos y los doctores franciscanos. Son los demás sistemas filosóficos bellas concepciones de la mente; es blasón humano buscar la verdad y la certidumbre por todos los caminos hasta por los que nunca condujeron a ella: que la hayan encontrado, sería difícil de afirmar; y sólo por la fe, por el impulso íntimo del sentimiento, adquirimos esa convicción sublime.

Sostuvo Bergson que el fondo del espíritu francés, y del latino en general, es el idealismo. Esto también podría ser objeto de discusión, pero yo no tengo autoridad alguna que me permita discutir las aseveraciones de una persona como el Sr. Bergson, y aun cuando nadie lo ignora, me apresuro a confesarlo. Hay algo de su peroración en el Ateneo, en que estaríamos acordes: tratábase del resurgimiento de Francia. No fue sólo obra de la guerra, aunque la guerra haya desarrollado lo que llamó Bergson «el inmenso espíritu de sacrificio, del cual es difícil dar idea». La transformación de Francia revela energías que estaban ocultas, es decir, descubre el verdadero modo de ser de ese pueblo, que vivía disfrazado con ropaje de Arlequín. Esto no lo dijo Bergson: lo dijo quien esto escribe, por cierto mucho antes de la guerra, repitiendo, en todos los tonos y en todas partes, que Francia no era lo que parecía, no era la epidermis del bulevar. Quizá donde mejor expresé este convencimiento, en mí tan antiguo, fue en un cuento, que publiqué en <u>El Imparcial</u>, recogí luego en libro y titulé «**En Babilonia**». Si alguien lo recordase por casualidad, comprendería cuán persuadida estaba yo de que, bajo la careta de libertinaje que cubría la verdadera cara de París, se recataba esta cara honrada, natural, embellecida por la sensibilidad y la abnegación.

Y con esto dejo afirmado que la transformación de Francia no me sorprende, puesto que no veía yo a Francia con los ojos de la gente superficial, a quien engañan la apariencia y los vanos ruidos. Francia había conservado muchas fuerzas del ánimo, y entre ellas un férvido patriotismo, que es la virtud capital de las naciones. Guardaba como oro en paño ese patriotismo, aleccionado ya por los tristes sucesos de la primera guerra y dispuesto a que no se repitiesen, a que en el momento supremo unida estuviese Francia ante el enemigo. En tiempo de paz pudieron sugir escepticismos y paradojas, negarse el dogma de la patria, hasta sonreír con ironía de quienes lo profesasen; pero la sonrisa, la paradoja, la ironía, el mordaz ingenio, cosas muy francesas son, y en ellas se afirmaba la nacionalidad, pues lo que nos distingue de otras naciones nos nacionaliza poderosamente.

Bergson aludió, con rapidez, a la filosofía española. Lo hizo manifestando el para nosotros halagüeño convencimiento de que tenemos filosofía, de que no nos ha faltado esa disciplina mental. Sospecho, sin embargo, que el eminente pensador no estaba de ello enteramente convencido. Y me fundo en que no alegó más prueba de su tesis que nuestro misticismo, o, por mejor decir, nuestros místicos. Ciertamente que los místicos (y las místicas, como Santa Teresa y la Venerable de

Agreda) constituyen un aspecto magnífico de nuestra filosofía; pero unido a otros muchos, también gloriosos. Hemos tenido grandes filósofos, desde Séneca hasta nuestros días. Figuran en la lista hebreos españoles, árabes españoles, genios de la Edad Media, como Lulio; del Renacimiento, como Vives, y la cadena llega hasta nuestros días, con Balmes y el marqués de Valdegamas, siendo movimientos filosóficos de importancia el krausismo y el tomismo, y un original pensador Campoamor el poeta. ¡Oh, si Campoamor hubiese nacido en Francia!

No hemos sido estériles tampoco en eso. Se ha apurado la materia, en polémicas famosas, en que actuaron de vindicadores nuestros Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Gumersindo Laverde, España tuvo su filosofía, y por cierto con caracteres muy nacionales, lo cual es un mérito más.

He hablado de la primer conferencia de Bergson; quehaceres que no puedo aplazar me impiden asistir a la segunda, donde me figuro que completará la explicación de su sistema. Se le escuchará con admiración: es imposible hablar con mayor diafanidad, ni pronunciar y construir el francés de un modo más perfecto. Oyendo a este eminente profesor, se comprende su fama.

Nos hemos congratulado de la venida a Madrid de estos intelectuales franceses. No nos habíamos

decidido, en el Ateneo, a invitar a Mauricio Barrés a una conferencia, por saber que el criterio del gobierno era evitar todo lo que pareciese peligroso para la delicada tela de la neutralidad. La misión de universitarios que hoy nos visita procedió, según entiendo, espontáneamente: nuestra responsabilidad está a salvo, y podemos disfrutar sin temor del placer de conocerles y escucharles.

Vienen porque, en los momentos que atravesamos Francia quiere acercarse a España. Y no sólo en los momentos que atravesamos; esta tendencia, como la del renacimiento patriótico es más antigua. A ella obedeció la fundación del Instituto Francés en la calle del Marqués de la Ensenada, y el establecimiento del intercambio de cultura, que ha dado muy sazonados frutos. Los que queremos a Francia, frecuentamos el Instituto, asistimos a sus lecciones y conferencias y estamos en incesante contacto con él. Al frente del Instituto está ahora Pierre Paris, que ha perdido dos hijos en la guerra, y que me presentó al tercero, cojo de una herida reciente. Nos hallábamos en el restaurant Tournié, en cuyo salón de fiestas nos agasajaban los amigos franceses y la recepción tenía aspecto normal, reinando cordial buen humor, hasta en el discurso de Merimée, que maneja el castellano de un modo magistral, y nos hizo reír contándonos el

desarrollo de la afición torera en el Mediodía de Francia. Pero acabó por decirnos cómo ahora los mozos gascones que soñaban con hacer competencia a nuestros «fenómenos» estaban luchando en las trincheras; y el comentario de sus palabras era aquel muchacho inválido con su palidez peculiar de convaleciente. Su figura decía: «La hora es trágica...» Sin embargo, la consigna era; «No quejarse, no quejarse... Aunque perdáis las piernas, los ojos, la vida... silencio y resistir».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

176

CRONICA DE ESPAÑA

A PROPOSITO DE UN ROBO*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1916.

En Madrid se ha cometido un robo audaz, escandaloso, y, en los primeros momentos, afortunado. Supo la gente, con indignada sorpresa, que en un establecimiento de compraventa, vulgo casa de empeños, de la calle del Clavel, una partida de apaches, traídos directamente del extranjero, de las mejores marcas internacionales, había desvalijado el escaparate, repleto de joyas magníficas, y asesinado, poco menos, al dependiente, muchacho como de diez y siete años, y esto a la luz del día, actuando de un modo rápido y seguro.

Lo primero que exclamó el público, al enterarse del atrevido golpe de mano, fue algo semejante a esto: «Vamos, ya están en Madrid: ya nos hemos colocado a la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 agosto 1916: 6-7. No recogido.

altura de París... La civilización corrompida nos ofrece sus envenenados frutos. Es lo que nos faltaba. De hoy más, veremos películas en acción todos los días.

Me detuve un momento a pensar sobre el caso, y me pareció recordar algunos otros robos de marca nacional, quen en cuanto a osadía, decisión y, sello cinematográfico, no le van en zaga al de la calle del Clavel. El de la calle Preciados, en que fue saqueada una joyería, desapareciendo los ladrones por una alcantarilla como si se los hubiese tragado la tierra, se me figuró todavía más sorprendente y escénico. Y no digamos nada de aquella tentativa que estuvo a pique de verse coronada por el más feliz resultado: la mina y galerías abiertas para asaltar las cajas de caudales del Banco de Barcelona.

Con todo el respeto que merecen los adelantos, en cualquier terreno que se realicen, diré que los apaches, autores del atentado de la calle del Clavel, en ciertos respectos, más bien parecen novicios que veteranos del crimen. En vez de estrangular, hirieron con efusión de sangre. La sangre es muy delatora. Mancha y deja huellas. Y además--colóquese el lector, yo se le ruego, no en su punto de vista honrado y humano, sino en el de un apache en funciones--cuando se apuñala, o se esgrime el estilete, hay que acertar. Si no, deja un testigo, que reconoce, declara en contra, y

hasta agrava los cargos, movido por la natural ira que la agresión le produce. Ni fueron certeros, ni fueron hábiles los apaches de la calle del Clavel.

Tampoco supieron disfrazarse, mudar de aspecto y de fisonomía, ocultar bien su botín, huir de un modo que no despertase recelos. Y cuenta que eran, según parece resultar, más de cuarenta en la gavilla, en la cual hay, hombres de muy diversos oficios, y mujeres de muy diversa vida, aunque generalmente coinciden en lo de «no sancta». Cuarenta desalmados, amén de inteligentes--a mí no me lo parecen mucho, ¡qué diablo!--asociándose para saquear una joyería y quitar de en medio a un pobre muchachito sin armas, indefenso, no realizan una fazaña tal, que achique a las de nuestros profesionales de la ganzúa y el trabuco. Para ese viaje, pocas alforjas habrán necesitado los apaches, empujados hacia nosotros por los eventos y salpicaduras de la guerra.

Voy también a votar en contra de la opinión general en lo que respecta a la conducta del muchacho «pinchado» por los bandidos, y que, afortunadamente salvará y curará. Este cuitado es verdaderamente responsable de toda la desgracia. El robo se cometió en domingo, y en tal día y los demás festivos, hay la costumbre de cerrar los establecimientos, dejando el escaparate a la vista. Como el domingo en Madrid, la

gente se echa a callejear en son de fiesta y holgorio, la contemplación de los escaparates, que es siempre una diversión predilecta del madrileño (aunque vaya de prisa a alguna parte, caso muy insólito) es más detenida y golosa. El escaparate del domingo sirve de reclamo para toda la semana. El de la casa de empeño estaba, pues, a la vista, y lo guardaba el dependiente, que sentado detrás de la persiana de hierro, leía tranquilamente una novela, no sé si de aventuras policiacas, o de lances eróticos. Le habían dado la consigna de no abrir a nadie, bajo pretexto alguno. Y esta consigna, la infringió. Abrió a los apaches, aun no bien, para decirles que no podía dejarlos entrar, alegaron un motivo que no se tenía de pie: el de telefonear desde allí. Pudo el dependiente limitarse a decirles: «Telefoneen ustedes desde el café de enfrente, señores míos. Tengo orden de no abrir, y la cumplo».

Pero ¡cumplir una orden! ¡No es moco de pavo! ¡Cumplir una orden en nuestra patria! Pues si lo que se ordena se cumpliese al pie de la letra, ¿dónde habría Jauja comparable a la bella península?

Yo entiendo que no reviste gran importancia social el desafuero de los apaches, que me dicta esta crónica. Se reprimió fácilmente, se les buscó: han caído en el garlito, y supongo que no menudearán hechos

análogos. En cambio, me parece de suma trascendencia la incesante indisciplina que se revela en el incumplimiento de las órdenes, por los que de sujetarse a ellas tienen el encargo.

Casi es la excepción el que se obedezca, y fenómeno raro las personas de quienes se puede decir con seguridad que sin arbitrarias interpretaciones, harán lo que se les mande. No se obedece a la ley: la vemos incesantemente infringida. No se obedecen los mandatos e instrucciones de los superiores, en cualquier terreno que sea. La tendencia anárquica de la raza, el individualismo (no profesado como doctrina, sino afirmado como instinto libre), impide, o impedirá, sólo Dios sabe por cuántos siglos, progresos que se realizan como insensiblemente en otras naciones. Ello será triste y penoso, puede que sí; pero, queriendo organización--y acaso sea ésta de organizarse la aspiración latente más honda que hoy nos acucia--es preciso obedecer.

Hasta lo que parece la negación del orden las revoluciones y su prole, las huelgas coactivas, han necesitado basarse en una organización, doblemente apretada y enérgica que las restantes, y a este desorden deben su fuerza; hasta diré que no tienen otra.

No es necesario buscar ejemplos de disciplina en los cuarteles; pueden ofrecerlos más convincentes, si

cabe, las uniones obreras. ¡Quién sabe si en ellas aprenderá la virtud de la obediencia esta raza que lleva la indisciplina en la masa de la sangre, desde el tiempo en que la capitaneaban régulos y combatía tan pronto con los romanos como con los cartagineses.

Me dirán que me remonto demasiado, a propósito de un descuido de portera, de un hecho sin trascendencia alguna, insisto en que si fuese aislado, no merecería la pena de hacerse cargo de él. Lo general del síntoma es lo alarmente. A cada momento podemos comprobar sucesos parecidos. Creo que en las ordenanzas militares (no las tengo a la vista) hay un párrafo que reza, sobre poco más o menos: «El que tenga que hacer una cosa, la hará». ¡Laconismo admirable! Si los que tienen que hacer las cosas las hiciesen, estaríamos, quizás, a la cabeza de los pueblos de Europa.

Sin salir del círculo reducido de nuestra casa, a cada minuto comprobamos que ni hacen las cosas quienes tienen que hacerlas, ni orden alguna se cumple de un modo estricto y constante. Caen inmediatamente en desuso las buenas prácticas, las necesarias precauciones, los hábitos de cultura y pulcritud, a menos que ejerzáis una vigilancia fatigosa, y sobre todo si os ausentáis algún tiempo, a vuestra vuelta ya no hay nada en su sitio, ni labor realizada, ni títere con cabeza.

Los guardias, los agentes, los defensores en quienes fiamos, están educados en este mismo ambiente social de antojo individuales, de que se me da a mí, y, capaces de otras abnegaciones, no tienen la de obedecer a rajatabla las disposiciones, malas o buenas a que tienen que sujetarse y sujetar a los demás. Este modo de ser ha inspirado tantos chistes a los autores cómicos, tantas caricaturas a los ironistas del lápiz, tantas agudezas al pueblo, tantas diatribas a algunos funcionarios celosos, «rara avis», que parecería excusado insistir en demostrar su realidad, si no sucediese que en lo diario y habitual es a veces en lo que menos se repara. Insignificantes incidentes y descuidos, no llaman la atención, por lo mismo que son el pan nuestro. Es necesario que vengan de París unos apaches elegantes, que arrebaten cuanto encuentran en una tienda, habiendo conseguido el ingreso a ella por inobediencia del encargado de guardarla, que a este encargado le mechen a estocadas, para que acuda a los labios la reflexión:

--¿Pero ha visto Vd.? ¡Ese chico que no le encargan otra cosa que no abrir, y abre, en cuanto le dicen cuatro tonterías!

En el servicio doméstico, excelente campo de experimentación de psicología, se observa esto mismo: el influjo decisivo de los de afuera, del primero que

pasa, sobre la orden recibida y la consigna terminante. Como toda persona ocupada, yo tengo a veces que aislarme y no recibir visitas, y no hay nada tan difícil como lograr que un sirviente se avenga a despedir a los visitantes. Tiene que ser ya algo ducho y viejo en el oficio, para que aprenda a decir respetuosamente:

--La señora no esta en casa.

--¿A qué hora se la encontrará? suele preguntar el interesado.

Y el sirviente será muy experto, y estará perfectamente amaestrado, si responde:

--La señora no nos dice a qué hora vuelve... No podemos informar de eso al señor.

Amaestrado y todo, el sirviente necesita ir a contrapelo de su instinto para «negar» a sus amos. Por su gusto, abría de par en par, como abrió, de cierto experimentando íntimo goce, el dependiente de la calle del Clavel. La sirviente tiene criterio, sus sentimientos, sus principios de humanidad: por qué, vamos a ver, no ha de recibir a todo el mundo el señor o la señora?

¿Por qué le han de obligar a él, al servidor, a cometer la falta de amabilidad de no franquear esa puerta que casi no debiera existir, o al menos no debiera cerrarse? En los pueblos, nadie cierra durante

el día. ¿Por qué aquella fraternidad pueblerina o lugareña no ha de regir en Madrid, y ha de ser necesario presentar cara de palo a personas tan respetables como el sacerdote que alega para que lo reciban haber nacido aquí o acullá, o el señor del raído levitón, de aire tan digno, o la señora agraciada, que casi con lágrimas en los ojos solicita explicar personalmente un asunto de la mayor entidad?

No pueden avenirse los sirvientes a estas descortesías. Quisieran proteger a los solicitantes, hasta a los sablistas, porque cuando no cuesta ni molestia ni dinero, es común sentirse generoso y lleno de caridad. Yo, al menos, atribuyo a tales sentimientos, de origen muy noble, la innata predisposición de todo sirviente a meteros en vuestra casa la calle. Verdad que debemos considerar el reverso de la medalla. Tanto como se suele encargar que no den acceso, se les encomienda la mayor consideración y finura en la forma de despachar. Y, siendo el carácter ibérico, (solía decir Francisco Giner) algo sin penumbra, algo que no conoce gradación de la sombra a la luz, el sirviente (que por su gusto no despediría a nadie) si se ve compelido por instrucciones concretas y terminantes a hacerlo, lo hará, en las nueve décimas partes de los casos, con sequedad, dureza y hasta violencia de expresión, todo lo contrario de lo que vosotros desearíais.

Son detalles domésticos, que a nadie importan, claro; no obstante, lo doméstico es también, y muy principalmente, cosa social, y hasta cultural, y hasta sociológica. Lo que sucede en las casas es fiel reflejo del ambiente general, siendo, al par, origen de ese mismo ambiente. Me ha parecido siempre un triste problema el que, en España, gran parte de la alta domesticidad venga del extranjero. Institutrices, primeras doncellas, «nurses»--ya lo dice el nombre--ayas y ayos, cocineros y cocineras, etc., de fuera se traen. No lo lamento, sino en el concepto de que se deba a falta de personal español capaz y apto. estoy enteramente segura de que españoles y españolas son tan inteligentes, por no decir más, que los extranjeros. ¿Qué les falta? Probablemente, la peculiar disciplina de la domesticidad. No consiste ésta en humillarse, en ser autómatas. Requiere dos cosas: conocimiento suficiente de la profesión y voluntad de cumplir el deber profesional. La taza de té, bien servida y a la misma hora, los libros en hilada, los chismes de tocador en fila. Naderías del «confort» a que nos vamos habituando.

He aquí la sugestión del dramita cinematográfico de la calle del Clavel.

¡Ojalá que la lección sirva para despabilar el seso a tanto babieca como se ve detrás de los

mostradores! Acuérdate de desconfiar, que dijo el sabio. acuérdate de obedecer, dice sencillamente la honrada conciencia. Si te confían un puesto, guárdalo perrunamente. No basta ser honrado en la intención; no basta no ser un apache; hay que no dejarse engañar por ellos. Y el apache que engaña se cree superior al mísero engañado. Y acaso lo es, como lo era la serpiente del Paraíso a nuestros primeros padres, a quienes no les bastó, para su excusa, alegar que les había embaucado el oficio.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

177

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1916.

No es enteramente de España esta crónica. Hace tiempo que deseo escribirla. No ha mucho, sin embargo, porque se trata de un fallecimiento reciente. El eco del suceso se ha perdido entre el estruendo de los cañones. Ya nadie se acuerda, ni aquí ni allá, de los escritores que, antes del conflicto, eran conocidos más acá del Pirineo.

Y, sin duda, traspasó la valla la nombradía de Lemaitre. Al menos, en lo que se ha convenido en llamar círculos intelectuales, se le leía. Puesto que he dicho «círculos intelectuales», séame permitida una breve digresión. De este adjetivo, ya substantivo, se abusa un poco, por no decir mucho, en esta época babosa, dándole patente de intelectual al primero que llega; y, si no al primero, a todo el que adopta cierta posición seria y entonada, que puede engañar a primera

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 10 septiempre 1916: 6. No recogido.

vista. Se confunde el género de ocupaciones a que una persona se dedica, o afecta dedicarles, con la calidad especial de su mente y de su alma. Yo creo que para llamarse intelectual no basta frecuentar los corrillos doctos, ni ojear revistas, ni tomar notas, ni derramar en algún artículo o «ensayo» lo que se absorbe y asimila. El intelectual (aquí el gran maestro Pero Grullo) ha menester, ante todo, inteligencia. Una inteligencia fecundizada por el estudio, y no viciada y torcida por él; una inteligencia que domine a la sensibilidad sin suprimirla, y que perciba delicadamente lo bello y lo exprese en forma literaria. Es decir, que no hay más verdaderos intelectuales que los grandes críticos. Críticos de literatura, de ciencia, de arte, de historia; pero críticos, en toda la fuerza de la palabra.

Lemaitre fue un gran crítico. ¿Se puede ser crítico sin criterio? Hubo quien le lanzó esta interrogación a la cara. ¿Qué se entiende por criterio? Habría que preguntar igualmente, con aquella duda, tan humana, de Pilatos, cuando murmuró, en ocasión solemnísima para el género humano: «¿Qué es la verdad?»

Nunca habló Lemaitre en nombre de esa verdad incierta. Le parecía más positivo lo que encontraba en sí mismo; estaba más seguro de sus juicios que de sus

impresiones, y habiendo sido el escritor menos tocado de romanticismo (muchos de su generación y de la que vino después lo estaban, profundamente) en tal sentido, procedió como un lírico que afirma su «yo» ante la belleza.

Cultivó Lemaitre varios géneros: la poesía, el cuento, la novela, el teatro; pero, o me engaño mucho, o lo que ha de sobrevivirle, será su crítica, ondulante, graciosa, insinuante, espontánea, amenísima, en la cual dio vado a su verdadera originalidad. Pueden enumerarse sus cualidades: lo imposible es precisar en qué consiste su encanto, la magia de esa docena de volúmenes en que ha narrado sus impresiones, con tan gentil facilidad, pero sin diluirlas nunca.

Su filosofía es la de un desengañado... que no ha sido engañado jamás. El desengaño fue, en la crisis romántica, y siempre, la musa inspiradora de infinitos versos, novelas, confesiones y lamentaciones; el hombre entra en la vida con un surtido completo de ilusiones férvidas; las pierde, y luego se queja amargamente, no acierta a consolarse. Su queja vale, artísticamente hablando, cuanto vale el que la exhala; porque, sobre poco más o menos, todos los hombres sienten lo mismo, sólo que la inmensa mayoría hará mejor en callarse. Lemaitre se diría que no sufrió el desengaño material, el de los hechos; y así, los matices de esceptismo y

pesimismo que hay en su literatura, al parecer no tienen más origen que la serena contemplación del espectáculo del mundo. De esta serenidad y este equilibrio se origina el único exclusivismo, la única deficiencia de comprensión que encontraríamos en Lemaitre: su antipatía hacia los escritores cuando son apasionados, místicos, fanáticos, violentos o locos. Es decir, que para la sensibilidad artística de Lemaitre hay un límite, una frontera. Y le veréis juzgar, no diré severamente--el adverbio no es muy adecuado a Lemaitre--pero con ceño ligeramente fruncido, los accesos de «septentriomanía» (les llama así) que padece Francia. Las literaturas del norte se le han colado en casa, una vez más. Ya los germanos la habían dominado, con madama de Staël, y los escoceses con el falso Osián, y los ingleses con Walter Scott, Byron y Shakespeare; pero ésta es peor: aquí vienen Tolstoy y Dostoyeusky, Ibsen con su «alma polar» Bjornson, Hauptmann, Strindberg, Maeterlinck, alemanes, belgas, noruegos, rusos. ¡Nuevo torrente de bárbaros desatado sobre Galia!

Y Lemaitre sublevado como un buen latino y buen galo de la Turena, la emprende contra el nuevo culto a los dioses extranjeros, admitidos por Francia en su panteón. Con ingenio y sagacidad, nos muestra todas esas tendencias e ideas que tanto sorprenden en Tolstoy

y en Ibsen, contenidas en los escritores contemporáneos de Francia. El escéptico se revela patriota. ¿No hay en ello un resentimiento extraño? Lustros antes de que con la guerra se plantase el problema de la inferioridad o supremacía de la raza latina en el mundo. Lemaitre protesta de la absorción intelectual y moral por las razas del norte.

Y si no me atrevo a afirmar que me convenza completamente al sostener que todo el sentido de Casa de muñecas esté encerrado en alguna novela de Jorge Sand, por lo menos el alegato está hecho con maestría, y hay en él una pasión que no se esperaría de tal «dilettante». Es el sentimiento de la patria y quizá el de la raza lo que presta a la fluida y alada y serpeante prosa de Lemaitre un estremecimiento de cólera indignada. Y lo comprobamos satisfechos. Sí: agrada encontrar, bajo el pirroniano, bajo el indiferente, al hombre natural, al francés siempre prevenido contra los enemigos y los invasores posibles.

Si existe un talento cuyos elementos sean profundamente franceses y franceses del siglo XIX y principios del XX, es el de Julio Lemaitre. El tejido de su espíritu es igual al de gran parte de sus contemporáneos, de los más distinguidos, de los más elegantes en el terreno del pensamiento. Su rasgo distintivo es la amabilidad, el don de extraer de cada

idea, de cada representación sensible lo que contiene de placer epicúreo, sin sensualidad, o con la sensualidad del entendimiento, que no es igual a la de la carne. La vida le seduce porque es vida y cada cosa le atrae por un sabor y color especial que en ella descubre, y que probablemente los demás perciben, sin saber ponerlo en música. Yo había notado muchas veces como cualidad peculiar francesa este don de interesarse por las menudencias, de atribuirles un valor que nosotros, iberos rudos todavía y gentes sin penumbra espiritual, no solemos darles. El francés, por ejemplo, recoge piadosamente toda clase de hierbas, y, hace con ellas ensaladas. Le gustan la dulcilla, el diente de león, la verdolaga, y les encuentra propiedades y méritos. En los museos de Francia tienen cabida todos los objetos que aquí desdeñamos y habremos mandado al trapero cien veces: botones de chupa, hebillas, cintas, alfileres, retazos de tela, zapatos viejos. Aquí, de Murillo para abajo, todo se desdeña.

Lemaitre también recogía lo que parece mínimo. No rehusaba el encanto de su prosa al estreno de una astracanada, a una ópera bufa de Offenbach, a las pantomimas y acrobatismos del Circo, a las danzas orientales, a las sombras chinescas... Existen escritores que creen que el toque está en tratar de asuntos graves, hondos y poco accesibles al vulgo; y

otros, como Lemaitre, que entienden que el intríngulis no está en el asunto, sino, en quien lo trata. Y así es, en efecto. Las guijas se convierten en perlas, la arena reluce como pedrería. Y este escéptico sentía la inquietud religiosa: quedan de ello testimonios en su libros. Como aquel «Sereno», protagonista de la primer novela de Lemaitre, que llegó a mis manos--más vale no recordar cuánto tiempo ha.--Lemaitre quisiera creer, y no puede, lo mismo que su maestro Ernesto Renan. Uno y otro han trabajado contra la grosería y sequedad de la escuela volteriana, contra la mofa de los materialistas y deístas baratos, a los cuales se inclina un tantico Anatolio France, mucho menos simpático y moderno que el autor de Los reyes.

Lemaitre como otro gran inquieto, que al fin encontró la calma y la alegría de la convicción, el africano Agustín, opispo de Hipona, murió bajo el golpe de la llegada de los bárbaros, de esas razas del norte no sin motivo temidas. Sólo que San Agustín supuso que aquella irrupción terrible era señal de que se acababa el mundo. Y Lemaitre ya sabía que el mundo no se acaba así, a dos por tres...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

178

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1916.

Supongo que Felipe Trigo, que aquí tenía tantos lectores, los tiene también en América, y que la noticia de su suicidio habrá sido recibida ahí con la piedad que el caso requiere.

La obra de este escritor ha sido discutidísima, y no sólo discutida, sino duramente censurada. Se le ha tratado de corruptor de las costumbres, y se ha visto en sus novelas unos documentos de libertinaje, algo como las Liaisons dangereuses de Choderlos de Laclos, o como las Memorias de Casanova, pero en el estilo y tono de la actualidad. En vano protestaba Trigo de que era muy moralizadora su intención y redentores sus propósitos; lo que veía la gente era la superficie, resbaladiza y escabrosa, hay que reconocerlo. Trigo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 19 octubre 1916: 6. No recogido.

había empezado por una novela de empuje, Las ingenuas, y en esta obra de juventud, podemos llamarla, así, cuya lectura, no diré que sea recomendable a las señoritas, y que en una biblioteca azul no me parecería en su lugar, se ha contenido el autor en los límites que el arte mismo reclama, y más allá de los cuales hay gran peligro de no agradar sino a un público dado, que no es el de los escritores consagrados y reconocidos, ya que no unanimidad, al menos por gran mayoría de votos. Quiero insinuar que Felipe Trigo tenía talento sobrado y que tal vez el matiz que sin querer imprimió a sus obras y la complicación de estilo y desquiciamiento de gramática de que se le puede acusar le impidió ser rival afortunado de nuestros novelistas mejores. Y a fe que es lástima, pues aun dentro de sus asuntos favoritos, cuanto dijo pudo decirlo con mayor reserva y no menos intensamente.

Con todos los defectos de su producción, el talento de Trigo se revelaba a veces, y el público, fuese o no compuesto de adolescentes y de estudiantes, le halagaba tanto, que no sé de escritor español que así vendiese copiosas ediciones y ganase cantidades relativamente fabulosas; aquí donde D. Juan Valera hubo de confesar un día que Pepita Jiménez apenas le había dado para comprar a la señora de Valera un traje de Worth... Recuerdo que, en la Biblioteca Nacional,

un funcionario me preguntó qué autor suponía yo que les pedían con más frecuencia; y como yo no acertase, exclamó, indignado, que era Felipe Trigo, con gran superioridad sobre los restantes. Y esto no es justificar el hecho; pero hoy que tantos escritores, de propósito, quieren escandalizar y pintar con verde esmeralda, para hacerse leer, algo habrá para que no lo consigan, y Felipe Trigo, que es mucho menos sensual de lo que parece, lo consiguiese hasta tal punto.

Ha gozado, pues, Felipe Trigo de algunos años de felicidad, y con él habrá sido dichosa su familia, pues no era este escritor del número de los bohemios o de los aprovechados egoístas, que se gastan fuera lo que debieran traer al nido familiar. He oído referir de algún poeta muy azul y muy pío, que guardaba en un cajón jamón en dulce y huevos hilados, y los engullía secretamente, mientras sus hijos despachaban un puchero pobrísimo y andaban poco menos que sin calcetas. No hay que juzgar de los cerrazones por la letra de molde. Bernardino de Saint-Pierre (y nombro a éste porque no se puede nombrar a nuestros contemporáneos), era, según dicen los historiadores de la literatura, una mala persona, y escribía con una castidad etérea. Recuérdese el idilio de Pablo y Virginia. Al contrario, Felipe Trigo, el de las novelas perniciosas, me ha parecido siempre un excelente sujeto.

Y me parecía también, y esto ya es más raro, un amigo leal y un literato sin envidias ni perfidias profesionales. No habría que asombrarse si tuviese alguna vanidad, pues no sé de literato que no la tenga, y la diferencia está en pretender ocultarla o mostrarla en carne viva. Felipe Trigo era vanidoso rebosando candor infantil, y esto se explica perfectamente por el aplauso de tantos que buscaban sus libros, por el éxito positivo de estos, por las mil causas en que puede fundarse una inocente pretensión. Lo que repito es que jamás he visto en la cara consumida de Trigo esa sombría tinta, ese gesto acedo que revela el pesar del ajeno bien, en los semblantes de los que no nacieron generosos.

Al contrario, Trigo estaba contento cuando ponía en comunicación a otros escritores con traductores y casas editoriales. La empresa que quería acometer, en este último período de su vida, hubiese sido altamente beneficiosa para los del oficio. A fin de hablarme de ella me pidió, hora, antes de mi viaje de verano, en Madrid. Largo rato pasó explicándome el vasto plan, desarrollando ante mis sorprendidos ojos, las perspectivas de un Eldorado magnífico. Se trataba de fundar una casa editorial y una revista, como nunca pudieron soñarse ambas cosas. Nos redimiríamos de la tiranía de los editores y nuestro trabajo sería pagado

como debe serlo, y no a precio vil. Trigo, desde luego, había impuesto ya tarifas de dignidad y de respeto a las letras; y, en confirmación, me enseñó cartas de editores ofreciéndole cantidades muy altas. Naturalmente, yo encontraba todo esto conveniente y grato. Pero en mi instinto de cautela galiciana, calculaba los cientos de miles de duros que exigían, como capital de apronte, esa casa editorial y esa gran revista, con todos los adelantos y edificio propio. Trigo no se desalentaba por tal objeción: encontraría socios capitalistas; el dinero sale de debajo de las piedras...

Y pensaba yo también en que aquel hombre gastado ya por una labor superior a sus fuerzas físicas, y que nunca debió reponerse del desangre y de las crueles heridas que le infirieron los tagalos, en una jornada en que mostró heroico valor, le faltaba el equilibrio, la resistente caja, la recia complexión de los luchadores.

En efecto, la prensa lo ha dicho, su salud estaba minada, y la neurastenia había hecho presa en él; necesitaba el resorte que da la morfina; y de la cocaína han sucumbido estos días en Biarritz dos aristócratas españoles, un Casa Montalvo y un Pignatelli de Aragón. Trigo veía decaer su cerebro, aquel «cerebro de oro», como el del cuento de Daudet,

cuyas migajas alimentaban a los seres queridos... No hay pena más honda para un escritor, que sentarse ante su mesa, pluma en mano, y que no acuda la frase, antes tan dócil; que ni la menor gota del caudal de inspiración afluya a la mente. Esto es como asistir a su propio entierro; al entierro de lo que más él ama, de lo que es razón de vivir. No daré nunca por legítimo el atentado contra nosotros mismos, pero si puede explicarse sin justificarse, será en caso como éste.

Trigo, en la esterilidad repentina de su pluma, pudo ver dos cosas: la primera, su retiro en cuanto escritor; la segunda, su dimisión de jefe de familia, que trae a casa, con el trabajo diario, la abundancia y todas las comodidades de la vida: el hotel, el automóvil, la ropa elegante para las hijas, lo que se desea dar y ofrecer a los pedazos del alma. La sociedad se halla constituida de tal modo, que la aspiración al bienestar va pareciendo un derecho, y su logro, fin primordial de las actividades humanas.

En otro momento Trigo hubiese podido quizás defenderse con el producto de sus novelas anteriores, sin escribir nada nuevo; pero estamos en horas de angustia para el comercio de librería: la guerra ha paralizado esta industria casi por completo: no se pueden reeditar libros, por lo caro del papel, y en

sumar, la crisis se presenta con los caracteres más alarmantes. No se ve, ni se infiere el desenlace de la tragedia, y el malestar se agudiza. Trigo, el autor más leído y más comprado no conseguiría, así y todo, resolver el problema.

Y he aquí que siento una compasión muy grande hacia ese novelista que al morir traza una página de novela tan triste, tan patética, como ninguna de las que contó a los tórculos... Su despedida, la carta a sus hijos, pide perdón de no haber podido hacer más, de haber caído en la batalla, antes de que terminase el día. Encuentro loable la sinceridad con que declara que trabajaba para los suyos, sin alarde alguno de otras finalidades más altruistas. Las entrañas son lo primero, y la prole, el eje de la vida, desde la madurez, como antes pudo haberlo sido el amor, que no es sino el instinto de la especie, favorable a la prole. Trigo ha procedido, al laborar para sus hijos, conforme a la naturaleza. Háyale perdonado el Dios de las misericordias y descanse su espíritu, tan turbado en la paz de la tumba, donde no hay editores ni público.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

179

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1916.

En medio de las inquietudes que la guerra, al prolongarse, nos ocasiona, hay en el tejido de la vida actual tantos hilos, cabos y nudos (sin relación con el gran gordiano), que a veces nos olvidamos de lo más grave, para preocuparnos de lo accesorio. ¡Se piensa en tantas menudencias a la vez! ¡Y las menudencias tienen tal importancia en su ocasión!

En primer término, hay una menudencia universal: el tiempo. Del tiempo se habla en las tertulias, cuando no se sabe qué decir; al tiempo recurren los que se hallan en situación embarazosa para entablar una conversación, en la calle, después del saludo. Pero en este verano y en este otoño de 1916, el tiempo no es un tópico: es algo digno de atención, algo inaudito. En

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 11 noviembre 1916: 5. No recogido.

mi país, el más húmedo tal vez de España, hace cuatro meses que no ha caído gota; y el cielo, siempre de zafiro, siempre despejado, o con bellas nubes de calor, irisadas de rosa vivo y de oro fluido, no se ha visto, salvo quizás un par de días, manchado por el cendal gris que anuncia que va a llover. El caso es tan extraordinario que lo comentamos día y noche, y salimos a ver la luna, clara y redonda como una gran perla nacarada, y los astros lucientes, intensos, crecidos, y decimos, con asombro: «¡Pues el buen tiempo continúa!

¡Cuatro meses! La cosecha de maíz se ha perdido; la de uva, en el Rivero, ha sido espléndida; la yerba está agostada; hay enjambres de mariposas ahora en pleno octubre... Y vivimos en perpetuo asombro, ante esta propina que nos envía Dios, pues el sol es un regalo cuyo valor conocemos bien, para el cuerpo y para el alma...

Con tan increíble tiempo coincide, no hay que negarlo, una cantidad de males y achaques que parecen sufrir, principalmente, los hombres políticos, si se ha de creer a los periódicos. Y digo si se ha de creer, porque mucha gente no presta fe a las enfermedades de los gobernantes. Son excusas tan cómodas para todo que existen, reconocidos por la medicina, un catarro ministerial y una «grippe» [sic] ministerial, figurando entre los padecimientos más usuales y de más

instantáneo alivio. A veces, no obstante, la malicia se equivoca, lo mismo que la candidez, y los políticos, hombres que generalmente han pasado al último tercio de la vida, y que están gastados y trabajados, realmente enferman, y hasta se mueren, como le acaba de suceder al ministro de gracia y justicia, el buen Barroso, uno de los sujetos más afables y accesibles que han existido, y que por la modalidad de su carácter, sólo amigos tenía. Sucumbió muy rápidamente a ese mal que antes no se había conocido, y que ahora se conoce, pero no puede curarse, lo cual es una bonita ventaja: a la fulminadora angina de pecho.

Un señor muy ingenioso sostenía entre otras tesis, la de que nadie se muere cuando es ministro. Barroso ha desmentido la regla, que por lo visto, tiene sus excepciones.

Ahora que se acerca el fin del verano, y que las golondrinas se van, se piensa en los teatros. Madrid está henchido de ellos. Se han construido dos o tres nuevos y magníficos, con todos los adelantos. Se han formado ocho o diez compañías, con su estrella, de más o menos brillo, en la frente. Todo actor que se destaca un poco forma compañía, primero para provincias; después, acrecentada la ambición, cuya nobleza reconozco, para Madrid. Y los méritos se nivelan, en la gradual nivelación de los recursos en la

semejanza de una actriz con otra actriz, cuando ambas lucen un atavío elegante, original, un bonito moño, anchas sortijas y algunos brillantes en las orejas. Hay muchas primeras damas que tienen sus partidarios, que crean bien un determinado papel, que saben vestir, y no faltan primeros actores que reunen condiciones, que están a gran altura en esto o en lo otro. Con Tallavi perdimos a uno de los más notables, y en Vilches tenemos a otro muy singular e inspirado, sobre todo en la divertida obra El amigo Teddy.

Hay actores catalanes, la Xirgu y Borrás, que merecen capítulo aparte, aunque sólo sea porque mantienen la tradición del teatro artístico, lo cual ya es un título a nuestra consideración y a que respetamos su tentativa generosa. La tendencia de nuestro teatro desde hace algún tiempo, es hacia el género que podemos llamar llano y corriente, de estudio superficial de costumbres, o de elementos cómicos, también epidérmicos, cuando no grotescos y extravagantes. Los que creemos que el arte tiene sus derechos y que no se prescinde de él impunemente; los que soñamos toda la vida con que no se arrinconen las obras maestras, sean modernas o sean antiguas, clásicas o románticas, agradecemos profundamente el empeño que observamos en Borrás y la Xirgu.

De estos dos grandes actores, Borrás es el que más lucha con el inconveniente de no haber hablado, en su

niñez y juventud otro idioma sino el catalán. Para la dicción castellana es un tropiezo. Yo preferiría ver representar a Borrás en su lengua nativa. Es cierto que en Madrid le entenderíamos pocos, pero los que lográsemos entender admiraríamos en su plenitud el no común talento del actor.

La Xirgu trabaja en la Princesa. Este teatro, que es una institución social, ha sido abandonado por sus creadores, María y Fernando Díaz de Mendoza. La artística pareja, rodeada, como la oliva de sus retoños, ha levantado el vuelo hacia el otro continente, y hasta marzo, lo menos, no piensa volver, no a Madrid, sino a España. Y la determinación, que tendrá sus razones, no lo dudo, ha abierto un agujero en la vida mundana de nuestra corte.

Venga quien venga a ese teatro, favorito de la «high life», no substituirá a los esposos. No hago comparaciones artísticas; me limito a reconocer la importancia de Fernando y María y su compañía dramática, en la temporada de invierno de Madrid. Era el suyo el «abono elegante» por excelencia; más elegante que el del Real. Sus «miércoles» reunían a la crema y flor de la sociedad que se divierte, (porque hay otra sociedad que ha puesto el punto en no divertirse, o en divertirse donde no la ven, y ésta casi no va a parte alguna) Un palco para los

miércoles, era aspiración no siempre fácil de conseguir. Los mismos sábados candorosos tenían su público fiel, no tan «chic» como el otro, pero compuesto de muchachas guapas y mamás condescendientes, y con un repertorio especial, curioso documento acerca del gusto literario de las que en Francia se denominan «petites oies blanches». Y en la Princesa se tejían los amores juveniles, los noviazgos con vistas inmediatas a la vicaría; en la Princesa se ostentaban las galas de la estación, que, por falta de bailes y reuniones en estos últimos años, no cabía lucir en otra parte; y en la Princesa, las «toilettes» de María en varias obras ponían la moda, o por lo menos sugerían «ideas». Todo esto faltará el invierno de 1916 a 1917, y se achará muy de menos y se recordará con nostalgia a cada instante.

María y Fernado ya no eran discutidos. Estaban en este grado en que el público se identifica con un actor. Dos o tres estaban unidas a su historia literaria. Habían encarnado el teatro artificioso de Echegaray, y habían pegado el salto mortal al modernísimo de Benavente para alternarlo con el poético de Marquina. Fielmente, los abonados les siguieron en sus metamorfosis. Aplaudida o abucheada de un modo más o menos ostensible la obra, los actores quedaban siempre a salvo. Con ellos no iba nada. Se murmuraba

a veces de la elección de repertorio, pero no se les hacía directamente responsables. Hay duras necesidades, hay exigencias del momento, hay corrientes que se imponen. Y los abonados transigían. La obra será lo que ustedes gusten; pero ¡qué bien estuvo Fernando! ¡Qué papelazo, el de María! ¡Y qué «mise en scène!» ¡Vaya un mobiliario y unas decoracioes!

El público siente profunda añoranza de esos actores a que está habituado. Cuando regresen, creo que desde los primeros pasos que den sobre aquel tablado habrán reconquistado a su antiguo auditorio, como una mujer amada, en una vuelta de ojos, recupera un corazón. Si un día, y quiera Dios que esté muy lejano, el matrimonio tuviese que rendirse al peso de los años y no representase ya con el brío, el entusiasmo y la fogosidad con que representa, sería igual. Y si mueren, cargados de merecimientos y de gloria, nosotros, su generación, que habremos muerto también, vendremos con una sombra de traje escotado y de frac a juntar nuestras manos de sombra para aplaudir a las sombras de la ilustre pareja, que no se resignaba a no visitar, de vez en cuando, el teatro en que desarrollaron su vocación plenamente. Sí; María y Fernando lo mismo que retornarán ahora del otro mundo geográfico, retornarán del mundo de las almas, a recoger todavía un homenaje, las noches de estreno.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

180

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1916.

D. José Echegaray, que acaba de morir a los ochenta y tres años, parecía destinado a cumplir los ciento. Disfrutaba, al parecer, de perfecta salud, y su inteligencia no había mermado un ápice. No escribía ya dramas; pero no se lo impedía seguramente, la edad, sino el cambio de gusto del público y de las generaciones nuevas, cambio que no se ocultó a su claro talento.

Fue el propio Echegaray el que dijo que, para el arte, lo que hacía falta era valor, valor y valor. Y yo digo lo mismo de la crítica. Es un acto de valentía el decir sinceramente, con el respeto y la cortesía mayores, lo que se piensa de nuestros contemporáneos. D. José era de los más ilustres. Era también un hombre extraordinario, una organización maravillosa, en que se juntaban aptitudes de las que suelen considerarse

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 noviembre 1916: 6. No recogido.

opuestas, aun cuando, en él, haya solido verse por la crítica más serena una fantasía brillante, sí, pero influida y guiada por un cerebro de matemático. Había algo singular en su persona, y como un atavismo revelado en el semblante, cosa que no extrañarán los que saben que la raza éuscara, que el apellido de Echegaray descubre, tiene orígenes asiáticos. Bajo la afabilidad atractiva de su habla y sus modales, Echegaray mostraba una frialdad típica, una reserva especial. Rafael Calvo, el gran actor, me habló de esta frialdad con asombro; y nadie trató a Echegaray más íntimamente.

Tal vez no hubiese otro enigma sino el de la prudencia, al rehuir expansiones y polémicas, que a nada conducen y hacen perder tiempo. No hay mejor defensa que esa glacial y benévola actitud. D. José, o no tenía amor propio, o sabía esconderlo. Ni los rudos ataques, en su época militante, ni el desvío del público, en su ocaso, le sacaron jamás de una apacible y sonriente calma.

Yo no creo que haya existido autor dramático más atacado, más denigrado, más vapuleado en nombre de infinitas cosas: ante todo, la moral, pues los españoles nacemos moralistas empedernidos; luego, el buen gusto; en pos, la verosimilitud de sus creaciones. En esto último, tenían campo abierto los detractores, y lo que es más, tenían razón.

Para explicarse el fenómeno de la aparición del teatro de Echegaray, es preciso situarlo en el momento en que se manifiesta. Ha pasado la época romántica, Hartzenbush y Zorrilla; y también la época de transición, en que como en Francia, al drama romántico sucede la tragedia y la comedia de costumbres, Tamayo ha dado Virginia, Eguilaz y Ayala sus mejores obras. La Revolución enciende los romanticismos políticos, y, mientras en la novela el realismo cunde, en el teatro un neoromanticismo violento, acaloradamente imaginativo, se desbordó, con Echegaray, ingeniero, hombre de ciencias, poco literato, que aplicaba al teatro las fórmulas matemáticas, pero caldeadas al rojo blanco por las pasiones, y no seres humanos, empezaron a discurrir por la escena, con nombres que parecían castizos--Moncada, Torrente, Argelez--pero con sentimientos no vistos en España, y estoy por decir que en ninguna parte. Cierto que procedía la inspiración de Echegaray directamente: él nos ha dejado dicho, cómo una representación del drama de Dumas (padre), Ricardo d'Arlington, le sugirió la idea de la dramaturgia. Sin embargo, en el modelo no falta verdad, y hay el estudio de dos caracteres, admirablemente hecho, y el de una pasión, la ambición, que hacen de este drama una de las mejores obras del autor. Lo único en que Echegaray se le acercó, fue en efectismos como el del final de acto,

en que Ricardo d'Arlington arroja a su esposa por la ventana.

Más semejanza podemos hallar entre ciertas producciones de Echegaray y otras de Víctor Hugo. Y esto a unos parecerá elogio ditirámbico, a otros agria censura, hoy que el papel de Víctor Hugo está tan en baja. No es mi intención lo uno ni lo otro. Víctor Hugo es un poeta de primer orden, y no podemos decir que Echegaray lo fuera. Pero, en Víctor Hugo, lo más flojo es la dramaturgia.

Nunca fue grato para mí el sistema dramático de Echegaray: siempre tuve que oponerle tantos reparos, que no caben en los límites de una crónica; pero siempre hablé de él con suma consideración, y aun con elogio, y si hoy trato de poner en el fiel la balanza, es porque debemos juzgar con nuestro criterio, y el mío es un criterio de verdad, y naturalidad en el arte, y lo humano es lo que busco principalmente en todas sus manifestaciones.

En Echegaray, cualquiera que sea nuestro programa estético, que eso es distinto, tenemos que admirar una fuerza, un don de saltar en las tinieblas y no romperse los huesos, un arranque prodigioso para lanzarse sobre el público cual el domador sobre la fiera, de que no hay ejemplo. Y no fue cosa tan transitoria como suele decirse el reinado de Echegaray en la escena española,

pues duró cuarenta años, mientras Víctor Hugo y en general del drama romántico en la francesa no pasó de diez y nueve. Cuarenta años de venenos y puñales, sangre y crímenes, casos de conciencia, abnegaciones sin razón, puntos de honra quintaesenciados y pasados por el tamiz del imperativo categórico, espectros de honor, amor, venganza, celos, fantasmas incorpóreos, que cruzan al través de tinieblas lúgubres... Lo afirmo que estos cuarenta años son un caso pasmoso en las letras.

Y ni Lope, el «monstruo», ni Zorrilla, el nacional; ninguno de los contemporáneos de Echegaray, pudo morir con la satisfacción de haber sido endiosado, puesto en altares, como el autor de El gran Galeoto. Y fue endiosado, he aquí lo que merece notarse, justamente cuando el público le rechazaba, y ni María Gerrero, que le quería fielmente, y para la cual había creado Echegaray un repertorio de dama, como lo creó de galán para Rafael Calvo, se atrevía a poner en escena aquellas obras que diez años antes estremecían o indignaban en suma, apasionaban al público... Yo no creo que exista más extraño suceso en la historia de la literatura. El premio Nobel, una manifestación inaudita, la efigie de Echegaray en los billetes de banco, el Toisón de oro, condecoración altísima de soberanos, los cargos de mayor realce y más lucrativos,

honrosa y lícitamente cuantas distinciones caben, cuantas recompensas se conciben, se le prodigaron a montones a un dramaturgo, en la hora en que su teatro queda proscrito, retirado, al parecer, para siempre, por una especie de convenio o pacto de los intelectuales y el vulgo de los espectadores, y sobre todo, por la tirana taquilla, por los intereses de los empresarios, que aspiran a no alzar el telón ante las butacas vacías.

De Zorrilla sigue representándose Don Juan Tenorio, y también a veces, Traidor, inconfeso y mártir y El Zapatero y el rey; de Tamayo, constantemente, Locura de amor; del duque de Rivas, Don Alvaro; y no es tan significante el hecho de que se representen, como el de que el público salga de la representación persuadido de la grandeza de tales concepciones, y como removido--roto el hielo de la frivolidad contemporánea--por el sentimiento hondo que las vivifica. Tal prueba no sería favorable a Echegaray. Lo caldeado del ambiente de su tiempo no puede revivir, y ahora, en frío, no se ven las bellezas, que sin género de duda existen, sino aquellos defectos tan de bulto, aquel desate de extravagancia y de horror, aquella delirante inventiva en el vacío. No sé si podrá la misma María Guerrero, en su piedad filial, lanzarse a refrescar un poco, hoy que la muerte ha

venido a dar a Echegaray la consagración suprema, ese repertorio absolutamente mandado recoger.

Y se me dirá: tal es la impresión escénica; ¿no corregirá la de lectura el severo fallo?

He leído varias veces a Echegaray, dramaturgo (porque el Echegaray científico, no puedo juzgarlo, siendo del todo profana en las materias que trató). La lectura es lo que resta, cuando ya los autores no pueden arrostrar la representación. La lectura es el juicio sereno, es la revisión meditada, en que se impone la equidad. Y diré que, a la lectura, el teatro de Echegaray aparece--habría que hacer mil reservas, porque no todas las obras son de igual índole, y convendría distinguir las caballerescas de las sociales y éstas de las satíricas--aparece, digo, rico de pensamiento, portentoso a veces de osadía, enredado en la casuística, y a menudo penetrado de sublimidad y de energía psicológica. Con un poco de mesura, de cordura, de resentido de lo real (nada más que un poco), el teatro de Echegaray pudo ser vividero. ¡Lásticma que le hayan faltado tan necesarias condiciones!

Descabellados como son la mayor parte de sus dramas, en su día nos subyugaron, aun a los que al volver a casa y reponernos de la sorpresa, no pudimos juzgarlos benévolamente, en nuestro interior. Hoy que

Echegaray pertenece a la posteridad, debemos condensar nuestro fallo, ya que el fundarlo requería escribir un libro de trescientas páginas. Ante Echegaray tenemos que inclinarnos, sí: pero no tanto por lo que hizo, como por lo que, bien guiada su musa, pudo haber hecho.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

181

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1916.

Esta crónica es subjetiva, lírica, individualista, ególatra, como se le quiera llamar, que admito todos los calificativos; lo único que no podrá achacársele será la falta de actualidad. Actual es, ¡vive Cristo!, y además, no es «banal»... y perdóneseme el galicismo bárbaro, que todo el mundo entiende y usa, por estas tierras de Iberia.

Es posible que nadie lo ignore, o, por lo menos, que lo sepan muchos: sin esperar a mí muerte, mis paisanos y contemporáneos me han elevado un monumento, en el centro del cual figura mi estatua, que me representa a la edad de treinta y tantos años, en la plenitud de mi vida literaria, aun cuando esta plenitud

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 diciembre 19116: 5. No recogido.

duró y dura, porque no he cesado de trabajar y de escribir.

Y claro es que yo he quedado aturdida de gratitud, y ha aumentado esta gratitud el modo de tributarme el testimonio que mis paisanos y conciudadanos han tenido. Agradecer es cosa dulce, muy dulce, y el alma parece que se llena de rocío y de miel, y que se entreabre a sentimientos gratísimos, que acaso prolonguen la vida, por la expansión que traen al espíritu. Esto demuestra que mis paisanos han tenido una preciosa originalidad: la de no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy. Exceptuando el de un político de altura, creo que mi estatua es la primera que se levanta viviendo aún el modelo. Y asombra que la sencilla idea de hacer en vida lo que suele hacerse «post mortem», no se le haya ocurrido a nadie--¡tal es la fuerza de la rutina!--sino a la comisión a quien debo tan señalado homenaje... Generalmente, los literatos, escritores y poetas, sólo cuando están bajo tierra suben, en efigie, a los aires. Tal sucedió, hace bien poco, con Campoamor.

Yo no he de cometer la niñería--¡para niñerías estamos!--de reseñar aquí las razones que se han alegado en contra de esta primer estatua literaria en vida. Algunas eran quizás atendibles; la mayor parte, de pie de banco. Todo tiene su pro y su contra en este mundo. Lo innegable es que el homenaje en vida es más

generoso, más humano, porque, como dice la Escritura dirigiéndose a Dios, ¿en el sepulcro, quien te alabará?

Dejando a un lado ya este asunto, que toco con mano trémula, voy a entrar en unas hondurillas de psicología, extrañas y naturales a la vez, que mi estatua me sugiere.

Empiezo por declarar que mi estatua me infunde una gran envidia. Envidia, sí, la calma misteriosa, de esa mujer de piedra, por la cual no pasarán años, a la cual Kronos no ofenderá, resbalando por sus lisas carnes sin imprimir arrugas, por sus líneas sin alterarlas, por su frente sin dejar en ella el reflejo del pensamiento triste y de los cuidados roedores. Envidio su vida a estilo griego, al aire libre, siempre oreada por la brisa del mar, del Cantábrico «nuestro», pues nosotros no somos gente mediterránea. Envidio el que esté siempre rodeada de flores, yo que no lo estoy sino unos cuantos meses del año, y que, pasada la juventud, creo sentir con más fuerza la atracción de la flor, de su encanto inútil, de su perfume adorable, que predica la religión de lo que se limita a ser hermoso, sin más fin en este planeta...

Envidio a la mujer de piedra su ecuanimidad, la sonrisa igual siempre que juega en sus labios, y que el escultor, el elegante y comprensivo Coullaut Valera, hizo un poco irónica, pero mucho más benévola y

tolerante. Esa sonrisa me parece superior a la mía, porque yo no puedo sonreír igualmente a todos, a cuantos veo, y la estatua sí, y hace bien, porque ella es mi idealización, y ya sabemos cuánto va de la realidad a los ideales. Envidio no menos esa tranquila actitud, que más que la fiebre del trabajo, parece traducir el descanso feliz después de la obra cumplida. La mujer de piedra reposa blandamente sentada, y así descansará mientras exista. ¿Comprendéis por qué es tan profundamente envidiable?

Y esto no quiere decir que yo lamente el tener que cumplir mi voluntaria labor. Yo podría reposar como la mujer de piedra, sin que por eso nos faltase el pan ni a mí, ni a los míos. No es, no ha sido nunca el interés el que me ha empujado. Es que esa labor la llevo en la sangre, en cada partícula de mi ser. Como la gata de Mariramos, que, trocada en doncella y prendido el velo nupcial, al ver un ratón se pone a cuatro patas y echa a correr, yo, al ver un libro, una página escrita, lo dejo todo a un lado; y el día en que no escribo, ni estudio un poco, hago cuenta de que he perdido mi jornada, estéril, baldía. Las letras son para mí como para el marino su elemento, para el labrador la tierra, y para el dipsómano el vaso colmo de líquido rubí. Al hablar de vocación no miento ni exagero, y más de cien tomos lo prueban en demasía.

Y con todo eso, como nuestros sentimientos son complejos y hasta contradictorios, no dejo de envidiar a la mujer de piedra, que sostiene en la mano una pluma que jamás ha de esgrimir, y un libro que nunca abrirá. Porque, tras de esa actitud serenamente descuidada, la mujer de piedra sueña, ya que no escribe; está en el momento en que se idea la obra, al través de los limbos de la poética ensoñación; y, sin el ensueño, nadie crearía arte, nadie derramaría en la página lo que lleva en el espíritu. Y ese momento en que se fuma el encantado cigarrillo del ensueño, en que el humo envuelve en una especie de insconsciencia la mente del artista, y le hace ver lo que acaso no consigue traducir, es mejor que la realización, por afortunada que fuese.

Hasta envidio, en esa figura en que el artista me ha representado, una pueril circunstancia: su sencillo atavío, que ni se aja, ni pasa de moda; atavío que la envuelve sin enfundarla, y la viste sin imprimirle el carácter de ninguna época, sino, en general, de la moderna en que vivimos. Propio de hembras es este deseo de estar siempre bien arregladas, y propio de quien tan atareado vive, envidiar a quien, como las mariposas y las azucenas, aparece en su esplendor, sin tener que pensar en el peluquero, en la modista, en el joyero y en la encajera!

Y aún hay más motivos para envidiar a la mujer de piedra, aún. Le envidio la constante compañía que le hacen los paseantes por los jardines donde se alza, las risas de los niños, el charloteo de las muchachas que se comunican juveniles secretos. Si la mujer de piedra es como un modelo, será sociable, le agradará el ruido de la gente, porque ignorará la misantropía, la uraña aficción a la sociedad, y sólo gustará del apartamiento como condición del trabajo fecundo. Hasta la mujer de piedra acentuará su sonrisa, cuando el eco le traiga rotos compases de alguna melodía favorita, o los mimosos layos de una canción popular del país...

Motivo mayor de envidia: la mujer de piedra, ella mil veces dichosa, no tiene corazón, no tiene entrañas! El dolor no se ha hecho para ella, como no se había hecho para las diosas griegas que alzaban sus cuerpos macizos entre el cielo y el mar.

Su ecuanimidad, su olímpico gozo, nacían de eso del tronco macizo, donde nada palpitaba ni sufría. Su mármol no era como el de la doña Inés del poeta: en él no habitaba un alma, y las almas, sabedlo, son las que gastan a los cuerpos, los que imprimen en ellos la huella del tiempo, de la decadencia irremediable. Así, cuando, veáis una estatua, sentid, deplorad no ser como ella... Pero ¿qué digo? No, no: preferid que vuestros huesos tengan médula, y nervios y venas vuestra carne,

porque lo más noble de la vida humana es sufrir, es sentir, es vivir, que tanto da. Y porque habéis sentido, y habéis sufrido, y habéis pensado, es por lo que, un día, alguien quiere que no se pierda y desvanezca vuestro recuerdo, y pase vuestra efigie a edades venideras, y hasta quiere que os veáis así, en piedra, bañándoos en las brisas salitrosas de ese mar verdad y ronco, no azul como el Mediterráneo, y al cual cantó Pastor Díaz en inspiradas estrofas melancólicas. Porque habéis vivido, y habéis expandido vuestra vida en el papel, tenéis un simulacro que el arte embelleció. No lamentéis ni el trabajo, ni el sufrimiento, ni la lucha. Son la ley, y como diría Goethe, el santo enigma...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

182

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1916.

Los acontecimientos teatrales se destacan, en mi opinión, de entre la muchedumbre de novedades de principio de temporada; obrillas efímeras, que un momento entretienen y pasan como, según Villón, pasaron las nieves de antaño.

Uno es el arreglo escénico de la novela de Galdós, Marianela, hecho maestramente por los Quinteros; otro el drama de Federico Oliver, El crimen de todos, estrenado con éxito que parece de un buen agüero, dado el asunto e intención de la obra, que va contra vicios asaz difundidos y hasta triunfantes en nuestra garbancera capital.

Marianela ha nacido de pie al nacer en las tablas, porque encontró, para encarnar el tipo conmovedor de la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 enero 1917: 5. No recogido.

protagonista, a la gran actriz catalana Margarita Xirgu, que ha hecho de su papel una verdadera creación.

Los actores catalanes han encontrado mayores dificultades para aclimatarse en los escenarios madrileños de los que pudieron hallar por ejemplo, los actores italianos Novelli, la Tina di Lorenzo y otros que ya han adquirido carta de naturaleza aquí. Borrás y la Xirgu, los dos figuras de realce que nos ha enviado Cataluña, tardaron bastante en obtener que el público les viese con buenos ojos. O mucho me engaño o se ha roto el hielo, y, por lo que toca a la Xirgu, Marianela, ha sido la sanción definitiva.

La figura de Marianela, en el arte, puede clasificarse entre las de Mignon Graziella, Sotileza y otras análogas; tipos de inocencia, casos de desamparo, y modelos de sensibilidad pura y delicadísima. Y aun me parece más delicada que ninguna otra, la de Marianela. El amor de la desvalida niña al joven ciego, a quien sirve de guía; su dolor cuando éste, recobrada la vista, prefiere la hermosura, de que Marianela carece; sus celos, tan naturales y espontáneos; su desesperación, su tendencia al suicidio, todo es verdadero y dramático, y hace de esta obra una joyita lírica sentimental. La Xirgu borda el tema; no cabe caracterizar mejor el tipo. Aquellos hoscos encogimientos, cuando tratan de convencerla de

que debe resignarse a vivir sin amor; aquellos movimientos propiamente de fierecilla a quien tratan de cazar con lazo; aquellos pudores, en medio de la miseria y bajeza de su estado; aquella generosidad, que brota a cada instante, entre la rebeldía, el sufrimiento y la vergüenza; y aquella verdad de los descalzos pies, ágiles y danzantes, como de cabritilla habituada a escalar rocas y tajos, habiendo convivido con una naturaleza salvaje y atormentada, que imprimió en su espíritu profunda huella--son otros tantos aciertos de la Xirgu, y será muy difícil, después de ella, que ninguna Marianela borre el recuerdo de esta primera tan impresionante.

Ahora se anuncia que otra obra del maestro va a ser adaptada al teatro: Francisco Acebal, escritor de «buena cepa», se dispone a recortar, en la tela de El amigo manso, un drama... Yo siempre he creído y sostenido que en las obras de Galdós existe copia de elementos dramáticos--procederes, no sólo de la observación de la realidad, sino de la imaginación, muy plasmadora y creadora, del fecundo novelista--elementos que permiten la transformación de lo narrativo y épico, en dramático teatral. La valla que los miopes quisieron alzar entre ambos géneros, cada día se borra, y las obras de teatro son, en la hora presente, novelas dialogadas. Mas no por esto ha de juzgarse que toda

novela pueda ser convertida en drama, comedia o sainete. La elasticidad misma del género novelesco, en que todo cabe, y la holgura que dentro de él encuentran los escritores para dar rienda a su temperamento, hacen que muchas novelas no tengan adaptación teatral posible. Las de Galdós sí la tienen, y está en ellas por decirlo así, bullendo y saltando el drama. Es cuestión de tijera y zurcido fino. Nada más.

Un noble español, el conde de Cerrajería, ha tenido, con ocasión de Marianela, una idea extraordinariamente hermosa. Siendo el protagonista masculino del drama un ciego que acaba por recobrar la vista, el conde invitó a todos los ciegos de Madrid a asistir a una representación de la obra. No la vieron, pero la oyeron con ese misterioso sentido que substituye al de la vista. Y no hubo público ni más atento, ni más entusiasta, ni más dentro de la emoción de la obra. Fue una iniciativa realmente cristiana y artística a la vez. Los pobres ciegos tuvieron una «serenata» inolvidable.

El drama de Oliver, representado en el Español, donde la compañía Oliver-Cobeña funciona, es una nueva afirmación de la tendencia satírica y social que sigue en estos últimos tiempos el celebrado dramaturgo, para mí uno de los más dignos de aplauso entre los contemporáneos. Vicios nacionales que con severidad

indigna condenó Joaquín Costa, son estigmatizados por Oliver con no menor energía, entre estudios muy fieles del ambiente popular, (y no sólo popular) en Madrid y de otras ciudades españolas. Empezó por censurar, en Los semidioses, el fanatismo de la teoría, el endiosamento del diestro, ídolo de las multitudes, único que suscita entusiasmos que debieran estar reservados para otra clase de glorias y de marecimientos; y ahora arremete contra la chulería y el matonismo, el amor impuesto a tiros y navajazos, y la indulgencia que tales desmanes encuentran en los tribunales de justicia y en el público.

En una portería madrileña viven el matón, su hermano, que repugna y detesta tal conducta, y trabaja honradamente y defiende caballerescamente a toda mujer, y la madre de ambos, mujer buena y de corazón cálido, pero que, por una anomalía psicológica bastante frecuente y que Oliver ha sorprendido con certera penetración, prefiere en secreto al hijo perdido, vicioso y chulo, al que ningún disgusto le da y nada hace que no sea digno y honrado. Cuando el preferido, por brutales celos, mata a su antigua novia, la madre no condena al asesino; se pone de su parte y le busca excusas. Un abogado enredador (en el cual ha personificado el dramaturgo no sólo a cierta parte de la opinión, sino a una categoría de mesócratas

habituados a ejercer una especie de dictadura caciquil, se ofrece a sacar al asesino más blanco que una paloma en el juicio oral, y le enseña las habituales artimañas, cómo ha de declarar, lo que ha de decir para vestir ropaje «pasional» a su crimen. Con esa túnica de fuego, todo criminal puede considerarse redimido. Le cegó la pasión; fue un vértigo; no supo lo que hacía; su razón zozobró... Y, en efecto, llegaba la hora del juicio, el feroz asesino sale absuelto, y se dispone a celebrar la libertad y la impunidad entre botellas y juerga redonda. La madre delira de alegría, ante el resultado de lo que al pronto creyó que sería para su favorito el presidio y la vergüenza... Pero hay alguien que, en tales momentos, en vez de asociarse a la alegría general, se aparta y retira de todo contacto con el delincuente victorioso. Es el hermano honrado, el culto y trabajador, que desde aquella hora no vivirá más con su madre, cediéndosela por entero al hermano; y, en cambio, se formará un hogar, adoptando y protegiendo a los pequeñuelos hermanos de la asesinada, que han quedado en el abandono y que, de hoy más, tendrán padre que por ellos mire. Esta severa lección arranca al matador lágrimas de vergüenza... ¿Se arrepentirá? ¿Cambiará de vida? Apostaría que no. Quizás lo hiciese, si la sociedad entera le reprobase; pero, al fin, tiene ambiente; su crimen es el crimen de

todos...

Que Oliver ha puesto el dedo en la llaga, se veía la noche del estreno, en que el público recogía las alusiones, sumaba un voto al del poeta satírico en prosa... Y aun se advertía mejor en las conversaciones oídas a la salida, que son un síntoma tan seguro para aprender la realidad de una tesis dramática. A diestro y siniestro, se repetía: «Esto es como el crimen de tal calle...» Esto recuerda lo que traían los diarios, la semana pasada... Igual sucedió en mi barrio... Al que mató a la costurera también lo dejaron libre...»

La actualidad de la obra de Oliver no puede ser mayor. No cabe aplicar a ese drama de popular raíz la frase usual: «Esto no sucede en ninguna parte» ni preguntar «¿en qué planeta nos hallamos?» Nos hallamos en el Madrid chulo, en el Madrid de las tramas y manejos político-municipales, y el abogado tiene razón al defender y salvar a ese matón típico, porque le hará mucha falta en las elecciones. Sí: estamos en la plena realidad, todo lo humilde que se quiera, pero sangrante, y va sin figura. Y mañana, como ayer, leeremos en algún periódico un caso parecido, e invirtiendo términos de las pláticas del estreno exclamaremos: «¡Cómo en el drama de Federico Oliver!»

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

183

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1916.

Hace pocos días hablé aquí de un estreno de Federico Oliver, El crimen de todos, y hoy me toca hablar, si no del crimen, cuando menos del delito de todos, o siquiera de varios, algo cómplices en el tristísimo fin del joven marqués Vallecerrato...

Este título, creeríamos, si compartiésemos supersticiones muy difundidas en Italia, que trae aojamiento o mal de ojo, como antaño se decía. El anterior marqués de Vallecerrato, tío carnal de la víctima de hoy, murió también trágicamente. Arrodillado ante una imagen de la Virgen, apoyó la pistola en la sien. Era el «viejo» marqués de Vallecerrato un caballero encantador, y ejercía un atractivo especial, aun después que la juventud le había abandonado siempre.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 15 enero 1917: 5. No recogido.

El sobrino, que acaba de bajar a la tumba, se llamaba don Lorenzo Fernández de Villavicencio y Crooke, y llevaba el título de Vallecerrato, con grandeza y el marquesado del Castrillo. Su edad, aun florida, la de treinta y un años. Bravo y resuelto, (iba a escribir «como pocos», pero debo reconocer que como bastantes), fue de los aristócratas que se alistaron como voluntarios para el Africa, en horas críticas para la patria, después del Barranco del Lobo y los sucesos de Barcelona. Y en Africa cumplió como buen soldado, y salió de la lid... sana la piel y satisfecho el ánimo, con el legítimo orgullo del deber cumplido.

El deporte de la aviación le tentó. Es tentación de muchos, que empieza a difundir ese juego emocionante entre la juventud española. Y cuenta que, según el dicho de un expertísimo aviador extranjero, los aviadores españoles son los más heroicos del mundo, porque sucede frecuentemente que pilotean unas cafeteras desvencijadas, en las cuales no tienen defensa ni recurso contra el accidente.

Decidido a examinarse de piloto aviador, el marqués de Vallecerrato eligió, para sus pruebas, el aeródromo civil de Getafe, realizando el arduo ejercicio llamado de «los ocho» y que consiste en describir cinco veces, en el aire, la forma de ocho,

seguidamente y entre dos puntos fijos. Este ejercicio, fatal al marqués, había de realizarlo, a pesar de no ser tal la costumbre, en un plazo determinado de tiempo, lo cual acrece su dificultad.

Para mayor mal, el tiempo, en el punto en que el marqués había de probarse, estaba hermosísimo. Llevamos más de cinco meses de disfrutar este beneficio inestimable, un sol verdaderamente de España, una pureza de cielo azul que ensancha la vida. No hace frío, no hace viento. Y los deportes al aire libre atraen a los curiosos, a los «flanistas». Mucho agradará patullar entre fango helado, pero donde está una mañanita primaveral y una brisa dulce y acariciadora, váyase a paseo el norte y sus acres impresiones atmosféricas...

Así es que en la mañanita genuinamente madrileña, dorada y fresca, en mala hora, el aeródromo se llenó de invitados del neófito, que querían ver su ejercicio, y ser los primeros en aplaudirlo y felicitarle, y después celebrar el triunfo con un almuerzo íntimo, alegre, moceril, del cual nada dirían los periódicos, y que todo el mundo pertenecería a la misma esfera social, y se tutearía familiarmente, entre algaraza y broma.

Y aquí empieza a dibujarse la silueta de lo que he llamado el delito de todos... Delito, sin asomos de mala intención, delito de ligereza, de aturdimiento, de

fanfarronería. Creo que abundan los valientes, lo he dicho al principio, creo que cualquiera de esos mozalbetes de sangre más o menos azul, hubiese sido capaz de subir con el marqués aviador en el monoplano. Pero hay dos cosas que todo el mundo, a no tener una exquisita sensibilidad que le avise, hace sin reparo: ser generoso y hasta pródigo con el ajeno bolsillo, y temerario con la ajena vida. ¿No habéis notado la exactitud de esta aseveración?

También ocurre que perdonamos magnánimamente los agravios ajenos... Nuestros consejos de amistad suelen sugerir un olvido de toda ofensa, que tal vez no concebimos por cuenta propia. Tal ocurre de diez veces nueve. ¿Por qué no hemos de ser grandes, por qué no hemos de pasar una esponja sobre nuestras heridas, dolores y quejas? ¿Por qué no hemos de abrir los brazos al que nos acoceó? Y con derroche de benevolencia y abnegación sublimes, nos lo insinúan y hasta nos lo exigen, en nombre del relieve de nuestra figura, ante la posteridad.

Quiere decir esto algo muy sencillo: ¡que cada cual sabe de lo suyo, y que nadie entiende de lo que lleva dentro cada cual! En el caso del desventurado marqués, dícese--sin que yo lo afirme terminantemente, pues no tengo prueba alguna--que momentos antes de emprender el vuelo, y en la primer bajada, se notaron

deficiencias del aparato, y se pensó en precauciones, en dilaciones impuestas por ellas. Y entonces fue cuando pudo cometerse el involuntario delito. Exclamaciones de extrañeza, ironías, humorismos, lamentaciones, el tiempo que iba a perderse, por la mañana estropeada, por el retraso verosímil de la comida... y el neófito, hidalgo y español, sería como don Juan, que pasa por todo, excepto porque haya una sombra en su arrojo e intrepidez.

«Duda en mi valor ponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos con sus calaveras?»

Alzó, pues, el vuelo en su monoplano de 50 caballos, y no se tardó ni minutos en notar el mal funcionamiento del aparato. Entonces se despertó el sentido de la responsabilidad indirecta, y los compañeros de escuela de aviación agitaron pañuelos, haciendo señales de alarma. Y el joven aspirante a piloto las atendió, y aterrizó al punto. Los que le trataron íntimamente dicen que, si bien arrojado, no ignoraba la prudencia. Cambióse el motor del aparato, y quiso, según reglamento probarlo un profesor. Pero ya no lo consintió el alumno. Entreoía los rumores; veía tantos rostros, tantas pupilas fijas en él, tanto

amigo, tanto congénere alrededor; era el momento tan comprometido para su amor propio, que prefirió cualquier cosa a retroceder. A veinte metros de altura inició la peligrosa prueba de los ochos. Y, al pronto, salió bien. Un latido de satisfacción debió de dilatar aquel corazón fuerte, que momentos después era horriblemente aplastado por los hierros de la máquina.

De abajo le hacían otra vez afanosas señales... No las atendía. No quería ver que cabeceaba el aparato. ¡Cabeceaba, no obedecía, se torció, se inclinó, y cayó a pico, clavándose en el suelo, hecho trizas, escondiendo bajo sus restos al piloto. Cuatro hermanos de éste, y no pocos parientes fraternales, estaban presentes allí. Corrieron, y sacaron el cuerpo; laminado, roto, informe. El rostro había sido preservado, y expresaba, cosa singular, una quietud sonriente; pero el tronco era un pelele ensangrentado. Huesos en astilla, desgarradas entrañas, las costillas hundidas, y el corazón deshecho...

Y he aquí cómo encontró su última hora un mozo que había arrostrado lances de empeño con notoria fortuna, en cacerías, deportes y guerras, y que ahora se sentía atraído por el peligro del aire, que todavía donde los progresos de la aviación son más positivos, hiela la sangre si se considera bien. Somos animales terrestres, y la corteza del planeta se ha hecho para

soportarnos. Desde Icaro acá, volar es una especie de contravención a las leyes, naturales y divinas, y envuelve la cruel sanción del destrozo de los miembros, de ser roto como vaso de frágil vidrio. Me encontrarán muy anticuada los partidarios de la aviación, los que dan por hecho que, dentro de diez años, en aeronaves realizaremos los viajes que hoy en tren, y de París a Londres iremos en media hora escasa, al través de las nubes, como walkirias. Por mí tanto creo en semejante porvenir, como en las brujas que el sábado han de entrar, volando también, por la chimenea. La ciencia es muy grande, pero tiene límites y vallas.

El drama del aeródromo de Getafe me sugiere estas ideas, quizá anacrónicas... Y el comentario de la responsabilidad de la gente, helo aquí: el Real Aero Club no prestará ya su concurso a ningún examen, si éste ha de ser público y de exhibición solemne...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

184

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1916.

Estos días la gente se estruja ante la puerta del palacio ducal de Medinaceli, donde, con un fin benéfico, se exhibe, mediante módico estipendio, un Nacimiento, obra de talla italiana del siglo XVIII, igual o muy semejante a otro que existe en el palacio real, y algunos que hemos visto dispersos por las casas de los anticuarios. El afán de los madrileños por el espectáculo que se les ofrece; ese apresuramiento con que responden a la iniciativa de la duquesa, indican, a mi ver, que la tradición inmortal quiere resurgir, y que, contra los extranjerizos "árboles del Noel" (hasta está en gringo el nombre, pues en todo caso debiera decirse "árboles de Navidad)", van a erguirse los españolísimos "Nacimientos".

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 21 febrero 1917: 4. No recogido.

El árbol de Navidad, si no lo consideráis bien es una cosa que no puede pertenecer sino a pueblos y a razas del norte. Es un abeto, especie que apenas se cría en España. Unida a él viene la idea de la nieve, y el hombrecillo Noel, el mago de barba blanquísima, es cosa que tampoco aquí conocíamos, hasta que, traducida, nos la han presentado en casas aristocráticas y hoteles de moda.

Los Medinaceli son castizos. Lo probaron al casarse como se hubiesen casado sus antecesores, de un modo a la vez señorial y popular. Y lo prueban una vez más, armando "el belén" como cualquier madrileño neto; sólo que un belén más lujoso, artístico, digno de la residencia. Por lo demás, es el belén clásico, el mismo de la plaza de Santa Cruz, con pastores y pastoras y magos, y Portal.

Yo confieso que estoy de parte de los belenes, y contra los abetos festoneados de ricitos de papel de plata. Hay en el Nacimiento una intimidad de amor que falta en el árbol. Preguntad a los niños: nadie como los niños perciben, por instinto estas cosas. Y adviértase que en el Nacimiento no se les hacen regalos: no se les reparten bolsas atestadas de bombones, ni muñecos y monos peludos, de felpa, ni panderetas encintajadas, ni escopetillas... Y, sin embargo, y aunque no existe ser menos desinteresado que

el niño, prefieren el Nacimiento, donde un poema de ternura se desarrolla ante sus ojos. No hay detalle que no les atraiga y hechice. El Portal es encantador. Tiene una mula y un buey, y, sobre la paja, un chiquitín desnudo. ¿Qué frío estará pasando? Pero los pastores le traen muchas cosas, y tal vez un vellón de oveja, para abrigarle los piececillos helados. Una vieja aparece cargada con un cesto de huevos; un gañán presenta un pavo, reventado de gordo. Los reyes... esos no se andan con chiquitas: traen oro, incienso y mirra, en unos botes de plata magníficos. ¡Y hay un rey negro, que debe de ser más bueno! Y hay una fuentecilla que corre, a pesar de los grillos de escarcha que la prenden; y un riachuelo que serpentea entre unas flores doble de altas que las chozas; y un ermitaño que toca la campana, adelantándose a los acontecimientos; y allá, en el fondo, una Jerusalén de fantasía, y en el cielo de tarlatana azul, una estrellita, hecha con una bombilla eléctrica... Los chicos se paran ante este conjunto, boquiabiertos, en éxtasis. Cuantos más anacronismos, más alegría. Hay Nacimientos cruzados por trenes, y figuras en bicicleta, y hasta hubo un Belén con su correspondiente plaza de toros...

Ved ahí lo que le falta al árbol extranjero: la gracia del anacronismo, la vida actual pintorescamente

mezclada con la de hace diez y nueve siglos, allá en la Palestina... Sin duda no abundan los anacronismos en el Medinaceli. Sin embargo, en trajes y accesorios hay ese tinte de lo que entonces era contemporáneo, y que no podía serlo del Niño del Pesebre...

¿No os inspira compasión el Niño, en estos años fatídicos de guerra? Recuérdese que El vino a traer la paz, blanco presente de paloma, de cordero cándido y sin mancha. Y la humanidad le ha respondido con carnicería y estrago, y encharcándole en caliente sangre el tusón de azucena. Y el Niño, ni por esas renuncia a volver a nacer en el establo el 24 de diciembre, esperando a poder nacer un día en nuestros empedernidos corazones...

De la fiesta del Establo, ved lo que han hecho, por lo menos en el bullanguero Madrid, las muchedumbres. No es ciertamente España el país donde más se embriaga la gente; y sabemos que en los países del árbol se trinca doble y a diario, sin que nadie se asuste; lo que sucede es que las borracheras de los sobrios son mucho más escandalosas que las de los habitantes bebedores. El que empina el codo por excepción, siente la necesidad de meter bulla, de expansionarse bárbaramente, agresivamente. Aquí no hay de esos curdas taciturnos, que dialogan consigo mismos, interiomente, cuando apuran la copa y destripan la

botella. Aquí, el vino es detonante. Y por eso, las noches en que se festeja algo, son noches de embriaguez escandalosa.

Va habituándose el pueblo de Madrid a estos excesos, a estas saturnales en plena vía pública, que a mi ver, y al de mucha gente, debieran reprimirse con firme mano. Pase que se celebren con libaciones báquicas y gritos y cencerradas discordantes las Carnestolendas; pero que la fiesta del hogar, la noche en que una esperanza espiritual estremece al mundo, se reduzca a una orgía al aire libre, y que otro tanto suceda la noche del 31 de diciembre, a pretexto de las uvas, que son únicamente, en este caso, la alegoría del vino... ya no puede sufrirse.

Van formándose en la capital de España costumbres que repugna que se aclimaten, porque dan mala idea de nosotros al extranjero que nos visite. La escandalosa y más que pagana romería llamada de la Cara de Dios; las uvas de medianoche; las saturnales del 24 de diciembre, son ya ley, y acrece lo grosera fruición con que acude a ellas parte del pueblo madrileño. Iba a escribir «la hez», pero por desgracia, no sería exacta la expresión. No es la hez la que deliró en la Puerta del Sol, esperando al año, ni la que con zambombas, latas y sartenes nos atruena y quita el sueño en esa Nochebuena, que, efectivamente, no es «de dormirse».

Gente, en parte, artesana, clases laboriosas, que se gastan en una hora su jornal de siete días, forman parte de la «patifestación». Y como los salarios aumentan a cada paso, y han llegado a ser muy lucidos, se revela la abundancia en ese derroche de dinero (que es lo que menos importa), y también de salud y moralidad; en esa deserción se comía la sopa de almendra, el besugo y la ensalada, y que hoy queda vacía, porque todos, ¡hasta los niños!, pasan fuera y barbarizando las horas de la velada que debió ser familiar...

Yo espero que la cordura y la cultura llegarán a imponerse. Se han impuesto ya en algo que también parecía digno de un aduar africano: en la famosa «cola» de la lotería.

Desde un mes o mes y medio antes del sorteo de Navidad, tomaba sitio una hilada de golfos y mendigos, entre los cuales no faltaban mujeres, desarrapadas y escuálidas. El objeto de tal maniobra era asegurar la posesión de los primeros puestos para entrar a presenciar el sorteo, con objeto de revenderlos por una cantidad que oscilaba de tres a veinte pesetas. Jamás he comprendido el placer que cabe en asistir al sorteo: a la media hora, los números premiados se pregonan a voces en las calles. Pero, en suma, había quien daba dinero por tal gusto. además, los «coleros» eran

atendidos con café caliente, mantas y socorros, por el caritativo vecindario. No por eso me parecía menos deshumanizador el espectáculo de aquellos industriales de la miseria, con brazos para trabajar, con piernas para tenerse, y pasándose un mes de pie, bajo la lluvia y la nieve, ateridos, hambrientos, cambiando chistes--¡oh, el chiste!--desvergüenzas y quejas, y apareciéndose, como un dibujo pesimista de Callot, ante la mirada del que pasase y se asombrase de tal modo de vivir...

Y como yo me lamentase de estos fenómenos sociales, un amigo muy europeo me contestó:

--¡Bah! ¡Si viese usted con qué horrenda algarabia reciben al Año Nuevo en Londres!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

185

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1917.

Cada vez más enconadas continúan las discusiones, ya degeneradas en disputas, entre germanófilos y aliadófilos, en círculos, centros, reuniones y todo lugar donde la gente puede cambiar ideas. De la prensa no hablemos, que en ésa, el apasionamiento pica en historia. La duración de la guerra contribuye a exaltar los ánimos, y lo que no gastamos de energías en los campos de batalla, lo consumimos en gimnasia de garganta y lengua, en furibundo choque verbal.

Entre la gente de buen tono, sin embargo, va siendo como tácita consigna evitar esas estériles escaramuzas; y una de las razones por qué las evitan es porque siempre puede estar presente, en alguna esquina del salón, un extranjero. Empieza a cundir el sentido

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 20 marzo 1917: 6. No recogido.

del desdén hacia las exteriorizaciones de la opinión propia, y este desdén es una de las cosas de mejor gusto, más acertadas, más elegantes, que en este mundo existen.

Un señor exuberante, que entra moviendo los brazos, gesticulando, que manifiesta su parecer en voz sonora, que se encara con nosotros y nos exige que pensemos como él, y en caso contrario poco menos que nos insulta, es un ente ridículo, allí donde se juntan personas un poco refinadas y maliciosas, por virtud de la experiencia social. La experiencia social pone sordina, unta de vaselina los resortes, prohibe esas «peladeras» de mal efecto, y sobre todo de ninguna utilidad.

Hay que formular nuestro juicio cuando el hacerlo influye algo en los espíritus y en la opinión; por eso apruebo, y me explico bien, las conferencias, los libros, los artículos, hasta el mitin, en pro de esto, lo otro o lo de más allá. Las polémicas verbales, en cambio, las considero la más lamentable de nuestras malas costumbres.

El español no es, generalmente hablando, muy vicioso: más bien es sobrio en la bebida; se juega aquí como en todas partes, y acaso menos; pero en lo que está encenegado es en el eterno disputar, en la manía de querer imponer su estilo de entender las cosas a

todo bicho viviente. Y somos muy contados, contadísimos, los que, al contrario, deseamos que, como dijo el Apóstol de las Gentes, abunde cada cual en su propio sentido.

¿Por qué no? ¿Qué conseguiríamos con esa unificación de criterio, capa de barniz de nafta, bajo la cual dejaríamos momificarse a la conciencia? Cuanto más se diversifica la conciencia humana, más rica y lozana florece. Y yo, por ejemplo, soy francófila, y no falta quien lo sepa, en los desgraciados países que combaten y vierten todavía, a la vuelta de más de dos años, la sangre a torrentes. Pero bien se le alcanza a mi eclecticismo filosófico, que puede haber razones para que otros no vean el asunto como yo, sino de muy diferente modo. Hasta las puede haber para que antes de la guerra se pensase de una manera, y los mismos sujetos piensen hoy de otro. Conozco francófobos de la víspera, hoy francófilos furibundos. No les hablaseis antes de cosa que no viniese del norte; y en la actualidad puede que hasta tengan escrúpulos de gustar las rollizas salchichas de Francfort. ¡Bah! Para fenómenos, habría que tomar en cuenta tantas y tantas pequeñas circunstancias, tan diversos y quizá liliputienses móviles! Y todos serían humanos; todos, mirándolo bien, llevarían en sí su justificación, o siquiera su excusa. Detrás de las francofobias y las

francofilias hay siempre algo personalísimo: un sentimiento de cariño o un resquemor por algún agravio sufrido, antiguo, que se despierta y sale de su cueva, rugiendo, como Fafner el dragón... En la buena sociedad, a los embajadores y ministros les rodean simpatías y antipatías, determinadas por consideraciones que en un momento dado les ganaron adhesiones o les restaron afectos, los cuales, por su ilogismo muy humano, se hicieron extensivos a las naciones que representaban. Los diplomáticos deben aplicar su diplomacia, ¿si no, de qué les sirve?, a hacer grata y querida la nación que momentáneamente encarna en ellos.

Corrió, hace ya años, por Madrid, una anécdota, y entre divertida y cruel, ¡cruel hasta la sangre!, acerca de un incidente entre un periodista famoso y el representante de una poderosa nación. Yo lo repito, sin responder de que la versión sea exacta. Daba el diplomático un baile, del cual se hablaba mucho, y al cual el periodista y cronista deseaba asistir, no por pueril vanidad, sino porque necesitaba, en sus crónicas de salones, reseñar la fiesta. Hasta cierto punto, el periodista estaba en su derecho. Pero todas sus gestiones para obtener invitación se estrellaron contra la «morgue» ceremoniosa del embajador de...

Es de advertir que el periodista era una persona perfectamente digna, con cierta posición política, y

bien recibido en todas partes. Lo que pasaba es que en muchas embajadas, y en aquella sobre todo, a pesar de su tonismo, la información social era escasa, y esto daba lugar a episodios hasta cómicos. Un amigo mío, hombre por todos estilos invitable dondequiera, fue requerido por otro embajador de la misma nación para que le diese una lista de las personas de la sociedad de Madrid a quienes se podía convidar a un sarao. Trazó el buen señor su lista, y uno por uno fueron recibiendo los en ella incluidos la clásica cartulina. El único que no la recibió fue el mismo consultado para el asunto. Como él no se había apuntado, prescindieron de él, y se quedó sin entrada.

Volviendo a la historia del periodista, éste tuvo un momento de irreflexión, y la noche del numeroso sarao, se deslizó en él, muy lucido de pechera, muy florido de ojal, y llevando en el bolsillo el lapicito de oro y turquesa, para apuntar nombres en el diminuto carnet. No sé si por alarde de aplomo, o por casualidad, presto se dio de manos a boca con el dueño de la casa. A título de explicación, empezaba a decir:

--Monsieur l'Ambassadeur, je suis journaliste... cuando el diplomático empujándole por los hombros con ambas manos, ignoro si suave o reciamente, aunque supongo que lo primero, y guiando hacia la antesala y la puerta, repetía, con un estribilio:

--Excellent métier, excellent métier...

hasta que dejó a su víctima en la escalera.

¿No es cierto que la hidalguía se subleva ante un caso tal? Ni es ése el oficio de un diplomático: expulsar a la gente, y a gente que merece consideraciones, por el talento, por la notoriedad y por sus relaciones en Madrid. Nadie aprobó la ligereza del cronista; pero mucho más duramente censurada fue la descortés acción del finchado representante de ...

Como yo quisiera mostrar siempre cierta imparcialidad, he referido esta anécdota, que no deja bien a un diplomático de uno de los dos bandos que hoy combaten, y que entonces estaban muy en paz, siquiera aparentemente; pero pudiera añadir a ella varios acerca de un embajador del otro bando, que asombrarían por lo fuertes y hasta intolerables. Me las callaré, por ahora, y me limitaré a repetir que todo esto resta simpatías. Sin duda que el concepto de una nación es independiente de la conducta y educación de sus representantes. Pero estamos organizados de tal suerte, que ambas cosas se confunden, en la génesis de nuestros sentimientos. Yo sé aislar lo que no está verdaderamente amalgado; la mayoría lo confunde.

El patriotismo, en un diplomático, se afirma al hacer grata a la nación que representa. Se pelea en la frente, y se pelea en los salones. Para esta lucha

incruenta se requiere exquisito tacto, suma cortesía, conocimiento de las circunstancias y de las gentes, y cierta «bonhomie», que no es incompatible, no tal con la reserva, la precaución, el saber mantener su puesto. El diplomático debe tomar por modelo a los reyes, que nunca quieren ofender ni herir a nadie. Los reyes son, comúnmente, las personas más amables de su reino. Cuando mayor es la altura social, más innecesario y nocivo es sostenerla con puntales de soberbia. Ella se sostiene sola.

Aquel cronista a quien echaron por los hombros, no lo olvidó. Su cáustico ingenio se vengó encarnizadamente, de mil maneras. Hoy, si viviese, debo suponer que su impresión acerca de la guerra se resentiría de su dignidad pisoteada. Aun conociendo que le correspondía parte de su culpa, no podría haber olvidado el hecho descomunal del embajador. Nuestra sensibilidad tiene más fiel memoria que nuestro cerebro.

Ante el conflicto presente, todo, esto, parecen nonadas y menudencias sin valor. Y lo son, convenido. Pero en el mundo de la sensibilidad, como en los reinos de la materia, nada se pierde.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

186

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

UN AVE DE PASO: METTERLINCK [MAETERLINCK]*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 19117.

No ignoran mis lectores de LA NACION, y menos aun lo desconocen mis amigos franceses de toda la vida, mi simpatía hacia Francia y Bélgica. En las actuales circunstancias esta última me ha inspirado también la generosa piedad que surge en toda alma bien templada, cuando inmerecidas desventuras ponen corona de abrojos en la sien y dolorosa amargura en el espíritu.

Todo esto viene al caso de que cuanto diga acerca de la venida de Maeterlinck a España, acompañado de Mme. Georgette Leblanc, no ha de interpretarse como desafecto a su patria, ni mucho menos. Y tampoco quisiera que se confundiese mi opinión respecto a

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 26 marzo 1917: 6. No recogido.

Maeterlinck como artista, con lo que someramente diré de Maeterlinck propagandista y mensajero de Bélgica en Madrid. La autoridad de Maeterlinck en literatura es una cosa, y su acción patriótica otra. Como golondrina de los cielos de arte, me hubiese inclinado ante su raudo vuelo. Como representante extraoficial de una nación beligerante, podré decir que no traía bien preparada su misión, que abrevió una orden del gobierno.

Y me doy prisa a justificar mi aserto. El que va a una nación con objeto de interesarla en favor de una causa (lo cual, a mi ver, es perfectamente lícito), debe por lo menos documentarse en algún manual, o siquiera en los angostos límites de una conversación acerca de lo que esa nación representa, de los títulos que posee para alternar en los dominios de la cultura. Y grande ha tenido que ser mi asombro al leer, en un importante diario de la corte, que Mme. Leblanc, compañera de Maeterlinck, artista escritora tan espiritualmente unida al autor de La Intrusa, que, según dicen críticos y biógrafos, en cierto modo colaboradora con él, al ser preguntada por el entrevistador acerca de si conocía algo de literatura española, respondió que, ¡bah!, sabía que existía un «poeta» nombrado Galdós...

Me dirán que esto lo dijo la Sra. Leblanc, y no Maeterlinck. Pero si Maeterlinck anduviese mucho mejor

informado, ¿no transmitiría una tinturilla a su compañera?

A bien que aquí puede decirnos todo el mundo lo que guste. Somos como el pan de buenos, y lo que es el amor propio nacional no nos escuece. No he visto que nadie protestase. ¿Galdós un poeta? Corriente: si no lo es en verso, lo será en prosa. ¿Los demás escritores, sin existencia real, como si fuesen algún personaje de Alladine y Palomides? ¡Pch! Para lo que se «existe» aquí cuando se ejerce la profesión literaria... Zorrilla refería siempre el episodio de cuando en Barcelona le tomaron por «en Surrilla», el político... Y a mucha honra, para el autor de Don Juan Tenorio.

Por lo demás, la venida de Maeterlinck a España confirma lo que dije ha pocos días en mi conferencia sobre el porvenir de la literatura después de la guerra: a saber, que en el momento presente, en toda Europa, las tendencias de la literatura y del arte han cambiado, bajo la presión de los acontecimientos, que se atropellan; y que hasta el artista más recluido en los alcázares del ensueño se convierte a lo positivo y lo patriótico. Y cuenta que yo comprendo que lo más patriótico que puede hacer un artista es intensificar su arte; pero no se entiende ahora así, y en esta hora trágica, los poetas, como pajarillos cantores,

obligados a sacar con el pico un cubo de agua, se afanan y se entregan a la tarea, tratando de servir de algo, los pobretes, que antes sólo valían para ponernos en relación con la belleza, para hacernos olvidar, abriéndonos un mundo encantado o descubriéndonos la realidad entre luces geniales, la miseria de nuestro existir...

Y por eso Maeterlinck--que probablemente no habría creído que valía la pena de venir al «país del sol», según llamó a España la señora Leblanc, cuando se abrían las cataratas del cielo y estábamos de fango hasta el tobillo, a explicarnos su arte--vino a pedirnos simpatías hacia Bélgica, y explícitas y francas las encontró.

Y encontró también--justo es decirlo, porque no debemos consentir que nos calumnien, que harto tenemos con aquello que efectivamente hacemos mal--encontró, digo bastante gente que conocía sus obras, que estaba al tanto de su producción... y de lo que ésta representa dentro del arte contemporáneo. Y no tan contemporáneo ya. Sin que pueda hablarse en justicia de su decadencia, Maeterlinck pertenece a otra época, a la del simbolismo, y lo mejor que ha escrito, sus títulos de gloria, son de su primera manera, y responden a su verdadera originalidad.

La originalidad de Metterlink, indiscutible a pesar de cuantas influencias se quieran descubrir en

él, a pesar de Shakespeare, de Edgardo Poe, de Villiers de L'Isle Adam, está en esa sugestión del misterio que nadie como él ha insinuado, y que es sin duda un elemento de arte de los más altos y profundos.

¿No os habéis parado nunca a considerar esta presencia, esta inmanencia del misterio, esta neblina sutil que se tiende sin cesar ante nuestra vista y deja entrever lo que no perciben los sentidos, ni conoce ni puede conocer la razón? Hubo en el siglo XIX un momento en que los adelantos de la ciencia de laboratorio hicieron esperar que esa niebla se rasgase, y la humanidad conociese su ruta y su destino. Tal ilusión fue poco duradera. Por encima de los descubrimientos y las maravillas científicas, que llevaron a través de las ondas del aire la palabra y conquistaron los mares y los aires y anularon las distancias, el misterio renació intacto, y el arte, al reconocer que allí estaba en pie el antiguo numen, no hizo sino proclamar una verdad. Por eso la generación que vio la sombría frondosidad de la selva de los símbolos, en la cual andaban perdidos los pobres ciegos; la generación que proclamó los derechos del misterio y lo recóndito de la sensibilidad, no erró ciertamente, y encontró la palpitación artística, al avenirse a la ley de nuestra confusión y nuestro temblor ante lo infinito.

Es justo decir que esta sugestión del misterio, de lo que apenas se vislumbra y presiente bajo el tejido de las apariencias, ha tenido un gran intérprete en Maeterlinck, muy especialmente en sus dramas más que en los balbuceos no siempre coherentes de sus poesías. La imposición del teatro, para obligar a desenvolver una acción, ejerció beneficiosa influencia en Maeterlinck, dando a sus concepciones cierta precisión, dentro de lo vago, de lo indistinto y nebuloso, que siempre predomina. Por eso en la producción artística de Maeterlinck tenemos que otorgar puesto preferente a sus dramas, y entre sus dramas a los que no pasan de un acto, a los episódicos, como La intrusa, Interior, y Los ciegos. Si bien lo miramos, estos dramas cortos, de alta presión, son más bien poemas y Maeterlinck, en ellos, descubre su temperamento, su concepción peculiar del mundo, su sensibilidad extraña. En esos dramas no imita a Shakespeare; en esos dramas casi no refleja a Edgardo Poe, cuyo terror es más material, más activo, menos ensoñador.

Yo daría preferencia a una obrita, la que más me conmueve, si bien no me parece representable, y es la titulada Los ciegos. El asunto no puede ser más sencillo ni más trágico. Una docena de ciegos, hombres y mujeres, entre ellos una loca que lacta a un niño, recogidos en un asilo, han salido de paseo, guiados por

un sacerdote. Durante la excursión, y en medio de una caduca selva, donde crecen árboles fúnebres, y esos asfodelos, tan caros a los poetas modernistas, al sacerdote le sorprende la muerte, cuando está sentado bajo un árbol, una encina cavernosa y enorme. Allí se queda lívido y con los ojos mudos y fijos, repentinamente ciegos también; y los que guiaba no se dan cuenta, hasta mucho más tarde, de que están hasta más tarde, de que están solos con un cadáver, perdidos, abandonados. Creen que se ha marchado el guía, pero que va a volver, y con una fe ardiente lo esperan, comentan su próximo regreso, a la vez que tiemblan que no se realice, que queden allí condenados a perecer de hambre y de frío. Las conversaciones de los ciegos son desgarradoras de emoción, y al mismo tiempo naturales y verdaderas, dada la situación y dada la obscuridad y lobreguez en que viven. Por este sello de realidad, en medio de la intención simbólica, Los ciegos me parecen una obra maestra. Y por eso, al ver en el Ateneo a Maeterlinck, junté las manos en aplauso fervoroso, pensando que tenía delante a un descubridor de las regiones desconocidas del alma humana, abismo grande, que dice la Escritura.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

187

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1917.

Van a cumplirse cien años del nacimiento del poeta Zorrilla, y algunos que no piensan en la guerra exclusivamente, y dicho se está que son los menos, se preocupan con la idea de que tal centenario debiera celebrarse.

Y yo creo que sí, que debiera celebrarse en efecto, porque Zorrilla, si no fue nuestro único gran poeta en su tiempo, como afirman algunos, fue de fijo el más natural, el más épico y el más castizo.

Yo pensaba estos días en la singularidad del destino de Zorrilla. Le conocí bastante en su última etapa, cuando desengañado del mundo y probablemente también de las letras, vivía en Madrid, en compañía de su segunda esposa. Trabajaba aún bastante; rimaba y escribía, pero era, según propia confesión, sencillamente porque le pagaban sus versos y su prosa.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 abril 1917: 6. No recogido.

Estaba infantilmente enfurruñado contra la escuela entonces nueva, que era el naturalismo, y que dentro de lo reducido de nuestra vida literaria parecía tasarle el aire al viejo representante del romanticismo melenudo. Por aquel entonces, pensó en escribir--¡él, el cantor de Granada!--una novela «naturalista», que le tasaba alto no sé qué editor catalán. ¿Ha visto Vd. qué diablura?--es fama que fue el comentario de un crítico insigne.

Ello es que Zorrilla padecía una falta crónica de dinero.

En su ágil vejez, no se le conocía otra enfermedad, hasta que vino la que había de llevarle al sepulcro; creo recordar que se llamó pulmonía infecciosa, o algo semejante. Y pensaba yo en las teorías de otro gran poeta, el conde Alfredo de Vigny, según las cuales, la sociedad tiene, con los poetas, una deuda sagrada que satisfacer, y en vez de hacerlo, los deja morir de hambre. Tanta nulidad como se ve por ahí, abrumada a fuerza de sueldos y recompensas cuya razón se ignora, y Zorrilla entrampado su vida entera, sudando sudores de agonía para resolver el problema económico. Vigny no hubiese admitido la excusa que alegaría el gobierno de que Zorrilla era escandalosamente pródigo. Vigny hubiese dicho que «chimenea campesina» se cotizaba doble.

Y luego, aquel Zorrilla era de tal condición, que no había manera de evitar que se hiciese daño a sí propio, con sus salidas y sus desplantes. A mí, práctica en respetarle y admirarle durante su vida, no perdonó medio de zaherirme.

No por eso dejé de reconocer el deber que todos teníamos con tal hombre, y, después de su muerte, con tan gran memoria. Ayudada eficazmente por la marquesa de Squilache, siempre propicia a estas empresas, logré que el estado español pensionase a su viuda, a la viuda del poeta digo, que, ciega y enferma, iba a pedir limosna, lo cual, por pobre que España fuese, constituiría una vergüenza nacional.

El carácter caprichoso y la complexión singularísima de Zorrilla, enfermo de epilepsia desde la primera juventud, le restaron amistades y entusiasmos, y, sobre todo, le sometieron a necesidades de producción afanosa, y precipitada, como de pie forzado, que, a ser menor su genio, comprometerían su gloria para lo futuro. En las mismas galeras remó Lamartine en sus últimos años, y por el mismo pecado de prodigalidad; y también estuvo expuesto al descrédito total de su pluma, pues ya no podía decirse de su lira. Sin embargo, en estos poetas que lo son por derecho divino, basta una obra de juventud, dos o tres obras a lo sumo, para sentar sobre bases inconmovibles la fama.

A Lamartine le sobraría con las primeras Meditaciones; a Zorrilla, con sus Leyendas. Zorrilla, además, y esto hay que reconocerlo paladinamente--presentó el tipo mejor caracterizado de poeta que es posible tal vez encontrar en el siglo en que le tocó vivir. Cuando se llamaba a sí mismo juglar, bardo, trovador, ave cantora, silfo, no se apartaba de la verdad, y hasta se definía críticamente. En la Edad Media, Zorrilla sería «el de Villasandino»; el trovero que tiende la mano, porque la poesía ni es un oficio ni una labor, y no da lo necesario para sustentar la vida. En nuestra época Zorrilla no supo ser diputado ni director de ninguna cosa, ni ministro, ni negociante, ni más que «coplero», como en sus horas frecuentes de mal humor se calificaba. Y esto sólo es ya de una gran poesía, muy estético, o al menos me lo parece. Al final de su carrera, Zorrilla estaba tan libre de cargos y puestos, asuntos e intereses prácticos, como al principio, deseado; pero, fuera de eso, era un ídolo. Y podía sin faltar a la verosimilitud, arrogarse aquel papel de inspirado y de vidente y de profeta y de hombre del siglo, que de buena fe ejercía Zorrilla, que acaso no tuviese plena conciencia del valor de su obra, porque hubo en él mucho de inconsciente y de criatura instintiva, era apenas una figura eminente, dentro de una nación en decadencia; y

la única vez que se vio envuelto en el torbellino de la política fue en un estado americano, destinado a decadencias harto mayores y a desgarramientos espantables. Y aun entonces, Zorrilla se limitó a apartarse de una tragedia más cruel que la de su Gabriel de Espinosa, en Traidor, inconfeso y mártir.

No estaba entonces, ni acaso lo esté ahora, madura la opinión española para el culto de un poeta, que seguramente marcha a gran distancia de los restantes. Y ni el culto ni el respeto, aunque sí gran popularidad y nombradía, obtuvo el autor de Don Juan Tenorio. Para que un poeta sea algo incorporado a la vida de una nación es necesario que en la nación exista una mayoría muy ilustrada, segura de que no se equivoca en el tributo. Esto no lo tenemos aquí. Hay siempre un dejo de duda en el tono con que os preguntan, «si, en efecto, valen tanto X o don H...»

Y Zorrilla refería, él mismo, sin enojo, que en Barcelona los chiquillos le seguían en la calle, gritando «es en Surrilla, visca la libertad». Era que le tomaban por D. Manuel Ruiz Zorrilla, el político...

Hubiese podido añadir que habiéndose prolongado su estancia en una capital donde estaban agasajándole aparecieron pasquines que decían: «Vate, vete» Y estoy convencida de que no fueron estos casos una decepción para Zorrilla. Su alma era, en este particular,

ingrávida, ligera como alma de silfo. No le creí nunca modesto; pero tampoco se le enconaban las heridas de la vanidad literaria, acaso, porque estaba seguro del porvenir.

Podía estarlo. Su papel, en la evolución romántica, es duradero como los bronces. No tuvo ideas, no tuvo vuelo mental, pero tuvo el instinto de lo tradicional, de la que España lleva en sí por ley histórica, y remontó la corriente, hasta llegar a sus más puros surgidores. Para labor semejante, no hay olvido. Nos olvidaríamos a nosotros mismos, cuando a Zorrilla olvidásemos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

188

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1917.

Los acontecimientos de Rusia han causado aquí una sorpresa rayana en asombro. Y es que--lo dije en un periódico, hace cosa de mes y medio--de Rusia se sabe aquí poco o nada. Todo lo que allí acontece, suena a cuento de hadas o leyenda fantástica de ogros.

Hace treinta años, hablé yo en el Ateneo de «la revolución y la novela en Rusia». Pero afirmar que nadie se ocupaba de tales materias, y me lo demostró la marea de curiosidad que provocaron mis lecciones, y la confesión explícita que hizo la prensa, de que aquel tema era nuevo completamente en España. Si alguien lo conocía, por lo menos no había hecho público su conocimiento. Yo llegaba de París, donde había tratado con nihilistas refugiados, y publicistas rusos, de cuyos labios recogí gran parte de las noticias expuestas en mi libro.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 abril 1917: 6. No recogido.

Aquellas fermentaciones se han traducido ahora en esta explosión. Todo lo que hierve, sube y sale afuera. Pero no todas las revoluciones son igualmente oportunas. La de Rusia no me lo parece, ni se lo ha parecido a la gente que mira estas cosas con el alto desinterés del historiador.

Nunca puede ser oportuna una revolución en un país que está en guerra. En esta parte, el ejemplo de Francia es concluyente.

En su primera guerra, la de 1870, Francia vio desatarse las pasiones políticas, y no debió de contribuir poco esta circunstancia a su mala fortuna. Los que defendían hasta última hora a Francia mutilada y destrozada por la invasión tuvieron que dividir su esfuerzo, y consagrar buena parte de él a enfrentar la anarquía. No pudo haber espectáculo más regalado para los enemigos de Francia, que el de París ardiendo por los cuatro costados.

Pero la lección severa no fue inútil. Francia aprendió. Ese buen sentido inmanente de la nación, ese instinto de patriotismo que le sirve de faro y de guía, se impusieron. Y no conozco ejemplo de cordura heroica como el dado por Francia en esta ocasión memorable. Las banderías han desaparecido. No hay más que un sentimiento, un ideal. Cuanto haya contribuido tal unión a reforzar la defensa; cuanto significa para el

prestigio de la patria, no lo sabré decir. Cuando las naciones proceden así, visten la toga viril, y tienen el porvenir asegurado.

En España hemos visto, es decir, hemos leído en la historia algo análogo, y rezagos de las disensiones internas han podido presenciarlos nuestros ojos. En 1808, triunfamos porque no había discrepancias. Después vinieron las escisiones, y nos entretuvieron casi un siglo, en que hubiésemos debido avanzar y restañar nuestras heridas. Y si es fatal la escisión en la paz, ¿qué será cuando arde la guerra?

Sin duda Rusia necesitaba, como todas las naciones europeas, una evolución en sentido democrático. Estéticamente hablando, y desde el punto de vista pintoresco, la antigua Rusia parecía intangible; Rusia era eso, la santa Rusia, inmóvil como sus dorados iconos en el fondo de un santuario. Pero ya en otros días había conocido reformadores: los grandes Pedro y Catalina, quisieron una Rusia europea, civilizada, modernizada. Y, en nuestros días, la estrecha alianza con Francia ¿a qué fin podía tender? Gérmenes de transformación bullían en el inmenso imperio; y, a la primera ocasión favorable, los hemos visto expandirse.

Mas dudo que sea favorable la ocasión cogida por un solo pelo. Si echan la cuenta de que lo primero es el fin político, es otra cosa. Si miran a las críticas

circunstancias exteriores, puede esta revolución ser error fatal.

Se oye decir que justamente el deseo de continuar la guerra es lo que ha impulsado a esta revolución. Se oye decir que influencias y elementos especiales impulsaban a una paz por separado. Y ello será así. Lo peligroso es el cambio en la cabeza, en tales momentos. A estas horas no se sabe si el zar será el hermano de Nicolás II, o su hijo. Tal vez no haya zar. Tal vez se proclame la república. ¿Qué forma prevalecerá? Nadie puede vaticinarlo.

Y pensaba yo estos días, y ya de antes, porque algo había transpirado sigilosamente: ¿Qué se diría de las mujeres españolas o italianas, si entre ellas se presentase un caso de extraña y salvaje superstición, como la que delata el caso del monje Rasputin?

No han sido pobres aguadoras, costureras, ni labriegas; han sido las principales damas del imperio, empezando por la más alta, las que idolatraron en eso que no sé si calificar de monje o de místico libre, como en Rusia hubo tantos, y le supusieron capaz de obtener del cielo toda especie de gracias y favores. Yo ignoro si lo que se cuenta responde a la estricta verdad; pero tanto se afirma, y por tan diversos conductos, que no todo será inventado. Parece que este personaje, el santón milagrero, existe siempre en

Rusia, como existe en Marruecos, especialmente. Y es la corte, son las esferas elevadísimas, las que le rinden pleitesía y se inspiran en sus palabras y acatan sus mandatos.

Sobre todo repítese, las grandes señoras. ¡Es un hecho que no me cabe en la cabeza! Por más que hago, no puedo acostumbrarme a pensar que tan hediondo y ridículo galán, como dicen que era este monje Rasputin, disfrutase de la intimidad estrecha de esas damas, que justamente exageran más bien los refinamientos de la vida y visten y calzan y se peinan y se adoban a la parisiense, casi diría a la ultraparisiense, y sueñan con la elegancia y encargan su ropa a los grandes modistos de la calle de la Paz. ¿Habrá en ello algún misterio psicológico? ¿Tendremos una generación de Thais, hartas de lujos y goces, prendadas del hirsuto asceta? Pero Thais, en verdad hizo penitencia sincera, repartió sus riquezas entre los pobres. Y estas grandes duquesas rusas no tenemos noticia de que hayan hecho otro tanto.

En ello debía de danzar la política, no cabe duda, y lo revela el airado asesinato del monje, preludio de esa conmoción profunda que ha derribado el trono secular de Romanoff. La verdad acerca de dramas tan sombríos la sabremos dentro de veinte años. Antes no. Por bastante tiempo se interpondrán las pasiones entre

la realidad y nosotros. Hoy no podemos apreciar sino lo extremo, lo que tiene estado oficial y, por lo tanto, no puede negarse. ¡Debajo de esta certidumbre superficial que entrecruzada red de problemas se vislumbra!

En ese inmenso imperio, cuyo territorio, según Humboldt, es mayor que el disco de la luna llena; en ese enorme país que apenas es creíble que forme una sola nación y que obedezca a un solo hombre, colosal es también la suma de elementos que se reúnen y que pueden complicar la cuestión hoy planteada. Aparte de la suma de razas y pueblos que integra. Rusia, tiene dos componentes extraños: el germano y el semítico. A los alemanes se les acusó siempre, y en mi libro lo dije yo, de haber organizado dos cosas impopulares: la burocracia y el despotismo. A los judíos, que ejercen la usura, han solido degollarlos en masa, como si estuviésemos en plena Edad Media. ¿Mermará la revolución el influjo de estos dos componentes de la población rusa? ¿Se identifica el criterio de la población, en conjunto, para crear ese estado de unidad tan necesario en casos como el presente?

Cruza por mi mente el recuerdo de aquellos nihilistas que tanto conocí en París. Según ellos, una constitución era «un papel mojado». Radicales hasta la médula, los refugiados no concebían esas fórmulas

latinas y británicas que tanto tienen de apariencias y de vacías en su contenido. ¿Y qué viene a ser la Duma sino «el papel mojado» de los violentos místicos de la revolución?

El tiempo descubrirá las incompatibilidades que pueden existir entre el pueblo ruso y su nueva organización presente. Entretanto, desde aquí seguiremos paso a paso esta fase de la Santa Rusia. Y si la presenciase el hombre ilustre, que sabía de revoluciones y de política más que Lepe, Cánovas del Castillo, diría, con su ceceo andaluz:

--Zerá coza de alquilar balcónez.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

189

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1917.

Entre las varias literaturas que integran el conjunto de la española, propiamente dicha, figuran las regionales: galaica y catalana, en primer término. No hay que recontar sólo las pérdidas y ganancias del castellano, al establecer el balance, para saber cómo marcha este aspecto de nuestra vida espiritual. La muerte del poeta gallego Eduardo Pondal es una pérdida, no sólo para su región, sino para España, porque van quedando muy pocos poetas de los que Menéndez y Pelayo llamaba «enteros», y era uno de ellos el cantor de la «fea tierra de Jallas», el lírico sentidísimo de la «Campana de Anllons».

Su fama ha permanecido en una penumbra discreta; no se ha esparcido por el mundo. Las razones para que así sucediese fueron varias. Eduardo Pondal no sostuvo lucha para abrirse camino: no combatió en el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 24 abril 1917: 7-8. No recogido.

periodismo, no tuvo quien le anunciase y le ensalzase y vivió una larga existencia de ochenta y cuatro años obscura y modestamente--prefiriendo la residencia en sus tierras de Bergantiños, la comarca predilecta de su Musa. Poseía la áurea mediocridad amada de los poetas, y, muy indiferente a la riqueza y al lujo, a los honores y a los puestos, pasó la vida como en un sueño irreal, trasladándose con la imaginación a edades remotas, cuya persistencia era para él algo positivo, algo efectivo. Descentrado, el ruido mundano se dijera que no llegaba hasta él. Había estudiado, sin embargo, Pondal una carrera científica, y hasta empezado a ejercer la medicina; pero se cuentan cosas fantásticas de esta etapa de su historia. Hay quien asegura--y todos sonreímos al escucharlo--que en el hospital donde el joven autor de «La campana» prestaba sus servicios hacía la visita dejando esta prescripción: «Flor de malva a los de la derecha y tila a los de la izquierda». Era su conciencia la que le obligaba a recetar así.

Ello es que abandonó la profesión, y se abrazó a sus queridos Anacreonte, Tibulo, Horacio y Propercio, leídos en su propia lengua, en primorosas ediciones de Elzevir y Plantinus, y a sus favoritos autores de la época romántica, entre los cuales, en primera línea, figuraban los poemas de Osian... Esta lectura fue

decisiva para él. La impronta osiánica no se borró nunca de su fantasía.

Pero hay que explicar cómo. Nadie ignora lo que significan los poemas de Osián. Existen algunos retazos de cantos antiguos, que se suponen bárdicos, del país de Gales, y sobre esa materia primitiva trabajaron dos hábiles falsificadores, para suponer una poesía completa de los bardos: uno fue el inglés Chaiterton [Chatterton] y otro el escocés Mepherson [Macpherson]. Este último, en el primer período del romanticismo, con la aficción del bardo Osián, hijo de Fingal, logró admirar y encantar a Europa. Hubo un instante en que la autenticidad de los poemas osiánicos no se puso en duda, y Nápoles los encontraba más hermosos que los de Homero. Después, la erudición y la crítica hicieron su oficio, y se descubrió la superchería literaria.

Pondal no pudo creer en su realidad, pero sintió la fuerza de su poesía, y se la apropió, adaptándola a la comarca de Bergantiños. Como Gales, como Bretaña, como Irlanda, y tal vez antes. Galicia fue poblada, los etnólogos sabrán cuándo, por celtas, y la mitografía y la tradición en Galicia guardan estrecha relación con las de esos países, donde se conservan el culto panteísta del árbol y de la fuente, la creencia en las fadas y el recuerdo del sacro muérdago cortado

en las noches de plenilunio. Cualesquiera que sean las conclusiones científicas respecto al celtismo, que tiene sus impugnadores, el sentimiento no puede confundir a esas regiones españolas con otras, y ve en ellas rasgos típicos que caracterizan su fisonomía. Por eso nos parece tan natural que sea en Galicia donde aparece el bardo, el único poeta peninsular que sin ridiculeces puede ostentar ese título. Un bardo, el bardo Gundar: tal fue Eduardo Pondal, dentro de su comarca de Bergantiños: sin salir del marco de la naturaleza, del paisaje, de la gente especial que le rodeaba.

Aun entre la población gallega, que tiene toda un sello de otras épocas se distingue por su aire de alta antigüedad el bergatiñán. Son hombres fuertes y membrudos, con esa tendencia a las formas angulosas que la raza céltica no ha perdido, y de que es ejemplar el cardenal Mercier. Hay una feria famosa en Galicia, a la cual va algún curioso a admirar la típica presencia y la indumentaria de los bergantiñanes.

Tal fue el ambiente que inspiró a Eduardo Pondal sus Queixumes dos pinos. Es uno de los libros de mayor originalidad poética que conozco. La tierra que lo dictó no está ni desfigurada ni pintada con colores halagüeños; es la misma comarca, de gándaras esquivas, de laderas escuetas y tristes, de ríos montañeses sin

flores en sus márgenes, de selváticos brezos y uces, de profundos pinares que, en las noches de luna, se quejan dolorosa y misteriosamente, remedando las voces pavorosas de los viejos guerreros celtas, que duermen bajo sus pivotantes raíces allá muy hondo, y que, despertados del sueño secular por virtud de algún conjuro, o por la voz del bardo, quieren alinearse de nuevo en orden de batalla... Y el bardo recoge estos ecos de lo que pasó, y los traduce en una poesía grave y vigorosa, viril, naturalista, que no vacilo en poner más alto que la de Osián, por esta nota de sinceridad y sencillez que la reviste. «Verde valle de Rouriz, en tierra de Bergantiños: ¡oh, valle caro a los celtas, el de los pinos altos y verdes: cuando se despida de este mundo tu bardo Gundar, concédele sepulcro amigo, conforme a la usanza céltica, en tu seno silencioso; sepulcro sólo de ti conocido!... ¡Recibe en tu soledad a este errante bardo, oh valle de las vagas brumas y de los pinos rumorosos!» Tal deseo no se cumplirá para el bardo Gundar... Eduardo Pondal acaba de expirar en la Coruña, y será sepultado en una necrópolis. Me gustaría que lo fuese en el verde valle de Rouriz. Unas cuantas piedras antiguas, vestidas de musgo y liquen, contemporáneas de los druidas y los bardos, apiladas sobre su fosa, serían para él bello monumento. Lo custodiaría la fada Rouriz, el numen predilecto del

poeta. Las noches lunares, las fadas venidas de Bretaña, las que se reúnen en las landas desiertas y al borde del mar espumoso, vendrían a danzar su ronda ligera en torno de la fosa del bardo...

Sí; yo siento que Eduardo Pondal duerma en un nicho. Debió ser amortajado con el blanco manto de los druidas y coronado de rama fresca de pino y de brezo salvaje. Son fantasías... Pero sus versos también lo son, y sin embargo tienen el poderoso sabor de la realidad.

Y habiendo siempre considerado como una originalidad auténtica este celtismo de Pondal, debo añadir que, naturalmente, para la mayoría del público, tal celtismo tiene algo de extranjero idioma. Más fácil es la comprensión de las socarronerías y gracejos aldeanos de un Lamas Carvajal o de un Benito Losada, descripciones ruralistas, que la del bardo Gundar y la fada Rouriz. De esto no hay que maravillarse.

Y por eso, lo que ha hecho popular el nombre de Pondal no ha sido su sentimiento grande y trágico del pasado y de los destinos de la raza de Brigandsia, sino una poesía lírica, que un romance de Góngora parece haber inspirado, y que se titula «La campana de Anllons». Hay en esta composición una magia, una lamentación tan patética, tan sencilla, tan vibrante, que la hacen muy superior al modelo, y el «cautivo

bargatiñán» nos interesa infinitamente más que el «forzado de Pragut». En una antología donde figurasen los quince o veinte poemas líricos más hermosos de nuestra época tiene su sitio, por derecho propio, «La campana de Anllons».

Y el poeta ya no existe... Deja poemas inéditos, uno en octavas reales, «Os Eoas», que sería su Atlántida, su obra meditada, de madurez. No suelen éstas ser las mejores. Ojalá me equivoque al presumirlo. Para la gloria de Pondal, basta con «La campana» y los «Qeixumes». Basta con la obra de juventud fuertemente incorporada al terruño natal.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

190

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1917.

Apenas despunta--y este año ha despuntado con nieve y frío insólito--la maga Primavera, caen sobre Madrid nubes de modistos y modistas, que pasan circulares a las damas para que vayan a admirar, o hablando más concretamente, a adquirir su surtido, y a encargar reproducciones de los modelos que exhiben, colgados de los hombros mórbidos de maniquíes vivos, algunos de singular belleza.

Desde la guerra, el número de estas viajeras golondrinas de la moda ha aumentado, en proporciones desmedidas. Las razones son obvias. En la mayor parte de Europa no existe mercado. Está hasta prohibido y desde luego mal visto el que las mujeres gasten lujo, usen trajes claros, se escoten para los sitios

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 26 abril 1917: 7. No recogido.

públicos, teatros y conciertos. Una corriente de modestia y ahorro forzoso hace naufragar a la modistería, cuyo papel es empujar al gasto, precipitar a la mujer al lujo extravagante.

Quedan sólo España y la América del Sur, y sobre estas comarcas abaten su vuelo las aves de paso. Nuestra moneda antes depreciada, está ahora más sana que una manzanilla camuesa: la lira italiana, por ejemplo, vale cincuenta centavos de nuestra peseta, y descensos análogos se aprecian en otras monedas de países antes envanecidos de su cotización.

Así es que los modistos y modistas que se descuelgan en Madrid, tienen muy buen cuidado de advertir que sus precios son «en pesetas». ¡Cómo «cambean» los tiempos, y cuántas vueltas da una llave!

Generalmente, los modistos y modistas se instalan en la habitación, pequeña y ahogada siempre, de un hotel, y allí andan arrugados sobre las sillas los modelos, algún abrigo de teatro, cuatro o seis trajes de baile, que ya han perdido, en la exhibición, su frescura primitiva. ¿Conocéis nada tan lamentable como un vestido de baile sobado, lacio y con lentejuelas y abalorios que se descosen? Yo confieso que un pingo fresco es encantador, pero cuando ostenta las señales de haber sido «sudado en más de cien batallas», hasta subleva el estómago. ¿Y qué han de hacer? El trato

que se da a esas ropas no es como para que se conserven ni aun limpias, y los materiales con que hoy se confeccionan las «toilettes» no pueden ser más frágiles y deleznables. Gasas, tules, sedas fofas, sin protección ni defensa. Bonito, muy bonito, pero con soplo.

Las señoras se agolpan en el aposento reducido. Faltan sillas. Hay cuchicheos, en voz muy baja. El maniquí, con un gestecillo de desdén, se resigna a pasar a la habitación próxima, y a enhebrarse en el traje. Pasea, lo enseña, por los cuatro costados, y las señoras acentúan el bisbiseo. ¿Es más nuevo y original que el de la otra madama, la del otro hotel, aquel traje que tiene bordaditos de coral y carece de cuerpo, a no ser que llamemos cuerpo a un metro de tul color de carne?

Se despereza la vanidad, la envidia, el goce de chafar a las amigas, o a las enemigas sociales... Porque ocurre, y bien a menudo, que dos señoras, en sociedad, se detesten sin motivo alguno, sin que medie agravio de amor,--por un saludito burlón, por una risita, por el elogio que hicieron de la una delante de la otra. No elogiéis nunca a un mujer estando presente otra que pueda aspirar al mismo encomio! Y qué mayor triunfo, en estos rencores, que deslizar, con suavidad hipócrita:

--Ese traje de mil ochocientos francos, es el que yo escogí...

Si estos trajes que presentan modistos y modistas costasen a doscientos cincuenta francos uno con otro, es probable que no entusiasmasen ni la mitad de nuestras madrileñas elegantes. Y haría una apuesta, con probabilidades de ganarla. Y sería que, si se expusiesen cuarenta «toilettes» obra de modistas madrileñas con el rótulo de haberlas «creado» madama o monsieur X, no conocería el engaño la mayor parte de la clientela.

Y es que hoy la modistería, en Madrid, no es lo que fue allá en mis juventudes. Entonces el arte estaba en su infancia. Alguna modista más despabilada tenía parroquianas, siendo éstas las que la dirigían, las que le explicaban las novedades venidas de París, las que le proporcionaban figurines. Hoy, cualquier modista madrileña está subscripta a las mejores publicaciones, hace dos veces al año el viaje a Francia, se trae muestrarios y adornos, y por su cuenta y riesgo trabaja, con libertad e iniciativa no sospechada antaño. La moda era entonces amazacotada, rígida, simétrica, y recuerdo el susto con que me oyeron unas modistas pedir un vestido sin forro, para que plegase mejor, Se forraba todo, se emballenaba todo, cada vestido iba «montado» sobre otra falda de

otra tela, los cuellos tenían sostén de crin, y la dureza de la ropa comunicaba a los movimientos una tiesura automática. La moda de hoy es blanda, flexible, vaporosa: y la modistería madrileña, al principio reacia en admitir esta revolución, acabó por avenirse a ella plenamente. Hoy se hacen en Madrid «toilettes» muy graciosas. Yo no pretendo sostener que Francia no se lleve la primacía en esto, claro que se la lleva; lo que digo es que ya hay un poco de fetichismo en suponer que cuanto exhiben los modistos trashumantes es, necesariamente, superior a cuanto se confecciona aquí. Hay de todo, como en botica. Y la diferencia de precios es muy considerable.

La modistería en España pudiera avanzar más todavía, si se celebrasen exposiciones de este ramo, y si los accesorios y complementos de tan artística industria se fabricasen en España; en Cataluña, por ejemplo; tules, encajes de máquina, cintas, galones, guarniciones de pasamanería, borlas, «strass», tanta futileza como el traje requiere, ¿por qué han de pedirse fatalmente al extranjero? Sería curioso saber la cantidad que por tal concepto tributamos. Ascendería a millones. ¡Sucede igual con tantas cosas! Un solo detalle: hay hortalizas que vienen de Francia, pudiendo producirse en España. Tales hortalizas son caras y por ellas tributamos fuertes sumas.

Volviendo a la modistería, diré que ha adquirido un carácter de premura eléctrica. Varía todo en dos o tres meses. Estamos en marzo, y lanzan ya estilos del verano (en verano habrán pasado de moda). Estamos envueltos en una ola de frío que nunca se recuerda, y que coinciden con la escasez y carestía del carbón, y nos dan la consigna de usar sombrerito de paja y vestidos de tussor y fular; estamos bajo la preocupción de los acontecimientos que pueden desarrollarse, y nos echan indirecta contribución, que no pueden echar a la clientela de las naciones beligerantes, porque allí ya no la hay: la sencillez absoluta es la regla; igual que en la comida no se pasa de dos platos, no se pasa en el vestir de una decorosa policía, hallándose de luto la mitad de la población, no se ven por la calle sino señoras con crespones colgando. Como que, según noticias, millón y medio de hombres han sucumbido ya en la atroz guerra, y no se cuentan los desaparecidos, heridos, mutilados y enfermos... ¡Sí que están buenos los tiempos para andarse con «movimientos» de tela, y «drapeados» de «chiffon»!

Pero la gente necesita vivir y quiere trabajar y agenciar. Está muy bien. Por lo mismo, por la escasez de mercados actual, parecido extraño que alguna de estas golondrinas de la elegancia recibiesen de un modo huraño a determinadas señoras. Yo lo digo por

referencia, pues no he ido a ver exhibición alguna. Se cuenta que a las que suponían que no iban a comprar, las trataron poco amablemente. Yo puedo decir, por cuenta propia, que hace dos años la representante de un famoso modisto me expuso sus teorías. No hay derecho para ir de mirón. El que no encarga, que ahueque. ¡Y ay del que se permite una observación crítica, la más ligera!

Naturalmente, le dije yo a aquella señora que tenía muchísima razón... No hay mejor sistema que éste, y no hay otro en que quepa mayor dosis de ironía. No, sino póngase usted a discutir con una madama que por un capacho de paja tosca, adornado con un grupo de ciruelas, pide quinientos cincuenta francos. ¡Bah! Lo único que estuve por preguntarle fue si las ciruelas podían, en caso de apuro, sevirse de postre...

En fin, ello es que en España progresa la modistería. ¿Como no ha de progresar? Ya hasta los gatos quieren zapatos. En mi aldea, una costurera me soltó:

--Le pondremos a la blusa «manja gaponesa», que es lo último...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

191

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1917.

Entre los hebreos era cosa muy mal vista y hasta prohibida religiosa y ritualmente el unirse con mujeres extranjeras en matrimonio. El caso contrario, que se uniese a un extranjero una hebrea, no estaba ni previsto.

Esa fue una de las prevaricaciones del excelso Salomón: casarse con una egipcia, e incluir entre sus concubinas a hembras procedentes de distintos países del globo (que como globo no figuraba entonces). Entre las extranjeras fascinadoras que lo engatusaron perdóneseme el familiarismo, se contaba la famosísima reina de Saba o del Austro, que trajo, a la corte del rey poeta, modas nuevas y refinamientos de lujo antes desconocidos. Hoy, sin duda, la reina de Saba sería una forastera norteamericana o inglesa muy elegante,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 mayo 1917: 6. No recogido.

cuyos trajes y atavíos se copiarían y cuyos estilos harían ley.

Todo esto voy pensándolo al leer un artículo de El Imparcial, a propósito de una mistificación y un engaño cruel que ha sufrido una señorita muy conocida en la sociedad de Madrid.

El autor del artículo censura, y con sobra de razón, la facilidad inconsiderada con que son acogidos aquí los extranjeros, pues si los hebreos pecaban por exceso de exclusivismo, nosotros pecamos por anchura de manga, admitiendo sin examen a todo el que viene de más o menos lueñas tierras--y no sólo sin examen, sino con entusiasmo conmovedor. Chascos recordamos en la sociedad de Madrid, cuyo relato daría pie a una novela interesante y ejemplar; aquí han dado gato por liebre ciertos personajes que luego se desdoraron, con alboroto europeo; mas no por eso se ha despertado la suspicacia, ni es menor la cordialidad con que se acoge a los forasteros.

No crea nadie que repruebo la cortesía y la conducta hospitalaria. Al contrario: me parecen virtudes, y su falta nos acreditaría de bárbaros y groseros. Sólo digo que convendría siempre informarse, antes de expansionarse, y procurar saber quién es quién y los títulos de cada cual. Sin embargo, en el caso que da lugar a mi artículo, debo reconocer que la misma

información sirvió, por lo visto, para extraviar y confundir.

Según se ve en algunas películas, resulta en esta ocasión que un malhechor cometió un asesinato y se apoderó de los papeles de su víctima. Con ellos se formó una personalidad, y cuando la familia de la señorita española pidió noticias del señor X..., a quien pertenecían los documentos, los que ignoraban el crimen contestaron dando las más favorables. Y he aquí cómo los informes contribuyeron a la impostura.

No hay culpa alguna, ni aun de ligereza, en la familia que sufrió el error, y, si se quiere, su ligereza será «la ligereza de todos». Porque todos, probablemente, hubiesen procedido igual, caído en la misma red, tendida por un «apache» elegante, que alternaba con los señoritos más distinguidos de Madrid.

El matrimonio no es válido, pues medió en él error y falsedad notoria; pero el disgusto y las graves consecuencias, ahí están. Si la sociedad fuese muy elevada de criterio, consideraría a la señorita (a quien no conozco) como soltera, y diría, y es el mejor momento de decirlo: «Aquí no ha pasado nada».

Y nada ha pasado, en efecto, al menos en la región donde las cosas son verdaderas. Esa pobre muchacha no ha amado a un apache, sino a un caballero; al caballero que creyó ver, no al apache que efectivamente veía. Si

jamás la policía se hubiese mezclado en el asunto, si el error hubiese podido prolongarse durante toda la vida, la señorita sería quizá una mujer muy feliz. Porque parece que el apache la trataba con cariño y que nunca le dio motivo de sospechar su verdadera condición.

Releyendo nuestro teatro antiguo, es decir, el del siglo XVII, cuando sale de églogas, pastorcitos y misterios, encontramos asuntos de dramas en que los protagonistas, si no son apaches (porque el concepto del «apachismo» es moderno), son bandoleros, criminales en diversos grados, capaces de coger una maleta ajena y apoderarse, para malos fines, del dinero y papeles que encierra. Y esto lo hacen hidalgos y gente de alto coturno. La fazaña del capitán, en El alcalde de Zalamea, es peor que la de apache ninguno.

Entre los aciertos de Zorrilla al interpretar en romántico moderno la antigua leyenda del Burlador, figura el personaje de D. Luis Mejía, de calificada nobleza, que se porta como un legítimo apache, asesinando, robando, entrando a saco en Gante el palacio episcopal. Esto lo refiere, ante otros caballeros sevillanos, y nadie se escandaliza, nadie le censura, nadie se desvía de él. Don Luis Mejía viene a Sevilla, por cierto, a casarse con una señorita muy rica y alcurniada, doña Ana de Pantoja. Y la

estratagema con que le sopla la dama D. Juan Tenorio, tampoco es muy digna.

Sin haber hoteles, ni tango, ni «fox trot», ni esta promiscuidad de trato que se advierte en Madrid, (en Francia la gente repara más, y el hecho de ser extranjero da origen a cierta inquietud recelosa, mientras se pone en claro que no se trata de un aventurero ni de un espía), sucedía en otros tiempos que un individuo osado y hábil se hiciese pasar por lo que no era, y usurpase un estado social muy diferente del que le correspondía. En los primeros años del siglo XIX, llegó a una archidiócesis un hombre que se pretendía obispo de no sé dónde, «in partibus infidelium». Le acogieron el arzopispo y el cabildo con la mayor cordialidad, y por primera providencia fue aposentado en un convento, donde le trataron a cuerpo de rey. Venía según dijo, lleno de devoción, a visitar el sepulcro del Santo Apóstol y, de paso, a implorar la caridad en favor de las misiones en las tierras salvajes y plagadas de idolatría que abarcaba su opispado, y que él se proponía iluminar con la luz del Evangelio. Tenía una figura simpática y venerable, y una conversación amena, entre religiosa y profana, y enseñaba, en el brazo izquierdo, profunda cicatriz, estigma de martirio. Decía misa diariamente, confesaba y daba la comunión a las innumerables devotas que

acudían al reclamo de la curiosidad y novedad. Llovían limosnas, y hasta sortijas y pectorales. Ello duró bastantes días. Una mañana desapareció el supuesto opispo. Dejó una carta diciendo que le llamaban urgentemente de Roma. Poco después vinieron exhortos reclamándole. Era un tunante, ladronzuelo conocido en varias ciudades españolas, y huelga decir el revuelo que esto produjo en la apacible y levítica ciudad. Hubo quien no creyó nunca en la realidad de la travesura y suposición de persona. ¿Con aquella voz con aquel semblante? ¡Obispo y muy obispo!

Y no haré desfilar la serie de los falsos monarcas que registra la historia... La mayor parte murieron sosteniendo su impostura, o lo que fuese, con gran intrepidez; pero alguno llegó a reinar. En esa misteriosa Rusia en que todo parece novelesco, hasta las revoluciones, hubo un zar, conocido por «el falso Demetrio», que fue sujeto de la más baja extracción, y se hizo pasar por un zarevitch que había sido asesinado cuando niño, consiguiendo hacérselo creer a todos, hasta que le coronaron. No acabaría si hablase de otra suposición o verdad que conozco mucho por haber tenido que estudiarla para trazar mi novela Misterio: la de la célebre supervivencia del Delfín, hijo de Luis XVI, al cual la mayor parte de los historiadores dan por fallecido en el Temple, pero al cual no pocos creen

salvo y padre de un linaje al cual correspondería el trono. ¿Quién sabe si al triste hijo de Nicolás II no le espera suerte análoga a la del duque de Normandía?

Volviendo al caso del casamiento engañoso de Madrid, la película tiene una segunda parte, que no sabemos aún cómo terminará. El culpable está preso en París, y se le sigue proceso por el crimen de que se le acusa. Y hoy corren vientos de severidad para los apaches en Francia: lo cual está muy bien pensado y hecho, pues la guerra es un limpión que nuestros vecinos dan a su cuerpo social, y el apachismo, aunque en el fondo sea el hampa de todas las partes, reviste ciertos caracteres peculiares que obligan a reprimirlo enérgicamente, cuando la nación entera se eleva y purifica con el sacrificio. Y cualquiera adivina la nota dramática que esta situación del burlador añade a la de la infeliz señorita madrileña...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

192

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1917.

La novedad del día es algo que nos retrotrae a los últimos tiempos de los Austrias y de aquel siglo, infantil por muchos conceptos, que se llama el XVIII. Me refiero a los portentos que se atribuyen a un Niño Dios o Nazarenito que existe en el pueblo de Arganda, en casa de un carpintero. La prensa lo ha referido con minuciosos detalles, y no falta quien crea a pies juntillas en los milagros del prodigioso Niño.

Yo encuentro encantadores a los Niños Dioses, vistan o no de Nazarenos. No hay culto más simpático que el de la divina infancia. Niños Jesuses y Sanjuanicos han inspirado a nuestros artistas del palillo y de la gubia, a los Hernández y Felipes de Castro, creaciones encantadoras. Porque el Niño Dios

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 4 junio 1917: 5. No recogido.

que me interesa, no es el de mármol o alabastro, sino el santito de palo, el que en nuestro arte genuino descolló; y me gusta más vestido, con sus ropajes al estilo Pompadour, con su cordón de oro ceñido al talle, con su camisita fina de linón, con sus haldas almidonadas, con su peluca de rizos rubios o de negros mechones, y, en la mano, un globo imperial, y, en torno de la cabeza, las tres potencias, de plata y pedrería. Adorables niñitos que sonríen como exclamando «tarde o temprano, mío será el mundo» cual si desmintiesen al espíritu de burla y negación que lo posee, y al espíritu de destrucción y odio que le está haciendo trizas. Niñitos que son un símbolo de idealismo por la paz, y que expresan, dentro de las severidades de los ascetismos, la efusión tierna y dulce de las cosas familiares. ¿Habéis reparado el género de sentimiento que revelan los rostros de los santos que suelen representarse llevando en brazos al Niño Dios? ¿Los San Antonios, los San Josés? No es el paroxismo extático, no es la fe ardorosa, no es la atónita contemplación de perspectivas celestes, no es el terror que sobrecoge al considerar el gran misterio. No, no es nada de eso lo que sonríe en la rasurada faz de Antonio de Bulhoes, el taumaturgo portugués, ni entre las barbas bellamente españolas, de cálido tono murillesco, de San José el de la vara Florida. Es,

sencillamente la miel de la humana ternura, el hechizo peculiar de la niñez, que renueva el sedimento de la paternidad posible, el germen de la paternidad posible, el germen de la continuación de la especie, la flor del cariño...

Y así, el Niño es el puente que desde el amor humano lleva al amor celestial, como las efigies de las Dolorosas, son lo que une a la maternidad con la creencia, dando calor de corazón al sacro drama. Niños Dioses y Dolorosas, con uno o con siete puñales, son, lo más artístico y lo más sentimental que ha producido el fervor de España, son lo intenso de la religión sentimental y bien lo percibieron los grandes poetas franceses, Gautier y Baudelaire...

Ningún pueblo del mundo puso tanto de humano en sus efigies de santidad, ni adaptó mejor a la realidad perenne la idealidad religiosa.

Y viniendo al Jesusito de Arganda... Yo no he ido allí, a adquirir el convencimiento por el método de Santo Tomás; y no he ido, sencillamente, porque se me figura que puedo ahorrarme el viaje, las molestias de la excursión, y la situación embarazosa en que se encuentra el que no se convence de algo que le quieran demostrar.

Nadie emplearía conmigo el sistema que en un período de revueltas políticas se practicó con cierto

escéptico que se empeñaba en no ver lo que una muchedumbre aseguraba que veía en el cielo: una cruz luminosa, símbolo, ¿de qué creerán ustedes? ¡De la Constitución! El pobre hombre repetía: «¿Pero, dónde está? ¡No la veo, señores!» Y el más próximo de los señores le atizó tremenda bofetada, preguntando: «¿Y ahora, la ves?» «¡Sí, sí, allí está!» exclamó el convertido...

Sin recelar el uso de argumentos tan convincentes, es siempre desagradable, y hasta tiene algo de ingrato y antipático, ir a negar lo que otros creen, o haber de darse por persuadido, no estándolo en realidad; porque, no gustándome alardear de espíritu fuerte, en este caso confieso que han llevado el menor convencimiento a mi ánimo los milagros que se refieren del Niño argandeño, y que conozco, no sólo por los diarios, sino por relatos y referencias de personas que han ido a satisfacer la curiosidad visitando a la efigie.

¿Será una de las razones de mi incredulidad en este punto concreto el que la figura, según noticias, es fea y mal labrada? Pudiera esto influir en mí, porque cuando algo se tiene de artista, el camino que nos lleva a la fe es muchas veces el atractivo de la belleza. Pintores, escultores, arquitectos, imagineros, tallistas, esmaltistas, labrantes de tapices, azabacheros y marfileros, plateros como arte,

tejedores de ricos damascos y brocados, bordadores de casullas y frontales espléndidos ¡cuánto habéis hecho para desposar a nuestro espíritu con la idea religiosa, y crear el mundo encantado en que nuestra sensibilidad estética se funde estrechamente con la sensibilidad más íntima aun de las creencias hondas, mamadas con la leche! Hemos venido a tiempos en que la belleza artística se esconde en el cerrado recinto de los palacios de los ricos, y abandona esos otros recintos abiertos de monasterios, iglesias y catedrales en que su fruición es patrimonio de todos, y entonces ningún plutócrata pudo jactarse de poseer las riquezas artísticas que el hombre del pueblo, con los ojos gozaba a su sabor. Reconozco que si el Niño de Arganda fuese obra de Berruguete o de Alonso Cano, tendría más probabilidades de persuadirme. Con todo, siempre este género de milagros que se le atribuyen me parecería demasiado candoroso.

En esta horrible hora de tragedia que nos ha tocado atravesar, cuesta trabajo explicarse qué objeto llenan, ni como edificación ni como aviso ni como promesa ni como amenaza de castigo justo, las niñerías de andar pasando una estampita de un brazo a un hombro, y una cruz de un hombro al otro, o a la falda de la túnica. Sin poderlo evitar, me acuerdo del sabio benedictino Padre Feijóo y de su campaña contra los

milagros supuestos, contra las célebres flores de San Luis. Los peligros que el gran crítico señaló en sus escritos «contra errores comunes» me vienen a la memoria. La misma piedad, la misma devoción, protestan enérgicamente de las supercherías. La Iglesia ha trabajado mucho para depurar tales conceptos, persiguiendo los falsos milagros y las falsas reliquias, como aquellas célebres muelas de Santa Polonia, de las cuales se recogió un carro.

En todo tiempo, tal cizaña ha crecido alrededor del árbol poderoso de la fe. Son los milagros supuestos como las herejías: nacen de la exuberancia religiosa. He ahí por qué el Padre de la Iglesia dijo «más vale que haya herejes», porque prueban lo mismo que quieren negar. En esto veo la excusa mejor aderezada para los milagros, que no me convencen, del niño argandeño. Existe un ansia de fe y una sed devoradora de algo que rebase de la ordinaria prosa de la vida, sin horizontes, monótona, sofocada, en un pueblecillo. El hombre huye del tedio por cualquier puerta que se lo abra, y si no hay puertas, por las ventanas y rendijas. Lo apocalíptico del horror que llega hasta nosotros en letras de molde, en gráficos; esta especie de juicio final prepara a recibir con ansia todo rocío de esperanza y de consuelo. En épocas terribles, el creyente lo es con más fuerza, con mayor

abandono. La figurilla de palo del Jesús llora, [y] humedece los pañuelos que se le acercan. Dudamos, pero esto sí que lo comprendemos. ¡Es tan natural! No ha de llorar el Nene, ante el espectáculo impío de las matanzas y los incendios, las ruinas, la crueldad, la deshumanización del mundo! El Nene se acuerda de que nació de mujer por todos los hombres, y por todos fue envuelto en pañales, y por todos exhaló ese gañido dulce, enternecedor, con que el recién nacido pide su sustento. Y así llora por todos, cual hubo de llorar; ya en la edad viril, sobre las turbas, sobre la humanidad en ellas representada. Al menos, en el conjunto de los milagros atribuidos al Nazarenito, uno hay que me explico, que me parece simbólico, en este instante: las lágrimas.

Tentados estamos a rogarle que llore, en efecto, y que con él lloren cuantas efigies pueblan nuestros templos y son tutelares de nuestras casas. «¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!» Pero tampoco las lágrimas son muy actuales. El mundo se ha vuelto estoico, se ha bronceado, se ha convertido en piedra.

La tragedia mundial no va acompañada de llanto. Se secó esa fuente. Y agradecemos al Niño de Arganta que llore... aunque sea agua exprimida de una esponja. La figura de las cosas substituye a las cosas mismas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

193

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1917.

Como somos el único país del mundo que no está en querra, y nuestra peseta, después de haber sido una pobre enfermita que caminaba trabajosamente apoyándose en muletas, es ahora una moza rolliza y rozagante, que oye donde quiere chicoleos, es indescriptible la invasión de industriales extranjeros que se nota en Madrid. El correo no trae más que tarjetas impresas, anunciando que madama X o monsieur K tendrán el mayor gusto en que veamos su exposición de novedades estacionales, en la calle tal, piso cual, número tantos...

Lo mismo sucede con los espectáculos, y no es flojo el chaparrón de músicos y danzantes, troteras y danzaderas, cupletistas y estrellas con más o menos rabo que descarga sobre nosotros.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 29 junio 1917: 5. No recogido.

Compañías dramáticas de esas que aquí familiarmente se llaman «de bandidos»; cuerpos de baile como el de los rusos, que acaso de todo tengan menos de esclavos, y que ponen a los asientos unos precios escalofriantes; actrices vienesas, hebreas, turcas y no sé si chinas; hay para todos los gustos y todos los caprichos, en competencia con el formidable incremento de la vida escénica española, que se desborda y no cabe en los infinitos teatros, antiguos y nuevos, con que va enriqueciéndose la villa y corte. En otro tiempo, no era difícil estar al corriente de la vida teatral, con dedicarle dos o tres noches por semana; ahora se quejan los revisteros, obligados a dar cuenta de los estrenos de que, habiendo tres o cuatro cada noche, por lo corto, no pueden físicamente, estar al mismo tiempo en todas partes.

Desde el punto de vista artístico y literario, no es buen año el mucho trigo. No es posible que tal suma de obras sea de primavera. ¡Vaya! Ni de segunda. Y apúreme usted un poco, y diré que ni de tercera, al menos en su mayor parte. Pero el público quiere el estreno, exige el estreno; busca en el teatro la emoción de novedad, y si no se la dan, los asuntos y el desarrollo de las obras cómicas o dramáticas, la espera del estreno, que tiene el picante sabor de lo desconocido.

Si bien se mira, hoy las contingencias de una obra que sube a escena no son mucho de lo puramente literario. Aparte del albur del estreno, hay el excitante de los trajes y las decoraciones. Lo primero que leéis en los programas es que habrá trajes de Drecoll o de Worth, de los mejores modistos, y que se lucirán tres o cuatro magníficas decoraciones y mobiliarios suntuosos, y el menor detalle de la alta vida será exacto y fiel. En esta época en que tanto se aspira a la igualdad económica, el lujo es el vicio social más extendido, la pasión y la manía de todo el mundo. Los goces de la dorada medianía, de la independencia sin ostentación, de la existencia íntima sencilla y bien abastada, ya no atraen a nadie. El arroyo quiere ser Guadaquivir, y Guadaquivir quiere ser mar.

Son, pues, elementos extraliterarios los que, en gran parte, deciden del éxito de las obras. La literatura--seamos francos de una vez--estorba en el teatro. No se quieren ya pensamientos sublimes y sentenciosos, ni largos parlamentos que sean trozos de retórica a la perfección; y si el lenguaje se encumbra un poco, cátate que el público bosteza o se enoja. Apenas acabo de anotar esta observación, he aquí que recuerdo casos recientes que la contradicen; dramas de abrillantado y adornado estilo, que se han acogido

bien. Y es que, en el teatro, no hay regla que no ofrezca numerosas excepciones. No cabe en el teatro pronóstico cierto, ni camino seguro. Por eso se oye decir a veces, amargamente, a autores de gran valía, que han sido mal recibidos los frutos de su ingenio, mientras obras muy inferiores merecían aprobación. No hay peso ni medida para tales productos; no hay cálculo ni derrotero seguro en tales rutas. La injusticia, en el teatro, vive como en casa propia. No conozco juego de azar más aventurado que un estreno. Y sucede en él lo que en los juegos todos. Quien más pone, más puede perder. Es decir, que la aventura es doblemente peligrosa para los que algo--talento o reputación--arriesgan en ella. Los que nada de eso tienen llevan siempre las de ganar.

Las temporadas teatrales ofrecen para mí, no sé por qué, una afinidad con los cotillones. Mientras el cotillón se baila, todos nos extasiamos ante las «lindas» figuras y los «preciosos» regalos que se reparten. Cuando el cotillón termina, quedan los salones alfombrados de recortes de papel de plata y oro, de destrozadas flores artificiales, de cintajos rotos y pisados, de algún fragmento de cachillo de loza. Los criados barren, y nadie se vuelve a acordar. Algunos de los que tomaron parte en el baile se llevaron a sus casas mil bujerías, y, por casualidad,

entre ellas, hay una fosforera o un abanico que conservan y que algún servicio les hace. Así, al final de las temporadas teatrales, mucho se barre, mucho se tira, mucho rueda aun por provincias algún tiempo, y una mínima parte queda en el repertorio, para continuar representándose con aplauso, siquiera en la temporada siguiente.

Todo esto, para la historia literaria y el arte hay que reconocer que no tiene importancia suma.

Estos días se ha festejado aquí con un banquete a uno de los dramaturgos más ilustres que posee España, al autor de Tierra baja D. Angel Guimerá. La ocasión del homenaje fue haberse estrenado en Madrid su drama pacifista Jesús que vuelve.

Un drama pacifista... Todos lo escribiríamos de buen grado, si supiéramos, y si creyésemos en la eficacia del procedimiento para atenuar, ya que no para contener, el estrago de la guerra. Con tanto mayor gusto lo escribiríamos, cuanto que, al hacerlo, nos ganaríamos el dictado de personas de óptimo corazón y piadosas entrañas. Hay más. Todos nos hemos preguntado con angustia, algún día, en alguna hora de sudor frío, cómo después del advenimiento de Cristo, pueden continuar las cosas, no diré que lo mismo, sino que peor, en este terreno de la lucha lobuna del hombre contra el hombre. El Evangelio ha sido predicado, y estremece el preguntar ¿cuáles han sido sus frutos?

Cuestión tan ardua, tan grave, no se trata en una crónica. Líbreme Dios de entrar en ella, porque sería como caer en el mar, sin tabla a que asirse. Yo podría recontar, del Evangelio, frutos no pocos, ni desmedrados; pero no negaré que, en cuanto a la guerra, cabría esperar más, y que es muy duro y empedernido el hombre.

Y, por otro lado, también instintivamente, veo en la guerra una fuerza que empuja hacia el progreso y la transformación de las sociedades humanas. Sí; no cabe otra cosa: no es posible considerar a la guerra solamente como un azote, una plaga, un apocalíptico horror. Cuando termine, que alguna vez terminará la que estamos presenciando, será fácil comprobar la verdad de esta restricción, que hoy acaso escandalice. Por eso el drama pacifista de Guimerá, condenando en conjunto cuanto a la guerra se refiere, no me persuade del todo. Y, en lo que toca al arte, siempre son menos bellos y reales estos dramas de tesis que los de sangrante verdad, como Tierra baja, por ejemplo. Yo quisiera que Guimerá, desdeñando los dogmas de su tiempo, la idolatría humanitaria, fuese, como otras veces ha hecho, directamente, al fondo eterno del corazón, las pasiones, los intereses, la trama de la vida. Manelich el héroe de Tierra baja, es un hombre, y Nataniel, el protagonista de Jesús que vuelve, es una abstracción.

Esto no significa que haya estado mal el agasajo a Guimerá, sino todo lo contrario. A un autor veterano y cubierto de gloria, cuando se le festeja, es que, detrás de él, están todos sus merecimientos, todo su esfuerzo, toda su labor. Y mirando a la inspiración de Guimerá, que es de primer orden, hubiese yo deseado que el obsequio revistiese aún mayor solemnidad, porque un banquete, dentro de nuestras costumbres, es ya cosa tan usual, que lo confieso, para Guimerá no me basta.

Hay que reconocer el prestigio de esta figura de gran poeta. Y su drama pacifista es una tentativa digna de consideración, no sólo por el nombre del dramaturgo, sino por el del actor genial que lo ha interpretado, Enrique Borrás. Todo esto podemos proclamarlo, sin que al mismo tiempo desertemos de nuestras banderas artísticas, de nuestra preferencia hacia lo que es un trozo de vida, no una idea simbólica que habla por boca de un personaje desencarnado. Yo me inclino ante Guimerá, sin darme por convencida ante su drama. Y lo mismo exactamente ha hecho el público, según se deduce de la prensa, en esto unánime.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

194

LA NACION

ANSIEDADES*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1917.

Quisiera yo ahora, como quise ya en otras horas tampoco risueñas, dar esquinazo a la actualidad, y enfrascarme en temas que me hiciesen olvidar la situación presente. Porque, a decir verdad, tiene cara de conejo, poco menos fea que la del pecado. Se oyen vaticinios de sucesos análogos a otros en que España, ha consumido sus fuerzas y sembrando su ruta de destrozados ideales, especialmente el que resplandeció en las cortes de Cádiz, sellado con tanta sangre, hasta que lograron nuestros padres implantarlo. En este siglo transcurrido, el sistema parlamentario, al cual fiaba media España su salvación, cayó flácido como globo que se desinfla, y está próximo a ser arrumbado, cual se arrumban en rincones del desván los restos de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 3 septiembre 1917: 4. No recogido.

una fiesta, candelas quemadas, oropeles rotos e inservibles.

Allá por los años de 1820, el sueño de los españoles era la constitución. «Constitución o muerte», repetían los héroes de aquel período, en capilla para ser fusilados; y, tiernamente, el pueblo llamaba a la constitución «la niña bonita». Fernando VII, que se oponía a la constitución, pasaba por aborrecible tirano. No diré yo que fuese un San Fernando ni un San Luis; pero gran parte de su siniestra leyenda vino de que se oponía a la constitución.

¿Por qué este régimen, con tanto anhelo deseado, a precio de tantos sacrificios comprado, que condenaba tan puras aspiraciones, tan nobles ensueños, por qué, digo, ha caído en el menosprecio, en la irónica mofa? Al cabo, una razón tiene que haber para todo en el mundo. Lo que en 1820 parecía solución de nuestro problema nacional, es hoy algo de que no se habla, en serio. Y no sólo hoy: de atrás viene ya este sentido de desdén hacia las cámaras y su labor legislativa. No ha sido improvisación, no ha sido porque la guerra haya desgarrado un velo que cubría nuestros ojos. No se despertaron una mañana las masas convencidas que las cortes son «una monserga». Ha sido, como no podía menos, el resultado de tal cúmulo de observaciones, que

hasta en las personas menos dadas a la política, vinieron engendrando el escepticismo, el desvío, y, por último, la letal indiferencia hacia tal sistema, según aquí se aplicaba.

Nótese, por otra parte, que ha sido en las cámaras, en el parlamento, donde se han formado las reputaciones y prestigios de los hombres más significativos y famosos que turnaron en gobernar a España. Sin batir el hierro en ese yunque no hubo quien lograse destacarse de la multitud. Y ahora, también esto está a punto de cambiar. Lo que antes sólo se decía en las cámaras, va diciéndose tal vez con mayor resonancia en el mitin, y hasta en discursos de juegos florales, y en conferencias, y en ateneos, y en centros de toda especie. Se invita a un orador celebrado a que visite una provincia, y coloque, por ejemplo, la primera piedra de un edificio público. Y habla, y su voz retumba más que en el congreso donde ya todo se asorda, todo va siendo valor entendido y plática familiar.

El caso más reciente de substitución del parlamento, con el carácter nuevo de ser afirmativo lo que antes polémico, son los grandes discursos de D. Antonio Maura en el teatro Real y en la plaza de Toros. Se han diferenciado profundamente del mitin y de las cortes; no hubo controversia: no habló nadie más que el

«leader» de las derechas, y habló ante un público tan perfectamente disciplinado y organizado, que ni la sombra de un disturbio ni la posibilidad de una interrupción se concibieron allí. Como en la Edad Media se acudía a los jubileos desde comarcas remotas del mundo, vinieron de provincias a Madrid representaciones del partido; y no sé si debe llamársele de este modo, porque más bien que partido, en la acepción política de la palabra, representa el maurismo un estado de opinión y un ansia reivincadora, simbolizada en un hombre. En parte, la sugestión de D. Antonio Maura dimana de que parecen sus actos públicos y su apelación a las masas--directa y radical--una tácita protesta contra el mismo sistema que va desacreditándose a pasos agigantados.

¿Por qué no decía en las cámaras D. Antonio lo que quiso decir en otros lugares? Bien creía comprenderlo la multitud, y lo interpretó en el sentido de sus escepticismos. Porque en las cámaras todo es falso, amañado, artificioso; porque hay que salir de aquel ambiente de convencional mentira, y llegar al corazón y a la entraña de la conciencia nacional. A este criterio sincerista respondieron los discursos monstruosos de Madrid. D. Antonio, al huir de las cámaras, las condenaba inapelablemente. Allí nada útil, nada siquiera honrado se podía hacer...

Y yo recojo el síntoma, sin darle más valor del que tiene. Porque esos discursos magnos no nos han traído remedio a ningún mal, y acaso, especialmente el de la plaza de Toros, lo que hicieron fue remover el sedimento del desorden, agudizar problemas amenazadores, que ensombrecen el horizonte de la patria. No debe negarse que don Antonio ha suscitado energías defensivas de muchas cosas: pero yo no acierto a ver en las palabras de tan elocuente orador un programa bien definido. ¿Quién tiene hoy aquí programa, y guien lo cumple? Nadie se atreve a formular aspiraciones que le cierran salidas. Dijérase que, por un convenio tácito, se guarda un secreto a voces, se mantiene una ambigüedad misteriosa que permite, en un momento dado, todo cambio y toda transacción. Don Antonio, en su exterioridad tan resuelto, al hablar en la plaza de Toros, fue acusado de encender una vela a Dios y otra al que un fraile amigo mío llamaba «el compañero»... Y yo creo que el programa peor, realizándose, será preferible a esta vaguedad elástica, tan cómoda, pero tan dañina. Lo cierto es que se ha perdido completamente la fe en el sistema. Nadie supone que de las cortes pueda salir algo que modifique ventajosamente nuestra situación. ¿Se reúnen? ¿No se reúnen? ¿Se disuelven? ¿Se procede a elecciones nuevas? Tanto da ocho como

veinticinco. No es en las cortes donde hoy se encierra el enigma de nuestra suerte.

Eso sí. seguimos regidos por las mayorías, pero las mayorías que nos rigen no están en las cortes. Están en los centros obreros, están en los cuarteles. Tal vez estas nuevas mayorías que han salido a luz hubiesen, treinta años ha, puesto sus esperanzas en las cortes. Hoy las han trasladado a sí mismas, a su propia acción. ¿Es bueno? ¿Es terrible? Entiendo firmemente que nadie lo sabe. Lo indiscutible es que todo cruje, todo se bambolea, cuando justamente más necesitados estamos de solidez y estabilidad.

Por una serie de caminos complicados y no de gran derechura hemos venido a parar en esto: la incredulidad cerrada respecto a la eficacia de las cortes, y el deseo de un poder fuerte, recio, que nos sostenga y nos guíe. Se hablaba mucho, con notoria exageración, del gobierno personal del rey, y unos lo censuraban y otros lo aplaudían, pero ha crecido un número de los que repiten una frase ya estereotipada: "El rey es tan inteligente como ellos, y más desinteresado". "Mejor que nos mande el rey, que los políticos". Y "los políticos", son las cortes, es el muerto sistema constitucional.

Lo que bien puede afirmarse es que, por encima de la confusión y desorientación que nos presiden, hay

algo predominante, un sentimiento general, en la inmensa muchedumbre que en política no tercia: el miedo a las revoluciones y a todo lo que suponga intervención en el conflicto de los otros pueblos que están agotando sus fuerzas y su sangre. España, desde hace ciento y pico de años, viene despedazándose en luchas esencialmente políticas, y dejando en el olvido otros vitales problemas; pero, desde la pérdida de las colonias, empezó a notarse un resurgimiento de actividades y un cambio de buen agüero en la marcha de la opinión. Empezaron a preocupar las cuestiones industriales, y en esto Cataluña llevó la mejor parte; interesaron la higiene y la pedagogía, se difundieron adelantos hasta entonces desconocidos; las ciudades se hermosearon; mejorando los hospedajes; lentamente aumentaron las vías de comunicación; se afianzó la seguridad pública; y dígase lo que se diga, se crearon capitales; fue considerable el incremento de la riqueza privada, base de la pública. Pongamos en este cuadro todas las sombras que ustedes gusten, y serán pocas. Ello es que hubo progreso. España adelantó; y adelantó, ¿por qué? Merced a un poco de sosiego, por haber dejado de convulsionarse en luchas estériles, en trastornos perjudiciales, como los que presenciamos los que ya en 1868 teníamos uso de razón. Si las convulsiones vuelven, lo verosímil es que sobrevenga

otro período regresivo. Se perderá lo ganado, y mucho que no se calcula. Y la multitud lo cree así; lo siente así. En los campos, en la humilde clase media, en los pueblos pequeños, no se anhela sino tranquilidad. Si aquí se verificase una revolución. sería recibida y sufrida con pasividad, pero con temblor de repulsa. Esto es lo cierto.

Y es cierto, a pesar de amenazas de huelga, a pesar de organizaciones especiales, que no discuto, y cuyos resultados no han podido juzgarse por ahora. Dado este afán de paz, hay que deplorar doblemente que el parlamentarismo haya fracasado. Con un poco de seriedad y de patriotismo, las cortes podían ser un instrumento de gobierno irreemplazable.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

195

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1917.

En nada me ha molestado a mí la censura, porque, antes de su establecimiento, cuidé de atender a las prescripciones y limitaciones de un censor supuesto, que estaba allá dentro de mí. El ser mujer es cosa muy triste, porque no se disfruta, de derechos, la cuarta parte; pero tiene ventaja de hacernos independientes, ya que no nos vinculamos a partido ni a bandería alguna. Y, en las horas en que todo reviste carácter político, la mujer se siente desligada, como si se encontrase más allá del bien y del mal, que diría aquel vesánico de Nietzsche, el filósofo y el poeta del egotismo.

Mientras el personal masculino se deja agremiar, clasificar, afiliar, la mujer--digo la que siente

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 9 octubre 1917: 4. No recogido.

poderosamente el ansia de reconocerse y de definirse a sí misma--propende, en estas críticas circunstancias, a encerrarse en sí, donde no la anegue la ola de la colectividad.

Y no faltará quien me arguya: todo ese alarde de independencia mal se compagina con la sumisión a la censura, cosa que coarta la libertad... Poco a poco lo que coarta no es la libertad interior, única que importa, porque es la única verdadera. La exterior es una figuración, un nombre de ruido. Dentro es donde no la atan grillos, ni la prenden corchetes, ni encierran paredes. Y así, sometiéndome en lo externo, no ahora, sino de antemano, a todo censor, inclinándome ante su autoridad, he tratado de no soportar su vulgo, no escribiendo cosa que bajo la acción de la censura puede caer. Y, allá en mi santuario secreto, ¡que me echen censores!

Entretanto, mientras el desenlace de la hipertragedia permanece incierto, y cada cual lo guisa a su gusto, procuro disertar sobre asuntos que tengan probabilidades de interesar un poco aparte del público, hecha abstracción del momento en que se escriben. ¿Me equivoco al creer que uno de estos temas es el Quijote y su autor?

En España se leerá o no se leerá; seremos o no indiferentes al recuerdo de nuestras mayores glorias;

relegamos o no a olvido profundo los esplendores de nuestro pasado; y me inclino a decir que sí, que en olvido los tenemos. Hay, sin embargo, una excepción ruidosa de esta regla fatal; y es indudablemente Cervantes y el Quijote. Sobre Cervantes se trabaja, escribe, discurre, discute, filosofía y especula muchísimo: a cada momento se publican libros donde se indaga, escudriña y analiza el Quijote; es una bibliografía imponente. Me traigo todos los años, a las estanterías de mis Torres de Meirás, los libros que durante la temporada han llamado algo, por uno o por otro concepto, la atención del público. Y noto que siempre dominan los de asunto cervantesco. Los hay de mera erudición, los hay de filosofía, los hay de crítica, los hay panegíricos, los hay hasta censorios. Si se juzgase la actividad intelectual de España por lo referente a Cervantes, los países de mayor diligencia en estudiar a sus clásicos tendrían que aprender de nosotros.

Lo especial del caso mueve a reflexión. Ante todo, no hay manera de negar que el Quijote se destaca entre las obras capitales del espíritu humano, ni debe asombrar que tal libro esté presente al pensamiento de todos los españoles. No obstante, puede sorprender que no lo esté también, al menos en cierta proporción, la labor de otros escritores-cumbres, y no citaré como

ejemplo sino a Calderón y Lope de Vega. Aunque otorguemos a Cervantes la supremacía, no nos explicamos satisfactoriamente tal desproporción entre él y los demás. Si en doce meses se publican sobre el Quijote y Cervantes doce libros, y veinte o treinta folletos, cien artículos--calculemos al azar--deberían ver la luz, por lo menos, en igual plazo de tiempo, dos libros sobre Santa Teresa, Calderón, Quevedo y Lope, y siete u ocho folletos, y veinticinco o treinta artículos. Nada de esto ocurre. Sólo Cervantes, habitualmente, desbabilla el candil de los ingenios. Comprobado el hecho, hay que preguntar qué móviles guían a los que se dedican a desentrañar el Quijote, y cuáles son los efectos de esta obra que me adelanto a declarar sublime, sobre la mentalidad de nuestros contemporáneos.

Considero aisladamente, el Quijote es varias cosas. Una escuela de buen sentido; una enseñanza profunda de las realidades de la vida; un estímulo para la honra y el valor; una fuerte escuela de patriotismo y españolismo; una doctrina de bondad y tolerancia humana (y ésta es nota común de lo que Cervantes produjo). Pero como sabemos por el propio Cervantes que todo lo añasca el demonio, sucede que, lejos de surtir el Quijote esos efectos laudables y confortadores, surte otros diametralmente opuestos, o

siquiera totalmente distintos, en no pocos escritores de los que a su estudio se consagran. Hay que hacer todas las honrosas excepciones que ustedes quieran, y las haré, con mayor fundamento, a propósito de alguna obra reciente; mas no por eso dejará de ser verdad que el Quijote no cabe reconocer los mismos efectos sanos y fortificantes, sobre la raza española, que sobre la inglesa se atribuyen a un libro sin gran valor literario: Las aventuras de Robinson.

Robinson, como sabemos, es la historia de un hombre que, solo y abandonado, en una isla desierta, lucha con la naturaleza y la vence, reproduciendo, en su terreno individual, las conquistas colectivas que la humanidad ha realizado. Esta afirmación de la energía y de la inteligencia humanas ha hecho de Robinson el libro representativo de razas que sintieron el impulso de marcar dondequiera, hasta los extremos del globo, la huella de su paciencia y su vigor. Robinson--dice Taine en su Historia de la literatura inglesa--tiene la fuerza de voluntad, el ímpetu interior, las sordas fermentaciones de imaginación violenta que antaño hicieron a los reyes de mar y ogaño a los emigrantes y a los «squatters». Es decir, que Robinson no sólo encarnó las virtudes de su raza, sino que ayudó a exaltarlas, y quizá no se deba, a otro motivo su prodigiosa difusión, esa cantidad de ediciones que

ponen al libro de Defoe en manos de toda la juventud anglosajona.

Aquí la juventud--esto lo deduzco de observaciones recientes--apenas lee el Quijote; verdad es que tampoco lee mucho a los restantes escritores «de oro» y muchísimo menos, aunque extrañe, a otros escritores relativamente recientes, del romanticismo acá. Si hay quien se enfrasca en la lectura del libro de Cervantes es gente ya poco letrada, estudiosa de suyo, y recluida en pueblos de provincia o confinada en ciudades donde hace la misma vida, poco más o menos, que en un pueblo pudiese hacer. A juzgar por las muestras, el Quijote les ha intoxicado. No invento esta afirmación de que el Quijote intoxica. Tal vez no se haya divulgado en letras de molde, pero, se ha hecho proverbial. En los cervantistas de profesión hay una proporción fuerte de grafomanía y de insania.

Encontramos huellas de lo que acabo de estampar hasta en lo sainetes. Creo que es el muy donoso Parellada el que, en una de sus últimas producciones, nos presenta a un cervantista muy divertido, contando las palabras que el libro inmortal tiene en cada renglón, y atribuyendo a esta tarea de cretino importancia suma.

No quiero insistir en la tesis, ni menos alegar pruebas de ella: mi objeto es tan sólo lamentar que

sean estos (al menos en gran parte) los efectos de la lectura del Quijote--debiendo ser opuestos diametralmente. El libro, aparte de su altísima sugestión ideal, está repleto de enseñanza, es todo él una lección, para quien sea capaz de aprenderla, y de aplicarla, y de incorporarla a su médula, y de inoculársela en la sangre. Una raza, una conciencia nacional, que el Quijote hubiese aleccionado, podría volver a ser la primera del mundo. Tal convencimiento me parece lamentar doblemente que los resultados del Quijote (los visibles) sean, al contrario, secar cerebros y recalentar meollos, inspirar ocurrencias análogas a la del personaje de «En un lugar de la Mancha» o cosa parecida. Una de las obras recientes sobre temas cervantinos, el Contraquijote, de D. Fernando Boedo (en el cual encuentro originales puntos de vista que merecerían discutirse) llama al Quijote libro «terrible y deletéreo». Deletéreo, ¿pero por culpa suya? No, mil voces. Ese veneno no lo destila la obra en sí, sino unas criptógamas que esmaltan su superficie. Terrible, convengo en ello, como todo libro que llegan al fondo del problema humano, aunque no lo dé resuelto, aunque no monde el piñón...

Lo innegable es que de la escuela del Quijote, en lo escrito, salen más locos que cuerdos. Lo malo que esos locos ni aun lo son a la manera del Ingenioso

Hidalgo, sino a otra muy vulgar, y hasta maligna, y no pocas veces, sectaria. Y al pensar en este hecho positivo, en el veneno de lo que debiera ser salud y purga de malignos humores, me acuerdo del loco cervantista a quien conocí en Esquivias, y que era, por lo demás, una excelente persona. No desbarraba sino al tocarse el punto de sus endiabladas caballerías... igual que su ídolo; y, encerrado en su idea fija, me acompañaba por las cuevas, enseñandome las ventrudas tinajas, iguales a las del Toboso.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

196

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1917.

La actualidad literaria, en Francia, es el cincuentenario de Baudelaire. En España no es mucha la gente que lee Las flores del mal; y gran parte de esa gente, poca, habiéndolas leído, las encuentra «inmorales» y repugnantes. Más valiera, pues, que aun de los lectores de Baudelaire restásemos a los que le comprenden así; porque así no es lícito comprender a un gran poeta.

Me apresuro a añadir que también en Francia se juzga con severidades moralistas a Baudelaire. Si esto es efecto del terrible momento histórico, de la reacción antidecadentista, no lo sabré decir. Pero todas las acusaciones que al poeta se dirigieron, y algunas más, vuelven a llenar las columnas de la prensa estos días.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 noviembre 1917: 5. No recogido.

Hasta no falta quien se escandalice fuertemente al ver a Baudelaire comparado con Victor Hugo, Vigny, Alfredo de Musset y Banville. Más se escandalizaría si por casualidad llegase hasta él mi opinión. Muy por encima de Banville, y al lado de los más ilustres, me atrevo a colocar a Baudelaire, y a jurar que no le quitarán este puesto.

Es increíble lo que tardan en cuajar las ideas críticas; es asombroso lo que el sentido crítico escasea. Tal vez no haya cosa que menos abunde. Acerca de otras cuestiones, aun podréis encontrar en la multitud alguna orientación, algún criterio. En materia literaria, y sobre todo de literatura original, que pugna con lo establecido, que subleva lo que llamaré la conciencia usual, será milagro que escuchéis una opinión fundada.

Así, ante Baudelaire, veréis en la multitud la horripilación y el repeluzno. Y ¿qué dice Baudelaire, que tanto espanta a los sencillos? Dice lo que todos sabemos, por poco que hayamos manejado a los místicos, a los ascéticos, a los Granada y Rivadeneyra. Dice lo que pintó Valdés Leal. Dice lo que enseña la religión que profesamos. Que somos polvo, miseria, nada; que los gusanos son nuestros hermanos y la podredumbre nuestra madre. Y dice asimismo el poeta de <u>La flores del mal</u>, que la naturaleza humana está corrompida, pero que en ella vela un instinto divino, y que

«... guand chez les debauchés l'aube blanche
et vermeille»
«entre en société de l'ideal rongeur»
«Chez la broute assoupié un ange se reveille...»

No tengo aquí, en el balneario de Mondariz donde me hallo, el tomo de Las flores del mal, y cito de memoria ese fragmento, en el cual se contiene lo más trillado, lo proverbial: la vergüenza que la humanidad sufre cuando ha cedido a la sugestión de la materia. En Baudelaire, desde La carroña hasta las Letanías de Satanás, un sentimiento hondamente católico palpita y se queja dolorosamente, con gemidos de condenado y de penitente sin esperanza. Y este modo de sentir y esta poesía trágica, nadie la ha encerrado en forma tan admirable y de esencia tan rara como Baudelaire.

No quieren dejar en paz a sus huesos, y los zarandean que asombra. Revuelven en su vida, rebuscan anécdotas olvidadas o desconocidas, y que no quitan ni ponen--en mi opinión--al valor de la obra de Baudelaire. Si por un momento supiésemos que ignoramos totalmente la biografía y las genialidades del poeta, no por eso Las flores del mal, dejarían de ser algo magnífico, como lo es la famosa «esterlicia regia», cuando, después de muchos años, abre para asombrarnos, su cáliz de púrpura y zafiro.

Esto de la biografía más confunde que aclara muchas veces el concepto de la obra de arte. Apenas un poeta nos revela sensaciones extrañas y descubre su espíritu en que batallan, como el mismo Baudelaire declara, el tedio y el ideal, comienzan los críticos a hurgar en su vida íntima, y a comentar sus manías y sus caprichos. Para explicar la inspiración del autor de La carroña, se apeló a sus aficiones al opio y al «hatchis», y no faltó, como era de esperar, médico que le afiliase entre los «matoides» o semi-locos, y hasta entre los dementes completos y encerrables.

Lo más triste de la biografía de Baudelaire no es que en el momento presente algunos de los que la estudian y profundizan con el pueril exceso afirmen que el autor de la Venus negra murió como San Luis Gonzaga, sin conocer el pecado--lo cual me parece echarse por los trigos de la fantasía--sino que resalte, de las indagaciones recientes como de las ya viejas, que toda la vida luchó con la escasez de dinero. Sus Flores del mal las compró un editor en doscientos cincuenta francos; y la propiedad de sus obras vendida a su muerte por sus acreedores produjo quinientos. El editor Calman Levy, que hizo este bonito negocio, sacó de los libros de Baudelaire, durante los cincuenta años que van a expirar, más de cien mil francos líquidos. Y ahora, que es libre la publicación, hay que suponer otras ganancias para otras esperanzas editoriales.

La pena que las abejas no labren para sí miel, y que un poeta que «produce» cien mil francos líquidos a un librero, se haya pasado la existencia pidiendo a izquierda y derecha préstamos de veinte francos, que por otra parte pagaba siempre que podía, en trabajo o en moneda. Porque Baudelaire, según resulta de su «correspondencia», documento tan probante, no carecía ni de delicadeza ni de pundonor, como no carecía de bondad y de piedad, y lo demostró su conducta generosa al cuidar, atender y socorrer en su enfermedad de parálisis a aquella «Venus negra», que tanto le hizo sufrir y que de tal manera le exprimió el bolsillo, ya flaco, y escuálido. Puesto que se cava en la biografía, hay que cavar del todo, y sacar a luz lo bueno como lo malo.

Y no he de omitir que en este poeta «maldito», el de los gatos embrujados y las mujeres degolladas, existe una importante influencia hispánica: al través de Valdés Leal y de Teófilo Gautier, el alma española le atrajo, y cantó hasta a la «Virgen de los siete cuchillos», nuestra Dolorosa, lo más romántico de nuestra desdeñada imaginería «de vestir», que una comprensión fina de la belleza va rehabilitando.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

197

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1917.

En medio de la preocupación que abruma los espíritus, y de los mil inconvenientes materiales que contribuyen a agudizarla--encarecimiento de las subsistencias, falta de carbón, probable supresión del gas del alumbrado, retrasos de los trenes, tan enormes, que el trayecto antes recorrido en veinticuatro horas requiere ahora cincuenta--hay quien piensa en el arte como refugio y lenitivos de las tristezas de la historia, y a este intento loable responde la exposición de arte gallego, que se está celebrando en La Coruña, con una brillantez y unos resultados que superan a toda esperanza.

Nadie ignora un hecho cien veces observado: no producía pintores Galicia. Tuvo grandes escultores,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 17 noviembre 1917: 4. No recogido.

maestros de la talla, sobre todo a fines del XVI, y en parte del XVII; mas los pintores faltaron en absoluto, y se hizo proverbial que unas regiones de España los criaban y otras no. Andalucía, Valencia, Castilla, Aragón, Extremadura, eran ricas en pintores; las vascongadas, Santander, Asturias, Galicia--la zona cantábrica--no daban esa fruta.

En el último tercio del XIX empezó a darla, al menos en Galicia y en las provincias vascas: y lo curioso es que, en vez de adoptar las normas generales del arte pictórico español contemporáneos, los pintores procedentes de las regiones trajeron afirmaciones nuevas, inspiradas en lo que las mismas regiones llevan en su alma colectiva.

He aquí el fondo de originalidad de artistas como los Zubiaurre, los Echevarría, los Sotomayor, los Corredoira, y otros que por brevedad omito.

Si hubiesen nacido en distinta comarca, bien puede asegurarse que pintarían con estilo diferente. El San Ignacio, de Echevarría, que tanto llamó la atención en la exposición de Madrid, de este año, sólo pudiera crearlo, en su magnífica concentración de voluntad, un vasco, como supongo que es el autor de ese lienzo poderoso. Y la Moza del pañuelo naranja, de Sotomayor, difícil fuera que saliese de pincel castellano.

La exposición de La Coruña, activamente organizada por una comisión de artistas, se instaló con bastante

elegancia y con holgura en los salones del nuevo palacio municipal o Consistorio, no terminado aún en su decorado. Las obras expuestas son todas o casi todas de asunto gallego, y en su mayoría presentan halagüeño nivel. Un censor riguroso hallaría mucho más que desechar en la exposición de Madrid.

¿Diré que se haya aprovechado, según lo que vemos aquí, ni una centésima parte de los elementos que Galicia ofrece? Claro es que no. Galicia encierra riqueza inagotable en su paisaje, en sus monumentos, en sus tipos y costumbres, en su especial psicología. Sus cuatro provincias, muy pobladas y extensas, difieren no poco en su carácter, hasta en su etnología, y no hay que temer incidir en monótona repetición. Lo diré sin obedecer a ningún estímulo de cariño a la tierra, (que no habría razón para extrañar): entre las regiones españolas, ninguna puede sugerir tanto al artista. Ofrece además la ventaja de que no está gastada ni amanerada su peculiar sugestión. Ved, por ejemplo, cómo lo está o va estándolo la de Andalucía. Galicia ofrece nuevos veneros de inspiración y de sentimiento y la infinita variedad de aspectos de la naturaleza.

Francisco Llorens, el más conocido y ensalzado de los paisajistas gallegos, no ha podido ni desflorar tan vasto asunto como le brindan los valles de esmeralda según llamó gráficamente a uno de sus cuadros; los

castaños frondosos; las costas y playales donde resuena el ronco caracol marino y saca agua afuera su busto, turgente la sirena del norte; las hoces y los ríos, por donde el agua se encalma y se hace sombría y siniestra; los trágicos pinares de Finisterre, que sollozan hondos por donde avanza lento el carro chillón, los molinos con su presa espumante, las movedizas piedras en equilibrio, los cruceros románticos del Orense, y las praderías largas de Lugo, que tanto se asemejan a las de Holanda... Llorens ha dado la señal, ha iniciado el rumbo; pero no sería factible que abarcase un sólo hombre lo que exige el esfuerzo de una legión. Puede esta legión venir: entretanto, Llorens, con su calma perseverante estudia, estudia, y de vez en cuando un lienzo suyo, en las exposiciones, arranca la exclamación consagrada ya: "Pero ¡qué hermosa es Galicia!"

Una obra análoga, en el natural humano, realiza Fernando Sotomayor. Este artista, nacido en El Ferrol, y joven aún, pues pasa poco de los cuarenta, está en la plenitud de su fama y de su talento y fuerza pictórica. Es del número de los equilibrados, de los sólidos, no desmintiendo una de las corrientes, y tal vez la más vigorosa del arte ibérico. Es un realista y hasta diríamos un naturalista, sólo que su naturalismo no se basa en el estudio de la fealdad ni de la grosería, y

sabe escoger sus modelos, a veces de tan sorprendente belleza y tan delicada y honda expresión como la Moza del pañuelo naranja. La cabeza de la tal «Moza» pudiera haber inspirado a un primitivo: nótese sin embargo, en lo que no es sino un retrato admirable, algo que diferencia al naturalista contemporáneo del idealista gótico. Un médico fijándose en la tez de jazmín y rosas de la «Moza», encontraría que el fiel pincel de Sotomayor reflejó la quemadura solar y el probable artritismo, como hizo Van der Hist en sus retratos, donde el temperamento y las enfermedades presentes y futuras se deletaran con tal precisión.

Otra Galicia, pero también Galicia, es la de Jesús Corredoira, a quien han dado en llamar, a la gallega «Xesus». Es una Galicia tétrica y mística, que brotó a la sombra de la catedral jacobea, y que está dominada en la labor de este joven artista, por la influencia del Greco, que aun tendiendo a atenuarse y ceder el paso a orientaciones más libres y personales, siempre se deja percibir, menos luminosa y colorista; pero igualmente sentida, y no es poco, ¡tratándose del Greco!

Los peregrinos, díptico que Corredoira expone en La Coruña y que no figuró en el salón de Madrid, son a la vez que pintura intensa, sentimiento más intenso todavía. Nada había producido tan sugestivo ni tan

humano el pincel, muchas veces exaltado y aun extravagante, del joven pintor que tempranamente renegó del «sorollismo», y abrazó un idealismo de misticidad. En él es donde ha encontrado su verdadera ruta, y yo no comprendo por qué se esfuerzan tanto en convertirse para que se encierre en la prisión de la realidad. ¿Realidad? ¿No es también real este sentimiento fuerte y lírico, y no va el pincel del artista encarnándolo en figuras llenas de vigor, como el retrato de su esposa, tan poéticamente compuesto.

Mucho más pudiera decirse de esta exposición; por hoy baste lo indicado. Su mejor timbre es que nos aparta de las miserias y discordancias del penoso momento, y nos lleva hacia la eterna luz. ¡Arte, pan sabroso de los escogidos!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

198

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1917.

Estos días se trae y lleva el nombre de Campoamor, porque se ha festejado el centenario de su nacimiento. Campoamor vino al mundo el año 1817, y no hay que olvidar la fecha; en ella está gran parte del intríngulis de sus poesías. ¿Por qué? Porque Campoamor es absolutamente contemporáneo de Zorrilla, y mientras Zorrilla significa el romanticismo (el histórico y tradicional), Campoamor es, en toda regla, un poeta de los nuevos tiempos, un moderno, sin filiación escolástica. Ambos vates escriben casi por los mismos años, y las Doloras se codean con las Leyendas. Entre ambas, un abismo.

¿Lo confesaré? No he visto entusiasmo en las alabanzas que con motivo de su centenario se han tributado a Campoamor. Aquí, no consagra las famas ni aun la universal consagradora, que es la muerte. Uno

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 9 diciembre 1917: 5. No recogido.

de nuestros achaques es la falta de certeza. No parecemos nunca seguros de nada. Tenemos las individuales más poderosas, que en todas partes serían base de orgullo nacional y objeto de culto--pero no lo creemos firmemente. Nos dedicamos a buscar razones contra la admiración, como en el extranjero las buscan para lo contrario. Y cuando encontramos argumentos con que rebajar la gloria, quedamos tan satisfechos como el médico que halla procedimientos para rebajar la albúmina o la glucosa, en ciertas afecciones.

No tenemos, dicen algunos, el poeta político, el poeta civil... y don Ramón no lo era. No, no lo era, a Dios gracias. Tampoco lo era Zorrilla, ni lo era Bécquer. Y, a pesar de atisbos sociales, no lo fue Gabriel y Galán. Y dejo a la consideración del lector si lo era Rubén Darío; y no hubo asomos de política ni de civilismo en Mosén Jacinto Verdaguer. Los poetas más altos, en mi entender, no son nunca los políticos y civiles. La gloria de estos últimos suele depender de las circunstancias. Pasadas las que dieron hervor transitorio a su Musa, se enfrían y cuajan como lava de volcán. Tal ha sido la suerte de Ausgusto Barbier, cuyos Yambos nadie lee hoy, ni desde hace bastantes tiempo; tal la de Béranger, de quien sobreviven algunas canciones, las menos circunstanciales. Los temas de la lírica son eternos y no están encadenados a la política

ni a los sucesos exteriores. La lírica viene de dentro, de las pasiones y afectos del alma, que son hoy, poco más o menos lo que pudieron ser en remota antigüedad, en civilizaciones destruidas para siempre. El amor y sus derivaciones, sus ramificaciones vigorosas, forman el tejido de la lírica. Lleva el lírico la huella de su tiempo, en la forma, en lo accesorio, en el pormenor; el fondo no cambia, porque no puede cambiar. Ni cambia lo lírico amoroso, ni aun lo heroico. Los Vencedores de Rubén, expresan el heroísmo como pudiera expresarlo otro canto lírico de Leopardi. Las diferencias de forma, no impiden la afinidad del sentir. Si hay algo en que no cabe progreso, en que esta palabra carece de sentido, es en arte y en literatura. Frecuentemente, leemos y oímos cosas que pudieran hacernos suponer lo contrario; y, por mi parte, me encojo de hombros. Se adelanta en lo mecánico, en lo físico; no se adelanta un paso en poesía; a veces, se retrocede, es decir, que un sentimiento antes expresado con mayor eficacia y energía, halla después una interpretación menos honda y sincera. ¿Quién podrá superar a Safo, cuando exhala su grito de desesperado amor. ¿Quién a Santa Teresa, cuando revela sus amorosos transportes místicos? Nadie irá más lejos, seguramente. Pero el espíritu humano pide variedad: aunque se le digan peor las cosas,

quiere que se le digan de otro modo. Y confunde el progreso con la diferencia.

Cuando se habla de la «belleza eterna» no se emplea una frase vacía sin sentido; porque la belleza, realizada una vez, es inmarcesible. Y la belleza es siempre fruto de la emoción, o estética pura, o sentimental. Para experimentar el estremecimiento de lo sublime ante una estatua griega, basta ser capaz de sentir lo bello; para conmoverse con la despedida de Héctor y Andrómaca en la Ilíada, basta tener corazón. Lejos de ser necesario que los artistas y los poetas nos hablen de cosas contemporáneas, se verifica el curioso fenómeno contrario; por el sentimiento, nos hacemos contemporáneos de los viejos poetas y de las edades transcurridas.

Por el sentimiento y por el pensamiento: que éste es el caso de Campoamor. Campoamor ahonda en los temas líricos que en el amor tienen su terreno propio; pero va más allá, con amargura y desengañado salomónicos, porque está empapado de tales sentires. En esto supera a Bécquer, y hay más sal de experiencia y de desencanto en su versos que en los del vate sevillano.

Si en Campoamor la perfección de la forma, la factura y el engarzado de la idea corriesen parejas con las dotes que antes he reconocido en él, sería uno de los poetas mayores de todos los tiempos.

Nada más ajeno a la manera de ser de Campoamor que las grandes voces y los sones de trompa. Bien hubiera podido adoptar por lema la frase de Verlaine--que tampoco fue poeta civil:--«Coge la elocuencia y retuércele el pescuezo». La elocuencia es una cosa muy española, y va derecha hacia lo ampuloso y la amplificación; nuestro orador más grande, Castelar, no desmiente el axioma. No se crea, por lo que va dicho respecto a la imposibilidad de que el insigne humorista fuese un poeta civil, que Campoamor vivió aislado de la política y de la marcha de los sucesos en su patria. Al contrario: tanto alternó en política, que estuvo a pique de costarle la vida, en el famoso desafío con Topete, y hubo más de una probabilidad de que las turbas le arrastrasen, siendo gobernador de una provincia. Pero nada de eso le pareció digno de la Musa. Para la Musa, íntima y secretamente sentimental, guardó las profundas tristezas lacerantes del gaitero de Gijón, que al acabar de enterrar a su madre va a tocar la gaita para que bailen las rapazas del pueblo; las melancolías de la enferma que en su último viaje encuentra el amor que hubiese podido salvarla; la emoción de la novia ante el nido; el púdico y afanoso ruego de la enamorada que no sabe escribir... Y, para la Musa, la gota de acíbar desleída en miel del Himeto de la humorada, y la Dolora filosófica que muestra lo

vano de la humana gloria, lo fugaz de la apariencia, el velo roto de la ilusión vital; pero lo muestra sin acerba y sombría insistencia, «todo de prisa, de prisa, todo al vuelo», con esa ligereza irónica del asturiano, que pasa como destello de sol a través de la bruma, como esas «rayolas» gallegas que se refractan en gotas de humedad semejantes a lágrimas... Y no dudéis que la Musa sonríe también a esos temas campoamorianos.

Menos me hubiese gustado a mí Campoamor, que tanto me gustaba y de quien fui amiga, si cantase las discordias civiles o los problemas sociales. No he llegado a habituarme a la idea de que lo social sea tan poético como lo individual...

Acierta Cristóbal de Castro cuando dice que hay mucho de filosofía del Kempis y del Quijote en aquella humorada de Campoamor que tanto hizo reír y que tanta enseñanza encierra:

«Yo conocí un labrador
que, por celebrar mi gloria,
al borrico de su noria
le llamaba Campoamor...»

Y, cuando la recuerdo, viene a mi memoria también la glacial tarde de diciembre en que, repantigado el poeta en su poltrona de achacoso, cubiertas las piernas

con una manta, entornados los ojos bondadosos y maliciosísimos, me refería ese suceso, pero con una añadidura que lo hace más picante. El admirador rústico que había dado al borrico el nombre de Campoamor era su propio hortelano. Y el poeta, que gastaba mucha conversación con él, le dijo, con sonrisa graciosa, expresiva, de reconocimiento:

--Mira, fulano: toma una onza y llámale al de tu noria Núñez de Arce...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

199

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1917.

Los teatros, en Madrid, han abierto sus puertas, y la temporada se anuncia, digan lo que digan los termómetros, difícil y desanimada. Son demasiados espectáculos para poca guita.

Y preguntarán: ¿en qué quedamos? ¿España está más rica o más pobre? ¿No se oye afirmar que, a consecuencia de la guerra, rueda el oro, y se labran diariamente fortunas de Creso?

En esta vida, que dijo el antiguo dramaturgo, todo es verdad y todo es mentira. Sí, con la guerra se achinan muchos. Pero también muchísimos se ven ahogados y sienten la fría garra de la miseria. No cabe duda, todo ha subido, hasta el límite del trescientos por ciento algunos artículos, y el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 12 diciembre 1917: 6. No recogido.

presupuesto de las familias modestas sufre un recargo que les obliga a tasar los gastos superfuos, como teatros y cines.

Los espectáculos públicos (excepto el Real y la Princesa), cuando lo ocupan los Guerrero-Mendoza), están en su mayor parte sostenidos por la clase media, y aun por la popular; se cae de suyo, puesto que ambas son más numerosas que la aristocrática de sangre o de dinero. Y, cuando reina entre estas clases la penuria, se tienen que resentir los espectáculos.

Yo creo observar que, en efecto, se resienten. Hay una señal infalible: la amabilidad de las taquillas. Cuando por teléfono pedís a la taquilla de un teatro una localidad, y hay concurrencia, os contestan con cierto despego, y os encargan que enviéis a recoger la localidad inmediatamente, so pena de encontrarla vendida. Cuando al contrario, os ofrecen muy cortésmente guardarla hasta que lleguéis, es que la entrada flopea. Puede achacarse, por ahora, este estado de cosas, a que aún no han regresado a Madrid todos los veraneantes. Sin embargo, el público de los teatros no es, en su mayoría, el que se esparce por las playas del noroeste y del norte. Me temo que el invierno apretará, y seguirán flojas las entradas.

Por ahora, el repertorio tampoco ofrece grandes sorpresas. Se está sacando a luz de nuevo el de

Benavente: La noche del sábado, Rosas de otoño, La princesa bebé, Los interese creados... Y aparte de lo que suministra el insigne comediógrafo, los escenarios se dividen entre lo cómico y lo serio extranjero, con algo de nacional en el primer género. Lo cómico extranjero suele ser tan candorosamente inepto como Petit café, que con gran aceptación se está dando en Apolo, o como La chocolaterita, que ya pica un poco más alto, pero al fin no pasa de obra para hacer reír a los que tienen--y Dios se la conserve, que es un tesoro--la risa fácil.

Lo único que puede llamarse tentativa de arte ha sido la adaptación y traducción de Una mujer sin importancia, de Oscar Wilde, que puso en escena, en el teatro de la Princesa, la compañía dirigida por García Ortega, encargándose este notable actor del papel del protagonista.

Soy muy admiradora de Oscar Wilde, por Salomé, y por algunas páginas llenas de sentimiento, que encierran sus obras: mas no me creo por eso [estar] obligada a ensalzar igualmente toda su producción. Una mujer sin importancia ha sido considerada aquí, por buena parte de la prensa, como obra de extraordinario alcance y significación honda; se ha visto equiparada a Casa de muñecas: no me es posible sumarme a este parecer.

No hay originalidad fuerte en el argumento. Se trata--como en algunos dramas de Dumas, hijo--del problema de la mujer seducida y el hijo natural. Un lord calavera, un perfecto dandy, ha engañado a una joven con promesas de matrimonio, y la ha abandonado después. Ella ha criado valerosamente a su hijo y reconcentrado en él todos sus afectos. El muchacho es, a los veinte años, mozo simpático y culto. Por una casualidad se entera el lord de que aquél es su vástago, y sintiendo desarrollarse vivo cariño paternal, le ofrece el puesto de secretario. Más que secretario, será un amigo: el lord le iniciará en el gran mundo, le familiarizará [con] la sociedad más escogida. Pero la madre no está conforme. Durante los largos años de su abandono, ha cultivado, al par que la ternura para el hijo, el odio reconcentrado al padre. Su pasión juvenil se ha convertido en aborrecimiento. Los mayores criminales le parecen menos reprobables que aquel hombre en cuyos brazos palpitó, no cesa hasta que aparta al hijo del padre, para siempre. En vano el lord ofrece cuanto hay que ofrecer; su herencia a la prole, a la madre su mano. El odio que engendró el amor puede más. La madre se irá con su hijo y con la prometida de éste, una yanqui puritana, a otro mundo, donde no existan las preocupaciones y corrupciones de este mundo viejo...

Y yo confieso que la tesis será muy alta, pero no se me alcanza su altura.

El caso de la seducción y sus consecuencias es sobrado frecuente; lo que no es tan frecuente ya es el del seductor que, veinte años después, está pronto a reparar el daño hecho, casándose desigualmente, sin más estímulo que el amor paternal, que es bello y respetable lo mismo (y quién sabe si más), en los Lovelaces y Don Juanes, que en los pacíficos burgueses. No puedo, pues, ver en el lord a ese infame y malvado que ve la mujer ofendida, y se me figura que tampoco será infalible que en Norte América, patria de la puritana, no sucedan nunca seducciones, engaños y nacimientos de niños sin padre que les dé su nombre,--«tout le monde est fait comme notre maison...»--en ciertas cuestiones, que dimanan de la naturaleza, de la pícara juventud, y aun de las preocupaciones sociales, muy análogas en cualquier sociedad. No digo que esté bien la conducta del lord, personaje conocido en la dramaturgia, y al cual dio vida y gracia y dignidad García Ortega; pero tampoco me parece caso de horca. Hay sus gradaciones en la culpa.

A mi ver, todo esto de mujeres embaucadas, hijos bastardos, etc., no guarda estrechísima relación con los problemas feministas. Estos radicalismos de la moral pertenecen al teatro de Echegaray, en el cual,

por un delito que comete el padre, el hijo ya no puede ser feliz, y tiene que desandar lo andado por la generación anterior, y a veces pagar con su vida tal antecedente. La mujer necesita derechos, necesita que el hombre no le cierre el paso: si esto consigue, será lo bastante. Lo otro sólo puede hacerlo un cambio absoluto en las ideas sociales respecto al matrimonio y la constitución de la familia. Y acaban justamente los grupos más avanzados de proclamar que la forma actual del matrimonio es la única posible. El cambio anda lejos.

¿Y, al menos--vamos al grano--el autor de Salomé--de la divina Salomé--ha sabido hacer sobre un tema manoseado una obra muy conmovedora? No lo creo tampoco. Hay mucho diálogo y poca acción, y las escenas dramáticas son violentas, estallan como petardos. Existen destellos de talento, quién lo duda, y no quiero dar a entender que se trate de algo vulgar, de algo desdeñable. Agradezco al contrario haber conocido esta creación de Wilde, realzada por la innegable maestría que en ello desplegó García Ortega, entrando en su papel con soltura elegantísima. Sólo protesto de que me nombren a la Nora de Ibsen, porque entonces me parece Elena de Wilde una figura de cartón, cuya apariencia de vida la constituye el odio--odio de mujer vendida, traicionada, y que aborrece solamente porque ya no puede amar.

Aparte de este drama, y de los incidentes de discusión de propiedad que originó, el interés teatral giró en torno de una discusión acaloradísima: ¿quién hace mejor Divorciémonos, la Pino o la Bárcena? ¿Tuvo o no derecho moral la Bárcena para interpretar esta comedia, estando interpretándola la Pino?

Muchos niegan a la Bárcena tal derecho. No comprendo por qué. ¿Qué lo hace mejor la Pino? Pues «plaudite, cives». Por mi parte, confieso que encuentro curioso que dos actrices tan diferentes encarnen a un tiempo a un mismo personaje. Ello da lugar a comparaciones y a observaciones, que tienen su encanto.

Somos nosotros muy aficionados a poner frente a frente a dos personalidades, y pelear en pro y en contra de ellas. Lo mismo en la política, que en el toreo, que en las letras, que en el teatro, no está completa la admiración hacia una figura, si no la acompaña la detracción de otra. Así se han enzarzado pinistas y barcenistas en acalorada pelotera, y lo donoso es que, mientras éstos achacan a la Pino la edad, aquéllos reprochan a la Bárcena la juventud. Yo no he visto--no he tenido tiempo, lo confieso con rubor--a ninguna de las dos actrices en Divorciémonos. Sólo opino que la comedia está unas miajas manida. Ya recuerda a esos pensamientos disecados que a veces

aparecen entre las páginas de un libro.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

A

LA OBRA PERIODISTICA
DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN
PUBLICADA EN EL DIARIO LA NACION
(BUENOS AIRES, ARGENTINA) 1879-1921

by

JULIANA SINOVAS MATE

Volume VI

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy, The City University of New York.

1993

200

EL ARTE DE SER RICO*

(Para LA NACION)

Ha sido sensacional en Madrid el debate judicial sobre la herencia de la condesa de Bornos.

Hallándose en litigio el asunto, nada diré de lo que constituye su fondo, o sea la validez del testamento en cuestión (imitando en esto la reserva de la prensa toda). Me limitaré a algunas consideraciones sobre las disposiciones testamentales.

Hace bastantes años, en una de mis excursiones a Toledo, con motivo de haber contemplado el soberbio lienzo el Entierro del conde de Orgaz, del Greco, supe que el templo donde se enseña la maravilla era patronato de la condesa de Bornos. Pregunté algo acerca de una señora que poseía o al menos patroneaba tal prodigio, y a diestro y siniestro, me contestaron con rara unanimidad. Naturalmente, guardé para mí las respuestas, porque en ellas había mucho de reprobación al modo de vivir de la linajuda dama, y bien podía ser

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) **(SUPLEMENTO)** martes 18 diciembre 1917: 3. No recogido.

infundado el severo juicio de la multitud. Hoy, los debates del pleito han rasgado el velo de aquella vida.

La condesa de Bornos, de la más antigua aristocracia española, y poseedora de una fortuna que hoy se valúa en veinticinco millones de pesetas, pero que, seguramente, como todas las territoriales, valdrá el doble, no se casó, y pasó sus años, hasta los sesenta y tantos que contaba al morir aislada y recogida en su finca de los Lavaderos, en las cercanías de Toledo, no yendo a Madrid, donde poseía un palacio, sino raras veces y cortas horas. Esto sólo constituye algo singular, pues parecía lógico que la solicitasen la sociedad y el mundo, sobro todo, cuando ninguna afición de las que aislan la retenía allí. No era estudiosa, no era caritativa de acción; es decir, no organizaba nada especial de caridad, aun cuando hiciese abundantes limosnas, cosa que le era en extremo fácil.

Educada en el retiro y en un concepto pesimista de la realidad, es decir, con educación de monja, más que de riquísima y noble heredera de un gran linaje, que debe sostener el decoro de su rango y el lustre de su estirpe, y asegurar su continuidad al través del tiempo, la condesa de Bornos adquirió hábitos populares, y se complació en el trato y amistad de personas de condición inferior, que pueden ser buenísimas, hasta mejores que otras que encontrase en

los «salones dorados», pero cuyos gustos y maneras no podrían halagarla, si ella misma no hubiese aceptado ese modo de ser, por cuenta propia. Persona que merece entero crédito me ha referido haber visto a la condesa de Bornos en el tren, en un viaje de Toledo a Madrid, acompañada por el capellán de los Lavaderos, aquel padre Camarero, que en ella tanto influía, tomando ambos un refrigerio de chorizo crudo, y bebiendo por una bota de vino tinto, para subirse luego en la estación a uno de los omnibuses más democráticos pues ningún coche, ni servidor alguno les esperaba.

Así la condesa de Bornos había establecido familiaridad completa con sus pastores y gañanes, sentándoles a su mesa, y llegando al extremo de afirmar que deseaba morir en brazos de uno de ellos, y colocar su corona condal en las sienes del hijo de otro. No era esto desorden moral, así lo creo, sino desorden social, con inversión de las leyes naturalísimas que determinan las relaciones entre los diferentes estados y las gentes que no pueden, o no deben, haber recibido educación análoga.

No faltará quien encuentre su poesía en tales sentimientos; y hasta cabría evocar la figura del conde Tolstoi, que fraternizó con los «mujicks» y aró la tierra. Pero el testamento ha revelado la falta de idealidad social de la condesa de Bornos. Ni un

céntimo dejó a sus pastores tan queridos; ni una peseta a los pobres. Su heredero universal es un aristócrata, administrador suyo a quien según propia confesión, amaba desde la juventud. Y este testamento es lo que se discute. Tolstoi venía del refinamiento, de la elegancia, de los altos círculos; desde tal ambiente, pasó a su vida campesina de Krasnaya Poliana; y, si cultivó la utopía, nunca se hizo «pueblo» en el sentido, por ejemplo, de llevar las uñas sucias. No las llevaría tampoco la condesa de Bornos, a quien no conocí; pero pienso en la bota y el chorizo de la merienda del tren.

La condesa quizás alimentaba una aprensión invencible contra lo que se llama «la sociedad elegante». Lo expresó por escrito, censurando acremente a una mujer que hizo mucho bien, la marquesa de Squilache, en la cual encarnaba la Bornos a esa sociedad. Líbreme Dios de establecer comparaciones, ni de bajar al terreno de las apreciaciones personales. Pero sin vacilar, estamparé que la Squilache fue infinitamente más útil y demostró otros grados de inteligencia que su censora.

Un escritor de mucho talento, que llegará a emparejar con los más distinguidos. Federico Santander, en un libro que acaba de publicar y modestamente titula Charlas, diserta sobre la

dificultad de saber ser rico, y sobre las fortunas que no se descubren hasta la muerte de sus poseedores, los cuales han vivido sórdidamente y sin cumplir ninguno de los requisitos que imponen los enormes capitales. Y otra observación acertada del mismo escritor que es que tales millonarios obscuros están expuestos a captaciones e ingerencias, y ni son dueños de su fortuna, ni de su voluntad. Estos renglones, escritos antes de los ruidosos debates de la herencia de Bornos, parecen inspirados por ellos.

Es verdad demostrada que estos millonarios de la penumbra en nada demuestran su falta de acierto como en sus últimas disposiciones. En el palacio de Nájera, magnífico edificio que la que todos llamaban «Carolita», legó para un asilo, hoy está instalada la llamada casa de Francia, y señoritas maniquíes escotadas hasta la cintura, y con ropas transparentes pasean exhibiendo la última moda. No censuro esto, pero estoy convencida de que tal no sería el deseo de la testadora, cuando en su testamento habla de asilos y fundaciones benéficas. Lo indudable es que no acertó a arreglar las cosas de suerte que prevaleciera su deseo.

Y cierto es que ninguno de los formidables capitales cuyos poseedores han muerto recientemente ha quedado bien repartido, excepto el de la marquesa de Squilache, que no poseía un capital enorme, ni por

semejas, pero que lo sabía administrar, y hacer lucir, y distribuir con mano entendida y próvida y que supo al morir legarlo con igual tino dejando asegurada la existencia del asilo donde, hasta poco antes de caer postrada por la enfermedad, repartió la sopa a los pobres, y al mismo tiempo pensando en su sobrino, heredero de su título, y no olvidándolo.

De la sociedad se dicen muchos males; pero no hay cosa que así equilibre y enseñe como esa pícara sociedad, tan criticada. Vivir en la cueva, como Segismundo, ya afirmó Calderón no ser nada bueno; y para que Segismundo se convierta de fiera en hombre, necesita sufrir el contacto de la sociedad, ver que su áspero individualismo sólo le conduce a la cueva otra vez, porque los humanos no pueden sufrirle. La condesa de Bornos, si bien se mira, es una individualista y una romántica, con romanticismo tradicionalista, sí, pero anárquico también. Ningún valor pareció tener para ella la idea de que estaba moralmente obligada a no deshacer su linaje, ya que no lo había sostenido con directa descendencia. Ninguno, la convicción de que cada cual ha de proceder según su caudal y su categoría, y debe aprovechar la suerte de poseer tantos millones, insistiendo algo que honre su memoria, y que contibuya a aliviar la ajena miseria, a difundir la instrucción, a engrandecer a la patria...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

201

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1917.

Se ha acordado celebrar todos los años, el 12 de octubre, la fiesta de la raza, rememorando la fecha del descubrimiento, y la primera de estas demostraciones se ha verificado, sin gran esplendor, en el ayuntamiento de Madrid. La magnitud del acontecimiento que allí se festejaba hacía contraste marcadísimo con la sencillez, iba a decir modestia, de la solemnidad. Es de esperar que en años sucesivos adquiera más realce la ceremonia. Por ahora estamos aquí empezando, nada más que empezando, a saber que hubo descubrimiento y que hay América.

El primer paso para que se despertase, en este terreno, la conciencia nacional, lo dio aquel nunca bien ponderado D. Antonio Cánovas del Castillo, que tenía el sentido profundo de la historia, y hubiese sido, a no absorberle la política, el más zahorí de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 19 diciembre 1917: 6. No recogido.

nuestros historiadores--verdad que no tenemos gran cosecha de tal género. Don antonio, el año 1892, consiguió solemnizar de un modo decoroso y hasta brillante y mundial, el cuarto centenario del descubrimiento, y no se ha olvidado la magnífica exposición de arte retrospectivo, ni otras interesantísimas manifestaciones que echaron las bases de nuestra concordia con las naciones americanas...

En tal ocasión, se enteró España de que existían entre nosotros algunos americanistas de valía, como Cesáreo Fernández Duro, Marcos Jiménez de la Espada, Luis Vidart, el jesuita padre Cappa y otros varios, que por entonces hicieron una campaña muy comentada y muy enérgica. El tema de esta campaña era la depuración de los datos referentes a varias figuras y hechos de la historia del descubrimiento y conquista. Jiménez de la Espada destruyó el error de la quema de las naves de Cortés, demostrando que «no fue tea, sino barrenos», y que no era propio de tan previsor capitán quemar, sino desguazar, con lo cual conservó la posibilidad de rehacer las embarcaciones y evitó que sirviéndose de ellas le creasen dificultades los que querían volverse a Cuba. Cesáreo Fernández Duro demostró la falsedad de otras leyendas como la de las joyas de Isabel la Católica empeñadas para auxiliar a Colón y el «salto» de Alvarado. Luis Vidart se consagró a rectificar el

concepto que de Colón había venido formándose, merced a la escuela apologética de Roselly de Lorgues, y, de acuerdo con los demás entendidos en el asunto, proyectó luz sobre las figuras de Bobadilla, Ovando y Martín Alonso Pinzón, con más o menos motivo tenidos por enemigos del descubridor y ennegrecidos a voluntad por los incondicionales, que hicieron de Colón un dechado de todas las virtudes y hasta pretendieron que la Iglesia le beatificase primero y le canonizase después. Esta idea de colocar a Colón en los altares no podía apoyarse sino en la de ver algo sobrenatural y milagroso en el hecho del descubrimiento y suponer que una revelación divina había guiado a Colón en su ruta, inspirándole el convencimiento de que iba a encontrar un nuevo mundo. Además, para canonizar a Colón era necesario que su vida hubiese respondido o al concepto de santidad originaria o al, de penitencia y expiación de sus pecados. Ninguno de los dos casos se dio en Colón, y bastaría para demostrarlo el hecho de sus amores, no seguidos de matrimonio, con Da. Beatriz Enríquez, y el nacimiento de un hijo bastardo. Y en cuanto a lo primero, o sea a la inspiración divina que alumbró a Colón, más bien pudiera sostenerse que, al contrario, Colón, en toda su odisea, tuvo como una venda espesísima sobre los ojos, venda que no cesó de impedirle ver la realidad, de la cual nunca llegó a

penetrarse. Curiosa muestra de cómo el destino empuja al hombre sin que se dé cuenta de ello, y tal vez inclina a admitir ese papel que atribuye Bossuet a la Providencia en la historia.

Cuatro viajes hizo Colón a América, y en ninguno de ellos llegó a sospechar, a pesar de vehementes indicios, que aquél fuese el nuevo mundo que, según los patrañeros, anunció repetidamente que encontraría. Fue, sin duda, Colón quien, para los efectos históricos, descubrió el nuevo continente; pero es asombroso que se hable de su presencia, cuando nunca se figuró, ni remotamente, haber puesto el pie en otras tierras que las de Asia, lo cual hizo certificar ante notario como si quisiese dejar atestiguado que la venda le cegaba por completo.

Apenas parece creíble que a tal cosmógrafo, a tal navegante, a geógrafo tal, no le avisasen algo las diferencias y hasta la diametral oposición entre la naturaleza y razas humanas de los países que iba descubriendo y los asiáticos. Y si fuese cierto (hay que ser muy poco afirmativo en lo que se refiere a los primeros tiempos de la vida de Colón, enteramente envuelta en confusiones y sombras, acertadamente llamada «nebulosa» por el padre Cappa); si fuese cierto, digo, que antes del descubrimiento Colón había pisado ya tierra americana, todavía parecerá más

incomprensible su ignorancia, en que perseveró hasta la muerte. Lo dice entre otros, Enrique Campe, en su Historia de América: «Hasta el último momento de su vida ignoró la importancia incalculable de sus descubrimientos. Creía sólo haber descubierto un nuevo camino al comercio hasta alguna de las comarcas salvajes de Oriente, y esta idea le sugirió las más extañas suposiciones.»

Era muy importante que todo esto se afirmase, y se destruyese la leyenda de la inspiración de Colón, divina y prodigiosa, porque si en efecto Colón hubiese tenido tal conciencia infusa, y él y sus contemporáneos creyesen que era el descubridor de un nuevo mundo, el hecho de enviar al comisario o pesquisidor Bobadilla a enterarse de su conducta en Santo Domingo, y el rigor con que éste le trató poniéndole grillos y enviándole preso a justificarse en España, serían actos descomunales, dignos de eterna reprobación; mientras que, reducido el suceso a sus justas proporciones, y viendo sólo en Colón al descubridor de una ruta hacia el Asia, se modifica mucho el concepto que formamos de un episodio que bastantes historiadores, no españoles, como el norteamericano Lummis, explican por el mal gobierno y abusos de Colón, en su administración y regimiento de los países descubiertos. Para nosotros, Colón no es lo que fue para sus coetáneos. Convendrá tenerlo presente.

Sin embargo, estas leyendas no hay quien las destruya: poseen siete vidas, como los gatos. Lisonjean la sentimentalidad de las multitudes, y dan fácil tema para especular sobre la ingratitud de las naciones. Fue mucho tiempo la leyenda de Colón cubierto de cadenas y mandado que le enterrasen con ellas, como sublime protesta póstuma, uno de los favoritos argumentos pseudo históricos contra España, que ha tenido siempre la mala idea de no defenderse ni vindicarse, así la acusen de absurdos. Sin protesta de ningún género se ha exhibido en Madrid estos días una película con la Vida de Colón llena de errores, y presentándonos el Colón milagroso, el que sabe por revelación del cielo, que al hacerse a la mar va a descubrir un nuevo mundo. Allí no hubo patraña que no se propagase: las joyas de Isabel, la asamblea de sabios de Salamanca queriéndose comer a Colón, la reina Anacoana enamorada de él o cosa por el estilo, y Martín Alonso Pinzón traicionándole, uniéndose a los marineros amotinados... Y, por supuesto, lo mismo la película que la hoja del ayuntamiento a que hice referencia, dan por averiguado que Colón nació en Génova. No hay cosa más dudosa que este hecho, y está planteada la cuestión de si el verdadero lugar del nacimiento del almirante fue o no fue Pontevedra, en Galicia. Cuando se empezó a debatir este problema--ya queda dicho que la

biografía de Colón, en su primera mitad, está llena de enigmas--hubo quien, desde su altura, lo tomó a guasa. ¡Colón gallego! repetían, como si en Galicia no se pudiese ni nacer. ¡Colón gallego! ¡Qué buen humor!

El pleito está, sin embargo, pendiente, y la hipótesis, al pronto desdeñada, va adquiriendo solidez. Lo singular no es que Colón pudiese nacer en España, y en una región y una ciudad donde abundaron los navegantes insignes: más notable considero que, a los españoles, a una gran mayoría, por lo menos, después de haberles parecido tal supuesto extravagante, ahora les sea indiferente, y que el ayuntamiento de la capital, en un impreso destinado a los niños de las escuelas, no indique ni la suposición de que el descubridor pudo ser español, y que existen ciertos motivos, si no para afirmarlo como una verdad palmaria, al menos para conjeturarlo.

Somos tan ricos en glorias, que podemos, por lo visto, imitar a aquel jándalo que perdía de tan buen grado los pañuelos, y que pudo por tal sistema, quedarse sin pañuelo y hasta sin narices. ¿Lugar de nacimiento de Colón? ¡Bah! Eso se lo regalamos a Génova... y somos capaces de dar de propina a un Valdivia o a un Vasco Núñez de Balboa... El cual, por señas, según acaba de decirse Vázquez de Mella, también resulta ahora gallego.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

202

LA NACION

CRONICAS DE MADRID*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1917.

Decíame cierto día un médico de fama:

--Si se abriesen y registrasen todas las sepulturas, se encontrarían arrobas de arsénico.

Quería significar que muchas muertes certificadas como naturales eran debidas a ese veneno cuyos síntomas se confunden con los de enfermedades frecuentes.

Ese veneno fácil de obtener en mi país, se vende hasta en las ferias, para matar ratones. Los que sucumben a él--no me refiero a los ratones, sino a los humanos--quedan embalsamados, y se conservan largo tiempo. En Burdeos, la singular conservación de las célebres momias se atribuye a ser arsenical la tierra del cementerio.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 25 diciembre 1917: 4. No recogido.

Todo esto acudía a mi memoria al ser puestos en libertad los «envenenadores» cuya causa se falló estos días, y que dieron--en medio de las hondas preocupaciones políticas y sociales--tanto pábulo a la curiosidad y que escribir a la prensa en este comienzo de invierno que por ahora no despliega rigores, y ríe con un sol dorado, un verdadero sol de Madrid.

Eran la pareja unida por ilícito amor, que suprime al marido por medio del clásico jicarazo. Y digo le suprime, porque a pesar de la sentencia absolutoria, la supresión siempre es indudable. Me explicaré.

Vivían juntos marido, mujer y amigo, con tal intimidad, que tenían, para los tres, una sola alcoba. El marido Dionisio, estaba gravemente enfermo desahuciado. La esposa María de los Angeles, le cuidaba, ayudada por el amigo Ramón. Cuando vino la muerte, el médico diagnosticó una hemorragia cerebral. Pasó tiempo, no recuerdo si uno o dos años, y jamás se hubiese sospechado cosa alguna, si un día Ramón no se delata a sí mismo y a su cómplice o instigadora. Por qué se acusó, no es cosa que haya puesto en claro la sumaria. Como ahora hay un duendecillo al cual todo se le atribuye, y que es la epilepsia, se supuso que, bajo su influjo, hizo tan sorprendentes revelaciones. Creen otros que fue como suicidio indirecto, solución violenta de una situación intolerable. Algunos

hablaron del viejo remordimiento, ¡tan pasado de moda! Pero, en suma, todo el mundo creyó a Ramón, y más cuando María de los Angeles, en sus declaraciones, se echó encima todo el peso del crimen, y cantó más de plano aún que su compañero: (los dos se habían unido ya en matrimonio).

No faltaba sino examinar el cadáver; y el arsénico, eterno testigo, inalterable, apareció en las vísceras, en cantidad aterradora.

Parecía, pues, todo claro como la luz; mas he aquí que actuando la persuasión de los defensores, o el deseo natual de salvarse, los acusados cambian de sistema, y en el horizonte se dibuja la absolución, desenlace habitual de tantos procesos que parecen, a primera vista, abrumadores.

Para ello no necesitaron los procesados sino repetir aquel trabalenguas de niños:

Donde digo digo,
no digo digo
que digo Diego.

Retractados por completo de sus primeras declaraciones, surgió la afirmación de la inocencia. Ramón se delató en momentos desesperados, no sabría definir por qué; María de los Angeles por salvar a

Ramón echándose encima toda la culpa, rasgo de amor sublime. Y la verdad era, sencillamente que el propio Dionisio se había matado, tomándose por su gusto y por su mano toda la pócima, disuelta en leche. Fue esta versión la que aceptó el jurado.

En vano saltaron a la vista inverosimilitudes chocantes. Siendo así ¿cómo empezó María de los Angeles por aceptar la confesión del crimen hecha por Ramón, en vez de hablar de semejante suicidio, que a los dos les libraba de culpa? Siendo así, ¿cómo al ver que el enfermo había apurado la pócima no llamaron a un médico para que le suministrase contraveneno?

según la nueva versión, puesto que de algún modo habían de justificar que un enfermo clavado en su cama, sin poder salir, se proporcionase el veneno, no tuvieron más arbitrio que declarar que se lo habían suministrado ellos mismos. Ramón afirmó que guardaba ese veneno como anestésico dental (Ramón ejercía el oficio de dentista). Y el raro anestésico le inspiró la idea: «Ya que quieres morir para descansar, ¡toma! Ahí va ese vasito de leche, con su arsénico y todo!» Y fue la esposa quien disolvió los blancos polvos en la cándida bebida...

Esto se aceptó como exculpación por los encargados de aplicar la ley... Yo declaro que casi me parecería, si de este modo hubiesen pasado las cosas, más alevoso

y atroz, el crimen. A un mísero que yace postrado, consumido de fiebre, agotado de miseria fisiológica, sugerirle, facilitarle, arreglarle el suicidio, hartarle de ponzoña, ¿no es peor que matarle directamente, sin que de ello se percate? Al hecho de ponerle allí el veneno, bien desleidito ya, al alcance de la mano, le llaman, en lenguaje jurídico, «imprudencia temeraria». ¡Delicioso eufemismo recurso del habla que prueba su inagotable plasticidad!

Uno de los recursos que sirvieron para exculpar a los envenenadores (así continúa llamándoles la prensa, con sentencia absolutoria y todo), fue la afirmación de un médico, que aseguró ser imposible que la dosis de arsénico absorbida por Dionisio se la tome nadie sin notarlo, y que, por lo tanto, debió de tragarla voluntariamente. Yo evoqué, con tal motivo, otro caso de envenenamiento, el de un pobre párroco de la provincia de Orense, a quien dio jicarazo su criada y un sobrino de la misma arpía. Media jícara de chocolate estaba llena de la droga, y parece que la dosis alcanzaba para varios. Sin embargo, la víctima, que estaba, no como Dionisio, muriéndose, sino sano y con los sentidos despiertos, no dejó gota dentro del pocillo, y creo que hasta echó, según la costumbre antigua, agua dentro, para aprovechar lo que quedaba pegado. Si Dionisio, resignadamente, tomó lo que le

dieron, hizo lo que venía haciendo, en otro terreno con mansedumbre que le perjudicó no poco en la opinión pública, tanto como favoreció a sus matadores, pues de todas suertes, o por voluntad, o por la consabida imprudencia temeraria, cabe asegurar que lo fueron... Aquel desdichado poco había de vivir. Su vida realmente, no tenía importancia. Envilecido al prestarse a la vergonzosa cohabitación que sufría, al aceptar dinero del que le dehonraba, a la multitud no le infundió sino desprecio. Sin duda el miserable no valía el arsénico que le administrba...

Y en este modo de sentir queda todavía un rasgo del concepto calderoniano del honor, más infiltrado de lo que parece en nuestra sociedad. Un marido como Dionisio es un andrajo humano, indigno de interés alguno. Y yo pregunto: ¿debe por eso la sociedad abandonarle hasta tal extremo, que el hecho de un parricidio y un envenenamiento pierda su sentido cuando en él recae?

Los jurados sabrán lo que han hecho. Yo respeto siempre a la justicia. La prensa reconoce que en lo de la absolución tuvo parte la simpatía, la «admiración» hacia la bella envenenadora. Y un humorista escribe: «No se les ahorque. Los verdugos ejecutan tan mal, y ella es tan guapa, tan simpática, que sabe Dios a que horribles muecas la obligarían... Pónganla, pues en

libertad, siquiera sea a condición de vivir en donde no haya botica...»

No conozco síntoma más peculiar del momento que atravesamos que éste. Todo lo decide la simpatía. Y la simpatía es lo más caprichoso... Con la simpatía se ha hecho entre nosotros mucha política, y el toque era obtener popularidad. Siempre he entendido que al contrario, el político tiene que ser impopular, o al menos popular para unos e impopular para otros, como le sucede al cada vez más prestigioso D. Antonio Maura. Atolondrados nos tienen con el «sí» y el «no» de D. Antonio. Si fuera simpático a todos, ingresaría en la falange de los peleles, capitaneada antaño por don Práxedes Mateo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

203

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1917.

Poco a poco se van sintiendo los efectos de la anormal situación exterior en el interior de nuestra patria. Pero es preciso ser franco: no tienen la culpa los extranjeros de gran parte de lo que nos sucede. Somos nosotros, o mejor dicho, la entidad estado, los gobiernos que se han sucedido, los que supieron, o no quisieron con toda energía prevenir aspectos remediables del conflicto. Si hubiesen puesto en marcha la cuestión de los transportes, no difícil de arreglar, no careceríamos de carbón ni de muchas cosas necesarias para la vida.

El carbón abunda aquí. Nuestras cuencas carboníferas son ricas y sobran para el consumo de «tres Españas», como me dijo un gran minero, bien

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 enero 1918: 4. No recogido.

enterado del asunto. A boca de mina, y arrancando ya, está el precioso combustible. Pero se ha tolerado a la empresa del Norte, buenamente, que enajenase material, que dejase estropear, inutilizarse, máquinas y locomotoras, y falta carbón en Madrid, mientras, se hacina, inútil, en la región productora, y mientras amaga el paro minero, más grave acaso que la misma escasez de combustible.

Esta y otras impresiones, llamémosles así, de los que dirigen el cotarro, han engendrado una inquietud y un desasosiego que lleva a los acentuados pesimismos. Cada día circulan versiones alarmistas, anuncios trágicos, profecías que ponen carne de gallina, y a cada momento protesta alguna colectividad, resolviéndose siempre las reclamaciones en malestar económico. Los sueldos son escasos... Los artículos de primera necesidad suben y suben... Hay que protestar, que manifestarse.

El reflejo de este estado en la literatura es curioso. Se revela, sobre todo, en el teatro, que está más en contacto con el público. Se ha incubado desde hace tiempo, porque tampoco es enteramente actual, el descontento y la angustia. Han pasado años desde la primer obra político-social que llamó la atención, que provocó discusiones, y fue la Electra, de Galdós. Verdad que, más bien que un sentido social tenía uno

antijesuítico. Todavía entonces los asuntos económicos se les dejaban a los profesionales, y el público se preocupaba especialmente por las «ideas». La realidad ha intervenido, recordando cuánto más apremiante es el comer. El libro del Dr. Turró, titulado El hambre, es, en este sentido, de suma oportunidad, aunque no tenga nada que ver con el enigma de España y sea un tratado de biología y filosofía. Mas, al referir todo conocimiento, a las sensaciones tróficas o del hambre, parece simbolizar el estado de conciencia de nuestra nación, que ha tenido que despertarse, porque es indispensable mantenerse. A no ser así, como resueltos idealistas que somos, continuaríamos poniendo en olvido lo económico, y pensando sólo en lo religioso, lo antirreligioso, la libertad (abstracta) y otras cuestiones sin afinidad con los garbanzos.

Al apremio de la realidad, la Musa dramática torció su rumbo y se convirtió hacia las orientaciones del instante. Y sacudió Benavente el resonante aldabonazo de La ciudad alegre y confiada.

El ruidoso éxito del drama en que una figura, la del «Desterrado», pareció reflejar la de D. Antonio Maura, en quien pone sus esperanzas tanta parte de la opinión, probó que los espectadores piden lo que responde a su estado de ánimo, a sus preocupaciones. En mayor o menor grado, las siguientes producciones de

Benavente reflejaron también esa tendencia. El sentido social dominó en ellas, como vino luego a dominar en otras obras teatrales, en cuyo número pudiera contarse Celia en los infiernos, de Galdós.

Federico Oliver, autor dramático muy renombrado, director artístico del teatro Español, empezó a ejecutar la crítica social y política en obras que reflejan humorísticamente unas veces y trágicamente otras las costumbres decadentes. El matonismo y la apoteosis de los toreros le inspiraron dramas que obtuvieron aprobación explícita y que según la voz general, «ponían el dedo en la llaga». Y a la misma cuerda responde su última obra, calificada por el autor de tragicomedia, y titulada El pueblo dormido.

Cuando los pensamientos flotan, por decirlo así, disueltos en el aire, es muy difícil que los recoja uno solo. Desde el triunfo de Benavente, y a favor de las circunstancias, la comedia política tenía que tentar a muchos, como seguirá tentando probablemente después del triunfo de Oliver. Yo asistí al estreno de El pueblo dormido, y puedo afirmar con testimonio de ojos que fue triunfo realmente. Pocas veces he visto aplaudir con tal entusiasmo y alzarse tantas veces seguidas el telón.

Al otro día del estreno surgieron varias protestas. Distintos y conocidos autores afirmaban

haber tratado el mismo asunto (teniendo de ello conocimiento el Sr. Oliver), en producciones no representadas todavía. Admitida la versión, el fenómeno no tiene para mí nada de sorprendente. Lo considero, al contrario, naturalísimo, sin que medie plagio alguno, ni incorrección alguna. No serán comedias iguales, aun cuando se asemeje su asunto, y su título sea tan análogo, que una se titule El pueblo enfermo. El intento anda en el aire. La Musa se siente renovadora, que es la palabrilla actual.

No se oye hablar sino de renovación, por más que nadie explique de un modo satisfecho, en lo que esta renovación va a consistir. Quedan todavía unas cuantas personas capaces de reflexionar fríamente, que no ven nada renovado porque vengan al poder ministros nuevos. Ni se renueva por decretos, ni se renueva en días, ni en meses a una nación. Son efervescencias de prensa y meros empujes políticos tales renovaciones, vagas e indefinidas. El renovar tiene que venir de la entraña, no de clubs y banderías. Por eso el final de la comedia de Oliver no me pareció mal, en cuanto símbolo. Si la conciencia popular despertase, habría renovación. ¿Y quién sabe si la renovación no sería restauración? No todo el tiempo pasado fue mejor, pero tampoco habrá sido peor necesariamente.

Viniendo al aspecto literario de este asunto, debo decir que, ni Electra, ni La ciudad alegre y confiada,

ni El pueblo dormido, descuellan entre la producción de sus autores, durante su carrera dramática. En su carácter de obra de circunstancias, llevan el de no ser algo que en arte perdura, algo humano, en el sentido profundo de la palabra. Sólo conozco una obra de sátira social y otra política, que se hayan conservado, resistiendo al paso del tiempo El enemigo del pueblo y Rabagás. La creación de Ibsen es genial, y su fuerza muy grande. La de Sardou, inspirada en Aristófanes está llena de malicia y de verdad. Ambas subsisten, aunque Rabagás lleve el sello de un momento dado, lo cual siempre es un incomveniente para interesar en otros momentos en que ya se agitan diferentes problemas y se condenan distintos abusos. Se me figura que no están en el caso de Ibsen y de Sardou en tales obras las que aquí han conmovido al público, en determinadas ocasiones.

El pueblo dormido parece dirigir sus tiros contra los políticos, y personifica al redentor en un indiano, candoroso y simpático, que trae, como el Nabab, de Daudet, muy a mano el libro de cheques, para complacer a la gente que emplea en su labor redentora por medio de la fundación de un gran periódico honrado. Algunos personajes de la tragicomedia representan, según se dice, a personas "conocidas". Pero el político de altura que allí sale a escena no se parece en lo más

mínimo al que quiere personificar. Aquél es cauteloso, solapado, traicionero, y el real y efectivo es franco, abierto, vehemente, incapaz de arterías, y lleno de entendimiento y de corazón. La semejanza es tan poca o ninguna, que yo no creo haya querido dibujar tal retrato el dramaturgo.

Una bella figura del drama es la señora argentina, esposa del protagonista. La encargó con sentimiento y verdad Carmen Cobeña. Su dulce lenguaje y sus modismos americanos bastan para darle un relieve que la distingue de los demás tipos de esposas inquietas ante las iniciativas de su marido, por cuya vida temen, y a quien no cesan de aconsejar que se meta en su casa y deje rodar la bola. La novedad de la heroína de Oliver es su argentinismo, que me parece españolismo de otros tiempos, y probablemente lo es. Nos han pintado siempre en escena a la americana de un modo bien distinto, sobre todo en ciertas comedias en Francia, como Trains de Luxe. Esta argentina del Pueblo dormido es la mujer tradicional, amante y buena, y haga lo que haga, atrae la simpatía.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

204

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1917.

A pesar de todos los pesares, Madrid no sólo no pierde su aficción al teatro, sino que llena los que se abren de nuevo, hasta el del Odeón, que por no se sabe cuáles motivos ha sido acusado de estar falso, y poder en un momento dado repetir la suerte del templo de Dagón, sin otro Sansón que las leyes de la estática.

Por cierto que en el Odeón se ha representado estos días un primoroso arreglo de la novela de Galdós. El amigo manso. El arreglador ha sido Francisco Acebal, que cumplió su tarea con todo el cariño que siente por el viejo maestro, y toda la exquisita sensibilidad de su temperamento de artista. Diariamente se hacen arreglos, traducciones y adaptaciones, y por lo general son lamentables aun

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 31 enero 1918: 4. No recogido.

muchas de las que firman literatos de valor. La de Acebal es sencillamente una creación.

El público entró de lleno en la obra, y lloró y rió efusivamente, simpatizando con aquellos personajes que, si no olvidados, por lo menos tenía relegados a la penumbra en que permanecen obras que, en un momento que no me atrevo a llamar «dado», porque los puristas me considerarían incursa en galicismo, produjeron honda impresión. Y volvieron a la vida el filósofo semisanto, su joven alumno Peñita, la nunca bien ponderada Da. Cándida, papel que parece hecho de molde para Irene Alba. El espíritu sereno, noblemente optimista y dulcemente humano del autor de los Episodios, ha vuelto una vez más a apoderarse del público, harto quizá de astracanadas--otra palabra prohibida, pero que a mi ver no tiene substitución--y de terrores y enredos policiacos, con voladuras de puentes, inundaciones, incendios y asesinatos a granel.

Otro acontecimiento teatral fue el estreno de La enemiga, de Nicodemi, en el teatro de la Princesa. No conozco de este autor, hoy de moda, sino La enemiga. No es posible mejor reparto, ni presentación escénica más lujosa y adecuada de la que tuvo La enemiga; en este particular sabemos cuales son los hábitos de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero. A cada estreno suele oírse que se han sobrepujado a sí mismos.

Con motivo de La enemiga, una vez más se ha repetido este aserto. Dos decoraciones, una de salón y otra de capilla, arrancaron exclamaciones de entusiasmo.

Respecto a la comedia en sí misma, estoy conforme con Gómez de Baquero, que rechaza el calificativo de melodrama que se le prodigó. Sé desde hace años que la gente ignora lo que es «melodrama». En viendo sentimientos algo violentos, situaciones fuertes, «melodrama» se dice, y se cree haber dicho algo. No son melodrama las obras de Bernstein, que sin duda han servido de pauta a ésta.

El melodrama es cosa mucho menos psicológica, de mayor «acción material». La comedia dramática de Nicodemi es justamente muy psicológica, anormal y artificiosa, y que sin rayar en lo imposible, toca en lo singular y desusado, llegando a veces a sublevar nuestra sensibilidad, especialmente cuando ignoramos las razones por qué la enemiga, la madre, profesa tal odio al hijo, viniendo luego a averiguarse que no lo es...

Aquí pensando menos en Bernstein, se ha pronunciado, con motivo de este drama, el nombre de D. José Echegaray. Son de su repertorio estos efectismos, basados en un secreto de familia, que pesa como losa de hierro sobre los personajes. No digo que exista imitación, sino sólo coincidencia de temperamento, y de tendencias románticas.

La madre no es romántica, al no sufrir que otro se lleve lo que a su hijo correspondía de derecho, y hasta parece natural ese aborrecimiento que germina en su corazón contra el intruso. Pero pertenece ya al orden de los sentimientos románticos, falsos en su raíz, aquel desmedido amor que el intruso la profesa, antes y después de la revelación de la verdad. Hay momentos en que parece que el intruso siente por aquella mujer algo distinto del amor filial. Hay un equívoco que nos confunde. Y no ha de negarse que cabe todo en el alma del hombre; pero no todo lo que cabe nos convence en la escena. Es cierto que existen Fedra y el Castigo sin venganza. Pero allí se trata de pasiones, ilícitas, francas y sin rebozo. Lo equívoco es peor.

Conviene añadir que el atenuar este equívoco pende, en gran parte, de la interpretación. Y el joven Fernando de Mendoza dio a su papel tal relieve y tal dignidad espiritual que llegamos, por momentos, a rendirnos ante el arte del dramaturgo.

No se ve muy frecuentemente el caso de Fernando y María, con sus hijos. Lo casi universal es que si un padre descuella en algo, los vástagos, no sólo no le imitan, sino que sienten hasta repugnancia hacia el mismo ejercicio. Pocas veces se suceden dos Dumas. Los Díaz de Mendoza han conseguido, por esfuerzo propio o por don del cielo, o por ambas cosas a la vez,

reverdecer, no en un hijo, sino en dos, que revelan iguales admirables facultades de actores, el laurel en los padres no marchitó aún. Si por ley natural llega a marchitarse, en día lejano, no sentirán pena, pues dejan casta. La enemiga no tendrá nunca intérprete como Fernandito, el mayor de los sorprendentes muchachos. Les esperan jornadas de gloria. Con la aurora de su vida ha comenzado el mediodía de su talento artístico.

*

Madrid se halla sin gasolina... Se ha concluido o poco menos, este producto en el mercado. Las calles están libres de los que llamé en La quimera, «trepidantes artilugios».

Ya pueden los viandantes ir a su talante, por el arroyo. No les atropellan sino los coches, el tranvía y algún carro de añadidura.

Los atropellos de automóvil eran tres veces más frecuentes en Madrid que en ninguna capital europea. Verdad que en éstas no creo que se permitiese confundir la acera con el arroyo, ni torear a los autos, ni desgolgarse ante ellos de la trasera de los tranvías. La gente del pueblo y los golfos parecían empeñarse en que los despachurraran, como protesta contra tal medio de locomoción. Antes, los odiados eran los coches de caballos; desde que hubo autos, contra ellos chispeó la

saña. Esta saña no es más que forma de esa envidia al lujo, que no debe sancionarse ni aplaudirse. La envidia de lo que Da. Concepción Arenal llamó «lo indispensable fisiológico», ¿quién no la comprenderá? No puede ni calificarse de envidia, realmente. El que sufre hambre, está en su derecho al ansiar la hogaza; y el que tirita de frío, no es mucho que ansie la ropa de abrigo y la estufa. Envidiar automóviles, joyas, champaña, no tiene escusa. Y sucede que en los países meridionales, de cálida imaginación, se envidian más los signos exteriores de la riqueza que la riqueza misma. Por eso cada día se publicaba un artículo contra los automóviles y sus atropellos. No se admitía ni la hipótesis de que la culpa no fuese del mecáncico.

Y ahora, en cambio, se lamenta tristemente que, al desaparecer o poco menos de la circulación los automóviles, queden sin pan tantas familias, y sufra la industria graves quebrantos... Semejante reflexión no se les ocurría antes, cuando anatematizaban ese medio de locomoción, que no falta en ninguna ciudad bastante populosa y extensa como Madrid.

No puedo menos de entenderlo así; es la envidia la que ofusca o impide compreder que las ventajas del lujo no son para quien las gasta. Vieja es la teoría, y no recuerdo que economista fue el primero que la expuso. Lo positivo es que no se puede rebatir. El lujo mantiene a los pobres.

Conozco a una señorita que vino a quedarse sin lo suficiente para el puchero, y vive de enfilar perlas... Pasan por sus manos todas las que posee la aristocracia de Madrid, y ha hilado, un día, el célebre collar de Medinaceli... sabe que a esa riqueza infructífera, cerrada, en cajones, estuches y depósitos del banco, debe el pedazo de pan que sustenta a su familia. Y ni un minuto se le ocurre sentir que no sea su garganta la que rodeen las bellas sartas y collares. Mejor es vivir y comer, que adornarse, siquiera sea con lindos globos nacarados.

Si yo fuese sociólogo, estudiaría el papel de la envidia en la sociología.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

205

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1918.

Parece increíble que existan todavía casos de miseria absoluta en Madrid. Debiera tener qué comer todo el mundo, dado lo que se recauda.

En otros tiempos, la beneficencia era un extra, por cultivo de tal suerte, que especialmente las damas no hacen otra cosa sino pedir para los necesitados, y desarrollar todo género de iniciativas a fin de socorrerles.

Hay que proclamar la nobleza de estos propósitos. Dadas las circunstancias, no cabe hacer otra cosa, sino pedir dinero a los que pueden tenerlo, para los que no lo tienen. Lo doloroso es que existen tantos de estos últimos; que en tal proporción nos envuelve lo ola. Porque, no hay que forjarse ilusiones; a pesar de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires diario) martes 19 febrero 1918: 4. No recogido.

tantas funciones de teatro, bailes, subscripciones, repartos, obras de todo género, no cede el mal. Siguen muriéndose las gentes en las calles. La miseria, como aquel famoso tonel de las Danaides, se traga cuanto le echan. A medida que se crean comedores caritativos, asilos nocturnos, roperos de caridad, instituciones de toda especie para combatir la miseria, dijérase que resurge, más devastadora, más cruel. No ha bastado que la reina, tendiendo sus blancas manos piadosas, sirva ella misma con sus damas, a los hambrientos, en los comedores de caridad.

Y es que, a mi ver, la miseria no puede evitarse con repartir bonos ni ropas, ni con distribuciones de comida; la miseria es un resultado de un estado social defectuoso, de que hay una cantidad de gente que no trabaja, y, por lo tanto, no se establece un ingreso constante, por modesto que sea, en bastantes hogares humildes. ¿Por qué hay tanta gente que no cuenta con un céntimo de ingreso probable? esto, en rigor, es un problema de economía social, y también de carácter nacional. Aquí se desdeña, no sólo el trabajo, sino el pequeño ingreso del céntimo. Con el trabjo, con el pequeño ingreso, seguiría habiendo pobreza; pero miseria colectiva, no.

La pobreza se combate. La miseria es un abismo en el que se cae, y del cual es difícil salir, aunque las damas caritativas auxilien. Auxilio siempre eventual.

Ved por ejemplo lo que ocurre en Madrid. Las campañas caritativas comienzan hacia Navidad. Lo cristiano de la fecha, lo riguroso del frío, despiertan en las almas el anhelo de socorrer, un sentimiento fraternal. Continúa la campaña, de diciembre a marzo. Son los meses de miseria visible. Pasa este período, y la caridad, que no puede ser inagotable, disminuye. Ya en verano, puede afirmarse que se interrumpe definitivamente. La gente se dispersa, se va a baños y playas, a sus residencias de verano, a sus rincones frescos, en los países gratos y dulces. Y el sentimiento, la caridad, está como sujeto a las estaciones.

Quedan, se me dirá, las instituciones permanentes, que funcionan durante todo el año, como, verbigracia, la asociación Matritense de Caridad, las juntas de San Vicente de Paul y otras. Pero no alcanzan a establecer un estado en el que la miseria sea excepción, y no crónica situación de una multitud.

Esta multitud ¿vive en la ociosidad? Unida va generalmente la noción de ociosidad a la miseria. Se da por hecho que todos esos a quienes socorren los comedores benéficos y los roperos gratuitos, no están en condiciones de trabajar. ¿Por qué? Sería difícil justificar esta suposición. ¿Están enfermos? ¿Les falta trabajo?

Desde luego, no son enfermos graves los que van con un pucherillo, andando kilómetros, a recoger un rancho, en días glaciales. Es preciso que esa gente se encuentre suficientemente sana, para que realice todos estos actos, que piden fortaleza física. Pues bien: entiendo que no se puede admitir que a quien está en condiciones de trabajar se le exima de todo trabajo, se le condene a condición mendicante. Mucho se ha hablado en contra de la sopa de los conventos. Nuestro siglo no ha encontrado nada mejor que volver, con variantes que no afectan a la esencia, a esta sopa.

Lo que hay que organizar es el trabajo. Y en esto estriba la dificultad. Los miserables no tienen ganas de «ganárselo». Creo que prefieren morir de inanición en sus bohardillas o en la acera.

Quizá estribe esto en sobra de fantasía meridional. El trabajo monótono, diario, no dice nada a la imaginación. Háblenme ustedes de la lotería. ¡Ah! ¡Eso es otra cosa! De súbito, en un abrir y cerrar de ojos, os encontráis opulento; el hada entra por la ventana, radiosa y deslumbrante. Muy deslumbrante, no puede ser en este caso, porque los pobres juegan participaciones de a céntimo y cantidades por el estilo; pero todo es relativo, según dijo don Hermógenes, y una infeliz, a quien tocaran tre mil pesetas es este sorteo de Navidad, exclamaba: ¿Y qué voy a hacer yo con tanto dinero?

Esa misma cantidad, ganada trabajando no le haría ilusión alguna... Así somos; así nos creó el autor de todas las cosas.

Yo no soy enemiga de la lotería. La lotería y los toros, son los dos vicios nacionales; pero son vicios, sólo porque dan en exceso, en nimia delectación. El que compra un décimo y no vuelve a acordarse de él, sino para mirar si le ha tocado, no es vicioso. El vicioso es el que pone su esperanza de redención en ese décimo.

La lotería produce al estado veintisiete millones de pesetas, creo que únicamente en el sorteo de Navidad. Tampoco hemos de reprobarlo. Al revés que el inquilinato y que otros impuestos, éste se paga sin protesta y sin dolor. Ayudan a pagarlo los muchos extranjeros, lo cual tampoco me parece mal. A pesar de las severas prohibiciones de los gobiernos, se juega a la lotería española en todas partes. Hecha la ley, hecha la trampa, refraneamos por acá.

No; lo malo, del caso no es que se juegue: es que el alma esté absorbida por el juego. En lo tocante a lotería y toros, debiéramos aplicar la doctrina de los herejes, que decían que teniendo el alma en Dios, no valía un ardite lo que hiciese el cuerpo. Juguemos y asistamos a las corridas, si nos devierten (eso ya es harina de otro costal), con el cuerpo tan sólo. No nos dejemos chupar el alma.

Chupada el alma por la lotería tienen los que se agolpan ruidosamente en la Puerta del Sol en los instantes del sorteo, para conocer antes que nadie los números premiados. Se entrega a tal deporte el que ha jugado, y el que no ha jugado, también. Y a éste, ¿qué berengena le importa?

Nos atrae la improvisación, y el olor, ya que no pueda ser el sabor, de la riqueza, que viene súbita, no ganada ni merecida, por consiguiente. Y los días en que el gran sorteo se acerca, no creáis que a nadie le va ni le viene lo que puede ocurrir en la guerra europea, ni lo que dará de sí la agitación política nacional. Y esta preocupación continúa después de conocido ya el resultado del sorteo. Ahora reina gran ansiedad por conocer el paradero del «gordo».

El gordo ha desaparecido. Quienes le suponen emigrado a Méjico, quienes dan por seguro que el gobierno de la República Cubana lo ha decomisado, al saltar en tierra un viajero de un transatlántico español que poseía ese bonito cacho de papel, representativo de seis millones de pesetas. Naturalmente, los que poseen un billete premiado se guardan de decirlo, sobre todo si no se embarcan inmediatamente en un transatlántico. De tal suerte se les hace imposible la vida cuando sale a la luz su felicidad.

Sin premio alguno, ya se vive abrumado de petitorios, y todas las mañanas y bastantes tardes se reciben las cartas más lastimosas reclamando ayuda metálica. La sociedad de esto y la sociedad de lo otro, el desayuno de acá y el desayunao de allá, el asilo H y la escuela B, las cosas más heterogéneas, en cuanto a tendencias, coinciden en pedir dinero. Y no hablo de las peticiones individuales: el que necesita para un viaje de regreso a su pueblo; el que, al contrario, quiere salir de la obscuridad de su pueblo al palenque de Madrid; el que anhela un destino, el que ha sido desahuciado de la casa donde vive y que le paguéis el alquiler; el que ha menester ropa, y el que reclama alimento... Y como esto no sube ni baja, tengo razón al decir que, a pesar de tanto esfuerzo, no disminuye la miseria.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

206

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

RELIQUIAS ARTISTICAS*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1918.

Aún no se han extinguido los focos de incendio del fausto palacio de la Granja, cuando surgen chispazos de otro incendio más peligroso, que parece atajado ya: la incoada sedición de brigadas y sargentos, pronosticada por los que, dentro de la lógica, conocen el valor del ejemplo y de los precedentes.

Tan viva está la herida, que no quiero tocarla más, y hablaré de lo que me entristece, en estas destrucciones de palacios, que van menudeando de algún tiempo a esta parte.

No pretendo dar por cierto el rumor que las supone intencionales. Pueden explicarse los siniestros,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 marzo 1918: 4. No recogido.

quien, lo duda, por la casualidad. Así y todo, extraña que no se hagan indagaciones y no se depuren responsabilidades. Esto debe realizarse siempre y en todo caso, pues donde hay presunción posible de delito, conviene disipar toda sombra. Coincidencias raras bastarían para justificar un detenido examen de los hechos. No sé si este examen se ha practicado; sólo sé que dos ricos museos de arte se han perdido; que España ha visto, una vez más, menguado su tesoro.

Y no sólo España. Es preciso que se difunda la noción de que el arte pertenece, en cierto modo, a toda la humanidad, y que la humanidad sufre, merma y pierde timbres cuando el arte es ultrajado. Aunque la propiedad de ciertos edificios corresponda a un particular o a la corona, las riquezas que contienen son patrimonio de cuantos pueden sentir la fruición del arte. Es decir: de la mejor parte de los humanos.

No todos somos iguales. ¡Qué hemos de ser! La mayoría no diferencia un hierro forjado de un hierro de fundición. Y el que mira con indiferencia bárbara el bronce ricamente cincelado, el cristal primoroso, el techo pintado, el tapiz antiguo, el bordado esquisito, lo verá sin cuidado arder en cenizas.

Cuando le tocó la vez a la morada de Medinaceli--de la cual, por fortuna, se salvó lo más precioso--tuvimos un mal día los que amamos la belleza, aunque no

seamos sus poseedores. Si se atiende a versiones que no doy por exactas, pues de rumores no han pasado, era el palacio de Medinaceli el primero sentenciado a la quema. ¿Por qué? confieso que no me lo sé explicar. El joven duque, cuya fiesta nupcial referí en estas mismas páginas, no tiene un enemigo. Es decir: no debería tenerlo, en ley de justicia. Bondadoso, llano, sencillo, de generosos instintos, es el reverso del tipo del conde tiránico que aparece en leyendas y narraciones medioevales. En la sociedad de Madrid figura como tipo de supervivencia del antiguo magnate, cuya dignidad señorial reviste un sello democrático. Nuestra sociedad actual está harto mezclada: mucho dista de componerse de Medinacelis y de Albas tan sólo: y a veces, los que más brillan son los que menos fácilmente pudieran cruzarse de Calatrava o Santiago. Y he aquí que los elementos que por su origen se acercan más al pueblo y a la clase media, son los que extreman el aislamiento y el desdén, los que se encastillan en el exclusivismo de las relaciones que relumbran, los que se engallan para sobresalir. El duque de Medinaceli, en cambio, extrema la afabilidad. La duquesa le imita, dentro de su aspecto serio y casi modesto. Yo creí que les sería perdonado todo, la estirpe, el dinero, la vivienda incomparable, la juventud, el cariño doméstico... Si hubiese fundamento

en lo que se susurró, el perdón no existe.

Repito que la casualidad puede mucho, y los novelistas, que tenemos en ejercicio constante la fantasía, somos propensos a ver en todo el lado dramático y emocional. Por eso hay que seguirnos en el camino de las hipótesis con precaución y tino. En la historia antigua, es donde con más libertad conjeturamos, porque ya no podemos perjudicar a nadie. En lo moderno, es distinto: confesamos nuestra tendencia a lo maravilloso. Y es preciso también tener en cuenta el influjo de las películas, del género gran guiñolesco, de tantos eretismos de la imaginación como nos ofrece lo que no quiero llamar arte, sinó industria, en los espectáculos. Además, hemos de considerar la tensión a que nos someten las ansiedades que nos rodean. La hora es propia a toda excitación y a toda impresión de terror y de asombro; la hora es anormal por completo. Contribuyen a su anormalidad los conflictos, originados por la impresión de los gobiernos que han venido sucediéndose. Yo no echo en especial la culpa a ninguno; pero lo positivo es que no parece sino que tenían vendados los ojos, para no ver que se estaban llevando al extranjero el material ferroviario, y no había surtido alguno en Madrid de las materias más necesarias, vervigracia carbón. Habiéndonos quedado a obscuras, y desarrollándose en el

Madrid nocturno escenas semejantes a las que describe Victor Hugo en Ruy Blas, todo el mundo se siente propicio a suponer lo extraordinario. Si hay dos incendios seguidos, a corta distancia, de magnitud no común, los atribuye a la mano sombría de la revolución latente.

El de la Granja revistió especiales caracteres. Estalló cuando toda el agua de las magníficas conduciones, de los estanques, de las fuentes que adornan al Versalles español, se encontraba helada, no habiendo, por lo tanto, medio de extinguir el gigantesco brasero. Estalló cuando por la nieve y el hielo estaban intransitables las carreteras. Estalló cuando se había desencadenado un viento furioso, que activaba las llamas, haciendo que el fuego se propagase rápidamente. Y cuesta trabajo suponer que pueda arder tan aprisa un conjunto de edificios tan vasto, siendo uno solo el foco del incendio; siendo únicamente el hollín de una chimenea.

Es verdad que el maderamen era viejo, seco y ya carcomido. Dícese ahora que el rey quería substituir las primitivas vigas por otras de hierro. Pero le sucede al rey lo que en menores proporciones sucede a otros señores grandes y pequeños: posee demasiadas casas, y necesitaría una fortuna de centenares de millones para atender debidamente a su cuidado.

El patrimonio real era tan espléndido, tal la cantidad de muebles, telas, tapices, cuadros de valor inestimable, que sólo su conservación requiere enormes desembolsos. Y la corona tiene crecidos gastos, de todo género, no pocos de ellos de caridad y beneficencia, que la sujetan y obligan. Aquellas construcciones soberbias, como la Granja, en que colaboraron los siglos, y en que se quiso seguir la pauta de Versalles, son hoy difíciles de restaurar, y cada araña de cristal de las que cayeron al brasero, es casi insustituible, hoy que todo ha subido, (menos la capacidad artística).

Sin duda que los reyes desearían de verdad restaurar la Granja. En ese palacio pasaron días de luna de miel, nacieron algunos de sus hijos; en ese palacio han disfrutado temporadas de placer y de alegría juvenil. Ignoro lo que harán: digo tan sólo que la empresa es ardua.

Y al mismo tiempo, reconozco que aun después del horrible lance, quedan allí muchas cosas que pueden ser base de una restauración. Nunca los incendios se lo llevan todo. La gente del palacio ha salvado infinidad de objetos, y aun entre los escombros puede aparecer material, acaso hierros, acaso mármoles. ¡Pero, cuánto estrago! Se sienten ganas de llorar ante tanta opulencia y elegancia, calcinadas en unas horas de

viento y nieve. Y no os queda el recurso de satisfacer la curiosidad visitando el teatro de la desgracia. El frío, el mal tiempo, no sugieren sino impulsos de quedarse acurrucado junto a la lumbre. ¡La lumbre! Cada día es menos factible disfrutarla. El carbón se concluye, y yo recuerdo aquel villorio minero de Germinal, que invade lentamente el frío de la muerte, a medida que falta el precioso combustible. Todas las mañanas, lanza la prensa su grito de agonía: «¡No hay carbón! No existe sino diez o doce toneladas, para todo el consumo!» Y los trenes carboneros no llegan, y si llegan, lo que traen es un poco de polvo negro que no produce gas. Y la obscuridad es como paño de luto que entapiza a mucha parte de la villa y corte, y los bichos dañinos, rateros y atracadores, salen de sus guaridas, y ejercitan casi a mansalva su industria. En tales circunstancias, nos explicamos cómo se vivía aquí durante el siglo XVIII, cómo se buscaba, desde anochecido, la protección de unas paredes, y cómo atravesar las calles era peligrosa aventura. Y nos arrebujamos entre sábanas, y sólo echamos de menos, en nuestra evocación la voz del que vela:

¡Ave María Purísima! ¡Las doce y nublado!

En el teatro Real, mientras la Ottein gorgorita el vals famoso de Mignón, unos cuantos abonados impávidos, envueltos en sus abrigos, con los pies hechos granizo,

escuchan contemplando la hilera de palcos y butacas vacías, melancolías...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

207

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA

LA ACTUALIDAD LITERARIA*

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1918.

En medio de la constante inquietud política y las ansiedades y conflictos que origina la guerra; entre las preocupaciones dominantes del orden práctico, las Musas no se duermen. Hasta estoy admirada de que velen tanto, y den a luz tantas criaturas. ¡Con lo caro que anda el papel!

Publícanse novelas, colecciones de versos, ensayos sociológicos e ideológicos, nuevas revistas, periódicos nuevos, y hasta hay una clase de publicaciones literarias que antes se hacían como vergonzantes y accesoriamente, y ahora compiten con los libros de más despacho: me refiero a las comedias y dramas que se

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 mayo 1918: 5. No recogido.

estrenan, y que la imprenta divulga, ocho días después de haberse estrenado.

La febril impaciencia de nuestra edad se revela también en el comercio de libros. Así como en los teatros se quiere estrenar sin tregua, estrenar a toda costa, mover y variar el cartel, en los escaparates de las librerías se anhela ostentar nuevos títulos, y a veces se plantean el problema: ¿es posible que tantos autores nuevos tengan talento, y no sería preferible que fuesen a guisar huevos más allá de las islas Filipinas?

De los estrenos puede afirmarse, sin miedo a error, que las tres cuartas partes son broza, inservible paja, y sólo el aliciente de la novedad y la presentación escénica más o menos esmerada los salvan durante unas cuantas tardes o noches. De los libros tampoco ha de sobrevivir gran contingente, y supongo que su aparición obedece a un sencillo cálculo comercial: tantos ejemplares de venta asegurada por la remesa a provincias y el envío a América; tanto que se llevan el descuento, el papel y los gastos de publicación, remanece (a la larga) tanto, (poco) pero siempre más del 4 por ciento que produce el papel del estado... Bueno: vamos tirando ediciones. Y como alguno o algunos de estos libros, al cabo conseguirán descollar entre los restantes, en ésos servirán a los otros de anuncio y propaganda...

Es indudable que el afán de estrenar responde a la desazón de novedad del público.

«Il nous faut du nouveau, n'en fut il plus au monde...»

Y me decía este año una señora, de las de antes, de las pocas que ya quedan, preocupándose de la calidad literaria de las obras que ven representar en los teatros:

--¿Sabe usted que me sucede una cosa? La mayor parte de las obras que he visto estrenar este año las confundo. No es posible, por más que me esfuerzo, diferenciar los argumentos, los personajes...

Y es que, realmente, no cabe tanta inventiva, tanta originalidad, cuando la producción dramática y cómica se fabrica, digámoslo así, al estímulo de necesidades del consumo.

La pregunta que se dirige a sí propio el escritor es ésta: ¿Qué presentar y servir, que no se haya presentado y servido antes? Y gracias si, honrado el escritor, no se dirige esta otra: ¿Donde descubrir algo que parezca invención mía y en realidad proceda de la obra olvidada o poco conocida de otro escritor? La angustia de huir de lo trillado obliga a veces a paradojas y extravagancias nada geniales. Se cambia de ropaje poniéndose los zapatos en la cabeza y el gorro en los pies. Sorprender y asombrar: he aquí la estética.

Y así sucede que el público, gastado y cansado, se encapricha a veces por obras viejas, de las que en bastantes años no se había vuelto a acordar. La antigua zarzuela española disfruta de un retoño de popularidad, y se habla de construir un teatro para ella, con subvención del estado. La compañía de Oliver ha puesto en escena Sullivan, que es un recuerdo de mis tiempos infantiles, y en el cual se distinguía Julián Romea; y ha gustado Sullivan, como si tuviese veinte años. Pero todavía seducen más al auditorio los dramas de «trucos» (bárbara palabra) con descarrilamientos, choques, erupciones de volcanes, asesinatos y apariciones de sombras; reaparicón de la famosa novela de autor español que dejó tamañita a Ana Rathcliffe, y que se titulaba Galería de espectros y sombras ensangrentadas. En estos dramas, por otra muy morigerados en lo que se refiere a moral sexual--¡curiosa nota!--las señoras están que palpitan, que lloran, que tiemblan, que agarran nerviosamente el brazo de sus maridos; y es que ignoran el secreto; no saben que, al fin y a la postre, siempre los «buenos» se salvan de las insidias y complot de los «malos», y siempre acaba por casarse Numa con Pompilio...

Lo maravilloso, lo misterioso, lo que parece sobrenatural, ejerce atración singularísima sobre el alma humana. Las primeras religiones que los hombres

profesaron fueron cultos y ritos mágicos, y en el continente americano pudo comprobarse esta ley general. De la fascinación del terror y de lo incomprensible sacaron y sacarán partido siempre las literaturas inferiores, y a veces las superiores, pues no faltan grandes maestros que explotaron y explotan esa vena. Edgardo Poe, por ejemplo, y también Rudyard Kipling, cultivan admirablemente tal estremecimiento. Sí; también cabe arte en la literatura de monos asesinos, cráneos reveladores, santuarios indios donde los dioses airados castigan a los profanadores con penas horribles e inoculación de monstruosas enfermedades. Hoy estamos en el período sanguinario, cruel y policíaco. He dicho que esta clase de teatro--y cine--era moral en lo que afecta a las costumbres. En cambio, veo una inmoralidad de la cual nadie se da cuenta en el espectáculo de la crueldad, en el de los tormentos y peligros atroces a que se exponen seres débiles e inocentes. El interés de la crueldad es el que lleva a presenciar ejecuciones, y también riñas de gallos, y lidias de toros. La crueldad yace en el pasado del alma humana, y es fascinadora, con singular fascinación. El horror mismo atrae, cuando vemos, en películas o en dramas, que un personaje va a ser martirizado, que le tienen en el potro, que le amarran a una butaca, que le sueltan un cocodrilo o un tigre.

No sólo no queremos que tal cosa le suceda, sino que le pegaríamos al atormentador; y, sin embargo, abrimos los ojos, detenemos el aliento, y la curiosidad de la sensación dolorida se apodera de nosotros, nos subyuga. Esto no lo considero muy moral, ni menos delicado.

A pesar de los nombres ilustres de Poe y de Kipling, a pesar de la habilidad de Mirabeau al describir suplicios, no es esta la literatura elevada, la que culmina en las cimas de la vida poética. Y lo mismo digo de lo maravilloso. Hay sobrenaturalismo en Fausto, por ejemplo, o en El mágico prodigioso, pero los resortes son humanos humanísimo el fondo de estas ficciones. No puedo menos de clasificar de tercera la producción que en los actuales escenarios señala un momento especial de nuestro siglo.

Por otra parte, el detective, Aquiles de estas Ilíadas, es una figura que, en España, no conocemos. ¿Es que en España no existe la policía como institución? Sí; pero falta como elemento novelesco. Sólo en una novelita mía, La gota de sangre, salió a relucir un detective. Era ocasional y castigo. Y si vuelvo a estudiar el tipo, será para reconocer que nació fracasado, en este ambiente.

Me figuro que los detectives de novela y película tampoco serán fiel trasunto de la realidad en Francia, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; pero no cabe duda

que responden a costumbres y modos de ser nacionales, interpretados más o menos exageradamente. Aquí esos sentimentales y cultos detectives no han dado señales de vida. No quiere esto decir que nuestra policía no haya realizado algunas capturas notables y no haya demostrado su celo en bastantes ocasiones. En otras no ha sucedido así. Citaré para ejemplo el asesinato de Cánovas y el atentado transparente en su preparación, de Mateo Morral. Ambos sucesos sirvieron para que se atendiese mejor a la organización policiaca.

Tengo entendido que nuestra policía va mejorando y perfeccionando su acción, cuyo radio se extiende cada día más. De todas suertes, la tierra de los detectives no es la península ibérica. Y esos que salen en los cinematógrafos y en los dramas, nos parecen seres aparte, y estudiamos en ellos la evolución de un tipo. Desde el cruzado, el paladín y el caballero andante, hasta Sherlock Holmes, no hay más que transformaciones de un mismo ideal. Y entre los Candelas y Niños de Ecija y Arsenio Lupin, hay, sin duda, aparentes e erreductibles diferencias, pero, si en películas se presentasen las hazañas de nuestros bandidos generosos, veríais más de una semejanza psicológica. Yo espero que no tardará en crearse la película de nuestros bandidos, secuestradores y caballistas. Nos cansaremos de ladrones rasurados y que gastan frac, y retornaremos

al calañés y el trabuco. será mucho más pintoresco.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

208

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

MOMENTOS CRITICOS*

LA ULTIMA OBRA DE BENAVENTE

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1918.

No quiero hablar aquí sino rarísima vez de sucesos políticos, porque en América dudo mucho que pueda nuestra política despertar interés. Si me apuran, diré que tampoco aquí lo despierta. Parecerá una paradoja, puesto que acabamos de vivir una semana de febril ansiedad aguardando a que se constituyese un gobierno que llevaba trazas de no constituirse nunca; pero insisto: fuera de los corrillos de los profesionales, tampoco puede llamarse interés lo que despertaba la crisis que originó la caída del gabinete. Alhucemas-La

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 14 mayo 1918: 5. No recogido.

Cierva. Se me objetará el entusiasmo popular, las manifestaciones en la calle, los abrazos y vítores, las ovaciones a los reyes, cuando, por fin, llegó a cuajar rápidamente el gobierno llamado nacional; mas no era la política propiamente dicha, sino un impulso patriótico, y, por lo tanto, digno de todo respeto, lo que provocó estas efusiones. Se había vaticinado y anunciado pavorosa hora para la patria y el sentimiento más puro que el pueblo guarda siempre se desbordó, unido al cariño que a los reyes profesa efectivamente el vecindario de Madrid. No es un tópico de adulación, no es una leyenda que se esfuma ante las realidades: el pueblo de Madrid quiere a los reyes, al rey y a la infanta Isabel sobre todo, con su afecto más familiar, pero también a la reina Victoria, que ha ganado mucho en popularidad desde que se ha impuesto la misión de repartir a los pobres por sus manos la comida en diversos asilos y barrios, y a la reina Cristina, cuyo alejamiento absoluto de la política de intriga es una nota de discreción y de prudencia sabia. A diario, el pueblo de Madrid no es demostrativo; necesita que se presente la ocasión. Cuando el momento llega, no hay otro pueblo de mayor sensibilidad, más exaltado y halagador en sus manifestaciones. Esto se ha visto ahora, de relieve. En circunstancias tales, yo suelo salir a pie, dispuesta a observar las disposiciones del

gentío. Así lo dice el día de la apertura de las cortes, y así he vuelto a hacerlo los días en que se aclamó a los reyes... y a mucha gente más; al conde de Romanones, a D. Antonio Maura. La mañana en que se abrieron las cortes, los agoreros vaticinaban horrores, íbamos preparados a todo, hasta al cataclismo. Y aquí que nada pasó; no hubo un grito desafinado, ni un petardo, ni un susto. Lo que hubo fue alegría de sol, animación callejera como nunca, una multitud que se empujaba riendo. Las pocas quejas que se oían andaban envueltas en optimismo.

--Yo--decía una pobre mujer vestida de luto, con dos niños de la mano--quisia, mía tú, que no faltase pá el puchero... Y lo malo es caveces falta. Pero no quió mal al rey; eso no. Ni a sus nenes. ¡Pobrecillos!

Lo que sentían más era no poder «verle» de cerca: lo impedía el cordón de tropa, los guardias... Y así, el día en que se constituyó el gobierno nacional, el delirio fue que se le tenía cerca, al rey, que se le estrechaba la mano, que se rodeaba su automóvil, que se rompía la barrera que separa al personaje popular de las muchedumbres ávidas de su presencia.

Ese sentimiento de innata hidalguía que el pueblo conserva al través de tantas y tantas amargas vicisitudes de la historia protegía mejor al rey, en

aquel instante, que filas de cañones y golpe de tropas. Se cuenta que las lágrimas mojaron la faz de algunos políticos, que no son precisamente tipos sentimentales. Además, debían suponer que no se trataba de política, sino de otra cosa, más de «adentro». Con todo eso, tenían los ojos arrasados. La política, he dicho, no despierta el interés que pudiera suponerse, sobre todo al leer la prensa, donde se diría que no hay otro resorte, ni otra preocupación. No obstante, la prensa, bien leída, bien comprendida, estudiada, corrobora esta impresión mía; es más: yo la debo a la prensa. Por la prensa sé que no asisten diputados a las sesiones de cortes. Me parece que es un síntoma. Hay que ver lo que ha costado--sin metáfora--el derecho de sentarse allí a muchos que lo adquirieron, y ahora no van. Es que sólo les importa determinado asunto: irán cuando se ventile. Ese día calentarán su escaño, que pudiera estar entapizado de oro. Y a la multitud anónima le sucede lo propio que a esos señores padres de la patria, digámoslo así. No es el aspecto político de las cosas lo que la mueve. Es su aspecto económico. Si en España una previsión oportuna hubiese evitado los conflictos de subsistencias y transportes, que pudieron evitarse, hubiésemos vivido en una paz octaviana. Ahí es donde espero yo al gobierno nacional. Esa es la grave tarea que le incumbe.

Es, pues, un compás de espera la calma que hoy se advierte en todas las zonas de la vida española. Hay un convencimiento ya generalizado: el de que España nunca habrá tenido mayores medios de mejorar su situación y desarrollar su riqueza de los que ahora se le han venido a las manos (porque pensar que los arbitrase con su esfuerzo sería pedir cotufas en el golfo). Las circunstancias han sido únicas y cambiarían cuando la guerra termine. Hemos perdido cuatro años, durante los cuales nuestra raquítica red ferroviaria parece más bien haber mermado que crecido, y nuestros productos, los más abundantes, han faltado para nuestro consumo. Veremos si salimos del atolladero. No me atrevo a esperarlo.

Para hablar de cosas más gratas que tan sombríos problemas, diré que el estreno de Los cachorros, de Benavente, era esperado con ansiedad. Benavente, por sus tendencias políticas y sociales más recientes, era persona grata al público del aristocrático teatro de la Princesa. Parecía que de antemano se pudiese contar con un éxito clamoroso, semejante al de La ciudad alegre y confiada. Y he aquí que el éxito no se presentó. Explicar la razón de esta reserva del público exige tomar en cuenta algunas consideraciones sociales.

Sin llegar a la altura de La malquerida, de Los interese creados y de La noche del sábado, no son Los

cachorros inferiores a otras producciones de la misma musa, que obtuvieron explícita sanción.

El ambiente es pintoresco, el diálogo animado y jugoso, y hay dos o tres figuras especialmente la de madama Adelaida, que están dibujadas con admirable seguridad de trazo. Pero el público de la Princesa, donde domina el criterio de las damas y damiselas, se escandaliza fácilmente. Unas veces se escandaliza por una cosa y otras por otra; el caso es que se escandaliza. Y empiezan las protestas del «abono elegante», de ese terrible abono elegante a quien se tiene tanto miedo arriba, en el saloncito de los insignes autores. Milagrosamente ese abono soportó La malquerida, no sin calificarla de algo repugnante y que subleva el ánimo. Ahora en Los cachorros, ha condenado aquella promiscuidad de circo, que justamente es el fondo psicológico de la obra. De los titiriteros y saltimbanquis que vemos aparecer en sus escenas--algo deshilvanadas, preciso en convenir en ello--no hay ninguno que esté casado «in facie Ecclessiae», y la madama Adelaida, reina gobernadora de la poética tribu, reconoce que esto es un mal, y resuelve «no queré más enredados», que de hoy más se unirán sus súbditos «ante el buen Dios». Los espectadores sin duda, creían que las «écuyeres» y las funámbulas hacían una vida de regulación perfecta. Y algunas estarán en este caso,

pero es preciso no olvidar que el circo de madama Adelaida es pobre, trashumante, y en él nadie cobra. Les separan de la mendicidad los oropeles y el rudo trabajo. Les hace mucha falta una vista de la sociedad de San Francisco de Régis, que se dedica a regularizar libres uniones...

Y el abono y el resto del público, condicionado por el abono no aceptó Los cachorros con los brazos abiertos, ni mucho menos. No importó que Benavente fuese diputado maurista. Y así se frustró una bella esperanza de la temporada de este año.

Yo de mí sé decir que encontré en Los cachorros bastante atractivo de escenas sueltas, un curioso cuadro impresionista. Aquella gente del humilde circo, aquellas «artistas» que no pueden salir a la calle por falta de calzado, no son lo que se dice malas; tienen excelente corazón. Viven desbocadamente y sin freno, pero respetan a los ancianos, veneran a la «madre» aman hasta a sus fieras enfermas y dolientes. El clown, a su manera, es un hidalgo. Y no creamos que nos presenta Benavente una falsificación de la realidad. Dícese que en su juventud, conoció esos medios y hasta vivió en ellos, y lo refleja con toques de fiel retratista. Pudiera afirmarse que es así, en efecto, porque todo aquello ofrece un colorido de verdad inconfundible.

Si dijese que los actores lo hicieron al primor, diría algo muy trillado. María Guerrero, Fernando, sus «cachorros», encarnaron sus papeles a lo maestro. Pero ya no basta, porque sorprendería si fuese de otro modo. «Con ustedes no va nada», diría el público, si pudiese. ¿Va, pues, con el autor? Vaya, o no vaya, es nuestro mejor dramaturgo.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

209

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

LA EXPOSICION DE RETRATOS FEMENINOS*

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1918.

Cada vez adquieren mayor vuelo las exposiciones de pinturas y de arte, en general. Hace algún tiempo se celebra sólo una bisanual, y era un acontecimiento; hoy se celebra una diaria, y el público no puede atender a todas.

Poco menos que vacía se encontraba cuando la visité, la muy interesante de retratos de mujeres, cobijada en el palacio de bibliotecas y museos. Y cuenta que sólo por admirar el buen gusto de su instalación se podía ir hasta allí. Tapices, telas antiguas, bordados, muebles españoles, decoraban elegante y severamente los saloncitos. Una sensación

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 17 julio 1918: 5. No recogido.

de dignidad, de clasicismo, de grandeza histórica, nos sobrecogía, al recorrer esta exposición en la cual tantos recuerdos se despiertan en la conciencia del pasado que obscura y como durmiente late en nosotros.

He ahí a Isabel la Católica. Dicen que es éste uno de los retratos más autorizados de la gran reina. Y no solamente no aparece hermosa, sino que no hay en sus facciones nada que revele la energía tan probada de su carácter, ni la elevación de su mentalidad. Es una imagen que desilusiona. ¿Quién ha sido el autor de este retrato? No se sabe. Ha solido atribuirse a un Antonio del Rincón; pero es el caso que se duda haya existido tal artista. Permanece, pues, en el misterio la atribución del retrato, que expone el rey. Es, en cambio, muy auténtico y bien documentado el retrato de la esposa del primer marqués de Santillana. Y para la historia del traje, del moblaje y de las costumbres, es un tesoro el tal retrato, que formaba parte del célebre retablo de Buitrago, llamado de los Angeles, obra del maestro Jorge Inglés. No sospechaban esos retratistas del XV hasta qué punto su minuciosa transcripción de la realidad (no menor en los tallistas e imagineros, pero pudiendo ejercitarse en más extenso campo en la pintura) serviría para completar el conocimiento de su época.

Inmediatamente se impone un artista que cada día sube en la consideración de los inteligentes; me

refiero a Alonso Sánchez Coello. Y desfilan las damas con aparatosa indumentaria, seria y un poco triste, acompañadas de sus enanos favoritos; y en alguna de ellas (por ejemplo, la princesa de Eboli), nos sale al encuentro un sombrío drama histórico. Allí está la esposa de Ruy Gómez de Silva, la seductora tuerta, con su ojo tapado, porque, a tener los dos, nadie pudiera resistir su brillo. Y en efecto, el ojo que conserva sano es muy grande y hermoso. Al instante se alzan en nuestra memoria las conjeturas, las leyendas más o menos fundadas que hacen de Felipe II un pasional, transido de celos, y conducido por ellos hasta el crimen. En seguida resuena la voz de los vindicadores del Prudente, achacando a la política lo que al amor achacaron los noveleros. No es fácil, sin embargo, que se nos borre la impresión del relato auténtico del encierro, y mejor diré del emparedamiento de la princesa, en la torre de Pinto, poco menos trágico, si bien se mira, que el de los hijos de Eduardo en la torre de Londres: aquellas ventanas clavadas, aquel patético episodio de la niña, hija de la secuestrada, compartiendo el encierro cruel de la madre, ocupando con ella un lecho de dolor, y extinguiéndose por falta de aire y luz... En todo ello pensamos cuando miramos el retrato, y aquel solo ojo, que al sol daba celos... si no era el mismo sol, como el que falta al dios

Wotan...

En seguida, los Pantojas de la Cruz, más graves aun que los Coellos, más llenos de esa austeridad que caracteriza a la escuela castellana, enemiga del vivo color, de la molicie, de la sensualidad. Las galas de la mujer, cuando es Pantoja el retratista, parecen más bien atavíos de imágenes de las llamadas "de vestir", que adornos cuyo objeto sea realzar la hermosura. Estos retratos, por otra parte tan reales, son solemnes, y las mujeres que representan sólo pueden pertenecer a las más altas jerarquías: princesas, infantas, duquesas; hasta las damas cuyo nombre se ignora debieron de ser de muy alto copete, y lo dejan ver en signos inconfundibles.

Siguen, dudosos y como faltosos de claridad, los Velázquez: unas pinceladas sobre la obra de un discípulo, una atribución que no se basa en documentos. Velázquez no fue retratista de mujeres, aunque supo pintarlas como en las Meninas se ve, y como algunas efigies ecuestres manifiestan, en las paredes del museo del Prado. Acaso mejor retratista femenil es un discípulo Carreño. La más impresionante de sus obras aquí es la que representa a doña Mariana de Austria, madre de Carlos II, el que recibió el fatídico alias de "el Hechizado". La madre explica completamente al hijo, y en la doble decadencia de la madre y del padre,

aquel galante y abúlico Felipe IV, resalta más la degeneración maternal, cuya idea y concepto están intensificados por las tristes tocas y el monjil fúnebre de sus lutos de viuda. Tal retrato es una página muy expresiva de historia.

Claudio Coello nos ofrece otra melancolía regia: el semblante de la esposa de Carlos II, María Ana de Neubourg, la que, en el drama de Victor Hugo, gime sus nostalgias de la patria germánica... Y después de esta reina desdichada, empieza la serie de otras ya muy distintas, las Saboyas y Farnesios, que de dos no pasan; e irrumpe impetuoso Goya, precedido por Baye. Donde Goya se presenta, lo eclipsa todo. Tiene ese don. Son suyos, en la exposición que describo, el elegantísimo retrato de la marquesa de Lazán, rebosando vida y atractivo femenil. Desde que asoma Goya, dijérase que la mujer rompe cadenas, sale de su prisión de brocados y terciopelos, o de sus negras bayetas y monásticas cofias, y luce libremente la cabellera rizada, el pie breve, el talle voluptuoso, los redondos brazos, antes cautivos en la manga acuchillada, y que recubría aún la perdida cuajada de herretes de diamantes. Goya gusta del pelo suelto, de las telas transparentes, de las sedas blandas y finas, del chapín de raso; en el siglo que ha transcurrido desde los últimos pintores de corte y de devoción, el eje del

mundo ha cambiado; la sociedad ha dado la vuelta de campana; una reina de Francia se ha vestido de percal y se ha dejado retratar por Mme. Vigée Lebrun con traje "a l'enfant", que es sencillamente una camisa de batista... y Goya es hombre de su tiempo, y hasta del tiempo que adviene. Sus retratos de mujer tienen ya reminiscencias francesas, ya inglesas, pero algunas veces, como en el soberbio retrato de María del Rosario Fernández, la Tirana, rebosan españolismo bravo y hondo.

Y después de Goya, y como para llevar al retrato por otras sendas enteramente distintas, comienza la dictadura de López con la imagen, encantadora de puerilidad, de Isabel II, niña. Don Vicente López es un ejemplar muy raro de equilibrio, de sensatez, de vigor. No es genial como Goya: es verdadero, es sólido, y ha firmado ciertas obras que Goya no desdeñaría, y que podrían parangonarse con las suyas mejores. Le siguen, en esta exposición, algunos ilustres secundarios como Bernardo López, Camarón Gálvez, y Leonardo Alenza, sin hablar de Esquivel, Tejeo, Benjumea y otros románticos. Y cierra la exposición don Federico de Madrazo, que llena todo un período del retrato español, y en especial del retrato femenino, si bien doy fe de que dominaba el masculino, pues poseo un retrato de hombre (don Antonio Francisco

Sánchez, segundo marido de mi abuela materna), que es admirable por su fuerza y su verdad.

En la exposición, D. Federico de Madrazo figura con siete primorosos retratos, y no pocos dibujos al lápiz. Entre los óleos, se encuentra el muy conocido que reproduce, en pintoresco traje regional, al ama de cría de la infanta Isabel. El original no sólo es un tipo perfecto de belleza--y los que la conocieron han dejado dicho que el pincel halagador de Madrazo no la favoreció--sino una mujer distinguida, una señora. Esta vascongada vivía aún hará unos nueve años: alcanzó la edad de ochenta.

Se destaca, entre los Madrazos, un lienzo donde, en pie y escotada, se ve a una dama gentilísima. Los aficionados llaman a este lienzo <u>la dama del mantón azul</u>. Es su nombre doña Leocadia Zamora y Quesada. Hay quien la incluye en las listas de la galantería: lo positivo es que fundó en Oviedo un convento de carmelitas y allí murió. Todo ello contribuye a dar interés psicológico al magnífico cuadro. A su lado hubiese yo querido ver otro, que pasa por el mejor de su autor: el que inmortalizó la hermosura espléndida de la marquesa de Espeja, abuela del actual duque de Valencia. También lleva un mantón al brazo, y su traje de blanco moaré luce dos volantes de rica aplicación de Bruselas, según la moda de entonces. Este retrato

podría honrar al Museo Nacional.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

210

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1918.

Estos días se ha suscitado una cuestión de criterio en la prensa, motivada por el crimen cometido en un hotel del Paseo de Rosales, y en el cual la víctima ha sido una señora argentina de nacimiento, casada con un español, que la mató de un tiro.

Con tal motivo se han dividido los periódicos en partidarios de la información y enemigos de ella, sobre todo si es circunstancia y con retoques folletinescos. Y de estas encontradas opiniones quisiera hacerme cargo, diciendo lo que me parece más razonable, y lo que a mi ver corresponde a la prensa, y constituye su misión dentro del actual nivel de cultura.

Acaso sorprenda a algunos de mis lectores si empiezo por decirles que, en esta ocasión y en todas,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 18 septiembre 1918: 5. No recogido.

yo apruebo la nutrida información periodística, cuando ya los hechos, por forzosa imposición de las circunstancias, pasan al dominio de la publicidad, sin que exista modo de evitarlo. No entiendo que los sucesos que, por un motivo o por otro (y dejemos aparte si con motivo justificado o no), despiertan la atención del público, y han llegado ya a su conocimiento, puedan ser escamoteados, envueltos en el silencio, mediante consideraciones que tienen su valor, sin ser bastantes a desnaturalizar el carácter de la prensa.

Nos hemos cansado de repetir y de oír repetir que la prensa, en su evolución moderna, es, sobre todo, noticierismo. En ella debe encontrar el lector, completo y bien explicado, lo que necesita o quiere saber. No ha de ser la prensa guía ni maestra en materia de opiniones, sino relator de los sucesos. Tal es mi dictamen en la discusión entablada.

Ahora, establecemos la indispensable distinción. Cuando más arraigado sea el convencimiento de la función informativa de la prensa, mayor la exigencia de severidad y exactiud en el desempeño de tal función. El espíritu de folletín y película debe ser conjurado, cuando se trata de informar. Es este espíritu maligno el que ha infundido la especie de repugnancia a la noticia, que ahora late, no sólo en los diarios abstencionistas, sino en mucha parte del público que

lee. Se oye repetir que determinadas intimidades no deben ser exhibidas en las columnas de los periódicos, y que determinados hechos conviene relegarlos al olvido. Y dirían bien los que tal dicen, si en efecto fuesen intimidades. Dejan de serlo desde que pasan al radio de acción de jueces, magistrados, policía, forenses, etcétera.

Pero el espíritu de película y folletín es, aún en este caso, digno de reprobación enérgica. Lo es tanto más, si vicia el mismo carácter esencialmente informativo de la prensa. No es informar el exagerar y el abultar y el convertir en novela por entregas un caso social muy lamentable, pero de escaso interés psicológico. Y si lo tuviese, el interés estaría en eso: en la psicología. Y la psicología es lo que rara vez asoma en lo folletinesco, en los párrafos de los que se ven obligados a hacer esta clase de reportaje, con premura, con el deseo de hinchar, sea como sea, la sección de crímenes, que debiera hacerse con particular cuidado y delicadeza, y se hace a trompa y talega, saltando por cima de la verosimilitud, y hasta omitiendo lo mismo que prestaría interés legítimo al caso.

No concretándose estas observaciones al crimen de moda, sino refiriéndose a una serie de otros, algunos de ellos bastante antiguos, diré que uno de los vicios

de la información periodística en materia criminal es el empeño se situar a los personajes en una estera social superior a la que realmente ocupan, a fin de llamar al hecho «crimen aristocrático» y suponer grandezas, lujos, exquisiteces que en la inmensa mayoría de los casos sólo están en la fantasía. A este propósito, recordaré lo que sucedió con el horrendo suceso de la calle de Fuencarral. Solía preguntarme la gente: «¿Conocía usted a esa marquesa a quien asesinaron? Debía usted conocerla; era de su tierra de usted.» Y se quedaban sorprendidos cuando yo les decía: «¡Si no hay tal marquesa! Es una señora, a quien en Galicia misma muy pocos trataban» Acaeció en un proceso por bigamia, que los periódicos también marquesearon a una señora (iba a escribir a una mujer), a la cual otorgaron el título (los periódicos) por la curiosa serie de suposiciones que va a leerse.

Cierto señor se casó con una señorita muy distinguida y que pasaba por entonada y orgullosa: no poseía título nobiliario alguno ni aun lo había poseído nadie de su familia; pero la gente alguna vez, fundándose en su orgullo, la llamaba «Marquesa». Falleció esta dama, y su viudo, ya viejo, contrajo matrimonio con otra; luego salió a relucir que la otra estaba ya casada. Al pasar el asunto a los tribunales, muchos diarios encontraron un encabezado sensacional para sus sueltos.

«Una marquesa acusada de bigamia». Ya sabemos lo que tenía de marquesa, la bigamia; notemos la génesis de las noticias: tampoco era marquesa la primera mujer del señor; el señor no fue marqués ni por contacto; en cuanto a su segunda esposa... ¡ayúdenme ustedes a sentir!

Lo cual no significa que no pueda haber crímenes en las clases verdaderamente elevadas y aristocráticas. Nadie supondrá que yo niegue tal posibilidad. Decía una canción de los tiempos constitucionales:

«Todo conde o marqués nació hombre: sus dictados nacieron después...»

Y ello es una verdad de a puño. Entre las causas célebres francesas hay algunas que lo demuestran, verbigracia la famosísima del duque de Praslin. Lo único que quiero afirmar, es que deben acogerse con desconfianza los cuentos de magnificencias, grandezas, ambiente nobiliario, y demás, que aparecen en la prensa cuando surge algún suceso análogo al que estos días ha emocionado a Madrid. Los primeros relatos hablaban de palacios suntuosos, de una dama de tan extraordinaria y espléndida belleza, que, al ir por la calle, hacía estragos, llevando siempre detrás una cohorte de adoradores fascinados y enloquecidos; de habitaciones amuebladas con esplendor oriental, y muchísimas exageraciones por el estilo, ¡pamplinas para los

canarios! Poco a poco, la verdad fue asomando, con su semblante normal y natural, sin fábulas de las mil y una noches. El palacio se convirtió en hotelito, donde el dormitorio de la dueña de la casa medía tres metros de diámetro; la sirena perturbadora, en agraciada mujer como hay infinitas; el moblaje sultaniano, en lo corriente de una morada de personas acomodadas, más bien ricas; y las obras de arte sublimes, que se vendieron, en una cómoda antigua y un cuadro de firma moderna. El folletín y la película, sin embargo, habían hecho su oficio, prestando a la tragedia ese relieve de alta vida, que excita sobre todo la imaginación popular.

Y eso es lo que yo reprobaría: el desquiciamiento de las realidades, el novelón reemplazado al concienzudo estudio. Yo sé que es muy difícil contener la información en los límites de lo sensato; pero el sistema de suprimirla para que no sea inexacta y provocadora de malas pasiones me parece similar al de cortarse la cabeza para curar un divieso en el cráneo.

Yo creo que el modo de encauzar estas cosas es hacerlas bien, seriamente, sin abultar nada, llamando al pan, pan, y al vino, vino. Sería el modo de sanear estas informaciones, de suyo algo escabrosas, y que lo son doblemente cuando el relator quiere introducir en ellas cierta bastarda poesía, cierto falso idealismo,

una tendencia sin fundamento a situar el drama en las cumbres sociales.

Habría mucho que hablar si entrásemos en la debatida cuestión del derecho a la justicia tomada por la mano, de la falta de sanción para los delitos de sangre, y otras cuestiones jurídico-legales que salen a la superficie siempre que surgen episodios como éste, que en el paseo de Rosales se desarrolló. ¿Qué podremos decir? No hace quince días hemos visto absuelto libremente a un individuo complicado en el más horroroso y repugnante de los crímenes, a un hijo de D. Nilo Aurelio Sanz... Si se entiende así la responsabilidad, mucho mayor deberá ser la indulgencia con los «médicos de su honra»; y no es de extrañar si llega hasta la apoteosis.

Pasado el primer momento, estas cuestiones, que son de carácter bien individual, sólo requieren la piedad del olvido. No conviene prolongar demasiado la hora trágica. El tiempo se lleva juntamente dolores y alegría, y el estrepitoso escándalo es acaso lo que menos se recuerda, a la vuelta no diré que de años, sino de semanas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

211

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA

UNA EPIDEMIA DE GRIPPE [sic]*

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1918.

Estamos como en Egipto, allá cuando Moisés desencadenó las plagas sobre el pueblo egipcio y estirpe de los Faraones. Una epidemia de las que ya parecían mandadas retirar ha salido de su caverna, y se extiende sobre Madrid--¡qué digo sobre Madrid!--sobre España entera, pues no hay ciudad ni comarca que no la sufra.

Trátase de algo que los médicos consideran emparentado con la «grippe», ya que no sea la «grippe» misma. Hay bastante diferencia en la forma rápida y aguda en que ésta de ahora hace su aparición y la insidiosa en que nos ha estado la otra minando el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 octubre 1918: 5. No recogido.

terreno durante el invierno todo, este angustioso invierno, de zozobras y escaseces, y también de zambras y zarabandas, que hemos visto transcurrir entre nieves y fríos. Ahora bien, a pesar de la diversidad de modos de hacer su presentación, yo creo, como cierto filósofo, que todo es uno y lo mismo, y que la «grippe» sorda y azorrada del invierno es la propia «enfermedad de los tres días» o «mal de moda», que ahora súbitamente nos asedia.

Y creo asímismo, y no habrá frailes descalzos ni médicos calzados que de lo contrario me persuadan, que una y otra grippe, hermanas mayor y menor, vienen del mismo sitio, traídas en alas de los mismos céfiros y favonios en primavera, y cierzos y ábregos en el tiempo inclemente. Que hayan contribuido a su difusión las pesadas nubes cargadas de electricidad y sabe Dios de qué, estallantes en truenos y relámpagos y deshechas en lluvia sobre la capital, no lo niego; pero el contagio viene de fuera. Viene del frente de batalla. Para negarlo, habría que cerrar los ojos a la realidad. Leyendo las descripciones de los terrenos donde yacen centenares de miles de muertos, que no han podido ser ni incinerados ni sepultos; que han quedado tendidos en los mismos campos de embudos y hoyos de barro, que se asemejan a un paisaje lunar--lo asombroso nos parece que, en vez de un ramalazo de «grippe», no sea peste y

morbo cien veces más grave lo que caiga sobre nosotros, apeándose de las alas del viento, para demostrarnos lo efectivo de la solidaridad humana, y cómo todo sufrimiento ajeno tiene su repercusión, donde más parecía que debiera ignorársele.

Confirma mi aseveración de que esta diablura viene del frente o de los frentes, la noticia de que en Francia, dicen de hace tiempo, se sufre la «grippe» que ahora estalla entre nosotros, y la conciencia con ella del estancamiento y paralización de las operaciones en la línea de batalla, la extraña inmovilidad de las fuerzas germánicas, que pudiera ser debida a que el mal hiciese estragos en ambos combatientes. Y si alguien supone que no puede la «grippe» detener el avance de un ejército, fíjese en lo que está pasando en Madrid, y que puede no ser sino pálido reflejo de lo que pasará allí, donde jamás sabemos exactamente lo que pasa.

En Madrid, población de unas seicientas mil almas, hay en este momento ochenta mil atacados. Esta es la cuenta oficial; pero probablemente excedería mucho la positiva. Y me confirma en mi suposición el hecho de que la mitad de los servicios se haya interrumpido, y se advierta en las colectividades el fenómeno de la comunidad del mal, para el cual tenemos que servirnos de la sobadísima comparación con el reguero de pólvora.

Entre el cuerpo de alabarderos, v. g., puede decirse que no ha quedado uno exento de la invasión.

en los cuarteles, más de la tercera parte de los soldados están en la cama, y los que quedan en pie se tambalean. De cincuenta y tantos tranvías, sólo funcionan diez y nueve. Hay teatros que cierran sus puertas, por hallarse invadido todo o casi todo el personal de la compañía, y los empleados. De las oficinas públicas no hablemos, porque presentan un cuadro terrorífico. Cierto que nadie ignora que el no acudir a la oficina es el sueño de muchísimos empleados, casi de la mayoría, en ciertas dependencias. Y cuenta que la oficina es poco exigente. Los empleados entran a las diez con rebaja y salen a la una con descuento. Escasamente tres horas. Cuando la grippe viene a relevarles de ellas, no diré que se la festeje, pero al menos no se le pone mala cara.

¿Qué es decir mala cara? En España, a la epidemia, se le ha puesto cara de risa y de ironía; mueca de pillete. No se hace más que tomarla en broma, aplicarle sobrenombres humorísticos. Y no ocurre esto solamente en Madrid. Mientras la capital (pensando en el éxito y difusión de un corito zarzuelero que nos tiene fritos y ahitos por cantarlo o tararearlo todo el mundo), llama a esta grippe fulminante «la canción del olvido», Barcelona la nombra «el paseo marítimo de Cambó», y Sevilla, «la boda de Belmonte». No sabemos qué otros nombres recibirá en otras ciudades: lo

positivo, es que don Juan no se arredra, y a Juan Español no se le encoge el ombligo por contagio más o menos.

Se dirá que el mal no es grave. No lo es, generalmente: calentura alta, tres días de cama, y a otra. sin embargo, hay casos en que tiene hasta funesto desenlace; y además es como los pimientos morrones: repite al menor pretexto. Desde luego, (y no se calcula por cuánto tiempo), tiene interrumpida la vida normal--verdad es que la vida normal en España ya va pareciendo una utopía. En las boticas hay cola; ciertos medicamentos, como la aspirina, desaparecen del mercado; los médicos no tiene cuerpo para acudir a donde con urgencia los requieren; un limón cuesta hasta cuarenta céntimos, habiendo costado habitualmente cinco; ya empiezan los caballos a sufrir--¡también ellos!--la invasión; y como apenas hay automóviles, si faltan carruajes de alguiler y dan en no prestar servicio los funcionarios de los tranvías, Madrid entero tendrá que resignarse al coche de San Francisco. Siendo todo una cadena, si no hay más medio de comunicación que las plantas de los pies, se habrán acabado muchos espectáculos, o se revelará en ellos la desanimación que se notaba anoche en los bailes rusos.

Cierto que este espectáculo--ya lo dije aquí mismo cuando comenzó, entre el entusiasmo aparatoso de

modernizantes y «snobos» de toda especie--no resistía ni el examen delicado y seguro del crítico, ni podía cautivar mucho tiempo al público, desvanecido el efectismo de la primer sorpresa. Excepto dos o tres bailables, en los cuales, el arte ha puesto algo de interés, y que tienen libretos literarios, como Cleopatra, y Sherezada [Scheherazada], los restantes han perdido su cascarilla de oropel, y fatigan como una comparsa de carnaval, al fin de la tarde ajada la vestimenta y ronca la garganta. El teatro Real se hallaba semivacío. No faltaba quien achacase el fenómeno al consabido «soldado de Nápoles», o sea a la grippe fatal... Y bien pudo ocasionar algunas bajas; pero no esa desanimación profunda, reveladora infalible del cansancio.

Si, como creo, este azote viene del frente de batalla, de los campos arrasados y convertidos en vasto cementerio sin cruces y sin árboles, ¡qué terrible aviso y lección de la naturaleza al hombre! El hombre la desoirá; hállase encastillado en su soberbia, en su violencia, en su empeño loco y suicida de matar y morir; hacinando cadáveres hasta que el montón llegue al cielo. Nótese que esto no lo digo en especial de ningún beligerante, lo digo de todos. No registra la historia igual tenacidad en el culto de la muerte. Pues bien; la naturaleza les grita: «Deteneos. No hay

resistencia para tanto. Todo tiene un límite. Si desencadenáis mis fuerzas destructoras, no será culpa mía. Vosotros sufriréis las consecuencias, vosotros y los hijos de vuestros hijos, hasta la tercera y cuarta generación.» La ciencia (mal rayo la parta, estoy por decir, ante muchos de sus inventos), la ciencia señala hoy un contagio relativamente leve: ¿quién sabe qué pavorosa sanción a la pertinacia humana sañalará dentro de unos meses? ¿quién adivina lo que la Seca está destilando en sus retortas?

Y en tanto, Madrid, como la marquesa Eulalia, de Rubén Darío, ríe, ríe, ríe... Acaso tenga razón el risueño Madrid. La risa es medicina, y es actitud gallarda del espíritu, cuando no degenera en burleta infecunda. Este es el país donde las gaditanas hacían tirabuzones

«con las bombas que tiran
los fanfarrones...»

y no cabe duda que las adversidades no deprimen nuestro ánimo valeroso. La «grippe» es poca cosa para nosotros; nos fumamos a la «grippe» y tiramos la colilla. No nos alarma su origen terrible siniestro. El hálito de la guerra, ya corrompido por tantos cuerpos jóvenes, negros, amarillos, blancos y rubios, tostados y hasta rojos, como se pudren bajo lo que

debiera ser tierra fecunda, verde y sembrada de flores, y no es sino teatro de horror--es lo que respiramos; lo que difunde la fiebre en nuestras venas. ¡Señor, apiádate!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

212

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1918.

Como «decíamos ayer», ninguna providencia grave ha sido tomada, que sepamos, por el juez de la causa del robo del Museo. El misterioso anuncio quedó en el aire, como la espada del vizcaíno. Se ha seguido instruyendo el sumario, y se ha capturado al que parece principal autor de la fechoría, un cierto Coba, antes--no podía faltar--empleado del mismo Museo, y que ha estado, según averiguaciones, substrayendo consecuentemente, por espacio de tres meses, los preciosos objetos y destrozándolos, para arrancar piedras, camafeos y oro, arrojando luego lo restante a la alcantarilla...

Y yo ya sé que la ley, benigna y tolerante, aplica leves sanciones a estos atentados; pero como cada cual

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 9 enero 1919: 4. No recogido.

entiende las cosas a su guisa, aunque nada valga su opinión, yo, si legislase, a un delincuente como Coba le atizaría las penas más rigurosas que pudiese. La humanidad tendría el mayor interés en este severo castigo, porque patrimonio suyo es lo que ha destruido ese bárbaro.

El Patronato del Museo, en pleno, ha presentado dimisión. Es de suponer que la presenten también los altos empleados. No puede la más honrada intención excusar el descuido sistemático, ese abandono que prepara, indirectamente, los sacrílegos espolios, dejándolos inadvertidos. Amigos míos son los reos de esta negligencia, y les admito en cuanto artistas, pero, como guardianes de tesoro, tengo que censurarles firmemente, y se lo diría rostro a rostro, si se presentase la ocasión. Cada pormenor que del robo va averiguándose, confirma y hace patente el abandono imperdonable.

Los ánimos se han despreocupado del robo, al caracterizarse la epidemia, que toma aspecto muy alarmante. Los médicos discuten, con copia de argumentos y frases técnicas si es gripe o no es gripe, y si anda o no anda microbio en el asunto, y el nombre del tal microbio, y si ya se le conocía o hace ahora sus primeras armas. Profana en la materia, tengo, sin embargo, barruntos de que esta plaga es sencillamente

fruto del hacinamiento enorme de carne humana, rota y agusanada, en tanto sangriento territorio pisoteado y estéril; de esa infección cadavérica, que se extiende por el aire y se propaga por medio del aire también. No va este contagio en las aguas ni en los alimentos. Del tifus pudo decirse que «se comía y se bebía»; esta gripe se respira, y la prueba es que lo primero que se recomienda evitar, son los sitios donde la respiración del gentío se convierte en ponzoña. Sin duda se lesionan múltiples intereses; se perjudica a muchos; con todo eso, igual que se han cerrado universidades, colegios y demás centros decentes, debieran cerrarse teatros y cinematógrafos. La medida, con todo, presenta dificultades. Se había prohibido la fiesta--no cabe darle otro nombre--que se celebraba en los cementerios, con ocasión de Todos los Santos y Conmemoración de los Fieles Difuntos. Si muchos iban a la última mansión de los seres amados, y llevaban piadoso tributo de flores y memorias, no escasa patulea tomaba tan grave solemnidad como pretexto para solazarse y merendar «huesos de santo», castañas asadas, y, tal vez, acompañamiento de chorizo y bota. Nada menos cristiano y hasta menos humano que semejante romería. No cabe duda, sin embargo, de que al coartar esas expansiones, se restaba ganancia a no pocos industriales, que, poniendo en el cielo el grito,

lograron que se alzase la prohibición.

Ha venido la epidemia en suspenso durante el verano, con las primeras ráfagas de otoño. Ya en primavera, bajo el sobrenombre humorístico de «soldado de Nápoles» hizo no poco estrago, y se retiró cuando la muchedumbre bien acomodada cerraba las maletas para ir a apiñarse en San Sebastián. Ahora, suponiendo que Madrid ya ha sido bastante azotado, parece perdonar a la villa y corte, y extender su vapuleo por provincias. En algunas, adquiere caracteres de verdadera plaga de Egypto, achicando los corazones y entenebreciendo la existencia de los que ven caer enfermos en un mismo día a cuatro o seis de familia, y hasta en este momento de angustia general mal organizada la resistencia, no encuentra ni médicos, ni medicamentos, y quién sabe si enterrador! Acaba de morir un hombre a quien tuvo que cavar la fosa y echar tierra su propia mujer; y yo he visto con mis ojos la cola ante una farmacia, y dentro una multitud que se disputaba la aspirina, agotada a las pocas horas, reemplazada por no sé qué otras preparaciones. A lo largo de los caminos, en las aldeas, vierais muchedumbres aldeanas anarbolando, como las palmas del santo día, la rama de aucalipto con la cual desinfectarán, quemándolo en la lumbre, sus moradas. Y ¡qué de tiempo se ha necesitado para hinchar esta idea extraña de la desinfección en el

meollo, refractario a toda novedad, de los labriegos! Habladles de un abono reciente químico, de un instrumento o de una máquina agrícola que les ahorraría trabajo, y veréis pintarse en su rostro la desconfianza, y surcar su frente una arruga de tenacidad, la oposición a lo ignorado, a lo que no arraigó nunca en su mente. Y, no obstante, este hombre, enemigo de lo que no está en su tradición, ha admitido el milagro que le refieren, del cual no tiene prueba alguna; ha dado crédito a la existencia del microbio, de ese científico duendecillo, conjurable mediante ciertas esencias y ciertos preparados y olores especiales, amén de eso que siempre le pareció superfluo, lujo de señores, capricho de bien mantenidos haraganes: la limpieza.

A fuerza de exhortaciones sanitarias; por ese poder que ejerce la opinión, aun sobre los más indiferentes a ella, han llegado estos campesinos a tener en estima el cuidado, aseo y policía de sus viviendas, relacionando este concepto con el de la salud. El antiguo aforismo, según el cual, «lo que no mata engorda», ha ido desacreditándose. No diré que por eso vayan a ser tazas de plata las casas de los aldeanos, ni ellos compitan con esos asiáticos que se bañan tres veces al día; pero algo se ha conseguido; una noción que les era completamente ignota se ha

abierto camino y empieza a difundirse. Esas ramas de eucalipto que convertían la carretera en bosque de verdor, significan un progreso. La dura mano de la epidemia ha guiado a la gente hacia otro modo de vivir un poco más racional.

Suele alegarse que los aldeanos no son más limpios, porque son pobres. Hay que deshacer tal error. Entre las aldeas que tengo más próximas a mi casa de campo, algunas hay muy aseadas en sus viviendas, mientras en otras ocurre lo contrario, y ahorraré detalles. Sólo al aproximarse a la vivienda del aldeano más pobre, se aprecia la diferencia, en este particular. El corral que precede a la mansión aldeana, es el lugar donde se apilan los abonos y la leña. Hay quien deja el estiércol revuelto y esparcido, la leña sin orden. Conviene notar que el estiércol, en sí al aire libre, no es una cosa realmente sucia, ni puede originar contagios. Se compone de residuos de ganado vacuno y de rama de tojo pisado. Si lo disponen cuidadosamente, recogido, apretado, despejando el suelo alrededor, el estiércol que ha de fertilizar el campo nada tiene de malsano ni de repugnante. Y en cuanto a la leña, bien cortada, bien colocada, hasta reviste un aspecto grato.

Hay aldeano que cierra su finca con setos de rosas, como hay aldeano que cultiva con primor; y a mí,

una heredad bien cultivada, libre de malezas y yerbajos, me es tan simpática a la vista como puede serlo un jardín. Hay encanto en las cosas rústicas, cuando las humaniza el trabajo. Acabo de atravesar la provincia de Lugo--que tanto se parece a Holanda--y eran muy atractivos, aun para los racionales, aquellos extensos prados de terciopelo verde y fino, aquellos predios arados con tal perfección, que se dirían tela rayada de claro y obscuro, sin que una raya descrepase de otra una línea. Mi estética se ha educado con la contemplación del campo y de la naturaleza, y tanto me place un maizal, fresco y sedoso, como una canastilla de geranios o fusias.

Y la gripe (o lo que sea), que me ha sugerido lo que acaba de leerse, produce, en esta ocasión, dos estados de alma: el uno profundamente tradicional, el otro ultramoderno. Por un lado no se oye hablar sino de desinfección, de higienización, de microbios patógenos y de casos extraños en que la enfermedad reviste los caracteres fulminantes de la locura y de la tisis; y por otro, las calles rebosan, atestadas de gentío, y ese gentío, al ver avanzar sobre sus andas a la sublime Dolorosa, que ya otra vez libertó a la ciudad del contagio del cólera, rompe a entonar una Salve, cantada por millares de voces, mientras millares de brazos sostienen el encendido cirio, y millares de

almas se abren a la esperanza, representada por la divina Mujer, vestida de negro terciopelo, con las manos juntas, el rostro bellísimo surcado de lágrimas, y el pecho atravesado por los siete puñales del sufrimiento y del martirio. Sólo la vista de la admirable efigie, una de estas imágenes vestidas que tanto se han censurado y que grandes poetas cantaron con entusiasta sentimiento, es ya un consuelo vivo fuerte para los espíritus deprimidos, para los corazones angustiados. La Madre del Dolor fortalece a los que tiemblan y lloran...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

213

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1918.

Si hay un síntoma que caracteriza a este momento que atravesamos, es la indiferencia hacia la literatura y el arte. Sólo se piensa en cuestiones económicas y cuestiones sanitarias, y ni en unas ni en otras se aplica un criterio regenerador, sino meramente de improvisación y capricho. Se habla de sanidad, y ninguna de las medidas que ostentosamente se pregonan como salvadoras es aplicada a conciencia. Buenas serían todas, si se aplicasen. La desinfección, en las estaciones de Madrid, es según se cuenta, una parodia bufa. Al laboratorio municipal se le pasa recado de que vaya a desinfectar una casa donde hay un enfermo, y el laboratorio se hace el sordo. Y el caso es que se tiene miedo a la gripe; mucho miedo. Sólo que puede

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 enero 1919: 3. No recogido.

más que el miedo el clásico descuido de todos los servicios y de todas las organizaciones.

Respecto a lo económico, mucho habría que censurar en los planes del ministro de hacienda, que cae en errores tan groseros como aumentar las tarifas de correos y telégrafos, siendo así que siempre que se ha recargado el costo de ese servicio (en el cual no debiera verse una fuente de ingresos, sino un medio de cultura y relación entre toda España y el mundo); siempre, digo, que se han recargado las tarifas de los servicios postales y telegráficos, la renta, ya que renta es, ha descendido. Sólo abaratando las tarifas se había logrado, últimamente, que los ingresos por tal concepto fuesen mayores. Ahora, que costará más caro escribir una carta, se escribirán menos cartas; se expedirán menos telegramas si su tasa sube. De suerte que el recargo resultará contraproducente, a menos que tenga por único fin ahorrar trabajo a los carteros y a los telegrafistas, realmente muy abrumados desde el abaratamiento de este servicio.

Volviendo a lo de la literatura, a esa indiferencia que se acentúa y que revela decadencia mental, bien puede observarse: nadie se ocupa de que hay en el mundo poetas. Yo no alcancé los tiempos en que la poesía era algo misterioso y sagrado, bajo el ardiente soplo del romanticismo; pero fui contemporánea

de otros en que todavía la gente se atropellaba por oír recitar a Zorrilla, a su regreso de Méjico, y en que Rafael Calvo, entre aplausos atronadores, leía en el teatro los poemas de Núñez de Arce y hasta los de Velarde, su imitador. Y fueron éstos los últimos destellos de la sacra antorcha.

Un poco más tarde, quise yo que recitasen en mi casa los poetas, y lo hicieron Ferrari y Rubén Darío, sin obtener más palmas que las de la obligada cortesía. Poco después quise dar a conocer una muestra del talento de un vate que empezaba a salir de la penumbra, Gabriel y Galán, y encargué a la Srta. Alicia Longoria, discípula de Sarah Bernhardt, que declamase El ama. Lo hizo a la perfección, y contribuían al encanto de la lectura la juventud, belleza y elegancia de la recitadora. ¡Cuál sería mi desilusión, cuando vi que la concurrencia desfilaba hacia otro salón próximo donde se podía libremente charlar y reír! No querían oír aquel primoroso epitalamio; les aburría lo que a mí y a media docena de personas nos hechizaba! Gabriel y Galán, que en su Epistolario recuerda el hecho de la lectura (lo demás no podía saberlo), ignoró siempre que este caso fue para mí la señal de renunciar definitivamente a que se leyesen versos bajo mis auspicios. Era visible el fracaso de la poesía; tomaba otro giro el mundo.

Y al aparecer el Epistolario, de Gabriel y Galán, recogido por D. Mariano de Santiago Cividanes, pienso en este gran poeta castellano, que obtuvo fama, nombre y simpatías, pero que hubiese tenido pedestal mucho más alto si el momento fuese favorable a la poesía.

El Epistolario nos le muestra en espíritu y verdad. No escritas sus cartas ni con barruntos de que pudiesen ser publicadas nunca, son revelación franca de una psicología que no puede ser más poética. La diferencia entre lo cantado y lo vivido, que hacía decir a Castelar que Zorrilla era «la voz de Dios resonando dentro de un puchero de Alcorcón», no existe en Gabriel y Galán. Y en tal sinceridad estriba, en gran parte, el atractivo peculiar de su obra. Al menos, yo declaro que rara vez la unidad del poeta y su poesía se ha realizado como en Gabriel y Galán.

Es éste un don singular, pues repito que el dato de una psicología prosaica y una elevada inspiración no es tan raro como se creería. Núñez de Arce, por ejemplo, era un señor que, aparte del momento en que versificaba, puede decirse que chorreaba prosa. Y respecto a Zorrilla, no cabe concebir más flagrante contradicción entre el carácter personal y la significación de los versos heroicos, caballerescos, cristianos y tradicionales. No así el maestro de escuela de Guijo de Granadilla, que vivió su poesía

intensamente, y no la desmintió ni un minuto de los años que le tocó vivir, no muchos, y pocos venturosos, aunque sobre esto, y apenas lo escribo, empiezo a sentir dudas.

Gabriel y Galán fue un pedagogo y un labrador y ganadero. Siempre resaltará que vivió pobre; pero modesto como era en sus gustos, resignado y sencillo por naturaleza, no sufrió la «miseria interior», ni se envenenó con el odio y la envidia. Ni envidió la riqueza, ni siquiera algo más inmaterial: la gloria literaria. De buena fe suponía que sus versos no eran dignos de tantos loores, y hacía versos porque le salía de dentro, como le salía de dentro el consagrarse asiaduamente a la enseñanza, aun cuando esta tarea quebrantase su ya delicada salud. Su conciencia era como un riachuelo transparente, que se remansa al sol, y no refleja flores, ni palacios, sino el cielo sereno y azul. Un sano optimismo, una valerosa aceptación de los deberes, un grave y ascético concepto del vivir, hicieron seguramente que Gabriel y Galán no fuese desgraciado. Le rebosaba el cariño: cariño hacia los padres, los hijos, los amigos, y, al través de estos nobles afectos, hacia la humanidad entera; porque sin alarde alguno de humanitarismo, Gabriel y Galán sentía profundamente la solidaridad humana y la fundada en el más sólido cimiento: en un depurado y firme

cristianismo. Su alma no era de esas torturadas y ulceradas de los «poetas malditos» ni de las duras y ponzoñosas de los poetas apaches, blasfemos y renegadores; era un alma de esencia cristalina, clara, honrada hacia el bien, como la aguja imantada hacia el bien, como la aguja imantada hacia el polo.

Yo sé hacer la necesaria distinción entre la estética y la moral. No ensalzo a Gabriel y Galán por que haya sido un hombre excelente. Bien pudiera serlo, y al par, un poeta chirle y ñoño. Lo que quiero hacer resaltar es la coincidencia, exacta en él, del hombre y del poeta. Su poesía es él mismo: y este Epistolario me lo revelaría, si no lo supiese ya por las múltiples referencias de mis amigos de Salamanca, cuando fui a hacer el discurso de la velada necrológica.

Un alma limpia y recia a la vez, como una coraza bruñida, es espectáculo muy grato. Acaso este poeta por tantos estilos popular, y a la vez clásico y castizo, hubiese perdido mucho si le tocase vivir en los grandes centros donde la concurrencia vital adquiere lejos de amargura y violencia. Fundó su hogar en la humildad y el recato de un pueblecillo, y más tarde se consagró a las tareas del agricultor y del ganadero, porque la ganadería es floreciente en Extremadura y Salamanca. Y en este oficio se sentía contento. Le agradaba la vida al aire libre, la

actividad de todo el día, a caballo y a pie, aun mojándose y fatigándose, con la sana fatiga que engendra el apetito y el sueño. En el hogar tenía sus delicias: su poesía El Cristu Benditu no es una ficción; es la voz del corazón que grita y balbucea las frases de amor y ternura dirigidas al pequeñuelo. Así este hombre ajeno a goces y lujos, quizás fue obscuramente dichoso. Pudo comprobar que se vendían las ediciones de sus libros, que la crítica los ensalzaba. No se envaneció, pero la satisfacción no pudo faltarle. Y yo sostengo que la felicidad no dimana tanto de los sucesos como del espíritu; y esto era lo que enseñaba la sabiduría antigua, y lo que volverá a enseñar la moderna, apenas se llegue al convencimiento de que el desenfreno del deseo y de la concupiscencia no es sino obstáculo para la relativa ventura que puede gozar el hombre.

Tal es la lección que se desprende de este interesante Epistolario, que nos demuestra al poeta en su intimidad y en su religiosidad no fingida, no relacionada con ningún sectarismo. Gabriel y Galán de política, no supo. En todo el Epistolario no se encuentra nada que a política se refiera. No es ni maurista Gabriel y Galán. Tiene un sentido social muy recto y humanísimo, y no tenía bandería, ni predica, ni me figuro que se haya mezclado nunca en elecciones.

Quien lea el Epistolario de Gabriel y Galán, se interesará por el poeta y el hombre, y no podrá evitar una impresión admirativa hacia esta tierra española que produce, ya puesto su doble sol, individuos tales. La admiración subirá de punto al observar cómo este poeta insigne, aunque estudioso e ilustrado, viene del pueblo, y sólo refleja la belleza incomparable del sentir popular.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

214

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, de 1918.

Me figuro lo arduo que será para los que viven en América darse cuenta del verdadero estado de España en estos difíciles momentos, cuando aquí mismo nos sorprende a cada instante, las más fantásticas versiones, los noticiones más absurdos y las amenazas más contradictorias. Día hubo en que nos anunciaron que nos acostaríamos en monarquía y despertaríamos en república. Y la cosa era tan segura, como que había de amanecer. A bien que estamos curados de espantos, y, como suele decirse, en el secreto.

En mis innumerables conversaciones con Emilio Castelar, que presidió la república española, y apoyó resueltamente a la monarquía durante el período de la regencia, solíamos repetir, en eso acordes, que el haber tenido república unos años, impediría que España volviese a quererlo, a lo menos en un siglo. Porque el

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 febrero 1919: 4. No recogido.

ensayo fue tan calamitoso, revistió tales caracteres, que un sentimiento de repulsión fue condensándose en los espíritus, divorciando de la hipótesis republicana a todos los que deseaban o necesitaban situaciones de orden y paz.

Y se divorciaron también de la misma hipótesis los que veían en ella una constante negación religiosa. Esta fue una de las tendencias más perjudiciales a la creación de un partido republicano verdaderamente gubernamental. Yo no diré que España sea un país donde la religión se practique asiduamente por la mayoría; pero afirmo, con mi experiencia de observadora, que es un país donde todo el mundo es más católico de lo que parece. Poderosa fuerza interior, que ningún sociólogo prudente debe desdeñar ni olvidar, hace del catolicismo la raíz espiritual de la vida española. Y las campañas sistemáticas de anticlericalismo y de impiedad, que han señalado la propaganda republicana, dudo que hayan sido hábiles para los fines que se proponían. Torpes anduvieron al lastimar en lo más íntimo.

Ahora se ha verificado curiosa transición: sin haber realmente lo que se llama opinión republicana, se alzó de pronto una ventolera con nombre de republicanismo, pero más bien anarquía, desencadenadora por lo que en Rusia estaba y está sucediendo desde que el mísero zar, víctima en gran parte de su escasa

energía y acierto, y en otra mayor de la ferocidad de sus súbditos, cayó vencido en lucha arrollado por la ola de lo que casi no llamo revolución, sino acceso de locura colectiva. Así como de los campos de batalla vino por el aire la infección de la peste que denominaron gripe y que no lo era, por el aire también pareció haber venido este estremecimiento de las masas, tendiendo las ávidas manos hacia las propiedades, las riquezas y las vidas. Muy triste hubiera sido para Emilio Castelar, aquel gran clásico que vivía impregnado de Grecia y Roma, asistir a esta transformación o deformación de la idea republicana, reducida al elemental desbordamiento de las furiosas concupiscencias. Viene a mi memoria el episodio, en España apenas conocido--pero cuántas cosas análogas presenciamos los que asistimos al desarrollo de la revolución del 68--referente al ultrarrepublicano Suñer y Capdevila, aquel que dijo en pleno parlamento que el misterio de la Trinidad era «una monserga». Este médico, que llevaba por lema «Guerra a Dios, a la tisis y a los reyes», cuando se restauró la monarquía, se echó a los montes con una partida de amigos, a protestar. Como en medio de sus extravagancias se preciaba de honradez, no consintió que sus hombres robasen, ni cometiesen otros desmanes en las masías, y la partida, descontenta, empezó a murmurar, y por

último tomó el acuerdo de crucificar a Suñer en una encina, los dos brazos clavados a dos ramas. Entendía Castelar que esto de la crucifixión era un impulso religioso de aquellos partidarios del cual no se daban cuenta. Suñer había tomado en boca a Nuestro Señor Jesucristo, y convenía hacerle morir en un suplicio igual al del Redentor.

No se sabe cómo pudo el sentenciado huir de lo que le esperaba, ni cómo logró pasar a la frontera francesa. Lo cierto es que escribió inmediatamente un manifiesto en que decía: «He llegado aquí, roto, sucio, pobre y triste, y me he convencido de que mis correligionarios no han perdido los instintos salvajes del hombre primitivo».

Si hoy existiese el ardiente propagandista, repetiría su frase, al saber lo que en Rusia acontece; pero no le sorprendería que el rastro de pólvora se hubiese comunicado aquí, aun antes de que los bolshevikes remitiesen, desde sus heladas estepas, millones de rublos y ejemplares de agitadores, cuidadosamente seleccionados, a fin de anunciarnos, por el hecho, su buena nueva. Este evangelio se predica solo, pues tiene la fórmula simplista, convincente, de que cada cual tome lo que pueda, dañe como le plazca y no tenga que rendir cuentas a nadie. Y esto se entiende bien desde el primer momento, sin necesidad de

explicación ulterior. Es el instinto del hombre primitivo que dijo Suñer y Capdevilla.

Antes de que los apóstoles rusos llegasen a Barcelona, se había hecho bolshevikismo o bolshevismo, como ustedes prefieran, en España, saqueando, a placer, en no pocas provincias. Y el invierno pasado aquel lúgubre invierno en que se quedaron a obscuras las calles de la coronada villa, y surgía de cada esquina un atracador, ni más ni menos que si estuviésemos en los tiempos de Ruy Blas, no se oía hablar sino de revolución con base de presidarios sueltos, y de casas señaladas para el saqueo. Los incendios de magníficos palacios (que se dudó si pudieran ser intencionales) añadieron una nota más aguda a aquel vago terror que empezaba a paralizar las voluntades, con aprensiones y fatídicos anuncios reiterados.

No se cumplieron. Renació la confianza cuando la gente, en la calle, besó llorando la bandera, símbolo de la patria, a la salida de un banquete militar, al cual asistió el rey. Y se oía decir que, al lucir la aurora de la anunciada paz, España entraría en una era de tranquilidad fecunda, en que el trabajo y la industria abriesen las fuentes de su enorme riqueza todavía no explotada, por lo menos en beneficio propio y del conjunto (pues aisladas individualidades bien hicieron durante la guerra su agosto). Se tenía fe en

este resurgimiento, y se esperaba en el porvenir. Pero el porvenir quiere, ante todo, estabilidad. Es la primera condición. Plantad o sembrad: será necesario dejar germinar con sosiego la semilla, bajo la acción del sol y del aire. Lo que germina, si triunfa la violencia, lo hemos visto en Rusia suficientemente.

Cuando leía yo, hace algunos años, ciertas teorías sociológicas, me entraba deseo de que en alguna parte del mundo--lejos de España, naturalmente--se llevasen a la práctica, para esclarecer de una vez el equívoco. Yo me figuraba lo que sería aquella famosa «ciudad de justicia, de libertad y de felicidad» de que tanto hablaron los teóricos. Sí, me la figuraba como si la estuviese viendo, porque desgraciadamente, cuando no somos jóvenes, nos lo tenemos todo averiguado. Tampoco podía parecerme extraño que el campo experimental de esta experiencia fuese Rusia. Yo había dado a conocer por primera vez, en España, el movimiento literario y social ruso: esto ocurrió hacia el año 1886. Había señalado sus corrientes, sus direcciones, en mi libro La revolución y la novela en Rusia, cuyo solo título es bastante significativo. Los acontecimientos me han complacido demasiado, y por algo decían los antiguos que los dioses, para castigar a los mortales, no tienen que hacer sino cumplir sus anhelos. La experiencia vino, decisiva y terrible. Las ciudades incendiadas y

asoladas; los campos incultos; la nieve amasada con sangre; los cadáveres insepultos, hacinados allí donde cayeron; las largas caravanas de infelices marchando hacia donde han de ser fusilados o ametrallados por el delito de formar parte de la burguesía; las mujeres violentadas y destripadas; las obras de arte destruidas o robadas para venderlas en el extranjero; el hambre, como espectro descarnado, surgiendo entre la matanza y el latrocinio... esa es la ciudad de ventura y de justicia cuyo modelo nos han querido recomendar para objetivo de nuestra revolución!

Y esto es lo que se agita aquí, bajo diferentes nombres, y lo que ya empieza a sublevar la conciencia colectiva, que no desea sino un poco de bienestar honrado, el abaratamiento de las subsistencias, la actividad del trabajo, como ha deseado antes la neutralidad, merced a la cual hemos podido resistir este momento de universal convulsión. Y como el intento de llevarnos al caos ruso se disfraza con apariencias republicanas, y hasta republicano de orden, se me figura que las instituciones, a poco que se tengan firme ganarán la partida.

No es esto juzgar a la república como forma de gobierno. No es negar la posibilidad de una república de orden. Esta clase de república existe, pero es allí donde representa la tradición, una tradición más o

menos antigua, como en Suiza, Francia, los Estados Unidos y tantas naciones de la América española. Donde tenga que venir como aquí la anuncian, cortada por ese patrón de demencia del antiguo imperio de los zares, digámoslo en ruso: «Nitchevo».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

215

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1918.

Ya que, alentados por el apostólico ejemplo de la republicana Suiza, se ha tratado aquí de inculcar a los agentes de los soviets que vinieron a ejercitar en el turismo la idea de que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y el loco en la ajena sólo sabe escandalizar; y puesto que por ahora parece que se han callado (no fiarse mucho) hablemos de cosas más gratas, por ejemplo, de teatros, cinematógrafos y demás lugares donde la gente busca esparcimiento, olvidando preocupaciones y cuidados.

De fiestas en las casas prescindamos, porque, al menos en el momento presente, apenas existen. Cuando alguna, la más insignificante, se realiza, la campanean los periódicos una semana, porque los revisteros de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 18 febrero 1919: 3-4. No recogido.

salones carecen también de primeras materias y no saben a qué santo encomendarse.

Se discutió todo el otoño si tendríamos o no tendríamos temporada en el Real este invierno; y acertaron los que afirmaban que no era posible que no la hubiese, toda vez que numerosísimas familias quedarían entonces sentenciadas al hambre; y es argumento concluyente aquí, donde no seremos filántropos, ni humanitarios, pero tenemos un corazón de oro. Es verdad que ha sido más penosa este año la renovación del abono: muchos de los «habitués» protestaron y se retrajeron, ante el recuerdo del frío riguroso de la temporada anterior, temperatura siberiana que obligó a las señoras a permanecer envueltas en sus mullidos abrigos, y sin despojarse de sus armiños y «renards»; y aun así con la desagradable sensación de que en la estrecha cárcel de raso de los zapatitos, los pies se convertían en dos carámbanos. Puede afirmarse que una tercera parte del abono se ha declarado en huelga, y sólo a fuerza de combinaciones, y de reparto de turnos, se ha conseguido arreglar lo de Caparrota. Se oía repetir: «Este año es natural que la gente se abone con gusto porque se ha concluido la guerra». Pero las salpicaduras sociales y económicas de la guerra son tan reiteradas y múltiples que no ha renacido aquella alegría y confianza necesarias para

que la gente suelte gozosa el dinero y proteja el arte y tome en cuenta la necesidad de los que viven de un espectáculo caro y culto. Tanta amenaza, tanta alarma, tienen encogido y engurruminado el espíritu... y la bolsa.

Es incalculable lo que perjudica a los pobres este estado de acoquinamiento. Llamo pobres ahora a los que viven sobre el lujo: y sería erróneo suponer que, al menos en Madrid, sea más pobre un obrero que, verbigracia un acomodador del Real. Un obrero que tiene trabajo se defiende mejor que un individuo de la clase humilde. Conviene añadir que el trabajo también ha escaseado, y bastantes industrias han percibido los efectos de la crisis que paraliza las iniciativas que impone una economía mayor en todo suprimiendo lo superfluo. En épocas como las que atravesamos, por una especie de instinto defensivo, los gastos se restringen. Este síntoma se ha observado, como decía, en el abono del Real. En la Princesa no se advierte tal desanimación: pero es necesario, para que así suceda, todo el prestigio, todo el atractivo de la compañía Gerrero-Mendoza. Sólo «María y Fernando» luchan con suerte contra las desanimadoras circunstancias. Verdad es que, dejándose de mezquindades, han atendido a su teatro con interés y largueza, calentándolo y sosteniendo en él aquel

aspecto de elegante confort que en el Real falta absolutamente, desde hace largos años, y que al parecer no hay manera de restituirle.

Mucho importa, en los teatros, lo artístico; pero hoy, con las ideas dominantes, lo artístico tiene que llevar consigo lo higiénico, moderno y cómodo, lo mismo que en su casa. Y la escogida concurrencia lo nota y concurre allí asiduamente, reservándose, es natural, el derecho de encontrar mejores o peores las obras, y hasta de gruñir, pero hallándose siempre a gusto, y entretenida no sólo con el espectáculo, sino con el conjunto de espectadores y espectadoras emperifolladas.

La Princesa, en este momento en que no hay salones, es un salón, siempre concurrido, fino, rumoreante de noticias y chismes, en que huele bien y la temperatura es deliciosa. Así es que el abono de la Princesa se tiene firme, y para los días de moda andan los palcos buscadísimos.

Los demás teatros, hagan los esfuerzos que hagan, permanecen siempre a distancia del de la Princesa. Tienen sus abonos de buena sociedad, que organiza alguna señora o señorita conocida; hay, sin embargo, una «nuance»: la gente va como haciendo una concesión, mientras que a la Princesa va como por natural impulso. Por cierto que en uno de estos abonos ha ocurrido un incidente que no deja de tener sal y que se presta a mil comentarios.

El actor Ernesto Vilches, que actúa en Cervantes, es un artista que tiene, y con justicia, sus admiradores. De algunas obras modernas hace creaciones, y sobresale en los papeles donde encarna a un extranjero, inglés o yanqui, aun cuando en alguno tan castizo como el personaje del El Rubio, en La Malquerida, se reveló como un maestro. Como su teatro no andaba muy concurrido, una dama patrocinó un abono. Entre las obras que se le pidieron a Vilches, parece que figuraba el arreglo escénico de la novela de Daudet Los reyes en el destierro. Llegado el momento de presentarla, el público del abono empezó a protestar. El título de la obra se prestaba, en estos momentos en que tantas fantasías volaron y tantos noticiones se esparcieron, a mil dichetes de la prensa. Y Vilches, por su parte, no parece dispuesto a prescindir del arreglo, en el cual tal vez fundara esperanzas. En un periódico ha dicho que el argumento del libro de Daudet no es revolucionario, y en esto tiene razón. En la obra de Daudet, el mal papel lo hace aquel rey juerguista y sin fe que se llama, si mal no recuerdo, Cristián de Iliria; pero, en cambio, la aureola del mayor respeto y la mayor dignidad rodea a su esposa, que siente profundamente los deberes que la corona impone, y los practica como un hombre, y hasta como un gran hombre. El que ha esas esas hermosas páginas, no

tenía la menor intención de satirizar a la realeza, y se me figura que no existiría la menor dificultad en poner en escena el arreglo, con sólo modificar el título, que, según queda dicho, se presta (únicamente dado lo efímero de las circunstancias) a interpretaciones seguramente desmentidas por el texto mismo. Anunciando en el papel, por ejemplo Ella es el rey, se interpretaría cumplidamente el pensamiento del novelista, y se sortearía esa dificultad, puramente momentánea. Ya veremos cómo soluciona Vilches el pequeño conflicto.

Muchos actores de mérito y de fama innegable luchan, como Vilches, con la indiferencia del público. Nadie discute la altura de Borrás; nadie desconoce el encanto de Rosario Pino; conquistados tiene los entorchados Thuillier; pero son titánicos los esfuerzos que tienen que realizar para atraer a la gente excepto los días festivos, en que no hay teatro que no se llene en Madrid. La entrada del domingo es la defensa de las compañías. Y pudiera añadir que del domingo por la tarde. En efecto, parece que se ha verificado un cambio en las costumbres.

En mi juventud, el teatro por la tarde no divertía. Sólo concurría a él niñeras y parvulillos, amén de militares sin graduación. Hoy ya camino de ser lo más escogido, lo más admitido: mucha gente ha

renunciado ya al teatro por la noche. La intimidad del hogar, el tibio ambiente de la familiar tertulia, tienen más partidarios que la salida a horas tardías, con exposición de resfriados, pulmonías y hasta «grippe».

Es posible que, dentro de algunos años, si continúa esta evolución, en Madrid todas las funciones de teatro se den por la tarde. ¡Quién se acuerda ya del período de trasnoche, que culminaba allá por los primeros años de la Restauración! No concebíamos que fuese posible divertirse mucho sino entre las once de la noche y las tres de la madrugada. Los bailes se acababan a las seis. Al otro día, se dormía hasta las dos. Así es que ciertos «restaurants» y cafés tenían una lucida clientela, que a la salida de los teatros iba a charlar tomando chocolate con mojicón, y a veces ración de sopas de ajo con huevos, o de criadillas fritas con patatas infladas. Hoy todo el mundo--me refiero a la gente distinguida--se retira a sus lugares apresuradamente, apretando contra el rostro el alto cuello de piel del abrigo, y lamentando que no se concluya la función siquiera media horita antes? O éramos más fuertes los de antaño, no más calaveras, o el mundo ha girado sobre su eje, hacia la vida sana y ordenada. Y líbreme Dios de censurar tal giro.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

216

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1918.

Estos días no se habla más que de la autonomía solicitada por Cataluña. Y cuando digo por Cataluña, digo muy mal, aunque la mayoría suele decir tan mal como yo. Si en Cataluña tomásemos en cuenta un conjunto de elementos representativos de todas las fuerzas, de todos los sectores de opinión, se vería que no la mayor parte, sino una minoría con tendencias más políticas que económicas, es la que ha traído el planteamiento de éste impropiamente llamado problema.

En efecto; ¿qué es un problema? Algo dudoso, algo que convendría averiguar por medio de la investigación. A mí no me parece que quepa aplicar este vocablo a la pretensión de la autonomía catalana.

Cataluña es un país activo y vigoroso, muy adelantado con relación a otras regiones de España, aun cuando las distancias, de algún tiempo acá, van

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 marzo 1919: 3-4. No recogido.

acortándose notablemente. Cataluña no sufre ni escasez, ni despoblación, ni opresión, ni injusticia. Ningún criterio de desigualdad la perjudica. Ninguna valla ha encontrado para detener su desenvolvimiento. Ningún agravio se le ha inferido por el que ellos llaman poder central. No es una Irlanda, donde las creencias han sido heridas y donde los tributos han pesado sobre la población indígena únicamente. Al contrario. Si se ha de creer lo que se oye repetir a los que estudian estas cuestiones, el arancel español está en interés de Cataluña, y el resto de España se ha visto en el caso de consumir artículos muchas veces inferiores, por el recargo que sufrían otros extranjeros que pudieran haberlos hecho ventajosa competencia, en precio, en calidad.

Siempre que se agitan estas disputas de catalanismo, acude a mi memoria la figura romántica de Víctor Balaguer. La cuestión catalanista es un rezago romántico en sus medios de propaganda, aun cuando sea naturalmente, algo muy positivo en sus fines, D. Víctor Balanguer fue un regular poeta y escritor, muy simpático de figura y muy cortés de modales, de guien dulcemente se reían los catalanistas de la nueva cosecha, cuando yo estuve en Barcelona en 1888, con motivo de la interesante exposición que se celebró allí. Se reían, y no era el crítico José Ixart el que

menos graciosamente comentaba los entusiasmos de «en Balaguer». Ahora bien, este catalanista afortunado me parecía a mí, en cierto modo, una personalidad representativa. Hacía profesión de detestar a España, a Castilla especialmente; y recuerdo uno de sus versos, que no sé si citaré con fidelidad:

¡Ay Castella castellana,
non t'hagués conegut may!

Y bien--pensaba yo para mis adentros, mientras D. Víctor sacudía la ceniza de su habano y charlaba conmigo al canto de la chimenea--y si D. Víctor no hubiese «conegut a Castella», ¿sería ministro varias veces, académico de la Española y de la de Historia, poseedor de varias grandes cruces, etc.? De fijo que no. ¿De qué se quejará este señor, y qué ofensas y entuertos son los que tiene que vengar de «Castella»?

Salvo diferencias de grado o de calidad, la historia de «en Balaguer» es la de casi todos los catalanes que se han distinguido en las letras. Su consagración vino de Madrid; y fue generosa y explícita. Si hay una idea que estuviese lejos de la mentalidad madrileña, era la de regatear a los catalanes la alabanza de sus méritos. Pudiera existir desconocimiento por negligencia, por ignorancia: mal es

éste que sufren también los escritores castellanos. Intención de preferir, ninguna. Quien crea otra cosa, no entenderá la psicología de Madrid poco ni mucho. No será consciente el aplauso de Madrid, pero es espontáneo y fácil.

Por eso presenciamos el resonante triunfo de Guimerá--que es canario, pero catalán adoptivo--en el estreno de Mar y Cielo, y de otras muy bellas joyas de su teatro; por eso cubrimos de laureles a Enrique Borrás; por eso nadie discutió la valía de la Xirgu; por eso ensalzamos a Santiago Rusiñol; y si no hicimos una apoteosis a Jacinto Verdaguer, consistió en que este humilde y excelso poeta ponía todo su conato en ocultarse, en huir de reclamos y bombos, sumido en su misticismo genial y encantador. No hemos ofendido, pues, a Cataluña en la persona ni en la honra de sus poetas y escritores, y tal es nuestra cordialidad, que de buen grado les hubiésemos hecho un arancel de favor, como a los productos industriales.

¿Cuál es pues la causa de esa antipatía, sorda, o declarada rudamente, de esa tendencia a un separatismo más o menos disimulado, de esa constante tensión nerviosa de Cataluña, o al menos de una parte, la que se agita y bulle? Bien pudiéramos perdernos en digresiones históricas; pero a qué vendrían esas disquisiciones sobre cosas que pasaron ha mucho, aquí

donde Francia tiene tantos apasionados, después de 1808, y el nombre del presidente Wilson se le está dando a multitud de calles, después de 1898? Sin duda que la historia siempre palpita, y los muertos mandan; pero no tanto, ni de tal suerte, que la Cataluña de hoy sea la misma que defendió al archiduque, y que escoltó, llorando, el féretro del príncipe de Viana...

Hasta el día, parecían oírse con cierta indiferencia las reclamaciones de los catalanistas mal avenidos con la soberanía de España. Hasta no se conmovió la opinión cuando vio traída a los consejos de la corona a una hornada de catalanes. Lo de las mancomunidades, era bien significativo; sin embargo, pasó sin pena ni gloria. Pero, llegado el momento de la petición de autonomía integral, con sus parlamentos y todo, acabó por desperezarse la opinión, y el resultado del desperezo ha sido la manifestación colosal de ayer; la única que puede merecer tal objetivo, porque pasaron de cien mil personas las que se agolparon en las calles, y, cosa significativa y digna de atención, por cuanto indica que confluían en ella las tendencias más varias: una parte de la manifestación se dirigió después a la Casa del Pueblo, y otra parte, los estudiantes, la gente joven, fue a la plaza de Oriente a aclamar y vitorear a España y al rey. La manifestación provenía de elementos del

comercio de Madrid; tal fue el carácter que presentó desde el primer momento. Mas no parece creíble que sólo los intereses comerciales, por muy legítimos y respetables que sean, explicasen tal estallido. Detrás de la economía está el espíritu que también reclama sus derechos. Y el espíritu late por una idea, hierve por una indignación. Un malsín quiere apoderarse de una bandera patria para pisotearla, y la muchedumbre, hasta entonces en perfecta calma, en perfecto orden, se siente enloquecida, y cae sobre el sacrílego, hartándolo de puñadas y bastonazos. Si no intervienen los guardias, no quedaría de él pedazo vivo. Lo peor de estos acontecimientos es que puedan criar la venenosa planta de la antipatía entre regiones, todas españolas. Es preciso diferenciar la Cataluña agitada por los caciques políticos, de la Cataluña ajena a estas intrigas y pasiones. Verdaderamente parece que no se hace sino sembrar odios en el mundo. Creíamos, y teníamos derecho a creer, que, terminada la guerra, y venciese quien venciese, no sería el odio la nota dominante. Y sin embargo, el oído, en vez de extinguirse, de amortiguarse siquiera, dijérase que se embravece y encrespa más su melena de dragón. Está más airado, más enconado ahora, que al principio. No se leen más que crueldades, venganzas colectivas, cuanto el odio puede sugerir. Y el odio de región a región,

odio de hermanos, no hay que fomentarlo: la energía protesta contra las demasías debe ir unida al sentido de cordialidad que facilita las reconciliaciones.

A los proyectos de defensa industrial que planea Castilla, (creación de fábricas de tejidos en gran escala, supresión de pedidos a las fábricas catalanas, etc.), no hay que darles una significación de odio, sino solamente de necesaria resistencia al mal; porque el no resistir, según las doctrinas de Tolstoy, ya hemos visto que produce frutos comparables a las manzanas del Mar Muerto... Por eso hemos visto con simpatía la manifestación, cuya fuerza y magnitud sobrepujaron a lo que se pensaba; porque resistir es vivir, y más ahora, cuando diariamente hay algo que parece tambalearse, a los golpes de los zapadores, y amenaza caernos encima, aplastándonos. A este acceso de locura que a veces desorgarniza los cerebros más privilegiados; a este insensato afán de volcar la urna, aunque al hacerlo se derrame el licor que nos vigoriza y la esencia misma de nuestro ser; a este delirio de hacer picadillo de España, hay que contestar--ataque quien ataque--con la resistencia, a todo trance, a todo evento. Y a la vez, hay que tener la mano tendida y abierta, para que la estrechen los muchísimos catalanes (ya se ha publicado un manifiesto muy notable de los residentes en Madrid) que no están conformes con los

automistas, ni con los separatistas, y no consideran que convenga, ni a los propios «segadors», el «bon cop de fals».

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

217

LA NACION

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1918.

Las yertas cenizas del teatro de Tamayo no se reanimarán ni despidieron chispa alguna al ser estrenada su obra póstuma El Ecce Homo, o la casa del duende. Es curioso cómo envejece la literatura dramática. Casi puede afirmarse que nada envejece tanto ni tan aprisa. No es sólo el teatro de Tamayo; lo mismo puede decirse del de Sellés y Echegaray, que fueron sus rivales y, un momento dado sus vencedores ante el juicio del público.

Se sostine, sin embargo, mejor dos o tres de las grandes obras de Tamayo que ninguna de Echegaray. Un drama nuevo, Locura de amor conservan su prestigio y de tiempo en tiempo suben a escena resistiendo a la caducidad que amenaza a todas las obras teatrales.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 13 marzo 1919: 4. No recogido.

¿Pero qué ha sido de Virginia, qué de Lo positivo, alguna vez galvanizado por el talento de María Gerrero, pero tan absolutamente «demodé»?

El Ecce Homo responde, en el teatro de Tamyo, a una corriente semirealista, simipopular y semicristiana, que recuerda las últimas novelas de D. Pedro Antonio de Alarcón y alguna de Fernán Caballero. Yo me figuraba El Ecce Homo como relato novelesco, y le encontraba colorido y sabor, y veía resaltar las figuras de la tía Porvíchele y la candorosa niña y el joven enamorado, con doble realce que en la ficción escénica. Los tonos violentos del último acto, su lúgubre tinte, hubiesen sido más admisibles en la novela, donde cabe explicar y justificar mejor las anomalías. Nadie pensará en el género novelesco cuando se representa Un drama nuevo o Locura de amor; en cuanto al Ecce Homo, es imposible evitar el recuerdo de Elía, o de La familia de Alvareda, no porque haya lo que se llama coincidencia de asunto, sino porque el ideario de estas ficciones es el mismo.

Y la explicación es muy sencilla, sobre todo para los que hemos conocido a Tamayo en los últimos años de su vida, cuando, aparentemente divorciado de las musas, ocupaba el puesto de director de la Biblioteca Nacional, donde yo trabajaba muchos días, instalada en el rincón de una ventana (la Biblioteca entonces era un

vetusto edificio, no muy bien acondicionado) y muy atendida por el ilustre autor de Virginia, que facilitaba mi labor con sus complacencias y las facilidades que me prodigaba. Cuando venía a darme un rato de conversación, yo notaba en él un irreductuble desacuerdo con las nuevas fórmulas y escuelas literarias, esa ulceración del alma, que tan frecuentemente se advierte en los artistas al suponer que su época ha pasado, que ya no se les atiende. Tamayo suponía más. Como Alarcón, creía que una especie de conjura, en parte sostenida por motivos políticos, cerraba el paso a su teatro, y era causa del fracaso redondo de sus últimas producciones. Y en esto, como en todo lo humano, había su parte de verdad y su parte de error. La conjura de prensa y de Ateneo--entonces. El Ateneo era el que agitaba las cuestiones literarias--no dejaba de existir una innegable decadencia en la inspiración dramática de Tamayo. ¡Si fuese capaz de producir entonces otra Locura de amor, triunfaría, quién lo duda!

Acaso era esto mismo lo que le pesaba tanto. En aquel entonces, la novela ocupaba el primer lugar entre las producciones del arte, y empezaba a alcanzar un prestigio avasallador. Si puede emplearse un giro tan familiar, los novelistas éramos los amos del cotarro. acaso en el espíritu de Tamayo tal convicción hizo

surgir un deseo de inspirarse en los procedimientos de la novela, y a este deseo respondió El Ecce Homo; pero su claro entendimiento le reveló que no había conseguido gran cosa, y por eso encerró el drama en un cajón, dentro de un sobre, con un renglón que rezaba: «Para quemar».

Esta idea no puedo apoyarla en nada que me dijese el propio Tamayo. No pasa de ser una suposición, fundada en el aire de familia que encuentro entre algunas novelas cuya tendencia era simpática a Tamayo, y esta obra póstuma, que apenas ha servido sino para Que María Guerrero refrescando los laureles ganados en La Malquerida, encarne un tipo popular de un modo insuperable, y preste a la obra, antigua y mustia, un realce de vida y belleza.

Así y todo, desde el punto de vista literario, el drama de Tamayo ha sido, por ahora, el único acontecimiento. El teatro camina cada día más a buscar el mero entretenimiento y risa de los espectadores, o su emoción terrorífica, y las dos formas de esta evolución se resumen en el astracán y los dramas policiacos.

No pasaré adelante sin reparar mi omisión. Hay otra obra digna de admirarse, y fuerte y de fibra, y que conservará, por bastante tiempo, su actualidad. Es, además, una concepción con raíz histórica profunda,

no porque fustigue al caciquismo, sino porque pinta el retrato, de cuerpo entero--¡y tan entero!--y con vigor velazqueño, de un tipo castizo hasta la médula: que por ser tan castizo es también americano: el caudillo, que ha tenido múltiples encarnaciones en nuestra vida nacional.

El caudillo es unas veces bandido generoso; otras guerrillero; otras, cabecilla; otras, cacique; manifestaciones todas del fenómeno del caudillaje. Y la graduación moral del tipo, igualmente se diversifica, subiendo unas veces, como cuando el guerrillero defiende a la patria con brava resolución, y bajando otras, al representar el cacique las concupiscencias y los desafueros amparados por la política. Pero siempre es un individualista, un hombre que procede de sí mismo, que no reconoce más ley que su propia voluntad, y dispuesto siempre a arriesgar el pellejo, se impone por sus bríos y por su mismo gallardo desprecio de cuanto pudiera servirle de valla. En este sentido, el protagonista del drama de Pinillos, Esclavitud, es un personaje tan representativo como puede serlo el Carlos Moor de Los bandidos, de Schiller. Pero no es tanto la representación del cacique, como la del aventurero a quien las circunstancias no permiten «echarse al campo», y que encierra en el estrecho círculo de una villita obscura sus arretos y su bravío orgullo.

El cacique puede ser como el protagonista de Esclavitud; pero puede ser, y es, en efecto, de otros muchos modos. Hay caciques buenos, conciliadores, de la mejor índole posible; hay caciques hasta benéficos, hay caciques que para imponerse no apelan a otros medios que la simpatía y la popularidad. No todos, ni la mitad, son el lobo hambriento y el zorro astuto que presenta en su interesante drama Parmeno, y que yo describí en mi cuento titulado «Viernes Santo».

Y no se reduce el caciquismo al dominio ejercido en un poblachón sobre vidas y haciendas de sus habitantes. Hay caciques en Madrid, lo mismo que en provincia. Bien claro se ha visto que los hay en Cataluña, en capitales tan importantes como Barcelona. es decir, que el caudillaje, forma nacional del individualismo, se manifiesta donde quiera. Y no se manifiesta sólo porque haya quien esté dispuesto a ejercer de caudillo, sino principalmente porque hay quien desea ser caudillo. Así es que se habla muy mal de los caciques, pero están muy lejos de desaparecer. En los movimientos revolucionarios persinten. Es cuando más persisten quizá.

Volviendo a las otras dos formas de teatro que predominan en este momento, los dramas policíacos y el «astracán», diré que constituye una sola manifestación de la mentalidad moderna: la repugnancia a pensar, la

pereza de fijar la atención, la superficialidad que se resiste a todo lo serio.

Tan superficiales son las astracanadas, que mueven a risa igual que los dramas terroríficos, cuyo fin es espeluznar hasta a las pelucas, y que, bien mirados, más que de trágicos, tienen de cómicos y caricaturales.

Es cierto que, como me hizo observar un crítico muy inteligente, los dramas policiacos y espantosos, a veces se nos figuran plagio de las horripilantes realidades que nos cercan. Los trenes descarrilados a propósito, los descuartizamientos, los gases asfixiantes, la guerra cual se ha hecho en el aire y bajo el mar, los incendios colosales y las mortandades terribles; las alambradas, los cañones monstruosos, los tanques semejantes al Leviatán; sin hablar de las atrocidades bolshevikistas, los fusilamientos sistemáticos, la venta de mujeres como si fuesen ganado, los martirios y torturas que no pueden ni relatarse... todo esto pertenece a la película y al teatro cruel, pero cruel sin verdadera emoción, porque la emoción no nace del número y atrocidad de los acontecimientos, sino de la relación de esos acontecimientos con nuestra sensibilidad, y de la piedad, dolor y ternura que pueden despertar en nuestro corazón. Las cosas demasiados brutales o indignan o hacen reír, no conmueven. Ni una sola emoción causa

ese teatro lleno de subterráneos, de túneles, de pasadizos secretos, de barcos que se hunden y de castillos que se desmoronan.

Y me retracto también... Hay gente para todo, y no falta quien, al ver cómo estalla una mina y vuelven por los aires unos peleles, exclama trémula:

--¡Qué horror!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

218

LA NACION

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1919.

Voy a hablar solamente de escultura. Es, en este instante, la actualidad artística.

En Francia se ha suscitado, según leo en la prensa, discusión acerca de la autenticidad de las obras del escultor Rodin; y sin más autoridad de la que me da el haberle conocido bastante el año de la postrer exposición universal, al finalizar el siglo XIX, voy a terciar en la polémica, como cualquiera otro periodista.

Conocí a Rodin en la notabilísima «Decenal», donde se pudieron contemplar reunidas tantas obras maestras de la pintura y de la plástica, de cuyo conjunto surgía completo el cuadro del arte moderno, Y Rodin, que vio con cuanto interés lo escuchaba, se aficionó a

* Publicado el La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 19 abril 1919: 4. No recogido.

acompañarme, enseñándome estatuas, empezando por las suyas, que no estaban en la exposición misma, sino en un pabellón contiguo. Era tal separación una especie de protesta, una condenación de lo restante, en general; y en la conversación de Rodin se destacaba igual criterio: no perdonaba a colega alguno, mostrando únicamente consideración a dos rusos, Marco Antokolky, [Antokolski] a quien, sin embargo, encontraba un poco anticuado--y al príncipe Troubetzkoi.

Por esta tendencia anarquista, por este desprecio de los cánones consagrados, llamé yo a las esculturas de Rodin «muñecos insurrectos»--lo cual, lejos de molestarle, le hizo gracia--cuando publiqué mi libro Cuarenta días en la Exposición.

Debo confesar que Rodin me causó la impresión de ser un verdadero y sincerísimo artista, y contribuyó a confirmarla su misma injusticia con los otros, hasta con los más grandes, los que aureolaron los siglos. En vano le pedí compasión para Fidias, para Miguel Angel, para Donatello, y no me atreví a nombrarle a nuestro Berruguete, ni a Gregorio Hernández (por mal nombre Fernández). Rodin había decidido que el arte naciese con él. Acabé por encontrar que hacía bien al pretenderlo, porque el deber de un artista no es admirar a los que le han precedido, sino realizar belleza, a su ley, a su modo.

A mí me parecían interesantísimas muchas de las obras de Rodin, y era franca al decírselo, al alabarlas. Yo no pertenecía al número de los que juzgaban a Rodin un semidiós; pero menos al de los que le tenían por un guasón o un loco. Su Edad de bronce, su Bautista, su Pensador, su Beso, su grupo titulado Fugit amor, sus impúdicas Bacantes y hasta la informe estatua de Balzac, se me figuraban chispazos geniales, aunque imperfectos. Yo estaba a mal con aquellos pies y manos monstruosos, que, no sé por qué, fueron una de las características de la factura de Rodin.

Tales manos y pies parecían la muestra de un callista, más que extremidades humanas. Tal vez constituían un reto a las que nos encantan en las estatuas griegas y que son ejecutoria de nobleza de la humanidad.

Y he aquí que, de pronto, muerto el maestro--¡habría que ver el grito que pegaría si viviese!--salimos con que sus obras son meras falsificaciones, hechas de acuerdo con el propio autor (que «ipso facto», deja de serlo).

En mi humilde opinión, todo esto es un alboroto de prensa, deseosa de excitar curiosodad de los lectores. Todo escultor hace únicamente el boceto, la idea. Vienen luego los auxiliares materiales de fundidores, vaciadores, sacadores de puntos y repasadores, que

ayudaron al maestro; no por eso habrá falsificación. A veces el fundidor aumenta el valor de la obra. Tal ha sucedido con algunas admirables fundiciones de Masriera. Pero de aquí a suponer que lo que pasa por creación de uno lo sea de otro, de un desconocido, que nunca logró salir de la obscuridad y a quien ahora de repente descubren, cuando ya está en la sepultura, hay tal distancia, que no puede salvar la sana razón.

Dicen que Rodin mantuvo oculto a su colaborador. Tal ocultación parece difícil, si no imposible. Estamos en épocas de publicidad y de pretensiones vanidosas de los subalternos. Lo que parece innegable es el hecho de que las obras de Rodin hayan sido reproducidas alteradas, vendidas estas reproduciones por auténticas. Esto es lo que resalta más claro de lo que se lee estos días. Pero la tendencia general de las obras de Rodin, su espíritu, la marca que todas llevan y que las hace hermanas, es inconcebible que se atribuya a una superchería. Y mientras no lleguen datos más positivos, que permitan sentenciar, sigo creyendo que la escultura de Rodin suya es.

Esta ventaja tiene sobre Rodin, Julio Antonio, el artista-hombre del día; nadie le disputa la paternidad de ese grupo impresionante y dramático, que se ha expuesto ahora en Madrid, en el salón de los Amigos del arte.

El primer efecto en el público fue el de la sorpresa. ¿Qué era aquello? ¿Símbolo religioso o expresión de sufrimiento humano? Y, fuese lo que fuese, ¿había que ver en el grupo un «capolaboro», o sólo una obra más, singularizada por el capricho de un manto incrustado de pedrerías falsas?

Poco a poco la opinión fue cuajando y depurándose las críticas del primer momento, desorientadas y vacilantes. El público español, y creo que en general todos los públicos, no sé si con la excepción del italiano, no tienen, en arte, criterio ni muy seguro, ni muy fundado en documentos. España rebosa, pero no lo miran. Es preciso, para que formen un juicio algo aproximado a lo justo, que la prensa, los dictámenes verbales, y algo a propia reflexión, le iluminen. Por otra parte, y por fortuna suya, el grupo de Julio Antonio no es del número de los testimonios artísticos que, por mucho tiempo, indignan, sublevan o extrañan, con extrañeza hostil, a la multitud. Ni el asunto, ni el desempeño, pueden parecer de esas irritantes novedades, de las cuales es tipo famoso la estatua de Balzac, por Rodin, y que exasperan al contemplador, furioso porque no comprende, y porque además no goza la intensa sensación de la belleza, pueda o no aquilatarla.

El grupo representa algo análogo a las antiguas «Angustias» y «Piedades», o sea la Madre Dolorosa,

velando el cadáver de su hijo. Clavad en el pecho, a la figura de la mujer, una sola espada, convertid al adolescente en hombre en la fuerza de la edad, y la semejanza será completa. Hay, sin embargo, algo que moderniza un tema tan familiar a los escultores del Renacimiento y aun del período gótico; y es la atrevida adaptación al dolor humano del poema del dolor divino, poniendo en boca de todas las madres del mundo la queja de la celeste Madre: «Decid, los que pasáis por el camino, ¿habra dolor igual a mi dolor?»

El grupo es moderno, por lo mismo que es en parte, bizantino, y hasta con ribetes decadentes. Pero el Bizantinismo y el decadentismo están en la figura de la Mujer, que no es lo capital, que es un accesorio. En la del Hijo no hay arcaísmo alguno, a no ser que se tenga por tal el parentesco con los mejores escultores del fin del Renacimiento, como el Bernino, cuyo recuerdo acude a la memoria de los sentidos, especialmente en su patética Santa Cecilia.

Al cuerpo desnudo (excepto en lo que envuelve delgado y transparente sudario) se le han encontrado defectos que sólo podrá apreciar un experto en anatomía. Yo sólo sé decir que en ese cuerpo de efebo, donde la muerte ha clavado tan visiblemente su garra que parece estar descomponiéndose sutilmente, con languideces de flor marchita, hay un motivo sentimental

y lírico, que va más allá de las sugestiones prácticas de la forma. La emoción que debemos a este cuerpo no es nada que se asemeje a la que puede causarnos un armonioso cuerpo de dios, una testa apolínea. Grecia tal vez rechazase este llanto, este quejido hecho figura humana. No quita para que sea maravilloso el cuerpo muerto del personaje que reprodujo el cincel de este maestro ayer desconocido y hoy elevado al pináculo por una sola obra.

La gente española goza todavía de tal privilegio: produce artistas, sin que se seque el seno ni se le esterilice el vientre. Un poco de este orgullo, de producir arte--entiéndase o no de él--contribuyó a engrosar la creciente ola de aplauso y de asombro que rodeó el grupo funerario monunmental, expuesto en negra cámara, con hábiles efectos de luces. Había una sensación de respeto misterioso en los visitantes, que no se atrevían a hablar alto. Un cuchicheo pensativo--si cabe expresarse así--se alzaba alrededor. Y fue para el pueblo de Madrid como una satisfacción personal el oír y leer que «aquello» era magnífica cosa, aparición de estrella en el cielo nublado de la patria. El pensativo cuchicheo se convirtió afuera en largo y hondo clamor admirativo.

Al joven escultor ya célebre le llovieron fructuosos encargos... además, se quería que el grupo

figurase en un museo nacional, que no quedase oculto en alguna capilla o cementerio. A mi ver, en un museo perdería este grupo. Necesita un fondo hecho adrede. Cada testimonio de arte necesita su ambiente, su relación con las cosas que lo rodean.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

219

CRONICA DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1919.

No ha muchos días hablé aquí del famoso grupo escultórico funerario, obra de Julio Antonio; y antes de que se hubiese cerrado la triunfal exposición del grupo, Julio Antonio ha muerto, en la flor de la edad, apenas gustadas las mieles de la victoria. Verdad es que, pareciendo trágica coincidencia, los bien informados afirman que nada tiene de casual. Conocido el estado de salud del joven artista y que sus días estaban contados, manos amigas prepararon y apresuraron la exhibición de su obra maestra, para que pudiese no irse de este mundo sin ver lucir el destello de la gloria.

Sentenciado estaba el genial escultor. Era enfermedad contra la cual ciencia sólo ha encontrado paliativos, pero no remedios; esa enfermedad que nace, según se dice, de la vida civilizada, siendo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 abril 1919: 4. No recogido.

desconocida en el puro estado de salvajismo, como lo son otras varias, minaba su organismo y le conducía fácilmente hacia el provisto desenlace. La tisis se había localizado en la laringe, y la garganta del desgraciado se cerró, negándose a dar paso a los sonidos. Murió porque no podía vivir.

Buscando las causas de tan triste fin, que recuerda el de otro malogrado, el músico Usandizaga, se ha hablado de la bohemia artística, que desatiende los más elementales preceptos de la higiene, y gasta el caudal de la existencia como el pródigo su tesoro. Y también se han cargado en la cuenta los efectos de la miseria, la depauperación del cuerpo por la falta de alimentación nutritiva y sana, y a veces, doloroso es decirlo, por falta de toda alimentación... Se afirma que Julio Antonio sufrió el hambre, y que un día por calmarla, comió pedazos de papel de periódico fritos...

Sea o no leyenda, este caso me trae al pensamiento otro que en ocasiones se registra en Madrid, y siempre arranca protestas de indignación: el de los que sucumben en la vía pública, por efecto de la inanición y del frío. Y no obstante, Madrid es una de las ciudades más caritativas del orbe. Se pierde la cuenta de las instituciones benéficas que aquí actúan, y raro es el día en que alguna no llama a la puerta del vencindario, con aldabonazos anérgicos, solicitando

cooperación, que en general encuentran prontamente. La beneficencia toma todas las formas y recurre a todos los arbitrios; a cada paso se revela más activa. Incesantemente se reparten prendas de ropa, comidas a los menesterosos, cantidades, bonos, todo género de auxilios; son continuas las funciones benéficas en los teatros, las tómbolas, las rifas; la casa real contribuye con no flojo contingente en fechas señaladas; la reina se pasa la vida visitando hospitales y haciendo distribuciones; y la caridad privada, que se oculta, según el casi abrogado precepto evangélico, corre silencioso manantial, sumando sus esfuerzos a los restantes. Yo conozco casas aristocráticas en Madrid que tienen «sus pobres» fijos, y los socorren diariamente con cazuelas repletas y dinero constante. Se da a manos llenas. Sin duda se podría encauzar, regularizar este gran movimiento; pero aún no estando perfectamente organizado, es tan considerable, que cuesta trabajo creer que sus efectos no puedan prevenir desventuras como la de esas muertes en la vía pública, o en el rincón de una bohardilla desamueblada. Con todo eso, el fenómeno se produce, y estremece de angustia los corazones. ¿Se comprende tal evento en una gran capital y en una sociedad civilizada?

Tal vez pasaré plaza de persona de sentimientos poco cristianos, pero si se mira bien, me limito a

decir la verdad: que tales desgracias no tienen remedio; que son una fatalidad más, inevitable.

En el campo, es difícil que sucedan. Todo el mundo conoce a todo el mundo, y a sabiendas nadie deja morir a nadie de hambre y de frío. Siempre tiene la gente aldeana una corteza de pan y una cuenca de caldo, para evitar que una lámpara humana se extinga por falta de combustible. Lo que produce estos tristes fenómenos en las grandes ciudades, es el anonimato que atrae a ellas al criminal que se esconde y a la pareja de enamorados ilícitos que no quiere ser descubierto. Y el anonimato es la causa de que exclame la gente, al enterarse de que hay una nueva víctima:

--Pero ese hombre ¿por qué no habló? ¿Por qué no avisó que estaba muriéndose de eso?

¿Por qué? Mil razones lo impiden... Una de las más poderosas es el recelo que ha llegado a producir la falsa mendicidad. detrás de cada pobre que pide en la vía pública, se ve un simulador, un individuo que va a gastar en la taberna lo que sonsaca gimoteando. Así es que difícilmente engrana la piedad con el ruego, y muchas veces se da en la calle más de lo conveniente, otras se cierran los bolsillos, y se seca la flor de la compasión. En cuanto a la caridad oficial, sin duda, puede evitar la tragedia, pero como se ejerce dando largas de expedientes, como suele suceder, ya de nada

sirve, pues la gente, para morir, no espera a que un expediente sea resuelto. Y, sobre todo, cuando un individuo se halla gastado y usado, por decirlo así, por las escaseces de toda vida, lo primero que pierde es la energía defensiva, la fuerza para luchar. Física y moralmente está agotado. Y, en silencio expira.

La sociedad, la beneficencia, a su ver, no pueden evitar que pase esto. Se remedia lo que se ve y conoce; pero ¿y lo otro? ¿Cómo se socorre a lo que no tiene nombre ni realidad en la vida de relación?

Es, en resumen, una responsabilidad que alcanza a todos y a nadie; y este género de responsabilidades no cargan la conciencia. Yo ignoro si en otras grandes capitales (excepto Londres, donde sé que pasan cosas parecidas) se muere la gente en la calle de hambre y de frío. ¡Ah! En San Petersburgo, ahora que recuerdo, caen como moscas. Esto servirá de consuelo a la sociedad burguesa, tan motejada de cruel por dos o tres hechos, excepcionales, afortunadamente.

Nos hemos alejado mucho de Julio Antonio y su temprano fin. Hay que decir que causó impresión tristísima, y que sufrió la gente, que acababa de admirar su creación, un desencanto al saber que aquellas manos no modelaban más el barro, y que las obras encargadas al artista, que iban a traer a su casa la riqueza, jamás serían contempladas por ojos

mortales. Todo, la juventud, el genio, ayudaron a infundir mayor lástima. El entierro fue solemne y concurridísimo. Y ya se habla de un monumento, para perpetuar la memoria del que acaba de desaparecer...

Los monumentos son de actualidad, algunos por razones penosas. El de Barroso fue despedazado. El consagrado a Vara de Rey apareció desbaratado, no por violencia, sino por ese abandono, que nos hace más daño que violencia alguna. Nada podrá sorprenderme en materia de desidia, habiendo visto en Granada (hace años; hoy ignoro lo que pasará) el oratorio en que la Reina Católica oyó la primer misa después de entrar en la ciudad, estropeado por humedades y desatendido y al lado del altar que conmemora fecha tan sacra, un bajo relieve de mármol almacenado allí y que representa el mito no muy honesto de Leda y el Cisne.

La desidia no es fruto, por lo común, de la mala voluntad. La desidia es una mezcla de flojera y de ignorancia. La desidia es lo que causa--aunque parezca raro--las muertes por hambre y frío en la vida pública. La desidia de trabajar; la desidia de arreglarse la existencia; la desidia en buscar medios para la lucha... Hoy el trabajo humano se paga, es fuerza reconocerlo, y un par de brazos tiene su valor. Más bien son los brazos los que faltan--según se oye decir.--Esta convicción arroja alguna luz sobre el

problema del pauperismo y sobre la persistencia de la mendicidad, en la capital española. Pero la desidia se atraviesa ante las buenas resoluciones, y crea esos estados de pobreza crónica e incurable, tan dolorosos.

De los pobres que he conocido--y son bastantes--los que sinceramente quisieron trabajar, no se vieron en el caso de desplomarse muertos en una esquina. Pasarían sus apuros alguna vez; pero comieron, y no les faltó techo. Iban remediándose. Tuve una costurera, que con su jornal se arreglaba perfectamente; por su desgracia, un sobrino que con ella vivía se lo gastaba todo en vicios. Este sobrino disfrutó de un buen empleo, y por pereza y desidia lo perdió. Llegó a tender la mano, en la calle, y a carecer de una camisa para llevar debajo de la desgarrada chaqueta. La sociedad no era responsable de ello. Aquel hombre pudo aletear y hasta gozar de cierta holgura. No quiso. Y si un día le recogen en el ángulo de una plazuela en una madrugada de diciembre, tieso, no habrá que maravillarse. Cada cual ha de responder de sus actos, y no puede extenderse a tanto la tutela social.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

220

CRONICAS DE ESPAÑA--LAS LENGUAS REGIONALES*

Por la condesa de Pardo Bazán

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1919.

Cuando el regionalismo no enseña los puños cerrados, ni ruge, tiene asegurada la victoria. Es la victoria por la gracia, por el atractivo. Y yo me he puesto a meditar sobre este probrema, y he sacado en limpio que es problema de laringe. Voy a tratar de explicarme.

Los idiomas regionales, o dialectos, o fablas, o falas, o como ustedes gusten, son diferentes entre sí. ¡Vaya una noticia!, me gritarán. Es que en tal diferencia consiste el secreto de que sean simpáticos o no. Hay dialectos (uso esta palabra en su acepción política) que rascan las garganta. Hay otros que la acarician. Lo mismo sucede con las lenguas oficiales.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 mayo 1919: 4. No recogido.

El italiano y el portugués son de los últimos. El castellano ya suena algo duro. El catalán, más aún.

Hice yo esta observación cuando me entretenía en recitar, en voz alta, versos en distintos idiomas. Sólo media hora resistía la recitación castellana; y una hora, hora y media, podía sin molestia alguna recitar en francés, italiano o gallego.

De notar tal fenómeno vino el reparar en la impresión que causa, al pasar la frontera, el oír por primera vez, después de algún tiempo de no oírlo, el castellano. Parece muy dura la lengua, muy fuertes los sonidos. Al pronto, creyérase que disputan o riñen los que no hacen sino conversar.

El Sr. Bastena, en un artículo reciente, fechado en Bucarest, expone una serie de consideraciones que se relacionan con este mismo asunto. Nota la dulzura y miel de otras hablas, al lado de la pronunciación castellana moderna. Hace constar cómo en boca de los hebreos expulsados se ha conservado el probable tono del español de entonces, de hará cinco siglos, y cómo es semejante a la actual pronunciación americana. Deduce de esto que el español de las grandes centurias heroicas no se parecía al recio y virilmente áspero que se emplea hoy. Lo cual indica que no debe juzgarse del estado moral de los pueblos por el habla. Del catalán puedo decir que, aficionada como soy a aprender versos

en varias lenguas, me aprendí unas cuantas brillantes estrofas de la Atlántida, de Verdaguer, y un día tuve la impresión de soltarlas delante de Pepe Yxart, convencido catalán. Y me contestó que le habían gustado «mucho más que en catalán». Comprendí la fina sátira. Yo, sin poder evitarlo, las había suavizado. Mi laringe me lo imponía...

La forma de la laringe es probablemente un rasgo de las razas. Mi laringe, por lo menos, no resiste asperezas, porque se pone enferma, y mi voz enronquece. Y hace dos días, en el teatro Real, noté que mientras los cantantes, al hablar en español, no parecía que desentonaban desagradablemente, cuando se servían del gallego, se adaptaban admirablemente a la música.

Y pensaba para mi ensayo, escucharlo al gran barítono Galeffi, que entonaba su cántica en gallego: ¿podría nadie creer, hace veinte años, que en este escenario se llegase a cantar en tal lengua? ¿No es fenómeno bien singular?

Al mismo tiempo que en nuestro primer teatro lírico se oye cantar en gallego, las canciones gallegas, los modismos gallegos, el ambiente gallego, dominan en otro teatro, donde con aplauso continuo se representa lo que más que «estudiantina», es «gallegada»: La casa de la Troya.

Yo fui quien primero trajo a la escena española, con mi diálogo La suerte, esa forma híbrida del

castellano y del gallego, que después se ha prodigado tanto. No era posible escribir, para el público de Madrid y de España en general, en puro gallego; ni yo lo domino tanto que la empresa me fuese fácil. En castellano castizo, tampoco se podía hablar de sentimientos y de ambiente tan regionales como los que elegí. Y entonces opté por esa mezcla de hablas, por ese catellano empapado de gallego. No era una determinación caprichosa: en Galicia casi se usaba esta hibridación tanto o más que la «fala» genuina. El público oyó el dramita con entusiasmo, y lo entendió, que es lo que yo deseaba sobre todo.

Hoy está familiarizado con esta forma peculiar. La casa de Troya, adaptación por Linares Rivas de la célebre novela de Pérez Lugín, está en gran parte embebida de esa deformación del castellano, a la cual contribuyen la pronunciación y el acento. Debe notarse que uno de los atractivos de Galicia es el dejo mimoso de sus mujeres. Este dejo--cosa singular--me recuerda a veces, por sus inflexiones, lenguas orientales que no entiendo, pero que han sonado, mucho en mis oídos, como el ruso. Cuando poco ha la actriz Srta. Bárcena aragonizaba el tono de un personaje ruso, yo pensaba que era difícil irse más lejos de la realidad. El ruso es muy suave y musical, aunque ello parezca raro, dados los modales que por allí se gastan.

Ambas obras, La casa de la Troya y Maruxa, son testimonios de esa victoria mansa y benigna del regionalismo a que me referí. Verdad que mientras La casa de la Troya es de lo más genuino que cabe, Maruxa no lo es tanto, ni la mitad, sobre todo en el libreto. Los gallegos han protestado siempre contra este libreto de Maruxa. Ni los nombres, ni los hechos, están en relación con la partitura, y es lástima, porque siendo ésta muy sentida y muy encantadora (a pesar de algunas reminiscencias inexplicables, como la del Fuego encantado, en el segundo acto) no se puede calcular lo que ganaría si tuviese un libreto más admisible.

En efecto, en Galicia no hay «pastoras» ni «pastores»; no hay tipos como el «Rufo», ni los gañanes enamorados se expresan tan líricamente como «Pablo», nombre que por cierto parece escogido por el enemigo, porque, que yo sepa, no lo lleva labriego alguno. Repito que es lástima, pues sería fácil corregir impropiedades que así saltan a los ojos. Este libreto pide revisión. Pablo debe llamarse Mingos, Berte o Nelos, y Maruxa, en vez de ovejas, debe llevar al prado una vaquiña.

Esto de las ovejas da que hablar todas las noches a los espectadores. ¿Es qué no hay ovejas en Galicia? Sí, las hay; pero nadie se figura que expresen ni aquel paisaje ni aquellas campesinas. Las hay; pero bien

pocas. Nota común del paisaje leonés y castellano los rebaños de ganado lanar, siempre constituyen una excepción en Galicia. Es la vaca, lo que guían con un «adival» las rapazas de «pralá». Y si a Maruxa, en vez de pastora, la llaman rapaza, todos nos entenderíamos.

Por fortuna, son de leche de vaca nuestros quesos, que, por desgracia, no avanzan tanto en su elaboración como fuera de desear. Por mejor decir, retroceden. Yo sentiría que perdiesen su forma, que sin duda recuerda el culto de la Afrodita o de alguna divinidad fenicia análoga, como la Astarté, pero me alegraría de que fuesen cada día más sabrosos, pues este queso «de tetilla» bien hecho, es exquisito, cuando no lo desnatan y lo confeccionan con alguna policía y cuidado.

Volviendo a Maruxa, sus temas musicales que proceden de Galicia--foliada, alalás, canciones, alborada, riveirana--son de lo más bello, y agrada ver cómo esa música, reina de las músicas populares, conquista su puesto al sol, en el regio Coliseo. ¿No preferís, con todas sus impropiedades de libreto, esta égloga fresca y gentil a ciertas óperas tan ñoñas como El secreto de Susana, tan bobaliconas como Luisa, que este año impusieron a nuestra probada paciencia? No existe un público más resignado que el del Real. Pero también, «si le dan grano, come grano», y Maruxa ha

sido el grano de maíz sabroso con que se ha amasado una «bolla» gustosísima, y que aunque pudo serlo más, a nada que se tuviese en cuenta la verdad de un ambiente...

Hasta en las decoraciones faltó. La casa solariega parece un chalet suizo. Las montañas de Galicia nunca se asemejan a las que salen en Parsifal. En fin, esto sería lo de menos...

Galeffi, de seguro, hablará en el extranjero, para donde sale, de cierta ópera rara que cantó en Madrid, y donde hay unos temas musicales que él no sospechaba, y que al público le transportan. Y dirá las ovaciones que se le tributaron, a pesar de que algunos reparones le censuraban la gorra de piel de conejo, en Galicia profundamente ignorada, y las abarcas, con las cuales pasa dos cuartos de lo mismo... ¡Qué cosas tan nuevas se aprenden viajando! exclamará el divo, mientras tararea su cantiga galiciana... Sí, sí; el mundo no está todavía descubierto enteramente.

221

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la condesa de Pardo Bazán

(Para LA NACION)

MADRID, abril de 1919.

El teatro Real hizo este año una campaña desdichadísima. ¿Por qué? Si se mira, no es que hayan faltado divos, y hasta alguna diva que otra; pero ha venido tan desperdigada y tan mal enfocada su labor; han permanecido, los mejores, tan corto tiempo actuando; se ha suspendido tantas veces la función, pasándola a otra fecha y desorientando a los espectadores con los continuos cambios, que aquel reposado y delicado disfrute de la gran escena lírica de Madrid, que era lo más apetecido y grato de la temporada de invierno para la gente distinguida y visible de la corte, bien pudo borrarse de la lista de los goces y satisfacciones entre artísticas y sociales.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 26 junio 1919: 4. No recogido.

El que va creyendo oír, vg., Thais y se encuentra con Aída o con El secreto de Susana; el que, confiado, por afirmaciones autorizadas, en que los miércoles no se abre el Real, ve que le dan la función correspondiente a su abono en el mismo día clásico de moda en la Princesa, al cual también está abonado, y que ha de perder el uno o el otro; el que rehusa una comida porque supone que le «toca» en el regio coliseo, y resulta que no hay tal toque, queda, es lo natural, gruñendo y refunfuñando, al descomponérsele todo el plan. Bien quisiera protestar; por falta de iniciativa y de unión no lo hace, y calla, pero se encierra en el propósito rencoroso de no volverse a abonar. Ah, eso no! «El año que viene, no me atrapan...» «Un teatro tan caro, y que siempre está dando disgustos...»

Anoche se estrenó en ese teatro tan caro El Avapiés, ópera española, de autores españoles, cantada en español, después de haber sido anunciada, señalada, suspendida, y vuelta a suspender, diferentes noches. Así es que hasta el momento de subir el telón, dudó el público si no iban a comunicarle el aviso de que ya no era El Avapiés, sino Payaso, u Orfeo, lo que oiría cantar. Por fin, salimos de la curiosidad, y salimos con bien y gustosamente, pues la ópera, sin producir el desbordado entusiasmo que produjeron, por ejemplo (en otro escenario, es verdad), Las golondrinas, de

Usandizada, agradó y fue calurosamente aplaudida; y supongo que si la estrenan algunos días antes, hubiese alcanzado varios llenos, lo cual no es grano de anís, pues el recinto del Real suele venir muy holgado al público, y ofrecer ese aspecto de penumbra melancolía de los sitios donde se habla a media voz, como si en vez de un teatro fuese una iglesia...

Y puesto que he tomado por tipo de comparación Las golondrinas, me precipito a decir que no tengo en música la competencia suficiente para apreciar, en el terreno técnico, el valor de esta obra, ni el de El Avapiés. Tal vez, para mí, Las golondrinas fueron una grata sorpresa, y El Avapiés, una simpática tentativa. Si son algo más, no lo sé: díganlo los muy entendidos.

Las obras maestras del arte, lo mismo en lo musical que en lo literario, se reconocen en su tenaz persistencia en inquietarnos, atraernos y estar presentes a nuestro espíritu. No son el estallido de un momento: se parecen al verdadero amor en que se agarran al alma, y no se apartan de ella hasta que colman sus ámbitos. Las golondrinas, lo recuerdo perfectamente, se oyeron con placer y hasta con transporte--algunas noches no más.--Lo sucedió con La llama, del propio malogrado compositor vasco. Y repito que no tengo la suficiencia necesaria para calificarlas y clasificarlas. Sólo sé decir que no hay en ellas ese

poder avasallador, esa juventud eterna que sorprende en El barbero de Sevilla (para citar una ópera que conozcan todos). Pasan años, pasan siglos, y ciertas inmortales creaciones no se marchitan.

¿Podremos aplicar la misma medida a El Avapiés? Se me figura que sí. Esta ópera, en la cual se designa el propósito de reflejar un ambiente típico, el de Madrid de 1800, ha gustado, interesa, y, sin embargo, es fácil que no vuelva a cantarse en la próxima temporada. Si este fenómeno de olvido--que puede observarse en Juan Garín, en Los amantes de Teruel, en Margarita la Tornera, en otras óperas de asunto y autor españoles--se produce respecto de El Avapiés, será que obedezca a alguna causa general y profunda. El Avapiés reproduce aspectos de un Madrid arcaico y, sin embargo, semejante por muchos estilos al actual; y este fondo causa un movimiento de simpatía en el público, una exposición de cariño; mas no es la primera vez que se traen al teatro las tradicionales costumbres, las pintorescas gracias del madrileñismo, y ese sabor de lo castizo, que resfresca las bocas amargadas por los ajenjos modernizantes... ¿Podemos, con todo eso, cantar definitiva victoria? En la mayor parte de las críticas de prensa de El Avapiés, la influencia del libreto parece superior a la de la música.--El libreto--que algo recuerda, sin servilismo, y con las

diferencias capitales de la fecha histórica, el de un Episodio nacional de Galdós--es el atractivo de esta obra, que está llamada tal vez a obtener lo que se llama «un exitazo» en Nueva York, donde parecerá la esencia misma del carácter de España. Sobre todo, el acto segundo con su desfile de magos populares, humorísticos y religiosos; con su procesión alegre, hasta algo carnavalesca; con su tarasca y su tarasquilla, sus zancudos, sus gigantones, sus enanos, sus mojigones y mojigoncetes; con sus moros de guardarropía, sus alguaciles, sus majas que bailan la zarabanda y el fandango y entonan la tirana, y se tercian la mantilla, y se insultan y se quieren lanzar sobre el moño de sus rivales; ese cuadro lleno de animación y vida, más viviente acaso que la realidad, aun siendo la del Madrid callejero, no podía menos de romper el hielo que este año en el Real pocas veces ha sido derretido por alguna «fermata» de Titta Ruffo o por alguna deliciosa actitud de la Vix.

Y bajo ese jocundo oleaje de agitación popular, han sabido el libreto y la música inpregnarse del trágico sentido del embrujamiento y el remordimiento, y la «Ronda del pecado mortal» es una nota sombría y siniestra que hace sentir el escalofrío del más allá, evocando el mar de sombra en que todo acaba.

Podemos pues, decir sin temor que «una» ópera española ha triunfado, al menos en sus primeras

representaciones, que pocas serán, pues la temporada va de vencida, y ya están las señoras divorciadas de los espectáculos y recluidas en sus ejercicios piadosos. ¿Se ha de entender por eso que haya vencido «la» ópera española, ese ideal tantas veces preconizado, tantas iniciado, y para cuya realización se construyó el teatro más suntuoso de Madrid, dedicado hoy a cinematógrafo, en que velaba el telón magnífica cortina de encaje de Bruselas? (Lo cual, por cierto, no guardaba mucha relación con el sueño castizo, según el cual la cortina debiera ser de blonda catalana o de blando punto almagreño). No seguramente. La ópera española, después de estrenado El Avapiés, sigue siendo sólo una aspiración. Conviene que esta aspiración dé señales de vida y ha dado una muy importante, con la obra de los maestros Angel Barrio y Conrado del Campo, en lo musical, y de Tomás Borrás, en lo literario. De esto a tener resuelto el problema, va mucho. Y envuelve este problema una dificultad esencial: no falta quien crea que ya estaba resuelto; que lo factible con elementos españoles en el terreno lírico se hizo, y se hará tal vez de nuevo, en la forma nacional de la zarzuela.

Se cita el ejemplo de La bruja, el de El arillo de hierro, el de La tempestad, el de Marina, y más que en música, al fin inspirada en extranjeras normas, se

quiere ver en esa obra propiamente, inconfundiblemente nuestra, el aporte que podemos ofrecer al tesoro musical de nuestra edad, sin sacrificar nuestra fisonomía artística. Y nadie podrá negar que España sea rica en motivos musicales populares; más rica, de fijo, que ninguna otra nación, sin exceptuar ni a Hungría y Bohemia, tan dotadas de poesía en los cantos y motivos nacionales. España no solamente es fértil en lo que se entiende universalmente por aires españoles, sino de un modo especial en las melodías del norte, y yo, que no exagero la nota regional con detrimento de la verdad, aseguro que tengo por lo más bello que oídos humanos pueden gozar y sensibilidades delicadas pueden percibir, algunos temas gallegos de música. Siendo así, ¿cómo no ha de estar prometido un porvenir gloriosísimo a la ópera española?

A mi ver, es que la ópera no puede surgir aquí con el empuje con que ha surgido en Italia y en Alemania, sólo mediante la virtud y la gracia de los cantos del pueblo. La ópera siempre se basará en lo profundamente nacional; pero interpretado por un compositor cuya inspiración sea individual y cuya maestría vaya más allá de lo popular solamente. Este compositor dominará el asunto y no será dominado por él. Y así puede sostenerse que, vg., en una obra de Rossini o de Bizet, hay más España que en <u>El Avapiés</u>, y hasta más ópera española.

222

CRONICA DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1919.

Entre otras huelgas, tuvo que lamentar Madrid, durante esta primavera, la huelga del padre Sol. Nunca se ha visto llover con tal denuedo, granizar tan tercamente, y difundirse por el aire tal humedad pegajosa y reumática. Nunca las calles fueron así lodazales, ni las aceras ríos, como en estos últimos tres meses. Madrid había cambiado de aspecto. Madrid sin su «bermejazo platero de las cumbres» es distinto de sí propio. Por fortuna, pareció que Febo se apiadase de su metrópoli favorita y el cielo estrenó, ya el Domingo de Ramos, en que es ley estrenar, un ropón azul muy lucido y joyante.

Los balcones lucieron palmas, y las mujeres sacaron del cajón las mantillas para ostentarlas en los

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 julio 1919: 4. No recogido.

dos días de Semana Santa, con estribillo de claveles. Y, cuando ocurren tales incidencias, he aquí que cae el Ministerio, y sube al poder un hombre que es un símbolo nacional: don Antonio Maura. Ha tenido de bueno la crisis última la rapidez: apenas planteada, y aun casi sin plantearse, al menos en lo ostensible, tuvo solución. Gracias a Dios, nos hemos ahorrado ese período de las «consultas», que ha solido prolongarse días y días, teniendo en suspenso la vida administrativa y la política, y dando lugar a que se propalasen las especiotas más disparatadas. Esta crisis, por lo menos se reveló fulminante. Ojalá tan buen ejemplo haga estado, y se acaben las consultas para siempre jamás, amén.

Uno de los inconvenientes de tales consultas era, a mi ver, aun cuando nadie se ha fijado hasta hoy en este aspecto del asunto, que se consultaba a los políticos de oficio solamente. Es decir, que eran consultas de suyo interesantes. Cada político hablaba según sus intereses, según sus preferencias, según sus resquemores recientes o antiguos. A pesar de esto, poco influjo ejercían sus opiniones en el ánimo de quien las escuchaba. Generalmente, se oía decir de antemano cuál iba a ser el resultado de la crisis. Es decir, que las consultas eran mera fórmula. ¿Por qué--pensaba yo en tales casos--nos consulta a alguien que,

sin ser político de oficio, tiene sobrado entendimiento, cultura y hasta patriotismo para opinar? De ese modo podría decirse que el país colaboraba en la obra política, el país desinteresado imparcial, hablando por boca de sus mejores representantes. La cosa parecía tan natural como justa. ¿No dicen que hay que romper los viejos moldes?

No tengo cerradas preferencias por tal o cual jefe de partido, creo que es puramente nominal, las más de las veces, lo que los separa y diferencia. Pero, al ser llamado al poder don Antonio Maura, mi misma imparcialidad me obliga a masa de opinión, de opinión sincera y fuerte, que ha sabido manifestarse de un modo explícito, enérgico y bien definido. El «mito Maura» ha tenido la virtud plasmadora que se atribuye a los antiguos mitos: ha suscitado sentimientos, ideas sociales, y se puede afirmar que, en medio de un ambiente letal o turbio, ha sido una ráfaga de aire sano y vivo, que, en gran parte, creó pulmones juveniles, de multitudes con brío y entusiasmo.

Para que no se crea que hablo como maurista--yo quisiera permanecer más allá de los partidos--diré que temo, al venir don Antonio Maura al poder, que los historiadores de mañana tengan que decir que las masas del «mito maurista» fueron superiores a su ídolo. Y lo temo, porque el poder es una especie de sorda lima que

gasta a los hombres. El poder se hace con transacciones, con contemporizaciones, con vacilaciones hasta involuntarias, y los dorados de las aureolas se descascarillan pronto, en este trajín. Son además fatales las circunstancias, y peligrosos los tiempos, y fecundos en sorpresas y asechanzas. Los meros aficionados, los que desde afuera contemplamos el espectáculo, tenemos una idea: se nos figura que muchas de las dificultades que entenebrecen el horizonte pudieran conseguir fácil remedio. Y, en primer término, coloco la al parecer pavorosa cuestión de las subsistencias. Será ilusión, será pretensión mal fundada; pero fantaseo que, si me hiciesen ministro de abastecimientos, arreglo el conflicto en dos o tres meses. Bastaría suprimir intermediarios, perseguir de verdad la exportación de toda materia cuyo encarecimiento compromete la seguridad pública, e intensifica--por cualquier medio, pues en esto no cabe elegir--los transportes. Dicen que esto es un sueño. Entonces, tumbémonos para morir.

Pero no hay que hacer caso de los que encuentran imposibilidades continuas, puesto que la mayor parte de las cosas, con voluntad no se rectifican y ponen en marcha como obra de encantamiento. En España suben diariamente ciertos artículos, y a veces sin más razón que el capricho y codicia de los expendedores. No se

debe tolerar. Es preciso resueltamente, ir a la baja. Son detestables los motines; pero, si descartamos su aleación política, y los situamos en la esfera de lo puramente económico, hay que reconocer que se explican. ¿Qué comen los pobres? se pregunta el que reflexiona. Ya no hay comestibles de defensa. El bacalao, las patatas, han pasado a ser artículos de lujo. El pan, los garbanzos se elevan también en el mercado, y sucede algo que se comprende bien: los jornales y salarios aumentan en proporción sorprendente; pero de nada sirve, a no ser para redondear el negocio de los expendedores. No se combate el hambre con acrecer los jornales, sino con que las subsistencias tengan un precio justo.

Lo conseguiría el Estado, hasta sin necesidad de extremar las multas y persecuciones a los acaparadores, acaparando él, para revender barato todo lo barato posible. Esto no pueden hacerlo los Estados de otras naciones devastadas por la guerra, por falta de productos. España lo produce todo con bastante abundancia, a pesar de que pide trigo y maíz a la Argentina; pero acaso se deba esto a mala distribución o a diferencias económicas que ahora no vamos a aquilatar. Y no diré que no deba España exportar lo que le sobra, porque sobra de muchos artículos; lo que parece claro como la luz, es que mientras no se pueda

comer en casa no será discreto llevar los víveres a la del vecino.

Es un signo de los tiempos, esta importancia capital atribuida a la cuestión de subsistencias, porque antaño no se oía hablar mucho de ella, y las ideologías iban por cima de lo práctico. Ahora, en un salón, en un teatro, en la calle, sólo oís discutir sobre carbón o alubias, carne de vaca y pan candeal. Se afirma que, con la guerra, ha disminuido la población de tantas naciones. La de España en cambio, parece aumentar todos los días, y cuando hay, gente, hay bocas que tragan. El eje de nuestra vida social, son las subsistencias.

Lo más curioso es que, al encarecer los artículos de consumo, se multiplican los consumidores, y justamente para arrebatarse lo más caro y selecto que se ofrece en los escaparates a la golosina o glotonería del público. Los espárragos y la fresa, como «primeurs» de esta primavera encharcada y tardía han sido cotizados a peso de oro. El «foie gras» de Estraburgo, de Carabanchel, reaparece triunfante. Las gallinas, a precios inverosímiles, ya no se encuentran. Todo se despacha, y sahumado: el salmón, los langostinos, los cangrejos. Con cierta sorpresa veo en uno de los mejores colmados de Madrid que gente de blusa y de chaqueta tosca merienda jamón de York,

quisquillas, pavo trufado, y lo riega con un vino clarete bastante fino.

El «champagne» ha sido de lo que más ha subido: la botella de Möet que costaba a ocho pesetas está ahora a veintidós. Y, con tal motivo, han empezado a acreditarse marcas de «champagne» español, que la rutina de la moda declaraba vergonzosas para un convite. Yo ya sabía que en España se fabricaban champagnes muy agradables y muy semejantes a los que también fabricados nos venían de Francia y sabe Dios si de más lejos, porque en Alemania, he oído decir que en Hamburgo, se producía a raudales el espumoso.

Siempre creí que debíamos aspirar a consumir de nuestros vinos, y nunca olvidé la convicción que traje de Cataluña de que allí eran excelentes algunos «champagnes». El «champagne»--sépanlo los que lo ignoren--se hace muy bueno cuando se hiela debidamente. Como la cerveza, el «champagne», a la temperatura normal, es poco grato. Enfríen bien el «champagne» catalán o jerezano y me darán noticias. Verdadero «champagne», casi no lo hay en el mundo, y cuando lo bebí auténtico, en casa de una gran señora francesa, la anciana condesa de la Châtre, confieso que no me entusiasmó. «A todos les pasa lo mismo», dijo la señora cosechera, sonriendo.

223

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1919.

Esta es la época de las exposiciones, y cada semana se abre una. Hoy es la del pastelista Béjar; mañana, la de los bustos y obras menores del malogrado Julio Antonio; ya se trata de paisajistas, ya de caricaturistas; y se anuncia la exposición de trabajos en hierro, desde los tiempos más remotos, con el contingente de los descubrimientos y excavaciones recientísimas, que ha rendido tal fruto para la ciencia y para el arte, y entre las cuales figuran en primera línea las realizadas por el marqués de Cerralbo.

Puede decirse que este prócer ha encontrado un tesoro, en la cuenca del alto Jalón. El pasado ibérico se iluminó con repentina luz, como si en en el antro de los siglos agitasen una antorcha. Todo reapareció,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 16 julio 1919: 4. No recogido.

desde los enormes animales del período paleozoico, los elefantes cuyas defensas miden tres metros de longitud, hasta el elegante collar de las sacerdotisas iberas, y la piedra en que probablemente eran amarradas las víctimas humanas, para el cruento sacrificio. Y digo probablemente, porque no está del todo probado que tal costumbre existiese en España de entonces. En los textos primitivos no hay referencias que autoricen la hipótesis. En cambio, no ignoramos que se practicaba en Grecia, y que antes de la batalla de Salamina, se propició a los dioses con numerosas inmolaciones de seres humanos.

No pretendo vindicar a España de un cargo que, realmente, es de los pocos que no se le han dirigido. Es hasta verosímil que en los ritos fúnebres se incluyese, como en Grecia, el del sacrificio de mujeres, servidores, caballos y aun amigos que se ofrecían gustosos a acompañar al muerto a las sombrías regiones de donde no se vuelve. Cuando se verifique la exposición, y pueda dar cuenta de ella, añadiré algo respecto a la famosa piedra y su significado.

La exposición en que yo tengo parte muy principal, pues presido el taller que la realiza, en más pacífica, delicada y femenil. Trataré de [la] bisanual del Taller del encaje, y naturalmente son sutiles labores de la mujer lo que allí va a contemplar el público,

siempre muy numeroso en esta clase de fiestas, llamémosle así.

El Taller central del encaje es pequeño, y su labor más intensa que extensa. No emplea esta manufactura, subvencionada por el estado con no muy fuerte cantidad, un número grande de obreras, porque los trabajos que allí se realizan son exquisitos y piden manos hábiles. No produce mucho dinero el taller, y hasta puede asegurarse que cuesta bastante, más de lo que produce; pero yo creo que este es el necesario resultado de una manufactura que se instala con el propósito de dar modelos y tipos a un género artístico, y de extender la cultura, sin perder de vista la beneficencia. Las obreras del taller del encaje están bien alojadas, en salas ventiladas, con buena luz; tienen calefacción de invierno; su moralidad se halla garantizada por el aislamiento, que las salva de la promiscuidad fabril; y, a diferencia de otros talleres industriales en que el aprendizaje se paga, son pagadas ellas por toda labor que ejecuten, aunque sea, como suele ocurrir al principio en las profesiones, descuidada y tosca. Poco a poco van adquiriendo destreza las encajeras, y adquiriendo maestría. Pero, en tanto que no la adquieran, no les falta pan.

En esta exposición se admirarán labores dignas de Aracnea. Además de sorprendente «Escudo de los reyes

católicos», ya exhibido hace dos años, en la anterior se verá el cuadro de encaje de Milán, que representa complicada cacería, y es acaso lo más artístico o de lo más artístico que he visto en la materia, aun incluyendo lo expuesto en museos como el de Cluny. Al mirar este sorprendente trozo de encaje, experimento cierta extrañeza de que lo hayan elaborado las manos de unas obreras madrileñas del siglo XX, tal es el carácter arcaico de su ejecución y de su estilo.

No diré yo que estas labores de arte tan fino tengan una gran difusión, pues rara vez la tiene lo muy selecto; sin embargo, la aficción al encaje va haciéndose más general de lo que era hace veinte años; y aun cuando no ha conseguido la mantilla destronar al sombrero, ya va estando más introducida en las costumbres, goza de mayor consideración, al no hallarse relegada a los cajones solitarios, de donde nadie la sacaba en años larguísimos, y donde cogía dobleces entre vaho de alcanfor y pimienta. Una de las más activas secciones del taller es la de «entolado» o sea compostura de mantillas y velos viejos y rotos, que salen como remozados y vueltos al tiempo en que eran realce de las beldades morenas que retrataba don Francisco Goya.

El Taller de encaje, ciertamente, no ha abusado del reclamo, ni siguiera de la publicidad. De boca a

boca de señoras discretas, ha ido cundiendo su reputación, más sólida cada día. Yo puedo decir todo esto, porque si bien presido el Taller y hago por él cuanto me es posible, con igual absoluto desinterés que las demás señoras de la junta, la verdadera amparadora, con su labor constante, de tan benéfica institución, es mi amiga la señora de Beruete, viuda del insigne paisajista Aureliano Beruete, y madre del crítico e historiador de arte, y hoy director del Museo del Prado, hijo único de aquel artista y que lleva el mismo nombre, en un ambiente de arte ha vivido siempre esta dama noble y modesta, en quien la sencillez y el perpetuo luto no son notas abligadas, sino voluntarias, pues disfruta de una posición muy brillante, y el taller es para ella como su casa, y las obreras como hijas.

Esta ausencia de reclamismo en el taller contrasta con el reclamo furibundo que hoy ejerce, y acerca de cuya licitud tengo mis dudas. Por ejemplo, estos días se ha estrenado en Madrid una película cinematográfica, que se anunció durante un mes, nada menos que paseando por las calles una carroza enorme, con letreros fantásticos, al lado de la cual caminaban buzos con escafandras, y que se pregonaba como lo más sorprendente y científico, por haber conseguido sus creadores reproducir la vida del fondo del mar.

Titúlase la película El ojo submarino, y todo el mundo supuso que sería algo muy extraordinario, sin acordarse de que lo muy pregonado suele ser lo peor. Y en efecto, la película a cuyo estreno asistí, fue silbada, abucheada y aburrió a los espectadores. Sólo en algunas escenas salía a relucir el «fondo del mar», con peces que por cierto me parecieron mecánicos, y sin que nada de nuevo nos presentase, que no hubiésemos visto mejor y con más realidad en las ilustraciones de los libros de Julio Verne. De aquí el desencanto del que no llamar auditorio, porque no se trataba de oír, sino de ver. Y lo visto fue poca cosa.

Va picando en historia esto de las películas. Verdad que algo de lo mismo pasa con las obras teatrales. Las más bombeadas de antemano suelen ser las peores, y aquellas de las cuales se dice en letras de molde que obtuvieron un «éxito clamoroso» son las que se recibieron con mayor frialdad. En cambio otras--y me limitaré a citar Trianeras--puestas de pelo de conejo por la prensa, al otro día de estrenarse, llenaron el teatro infinitas noches, y gustaron muy de veras a todos, y hasta los que tenemos exigencias literarias en la escena nos rendimos al gracejo y el sentimiento local de esa obra que por poco sale degollada...

Ya el público, va estando en el secreto. Ya desconocía de reclamos y de bombos, de degüellos y de

pateaduras. Sin embargo, todos somos un poco grey, todos tendemos a creer lo que nos cuentan, y la carroza de carnaval de El ojo submarino no contribuyó poco a llevar oleadas de gente al teatro donde se estrenaba la deficiente película. Si de nuestro espíritu quitásemos lo que corresponde a cierto candor, a cierta bobaliconería análoga a la de los paletos, quitaríamos muchas libras de peso, porque la credulidad es cosa esencialmente humana. He oído referir una anécdota que supone inventada, pero que pudiera corresponder a estas observaciones si fuese auténtica. Cuéntase de un mujer ilustre, famosa en el arte, que en un viaje a América manisfestó interés por «ver» la línea ecuatorial. Y, en sus gemelos marinos, introdujeron un pelo, asegurándola que se veía la línea; y en efecto, creyó verla. ¿Quién no tiene momentos de ingenuidad, quien no deja a un lado el espíritu crítico, por descansar el alma?

Así es que no aconsejo a mis lectores de Buenos Aires que desconfíen de las carrozas anunciadoras y de las películas, cada vez más sandias, que se estrenan. Mientras creímos que íbamos a ver, el fondo del mar, estuvimos satisfechos. Si luego nos convencimos de que el tal fondo no tenía fondo, no por eso dejamos de haber disfrutado una ilusión de curiosidad y esperanza.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

224

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1919.

El congreso nacional de medicina y la exposición que con él se relaciona, aplazados a causa de la guerra, se han inagurado por fin en Madrid, con el concurso y las simpatías de todas las clases sociales, ese concurso y esas simpatías fácilmente demostradas en banquetes, sucintos, encomiásticos de la prensa, benévola curiosidad del público y deferencias de los organismos oficiales. En cuanto a los particulares que pudieran realizar algún acto halagüeño para los congresistas, no sabemos lo hayan hecho. Ignoro si en otros países hay en esto más ambiente: acaso tampoco lo haya. La ciencia, o mejor dicho, sus aplicaciones a la medicina e higiene, es algo que interesa a los enfermos y a sus familias, pero la multitud permanece

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 25 julio 1919: 4. No recogido.

indiferennte ante estos adelantos, y hasta se muestra escéptica y recelosa. Al fin y a la postre, la muerte echa por tierra toda la labor de los sabios, y el dolor impera y sujeta con su garra a tantos míseros...

Yo no puedo menos de recordar, en esta ocasión, lo que me dijo tiempo ha la reina Cristina, que es muy inteligente en todo lo que a medicina atañe, y tiene en esto, más que barniz de cultura, verdadera competencia,--«Increíble parece--exclamaba,--que no hayan llegado a encontrar el modo de curar los catarros, un mal tan leve, tan difundido y tan molesto».--Y en efecto ello daba en qué pensar. Más todavía, se prestaba a reflexionar sabiendo que los pueblos salvajes, que se curan con yerbas, encantamientos y fórmulas mágicas, están libres de las impertinencias del catarro...

Hay dos grandes conquistas, innegables de la ciencia médica; una, la higiene; otra, en franco progreso, la cirugía. Y después de mucho discurrir, y escribir largas memorias y doctos tratados, la medicina ha venido a dar en el hito. El mejor específico no será (como opinaba el poeta Campoamor) el jamón combinado con la quinina; pero es, seguramente, la despensa, si no sibarítica, al menos nutritiva y colmada. La preocupación de los doctores actuales es el incremento de la tuberculosis, aterrador desde la

guerra, y tal incremento es debido a la escasez de la alimentación, causada por la guerra igualmente. Y este mal horrible, que se cura comiendo, sólo puede combatirse gastando mucho, millones, millones...

¿Será una revolución económica el medio de que coman todos y el azote desaparezca? Donde se ha hecho tal revolución, con sus consecuencias absolutas, es donde juntamente la gente se cae por las calles, de inanición, y una rata, para asarla, cuesta lo equivalente a diez y seis francos...

Parece que si se trata de comer, lo mejor es conservar el orden social. Y en cuanto a la tuberculosis, hay que atacarla, en esto no podemos disentir de los médicos; en cuanto a extirparla completamente, si no se descubre una vacuna eficaz que la prevenga, siempre será preciso contar con sus estragos, aunque la cooperación social, la beneficencia y la caridad hagan prodigios...

Yo he conocido también a tuberculosos que nunca carecieron de alimento suficiente, y que no por eso lograron evitar el mal, el cual vino a su hora. No dudo de la necesidad de que el género humano coma lo bastante; y así encuentro absurdo que se reduzca al hambre a naciones y razas, que, como en los días de los bíblicos éxodos, están ya pensando en emigrar a países donde no falte el aceite a la lámpara de la vida. No

quiero omitir que al pueblo de Dios le pasaba lo contrario: más comía en el cautiverio que en la emigración. Son testimonios las ollas de Egipto.

En el congreso que hoy se celebra en Madrid, hay una nota saliente, hay algo que absorbe la atención; y es una mujer, madama Curie. Ni joven, ni hermosa, ni elegante, ni casi femenina en la acepción que hoy tiene esta palabra; con un porte de modestia próxima a la humildad, la profesora francesa,--digo polaca, pero aclimatada en Francia,--responde totalmente en su aspecto a lo que de ella esperábamos los invariables partidarios del feminismo integral. Bien está que la mujer halague a los ojos con su exterioridad, cuando no tiene nada mejor que hacer; pero hay posiciones científicas que piden la seriedad exagerada del porte; hasta me atrevo a decir que el desaliño. Así nos habíamos figurado a la animosa colaboradora de su marido, a la coinventora del polonio y del radio, a la trabajadora de laboratorio. Así, y no con los ojos pintados, los labios abermellonados y las actitudes hieráticas que vino a ostentar en Madrid alguna dama extranjera, supuesta intelectual, que desconocía hasta el nombre de nuestros primeros literatos y artistas...

Y con el impulso de sinceridad que estas materias imponen, debo añadir que no acierto a darme cuenta exacta del valor de los descubrimientos del matrimonio

Curie. Parece que el radio tiene aplicaciones muy importantes en medicina, y es cuanto sé. Esto no pone ni quita al valor de los trabajos de madama Curie. No son esta clase cuestiones de las que se sabe de corrido el primero que pasa.

En la exposición hay cosas muy notables en aparatos de desinfección y coches de campaña para operaciones y transporte de heridos, que están seguramente a la altura de los últimos adelantos. Hay instalaciones balnearias notables, sobresaliendo en ellas la de Mondariz (Pontevedra), realizada con verdadero lujo, en estilo antiguo español. El rey se sentó allí y pidió un vaso del agua maravillosa; venía de la inaguración del Congreso, y traía sed. La bebió con delicia, aun cuando dijo, no le era necesaria para la salud. Y yo pensaba en el caso de esta agua, que se propagó hará cuarenta años, que pudo ser moda pasajera como otras aguas lo fueron, y que, en lucha constante, ha visto ascender su crédito, y acaba de resistir el embate de la guerra, que la dejó en honda crisis, casi sin envases y sin transportes, y va a resurgir más popular que nunca en América y en España, porque no era algo circunstancial, sino una realidad, y por eso sobrevive en medio de las azarosas horas que la hubieran arruinado, si no tuviese solidez para arrostrarlas.

Es de notar que hoy los médicos apenas envían a sus clientes a balnearios, y las aguas que sólo sirven bebidas al pie del manantial se resienten de esta veleidad, que de otro modo no sé llamarla. El porvenir es de las aguas de mesa. Estoy convencida porque lo he visto con mis ojos, de que las aguas de Mondariz, al pie del manantial, realizan curaciones sorprendentes; pero creo asimismo que el sostén de tal linfa es su exportación y difusión para la mesa, y en este terreno se le hace guerra cruda; porque hay aguas extranjeras y nacionales que aspiran a minar el terreno. En esto pensaba cuando en la instalación de Mondariz veis guardar cuidadosamente el vaso donde había apagado su sed el monarca...

Y unas máquinas, unas estufas, me interesaban, entre la innumerable maquinaria que la Exposición contiene. Eran las desratizadoras. Mil veces he repetido que no hay obra más útil e higiénica que la de la desratización. Los ratones y las ratas son una plaga más funesta de lo que se cree. No sólo destruyen sino que contagian. No pocas enfermedades las transmiten estos asquerosos roedores. Su fecundidad los hace más temibles. Se reproducen y multiplican como las moscas. No vale poner a precio su piel, ni lanzar contra ellos canes que tienen el instinto de perseguirles.

Los venenos, trigos rojos, etc., dan un resultado muy relativo. En el campo, pululan, y destruyen las hortalizas su diente terco. En los graneros hacen estragos. Donde quiera que pueden merodear, no dejan cosa a vida. Ahora están asaltando edificios y almacenes, y formando ejércitos, suben hasta en Londres, los sextos pisos. Si estas desratizadoras sirven de algo, es lástima que no existan en modelo más pequeño. El problema es que son enormes y deben consumir mucho sulfato o lo que sea. Busco la desratizadora de familia, y no la veo. Si la hubiese, no me voy sin ella.

Y, en vitrinas próximas, líneas de frascos de cristal, hasta coquetones, que contienen remedios. Suero contra ésto, suero contra lo otro, inyecciones de tal, inyecciones de cual. Las inyecciones son la panacea. Hay quien las teme más que a las enfermedades. No ha mucho encontré en la calle a un amigo atacado de grave padecimiento. Las frases de rigor:--«Estoy mucho mejor,--fue la respuesta.--He ganado tres kilos y han cesado los dolores que me atormentaban.--«Según eso--interrogué,--¿las inyecciones le sientan bien?--«Las inyecciones--contestó--las he dejado. A decir verdad, he dejado todo lo que era medicamento. Estaba cansado de sufrir»...

Este incidente menudo me parece un comentario poco respetuoso al Congreso de Medicina. No quisiera que así se interpretase. Respeto mucho la ciencia y admiro sus progresos a costa de tantos esfuerzos obtenidos. La clase médica española con motivo de la epidemia gripal ha dado pruebas de abnegación y es digna de todo elogio. Sólo quiero llevar una sonrisa ligeramente humorística a este grave terreno. Creamos, en medicina, lo que veamos: encendamos un cirio a Santo Tomás.

225

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

MADRID, mayo de 1919.

Entre la marejada política española asoma tímidamente, a veces, el problema feminista, y, como pajarillo que sacó la cabeza del nido y vuelve a esconderla asustado, al cabo de un segundo desaparece.

Este problema fue el que en mi juventud juzgué imposible que se plantease aquí nunca. Los hombres lo tomaban a chanza y hacían sobre él chistes muy manidos [y] pedestres, pero de infalible efecto en casinos y tertulias; las mujeres... ¡ah, las mujeres! se crispaban, se escandalizaban y se deshacían en protestas de sumisión a la autoridad viril... Eran las peores enemigas de las que pensábamos en reivindicarnos de derechos.

Y me propuse, entonces, dejar que las cosas fuesen por sus cauces. Demasiado sabía que ninguna novedad llega a nosotros, los españoles, hasta que nos la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 julio 1919: 5. No recogido.

remiten, bien empaquetada y con sus cintas color de rosa, de París. Y París, tan refractario en ésto como pudiera serlo la morisca España, no se acordaba de los derechos de la mujer; se hacía el sordo a las campañas feministas.

La guerra, con su empuje arrollador, puso de relieve las aptitudes que la mujer, hasta entonces, no había podido demostrar, y ahora Francia concede a la mujer el voto, que es la puerta de todos los derechos, y hasta--según las últimas noticias--le otorga la eligibilidad. Veremos si el hábito de la imitación hace que nosotros sigamos esta misma senda. Mucho lo dudo todavía.

El argumento que esgrimen los que se oponen al sufragio femenino, es decir que la mujer no está preparada, que no tendrá conciencia de lo que vota. Yo no puedo reprimir la risa, cuando tal digo. ¡Sí que está preparado el hombre (hablo en general), y sí que vota con conciencia! Casi no debe insistirse en tan evidente hecho... El hombre, o vota con su cacique, o vota con otro género de caciques, peores acaso, que son los inductores y agitadores políticos. Bien raro será el elector que no pueda clasificarse en alguna de estas categorías, amén de la categoría mixta del que trafica con el voto... porque necesita unas pesetas o unos duros.

Aquí tropezamos con otra faz del problema; ¡el descrédito del sistema parlamentario! Al comprobarlo donde quiera, al verlo tan claro como se ve a la luz del día, nos preguntamos si vale la pena de desvivirse por obtener, para las mujeres, lo que quisiéramos ver suprimido para el hombre.

Vale sin duda la pena, porque el sistema parlamentario, en irremisible descrédito aún tiene vida para rato; como aquel sultán a quien los genízaros, después de muerto, pintaron colorete y sentaron ante una ventana, a fin de que pareciese vivo, y poder gobernar en su nombre, aún por largos años--tal vez--se prolongue la vida electoral, y la otra farsa que tiene por escenario el palacio del congreso, que muchos desearíamos ver convertido en algo útil, como v. g., enlazar de quincallería y juguetes...

De todas suertes ¡qué motivo para reflexiones nos da a las feministas de la primera hora, este empuje grandioso del feminismo europeo! Habíamos sido objeto de burla, de sátira, de reprobación; la caricatura nos había clavado sus uñas toscas; a mí, por ejemplo, cuando publiqué la traducción de Stuart Mill, se me consideró digna de un manicomio... No diré que no existiese, por encima de tales pareceres una masa de opinión ilustrada, cada día más compacta, que nos juzgaba benignamente y hasta nos alentaba con su

simpatía y su comprensión. Pero tropezábamos con un inconveniente grave y extraño. Y era que los políticos que se declaraban partidarios de todo adelanto y progreso, y los reclamaban, sobre todo en nombre de la clase obrera; los políticos de orientación liberal, no solamente miraban con la mayor indiferencia las reformas convenientes a la mujer, sino que hasta cuando se veían precisados a fijarse en ellas las condenaban, las proscribían ¡sufragio femenino! «Vale retro». La mujer votaría siempre con los conservadores.

Y he aquí como la mujer pudo decir al liberalismo «ni contigo ni sin ti». Este desvío hacia la causa feminista fue ciertamente una de las piedras de toque donde pudo contrastarse que a los partidos los mueven «los intereses creados» y no idealizados ni aspiraciones generosas. Como instrumento, la mujer pudo convenir en momentos dados. Libertarla de sus cadenas seculares, no convenía. Y se le dejaron las cadenas al cuello y en los pulsos.

¿Será ahora, cuando empiecen a pensar en quitársela? ¿El ejemplo de Francia ejercerá influencia bastante? No lo sé. Y la ya larga experiencia de desengaño me impulsa a suponer que no...

Por mi parte, ya me encontraba resignada a morir sin haber visto el alba de la liberación femenina. Después de todo, estos grandes cambios bien pueden

rebasar del límite de una vida humana, y el plazo que ésta suele durar es un minuto ante los problemas sociales. Hay que prescindir de ellos. El arte es más atractivo, y es algo eterno y sereno en su esfera. Consolémonos, pues con el arte.

Ha danzado estos días en Madrid Tórtola Valencia. Yo no había visto nunca su trabajo de artista. Sabía que las opiniones estaban divididas: para unos era la bailarina algo incomparable, para otros, una extravagancia que no comprendían, y que por lo tanto, casi les indignaba. No gozaba de la unanimidad de simpatía y de entusiasmo que rodeó, hace dos años, a la Pastora Imperio. Es que ambas mujeres representaban cosas bien distintas. Pastora era la tradición nacional, Tórtola el arte cosmopolita, y más bien bizantino de este período de decadencia.

El cual parece ultramoderno y además exótico, y sin embargo, no carece de raíces en el arte más genuinamente español. El tema estético de la cabeza cortada, que es sin duda oriental, es también ibérico. En su viaje a España, Teófilo Gautier lo recogió, y lo transmitió al decadentismo poético y novelesco. Oscar Wilde cooperó a la obra, con su impresionante drama Salomé. Y ya las danzas adquiren un sello de orientalismo, y la de «los siete velos» la representación de las pasiones humanas. En las

exposiciones, las danzas exóticas son uno de los grandes elementos de atracción. El estilo va propagándose, y mientras cunden las frívolas danzas de carácter norteamericano, como los tangos y los «trots»; el arte se refugia en la danza venida del inagotable fondo de las civilizaciones lejanas y de los países crueles y trágicos. Tórtola Valencia encarna este aspecto del arte, y por él ha ejercido verdadera influencia en dibujantes, pintores, escultores y grabadores. Los coloristas se inspiraron en sus bellas combinaciones de trapos fastuosos, brillantes y al mismo tiempo armoniosísimos. La moda de la mujer, en muchos respectos, lleva esta dirección. Los trajes y abrigos, recargados y ornados de iglesia. Los sombreros van hacia el turbante persa, y a la falda va sustiyuyendo el pantalón caprichoso de las Scheherezadas y de las odaliscas que llevan sortijas en los pies.

Tórtola Valencia está de lleno, con sus danzas en esta corriente. Sus trajes son magníficos y las telas en que se envuelve, ricas y de tonos fastuosos, regocijo de las pupilas. Su triunfo es la vestimenta, no la desnudez. La desnudez es cosa griega, helénica; y estas danzas piden las rozagantes estofas y las gasas en que palpitan el oro y el cobre, y las joyas como de ídolo bárbaro. Una icona bizantina; a esto suele asemejarse la figura de Tórtola Valencia.

226

CRONICA DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION

MADRID, julio de 1919.

Si hay en el mundo una cosa prevista y que marcha por sus pasos contados, es la llamada carrera política. Sus etapas están anunciadas de antemano, con tanta seguridad y método como los eclipses. Muy ligeras variantes, que no atañen a la esencia, pudieran observarse. En general, he aquí cómo se desarrolla la línea de su existencia de un político español, de los de altura más o menos considerados.

Suele nacer el político, mejor dicho, el que ha de serlo, en una provincia. Claro es que unos en mejores pañales que otros. Generalmente, proceden de la clase media, que es dónde la ambición encuentra mejor zona de cultivo. Por lo regular, su profesión es la abogacía. En sus años moceriles, raro será que el político no

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 24 agosto 1919: 4. No recogido.

haya perpetrado algún drama, o unos versos de corte romántico, o una novela muy insípida; en suma, algo de pretensiones literarias, que le ha valido elogio de los periódicos locales, y cartas dulzonas de «eminencias» de Madrid. Por este camino empieza a hacerse un poco de ambiente, a ser conocido y saludado. Y sobre esta base, se encamina a la corte, donde, según frase consagrada, fija su residencia.

Va en busca de un acta. El acta es la estrella que refulge en su horizonte. ¿Por qué no ha de ser él diputado? No lo son A. B. C. tantos y tantos, con iguales o menores merecimientos? Verdad es que se han arrimado a árboles de buena sombra. Pues se arrimará también él. Y en efecto, se arrima, por cualquiera de los procedimientos en uso; no siempre estos procedimientos son yernocráticos; también hay esa especie de tácito pacto, ese convenio que en los tiempos de Almagro y Pizarro se hallaba comulgando de la misma hostia, y que ahora se consagra fomentando las mismas organizaciones políticas, compartiendo los fines comunes, tendiendo a los mismos objetivos, y aunando las fuerzas para lograrlos. En esto de las fuerzas aunadas se realiza un imposible matemático; dos fuerzas que cada una no representa sino, pongamos por caso, diez debieran al sumarse, arrojar un total de veinte; y arrojan cuarenta, cien, cien mil... Se multiplican por la estolidez del rebaño.

Ya desde que el político nuevo encuentra muro por donde trepar, su marcha ascendente es franca y segura. El acta fructifica; la populariadad más cierta, la que no tiene base, crece y le rodea, como un halo luminoso. Su influencia se hace temible. Se empieza a pronunciar su nombre para una cartera. ¿Cuál? ¡Bah! Es indiferente. Siempre hay varias carteras que se pueden repartir a unos y a otros, y para las cuales todos sirven. Ahí están gracia y justicia, instrucción pública, marina, fomento... Antaño era la de ultramar la que se concedía indistintamente. Ahora, como no hay ultramar...

Acostumbrados estamos a no asombrarnos de nada, pero, con todo eso, a veces nos quedamos boquiabiertos un cuarto de hora. La graciosa comedia, creo que de Muñoz Seca, La verdad de la mentira, tiene, a este propósito, una escena divertidísima, aquella en que hacen ministro de marina a un señor que en su vida ha visto el mar...

Habiendo llegado, ya al ministerio, el político tiene asegurada su posición. Su bufete se hincha; los negocios jugosos afluyen. Es, poco a poco, un personaje. Y protege a su provincia. El presupuesto, sobre todo en su sección de obras públicas, esta allí para que de su dorada pasta se corten trozos repartibles. Y la gratitud de la gente será igual,

será mayor, que si el bienhechor hubiese metido la mano en su propio bolsillo y da de lo suyo. Yo he visto filántropos, (la condesa de Mina, duquesa de la Caridad, fue uno de ellos) que sufrieron, en su misma ciudad natal, disgustos, injurias, malevolencias. ¿Por qué no daban de lo que paga el estado? Un concierto de alabanzas, una explosión de gratitudes hubiese estallado a su alrededor. El que da a cuenta del estado tiene detrás de sí una actividad contante, una fuerza; puede hacer favores individuales, extender su zona de protección, dar la pensioncilla, el destinete, la colocación, todo lo que chorrea y pringa de los faldones de un personaje. La esfera de acción del verdadero filántropo es mucho más limitada: no da sino lo que tiene... Y el arte de esta prestidigitación de la política consiste en hacer, de la nada, algo.

¿Algo? ¡Todo! Mirad atentamente, y veréis cómo de la política irradia cuanto os rodea. Sutil o burda telaraña, urdida por quien no mide talla muy superior a la del insecto, todo lo abarca, todo lo absorbe, todo lo envuelve, lo penetra, y no hay cosa que no se le rinda. El político podrá observar que, mientras la vejez o al menos la madurez de su cuerpo va acentuándose, las sonrisas de las mujeres se hacen más insinuantes y dulces, las atenciones que se le tributan son más delicadas y reiteradas, y hasta sus enemigos de

antes aparecen fundiéndose con él en un espíritu de cordialidad y una tregua pactada tácitamente. Por fuera oís decir que Perengánez y Mengánez son como la carne y el cuchillo; pero les veis extremando cordialidades, les veis sonreírse, escucháis las protestas de buena armonía, los «mi particular amigo» prodigadas con unción, y respiráis tranquilo, creyendo que no existe nada más plácido que estas politiquerías.

Hay momentos de combate, en las discusiones parlamentarias. De hemiciclo fuera, no hay sino palmadas en los hombros. Las excepciones probarían la regla...

Y el político está como el pez en el agua. Nada en un lago de satisfacciones. Menudean las distinciones y los homenajes. Condecoraciones, bandas, cruces y, si así lo desea, títulos nobiliarios, llueven en su casa. Los obsequios no faltan tampoco. Yo recuerdo la almoneda de un famoso político. Nunca creí que se pudiesen fundir piezas tan grandes de plata: parecía aquello el tesoro de los Nibelungos. No diré que fuese de muy buen gusto, pero era fastuoso. ¡Si cada objeto pudiese contar su historia!

El político puede ya hacer su vitrina de lo que se llama en Francia «crachats», y va poniendo las paralelas a otras ventajas. Hay prebendas que son peculiares de los políticos ya encanecidos en el

oficio. Si tiene el antecedente más o menos literario, más o menos intelectual, y no falta quien diga que mejor si no lo tiene, todas las academias de Monicongos le llaman a su seno. Al otro día se averigua que poseíamos un genio desconocido, y que por fin se ha hecho justicia al mérito.

Y de este modo, por senda florida y cómoda, se encamina nuestro héroe o lo que sea, a lo más alto... ¡Cuántas veces habréis oído repetir, en tono de misteriosa profecía: «Perengano va para presidente del consejo!» Si sois patriotas, si conserváis todavía esa fibra vital, os estremeceréis, pensando en qué manos van a caer nuestros destinos. Y después, os consolará el pesimismo escéptico. ¡En otras peores habrán estado!

No es necesario añadir que cuando el político paga su tributo a la naturaleza, creyerais, al leer los diarios, que la más brillante figura de la historia ha desaparecido. Esta comedia de la muerte, ¡qué bien ensayada! Los que están de enhorabuena porque desaparece un rival, un estorbo, parecen los más afligidos. A enemigo que huye, puente de plata... Se prodigan los honores, se multiplican las manifestaciones de sentimiento. Un extranjero mal informado preguntaría: ¿Era un grande hombre el difunto? Pues ¿qué se hace aquí con los grandes

hombres? Y sería preciso responderle, respetando la verdad: «Según. Si el grande hombre era a la vez un político mediano, como D. José Echegaray, por político y no por grande hombre tendrá todos los honores fúnebres.»

Exponiendo esta tesis en conversaciones familiares, convenían universalmente en que así ocurren las cosas; pero admitían excepciones, y ciertamente también las admito yo. ¡Vaya si las admito! Confesábamos, sin embargo, que cada día la talla política desciende. Acaso sea esto un efecto de óptica. Gente de talla, la tenemos, y también inteligente y honrada; conviene proclamarlo sin rebozo.

En cuanto a los nombres, los saben hasta los niños de la escuela. Citarlos sería estigmatizar a otros muchos. Cada cual se las haya con su conciencia. Omito los rasgos más negros, los tiznes de carbón. Mi retrato del político mediocre, endiosado y triunfante, es como esas fotografías borrosas, que sólo reproducen una silueta.

De la colección de esas fotografías se hará un álbum que significase la atrofia de España. No porque los políticos del montón sean aquí peores que en otros países, sino porque se les ha exigido poco, y cada día se les exigen menos cualidades, menos actos que revelen algún desinterés, menos eficacia patriótica, menos

pruebas justificantes de su aptitud para tan altos y honrosos puestos. Al escribir su biografía habrá que sudar y que recurrir a los tópicos más manoseados y más incoloros. ¿Qué hicieron? ¡Medrar! No me parece poco; de eso se trataba.

Emilio Castelar, que había empezado, como él decía, por tomar estas cosas a lo trágico, acabó tomándolas a lo festivo, y había que oírle comentarlas, entre anécdotas, chascarrillos y verdaderos recuerdos históricos. Un día, a propósito de un primate que subía como la espuma, recuerdo que exclamó:

--¡Se sube más aprisa cuanto menos se pesa!... Es una ley física...

Después, añadió, corrigiéndose:

--Es decir... Pesar, pesa; pero es en la intimidad... Dadnos, Señor, fuerzas para soportar a un hombre a la vez tan pesado y tan vacío...

227

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para La Nación)

MADRID, julio de 1919.

Aún estoy aquí, a pesar de haber visto, un instante, la temerosa faz del grave peligro. Ibamos por una carretera zamorana, dejando atrás a Benavente con su linda torre mudéjar y su aire inconfundible de viejo pueblo castellano, que no hicimos sino entrever después de almorzar con la prisa que impone el viaje automovilista. Veníamos de Madrid, y nuestra jornada, hasta entonces era dichosa. El coche funcionaba bien, tenía suave movimiento; el tiempo era hermoso aunque caluroso en demasía, y llevábamos en el espíritu una grata impresión de la gente encontrada en el camino, carreteros y trajinantes, que apenas nos deteníamos a gozar de una sombra, a beber de una fontana, (bien escasas son en esta tierra) corrían a ofrecérsenos, con

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 26 agosto 1919: 4. No recogido.

la mezcla de altivez y de cortesía de otros tantos Crespos obsequiando a Figueroa, en aquel drama inmortal que tanto expresa de nuestra vida y de nuestro sentimiento profundo.

No íbamos a marcha muy apresurada. Yo profeso, desde un principio, cordial antipatía al automóvil, que me parece una de las plagas de nuestra civilización sin reposo ni armonía... Y sólo lo sufro cuando no corre con exceso. Además, estoy persuadida de que las desgracias de este deporte se deben a esa furia de rapidez, que no tiene explicación por necesidades ni por ninguna imposición de la realidad. Se corre por un vértigo, no por que haya el menor interés ni la más pequeña ventaja para nadie en que ciertos deportistas lleguen antes a perder el tiempo en otro sitio.

Y el ir a tan comedida marcha creo firmemente que fue lo que nos salvó de dejar la piel o de rompernos la osamenta en las inmediaciones del pueblecillo de Pobladura del Valle, donde nuestro coche, por salírsele una rueda, volcó sobre una cuneta, y nos encontramos hechos una maraña, que hubo que desenredar tirando de brazos y cuerpos. Nos tentábamos, buscando dónde estaba la fractura, y con sorpresa veíamos que no estaba en ninguna parte. Sólo un amado rostro, de muchacha valerosa, que olvidando el daño propio clamaba por los demás, estaba cubierto de sangre. Y allí no

había agua, no había vendas, porque yo, obedeciendo a una de esas ideas superticiosas de que nadie se exime, no había querido llevar botiquín. Abrimos una botella de Mondariz; rasgué ropa blanca y pude hacer la primera cura, mientras llegaba el médico del pueblo, o mejor dicho, mientras llegábamos al pueblo nosotros, en una caminata a pie de un kilómetro, bajo un sol de justicia que quedaba en nuestros angustiados pechos. Porque tal lance no es para dilatar los pulmones, aunque se haya salido de él medianamente, sin importantes consecuencias. Queda el recuerdo del momento cruel, en que esa máquina que pesa tonelada y media, dice que va a caer sobre nosotros. Y no es muerte el susto mayor. Peores son las contingencias de atroces magullamientos, las fracturas de esto y de lo otro, las heridas que desfiguran, todo lo que hemos visto recientemente y en algunos de nuestros mejores amigos, pues este año han menudeado los accidentes, muchos de ellos mortales, y brutales casi todos, como es brutal cuanto se refiere al que llamé en La Quimera, «trepidante artilugio», poniéndose un mote que le quedó. Y es brutal, por el peso, por la mole que representa, por la dureza de sus elementos, dureza hipócritamente disïmulada con la molicie de los asientos y la coquetería de las cabinas, con el encanto de los vidrios claros y de los metales que relucen. Es brutal, por esa fuerza que desarrolla

para tragar kilómetros, devorar leguas, salvar a paso de ruidoso y mal oliente fantasma villas, poblados, descampados y páramos.

Del pueblo venían ya socorros. Una buena familia, la del farmacéutico, nos ofrecía generosa hospitalidad. En el pueblecillo no existía fonda, ni siquiera venta o mesón, donde pudiésemos alojarnos y tomar alimento. Todo lo encontramos en la farmacia, donde se hizo a mi hija la primera cura, y donde reposaron nuestros cansados cuerpos en camas limpias y grandes; de esas camas de pueblo que convidan al sueño holgado y sin apremios de tiempo y de urgentes asuntos.

Habíamos tenido, en medio de todo, suerte. En Pobladura había médico y botica, de que carecían otros pueblos no distantes, y de mayor vecindario; en Pobladura, a un kilómetro, teníamos el camino de hierro, que podía transportarnos a Astorga y de allí a la Coruña. Hubiese sido mucho más fatal que el vuelco ocurriese en las quebradas de Piedrafita, o en alguna soledad de la estepa, a distancia formidable de toda habitación humana. Hay en Castilla y también en León y Galicia, (pero con tan intensa soledad) de esos parajes en que se recorren distancias y distancias, sin ver ni la silueta del pastor que guarda su rebaño, ni una noria rústica, ni un jumentillo cabalgado por un Sancho, ni nada que revele la presencia del hombre,

que, sin embargo, ha tenido que labrar esos campos, ha tenido que empapar con su sudor aquel terruño. Y nuestro accidente, en tales desiertos, sería incalculablemente más desdichado. No encontraríamos donde acogernos, y sabe Dios la peregrinación que nos esperaba. En el simpático pueblecillo todos rivalizaron en atenciones y en darnos consuelo. Págueselo Dios, porque de pagar nosotros nada, no quisieron ni oír hablar.

Y así, aunque maltrechos y molidos, hubo en nuestros corazones una luz de alegría, de simpatía humana. No hay duda de que la bondad es un bálsamo.

Esto del automóvil induce a reflexionar. Yo encuentro, en el afán que despierta este deporte, un signo de nuestra decadencia, encubierta por apariencias de extrema civilización. He pensado siempre así, y al temor de mi convencimiento fueron mis escritos; pero la guerra ha despojado de toda novedad a mis apreciaciones. Hoy es frecuente oír renegar de la civilización llevada al paroxismo. La amoralidad de las costumbres (no «inmoralidad», que es otra cosa muy diferente), el lujo exasperado; la vida vacía y calenturienta, tiene sus detractores, y la barbarie de esta contienda entre pueblos, tantos y tan perfeccionados medios de dar la muerte horrible, de dejar manco, cojo, ciego, paralítico, lelo y mudo, ha

movido a analizar esta civilización, a la cual le falta un principio de humanidad, y le sobra el frívolo instinto de ir derecho,--no al placer, que después de todo sería más excusable,--sino al capricho momentáneo, en que no hay ni goce, en que sólo hay quizás, en el fondo, la lucha con el inextinguible tedio y la aspiración, ignorada, pero latente, perseverante, al suicidio...

El valor de la vida, de la amable vida, como le llamaba el viejo Homero, ha disminuido mucho. Es verdad que, en cambio, el número de los mortales ha crecido de una manera increíble. Hay países donde literalmente, la gente no cabe, y nos lo dice la palabra «expansión», que tanto se emplea, que tantas cosas significa. A pesar de los estragos bélicos; a pesar de las hecatombes revolucionarias y bolshevikistas, con el exterminio de clases, y, sobre todo, sus resultados, miseria, hambre y enfermedades epidemias, la humanidad, en conjunto, aumenta, crece y se desborda. Y de ahí porqué la vida carece de precio, leéis diariamente calamidades que en otro tiempo dejaran memoria, y hoy apenas si causan un estremecimiento a flor de piel, o producen el más completo indiferentismo.

Cada mañana los periódicos refieren naufragios, erupciones de volcanes, incendios espantables,

batallas, (porque las batallas continúan, y continuarán para rato), pestes, hambre y explosiones de nuevos y feroces explosivos, y después de enterarse, los lectores oprimen el timbre y dicen pacíficamente al criado que acude:

--Paco, tráeme el agua caliente para afeitarme.

Hay otro síntoma de la propensión al suicidio... Es lo que he llamado el icarismo, o sea el ensueño de la conquista de aire. Ya sé que, en opinión general, «este problema está resuelto», y que el aire es una nueva adquisición del hombre. Y será cierto, si descartamos la repetición de los funestos accidentes, esa legión de víctimas, que al llegar en su caída a tierra, aparecen, cosa horrible, rajados de alto a bajo por la mitad, o hechos sangrienta papilla, en que se amalgaman huesos, entrañas y carne dislacerada y sin forma.

Cuando manifiesto mi prevención contra los automóviles, la gente suele argüir con los aviones. ¿Qué tengo que decir de ellos? Y cuando sean el medio de locomoción más usual, cuando lleven, no sólo pasajeros, sino mercancías, cuando el aire esté más surcado que el mar y que la tierra. Hay que oír fantasear sobre este porvenir. A mí me parece erizado de dificultades, y creo que los niños sanos nacen de los fáciles alumbramientos. Esto cuesta demasiada

sangre, es sobradamente penoso. Y siempre que me pronostican que tales circunstancias cambiarán; que el aire será el mejor camino; que cuantos miramos con aprensión habremos de avenirnos a transitar por él, a confiarnos a sus ámbitos, a permanecer en tal vertiginosa posición, sin auxilio humano, con la muerte siempre al ojo, no puedo menos de contestar, con un encogimiento de hombros pesimista:

--Me siento animal terrestre...

228

CRONICA DE ESPAÑA*

Por la Condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1919.

Entre los misterios de nuestra política nacional, cuento el de que las Cortes se abran sistemáticmente en el momento del año en que no se puede vivir en Madrid. El clima de la corte española se reparte como sabe todo el mundo, entre nueve meses de invierno y tres de infierno. Cuando salí del Oriente y valle de Mantua, disfrutábamos de 40 grados de temperatura, al sol. Después, este grato temple no hizo sino aumentar. Hoy se podrán freír salchichas en el pedestal del Caballo de bronce.

Y este instante deleitable, en que todos los soplos cálidos de la estepa abrasada envuelven a la corte, es el que eligen siempre los gobernantes para convocar a los mandatarios del pueblo (digámoslo con

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 2 septiembre 1919: 4. No recogido.

frase correcta) en un edificio absurdo que se llama el Congreso, y cuyas ventanas jamás se abren, cuyas barandillas y escaños, forrados de denso terciopelo, atesoran polvo secular, que, si damos por inadvertencia una palmada, vuela en remolinos. Aquel estoicismo de la raza, que tantas veces se ha demostrado en la historia, pudiera confirmarse con esto una vez más, ya que el mismo Gobierno, autor del decreto de reunión de Cortes, sufre las molestias del horno, y las sufre por su gusto.

Diríase que existe una relación que no adivinamos entre las faenas legislativas y los rigores del estío, en que se liquida el alma, sudores y el cerebro se disuelve en las vagas modorras del cuerpo agotado. Y es en pleno julio cuando se congregan los diputados a hacer leyes porque, eso sí, falta de legislación no la padecemos.

Pocas y bien cumplidas leyes nos convendrían más que el fárrago de disposiciones, a veces contradictorias, que nos rigen y confunden; sobraría con unas cuantas basadas en principios claros y bien definidos y amoldables a los casos complejos que pudieran presentarse.

Uno de los síntomas del actual estado de los espíritus es la desconfianza y reacción de la eficacia de la ley, y el renacimiento del instinto anárquico que

tanto presidió a la formación de nuestra historia. Y este instinto no aparece sólo en el pueblo, o mejor dicho, es en el pueblo donde menos aparece. La razón de la aparente anomalía está en que para el pueblo se han hecho favorables las leyes. Llamo tal vez pueblo a lo que debe llamarse turba.

En Madrid fueron saqueadas a mansalva infinitas tiendas, panaderías, salchicherías, y hubo leyes que invocar para no reprimir los desmanes.

Se veía de un momento a otro que pudiera extenderse el saqueo a las casas, a toda la ciudad y este fue el momento en que los despojados, y los que temían serlo, comprendieron que la vida, es antes que la ley. Es decir, que la anarquía tiene dos fases; la de ataque y la defensa. Si los gobiernos toleran la primera, preparan la segunda.

Las leyes, en lo político, sancionan derechos que en la práctica se ve que son constantes elementos de desorden. Y por eso, cuando la situación del país tiene algo de amenazadora, lo primero en que se piensa es en coartar esos derechos. Al suspenderse las garantías, se calma inmediatamente la tempestad. La consecuencia es lógica, el convencimiento se extiende: nunca se vive mejor que con las garantías suspendidas! ¿Y cuál es el objeto de los derechos de las leyes? ¡Qué se viva! Lo primero es vivir. Coger la cosecha,

abrir la tienda, que trabaje la fábrica, que la formalidad impere! Como dijo un teórico político ¿qué pedazo de pan le dais al pueblo, cuando le dais un derecho?

Yo no expongo aquí ideas propias. Escribo como cronista, recogiendo los latidos de la opinión. La opinión ha condenado ciertas cosas, el aplaudir otras. Además, la opinión manda retirar ideas y conceptos que pertenecen al pasado. Uno de ellos es el de la libertad política. Sombras de Argüelles, de Martínez de la Rosa, de Chapalangarra, de Olózaga, de don Nicolás Rivero, de los libres, de los demócratas; sombras de Castelar y de Ríos Rosas, de los oradores, de los magos de la palabra... recogeos tristemente a los Eliseos campos. Vuestra Musa, la libertad, cantada por los poetas, estremecedora de los corazones, ya ha perdido su talismán: nadie cree en ella, y nadie arriesgará gran cosa por ella.

Lo que hoy reclaman las muchedumbres es otra; y no es menester nombrarla, porque se sabe. Es lo contrario de aquella libertad justa de igualdad, que cobijaba con sus alas a todos.

Y por lo tanto, la libertad ha sido borrada del número de las aspiraciones memorables, sólo quedan campeando dos partidos: el del orden y el otro...

Este otro aspira a manejárselas de suerte que imposibilite la acción del gobierno en las cortes

actuales. No consentir que se aprueben los presupuestos; impedir la circulación económica; por este medio, suspender lo restante, y producir un desorden absoluto.

A grandes males, grandes remedios. Se supone que, por decreto, si no hay otra solución, los presupuestos se aprobarán. El país lo desea. No porque los presupuestos sean una cosa excelente, sino porque sería peor la anormalidad que se anuncia.

Y mientras en las Cortes sufren pena de purgatorio los diputados, por el resto de España se desparrama la gente buscando fresco y naturaleza más o menos idílica. Se veranea en las Provincias Vascongadas, en Santander, en Asturias, en Galicia; en esta última doy fe de que casi hace frío.

Por la tarde, hay que ponerse las pieles, hay que echar mano de abrigos, de jerseys de punto. No se piensa en helados. Se ignora la horchata de chufas.

En Madrid, en cambio, este refresco, en opinión de Teófilo Gautier, el mejor del mundo, debe correr a torrentes, a no ser que impida el encarecimiento de la humilde y popular rizoma, que ignore la razón, también ha sabido la mitad. Digo que ignoro la razón, porque no me parece verosímil, que a pesar de la recomendación del autor de Mademoiselle de Maupin, en Francia se haya puesto de moda y la hayan exportado por toneladas.

Todo podrá ser, pero creía yo que la chufa, al menos, no nos la disputasen y arrebatasen, como las piritas. Aunque de menos nos hizo Dios. Allá por los años de 1888 iba yo en París algunas veces a comer cocido en casa de unos naranjeros españoles, y disertábamos sobre el garbanzo compadeciendo a los franceses, que hablaban de él con repugnancia, cuando se preguntaban asombrados, qué diantres podía ser tal legumbre, que la emperatriz Teodora, representada por Sarah Bernhardt, comía chupándose los dedos, en los subterráneos del Circo de Constantinopla, o digo Bizancio. Hoy parece que podremos decir, como Sancho Panza:

«Arregostóse la vieja a los bledos,
no dejó verde ni seco.»

Probablemente acabaremos por ver en los formularios de la más pura cocina francesa, los «pios chiches» en salade, y la casolette de pios chiches?

Esta guerra ha aproximado a todos los países del mundo. Mutuamente se han comunicado sus sabores, sus esencias, sus productos, sus intimidades. Los resultados de tan estrecha comunicación han sido, por desgracia, muy beneficiosos. Ha empezado por declararse la carestía, y las cosas más sencillas se han puesto fuera del alcance de los que no son

millonarios. Un par de zapatos de baile, que costaba de cinco a seis duros, cuesta doce o quince. Y así todo lo demás. En cambio, gente enriquecida de la noche a la mañana compra con empeño superfluo, y lo paga como se le pida. Señoras que en su vida han visto tenacillas para el azúcar, al enterarse de que existen, piden que les guarden tres docenas, suponiendo que cada convidado necesita la suya. Los collares de perlas, de un día a otro doblan el valor. Lo mismo sucede con los diamantes. Y menos mal si sólo estos artículos, todas luces suntuarios, fuesen los únicos a saltar. Saltan los alimentos, los jabones, los medicamentos, el carbón, el petróleo. Una mañana nos dan la noticia de que no hay cerillas, y los fumadores empedernidos se desconsuelan; otra nos participan que faltan en el mercado artículos de los más corrientes, y hay que resignarse. Los tejidos de algodón cuestan como tejidos de oro y plata; y todavía hemos de darnos por satisfechos, puesto que el vecino, según nos dicen está peor... y en Rusia un jamón supone quinientos rublos, y en París un mediano almuerzo se calcula en trescientos cincuenta francos...

Los extranjeros que a bandadas afluyen a Madrid en esta época del año y que tampoco han cesado de afluir en todo el invierno, (el negocio de los hoteles está muy lucido) proclaman que Madrid es la tierra de Jauja,

comparativamente, claro es. Encuentran, a precios que les parecen mínimos, mantequillas y ternera, lenguados y limones, y nos envidian. No hemos tenido nosotros, por cierto más que una habilidad; evitar con repugnancias instintivas y previsiones certeras, la guerra que a ellos los destrozó. Ha sido, probablemente, la primera vez que España demostró cautela, en lugar de valor impulsivo. Estas cosas de la historia son sin duda fatales y no dependen enteramente de la voluntad de los pueblos. La red de sus causas es demasiado vasta para que la modifique el individuo. Pero sin ser Casandra ni profetizar, bien pudo afirmarse, desde el primer instante, que se preparaba una hora muy sombría y cuyas complicaciones y derivaciones fuesen acaso mortales para Europa. Sin embargo, lo de Rusia, tuvo algo de imprevisto. Esa organizada matanza, ese exterminio de clases, ese delirio de destrucción, sobrecogen, aun entre la extraordinaria serie de las ferocidades históricas.

229

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDEO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1919.

Estos días he recibido un tomito de versos titulado Romancero de la guerra. Y me da pretexto para decir que no miro con simpatía los romanceros en general, entiéndase bien, las poesías modernas que adoptan esa forma y ese título. Porque no cabe imaginar intento más ambicioso que el de escribir, a estas alturas, romances, como si cupiese echar en odres nuevos el vino tan añejo de una de nuestras gloriosas tradiciones.

Yo ya sé que el romance, en opinión de la mayoría, no es la más primitiva de nuestra poesía épica; que antes de él están innumerables canciones de gesta, de las cuales se han conservado pocas; rica materia, de cuyo jugo se nutrió el romancero, el teatro, la

* Publicado en la La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 10 octubre 1919: 4. No recogida.

historia, las crónicas, la novela de caballería, y un Quijote. Y sé también que el romance es, no pocas veces, la obra de poetas cultos. Con todo eso, su fondo es popular y nacional siempre, y aun por haber procedido del pueblo fueron tenidos en menos, y por cosa plebeya. Los que se recogen en el siglo XV son producto de la musa anónima, y se propagan y tienen su área de difusión, por la recitación en las veladas, fiestas y regocijos del pueblo humilde. En los castillos y palacios, es la cántica de trovador o de juglar la que entretiene las veladas, pero entre los villanos, agrupados en la cocina, tal vez es el romance, procedente de la gesta, lo que cunde y se repite como testimonio de lo pasado.

El marqués de Santillana, señor muy embebido de italianismo, aunque muy donoso en las rústicas serranillas, declaró «ínfimos» a los que componían romances, para «alegrar a las gentes de baja servil condición». No falta, sin embargo, quien suponga que es muy difícil diferenciar la gesta del romance, y que en las gestas se encuentran como fósiles reveladores, versos de romance, incrustados, por decirlo así, en los metros del mester de clerecía. Sea de ello lo que quiera, lo que importa de mi tesis, de que hoy no es factible componer romanceros, es que el romance pertenece a nuestro pasado, y el presente no está a la

altura de tan prodigiosa creación. Hegel, en su Estética, ha hecho la apología del romancero español, proclamando su magnificencia, y equiparándola a lo más bello que haya producido la antigüedad. Y, en efecto, este rico tesoro no tiene pareja en ningún pueblo de Europa, pues si en ellos existen canciones populares, están muy lejos de asemejarse a nuestra Ilíada.

Y parece sacrilegio poner las manos en ella. Nuestra formidable historia, nuestro espíritu de raza, nuestros altos hechos, nuestras costumbres antiguas, nuestro sentir profundo, acerado, inagotable, está verdaderamente en el Romancero. Se comprende que Taine, que había pensado, para desarrollar su tesis crítica, en una historia de la literatura castellana, cambiase de propósito y escribiese la de la inglesa, alegando que la frondosísima riqueza de nuestras letras hacía inasequible su plan. Ninguna literatura más indicada para la demostración del sistema crítico de Taine; ninguna que mejor descubra las cualidades de la raza, según fue forjada en el yunque de la historia, y de la amalgama de los varios pueblos que en ella se juntan. El Romancero, es España: o mejor dicho, España y Portugal, la península; seguramente en Portugal habrá su cosecha de romances, ya que en Galicia, donde se había afirmado que el romance no existía, por ser opuesto a la índole literaria del país, se han

encontrado y siguen encontrándose no pocos, y bien hermosos, de algunos años a esta parte, gracias a la diligencia de eruditos como el malogrado Said Armesto.

Por donde quiera brotan los romances, tan varios en su asunto como sugerentes y llenos de sentimiento, sobre todo los del siglo XV, que están más próximos a su fuente épica. No pueden calificarse de eruditos, pero siempre los ha compuesto alguien superior al nivel general del pueblo. Más tarde, son ya artistas los que refunden o componen el romance, sobre la base de la tradición.

Este romance común octosílabo, a veces se confunde con la prosa, y cuando hablamos, frecuentemente hacemos sin pretenderlo, versos de romance. En ningún idioma se encuentra este metro excepto en los peninsulares. Fácil y sencillo hasta lo sumo, este metro es lo contrario de lo que pretendía Teófilo Gautier, al recomendar que la musa calzase estrecho coturno. El romance es zapato que a todo pie se adapta. Nada más corriente que hacer romances, y lo prueba la villanesca variedad de los de ciego.

Parece esto estar en contradicción con lo antes aseverado; que no pueden, según mi parecer, escribirse hoy ni romanceros ni romances. No es así; el metro y el género, tan familiares a la musa española, son arduos por su misma facilidad. Romances, me comprometo

a escribir media docena al día. Probablemente cualquier español que haya ido a la escuela hará lo mismo. ¿Y después?

Después los romances contemporáneos son materia inerte... Nadie los aprenderá, ni los recitará, ni casi los leerá. Las excepciones de esta regla, bien comprobadas, son algunos romances que todavía espontáneamente surgen en el pueblo, o por mejor decir, en el anonimato, como el muy conocido elegíaco de la reina Mercedes, que tiene la sentimental espontaneidad de lo antiguo, y ha merecido ser cantado en los corros de niñas:

«Dónde vas, Alfonso doce,
dónde vas, triste de ti?
Voy a buscar a Mercedes,
que ayer tarde la perdí...»

El romancero que me ha sugerido estas reflexiones, reúne una circunstancia especial: es un romancero pacifista.

El pacifismo es una corriente de opinión moderna, y ya sólo por esto su índole pugna con la del romance. Es un tema muy fértil y socorrido para artículos en la prensa, para conferencias, para libros doctrinales; y muchas de las aspiraciones que representa encontrarán

de seguro favorable ambiente en la opinión, pues en teoría nadie habrá que defienda la guerra, ni que no encuentre excelente y hermosa la paz. Si este ideal puede llevarse a la práctica, sólo el tiempo lo dirá, y por ahora no parece verosímil su realización, pues todo habla, no sólo de guerras actuales, sino de otras que se preparan obscuramente para el futuro. Venga lo que viniese, no es reproche el decir de una colección de poesías que tiene un sentido pacifista, pero tampoco negará nadie que el espíritu de los romances, en general, es de lo menos pacifista que cabe. En los romances resuena, por donde quiera, el ruido de las armas y el clamor del combate. Hasta en los que se refieren a lances y cuitas de amor, los protagonistas son guerreros; es el gallardo alárabe que cabalga su bridón, es el caballero cristiano que viste la cota y lleva la daga al cinto. Pueden todos ellos repetir, como el enamorado moro Galván tan mal tratado por Mariana:

«Mis arreos son las armas,
mi descanso el peleare.
Mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velare».

Y así es Abenamar, y así Azarque el granadino, y así Tarfe, y así Gazul «de los enemigos--en roja sangre

bañados», y así Abenhumeya «con enemigos valientes,--discreto y galán con camas», así Muza, hombre que «para dormir se arrima--en un pedazo de lanza»--, y así los Gomeles y los Zegríes, y todos los galanes infieles del Romancero, no yéndose en zaga los cristianos, desde Rodrigo el godo, que sale de la batalla «la cabeza sin almete--y el arnés todo rompido», y Pelayo reuniendo sus soldados en la cueva Milagrosa, y Bernardo del Carpio bohordando tablado, y Fernán González, y Díez Ordóñez el retador, y tantos otros como fuera fácil ensartar, no son sino campeadores, combatientes sin tregua ni descanso, hombres de espada y de arnés; y el Romancero está de punta a cabo impregnado de sabor y olor de sangre, y el símbolo del Romancero es Ruy Díaz de Vivar, llevando la cabeza del conde en la mano, que quiere ser enterrado con su coraza, y empuñando la tizona, por todo lo cual un Romancero pacifista es algo como un almirante suizo...

Los días del romance han pasado... El mismo heroísmo es ahora diferente, reviste otro aspecto. Así cuando se quiera resucitar el romance, más vale gritar: «cepos quedos». En forma de prosa, pudiera sobrevivirse a sí mismo,--v. g., en los Episodios Nacionales de Galdós,--y cuando menos, nuestra historia, fiel a sus raíces tradicionales, ha seguido prestándose a poder ser convertida en Romancero.

230

CRONICA DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para NACION)

MADRID, agosto de 1919.

¡Las vueltas que da una llave! Los que recordamos el tiempo en que para comprar cien francos había que dar doscientas y pico de pesetas, no hemos podido menos de asombrarnos, en la semana pasada, al saber que los francos se cotizaban a sesenta y uno, es decir, treinta y nueve enteros menos que la castiza «pela»...

En ocho días han vuelto a subir, es cierto; Francia lucha por recobrar la antigua prosperidad y por sacar a flote su hacienda, tan comprometida en el naufragio de la victoria; pero siempre será para bastantes españoles sorpresa esta depreciación de los francos; no todo el mundo está al corriente de las razones de tales fenómenos de la economía mundial.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 25 octubre 1919: 4. No recogido.

Lo que salta a la vista es que en España ha pasado a la historia aquella pobreza nacional, aquel hambre crónico que da tanto juego en nuestra literatura picaresca. ¡En España hay dinero! No diré que lo tengan todos los españoles: ¡sería cosa bien extraña si tal sucediese! Sigue habiendo ricos y pobres: pero el número de aquéllos aumenta y el de éstos disminuye. Los sueldos engordan; todo produce más: la carestía de los cereales aprovecha al labrador; los jornales crecen de un modo hasta vertiginoso; los salarios, a cada paso, ascienden; el comercio y la industria realizan beneficios considerables, casi diré que desmedidos; el lujo se canaliza en beneficio general; todo el que ofrece un servicio lo ve bien renumerado, y todo el que produce un artículo lo vende en condiciones ventajosas, antes no sospechadas. Una gallina, que costaba cuatro pesetas cincuenta hace dos años, cuesta ahora ocho, nueve o diez, según lo rollizo de las enjundias que rodeen su obispillo.

Los tributos, en su marcha ascendente, van contra el rico, al menos en la intención de quienes los imponen, porque a veces, queriendo apuntar arriba, el tiro va hacia abajo. El exceso de gravámenes a la riqueza paraliza, la estanca, la hace tímida e infecunda. Entre los recargos excesivos y las huelgas, no sería fácil calcular lo que la riqueza se ha ido

transformando y debilitado. Me decía últimamente un acaudalado señor: «Es posible que los españoles tengamos que recurrir a colocar nuestro dinero en el extranjero, porque, con guerra y todo, en otros países han de ser mejores los impuestos, o cuando menos, tendrán un límite, que aquí no conocen».

Una de las cosas en que se advierte la prosperidad económica es en el exceso de concurrencia a los títulos donde se goza y gasta. Cafés, fondas, bodegones, teatros, cinematógrafos, paseos, divertimientos de toda especie están abarrotados, no sólo en Madrid, sino en capitales de provincia, por ejemplo, la Coruña. Es esta ciudad, ciertamente, muy bonita, alegre y animada, desde hace muchos años; pero nunca con tales cualidades, ni con fiestas muy bien combinadas, ni con cualquier género de atracciones, había conseguido tal afluencia de forasteros como la que en este año descargó sobre ella. Llegó al extremo de que, en las fondas se ha dormido en los pasillos, y de algún viajero llegado en su automóvil tuvo que dormir en él. De esta concurrencia extraordinaria nació, tal vez el proyecto--digo mal, renació--de construir un hotel vasto y lujoso, unido a un casino de verano. ¿Se realizará? En todas las ciudades de provincia importantes hay así una idea, de la cual dependen las demás. Hay una aspiración latente, que simboliza el progreso.

Siempre viene repitiéndose que Galicia, reconocida por la región más bella de la península, y cuya temperatura es en verano deliciosa, la más fresca y grata de la zona del noroeste, el problema es de hospedajes. Yo añadiría que es también de vías de comunicación, pues mientras el viaje a Galicia, por tierra, sea el más largo e incómodo de cuantos se conocen, no será tan visitada como debiera. Ha pasado, ciertamente, el tiempo de las diatribas de Góngora contra la incomodidad y desconforte de Galicia, pero, aún no tiene comunicaciones. Su red ferroviaria, escasa y mal trazada, no lleva sangre a su circulación. Y los hospedajes buenos se cuentan por los dedos de la mano. Si mejorasen los hospedajes, las antiguas peregrinaciones a Compostela renacerían; porque actualmente, hasta los peregrinos quieren baño y grifos de agua caliente y fría.

Lo único que se aprende del extranjero, en estos países, que todavía no han establecido su competencia de atracción de turistas y veraneantes, son, no los detalles de refinamiento y bienestar, sino los altos precios. Tal vez, ingenuamente, supongan que imitando a los otros países, no les vamos a la zaga. No diré que aquí se cobre como, verbi gracia, en San Sebastián, pero la tendencia es al encarecimiento también de los hospedajes, fuera de proporción con el alza de los

artículos de comer, beber y arder. No abundan ya en esta tierra (que tiene más derecho que ninguna al termómetro, el monumento que según los bromistas proyecta erigir San Sebastián), esos «petits trous pas chers», ideal de los veraneantes modestos y caducos de Francia...

En tesis general, yo estoy por la baratura posible. Hasta la guerra, Francia, que acabo de nombrar, era un tipo de nación barata, e Italia, lo mismo. La baratura de París era un señuelo, hasta una tentación. Todo en París costaba poco, y no obstante el viajero gastaba horrores. Pero lo gastaba sin sentir, y hasta con placer. Ingeniosas invenciones le embelesaban, y cada franco producía su cantidad de gusto. Me ha asegurado que no es así ahora. Todo está por las setenas; todo alcanza exagerados precios. Un caso curioso me refirieron estos días. Un industrial español encargó a Francia un instrumento, una cuchilla de acero, cuyo valor, en circunstancias normales, alcanzaría, a lo sumo a sesenta o setenta francos. Después de hacerle pagar por adelantado doscientos, al tratarse de la entrega le exigieron cerca de tres mil más. Sin duda la cuchilla tendrá el mango cincelado por Benvenuto Cellini... El cliente, como es natural, ha preferido perde los primeros doscientos francos que recoger el instrumento maravilloso. No neguemos que la

industria francesa tiene heridas que restañar, y nadie extrañará que mayores sus precios prudencialmente; mas el caso de la cuchilla, si no es insólito, si no responde a un capricho, será de efecto contraprudente, porque, contra el vicio de pedir, hay la virtud de no dar. No ha sido así, sino con arta complacencia y seriedad, como la industria francesa se ha ganado tan alto puesto en el mundo. Y, en esto como en todo, volverán las aguas a su cauce.

Mucho ha sido destruido y arruinado en Francia; la crisis de convalecencia económica tiene que ser violenta y llena de peligros. Mirando desde afuera, asusta pensar en lo que tienen nuestros vecinos que reconstruir. Hasta la fertilidad de la tierra desaparece cuando sufre el peso de luchas semejantes. Queda magullada, arrasada, rota, con las entrañas secas y estériles, faltan cosechas, faltan las producciones más vulgares. Todo sufre iguales perturbaciones, este año, el primero de la paz, es el de mayor escasez. Yo tengo estos días una señal del estado anómalo de lo que durante toda la guerra se mantuvo normal, resistiendo el embate de las circunstancias. Acostumbro, toda la vida, encargar semillas a la casa Vilmorin, que hace el comercio de flores y hortalizas, y es muy antigua y acreditada. Este año, por primera vez, ha dejado de mandarme su catálogo a pesar de habérselo pedido

expresamente. Este año, el establecimiento formal y metódico siempre, confiesa que no responde de la germinación de sus simientes, ni aun de su clase, y advierte a la clientela que no extrañe si un paquete que lleva el nombre de lechuga sale perejil. Es una serie de desilusiones, porque habíamos supuesto que, una vez terminada la lucha, y vencedores de hecho los aliados, todo estaría en orden a la vuelta de seis meses. Por ahora, parece estar en mayor desorden y apuro. Es más fácil destruir que construir. Y acaso son estos cataclismos sociales los que cambian por completo los rasgos característicos de las naciones.

Los que siempre hemos sido admiradores de la cultura francesa, de su lucidez, de sus cualidades propias de orden, claridad y simpatía, que hicieron de ella tan perfecto instrumento de civilización y de difusión de ideas, anhelamos la restauración de aquella misma Francia que conocimos, y en la cual los caracteres nacionales se revelaban profundamente lo mismo en las letras y las artes que en los hospedajes y las frívolas industrias antojadizas de la vestimenta y adorno de la mujer. ¿Será Francia como esas personas que, después de una gran tragedia en su vida, quedan cambiadas, tales que no las reconocerían los que las amaban antes? ¿Poseerá la virtud de la naturaleza, que revive a cada primavera, sin que muestre señales de los estragos y de la muerte temporal del individuo?

Bien sé que muchos diarios publican artículos diciendo que Francia ya se encuentra de nuevo exactamente como en julio del año 1914... Mejor que en la prensa, se notan los fenómenos de un estado, que espero que será transitorio, en un paquete de semillas o en una cuchilla de acero.

231

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1919.

El primer efecto de los tiempos en que las naciones no están satisfechas de su destino, es que los espíritus algo escogidos y exigentes se refugian en la historia. España, a pesar de su actual prosperidad económica, se encuentra en ese caso. No obstante, no puede decirse que salten en abundancia los historiadores. Se cuentan trabajos tan dignos de estimación como el de D. Rafael Altamira; pero una historia general de España, con las proporciones, la extensión, la documentación y la profundidad crítica que requiere, es empresa que va pareciendo fabulosa y que nadie se atreve a acometer.

Cada día son mayores las exigencias del público con el historiador. Si es parcial, se le niega

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 21 noviembre 1919: 4. No recogido.

crédito. Si se encierra en una fría imparcialidad, no conmueve, no despierta el alma de sus lectores. Si diserta, se hace pesado. Si narra escuetamente, se echa de menos su juicio propio. Si aduce pruebas, no acaba nunca. Si no las aduce, no merece crédito. Cada lector tiene, por otra parte, sus simpatías, sus preferencias en la historia y no tolera que a sus favoritos se les pongan tachas, aun cuando sean fundadas en muy doctas investigaciones. Un ejemplo de este caso es Felipe II. Se cuentan todavía por millares los apasionados de este rey: hasta santo querían que fuese, como se quiso con Cristóbal Colón. Hay, en cambio, otro núcleo de lectores que no pueden sufrir al hijo de Carlos V, y lo tienen por el más atroz y sanguinario tirano que hubo en la tierra. Estos pareceres tan encontrados se reflejan en libros históricos de estimación, y claro es que no cabe suponer que acierten los unos y los otros, pero sí que la verdad está en un medio: ni Felipe II era el monstruo que estigmatizan, no sólo historiadores profesionales, sino los poetas como Alfieri y Schiller, ni el perfecto rey cristiano y prudente que casi beatifica una escuela sistemática. Lo más cierto es que va rehabilitándose, como se rehabilita por recientes estudios y documentos, el duque de Alba.

En lo pasado no hemos carecido de historiógrafos. Tuvimos nuestro Tácito en Zurita; nuestro Tito Livio en

Mariana, y en Mendoza un competidor de Salustio. Hubo quien calificó a Solís de Curcio español. De todos ellos el más popular es Mariana, que, en efecto, no dejó de hacer con las viejas crónicas españolas lo que Tito Livio con los romanos anales. Y, por la influencia de Tito Livio, llenó su historia de pomposas arengas, sin cuidarse de si era o no verosímil tanta elocuencia y facundia, y sobre todo, sin indicar dónde había encontrado los textos. Además, adoleció Mariana de sobrada credulidad para muchas fábulas, consejas y leyendas, caso singular en quien, como él, alardeaba de independencia de juicio y de tanta libertad de raciocinio. La historia, actualmente, no desdeña las tradiciones pero las depura. Fáltale también a Mariana unidad y método y hay que perdonarle errores que en su época no eran fáciles de advertir. La prehistoria y la antropología ni aun balbuceaban cuando él escribió. Por eso no debe sorprendernos que estampe con tranquilidad: «Tubal hijo de Jafet, fue el primer hombre que vino a España».

En cambio, parecen escritas para ahora estas palabras: «De España no sólo los naturales se proveen de las cosas necesarias a la vida, sino que aun a las naciones extranjeras y distantes cabe parte de sus bienes y los provee de abundancia de muchas cosas...»

Se le puede censurar por no haber concedido capital importancia a la cultura muslímica; pero en

esto, como en lo que se refiere a Tubal, hay que considerar los hábitos intelectuales de su edad: no se ahondaba aún en este aspecto esencialmente español, sin embargo. En cambio corrían acreditadas las patrañas referentes a los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas y la fabulosa crianza del infante Abides, a quien dieron leche, como a otro Rómulo, las perras y aun las ciervas. Y Mariana, el terrible instigador del regicida Jacobo Clemente, no vaciló en dar cabida a estas relaciones, cuyo origen confuso acaso dependa de alguna verdad que se ha perdido y que nadie puede sacar a luz.

Así y todo, hay más fuego y calor en Mariana con sus fábulas que en Lafuente, más cauteloso, que al tratar de la venida de Tubal a poblar a España, no presta fe al pasaje de Josefo en que la han apoyado y reconoce que el del Génesis admite otras interpretaciones.

En todo esto de tradiciones y leyendas anda con gran cuidado Lafuente, temeroso de comprometer su gravedad de historiador. Habiendo empezado su historia con propósito de ceñirse a la casa de Austria tan sólo, tema clásico que atrae a los investigadores, por incitación de editor la hizo al cabo general, pero siempre fueron en ello lo más fundamentado los tomos que abarcan ese período. No tiene Lafuente un criterio

profundo y lejos de sentir la grandeza de los pasados tiempos, se entusiasma, como un progresista que es por nuestra edad y la moderna civilización. Hay que observar en Lafuente que no se cae en la hipocresía de alardear de imparcial, antes exclama: «Triste y desconsoladora imparcialidad la de un Suetonio, refiriendo fríamente las torpezas del lecho imperial.» Yo no estoy enteramente de acuerdo, sin embargo, respecto a la imparcialidad de Suetonio. Hay escritores como Marcial, verbigracia, en quienes se siente temblar la indignación bajo las tersuras del estilo. Respecto a Lafuente, su filosofía de la historia no sólo es providencialista, sino perfeccionista, lo cual juzgo el más grave de los errores por desconocimiento de la condición humana. Verdad que está bien acompañado en este error don Modesto: van con él Bossuet, Madama de Stael y aun Pascal, que mira a la humanidad como un solo hombre con vida eterna y aprendizaje continuo. Que el hombre aprenda siempre podrá ser exacto en lo que se refiere a la adquisición de ciertos conocimientos del orden práctico, cuya suma constituye el patrimonio de la civilización material. El hombre, en América antes de que llegasen nuestras carabelas, ignoraba el uso del hierro, a pesar de tenerlo tan a mano como lo tenía. Y también corrieron períodos larguísimos en que lo

ignoraron el hombre europeo y el asiático, y cuando lo averiguaron, hubo progreso. Va aprendiendo la humanidad, no cabe duda, mas no por eso diríamos que aprenda, en otros terrenos, o que si aprende no olvide con el transcurso de los años. En la ética este olvido es muchas veces total. Las nociones de probidad y castidad están hoy semi perdidas, y lo que la humanidad aprendió con la moral y las religiones, rápidamente lo expulsó de su conciencia.

Quien no explique al hombre por el instinto, cae en el engaño optimista, característico del siglo XVIII y principios del XIX, y que todavía hace prosélitos.

Esa revolución rusa, que tantas enseñanzas encierra, contiene ésta también. Es una muestra de cómo se borran las nociones éticas, y con ellas, otras que el hombre colectivo de Pascal parecía tener muy sabidas. Así he llegado a creer que la historia no puede basarse en la idea del perfeccionamiento humano, por lo menos discutible, sino en las leyes del instinto que no fallan. Y la lucha de ese instinto con aspiraciones más espirituales es lo que presta encanto e interés a la historia.

Mirando hacia atrás, bien pudiéramos afirmar que España no tiene historiadores hasta después de la invasión de los bárbaros. Entonces aparece una cohorte: Idacio e Isidoro, Sampiro de Astorga, Lucas de

Tuy y los anónimos, los monjes de Albelda y Silos, los analistas toledanos, complutenses, compostelanos. después de los áridos cronicones y desde el XIII, XIV y XV, vienen crónicas más nutridas, más extensas.

Y con el descubrimiento y conquista de América, sale a plaza un linaje de historiadores más importante, a mi ver, que todos los demás juntos. La riqueza de este aspecto de nuestra literatura épica no se ha reconocido bastante. No sólo los historiadores de Indias son, en general, verídicos y elocuentes, sino que tienen sus narraciones un aspecto peculiar y nuevo, por los datos y noticias que en ellos sobreabundan respecto a las gentes y naciones indígenas, a sus costumbres, ideas y condición; unido a las observaciones sobre la naturaleza a las noticias de botánica, mineralogía, zoología, lingüística, historia de las religiones y supersticiones, topografía, geografía, demás particularidades de las tierras nuevas que iban descubriéndose, conquistándose y poblándose; todo lo cual presta a los historiadores de Indias un sello particularísimo, y la diferencia de sus predecesores y hasta de los que, viniendo en pos, escribieron de comarcas y países ya conocidos. El ideal heroico de mucha parte de la antigua historia fue substituido por un ideal científico muy consciente, y en tal concepto, yo considero una riqueza inagotable

las crónicas de Indias, que releo sin cesar. Es materia viva, forjada y yuncada hasta en los menos artistas de esos historiadores, y tal vez especialmente en el que hay un sabor de realidad intensa, el atractivo de lo vivido, que cautiva, España debe a sus historiadores de Indias más alabanzas y mayor interés del que les ha consagrado hasta el día.

232

CRONICA DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, octubre de 1919.

Como es mucha la gente distinguida y adinerada que viene de la América española a la península, sin más objeto que ver nuestro solar, y distraerse en Madrid frecuentando los sitios donde la gente se reúne, me ocurre avisarles de que, si son algo gastrónomos, frecuenten más bien los merenderos populares y los restaurantes de medio pelo, que los hoteles de lujo, o que los chalets del tiro de pichón, del golf, y otros donde se agolpa la multitud elegante.

El sistema internacional de montar ciertos establecimientos dijérase que lleva consigo la necesidad de falsificar cosas, de revestirlas de cierto barniz, para acrecer la ganancia e inflar el negocio. Recuerdo que conocí en París a una buena vieja, que

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 12 diciembre 1919: 4. No recogido.

había sido cocinera allá en España, y vivía ahora de sus rentas al lado de un hijo fabricante. Esta mujer, catalana acérrima y recalcitrante, renegaba de todo lo que trascendía a francés, y llegaba en su furor a asegurar que ni uno solo de los lenguados que comíamos en París era verdadero, sino imitado por procedimientos industriales que explicaba prolijamente. La memoria de aquella mujer me acude, siempre que en las fondas «modern style» me sirven platijas con nombre de lenguados. Este timo es frecuentísimo y me causa siempre mala impresión. Prefiero una sardina auténtica, una sardina que no oculta su ascendencia plebeya, a esas «parvenues» de platijas, que quieren remedar al más fino de los peces.

En Madrid, la plaza está siempre espléndidamente surtida, las pescaderías son magníficas, abunda todo lo que puede constituir el lucimiento de una mesa y la satisfacción de los estómagos. ¿Por qué se come tan mal en los hoteles de lujo? Ellos tienen buenos cocineros, excelentes cocinas y fogones, lujosas cámaras frigoríficas, todo el aparato que se require. Sólo el fondo de la comida es lamentable... Arguyen, para explicar el fenómeno, que es preciso desquitar el capital invertido en edificios suntuosos, en decorados más o menos artísticos; amortizar el valor de los solares, pagar la orquesta de tziganos, contar con la

calefacción, que cuesta un dineral, con los crecientes impuestos, con el encarecimiento de los jornales y sueldos de los camareros, etc. Todo ello no basta para convencer de que no puedan estos grandes establecimientos competir en buena mesa, en mesa aceptable, con otros más modestos, y más al alcance de todas las fortunas.

Yo no diré, como la Pastora Imperio en sus chistosos cuplés, que al volver de los grandes hoteles se trae el estómago «perdío»; pero sí que es muy mediana la vitualla de tales hoteles, y hasta a veces escasa la ración.

Además, hay, a mi ver, un error fundamental en la organización de estos hoteles internacionales. La comida, como la arquitectura, no es independiente de la localidad. Es decir, que en cada país y en cada clima hay elementos de comida y de vivienda, que es preciso tomar en cuenta y aprovechar. Yo no admito que un gran hotel instalado en Madrid excluya sistemáticamente de sus listas los platos españoles, ni que en su botillería no entren en turno los refrescos españoles, que son los mejores del mundo, según la autorizada opinión de Teófilo Gautier. Y aun cuando fuesen los peores con ser familiares para nosotros, nunca debieran faltarnos. Lo que en cualquier puesto de la calle se encuentra, difícilmente se comprende que sea una rareza y una dificultad en un gran hotel madrileño.

Si en ellos pedís un azucarillo--un modesto y vaporoso azucarillo de limón--para dulcificar un vaso de linfa del Lozoya, pongo por caso, habrá que ver la cara escandalizada del camarero, su reserva de indignación, su asombro. Dijérase que nunca ha oído nombrar azucarillos en su vida, que lo piden una fruta de los trópicos, muy rara, y que es preciso traer de lueñes tierras. Y por último, hay que resignarse a que en el hotel no exista, no se pueda facilitar, lo que se encuentra en la confitería de la esquina...

No salen, en los hoteles, del té--dicen los aficionados que allí tal bebistrajo es muy inferior en calidad--y de lo que rutinariamente le acompaña, como pan tostado, emparedados y pasteles, sin omitir la mermelada, que ya va siendo como el ungüento amarillo. Para salir de esta merienda amanerada, tan vulgar, que no comprendo cómo la resisten sin fatiga sus devotos por espacio de trecientos sesenta y cinco días al año, es preciso desertar de los hoteles, y meterse en alguno de los varios establecimientos en que se sirve también té, pero asímismo otras muchas cosas, que prefiere el paladar o requiere la salud de los consumidores. No conseguiríais obtener, en los hoteles de lujo, v. gr., la docenita de ostras con su medio limón que sirven, acompañada de excelente vino blanco, en otros rincones del Madrid castizo. Ni os darán «yugurt», [yogur] ni

«kéfir», ni nata delicada, ni gruesa leche, ni tortas deliciosas de Alcázar con el chocolate, ni ninguna de las golosinas que cualquier madrileño goza baratamente, con tal que ese madrileño no se precie de elegante, y no crea que deroga al mezclarse con la decorosa mesocracia que frecuenta tales lugares, resolviendo el problema de merendar mejor y no pagar a peso de oro la infusión de un yerbajo.

Y estos inconvenientes de la elegancia crecen según se agudiza la nota de la elegancia misma. Los hoteles, abiertos a toda concurrencia, situados en el centro de Madrid, van dejando ya de ser elegantes, como todo lo que tiene fácil acceso. No se me olvida la cólera de una señora, mamá de una linda muchacha, porque una tarde, en el Ritz, sacó a bailar a su hija un sastre... Y yo no pude menos de soltar la carcajada. Una de dos: o no traer a las muchachas con pretensiones a los hoteles, o admitir que no es ofensa alguna que las invite todo el que, con igual derecho concurra al mismo lugar. Dentro de su casa, cada cual es dueño de realizar escrupulosa selección; pero nunca un hotel será «una casa», en la rigurosa acepción social de esta palabra. Los hoteles tienen sus ventajas, su lado agradable: es el reunirse con los amigos sin el inconveniente y la molestia de abrir sus salones; es la facilidad que brindan; es el carácter

neutral que revisten; y las pequeñas dificultades que ofrezcan desaparecen ante las grandes comodidades que proporcionan. Así como digo lo uno, digo lo otro. Los hoteles son cómodos. Lástima grande que no corrijan los defectos que dejo señalados.

Muy diferente ya del de los hoteles es el personal que frecuenta, v. gr., el Polo-club. La dificultad de llegar hasta allí hace que sea la concurrencia, no muy numerosa, más escogida. Yo que no me paro mucho a pensar si un sitio es más «smart» que otro, confieso que el golf me agrada por el aire puro que allí se respira. Se le llena a uno el pulmón de efluvios de monte. Esto vale un Perú. Por solo tal encanto, merece la pena de subir al aristocrático chalet.

Y también lo vale el gusto de ver a la reina, que es sin disputa una de las mujeres más hermosas de Europa, de cerca y en toda la gracia de sus trajes primaverales, acompañada de la princesa de Metternich, también guapísima, andando por allí familiarmente, como en una quinta propia; y a los más insignes deportistas de la corte, con el rey a la cabeza, manejando los mazos del polo. Es un ambiente algo extranjerizado, pero de alta vida, y hasta para un novelista sugestivo. Sólo cuando llega la hora de la merienda en el chalet desaparece mucho de su encanto--porque la merienda es francamente mala.

Y no sólo mala, sino servida con una falta de cuidado que sorprende. La mermelada la presentan en el mismo tarro en que se expende, y el tarro no tiene plato en que descansar mucho pringue. Los fiambres parecen de gutapercha. La ración es insuficiente. Y si os atrevieseis a pedir, en vez de esa acartonada lengua, o de ese fósil pavo, un par de honrados huevos fritos, sospecho que os mirarían con mayor desdén aún del que me miraron cuando pregunté si había helados (en una abrasadora tarde de junio).

¡Helados! ¡Vaya una ocurrencia! ¿Quién pide helados, cuando está ahí el té, y el wisky, y la soda? ¡Oh, leche amerengada de nuestros abuelos! ¡Oh, hortacha de chufas! ¡Oh sorbete de fresa, manjar de los dioses! Os han barrido. Y la naranjada está hecha sabe Dios con qué jarabe amarillento, aquí, donde las pomas de oro de las Hespérides se amontonan en los mercados, repletas de jugo, convidando al labio y al olfato, y al alcance de los golfos y de los mendigos, que se las ofrecen apenas el sol comienza a tostar las aceras y las casas de la villa!

A dos pasos del chalet de las elegancias--o por lo menos muy cerca--está el Vivero de Migas calientes, uno de los sitios en que mejor se ha solido comer y refrescar en Madrid. Y yo, siempre que meriendo en el golf, pienso cuánto más grato sería, como el

centenario, tener dos naturalezas: una popular y otra todo la fina que a ustedes se les antoje, para pasar la tarde en el chalet, y la hora de refrescar en el sencillo merendero, donde las bodas de la chulería se desarrollan con alegrísimas notas organillescas que lanza el chotis castizo al cielo implacablemente azul...

Lo cual significa que en esto, como en todo, hay que ser algo ecléctico. Por turno, lo popular y lo exquisito nos reclaman. Sólo que, ¡ay! no siempre lo exquisito es exquisito... Ya que lo nacional pierde terreno, al menos pidamos que sea grato al paladar lo que viene a substituirlo, y que si es decreto de la providencia que comamos y merendemos en inglés y en francés, por lo menos sea en buen inglés y en francés genuino.

233

CRONICA DE ESPAÑA*

Por la CONDESA DE PARDO BAZAN

Ha sucedido algo curioso con la autonomía universitaria, cuestión que estos días va a resolverse mediante informe de las comisiones nombradas por las facultades, y que han de presentar al ministro sus dictámenes sobre la concesión otorgada por el gobierno, siendo ministro del ramo don César Silló.

Hará más de un año que en la Universidad Central, donde yo desempeño una cátedra, la autonomía se consideraba un ideal. Cuando tuviésemos la autonomía íbamos a hacer maravillas. Se hablaba de pedirla, de reclamarla, de ir a ella como a la tierra de promisión. Todo lo malo que sucedía, todas las deficiencias que se notaban, desaparecían en cuanto el suspirado decreto apareciese en la Gaceta. La tesis de los regenadores era autonomía, autonomía a todo trance. Sólo espíritus obscuros y mezquinos, opuestos al progreso, la combatirían.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 17 diciembre 1919: 4. No recogido.

Llegó el momento, casi, por sorpresa otorgó la autonomía, cuando menos se pensaba, un ministro maurista, hombre ilustradísimo por cierto, y en quien, no se desmiente la ley constante de que aquí, lo más radicales, en la práctica, sean los que militan en los partidos más inclinados a la tradición. Esta característica, mil veces comprobada, hasta en don Antonio Maura, no se desmintió en su acérrimo partidario, el elocuente diputado por Valladolid. (¿Es por Valladolid? No estoy segura de ello, pero me parece probable.) Silló concedía la deseada reforma, y la concedía tan amplia, cuanto pudiese desear el más exigente.

Y recordemos aquellos viciversas, que tanto juego dieron antaño, y hasta anduvieron en pliegos de aleluyas. Al conocerse la noticia, quedáronse, los que más clamaban por autonomía, mohinos y cariacontecidos, y no se oyeron resonar sino voces de descontento y queja (con raras excepciones). «No estábamos preparados. No teníamos elementos para hacer frente a las responsabilidades que el decreto nos creaba. Era una gran complicación la que se venía encima. Bien pudo el ministro, al menos, avisar antes, consultar, dar tiempo al tiempo... ¿Cómo íbamos a salir de un atolladero semejante?»

Como un respiro se recibió la tregua del informe. Todo aplazamiento permite rectificar juicios. Ahora, falta saber lo que se desprenderá de la información.

Cuando me preguntaron mi parecer respecto a la autonomía, contesté, con entera sinceridad, que no tenía opinión formada. Argumentos en pro y argumentos en contra acudían a mi pensamiento. Los pesaba, los medía, y casi se contrabalanceaban. Cuando tal sucede respecto a una innovación es que debe darse un largo plazo manteniendo al menos, por algún tiempo, el «statu quo».

Una de las afirmaciones que con tal motivo se repetían, era la de que el profesorado «no estaba capacitado suficientemente». Hace dos o tres días, tuve ocasión de leer una necrología interesantísima, la de don Pedro Dorado Montero, catedrático de derecho penal en Salamanca, que acaba de morir, creo que en febrero del corriente año. Esta página figura al final del discurso pronunciado en la inaguración de la universidad salmantina por su actual rector, Luis Maldonado, y es obra de su hijo, joven de brillantísima disposición para las letras y la filosofía. Discípulo de Dorado Montero e imbuído de su enseñanza, Maldonado el mozo, como se diría en el siglo XVI, hace una apología calurosa de su maestro. Nos le presenta como un fenómeno de voluntad, hondamente penetrado del

sentimiento del deber, con un carácter fundamentalmente moral, lleno de vida interna, muy austero, muy ascético, y nos pinta el entusiasmo religioso de su mocedad y la crisis de incredulidad que vino después. Le retrata hablando por parábolas, como aquel... ¡que bendecido sea su nombre! En toda esta figura de Dorado Montero, tan artísticamente estudiada por un alumno, hay algo como imitación o calco involuntario (el caso se ha dado con frecuencia) del tipo inolvidable de don Francisco Giner. No me tome a mal el hijo de mi amigo Maldonado si añado que el original queda cien leguas más arriba. Yo no conocí casi a Dorado Montero: creo que cruzamos alguna carta, no recuerdo si a propósito de Doña Concepción Arenal: no me es por consecuencia posible discutir lo que valía en privado, y doy por seguro que sería tanto como afirma Maldonado en su bello estudio. Tengo que juzgar a Dorado Montero por lo que ha escrito, por lo que deja tras de sí. Y su mismo panegirista lo confiese: cuando escribía, tenía un estilo seco y trabajoso. Todo aquel que no sacrifique a las Gracias, aunque sea ofrendándole una humilde flor campestre, será castigado con pena de sequedad. Don Francisco Giner no era así. Amable y afable, creaba en rededor suyo la simpatía. Tal fue su fuerza. Y no me digan a mí que es consecuencia de un alto espíritu científico ni tanta aridez, ni esa

seriedad inalterable, por la cual refiere Maldonado de Dorado Montero que jamás sus discípulos le vieron reír. La dulce alegría de la vida no ha sido nunca incompatible con la mayor sabiduría ni los más altos vuelos de la mente. Platón rió, los santos ríen. Lo que pasa de cierto en el caso de Dorado Montero, es que su alma estaba oprimida y magullada por la dura lucha de la concurrencia vital,--Dorado Montero trabajaba mucho, traducía, comentaba--y faltábale salud a la altura de ruda y fatigosa tarea. ¡Este amargo combate explica tantas cosas! En Leopardi, poeta favorito de Dorado, el pesimismo también reconocía, en gran arte, causas físicas. ¿Y por qué, con ocasión de la autonomía universitaria, estoy hablando de Dorado Montero? Ya es hora de decirlo. Porque Dorado dejó expresado desdén hacia la ciencia española, hacia lo que vale y es nuestra mentalidad, sobre todo al compararla con la del extranjero, y sin duda compartiría la creencia de que la autonomía universitaria no puede concederse aquí, por falta de capacidad científica en el profesorado.

La opinión de Dorado Montero, en este particular, habría que examinarla muy despacio, y como suele suceder, el maduro examen la quebrantaría en lo que tiene de cerrada y dogmática.

Ante todo, convendría preguntar ¿a qué ciencia se refería Dorado en sus anatemas? Yo preferiría el

plural, ciencias, pues la ciencia, en singular, suena algo pedantescamente. Nosotros no carecemos de médicos y cirujanos a la altura de los mejores de Suiza y Alemania. Nosotros podemos presentar algún filósofo y algún gramático de cuenta. Hay invenciones españolas que otras naciones aprovechan y admiran. Nos honramos con químicos y neurólogos de altura. Nuestra erudición no carece de gloriosos representantes. Hoy no se filosofa mucho por ahí, pero hay sus filósofos también en España y a veces escondidos en universidades de provincias. Lo que aquí falta no son individuos de valer, y nuestro profesorado no me parece tan extraordinariomente inferior al de otras naciones; el ambiente de cultura general es el que podrá echarse de menos aun cuando en esto también vamos adelantando. Si Dorado Montero viviese, yo le pediría grandes nombres de otras universidades de fuera, como la de Bolonia, y al lado de los nombres listas de obras. Entre los penalistas, en quienes tal vez pensase Dorado al formular su crudo juicio contra la ciencia española (ya que esa era su especialidad), si saliese a relucir el nombre Lombroso, qué cantidad de gazapos de hecho le recordaría yo, que a mi ver le quita todo derecho a alardear de científico. Ningún español ha escrito con ese desenfado... llamémosle así.

Estas cosas hay que cribarlas. Nuestro instinto es admirar todo lo que nos envían. Y hay de todo en la viña del Señor.

No quisiera hablar ligeramente de un muerto, y de un muerto que me infunde respeto y estimación; pero debo confesar (protestando antes de la incompetencia), que el sistema penal de Dorado Montero me parece hasta infantil, y muy distanciado de las corrientes que dominan ahora en esos mismos países extranjeros, para él tan superiores a España. Según nos dice Maldonado el padre, la conclusión de Dorado Montero, el final de la evolución del derecho penal, era que no se exija castigo alguno para los delincuentes. Cosa más sencilla no cabe.

Sólo que, para venir a parar ahí, no hacen falta los ahincados estudios que es fama que practicó Dorado Montero. Eso es como el oficio de aguador, que se aprende al primer viaje.

Espero que Dios me concederá morirme sin haber ahondado esta cuestión en la cual doña Concepción Arenal, tan piadosa con el delincuente, difería bastante de Dorado Montero: y ¿para qué chapuzarse en ella? basta el más vulgar buen sentido, y hay cosas que el estudio echa a perder. Huid del exceso de ciencia, dicen los místicos. Y penalistas así, no son sino místicos, que en el altar de su conciencia han colocado

otro Dios. Un Dios, que como la diosa Durga de los indios, tiene mil brazos, o como la Diana de Efeso, no sé cuántos senos. Un Dios muchedumbre, y muchedumbre delincuente. No llega, sin embargo, Dorado Montero al último límite; no dice que el delincuente vale más que el inocente, se contenta con darles igual premio.

234

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1919.

Anda la gente alarmada ante la perspectiva de los nuevos presupuestos, ante el recargo que los ha de acompañar. Los gastos han aumentado en proporciones formidables, y de alguna parte ha de salir lo que se necesita para cubrirlos. Hay que arbitrar duro... Sorprenderá tal vez que todo se fíe al arbitrio, y nada al castigo del gasto innecesario. Muchos sin embargo lo son: son lujo y desbarajuste. Y daría buen ejemplo el gobierno suprimiéndolos o reduciéndolos algo.

Tengo entendido que el congreso es de las cosas más caras, más excesivas, más injustificadas en su funcionamiento económico. Si creyese todo lo que se dice, el congreso aparecería como imagen del abuso típicamente nacional. No demos fe a las hablillas,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 diciembre 1919: 4. No recogido.

pero convengamos en que el congreso tiene muchos más empleados de los que necesita. Lo mismo ocurre en otras oficinas del estado.

A mí me ha parecido bien la subida de los sueldos. Al ascender el costo de la vida, era consiguiente que se remunerase mejor. No iban los funcionarios a morirse de hambre. Pero el exceso de personal es ruinoso para la nación. Pocos y bien retribuidos y por consecuencia capaces de dar mayor rendimiento de trabajo. El ejército de empleados sólo conduce a que los políticos puedan recompensar adhesiones o prestar auxilios. No sé si sería andaluzada la de un empleado, no quiero decir de qué ramo, que un día me aseguró: «Si concurriésemos todos a la oficina, no cabríamos en el ministerio ni de pie».

Sería posible, pues, (fuese amortizando plazas o de otro modo), una reducción de los gastos públicos. El contribuyente es en general benigno y sufre en paz la exacción, pero le duele, y lo considero natural, verse recargado para que tengan un medio fácil y poco trabajoso de vivir miles de hombres. La prueba de la longanimidad del contribuyente, de sus buenas intenciones, es que soporta hasta lo que, legalmente, no está obligado a soportar. Por ejemplo: el vecindario de Madrid dócilmente, ha echado sobre sus hombros la carga que se le impuso, y que por ningún

concepto le corresponde, de alumbrar las calles. Esto era cuenta del municipio; pero los excelentes madrileños lo tomaron por la suya, y gracias a eso no olvidamos a [sic] los tiempos del escudero y el farol. Este procedimiento--que el vecindario haga las expensas--sería ideal para el municipio, y para el estado también. Si no lo llevan a la práctica en gran escala, será porque no hallarán manera de continuar por ese camino.

Un poco de recelo, al plantearse el problema del aumento de tributos, ha de sentir el gobierno. Le consta que los contribuyentes--al menos, ciertos contribuyentes--dan ya de sí cuanto pueden y aun más. La vida, que para todos ha encarecido, no hizo para ellos excepción, y sobre el peso de la vida no pueden añadir el de mayores impuestos. Un pequeño rentista, un modesto industrial, harto hacen si defienden el popular puchero, hoy que hasta las patatas han venido a ser artículo de lujo. ¿Qué no es artículo de lujo ahora? En las costas de Galicia había un recurso salvador de los pobres: era la sardina, el bonito cuchillo de plata, la abundancia del hogar humilde. Pues la sardina ya es como lo demás, «por las nubes». a peseta, a seis reales la docena... La veremos a real la pieza, suspiran las amas de casa. Cuando las cosas se ponen así, conviene mirarse en aumentar la ya recargadísima tributación.

Y no hay plato alguno que sea barato, ni aun el escabeche de rueda, los más democráticos de otros tiempos. He visto, en Madrid, en una jamonería a una mujer de aspecto decente, que iba a comprar diez céntimos de piltrafas, ni aun piltrafas; de raeduras del moho que el jamón presenta sobre el arrugado pellejo. Era para dar sabor a la olla. ¡Con economías así, se defienden tantos y tantas! Hay que tener en cuenta esta masa de gentes, para calcular el incremento de los tributos. La más pequeña raedura de tributo puede condenar al hambre a esa mujer, probablemente esposa de un hombre de las últimas filas de la clase media... que para dar una miaja de gracia a su caldo tiene que adquirir polvo untado de grasa amarilla!

Cuando se establecieron en Madrid los comedores de caridad, en el gobierno civil, el más útil pareció el de «vergonzante». Hay en Madrid, (y no en Madrid, solamente), muchos necesitados que ocultan su necesidad. Y hay, entre los que pagan tributos, mucho insolvente, disfrazado de contribuyente. La línea divisoria entre la mendicidad y la estrechez angustiosa se borra y confunde, como en el mar la del agua y la del cielo.

Yo declaro que entiendo muy poco de estos asuntos de crematística, que diría don Juan Valera. Pero si no hablásemos sino de lo que a fondo conocemos,

hablaríamos de muy contadas cosas. Es característico de nuestra edad apresurada que todo el mundo ha de tener opinión sobre todas las cosas. Nos interrogan acerca de materias dificilísimas, y además sobre otras en las cuales parece que no cabe la interrogación que supone duda. Ayer, por ejemplo, me invita un rotativo a dar mi opinión sobre el bolchevismo. «¿Pasará o se consolidará el régimen bolchevista en Rusia? ¿Logrará extenderse a todo el mundo? ¿Qué consecuencia tendría su triunfo para la humanidad? ¿La experiencia bolchevista, pondría en peligro la civilización? ¿Qué influencia ejerce o podría ejercer en España? Algunas de estas preguntas me sorprenden. En historia los hechos hablan. Y los hechos son Rusia encharcada de sangre, despoblada, trémula de terror, estremecida en las convulsiones de la epilepsia y sepultada en el silencio de su aislamiento sombrío. No se puede preguntar si la civilización está en peligro, es preciso que exista. No existe en Rusia, si es que existió alguna vez.

Hay quien insinúa que se ha exagerado mucho en lo referente a los crímenes de esos sectarios furiosos. Esta aseveración, lo mismo que la contraria, no están, por ahora, apoyadas en lo que se llama propiamente testimonios históricos. Amordazada o suprimida la prensa; interceptadas las comunicaciones con Europa,

sólo sabemos del bolchevismo noticias confusas y dispersas, o golpes ruidosos de extravagancia y vesania, como el del monumento a Judas Iscariote, la socialización de las mujeres, la hecatombe de la familia imperial, la supresión de los nombres propios substituidos por cifras... Todo esto no parece leyenda ni invención, pero dando por hecho que lo fuese, la culpa de que tal leyenda se haya formado la tendrían los que cortaron los hijos de la relación internacional, y sólo se acuerdan de que hay otras naciones para enviar a ellas agentes revolucionarios, con los bolsillos bien forrados de dinero. No ha sido culpa del gobierno bolchevique, si su frenesí no se propagó más: influencia, la ha ejercido en todas partes, no en España tan sólo; pero el bolchevismo necesita para la difusión de sus infecciones determinada zona de cultivo; y yo que escribí y hablé hace bastantes años sobre Rusia, cuando nadie en España conocía su literatura, ni su psicología, casi puedo decir que anuncié estos sucesos, o por lo menos el peligro de que se produjese trastornos muy graves. El peligro entonces, se llamaba nihilismo: en él, larvada, contenida, estaba la etapa revolucionaria de ahora. La religión de la humanidad, la adoración del sufrimiento humano, la doctrina de no resistir al mal, la supresión del deber patriótico, parecerán, a primera vista,

opuestas al desarrollo del bolchevismo en su forma sanguinaria y feroz, y en su sistema del apoyarse en un ejército lo más numeroso y bien pertrechado posible, y hasta disciplinado: en realidad, son una misma cosa los mansos tolstoianos que arrojaban los fusiles y los furiosos leninistas que fusilaban; van hacia igual fin, por distinta senda: destruir la organización social substituyéndola por la organización del rebaño o de la horda, sobre la base de un comunismo en que todos sean pobres, oprimidos y desdichados, (excepto los jefes del movimiento, que supongo que no carecerán de oro ni de nada de lo que se apetece cuando no se posee).

Sólo en Rusia, pueblo que moralmente está en la Edad Media, la verdad ha de decirse, se pudo producir el trágico fenómeno del bolchevismo. Dominando los elementos asiáticos todavía, se comprenden ciertas manifestaciones. La horda renace, y une a la exaltación de la crueldad y de la tiranía, instintivas en el hombre, la exaltación de la utopía, más peligrosa en donde el misticismo es una hondísima corriente nacional. Parece que, cuando esto escribo, el bolchevismo va a ser definitivamente vencido en Rusia. seguirá, no obstante siendo una inquietud colectiva, por los caracteres nacionales que reviste. El sueño bolchevique de extenderse al mundo entero es irrealizable, porque es cosa demasiado rusa el

bolchevismo para que pueda prosperar fuera de sus estepas; pero, en ellas, la nieve y los abetos fingirán siempre el espectro de ese ideal bárbaro. No me extrañaría que, a la vuelta de algunos años, el caso se repitiese, porque semilla ha de quedar, y las naciones--y esto sólo probaría lo absurdo de las nivelaciones internacionales--tienen su peculiar modo de ser.

235

CRONICA DE ESPAÑA*

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Especial de LA NACION)

MADRID, noviembre de 1919.

Bien sé que no debemos mezclarnos en asuntos ajenos, pero yo no considero ajeno nada que se refiera a la América española, aunque respeto, como el que más, su independencia política y anhelo su prosperidad, considerándola indispensable al equilibrio del mundo. Viene todo esto al caso de que hace pocas horas, en un hogar chileno, el más chileno de la corte de España, hablé con un chileno ilustradísimo y eminente, y hube de preguntarme (el preguntar es aprender, cuando responde gente bien informada), por qué querían ir nada menos que a una guerra chilenos y peruanos, y si valía la pena de tal extremo lo que ambos pueblos se disputaba. Y díjome mi interlocutor que un par de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 29 diciembre 1919: 4. No recogido.

palacios de Madrid valían más que todo el territorio que ambas naciones litigan.

Yo pensaba que territorio es lo que sobra en América. Todavía hay allí comarcas inexploradas, bosques vírgenes. Pero aun cuando ese jirón de terruño que desaviene a dos estados fuese el único que pudiese reivindicar sobre la superficie del globo, yo siempre tendré por más útil que lo sorteasen a la paja perra, como aquí decimos, que ir a una convulsión de discordia y odios, siendo así que el vigor e incremento de ambos pueblos reclama todo lo contrario: una unión estrecha e íntima, y la formación con Bolivia, de una gran nación federada que pueda ocupar un lugar análogo al de la República Argentina en el nuevo continente.

La división ha sido siempre fermento de decadencia para los pueblos, y su fusión y trabazón, el medio de que se eleven y cumplan altos destinos en la historia. Ha pasado el tiempo de las pequeñas nacionalidades, y la terrible lucha que por una parte parece terminada y por otra arde más que nunca intensa, bajo la ceniza, ha demostrado que el ansia de ensanchar sus límites, el deseo de incorporación y unidad nacional, es poderoso y vehemente. Hay otra razón que aconseja la formación de grandes estados; y es que ya existen muchos, y su existencia es constante amenaza para los pequeños o menores. Más que en ninguna parte, en América se

impone la constitución de estados fuertes, por existir allí el dato de la presencia de un titán que medra sin tregua, que no cesa de extender su dominio. Las luchas, los rencores, las contiendas y las cuestiones, de amor propio entre pueblos hispano-americanos son el camino recto para su absolución y disolución. El ejemplo de la desventurada confederación mejicana es tan claro, tan probable, que, de puro convincente, hasta parece que un historiador artista y refinado deba desdeñarlo.

Si yo pudiese, cual otro Juan de Sahagún, predicar la avenencia a los dos países donde se habla la lengua española; si pudiese como en el poema dantesco, salir por ahí gritando «pace», «pace», «pace», calzaría unas sandalias, tomaría un saco y un hábito, y si me apedreaban por mi intervención indiscreta, ¡tanto mejor!, mi muerte sería gloriosa. Me doy prisa a decir que alardeo de pacifista. La guerra es necesaria y lógica cuando lleva el fin de dar incremento a los pueblos satisfacer sus legítimas aspiraciones, o defenderles de peligros graves que amagan destrucción. cuando no concurren estas circunstancias, la guerra es ilícita y sacrílega. A lo que puedo ver desde aquí, la de Chile con el Perú estaría en este último caso. En vez de combatir, necesitan apretarse estrechamente, ya que puede aplicárseles lo que Núñez de Arce dijo a propósito de España y Portugal:

. . . . . .

«Y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano,
o las vibrantes cuerdas de una lira»

. . . . . .

La tendencia a formar grandes nacionalidades es hoy en Europa señal del vigor y salud de los pueblos. Los enfermos, como Rusia, descubrieron el primer indicio de su fiebre yendo, hasta involuntariamente, a la fragmentación atomística. Y los que se encuentran ricos de sangre y plenos de ideal patriótico, como Italia, palpitan por juntar íntimamente sus miembros dispersos, llegando a casos como el de Fiume, demostrativos del empeño con que defienden su personalidad hasta naciones menos históricas que la italiana: naciones que, por decirlo así, están estrenando las insignias de nación.

En todo el revuelto conflicto que se llama la post-guerra, y que pudiera llamarse la guerra endémica, lo que se destaca es eso: el impulso irresistible de las naciones, sean antiguas o improvisadas, de fortalecerse por medio de la anexión de elementos afines, según las leyes de la etnología y la historia. Un fenómeno morboso, y que es preciso que tome en consideración el pensador, es el del odio entre esas naciones que una ley superior al capricho humano ha

juntado y que deben tener intereses comunes. En España sabemos algo de esto. La suspicacia de los portugueses, que nos miran de reojo como si tuviésemos dos maravedises de mala intención y de imperialismo, ¡nosotros los pródigos en ganar y más pródigos en perder!, el separatismo catalán y bizcaitarra, son uno de los considerables estorbos que impiden a la Península Ibérica afirmar sus destinos, y ocupar el puesto que le corresponde en el mundo. Hay mucha gente que prefiere ser cabecilla de ratonzuelo que cola de león. Y nuestro león es manso, aun cuando no sea del todo inofensivo.

Pero en el resto de Europa, late el anhelo de las patrias grandes y robustas. A pesar de las luchas sociales, que pasan su rasero de agitación perenne sobre todos los pueblos preocupando a las masas y a los poderes, todavía este anhelo es más vivo, porque en él no caben discrepancias. Inglaterra afianza su poderío; Italia, como sabemos, se ha rehecho a manera de estatua en fragmentos que una mano inteligente compone y deja como nueva, más sólida que nunca: Francia se recoge en el sentimiento de su unidad jamás quebrantada y de su ensanche y afirmación en las orillas del Rin; el afán de expansión colonial las mueve a todas. Alemania tampoco se escinde, a pesar de su trágica caída; quiere seguir como antes, hasta donde pueda; afirmar la unión,

como le sea posible. Acorto la enumeración porque nadie ignora cuáles son las ansias de las naciones jóvenes que con la guerra parecen haber adquirido conciencia de sí mismas.

Y bien, se me dirá: justamente eso es lo que intentan Chile y Perú: incorporarse un territorio que cada una cree suyo, y de buena fe, seguramente. Sólo que es preciso ver si valen la pena esos terrenos; y no la valen. Tal es la impresión que he sacado de la lectura de folletos y libros que he estado recibiendo todo el verano, y que no tengo aquí a la vista, porque los he dejado en mi biblioteca de las Torres de Meirás. Y aun cuando esos territorios contuviesen ricas minas de diamantes y un cerro como el famoso del Potosí, no valdrían una guerra entre naciones que deben darse la mano, no por vaga fraternidad, sino porque les conviene e importa.

Y perdóneme que me haya metido en su pleito. Mi intención es del todo pura. Ningún interés me impulsa; ningún móvil personal se descubriría en mí, ni con microscopio. Pero esos dos países que juntándose pueden hacer un formidable estado, me son queridos por el reflejo de su historia. El Perú es la segunda conquista fabulosa, o que lo parece, con que puede engreirse España: Chile no le va en zaga, sin embargo, y tiene para nosotros un hondo sonido de epopeya, en la

cual no menos que los conquistadores dieron muestras de heroísmo los conquistados. Suena tan bien, que nos inclinamos y la simpatía que movió la pluma de Ercilla se desborda en nuestros espíritus. Y pasando del ayer al hoy, Chile interesa por su cultura, por el sabor castellano que han conservado sus letras y sus costumbres. Hay un lazo que no liga a Chile y al Perú. Antes de que estos dos países hayan pensado en consolidarse--y hasta cuando piensan lo contrario, y quizá más aun cuando lo piense--nosotros... quiero decir, los españoles de buena intención y de un poco de instinto vemos a los dos estados formando uno solo, glorioso y próspero, al cual se agregará Bolivia, desmintiendo el nombre de «pueblo enfermo» que con energía rechazó.

Espero, pues, la absolución de mi entrometimiento, y aprovecho esta ocasión rodada para enviar a mis amigos de Chile y del Perú cordial apretón de manos, desde esta tribuna que me brinda LA NACION.

236

CRONICAS DE ESPAÑA*

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1919.

La coreografía ha vuelto a ponerse de moda, los «entrechats» han salido de su venerable sepultura, y, por esa ley que quiere que las cosas de puro viejas parezcan nuevas, han entrado en triunfo y con aire de modernismo en el escenario del Teatro Real.

Este año no son los bailes rusos lo que se nos presenta. Al menos, los bailes rusos ofrecían algo de originalidad, tenían fisonomía propia, aun cuando también en parte rindieron tributo a los «entrechats» y a los bordados con la punta del dedo gordo del pie, que nos retrotraen a los tiempos del romanticismo, con los bailables de Roberto el Diablo y de El Profeta. Pero Cleopatra, Scheherazada, La Danza del Príncipe Igor, Petrouchka, rompieron la monotonía de los saltitos y vuelecitos, y los substituyeron por evocaciones históricas y nacionales, de cuya exactitud rigurosa no

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 20 enero 1920: 3. No recogido.

será posible responder, pero que producen el efecto de la verdad, causando impresiones fuertes y dramáticas; Cleopatra, especialmente, deja huella profunda en la sensibilidad. Es cosa estética, y la fiesta frívola del baile desaparece ante aquella impresión del mundo antiguo, cruel y bello.

Los bailes que este año nos presentan son, no cabe duda, inferior a los rusos, por refinado que sea el arte de la señora Paulowa. La primera noche, quisieron darles carácter sustantivo, y nos tuvieron tres horas y media viendo piruetas. A la segunda, tuvieron que convencerse de que las piruetas tanto tiempo producen cansancio, y ya los bailes sirvieron de acompañamiento a la linda ópera Thais, con lo cual ganaron ellos y ganó la ópera. Nunca se habían oído en Madrid los bailables completos de Thais, porque no hay obra que no sufra mutilaciones y «cortes», y con esto no podremos avenirnos, ni parece lícito.

Hemos visto, pues, a Thais en toda la extensión de sus bailes, que son una reconstitución curiosa de la suntuosidad de las fiestas alejandrinas, con sus máscaras y sus ejercicios atléticos, con la libertad de sus actitudes y lo plástico de sus posturas. Es el paganismo expirante, que va a caer bajo el golpe de la doctrina de los solitarios del desierto y de los Padres de la Iglesia: y por eso, en Thais, no es vano capricho

ese bailable que resume la vida de la cortesana y de sus admiradores; es como la concreción de su insensato existir, envuelto en flores, copas de vino y danzas impúdicas; y el vivo contraste entre tal fiesta y los primeros afanes del arrepentimiento, los primeros estremecimientos de la conciencia de Thais, que se despierta bajo los anatemas del cenobita, es necesario que lo veamos de realce. Si hubiésemos presenciado, como otras veces, un baile atenuado, recortado, parecido a cualquier otro baile contemporáneo y occidental, el sentido del poema no hubiese sido el mismo.

Privados durante los últimos años de la guerra de oír las óperas de Wagner, ahora parece que va a alzarse el veto, y que nos darán Valkiria, Sigfrido y Lohengrin, por lo menos. Claro es que tenemos que aceptar los acontecimientos con todas sus consecuencias; pero siempre sublevaría a un enamorado de la belleza la proscripción del arte, que debiera volar por encima de las luchas y contiendas entre pueblos. El arte es de todos, y aun cuando por eminencia el arte sea patria, y nada sea más patria que el arte, tiene la virtud de llevar en sí la esencia de la patria, sin exclusivismos ni xenofobias de ningún género. Todo francés de espíritu abierto amará el arte germánico después de la guerra, lo mismo que antes.

Reconocerá su valor propio, y no querrá privarse de él, porque ese patrimonio espiritual al cual pueden aspirar todos, hay que defenderlo y conservarlo celosamente. He aquí que, por ejemplo, los dos poetas líricos más grandes del mundo, a mi entender, son judíos. Salomón fue de la misma raza que Enrique Heine. Y sus inclinaciones y gustos la aproximaron a Francia más que a Alemania, su tierra natal. Y Alemania cometió el error de demostrar prevención a Heine por sus sátiras y flechas contra algunos aspectos de la vida alemana; como Inglaterra fue dura con su genial escritor Oscar Wilde y con su insigne romántico Lord Byron. Y es que estas individualidades singulares y superiores a las muchedumbres están fuera del criterio común, y no son feudatarias del sentido general, no van con la grey. Es tan vano el intento de encerrar en los moldes corrientes la genialidad de algunos individuos superiores, como el de hacer responsables a estos mismos individuos de los sucesos históricos, y proscribirles en una nación porque nacieron en otra.

Yo confieso que aun cuando soy ecléctica también en música, y oigo con placer hasta algunas de las antiguas óperas italianas, hoy tan pasadas de moda que la gente se ríe de ellas y protesta cuando las ve en el cartel, no dejaba de echar muy de menos a Wagner. Había costado buen trabajo aclimatarlo en Madrid, y no

me atrevía yo a asegurar que esté aclimatado del todo, no. Esa terrible palabra «lata», que tanto mal ha causado en el momento de insubstancial frivolidad que atravesamos, no se les ha caído aún de los labios a los que dicen que van al teatro a dormir, cuando se pone en escena Parsifal, verbigracia. Sin embargo, cada día es mayor el número de los admiradores de Wagner en Madrid. La educación musical de este pueblo ha avanzado infinito, merced a tantos esfuerzos, a tanto ejemplo y enseñanza práctica, tanto recital, tanto concierto, algunos de ellos digno de todo elogio, como los de la Filarmónica. El pueblo, por otra parte, tiene buen oído e instinto despierto, como se ha demostrado en aquellas campañas del Teatro Real, en que el «paraíso» hacía y deshacía las reputaciones de divas y divos y seguía con ojo avizor y oía con fina percepción las incidencias musicales, atenta siempre al aplauso oportuno, a la entusiasta aclamación, al siseo severo, al pateo, y hasta al silbido, si se terciaba. Yo he visto silbar en Madrid a Adelina Patti, la encantadora Rosina que acaba de morir; pero no era realmente a ella a quien silbaban: era a su imposición, al querer que con ella cantase y fuese contratado Nicilini, el tenorino, que no parecía grato a aquellos descontadizos jueces de las alturas. Y creo recordar, aunque no me atrevo a afirmarlo, que al otro día la Patti rompió su

compromiso, rescindió su contrata y se marchó furiosa.

El «paraíso» las gastaba así. Desde que han subido los precios de este teatro de un modo tal, el «paraíso» ha perdido su fuerza, que consistía en que los inteligentes que no eran ricos, estudiantes, empleados modestos, ateneístas, señoras de la clase media, horteras, periodistas, hasta murguistas! podían asistir y aun permitirse el lujo de un abono. Hoy el «paraíso» casi ha llegado a ser lo que eran antes las butacas, y aquellos que ponían cátedra no asisten. Ya no parece temible a los cantantes el ruido del «paraíso». Por ese fallo recetaban algunos artistas hacer la temporada de Madrid. Sabían que iban a encontrarse ante un tribunal incorruptible, y temblaban al pisar la escena. Hay una leyenda que corre acreditada, y es la del famoso organismo que ataca a los cantantes en su primer salida en el Real. Unos atribuyen tal fenómeno al frío, a la dureza de este clima continental que destroza las gargantas y raspa los pulmones; otros entienden que el organismo se origina sencillamente del miedo, del temblor ante un público a la vez exigente y competente.

Fuese la que quisiera la causa, ha sido frecuente el caso de inutilizarse los cantantes en los quince primeros días de su estada en Madrid. Catarros y ronqueras abundan. Es verdad que, en el Real, la

calefacción suele ser un mito. Tal vez éste fuese lo que nos costó que se malograse aquel portento humano que se llamó Julián Gayarre; aquel ruiseñor del Roncal, que exhaló su postrer trino en la escena del Real, una funesta noche, Gayarre murió de bronquitis capilar, contraída tal vez al salir medio desnudo en la ópera Pescadores de Perlas. Era el momento en que el «dengue» o «trancazo» hacía estragos en Madrid, y una de las víctimas de tal estado sanitario fue el oído del «paraíso», Gayarre, que había cuidado muy poco, conviene decirlo, su voz y su salud en los años del apogeo de su gloria. A la larga, la divina voz hubiese menguado, como menguan siempre las magníficas voces de tenor; pero cuando la muerte vino a sorprenderle y a desconsolar a sus apasionados, Gayarre tenía ante sí tal vez quince o veinte años para defender y aprovechar su tesoro. Otro cantante como él no vuelve a pisar las tablas. Hay trozos que no debieran cantarse, porque él los dominó. Da tristeza oír ciertos pasajes de La Africana, y era doloroso oír, no ha mucho, la romanza de Favorita, «spirto gentil»... ¿Quién borrará aquel recuerdo? ¡Hay todavía tantos, tantos que pudieran oírle! Invariablemente, cada noche del Real, alguien exclamará:

--Todo está muy bien... Pero ¡aquel Gayarre!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

237

De la condesa de PARDO BAZAN

UN GRAN BAILE DE MASCARAS EN MADRID*

MANOLAS, CHISPEROS, PRINCIPES, Y CORTESANOS DE LA EPOCA DE GOYA

(Para LA NACION)

El carnaval entró en Madrid pasando por el pórtico de un baile de mascáras, muy comentado y que despertó expectación. Se le llamó «baile goyesco» porque la consigna era que los concurrentes luciesen trajes de la época de Goya.

La época de Goya abarca cerca de un siglo, o al menos los dos dos tercios de un siglo. El pintor «de los Toros» gozó de gran longevidad, y su período activo duró hasta la extrema vejez. Testigo y actor en el período más agitado de nuestra historia, alcanzó el reinado de cuatro reyes, y retrató a los personajes de las cortes suntuosas. Mas el público y también las organizaciones del baile, entendieron que la época de

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 mayo 1920: 3. No recogido.

Goya no es sino la de las manolas y chisperos, la de las meriendas al borde del Manzanares y de la regia familia de Carlos IV, tan admirablemente retratada por D. Francisco. Cabían, sin embargo, en este baile, los trajes del Imperio y los de la Restauración.

No debiera tampoco este baile llamarse de máscaras, sino de disfraz. Máscaras no hubo, en rigor, porque nadie cubrió el rostro con el negro antifaz de seda o terciopelo, ni siquiera adaptó a su semblante unos bigotes postizos o una nariz bulbosa. Cada cual mostraba su propio rostro, cubierto y acaso retocado: a lo sumo, las patillas artificiales de algún manolo recordaban que todo ello era cosa de carnaval.

La fiesta tenía un objeto benéfico, como lo tienen ahora ya todas las diversiones, sin que tal fin reste alegría y animación. Sí; es preciso confesarlo: había gozo y juventud en el aire, aun cuando en el patio de butacas no se bailaba, no se hacía más que andar trabajosamente, rompiendo por entre una muchedumbre compacta, ahogada de calor, risueña y curiosa, toda ojos, donde tanto y tanto había que ver. En los palcos era diferente: se descansaba, se disfrutaba del espectáculo sin molestia alguna.

En el escenario se representaron los cuadros vivos, con el error de no espaciarlos, casi a un tiempo. Aparecieron juntamente <u>La familia de Carlos</u>

IV, El Pelele y La gallina ciega. Muchachos y muchachas de la sociedad de Madrid figuraron en estas exhibiciones plásticas de una verdad y exactitud sorprendentes. Terminado el espectáculo, los personajes de los cuadros se mezclaron con el público, que pudo admirarles de cerca.

Como no soy revistero de salones, no tengo los deberes de galantería que estos tienen, y me libraré bien de decir que todas las damas y damiselas estaban hermosísimas. Lo estaban algunas, y otras no tanto, como suele suceder; pero es innegable que la indumentaria tan pintoresca, airosa y natural de aquel gracioso tiempo, aumenta el encanto de los ojos y de los talles. Llamo «natural» a la indumentaria del tiempo de Carlos IV, porque en ella el traje de la mujer es a la vez picante y honesto, cómodo y artístico, con la falda ni tan larga que estorbe ni tan corta que escandalice; ni tan ancha que desproporcione, ni tan estrecha (salvo en la breve etapa del «medio paso») que estorbe a la marcha; con el corpiño o monillo no apretado, sino ajustado al cuerpo, y con el tocado más bello que nunca ha ideado la mujer, la mantilla prendedora de almas, veladora de pupilas, de sombra trágica o dulce. A falta de mantillas, encontramos la redecilla, con sus lazadas picarescas, completando la silueta femenina de aquellos poéticos días.

Delatando la influencia francesa, abundaron los grandes peinados de erizón, a lo María Antonieta, con sus bucles que caen sobre el escote, y los «fichus» o pañoletas, sobre los vaporosos trajes blancos. La duquesa de Alba, tantas veces retratada por Goya, revivía en alguna cabeza fina de aristócrata. Hubo una torera, en extremo caracterizada, con la montera de Pepe Romero; y los cartones de Goya, fuente hasta hoy no aprovechada, dieron base a disfraces típicos.

No fue, como sabemos, admitido el Directorio ni el Imperio, aun cuando en la sociedad española de entonces, como en la de hoy, el modelo del traje viniese de Francia, y no sólo del traje, sino del mobiliario y la decoración. En cambio, yendo más allá que Goya, muchas lucieron la peineta alta, de teja o de «siete calzadores» y el mantón de Manila. Estos mantones, cuya historia encontramos en la preciosa novela de Galdós, tan madrileña, Fortunata y Jacinta, proceden del reinado de Cristina de Nápoles, más tarde llamada la Reina Gobernadora.

En ninguna pintura de Francisco, el de los toros los encontramos. Hoy están en plena aceptación, después de un eclipse de su popularidad, que duró casi un cuarto de siglo, los años anteriores a la Restauración de Alfonso XII. Como motivo decorativo, parecen insubstituibles. Sobre el antepecho del palco,

en la corrida; en las funciones teatrales algo solemnes, producen un efecto de colorido lujoso y cálido, de asiatismo triunfante. Después de mirar a los mantones de Manila, todo parece gris, frío y deslazado. Aquella profusión de pájaros imposibles de fantásticas alimañas, de ramajes caprichosos, aquellas procesiones de chinitos, aquellos floripondios espléndidos, como abiertos bajo un cielo de fuego y lumbre, aquellas pagodas raras, con campanillas en los aleros, todo ese mundo colorista, que ha de envolver en un trapo esplendoroso el talle femenil, nos deslumbra. Para este baile del Real, el mantón, sin embargo, lejos de ser adoptado por las bellezas juveniles, sirvió de defensas a las señoras más bien maduras, que no quisieron ataviarse como manolas goyescas.

El festejo dejará memoria, siquiera por lo que dio que hablar veinte días antes. Corrieron no pocos infundios y entre ellos se llegó a propalar que también la reina adoptaría un disfraz de la época de Goya. Siempre negué que tal cosa pudiese ser. Ni aun en bailes completamente de sociedad, como, el famoso que dio la duquesa de Fernández Núñez, cuando se casó por segunda vez el rey Alfonso XII, se ha considerado conveniente que las reales personas cedan a la imposición del carnaval. La reina no cedió, ni aun echando una blanca mantilla de blonda sobre su dorada

cabeza. Y con disfraz o sin disfraz, teníamos la certidumbre de que sería la más hermosa de las damas de la corte. En estos últimos años, su belleza, al afinarse, ha ganado mucho, y su gallarda figura atrae irresistiblemente a la máquina fotográfica, al lápiz al pincel. Sorolla me decía: «Voy a hacer el retrato de la reina. Aunque no fuese reina, sería una gran suerte hacerlo, porque esa señora es un poema de color».

238

De LA CONDESA DE PARDO BAZAN

ALGO SOBRE ESCULTURA*

MADRID, 1920.

Ha fallecido estos días un joven escultor, Madariaga, que era una esperanza para el arte. Y digo una esperanza, no porque no haya producido realidades brillantes, sino porque, cuando soltase los andadores de la imitación de maestros contemporáneos, volaría más alto aún. Tenía condiciones sobradas para ello.

El recuerdo de Julio Antonio flotaba sobre él, sobrepujándole. Ambos artistas murieron muy jóvenes, positivamente malogrados, como si un hado fatal presidiese a su existencia. Siempre que yo tuve ocasión de oír que los comparaban, encontré que no procedía la comparación. Julio Antonio era un arcaizante, un "donatelista", Madariaga, un idealista exasperado, con detalles de naturalismo, como los tenía aquel genial escultor viejo que me acompañó en mi visita a la Decenal, en la exposición de 1900,--

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 23 mayo 1920: 3. No recogido.

espectáculo que no volverá a verse nunca.--Madariaga trabajó en el taller de Rodin, según mis noticias. Había en él una tendencia al simbolismo, muy marcada--como en su modelo. Y yo confieso que el simbolismo no es como el galón, del cual dicen nuestros vecinos:

«Quand on prend du galón, on ne sait trop en prende».

A mí, por ejemplo, el simbolismo, aplicado a la interpretación de la figura de Santa Teresa de Jesús, no me convence sino a medias. Otro gallego (creo no equivocarme al decir que Madariaga lo es); otro gallego, repito, de antaño. Gregorio Hernández o Fernández, no necesitó simbolismo alguno, para crear su maravillosa Santa Teresa, modelo de nobleza, de casticismo y de sentimiento. Y no soy, ciertamente, enemiga de innovaciones. El arte tiene que renovarse. Pero el sentido innovador no nos ha de cegar hasta el extremo de desdeñar la hermosura ya realizada mediante anteriores formúlas. Vengan las novedades que vengan en la novela, el Quijote no se tambaleará. Suceda lo que suceda en la escultura, la Venus de Milo tiene la vida asegurada. Y, sin pararnos en tan altas cimas, otros testimonios de arte menos universales, pero dignos de todo encomio, no pueden ser arrumbados ni rechazados por el hecho de que en pos de ellos hayan aparecido muchos más, en otro sentido, con otras tendencias, que a su vez serán mañana antiguas.

Hay que ver con cuánto desdén se habla de las obras de arte que no siguen el rumbo caprichoso de la novedad. Hace muy pocos días, escuché pronunciar con menosprecio el nombre de un escultor famoso, pero de la anterior generación. «Ese pasó» decían. ¿Por qué pasó? ¿Porque ha tenido el buen gusto de no dislocar y violentar su temperamento artístico, modelando lo que yo, de regreso de la exposición, llamé «muñecos insurrectos», a lo Rodin? Ha realizado otra belleza, y sigue realizándola, y está más cerca de la verdad, acaso, que sus jóvenes émulos. Creo que con esto le baste.

En un concierto clásico a que asistí hace pocos días, y donde hizo primores el violín de Manén, yo pensaba que los músicos son, en este particular más afortunados que otros artistas. No les cruza tan fácilmente el sol por la puerta. Pensad en los comentarios del público si le llaman a oír leer páginas de escritores que contasen siglo y medio de fechas. Habría que ver los bostezos, la indignación, la huida de los espectadores. Y el público del concierto oía música del siglo XVIII, de Bach, y estaba como en misa, y al final exteriorizaba su entusiasmo. A nadie se le ocurría que Bach fuese una antigualla. Y lo mismo, y con igual devoción, oirían un motete del siglo XVII, o un salmo de Lutero.

Lo que parece confirmarse cada día, es que España, contra la opinión general, produjo cosecha de escultores, y mayor la produciría si tuviesen los gobiernos y los particulares la resolución de mirar cara a cara la realidad, y no seguir desviando de su cauce esa modalidad artística. El hábito de hacer el mármol las estatuas es aquí un error. Ni nuestro clima, ni nuestras disciplinas, se avienen con el mármol. El mármol es un italianismo o un galicismo, en especial ese mármol que, cuando nuevo, parece un bloque de azúcar. Lo ibérico es (por su orden) la madera, el metal, la piedra, el barro.

Hará unos treinta años abogué yo por los santos de palo, o sea por las efigies en madera. Entonces, una opinión intransigente condenaba estos testimonios de nuestro sentimiento peculiar. Parecían los santos de palo algo de mal gusto. Yo, repito, no lo veía así; al contrario. Y corrió el tiempo, y el conocimiento más claro cada vez del arte antiguo, en países bien lejanos, ayudó a vindicar esa forma del arte español. La escultura de los japoneses y de los egipcios, en las cuales hay portentos, vino en nuestro apoyo. Contemplando en el Louvre la famosa figura del Escriba, yo no echaba de menos los rancios dioses de Grecia, labrados en el Paros espléndido. Cada raza y cada país tiene sus normas de belleza. Y cada país tiene el

deber de abundar en su propio sentido, de cultivar sus territorios, de ahondar en sus filones España, sobrada de originalidad, no ha sabido nunca defender esa esencia de su alma colectiva. Ha rendido fácilmente el pabellón y saludado al de otras naciones, desviviéndose por adaptar su arte a tendencias ajenas. Si respecto a las imágenes de talla en madera se dejó convencer de que significaban un abaratamiento, mucho más humilde se mostró respecto a otra forma bien suya, las imágenes llamadas "de vestir" ¡Qué no se dijo con tal base! Y, sin embargo, a la misma hora en que aquí se las execraba o se las hacía objeto de risa, Baudelaire se inspiraba en ellas, en la tan poética, tan sentida Virgen de los siete puñales. No conozco nada más imponente, nada más trágico, que las efigies vestidas del Nazareno y de la Dolorosa. La rica y austera indumentaria, los mantos de terciopelo negro o morado, que cuajan bordados de oro; la ilusión de verdad que dan esas telas magníficas, sirviendo de fondo a una cabeza admirablemente modelada y tallada, de unas manos pálidas y delicadas que se diría que van a moverse, es de las cosas más impresionantes para quien tenga un poco de fantasía. Yo he visto en Loja una efigie de la Virgen, del siglo XV, de vestir. El traje que lucía y las joyas que la adornaban eran dádiva de Isabel la Católica, cuando logró rendir la ciudad morisca, donde

múltiples caños de agua manan de una sola fuente. ¿Pensará nadie que hay más arte en un busto marmóreo de los que se ven en las iglesias modernas, que en la Virgen de Loja, semejante a una princesa de cuento de hadas, engalanada con los tisúes que cubrían el cuerpo de la vencedora reina?

Yo comprendo que me es imposible transigir con las efigies actuales. Las del Corazón de Jesús las considero lastimosas. Esta devoción del Corazón de Jesús es, sin embargo, lo bastante ardiente y sincera para que pudiese haber inspirado algo bello y sugestivo. ¿Por qué, al calor de la fe, no brota el arte? Existen ricas imágenes del Sacro Corazón, hechas de mármol, de alabastro, de bronce dorado,--pero siempre con frialdad y el amaneramiento del estilo devoto francés.

En España, esta forma de creencia espera aún su genial intérprete, que la traduzca en madera, con el brío y el arranque que tuvieron nuestros grandes tallistas, y con la fuerza sentimental que se revela hasta en los humildes Cristos anónimos, como el de la Vega. Donde mejor se concreta esta impresión, es en el museo provincial de Valladolid. La formidable cantidad de magníficas tallas que allí se admira, no permite que esta manifestación de arte sea una de las expresiones más claras de nuestro genio nacional. Aun cuando

muchos maestros de la talla española se hayan formado por enseñanzas italianas, la nacionalidad se revela a cada paso, rompiendo el molde del clasicismo. El efecto es poderoso, y la fiesta, para los ojos deslumbradora.

Allí, en el rebosante museo, es donde debieran estudiar los secretos de la imaginería de talla los escultores principiantes. Esta clase de "santos" es la que responde a nuestro modo de ser. Una escuela de arte debiera fundarse en Valladolid, genuinamente nacional.

En este museo existe, entre otras obras maestras, una cabeza cortada, que recuerda aquella de que habla Teófilo Gautier, y por la cual se inició la forma hispánica del decadentismo. Ante ella hay que meditar si nuestra espontaneidad es o no un don especialísimo y fecundador, puesto que con él abrimos nuevos caminos a la poesía y a la hermosura en otras naciones. A España la encontraremos en muchos sitios donde no lo creeríamos, donde salta como una revelación. ¡Ha impulsado tanto al combatir, al esparcirse por el mundo! Los miopes no ven en la guerra más que la guerra. Hubo otra cosa, en Flandes, en Italia, en América; hubo otra cosa, y hasta una infinidad de cosas. Una de ellas es esta fiereza de las testas truncas, que el decadentismo ha adoptado, con Salomé y

con la emoción de Gautier, ante una maravilla. Hilos invisibles que tiende el arte, y que vuelan por cima de los Pirineos y del estrecho de la Mancha.

239

De la CONDESA DE PARDO BAZAN

ALGO SOBRE COSTUMBRES MADRILEÑAS*

(Para LA NACION)

MADRID, 1920.

En las costumbres madrileñas pudo anotarse pocos días ha, un favorable síntoma. Se ha presentado, es cierto, entre nubes de tormenta, con episodios semitrágicos; pero, al cabo, queda por él afirmada una idea moderna--aunque ya defundida en el siglo XIII--la del respeto y protección que debemos a nuestros hermanos inferiores, tan amados del Patriarca de Asís.

Una cosa es poner collares de diamantes y coral a los cusculetos de lujo y otra pedir buen trato para los animales. La extravagancia del excesivo adorno no la apruebo; pero tengo reservada la mayor indignación contra los que ejercitan crueldad con las pobres bestias que sirven y ayudan al hombre en el trabajo, o le defienden, o le evitan fatigas, o alegran su hogar

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 junio 1920: 4. No recogido.

con fidelidad y cariño, o le regocijan el corazón animando los bosques y los matorrales con dulce gorjear y pitío gracioso.

Cuando veo entrar en Madrid ristras de pajarillos destinados a la sartén, todo protesta en mí. Los pajarillos, no sólo son bonitos y simpáticos, sino que sirven a la agricultura destruyendo larvas, gusanos y piojillos de los árboles, por lo cual se debiera conservar su inocente vida. Me sucede una cosa que no creo que sea especial mía, sino bastante frecuente: que en mis sentimientos respecto a los animales no hay término medio: o me inspiran vivo afecto o repulsión violenta. No puedo decir como Víctor Hugo: «J'aime l'araignée et j'aime l'ortie, parce qu'on les hait».

No: yo detesto a la araña, cuya forma pavorosa me infunde horror: y detesto a otros insectos, porque en el mundo de los insectos es donde se concentran los instintos criminales de la animalidad. Esto parecerá un modo de decir, y no es sino una observación fundada en varias obras recientes, de entomólogos muy sabios en su terreno. El insecto es feroz, es asesino, y asombra ver cómo desenvuelve estos instintos por medio de actos que confunden la razón, pues suponen en el insecto conocimientos anatómicos que no puede poseer. Odio también a los roedores, vehículo de pestes y contagios, enemigos naturales de la habitación humana,

mordisqueadores de niños indefensos en su cunita, casta que habría que exterminar, si tal imposible cupiese en la aspiración. Y odio--nada tiene de extraño--a los ofidios, entre los cuales y la mujer está declarada la guerra desde el principio del mundo, según la tradición bíblica. Pero ¿dónde habrá más grata cosa que los animales domésticos, el caballo, el asno, el buey, el perro, y hasta el gato, ese amansado tigrecillo?

Ver que los castigan y apalean, es para mí un espectáculo insufrible, y debe serlo para todo el que tenga un poco de nobleza en el corazón. Por desgracia, es frecuente tal espectáculo. Yo no lo atribuyo, como hacen algunos, a los hábitos creados por las corridas de toros. A ninguna han asistido carreteros de mi país que cargan excesivamente a los bueyes y los muelen de firme. La inhumana práctica de apalearlos en la cara o mejor dicho, en el morro, me ha sublevado mil veces. ¡Un varazo en aquellos ojos tan resignados, tan apacibles! Y menos mal, que al cabo el gallego estima a su yunta, y no la quiere destruir. Así y todo, a veces la maltrata, y, desde luego, cuando carga para sí y no para quien le arriende su labor, extrema el peso, hasta un grado inverosímil, como si las fuerzas del buey no tuviesen un límite fatal.

Este caso fue el que se dio, no ha mucho, en la calle de Alcalá, con unos boyeros bárbaros. Fue tal el

cargamento que hacinaron en los carros, que los míseros bueyes, tendiendo en vano la cerviz, estirando el cuello, mugiendo dolorosamente, no lograban hacerlos avanzar una pulgada. Y entonces cayó sobre los infelices animalitos la lluvia de estacazos, y no sé si de coces y puñadas, que de tanta barbarie todo se puede temer. Pasaba por allí un caballero--nunca mejor empleado el calificativo--que se acercó a los salvajes, y les amonestó, diciéndoles cosas muy puestas en razón, pero no hechas a la medida de aquellos cerebros de sílex.

La prueba de que era como echar margaritas a puercos, fue que uno de los bárbaros, volviendo sus iras contra el caballero, y esgrimiendo la navaja con que picaba los flancos de los animalitos para obtener el imposible de que arrancasen, gritó esta frase épica:

--¡Y a Vd. también le pincho!

Para impedir el pinchazo, aparecieron entonces varios transeúntes. Como el carretero se lanzaba sobre el humano defensor, los transeúntes, a su vez se precipitaron sobre el carretero, a quien vinieron a ayudar otros de su oficio y laya, trabándose descomunal pelea, de la cual salió debidamente vapuleado el bruto. Hay diversas versiones acerca de quiénes fueron los que tan providencialmente intervinieron en el lance, para impedir que un hombre compasivo fuese tal vez

despanzurrado, en recompensa de su bondad. Unos creen que se trataba de transeúntes, otros que eran individuos de la Acción Ciudadana. La verdad es que estos últimos suelen aparecer siempre donde no aparecen los guardias, y este caso es ya un tópico en comedias y versos de broma. En cambio, algunos se presentan cuando no hacen maldita falta, y, al contrario, a causar ligeras molestias a parte del público. Un día, el automóvil que yo ocupaba se encontró detenido por un carro y un tranvía, parados en la calle Mayor. Era cuestión de esperar pacientemente un momento a que los dos vehículos pudiesen ponerse en marcha, y eso hicimos: quedamos quietos. Mas no fue tal la opinión de los agentes, empeñados en que habíamos de dar marcha atrás para dejar libre el paso al carro, donde por lo visto iría el rey Luis XIV, el que nunca esperó. Me negué terminantemente a tal marcha atrás; y no por capricho, sino porque detrás de nosotros estaba desempedrada la calle, y con esos montones de adoquines, ahora ornato de todas las vías madrileñas, pues se diría que vivimos en barricada perpetua. Me amenazaron con matarme si no me exponía a volcar; me intimidó la amenaza: el vuelco era más temible. Si me hubiese multado, yo denunciaría éste y otros abusos. La injusticia nos hace siempre recrearnos e impulsa a la protesta. Y amí me parecía que forzarme a volcar,

después de pagar crecido impuesto de rodaje, era fuerte. Todo se vuelve socaliñas, y, no se permite rodar, sino con enojosas y hasta peligrosas restricciones.

¡Las multas! Serían de suma eficacia si se hiciesen efectivas en los casos semejantes al del boyero de la calle de Alcalá. Si al ver maltratados a animales útiles e inofensivos se aplicase una multa seria, siquiera en interés del aspecto de cultura de la capital, es fácil que no presenciásemos tan antipáticas escenas. La multa es acaso la más eficaz de las sanciones. Lo malo es que o no se aplica, o si se aplica, no se cobra, y si se cobra, se devuelve (de todo hay casos). Y como el bolsillo está siempre en carne viva, y todo le duele mucho, ¡cuántas cosas se corregirían por tan sencillo medio!

Existe hoy--y por eso hablaba yo de buenos síntomas--un deseo, una inquietud de regeneración de las costumbres, que no diré que sea universal, pero que se revela en bastantes aspectos de la vida. La mujer ya va segura por la calle (hablo siempre en general) y sólo con el recuento de lo que ha ganado la mujer, pudiéramos permitirnos lisonjeros augurios. Mucho mayor es la consideración que se le guarda, y sin duda puede medirse tal consideración por el deseo que ella tiene de conseguirla. No siempre ha sido así. En

cambio hay que lamentar que el extraordinario incremento de la población de Madrid sea causa de que en las aceras y hasta en el arroyo se amontone el gentío, y los empujones abunden: no con mala intención, sino porque la gente empuja más y hace más estorbo, cuanto menos educada está; y, por ley natural, abundan más los ineducados que los exquisitamente corteses.

Tengo que apuntar, sin embargo, ciertas favorables manifestaciones. Una de ellas, hela aquí. Bien sabido es que hay grosería en dejar caer sobre el que viene detrás cortina o puerta. He visto a señoritos elegantes, de gardenia en el ojal, cometer de estos desmanes. Hoy están en inmensa minoría. Hace poco salía yo de un teatro, y en pos de mí venía un obrero, de blusa. Sostuve la cortina hasta que él, a su vez, pasó. Y este hombre modesto, pero fino, subió la mano a su casquete, y dijo, con el tono más propio del momento:

--Muchas gracias, señora.

Acaso fuese más necesario educar que instruir; y educar el sentimiento, sobre todo.

240

ESPAÑA AL DESNUDO*

Un libro de Ruimar

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

Es situación embarazosa para un espíritu sincero encontrarse frente a un libro cuyo autor da a nuestra opinión valor muy elevado, o al menos la bondad de manifestarlo así, y que al emitir parecer sobre ese libro, hayamos de decir, forzosamente, tanto de malo como de bueno; y que, lo bueno y lo malo, se entremezclen y confundan y enmarañen en el texto, tan estrechamente, que para desenredarlos habría que escribir, no otro volumen, sino una docena de tomos.

Tal es el caso de la obra de don Cándido Ruiz Martínez, o Ruimar, como él quiere ser llamdo, titulada ambiciosamente España al desnudo. Y digo "ambiciosamente", porque la psicología de un pueblo, ya

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 julio 1920: 5. (Sección 2, Ilustraciones) No recogido.

se estudie con dura gravedad, ya con humorística ligereza, pide más espacio y más serenidad de juicio del que consiente una colección de artículos y de poesías.

No niego yo los aciertos que, como chispas de fragua, saltan de la prosa y del verso de Ruimar. La lectura aislada de un trozo de prosa o de un soneto obliga a exclamar familiarmente: "Tiene más razón que un santo" o "dice verdades como puños". Volvemos la hoja, y los errores, o lo que yo considero tales, no juzgándome infalible, son tantos, de tanto bulto, que llevan a dudar de los aciertos o les quitan su innegable importancia.

Y resumir en corto espacio estos aciertos y errores, parece faena semejante a la de recoger el agua del mar en una conchilla. Lo que he de decir, ante todo, es que los errores de Ruimar son del número de los que corren acreditados entre la multitud. Errores comunes, que diría el padre maestro Feijóo.

Según Ruimar, España ha sido siempre un mal patrimonio, un clima fatal, despobaldo y mal cultivado. Etnicamente, somos más moros que latinos, y más bien africanos; en suma, raza inferior. Nuestra historia está falseada para hacernos creer que los españoles llenaron el mundo con sus hazañas. Y que es sin rival nuestra constancia en las adversidades; y el español

que no lee libros serios, cree en su propia superioridad y se pasa la vida mirándose el ombligo, como los fakires. Nuestro amor a la independencia lo niega Ruimar, en atención a las infinitas irrupciones de gentes extrañas que hemos sufrido; nuestra reconquista fue lenta, debiendo ser muy rápida. En cuanto a la nacionalidad española, no existe. Y España no ha tenido ideales nunca, excepto el ideal negativo de la intolerancia religiosa. Al leer esto, vino a mi pluma una exclamación: ¡ya pareció el peine! Porque esto de la intolerancia religiosa es clave tan socorrida para explicar la historia en su totalidad, como fueron para Michelet los jesuitas, según tuve ocasión de demostrar en mi estudio sobre este apasionadísimo historiador, en el tomo El romanticismo.

Sobre la misma valentía española halla Ruimar no poco que discutir, y, al llegar a la apreciación de nuestro estado en el siglo XVI, ya hormiguean de tal modo los errores, insidiosos los más, sin que yo los suponga insidiosos adrede, que, para la más leve refutación, habría que llenar páginas. Me fijaré sólo en dos o tres, los más fáciles de arrancar. No fueron Fernando e Isabel los que arrojaron la semilla del Santo Oficio. Esta institución existía desde el siglo XIV. Lo único que hicieron los reyes católicos fue, por decirlo así, nacionalizarla. Entendían los regios

esposos, y lo practicaron con otras instituciones, como por ejemplo, las Ordenes militares,--que no convenían poderes frente a la realeza, y que, de lo que ocurría en su reino, no era el papa, sino ellos mismos, quienes debían conocer. Y la inquisición, más que a la supuesta intolerancia religiosa--España ha sido siempre tolerante, si no en doctrinas, en hechos,--obedeció a una profunda necesidad social: evitar las matanzas de judíos, que aun hoy, con el pulcro nombre de antisemitismo, ensangrentaron a tantas naciones europeas, y hasta resucitaron el espectro del crimen ritual, la crucifixión de doncellas y niñas. Ruimar, persona ilustrada, no ignorará esto, ni desconocerá que el derivativo de la Inquisición, con su carácter jurídico, hizo imposible las bárbaras degollinas, aquí medioevales, y en la Europa moderna, contemporáneas.

Tampoco puedo yo creer que se escriba en serio que Europa estuviese en pleno renacimiento, material y espiritual, cuando nosotros sólo le llevábamos resplandores de hogueras, sombras de ignorancia y crueldades de fanatismo. Sí que era muy benigna la Europa de entonces, y sí que gastaba modos muy finos los que, con el asesino del statuder de Holanda, por ejemplo, y pudiera multiplicarlos, en Francia, en Inglaterra, ¡hasta en la idílica Suiza!, donde prisioneros por ideas fueron sentenciados a morir de

hambre. Nosotros, que hemos tenido inquisición, no hemos tenido San Bartolomé.

Claro es que, al lado del tópico de la inquisición, no podía faltar el de la crueldad con los indios, apoyado, se cae de suyo, en el testimonio del padre Las Casas. Ruimar considera sagrado este testimonio. ¿Por qué sagrado? No está demostrado aún que la historia que se supone escrita por Las Casas sea realmente obra suya; al menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros; y, en cambio, de fijo que fue Las Casas quien llevó al nuevo continente la esclavitud, aconsejando y procurando el tráfico de negros, como si los negros no tuviesen carne humana igual que los indios. Yo digo que todas las naciones que han conquistado y colonizado han practicado con las naciones conquistadas crueldades mucho mayores que nosotros, puesto que han tendido, sistemáticamente, a extinguir las razas, que nosotros nunca a propósito exterminamos; y con las cuales, democrática y cristianamente, mezclamos nuestra sangre, siendo como no ha mucho me decía un ilustre chileno, «blanqueando sólo conquistadores, sino blanqueadores de pueblos.» Si fue un error político, no fue, vive Dios, una transgresión moral.

Y no quiero hablar de la «inocencia» de los indios, que saca a relucir Ruimar, porque escribiría

cosas que sólo caben en la alta dignidad de la historia, pero que no me parecen propias de la prensa.

Pero veo que avanzo hacia el fin de esta reseña ligerísima y aún no he principiado a reconocer los aciertos de Ruimar. Uno de ellos, es su modo de considerar lo que se llama el problema regionalista; otro, su criterio respecto a nuestra ilusión que nos cegaba antes del desastre y al panglosismo que siguió prevaleciendo. En este terreno--y el Sr. Ruimar lo reconoce--nos encontramos, porque yo entonces exterioricé mi dolor patriótico y aconsejé, no la renuncia a toda empresa gloriosa, pero sí la mayor cautela en acometerla; como la fortaleza, después en sustentarla. Nunca entenderé que los españoles deban tenerse en menos, y creo firmemente, porque lo he practicado, que cuanto mejor conozcamos nuestra historia, más legítimamente nos estimaremos; pero siempre he de entender que las naciones, como los indiviudos, deben darse cuenta de la situación en que los sucesos y la fortuna los han colocado, y cautelarse sin humillarse, y defenderse sin exponerse a mayores riesgos, y aprovecharlo todo, y no perder de vista ni un momento sus intereses actuales, y aprender muy bien su propia historia, para no admitir más cargos que aquellos que merezcan. Perdóneme el Sr. Ruimar, cuya intención dejo a salvo, que le diga que mucha historia acerca a España, y poca aleja de ella.

Obligada a dejarme atrás tanta materia discutible, a saltar temas interesantísimos, no puedo prescindir de recoger uno. Según Ruimar, no hemos tenido, ni geniales artistas, ni puras escuelas nacionales; estamos siempre dominados por la influencia, el gusto y los artífices extranjeros. Ahora bien, si hay parte de verdad en esta observación, conviene tener en cuenta que también nosotros dominamos e influimos en el arte extranjero, en la dramática, en la novela, en la poesía; que se imitaron nuestros muebles y nuestras telas, y que nos hicimos dueños de la cerámica más refinada de Francia, Italia y Gran Bretaña. No es sólo la pintura lo que marcamos con nuestra garra; es la talla en madera, el estofado, el dorado, es la arquitectura, es hasta la vidrería. El esplendor artístico del Renacimiento español deslumbra. No negaré que, después del cuadro de la Santa Forma, los pintores extranjeros nos invadiesen; pero bien cobramos esta deuda al aparecer, con Goya, la espontaneidad española. Convengo en que el pueblo, y aun lo que no es pueblo, y no me apuren, que diré y lo que es más alto, no se preocupan de la belleza, ni sienten ese religioso respeto hacia ella que por todos los medios debiera inculcárseles. No es achaque de analfabetos; es otro género de ignorancia peor; la del contenido de tanta hermosura. Esto lo lamento yo tanto o más que el

autor de España al desnudo. Y al paso que vamos, esto será peor cada día. La civilización que deviene de artística tiene poco.

241

UNA EXPOSICION DE ABANICOS EN MADRID*

EL JUICIO DE UNA COLECCIONISTA

Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, junio 1920.

Se ha abierto en Madrid, en el Palacio de Bibliotecas y Museos, una exposición de abanicos, en que figuran cuatrocientos noventa y un ejemplares enviados por la familia real y por muchas señoras de la corte.

Yo nada expuse, a pesar de mi «bien sentada» reputación de coleccionista de este objeto. Los motivos de mi retraimiento no me parece que debo exponerlos aquí. Baste saber que yo he tenido siempre gusto en sumarme a las iniciativas de cultura, y cuando esta vez no lo hago, por algo será.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 11 julio 1920: 2. (Sección 2, Ilustraciones) No recogido.

Por otra parte, no deja de haber, para un coleccionista, un poco de ventaja en quedarse en su casa tranquilamente. El exponer siempre lleva consigo alguna molestia y hasta riesgo, para tan frágil juguete como es un abanico. Y en cuanto a la iniciativa de cultura, bien puedo suponer que he contribuido a ella en calidad de precursora, por mis conferencias sobre el abanico, dadas en el Ateneo hace seis años, con proyecciones, de algunos ejemplares de mi colección.

Y ahora, ante los ricos y bellos abanicos expuestos en el palacio, experimento una tan pequeña alegría de inocente amor propio, viendo que algunos bonitos ejemplares se parecen tanto a otros míos; por ejemplo, el No. 30 del catálogo, perteneciente a la Infanta Isabel, de baraja nupcial, del gran Delfín, precioso no sólo por la materia sino por la forma; y el 123, de Da. María Muguiso, con la «fiesta de parejas» en la plaza Mayor de Madrid. Y al mismo tiempo, una disculpable debilidad me hace sentir cierta satisfacción al observar que no hay aquí un abanico equivalente (en su género) al mío «de la Tirana», regalado por Moratín a la actriz insigne. Espero que me será perdonado este movimiento natural y acaso frívolo, hoy que tan graves asuntos agitan a la sociedad entera. Hay que refugiarse en cosas baladíes, para olvidar las feas y antipáticas que diariamente presenciamos.

En la exposición se ostentan ejemplares muy interesantes, y no podía ser menos, dado que, a pesar del retraimiento de aficionadas como la Duquesa del Infantado, concurren coleccionistas de tan alto copete como las dos reinas Cristina y Victoria, la Infanta Isabel, la Infanta Luisa, la duquesa de Talavera, la duquesa de Fernán Núñez y otras de bien provistos cajones. Abundan sobre todo los abanicos lujosos de pintura fina y colorido atrayente, de graciosa combinación de tonos, de varillajes delicados como puntillas, y de calados aéreos. Se nota que en el siglo XVII y primer tercio del XVIII el abanico no presenta asuntos históricos contemporáneos; la historia sagrada, griega y romana, la mitología y la fantasía galante, hacen el gasto. Desde el segundo tercio del XVIII, empieza la actualidad a manifestarse en el abanico. Una de las formas en que se manifiesta, es la de figurín. Yo guardo un abanico de María Antonieta, que es un figurín curioso de las modas del año, presentado en forma de «fuente de la hermosura». Allí se ven los enormes peinados de erizón, los «paniers» abultados, cuya amplitud hace tan fina la cintura, los volantes al pie de las faldas, dándoles un movimiento gracioso; allí las cofias, iguales a la que la desgraciada reina usó siempre, y que sólo dejó de cubrir su cabeza cuando tuvo que entregarla a la

guillotina. Muchos abanicos de la época de Luis Felipe y la Restauración contienen también un lado consagrado al figurín, y sería fácil encontrar en ellos un disfraz cuando la volubilidad de los gustos quisiese señalar para un baile esa época de nuestras abuelas.

Una observación tenemos que hacer respecto a la exposición de abanicos. Y es que al pronto se dijo que tendría preferente carácter español; y se titula el catálogo: Exposición del Abanico en España. Claro que en España se verifica la exposición, y españolas son las damas expositoras; pero los abanicos expuestos son en su inmensa mayoría franceses o de pintura italiana. En España, que según los viajeros impresionistas es el país clásico del abanico, poseyendo las españolas un arte especial para manejarlo gentilmente, no se fabrican abanicos hasta entrado el siglo XIX, y la mayoría de los primores que vemos en estas vitrinas han sido importados, de los cuales hay datos muy claros y suficientes.

¿Cómo explicar este fenómeno? Bien sencillamente. Cierto que, en España, el arte ha brillado con magnífico esplendor en infinitos aspectos; pero ha sido sobre todo en aquellos en que se reviste de carácter viril. Nuestros hierros, nuestros brocados y damascos, nuestros guadamecíes, nuestras lozas, nuestras tallas, presentan ese aspecto de nuestro espíritu, de realce y

con vigor sorprendente. Ya no descollamos así en lo refinado y elegante, según lo que hoy se entiende por elegancia. Y el abanico es cosa de delicadeza, de primor y exquisitez. Quiero decir, el abanico de lujo, de nácar o marfil, con rica pintura; porque el abanico natural es más antiguo; es una hoja de palmera o un papel adherido a una caña, popular origen del abanico que ha debido ser igual en todos los países de calor.

Me ha llamado la atención haber visto expuestos abanicos que tienen el país moderno siendo antiguo el varillaje. De esto hay mucho hasta en las colecciones; pero no parece natural admitirlos en exposiciones tales, y más habiendo abanicos de sobra que presentar, íntegros y sanos. El criterio para una exposición de abanicos debe ser el objeto puro, sin sofisticación alguna. Y no faltan. Un abanico puede estar restaurado, recompuesto, lo que se quiera, porque muchos aparecen estropeadísimos y piden la mano del hábil restaurador; pero se ha de hacer la restauración con sus elementos propios, y no arrancando el varillaje o el país, y substituyéndolos por otros, ni aun del mismo estilo y fecha, sino sencillamente moderno. De éstos encuentro no pocos en la exposición, según reza el mismo catálogo.

Con todo esto y con muchos errores más que pudieran señalarse, siempre es una idea simpática la de

una exposición del abanico, y nos ha permitido, a los aficionados, ver multitud de ejemplares que nunca hubiésemos admirado, porque el abanico es algo que permanece oculto en un rincón, y se enseña, en toda confianza, a un par de amigas, cada dos años a lo sumo. A mí, por lo menos, así me ha sucedido con mi colección; porque no es cosa de hacerla ver a quien no se interesa, y se aburriría con tales exhibiciones, ni la misma fragilidad del objeto consiente que se manosee demasiado. Y las altas personas, dueñas de los mejores abanicos que en la exposición se enseñan, tampoco van a estar al capricho de quien tenga afán de contemplarlos. ¿Por qué--me dirán--no colocarlos, abiertos, en vitrinas? Sencillamente, porque el abanico no puede estar abierto mucho tiempo sin padecer o morir. Se cortan por los dobleces, se curvan las varillas, y ya no se encajan cuando se quiere cerrarlos otra vez. Y así, los coleccionistas inteligentes los conservan invariablemente cerrados.

Yo advertí, después de empezar a recoger abanicos, que había elegido la cosa más engorrosa y que menos se luce, de cuantas existen. Así y todo, el misterioso diablillo de la afición pudo más. Seguí acrecentando mi colección, por el gusto de acrecentarla. Y ¿qué es, propiamente hablando, una colección? Toda colección, para merecer este nombre, ha de ser, en primer lugar,

algo numerosa; en segundo, abarcar varios aspectos de lo coleccionado; en tercero, que los objetos que la componen tengan algún mérito, sea de rareza, sea de belleza. Sin tales requisitos, no puede llamarse colección.

Hay en Madrid muchas y buenas colecciones. De las mejores sin duda vemos aquí muestras. Hay de las Reinas, del Archivo Histórico, del Museo Arqueológico Nacional, de todas las procedencias y afluencias; y para una modestísima aficionada como yo es muy grato visitar estas salas, donde puede cerciorarse de que sus afanes no han sido totalmente estériles, de que ha logrado reunir algo curioso. Yo declaro lealmente que en este particular abrigaba dudas, por no conocer sino alguna de las varias colecciones que han ido formándose en Madrid. Hoy, esta exposición me ha documentado, me ha prestado confianza en mí misma. Hice yo mi colección tan falta del principal elemento, que la gente supone ser el dinero y que no es sino el tiempo, que no encontraría singular que no valiese nada lo recogido, desde que compré en Sevilla mi primer abanico antiguo, a una gitana muy verbosa y trapacera. La suerte habrá querido favorecerme, y al lado de la suerte, la bondad de tres augustas damas, la reina Isabel II, la reina Cristina y la Infanta Paz de Borbón. todas me regalaron un abanico que habían

usado, y que por lo mismo tiene ya valor histórico. El de la reina Isabel es un soberbio ejemplar de la época del destierro de la hija de Fernando VII, de 1870 a 1880.

Algún día haré mi catálogo, y lo dejaré impreso, si es que para entonces hay todavía imprentas en el mundo.

242

CRONICAS DE ESPAÑA*

De la condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1920.

Regreso de mi breve estancia en Valladolid, donde me han acogido casi creo que con mayor efusión de simpatía que hace tres años, cuando hablé allí de «Lo moderno en literatura». Lo mismo entonces que ahora, una culta sociedad, el Ateneo, fue el que ejerció el patronato de mi conferencia. Ni la sociedad, ni en conjunto la población, han podido demostrarme mayor afecto. Y no digo nada del elemento escolar, cuyo entusiasmo excedió a toda ponderación. Yo estaba conmovida, y me apuraba al suponer que realmente no merecía tales extremos. No hago profesión de modestia, pero tampoco adolezco de una vanidad patológica ni me considero el centro del mundo. Para conciliar esta convicción sensata con la verdad de los halagos a mi

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 agosto 1920: 4. No recogido.

amor propio, atribuí más de la mitad al carácter españolista de mi disertación, titulada «La realidad de la patria». En Castilla, la patria es una efectividad. El ambiente es español por los cuatro costados.

En ese trozo de tierra hispánica nos rodean sombras que salen de las nieblas de la historia, y toman cuerpo, como si volviesen a la vida, al calor de las conversaciones y de los testimonios siempre en pie. Isabel la Católica es aquí cosa familiar. Tanto pisó estos caminos y veredas, tantos episodios de su existir tuvieron por teatro estas ciudades diseminadas en la llanura, que se habla de ella como si hubiese muerto ayer, o como si acabase de cruzar a caballo con su escolta reducida, sencilla de contados fieles, en dirección a los lugares donde solía posar o residir: Madrigal, Tordesillas, Medina del Campo...

En esta última ciudad, otro tiempo tan floreciente, y que cayó de su próspera situación a la actual de silencioso y olvidado pueblecillo, comido de maleza donde se alzaban antes edificios altaneros, descuella el castillo de la Mota, donde ha solido creerse que murió la reina, habiendo dictado antes su admirable testamento. Y digo que ha solido creerse, porque es la opinión más común, aunque se discute si ocurriría en el palacio que poseían los reyes en el mismo Medina. La Mota es un castillo de un aspecto

cual pudiera desearlo un pintor de historia: romántico, grandiso, señorial. Algo destruido por el paso del tiempo, pero todavía irguiéndose grave y firme, la torre del homenaje, flanqueada por sus cuatro almenados cubos, domina el panorama y tiene una grandeza misteriosa. Yo aseguraría que allí fue donde se extinguió, antes de la vejez, la vida útil, augusta, casi santa, de la magnánima señora.

Isabel la Católica murió a los cincuenta y pico años. Los historiadores dicen que sucumbió a una hidropesía. No puedo menos de creer que tal vez hoy, con lo que se ha adelantado en medicina general y el conocimiento de las funciones de muchas vísceras y órganos, tal vez viviría algunos lustros más una mujer tan necesaria. Su hija doña Juana la Loca, otra figura familiar aquí, alcanzó longevidad extremada. El mismo padecimiento a que se atribuye la muerte de doña Isabel, fue el que puso término a la azorosa jornada de Miguel de Cervantes Saavedra. El se queja de la ardiente e insaciable sed que su mal le ocasiona. Otro análogo fue el que rindió a Felipe II. Hoy se combate con éxito. Una temporadilla de aguas de Mondariz, un régimen dietético apropiado, y la diabetes se ataja... Pero entonces se ignoraba la función del hígado, la secreción de la glucosa. Y al manifestarse las infiltraciones se hablaba de hidropesía, confundiendo el síntoma con la enfermedad.

La locura--hoy se diría la neurosis--de doña Juana, también parece proyectar su melancolía sombra en la tierra, donde reinó sin poder, y donde gimió reclusa y fue atormentada y arrojó barreñones y tazas a las mujeres que la servían. En semejante tragedia había de resolverse la loa triunfal de la biografía de Isabel la Católica. La hija, tiritando de frío en medio de los accesos de su frenesí sentimental, sobre los desnudos baldosones de su palacio-prisión; y el esposo aquel esposo tan amado, tan respetado, tan puesto en la cima de los afectos y de las devociones, casado en segundas nupcias con la francesa de la casa de Foix, raza de envenenadores, y por la segunda esposa, si no emponzoñado, cosa muy análoga, con aquellas «túrmulas de toro» de que habla el cronista...

Y puesto que de toros se trata, aunque incidentalmente, he de tomar en cuenta, el suceso, al cual se le dan proporciones de nacional y no sé si mundial,--pues ahora los toreros emigran a América lo mismo que los oradores,--de la cogida y muerte del famoso Joselito, ídolo de la afición.

Los periódicos han llenado y siguen llenando sus columnas con relatos minuciosos de este caso, y han publicado gráficos, no sólo del diestro en todas las edades de su vida, y en todos los momentos de ella, y de la casa en que nació, y de la plaza en que fue

cogido, sino hasta del retrato fiel del toro autor de la desgracia. Y en las interminables narraciones de ella, con los más mínimos detalles, apurando hasta lo inconcebible, la colilla del pormenor, con puntualidad que puede servir de modelo a historiadores concienzudos, se notan curiosas señales del estado mental presente, difuso en las multitudes. Un diario llama al toro «infame» y otro repite esta exclamación: «¡Quién había de decir, quién pudiera creer que un toro matase a Joselito!» Tal asombro lo comprenderíamos si la fiera que hubiese matado a Joselito fuese algún león del Atlas o algún rinoceronte ecuatorial... Que haya sido un toro, es perfectamente explicable. Puesto que el joven torero se dedicaba a matar él a los toros, cabía temer que un día u otro un toro le matase a él. Gajes son del oficio, como diz que dijo Alfonso XII cuando un malsín le disparó un pistoletazo. El astado bruto es el enemigo natural del diestro y aun de toda la cuadrilla.

Claro es que hay toreros más afortunados, que consiguen cortarse la coleta después de ganar una fortuna, y acaban pacíficamente sus días en un «feraz cortío» o en un hotel con jardín; pero en esto, como en todo, el destino manda. La muerte de tan famoso torero es una desgracia y merece compasión; pero nada de asombro. Murió como había vivido y no hay cosa más natural.

Sin duda el aturdimiento de la inesperada noticia--aunque a toda hora debiera temerse--ha influido en los revisteros, que llegan a dar a Joselito el dictado de «venerable».

Un paso más, y pedirán que se inicie el expediente de canonización. ¿Venerable un torero de veinticinco años? El arte de adjetivar es el arte mismo de escribir. Y como decía Teófilo Gautier, para cada cosa no hay más que un adjetivo que sea propio y adecuado. ¿Y qué diremos de un gobernador que pidió «reliquias» del traje que vestía «Gallito» en la hora fatal?

Lo peor de todo ello es que se agrave un poco a la propiedad del estilo, ni al sentido común, no; lo malo es que, en casos como éste, se descubre tal cantidad de psicología colectiva que marea, como si nos asomásemos a un abismo. Así el como zaino cornúpeto le echó fuera las entrañas al mísero torero, en ocasiones tales una parte de las entrañas del público (no generalicemos) salen afuera, y ¿qué se ve en ellas? Digámoslo clara y duramente: astas, sólo astas... Se descubre el entusiasmo furioso por tal fiesta, el delirio taurófilo, la revelación de que lo único que interesa sacude y electriza a la patulea es la llamada fiesta nacional, que en todo caso lo sería desde hace poco más de un siglo, pues a pesar de las curiosas reconstrucciones eruditas de mi amigo el conde de las

Navas, la torería, según hoy la conocemos, no va más allá de don Francisco de Goya!

La indiferencia, la modorra, el encogerse de hombros ante las graves cuestiones, la perpetua chunga, la chirigota que no se cae de los labios, desaparecen cuando de toros se trata. Entonces todo es serio, todo es importante, todo altera y remueve. Un diario hacía notar ayer el contraste de cantidad entre las manifestaciones de duelo público a la muerte de Galdós y las que ahora produce la de Joselito. Y aun cuando Galdós fuese el propio Homero, el propio Cervantes, ocurriría lo mismo. Yo no soy sospechosa de mala voluntad hacia mi patria, por la cual estoy rompiendo lanzas siempre, quizás en balde; pero digo que tan tristes fenómenos sociales no ocurrirían, por ejemplo, en Francia, donde se hace una clasificación de valores y no se mezclan los intelectuales artísticos y heroicos con los deportivos y de agilidad y destreza. ¡Qué hacer! Desde los tiempos de «pan y toros», en que el traje de Pepe Hillo, manchado de sangre se repartía cual ahora quieren repartir el de Joselito, hasta hoy, en que la cogida de Joselito llena desde hace tres días las columnas de la prensa, no hemos variado, no ha encontrado nuestra mentalidad otros rumbos, ni nuestra sensibilidad otros caminos.

Muchos mozos alentados sucumben en Africa, y ni un estremecimiento de simpatía provoca su generoso

sacrificio. Generoso, sí, porque al fin de la lucha no brilla la esperanza de un caudal de millones, como el que suelen ganarse los toreros. A los veinticinco años era varias veces millonario Joselito. Y todavía, si aquí hubiese Panteón como el de París, es probable que lo llevasen a él.

243

CRONICAS DE ESPAÑA*

De LA CONDESA DE PARDO BAZAN

MADRID, mayo de 1920.

Ayer después de un largo período de silencio ha salido a la palestra el formidable orador tradicionalista Vázquez de Mella, dando una conferencia en el teatro del Centro. Este coliseo es espacioso, y además, se había aprovechado el menor rincón y pasillo para instalar localidades, aparte de la mucha gente que a trueque de oír, permanecía de pie, pues asiento no lo tenía. Hormigueaban y negreaban las localidades altas, daba hasta miedo tal masa de carne. Yo siento como opresión ante las multitudes. Pero no he visto multitud más respetuosa, más colgada de los labios de orador.

La peroración de Mella duró casi tres horas, me acudía el recuerdo de cierto discurso de Cánovas del Castillo, en el Ateneo, cuando el ilustre hombre de estado presidía aquella sociedad. Al aproximarse la

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 agosto 1920: 4. No recogido.

segunda hora, el público dio tan claras señales de descontento, que Cánovas cortó el hilo. En la conferencia de Mella, a las tres horas casi, el auditorio pedía que hablase más.

No hay resistencia humana que pueda arrostrar tan ímproba labor y menos estando el orador en pie, lo cual basta para rendir el cuerpo, si se prolonga. Con eso apenas dio Mella señales de fatiga. Su voz era más clara y timbrada al terminar que al empezar. Ni un minuto descansó. El caudaloso río de su elocuencia desarrollaba sus ondas con majestad extraordinaria. Era un espectáculo noble.

Lo era también la actitud del público. Se hubiese oído el vuelo de una mosca. En los contados instantes en que se detenía Mella para beber un sorbo de té caliente, tomaban aliento, y se alzaba el coro de las toses, reprimidas instantáneamente, no sé porqué arte, tan pronto como volvía a tomar la palabra. No había un arrastre de silla, no había un cuchicheo. Hallábase convertida la apiñada muchedumbre en una sola e inmensa oreja.

Y también recordaba yo, al notar este fenómeno, lo que sucede generalmente en el Ateneo, donde el ruido y greguería de los pasillos no permite oír a los conferenciantes.

Saber escuchar. En el teatro Real, los divos más afamados y caros, las primadonnas más celebradas por

sus gorgoritos, no consiguen que no se charle, y no logran que no estén los espectadores entrando y saliendo a cada minuto, en palcos y butacas, a pesar de los ¡stts! enérgicos del paraíso. Ved por qué me era grato comprobar la atención y silencio religioso con que escuchaban a Mella. Y a todo conferenciante se le debe escuchar así. Si no, vale más quedarse en casa, o irse al café a jugar al dominó.

El discurso de Mella fue una serie de aletazos de águila, en un espacio azul. Este teólogo es un poeta. No lo digo en son de censura, no: los poetas van escaseando, y la poesía es lo que puede redimirnos, si sabemos sentirla. Abundante en intenciones políticas, la oración de Mella rebosó sobre todo la poesía de un alma entusiasta, donde un himno constante se eleva hacia lo divino. Sin esa misteriosa efervescencia del entusiasmo, madre del arte y del transporte que nos lleva más allá de la eterna prosa, no puede hablar así, con un verbo rotundo y caldeado, con un fuego comunicativo.

La prosa más prosaica, al menos en la hora presente, es la política. Mella expresó sus repugnancias hacia tal juego con radiante desdén. Renegó de los parlamentos, no inútiles sino dañosos, y les llamó, si no me es infiel la memoria, cáncer que corroe las entrañas del mundo latino. No hizo sino

repetir lo que tantos dicen: sólo que con feliz frase, y su condenación enérgica parecía levantar un eco profundo en las miles de almas que encerraba el teatro. En efecto, se oye por todas partes esa misma condenación del parlamento, en el cual se entronizan los políticos infaustos, fatales a la patria en su actuación. Tronaba el orador contra ellos, y alzaba murmullos de aprobación y aplauso.

La repulsión hacia la política profesional es uno de los síntomas de este momento de nuestra historia. Nadie hubiese discutido la aseveración de Mella, cuando decía que los partidos eran cosa fracasada, mandada retirar. Yo pensaba lo mismo; únicamente me asaltaba la idea de que este género de cosas, después de que fracasan, viven hasta siglos. Si me preguntan qué sensible cambio puede observarse en la política española desde que miles de voces la declaran caduca, diré que ninguno, como no sea mayor intensidad en sus manejos, más angostura en las mallas de la red en que nos envuelve, desde arriba abajo.

Ahora acaban los políticos profesionales de señalarse un sueldo, sin protesta de los pagadores.

Entre las muchas cosas gráficas que contuvo la peroración de Mella, hubo una que dijo como de pasada, y que merecía mayor espacio. Se refirió a la duplicidad de las figuras contemporáneas, a la careta

que usan para aparecer como no son. Es privilegio de los políticos tal careta. Hoy no existe lo hipocresía religiosa; a nadie le produciría nada; la religiosidad es sincera, más sincera a cada paso, por lo mismo que la combaten; la careta es cosa política y transparente: apenas se toman el trabajo de adaptarla bien al rostro: representa un valor entendido, una especie de convento con la opinión, la mortecina y flaca opinión, que tanto necesita aceite de hígado de bacalao!

Y he aquí que los simpatizadores con el desorden, sus protectores bajo manga, se ponen, flojas las cintas, una careta conservadora, y los caciques a la alta escuela una careta liberal, y los que son ya poderosos de la tierra una careta de proletarios, y nadie va con su verdadera cara, ni dice lo que piensa ni por casualidad. En el hemiciclo del congreso se oyen cosas que a los dos minutos, desmienten la risa y la fisga apicarada de los pasillos, y los guiños del sobreentender, y de la tácita conspiración para mantenerse a la cabeza del país, con fracaso y sin fracaso.

El nervio del discurso fue teológico y filosófico. Esta parte de la conferencia duró cerca de una hora. Con sorpresa noté que se le oía y se le comprendía. No eran sin embargo materias muy adaptadas al auditorio, a ningún auditorio. El vigoroso apologista tiene hace

años, propósito de dar a luz sus estudios, no sé bajo qué título, ni si en uno o varios volúmenes. Nunca se realiza este proyecto. Si por último se decide a hacerlo, le anuncio un gran triunfo de venta y de resonancia. Tiene su público especial, numeroso, lleno de fe, que aguarda la voz y la palabra, cual los campos el rocío. Eso puede verse en casos como el de ayer. Los labios a duras penas reprimen el viva que pugna por salir volando. Y nótese que para Mella no se ven, como él mismo dijo, las menores probabilidades de llegar al poder en este planeta. Se ha separado hasta de su pretendiente, de don Jaime de Borbón, se ha separado de un modo definitivo, y no sabe ningún nombre que invocar, ni soluciones que ofrecer, ni nada que encarne sus ideas, su programa. Con todo eso ejerce un ascendiente bien visible, por la magia de su verbo y la hidalguía de sus ideales.

Esta conferencia tuvo, así y todo, un fin concreto: significar que las derechas deben agruparse alrededor de don Antonio Maura, reconcentrándose lo más posible, a fin de fortalecerse. Don Antonio, que ocupaba un palco con su estado mayor, oía atento, recogía las palabras. Era opinión general que don Antonio no tardará en desempeñar el más alto puesto político. ¡Cuántos pensamientos cruzaban por mi cabeza! ¿Qué haría, en esta nueva etapa, el hombre

mito, el que hemos creado y sacado de lo mejor de nuestra substancia, poniendo en él lo más íntimo y vibrante del gran ensueño nacional? Y cuando digo "hemos", no se crea que hablo por cuenta propia. Yo acaso por mi mal, no sueño fácilmente. Soy un espíritu crítico, y por eso he solido ver en don Antonio, más que a don Antonio a las actividades raciales que evoca su nombre, al movimiento resurgente que ha determinado en bastantes espíritus. He oído decir a una persona por cierto bien ajena a la política, que lo deseable sería el maurismo sin Maura. Suspendo el juicio. Espero a la nueva etapa. Este hombre, a todas luces notable, ¿por qué no nos ha valido ya, en tantas ocasiones?

Líbreme Dios de desarrollar los porqués de este recelo. Lo único que quiero añadir es que, al lado de la caducidad de los partidos políticos y de la perjudicial actuación del parlamento, Mella puso como triaca, la dictadura, no militar ni civil, sino tal vez mixta--un ministerio con mayores atribuciones.--Y este es otro capítulo en que no hizo sino prestar oído a los clamores de la colectividad. La dictadura ha llegado a ser un ideal. Y para esto ha perdido España un siglo entero en luchas civiles, por sistemas políticos y derechos versalistas, que no la dieron ni prosperidad, ni siquiera pan. Hoy, día de la fecha, se anuncia que Madrid va a carecer de él.

244

CRONICA DE ESPAÑA*

De la Condesa de PARDO BAZAN

Decíame con gracia una señora extranjera: «Tanta gente como ha muerto en la guerra, y cada vez se ve más tropel por las calles y por todos lados... Habrán resucitado, sin duda.»

Algo semejante se me ocurre, a propósito de los libros que no cesan de publicarse, que a bandadas caen sobre mi mesa escritorio. Se oye que no hay papel, pero ninguno, ni una resma... Y el papel impreso nos inunda, nos sumerge, nos envuelve como si fuésemos una chuleta a la «papillotte». ¿De dónde sacan tanto papel, y perdonen la curiosidad, los poetas, novelistas y sociólogos que no cesan de fatigar los tórculos con los frutos de su ingenio o de sus vigilias afanosas?

Y ¿a dónde van a parar esos frutos, después de sacados a luz? Es positivo y axiomático que todo libro, a la corta o a la larga, acaba por agotarse. Son hoy ejemplares raros los que cien años ha se rechazaban con el pie. De modo que, aun pareciéndonos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 30 agosto 1920: 3. No recogido.

destinados a pasto de polillas y ratones, muchos volúmenes que recibimos, es seguro de que el tiempo los avalorará y algún futuro bibliófilo se calentará los cascos indagando la vida de su autor. El enigma insoluble es el del papel, que falta. Y se complica con otro, el de la carestía de este artículo. A los precios actuales, no hay medio de que un autor se defienda, como se dice en la jerga del oficio, sin marcar su libro muy caro.

He observado que la pirámide que forman las novelas es la más alta; luego se alza la de las poesías; y ya la sociología no alcanza ni la tercera parte de elevación, aun agregándole las obras inspiradas por la guerra y sus derivaciones, y otros libros híbridos, desde el punto de vista literario, y que seguramente se cuentan entre los que menor contingente de lectores encontrarán. Hay pues, que suponer que la humanidad, en la hora presente, desea que le cuenten cuentos más o menos largos, y ni anhela soñar con los poetas, ni meditar con los sociólogos políticos y estadistas. Lo que piden los editores es novela y más novela, y este género, antaño expresión fiel de la vida y las costumbres, hoy va por todos los caminos, sin pauta fija, sin orientación señalada, pudiendo afirmarse que cada cual escribe como se le antoja, y enjareta lo primero que se le ocurre. No se

le pide a una novela arte, sino novedad. No hay escuelas, si bien algunos novelistas se aferran a las que siguieron en sus juventudes, a la imitación de un modelo insigne; no hay una corriente fuerte que arrastre a los escritos, como mal de su grado, hacia una idea de estética, o hacia un estilo de película. Cada individuo vierte en el papel lo que su capricho le dicta, o lo que cree más entretenido para los lectores. Tal propósito se transparenta, así como el de adaptarse a las fluctuaciones de la opinión, a lo cual debemos los novelistas de «buenas ideas» y los de «rebeldía». Los autores, como los hombres en general, se dividen en media docena de tipos, subdivididos en varios que se diferencian sólo en matices del espíritu. Y los testimonios literarios reflejan esta diversidad, y responden a ella. No quiere esto decir que no haya también novelistas cuyo modo de sentir, real e interior, formaría perfecto contraste con sus libros. La «eironeia», de que hablaba Daudet, hace su mueca triste en la literatura, como en otros terrenos.

Y se escribe, se escribe desatadamente. Los que no pueden o no quieren afrontar el libro desfogan en el periódico, en las revistas, donde quiera. Quien no escribe, perora. Nunca se han dado tantas conferencias, sobre tal cantidad de asuntos. Las dan los oradores profesionales y también los que no los

son, o al menos no consta que lo sean. Las dan los españoles, e igualmente los extranjeros, en sus idiomas natales o en una especie de algarabía. Las dan los eclesiásticos y las mujeres. Los pintores explican su arte; los políticos, sus intenciones; hasta hemos escuchado a un vizconde o conde--este punto queda sin aclarar--que disertó de modas y de modistos. Estamos, pues, en momento comunicativo, expansivo, locuaz. No se dirá que sigue encadenado el pensamiento, ni el verbo, ni que halla obstáculos la personalidad humana para explicarse libremente. Pero sucede con el achaque del pensamiento lo que con el chocolate muy diluido: acaba por ser más agua que chocolate. Sólo corto número de conferencias logran, momentáneamente despertar al público, sacudir su modorra, rizar un instante la superficie del agua. Cuando habla un Maura, un Mella, pueden apreciarse los efectos de la elecuencia sobre la multitud. Lo general es la indiferencia cortés del auditorio, casi siempre numeroso. A menudo sale divertido, persuadido, complacido: nunca electrizado, excepto cuando los contados maestros de la palabra dejan oír la suya.

Maura dio en Madrid una conferencia feminista que creo será, si no la mejor, una de las mejores que haya pronunciado en su vida. ¿Dónde estaban los rumores de decadencia de acaso, de declinación de facultades?

Nunca se había visto a «don Antonio» más en voz. ¿Por qué? Cuando un orador extraordinario encuentra un tema franco, sangrante de verdad y de justicia, su elocuencia se viste de luz, y el auditorio sufre la atracción de lo real a través del arte. Por esta vez se verificaba la fusión de la dignidad de una causa y la suprema maestría en el estilo de defenderla. ¡Por fin! ¡Esto no era polilla, no era menuda batalla por intereses menudos! Era la mayor de las reclamaciones humanas, la que interesa a más de la mitad de nuestra especie, desparramada sobre la haz de la tierra! La grandeza que el asunto llevaba consigo engrandecía al notabilísimo orador, iba a decir predicador...

Conferencias así señalan una fecha. No supongo, sin embargo, que por tal hermoso trozo de oratoria le hayan dado a Maura el Toisón, que acaban de conferirle. Generalmente, cuando se reparten estas distinciones, la gente murmura un poco, encuentra que ha sido demasiada longanimidad por parte del gobierno o del rey. Esta vez se me figura que nadie censurará la gracia. Era más extraño que Maura no tuviese ya el Toisón, vérselo ostentar--si es que la ostentación cabe en un hombre que se ha propuesto, desde la posición más encumbrada políticamente, vivir en un tono sencillo, retirado, reversado.

Apenas recibido "el borreguito", como le llamaba don Marcelo de Azcárraga, le faltó tiempo al nuevo

caballero del Toisón para salir hacia su campestre retiro de Solórzano. Cuando el hombre piensa mejor, para ahí: en soledad dulce al fatigado ánimo y provechosa al cuerpo que no quiere rendirse, pero también agota sus energías en las mil complicaciones y afanes de la agitada existencia actual. Este es el momento en que se dispersa la gente para un verano más o menos reparador, más o menos compensador de pérdidas.

Los trenes van atestados; las fondas rebosan. Hay todavía quien cree que, como sucedía en los últimos años antes de la guerra, la estancia en el campo y en los rincones pueblerinos era, amén de más cómoda, más barata que en la corte. ¡Ilusiones presto disipadas! En cualquier villorio, en el más rústico refugio, no pocos artículos de primera necesidad cuestan más que en Madrid. Tan curioso fenómeno no es enteramente nuevo, aunque se ha exagerado ahora. En un pueblecillo, preguntando yo la razón de que el azúcar y los garbanzos tuviesen sobreprecio con relación a la inmediata capital de provincia, me costestaron que era la cosa más natural del mundo: ellos traían las existencias de esa capital, y había que descontar la ganancia del comerciante de allá y la del de aquí. A más intermediarios, más carestía. Es indudable que tiene mucho de imperfecto este modo de oprimir a los míseros consumidores. Todo el mundo vuelve los ojos

hacia las cooperativas, (las de verdad, que no fuesen una tienda más, sino una forma de la previsión). Por ahora, el remedio no ha sido positivo. Y no se habla de otra cosa, aun entre gentes favorecidas de la fortuna, sino del coste a que ha llegado lo de comer y vestir. Cada día sale más caro el plato que consumimos, la prenda que cubre nuestro cuerpo. A guisa de protesta, se intentó calzar alpargata y adoptar el traje de mecáncio. Creo que algo análogo había ocurrido en Europa y Estados Unidos. A mi parecer, fracasó tal movimiento. Poca gente que no sea del pueblo he visto transitar con alpargatas; las usaron los que las usaban ya; subieron de valor escasamente, y todo paró en broma y cháchara, como suele suceder entre los joviales y chuscos madrileños.

245

EUGENIA DE MONTIJO*

De la condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, de 1920.

No he hablado de la Emperatriz Eugenia a raíz de su muerte, ocurrida poco ha, porque me agrada el juicio sereno más que el vocerío exagerado, y diría adulador, si no hubiese en la adulación una nota de interés que es fuerza confesar que no existió en los ditirambos consagrados por la mayoría de la prensa a la señora que compartió el trono de Napoleón III.

Al otro día de la muerte, la crítica desaparece, y es unánime el coro de elogios. Además, para la opinión española, tenía algo de lisonjero el que fuese una compatriota nuestra la que con su hermosura, su elegancia y su influjo señaló unas cuantas fechas memorables en la historia, y realizó lo que anunciado de antemano pareciera imposible: superar, en arte y

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 23 octubre 1920: 4. No recogido.

refinamiento, en la moda y la exquisitez, a todas las mujeres francesas, que en esto se precian de insuperables!

Y yo, que procuro hacerme cargo de todo, me hago cargo también de esos méritos, esencialmente femeniles, y reconozco que en tanto grado no son ni comunes, ni desdeñables, nada de eso, al contrario. El encanto de tales cualidades presta brillo a un reinado, adorna una corte, atrae a ella los extranjeros, y de rechazo fomenta las industrias estéticas, contribuye a la prosperidad nacional y a la gloria de los artistas, a los cuales la emperatriz de los franceses inspiró y protegió bastante. Hay, pues, que desfruncir el ceño ante este aspecto de la personalidad de Eugenia de Montijo, y saludarla efusivamente.

La época más brillante de París, como capital europea, es la del reinado de Eugenia de Montijo. No hay modo de negar tal verdad. Las costumbres eran desenfrenadas, es cierto, y su relajación contribuía a atraer a los extranjeros; pero no puede decirse que Eugenia de Montijo diese ejemplos de relajación en su modo de vivir. En las grandes urbes florecientes ha habido siempre ese contagio, esas formas de decadencia, y únicamente la represión de sus manifestaciones daría la medida de la cultura de un régimen. La excesiva libertad de que en París disfrutaba la vida airada (hay

que llamar a las cosas por su nombre) parecía acusar al Imperio, como le acusaban los agios y escandalosos negocios de que da alguna idea una conocida novela de Zola, J'acuse, y fue para el Imperio una nota condenatoria el hecho que, con su caída coincidiese cierto saneamiento de las costumbres parisienses, una vida menos febril, disminuyendo el número de trasnochadores y bebedores de Champagne. Los que visitamos la ex-corte de Napoleón inmediatamente después de la guerra franco-prusiana, cuando aún eran calcinados escombros no pocos magníficos monumentos, encontramos un París distinto de lo que habían pintado: un París en que cerraban temprano los establecimientos, y no había noctívagos.

Pero, en ello insisto, pasados los primeros años siguientes al desastre, poco a poco fueron levantando cabeza, algo variados en la forma, los hábitos de inmortalidad pública. Lo cual significa que ni Napoleón III ni su esposa tuvieron tanta culpa como se ha supuesto, aun cuando el emperador personalmente, hubiese dado bastante que hablar y bastante que sentir a su consorte por su «liasons» (lo diremos en francés), con una «hétera» (lo diremos en griego). Esta y otras flaquezas contribuyeron a la ruina del régimen, no tanto por el desprestigio que siempre traen consigo tales extralimitaciones, como por lo que debilitan y

comprometen la salud, elemento tan necesario a un soberano de tradición militar y que está en el caso de hacer, en el momento menos pensado, una campaña. Así, en todos los libros que relatan la guerra, pasa, explicando en parte la derrota, la sombra del mísero emperador, deshecho y casi moribundo, dado de colorete y con los bigotes encerados a la húngara, para disimular los estragos, más que de la edad, del profundo decaimiento físico.

Y es justo decir que la emperatriz ocupó el trono con más dignidad. Incesantemente se empleó en iniciativas útiles, funciones de hospicios y hospitales, obras de beneficencia, de protección a la infancia; en suma, desempeñó su papel con perfecta asiduidad y celo, no olvidando nunca que al lado de la mujer seductora, que tenía a Europa seducida, estaba la emperatriz.

¿Y cuál fue su influencia, su papel político? Aquí, ya las opiniones difieren. Se ha repetido hasta la saciedad que la «española» ejerció un influjo nefasto; que empujó al imperio francés a una política ultramontana, a una oposición a las concesiones liberales exigidas por los tiempos. Y, ciertamente, si tal hubiese sido el papel de la emperatriz, acaso no hubiese que atribuirlo en lo más mínimo a su nacionalidad. Nadie menos español, o por mejor decir,

nadie más español que el padre de la condesa de Teba. Por tradición de familia, poco españolismo podría arraigar en su corazón. Su vida, mientras estuvo soltera, fue un tanto exótica; hizo infinitos viajes, y el atractivo de Francia la llevó siempre hacia lo que debía ser su destino. Si España la atrajese también, al perder el trono, el esposo y el hijo, natural parecía que se hubiese refugiado en la tierra andaluza, en Granada, donde vio la luz. No lo hizo así: salvo algunos cortos viajes, residió siempre en Inglaterra. No fue una española entusiasta, no me cabe duda, esta mujer notable, que, por unas u otras razones ha conseguido destacarse en la historia.

Y añadiré que he encontrado injusto el artículo de Eça de Queiroz: injusto, como de sectario, al hacer a Eugenia de Montijo responder de la represión del 2 de diciembre y de las deportaciones que siguieron a aquel golpe de Estado. Ante todo, sería preciso examinar si el golpe de Estado, que fue como queda dicho, una represión, era o no conveniente para asegurar, por algún tiempo al menos, la tranquilidad y prosperidad de Francia; en cuyo caso no podría reprobarlo la historia que juzque serenamente, como no puede reprobar otra represión más enérgica, la de Thiers, ante los horrores y estragos de la Commune. Las represiones ejercitadas para conservar el orden y afianzar la paz, son, por

implacables que parezcan, menos violentas siempre que las ejercidas por las revoluciones para implantar los nuevos estados de cosas. Represión la hay en todo caso, y estamos asistiendo a la de los rojos, en Rusia.

En todo caso, me parece absurdo acusar de las deportaciones y castigos del imperio a Eugenia de Montijo. Si en la declaración de la guerra, al final de la dinastía, le alcanza responsabilidad, es diferente: creo y creen los más documentados que sin duda el peso de su opinión pudo inclinar la balanza hacia lo que había de concluir en Sedán. Con todo, aunque la esposa de Napoleón III se hubiese opuesto a la guerra resueltamente, las circunstancias eran tales, que la guerra de todos modos estallaría en más o menos breve plazo. Este género de acontecimientos son traídos por causas generales tan hondas, eficaces y violentas, que las sitúan en el dominio de la fatalidad histórica. Y a más, la guerra de 1870 era en Francia popular, como sabemos por numerosos documentos hasta del orden literario. No bastaba la voluntad de Eugenia de Montijo para desencadenar el torbellino espantoso en que se hundió su dinastía, hija de otra guerras.

Noticias encontradas entre los papeles de la emperatriz la han vindicado de la acusación de oponerse a las reformas liberales, y yo creo que andando el tiempo será también muy atenuado su tanto de culpa en

una guerra que la arrojó al destierro y a todas las tristezas apuradas en su larga vida. Dos veces destronada, porque ya no era reina de las hermosas, sino una anciana que cada día iba perdiendo alguno de sus antiguos encantos, la última etapa de su cansado viaje ha sido la venida a España, a Madrid, donde tenía deudos ilustres, donde aún un reflejo moribundo de su pasado prestigio caía sobre sus canas. Arrastrándose, apoyada en un bastón, sentada en algún jardín ostentoso, pero que no era Versalles ni de las Tullerías, apuraba el resto de existencia que le otorgaba la suerte, en una senectud ya imposible de prolongar. Acaso ni lo desearía: al menos, la muerte la habrá sorprendido resignada. Esa tragedia, el contraste entre el pasado y el presente, es más patética de lo que se supone. He oído decir que, una de las veces en que tuvo la emperatriz el extraño valor de visitar su antigua capital, hizo a Versalles una excursión, y al ver, en el palacio el cuadro que representa la «recepción y homenaje de los embajadores anamitas» en que están postrados a sus pies, exclamó:

--No, no es fiel este retrato. Yo era más guapa, mucho más...

Y para esto no hay consuelo. Cuando lo principal de la vida de una mujer ha sido su belleza, la magia de su exterioridad, ¿qué reflexiones pudieran aliviar su

pena ante el paso cruel, inexorable del tiempo? Eugenia de Montijo tuvo que sentir como un nuevo cuchillo en su corazón de madre Dolorosa... Gran desdicha perder al hijo de tan trágica manera; ¡pero envejecer! ¡Envejecer!

246

EL PROBLEMA FERROVIARIO EN ESPAÑA*

De la condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1920.

Lo único que da que hablar, en medio del adormecimiento y de la dispersión veraniega, es la política. ¡Pero qué triste conversación! Se reduce toda ella a funestos augurios y suposiciones fatales, cuando no a pesimismos bien fundados en los hechos. Ahora, por ejemplo, en la última crisis ministerial, la opinión ha visto una estratagema para descartar a Ortuño, el ministerio de Fomento que se oponía a la elevación por decreto de las tarifas ferroviarias. El que le ha substituido. Espada, supónese que tiene otro criterio. Y la elevación de las tarifas ferroviarias, será, en el presente momento, un redoble de hambre. Con tal medida, (la más impopular que haya podido proponerse) aumentará el precio de los transportes a

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 28 octubre 1920: 4. No recogido.

proporción, y las subsistencias, ya insufriblemente caras por la desenfrenada exportación al extranjero que a tantos ha enriquecido, llegará a alturas que no haya manera de alcanzar.

En dos palabras expondré la cuestión. Las compañías ferroviarias atraviesan en efecto una crisis, o lo que se llama tal. Tiénese por crisis la diminución de los ingresos que ya no produce, como antes, el veinticinco por ciento. (Hablo aproximadamente, sin tener a la vista datos estadísticos). ¿Es que se viaja menos? No por cierto, pues nunca ha viajado tanto la gente, sin motivo. ¿Es que se transporta menos? Algo de esto pudiera haber, porque hoy le hacen al ferrocarril fuerte competencia los camiones autocamiones, carros y otros medios de locomoción. Probablemente de la organización y las huelgas que han ayudado a quebrantarla. Es la vetustez del material, los defectos de la vía que mal reparada, peor entretenida, obliga a incesantes gastos. Son las indemnizaciones, en las cuales invierten las compañías un dineral, para que a la postre todo el mundo quede descontento y quejoso, pues hay cosas que no se indemnizan por mucho que se paguen, y nunca se paga todo, ni se resarce equitativamente lo perdido. He aquí ahora el caso del descarrilamiento de Montefurado, en Galicia, cerca de Monforte. Insisto en él, porque

es un caso típico y porque en el tren iban personas de mi familia, hijos míos, que pudieron perder la vida allí, no por uno de esos azares, sino por imperdonable abandono, pues el accidente se debió a estar podridas las traviesas. Un verdadero milagro impidió terribles desgracias personales; una catástrofe sin nombre; pero todos los equipajes, o casi todos, quedaron destrozados. Si indemniza como es debido, la indemnización supondrá bastantes miles de duros. Y ved ahí las consecuencias de la desorganización: con esos miles de duros, con menos quizá, se hubiese reparado oportunamente la vía. Queda a la Compañía del Norte--la desastrosa--el recurso de eludir el pago, pretextando la socorrida «fuerza mayor», muletilla hay usada por los malos pagadores; y es de suponer que, a su vez, los damnificados--antipático vocablo--no admitan la disculpa. Lo cierto es que las compañías, por su parte, no se bañan en agua de rosas, y necesitan, sea cual fuere la causa, un empujón, una mano que las saque del pantano en que patullan. Servirá para tal fin el anticipo reintegrable anunciado, y que no pesaría tan directamente sobre el país, como pesará la subida de las tarifas. Quizá por eso mismo fue desechado. Dijérase que un espíritu maléfico dicta a los gobiernos las acciones más contrarias a la seguridad pública, al bien y

tranquilidad de la Nación.

Y más que nunca, este problema ferroviario es el problema actual por excelencia. Lo es para toda España; y lo es, particularmente, para las cuatro provincias de Galicia, que vislumbra su porvenir en ese aspecto de la economía social. Galicia es hoy la tierra más atrayente para el turismo, y menos condicionada para él, especialmente por la cuestión de los transportes. Las líneas férreas en proyecto que pudieran facilitarlos están desde tiempo inmemorial estratificadas, o por inercia o por obstáculos misteriosos; y nos hallamos reducidos a la de Astorga-Monforte cada día más leprosa y sucia, desquiciada y retrasera. El que viene aquí, admira extático la belleza del paisaje, la frescura del clima, tantos encantos y magias como Galicia atesora; pero la impresión del viaje le retraerá, al año siguiente, al hacer sus planes de verano, y le impedirá pensar en volver a «estas playas», donde el que una vez ha sentado el pie, no lo sentará dos.

Galicia jugó su carta hace algunos años, cuando se pensó en regalar la isla de Cortegada al rey, para que tuviese en ella su residencia de verano. ¿No poseía el rey, se me dirá residencias de verano magníficas? Sí, por cierto: la Granja, el Pardo, Aranjuez. Sitios reales con palacios soberbios, llenos de tapices y de

arañas de cristal, con arboledas umbrías y jardines versallescos, con surtidores que bañan tazas de mármol, con cotos de caza, y con el regalado frescor del aire que viene de las eternas nieves de la sierra...

Sólo que a estos palacios no llega el soplo del mar bravío, manantial de salud para los niños y aun para los grandes. El error centrípeto de la monarquía alcanza a estos palacios, demasiado próximos al de la plaza de Oriente. Se necesita el mar, y la Cortegada lo ofrecía, en su más linda y dulce forma, en la de las Rías Bajas, sonrisa de la naturaleza y magia del color. Lo ofrecía... ¿Como? Con mil restricciones, con dificultades y lentitudes que no son propias de estos tiempos. «Las cosas de la guerra»,--decía Hernán Cortés, gran profesor de energía--antes han de ser hechas que pensadas». Lo de la Cortegada se pensó demasiado y se hizo poco. Y madrugaron los de Santander, y ganaron la partida. El palacio de la Magdalena desbancó a la Cortegada, que andaba con zuecos y corría poco. Y la isla siguió siendo albergue de legiones de conejos y campo de lentiscos y carracas.

Y las comunicaciones con Galicia, que la venida del rey hubiese transformado, continuaron siendo las peores, las más roñosas de la Península. Se susurran proyectos magnos, de trazados nuevos y breves, de infinitas cosas buenas. Por mí, no creo en ellas hasta que las vea.

Hago como los mercantes que iban a comprar seda a Murcia, y a los cuales don Quijote quiso obligar a reconocer que la señora Dulcinea era la más hermosa mujer del mundo. Los muy desconfiados no se avinieron si don Quijote no les enseña un retrato, aunque fuese del tamaño de un grano de mijo. A mí enséñenme un metro de vía de esos nuevos ferrocarriles, y creeré. Por ahora, son el cuento con que nos arrullan todos los veranos. Y va haciéndose viejo.

Quedará establecido el servicio de aeroplanos--un industrial prestigioso y emprendedor Lamigueiro, lo anuncia ya para el viaje de merluzas transeúntes de la Coruña a Madrid--y hay indicios de que el famoso directo Vigo, que ha de unir a América con España y Europa, vaya adelante. Seguimos esperando; y repitiendo para nuestro sayo: «Del dicho al hecho...»

Relativamente--y relativo es todo, en la vida--y no hemos de emular a los Estados Unidos--ha sido pronta y certera la empresa del tranvía de Vigo a Mondariz. Lleva en sí el espíritu de actividad de aquel fuerte propulsor que fundó el establecimiento balneario. Enrique Peinador padre, y este espíritu se lo dejó inoculado a sus hijos. Enrique Peinador lo veía todo en grande, y sus empresas eran siempre amplias y de aliento. Casi solo acometió el tranvía, ¡friolera! y con sus propias fuerzas lo dejó preparado. Sus hijos

le imitaron en la voluntad, y la mitad del tranvía está funcionando, y en plazo no largo funcionará la otra. En cambio, nosotros, los calmosos coruñeses, hace diez años que pensamos en un tranvía que una a la ciudad con un pueblecillo de la costa, y estamos muy satisfechos porque vemos a unos hombres en corto número, cavando lentamente unos desmontes, donde el apeadero se ha de situar. ¿Cuándo? Vaya una curiosidad! Como todo: cuando Dios sea servido... Y siempre se cuchichea: hay ideas muy amplias, esperanzas linsonjerísimas. Un hotel espléndido se anuncia en la Coruña, irá unido a un casino: ha de ser digno rival del de San Sebastián, y el hotel un Ritz de los más estrepitosos. Habrá los «recreos» consabidos, plaga repugnante de nuestra civilización, que por un contraste digno de la pluma del mayor ironista, apoya la caridad en los azares del juego y no faltarán bailes, conciertos, teatro, todo género de diversiones; y ya verán Vds. como ni esto, ni nada. Porque al faltar comunicaciones fáciles y suficientes, empresas de este género nacen fracasadas y sin vida. Primero hay que establecer la circulación, y después vendrá el poderoso funcionar del organismo. Hasta tanto... Yo sé que predico en desierto. Lo de los ferrocarriles de Galicia o que conducen a Galicia es de aquellas cosas en que cabe decir, recordando siempre a Cervantes: «Más mal hay en el aldehuela del

que se suena». Con todo eso, no desmayo. Nadie debe desmayar. Una voz poco estremece el aire, pero puede despertar al dormido. El dormido, en este caso, es el interés general de la región, de la patria. Y, oportuna o importunamente, yo, grito...

247

LOS ELEMENTOS BASTARDOS EN EL IDIOMA*

De la condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, de 1920.

En el lenguaje escrito actual, en España, aparecen infinidad de elementos bastardos introducidos por causas circunstanciales, o por imitaciones y afectaciones de distinta índole; y en el hablado, sobreabundan vulgarismos y locuciones ínfimas, aclimatadas poco a poco y que han puesto al habla de Cervantes que no tiene el diablo por donde desecharla.

Repugnan tales formas, unas por hinchadas y vacías, otras por bajunas y chocarreras; mas no se vislumbra cómo limpiar el lenguaje de sus parásitos, puesto que el uso ha ido consagrándolos. Recordando la fábula de Iriarte "El gato, el lagarto y el grillo", no puedo menos que notar que hoy, al menos en la conversación no abundan los que "tienen la hinchazón

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 noviembre 1920: 4. No recogido.

por mérito y el hablar liso y llano por desmérito", y que la ampulosidad se guarda para la letra de imprenta y los discursos. Lo más común es bajar el nivel, adoptar las frases "en que suele el pueblo hablar a su vecino", entendiendo por pueblo a la plebe achulada, y aun al hampa equívoca, donde la amoralidad de los pensamientos se refleja en la deformación canallesca de las expresiones. Lejos de ser las altas clases las que dan el tono del lenguaje, son la aristocracia y la clase media las que acogen el argot popular, que priva y se emplea corrientemente, con singular simpatía, especialmente entre el elemento joven y desenfadado, y amigo de hacer gracia (afán característico de todo español en este período histórico).

Y se oye pronunciar a "nonos nietos del Rey Chico" (que ahora ya serán décimononos) frases por el estilo, dirigidas a alguna señorita que viene de la pata derecha del Cid Campeador y ostenta falda cortísima, asaz indiscreta:

--Taday, golfa... Mira que tienes asaura!... Me estás gustando una burrada... Ven, que nos reiremos horrores...

Aun más impresionante es que los labios de rosa (si ya lo deben a la química), contestan desgarradamente:

--So atontao... Anda, y que te zurzan!...

Tales maneras de producirse tienen ya su literatura clásica, desde López Silva hasta Galdós, en una de sus mejores creaciones; pero el maestro de la novela, al acoger y trasladar a su prosa, con gracia insuperable, estos excesos, deja ver que para él no son sino una degeneración o una especie de escarlatina del habla. Y el mismo juicio forma los lugares comunes de la charla remontada, de esos señores que todos los ven "al través de un prisma", y se pasan la existencia "partiendo de un principio". Tales muletillas merecen su burla, y merecerían la nuestra, si nos atreviésemos a decir a los que regurgitan: "Tengan cuidado, no coma tanto pimiento morrón, que Vd los come y a nosotros nos indigestan..."

Más insoportables aún los que, con fines y pretensiones literarias, usan ciertos giros y palabrillas por medio de los cuales creen aparecer sensibles y profundos, superiores a la multitud, impregnados de ideas elevadas y de conceptos quintaesenciados, que tales voces están llamadas a sugerir, por misteriosa virtud. Hay quien subraya palabras insignificantes, creyendo, por el subrayado, comunicarles un alto sentido. Y hay quien, pomposamente, escribe cosas que no tienen nada de particular, insinuando que se encierra en ellas algo recóndito digno de llamar la atención del leyente.

También abundan las referencias a obras maestras de la literatura, mostrando que no las conoce ni de vista el que a ellas alude. El colmo de este yerro fue el de cierto... diré escritor? al dar a entender que la Divina Comedia es... una comedia festiva y dialogada. Parecerá inverosímil tal dislate, pero conservo el texto por curioso.

La actualidad, sea política o de otro género, introduce palabras bárbaras en el lenguaje. Ahora se está aclimatando la de "acaparador", que ya Ortúzar, en su Diccionario manual de locuciones viciosas, llamó "buen cencerro", advirtiendo que debe substituirse por "logrero o monopolista", y también por abastecedor", (esto último me parece, entre paréntesis, todo lo contrario de lo que se quiere expresar). Lo que lleva trazas de epidemia incoercible es la mezcla de términos extranjeros al habla corriente castellana. Son innumerables los que el uso va admitiendo, y que pudieran ser substituidos ventajosamente con otros castizos. Muchos proceden del afán de remedar y parodiar la vida extranjera, la cultura y los refinamientos extraños, y en esto, los hoteles y las fondas y bodegones con pretensiones de elegantes han hecho estropicios. A ellos se deben las palabrejas y giros que están en todos los labios: "souper froid, jazz band, fox trot, grill room, diner dansé" y otras

lindezas semejantes. Querer vivir y comer a la francesa y a la inglesa, y suponer que para conseguirlo basta servirse de locuciones forasteras incorrectas, es grave error. Estos hoteles y fondas disfrazados de extranjería no reproducen las formas refinadas de la civilización de por ahí fuera, sino que dejan ver a las claras los rastros de españolismo barato y vulgar, el paño de Tarrasa bajo la etiqueta de Londres. De una vez, escríbanse las minutas en francés, si así place; pero, entendámonos: en buen francés, clásico y puro, no en esa híbrida lengua que va oyéndose hasta en los pueblecillos, pues era uno bien modesto donde un fondista me presentó "huevos a la michamiel", queriendo decir, sin duda, "a la bechamela".

Bien puede afirmarse que en este terreno, el de la cocina, es en donde más estragos hace el extranjerismo de los vocablos y el vicio de las construcciones. La cocina extranjera, que yo no repruebo si es buena, es decir, grata al paladar, nos ha corrompido las oraciones y no lo digo metafóricamente. La gente cursi, que está siempre en mayoría y acaba por imponerse a la minoría de buen gusto, entiende que es más distinguido "sandwich" (sanguis dicen por lo general) que emparedado; que "consommé" viste más que caldo; que "crema es preferible a nata, y que el "ragout" sabe mejor que el guisote!

Todo ello va destiñendo sobre el idioma y plagándolo de moho y de vegetaciones extrañas.

La vigorosa salud del habla ha decaído mucho. Rara vez se emplean, y la lenta desorganización de la estructura del castellano está patente. No podría hoy Arias Montano tener a nuestra lengua por demasiadamente severa en esto de componer voces, ni ofrecerla como modelo la francesa, que en su facilidad imitaba a los atenienses. Hoy la vería desteñida, desaliñada, rebajada, no negándose al trato más vil, y no rehuyendo tampoco las campanudas voces que supone altas y significativas, y que emplea como nota de superioridad, como patente de sabiduría.

Digna de notarse es esta anormalidad: mientras se aclimatan las palabras y giros bárbaros y ordinarios, se naturalizan también otros pedantescos, como el uso del latinismo "pro", al cual se atribuye yo no sé qué mágica fuerza para imponerse y convencer. "Pro presos..." "Pro raza", "Pro niños austríacos", "Pro esto, pro el otro..." suelo leer, atónita. ¿Pues qué: no tenemos en castellano preposiciones casuales, artículos y pronombres personales que digan admirablemente lo que así se dice a lo don Ermeguncio? También salimos con que tal o cual cosa o persona está "plena" de encanto, de gracia, de dolor, de sentimiento... Siempre habíamos escrito "llena"; pero

sin duda suponen que la frase se elegantiza latinizándola. Es lícita figura en el diccionario, pero es afectada y hueca. ¿Y qué diré de "dar la sensación"; qué de los idearios, sectores, sentimentarios, y ¡hasta (el diablo sea sordo) adoracionarios! (Título de unos versos amatorios), ¿y qué de los "bellos gestos", otro estribillo que está muy en favor aunque va empezando a decaer? Porque estas muecas del idioma suelen no aclimatarse.

Hasta las cuestiones sociales han venido a echar a perder el asunto, abrumándonos con frases extranjeras bastantes prosaicas, como "look out", "sabotage", "boycott", que ya hasta en las aldeas se usan. Está buena la pobre habla; tal la han puesto entre unos y otros. Las jergas múltiples se la comen. Hay la jerga bancaria, la jerga comercial, la jerga sentimental, la jerga sociológica, la jerga higiénica! Pues ¿qué diré de la jerga médica, usada por los profanos que llaman "arterio-clorosis" a la arterio esclerosis, y barajan la uremia con la acetona y la magnesia con la gimnasia?

Aun la oratoria contribuye al estrago, no por las palabras seudo científicas, sino por los giros cansados y amanerados, que han llegado a constituir una especial algarabía, en la cual se dan cien vueltas a los mismos conceptos, y se dicen las cosas, no de la manera directa y clara que exige el vigor del lenguaje y su

índole viril, sino de cierto modo oblicuo y transversal enrevesado y cauto, a fin de no presentar blanco a los tiros enemigos, y que no les cojan entre puertas... A tal propósito, no hay desconocido del habla, debe atribuirse la obscuridad que se nota en muy altos oradores, y el fenómeno es tanto más patente cuanto que los mismos, al tratar de cosas ajenas a la lucha política, como por encanto recobran la luminosidad del fraseo y la robustez de la sintaxis... A la postre, el lenguaje es la proyección del alma, y cuando se piensa derecho, se habla castizo.

248

DE UN LIBRO DE FRANCOS RODRIQUEZ*

De la Condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID de 1920.

Don José Francos Rodríquez es una figura muy popular en Madrid. Se le conoce como político y comediógrafo por sus traducciones y adaptaciones de obras de Schiller, Turguenief, Augier, Sardou y otros muy famosos autores extranjeros, y no menos por sus novelas, cuentos y estudios sociales. Temperamento de escritor y periodista de vuelos, en el mejor sentido de la palabra, ha venido a ser fecundo polígrafo, ameno y fundado, revelando en su estilo la cordialidad de su alma y la sinceridad de un espíritu que le hace simpático a todos. Es de esos trabajadores de la pluma que jamás aparecen fatigados ellos, y a su vez no causan nunca fatiga al lector.

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 6 noviembre 1920: 4. No recogido.

Asiduo a los estrenos y aun a bastantes diversiones mundanas, pertenece a la ciencia por su profesión, y no descuida los estudios sociales. Le preocupa la cuestión obrera, los aspectos del problema económico, y otra multitud de asuntos que hoy se agitan frecuentemente y acaso no han de solucionarse a fuerza de letra de imprenta, sino de otro modo, que no quisiera ni imaginar. Y en estos últimos años ha parecido preocuparle, muy en primer término, la cuestión del feminismo. A ella está consagrado su libro más reciente, La mujer y la política españolas.

La sociología, en Francos Rodríguez, está empapada de política. Ha intervenido bastante en el hervidero de los partidos españoles: amigo entrañable de D. José Canalejas, tan trágicamente muerto cuando estaba en lo mejor de su actividad y de sus portentosas facultades, ha visto de cerca el tinglado de la farsa; y cuenta que si yo le llamo así, Francos no lo juzga más benignamente, cuando dice que «la política española representa una verdadera desventura». Bueno es el sastre que conoce el paño... Y buscando el modo de introducir en la política española nuevos elementos de vitalidad, de realidad; de ponerla en relación con la masa infinita que a ella es ajena, y que sólo sufre las consecuencias penosas de un estado de corrupción y degeneración en el gobierno, piensa en ese gran

elemento olvidado, desconocido, desperdiciado, que se llama la mujer. En sentido tal, el libro de Francos Rodríquez es una curiosa repercusión de las opiniones que a veces oímos exteriorizar, sin que cuajen nunca en resultados efectivos, y que son variaciones sobre este tema ya vulgar: ¡«Si las mujeres mandasen!»

La lógica y la rectitud de Francos Rodríquez prestan novedad y vigor a su apología de la capacidad femenil para la política. Un generoso espíritu de justicia le inspira, y le conduce a pulverizar con donaire y empuje los capciosos argumentos que suelen aducirse contra la concesión de derechos a la mujer. Coincidiendo con las opiniones de Maura y de Mella en recientes y magistrales discursos, saca en limpio Francos Rodríquez que, en política, aunque las mujeres se empeñasen, no podrían hecerlo peor que el hombre lo ha hecho de un siglo acá.

Desenmascara las razones disimuladas por las cuales la reclamación del derecho femenino en este terreno encuentra oposición, lo mismo en los partidos avanzados que en los derechistas. Y pudiera reconocer aún más explícitamente que, en los derechistas, halla hoy calor y aceptación la idea. Yo, que he sido feminista desde la niñez, porque me inculcó tales enseñanzas mi padre, hombre de gran cultura y de clarísimo juicio, encontré en los años primeros y hasta

muy entrada la madurez resistencia a todo conato de feminismo en la mayoría de los elementos que podemos llamar serios y de orden que me rodeaban. Bastantes eclesiásticos tachaban punto menos que de herejía tales convicciones. Ha sido necesario, para modificar la mentalidad española en estas zonas, la terrible lección de la guerra y del cambio completo que ha traído a todas las relaciones y desarrollos de la vida humana.

Esa inmensa fuerza que representa la mujer, cosa de locos dejarla que se perdiese, sobre todo, porque no se perdería, sino que caería en otras manos... Y he aquí por qué se ha iniciado un movimiento favorable a la mujer, en esferas donde no podría esperarse.

Francos Rodríquez formula el interrogante, como se lo había formulado el Padre Maestro Feijóo. ¿Autorizan nuestras tradiciones a que se considere a la mujer inepta para la política? Y repasa las objeciones, sorprendido (como lo estamos todos) de su inconsistencia y puerilidad. ¡Que las mujeres son muy nerviosas, y que al mezclarse en los trascendentales oficios del gobierno provocarían trastornadoras y nocivas inquietudes! Y calcula Francos Rodríquez: ¿podría la mujer, interviniendo en nuestra política, hacerla más inestable y perturbada de lo que ha sido?

Repásese la historia. Desde 1833 hasta fines del año último, España ha conocido ciento catorce

presidentes del consejo de ministros, sin sumar tres que se quedaron con el nombramiento y sin ejercerlo y diez y ocho que lo fueron interinamente, es decir, en ochenta años, ciento treinta y cinco presidentes. Y no hablemos de los ministros, en que aparecen cifras aterradoras de ciento ochenta y seis, y, ciento noventa ministros. En el de instrucción pública, el que ha menester más estabilidad si se ha de hacer en él algo serio, salimos a más de un ministro por semestre. Así es que Francos Rodríquez, indignado, declara que en el siglo XIX y lo que va corriendo del XX, parece nuestra historia la clínica de un caso de histerismo.

Todos hemos presenciado las agitaciones, las dificultades para obtener una apariencia de firmeza, jamás conseguida. Las crisis han llegado a ser un tema cómico, aun cuando el fondo trágico bien pueda columbrarse. Mella, con verdadera sal, glosó este punto en presencia del rey Alfonso XIII, en la velada de la Asociación Católica de la mujer, en el Teatro Real; y mientras el monarca se divertía con fruición, ante la verdad del cuadro, los ministros, en su palco, mártires se reían, era con la risa del conejo. Si fuesen mujeres las que estuviesen al frente del gobierno y sucediesen tales cosas, seguramente se diría: ¡Claro, la impresionabilidad, la versatilidad del sexo!

El libro abarca dos aspectos: el biográfico e histórico, y el doctrinal. Francos pasa revista a las mujeres que en estos últimos tiempos han ejercido influencia política, desde María Luisa hasta la reina Cristina, madre de Alfonso XIII, y si esta parte de su obra, amena y grata, contiene pruebas de la capacidad femenina tan convincentes como la de Concepción Arenal, están más dentro de la crisis actual del problema los que dedica a la teoría y al examen de la cuestión en sí. En su defensa del feminismo encontramos algunas observaciones fruto de la experiencia cuando dice: «El histerismo, pese al nombre, no es sólo femenino; puede también ser masculino. Alguna vez he presenciado accesos verdaderamente histéricos en hombres que tenían en sus manos altos intereses de la patria.» Y yo pudiera añadir, por mi cuenta, que algo análogo he presenciado también. Y sin embargo, nadie pide a tales personajes que se retiren de la vida política, vedada a la mujer, entre otras causas, por la de la supuesta impresionabilidad pasional del sexo. Jamás he dado por admitida tal impresionabilidad. Más bien diría como Nietzsche, que predomina en ellas la inteligencia o más bien el razonamiento, como en el hombre la pasión. Inteligencia de carácter práctico; y si se alega la mayor violencia de la mujer en las horas revolucionarias, hay que considerar el influjo del

hombre, que las excita y las enloquece. No son los actos de un momento los que definen una psicología, sino más bien la repetición constante de acciones, al parecer sin importancia.

Leyendo el bien fundado alegato de Francos Rodríquez contra la desigualdad jurídica del hombre y de la mujer ante el derecho civil; y el no menos sólido en favor de que ejerza plenamente los derechos políticos; recordando cómo otras mentalidades muy altas se han sumado a esta opinión, hay que esperar que la campaña produzca resultados que coloquen a España en primera línea entre las naciones feministas. Francia no lo está, es cierto; pero ¿cuándo vamos a empezar a movernos en nuestra propia esfera, libres de la imitación servil de Francia?

Por tantos estilos es persuasivo el libro de Francos Rodríquez, que, en mi concepto, sólo aplausos merece. Una de sus páginas mejores es aquella en que hace notar el incremento del lujo en la mujer. Vicio profundo le llama, y algo parecido dije yo en las sesiones de la Asamblea Católica femenina. El verdadero enemigo de la mujer, a la hora actual, es ese concepto de su papel en el mundo, no ya a la antigua, con la pierna quebrada y en casa, (que sin duda era gran rémora), sino a la moderna, que es una propulsión de frenesí convertida en objeto suntuario, con el cargo

de lucir y ostentar las últimas y extravagantes modas, los más costosos adornos, joyas y vestuario, las costumbres más frívolas y amorales, oyendo repetir que ésa es su verdadera finalidad, que la mujer es para recreo de ojos y sentidos y para gastar como agua lo que el marido gane... El daño que recibe la mujer con esta atribución, lo siente claramente Francos Rodríquez, y no es ésta la menor sagacidad que demuestra en su interesantísima obra.

249

SEMEJANZAS Y DESEMEJANZAS ENTRE IRLANDA Y GALICIA*

De la condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, de 1920.

Leo con frecuencia asimilaciones de Irlanda a Galicia, que envuelven un sentido más o menos antiespañolista, queriendo presentar a Galicia como a un territorio desventurado, oprimido y sometido a tiranías de la metrópoli; y con mi costumbre de plantearme directamente las cuestiones e ir al fondo de ellas, (para lo cual no se necesita sino un poco de sentido común), me pregunto por qué es desgraciada Galicia, y qué puntos de contacto tienen sus desdichas con las de Irlanda.

Encuentro una analogía entre ambos países: la comunidad de raza. Es difícil establecer de un modo concluyente estas similitudes de etnografía, y más donde las vicisitudes de la historia han traído tantas

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 diciembre 1920: 4. No recogido.

mezclas de sangre; pero, ateniéndonos a lo que se supone del origen de la rama gaélica, y otro tanto pudiera decirse de los gallegos, que, sin embargo, han sufrido más invasiones, y están menos puros. Esto del celticismo ha sido muy discutido y hasta muy negado; yo lo afirmaba, en lo que a Galicia incumbe, toda vez que a Irlanda no la conozco más que por referencias y libros, y a Galicia la he observado mucho, directamente. La presencia, por lo menos, de un gran número de elementos célticos en Galicia me parece cosa que salta a los ojos.

Hay semejanza también en el clima, en ambas tierras muy húmedo, por lo cual Irlanda ha sido poéticamente llamada la isla de Esmeralda, y el verdor y frescura de los campos gallegos son proverbiales. Hasta aquí la naturaleza; pero interviene la historia y lo modifica todo. No sólo la historia, sino otra fuerza que con la historia se enlaza, que imprime en ella marca profundísima. Y siguen las incertidumbres: ¿el pueblo gallego vino de Irlanda? ¿O, al contrario, (como creyeron los bardos) de España procedían los irlandeses? Todas son obscuridades; hasta que en el siglo VI San Patricio fomentó una cultura monástica floreciente, Irlanda no desgarra su velo de nieblas; y el suceso grave y dramático de la historia de Irlanda es la invasión inglesa y el empeño de los invasores en

hacer a Irlanda protestante. No quiso avenirse. Era católica, tenía su fe. Ni las persecuciones más crueles (¡en dónde queda nuestra cacareada Inquisición!), ni las confiscaciones, ni los destierros, ni una porfiada guerra civil, impidieron que siguiesen adictos al catolicismo los irlandeses, cada vez con mayores fervores, acrecentados por el martirio.

Y he aquí donde ya no podemos encontrar semejanzas entre Irlanda y Galicia. Nada que se parezca, ni de cerca ni de lejos, al triste destino de la verde Erín se encuentra en la verde región gallega. Como sabemos, Irlanda no ha cesado un instante de luchar por su independencia y su fe, y quizás en estos momentos la lucha es más empeñada que nunca y ha llegado a mayores extremos de violencia y de sacrificio. Nada semejante ocurre aquí.

No hay causa que determine tal estado de cosas. Si se mira bien lo puede afectar a la prosperidad de Galicia no depende de España, en conjunto. Muchos de sus males son los males generales; y de otros, sería difícil cargar la culpa a España, en conjunto debiendo achacarse a condiciones del modo de ser de estas bellas provincias.

¿Por qué Galicia está más sujeta que ninguna otra región española al caciquismo? Sería muy difícil

concretarlo. Se ha buscado razones y ninguna convence. El cacique gallego no es necesariamente un bandido, ni un malvado; es un parásito que vive de la savia ajena, y explota lo que se llama política, aunque debiera llamarse miseria y amaño, siendo la clave de todo la función electoral, elemento verdaderamente perturbador, desorganización de todos los principios de ciudadanía. Es el sistema parlamentario lo que ha traído su ruina a España, y en especial a Galicia. Claro es que si un día Galicia se despertase y cada elector no diese sus votos sino a los hombres de reconocida probidad política, comprometidos a mirar por el interés de la región, todo se habría resuelto; pero ¿dónde están esos hombres? ¿Quienes son? Con tristeza y con la claridad de mi independencia debo decirlo: no les conozco.

Y si pareciese duro el concepto para los numerosos políticos que Galicia produce, (como produce el campo inculto mercuriales y cardos), compárese el número y la importancia de esos políticos que nacieron aquí y que estaban obligados a mirar por su región, con lo que en este sentido han hecho, y se verá que poco les debe su «terriña», de la cual acaso hablen con babosa ternura, encomiando los cantos populares, la música de la gaita, las rías y las costas... Y, entretanto, las comunicaciones se hacen imposibles, todo decae, el caciquismo extiende su garra, y con todos los elementos de prosperidad se sufre el retraso y la decadencia.

Si surge una cuestión a la cual se atribuye importancia social, como la de los foros, (esta cuestión se basa en un equívoco sostenido por miras políticas) no son los prohombres los que deshacen el error, los que lo rectifican, los que procuran justas soluciones. Son los foros algo curioso, que demuestra cómo se ha falseado el concepto de las cosas sociales de algún tiempo acá. La mayoría de los que hablan de foros bien puede asegurarse que ignoran, no ya su esencia sino sus accidentes; y lo he comprobado, por medio de algunas preguntas sencillas. Nótese la contradicción: se declama contra los latifundios, y, a la vez, los minifundios gallegos son presentados como lo más oprobioso, como una supervivencia del estado feudal. De suerte que, indistintamente, minifundios y latifundios son atacados, y esto algo quiere decir: no es la forma de la propiedad, sino la propiedad misma, lo que se ataca. En vano se hace observar que el paliativo de ciertas tendencias es la creación de un conjunto de pequeños propietarios, y que este fin estaba conseguido, en Galicia, por medio del foro. El foro (prescindiendo de tecnicismos y erudición histórica) es en su origen un contrato de arrendamiento a largo plazo que una pragmática real hizo permanente, sin declararlo perpetuo, pero siéndolo en sus efectos. El forero, o, como suele decirse, el dominio útil, es

dueño de una tierra o de una casa o de una pesquería o de un molino, mediante el pago al dominio directo (el propietario primitivo (de una cantidad insignificante casi siempre, nunca remuneradora. Y pagando esa cantidad, y aun no pagándola, caso asaz frecuente, el dominio útil no tiene ya más obligación: suba o baje el valor de las tierras (ya se sabe que ahora sube), venda o no las fincas, no se altera el canon, generalmente irrisorio. Cito ejemplos personales. Por tres casas y una heredad, se pagan tres pesetas al año; por un monte, doce céntimos; por medio «lugar», cinco pesetas y una gallina. He aquí la opresión que pesa sobre los foreros. Y nadie se fija en el dato sencillo de que, si un forero se sintiese oprimido, como ninguna ley le obliga a conservar su foro, podía siempre dejarlo, renunciar a él. ¡Renunciar! Anuncie cualquier propietario que afora un pedazo de tierra, y habrá puñaladas para obtenerlo en foro. Lo que pasa es que los supuestos «señores feudales» han comprendido la execritud del dicho popular: «O que afora, bota fora». Nadie afora nada. Nadie quiere ser «señorío». Tan elementales datos no impiden que se siga clamando en mitines y periódicos, y contra la intolerable esclavitud del foro, y deplorando los males del pobre labriego, que, a decir verdad, en este capítulo está como quiere; sólo que quiere más aún, según sucede a

todo el que ya obtuvo una ventaja: quiere las tierras regaladas, y encima la aureola de mártir. Y no son ni aun labriegos la mayoría de los foreros. Forman los tenedores de foros una subclase, en la que abundan la gente de mediano estado, y aun señores acomodados y hasta ricos, porque los antiguos señores territoriales no escogían al aforar, y aforaban mucho a sus mayordomos.

Así y todo, y siendo cierto lo que precede, yo digo que los foros son un mal, no sólo por lo que tienen de injusto con los propietarios primitivos, expoliados y defraudados, rota la tela del contrato, que es sagrado, sino por los defectos del sistema, por las cabezalerías y participaciones, que confunden y enredan esta clase de propiedad. Y convengo con los oradores de mitin, que sería conveniente y acertado redimirlos; pero añado que no es eso lo que quieren los foreros, pues, si de redimir se tratase, bien lo pudieran hacer. Era, pues, necesario que la ley facilitase las redenciones arbitrando medios de que si no las realizaba el dominio útil, pudiese realizarlas el directo, y quitase de en medio, de una vez, tan enojoso asunto, que viene manejándose como arma perturbadora y disolvente. Yo creo que la inmensa mayoría de los propietarios primitivos está aburrida de foros, y deseosa de verse libre de su complicación, de

lo ilusorio de las leyes que no defienden el derecho, de la miseria de los cánones, de los engaños y tretas con que se les burla. No anhelan sino redimir.

Y de esta índole son los problemas de la Irlanda galaica, ¡cuán distintos de los que agitan a la de los «sinnfeiners»! Estas tempestades en un vaso de agua, que un poco de previsión política pudiera fácilmente deshacer, me recuerdan, por contraste, la otra lucha, la trágica, la que hundió «dreadnoughts» en el seno de las olas, y quemó pueblos, y costó vidas sin número, e hizo correr arroyos de sangre. Irlanda es otra cosa que Galicia, aunque tanto se asemejen su paso y sus tradiciones ancestrales. No tenemos el mismo pleito.

250

UNA CONTIENDA LITERARIA SOBRE La Casa de la Troya*

De la Condesa de PARDO BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1920.

Estos días rueda por los diarios el estrépito de una contienda literaria. Gracias a Dios, pensé, que estas cosas vuelven a apasionar y a interesar al público. La letal indiferencia que parecía haberse apoderado de todos, cuando de letras se trataba, era una de las señales más claras y funestas del descenso de la vida espiritual, en una hora de intereses desbridados y de egoísmos mordedores. La literatura, en mi opinión, había llegado a ser algo como el «dedo muerto» que revela ciertos procesos de descomposición del organismo y nadie la echaba de menos, y nadie deseaba saber noticias suyas. Así es que la agitación a propósito de una novela de Alejandro Pérez Lugín. La

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 diciembre 1920: 4. No recogido.

Casa de la Troya, pudo parecerme un síntoma favorable de renacimiento.

Sin embargo, me desalentó otra vez el observar los motivos de tal agitación, que poco tienen de literarios, si bien se examinaba. La novela de Pérez Lugín logró un éxito franco y creciente. No trato aquí de hacer crítica de ella, ni voy a estudiarla en su valor estético, ni a definir el lugar que le corresponde en el cuadro de la ficción actual. Lo único que importa al asunto de esta crónica es afirmar que se vendieron de la novela varias ediciones, que arreglada para el teatro no obtuvo menos aprobación, y que dio a su autor fama y provecho. Y tales bonanzas suelen no perdonarse fácilmente. Ese sentimiento difícil de definir que se llama en lenguaje teológico "pesar del bien ajeno", se presenta en las masas lo mismo que en los individuos, y aprovecha cualquier coyuntura y circunstancia para tejer su tela sombría. Y se me dirá: ¿por qué había de envidiar a Lugín la muchedumbre con sorda envidia? La muchedumbre no escribe novelas, ni le estorba que se escriban; hasta se deleita con ellas, muchas veces. Acerca de ello acuden a mi memoria observaciones de Emilo Castelar. La envidia, según aquel insigne orador, es más común y más aguda en España que en otros países; en éstos la bailarina envidia a la bailarina, el hombre público al

hombre público, el artista al artista, el banquero al banquero. Aquí--insistía el autor de Lucano--envidia la bailarina al arzopispo, el pintor al torero, el lonjista al dramaturgo, el general al cantante, y viceversa. Llamamos envidia, por no enredarnos en psicología, ese estado de ánimo de las multitudes, esa hostilidad latente contra lo que por algún concepto sobresale; y preguntándole yo al tribuno por qué creía él que era en España más marcado tal sentir, me dijo que lo atribuía a que la gente está más desocupada y se mezcla y preocupa más de lo que no le importa directamente. Añadió también que nuestro excesivo individualismo nos prevenía contra las superioridades, sean del género que sean, y nos enojaba, como si nos desposeyesen, con los que obtenían ventajas y fortuna. Y comentábamos las palabras de un político importante, que se dejó decir, en presencia de bastante gente: "Cuando veo pasar a una mujer guapa y no es mía, me parece que me roban algo".

Viniendo al caso de Pérez Lugín, que es curioso, desde el primer momento de la publicación de la novela se empezó a rumorerar, primero apagadamente y con sordina y después ya en voz más alta, que la novela no era suya. No era que se señalasen coincidencias y reminiscencias, siempre fáciles de descubrir hasta en los más originales escritores; era toda la obra lo que

se le quitaba a su autor reconocido, y se atribuía a otro, muerto ya y que nunca obtuvo renombre, Camilo Bargiela. Alegaban los que sostenían tal idea, que Peréz Lugín hasta publicar La Casa de la Troya, no había escrito novela alguna; y que, cuatro o cinco años después de tan linsojero estreno, tampoco había vuelto a escribir otra. El zumbido y mosconeo de estas suposiciones era tan continuo, las alusiones tan incesantes, la insidia tan porfiada, que Lugín, acostado, tiroteado, llegó a inquietarse, y una noche, en el vestíbulo del teatro de la Princesa, se acercó a mí, y me preguntó si aceptaría un puesto en un tribunal de críticos de altura, que se encargase de estudiar el asunto, y emitir fallo según conciencia. Contesté afirmativamente, pero no llegó a constituirse tal tribunal, y, a la verdad, me hubiese parecido ardua su tarea. No podíamos los que lo constituyésemos hablar sino desde nuestra convicción, sin datos para destruir la negativa. Y era conveniente poder presentar una prueba plena, para tapar bocas; pero yo no veía la necesidad de tal prueba plena, lo mismo que no veía su posibilidad. Mi consejo a Lugín--si consejo me hubiese pedido--sería que publicase cuanto antes la otra novela que según me dijo, tenía en el telar. No la ha publicado todavía; pero, sin duda, el día en que la publique se deshará el nublado completamente. Empieza

a deshacerse ya. Numerosos testigos afirman haber visto cómo Lugín corregía y variaba páginas de la novela, modificaba episodios, cortaba y añadía, y también haberle oído leer capítulos y largos trozos. Con buena resolución, Lugín llevó a las tribunales al que le había acusado de apoderarse de un libro ajeno; pero del juicio no resultó sino que el acusador sostuvo su aserto y ofreció presentar pruebas concluyentes. Por ahí, dígase la verdad, debió haber empezado. Tan grave imputación no debe lanzarse sin todo el aparato probatorio. Esto no es, lo repito, como esos que se suelen llamar plagios, y se reducen a similitudes de ideas o de frase; aquí se trata de haber robado la escoba hecha; de haber cogido, entera y verdadera, una obra literaria. Es, pues elemental: hace falta la demostración, si no ha de parecer calumnia.

Y como indiqué al principiar, los móviles de tal alboroto no son realmente literarios. Es cierto que ya se susurraba algo de la novela; pero la acusación directa, violenta, con dicterios y mofa, brotó cuando Lugín esgrimió su sátira más bien bonachona contra una asociación literaria de la cual--debo decirlo para que no se me crea prevenida en contra ni en pro,--soy presidenta honoraria, desde el día mismo en que vino al mundo, aunque ninguna parte he tomado ni en sus deliberaciones ni en su marcha, por hallarme fuera de

su círculo de acción. De suerte que se trata de que Lugín molestó a esa sociedad satirizando una solemnidad que celebró en Mondariz, y los que se interesan por ella arremetieron contra Lugín. Todo esto no es realmente muy literario.

Y si se me pide una opinión concreta, y aun cuando reservo mi atención a la prueba que han ofrecido los acusadores, yo siempre entendí y sigo entendiendo que La Casa de la Troya es obra de Pérez Lugín. Lo creo así, por la completa semejanza del estilo de sus crónicas y de la novela. Esta es una prueba de bronce ante la crítica.

El hecho de que no se haya publicado aún la segunda novela, de Toreros, que viene anunciando Lugín, lo considero fácilmente explicable. Cuando un escritor logra un aplauso como el que obtuvo Lugín con su primer producción novelesca, no es raro que contraiga una especie de terror a deslucirse o a conseguir menos en la segunda. Aquí se habló estos días, a propósito del caso de Lugín, de una novela del Sr. Larreta La Gloria de Don Ramiro, muy celebrada también en España. Dicen que no ha vuelto a escribir otra su autor. Yo lo atribuí a ese recelo misterioso, a ese acortamiento que sobrecoge después de un primer triunfo. De todas suertes, no es lo bastante para negar la paternidad de una novela el que su autor tarde en dar a luz otra.

Y si Lugín saca pronto a plaza la suya, y es digna hermana de la que tantos lectores ha tenido, nadie volverá a acordarse de la desagradable cuestión que le suscitaron. Porque, eso sí: la malevolencia anda lista; pero más listo anda el olvido, el indiferentismo, el embotamiento de la curiosidad intelectual. Dentro de dos años los que más se apasionan ahora «por si es tuyo o por si es mío el arco de un violín», como diría Iriarte, tendrán que hacer un esfuerzo para evocar esta polémica. ¡Ah, sí! Fue todo por una sesión... ¿de qué? ¿del Ateneo regional? No, hombre! De la Academia gallega! ¿Y eso que tenía que ver con si La Casa de la Toya...? ¡Bah! ¡Nada, pleito viejo! y el encogimiento de hombros y la risa de fisga...

Yo, en el pellejo de Pérez Lugín, tal vez no me hubiese tomado la molestia de acudir a la justicia. Me limitaría a poner en diarios de circulación un suelto que rezase, poco más o menos, lo siguente: «El que acusa, está obligado a probar. Prueben, si pueden». Y me tendería en una mecedora, aguardando. No es fácil probar de un modo irrefragable que se es el verdadero autor de un libro; pero tampoco es muy sencillo demostrar que no lo hizo quien lo firma. Moralmente, yo siempre he creído saber a qué atenerme en los diversos incidentes de este género que se han

suscitado. Y en éste me pasa igual. Será para mí sorpresa si la hipótesis Bargiela sale de los limbos en que flota.

Y, una vez más juro que los escritores tendrían disculpa si, a pesar de cuanto dejo apuntado de la envidia, envidiasen a los políticos. ¡A éstos nadie les discute la originalidad!

251

CRONICA DE ESPAÑA*

De la CONDESA DE PARDO BAZAN

MADRID, diciembre de 1920

(Para LA NACION)

Este país vasco, donde he residido algunos días, es enigmático: es un misterio ante la filología y la prehistoria. Su aspecto histórico, en cambio, más bien puede calificarse de sencillo, sin complejidad alguna. Se resume, varonilmente en el anhelo de independencia.

Sobre el misterio vasco trabaja mi imaginación, esforzándose en rasgar las tinieblas del pasado. No encuentro a qué asirme: pero tampoco, si se mira bien, lo encontraron los vascófilos ilustres. ¿Es en efecto ese pueblo el primero que se estableció o que existía en España? ¿Son nuestros verdaderos aborígenes? Y su idioma singular, que ofrece semejanzas con los que encontramos en Yucatán y en el Anahuac, con el finés y el lapón qué nos dice? ¿Se habló en otro tiempo en

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 1 enero 1921: 5. No recogido.

toda la Península, como quieren sus entusiastas? ¿Cómo se borró, excepto de estas montañas y de otras del territorio francés, de las cuales también lentamente va desapareciendo? El único testimonio en favor de que haya sido la primer lengua hablada en toda España, son los nombres de lugares, que, según afirman, proceden de palabras vascuences. Por lo demás, como este pueblo vasco no tuvo literatura escrita, y sus piedras son mudas, no existe en el laberinto hilo conductor.

Careciendo de la autoridad que dan los largos estudios, y atendiéndome sólo a lectura, yo me formé una opinión, que nada vale, pero que me guía como débil rayo de luz. No creo en la difusión del pueblo éuscaro, viniese de donde viniese, por toda la superficie peninsular. Para resolver el problema tendríamos que encontrar primero la verdad sobre la Atlantis o atlántida, y discernir los elementos africanos en la población española. Los moros, a mi parecer, no sólo "vinieron", sino que "estaban". Si fueron bereberes o éuscaros los llamados iberos, es cosa aún no resuelta. Serían iberos los éuscaros; mas si hemos de reconocerlo, y admitir su difusión por la Península, y su mezcla con los celtas invasores, formando el elemento celtíbero, tendremos que convenir en que llevarían a este elemento, en parte sus caracteres físicos. Y he aquí lo que no sucede. El

tipo vasco (a mi entender) no se halla en número suficiente para confirmar la hipótesis, sino en las provincias vascas. Todo puede desaparecer: leyes, instituciones, costumbres, arte; lo que persiste es la naturaleza. Los restos de las tribus que encontramos en el Nuevo Continente conservan sus rasgos de raza, de verdadera "raza",--porque hoy esta palabra se emplea muy desacertadamente, y se llama "raza" a la que formó la unidad política.--Lo racial supone identidad de sangre.

Donde mejor se destacó para mí el tipo vasco fue en un testimonio de arte; en la pintura de los hermanos Zubiaurre. Los hombres y las mujeres que allí figuran, jamás pudieran confundirse con los que reprodujo, v.g., el pincel de Sorolla, en sus estudios valencianistas. Para no ver que son de otra casta, sería preciso estar ciego. Y las palabras de Broca en su estudio sobre los cráneos de Zarauz acudían a mi memoria; y notaba, en los modelos de Zubiaurre, esa "dolicocefalía occipital", ese exagerado desarrollo de los lóbulos posteriores que suprime la inflexión de la nuca, con la reducción de la frente y de la meseta craneana. Tal forma de cabeza la han exagerado las caricaturas, como han exagerado la pequeñez de la boina, tocado no muy antiguo de los vascos; pero, sin género de duda, una multitud vasca se diferencia marcadamente de otra

multitud compuesta de elementos de otras regiones. Hay un "tipo vasco", que garantiza la originalidad de esa población atestiguada también por la lengua, distinta de todas las indoeuropeas, aglutinante y que ha perdido en su asilo montañoso, desafiando a los siglos, mientras morían, y para siempre, el griego clásico y el latín. La misma pobreza del territorio pudo ayudar a la resistencia y supervivencia del idioma. Los múltiples invasores de la Península no tenían tanto empeño en sojuzgar los abruptos peñascos del Pirineo como en gozar las fértiles vegas levantinas y los jardines de El andaluz.

He dicho que no poseen los vascos literatura escrita. Es preciso reconocerlo, y convenir en que el famoso Canto de los Cántabros o de Lekobide parece sospechoso, respecto a la antiguedad y carácter que se le atribuye. En cuanto al de Altobizkar, es una superchería semejante a la de los himnos bárdicos de Osián. Pero conviene decir que en ambas falsificaciones existe un fuego de inspiración sublime, que los cantos realmente populares no suelen revelar. Plantean estos poemas la cuestión, tan traída como llevada de la diferencia entre la poesía erudita y la popular. Es el caso que la inmensa mayoría de las poesías populares que admiramos, en su frescura, energía y espontaneidad, acaban por ser atribuibles a

un poeta culto, ignorado muchas veces casi siempre. Ningún gañán rimó las "Serranillas", y ningún pastor de la cordillera pirenaica dio forma basándose en un juego folklórico, a ese Canto de Altobizkar que está a la altura de las mejores gestas heroicas... pero que es ¡ay! del siglo XIX...

Un estudiante, un intelectual, hizo un día labor de gran poeta componiendo una canción en que está reunido el espíritu del pueblo vasco, su índole, su modo de pelear, sus costumbres familiares, su patriarcal organización. No es superior al Canto de Altobizkar el poema de Roldán: y aquel es más breve, y menos legendario, es decir, menos referente a hechos que corresponden a la leyenda caballeresca, antes que a realidades históricas. La gesta de Roncesvalles ocupa un lugar entre la tradición lejana y la novela caballeresca, mientras que el Canto de Altobizkar es un grito de resistencia al invasor, sea quien fuere, venga de donde viniere, y en él, al lado del hombre, combate la montaña, la montaña cerrada y áspera, el erizado desfiladero, las peñas desgajadas de su alvéolo y los rodados cantos que atestiguan antiguas convulsiones geológicas. ¿Qué el admirable friso de gesta es una pura invención? Sin duda. Pero ¿en qué sentido lo es? Unicamente en la suposición de fecha? En cuanto al tono maravillosamente natural y sencillo, a la

vibración heroica, no le sacará ventaja ningún poeta "popular", si es que los hubo, propiamente hablando, alguna vez...

Y sin embargo, poesía popular existe en las provincias hermanas. Al son del tamboril, improvisan los "coblakaris". Yo no he visto tales torneos poéticos, pero supongo que no se habrá abolido la simpática costumbre. Para asistir a alguno de ellos, habría que detenerse en un país digno por todos estilos de que lo registren los artistas y los sabios. Poco o nada se ha averiguado acerca de él, en lo que más excita nuestra curiosidad, al menos la mía, que se entretiene doblemente en lo remoto pasado, que en lo relativamente próximo. Descorazona, sin embargo, pensar que son muy numerosos los eruditos, filólogos y etnógrafos que desde Humboldt acá han estudiado y escrito acerca del misterio vasco, sin conseguir rasgar sus densos cendales. ¿Lograrán mejor fortuna los investigadores venideros?

Tal vez no. Hay un sinnúmero de problemas que parecen eternamente planteados y que acaso no cabe alumbrar, porque faltan documentos para inferir nada. En la complejidad de la gente española, los vascos son el elemento más desconocido. Un vascófilo, no sabiendo de quién hacerlos descender, los remontó hasta Adán--que es el modo de no equivocarse--y afirmó que el

vascuence era el idioma que se hablaba en el Paraíso Terrenal. Y de fijo nadie rebatirá la aseveración con pruebas y datos documentales... Eso tiene de bueno el afirmar intrépidamente cuando se trata de las mil veces nombrada y muy cómoda "noche de los tiempos" en la cual tantas cosas se pierde.

252

De la Condesa de PARDO BAZAN

Para LA NACION

A TRAVES DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS*

MADRID, diciembre de 1920.

Una de las «Españas» que no se sospechan desde el extranjero, y que se diferencian en absoluto de la convencional España de pandereta, es esta provincia de Alava, la más chica, en territorio, según me dicen, de todas las españolas, y la primera de las tres «exentas» que forman el país vascongado. Confina con Vizcaya y las Encartaciones, con Guipúzcoa, Navarra y Burgos: nótese cómo cada cual de estos confines responde a una España diferente, característica. Vizcaya representa el incremento industrial, la nueva plutocracia, formada no se sabe cuándo, que ha brotado, por decirlo así, de

* Publicado en La Nación Buenos Aires, diario) domingo 9 enero 1921: 2. (Sección 2, Ilustraciones) No recogido.

la espuma de los mares; Guipúzcoa, el internacionalismo contemporáneo con sus exigencias de lujo y goce, concretando en San Sebastián, centro y foco del veraneo elegante, en especial desde la guerra europea que restó viajeros a las playas francesas, en beneficio de las nacionales.

Alava ha permanecido alejada de este movimiento, tranquila y apacible, sin chillidos separatistas, sin conflictos sociales ni huelgas y paros que estancan la vida y hacen germinar la miseria; conservando un aspecto de normalidad y serena dignidad, que me mueven a suponerla, cuando materializo su imagen, en figura de dama del siglo XVII, sentida en su estrado pronta para servir de modelo a un Coello o a un Pantoja de la Cruz.

En la capital, Vitoria corre el vivir cual linfa de río, de ese río que secularmente llevó en sus ondas la carta que atestigua la realidad del derecho foral, con la afirmación positiva de que nunca dejaba de ir hacia el mar la corriente, testimonio perpetuo del orden y armonía de las cosas, que el tiempo no destruye, sino que confirma.

En esta capital una de las más lindas y atildadas ciudades que pueden verse. Me sorprendió observar que en las calles no andan por el suelo papeles ni inmundicias. Están barridas como salones; como quisieran estar muchas dependencias oficiales en no

pocos sitios. Habituada al Madrid de las cáscaras de naranja y las cortezas de cacahuete, las cajas de cerillas vacías y los fragmentos de periódicos amasados con cieno, tal pulcritud me encantó. Existe una relación oculta entre el aseo externo y la limpieza del ánimo, y estas calles y plazas sin basuras parecen relatar espíritus bien guiados y sanos. El piso de las aceras también está nítido, y el lodo que produce el «sirimiri», la llovizna menuda y mansa de los cielos norteños, es un barro blanco, que no mancha ni el calzado ni la ropa, y se asemeja al kaolín con que se fabrica la porcelana.

Así como no hay detritus, no hay ruidos. Yo encuentro que el silencio es musical. No echo de menos el zumborreo de los motores, el infernal bramido de las motos, la greguería de los pregones, el jadeo de los tranvías. Parece que en Vitoria se va a establecer tal medio de comunicación; ello es muy progresivo, y lo están pidiendo las calles rectas y anchas, pero yo me siento inactual, en esto y en otras mil cosas. El travía quitará a Vitoria parte de su poético reposo, que en nada se parece a la modorra de ciertas viejas ciudades. Estoy de acuerdo con Teófilo Gautier, para abominar de los apresuramientos y violencias del vivir moderno.

Además, las urbes, en el día, adolecen de un mal que no existe en Vitoria, o si existe, no se ve ni

molesta. Se ha roto, en general, la relación entre el área y el vecindario, y hoy, en Madrid, por ejemplo, literalmente, no se cabe. Los edificios no alcanzan para los moradores; en las vías públicas, la gente se empuja, se codea, se dice cosas hostiles, se estorba, en suma. En Vitoria deben de ser más holgadas las viviendas, y haber en ellas más cantidad proporcional de luz y de aire. Por esto y por la pureza cristalina del agua que viene encañada desde las alturas del Gorbea, y que jamás ha sido contaminada ni contenido gérmenes infecciosos, no se conocen epidemias en Vitoria.

Vitoria, como varias ciudades españolas, se divide en ciudad vieja y ciudad nueva. Las antiguas casas monumentales, sin embargo, se ven tan limpias como las flamantes, entre las cuales descuellan grandiosos palacios, con parques y jardines cuidadísimos. Tal vez las mansiones que representan el pasado están hasta excesivamente claras y sin pátina, como sucede con la llamada del Cordón, donde fue notificada al Cardenal Adriano su elevación al solio Pontificio.

Bellos paseos y plazas, arbolado frondoso, completan la elegancia de la urbe, y ayudan a sanearla. Este pueblo, al cual uno de sus escritores, el que hoy es su alcalde, calificó de «rincón amado», no me hace el efecto de un «rincón arrinconado», pues hay en él

mucho que responde al sentido progresivo de nuestra edad, aunque sin estridores ni amenazante furia. A corta distancia, bien se ve, tenemos a Francia y al mundo... civilizado? Todo hay que ponerlo ahora con interrogante.

En diversos conceptos, la civilización no tiene enseñanzas que ofrecer a Vitoria. La psicología de este pueblo encierra bastantes. Aquí de nadie se desconfía; a nadie se le envidia lo suyo; no hay sablistas; ni timadores; nadie pretende otro lauro sino el de la honradez. No se hacen chistes; no se juega del vocablo; no se ve en la mujer un objeto de escaramuza y razzia: entiéndase que hablo en general: ¡siempre podrán admitirse excepciones! Tampoco infesta a Vitoria esa lepra de la mendicidad que en la villa y Corte han declarado incurable e invencible el Estado, los filántropos, el periodismo, las asociaciones benéficas. Vitoria atiende a sus pobres, son transitables sus calles, y no se os echan encima apenas os detenéis ante un escaparate, tres lisiados, cinco golfos, una madre lactante, y una vieja temblona. Poco valen los metropolitanos, los teatros de asiático lujo y otros signos de aparente civilización, si os envuelve el hampa y os tiran de la ropa los fenómenos ambulantes. Hay un coeficiente de moralidad y cultura pública que diferencia a las ciudades propiamente

dichas de los aduares africanos. Y en ningún momento os parecerá Vitoria un aduar.

Encuentro aquí un sentimiento muy formador, de los más útiles, que no sé si llamar de ciudadanía, porque va más allá del circuito de la urbe y abarca todo el terruño alavés. Amor profundo a la provincia natal, demostrado sin alharaca ni lirismos, en los hechos, en el vigilante cuidado para mantener las tradiciones y las glorias, los recuerdos y las joyas que cada generación confía en depósito a la siguiente. Tal sentimiento fuerte y hondo ha sabido defender, restaurar y sostener los tres magníficos Riberas que ostenta la Diputación Provincial de Alava, y que ellos solos valdrían el viaje.

En otro país menos tenaz en defender sus idealidades, los Riberas, en especial el Cristo crucificado, ya habrían desaparecido. Cuando se empezó a pensar en la restauración, el soberbio lienzo era un montón de polvo, destrozado, más que por los años, por las torpísimas maniobras de los que, creyendo acaso hacer algo bueno, lo extendieron, para nuevo martirio, sobre una especie de puerta de gruesa madera verde, que a poco había de resquebrajarse. Leyendo lo que dice el restaurador, el conocido Gato de Lema, nos asombramos de que haya podido quedar una partícula de la primitiva pintura. Mucho trabajó en ella el restaurador,

indudablemente; pero mucho más debió de quedar de la obra del Españoleto, pues nadie sería capaz de trazar tal página sino el maestro valenciano. El momento supremo que el lienzo retrata está expresado con tan patética intensidad que es preciso ver la procedencia de la obra y yo--sin autoridad--subscribo a la opinión de los que ponen al Cristo de Ribera por cima del de Velázquez, que se admira en el Museo del Prado, en Madrid.

Es más clásico el del pintor de las Meninas: es más romántico el del transcriptor de los martirios y sufrimientos por los cuales el alma se sobrepone a la materia. Rivera fue el que inflamó con la pasionalidad de la raza ese triunfo del espíritu sobre el cuerpo, interpretando el drama de San Bartolomé con la piel arrancada; del Titán Prometeo desgarrado por el buitre; del diácono Laurencio retorciéndose sobre la parrilla; y de la Egipciana consumida y momificada por el ayuno y el sol del desierto. Todas las cualidades típicas del ibero y del discípulo de Miquel Angel se reúnen en este fogoso clarobscurista, que casi siempre aterra y produce una sensación como de frío fisiológico, al presentarnos la tragedia de la sensibilidad física a la tortura, la debilidad del pobre organismo humano, tan maravillosamente condicionado para el dolor como incompleto y mísero para el goce. Sin embargo, en la

sublime muestra que guarda la Diputación de Vitoria, lo material del tormento desaparece ante el infinito de la abnegación del Mártir y su gemido nos estremece porque brota del manantial del sentimiento. Su levantada cabeza parece que expresa la queja de las quejas. «¿Padre, por qué me has abandonado? Entre la riqueza artística que aún atesora España (después de tantas vicisitudes), este Crucificado se destaca imponente, en su triste hermosura.

253

CRONICAS DE ESPAÑA*

Por la condesa de P. BAZAN

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1921.

El amor y el dinero, dice una sentencia castellana, no pueden estar ocultos. Me parece más exacto lo segundo que lo primero. El amor tiene muchas veces que esconderse, por los mil temores, cortapisas y peligros que le rodean; el dinero, al contrario (excepto en casos contados de extrema avaricia), se ostenta, por vanidad, por amor propio, por mil móviles relacionados con la flaqueza de la humana condición, y que impulsan a gastar para deslumbrar.

En España, ha caído una lluvia de oro con motivo de la guerra, y de los manejos de acaparadores y exportadores furtivos. Se han hecho negocios asombrosos, unos lícitos y otros no, y se ha creado una clase, la de "los nuevos ricos", que no existe sólo

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 febrero 1921: 4. No recogido.

aquí, y que apenas apareció en la superficie social, dio larga materia a dramaturgos, satíricos, caricaturistas y demás observadores de las verrugas y deformidades de una época, inspirando chistes y anécdotas reíderas, desde la del orondo millonario que se indigna al ver que sus hijas tocan una pieza a cuatro manos, cuando él tiene con qué comprar un piano para cada una, hasta la de la ricachona que encantada por la novedad--para ella--de una tijera cortarracimos, encarga tres docenas de tijeras, pensando en que no le falte la suya a cada convidado. Y hay que añadir que todo el mundo es hostil a estos ricos nuevos. A su paso, la burla hierve. Se les mira como a bichos sainetescos. Hay en ello su parte de envidia. ¿Cómo, este tipo, que ayer cargaba fardos, ahora amasa millones? Luro en él [sic] [Duro con él]: ¡sugerirle que está en ridículo!

Ahora bien, esa clase improvisada, puesta en solfa, ha ejercido influencia sobre otras clases que van a la cabeza de la sociedad. El lujo descompasado de los nuevos ricos se ha reflejado en los ricos por abolengo. Un desmedido afán de derroche se ha comunicado a la mayoría. Los viajes al extranjero han contribuido a esta fase, empujando a la vida sin raíces, a la promiscuidad de los hoteles, a la locura de los goces a la moderna, con esa nota de exaltación

particular, que parece fruto del champaña, y del whisky. Todo este modo de vivir se funda en el abuso del dinero, arrojado por la ventana a manos llenas, y que otras manos ávidas y mañosas esperan extendidas, para recogerlo y reírse de los necios pródigos.

Antes de la guerra, un banquete suntuoso costaba quizá miles de pesetas; ahora el mismo banquete cuesta miles de duros. En igual proporción se han elevado otras muchas cosas, y la codicia se ha despertado de tal suerte, que no esperéis servicio alguno como no lo paguéis a peso de oro. A cada paso os acecha la socaliña. En el tren, por ejemplo, os saquean aprovechando esa confusión y trastorno que origina el viaje. Si vuestro asiento tiene unos brazos, suplemento; si vais al llamado salón, suplemento mayor aún. En las estaciones no os despachan billetes sino para parte del trayecto, alegando que cabéis en el otro, por los enlaces. Mediante este sistema fragmentario, pueden cobraros sobreprecio: de eso se trata. Y no es tan sólo el aumento que exige la compañía; es la propina que reclama el dependiente. Se quiere propina por todo. En los teatros, mil añagazas tienen por objeto arrancar la propina.

Deseáis una localidad: tenéis que buscarla en las agencias, con la sobretasa del 20 ó 25 por ciento. En la taquilla se han acabado los billetes. Sabéis de

positivo que no es cierto, empero tenéis que aveniros: la reventa, prohibida en la calle, se desquita en la agencia. Y todo sufre elevación: acaso no lo notáis, porque os parece cosa baladí. Representa millones esto de la sobretasa y propineo en todos los aspectos de la vida. Es el eterno intermedio, que sin poner casi trabajo, ni ningún capital, se aprovecha de todo. Los billetes de la lotería son objeto de activa reventa.

Y, quizá también por el influjo del aumento de la riqueza, ha venido a parecer de mal gusto y señal de sordidez y tacañería el defender el bolsillo. So pena de agria censura, hay que llevar abierto el portamonedas. No hay que reparar en nada, ni en el crecimiento vertiginoso de los gastos, ni en la escasa relación entre lo que se paga y lo que se obtiene por lo pagado. Sueldos, gratificaciones, todo salta a las nubes, sin que el servicio prestado corresponda a la remuneración. Y esto, como todo lo que en la razón no se funda, es malo, es una hondísima perturbación social.

Las bodas han llegado a parecer cuento de las Mil y Una Noches, sobre todo en el capítulo de trapos. Sin que falten las joyas y la plata, obsérvase una tendencia a anteponer la obra de modistería y la de aguja, los trajes, abrigos y sombreros, ropa blanca y fantasías de "lingerie", a los que promete más larga

duración, y conserva, al través de las vicisitudes de la moda, su valor positivo. El gasto más fuerte se hace en lo que no puede durar, cosa efímera, de mero capricho, que por ley natural será bien pronto relegado al rincón de los que se desecha. Se oye decir que las pieles son como alhajas; es inexacto: las pieles se estropean, pasan de moda sus formas, al menor descuido se las come la polilla, y algunas, la chinchilla y el armiño, v. g., amarillean y toman un aspecto lastimoso. Ya se entiende que, con mayor razón, la ropa interior se deteriora prontamente. Si se lava a cada instante, acabará por romperse; si no se lava, se pone rancia y encogida. En objetos tan efímeros se invierten sumas fabulosas, en desproporción muchas veces con el total de la hacienda. El caso es deslumbrar, aturdir, vencer, durante las horas en que se enseñan las galas nupciales.

Pasó el tiempo de las sólidas vajillas de la plata labrada, con sus escudos, con su macizo diseño que habla de duración y de linaje. Todo se lo lleva el trapo, el pingo, enemigo del hogar y de la paz de las familias. Porque la mujer que ha visto en su equipo el triunfo del trapo, es probable que al trapo quede vinculada, y sufra ya, durante la vida entera, la fiebre del trapo y del pingo. No se dejará eclipsar; no consentirá aparecer peor vestida que las otras, ni

tendrá la prudencia de prolongar la duración de su ropa magnífica: se desdeñará de reformar un abrigo ni un traje. Con sed hidrópica pedirá lo nuevo, las "últimas creaciones".

Hay en esta calentura de la novedad síntomas curiosos. Uno de ellos es que se ha dado en usar la ropa de invierno en verano, y viceversa. Lo elegante ahora, que estoy viendo desde mi ventana caer la nieve y se acerca el villancico de Navidad, es gastar sombrero de paja: a bien que en julio y agosto se llevarán los de terciopelo.

Y me decía con gracia una señora, hablando de todas estas anomalías: "Desde que se ha desarrollado tanto lujo en la ropa blanca, las mujeres la han suprimido". Y así es. Pegado al cuerpo, en vez del fresco y sano contacto con hilo o del blando nansú, se lleva la seda al "pongee", la gasa--todas las telas favorables a la desnudez. Es señal característica de los tiempos presentes: se cultiva la desnudez, como podría cultivarse una norma de belleza, a pesar de que la desnudez, de noventa y nueve casos en cien, no muestra nada bello, sino mil imperfecciones que me hacen pensar si sucedería lo mismo en esos ponderosos tiempos de Grecia, en que suponemos cosa corriente la hermosura.

Llega a tanto la exageración de estas prácticas, que para el "sleeping" se hacen sábanas de "pongee"

rosa, que substituyen a las usuales en el tren. El que vea la decadencia en semejantes signos, corto de vista será. No es un delito, no es una maldad llevar en el tren sábanas de seda; pero es un refinamiento decadente, que supone otros infinitos análogos en los demás actos de la vida. Una vida entretejida con exagerados refinamientos, falta de la sencillez que todo lo avalora, es sin duda sintomática de decadencia, y dice mucho acerca del momento social. Y ¿cómo se quiere que no se exacerben las envidias y las codicias de clase a clase, cuando en todas las circunstancias se despliega ese lujo exaltado, sin otra finalidad que centuplicar los gastos y crear falsas necesidades?

Entre la miseria sórdida y el derroche insensato, está la verdadera actitud del rico que sabe poseer, disfrutar y dominar su riqueza. Ya serán pocos. Se ha perdido el sentimiento de la mesura. Se oye hablar de ricos que al morir dejan millones en cuenta corriente, improductivos, peso muerto, y se oye de otros ricos que pagan por un perrito de raza veinte mil duros. ¿Y qué diremos de los estragos del juego? En una noche, se deshace una fortuna, se arruina una casa. Hay una cohorte de inútiles, de "clubmen", de gozadores que da puntapiés a lo que para otros sería la vida de felicidad. La ley castiga delitos menores que éste. Lo más inmoral no es, acaso, lo que tiene sanción en la

ley. Mientras no se castigue severamente la holgazanería, no se empezará a sanear este charco que huele mal, como el de Dinamarca, que dijo Shakespeare, o quien fuese.

254

LA GLORIA DE LARRA*

Un nuevo libro de Da. Carmen de Burgos arroja interesantes revelaciones sobre la vida de Fígaro y desconocidos aspectos de su obra

---

Por la Condesa de PARDO BAZAN

Para LA NACION

MADRID, febrero de 1921.

Hay, sin duda, un astro que influye en la gloria literaria. Y, en semejanza de méritos, las circunstancias hacen que la balanza se incline. Es decisivo encontrar biógrafos que comuniquen a los lectores su fervor y entusiasmo. Mariano José de Larra, mejor conocido, entre sus varios pseudónimos, por el de Fígaro, no puede quejarse de la suerte que para otros (Cadalso, verbigracia), ha tenido escasas sonrisas. Un azar hizo que volasen sobre su abierta

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 marzo 1921: 1; continuación y fin, en 8. (Sección 2, Ilustraciones) No recogido.

fosa las vírgenes estrofas de Zorrilla, como toque de clarín de la fama póstuma, y una hueste de escritores modernos le erigió en numen, consagrándole un culto, mitad internacional, mitad sentimental. En la escasez de estudios documentados que se observa en nuestras letras, la fortuna ha deparado a Larra una biografía: doña Carmen de Burgos, que publica un libro frondoso de «revelaciones» basadas en los autógrafos que conservan los descendientes del escritor, y que recoge, con paciencia y solicitud, y comenta con piedad femenil los datos obtenidos sobre una vida muy corta y una personalidad interesantísima.

No llena este libro el fin de situar a Larra en su puesto como literato; desde el primer momento, la señora de Burgos parece otorgarle la primacía entre sus comtemporáneos, afirmación que para ser demostrada, exigiría un estudio comparativo de las grandes figuras del período romántico en que Larra brilló. En estos últimos tiempos se ha extremado la apoteosis de Fígaro, haciendo de él un vidente, un precursor y casi un profeta. Las religiones literarias exaltan los espíritus, sobre todo cuando van unidas a otras creencias políticas y sociales, que desplazan la cuestión y la llevan más allá de su naturaleza. Hemos presenciado, hace unos veinte años, cómo se quiso formar un Parnaso nuevo, distinto del que el buen

público, en su sencillez, había solido acatar. De esos hombres repentinamente preconizados, la mayor parte no lograron salir de la penumbra. Otro es el caso de Fígaro: a éste no hubo ciertamente que inventarle. A quien resucita la señora de Burgos no es tanto al escritor celebrado siempre, como al hombre de su tiempo y de su hora, encerrado en ella cual la miniatura en el marco. En la obra atractiva y vivaz de Colombine, se nos aparece Fígaro como en sus agitados días, del 30 al 35, con la entallada y voleada levita, el corbatín de seda, el peinado «en coup de vent», la librea de los románticos elegantes. Y pocos habrán realizado el tipo romántico como Larra. Si, en lugar de morir a los 27 años, llega a los 60, es verosímil que hubiese predominado en la evolución de su ingenio y de su inteligencia, el elemento crítico, del cual dejó tan sorprendentes muestras. En su juventud, devorada por el «mal del siglo», tuvo que florecer el sentimiento melancólico y vehemente, el verterianismo. Cuanto hay en Larra de poesía sincera, se relaciona con esa enfermedad de las almas; el lirismo, que entonces hacía estragos. Lo que ya no depende de la psicosis en Fígaro, está penetrado de razón, de causticismo, de aguda y sagaz apreciación de las realidades. Los famosos artículos que escribió poco antes del suicidio, descubren la batalla entre los subdelirios de la pasión

y la tendencia crítica y satírica manifestación de una intelectualidad poderosa.

De afrancesado se tildó a Larra, y su biografía le defiende contra tal imputación. Larra, en efecto, tenía un fondo de recio amor a España, perfectamente compatible con la notación de los efectos de que su patria adolecía. Lo que hubo en Larra de afrancesado, fue la cultura, y hasta en la lista de los libros que se encontraron a su muerte dominan los de procedencia francesa, alguno con título tan bárbaro como El jefe de obra de un desconocido: Francia era positivamente para Fígaro esa Nación ideal que nos subyuga, y en la cual se refugian nuestras aspiraciones. Quizás el entusiasmo de Fígaro se amortiguase si viese que, al reseñar su suicidio, los periódicos franceses, con su habitual seguridad de información en lo que se refiere a España, le presentaron oprimiendo sobre el corazón un retrato de la reina, de la cual «le comte de Larra» estaba perdidamente enamorado, cual otro Ruy Blas.

En el libro de la señora de Burgos vemos a Larra cuando todavía no ha hecho presa en él la pasión devastadora, en la época de frecuentar el café de La Fontana de Oro, el reducido y sórdido de Levante, la Sociedad de los Numantinos y las pandillas de bohemios, que realizan travesuras del género de las del pintor Cabrión, burlando al portero Pipelet. También concurre

a los cenáculos poéticos de la aristocracia de entonces--a los de la de ahora no hubiera concurrido, tan absoluto es el divorcio de la sociedad y las letras en esta hora de sport y beocismo.--Aquella sociedad de Fígaro, cuando el alumbrado era de faroles de aceite y constituía un lujo bañarse, por lo menos se daba el gusto de beber en la fuente Castalia...

Versaba principalmente la labor combativa de Fígaro sobre el atraso de España y lo tosco de sus costumbres. Casi de la edad de Fígaro, nacido dos años después que él, era Teófilo Gautier; comparemos la contemplación de España en ambos escritores. Gautier sufre ante España una conmoción hondísima, como si hubiera descubierto un nuevo continente. Vibra todo su ser de excelso artista, ante lo original e inagotable de la riqueza poética y sentimental española. No enturbian esta impresión las fondas destartaladas, los coches rompehuesos, las carreteras peligrosas y las calles empedradas cual las describió el mismo Teo de «cailloux soigneusement posés du côte le plus tranchant». Teo profundiza bajo las superficies civilizadas, y se formula a sí mismo la pregunta acerca de lo que es en toda verdad, civilización. La belleza la considera lo supremo de la cultura. Y en España, la belleza le salta a los ojos y le prende el corazón y admira hasta el agua de la fuente de los Cartujos «que sabe a muerto».

Es probable que, si Fígaro hubiese vivido más, rectificaría su criterio so pena de prosaísmo, y olvidaría el dogma eventual del progreso, por el dogma eterno de la estética, de la viril estética española. Y observaría el curioso caso de que el francés, el del rojo chaleco, a quien no se podía negar la cultura intensa y varia, justamente a fuerza de cultura desdeñada lo que se nombra progreso y adelantos, y que igualmente desdeñó el autor de Madame Bovary.

El libro de la señora de Burgos es un servicio prestado a la historia de las letras y ojalá tuviésemos muchos tan abundantes en noticias sobre los escritores legítimamente consagrados. Los capítulos que preparan y refieren el drama que desenlazó la vida de Fígaro nos hacen ver ese episodio con todo su fúnebre relieve. Yo había oído relatar la triste página a un amigo mío versado en intimidades litararias, don Antonio Bernal de O'Reilly, hijastro de Zorrilla. Según este testimonio, Larra, en la noche última, advirtió a su amada, Dolores, que si pasaba el umbral, él se mataría. La amiga acompañante susurró: «Lo hará como lo dice.» Y la amada dio por respuesta: «No hagas caso, es para asustarme». En el portal ya, oyeron la detonación. La coqueta pudiera alegar en su descargo que de cien amenazados suicidios, apenas uno se realiza. Sin embargo, larga estela de poetas desesperados siguió al

típico suicida romántico. Sólo en mi tierra pudieran recordarse los nombres de Aurelio Aguirre Galarraga y Teodosio Vesteiro Torres. No pudiendo emular a Fígaro en su vigoroso y troquelado escribir, tal vez quisieron parecérsele en esa forma de violencia, catalogada por el Dante, cuando no había armas de fuego.

Acierta la biógrafa al encomiar las cualidades de Fígaro periodista. No creo que le llame "primer periodista" en el sentido cronológico, pues habría que anteponerse por lo menos, a un monje, periodista y ensayista a la vez, fray Benito Jerónimo Feijóo. Tanbién fue notado de afrancesamiento, dicho sea sin ofensa ni acrimonia. Como Fígaro y sospecho que más, por mayor lectura, estaba en contacto con "monsier de Voltaire». Como Fígaro, la savia española le rebosó mil veces. Cultivó menos la sátira, pero fue un temprano regenerador, y ambos pudieron merecer el dictado--que trasciende a Joaquín Costa--de europeizantes. En la obra de Feijóo tiene más parte la razón serena, y no hay ese poso de acedía, que mueve a comparar la labor de Larra con el herbaje de los prados salados, más lozano por virtud de su amargura. Fígaro es un espíritu desolado, un buque combatido, que las olas acabarían por desbaratar, pues no conocía puerto. Los orígenes de su genio, ni los de su naufragio final no es fácil precisarlos, porque el más experto clínico

describe un proceso morboso, lo diagnostica, pronostica su curso, pero no puede definir su evolución a la ciencia, ese algo esperado que inspiró la frase "no hay enfermedades, no hay más que enfermos". Siempre Larra será un caso aparte, y los antecedentes de familia, con esmero recogidos por la biografía, no nos dicen ni por qué aquel mozo descolló entre su linaje, ni por qué un día dado se aproximó la pistola a la sien. En toda vida humana, y más en la vida de los individuos superiores, hay un abismo y un enigma.

No es la menos entretenida página de esta animada biografía la que relata los macabros banquetes ofrecidos por algunos literatos y bohemios a Larra, y a los cuales asiste como Comendador al de Don Juan. Es la influencia sentimental más allá de la tumba, y en otra Nación se hubiese hablado mucho de tales ágapes. Aquí, fuera del cenáculo, no tolera el público nada de eso. El ambiente es siempre hostil a tales devociones.

255

OBRAS ANONIMAS*

Por

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

Para LA NACION

MADRID, enero 1921.

Aunque de lejos y sin que trascienda al público, algunos españoles aficionados a las letras nos hemos enterado del enigma más extraño y misterioso que jamás ha surgido en el campo literario, casi puede decirse que desde que el mundo es mundo.

Muchos puntos obscuros aparecen siempre en la historia de las literaturas; algunos, los menos, han ido esclareciéndose, siempre vagamente, pues es raro que llegue a completa claridad lo que desde su origen estuvo envuelto en sombras. Los más permanecen sin solución, y no hay manera de averiguar quién fue el verdadero autor del Amadís de Gaula, ni si fue hombre o

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 marzo 1921: 2. (Sección 2, Ilustraciones. No recogido.

mujer, portugués, gallego o castellano; ni quién pergeñó el falso Quijote; ni quién entonó la Gesta de Roldán; ni quien talló el portentoso San Franciso de la Catedral de Toledo. El anonimato afecta a muchas obras maestras del arte; otras ven discutida su procedencia. Con todo eso, el caso, a que hoy me refiero es más que peregrino. Nadie dudaba, hace unos treinta años, de la legitimidad del famosísimo dramaturgo Guillermo Shakespeare, y nadie le regateaba la paternidad de esas portentosas fábulas que se llaman Otelo, Hamleto, El rey Lear, Macbeth, etcétera. Y he aquí que se ha empezado a poner en duda primero, a negar después, que el tal Guillermo Shakespeare pudiese ser el autor, no digo de esas maravillas, pero ni aun de una carta de su puño. ¡Casi está demostrado que Guillermo Shakespeare no sabía escribir!

El descubrimiento sería menos sorprendente si se tratase de un personaje muy antiguo. Shakespeare no lo es. El Renacimiento y la época isabelina inglesa a que pertenece pudieran llamarse modernos. De esa agitación ardiente que creó la Inglaterra contemporánea, quedan abundantes y fehacientes testimonios. Y sin embargo, la gloria más alta, la nombradía, más excelsa, que representa Shakespeare, es la que aparece rodeada de nubes, que cuanto más se investiga diríase que más se espesan, hasta llegar a parecer imposible de disipar.

Resumiré los curiosos datos. En una especie de aldea o burgo, Stratford-on-Avon, nació y vivió los primeros años de su juventud un hombre llamado Guillermo Shakespeare o Shasper, de humilde familia, de escasa hacienda y de ninguna cultura; como que no se sabe--y se sabe de otros que pasan por incultos, como el poeta Burns--que no haya ido ni a la escuela municipal. Hacia los veinte de su edad, pasó a Londres, parece haber alternado en una compañía de cómicos y rodeado por escenarios, aunque sin gran relieve como representante. En esta segunda etapa de su vida es cuando se supuso que hubiese comenzado a trabajar para el teatro; sin embargo, muchas de sus obras más celebradas no se publicaron hasta después de su muerte. La tercer etapa es aquella en que regresa a su pueblo natal, y allí se dedica a prestar con usura, a adquirir pedazos de tierra, a redondearse, hasta que muere no se sabe si de un exceso de comida o bebida, si, como piensa uno de sus biógrafos, de alguna infección debida a la escasa higiene de su vivienda por la vecindad de cerdos y ganado vacuno. A su muerte, y habiendo hecho un testamento vulgar, en que no hay nada que pueda referirse a sus obras, no se encuentra en su casa ni un solo libro; ni una Biblia y tampoco se halla ni una hoja manuscrita reduciéndose todo lo que se posee de mano de Shakespeare, a unas seis firmas que

parecen contrahechas, hasta el punto de que, por ellas, se le ha supuesto atacado de parálisis.

Ahora bien: en lugar de asombrarnos de que se pongan en tela de juicio la identidad de esta figura literaria, debe sorprenderse que la sospecha de su fallecimiento no haya surgido desde el primer momento. Tal biografía no es conciliable con la labor atribuida a Shakespeare. Es uno de los autores más versados en diversos ramos del saber, y más enterado de materias que no se concibe cómo pudo dominar el que desdeñosamente empiezan a llamar los críticos «el hombre de Stratford». Una de las cosas que no se puede dudar que hizo el autor (llamáse como se llamase) de Otelo, de Hamleto, fue viajar por muy distintos países de Europa. El de Stratford consta que no viajó, ni poco, ni mucho. Para escribir lc que se le atribuye, tuvo que conocer a fondo el derecho y la jurisprudencia; dominar, de primera mano, los clásicos; saber bien el latín, el francés y el italiano; empaparse en la historia y la mitología. Nada de esto parece atribuible al semi-analfabeto Guillermo. Tampoco, aun cuando su profesión de actor pudiese ponerle en contacto con personas de categoría, se concibe que estuviese tan bien informado de los usos, costumbres y hasta murmuraciones de la «high life» de su época, sobre todo en lo que respecta a reyes y

reinas, a grandes políticos, y supiese de trajes, diversiones, danzas, ceremonias y todo aquello de lo cual sólo se enteran los que a diario lo practican. Así es que las inverosimilitudes, mejor dicho, las imposibilidades de esta biografía saltan a los ojos. ¿Cómo no se notaron desde el primer momento? Habrá que creer que la crítica, efectivamente, no se inventó hasta nuestros días.

Y, poco a poco, la apócrifa figura fue ascendiendo en el pedestal, y elevándose hasta las nubes, mediante ese poder de idealización que tiene la mente humana. El nombre de Shakespeare emparejó con los de Homero, Cervantes y el Dante. Nadie se preguntó quién era, en realidad, tal hombre: nadie notó las anomalías de su vida, el contraste, la paradoja. Hasta estos últimos tiempos, fue un dogma Shakespeare.

Como si la fortuna quisiera en todo favorecerle, las indagaciones hechas para explicar por qué habían pasado por suyas tanto tiempo esas obras sublimes, cúspide del arte humano, y a quién deben atribuirse en justicia, no han dado, por ahora, un resultado concluyente. Se han supuesto muchas cosas, que Shakespeare no fue más que un testaferro de algún poderoso señor, deseoso de ocultar su nombre; una careta, un velo, para tapar facciones sobrado conocidas. Y nadie logra aducir una prueba clara y

brillante de estas suposiciones; nadie rasga el velo descubriendo la cara. La falta de papeles demostrativos continúa. No aparece un manuscrito, no se descubre una carta, que de un modo positivo demuestren que hubo un verdadero autor de las obras atribuidas a Shakespeare, cuál era su personalidad y nombre.

Se han publicado, eso sí, volúmenes enteros, y muy nutridos de investigación, para demostrar que ese hombre a quien se busca era Fulano o Mengano. Todos los «nuevos Shakespeares» coinciden en ser aristócratas, lores, y alguno tan ilustre como Francisco Bacon de Verulamio. De rancia nobleza eran otros dos a quienes se trató de atribuir la paternidad de las obras; llámase el uno Roger Manners, conde de Rutland, y el otro Guillermo Stanley, conde de Derby. Este último me pareció el que reunía más suma de indicios (no me resuelvo a decir de pruebas) en su abono; pero ahora aparece el lord número cuatro, y se llama Eduardo de Vere, conde de Oxford; los indicios son más numerosos, o están más hábil y minuciosamente recogidos; y no obstante, la plena convicción no se impone. Queda siempre el obstáculo: no hay un manuscrito, no hay una carta que haga fe. El silencio, en lo más importante, se alza inconmovible ante nuestra ávida curiosidad. ¿Por qué haber envuelto en tupido

cendal como si se tratase de un crimen, lo que debiera ser motivo de orgullo? ¿Cómo en todo caso, los archivos de las nobles familias no conservan en su secreto una hoja de papel que demostrara algo de lo que interesa? ¿Cómo ningún contemporáneo de los lores ha dejado dicho nada absolutamente acerca de la substitución y superchería? ¿Si se tratase de un solo drama, de una sola comedia, se concibe que pudiese pasar inadvertido tal fenómeno; pero se trata de muchos dramas, de un acto de dramas que abarca la historia de Inglaterra de no pocas comedias y que todo ello fue, a su hora, y después, representando, celebrado, aplaudido. ¿Cómo la envidia no desenroscó sus anillos? ¿Cómo la mera curiosidad no se inquietó? ¿Cómo nadie venteó el engaño, hasta tres siglos después?

He aquí lo inexplicable, lo que convierte este caso en único, probablemente, en la historia literaria.

Hay muchos sabuesos tras la caza, y quizás consigan cobrar la pieza, a fuerza de asiduidad y de redoblar las acometidas. Por ahora, parece cada día más difícil obtener la certeza anhelada, y poder rechazar, para siempre, la hipótesis de un hombre que apenas sabe escribir y que es autor de Hamleto.

Sí: las pistas encontradas sólo sirven para confundir las huellas. Los cuatro lores no pueden menos de dañarse los unos a los otros. Todos (Bacon es

el que menos) alegan bastantes presunciones. El conde de Oxford abunda en ellas. Hay momentos en que su abogado defensor, Tomás Looney, llega a persuadirnos. Quisiéramos, con todo eso, la fe que nos falta. Al revés que en materias religiosas, en las cuales es bienaventurado el que creyó sin ver, en lo histórico y lo erudito no se cree sino lo que está demostrado. Digo demostrado de una manera irrefragable positiva.

De suerte que, por ahora, lo único auténtico es que el hombre de Stratford no pudo, racionalmente hablando, ser el creador de Ofelia, de Desdémona, de Porcia, de Ricardo III y del Moro veneciano. ¿Quién sería? Y sentimos que nos rodea, más compacta, la misteriosa niebla de lo desconocido.

256

De La condesa de Pardo Bazán*

(Para LA NACION)

MADRID, marzo de 1921.

Bajo la impresión del horrible atentado que nos ha estremecido hasta las últimas fibras, no se piensa ni se habla de nada más, y lo restante ha pasado a segundo término, como cosa baladí. El asesinato del presidente del Consejo de Ministros, perpetrado en circunstancias y con detalles de película aterradora, es lo que se halla presente a nuestra imaginación, de día como fiebre de afán de noticias, y como lúgubre pesadilla de noche.

No es, sin embargo, ni nuevo ni siguiera del todo inesperado este crimen. No es nuevo, porque van sucediendo, en el espacio de no muchos años, de los que puede alcanzar mi recuerdo, los asesinatos de presidentes del Consejo, que representaban una política de orden y de reconstitución social. El primero en fecha, fue el general Prim, marqués de los Castillejos,

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 abril 1921: 3. No recogido.

que, visto desde afuera parecía un revolucionario, pero que, en la realidad, era un gobernante de firme disciplina, aprendida en la escuela del general Narváez, duque de Valencia, al cual Prim no sólo respetaba y admiraba, sino que le debía no pocos favores personales. Los elementos demagógicos no pudieron avenirse a que el caudillo liberal trajese a España la monarquía, como único y eficaz remedio contra las perturbaciones y anormalidades que amenazaban llevarla al abismo. En clubs y en logías se decretó la supresión de Prim, y se fraguó el complot para ejecutarla. Yo estaba en Madrid el día del atentado, y no olvidaré el baile del Veloz Club, en que cundió la fatal noticia, y sus pormenores. Hay que decirlo con la sinceridad que impone la tarea del historiador, (aunque la palabra sea ambiciosa): el ambiente del Veloz Club era favorable a la bárbara tragedia, o por lo menos, no existía la reprobación general que hoy se alza con motivo del crimen contra Dato. Prim era satirizado y odiado, y lo era más aún «el italiano» «Macarronini I». La emboscada de la calle del Turco pareció castigo ejemplar. La animación del baile contrastaba con los cañones enfilados ante el Congreso, con las tropas acuarteladas, con las calles desiertas, en la glacial noche. Y cuando entró Amadeo, también la nieve que cubría el tránsito parecía la expresión de la

impopularidad de aquel monarca, malquisto, y que poco a poco se hizo estimar, sobre todo cuando renunciaba la corona voluntariamente. El frío cadáver del héroe de los Castillejos, para el cual fue la primer visita del nuevo rey, pudo parecer señal de cómo aquella dinastía nacía muerta y sin raíz, tendida ya en un ataúd.

En los años de paz que siguieron a la Restauración, fue destacándose la figura sorprendente de D. Antonio Cánovas del Castillo. El cerebro mejor organizado, en conjunto, de los que yo conocí algo de cerca, sin duda, el que una bala había de destruir. Mucho se habló de su soberbia, de su ingerencia autoritaria en los asuntos de más distinto género, de su personalidad omnipotente; pero habría que tomar en cuenta, para apreciar su altura, la talla de los demás. Aunque tuviese un concepto pesimista de España, a España estaba dispuesto siempre a ofrendar cuanto valía. A ser menos buen español, no le hubiese sacrificado Angiolillo.

En el drama de Santa Agueda se vio por primera vez, de relieve, el abandono en que están (lo mismo que los demás intereses nacionales), el que representan las vidas de ciertos hombres necesarios para sostener a una Nación en el filo del puente tendido sobre aguas torrenciales. D. Antonio tenía adscripta a su persona, una ronda policíaca. Más práctico hubiera sido tener

un cuerpo de baile, que al menos le haría pasar una hora grata. La policía de don Antonio sería muy celosa; pero, como el médico de que hablaba Santa Teresa, llevaba venda sobre los ojos.

Cuando D. Antonio residía en la Huerta, la policía dormía, según he oído decir, en los sótanos del palacio. Allí estaría, supongo que cenando sosegadamente, cuando un anarquista, cuyo nombre creo que se ignora, quiso arrojar la bomba que llevaba oculta a la residencia de Cánovas. Un episodio a lo Victor Hugo se produjo entonces. Hallándose el anarquista arrimado a la verja para lanzar el explosivo, pasó una mujer, con un niño en brazos. Una instantánea vacilación retrasó el movimiento del anarquista, y la bomba le explotó en la mano, arrancándola y proyectando dentro del jardín el sangriento despojo. Así fracasó este atentado, precursor del 8 de agosto en Santa Agueda.

De nada habían servido ni el aviso ni la lección. El asesino se instaló tranquilamente en el aristocrático balneario, sin que la famosa ronda encontrase nada de sorprendente ni de alarmante en un individuo, de nacionalidad extranjera, a quien nadie conocía, que apenas traía equipaje (una maleta vacía, donde bazaqueaba el pistolón) que no se había presentado al médico director, ni tomaba las aguas, y

que tenía siempre fija con insistencia la mirada en don Antonio. Ninguna de estas sospechosas circunstancias advirtió la ronda, sin duda dedicada a tomar el fresco, que en aquel país es delicioso. Y se produjo otro episodio también a lo Victor Hugo. El futuro asesinato siguió a Cánovas en un paseo por la montaña, acaso para aprovechar el momento, y al verle parado con los niños rubios de la condesa de Monterrón, aplazó la fechoría. En la galería del establecimiento, cuando don Antonio estaba solo y no hablaba (de su voz parece que dijo Angiolillo que tenía algo de fascinador, y realmente era muy dulce) el disparo casi a boca de jarro le volcó en el suelo, con la sien horadada.

El turno le tocó después a don José Canalejas, inmolado cuando leía los títulos de los libros expuestos en una librería de la Puerta del Sol. El asesino se hizo justicia inmediatamente. De todos modos, había noticias de que se tramaba algo contra el elocuentísimo orador demócrata, y pudo él defenderse, y defenderle los que debieron velar por él; acaso así aun viviría. El fatalismo de creer que no hay manera de evitar ciertos peligros, lo cuento entre los signos de decadencia actuales. La historia está llena de nombres y de hechos que prueban mi tesis. A Julio César le perdió la confianza. Tal vez lo decretaba así el ciego destino.

De lo más reciente, la muerte de D. Eduardo Dato, ¡habría tanto que decir, en este terreno!

Escribo cuando aún está fresca su sangre en los cojines de su automóvil, y cuando desfila su modesto entierro, seguido de un gentío enorme, al frente del cual marcha, serenamente, el rey, aclamado con delirio y cimentando con nueva fuerza su vasta popularidad. Pues bien: la noción de responsabilidad social se acrece ante este espectáculo. La sociedad no ha sabido escudar al que cayó hace pocas horas literalmente acribillado de balazos, en un sitio céntrico de Madrid, a dos pasos de su domicilio; la sociedad ni aún sabe descubrir a los criminales, y se reduce a juntar un millón de pesetas para recompensa de quien los denuncie. Pero esto, como suele pasar en un país donde la impulsión es una energía psíquica siempre en actividad, no suple a la organización sólida y duradera de las masas sociales, inteligentes y solidarizadas, que perpetúan las acciones protectoras, necesarias en estos tiempos de implacable lucha. No estaba, seguramente, nuestra policía a la altura de su misión; inexplicables abandonos; pero ¿se improvisa una policía en los tiempos que corremos?

Nos quejamos de los Gobiernos, y no nos falta motivo; pero también los Gobiernos padecen el mal que hacen; y llega un día en que al descuido y el

desbarajuste de los servicios los pagan con su sangre, a la cual, por lo visto, no atribuyen extraordinario valor. He ahí a don Eduardo Dato, hombre cuerdo y reflexivo, y, según todas las apariencias, hombre feliz; y su muerte ha venido a revelar que el vivir le era indiferente, y que, habiendo recibido los Sacramentos, en previsión de la atrocidad con que diariamente le amenazaban, déjose abrasar la cabeza, sin perder su elegante aire mundano de siempre, sin adoptar, ni consentir que se adoptase la más insignificante precaución, esa precaución que tantas veces desbarata los complots y, por una combinación venturosa de circunstancias, salva a una víctima!

Y, permítaseme decirlo, con todo el respeto que me merecen, no ya como española, sino como artista, la gallarda actitud y el exquisito aticismo de la conducta de Dato: hay algo, no diré que más noble, pero más útil, que entregarse a los verdugos: ¡defenderse de ellos, y, al defenderse, defender a todos! ¿Habrá un germen letal en el aire que respiramos en la península? Algo que nos atrae hacia el más allá, irresistiblemente? Algunos de nuestros más grandes reyes y personajes han sentido esa atracción y se han retirado del mundo; díganlo Carlos V y San Francisco de Borja. Moralmente, Dato se retiraba, al no intentar siquiera preservarse del riesgo. Me decía un ilustre

estadista extranjero: «Hoy no son los Ejércitos; es la policía la que combate. La guerra está en el seno de la sociedad misma. Y, en esa guerra, todos pueden y deben tomar parte».--«¿Para qué sirve entonces la policía?»--le pregunté.--De nada podría nunca servir, y las impunidades serían lo natural en un país donde la sociedad no perfeccionase a cada instante ese instrumento. «Las instituciones nacen de la entraña, y no la entraña de las instituciones.»

257

EL CARNAVAL MADRILEÑO*

Cómo está Madrid; la supresión del carnaval, el esplendor de la Corte en las fiestas de los reyes belgas, los peligros y perturbaciones del tráfico y las garrapatas urbanas

---

Por la Condesa de PARDO BAZAN

Para LA NACION.

MADRID, febrero 1921.

De esta vez, Pierrot ha muerto realmente. El Carnaval puede decirse que ha desaparecido, por virtud, si no me equivoco, de un bando del alcalde.

¡Luego dirán que el pueblo de Madrid es levantisco, indisciplinado, difícil de regir! Le han quitado su juguete favorito; le han privado de su más alegre diversión y ha obedecido como un niño bueno. Ha renunciado a sus clásicas «destrozonas», a sus diablos

* Publicado en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 abril 1921: 4. (Sección 2, Ilustraciones) No recogido.

rabudos enfundados en percalina, a sus bebés carrilludos, a los confetti derrochados a manos llenas, alfombrando con pintorescos tonos las calles, y se ha resignado. El gran Preboste, el que mandaba alegre a las doce en punto, ha dispuesto esta vez que nadie se alegre... y, sumisos, los madrileños han encerrado su alegría entre las cuatro paredes de las casas donde se halla, con más o menos animación.

También ha dado el pueblo de Madrid la nota clara de buena intención y buen espíritu, con motivo de la vista de los reyes de Bélgica. No hubo un desorden, no hubo un abuso; hasta no se robó demasiado a favor de las apreturas. No sé si alguna cartera o algún bolsillo de mano; pero eso ocurre todos los días, sin necesidad de visitas regias. Hubo lo de siempre: la ardiente, insaciable curiosidad de las fisonomías de los reyes. «Verles» era la aspiración de los madrileños netos. Aspiración difícil de conseguir porque los reyes, durante su trayecto por las calles, se hallaban custodiados por doble fila de fuerza que aislaba la ancha carrera y les protegía contra la barbarie individual. ¿Qué peligro corrían los reyes? ¿Existía ese peligro fuera de la imaginación? Ya sé lo que se dice en tales casos, y en conjunto es verdad. El pueblo de Madrid, hidalgo y sincero, no experimenta hacia los reyes sino simpatía, hasta entusiasmo. Pero,

entre las muchedumbres, hay toda especie de elementos, y no sólo ahora, en este estado de guerra social en que vivimos, sino en todo tiempo, como nos enseña la gran maestra, la historia, han surgido de ellas hombres que representaban lo contrario del sentido general. Cualquiera puede recordar cuánto abundaron estos hombres y cómo se les encuentra en las épocas en que más pudiera sorprender su aparición. Por ellos y no por el pueblo, hay que adoptar esas precauciones minuciosas que se han visto en Madrid durante la estada de los soberanos belgas.

Estos van, según aquí de público se dice, maravillados de la magnificencia y esplendor de la Corte española. Han podido admirarla en la función de gala del Teatro Real. La espléndida decoración de flores naturales embalsamaba un ambiente ya cargado de perfumes y esencias finas. Las joyas, condecoraciones, bandas, uniformes y hábitos de Ordenes militares y Maestranzas, deslumbraban con su coruscante centelleo. Todo esto es bello y causa una impresión de grandeza y asombro. Comprendo que los reyes de Bélgica la experimentasen y sintiesen la fuerza estética de tal espectáculo, que, hoy, en ningún país y en ninguna Corte europea se puede dar, ni aun en la inglesa, porque está muy reciente el destrozo de la gran pugna, y sus consecuencias pesan sobre los ánimos y plantean

problemas tan graves como el de Irlanda. Sí: sólo en España puede verse lo que vimos en esa noche fastuosa, y que evocaba el recuerdo de los días en que dominábamos el mundo, y nadie nos ponía la ceniza en la frente...

Muy bien, muy bien estuvo la función de gala, y los que somos artistas disfrutamos, en esos casos, con nuestros sentidos, de la belleza. Pero quisiéramos que todo estuviese, si no a la misma altura, cuando menos a cierta altura, y sufrimos con las calles vueltas charcos y trincheras, levantados sus adoquines, salpicadas de baches hondos; y con los mendigos acosadores pululando en las aceras, echándose encima del transeúnte, estorbando a toda hora (no cabe emplear otro verbo) no sólo para el tránsito, sino para la comunicación; pues no hay medio de deternerse con un amigo y darle los buenos días sin que el pobre de tanda se enjarete y mezcle sus salmodias pedigüeñas con la frase que estabais iniciando. Todo esto será culpa de los Municipios, o del Gobierno, esa vaga entidad a la cual todo se le atribuye, y en especial lo malo, pero lo cierto es que existe una desproporción entre lo ostentoso de algunos aspectos de nuestra vida y estos otros. Y cuenta que Madrid tiene condiciones especiales para encantar a los extranjeros que la visitan. Hay años, como el actual en que la

temperatura es más bien benigna, en que, en pleno invierno, al sol hace calor; y siempre el mercado está bien surtido, y los teatros rebosantes, y el mujerío es sorprendente, y se hace vida bulliciosa y animada, y todo convida a divertirse. Si además existiese un poco de orden, algo de disciplina ciudadana, en interés general, Madrid sería un oasis, una estación de invierno renombrada por sus condiciones de salubridad, puesto que aquella dureza y cortante helor de su aire ya se han atenuado no poco, gracias al arbolado y al agua. Era antes Madrid un clima continental, un clima estepario; el cierzo de las sierras no encontraba obstáculos y descendía a barrer las calles de la capital. Hoy quiebra sus alas en la vegetación, y los incesantes riegos traen humedad a su ambiente, los cantantes van perdiendo el miedo a los accidentes que en tal clima amenazaban a su garganta, y que costaron la vida al rey de los tenores, a Julián Gayarre. Y Madrid es más agradable cada día, o debiera serlo; pero la falta de autoridad y organización que sufrimos lo hace, no sólo desagradable a menudo, sino peligroso para la salud y para la vida.

Bien puedo decirlo yo, que por la libertad con que aquí se infringen las disposiciones más naturales estuve a pique de muerte, y un año entero con un brazo atrofiado y una debilidad muscular profunda. Una

bicicleta, yendo a toda velocidad por la acera, me cortó el paso cuando me bajaba del coche para entrar en casa de unos amigos. El empujón me arrojó contra el asfalto, y la contusión fue tal que, como digo, por poco me quedo inutilizada del brazo izquierdo. No hay sanción, no hay medidas contra estas tropelías. Pocos días después, otra bicicleta, también en la acera, destrozó un hombro y la clavícula a una infeliz señora. Nadie hace caso de ello para imponer sanciones de semejantes desmanes.

Las motos y los autos van a la velocidad que les parece bien, y nadie les refrena; los tranvías, con el doble de los pasajeros que caben, y además racimos de pilluelos colgados de la trasera. Los transeuntes divagan por el arroyo, sin duda en vista de que la acera es para los vehículos. Las calles están como boca de lobo, y se obliga a los vecinos a alumbrar ellos, por su cuenta, las fachadas de sus casas. Y en cuanto a la protección a los derechos de cada cual, voy a referir lo que sucede en muchas casas de la Villa y Corte: Cuando a consecuencia de la guerra, o de los disturbios agrarios, o de lo que fuese, se hizo enorme la afluencia de gente a Madrid, los pisos habitables escasearon, y, como natural consecuencia, encarecieron. Iniciose entonces una campaña de los inquilinos contra los caseros, y se adoptaron disposiciones para obligar

a éstos a que no pasasen de cierto límite en la subida de los locales. Y he aquí que algunos individuos, deseosos de tener casa gratuitamente, practicaron una triquiñuela que por sí sola da idea del estado de indefensión en que se encuentran los propietarios, los cuales pagan crecidas contribuciones para que nadie les ampare en sus derechos. Discurrieron meterse con cualquier pretexto, a título de conserjes, criados, o huéspedes de los inquilinos, en el piso del cual iban a salir sus ocupantes, guarecerse en él, como ratón en agujero. Cuando se les dice que se vayan, alegan lo más curioso, lo que más caracteriza a este país de los viceversas: que ellos no son inquilinos: que ellos no han hecho ningún contrato, y que, por lo tanto, no se les puede desahuciar ni echar. ¡Y les vale! Hay de estos parásitos que, por tal medio, logran habitación gratis un año, seis meses, lo que pueden, mientras el dueño de la casa se pela las barbas y se pregunta: ¿existen leyes en mi país? Lo único que existe--suele contestarle la realidad,--son recibos de la contribución urbana, con exactitud cobrados...

Dueños de casas ha habido que para poder expulsar a una de esas garrapatas urbanas, que se agarran con tan tenaz arte, le han dado dinero...

258

De la Condesa de Pardo Bazán*

(Para LA NACION)

Por el último correo recibimos de nuestra ilustre colaboradora fallecida la correspondencia que publicamos, escrita especialmente para LA NACION y acaso una de sus últimas producciones.[1]

MADRID, abril de 1921.

El centenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús, será en marzo de 1922; es decir que falta un año para esta fecha. Y ayer, bajo la presidencia honoraria de la Reina Victoria, se reunió en el Palacio Real una Junta de señoras, de lo más calificado e ilustre, a fin de arbitrar medios para solemnizar tal

* Colaboración publicada póstumamente en La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 13 mayo 1921: 4. (Da. Emilia murió el 12 de mayo de 1921.) No recogido.

[1] Hubo dos colaboraciones más de Da. Emilia para el periódico La Nación. Véase págs. ss.

ocasión y rendir cumplido homenaje a la singular hembra.

Yo pensaba que, esta vez, el llamamiento de las damas respondía a algo muy hondo y muy nacional. Excelentes son las obras de beneficencia; pero Santa Teresa está más adentro que los sanatorios y los dispensarios. Más adentro, y más afuera, con la poderosa irradiación de su figura, que casi disputa a Cervantes la representación de la lengua castellana. Dondequiera que ésta sea hablada y leída, la Santa tendrá fervientes devotos. De su pluma gotea el añejo licor del habla castiza y pura, familiar como si cayese de labios del pueblo, elevada y abrasada por los altos conceptos de la teología mística que brotan sin esfuerzo de un espíritu ardiente y claro como la misma llama. Y todos sentimos que, si otras beatas mujeres han tenido nuestra historia, es Santa Teresa--aun salvando los merecimeintos de la vidente de Agreda--la que ha esculpido en el bloque del idioma, con mayor felicidad y valentía, las aspiraciones del alma, los éxtasis de sus desposorios con el Amado.

Por ser Santa Teresa un joyel tan rico de España, no ha faltado quien quiera empeñar su brillo. Unos con la grosería de que es tipo cierto poema soez de Voltaire contra Juana de Arco; otros, con la meliflua dulzura renacentista, han retratado el carbón a la

Santa convirtiendo en histeria el transporte, y en enfermedad el portento de aquel espíritu superior a la tierra y encielado en vida. Ha sido y será en vano. Teresa responde a toda insidia con la admirable normalidad de su ser, con aquella supremacía de la razón y del sentido de la realidad que reviste sus menores actos, con la sinceridad de sus confesiones, y con la fuerza sugestiva de sus escritos, que dan fe de su cordura y de su pureza.

Y como sucede con las bellas estatuas orantes de dorado bronce, obra de Ponpeyo Leoni, que adornan los mausoleos, el tiempo, en vez de desdorar a Santa Teresa, añade fuerza y tonalidades magníficas a su bulto. En vida, padeció la Santa acerba contradicción, y por mucho que los racionalistas de hoy quieran difamarla, no irán más allá que los enemigos que fueron sus contemporáneos; pero una fuerza secreta, una magia celeste, atraía a ella los corazones; y poco después de su muerte, a no ser por la oposición del celoso santiaguista D. Francisco de Quevedo, hubiese sido Santa Teresa Patrona de las Españas. Las luchas por la posesión de sus reliquias demuestran esta exaltación en las multitudes.

Acabo de oír a un señor obispo «rata». Según lo que por literata se entienda. Su afición a las letras es innegable, y hasta parece que compuso una novela de

caballerías, género de que gustaba mucho y que influyó en su alma más de lo que se cree, como influyó en San Ignacio de Loyola y en Hernán Cortés. Como suele suceder a los grandes estilistas, Santa Teresa hizo versos, a la vez que prosa.

Lo que cabe afirmar es que Santa Teresa, no es una mujer docta, no es una sabia, como la prodigiosa monja de Moncayo. Siempre predominará en Santa Teresa lo espontáneo, lo instintivo, sobre lo reflexivo y cerebral. Santa Teresa es un corazón y una voluntad, y la venerable una mente iluminada por el estudio, aunque parezca infusa su ciencia, aunque ignore cuándo ni cómo pudo atesorarla. Más sin ser literata profesional, una Da. María de Zayas, que reunía en su casa academias, no cabe dudar de que las letras la reclaman para sí. Y yo creo que los literatos españoles y los americanos no rehusarán un patronazgo tan encantador.

Con la Santa aparece desmentida una de las más falsas leyendas que entenebrecen a España: la de lo tétrico y austero de nuestra devoción. Como San Francisco de Asís, Santa Teresa fue alegría, fue gracia y gozo, y sus donaires y rasgos de buen humor se dibujan muy visibles en su fisonomía moral. Yo poseo un libro cuyo tema son las "saladas agudezas de los santos". En Teresa hay un derroche de esas agudezas, sazonadas con la sal de la beatitud. Y de la

consideración de Santa Teresa, trasmana el júbilo, y se oyen en su voz los acordes de aquella cítara, que tiene que acompañar al verdadero fraile.

Y es que Santa Teresa, que se manifiesta en la hora culminante de España, en la hora triunfal, no tenía por qué parecer una penitente sombría, ni aun una española angustiada por la suerte y los destinos de la patria, como fue la de Agreda, más abrumada de cuidados viriles que el débil y tornadizo Rey a quien escribía tan buenos consejos. Teresa es el esplendor de nuestro renacimiento, que por ser español no fue pagano ni dejó echar raíces a la heterodoxia. Su luminosa imagen femenina surge, con todos los arreboles y luces del mediodía, en la cumbre gloriosa de la nacionalidad, en que no se podían observar aún las señales de la próxima decadencia y para comprender a Santa Teresa plenamente, hay que visitar el país en que vivió, los lugares testigos de su infancia, los conventos donde se guardan las memorias de su paso por el mundo. Ambiente el más verdadero, para un personaje histórico. De cada piedra del país de los «cantos y los santos» se alza la sonrisa siempre juvenil de la madre. El paisaje, más bien severo de Avila y Salamanca, tiene, sin embargo, una paz misteriosa, una cordialidad hidalga, algo grato que aleja del alma las fúnebres visiones inquisitoriales que nos inventan para rodearnos de

terror. En primavera, sobre todo, Castilla ríe con el verdor de sus pastizales y el aroma vivo campestre de sus tomillares, con el rumor de sus arroyos que Santa Teresa no era «una literata». Y nace la égloga como naturalmente, entre rústicos, las Mengas y los Brases... pero los sabores de esa égloga los ha recogido Santa Teresa, incansable peregrina por los campos castellanos, por las márgenes del bucólico Tormes.

A este señuelo de Santa Teresa esperamos que acudan, no sólo los europeos que aún pueden viajar por recreo y solaz del alma, sino los americanos de origen español que son como nosotros, que estiman lo mismo que nosotros nuestras glorias, suyas igualmente. Peregrinos de la historia y de la poesía, suponemos que acudirán a pisar con respeto las piedras de Avila, a recorrer el camino de Alba de Tormes, dominado por los heroicos Arapiles, y a beber en la fuente donde la Madre apagó su sed. A unos los llevará la piedad; a otros, la curiosidad; a no pocos, me refiero a los extranjeros el interés por España. Y a todos habrá que alojar. He aquí, a mi ver, el problema de este Centenario. Ni en Avila, ni en Alba, ni en la misma Salamanca existe hospedaje para lo que se llama una verdadera peregrinación.

Se presenta la necesidad inaplazable de construir, desde sus cimientos, tres grandes hoteles, pero no del

tipo francés, sino semejante a hospederías, sencillas en su forma, modestas y baratas en sus materiales, del aire más español posible, sin desdeñarse de recordar un poco los mesones castellanos, imitando a Santa Teresa en su afición a la limpieza y el aseo; cultivando el mantel níveo, las sábanas bien olientes a espliego, la mucha agua para las abluciones y la mesa sin filetes, sin los falsos refinamientos que quieren remedar la extranjería; abundante y sana, y al mismo tiempo sin jerigonzas de salsas y juegos, sin pretensiones de pescado fino, sin repostería complicada. ¿Quién sabe si, con el tiempo, estas hospederías, que ahora solucionarían el problema de las peregrinaciones, hasta llegarán a ser lo que se llama un buen negocio? Avila y Alba no tienen más visitantes, porque no está asegurado el hospedaje, en cuanto es algo numeroso. Lo mismo sucede a Santiago de Compostela. El día en que fuese fácil alojarse, visitar a Santa Teresa y a Santiago sería una excursión histórica y artística del mayor atractivo.

Los muchos festejos y solemnidades que se proyectan, las Exposiciones, los Congresos, todo requiere la previa construcción de las grandes hospederías, donde quepan holgadamente, siquiera doscientos peregrinos. Aquí no existe esa costumbre que se había aclimatado en Alemania, donde, durante las

fiestas y representaciones de la Pasión en Oberammergau, cada casa admitía uno o varios huéspedes. El castellano que os ofrezca hospitalidad, lo hará como hidalgo que es, gratuitamente... y no lo hará sino por señalada excepción. La Junta tendrá pues que ver de realizar ese esfuerzo, si ha de asegurar el buen resultado del Centenario de Santa Teresa. Y yo alimento la más grata esperanza, porque las señoras, iba a decir las mujeres, consiguen cuanto se proponen. Las teresianas españolas, enorgullecidas de tal testimonio de la dignidad y fortaleza del mal llamado sexo débil, fían también en las teresianas de América, sus hermanas en el sentir.

259

CAMILA QUIROGA EN ESPAÑA*

Mientras estuvo alzado el telón, la actriz dejó oír su voz cautivadora y nadie se atrevía ni a toser. Estaba la gente como en misa.

Por la Condesa de PARDO BAZAN.

(Para LA NACION)

MADRID, mayo de 1921.

El sacudimiento de la guerra, agitándolo todo, ha acercado violentamente a los pueblos, a las gentes y a las razas; y también ha afrecido nuevo campo a las aspiraciones, a los intentos, a las novedades. Gracias--no sé si estará bien dicho, en este caso especial--a tal movimiento, hemos visto en Madrid los bailes, rusos, que a muchos parecen cosa bella, y a

* Esta es la segunda colaboración publicada póstumamente en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 junio 1921: 6. (Sección 2, Ilustraciones). Da. Emilia falleció el 12 de mayo de 1921. No recogido.

otros, entre los cuales me cuento, cosa asaz desigual, tan pronto chabacana y estrambótica, como refinada y poética, dominando siempre, según suele ocurrir, lo primero sobre lo segundo. Cuando nos ofrecen, por ejemplo, la curiosa e intensa evocación histórica de Cleopatra, o la sentida farsa de Petrouchka, nos deleitamos, sinceramente; y en cambio nos subleva, verbigracia, El sombrero de tres picos, españolada que seguramente nos pondrá en ridículo ante los públicos internacionales. Grave error creer que el modo de enfocar los asuntos, aun cuando se trate de un bailable, es secundario. ¿Por qué ejercen especial sugestión creaciones como Cleopatra, y Scheherazada? Sencillamente porque tienen un argumento que puede interesar; porque en ellas palpita una fuerza dramática. Cleopatra se basa en una novela de artista tan ilustre como Teófilo Gautier, y Scheherazada en un episodio de Las mil y una noches. Pensar que para libreto de un baile basta lo primero que ocurre, es equivocación. Y se me dirá, y con razón, que El sombrero de tres picos también se funda en una obra clásica, del más fino gusto y sabor español... Pero ese sabor aparece alterado; el apunte goyesco se ha convertido en gráfico infantil; la anécdota picaresca, en recargada murmuración de caracol. La indumentaria, ciertas pretensiones de atenerse a los cartones de

Goya, es un Carnaval fantástico. Si se representa el "ballet" por esos mundos, la gente se volverá loca, sin poder comprender los toreros con traje de arlequín y los alguaciles a rayas.

De los dos componentes de un espectáculo siempre será el literario (aun donde no se habla) el que asegure el éxito. Probablemente a la falta de literatura deben su fracaso otras compañías de bailes exóticos que han aparecido durante esta temporada: vieneses y suecos. No basta salir a hacer zapatetas, aun haciéndolas con primor porque los rusos no ha de negarse que bailan como silfos unas veces, otras como frenéticos--tal es la "Danza del príncipe Igor"--y siempre a las mil maravillas. Repito que tanta maestría no es suficiente, si bajo las cabriolas y brincos no hay algo, un sentimiento, un caso, una idea. Los mismos bailes de visualidad y colorido necesitan este requisito, sin el cual son meramente gimnasia. Recuérdese los bailes de algunas óperas: siempre se enlazan con el libreto, y lo completan, y lo desarrollan sim palabras.

En la aproximación de unos países a otros en el terreno del arte nos habíamos adelantado--cosa rara--los españoles, que por lo general pecamos de descuidados, aunque en todo tenemos medios para sobresalir y empujar. Y nuestra aproximación a la

América española fue obra de dos esposos, de Fernando y María, infatigables difundidores de nuestro teatro. Es cierto que los rigoristas hubiésemos querido que fuese puramente nacional todo lo que llevasen a América los admirados actores: pero nos rendimos ante las imposiciones de la realidad. El sueño de un teatro donde sólo se representasen, al lado de las joyas más preciadas de Lope, Calderón, Tirso y Moreto, las mejores de los ingenios relativamente contemporáneos, del renacimiento romántico, con el duque de Rivas y Hartzenbusch, y del clasicismo, con Moratín y Martínez de la Rosa, es un anhelo de literato, sin base de realidad posible. Así, pues tenemos que agradecer infinitamente el impulso dado por Fernando y María a nuestra producción teatral, aunque por ley de los sucesos al oro se haya mezclado alguna escoria.

Este año la Argentina, a su vez nos envió actores. La compañía de Camila Quiroga apareció en Madrid, en el Teatro de la Princesa. Al principio el hielo de la indiferencia dejó semi desierto el recinto. Pronto, sin embargo, se despertó la curiosidad. La gente fue acudiendo, fue saboreando aquel arte que, en muchos aspectos, era insólito y extraño. Los oídos se habituaron al acento; empezaron a entenderse los giros y modismos, y a la familiaridad siguió la comprensión y la simpatía. El talismán de la gentilísima actriz

surtió sus efectos. Todos convinieron en que era encantadora como mujer, encantadora como representante. En su segunda temporada contó las funciones por llenos. Y este triunfo personal fue más valioso, por lo mismo que el repertorio de Camila Quiroga no se componía de obras de seguro resultado y lucimiento innegable. Cada noche que la oíamos pensábamos ¿cómo haría tal o cual papel, que ya nos sabemos de memoria, y qué recursos ofrecería a su talento determinada ficción, tal o cual personaje? La actriz, sin embargo--y en esto yo reconozco un merecimiento especial--no se apartó de sus obras argentinas, su repertorio nacional: repito que hizo bien, porque hay cosas que son superiores al goce de afirmar la extensión de las facultades.

Tuvo, sin embargo, el repertorio de Camila Quiroga, al lado de la ventaja de darnos a conocer un teatro en formación, que empieza a aflorar del suelo, el inconveniente de que no todas esas obras argentinas lo serían si se examinasen muy atentamente. Por eso yo preferí desde el primer día testimonios tan crudos como <u>La montaña de las brujas</u> a plácidas comedias parecidas a algunas francesas, y que sin duda corresponden, en el arte argentino, a la influencia de Francia, tan activa en las letras americanas, que mientras no la sacudan y se adentren por España y resuciten la tradición española que es la misma suya, no tendrá su arte los

caracteres de originalidad que ya despuntan en algunos de sus productos, de los que hemos podido conocer en esta temporada sobrado corta.

Lo doloroso para mí era oír decir que "no se entendía" el lenguaje de algunas obras, como la ya citada Montaña de las brujas. No debiera, sin embargo, sorprenderme reparo tal. Por ahí se repite a cada momento que no "no se entienden" los dialectos españoles, y, en general, las hablas peninsulares. Nunca pudo una compañía dramática portuguesa hacerse escuchar en Madrid. No hablemos ya del dialecto catalán, del valenciano, del gallego, confundido a menudo con el portugués. Y eso era lo que yo alegaba: que el habla argentina se "entendía" aun cuando empleaban las formas gauchas, lo más popular; se entendía mucho mejor que, por ejemplo, un drama de Guimerá que no estuviese traducido al castellano. Por eso me resistí siempre a calificar de extranjeros a los de la América española. Tienen su independencia y soberanía política; el mismo caso de Portugal. Y, sin embargo, diremos con Núñéz de Arce, que:

"y tan unidos la razón los mira
como los fuertes dedos de una mano,
o las vibrantes cuerdas de una lira".

Así, me atrevería a considerar cosa propia todo lo genuino y bello del teatro platense, y desde el primer momento "entré" en él, gustando sus sabores y riendo con efusión sus efectos cómicos. Y no pudo menos de sorprenderme que alguna señora argentina me confesase que, para ellas, era tan desconocido el teatro de su país como pudiera serlo para cualquier madrileño, porque, en Buenos Aires, sólo frecuentaban los espectáculos "europeos".

Y de esto sucede mucho. En España el desconocimiento de lo propio ha solido correr parejas con el culto ajeno. Bastantes gentes de aquí no habrán querido asistir a una representación de La vida es sueño, y acaso se sabrán de memoria Divorciémonos y La chocolaterita. Por mí, puedo asegurar que me fue muy grato conocer a estos actores, verles bailar sus danzas típicas, como el "pericón", y convencerme de que hay un germinar literario, que dotará pronto a los países hispanoamericanos de una dramática suya, inspirada en sus costumbres y en su manera de ser propia. Todo pueblo que quiera tener personalidad sentirá la inquietud creadora, y, más o menos distante de la perfección, engendrará su arte, expresivo de su espíritu. En esto, como en todo, aunque la obra sea colectiva son las individualidades las que imprimen carácter y aceleran la marcha. La actriz que acabamos

de admirar y de aplaudir, es propulsora de este avance. Y es preciso reconocer que el público de Madrid sobre todo hacia el fin de la temporada, parecía sentir el atractivo de un espectáculo tan renovador. La extrañeza, a veces, se manifestó de palabra, a la salida, o en las conversaciones; pero mientras estuvo alzado el telón, y la actriz dejó oír su voz cautivadora, nadie se atrevía ni a toser. Estaba la gente como en misa. Se hubiese oído volar a una mosca. Es indudable que entendían bien y que sentían mejor.

260

ULTIMA CORRESPONDENCIA DE LA CONDESA*

El viaje fracasado del poeta indio a España y lo que saben de él los españoles

---

Por la condesa de PARDO BAZAN

Para LA NACION

MADRID, 1921.

En la durmiente vida literaria de Madrid, alzó algún revuelo estos días, la próxima llegada del poeta indio Rabindranath Tagore, a quien se proponía acoger con agasajo el Ateneo, la Residencia de Estudiantes, y otras sociedades intelectuales y pedagógicas. Por último, el poeta, lo mismo que había dicho que venía, dijo que ya no podía venir por razones independientes de su voluntad; y como somos así, y no hay quien nos

* Esta es la tercera y última colaboración publicada póstumamente en La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 3 julio 1921: 4. (Sección 2, Ilustraciones). Da. Emilia falleció el 12 de mayo de 1921. No recogida.

cambie de modo de ser, al punto la gente dio en gritar "plancha" ¿Qué plancha será esta?

Cambiar el itinerario de un viaje, le puede ocurrir a todo el mundo... Es apenas un incidente de la vida diaria. Y hasta se da la circunstancia de que acaso nadie hubiese gastado por ahora un duro en preparativos, ni en percalina para recibir al vate transgangético.

¿Se le conocía mucho en España? Creo que no, a pesar de las traducciones que de sus obras en lengua inglesa hizo y publicó la Sra. Camprubí de Jiménez. Acaso este mismo desconocimiento de la persona y de la obra hubiese contribuido, en un momento de homenaje, a que fuese más férvido y entusiasta. La crítica siempre agua el vino, porque tal es su papel. Las gentes, por lo común, no quieren saber razones, ni analizar. Si tienen que meterse en honduras, se acabó el gusto, y por eso rara vez los críticos son populares.

Examinando con detención la obra de Tagore, diré que es de un alto poeta lírico aun cuando no me parezca comparable a Víctor Hugo, Lamartine, ni Verlaine, ni ostente el esplendor verbal de un Zorrilla, ni la ironía penetrante y luminosa de un Enrique Heine. Tagore es un emocional (la emoción es para él la calidad poética por excelencia), y sin embargo, en el sentimiento, lo repito, no puede competir con los

grandes cantores del corazón humano, los que han descubierto sus fibras íntimas y secretas; por ejemplo, un Baudelaire, un Sully Prudhomme. Hablando de Tagore, nota una revista extranjera lo difícil que es hoy destacarse como poeta, porque la poesía está ya recargada de obras eminentes, de genios creadores. No tratemos de situarle a la cabeza de ellos; contentémonos con repetir que es un lírico digno de encomio, y que bebe, si no en su vaso, en la palma de la mano, como beberían los ascetas antiguos, sus predecesores.

Tagore ha cumplido los sesenta. Nació en Calcuta, en la India Inglesa, y se casó joven, dedicándose a las labores agrícolas en una hacienda que pertenecía a su padre. Allí permaneció diez y siete años, y allí perdió a seres muy queridos, sufriendo amargas penas. Estos datos biográficos los encuentro en las traducciones inglesas de sus obras, algunas de las cuales creo que también han sido escritas en lengua inglesa originalmente, pues el poeta domina ese idioma, y ha dado, en los Estados Unidos, lecturas en él. No obstante, sospecho que no está muy a bien con Inglaterra, sobre todo en este momento, en que la India parece querer sacudir la dominación a la cual, justo es decirlo, debe un notorio impulso civilizador. Los ingleses no sólo han llevado a la India los adelantos

que, hasta por instinto, establecen en todas partes, sino que han desterrado costumbres tan crueles como el "sati" o sacrificio de las viudas sobre la tumba de sus maridos, y algunas prácticas religiosas manchadas de obscenidad y ferocidad. El instinto de independencia, así y todo, trabaja, y he leído que el poeta Tagore renunció el título de sir que Inglaterra le había otorgado. No le encuentro, sin embargo, trazas de combatiente. Es más bien, casi siempre (no digo que siempre manso y dulce, y quizá su tendencia humanitaria estorbe a la nacional.

La poesía de Tagore tiene un contenido filosófico. El artista es en él secundario. Reprobando, como lo hace, la teoría del arte por el arte, se comprende que no ha de ser un adorador de la Belleza substantiva, ni creer que ésta es el fin de la poesía. No repetirá, como Gautier:

«tout passe-L'art robuste
a seul l'eternité...»

Lo que cree Tagore es que lo eterno se sucede como un flujo y reflujo de epifenómenos en un mundo de apariencias, y a pesar de combatir la devoción a la diosa Kali «que crea todo lo existente con sus sueños», no está distante de figurarse que son en efecto, los

sueños de una divinidad indiferente a nuestros dolores y a nuestras alegrías los que tomamos por realidades y que nos envuelven en el devaneo de la existencia. Tagore, en sus ideas sociales, es un hombre muy moderno, y está, a mi parecer, influido por la corriente que, arrancando de Rousseau, determina la avenida torrencial de la Revolución francesa, y que después llevan a un cauce más ancho aún [a] no pocos románticos, Víctor Hugo, Jorge Sand, y por último, el conde Tolstoy: el ansia de una sociedad nueva, o para decirlo de un modo más exacto, la destrucción de la que existe, confiando al azar la construcción de la que ha de substituirla. En Tagore, tal aspiración está bañada de humanitarismo tierno; ejercen sobre él singular atracción los niños, como la ejercieron sobre Víctor Hugo y sobre los últimos años de Jorge Sand; y ha establecido una escuela de nuevos moldes, que recuerda la Yasnaya Pollana de Tolstoy. Todos los que manifiestan esta misma tendencia humanitaria, están más o menos tocados de pedagogía.

Mas si por tal aspecto no se diferencia Tagore de sus predecesores del Occidente, en otros aparece penetrado del espíritu de su tierra, y tenía que ser así. Un país donde todavía la gente se viste de muselina blanca y se cubre, si se trata de un poderoso, de sartas de perlas, como he visto yo en París a un

magnífico maharajá, no se moldea así como quiera en el troquel de nuestra política y de nuestras convulsiones sociales. Siempre habrá, en el espíritu del poeta bengalí, la misma inclinación a la quietud y al ensueño que sin duda ha sido causa de que ese país, no sólo conserve su fisonomía, sino que permanezca en la posición del Buda (aunque este reformador tenga hoy a orillas del Ganges pocos sectarios) con las piernas cruzadas y en la mano la simbólica flor.

Aun cuando Tagore ha alcanzado más nombradía como lírico, yo prefiero sus poemas dramáticos. En Madrid se han representado dos: El cartero del rey, y El rey y la reina. El primero, en el Teatro de la Princesa, no agradó al público.

No dio éste señales de disgusto, pero se mantuvo en la actitud de una indiferencia respetuosa. Hubo entonces quien gritó que los públicos elegantes no entienden de arte. Yo diría que tampoco entienden, lo que él llama entender, los otros; pero no lo diría tanto por el poema de Tagore, como por las obras primas de nuestra Talía nacional, todo el tesoro de Tirso, Lope, Calderón y Moreto, que no hay manera de sacar a luz, tal es el aburrimiento que, apenas se asoma, se apodera de los espectadores. El teatro de Tagore, reconozcámoslo, no es para representado, sino para leído.

Domina en él una influencia visible: la del belga Maeterlinck. Obsérvase especialmente tal influjo en el poema, El rey del salón obscuro. No llega a la sugestión de terror que el autor de La Intrusa ejerce por medios tan sencillos como la repetición de una cláusula, la ingenuidad de una pregunta, y hasta un silencio. Es Maeterlinck más artista, y su sensibilidad más vibrante.

Entre los poemas de Tagore quizás no son los mejores los que se han puesto en escena, como curiosa tentativa, en Madrid. Yo no sé si será más escénico; pero de seguro es más impresionante el titulado Sacrificio. En él se demuestra una intensidad dramática, que no es la misma de los hombres de teatro, la que crea el interés por medio de un arte especial, de una habilidad oculta pero eficacísima que tiene suspenso y subyugado al espectador. Eso que llaman «manejo de los muñecos», la teatralidad, es artificio desconocido para el poeta bengalí; y por eso hay que suponer que ante las candilejas siempre sufrirá disminución de valor su obra. En la lectura, Sacrificio es impresionante. La verdadera protagonista del drama es kali, la terrible Diosa que teje, con sus sueños, sus ilusiones y sus antojos la trama del humano vivir. En Sacrificio, Kali se nos presenta con su formidable aspecto de destructora ávida de sangre, y el

poeta hace de ella el símbolo de la guerra, que condena y sobre la cual pesa su reprobación. Mas como el numen impulsa y arrastra a veces hasta contra las más arraigadas convicciones, este pacifista, acérrimo hace, en un parlamento de gran fuerza y energía, no diré que la apoteosis, pero sí el reconocimiento de lo indestructible e inmanente de ese fenómeno que nunca ha cesado de producirse, y hoy se proviolencia y en más amplia escala que nunca; y que no parece verosímil borrar jamás de la superficie del planeta. La confesión la hace por boca del bramín Ragupati. "Matar--dice--no es pecado, ni otra cosa, sino matar. El polvo de este mundo está hecho de matanzas infinitas. El viejo Tiempo escribe constantemente la crónica de la vida pasajera de los seres, con letras de sangre. Se mata por vivir, por gusto, por nada, absolutamente por nada..." Y, al leer estas frases, su evidencia nos salta a los ojos. Esta es, por nuestro mal, la verdad, y lo otro, la utopía... Kali, feroz, en la mano la copa donde chorrea la sangre vital del mundo, como el jugo de un racimo de uvas exprimido, domina la creación.

BIBLIOGRAFIA SELECTA*

Bravo Villasante, Carmen. Vida y obra de Emilia Pardo Bazán. Madrid: Revista de Occidente, 1962.

---. Ed. "Introducción." La cuestión palpitante. De Emilia Pardo Bazán. Madrid: Anaya, 1966. 5-24.

---. "Emilia Pardo Bazán y el periodismo." Revista, Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, La Coruña. 7 (1971): 79-88.

---. Ed. Emilia Pardo Bazán: La vida contemporánea (1896-1915) Madrid: Editorial Magisterio Español, 1972.

---. Vida y obra de Emilia Pardo Bazán: correspondencia amorosa con Pérez Galdós. Madrid: Editorial Gráficas Torroba, 1973.

---. Ed. Emilia Pardo Bazán: Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890) Madrid: Ediciones Turner, 1975.

---. Clèmessy, Nelly. Emilia Pardo Bazán como novelista: De la teoría a la práctica. Trans. de Irene Gambra. 2 Vols. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981. Vol. 2: 831-921.

Elías, Alfredo. "Las crónicas de Doña Emilia." Hispania XXII (1940): 223-228.

La Nación de Buenos Aires, Argentina, anónimo. "Da. Emilia Pardo Bazán: Nueva colaboradora de La Nación." La Nación, lunes 1 marzo de 1909: 7.

---. "La condesa de Pardo Bazán--su fallecimiento." La Nación, viernes 13 de mayo de 1921: 4.

Unamuno, Miguel de. "Unamuno habla de doña Emilia," "La Condesa de Pardo Bazán no fue una feminista, sino más bien masculinista." (Para La Nación) escrito en Salamanca, mayo de 1921, y publicado en La Nación de Buenos Aires, Argentina, dos meses más tarde: domingo 3 de julio de 1921: 4.

* Citamos solamente los libros, artículos y reseñas que de manera general o específica mencionan el periodismo de Da. Emilia Pardo Bazán en el periódico La Nación de Buenos Aires, Argentina.

BILIOGRAFIA CONSULTADA

Kirby, Harry L. Jr. ed. de Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Vol III. Madrid: Aguilar, 1973.

Pardo Bazán, Emilia, condesa de. Al pie de la Torre Eiffel. (Crónicas de la Exposición) O. C., T. XIX. Madrid: s. d., 1889.

---. Cuarenta días en la Exposición. O. C. T. XXI. Madrid: Administración, 1900.

---. La cuestión palpitante. O. C. T. I. 1a. ed. Madrid: Imp. Víctor Sáiz, 1883. Se encuentra además en Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. Vol. III. Madrid: Aguilar, 1973. 574-647.

---. De mi tierra. O. C. T., IX. (Estudios sobre la literatura regional gallega) La Coruña: Casa de la Misericordia, 1888.

---. De siglo a siglo. (Crónicas 1896-1901) O. C. T. XXIV. 1a. Ed. Madrid: s. d., 1902.

---. Discurso pronunciado en los juegos florales de Orense la noche del 7 de junio de 1901. La Coruña: Imp. Casa de Misericordia, s. f. Folleto, 40 págs.

---. "Discurso pronunciado por la Señora Doña Emilia Pardo Bazán, Presidente honoraria del Centro Gallego de Madrid, en la sesión inagural del mismo." Centro Gallego de Madrid. Memoria leída. Discursos pronunciados en la sesión inagural de la sociedad, celebrada el día 5 de mayo de 1902. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno Cruzado, 1902. 35-51. No se encuentra en las bibliografías de nuestra escritora, lo hemos añadido nosotros.

---. Francisco Pizarro, historia de la conquista del Perú. Madrid: Edit. Voluntad, 1917. Folleto.

---. Hombres y mujeres de antaño. (Semblanzas) Barcelona: s. d, hacia 191... Folleto.

---. Hernán Cortés y sus hazañas. Madrid: Tip, 1914. Folleto.

---. El lirismo en la poesía francesa (Obra póstuma) O. C. T. XLIII. Madrid: Editorial Pueyo, 1926. Con prólogo de Luis Araujo-Costa.

---. La literatura francesa moderna: T. I. El Romanticismo. O. C. T. XXXVII. Madrid: Prieto, 1910.

---. La literatura francesa moderna: T. II. La Transición. O. C. T. XXXIX. Madrid: Prieto, 1911.

---. La literatura francesa moderna: T. III. El Naturalismo. O. C. T. XLI. Madrid: Prieto, hacia 1914.

---. Mi romería. (Crónicas de viaje) O. C. T. XXXIV. Madrid: Tello, 1888.

---. Los pedágogos del Renacimiento. Conferencia publicada en Madrid por el Museo pedagógico. Madrid: Fortanet, 1889. Folleto.

---. Personajes ilustres: Campoamor. Madrid: La España Moderna, hacia 1891. Folleto. Se encuentra además en Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. Vol. III. Madrid: Aguilar, 1973. 1314-1338.

---. Personajes ilustres: P. Luis Coloma. Madrid: Sáez de Peréz Dubrull, hacia 1891. Folleto. Se encuentra además en Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. Vol. III. Madrid: Aguilar, 1973. 1436-1464.

---. Los poetas épicos cristianos. O. C. T. XII. 1a. Ed. Madrid: s. d., 1894. Folleto.

---. Polémicas y estudios literarios. O. C. T. VI. Madrid: Administración, 1892.

---. Por Francia y por Alemania. (Crónicas de la Exposición) (29 cartas) Madrid: La España Editorial, 1890.

---. Por la España pintoresca. (Viajes) Madrid: Colección Diamante, hacia 1896.

---. Por la Europa católica. (Viajes) O. C. T. XXVI. Madrid: Id. Moreno, 1902.

---. El porvenir de la literatura después de la guerra. (Conferencia dada diciembre 5,

1916), publicada en folleto. Madrid: Publ. Residencia de Estudiantes, Imp. Fontanet, 1917. Se encuentra además en Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. Vol. III. Madrid: Aguilar, 1973. 1543-1551.

---. Retratos y apuntes literarios. O. C. T. XXXII. Madrid: Velasco, 1908.

---. La revolución de la novela en Rusia. O. C. T. XXXIII. Madrid: Tello, 1887. Se encuentra además en Emilia Pardo Bazán, Obras Completas. Ed. de Harry L. Kirby, Jr. Vol. III. Madrid: Aguilar, 1973. 760-880.

---. San Francisco de Asís. 2 Vols. (Siglo XIII, relato hagiográfico) O. C. Ts. XXVII y XXVIII. Madrid: Gómez y Fuentenebro, 1882.

---. Vida contemporánea. Madrid: s. d. Colección Diamante, hacia 1896.

Sainz de Robles, Federico Carlos, ed. de Emilia Pardo Bazán Obras Completas. Novelas y cuentos. Vol. I. Madrid: Aguilar, 4a. ed. 1973; y Emilia Pardo Bazán Obras Completas. Novelas y cuentos. Vol. II. 3a. ed., 1964.

INDICE CRONOLOGICO I, DEL CAPITULO II

VEINTIDOS COLABORACIONES ESPORADICAS

DE

DOÑA EMILIA PARDO BAZAN

ENCONTRADAS EN

EL PERIODICO

LA NACION

(BUENOS AIRES, ARGENTINA)

DESDE 1879-1903

I-- "LA ESTACION DE LAS LLUVIAS." (Del poema sánscrito "Mahabarata") La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 7 marzo 1879: 2. (En sección conversación) También se encuentra en El Aurora de Galicia (**Almanaque Literario** para 1879) La Coruña: Imprenta y Estereotipia de Vicente Abad, 1878: 90-91. No recogido.

II-- "LA ABSOLUCION DE LOS PODERES." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 23 mayo 1885: 1. (En sección Para Andalucía) No recogido.

III-- "LAS MUJERES EN LA ACADEMIA" "GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA" "EMILIA PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 5 mayo 1889: 1. Hemos encontrado además, "Carta 1 y 2 a Gertrudis de Avellaneda." El Liberal (Madrid, diario) 3 marzo 1889. No recogido.

IV-- "LA MODA CON ARTE." (Fragmento) La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 25 diciembre 1889: 2. En sección noticias. Lo hemos hallado también en La Epoca (Madrid diario) martes 22 octubre 1889: 2; y su continuación, miércoles 20 noviembre 1889: 4; y con el título de "Trapos, moños y perendengues." en Por Francia y por Alemania (crónicas de la exposición) Madrid: La España Editorial, 1890) 37-55.

V-- "LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES EN 1891." (Colaboración Inédita) La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 23 marzo 1892: 2. Se encuentra también con el mismo título en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 55, 9 marzo 1892: 1. (No está recogido)

VI-- "LA CUESTION PALPITANTE" "POR EMILIA PARDO BAZAN." (PROLOGO DE LA AUTORA PARA LA CUARTA EDICION) La Nación (Buenos aires, diario) miércoles 20 enero 1892: 1.

VII-- "EL REGIMEN VEGETAL Y LA CUARESMA." (Colaboración inédita) La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 15 mayo 1892: 2. También aparece con el mismo título en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 55, 20 abril 1892: 1. No está recogido.

VIII-- "JUDITH DE WELP," "LA NUEVA OBRA DRAMATICA DE GUIMERA," "SU ESTRENO EN MADRID." (Colaboración Inédita) La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 mayo 1892: 5. No recogido.

IX-- "¿HAY QUE TENER MIEDO?" (COLABORACION INEDITA) La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 junio 1892: 1. También se encuentra en La Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela) Núm. 115, 21 mayo 1892: 1. No está recogido.

X-- "EL PAIS DE LAS CASTAÑUELAS." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 febrero 1897: 3. Publicado también en sus Obras completas: De Siglo a Siglo. (Crónicas: 1896-1901) T. XXIV. Madrid, 1902: 47-53.

XI-- "EMILIA PARDO BAZAN." (Fragmento) La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 5 marzo 1897: 3. No recogido.

XII-- "LOS SOMBREROS FEMENINOS EN EL TEATRO" "MEDIDAS ADOPTADAS" "UN VOTO DE CALIDAD" "RECUERDO OPORTUNO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 10 mayo 1897: 3. Se encuentra también con el título de "Un voto de calidad" en El Liberal Madrid diario) 12 noviembre 1896; y en De siglo a siglo (Crónicas: 1896-1901) O. C., T. XXIV, Madrid, 1902: 252-257.

XIII-- "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA, I." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 junio 1898: 3. También publicado en francés con el título "Le mouvement littéraire en Espagne." La Revue (París, bi-mensual) (ancienne Revue des revues) 15 mayo 1898. No recogido.

XIV-- "EMILIA PARDO BAZAN" "EL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA, II, III." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 4 julio 1898: 2. Continuación y fin del artículo anterior. No recogido.

XV-- "CRONICAS" "LA PRENSA AMARILLA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 julio 1898: 3. También publicado en El Liberal (Madrid, diario) 11 junio 1898. No recogido.

XVI-- "CAMPOAMOR Y LA MUJER" "CON MOTIVO DE LA PROYECTADA CORONACION." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 marzo 1899: 3. No recogido.

XVII-- "EMILIA PARDO BAZAN" "SUS TRABAJOS--OBRAS EN PROYECTO." (Fragmento) La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 2 noviembre 1899: 3. No recogido.

XVIII-- "EL MISTERIO DEL CONVENTO." La Nación (Buenos Aires, diario) (SUPLEMENTO) martes 1 enero 1901: 12. No recogido.

XIX-- "CANTO HEROICO" "(DEDICADO A LOS SNOBS)." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 8 julio 1901: 3-4. No recogido.

XX-- "GALICIA Y ESPAÑA" (Fragmento) "JUICIOS DE LA PARDO BAZAN." (PARRAFOS DE UN DISCURSO) La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 julio 1902: 2-3. El discurso apareció publicado completo en un librito por el CENTRO GALLEGO DE MADRID, MEMORIA LEIDA Y DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LA SESION INAGURAL DE LA SOCIEDAD, CELEBRADA EL DIA 5 DE MAYO DE 1902. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno Cruzado, 1902: 35-51. No recogido.

XXI-- "DE EMILIA PARDO BAZAN" "LA VIDA CONTEMPORANEA" "UN POCO DE DERECHO." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 30 mayo 1903: 3. También se encuentra con el mismo título en La Ilustración Artística (Barcelona, semanario) Núm. 1112 (1903): 266. No recogido.

XXII-- "LA QUIMERA" "NOVELA DE EMILIA PARDO BAZAN" "PROLOGO DE LA AUTORA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 noviembre 1903: 3-4.

INDICE CRONOLOGICO II DEL CAPITULO III.

DOSCIENTAS SESENTA COLABORACIONES ASIDUAS

DE

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

ENCONTRADAS EN

EL PERIODICO

LA NACION

(BUENOS AIRES, ARGENTINA)

DESDE 1909 HASTA 1921.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1909

"Da. EMILIA PARDO BAZAN" "NUEVA COLABORADORA DE LA NACION." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 marzo 1909: 7. (De autor anónimo) No recogido.

1-- "CRONICA" "UNA EXPOSICION DE EXCULTURA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 marzo 1909: 5. No recogida.

2-- "CRONICA" "LOS BAILES DE BENEFICENCIA" "INICIATIVAS DE LA REINA CRISTINA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 14 marzo 1909: 5. No recogida.

3-- "CRONICA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 24 marzo de 1909: 5. No recogida.

4-- "CRONICA" "LAS EXCURSIONES DEL REY ALFONSO" "LAS MAESTRANZAS Y LAS ORDENES" "SU PAPEL SOCIAL." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 9 abril 1909: 5. No recogida.

5-- "CRONICA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 28 abril 1909: 5. No recogida.

6-- "CRONICA" "RECORDANDO A LARRA--EL TITULO DE SELLES." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 4 mayo 1909: 4-5. No recogida.

7-- "CRONICA" "TEATROS Y PUBLICO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 junio 1909: 7. No recogida.

8-- "CRONICA" "LA EXPOSICION DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJER." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 14 junio 1909: 5. No recogida.

9-- "CRONICA" "LA MUERTE DE UNA ESCRITORA" "LA VEJEZ DE UN ASTRO." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 23 junio 1909: 5-6. No recogida.

10-- "CRONICA" "LOS ENANOS." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 6 julio 1909: 7. No recogida.

11-- "CRONICA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 3 agosto 1909: 5-6. No recogida.

12-- "CRONICA" "DE FEMINISMO--LOS PREMIOS DE BELLEZA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 agosto 1909: 5. No recogida.

13-- "CRONICA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 23 agosto 1909: 5. No recogida.

14-- "CRONICA" "EL SOÑADOR DEL OCEANO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 27 septiembre 1909: 6. No recogida.

15-- "CRONICA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 30 septiembre 1909: 6. No recogida.

16-- "CRONICA" "EL CRECO Y EL CULTO DEL GRECO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 24 octubre 1909: 6. No recogida.

17-- "CRONICA" "EL PASADO DE MARRUECOS." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 30 octubre 1909: 7. No recogida.

18-- "CRONICA" "MORA MUERTA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 11 noviembre 1909: 7. No recogida.

19-- "CRONICA EUROPEA" "INCIDENTE PERSONAL--UN FUNDADOR DE ESCUELA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 2 diciembre 1909: 7. No recogida.

20-- "CRONICA HISPANO--EUROPEA" "EL NUEVO IDOLO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 diciembre 1909: 5-6. No recogida.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1910.

21-- "CRONICA ESPAÑOLA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 enero 1910: 7. No recogida.

22-- "CRONICA DE ESPAÑA" "MONSALVATO, LOHENGRIN ESPAÑOL." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 enero 1910: pág. 6. No recogida.

23-- "CRONICA DE MADRID" "LA CORTE DE LOS VENENOS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 30 enero 1910: 6-7. No recogida.

24-- "CRONICA DE EUROPA" "NOVEDADES LITERARIAS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 20 febrero 1910: 6. No recogida.

25-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 marzo 1910: 5-6. No recogida.

26-- "CRONICA DE MADRID" "UNA OPERA ESPAÑOLA--DOS DRAMAS." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 12 marzo 1910: 6. No recogida.

27-- "CRONICA DE MADRID" "EL ESTRENO DE SALOME." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 abril 1910: 8. No recogida.

28-- "CRONICA MADRILEÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 25 abril 1910: 5. No recogida.

29-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 14 mayo 1910: 6. No recogida.

30-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LA INFANTA ISABEL." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 22 mayo 1910: 5. No recogida.

31-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 mayo 1910: 5-6. No recogida.

32-- "CRONICA DE ESPAÑA" "COMUNICACION INTELECTUAL CON FRANCIA" "DESCUBRIMIENTO DEL MARQUES DE CERRALBO." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 7 junio 1910: 6-7. No recogida.

33-- "CRONICA DE MADRID" "EL ESTRENO DE CHANTECLER." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 6 julio 1910: 6. No recogida.

34-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "UN LIBRO DE UNAMUNO." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 22 julio 1910: 7-8. No recogida.

35-- "CRONICA DE ESPAÑA" "SAENZ PEÑA EN MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 agosto 1910: 6-7. No recogida.

36-- "CARTAS DE ESPAÑA" "LA EPOPEYA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 11 agosto 1910: 6-7. No recogida.

37-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LA SOMBRA DEL REY DON PEDRO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 14 agosto 1910: 7. No recogida.

38-- "CRONICA DE ESPAÑA" "COLON OTRA VEZ." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 septiembre 1910: 7. No recogida.

39-- "CARTAS DE ESPAÑA" "LA CARTULINA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 7 septiembre 1910: 7. No recogida.

40-- "CRONICA DE ESPAÑA" "ALREDEDOR DE LA CIENCIA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 septiembre 1910: 10. No recogida.

41-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 octubre 1910: 8. No recogida.

42-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "NOVEDADES." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 5 noviembre de 1910: 8. No recogido.

43-- "CARTA DE ESPAÑA" "UN LIBRO DE GABRIEL MAURA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 22 noviembre 1910: 7. No recogida.

44-- "CARTAS DE ESPAÑA" "LO DE PORTUGAL." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 3 diciembre 1910: 7. No recogido.

45-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "DEL SIGLO DE ORO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 26 diciembre 1910: 6. No recogido.

46-- "CRONICAS DE EUROPA" "DESENLACE DE UNA VIDA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 31 diciembre 1910: 5. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1911.

47-- "CARTAS DE EUROPA" "SOMBRAS DEL PASADO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 9 enero 1911: 6. No recogido.

48-- "CRONICA DE MADRID" "LOS BAILES DE PALACIO." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 27 enero 1911: 6. No recogida.

49-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 febrero 1911: 6. No recogido.

50-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LOS MENDIGOS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 marzo 1911: 5-6. No recogida.

51-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 marzo 1911: 5-6. No recogido.

52-- "CRONICAS MADRILEÑAS." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 31 marzo 1911: 6. No recogido.

53-- "CRONICA DE ESPAÑA... Y FUERA DE ELLA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 abril 1911: 6. No recogida.

54-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 29 abril 1911: 6-7. No recogida.

55-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 19 mayo 1911: 6. No recogido.

56-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 31 mayo 1911: 6. No recogida.

57-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "SOBRE LIBROS Y EDITORES." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 14 junio 1911: 6. No recogido.

58-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 8 julio 1911: 6-7. No recogido.

59-- "CRONICA DE ESPAÑA" "UNA BODA DE NOBLES" "LOS MEDINACELI." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 julio 1911: 7. No recogida.

60-- "CRONICA DE ESPAÑA" "VINDICACION DE LA COCINA HISPANICA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 1 agosto 1911: 5. No recogida.

61-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CONGRESO EUCARISTICO DE MADRID" "LITERATOS MUERTOS." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 agosto 1911: 8. No recogido.

62-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 30 agosto 1911: 6. No recogido.

63-- "CRONICA DE ESPAÑA" "UN MITIN CONTRA LA GUERRA" "EL VERANEO." La Nación (Buenos, Aires, diario) sábado 9 septiembre 1911: 5. No recogida.

64-- "CRONICAS DE EUROPA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 1 octubre 1911: 6. No recogido.

65-- "CRONICA DE EUROPA" "LA GIOCONDA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 10 octubre 1911: 6. No recogida.

66-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 25 noviembre 1911: 8. No recogido.

67-- "CRONICAS DE EUROPA" "EL CENTENARIO DE TEOFILO GAUTIER." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 28 noviembre 1911: 7. No recogido.

68-- "CRONICA DE EUROPA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 diciembre 1911: 6. No recogida.

69-- "CRONICAS DE EUROPA" "BRUNETIERE." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 10 diciembre 1911: 6. No recogido.

70-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS PERROS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 31 diciembre 1911: 6. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1912.

71-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles enero 1912: 6. No recogido.

72-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL BRIDGE" "LA SUPERSTICION Y LA JETTATURA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 28 enero 1912: 7. No recogido.

73-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "AURELIANO DE BEURETE." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 8 febrero 1912: 6. No recogido.

74-- "UN SOÑADOR" "SAINTINE Y GERARD DE NERVAL." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 marzo 1912: 6. No recogido.

75-- "CRONICAS DE ESPAÑA" LOS TRAPENSES." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 marzo 1912: 5. No recogido.

76-- "CRONICA DE EUROPA" "LA LOCURA DE UN REY." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 abril 1912: 7-8. No recogido.

77-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "TEATRO Y ARTE." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 12 abril 1912: 6. No recogido.

78-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 8 mayo 1912: 7. No recogido.

79-- "CRONICAS DE MADRID" "ESTRENOS EN LOS TEATROS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 mayo 1912: 8. No recogido.

80-- "CRONICAS MADRILEÑAS" "EXPOSICIONES DE ARTE." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 31 mayo 1912: 7. No recogido.

81-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL ULTIMO LIBRO DE GOMEZ CARRILLO" La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 6 junio 1912: 8. No recogido.

82-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "MENENDEZ Y PELAYO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 30 junio 1912: 8. No recogido.

83-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EXPOSICION DE PINTURA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 julio 1912: 9-10. No recogido.

84-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS DRAMAS DE AMOR--UN HISPANISTA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 julio 1912: 5. No recogido.

85-- "DE ESPAÑA" "ROUSSEAU TODAVIA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 7 agosto de 1912: 7-8. No recogido.

86-- "CRONICAS DE EUROPA" "LA INDUMENTARIA FEMENINA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 agosto 1912: 7. No recogido.

87-- "DESDE ESPAÑA" "LA MUERTE DEL MIKADO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 septiembre 1912: 6-7. No recogido.

88-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "UNA VISION DEL PASADO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 septiembre 1912: 8. No recogido.

89-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "ENFERMEDAD DE MODA Y EL BALNEARIO DE MONDARIZ." La Nación (Buenos

Aires, diario) domingo 6 octubre 1912: 8. No recogido.

90-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA INFANTA MARIA TERESA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 noviembre 1912: 7. No recogido.

91-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA TOJA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 noviembre 1912: 6. No recogido.

92-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 4 diciembre 1912: 8-9. No recogida.

93-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 diciembre 1912: 8. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1913.

94-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "A PROPOSITO DEL ASESINATO DE CANALEJAS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 5 enero 1913: 7. No recogido.

95-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "NAPOLEON Y FELIPE II." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 1 febrero 1913: 6. No recogido.

96-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 11 febrero 1913: 7. No recogido.

97-- "CRONICAS DE MADRID" "LOS HOTELES Y LA VIDA DE HOTEL" "LA CUESTA DE ENERO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 9 marzo 1913: 8. No recogido.

98-- "CRONICAS DE MADRID" "LA PRESIDENCIA DEL ATENEO." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 24 marzo 1913: 5-6. No recogido.

99-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 abril 1913: 9. No recogido.

100-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 abril 1913: 8. No recogido.

101-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA VIDA RELIGIOSA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 15 mayo 1913: 8. No recogido.

102-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 19 mayo 1913: 9. No recogido.

103-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "FIESTAS RELIGIOSAS EN ALCALA" "JUAN MARTIN, EL EMPECINADO." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 5 junio 1913: 8. No recogido.

104-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "PAUL HERVIEU" "ALGO SOBRE ARTE." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 23 junio 1913: 5-6. No recogido.

105-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL HONOR DEL DIA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 julio 1913: 9-10. No recogido.

106-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA MUJER." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 9 julio 1913: 8. No recogido.

107-- "CRONICAS MUNDIALES" "ESCRITORAS FRANCESAS E ITALIANAS." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 29 julio 1913: 9. No recogido.

108-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 15 agosto 1913: 7. No recogido.

109-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "DE TEATRO EXTRANJERO." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 5 septiembre 1913: 9. No recogido.

110-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL MONUMENTO A CAMPOAMOR." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 septiembre 1913: 10. No recogido.

111-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EVOLUCION DEL PIE." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 9 octubre 1913: 9. No recogido.

112-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL PADRE MIR Y LOS JESUITAS." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 23 octubre 1913: 9. No recogido.

113-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL MONUMENTO A LA REINA MARIA CRISTINA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 3 noviembre 1913: 9. No recogido.

114-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LAS REHABILITACIONES LITERARIAS." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 7 noviembre 1913: 9. No recogido.

115-- "CRONICA DE ESPAÑA" "EL DESENLACE DE LA TRAGEDIA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 13 diciembre 1913: 6-7. No recogida.

116-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "CINEMATOGRAFOS Y TEATROS." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 27 diciembre de 1913: 9. No recogido.

117-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LA ISLA DE CORTEGADA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 31 de diciembre de 1913: 9. No recogida.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1914.

118-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LAS MODAS RARAS." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 enero 1914: 7-8. No recogida.

119-- "CRONICAS DE MADRID" "EL ABANICO COMO OBJETO DE ARTE." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 5 febrero 1914: 8-9. No recogido.

120-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 10 febrero 1914: 7. No recogido.

121-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CENTENARIO DEL GRECO." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 19 marzo 1914: pág. 8. No recogido.

122-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "UNA CONFERENCIA SOBRE LA NOVELA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 30 marzo 1914: 8. No recogido.

123-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 abril 1914: 7-8. No recogido.

124-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CARNAVAL." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 14 mayo 1914: 8. No recogido.

125-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 1 junio 1914: 7. No recogido.

126-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "PAUL HERVIEW." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 junio 1914: 8. No recogido.

127-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "OBRAS DE ARTE." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 9 junio 1914: 7. No recogido.

128-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA BODA DEL INFANTE FERNANDO" "MARIA LUISA SANCHEZ." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 18 junio 1914: 7. No recogido.

129-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA" "MAURISTAS Y JAIMISTAS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 julio 1914: 7. No recogido.

130-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 18 julio 1914: 7. No recogido.

131-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 agosto 1914: 4. No recogido.

132-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 septiembre 1914: 4. No recogido.

133-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 12 septiembre 1914: 4. No recogido.

134-- "CRONICA DE ESPAÑA" "DESQUISICIONES SOBRE LA GUERRA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 5 octubre 1914: 5. No recogido.

135-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA MUERTE DE PIO X" "JULIO LE MAITRE." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 octubre 1914: 5. No recogido.

136-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 25 noviembre 1914: 4-5. No recogido.

137-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 diciembre 1914: 4. No recogida.

138-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 diciembre 1914: 4. No recogida.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1915.

139-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 5 enero 1915: 5. No recogida.

140-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 enero 1915: 4. No recogida.

141-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 enero 1915: 4. No recogida.

142-- "CRONICA DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 febrero 1915: 4-5. No recogida.

143-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 7 marzo 1915: 4-5. No recogido.

144-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 21 marzo 1915: 5. No recogido.

145-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 27 marzo 1915: 5. No recogido.

146-- "CRONICA DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 6 abril 1915: 6. No recogida.

147-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 14 1915: 4. No recogido.

148-- "CRONICA DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 27 mayo 1915: 4. No recogida.

149-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 3 junio 1915: 5. No recogido.

150-- "CRONICA DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 junio 1915: 4. No recogida.

151-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 29 junio 1915: 4. No recogido.

152-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 22 de julio de 1915: 4. No recogido.

153-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 22 agosto 1915: 5. No recogido.

154-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 29 agosto 1915: 5. No recogido.

155-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 1 septiembre 1915: 4. No recogido.

156-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 septiembre 1915: 5. No recogido.

157-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 1 octubre 1915: 5. No recogido.

158-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 16 octubre 1915: 4. No recogido.

159-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 octubre 1915: 5. No recogido.

160-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 28 noviembre 1915: 7. No recogido.

161-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 30 noviembre 1915: 5. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1916.

162-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 6 enero 1916: 5. No recogido.

163-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 16 enero 1916: 6. No recogido.

164-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LOS ENIGMAS LITERARIOS" "EL QUIJOTE DE AVELLANEDA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 4 febrero 1916: 4. No recogido.

165-- "LA VIDA CONTEMPORANEA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 febrero 1916: 6. No recogido.

166-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 15 febrero 1916: 5. No recogido.

167-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "EL CENTENARIO DE CERVANTES." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 29 marzo 1916: 5. No recogido.

168-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 abril 1916: 5. No recogido.

169-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 20 abril 916: pág. 5. No recogido.

170-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 27 abril 1916: 7. No recogido.

171-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 10 junio 1916: 5. No recogido.

172-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 15 junio 1916: 4-5. No recogido.

173-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 julio 1916: 5. No recogido.

174-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 21 julio 1916: 5. No recogido.

175-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 27 julio 1916: 5. No recogido.

176-- "CRONICA DE ESPAÑA" "A PROPOSITO DE UN ROBO." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 agosto 1916: 6-7. No recogida.

177-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 10 septiembre 1916: 6. No recogida.

178-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 19 octubre 1916: 6. No recogido.

179-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 11 noviembre 1916: 5. No recogido.

180-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 noviembre 1916: 6. No recogido.

181-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 diciembre 1916: 5. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1917.

182-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 enero 1917: 5. No recogido.

183-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 15 enero 1917: 5. No recogido.

184-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 21 febrero 1917: 4. No recogido.

185-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 20 marzo 1917: 6. No recogido.

186-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "UN AVE DE PASO: METTERLINCK." [MAETERLINCK] La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 26 marzo 1917: 6. No recogido.

187-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 abril 1917: 6. No recogido.

188-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 abril 1917: 6. No recogido.

189-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 24 abril 1917: 7-8. No recogido.

190-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 26 abril 1917: 7. No recogido.

191-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 mayo 1917: 6. No recogido.

192-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 4 junio 1917: 5. No recogido.

193-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 29 junio 1917: 5. No recogido.

194-- "ANSIEDADES." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 3 septiembre 1917: 4. No recogido.

195-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 9 octubre 1917: 4. No recogido.

196-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 noviembre 1917: 5. No recogido.

197-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 17 noviembre 1917: 4. No recogido.

198-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 9 diciembre 1917: 5. No recogido.

199-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 12 diciembre 1917: 6. No recogido.

200-- "EL ARTE DE SABER SER RICO." La Nación (Buenos Aires, diario) **(SUPLEMENTO)** martes 18 diciembre 1917: 3. No recogido.

201-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 19 diciembre 1917: 6. No recogido.

202-- "CRONICAS DE MADRID." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 25 diciembre 1917: 4. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1918.

203-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 21 enero 1918: 4. No recogido.

204-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 31 enero 1918: 4. No recogido.

205-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 19 febrero 1918: 4. No recogido.

206-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "RELIQUIAS ARTISTICAS." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 11 marzo 1918: 4. No recogido.

207-- "CRONICA DE ESPAÑA" "LA ACTUALIDAD LITERARIA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 mayo 1918: 5. No recogido.

208-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "MOMENTOS CRITICOS" "LA ULTIMA OBRA DE BENAVENTE." La Nación (Buenos

Aires, diario) martes 14 mayo 1918: 5. No recogido.

209-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "LA EXPOSICION DE RETRATOS FEMENINOS." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 17 julio 1918: 5. No recogido.

210-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 18 septiembre 1918: 5. No recogido.

211--"CRONICAS DE ESPAÑA" "UNA EPIDEMIA DE GRIPPE." [sic] La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 28 octubre 1918: 5. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1919.

212-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 9 enero 1919: 4. No recogido.

213-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 enero 1919: 3. No recogido.

214-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 17 febrero 1919: 4. No recogido.

215-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 18 febrero 1919: 3. No recogido.

216-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 5 marzo 1919: 3-4. No recogido.

217-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 13 marzo 1919: 4. No recogido.

218-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 19 abril 1919: 4. No recogido.

219-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 abril 1919: 4. No recogido.

220-- "CRONICAS DE ESPAÑA--LAS LENGUAS REGIONALES." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 25 mayo 1919: 4. No recogido.

221-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 26 junio 1919: 4. No recogido.

222-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 7 julio 1919: 4. No recogida.

223-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 16 julio 1919: 4. No recogido.

224-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 25 julio 1919: 4. No recogido.

225-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 julio 1919: 5. No recogido.

226-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 24 agosto 1919: 4. No recogido.

227-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 26 agost 1919: 4. No recogido.

228-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 2 septiembre 1919: 4. No recogida.

229-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 10 octubre 1919: 4. No recogido.

230-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 25 octubre 1919: 4. No recogida.

231-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 21 noviembre 1919: 4. No recogido.

232-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 12 diciembre 1919: 4. No recogida.

233-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 17 diciembre 1919: 4. No recogida.

234-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 23 diciembre 1919: 4. No recogido.

235-- "CRONICA DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 29 diciembre 1919: 4. No recogida.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1920.

236-- "CRONICAS DE ESPAÑA." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 20 enero 1920: 3. No recogido.

237-- "De la condesa de PARDO BAZAN" "UN GRAN BAILE DE MASCARAS EN MADRID" "MANOLAS, CHISPEROS, PRINCIPES, Y CORTESANOS DE LA EPOCA DE GOYA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 2 mayo 1920: 3. No recogido.

238-- "De LA CONDESA DE PARDO BAZAN" "ALGO SOBRE ESCULTURA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 23 mayo 1920: 3. No recogido.

239-- "De LA CONDESA DE PARDO BAZAN" "ALGO SOBRE COSTUMBRES MADRILEÑAS." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 11 junio 1920: 4. No recogido.

240-- "ESPAÑA AL DESNUDO" "Un libro de Ruimar" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 4 julio 1920: 5. No recogido.

241-- "UNA EXPOSICION DE ABANICOS EN MADRID" "EL JUICIO DE UNA COLECCIONISTA" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 11 julio 1920: 2. (Sección 2, ilustraciones) No recogido.

242-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "De la condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 8 agosto 1920: 4. No recogido.

243-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "De LA CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 16 agosto 1920: 4. No recogido.

244-- "CRONICA DE ESPAÑA" "De la Condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 30 agosto 1920: 3. No recogida.

245-- "EUGENIA DE MONTIJO" "De la condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 23 octubre 1920: 4. No recogido.

246-- "EL PROBLEMA FERROVIARIO EN ESPAÑA" "De la condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) jueves 28 octubre 1920: 4. No recogido.

247-- "LOS ELEMENTOS BASTARDOS EN EL IDIOMA." "De la condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) miércoles 3 noviembre 1920: 4. No recogido.

248-- "DE UN LIBRO DE FRANCOS RODRIGUEZ" "De la Condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 6 noviembre 1920: 4. No recogido.

249-- "SEMEJANZAS Y DESEMEJANZAS ENTRE IRLANDA Y GALICIA" "De la condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) lunes 6 diciembre 1920: 4. No recogido.

250-- "UNA CONTIENDA LITERARIA SOBRE LA CASA DE TROYA" "De la Condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 17 diciembre 1920: 4. No recogido.

LA NACION (BUENOS AIRES, DIARIO) 1921.

251-- "CRONICA DE ESPAÑA" "De la CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) sábado 1 enero 1921: 5. No recogido.

252-- " De la Condesa de PARDO BAZAN" "A TRAVES DE LAS PROVINCIAS VASGONGADAS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 9 enero 1921: 2. No recogido.

253-- "CRONICAS DE ESPAÑA" "Por la condesa de P. BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 8 febrero 1921: 4. No recogido.

254-- "LA GLORIA DE LARRA" "UN NUEVO LIBRO DE DOÑA CARMEN DE BURGOS ARROJA INTERESANTES REVELACIONES SOBRE LA VIDA DE FIGARO Y DESCONOCIDOS ASPECTOS DE SU OBRA" "Por la Condesa de PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 6 marzo 1921: 1; continuación y fin en pág. 8. (En SECCION 2 de ILUSTRACIONES) No recogido.

255-- "OBRAS ANONIMAS" "Por LA CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 27 marzo 1921: 2. (En SECCION 2 de ILUSTRACIONES. No recogido.

256-- "DE LA CONDESA DE PARDO BAZAN." La Nación (Buenos Aires, diario) martes 12 abril 1921: 3. No recogido.

257-- "EL CARNAVAL MADRILEÑO" "COMO ESTA MADRID; LA SUPRESION DEL CARNAVAL; EL ESPLENDOR DE LA CORTE EN LAS FIESTAS DE LOS REYES BELGAS; LOS PELIGROS Y PERTURBACIONES DEL TRAFICO Y LAS GARRAPATAS URBANAS." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 17 abril 1921: 4. (En SECCION 2 de ILUSTRACIONES) No recogido.

258-- "DE LA CONDESA DE PARDO BAZAN" **(ARTICULO POSTUMO)** La Nación (Buenos Aires, diario) viernes 13 mayo 1921: 4. No recogido.

259-- "CAMILA QUIROGA EN ESPAÑA" **(ARTICULO POSTUMO)** "MIENTRAS ESTUVO ALZADO EL TELON, LA ACTRIZ DEJO OIR SU VOZ CAUTIVADORA Y NADIE SE ATREVIA NI A TOSER. ESTABA LA GENTE COMO EN MISA." La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 12 junio 1921: 6. (En SECCION 2 de ILUSTRACIONES. No recogido.

260-- "ULTIMA CORRESPONDENCIA DE LA CONDESA" "EL VIAJE FRACASADO DEL POETA INDIO A ESPAÑA Y LO QUE SABEN DE EL LOS ESPAÑOLES" "Por la condesa de PARDO BAZAN." **(ARTICULO POSTUMO)** La Nación (Buenos Aires, diario) domingo 3 julio 1921: 4. (En SECCION 2 de ILUSTRACIONES. No recogido.